Liev Tolstói

Guerra y paz



Nueva traducción del original ruso, completa y fiel, por Lydia Kúper

Mientras la aristocracia de Moscú y San Petersburgo mantiene una vida opulenta, pero ajena a todo aquello que acontece fuera de su reducido ámbito, las tropas napoléonicas, que con su triunfo en Austerlitz dominan Europa, se disponen a conquistar Rusia. *Guerra y paz* es un clásico de la literatura universal. Tolstói es, con Dostoievski, el autor más grande que ha dado la literatura rusa. *Guerra y paz* se ha traducido pocas veces al español y la edición que presentamos es la mejor traducida y mejor anotada. Reeditamos aquí en un formato más grande y legible la traducción de Lydia Kúper, la única traducción auténtica y fiable del ruso que existe en el mercado español. La traducción de Laín Entralgo se publicó hace más de treinta años y presenta deficiencias de traducción. La traducción de Mondadori se hizo en base a una edición de *Guerra y paz* publicada hace unos años para revender la novela, pero es una edición que no se hizo a partir del texto canónico, incluso tiene otro final. La edición de Mario Muchnik contiene unos anexos con un índice de todos los personajes que aparecen en la novela, y otro índice que desglosa el contenido de cada capítulo.



Lev Nikoláievich Tolstói

Guerra y paz

ePub r1.7
Titivillus 19.12.2019

Título original: *Voïna i mir*
Lev Nikoláievich Tolstói, 1869
Traducción: Lydia Kúper

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Nota del Editor. —Salvo excepciones y siguiendo el criterio del autor, hemos respetado sin traducir las expresiones y frases en francés, alemán y alguna otra lengua en el original. Tampoco las hemos compuesto en cursiva cuando se trata del habla de los personajes de la novela (la gente no habla *en cursivas*). En un anexo damos las respectivas traducciones (salvo las muy obvias) —cosa que el autor nunca hizo. En el texto aparecen traducidos al castellano, eso sí, los párrafos, documentos, cartas, etcétera, que en la novela son esenciales para la continuidad de la narración.

Nota del EpubEditor. —Se ha reemplazado el anexo que contiene todas las traducciones, con notas (¡nada menos que 639!) que enlazan con los textos correspondientes. En todo lo demás se ha procurado adaptar escrupulosamente el formato para que coincida con el de la edición impresa (lo que incluye el uso “particular” de los guiones en los diálogos). Si detectas cualquier errata, por pequeña que sea, te agradeceremos que te pongas en contacto con el editor para corregirla en la próxima versión.

LIBRO PRIMERO

Primera parte

I

—Eh bien, mon prince, Génova y Lucca ya no son más que posesiones de la familia Bonaparte. No, le prevengo que si usted no me dice que estamos en plena guerra, si vuelve a permitirse paliar todas las infamias, todas las atrocidades de ese Anticristo (le doy mi palabra de que así lo considero), a usted ya no lo conozco, no es usted mi amigo, no es mi devoto esclavo, como dice. Ea, bienvenido, bienvenido. Veo que lo he asustado. Siéntese y charlemos.

Con tales palabras, Anna Pávlovna Scherer, dama de honor muy allegada a la emperatriz María Feodórovna, salía al encuentro, en un día de julio de 1805, de cierto importante personaje cargado de títulos, el príncipe Vasili, primero en llegar a su recepción. Anna Pávlovna tosía desde hacía unos días; se trataba de una *“grippe”*, como ella decía (“*grippe”* era entonces una palabra nueva, que muy pocos empleaban). Las tarjetas de invitación, enviadas por la mañana mediante un lacayo de librea roja, decían indistintamente:

> Si vous n’avez rien de mieux à faire, M. le comte (o bien mon prince), et si la perspective de passer la soirée chez une pauvre malade ne vous effraye pas trop, je serai charmée de vous voir chez moi entre 7 et 10 heures. Annette Scherer.**[1]**

—Dieu, quelle virulente sortie!—**[2]** exclamó sin inmutarse por semejante acogida el príncipe, que entraba con su recamado uniforme de Corte, sus calzas de seda y zapatos de hebilla, lleno el pecho de condecoraciones y con una apacible expresión en el achatado rostro.

Era el suyo un francés selecto, como aquel que nuestros abuelos no sólo hablaban, sino que usaban también para pensar, dicho con esa entonación dulce, protectora, propia de un hombre importante, envejecido en la alta sociedad y en la Corte. Se acercó a Anna Pávlovna, le besó la mano, inclinando su perfumado y brillante cráneo, y tranquilamente tomó asiento en el diván.

—Avant tout, dites-moi comment vous allez, chère amie.[3] Tranquilice a un amigo— dijo sin alterar la voz y con un tono en el que, tras la conveniencia y simpatía, apuntaba una indiferencia casi irónica.

—No se puede estar bien cuando se sufre moralmente— respondió Anna Pávlovna. —¿Se puede estar tranquila en nuestros tiempos, si se tiene corazón? Espero que se quede conmigo toda la velada, ¿verdad?

—¿Y la fiesta del embajador de Inglaterra? Hoy es miércoles y tendré que dejarme ver. Mi hija vendrá a buscarme.

—Creí que esa fiesta se anularía. Je vous avoue que toutes ces fêtes et tous ces feux d’artifice commencent à devenir insipides.[4]

—De haberse sabido su deseo, la fiesta se habría cancelado— replicó el príncipe, quien, como de costumbre, igual que un reloj en marcha, decía cosas en las que ni él mismo deseaba que se creyese.

—Ne me tourmentez pas. Eh bien, qu’a-t-on décidé par rapport à la dépêche de Novosiltsov? Vous savez tout.[5]

—¿Qué quiere que le diga?— respondió el príncipe con voz fría y cansada. —Qu’a-t-on décidé? On a décidé que Buonaparte a brûlé ses vaisseaux, et je crois que nous sommes en train de brûler les nôtres.[6]

El príncipe Vasili hablaba siempre perezosamente, como un actor que declama su papel en una comedia archisabida. Por el contrario, Anna Pávlovna Scherer, a pesar de sus cuarenta años, se mostraba llena de animación y fervor.

Ser entusiasta se había convertido para la dama en una verdadera posición social y aun a veces, sin quererlo, sólo por no defraudar las esperanzas de quienes la conocían, se fingía entusiasta. La contenida sonrisa que brillaba siempre en el rostro de Anna Pávlovna, aun cuando no armonizara con los rasgos envejecidos de su rostro, expresaba, como en los

niños mimados, la permanente conciencia de su gracioso defecto, del que ni quería, ni podía, ni encontraba necesario corregirse.

En plena conversación política, Anna Pávlovna se acaloró:

—¡Oh, no me hable de Austria! Tal vez yo no entiendo ni palabra, pero me parece que Austria no desea la guerra ni la ha deseado nunca. Nos traiciona. Sólo Rusia debe salvar a Europa. Nuestro bienhechor conoce su alta misión y le será fiel: sólo en eso confío. A nuestro amado y bondadoso Emperador le está reservada la misión más grandiosa del mundo y él es tan virtuoso que Dios no lo abandonará, para que cumpla su alto destino: aplastará la hidra de la rebelión, más terrible todavía al estar encamada en aquel malhechor y asesino. Nosotros solos debemos redimir la sangre del justo… y yo le pregunto… ¿En quién podemos confiar? Inglaterra, con su espíritu comercial, no comprenderá ni podrá comprender nunca la sublime altura moral del emperador Alejandro. Se han negado a evacuar Malta. Quiere ver claro y busca por todas partes el móvil secreto de nuestros actos. ¿Qué han dicho a Novosiltsov?… Nada. No han comprendido, no pueden comprender la abnegación de nuestro Emperador, que nada quiere para sí y lo quiere todo para el bien del mundo. ¿Y qué han prometido? Nada. ¡Y lo que prometieron no lo cumplirán! Prusia ha declarado ya que Bonaparte es invencible y que nada puede hacer Europa entera contra él… Y yo no creo una sola palabra ni de Hartlenberg ni de Haugwitz. Cette fameuse neutralité prussienne, ce n’est qu’un piège.[7] No creo más que en Dios y en el sublime destino de nuestro gran Emperador. ¡Él salvará a Europa!… y aquí se interrumpió de improviso Anna Pávlovna, con una sonrisa irónica, burlándose de su propio ardor.

—Creo— comentó el príncipe sonriendo —que si la hubiesen enviado a usted en vez de a nuestro simpático Wintzingerode, habría arrancado el consentimiento del rey de Prusia. ¡Es usted tan elocuente! Pero ¿no me ofrece té?

—¡Ahora mismo! À propos— añadió calmándose de nuevo, —hoy tendré en mi casa a dos hombres muy interesantes: le vicomte de Mortemart, il est allié aux Montmorency par les Rohan.[8] Una de las mejores familias de Francia. Es uno de los auténticos y verdaderos

emigrados. Además vendrá l'abbé Morio. ¿Conoce a esa mente privilegiada? Ha sido recibido por el Emperador. ¿Lo conoce?

—Estaré encantado— dijo el príncipe; y añadió con negligencia, como si en aquel instante se acordara de algo distinto, aun cuando lo que preguntaba era el principal objeto de su visita: —Dígame, ¿es verdad que l'impératrice-mère desea el nombramiento del barón Funke como primer secretario en Viena? C'est un pauvre sire, ce baron, à ce qu'il paraît.[9]

El príncipe Vasili intentaba obtener para su hijo el cargo que, a toda costa, se deseaba conceder al barón por mediación de la emperatriz María Feodórovna.

Anna Pávlovna cerró casi los ojos, como significando que ni ella ni nadie podía criticar lo que gustaba o no a la Emperatriz.

—Monsieur le baron de Funke a été recommandé à l'impératrice-mère par sa soeur—[10] se limitó a decir con voz triste y seca.

Cuando Anna Pávlovna nombró a la Emperatriz su rostro adquirió la expresión profunda y sincera de una mezcla de devoción, estima y tristeza, lo cual ocurría siempre que en la conversación hablaba de su protectora. Añadió que Su Majestad había querido mostrar al barón Funke *beaucoup d'estime*, y, una vez más, sus ojos se velaron de tristeza.

El príncipe se calló aparentando indiferencia. Anna Pávlovna, con su habilidad de mujer y dama de Corte y con la rapidez de su intuición femenina, quiso castigar al príncipe por cuanto había osado decir sobre una persona recomendada a la Emperatriz, consolándolo al mismo tiempo.

—Mais à propos de votre famille— añadió, —¿sabe usted que su hija, con su presentación en sociedad, fait les délices de tout le monde? On la trouve belle comme le jour.[11]

El príncipe se inclinó en señal de respeto y gratitud.

—Pienso a menudo— prosiguió Anna Pávlovna después de un instante de silencio, acercándose al príncipe y sonriéndole tiernamente, demostrando así que había concluido la conversación política y mundana y que podía iniciarse la íntima, —pienso muchas veces con cuánta injusticia se reparten los bienes de la vida. ¿Por qué la fortuna le ha concedido dos hijos (no cuento al menor, Anatole, que no me gusta)— añadió con voz tajante,

arqueando las cejas, —dos hijos tan excelentes? Sinceramente, usted los aprecia menos que nosotros, porque no se los merece.

Y volvió a sonreír con su sonrisa entusiasta.

—Que voulez-vous? Lafater aurait dit que je n'ai pas la bosse de la paternité— dijo el príncipe.[12]

—Déjese de bromas. Quiero hablar con usted seriamente. ¿Sabe que estoy descontenta de su hijo menor? Y entre nosotros le diré— a su rostro volvió la expresión de tristeza —que han hablado de él a Su Majestad y lo han compadecido…

No respondió el príncipe, pero la dama lo observaba en silencio, interrogativamente, en espera de una respuesta. El príncipe Vasili arrugó el ceño.

—¿Qué quiere que haga?— dijo por fin. —Sabe que hice por su educación cuanto puede hacer un padre, y los dos han salido imbéciles. Hipólito, por lo menos, es un tonto apacible y Anatole un tonto turbulento. Ésa es la única diferencia que hay entre ellos— añadió con una sonrisa todavía más artificial y una animación mayor que de ordinario, al mismo tiempo que en las arrugas que rodeaban su boca se dibujó algo inesperadamente vulgar y desagradable.

—¿Por qué hombres como usted tienen hijos? Si no fuese padre, nada tendría que reprocharle— comentó Anna Pávlovna, levantando pensativamente los ojos.

—Je suis votre fiel esclavo, et à vous seule je puis l'avouer. Mis hijos, ce sont les entraves de mon existence.[13] Ésta es mi cruz. Así me lo explico yo. Que voulez-vous…— y calló, expresando con un gesto su sumisión al cruel destino.

Anna Pávlovna quedó pensativa.

—¿No ha pensado alguna vez en casar a su hijo pródigo, a Anatole?— Y añadió: —Dicen que las solteronas ont la manie des mariages. No es que sienta ya esta debilidad, pero tengo en la mente a una petite personne que no lo pasa muy bien con su padre, une parente à nous, une princesse Bolkónskaia.[14]

El príncipe Vasili no respondió, aunque captó su propuesta gracias a la memoria y rapidez de comprensión propias de los hombres de mundo y así

se lo hizo entender con un movimiento de cabeza.

—Oh, ¿sabe que ese Anatole me cuesta cuarenta mil rublos al año?— dijo, sin poder evitar, por lo visto, el curso de sus tristes pensamientos. Después calló de nuevo. —¿Qué va a ocurrir dentro de cinco años, si las cosas siguen así? Voilà l'avantage d'être père.[15] ¿Es rica esa princesa?

—Su padre es rico y avaro. Vive en el campo. Es el famoso príncipe Bolkonski, caído en desgracia en los tiempos del difunto Emperador y al que llamaban "rey de Prusia". Se trata de un hombre muy inteligente, pero maniático y difícil. La pauvre petite est malheureuse comme les pierres.[16] Tiene un hermano que se casó recientemente con Lisa Meinen. Es ayudante de campo de Kutúzov y hoy vendrá a mi casa.

—Écoutez, chère Annette— dijo el príncipe, tomando de improviso la mano de su interlocutora e inclinándola incomprensiblemente hacia abajo. —Arrangez-moi cette affaire et je suis votre fidelísimo esclavo à tout jamais.[17] La muchacha es de buena familia y rica. No necesito otra cosa.

Y con aquellos movimientos fáciles, familiares y graciosos que lo distinguían, tomó de nuevo la mano de la dama de honor, la besó y después de besarla la agitó en el aire un instante y se arrellanó en el sillón dirigiendo los ojos a otra parte.

—Attendez— dijo Anna Pávlovna. —Hoy mismo hablaré con Lise, la femme du jeune Bolkonski. Tal vez lleguemos a un acuerdo. Ce sera dans votre famille que je ferai mon apprentissage de vieille fille.[18]

II

Poco a poco iba llenándose el salón de Anna Pávlovna. Llegaba la alta sociedad de San Petersburgo: gente muy diversa en edad y carácter, pero perteneciente al mismo medio. Estaba allí la hija del príncipe Vasili, la bella Elena, que venía en busca de su padre para ir a la fiesta del embajador; vestía un traje de baile, con la insignia de dama de honor. También estaba la joven princesa Bolkónskaia, conocida como *la femme la plus séduisante*[19] de San Petersburgo, menudita, casada el año anterior. Ahora, a causa de su embarazo, no podía aparecer en las grandes recepciones, pero seguía frecuentando las pequeñas veladas. Igualmente había llegado el príncipe Hipólito, hijo del príncipe Vasili, con Mortemart, presentado por él; y el abate Morio, y otros muchos.

—¿No ha visto a ma tante o no la conoce aún?— preguntaba Ana Pávlovna a los invitados que llegaban. Y con mucha gravedad los conducía ante una viejecita vestida con un traje muy adornado de cintas, que había salido de otra estancia en cuanto los invitados comenzaron a llegar.

Anna Pávlovna se los presentaba, pronunciando sus nombres y volviendo lentamente sus ojos desde el invitado a *ma tante*. Después se alejaba. Todos los recién llegados cumplieron la ceremonia de saludar a la desconocida tía, por la que nadie se interesaba y de la que no sentían curiosidad alguna. Anna Pávlovna, con aire solemne y triste, seguía sus saludos, aprobándolos en silencio. *Ma tante* hablaba a cada uno, con idénticas palabras, sobre su propia salud, la del interlocutor y la de Su Majestad, que, gracias a Dios, estaba mejor. Todos cuantos se acercaban para saludar a la anciana no mostraban, por decoro, prisa en irse y se

retiraban con una sensación de alivio por haber cumplido un deber penoso y no volver en toda la velada.

La joven princesa Bolkónskaia traía su labor en una pequeña bolsa de terciopelo recamada en oro. Su bonito labio superior, sombreado de leve vello, era, con respecto a sus dientes, demasiado corto, lo que le daba una mayor gracia, lo mismo al alzarse que al descender sobre el labio inferior. Como ocurre siempre con las mujeres francamente atractivas, sus defectos (un labio demasiado corto y la boca siempre entreabierta) parecían constituir una verdadera y particular belleza, exclusiva de su poseedora. Era para todos un placer mirar a la bella futura mamá, llena de salud y vitalidad, capaz de soportar su estado tan fácilmente. A los viejos y a los jóvenes aburridos y taciturnos les parecía que al poco rato de estar hablando con ella también ellos adquirían tales cualidades. Cualquiera que le hablara y viera a cada palabra su sonrisa jovial y los resplandecientes dientes se consideraría particularmente ingenioso aquel día. Y así pensaban todos.

La menuda princesa, con pasos breves y rápidos, dio la vuelta a la mesa con su bolsa de labor en la mano; y, ajustándose alegremente el vestido, tomó asiento en un diván cerca del samovar de plata, como si todo lo que hacía fuese *une partie de plaisir* para ella y para cuantos la rodeaban.

—J'ai apporté mon ouvrage— dijo, abriendo la bolsa y dirigiéndose a todos al mismo tiempo. —Mire, Annette, ne me jouez pas un mauvais tour — añadió volviéndose hacia la dueña de la casa. —Vous m'avez écrit que c'était une toute petite soirée; voyez comme je suis attifée.[20]

Y extendió los brazos, para enseñar su elegante vestido gris, guarnecido de blondas y ceñido bajo el pecho con una cinta ancha.

—Soyez tranquille, Lise, vous serez toujours la plus jolie—[21] respondió Anna Pávlovna.

—Vous savez, mon mari m'abandonne— siguió diciendo con el mismo tono, volviéndose a un general. —Il va se faire tuer. Dites-moi, pourquoi cette vilaine guerre?—[22] se dirigía ahora al príncipe Vasili, y sin esperar respuesta, comenzó a charlar con la hija del príncipe, la bella Elena.

—Quelle délicieuse personne que cette petite princesse!—[23] comentó en voz baja el príncipe Vasili dirigiéndose a Anna Pávlovna.

Poco después de la menuda princesa entró en la sala un joven corpulento, grueso, de cabellos cortos, lentes, calzones claros, según la moda de la época, alto cuello de encaje y frac de color castaño. Aquel joven grueso era el hijo natural de un célebre dignatario en los tiempos de Catalina II, el conde Bezújov, que precisamente entonces estaba a las puertas de la muerte en Moscú. No había ocupado todavía ningún cargo, y volvía del extranjero, donde se había educado; por primera vez tomaba parte en una recepción. Anna Pávlovna lo acogió, con el saludo reservado a los hombres de ínfimo rango jerárquico, en su salón. Mas, a pesar del saludo dirigido como a una persona inferior, al ver entrar a Pierre, el rostro de Anna Pávlovna reflejó la inquietud y el temor que se experimentan cuando uno se halla ante una cosa enorme y fuera de su sitio. En realidad, Pierre era algo más corpulento que cualquiera de los demás hombres que se hallaban allí; pero el temor de la anfitriona podía deberse solamente a su inteligente mirada de observador franco y tímido a la vez, que lo distinguía de los demás invitados.

—C'est bien aimable à vous, monsieur Pierre, d'être venu voir une pauvre malade—[24] le dijo Anna Pávlovna, al tiempo que intercambiaba una asustada mirada con la tía, hacia quien llevaba al recién llegado.

Pierre murmuró unas palabras ininteligibles y siguió buscando a alguien con los ojos. Sonrió alegremente al saludar a la menuda princesa como a una íntima conocida y se acercó a la tía. No eran vanos los temores de Anna Pávlovna, porque Pierre no escuchó más que el final de la frase de la tía sobre la salud de Su Majestad y se alejó de la señora. Anna Pávlovna, asustada, lo detuvo, diciéndole:

—¿No conoce al abate Morio? Es un hombre muy interesante…

—Sí; he oído hablar de sus proyectos de paz perpetua; eso es muy hermoso, pero no me parece posible…

—¿Lo cree así?…— replicó Anna Pávlovna, por decir algo, y quiso volver a sus deberes de anfitriona.

Pero Pierre cometió otra incorrección. Antes no atendió a la tía, alejándose de ella; ahora entretenía con su conversación a la anfitriona, que debía cumplir con sus propias obligaciones. Con la cabeza inclinada,

separadas sus largas piernas, demostraba a Anna Pávlovna por qué, a su juicio, los proyectos del abate eran una quimera.

—Hablaremos después— sonrió Anna Pávlovna.

Y separándose del joven, que no tenía el más elemental conocimiento del mundo, volvió a sus ocupaciones de ama de casa: a mirar y escuchar, pronta a llevar auxilio allí donde la conversación decaía. Como el dueño de una hilandería, que, tras haber colocado en sus puestos a los operarios, camina a un lado y otro de su taller, y advirtiendo dónde hay un huso parado o el ruido insólito y demasiado fuerte de otro, los vuelve de nuevo a la marcha conveniente, así Anna Pávlovna, paseando por su salón, se acercaba bien a un círculo demasiado silencioso, bien a otro excesivamente locuaz, y con una palabra, con una sustitución de personas, reanimaba el mecanismo de la conversación y lo dejaba de nuevo en su ritmo regular y correcto. Pero aun en medio de ese cuidado, se notaba su especial temor por Pierre. No dejó de observarlo cuando se acercó a escuchar a Mortemart o cuando se dirigió hacia el grupo en que estaba el abate. Aquella velada era la primera que en Rusia veía Pierre, educado en el extranjero. No ignoraba que allí estaba reunida toda la intelectualidad de San Petersburgo; y sus ojos, como los de un niño en una tienda de juguetes, iban de un lado a otro. Temía perder cualquier conversación apasionante que pudiera escuchar. Y observando las seguras y desenvueltas expresiones en los rostros de las personas allí congregadas, esperaba en todo momento oír algo extraordinariamente inteligente. Por fin se acercó a Morio. La conversación le parecía interesante y se detuvo en el grupo del abate, a la espera de una ocasión para expresar su propio parecer, como les gusta hacer a los jóvenes.

III

La velada de Anna Pávlovna estaba en marcha. Los husos trabajaban regularmente en sus distintos lugares y rumoreaban sin cesar. Exceptuando a *ma tante*, junto a la que estaba una señora de cierta edad y rostro enjuto y lloroso, como fuera de lugar en aquella brillante reunión, los invitados formaban tres grupos. El abate era el centro de uno, compuesto de hombres en su mayoría. En el otro, formado por los jóvenes, se hallaba la bella princesa Elena, hija del príncipe Vasili, y la bonita y sonrosada, aunque un poco regordeta para su edad, princesa Bolkónskaia. Y el tercer grupo era el formado por Mortemart y Anna Pávlovna.

El vizconde era hombre joven y atractivo, de fisonomía y maneras agradables; sin duda se consideraba una celebridad, aunque por buena educación permitía modestamente que la sociedad en que se hallaba pudiera aprovecharse de él. Era evidente que Anna Pávlovna lo ofrecía a sus invitados. Como un buen *maître d'hôtel* nos sirve como plato extraordinario y exquisito aquel trozo de carne que nadie comería si lo viera en una sucia cocina, así, aquella noche, Anna Pávlovna "servía" a sus invitados —primero al vizconde, y después al abate— como un manjar refinado y extraordinario. En el grupo de Mortemart se habló de inmediato del asesinato del duque de Enghien. El vizconde sostenía que el duque había sido víctima de su propia magnanimidad y que la cólera de Bonaparte obedecía a causas especiales.

—Ah! voyons. Contez-nous cela, vicomte— medió Anna Pávlovna alegremente, porque le parecía que aquella frase sonaba algo a lo Luis XV. —Contez-nous cela, vicomte.[25]

El vizconde se inclinó en señal de obediencia y sonrió cortésmente. Anna Pávlovna hizo corro en torno al vizconde e invitó a cada uno a escucharlo.

—Le vicomte a été personnellement connu de Monseigneur—[26] susurró a uno Anna Pávlovna. —Le vicomte est un parfait conteur— dijo a otro. —Comme on voit l'homme de la bonne compagnie!— aseguró a un tercero; y así, el vizconde fue servido a los presentes en el aspecto más elegante y lisonjero para él, como un *roast beef* en plato caliente, guarnecido de verduras.

El vizconde, dispuesto a comenzar su historia, sonreía cortés.

—Venid aquí, chère Hélène— dijo Anna Pávlovna a la princesa que, sentada un poco más allá, era el centro de otro grupo.

La princesa Elena sonreía; se levantó con la misma invariable sonrisa de mujer bellísima con que había entrado en el salón. Con el leve crujido de su traje de baile, blanco, adornado de terciopelo; resplandeciente por la blancura de los hombros, el brillo de sus cabellos y los diamantes, se adelantó entre los hombres que le abrían paso, erguida, sin mirar a ninguno pero sonriendo a todos, como regalando el derecho a admirar la belleza de su talle, de sus brazos torneados, de los escotados espalda y pecho (según la moda de la época). Se acercó a Anna Pávlovna como llevando consigo todo el esplendor de la fiesta. Elena era tan bella que no sólo no había en ella sombra alguna de coquetería sino que, al contrario, parecía avergonzarse de su propia belleza, que sobresalía demasiado exultante y victoriosa; diríase que deseaba reducir sus efectos, aunque sin conseguirlo.

—Quelle belle personne!—[27] comentaban todos los que la veían. Y el vizconde, como impresionado por algo extraordinario, sacudió los hombros y bajó los ojos mientras ella se sentaba delante y lo iluminaba con su inmutable sonrisa.

—Madame, je crains pour mes moyens devant un pareil auditoire—[28] sonrió, inclinando la cabeza.

La princesa apoyó en el velador el brazo desnudo y no creyó necesario decir una sola palabra. Lo miraba sonriente, esperando. Durante toda la narración permaneció erguida, mirando ya el bello brazo desnudo, ya el seno aún más bello sobre el cual resplandecía el collar de diamantes; a

veces ordenaba los pliegues del vestido y, cuando el relato impresionaba a los oyentes, miraba a Anna Pávlovna y tomaba la misma expresión que la dama de honor, para volver en seguida a su propia calma y a su bonita sonrisa. Tras Elena se acercó también la joven princesa, abandonando la mesa del té.

—Attendez-moi, je vais prendre mon ouvrage— dijo. —Voyons, à quoi pensez-vous?— añadió, volviéndose al príncipe Hipólito. —Apportez-moi mon réticule.[29]

Sonriente y hablando con todos, la princesa hizo cambiar a los demás de sitio y se acomodó alegremente.

—Ahora estoy bien— dijo, pidiendo que se empezara; y volvió a su labor.

El príncipe Hipólito, que le había traído la bolsa, acercó mucho su butaca y se sentó junto a la joven.

Le charmant Hippolyte llamaba la atención por la extraordinaria semejanza con su hermana y, sobre todo, porque, a pesar de esa semejanza, era asombrosamente feo. Sus facciones eran las mismas que las de su hermana; pero mientras que en ella estaban iluminadas por su alegre sonrisa satisfecha, joven, invariable, y por la hermosura clásica del cuerpo, en el hermano, por el contrario, el mismo rostro estaba como oscurecido por la estulticia y expresaba siempre un mal humor presuntuoso; su cuerpo era flaco y débil. Los ojos, la nariz y la boca parecían contraídos en una indefinida mueca de aburrimiento, y sus brazos y piernas nunca aparecían en posición natural.

—Ce n'est pas une histoire de revenants?—[30] dijo, sentándose junto a la princesa y llevándose en seguida a los ojos los impertinentes, como si no pudiera hablar sin este artefacto.

—Mais non, mon cher— dijo el narrador, sorprendido y encogiéndose de hombros.

—C'est que je déteste les histoires de revenants—[31] replicó Hipólito, demostrando alcanzar el sentido de sus propias palabras sólo después de haberlas pronunciado.

Dado el aplomo con que hablaba, nadie pudo comprender si lo dicho era muy inteligente o una solemne tontería. Vestía frac verde oscuro, con calza

de color *cuisse de nymphe effrayée*[32], según su propia frase, medias de seda y zapatos de hebilla.

Le vicomte contó con mucha gracia la anécdota entonces de moda: el duque de Enghien se había dirigido secretamente a París para encontrarse con mademoiselle George, y en casa de la señora coincidió con Bonaparte, que también gozaba de los favores de la famosa actriz. En aquella ocasión, Napoleón, casualmente, había sufrido un desvanecimiento de los que solían aquejarlo, lo que lo puso a merced del duque, pero éste no se había aprovechado de la situación y, precisamente por esa magnanimidad, Bonaparte se vengó, condenándolo a morir.

El relato resultaba ameno e interesante, sobre todo en aquella parte donde se hacía alusión al encuentro de ambos rivales; las damas parecieron conmovidas.

—Charmant— comentó Anna Pávlovna, interrogando con los ojos a la pequeña princesa.

—Charmant— susurró la pequeña princesa, deteniéndose en su labor y demostrando así que el interés y el encanto del relato le impedían continuar.

El vizconde apreció aquella silenciosa alabanza y, sonriendo reconocido, prosiguió. Pero en aquel instante, Anna Pávlovna, que miraba siempre al para ella temible Pierre, notando que estaba ahora hablando ardorosamente y en voz demasiado fuerte con el abate, decidió acudir en auxilio de aquel punto amenazado. En efecto, Pierre había conseguido trabar conversación con el abate sobre el equilibrio político, y el abate, visiblemente interesado por el sincero entusiasmo del joven, le exponía su idea favorita. Escuchaban y hablaban entrambos con demasiada animación y espontaneidad y era eso lo que no gustó a Anna Pávlovna.

—Los medios son el equilibrio europeo y el droit de gens—[33] decía el abate. —Basta con que un Estado tan poderoso como Rusia, considerado hasta ahora bárbaro, se ponga desinteresadamente al frente de esta alianza, cuya finalidad es el equilibrio de Europa, y ¡salvará al mundo!

—¿Y cómo hallará tal equilibrio?— comenzó a decir Pierre.

Pero en aquel instante se acercó Anna Pávlovna que, mirando severamente a Pierre, preguntó al italiano cómo le sentaba el clima de San Petersburgo. La fisonomía del italiano se transformó de pronto: cobró la

expresión falsamente acaramelada, afable y atenta que, al parecer, le era habitual al conversar con las damas.

—Estoy tan impresionado por la espiritualidad y cultura de esta sociedad, y sobre todo de su parte femenina, en la cual tuve el honor de ser recibido, que todavía no he podido pensar en el clima— replicó.

Anna Pávlovna, sin soltar ya al abate y a Pierre, para tenerlos mejor bajo su vigilancia, los unió al grupo común.

En aquel instante un nuevo invitado entró en el salón. Se trataba del joven príncipe Andréi Bolkonski, marido de la pequeña princesa. El príncipe Bolkonski era un joven de talla media, muy agraciado, de enérgico rostro, rasgos secos y muy acentuados. Todo en él era un vivo contraste con su pequeña esposa, llena de vida, desde su mirada cansada y aburrida hasta su paso lento y uniforme. Parecía conocer a todas las personas reunidas en el salón, y esto le fastidiaba tanto que hasta le resultaba muy aburrido mirarlas y escucharlas. De todos aquellos rostros, el que más tedio parecía producirle era el de su bonita esposa. Se apartó de ella con una mueca que afeaba su rostro hermoso, besó la mano de Anna Pávlovna y entrecerrando los ojos miró a los demás.

—Vous vous enrôlez pour la guerre, mon prince?—**[34]** le preguntó Anna Pávlovna.

—Le général Koutouzoff— dijo Bolkonski, acentuando a la manera francesa la última sílaba *zoff* —a bien voulu de moi pour aide-de-camp… **[35]**

—Et Lise, votre femme?

—Irá al campo.

—¿No le parece un pecado privarnos de la presencia de su preciosa esposa?

—André— dijo Lisa, hablando a su marido con el mismo tono mimoso con que se dirigía a los extraños, —¡si supieses qué historia nos ha contado el vizconde sobre mademoiselle George y Bonaparte!

El príncipe Andréi entornó los ojos y se apartó. Pierre, que desde la entrada del príncipe Andréi no había apartado de él su mirada sonriente y amistosa, se acercó y lo cogió del brazo. El príncipe, sin volverse, contrajo el rostro en una mueca que expresaba descontento hacia quien lo sujetaba

del brazo, pero al ver el rostro sonriente de Pierre le correspondió con una sonrisa inesperadamente bondadosa y agradable.

—¡Cómo! ¿También tú en el gran mundo?…— le dijo.

—Sabía que iba usted a venir— contestó Pierre; y añadió en voz baja, para no molestar al vizconde, que proseguía con su relato: —Iré a su casa a cenar. ¿Puedo?

—No, no puedes— dijo el príncipe Andréi, riendo y apretándole la mano, para darle a entender que eso no debía preguntarse. Quería añadir algo, pero en aquel instante el príncipe Vasili se levantó con su hija y los hombres se pusieron en pie para dejarles paso.

—Me perdonará usted, querido vizconde— dijo el príncipe Vasili al francés, tirándole cariñosamente de la manga hacia la silla para que no se levantara. Esa desdichada fiesta del embajador me priva de un placer y lo interrumpe— y volviéndose a Anna Pávlovna: —Siento mucho abandonar tan atractiva velada.

Su hija, la princesa Elena, sosteniendo apenas la cola del vestido, se deslizó entre las sillas y la sonrisa iluminó aún más su precioso rostro. Cuando pasó delante de Pierre, él la miró con ojos casi asustados y entusiastas.

—Es bellísima— dijo el príncipe Andréi.

—Bellísima— repitió Pierre.

Al pasar a su lado, el príncipe Vasili tomó la mano de Pierre y volviéndose a Anna Pávlovna dijo:

—Domestíqueme a este oso. Hace ya un mes que vive conmigo y es la primera vez que lo veo en sociedad; nada hay más necesario para un joven que la compañía de mujeres inteligentes.

IV

Anna Pávlovna, sonriendo, prometió ocuparse de Pierre, quien, como ella sabía, era pariente del príncipe Vasili por línea paterna.

La señora de mediana edad sentada junto a *ma tante* se levantó rápidamente y fue al encuentro del príncipe Vasili, alcanzándolo en el vestíbulo. Su rostro no expresaba ahora la simulación de un interés inexistente: aquella faz bondadosa, en la cual habían dejado su huella las lágrimas, denotaba tan sólo inquietud y temor.

—Príncipe, ¿qué me dice de mi Borís?— le preguntó cuando estuvo cerca (pronunciaba Borís con un especial acento sobre la o). —No puedo permanecer más tiempo en San Petersburgo. Dígame qué noticias puedo llevar a mi pobre hijo.

Aunque el príncipe Vasili la escuchaba forzadamente, casi con descortesía, dando muestras de impaciencia la señora le sonreía con ternura y de modo conmovedor. Lo sujetaba del brazo, como para evitar que se marchase.

—Bastaría una palabra suya al Emperador para que mi hijo entrara de inmediato en la Guardia.

—Créame que haré todo lo posible, princesa— respondió el príncipe Vasili, —pero me resulta difícil pedírselo al Emperador; le aconsejaría que se dirigiera a Rumiántsev por medio del príncipe Golitsin; eso será lo más sensato.

La señora de mediana edad era la princesa Drubetskaia, perteneciente a una de las mejores familias de Rusia, pero era pobre, permanecía retirada de la sociedad desde hacía mucho tiempo y había perdido sus antiguas amistades. Había acudido en aquella ocasión sólo para obtener un

nombramiento en la Guardia para su único hijo. Con el exclusivo fin de encontrar al príncipe Vasili hizo el esfuerzo de asistir a la velada de Anna Pávlovna, y sólo por eso había escuchado la historia del vizconde. Se asustó al oír las palabras del príncipe. Su rostro, bello en otro tiempo, reflejó la cólera por un instante; pero no duró mucho. Una vez más sonrió y sujetó con mayor fuerza el brazo del príncipe.

—Escuche, príncipe— le dijo, —nunca le pedí nada, ni volveré a pedirle nada más; no le he recordado la amistad con que lo distinguió mi padre. Mas ahora, en nombre de Dios, lo conjuro a que lo haga por mi hijo y lo consideraré mi bienhechor— añadió apresuradamente. —No, no se enfade, prométamelo. Me he dirigido ya a Golitsin y se ha negado. Soyez le bon enfant que vous avez été—[36] concluyó, esforzándose por sonreír, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

—Llegaremos tarde, papá— dijo la princesa Elena, que esperaba a la puerta volviendo su preciosa cabeza sobre aquellos hombros de hermosura clásica.

La influencia en el mundo es un capital que se debe custodiar para que no se nos vaya de las manos. Lo sabía bien el príncipe Vasili y comprendía que si intercedía en favor de todos cuantos se lo solicitaban acabaría por no solicitar nada para sí. Esto lo forzaba a usar muy rara vez de su propia influencia. Pero en el caso de la princesa Drubetskaia, después de la última exhortación, sintió como un remordimiento de conciencia. Le había recordado la verdad: sus primeros pasos en la carrera los debía al padre de aquella dama. Por otra parte, adivinaba en su modo de actuar que era una de esas mujeres, sobre todo si son madres, que cuando se empeñan en algo no renuncian a su idea hasta verla realizada y, en caso contrario, están prontas a volver a la carga cada día y en todas las ocasiones, llegando a promover escenas. Esta última consideración lo hizo vacilar.

—Chère Anna Mijáilovna— dijo con la acostumbrada familiaridad y con cierto dejo de tedio en la voz, —me es casi imposible hacer lo que pide, pero para probarle lo mucho que la quiero y el respeto que guardo a la memoria siempre viva de su padre, haré lo imposible. Su hijo pasará a la Guardia. Deme la mano. ¿Está contenta?

—¡Amigo mío, mi bienhechor! No esperaba otra cosa de usted, sabiendo lo bueno que es— el príncipe intentó marcharse. —Espere, dos palabras… une fois passé aux Gardes…—[37] se detuvo un instante; —usted tiene buenas relaciones con Mijaíl Ilariónovich Kutúzov, recomiéndele a Borís como ayudante de campo. Entonces estaré tranquila y…

El príncipe Vasili sonrió.

—Eso no se lo prometo. Ignora cómo asedian a Kutúzov desde que fue nombrado comandante en jefe del Ejército. Él mismo me ha dicho que todas las damas de Moscú se han confabulado para darle a sus hijos como ayudantes de campo.

—Prométamelo; no lo dejaré marchar, mi querido bienhechor.

—Papá— repitió con el mismo tono la bella hija, —que llegamos tarde.

—Bueno, au revoir, adiós. Ya ve…

—Entonces, ¿hará la recomendación al Emperador mañana mismo?

—Desde luego; pero lo de Kutúzov no se lo prometo.

—No, prométamelo, prométamelo, Basile— dijo ya a sus espaldas Anna Mijáilovna con una sonrisa de joven coqueta que debió de serle habitual en otros tiempos pero que ahora no cuadraba con su rostro fatigado.

Olvidaba evidentemente su edad y ponía en juego, por pura costumbre, todos sus antiguos recursos femeninos. Apenas hubo salido el príncipe, su rostro recobró la misma expresión fría y fingida de antes. Volvió al círculo donde el vizconde proseguía sus relatos. Y simuló de nuevo escucharlo, esperando la ocasión de marcharse, porque el motivo de su venida ya estaba cumplido.

Anna Pávlovna decía:

—¿Y qué piensa de esa última comedia du sacré de Milán? Et la nouvelle comédie des peuples de Genes et de Lucques, qui viennent présenter leur voeux a M. Buonaparte? M. Buonaparte assis sur un trône, et exauçant les voeux des nations! Adorable! Non, mais c'est à en devenir folle! On dirait que le monde entier a perdu la tête.[38]

El príncipe Andréi sonrió irónico, mirando fijamente a Anna Pávlovna.

—"Dieu me la donne, gare à qui la touche"— dijo (palabras de Bonaparte en el momento de su coronación). —On dit qu'il a été tres beau

en prononçant ces paroles—[39] añadió; y las repitió en italiano: —“Dio mi la donna, guai a chi la tocca.”

—J’espére enfin— continuó Anna Pávlovna —que ça a été la goutte d’eau qui fera déborder le verre. Les souverains ne peuvent plus supporter cet homme, qui menace tout.[40]

—Les souverains? Je ne parle pas de la Russie— dijo desolado y cortésmente el vizconde. —Les souverains, madame! Qu’ont-ils fait pour Louis XVI, pour la reine, pour Madame Elisabeth? Rien— prosiguió animándose. —Et croyez-moi, ils subissent la punition pour leur trahison de la cause des Bourbons. Les souverains? Ils envoient des ambassadeurs complimenter l’usurpateur.[41]

Y con un suspiro de menosprecio cambió de postura. El príncipe Hipólito, que desde hacía tiempo observaba al vizconde a través de los impertinentes, se volvió en ese instante hacia la pequeña princesa y le pidió una aguja, para mostrarle, dibujándolo sobre la mesa, el escudo de los Condé. Gravemente, le fue explicando aquel escudo, como si ella se lo hubiese preguntado.

—Bâton de gueules, engrêlé de gueules d’azur; maison Condé—[42] dijo.

La princesa escuchaba sonriendo.

—Si Bonaparte continúa un año más en el trono de Francia— siguió el vizconde con el aire de un hombre que no escucha a los demás, sino que, en un asunto que conoce mejor que nadie, sigue únicamente el curso de las propias ideas, —las cosas llegarán demasiado lejos. Con la intriga, la violencia, el destierro, las ejecuciones, la sociedad —hablo de la buena sociedad francesa— quedará destruida para siempre, y entonces…

Alzó los hombros y abrió los brazos. Pierre quiso decir algo, porque la conversación le interesaba, pero la vigilante Anna Pávlovna se lo impidió.

—El emperador Alejandro— dijo con la tristeza con que siempre acompañaba sus palabras al hablar de la familia imperial —ha declarado que dejará que los franceses elijan su forma de gobierno. Y yo creo sin dudar que toda la nación, liberada del usurpador, se echará en brazos del rey legítimo— añadió, procurando ser amable con el emigrado realista.

—Lo dudo— dijo el príncipe Andréi. —Monsieur le vicomte cree, y con toda razón, que las cosas han llegado ya demasiado lejos. Pienso que será difícil volver al pasado.

—Por cuanto he oído— dijo Pierre ruborizándose e interviniendo de nuevo en la conversación, —casi toda la nobleza se ha puesto de parte de Napoleón.

—Son los bonapartistas quienes lo dicen— repuso el vizconde, sin mirar a Pierre. —Ahora es difícil conocer la opinión social de Francia.

—Buonaparte l'a dit—[43] objetó el príncipe Andréi con una sonrisa. (Era evidente que el vizconde no le gustaba y, aun cuando no lo mirase, sus palabras iban dirigidas contra él.) —"Je leur ai montré le chemin de la glorie— añadió tras un breve silencio, repitiendo las palabras de Napoleón. —Ils n'en ont pas voulu; je leur ai ouvert mes antichambres, ils se sont précipités en foule…" Je ne sais pas à quel point il a eu le droit de le dire.[44]

—Aucun—[45] respondió el vizconde. —Después del asesinato del duque, hasta los hombres más parciales dejaron de ver en él a un héroe. Si même ç'a été un héros pour certaines gens— prosiguió, volviéndose a Anna Pávlovna, —depuis l'assassinat du duc il y a un martyr de plus dans le ciel, un héros de moins sur la terre.[46]

Todavía no habían tenido tiempo Anna Pávlovna y los demás de apreciar con una sonrisa las palabras del vizconde cuando Pierre irrumpió de nuevo en la conversación. Anna Pávlovna, aun previendo que el joven iba a decir algo incorrecto, ya no pudo contenerlo.

—La ejecución del duque de Enghien— dijo Pierre —era una necesidad de Estado; donde yo veo grandeza de ánimo es precisamente en el hecho de que Napoleón no haya tenido el temor de cargar, él solo, con toda la responsabilidad.

—Dieu! Mon Dieu!— murmuró aterrorizada Anna Pávlovna.

—Comment, monsieur Pierre, vous trouvez que l'assassinat est grandeur d'âme?—[47] dijo la pequeña princesa sonriendo y acercando hacia sí su labor.

—¡Ah! ¡Oh!— exclamaron varias voces.

—Capital!— dijo en inglés el príncipe Hipólito, dándose unos golpes en la rodilla con la palma de la mano. El vizconde se limitó a encogerse de hombros.

Pierre miraba triunfalmente a los oyentes por encima de sus anteojos.

—Digo eso— prosiguió con desesperada decisión —porque los Borbones han huido de la revolución dejando al pueblo entregado a la anarquía; sólo Napoleón supo comprender la revolución y vencerla. Por eso, y por el bien común, no podía detenerse ante la vida de un solo hombre.

—¿No quiere pasar a esa otra mesa?— dijo Anna Pávlovna.

Pero, sin contestar, Pierre continuó su discurso, cada vez más animado.

—Sí, Napoleón es grande porque supo ponerse por encima de la revolución, reprimiendo sus abusos y tomando cuanto tenía de bueno: la igualdad de los ciudadanos, la libertad de palabra y de prensa, y tan sólo por eso conquistó el poder.

—Así sería si al tomar el poder, sin valerse del asesinato, lo hubiera devuelto al rey legítimo— dijo el vizconde; —entonces yo lo llamaría gran hombre.

—No podía hacerlo. El pueblo le dio el poder para que lo librara de los Borbones y porque veía en él a un gran hombre. La revolución fue una gran empresa— continuó Pierre, mostrando con estos conceptos audaces y provocadores su extrema juventud y el deseo de expresar lo más rápidamente posible todo cuanto pensaba.

—¿La revolución y el regicidio una gran empresa?… Después de esto… Pero ¿no queréis pasar a la otra mesa?— repitió Anna Pávlovna.

—Contrat social!— dijo, con apacible sonrisa, el vizconde.

—No hablo del regicidio. Hablo de las ideas.

—Sí, las ideas de saqueo, de matanzas y regicidio— interrumpió de nuevo la voz irónica.

—Excesos fueron, sin duda. Pero la revolución no consiste sólo en eso. Lo importante son los derechos del hombre, la desaparición de los prejuicios, la igualdad de los ciudadanos. Y Napoleón ha conservado en su integridad estas ideas.

—Libertad e igualdad— dijo desdeñosamente el vizconde como decidiéndose por fin a demostrar al joven la simpleza de sus palabras —son palabras altisonantes en entredicho desde hace mucho tiempo. ¿Quién no ama la libertad y la igualdad? Nuestro Salvador predicaba la libertad y la igualdad. ¿Es que después de la revolución los hombres son más felices? Al contrario. Nosotros queríamos la libertad y Bonaparte la ha destruido.

El príncipe Andréi miraba sonriente, ya a Pierre, ya al vizconde, ya a la dueña de la casa. En un principio, Anna Pávlovna, a pesar de sus hábitos sociales, quedó aterrada ante las acometidas de Pierre, pero cuando vio que a despecho de esas sacrílegas palabras el vizconde no se enfurecía, y cuando se convenció de que no era posible modificar lo dicho, cobró ánimos y decidió hacer frente común con el vizconde y atacar a Pierre.

—Mais, mon cher monsieur Pierre—**[48]** dijo, —¿cómo califica de grande a un hombre que ha hecho matar al duque, no ya como duque, sino como persona, sin culpa y sin formación de causa?

—Yo le preguntaría— añadió el vizconde —cómo explica monsieur el 18 de Brumario. ¿No es, acaso, un engaño? C'est un escamotage qui ne ressemble nullement à la maniere d'agir d'un grand homme.**[49]**

—¿Y los prisioneros de África a los que hizo matar?— dijo la pequeña princesa. —¡Es horrible!— y se encogió de hombros.

—C'est un roturier, vous aurez beau dire—**[50]** sentenció el príncipe Hipólito.

Pierre no sabía a quién responder; miraba a todos sonriente. Pero su sonrisa no era semejante a la de los demás hombres, que se funde con algo distinto de la sonrisa. Por el contrario, cuando él sonreía, desaparecía la expresión seria y un tanto huraña de su rostro dando lugar a otra infantil y bondadosa, quizá un poco ingenua, que parecía pedir perdón.

El vizconde, que lo veía por primera vez, comprendió que aquel jacobino no era tan terrible como sus palabras.

Todos guardaban silencio.

—¿Cómo quieren ustedes que conteste a todos a la vez?— comentó el príncipe Andréi. —Además, en los actos de un hombre de Estado hay que diferenciar entre los del hombre privado, los del jefe militar y los del Emperador. Así me lo parece.

—Desde luego, desde luego— dijo Pierre, alegrándose por la ayuda prestada.

—No puede negarse— prosiguió el príncipe Andréi —que Napoleón, como hombre, fue muy grande en el puente de Arcola y en el hospital de Jaffa, donde estrechó la mano de los apestados, pero… hay otros actos que difícilmente pueden justificarse.

El príncipe Andréi, que evidentemente había querido dulcificar las impertinencias de Pierre, se levantó para salir e hizo una señal a su esposa.

En eso, el príncipe Hipólito se puso en pie, detuvo a todos, les rogó con un ademán que se sentaran y dijo:

—Ah! Aujourd'hui on m'a raconté une charmante anecdote moscovite; il faut que je vous en régale. Vous m'excusez, vicomte, il faut que je la raconte en russe. Autrement on ne sentira pas le sel de l'histoire.[51]

Y el príncipe Hipólito se puso a hablar en ruso, con el acento de los franceses que han pasado un año en Rusia. Y tanta era la vivacidad e insistencia con que solicitaba atención que todos se detuvieron.

—En Moscú hay una señora muy avara, une dame. Tenían que seguirla dos valets de pied[52] tras la carroza, y ambos de buena estatura; así le gustaba. También tenía una femme de chambre todavía más alta. Dijo…

Aquí el príncipe Hipólito se paró a pensar; se veía que tropezaba con dificultades.

—Dijo… sí, dijo: "Muchacha (à la femme de chambre), ponte la livrée y sigue tras la carroza faire des visites".[53]

El príncipe Hipólito rompió en este punto en una carcajada antes de que sus oyentes encontraran motivos de reírse, lo que produjo una impresión desfavorable para el narrador. A pesar de todo, algunas personas —y entre ellas la señora de edad y Anna Pávlovna— sonrieron.

—Salió la dama. De pronto se alzó mucha ventolera y la muchacha perdió su sombrero. Sus cabellos largos se despeinaron…

No pudo contenerse más y terminó entre risas convulsas:

—Y todos lo supieron…

Así concluyó la anécdota. Y aun cuando nadie comprendía por qué había de contarla precisamente en ruso, Anna Pávlovna y los demás apreciaron el tacto mundano del príncipe Hipólito, quien puso un final grato a las desagradables y poco amables opiniones de Pierre. Las conversaciones, después de la anécdota, se redujeron a breves y dispersos comentarios sobre el baile o espectáculo pasado y futuro, y sobre el lugar y día en que volverían a verse.

V

Los invitados comenzaron a retirarse, agradeciendo a Anna Pávlovna *la charmante soirée.*

Pierre era desmañado, grueso, de una estatura superior a la corriente, ancho, con enormes manos rojas; no sabía entrar en un salón y menos salir de él, no sabía decir unas palabras especialmente amables antes de despedirse. Además, era distraído. Al levantarse tomó, confundiéndolo con su sombrero, el emplumado tricornio de un general y lo retuvo, tirando de las plumas, hasta que su dueño le rogó que se lo devolviera. Pero estas distracciones y el no saber cómo entrar en un salón ni comportarse en él estaban compensados en Pierre por su expresión de bondad, sencillez y modestia. Anna Pávlovna se volvió hacia él para expresarle con cristiana dulzura su perdón por las opiniones expresadas y lo despidió diciendo:

—Espero que volvamos a vernos y también que modifique sus ideas, querido monsieur Pierre.

Pierre no respondió palabra, se inclinó y mostró a todos su sonrisa que nada quería decir, o tal vez expresaba que “las opiniones son opiniones, pero todos veis que soy un excelente y simpático muchacho”. Y todos, hasta Anna Pávlovna, lo comprendieron aun contra su voluntad.

El príncipe Andréi salió al vestíbulo. Mientras ofrecía los hombros al lacayo que le ponía la capa, escuchaba con indiferencia las bromas de su mujer y el príncipe Hipólito, que salían también. El príncipe Hipólito estaba junto a la bonita princesa encinta y la miraba con insistencia a través de sus impertinentes.

—Retírese, Annette, que puede resfriarse— dijo la pequeña princesa despidiéndose de Anna Pávlovna. —C’est arrêté—[54] añadió en voz baja.

Anna Pávlovna había logrado hablar con Lisa de su proyecto de matrimonio entre Anatole y la cuñada de la pequeña princesa.

—Cuento con usted, querida— dijo Anna Pávlovna también en voz baja. —Escríbale y ya me dirá comment le père envisagera la chose. Au revoir—[55] y abandonó el vestíbulo.

El príncipe Hipólito se acercó a la pequeña princesa, e inclinando el rostro hasta acercarlo al de ella, susurró algunas palabras.

Dos lacayos, el suyo y el de la princesa, esperaban, con un abrigo y un chal, a que terminaran de hablar y escuchaban la conversación en francés, incomprensible para ellos, como si la entendieran, pero sin querer demostrarlo. Como siempre, la princesa hablaba sin dejar de sonreír y escuchaba riendo.

—Estoy contento de no haber ido a la fiesta del embajador— decía el príncipe Hipólito. —Son aburridísimas… Brillante velada, ¿verdad?

—Dicen que el baile resultará precioso— replicó la princesa, alzando su labio superior ligeramente sombreado por el vello. —Estarán las damas más bellas de la *sociedad.*

—No todas, puesto que no estará usted, no todas— dijo el príncipe Hipólito, riendo alegremente; después, tomando el chal de manos del lacayo, se lo puso él mismo a la princesa.

Por distracción o voluntariamente (nadie podría saberlo) prolongó durante algún tiempo aquel gesto, sin retirar sus manos después de colocarle el chal: parecía que la estaba abrazando.

La princesa se apartó con gracia sin dejar de sonreír, se volvió y miró a su marido. El príncipe Andréi tenía los ojos entornados: parecía cansado y somnoliento.

—¿Ya está usted dispuesta?— preguntó a su mujer, envolviéndola por entero con su mirada.

El príncipe Hipólito se puso rápidamente el abrigo, que según la moda de entonces le llegaba hasta los talones, entorpeciéndolo, y bajó corriendo la escalera, tras la princesa, a la que un lacayo ayudaba a subir al carruaje.

—Princesse, au revoir— gritó, tropezando con las palabras lo mismo que con los pies.

La princesa, recogiendo el vestido, se perdió en la oscuridad de la carroza; su marido se ajustó el sable. El príncipe Hipólito, con el pretexto de ayudar, molestaba a todos.

—¿Me permite, señor?— dijo con tono desabrido el príncipe Andréi, dirigiéndose en ruso al príncipe Hipólito, que le impedía el paso.

—Te espero, Pierre— añadió después, la misma voz pero afable y cariñosa.

El cochero tiró de las riendas y el carruaje se puso en movimiento. El príncipe Hipólito reía convulsionadamente en el zaguán esperando al vizconde, a quien había prometido llevar a su casa.

—Eh bien, mon cher, votre petite princesse est très bien, très bien— dijo el vizconde, acomodándose en el coche. —Mais très bien— y se besó las puntas de los dedos. —Et tout à fait française.[56]

Hipólito resopló y se echó a reír.

—Et savez-vous que vous êtes terrible avec votre petit air innocent— continuó el vizconde. —Je plains le pauvre mari, ce petit officier, qui se donne des airs de prince régnant.[57]

Hipólito volvió a resoplar y dijo sin dejar de reír:

—Et vous disiez que les dames russes ne valaient pas les dames françaises. Il faut savoir s'y prendre.[58]

Pierre, que había llegado el primero, entró en el despacho del príncipe Andréi como persona de confianza y en seguida, como tenía por costumbre, se tumbó en el diván, tomó de la estantería el primer libro que le vino a mano (eran los *Comentarios* de César), lo abrió por la mitad y, apoyándose en los codos, se puso a leer.

—¿Qué has hecho con mademoiselle Scherer? ¡Seguro que acabará por ponerse enferma de veras!— dijo el príncipe Andréi, entrando en el despacho al tiempo que frotaba sus manos blancas y delicadas.

Pierre se volvió con tanta brusquedad que hizo crujir el diván; miró alegremente al príncipe Andréi, sonrió y agitó la mano.

—No; el abate era interesantísimo, pero no comprende debidamente las cosas… Creo que la paz perpetua es posible, pero no sé cómo decirlo…, en todo caso, no mediante el equilibrio político…

Era evidente que al príncipe Andréi no le interesaba demasiado aquella conversación abstracta.

—Mon cher, no se puede decir siempre y en todas partes lo que uno piensa. Bien, ¿has decidido algo? ¿Entrarás en la caballería o serás diplomático?— preguntó el príncipe tras un instante de silencio.

Pierre se sentó en el diván, sobre sus piernas dobladas.

—Puede creerme que todavía no lo sé: ninguna de las dos cosas me gusta.

—Pero tendrás que decidirte a algo. Tu padre lo espera.

Pierre había sido enviado al extranjero a los diez años, acompañado de un abate como preceptor; allí permaneció hasta los veinte; y a su vuelta a Moscú, su padre licenció al abate y dijo al joven: "Ahora vete a San Petersburgo, mira bien y escoge: lo aceptaré todo; aquí tienes una carta para el príncipe Vasili y dinero; escríbeme con detalle y te ayudaré en lo que sea". Pierre llevaba tres meses eligiendo carrera, pero no se decidía por ninguna. De esta elección le hablaba ahora el príncipe Andréi. Pierre se pasó la mano por la frente.

—Pero seguramente es masón— dijo refiriéndose al abate de la velada.

—Todo eso son quimeras— lo atajó de nuevo el príncipe Andréi. —Ahora hablemos de tus asuntos. ¿Has estado en la caballería?

—No, no estuve; pero mire lo que he pensado y de ello quiero hablarle: ahora estamos en guerra contra Napoleón; si se tratara de una guerra por la libertad, lo comprendería y sería el primero en alistarme; pero ayudar a Inglaterra y Austria contra el hombre más grande del mundo… no está bien.

El príncipe Andréi se limitó a encogerse de hombros ante las infantiles palabras de Pierre; quería darle a entender que a semejante necedad no se podía responder. En realidad era difícil responder de otra manera a tan ingenua opinión.

—Si todos hicieran las guerras sólo por convicción, no habría guerras.

—¡Y eso sería admirable!— replicó Pierre.

El príncipe Andréi sonrió.

—Sí, es posible que fuera admirable, pero no ocurrirá jamás…

—Dígame— preguntó Pierre, —¿por qué va usted a la guerra?

—¿Por qué? No lo sé. Es necesario. Además, voy…— se detuvo un instante y prosiguió: —¡Voy porque la vida que llevo aquí no me gusta!

VI

En la estancia vecina se oyó un roce de ropas femeninas. El príncipe Andréi se sobresaltó como si acabara de despertarse y su rostro recobró la expresión que tenía en casa de Anna Pávlovna. Pierre quitó las piernas del diván. La princesa entró en el despacho. Ahora llevaba un vestido de casa, fresco, pero tan elegante como el otro. El príncipe Andréi se levantó y le acercó cortésmente una butaca.

La princesa habló, como siempre, en francés, mientras se acomodaba diligente y presurosa en el sillón.

—Me pregunto con frecuencia por qué no se habrá casado Annette. ¡Qué tontos son todos ustedes, messieurs, de no haberse casado con ella! Perdonen, pero no tienen ni idea de las mujeres… ¡Qué pasión tiene usted por las discusiones, monsieur Pierre!

—Sí, y hasta con su marido no hago más que discutir. No entiendo sus deseos de ir a la guerra— dijo Pierre, dirigiéndose a la princesa sin estar cohibido (como sucede de ordinario a los hombres jóvenes al hablar a una mujer igualmente joven).

La princesa se sobresaltó. Las palabras de Pierre, evidentemente, la tocaban en lo más vivo.

—¡Yo me pregunto lo mismo!— dijo. —No puedo comprender por qué los hombres son incapaces de vivir sin guerra. ¿Y por qué nosotras, las mujeres, no queremos nada ni necesitamos nada? Pues bien, juzgue usted mismo; yo siempre se lo digo… Aquí Andréi es ayudante de campo del tío; tiene una brillante posición, como ninguna otra; todos lo conocen y aprecian. Precisamente estos días, en casa de los Apraksin, oí decir a una señora: "¿Es ése el famoso príncipe Andréi?". Ma parole d'honneur[59]— y

se echó a reír. —Se lo recibe bien en todas partes. ¡Puede llegar, fácilmente, a ser ayudante de campo del Emperador! Su Majestad le habla con mucha deferencia. Annette comentó conmigo que sería facilísimo conseguirlo. ¿Qué le parece?

Pierre miró al príncipe Andréi y, comprendiendo que la conversación no le agradaba, se abstuvo de responder.

—¿Cuándo se va?— preguntó.

—Ah! ne me parlez pas de ce départ, ne m'en parlez pas. Je ne veux pas en entendre parler—[60] dijo la princesa con el tono caprichoso y coquetón con el cual hablaba al príncipe Hipólito en el salón y que desentonaba en aquel círculo familiar en el que Pierre parecía ser un miembro más.

—Hoy, pensando que debo interrumpir todas esas relaciones tan agradables… Y, además, ¿sabes, Andréi?— la princesa hizo una seña significativa a su marido, —j'ai peur, j'ai peur murmuró, estremeciéndose.

El marido la miró como si estuviera asombrado al advertir que, además de Pierre, hubiera otra persona en la estancia, y con fría deferencia preguntó a su mujer:

—¿De qué tienes miedo, Lisa? No comprendo…

—¡Qué egoístas sois todos los hombres! ¡Todos, todos sois egoístas! Me abandona por un capricho, Dios sabe por qué, y quiere confinarme sola en el campo.

—Con mi padre y mi hermana, no lo olvides— dijo en voz baja el príncipe Andréi.

—Es lo mismo, sola, sin *mis amigos*… Y quiere que no tenga miedo.

El tono de su voz se había hecho gruñón y el corto labio, al levantarse, no comunicaba ya al rostro su acostumbrada expresión sonriente; era más bien la expresión de una bestezuela, de una ardilla. La princesa guardó silencio, como si encontrara inconveniente hablar de su embarazo delante de Pierre, cuando precisamente alrededor de eso giraba todo…

—Sigo sin comprender de quoi vous avez peur[61]— dijo lentamente el príncipe, sin apartar los ojos de su esposa.

La princesa enrojeció, agitando desesperadamente los brazos.

—Non, Andréi, je dis que vous avez tellement, tellement changé…[62]

—Tu doctor te tiene ordenado que te acuestes temprano— cortó el príncipe Andréi; —harías bien en irte a dormir.

La princesa no respondió nada; se estremeció de pronto su labio sombreado de vello; el príncipe Andréi se levantó y, encogiéndose de hombros, se paseó por el despacho.

Pierre, asombrado, miraba con ingenuidad por encima de sus lentes, ya al príncipe, ya a su mujer; a punto estuvo de levantarse, pero reflexionó y permaneció sentado.

—¿Qué me importa que esté aquí monsieur Pierre?— dijo de improviso la pequeña princesa, y su bonito rostro se contrajo, de pronto, en una mueca lacrimosa. —Hace mucho tiempo que quería preguntártelo, Andréi: ¿por qué has cambiado tanto conmigo? ¿Qué te hice? Te vas a la guerra y no te compadeces de mí. ¿Por qué?

—¡Lisa!— se limitó a decir el príncipe Andréi. En esa palabra había a un tiempo súplica, amenaza y sobre todo la certidumbre de que ella misma se arrepentiría de lo dicho.

Pero la princesa prosiguió precipitadamente:

—Me tratas como a un enfermo o a un niño. Lo veo todo. ¿Eras así hace seis meses?

—Lisa, te ruego que no sigas— dijo el príncipe con tono aún más expresivo.

Pierre, cada vez más nervioso a lo largo de esa conversación, se levantó y se acercó a la princesa. Parecía no poder soportar la vista de las lágrimas y encontrarse a punto de llorar también.

—Cálmese, princesa. Le aseguro que estas cosas no son más que aprensiones suyas, pero… yo sé… porque… porque… Pero, perdóneme: los extraños sobran… Cálmese… Adiós…

El príncipe Andréi lo detuvo, sujetándolo por el brazo.

—No, espera, Pierre. La princesa es tan amable que no me privará del placer de una velada contigo.

—No piensa más que en sí mismo— dijo la princesa sin contener unas lágrimas de cólera.

—¡Lisa!— exclamó el príncipe Andréi secamente; el tono de su voz hacía comprender que su paciencia se había agotado.

De pronto el enfado, esa semejanza con la ardilla en el lindo rostro de la princesa, se transformó en una expresión de temor que suscitaba sentimientos de piedad y conmiseración; con sus bellos ojos miró de reojo a su marido y su rostro reflejó la humillada y tímida actitud de un perro que agita con rapidez, pero débilmente, el rabo entre sus patas.

—Mon Dieu, mon Dieu!— dijo, y sujetando con una mano el pliegue del vestido se acercó al marido y lo besó en la frente.

—Bonsoir, Lise— dijo el príncipe Andréi levantándose y besando cortésmente su mano, como a una desconocida.

Ambos amigos permanecieron silenciosos. Ni uno ni otro comenzaba la conversación. Pierre miraba al príncipe Andréi, que se frotaba la frente con su pequeña mano.

—Vamos a cenar— dijo con un suspiro, levantándose y dirigiéndose hacia la puerta.

Entraron en el comedor, arreglado con muebles nuevos, suntuosos y elegantes. Todo, desde la mantelería hasta el servicio de plata, las porcelanas y la cristalería, tenía ese aspecto de nuevo tan frecuente en los hogares de los recién casados. Mediada la cena, el príncipe Andréi se apoyó con los codos en la mesa; denotaba una nerviosa irritación que Pierre nunca había observado en él y, como hombre que desde hace tiempo tiene algo clavado en el corazón y se decide por fin a desahogarse, dijo:

—No te cases nunca, nunca, amigo mío; te lo aconsejo. No te cases antes de que puedas decirte a ti mismo que has hecho todo lo posible por dejar de amar a la mujer escogida antes de verla tal como es; de otro modo, te equivocarás cruelmente, sin remedio… Cásate sólo cuando seas un viejo inútil… De lo contrario, morirá cuanto en ti haya de bueno y de noble; todo se dispersará en menudencias sin importancia. ¡Sí, sí, sí! No me mires con tanto asombro. Si ambicionas hacer algo en el porvenir, a cada paso te darás cuenta de que todo ha terminado para ti, que está cerrado, excepto el salón donde te verás a la altura de un lacayo de corte y de un idiota… Pero ¡a qué hablar!…— y agitó la mano con energía.

Pierre se quitó los anteojos, lo que cambió su rostro, que reflejaba todavía más bondad, y miró atónito al amigo.

—Mi esposa— continuó el príncipe Andréi —es una mujer excelente: una de esas raras mujeres con las que no peligra el honor de uno; pero, Dios mío, ¿qué no daría yo ahora por estar soltero? Eres la primera persona y el único a quien digo esto, y lo hago porque te quiero.

Al hablar así, el príncipe Andréi se parecía aún menos al Bolkonski de antes, arrellanado en los sillones de Anna Pávlovna, diciendo, entre dientes y con los ojos entornados, frases en francés. Ahora cada músculo de su enjuto rostro vibraba de nerviosa agitación y los ojos, antes apáticos e indiferentes, irradiaban vivísima luz. Era evidente que cuanto más displicente parecía en su vida cotidiana, mayor energía mostraba en los momentos de irritación.

—Tú no alcanzas a comprender por qué hablo así— prosiguió—, y sin embargo es la historia entera de la vida. Hablabas de Bonaparte y de su carrera— añadió, aunque Pierre no se había referido a Bonaparte. —Hablabas de Bonaparte, pero cuando Bonaparte trabajaba, cuando avanzaba paso a paso hacia su meta, era libre y no tenía delante otra cosa que su objetivo, y lo alcanzó. Pero en cuanto te atas a una mujer, entonces pierdes toda libertad, como un preso atado a sus cadenas. Cuanto hay en ti de esperanza y de energía te oprime, y el arrepentimiento te atormenta. Recepciones, chismes, bailes, vanidades, nulidad; he aquí el círculo vicioso del que yo no puedo salir. Ahora parto para la guerra, para la mayor guerra que nunca haya existido, y no sé nada, no sirvo para nada. Je suis très aimable et tres caustique[63]— prosiguió el príncipe Andréi —y en casa de Anna Pávlovna me escuchan. Y esta necia sociedad, sin la cual no puede vivir mi esposa, esas mujeres… ¡Si tú pudieras saber cómo son toutes les femmes distinguées y, en general, todas las mujeres! Tiene razón mi padre: el egoísmo, la vanidad, la estupidez, la nulidad en todo, aquí tienes a las mujeres cuando se muestran como son en realidad. Cuando se las ve en sociedad parece que valen algo, pero, en verdad, no valen nada, nada, nada. No te cases, amigo mío, no te cases— concluyó el príncipe.

—Me parece absurdo— dijo Pierre —que usted se considere a sí mismo un incapaz y crea fracasada su vida. Todo lo tiene por delante. Y usted…

No terminó la frase, pero su voz indicaba en qué consideración tenía al amigo y cuánto esperaba de él en el futuro.

"¿Cómo puede hablar así?", pensaba Pierre. El príncipe Andréi era para él un modelo de todas las perfecciones, precisamente porque en su persona se reunían en su más alto grado todas las cualidades que le faltaban a él y que podían resumirse en este concepto: fuerza de voluntad. Pierre había admirado siempre las aptitudes del príncipe Andréi, su tranquila manera de tratar a los hombres de toda condición, su extraordinaria memoria y lo mucho que había leído (leía todo, lo sabía todo y tenía una idea de todas las cosas) y principalmente su facilidad para entregarse al trabajo y aprender. Y si en ocasiones llamaba su atención la incapacidad del príncipe para la filosofía idealista (por la cual sentía Pierre especial inclinación), eso no le parecía un defecto, sino una fuerza.

En las mejores relaciones, aun las más amistosas y sencillas, el halago y la alabanza son tan necesarios como la grasa en el eje de las ruedas para que giren.

—Je suis un homme fini—[64] dijo el príncipe Andréi. —¿Para qué hablar de mí? Hablemos mejor de ti— añadió; y quedó en silencio, sonriendo a sus propias consoladoras ideas.

Instantáneamente, el rostro de Pierre reflejó esa sonrisa.

—¿Para qué hablar de mí?— dijo Pierre, ensanchando sus labios en una sonrisa despreocupada y alegre. —¿Quién soy yo? Je suis un bâtard![65]— enrojeció al decirlo. Había hecho, evidentemente, un gran esfuerzo para pronunciar esa palabra. —Sans nom, sans fortune… En realidad…— pero no terminó la frase. —Ahora soy libre y me siento perfectamente, pero no sé por dónde empezar. Querría, de verdad, pedirle consejo.

El príncipe Andréi lo miró cariñosamente. Pero aun en esa mirada de amistad y afecto prevalecía la conciencia de la propia superioridad.

—Te quiero especialmente porque eres el único ser vivo en todo nuestro mundo. Para ti todo es fácil, puedes escoger lo que quieras, da lo mismo. En todas partes serás bueno, estés donde estés… pero una cosa te digo… deja de ir con Kuraguin y de llevar esa vida. Las orgías y francachelas no van contigo y…

—Que voulez-vous, mon cher—[66] dijo Pierre encogiéndose de hombros—. Les femmes, mon cher, les femmes.

—No comprendo— replicó Andréi. —Les femmes comme il faut es otra cosa, pero las femmes de Kuraguin, les femmes et le vin[67], no lo comprendo.

Pierre vivía en casa del príncipe Vasili Kuraguin y participaba de la vida disoluta de su hijo, Anatole, la vida de aquel a quien, para enderezarlo, querían casar con la hermana del príncipe Andréi.

—¿Sabe?— dijo Pierre, como si espontáneamente le viniera un feliz pensamiento. —En serio, hace tiempo que lo pienso; con esa vida no puedo decidir nada, no puedo reflexionar; sufro dolores de cabeza, carezco de dinero… Me ha invitado hoy, pero no iré.

—Dame tu palabra de honor de que no irás más.

—¡Palabra de honor!

Pasaba de la una cuando Pierre salió de casa de su amigo. Era una clara noche de junio, típica de San Petersburgo. Pierre tomó un coche de punto con intención de ir a su casa, pero cuanto más se acercaba a ella más sentía la imposibilidad de dormir en una noche que antes parecía crepúsculo o amanecer. La vista alcanzaba a lo lejos en las desiertas calles. Ya en el camino, Pierre se acordó de que en casa de Anatole Kuraguin debían reunirse aquella noche sus habituales compañeros de juego, tras lo cual vendría la acostumbrada francachela, que terminaba siempre con una de las diversiones predilectas de Pierre.

“Estaría bien ir a casa de Kuraguin”, pensó. Pero enseguida recordó la palabra de honor, dada al príncipe Andréi, de no frecuentarlo más.

Pero al instante, como les suele pasar a los hombres sin carácter, sintió tan vivos deseos de gozar una vez más de aquella vida depravada, tan bien conocida, que decidió acudir. Y al momento pensó que la palabra empeñada no tenía validez, porque antes de hacer la promesa al príncipe Andréi había dado al príncipe Anatole su palabra de ir con él. “En fin de cuentas— pensó, —todas estas palabras de honor son algo convencional, sin sentido preciso alguno, sobre todo si se considera que mañana mismo se puede

morir uno, o puede ocurrirle algo tan extraordinario que ya no exista nada, ni honor ni deshonor." Semejantes razonamientos, que destruían en él todas las decisiones y todas las suposiciones, eran frecuentes en Pierre. Se encaminó, pues, a casa de Kuraguin.

Pierre dejó el coche cuando llegó al zaguán de la gran casa, con el portal iluminado, donde vivía Kuraguin junto al cuartel de la Guardia Montada; la puerta estaba abierta y siguió adelante. En el vestíbulo no había nadie; todo era una confusión de botellas vacías, capas y chanclos; olía a vino y, a lo lejos, se oía rumor de conversaciones y gritos.

Habían concluido ya el juego y la cena, pero los invitados no se habían marchado aún. Pierre se quitó la capa y entró en la primera sala, donde se hallaban los restos de la cena y un lacayo, creyendo que nadie lo veía, apuraba furtivamente los vasos. De la tercera sala llegaba un gran ruido; risas, gritos de voces conocidas y el gruñido de un oso. Ocho jóvenes trajinaban preocupados junto a la abierta ventana, y otros tres jugaban con un osezno, al que uno de ellos arrastraba con una cadena, atemorizando a los demás.

—¡Apuesto cien rublos por Stievens!— gritaba uno.

—¡Ojo, no hay que sujetarlo!— exclamó otro.

—Yo apuesto por Dólojov— dijo un tercero. —¡Cierra el trato, Kuraguin!

—Dejad ya al oso. Atención a la apuesta.

—Todo de un trago; si no, pierdes— gritó el cuarto.

—¡Yákov, trae una botella, Yákov!— gritó a su vez el dueño de la casa, un joven alto y guapo, quien, con su fina camisa desabrochada, permanecía en medio del grupo. —Señores: ahí está nuestro querido amigo Petrusha— dijo después, volviéndose hacia Pierre.

Otra voz, la de un hombre de mediana estatura y claros ojos azules, cuya firmeza y serenidad eran sorprendentes entre las voces vacilantes por el vino, gritaba desde la ventana:

—Ven aquí, sé el árbitro de la apuesta.

Dólojov era un oficial del regimiento Semiónovski, conocidísimo jugador y espadachín que vivía con Anatole. Pierre sonreía, mirando alegremente en derredor.

—No entiendo nada. ¿De qué se trata?

—Esperad. No está borracho. Venga una botella— dijo Anatole; y tomando un vaso de encima de la mesa se acercó a Pierre.

—Lo primero de todo, bebe.

Pierre vació un vaso tras otro; miraba a los beodos que se agrupaban junto a la ventana prestando oído a su conversación. Anatole seguía sirviéndole vino y le contaba que Dólojov había apostado con un inglés, Stievens, oficial de marina allí presente, que era capaz de vaciar una botella de ron sentado en una ventana del tercer piso, con las piernas fuera.

—¡Bueno! ¡Acaba la botella!— dijo Kuraguin, sirviéndole el último vaso. —Si no, no te dejaré en paz.

—No, no quiero más— dijo Pierre apartando a Anatole, y se acercó a la ventana.

Dólojov sujetaba al inglés del brazo y exponía claramente las condiciones de la apuesta, dirigiéndose sobre todo a Anatole y a Pierre.

Dólojov era un joven de estatura media, cabellos rizados y claros ojos azules. Tendría unos veinticinco años, no usaba bigote, como todos los oficiales de infantería, por lo cual su boca —el rasgo más característico de su rostro— aparecía del todo descubierta. La curvatura sinuosa de sus labios era muy notable; en el centro, el labio superior descendía resueltamente en cono agudo sobre el inferior, mas grueso, y en las comisuras se formaba constantemente algo semejante a dos sonrisas, una a cada lado; todo el conjunto, en especial su mirada firme, atrevida e inteligente, producía tal impresión que difícilmente podía pasar inadvertido su rostro. Dólojov carecía de fortuna, de toda relación social con las altas esferas, pero, aunque Anatole derrochaba miles de rublos, supo, pese a vivir con él, hacerse respetar de tal modo que todos los amigos estimaban más a Dólojov que a Anatole. Dólojov jugaba a todo y ganaba casi siempre. Y aunque bebía en abundancia, jamás perdía la lucidez de su mente. Kuraguin y Dólojov eran entonces dos celebridades en el mundo de los juerguistas disolutos de San Petersburgo.

Se trajo una botella de ron; dos lacayos, aturdidos y asustados, ensordecidos por los gritos y consejos de los señores que los rodeaban,

desmontaban el marco de la ventana, que impedía sentarse en el alféizar exterior.

Anatole, con aire imperioso, se acercó a la ventana. Quería romper algo. Apartó a los lacayos y tiró del marco, que resistió; entonces rompió los cristales.

—A ver tú, forzudo— dijo a Pierre.

Pierre agarró los travesaños de roble, tiró de ellos y los desencajó con gran estruendo.

—Sácalos del todo; si no, pensarán que me sujeto— dijo Dólojov.

—El inglés se jacta… ¿Eh… está bien eso?— decía Anatole.

—Bien— dijo Pierre mirando a Dólojov, quien, con una botella de ron en la mano, se acercaba a la ventana, desde la cual se veía el cielo claro fundido con las luces de la tarde y del amanecer.

Dólojov, con la botella de ron en la mano, saltó a la ventana y gritó a los que estaban en la sala:

—¡Atención!

Todos callaron.

—Apuesto— hablaba en francés para que el inglés lo entendiese, y él no dominaba bien aquella lengua, —apuesto cincuenta imperiales, y cien si quiere— añadió volviéndose al inglés.

—No, cincuenta— dijo éste.

—Bien: cincuenta imperiales a que me beberé toda la botella sin separarla de la boca sentado en la ventana hacia afuera, aquí— se inclinó e indicó un saliente en declive del muro, fuera de la ventana, —y sin sujetarme a nada…, ¿es así?

—Así es— dijo el inglés.

Anatole se volvió al inglés, lo cogió por un botón del frac y, mirándolo desde arriba (el inglés era de baja estatura), le repitió en su idioma las condiciones de la apuesta.

—Espera— gritó Dólojov, golpeando con la botella en la ventana para llamar la atención. —Espera, Kuraguin. Escuchen: si alguno hace lo mismo, le doy cien imperiales. ¿Entendido?

El inglés asintió con la cabeza, sin que se pudiera comprender si tenía o no la intención de aceptar la nueva apuesta. Anatole no soltaba al inglés y,

por más que éste, asintiendo, quisiera hacerle entender que lo había comprendido todo, le fue traduciendo las palabras de Dólojov. Un joven delgado, con uniforme de húsar de la Guardia, que había perdido todo su dinero aquella noche, se encaramó a la ventana, se inclinó y miró hacia abajo.

—¡Oh!… ¡Oh!… ¡Oh!…— exclamó, mirando las losas de la acera.

—¡Quietos todos!— gritó Dólojov; y sacó de la ventana al oficial, quien, tropezando con las espuelas, saltó torpemente al suelo.

Dólojov puso la botella en el alféizar, para poder cogerla con facilidad, y poco a poco, con prudencia, se subió a la ventana. Bajó las piernas y, apoyándose con las manos en los extremos de la ventana, observó el sitio, soltó las manos, se sentó, se movió a derecha e izquierda y tomó la botella. Anatole trajo dos candelabros y los puso en el alféizar, aunque la noche era clarísima. La espalda de Dólojov, con su camisa blanca y la cabellera ensortijada, aparecía iluminada por ambas partes. Todos se agolparon junto a la ventana. El inglés estaba delante; Pierre sonreía en silencio. Uno de los asistentes, el de más edad, se adelantó colérico y asustado y quiso sujetar a Dólojov por la camisa.

—Señores, es una locura, va a matarse— dijo el hombre, sin duda el más sensato de los reunidos. Anatole lo detuvo.

—No lo toques; puedes asustarlo y caería… Y entonces, ¿qué?…

Dólojov se volvió y se acomodó de nuevo, apoyándose en las manos.

—Si alguno vuelve a intervenir— dijo, pronunciando claramente las palabras a través de los labios finos y apretados —lo arrojaré ahí abajo. ¿Entendido?

Dicho esto se volvió de nuevo, soltó las manos, tomó la botella, se la llevó a los labios, echó hacia atrás la cabeza y levantó el brazo libre para hacer contrapeso. Uno de los lacayos, que comenzaba a recoger los cristales, se detuvo, inclinado como estaba, sin apartar los ojos de la ventana y de la espalda de Dólojov. Anatole, erguido, tenía los ojos muy abiertos. El inglés, alargados los labios, miraba de lado. El que había intentado detener a Dólojov prefirió refugiarse en un rincón de la sala y echarse sobre un diván, con el rostro vuelto hacia la pared. Pierre se cubrió la cara con las manos y en sus labios quedó fija una débil sonrisa, aunque lo

dominase el miedo y el horror. Todos callaban. Pierre separó sus manos de los ojos. Dólojov seguía sentado en la misma posición aunque tenía la cabeza tan echada hacia atrás que los rizados cabellos de la nuca rozaban el cuello de la camisa; la mano que sostenía la botella se levantaba más y más, estremecida por el esfuerzo. La botella se vaciaba sensiblemente, al mismo tiempo que la cabeza se inclinaba cada vez más hacia atrás. "¿Por qué dura esto tanto?", pensó Pierre. Le parecía que había pasado más de media hora. De pronto, Dólojov echó hacia atrás la espalda y su mano tembló nerviosamente. Aquel temblor podía haber sido bastante para desequilibrar todo el cuerpo, que descansaba sobre el saliente inclinado de la ventana; se desplazó todo su cuerpo, la mano y la cabeza temblaron más aún por el esfuerzo. Alzó una mano para asirse al alféizar, pero volvió a bajarla. Pierre cerró los ojos y se hizo el propósito de no mirar más. En esto sintió que todo se agitaba a su alrededor. Miró: Dólojov estaba sentado en el alféizar, con el rostro pálido y alegre.

—¡Vacía!

Y arrojó la botella al inglés, que la cogió con destreza.

Dólojov saltó de la ventana. Exhalaba un fuerte olor a ron.

—¡Bravo, magnífico! ¡Vaya apuesta! ¡Que os lleve el diablo!— gritaban desde diversas partes.

El inglés sacó la bolsa y contó el dinero. Dólojov, con el ceño fruncido, quedaba en silencio. Pierre se subió a la ventana.

—¡Señores! ¿Quién quiere jugarse algo conmigo? Haré lo mismo que él — gritó. —Y sin apuesta también. Que me traigan una botella. Yo lo haré, que la traigan.

—Dejadlo, dejadlo— sonrió Dólojov.

—¿Te has vuelto loco? ¿Crees que te vamos a dejar? Te mareas hasta en la escalera— gritaron desde varios lados.

—¡Me la beberé! ¡Dadme una botella de ron!— gritó Pierre; y con el gesto resuelto del ebrio, golpeó una silla e intentó subirse a la ventana.

Trataron de sujetarlo por los brazos, pero era tan fuerte que arrojaba a gran distancia a todos cuantos pretendían acercársele.

—No, así no podremos con él— dijo Anatole. —Esperad, trataré de engañarlo. Escucha: acepto la apuesta, pero para mañana, y ahora vámonos

todos a…

—¡Vamos!— gritó Pierre. —Vamos y llevémonos a *Mishka*…— y diciendo esto, abrazó a *Mishka*, el oso, lo levantó y se puso a bailar con él por la sala.

VII

El príncipe Vasili había cumplido la palabra que dio a la princesa Drubetskaia en la velada de Anna Pávlovna: interceder en favor de su único hijo, Borís. Se informó al Emperador y como gracia especial se lo convirtió en subteniente de la Guardia en el regimiento Semiónovski. Pero, a pesar de todos los pasos y solicitudes de Anna Mijáilovna, Borís no fue nombrado ayudante de campo ni ingresó en el Estado Mayor de Kutúzov. Poco después de aquella velada, Anna Mijáilovna volvió a Moscú y se dirigió directamente a casa de unos parientes ricos, los Rostov, donde solía hospedarse cuando se detenía en esa ciudad, y entre los cuales, desde la infancia, había vivido y crecido su adorado hijo, que recién promovido a subteniente de infantería pasaba entonces a la Guardia. El 10 de agosto la Guardia había salido de San Petersburgo, y Borís, que se quedó en Moscú para hacerse el equipo, debía incorporarse a su unidad por el camino hacia Radzivílov.

En el hogar de los Rostov se celebraba el santo de dos Natalias: la madre y la hija menor. Desde la mañana, y sin parar, llegaban y partían numerosas carrozas, con visitantes, a la gran casa —conocida por todo Moscú— de la condesa Rostova, en la calle Póvarskaia. La condesa, con su bella hija mayor, recibía en el salón a los visitantes que se iban sucediendo constantemente.

Era la condesa una mujer de unos cuarenta y cinco años, de tipo oriental, con el rostro delgado, visiblemente ajada por los numerosos partos; había tenido doce hijos. La lentitud de sus movimientos, así como su pausado modo de hablar, debidos a la debilidad de sus fuerzas, le conferían un aire grave que inspiraba respeto. La princesa Anna Mijáilovna

Drubetskaia, como persona de la casa, se hallaba también en el salón y ayudaba a recibir a los visitantes y a mantener la conversación con ellos.

Los jóvenes estaban en las habitaciones posteriores y no juzgaban necesario participar en la recepción. El conde salía al encuentro de las visitas y las despedía, invitando a todos para comer.

—Le estoy muy, muy reconocido, ma chère o mon cher— (decía *ma chère* o *mon cher* sin distinción ni matiz alguno, ya fueran personas superiores o inferiores a él), —le estoy muy reconocido en mi nombre y en nombre de las queridas festejadas. No falte a la comida, me ofendería, mon cher. Se lo suplico en nombre de toda la familia, ma chère. Con idéntica expresión en el rostro lleno, risueño, cuidadosamente afeitado, con el mismo fuerte apretón de manos y el mismo saludo brevísimo y siempre igual, repetía esas palabras a todos sin excepción y sin cambiar nada. Tras haber acompañado a un visitante, el conde volvía hacia los que estaban aún en el salón, acercaba su butaca con el aire de un hombre de espíritu joven a quien le gusta vivir y que sabe hacerlo; separadas las piernas y apoyadas las manos en las rodillas, se balanceaba sintiéndose importante, hablaba del tiempo, intercambiaba consejos de higiene, unas veces en ruso y otras en un francés muy malo, pero presuntuoso. Y de nuevo, con gesto cansino, pero firme en el cumplimiento de sus deberes, acompañaba a otro visitante, alisándose sobre el cráneo los escasos cabellos grises, y de nuevo lo invitaba a comer. A veces, al volver del vestíbulo, pasaba por la galería de flores y el *office* hasta una gran sala de paredes de mármol, donde se preparaba una mesa para ochenta personas, y, observando a los camareros que llevaban los cubiertos de plata y la porcelana, disponían las mesas y desplegaban los adamascados manteles, llamaba a Dmitri Vasílievich, un noble que se ocupaba de todos los asuntos del conde.

—Procura, Míteñka— le decía, —que todo salga bien. Está bien, está bien…— repetía, mirando con placer la enorme y alargada mesa. —Lo más importante es el servicio. Eso es…— y con un suspiro de satisfacción volvía a la sala.

—¡María Lvovna Karáguina y su hija!— anunció el lacayo de la condesa, abriendo la puerta del salón.

La condesa reflexionó mientras tomaba un poco de rapé de una tabaquera de oro adornada con un retrato de su marido.

—Las visitas me han dejado rendida— dijo. —La recibiré, pero será la última. Es muy orgullosa. Hazlas pasar— dijo al criado con triste voz, como si dijese: “¡Mátame!”.

Con rumor de faldas entraron en el salón una señora alta, gruesa, de altanero porte, y una muchacha de faz redonda y sonriente… —Chère comtesse, il y a si longtemps… Elle a été alitée, le pauvre enfant… Au bal des Razoumovski… Et la comtesse Apraksine… J’ai été si heureuse…[68]

Se inició el animado murmullo de voces femeninas que se interrumpían mutuamente, confundidas con el rumor de vestidos y el ruido de sillas. Era una de esas conversaciones que sólo se continúan en espera de una pausa para levantarse, con frufrú de vestidos y decir: Je suis bien charmée… La santé de maman… Et la comtesse Apraksine…[69] y de nuevo, con los mismos rumores, pasar al vestíbulo, tomar el abrigo de pieles o la capa y marcharse. La conversación giraba sobre la gran novedad del día, la enfermedad del riquísimo y viejo conde Bezújov, uno de los hombres más atractivos en la época de Catalina, y sobre su hijo natural, Pierre, el que tan indecentemente se había portado en la velada de Anna Pávlovna Scherer.

—Compadezco mucho al pobre conde— dijo la visitante, —su salud es ya tan precaria… y ahora lo acabará matando el disgusto que le proporciona su hijo.

—¿De qué se trata?— preguntó la condesa, como si lo ignorase, aunque ya le habían contado unas quince veces los motivos de tal disgusto.

—¡Ésta es la educación moderna! El joven vivió abandonado a sí mismo en el extranjero y ahora ha cometido tales horrores en San Petersburgo, según dicen, que ha sido expulsado por la policía.

—¿De veras?— inquirió la condesa.

—Se juntaba con malas compañías— intervino la princesa Anna Mijáilovna. —El hijo del conde Vasili, él y cierto Dólojov han hecho, al parecer, Dios sabe qué cosas. A los dos se los ha castigado. A Dólojov con la degradación y el hijo de Bezújov fue deportado a Moscú. En cuanto a Anatole Kuraguin… su padre pudo echar tierra al asunto, pero, aun así, también está expulsado de San Petersburgo.

—Pero ¿qué han hecho?— preguntó la condesa.

—Son unos perfectos bandoleros, sobre todo ese Dólojov— aseguró la visita. —Es hijo de María Ivánovna Dólojova, una dama muy respetable, ¡y ahí lo tienen! Imagínense que los tres consiguieron hacerse con un oso, lo llevaron en el coche y se fueron a casa de unas actrices. Tuvo que intervenir la policía para calmarlos. Entonces se apoderaron de un comisario de barrio, lo ataron al oso, espalda contra espalda, y echaron el oso al Moika; el oso empezó a nadar con el comisario encima.

—Ma chère! ¡Sería de ver la cara del pobre hombre!— exclamó el conde, retorciéndose de risa.

—¡Qué horror! ¡No es para reírse, conde!

Pero también las señoras rieron a su pesar.

—Con grandes trabajos lograron salvar al desgraciado— continuó la visitante. —¡Y es el hijo del conde Kiril Vladimírovich Bezújov quien se divierte de esa manera!— añadió. —Decían que estaba tan bien educado y que era tan inteligente… Ya ven adonde lleva la educación en el extranjero. Espero que aquí no lo reciba nadie, a pesar de su fortuna. Quisieron presentármelo, pero me negué en absoluto… ¡Tengo hijas!

—Pero ¿por qué dice que ese joven es tan rico?— preguntó la condesa, apartándose de las jóvenes, que fingieron en el acto no escuchar. —El conde sólo tiene hijos naturales… y parece que también Pierre es hijo natural.

La visita hizo un gesto despectivo.

—Creo que tiene veinte hijos naturales.

La princesa Anna Mijáilovna terció en la conversación, deseando, visiblemente, hacer notar sus relaciones y su conocimiento de los asuntos mundanos.

—Yo se lo explicaré— dijo con aire de importancia, también a media voz. —Ya conoce la reputación del conde Kiril Vladimírovich… Ni él mismo sabe los hijos que tiene, pero este Pierre es su predilecto.

—¡Era tan guapo todavía el año pasado!— aseguró la condesa; —nunca he visto un hombre más apuesto.

—Ahora ha cambiado mucho— dijo Anna Mijáilovna. —Pues quería decirles— prosiguió —que, por parte de su mujer, el príncipe Vasili es

heredero directo de todos los bienes, pero el padre quiere mucho a Pierre, se ha ocupado de su educación, ha escrito al Emperador… de manera que a su muerte (está tan enfermo que se espera ocurra de un momento a otro, y Lorrain ha llegado de San Petersburgo) nadie sabe a quién irá a parar tan enorme fortuna, a Pierre o al príncipe Vasili. Cuarenta mil siervos y varios millones. Lo sé bien, porque me lo ha dicho el mismo príncipe Vasili. Además, Kiril Vladimírovich es tío segundo mío por parte de madre; es el padrino de Borís— añadió, como si no diera importancia alguna al hecho.

—El príncipe Vasili llegó ayer a Moscú. Me han dicho que viene en viaje de inspección— dijo la visita.

—Sí, pero, entre nous— añadió la princesa, —es un pretexto; en realidad, ha venido para estar al lado del príncipe Kiril Vladimírovich, que está muy grave.

—De todos modos, ma chère, es una broma divertida— intervino el conde; y viendo que la visita no lo escuchaba se volvió hacia las señoritas: —Me imagino la cara del policía.

Imitó los movimientos del policía, agitando los brazos, y estalló de nuevo en una risa sonora y profunda que sacudió su grueso cuerpo; así suelen reír las personas que siempre han comido bien y bebido mejor.

—No olviden, por favor, que los esperamos a comer— concluyó.

VIII

Todos quedaron en silencio. La condesa miraba a la visitante con una amable sonrisa, sin ocultar, no obstante, que no sentiría nada si se levantara y se fuese. La hija se ajustaba ya el vestido, mirando interrogativamente a la madre, cuando en la habitación vecina se oyó correr hacia la puerta del salón a varias personas y el estruendo de una silla alcanzada y derribada. Irrumpió en el salón una niña de trece años, más o menos, llevando algo envuelto en su corta falda de muselina, y se detuvo en medio de la estancia. Era evidente que estaba allí por pura casualidad, por no haber calculado el impulso de la carrera. Casi al mismo tiempo aparecieron en la puerta un estudiante con su uniforme de cuello color frambuesa, un oficial de la Guardia, una jovencita de quince años y un muchachito regordete, sonrosado, que vestía chaqueta de niño.

El conde se puso en pie y, balanceándose, abrió los brazos como para acoger a la niña que entró corriendo.

—¡Aquí la tenéis!— exclamó riendo. —¡Hoy es su fiesta, ma chère, su fiesta!

—Ma chère, il y a un temps pour tout[70]— dijo la condesa, fingiendo enfado. —Tú la mimas demasiado, Elie— añadió, volviéndose al marido.

—Bonjour, ma chère, je vous félicite— dijo la visitante. —Quelle délicieuse enfant!— añadió dirigiéndose a la madre.

La niña, más bien fea, pero muy vivaz, tenía los ojos negros, la boca grande y llevaba desnudos los hombros infantiles, escapados del corpiño por la rápida carrera que había alborotado sus bucles negros echándolos hacia atrás; los brazos, al desnudo, también eran delgados y sus piernas enfundadas en pantalones de encaje dejaban al descubierto unos pies

pequeños calzados con escarpines; estaba en esa edad encantadora en que la jovencita ya no es una niña y la niña no se ha convertido aún en una joven. Esquivando al padre, se dirigió hacia su madre y, sin prestar atención a sus severas observaciones, escondió el rostro enrojecido en los encajes de su mantilla y se echó a reír. Reía por algo, hablando entre risas de la muñeca que acababa de sacar de debajo de la falda.

—¿Ve?… la muñeca… Mimí… mire— y no pudiendo decir más (tan cómica le parecía la situación), Natasha cayó sobre su madre y estalló en una risa tan fuerte y sonora que todos, hasta la ceremoniosa visitante, rieron.

—Ea, vete, vete con tu monstruo— dijo la madre, apartándola y fingiendo enfado; y agregó, volviéndose a la visita: —Es mi hija menor.

Natasha levantó por un momento el rostro de la mantilla de su madre, la miró desde arriba, llenos los ojos de lágrimas por la risa, y volvió a esconderlo.

La visita, obligada a presenciar aquella escena familiar, creyó oportuno participar en ella.

—Dime, querida— preguntó a Natasha, —¿qué eres tú de esa Mimí? Su madre, ¿verdad?

No agradaron a Natasha el tono indulgente y la pregunta pueril, y sin contestar miró seriamente a la dama.

Entretanto, todos aquellos jóvenes habían entrado en el salón, esforzándose visiblemente por contener en los límites de la buena educación la animación y la alegría que brillaban en sus rostros: Borís, oficial, hijo de la princesa Anna Mijáilovna; Nikolái, estudiante, hijo mayor de la condesa; Sonia, sobrina del conde, de quince años, y el pequeño Petrusha, el hijo menor. Podía adivinarse que allí, en las habitaciones de las que habían salido con tanta algazara, la conversación era más alegre que la mantenida aquí sobre los chismes de la ciudad, el tiempo y *la comtesse Apraksine*. De cuando en cuando se miraban unos a otros y con gran dificultad contenían la risa.

Los dos jóvenes, el estudiante y el oficial, eran de la misma edad, amigos de la infancia, ambos guapos, pero de belleza distinta. Borís, alto y rubio, de facciones finas, regulares y serenas. Nikolái no era alto, tenía

rizado el cabello y sobre el labio superior despuntaba ya una leve pelusa negra. En su rostro, de franco mirar, se leía la impetuosidad y el apasionamiento.

Nikolái se sonrojó al entrar en el salón. Era evidente que buscaba algo que decir, sin hallarlo. Borís, por el contrario, se serenó en seguida y contó tranquilamente, en tono de broma, que conoció a la muñeca Mimí cuando era aún joven y no tenía la nariz rota, pero que en cinco años había envejecido hasta quedar con la cabeza llena de grietas. Después de contarlo, miró a Natasha; ella apartó los ojos de él, miró a su hermano pequeño, que con los ojos casi cerrados temblaba de risa silenciosa, e incapaz de aguantar más, dio un salto y huyó de la estancia con la rapidez propia de sus ágiles piernas. Borís no se rió.

—Me parece que también usted, maman, quiere irse. ¿Necesita el coche?— preguntó con una sonrisa a su madre.

—Sí, ve y ordena que lo preparen— respondió ella, sonriendo.

Borís salió sin ruido en pos de Natasha. El muchachito regordete corrió enfadado detrás de ellos, como disgustado por haber sido estorbado en sus ocupaciones.

IX

Sin contar a la hija mayor de la condesa (que aventajaba en cuatro años a su hermana y se consideraba ya toda una mujer) y la hija de la visitante, sólo quedaron en el salón dos jóvenes: Nikolái y Sonia. La sobrina del conde era una joven morena, diminuta, de rostro dulce y mirada sombreada por largas pestañas; en torno a la cabeza le daba dos vueltas una trenza negra, y la piel de la cara, del cuello y de los brazos desnudos y delgados, pero musculosos y graciosos, era de un tono aceitunado. Por la armonía de sus movimientos, la agilidad y gracia de sus miembros y maneras un poco astutas y reservadas, recordaba a una hermosa gatita, todavía no formada, que prometía ser preciosa. Creía conveniente mostrar con su sonrisa que tomaba parte en la conversación común; pero a su pesar, los ojos, bajo las pestañas largas y espesas, miraban al *cousin*, que partía para el ejército, con una adoración tan juvenil y apasionada que su sonrisa no podía engañar a nadie; era evidente que la gatita sólo se había acurrucado para poder saltar y jugar todavía más con su *cousin*, apenas hubiesen salido del salón Borís y Natasha.

—Sí, ma chère— dijo el viejo conde volviéndose hacia la visitante y señalando a su hijo Nikolái. —Su amigo Borís ha sido promovido a oficial y, por amistad, no quiere ser menos que él. Abandona la Universidad, deja solo a este viejo y se va al ejército, ma chère. Y eso cuando su nombramiento para la Dirección de los archivos ya estaba ultimado. ¿No es eso amistad?— preguntó el conde.

—Se dice que ya ha sido declarada la guerra— comentó la dama.

—Sí, eso se dice desde hace tiempo— replicó el conde, —se dice, se dice, y después las cosas quedan siempre igual. Ma chère; eso sí que es

amistad— repitió. —Va a ser húsar.

La visitante, no sabiendo qué decir, asintió con la cabeza.

—No lo hago por amistad— exclamó Nikolái poniéndose colorado y defendiéndose como si fuese objeto de una vergonzosa calumnia. —No es por amistad; lo hago porque siento vocación por el servicio de las armas.

Se volvió hacia su prima y la hija de la visitante; ambas lo miraban con una sonrisa de aprobación.

—Hoy come con nosotros Schubert, el coronel del regimiento de húsares de Pavlograd. Estaba aquí con permiso y se lo lleva consigo. ¿Qué puedo hacer?— dijo el conde encogiéndose de hombros y tomando a broma algo que le ocasionaba verdadero dolor.

—Ya le he dicho, papá— replicó el hijo, —que si no me da permiso me quedaré. Pero sé que no valgo para otra cosa que el servicio militar. No soy ni diplomático ni funcionario. Soy incapaz de ocultar mis sentimientos— añadió mirando a Sonia y a la otra señorita con la coquetería de quien se sabe joven y apuesto.

La gatita, clavados en él sus ojos, parecía presta a poner en juego, en cualquier instante, toda su naturaleza felina.

—Ea, está bien— dijo el viejo conde. —En seguida se acalora… Ese Bonaparte trae perturbados a todos; todos piensan en cómo llegó de subteniente a Emperador. En fin, Dios quiera…— añadió, sin advertir la sonrisa burlona de la visitante.

Los mayores se pusieron a hablar de Bonaparte. Julie, la hija de madame Karáguina, se volvió hacia el joven Rostov.

—Lástima que no estuviera el jueves en casa de los Arjárov; ¡me aburrí sin usted!— añadió sonriendo con ternura.

El joven, halagado, se acercó a Julie con una seductora sonrisa juvenil y entabló un diálogo con ella, también sonriente, sin reparar en que estaba hiriendo con el cuchillo de los celos el corazón de Sonia, quien había enrojecido sin abandonar su propia sonrisa fingida. Pero, a mitad de la conversación, volvió los ojos hacia ella. Sonia le lanzó una mirada rabiosa y apasionada y, reprimiendo con dificultad las lágrimas, siempre con esa forzada sonrisa, se levantó y abandonó el salón. Toda la animación de

Nikolái desapareció. Esperó la primera pausa en la conversación y, demudado el rostro, salió en busca de Sonia.

—¡Qué verdad es que los secretos de toda esta juventud están cosidos con hilo blanco!— dijo Anna Mijáilovna señalando a Nikolái, que salía en aquel instante. —Cousinage, dangereux voisinage[71]— añadió.

—Sí— asintió la condesa, cuando el rayo de sol que había penetrado en la sala con la joven generación hubo desaparecido. —¡Pero cuántos sufrimientos, cuántas inquietudes hay que soportar para sentir ahora la alegría de mirarlos! Y sin embargo, ahora son más los temores que las alegrías; siempre tiene una miedo… Es una edad tan peligrosa para las muchachas y los jóvenes…— añadió, como respondiendo a una pregunta que nadie le hacía, pero que la preocupaba continuamente.

—Todo depende de la educación— dijo la visitante.

—Sí, tiene usted razón. Hasta hoy, gracias a Dios, soy la amiga de mis hijos y gozo de su más completa confianza— respondió la condesa, repitiendo el error de tantos padres que piensan que sus hijos no tienen secretos para ellos. —Sé que siempre seré la primera confidente de mis hijas y que si mi hijo Nikolái, por su impetuoso temperamento, cometiese alguna travesura (cosa inevitable en un joven), no sería como la de esos señores de San Petersburgo.

—¡Ah, sí! ¡Son buenos chicos, buenos chicos!— repitió el conde, que resolvía siempre las cuestiones más complicadas encontrándolo todo bueno. —Ya lo ve: quiere ser húsar. ¿Qué le vamos a hacer, ma chère?

—¡Qué deliciosa criatura su pequeña!— dijo la visitante. —¡Es como la pólvora!

—Sí, como la pólvora— repitió el conde. —Se parece a mí. ¡Y qué voz tiene! Aunque se trata de mi hija, diré la verdad, será una cantante, una nueva Salomoni. Tenemos un profesor italiano que le da clase.

—Pero ¿no es demasiado pronto? Dicen que es malo para la voz estudiar ya a esa edad.

—¡Oh, no, no lo es!— respondió el conde. —Nuestras madres se casaban a los doce o trece años.

—Ahora está enamorada de Borís. ¿Qué les parece?— dijo la condesa, sonriendo dulcemente y mirando a la madre de Borís. Después, como

respondiendo al pensamiento que la preocupaba siempre, prosiguió: —Ya ven, si la tuviese sujeta, si la frenase… Dios sabe qué cosas haría a escondidas— la condesa daba a entender que se besarían. —Así estoy al corriente de cada palabra suya. Ella misma viene a mi alcoba por la noche y me lo cuenta. La mimo tal vez, pero creo que así es mejor. A la mayor la he tratado con más severidad.

—Desde luego; a mí me han educado de manera muy distinta— intervino sonriente la hija mayor, la hermosa condesa Vera.

Pero, al contrario de lo que suele ocurrir, la sonrisa no embellecía el rostro de Vera, parecía poco natural y por eso desagradable.

Vera, la mayor, era hermosa, lista, fue buena alumna y estaba bien educada; su voz resultaba agradable, cuanto decía era sensato y oportuno. Pero, cosa extraña, ambas, la visitante y la condesa, la miraron como asombradas de que hubiera hablado de esa forma y se sintieron violentas.

—Siempre es así con los hijos mayores; queremos hacer de ellos algo extraordinario— dijo madame Karáguina.

—¿Por qué ocultarlo, ma chère? La condesa se pasaba con Vera— dijo el conde. —Pero, bueno, a pesar de ello, es una muchacha excelente— añadió guiñando el ojo hacia Vera en signo de aprobación.

Los visitantes se levantaron y se despidieron, prometiendo volver para la comida.

—¡Vaya maneras! ¡Creí que no se iban nunca!— comentó la condesa, después de haberlas acompañado.

X

Cuando Natasha salió corriendo del salón, llegó sólo hasta el invernadero. Se detuvo allí escuchando las conversaciones y esperando a Borís. Comenzaba ya a impacientarse, golpeó el suelo con el pie a punto de llorar porque no venía pronto, cuando oyó los pasos del joven, ni lentos ni rápidos, sino comedidos. Natasha se escondió rápidamente tras los maceteros.

Borís se detuvo en medio del invernadero, echó una mirada en torno, sacudió una mota de la manga de su uniforme, se acercó al espejo y quedó mirando su rostro. Natasha lo contemplaba sin moverse de su escondite, espiando lo que iba a hacer. Borís permaneció un rato ante el espejo, sonrió y se dirigió a la puerta de salida. Natasha quiso llamarlo, pero se arrepintió. "Que me busque", se dijo.

Apenas hubo salido Borís, por la otra puerta apareció Sonia, muy sofocada murmurando entre lágrimas palabras iracundas. Natasha reprimió su primer impulso de dirigirse a ella y permaneció en su atalaya, mirando, como si un gorro mágico la hiciera invisible, lo que sucedía. Experimentaba un placer nuevo y especial. Sonia murmuraba algo, con la mirada vuelta hacia la puerta del salón.

En el umbral apareció Nikolái.

—¿Qué te ocurre, Sonia? ¿Es posible esto?— dijo, corriendo hacia ella.

—¡Nada, nada, déjeme!— Sonia rompió en sollozos.

—No: ya sé de qué se trata.

—Pues si lo sabe, magnífico, vaya con ella.

—¡Sonia, una palabra! ¿Es posible que los dos suframos por una tontería?— dijo Nikolái, tomándole la mano. Sonia no la retiró y dejó de

llorar.

Natasha, sin moverse y casi sin respirar, miraba desde su escondite con ojos brillantes. “¿Qué pasará ahora?”, pensaba.

—Sonia, nada del mundo me importa: tú lo eres todo para mí— decía Nikolái. —Te lo probaré.

—No me gusta que hables así.

—Bien, no lo haré más. Perdóname, Sonia.

La atrajo hacia sí y la besó.

“¡Ah, qué bien!”, pensó Natasha. Y cuando Sonia y Nikolái salieron del invernadero, los siguió y llamó a Borís.

—Borís, venga aquí— dijo, con aire de importancia y malicia. —Tengo que decirle una cosa. Aquí, aquí.

Lo condujo al invernadero, al mismo sitio entre los maceteros tras los cuales estuvo escondida. Borís la seguía sonriente.

—¿De qué *cosa* se trata?— preguntó.

Ella se azoró; miró en derredor, y reparando en su muñeca, tirada en un macetero, la tomó en sus manos.

—Bésela— dijo.

Borís, con ojos atentos y cariñosos, miró el rostro animado de la muchacha y no respondió.

—¿No quiere? Entonces, venga aquí— y adentrándose entre las flores, tiró la muñeca. —Más cerca, más cerca— susurraba. Apresó al oficial por el revés de las mangas; en su rostro arrebolado se leía la solemnidad y el temor. —Y a mí… ¿quiere besarme?— murmuró con voz muy queda, mirándolo de reojo, sonriendo y a punto de llorar por la emoción.

Borís enrojeció.

—¡Qué ocurrencia!— dijo, inclinándose hacia ella y ruborizándose todavía más, sin moverse, esperando.

Ella saltó sobre un macetero, de tal manera que se encontró más alta que el joven, y, rodeándolo con los brazos delgados y desnudos, con un movimiento de cabeza echó hacia atrás los cabellos y lo besó en los labios.

Se deslizó después entre los maceteros, hacia la otra parte de las plantas, y, bajando la cabeza, se detuvo.

—Natasha— dijo Borís, —usted sabe que la amo, pero…

—¿Está enamorado de mí?— lo interrumpió ella.

—Sí, estoy enamorado… pero, le suplico… no volvamos a hacer lo que hemos hecho… Esperemos cuatro años… Entonces pediré su mano.

Natasha reflexionó.

—Trece, catorce, quince, dieciséis…— dijo, contando con los afilados deditos. —¡Bien! ¿Decidido?

Y una sonrisa de alegría y tranquilidad iluminó su animado rostro.

—Decidido— dijo Borís.

—¿Para siempre?— añadió. —¿Hasta la muerte?

Y tomándolo del brazo, con el rostro resplandeciente de felicidad, salió lentamente hacia la sala de los divanes.

XI

La condesa estaba tan cansada de las visitas que dio orden de no recibir a nadie más, y el portero fue encargado de invitar a comer a cuantos viniesen a felicitarla.

Deseaba la condesa conversar a solas con su amiga de la infancia, la princesa Anna Mijáilovna, a la que no había vuelto a ver desde que ésta volviera de San Petersburgo. Anna Mijáilovna, con su rostro atractivo, ajado por las lágrimas, se acercó más al sillón de la condesa.

—Seré completamente sincera contigo— dijo Anna Mijáilovna; —ya no nos quedan muchos amigos viejos… por eso estimo tanto tu amistad.

Anna Mijáilovna miró a Vera y se detuvo. La condesa estrechó la mano de su amiga.

—Vera— dijo, volviéndose a su hija mayor, que no era, evidentemente, la preferida, —no os dais cuenta de nada, ¿no ves que estás de más aquí? Vete con tus hermanas o…

La hermosa Vera sonrió desdeñosamente, pero no pareció ofendida.

—Si me lo hubiera dicho antes, maman, me habría ido— y se dirigió hacia su cuarto.

Pero al atravesar el salón de los divanes vio cerca de cada ventana a dos parejas simétricamente sentadas. Se detuvo y sonrió con desprecio. Sonia estaba muy cerca de Nikolái, que copiaba para ella unos versos, los primeros que componía. Borís y Natasha sentados cerca de la otra ventana callaron al entrar Vera: Sonia y Natasha la miraron con caras culpables y felices.

Era conmovedor y divertido contemplar a esas chiquillas enamoradas, pero su vista no agradó a Vera.

—¿Cuántas veces os he pedido que no toquéis lo que es mío?— dijo. —Ya tenéis vuestras habitaciones.

Y cogió el tintero del que se servía Nikolái.

—Un momento, un momento— dijo él, mojando la pluma.

—No sabéis hacer nada a derechas— continuó Vera. —Hace poco entrasteis en el salón de tal manera que todos se avergonzaron de veras.

Aunque lo que decía era justo (o tal vez porque lo era) ninguno replicó, y los cuatro se miraron. Vera se detuvo en la habitación con el tintero en la mano.

—¿Qué secretos puede haber a vuestra edad entre Natasha y Borís y entre vosotros? Todo eso son tonterías.

—Pero ¿a ti qué te importa, Vera?— dijo Natasha con voz dulce como intercediendo.

Aquel día se sentía más bondadosa y cariñosa con todos que nunca.

—Es una gran tontería— repitió Vera, —me avergüenzo de vosotros. ¡Qué secretos ni que…!

—Cada uno tiene sus secretos, nosotros no nos metemos contigo y con Berg— respondió acaloradamente Natasha.

—Creo que me dejáis tranquila porque en mis actos no puede haber nunca nada malo. Le diré a mamá cómo te portas con Borís.

—Natalia Ilínishna se porta muy bien conmigo— intervino Borís, —no puedo quejarme.

—Déjelo, Borís. Es usted tan diplomático…— (la palabra *diplomático* estaba muy en boga entre los muchachos, que le daban un particular sentido). —Hasta resulta aburrido— dijo Natasha, con voz temblorosa y resentida, —¿por qué no me dejará tranquila? Tú no lo comprenderás nunca — prosiguió volviéndose a Vera —porque nunca has amado a nadie. No tienes corazón, no eres más que una *Madame de Genlis* (este apodo, que consideraban muy ofensivo, se lo había puesto Nikolái) y tu mayor placer es fastidiar a los demás. Coquetea con Berg cuanto quieras— concluyó rápidamente.

—Seguro que yo no corro detrás de un joven cuando hay visitas…

—¡Vaya, ya has conseguido lo que te proponías!— intervino Nikolái. —Has dicho muchas cosas desagradables y nos has disgustado a todos.

Vámonos al cuarto de los niños.

Los cuatro, como una bandada de pájaros asustados, se levantaron y salieron de la estancia.

—Es a mí a quien han dicho cosas desagradables; pero yo no dije nada a ninguno— concluyó Vera.

—*¡Madame de Genlis! ¡Madame de Genlis!*— gritaron los cuatro riendo tras la puerta.

La hermosa Vera, que a todos producía la misma fastidiosa impresión, sonrió sin parecer ofendida por nada de cuanto le habían dicho. Se acercó al espejo, se arregló el chal y los cabellos. La vista de su bello rostro la tornó aún más fría y más tranquila.

La conversación proseguía en el salón.

—Ah, chère— decía la condesa, —tampoco en mi vida es todo color de rosa… ¿Acaso no veo que du train que nous allons[72] nuestra fortuna no podrá durar mucho? La culpa de todo la tienen el club y su tolerancia. ¿Acaso vivimos y descansamos cuando salimos al campo? Teatros, cacerías y Dios sabe qué otras cosas. Pero no hablemos de mí. Dime, ¿cómo lo has conseguido? Con frecuencia me asombro, Annette, de que a tu edad vayas sola en un coche de Moscú a San Petersburgo y de que visites a todos los ministros, a todos los personajes; sabes tratar a todos. Dime, ¿cómo lo has conseguido? Yo nada de eso podría hacer.

—¡Ay, amiga mía!— respondió la princesa Anna Mijáilovna. —Dios no quiera que llegues a saber lo duro que es quedarse viuda, sin apoyo, con un hijo al que amas con verdadera pasión. Se aprende de todo— continuó con cierto orgullo. —El pleito me enseñó. Si tengo que ver a algún personaje, escribo un billete: Princesse une telle[73] desea ver a fulano, y yo misma en coche de alquiler voy dos, tres, cuatro veces, hasta que logro lo que necesito. Poco me importa lo que puedan pensar de mí.

—Pero ¿cómo lo has hecho? ¿A quién has hablado de Borís?— preguntó la condesa. —Ya ves, tu hijo es oficial de la Guardia, mientras Nikolái no pasa de cadete. No hay quien se encargue de gestionarlo. ¿A quién se lo has pedido?

—Al príncipe Vasili. Estuvo muy amable. Accedió sin hacerse rogar y lo recomendó al Emperador— dijo con entusiasmo la princesa Anna Mijáilovna, sin recordar nada de las humillaciones que había tenido que sufrir para alcanzar su propósito.

—¿Ha envejecido el príncipe Vasili?— preguntó la condesa. —No lo he visto desde las funciones de teatro que dimos en casa de los Rumiántsev. Supongo que se habrá olvidado de mí. Il me faisait la cour[74]— recordó la condesa sonriendo.

—Sigue siendo el mismo— replicó Anna Mijáilovna. —Amable, obsequioso. Les grandeurs ne lui ont pas tourné la tête du tout.[75] "Siento no poder hacer más por usted, querida princesa; mande usted", me dijo. Sí, es un hombre excelente, un buen pariente. Tú, Nathalie, conoces el amor que siento por mi hijo. No sé qué haría por su felicidad. Pero mis asuntos van tan mal— continuó Anna Mijáilovna con tristeza, bajando la voz, —tan mal, que me hallo en una situación verdaderamente terrible. Mi desgraciado pleito consume todo lo que tengo, y no avanza. Puedes creerme, pero à la lettre, no tengo ni diez kopeks y ni sé con qué voy a pagar el equipo de Borís— sacó el pañuelo y rompió a llorar. —Necesito quinientos rublos y sólo tengo un billete de veinticinco: en esa situación me encuentro… Ahora, mi única esperanza es el conde Kiril Vladimírovich Bezújov. Si no quiere ayudar a su ahijado (es padrino de Borís) y asignarle alguna suma, todos mis afanes habrán sido en vano. No podré hacerle el equipo.

La condesa vertió unas lágrimas y reflexionó en silencio.

—Con frecuencia pienso, y puede ser un pecado— continuó Anna Mijáilovna, —pero pienso siempre que el conde Kiril Vladimírovich Bezújov vive solo… con tan inmensa fortuna… ¿Para qué vive? Para él la vida es penosa, y en cambio, para Borís, la vida está empezando.

—Es muy probable que deje algo para Borís— dijo la condesa.

—Dios lo sabe, chère amie. ¡Estos grandes señores son tan egoístas! Mas, a pesar de todo, voy a ir a su casa con Borís y le diré francamente cómo están las cosas. Que piensen de mí lo que quieran, me es indiferente cuando está en juego el porvenir de mi hijo— la princesa se puso en pie. —Son las dos y vosotros coméis a las cuatro, tendré tiempo de ir.

Y con los modales de una práctica dama de San Petersburgo que sabe aprovechar el tiempo, Anna Mijáilovna mandó buscar a su hijo y salió con él a la antesala.

—Adiós, querida— dijo a la condesa, que la acompañaba hasta la puerta. —Deséame éxito— añadió a media voz para que no la oyese su hijo.

—¿Va a casa del conde Kiril Vladimírovich Bezújov, ma chère?— preguntó el conde, que salía del comedor. —Si se encuentra mejor, diga a Pierre que lo invito a comer. Me visitaba a veces y bailaba con las niñas. No se olvide de invitarlo, ma chère. Bien, vamos a ver cómo se luce Tarás hoy. Dice que en la casa del conde Orlov no hubo nunca una comida semejante a la que vamos a tener nosotros.

XII

—Mon cher Borís— dijo la princesa Anna Mijáilovna cuando el coche de la condesa Rostova que los conducía hubo cruzado la calle cubierta de paja y entraba en el amplio patio del conde Kiril Vladimírovich Bezújov, —mon cher Borís— repitió la madre, sacando la mano del gastado abrigo y poniéndola con tímido y cariñoso gesto en el brazo del hijo, —sé afectuoso y atento; el conde Kiril Vladimírovich es tu padrino y de él depende tu porvenir. No lo olvides, mon cher, sé todo lo amable que puedas, como tú sabes serlo…

—Si supiera que iba a resultar algo más que una humillación…— respondió el hijo fríamente. —Pero he prometido hacerlo y lo haré por usted.

Aunque había una carroza detenida frente a la escalinata, el portero examinó de pies a cabeza a la madre y al hijo (que sin hacerse anunciar entraban directamente en el vestíbulo de vidrieras, entre dos hileras de estatuas colocadas en sus nichos) y viendo el viejo abrigo de Anna Mijáilovna les preguntó a quién deseaban ver: si a las condesas o al conde. Al responderle ellos que al conde, informó que Su Excelencia estaba peor y no recibía a nadie.

—Podemos irnos— dijo Borís en francés.

—Mon cher— replicó la madre con voz suplicante, tocando de nuevo la mano de su hijo, como si sólo con el contacto pudiese calmarlo o animarlo.

Borís calló y, sin quitarse el abrigo, miró a su madre con gesto interrogativo.

—Amigo— prosiguió Anna con voz muy tierna, volviéndose al portero, —sé que el conde Kiril Vladimírovich está muy enfermo… por eso he

venido… Soy pariente suya y no molestaré, amigo…, pero necesito ver al príncipe Vasili Serguéievich; está alojado aquí. Anúnciame, por favor.

El portero malhumorado tiró de la campanilla y se apartó.

—La princesa Drubetskaia para el príncipe Vasili Serguéievich— gritó al criado vestido de frac, medias y zapatos de hebilla, que acudió al rellano superior y miraba desde lo alto de la escalera.

La madre compuso lo mejor que pudo los pliegues de su vestido de seda teñida, se miró en el gran espejo de Venecia colgado en la pared y, animosamente, con sus desgastados zapatos, avanzó por la alfombra de la escalera.

—Mon cher, vous m’avez promis…[76]— dijo de nuevo a su hijo, tocándolo en el brazo.

Borís la seguía dócilmente, con los ojos bajos.

Entraron en la sala, una de cuyas puertas conducía a las habitaciones destinadas al príncipe Vasili.

Cuando madre e hijo, llegados al centro de la estancia, iban a preguntar el camino al viejo criado que se había puesto en pie al verlos entrar, giró la manilla de bronce de una de las puertas y el príncipe Vasili, ataviado en plan casero con una chaqueta de terciopelo y una sola condecoración, salió acompañando a un señor bien parecido, de cabellos negros. Era Lorrain, el célebre médico de San Petersburgo.

—C’est donc positif?[77]— preguntó el príncipe.

—Mon prince, “errare humanum est”, mais…— replicó el médico pronunciando con acento francés las palabras latinas.

—C’est bien, c’est bien…

Y reparando en Anna Mijáilovna y en su hijo, el príncipe Vasili, con un saludo, despidió al médico y, en silencio pero con un gesto de interrogación, se aproximó a ellos. Borís notó que los ojos de su madre expresaron de pronto un profundo dolor y sonrió levemente.

—En qué tristes circunstancias nos encontramos, príncipe… Dígame, ¿cómo se encuentra nuestro querido enfermo?— preguntó Anna Mijáilovna como si no reparase en la mirada fría y ofensiva fijada en ella.

El príncipe Vasili la miró interrogativo, como perplejo, y se volvió después hacia Borís, quien lo saludó cortésmente.

Sin responder al saludo, el príncipe Vasili se volvió de nuevo hacia Anna Mijáilovna y contestó a su pregunta con un movimiento de cabeza y labios que quería decir: “No hay ninguna esperanza de curación”.

—¿Es posible?— exclamó Anna Mijáilovna. —¡Oh, es terrible! Da miedo pensar…— y añadió señalando a Borís: —Es mi hijo. Quería agradecerle personalmente…

Una vez más, Borís saludó correctamente.

—Crea, príncipe, que el corazón de una madre no olvidará nunca lo que hizo por nosotros.

—Me alegro de haber podido complacerla, querida Anna Mijáilovna— dijo el príncipe Vasili ajustando la chorrera y dándose mucha mayor importancia ante su protegida aquí en Moscú que en la velada de Annette Scherer en San Petersburgo. —Procure servir fielmente y ser digno de la carrera de las armas— añadió severamente, volviéndose a Borís. —Me alegro… ¿Está aquí de permiso?— preguntó con su tono indiferente.

—Excelencia, espero órdenes para dirigirme a mi nuevo destino— respondió Borís, sin mostrar disgusto por el tono rudo del príncipe ni deseos de entablar conversación, pero con tal tranquilidad y respeto que el príncipe lo miró con fijeza.

—¿Vive con su madre?

—Vivo en casa de la condesa Rostova— replicó Borís. Y añadió: —Excelencia.

—Es aquel Iliá Rostov que se casó con Natalia Shinshina— explicó Anna Mijáilovna.

—Lo sé, lo sé— dijo el príncipe Vasili con monótona voz. —Je n’ai jamais pu concevoir comment Nathalie s’est décidé à épouser cet ours mal léché! Un personnage complétement stupide et ridicule. Et joueur, à ce qu’on dit.[78]

—Mais tres brave homme, mon prince[79]— observó Anna Mijáilovna, sonriendo tiernamente, como dando a entender que el conde Rostov merecía esa opinión, pero que ella pedía indulgencia para el pobre viejo. —¿Qué dicen los médicos?— preguntó la princesa tras un breve silencio, mientras su rostro lacrimoso expresó de nuevo un profundo dolor.

—Pocas esperanzas— dijo el príncipe.

—¡Y yo que habría querido agradecer una vez más a mi tío todo el bien que nos ha hecho a Borís y a mí! C'est son filleul[80]— añadió, como si creyese que esta noticia alegraría extraordinariamente al príncipe.

El príncipe Vasili reflexionó unos instantes y frunció el ceño. Anna Mijáilovna comprendió que temía hallarse con un rival para el testamento del conde Bezújov y se apresuró a tranquilizarlo.

—Si no fuese por mi sincero afecto y devoción por el tío…— dijo acentuando estas últimas palabras con firmeza y negligentemente; —conozco su noble carácter, tan recto, pero las condesas quedan solas con él… son todavía tan jóvenes…— inclinó la cabeza y dijo a media voz: —¿Ha cumplido sus últimos deberes, príncipe? ¡Qué preciosos son esos últimos momentos! Eso no le hará daño; es preciso prepararlo, si se encuentra tan mal. Nosotras las mujeres, príncipe— y sonrió con ternura, —sabemos siempre cómo hablar de esas cosas. Es necesario que yo lo vea, por triste que sea para mí, pero ya estoy acostumbrada a sufrir.

El príncipe comprendió, como había entendido en la velada de Annette Scherer, que sería difícil desembarazarse de Anna Mijáilovna.

—¿No resultará penosa para el enfermo, querida Anna Mijáilovna, esa entrevista? Esperemos hasta la tarde, el médico anuncia una crisis.

—Pero príncipe…, no se puede esperar cuando se llega a ciertos extremos. Pensez, il y va de la salut de son âme… Ah! c'est terrible, les devoirs d'un chrétien…[81]

Se abrió la puerta de una de las habitaciones interiores y apareció una de las princesas, sobrinas del conde. Tenía un aspecto sombrío y gélido y su cuerpo, del cuello al talle, asombraba por su largura comparada con las piernas.

El príncipe Vasili se volvió a ella.

—¿Cómo sigue?

—Igual. Y cómo quiere, con ese ruido…— dijo la princesa, mirando a Anna Mijáilovna como a una desconocida.

—Ah, chère, je ne vous reconnaisais pas!— irrumpió con una feliz sonrisa Anna Mijáilovna, acercándose con ligeros pasos a la sobrina del conde. —Je viens d'arriver et je suis à vous pour vous aider à soigner "mon

oncle”… J’imagine combien vous avez souffert— añadió, levantando al cielo sus ojos llenos de compasión.[82]

La princesa no contestó, ni sonrió siquiera, retirándose acto seguido. Anna Mijáilovna se quitó los guantes y con gesto de vencedora tomó asiento en un sillón e invitó al príncipe Vasili a sentarse junto a ella.

—Borís— dijo con una sonrisa a su hijo, —yo pasaré a ver al conde, mi tío, y tú, mon ami, vete entretanto con Pierre y no te olvides de la invitación de los Rostov. Lo invitan a comer. Supongo que no irá— dijo al príncipe.

—Todo lo contrario— replicó el príncipe, que estaba visiblemente malhumorado. —Je serais très content si vous me débarrassez de ce jeune homme…[83] No hace nada aquí. El conde no ha preguntado por él ni una sola vez.

Se encogió de hombros. Un criado acompañó a Borís al vestíbulo y por otra escalera lo condujo a la habitación de Pierre Kirílovich.

XIII

Pierre no había tenido tiempo de encontrar un puesto de su agrado en San Petersburgo y fue expulsado de allí por conducta turbulenta. La historia referida en el salón de la condesa de Rostov era verdad. Pierre había ayudado a sujetar al comisario a la espalda del oso. Acababa de llegar a Moscú hacía unos días y, como de costumbre, se alojaba en casa de su padre. A pesar de que suponía que el escándalo era ya conocido en Moscú y que las damas que rodeaban a su padre —siempre mal dispuestas hacia él— aprovecharían la ocasión para encizañar al conde, el día de su llegada se dirigió a las habitaciones paternas. Al entrar en la sala donde habitualmente se reunían las princesas saludó a las jóvenes, sentadas con sus labores, mientras una de ellas leía un libro en voz alta. Eran tres: la mayor, muy atildada, de alto talle y aire severo, la misma que saliera al encuentro de Anna Mijáilovna, era la que se encargaba de leer. Las menores, entrambas de rosadas mejillas y bonitas, que se distinguían entre sí únicamente por un lunar que una de ellas tenía sobre el labio, dándole mayor atractivo, bordaban en bastidor. Pierre fue recibido como un muerto o un apestado. La mayor de las princesas interrumpió la lectura y se quedó mirándolo sin decir una palabra con los ojos asustados. La segunda (la que no tenía el lunar) adoptó la misma expresión. La más joven, la del lunar, de carácter más alegre y burlón, se inclinó sobre su labor para disimular la sonrisa, seguramente provocada por aquella escena cuyo lado cómico adivinaba. Tiró, por debajo del bastidor, de los cabos y se inclinó como si quisiese examinar el dibujo, reprimiendo apenas su hilaridad.

—Bonjour, ma cousine— saludó Pierre. —Vous ne me reconnaissez pas?[84]

—Lo conozco muy bien, demasiado bien.

—¿Cómo está el conde? ¿Podría verlo?— preguntó Pierre con la torpeza de siempre, pero sin turbarse.

—El conde sufre moral y físicamente, y se diría que se preocupa usted de procurarle aun más dolores morales.

—¿Puedo ver al conde?— repitió Pierre.

—¡Hum!… Si quiere acabar de matarlo, matarlo del todo, puede verlo. Olga, ve a ver si el caldo del tío está a punto; ya va siendo la hora de su comida— añadió, mostrando así a Pierre que ellas estaban muy ocupadas en cuidar a su padre mientras que él no pensaba más que en mortificarlo.

Olga salió. Pierre permaneció unos instantes de pie, miró a las hermanas y dijo, despidiéndose:

—Entonces volveré a mi habitación. Cuando pueda verlo, me avisan.

Salió y oyó a sus espaldas una risa sonora, pero no fuerte, de la hermana del lunar.

Al día siguiente llegó el príncipe Vasili, que se alojó en casa del conde. Hizo llamar a Pierre y le dijo:

—Mon cher, si vous vous conduisez ici comme à Pétersbourg, vous finirez très mal; c'est tout ce que je vous dis.[85] El conde está muy, muy enfermo y no debes verlo para nada.

Desde entonces nadie se había ocupado de Pierre; y se pasaba los días enteros solo en su habitación en el piso de arriba.

Cuando Borís entró, Pierre recorría a grandes pasos la habitación, deteniéndose de vez en cuando en un ángulo, hacía un gesto amenazador mirando la pared, como si quisiese atravesar con la espada algún invisible enemigo, miraba severamente por encima de sus anteojos y volvía a caminar, pronunciando vagas palabras, encogiéndose de hombros y separando los brazos.

—L'Angleterre a vécu— decía frunciendo el ceño y como señalando a alguien con el dedo. —M. Pitt, comme trâitre a la nation et au droit des gens, est condamné à…[86]

No tuvo tiempo de pronunciar su sentencia contra Pitt (en aquel instante le parecía ser el mismo Napoleón, imaginaba que en compañía de su héroe había realizado la peligrosa travesía del paso de Calais y conquistado

Londres) porque vio en su habitación a un joven oficial, esbelto y guapo. Se detuvo. Pierre había dejado a Borís cuando era un niño de catorce años y no lo recordaba. Pero con su espontaneidad característica le tendió la mano y sonrió amistosamente.

—¿Se acuerda de mí?— dijo Borís con tranquilidad y una sonrisa cordial. —He venido con mi madre a ver al conde. Parece que no está bien de salud.

—Sí, al parecer se encuentra mal. No lo dejan tranquilo un momento— repuso Pierre, tratando de recordar quién era.

Borís se daba cuenta de que Pierre no lo reconocía pero no creyó necesario presentarse, y sin el menor embarazo lo miró fijamente a los ojos.

—El conde Rostov le ruega que vaya a comer a su casa— dijo tras un silencio bastante largo y embarazoso para Pierre.

—¡Ah! ¡El conde Rostov!— dijo Pierre alegremente. —Entonces… ¿es usted su hijo Iliá? Figúrese que al principio no lo había reconocido. ¿Recuerda cuando íbamos de paseo a Vorobiovy Gori con madame Jacquot…? Hace ya tanto tiempo…

—Se equivoca— contestó lentamente Borís con una sonrisa osada y algo burlona. —Soy Borís, el hijo de la princesa Anna Mijáilovna Drubetskaia. Es el padre de Rostov quien se llama Iliá; su hijo es Nikolái, y yo no conozco a ninguna madame Jacquot.

Pierre agitó las manos y la cabeza como acosado por una nube de mosquitos o de abejas.

—¡Ah, cómo estoy! Lo confundo todo. ¡Tengo tantos parientes en Moscú! Usted es Borís… Por fin hemos podido entendernos. ¿Qué piensa de la expedición de Boulogne? Los ingleses lo pasarán mal si Napoleón atraviesa el canal. Creo que es muy posible. ¡Con tal que Villeneuve no falle!

Borís no sabía nada de la expedición de Boulogne, no leía periódicos y oía por primera vez el nombre de Villeneuve.

—Aquí, en Moscú, nos ocupamos más de chismes y de comidas que de política— dijo con su voz calmosa y burlona. —Nada sé y nada pienso sobre ese asunto. Moscú se ocupa de rumores— repitió, —y ahora precisamente no se habla de otra cosa que de usted y del conde.

Pierre sonrió con su bonachona sonrisa, como si temiera que su interlocutor estuviese a punto de decir algo de lo que después pudiera arrepentirse. Pero Borís hablaba precisa y claramente, con sequedad, sin dejar de mirarlo a los ojos.

—En Moscú no se hace otra cosa que chismorrear— prosiguió. —Todos se preguntan a quién dejará el conde su fortuna, aunque tal vez él nos entierre a todos, cosa que le deseo de todo corazón.

—Sí, todo esto es penoso, muy penoso…— murmuró Pierre. Seguía temiendo que el oficial se metiera, sin advertirlo, en una conversación embarazosa para él.

—Y usted debe pensar— afirmó Borís sonrojándose levemente, pero sin variar su voz ni su postura —que todos se afanan por recibir algo de un hombre tan rico.

"¡Ya estamos!", pensó Pierre.

—Y yo, para evitar confusiones, quería decirle que se engañaría si nos contase a mi madre y a mí entre esas personas. Somos muy pobres, pero al menos yo, precisamente porque su padre es rico, no me considero pariente suyo, y ni mi madre ni yo pediremos nunca nada ni aceptaremos nada de él.

Pierre tardó largo rato en comprender, pero cuando vio claro el sentido de sus palabras saltó del diván, tomó la mano de Borís y con torpeza, ruborizándose mucho más que él, empezó a hablar con un sentimiento mixto de vergüenza y fastidio:

—¡Qué extraño!… Acaso yo… Pero quién podía pensar… Yo sé muy bien…

Borís lo interrumpió de nuevo:

—Me alegro de haberlo dicho todo; quizá haya sido desagradable para usted, pero excúseme— dijo, tranquilizando a Pierre, en vez de ser tranquilizado por él. —Espero no haberlo ofendido. Tengo por principio decir con franqueza las cosas… Ahora, ¿qué debo decir de su parte? ¿Vendrá a comer con los Rostov?

Borís, una vez cumplido su penoso deber, salvada la difícil situación y habiendo colocado en ella a su interlocutor, se hizo de nuevo tan agradable como antes.

—Pero escuche— dijo Pierre, recobrando la tranquilidad. —Es usted asombroso. Cuanto acaba de decir está bien… muy bien. Por supuesto, no me conoce. ¡Hace tanto tiempo que no nos vemos!… Éramos dos niños… Puede creerme que yo… Lo comprendo, lo comprendo muy bien. Yo no haría una cosa así; me faltaría valor, pero está muy bien. Me alegro mucho de haberlo conocido. ¡Es extraño lo que suponía de mí!— añadió sonriendo después de un breve silencio. —Y bien, nos conoceremos mejor— y estrechó la mano de Borís. Después dijo: —Todavía no he podido ver al conde ni una sola vez. No me ha llamado… me da pena como ser humano… pero ¿qué puedo hacer?

—Entonces, ¿cree que Napoleón conseguirá hacer pasar su ejército?— preguntó Borís sonriendo.

Pierre comprendió que Borís deseaba cambiar de conversación y, como él no lo deseaba menos, comenzó a explicar las ventajas y dificultades de la empresa de Boulogne.

Un lacayo vino para llamar a Borís de parte de la princesa. Su madre se iba. Pierre prometió ir a la comida para afianzar su amistad con Borís, le apretó con fuerza la mano, mirándolo a los ojos con cariño a través de sus lentes…

Cuando Borís hubo salido, Pierre siguió largo rato paseando por la estancia, pero ya sin herir con la espada al enemigo invisible sino sonriendo al recuerdo de aquel joven simpático, inteligente y resuelto.

Como suele ocurrir en la primera juventud, sobre todo cuando uno está solo, sentía una ternura instintiva por Borís y se prometía contraer con él una buena amistad.

Entretanto, el príncipe Vasili despedía a la princesa Anna Mijáilovna, que no apartaba un pañuelo de los ojos; su rostro estaba bañado de lágrimas.

—¡Es terrible, terrible!— decía. —Pero por mucho que me cueste, cumpliré mi deber. Vendré a pasar la noche; no se puede dejarlo así; cada minuto es precioso. No comprendo a qué esperan las princesas. ¡Dios me ayudará a encontrar la manera de prepararlo!… Adieu, mon prince, que le bon Dieu vous soutienne!…[87]

—Adieu, ma bonne— respondió el príncipe Vasili apartándose de ella.

—¡Ah! Está en un estado terrible— dijo la madre al hijo, cuando se vieron en el coche. —Casi no conoce a nadie.

—Maman, no comprendo, ¿cuáles son sus relaciones con Pierre?— indagó el hijo.

—El testamento lo dirá todo, mi amigo; también nuestra suerte depende de él…

—Pero ¿por qué piensa que puede dejarnos algo?

—¡Ay, amigo! Él es tan rico y nosotros tan pobres…

—Pero maman, eso no es razón suficiente…

—¡Oh, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Qué mal está el pobrecillo!— repetía la madre.

XIV

Cuando Anna Mijáilovna salió con su hijo hacia la casa del conde Kiril Vladimírovich Bezújov, la condesa Rostova permaneció sentada, sola, llevándose el pañuelo a los ojos. Por último, tocó la campanilla.

—¡Cómo, querida!— dijo enfadada a la doncella, que la había hecho esperar varios minutos. —Si no quiere atenderme le encontraré otro puesto.

La condesa estaba apesadumbrada por el dolor y la humillante pobreza de su amiga. De ahí el pésimo humor que se manifestaba siempre llamando “querida” a la camarera y tratándola de usted.

—Perdón— dijo la sirvienta.

—Diga al conde que lo espero.

El conde, balanceándose, se acercó a su mujer con aire un poco culpable, como siempre.

—Bueno, condesita: ¡qué *sauté au madère*[88] de ortegas vamos a tener hoy, ma chère! Lo he probado. No en vano pagué mil rublos por Tarás, los vale.

Tomó asiento junto a su esposa, y con los codos gallardamente apoyados en las rodillas comenzó a revolverse el cabello gris.

—¿Qué ordena la condesita?

—Pues, verás, amigo mío… Pero ¿qué mancha es ésa?— dijo, señalando el chaleco. —Seguro que es del *sauté*…— añadió sonriente. —Lo que pasa, conde, es que necesito algún dinero.

Su rostro se entristeció.

—¡Oh, condesita!— y el conde se apresuró a sacar la cartera.

—Necesito mucho, conde; necesito quinientos rublos— y tomando un pañuelo de batista frotó el chaleco de su marido.

—Ahora, ahora… ¡Eh! ¿Quién hay ahí?— gritó con la voz que sólo emplea la gente segura de que la persona a quien llaman acudirá presurosa a la llamada. —¡Que venga Míteñka!

Míteñka, aquel hijo de noble familia crecido en casa del conde, cuyos asuntos llevaba ahora, entró con paso quedo en la habitación.

—Mira, querido…— dijo el conde al joven, que avanzaba respetuosamente. —Tráeme…— se detuvo pensativo —setecientos rublos. Eso es. Pero atiende: no me los traigas tan sucios y rotos como el otro día, tráeme billetes nuevos, son para la condesa.

—Sí, Míteñka…, procura que estén limpios— dijo la condesa, suspirando tristemente.

—Excelencia, ¿cuándo ordena que se los traiga?— preguntó Míteñka. —Ya sabe que… Pero no se preocupe— rectificó, advirtiendo que el conde comenzaba a respirar rápida y penosamente, indicio seguro de un acceso de cólera. —Me olvidaba que… ¿Ordena que se los traiga ahora mismo?

—Sí, sí, eso es, tráelos. Y se los das a la condesa. ¡Es una joya ese Míteñka!— comentó sonriendo el conde. —No hay nada imposible para él. Detesto esa palabra: todo debe ser posible.

—¡Ay, conde! ¡El dinero, el dinero, cuánto dolor en el mundo por su culpa!— suspiró la condesa. —Y ese dinero me hace mucha falta…

—Usted, condesita, es una famosa despilfarradora— dijo el conde; y besando la mano de su mujer volvió a su despacho.

Cuando Anna Mijáilovna regresó de su visita a Bezújov, ya tenía la condesa el dinero sobre la mesa, bajo un pañuelo, todo en billetes nuevos. Anna Mijáilovna advirtió en ella cierta turbación.

—¿Qué hay, amiga mía?— preguntó la condesa.

—¡Ah, en qué terrible estado se encuentra! No lo reconocerías. Está muy mal, muy mal… Sólo lo he visto un momento y no he podido decir ni dos palabras…

—Annette, por Dios te lo pido, no rechaces esto— dijo de pronto la condesa, ruborizándose, lo que daba un aspecto extraño a su rostro ya no joven, delgado y grave, sacando el dinero de debajo del pañuelo.

Anna Mijáilovna comprendió al instante de qué se trataba y se inclinó para poder abrazar cómodamente a la condesa en el momento preciso.

—Es para Borís, para su equipo, de mi parte…

Anna Mijáilovna ya la abrazaba llorando y también lloró la condesa. Ambas lloraban porque eran amigas, porque eran buenas; porque ellas —amigas de la infancia las dos— debían ocuparse de una cosa tan vil como el dinero. Lloraban su juventud pasada… Pero eran lágrimas placenteras para la una y la otra.

XV

La condesa Rostova, sus hijas y un buen número de invitados estaban ya en el salón. El conde había llevado a los hombres a su despacho para enseñarles su colección de pipas turcas. De vez en cuando salía para preguntar: “¿No ha venido?”. Esperaban a María Dmítrievna Ajrosímova, a la que en sociedad llamaban *le terrible dragon*, dama famosa por la rectitud de su espíritu, su sencillez y franqueza, ya que no por sus títulos y su fortuna. La familia imperial conocía a María Dmítrievna; la conocía todo Moscú y todo San Petersburgo, y en ambas ciudades se la admiraba aun cuando a la chita callando se burlaban de su rudeza y abundasen las anécdotas a su costa. Sin embargo, todos sin excepción la estimaban y temían.

En el despacho, lleno de humo, se hablaba de la guerra, declarada en un manifiesto, y sobre el reclutamiento. Nadie había leído aún el manifiesto, pero todos sabían de su publicación. El conde estaba sentado en una otomana, entre dos fumadores que discutían entre sí. El conde ni fumaba ni discutía, pero inclinaba la cabeza, ya a un lado, ya a otro, miraba a los fumadores con evidente complacencia y escuchaba la conversación entre dos vecinos suyos que él había enzarzado entre sí.

Uno de ellos era un civil, con el rostro surcado de arrugas, rasurado, bilioso y enjuto, ya cercano a la vejez aunque vestido como un joven a la última moda. Sentado en la otomana sobre sus piernas, con el aire de un familiar de la casa, tenía la pipa de ámbar metida profundamente en un ángulo de la boca y aspiraba convulsivamente el humo, entornando los ojos. Era el viejo solterón Shinshin, primo de la condesa, de lengua viperina como decían de él en todos los salones de Moscú. Cuando hablaba parecía

descender hasta el nivel de su interlocutor. El otro era un oficial de la Guardia, joven, de piel rosada, impecablemente limpio, abotonado y peinado. Mantenía su boquilla de ámbar precisamente en el centro de los labios rosados y aspiraba apenas el humo, dejándolo salir después de su bella boca en minúsculos círculos. Era el teniente Berg, oficial del regimiento Semiónovski, con el que iba a marchar Borís para incorporarse a su destino y con el cual Natasha embromaba a Vera, su hermana mayor, llamando a Berg su novio. El conde, sentado entre los dos, escuchaba con atención. La diversión preferida del conde, después del *boston*, que le gustaba muchísimo, era estar de oyente cuando lograba enfrentar a dos charlatanes.

—¿De manera, padrecito, mon très honorable Alphonse Kárlich— dijo Shinshin burlón, uniendo (era la peculiaridad de su manera de hablar) las expresiones rusas más populares con las más escogidas frases francesas, —que vous comptez vous faire des rentes sur l'État,[89] obtener una renta a costa de su compañía?

—No, Piotr Nikoláievich, quiero demostrar tan sólo que en caballería se tienen bastantes menos ventajas que en infantería. Considere usted, Piotr Nikoláievich, mi situación…

Berg hablaba siempre con gran precisión, reposada y correctamente. Su conversación giraba de continuo sobre sí mismo; cuando se hablaba de algo que no se refería a su persona, callaba tranquilamente. Y callaba, por más que semejante situación durase horas enteras, sin experimentar ni hacer sentir a los demás el más leve embarazo. Pero si la conversación lo tocaba personalmente, hablaba muchísimo y con evidente placer.

—Considere usted mi situación, Piotr Nikoláievich: en caballería no recibiría más que doscientos rublos por trimestre, aun con el grado de teniente: ahora cobro doscientos treinta— dijo mirando a Shinshin y al conde con una sonrisa alegre y cordial, porque le parecía evidente que su éxito fuese siempre el objetivo principal de todos. —Además, pasando a la infantería siempre está uno más a la vista y las vacantes son mucho más frecuentes. Y con los doscientos treinta rublos me las ingenio para economizar y mandar algo a mi padre— concluyó lanzando una voluta de humo.

—La balance y est… comme dit le proverbe:[90] el alemán haría la trilla hasta con el revés del hacha— comentó Shinshin pasando la boquilla de ámbar al otro lado de la boca y haciendo un guiño al conde, quien estalló en una carcajada.

Los demás invitados, observando que Shinshin estaba conversando, se acercaron para escuchar. Berg, sin reparar ni en la indiferencia ni en la ironía, prosiguió explicando que el paso a la Guardia le daba ya un grado de ventaja sobre sus compañeros de cuerpo, que en la guerra era posible que matasen al capitán, y entonces él, que era el más antiguo de la compañía, podría sustituirlo fácilmente, ya que todos lo querían en el regimiento y su padre estaba muy contento de él. Berg experimentaba un sincero placer al contar estas cosas y ni siquiera parecía sospechar que los demás pudieran tener también sus propios intereses. Pero todo cuanto contaba era tan simpático y candoroso, la ingenuidad de su egoísmo juvenil resultaba tan evidente, que desarmaba a sus oyentes.

—Bien, querido, tanto da caballería como infantería, en todos los sitios se abrirá usted camino, se lo pronostico— resumió Shinshin, dándole unas palmadas en la espalda y retirando las piernas del diván.

Berg sonrió feliz. El conde, seguido de los invitados, se dirigió a la sala.

Estaban en esos instantes que preceden a una comida de gala, cuando todos los invitados reunidos en espera de ser llamados para los entremeses no entablan largas conversaciones pero consideran necesario moverse y charlar para no manifestar impaciencia por sentarse a la mesa; instantes cuando los dueños de la casa miran de vez en cuando a la puerta y después se miran entre sí y los invitados intentan adivinar en esas miradas a quién o qué esperan aún: tal vez a un pariente importante que llega retrasado o algún plato que no está a punto todavía.

Pierre llegó un poco antes de pasar al comedor y se había sentado en el primer sillón que encontró, justo en medio del salón, cerrando el paso a todos. La condesa se empeñaba en hacerlo hablar, pero él se limitaba a mirar cándidamente alrededor, como si a través de sus lentes buscase a alguien, y respondía con monosílabos a todas las preguntas de la dama.

Estorbaba y era el único que no se daba cuenta de ello. La mayoría de los invitados, que conocían la historia del oso, miraban a aquel joven grande, corpulento y apacible y se extrañaban, viéndolo tan torpón y modesto, de que fuese el autor de la broma con el comisario.

—¿Ha llegado usted hace poco?— le preguntó la condesa.

—Oui, Madame— contestó Pierre, sin cesar de mirar alrededor.

—¿Aún no ha visto a mi marido?

—Non, Madame— y sonrió sin venir a cuento.

—Creo que usted estuvo recientemente en París. Debe de ser muy interesante.

—Muy interesante.

La condesa miró a Anna Mijáilovna, quien, comprendiendo que le pedían entretener a Pierre, se sentó a su lado y le habló de su padre. Pero éste, lo mismo que a la condesa, no respondía más que con monosílabos. Los invitados conversaban entre sí.

“Les Razoumovsky… Ça a été charmant… Vous êtes bien bonne… La comtesse Apraksine…”,[91] se oía por doquier.

La condesa se levantó y avanzó hacia la sala…

—¡María Dmítrievna!— se la oyó decir en voz alta.

—¡La misma!— respondió una grave voz femenina, y María Dmítrievna entró en la sala.

Todas las señoritas, y hasta las señoras, excepto las de mayor edad, se levantaron. Se detuvo María Dmítrievna en la puerta y, desde lo alto de su maciza figura, alzada la cabeza con sus rizos grises, pasó revista a los invitados y, como arremangándose, ajustó sin prisa las anchas mangas de su vestido. María Dmítrievna, que ya había cumplido los cincuenta años, hablaba siempre en ruso.

—Mis felicitaciones a ti, querida, y a tus hijos— dijo con voz fuerte y grave, que dominaba cualquier otro sonido. —Y tú, viejo pecador— dijo, volviéndose hacia el conde, que le besaba la mano, —supongo que te aburres en Moscú: aquí no puedes hacer correr a los perros… ¡Qué quieres, padrecito! Estos pajarillos van creciendo— y señaló a las muchachas, —y de buen o mal grado hay que buscarles novios… ¿Qué tal está mi cosaco?

María Dmítrievna llamaba así a Natasha, que se había acercado a ella alegremente y sin temor para besarle la mano.

—Sé que eres un diablillo, pero te quiero— añadió mientras la acariciaba con una mano.

Extrajo de su enorme bolso unos pendientes de rubíes de forma ovalada y los entregó a la radiante y sonrosada Natasha; en el acto se apartó de ella y se dirigió a Pierre:

—¡Acércate, querido! Ven aquí— procuraba que su voz resultase dulce y grata, —ven, querido…

Y con gesto amenazador se arremangó de nuevo.

Pierre se acercó, mirándola inocentemente a través de sus lentes.

—¡Acércate, acércate, querido! A tu propio padre yo era la única en decirle la verdad cuando se la merecía; en cuanto a ti, es Dios quien lo manda.

Calló. Todos guardaban silencio, esperando lo que iba a venir, porque presentían que aquello no era más que la introducción.

—Buena pieza, sobran comentarios, buen muchacho… Su padre está a las puertas de la muerte y él se divierte atando a un comisario a la espalda de un oso. ¡Es una vergüenza, una vergüenza, querido! Mejor sería que te fueras a la guerra.

Se apartó de Pierre y dio su brazo al conde, que a duras penas reprimía la risa.

—Y bien, creo que ya es hora de ir a la mesa, ¿no?— dijo María Dmítrievna.

El conde y la recién llegada abrieron la marcha, seguidos de la condesa, del brazo de un coronel de húsares, un hombre muy necesario, puesto que Nikolái debía alcanzar su regimiento llevado por él. Seguían después Anna Mijáilovna y Shinshin. Berg daba el brazo a Vera. Nikolái acompañaba a la sonriente Julie Karáguina. Seguían otras parejas a lo largo de la sala y, por último, detrás de todos, los niños, sus preceptores e institutrices. Los camareros se pusieron en movimiento, se produjo un estrépito de sillas y los invitados, a los acordes de la música que comenzaba a sonar en la alta galería, se sentaron a la mesa. A la música de la orquesta del conde sucedió

el rumor de cuchillos y tenedores, la conversación de los comensales y el caminar discreto de los camareros.

A una de las cabeceras de la mesa se había sentado la condesa; tenía a su derecha a María Dmítrievna y a su izquierda a Anna Mijáilovna y otros invitados. En el otro extremo, el conde tenía a su izquierda al coronel y a su derecha a Shinshin, seguidos de otros señores. A un lado de la larga mesa estaban los jóvenes de más edad: Vera con Berg, Pierre y Borís juntos; al otro lado, los niños, los preceptores y las institutrices. El conde miraba, por encima de las copas de cristal de roca, botellas y fruteros, a su mujer, tocada con alta cofia de cintas azules; se afanaba en servir el vino a sus invitados, sin olvidarse de sí mismo. La condesa, por detrás de las piñas, sin olvidar sus deberes de anfitriona, dirigía miradas significativas al marido, cuya cabeza calva y cuyo rostro le parecían, por su vivo color, diferenciarse más que nunca de sus cabellos grises. En la parte femenina, la charla era queda y regular; en la de los hombres se oían voces cada vez más fuertes, especialmente la del coronel de húsares, que comía y bebía sin tasa, cada vez más colorado, tanto, que el conde lo ponía como ejemplo a los demás. Berg, con tierna sonrisa, aseguraba a Vera que el amor no era un sentimiento terrenal, sino divino. Borís decía a su reciente amigo Pierre los nombres de los invitados, y cambiaba miradas con Natasha, que se había sentado enfrente. Pierre hablaba poco, observaba los rostros desconocidos y comía mucho. Desde las dos sopas, de las que escogió à *la tortue*, y desde la empanada hasta las ortegas, no dejó pasar un solo plato, ni una clase de vinos que con la botella envuelta en una servilleta hacía surgir misteriosamente el mayordomo por encima del hombro del vecino diciendo: “Madera seco”, “Tokay” o “vino del Rin”. Acercaba la primera copa que le venía a mano de las cuatro que tenía delante del cubierto, con el monograma del conde, bebía con verdadero placer y se quedaba contemplando a los invitados con mayor satisfacción aún. Natasha, que estaba enfrente, miraba a Borís como suelen mirar las muchachitas de trece años al muchacho que han besado por primera vez y del que están enamoradas. De vez en cuando, idéntica mirada se posaba en Pierre, que viendo los ojos de aquella chiquilla divertida y vivaz sentía deseos de reír también sin saber por qué.

Nikolái estaba sentado lejos de Sonia, junto a Julie Karáguina, a la que, con la misma sonrisa involuntaria, contaba algo. Sonia se esforzaba en sonreír, pero los celos la atormentaban visiblemente: tan pronto palidecía como se sonrojaba y ponía toda su atención en escuchar la conversación de Nikolái con Julie. La institutriz dirigía en derredor miradas intranquilas, como si se preparara a rechazar un ataque si por casualidad alguien quisiera molestar a los pequeños. El preceptor alemán hacía esfuerzos por grabar en la memoria los nombres de todos los platos, los postres y los vinos con el fin de describirlo detalladamente en su carta a los suyos, que vivían en Alemania, y se sentía muy ofendido cuando el mayordomo, con la botella envuelta en una servilleta, pasaba sin detenerse. El alemán fruncía el ceño y procuraba que los demás supieran que él no deseaba beber aquel vino; que si estaba molesto era porque nadie parecía comprender que necesitaba aquel vino no para satisfacer la sed, ni por gula, sino por el deseo de ampliar sus conocimientos.

XVI

Entre los hombres la conversación se animaba cada vez más. El coronel contaba que el manifiesto con la declaración de guerra había sido publicado ya en San Petersburgo y que un correo había llevado un ejemplar al general en jefe, que él mismo había visto.

—¿Y por qué diablos tenemos necesidad de hacer la guerra a Bonaparte?— dijo Shinshin. —Il a déjà rabattu le caquet à l'Autriche. Je crains que cette fois ce ne soit notre tour.[92]

El coronel, un alemán robusto, alto, de temperamento sanguíneo, veterano militar y patriota, se sintió ofendido por esas palabras.

—Porque el Emperador, muy señor mío— dijo con un fuerte acento alemán en un ruso defectuoso, —sabe lo que debe hacer. Y ha dicho en el manifiesto que no puede mirar con indiferencia el peligro que amenaza a Rusia, la *seguridad* del imperio, su dignidad y la santidad de las *alianzas*— acentuando especialmente la palabra *alianzas* como si en ella residiese todo el sentido de la cuestión.

Y con la infalible memoria oficial que lo distinguía, repitió las primeras líneas del manifiesto:

—"…y como el deseo y único objeto del Soberano es instaurar sobre sólidas bases la paz en Europa, ha enviado al extranjero parte de sus tropas y hará nuevos esfuerzos para lograr ese propósito." Ahí tiene las razones, muy señor mío— concluyó sentenciosamente, vaciando el vaso de vino y solicitando del conde una mirada de aprobación.

—Connaissez-vous le proverbe? Eroma, Eroma, quédate en casa y cuida tus husos— dijo Shinshin arrugando el ceño y sonriendo. —Cela nous convient à merveille. A Suvórov, con ser Suvórov, lo derrotaron à plate

couture, y ¿dónde están los Suvórov ahora? Je vous demande un peu— concluyó, pasando sin cesar del ruso al francés.[93]

—Debemos luchar hasta la última gota de sangre— repitió el coronel, golpeando la mesa —y morir por nuestro Emperador: sólo entonces las cosas irán bien. Y ra-zo-nar lo menos posible, ¿no es cierto?— se volvió al conde. —Así lo estimamos los viejos húsares. Y usted, joven y húsar, ¿qué piensa?— ahora se dirigía a Nikolái, que al oír hablar de la guerra había abandonado a su interlocutora y era todo ojos y oídos, atento a las palabras del coronel.

—Estoy absolutamente de acuerdo con usted— respondió Nikolái enfebrecido, haciendo girar el plato y cambiando de lugar los vasos con aire resuelto y decidido, como si en aquel momento corriese un grave peligro. —Estoy convencido de que los rusos debemos morir o vencer— añadió, dándose inmediata cuenta, igual que los demás, de que sus palabras eran demasiado entusiastas y exaltadas para aquel momento y, por tanto, inoportunas.

—C'est bien beau ce que vous venez de dire[94]— suspiró Julie a su lado.

Sonia temblaba, enrojeciendo hasta las orejas, el cuello y los hombros, mientras Nikolái hablaba.

Pierre prestó oído a las palabras del coronel y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Eso sí que está bien.

—¡El joven es un verdadero húsar!— exclamó el coronel, golpeando de nuevo la mesa.

—¿Por qué hacen tanto ruido?— preguntó inesperadamente, desde el otro extremo, la voz grave de María Dmítrievna. —¿Por qué golpeas la mesa?— dijo al húsar. —¿Contra quién te acaloras? Sin duda crees hallarte frente a los franceses, ¿no?

—Digo la verdad— respondió sonriendo el coronel.

—La guerra, siempre la guerra— gritó el conde desde un extremo al otro de la mesa. —Mi hijo va a la guerra, María Dmítrievna; se nos va.

—Pues yo tengo cuatro hijos en el ejército y no me lamento. Todo está en las manos de Dios. Hay quien muere acurrucado junto a la estufa y hay a

quien Dios devuelve sano y salvo de la batalla— se dejó oír, sin esfuerzo alguno, la grave voz de María Dmítrievna desde el otro extremo de la mesa.

—Así es.

Las conversaciones se concentraron de nuevo: las damas por un lado y los caballeros por el suyo.

—A que no lo preguntas, a que no te atreves a preguntarlo— decía a Natasha su hermano pequeño.

—¡Sí que lo preguntaré!— respondió Natasha.

Su rostro se había ruborizado al tomar una decisión firme y divertida. Se incorporó; miró a Pierre, enfrente de ella, como pidiéndole que escuchara, y se volvió a su madre:

—¡Mamá!— su voz infantil y profunda resonó encima de la mesa.

—¿Qué quieres?— preguntó la condesa, alarmada. Pero adivinando en el rostro de su hija que se trataba de una travesura, movió negativamente la mano con un severo gesto de amenaza y reprobación.

Las conversaciones se aquietaron.

—Mamá…, ¿qué postre tenemos hoy?— preguntó Natasha, con voz más resuelta todavía.

La condesa quería enfadarse pero no podía. María Dmítrievna levantó un dedo grueso y amenazador.

—¡Cosaco!— dijo severamente.

La mayoría de los comensales miraban a los de más edad no sabiendo cómo tomar aquella ocurrencia.

—Ya verás tú…— comenzó la condesa.

—¡Mamá! ¿Habrá postre?— repitió Natasha, con voz valiente, alegre y caprichosa, segura ya de que su audacia sería bien recibida.

Sonia y el grueso Petia disimulaban la risa.

—Como veis lo he preguntado— dijo Natasha en voz baja a su hermano y a Pierre, al que miró de nuevo.

—Habrá helado, pero no para ti— dijo María Dmítrievna.

Natasha comprendió que nada debía temer, por lo cual no se asustó siquiera ante María Dmítrievna.

—María Dmítrievna, ¿de qué es el helado? De mantecado no me gusta.

—De zanahoria.

—No es verdad… María Dmítrievna, ¿de qué es el helado? ¡Quiero saberlo!— casi gritó.

María Dmítrievna y la condesa se echaron a reír, no por la respuesta de María Dmítrievna, sino por la extraordinaria audacia y desenvoltura de aquella chiquilla que podía y osaba portarse así con María Dmítrievna.

Natasha no cejó hasta que le dijeron que el helado era de piña. Antes del helado se sirvió champaña; la música sonó de nuevo, el conde besó a la condesa y los comensales, levantándose, la felicitaron uno tras otro y brindaron después con el conde, con los niños y unos con otros. Otra vez se pusieron en movimiento los camareros, se produjo otra vez el estrépito de sillas y en el mismo orden, pero con los rostros más encendidos, los comensales volvieron al salón y al gabinete del conde.

XVII

Se prepararon las mesas de juego; se organizaron partidas de *boston* y los invitados del conde se diseminaron por los dos salones, el gabinete del conde y la biblioteca.

El conde, con las cartas dispuestas en la mano como un abanico, luchaba con esfuerzo contra la costumbre de dormir la siesta y se reía de todo. Los jóvenes, animados por la condesa, se colocaron en torno al clavicordio y el arpa. Julie, la primera, ante las súplicas de todos, tocó unas variaciones en el arpa y, con otras señoritas, pidió a Natasha y a Nikolái, cuyas dotes musicales eran conocidas de todos, que cantaran algo. Natasha, a la que se dirigían como a una persona mayor, se mostraba muy orgullosa por ello aunque al mismo tiempo se sentía intimidada.

—¿Qué vamos a cantar?— preguntó.

—*El manantial*— respondió Nikolái.

—Bien, vamos. Borís, ven— dijo Natasha. —¿Dónde está Sonia?

Se volvió, y al no ver a su amiga corrió en su busca.

No la encontró en su habitación y pasó a la habitación de los niños. Tampoco allí estaba; entonces Natasha comprendió que Sonia debía estar en el corredor, sentada en el arcón. Aquel arcón era el lugar donde la joven generación de la casa Rostov vertía sus tristezas. En efecto, Sonia, sin cuidar mucho su vaporoso vestido de muselina rosa, se había echado sobre el edredón listado y sucio del aya, colocado encima del arcón; y con el rostro escondido entre las manos menudas, sollozaba sacudiendo convulsivamente los frágiles hombros desnudos. El rostro de Natasha, animado y radiante todo el día, cambió al momento: sus ojos quedaron fijos, tembló su cuello y descendieron las comisuras de sus labios.

—¿Qué tienes, Sonia… qué tienes? ¡Oh!…

Y Natasha, abriendo del todo su boca grande, haciéndose francamente fea, se echó a llorar como un niño, sin razón alguna, sólo porque veía llorar a su amiga. Sonia quería levantar la cabeza, contestar, pero no lo conseguía y acabó por esconder su rostro cada vez más. Natasha, llorando, sentada en el edredón azul abrazó a su amiga. Por fin, haciendo un esfuerzo, Sonia se levantó, enjugó las lágrimas y empezó a contar:

—Nikolái se va dentro de una semana. Ya está… dada… la orden… Me lo ha dicho él mismo… Pero aun así yo no lloraría— y le enseñó un papel que llevaba en la mano: eran unos versos escritos por Nikolái. —No lloraría… Pero tú no puedes… nadie puede comprender… qué alma tiene…

Y al recordar que aquella alma era tan bella, lloró de nuevo.

—Tú eres feliz… No te envidio… Te quiero y quiero a Borís— dijo esforzándose de nuevo, —es simpático… para vosotros no hay obstáculos. Pero Nikolái es mi cousin… hace falta la autorización del mismo metropolitano… y con todo es imposible. Y además, si mamá…— (Sonia consideraba a la condesa su madre, y así la llamaba.) —Dirá que arruino la carrera de Nikolái, que soy una desagradecida… que no tengo corazón, y yo… lo juro— e hizo la señal de la cruz, —la amo tanto a ella y a todos vosotros…; únicamente a Vera… Por qué, ¿qué le hice yo? Estoy tan reconocida a todos, que me sentiría dichosa sacrificándolo todo… pero no tengo nada…

Sonia no pudo seguir hablando y de nuevo escondió el rostro entre las manos y el edredón. Natasha empezó a calmarse, pero en la expresión de su rostro se adivinaba que comprendía todo el dolor de su amiga.

—¡Sonia!— dijo de pronto, como intuyendo la verdadera causa de aquel dolor. —Hablaste con Vera, después de la comida ¿verdad?

—Sí. Nikolái había escrito estos versos y yo copié otros; Vera los encontró sobre la mesilla de mi habitación y ha dicho que se los enseñaría a mamá… y que soy una ingrata y que mamá no permitirá nunca que Nikolái se case conmigo, y que se casará con Julie. Ya ves cómo está con ella todo el día… ¿Por qué, Natasha?

Ahora lloraba más que antes. Natasha la incorporó; la abrazó y, sonriendo entre lágrimas, hizo todo lo posible por tranquilizarla.

—Sonia, no la creas, querida, no la creas. ¿Te acuerdas de lo que hablamos con Nikóleñka en la sala de los divanes, te acuerdas, después de cenar? Entonces decidimos todo cuanto había de suceder. Yo no lo recuerdo ya, pero tú recordarás lo bien que todo resultaba y cómo todo era posible. Ya ves: el hermano del tío Shinshin se ha casado con una prima carnal, y nosotros somos primos segundos. Borís dice que es perfectamente posible. Se lo he contado todo. ¡Es tan inteligente y tan bueno!— siguió Natasha. —No llores más, querida Sonia, preciosa mía— y la besó riendo. —Vera es mala, no le hagas caso. Todo saldrá bien, ya verás cómo no dice nada a mamá. El mismo Nikolái lo dirá antes… porque ni siquiera piensa en Julie.

Y Natasha seguía besándola en la cabeza. Sonia se incorporó y la gatita cobró vida, brillaron sus ojitos y, al parecer, ya estaba dispuesta a blandir su cola, a saltar sobre sus muelles patas y jugar de nuevo con la madeja como le era propio.

—¿Tú crees? ¿De veras? ¿Lo juras?— dijo, arreglándose rápidamente el vestido y el cabello.

—Sí, sí, lo juro— repetía Natasha, ayudando a recoger un mechón de pelo escapado de la trenza de su amiga.

Y las dos se echaron a reír.

—Bueno, ahora vamos a cantar *El manantial.*

—Vamos.

—Sabes, ese grueso Pierre, que estaba sentado enfrente de mí, me hace reír— dijo de pronto Natasha, deteniéndose. —¡Oh, me divierto mucho!— y echó a correr por el pasillo.

Sonia se sacudió la pelusilla, escondió los versos en el corpiño, muy cerca de las salientes clavículas, y corrió detrás de Natasha hacia la sala de los divanes con paso ligero, alegre y festivo y el rostro encendido. A petición de los invitados, los jóvenes cantaron a cuatro voces *El manantial*, que agradó mucho a todos; después Nikolái cantó una romanza que acababa de aprender:

Cuando en el puro cielo la luna brilla,
el amante feliz sueña:
“¡Todavía hay alguien en el mundo

que piensa en ti!
Y, acariciando con mano bella
las cuerdas doradas del arpa,
te llama, de amor languideciendo,
te llama, clama por ti.
Todavía una breve espera
y el paraíso llegará…”
Más, ¡ay!, tu pobre amigo
ya muerto estará.

Apenas había concluido las últimas palabras de su canto, cuando ya los jóvenes se aprestaban al baile y los músicos removían los pies y carraspeaban.

Pierre permanecía sentado en el salón, donde Shinshin había empezado una conversación con él, como recién llegado del extranjero; trataba de política y Pierre se aburría, aun cuando acudieron otros invitados.

Cuando empezó la música Natasha entró en el salón, se acercó directamente a Pierre y sonriendo ruborizada le dijo:

—Mamá me ha ordenado que lo invite a bailar.

—Temo confundir las figuras— dijo Pierre, —pero si quiere ser mi maestra…— y tendió su gruesa mano a la delgada chiquilla, bajándola mucho.

Mientras las parejas se disponían para el baile y los músicos afinaban sus instrumentos, Pierre se sentó al lado de su pequeña dama. Natasha se sentía perfectamente feliz. Danzaba con un *mayor* que acababa de regresar del *extranjero* a la vista de todos y hablaba con él como si fuese mayor. Llevaba en la mano un abanico que le había dejado cierta señorita para que lo sostuviese, y adoptando la postura más mundana (Dios sabe cómo y cuándo la había aprendido) se abanicaba y sonreía tras el abanico, charlando con su pareja…

—¿Eh, qué les parece? ¡Mírenla, mírenla!— exclamó la condesa, atravesando la sala y señalando a su hija.

Natasha se ruborizó:

—¡Oh, mamá! No sé por qué lo dice… ¿Qué tiene de extraño?

Hacia la mitad de la tercera “escocesa”, en el gabinete del conde hubo ruido de sillas. María Dmítrievna y la mayoría de los invitados (los más importantes y viejos) se pusieron en pie, estiraron las piernas después de estar tanto tiempo sentados, volvieron los billeteros y portamonedas a sus bolsillos y entraron en el salón. María Dmítrievna y el conde, ambos con alegre continente, abrían la marcha. El conde, con cortesía juguetona, como simulando un paso de ballet, dobló el brazo para ofrecérselo a María Dmítrievna. Se irguió de nuevo; iluminaba su rostro una sonrisa singular, astuta y gallarda, y cuando terminó la última figura del baile, aplaudió a los músicos y gritó, volviéndose al primer violín:

—¡Semión! Ahora *Daniel Kúpor*. ¿Te acuerdas?

Era el baile favorito del conde, que ya lo bailaba en su juventud. *Daniel Kúpor* era en realidad una figura de la “inglesa”.

—Miren a papá— gritó Natasha, que parecía haber olvidado que estaba bailando con una persona mayor, inclinando hacia sus rodillas la rizada cabecita y estallando en una risa sonora que llenó todo el salón.

Y, en efecto, todos los presentes miraban con alegre sonrisa al bravo viejo que se movía junto a su imponente pareja, más alta que él; doblaba los brazos, según el ritmo, enderezaba los hombros, giraba, hacía piruetas con los pies, dando ligeros taconazos con una sonrisa cada vez más abierta, como si preparase a los espectadores a lo que todavía iba a venir. Tan pronto como se oyeron las notas alegres y movidas de *Daniel Kúpor*, tan semejantes a las de ciertas danzas rusas, todas las puertas del salón se llenaron de alegres rostros de domésticos; en una parte los hombres y en la otra las mujeres que se acercaban sonrientes a ver cómo se divertía su señor.
—¡Es un águila nuestro padrecito!— dijo en voz alta la vieja niñera en el umbral de una puerta. —¡Un águila!

El conde bailaba bien, y lo sabía; pero su dama no sabía ni quería bailar. Su voluminoso cuerpo se mantenía recto y los brazos robustos le colgaban (había dado su bolso a la condesa); puede decirse que sólo bailaba su rostro, severo y bello. Todo cuanto expresaba la redonda figura del conde se reflejaba en el rostro de María Dmítrievna, en el aleteo de su nariz y una

sonrisa cada vez más amplia. Pero si el conde, enardecido por el baile, cautivaba a los espectadores con sus quiebros ágiles e inesperados y los saltos ligeros de sus rápidos pies, no era menor la admiración que despertaba María Dmítrievna, quien con mínimo esfuerzo movía los hombros, redondeaba los brazos en las vueltas y taconeaba. Todos reconocían su mérito, teniendo en cuenta su complexión y su severidad habitual. El baile era cada vez más animado. Las parejas que tenían enfrente no conseguían llamar la atención y ni siquiera lo intentaban. Todos estaban pendientes del conde y de María Dmítrievna. Natasha tiraba de la manga y del vestido a todos, que no precisaban de esa señal para tener los ojos fijos en los bailarines, y les pedía que miraran a su padre.

El conde, en los intervalos de la danza, respiraba profundamente, agitaba la mano y gritaba a los músicos que tocaran con más brío. Y con más y más brío y soltura giraba el conde, ya sobre las puntas de los pies, ya sobre los talones alrededor de María Dmítrievna; y, por último, la llevó de nuevo a su silla y haciendo el último paso levantó ágilmente una pierna hacia atrás y con una sonrisa inclinó el sudoroso rostro y giró en círculo el brazo derecho en medio de una explosión de aplausos y risas, sobre todo por parte de Natasha. Ambos bailarines se detuvieron, respirando fatigosamente, y se enjugaron con sus pañuelos de batista.

—Así se bailaba en nuestros tiempos, ma chère— dijo el conde.

—Vaya con *Daniel Kúpor*— contestó María Dmítrievna con un prolongado y hondo suspiro, recogiéndose las mangas.

XVIII

Mientras en la sala de los Rostov se seguía bailando la sexta “inglesa”, al son de una orquesta que empezaba a desafinar por el cansancio de los músicos, y los camareros y cocineros preparaban la cena, el conde Bezújov sufrió su sexto ataque. Los médicos declararon que no existía ninguna esperanza de curación. Se leyeron al enfermo las oraciones de la confesión, se le administraron los sacramentos, se hicieron los preparativos para la extremaunción y la confusión e inquietud propias de semejantes momentos se adueñaron de la casa. Afuera, al otro lado del portal, se ocultaban, entre carruajes que iban llegando, los empleados de pompas fúnebres, con la esperanza de un lujoso entierro. El general gobernador de Moscú, que por intermedio de sus ayudantes no cesó de informarse del estado del conde, aquella tarde se dirigió personalmente a decir su adiós al conde Bezújov, el célebre dignatario de Catalina II.

La suntuosa sala de recepción estaba llena. Todos se levantaron con respeto cuando el general gobernador, después de haber estado media hora a solas con el enfermo, salió de la cámara; respondió apenas a los saludos y procuró pasar lo más pronto posible ante los médicos, sacerdotes y parientes que tenían los ojos fijos en él. El príncipe Vasili, que en aquellos días había adelgazado, más pálido que de costumbre, lo acompañaba diciéndole algo en voz baja.

Después de haber acompañado al general gobernador, el príncipe Vasili se sentó en la sala con las piernas cruzadas, apartado de todos, el codo apoyado en la rodilla y los ojos ocultos tras la mano; así permaneció durante cierto tiempo; luego se levantó y, con pasos rápidos no habituales

en él, dirigiendo en derredor miradas inquietas, atravesó un largo corredor y pasó a la parte trasera de la casa, donde vivía la mayor de las princesas.

Cuantos estaban en la sala débilmente iluminada cuchicheaban nerviosamente entre sí y callaban, mirando con ojos inquisitivos y ansiosos la puerta que conducía a la habitación del moribundo, que se abría con ruido débil siempre que salía o entraba alguien.

—La vida ha llegado a su término y no se pueden traspasar sus límites — decía un sacerdote viejecillo a una señora que, sentada junto a él, lo escuchaba cándidamente.

—¿No será demasiado tarde para la extremaunción?— preguntó la señora, añadiendo a sus palabras el título eclesiástico, como si careciera de opinión propia sobre ello.

—Es un gran sacramento, hija mía— respondió el sacerdote pasándose la mano sobre la cabeza, en la cual sólo quedaban algunos mechones de cabellos grises.

—¿Quién era ése? ¿El general gobernador de la plaza?— preguntaban en otro ángulo de la estancia. —¡Qué joven parece!…

—Pues pasa de los sesenta. Y dicen que el conde ya no conoce a nadie… que van a administrarle la extremaunción.

—Conocí a un señor a quien se la administraron siete veces.

La segunda de las princesas salió de la habitación del enfermo con los ojos llenos de lágrimas y tomó asiento al lado del doctor Lorrain, que, en gentil postura, con el codo apoyado en una mesa, estaba sentado bajo el retrato de Catalina II.

—Très beau— dijo el médico, respondiendo a una pregunta sobre el tiempo, —très beau, princesse, et puis à Moscou on se croit à la campagne.[95]

—N’est-ce pas?[96]— suspiró la princesa. —Entonces, ¿puede beber?

Lorrain quedó pensativo.

—¿Ha tomado la medicina?

—Sí.

El médico miró su reloj.

—Tome un vaso con agua hervida y ponga une pincée[97]— con afilados dedos indicó lo que significaba *une pincée* de crémor tártaro…

—No se conoce el caso de haber sobrevivido a un tercer ataque— comentaba un médico alemán hablando con un ayudante de campo.

—¡Qué hombre más apuesto era hace poco!— dijo el ayudante de campo. —Y ahora, ¿a quién pasará toda esta fortuna?— agregó en un susurro.

—Ya aparecerán los voluntarios— replicó sonriendo el alemán.

Se volvieron todos hacia la puerta, que se abrió de nuevo para dar paso a la segunda princesa, que llevaba al enfermo la poción ordenada por Lorrain.

El doctor alemán se acercó a Lorrain.

—¿Llegará hasta mañana por la mañana?— preguntó hablando mal en francés.

Lorrain apretó los labios y agitó nerviosa y negativamente un dedo delante de la nariz.

—Esta noche, lo más tardar— murmuró en voz baja, con una discreta sonrisa en la que se traslucía su satisfacción por comprender y expresar claramente la situación del enfermo. Y se alejó.

Entretanto, el príncipe Vasili abría la puerta de la habitación de la princesa.

La estancia estaba en penumbra, sólo dos lamparillas ardían ante los iconos; olía agradablemente a incienso y flores. Toda la habitación estaba llena de pequeños muebles, mesitas y armaritos; detrás de un biombo se veía la blanca cubierta de un lecho muy alto y mullido. Ladró un perrito.

—Ah, ¿es usted, mon cousin?

La princesa se levantó, se arregló los cabellos, que siempre, aun ahora, llevaba completamente alisados, como si estuviesen pegados al cráneo y cubiertos de barniz.

—¿Ha sucedido algo?— preguntó. —Estoy tan asustada…

—No, nada; sigue lo mismo. He venido a hablar contigo de un asunto serio, Catiche— dijo el príncipe con aire cansado sentándose en la butaca dejada por ella. —¡Qué calor hace! Ea, siéntate aquí, causons.

—Creí que había ocurrido algo— dijo la princesa. Y, con su invariable expresión de pétrea severidad, tomó asiento frente al príncipe, dispuesta a

escuchar. —Me gustaría dormir, mon cousin, pero no puedo.

—¿Qué hay, querida?— preguntó el príncipe Vasili, tomando la mano de la princesa y doblándola hacia abajo, como por costumbre.

Evidentemente aquel "¿qué hay?" se refería a muchas cosas que ambos comprendían bien sin necesidad de palabras.

La princesa, con su busto seco y largo en comparación con las piernas, miraba directa y fríamente al príncipe con sus ojos saltones y grises. Movió la cabeza, suspiró y se volvió hacia los iconos. Su gesto podría expresar tristeza y devoción o cansancio y esperanza en un próximo reposo. El príncipe Vasili vio en él un signo de fatiga.

—¿Y crees que todo esto es más fácil para mí? Je suis éreinté comme un cheval de poste;[98] y, a pesar de todo, debo hablarte, Catiche, y muy seriamente.

El príncipe Vasili calló. Sus mejillas temblaron nerviosamente, bien a un lado, bien al otro, lo que le dio una expresión desagradable que no se le conocía en el mundo de los salones. Tampoco sus ojos eran como de costumbre: ya miraba con irónica insolencia, ya con temor.

La princesa, que acariciaba con sus manos secas y delgadas al perrito recogido en sus rodillas, miraba directamente al príncipe Vasili; pero era evidente que no rompería el silencio con una pregunta aunque tuviera que esperar hasta la mañana.

—Ya ve, querida princesa y prima Catalina Semiónovna— prosiguió el príncipe Vasili, no sin esfuerzo, reanudando el hilo de sus palabras: —en momentos como éste hay que pensar en todo. En el porvenir, en vosotras… Os quiero a todas como a mis hijos, tú lo sabes.

La princesa seguía mirándolo con la misma mirada opaca e inmóvil.

—En fin, tengo que pensar también en mi familia— continuó el príncipe Vasili enfadado, sin mirarla, y apartando nerviosamente la mesita. —Tú, Catiche, sabes que vosotras, las tres hermanas Mámontov, y mi mujer sois las herederas directas del conde. Ya sé, ya sé que te resulta penoso pensar y hablar de estas cosas; tampoco para mí es fácil; pero, querida amiga, ya paso de los cincuenta y debo estar preparado para todo. ¿Sabes que he mandado llamar a Pierre porque el conde, indicando su retrato, exigió que viniera?

El príncipe miró a la princesa como preguntándole, pero no pudo comprender si lo había entendido o si simplemente lo estaba mirando…

—Sólo una cosa pido a Dios, mon cousin, que sea misericordioso con él y permita a su hermosa alma abandonar tranquilamente esta…

—Sí, eso está bien, está bien— prosiguió impaciente el príncipe Vasili, frotándose la calva y acercando con ira la mesita que antes había empujado. —Pero, en fin… De lo que se trata, tú lo sabes, es que el pasado invierno el conde hizo un testamento por el que deja todos sus bienes a Pierre, en perjuicio de sus herederos directos y de nosotros…

—¡Pues no ha escrito ya pocos testamentos!— replicó tranquilamente la princesa. —Pero no puede legar nada a Pierre. Es un hijo ilegítimo.

—Ma chère— dijo de improviso el príncipe Vasili, acercando hacia él la mesita, animándose y comenzando a hablar más deprisa; —pero ¿y si ha escrito al Emperador pidiéndole la autorización para reconocer a Pierre? Compréndelo: vistos los méritos del conde, su petición será atendida…

La princesa sonrió como lo hacen quienes creen saber algo mucho mejor que aquel con quien hablan.

—Te diré más— añadió el príncipe Vasili, tomándole la mano. —La carta está escrita, y, aunque no ha sido enviada todavía, el Emperador sabe que existe. Lo importante es saber si fue destruida. Si no, cuando *todo haya terminado*— el príncipe Vasili suspiró, dando a entender qué pretendía decir con esas palabras de *todo haya terminado* —se abrirán los papeles del conde, el testamento y la carta serán entregados al Emperador y seguramente se respetará su deseo. Pierre, como hijo legítimo, lo recibirá todo.

—¿Y nuestra parte?— preguntó la princesa sonriendo irónicamente, como si creyera que todo era posible menos aquello.

—Mais, ma pauvre Catiche, c'est clair comme le jour.[99] Pierre será el único heredero legal de todo, y vosotras no recibiréis absolutamente nada. Tú debes saber, querida, si el testamento y la carta han sido escritos o si han sido destruidos. Y si por cualquier motivo fueron olvidados, tú tienes que saber dónde están y encontrarlos, porque…

—¡Es lo único que faltaba!— lo interrumpió la princesa con sarcástica sonrisa y sin variar la expresión de sus ojos. —Soy mujer, y según vosotros

todas las mujeres somos estúpidas, pero sé muy bien que un hijo ilegítimo no puede heredar… Un bâtard— añadió, creyendo que traduciendo esta palabra convencería al príncipe de su sinrazón.

—¿Cómo no lo entiendes, Catiche? ¡Con lo inteligente que eres! ¿Cómo no entiendes que si el conde ha escrito al Emperador una carta solicitando la legitimación de su hijo Pierre, éste ya no será Pierre, sino el conde Bezújov, y entonces, de acuerdo con el testamento, será todo para él? Y si el testamento y la carta no desaparecen, nada queda para ti, salvo el consuelo de haber sido virtuosa et tout ce qui s'en suit.[100] Como lo oyes.

—Sé que el testamento está escrito, pero sé también que no es válido, y me parece que me toma usted por una verdadera estúpida, mon cousin— dijo la princesa con el tono de la mujer que está segura de haber dicho algo ingenioso y ofensivo.

—Querida princesa Catalina Semiónovna— replicó con impaciencia el príncipe Vasili, —no he venido aquí para cambiar contigo palabras desagradables, sino para hablarte como a una de la familia, una buena y verdadera pariente; para hablar de tus propios intereses. Te repito por décima vez que si la carta al Emperador y el testamento a favor de Pierre se hallan entre los papeles del conde, tú, palomita mía, y tus hermanas no recibiréis nada; y si no me crees a mí, cree por lo menos a las personas que entienden de estos asuntos; acabo de hablar con Dmitri Onúfrich— era el abogado de la familia —y me ha dicho lo mismo.

Algo pareció haber cambiado en la mente de la princesa. Sus delgados labios palidecieron (los ojos seguían siendo los mismos de antes) y su voz se hizo tan entrecortada que ella misma se sorprendió.

—¡Sólo eso nos faltaba!— dijo la princesa. —No quise antes, no quiero nada ahora.

Arrojó de sus rodillas al perrito y se compuso la falda.

—Así se agradece a las personas que lo han sacrificado todo por él— continuó. —¡Maravilloso! ¡Muy bien! Yo no necesito nada, príncipe.

—Sí, pero tú no estás sola; tienes hermanas— replicó el príncipe Vasili.

Mas la princesa no lo escuchaba.

—Sí, lo sabía desde hace tiempo; pero me olvidaba de que nada podía esperarse en esta casa sino bajeza, envidia, intriga e ingratitud, la más negra

ingratitud…

—¿Sabes dónde está el testamento? ¿Sí o no?— preguntó el príncipe Vasili temblándole las mejillas más que antes.

—Sí, era una estúpida, aún creía en los seres humanos; los amaba y me sacrificaba por ellos. Pero sólo los malvados, los viles, salen adelante. Ya sé de dónde procede esta intriga.

La princesa quiso levantarse, pero el príncipe Vasili la sujetó por la mano. Catalina tenía el aspecto de la persona que acaba de perder en un minuto su confianza en la humanidad entera; miraba iracunda a su interlocutor.

—Todavía estamos a tiempo. Tú, Catiche, ten bien presente que todo esto se hizo por casualidad, en un momento de cólera, de malestar; pero después se ha olvidado. Nuestro deber, querida mía, es reparar su error, aliviar sus últimos instantes sin permitir que se cometa semejante injusticia, que no muera con el pensamiento de que ha hecho infelices a las personas que…

—A las personas que lo han sacrificado todo por él— terminó la princesa, intentando levantarse de nuevo; pero el príncipe no se lo permitió, —aunque él jamás supo apreciarlo. No, mon cousin— añadió con un suspiro, —siempre recordaré que en este mundo no hay que esperar recompensa alguna, que en este mundo no hay ni honor ni justicia… que en este mundo hay que ser malvado e intrigante.

—Bueno, voyons. Cálmate. Conozco tu buen corazón.

—No, mi corazón ya no es bueno.

—Conozco tu corazón— repitió el príncipe, —y aprecio tu amistad y querría que tú tuvieses de mí la misma opinión que yo de ti. Cálmate y parlons raison,[101] aún hay tiempo; tal vez veinticuatro horas, tal vez una… Cuéntame todo cuanto sepas del testamento, y especialmente dónde se encuentra, tú tienes que saberlo. Lo sacaremos ahora mismo y lo mostraremos al conde. Es evidente que olvidó su existencia y querrá destruirlo. Tú ya comprendes que mi único deseo es cumplir su voluntad fielmente: sólo para eso estoy aquí. No he venido más que para ayudarlo a él y a vosotras.

—Ahora lo comprendo todo— dijo la princesa. —Sé quién ha preparado esta intriga. Lo sé.

—No se trata de eso, amiga mía.

—Es su protegée,[102] su querida princesa Anna Mijáilovna, a quien no querría tener ni por sirvienta; es esa ruin e infame mujer.

—Ne perdons point de temps.[103]

—¡No, no me diga! El pasado invierno esa mujer se introdujo en esta casa y contó al conde tales horrores sobre todas nosotras y especialmente sobre Sophie (no puedo ni repetirlos) que el conde enfermó y estuvo dos semanas sin querer vernos. Fue entonces, lo sé bien, cuando escribió ese infame papel… pero yo creí que no tendría validez alguna.

—Nous y voilà.[104] ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Está en la cartera de cuero repujado que guarda bajo su almohada. Ahora lo sé— dijo la princesa sin responder. —Sí, si tengo algún pecado, un gran pecado, es el odio hacia esa miserable— siguió la princesa casi a gritos, totalmente cambiada. —¿Qué busca aquí? Pero se lo diré todo, todo. ¡Ya llegará la hora!

XIX

Mientras en la sala de recepción y en la habitación de la princesa tenían lugar tales conversaciones, el coche que llevaba a Pierre (a quien mandaron a buscar) y a Anna Mijáilovna, que estimó necesario acompañarlo, entraba en el patio del conde Bezújov. Cuando las ruedas del coche giraron silenciosas sobre la paja extendida bajo las ventanas, Anna Mijáilovna dirigió a su compañero palabras de ánimo pero, al darse cuenta de que durante el trayecto se había dormido en un rincón de la carroza, lo despertó. Despabilado, Pierre salió del carruaje detrás de Anna Mijáilovna y sólo entonces pensó en el encuentro que le esperaba con su padre moribundo. Notó que la carroza no paró ante la entrada principal, sino ante la destinada al servicio. Al bajar vio a dos hombres vestidos como menestrales que se apartaron apresuradamente, aprovechando la oscuridad de las paredes. Pierre se detuvo y en medio de la negrura que rodeaba la casa por ambos lados divisó a varios hombres semejantes a los vistos antes, pero ni Anna Mijáilovna, ni el lacayo, ni el cochero que tenían que haberlos visto se fijaron en ellos. Por consiguiente, razonó Pierre, así debe ser. Siguió a Anna Mijáilovna quien con rápidos pasos subía por la estrecha y débilmente iluminada escalera de piedra y apresuraba a Pierre, que iba detrás sin comprender aún por qué debía ver al conde y menos aún la necesidad de entrar por la escalera de servicio. Pensó, dada la resolución y la prisa de Anna Mijáilovna, que así debía ser. A mitad de la escalera casi fueron derribados por unos hombres que descendían pisando muy fuerte con unos cubos. Se apretaron contra la pared para dejar pasar a Pierre y Anna Mijáilovna y no dieron la más pequeña muestra de sorpresa al verlos.

—¿Están aquí las habitaciones de las princesas?— preguntó a uno de ellos Anna Mijáilovna.

—Sí, la puerta de la izquierda, señora— respondió el lacayo, con voz fuerte y audaz, como si ahora todo estuviera permitido.

—Tal vez el conde no me ha llamado— dijo Pierre cuando llegaron al descansillo. —Será mejor que me vaya a mi habitación.

Anna Mijáilovna se detuvo para esperar a Pierre.

—Ah, mon ami!— dijo con la misma voz y gesto con que por la mañana había hablado a su hijo. —Croyez que je souffre autant que vous, mais soyez homme[105]— añadió, rozando la mano de Pierre.

—¿Y si me fuera?— preguntó Pierre mirando cariñosamente a Anna Mijáilovna a través de sus lentes.

—Ah, mon ami, oubliez les torts qu'on a pu avoir envers vous, pensez que c'est votre père…, peut-être à l'agonie— suspiró. —Je vous ai tout de suite aimé comme mon fils. Fiez-vous à moi, Pierre. Je n'oublierai pas vos intérêts[106]— contestó a su mirada; y avanzó con más prisas por el pasillo.

Pierre, que no comprendía nada, se convenció aún más de que todo tenía que ser así y siguió dócilmente a Anna Mijáilovna, que ya abría la puerta.

La puerta daba al pasillo que correspondía a la entrada de servicio. En un rincón había un viejo sirviente de las princesas haciendo calceta. Pierre no había estado jamás en aquella parte de la casa y ni siquiera sospechaba la existencia de tales cámaras. Anna Mijáilovna preguntó a una sirviente que la adelantó, con una botella sobre una bandejita (llamándola "querida" y "paloma mía"), cómo estaban las princesas y condujo a Pierre más allá, por un pasillo de baldosas. La primera puerta a la izquierda del pasillo llevaba a las habitaciones de las princesas. La sirvienta de la botella, con la prisa (en aquellos momentos todo se hacía con prisas en la casa), no había cerrado la puerta y, al pasar, Pierre y Anna Mijáilovna miraron involuntariamente al interior de la estancia, donde conversaban, sentados muy cerca el uno de la otra, la mayor de las princesas y el príncipe Vasili, quien, reconociendo a los que pasaban, tuvo un gesto de impaciencia y se echó hacia atrás; la princesa, con desesperado ademán, cerró con toda fuerza la puerta.

Aquel gesto estaba tan en desacuerdo con la tranquila forma de ser de la princesa, y el miedo reflejado en el rostro del príncipe Vasili correspondía tan poco a su digna actitud de siempre, que Pierre se detuvo y miró interrogante, a través de sus lentes, a su guía. Anna Mijáilovna no pareció extrañarse: se limitó a sonreír levemente y suspiró, como diciendo que ella esperaba todo cuanto estaba sucediendo.

—Soyez homme, mon ami, c'est moi qui veillerai à vos intérêts[107]— contestó a su mirada; y avanzó con más prisa por el pasillo.

Pierre, sin comprender de qué se trataba y menos aún qué significaba aquello de *veiller à vos intérêts*, seguía creyendo que todo debía ser así. El pasillo los condujo a una sala medio oscura que daba al salón de recepción del conde. Era una de aquellas salas frías y lujosas que ya conocía Pierre, aunque siempre había llegado por la entrada principal. En medio de una de ellas había una bañera vacía y la alfombra estaba salpicada de agua. Cuando entraron, un criado y un sacristán, portador de un incensario, salían de puntillas, sin reparar en los recién venidos. Entraron en el salón de recepción —ya conocido por Pierre—, con dos ventanales de estilo italiano que comunicaban con el jardín de invierno y decorado con un gran busto y un retrato de tamaño natural de la emperatriz Catalina.

En el salón estaban las mismas personas de antes, en idénticas posturas, y seguían cuchicheando. Todos callaron para mirar a Anna Mijáilovna, con su rostro pálido y lloroso, y al corpulento Pierre, que la seguía dócilmente con la cabeza baja.

El rostro de Anna Mijáilovna expresaba la convicción de que el instante decisivo había llegado. Entró con el semblante de una dama petersburguesa atareada, sin dejar a Pierre, y aún más decidida que por la mañana. Presentía que llevando consigo a la persona a quien el moribundo quería ver iba a ser bien recibida. Recorrió con rápida mirada a los presentes y viendo al confesor del conde se acercó a él con menudos pasos como encogida o como si hubiera disminuido de tamaño y recibió respetuosamente su bendición y después la de otro sacerdote.

—¡Dios sea loado! ¡Llegamos a tiempo!— dijo al sacerdote. —Todos los parientes teníamos tanto miedo… Este joven es el hijo del conde— añadió bajando el tono. —¡Qué terrible momento!

Pronunciadas estas palabras, se acercó al doctor.

—Cher docteur— le dijo, —ce jeune homme est le fils du comte… y a-t-il de l'espoir?[108]

El doctor, en silencio, levantó los ojos y los hombros con gesto rápido. Anna Mijáilovna hizo el mismo movimiento. Después, cerrando casi los ojos, suspiró, se apartó del doctor y se acercó a Pierre. Se dirigió a él con singular respeto y melancólica ternura.

—Ayez confiance en Sa miséricorde[109]— murmuró, e indicándole un pequeño diván para que se sentara allí y la esperase se dirigió sin hacer ruido hacia la puerta a la que todos miraban y desapareció también, casi sin ruido, detrás de ella.

Pierre, decidido a obedecer en todo a su guía, se dirigió al diván indicado. Apenas hubo desaparecido Anna Mijáilovna, Pierre advirtió que todas las miradas se dirigían a él con algo más que curiosidad y compasión. Notó que todos susurraban algo, señalándolo con los ojos, con cierto temor y hasta obsequiosamente. Le testimoniaban un respeto que, hasta entonces, ninguno le había mostrado. Una dama, a la que no conocía y que estaba hablando con el sacerdote, se levantó de su sitio para ofrecérselo. El ayudante de campo recogió del suelo un guante que Pierre había dejado caer distraídamente y se lo entregó. Los médicos callaron con respeto y se apartaron para dejarle sitio. Pierre quiso al principio sentarse en otro lugar para no molestar a la señora, quiso recoger el guante por sí mismo y evitar a los médicos, que, por cierto, no le cerraban el paso; pero se dio cuenta de que no habría sido correcto y que, a partir de aquella noche, era una persona obligada a un ritual terrible, previsto por todos, y que por tal motivo debía resignarse a recibir y aceptar favores de todos. Tomó sin decir una palabra el guante que le ofrecía el ayudante de campo, se sentó en el puesto de la señora, puso sus grandes manos sobre las rodillas, colocadas simétricamente en la ingenua postura de una estatua egipcia, y se dijo que todo aquello debía ser así precisamente y que, para mantenerse en su puesto y no cometer estupideces, no debía proceder aquella noche por iniciativa propia sino abandonarse totalmente a la voluntad de quienes lo guiaban.

No habían transcurrido más de dos minutos cuando el príncipe Vasili, de uniforme, con tres condecoraciones en el pecho, la cabeza erguida y el porte

majestuoso, penetró en el salón. Parecía haber adelgazado desde la mañana; sus ojos, más agrandados que de ordinario, pasaron revista al público. Al darse cuenta de la presencia de Pierre se acercó a él, le tomó la mano (lo que hasta entonces no había hecho nunca) y la sacudió vigorosamente hacia abajo, como para comprobar su resistencia.

—Courage, courage, mon ami. Il a demandé à vous voir. C'est bien… [110] y mostró intención de alejarse.

Pero Pierre creyó necesario preguntarle:

—¿Cómo está?…— y se detuvo indeciso, no sabiendo si debía decir, al hablar del moribundo, "conde"; decir "mi padre" le daba vergüenza.

—Il a eu encore un coup, il y a une demi-heure. Courage, mon ami… [111]

Pierre tenía tal confusión de ideas que, al oír la palabra *coup*, pensó que había sido golpeado y miró con estupor al príncipe Vasili; sólo después comprendió que el *coup* se refería a la enfermedad. El príncipe Vasili se dirigió al doctor Lorrain para decirle algo, y después fue de puntillas hacia la puerta. Como no sabía caminar así, el resultado fueron unos saltitos que hicieron temblar todo su cuerpo. Después pasó la mayor de las princesas y, tras ella, los sacerdotes, sacristanes y domésticos. Del otro lado de la puerta se oía gran movimiento; por último, con el mismo rostro descolorido, pero firme en el cumplimiento de su deber, salió Anna Mijáilovna, que dijo a Pierre, rozándole la mano:

—La bonté divine est inépuisable. C'est la cérémonie de l'extréme-onction qui va commencer. Venez.[112]

Pierre cruzó el umbral, pisando la mullida alfombra, y notó que el ayudante de campo, la dama desconocida y alguien de la servidumbre entraban después, como si ahora no necesitaran permiso alguno para penetrar en aquella estancia.

XX

Pierre conocía muy bien aquella gran cámara, dividida por un arco, columnas y revestida de tapices persas. En una parte de la habitación, tras las columnas, había una alta cama de caoba oculta por cortinas de seda; y en la otra un enorme retablo con iconos. Toda esta parte estaba iluminada intensamente, como las iglesias durante los oficios nocturnos. Bajo la refulgente cornisa del retablo había un largo sillón en cuyo respaldo aparecían unos almohadones de blancura nívea, sin arrugas, y que evidentemente acababan de mudar. En aquel sillón, cubierta hasta la cintura por una manta de un verde intenso, yacía la majestuosa figura que tan bien conocía Pierre: su padre, el conde Bezújov. Era él, con la misma melena leonina de color gris sobre la amplia frente, las mismas profundas arrugas, tan características y nobles en su hermoso rostro de color cobrizo. Había sido colocado exactamente debajo de los iconos. Sus manos, gruesas y grandes, reposaban sobre la manta. En la derecha, con la palma hacia abajo, entre el índice y el pulgar tenía un cirio que lo ayudaba a sostener un viejo criado inclinado detrás del respaldo. En torno estaban los sacerdotes, con sus vestiduras resplandecientes y sus largos cabellos; sostenían sus cirios encendidos y oficiaban reposada y solemnemente. Un poco detrás estaban las dos princesas menores, con pañuelos en las manos, y, delante de ellas, la mayor, Catiche, con aire maligno y resuelto, que no separaba los ojos de los iconos como diciendo a todos que no respondía de sí misma si miraba a otra parte. Anna Mijáilovna, con apacible gesto de tristeza y benevolencia hacia todos, y la dama desconocida se detuvieron junto a la puerta. El príncipe Vasili se había situado en la otra parte, muy cerca del sillón, detrás de una silla labrada y forrada de terciopelo cuyo respaldo había vuelto hacia sí y en

el cual apoyaba la mano izquierda, con la que sostenía el cirio, mientras con la derecha se santiguaba, levantando los ojos siempre que se llevaba los dedos a la frente. Su rostro expresaba una tranquila piedad y absoluta sumisión a la voluntad divina. “Si no comprendéis estos sentimientos, peor para vosotros”, parecía decir su rostro.

Detrás del príncipe estaban el ayudante de campo, el doctor y la servidumbre masculina. Igual que en la iglesia, las mujeres formaban un grupo separado de los hombres. Reinaba el silencio, todos se santiguaban; se oía tan sólo la lectura de los salmos y el canto contenido, pastoso y grave; y cuando las voces se detenían, un movimiento de pies y suspiros. Anna Mijáilovna, con el aire importante de quien sabe lo que le corresponde hacer, atravesó toda la cámara para reunirse con Pierre y darle un cirio. El joven lo encendió, pero distraído por sus observaciones sobre los presentes se santiguó con la mano que lo había cogido.

Sofía, la princesa más joven, aquella del lunar, tan dada a la risa, lo miraba. Sonrió, escondió el rostro en el pañuelo y lo mantuvo así largo rato. Después, mirando de nuevo a Pierre, estuvo a punto de echarse a reír. Al parecer no podía mirarlo sin reír, y como no podía dejar de mirarlo, para evitar la tentación se escondió discretamente tras una columna. De improviso las voces callaron a mitad del oficio. Los sacerdotes cambiaron unas palabras entre sí. El viejo sirviente que sostenía la mano del conde se levantó y miró hacia las damas. Anna Mijáilovna se adelantó e inclinándose sobre el enfermo hizo una señal a Lorrain. El doctor francés, apoyado en una columna, no llevaba el cirio y mantenía la actitud respetuosa del extranjero que muestra cómo, a pesar de su diferencia de religión, comprende toda la importancia del acto que se lleva a cabo y lo aprueba. Con los silenciosos pasos del hombre en la plenitud de la edad, se acercó al enfermo, sujetó con sus dedos blancos y finos la mano libre que descansaba sobre la manta verde y, volviéndose, buscó el pulso del moribundo. Quedó pensativo. Sirvieron al conde una bebida, hubo cierta agitación en su torno y después cada uno volvió a su sitio y prosiguió el oficio. Durante la interrupción, Pierre observó que el príncipe Vasili abandonaba el respaldo de la silla y, con gesto de saber lo que hacía (y tanto peor para los demás si no lo comprendían), pasó ante el enfermo sin detenerse y se acercó a la

mayor de las princesas, con la cual se dirigió después al fondo de la estancia, hacia el alto lecho cubierto por cortinas de seda. De allí, el príncipe y la princesa desaparecieron por la puerta del fondo. Antes de terminar el oficio estaban de nuevo en sus puestos. Pierre no dio más importancia a ese detalle que a las demás cosas, pues seguía convencido de que cuanto pasaba aquel día era absolutamente necesario.

Cesaron los cantos religiosos y se oyó la voz de un sacerdote que felicitaba respetuosamente al enfermo por haber recibido los sacramentos. El conde seguía inmóvil, como privado de vida. Todos se agitaron en derredor; se oían pasos y murmullos, sobre los que dominaba el de Anna Mijáilovna. Pierre oyó que decía:

—Es necesario llevarlo al lecho, aquí no sería posible…

Los médicos, las princesas y los criados rodearon al enfermo, de tal manera que Pierre ya no distinguía el rostro cobrizo y la melena gris que no había perdido de vista durante todo el ritual, aunque también veía otras caras. Pierre adivinó, por los movimientos cautelosos de las personas que rodeaban el sillón, que levantaban y trasladaban al moribundo.

—Sujétate a mi brazo… así lo dejarás caer— llegaba hasta Pierre el cuchicheo asustado de un sirviente, —por abajo… otro más…— proseguían las voces. La respiración forzada, el taconeo de los pies se hacían cada vez más precipitados, como si el cuerpo pesase demasiado para quienes lo llevaban.

También estaba Anna Mijáilovna entre los portadores; durante un segundo, entre las cabezas y espaldas de los hombres, aparecieron ante Pierre el ancho y robusto pecho desnudo, los gruesos hombros del enfermo, alzado por gente que lo sostenía por debajo de los brazos, y después la cabeza leonina y rizada de cabello gris. Aquella cabeza, de frente extraordinariamente amplia, pómulos marcados, boca hermosa y sensual, mirada majestuosa y fría, no se mostraba alterada por la cercanía de la muerte. Era igual a la que había visto tres meses antes, cuando el conde lo envió a San Petersburgo; pero esta cabeza se balanceaba desvalida al paso desigual de los portadores, y la mirada inexpresiva, indiferente, no sabía en qué fijarse.

Hubo unos momentos de revuelo en torno al alto lecho; los hombres que lo habían llevado se alejaron. Anna Mijáilovna tocó el brazo de Pierre y le dijo: *Venez*. Pierre se acercó con ella al gran lecho donde, de evidente acuerdo con los sacramentos que acababan de administrarle, habían puesto al enfermo en solemne postura. Unos cuantos almohadones mantenían erguida su cabeza y tenía las manos simétricamente dispuestas sobre la colcha de seda verde. Cuando Pierre se acercó, el conde lo miraba directamente, con una de esas miradas cuyo sentido e importancia no puede comprender el hombre. Podía no significar nada sino una mera necesidad de fijar los ojos en algo, o tal vez significaba demasiado. Pierre se detuvo sin saber qué hacer y con gesto interrogante se volvió hacia Anna Mijáilovna, que lo había guiado hasta allí. Ella le hizo una rápida señal con los ojos, indicando la mano del enfermo y haciendo el gesto de besarla. Pierre extendió prudentemente la cabeza para no enganchar la colcha, siguió el consejo y posó sus labios sobre la mano ancha y carnosa. Pero ni la mano ni siquiera un solo músculo del conde se movieron. Pierre miró de nuevo a su mentora, preguntando con los ojos qué más debía hacer. Con un nuevo gesto, Anna Mijáilovna le indicó la butaca que había junto al lecho. Pierre se sentó dócilmente y continuó preguntando con la mirada si había hecho lo que debía. Anna Mijáilovna hizo con la cabeza un gesto de aprobación. Pierre volvió a su postura ingenua y simétrica de estatua egipcia, deplorando, al parecer, que su cuerpo voluminoso y torpe ocupase tanto sitio, y hacía todos los esfuerzos posibles para no parecer tan corpulento. Miró al conde; el conde miraba hacia el lugar donde estuvo Pierre cuando se hallaba de pie. Anna Mijáilovna expresaba en su semblante que comprendía la conmovedora importancia de ese último encuentro entre padre e hijo. Todo ello duró dos minutos que a Pierre le parecieron una hora. De pronto, un estremecimiento contrajo los prominentes músculos y arrugas en el rostro del enfermo, estremecimiento que se hizo más intenso y torció la bella boca de la cual brotaban sonidos confusos y roncos (tan sólo entonces comprendió Pierre lo cerca que estaba su padre de la muerte). Anna Mijáilovna miraba fijamente a los ojos del enfermo, tratando de averiguar sus deseos. Tan pronto señalaba a Pierre como a la bebida, pronunció en un susurro el nombre del príncipe Vasili e indicó la colcha.

Pero los ojos y el rostro del enfermo expresaban impaciencia. Hacía repetidos esfuerzos para mirar al sirviente que, inmóvil, no se apartaba de la cabecera.

—Quiere volverse del otro lado— murmuró el sirviente; y se acercó para volver el pesado cuerpo del enfermo de cara a la pared.

Pierre se levantó para ayudarlo.

Mientras volvían al conde, uno de sus brazos cayó hacia atrás y él hizo un vano esfuerzo por moverlo. Sea porque notara la mirada de temor que Pierre fijó sobre aquel brazo sin vida, sea por algún otro pensamiento que hubiera acudido a su mente, el conde miró su rebelde mano, la expresión atemorizada del rostro de Pierre, de nuevo el brazo, y en su rostro apareció una débil sonrisa dolorida, que desentonaba con sus rasgos y parecía burlarse de su propia impotencia. Ante aquella inesperada sonrisa, Pierre sintió que su corazón se oprimía, un picor en la nariz y las lágrimas le velaron los ojos. Una vez vuelto hacia la pared al enfermo, suspiró.

—Il est assoupi— dijo Anna Mijáilovna a Pierre viendo que una princesa se acercaba a sustituirla. —Allons.[113]

Pierre salió.

XXI

Ya no había nadie en la sala de recepción, excepto el príncipe Vasili y la mayor de las princesas; sentados bajo el retrato de Catalina II, hablaban animadamente. Al ver a Pierre y Anna Mijáilovna callaron de inmediato. Pierre creyó percibir que la princesa guardaba algo susurrando:

—No puedo ver a esa mujer.

—Catiche a fait donner du thé dans le petit salon— dijo el príncipe Vasili a Anna Mijáilovna. —Allez, ma pauvre Anna Mijáilovna, prenez quelque chose, autrement vous ne suffirez pas.[114]

A Pierre no le dijo nada, pero le estrechó el brazo por debajo del hombro con sentimiento. Pierre y Anna Mijáilovna pasaron al *petit salon.*

—Il n'y a rien qui restaure, comme une tasse de cet excellent thé russe après une nuit blanche[115]— decía Lorrain con animación contenida, de pie en el saloncito circular, ante la mesa con el servicio de té y una cena fría. El médico bebía en una finísima taza de porcelana china sin asa. En torno a la mesa se habían reunido para restaurar sus fuerzas cuantos estuvieron aquella noche en la casa del conde Bezújov. Pierre recordaba bien aquel saloncito circular con sus espejos y mesitas. Cuando había alguna fiesta en casa del conde, Pierre, que no sabía bailar, prefería sentarse en aquella salita a observar cómo las damas, en traje de noche, con diamantes y perlas en los escotes desnudos, al atravesar la estancia espléndidamente iluminada se miraban en los espejos, que reflejaban varias veces sus figuras. Ahora, en esa misma sala apenas iluminada por dos velas, habían puesto en desorden, sobre una mesa, el servicio de té y diversos platos ordinarios. Las personas reunidas allí, diversas y con aspecto poco festivo, hablaban en voz baja y cuidaban de expresar en cada movimiento, en cada palabra, que ninguno

olvidaba lo que estaba sucediendo y lo que iba a suceder en la alcoba del enfermo. Pierre se abstuvo de comer, aunque sentía hambre. Se volvió a su mentora en busca de consejo y vio que se dirigía, de puntillas, hacia la sala contigua donde habían quedado el príncipe Vasili y la princesa Catiche. Pierre, suponiendo que también aquello era necesario, después de unos instantes siguió sus pasos. Anna Mijáilovna estaba junto a Catiche y ambas hablaban al mismo tiempo y en voz baja, pero con tono alterado.

—Permítame, princesa; sé lo que se debe y lo que no debe hacerse— decía la mayor de las princesas, tan poco dueña de sí como cuando, poco antes, había cerrado la puerta de su habitación.

—Pero, querida princesa— replicó con tanta dulzura como obstinación Anna Mijáilovna, impidiendo a la princesa el paso hacia la habitación del conde, —¿no será demasiado penoso para nuestro pobre tío en estos momentos, cuando tan necesario le es el descanso? Hablarle de una cosa terrenal cuando su alma está ya preparada…

El príncipe Vasili estaba sentado en su actitud familiar, con una pierna sobre la otra; sus mejillas temblaban violentamente y cuando bajaban parecían ensancharse; sin embargo aparentaba estar poco interesado por la conversación de ambas damas.

—Voyons, ma bonne Anna Mijáilovna, laissez faire Catiche.[116] Sabe perfectamente cuánto la quiere el conde.

—No sé lo que pone en este papel— dijo la princesa volviéndose al príncipe Vasili y mostrando la cartera de cuero repujado que llevaba en la mano. —Sólo sé que el verdadero testamento está en su despacho; esto no es más que un papel olvidado…

Catiche intentó esquivarla, pero Anna Mijáilovna le cerró nuevamente el paso.

—Lo sé, mi querida y buena princesa— dijo Anna Mijáilovna, agarrando la cartera con tanta fuerza que no se preveía la posibilidad de que la soltase fácilmente. —Querida princesa, se lo ruego… apiádese de él… Je vous en conjure…[117]

La princesa calló. No se oía más que el rumor del esfuerzo por adueñarse de la cartera. Era evidente que, de haber dicho algo, sus palabras no habrían sido lisonjeras para Anna Mijáilovna. Ésta sujetaba fuertemente

la cartera, pero a pesar de todo, su voz conservaba la meliflua calma y suavidad habituales.

—Pierre, acérquese, amigo mío. Creo que él no es un extraño en el consejo de familia, ¿no es verdad, príncipe?

—¿Por qué calla, mon cousin?— gritó inesperadamente Catiche, con voz tan fuerte que se oyó en la sala contigua asustando a todos. —¿Por qué calla cuando Dios sabe quién se permite inmiscuirse en nuestros asuntos y no repara en provocar escenas en el umbral de la habitación de un moribundo? ¡Intrigante!— exclamó en voz baja, tirando rabiosamente de la cartera con todas sus fuerzas. Anna Mijáilovna dio unos pasos para no abandonar la cartera y consiguió retenerla.

—¡Oh!— exclamó el príncipe Vasili con voz llena de indignación y asombro. Se levantó. —C'est ridicule. Voyons, dejen esa cartera. Se lo digo a las dos.

La princesa Catiche abandonó la presa.

—¡Y usted también!

Pero Anna Mijáilovna no le hizo caso.

—Déjela— le dijo. —Yo asumo la responsabilidad de todo. Iré yo mismo y le preguntaré. Yo… y esto debe bastarle.

—Mais, mon prince— objetó Anna Mijáilovna, —después de tan solemne sacramento, concédale un minuto de reposo. Pierre, diga su opinión— se dirigió al joven, que se acercó, mirando con asombro el rostro de la princesa, olvidada de todo decoro, y las mejillas del príncipe, dominadas por el temblor.

—Tenga presente que será responsable de todas las consecuencias— dijo severamente el príncipe Vasili. —No sabe lo que hace.

—¡Infame!— gritó la princesa Catiche, echándose de improviso sobre Anna Mijáilovna y arrebatándole la cartera.

El príncipe bajó la cabeza y se abrió de brazos.

En aquel instante la puerta, la terrible puerta que tanto miraba Pierre y que de ordinario se abría tan suavemente, se abrió con gran ruido y batió contra la pared. La segunda de las princesas apareció en el umbral agitando las manos.

—¿Qué hacen ustedes?— gritó desesperada. —Il s'en va et vous me laissez seule.[118]

Catiche dejó caer la cartera. Anna Mijáilovna se inclinó rápidamente y apoderándose del objeto disputado corrió hacia la alcoba del conde. La mayor de las princesas y el príncipe Vasili volvieron en sí y la siguieron. Al poco rato Catiche, con el rostro pálido y seco, salió mordiéndose el labio inferior. A la vista de Pierre aquel rostro expresó una incontenida cólera:

—Ya puede estar contento— dijo. —Es lo que esperaba.

Y, sollozando, ocultó el rostro en el pañuelo y salió corriendo de la estancia.

Detrás de la princesa apareció el príncipe Vasili. Anduvo vacilante hasta el diván donde se había sentado Pierre y se dejó caer a su lado, ocultando el rostro entre las manos. Pierre notó que estaba pálido y que la mandíbula inferior le temblaba como bajo los efectos de la fiebre.

—¡Oh, amigo mío!— murmuró, cogiendo el brazo de Pierre; en su voz había una franqueza y una debilidad que Pierre jamás había observado en él. —¡Qué pecadores y mentirosos somos! Y, en fin de cuentas, ¿para qué? Voy hacia los sesenta, amigo mío, y ya… Todo concluye con la muerte, todo. La muerte es terrible— y estalló en sollozos.

Anna Mijáilovna salió la última. Lentamente, con pasos silenciosos, se acercó a Pierre.

—¡Pierre!— dijo.

Él la miró, interrogador. La princesa besó al joven en la frente, mojándola con sus lágrimas. Tras un silencio dijo:

—Il n'est plus…[119]

Pierre la miró a través de los lentes.

—Allons, je vous reconduirai. Tâchez de pleurer. Rien ne soulage comme les larmes.[120]

Acompañó al joven hacia el salón, sumido en la penumbra. Pierre estaba contento de que nadie pudiese verle la cara. Anna Mijáilovna se alejó de él y, cuando volvió, Pierre dormía profundamente con la cabeza apoyada en el brazo.

Al día siguiente, por la mañana, Anna Mijáilovna dijo a Pierre:

—Oui, mon cher, es una gran pérdida para todos. No hablo de usted. Pero Dios le dará fuerzas: es usted joven y, según espero, se halla con una inmensa fortuna. Todavía no se ha abierto el testamento. Lo conozco bastante para saber que eso no le hará perder la cabeza. Pero le impone deberes, et il faut être homme.[121]

Pierre callaba.

—Quizá más tarde le diré que si yo no hubiese estado, Dios sabe qué habría ocurrido. Sepa que mi tío el conde, anteayer, me prometía no olvidar a Borís. Pero no le ha quedado tiempo. Espero, mi querido amigo, que dará oídos al deseo de su padre.

Pierre no entendía nada; tímido, ruborizado, miraba a la princesa Anna Mijáilovna.

Después de su conversación con Pierre, Anna Mijáilovna fue a dormir a casa de los Rostov. Por la mañana contó a éstos y a todos sus conocidos los detalles de la muerte del conde Bezújov. Decía que el conde había muerto como ella misma querría morir, que su fin había sido no sólo conmovedor sino edificante, y que la última entrevista del padre y del hijo había resultado tan emotiva que no podía recordarla sin llorar, y que no sabía quién de los dos se había portado mejor en aquel terrible momento: si el padre, que en los últimos instantes se acordaba de todos y decía al hijo palabras conmovedoras, o Pierre, a quien daba lástima ver tan afectado, por más que tratara de ocultar su pena para no disgustar al moribundo.

—C’est pénible, mais cela fait du bien; ça élève l’âme de voir des hommes comme le vieux comte et son digne fils— comentaba.[122]

Por lo que respecta a los actos de la princesa y del príncipe Vasili, también los contaba, sin aprobarlos, pero sigilosamente y en secreto.

XXII

En Lisie-Gori, la finca del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, se esperaba de un día a otro la llegada del joven príncipe Andréi y de su esposa. Mas la espera no había perturbado el severo orden que regía la vida en la mansión del viejo príncipe. El general en jefe, príncipe Nikolái Andréievich, a quien la sociedad diera el sobrenombre de rey de Prusia, no se movía de Lisie-Gori, donde habitaba con su hija, la princesa María, y con su señorita de compañía, mademoiselle Bourienne, desde que, bajo Pablo I, fuera deportado a su hacienda en el campo. Y aunque al comienzo del nuevo reinado se le permitiera volver a la capital, el príncipe Nikolái no quiso dejar su finca, diciendo que si alguien lo necesitaba podía recorrer los ciento cincuenta kilómetros que separaban a Moscú de Lisie-Gori, porque él no precisaba de nadie ni de nada. Sostenía que sólo había dos causas de los vicios humanos: el ocio y la superstición, y sólo dos virtudes, la actividad y la inteligencia. Él mismo se ocupaba de la educación de su hija y, para desarrollar en la joven ambas virtudes capitales, le daba lecciones de álgebra y geometría y había distribuido su vida en una serie ininterrumpida de tareas. El príncipe, por su parte, siempre estaba ocupado: ya en escribir sus memorias, ya en resolver problemas de matemáticas superiores, en hacer tabaqueras al torno, trabajar en el jardín o vigilar, en sus posesiones, las sempiternas obras. Y como la condición fundamental de la actividad es el orden, éste había sido llevado al último grado de exactitud. Su entrada al comedor se atenía siempre al mismo ritual, y no sólo a idéntica hora, sino al mismo minuto. Con las gentes que lo rodeaban, desde su hija hasta los criados, el príncipe era brusco y siempre exigente, y por ello, aun no siendo cruel, suscitaba un temor y un respeto que difícilmente podría alcanzar el

hombre más cruel. Aun viviendo retirado sin influencia alguna en los asuntos del Estado, todo gobernador de la provincia a que pertenecía la finca del príncipe consideraba un deber suyo presentarse a él, y lo mismo que el arquitecto, el jardinero o la princesa María, aguardaba dócilmente la hora fijada en que el príncipe recibía en la sala. Cuantos esperaban en esa sala experimentaban el mismo sentimiento de respeto y aun de temor cuando se abría la puerta amplia y alta del despacho y aparecía con su empolvada peluca la menuda figura del anciano, con sus manos pequeñas y secas, sus cejas grises y caídas que velaban, cuando fruncía el ceño, el fulgor de unos ojos llenos de inteligencia y juventud.

La mañana del día en que iban a llegar los jóvenes príncipes entró la princesa María, a la hora exacta de siempre, en la sala de espera para el acostumbrado saludo matinal; hizo con temor el signo de la cruz y rezó interiormente. Cada día, al entrar allí, rezaba para que la entrevista transcurriera felizmente.

El viejo criado, empolvado, que estaba en la sala se levantó sin ruido y dijo a la princesa con voz queda:

—Puede pasar.

Al otro lado se oía el sonido rítmico de un torno. La princesa empujó con timidez la puerta, que se abrió con facilidad y silenciosamente, y se detuvo en el umbral. El príncipe trabajaba en el torno; volvió la cabeza para verla y prosiguió con su trabajo.

El enorme despacho estaba repleto de objetos que, evidentemente, eran utilizados de continuo. La larga mesa, sobre la que había libros y planos, las grandes librerías encristaladas, con sus llaves puestas, el alto pupitre propio para escribir de pie sobre el que había un cuaderno abierto, el torno con las herramientas preparadas y las virutas esparcidas por todas partes, todo revelaba una actividad incansable, diversa y ordenada. Por los movimientos de un pie, más bien pequeño, calzado con una bota tártara bordada con plata, y la firme presión de la mano delgada y sarmentosa se adivinaba todavía en el príncipe la energía tenaz de una saludable vejez. Después de haber dado unas cuantas vueltas, el anciano retiró el pie del pedal, limpió la herramienta y la puso en una bolsa de cuero junto al torno; luego, acercándose a la mesa, llamó a su hija. No bendecía nunca a sus hijos; se

limitó, pues, a presentar a la joven su mejilla, áspera, todavía sin afeitar, y dijo mirándola con severidad, ternura y atención a un tiempo:

—¿Estás bien?… Vamos, siéntate.

Tomó el cuaderno de geometría, escrito de su puño y letra, y acercó su sillón con el pie.

—Para mañana— dijo buscando rápidamente la página y señalando con su dura uña el párrafo.

La princesa se inclinó sobre el cuaderno.

—Espera, hay una carta para ti— añadió, y sacó de la bolsa unida a la mesa un sobre escrito con letra de mujer.

Al ver el sobre, el rostro de la princesa se tiñó de rojo. Lo tomó rápidamente.

—¿Es de tu Eloísa?— preguntó el príncipe, descubriendo con una fría sonrisa sus dientes amarillentos pero todavía fuertes.

—Sí, es de Julie— contestó la princesa mirándolo y sonriendo tímidamente.

—Te daré otras dos cartas, y la tercera la leeré— dijo severamente el príncipe. —Temo que escribís muchas tonterías. Leeré la tercera.

—Lea ésta, mon père— dijo la princesa, enrojeciendo aún más y tendiéndole la carta.

—La tercera, he dicho la tercera— replicó el príncipe, rechazando la carta. Y, apoyándose en la mesa, acercó el cuaderno lleno de figuras geométricas. —Bien, señorita— comenzó el anciano, inclinándose junto a la princesa hacia el cuaderno y poniendo un brazo sobre el respaldo del asiento, de manera que se sentía rodeada desde todas partes por el olor del tabaco y el aliento acre de la vejez, que ella conocía desde hacía tanto tiempo. —Bien, señorita, estos triángulos son semejantes: mira el ángulo a-b-c.

La princesa miraba con miedo los ojos brillantes del padre tan próximos a ella; su rostro se cubría de manchas rojas y era evidente que no entendía nada y que el miedo le impedía comprender las explicaciones del padre, por muy claras que fuesen. ¿De quién era la culpa, del maestro o de la discípula? Cada día se repetía la escena: se le nublaba la vista, dejaba de ver y de oír; sólo sentía, cercano, el rostro enjuto de su severo profesor, su

aliento y su olor, y no pensaba más que en salir lo antes posible del despacho y volver a su habitación para comprender el problema. El anciano perdía la paciencia, retiraba con estruendo la silla en que estaba sentado, la acercaba de nuevo, hacía verdaderos esfuerzos para permanecer tranquilo, pero casi todos los días terminaba por encolerizarse, profería insultos, cuando no arrojaba al suelo el cuaderno.

La princesa se equivocó al dar la respuesta:

—¡No eres más que una estúpida!— gritó el príncipe, apartando el cuaderno y volviéndose rápidamente; pero se levantó, dio unos pasos por la estancia, posó una mano sobre los cabellos de su hija y volvió a sentarse.

Se acercó a ella y prosiguió su explicación.

—No puede ser esto, princesa, no puede ser— dijo, cuando la joven hubo cerrado el cuaderno y estaba ya pronta a marcharse. —Las matemáticas son una gran cosa, querida mía. No quiero que te parezcas a nuestras necias damiselas. Te acostumbrarás y acabarán por gustarte— le acarició las mejillas. —Se te irán las tonterías de la cabeza.

La princesa quería retirarse, pero el padre la detuvo con un gesto y tomó de encima de la alta mesa un libro nuevo, no abierto aún.

—Ahí tienes: tu Eloísa te envía también *La clave del Misterio*; es un libro religioso. Yo no me meto con ninguna religión… Le he echado una ojeada: tómalo. Y ahora vete, vete.

Le dio una palmadita en la espalda y él mismo cerró tras ella la puerta.

La princesa María volvió a su habitación con la expresión triste y asustada que raramente la abandonaba y que afeaba todavía más su poco agraciado rostro enfermizo. Tomó asiento ante su escritorio lleno de retratos, miniaturas, cuadernos y libros. La princesa era tan desordenada, como ordenado su padre. Dejó el cuaderno de geometría y abrió impaciente la carta. Era de su más íntima amiga de infancia, de aquella Julie Karáguina que asistiera a la fiesta de los Rostov. Julie escribía en francés:

> Chère et excellente amie, ¡Qué cosa tan terrible y espantosa es la ausencia! Por mucho que me digo que la mitad de mi existencia y felicidad eres tú, y que, a pesar de la distancia que nos separa, nuestros corazones están unidos con

> indisolubles lazos, el mío se rebela contra el destino y, a pesar del placer y las distracciones que me rodean, no puedo vencer cierta tristeza que siento escondida en el fondo de mi corazón desde que nos separamos. ¿Por qué no estamos juntas, como este verano, en tu gran salón, sobre el diván azul, el diván de nuestras confidencias? ¿Por qué no puedo, como hace tres meses, hallar nuevas fuerzas en tu mirada, tan dulce y tan penetrante, mirada a la que tanto quiero y creo tener aún delante mientras te escribo?

Al llegar a esta parte de la carta, la princesa María suspiró y se miró en el espejo que había a su derecha. El espejo reflejaba un cuerpo feo y débil y un rostro delgado. "Me adula", pensó la princesa. Y apartando los ojos del espejo, siguió la lectura. Los ojos, siempre tristes, miraban al espejo con peculiar desespero, sobre todo ahora. Sin embargo Julie no la adulaba. En realidad los ojos de la princesa, grandes, profundos y luminosos (como si lanzasen rayos de luz cálida), eran tan bellos que con frecuencia, no obstante la fealdad de su rostro, resultaban más atractivos que cualquier hermosura. Pero la princesa no había reparado nunca en la expresión de sus ojos; la expresión que tenían cuando no pensaba en sí misma.

Como sucede a todos, su rostro, apenas se miraba en un espejo, adquiría una expresión artificial, forzada. Continuó la lectura:

> Tout Moscou ne parle que guerre. Uno de mis hermanos está ya en el extranjero y el otro con la Guardia, que se pone en camino hacia la frontera. Nuestro amado Emperador ha salido de San Petersburgo, lo que se interpreta como el deseo de exponer su preciosa existencia a los riesgos de la guerra. Dios quiera que el monstruo corso que destruye la paz de Europa sea abatido por el ángel que el Omnipotente en Su misericordia nos ha dado por soberano. Sin hablar de mis hermanos, esta guerra me priva de una persona muy querida para mí, hablo del joven Nikolái Rostov, que, con su entusiasmo, no ha podido soportar la inacción y ha

abandonado la Universidad para irse al ejército. Te confesaré, querida María, que a pesar de su juventud, la partida de Nikolái para el ejército ha sido un gran dolor para mí. El joven, de quien te hablaba este verano, tiene tanta nobleza y tan verdadera juventud como raramente se encuentra ya entre nuestros viejos de veinte años; posee, sobre todo, tal sinceridad y corazón y es de tal manera puro y poético, que mis relaciones con él, aunque pasajeras, han constituido una de las más dulces alegrías de mi pobre corazón, que ya ha sufrido tanto. Algún día te contaré nuestra despedida y todo lo que hablamos el día de su marcha. Son cosas todavía demasiado recientes… ¡Ah, querida amiga! ¡Feliz tú que desconoces estas alegrías y estas penas tan hirientes! ¡Feliz tú, porque las últimas son, ordinariamente, más fuertes que las primeras! Sé muy bien que el conde Nikolái es todavía demasiado joven para que pueda ser para mí, alguna vez, algo más que un amigo, pero esta dulce amistad, este afecto tan poético y puro, son ya una necesidad de mi corazón. Mas no hablemos de ello. La gran noticia del día, que ocupa a todo Moscú, es la muerte del viejo conde Bezújov y su herencia. Figúrate que a las tres princesas apenas les ha correspondido nada, al príncipe Vasili nada en absoluto y quien lo ha recibido todo es Pierre, el cual, por añadidura, ha sido reconocido como hijo legítimo y, por tanto, conde Bezújov y dueño de la más espléndida fortuna de Rusia. Se dice que el príncipe Vasili ha tenido una triste parte en toda esta historia y que ha vuelto a San Petersburgo bastante avergonzado.

Te confieso que entiendo muy poco de este asunto de legados y testamentos; lo único que sé es que, desde que ese joven al que conocíamos por Pierre se ha convertido en el conde Bezújov y dueño de una de las mayores fortunas de Rusia, me divierte mucho observar el cambio de tono y de actitud de las mamás cargadas de hijas casaderas y aun de las mismas señoritas, con respecto a ese señor, que, entre

> paréntesis, siempre me pareció un pobre diablo. Y como desde hace dos años la gente se divierte atribuyéndome prometidos, a los que muchas veces ni siquiera conozco, la crónica matrimonial de Moscú ya me hace condesa Bezújov. Ya comprenderás que no lo deseo en absoluto. Y a propósito de matrimonios, habrás de saber que hace unos días la *"tía universal"*, Anna Mijáilovna, me ha confiado con el mayor secreto un proyecto matrimonial para ti. Se trata, ni más ni menos, del hijo del príncipe Vasili, Anatole, al que quieren situar casándolo con una persona rica y distinguida; y sobre ti ha recaído la elección de los parientes. No sé cómo verás la cosa, pero he creído un deber advertirte. Dicen que es bastante guapo y muy mala persona: es cuanto he podido sacar sobre él, pero basta de cháchara. Termino mi segunda hoja y mamá me llama para ir a comer a casa de los Apraksin. Lee el libro místico que te mando y que está haciendo furor aquí. Aunque tiene cosas incomprensibles para la débil mente humana, es un libro admirable, cuya lectura tranquiliza y eleva el alma.
>
> Adieu. Mes respects à monsieur votre père et mes compliments à mademoiselle Bourienne. Je vous embrasse comme je vous aime.
>
> Julie
>
> P. S.— Donnez-moi des nouvelles de votre frère et de sa charmante petite femme.

La princesa reflexionó un momento, sonrió pensativa (su rostro, iluminado por los ojos radiantes, se transformó totalmente). Después se levantó y con torpe paso se acercó al escritorio. Tomó un pliego de papel y su mano empezó a correr. La respuesta fue ésta:

> Chère et excellente amie, tu carta del día 13 me ha proporcionado una gran alegría. Sigues queriéndome, mi poética Julie. La ausencia de que tanto te quejas no ha ejercido en ti sus acostumbrados efectos. Te lamentas de la

ausencia, ¿y qué deberé decir yo, si me atreviera a lamentarme, privada de todos aquellos que me son queridos? ¡Oh, si no tuviésemos el consuelo de la religión, la vida sería bien triste! ¿Por qué supones en mí una severa mirada cuando hablo de tu afecto por ese joven? En este aspecto no soy rígida más que para conmigo misma. Comprendo tales sentimientos en los demás y, si no puedo aprobarlos, tampoco los condeno, ya que nunca los he experimentado. Únicamente me parece que el amor cristiano, el amor al prójimo y a los enemigos es más meritorio, más dulce, más bello que todos los sentimientos que pueden inspirar los bellos ojos de un joven a una muchacha poética y apasionada como tú.

La noticia de la muerte del conde Bezújov llegó antes que tu carta y mi padre quedó muy afectado. Dice que era el penúltimo representante del gran siglo y que ahora le toca a él, pero que hará todo lo posible para retrasar su turno. ¡Que Dios nos libre de tan terrible desgracia! No comparto tu opinión sobre Pierre, al que conocí de niño. Siempre me ha parecido un corazón excelente, y ésa es la cualidad que más aprecio en las personas. En cuanto a su herencia y a la parte que en el asunto ha tenido el príncipe Vasili, es cosa bien triste para los dos. Ah, querida amiga, las palabras de nuestro divino Salvador, que es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de Dios, son terriblemente verdaderas; compadezco al príncipe Vasili y compadezco todavía más a Pierre. Tan joven y ya abrumado por tantas riquezas, ¡cuántas tentaciones tendrá que sufrir! Si me preguntaran qué es lo que más deseo en el mundo, diría que ser más pobre que el más mísero mendigo. Mil gracias, querida amiga, por el libro que me mandas y que hace tanta sensación entre vosotros. Y ya que dices que entre muchas cosas buenas hay otras a las que no puede llegar la débil mente humana, me parece que será inútil dedicarse a una lectura incomprensible y que por la misma razón no puede

proporcionarnos fruto alguno. Nunca he comprendido la pasión que ciertas personas tienen por confundir sus ideas entregándose a ciertos libros místicos que no hacen más que suscitar dudas en el espíritu, turban la imaginación y dan un carácter de exaltación absolutamente contrario a la sencillez cristiana. Leamos a los Apóstoles y los Evangelios. No tratemos de penetrar en lo que en ellos hay de misterioso, porque, ¿cómo nos atreveremos nosotros, miserables pecadores, a iniciarnos en los terribles y sagrados secretos de la Providencia mientras llevemos esta cubierta carnal que pone entre nosotros y el Eterno un impenetrable velo? Dediquémonos, pues, a estudiar los sublimes principios que nuestro divino Salvador nos ha dejado como guía aquí abajo; intentemos conformarnos con ellos y seguirlos, persuadámonos que, cuantas menos concesiones hagamos a nuestro débil espíritu humano, más caros seremos a Dios, que rechaza toda ciencia que no provenga de Él; que cuanto menos tratemos de profundizar en lo que Él ha sustraído a nuestros conocimientos, antes nos concederá descubrirlo por medio de su espíritu divino.

Nada me ha hablado mi padre de pretendientes, sólo me ha dicho que había recibido una carta y esperaba la visita del príncipe Vasili. En cuanto al proyecto matrimonial que a mí se refiere, te diré, querida y buena amiga, que el matrimonio, a mi parecer, es una institución divina con la que hay que conformarse. Por muy penoso que pueda ser para mí ese paso, si el Todopoderoso me impusiera el deber de esposa y madre, trataría de cumplirlo lo más fielmente que pudiera, sin inquietarme en examinar mis sentimientos hacia aquel que Dios quiera darme por marido.

He recibido una carta de mi hermano, en la que me anuncia su llegada a Lisie-Gori, en compañía de su mujer. Será una alegría de breve duración, puesto que nos abandona para tomar parte en esa desgraciada guerra a la que nos vemos

arrastrados. Dios sabe cómo y para qué. No sólo se habla de guerra entre vosotros, en el centro mismo de los negocios y del mundo, sino también aquí, en medio de los trabajos del campo y de la calma que los habitantes de la ciudad acostumbran imaginar en estos parajes, el rumor de la guerra empieza a dejarse sentir penosamente. Mi padre no habla más que de marchas y contramarchas, de lo que nada entiendo: y anteayer, mientras hacía mi habitual paseo por la calle del pueblo fui testigo de una escena desgarradora… Un convoy de reclutas salidos de aquí para el ejército… Había que ver en qué estado quedaban las madres, las mujeres y los hijos de esos hombres que partían, y escuchar los sollozos de unos y otros. Diríase que la Humanidad ha olvidado las leyes de su divino Salvador, que predicaba el amor y el perdón de las ofensas, y que ahora el mayor mérito de los hombres sólo consista en el arte de matarse unos a otros.

Adieu, chère et bonne amie, que notre divin Sauveur et Sa très Sainte Mère vous aient en Leur sainte et puissante garde.

Marie

—Ah!, vous expédiez le courier, princesse; moi j'ai déjà expédié le mien. J'ai écrit à ma pauvre mère[123]— dijo rápidamente, con voz agradable y sonora, la sonriente mademoiselle Bourienne, difundiendo con su presencia, en el ambiente tristón y taciturno de la princesa María, un aire distinto: frívolo, alegre y autocomplaciente. —Princesse, il faut que je vous prévienne— añadió bajando la voz. —Le prince a eu une altercation…— dijo complaciéndose en escucharse, —une altercation avec Michel Ivanof. Il est de très mauvaise humeur, très morose. Soyez prévenue, vous savez…

—Ah! chère amie— la interrumpió la princesa María, —je vous ai priée de ne jamais me prévenir de l'humeur dans laquelle se trouve mon père. Je ne me permets pas de le juger et je ne voudrais pas que les autres le fassent.[124]

La princesa miró su reloj y, dándose cuenta de que ya habían pasado cinco minutos de la hora en que solía empezar la clase de clavicordio, se

dirigió con aire temeroso al saloncito. De doce a dos, según la costumbre, el príncipe reposaba y la princesa María debía tocar el clavicordio.

XXIII

El canoso ayuda de cámara, sentado en su silla, cabeceaba atento a los ronquidos del príncipe en su enorme despacho. Desde la otra parte de la casa, a través de las puertas cerradas, llegaban, repetidos por vigésima vez, los difíciles pasajes de la sonata de Dussek.

En aquel momento se detuvieron frente a la puerta principal una carroza y una carretela; de la carroza descendió el príncipe Andréi, que ayudó a salir a su mujer y la dejó pasar delante. El viejo Tijón apareció, con su peluca, en la puerta de la sala, anunció en voz baja que el príncipe dormía y cerró rápidamente la puerta. Tijón sabía que ni la llegada del hijo ni suceso alguno, aun el más extraordinario, debían alterar el orden establecido.

Y el príncipe Andréi lo sabía sin duda tan bien como Tijón, pues miró al reloj, como para comprobar que los hábitos de su padre no habían cambiado desde la última vez que se vieron, y, convencido de ello, se volvió hacia su mujer:

—Se levantará dentro de veinte minutos— dijo. —Vamos a ver a la princesa María.

La pequeña princesa había engordado en los últimos tiempos, pero sus ojos y su corto labio sonriente, sombreado de una ligera pelusa, se elevaba siempre de la misma manera alegre y graciosa.

—Mais, c’est un palais— dijo a su marido, mirando con la misma expresión con que uno felicita al anfitrión en un baile. —Allons, vite, vite… [125]

Miraba, sin dejar de sonreír, a Tijón, a su marido y al camarero que los acompañaba:

—C’est Marie qui s’exerce? Allons doucement, il faut la surprendre.[126]

El príncipe Andréi la siguió cortésmente, pero triste.

—Has envejecido, Tijón— dijo, al pasar, al viejo, que le besó la mano.

Antes de llegar a la sala de la que salían las notas del clavicordio, apareció por una puerta lateral la hermosa y rubia francesa. Mademoiselle Bourienne parecía loca de entusiasmo.

—Ah! quel bonheur pour la princesse!— exclamó. —En fin!… Il faut que je la prévienne.[127]

—Non, non, de grâce… Vous êtes mademoiselle Bourienne, je vous connais déjà par l'amitié que vous porte ma belle-soeur— replicó la princesa, besándola. —Elle ne nous attend pas?[128]

Se acercaron a la puerta del salón de los divanes tras la cual se oía el pasaje repetido una y otra vez. El príncipe Andréi se detuvo y frunció el ceño como si esperara algo desagradable.

La princesa entró. El pasaje musical quedó interrumpido y se oyó un grito y los pasos pesados de la princesa María seguidos de sonoros besos. Cuando el príncipe Andréi entró, ambas princesas, que no se habían visto más que brevemente con ocasión de la boda, estaban abrazadas estrechamente, besándose en los mismos sitios que lograron alcanzar en el primer instante. Junto a ellas estaba mademoiselle Bourienne, con las manos puestas sobre el corazón; sonreía devotamente, presta tanto a reír como a llorar. El príncipe Andréi se encogió de hombros y frunció el ceño, como hacen los entendidos en música cuando perciben una nota falsa. Ambas mujeres se separaron y, como si temieran llegar tarde, volvieron a cogerse las manos y besarse; otra vez se separaron, se juntaron y repitieron los besos y, cosa completamente inesperada para el príncipe Andréi, empezaron a llorar sin dejar de besarse. También mademoiselle Bourienne lloraba. El príncipe Andréi estaba manifiestamente violento, pero a las dos mujeres les parecía tan natural llorar que nunca habrían podido figurarse de otra manera aquel encuentro.

—Ah, chère!… Ah, Marie!…— hablaron a la vez riendo. —J'ai rêvé cette nuit!… Vous ne nous attendiez donc pas… Ah! Marie, vous avez maigri… Et vous avez repris…[129]

—J'ai tout de suite reconnu Madame la princesse[130]— intervino mademoiselle Bourienne.

—Et moi qui ne me doutais pas!— exclamó la princesa María. —Ah! André!… Je ne vous voyais pas.[131]

El príncipe Andréi besó a su hermana estrechándose las manos y le dijo que seguía siendo la *pleurnicheuse*[132] de siempre. Se volvió la princesa María hacia su hermano y, a través de las lágrimas, la mirada cariñosa, tierna y cálida de sus ojos bellísimos, grandes y luminosos en aquel instante, se detuvo en él.

La princesa Lisa hablaba sin descanso. El corto labio superior, sombreado de leve pelusa, descendía rápido a cada momento, tocando el rosado labio inferior, y se abría en una sonrisa que brillaba en sus dientes y ojos. La princesa Lisa contó un accidente ocurrido en el campo, junto al monte de Spásskoie y que, en las circunstancias de su estado, podría haber tenido tristes consecuencias. En seguida dijo que había dejado todos sus vestidos en San Petersburgo y que aquí sólo Dios sabe lo que se pondría; que Andréi había cambiado mucho; que Kitty Odintzova se había casado con un viejo; que había un pretendiente *pour tout de bon*[133] para la princesa María, pero que de eso hablarían después. La princesa María miraba en silencio a su hermano con sus bellos ojos llenos aún de amor y de tristeza. Era evidente que sus ideas discurrían independientes de las de su cuñada. En pleno relato de las últimas fiestas en San Petersburgo, se volvió a su hermano:

—¿Te vas decididamente a la guerra, Andréi?— preguntó suspirando.

Lisa suspiró también.

—Mañana mismo— replicó Andréi.

—Il m'abandonne ici, et Dieu sait pourquoi, quand il aurait pu avoir de l'avancement…[134]

La princesa María, sin terminar de oírla, seguía sus propios pensamientos; se volvió a su cuñada, señalando su vientre con ternura:

—¿Es seguro?— preguntó.

El rostro de la princesa Lisa cambió.

—Sí, seguro— respondió con un suspiro. —Ah, es tan terrible…

Descendió su pequeño labio, acercó su rostro al de su cuñada y, de pronto, volvió a llorar.

—Necesita descansar— dijo el príncipe Andréi, frunciendo el ceño. —¿Verdad, Lisa? Llévala a tu cuarto, yo iré a ver al padre. ¿Sigue igual?

—Igual. No sé cómo lo encontrarás tú— contestó alegremente la princesa.

—¿Las mismas horas, los mismos paseos por las avenidas del parque? ¿Y el torno?— siguió preguntando el príncipe Andréi con una imperceptible sonrisa indicadora de que, a pesar de todo su amor y respeto por el padre, comprendía sus debilidades.

—Las mismas horas, el mismo torno y también las matemáticas y mis lecciones de geometría— respondió sonriendo la princesa María, como si las lecciones de geometría fueran una de las cosas más divertidas de su vida.

Transcurridos los veinte minutos que faltaban para que se levantase el viejo príncipe, se presentó Tijón para llamar al príncipe joven. En consideración a la llegada de su hijo, el anciano hacía una excepción en sus costumbres.

Ordenó que se lo introdujera en su cámara, mientras se vestía para la comida. Vestía el príncipe a la moda antigua, con caftán y empolvada la cabeza. Cuando el príncipe Andréi entró en la habitación de su padre (su rostro, su manera de ser no denotaban el desdén y el aburrimiento que adoptaba en los salones, sino la animación que mostraba hablando con Pierre), el viejo estaba sentado ante el tocador en una butaca de cuero, cubierto por un peinador, y ofrecía su cabeza a los cuidados de Tijón.

—¡Hola, guerrero! ¿Quieres conquistar a Bonaparte?— dijo el anciano, sacudiendo la empolvada cabeza en cuanto lo permitían las manos de Tijón, que le trenzaba el pelo. A ver si por lo menos tú lo zurras bien: porque, de otro modo, acabaremos por convertirnos en súbditos suyos ¡Buenos días!— y le ofreció su mejilla.

El viejo se encontraba de buen humor, después de haber dormido antes de comer. (Solía decir que el sueño, después de comer, es plata y, antes, oro.) Bajo sus espesas y caídas cejas miraba a su hijo. El príncipe Andréi se acercó y lo besó en el lugar indicado. No contestó al tema de conversación predilecto del anciano: le gustaba burlarse de los militares del momento y, sobre todo, de Bonaparte.

—Sí, padre: he venido con mi mujer, que está embarazada— dijo el príncipe Andréi, siguiendo con una mirada animada y respetuosa el movimiento de cada rasgo en el rostro de su padre. —Y usted, ¿cómo se encuentra?

—Amigo, sólo los tontos y los depravados echan a perder su salud; y tú ya me conoces: desde la mañana hasta la noche me ocupo en algo, soy moderado en todo, así que estoy bien.

—¡Loado sea Dios!— repuso el hijo sonriendo.

—Dios nada tiene que ver con ello. Y bien, cuenta— añadió volviendo a su tema predilecto. —Cuéntame cómo os han enseñado los alemanes a luchar contra Bonaparte según esa nueva ciencia vuestra llamada estrategia.

El príncipe Andréi sonrió.

—Permítame, padre, que me recobre— su sonrisa demostraba que las debilidades del anciano no le impedían respetarlo y amarlo. —Todavía no nos hemos instalado.

—No es verdad, no es verdad— exclamó el viejo, sacudiendo su trenza para comprobar si estaba bien hecha, sujetando a su hijo por el brazo. —Las habitaciones de tu mujer están listas; la princesa María se encargará de llevarla; tienen charla para rato, para eso son mujeres. Estoy contento de verla aquí. Ahora, siéntate y cuenta. Comprendo lo del Ejército de Mijelson y también lo que hace Tolstói… el desembarco simultáneo… Pero ¿qué va a hacer el Ejército del Sur? Ya sé que Prusia mantiene la neutralidad; ¿y Austria qué?— dijo el viejo príncipe levantándose de su butaca y paseando por la habitación, seguido de Tijón, que le iba dando las diversas prendas de su atuendo. —¿Y Suecia? ¿Cómo atravesarán la Pomerania?

Viendo la insistencia del padre, el príncipe Andréi empezó a contestar con desgana al principio, pero fue animándose cada vez más y pasando involuntariamente a mitad de la conversación a mezclar (según era su costumbre) el ruso con el francés, le expuso el plan de la campaña proyectada. Contó que un ejército de 90.000 hombres debía amenazar a Prusia, con el fin de hacerla abandonar su neutralidad y arrastrarla a la guerra; que una parte de ese ejército se uniría en Stralsund con el ejército sueco; que 220.000 austríacos, unidos a 100.000 rusos, operarían en Italia y el Rin; que 50.000 rusos y otros tantos ingleses desembarcarían en Nápoles,

y que, en total, un ejército de 500.000 hombres atacaría a los franceses desde diversas partes. El viejo príncipe no manifestaba ningún interés por el relato de su hijo; diríase que ni lo oía, y continuaba vistiéndose sin dejar sus idas y venidas; lo interrumpió por tres veces de manera imprevista. La primera vez lo detuvo y exclamó:

—¡El blanco, el blanco!

Eso significaba que Tijón no le había dado el chaleco que él quería; otra vez se paró a preguntar:

—¿Dará pronto a luz?— y moviendo la cabeza, añadió con reprobación: —¡No está bien! Continúa, continúa.

La tercera vez, cuando el príncipe Andréi terminaba su relato, el viejo canturreó con voz senil y desentonada:

Malbrough s'en va-t-en guerre,
Dieu sait quand reviendra…[135]

El hijo se limitó a sonreír.

—No es que yo apruebe este plan: le cuento lo que hay. Napoleón ha hecho ya el suyo y no será peor que éste.

—Bueno, no me has contado nada nuevo— y el viejo, pensativo, murmuró rápidamente: —*"Dieu sait quand reviendra"*. Ve al comedor.

XXIV

A la hora fijada, el príncipe, empolvado y afeitado, entró en el comedor, donde lo esperaban su nuera, la princesa María, mademoiselle Bourienne y el arquitecto del príncipe, que, por un extraño capricho suyo, era admitido a la mesa, aunque por su posición social aquel hombre insignificante no podía pretender semejante honor. El príncipe, quien siempre tuvo gran cuidado en distinguir las condiciones sociales y rara vez admitía a su mesa siquiera a distinguidos funcionarios de la provincia, con el arquitecto Mijaíl Ivánovich, que se sonaba tímidamente con su pañuelo a cuadros en un rincón, quería demostrar que todos los hombres son iguales, y con frecuencia decía a su hija que Mijaíl Ivánovich no era en nada inferior a ellos mismos. Y en la mesa el príncipe se volvía con mayor frecuencia hacia el silencioso Mijaíl Ivánovich que hacia los demás.

En el comedor, de techos altísimos, como todas las demás estancias de la casa, los lacayos y camareros, erguidos detrás de cada silla, esperaban la entrada del príncipe; el mayordomo, con la servilleta al brazo, seguía los preparativos, hacía señas a los lacayos sin dejar de echar inquietas miradas al reloj de pared y a la puerta por la cual debía aparecer el príncipe. El príncipe Andréi examinaba un gran cuadro con marco dorado, nuevo para él, que representaba el árbol genealógico de los Bolkonski, colocado frente a otro cuadro, también con un marco enorme, que debía de ser el retrato muy mal hecho (obra evidente de un pintor doméstico) de un príncipe coronado, con seguridad un descendiente de Rurik, iniciador de la estirpe de los Bolkonski. El príncipe Andréi, moviendo la cabeza y sonriendo, miraba el árbol genealógico con el mismo gesto con que se mira un retrato ridículo, pero parecido.

—¡Cómo lo reconozco en todo esto!— dijo a la princesa María, acercándose a ella.

La princesa María miró con asombro a su hermano. No podía comprender de qué sonreía. Todo cuanto hacía su padre era para ella motivo de veneración y excluía toda crítica.

—Todos tienen su talón de Aquiles— prosiguió el príncipe Andréi. —¡Donner dans ce ridicule,[136] con su enorme inteligencia!

La princesa María, incapaz de comprender el atrevido razonamiento de su hermano, se disponía a contestarle cuando resonaron en el despacho los pasos esperados. El príncipe entraba siempre con rapidez, alegremente —así lo hacía en cada ocasión—, como si quisiera contraponer sus apresurados movimientos al severo orden reinante en la casa. Al mismo tiempo el gran reloj de péndulo dio dos campanadas y el de la sala vecina respondió con su delicada vocecita. El príncipe se detuvo; bajo sus cejas copiosas, los ojos animados, severos y brillantes, miraron a los invitados y se detuvieron en la joven princesa Lisa. Ella, en aquel instante, experimentó la sensación de un cortesano cuando entra la familia real: ese mismo sentimiento de temor y respeto imponía el viejo a cuantos se le acercaban. Acarició la cabeza de la joven princesa y con mano torpe le dio unas palmaditas en la nuca.

—Estoy contento, estoy contento— dijo, mirándola fijamente otra vez a los ojos; después siguió adelante y se sentó en su sitio. —Siéntense, siéntense; Mijaíl Ivánovich: siéntese.

Señaló a su nuera un puesto a su lado. El camarero colocó una silla para ella.

—¡Oh! ¡Oh! Te has dado demasiada prisa, no está bien— dijo el viejo, mirando el abultado talle de la princesa.

Se echó a reír: una risa seca, fría, desagradable —así reía siempre—, tan sólo con la boca y no con los ojos.

—Hay que pasear mucho, mucho, cuanto más mejor— comentó.

La princesa Lisa no escuchaba o no deseaba escuchar sus palabras. Guardaba silencio y parecía confusa. El príncipe le preguntó por su padre y la princesa empezó a hablar, sonriente. Le hizo preguntas sobre las amistades comunes, y la princesa, animándose aún más, contó al príncipe

los sucesos y murmuraciones de la ciudad y le transmitió los saludos de los conocidos.

—La comtesse Apraksine, la pauvre, a perdu son mari, et elle a pleuré toutes les larmes de ses yeux[137]— decía la joven con animación creciente.

Pero, a medida que se animaba más y más, el príncipe la miraba con mayor severidad y, de improviso, como si ya la hubiese estudiado bastante para tener una idea clara sobre su personalidad, se volvió hacia Mijaíl Ivánovich.

—Pues sí. Mijaíl Ivánovich: nuestro Bonaparte lo va a pasar mal. El príncipe Andréi— hablaba siempre de su hijo en tercera persona —me ha estado contando las fuerzas que se reúnen contra él. ¡Y nosotros que siempre lo considerábamos como una nulidad!

Mijaíl Ivánovich, que ignoraba en absoluto que *nosotros* habríamos hablado de Bonaparte en semejante sentido, comprendió que él era necesario para iniciar la conversación favorita; miró sorprendido al joven príncipe sin saber lo que vendría después de eso.

—¡Oh! Es un gran táctico— dijo el príncipe a su hijo, señalando al arquitecto.

Y la conversación volvió a girar en torno a Napoleón, o los generales y hombres de Estado del momento.

El viejo príncipe parecía convencido no sólo de que los actuales gobernantes eran unos mozalbetes desconocedores de los rudimentos del arte militar y estatal, y de que Bonaparte no pasaba de ser un despreciable francesito que triunfaba por la única razón de no haberse nunca enfrentado con un Potemkin o a un Suvórov: estaba convencido de que no había en Europa dificultad política alguna ni guerra, y que todos aquellos sucesos no pasaban de ser un guiñol que los actuales gobernantes representaban para pasar el tiempo. El príncipe Andréi soportaba alegremente las burlas de su padre sobre la gente de ahora y experimentaba un verdadero placer en excitarlo y oírlo.

—Siempre parecen buenas las cosas de antes— dijo. —Pero ¿no cayó Suvórov en la trampa que le tendió Moreau, y no supo salir de ella?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Quién?— gritó el príncipe. —¡Suvórov!— y apartó con violencia su plato, que Tijón recogió rápidamente. —

¿Suvórov?… Reflexiona, príncipe Andréi, no hubo más que dos: Federico y Suvórov… ¡Moreau! Moreau habría caído prisionero si Suvórov hubiese tenido las manos libres; pero tenía encima a los del Hof-Kriegs-Wurst-Schnaps-Rat, los del Alto Mando de la salchicha y el aguardiente. Ya verás lo que son esos del Hof-Kriegs-Wurst-Schnaps-Rat. Suvórov no pudo con ellos, ¿cómo va a poder Mijaíl Kutúzov? No, amigo mío: contra Bonaparte no bastan vuestros generales. Hay que recurrir a los franceses que no reconocen a los suyos y caen sobre los suyos. Hemos enviado a un alemán, Pahlen, a Nueva York, a América, en busca del francés Moreau— dijo, aludiendo al ofrecimiento hecho aquel año a Moreau para que entrara al servicio de los rusos. —Lo que nos quedaba por ver. ¿Acaso eran alemanes los Potemkin, los Suvórov y los Orlov? No, amigo; o vosotros habéis perdido todos la cabeza, o la he perdido yo. Que Dios os asista, pero ya lo veremos. ¡Bonaparte para vosotros se ha convertido en un gran capitán! ¡Hum!…

—Yo no sostengo que todas las medidas tomadas sean buenas— dijo el príncipe Andréi. —Lo único que no comprendo es cómo puede juzgar así a Bonaparte. Ríase cuanto le plazca, pero Bonaparte, sin embargo, es un gran capitán.

—¡Mijaíl Ivánovich!— gritó el viejo príncipe al arquitecto, que, entretenido con la comida, confiaba en que lo hubiesen olvidado. —¿No le tengo dicho que Bonaparte es un gran táctico? También él lo dice.

—Sin duda, Excelencia— replicó el arquitecto.

El príncipe rió una vez más con su risa fría.

—Bonaparte nació con la camisa puesta. Sus soldados son excelentes y al principio no hizo la guerra más que a los alemanes. ¿Quién no ha derrotado a los alemanes? Desde que el mundo existe, todos han derrotado a los alemanes, y ellos a nadie, sino a sí mismos. A costa de ellos es como Bonaparte ha ganado su fama.

Y el príncipe comenzó a desmenuzar los errores que, a su parecer, había cometido Bonaparte en las diversas campañas y hasta en los asuntos de Estado. Su hijo no lo contradecía, pero era evidente que, a pesar de todas las razones en contra, era tan incapaz como el viejo príncipe de cambiar de opinión.

El príncipe Andréi escuchaba sin interrumpir, y no salía de su asombro de que aquel anciano, relegado tantos años en el campo, conociese y criticase tan al detalle los acontecimientos militares y políticos de Europa de los últimos años.

—¿Crees que un viejo como yo no entiende nada la situación actual?— concluyó. —¡Pues todo lo tengo aquí! Por las noches no duermo. Bueno, ¿dónde está ese tu gran capitán? ¿Dónde ha demostrado serlo?

—Sería largo de explicar— respondió el hijo.

—Pues vete con tu Bonaparte. Mademoiselle Bourienne, voilà encore un admirateur de votre goujat d'empereur[138]— gritó en excelente francés.

—Vous savez que je ne suis pas bonapartiste, mon prince.[139]

—Dieu sait quand reviendra…— cantó desafinadamente el príncipe y, con una risa aún más desafinada, se levantó de la mesa.

La pequeña princesa Lisa permaneció en silencio durante toda la discusión y el resto de la comida, mirando asustada ya a la princesa María, ya al suegro. Cuando se hubieron levantado todos de la mesa, tomó a su cuñada por el brazo y la llevó a otra habitación.

—Comme c'est un homme d'esprit, votre père— dijo. —C'est à cause de cela peut-être qu'il me fait peur.[140]

—¡Oh! ¡Es tan bueno!— respondió la princesa María.

XXV

El príncipe Andréi partía en la tarde del día siguiente. Su padre, sin cambiar para nada su costumbre, se retiró después de la comida. La princesa Lisa estaba con su cuñada. El príncipe Andréi, vestido con su ropa de viaje, sin charreteras, preparaba con su ayuda de cámara las maletas en el apartamento para él reservado. Después de inspeccionar por sí mismo el coche y la colocación del equipaje, dio orden de disponer el tiro. En la habitación no quedaron más que los objetos que el príncipe llevaría consigo: una arqueta, un estuche de aseo, de plata, dos pistolas turcas y una espada, regalo de su padre, procedente de Ochakov. El príncipe Andréi cuidaba con esmero estos objetos: todo era nuevo, limpio, guardado en sus fundas de lienzo y atado con sus cintas.

En el momento de la partida o de un cambio de vida, los hombres capaces de reflexionar sobre sus actos se sienten más bien dominados por pensamientos graves. En semejantes circunstancias se examina de ordinario el pasado y se hacen planes para el porvenir. El rostro del príncipe Andréi en aquella ocasión era tierno y pensativo. Con las manos a la espalda, caminaba rápidamente por su habitación, de un extremo a otro, mirando ante sí y moviendo abstraído la cabeza. ¿Le resultaba penoso ir a la guerra? ¿Le daba pena abandonar a su mujer? Tal vez lo uno y lo otro, pero no deseaba, evidentemente, que lo sorprendieran en tal estado. Cuando oyó pasos en el vestíbulo separó rápidamente las manos, se detuvo junto a la mesa, como si estuviese cerrando la funda de la arqueta, y adquirió su expresión habitual, calmosa e impenetrable. Era la princesa María con su pesado andar.

—Me han dicho que has mandado enganchar— dijo sin aliento (al parecer había corrido hasta allí), —y yo que tanto quería hablar todavía contigo a solas. Sabe Dios por cuánto tiempo nos separamos. ¿No te enfada que haya venido? ¡Has cambiado mucho, Andriusha!— añadió, como para justificar su pregunta.

Al decir la palabra “Andriusha”, sonrió. Evidentemente le resultaba extraño pensar que aquel hombre apuesto, de aire severo, era aquel Andriusha, el muchacho delgado y travieso que había sido su compañero de la infancia.

—¿Dónde está Lisa?— preguntó Andréi, contestando sólo con una sonrisa a sus palabras.

—Está tan cansada que se ha dormido en el sofá de mi cuarto. Ah! André, quel trésor de femme vous avez![141]— dijo, sentándose sobre el diván, frente a su hermano. —Es una verdadera niña, una niña graciosa y alegre. ¡Le he tomado mucho cariño!

El príncipe Andréi guardó silencio, pero no pasó desapercibida para su hermana la expresión irónica y desdeñosa que se dibujó en su rostro.

—Hay que ser indulgente con las pequeñas debilidades, Andréi. ¿Quién no las tiene? No olvides que ha sido educada y ha vivido en un ambiente mundano y que su situación ahora no es de color de rosa. Hay que ponerse en el lugar de los otros; tout comprendre, c’est tout pardonner.[142] Piensa cuán triste tiene que ser para la pobrecilla, después de esa vida a la que estaba habituada, separarse del marido y permanecer sola en el campo y en sus condiciones. Es muy duro.

Al mirar a su hermana, el príncipe Andréi sonreía como sonreímos cuando oímos hablar a una persona a la que creemos conocer a fondo.

—Tú vives en el campo y no te parece nada terrible esa vida— dijo.

—Yo soy otra cosa. ¡Para qué hablar de mí! No deseo otra vida, ni puedo desearla, porque no conozco más que ésta. Pero piensa, Andréi, lo que tiene que ser para una mujer joven, mundana, enterrarse en el campo en los años más bellos de la vida, y sola, porque papá está siempre ocupado y yo… tú me conoces… soy pobre en ressources[143] para entretener a una mujer acostumbrada a la mejor sociedad. Sólo mademoiselle Bourienne…

—No me gusta nada esa Bourienne vuestra…— interrumpió el príncipe Andréi.

—¡Oh, no! Es muy buena, muy cariñosa… ¡y sobre todo es tan desgraciada! No tiene a nadie, lo que se dice a nadie. En realidad, no la necesito, más bien me estorba. Tú ya lo sabes: siempre he sido un poco selvática, y ahora más. Me gusta la soledad… Mon père la quiere mucho… Ella y Mijaíl Ivánovich son dos personas con las que siempre es bueno y cariñoso, porque ambos le están obligados. Según Stern, amamos a los hombres más por el bien que les hacemos que por el que esperamos de ellos. Mon père la recogió huérfana, sur le pavé;[144] es muy buena. A papá le gusta su manera de leer. Por las noches le lee en voz alta; lee muy bien.

—A decir verdad, Marie, pienso a veces si te hace sufrir el carácter de papá— preguntó de repente el príncipe Andréi.

La princesa María al principio se sorprendió, después tuvo miedo de aquellas palabras.

—¿A mí?… ¿A mí?… ¿Sufrir yo?— dijo.

—Siempre fue duro, pero me parece que ahora lo es más— continuó el príncipe Andréi con el deliberado propósito de desconcertar o probar a su hermana hablando tan ligeramente del padre.

—Tú eres bueno en todos los sentidos, André; pero tienes una mente orgullosa y eso es un grave pecado— dijo la princesa, siguiendo más el curso de sus propios pensamientos que el de la conversación. —¿Acaso se puede juzgar a un padre? Y si esto fuera posible, ¿puede existir un sentimiento que no sea el de veneración hacia un hombre como mon père? ¡Yo me siento tan contenta, tan feliz con él! Sólo querría que todos fuesen tan felices como yo.

El hermano hizo un gesto de incredulidad.

—Una sola cosa me apena, André; te diré la verdad: son las ideas religiosas de papá. No comprendo cómo un hombre de su talento no vea lo que es claro como la luz del día y se equivoque de ese modo. Es mi único dolor. Y aun así, en los últimos tiempos observo un atisbo de mejoría. Sus ironías ahora son menos mordaces, y hasta ha recibido a un monje y ha hablado largamente con él.

—Temo, querida mía, que el monje y tú gastéis pólvora en salvas— dijo el príncipe Andréi, tierno y burlón al tiempo.

—Ah! mon ami, no hago más que rogar a Dios y espero que me escuche — dijo tímidamente; y después añadió tras un breve silencio: —Tengo que pedirte una cosa.

—¿Qué es, querida mía?

—Prométeme que no te negarás, no te costará ningún esfuerzo ni es indigno de ti, y para mí será un consuelo. Prométemelo, Andriusha— dijo, introduciendo la mano en su bolso y tomando algo, pero sin mostrarlo todavía, aunque era el objeto de la petición, como si antes de obtener la promesa no pudiese sacar *aquello* de la bolsa.

Dirigió al hermano una mirada tímida y suplicante.

—Aunque me costara un gran esfuerzo…— respondió el príncipe Andréi, como adivinando de lo que se trataba.

—Piensa lo que quieras. Sé que eres como mon père. Piensa lo que quieras, pero hazlo por mí, te lo suplico. El padre de nuestro padre, el abuelo, lo llevó en todas sus campañas…— y seguía sin sacar de la bolsa lo que tenía en ella. —Entonces, ¿me lo prometes?

—Desde luego, ¿de qué se trata?

—André, con esta imagen te bendigo; prométeme que no te la quitarás nunca… ¿Me lo prometes?

—Si no pesa mucho ni me tira del cuello… para darte gusto…— dijo el príncipe Andréi, pero se arrepintió al momento, al advertir el dolor que reflejaba el rostro de su hermana por su broma. —Me siento feliz, muy feliz, querida— añadió.

—Aunque no lo quieras, te salvará y te hará encontrarte a ti mismo, porque sólo en Él está la verdad y la paz— dijo con voz temblorosa por la emoción, mostrando a su hermano, con gesto solemne, una vieja imagen oval del Salvador, con el rostro renegrido, marco de plata y cadena finamente labrada también de plata.

María hizo la señal de la cruz, besó la imagen y se la entregó a su hermano.

—Hazlo por mí, André, te lo ruego…

Sus grandes ojos despedían rayos de bondad y dulzura. Esos ojos iluminaban el rostro delgado y enfermizo y lo hacían bellísimo. El hermano quiso tomar la imagen, pero ella lo detuvo. Andréi comprendió: se persignó y besó la medalla. Su rostro expresaba a un tiempo ternura y burla, pero en realidad estaba emocionado.

—Merci, mon ami.

María lo besó en la frente y se sentó de nuevo en el diván. Guardaron silencio.

—Antes te decía, Andréi, que fueras bueno y generoso, como lo has sido siempre; no seas severo con Lisa. Es tan buena y agradable, y su situación es tan penosa ahora…

—Me parece, Masha, que no te he dicho nada de mi mujer; ni que le reprochara algo, ni que estuviese enfadado con ella. ¿A qué viene entonces lo que me dices?

El rostro de la princesa se cubrió de manchas rojas y se calló como si se sintiera culpable.

—Yo no te dije nada… En cambio, ya te han hablado, y eso me entristece.

En la frente, en las mejillas y el cuello de la princesa María fueron más intensas las manchas rojas. Quería decir algo, pero le era imposible hablar. El hermano había adivinado: la princesa Lisa, después de comer, había llorado exponiendo sus sentimientos con respecto a un parto desgraciado, temía el alumbramiento y se lamentaba de su suerte, del suegro y del marido. Después de llorar se quedó dormida. El príncipe Andréi sintió compasión de su hermana.

—Debes saber, Masha, que nunca he reprochado, ni reprocho ni reprocharé nada *a mi esposa*; pero igualmente puedo decirte que tampoco tengo nada que reprocharme con respecto a ella; así será siempre, cualesquiera que sean las circunstancias. Pero si quieres conocer la verdad… si quieres saber si soy feliz… ¡No! No lo soy. ¿Es feliz ella? Tampoco. ¿Por qué? No lo sé…

Dichas estas palabras, se acercó a su hermana e inclinándose la besó en la frente. Sus bellos ojos se iluminaron con una luz inteligente y bondadosa,

poco habitual en él, pero no miraba a su hermana; aquellos ojos se perdían en la oscuridad de la puerta abierta, por encima de la cabeza de María.

—Vamos a verla. Hay que decirle adiós. O, mejor, ve tú antes, despiértala; yo iré en seguida. ¡Petrushka!— llamó a su ayuda de cámara. —Ven aquí, llévate estas cosas; esto ponlo en el pescante; y eso otro, a la derecha.

La princesa María se dirigió a la puerta. Allí se detuvo:

—André, si vous avez la foi, vous vous seriez adressé à Dieu pour qu'il vous donne l'amour que vous ne sentez pas, et votre prière aurait été exaucée.[145]

—Sí, tal vez— contestó el príncipe Andréi. —Vete, Masha. Yo iré en seguida.

Cuando se dirigió a las habitaciones de su hermana, el príncipe Andréi se encontró con mademoiselle Bourienne en la galería que unía las dos partes del edificio. Mademoiselle Bourienne le sonrió con una sonrisa admirativa e ingenua. Era la tercera vez que tropezaba durante el día con aquella sonrisa en lugares apartados de la casa.

—Ah! je vous croyais chez vous[146]— dijo ella ruborizándose sin razón aparente y bajando los ojos.

El príncipe Andréi la miró con severidad; su rostro reflejó un sentimiento de cólera. No le dijo nada, pero se fijó en la frente y los cabellos de la mujer, sin mirarla a los ojos, con tal desprecio que la francesa, encendidas las mejillas, se alejó sin decir palabra. Cuando el príncipe Andréi llegó a las habitaciones de su hermana, Lisa se había despertado ya y dejaba oír su alegre vocecilla que hablaba sin descanso, como para recobrar el tiempo perdido después de tan prolongado silencio.

—Non, mais figurez-vous, la vieille comtesse Zouboff avec de fausses boucles et la bouche pleine de fausses dents, comme si elle voulait défier les années… Ha! ha! ha! Marie![147]

Por cinco veces había oído ya a su mujer hablar de la condesa Zúbova y siempre con las mismas risas. Entró en la estancia sin hacer ruido. La princesa, pequeña, sonrosada y gruesa, con su labor en las manos, estaba sentada en una butaca y charlaba incesantemente, evocando los recuerdos de San Petersburgo y hasta algunas de las frases oídas allí. El príncipe

Andréi se acercó a ella, le acarició la cabeza y le preguntó si había descansado del viaje. Ella respondió y prosiguió con su conversación.

El carruaje, con un tiro de seis caballos, estaba preparado junto a la escalinata. Hacía una oscura tarde otoñal; al cochero le era difícil ver siquiera la lanza del vehículo. En la escalinata del palacio iban y venían gentes con faroles. Los ventanales de la enorme casa dejaban pasar la luz interior. En la antecámara se agrupaban los criados que deseaban despedir al joven príncipe y los familiares se habían congregado en la sala: estaban allí Mijaíl Ivánovich, mademoiselle Bourienne, la princesa María y la princesa Lisa.

El príncipe Andréi había sido llamado por su padre, que deseaba conversar con él a solas. Todos los esperaban.

Cuando el príncipe Andréi entró en el despacho de su padre, el anciano príncipe estaba sentado delante del escritorio en su bata blanca, con la cual no recibía a nadie excepto a su hijo, y tenía puestos los lentes. Escribía en su mesa. Volvió la cabeza:

—¿Te vas?— y siguió escribiendo.

—Vengo para despedirme.

—Bésame aquí— dijo el anciano, indicándole una mejilla. —¡Gracias, gracias!

—¿Por qué me da las gracias?

—Porque no pierdes el tiempo, porque no te pegas a la falda de la mujer; porque pones el servicio ante todo. Gracias, gracias— y siguió escribiendo con movimientos tan nerviosos que de la pluma saltaban salpicaduras. —Si tienes algo que decirme, habla: puedo atenderte y escribir a un tiempo— agregó.

—Es sobre mi esposa… Siento dejarle esta carga…

—Déjate de tonterías. Vamos, dime lo que necesitas.

—Cuando llegue el momento de dar a luz, haga venir de Moscú a un médico, para que la asista…

El viejo príncipe se detuvo y miró severamente a su hijo como si no entendiese.

—Sé que nadie podrá ayudarla si la naturaleza no lo hace— dijo el príncipe Andréi, confuso al parecer. —Estoy de acuerdo en que de un

millón de casos no se da más que uno desgraciado, pero ése es su deseo y también el mío. Le han contado tantas cosas… ha tenido sueños y le da miedo.

—¡Hum!…, ¡hum!…— murmuró el padre, sin dejar de escribir. —Lo haré así.

Firmó la carta; después se volvió rápidamente hacia su hijo y se echó a reír:

—¿Marchan mal las cosas, eh?

—¿A qué se refiere, padre?

—¡A tu mujer!— sentenció breve y enérgicamente el viejo príncipe.

—No lo comprendo— dijo Andréi.

—No tiene remedio, hijo, son todas iguales, no puede uno descasarse. Pero no temas; a nadie diré nada. Y tú… tú ya lo sabes.

Tomó en su pequeña y huesuda mano la del hijo, la sacudió, mirándolo fijamente a los ojos con una mirada que parecía traspasarlo, y de nuevo se echó a reír con su risa fría.

El hijo suspiró, admitiendo así que el padre lo había comprendido. El viejo, sin dejar de escribir y doblar las cartas, tan pronto tomaba el lacre con su habitual rapidez como lo dejaba, igual que el sello y el papel.

—¡Qué hacer! ¡Es muy bella! Lo haré todo, no te preocupes— decía con voz entrecortada sin interrumpir lo que hacía.

Andréi guardó silencio. Le placía y le disgustaba al mismo tiempo sentirse comprendido por el padre. El viejo se levantó y entregó una carta a su hijo.

—Escucha— le dijo: —no te preocupes por tu mujer: se hará cuanto sea posible por ella. Ahora, mira: esta carta es para Mijaíl Ilariónovich. Le pido que te dé un buen puesto y no te retenga durante mucho tiempo como ayudante de campo: es mal destino. Dile que me acuerdo de él y lo quiero. Escríbeme cómo te acoge: si te recibe bien, sigue a su servicio. El hijo de Nikolái Andréievich Bolkonski no puede servir a nadie por caridad. Ahora ven aquí.

Hablaba con tal rapidez que no terminaba la mitad de las palabras; pero el hijo ya estaba habituado y lo comprendía. Lo llevó hasta el escritorio, abrió la tapa y sacó un cuaderno escrito con su letra apretada y puntiaguda.

—Lo natural es que yo muera antes que tú; pues bien, aquí están mis memorias, cuando yo muera hay que enviarlas al Emperador. Aquí hay un billete del Monte de Piedad y una carta: es un premio para quien escriba la historia de las guerras de Suvórov; lo envías a la Academia. Y éstos son mis apuntes; léelos cuando yo haya muerto; encontrarás cosas útiles.

Andréi no dijo a su padre que, seguramente, viviría aún largos años. Comprendía que no era preciso.

—Lo haré todo, padre— dijo.

—Bien. Entonces, adiós— le dio la mano a besar y lo abrazó. —Acuérdate, príncipe Andréi, que si te matan será muy doloroso para mí que ya soy viejo…— hizo una pausa y siguió con voz aguda; —pero si supiera que no te habías portado como corresponde al hijo de Nikolái Bolkonski, sentiré… vergüenza— terminó casi chillando.

—Podía no haber dicho eso, padre— sonrió Andréi.

El anciano calló.

—Quería pedirle otra cosa, padre; si me matasen y tuviese un hijo, que se quede con usted, como le dije ayer; que se eduque a su lado… por favor.

—¿Que no lo entregue a tu mujer?— rió el anciano.

Estaban uno frente al otro, silenciosos. Los ojos vivaces del padre permanecían clavados en los del hijo. La parte inferior del rostro del anciano se estremeció.

—Ya nos hemos dicho adiós… ¡Vete!— dijo de improviso.

—¡Vete! —gritó con enfado, abriendo la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntaron las princesas viendo al príncipe Andréi y a su padre, que apareció un momento, gritando como encolerizado, con su bata blanca, sin peluca y los lentes puestos.

El príncipe Andréi suspiró sin contestar.

—Y bien— dijo volviéndose a su mujer; y este "y bien" sonaba irónico, frío, como si dijera: "Ahora, haz tu numerito".

—André, déjà?[148]— dijo la pequeña princesa, palideciendo y mirando con temor a su marido.

Él la abrazó. Lisa dejó escapar un grito y cayó desvanecida sobre su hombro.

Andréi la separó suavemente, mirándola a la cara, y la depositó con gran cuidado en una butaca.

—Adieu, Marie— dijo a media voz a su hermana. Se besaron estrechándose las manos y con pasos rápidos salió de la habitación.

La princesa Lisa quedó en la butaca, con mademoiselle Bourienne, que le frotaba las sienes. La princesa María sostenía a su cuñada, sin apartar sus bellos y tristes ojos de la puerta que acababa de cerrarse tras el príncipe Andréi, haciendo la señal de la cruz. Desde el despacho se oía —como si fueran disparos— con qué frecuencia y fuerza se sonaba el viejo príncipe. Cuando el príncipe Andréi ya había salido, se abrió bruscamente la puerta del despacho y apareció en el umbral la severa figura del viejo, con su bata blanca.

—¿Se ha ido? Muy bien…— dijo, mirando severamente a la desvanecida princesa. Movió la cabeza con reproche y dio un portazo.

Segunda parte

I

En octubre de 1805 el ejército ruso ocupaba las ciudades y aldeas del archiducado de Austria: y los nuevos regimientos venidos de Rusia, que se establecían junto a la fortaleza de Braunau, constituían una grave carga para los habitantes de aquellas regiones. Braunau era el cuartel general del comandante en jefe Kutúzov.

El 11 de octubre de 1805 uno de los regimientos de infantería, recientemente llegado a Braunau, se encontraba formado a medio kilómetro de la ciudad a la espera de una visita de inspección del comandante en jefe. Aunque el país y el paisaje nada tenían de común con Rusia (huertos de árboles frutales, bardas de piedra, techumbres de tejas, montañas y gentes no rusas que miraban a los soldados con curiosidad), el regimiento tenía todo el aspecto de uno de tantos regimientos rusos que esperan una revista en cualquier sitio de la Rusia central.

Al caer la tarde del día anterior, cuando estaban cubriendo la última marcha, llegó la orden de que el comandante en jefe iba a pasar revista a las tropas en campaña. No pareció muy clara la orden al comandante del regimiento: dudaba del uniforme que debían vestir sus hombres, si el de campaña o no. Pero el consejo de jefes de batallón decidió que todo el regimiento se presentara en uniforme de parada, porque siempre es mejor pecar por exceso que por defecto. Y los soldados, después de una jornada de más de treinta kilómetros sin cerrar ojo, se pasaron la noche limpiando y arreglando sus efectos.

Los ayudantes y jefes de compañía calculaban y disponían todo, de manera que a la mañana siguiente, en vez de una tropa desordenada como la que había llegado allí después de la última marcha, el regimiento era una

correcta formación de dos mil hombres; todos conocían su puesto, sus atribuciones, y cada botón, cada correa, estaban en su sitio y brillaban de limpios. Y no sólo era lo exterior, porque si el comandante en jefe hubiera examinado a sus hombres, bajo el uniforme habría encontrado sus camisas limpias y en todas las mochilas los efectos reglamentarios completos: "la lezna y el jabón", como acostumbraban decir los soldados. Sólo había un motivo de intranquilidad para todos: el calzado. Más de la mitad de los hombres tenían las botas destrozadas. Pero eso no era culpa del jefe del regimiento, puesto que, a pesar de sus repetidas peticiones, la intendencia austríaca no les suministraba lo necesario y el regimiento había recorrido ya más de mil kilómetros.

El jefe del regimiento era un general entrado en años, de temperamento sanguíneo, cejas y patillas grises, corpulento, más ancho del pecho a la espalda que de un hombro a otro. Vestía un uniforme nuevo todavía con los pliegues marcados, macizas charreteras doradas le abultaban los hombros de por sí vigorosos. Su aspecto era el de un hombre que cumple felizmente uno de los actos más solemnes de su vida. Recorría la formación, oscilando a cada paso y curvando un poco la espalda. Era evidente su admiración por el regimiento que mandaba, al que dedicaba todos sus pensamientos; a pesar de ello, su oscilante manera de andar parecía decir que no sólo las preocupaciones militares embargaban su alma, sino que la vida de sociedad y, sobre todo, el sexo femenino ocupaban suficiente espacio en su vida.

—Y bien, mi querido Mijaíl Mitrich— dijo a uno de los jefes de batallón, que se le acercó sonriente (ambos se mostraban felices), —la noche fue dura, pero parece que el regimiento no es de los malos, ¿eh?

Comprendió el jefe del batallón la alegre ironía y se echó a reír.

—No nos echarían ni de la plaza de armas de Tsaritsin.

—¿Qué dice?— preguntó el comandante.

En ese instante, por el camino que venía de la ciudad, donde estaban apostados los señaleros, aparecieron dos jinetes. Era un ayudante de campo seguido de un cosaco.

El ayudante de campo había sido enviado por el Estado Mayor Central para precisar lo que no estaba claro en la orden del día anterior: es decir, que el comandante en jefe deseaba ver al regimiento tal como venía

haciendo las marchas: con capote, las armas enfundadas y sin preparativo alguno especial.

El día anterior había llegado de Viena, para entrevistarse con Kutúzov, un miembro del Consejo Superior de Guerra austríaco, con la propuesta y exigencia de que se unieran lo antes posible al ejército del archiduque Fernando y de Mack; pero Kutúzov no creía ventajosa semejante unión. Entre otros argumentos que respaldaban su opinión tenía el propósito de mostrar al general austríaco en qué triste estado llegaban las tropas de Rusia. Precisamente con este fin deseaba salir al encuentro del regimiento, de manera que cuanto peor fuera el aspecto de las tropas, más satisfecho había de mostrarse Kutúzov. Y aun cuando el ayudante de campo ignorara estos detalles, transmitió al jefe del regimiento las órdenes taxativas del comandante en jefe: los soldados debían estar con uniforme de campaña; en caso contrario el comandante en jefe quedaría descontento.

Al oír tales palabras, el jefe del regimiento inclinó la cabeza, se encogió de hombros en silencio y extendió los brazos con gesto nervioso.

—¡Buena la hemos hecho!— comentó. —Ya lo decía yo, Mijaíl Mitrich: uniforme de campaña puesto que en campaña estamos— dijo con tono de reprobación volviéndose al comandante del batallón. —¡Ay, Dios mío!— murmuró. Y avanzó resueltamente: —¡Señores jefes de compañía! — grito con una voz acostumbrada al mando: —¡Sargentos!… ¿Vendrá pronto?— preguntó al ayudante de campo. Y en sus palabras había el tono cortés y respetuoso debido a la persona a que aludía.

—Creo que dentro de una hora.

—¿Tendremos tiempo para que los hombres cambien de uniforme?

—No lo sé, mi general…

El comandante se dirigió en persona hacia las filas y ordenó el cambio de uniforme. Los jefes de compañía se dispersaron presurosos por las compañías: los sargentos se agitaron frenéticamente (los capotes estaban en bastante mal estado) y, en un abrir y cerrar de ojos, los cuadros de formación, antes silenciosos, empezaron a descomponerse y agitarse con el sordo rumor de las conversaciones y los gritos. Por todas partes iban y venían los soldados, quitándose la mochila por encima de la cabeza y

sacando de ella el capote levantaban los brazos empujando con los hombros para meterlos en las mangas.

Media hora después todo estaba lo mismo que antes; sólo que los grandes cuadros de la formación en vez de negros eran grises. El jefe del regimiento, con paso oscilante, se colocó de nuevo delante del regimiento y lo contempló desde lejos.

—¿Y eso qué es?— gritó deteniéndose. —¡Que se presente el jefe de la tercera compañía!

"¡El jefe de la tercera compañía, que se presente al general! ¡El jefe de la tercera compañía, que se presente al general!…", se oía por las filas; y un ayudante corrió en busca del oficial, que se retrasaba.

Cuando las celosas voces que llamaban al jefe de la tercera compañía llegaron a su destino, convertidas en el "general a la tercera compañía", apareció el oficial buscado y aunque ya era hombre de edad y no muy habituado a correr se dirigió al trote, tropezando con frecuencia, hasta donde el general se encontraba. El rostro del capitán expresaba la inquietud del escolar a quien se exige que explique una lección mal aprendida. En torno a la nariz rojiza (muestra evidente de falta de sobriedad) aparecieron manchas de idéntico color; sus labios temblaban. El comandante del regimiento miraba al capitán, de pies a cabeza, mientras el oficial avanzaba, todo sofocado, aminorando la marcha conforme iba llegando.

—¡Dentro de poco vestirá a sus soldados con sarafanes, capitán! ¿Qué significa eso?— gritó el comandante del regimiento, alargando su mandíbula inferior y señalando a un soldado de la tercera compañía, cuyo capote era por su calidad y color diferente del de los otros soldados. —¿Dónde se había metido? ¡Estamos esperando al comandante en jefe y abandona su puesto! ¿Eh?… ¡Ya le enseñaré como deben vestirse los soldados para una revista!…

El capitán, sin apartar los ojos de su superior, apretaba cada vez más los dedos contra la visera de su gorra, como si en ese contacto hallara en aquellos momentos su propia salvación.

—¿Por qué calla? ¿Quién es aquel que va disfrazado como un húngaro? — bromeó enfadado el comandante del regimiento.

—Excelencia…

—¡Déjese de Excelencia! ¡Excelencia, Excelencia! Pero nadie sabe lo que Excelencia quiere.

—Excelencia, se trata del degradado Dólojov…— dijo en voz baja el capitán.

—Bueno, pero ¿se lo ha degradado o se lo ha ascendido a mariscal de campo? Si es soldado, debe vestir como los demás soldados, según el reglamento.

—Excelencia, usted mismo lo autorizó a vestir así durante las marchas.

—¡Autorizado! ¡Autorizado! Siempre pasa lo mismo con los jóvenes— dijo el comandante del regimiento, calmándose un poco. —¡Autorizado! Se les dice cualquier cosa… y— calló un momento. —Se les dice algo ¿y… qué?— se encolerizó de nuevo. —¡Vista a sus soldados de un modo decente!…

Y el jefe del regimiento, mirando de reojo al ayudante de campo, se dirigió con paso saltarín hacia el regimiento. Era evidente que su cólera le agradaba y que iba en busca de cualquier otro pretexto para prolongarla. Después de reprender a cierto oficial porque llevaba un emblema poco limpio y a otro por el mal alineamiento de sus soldados, se acercó a la tercera compañía.

—¡Vaya postura! ¿Dónde está el pie? ¿Dónde?— gritó el comandante de regimiento con voz dolorida a Dólojov, que vestía capote azul, cuando todavía lo separaban de él cinco hombres.

Dólojov enderezó lentamente la pierna doblada y con ojos claros e insolentes miró a la cara del general.

—¿Por qué llevas capote azul? ¡Fuera!… ¡Sargento! ¡Que vuelva a vestirse ese… mi…!— no tuvo tiempo de terminar.

—Mi general, estoy obligado a cumplir las órdenes, pero no a soportar…— lo atajó rápidamente Dólojov.

—¡En las filas no se habla!… ¡No se habla, no se habla!…

—No estoy obligado a soportar ofensas— terminó Dólojov con alta y sonora voz.

Los ojos del general y el soldado se encontraron. El general guardó silencio y tiró enfadado de su apretado fajín:

—Haga el favor de quitarse ese capote… se lo ruego— dijo, alejándose.

II

—¡Ya viene!— gritó un señalero.

El comandante del regimiento, enrojeciendo, corrió a su caballo; sujetó el estribo con mano temblorosa, montó en la silla, se enderezó, desenvainó la espada y con el rostro feliz y resuelto, abierta la boca por un lado se dispuso a dar la voz de mando. El regimiento se movió como un pájaro que sacudiese sus plumas y quedó inmóvil.

—¡Fir… mes!— gritó con voz vibrante, alegre para sí mismo, severa para el regimiento y deferente para el jefe que se acercaba.

Por el ancho camino, bordeado de árboles, avanzaba rápidamente, con ligero chirriar de muelles, una carretela vienesa de color azul claro enganchada de reata. La seguía al galope el séquito y una escolta de croatas. Junto a Kutúzov iba un general austríaco, de uniforme blanco, que resaltaba más entre los negros uniformes rusos. Se detuvo la carretela cerca del regimiento; Kutúzov y el general austríaco hablaban en voz baja y el primero, al apoyarse pesadamente en el estribo del carruaje, sonrió como si no estuvieran presentes los dos mil hombres que, con la respiración contenida, tenían los ojos puestos en él y en el jefe del regimiento.

Sonó de nuevo la voz de mando. Toda la tropa se estremeció otra vez al presentar armas. En medio de un profundo silencio se oyó la débil voz del general en jefe saludando a las tropas. Todo el regimiento rugió: “¡Viva su Excelencia!”, y de nuevo quedó todo en silencio. Kutúzov no se movió del sitio mientras la tropa desfilaba; después, a pie y acompañado del general uniformado de blanco y de todo el séquito, comenzó a recorrer las filas.

Por la manera con que el comandante del regimiento saludaba al general en jefe, sin apartar de él los ojos, por su modo de caminar echado hacia

delante entre las filas, conteniendo a duras penas sus movimientos saltarines, atento a los más pequeños gestos de Kutúzov, procurando captar cada palabra y cada movimiento del general en jefe, era evidente que cumplía con más placer aún sus deberes de inferior que los de superior. Gracias a la severidad y al celo de su jefe, el regimiento se mantenía en excelente estado, en comparación con los llegados al mismo tiempo a Braunau. No había más que doscientos diecisiete entre enfermos y rezagados, y todo se hallaba en buen orden, excepto el calzado.

Kutúzov recorrió las filas; de vez en cuando se detenía para decir unas palabras amables a los oficiales que conocía de la guerra de Turquía y también a algún que otro soldado. Al ver el calzado de sus hombres sacudió varias veces con tristeza la cabeza y lo mostraba al general austríaco, como el que no reprocha a nadie pero no puede por menos que advertirlo. Y cada vez el comandante del regimiento se acercaba presuroso, temiendo perder alguna palabra del general en jefe relacionada con sus hombres.

Detrás de Kutúzov, a una distancia que permitía oír cada una de sus palabras, aun las pronunciadas a media voz, caminaban los veinte oficiales del séquito. Charlaban entre sí y reían a veces. El más próximo al general en jefe era un apuesto ayudante de campo, el príncipe Bolkonski, a cuyo lado caminaba su colega Nesvitski, oficial de Estado Mayor, alto y extremadamente grueso, de rostro sonriente y agraciado y ojos siempre húmedos. A duras penas contenía Nesvitski la risa, viendo al moreno oficial de húsares que tenía al lado. El oficial de húsares, muy serio, sin cambiar la expresión de su cara, contemplaba con ojos graves la espalda del comandante del regimiento e imitaba cada uno de sus movimientos. Cada vez que el comandante del regimiento se estremecía y se inclinaba hacia delante, el oficial de húsares hacía otro tanto. Nesvitski reía y llamaba la atención de los demás para que miraran al burlón oficial.

Kutúzov avanzaba con paso lento y cansino ante los miles de ojos que se desorbitaban para mirarlo. Al llegar a la altura de la tercera compañía se detuvo de pronto. El séquito, que no preveía semejante parada, estuvo a punto de echársele encima.

—¡Hola, Timojin!— exclamó el general, dirigiéndose al capitán de la nariz colorada, el mismo a quien reprendiera el comandante del regimiento

por el capote azul.

Cuando el comandante del regimiento reprendió a Timojin, éste se había erguido de tal manera que parecía difícil enderezarse más; pero cuando el general en jefe se dirigió a él, el capitán Timojin se estiró de tal forma que, evidentemente, no habría podido permanecer en semejante postura durante mucho tiempo.

Pareció comprenderlo así Kutúzov y, como quería lo mejor para el capitán, se dio prisa en mirar hacia otra parte. En su mofletudo rostro, desfigurado por una cicatriz, se dibujó una sonrisa apenas perceptible.

—Es un compañero de armas de Ismail— comentó, —¡un bravo oficial! ¿Estás contento de él?— preguntó al comandante del regimiento.

Éste, reflejado siempre como en un espejo por el oficial de húsares, avanzó hacia Kutúzov y dijo:

—Sí, muy contento, Excelencia.

—Todos tenemos nuestras debilidades— sonrió Kutúzov, alejándose, —y la suya era la afición a Baco.

El comandante del regimiento se asustó, como si él tuviera la culpa, y no contestó nada. En aquel momento el oficial de húsares observó el rostro del capitán, con la nariz colorada y el vientre hundido, e imitó tan bien su expresión y postura que Nesvitski no pudo contener la risa. Kutúzov se volvió. Pero el oficial de húsares, por lo visto, dominaba bien los músculos de su cara y al volverse Kutúzov tuvo tiempo de hacer un esfuerzo y su rostro expresó la más absoluta seriedad, respeto e inocencia.

La tercera compañía era la última y Kutúzov quedó pensativo, como tratando de recordar algo. El príncipe Andréi se destacó del séquito y, con voz baja, le dijo:

—Me había ordenado que le recordara al degradado Dólojov, que se halla en este regimiento.

—¿Dónde está Dólojov?— preguntó Kutúzov.

Dólojov, vestido ya con su capote gris de soldado, no esperó que lo llamaran. Un soldado apuesto, de claros ojos azules, salió de la línea. Se acercó al general en jefe y presentó armas.

—¿Tienes alguna queja?— preguntó Kutúzov, frunciendo el entrecejo levemente.

—Es Dólojov— aclaró el príncipe Andréi.

—¡Ah!— dijo Kutúzov. —Espero que te corregirá esta lección. Sirve bien: el Emperador es magnánimo y no te olvidará, si te lo mereces.

Los claros ojos azules de Dólojov miraron al general en jefe con la misma audacia con que se había fijado en el comandante del regimiento, pareciendo destruir, con aquella expresión, las distancias que tanto alejaban al general de su soldado.

—Sólo pido una cosa, Excelencia— dijo con su voz sonora, pausada y firme, —que se me dé una ocasión de reparar mi falta y probar mi devoción a Su Majestad el Emperador y a Rusia.

Kutúzov se apartó. En su rostro apareció una leve sonrisa semejante a la que había reflejado al apartarse del capitán Timojin. Arrugó el ceño, como si quisiera decir que desde hacía tiempo sabía cuanto dijera o pudiese decir Dólojov, que todo eso ya lo tenía aburrido y no era, ni mucho menos, lo preciso. Se apartó, pues, y se dirigió hacia el coche.

El regimiento se agrupó por compañías y avanzó hacia los acuartelamientos designados, no lejos de Braunau, donde esperaba recibir calzado y ropa y descansar de las fatigas de la marcha.

—No se habrá enfadado conmigo, ¿verdad, Projor Ignátich?— preguntó el comandante del regimiento, acercándose al capitán Timojin, que avanzaba al frente de la tercera compañía. El rostro del comandante del regimiento expresaba una incontenible alegría después del buen resultado de la revista. —Al servicio del Zar… uno no puede… En filas, a veces se deja llevar uno… Estoy dispuesto a presentar mis excusas el primero, ya me conoce… El comandante en jefe me felicitó.

Y tendió la mano al capitán.

—Pero, mi general, cómo iba yo a atreverme…— replicó el capitán; su nariz enrojeció todavía más y sonrió mostrando el vacío dejado por dos dientes que le saltaron de un culatazo en Ismail.

—Comunique al señor Dólojov que no lo olvidaré, que esté tranquilo. Y dígame, por favor… Siempre quería preguntarle cómo se porta.

—Manifiesta mucho celo en el servicio, Excelencia; pero… su carácter…

—¿Qué quiere decir con eso del carácter?— preguntó el comandante.

—Tiene días, Excelencia— respondió el capitán; —hoy se muestra razonable, inteligente y cortés y mañana es una fiera; en Polonia, para su conocimiento, estuvo a punto de matar a un judío…

—Claro, claro— interrumpió el comandante; —mas, a pesar de todo, la desgracia de ese joven mueve a compasión. Conoce a gente importante… así que usted…

—A sus órdenes, Excelencia— interrumpió Timojin, dejando ver con su sonrisa que comprendía bien el deseo de su superior.

—Bien, bien… Eso es.

El comandante del regimiento buscó entre las filas a Dólojov y detuvo el caballo.

—En la primera acción, las charreteras— dijo.

Dólojov lo miró sin responder nada y sin modificar su expresión sonriente e irónica.

—Bien, bien— dijo el comandante del regimiento. Y añadió para ser oído por los soldados: —Vodka para todos, de mi parte. Gracias a todos. ¡Loado sea Dios!

Y dejando aquella compañía se acercó a otra.

—Es, en verdad, una buena persona— comentó Timojin, volviéndose al oficial subalterno que caminaba a su lado.

—¡Con él se puede servir!

—En una palabra, que tiene “corazón”— rió el oficial subalterno. (El comandante tenía el sobrenombre de “rey de corazones”.)

La buena disposición de los jefes, después de la revista, se comunicó a los soldados. Todos avanzaban alegres, y por doquier se oían las voces de la tropa.

—¿Quién decía que Kutúzov es tuerto de un ojo?

—Pues sí que lo es.

—No…, amigo, ve mejor que tú. Lo ha mirado todo, las botas, los peales, lo miró todo.

—Cuando me miró los pies pensé que…

Y el otro, el austríaco que iba con él, parecía cubierto de yeso, blanco como la harina. ¡Deben limpiarlos, creo yo, como si fueran pertrechos!

—¡Eh, Fedoshka!… ¿Han dicho algo de cuándo empezarán las batallas? Tú estabas cerca. Dicen que el mismo Bonaparte está en Braunau.

—¡Bonaparte! ¡Eso son mentiras! No sabes lo que dices. Ahora son los prusianos quienes luchan, los austríacos parece que quieren someterlos, y cuando lo consigan empezará la guerra contra Bonaparte. ¡Y tú vienes con que Bonaparte está en Braunau! ¡Bien se ve que eres tonto! Más te valdría escuchar lo que se dice.

—¡Malditos furrieles! Los de la quinta ya están entrando en la ciudad; harán las gachas antes de que nosotros lleguemos.

—¡Oye, hermano, dame una galleta!

—¿Y tú, me diste tabaco ayer cuando te lo pedí? Ya lo ves, pero toma, y que Dios te perdone.

—Si por lo menos hicieran un alto…; porque nos esperan todavía cinco kilómetros con el estómago vacío.

—¡Qué bien estábamos cuando los alemanes nos llevaban en carruajes! ¡En coche sí que se va bien!

—Aquí, amigo, la gente es harapienta; antes eran polacos, súbditos de la corona rusa; y ahora no hay más que alemanes.

—¡Adelante los cantores!— gritó el capitán.

Y de las diversas líneas salieron unos veinte hombres que se pusieron a la cabeza de los demás. El tambor, que dirigía el coro, se volvió hacia ellos, hizo una señal con la mano y entonó una lenta canción que los soldados cantaban durante las marchas:

¿No es el sol que amanece?

comenzaba la canción y terminaba así:

Mucha gloria lograremos
con el padrecito Kámenski.

Esa canción, compuesta en la campaña de Turquía, resonaba ahora en Austria, sólo que en vez de "padrecito *Kámenski"* se decía "padrecito Kutúzov". Cuando el tambor, un soldado delgado y apuesto de unos cuarenta años, terminó de cantar las últimas palabras con gran brío, miró

severamente a los demás cantores con el ceño fruncido. Una vez convencido de que todos los ojos estaban fijos en él, alzó con ambas manos y mucho cuidado algún objeto precioso pero invisible por encima de la cabeza, lo sostuvo así varios segundos y de pronto lo tiró violentamente y rompió a cantar:

¡Ah mi casa, mi hogar!

“Mi casa nueva…”, corearon veinte voces… Y el que repiqueteaba con las cucharas, a pesar de su carga, se volvió de espaldas y avanzó bailando delante de la compañía, sacudiendo los hombros y amenazando con golpear ya a uno, ya a otro con sus cucharas. Los soldados avanzaban a largo paso, moviendo los brazos al son de la canción.

Tras la compañía se oyó un ruido de ruedas, de muelles, de cascos de caballos. Kutúzov y su séquito volvían a la ciudad. El general en jefe ordenó que los soldados prosiguieran su marcha a discreción, y su rostro, lo mismo que el de los oficiales, expresó la satisfacción que le proporcionaba escuchar las canciones, ver al soldado bailarín y el paso alegre de los soldados. En la segunda línea, a la derecha, sobresalía, aun sin quererlo, un soldado de ojos azules, Dólojov, que caminaba con peculiar gracia siguiendo el ritmo de la canción y miraba de frente a los que pasaban como compadeciéndoles de no marchar con la compañía. Un alférez de húsares, del séquito de Kutúzov (el que antes imitaba al comandante del regimiento), se quedó atrás y se acercó a Dólojov.

Este oficial, Zherkov, había pertenecido cierto tiempo al turbulento círculo presidido por Dólojov en San Petersburgo. En el extranjero, Zherkov se había encontrado con Dólojov, ya degradado, pero no creyó necesario reconocerlo. Ahora, después de la conversación de Kutúzov con el degradado, se acercó a Dólojov con el placer que se experimenta al encontrarse de nuevo con un viejo amigo.

—¡Querido amigo! ¿Qué tal estás?— preguntó, acercándose— y poniendo su caballo al paso de la compañía.

—Ya lo ves— contestó Dólojov con frialdad.

La jubilosa canción de los soldados añadía un tono especial a la desenfadada alegría de Zherkov y a la voluntaria frialdad de las respuestas de Dólojov.

—¿Qué tal te llevas con tus superiores?— preguntó de nuevo Zherkov.

—Muy bien; son buena gente. Y tú ¿cómo te has ingeniado para meterte en el Estado Mayor?

—En comisión de servicio, de oficial de guardia.

Callaron los dos.

Dieron suelta al halcón, lanzado con la diestra…

decía la canción suscitando, sin querer, sentimientos alegres y animosos.

La conversación, probablemente, habría sido distinta de no haber hablado con el acompañamiento del canto.

—¿Es verdad que han zurrado a los austríacos?— preguntó Dólojov.

—¡El diablo lo sabe! Eso dicen…

—Pues me alegro— comentó Dólojov, rotundo y claro, como exigía la canción.

—Ven a vernos alguna tarde, echaremos una partida— dijo Zherkov.

—¿Os sobra dinero?

—Tú ven.

—No. Me he dado palabra de no beber ni jugar hasta haber recuperado las charreteras.

—Eso, en la primera acción…

—Ya veremos.

Callaron de nuevo.

—Ven si necesitas algo, en el Estado Mayor te ayudaremos.

—No te preocupes.

Dólojov sonrió irónicamente.

—Si necesito algo, no lo pediré, lo tomaré yo mismo.

—Yo te lo decía… por…

—Y yo también… por…

—Adiós.

—Que te vaya bien…

… A lo lejos, y a lo alto,
hacia el país natal…

Zherkov espoleó el caballo, que, sofocado, batió la tierra con sus patas tres veces sin saber con cuál echar a andar y, al decidirlo, galopó también al ritmo de la canción, se adelantó a la compañía y se unió al séquito de la carretela.

III

Al regresar de la revista, Kutúzov, acompañado por el general austríaco, pasó a su despacho; llamó a un ayudante de campo y le pidió algunos documentos relativos al estado de las tropas que iban llegando y también las cartas recibidas del archiduque Fernando, que mandaba el ejército de vanguardia. El príncipe Andréi Bolkonski entró en el despacho del comandante en jefe con los documentos pedidos. Ante un mapa extendido sobre la mesa estaban sentados Kutúzov y el general austríaco, miembro del mando supremo del ejército austríaco.

—¡Ah…!— dijo Kutúzov mirando a Bolkonski y como invitándolo a esperar; después prosiguió en francés la conversación iniciada.

—Sólo una cosa puedo decirle, general— dijo Kutúzov con una elegancia en el giro de la frase y la tonalidad que obligaba a escuchar con suma atención cada una de sus pausadas palabras. Era evidente que Kutúzov se escuchaba a sí mismo con placer. —Sólo una cosa le diré, general: si las cosas dependieran de mí personalmente, se habría cumplido ya hace tiempo la voluntad de Su Majestad el emperador Francisco; me habría unido hace tiempo al archiduque; y, créame bajo palabra de honor, sería un gran alivio para mí poder transmitir el mando supremo del ejército a un general más experto y hábil que yo, de los que tanto abundan en Austria, y quedar libre de una responsabilidad tan pesada. Pero hasta ahora, general, las circunstancias suelen ser más fuertes que nosotros.

Y Kutúzov sonrió como diciendo: “Tiene perfecto derecho a no creerme, y me es lo mismo que me crea o no; pero no tiene motivo alguno para decírmelo, y esto es lo importante”.

El general austríaco se mostraba descontento, pero estaba obligado a contestar en el mismo tono.

—Al contrario— rezongó con voz irritada, en evidente contradicción con las lisonjeras palabras que decía, —al contrario; la participación de Su Excelencia en la empresa común es muy apreciada por Su Majestad; pero creemos que la actual lentitud priva a los gloriosos ejércitos rusos y a sus jefes de los laureles que acostumbran recoger en los campos de batalla— concluyó con palabras que, desde luego, traía preparadas.

Kutúzov se inclinó sin cambiar su sonrisa.

—Y yo estoy convencido, basándome en la última carta con que me ha honrado Su Alteza el archiduque Fernando, que las tropas austríacas, al mando de un jefe tan hábil como el general Mack, habrán conseguido ya una victoria decisiva y no tendrán necesidad de nuestra ayuda.

El general frunció el ceño. Aunque no se tenían noticias ciertas sobre la derrota de los austríacos, demasiadas circunstancias confirmaban las voces pesimistas que corrían; así, la alusión de Kutúzov a la victoria de los austríacos se parecía más bien a una burla. Pero Kutúzov sonreía apaciblemente, siempre con idéntica expresión, manifestando su irrefutable derecho a presuponerlo. En realidad, la última carta recibida del ejército de Mack anunciaba la victoria y hacía mención de la favorable posición estratégica del ejército.

—Dame esta carta— dijo Kutúzov al príncipe Andréi. —Ahí la tiene; puede leerla— y Kutúzov, con una burlona sonrisa en la comisura de los labios, leyó en alemán al general austríaco el siguiente fragmento de la carta del archiduque Fernando:

> Todas nuestras fuerzas, en número de casi 70.000 hombres, han sido concentradas de manera que podamos atacar y destruir al enemigo en caso de que atraviese el Lech. Como además hemos ocupado Ulm, podemos conservar la ventaja de dominar las dos orillas del Danubio y, si no cruza el Lech, pasar el Danubio, lanzarnos sobre sus líneas de comunicación, volver a atravesar más abajo el Danubio y, si el enemigo intentase volver sus fuerzas contra nuestros aliados, impedir

> sus propósitos. Esperamos, pues, animosamente a que el ejército imperial ruso termine de prepararse y luego hallaremos juntos fácilmente la posibilidad de deparar al enemigo la suerte que se merece.

Terminado este párrafo, Kutúzov respiró profundamente y miró con atención y afecto al miembro del Consejo Superior de Guerra de Austria.

—Pero ya conoce, Excelencia, la sabia regla que prescribe suponer siempre lo peor— dijo el general austríaco, quien, evidentemente, deseaba poner fin a las bromas y llevar a término tan grave asunto.

Descontento, lanzó una ojeada al ayudante de campo.

—Perdone, general— lo interrumpió Kutúzov, volviéndose también al príncipe Andréi. —Mira, querido, pídele a Kozlovski todos los informes de nuestros espías. Toma estas dos cartas del conde Nostitz, la carta del archiduque Fernando y esto también— añadió tendiéndole varios papeles —y con todo esto haz en francés un memorándum, reuniendo cuantas noticias tengamos referentes a los movimientos del ejército austríaco. Después se lo entregas todo a Su Excelencia.

El príncipe Andréi inclinó la cabeza, dando a entender que, desde el primer instante, no sólo había entendido cuanto le decía Kutúzov, sino también todo lo que quería decirle con sus palabras. Tomó los documentos, saludó y, caminando sin hacer ruido sobre la alfombra, salió de la estancia.

Aunque el príncipe Andréi había salido hacía poco de Rusia, estaba muy cambiado. En la expresión de su rostro, en los movimientos y en la manera de caminar, ya no se notaba casi el fingimiento de antes, la indolencia y el cansancio de otras veces. Todo su aspecto era el de un hombre que no tiene mucho tiempo para pensar en el efecto que produce en los demás, ocupado como estaba en una obra grata e interesante. Se lo veía más satisfecho de sí mismo y de cuantos lo rodeaban; su sonrisa y su mirada eran más alegres y acogedoras.

Kutúzov, a quien el príncipe Andréi se había unido en Polonia, lo había recibido con gran afecto, prometiéndole que no lo olvidaría; y después, haciendo con él una excepción con respecto a los demás ayudantes de campo, se lo llevó consigo a Viena y le confiaba misiones más importantes.

Desde Viena escribió Kutúzov a su viejo compañero, el padre del príncipe Andréi:

"Su hijo promete ser un oficial excepcional por su capacidad de trabajo y firmeza y por el empeño que pone en el cumplimiento de sus deberes. Me considero feliz de tenerlo como subordinado."

En el Estado Mayor de Kutúzov, entre sus compañeros y en general en el ejército, lo mismo que sucedía en la sociedad petersburguesa, el príncipe Andréi tenía dos reputaciones por completo diversas: unos —la minoría— lo consideraban un ser distinto de los demás, esperaban de él grandes éxitos, lo escuchaban, lo admiraban e imitaban; con ellos, el príncipe Andréi era sencillo y amable. Otros —la mayoría— no lo querían, lo encontraban orgulloso, frío y desagradable. Pero el príncipe Andréi había sabido imponerse a tal punto que aun éstos lo estimaban y hasta lo temían.

Al salir del despacho de Kutúzov, el príncipe Andréi, con los documentos en la mano, se acercó a un compañero, el ayudante de campo de servicio, Kozlovski, quien con un libro entre las manos estaba sentado junto a la ventana.

—¿Qué hay, príncipe?— preguntó Kozlovski.

—Ha mandado que preparemos una nota explicando las razones por las cuales no avanzamos.

—¿Para qué?

El príncipe Andréi se encogió de hombros.

—¿No hay noticias de Mack?— preguntó Kozlovski.

—No.

—Si fuera verdad que lo han derrotado, se sabría algo.

—Probablemente— dijo el príncipe Andréi, dirigiéndose hacia la puerta de salida.

Pero en aquel mismo instante entró rápidamente, después de haber cerrado con fuerza la puerta, un general austríaco alto, con levita, recién llegado al parecer, vendada la cabeza con un pañuelo negro y la cruz de María Teresa al cuello. El príncipe Andréi se detuvo.

—¿El general en jefe Kutúzov?— preguntó de inmediato el general, con marcado acento germano, mirando a izquierda y derecha y avanzando sin detenerse hacia la puerta del despacho.

—El general en jefe está ocupado— dijo Kozlovski acercándose presuroso al desconocido y cerrándole el paso. —¿A quién debo anunciar?

El desconocido general miró despectivo, de arriba abajo, a Kozlovski, que no era alto, sorprendido, al parecer, de que pudieran no conocerlo.

—El general en jefe está ocupado— repitió tranquilamente Kozlovski.

El rostro del general se nubló. Se contrajeron y temblaron sus labios; sacó una libreta de notas y escribió rápidamente con lápiz algunas palabras; arrancó la hoja, la entregó a Kozlovski, se acercó a la ventana, se dejó caer en una silla y pasó revista a los que había en la sala, como preguntándose por qué lo miraban. Luego levantó la cabeza, avanzó el cuello, como disponiéndose a decir algo, pero emitió unos sonidos extraños que se cortaron al instante.

Se abrió la puerta del despacho y apareció Kutúzov. El general de la cabeza vendada, encorvado y con largos y rápidos pasos de sus delgadas piernas, se acercó a Kutúzov, como si huyera de un peligro.

—Vous voyez le malheureux Mack— dijo con voz entrecortada.[149]

Kutúzov, detenido en el umbral de la puerta de su despacho, permaneció algunos instantes inmóvil. Una ola pareció recorrer su rostro serenándolo, se alisó su frente, inclinó respetuoso la cabeza, cerró los ojos y en silencio hizo pasar a Mack, cerrando tras él la puerta.

Se confirmaban los rumores sobre la derrota de los austríacos y la capitulación de todo el ejército en Ulm. Media hora después eran enviados aquí y allá ayudantes de campo con órdenes para que las tropas rusas, hasta ahora inactivas, estuvieran preparadas a enfrentarse con el enemigo.

El príncipe Andréi era uno de los pocos oficiales del Estado Mayor que se interesaba de veras por la marcha general de la guerra. Al ver a Mack y escuchar los detalles de la derrota, comprendió que se había perdido la mitad de la campaña, que el ejército ruso quedaba en difícil situación y se imaginó vivamente lo que esperaba al ejército y el papel que a él le correspondía. Sin quererlo, experimentaba un sentimiento de emotiva y gozosa alegría por el oprobio de los altivos austríacos y ante la idea de que, quizá en una semana, tendría lugar el primer encuentro entre rusos y franceses después de Suvórov; encuentro en el que él mismo participaría. Pero temía al genio de Bonaparte, que podía ser superior a todo el valor del

ejército ruso; y al mismo tiempo, no podía admitir la vergüenza de una derrota para su héroe.

Emocionado y nervioso por semejantes ideas, el príncipe Andréi se dirigía a su habitación para escribir a su padre, como hacía todos los días. En el corredor encontró a Nesvitski, con quien vivía, y al bromista Zherkov; ambos reían como siempre.

—¿Por qué estás tan sombrío?— preguntó Nesvitski, advirtiendo el pálido rostro y los ojos brillantes del príncipe Andréi.

—No hay motivos para alegrarse— replicó Bolkonski.

Mientras el príncipe Andréi se detenía con Nesvitski y Zherkov, de la otra parte del corredor venían a su encuentro el general austríaco Strauch, agregado al Estado Mayor de Kutúzov para atender al avituallamiento del ejército ruso, y un miembro del Consejo Superior de Guerra de Austria, llegado el día anterior. El corredor era bastante ancho para que ambos generales pudiesen pasar libremente, aun cuando se hallaran allí los tres oficiales. Pero Zherkov, apartando con la mano a Nesvitski, exclamó sofocado:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen!… Apartaos, dejad paso, por favor.

Los generales parecían deseosos de eludir los honores excesivos. En el rostro de Zherkov apareció de pronto una estúpida sonrisa de incontenible júbilo.

—Excelencia— dijo en alemán, avanzando un paso y poniéndose ante uno de los generales austríacos, —tengo el honor de felicitarlo.

E inclinó la cabeza mientras con torpe gesto, como un niño que aprende a bailar, lo saludaba juntando los talones tan pronto de una pierna como de la otra.

El general miembro del Consejo Superior de Guerra de Austria lo contempló severamente; pero al observar la seriedad de aquella risa estúpida no pudo dejar de prestarle un momento de atención. Entornó los ojos en ademán de escuchar.

—Tengo el honor de felicitarlo. El general Mack ha llegado sin novedad, con sólo una ligera herida— sonrió de nuevo, llevándose la mano a la cabeza.

El general frunció el ceño, le dio la espalda y continuó su camino.

—Gott, wie naïv![150]— exclamó colérico después de apartarse unos pasos.

Nesvitski abrazó riendo al príncipe Andréi, pero Bolkonski, aun más pálido, más iracundo el semblante, lo rechazó y se volvió hacia Zherkov. La irritación nerviosa producida por la vista de Mack, la noticia de su derrota y la idea de lo que aguardaba al ejército ruso desembocaron en un estallido de cólera contra la inoportuna broma de Zherkov.

—Si usted, señor mío— dijo con voz cortante y con un leve temblor en su mandíbula inferior, —quiere ejercer de bufón, no puedo impedírselo; pero le advierto que si se atreve a portarse como un payaso en mi presencia le enseñaré cómo debe portarse.

Nesvitski y Zherkov quedaron tan estupefactos que se limitaban a mirarlo con ojos de asombro.

—¡Pero si no hice más que felicitarlo!— dijo Zherkov.

—¡Cállese, por favor, no estoy bromeando con usted!— gritó Bolkonski; y tomando por un brazo a Nesvitski se alejó de Zherkov, que quedó sin saber qué decir.

—Pero ¿qué te pasa, hermano?— preguntó Nesvitski, tratando de calmarlo.

—¿Qué me pasa?— dijo el príncipe Andréi, a quien la agitación impidió seguir adelante. —Compréndelo: o somos oficiales al servicio del Zar y de la Patria, y tenemos que alegrarnos con el éxito común y entristecemos con el fracaso común, o somos lacayos a quienes no importan nada los asuntos de su señor. Quarante mille hommes massacrés et l’armée de nos alliés détruite, et vous trouvez là le mot pour rire— añadió en francés, como si con ello reforzara cuanto decía. —C’est bien pour un garçon de rien comme cet individu dont vous avez fait votre ami, mais pas pour vous, pas pour vous…[151] Sólo unos chiquillos pueden divertirse de ese modo— continuó en ruso el príncipe Andréi, aunque pronunció la palabra “chiquillos” con acento francés, pues se dio cuenta de que Zherkov podía aún escucharlo.

Esperó a que el alférez contestara algo, pero Zherkov se volvió y salió del pasillo.

IV

El regimiento de húsares de Pavlograd estaba acuartelado a dos millas de Braunau. El escuadrón donde Nikolái Rostov servía como cadete ocupaba la aldea alemana de Saltzeneck. El mejor alojamiento estaba reservado para el capitán del escuadrón, Denísov, a quien en toda la división de caballería se conocía con el nombre de Vaska Denísov. Desde que el cadete se unió al regimiento en Polonia, vivía con el comandante del escuadrón.

El 11 de octubre, el mismo día en el que el Cuartel General fue puesto en conmoción por la noticia del desastre de Mack, la vida de campaña se desenvolvía en el escuadrón tan tranquila como siempre. Denísov, que se había pasado toda la noche jugando a las cartas, no había aparecido aún cuando Rostov, muy de mañana, volvía a caballo de un servicio de aprovisionamiento de forraje. Rostov, con uniforme de cadete, se acercó al zaguán y con un movimiento diestro y juvenil enderezó las piernas apoyándose en los estribos, como si no quisiera separarse de su cabalgadura, permaneció así unos instantes, desmontó por fin de un salto y llamó al asistente.

¡Eh, Bondarenko, mi buen amigo!— dijo al húsar que se precipitaba ya hacia el caballo. —Dale un paseo.

Hablaba con el afecto fraternal, tierno y amistoso propio de jóvenes de buen corazón cuando se sienten dichosos.

—A sus órdenes, Excelencia— replicó el ucraniano, sacudiendo alegremente la cabeza.

—¡Mira bien, un buen paseo!

Otro húsar se había precipitado también hacia el caballo, pero Bondarenko sujetaba ya las bridas. Era evidente que el cadete daba propinas

abundantes para el vodka y que era provechoso hallarse a su servicio. Rostov acarició la crin de su caballo, después la grupa, y se detuvo en el porche.

"¡Excelente! ¡Será un buen caballo!", se dijo; y con una sonrisa de satisfacción, sujetando el sable, subió al zaguán con ruido de espuelas. El alemán dueño de la casa, con chaleco de franela y gorro en la cabeza, contemplaba la escena desde el establo, sosteniendo en la mano la horca con que había recogido el estiércol. El rostro del alemán se aclaró al ver a Rostov. Sonrió alegremente y le guiñó un ojo:

—Schön gut' Morgen, schön gut' Morgen![152]— repitió, visiblemente satisfecho de saludar al joven.

—Schön fleissig![153]— dijo Rostov con la cordial sonrisa que nunca abandonaba su rostro animado. —Hoch Östreicher! Hoch Russen! Kaiser Alexander Hoch!— dijo al alemán, repitiendo las palabras que este último acostumbraba pronunciar con frecuencia.

El alemán se echó a reír, salió del establo y, quitándose el gorro, lo agitó sobre su cabeza, gritando:

—Und die ganze Welt hoch![154]

—Und vivat die ganze Welt!— contestó Rostov, también quitándose la gorra y agitándola sobre su cabeza.

Aunque no hubiese motivo especial de alegría, ni para el alemán, que limpiaba su cuadra, ni para Rostov, que venía de hacerse cargo del forraje para el escuadrón, aquellos dos hombres, con alegre entusiasmo y amor fraternal, se miraron el uno al otro, agitaron la cabeza en señal de recíproco afecto y se separaron sonriendo: el alemán para volver a la cuadra y Rostov para entrar en la isba donde vivía con Denísov.

—¿Dónde está tu amo?— preguntó a Lavrushka, el asistente de Denísov, conocido por sus granujerías en todo el regimiento.

—No volvió esta noche. Seguro que ha perdido— respondió Lavrushka. —Lo conozco bien: cuando gana, vuelve en seguida para presumir, y cuando no vuelve hasta la mañana siguiente es señal de que lo han pelado y viene de mal humor. ¿Desea tomar café?

—Sí, dámelo.

Diez minutos después Lavrushka traía el café.

—Ya viene— dijo. —¡Buena me espera!

Rostov miró por la ventana y vio a Denísov que se acercaba a la casa. Denísov era pequeño, de rostro colorado, ojos negros y brillantes, alborotados los cabellos y bigotes negros. Llevaba la guerrera desabrochada, calzones bombachos y el gorro de húsar chafado e inclinado hasta la nuca. Se acercaba con el rostro serio y la cabeza gacha.

—¡Lavrushka!— gritó con voz fuerte y gangosa. —¡Quítame ya eso, imbécil!

—¡Es lo que estoy haciendo!— respondió Lavrushka.

—¡Ah! ¿Ya estás levantado?— dijo Denísov, entrando en la habitación.

—Y no hace poco— replicó Rostov. —Fui ya por el forraje y he visto a Fräulein Mathilde.

—¡Vaya! Pues yo, hermano, toda la noche estuve perdiendo como un hijo de perra— gritó Denísov. —¡Una desgracia! ¡Una verdadera mala suerte!… En cuanto te fuiste, todo empezó a ir mal. ¡Eh, trae té!

Denísov, con un gesto que parecía una sonrisa, dejando ver sus dientes pequeños y fuertes, hundió los cortos dedos de ambas manos entre sus cabellos negros e hirsutos como un bosque.

—¡Es el diablo quien me llevó a casa de aquella rata!— añadió, refiriéndose a cierto oficial y pasándose las manos por la frente y la cara. —¡Figúrate que ni un solo naipe, ni uno solo me ha venido en toda la noche!

Tomó la pipa encendida que le daba el ordenanza, la apretó en el puño, dejando caer el fuego, golpeó con ella el suelo y siguió gritando:

—¡Simples ganas, dobles pierdes! ¡Te cede los simples, te mata a los dobles!

Se le cayó el resto del tabaco, rompió la pipa y la tiró.

Luego cesó en sus gritos y con sus brillantes ojos negros miró alegremente a Rostov.

—¡Si por lo menos hubiera mujeres! ¡Pero lo único que uno puede hacer aquí es beber! Si al menos nos batiésemos pronto… —¡Eh! ¿Quién está ahí?— gritó al oír unas pisadas fuertes, ruido de espuelas y una respetuosa tosecilla.

—El sargento— anunció Lavrushka.

Denísov crispó aún más el rostro.

—¡Mal vamos!— dijo, echando a Rostov una bolsita con algunas monedas de oro. —Haz el favor de contar lo que hay ahí dentro y ponlo debajo de la almohada.

Salió a ver al sargento. Rostov cogió la bolsa y, apilando maquinalmente las monedas de oro nuevas y viejas, se puso a contarlas.

—¡Hola, Telianin! ¡Buenos días! ¡Me han desplumado esta noche!— oyó decir a Denísov desde la otra habitación.

—¿Dónde? ¿En casa de Bikov, en casa de la rata?… Me lo imaginaba— respondió una voz aguda; seguidamente en la habitación donde estaba Rostov entró un oficial de su escuadrón, el teniente Telianin.

Rostov guardó la bolsita bajo la almohada y estrechó la mano pequeña y húmeda que le tendía el recién llegado. Telianin, poco antes de la campaña, fue expulsado de la Guardia por razones que se desconocían. Su comportamiento en el regimiento era excelente, pero no lo querían, especialmente Rostov no podía vencer ni ocultar la repulsión inmotivada que aquel oficial le producía.

—¿Qué tal joven caballero? ¿Qué tal con mi *Grachik*?— preguntó (*Grachik* era un caballo de silla vendido por Telianin a Rostov).

El teniente no miraba nunca de frente a su interlocutor; sus ojos vagaban sin descanso de un objeto a otro.

—Lo he visto cuando pasaba…

—No está mal, es buen caballo— respondió Rostov, aunque aquel caballo, por el cual había pagado setecientos rublos, no valía ni la mitad. —Empieza a cojear un poco de la izquierda delantera— añadió.

—Se le habrá agrietado el casco, pero no es nada; le enseñaré a poner el remache.

—Sí, sí, por favor— aceptó Rostov.

—Lo haré, lo haré, no es ningún secreto. Y del caballo quedará usted contento.

—Voy a decir que lo traigan— dijo Rostov, impaciente por librarse de Telianin. Y salió para dar la orden.

En el zaguán, Denísov, con otra pipa en la boca, permanecía sentado en el umbral, escuchando el informe del sargento.

Al ver a Rostov, Denísov frunció el ceño y, señalando la habitación donde había quedado Telianin, hizo una mueca de disgusto y repulsión.

—No puedo aguantar a ese tipo— dijo sin hacer caso de la presencia del sargento.

Rostov se encogió de hombros como diciendo: “Tampoco yo, pero ¿qué le vamos a hacer?”, y después de dar las órdenes volvió a reunirse con Telianin.

Telianin mantenía la misma postura indolente de antes, cuando salió Rostov, y se frotaba sus pequeñas y blancas manos.

“Hay fisonomías repulsivas”, pensó Rostov al entrar.

—¿Qué, ha mandado que traigan el caballo?— preguntó Telianin levantándose y mirando en derredor con desenfado.

—Sí.

—Vamos entonces. Me había acercado para preguntar tan sólo a Denísov sobre la orden de ayer. ¿La ha recibido, Denísov?

—No, todavía no. ¿Adónde va?

—Quiero enseñar a este joven cómo se pone un remache— replicó Telianin.

Salieron al patio y pasaron a la cuadra. El teniente enseñó a Rostov la manera de hacerlo y se fue.

Cuando Rostov volvió a la habitación, había sobre la mesa una botella de vodka y embutidos. Denísov estaba sentado y escribía haciendo chirriar la pluma sobre el papel. Miró a Rostov con aire sombrío.

—Le escribo a ella— dijo.

Apoyó los codos en la mesa, con la pluma en la mano, y, contento de poder explicar de palabra cuanto pensaba escribir, expuso detalladamente a Rostov el contenido de su carta.

—Ya ves, amigo— comentó, —estamos como dormidos cuando no amamos. Somos hijos de la nada… Pero cuando nos enamoramos somos dios, puros como el primer día de la creación… ¿Quién es ahora? ¡Mándalo al diablo! ¿No tengo tiempo?— gritó a Lavrushka, que se le acercaba sin temor alguno.

—Pero… ¡lo mandó venir usted mismo! Es el sargento que viene por el dinero.

Denísov frunció el ceño, quiso gritar algo, pero no llegó a hacerlo.

—Mal asunto— dijo para sí. —¿Qué dinero ha quedado en la bolsa?— preguntó a Rostov.

—Siete monedas nuevas y tres viejas.

—¡Mal asunto! ¿Qué haces ahí, mamarracho? ¡Di al sargento que pase! — gritó Denísov a Lavrushka.

—Denísov, hazme el favor de aceptar algún dinero, yo tengo— dijo Rostov ruborizándose.

—No, no me gusta tomar prestado de los amigos— refunfuñó Denísov.

—Si no aceptas este dinero, como buen amigo, me ofenderé. Yo no lo necesito, te lo aseguro— repitió Rostov.

—Te digo que no— y Denísov se acercó a la cama para sacar la bolsita debajo de la almohada.

—¿Dónde la has puesto, Rostov?

—Debajo de la segunda almohada.

—Pues no está.

Denísov tiró las dos almohadas al suelo. La bolsa no aparecía.

—¡Qué raro!

—Espera, ¿no se te habrá caído?— Rostov cogió las almohadas una tras otra y las sacudió.

Lo mismo hizo con la colcha, pero la bolsa no aparecía.

—¿Habré olvidado dónde la puse? Pero no, hasta pensé que la colocabas bajo tu cabeza como si fuese un tesoro— dijo Rostov. —La puse aquí, ¿sabes?

Y preguntó a Lavrushka:

—¿Dónde está?

—Yo ni siquiera entré aquí… Tiene que estar donde la pusiera.

—Pues no está.

—Siempre hacen lo mismo; dejan las cosas en cualquier parte y después se olvidan. Mírense los bolsillos.

—No, si no hubiese pensado en lo del tesoro, tal vez; pero me acuerdo bien de haberla dejado aquí— aseguró Rostov.

Lavrushka deshizo toda la cama, miró debajo, buscó por toda la habitación y por último se detuvo en medio de la estancia. Denísov seguía

en silencio los movimientos de Lavrushka, y cuando éste hizo un gesto de asombro, como explicando que la bolsa seguía sin aparecer, miró fijamente a Rostov.

—Rostov, deja ya de jugar…

Rostov, que sentía sobre sí la mirada de Denísov, levantó los ojos, pero los bajó en seguida. Toda la sangre que le afluía a la garganta le invadió los ojos y el rostro. Apenas podía respirar.

—En esta habitación sólo estuvo el teniente y usted. Tiene que estar aquí, en alguna parte— dijo Lavrushka.

—¡Y tú, mala bestia, muévete y busca!— gritó de pronto Denísov frenético, echándose con gesto amenazador sobre el asistente. —¡Encuentra la bolsa o te haré azotar hasta que mueras! ¡Os azotaré a todos!

Rostov, sin mirar a Denísov, se abotonó la guerrera, tomó el sable y se puso la gorra.

—¡Te digo que encuentres la bolsa!— gritaba Denísov, sacudiendo por los hombros a su asistente y empujándolo contra la pared.

—Déjalo, Denísov. Yo sé quién la ha cogido— dijo Rostov, acercándose a la puerta sin levantar los ojos.

Denísov se detuvo; reflexionó un instante y, comprendiendo a quién aludía Rostov, lo retuvo del brazo.

—¡Tonterías!— y las venas del cuello y la frente se le tensaron como cuerdas. —Te digo que te has vuelto loco, no lo permitiré. La bolsa está aquí, arrancaré el pellejo a este canalla y aparecerá.

—Sé quién la ha cogido— repitió Rostov con voz temblorosa, acercándose a la puerta.

—Y yo digo que no te atrevas— gritó Denísov, lanzándose tras el cadete para impedirle salir.

Pero Rostov se deshizo de él con el mismo furor con que rechazaría a su peor enemigo y lo miró fijamente a los ojos.

—¿Comprendes lo que dices?— exclamó con la misma voz temblorosa. —Nadie estuvo aquí más que yo. Así pues, si estoy equivocado…

No pudo concluir, y salió de la habitación.

—¡Que el diablo os lleve a ti y a todos!— fueron las últimas palabras que oyó Rostov.

De allí se dirigió a la casa de Telianin.

—El señor no está en casa; ha ido al Estado Mayor— dijo el asistente. Y añadió, mirando con asombro el demudado rostro del joven oficial: —¿Ha pasado algo?

—No, nada.

—Por poco lo encuentra aquí— comentó el asistente.

El Estado Mayor estaba a unos tres kilómetros de Saltzeneck. Sin pasar por casa, Rostov montó a caballo y partió hacia allí. En la aldea donde se había instalado el Estado Mayor había una hostería que solía ser frecuentada por los oficiales; Rostov se encaminó hacia allí y junto al porche vio el caballo de Telianin.

En una sala reservada estaba el oficial sentado a la mesa ante un plato de salchichas y una jarra de vino.

—¡Hola! ¿También usted por aquí, joven?— sonrió arqueando mucho las cejas.

—Sí— dijo Rostov, pronunciando con gran esfuerzo esa palabra. Y se sentó a la mesa vecina.

Ambos guardaron silencio. En la misma sala había dos alemanes y un oficial ruso. Todos callaban y no se oía más que el ruido de los cuchillos sobre los platos y el de las mandíbulas del teniente al masticar.

Terminada su comida, Telianin sacó del bolsillo una bolsa doble. Separó los anillos con sus pequeños dedos blancos vueltos en las puntas, sacó una moneda de oro y, alzando con aire despreocupado las cejas, se la entregó al mozo.

—Date prisa, por favor— le dijo.

La moneda era nueva. Rostov se levantó y se acercó a Telianin.

—Permítame ver su bolsa— dijo con voz apenas perceptible.

Con su huidiza mirada, pero siempre con las cejas arqueadas, Telianin le tendió la bolsa.

—Sí, es una bonita bolsa… Sí… sí— dijo, palideciendo de pronto. —Mírela usted, joven— añadió.

Rostov tomó la bolsa; la examinó y miró el dinero que había dentro. Después levantó los ojos hacia Telianin. El teniente, como de costumbre, miraba a su alrededor y parecía repentinamente muy contento.

—Si llegamos a Viena, allí se quedará todo; pero aquí, en estas aldeas miserables, no sabe uno qué hacer con el dinero. Bueno, démela, joven, que me voy.

Rostov guardó silencio.

—¿Ha venido también a comer? No se come mal— continuó Telianin. —Ea, démela.

Alargó la mano y cogió la bolsa. Rostov la soltó; Telianin tomó la bolsa y empezó a guardarla en el bolsillo de sus pantalones; sus cejas se alzaron negligentes y entreabrió la boca como si fuera a decir: "Sí, me guardo mi bolsa, esto es muy sencillo y no le importa a nadie".

—Bien, joven— dijo suspirando; y sus ojos, bajo el marco de las alzadas cejas, se posaron en Rostov.

Una luz, como una chispa eléctrica, pasó de las pupilas de Telianin a las de Rostov y de las de Rostov a las de Telianin; y así, una y otra vez, todo en un instante.

—Venga aquí— dijo Rostov, agarrando a Telianin por el brazo, arrastrándolo casi hacia la ventana. —Ese dinero es de Denísov: ¿usted lo ha cogido?…— le susurró casi en el oído.

—¿Qué?… ¿Qué?… ¿Cómo se atreve?— exclamó Telianin.

Pero sus palabras sonaron como una desesperada súplica que imploraba perdón. Apenas hubo oído Rostov la voz de Telianin, desapareció de su alma la enorme duda que lo agobiaba. Se sintió feliz y compadeció al mismo tiempo al desgraciado que tenía delante; pero era necesario llegar hasta el fin.

—¡Qué va a pensar la gente, Dios mío!— balbuceaba Telianin, cogiendo su gorra y dirigiéndose hacia un cuartito vacío. —Debemos tener una explicación…

—Sé bien lo que digo y puedo probarlo— dijo Rostov.

—Yo…

Temblaba todo el rostro pálido y asustado de Telianin; sus ojos vagaban más que nunca, pero miraban al suelo, sin levantarse hasta el rostro de Rostov; el cadete lo oyó sollozar.

—¡Conde!… No arruine mi vida, soy joven… Ahí tiene ese maldito dinero… tómelo— y lo arrojó sobre la mesa. —Mi padre es ya viejo… mi

madre…

Rostov tomó el dinero, evitando la mirada de Telianin, y sin decir una palabra se dirigió a la puerta; pero ya a punto de salir se volvió al teniente:

—¡Dios mío!— dijo con los ojos llenos de lágrimas. —¿Cómo ha podido hacer una cosa así?

—¡Conde!— dijo Telianin acercándose a él.

—¡No me toque!— exclamó Rostov retrocediendo. —Si necesita dinero, tómelo.

Y arrojándole la bolsa, salió de la hostelería.

V

Aquella misma noche, en la habitación de Denísov, los oficiales del escuadrón discutían animadamente.

—Pues yo le digo, Rostov, que debe presentar sus excusas al coronel— dijo un capitán segundo de caballería a Rostov, que estaba rojo como la grana y nervioso.

Este capitán segundo era Kirsten, hombre muy alto, de cabellos canosos, enormes bigotes y facciones muy acentuadas en un rostro lleno de arrugas. Dos veces degradado por cuestiones de honor, las dos veces había recobrado las charreteras.

—¡No permitiré que nadie me diga que miento!— gritó Rostov. —Me ha llamado embustero y yo le dije que el embustero era él. Así quedarán las cosas. Puedo ponerme de servicio todos los días, arrestarme, pero nadie me obligará a pedirle excusas, porque si él, como jefe de regimiento, considera indigno darme satisfacción, entonces…

—Veamos, amigo, espere… escuche— lo interrumpió el capitán con voz de bajo, acariciándose tranquilamente los largos bigotes. —Delante de otros oficiales le dice al coronel que un oficial ha robado…

—¿Tengo yo la culpa de que estuvieran los demás delante? Es posible que no fuera oportuno hablar delante de otros oficiales, pero yo no soy diplomático. Entré en los húsares porque pensaba que aquí no le importarían las sutilezas; y él me dice que miento… Me debe, pues, una satisfacción…

—Todo eso está muy bien. Nadie piensa que usted es un cobarde, pero no se trata de eso. Pregúntele a Denísov si es conveniente que un cadete pida satisfacción al jefe del regimiento.

Denísov, taciturno, se mordisqueaba los bigotes, atento a la conversación. Era notorio que no deseaba intervenir. A la pregunta del capitán segundo, sacudió negativamente la cabeza.

—Usted fue a hablar de esa canallada al jefe del regimiento delante de otros oficiales— siguió el capitán segundo, —y Bogdánich —así llamaban al coronel— lo llamó al orden.

—No, no me llamó al orden. Me dijo que mentía.

—Sí, y usted le dijo muchas tonterías y debe excusarse.

—¡Por nada del mundo!— gritó Rostov.

—No esperaba eso de usted— replicó con seriedad el capitán. —No quiere excusarse, amigo, y es culpable no sólo ante él, sino ante todo el regimiento, ante todos nosotros. Si lo hubiese pensado o hubiese pedido consejo antes de obrar… Pero no, soltó cuanto le vino en gana delante de un grupo de oficiales. ¿Qué debe hacer ahora el coronel? ¿Mandar a un oficial ante el Consejo de Guerra y deshonrar así a todo el regimiento? ¿Hay que cubrir de fango a un grupo de hombres por culpa de un miserable? ¿Es eso lo que usted quiere? Nosotros no pensamos así. Bogdánich hizo bien en decirle que mentía. Es desagradable pero ¿qué le vamos a hacer? Usted mismo se metió en el lío. Y ahora que todos quieren echar tierra al asunto, usted, por orgullo, se niega a presentar excusas y pretende contarlo todo. A usted le ofende que, como castigo, le impongan servicios complementarios, pero ¿qué le impide excusarse ante un oficial viejo y honrado? Sea como fuere, Bogdánich es un viejo húsar y un valeroso coronel; usted se ofende, pero no le importa deshonrar al regimiento— la voz del capitán segundo empezaba a temblar. —Usted, amigo, acaba de llegar al regimiento; hoy está aquí y mañana será ayudante en cualquier otro sitio. Poco le importará que se diga: “Entre los oficiales del regimiento de Pavlograd hay ladrones”. Pero a nosotros nos importa. ¿Verdad, Denísov? No nos da lo mismo.

Denísov seguía callado e inmóvil; de vez en cuando sus ojos brillantes y negros se fijaban en Rostov.

—Usted no ve más que su orgullo y no quiere presentar sus excusas— prosiguió el capitán; —pero nosotros, los antiguos, los viejos, los que hemos crecido y seguramente moriremos, si Dios quiere, en el regimiento, para nosotros el honor del regimiento es sagrado y Bogdánich lo sabe.

¡Vaya si es sagrado! Lo que usted hace no está bien. Tal vez no le guste oírlo, pero yo siempre digo la verdad. No está bien.

El capitán segundo se levantó y volvió la espalda a Rostov.

—¡Tiene razón, qué diablos!— gritó Denísov levantándose también. —Vamos, Rostov, vamos…

Rostov, tan pronto rojo como pálido, miraba ya a uno, ya a otro oficial.

—No, señores, no… No crean que… Lo comprendo muy bien y no deben pensar de mí que… Yo… para mí… yo siempre defenderé el honor del regimiento. Lo demostraré con hechos, y también el honor de la bandera… Ea, la verdad es que soy culpable…— los ojos se le llenaron de lágrimas. —¡Sí, soy culpable, culpable en todos los sentidos!… ¿Qué más quieren?

—¡Eso es hablar, conde!— gritó el capitán segundo, y volviéndose a Rostov le palmeó la espalda con su ancha mano.

—¡Ya te decía yo que es un muchacho excelente!— gritó Denísov.

—Sí, sí, eso me parece mejor, conde— repitió Kirsten, dándole el título como en recompensa por su confesión. —Vaya y presente sus excusas… Excelencia.

—Señores, haré cuanto sea necesario; nadie oirá una palabra mía— suplicó Rostov. —Pero no puedo pedir excusas. ¡Se lo juro que no puedo! No puedo pedir perdón como si fuera un niño.

Denísov se echó a reír.

—Peor para usted. Bogdánich tiene buena memoria y pagará su terquedad— dijo Kirsten.

—Le aseguro que no es terquedad. No puedo explicarle lo que siento, no puedo…

—Eso es cosa suya— dijo el capitán. —¿Y dónde se ha metido ese canalla?— preguntó a Denísov.

—Dice que está enfermo. Mañana saldrá en la orden su baja— respondió Denísov.

—Se trata, sin duda, de una enfermedad, no puede haber otra explicación— dijo el capitán.

—Enfermo o no, que no se ponga a mi alcance, porque lo mato— añadió furibundo Denísov.

Zherkov entró en la habitación.

—¿Qué te trae por aquí?— le preguntaron los oficiales.

—En marcha, señores. ¡Mack se ha rendido con todo el ejército!

—¡Mientes!

—Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Qué dices? ¿Que has visto a Mack en persona? ¿Con brazos y piernas?

—¡En marcha! ¡En marcha! La noticia merece una botella. ¿Y cómo estás aquí?

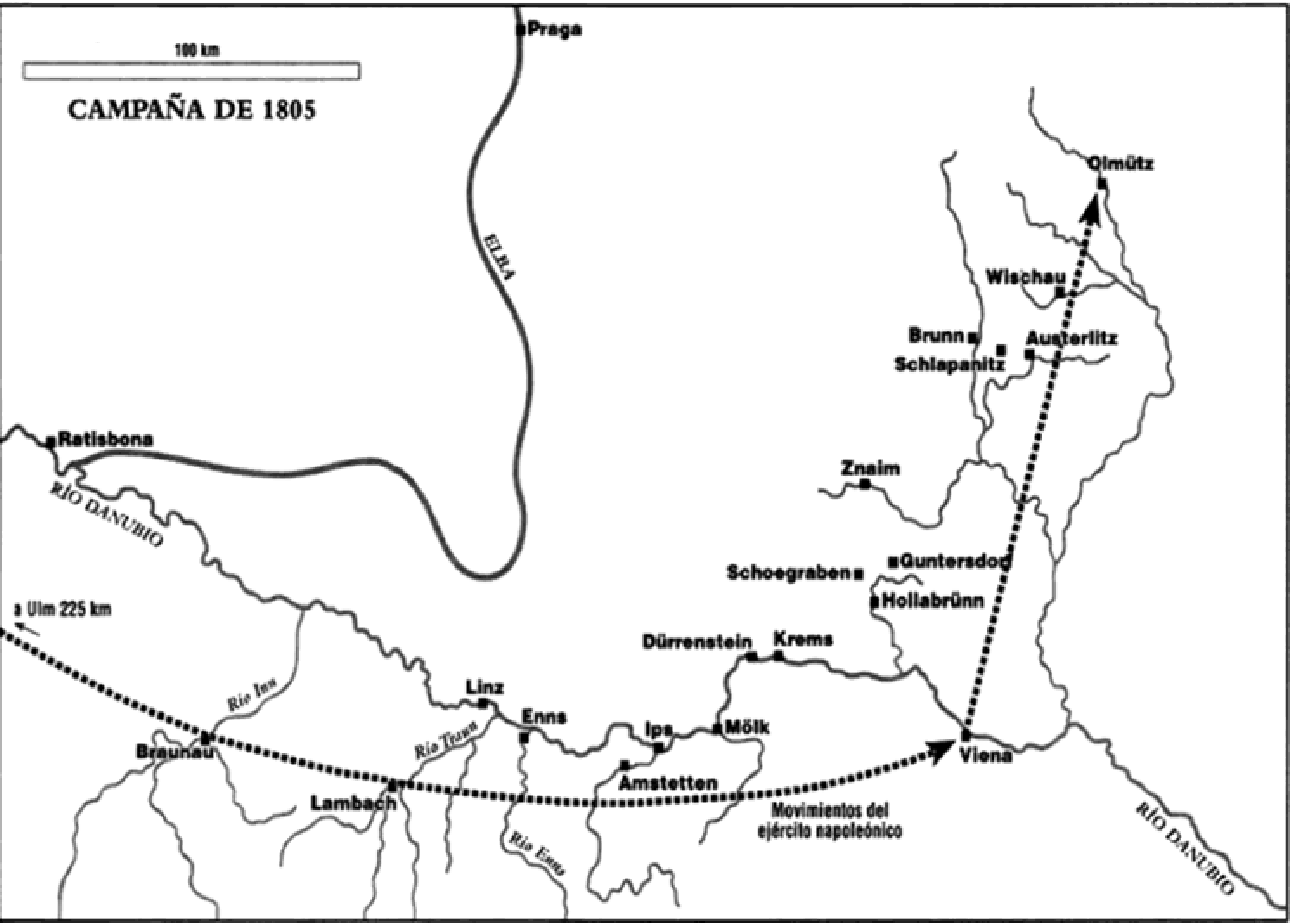
—Me han hecho volver al regimiento. La culpa es de ese demonio de Mack. Un general austríaco se quejó de mí. Lo había felicitado por la llegada de Mack… ¿Y qué te ocurre a ti, Rostov? Pareces recién salido del baño.

—Amigo, no sabes qué trifulca tenemos desde ayer.

El ayudante del coronel entró, confirmando la noticia traída por Zherkov. Acababa de recibirse la orden de ponerse en marcha al día siguiente.

—¡En marcha, señores!

—¡Gracias a Dios! Ya llevábamos demasiado tiempo aquí.


CAMPAÑA DE 1805
100 km
Praga
ELBA
Ratisbona
RÍO DANUBIO
a Ulm 225 km
Río Inn
Braunau
Lambach
Río Traun
Linz
Enns
Río Enns
Ips
Amstetten
Mölk
Dürrenstein
Krems
Schoegraben
Guntersdod
Hollabrünn
Znaim
Brunn
Schlapanitz
Austerlitz
Wischau
Olmütz
Viena
Movimientos del
ejército napoleónico
RÍO DANUBIO

VI

Kutúzov se había retirado hacia Viena, destruyendo tras su paso los puentes sobre el Inn (en Braunau) y sobre el Traun (en Linz). El 23 de octubre el ejército ruso cruzó el río Enns en pleno día, desfilando en larga columna los convoyes, la artillería y la tropa.

Era una jornada cálida y lluviosa de otoño. Desde las alturas donde se instalaron las baterías rusas que cubrían el puente se descubría un extenso panorama, ya oculto por un velo de lluvia oblicua, ya inesperadamente límpido, hasta el punto de poderse distinguir, precisos a la luz del sol, los objetos lejanos como si estuviesen revestidos de laca. En un nivel inferior se veía la ciudad con sus casas blancas de techumbre roja, la catedral y el puente, por ambos lados del cual se movían, apretujándose, las fuerzas rusas. En un recodo del Danubio, justamente en la desembocadura del Enns, se divisaban las embarcaciones, la isla y el castillo con su parque rodeado de agua; también era visible la rocosa orilla izquierda del Danubio, cubierta de pinares que se perdían en una misteriosa lejanía de cimas verdes y desfiladeros azulencos. A un lado asomaban las torrecillas de un monasterio, detrás de un pinar que parecía selvático, y más lejos todavía, enfrente, sobre la montaña, al otro lado del río, se veían las patrullas enemigas.

En medio de los cañones, emplazados en la altura, estaba el general que comandaba la retaguardia, que, acompañado de un oficial de su séquito, examinaba todo aquello con ayuda de un anteojo; un poco detrás, Nesvitski, enviado a la retaguardia por el general en jefe, permanecía sentado en la cureña de un cañón. El cosaco que lo acompañaba le había entregado un pequeño morral y una botella; Nesvitski obsequiaba a los otros oficiales con

pastelillos y auténtico Kümmel doble. Los oficiales lo rodeaban alegremente, unos de rodillas y otros sentados a la turca sobre la hierba húmeda.

—Desde luego, no era un estúpido el príncipe austríaco que construyó aquí su castillo. ¡Bonito sitio! Pero ¿por qué no comen, señores?— decía Nesvitski.

—Gracias, príncipe— respondió uno de los oficiales, encantado de poder hablar con un personaje tan importante del Estado Mayor. —Un sitio excelente. Cuando pasamos delante del parque vimos a dos ciervos; y también la casa es magnífica.

—Mire, príncipe— dijo otro, que tenía deseos de comer un pastelillo más y no se atrevía, fingiendo por ello contemplar el paisaje. —Mire, nuestros soldados ya están allí abajo; en el prado pasado el pueblo se ven tres que arrastran algo. Van a vaciar el palacio— dijo con un gesto de visible aprobación.

—Pues sí…— dijo Nesvitski. —Pero ahora lo que más me gustaría— prosiguió, mientras hacía desaparecer otro pastelillo entre sus labios húmedos y bien moldeados —es llegar allí.

Indicaba el monasterio cuyas torrecillas asomaban en lo alto de la montaña. Sonrió, relucieron sus ojos medio cerrados.

—Sería estupendo, ¿verdad, señores?

Los oficiales rieron.

—¡Siquiera fuese por dar un susto a las monjas! Dicen que hay allí unas italianas jovencitas. Daría cinco años de vida.

—Además, están aburridas— rió el oficial más audaz.

Entretanto, el oficial del séquito, que estaba delante de los demás, señalaba algo al general. Este miró con el anteojo.

—Sí, sí… Eso es— dijo enfadado, apartando el anteojo y encogiéndose de hombros. —Eso es, atacaron el puente. Pero ¿por qué se entretienen tanto allí?

En la otra parte, y a simple vista, se veía al enemigo y el emplazamiento de una batería, de la que salió un penacho de humo blanco lechoso. Al humo siguió un estampido lejano. Pudo verse cómo las tropas rusas se apresuraban a cruzar el puente.

Nesvitski se levantó, resopló y se acercó sonriendo al general.

—¿No quiere tomar algo, Excelencia?

—Mal se ponen las cosas— comentó el general sin contestarle. —Los nuestros se entretienen mucho.

—¿Me acerco, Excelencia?— preguntó Nesvitski.

—Sí, haga el favor de acercarse— respondió el general. Y repitió la orden dada ya con todo detalle: —Diga a los húsares que crucen los últimos y quemen el puente, como se les ordenó; y que inspeccionen otra vez los materiales inflamables.

—Perfectamente— dijo Nesvitski.

Llamó al cosaco que tenía su caballo, le hizo recoger el morral y la cantimplora y subió con agilidad su pesado cuerpo sobre la silla.

—¡De verdad os digo que visitaré a las monjas!— gritó a los oficiales, que lo miraban sonriendo; y se alejó cuesta abajo por el sinuoso sendero de la montaña.

—Bueno, capitán; vamos a ver hasta dónde llega— dijo el general, volviéndose al capitán de artillería. —Diviértase un poco para olvidar el aburrimiento.

—¡Artilleros, a las piezas!— ordenó el oficial.

En un abrir y cerrar de ojos, los servidores dejaron las hogueras, corrieron a sus puestos y cargaron el cañón.

—¡Número uno!— gritó el oficial.

La pieza número uno dio un rápido respingo. Ensordecedor, con ruido metálico, atronó el disparo y, sobre las cabezas de los soldados rusos esparcidos bajo la montaña, la granada pasó silbando hasta caer muy lejos del enemigo, señalando el lugar de su explosión con una gran humareda.

Los rostros de los soldados y oficiales parecieron alegrarse al oír ese ruido; se pusieron todos en pie para observar los movimientos de las tropas rusas, visibles como si estuvieran sobre la palma de la mano, y los del enemigo que se acercaba. En aquel mismo instante asomó definitivamente el sol entre las nubes y el hermoso sonido de aquel solitario cañonazo se fundió con el esplendor radiante de la luz en una sensación de bravura y de júbilo.

VII

Dos granadas enemigas habían pasado sobre el puente, donde reinaba gran confusión. El príncipe Nesvitski, de pie en la mitad del puente, había sido empujado contra el pretil. De vez en cuando se volvía sonriente al cosaco que permanecía atrás llevando los dos caballos por la brida. Cada vez que el príncipe Nesvitski quería avanzar, los soldados y los carros volvían su grueso cuerpo contra el pretil; pero la sonrisa no lo abandonaba.

—¡Eh, amigo!— dijo el cosaco a un soldado que guiaba un furgón y metía ruedas y caballos sobre las aglomeraciones de la infantería. —¡Cómo eres! ¿No puedes esperar? ¿No ves que el general quiere pasar?

Pero el conductor del furgón, sin hacer caso al título de "general", gritó a los soldados que le impedían el paso:

—¡Eh, paisanos! ¡Echaos hacia la izquierda!

Pero los paisanos, hombro con hombro, seguían avanzando como una masa compacta entre una confusión de bayonetas enganchadas entre sí. El príncipe Nesvitski miró desde el pretil del puente las aguas del Enns, que, pequeñas, rápidas y tumultuosas, contorneaban los pilotes y volvían, adelantándose unas a otras. Pero cuando miraba hacia el puente veía soldados, parecidos unos a otros, gorros, quepis, mochilas, bayonetas, largos fusiles y, bajo los quepis, rostros —con mejillas hundidas y anchos pómulos que expresaban cansancio y despreocupación, pies que se movían en el pegajoso fango amontonado en las tablas del puente. De vez en cuando se destacaba sobre la masa soldadesca algún oficial con capa, de rostro diferente del de los demás, como una salpicadura de blanca espuma. A veces, las olas de la infantería se llevaban por el puente, igual que gira una astilla en las aguas, a un húsar a pie, un ordenanza o un vecino del

pueblo; en otras ocasiones era el carruaje de la compañía o de algún oficial, lleno hasta los topes y tapado con pieles, el que cruzaba el puente rodeado de agua por todas partes, igual a un tronco rodeado por el río.

—Es como si se hubiera roto un dique— dijo el cosaco, deteniéndose desesperado. —¿Quedáis todavía muchos?

—Un millón menos uno— respondió burlón un soldado que pasaba cerca con el capote roto, guiñándole un ojo.

Detrás venía otro soldado ya viejo.

—Si el enemigo empieza a disparar ahora sobre el puente— comentó volviéndose con aire sombrío a un compañero —no te quedarán ganas de rascarte.

También este soldado viejo pasó. Detrás, sobre una carreta, venía otro.

—¿Dónde demonios habrás metido los peales?— preguntaba un asistente que corría tras la carreta y buscaba en las bolsas traseras.

También ellos pasaron.

Venían después unos soldados alegres, evidentemente bebidos.

—¡Menudo golpe le dio el amigo con la culata en la boca!— decía alegremente un soldado que, con el capote muy subido, agitaba una mano.

—Parece que sepa lo bien que sabe el jamón— replicó el otro riendo.

Y pasaron tan rápidamente que Nesvitski no pudo saber a quién habían golpeado en la boca ni qué significaba lo del jamón.

—¡Vaya prisa que llevan! Han disparado con cartuchos de fogueo y pensáis que os van a matar a todos— ahora hablaba un suboficial, que reprochaba enfadado a sus hombres.

—Cuando la granada pasó tan cerca, abuelo, me quedé medio muerto— comentaba un joven soldado de enorme boca, conteniendo a duras penas la risa. —Te juro que me asusté de veras— y parecía jactarse de su propio miedo.

También éste pasó. Detrás venía un carro distinto de los demás. Era un carro alemán tirado por dos caballos y parecía llevar dentro una casa entera. Tras el carro, conducido por un alemán, iba una vaca de ubres enormes. Dentro del carro, sentadas sobre un edredón, iban una mujer con un niño de pecho, una anciana y una robusta muchacha alemana de rubicundo rostro. Estos paisanos habían conseguido evidentemente un permiso especial para

pasar con las tropas. Los ojos de todos los soldados estaban fijos en las mujeres, y mientras el carro avanzaba despacio, paso a paso, todos sus comentarios se referían a ellas.

En todos los rostros vagaba la misma sonrisa, suscitada por los licenciosos pensamientos que provocaba la mujer.

—¡Mira! También se va el salchicha.

—¡Véndeme a la madre!— dijo, subrayando la última palabra, un soldado al alemán, quien, con los ojos en el suelo, avanzaba a grandes pasos, lleno de cólera y de miedo.

—¡Diablos! ¡Qué bien vestida va!

—Debías alojarte en su casa, Fedótov.

—Ya he visto muchas, amigo.

—¿Adónde van?— preguntó un oficial de infantería, que mordisqueaba sonriente una manzana sin dejar de mirar a la hermosa muchacha.

El alemán cerró los ojos para dar a entender que no comprendía.

—¿La quieres? ¡Tómala!— dijo el oficial, tendiendo la manzana a la joven. Ella sonrió y la cogió.

Nesvitski, como todos cuantos estaban en el puente, no apartó los ojos de las mujeres mientras pasaban; luego vinieron otros soldados, con las mismas conversaciones, y poco después todo se detuvo. Como suele ocurrir, a la salida del puente se habían puesto tozudos los caballos de un carro de compañía y todos hubieron de esperar.

—¿Por qué se detienen ahora? ¡No hay orden!— gritaban los soldados. —¿Por qué empujas? ¡Diablo! ¿No puedes esperar? Peor será cuando incendien el puente. ¡Estáis aplastando a un oficial!— gritaban desde diversas partes, mirándose unos a otros y empujando todos hacia la salida del puente.

Nesvitski se había vuelto para mirar las aguas del Enns cuando oyó de pronto un sonido nuevo para él, de algo voluminoso, que se acercaba rápidamente… y cayó chapoteando en el agua.

—¡Mira adonde apuntan!— dijo muy serio un soldado que estaba cerca, volviéndose hacia el lugar del ruido.

—¡Nos animan para que pasemos antes!— comentó, inquieto, otro.

La muchedumbre se puso en marcha de nuevo. Nesvitski comprendió que era un disparo de cañón.

—¡Eh, cosaco! ¡El caballo!— gritó. —Vosotros, apartaos, apartaos, ¡paso!

Llegó con gran esfuerzo hasta su caballo y, sin dejar de gritar, avanzó entre los soldados. Éstos se apretaban para abrirle camino, pero de nuevo volvían a empujarlo; sintió dolor en una pierna; y no tenían la culpa los más próximos, que a su vez eran apretujados con mayor fuerza aún por los que venían detrás.

—¡Nesvitski! ¡Nesvitski! ¡Oye, jeta fea!— gritó a sus espaldas una bronca voz.

Se volvió Nesvitski y vio a quince pasos de sí, entre la masa de la infantería en movimiento, a Vaska Denísov, colorado, negro, con el pelo revuelto, la gorra sobre la nuca y el dormán echado al desgaire sobre un hombro.

—¡Manda a esos demonios que dejen pasar!— gritaba enfurecido Denísov; sus ojos inquietos brillaban, negros como el carbón; con su pequeña mano, roja igual que la cara, agitaba el sable envainado.

—¡Eh, Vaska! ¿Qué le pasa?— respondió alegremente Nesvitski.

—El escuadrón no puede pasar— vociferó Vaska Denísov, mostrando rabiosamente sus blancos dientes y espoleando a su hermoso potro negro, *Beduino*, que, entre empujones y bayonetas, movía las orejas y golpeaba con los cascos la madera del puente, bufando y salpicando de espuma a cuantos lo rodeaban, dispuesto a saltar el pretil si su dueño se lo hubiese consentido.

—¿Qué es esto? ¡Parecen borregos, verdaderos borregos! ¡Fuera!… ¡Paso!… ¡Quieto ahí, carro del demonio! ¡Voy a acabar con todos a sablazos!— gritaba Denísov. Y sin esperar más, desenvainó el sable y empezó a blandirlo por encima de los soldados.

Éstos, asustados, se apretujaron más aún y Denísov pudo unirse a Nesvitski.

—¿Cómo es que no estás borracho hoy?— preguntó Nesvitski cuando tuvo cerca a Denísov.

—No te dan tiempo ni para beber— respondió Vaska Denísov. —Todo el día está el regimiento de acá para allá. Si hay que luchar, empecemos; porque así ni el diablo sabe lo que hacemos.

—¡Qué elegante estás hoy!— comentó Nesvitski mirando el dormán nuevo de Denísov y los arreos de su caballo.

Denísov sonrió; sacó de la bolsa un pañuelo perfumado y lo acercó a la nariz de Nesvitski.

—¿Qué quieres que haga? Voy al combate; ya lo ves, me he afeitado, me he limpiado los dientes y me he perfumado.

El aspecto imponente de Nesvitski, acompañado de su cosaco, y la energía de Denísov, que seguía gritando y blandiendo el sable, hicieron tal efecto que pudieron llegar al término del puente y detener la infantería. Junto a la salida, Nesvitski encontró al coronel a quien debía comunicar las órdenes; y una vez hecho esto, volvió sobre sus pasos.

Ya despejado el camino, Denísov se detuvo a la entrada del puente. Sujetó sin esforzarse al potro que relinchaba impaciente por acercarse a los suyos y miró al escuadrón que venía a su encuentro. El ruido metálico de los cascos resonó sobre las tablas del puente, como si algunos caballos avanzaran al galope, y el escuadrón, con sus oficiales al frente y los hombres en filas de a cuatro, se extendió sobre el puente y comenzó a salir.

Los de infantería, obligados a detenerse, apretujados sobre el revuelto fango de las tablas, miraban a los húsares apuestos, limpios, elegantes, que desfilaban gallardos, con ese sentimiento de animadversión, lejanía y burla tan frecuente cuando se encuentran distintas armas del ejército:

—¡Mira qué elegantes van esos muchachos!— comentaban. —Como si estuvieran pasando revista.

—Éstos sirven para poco. Los llevan para exhibirlos tan sólo— decía otro.

—¡Eh, infantería, no levantéis polvo!— bromeó un húsar cuyo caballo salpicó de barro a un infante cercano.

—¡Tendrías que hacer dos marchas con la mochila al hombro! ¡Ya verías en qué quedaba tanta presunción!— respondió el soldado, limpiándose con la manga el barro de la cara. —¡Fijaos en él, no es un hombre, es un pájaro!

—¡Si tú montases, Zikin, estarías precioso!— bromeó un cabo dirigiéndose a un soldado flaco que avanzaba encorvado bajo el peso de la mochila.

—Si te pones un palo entre las piernas tendrás caballo— terció el húsar.

VIII

El resto de la infantería atravesó el puente deprisa apretándose en cuña hacia la entrada. Pasaron por fin todos los carros, las apreturas cedieron y el último batallón pudo entrar en el puente. Al otro lado, frente al enemigo, solo quedaban los húsares de Denísov. Los franceses eran visibles desde la montaña de enfrente, pero no desde el puente, ya que desde la cañada por donde corría el río, el horizonte estaba limitado a medio kilómetro de distancia por una colina. Se extendía delante un espacio desierto, en el que se movían patrullas de cosacos. De pronto, en las alturas opuestas del camino, aparecieron tropas vestidas con capote azul, y artillería. Eran los franceses. La patrulla descendió al trote. Todos los oficiales y soldados del escuadrón de Denísov, por más que pretendieran distraerse hablando de cosas ajenas a lo que sucedía y mirando hacia otra parte, no cesaban de pensar en lo que había en la colina y volvían una y otra vez los ojos hacia las manchas que aparecían en el horizonte y que identificaban como tropas enemigas. Hacia las doce el cielo se había aclarado de nuevo y el sol brillaba limpio sobre el Danubio y las oscuras montañas que lo rodeaban. Todo estaba en calma, y desde la otra montaña llegaban de vez en cuando los sones de las trompetas y los gritos del enemigo. Entre los franceses y el escuadrón no había nadie, salvo algunas patrullas aisladas. Los separaba un vacío de unos seiscientos metros que permanecía desierto. El enemigo había cesado el tiroteo y podía percibirse mejor aquella línea terrible, amenazadora, rigurosa e imperceptible que dividía a dos ejércitos enemigos.

“Un paso más allá de esa línea, que recuerda la divisoria entre los vivos y los muertos, y se cae en lo desconocido, en el dolor y en la muerte. ¿Y qué hay allí, quién está detrás de ese campo, de aquel árbol, de aquella

techumbre iluminada por el sol? Nadie lo sabe, pero querrían saberlo. Es terrible cruzar esa raya, pero querrían hacerlo. Nadie ignora que tarde o temprano habrá que cruzarla y conocer entonces lo que hay más allá, en la otra parte de la divisoria; lo mismo que algún día habrá que saber fatalmente qué hay más allá, al otro lado de la muerte. Y a pesar de todo uno se siente fuerte, sano, alegre y excitado rodeado por otras personas que se sienten también fuertes, alegres y excitadas.” Si no lo piensa, así siente, al menos, todo hombre a la vista del enemigo, y esa sensación infunde un brillo especial y una jubilosa rudeza a cuantas impresiones se suceden en esos instantes.

Una nubecilla blanca surgió de la colina donde estaba el enemigo y un proyectil pasó silbando sobre las cabezas del escuadrón de húsares. Los oficiales que permanecían juntos se separaron para ocupar sus puestos; los húsares alinearon rápidamente los caballos. En el escuadrón se hizo un gran silencio. Todos miraban delante de sí al enemigo y al jefe del escuadrón, cuyas órdenes esperaban. Se sucedieron un segundo y un tercer disparos. Evidentemente estaban tirando sobre los húsares; pero los proyectiles, con su silbido uniforme, pasaban por encima del escuadrón y caían a sus espaldas. Los húsares, de rostros parecidos y muy distintos, no se volvían, pero a cada nuevo silbido, como obedeciendo a una orden, contenían la respiración mientras volaba el proyectil, se erguían sobre los estribos y después se dejaban caer. Los soldados, sin volver la cabeza, se miraban de reojo, curiosos del efecto producido en sus compañeros. En todas las caras, desde Denísov hasta el trompeta, era fácil observar, junto a los labios y el mentón, un rasgo común: espíritu combativo, tensión nerviosa y emoción. El suboficial de alojamiento fruncía el ceño mirando a los soldados, como amenazándolos con algún castigo. El cadete Mirónov se inclinaba al paso de cada proyectil. Rostov, en el flanco izquierdo, montado sobre su *Grachik*, que, a pesar de la fatiga, conservaba su bella estampa, mostraba el aire radiante de un escolar llamado a examen ante un gran público y seguro de distinguirse en la prueba. Miraba a todos con clara y serena expresión como pidiendo que se fijasen en lo tranquilo que estaba ante el estallido de los obuses. Pero en su boca aparecía, muy a su pesar, un nuevo gesto de gravedad.

—¿Quién saluda por ahí? Eso no está bien, Mirónov. ¡Mírame a mí!— gritó Denísov, que no podía estarse quieto e iba y venía en su caballo delante del escuadrón.

Vaska Denísov, con su cabeza de cabellos negros, su pequeña nariz chata y su bien proporcionada figura, empuñando con la mano surcada de venas, de cortos y velludos dedos, el sable desenvainado, estaba tan arrogante como solía estarlo siempre, sobre todo al atardecer, después de haber bebido un par de botellas. Estaba, sí, un poco más colorado que de costumbre, y su cabeza de abundante pelo se erguía como la de los pájaros cuando beben. Hincó sin piedad las espuelas en los costados de su noble *Beduino* y, como cayendo hacia atrás, se dirigió al otro flanco del escuadrón para gritar con voz ronca a sus hombres que revisaran bien las pistolas. Se acercó a Kirsten. El capitán segundo se aproximó al paso sobre su grande y pesada yegua. Con sus mostachos poderosos, Kirsten permanecía serio y grave como siempre, aunque sus ojos brillaban más de lo acostumbrado.

—¿Qué hay?— dijo a Denísov. —No llegaremos a las manos. Ya verás como nos mandan volver.

—¡El diablo sabe lo que hacen!— gruñó Denísov. —¡Hola, Rostov!— se volvió al joven al ver lo alegre que estaba. —Por fin entras en fuego.

Y sonrió con gesto de aprobación, evidentemente feliz por la alegría del cadete. Rostov se sintió plenamente dichoso. En aquel instante apareció sobre el puente un general. Denísov galopó hacia él.

—¡Excelencia! ¿Me permite que los ataque? Los haré retroceder.

—¡Para ataques estamos!— dijo el general con voz aburrida, haciendo muecas como si tratara de sacudirse una mosca inoportuna. —¿Por qué está aquí? ¿No ve que los flanqueadores se están retirando? Vuelva atrás con el escuadrón.

El escuadrón, en efecto, volvió a cruzar el puente hasta colocarse fuera del radio de acción de los proyectiles, sin sufrir una sola baja. Seguidamente, pasó un segundo escuadrón, que estaba en cadena, y salieron los últimos cosacos.

Dos escuadrones del regimiento de Pavlograd, después de atravesar el puente uno tras otro, se dirigieron hacia la montaña. El coronel Karl Bogdánich Schubert se acercó al escuadrón de Denísov y puso su caballo al

paso, no lejos de Rostov, al que no dirigió ni una sola mirada aunque se veían por primera vez después de la discusión originada por el robo de Telianin. Y ahora Rostov, que allí en las filas se sentía bajo el poder de aquel hombre ante el cual se consideraba culpable, no dejaba de mirar su espalda atlética, su rubia cabeza y su cuello rojo. A veces le parecía que el coronel Bogdánich fingía no reparar en él pero que su objetivo era probar el valor del cadete; entonces, se enderezaba orgulloso y miraba alegremente a su alrededor; otras, pensaba que Bogdánich se había aproximado para mostrarle su propio valor, que emprendería un desesperado ataque sólo para castigarlo a él; o que, tras el ataque, del que saldría herido, el coronel se le acercaría para tenderle la mano, con un magnánimo gesto de reconciliación.

La silueta de Zherkov, de hombros muy erguidos, bien conocida por los húsares (había causado baja recientemente en el regimiento), se acercó al coronel. Al verse fuera del Estado Mayor hizo por marcharse también del regimiento; no era tan estúpido, según decía, como para pasar fatigas en el frente cuando en los Estados Mayores se ganaban más condecoraciones sin tanto trabajo; y así logró hacerse nombrar oficial de órdenes del príncipe Bagration. Ahora llegaba hasta su antiguo superior con una orden del jefe de la retaguardia.

—Mi coronel— dijo con grave seriedad al enemigo de Rostov, mirando a sus compañeros. —Traigo la orden de parar e incendiar el puente.

—¿Quién mandar?— preguntó sombríamente el coronel.

—No sé, mi coronel, *quién mandar*— replicó Zherkov con la misma seriedad, —pero el príncipe me dijo: “Ve y di al coronel que los húsares se retiren pronto y prendan fuego al puente”.

Detrás de Zherkov, un oficial de escolta se acercó al coronel de húsares con la misma orden. Y sobre un caballo cosaco que a duras penas podía con él, llegó a galope el corpulento Nesvitski.

—Pero ¿qué ocurre, mi coronel?— gritó antes aún de frenar —Le dije que incendiara el puente. Y ahora alguien ha confundido las órdenes. Allá arriba todos están locos y nadie se entiende.

El coronel detuvo sin prisas al regimiento y se volvió a Nesvitski:

—Me habló de material inflamable— dijo, —pero no me ha dicho nada de incendiar el puente.

—Cómo, padrecito— dijo Nesvitski, quitándose la gorra y alisándose con su regordeta mano los cabellos humedecidos por el sudor, —¿no le dije que era necesario quemar el puente una vez puestas las materias inflamables?

—¡Yo no ser “padrecito” suyo, señor oficial de Estado Mayor, y usted no me dijo nada de quemar puente! Conozco bien mis obligaciones y tener costumbre de cumplir estrictamente las órdenes que recibo. Usted dijo que “se pegaría fuego al puente”, pero ¿quién debía hacerlo? Yo no soy Espíritu Santo para saberlo todo…

—Siempre lo mismo— dijo Nesvitski, y encogiéndose de hombros se volvió a Zherkov: —¿Cómo estás aquí?

—Vine para lo mismo. Pero tú estás empapado… Ven, que te escurra.

—Usted decir, señor oficial…— prosiguió el coronel con tono ofendido.

—Mi coronel— interrumpió el oficial de la escolta, —hay que darse prisa; si no, el enemigo adelantará sus cañones a tiro de metralla.

El coronel miró en silencio al oficial de la escolta, al grueso oficial de Estado Mayor, a Zherkov y frunció el ceño.

—Yo incendiar puente— dijo con voz solemne, como queriendo expresar que, a despecho de todos los disgustos que le habían causado, él haría cuanto fuera preciso.

Y espoleando al caballo con sus largas y musculosas piernas, como si la culpa de cuanto ocurría fuese del animal, el coronel se dirigió a la cabeza del segundo escuadrón, en el cual servía Rostov bajo el mando de Denísov, y dio orden de regresar al puente.

“Así es —pensó Rostov—. Quiere probarme.”

Se le oprimió el corazón y la sangre afluyó a su rostro.

“Bien, que vea si soy cobarde o no.”

De nuevo apareció en los rostros animados de los soldados la misma expresión de gravedad de cuando estaban bajo el fuego de los cañones. Rostov miraba fijamente a su enemigo, el coronel, con el deseo de encontrar confirmadas, en aquel rostro, sus propias suposiciones. Pero el coronel no se volvió ni una sola vez hacia Rostov y, como siempre que estaba en su puesto al frente de las tropas, miraba con severa solemnidad.

—Deprisa, deprisa— gritaron cerca de él algunas voces.

Los húsares echaron pie a tierra con un enredo de bridas y sables y gran alboroto de espuelas, sin saber a ciencia cierta qué debían hacer; se santiguaron. Rostov ya no miraba al coronel, ni tenía tiempo para eso. Sentía miedo, su corazón latía apresurado por el temor de quedar rezagado de los húsares. Su mano temblaba cuando entregó el caballo al caballerizo, y sintió cómo afluía la sangre a su corazón. Denísov, echado hacia atrás, pasó a caballo delante de él, gritando. Rostov no veía ya sino a los húsares que corrían por un lado y por otro, enganchándose con las espuelas y provocando un gran estrépito con los sables.

—¡Una camilla!— gritó a sus espaldas una voz.

Rostov no pensó en lo que significaba la petición de una camilla; corría sólo con la idea de ser el primero en llegar. No miraba al suelo, y ya cerca del puente dio un paso en falso y cayó de bruces en el fango pegajoso. Los demás siguieron adelante.

—Por ambas partes, capitán— oyó la voz del coronel, quien, a caballo, avanzó hasta las inmediaciones del puente, con rostro triunfante y jubiloso.

Rostov se limpió las manos en el pantalón, miró a su enemigo y quiso avanzar más que él, pensando que, cuanto más avanzara, mejor resultaría todo. Pero aunque Bogdánich no lo miraba, ni sabía quién era, gritó con cólera.

—¿Quién correr en medio del puente? ¡A la derecha, cadete, a la derecha! ¡Atrás!— y se volvió a Denísov, que, en un alarde de valor, había entrado en el puente a caballo.

—¿A qué venir esa imprudencia, capitán? ¡Mejor haría en desmontar!

—¡Bah! ¡Siempre hallará un culpable!— respondió Vaska Denísov, volviéndose sobre la silla.

Entretanto, Nesvitski, Zherkov y el oficial de escolta se hallaban juntos, fuera del alcance de los proyectiles, y miraban tan pronto a ese reducido grupo de hombres con quepis amarillos, dormanes verdes bordados y pantalones de montar azules que trajinaban junto al puente como hacia los

capotes azules que se iban aproximando desde lejos, y a otros que llevaban caballos y cañones fácilmente reconocibles.

"¿Lograrán quemar el puente? ¿Quién llegará primero? ¿Conseguirán incendiarlo antes de que los franceses se acerquen a tiro de cañón y los barran a todos?" Tales preguntas se hacían los escasos grupos de soldados que, a la clarísima luz del crepúsculo, contemplaban sobrecogidos el puente hacia el cual, desde la otra parte, avanzaban los capotes azules con sus bayonetas y sus cañones.

—¡Ah, mal lo pasarán los húsares!— dijo Nesvitski, —están a tiro de metralla.

—No debió mandar tanta gente— comentó el oficial de escolta.

—En efecto— comento Nesvitski, —bastaba con dos valientes…

—¡Ah, Excelencia!— terció Zherkov, sin desviar los ojos de los húsares, pero siempre con aquel gesto ingenuo que impedía comprender si hablaba en broma o en serio. —¡Ah, Excelencia! ¿Qué dice? ¿Enviar dos soldados? ¿Quién nos daría entonces la cruz de San Vladimiro? Así, aunque los diezmen, se podrá proponer a todo el escuadrón para una recompensa, y aun a nosotros nos puede llegar alguna banda. Nuestro Bogdánich sabe bien lo que hace.

—¡Van a disparar con metralla!— exclamó el oficial de escolta. Y señaló a los cañones franceses que estaban siendo emplazados en posición de tiro.

En el campo enemigo, donde se encontraban los cañones, apareció un penacho de humo, luego otro y un tercero casi simultáneos; y en el momento en que se oía el estampido del primer disparo apareció el cuarto. Dos estampidos, uno tras otro, y un tercero.

—¡Oh! ¡Oh!— exclamó Nesvitski, como si sintiera un dolor agudo, apretando el brazo del oficial de escolta. —¡Mire, ha caído uno, ha caído, ha caído!

—Me parece que son dos.

—¡Si yo fuese rey no haría nunca la guerra!— dijo Nesvitski volviéndose de espaldas.

Los cañones franceses fueron cargados apresuradamente de nuevo; la infantería de los capotes azules corrió hacia el puente. Otra vez, pero con

intervalos distintos de tiempo, se vieron los humos, y la metralla tableteó sobre el puente. Esta vez Nesvitski no pudo ver lo que ocurría allá abajo: una densa humareda lo había envuelto todo. Los húsares habían conseguido incendiar el puente y las baterías francesas no disparaban ya para impedirlo, lo hacían porque los cañones estaban emplazados y había un blanco sobre el cual disparar.

Los franceses consiguieron disparar tres salvas de metralla antes de que los húsares volvieran a sus caballos. Dos de ellas no dieron en el blanco, pero la tercera y última cayó en medio de los húsares y causó tres bajas.

Rostov, preocupado por lo que pudiera pensar Bogdánich, se detuvo en el puente sin saber qué hacer. No había nadie a quien herir con el sable (como se había imaginado siempre al pensar en el combate) ni podía ayudar al incendio del puente, porque no llevaba una brazada de paja como los demás soldados. Estaba en pie y miraba en torno cuando de pronto llegó a él un ruido como de nueces al caer al suelo y uno de los húsares, el más próximo, cayó sobre el pretil gimiendo. Rostov y algún otro corrieron hacia él. De nuevo alguien gritó: "¡La camilla!", y cuatro hombres cogieron al húsar caído y se lo llevaron.

—¡Oh, oh!… ¡Dejadme! ¡En nombre de Cristo, dejadme! gimió el herido. Pero sin hacerle caso lo habían colocado en la camilla.

Nikolái Rostov se volvió como buscando algo y miró a lo lejos, a las aguas del Danubio, al cielo y al sol. ¡Qué hermoso era el cielo tan azul, tan sereno, tan profundo! ¡Qué brillante y majestuoso el sol en el ocaso! ¡Y qué tersa y cristalina brillaba el agua en el lejano Danubio! Más bellas aún eran las montañas azulencas, tras el río, el monasterio y los misteriosos desfiladeros, los bosques de pinos envueltos en niebla hasta la copa… Todo era allí paz y felicidad… "Nada desearía, nada desearía si estuviese allí —pensó Rostov—. Dentro de mí y en ese sol hay tanta felicidad y aquí… gemidos, sufrimientos, miedo, incertidumbre, prisas… De nuevo gritan algo, otra vez se vuelven todos corriendo… y yo corro como ellos y ella… la muerte está cerca, me rodea… Un instante más y ya no veré este sol, esas aguas, esos desfiladeros…"

En aquel momento el sol empezó a esconderse tras las nubes, aparecieron delante de él otras camillas. Y el miedo a la muerte y a las

camillas y el amor al sol y a la vida, todo se confundió en una sola y turbadora impresión de inquietud.

“Oh, Dios mío, Señor, Aquel que está en ese cielo, sálvame, perdóname y protégeme”, murmuró Rostov.

Los húsares corrieron hacia los caballos; las voces se hicieron más fuertes y tranquilas; las camillas desaparecieron de su vista.

—¿Qué tal, hermano? ¿Has olido la pólvora?— le gritó Denísov muy cerca de él.

“Todo ha concluido y yo soy un cobarde; sí, soy un cobarde”, pensó Rostov. Y suspirando profundamente recibió de las manos de su asistente el caballo y montó.

—¿Qué era eso? ¿Metralla?— preguntó a Denísov.

—¡De la buena!— gritó Denísov. —¡Se ha trabajado bien! Y eso que el asunto no era agradable. El ataque en campo abierto es una gran cosa: descarga el sable cuanto quieras; pero aquí, ¡diablos!, disparan sobre ti como en el tiro al blanco.

Y Denísov se alejó hacia el grupo que formaban el coronel, Nesvitski, Zherkov y el oficial de escolta.

“Parece que nadie se dio cuenta…”, pensó Rostov.

Y así era, nadie se había dado cuenta, porque todos conocían lo que experimentaba un cadete bisoño cuando entraba en fuego por primera vez.

—Habrá un buen parte— comentó Zherkov; —pudiera ser que me ganara un ascenso.

—Informe al *príncipe* que fui yo quien quemar puente— dijo el coronel en tono solemne y festivo.

—¿Y si pregunta por las bajas?

—¡Poca cosa!— replicó con voz de bajo el coronel; —dos heridos y uno muerto en el acto— añadió con visible alegría, sin poder reprimir una sonrisa feliz al pronunciar la hermosa frase *en el acto.*

IX

Perseguido por un ejército francés de cien mil hombres al mando de Bonaparte, moviéndose en un país hostil, falto de confianza en sus aliados tanto como de provisiones, constreñido a obrar fuera de todo lo previsto para la guerra, el ejército de treinta mil rusos, mandado por Kutúzov, retrocedía rápidamente por las márgenes del Danubio, deteniéndose cuando lo alcanzaba el enemigo y defendiéndose con combates de retaguardia sólo lo necesario para evitar la pérdida del bagaje. Se habían producido encuentros en Lambach, Amstetten y Mölk; y a pesar del valor y la firmeza demostrados por los rusos y reconocidos hasta por el enemigo, el resultado se traducía en una retirada cada vez más rápida. Las tropas austríacas que habían escapado a la capitulación de Ulm y se unieran a Kutúzov en Braunau se habían separado del ejército ruso, y Kutúzov disponía tan sólo de sus propias fuerzas, débiles y exhaustas. Era imposible pensar en la defensa de Viena. En vez de una guerra ofensiva, concebida según las leyes de la nueva ciencia —la estrategia— y cuyo plan había sido presentado a Kutúzov durante su estancia en Viena por el Consejo Superior de Guerra austríaco, el único objetivo, ya casi inasequible, que ahora se le ofrecía a Kutúzov consistía en no perder su ejército, como Mack en Ulm, y reunirse con las tropas que venían de Rusia.

El 28 de octubre Kutúzov pasaba con su ejército a la margen izquierda del Danubio y se detenía por primera vez, separado de las principales fuerzas francesas por el ancho río. El día 30 atacó y deshizo la división de Mortier que estaba en la misma orilla. En esa acción se capturaron los primeros trofeos: banderas, cañones y dos generales enemigos. Por vez primera, tras dos semanas de retirada, el ejército ruso se detenía en un lugar

y no sólo conservaba el campo de batalla sino que expulsaba de él a los franceses. Aunque las tropas estuvieran mal pertrechadas, quebrantadas y reducidas a un tercio por los rezagados, heridos, enfermos y muertos; aun cuando los enfermos y heridos hubiesen sido abandonados en la otra orilla del Danubio, con una carta de Kutúzov en la que el jefe ruso apelaba a los sentimientos humanitarios del enemigo, y por más que los grandes hospitales y las casas de Krems, transformadas en lazaretos, no pudiesen acoger a tantos heridos y enfermos, a pesar de todo ello la parada en Krems y la victoria sobre Mortier tuvieron la virtud de levantar notablemente la moral de las tropas. Por todo el ejército y aun en el Cuartel General corrían rumores tan alegres como infundados sobre la supuesta llegada de nuevos refuerzos rusos, sobre una victoria de los austríacos, con la consiguiente retirada de un asustado Bonaparte.

Durante el combate el príncipe Andréi estuvo junto al general austríaco Schmidt, muerto en la acción. El caballo del príncipe había sido herido y una bala le arañó el brazo. Por especial merced del general en jefe, fue encargado de llevar la noticia de la victoria a la Corte austríaca, que ya no se hallaba en Viena, amenazada por los franceses, sino en Brünn. El príncipe Andréi había llegado la noche del combate, emocionado, pero no cansado (pues a pesar de su aparente delicada constitución resistía la fatiga física mucho mejor que los más fuertes), con el parte de Dojtúrov para Kutúzov, que se encontraba en Krems, y aquella misma noche se lo envió como correo extraordinario a Brünn. Semejante misión, además de las condecoraciones, suponía un gran paso para el ascenso.

La noche era oscura y estrellada. El camino parecía una cinta negra en medio de la nieve caída el día anterior a la batalla. El príncipe Andréi, montado en un coche de postas, pensaba en el combate, en la impresión que produciría la noticia de la victoria, recordaba la despedida del general en jefe y de sus compañeros. Experimentaba los sentimientos del hombre que después de una prolongada espera llega a alcanzar por fin la tan anhelada felicidad. Y apenas cerraba los ojos, volvían a tronar en sus oídos las descargas de la fusilería y de los cañones, confundidas con el chirrido de las ruedas y los gritos de victoria. O bien se imaginaba a los rusos en plena huida y a sí mismo en trance de muerte. Pero no tardaba en despertar

sintiéndose dichoso, como si de nuevo se diera cuenta de que las cosas no fueron así, que, por el contrario, eran los franceses los que habían huido. Repasaba otra vez los detalles de la victoria, su sereno valor durante el combate; y, tranquilizado, volvía a dormirse…

A la noche oscura y estrellada sucedió una mañana clara y alegre; la nieve se fundía al calor del sol; los caballos galopaban veloces y a derecha e izquierda seguían pasando nuevos bosques, aldeas y campos.

En una de las estaciones alcanzó a un convoy de heridos rusos. El oficial ruso que lo dirigía, echado sobre el primer carro, gritaba e injuriaba del modo más grosero a un soldado. Cada una de las grandes carretas alemanas, que traqueteaban por el camino pedregoso, llevaba, al menos, seis heridos, pálidos, sucios y mal vendados. Algunos hablaban (se oían conversaciones en ruso), otros comían pan; los más graves miraban en silencio, con atención paciente y enfermiza, el correo que pasaba al galope junto a ellos.

El príncipe Andréi dio orden de parar y preguntó a uno de los soldados en qué acción habían sido heridos.

"Anteayer, sobre el Danubio", respondió el soldado. El príncipe Andréi sacó su bolso y dio al soldado tres monedas de oro.

—Para todos— dijo al oficial que se aproximaba hacia él. —¡Curaos, muchachos, que hay todavía mucho que hacer!— gritó a los soldados.

—Señor ayudante de campo, ¿qué noticias hay?— preguntó el oficial, deseoso de entablar conversación.

—¡Buenas! ¡Adelante!— gritó al postillón, y siguió su camino.

Ya había anochecido cuando el príncipe Andréi entró en Brünn; se vio rodeado de altas casas, de luces de comercios, de ventanas de las casas y los faroles de carruajes elegantes que recorrían las calles, y de toda esa atmósfera de gran ciudad que resulta siempre tan atractiva para el militar después de la vida de campaña. A pesar del rápido viaje y de la noche casi sin dormir, el príncipe Andréi se sentía aún más animado que el día anterior, conforme se acercaba al palacio; sus ojos brillaban febriles y sus pensamientos se sucedían unos a otros con extraordinaria rapidez y claridad. Recordaba vívidamente los detalles de la batalla, no confusos, sino precisos y concretos, en la exposición que *in mente* hacía ya ante el

emperador Francisco. Preveía las preguntas que pudiera dirigirle y las respuestas apropiadas. Suponía que lo llevarían inmediatamente ante el Emperador. Pero junto a la gran puerta principal del palacio se acercó a él un funcionario, quien al saber que se trataba de un correo lo condujo a otra puerta.

—Siga el pasillo, a la derecha, Excelencia, encontrará al ayudante de campo de guardia del Emperador— le dijo el funcionario. —Él lo llevará ante el ministro de la Guerra.

El ayudante de campo de servicio rogó al príncipe Andréi que esperara y se dirigió a informar al ministro de la Guerra. Volvió a los cinco minutos e, inclinándose con gran cortesía ante el príncipe Andréi, le cedió el paso y lo siguió a lo largo del corredor hasta el despacho del ministro. Con tan extrema cortesía, el ayudante parecía prevenirse contra cualquier intento de familiaridad de su colega ruso. La jubilosa sensación del príncipe Andréi había disminuido considerablemente al acercarse a la puerta del despacho del ministro. Se sentía ofendido y su estado de ánimo, sin darse entera cuenta de ello, cambió en un sentimiento de injustificado desprecio. Su ingenio agudo le ofreció al instante consideraciones que parecían autorizarlo a despreciar al ayudante de campo y al mismo ministro. "Debe parecerles muy sencillo alcanzar una victoria sin haber olido la pólvora", pensó. Entornó los ojos con desprecio y entró con deliberada lentitud en el despacho. Esos sentimientos aumentaron al verse en presencia del ministro, sentado ante una gran mesa, que en los primeros dos minutos no se dignó prestarle atención. El ministro de la Guerra, de cabeza calva con sienes grises, leía entre dos velas unos papeles, subrayando, de vez en cuando, con lápiz. Dio por terminada la lectura sin levantar la cabeza, al abrirse una puerta y acercarse un rumor de pasos.

—Tome esto y hágalo llevar a su destino— dijo el ministro a su ayudante, sin hacer todavía caso del correo.

El príncipe Andréi advirtió que, de todas las cosas que ocupaban al ministro de la Guerra, los actos del ejército de Kutúzov eran los que menos podían interesarle; o que, al menos, era necesario dárselo a entender así al correo ruso. "Pero eso a mí me tiene sin cuidado", se dijo. El ministro puso en orden los otros papeles, y únicamente después de esto levantó la cabeza.

Su rostro era enérgico e inteligente, pero cuando se volvió al príncipe Andréi esa expresión de energía e inteligencia cambió voluntariamente, como por la fuerza de la costumbre; su rostro adoptó esa sonrisa convencional y estúpida, incapaz de ocultar su falsedad, del hombre que recibe, uno tras otro, a un sinfín de solicitantes.

—¿Del mariscal Kutúzov?— preguntó. —Supongo que buenas noticias, ¿verdad? ¿Ha habido algún encuentro con Mortier? ¿Victoria? ¡Ya era hora!

Tomó el despacho dirigido a su nombre y se puso a leerlo con expresión de pesadumbre.

—¡Válgame Dios! ¡Dios mío! ¡Schmidt!— dijo en alemán. —¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia!

Leído rápidamente el despacho, lo dejó sobre la mesa y miró al príncipe Andréi ordenando al parecer sus ideas.

—¡Qué desgracia!… ¿Dice que la acción es decisiva? Pero Mortier no ha sido hecho prisionero.

Se detuvo a pensar.

—Estoy muy contento de que haya traído buenas noticias, aun cuando la victoria se hubiera conseguido al precio elevadísimo de la muerte de Schmidt. Su Majestad deseará seguramente verlo, pero no hoy… Gracias, vaya a descansar. Esté presente mañana al paso de Su Majestad, después del desfile. De todas maneras, le avisaré.

La sonrisa estúpida, que había desaparecido durante sus palabras, volvió al rostro del ministro.

—Hasta la vista. Le estoy muy agradecido. Seguramente el Emperador deseará verlo— repitió, inclinando la cabeza.

A la salida del palacio el príncipe Andréi sintió desvanecerse todo el interés y la alegría nacidos con la victoria; los había dejado en las manos indiferentes del ministro de la Guerra y de su cortés ayudante. Todas sus ideas habían cambiado de pronto y la batalla no era más que un recuerdo lejano y remoto.

X

En Brünn, el príncipe Andréi se hospedó en casa de un conocido, el diplomático ruso Bilibin.

—¡Mi querido príncipe! No podría tener huésped más grato— dijo Bilibin saliendo al encuentro del príncipe Andréi. —Franz, lleva el equipaje del príncipe a mi habitación— ordenó al criado que acompañaba a Bolkonski. —¿Viene de mensajero de la victoria, eh? Magnífico. Pues yo, como ve, estoy enfermo.

Una vez que se hubo lavado y cambiado de traje, el príncipe Andréi entró en el lujoso despacho del diplomático y se sentó ante la cena, que ya estaba servida. Bilibin ocupó tranquilamente un puesto ante la chimenea.

El príncipe Andréi, privado después del viaje y, sobre todo, después de la campaña del mínimo elemento de comodidad e higiene, experimentó una grata sensación de bienestar en aquel lujo, al que estaba acostumbrado desde su infancia; además, le era grato, tras la acogida de los austríacos, charlar un rato, aun cuando no fuera en ruso (pues hablaban en francés), con un compatriota que —al menos así se lo imaginaba— debía de participar de la aversión general de los rusos hacia los austríacos, sentimiento que en el príncipe ahora era más vivo que nunca.

Bilibin era un soltero de treinta y cinco años, educado en la misma sociedad a la que pertenecía el príncipe Andréi. Se conocían de San Petersburgo, pero sus relaciones venían siendo más íntimas desde la última estancia del príncipe en Viena, cuando había ido allí con Kutúzov. De la misma manera que el príncipe era un joven que prometía ir muy lejos en la carrera de las armas, Bilibin parecía ofrecer aún más esperanzas en la diplomacia. Era joven todavía pero no inexperto, porque a los dieciséis años

había ingresado ya en la carrera, habiendo estado en París, después en Copenhague y últimamente en Viena, donde ocupaba ya un puesto bastante importante. El canciller y el embajador ruso en Viena lo conocían y apreciaban. No pertenecía a ese gran número de diplomáticos que sólo deben poseer, para ser tenidos por muy buenos, cualidades negativas: abstenerse de ciertos actos y hablar en francés. Era de esos otros a quienes agrada la profesión y que saben trabajar; a pesar de su pereza, se pasaba a veces noches enteras ante la mesa de despacho; y cualquiera que fuese el trabajo, siempre lo hacía de modo satisfactorio. No le importaba el "para qué", sino solamente el "como". Le era indiferente saber de qué se trataba, pero llegaba a experimentar un verdadero placer en la elegante y cuidada redacción de una circular cualquiera, de un memorándum o de un informe. Además de su facilidad para escribir, se apreciaba en Bilibin un arte especial de comportarse y hablar en las altas esferas.

Le gustaba la conversación tanto como el trabajo, pero sólo cuando la conversación podía ser elegante e ingeniosa. En sociedad esperaba siempre la ocasión de decir algo relevante, y nunca hablaba si no era para eso. La conversación de Bilibin estaba siempre salpicada de frases ingeniosas y originales, bien construidas y de interés general. Frases preparadas en su laboratorio interior a las que dotaba de índole portátil, de manera que las gentes de segunda fila pudieran recordarlas fácilmente y llevarlas de un salón a otro. Y realmente, *les mots de Bilibine se colportaient dans les salons de Vienne*[155] y a menudo influían en los así llamados asuntos de importancia.

Su rostro, delgado, amarillento y exhausto, surcado de profundas arrugas, recordaba a fuerza de un persistente y concienzudo lavado las yemas de los dedos después del baño. Los movimientos de esas arrugas constituían el juego principal de su fisonomía. Ya se le formaban en la frente, al arquear las cejas; ya se agrupaban abajo, en las mejillas, cuando dejaba de arquearlas. Sus ojos, pequeños y hundidos, miraban siempre sinceros y alegres.

—Bueno; cuente ahora nuestras hazañas.

Bolkonski, con gran modestia y sin aludir para nada a sí mismo, refirió el combate de la víspera y la acogida del ministro de la Guerra.

—Ils m’ont reçu avec ma nouvelle comme un chien dans un jeu de quilles— concluyó.[156]

Bilibin sonrió irónico distendiendo sus arrugas.

—Cependant, mon cher, malgré la haute estime que je professe pour l’armée russe “orthodoxe”, j’avoue que votre victoire n’est pas des plus victorieuses[157]— dijo mirándose de lejos las uñas y arrugando la piel bajo el ojo izquierdo.

Continuó hablando en francés, diciendo en ruso tan solo aquellas palabras a las que intentaba adjudicar un matiz despectivo.

—De manera que con todo el ejército atacan a ese desgraciado Mortier, que sólo contaba con una división, y Mortier se les escapa de las manos! ¿Dónde está la victoria?

—Pero, hablando en serio— replicó el príncipe Andréi, —y sin jactancias, podemos asegurar que es algo mejor que lo de Ulm…

—¿Por qué no han hecho prisionero a un mariscal, a uno por lo menos?

—Porque no todo sale como se presupone y las cosas no resultan en el campo como en una parada militar. Ya le decía, contábamos con ocupar la retaguardia enemiga a las siete de la mañana y no llegamos ni a las cinco de la tarde.

—¿Y por qué no llegaron a las siete de la mañana? Su obligación era llegar puntualmente— sonrió Bilibin. —Era necesario llegar a las siete de la mañana.

—¿Y por qué no sugirió a Bonaparte por vía diplomática que más le valdría abandonar Génova?— preguntó con el mismo tono el príncipe Andréi.

—Ya sé— interrumpió Bilibin, —usted piensa que es muy fácil capturar mariscales cuando se está sentado en un diván, junto a la chimenea. Es verdad; y sin embargo, ¿por qué no lo apresaron? Y no se admire si no sólo el ministro de la Guerra sino también el augusto emperador y rey Francisco no se sienten muy felices por su victoria; yo mismo, pobre secretario de la embajada rusa, no experimento ninguna particular alegría…

Miró fijamente al príncipe Andréi y distendió de pronto la piel arrugada de su frente.

—Ahora, amigo mío, me llega el turno de los “porqués”— dijo Bolkonski. —Le confieso que no comprendo; puede que existan sutilezas diplomáticas superiores a mi débil inteligencia, pero no comprendo. Mack pierde todo un ejército, los archiduques Fernando y Carlos no dan señales de vida y cometen error tras error; sólo Kutúzov alcanza, por fin, una victoria real, destruye el charme de los franceses y el ministro de la Guerra no siente el menor interés por conocer detalles.

—Precisamente por eso, querido amigo. Voyez-vous, mon cher. ¡Hurra por el Zar, por Rusia, y por la fe! Tout ça est bel et bon,[158] pero ¿qué puede importarle a la Corte austríaca la noticia de vuestras victorias? Si hubiese traído cualquier buena noticia sobre la victoria de los archiduques Fernando o Carlos (un archiduc vaut l’autre,[159] como usted sabe) sobre una compañía de bomberos de Bonaparte, sería otra cosa; entonces atronarían los cañones. Pero sus noticias parecen traídas a propósito para irritarlos. El archiduque Carlos no hace nada; Fernando se cubre de oprobio. Ustedes abandonan Viena sin defenderla, comme si vous nous disiez:[160] Dios está con nosotros y allá Dios con vosotros, con vuestra capital. Llevan a la muerte a Schmidt, un general a quien aquí todos queríamos, y vienen a darnos el parabién por la victoria… Reconozca que no se puede inventar nada más irritante que esa noticia que usted ha traído. C’est comme un fait exprés,[161] comme un fait exprés. Por otra parte, aunque hubiesen logrado una victoria realmente brillante, o aun si el vencedor fuera el mismo archiduque Carlos, ¿qué cambiaría esto en el curso de las cosas? Es ya demasiado tarde cuando Viena está ocupada por las tropas francesas.

—¿Ocupada? ¿Viena ocupada?

—No sólo ocupada, sino que Bonaparte se encuentra en Schœnbrünn, y el conde, nuestro querido conde Wrbna, va allí a recibir órdenes.

Bolkonski, después de la fatiga y las impresiones del viaje, de la acogida austríaca y, sobre todo, después de la cena, advertía su incapacidad para comprender la trascendencia de esas palabras. Bilibin prosiguió:

—Esta mañana estuvo aquí el conde Lichtenfels; me mostró una carta en la que se cuentan detalles del desfile de los franceses en Viena. Le prince Murat et tout le tremblement…[162] Ya ve que su victoria no es una novedad grata y que usted no puede ser recibido como un salvador…

—En realidad, todo me da igual, absolutamente todo— dijo el príncipe Andréi, quien comenzaba a comprender que la victoria de Krems era muy poca cosa en comparación con acontecimientos tan graves como la ocupación de la capital de Austria por los franceses. —¿Cómo ha caído Viena? ¿Y el puente? ¿Y la famosa tête de pont?[163] ¿Y el príncipe Auersperg? Nos habían llegado rumores de que el príncipe Auersperg defendía Viena.

—El príncipe está a este lado del río y sigue defendiéndonos; creo que lo hace muy mal, pero nos defiende. Y Viena se encuentra al otro lado. No, el puente no ha caído aún y espero que no caiga, porque está minado, y se dio la orden de hacerlo volar. Si no fuese por eso, hace tiempo que estaríamos ya en las montañas de Bohemia y usted y su ejército pasarían un mal cuarto de hora entre dos fuegos.

—Pero eso no quiere decir que la campaña esté concluida— dijo el príncipe Andréi.

—Pues yo creo que lo está. Y lo mismo piensan los personajes importantes de aquí, aunque no se atreven a decirlo. Sucederá lo que yo vaticiné al principio de la campaña: que no va a ser su échauffourée[164] de Dürrenstein ni la pólvora lo que decida el asunto, sino quienes la inventaron — dijo lentamente Bilibin repitiendo uno de sus *mots* y desarrugando el entrecejo. —Ahora la cuestión está en saber qué va a resultar de la entrevista de Berlín entre el emperador Alejandro y el rey de Prusia. Si Prusia entra en la alianza, on forcera la main à l'Autriche[165] y habrá guerra; si no, la cosa se reduce a ponerse de acuerdo sobre dónde redactar los preliminares de un nuevo Campo Formio.

—¡Es un genio extraordinario!— exclamó de pronto el príncipe Andréi apretando su pequeño puño y descargándolo sobre la mesa. —¡Y qué suerte tiene ese hombre!

—*¿Buonaparte?*— preguntó Bilibin, arrugando la frente y dejando presentir uno de sus *mots*. —*¿Buonaparte?*— añadió, acentuando especialmente la "u". —Me parece que il faut lui faire grâce de l'u,[166] ahora que dicta leyes a Austria desde Schoenbrünn. Estoy dispuesto a aceptar la novedad y llamarlo Bonaparte tout court.[167]

—Bromas aparte— dijo el príncipe Andréi. —¿Cree en realidad que la campaña ha concluido?

—Le diré lo que pienso: Austria se cree burlada, no está acostumbrada a ello y se vengará. Y quedó burlada, porque las provincias están en la ruina (on dit que el ejército ortodoxo ruso est terrible pour le pillage[168]). El ejército está destrozado y la capital ocupada por el enemigo; y todo pour les beaux yeux de su majestad el rey de Cerdeña. Por eso, entre nous, mon cher, me huelo que nos están engañando; me huelo que hay relaciones con Francia y proyectos de una paz secreta, al margen de Rusia.

—¡Imposible! Sería demasiado vil— exclamó el príncipe Andréi.

—Qui vivra, verra[169]— dijo Bilibin, distendiendo de nuevo las arrugas de su frente en señal de que daba por terminada la conversación.

Cuando el príncipe Andréi se vio en la habitación que le habían preparado, con un lecho de sábanas nuevas y limpias, y se acostó sobre un colchón de plumas apoyando su cabeza en la almohada tibia y perfumada, sintió que cada vez estaba más lejana la sensación de la batalla cuyas nuevas había traído a Brünn. Lo preocupaba la alianza prusiana, la traición de Austria, el nuevo triunfo de Bonaparte, la parada militar y la audiencia que al día siguiente iba a concederle el emperador Francisco.

Cerró los ojos, pero en ese mismo instante resonaron en sus oídos los cañonazos, la fusilería, el ruido de las ruedas del coche; una vez más veía a los fusileros descendiendo de las montañas, mientras los franceses disparaban; el príncipe Andréi sintió que su corazón palpitaba con fuerza, se acercaba a la primera línea al lado del general Schmidt y las balas silbaban alegremente en derredor; experimentaba el intenso sentimiento de alegría por vivir como no lo recordaba desde su infancia.

Se despertó.

—Sí… Todo eso ha sido…— dijo con júbilo, sonriéndose como un niño; y volvió a dormirse con sueño profundo y juvenil.

XI

Se despertó tarde. Trató de rehacer sus impresiones del día anterior y recordó ante todo que debía presentarse al emperador Francisco. Pensó en el ministro de la Guerra, en el cortés ayudante de campo austríaco, en Bilibin y la conversación de la noche pasada. Para acudir a palacio se puso el uniforme de gran gala, que hacía tiempo no había llevado. Fresco, animado y apuesto, con una mano vendada, penetró en el despacho de Bilibin. Allí había cuatro caballeros del cuerpo diplomático. Bolkonski conocía ya al príncipe Hipólito Kuraguin, secretario de la embajada. Bilibin le presentó a los demás.

Los diplomáticos, hombres de mundo, jóvenes, ricos y alegres, constituían en Viena y en Brünn un círculo aparte al que Bilibin —que era su cabeza— llamaba los nuestros, les nôtres. Este círculo, integrado casi exclusivamente por diplomáticos, no se interesaba en absoluto por la guerra o la política, sino por las personas de la alta sociedad, por ciertas relaciones femeninas y el papeleo de las oficinas. Con extraordinaria solicitud acogieron en su círculo al príncipe Andréi como *suyo* (honor que no solían prodigar). Por cortesía, y para entrar en conversación, le hicieron algunas preguntas sobre el ejército y la batalla, pero muy pronto comenzaron las bromas y los chismes, todo ello sin ningún orden ni concierto.

—Lo mejor de todo— comentaba uno, refiriéndose al fracaso de cierto colega diplomático, —lo mejor de todo es que el canciller le dijo francamente que su nombramiento para Londres era un ascenso y que él debía considerarlo como tal. ¡Imagínense su cara al oírlo!…

—Pero hay algo peor, señores; voy a descubrir el secreto de Kuraguin: ¡su compañero cae en desgracia y este terrible Don Juan se aprovecha de

ello!

El príncipe Hipólito se había acomodado en una butaca, con las piernas cruzadas sobre el brazo de la misma.

—Parlez-moi de ça— dijo riendo.[170]

—¡Oh, Don Juan! ¡Oh, serpiente!— exclamaron algunos.

—No sabe, Bolkonski— dijo Bilibin al príncipe Andréi, —que todos los horrores del ejército francés (casi digno del ruso) no son nada comparados con lo que este hombre hace entre las mujeres.

—La femme est la compagne de l'homme[171]— comentó el príncipe Hipólito; y fijó los impertinentes en sus propias piernas, que colgaban del brazo de la butaca.

Bilibin y *los nuestros* estallaron en una carcajada, mirando a Hipólito. El príncipe Andréi vio que aquel Hipólito, de quien casi había sentido celos (tenía que confesárselo), no era más que el bufón del grupo.

—Tengo que hacerle los honores de Kuraguin— dijo Bilibin en voz baja a Bolkonski. —Es delicioso cuando habla de política. ¡Hay que ver con qué seriedad lo hace!

Se sentó junto a Hipólito y, reuniendo las arrugas en la frente, comenzó a charlar de política con él. El príncipe Andréi y los demás los rodearon.

—Le cabinet de Berlin ne peut exprimer un sentiment d'alliance— comenzó Hipólito, mirando a todos con aire de importancia —sans exprimer… comme dans sa dernière note… vous comprenez… vous comprenez… et puis si Sa Majesté l'Empereur ne déroge pas au principe de notre alliance… Attendez, je n'ai pas fini— dijo al príncipe Andréi sujetándolo del brazo. —Je suppose que l'intervention sera plus forte que la non-intervention. Et…— guardó silencio —on ne pourra pas imputer à la fin de non-reçevoir notre dépêche du 28 octobre. Voilà comment cela finira.[172]

Y soltó el brazo de Bolkonski, dando a entender así que lo había dicho todo.

—Démosthène, je te reconnais au caillou que tu as caché dans ta bouche d'or[173]— dijo entonces Bilibin, y hasta sus cabellos se movieron de placer.

Todos rieron, e Hipólito más que nadie. La risa lo sofocaba, pero no podía dominar aquel estallido de hilaridad salvaje que distendía su rostro

siempre inmóvil.

—Ea, señores— dijo Bilibin —Bolkonski es mi huésped en casa y aquí, en Brünn, y quiero ofrecerle todas las distracciones posibles de la vida local. En Viena habría resultado fácil, pero aquí, dans ce vilain trou morave[174] hay mayores dificultades y tengo que pedirles ayuda a todos.

Il faut lui faire les honneurs de Brünn. Ustedes se encargarán del teatro, yo de la sociedad y usted, Hipólito, por supuesto, de las mujeres.

—Hay que presentarle a Amélie. ¡Es encantadora!— dijo uno de *los nuestros*, besándose las puntas de los dedos.

—En general— comentó Bilibin, —hay que imbuir a este sanguinario soldado de ideas más humanas.

—No sé si podré aprovechar su hospitalidad, señores; y ahora tengo que irme— dijo Bolkonski, mirando su reloj.

—¿Adónde?

—A ver al Emperador.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!

—Bien, hasta la vista, Bolkonski. Hasta la vista, príncipe. Venga pronto a comer. Nos encargaremos de usted— dijeron los demás, despidiéndolo.

—Cuando hable con el Emperador procure alabar cuanto pueda el avituallamiento y el servicio de carreteras— dijo Bilibin, que acompañaba a Bolkonski.

—Bien quisiera, pero creo que no podré— respondió sonriendo Bolkonski.

—Cuanto más hable, mejor. El Emperador tiene debilidad por las audiencias; pero no le gusta hablar y, como verá, tampoco sabe hacerlo.

XII

A la salida de palacio, el emperador Francisco miró fijamente al príncipe Andréi, que estaba en el lugar señalado, entre un grupo de oficiales austríacos, y lo saludó con una inclinación de su alargada cabeza. Después el ayudante de campo de la víspera comunicó cortésmente a Bolkonski el deseo del Emperador de concederle audiencia. El emperador Francisco lo recibió de pie, en mitad de la sala. Antes de dar comienzo a la conversación el príncipe Andréi quedó sorprendido al ver el embarazo del Emperador, quien parecía turbado, sin saber qué decir; su rostro había enrojecido.

—Dígame, ¿cuándo empezó la batalla?— preguntó precipitadamente.

El príncipe Andréi respondió. La primera pregunta fue seguida de otras igualmente superficiales. "¿Está bien Kutúzov? ¿Cuándo salió de Krems?", etcétera. El Emperador hablaba como si su único objeto fuera hacer cierto número de preguntas, cuyas respuestas, como era más que evidente, no podían interesarlo.

—¿A qué hora comenzó el combate?— volvió a preguntar.

—No podría decir a Su Majestad a qué hora dio comienzo la batalla en el frente, pero en Dürrenstein, donde yo estaba, el ataque se inició a las seis de la tarde— dijo Bolkonski, animándose y creyendo que podría hacer la descripción verídica, tal como la llevaba preparada, de cuanto sabía y había visto.

Pero el Emperador lo interrumpió con una sonrisa.

—¿Cuántas millas?

—¿De dónde adonde, Majestad?

—De Dürrenstein a Krems.

—Tres millas y media, Majestad.

—¿Dejaron los franceses la orilla izquierda?

—Según la relación de los exploradores, los últimos cruzaron el río en balsas la noche pasada.

—¿Hay bastante forraje en Krems?

—No fue traído en cantidad suficiente…

Lo interrumpió el Emperador:

—¿A qué hora fue muerto el general Schmidt?

—Creo que a las siete.

—¿A las siete? Es muy triste, muy triste…

El Emperador le dio las gracias y saludó. El príncipe Andréi salió e inmediatamente se vio rodeado de cortesanos. Todos lo miraban con ojos cariñosos y le hablaban con palabras afables. El ayudante de campo de la víspera le reprochó que no hubiera quedado en palacio y le ofreció su casa. El ministro de la Guerra se acercó para felicitarlo: el Emperador acababa de concederle la orden de María Teresa, de tercer grado. El chambelán de la Emperatriz le comunicó que también ella deseaba verlo, lo mismo que la archiduquesa. Bolkonski no sabía a quién responder y, por unos segundos, se detuvo para orientarse. El embajador ruso lo condujo del brazo hacia una ventana para hablar con él.

Al contrario de lo que vaticinara Bilibin, las noticias que traía fueron acogidas con júbilo. Se había ordenado la celebración de un tedéum. A Kutúzov se le concedía la gran cruz de María Teresa, y para todo el ejército había distinciones. Bolkonski recibía una invitación tras otra y durante toda la mañana tuvo que visitar a los altos dignatarios austríacos. Pasadas las cuatro, cuando hubo concluido las visitas, volvió a la casa de Bilibin, meditando por el camino en la carta que escribiría a su padre sobre la batalla y su viaje a Brünn. Junto al portal de la casa de Bilibin había un carruaje, lleno a medias de objetos; Franz, el criado de Bilibin, apareció arrastrando con dificultad una maleta. (Antes de dirigirse a casa de Bilibin, el príncipe Andréi había entrado en una librería, en busca de libros para el tiempo de la campaña, y se había detenido allí demasiado tiempo.)

—¿Qué ocurre?— preguntó Bolkonski.

—Ach, Erlaucht— replicó Franz, subiendo con dificultad la maleta al coche. —Wir ziehen noch weiter. Der Bosewich ist schön wieder hinter uns

her![175]

—¿Eh? ¿Qué dices?— preguntó el príncipe Andréi.

Bilibin salió a su encuentro. Su rostro, habitualmente tan tranquilo, parecía alterado.

—Non, non, avouez que c'est charmant, cette histoire du pont de Thabor. Ils l'ont passé sans coup férir[176]— se refería al puente de Viena.

El príncipe Andréi seguía sin comprender nada.

—Pero ¿de dónde viene para no saber lo que saben ya todos los cocheros de la ciudad?

—Vengo de visitar a la archiduquesa. Allí no he oído nada de eso.

—¿Y no ha visto que en todas partes se preparan a partir?

—No… Pero ¿de qué se trata?— preguntó impaciente el príncipe Andréi.

—¿De qué se trata? Pues de que los franceses han pasado el puente defendido por Auersperg. El puente no fue volado y Murat corre ahora hacia Brünn. Hoy, lo más tarde mañana, estará aquí.

—¿Aquí? Pero ¿cómo no han hecho volar el puente si estaba minado?

—Eso mismo se lo pregunto yo a usted. Pero nadie lo sabe, ni siquiera Bonaparte.

Bolkonski se encogió de hombros.

—Pero si han atravesado el puente— dijo, —el ejército está perdido; quedará aislado.

—De eso se trata— respondió Bilibin. —Escúcheme. Como le dije, los franceses entraron en Viena. Hasta aquí muy bien. Pero al día siguiente, o sea ayer, los señores mariscales Murat, Lannes y Bélliard montan a caballo y se dirigen al puente. (Fíjese que los tres son gascones.) "Señores, dice uno, ya saben que el puente de Tabor está minado y contraminado, que delante hay una formidable tête de pont con quince mil hombres y la orden de volarlo todo e impedirnos el paso. Pero como a nuestro emperador Napoleón le agradaría mucho que tomáramos ese puente, vamos a ir nosotros tres y lo conquistaremos." "¡Vamos!", contestan los demás. Y van y toman el puente, lo pasan y ahora, con todo su ejército, están en esta parte del Danubio y avanzan hacia aquí, sobre nosotros, sobre usted y sus noticias.

—Déjese de bromas— dijo seria y tristemente el príncipe Andréi.

La nueva le resultaba penosa y agradable al mismo tiempo. Apenas supo la situación desesperada en que se encontraba el ejército ruso, pensó que le había sido reservada la suerte de salvarlo; que aquélla era su ocasión, era su Toulon que, de oficial desconocido, podría encumbrarlo por el gran camino de la gloria. Oyendo a Bilibin calculaba ya cómo, de vuelta al ejército, haría ante el Consejo de Guerra la única propuesta capaz de salvar al ejército. Y se le confiaría a él solo la puesta en práctica de su plan.

—Déjese de bromas— dijo.

—No bromeo— prosiguió Bilibin. —Nada hay más triste y verdadero. Esos tres señores llegan al puente solos, agitan sus pañuelos blancos y aseguran que se ha firmado el armisticio y que ellos, los mariscales, vienen para hablar con el príncipe Auersperg. El oficial de guardia los deja pasar a la tête de pont y le cuentan un sinfín de gasconadas: dicen que la guerra ha terminado, que el emperador Francisco va a entrevistarse con Bonaparte y que ellos desean ver al príncipe Auersperg, etcétera. El oficial manda buscar a Auersperg. Esos señores abrazan a los oficiales, bromean, se sientan en los cañones y, entretanto, un batallón francés se acerca inadvertido, arroja al agua los sacos que contienen los explosivos y alcanza la tête de pont. Por último comparece el teniente general en persona, nuestro querido príncipe Auersperg von Mautern: "¡Querido enemigo, orgullo del ejército austríaco, héroe de las guerras turcas! La guerra ha terminado, podemos darnos la mano… El emperador Napoleón arde en deseos de conocer al príncipe Auersperg". En una palabra, estos señores, que por algo son gascones, abruman de tal modo con cumplidos al príncipe Auersperg, completamente seducido por la rápida amistad de los mariscales franceses, tan deslumbrado por la capa y el penacho de plumas de avestruz de Murat, qu'il n'y voit que du feu et oublie celui qu'il devait faire sur l'ennemi.**[177]**

A pesar de la vivacidad del discurso, Bilibin no descuidó detenerse un momento después de ese *mot*, para dar tiempo a que el príncipe lo apreciara.

—El batallón francés irrumpe en la tête de pont, clava los cañones y el puente cae en sus manos. Pero, lo mejor— prosiguió, serenando su agitación por el interés de su propio relato, lo mejor es que el sargento colocado en el cañon que debía dar la señal de voladura, al ver a las tropas

francesas correr hacia el puente, quería disparar, pero Lannes detuvo su mano. Ese sargento, por lo que se ve más listo que su general, se acercó a Auersperg y le dijo: “Príncipe, lo están engañando: los franceses están aquí”. Murat se dio cuenta de que la cosa estaba perdida si el sargento seguía hablando. Entonces, con fingido estupor (como auténtico gascón), dijo a Auersperg: “¿Qué se ha hecho de la disciplina austríaca, tan famosa en todo el mundo? ¿Cómo permite que un inferior le hable así?”. C’est génial. Le prince d’Auersperg se pique d’honneur et fait mettre le sous-officier aux arrêts. Non, mais avouez que c’est charmant toute cette histoire du pont de Thabor. Ce n’est ni bêtise, ni lâcheté…[178]

—C’est trahison, peu-être[179]— dijo el príncipe, imaginándose muy a lo vivo los capotes grises, las heridas, el humo de la pólvora, los cañones y la gloria que le esperaba.

—Non plus. Cela met la cour dans de trop mauvais draps— prosiguió Bilibin. —Ce n’est trahison, ni lâcheté, ni bêtise; c’est comme à Ulm…— se detuvo buscando la expresión justa. —C’est… c’est du Mack. Nous sommes mackés— concluyó, consciente de que había dicho un *mot* original, un *mot* que pronto habría de repetirse.[180]

Las arrugas que le surcaban la frente durante todo el relato se relajaron entonces de gusto y con una ligera sonrisa se examinó las uñas.

—¿Adónde va?— preguntó al príncipe Andréi, que se había levantado y se dirigía a su habitación.

—Me voy.

—¿Adónde?

—Al ejército.

—Pero ¿no pensaba quedarse dos días más?

—Pero ahora me voy de inmediato.

Y el príncipe Andréi, después de haber dado las órdenes para la partida, se retiró a su habitación.

—Querido amigo— le dijo Bilibin reuniéndose con él. —He pensado en usted. ¿Por qué se marcha?

Y como para probar que sus razones eran indiscutibles, todas las arrugas de su rostro desaparecieron.

El príncipe Andréi miró inquisitivo a su interlocutor, pero no respondió nada.

—¿Por qué se va? Bien, lo sé… Cree que su deber es incorporarse al ejército cuando el ejército está en peligro. Lo comprendo, mon cher, c'est de l'héroïsme.[181]

—Nada de eso— repuso el príncipe Andréi.

—Pero usted es un philosophe. Séalo hasta el fin, mire las cosas desde otro punto de vista y verá que su deber, por el contrario, está en guardar su persona. Deje eso a quienes no sirven para otra cosa… Nadie le ha ordenado que regrese y nadie le ha dado permiso para partir de aquí. Por lo tanto, puede quedarse e ir con nosotros hasta donde nos lleve nuestra desventurada suerte. Dicen que vamos a Olmütz, que es una bonita ciudad. Podemos ir tranquilamente los dos en mi coche.

—Basta de bromas, Bilibin— dijo Bolkonski.

—Le hablo francamente y como un amigo. Razonemos. ¿Adónde va y por qué se va ahora que puede quedarse aquí? Pueden ocurrir dos cosas— y la sien izquierda se le cubrió de arrugas: —una, que antes de llegar al ejército se haya firmado la paz; otra, la derrota y la vergüenza con todo el ejército de Kutúzov.

Y Bilibin distendió sus arrugas y sonrió complacido, advirtiendo la impecabilidad de su dilema.

—Yo no soy quién para discutir sobre esto— replicó fríamente el príncipe Andréi. Y añadió mentalmente: “Voy a salvar al ejército”.

—Vous êtes un héros, mon cher— dijo Bilibin.[182]

XIII

Aquella misma noche, después de despedirse del ministro de la Guerra, Bolkonski partió para incorporarse al ejército, sin saber siquiera dónde podría encontrarlo y temiendo caer, en el camino de Krems, en manos de los franceses.

En Brünn toda la corte hacía sus maletas y enviaba los bagajes pesados a Olmütz. Cerca de Etzelsdorf, el príncipe Andréi salió al camino por el cual se retiraba el ejército ruso a grandes marchas y en el mayor desorden. Estaba tan embotellado de carros que era prácticamente imposible seguir adelante con el coche. El príncipe Andréi pidió al jefe de los cosacos un caballo y uno de sus hombres como escolta y, hambriento y cansado, prosiguió su marcha, adelantando los trenes regimentales en busca del comandante en jefe y su coche. Corrían por el camino los más alarmantes rumores sobre la suerte del ejército, y el aspecto de ese mismo ejército, que huía en desorden, confirmaba los rumores.

"*Cette armée russe que l'or de l'Angleterre a transportée des extrémités de l'univers, nous allons lui faire éprouver le même sort (le sort de l'armée d'Ulm)*",**[183]** recordó las palabras de la proclama de Bonaparte a sus soldados al empezar la campaña, palabras que excitaban su admiración por el héroe genial, un sentimiento de orgullo herido y la esperanza de la gloria.

"¿Y si no quedara otra solución que morir? —se preguntaba—. Moriremos, si es necesario. Y sabré hacerlo no peor que los demás."

El príncipe Andréi miraba con desdén la interminable hilera de vehículos, de carros, de parques, de piezas de artillería, de furgones y más furgones de todo género que se adelantaban unos a otros y que, de tres en tres o de cuatro en cuatro, se amontonaban cerrando el paso en el sucio

camino. De todas partes, atrás y adelante, hasta donde podía oírse, llegaba un estrépito de ruedas, carros, armones y cascos de caballos, restallar de látigos, lamentos, juramentos de soldados, asistentes y oficiales. Se sucedían, a ambos lados del camino, caballos muertos, despellejados y sin despellejar, carros destrozados junto a los cuales, a la espera de quién sabe qué, se sentaban soldados solitarios; otros, separados de sus compañías, iban en tropel a las aldeas vecinas y volvían de ellas con gallinas, corderos, heno y sacos repletos de algo. En las subidas o descensos la muchedumbre se apiñaba más aún y ensordecía con su clamor ininterrumpido. Hundidos en el fango hasta la rodilla, los soldados empujaban cañones y carros; silbaban los látigos, resbalaban los caballos, se rompían las varas y los gritos parecían desgarrar los pechos. Los oficiales que dirigían la retirada pasaban entre los carros y apenas se escuchaban sus voces en medio del clamor general; o la expresión de sus rostros revelaba que desesperaban de poner término a tanto desorden.

"Voilà le cher ejército ortodoxo", pensó Bolkonski, recordando las palabras de Bilibin.

Deseaba preguntar a alguno de aquellos hombres dónde era posible hallar al general en jefe, y con esa intención se acercó a un grupo de carros. Exactamente delante de él avanzaba un extraño vehículo arrastrado por un solo caballo —obra evidente del ingenio popular— que parecía algo intermedio entre carro, cabriolé y calesa. El vehículo iba conducido por un soldado y sentada bajo la capota había una mujer envuelta en chales. Se acercó el príncipe Andréi y ya se disponía a preguntar al soldado, cuando su atención fue atraída por los gritos desesperados que daba la mujer sentada en el vehículo. El oficial que iba a la cabeza de aquel grupo de carros golpeaba al soldado que conducía el coche de la mujer por haber intentado adelantarse a los demás. El látigo golpeaba la cubierta del extraño vehículo y la mujer lanzaba gritos desgarradores. Al ver al príncipe Andréi la mujer asomó la cabeza y, sacando las delgadas manos del chal, lo llamó agitándolas:

—¡Ayudante! ¡Señor ayudante!… En nombre de Dios… ¡Defiéndanos!… ¿Qué va a ser de mí?… Soy la esposa del médico del

séptimo de cazadores… No nos dejan pasar… Nos hemos rezagado, hemos perdido a los nuestros…

—¡Te voy a hacer papilla! ¡Atrás!— gritaba el oficial, furioso, al soldado. —¡Vuelve atrás con tu zorra!

—¡Defiéndanos, señor ayudante! ¿Cómo es posible esto?— gritaba la mujer del médico.

—Deje pasar este coche. ¿No ve que se trata de una mujer?— dijo el príncipe Andréi, acercándose al oficial.

Éste lo miró sin contestar, y volviéndose de nuevo al soldado gritó:

—¡Tú vas a cobrar!… ¡Atrás!

—¡Le digo que los deje pasar!— volvió a decir el príncipe Andréi apretando los labios.

—Y tú ¿quién eres?— se le encaró el oficial ebrio de furia. —¿Quién eres? ¿Eres tú el que manda aquí? El que manda aquí soy yo, no tú— y subrayaba especialmente el “tú”. —¡Atrás!— repitió al soldado. —¡Te voy a hacer papilla!

Esta expresión parecía gustar al oficial.

—Bien le ha parado los pies al ayudantillo— comentó una voz a sus espaldas.

El príncipe Andréi se dio cuenta de que el oficial se hallaba en ese paroxismo de furor cuando los hombres no saben ya lo que dicen. Vio que su intervención a favor de la mujer del vehículo iba a desembocar en lo que él más temía en este mundo, aquello que se llama *ridicule*, pero su instinto le decía algo distinto. Antes de que el oficial concluyera sus últimas palabras, el príncipe Andréi, con el rostro desfigurado por la furia, se le acercó blandiendo la fusta:

—¡Ten-ga la bon-dad de de-jar-la pa-sar!

El oficial hizo un gesto con la mano y se alejó presuroso.

—Estos oficiales de Estado Mayor tienen la culpa de todo el desorden— gruñó. —Haga lo que quiera.

El príncipe Andréi, sin levantar los ojos, se alejó rápidamente de la mujer, que no dejaba de llamarlo su salvador, y repasando con repugnancia los menores detalles de aquella escena humillante galopó hacia la aldea donde, según le habían dicho, se encontraba el general en jefe.

Llegado al lugar, echó pie a tierra con la intención de descansar unos momentos, comer algo y ordenar el cúmulo de penosos, humillantes pensamientos que lo atormentaban. “Esto es una banda de canallas, no un ejército”, pensaba, próximo ya a la ventana de la primera casa, cuando sintió que lo llamaba una voz conocida.

Se volvió: en la pequeña ventana asomaba el bello rostro de Nesvitski que masticaba algo y lo llamaba agitando las manos.

—¡Eh, Bolkonski, Bolkonski! ¿Es que no oyes? ¡Ven, rápido!— gritaba.

El príncipe Andréi penetró en la casa donde comían Nesvitski y otro ayudante de campo. Se volvieron rápidamente hacia él, preguntando si sabía algo nuevo. En los rostros de aquellos hombres, a los que tan bien conocía, el príncipe Andréi leyó la turbación y la inquietud, visibles sobre todo en la cara habitualmente alegre de Nesvitski.

—¿Dónde está el general en jefe?— preguntó Bolkonski.

—Aquí, en aquella casa— respondió el ayudante.

—¿Es verdad que hemos capitulado y se firma la paz?— preguntó Nesvitski.

—Lo mismo les pregunto yo. No sé nada, salvo que he llegado hasta aquí con grandes dificultades.

—Pues aquí, amigo, la cosa es terrible. Me confieso culpable: nos burlábamos de Mack y ahora nos hallamos en una situación bastante peor que él— dijo Nesvitski. —Pero, siéntate; come algo.

—Ahora, príncipe, no encontrará ni coche ni nada; y su Piotr… ¡Dios sabe dónde estará!— dijo el otro ayudante de campo.

—¿Dónde se encuentra el Cuartel General?

—Pernoctamos en Znaim.

—Pues yo— continuó Nesvitski —he cargado cuanto necesitaba en dos caballos; me hicieron unos bastes magníficos. Como para escapar hasta por los montes de Bohemia. Esto va mal, amigo. Pero ¿qué te pasa? Debes de estar enfermo cuando tiemblas de ese modo— preguntó Nesvitski al advertir que el príncipe Andréi se estremecía como si hubiese tocado una botella de Leyden.

—No me pasa nada— respondió el príncipe Andréi. Había recordado su altercado con el oficial acerca de la mujer del médico.

—¿Qué hace aquí el general en jefe?— preguntó.

—No comprendo nada— dijo Nesvitski.

—Pues yo sólo comprendo una cosa: que todo es abominable, abominable y abominable— concluyó el príncipe Andréi, y salió hacia la casa donde se alojaba el general en jefe.

Dejando atrás el coche de Kutúzov, los agotados caballos del séquito y a los cosacos que charlaban en voz alta entre sí, el príncipe Andréi entró en el zaguán de la isba donde, según le dijeran, se hallaba Kutúzov. En efecto, allí estaba, con el príncipe Bagration y Weyrother, el general austríaco sustituto de Schmidt. En el zaguán el pequeño Kozlovski estaba en cuclillas delante de un escribiente, quien, con los papeles extendidos sobre un tonel, escribía a toda prisa, vueltas las mangas del uniforme. El rostro de Kozlovski denotaba agotamiento; era evidente que tampoco él había dormido aquella noche. Miró al príncipe Andréi y ni siquiera lo saludó con la cabeza.

—La segunda línea… ¿Has escrito?— seguía dictando. —El regimiento de granaderos de Kiev, el de Podolsk…

—Excelencia, no puedo escribir tan de prisa— dijo con poco respeto el escribiente, mirando enfadado a Kozlovski.

En aquel instante, tras la puerta, se oyó la voz descontenta y excitada de Kutúzov, a la que interrumpía otra voz desconocida. Del timbre de aquellas voces, de la negligencia con que lo había mirado Kozlovski, de la falta de respeto del fatigado escribiente, de la manera como uno y otro permanecían en el suelo tan cerca del general en jefe, junto a un barril, y aun de las fuertes risas de los cosacos que custodiaban los caballos bajo las ventanas de la isba, el príncipe Andréi dedujo que algo importante y nefasto estaba por ocurrir.

Bolkonski hizo insistentes preguntas a Kozlovski.

—En seguida, príncipe. Es la orden de operaciones para Bagration.

—¿Hay capitulación?

—No hay capitulación. Se han dictado órdenes para la batalla.

El príncipe Andréi se encaminó hacia la puerta de la que salían voces; pero cuando iba a abrirla, dejaron de sonar. Se abrió la puerta y apareció Kutúzov con su nariz de águila y su grueso rostro. El príncipe Andréi estaba

delante de Kutúzov; pero por la expresión del único ojo del general en jefe se adivinaba que sus pensamientos y preocupaciones lo embargaban hasta tal punto que ni siquiera veía lo que tenía delante. Se quedó mirando a su ayudante de campo, sin reconocerlo.

—¿Qué, has terminado?— preguntó a Kozlovski.

—Ahora mismo, Excelencia.

Bagration, joven aún, delgado y de mediana estatura, de cara firme e inexpresiva de tipo oriental, apareció detrás del comandante en jefe.

—Tengo el honor de presentarme— repitió con voz bastante alta el príncipe Andréi, tendiendo un sobre.

—¿Ah, de Viena? Muy bien. Después, después…

Kutúzov se dirigió a la salida, seguido de Bagration.

—Bueno, príncipe, adiós— le dijo. —Que Cristo te acompañe. Llevarás mi bendición en esta gran empresa.

Y el rostro de Kutúzov se dulcificó inesperadamente. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Con la mano izquierda atrajo a Bagration y con la derecha, en la que se veía un anillo, con gesto ya habitual hizo sobre él la señal de la cruz; después le ofreció la gruesa mejilla, pero Bagration alcanzó a besarlo en el cuello.

—¡Que Cristo te acompañe!— repitió Kutúzov, y se dirigió hacia su coche. —Ven conmigo— dijo a Bolkonski.

—Excelencia, quisiera ser útil aquí, permítame que me quede a las órdenes del príncipe Bagration.

—Sube— mandó Kutúzov. Y notando la vacilación de Bolkonski, añadió: —También yo necesito buenos oficiales.

Subieron al coche. Siguió un silencio de varios minutos.

—Habrá otras muchas acciones— comentó Kutúzov con perspicacia senil, como si adivinara cuanto estaba ocurriendo en el ánimo de Bolkonski —. Si mañana regresa la décima parte de su destacamento, daré gracias a Dios —añadió como hablando consigo mismo.

El príncipe Andréi miró a Kutúzov y así, a tan corta distancia, se fijó en los blancos contornos de la cicatriz que el general tenía en la sien, recuerdo de la bala que en Ismail le había atravesado el cráneo, vaciándole un ojo.

“Sí, él tenía derecho a hablar tan tranquilamente de la pérdida de esas vidas”, pensó Bolkonski.

—Precisamente por eso le pido que me envíe con esas tropas —dijo.

Kutúzov no respondió. Permanecía pensativo, como olvidado de cuanto dijera poco antes. Cinco minutos después, entre el suave balanceo de los blandos muelles del carruaje, Kutúzov se volvió hacia el príncipe Andréi. En su rostro no quedaba huella alguna de emoción. Pidió con fina ironía detalles de su entrevista con el Emperador, de cuanto se decía en la Corte sobre la acción de Krems y se interesó por alguna común amistad femenina.

XIV

El primero de noviembre Kutúzov recibió de su explorador una información según la cual el ejército a sus órdenes se hallaba en situación casi desesperada. Según ese informe, los franceses habían atravesado con gran número de fuerzas el puente de Viena y se dirigían hacia la línea de comunicación de Kutúzov con las tropas que llegaban de Rusia. Si Kutúzov se decidía a quedarse en Krems, los ciento cincuenta mil hombres del ejército de Napoleón le iban a cortar toda posibilidad de comunicación y el enemigo cercaría a sus exhaustos cuarenta mil hombres, colocándolos en la misma situación que a Mack en Ulm. Si se decidía a abandonar la línea de comunicación con las tropas provenientes de Rusia, debería penetrar en una comarca sin caminos y desconocida, en las montañas de Bohemia, defendiéndose contra un rival muy superior en número, y abandonar toda esperanza de reunirse con Buxhöwden. Por último, si Kutúzov se decidía a retroceder por el camino de Krems a Olmütz, para unirse a las tropas que llegaban de Rusia, corría el riesgo de que se le adelantasen los franceses que habían atravesado el puente de Viena y se vería obligado a combatir durante la marcha, con todos los bagajes e impedimenta, contra un ejército tres veces más numeroso que lo rodeaba por dos lados.

Kutúzov escogió lo último.

Los franceses, como anunciaban los exploradores, habían cruzado el río en Viena y se dirigían a marchas forzadas a Znaim, a más de cien kilómetros del camino por el que había de retroceder Kutúzov. Llegar a Znaim antes que los franceses constituía para los rusos una gran esperanza de salvación; dejar que los franceses llegasen antes equivalía, sin duda alguna, a poner al ejército ruso ante una vergüenza similar a la de Ulm, o a

su aniquilamiento general. Pero adelantarse a los franceses con todo el ejército era imposible. El camino de los franceses desde Viena hasta Znaim era más corto y mejor que el de los rusos desde Krems.

La misma noche en que recibiera la noticia Kutúzov mandó que la vanguardia de Bagration, cuatro mil soldados, dejasen el camino de Krems a Znaim y tomasen el de Viena a Znaim, metiéndose directamente por las montañas. Bagration debía proseguir esa marcha sin detenerse, de cara a Viena y de espaldas a Znaim; y si conseguía adelantarse a los franceses, debería entretenerlos el mayor tiempo posible. Kutúzov, por su parte, con el grueso del ejército y la impedimenta, avanzaría hacia Znaim.

Después de haber cubierto en una noche tempestuosa, con soldados hambrientos y descalzos, cuarenta y cinco kilómetros a través de las montañas, por terrenos carentes de caminos, dejándose atrás un tercio de rezagados, Bagration alcanzó Hollbrün, en el camino de Viena a Znaim, horas antes que los franceses, que, desde la capital austríaca, avanzaban a su encuentro. Kutúzov tenía que marchar veinticuatro horas más con sus convoyes para llegar a Znaim. Para salvar al ejército, Bagration debía entretener con menos de cuatro mil hombres a todas las fuerzas enemigas en Hollbrün. Estos soldados rusos, hambrientos y exhaustos, debían retener durante veinticuatro horas el avance francés: cosa evidentemente imposible. Pero la caprichosa fortuna hizo que lo imposible fuera posible. El éxito de la estratagema que había puesto en manos de los franceses, sin lucha alguna, el puente de Viena indujo a Murat a tratar de engañar igualmente a Kutúzov. Al encontrarse con el grupo de Bagration en el camino de Znaim, Murat creyó que aquel destacamento era todo el ejército de Kutúzov. Para liquidar de un solo golpe al enemigo, decidió esperar la llegada de los rezagados que avanzaban por el camino de Viena y, en consecuencia, propuso un armisticio de tres días, a condición de que ambos ejércitos se mantuvieran en sus posiciones y no avanzaran un solo paso. Murat afirmaba que habían comenzado las negociaciones de paz y proponía el armisticio para evitar un inútil derramamiento de sangre. El general austríaco, conde Nostitz, que estaba en las primeras líneas, creyó en las palabras del emisario de Murat y retrocedió, dejando al descubierto el destacamento de Bagration. Otro emisario se dirigió hacia las tropas rusas llevando la misma noticia de

la proximidad de la paz y proponiendo a las tropas rusas tres días de armisticio. Bagration respondió que no estaba autorizado para aceptar ni rechazar la tregua y envió a su ayudante de campo para informar a Kutúzov de la propuesta hecha.

Para Kutúzov el armisticio era el único medio de ganar tiempo, permitir un descanso al fatigado destacamento de Bagration y proporcionar a los furgones y demás trenes regimentales (cuyo movimiento ignoraban los franceses) una jornada más, por lo menos, hacia Znaim. La propuesta de armisticio traía, pues, la única e inesperada posibilidad de salvar al ejército. Al recibir la noticia, Kutúzov mandó inmediatamente a Wintzingerode, general ayudante de campo, al campamento enemigo: debía no sólo aceptar el armisticio, sino inclusive proponer condiciones de capitulación; mientras tanto, Kutúzov envió a sus ayudantes para que aceleraran todo lo posible el movimiento de los convoyes por el camino de Krems a Znaim; sólo el hambriento y extenuado grupo de Bagration debía permanecer inmóvil ante el enemigo, ocho veces más fuerte, cubriendo los movimientos de los trenes regimentales y de todo el ejército.

Las previsiones de Kutúzov se confirmaron, tanto con respecto a la capitulación propuesta —que no obligaba a nada y podía dar tiempo a que pasase cierta parte de convoyes— como también a su conjetura de que el error de Murat no tardaría en descubrirse. Apenas hubo recibido Bonaparte — que se encontraba en Schœnbrünn, a veinticinco kilómetros de Hollbrün — el informe de Murat y el proyecto de armisticio y capitulación, advirtió el engaño y escribió a Murat la siguiente carta:

Au prince Murat.

Schœnbrünn, 25 brumaire, an 1805,
à huit heures du matin.

No encuentro términos adecuados para expresarle mi descontento. Usted no manda más que mi vanguardia, y carece de poderes para concluir un armisticio sin órdenes mías. Me está haciendo perder el fruto de toda una campaña.

Rompa inmediatamente el armisticio y marche contra el enemigo. Dirá que el general que ha firmado la capitulación no tenía facultades para hacerlo, y que no hay más que uno que las tenga: el emperador de Rusia.

Cuando el emperador de Rusia ratifique ese convenio, lo haré yo también; pero eso no es más que una añagaza. Avance, destruya al ejército ruso… Está en condiciones de apoderarse de su bagaje y su artillería.

El ayudante de campo del emperador de Rusia es un… Los oficiales no son nada cuando no tienen poderes; y ése no los tenía… Los austríacos se dejaron engañar en el paso del puente de Viena y usted se deja engañar por un ayudante de campo del Emperador.

Napoleón

El ayudante de campo de Bonaparte corrió a todo galope con esta terrible carta para Murat. Napoleón, a su vez, sin confianza en sus generales, se puso en marcha con toda su guardia hacia el campo de batalla temiendo que se le escapara la víctima que tenía a mano. Los cuatro mil hombres de Bagration encendían alegremente hogueras, se secaban, se calentaban, preparaban el rancho por primera vez después de tres días. Y ninguno de ellos sabía ni sospechaba lo que iba a ocurrir.

XV

Pasadas las tres de la tarde, el príncipe Andréi, que había insistido en su petición, llegaba a Grunt y se presentaba a Bagration. El ayudante de campo de Napoleón aún no había llegado al destacamento de Murat y la batalla estaba por comenzar. En el campamento de Bagration no se sabía nada de lo que ocurría; se hablaba de paz, pero sin creer en su posibilidad. Se hablaba de la batalla, en cuya inminencia tampoco se creía.

Bagration, que conocía a Bolkonski como el ayudante de campo favorito y hombre de confianza del general en jefe, lo recibió con especial distinción y benevolencia. Le explicó que probablemente la batalla iba a librarse aquel mismo día o al siguiente y lo dejó en libertad para quedarse junto a él durante la acción, o en la retaguardia, para vigilar el orden durante la retirada, "lo que también era muy importante".

—De todos modos, creo que no será hoy— dijo Bagration, como para tranquilizar a Bolkonski.

"Si es uno de esos mequetrefes del Estado Mayor enviado para recibir una condecoración, la ganará igualmente en la retaguardia; y si se quiere quedar conmigo, que se quede… Si es un oficial valiente, me será útil", pensaba Bagration. El príncipe Andréi no replicó nada y pidió permiso para recorrer la línea y examinar la disposición de las tropas para, en caso de ataque, saber adónde era necesario acudir. El oficial de servicio, hombre apuesto, vestido con elegancia, que llevaba una sortija adornada con un diamante en el índice y hablaba mal —pero de buena gana— el francés, se ofreció para acompañar al príncipe Andréi.

Por todas partes se veían oficiales con la ropa calada y rostros sombríos, como buscando algo, y soldados que traían de la aldea puertas, bancos y

vallas.

—Ya lo ve, príncipe; no podemos desembarazarnos de esta gente— dijo el oficial, señalando a los soldados. —Los jefes son demasiado débiles. Mire— y le mostraba la tienda de un cantinero, —ahí se juntan y pasan el tiempo. Esta mañana los eché a todos y ya ve, de nuevo está lleno. Debemos acercarnos, príncipe, y darles un grito; sólo es un momento.

—Entremos; comeré un poco de pan y queso— dijo el príncipe Andréi, que aún no había probado bocado.

—¿Por qué no me lo ha dicho, príncipe? Habría compartido con usted el pan y la sal.

Descabalgaron y entraron en la tienda del cantinero. Algunos oficiales, sentados ante las mesas, con los rostros encendidos y fatigados, comían y bebían.

—¿Qué significa esto, señores?— dijo el oficial de Estado Mayor con el tono reprobatorio de quien ya ha repetido la misma cosa demasiadas veces. —No pueden abandonar sus puestos. El príncipe ha ordenado que no haya aquí nadie. Y usted, señor capitán…— se dirigió a un capitán segundo de artillería, pequeño, sucio y flaco, que, descalzo, con los calcetines puestos (había entregado sus botas al cantinero para que se las secara), se puso en pie, sonriendo con poca naturalidad. —¿No le da vergüenza, capitán Tushin?— prosiguió el oficial de Estado Mayor. —Creo que usted, como artillero, debería dar ejemplo… y usted sin botas. ¡Bien lo pasaría descalzo si tocasen alarma!— el aludido sonrió. —Vayan a sus puestos, señores… todos, todos— añadió con tono autoritario.

El príncipe Andréi sonrió involuntariamente, mirando al capitán segundo Tushin, quien, sin decir palabra, pero también sonriendo, sosteniéndose alternativamente sobre uno y otro pie descalzo, miraba con sus ojos grandes, inteligentes y bondadosos ya al príncipe, ya al oficial de Estado Mayor.

—Los soldados aseguran que es más cómodo ir descalzo— dijo, sonriendo tímidamente, como deseando disimular su propio embarazo con una broma.

Pero todavía no había concluido cuando ya se dio cuenta de que su broma no caía bien y que nada tenía de graciosa. Entonces se aturdió del

todo.

—Tenga la bondad de retirarse— dijo el oficial de Estado Mayor, tratando de conservar su seriedad.

El príncipe Andréi miró una vez más al pequeño artillero. Había en él algo especial, muy poco militar y un tanto cómico, pero sumamente atractivo.

El oficial de Estado Mayor y el príncipe Andréi volvieron a montar y se alejaron.

A la salida de la aldea, después de cruzarse con soldados y oficiales de diversas armas, vieron a la izquierda las fortificaciones que se estaban abriendo en un terreno de arcilla rojiza: los soldados de algunos batallones, en mangas de camisa, a pesar del viento frío, trajinaban como blancas hormigas; por detrás del terraplén, manos invisibles arrojaban sin descanso paletadas de tierra rojiza. Se acercaron a la fortificación, la inspeccionaron y siguieron adelante. Detrás de ella dieron con algunas docenas de soldados que se turnaban sin descanso y bajaban corriendo. Hubieron de taparse la nariz y poner al trote los caballos para escapar lo antes posible de aquella atmósfera pestilente.

—Voilà l'agrément des camps, monsieur le prince— dijo el oficial de servicio.[184]

Salieron a la montaña opuesta, desde la cual ya se veía a los franceses. El príncipe Andréi se detuvo a observar.

—Aquí tenemos una batería nuestra— dijo el oficial de Estado Mayor, indicando el punto más alto; —la manda aquel tipo estrafalario que estaba descalzo. Desde allí se ve todo bien; vamos, príncipe.

—Se lo agradezco mucho, pero ahora puedo seguir solo— dijo el príncipe Andréi, que deseaba desembarazarse del oficial. —No se moleste más, por favor.

Se alejó el oficial y el príncipe Andréi quedó solo.

Conforme se acercaba al enemigo, más ordenado y alegre era el aspecto de las tropas. Por la mañana había pasado por delante de Znaim, a diez kilómetros de los franceses, y lo había encontrado desordenado, abatido. También en Grunt podía observarse cierta inquietud y temor. Pero ahora, cuanto más cerca estaban los franceses, más seguras parecían las tropas

rusas. Los soldados, con sus capotes, estaban formados en filas, y el sargento y el capitán contaban a sus hombres colocando el dedo en el pecho del último de cada sección y ordenándole que levantara el brazo. Otros soldados, desparramados por todo el espacio, llevaban ramas y leños para construir sus barracas; lo hacían entre risas y alegres comentarios; junto a las hogueras, unos vestidos y otros desnudos, reparaban el calzado y los capotes o secaban camisas y peales, agrupándose en torno a las marmitas y a los cocineros. En una compañía la comida estaba lista y los soldados miraban con avidez los humeantes calderos, esperando a que el oficial, sentado sobre un tronco delante de su chabola, probara el rancho que el sargento furriel había llevado en una escudilla de madera.

En otra compañía, más afortunada pues no todas tenían vodka, los soldados rodeaban a un corpulento furriel, picado de viruelas, quien, inclinando el barrilete, vertía en las tapas de las escudillas que le iban poniendo abajo la ración fijada. Los soldados acercaban con beatitud los labios, vaciaban la tapa y después, enjuagándose la boca, se limpiaban con la manga del capote y se alejaban alegres del furriel. En todos los rostros había la misma tranquilidad, como si todo aquello no se hiciera a la vista del enemigo y antes de una acción en la que medio destacamento, al menos, había de morir, sino en algún lugar de Rusia con la perspectiva de un tranquilo descanso.

Después de recorrer el regimiento de cazadores y las filas de los granaderos de Kiev, entregados todos a las mismas pacíficas faenas, el príncipe Andréi, no lejos del gran barracón del comandante del regimiento, que sobresalía entre los demás, se encontró con una sección de granaderos, ante la que yacía un hombre con el torso desnudo. Dos soldados lo sujetaban y otros dos, en alto las flexibles varas, golpeaban rítmicamente su espalda desnuda. El castigado gritaba de un modo que no parecía natural. Un comandante corpulento iba de un lado a otro y repetía, sin prestar atención a los gritos:

—Es vergonzoso que un soldado robe. El soldado debe ser honesto, noble y valiente, y si roba a sus compañeros, no tiene honor, es un canalla. ¡Más! ¡Más!

Y seguían los golpes de las varas flexibles y los gritos desgarradores. Pero fingidos.

—¡Más! ¡Más!— decía el comandante.

Un joven oficial se apartó con gesto de perplejidad y dolor ante aquella escena y se volvió hacia Bolkonski con una mirada interrogadora.

El príncipe Andréi, llegado a las avanzadas, siguió a lo largo de la línea del frente. Las líneas francesas y rusas se hallaban bastante separadas a derecha e izquierda, pero en el centro, donde por la mañana estuvieron los parlamentarios, ambos frentes se acercaban hasta tal punto que era posible distinguir las caras y hablar entre sí. Además de los soldados que ocupaban sus puestos, a uno y otro lado, había grupos de curiosos que miraban sonrientes a aquel enemigo tan raro y extraño.

Ya desde las primeras horas de la mañana, y a pesar de la prohibición de acercarse a las líneas, los oficiales no podían librarse de esos curiosos. Los soldados de las avanzadas, como quien observa algo original, ya no se fijaban en los franceses sino que miraban a los grupos de curiosos y esperaban aburridos a que llegara la hora del relevo. El príncipe Andréi se detuvo para observar al enemigo.

—Mira, mira— dijo un soldado a otro, señalándole a un fusilero ruso que acompañado de un oficial se acercaba a la línea y hablaba animadamente con un granadero francés. —¡Hay que ver cómo parlotea! Ni el francés puede seguirlo. ¡A ver tú, Sídorov!

—Espera, déjame escuchar. ¡Qué bien lo hace!— declaró Sídorov, que tenía fama de hablar muy bien el francés.

El soldado a quien señalaban era Dólojov. Lo reconoció el príncipe Andréi y prestó atención a lo que decía. Dólojov venía a las avanzadas con su capitán desde el flanco izquierdo, donde estaba su regimiento.

—¡Siga, siga!— lo animaba su jefe, inclinándose y tratando de no perder ni una palabra aunque le era incomprensible. —¡No dejes de hablar, por favor! ¿Qué dice?

Dólojov no contestó al capitán; discutía apasionadamente con el granadero francés. Trataban, naturalmente, de la campaña. El francés confundía a los rusos con los austríacos y afirmaba que los rusos se habían

rendido y huían desde Ulm. Dólojov le aseguraba que los rusos nunca se habían rendido y que, por el contrario, batían a los franceses.

—Si nos ordenan que os arrojemos de ahí, lo haremos— decía Dólojov.

—Tened cuidado de que no os copemos con todos vuestros cosacos— replicó el granadero francés.

Los espectadores franceses rieron.

—On vous fera danser[185] como bailasteis con Suvórov— dijo Dólojov.

—Qu'est-ce-qu'il chante?— preguntó un francés.[186]

De l'histoire ancienne— respondió, creyendo que se trataba de guerras pasadas. —L'Empereur va lui faire voir a votre Souvara, comme aux autres…[187]

—Bonaparte…— empezó a decir Dólojov; pero el francés lo interrumpió.

—¡No hay tal Bonaparte! ¡Es el Emperador! Sacré nom… gritó furioso.

—¡El diablo se lleve a vuestro Emperador!

Y Dólojov añadió en ruso groseras injurias propias de un soldado. Después, alzando su fusil, se alejó de allí.

—Vámonos, Iván Lúkich— dijo al capitán.

—Bien se explica en francés— dijeron algunos soldados. —A ver tú, Sídorov.

Sídorov hizo un guiño y volviéndose a los franceses empezó a lanzar rápidamente una sarta de incomprensibles palabras.

—Capí, malá, tafá, safí, muter, cascá…— dijo procurando dar a su voz una entonación expresiva.

—¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Vaya, vaya!— rieron los soldados con tan franca hilaridad que la carcajada cruzó la línea y contagió a los mismos franceses, después de lo cual sólo quedaba, al parecer, descargar las armas, volar las cargas y volverse cuanto antes a sus casas.

Pero los fusiles permanecieron cargados, las aspilleras de las casas y de las trincheras siguieron mirando tan amenazadoras como antes y los cañones, retirados del avantrén, estaban dispuestos a disparar unos a otros.

XVI

Tras haber recorrido toda la línea desde el flanco derecho hasta el izquierdo, el príncipe Andréi subió a la batería desde la cual, según le indicara el oficial del Estado Mayor, podía verse todo el futuro campo de batalla. Descabalgó y se detuvo junto a uno de los cuatro cañones, que estaba en la cumbre. Ante las piezas hacía su guardia un centinela, que quedó firme al acercarse el oficial; pero, a una señal de éste, siguió su paseo monótono y aburrido. Detrás de las piezas estaban los avantrenes y, más allá todavía, los caballos y las hogueras de los artilleros. A la izquierda, cerca del cañón situado en el extremo, había una pequeña chabola recién levantada desde la cual llegaban las animadas voces de los oficiales.

En efecto, desde la batería podía contemplarse casi la totalidad de las líneas rusas y buena parte de las enemigas. Precisamente enfrente de los cañones surgía, sobre una colina, el pueblo de Schoengraben. A derecha e izquierda del lugar, entre el humo de las hogueras, se veía en tres sitios el grueso de las tropas francesas; al parecer, la mayor parte de ellas estaban en la aldea misma y detrás de la montaña. Más a la izquierda, entre el humo, había algo parecido a una batería, pero a simple vista no se podía distinguir bien. El flanco derecho ruso estaba situado sobre una altura bastante abrupta que dominaba las posiciones francesas y la infantería rusa se hallaba dispuesta en lo más alto; en el extremo se veían los dragones. En el centro, donde estaba la batería de Tushin, desde la cual examinaba las posiciones el príncipe Andréi, la pendiente era más suave y conducía directamente al arroyo que separaba a los rusos de Schoengraben. A la izquierda, las tropas rusas estaban cerca del bosque, cuyos árboles talaban los infantes para hacer leña. La línea francesa, más ancha que la rusa,

permitía suponer que los franceses podrían rebasarla fácilmente por ambos lados. Detrás de las líneas rusas, un barranco profundo y abrupto dificultaba cualquier retirada de la caballería y la artillería. El príncipe Andréi, apoyado en el cañón, había sacado su cuaderno de notas y trazaba para sí la disposición de las tropas. En dos lugares hizo varias anotaciones a lápiz, con intención de comunicárselas a Bagration. Pensó, ante todo, concentrar toda la artillería en el centro y después hacer que la caballería retrocediese a la otra parte del barranco. El príncipe Andréi, que siempre había estado junto al general en jefe y siguiendo los movimientos de las masas y las disposiciones generales, ocupándose de la descripción histórica de los combates, sólo veía en la acción que se avecinaba las líneas generales de las operaciones futuras. Únicamente concebía dos grandes casualidades: "Si el enemigo comienza su ataque por el flanco derecho —se decía—, el regimiento de granaderos de Kiev y el de cazadores de Podolsk deberán mantener sus posiciones hasta que las reservas del centro lleguen en su auxilio. En ese caso, los dragones podrán atacar el flanco y batir al enemigo. Si el ataque se produce por el centro, situaremos en esa altura la batería central, y bajo su protección, concentraremos el flanco izquierdo y retrocederemos en forma escalonada hasta el barranco".

Desde que se acercó a la batería y quedó apoyado en el cañón, oía constantemente las voces de los oficiales que hablaban en la chabola, aunque las palabras, como suele suceder, resbalaran sin que él penetrara en su sentido. De pronto llegó el eco de una voz de tonos tan cordiales que sin darse cuenta prestó oído.

—No, amigo— decía esa voz agradable y que pareció conocida al príncipe Andréi. —Yo digo que si fuera posible saber lo que hay después de la muerte, ninguno de nosotros tendría miedo a morir. Así es, querido.

Otra voz, más juvenil, lo interrumpió:

—Tenga uno miedo o no, es lo mismo, no se puede evitar.

—¡Sin embargo siempre se siente miedo!— interrumpió una tercera voz más enérgica. —Vosotros, los artilleros, sí que sois sabios, y lo sois porque podéis llevar de todo, vodka y aperitivos.

Y el de la voz enérgica, al parecer un oficial de infantería, rompió a reír.

—Y sin embargo se tiene miedo— continuó la primera voz. —Miedo a lo desconocido, eso es. Por mucho que digan que el alma irá al cielo… Bien sabemos que no hay cielo, que todo es atmósfera…

De nuevo lo interrumpió la voz enérgica:

—Bueno, convídanos a tu vodka, Tushin.

“¡Ah! Es aquel capitán que estaba en la cantina sin botas”, pensó el príncipe Andréi, reconociendo con placer la agradable voz del que filosofaba.

—Eso se puede— dijo Tushin. —Pero comprender la vida futura…— No concluyó.

Un silbido, que se hacía cada vez más rápido y fuerte conforme se acercaba, cruzó el aire, y un proyectil, como si no hubiera dicho todo lo necesario, se hundió, cerca de la chabola en la tierra, haciéndola gemir con su terrible estallido. En aquel mismo instante el pequeño Tushin, con la pipa en un ángulo de la boca, salió velozmente, el primero de todos, fuera de la chabola. Su rostro, bondadoso e inteligente, estaba un poco pálido. Detrás salió el de la voz enérgica, un apuesto oficial de infantería, que corrió hacia su compañía abotonándose el uniforme por el camino.

XVII

El príncipe Andréi, a caballo, se quedó en la batería, contemplando el humo del cañón que había disparado el proyectil. Sus ojos recorrieron el vasto horizonte. Vio que las tropas francesas, inmóviles hasta entonces, se movían ahora y que, a la izquierda, había, en efecto, una batería. El humo del disparo no se había disipado aún. Dos jinetes franceses, posiblemente dos ayudantes de campo, galopaban por la montaña. Al pie de ella, seguramente para reforzar las avanzadas, marchaba una pequeña columna enemiga claramente visible. Aún no había desaparecido el humo del primer disparo cuando ya se veía otro humo y se oía el segundo cañonazo. Comenzaba la batalla. El príncipe Andréi volvió grupas y se lanzó al galope por el camino de Grunt en busca del príncipe Bagration. A sus espaldas no dejaban de oírse los cañonazos, cada vez más fuertes y frecuentes. La batería rusa empezaba a contestar. Abajo, hacia la parte por donde cruzaron los parlamentarios, se oía fuego de fusiles.

Lemarrois acababa de entregar a Murat la amenazante carta de Bonaparte, y Murat, avergonzado y deseoso de reparar su error, avanzó de inmediato sus tropas desde el centro para rebasar los dos flancos, con la esperanza de aplastar, antes del anochecer y de que llegara al Emperador, el insignificante destacamento que tenía delante.

"¡Ha comenzado! ¡Ya estamos combatiendo!", pensó el príncipe Andréi, sintiendo que la sangre afluía con fuerza a su corazón. "¿Pero dónde? ¿Dónde estará mi Toulon?"

Al pasar ante las compañías en las que un cuarto de hora antes había visto a los soldados comiendo su rancho y bebiendo vodka, vio por todas partes los mismos rápidos movimientos, los soldados formaban filas y

cogían sus fusiles; en todos los rostros brillaba la misma excitación que sentía su corazón. "¡Ha comenzado! ¡Estamos combatiendo! ¡Es terrible y alegre a la vez!", parecía decir el rostro de cada soldado y de cada oficial.

Antes de llegar al parapeto en construcción vio, a la luz de aquel brumoso día otoñal, a varios jinetes que se le acercaban. El primero de ellos, con capa de fieltro caucasiano y gorro de astracán, montado en caballo blanco, era el príncipe Bagration. Bolkonski se detuvo y esperó. El príncipe Bagration detuvo también el caballo y, reconociendo a Bolkonski, lo saludó con un movimiento de cabeza. Continuó con los ojos fijos delante de sí mientras el príncipe Andréi le daba cuenta de todo lo que había observado.

La expresión de "ha comenzado, ya estamos combatiendo" se dibujaba también en el rostro bronceado del príncipe Bagration; tenía los ojos semicerrados y turbios, como si no hubiera dormido bien. El príncipe Andréi miró aquel rostro inmóvil con curiosidad inquieta; habría querido saber si aquel hombre sentía y pensaba lo mismo que él en aquel momento. "¿Hay algo detrás de ese semblante inmóvil?", se preguntó. El príncipe Bagration inclinó la cabeza en señal de asentimiento a lo que explicaba el príncipe Andréi y dijo: "Está bien", como dando a entender que cuanto le contaba y todo lo que estaba sucediendo era precisamente lo que él había previsto. El príncipe Andréi, jadeante a causa de la veloz galopada, hablaba rápidamente. Bagration, con su acento georgiano, lo hacía con extrema lentitud, tratando de manifestar, tal vez, que no había motivos para precipitarse. Puso, sin embargo, su caballo al trote hacia la batería de Tushin. El príncipe Andréi lo siguió con los oficiales del séquito: el ayudante personal del príncipe, Zherkov, ordenanza, el oficial de servicio del Estado Mayor, que montaba un magnífico potro inglés, y un funcionario civil, un auditor, que, movido por la curiosidad, había pedido permiso para asistir a la batalla. El auditor, un señor grueso, de rostro también grueso, sonrisa alegre e ingenua, miraba alrededor, bamboleándose sobre su caballo, con su abrigo de camelote. Montado sobre una silla militar, resultaba extraño entre los uniformes de los húsares, cosacos y ayudantes de campo.

—Ya ve, desea ver una batalla— dijo Zherkov a Bolkonski, indicándole al auditor, —y ya le duele la boca del estómago.

—Ea, basta de bromas— sonrió resplandeciente el auditor, ingenuo y malicioso a la vez, como si se sintiera lisonjeado por ser objeto de las bromas de Zherkov o se esforzase en parecer más estúpido de lo que en realidad era.

—Très drôle, mon monsieur prince[188]— dijo en francés el oficial de servicio del Estado Mayor. (Recordaba que el título de *príncipe* se decía en francés de una manera especial, pero no atinaba con la fórmula.)

Cuando se acercaban a la batería de Tushin, delante de ellos cayó un proyectil.

—¿Qué ha caído ahí?— preguntó el auditor sonriendo cándidamente.

—Son galletas francesas— respondió Zherkov.

—¡Ah! ¿Y con eso matan?— preguntó el auditor. —¡Qué miedo!

Parecía radiante de júbilo. Apenas había pronunciado estas palabras cuando por segunda vez se oyó un horrible e inesperado silbido como si el proyectil cayera en algo líquido y el cosaco que iba a la derecha, un poco detrás del auditor, se desplomó con su montura. Zherkov y el oficial de servicio, doblándose sobre sus sillas, desviaron los caballos. El auditor se detuvo junto al cosaco y lo miraba con atenta curiosidad. El cosaco estaba muerto, pero el caballo se agitaba aún.

El príncipe Bagration miró entornando los ojos y, viendo la causa de lo sucedido, volvió la cabeza con gesto de indiferencia, como diciendo: “No vale la pena ocuparse de esas pequeñeces”. Detuvo el caballo con pulso de buen jinete, se inclinó un poco y enderezó la espada, que se le había enganchado en la capa. Se trataba de una espada antigua, distinta de las que entonces se llevaban. Andréi recordó haber oído que Suvórov, en Italia, había regalado su espada a Bagration, y ese recuerdo, en aquel instante, le fue especialmente grato. Se acercaron a la batería desde la cual Bolkonski había examinado el campo de batalla.

—¿Quién manda esta compañía?— preguntó el príncipe Bagration a un suboficial que estaba junto a las cajas de munición.

Preguntaba “¿Quién manda esta compañía?”, pero en realidad lo que preguntaba era: “¿No tenéis miedo por aquí?”. Así lo entendió el suboficial.

—Es la compañía del capitán Tushin, Excelencia— dijo el artillero, un pelirrojo lleno de pecas.

—Bien, bien— respondió Bagration sumido en sus pensamientos; pasó a lo largo de los avantrenes y se acercó al cañón situado en el extremo.

En aquel momento ese cañón disparó, ensordeciendo a Bagration y a su séquito. Entre el humo pudo verse a los artilleros que lo empujaban con grandes esfuerzos para volverlo a su sitio. El servidor número uno, de anchas espaldas, que sostenía el escobillón, se colocó junto a la rueda con las piernas muy abiertas; el número dos, con manos temblorosas, metía la carga en la boca del cañón; y un hombre cargado de espaldas, el pequeño oficial Tushin, tropezando en el afuste de la pieza, avanzó sin ver al general y se quedó mirando, haciendo visera con su mano.

—Añade otras dos líneas y vendrá justo— gritó con su fina voz, tratando de darle una gallardía que no cuadraba con su persona. —¡Pieza número dos!— añadió. —¡Fuego, Medvédiev!

Bagration llamó. Tushin, quien, con movimiento tímido y torpe, saludó, no como saludan los militares sino como bendicen los sacerdotes, se acercó al general, llevándose tres dedos a la visera. Aunque los cañones estaban destinados a disparar sobre la vaguada, Tushin cubría de bombas incendiarias la aldea de Schoengraben, de donde salían los franceses en grandes grupos.

Nadie había ordenado a Tushin hacia dónde y con qué proyectiles debía tirar, pero él, después de consultarlo con el sargento mayor Zajárchenko, al que tenía en gran estima, decidió que sería conveniente incendiar la aldea. “Está bien”, dijo Bagration en respuesta al informe que le hiciera el oficial; y como calculando alguna cosa, se puso a examinar todo el campo de batalla que se presentaba delante. Los franceses se acercaban cada vez más por el ala derecha. Al pie del altozano se hallaba el regimiento de Kiev; en la vaguada se oían nutridas descargas de fusilería; y mucho más a la derecha, lejos de donde estaban los dragones, un oficial del séquito indicó al príncipe una columna francesa que rebasaba el flanco ruso. A la izquierda el horizonte estaba limitado por un bosque bastante próximo. El príncipe Bagration dio órdenes a dos batallones del centro para que fueran a reforzar el flanco derecho. El oficial del séquito se atrevió a objetar que al

marcharse los dos batallones las baterías quedarían al descubierto. El príncipe Bagration se volvió y se lo quedó mirando en silencio con sus ojos inexpresivos. Al príncipe Andréi le parecía justa e indiscutible la observación del oficial. Pero en aquel instante llegó el ayudante del jefe del regimiento, apostado en la vaguada, con la noticia de que enormes masas de tropas francesas avanzaban por la parte baja y que el regimiento, en desorden, se replegaba hacia los granaderos de Kiev. El príncipe Bagration inclino la cabeza en señal de aprobación y asentimiento. Se dirigió al paso hacia la derecha y envió a los dragones a un ayudante de campo con la orden de atacar a los franceses. Pero el ayudante de campo volvió media hora después con el anuncio de que el comandante del regimiento de dragones se había retirado más allá del barranco, porque el intenso cañoneo dirigido contra ellos le hacía perder muchos hombres inútilmente, por lo cual había ordenado a los tiradores que desmontaran y se internaran en el bosque.

—Está bien— dijo Bagration.

Mientras se alejaba de la batería, hacia la izquierda se oyeron también disparos en el bosque, y como la distancia hasta el flanco izquierdo era demasiado grande para llegar a tiempo, el príncipe Bagration envió a Zherkov con el encargo de decir al general que lo mandaba (el mismo que en Braunau presentó el regimiento a Kutúzov) que se retirara lo más pronto posible detrás del barranco, ya que el ala derecha no podría, probablemente, retener al enemigo durante mucho tiempo. Tushin y el batallón que cubría su batería quedaban olvidados. El príncipe Andréi escuchaba con atención las conversaciones del príncipe Bagration con los jefes y las órdenes que daba. Quedó muy sorprendido de que el príncipe no diese en realidad ninguna orden y de que solamente intentase hacer creer que todo cuanto sucedía por la fuerza de las circunstancias, por azar o por la iniciativa de los jefes subordinados a él no sucedía por orden suya, pero de acuerdo al menos con sus propias intenciones. Gracias al tacto que mostraba el príncipe Bagration, Bolkonski se dio cuenta de que, a pesar de la fatalidad de los hechos y de su independencia con respecto a la voluntad del jefe, su presencia lograba grandes resultados. Los oficiales superiores que se acercaban a Bagration con los rostros alterados volvían más serenos;

soldados y oficiales lo saludaban con alegría; en su presencia cobraban ánimo y, al parecer, presumían ante él de su valentía.

XVIII

Cuando el príncipe Bagration y su séquito alcanzaron el punto más alto del flanco derecho iniciaron el descenso hacia el lugar donde se oía fuego graneado y el humo de la pólvora impedía ver nada. Cuanto más se acercaban al barranco, menor era la visibilidad y más notoria se hacía la proximidad del verdadero campo de batalla. Comenzaron a encontrar heridos; dos soldados llevaban a otro, cogido por los brazos, con la cabeza ensangrentada. Escupía y emitía roncos bramidos. La bala debía de haberle entrado por la boca o el cuello; otro caminaba solo, con paso resuelto y sin fusil; se quejaba a gritos y el dolor le hacía agitar el brazo, del que manaba abundante sangre sobre su capote. En su rostro había más susto que sufrimiento; acababa de ser herido. Atravesaron el camino y echaron cuesta abajo por una rápida pendiente; allí yacían algunos hombres. Se cruzaron con un grupo de soldados; alguno de ellos no estaba herido. Los soldados subían con gran fatiga y, a pesar de la presencia del general, siguieron hablando a grandes voces, moviendo mucho los brazos. Delante, entre el humo, vieron capotes grises alineados y el oficial, al darse cuenta de la presencia de Bagration, corrió gritando hacia los soldados que subían en tumulto y les ordenó que volvieran. Bagration se aproximó a las filas donde se sucedían los disparos, ahogando las voces de mando del oficial. Todo el aire estaba impregnado del humo de la pólvora. Los rostros de los soldados, ennegrecidos, parecían animados. Algunos limpiaban sus fusiles con las baquetas; otros echaban la pólvora y sacaban las cargas de su cartuchera; algunos disparaban. Pero nadie sabía sobre quién disparaban; era imposible ver al enemigo a causa del humo que ningún viento dispersaba. Era frecuente el silbido agradable y el zumbido de los proyectiles. “¿Qué

significa esto? —pensó el príncipe Andréi al acercarse a un grupo de soldados—. No es una avanzada en orden abierto, porque están amontonados. No puede ser un ataque, puesto que no avanzan; tampoco están formados, porque no están en orden.”

El comandante del regimiento, un viejecillo flaco, débil en apariencia, de párpados caídos que casi le tapaban la mitad de los ojos seniles, dotando a su mirada de cierta dulzura, acercó su caballo al de Bagration y lo recibió cariñosamente, como recibe el dueño de la casa a un querido huésped. Informó al príncipe de que los franceses habían lanzado la caballería sobre su regimiento; que el ataque había sido rechazado, pero que la mitad de los soldados cayeron muertos o heridos. El comandante decía que el ataque había sido rechazado, aplicando ese término militar a cuanto había sucedido en su regimiento; pero en realidad él mismo ignoraba lo ocurrido en aquella media hora en las tropas confiadas a él, ni podía decir con seguridad si el ataque había sido rechazado o si el ataque había destrozado a su regimiento. Sólo sabía que, al comienzo, proyectiles y granadas habían caído sobre el regimiento y matado a bastantes hombres; que luego alguien gritó: “¡La caballería!”, y sus soldados habían comenzado a disparar. Todavía disparaban, pero no sobre la caballería, que había desaparecido, sino sobre los infantes franceses que desde el barranco tiraban sobre los rusos. El príncipe Bagration inclinó la cabeza, dando a entender que todo estaba como él deseaba y suponía. Se volvió a un ayudante de campo y le dio órdenes de que hiciera bajar de la montaña los dos batallones del 6.º de cazadores ante los que acababa de pasar poco antes. El príncipe Andréi quedó impresionado por el cambio operado en el rostro de Bagration: ahora expresaba la decisión concentrada y feliz del hombre que, en un día caluroso, a punto de echarse al agua, toma rápidamente el último impulso. Ya no tenía la acostumbrada mirada soñolienta ni ojos inexpresivos, ni el gesto fingidamente reflexivo. Sus ojos redondos, resueltos, ojos de gavilán, miraban hacia delante con entusiasmo y un tanto despectivos sin detenerse en nada, pero sus movimientos conservaban la lentitud uniforme de antes.

El comandante del regimiento suplicó al príncipe Bagration que se alejara de aquel sitio demasiado peligroso. “Se lo suplico en nombre de Dios, Excelencia”, decía, y miraba pidiendo ayuda a un oficial del séquito,

que procuraba apartarse de él. “¡Mire!”, y le hacía notar las balas que incesantemente zumbaban, cantaban y silbaban en derredor. Hablaba con la voz suplicante y reprobatoria de un carpintero cuando ve al amo manejando el hacha: “Nosotros ya estamos acostumbrados, pero a usted le saldrán callos en las manos”. Hablaba como si las balas no pudieran matarlo a él y los ojos entornados añadían a sus palabras mayor persuasión. El oficial de Estado Mayor unió sus propias exhortaciones a las del comandante del regimiento, pero el príncipe Bagration no respondió; se limitó a ordenar el cese del fuego y que dejasen sitio a los dos batallones que ya se acercaban. Mientras hablaba, un viento inesperado, como una mano invisible, arrastró, de derecha a izquierda, la cortina de humo, dejando al descubierto el barranco y la montaña opuesta con tropas francesas en movimiento. Todos los ojos se fijaron a la vez en la columna francesa que avanzaba hacia las líneas rusas, serpeando entre los salientes del terreno. Podían distinguirse ya los gorros de piel de los soldados y los uniformes de los oficiales; también era visible la bandera, que ondeaba al aire.

—Marchan bien— comentó alguien en el séquito de Bagration.

La cabeza de la columna enemiga bajaba ya al barranco. El choque debía producirse en aquella parte de la pendiente…

Los restos del regimiento ruso formaron rápidamente y se apartaron hacia la derecha. Detrás, abriéndose paso por entre los rezagados, llegaban en perfecto orden los dos batallones del 6.º de cazadores. No habían alcanzado aún el lugar donde estaba Bagration, pero ya se oían los pasos cadenciosos, pesados y fuertes de aquella masa de hombres. A la izquierda del flanco izquierdo, muy cerca de Bagration, pasó un jefe de compañía, hombre bien plantado, de rostro redondo y expresión estúpida y dichosa, el mismo que había salido precipitadamente de la chabola de oficiales. Era evidente que en aquel momento sólo pensaba en desfilar bravamente ante su jefe.

Con la satisfacción del buen militar desfiló marcialmente, moviendo las musculosas piernas como si nadase; se erguía sin esfuerzo alguno y esta ligereza lo distinguía del pesado paso de los soldados, que avanzaban tratando de ajustar su marcha a la del comandante. Llevaba pegado a la pierna el sable desenvainado (un pequeño sable curvo, que se parecía muy

poco a un arma) y mirando ya al jefe, ya a sus soldados, sin perder el paso, volvía con agilidad su vigoroso cuerpo, como concentrando todas las potencias de su alma para desfilar delante del general en jefe con la mayor marcialidad. Y sintiendo que lo hacía bien era feliz. "Un, dos…; un, dos…; un, dos…", parecía decirse a cada paso. Y al compás de esa cadencia, la masa de soldados, con el peso de las mochilas y los fusiles, avanzaba y al marcar el paso parecía repetirse mentalmente: "Un, dos…; un, dos…". Un comandante grueso pasó jadeando, sin acertar a marcar el paso y evitando cada matojo que encontraba en el camino; se adelantó corriendo un rezagado, respirando con fatiga y con el temor de la falta cometida dibujada en el semblante. Un proyectil de cañón, hendiendo el aire con su silbido, pasó por encima de la cabeza del príncipe Bagration y su séquito y, al compás, de "un, dos…; un, dos…", cayó sobre la columna. "¡Cerrad las filas!", gritó con voz animosa el comandante de la compañía. Los soldados siguieron adelante, procurando rodear el sitio donde había estallado el proyectil. Un suboficial condecorado con la cruz de San Jorge, que se había detenido en el sitio en que quedaron los muertos, se unió a la tropa, cambió el paso y cuando lo hubo hecho volvió la cabeza enfadado. "Un, dos…; un dos…", parecía oírse en aquel silencio amenazador sobre la cadencia de los pies que golpeaban rítmicamente la tierra.

—¡Bravo, muchachos!— exclamó el príncipe Bagration.

—¡A la…, oh, oh, oh, oh!…— gritaron en las filas. Un soldado de expresión sombría, que desfilaba a la izquierda, miró a Bagration como diciendo: "Ya lo sabemos". Otro, sin volverse, como por temor a perder el paso, también gritaba al pasar.

Se dio la orden de parar y quitarse las mochilas.

Bagration pasó revista a las filas y se apeó del caballo. Entregó las bridas a un cosaco, se quitó la capa, estiró las piernas y enderezó el gorro. La columna francesa, con sus oficiales al frente, se hizo visible al pie de la montaña.

—¡Con Dios!— gritó Bagration con voz resuelta y clara.

Por un instante se volvió hacia sus soldados, agitó levemente los brazos y con el paso torpe del jinete, aparentemente dificultoso, avanzó el primero

por el terreno desigual. El príncipe Andréi notó que una fuerza irresistible lo empujaba adelante y experimentaba una felicidad inmensa.

Los franceses estaban ya cerca. El príncipe Andréi, que avanzaba junto a Bagration, distinguía bien los correajes, las rojas charreteras y aun los rostros de los soldados. Vio claramente a un viejo oficial francés que con las piernas embutidas en sus polainas subía fatigosamente por la montaña agarrándose a las matas. El príncipe Bagration no daba nuevas órdenes y, silenciosamente, seguía avanzando al frente de sus hombres. Inesperadamente, en el campo francés sonó un tiro, seguido de otro y un tercero…; las desordenadas líneas del enemigo se cubrieron de humo y comenzaron las descargas de fusilería; cayeron algunos hombres, y entre ellos el oficial del rostro redondo que tan alegre y marcialmente desfilara. En el mismo momento en que sonó el primer disparo, Bagration se volvió a las tropas y gritó: “¡Hurra!”.

Un “¡hurra!” prolongado le respondió por todas las filas. Y dejando atrás al príncipe Bagration y adelantándose unos a otros, rota la formación, pero llenos de ánimo y de júbilo, los soldados rusos se lanzaron rápidos sobre los franceses, cuyas filas habían quedado descompuestas.

XIX

El ataque del 6º de cazadores aseguró la retirada del flanco derecho. En el centro, la acción de la olvidada batería de Tushin, que había conseguido incendiar la aldea de Schoengraben, detuvo el movimiento de las tropas francesas. Los franceses tuvieron que extinguir el incendio, propagado por el viento, y dieron así tiempo a organizar la retirada, realizada en el centro, a través del barranco, con precipitación y ruido, aunque las tropas se replegaban en buen orden; pero en el flanco izquierdo, constituido por los regimientos de infantería de Azov y Podolsk y por los de húsares de Pavlograd, las armas rusas habían sido atacadas y rebasadas por fuerzas francesas muy superiores, al mando de Lannes, y su situación era muy crítica. Bagration envió a Zherkov al general comandante del flanco izquierdo con la orden de retroceder inmediatamente.

Zherkov, sin separar la mano de la visera, espoleó animosamente el caballo y partió al galope. Mas, a poco de alejarse de Bagration, lo abandonaron las fuerzas, lo invadió un miedo invencible y le fue imposible avanzar hacia el peligro.

Al llegar a la altura de las tropas del flanco izquierdo no siguió hacia donde sonaba la fusilería, sino que se dedicó a buscar al general y a los mandos en sitios en que no podían encontrarse, y por eso no le fue posible comunicar la orden que llevaba.

El mando del ala izquierda correspondía por antigüedad al comandante del regimiento al que Kutúzov había revistado en Braunau y en el cual Dólojov servía como simple soldado, pero la punta extrema del ala izquierda había sido encomendada al jefe del regimiento de Pavlograd, donde servía Rostov, lo que originó un malentendido. Ambos jefes estaban

en extremo disgustados entre sí, y, mientras en el flanco derecho hacía tiempo que se combatía y los franceses habían empezado ya el ataque, perdían el tiempo en recriminaciones mutuas con el único fin de ofenderse recíprocamente. Tanto el regimiento de caballería como el de infantería estaban poco preparados para la acción. Todos, desde el soldado hasta el general, parecían muy ajenos a una batalla que no esperaban y se entretenían en asuntos bien pacíficos: los de caballería, en dar el pienso a las bestias, y los de infantería, en cortar leña.

—Es superior a mí en graduación— dijo, enrojeciendo, el coronel alemán de húsares al ayudante de campo que le enviaban. —Que haga lo que quiera pero yo no puedo sacrificar a mis húsares. ¡Corneta! ¡Toca a retirada!

Pero la cosa se iba poniendo seria. Las descargas de fusilería y los cañonazos se confundían atronando en la derecha y en el centro, y los capotes franceses de los tiradores de Lannes atravesaban ya el dique del molino y formaban a la otra parte, a dos tiros de fusil. El coronel de infantería, con paso nervioso, se acercó al caballo, montó y haciéndose de pronto muy alto se dirigió erguido hacia el comandante del regimiento de Pavlograd. Ambos jefes se encontraron y saludaron correctamente, disimulando su cólera.

—Coronel, se lo repito; no puedo dejar la mitad de mis hombres en el bosque— dijo el general. —Le *ruego*, le *ruego*— repitió —ocupar la *posición* y preparar el ataque.

—Y yo le ruego que no se meta en lo que no le importa— replicó el coronel, cada vez más acalorado. —Si fuese usted de caballería…

—No soy de caballería, coronel; pero soy un general ruso, para su conocimiento…

—Lo sé muy bien, Excelencia— gritó de pronto el coronel, con el rostro rojo como la grana, picando al caballo.

—Venga a las avanzadas y comprobará que esta línea no sirve de nada. Yo no haré destrozar mi regimiento para darle gusto.

—No sabe lo que dice, coronel. Yo no estoy aquí por mi gusto y no le permito que me diga eso.

El general aceptó la invitación del coronel para aquel torneo de valor; con el pecho erguido y el ceño fruncido fue con él a inspeccionar la línea, como si todas sus divergencias fuesen a desaparecer allá abajo, en las avanzadas, bajo el fuego de las descargas. Llegados a las avanzadas, varias balas silbaron sobre sus cabezas; los dos jefes se detuvieron en silencio. No había nada que mirar, porque desde el sitio donde estuvieron antes se advertía ya bien claramente que en aquel terreno, entre matorrales y barrancos, era imposible que pudiese maniobrar la caballería. Y que los franceses rebasaban el ala izquierda. El general y el coronel se miraron con aire grave y severo, como dos gallos que se preparan a la lucha, esperando en vano un indicio de cobardía del rival. Ambos salieron airosos de la prueba. Como no tenían nada que decirse y ni uno ni otro deseaba proporcionar al contrario un pretexto para decir que fue el primero en eludir las balas, habrían permanecido así largo tiempo, probándose mutuamente el valor, si en aquel instante, en el bosque, casi a sus espaldas, no hubieran sonado disparos de fusil y algunos gritos confusos. Los franceses habían atacado a los soldados que recogían leña. Los húsares ya no podían retroceder con la infantería. A la izquierda, la retirada estaba cortada por las avanzadas enemigas. Ahora, a pesar de las dificultades del terreno, había que atacar para abrirse paso.

El escuadrón de Rostov, que apenas había tenido tiempo para montar en los caballos, se vio detenido por el enemigo. De nuevo, como en el puente de Enns, no había nada entre el escuadrón y los franceses; nada excepto aquella terrible raya de lo desconocido y del miedo, semejante a la frontera que separa a los vivos de los muertos. Todos sentían esa raya y a todos inquietaba una misma pregunta: ¿podrán o no podrán pasarla, y cómo la pasarían?

El coronel se acercó a su tropa, respondió airado a las preguntas de los oficiales y, como un hombre que sigue aferrado a su idea, dio una orden. Nadie decía nada concreto, pero en el escuadrón se difundió el rumor de un ataque inminente. Se dio la orden de formar; después se oyó el ruido de los sables al ser desenvainados. Pero nadie se movía aún. Las tropas del flanco izquierdo, lo mismo la infantería que los húsares, se daban cuenta de que

los mismos jefes no sabían qué hacer y su indecisión acabó por contagiar a los subalternos.

"¡Cuanto antes, cuanto antes!", pensaba Rostov, sintiendo que, por fin, había llegado el instante de probar las gratas emociones del ataque, de las que tanto le habían hablado sus camaradas, los húsares.

—¡Muchachos! ¡Con la ayuda de Dios!…— resonó la voz de Denísov. —¡Al trote! ¡March!…

En la primera fila ondularon las grupas de los caballos. *Grachik* tiró de las riendas y él mismo se puso en marcha.

A la derecha, Rostov veía las primeras líneas de sus húsares y, un poco más adelante, una franja oscura que no podía definir bien, pero que le parecía ser el enemigo. Se oían disparos, pero a lo lejos.

—¡Trote largo!— ordenó la voz de mando. Rostov sintió que *Grachik* recogía las ancas y se lanzaba al galope.

Presentía los movimientos de su caballo y eso lo alegraba cada vez más. Advirtió por delante un árbol solitario. Primero, ese árbol le pareció puesto en medio de la raya que él creyera tan terrible. Y cuando la dejó atrás se dio cuenta de que no era nada terrible, sino que todo se hacía cada vez más alegre y animado. "¡Oh, cómo atacaré al primero que encuentre!", pensó Rostov, apretando la empuñadura del sable.

—¡Hu-rra-aa!— atronaron las voces.

"¡Bien! ¡Ahora que caiga bajo mis manos quien sea!", pensaba Rostov clavando las espuelas a *Grachik*, que, a todo galope, pasó a los demás. Delante ya se veía al enemigo. Inesperadamente, algo como una inmensa escoba azotó al escuadrón. Rostov levantó el sable, presto a herir, pero en ese momento el soldado Nikítenko, que galopaba delante, se separó de él y Rostov sintió, como en un sueño, que seguía corriendo con inusitada rapidez y, sin embargo, no se movía del lugar en que estaba. Un húsar conocido, Bandarchuk, se le vino encima y lo miró con enfado. El caballo de Bandarchuk se hizo a un lado y siguió adelante.

"Pero ¿qué me ocurre? ¿Por qué no avanzo? He debido caer… debo de estar muerto", se preguntó y respondió en un instante Rostov. Estaba solo en mitad del campo. En vez de caballos a la carrera y espaldas de los húsares, no veía en derredor más que la tierra inmóvil y los rastrojos.

Debajo de él brotaba una sangre tibia. “No, estoy herido y han matado a mi caballo.” *Grachik* intentó erguirse sobre las patas delanteras y volvió a caer, aprisionando la pierna del jinete. Fluía la sangre de su cabeza y la pobre bestia se debatía sin poderse levantar. También quiso ponerse en pie Rostov, pero volvió a caer; su bolsa de cuero quedó enganchada en la silla. No sabía dónde estaban los suyos, ni tampoco los franceses. Alrededor no había nadie.

Consiguió sacar la pierna y se levantó. “¿Por dónde queda ahora la raya que separaba tan claramente a los dos ejércitos?”, se preguntaba sin poder responderse. “Algo malo me ha sucedido… ¿Y qué debe hacerse en estos casos?”, se preguntó mientras se incorporaba; en ese momento advirtió que algo pesado le tiraba del brazo izquierdo: estaba insensible. Le parecía que no era suyo.

Lo examinó, pero no halló trazas de sangre. “¡Oh!, ahí viene alguien… Me ayudarán”, pensó con alivio, viendo que corrían hacia él varios hombres. Por delante iba un soldado uniformado con un extraño chacó y capote azul, de cara bronceada y nariz aguileña. Detrás lo seguían otros dos y después un grupo más numeroso. Uno de ellos habló en un lenguaje extraño, que no era ruso. Entre aquellos hombres, todos con el mismo chacó, iba un húsar ruso. Lo tenían sujeto por los brazos; detrás llevaban a su caballo.

“Sin duda es uno de los nuestros, prisionero… Sí… También a mí pueden apresarme. ¿Qué gente es ésa?”, pensaba Rostov sin dar crédito a lo que veía. Miraba a los franceses que se le acercaban, y a pesar de que unos segundos antes avanzaba para alcanzarlos y descargar su sable sobre ellos, su proximidad le parecía ahora algo tan terrible que no podía creer a sus ojos. “¿Quiénes son? ¿Por qué corren así? ¿Para matarme? *¿A mí*, a quien tanto quieren todos?” Recordó el cariño de su madre, de la familia, los amigos, y la intención de los enemigos, de matarlo, le pareció imposible. “¡Tal vez vengan para matarme!” Estuvo más de diez segundos inmóvil sin comprender las circunstancias en que se hallaba. El francés de la nariz aguileña, el primero del grupo, se encontraba ya tan próximo que era fácil ver la expresión de su rostro. Y ese rostro encendido, extraño, del hombre que con la bayoneta calada y conteniendo la respiración avanzaba sin

esfuerzo hacia él lo asustó. Sacó la pistola y en vez de disparar la tiró contra el francés y salió corriendo cuanto pudo hacia los matorrales. No corría ahora con aquel sentimiento de incertidumbre y deseos de lucha que experimentara en el puente de Enns, sino con el de la liebre acosada por los perros. Tan sólo el temor por su vida joven y feliz llenaba todo su ser; saltando aquí y allá entre los linderos con la rapidez con que corría cuando en su infancia jugaba al escondite, parecía volar sobre el campo, volviendo de vez en cuando su rostro pálido, bondadoso y juvenil; un escalofrío de terror le recorría el cuerpo. “Es mejor no volverse para mirar”, pensó. Pero al llegar junto a los arbustos se volvió una vez más. Los franceses habían quedado atrás y, precisamente en el momento en que Rostov miraba, el que conducía el grupo había pasado del trote al paso y se volvía para gritar unas palabras a otro que lo seguía. Rostov se detuvo. “No, no… es imposible que quieran matarme.” El brazo izquierdo seguía pesándole como si llevase suspendida una carga de treinta kilos. No podía ir más lejos. El francés se detuvo también y disparó. Rostov cerró los ojos y se agachó. Una bala y después otra pasaron por encima zumbando. Entonces, con un supremo esfuerzo, Rostov se sujetó el brazo izquierdo con la mano derecha y corrió hasta los arbustos. Entre los arbustos había un grupo de fusileros rusos.

XX

Los regimientos de infantería, sorprendidos por el enemigo, huían del bosque y las compañías, mezcladas unas con otras, retrocedían en gran desorden. Un soldado, presa de pánico, gritó una frase sin sentido, pero terrible en la guerra: “¡Estamos copados!”, y la frase, unida a un sentimiento de terror, corrió por toda la tropa.

—¡Estamos copados! ¡Nos han cortado la retirada! ¡Estamos perdidos! — gritaban los que huían.

Cuando el jefe del regimiento oyó aquellos gritos y los disparos de los fusiles, comprendió que algo terrible estaba ocurriendo en su regimiento; y la idea de que él, oficial modelo, con tantos años de servicio sin haberse hecho acreedor a reproche alguno pudiera ser culpable ante sus superiores de negligencia o falta de iniciativa lo abrumó de tal manera que, olvidando en aquel instante al indómito coronel de caballería y la prestancia que debe guardar un general, y olvidando por completo el peligro y el instinto de conservación, aguijoneó al caballo y galopó hacia sus hombres entre una lluvia de balas que pasaban sobre él, sin herirlo afortunadamente. Sólo deseaba una cosa: saber qué sucedía, ayudar a sus soldados y corregir a toda costa el error que habría podido cometer, para conservar su nombre de oficial modelo que servía en el ejército sin tacha desde hacía veintidós años.

Sorteando afortunadamente a los franceses, se acercó al campo, detrás del bosque por el que corrían los rusos, que, sin prestar oído a las voces de mando, descendían cuesta abajo. Había llegado ese minuto de vacilación moral que decide la suerte de una batalla. ¿Obedecería aquella muchedumbre de soldados desordenada la voz de su jefe o bien, volviéndose para mirarlo, huirían más lejos aún? A pesar de los

desesperados gritos del general, antes tan temibles para los soldados, a pesar de su rostro enrojecido, furioso, desencajado, y del modo como agitaba su sable, los soldados siguieron corriendo, gritando y disparando al aire, sin obedecer sus órdenes. Esa vacilación moral que decide la suerte de una batalla se inclinaba evidentemente en favor del miedo.

El general, ronco de tanto gritar y ahogado por el humo de la pólvora, se detuvo desesperado. Todo parecía perdido. Pero en aquel instante, los franceses que avanzaban sobre los rusos empezaron a retroceder sin causa aparente, y al poco tiempo desaparecían de los confines del bosque, dejando paso a los tiradores rusos. Era la compañía de Timojin que, sola en el bosque, había permanecido en orden y que, escondida en las quiebras detrás de los árboles, atacaba a los franceses de manera absolutamente imprevista.

Timojin se lanzó sobre el enemigo con gritos tan salvajes y con tan loca audacia, armado solamente de su sable, que los franceses, antes de poder recobrarse, arrojaron sus armas y se dieron a la fuga. Dólojov, que corría junto a Timojin, mató a un francés y agarró por el cuello a un oficial que se rendía. Volvieron los fugitivos, se reorganizaron los batallones, y los franceses, que habían dividido en dos sus tropas del ala izquierda, quedaron de momento rechazados. Las reservas consiguieron reunirse y los fugitivos se detuvieron. El jefe del regimiento estaba junto al puente con el comandante Ekonómov observando el paso de las compañías en retirada, cuando se le acercó un soldado, tiró del estribo de su caballo y casi se recostó en él. El soldado, con la cabeza vendada, llevaba un capote de paño azul, pero no tenía ni chacó ni mochila; cruzándole el pecho, le colgaba una cartuchera francesa; de la misma procedencia era la espada de oficial que empuñaba. El soldado estaba muy pálido, sus ojos azules miraban atrevidos al jefe mientras sus labios sonreían. Aunque el comandante del regimiento estaba ocupado en dar órdenes, no pudo por menos de fijarse en aquel soldado.

—Excelencia, dos trofeos— dijo Dólojov, mostrando la espada francesa y la cartuchera. —Hice prisionero a un oficial y detuve a la compañía.

Dólojov respiraba con fatiga; sus frases salían entrecortadas.

—Toda la compañía puede atestiguarlo. ¡Le ruego que lo tenga presente, Excelencia!

—Bien, bien— dijo el jefe del regimiento; y se volvió al comandante Ekonómov.

Pero Dólojov no se alejaba. Se quitó el pañuelo que llevaba en la cabeza y mostró la sangre reseca en los cabellos.

—Es una herida de bayoneta. Pero he permanecido en filas… Recuérdelo, Excelencia.

Quedó olvidada la batería de Tushin, y sólo hacia el final de la batalla, como seguían oyéndose los cañonazos en el centro, el príncipe Bagration envió al oficial de Estado Mayor de servicio y luego al príncipe Andréi para ordenar que retiraran la batería lo antes posible. Los soldados que cubrían los cañones de Tushin habían sido retirados en plena batalla. Pero la batería seguía disparando y no había caído en manos de los franceses porque el enemigo no podía imaginarse que cuatro cañones, sin defensa alguna, tuvieran la audacia de disparar. Por el contrario, a juzgar por el enérgico fuego de aquella batería, el enemigo supuso que allí, en el centro, se habían concentrado las principales fuerzas de los rusos; por dos veces trató de conquistar aquel punto y las dos fue rechazado por la metralla de los cuatro cañones, solitarios en el lugar.

Poco después de la marcha de Bagration, Tushin consiguió incendiar Schoengraben.

—¡Vaya! ¡Cómo se mueven! ¡Qué humo! ¡Bravo! ¡Están ardiendo! ¡Cuánto humo, cuánto humo!— comentaban animadamente los artilleros.

Todos los cañones, sin esperar órdenes, disparaban hacia el lugar del incendio. Los soldados de la batería gritaban a cada disparo: “¡Bravo! ¡Así, así! ¡Más cerca!… ¡Eso es! ¡Estupendo!”. El incendio, atizado por el viento, se extendía rápidamente. Las columnas francesas, que habían salido de la aldea, retrocedieron; pero, como para vengarse del revés, el enemigo colocó diez cañones a la derecha del villorrio y empezó a disparar sobre la batería de Tushin.

A causa del júbilo infantil que despertaba en ellos la vista del incendio y el entusiasmo por el éxito contra los franceses, los artilleros rusos no se dieron cuenta de la batería emplazada por el enemigo hasta que dos

proyectiles, y a continuación otros cuatro, cayeron entre los cañones de Tushin, matando a dos caballos y dejando sin una pierna a uno de los sirvientes. El entusiasmo, una vez desatado, no se debilitó por eso, cambió tan sólo de carácter. Los caballos muertos fueron sustituidos por otros del tiro de reserva, se retiró a los heridos y Tushin volvió sus cuatro cañones contra los diez de la batería francesa. Un oficial, camarada de Tushin, cayó muerto al comienzo de la batalla, diecisiete de los cuarenta servidores de la batería fueron dados de baja, pero los artilleros seguían animados y contentos. Por dos veces observaron que abajo, no lejos de ellos, aparecían franceses y disparaban metralla sobre ellos.

El pequeño oficial de movimientos inciertos y torpes se volvía sin cesar a su asistente, pidiendo *otra pipa en recompensa* y, dispersando en el aire el fuego, corría hacia adelante para observar a los franceses, haciendo pantalla con su pequeña mano.

—¡Duro con ellos, muchachos!— gritaba, y él mismo ayudaba a colocar en posición las piezas, empujando las ruedas y desenroscando los tornillos.

Rodeado de humo, ensordecido por los continuos disparos, que lo estremecían cada vez, Tushin, sin abandonar su pipa, corría de un cañón a otro, ya apuntando, ya contando las cargas, ya dando orden de sustituir los caballos muertos o heridos; daba siempre las órdenes con su voz fina, suave e indecisa. Su rostro se animaba cada vez más. Solamente cuando alguno de sus hombres era muerto o herido fruncía el ceño y, apartándose del caído, gritaba enfadado a los soldados, que, como siempre, no se daban prisa en retirarlo. Los soldados, en su mayoría buenos mozos (y, como suele ocurrir entre los artilleros, anchos de hombros y dos palmos más altos que su jefe), lo miraban como niños en una situación embarazosa, y la expresión del rostro de Tushin se reflejaba siempre en los suyos.

El terrible ruido, los gritos y la necesidad de estar siempre atento y activo hacían que Tushin no experimentara el menor miedo; ni siquiera pensaba que pudieran matarlo o herirlo; por el contrario, se sentía cada vez más contento. Le parecía que había pasado mucho tiempo desde que viera al enemigo e hiciera el primer disparo, y que aquel pequeño trocito de tierra en que se hallaba le era muy conocido y familiar. Aunque lo recordase y lo

calculase todo e hiciese cuanto pudiera haber hecho en su lugar el mejor oficial, se hallaba en un estado semejante al delirio febril o a la embriaguez.

El ruido ensordecedor de los propios cañones y el zumbido y las explosiones de los proyectiles enemigos, la vista de aquellos hombres sudorosos, enrojecidos, que se movían presurosos junto a las piezas, la vista de la sangre de los hombres y de los caballos y los humos que surgían en la batería enemiga (tras los cuales llegaba el proyectil que caía en la tierra, en los hombres, cañones o caballos), todas estas cosas diversas y terribles hicieron nacer en su mente un mundo fabuloso que le proporcionaba indudable placer en aquellos instantes. En su imaginación los cañones del enemigo no eran cañones, sino pipas, de las que un invisible fumador hacía surgir espirales de humo.

—¡Vuelve a fumar!— se decía Tushin en voz baja, mientras de la montaña salía una bocanada de humo arrastrada por el viento hacia la izquierda. —Ahora a esperar la pelotita para devolvérsela.

—¿Ordena algo, Excelencia?— preguntó el suboficial que estaba cerca de él y lo oyó murmurar entre dientes.

—Nada, una granada…— respondió.

"Bien, querida Matvéievna", se decía. En su imaginación "Matvéievna" era el gran cañón antiguo emplazado en un extremo. Los franceses, allá junto a su batería, le parecían hormigas. Un artillero, apuesto y borracho, el número uno del segundo cañón, era en su fantasía el *tío*; Tushin lo miraba con más frecuencia que a los demás y cada uno de sus movimientos lo alegraba. El ruido de la fusilería al pie de la montaña, unas veces débil y otras intenso, le parecía el ritmo de una respiración. Con atención concentrada seguía las pausas sucesivas de aquellos sonidos.

"Ya respira de nuevo, respira", decía para sí.

Se veía a sí mismo como un gigante que con las dos manos lanzaba sus proyectiles sobre el enemigo.

—¡Ea, Matvéievna, madrecita, no nos dejes mal!— decía alejándose del cañón, cuando sobre su cabeza oyó una voz ajena, desconocida.

—¡Capitán Tushin! ¡Capitán!

Tushin se volvió asustado. Era aquel oficial de Estado Mayor que lo había arrojado de la cantina de Grunt. Le estaba gritando con voz sofocada:

—¿Se ha vuelto loco? Dos veces se le ha ordenado que se retire y usted…

“¿Qué les habré hecho yo?”, pensó Tushin, mirando temeroso al oficial.

—Yo… no…— dijo en voz alta, llevándose dos dedos a la visera. —Yo…

Pero el coronel no pudo terminar su frase. Un proyectil caído en las cercanías lo obligó a inclinarse sobre su caballo. Calló y, cuando quiso hablar de nuevo, otra explosión lo detuvo. Volvió grupas y se alejó al galope.

—¡Que se retiren! ¡Que se replieguen todos!— gritó desde lejos.

Los soldados se echaron a reír. Poco después llegaba un ayudante de campo con la misma orden.

Era el príncipe Andréi. Lo primero que vio al llegar al sitio ocupado por los cañones de Tushin fue un caballo desenganchado con una pata rota, que relinchaba lastimosamente junto a los tiros de las piezas. La sangre le manaba como de una fuente. En medio de los avantrenes yacían varios cadáveres. Mientras se acercaba, varios proyectiles le pasaron por encima; un estremecimiento nervioso recorrió su espalda. Pero tan sólo pensar que podía sentir miedo lo reanimó en seguida. “No puedo tener miedo”, pensó; y echó pie a tierra sin prisas, entre los cañones.

Dio la orden y no abandonó la batería. Había decidido que retiraran los cañones en su presencia. Junto con Tushin, caminando entre los cadáveres y bajo el fuego terrible de los franceses, se ocupaba en disponer las piezas para la retirada.

—Usted no es como el de antes; ha venido un coronel y se ha vuelto más que de prisa— dijo el suboficial al príncipe Andréi. —No es como su Excelencia.

El príncipe Andréi no hablaba con Tushin. Tan ocupados estaban ambos que, al parecer, ni se habían visto. Después de haber engoznado los dos cañones intactos sobre sus avantrenes, emprendieron el descenso (abandonando las otras dos piezas, ya inservibles). Entonces Bolkonski se acercó a Tushin.

—Bueno, hasta la vista— dijo tendiendo la mano al artillero.

—Hasta la vista, querido— respondió Tushin. —¡Adiós, mi buen amigo!— repitió y, sin saber por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas.

XXI

El viento se había calmado. Las nubes negras y bajas, inmovilizadas sobre el campo de batalla, se confundían en el horizonte con el humo de la pólvora. Oscurecía, haciéndose más visibles los resplandores de dos incendios. Disminuía el cañoneo, pero seguía la intensidad de la fusilería, detrás y a la derecha, cada vez más nutrida y próxima. Cuando Tushin, que no cesaba de alcanzar y adelantar a grupos de heridos, hubo salido de la zona de fuego y llegó con sus cañones al pie del barranco, se encontró con los jefes y ayudantes de campo, entre los que estaban el oficial de Estado Mayor y Zherkov, enviado por dos veces a la batería de Tushin, sin haber llegado una sola. Todos, interrumpiéndose los unos a los otros, le transmitieron órdenes sobre lo que había que hacer y adonde dirigirse, haciéndole observaciones y reproches; Tushin se limitó a guardar silencio, porque cada vez que intentaba hablar, sin saber por qué, se le saltaban las lágrimas. Así, callado, siguió adelante en su caballejo. Aunque había orden de abandonar a los heridos, muchos seguían a la tropa y pedían que se los dejara montar sobre los cañones. El apuesto oficial de infantería que antes de la batalla había salido corriendo de la chabola de Tushin yacía con una bala en el vientre, sobre el afuste de "Matvéievna". En el descenso, un cadete de húsares, muy pálido, sujetándose una mano con la otra, se acercó a Tushin y le rogó que lo dejara sentarse.

—Capitán, por amor de Dios, tengo una contusión en el brazo— dijo tímidamente. —No puedo andar… ¡Por Dios!

Era evidente que había pedido ya más de una vez permiso para acomodarse en cualquier sitio y se lo habían negado. Siguió pidiendo con voz tímida y vacilante:

—¡Ordene que me permitan subir, por Dios!

—Dejadlo subir, dejadlo— ordenó Tushin. —Extiende un capote, tío— dijo a su soldado favorito. —¿Dónde está el oficial herido?

—Lo hemos retirado. Estaba muerto— respondió alguien.

—Dejad que se siente… Siéntate, amigo, siéntate. Extiende el capote, Antónov.

El cadete era Rostov. Con una mano se sujetaba la otra. Estaba muy pálido y un temblor febril le agitaba la mandíbula inferior. Lo sentaron sobre "Matvéievna", el mismo cañón del que retiraran al oficial muerto. En el capote que tendieron había sangre, que manchó el pantalón y las manos de Rostov.

—¿Estás herido, amigo?— preguntó Tushin, acercándose al cañón en que estaba sentado Rostov.

—Es sólo una contusión.

—Entonces ¿de dónde es la sangre de los pantalones?

—Es del oficial, Excelencia— respondió un artillero, limpiando la sangre con su manga, como excusándose de la falta de limpieza del cañón.

Con grandes dificultades, y gracias a la ayuda de la infantería, habían conseguido subir cuesta arriba con los cañones, y cuando llegaron a la aldea de Guntersdorf se detuvieron. Había tanta oscuridad que era imposible distinguir a diez pasos los uniformes de los soldados. El tiroteo empezaba a decrecer. De pronto, muy cerca, hacia la derecha, sonaron de nuevo gritos y disparos. En la oscuridad resplandían los fogonazos. Era el último ataque de los franceses, al que respondían los soldados alojados en casas del villorrio. Todos abandonaron la aldea, pero los cañones de Tushin no podían moverse y los artilleros, su capitán y el cadete de húsares se miraban en silencio, en espera de su destino. El tiroteo disminuyó; de una calle próxima llegó la animada conversación de unos soldados.

—¿Estás entero, Petrov?— preguntaba uno.

—Buena les hemos dado, hermano. Ahora ya no volverán más— respondía otro.

—¡No se ve nada! ¡Cómo se han frito entre ellos! ¡Vaya oscuridad, hermanos! ¿Hay algo para beber?

Los franceses habían sido rechazados por última vez. De nuevo, en la oscuridad más absoluta, los cañones de Tushin, encuadrados por el confuso clamor de la infantería, se pusieron en marcha.

Diríase que fluía, en medio de la oscuridad, un río invisible, lóbrego, en una sola dirección entre murmullos, voces y ruidos de cascos y ruedas. Entre la barahúnda general, lo que sonaba más fuerte y claro eran los gemidos y las voces de los heridos: parecían llenar la oscuridad que rodeaba el ejército. Los gemidos y la oscuridad de la noche eran una sola y misma cosa. Poco después se produjo cierta agitación entre la muchedumbre: alguien pasó sobre un caballo blanco, seguido de su séquito, y dijo algo al pasar.

—¿Qué dijo? ¿Adónde ahora? ¿Hay que parar? ¿Dio las gracias o qué? — fueron muchas las preguntas ansiosas que se hacían desde todas partes y la masa humana en movimiento empezó a presionar sobre sí misma (los que iban a la cabeza, al parecer, se habían detenido) y se expandió el rumor de que habían dado la orden de parar. Todos se detuvieron de inmediato en medio de un sucio camino.

Se encendieron hogueras y la conversación se hizo más perceptible. El capitán Tushin dio sus órdenes a la compañía y mandó que buscasen un puesto de socorro o un médico para atender al cadete; después se sentó junto al fuego preparado en el camino por los soldados. También Rostov se acercó como pudo a la hoguera. Todo su cuerpo se estremecía con temblor febril por el dolor, el frío y la humedad. El deseo de dormir era irresistible, pero el tormento de aquel brazo dolorido que no sabía dónde poner le impedía hacerlo. Ya cerraba los ojos, ya miraba fijamente a las llamas rojizas y cálidas, ya a la figura encorvada y débil de Tushin, sentado a la turca, a su lado. Los grandes, inteligentes y bondadosos ojos de Tushin fijaban en él una mirada compasiva y cariñosa. Se daba cuenta de que Tushin quería ayudarlo de todo corazón, pero no tenía medios para hacerlo.

Desde todas partes llegaba rumor de pasos y voces de soldados que pasaban bien a pie, bien a caballo y se instalaban en los alrededores. El resonar de esos pasos y voces, el chapoteo de los caballos en el fango, el crepitar lejano y próximo de la leña en las hogueras se fundían en un solo ruido confuso y vacilante.

Ya no era como antes un río invisible en las tinieblas, sino un tenebroso mar que se acomoda todavía estremecido después de la tormenta. Rostov miraba y escuchaba todo cuanto pasaba ante él y a su alrededor, sin entenderlo. Un soldado de infantería se acercó a la hoguera, se sentó en cuclillas, acercó las manos al fuego y miró a Tushin.

—¿Me permite, Excelencia?— preguntó. —He perdido mi compañía; ni sé dónde me encuentro. ¡Qué calamidad!

Con el soldado se había acercado un oficial de infantería, que llevaba una mejilla vendada, y, dirigiéndose a Tushin, le pidió que hiciera mover un poco los cañones para dejar paso a un carro. Tras el jefe de la compañía llegaron dos soldados. Se insultaban ferozmente y reñían tratando de arrebatarse uno al otro una bota.

—¡Sí, di que la has cogido tú, bribón!— gritaba uno con voz ronca.

Después llegó un soldado pálido y flaco que llevaba el cuello vendado con un trapo manchado de sangre y con voz irritada exigió agua a los artilleros.

—¿Acaso tengo que morir como un perro?— dijo.

Tushin mandó que le trajeran agua. Más tarde se aproximó un soldado de buen humor, pidiendo fuego para los de infantería.

—¡Un poco de fuego calentito para la infantería! ¡Que os vaya bien, paisanos! Gracias por la lumbre, os la devolveremos con réditos— dijo llevándose en la oscuridad un tizón encendido.

Cuatro soldados que llevaban un objeto muy pesado pasaron junto a la hoguera. Uno de ellos tropezó.

—¡Esos demonios han dejado leños en medio del camino!— gruñó.

—¿Para qué lo lleváis si está muerto?— preguntó alguien.

—¡Mal rayo os parta!— y en seguida desaparecieron en la oscuridad.

Tushin preguntó en voz baja a Rostov:

—¿Le duele?

—Sí, duele.

—Excelencia, lo llama el general— dijo un artillero acercándose a Tushin. —Está aquí, en la isba.

—En seguida voy.

Tushin se puso en pie y se alejó de la hoguera, abrochándose de paso el capote.

No lejos de la hoguera de los artilleros, en la isba preparada para él, el príncipe Bagration estaba sentado ante una mesa dispuesta para la cena, de charla con algunos jefes de unidad reunidos con él. Allí estaba el viejecillo de los ojos medio cerrados, que roía ávidamente un hueso de cordero; el general de los veintidós años de intachable servicio, rojo ahora por el vodka y la cena; el oficial de Estado Mayor con su vistoso anillo; Zherkov, que miraba inquieto a todos, y el príncipe Andréi, pálido, con los labios apretados y los ojos que relucían con brillo febril.

En un ángulo de la isba había una bandera tomada a los franceses; el auditor civil de rostro ingenuo palpaba la tela de la bandera y sacudía su cabeza con asombro, tal vez porque le interesaba verdaderamente el paño o porque le resultaba penoso, con el hambre que sentía, asistir a una comida en la que no tomaba parte por falta de cubierto. Un coronel francés hecho prisionero por los dragones estaba instalado en una isba próxima. Los oficiales se agolpaban para verlo. El príncipe Bagration dio las gracias a algunos jefes, pidió detalles de la batalla y de las pérdidas sufridas. El comandante del regimiento presentado en Braunau informaba al príncipe de que al iniciarse la acción se retiró del bosque, reunió a los soldados que cortaban leña, dejó pasar a los franceses y los atacó con dos batallones con la bayoneta calada haciéndolos huir.

—Cuando me di cuenta, Excelencia, de que el primer batallón estaba desbaratado, me detuve en el camino y pensé: “Dejaré que pasen éstos y recibiré al enemigo con fuego graneado”. Y así lo hice.

Había deseado tanto el comandante del regimiento llevar a cabo aquel movimiento de tropas y lamentaba tanto no haberlo podido realizar que acabó por convencerse de que las cosas habían sucedido como él pensaba; tal vez había ocurrido así. ¿Acaso podía discernirse, en semejante confusión y desorden, lo que se había hecho y lo que no se hizo?

—También debo exponer a su Excelencia— prosiguió recordando la conversación entre Dólojov y Kutúzov, y su postrer encuentro con el degradado —que el soldado degradado Dólojov, ante mis propios ojos, capturó a un oficial francés y se ha distinguido particularmente.

—Precisamente en ese momento, Excelencia, vi el ataque del regimiento de Pavlograd— intervino Zherkov, mirando en derredor con inquietud; aquel día no había visto en absoluto a los húsares y no tenía de ellos más noticias que las oídas a un oficial de infantería. —Arrollaron dos cuadros, Excelencia.

Algunos sonrieron a las palabras de Zherkov, pensando que, como siempre, se trataba de una broma. Pero advirtiendo que su relato contribuía a la gloria de las Armas rusas y de aquella jornada, adquirieron de nuevo una expresión grave, aun cuando muchos sabían muy bien que la afirmación de Zherkov era una mentira sin fundamento alguno. El príncipe Bagration se volvió al anciano coronel.

—Les doy las gracias a todos, señores. Todas las Armas, la infantería, la caballería y la artillería, se han portado heroicamente. Pero ¿por qué han quedado abandonados dos cañones en el centro?— preguntó, buscando a alguien con los ojos. (El príncipe Bagration no se refería a los cañones del flanco izquierdo, puesto que sabía que, allí, al comienzo mismo de la acción, fueron abandonados todos los cañones.) —Creo recordar que le pedí averiguarlo— dijo al oficial de Estado Mayor de servicio.

—Uno quedó destrozado— repuso el oficial de servicio; —el otro, no lo comprendo; yo mismo estuve allí casi todo el tiempo y di las órdenes… acababa de irme… La verdad es que la cosa estaba fea— concluyó con modestia.

Alguien dijo que el capitán Tushin se encontraba allí mismo, en la aldea, y que habían enviado a buscarlo.

—Por cierto que usted también estuvo— dijo el príncipe Bagration a Bolkonski.

—Sí. No coincidimos por muy poco— contestó el oficial de servicio, sonriendo amablemente al príncipe Andréi.

—No tuve el placer de verlo— contestó fría y secamente el príncipe Andréi.

Todos guardaron silencio. En el umbral apareció Tushin abriéndose paso tímidamente tras las espaldas de los generales en la estrecha isba. Confuso, como siempre que se hallaba delante de sus jefes, Tushin no reparó en el asta de la bandera y tropezó con ella.

Algunos rieron.

—¿Por qué se ha abandonado un cañón? —preguntó Bagration frunciendo el ceño, no tanto contra el capitán como contra los que se reían, entre los que sobresalía Zherkov.

Ahora, ante su temible superior, Tushin pensó por primera vez en todo el horror de su falta y en la vergüenza de perder dos cañones estando él con vida. Tantas habían sido sus emociones que hasta aquel instante no tuvo tiempo de pensar en ello. Las risas de los oficiales lo turbaron más aún. Se mantenía firme delante de Bagration, y la mandíbula inferior le temblaba. Apenas pudo decir:

—No sé… Excelencia… No tenía bastantes hombres, Excelencia.

—Podía haberlos tomado de las tropas de protección.

Tushin no dijo que no había tropas de protección, por más que ésa fuera la verdad. Creía que, diciendo eso, iba a *comprometer* a algún otro jefe y, en silencio, con los ojos fijos, miraba a Bagration como mira el alumno a los ojos de su profesor cuando no sabe qué responder.

Aquel silencio se prolongó bastante. El príncipe Bagration, que, evidentemente, no quería mostrarse severo, no sabía qué decir y los demás no se atrevían a intervenir en la conversación. El príncipe Andréi miraba a Tushin de reojo y movía nervioso los dedos.

—Excelencia —rompió Bolkonski el silencio con su voz cortante—, usted se dignó enviarme a la batería del capitán Tushin; fui, en efecto, y encontré muertos a dos tercios de los hombres y de los caballos, dos cañones deshechos y ninguna tropa de protección.

El príncipe Bagration y Tushin miraban ahora con idéntica fijeza a Bolkonski, que hablaba con mesura y emoción.

—Y si me permite, Excelencia, una opinión— prosiguió, —diré que el éxito de esta jornada lo debemos en gran parte a esa batería y a la firmeza heroica del capitán Tushin y de su compañía.

Sin esperar respuesta, el príncipe Andréi se alzó y se apartó de la mesa. El príncipe Bagration miró a Tushin. Era claro que no quería dudar de la firme opinión de Bolkonski y que, a la vez, le era difícil darle absoluta fe. Inclinó la cabeza y dijo a Tushin que podía retirarse.

El príncipe Andréi salió detrás del capitán.

—¡Oh, amigo! ¡Gracias! ¡Me ha sacado de un apuro!— le dijo Tushin.

Bolkonski lo miró y se alejó sin responder nada; estaba triste, apesadumbrado. Todo lo que sucedía era tan extraño, tan distinto de cuanto él había esperado.

“¿Quiénes son? ¿Qué hacen aquí? ¿Qué necesitan? ¿Cuándo terminará todo esto?”, pensaba Rostov mirando a las sombras que se agitaban delante de él. El dolor en el brazo se hacía cada vez más agudo. El sueño lo dominaba; círculos rojos danzaban ante sus ojos; la impresión de las voces y las caras y el sentimiento de soledad se confundían con la sensación de dolor; eran ellos, esos soldados heridos y no heridos, los que le apretaban y retorcían los nervios, los que quemaban la carne de su brazo roto y del hombro. Para librarse de ellos cerró los ojos.

Logró dormirse un instante, pero en esos cortos minutos de modorra vio en sueños multitud de imágenes distintas: vio a su madre, con su larga mano blanca, los delgados hombros de Sonia, los ojos y la risa de Natasha; vio a Denísov, con su vozarrón y sus bigotes, vio a Telianin y su historia con él y Bogdánich. Toda esa historia se fundía con el soldado de la voz brusca y tanto aquélla como el soldado sujetaban constantemente su brazo causándole un dolor agudo, lo presionaban y tiraban de él siempre en la misma dirección. Intentaba separarse de ellos, pero ni por un instante conseguía que abandonaran su brazo y su hombro. No habría sufrido tanto, estaría bien, si no tirasen así de él; pero le era imposible librarse de ellos.

Abrió los ojos y miró a lo alto. El negro velo de la noche bajaba casi hasta las mismas brasas de la hoguera. Iluminada por el fuego, la nieve caía en polvo menudo. Tushin no había vuelto aún. El médico tampoco aparecía.

Estaba solo. Frente a él, un soldado totalmente desnudo calentaba junto a la hoguera su cuerpo delgado y amarillento.

“A nadie hago falta —pensó Rostov—. Nadie viene a socorrerme ni a consolarme. ¡Y en mi casa vivía amado de todos, fuerte, alegre y amado!” Suspiró, y con el suspiro salió de sus labios un involuntario gemido.

—¿Le duele algo?— preguntó el soldado, sacudiendo la camisa encima del fuego, y sin esperar respuesta, carraspeó y añadió: —¡Cuántos han caído

hoy! ¡Un espanto!

Rostov no escuchaba las palabras del soldado. Miraba a la nieve que aleteaba sobre el fuego y se acordó del invierno ruso, de su casa tibia y luminosa, de su abrigo de pieles, los trineos veloces, su cuerpo vigoroso, todo el amor y los cuidados de la familia. “¿Para qué habré venido aquí?”, se preguntó.

Al día siguiente los franceses no renovaron el ataque y el resto del destacamento de Bagration pudo incorporarse al ejército de Kutúzov.

Tercera parte

I

El príncipe Vasili no meditaba sus planes. Y menos aún pensaba en hacer daño a otros para conseguir alguna ventaja. Era, ni más ni menos, un hombre de la alta sociedad que, habiendo tenido siempre éxito en el mundo, estaba acostumbrado a obtenerlo. Según las circunstancias y sus relaciones con los demás, combinaba diversos planes y cálculos de los que ni él mismo tenía exacta conciencia, aunque constituían todo el interés de su vida. No se trataba de un plan ni de dos, sino de decenas de ellos; alguno no hacía más que esbozarse en su mente, otros adquirían realidad y los demás se anulaban. Por ejemplo, el príncipe Vasili nunca se decía: "Tal personaje tiene ahora gran influencia; debo conquistar su amistad y confianza para conseguir, gracias a él, una ayuda financiera". Ni tampoco pensaba: "Pierre es rico, debo atraérmelo, casarlo con mi hija y conseguir ese préstamo de cuarenta mil rublos que necesito". Mas si tropezaba con el personaje influyente, su instinto certero le sugería en seguida que esa persona podía serle útil, y el príncipe Vasili se hacía amigo del individuo en cuestión y en la primera ocasión propicia, instintivamente, sin preparación alguna, lo adulaba, lo trataba con familiaridad y le hablaba de lo que era preciso.

A Pierre, en Moscú, lo tenía a mano, y encontró la manera de hacerlo nombrar gentilhombre de cámara, lo que entonces equivalía al rango de consejero de Estado, y lo instó para que se trasladara con él a San Petersburgo y se alojase en su casa. Como si no pensase en ello, pero con absoluta seguridad de que era preciso, el príncipe Vasili hacía lo necesario para casar a Pierre con su hija. Si el príncipe Vasili hubiera preparado con anterioridad sus planes, no habría podido manifestarse de aquella manera tan simple y familiar en todas sus relaciones con las personas situadas por

encima o por debajo de él. Algo lo atraía siempre hacia el más fuerte y el más rico, y poseía la rara habilidad de escoger el instante oportuno para sacar partido de todos.

Pierre, convertido inesperadamente en un hombre riquísimo y en conde tras la soledad y despreocupación de poco antes, se veía ahora hasta tal punto ocupado y rodeado de gente que tan sólo en el lecho podía quedarse solo consigo mismo. Tenía que firmar documentos relacionados con oficinas públicas de cuya significación no tenía clara idea, preguntar sobre una u otra cosa a su primer intendente, visitar sus posesiones en las cercanías de Moscú y recibir a un sinfín de personas que poco antes no querían saber siquiera de su existencia y ahora se darían por ofendidas y disgustadas si el nuevo millonario no las recibiera. Eran gentes muy diversas: hombres de negocios, parientes, conocidos; todos igualmente cariñosos y bien dispuestos hacia el joven heredero. Todos, eso era evidente e indiscutible, se mostraban convencidos de las grandes cualidades de Pierre. No cesaba de oír frases como: "por su extremada bondad", "con su excelente corazón", "es usted tan recto, señor conde…", "si él fuera tan inteligente como usted", etcétera; de manera que empezaba a creer sinceramente en su extraordinaria bondad y en su extraordinaria inteligencia, tanto más porque siempre, en lo íntimo de su corazón, le parecía que era, en efecto, muy bondadoso y muy inteligente. Hasta personas antes maliciosas y hostiles eran ahora con él dulces y afectuosas. La mayor de las princesas, tan seria siempre con su largo talle y sus lisos cabellos de muñeca, entró en la habitación de Pierre después de los funerales del viejo conde. Con los ojos bajos y ruborizándose a cada instante, le dijo que le dolía mucho el equívoco habido entre ellos, y que no se sentía con derecho a pedir nada, excepto el permiso (tras la desventura de aquella muerte) a permanecer algunas semanas en una casa que tanto amaba y donde tantos sacrificios había hecho. Al decir esto no pudo dominarse y se echó a llorar. Conmovido por semejante evolución en aquella mujer, fría como una estatua, Pierre le tomó la mano y le pidió perdón, sin saber qué había de perdonarle. Desde aquel día, la mayor de las princesas comenzó a tejer una bufanda de lana a rayas para Pierre y cambió por completo su conducta hacia él.

—Hazlo por ella, mon cher. ¡Ha sufrido tanto por tu difunto padre!— le dijo el príncipe Vasili presentándole un documento a favor de la princesa para que lo firmara.

El príncipe Vasili había creído conveniente y necesario arrojar aquel hueso a la princesa (una orden de pago de treinta mil rublos) para que no se le ocurriera sacar a cuento su participación en el caso de la cartera de cuero repujado. Pierre firmó, y desde entonces la princesa le mostró aún más cariño. También las otras hermanas le mostraban mayor afecto, especialmente la más joven y bonita, la del lunar. Con frecuencia ponía a Pierre en situaciones embarazosas con sus risas y su turbación cuando lo veía.

Le parecía tan natural a Pierre que todos lo amasen y tan antinatural que alguien no lo quisiese que no podía dudar de la sinceridad de las personas que lo rodeaban. Por otra parte, no le quedaba tiempo para preguntarse si aquellas gentes eran sinceras o hipócritas; nunca tenía tiempo de nada, no podía salir de aquel estado de embriaguez, alegre y apacible. Se veía como centro de un movimiento general e importante; tenía conciencia de que siempre se esperaba algo de él y que, de no hacer ciertas cosas, habría disgustado a muchos, los privaría de lo que esperaban, mientras que todo marcharía bien si las hacía.

Y así cumplía cuanto de él solicitaban, por más que lo bueno que de él se esperaba siempre quedara por llegar.

Quien al principio se ocupó más de los asuntos de Pierre y de él mismo fue el príncipe Vasili. Desde la muerte del conde Bezújov podía decirse que no había dejado de su mano al joven. El príncipe Vasili tenía la apariencia de un hombre abrumado de trabajo, cansado y rendido, pero que, por compasión, no podía abandonar a las veleidades del destino y a las influencias de los bribones a aquel joven indefenso hijo de su, *après tout*, amigo, y dueño de una inmensa fortuna. Durante los pocos días que permaneció en Moscú después de la muerte del conde Bezújov no cesaba de llamar a Pierre o iba él mismo a su casa y le indicaba cuanto debía hacer, siempre con ese tono cansado y seguro que a cada paso parecía decir: *“Vous savez que je suis accablé d’affaires et que ce n’est que par pure charité que*

je m'occupe de vous, et puis vous savez bien que ce que je vous propose est la seule chose faisable".[189]

—Bueno, amigo mío, por fin nos vamos mañana— le dijo una vez, cerrando los ojos y tamborileando con sus dedos en el brazo de Pierre, utilizando un tono como si aquello estaba convenido entre los dos desde hacía mucho, mucho tiempo y no podía suceder de otro modo. —Mañana nos vamos, te dejo sitio en mi coche. Estoy muy contento. Aquí lo principal ya está hecho; y yo debería haber vuelto hace tiempo. Mira lo que he recibido del canciller… Le hablé de ti, te han agregado al cuerpo diplomático y has sido nombrado gentilhombre de cámara: ahora se te abre la carrera diplomática.

A pesar de la expresión de cansancio y seguridad con que el príncipe Vasili hablaba, Pierre (que había reflexionado largamente en su porvenir) intentó poner alguna objeción; pero el príncipe lo cortó con aquella voz arrulladora y abaritonada que parecía excluir toda posibilidad de interrumpir sus palabras, tono del que se valía en casos de extrema necesidad de persuasión.

—Pero, querido, lo hice por mí, me lo dictaba mi propia conciencia; no tienes que agradecérmelo. Nadie se ha quejado nunca de que se le quiera demasiado; y además eres libre, puedes dejarlo todo mañana mismo… En San Petersburgo podrás decidir. Y va siendo tiempo de que le alejes un poco de esos recuerdos terribles— el príncipe Vasili suspiró. —Eso es, amigo mío. Mi ayuda de cámara irá en tu carroza. ¡Ah, me olvidaba!— añadió. —Ya sabes, querido, que tu padre y yo teníamos unas cuentas pendientes. He cobrado lo de Riazán y me quedo con ello; tú no lo necesitas. Después haremos cuentas.

Lo que el príncipe Vasili llamaba "lo de Riazán" eran unos cuantos miles de rublos de la renta de aquella propiedad que él se embolsaba.

En San Petersburgo, lo mismo que en Moscú, rodeó a Pierre un ambiente de personas cariñosas y amables. El joven conde no podía rechazar el puesto o, mejor dicho, el título (ya que nada tenía que hacer) que le había conseguido el príncipe Vasili; además, Pierre trabó tantos conocimientos, recibió tantas invitaciones, le faltó tanto tiempo, que, más

aún que en Moscú, no lo abandonaba la sensación de hallarse en el centro de un torbellino que anunciaba un próximo bienestar que nunca llegaba.

De sus antiguos amigos solteros, pocos quedaban en San Petersburgo. La Guardia estaba en campaña; Dólojov había sido degradado; Anatole prestaba servicio militar en provincias; el príncipe Andréi se hallaba en el extranjero. Así pues, Pierre no podía pasar ya las noches como le gustaba pasarlas antaño; ni explayar de vez en cuando sus sentimientos en las conversaciones con su amigo mayor, el mejor y más estimado. Se le iba el tiempo en cenas y bailes, sobre todo en casa del príncipe Vasili, en compañía de la gruesa princesa, su mujer, y de la bellísima Elena.

El comportamiento de Anna Pávlovna Scherer con Pierre cambió como el de toda la sociedad.

Antes, Pierre sentía constantemente que cualquier cosa que dijera delante de Anna Pávlovna resultaba inconveniente e inoportuna, y que los argumentos que él estimaba inteligentes al pensarlos se convertían en verdaderas tonterías en cuanto los exponía en voz alta, mientras que las más necias palabras de Hipólito pasaban por genialidades encantadoras. Ahora resultaba *charmant* cualquier cosa que él dijese, y aun cuando Anna Pávlovna no lo manifestase, era evidente que lo pensaba así y se contenía sólo por no herir su modestia.

A comienzos del invierno de 1805-1806 Pierre recibió el acostumbrado billetito de Anna Pávlovna —una invitación de color rosa— al que había añadido: *“Vous trouverez chez moi la belle Hélène qu’on ne se lasse jamais de voir”*.[190]

Al leer esta frase, Pierre se dio cuenta por primera vez de que entre él y Elena se había establecido cierto vínculo reconocido por los demás; y esa idea, que lo asustaba por cuanto parecía imponerle una obligación que él no quería contraer, le agradaba al mismo tiempo como una suposición divertida.

La velada en casa de Anna Pávlovna era como la anterior, con la diferencia de que la novedad que la dama ofrecía a sus huéspedes no era Mortemart, sino un diplomático llegado de Berlín, conocedor de los más recientes detalles sobre la estancia del emperador Alejandro en Potsdam y la indisoluble alianza que allí habían firmado los dos augustos amigos,

comprometiéndose a defender la causa justa contra el enemigo del género humano. Pierre fue recibido por Anna Pávlovna con un matiz de tristeza que evidentemente se refería a la reciente pérdida sufrida por él con la muerte de su padre, el conde Bezújov. (Todos se creían obligados a persuadir a Pierre de que estaba muy apenado por la muerte de aquel padre, al que apenas había conocido.) Pero la tristeza de Anna Pávlovna era en todo semejante a aquélla de que hacía ostentación al hablar de S. M. I. María Feodórovna. Pierre se sintió muy lisonjeado por ello. Anna Pávlovna distribuía en su salón los grupos con su habitual habilidad. El grupo mayor —con el príncipe Vasili y los generales— tenía la suerte de contar con el diplomático. Otro estaba próximo a la mesa del té. Pierre deseaba unirse al primero, pero Anna Pávlovna, excitada como el jefe de un ejército en el campo de batalla, a quien afluyen por millares las ideas brillantes que apenas hay tiempo de ejecutar; lo tocó en el brazo.

—Attendez, j'ai des vues sur vous pour ce soir[191]— miró a Elena y sonrió. —Ma bonne Hélène, il faut que vous soyez charitable pour ma pauvre tante, qui a une adoration pour vous. Allez lui tenir compagnie pour dix minutes.[192] Y para que no se aburra demasiado, nuestro amable conde no se negará a seguirla.

La bella Elena se dirigió hacia la tía, pero Anna Pávlovna retuvo todavía a Pierre, como si hubiera de darle las últimas instrucciones.

—¿Verdad que es preciosa?— dijo al conde señalándole a la joven, que se alejaba majestuosamente. —Et quelle tenue![193] ¡Qué tacto para una muchacha tan joven, qué espléndido temperamento! Eso proviene del corazón. Feliz el hombre a quien pertenezca. Con esa mujer, el marido menos mundano ocuparía la más brillante posición social, ¿verdad? Me gustaría conocer su opinión— y diciendo esto Anna Pávlovna lo dejó marchar.

Pierre, con absoluta franqueza, había respondido afirmativamente a la pregunta de Anna Pávlovna sobre Elena. Si se le ocurría pensar en ella, pensaba precisamente en su belleza y en la tranquila y extraordinaria capacidad de mostrarse digna y silenciosa en los salones.

La tía acogió a los dos jóvenes en su rincón, aunque más bien parecía querer ocultar su adoración por Elena y expresar más bien el miedo que

sentía por Anna Pávlovna. Miraba a su sobrina como preguntando qué debía hacer con los dos jóvenes. Al retirarse, Anna Pávlovna tocó de nuevo con su dedo el brazo a Pierre y le dijo:

—J'espère que vous ne direz plus qu'on s'ennuie chez moi[194]— y miró a Elena.

Ésta sonrió, como diciendo que no admitía la posibilidad de que nadie la viera sin sentirse entusiasmado. La tía tosió un poco, tragó saliva y dijo en francés que estaba muy contenta de ver a Elena. Después se volvió a Pierre con idéntico saludo y las mismas expresiones. Durante la conversación, aburrida y entrecortada, Elena miró a Pierre y le sonrió con aquella hermosa y clara sonrisa que tenía para todos. Pierre estaba tan acostumbrado a esa sonrisa, significaba tan poco para él, que apenas si le prestó atención. La tía comenzó a hablar de la colección de tabaqueras del padre de Pierre, el conde Bezújov, y mostró la suya. La princesa Elena se la pidió para ver el retrato del marido de la tía, allí pintado.

—Seguramente es trabajo de Vinesse— dijo Pierre, aludiendo a un miniaturista muy conocido. Se inclinó sobre la mesa para coger la tabaquera, sin dejar de escuchar la conversación que se mantenía en la mesa vecina.

Se incorporó para dar la vuelta, pero la tía le tendió la tabaquera por detrás mismo de la muchacha; se inclinó Elena para dejar sitio y se volvió sonriendo. Como siempre en las veladas, llevaba un vestido muy escotado, tanto por delante como por la espalda, según la moda de la época. Su busto, que a Pierre le había parecido siempre de mármol, estaba tan cerca del joven que involuntariamente distinguió con sus ojos miopes la viva fascinación de los hombros y del cuello, tan próximos a sus labios que no habría tenido más que inclinarse un poco para rozarlos. Sintió el calor de su cuerpo, el aroma de su perfume y el crujido del corsé a cada movimiento. No veía ya aquella belleza marmórea que formaba un conjunto con el traje de noche; veía y sentía toda la seducción de su cuerpo, oculto tan sólo por el vestido. Y una vez visto así, no podía ver de otro modo, igual que no podemos caer en el engaño una vez explicado.

Elena parecía decirle: "¿Es que no se había dado cuenta de lo preciosa que soy? ¿No sabía que soy una mujer? Pues sí, soy una mujer que puede

pertenecer a cualquiera, y también a usted". Y en ese momento, Pierre sintió que Elena no sólo podía ser su mujer, sino que debía serlo y que no podía ser de otra manera.

Lo supo con tanta seguridad como si estuviera ya en el altar con ella. ¿Cómo ocurriría? ¿Cuándo? Lo ignoraba. Tampoco podía saber si estaría bien (le parecía más bien que no), pero estaba seguro de que aquello sucedería.

Pierre bajó los ojos y la miró de nuevo; deseaba verla ajena a él, una beldad tan lejana como antes lo era cada día.

Pero ya no podía ser así. No podía, lo mismo que un hombre que en la niebla confunde un manojo de malas hierbas con un árbol no puede, cuando ha visto que es hierba, seguir creyendo que es un árbol. La veía terriblemente próxima; se sentía ya bajo su poder. Entre los dos no había más obstáculos que los puestos por su propia voluntad.

—Bon, je vous laisse dans votre petit coin; je vois que vous y êtes très bien— dijo la voz de Anna Pávlovna.[195]

Pierre, tratando de recordar si había hecho algo inconveniente, miró en derredor ruborizado. Le parecía que todos sabían lo mismo que él lo que le había ocurrido.

Unos momentos después, cuando Pierre se acercó al grupo grande, Anna Pávlovna le dijo:

—On dit que vous embellisez votre maison de Pétersbourg.[196]

(Y era verdad. El arquitecto le había dicho que era necesario hacerlo, y Pierre, sin saber por qué, había empezado a restaurar la inmensa casa de San Petersburgo.)

—C'est bien, mais ne déménagez pas de chez le prince Basile. Il est bon d'avoir un ami comme le prince. J'en sais quelque chose. N'est-ce pas?[197] — y se volvió sonriendo al príncipe Vasili. —Y usted es tan joven; necesita consejo… No se enfade si uso de mis privilegios de vieja.

Calló, como hacen siempre las mujeres que esperan un cumplido cuando hablan de su edad.

—Si se casa será otra cosa.

Y unió a ambos en una mirada. Pierre no miraba a Elena ni ella a él; sin embargo, la sentía terriblemente próxima. Murmuró Pierre unas palabras y

se ruborizó.

Ya en casa, tardó en conciliar el sueño, pensando en cuanto le había ocurrido. Ahora bien, ¿qué le había ocurrido? Nada. Sólo comprendía que una mujer a la cual conocía desde que era niño, de la que había dicho sin entusiasmo: “Sí, es guapa”, cuando otros ponderaban su belleza, podía ahora pertenecerle.

“Pero es estúpida, yo mismo he dicho que era estúpida —pensaba—. Hay algo de perverso y de prohibido en ese sentimiento que ha despertado en mí. He oído decir que su hermano Anatole estaba enamorado de ella, y ella de él, toda una historia, y que por eso han tenido que alejar a Anatole. Hipólito es hermano suyo…, su padre es el príncipe Vasili… Eso no está bien.” Y mientras razonaba así (razonamientos que quedaban incompletos) sonreía, y aun reconociendo que al primer razonamiento podían unirse otros, pensaba al mismo tiempo en la mediocridad de Elena, y soñaba en que podía ser su mujer, que llegaría a enamorarse de él y ser distinta de la que él conocía, y que todo cuanto había pensado y oído era falso. Y una vez más veía no a la hija del príncipe Vasili, sino todo su cuerpo cubierto tan sólo por el vestido gris. “¿Pero, por qué hasta ahora nunca había pensado en eso?” Y en seguida se decía que aquello era imposible, que ese matrimonio estaría mal, que sería algo contra natura y deshonesto. Recordaba las palabras de Elena, sus miradas, así como las palabras y miradas de quienes los habían visto juntos; las de Anna Pávlovna, cuando le hablaba de su casa, y miles de alusiones del príncipe Vasili y de los demás. Se sintió horrorizado, ¿no estaba ya obligado a llevar a cabo un acto reprochable que no debía realizar? Pero mientras se repetía semejantes reflexiones, en otro rincón de su alma surgía la imagen de Elena con toda su femenina belleza.

II

En noviembre de 1805 el príncipe Vasili hubo de salir en viaje de inspección a cuatro provincias. Se había procurado esa comisión para visitar al mismo tiempo sus fincas en ruinoso estado y para ir con su hijo Anatole (al que recogería en la ciudad donde estaba de guarnición) a la casa del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski a fin de casarlo con la hija de aquel viejo tan adinerado. Pero antes de salir, el príncipe Vasili quería decidir lo de Pierre. Verdad era que en los últimos tiempos Pierre se pasaba horas enteras en casa del príncipe Vasili (donde se alojaba), y delante de Elena se mostraba risible, turbado y estúpido como corresponde a un enamorado. Pero todavía no había hecho la petición.

"Tout ça est bel et bon, mais il faut que ça finisse",**[198]** se dijo una mañana el príncipe Vasili con un triste suspiro, convencido de que Pierre, que tan obligado le estaba, no obraba del todo bien en semejante asunto. "La juventud…, la irreflexión… ¡Que Dios lo perdone! —pensaba el príncipe Vasili, feliz de sentirse tan bondadoso—. Mais il faut que ça finisse. Pasado mañana, cumpleaños de Elena, invitaré a unos cuantos amigos, y si no entiende lo que debe hacer, lo haré yo. Sí: es cosa mía, yo soy el padre."

Mes y medio había pasado desde la velada de Anna Pávlovna y desde la agitada noche de insomnio cuando decidió que el matrimonio con Elena sería una desgracia, por lo cual debía evitarla y marcharse; Pierre, después de esa decisión, no había dejado aún la casa del príncipe Vasili y sentía con angustia que, a los ojos de todo el mundo, cada día se ligaba más a Elena; que no podía pensar en ella como antes y que ni siquiera podía separarse de ella; que iba a ser algo terrible, pero debería vincular su suerte a la suya. Tal

vez habría podido mantenerse alejado, pero no pasaba un día sin que el príncipe Vasili (en cuya casa eran, por lo común, bastante raras las fiestas) no inventase alguna velada a la cual tenía que asistir Pierre, si no quería frustrar el placer de todos y desilusionar sus esperanzas. El príncipe Vasili, en los pocos momentos en que permanecía en casa, al pasar junto a Pierre le estrechaba la mano, tirando de ella hacia abajo, le tendía la mejilla afeitada y rugosa para que le diera un beso y decía "hasta mañana", "volveré para la cena, pues si no, nunca te veo", "me quedo por ti", etcétera. Pero aun cuando el príncipe Vasili se quedaba por él (según decía), apenas le dirigía dos palabras. Pierre no tenía el valor de frustrar sus esperanzas. Cada día se decía lo mismo: "Es necesario que la comprenda y sepa cómo es. ¿Me equivocaba antes, o me equivoco ahora? No, no es una estúpida; es una magnífica muchacha —pensaba—; nunca se equivoca ni dice tonterías; habla poco y todo cuanto dice es claro y sencillo. Por tanto no es estúpida; jamás se ha turbado ni se turba. ¡No es, pues, una mala mujer!". Muchas veces empezaba a conversar con ella, dando salida a sus pensamientos, y siempre Elena le contestaba o con una razón breve y oportuna, haciendo ver que eso no le interesaba, o con una silenciosa sonrisa y una mirada que mostraban a Pierre, mejor que ninguna otra cosa, su superioridad. Ella tenía razón al juzgar pueriles todos los razonamientos en comparación con esa sonrisa.

Le hablaba siempre con una sonrisa alegre, confiada, que se dirigía tan sólo a él; había en ella algo más significativo que en la sonrisa estereotipada que adornaba habitualmente su rostro. Pierre sabía que todos esperaban de él una palabra, un paso más allá de cierto límite; y sabía también que, tarde o temprano, tendría que darlo. Pero un terror incomprensible lo sobrecogía a la idea de aquel paso terrible. Mil veces, durante aquel mes y medio durante el cual se sentía cada vez más arrastrado al abismo que tanto lo asustaba, se había dicho: "¿Pero qué es eso? ¡Hay que tener decisión!… ¿Acaso no la tengo?".

Quería decidirse, pero sentía horrorizado que en esta ocasión le faltaba toda esa energía que él era consciente de poseer y que poseía de hecho. Pierre era uno de esos hombres que sólo se sienten seguros cuando tienen pura la conciencia; y desde el día en que experimentara aquel deseo,

mientras examinaba la tabaquera en casa de Anna Pávlovna, un inconsciente sentimiento de culpa paralizaba en él toda decisión.

El día del santo de Elena el príncipe Vasili invitó a un reducido número de personas, de las más íntimas, como decía la princesa: parientes y amigos. A todos les había hecho entender que aquel día iba a decidirse la suerte de la festejada. Los invitados se habían sentado a la mesa. La princesa Kuráguina, mujer gruesa y corpulenta, bella en otro tiempo, presidía la mesa. Junto a ella se sentaban las personas más importantes: un anciano general con su esposa y Anna Pávlovna Scherer. Al final de la mesa se habían situado los jóvenes, los familiares y los invitados de menor categoría. Pierre y Elena estaban juntos. El príncipe Vasili no cenaba; de excelente humor, paseaba alrededor de la mesa, se acercaba tanto a uno como a otro comensal y a todos decía una palabra amable y superficial, excepto a Pierre y Elena, a los que parecía no ver. El dueño de la casa animaba a todos; las velas ardían luminosas, brillaban la plata y los cristales; los vestidos de noche de las señoras y el oro y la plata de las charreteras militares refulgían a la luz. En torno a la mesa se movían las libreas rojas de los sirvientes. El ruido de cuchillos, vasos y platos se unía al rumor de una animada conversación. En un extremo de la mesa, un anciano chambelán juraba amor apasionado a una vieja baronesa, que reía al oírlo. En el otro se hablaba del fracaso de cierta María Víktorovna. En el centro, el príncipe Vasili había concentrado la atención de varios oyentes. Con una burlona sonrisa contaba a las señoras la última sesión, del miércoles, en el Consejo de Estado, durante la cual el nuevo gobernador de San Petersburgo, el general Serguéi Kuzmich Viazmitínov, había leído el entonces famoso rescripto del emperador Alejandro Pávlovich, enviado desde el ejército de operaciones: el Zar decía que de todas partes le llegaron nuevas de la devoción del pueblo y que la declaración de San Petersburgo le había agradado especialmente, que se sentía orgulloso por hallarse a la cabeza de una nación así y que siempre procuraría ser digno de ella. El documento empezaba con las palabras: “Serguéi Kuzmich: De todas partes me llegan nuevas…”.

—¿Y es cierto que no pasó de “Serguéi Kuzmich”?— preguntó una señora.

—Como lo oye: ni una letra más— respondió riendo el príncipe Vasili. —“Serguéi Kuzmich… de todas partes. De todas partes, Serguéi Kuzmich…” El pobre Viazmitínov no pudo pasar de ahí. Varias veces empezó a leer, pero en cuanto decía “Serguéi”, sollozaba; seguía: “Kuzmich…” y le brotaban las lágrimas, y al llegar a “de todas partes” lo sofocaban los sollozos, sin que pudiera seguir adelante. Sacaba el pañuelo y volvía a leer “Serguéi Kuzmich”, y “de todas partes”, y vuelta a las lágrimas; hasta tuvieron que rogar a otro que leyese el rescripto.

—Kuzmich… de todas partes… y lágrimas— repitió alguien riendo.

—No sean malos— dijo Anna Pávlovna, amenazando con el dedo desde el otro extremo de la mesa; —c’est un si brave et excellent homme, notre bon Viazmitínov…[199]

Todos reían de buena gana; en los sitios de honor reinaba una alegría general, todos se hallaban animados por las influencias más diversas. Sólo Pierre y Elena permanecían silenciosos casi en el extremo de la mesa. En sus caras brillaba una sonrisa radiante, que nada tenía que ver con Serguéi Kuzmich, sonrisa de pudor por sus sentimientos. A pesar de todas aquellas palabras, risas y bromas, y por más que atacasen con apetito el vino del Rhin, la carne salteada, el helado, y evitasen mirar a la joven pareja, por mucho que tratasen de mostrar indiferencia y desinterés, las miradas que a veces les lanzaban venían a confirmar que la anécdota sobre Serguéi Kuzmich, las risas y los manjares eran como un pretexto, y que toda la atención de aquellas gentes estaba concentrada tan sólo en Pierre y Elena. El príncipe Vasili imitaba los sollozos de Serguéi Kuzmich y, al mismo tiempo, lanzaba rápidas ojeadas a su hija; y mientras reía, la expresión de su rostro parecía decir: “Vaya, vaya, esto marcha bien; hoy se decidirá todo”. Anna Pávlovna amenazaba por lo de *notre bon* Viazmitínov, y en sus ojos, que en aquel momento acababan de lanzar una mirada furtiva a Pierre, el príncipe Vasili leía ya las congratulaciones por tal yerno y la felicidad de su hija. La vieja princesa ofrecía vino a su vecina con un triste suspiro, miraba enfadada a su hija y parecía decir: “Sí, querida, a nosotros no nos queda otra cosa que beber vino dulce. Ahora es el momento de esos jóvenes y de su insultante felicidad”. Y el diplomático pensaba, mirando los rostros

felices de los enamorados: “¡Vaya tontería todo lo que estoy contando! ¡Como si importara algo! ¡La felicidad es eso!”.

Entre tantos intereses mezquinos, pequeños y artificiosos que ligaban aquella sociedad, había surgido el sentimiento simple de la mutua atracción de dos seres, un hombre y una mujer, jóvenes, hermosos y llenos de salud.

Y ese sentimiento humano lo superaba todo, dominando aquel artificial parloteo. Las bromas no tenían alegría, las novedades no eran interesantes, ni la animación sincera.

Y no sólo los invitados, sino hasta el servicio parecía sentir el mismo interés y olvidar sus deberes, mirando a la bellísima Elena y su radiante sonrisa, y el rostro encendido, grueso, feliz e inquieto de Pierre. Hasta las llamas de las velas parecían concentradas en aquellos dos seres felices.

Pierre se daba cuenta de ser el centro de todo ese interés, y eso le producía una mezcla de alegría y embarazo. Se encontraba en la situación de un hombre sumido en algo muy importante. Nada veía con claridad, no comprendía ni oía nada; sólo alguna vez, inesperadamente, cruzaban por su mente pensamientos e impresiones fragmentarias de la realidad.

“Entonces ¿todo ha terminado? —pensaba—. Pero ¿cómo ha ocurrido eso? ¡Y tan pronto! Ahora comprendo que no es sólo por ella ni por mí, sino por todos, por lo que forzosamente eso ha de hacerse. Todos cuentan con ello, están convencidos de que debe ocurrir y no puedo, no puedo defraudarlos. ¿Cómo sucederá? No lo sé, pero sucederá.” Y mientras pensaba así, sus ojos se posaban en los bellos hombros que tenía al lado de sus ojos.

A veces, en cambio, sentía vergüenza por algo. Le era violento acaparar la atención de todos, ser tan afortunado a la vista de los demás, que él, con su feo rostro, fuese como Paris que posee a Elena. “Probablemente siempre pasa lo mismo, y es preciso que sea así —se consolaba—. Aunque, ¿qué hice yo para que así ocurra? ¿Cuándo ha comenzado todo? Salí de Moscú con el príncipe Vasili. Entonces todavía no había nada. Después, ¿por qué me quedé en su casa? He jugado a las cartas con ella, he recogido su bolso, patinamos juntos; pero, ¿cuándo empezó todo esto? ¿Cuándo sucedió?” Y ahora estaba sentado junto a ella como su prometido; la oía, veía, sentía su proximidad, su respiración, sus movimientos, su belleza. O bien pensaba

que no era ella la extraordinariamente bella, sino él mismo, y que por eso lo miraban todos; y entonces, dichoso por despertar aquella admiración general, inflaba el pecho, levantaba la cabeza y se alegraba de ser feliz. De pronto resuena una voz, la voz de alguien conocido que repite dos veces una misma cosa. Pero Pierre está tan absorto que no entiende lo que le dicen:

—Te pregunto que cuándo recibiste la última carta de Bolkonski— repite por tercera vez el príncipe Vasili. —¡Qué distraído estás, querido!

El príncipe Vasili sonríe, y Pierre ve que todos sonríen mirándolo a él y a Elena. "Bueno, qué importa si ya lo saben —se dijo—. Pues bien, es verdad." Y sonrió también con su apacible sonrisa infantil. También Elena sonreía.

—¿Pero cuándo la recibiste? ¿Te escribía desde Olmütz?— repite el príncipe Vasili como si necesitase saberlo para decidir una discusión.

"¿Cómo puede preocuparlo semejante pequeñez?", pensó Pierre. Y respondió con un suspiro:

—Sí, desde Olmütz.

Después de la cena, Pierre condujo a su pareja, siguiendo a los demás, al salón. Comenzaron las despedidas y algunos se marcharon sin despedirse de Elena; otros, que no querían apartarla de su importante ocupación, se acercaban un momento y se iban en seguida, sin permitir que los acompañara.

El diplomático abandonó el salón triste y en silencio. Comparaba toda la vanidad de su carrera con la felicidad de Pierre. El viejo general respondió malhumorado a su mujer cuando le preguntó por el estado de su pierna. "¡Vieja estúpida! —pensó—. Elena Vasílievna será una belleza todavía a los cincuenta años."

—Creo que la puedo felicitar— susurró Anna Pávlovna a la princesa, abrazándola y besándola con fuerza. —Si no fuera por la jaqueca, me quedaría.

La princesa no contestó, la atormentaba la envidia por la felicidad de su hija.

Mientras los invitados se despedían, Pierre permaneció a solas con Elena en la salita donde se habían sentado. En las últimas semanas los dos

jóvenes habían estado solos mucho tiempo, pero nunca habían hablado de amor. Ahora él sentía que era necesario hacerlo pero no se atrevía a dar el último paso. Experimentaba vergüenza y le parecía que allí, junto a Elena, ocupaba el lugar de otro. "Esta felicidad no es para ti —le decía una voz interior—. Es para quienes no tienen lo que tú." Pero era preciso decir algo, y se puso a hablar. Le preguntó si estaba contenta de la fiesta. Y Elena respondió con sencillez, como siempre lo hacía, que había sido para ella una de las más agradables.

En el salón grande quedaban todavía algunos parientes cercanos. El príncipe Vasili, con paso indolente, se acercó a Pierre. Pierre se levantó y dijo que era muy tarde. El príncipe Vasili lo miró con inquisitiva severidad, como si sus palabras resultaran tan extrañas que apenas pudieran entenderse; pero en seguida desapareció aquella expresión severa y el príncipe tiró del brazo de Pierre, le hizo sentarse de nuevo y le sonrió cariñosamente.

—¿Y qué, Elena?— se volvió hacia su hija, con el tono habitual despreocupado y tierno, propio de los padres que desde la infancia hablan con cariño a sus hijos, pero que en el caso del príncipe no era más que un deseo de imitar a los demás padres.

Después se dirigió de nuevo a Pierre:

—"Serguéi Kuzmich: De todas partes"— dijo, desabrochándose el primer botón del chaleco.

Pierre sonrió, comprendiendo que no era la anécdota de Serguéi Kuzmich lo que entonces interesaba al príncipe Vasili; y el príncipe comprendió que Pierre lo entendía así. Murmuró algo y salió de la estancia. A Pierre le pareció que el propio príncipe Vasili estaba turbado, y esa turbación del príncipe, veterano hombre de mundo, conmovió a Pierre. Se volvió a Elena, que también parecía confusa y le decía con la mirada: "Toda la culpa es tuya".

"Es inevitable que dé el último paso… pero no puedo, no puedo", pensó Pierre. Volvió a hablar de cosas indiferentes, de Serguéi Kuzmich, y le pidió que le contara la anécdota, porque no la había oído. Elena respondió, con una sonrisa, que tampoco la sabía.

Cuando el príncipe Vasili entró en el salón grande, la princesa hablaba con una dama de cierta edad; de Pierre naturalmente.

—Desde luego, c'est un parti très brillant, mais le bonheur, ma chère… [200]

—Les mariages se font dans les cieux— respondió la dama.[201]

El príncipe Vasili, como si no hubiera oído a las señoras, se retiró a un rincón y tomó asiento en un diván. Cerró los ojos y pareció quedarse dormido. Dio una cabezada y se despertó.

—Aline, allez voir ce qu'ils font— dijo a su mujer.[202]

La princesa se acercó a la puerta y con afectada indiferencia echó una mirada a la salita. Pierre y Elena seguían conversando igual que antes.

—Todo sigue igual— dijo la princesa a su marido.

El príncipe Vasili frunció el ceño, torció la boca y las mejillas le temblaron dándole esa expresión desagradable y vulgar que le era propia; se levantó, irguió la cabeza y con decidido andar pasó delante de las señoras y entró en la salita. Rápidamente y con gesto alegre se acercó a Pierre. El rostro del príncipe mostraba tan extraordinaria solemnidad, que Pierre al verlo se levantó asustado.

—¡Alabado sea Dios!— exclamó el príncipe. —¡Mi mujer me lo ha dicho todo!— con un brazo enlazó a Pierre y con el otro a su hija.

—Querido amigo, Elena… ¡Estoy tan contento!— su voz tembló. —Quise mucho a tu padre… y ella será para ti una buena esposa… ¡Que Dios os bendiga!

Abrazó a su hija, después abrazó de nuevo a Pierre y lo besó con aquella boca senil. Tenía las mejillas bañadas en lágrimas.

—¡Princesa, ven!— gritó.

La princesa entró y también rompió en llanto. La dama entrada en años se enjugaba los ojos con el pañuelo. Besaron a Pierre, que, a su vez, besó varias veces la mano de Elena. Unos momentos después volvían a dejarlos solos.

"Tenía que suceder así, no podía ser de otra manera —pensó Pierre—. No hay que preguntarse, pues, si está bien o mal. Está bien, puesto que todo ha terminado y ya no existe la turbadora incertidumbre de antes." Pierre, en

silencio, retenía la mano de su prometida y miraba cómo su hermoso pecho se levantaba y bajaba con la respiración.

—Elena— dijo en voz alta, y se detuvo.

“En estos casos hay que decir algo especial”, pensó, pero no podía recordar qué cosas se dicen en esos momentos. Miró el rostro de la joven; ella se le acercó, ruborizada.

—Oh, quítese esos… ¿cómo se llaman?… esos…— y miraba los lentes de Pierre.

Pierre se los quitó, y sus ojos —además de la expresión especial que adquieren cuando están acostumbrados a los lentes— tenían una mirada asustada e interrogante. Quiso inclinarse sobre su mano para besarla, pero ella, con un movimiento rápido y brusco de su cabeza, juntó sus labios a los de él. Pierre quedó sorprendido por la expresión del semblante de Elena: perpleja y desagradable.

“Ahora ya es tarde; todo ha terminado; además, la amo”, pensó Pierre.

—Je vous aime— dijo, recordando por fin lo que debía decir en aquel caso. Pero esas palabras resultaron tan pobres que se avergonzó de sí mismo.

Mes y medio después se casaba, dueño feliz —como todos decían— de una mujer bellísima y de muchos millones. Pierre y Elena se instalaron en San Petersburgo, en la mansión, totalmente renovada, de los condes Bezújov.

III

En diciembre de 1805, el viejo príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski recibió una carta del príncipe Vasili anunciándole su llegada en compañía de su hijo.

"Salgo a una inspección, y un rodeo de cien kilómetros no es obstáculo para que acuda a presentar mis respetos a mi queridísimo bienhechor —escribía—. Mi Anatole me acompaña para unirse al ejército y espero que le permitirá expresarle personalmente el profundo respeto que, siguiendo el ejemplo de su padre, siente por usted."

—Vaya, no hay necesidad de presentar a Mary en sociedad; los pretendientes vienen a buscarla— comentó imprudentemente la pequeña princesa cuando supo la noticia.

El príncipe Nikolái Andréievich torció el gesto y no dijo nada.

Dos semanas después de recibida la carta, al atardecer, llegaron los criados del príncipe Vasili, y al día siguiente él mismo con su hijo.

El viejo príncipe Bolkonski no había tenido nunca un gran concepto sobre el carácter del príncipe Vasili; y menos todavía últimamente, cuando bajo el reinado de los zares Pablo y Alejandro había avanzado tanto en puestos y honores. Ahora, por las alusiones de la carta y las palabras de la pequeña princesa, el príncipe Nikolái Andréievich comprendió de qué se trataba, y la mediocre opinión que de él tenía se convirtió en un sentimiento de hostilidad y desprecio. Siempre bufaba al hablar de él. El día de la llegada del príncipe Vasili, Nikolái Andréievich mostraba un particular mal humor. No podía adivinarse si aquel mal humor se debía a la llegada del príncipe Vasili o al hecho de que su descontento y mal humor coincidiesen con su llegada. En todo caso, su estado de ánimo era pésimo y Tijón, ya por

la mañana, persuadió al arquitecto de que no entrara a presentar su informe al príncipe.

—Oye cómo camina— dijo Tijón, haciendo escuchar al arquitecto el rumor de los pasos del príncipe. —Pisa con toda la planta, y ya sabemos lo que eso significa…

A pesar de todo, a eso de las nueve, como de costumbre, el príncipe, con su abrigo de terciopelo y cuello de cibelina, con gorro de la misma piel, salió a dar su paseo. Había nevado la tarde anterior. El sendero seguido por el príncipe Nikolái Andréievich hacia el invernadero estaba limpio; se veían sobre la nieve las huellas de la escoba, y una pala estaba hincada en la nieve, amontonada a la orilla del camino. El príncipe atravesó el invernadero, los patios y los servicios, ceñudo y silencioso.

—¿Se puede pasar con trineo?— preguntó al administrador, hombre respetable, que se parecía a su amo en el semblante y en sus maneras.

—La nieve es profunda, excelencia; ya he dado órdenes de limpiar la avenida.

El príncipe inclinó la cabeza y se acercó a la escalinata. "¡Gracias a Dios! —pensó el administrador—. Ha pasado la tormenta."

—Era difícil pasar, Excelencia— agregó. —Han dicho que un ministro viene a visitar a Su Excelencia…

El príncipe se volvió al administrador y fijó en él una mirada colérica.

—¿Qué? ¿Un ministro? ¿Qué ministro? ¿Quién lo ordenó?— dijo con voz dura y estridente. —No han limpiado el camino para mi hija, la princesa, y lo limpian para un ministro… ¡Aquí no hay ministros!

—Excelencia… yo pensaba…

—¡Tú pensabas!— gritó el príncipe, que hablaba cada vez más de prisa y con voz menos inteligible. —¡Tú pensabas!… ¡Bribones! ¡Canallas!… Ya te enseñaré yo a pensar.

Y levantando el bastón amenazó a Alpátich, y lo habría golpeado si el administrador no se hubiese apartado instintivamente.

—Tú pensabas!… ¡Bribones!— vociferó de nuevo.

Y aunque Alpátich, asustado de su atrevimiento por haber evitado el golpe, se acercaba a la escalinata con la calva cabeza gacha, o tal vez por eso precisamente, el príncipe siguió gritando:

—¡Bergantes…! ¡Que cubran inmediatamente de nieve el camino!

Pero no levantó otra vez el bastón, y entró corriendo en la casa.

A la hora de comer, sabiendo del mal humor del príncipe, la princesa María y mademoiselle Bourienne lo esperaban de pie. Mademoiselle Bourienne mostraba un rostro radiante que parecía decir: “No sé nada; soy la de siempre”, la princesa María estaba pálida, asustada, con los ojos bajos. Lo más penoso para la princesa María era saber que en estos casos había que portarse como mademoiselle Bourienne, pero no podía hacerlo. “Si finjo que no lo noto —se decía—, creerá que me es indiferente lo que él piensa; si me muestro triste o malhumorada, dirá, como otras veces, que tengo aspecto fúnebre.”

El príncipe miró el rostro asustado de su hija y soltó un bufido.

—¡Im… o tonta!— gruñó.

“Y la otra no ha venido… —pensó al notar que la pequeña princesa no estaba en el comedor—. Ya le habrán ido con el cuento.”

—¿Dónde está la princesa? ¿Se esconde?…— preguntó.

—No se encuentra bien— respondió mademoiselle Bourienne, con una alegre sonrisa. —No vendrá hoy… Es natural, en su estado.

—¡Hum! ¡Hum!…— masculló el príncipe mientras se sentaba a la mesa.

El plato no le debió de parecer suficientemente limpio; señaló una mancha y lo tiró. Tijón lo cogió al vuelo y lo entregó al camarero.

No es que la pequeña princesa estuviera enferma; pero tenía tal miedo del príncipe que, sabiendo su mal humor, había decidido no salir de sus habitaciones.

“Temo por el niño —decía a mademoiselle Bourienne—. Dios sabe lo que puede ocurrir si me asusto.”

La joven princesa vivía en Lisie-Gori en un estado de miedo perpetuo y de antipatía por el viejo príncipe, cosa esta última de la que apenas se daba cuenta, porque su temor predominaba tanto que ni siquiera podía percibirla. También por parte del príncipe existía antipatía, pero dominada por el desprecio.

La princesa, en Lisie-Gori, había tomado especial cariño a mademoiselle Bourienne. Se pasaba con ella días enteros, le rogaba que

durmiera en su propia habitación y con mucha frecuencia le hablaba de su suegro para criticarlo.

—Il nous arrive du monde, mon prince[203]— dijo mademoiselle Bourienne, desplegando con sus manos pequeñas y rosadas la nívea servilleta. —Son Excellence le prince Kouraguine avec son fils, à ce que j'ai entendu dire?— dijo a manera de pregunta.

—Hum… Ese Excellence es un chiquillo… Yo mismo lo llevé al ministerio— respondió el príncipe ofendido. —¿Y por qué trae al hijo? No lo entiendo. Tal vez lo sepan la princesa Elizaveta Kárlovna y la princesa María… Yo no sé para qué trae al hijo. Yo no lo necesito para nada— y prosiguió, mirando a su hija, que iba enrojeciendo.

—¿No te sientes bien? ¿Acaso tienes miedo al ministro, como lo llamaba ahora ese imbécil de Alpátich?

—No, mon père.

Aunque mademoiselle Bourienne no había acertado a escoger el tema de conversación, no se detuvo y siguió parloteando sobre el invernadero, sobre la belleza de una nueva flor que se había abierto, y, así, el príncipe, después de la sopa, llegó a suavizarse un tanto.

Terminada la comida subió a ver a su nuera. La pequeña princesa estaba sentada ante una pequeña mesa y charlaba con la doncella Masha. Palideció cuando vio al príncipe.

Estaba muy cambiada. Más fea ahora que bella, sus mejillas caían fláccidas, tenía el labio superior más levantado y los ojos hundidos.

—Sí, siento como una pesadez…— respondió a la pregunta del príncipe sobre su salud.

—¿No necesitas nada?

—No… merci, mon père.

—Está bien, está bien.

Salió de la estancia y pasó a la antesala. Allí estaba Alpátich con la cabeza gacha.

—¿Habéis echado nieve al camino?

—Sí, Excelencia. Perdóneme, por Dios; ha sido una estupidez…

El príncipe lo interrumpió y se echó a andar con su risa forzada.

—Está bien, está bien.

Le tendió la mano, que Alpátich besó, y pasó a su despacho.

El príncipe Vasili llegó al anochecer. Los cocheros y la servidumbre salieron a su encuentro en la avenida y entre grandes gritos condujeron los trineos hacia la puerta, por el camino cubierto intencionadamente de nieve.

Varias habitaciones habían sido reservadas para el príncipe Vasili y su hijo Anatole.

Anatole, en mangas de camisa y con las manos en las caderas, se había sentado frente a una mesa y con sus grandes y bellos ojos miraba distraídamente un ángulo del mueble. Toda la vida era para él una ininterrumpida fiesta que alguien, sin saber el motivo, se encargaba de proporcionarle. De la misma manera consideraba ahora el viaje a la casa de aquel viejo gruñón y de su fea y rica heredera. De acuerdo con sus ideas, todo aquello podía convertirse en una excelente y divertida aventura. "¿Por qué no casarme con ella, si es riquísima? El dinero nunca estorba", pensaba Anatole.

Se afeitó y perfumó con la minuciosidad y el esmero acostumbrados, y con el aire conquistador y bondadoso que le era innato, irguió su espléndida cabeza y pasó a la habitación de su padre. Dos ayudas de cámara estaban vistiendo al príncipe Vasili. Éste miraba animadamente en torno, y cuando su hijo entró lo saludó alegre, como diciéndole: "Así, así es como tienes que presentarte".

—Y ahora, bromas aparte, padre. ¿De veras que es tan fea?— preguntó Anatole en francés, como si reanudara una conversación corriente durante el viaje.

—¡No digas tonterías! Lo principal es que procures ser respetuoso y sensato con el viejo príncipe.

—Si me dice una inconveniencia, me voy— dijo Anatole. —Detesto a esos vejestorios.

—Recuerda que para ti de esto depende todo.

Mientras tanto, entre las mujeres no sólo se conocía la llegada del príncipe Vasili con su hijo Anatole, sino que se comentaban toda clase de detalles sobre ambos. La princesa María, sola en su estancia, se esforzaba en vano por dominar la propia emoción.

“¿Por qué me escribirían? ¿Por qué me habló de eso Lisa? ¡Si eso es imposible! —se decía, mirándose en el espejo— ¿Cómo voy a presentarme ahora en la sala? Aunque me gustara, no podría comportarme con naturalidad.” Sólo la idea de cómo la miraría su padre la llenaba de pavor.

La pequeña princesa y mademoiselle Bourienne habían recibido ya toda clase de informes por conducto de Masha: que el hijo del “ministro” era apuesto y joven y que tenía las cejas negras. Que el padre apenas pudo arrastrar los pies por la escalera y que Anatole, rápido como un águila, había subido las gradas de tres en tres. Poseedoras de estas noticias, la pequeña princesa y mademoiselle Bourienne, cuyas voces animadas se oían ya desde el pasillo, entraron en la habitación de la princesa María.

—Ils sont arrivés, Marie[204]— dijo la pequeña princesa cayendo pesadamente sobre una butaca. —¿Lo sabe?

No llevaba ya la blusa sencilla que vestía por la mañana; se había puesto uno de sus mejores vestidos. Sus cabellos estaban cuidadosamente peinados y su rostro lleno de animación no lograba borrar, sin embargo, el cambio operado en sus facciones. Con aquel vestido que solía llevar en las fiestas de San Petersburgo se advertía todavía más cuánto se había afeado. Mademoiselle Bourienne, por su parte, había hecho algunos discretos arreglos en uno de sus trajes, lo que daba aún mayor seducción a su rostro fresco y bonito.

—Eh bien, et vous restez comme vous êtes, chère princesse?— dijo. —On va venir annoncer que ces messieurs sont au salon; il faudra descendre et vous ne faites pas un brin de toilette![205]

La pequeña princesa se levantó, llamó a la doncella y, con alegría presurosa, se puso a escoger un vestido para su cuñada. La princesa María se sentía ofendida en su dignidad por el hecho de que la llegada del pretendiente la turbase de aquella manera, y aún más porque la pequeña princesa y mademoiselle Bourienne supusieran que no podía ser de otro modo. Decirles que tenía vergüenza de sí misma y de ellas era traicionar su propia emoción; por otra parte, negarse a cambiar de vestido, como le decían, habría suscitado las bromas y la insistente porfía de ambas. Enrojeció, se apagaron sus bellos ojos, su cara se cubrió de manchas, y con la poco agradable expresión de víctima que en ella era la más frecuente se

puso en manos de mademoiselle Bourienne y de su cuñada. Ambas estaban decididas *sinceramente* a embellecerla. Era tan fea que ninguna de las dos podía pensar siquiera en que pudiese competir con ellas; así pues, se dispusieron muy sinceramente a vestirla con esa seguridad ingenua y firme de que un bonito vestido puede hacer hermoso el rostro.

—No, no, ma bonne amie, este vestido no te va— decía Lisa mirando de lejos y de lado a la princesa. —No. Di que te traigan el rojo oscuro. De verdad te lo digo. Acaso se decida la suerte de tu vida. Éste es muy claro… No, no está bien.

Y no era el vestido lo que estaba mal, sino toda la figura de la princesa, empezando por su rostro. No lo veían así mademoiselle Bourienne y Lisa; les debía de parecer que poniendo una cinta azul entre los cabellos, recogidos hacia arriba, o bajando el chal azul sobre el vestido marrón, etcétera, todo iría bien. Olvidaban que era imposible cambiar aquel rostro asustado y todo el aspecto, y que, a pesar de todos los retoques del marco, la figura seguiría siendo lastimera y fea. Después de dos o tres pruebas, a las que la princesa se sometía dócilmente, y cuando estuvo peinada con el pelo recogido hacia arriba, que le transformaba y afeaba aún más el rostro, cuando estuvo con su vestido oscuro y el chal azul, la princesa Lisa dio dos vueltas alrededor de ella, ajustando con sus manos la falda, alisando aquí y allá el chal y mirando, con la cabeza inclinada, ya de un lado, ya de otro.

—No, imposible— dijo resueltamente, dando unas palmadas de nuevo. —Non, décidément, Marie, cela ne vous va pas. Je vous aime mieux dans votre petite robe grise de tous les jours. Non, de grâce, faites cela pour moi[206]— y se volvió a la doncella: —Katia, trae el vestido gris de la princesa. Ya verá, mademoiselle Bourienne, cómo arreglo esto— dijo con una sonrisa de anticipada complacencia estética.

Pero cuando Katia trajo su vestido gris, la princesa María, inmóvil delante del espejo, mirándose en él, notó que sus ojos estaban llenos de lágrimas y que la boca le temblaba presta a sollozar.

—Voyons, chère princesse, encore un petit effort— dijo mademoiselle Bourienne.[207]

Lisa tomó el vestido de manos de la doncella y se acercó a la princesa María.

—Ahora lo dejaremos todo sencillo y agradable.

Su voz, la de mademoiselle Bourienne y la de Katia, que se reía de algo, se fundían en un alegre balbuceo, parecido al gorjeo de pájaros.

—Non, laissez-moi— dijo la princesa.[208]

Su voz denotaba tal gravedad y sufrimiento que el gorjeo cesó instantáneamente. Vieron en sus ojos, grandes, hermosos y profundos, llenos de lágrimas, una expresión tan llena de súplica que comprendieron que habría sido inútil y hasta cruel insistir.

—Au moins, changez de coiffure— dijo Lisa. —Je vous le disais bien— volviéndose con tono de reproche a mademoiselle Bourienne. Marie a une de ces figures auxquelles ce genre de coiffure ne va pas du tout. Mais du tout, du tout. Changez, de grâce.[209]

—Non, laissez-moi, laissez-moi, tout ça m'est parfaitement égal— su voz a duras penas dominaba sus lágrimas.[210]

La princesa María, así arreglada, estaba muy fea, peor que siempre, y tanto la pequeña princesa como mademoiselle Bourienne tuvieron que reconocerlo. Pero ya era tarde. Ella las miraba con aquella expresión que ya conocían, pensativa y triste, que no inspiraba temor —la princesa María nunca inspiraba semejante sentimiento—, pero sabían que cuando esa expresión aparecía en su rostro las decisiones tomadas eran irrevocables, aunque apenas si hablaba de ellas.

—Vous changerez, n'est-ce pas?— preguntó Lisa.[211]

La princesa María no contestó y Lisa salió de la cámara.

La princesa quedó sola. No atendió el deseo de Lisa, no cambió su peinado y ni siquiera miró el espejo. Con los brazos caídos y los ojos bajos, quedó sumida en sus pensamientos. Se imaginaba a su esposo, a un hombre, un ser fuerte de incomprensible atractivo, que de improviso la llevaba a su mundo, a un universo del todo distinto y lleno de felicidad. Después se veía con *su* primer hijo, junto a su pecho, un niño como el que había visto la víspera en casa de la hija de su nodriza. El marido miraba tiernamente a la madre y al hijo. Y pensó: "Es imposible; soy demasiado fea".

Detrás de la puerta sonó la voz de la doncella:

—El té está servido y el príncipe va a salir.

Volvió en sí y se horrorizó de sus pensamientos. Antes de bajar se acercó al oratorio y fijando sus ojos en una gran imagen negra del Salvador, alumbrada por una lamparilla, juntó las manos y se recogió así unos momentos. Una duda punzante atormentaba el alma de la princesa María. ¿Le estaba reservada la alegría del amor, del amor terrenal por un hombre? Pensando en el matrimonio, la princesa María soñaba con la felicidad familiar, los hijos, pero su sueño principal, el más intenso y oculto, era el amor terrenal. Ese sentimiento era tanto mayor cuanto más trataba de ocultarlo a los demás o aun a sí misma. “Dios mío, ¿cómo arrojar del corazón estos pensamientos del demonio? ¿Cómo alejar las malvadas tentaciones para siempre, para cumplir tranquilamente tu voluntad?” Y apenas lo hubo preguntado le pareció que Dios contestaba en el fondo de su propio corazón: “No desees nada para ti, no busques nada, no te inquietes, no tengas envidia. El porvenir de los hombres y tu destino deben serte desconocidos, pero vive siempre preparada para todo. Si Dios quiere probarte con los deberes del matrimonio, debes estar dispuesta a cumplir su voluntad”. Con este pensamiento tranquilizador —pero también con la esperanza de su sueño terrenal prohibido— la princesa María, suspirando, se persignó y salió de allí sin pensar más en el vestido ni en el peinado, ni en cómo se presentaría o en qué había de decir. ¡Qué podía importar todo ello en comparación con los designios de Dios, sin cuya voluntad no cae ni un solo pelo de la cabeza del hombre!

IV

Cuando la princesa María entró en la sala ya estaban allí el príncipe Vasili y su hijo, que charlaban animadamente con la pequeña princesa Lisa y mademoiselle Bourienne. Cuando se aproximó María con su andar pesado, apoyándose en los talones, los hombres y mademoiselle Bourienne se levantaron y la pequeña princesa dijo:

—Voilà Marie!

La princesa María vio a todos con detalle. Vio el rostro del príncipe Vasili, quien por un instante quedó serio a la vista de la princesa, pero sonrió en seguida. Vio a la pequeña princesa, quien, con curiosidad, leía en el rostro de los hombres la impresión que les hacía su cuñada. Vio a mademoiselle Bourienne, con su cinta y su cara bonita, y los ojos, más animados que de costumbre, fijos en *él*, pero a *él* no lo pudo ver. Vio solamente algo grande, luminoso y bello que salía a su encuentro cuando ella entró en la sala. El príncipe Vasili se le acercó primero; la princesa besó aquella cabeza calva que se inclinaba ante su mano y respondió a sus palabras diciendo que se acordaba muy bien de él. Después se acercó Anatole. La princesa María siguió sin verlo. Sintió una mano suave que estrechaba con fuerza la suya; apenas rozó su frente blanca, sobre la que resaltaban sus hermosos cabellos rubios brillantes de pomada. Al mirarlo quedó sorprendida por su belleza. Anatole, con el pulgar de la mano derecha tras un botón abrochado del uniforme, abombado el pecho, recta la espalda, movía una pierna algo separada y miraba alegremente a la princesa, un tanto ladeada la cabeza, sin decir nada, y era evidente que para nada pensaba en ella. Anatole no era ingenioso ni vivaz, ni elocuente en la conversación, pero en cambio poseía una virtud preciosa en la sociedad: la

calma y un aplomo imperturbable. Si un hombre tímido calla al ser presentado a alguien por primera vez, y comprendiendo que su silencio es inoportuno, busca y se esfuerza por hallar algo que decir, ese hombre fracasa. Pero Anatole callaba y balanceaba la pierna, observando alegremente el peinado de la princesa. Era evidente que podía guardar silencio durante mucho tiempo y permanecer tranquilo. "Si resulta embarazoso ese silencio para alguien, hablen, yo no siento la necesidad de hacerlo", parecía decir su aspecto. Además, en sus relaciones con las mujeres, Anatole poseía lo que más inspira la curiosidad femenina, su temor y hasta su amor: la conciencia despectiva de su superioridad. Todo él parecía decir: "Os conozco, os conozco bien, ¿qué interés puedo tener en estar con vosotras? ¡No poco os alegraríais!". Acaso no pensaba así en su trato con las mujeres (y muy probablemente no, puesto que pensaba poquísimo), pero sus modales y su apariencia parecían decirlo. La princesa lo sintió así y, como deseando darle a entender que no se había atrevido a pensar en la posibilidad de interesarlo, se volvió al viejo príncipe. La conversación era general y animada, gracias a la voz de Lisa y a su pequeño y sombreado labio, que se levantaba sobre los dientes blancos. Había acogido al príncipe Vasili con el modo alegre que con frecuencia usan las personas locuaces, consistente en suponer que entre la persona a quien se dirige y ella misma ya existen desde hace tiempo bromas y una relación divertida que no todos conocen y recuerdos placenteros, cuando la verdad es que no hay nada de eso: tal era el caso de la pequeña princesa y el príncipe Vasili. Éste se prestó gustoso a ese tono. La pequeña princesa hizo que participase en la evocación de aquellos hechos amenos que jamás habían existido; también Anatole, a quien apenas conocía. Mademoiselle Bourienne compartía tales recuerdos comunes y hasta la princesa María participaba con placer en la divertida evocación.

—Al menos ahora, querido príncipe, podemos gozar completamente de su compañía— dijo Lisa, en francés, como de costumbre, dirigiéndose al príncipe Vasili. —No como en las veladas de Annette, de las que siempre se escapaba. ¿Se acuerda de cette chère Annette?

—¡Oh! Supongo que no me hablará de política, como Annette.

—¿Y nuestra mesa de té?

—Ah, sí.

—¿Por qué no iba nunca a las veladas de Annette?— preguntó la princesa Lisa a Anatole. —Ya lo sé, ya lo sé— continuó guiñando un ojo. —Su hermano Hipólito me ha hablado de ciertas travesuras— y lo amenazó con el dedo. —¡Conozco hasta sus aventuras en París!

—¿Y no le ha contado Hipólito?— dijo el príncipe Vasili, tomando la mano de la pequeña princesa, como si ella tratara de escapar y quisiera retenerla. —¿No le ha dicho cómo él mismo se consumía de amor por una encantadora princesa y ella le mettait à la porte?…[212] —Oh! C'est la perle des femmes, princesse— añadió volviéndose a María.[213]

Mademoiselle Bourienne, por su parte, no dejó de recordar mil cosas cuando la conversación trató de París.

Se permitió preguntar a Anatole si hacía tiempo que había abandonado París y qué impresión le había producido la ciudad. Anatole, sonriendo, respondió gustosamente a la pregunta, y sin apartar la vista de la bonita mademoiselle Bourienne, siguió hablando con ella de su patria. Solamente con verla, Anatole comprendió que tampoco se aburriría en Lisie-Gori. "No está mal —pensaba mirándola—, no está nada mal esta mademoiselle de compagnie.[214] Espero que cuando la otra se case conmigo, la lleve con ella. La petite est gentille."

El viejo príncipe se vestía sin prisas en su cuarto, ceñudo y meditando en lo que debía hacer. Lo contrariaba la llegada de los huéspedes. "¿Qué me importan a mí el príncipe Vasili y su hijito? El príncipe es hombre vanidoso y superficial, y su hijo debe de ser por el estilo." Lo contrariaba que su llegada viniera a plantearle un problema latente que en su fuero interno no estaba todavía maduro, un problema acerca del cual el viejo príncipe siempre trataba de engañarse a sí mismo: ¿Se decidiría alguna vez a separarse de la princesa María y darle un marido? El príncipe no se atrevía nunca a plantearse claramente esa pregunta, porque de antemano sabía que su respuesta sería justa y la justicia iba en contra, en este caso, más que de su sentimiento, de todas las posibilidades mismas de su vida. Para el príncipe Nikolái Andréievich —aunque pareciese que quería poco a su hija — la vida resultaba incomprensible sin la princesa María. "¿Qué necesidad tiene de casarse? —pensaba—. Sería infeliz seguramente. Ahí están Lisa y

Andréi (y me parece que ahora es difícil encontrar un marido mejor que él), ¿y acaso está contenta Lisa con su suerte? Además, ¿quién va a casarse con María por amor? Es fea y desgarbada. Se casarán con ella por su posición y su dinero. ¿Es que no puede vivir siendo soltera? Más feliz aún." Así reflexionaba, mientras acababa de vestirse, el príncipe Nikolái Andréievich; pero la pregunta, siempre soslayada, exigía una respuesta inmediata. El príncipe Vasili traía a su hijo con el evidente propósito de pedir la mano de María y tal vez aquel mismo día o al siguiente habría que dar una respuesta definitiva. "Tiene nombre y buena posición en sociedad. Y bien, yo no pondré obstáculos —se dijo el príncipe—, pero tiene que ser digno de ella. Eso es lo que queda por ver."

—Eso es lo que queda por ver— dijo en voz alta. —Lo que queda por ver.

Y, como siempre, entró en la sala con paso resuelto, abarcó con rápida mirada a todos; advirtió el vestido nuevo de la pequeña princesa, la cinta de Bourienne y el horrible peinado de su hija, las sonrisas de mademoiselle Bourienne y de Anatole y el aislamiento de su hija en la conversación general. "¡Ataviada como una estúpida! pensó, mirando a su hija con cólera —. No tiene vergüenza. Y él ni siquiera se digna prestarle atención."

Se acercó al príncipe Vasili:

—Buenas tardes, buenas tardes. Estoy muy contento de verte.

—No hay distancias cuando se trata de ver a un buen amigo— dijo el príncipe Vasili rápidamente, con la firmeza y familiaridad de siempre. —Este es mi hijo menor. Le ruego que lo trate con simpatía y benevolencia.

La mirada escrutadora del príncipe se posó en Anatole. —Buen mozo, buen mozo. Vaya, ven a darme un beso— y le ofreció la mejilla.

Anatole besó al anciano y lo miró con tranquila curiosidad, tal vez esperando una de aquellas excentricidades de que su padre le había hablado.

El príncipe Nikolái Andréievich se sentó en su sitio de siempre, en el rincón del diván, acercó un sillón destinado al príncipe Vasili y, señalándoselo, le pidió informes y noticias sobre la situación política. Parecía prestar atención a las palabras del príncipe Vasili, pero no dejaba de mirar a la princesa María.

—¿Conque ya escriben de Potsdam?— repitió las últimas palabras del príncipe Vasili, y, diciendo así, de improviso se levantó para acercarse a su hija.

—¿Así te has arreglado para recibir a nuestros huéspedes? ¡Estás guapa, muy guapa! Para la visita te has peinado de un modo nuevo, y delante de ellos te advierto que en adelante no vuelvas a hacerlo sin mi permiso.

—La culpa es mía, mon père— dijo enrojeciendo Lisa.

—Usted, usted es libre— dijo el príncipe Nikolái Andréievich haciendo una reverencia a su nuera, —pero ella no necesita desfigurarse; ya de por sí es fea.

Y se volvió a su sitio, sin preocuparse de su hija, que estaba a punto de llorar.

—Pues yo creo que ese peinado le sienta muy bien— intervino el príncipe Vasili.

El príncipe Nikolái Andréievich se volvió a Anatole:

—Bueno, amigo, joven príncipe… ¿Cómo se llama? Ven, ven aquí… Charlaremos un poco para conocernos.

“Ahora es cuando empieza la diversión”, pensó Anatole; y sonriendo, se sentó junto al viejo príncipe.

—Bien, querido. Dicen que se ha educado en el extranjero. No le ha pasado como a nosotros, a su padre y a mí, que aprendimos las letras con un sacristán. Dígame, querido, ¿sirve en la Guardia montada?— preguntó el príncipe mirando a Anatole fijamente y de cerca.

—No, he pasado al Ejército— repuso Anatole, que apenas podía contener la risa.

—¡Vaya! ¡Eso está bien! Así pues, quiere servir al Emperador y a la patria… Estamos en guerra y un buen mozo así debe servir… ¿Está en servicio activo?

—No, príncipe. Mi regimiento ya está en campaña, pero yo estoy agregado… ¿A qué estoy agregado, papá?— preguntó Anatole riendo al príncipe Vasili.

—¡Pues sí que sirve bien! ¿A qué estoy agregado? ¡Ja, ja, ja!— rió el príncipe Nikolái Andréievich.

Anatole se echó a reír con más fuerza todavía. De pronto el príncipe Nikolái Andréievich frunció el ceño:

—Bien, puedes irte— dijo a Anatole.

Y Anatole se volvió de nuevo hacia las damas con una sonrisa en los labios. El viejo Bolkonski se dirigió al príncipe Vasili.

—Los has educado en el extranjero, ¿verdad?

—Hice cuanto pude, y puedo decirle que allá la educación es mucho mejor que aquí, en nuestro país.

—Sí, hoy, ya se sabe: todo es distinto, todo es nuevo. ¡Un bravo mozo! ¡Un bravo mozo! Y ahora vamos a mi despacho— tomó al príncipe Vasili del brazo y salió con él.

En cuanto se vieron solos, el príncipe Vasili expuso al príncipe Bolkonski sus deseos y esperanzas.

—¿Qué piensas?— dijo ásperamente el viejo Bolkonski.

—¿Crees que la retengo, que no puedo separarme de ella? Eso es lo que se imaginan— gruñó. —Por mí, puede marcharse mañana mismo— añadió con cólera. —Únicamente le diré que deseo conocer mejor a mi futuro yerno. Ya conoces mis principios: las cartas boca arriba. Mañana, en tu presencia, preguntaré a mi hija si consiente en casarse; entonces, que él se quede aquí unos días; que se quede; así yo veré— el príncipe soltó un bufido. —¡Que se casen! ¡A mí me da lo mismo!— gritó con el mismo tono estridente con que había despedido a su hijo.

—Sinceramente se lo digo, príncipe: usted conoce bien a los hombres— dijo el príncipe Vasili como si estuviera convencido de la inutilidad de la astucia ante la perspicacia de su interlocutor. —Anatole no es un genio, pero es un buen muchacho y un hijo ejemplar.

—Bien, bien, ya lo veremos.

Como sucede siempre que las mujeres viven aisladas sin compañía masculina, la aparición de Anatole hizo comprender a las tres mujeres de la casa de Nikolái Andréievich que su vida hasta entonces no había sido vida. En un instante se multiplicó en ellas la facultad de pensar, de sentir y observar; aquella común existencia, hasta entonces sumida en una penumbra, pareció llenarse de improviso de una nueva luz vivificante, plena de sentido.

La princesa María ya no pensaba en su rostro ni en su peinado, los había olvidado. El rostro bello y sincero de aquel hombre que podía llegar a ser su marido atrajo toda su atención. Le parecía bueno, valeroso, resuelto, viril y magnánimo. Estaba convencida de ello. Miles de sueños en torno a una futura vida de familia surgían incansablemente en su imaginación. Pero los apartaba y procuraba ocultarlos.

"¿No me habré mostrado demasiado fría con él? —pensaba. Intento dominarme porque en lo profundo del alma me siento ya demasiado próxima a él. Pero él no sabe todo lo que yo pienso y puede imaginarse que me es desagradable."

Y la princesa María intentaba y no sabía mostrarse amable con el joven.

"La pauvre fille! Elle est diablemente laide!", pensaba Anatole.[215]

También mademoiselle Bourienne, excitada al máximo por la llegada de Anatole, se abocaba a pensar, pero de manera diversa. Joven y hermosa, sin posición definida, sin parientes, sin amigos y hasta sin patria, no pensaba dedicar toda su vida al servicio del príncipe Nikolái Andréievich, a leerle libros y a contentarse con la amistad de la princesa María. Mademoiselle Bourienne esperaba desde hacía tiempo a que un príncipe ruso capaz de apreciar su evidente superioridad sobre las princesas rusas, feas, mal vestidas, desgarbadas, se enamorase de ella y se la llevase. Y ese príncipe ruso, por fin, había llegado. Mademoiselle Bourienne conocía una historia que había oído de joven a una tía suya y que ahora completaba con su propia imaginación, complaciéndose en repetirla mentalmente. Era la historia de una joven seducida, a la que se presentaba su pobre madre —*sa pauvre mère*— para reprobarle el haberse entregado a un hombre sin casarse con él. Mademoiselle Bourienne se emocionaba hasta el punto de llorar contando, en su imaginación, esta historia a *él*, al seductor. Y ahora ese *él*, un verdadero príncipe ruso, acababa de aparecer. La llevaría consigo, vendría después *ma pauvre mère* y acabarían casándose. Así se imaginaba mademoiselle Bourienne su historia futura mientras charlaba con él de París. No era el cálculo lo que la guiaba (apenas si reflexionó un instante en lo que debía hacer); pero todo estaba dispuesto desde mucho antes en ella y ahora convergía hacia Anatole, a quien quería y procuraba gustar lo más posible.

La princesa Lisa, como un viejo caballo de batalla que oye el son de las trompetas, olvidaba inconscientemente su propio estado y se aprestaba al habitual galope de coquetería, sin intención alguna, impulsada tan sólo por una alegría ingenua y frívola.

Y aunque en presencia de las mujeres Anatole asumía de ordinario un aire de hombre cansado de su éxito con las mujeres, experimentaba un vanidoso placer al observar su influencia sobre las tres mujeres de Lisie-Gori. Por otra parte, empezaba a experimentar por la bonita e incitante mademoiselle Bourienne aquel sentimiento apasionado y bestial que con rapidez extraordinaria se adueñaba de él y lo empujaba a los actos más groseros y atrevidos.

Después del té pasaron a un salón e invitaron a la princesa a que tocara el clavicordio. Anatole se colocó delante de ella, junto a mademoiselle Bourienne, y sus ojos alegres y sonrientes miraban a la princesa María, quien, con emoción feliz y dolorosa a un tiempo, percibía su mirada. La sonata favorita la transportaba a un mundo íntimo y poético y aquellos ojos que sentía sobre sí añadían aún más poesía a ese universo.

Pero la mirada de Anatole, aunque posada en María, no se interesaba por ella, sino por los movimientos del pequeño pie de mademoiselle Bourienne, al que rozaba en ese instante con el suyo por debajo del clavicordio. También mademoiselle Bourienne miraba a la princesa, que leyó en sus bellos ojos una nueva expresión de alegría temerosa y de esperanza.

"¡Cuánto me quiere! ¡Qué feliz puedo llegar a ser con una amiga y un marido así! —pensó la princesa María y se repitió—: ¿Marido?", sin atreverse a mirarlo y sintiendo su mirada fija en ella.

Por la noche, después de la cena, al separarse, Anatole besó la mano de la princesa. Ni ella misma supo cómo tuvo el valor de mirar de frente el bello rostro que se había aproximado a sus ojos miopes. Después, Anatole besó la mano de mademoiselle Bourienne (era una inconveniencia, ¡pero lo hizo con tanta seguridad y sencillez!); mademoiselle Bourienne enrojeció como una amapola y miró asustada a la princesa.

"Quelle délicatesse! Tal vez Amélie —así se llamaba mademoiselle Bourienne— piensa que estoy celosa y no aprecio su ternura y devoción

para conmigo”, pensó la princesa María. Y se acercó a mademoiselle Bourienne para abrazarla con cariño. Anatole quiso besar la mano de Lisa.

—Non, non, non! Quand votre père m’écrira que vous vous conduisez bien, je vous donnerai ma main à baiser. Pas avant[216]— dijo la pequeña princesa Lisa, y, levantando un dedo, salió sonriente de la sala.

V

Se separaron y, excepto Anatole, que se durmió en seguida, todos tardaron en conciliar el sueño aquella noche.

"¿Será posible que sea mi marido ese hombre desconocido, guapo y bueno? Sí, bueno, eso es lo principal", pensaba la princesa María; y se adueñó de ella un miedo como muy raras veces había sentido. Tenía miedo de volver la cabeza; le parecía que había alguien detrás del biombo, en el rincón oscuro. Y ese alguien era él, el diablo, y él, ese hombre de frente blanca, cejas negras y labios sonrosados.

Llamó a la doncella y le pidió que durmiera en su habitación.

Aquella noche mademoiselle Bourienne paseó durante mucho tiempo en el invernadero, esperando en vano a alguien, unas veces sonriendo, otras conmovida hasta las lágrimas por las imaginarias palabras de la *"pauvre mère"* que le reprochaba su caída.

La pequeña princesa regañaba a la doncella porque no había preparado bien su lecho. No podía acostarse ni de espaldas ni de costado; en cualquier posición que tomara sentía una fastidiosa pesadez. Le molestaba el vientre. Todo le molestaba ahora más que nunca, porque la presencia de Anatole la transportaba a los días en que no estaba embarazada y todo era fácil y agradable. Estaba sentada en un sillón, con una simple chambra y su cofia de dormir; Katia, medio dormida, con la trenza suelta, sacudía y revolvía por tercera vez el pesado colchón de plumas, murmurando algo.

—Ya te decía que todo está lleno de bultos y hoyos— repetía Lisa. —Tengo sueño y no puedo dormir; no es culpa mía…— y su voz temblaba como la de un niño a punto de llorar.

Tampoco el viejo príncipe dormía. Tijón lo oía caminar y resoplar encolerizado. El príncipe se sentía ofendido no por él, sino por su hija; y era una ofensa más dolorosa porque no se trataba de él mismo, sino de la hija, a la que amaba más que a sí mismo. Se repetía que tendría que repasar todo aquel asunto y decidir lo que conviniera y fuera justo, pero no lo conseguía y se irritaba cada vez más.

"Al primero que se presenta se olvida de su padre y de todo. Corre, cambia de peinado, coquetea, parece otra. ¡Está contenta con dejar a su padre! Y sabía que yo me iba a dar cuenta. ¡Fr…, fr…, fr…! ¿No ve que aquel imbécil no mira más que a la Bourienne? (A ésta hay que echarla.) ¿Cómo puede tener tan poco orgullo para no comprenderlo? Si no lo hace por sí misma, al menos que lo haga por mí. Hay que hacerle ver que ese idiota ni siquiera piensa en ella, sino en la Bourienne. No tiene orgullo, pero yo le abriré los ojos…"

El viejo príncipe se daba cuenta de que, diciendo a su hija que estaba en un engaño y que Anatole no tenía otra intención que cortejar a la Bourienne, despertaría el amor propio de la princesa María, y su propia causa (el deseo de no separarse de su hija) vencería por fin. Se quedó tranquilo con este pensamiento; llamó a Tijón y empezó a desvestirse.

"El diablo los ha traído —pensaba, mientras Tijón cubría con el camisón su cuerpo senil y escuálido, lleno de vello gris en el pecho—. Yo no los he llamado. Vienen a turbar mi vida y no me queda mucha."

—¡Al diablo!— exclamó mientras el camisón le cubría la cabeza.

Tijón conocía esa costumbre del príncipe de expresar, a veces, en voz alta sus pensamientos; por eso sostuvo con rostro impasible la mirada colérica e inquisitiva que apareció encima del camisón cuando éste se deslizó por el cuerpo.

—¿Se han acostado?— preguntó el príncipe.

Tijón, como buen lacayo, conocía por instinto la dirección de los pensamientos de su amo, y adivinó que preguntaba por el príncipe Vasili y su hijo.

—Sí, Excelencia. Se han dignado acostarse y ya apagaron las luces.

—No era necesario… No era necesario…— murmuró apresuradamente el príncipe. Y metiendo los pies en las pantuflas y los brazos en las mangas

de la bata, se acercó al diván en que dormía.

Aunque nada se hubieran dicho, el príncipe Anatole y mademoiselle Bourienne se habían entendido bien en cuanto a la primera parte de la novela, hasta el momento en que aparece *ma pauvre mère*. Comprendían que tenían muchas cosas que decirse en secreto, y, por eso, a la mañana siguiente trataron de verse a solas. Mientras la princesa a la hora habitual iba al despacho de su padre, mademoiselle Bourienne se reunía con Anatole en el invernadero.

Aquel día la princesa se acercó a la puerta del despacho con un temor especial. Le parecía que todos sabían no sólo que ese día iba a decidirse su suerte, sino también lo que ella pensaba. Leyó esa expresión en el rostro de Tijón y en el del ayuda de cámara del príncipe Vasili, al que encontró en el pasillo cuando llevaba agua caliente para su amo y que la saludó con una profunda reverencia.

El viejo príncipe estaba aquella mañana extraordinariamente atento y cariñoso con su hija. La princesa María conocía bien esa expresión de obsequiosidad; era la misma que aparecía en su rostro cuando apretaba furiosamente los secos puños porque la princesa no comprendía algún problema de aritmética; se alejaba entonces de ella y, en voz baja, repetía una y otra vez las mismas palabras.

Sin perder un momento, abordó el tema, tratando de usted a su hija.

—Me han hecho una proposición que se refiere a usted— dijo con una sonrisa artificial. —Creo que habrá adivinado que el príncipe Vasili no ha venido ni ha traído consigo a su educando (no se sabe por qué, llamaba así al hijo) por mi cara bonita. Me han hecho una proposición que se refiere a usted, y puesto que conoce mis principios, a usted se la remito.

—¿Cómo debo entenderlo, mon père?— preguntó la princesa, palideciendo y enrojeciendo sucesivamente.

—¡Cómo entenderme!— gritó enfurecido. —El príncipe Vasili te encuentra a su gusto para nuera y te pide por esposa para su educando. Eso es lo que hay que entender. ¿Cómo? Eso soy yo quien te lo pregunta.

—Yo no sé, mon père, lo que usted…— murmuró la princesa María.

—¿Yo? ¿Yo? ¿Y quién soy yo? A mí déjeme aparte. Yo no soy el que va a casarse. Aquí lo que interesa es saber qué piensa *usted.*

La princesa se dio cuenta de que su padre veía con malos ojos aquella petición, pero pensó también que entonces iba a decidirse para siempre su porvenir. Bajó la mirada para no ver los ojos bajo cuya influencia se sentía incapaz de pensar y a los que no sabía —por pura costumbre— más que obedecer, y dijo:

—Sólo quiero una cosa: hacer su voluntad. Pero si hubiera de exponer mi deseo…

No pudo terminar.

El príncipe la interrumpió:

—¡Perfectamente!— gritó. —Te tomará con tu dote y de paso se llevará a mademoiselle Bourienne. Ella será su mujer y tú…

El príncipe se detuvo al advertir la impresión que producían esas palabras en su hija: la princesa bajó la cabeza, pronta a llorar.

—Vaya, vaya. No es más que una broma— dijo. —Ten presente cuál es mi principio: una hija tiene pleno derecho a escoger. Y tú estás en libertad de hacerlo. Recuerda una cosa: tu felicidad depende de esta decisión. En mí no tienes que pensar.

—Pero, yo no sé… mon père.

—¡No hablemos más! A él le ordenan que se case y se casa; lo haría, no sólo contigo sino con cualquiera… Pero tú, tú eres libre para escoger… Vete a tu habitación y medita. Vuelve dentro de una hora y, en su presencia, di sí o no. Sé que vas a rezar. Bien: reza, si te parece, pero creo que harías mejor en pensarlo. Ahora, vete.

Y mientras la princesa salía del despacho como envuelta en una espesa niebla, tambaleándose, el príncipe gritó a sus espaldas:

—¡Sí o no! ¡Sí o no! ¡Sí o no!

La suerte de la princesa estaba echada, y de un modo feliz. Pero la alusión a mademoiselle Bourienne en labios de su padre resultaba horrible. Suponiendo que no fuese cierta, no dejaba de ser terrible. No podía dejar de pensar en ello. Iba por el invernadero, sin ver ni oír nada, cuando, de improviso, el conocido murmullo de la voz de mademoiselle Bourienne la sacó de su abstracción. Levantó los ojos y vio, a dos pasos apenas de sí, a Anatole, que abrazaba a la francesa y le susurraba algo. Anatole, con una terrible expresión en su bello rostro, se volvió hacia la princesa, pero no

dejó de ceñir en los primeros instantes la cintura de mademoiselle Bourienne, que aún no había visto a la princesa María.

"¿Quién está aquí? ¿Para qué? ¡Esperad!", parecía decir el rostro de Anatole. La princesa María los miró en silencio. No alcanzaba a comprender. Por último, mademoiselle Bourienne lanzó un grito y echó a correr. Anatole, con una alegre sonrisa, saludó a la princesa, como invitándola a reírse de aquel extraño suceso, y, encogiéndose de hombros, se dirigió hacia la puerta que llevaba a sus habitaciones.

Una hora después se presentó Tijón para llamar a la princesa María. Le rogaba que fuera al despacho del príncipe, y añadió que el príncipe Vasili Serguéievich estaba ya en el mismo lugar. Cuando Tijón entró en la habitación de la princesa María, ésta permanecía sentada en el diván y tenía entre sus brazos a mademoiselle Bourienne, hecha un mar de lágrimas, y le acariciaba la cabeza dulcemente. Los bellísimos ojos de la princesa, radiantes y tranquilos, miraban con amor tierno y compasión el lindo rostro de mademoiselle Bourienne.

—Non, princesse, je suis perdue pour toujours dans votre coeur— decía mademoiselle Bourienne.**[217]**

—Pourquoi? Je vous aime plus que jamais et je tâcherai de faire tout ce qui est en mon pouvoir pour votre bonheur— respondía la princesa.**[218]**

—Mais vous me méprisez; vous si pure, vous ne comprendrez jamais cet égarement de la passion. Ah! ce n'est que ma pauvre mère…**[219]**

—Je comprends tout**[220]**— dijo la princesa, sonriendo tristemente. —Cálmese, amiga mía. Voy a ver a mi padre.

Y salió.

Cuando entró la princesa María, el príncipe Vasili estaba sentado, cruzadas sus largas piernas y con la tabaquera en la mano; una sonrisa enternecida brillaba en su rostro y parecía muy conmovido; como si lamentase y se burlase de su propia sensibilidad, se llevó a la nariz una pizca de tabaco.

—Ah, ma bonne, ma bonne!— dijo levantándose y tomando las manos de la princesa. Después suspiró y añadió: —Le sort de mon fils est en vos mains. Décidez, ma bonne, ma chère, ma douce Marie, que j'ai toujours aimée comme ma fille.**[221]**

Se separó de ella. Una lágrima verdadera se asomó a sus ojos.

—¡Fr…, fr…!— refunfuñó el príncipe Nikolái Andréievich. —El príncipe te pide para esposa de su educando… de su hijo… ¿Quieres ser la esposa del príncipe Anatole Kuraguin, sí o no?— y repitió gritando: —Di sí o no. Yo me reservo el derecho de expresar después mi opinión. Sí, mi opinión y nada más— añadió el príncipe Nikolái Andréievich dirigiéndose al príncipe Vasili en respuesta a su expresión suplicante. —¿Sí o no?

—Mi deseo, mon père, es no abandonarlo nunca, no separar mi vida de la suya. No quiero casarme— dijo la princesa María resueltamente, mirando con sus bellos ojos al príncipe Vasili y a su padre.

—¡Bah! ¡Tonterías! ¡Tonterías! ¡Tonterías!— exclamó el príncipe Nikolái Andréievich frunciendo el ceño. Tomó a su hija por la mano, la atrajo a sí, pero no la besó; acercó su frente a la de ella y apretó tanto su mano que la princesa no pudo reprimir un grito.

El príncipe Vasili se había levantado.

—Ma chère, je vous dirai que c'est un moment que je n'oublierai jamais; mais, ma bonne, est-ce que vous ne nous donnerez pas un peu d'espérance de toucher ce coeur si bon, si généreux? Dites que peut-être… L'avenir est si grand. Dites peut-être.[222]

—Príncipe, lo que he dicho es todo cuanto hay en mi corazón. Agradezco el honor que se me hace, pero no seré nunca la esposa de su hijo.

—Ea, se acabó, querido mío. Estoy muy contento de verte, muy contento— dijo el viejo príncipe. —Ahora, princesa, vete a tu habitación… Estoy contento, muy contento de verte— repitió abrazando al príncipe Vasili.

"Mi vocación es otra —pensaba la princesa María—. Mi vocación consiste en ser feliz con la felicidad de los demás, la felicidad del amor y del sacrificio. Y cueste lo que cueste haré la felicidad de la pobre Amelia. ¡Lo ama tan apasionadamente, es tan sincero su arrepentimiento! Haré todo lo posible para que se case con ella. Si él no es rico, le daré medios; pediré a mi padre, pediré a Andréi. ¡Es tan desgraciada, está tan sola, sin la ayuda de nadie! Me sentiré feliz cuando sea su mujer. ¡Y cómo debe amarlo, Dios mío, para haber llegado a olvidarse de sí misma hasta ese extremo! Quizá yo habría hecho lo mismo…"

VI

Hacía tiempo que la familia Rostov carecía de noticias de Nikolái. Sólo hacia la mitad del invierno llegó una carta, en cuyo sobre reconoció el conde la letra de su hijo. Con la carta en la mano, asustado, el conde corrió de puntillas a su despacho, y allí se encerró para leerla a solas. Anna Mijáilovna, enterada de la llegada de una carta (sabía todo cuanto sucedía en la casa), entró silenciosamente en el despacho del conde y se lo encontró con la carta en las manos, llorando y riendo.

Aunque sus asuntos estaban ya en orden, Anna Mijáilovna seguía viviendo con los Rostov.

—Mon bon ami?— preguntó tristemente, siempre dispuesta a compartirlo todo.

El conde sollozó con más fuerza.

—Nikóleñka… Una carta… herido, ma chère… ¡ha sido herido! mi pequeño… la condesa… ha sido promovido a oficial… ¡Bendito sea Dios! ¿Cómo se lo diré a la condesa?

Anna Mijáilovna tomó asiento a su lado y con el pañuelo enjugó las lágrimas del conde, la carta humedecida y las propias lágrimas; leyó la carta, tranquilizó al conde y aseguró que antes del almuerzo y la hora del té habría preparado a la condesa, y que después del té se lo contaría todo, con la ayuda de Dios.

Durante la comida Anna Mijáilovna habló de los rumores que corrían sobre la guerra y de Nikolái; preguntó dos veces cuándo se había recibido su última carta (aunque bien lo sabía) y dijo que era muy posible que aquel mismo día llegaran noticias suyas. A cada una de esas alusiones, cuando la condesa empezaba a mostrarse intranquila y miraba inquieta ya al conde, ya

a Anna Mijáilovna, ésta desviaba hábilmente la conversación hacia temas insignificantes. Natasha, que entre todos los de su familia era la que mejor captaba los matices de entonación, de la mirada y del rostro, aguzó el oído desde el comienzo de la comida y se dio cuenta de que entre su padre y Anna Mijáilovna había algo referente a su hermano Nikolái, y que Anna Mijáilovna quería preparar el terreno. Y a pesar de su audacia (Natasha sabía bien con qué sensibilidad reaccionaba su madre ante todo lo que se refería a Nikolái), no se decidió a preguntar nada durante la comida; apenas probó bocado y no cesó de moverse en la silla, sin hacer caso de las observaciones de su institutriz. Terminada la comida, corrió hacia Anna Mijáilovna, a la que alcanzó en el despacho de su padre, y se le echó al cuello.

—¡Tita, cariño! ¡Dígame qué pasa!

—Nada, querida.

—No, no, tita, palomita, alma mía, tesoro, no la dejaré. Sé que sabe algo.

Anna Mijáilovna sacudió la cabeza.

—Vous êtes une fine mouche, mon enfant— le dijo.[223]

—¿Hay carta de Nikóleñka? ¡A que sí!— exclamó Natasha, leyendo la respuesta afirmativa en el rostro de Anna Mijáilovna.

—Pero, por Dios, sé prudente. Ya sabes la impresión que puede causar a mamá.

—Seré prudente, tita, lo seré, pero cuénteme. Si no me cuenta, voy ahora mismo y lo digo.

Anna Mijáilovna le explicó brevemente el contenido de la carta, con la condición de que no se lo dijese a nadie.

—Palabra de honor— dijo la niña santiguándose. —No se lo diré a nadie.

Y corrió inmediatamente en busca de Sonia.

—¡Nikóleñka… herido… carta!— dijo con solemnidad y alegría.

—¡Nikolái!— exclamó Sonia, palideciendo.

Natasha, al advertir la impresión que producía en Sonia la noticia de la herida de su hermano, comprendió por primera vez todo el aspecto doloroso de aquella nueva.

Se precipitó hacia Sonia y la abrazó entre sollozos.

—Es una herida sin importancia… y lo han ascendido a oficial. Ahora está bien; la carta la escribe él mismo— decía gimoteando.

—Ya se ve que todas las mujeres sois unas lloricas— dijo Petia, que se paseaba por la habitación dando grandes zancadas. —Yo, en cambio, estoy muy contento de que mi hermano se haya distinguido así. ¡Sois unas lloricas y no comprendéis nada!

Natasha sonrió a través de las lágrimas.

—¿Tú no has leído la carta?— preguntó Sonia.

—No, pero me dijo que todo había pasado y ya es oficial.

—¡Gracias a Dios!— se santiguó Sonia. —Pero a lo mejor te ha engañado. Vamos a ver a maman.

Petia seguía sus paseos por la habitación.

—Si yo estuviera en el lugar de Nikóleñka, mataría todavía más franceses— dijo. —¡Son unos miserables! Mataría a tantos que haría una montaña.

—¡Cállate, Petia! Eres un idiota.

—El idiota no soy yo, sino vosotras, que lloráis por cualquier tontería.

—¿Te acuerdas de él?— preguntó de pronto Natasha, después de un corto silencio.

Sonia sonrió.

—¿Si me acuerdo de Nikóleñka?

—No, no es eso. ¿Lo recuerdas bien, del todo?— con su gesto quería dar un significado más serio a sus palabras. —También yo me acuerdo de Nikóleñka, en cambio de Borís no recuerdo nada.

—¿Qué dices? ¿No recuerdas a Borís?— preguntó Sonia con asombro.

—No es que no me acuerde. Sé cómo es, pero no lo recuerdo como a Nikóleñka… A él lo veo en cuanto cierro los ojos. A Borís, no— y cerró los ojos, como para confirmar lo que decía. —No, nada.

—¡Oh, Natasha!— exclamó apasionadamente Sonia, mirando con seriedad a su amiga, como si no la considerase digna de escuchar lo que quería decir y como si lo dijese a alguien con quien no se pudiera bromear. —Amo a tu hermano para siempre, y, suceda lo que suceda entre nosotros, no dejaré de amarlo toda la vida.

Natasha miraba con ojos asombrados y curiosos a Sonia y no dijo nada. Sentía que su amiga decía la verdad y que existía ese amor de que hablaba Sonia; pero ella no había experimentado aún nada semejante. Creía que pudiera existir, pero no lo comprendía.

—¿Le escribirás?— preguntó.

Sonia quedó pensativa. ¿Escribir a Nikolái? ¿Era necesario hacerlo? Esas preguntas la atormentaban. Ahora que era ya oficial y héroe herido en combate, ¿estaría bien eso de hacerse presente, como para recordarle sus promesas?

—No lo sé… Si él escribe, también lo haré yo— dijo ruborizándose.

—¿Y no te dará vergüenza escribirle?

Sonia sonrió.

—No.

—A mí me daría vergüenza escribir a Borís. No le escribiré.

—¿Por qué?

—No lo sé; me parece que no está bien. Me sentiría incómoda, tendría vergüenza.

—Yo sé por qué tendría vergüenza— dijo Petia, ofendido por la primera observación de Natasha. —Porque estuvo enamorada de aquel gordinflón con gafas.

Petia llamaba así a su homónimo, el nuevo conde Bezújov.

—Ahora está enamorada del cantante— se refería al profesor italiano de canto. —Por eso le daría vergüenza.

—Eres un tonto, Petia— dijo Natasha.

—No soy más tonto que tú, hermanita— dijo Petia desde la altura de sus nueve años como si fuera un viejo brigadier.

La condesa estaba ya preparada por las alusiones de Anna Mijáilovna durante la comida. Al retirarse a su habitación se sentó sin poder separar los ojos llenos de lágrimas del retrato de su hijo en una miniatura sobre la tabaquera. Anna Mijáilovna, con la carta en la mano, se acercó de puntillas a la puerta de su habitación y se detuvo.

—No entre ahora— dijo al viejo conde, que la seguía; —después— y cerró la puerta tras de sí.

El conde acercó el oído al ojo de la cerradura.

Primero oyó el rumor de palabras indiferentes; después la voz de Anna Mijáilovna, que habló sola durante mucho tiempo. Por fin, un grito, seguido del silencio, y de nuevo las dos voces que hablaban al mismo tiempo con alegre entonación; más tarde se oyeron pasos y Anna Mijáilovna abrió la puerta. Su rostro tenía la orgullosa expresión del cirujano que, habiendo terminado felizmente una difícil amputación, invita al público a que admire su arte.

—C'est fait— dijo al conde, señalando con solemne gesto a su esposa, que tenía en la mano la tabaquera con la miniatura de Nikóleñka y en la otra la carta y llevaba sus labios bien a una bien a otra.

Al ver al conde le tendió los brazos, abrazó su calva cabeza y por encima de ella volvió a mirar la carta y el retrato, apartando ligeramente la cabeza del conde para poderlos besar de nuevo. Vera, Natasha, Sonia y Petia entraron en la habitación de su madre y dio comienzo la lectura de la carta.

Nikolái describía en ella brevemente la campaña y las dos batallas en que había tomado parte; después hablaba de su promoción a oficial y añadía que besaba las manos de sus padres y pedía su bendición: besaba a Vera, a Natasha y a Petia. Después, enviaba sus saludos al señor Scheling, a la señora Chosse y a la anciana niñera; por último, pedía que besasen a la querida Sonia, a la que seguía queriendo y recordando. Al oír estas palabras, Sonia enrojeció y le saltaron las lágrimas; sin fuerzas para resistir todas las miradas vueltas hacia ella, escapó al salón, dio unas vueltas hasta que el vestido se le ahuecó como un globo y, roja y sonriente, se sentó en el suelo. Entretanto, la condesa lloraba.

—¿Por qué llora usted, maman?— preguntó Vera. —Por todo lo que escribe Nikóleñka, hay que alegrarse en vez de llorar.

Era una observación muy justa; pero tanto sus padres como Natasha la miraron con aire de reproche. “¿A quién habrá salido?”, pensó la condesa.

Cien veces leyeron la carta de Nikolái, y cuantos fueron juzgados dignos de oírla tuvieron que acercarse a la condesa, que no se separaba de ella. Acudieron los preceptores y las niñeras, Míteñka, varios conocidos de la condesa, quien la leía y volvía a leer con renovado goce, descubriendo cada vez nuevas virtudes de su Nikóleñka. ¡Cuán extraño, insólito y gozoso

le parecía que aquel hijo suyo, que veinte años antes agitaba sus débiles miembros en sus entrañas, aquel hijo, causa de sus litigios con el conde, que lo mimaba excesivamente, aquel hijo que había aprendido a decir "pera" y después "baba", estuviera ahora allí, lejos, en tierras extrañas, en un ambiente extraño, soldado valeroso, solitario, sin protección y sin guía, cumpliendo sus deberes de hombre! Toda la universal experiencia de siglos que enseña que los niños desde la cuna se van haciendo insensiblemente hombres no suponía nada para la condesa. El crecimiento de aquel hijo era para su madre, en cada fase, un acontecimiento extraordinario, como si millones y millones de hombres no se hubieran desarrollado del mismo modo. Así como veinte años antes no habría creído que aquel pequeño ser que vivía en ella, bajo su corazón, empezaría pronto a gritar y a mamar de su pecho y a hablar, así ahora le resultaba difícil convencerse de que aquel ser se hubiera convertido en un hombre fuerte y valeroso, el hijo y hombre modelo que revelaba su carta.

—¡Qué estilo! ¡Qué bien describe!— comentaba, volviendo a leer la parte descriptiva de la carta. —¡Qué alma! De sí mismo no dice nada… ¡nada! Habla de un tal Denísov y estoy segura de que él es el más valiente de todos. Nada cuenta de sus sufrimientos. ¡Qué corazón! Lo reconozco, es el de siempre. Se acuerda de todos; no ha olvidado a nadie. Ya decía yo siempre, siempre, cuando él era todavía así…

Durante más de una semana, en toda la casa se escribieron borradores y se pasaron a limpio cartas para Nikolái. Bajo la vigilancia de la condesa y la solicitud de su marido se recogieron las cosas necesarias y el dinero para el uniforme del nuevo oficial. Anna Mijáilovna, como mujer práctica, había sabido conseguir una recomendación para sí y su hijo también para la correspondencia. Tenía la oportunidad de mandar las cartas a la dirección del gran duque Constantino Pávlovich, comandante de la Guardia. Los Rostov suponían que era más que suficiente escribir *Guardia rusa en el extranjero*, y si una carta llegaba hasta el gran duque, comandante de la Guardia, no había razón para que no llegase hasta el regimiento de Pavlograd, que debía de estar por ahí cerca. Por esa razón decidieron enviar cartas y dinero, por medio del correo del gran duque, a Borís, quien, a su vez, los remitiría a Nikolái. Eran cartas del viejo conde y de la condesa, de

Petia, de Vera, de Natasha y Sonia, además de 6.000 rublos para el equipo y algunas otras cosas que el conde enviaba a su hijo.

VII

El 12 de noviembre, el ejército de Kutúzov, acampado cerca de Olmütz, se preparaba para la revista de los dos Emperadores, el ruso y el austríaco, que tendría lugar al día siguiente. La Guardia, recién llegada de Rusia, vivaqueó a quince kilómetros de Olmütz y, al día siguiente, a las diez de la mañana, llegó al campo de maniobras, dispuesta para la revista.

Nikolái Rostov acababa de recibir una nota de Borís informándolo de que el regimiento Izmailovski pernoctaría a quince kilómetros de Olmütz y que lo esperaba para entregarle las cartas y el dinero. Rostov necesitaba el dinero ahora sobre todo, después de la campaña, cuando las tropas estaban acantonadas cerca de Olmütz, donde los cantineros y los judíos austríacos, que llenaban el campamento, bien abastecidos, ofrecían los objetos más tentadores. Entre los oficiales del regimiento de Pavlograd se sucedían toda clase de fiestas para celebrar las condecoraciones y recompensas obtenidas en la campaña, así como numerosos viajes de placer a Olmütz, donde Carolina, la Húngara, había abierto un restaurante servido por mujeres. Rostov acababa de celebrar su ascenso y había comprado a Denísov su caballo *Beduino*. Estaba, pues, endeudado al máximo con sus camaradas y los cantineros. Apenas recibió el aviso de Borís, partió para Olmütz con un amigo. Comió, bebió una botella de vino y se dirigió solo al campamento de la Guardia en busca de su amigo de la infancia. Rostov no había tenido tiempo aún de hacerse el uniforme; llevaba una vieja guerrera de cadete, con la cruz de San Jorge, pantalón de montar igualmente deteriorado y un sable de oficial; montaba un caballo del Don, comprado a un cosaco durante la campaña, y su chacó de húsar estaba un poco ladeado hacia atrás. Mientras se acercaba al regimiento Izmailovski, iba pensando en la sorpresa

de Borís y sus compañeros de la Guardia al ver su aire marcial, de hombre ya curtido en lides de guerra.

Para la Guardia, la campaña había sido un verdadero paseo, en el cual había presumido de sus elegantes uniformes y de su disciplina ejemplar. Las marchas eran breves; los soldados habían dejado sus mochilas en los carros y, en cada etapa, las autoridades austríacas ofrecían a los oficiales magníficas comidas. Los regimientos entraban y salían de las ciudades entre músicas, y toda la marcha, por orden del gran duque —de lo que estaban orgullosos los oficiales de la Guardia—, se hizo marcando el paso y con los oficiales en sus respectivos puestos. Borís hizo todo el recorrido y pernoctó con Berg, ascendido a jefe de compañía. En su nuevo cargo, Berg, siempre cumplidor y puntual en el servicio, se había conquistado la confianza de sus superiores y había conseguido arreglar muy ventajosamente sus asuntos económicos. Borís había encontrado durante la marcha a muchas personas que podían serle útiles y, gracias a una carta que le diera Pierre, conoció al príncipe Andréi Bolkonski, mediante el cual esperaba conseguir un nombramiento para el Estado Mayor del generalísimo. Berg y Borís, pulcros y atildados, permanecían en su apartamento y descansaban de la última marcha, jugando al ajedrez ante una mesa redonda. Berg sostenía entre las piernas una pipa encendida. Borís, con su habitual precisión, alineaba con sus manos blancas y finas los peones, esperando el movimiento de Berg; Borís miraba fijamente a su compañero, entregado por entero al juego, fiel a su costumbre de pensar tan sólo en aquello que ocupaba su atención en el momento dado.

—A ver cómo sale de ésta— dijo.

—Procuraremos salir— respondió Berg, tocando una pieza, pero dejándola en seguida.

En aquel instante se abrió la puerta.

—Vaya. ¡Por fin te encuentro!— gritó Rostov. —¡Eh, y Berg también! “Eh, petits enfants, allez coucher dormir!”[224]— gritó, repitiendo las palabras de la vieja niñera de la que antaño se burlaba con Borís.

—¡Dios mío, cómo has cambiado!— Borís se levantó al encuentro de Rostov pero sin olvidarse de sostener y recoger las piezas de ajedrez que se habían caído.

Quiso abrazar a su amigo, pero Nikolái lo esquivó con ese afán juvenil de evitar los caminos trillados y expresar sus sentimientos a su manera, con tal de no imitar a los adultos, que a veces los fingen. Nikolái deseaba hacer algo nuevo al ver a su amigo: por ejemplo, darle un pellizco o un empujón, pero no abrazarlo y besarlo como hacen todos. En cambio, Borís, tranquila y amistosamente, abrazó y besó por tres veces a Rostov.

Hacía casi seis meses que no se veían y, como es natural a esa edad cuando el joven da los primeros pasos en la vida, ambos amigos se hallaron muy cambiados tal vez por la influencia totalmente nueva de los ambientes en que habían dado esos primeros pasos. Los dos tenían empeño en mostrar lo antes posible sus propias transformaciones.

—¡Sois unos malditos petimetres! ¡Siempre limpios y frescos, como si volvierais de un paseo, y no como nosotros, los infelices del ejército!— decía Rostov con inflexiones de barítono en la voz, nuevas para Borís, y modales bruscos, señalando su propio pantalón, sucio de barro.

La dueña de la casa, una alemana, apareció en la puerta atraída por las voces de Rostov.

—¿Qué, es guapa?— preguntó guiñando un ojo.

—¿Por qué gritas tanto? La vas a asustar— dijo Borís. —No te esperaba hoy— agregó; —ayer entregué unas líneas para ti a un ayudante del general Kutúzov, a quien conozco, el príncipe Bolkonski. Y no pensé que te las haría llegar tan pronto… Bueno, ¿cómo estás? ¿Ya has entrado en fuego?

Rostov, sin contestar, movió la cruz de San Jorge que ostentaba en el pecho, mostró el brazo en cabestrillo y, sonriendo, miró a Berg.

—Ya lo ves— dijo.

—Hola, hola— dijo Borís sonriendo. —También nosotros hemos hecho una marcha espléndida. Sin duda sabes que el zarévich está siempre en nuestro regimiento, de manera que gozamos de todas las comodidades y ventajas. ¡Qué recibimiento en Polonia! ¡Qué cenas y qué bailes! Es imposible contarlo todo. Y el zarévich estuvo muy afectuoso con todos nuestros oficiales.

Y empezaron a contarse: el uno las francachelas de los húsares y la vida de campaña, y el otro los placeres y las ventajas que tiene el servicio al mando de tan grandes personajes, etcétera.

—¡Oh, la Guardia!— exclamó Rostov. —Bueno, di que nos traigan vino.

Borís torció el gesto.

—Bien… Si quieres…

Se acercó a su cama, sacó una bolsa debajo de la limpia almohada y dio órdenes de que trajeran vino.

—Ah, tengo que darte el dinero y las cartas— añadió.

Rostov tomó las cartas, dejó el dinero sobre el diván y acodándose sobre la mesa se puso a leer. Leyó unas líneas y miró a Berg con ira; sus miradas se encontraron y Rostov ocultó su rostro tras la carta.

—Le han mandado bastante— dijo Berg mirando la pesada bolsa tirada sobre el diván. —En cambio nosotros, conde, vivimos de nuestra paga. Por lo que respecta a mí le diré…

—Mire, querido Berg— dijo Rostov, —cuando reciba usted carta de su casa y se encuentre con un amigo íntimo a quien quiera preguntar muchas cosas, y yo estuviera allí, me iría a otro sitio para no molestarlo. Hágame caso, váyase a donde quiera, a cualquier sitio… ¡al diablo!— acabó por gritar; pero acto seguido lo sujetó por el hombro y mirándolo cariñosamente, para suavizar la violencia de sus palabras, añadió: —Perdóneme, querido; le hablo tal como lo siento, como a un viejo conocido.

—¡Oh, por favor, conde! Lo comprendo muy bien— replicó Berg con voz gutural, levantándose.

—Vaya con los dueños de la casa, lo han invitado— añadió Borís.

Berg se puso una chaqueta pulquérrima; se arregló delante del espejo las patillas hacia arriba, al estilo del emperador Alejandro y, convencido por la mirada de Rostov de que su chaqueta producía efecto, salió de la estancia ufano y sonriente.

—¡Pero qué animal soy!— exclamó Rostov, sumido en su lectura.

—¿Por qué?

—Soy un cerdo por no haberles escrito antes ni una vez y darles ese susto de pronto. ¡Menudo cerdo!— repitió enrojeciendo Rostov. —Bueno, anda, llama a Gavrilo. Que nos traiga un poco de vino y beberemos.

Entre las cartas de la familia venía una para el príncipe Bagration; era una recomendación conseguida por la condesa (siguiendo los consejos de

Anna Mijáilovna) a través de algunas amistades; la mandaba a su hijo para que se valiera de ella.

—¡Qué tontería! No me hace ninguna falta— dijo Rostov, arrojando la carta bajo la mesa.

—¿Por qué la tiras?— preguntó Borís.

—Una carta de recomendación. ¡Al diablo con ella!

—¿Por qué al diablo?— dijo Borís, que la había recogido y leía el destinatario. —Esta carta te hace mucha falta.

—No necesito nada ni quiero ser ayudante de nadie.

—Pero ¿por qué?— preguntó Borís.

—Es un oficio de lacayo.

—Ya veo que sigues siendo el mismo soñador— dijo Borís, moviendo la cabeza.

—Y tú el diplomático de siempre. Pero no se trata de eso… Bueno, bueno, ¿y tú, qué?— preguntó Rostov.

—Ya lo ves. Hasta ahora todo va bien, pero confieso que me gustaría ser ayudante y no permanecer en filas.

—¿Por qué?

—Porque desde que entramos en la carrera militar hay que procurar, por todos los medios posibles, que sea brillante.

—¡Vaya!— dijo Rostov, al parecer pensando en otra cosa.

Miraba fija e inquisitivamente a su amigo, como buscando en él la respuesta a una pregunta.

El viejo Gavrilo trajo vino.

—¿No será mejor llamar a Alfonso Kárlovich?— insinuó Borís. —Beberá contigo. Yo no bebo.

—Bien, bien, ve a buscarlo. ¿Qué opinas tú de ese alemanote?— preguntó Rostov con una sonrisa despectiva.

—Es un hombre excelente, honesto y agradable— respondió Borís.

Rostov miró de nuevo fijamente a su compañero y suspiró. Volvió Berg y, ante la botella de vino, la conversación de los tres se animó en seguida. Los oficiales de la Guardia contaban a Rostov sus marchas, las fiestas que les habían ofrecido en Rusia, en Polonia y en el extranjero. Contaron palabras y hechos de su jefe, el gran duque, anécdotas sobre su bondad y

sus explosiones de cólera. Berg, como de costumbre, guardaba silencio mientras la conversación no se refería a él directamente, pero a propósito de las anécdotas sobre el mal genio del gran duque, contó gustosamente cómo en Galitzia había tenido la fortuna de hablar con él, cuando el gran duque recorría los regimientos y se mostraba irritado por la irregularidad de los movimientos. Con una grata sonrisa, Berg contó cómo el gran duque, irritadísimo, se había acercado a él, gritando "¡Arnaute!" (expresión favorita del gran duque cuando estaba encolerizado) y pidiendo que se presentase el jefe de la compañía.

—¿Lo creerá, conde? No tenía miedo alguno, porque sabía que me asistía la razón. Sin vanidad puedo asegurarle que me conozco de memoria las órdenes del día y los reglamentos; los sé como el padrenuestro. Por eso, en mi compañía no había irregularidad alguna, tenía tranquila la conciencia. (Berg se levantó, y escenificó cómo se había presentado al gran duque con la mano en la visera; desde luego era difícil hallar otro rostro más respetuoso y más satisfecho de sí mismo.) —Empezó a gritar y amenazarme con todo lo divino y humano, a cubrirme de improperios. Las palabras "arnaute", "diablos" y "a Siberia" resonaron repetidas veces— decía Berg sonriendo significativamente. —Pero yo no le contesté: sabía que yo tenía razón y por eso guardé silencio. ¿Qué le parece, conde? "¿Estás mudo?", gritó. Pero yo seguía callado. ¿Y qué cree usted? Al día siguiente, en el orden del día, no se contaba nada de lo ocurrido. Ahí tiene lo que significa no perder la cabeza— concluyó Berg, encendiendo su pipa y lanzando espirales de humo.

—Sí, eso está bien— sonrió Rostov.

Pero Borís, advirtiendo que Rostov tenía el propósito de burlarse de Berg, cambió de conversación hábilmente. Se interesó por la herida de Rostov y le preguntó dónde y cómo había ocurrido. Contarlo le agradaba y comenzó a hablar, animándose cada vez más, a lo largo del relato de lo sucedido en Schoengraben, exactamente como cuentan sus experiencias los protagonistas de una batalla, es decir, como les gustaría que hubiese ocurrido o como han oído contarlo a otros, de la forma más atractiva, pero no del todo conforme con la realidad. Rostov era un joven sincero; nunca habría mentido a conciencia. Y comenzó su relato con la intención de contar

las cosas tal y como habían ocurrido; pero, sin él mismo advertirlo, de manera inevitable e involuntaria empezó a mentir. Si hubiese dicho la verdad a quienes, como él, habían oído muchas veces relatos de batallas y se habían forjado una idea de cómo era un ataque, o no le habrían creído o, lo que es peor, habrían pensado que el propio Rostov era culpable de que no le sucediera lo que siempre ocurre a quienes hablan de cargas de caballería. No podía contar simplemente que todos habían ido al trote, que había caído del caballo y se había dislocado la muñeca; ni que había escapado a todo correr para huir de los franceses, hasta refugiarse en un bosque. Contar la verdad es muy difícil y son pocos los jóvenes capaces de hacerlo. Además, para narrar todo tal como había sucedido habría tenido que hacer un verdadero esfuerzo sobre sí mismo. Sus compañeros esperaban que Rostov les relatase cómo, enfebrecido y presa de furor, se había lanzado igual que un huracán, repartiendo sablazos a diestro y siniestro, y cómo abría la carne de los enemigos y cómo, al fin extenuado, había caído. Y Rostov les contó todo eso.

En lo mejor del relato, cuando decía: “No puedes imaginarte qué extraño sentimiento de furor se experimenta durante el ataque”, entró en la estancia el príncipe Andréi Bolkonski, a quien Borís esperaba. El príncipe Andréi, a quien gustaba el papel de protector de los jóvenes y se sentía lisonjeado siempre que alguno acudía a él, se mostraba bien dispuesto hacia Borís, que la víspera había sabido serle simpático, y deseaba ayudarlo. Enviado con unos documentos de Kutúzov para el gran duque, llegaba con la esperanza de encontrar solo a Borís.

Cuando, al entrar en la habitación, se encontró con aquel húsar que contaba aventuras militares (era un tipo de personas que no podía soportar), sonrió cariñosamente a Borís, frunció el ceño y entornó los ojos para mirar a Rostov y, después de un breve saludo, tomó asiento en el diván con aire cansado e indolente. Le disgustaba haber caído en medio de tan desagradable compañía. Rostov lo adivinó y enrojeció; poco le importaba aquel extraño, pero mirando a Borís le pareció que también él se avergonzaba de su compañía. A pesar del gesto burlón y desagradable adoptado por el príncipe Andréi, y a pesar del desprecio general que Rostov sentía hacia todos los ayudantillos del Estado Mayor, entre los que

evidentemente figuraba el recién llegado, se sintió confuso y guardó silencio. Borís preguntó por las noticias del Estado Mayor y (si no era indiscreción) por los propósitos para el futuro.

—Probablemente seguiremos adelante— respondió Bolkonski, que, al parecer, no deseaba hablar delante de extraños.

Berg aprovechó la ocasión para preguntar con especial cortesía si darían, como se había dicho, doble ración de forraje a los jefes de compañía. El príncipe Andréi, sonriendo, replicó que él no podía opinar sobre tan grave cuestión de Estado, a lo que Berg rió alegremente.

—De su asunto— dijo después Bolkonski a Borís —hablaremos más tarde— y miró a Rostov. —Venga a buscarme después de la revista y haré todo lo posible por complacerlo.

Y recorriendo con una mirada toda la estancia, se volvió a Rostov, sin dignarse reparar en su infantil e invencible embarazo, que se iba transformando en cólera.

—Me parece que hablaba de la batalla de Schoengraben. ¿Estuvo usted allí?

—Sí que estuve— respondió Rostov con voz irritada, como queriendo con ello ofender al ayudante de campo.

Bolkonski se dio cuenta del estado de ánimo del húsar y le pareció divertido. Sonrió con ligero desprecio.

—Sí, ahora se cuentan muchas historias sobre esa batalla.

—¡Sí, historias!— dijo Rostov en voz alta, mirando con ojos llenos de ira ya a Bolkonski, ya a Borís. —Sí, muchas historias, pero la historia de los que estuvimos bajo el fuego enemigo tiene cierta importancia, mayor que la de los jovenzuelos del Estado Mayor, que reciben recompensas sin hacer nada.

—¿A los que supone que yo pertenezco?— dijo el príncipe Andréi con tranquila sonrisa, especialmente amable.

En el alma de Rostov coincidió un sentimiento de ira y de respeto hacia la tranquilidad de aquel hombre.

—No hablo de usted— dijo. —No lo conozco y confieso, además, que tampoco deseo conocerlo. Hablo en general de los del Estado Mayor.

—Pues yo puedo decirle lo siguiente— lo interrumpió con tranquila autoridad en el tono de su voz el príncipe Andréi. —Quiere ofenderme, y estoy dispuesto a concederle que es muy fácil conseguirlo, si no tiene el suficiente respeto hacia usted mismo; pero reconozca que ni el lugar ni el tiempo son muy apropiados. Dentro de unos días nos veremos todos empeñados en un duelo bastante más serio; además, Drubetskói, que dice ser un viejo amigo de usted, no tiene culpa alguna de que mi fisonomía tenga la desgracia de no agradarle. Por lo demás— añadió levantándose, —sabe mi nombre y dónde puede encontrarme; pero no olvide— agregó —que yo no me considero ofendido ni creo que usted lo haya sido tampoco, y mi consejo de hombre de mayor edad que usted es que deje este asunto así, sin más consecuencias. A usted, Drubetskói, lo espero el viernes, después de la revista. Adiós— terminó el príncipe Andréi; y salió saludando a uno y a otro.

Sólo cuando hubo desaparecido el príncipe Bolkonski, Rostov se dio cuenta de lo que debía haberle contestado; aún le irritó más no haberlo hecho. Inmediatamente ordenó que le trajeran el caballo y, despidiéndose con sequedad de Borís, salió también. “¿Debo ir mañana al Cuartel General y provocar a este presumido ayudante de campo, o, en efecto, es mejor dejar así las cosas?” Esta pregunta lo atormentó durante el camino. A veces pensaba con ira en el placer de ver el miedo de aquel hombre pequeño, débil y orgulloso, puesto al alcance de su pistola; otras veces, con verdadero estupor, sentía que, de todos los hombres que había conocido, no deseaba tener como amigo a nadie más que a aquel ayudantillo de campo que tanto odiaba.

VIII

Al día siguiente de la visita de Rostov a Borís, tuvo lugar la anunciada revista de las tropas austríacas y rusas, algunas recién llegadas de refresco desde Rusia y otras que habían tomado parte en la campaña con Kutúzov. Los dos Emperadores, el de Rusia con el zarévich y el de Austria con el archiduque, pasaban revista al ejército aliado, compuesto por ochenta mil hombres.

Desde el amanecer, las tropas comenzaron a concentrarse, con uniforme de gala, en el campo situado delante de la fortaleza. Miles de pies y de bayonetas, con sus banderas desplegadas, se detenían a las órdenes de los oficiales, giraban, iban formando, guardando las distancias, dejando paso a otros grupos de infantería uniformada con colores diferentes; o bien era el rítmico trote de la caballería, con sus hermosos uniformes azules, rojos y verdes, precedida de músicos de recamada indumentaria, sobre potros negros, alazanes y bayos; o más allá, entre gran estrépito de broncíneos cañones, limpios y brillantes, que retemblaban sobre los afustes, venía la artillería, detrás de la infantería y la caballería, para ocupar los puestos que les habían sido asignados. No eran sólo los generales con sus uniformes de gran gala, apretadas hasta la exageración las cinturas gruesas o delgadas, con el rostro congestionado por el cuello del uniforme, sus bandas y condecoraciones; no eran sólo los oficiales atildados y elegantes, sino cada soldado, con el rostro fresco, limpio y recién afeitado, con el correaje reluciente, los caballos almohazados, con la piel como de raso y las crines peinadas y alisadas pelo a pelo; todos tenían la sensación de que estaba ocurriendo algo muy importante y solemne. Cada general y cada soldado advertían su pequeñez, comprendían que no eran más que un grano de arena

en aquel mar humano y, al mismo tiempo, sentían su potencia como parte de aquel enorme conjunto.

Al despuntar el día habían comenzado el movimiento y los preparativos, y a las diez todo estaba dispuesto y en el debido orden. La formación ocupaba un inmenso espacio; el ejército estaba extendido en tres grandes cuerpos: delante, la caballería; después, la artillería, y, por fin, la infantería.

Entre cada arma quedaba a modo de una calle. Se distinguían muy bien las tres partes del ejército: las fogueadas tropas de Kutúzov (cuyo flanco derecho, en primera línea, ocupaba el regimiento de Pavlograd), los regimientos de línea y de la Guardia, procedentes de Rusia, y el ejército austríaco. Pero todos formaban juntos, bajo idéntico mando y en el mismo orden.

"¡Ya llegan! ¡Ya llegan!", pasó un murmullo inquieto como el viento sobre las hojas entre aquella muchedumbre. Se oyeron voces nerviosas y la agitación de los postreros preparativos sacudió a toda la tropa.

De Olmütz había salido, en efecto, un nutrido grupo que avanzaba hacia la tropa. Y en aquel momento, aunque el día era tranquilo, un leve soplo recorrió todo el ejército, agitando suavemente los gallardetes de las picas y las banderas desplegadas. El ejército parecía expresar con aquel ligero movimiento todo su júbilo ante la llegada de los Emperadores. Sonó la voz de "¡Firmes!", que fue repetida, como el canto de los gallos a la madrugada, a lo largo de las formaciones. Todo quedó inmóvil.

En aquel silencio de muerte sólo se oía el trote de los caballos. Era el séquito de los emperadores que se acercaban al flanco; y las trompetas del primer regimiento de caballería tocaron generala. No parecían trompetas, sino el propio ejército el que emitía esos sones, jubiloso por la presencia del Soberano. Se pudo distinguir claramente la voz juvenil y afable del emperador Alejandro. Dirigió un saludo a las tropas y le contestó en pleno el primer regimiento con un "¡Hurra!" tan atronador, prolongado y gozoso que los mismos hombres se asustaron de la fuerza y del número de la muchedumbre que ellos constituían.

Rostov se encontraba en las primeras filas de las tropas de Kutúzov, a las que primero se acercó el Emperador. Sentía lo mismo que los demás:

olvido de su persona, la orgullosa conciencia de poder y un entusiasmo apasionado por aquel que era la causa de aquella solemnidad.

Sentía que una sola palabra de ese hombre bastaría para que toda la masa (y él con ella, como una brizna) se arrojara al fuego o al agua, al crimen o a la muerte, o al más grande de los heroísmos; por eso no podía contener el estremecimiento y la emoción ante esa palabra ya próxima.

"¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!", tronaba por doquier; un regimiento tras otro recibía al Emperador al toque de generala y después se repetía el "¡hurra!", siempre en aumento, hasta confundirse en un griterío ensordecedor.

Antes de acercarse el Emperador, cada regimiento, inmóvil y silencioso, parecía un cuerpo sin vida; pero en cuanto aquél llegaba a su altura, la tropa revivía y sumaba sus clamores a los rugidos del resto de la formación ante cuyas líneas ya había pasado. Rodeados por el ensordecedor estruendo de aquellas voces, entre las masas de la tropa inmóvil y como petrificada en sus cuadros, avanzaban tranquilos, pero con orden y, sobre todo, libremente, un centenar de jinetes del séquito, y, por delante de ellos, dos hombres: los Emperadores. En ellos se concentraba la apasionada y contenida atención de toda aquella masa humana.

El bello y joven emperador Alejandro, con uniforme de la Guardia montada y el tricornio algo ladeado, atraía con su rostro simpático y su voz afable y bien timbrada las miradas de todos.

Rostov se hallaba próximo a las trompetas, y ya, de lejos, sus ojos penetrantes reconocieron al Emperador y lo siguieron mientras se acercaba. Y cuando el Soberano estuvo a veinte pasos y Nikolái pudo distinguir hasta los menores detalles de su hermoso, juvenil y feliz rostro, experimentó un sentimiento de ternura y entusiasmo como jamás conociera. Cada rasgo, cada movimiento del Emperador, todo, le parecía admirable.

Deteniéndose ante el regimiento de Pavlograd, Alejandro dijo algo en francés al emperador de Austria y sonrió.

Ante esa sonrisa, Nikolái sonrió involuntariamente y sintió una nueva oleada de amor hacia su Soberano. Habría deseado demostrar su amor de alguna manera, pero sabía que era imposible hacerlo y estuvo a punto de llorar. Alejandro llamó al comandante del regimiento y le dijo algunas palabras.

“Dios mío, ¿qué me pasaría si el Emperador se dirigiera a mí? —pensó Rostov—. Moriría de felicidad.”

El Emperador se volvió a los oficiales.

—Señores— dijo, y cada palabra sonó para Rostov como música celestial, —les doy las gracias de todo corazón.

¡Qué feliz se habría sentido Rostov de morir en aquellos momentos por su Zar!

—¡Habéis merecido las banderas de San Jorge y seréis dignos de ellas!

“¡Morir por él, sólo morir por él!”, pensaba Rostov.

El Emperador añadió algo que Rostov no llegó a percibir y los soldados gritaron “¡Hurra!” con todas las fuerzas de sus pulmones.

También Rostov gritó con brío, inclinándose sobre su silla de montar.

Deseaba que ese grito le produjera dolor, para mostrar así todo su entusiasmo por el monarca.

El Emperador permaneció unos segundos frente al regimiento de Pavlograd, como indeciso.

“¿Cómo puede mostrarse indeciso el Emperador?”, se preguntó Rostov. Y después aquella misma vacilación le pareció majestuosa y encantadora, como todo lo que el Soberano hacía.

La indecisión de Alejandro no duró más que un instante. Su pie, calzado con bota puntiaguda, según entonces se llevaban, rozó el flanco de la yegua baya inglesa que montaba; su mano, enguantada de blanco, tiró de las bridas y avanzó, acompañado por el revuelto mar de sus ayudantes. Ahora se alejaba cada vez más, para detenerse ante otros regimientos, y bien pronto Rostov no distinguió más que su penacho blanco, por encima del séquito que rodeaba a los emperadores.

Entre las personas del séquito Rostov distinguió a Bolkonski, que montaba con negligencia y desenvoltura. Rostov recordó el incidente de la víspera y se preguntó si debería provocarlo. “Claro está que no —pensó—; ¿merece la pena pensar o hablar de eso en semejante momento? ¿Qué pueden significar nuestras disputas y ofensas al lado de estos sentimientos de amor, de entusiasmo y de sacrificio? Ahora amo y perdono a todos.”

Cuando el Emperador hubo pasado revista a casi todos los regimientos, las fuerzas desfilaron ante los Soberanos en columna de honor. Rostov,

montado en su *Beduino* recién comprado a Denísov, pasó cerrando la marcha de su escuadrón, solo y muy a la vista del Soberano.

Antes de acercarse al Emperador, Rostov, como buen jinete, espoleó al caballo y le hizo tomar aquel trote furioso que alcanzaba *Beduino* cuando estaba excitado: con la boca espumante inclinada hacia el pecho, la cola arqueada y tocando apenas el suelo, como si fuera a volar, *Beduino* pasó magníficamente, levantando muy alto, con gracia y alternativamente los pies como si también él se diera cuenta de la presencia del Emperador.

Rostov, por su parte, con las piernas echadas hacia atrás, encogido el vientre sintiéndose fundido con el caballo, desfiló ante el Emperador con rostro grave, pero beatífico, a lo *diablo*, según Denísov.

—¡Bien por los húsares de Pavlograd!— exclamó el Soberano.

“¡Dios mío, qué feliz sería si me ordenara arrojarme ahora mismo al fuego!”, pensó Rostov.

Terminada la revista, los oficiales recién llegados de Rusia y los de Kutúzov se reunieron en grupos y comenzaron a departir sobre las condecoraciones, los austríacos y sus uniformes, el frente de batalla, Bonaparte y lo mal que lo iba a pasar ahora, sobre todo cuando llegase el cuerpo de Essen y si Prusia se ponía de parte de los rusos.

Pero en los grupos se hablaba sobre todo del emperador Alejandro, se repetían sus gestos y palabras y todos mostraban el mismo entusiasmo por el Soberano.

No deseaban más que una cosa: marchar lo antes posible contra el enemigo. A las órdenes del Emperador era imposible no vencer, fuera cual fuere el contrario; así pensaban después de la revista Rostov y la mayoría de los oficiales.

Todos, terminada la revista, estaban más seguros de vencer de lo que habrían podido estarlo después de dos batallas victoriosas.

IX

Al día siguiente de la revista, Borís, vestido con su mejor uniforme y acompañado de los buenos deseos de su compañero Berg, se acercó a Olmütz para ver a Bolkonski con el fin de sacar partido de sus buenas disposiciones y colocarse lo mejor posible; le apetecía sobre todo verse ayudante de campo de algún gran personaje. Tal cosa le parecía lo más digno de ambición en el ejército. “Para Rostov, a quien su padre envía miles de rublos, está muy bien eso de que no quiera humillarse delante de nadie y de que no le guste ser lacayo; pero yo, que no tengo nada más que mi cabeza, debo hacer carrera y no dejar que la ocasión se me escape de las manos sin aprovecharme de ella.”

No encontró aquel día al príncipe Andréi en Olmütz. Pero el aspecto de la ciudad, donde estaba el Cuartel General y el cuerpo diplomático y donde se hallaban los dos Emperadores con sus séquitos respectivos —cortesanos y familiares—, aumentó todavía más en el joven el deseo de penetrar en aquellas esferas superiores.

No conocía a nadie y, a pesar de su elegante uniforme de oficial de la Guardia, todas aquellas personas que desfilaban por las calles con sus magníficos coches, plumajes, bandas y condecoraciones, cortesanos y militares, parecían tan por encima de él, simple oficial de la Guardia, que no sólo no querían, sino que tampoco podían darse cuenta de su existencia. En el cuartel general de Kutúzov, adonde fue en busca de Bolkonski, todos esos ayudantes de campo, y hasta los asistentes, lo miraron como queriendo darle a entender que eran muchos los oficiales como él que iban por allí y que todos resultaban igualmente inoportunos. A pesar de ello, o tal vez a consecuencia de ello, al día siguiente, el 15, por la tarde, volvió a Olmütz y,

entrando en la casa ocupada por Kutúzov, preguntó por Bolkonski. El príncipe Andréi estaba allí y Borís fue llevado a una espaciosa sala donde seguramente se había bailado en otros tiempos; ahora había cinco camas y algunos muebles desparejados: una mesa, varias sillas y un clavicordio. Cerca de la puerta, sentado ante la mesa, escribía un ayudante de campo, vestido con un batín persa. Otro, colorado y grueso, Nesvitski, estaba tendido en una de las camas, con las manos bajo la cabeza, y reía con el oficial sentado junto a él. El tercero tocaba un vals vienés en el clavicordio. Un cuarto, acodado sobre el instrumento, canturreaba a media voz. Ninguno de ellos cambió de postura al darse cuenta de la presencia de Borís. El que estaba escribiendo, y a quien Borís se dirigió, se volvió con gesto malhumorado y le dijo que Bolkonski estaba de servicio y que entrase, si necesitaba verlo, por la puerta de la izquierda, a la sala de recepción. Borís le dio las gracias y se dirigió a la sala. Había allí una docena de oficiales y generales.

En el momento de entrar Borís, el príncipe Andréi, entornados despectivamente los ojos —con esa especial expresión de cansada cortesía que dice abiertamente: “No hablaría con usted si no tuviese la obligación de hacerlo”—, escuchaba a un viejo general ruso con muchas condecoraciones que, casi de puntillas, estirado, con el rostro enrojecido y una casi humilde expresión obsequiosa, informaba de algo al príncipe Andréi.

—Muy bien… Tenga la bondad de esperar— dijo al general en ruso, pero con pronunciación francesa que empleaba cuando quería expresar desdén; al darse cuenta de la presencia de Borís, dejó de atender al general (que seguía suplicándole que lo escuchara) y lo saludó alegremente.

En ese instante Borís comprendió con toda claridad lo que presentía desde el principio: que en el ejército, además de la subordinación y la disciplina escrita en los reglamentos, enseñada en el regimiento y tan conocida por él, existía otra subordinación más esencial: la que obligaba al general, de rostro cárdeno y abotagado, a esperar respetuosamente, mientras que un capitán, el príncipe Andréi, encontraba más oportuno, para satisfacción propia, charlar con el subteniente Drubetskói. Ahora más que nunca Borís hizo firme propósito de obedecer esa subordinación no escrita, y no la fijada en los reglamentos. Intuyó en ese momento que el hecho de

ser recomendado al príncipe Andréi lo hacía superior a ese general que, en otras circunstancias, en el frente, habría podido aniquilar a un subteniente de la Guardia.

El príncipe Bolkonski se acercó a Borís y le estrechó la mano.

—Lástima que no me encontrara ayer. Tuve que pasar todo el día con los alemanes; fui con Weyrother a revisar el cumplimiento de la orden de operaciones, y cuando los alemanes se ponen en plan meticuloso, no acaban nunca.

Borís sonrió como si comprendiera las alusiones del príncipe, pero hasta aquel entonces no había oído hablar de Weyrother ni de la orden de operaciones.

—¿Así pues, amigo mío, quiere ser ayudante de campo? He pensado en usted durante este tiempo.

—Sí, yo había pensado— dijo Borís, ruborizándose de pronto —solicitar que me admitieran de ayudante del general en jefe; él ha recibido una carta del príncipe Kuraguin hablándole de mí; lo querría— añadió como excusándose, —porque temo que la Guardia no entre en combate.

—Bien, bien, hablaremos de todo— dijo el príncipe Andréi. —Permítame únicamente que anuncie a este señor y estoy con usted.

Y mientras el príncipe Andréi fue a cumplir su cometido: anunciar al general de rostro colorado, éste, que indudablemente no compartía las ideas de Borís sobre ventajas de la subordinación no escrita, miró de tal manera al atrevido subteniente que había osado interrumpir su conversación con el príncipe Andréi que Borís se sintió embarazado. Se alejó un tanto y esperó con impaciencia a que el príncipe Andréi saliera del despacho del general en jefe.

—Mire lo que pienso— dijo Bolkonski cuando entraron en la gran sala del clavicordio. —Es inútil que acuda al general en jefe; le dirá un montón de gentilezas, lo invitará a cenar— (“no estaría del todo mal, desde el punto de vista de esta subordinación”, pensó Borís), —pero no pasará de ahí. Dentro de poco seremos un batallón entero de ayudantes de campo y oficiales de órdenes. Vamos a hacer lo siguiente: tengo un buen amigo, el general ayudante príncipe Dolgorúkov, hombre excelente; y aunque tal vez usted lo ignore, ni Kutúzov con todo su Estado Mayor ni ninguno de

nosotros significamos ahora algo; todo está concentrado en las manos del Emperador. Así que vamos a ver a Dolgorúkov; también yo necesito entrevistarme con él. Ya le he hablado de usted; veremos si hay posibilidad de colocarlo con él o en algún otro sitio, más cerca del sol.

El príncipe Andréi se animaba de manera muy particular cuando tenía la ocasión de orientar y dirigir a un joven a triunfar socialmente. Con el pretexto de esa ayuda para otro que, por orgullo, él jamás habría aceptado para sí, se hallaba cerca de aquel medio social que proporcionaba el éxito, medio por el cual se sentía atraído. Se ocupaba muy gustosamente de Borís y juntos fueron en busca del príncipe Dolgorúkov.

Atardecía ya cuando llegaron al palacio de Olmütz, residencia de los Emperadores y sus séquitos.

Aquel mismo día se había reunido el Consejo Superior de Guerra con asistencia de todos sus miembros y los dos Soberanos. En ese Consejo, contra el parecer de todos los viejos, Kutúzov y el príncipe Schwarzenberg, se había decidido comenzar inmediatamente la ofensiva y presentar batalla general a Bonaparte. Acababa de terminar el Consejo cuando el príncipe Andréi y Borís llegaron al palacio para entrevistarse con Dolgorúkov. Todos los personajes del Cuartel General estaban aún bajo la grata impresión del Consejo, favorable al partido de los jóvenes. Las voces de los que aconsejaban esperar, antes de tomar la ofensiva, habían sido sofocadas con tal unanimidad y sus objeciones rechazadas con argumentos tan evidentes sobre las ventajas de una acción inmediata que la cuestión tratada en el Consejo —la futura batalla y la victoria indudable— parecía no pertenecer ya al porvenir, sino al pasado. Los aliados disponían de todas las ventajas. Fuerzas enormes, que seguramente superaban a las de Napoleón, habían sido concentradas en un solo punto. Las tropas se sentían animadas por la presencia de los Emperadores y ardían en deseos de batirse. El lugar estratégico en que debía darse la batalla era perfectamente conocido por el general austríaco Weyrother, que dirigía los ejércitos (una feliz coincidencia había hecho que las fuerzas austríacas hicieran el año anterior sus maniobras precisamente en el lugar escogido para presentar batalla a los franceses); la región estaba señalada en los mapas hasta con sus más nimios detalles y Bonaparte, visiblemente debilitado, no emprendía acción alguna.

Dolgorúkov, uno de los más ardientes partidarios de la ofensiva, acababa de volver del Consejo, exhausto, rendido, pero rebosando ánimo y orgulloso por el éxito. El príncipe Andréi presentó a su protegido y Dolgorúkov le dio un apretón de manos fuerte y cortés, sin decirle nada: evidentemente era incapaz de contenerse y no exponer las ideas que ocupaban su mente en aquel instante.

—¡Qué batalla acabamos de mantener!— dijo en francés al príncipe Andréi. —Quiera Dios que la que va a ser consecuencia de ella sea igual de victoriosa. Sin embargo, querido— añadió animadamente, con palabras entrecortadas, —debo confesar mi culpa ante los austríacos y especialmente ante Weyrother. ¡Qué exactitud, qué precisión, qué conocimiento del terreno! ¡Qué manera de prever todas las posibilidades, todas las condiciones, hasta los ínfimos detalles! Desde luego, amigo mío, ni aun haciéndolo a propósito podríamos inventar nada más ventajoso que la situación en que nos hallamos. Tenemos la exactitud germana unida al valor ruso, ¿qué más podemos desear?

—Entonces, ¿la ofensiva está definitivamente decidida?— preguntó Bolkonski.

—¿Sabe, amigo? Me parece que Bonaparte ha perdido su sapiencia. Acaba de llegar una carta suya para el Emperador— y Dolgorúkov sonrió con picardía.

—¡Vaya! ¿Y qué dice?— preguntó el príncipe Andréi.

—¿Qué quiere que diga? Que si esto, que si lo otro y que si lo de más allá; todo para ganar tiempo. Le aseguro que está en nuestras manos. Pero lo más divertido del caso— rió bonachonamente Dolgorúkov —es que nadie sabía a quién dirigir la respuesta. Poner cónsul no venía al caso y, claro, mucho menos emperador; a mi parecer se debía dirigir al general Bonaparte.

—Pero, entre no reconocerlo como emperador y tratarlo de general Bonaparte, a mi juicio hay diferencia— dijo Bolkonski.

—De eso se trata— interrumpió riendo Dolgorúkov. —Usted conoce a Bilibin, ¿verdad? Es un hombre inteligentísimo. Pues bien: proponía que dirigiéramos la respuesta “al usurpador y enemigo del género humano”.

Dolgorúkov rió alegremente.

—¿Nada menos?— observó Bolkonski.

—Bilibin, sin embargo, ha encontrado una fórmula seria. Es un hombre ingenioso e inteligente.

—¿Cuál es?

—Au chef du gouvernement français[225]— dijo serio y complacido el príncipe Dolgorúkov. —¿Verdad que eso está bien?

—Bien sí; pero a él no le gustará nada— objetó Bolkonski.

—Ni lo mínimo. Mi hermano lo conoce, ha comido varias veces con él en París, antes de que fuera Emperador, y según él, nunca vio diplomático más sagaz y astuto, ya sabe: la habilidad francesa unida al histrionismo italiano. ¿Conoce sus anécdotas con el conde Markov? Sólo el conde Markov sabía tratarlo. ¿Conoce la historia del pañuelo? Es estupenda.

Y el locuaz Dolgorúkov, volviéndose bien a Borís, bien al príncipe Andréi, contó cómo Bonaparte, deseoso de poner a prueba al embajador ruso, conde Markov, dejó caer a propósito el pañuelo delante de él y se detuvo mirándolo, esperando seguramente que el conde lo recogiese. Pero Markov dejó caer el suyo casi junto al del Emperador y lo recogió dejando el de Bonaparte.

—Charmant!— dijo Bolkonski. —Pero yo he venido, príncipe, en solicitud de un favor para este joven. Es que…

El príncipe Andréi no pudo concluir; un ayudante de campo acababa de entrar para llamar a Dolgorúkov de parte del Emperador.

—¡Oh, qué fastidio!— dijo Dolgorúkov, levantándose rápidamente y estrechando las manos de Bolkonski y Borís. —Haré gustosamente cuanto dependa de mí por usted y por este simpático joven, ya lo sabe— y estrechó de nuevo la mano de Borís con una expresión cordial, bondadosa, sincera, pero superficial. —Pero ya ve… ¡Hasta la próxima!

Borís estaba emocionado de sentirse en aquellos momentos tan cerca del poder supremo. Se veía en contacto con los resortes que regían todos los enormes movimientos de las masas de la que él, en su regimiento, era una parte ínfima y dócil. Salieron al pasillo detrás del príncipe Dolgorúkov y se encontraron con un hombre de talla poco elevada que acababa de salir de la misma estancia en que Dolgorúkov entraba. El hombre que salía de la cámara del Emperador iba vestido de paisano, tenía aspecto inteligente y su

prominente mandíbula, lejos de dar a su rostro una apariencia desagradable, le proporcionaba rara vivacidad y una expresión de astucia. Saludó a Dolgorúkov como a un hombre de la casa y, con mirada fija y fría, avanzó hacia el príncipe Andréi, esperando visiblemente a que éste lo saludara o le cediera el paso. Pero Bolkonski no hizo ni una cosa ni otra; el rostro del desconocido no pudo reprimir una expresión de cólera y, desviándose, siguió pasillo adelante.

—¿Quién es?— preguntó Borís.

—Uno de los hombres más notables y, a mi juicio, más antipáticos. Es el ministro de Asuntos Exteriores, príncipe Adam Chartorizhky. Ésos son los hombres que deciden la suerte de los pueblos— dijo Bolkonski, con un suspiro que no pudo contener, cuando salían de palacio.

Al día siguiente las tropas se pusieron en camino y, antes de la batalla de Austerlitz, Borís ya no pudo ver de nuevo al príncipe Andréi ni a Dolgorúkov; por el momento siguió en el regimiento Izmailovski.

X

Al amanecer del día 16, el escuadrón de Denísov, en el cual servía Nikolái Rostov y que se hallaba agregado al destacamento del príncipe Bagration, levantó el campo para dirigirse, según se decía, hacia la línea de combate. Tras avanzar cerca de un kilómetro, detrás de otras columnas, recibió la orden de detenerse en la carretera general. Rostov vio desfilar a los cosacos, al primero y segundo escuadrones de húsares, y varios batallones de infantería con artillería; pasaron a caballo los generales Bagration y Dolgorúkov, con sus ayudantes. Todo el miedo que, como en la otra ocasión, sintiera ante el combate, todo el esfuerzo interior para vencerlo y todos sus sueños de cómo se distinguiría en la acción fueron en vano. Su escuadrón quedó en reserva y la jornada pasó triste y aburrida. Hacia las nueve de la mañana oyó a lo lejos descargas de fusilería y "¡hurras!" de los soldados; vio algunos heridos, muy pocos, que eran evacuados, y finalmente, entre una centuria de cosacos, un destacamento completo de caballería francesa. La acción, evidentemente de poca importancia, pero coronada por el éxito, había concluido. Los soldados y oficiales, de regreso, hablaban de una victoria brillante, de la conquista de la ciudad de Wischau y de la captura de todo un escuadrón francés. Después de la leve helada nocturna la mañana era clara y soleada, y la alegre luz de otoño coincidía con la noticia de la victoria, confirmada no sólo por el relato de cuantos habían participado en el encuentro, sino también por la feliz expresión de los soldados y los oficiales, de los generales y ayudantes de campo que pasaban en una y otra dirección por delante de Rostov. El dolor de Nikolái era más intenso por haber experimentado en vano todo el miedo que

precede a la batalla y ver transcurrir toda aquella alegre jornada en la inactividad.

—Ven aquí, Rostov. Beberemos para ahogar las penas— le gritó Denísov, que se había sentado al borde del camino con la cantimplora y unos bocadillos.

Los oficiales hicieron corro en derredor de Denísov, comiendo y charlando animadamente.

—Mirad, ahí traen a otro— dijo un oficial, señalando a un dragón francés, al que conducían a pie dos cosacos.

Uno de ellos llevaba de la brida a un espléndido caballo francés, que era del prisionero.

—¡Véndeme el caballo!— gritó Denísov al cosaco.

—Con mucho gusto, Excelencia.

Los oficiales se levantaron y rodearon al cosaco y al dragón, un joven alsaciano que hablaba el francés con acento alemán. Parecía sofocado por la emoción; su rostro estaba enrojecido y al oír hablar en francés explicó rápidamente a los oficiales, ya a uno, ya a otro, que no lo habrían cogido, que no era suya la culpa de que lo aprisionaran, sino del *caporal* que lo había enviado en busca de unos arreos, aunque él mismo le había dicho que los rusos estaban allí. A cada palabra añadía: *“Mais qu’on ne fasse pas de mal à mon petit cheval”*,**[226]** al tiempo que lo acariciaba. Era evidente que no comprendía su situación. Unas veces se excusaba de haber sido hecho prisionero; otras, imaginando hallarse delante de sus superiores, alardeaba de su diligencia en el cumplimiento del deber. Llevaba consigo, a la retaguardia rusa, la atmósfera propia del ejército francés, tan extraña para las tropas rusas.

Los cosacos vendieron el caballo por dos luises, y Rostov, que con dinero fresco era el más rico de los oficiales, lo adquirió.

—Mais qu’on ne fasse pas de mal à mon petit cheval!— dijo bonachonamente el alsaciano a Rostov, cuando el animal pasó a manos del húsar.

Rostov, con una sonrisa, tranquilizó al dragón y le entregó algún dinero.

—Allez, allez— dijo el cosaco, tocando en el brazo al prisionero para hacerlo andar.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!— se oyó en esto entre los húsares.

Todos corrieron presurosos; Rostov vio que por el camino se acercaban algunos jinetes con penacho blanco en el sombrero. En un abrir y cerrar de ojos todos esperaban colocados en sus puestos.

Rostov corrió a su puesto y montó en su caballo casi sin darse cuenta de lo que hacía. La pena por no haber participado en la batalla, el mal humor por encontrarse siempre con las mismas gentes, todo pensamiento sobre sí mismo había desaparecido. Lo absorbía ahora el sentimiento de felicidad por la cercanía del Emperador: sólo eso lo recompensaba de la pérdida de la jornada; se sentía feliz como un amante que acabara de conseguir la cita deseada. En filas, sin atreverse a volver los ojos, su apasionada exaltación le hacía sentir la proximidad del Soberano no por el ruido de los cascos de los caballos, sino porque, a medida que se acercaba, en derredor todo se le hacía más claro, más alegre, grande y solemne; era como si se acercara el sol derramando rayos de luz apacible y espléndida, en los cuales ya se sentía envuelto. Iba a oír su voz, esa voz acariciante, tranquila, majestuosa y al mismo tiempo tan sencilla. Se hizo un silencio de muerte, como Rostov presentía que iba a suceder, y en ese silencio resonó la voz del Emperador:

—Les hussards de Pavlograd?— preguntó.[227]

—La réserve, sire![228]— respondió una voz tan humana después de la voz sobrehumana que había preguntado antes.

El Emperador se detuvo al llegar a la altura de Rostov.

El rostro de Alejandro era aún mucho más bello que tres días antes, durante la revista. Resplandecía en él la alegría y la juventud, una juventud tan inocente que recordaba la vivacidad de un muchacho de catorce años, sin dejar de ser, al mismo tiempo, el mayestático rostro de un emperador. Recorriendo con la mirada el escuadrón, los ojos del Emperador se detuvieron por casualidad en los de Rostov, apenas dos segundos. ¿Comprendió el Soberano lo que ocurría en el ánimo del joven húsar? (Rostov creyó que lo comprendía todo.) Comoquiera que fuese, los ojos azules se detuvieron en el rostro de Rostov. Fluía de ellos una luz grata. Después, inesperadamente, alzó las cejas, espoleó al caballo con un golpe brusco del pie izquierdo y siguió adelante al galope.

El joven Emperador no pudo renunciar al deseo de asistir al combate; y a pesar de las observaciones de los cortesanos, a mediodía abandonó la tercera columna con la que avanzaba y galopó hacia la vanguardia. Antes de acercarse a los húsares, algunos ayudantes de campo le habían traído la noticia del feliz éxito de la acción.

La batalla, limitada a la captura de un escuadrón francés, fue presentada como una brillante victoria sobre el enemigo; por ello, tanto el Emperador como el ejército entero creyeron, sobre todo antes de que se disipara el humo de la batalla, que los franceses habían sido derrotados y retrocedían en contra de su voluntad. Minutos después de que pasara el Emperador se hizo avanzar a la unidad de húsares de Pavlograd. Rostov volvió a ver al Emperador en Wischau, una pequeña ciudad alemana. En la plaza, donde poco antes de llegar el Soberano tuvo lugar un tiroteo bastante intenso, yacían algunos muertos y heridos a los que no habían tenido tiempo de recoger. El Emperador, rodeado de su séquito militar y civil, montaba un caballo alazán distinto del que montara en la revista militar y levemente inclinado, llevando con gracia el monóculo de oro a sus ojos, miraba a un soldado caído de bruces, sin chacó y con la cabeza ensangrentada. El soldado estaba tan sucio y repugnante que Rostov se sintió ofendido de que estuviera tan cerca del Emperador. Vio que los hombros del Soberano se estremecían como si, de pronto, sintiera frío y su pie izquierdo espoleaba convulsivamente al caballo, que, bien adiestrado, miraba las cosas con indiferencia, sin moverse.

Un ayudante de campo echó pie a tierra, se acercó al herido y sosteniéndolo por debajo de los brazos lo colocó en una camilla. El soldado lanzó un gemido.

—Despacio, despacio… ¿No puede hacerlo más suavemente?—preguntó el Emperador, que parecía sufrir más que el propio soldado moribundo; seguidamente se alejó.

Rostov se dio cuenta de que los ojos del Emperador estaban llenos de lágrimas y le oyó decir a Chartorizhky mientras se alejaba:

—Quelle terrible chose que la guerre![229]

Las fuerzas de vanguardia se hallaban desplegadas por delante de Wischau, a la vista de las avanzadas enemigas, que, durante todo el día,

habían ido cediendo terreno a la más pequeña escaramuza. Se les hizo llegar el agradecimiento del Emperador, se prometieron condecoraciones y los soldados recibieron doble ración de vodka. Las hogueras del vivac brillaron más que las de la noche precedente y las canciones de los soldados sonaron con mayor alegría. Aquella noche Denísov festejaba su ascenso a comandante, y Rostov, que ya había bebido bastante al final del festín, propuso un brindis a la salud del Emperador; pero "no de Su Majestad el Emperador, como se dice en los banquetes oficiales —dijo—, sino a la salud del Soberano bueno, encantador y grande. Bebamos a su salud y por la victoria segura sobre los franceses".

—Si ya nos hemos peleado antes— prosiguió, —si no hemos cedido ante los franceses, como en Schoengraben, ¿qué ocurrirá ahora que él va al frente? ¡Todos moriremos gustosamente por él! ¿Verdad, señores? Tal vez no me expreso bien, he bebido mucho, pero lo siento así, y todos vosotros lo mismo. ¡A la salud de Alejandro Primero! ¡Hurra!

—¡Hurra!— repitieron las voces entusiastas de los oficiales.

Y el viejo Kirsten, jefe del escuadrón, gritó con el mismo entusiasmo e igual sinceridad que aquel joven oficial de veinte años.

Cuando los oficiales hubieron bebido y roto los vasos, Kirsten llenó otros y, en mangas de camisa, el vaso en la mano, se acercó a las hogueras de los soldados y en postura majestuosa, en alto la mano, se detuvo ante una hoguera, con sus largos bigotes grises y la camisa abierta, que a la luz del fuego dejaba ver un pecho blanco.

—¡Muchachos! ¡A la salud de Su Majestad el Emperador! ¡Por la victoria sobre los enemigos! ¡Hurra!— gritó el viejo húsar con su voz de barítono ya no tan joven, pero vibrante a pesar de los años.

Los húsares lo rodearon y respondieron estruendosamente.

Entrada la noche, cuando todos se hubieron separado, Denísov golpeó con su corta mano la espalda de su favorito, Rostov.

—En campaña no hay de quién enamorarse y tú te enamoras del Zar— dijo.

—No bromees con eso, Denísov— exclamó Rostov. —Es un sentimiento tan sublime, hermoso, tan…

—Te creo, te creo, amigo. También yo lo siento y lo apruebo…

—¡No, tú no comprendes!

Y Rostov se levantó y anduvo de una hoguera a otra, soñando con la felicidad de morir, no para salvar la vida del Emperador (no se atrevía a soñar con ello), sino simplemente para morir ante sus ojos. Estaba efectivamente enamorado del Zar, de la gloria de las armas rusas y de la esperanza en un próximo triunfo. No era el único en experimentar semejante sentimiento en aquellos memorables días que precedieron a la batalla de Austerlitz. Las nueve décimas partes del ejército ruso estaban igualmente enamorados, aunque con menor exaltación, de su Zar y de la gloria de las armas rusas.

XI

Al día siguiente el Emperador se detuvo en Wischau. El médico de cámara, Villiers, fue llamado varias veces. En el Cuartel General y entre las fuerzas más próximas corrió la noticia de que el Emperador se sentía indispuesto. Los más allegados a Su Majestad aseguraban que no había comido nada y había dormido mal aquella noche. La indisposición del Emperador se debía a la fuerte impresión que produjo en su alma sensible la vista de los heridos y muertos.

Al amanecer del día 17 fue llevado a Wischau un oficial francés que, protegido por la bandera blanca, se había acercado a las avanzadas pidiendo ser recibido en audiencia por el Emperador de Rusia. El oficial era Savary. El Emperador acababa de dormirse y Savary hubo de esperar. A mediodía fue introducido a presencia del Emperador y una hora después volvía a las avanzadas francesas acompañado por el príncipe Dolgorúkov.

Se decía que Savary había venido para proponer al Emperador una entrevista con Bonaparte. La entrevista había sido denegada, para júbilo y orgullo de todo el ejército. Y en lugar del Emperador, se enviaba a Dolgorúkov, el vencedor de Wischau, para negociar con Napoleón, si es que estas negociaciones, contra toda esperanza, respondían a un deseo real de paz.

Por la tarde, volvió Dolgorúkov y pasó directamente a ver al Emperador, con quien permaneció a solas largo rato.

El 18 y 19 de noviembre las tropas rusas avanzaron otras dos etapas y, tras ligeras escaramuzas, las vanguardias enemigas retrocedieron. En las altas esferas del ejército se produjo, hacia el mediodía del 19, una vivísima

agitación que duró hasta la mañana del día siguiente, el 20, fecha de la memorable batalla de Austerlitz.

Hasta el mediodía del 19, el movimiento y las conversaciones animadas, el ir y venir y el envío de ayudantes de campo se habían limitado al Cuartel General de los emperadores; pero a partir de ese momento la agitación pasó al Cuartel General de Kutúzov y a los estados mayores de los jefes de columna. Al anochecer, la conmoción, a través de los ayudantes, se propagó a todas las unidades del ejército y en la noche del 19 al 20 aquella masa de ochenta mil hombres del ejército aliado abandonó sus campamentos, se llenó de voces y emprendió la marcha extendiéndose, ondulante, como un lienzo enorme de noventa kilómetros.

El concentrado movimiento, que había comenzado por la mañana en el Cuartel General de los Emperadores y había dado impulso a ulteriores oleadas, se parecía al primer movimiento de la rueda central de un reloj de torre. Lentamente se mueve una rueda, después la segunda y la tercera y por fin todas comienzan a moverse cada vez con mayor rapidez, igual que los pesos, los piñones y los ejes; empiezan a sonar los carillones, saltan las figuras y las agujas inician su peculiar avance, indicando el resultado de todo aquel movimiento.

Como el mecanismo de un reloj, la máquina militar, una vez iniciado el movimiento, no puede ser detenida hasta que llegue a su término; e igualmente, antes de que les llegue el turno, las piezas que no han sido puestas en marcha permanecen inmóviles. Traquetean en sus ejes las ruedas, se traban sus dientes; los pesos chirrían y giran rápidamente, pero la rueda vecina permanece quieta e inmóvil, y se diría que puede seguir así cientos de años; pero, si una palanca hace presa en ella, la rueda, obediente a ese girar sucesivo, se pone en marcha ruidosamente y acaba incorporándose a una acción común cuyos fines y resultados ignora. Y como en el reloj, cuyo complicado movimiento de incontables ruedas y ejes no produce más que el deslizamiento imperceptible y regular de la aguja que indica el tiempo, el resultado de todos los complicados movimientos humanos de aquellos ciento sesenta mil rusos y franceses —con todas sus pasiones, deseos, arrepentimientos, humillaciones, sufrimientos, exaltaciones de orgullo, de miedo y entusiasmo vino a ser tan sólo la

pérdida de la batalla de Austerlitz, llamada la batalla de los tres Emperadores: es decir, un lento desplazamiento de la aguja de la historia universal sobre la esfera de la historia de la humanidad.

El príncipe Andréi estaba aquel día de servicio y no se había apartado del general en jefe.

Poco después de las cinco de la tarde llegó Kutúzov al Cuartel General de los emperadores y, tras una breve audiencia con su Soberano, pasó a entrevistarse con el gran mariscal de la Corte, conde Tolstói.

Bolkonski aprovechó la oportunidad para acercarse a Dolgorúkov y obtener noticias detalladas de la situación. El príncipe Andréi se daba cuenta de que Kutúzov estaba malhumorado y decepcionado y de que en el Cuartel General estaban descontentos de él; veía que todos los personajes próximos al Zar le hablaban con el tono propio de quienes saben algo que los demás ignoran; por eso deseaba hablar con Dolgorúkov.

—Hola, mon cher— dijo Dolgorúkov, que estaba tomando el té en compañía de Bilibin. —La fiesta es para mañana. ¿Y su viejo? ¿Está de mal humor?

—No es que esté de mal humor, pero me parece que le gustaría ser escuchado.

—Ya lo escucharon en el Consejo de Guerra y volverán a escucharlo cuando hable sensatamente. Pero es imposible dar largas y esperar no sabemos qué, cuando lo que más teme Bonaparte es una batalla general.

—Usted lo ha visto, dígame, ¿cómo es Bonaparte? ¿Qué impresión le ha causado?— preguntó el príncipe Andréi.

—Sí, lo he visto y estoy convencido de que teme más que nada en el mundo una batalla general— repitió Dolgorúkov, que al parecer daba gran importancia a esa conclusión suya a raíz de su entrevista con Bonaparte. —Si no tuviese miedo, ¿a qué viene pedir esa entrevista con el Emperador, iniciar negociaciones y, sobre todo, a qué viene esa retirada tan contraria a su manera de hacer la guerra? Créame, tiene miedo; teme una batalla general. Ha sonado su hora, se lo aseguro.

—Pero dígame, ¿cómo es él?— preguntó una vez más el príncipe Andréi.

—Es un hombre de levita gris, a quien le gustaría mucho que se lo llamara “majestad” y a quien, con gran disgusto suyo, no di título alguno mientras hablábamos. Así es ni más ni menos— dijo, mirando a Bilibin con una sonrisa.

—A pesar de mi profunda estima por el viejo Kutúzov— continuó, —buena la haríamos si esperásemos, dándole así ocasión de retirarse o de engañarnos, mientras que ahora está seguro en nuestras manos. No nos conviene olvidar a Suvórov y su regla: no ponerse nunca en la situación de atacado, sino atacar. Créame, en la guerra, la energía de los jóvenes es con frecuencia una guía mejor que toda la experiencia de los viejos tardones.

—Pero ¿en qué posición atacaremos a los franceses? He ido hoy a las avanzadas y resulta imposible saber dónde está el grueso de sus tropas— dijo el príncipe Andréi.

Sentía deseos de exponer ante Dolgorúkov el plan de ataque que él había diseñado.

—¡Bah! Eso no tiene ninguna importancia— dijo rápidamente Dolgorúkov, mientras se levantaba y extendía un mapa sobre la mesa. —Están previstos todos los casos; si está cerca de Brünn…

Y el príncipe Dolgorúkov, con palabras rápidas pero confusas, explicó el movimiento del flanco de Weyrother.

Bolkonski hizo algunas objeciones y expuso su propio plan, que podía ser tan bueno como el de Weyrother, aun cuando tuviera el defecto de que el plan de Weyrother estaba ya aprobado. En cuanto el príncipe Andréi comenzó a exponer los inconvenientes del plan de Weyrother y las ventajas del suyo, el príncipe Dolgorúkov dejó de escucharlo y miró distraído, no al mapa, sino al rostro de su interlocutor.

—Por lo demás, hoy se reunirá el Consejo de Guerra en el cuartel de Kutúzov; puede exponer allí sus ideas— dijo.

—Así lo haré— contestó Bolkonski, apartándose del mapa.

—¿De qué se preocupan, señores?— intervino Bilibin, que con una alegre sonrisa había seguido la conversación de ambos y que al parecer se disponía a bromear. —Que el día de mañana nos depare una victoria o una

derrota, la gloria del ejército ruso está asegurada. Excepto su Kutúzov, no hay ni un solo ruso entre los jefes de columna. Los comandantes son: Herr General Wimpien, le comte de Langeron, le prince de Lichtenstein, le prince de Hohenlohe, et enfin Prsch… Prsch… et ainsi de suite, comme tous les noms polonais.[230]

—Taisez-vous, mauvaise langue[231]— dijo Dolgorúkov. —Eso es falso, puesto que ya hay dos rusos: Milorádovich y Dojtúrov, y habría un tercero, el conde Arakchéiev, pero tiene los nervios débiles.

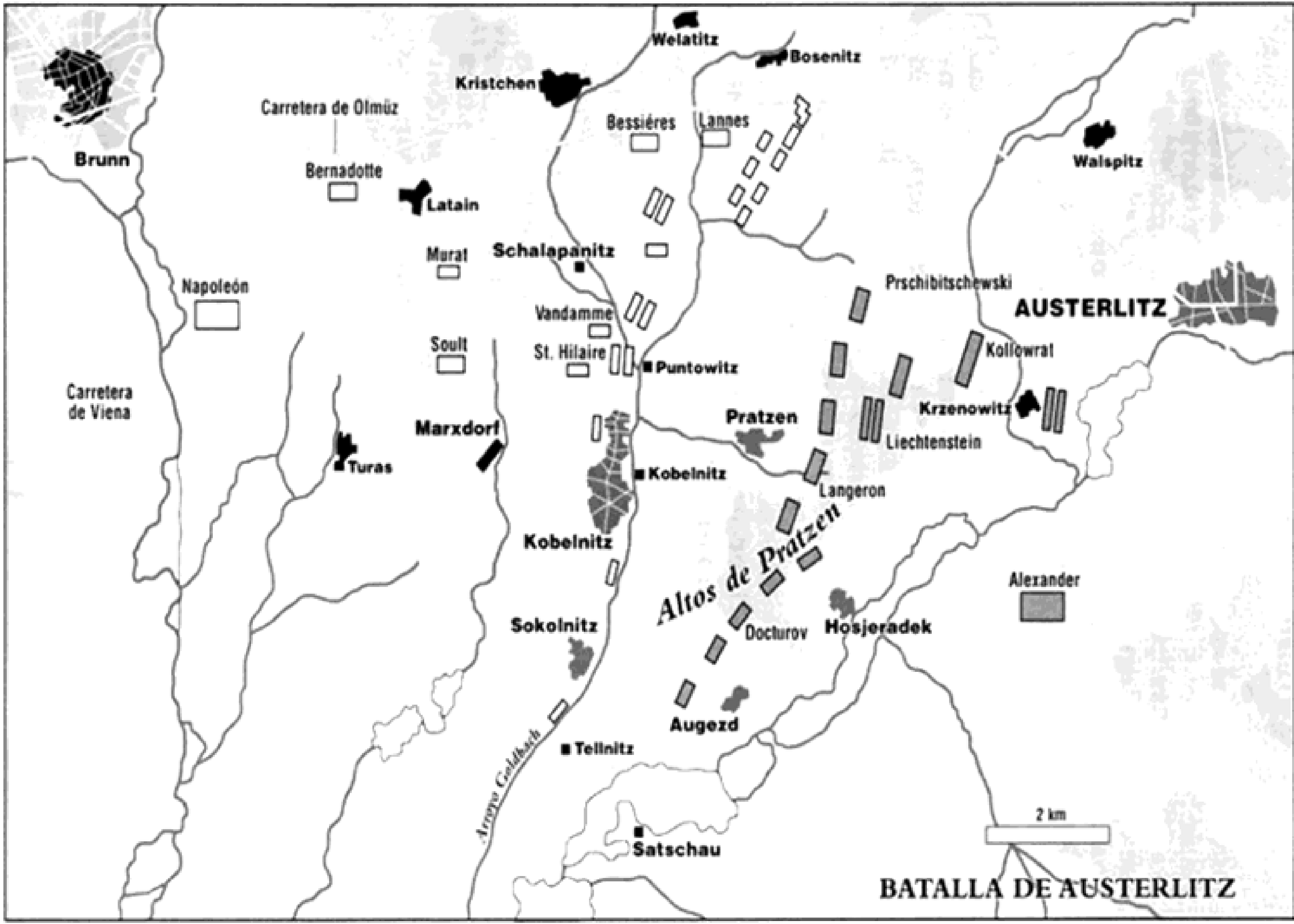
—Creo que Mijaíl Ilariónovich ha salido ya— dijo el príncipe Andréi. —Les deseo éxito y buena fortuna, señores.

Y salió, después de estrechar las manos de Dolgorúkov y Bilibin.

Durante el trayecto de vuelta el príncipe Andréi no pudo contenerse y preguntó a Kutúzov, que estaba sentado a su lado en silencio, qué pensaba sobre la batalla del día siguiente.

Kutúzov miró con severidad a su ayudante de campo y, después de un silencio, respondió:

—Pienso que perderemos la batalla; así se lo dije al conde Tolstói y le he rogado que se lo haga saber al Emperador. ¿Sabes lo que me ha contestado? “Eh, mon cher général, je me mêle du riz et des côtelettes, mêlez-vous des affaires de la guerre.” Ésa ha sido su respuesta.[232]


Brunn
Carretera de Olmüz
Bernadotte
Latain
Kristchen
Welatitz
Bosenitz
Bessiéres
Lannes
Walspitz
Napoleón
Murat
Schalapanitz
Prschibitschewski
AUSTERLITZ
Vandamme
Soult
St. Hilaire
Puntowitz
Kollowrat
Carretera de Viena
Krzenowitz
Pratzen
Liechtenstein
Marxdorf
Turas
Kobelnitz
Langeron
Kobelnitz
Altos de Pratzen
Alezander
Sokolnitz
Docturov
Hosjeradek
Augezd
Tellnitz
Arroyo Goldbach
2 km
Satschau
BATALLA DE AUSTERLITZ

XII

A las diez de la noche Weyrother llegó con sus planos al cuartel de Kutúzov, donde había de reunirse el Consejo de Guerra. Estaban allí, a la hora indicada, todos los jefes de columna, excepto el príncipe Bagration, que se negó a acudir.

Weyrother, que era el gran organizador de la futura batalla, ofrecía, por su animación e impaciencia, un fuerte contraste con Kutúzov, disgustado y soñoliento, que, muy a su pesar, debía hacer de presidente y director del Consejo de Guerra. Era evidente que Weyrother se sentía al frente de un movimiento ya incontenible. Era como un caballo enganchado a una carreta que corre cuesta abajo. ¿Arrastraba él o era empujado? Lo ignoraba, pero seguía avanzando a una velocidad vertiginosa, sin tiempo ya para pensar adonde lo conduciría aquel movimiento. Por dos veces había ido Weyrother aquella tarde a inspeccionar las avanzadas enemigas y por dos veces se había entrevistado con los Emperadores, el ruso y el austríaco, a fin de comunicarles sus impresiones; luego fue a su despacho para dictar en alemán la orden de operaciones. Rendido, llegaba ahora al cuartel de Kutúzov.

Estaba tan preocupado que olvidaba el mismo respeto debido al general en jefe. Lo interrumpía y hablaba con rapidez y confusión, sin mirar a la cara de su interlocutor y sin responder a las preguntas que le hacían. Lleno de barro, tenía un aspecto lastimoso: sucio, nervioso, exhausto por la fatiga, pero, al mismo tiempo, presuntuoso y soberbio.

Kutúzov ocupaba un pequeño castillo en las cercanías de Ostralitz. En el gran salón, habilitado para despacho del general en jefe, estaban Kutúzov, Weyrother y los miembros del Consejo de Guerra. Bebían té y no esperaban

más que la llegada de Bagration para comenzar. Un oficial de órdenes del príncipe Bagration trajo a las ocho la noticia de que el general no podía acudir. El príncipe Andréi entró para comunicárselo a Kutúzov y, haciendo uso del permiso que antes le diera el general en jefe, se quedó en el salón.

—Puesto que el príncipe Bagration no viene, podemos comenzar— dijo Weyrother, levantándose presuroso de su puesto y acercándose a la mesa sobre la cual se había extendido un gran mapa de los alrededores de Brünn.

Kutúzov, cuyo grueso cuello desbordaba de la guerrera desabrochada, permanecía sentado, con sus manos regordetas y seniles posadas simétricamente en los brazos del butacón; parecía haberse dormido. Al oír la voz de Weyrother abrió con esfuerzo su único ojo.

—Sí, sí, por favor; es ya tarde— dijo; hizo un gesto con la cabeza, volvió a bajarla y cerró de nuevo los ojos.

Si en un principio los miembros del Consejo pensaron que Kutúzov fingía dormir, ahora los resoplidos con que acompañó la lectura de los documentos evidenciaban que para el general en jefe se trataba en aquel instante de algo mucho más importante que el deseo de manifestar su desprecio del plan de batalla o de cualquier otra cosa. Se trataba de satisfacer la invencible necesidad humana de dormir y se había dormido efectivamente. Weyrother, con un gesto de hombre demasiado ocupado para perder un segundo, lanzó una mirada a Kutúzov y, convencido de que dormía, tomó los papeles y comenzó a leer, con voz alta y monótona, la orden de operaciones sin perderse ni el encabezamiento: “Orden de batalla para el ataque a las posiciones enemigas detrás de Kobelnitz y Sokolnitz, el 20 de noviembre de 1805”.

El texto, en alemán, era sumamente complicado y difícil. Decía así:

> Considerando que el enemigo apoya su flanco izquierdo en montañas cubiertas de bosques y extiende el derecho a lo largo de Kobelnitz y Sokolnitz, por detrás de los pantanos de esa región, y nuestra ala izquierda rebasa a la suya, nos será ventajoso atacar esta última ala enemiga, sobre todo si ocupamos antes las aldeas de Sokolnitz y Kobelnitz, lo que nos colocará en condiciones de atacar al enemigo de flanco y

> perseguirlo hasta la llanura entre Schlapanitz y el bosque de Thürass, evitando el desfiladero entre Schlapanitz y Bielovitz, que está cubierto por el frente enemigo. Para lograr este objetivo, es necesario… La primera columna marcha…, la segunda columna marcha…, la tercera columna…, etcétera.

leía Weyrother. Los generales, al parecer, escuchaban con desgana el complicado plan.

El general Buxhöwden, alto y rubio, estaba de pie, con la espalda apoyada en la pared y los ojos fijos en las velas encendidas; parecía no escuchar nada; se habría dicho que no quería que los demás supusiesen que escuchaba. Enfrente de Weyrother, con su brillante mirada fija en él, Milorádovich, con sus rosadas mejillas, sus puntiagudos bigotes y hombros levantados, permanecía en postura marcial, apoyados los codos en las rodillas. Callaba obstinadamente, mirando a Weyrother, y tan sólo apartaba de él los ojos cuando el jefe del Estado Mayor austríaco hacía una pausa. En ese instante, Milorádovich volvía su mirada con aire significativo hacia los demás generales. Pero lo que transmitía esa mirada significativa no permitía comprender si aprobaba o no las disposiciones leídas y si estaba o no satisfecho de ellas. El más próximo a Weyrother era el conde Langeron; con una sutil sonrisa que no desapareció de su rostro de francés meridional hasta el fin de la lectura, contemplaba sus delgados dedos, que hacían girar rápidamente una tabaquera de oro con un retrato. Durante uno de los períodos más largos, detuvo la rotación de la tabaquera, levantó la cabeza y, con cortesía hiriente visible hasta las comisuras de sus delgados labios, interrumpió a Weyrother e intentó decir algo. Pero el general austríaco, sin dejar de leer, frunció enfadado el ceño y movió los codos como diciendo: "Después, después podrá exponerme sus ideas; ahora mire el plano y escuche". Langeron, perplejo, alzó la vista, miró a Milorádovich como pidiendo una explicación, pero encontrándose con aquella expresión significativa que nada quería decir, la bajó tristemente y volvió a girar su tabaquera.

—Une leçon de géographie[233]— dijo como hablando para sí, pero con voz bastante alta para que se lo oyera.

Prebyzhevsky, con cortesía respetuosa y digna, mantenía la mano pegada a la oreja en dirección a Weyrother, con el aspecto de quien tiene absorta toda su atención. Dojtúrov, bajo de talla, estaba sentado frente a Weyrother, con aire atento y modesto; inclinado sobre el mapa, estudiaba de buena fe la disposición del ejército y aquella región para él desconocida. Varias veces rogó a Weyrother que repitiera las palabras que no había entendido bien y los difíciles nombres de las aldeas. Weyrother satisfizo su deseo y Dojtúrov tomó nota de ellos.

Cuando hubo terminado la lectura, que duró más de una hora, Langeron detuvo de nuevo la rotación de su tabaquera y, sin mirar a Weyrother ni a nadie en particular, comenzó a decir lo difícil que sería llevar a cabo semejante plan de operaciones que suponía conocida la posición del enemigo, cuando la verdad era que esa posición podía ser muy distinta, puesto que el enemigo estaba en continuo movimiento. Las observaciones de Langeron eran acertadas, pero resultaba evidente que pretendía hacer ver al general Weyrother (que había leído el plan con la suficiencia de un maestro frente a un grupo de escolares) que no se las había con tontos, sino con hombres que podían darle clase también a él en cuestiones militares. Cuando el monótono zumbido de la voz de Weyrother cesó, Kutúzov abrió los ojos, como el molinero que se despierta a la primera interrupción del rumor soporífero de las ruedas del molino. Escuchó unos instantes las observaciones de Langeron y pareció decir: "todavía siguen con estas estupideces"; se apresuró a cerrar de nuevo los ojos y bajó todavía más la cabeza.

Esforzándose por herir lo más posible a Weyrother en su amor propio como autor del plan de ataque, Langeron demostraba que Bonaparte podía pasar fácilmente al ataque, en vez de ser atacado, haciendo así inútil todo el dispositivo. A todas esas objeciones, Weyrother contestaba con una sonrisa firme y desdeñosa, preparada evidentemente ya de antemano para toda objeción, cualquiera que fuese.

—Si pudiera atacarnos, lo habría hecho hoy— dijo.

—¿Entonces usted cree que no tiene fuerzas?— preguntó Langeron.

—Todo lo más, dispone de cuarenta mil hombres— replicó Weyrother con la sonrisa del médico a quien una curandera pretende indicar un

remedio.

—En ese caso, busca la derrota al esperar nuestro ataque— dijo Langeron con irónica sonrisa, mirando de nuevo a Milorádovich para obtener su apoyo, pues éste era el más próximo.

Pero en aquel momento Milorádovich pensaba en cualquier cosa menos en la discusión de ambos generales.

—Ma foi[234]— dijo, —lo veremos mañana en el campo de batalla.

La sonrisa irónica de Weyrother quería decir que encontraba extraño y ridículo que los generales rusos le pusieran objeciones a *él* y que tuviera que demostrarles una cosa de la que no sólo él sino ambos Emperadores estaban plenamente convencidos.

—El enemigo ha apagado los fuegos y se oye un ininterrumpido rumor en su campo— dijo. —¿Qué quiere decir eso? O que se va, y eso es lo único que debemos temer, o que cambia de posición— y sonrió irónico. —Mas, aun cuando ocupase posiciones en Thürass, sólo conseguiría evitarnos muchos trabajos, y los planes de ataque serían los mismos, hasta en sus mínimos detalles.

—¿De qué modo…?— preguntó el príncipe Andréi, que desde hacía tiempo esperaba una oportunidad para exponer sus dudas.

Kutúzov se despertó, tosió pesadamente y miró a los generales.

—Señores, el plan de operaciones para mañana, mejor dicho, para hoy (porque ya pasan de las doce), no puede ser modificado— dijo. —Lo han escuchado y todos nosotros cumpliremos nuestro deber. Y antes de la batalla nada hay más importante…— calló un momento —que dormir bien.

Kutúzov hizo ademán de levantarse; los generales saludaron y se retiraron. Era ya medianoche pasada. El príncipe Andréi abandonó el salón del Consejo.

El Consejo donde el príncipe Andréi no pudo exponer sus puntos de vista, como era su propósito, le dejó una impresión confusa e inquietante. ¿Quién tenía razón? ¿Dolgorúkov y Weyrother, o Kutúzov, Langeron y cuantos no aprobaban el plan expuesto? Lo ignoraba. “Pero ¿no habría podido Kutúzov exponer sus propias ideas al Emperador? ¿No podía hacerse todo de otra

manera? ¿Acaso por simples consideraciones cortesanas y personales se pueden arriesgar miles de vidas y entre ellas la mía, *la mía?”*, pensaba el príncipe Andréi.

“Sí, muy bien puede ocurrir que me maten mañana.” Y de pronto, ante la idea de la muerte, surgieron en su imaginación los recuerdos más íntimos y más lejanos. Recordaba el último adiós de su padre y de su mujer, y los primeros tiempos de su amor; recordó también el embarazo de su esposa. Sintió lástima de ella y de sí mismo, y emocionado, hondamente conmovido, salió de la isba donde se alojaba con Nesvitski y comenzó a pasear delante de la casa.

La noche era brumosa y a través de la niebla se filtraba la luz misteriosa de la luna. “Sí, mañana, mañana —pensaba—; tal vez mañana habrá concluido todo para mí, no existirán ya esos recuerdos, ni tendrán para mí sentido alguno; mañana puede ser, y hasta estoy seguro de ello, lo presiento, habré de mostrar por primera vez todo lo que soy capaz de hacer.” Se imaginaba la batalla, la derrota, una terrible lucha concentrada en un punto, las vacilaciones, la confusión de todos los jefes. Era aquel momento feliz, aquel Toulon que hacía tanto tiempo esperaba, que se le ofrecía por fin. Expone con firmeza y claridad sus puntos de vista a Kutúzov, a Weyrother, a los emperadores. Todos quedan asombrados de la exactitud de sus consideraciones pero ninguno se compromete a llevarlas a la práctica. Entonces él toma el mando de un regimiento o de una división, pone por condición que nadie se inmiscuya en sus disposiciones, guía a sus hombres hasta el punto decisivo y, él solo, consigue la victoria. ¿Y la muerte y los sufrimientos?, dice otra voz. Pero el príncipe Andréi no contesta a esa voz y continúa sus triunfos. El plan de la siguiente batalla es obra suya. Oficialmente, sigue agregado a Kutúzov, pero ahora lo hace todo él solo. Gana la batalla siguiente; Kutúzov queda destituido y se le nombra a él, a Bolkonski… ¿Y después?— repite la otra voz. —Después, si antes de alcanzar eso no caes herido diez veces o muerto, si todo eso no resulta un engaño… ¿qué harás después? “Después… —se responde el príncipe Andréi—, después, no lo sé, no lo sé, ni quiero, ni puedo saberlo, pero sí deseo, sí ambiciono la gloria, quiero ser conocido y famoso. ¿Soy culpable, acaso, de no querer otra cosa, de no vivir más que para eso? ¡Sí, solo para

eso! A nadie se lo confesaré jamás, pero, Dios mío, ¿qué le voy a hacer si no amo más que la gloria y el amor de los hombres? ¡La muerte, las heridas, la pérdida de la familia, nada me asusta! Y pese al cariño, al amor que siento por muchas personas —mi padre, mi hermana, mi mujer— que son los seres más queridos por mí, y por terrible y contrario a la naturaleza que parezca, yo entregaría a todos sin vacilar por un solo momento de gloria, de triunfo sobre la gente, por ganarme el amor de unos hombres a los que no conozco ni conoceré jamás, por el amor de esos hombres", se decía prestando atención a las voces que se oían en el patio de Kutúzov. Eran los asistentes, que hacían los equipajes; una voz, seguramente de un cochero, se divertía a costa del viejo cocinero de Kutúzov, Tito, a quien el príncipe Andréi conocía:

—¡Tito! ¡Tito!— gritaba la voz.

—¿Qué?— respondía el viejo.

—Tito, Tito, vete a trillar— decía el bromista.

—¡Vete tú al diablo!— gruñía el otro, entre las risas de los asistentes.

"Y a pesar de todo, quiero tan sólo el triunfo sobre todos ellos; valoro tan sólo esa fuerza misteriosa y esa gloria que flota sobre mí entre la niebla."

XIII

Rostov con su pelotón pasó aquella noche en las avanzadas de flanco, por delante del destacamento de Bagration. Sus húsares estaban repartidos en parejas y él recorría esa línea, tratando de vencer el sueño que lo dominaba. Detrás se veía un gran espacio cubierto por las hogueras del ejército ruso, que ardían con confuso resplandor entre la niebla. Delante se extendía la negrura de la noche. Por mucho que Rostov se esforzara por distinguir algo en la lejanía, no veía nada. Algunas veces le parecía divisar, en los lugares que debía ocupar el enemigo, ya una claridad gris, ya algún bulto negro o bien la luz de las hogueras; a veces sospechaba que todo era pura ilusión de su vista. Se le cerraban los ojos y en su imaginación se sucedían las figuras del Emperador y Denísov o los recuerdos de Moscú; presuroso volvía a abrirlos y veía muy cerca de sí la cabeza y las orejas del caballo que montaba, o las negras siluetas de los húsares que surgían apenas a seis pasos, y, más allá, la misma oscuridad y la niebla de antes. "¿Por qué no? —pensaba—. Puede ocurrir muy bien que el Emperador me encuentre y me dé una orden, como podría dársela a cualquier otro oficial, y me diga: «Ve y entérate de lo que ocurre allí». Se cuentan muchos casos de que por puro azar conoce a un oficial y luego lo pone a su servicio. ¡Si a mí me ocurriera lo mismo! ¡Oh, cómo lo protegería, cómo le diría toda la verdad, cómo denunciaría a quienes lo engañan!" Y Rostov, para representarse más a lo vivo su lealtad y devoción al Emperador, se imaginaba algún enemigo, o un alemán traidor a quien no sólo mataría gustosamente, sino al que abofetearía ante los ojos del Emperador. De pronto lo despertó un grito lejano. Se estremeció y abrió los ojos.

“¿Dónde estoy? ¡Ah, sí, en las avanzadas! La consigna es «timón, Olmütz». Lástima que nuestro escuadrón esté mañana de reserva… —pensó —. Pediré que me manden a la línea de fuego. Tal vez sea la única ocasión de ver al Emperador. Sí, ya queda poco para el relevo. Haré otra ronda y en cuanto vuelva iré a pedírselo al general.” Se enderezó en la silla y aguijoneó al caballo para inspeccionar una vez más a sus húsares. Le pareció que clareaba. A la izquierda se veía una suave pendiente débilmente iluminada y, enfrente, una colina muy oscura que parecía tan abrupta como un muro. Sobre la colina había una mancha blanca que a Rostov le pareció inexplicable. ¿Era un claro del bosque iluminado por la luna o restos de nieve o un grupo de casas blancas? Hasta se le figuró que algo se movía por aquella mancha blanca. “Sí, debe de ser nieve —pensó Rostov—; una mancha; una mancha, une tache. O acaso no es une tache… Natasha, mi hermana, ojos negros… Na… tasha (¡cómo te asombrará saber que he visto al Emperador!). Na… tasha…”

—A la derecha, Excelencia, aquí hay unos arbustos— exclamó el húsar ante el cual pasaba Rostov adormecido.

Rostov alzó la cabeza, inclinada ya hasta las crines del caballo, y se detuvo cerca del húsar. Un sueño casi infantil se adueñaba de él de manera invencible. “¿En qué pensaba? No debo olvidarme… ¿Cómo hablaré al Emperador? No, eso no. Mañana. Sí, sí, Natasha… Nos van a atacar. ¿A quién? A los húsares. Los húsares… los bigotes. Aquel húsar de grandes bigotes que pasaba por la calle Tverskaia… Pensaba en él viéndolo ante la casa de Gúriev… El viejo Gúriev… ¡Oh, qué buen muchacho es Denísov!… Pero todo esto son pequeñeces. Lo importante es que ahora el Emperador está aquí. ¡Cómo me miró! Quiso decir algo, pero no se atrevió… Pero no, fui yo quien no me atreví. Sí, son pequeñeces. Lo importante es no olvidar lo que pensaba. Sí, sí…, está bien.” Y de nuevo se le caía la cabeza hacia el cuello del caballo. De pronto le pareció que disparaban contra él.

—¿Qué? ¿Qué pasa?… ¿Quién tira?— exclamó despertando. —¡Al ataque!

Tan pronto como abrió los ojos oyó delante de sí, hacia donde estaba el enemigo, gritos prolongados de miles de voces. Su caballo y el del húsar

que iba a su lado irguieron las orejas. Allí donde se oían los gritos apareció y se apagó una luz, y la siguió otra a lo largo de toda la colina; en las líneas francesas surgían aquellas luces, mientras aumentaba la gritería. Rostov oía algunas palabras francesas, pero no podía entenderlas. Eran demasiadas voces. Sólo se oían gritos y ruidos inarticulados, como ¡Aaaa!… ¡Rrrr!

—¿Qué es eso? ¿Qué crees…?— preguntó Rostov al húsar. —¿Es en campo enemigo?

El húsar no respondió.

—¿Es que no oyes?— insistió Rostov, esperando en vano la respuesta.

—Quién sabe, Excelencia— replicó con desgana el húsar.

—Por la posición ha de ser el enemigo— repitió Rostov.

—Puede ser— dijo el húsar. —Y puede ser que no; ¡suceden tantas cosas en la noche! ¡Eh! ¡Quieto!— gritó a su caballo, que empezaba a impacientarse.

También el caballo de Rostov estaba inquieto, golpeaba con la pata el suelo helado, atento a los gritos y a las luces. El griterío aumentaba cada vez más y más, hasta confundirse en un clamor general que sólo podía provenir de un ejército de muchos miles de hombres. Las luces se propagaban por todas partes a lo largo, probablemente, de la línea del campamento francés. Rostov ya no sentía sueño. Los gritos alegres y triunfantes del campo enemigo lo excitaban: *“Vive l’Empereur, l’Empereur!”*, oyó ahora claramente.

—No deben de estar muy lejos; en la otra parte del arroyo seguramente — dijo al húsar.

El húsar, enfadado, no respondió, se limitó a suspirar y a toser. En la línea de los húsares se escuchó el batir de los cascos de caballos. De pronto, de entre las sombras nocturnas surgió, como si fuera un enorme elefante, la figura de un suboficial de húsares.

—¡Excelencia, los generales!— gritó a Rostov acercándose.

Rostov, sin dejar de prestar atención a las luces y gritos del enemigo, se aproximó con el suboficial hacia un grupo de sombras que iban a lo largo de la línea. El príncipe Bagration —que montaba en un caballo blanco—, el príncipe Dolgorúkov y sus ayudantes acudían para observar el extraño fenómeno de las luces y los gritos en el campo enemigo. Rostov se acercó a

Bagration, le dio el parte y se unió a los ayudantes, atento a lo que los generales decían.

—No es más que una estratagema, créame— decía Dolgorúkov a Bagration. —Se retira y ha ordenado a la retaguardia que enciendan esas luces y griten para engañarnos.

—Lo dudo mucho— comentó Bagration. —Esta tarde los vi sobre aquella colina. Si se retiraran habrían tenido que marcharse también de ahí. Señor oficial— se volvió hacia Rostov, —¿hay todavía puestos avanzados?

—Esta tarde estaban allí, pero ahora no lo sé, Excelencia. Si lo ordena, iré a verlo con mis húsares— dijo Rostov.

Bagration se detuvo sin responder, y trató de ver el rostro de Rostov a través de la niebla.

—Está bien. Vaya— dijo después de un silencio.

—A sus órdenes.

Rostov espoleó al caballo, llamó al suboficial Fedchenko, a dos húsares más y, ordenándoles que lo siguieran, bajó al trote en dirección a los incesantes ruidos. Rostov sentía miedo y júbilo al verse solo con los tres húsares, avanzando hacia aquella brumosa lejanía, envuelta en misterio y peligro, donde nadie había estado antes que él. Desde lo alto Bagration le gritó que no pasara del arroyo, pero Rostov fingió no oír y, sin detenerse, siguió adelante, equivocándose a cada paso; tomaba los arbustos por árboles y las hendiduras por hombres y no cesaba de explicarse sus equivocaciones. Al llegar al fin de la pendiente dejó de ver las hogueras de los rusos y las del enemigo, aunque oía cada vez con más claridad los gritos de los franceses. En la vaguada creyó ver algo parecido a un río, pero al acercarse se dio cuenta de que era un camino. Al llegar a él detuvo indeciso la cabalgadura. ¿Debía seguirlo, o era mejor atravesarlo y continuar por los negros campos hasta la colina opuesta? Menos peligroso era seguir el camino, que resaltaba en medio de la niebla, porque podía descubrir antes a quienquiera que viniese por él.

—Seguidme— dijo, cruzó el camino y se lanzó al galope hacia la colina, hacia el sitio donde al atardecer había visto un piquete enemigo.

—¡Excelencia, están ahí!— dijo a sus espaldas uno de los húsares.

No había tenido tiempo Rostov de advertir cierto bulto negro entre la niebla cuando ya brillaba un fogonazo, sonaba el disparo y el silbido de la bala, como un lamento, sonó en el aire, perdiéndose después en la oscuridad. Brilló un segundo chispazo, pero no hubo disparo. Rostov giró en redondo y retrocedió al galope. Aún se oyeron cuatro tiros más con diversos intervalos y tonalidades; las balas silbaron entre la niebla. Rostov tiró de las bridas del caballo, tan excitado como él, y siguió al paso. "¡Más aún, más aún!", repetía en su espíritu una voz alegre. Pero ya no hubo más disparos.

Al acercarse a Bagration, Rostov lanzó de nuevo el caballo al galope y, con la mano en la visera, se aproximó al general.

Dolgorúkov insistía en su opinión de que los franceses habían retrocedido y si encendían las luces era para engañar a los rusos.

—¿Qué prueba todo eso?— decía cuando Rostov se acercó. —Pueden haberse retirado dejando unos piquetes.

—Evidentemente no se han ido todos aún. Mañana lo sabremos— contestó Bagration.

—Excelencia, el piquete sigue en lo alto de la colina igual que ayer tarde— informó Rostov, inclinado hacia adelante y con la mano en la visera, incapaz de reprimir su sonrisa de júbilo por la carrera y, más aún, por el silbido de las balas.

—Está bien, está bien. Gracias, señor oficial— dijo Bagration.

—Excelencia… permítame una petición.

—¿De qué se trata?

—Mañana, nuestro escuadrón está destinado a la reserva; permítame que me una al primer escuadrón.

—¿Cómo se llama usted?

—Conde Rostov.

—Bien… Quédese conmigo, como oficial de órdenes.

—¿Es usted hijo de Iliá Andréievich?— preguntó Dolgorúkov.

Pero Rostov no contestó.

—Entonces, ¿puedo confiar, Excelencia?

—Daré las órdenes oportunas.

“Es muy posible que mañana me envíen con alguna orden al Emperador —pensó Rostov—, ¡Loado sea Dios!”

El motivo de los gritos y las luces en el campo enemigo era el siguiente: mientras en las filas se leía la proclama de Napoleón, él, en persona, recorría a caballo el campamento. Los soldados, a la vista de su Emperador, encendían antorchas de paja y corrían detrás de él al grito de “*Vive l’Empereur!”*. La proclama de Napoleón estaba concebida en estos términos:

> ¡Soldados! Tenéis ante vosotros al ejército ruso, que quiere vengar al ejército austríaco de Ulm. Son los mismos batallones que aniquilasteis en Hollbrün y a los que después habéis perseguido hasta aquí. Las posiciones que ocupamos son magníficas, y mientras ellos avancen para rebasarme por la derecha, me dejarán al descubierto su flanco. ¡Soldados! Yo mismo dirigiré vuestros batallones. Me mantendré alejado del fuego si vosotros, con vuestro habitual valor, lleváis las filas enemigas al desorden y la confusión. Pero si la victoria permanece incierta, aunque sólo sea un momento, veréis a vuestro Emperador exponerse a los primeros disparos del enemigo, porque no puede haber vacilación en la victoria, especialmente en este día, cuando se pone en juego el honor de la infantería francesa, tan necesario al honor de nuestra nación.
>
> ¡Que no se rompan las filas con el pretexto de retirar a los heridos! Cada uno debe compenetrarse bien con la idea de que es necesario vencer a esos mercenarios de Inglaterra, animados de tanto odio hacia nuestra nación. Esta victoria pondrá fin a la campaña y podremos regresar a nuestros cuarteles de invierno, donde nos aguardan las nuevas tropas que continuamente se forman en Francia; y entonces la paz que firme será digna de mi pueblo, de vosotros y de mí.

Napoleón.

XIV

A las cinco de la mañana todavía la oscuridad era completa. Las tropas del centro, las reservas y el ala derecha de Bagration permanecían inmóviles. Pero en el flanco izquierdo las columnas de infantería, caballería y artillería, que debían ser las primeras en descender de las alturas para atacar el ala derecha de los franceses y rechazarla —según el plan de ataque— hacia los montes de Bohemia, comenzaban sus preparativos. El humo de las hogueras, a las que habían arrojado todo cuanto hubiera de inútil y molesto, irritaba la vista. El frío era intenso y la noche cerrada aún. Los oficiales bebían precipitadamente té y desayunaban. Los soldados masticaban pan seco, golpeaban el suelo con los pies para entrar en calor y se reunían en derredor de las hogueras, cuyo fuego avivaban con los restos de las chabolas, sillas, mesas, ruedas, toneles y todo aquello que no podían llevar consigo. Los guías austríacos iban y venían entre las tropas rusas y su presencia anunciaba la marcha. Apenas un oficial austríaco se acercaba a la tienda del comandante, el regimiento comenzaba a moverse; los soldados dejaban las hogueras, metían sus pipas en la caña de su bota, amontonaban las bolsas en los carros, tomaban sus fusiles y acudían a ocupar su puesto en la formación. Los oficiales se abotonaban las guerreras, ajustaban los sables al cinturón, cargaban con las mochilas y recorrían las filas dando órdenes. Los soldados del tren regimental y los asistentes aparejaban las bestias y aseguraban los carros. Los ayudantes y los jefes de batallón y de regimiento montaban a caballo, se santiguaban, daban las últimas órdenes e instrucciones a quienes se quedaban con los furgones y comenzaba a oírse el rumor monótono de miles de pies que se ponían en marcha. Las columnas se movían sin saber ni ver adonde iban, sin que nadie pudiera

distinguir, a causa de la masa humana que lo rodeaba, del humo y de la niebla, que iba en aumento, ni el sitio que abandonaba ni aquel al que se dirigía.

Una vez en marcha, el soldado queda envuelto, limitado y arrastrado por su propio regimiento, igual que el marinero en la nave que lo lleva. Por lejos que pueda ir, a cualquier latitud extraña, desconocida y peligrosa que sea, en torno a él ve siempre a los mismos compañeros, las mismas filas, al mismo sargento Iván Mitrich, al mismo perro *Zhuchka*, a los mismos jefes; el marinero, también él, siempre ve los mismos puentes, idénticos mástiles, iguales jarcias. Pocas veces desea el soldado conocer la latitud donde se encuentra su nave; pero el día de la batalla, Dios sabe cómo y por qué, en el mundo anímico de las tropas suena una nota grave común para todos, anunciando la proximidad de algo solemne y decisivo, despertando en los hombres una inusitada curiosidad. El día de la batalla los soldados intentan elevarse por encima de los intereses de su regimiento; escuchan, observan e interrogan ávidamente sobre todo cuanto sucede en derredor.

La niebla era tan espesa que, a pesar de haber amanecido, no se veía a diez pasos de distancia. Los arbustos parecían árboles enormes, y los llanos, precipicios y pendientes. En cualquier sitio, por todas partes, podían tropezar con un enemigo invisible. Las columnas marcharon largo rato, siempre envueltas en la niebla, bajando y subiendo colinas, dejando atrás tapias de huertos y jardines, por una comarca nueva, desconocida, sin encontrar al enemigo por ninguna parte. Pero, a un lado y a otro, detrás o delante, los soldados sabían que otras columnas rusas marchaban en la misma dirección. Cada soldado se sentía más animado al saber que otros muchos idénticos a él avanzaban hacia el mismo lugar, es decir, hacia no sabían dónde.

—Mira, los de Kursk han pasado también— decían en las filas.

—¡Es formidable, amigo, la fuerza que se ha reunido! Ayer tarde, cuando se encendieron las hogueras del campamento, no se le veía término, como si fuera Moscú.

Aunque ninguno de los jefes de columna se acercara a los soldados y hablase con ellos (los jefes, como se vio en el Consejo de Guerra, estaban de pésimo humor y, descontentos por la operación, se limitaban a cumplir

órdenes, sin preocuparse de animar a los soldados), los hombres marchaban alegres, como siempre que se participa en una acción, sobre todo si se trata de una ofensiva. Pero tras una hora de camino, siempre hundidos en la niebla, la mayor parte de las tropas tuvo que detenerse y por las filas se propagó el desagradable sentimiento de que reinaba confusión y desbarajuste. Es difícil determinar cómo se propaga semejante impresión, pero el hecho incontrovertible es que se difunde segura y rápidamente como el agua por una vaguada. Si el ejército ruso hubiera estado solo, sin aliados, seguramente se habría necesitado mucho tiempo para que ese sentimiento se convirtiera en una certeza general. Pero ahora, cuando se podía culpar del desorden, con particular placer y como algo lógico, a los estúpidos alemanes, todos estaban convencidos de la existencia de una confusión nociva por culpa de aquellos devoradores de salchichas.

—¿Por qué nos detenemos? ¿Está cerrado el paso? ¿O han aparecido los franceses?

—No, no se oye nada. Si estuvieran ahí, dispararían.

—Tantas prisas para salir, y en cuanto echamos a andar nos detienen sin ton ni son en mitad del campo. De todo tienen la culpa esos malditos alemanes, que lo confunden todo. ¡Qué brutos son!

—Yo los pondría delante. Siempre se las ingenian para quedar los últimos. Ya lo veréis: nos dejarán hoy con las tripas vacías.

—¿Se mueven por ahí, o no?— preguntó un oficial. —Dicen que la caballería ha taponado el camino.

—¡Esos malditos alemanes! No conocen ni su propio país— gritaba otro.

—¿De qué división son ustedes?— gritó, acercándose, un ayudante.

—De la dieciocho.

—Entonces, ¿qué hacen aquí? Deberían estar más adelantados. No van a llegar hasta la noche.

—¡Qué órdenes tan estúpidas! Ni ellos mismos saben lo que hacen— murmuró el oficial alejándose.

Después pasó un general que gritó unas palabras coléricas, no en ruso.

—Tafa lafa. No se le entiende nada— dijo un soldado, remedando al general, que ya estaba lejos. —¡Yo fusilaría a todos esos canallas!

—Había orden de que estuviéramos en nuestros puestos a las nueve y todavía no hemos andado ni la mitad del camino. ¡Vaya órdenes!— se repetía por todas partes.

Y la energía con que se habían puesto en marcha fue trocándose poco a poco en despecho y cólera contra las órdenes descabelladas y contra los alemanes.

La causa de tanta confusión era la siguiente: mientras se movía la caballería austríaca, que debía ocupar el flanco izquierdo, el alto mando había ordenado que toda la caballería pasara a la derecha, considerando que el centro de las tropas rusas estaba muy separado del flanco derecho. Miles de jinetes hubieron de pasar por delante de la infantería, y los de a pie se vieron obligados a esperar.

Además, se produjo una discusión entre el guía austríaco que acompañaba a la caballería y un general ruso. Éste vociferaba, exigiendo que la caballería se detuviese, y el austríaco procuraba demostrar que él no tenía la culpa, sino los jefes superiores. Y a la espera de una solución, las tropas se mantenían en pie, aburridas y perdiendo el ánimo. Una hora después se reanudaba la marcha y empezaron a bajar por la colina. La niebla iba clareando en lo alto, pero se hacía todavía más espesa en el llano hacia donde descendía el ejército; delante, en medio de la bruma, sonaron algunos disparos, primero a intervalos irregulares: trrr… ta ta, después más ordenados y nutridos. Y sobre el Goldbach, un pequeño riachuelo, comenzó la batalla.

Los rusos, que no pensaban encontrarse con el enemigo abajo, junto al río, al tropezar inopinadamente con él en la niebla respondieron sin ganas a los franceses, no habiendo recibido una sola palabra de ánimo de sus jefes superiores, persuadidos casi todos de que habían llegado tarde; y, sobre todo, no viendo a nadie delante ni alrededor a causa de la niebla, avanzaban sin energía, se detenían de nuevo a la espera de órdenes que nunca llegaban, porque los jefes y ayudantes de campo andaban de acá para allá perdidos en la bruma, en aquella región desconocida y sin encontrar a sus tropas. Así entraron en acción la primera, segunda y tercera columnas, que habían descendido hasta el pie de la colina; la cuarta columna, en la que iba Kutúzov, permanecía en los altos de Pratzen.

Abajo, donde la acción había comenzado, la niebla se mantenía espesa. En lo alto había aclarado, pero no se veía aún lo que estaba sucediendo delante. ¿Estaban todas las fuerzas enemigas a diez kilómetros, como se había supuesto? ¿O estaban allí mismo en la línea de la niebla? Hasta las nueve nadie pudo saberlo.

A las nueve de la mañana la niebla se extendía abajo, como un mar, pero en la aldea de Schlapanitz, en la altura donde se hallaba Napoleón rodeado de sus mariscales, la claridad era perfecta. Encima de ellos se extendía un cielo límpido y azul, y el enorme disco solar, como una gigantesca boya roja, se mecía sobre la inmensa superficie lechosa de la niebla. Todo el ejército francés, incluidos Napoleón y su Estado Mayor, no se hallaba en la otra orilla del río, más allá de las aldeas de Sokolnitz y Schlapanitz, tras las cuales tenían los rusos la intención de tomar posiciones e iniciar el combate, sino en esta otra ribera, tan cercana al enemigo que Napoleón podía distinguir a simple vista a un soldado de infantería de uno de caballería. Napoleón, un poco separado de sus mariscales, montaba un pequeño caballo árabe gris y llevaba el mismo capote azul que usara en la campaña de Italia. Silencioso, miraba fijamente hacia las colinas que iban destacándose del mar de la bruma y en las cuales, a lo lejos, se movían las tropas rusas y oía el estrépito de las descargas de fusilería en la vaguada. No se estremecía ni una sola fibra de su rostro, todavía enjuto en aquella época. Sus ojos brillantes se mantenían fijos en un punto. Sus conjeturas eran acertadas; parte de las fuerzas rusas habían descendido ya hacia el barranco, a las charcas y los lagos, y otra parte dejaba los altos de Pratzen, que él tenía intención de ocupar y a los que consideraba posiciones clave. A través de la niebla podía ver el avance de las tropas rusas cerca de Pratzen que, con sus bayonetas brillantes, descendían por el entrante de dos montañas hacia las partes bajas del valle. Aquellas columnas iban hundiéndose, una tras otra, en la niebla. Por las noticias recibidas la víspera, por el ruido de pasos y ruedas que se había oído durante la noche en las avanzadillas y por el desordenado movimiento de las columnas rusas, veía claramente que los aliados lo suponían lejos, que las columnas rusas, que se movían junto a Pratzen, constituían el centro del ejército ruso y que ese centro era ya

suficientemente débil para que él pudiese llevar a cabo un ataque victorioso. Pero no se decidía a comenzar aún.

Aquél era para Napoleón un día solemne: el aniversario de su coronación. Antes del alba había dormido unas horas, y ahora, tranquilo, jovial, descansado, en esa feliz disposición de ánimo en la que todo parece posible y todo se consigue, había montado a caballo para dirigirse al campo de batalla. Permanecía inmóvil, mirando hacia las colinas que se iban liberando de la niebla; su rostro frío reflejaba aquel matiz peculiar de seguridad en sí mismo, la seguridad de merecer la felicidad que sólo se encuentra en la sonrisa del muchacho enamorado y feliz. Los mariscales permanecían detrás de él sin atreverse a distraer su atención. El Emperador contemplaba, ya los altos de Pratzen, ya el sol que emergía de entre la niebla.

Cuando el astro hubo remontado la bruma y comenzó a brillar con esplendor deslumbrante sobre los campos, Napoleón, como si no esperara otra cosa para dar comienzo a la acción, se quitó el guante de su bella mano blanca, hizo un gesto a los mariscales y dio la orden de iniciar la batalla. Los mariscales, acompañados por los ayudantes de campo, galoparon en direcciones diversas, y pocos minutos después el grueso del ejército francés avanzaba hacia los altos de Pratzen, cada vez más abandonados por las tropas rusas que descendían por la izquierda hacia la vaguada.

XV

A las ocho, Kutúzov entraba a caballo en Pratzen, a la cabeza de la cuarta columna de Milorádovich, que debía reemplazar las columnas de Prebyzhevsky y Langeron, que ya habían descendido al llano. Saludó a los soldados del primer regimiento y dio órdenes de iniciar la marcha, dando así muestras de que tenía intención de conducir por sí mismo aquella columna. Al llegar a la aldea de Pratzen se detuvo. El príncipe Andréi estaba detrás del comandante en jefe, entre el gran número de personas de su séquito. Bolkonski se sentía conmovido, excitado y, al mismo tiempo, resuelto y tranquilo, como el hombre que ve llegar un momento hace tiempo esperado. Estaba firmemente convencido de que aquel día sería su Toulon o su Puente de Arcola. No sabía cómo iba a suceder, pero estaba convencido de que ocurriría así. Conocía el terreno y la disposición de las tropas, es decir, todo lo que de eso podía saberse en el ejército ruso. Había olvidado su propio plan estratégico (que ahora no podía pensar en poner en práctica) y, adaptándose al plan de Weyrother, reflexionaba sobre las eventualidades que pudieran surgir y que hiciesen necesarias sus rápidas decisiones y su energía.

A la izquierda, se oía el fragor de la fusilería entre ejércitos que no se veían. Le pareció que allí iba a desarrollarse la batalla, surgirían dificultades y “me enviarán allí con una brigada o una división —pensaba—; avanzaré con la bandera en la mano y arrasaré todo lo que encuentre por delante”.

El príncipe Andréi no podía mirar con indiferencia las banderas de los batallones que pasaban. Al verlas pensaba: “Tal vez con ésa tendré que ir delante de las tropas”.

La bruma de la noche había dejado las alturas cubiertas de escarcha, que se iba convirtiendo en rocío; en la vaguada, en cambio, la niebla se extendía todavía como un mar blanquecino. Todo parecía invisible allá abajo, sobre todo a la izquierda, hacia donde descendían las tropas rusas y de donde llegaban los estampidos de las descargas. Sobre las colinas relumbraba el cielo no del todo diáfano y a la derecha surgía el enorme globo del sol. Delante, a lo lejos, en la otra parte del mar de niebla, donde asomaban las boscosas colinas y debía de encontrarse el ejército enemigo, parecía verse algo. A la derecha, la Guardia penetraba en la zona brumosa dejando tras de sí un sonoro rumor de pasos y de ruedas; de cuando en cuando brillaban las bayonetas. A la izquierda, detrás de la aldea, masas de caballería se acercaban para luego hundirse en la niebla. Por delante y por detrás iba la infantería. El general en jefe permanecía a la salida del villorrio dando paso a las tropas que desfilaban delante de él. Kutúzov parecía fatigado e irritado aquella mañana. La infantería se detuvo sin que nadie hubiera dado la orden para ello; era evidente que algo les impedía el paso.

—Dígales de una vez que formen en columnas de batallón y rodeen el pueblo— ordenó colérico Kutúzov a un general que se le acercaba. —¿No comprende, su Excelencia, muy señor mío, que no podemos alargar tanto la formación por la calle de una aldea cuando se marcha contra el enemigo?

—Había pensado hacerles formar a la salida del pueblo, Excelencia— respondió el general.

Kutúzov se echó a reír con acritud.

—¡Excelente idea la de desplegar las fuerzas frente al enemigo! ¡Excelente idea!

—El enemigo está todavía lejos, Excelencia. Según la orden de operaciones…

—¡La orden de operaciones!— gritó Kutúzov, montando en cólera. —¿Quién le ha dicho eso?… Tenga la bondad de hacer lo que le mando.

—A sus órdenes.

—Mon cher, le vieux est d’une humeur de chien[235]— susurró Nesvitski al príncipe Andréi.

Un oficial austríaco, con plumaje verde en el sombrero y uniforme blanco, se acercó a Kutúzov y le preguntó, en nombre del Emperador, si la

cuarta columna había entrado en acción.

Kutúzov se volvió sin responderle y sus ojos se fijaron casualmente en el príncipe Andréi, que estaba a su lado. Al ver a Bolkonski, su irritada y mordaz expresión se dulcificó como reconociendo que su ayudante de campo no tenía culpa alguna de lo que estaba sucediendo. Y sin contestar al general austríaco, se dirigió a Bolkonski:

—Allez voir, mon cher, si ta troisième division a dépassé le village. Dites-lui de s'arrêter et d'attendre mes ordres.[236]

El príncipe Andréi se disponía a ir, pero Kutúzov lo detuvo:

—Et demandez-lui si les tirailleurs sont postés— añadió. —Ce qu'ils font, ce qu'ils font![237]— dijo como si hablase consigo mismo, sin responder todavía al austríaco.

El príncipe Andréi se alejó para cumplir las órdenes. Se adelantó a los batallones que iban delante, hizo detener a la tercera división y comprobó que no había tiradores ante nuestras columnas. Al comandante del regimiento que iba a la cabeza le sorprendió la orden de dispersar a los tiradores, dada por el generalísimo. Estaba absolutamente convencido de que tenía ante sí tropas rusas y creía al enemigo por lo menos a diez kilómetros de distancia. En efecto, delante no se veía más que una zona desierta que descendía poco a poco, cubierta por la niebla. Después de haber transmitido las órdenes del general en jefe, el príncipe Andréi volvió a su puesto. Kutúzov seguía allí, derrumbado su grueso cuerpo sobre la silla de montar, bostezando con los ojos cerrados. Las tropas no se movían y permanecían en posición de descanso.

—Muy bien, muy bien— dijo Kutúzov al príncipe Andréi; y se volvió al general, que, reloj en mano, le decía que era hora de ponerse en marcha, puesto que todas las columnas de la izquierda habían bajado ya.

—Hay tiempo, Excelencia— respondió Kutúzov entre bostezo y bostezo. —Hay tiempo— repitió.

En aquel momento, a espaldas de Kutúzov empezaron a oírse las aclamaciones de los regimientos y aquel clamor fue propagándose rápidamente por toda la larga línea de las columnas rusas. Aquel a quien saludaban debía de pasar con mucha rapidez por delante de las tropas. Cuando los soldados del regimiento dirigido por Kutúzov comenzaron a

gritar, él se hizo a un lado y miró en torno con el ceño fruncido. Sobre el camino de Pratzen parecía avanzar un escuadrón entero de jinetes con uniformes de diversos colores. Dos de ellos iban delante al galope. Uno vestía uniforme negro con penacho blanco y montaba un caballo inglés alazán; el otro, de uniforme blanco, montaba un caballo negro. Eran los dos Emperadores con sus séquitos. Kutúzov, con el empaque de un viejo soldado que se halla en el frente, dio la orden de "¡firmes!" y se acercó al Emperador con la mano en la visera. Toda su persona y su compostura cambiaron repentinamente. Ahora tenía el aire de un subalterno que discurre con un respeto exagerado, cosa que pareció desagradar al emperador Alejandro; se acercó y saludó.

El rostro del Emperador, juvenil y radiante, expresó como una nube que empaña un cielo límpido y después desaparece. Tras su reciente indisposición, estaba más delgado que en el campo de Olmütz, donde Bolkonski lo había visto por primera vez fuera de su patria; pero en sus hermosos ojos grises y en sus labios delgados reinaba la misma encantadora posibilidad de expresar diversas emociones de majestad y benevolencia.

En la revista de Olmütz se había mostrado más majestuoso; aquí parecía más alegre y enérgico. Su rostro estaba un tanto encendido después de una galopada de tres kilómetros; al detener el caballo respiró a pleno pulmón y se volvió a mirar los rostros, tan juveniles y animados como el suyo, de los hombres de su séquito. Chartorizhky, Novosíltsov, el príncipe Bolkonski, Strogánov y los demás, todos ellos jóvenes, alegres, ricamente vestidos, jinetes en magníficas cabalgaduras, ligeramente sudorosas después de la carrera, charlaban animadamente y sonreían agrupados detrás del Soberano. El emperador Francisco, joven, de rostro sonrosado y largo, permanecía muy erguido en su bello potro negro, mirando sin prisas en derredor con cierta inquietud. Llamó a uno de sus blancos ayudantes de campo y le preguntó algo. "Tal vez le pregunte a qué hora han salido", pensó el príncipe Andréi, observando a su viejo conocido, con una sonrisa que no pudo contener al recordar su audiencia. En el séquito de sus majestades había oficiales de la Guardia rusa y austriaca y otros del ejército, todos de lo más granado de la juventud. Los palafreneros conducían los magníficos

caballos de reserva de los Emperadores, cubiertos con bellas mantas bordadas.

Como si por una ventana abierta entrara de pronto en una sala sofocante el aire puro de los campos, así actuó sobre el tristón Estado Mayor de Kutúzov la juventud, energía y seguridad en el éxito de aquella brillante cabalgata.

—¿Por qué no comienza, Mijaíl Ilariónovich?— preguntó el emperador Alejandro a Kutúzov, mirando al mismo tiempo cortésmente al emperador Francisco.

—Espero, Majestad— respondió Kutúzov, inclinándose respetuosamente.

El Emperador se llevó la mano a la oreja y frunció levemente el ceño, dando a entender que no había oído bien.

—Espero, Majestad— repitió Kutúzov (el príncipe Andréi observó un temblor anormal en el labio superior de Kutúzov cuando decía “espero”). —No están reunidas todas las columnas, Majestad.

El Emperador lo oyó, pero no pareció que la respuesta le agradase. Encogió los hombros, un tanto encorvados, miró a Novosíltsov, que estaba a su lado, y en esa mirada pareció haber una queja contra Kutúzov.

—No estamos en un campo de maniobras, Mijaíl Ilariónovich, donde no se empieza con la parada hasta que todos los regimientos estén reunidos— dijo el Emperador, mirando de nuevo al emperador Francisco, como invitándolo, si no a tomar parte en la conversación, a escuchar, por lo menos, sus palabras. Pero el emperador Francisco siguió mirando en derredor sin prestar atención.

—Precisamente por eso no comienzo, Majestad— dijo Kutúzov, con voz sonora y clara, como para evitar la posibilidad de no ser oído; y de nuevo hubo un temblor en su rostro. Por eso no comienzo, Majestad, porque no estamos en un campo de maniobras ni en una parada.

Entre los del séquito, que se miraron rápidamente unos a otros, todas las caras tomaron una expresión de descontento y reproche. “Por viejo que sea, no debería hablar así”, querían decir aquellas caras.

El Emperador se quedó mirando atenta y fijamente a Kutúzov, esperando alguna otra palabra de sus labios; pero por su parte, el general,

inclinando con respeto la cabeza, parecía también aguardar. Este silencio duró casi un minuto.

—Pero si Vuestra Majestad lo ordena…— dijo Kutúzov levantando la cabeza. Y una vez más volvía a hablar con el tono de un general obtuso, que no razona pero obedece.

Espoleó el caballo y llamando al jefe de la columna, Milorádovich, le ordenó avanzar.

Se movieron de nuevo las tropas y dos batallones del regimiento de Nóvgorod y uno del regimiento de Apsheron desfilaron delante del Emperador.

Cuando pasaban los de Apsheron, Milorádovich, muy colorado, sin capote, con las condecoraciones en su brillante uniforme y su gorro de enormes plumas ladeado, hizo avanzar su caballo y, con un saludo marcial, lo detuvo delante del Emperador.

—¡Dios lo acompañe, general!— exclamó el Emperador.

—Ma foi, Sire, nous ferons ce qui sera dans notre possibilité[238]— gritó alegremente Milorádovich, suscitando, sin embargo, una burlona sonrisa entre los oficiales del séquito por su mala pronunciación francesa.

El general hizo girar su montura y fue a colocarse detrás del Soberano. Los soldados del regimiento de Apsheron, excitados por la presencia del Emperador, desfilaron con paso enérgico delante de sus majestades y el séquito.

—¡Muchachos!— gritó Milorádovich con su voz fuerte y alegre, excitado al máximo por el eco de las descargas de fusilería, la perspectiva de la batalla y la marcialidad de los hombres del regimiento de Apsheron, compañeros suyos desde los tiempos de Suvórov, que tan gallardamente desfilaron ante los Emperadores que olvidó su presencia. —¡Muchachos! No es la primera aldea que conquistáis.

—¡Hurra!— gritaron los soldados.

El caballo del Emperador dio un respingo, alarmado por el brusco clamor. Era el mismo caballo de las paradas militares en Rusia; y ahora, en el campo de Austerlitz, llevaba a su señor y recibía los distraídos taconazos del pie izquierdo del Soberano; enderezaba las orejas a los tiros, como en el Campo de Marte, sin comprender ni el significado de los disparos, ni la

vecindad del negro potro del emperador Francisco ni nada de cuanto decía, pensaba o sentía su jinete en aquel día extraordinario.

El Emperador se volvió sonriendo a uno de sus cortesanos, les indicó a los bravos hombres del regimiento de Apsheron y le dijo alguna cosa en voz baja.

XVI

Kutúzov, acompañado de sus ayudantes de campo, siguió al paso de su caballo detrás de los fusileros.

Después de haber recorrido cosa de medio kilómetro tras la columna, se detuvo cerca de una casa solitaria y abandonada (tal vez había sido un mesón) que se levantaba en el cruce de dos caminos que descendían por la montaña; las tropas avanzaban tanto por uno como por otro.

Comenzaba a disiparse la niebla; a unos dos kilómetros eran visibles ya las fuerzas enemigas sobre las colinas de enfrente. A la izquierda, la fusilería se hacía cada vez mas clara. Kutúzov se detuvo, conversando con un general austríaco. El príncipe Andréi, un poco detrás, no dejaba de observarlos. Deseoso de ver qué ocurría a lo lejos, pidió su anteojo a uno de los ayudantes.

—Mire, mire— dijo el ayudante, señalando no a las tropas lejanas, sino a las que aparecían al pie de la colina.

—¡Son franceses!

Ambos generales y los ayudantes de campo echaron mano de los anteojos, que se quitaban unos a otros. Todos aquellos rostros cambiaron en el acto y reflejaron pavor. Creían que los franceses estaban a dos kilómetros y he aquí que aparecían inesperadamente ante ellos.

—¿El enemigo?… ¡No!… No es posible… Sí, mire… seguramente… ¿Qué significa esto?— gritaron varias voces.

El príncipe Andréi vio a simple vista, a la derecha, una numerosa columna enemiga que se dirigía hacia el regimiento de Apsheron, apenas a quinientos pasos del lugar en que se hallaba Kutúzov.

“¡Ha llegado el momento decisivo! ¡Ésta es mi hora!”, pensó Bolkonski, y, espoleando su caballo, se acercó a Kutúzov.

—Es necesario detener al regimiento de Apsheron, Excelencia.

Pero en aquel momento todo allá abajo quedó oculto por el humo de la fusilería; los disparos llegaban de lugares muy cercanos y una ingenua y asustada voz gritó a dos pasos del príncipe Andréi: “¡Se acabó, hermanos, estamos copados!” Se habría dicho que aquella voz era una orden. Todos echaron a correr.

Una muchedumbre confusa, mezclada y siempre en aumento volvía sobre sus pasos, hacia el mismo lugar donde cinco minutos antes había desfilado y aclamado a los emperadores. No sólo resultaba difícil detener aquella masa humana, sino que era casi imposible no ser arrastrado por ella. Bolkonski trataba de resistir la oleada y miraba en torno, estupefacto, sin comprender lo que sucedía ante sus ojos. Nesvitski, con el rostro encendido y fuera de sí, gritaba a Kutúzov que, si no se iba en seguida, caería irremisiblemente prisionero. Pero el general permanecía en su sitio y, sin contestar, sacó su pañuelo. Le sangraba una mejilla. El príncipe Andréi pudo abrirse paso hasta él.

—¿Está herido?— preguntó, dominando a duras penas el temblor de su mandíbula inferior.

—La herida no está aquí, sino ahí— dijo Kutúzov, apretando el puño contra la mejilla y señalando a los fugitivos. —¡Detenedlos!— gritó; y al mismo tiempo, comprendiendo que ya era imposible parar aquella muchedumbre, dio un fustazo al caballo y se dirigió hacia el camino de la derecha.

Una nueva ola de fugitivos lo envolvió, haciéndolo retroceder.

Las tropas corrían formando una masa tan compacta que era difícil salir cuando alguien caía dentro de ella. Uno gritaba: “¡Sigue! ¿Por qué te detienes?”. Otro, volviéndose, disparaba al aire; un tercero golpeaba el caballo donde iba Kutúzov. A costa de grandes esfuerzos, Kutúzov logró separarse de la muchedumbre y, con menos de la mitad de su séquito, torció hacia la izquierda en dirección a los cañones que sonaban cercanos. El príncipe Andréi, que también había salido de entre la muchedumbre de fugitivos, trataba de no separarse de Kutúzov; a media pendiente vio, entre

el humo, una batería rusa que disparaba todavía y a los franceses que corrían hacia ella. Más arriba, un regimiento de infantería rusa permanecía inmóvil, sin decidirse a prestar ayuda a la batería ni seguir a los fugitivos. Un general montado en su caballo se acercó al encuentro de Kutúzov. Sólo cuatro hombres quedaban del séquito del general en jefe. Todos tenían la misma palidez y se miraban en silencio.

—¡Detened a esos miserables!— gritó Kutúzov con voz ahogada al comandante del regimiento, señalando a los que escapaban.

Pero entonces, como un castigo a sus palabras, las balas volaron como bandada de pájaros sobre el regimiento y el séquito de Kutúzov.

Los franceses que atacaban la batería habían visto a Kutúzov y disparaban sobre él. El comandante del regimiento se llevó las manos a la pierna, varios soldados cayeron heridos y el subteniente que llevaba la bandera la dejó caer. La enseña vaciló y se abatió después sobre los fusiles de los soldados cercanos. Sin esperar orden alguna, los soldados comenzaron a disparar.

—¡Oh!— gimió Kutúzov desesperado. Se volvió. —¡Bolkonski!— murmuró con voz temblorosa, consciente de su propia debilidad senil. —Bolkonski— repitió indicando al desorganizado batallón y al enemigo. —¿Qué es eso?

Pero antes de que hubiese concluido, el príncipe Andréi, abrasada la garganta por lágrimas de cólera y vergüenza, echaba pie a tierra y corría hacia la bandera.

—¡Adelante, muchachos!— gritó con voz penetrante y juvenil.

"Ha llegado el instante", pensó después, enarbolando la bandera; escuchó con placer el silbido de las balas disparadas ahora contra él. Cerca cayeron algunos soldados.

—¡Hurra!— gritó el príncipe Andréi, sujetando apenas en sus manos la pesada bandera. Y se lanzó hacia delante, con la seguridad de que todo el batallón lo seguiría.

En efecto, no dio más que unos pasos solo; lo siguió un soldado, después otro y, por fin, todo el batallón, que lo adelantó entre gritos entusiastas. Un suboficial tomó la bandera, demasiado pesada, que vacilaba entre las manos de Bolkonski, pero al momento caía muerto. El príncipe

Andréi volvió a empuñar la bandera y, arrastrándola por el asta, corrió de nuevo con el batallón. Delante vio a los artilleros rusos: unos combatían y otros corrían a su encuentro dejando los cañones. Vio también a un grupo de soldados franceses que se apoderaban de los caballos de la artillería y daban vuelta a los cañones. El príncipe Andréi estaba ya con sus hombres a veinte pasos de las piezas. Oía el ininterrumpido silbido de las balas; a derecha e izquierda caían los soldados entre gemidos. Pero él no se paraba a mirarlos. Le preocupaba tan sólo lo que estaba ocurriendo allá, en la batería. Veía ya claramente a un artillero pelirrojo, con el chacó ladeado, que tiraba de un extremo del atacador, mientras que un soldado francés tiraba del otro extremo. El príncipe Andréi podía ver ya la expresión de perplejidad y al propio tiempo de furia de ambos hombres, que, evidentemente, no tenían conciencia de lo que hacían.

“¿Qué hacen? —pensó Bolkonski mirándolos—, ¿Por qué no escapa ese pelirrojo, si ha perdido el cañón, y por qué el francés no echa mano del fusil? En cuanto trate de escapar, el francés lo clavará con la bayoneta.” En efecto, otro soldado francés, con el fusil terciado, corría hacia los dos contrincantes; iba a decidirse la suerte del artillero pelirrojo, que seguía sin comprender lo que le esperaba y, triunfante, había conseguido hacerse con el atacador. Pero el príncipe Andréi no pudo ver cómo terminaba aquello. Le pareció que algún soldado próximo le descargaba un terrible garrotazo en la cabeza. El dolor no fue grande, pero le causó una sensación desagradable porque lo distraía e impedía ver aquello que deseaba.

“¿Qué me sucede? ¿Me caigo? Las piernas me vacilan”, pensó; y cayó de espaldas. Abrió los ojos, con la esperanza de ver cómo terminaba la lucha de los franceses y los artilleros; deseaba saber si el pelirrojo había muerto o no, si los cañones estaban en poder del enemigo o habían sido salvados. Pero no vio nada. Sobre él no había más que el cielo, un cielo alto, no límpido, pero infinitamente alto, sobre el cual se deslizaban unas nubes grises. “Qué paz, qué calma, qué serenidad; todo es distinto de como era a hace un momento, cuando yo corría —pensó el príncipe Andréi—; cuando corríamos, gritábamos y combatíamos; cuando, con aquellas caras furiosas y asustadas, el francés y el artillero se disputaban el atacador, las nubes entonces no se movían así por ese cielo alto e infinito. ¿Cómo no me

he fijado antes en esa profundidad del cielo? ¡Qué feliz me siento de haberlo sabido al fin! Sí, todo es vacío y engañoso, menos ese cielo infinito. No hay nada más que él. Pero ni eso existe. No hay más que paz, reposo. ¡Y gracias a Dios que así sea!”

XVII

A las nueve, en el flanco derecho, al mando de Bagration, la lucha no había comenzado todavía, pese a la insistencia de Dolgorúkov. Queriendo eludir toda responsabilidad, Bagration propuso a Dolgorúkov el envío de un oficial al general en jefe en busca de órdenes. Sabía Bagration que, dada la distancia de casi diez kilómetros que separaba un flanco de otro, aun en el caso de que no mataran al enviado (lo que era muy probable) y aun cuando éste hallara al general en jefe (cosa bastante difícil), el enviado no estaría de vuelta antes de la tarde.

Bagration miró a los de su séquito con sus ojos inexpresivos y adormilados. Lo primero que llamó su atención fue el rostro infantil de Rostov, embargado por la emoción y la esperanza. Lo envió a él.

—Excelencia, ¿y si encuentro a Su Majestad antes que al general en jefe?— preguntó Rostov, con la mano en la visera.

—Puede pedir las órdenes al Emperador— respondió Dolgorúkov, adelantándose rápidamente a Bagration.

Después de haber sido relevado en las avanzadas, Rostov había podido dormir unas horas; se sentía ahora alegre, animoso, resuelto, lleno de entusiasmo y de seguridad en su fortuna: en aquel estado de ánimo cuando todo parece posible, alegre y fácil.

Aquella mañana se cumplían todos sus deseos: iba a librarse una batalla campal, en la cual él tomaba parte; además, era oficial de órdenes del más valeroso de los generales; y por último, se le encomendaba una misión ante Kutúzov y tal vez ante el Emperador en persona. La mañana era clara; el caballo, excelente; su ánimo, alegre y feliz. Apenas recibida la orden, se lanzó al galope a lo largo de la línea. Primero dejó atrás a las tropas de

Bagration, que aún no habían entrado en combate y permanecían inmóviles; penetró luego en el terreno ocupado por la caballería de Uvárov, donde empezó a notar movimiento e indicios de preparación para el ataque; pasada la caballería de Uvárov, oyó distintamente el cañoneo de las baterías y las descargas de los fusiles. El fragor del combate crecía cada vez más.

En el fresco ambiente de la mañana ya no sonaban como antes dos o tres disparos a intervalos irregulares, seguidos de uno o dos cañonazos, sino que en las colinas delante de Pratzen las descargas de fusilería y los disparos de los cañones eran constantes y tan frecuentes que, a veces, se fundían en un estrépito común.

A lo largo de las colinas se veían las nubecillas de humo de los fusiles, que parecían correr una tras otra, y las que producían los cañones, arremolinadas, gruesas y oscuras, que se extendían hasta fundirse en una masa común. Eran visibles, por el brillo de las bayonetas entre el humo, las masas de infantería en movimiento y las estrechas bandas de la artillería con sus cajones verdes.

Por un momento Rostov detuvo su caballo en un alto, para ver mejor lo que ocurría. A pesar de toda su atención, no pudo distinguir ni comprender nada. Entre el humo veía gente, restos de tropa se movían hacia delante y hacia atrás; por qué lo hacían, quiénes eran y adonde iban resultaba incomprensible; toda aquella visión y aquel tronar de las descargas no sólo no suscitaban en él sentimiento alguno de temor o abatimiento sino que, por el contrario, aumentaban su energía y decisión.

—¡Más aún! ¡Más!— se decía al oír los disparos.

Y siguió al galope por la línea, avanzando cada vez más y entrando ya entre las fuerzas que luchaban.

“No sé cómo será allí, pero sé que todo irá bien”, pensaba Rostov.

Pasadas unas tropas austríacas, observó que la siguiente formación (que era la Guardia) estaba ya combatiendo.

“Tanto mejor: lo veré de cerca”, pensó.

Iba casi por la primera línea. Algunos jinetes se le acercaban al galope. Eran los ulanos de la Guardia, cuyas filas destrozadas volvían de un ataque. Rostov los dejó atrás; al pasar se dio cuenta de que uno de los ulanos sangraba.

“¡Poco me importa!”, pensó. No había recorrido más que unos cientos de pasos cuando a su izquierda surgió sobre toda la línea del campo una enorme masa de jinetes de uniforme blanco deslumbrante y caballos negros que trotaban hacia él. Rostov lanzó su caballo a todo galope para cruzar el terreno libre antes que los jinetes, y lo habría logrado si éstos hubieran seguido la misma marcha; pero ellos intensificaron su ritmo y algunos se lanzaron ya al galope. Rostov sentía aproximarse el ruido de los cascos y el chocar de las armas, veía con mayor nitidez sus caballos y figuras, y hasta distinguía sus rostros. Era la Guardia montada que avanzaba al encuentro de la caballería francesa.

Los jinetes de la Guardia galopaban ya, pero refrenando aún los caballos. Rostov veía sus rostros y escuchaba las voces de “adelante, adelante”, dadas a gritos por un oficial que volaba en su pura sangre. Temiendo ser arrollado y tener que participar en el ataque, Rostov seguía a lo largo del frente, lanzando a todo galope su corcel. Pero, a pesar de todo, no consiguió evitar el encuentro.

El jinete que avanzaba en el extremo de la formación, un hombre gigantesco, picado de viruelas, arqueó encolerizado las cejas al descubrir a Rostov (que se sentía insignificante y débil en comparación con aquellos hombres y caballos enormes), a quien inevitablemente habría atropellado y derribado si éste no hubiera tenido la idea de agitar la fusta ante los ojos del caballo del oficial de la Guardia. El negro y pesado corcel dio un salto y bajó las orejas; pero el jinete picado de viruelas hundió las espuelas en los flancos del bruto y éste, sacudiendo la cola y tendiendo el cuello, se lanzó hacia delante con mayor rapidez aún. Apenas habían pasado los de la Guardia, Rostov oyó los “¡hurras!” de los soldados y, volviéndose, vio que sus primeras filas se mezclaban con otros jinetes de charreteras rojas, seguramente jinetes franceses. No pudo ver nada más, porque inmediatamente después los cañones empezaron a disparar y todo se cubrió de humo.

Cuando la Guardia montada pasaba junto a Rostov y desaparecía en el humo, éste dudó entre seguirla o continuar adonde se le había enviado. Era aquella brillante carga de la Guardia que causó asombro a los mismos franceses. Más tarde Rostov supo, horrorizado, que, de toda aquella

muchedumbre de magníficos guerreros, oficiales y cadetes, todos jóvenes y ricos, que montaban valiosos corceles, después del ataque no quedaron más que dieciocho.

"¿Por qué he de envidiarlos? Me llegará el turno, y ahora acaso consiga ver al Emperador", pensó Rostov. Y siguió su galope.

Cuando llegó a las posiciones de la infantería de la Guardia las balas de cañón surcaban el aire en derredor. Se dio cuenta de ellas, no sólo por el zumbido de los proyectiles sino por la inquietud que se reflejaba en el rostro de los soldados; en los oficiales la expresión era solemne, marcial y afectada.

Al pasar junto a uno de los regimientos de infantería de la Guardia oyó que alguien lo llamaba:

—¡Rostov!

—¿Qué?— contestó él, sin reconocer a Borís.

—Estamos en primera línea… ¡Nuestro regimiento ha ido al ataque!— dijo Borís con ese aire feliz de los jóvenes que participan por primera vez en una batalla.

Rostov se detuvo.

—¡Vaya!— dijo. —¿Y qué tal?

—Los hemos rechazado— dijo con animación Borís, que se había hecho muy locuaz. —No puedes imaginarte…

Y contó cómo la Guardia, al llegar al punto señalado, vio tropas delante de sí y las tomó por fuerzas austríacas, pero por los cañonazos disparados supieron que se hallaban en primera línea y tuvieron que entrar en combate del modo más imprevisto. Rostov, sin escuchar hasta el fin a Borís, espoleó su caballo.

—¿Dónde vas?— preguntó Borís.

—Llevo una misión para Su Majestad.

—Ahí está— dijo, pensando que Rostov necesitaba a Su Alteza Imperial y no al Emperador.

Y le indicó al gran duque, que a cien pasos de ellos, con casco y uniforme de caballero de la Guardia, altos los hombros y con gesto fosco, gritaba algo a un oficial austríaco, blanco de uniforme y de cara.

—Pero es el gran duque y yo necesito ver al general en jefe o al Emperador— dijo Rostov, y se dispuso a partir.

—¡Conde! ¡Conde!— gritó Berg, que parecía tan animado como Borís y se acercaba desde el otro lado. —¡Conde! Estoy herido en la mano derecha — dijo mostrando el puño ensangrentado y vendado con un pañuelo. —Pero he permanecido en filas… ¡Conde! Tuve que sostener la espada con la izquierda… En nuestra familia, todos los Von Berg han sido buenos caballeros.

Berg siguió hablando, pero Rostov continuó adelante sin terminar de oírlo.

Rebasada la Guardia y un espacio vacío, Rostov, para no verse de nuevo en primera línea como le había ocurrido cuando el ataque de los jinetes, se dirigió hacia las tropas de reserva, apartándose del lugar donde las descargas y el cañoneo eran más nutridos. De pronto, delante de sí y a espaldas de las tropas rusas, donde no podía suponer de ninguna manera que estuviera el enemigo, comenzaron a disparar.

“¿Qué puede ser? —pensó—. ¿El enemigo a nuestras espaldas? ¡Es imposible!” Y sintió espanto por sí mismo y por la suerte de la batalla. “Sea lo que sea, ahora no puedo dar la vuelta; tengo que buscar al general en jefe aquí; y, si todo se ha perdido, mi obligación es morir con los demás.”

El negro presentimiento que se había apoderado de Rostov era cada vez más justificado a medida que se adentraba en un terreno ocupado por masas de tropas pertenecientes a diversas armas, detrás de la aldea de Pratzen.

—¿Qué sucede? ¿Qué es eso? ¿Contra quién disparan? ¿Quién dispara? — preguntó Rostov a los primeros soldados rusos y austríacos que mezclados huían en tropel y le cerraban el paso.

—¡El diablo lo sabe! ¡Han matado a todos! ¡Todo está perdido!— le replicaron en ruso, en alemán y en checo los fugitivos, que no sabían más que él sobre lo que estaba ocurriendo.

—¡Mueran los alemanes!— gritó alguien.

—¡Que el diablo se los lleve, son unos traidores!

—Zum Henker diese Russen!…— gruñó un austríaco.[239]

Varios heridos iban por el camino. Injurias, gritos y sollozos se confundían en un clamor general. Cesó el cañoneo. Rostov supo después

que eran los mismos soldados rusos y austríacos los que disparaban unos contra otros.

“¡Dios mío! ¿Qué es esto? —pensó Rostov—. ¡Y esto ocurre aquí cuando de un momento a otro puede llegar el Emperador y verlo!… Pero no, estoy seguro de que sólo son algunos canallas. Esto pasará, esto no puede ser. Pero he de apartarme de aquí lo antes posible.”

Su mente no podía admitir la posibilidad de la derrota y la huida. Aunque estaba viendo soldados y cañones franceses sobre los altos de Pratzen, precisamente en el lugar al que lo habían enviado para encontrar al general en jefe, no podía ni quería creerlo.

XVIII

Rostov tenía órdenes de buscar a Kutúzov o al Emperador cerca de la aldea de Pratzen. Pero allí no quedaba ni un solo jefe y únicamente se veían grupos dispersos de tropas desorganizadas. Espoleó al caballo, ya rendido, para adelantar pronto a toda aquella gente, pero cuanto más avanzaba, mayor era el desorden. En la carretera se amontonaban coches de todas clases, soldados rusos y austríacos de todas las armas, heridos y sanos. Toda esa muchedumbre se movía y pululaba bajo el siniestro zumbido de los proyectiles enviados por las baterías francesas emplazadas en los altos de Pratzen.

—¿Dónde está el Emperador? ¿Dónde está Kutúzov?— preguntaba Rostov a cuantos podía detener, pero de ninguno lograba respuesta.

Por último, agarrando a un soldado por el cuello de la guerrera, lo obligó a hablar.

—¡Eh, amigo! ¡Pues no hace tiempo que han escapado todos!— respondió a gritos el soldado, riendo e intentando zafarse.

Rostov soltó al soldado, que, al parecer, estaba borracho; detuvo el caballo de uno que debía de ser asistente o palafrenero de alguien importante y pudo interrogarlo. Según el asistente, una hora antes había pasado por allí el Emperador en su carroza, gravemente herido.

—No es posible. Se tratará de otro— dijo Rostov.

—Lo he visto yo mismo— aseguró el asistente con cierta burlona suficiencia. —Creo que conozco bien al Emperador. ¡Pues no lo he visto veces en San Petersburgo así de cerca! Iba en su carroza blanco como el papel. ¡Madre mía, cómo pasaron por delante de nosotros sus cuatro

caballos negros! Conozco bien los caballos del Zar y a Iliá Ivánich, su cochero. Todos saben que Iliá no lleva a nadie más que al Emperador.

Rostov soltó el caballo del asistente y quiso seguir su camino. Un oficial herido se le acercó.

—¿A quién busca?— preguntó. —¿Al general en jefe? Ha muerto… Un balazo en el pecho, cuando estaba con nuestro regimiento.

—No, no ha muerto… Está herido— rectificó otro oficial.

—¿Pero quién? ¿Kutúzov?— preguntó Rostov.

—No, Kutúzov no. Otro, no recuerdo su nombre. Pero eso no importa. Casi nadie ha quedado con vida. Vaya allá, hacia aquella aldea; es donde se han reunido todos los jefes— dijo el oficial, indicando el villorrio de Hosjeradek, y siguió adelante.

Rostov iba ahora al paso, sin saber adonde dirigirse ni a quién buscar. El Emperador estaba herido. La batalla, perdida. Ahora ya no podía dudar. Rostov siguió la dirección indicada por el oficial, guiándose por la torre de la iglesia que se veía a lo lejos. ¿Para qué apresurarse? ¿Qué iba a decir ahora al Emperador o a Kutúzov, aunque estuvieran sanos y salvos?

—Vaya por este camino, Excelencia… Por ahí lo matarán— le gritó un soldado. —Por ahí lo matarán.

—¿Qué dices?— intervino otro. —¿Por dónde quieres que vaya? ¡Por aquí llega antes!

Rostov reflexionó y tomó deliberadamente la dirección en la cual, según habían dicho, lo matarían.

“¿Qué me importa ahora? ¿Por qué debo mirar por mí si el Emperador está herido?”, pensó. Había penetrado en el campo donde más víctimas tuvieron los que huían de Pratzen. Los franceses no lo ocupaban aún y los rusos que quedaron a salvo lo habían abandonado hacía tiempo. Sobre el llano, como gavillas en un campo de buena siega, yacían grupos de hasta diez y quince hombres heridos o muertos por cada acre. Los heridos se arrastraban de dos en dos o de tres en tres, sin dejar de gritar y lamentarse, aunque a veces le parecía a Rostov que sus gemidos eran fingidos. Para no ver a esos hombres que sufrían, Rostov puso al trote su caballo; y sintió miedo. Tenía miedo no por su vida, sino de perder el valor que le era necesario y que —él lo sabía— no resistiría a la vista de aquellos infelices.

Los franceses habían dejado de disparar sobre aquel terreno cubierto de muertos y heridos, tal vez porque no veían ningún ser viviente. Pero al ver a ese ayudante de campo, orientaron hacia él un cañón y lanzaron varios proyectiles. El sentimiento producido por aquellos terribles silbidos y los cadáveres que yacían alrededor se fundió en Rostov en una impresión de horror y conmiseración por sí mismo. Recordó la última carta de su madre: "¿Qué sentiría si me viera ahora en este campo, con los cañones enfilando contra mí?".

En el poblado de Hosjeradek había tropas rusas que, aunque mezcladas, se habían retirado más ordenadamente del campo de batalla; se hallaban ya fuera del alcance de las baterías contrarias y el ruido del tiroteo parecía lejano. Allí se veían las cosas más claras y todos decían que la batalla estaba perdida. Por más que Rostov preguntara nadie podía decirle dónde se hallaban el Emperador o Kutúzov. Unos confirmaban que el Soberano estaba herido, otros lo negaban y atribuían aquel rumor engañoso al hecho de que, en la carroza del Emperador, había pasado rápidamente, abandonando el campo de batalla, el gran mariscal de la Corte conde Tolstói, pálido y asustado, que figuraba en el séquito de Alejandro. Un oficial aseguró a Rostov haber visto hacia la izquierda, pasada la aldea, a varios jefes importantes. Rostov se encaminó hacia allí; no con la esperanza de encontrar a nadie, sino para tranquilizar su conciencia. Después de haber recorrido unos tres kilómetros y rebasado las últimas tropas rusas, cerca de un huerto rodeado por una zanja vio a dos jinetes; uno, con un gran penacho blanco, no le pareció desconocido; el otro, sobre un alazán magnífico, caballo que Rostov creyó reconocer, se acercó a la zanja, espoleó a la bestia y, aflojando las riendas, saltó fácilmente el obstáculo. Unos puñados de tierra, removidos por las patas traseras del animal, cayeron al fondo. Hizo dar la vuelta al caballo, volvió a saltar la zanja y se dirigió respetuosamente al del penacho blanco proponiéndole sin duda que hiciera lo mismo. El jinete, cuyo rostro creía reconocer Rostov y que atraía toda su atención, hizo con la cabeza y la mano un gesto negativo, por el que Rostov reconoció al instante a su llorado y querido Emperador.

"Pero no puede ser él, tan solo en medio de este desierto", pensó. Mientras tanto, Alejandro había vuelto la cabeza y Rostov reconoció los

rasgos amados que tan profundamente se habían grabado en su memoria. El Emperador estaba pálido; sus mejillas y sus ojos, hundidos, pero el rostro tenía aún mayor dulzura y encanto. Rostov se sintió feliz al comprobar que los rumores sobre la herida del Emperador no tenían fundamento. Se sentía feliz por haberlo encontrado. Sabía que podía, y es más, debía dirigirse directamente a él y comunicarle cuanto Dolgorúkov le ordenara.

Pero como un joven enamorado que, emocionado y tembloroso, no se atreve a decir aquello en que sueña por la noche y mira asustado a un lado y a otro, buscando una ayuda o la posibilidad de retrasar el momento de verse a solas con su amada o de huir cuando se ve frente a ella, así Rostov, ahora que tenía en sus manos lo que más deseaba en el mundo, no sabía cómo acercarse al Emperador, y se imaginaba mil razones por las cuales no debía hacerlo, por las que sería inoportuno, fuera de lugar e imposible.

“Podría parecer que aprovechaba la ocasión de verlo solo y triste. En este momento de angustia puede serle penoso y desagradable ver a un desconocido. Además, ¿qué puedo decirle ahora, cuando ya de verlo tiembla mi corazón y se me seca la boca?” Ninguno de los numerosos discursos que antes imaginara dirigir al Emperador le volvía ahora a la memoria. Aquellos discursos los había pensado para otras circunstancias; imaginaba pronunciarlos en los momentos de victoria, en pleno triunfo y, sobre todo, en su lecho de muerte, donde sucumbía a las heridas mientras el Emperador le agradecía sus actos de heroísmo y él, al morir, le testimoniaba su amor probado con su vida.

“Además, ¿cómo voy a pedir al Emperador órdenes para el flanco derecho cuando son más de las tres de la tarde y la batalla está perdida? No, no debo acercarme a él, no debo turbar su meditación. Antes morir mil veces que merecer una mirada suya desaprobadora o causarle mala impresión”, decidió Rostov; y con el corazón rebosante de tristeza y amargura se alejó, sin dejar de mirar al Soberano, que permanecía en su misma actitud indecisa.

Mientras Rostov se abandonaba a semejantes consideraciones y se alejaba tristemente del Emperador, llegaba por casualidad al mismo sitio el capitán Von Toll; dándose cuenta de la presencia del Soberano, se dirigió a él directamente, le ofreció sus servicios y lo ayudó a cruzar la zanja a pie.

El Emperador se sentía mal y, deseando descansar, se sentó bajo un manzano; Toll permaneció a su lado. Desde lejos, Rostov veía con envidia y arrepentimiento que Toll hablaba prolongada y animadamente con Alejandro, quien, al parecer, rompió a llorar y se cubrió los ojos con una mano, mientras tendía la otra a Toll.

"¡Y yo podía estar en su lugar!", pensó Rostov. Y conteniendo a duras penas las lágrimas que le inspiraba la suerte del Emperador, profundamente desolado, siguió adelante sin saber adonde ni qué partido tomar.

Su desesperación era todavía más intensa pues comprendía que su propia debilidad había sido la causa de su pena.

Habría podido…, habría debido acercarse al Emperador. Era una ocasión única de mostrarle su lealtad. Y no la había aprovechado… "¿Qué es lo que hice?", pensaba; y volviendo grupas se dirigió al lugar donde había visto al Emperador. Pero junto a la zanja ya no había nadie. Sólo vio una hilera de carretas y carrozas. Rostov supo por uno de los conductores que el Estado Mayor de Kutúzov estaba cerca del lugar al que se dirigían los carros. Rostov los siguió.

Delante de él iba el palafrenero de Kutúzov, que conducía algunos caballos protegidos con mantas. Un carro lo seguía y cerraba la marcha un viejo sirviente de piernas arqueadas, gorra de visera y pelliza.

—¡Tito! ¡Eh, Tito!— gritó el palafrenero.

—¿Qué?— contestó distraído el viejo.

—¡Tito, vete a trillar!

—¡Imbécil!— se encolerizó el otro escupiendo con rabia.

Pasaron unos minutos, durante los cuales marcharon en silencio; después se repitió la misma broma. Y así una vez y otra.

Antes de las cinco de la tarde la batalla estaba perdida en todos los puntos. Más de cien cañones habían caído ya en manos de los franceses.

Prebyzhevsky y su cuerpo de ejército habían depuesto las armas; las otras columnas, reducidas a la mitad, se retiraban en desbandada.

El resto de las tropas de Langeron y Dojtúrov, entremezcladas, se apretujaban sobre los diques junto a los estanques y las orillas próximas a la

aldea de Augezd.

Hacia las seis, sólo contra ese lugar continuaba el nutrido cañoneo de los franceses, que habían emplazado numerosas baterías en las laderas de Pratzen y dirigían el fuego a los rusos en retirada.

En la retaguardia, Dojtúrov y otros reunían los batallones y se defendían contra la caballería francesa que los perseguía. Caía el crepúsculo. Cerca del estrecho dique de Augezd, donde durante tantos años se había sentado tranquilamente el viejo molinero con su gorro y su caña de pescar mientras el nietecillo, remangada la camisa, hundía las manos en una regadera y jugueteaba con los peces plateados y temblorosos; en ese mismo dique sobre el que, año tras año, con sus carros llenos de trigo, moravos tocados con gorros peludos y chaleco azul transitaban pacíficamente y por donde volvían manchados de harina en sus carros blancos; en ese mismo estrecho dique, ahora, entre furgones y cañones, bajo los caballos y entre las ruedas, se apretujaba una multitud enloquecida por el miedo a la muerte; se aplastaban unos a otros, morían, pasaban sobre los moribundos y se mataban tan sólo para, unos pasos más allá, morir igualmente.

Cada diez segundos, hendiendo el aire, en medio de aquella muchedumbre caía un proyectil o estallaba una granada, matando y cubriendo de sangre a los que se encontraban cerca. Dólojov, herido en el brazo, a pie, con una docena de hombres de su compañía (era ya oficial) y el comandante de su regimiento —a caballo— eran los únicos supervivientes de su unidad. Arrastrados por la muchedumbre, comprimidos en la entrada del dique y empujados por todas partes, tuvieron que detenerse porque delante de ellos un caballo había caído bajo un cañón y lo estaban retirando. Un proyectil mató a alguien a sus espaldas; otro cayó delante y cubrió de sangre a Dólojov. La muchedumbre, desesperada, se lanzó hacia delante, se apretó todavía más, dio algunos pasos y se detuvo de nuevo.

“Cien pasos más y estoy a salvo; si me quedo aquí dos minutos más, la muerte es segura”, pensaba cada uno.

Dólojov, que estaba en medio del gentío, se abrió violentamente paso hacia el extremo del dique, tiró a dos soldados y alcanzó el borde resbaladizo del hielo que cubría el estanque.

—¡Dad la vuelta!— gritó corriendo por el hielo que crujía bajo sus pies. —¡Dad la vuelta!— repitió dirigiéndose a los del cañón. ¡El hielo resiste!…

El hielo resistía, pero crujía y se combaba. Era evidente que iba a romperse, no sólo bajo el peso del cañón y de la muchedumbre, sino bajo su propio peso. Los demás lo miraban y se apretaban en la orilla, sin decidirse a saltar sobre el hielo. El jefe del regimiento, que seguía a caballo, levantó la mano y abrió la boca dirigiéndose a Dólojov; en esto, un proyectil silbó tan bajo sobre la muchedumbre que todos se inclinaron. Algo chocó contra un cuerpo blando y el general cayó del caballo en medio de un charco de sangre. Nadie lo miró siquiera, nadie pensó en levantarlo.

—¡Al hielo! ¡Al hielo! ¡Venga! ¡Dad la vuelta! ¿No oyes?— vociferaban después del disparo muchas gargantas que ni sabían lo que estaban diciendo.

Uno de los últimos cañones torció hacia el hielo. Numerosos soldados corrieron desde el dique al helado estanque. Bajo el peso de uno de los primeros soldados, la superficie helada se resquebrajó y una de sus piernas se hundió en el agua. Quiso levantarse, y se hundió hasta la cintura. Los más próximos se pararon indecisos; el que conducía el cañón detuvo a su caballo, pero detrás seguían gritando: “¡Al hielo! ¿Por qué se detienen? ¡Venga! ¡Adelante!”, y se repetían entre la muchedumbre los gritos de horror. Los soldados que rodeaban el cañón hostigaban a los caballos para obligarlos a avanzar. Los animales arrancaron. La superficie helada que sostenía a los infantes se rompió en un amplio espacio y unos cuarenta hombres, que estaban sobre el hielo, echaron a correr hacia delante y hacia atrás, hundiéndose en el agua unos a otros.

Los proyectiles, entretanto, silbaban con regularidad y caían sobre el hielo y el agua, pero sobre todo entre la muchedumbre que cubría el dique, el estanque y la orilla.

XIX

El príncipe Andréi seguía en los altos de Pratzen, en el mismo sitio donde había caído, con el asta de la bandera en la mano y perdiendo sangre, sin él mismo advertirlo, gemía débilmente, como un niño enfermo.

Al atardecer dejó de quejarse y quedó inmóvil. Más tarde abrió los ojos. Ignoraba cuánto había durado su desvanecimiento. De súbito advirtió que estaba vivo y que un dolor violento parecía desgarrarle la cabeza.

"¿Dónde está aquel alto cielo que yo no conocía y que hoy he visto por primera vez?", tal fue su primer pensamiento. "Tampoco conocía este sufrimiento. Sí, hasta ahora no sabía nada, nada… Pero ¿dónde estoy?"

Se puso a escuchar y percibió el trote de algunos caballos que se acercaban y, después, las voces de unos hombres que hablaban en francés. Abrió los ojos. Encima estaba de nuevo el alto cielo, con las nubes movedizas, aún más lejanas, entre las que asomaba el azul infinito. No volvió la cabeza ni vio a los hombres que, a juzgar por el rumor de los pasos y por sus voces, se acercaban a él y se detenían.

Los jinetes eran Napoleón y dos ayudantes de campo. Bonaparte, al tiempo que recorría el campo de batalla, daba las últimas órdenes para reforzar las baterías que disparaban sobre el dique de Augezd y se detenía para contemplar los muertos y heridos que habían quedado en el campo de batalla.

—De beaux hommes![240]— dijo Napoleón mirando el cadáver de un granadero ruso caído de bruces, con el rostro hundido en la tierra y la nuca ennegrecida; un brazo, ya rígido, estaba muy separado del cuerpo.

—Les munitions des pièces de position sont épuisées, Sire[241]— informó a Napoleón un ayudante que venía de las baterías que disparaban

sobre Augezd.

—Faites avancer celles de la réserve— ordenó Napoleón.[242]

Y alejándose algo se detuvo ante el príncipe Andréi, que yacía de espaldas con el asta de la bandera al lado (la bandera había sido tomada como trofeo por los franceses).

—Voilà une belle mort— dijo mirando a Bolkonski.[243]

El príncipe Andréi comprendió que estaba hablando Napoleón y que sus palabras se referían a él. Oyó que llamaban Sire al hombre que las había pronunciado. Pero lo percibía todo como el zumbido de una mosca. No le interesaban ni se fijaba en ellas y las olvidaba al instante. Le ardía la cabeza; sentía que se desangraba lentamente y veía encima el cielo lejano, alto y eterno. Sabía que era Napoleón, su héroe; pero en aquel momento, Bonaparte le parecía un ser pequeñísimo e insignificante en comparación con lo que estaba ocurriendo entre su alma y el alto cielo infinito por donde se deslizaban las nubes. En aquel instante no le importaba nada que se detuvieran a su lado ni lo que pudieran decir de él; estaba, sí, contento de que alguien lo hiciese, y su único deseo era que esa gente lo ayudase a volver a una vida que le parecía tan bella, ahora que la comprendía de otra manera. Reunió todas sus fuerzas para moverse y articular algún sonido. Agitó débilmente una pierna y emitió un lamento débil y quejumbroso que lo conmovió a él mismo.

—¡Ah, está vivo!— dijo Napoleón. —Levantad ce jeune homme y conducidlo al puesto de socorro.

Napoleón siguió adelante, al encuentro del mariscal Lannes, que se acercaba descubierto y sonriente al Emperador para felicitarlo.

El príncipe Andréi no recordaba lo que había sucedido después. Se desvaneció por el horrible dolor sufrido cuando lo colocaron en la camilla, con las sacudidas durante el camino y durante el sondeo de la herida en el puesto de socorro. No volvió en sí más que al final de la jornada, cuando lo llevaban al hospital con otros oficiales rusos heridos y prisioneros. Durante el traslado se sintió algo mejor y pudo mirar alrededor y logró hablar.

Lo primero que oyó al despertar fue una frase del oficial francés encargado del convoy, que decía rápidamente:

—Tenemos que detenernos aquí; el Emperador va a pasar ahora y le gustará ver a estos señores prisioneros.

—Son tantos los prisioneros, casi todo el ejército ruso, que ya le cansará verlos— replicó otro oficial.

—Sin embargo… dicen que ése es el comandante de la Guardia del Emperador— siguió diciendo el primer oficial, señalando a un oficial herido con el uniforme blanco de jinete de la Guardia.

Bolkonski reconoció al príncipe Repnin, al que había encontrado en los salones de San Petersburgo. Junto a él había un joven de diecinueve años, también oficial de la Guardia e igualmente herido.

Bonaparte, que llegaba al galope, detuvo su caballo.

—¿Cuál es el oficial de mayor graduación?— preguntó al ver a los prisioneros.

Dieron el nombre del coronel, príncipe Repnin.

—¿Mandaba usted el regimiento de caballería de la Guardia del Emperador?— inquirió Napoleón.

—Mandaba un escuadrón— repuso Repnin.

—Su regimiento ha cumplido noblemente con su deber.

—La mejor recompensa para el soldado es el elogio de un gran capitán.

—Se la concedo gustoso— dijo Bonaparte. Y volvió a preguntar: —¿Quién es ese joven?

El príncipe Repnin dijo que era el teniente Sujtelen.

Lo miró Napoleón y comentó con una sonrisa:

—Il est venu bien jeune se frotter à nous.[244]

—La juventud no impide ser valiente— dijo Sujtelen con voz entrecortada.

—¡Hermosa respuesta!— comentó Napoleón. —¡Usted irá lejos, joven!

El príncipe Andréi, colocado también en primer término, para completar el espectáculo, volvió a llamar la atención del Emperador. Napoleón, al parecer, recordó haberlo visto en el campo de batalla y se dirigió a él usando el mismo adjetivo de antes —joven— con el que Bolkonski le había quedado en la memoria la primera vez que lo vio.

—Et vous, jeune homme?[245] ¿Cómo se encuentra, mon brave?

Aun cuando cinco minutos antes el príncipe Andréi había podido decir algunas palabras a los soldados que lo transportaban, ahora, con los ojos fijos en Napoleón, guardó silencio… En ese instante le parecían tan mezquinos todos los intereses que embargaban a Napoleón; veía a su héroe tan nimio, con esa ridícula vanidad y el júbilo de la victoria, en comparación con el cielo alto, justo y bueno que él había visto, que comprendió que no podía contestar nada.

Todo le parecía inútil y mezquino comparado con el severo y majestuoso orden de ideas que había llegado a él con el agotamiento de sus fuerzas por el dolor, a la pérdida de sangre y a la espera de una muerte próxima. Fija la mirada en los ojos de Napoleón, el príncipe Andréi pensaba en la nulidad de las grandezas y de la vida, de una vida cuyo sentido nadie podía comprender; en la nulidad aún mayor de la muerte, cuyo significado ningún viviente podía discernir ni explicar.

El Emperador, sin esperar respuesta, se volvió y, al marcharse, dijo a uno de sus oficiales:

—Que atiendan a estos señores y los lleven a mi vivac, que mi doctor Larrey examine sus heridas. Hasta la vista, príncipe Repnin.

Y se alejó al galope, con el rostro resplandeciente de satisfacción y júbilo.

Los soldados que habían trasladado al príncipe Andréi le habían quitado la pequeña imagen de oro puesta en su cuello por la princesa María. Ahora, al ver la afabilidad del Emperador para con el prisionero, se apresuraron a devolvérsela.

El príncipe Andréi no vio quién se la puso en el cuello ni cómo; pero en su pecho, sobre el uniforme, apareció la medallita sujeta a una delgada cadena de oro.

“Qué bien si todo fuese tan claro y simple como le parece a mi hermana —pensó al ver la imagen que ella le había puesto con tanta piedad y fe—. ¡Qué hermoso sería saber dónde hallar ayuda en esta vida y qué es lo que nos espera después, más allá de la muerte! ¡Qué feliz y tranquilo me consideraría ahora si pudiera decir: Señor, ten piedad de mí!… Pero ¿a quién se lo voy a decir? ¿A la fuerza indefinida, inconcebible a la que no puedo acudir, ni puedo siquiera expresar con palabras, que es todo o nada

—se decía el príncipe Andréi— o bien al Dios que está cosido aquí, en este escapulario que me entregó mi hermanita? No hay nada, nada seguro, fuera de la pequeñez de cuanto me es comprensible y la majestad de aquello que es incomprensible, pero que es lo más importante de todo.”

Levantaron la camilla. Cada sacudida le producía un dolor insoportable. Aumentaba la fiebre y comenzó a delirar. La imagen de su padre, las de su mujer, su hermana, el hijo desconocido y esperado, la ternura que experimentó en la noche, la víspera de la batalla, la figura del pequeño e insignificante Napoleón y, sobre todo ello, el alto cielo era lo que veía en sus alucinaciones febriles.

Se imaginaba la tranquila y apacible vida familiar en Lisie-Gori, gozaba ya de ese bienestar, cuando de pronto aparecía el pequeño Napoleón, con su mirada indiferente, limitada y feliz con la desgracia de los demás y tornaban las dudas, los sufrimientos, y sólo el cielo prometía sosiego. Hacia la mañana, todos los sueños se fundieron en un caos, en la penumbra del olvido y delirio que, según el dictamen de Larrey, médico de Napoleón, habían de conducir a la muerte más que a la curación.

—C’est un sujet nerveux et bilieux, il n’en réchappera pas[246]— sentenció Larrey. El príncipe Andréi, con algunos otros heridos que habían sido desahuciados, fue confiado a los cuidados de los habitantes de la región.

LIBRO SEGUNDO

Primera parte

I

A principios de 1806, Nikolái Rostov regresaba con permiso a su casa. Denísov iba a Vorónezh y Rostov lo persuadió de que lo acompañara a Moscú y pasara algunos días en compañía de sus padres. En la penúltima estación de postas, Denísov se encontró con un amigo, bebió con él tres botellas de vino y al acercarse a Moscú, a pesar de los baches del camino, se durmió. Permanecía tumbado en el fondo del trineo, junto a Rostov, que se mostraba cada vez más impaciente conforme se acercaban a la ciudad.

"¿Llegaremos pronto? ¿Llegaremos pronto? ¡Oh, estas insoportables calles con sus tiendas, sus farolas y sus cocheros!", pensaba Rostov ya en Moscú, después de haber presentado los permisos en el puesto de guardia de las puertas.

—¡Denísov! ¡Hemos llegado!… Está dormido— se dijo, echado todo el cuerpo hacia adelante, como si en esa posición confiara en apresurar la marcha del trineo.

Denísov no respondió.

—Ya estamos en la esquina donde paraba el cochero Zajar… ¡Y ahí está el mismísimo Zajar, con su caballo de siempre, y la tienda en donde comprábamos rosquillas! ¿Cuándo vamos a llegar?

—¿Dónde hay que parar?— preguntó el postillón.

—Al final de la calle; frente a la casa grande. ¡Cómo es que no la ves! Es nuestra casa— dijo Rostov. —¡Denísov! ¡Denísov! ¡Que hemos llegado!

Denísov levantó la cabeza, tosió y no respondió. —¡Dmitri! Hay luz en casa, ¿verdad?— preguntó Rostov al lacayo que iba en el pescante.

—En efecto, es la luz del despacho de su padre.

—No se habrán acostado todavía. ¿Eh? ¿Qué crees? ¡Ah! No te olvides de sacar en seguida mi uniforme nuevo— añadió Rostov atusándose el incipiente bigote. —¡De prisa!— gritó al postillón. —Vasia, despierta— dijo a Denísov, que de nuevo se había dormido. —¡Venga, corre! ¡Tres rublos de propina!— gritó Rostov cuando el trineo estaba ya a tres pasos de la puerta.

Creía que los caballos no se movían.

Finalmente el trineo torció a la derecha, hacia la entrada. Rostov vio la gran cornisa de la casa, que tan bien conocía, con sus desconchados, el porche y la farola de la acera.

Saltó del trineo aún en marcha y rápidamente corrió al vestíbulo. La casa permanecía inmóvil, indiferente, como si no le importara nada quién era el recién llegado. En el vestíbulo no había nadie. "¡Dios mío! ¿Estarán todos bien?", pensó Rostov; y con el corazón angustiado, después de un minuto de vacilación, subió de cuatro en cuatro los torcidos peldaños de aquella escalera tan familiar; seguía la misma manilla en la puerta —la que tantos disgustos costaba a la condesa por la falta de limpieza—, y pudo abrirla tan fácilmente como de costumbre. Una sola vela brillaba en la antesala.

El viejo Mijaíl dormía sobre un cofre. Prokofi, aquel lacayo tan fuerte capaz de levantar una carroza por el eje trasero, trenzaba, sentado, unos *laptis*. Miró hacia la puerta que se abría y la expresión soñolienta y apática de su rostro reflejó de pronto entusiasmo y susto.

—¡Dios mío! ¡El joven conde!— exclamó, reconociendo a su señor. —¿Es posible? ¡Qué alegría!— y temblando por la emoción se lanzó hacia la puerta de la sala, probablemente para anunciar su llegada. Pero cambió de idea y se volvió para besar a su joven amo en un hombro.

—¿Están todos bien?— preguntó Rostov, desasiéndose de Prokofi.

—Todos bien, a Dios gracias. Acaban de cenar. Deje que lo mire, Excelencia.

—¿Entonces todo marcha del todo bien?

—¡Sí, sí! ¡Gracias a Dios! ¡Gracias a Dios!

Rostov se había olvidado completamente de Denísov y, sin permitir que nadie lo anunciara, se quitó el abrigo de piel y caminando de puntillas

corrió hacia la gran sala oscura. Todo estaba igual; las mismas mesas de juego y la misma gran lucerna enfundada. Pero alguien lo había visto ya, porque apenas penetró en la sala algo así como un huracán le salió al encuentro desde una puerta lateral y lo abrazó y besó. Otra persona y otra más corrieron hacia él, llenándolo de abrazos, gritos, besos y lágrimas de alegría. No podía distinguir quién era el padre, quién Natasha, quién Petia. Todos gritaban, hablaban y lo besaban a la vez. Sólo faltaba la madre, y él se dio cuenta de ello.

—¡Y yo no sabía… Nikóleñka!, querido…

—Aquí lo tenemos ya… nuestro Nikóleñka… ¡Cómo ha cambiado! Encended más luces, que traigan té.

—¡Pero bésame también a mí!

—Querido… Y yo…

Sonia, Natasha, Petia, Anna Mijáilovna, Vera, el viejo conde, lo abrazaban a porfía. Los criados y sirvientes habían acudido todos y llenaban la casa de exclamaciones.

—¿Y a mí?— gritaba Petia agarrado a sus piernas.

Natasha, después de haber saltado sobre él y haberlo cubierto de besos, se apartó, sujetando el borde de la guerrera y comenzó a brincar como una cabra sin moverse del sitio, chillando agudamente.

Desde todas partes, los mismos ojos brillantes, llenos de amor, las mismas lágrimas de júbilo y labios que ansiaban besarlo.

Sonia, roja como una peonía, lo sujetaba por un brazo y su mirada feliz resplandecía buscando los ojos de Nikolái. Había cumplido dieciséis años y era muy bella, sobre todo en aquel instante de exaltación feliz y entusiasta. Lo miraba sin quitarle los ojos, sonriendo y conteniendo la respiración. Nikolái la miró agradecido pero todavía seguía buscando. Aún no había aparecido la vieja condesa. Y en eso se oyeron unos pasos tan rápidos tras la puerta que no podían ser los pasos de su madre.

Y sin embargo era ella, vestida con un traje nuevo, que Nikolái no conocía.

Todos se apartaron y Nikolái corrió hacia ella. Al juntarse, la condesa cayó sollozando en sus brazos. No podía levantar la cabeza, que mantenía

apoyada contra los fríos galones del uniforme. Denísov, a quien nadie había visto entrar, estaba allí y se frotaba los ojos, mirándolos.

—Vasili Denísov, un amigo de su hijo— dijo presentándose al padre, que lo miraba interrogativamente.

—¡Ah! ¡Sea bienvenido! ¡Sé quién es, lo sé!— dijo el conde, abrazando y besando a Denísov. —Kólenka nos ha escrito… Natasha, Vera, es Denísov.

Todos aquellos rostros felices se volvieron hacia la figura desaliñada de Denísov.

La familia entera lo rodeó.

—¡Querido Denísov!— chilló Natasha, que, arrebatada de entusiasmo y sin darse clara cuenta de lo que hacía, se le echó al cuello, lo abrazó y lo besó.

Los demás quedaron confusos por el acto de Natasha. El propio Denísov se ruborizó, pero, tomando su mano, se la besó sonriendo.

Condujeron a Denísov a una estancia preparada rápidamente para él y todos los Rostov se reunieron en el salón de los divanes en torno a Nikolái.

La vieja condesa, sin abandonar la mano de su hijo, que besaba a cada momento, se sentó junto a él; los demás, dispuestos alrededor de ellos, pendientes de cada gesto, cada palabra, cada movimiento de Nikolái, no separaban de él sus ojos rebosantes de amor y felicidad. El pequeño Petia y sus hermanas se disputaban los puestos, para estar más cerca de Nikolái, y el honor de traerle el té, un pañuelo o la pipa.

Nikolái se sentía muy feliz en medio de aquel afecto, pero la dicha del primer momento había sido tan intensa que todo le parecía poco y seguía esperando más y más.

Al día siguiente los viajeros durmieron hasta pasadas las nueve.

En la habitación vecina, dispersos aquí y allá, había sables, bolsas, correajes, maletas abiertas y botas sucias de barro. Dos pares de botas, relucientes y con espuelas, acababan de ser colocados junto a la pared. Los criados traían jofainas, agua caliente para afeitarse y los uniformes cepillados y limpios. Olía a tabaco y a hombre.

—¡Eh, Grishka! ¡La pipa!— sonó la ronca voz de Denísov. —¡Levántate, Rostov!

Nikolái, frotándose los ojos aún somnolientos, levantó la cabeza revuelta del calor de la almohada.

—¿Es muy tarde?

—Sí, es tarde: más de las nueve— respondió Natasha.

Y en la habitación vecina se oyó el susurro de vestidos almidonados, el cuchicheo, las risas de las muchachas; en la puerta, ligeramente entreabierta, se vio algo azul, cintas, cabellos negros y rostros alegres. Eran Natasha y Sonia, que, con Petia, habían acudido a ver si los hombres estaban ya levantados.

—¡Levántate, Nikóleñka!— repitió junto a la puerta la voz de Natasha.

—En seguida.

Vio Petia uno de los sables y, con el natural entusiasmo que los niños sienten por un hermano mayor que es militar, abrió la puerta, sin reparar en que no estaba bien que las muchachas vieran a los dos hombres en paños menores.

—¿Es tu sable?— gritó.

Las muchachas salieron corriendo.

Denísov, asustado, se tapó las piernas peludas con la manta y se volvió a su compañero en demanda de auxilio. Petia entró y cerró la puerta. Fuera se oyeron risas.

—Nikóleñka, ponte el batín y sal— dijo Natasha.

—¿Es tu sable?— repitió Petia. —¿O es el suyo?— preguntó con obsequioso respeto al bigotudo y moreno Denísov.

Rostov se calzó rápidamente; se puso el batín y salió. Natasha había logrado calzarse una de las botas con espuela e intentaba meter el pie en la otra; Sonia giraba, procurando que su vestido se inflara como un globo, e intentaba sentarse cuando él apareció. Ambas vestían igual, de color azul celeste; ambas tenían la misma encantadora presencia, fresca, sonrosada y alegre. Sonia salió corriendo y Natasha, cogiendo a su hermano del brazo, lo condujo a un diván de la vieja sala de estudio para hablar con él. No terminaban de hacerse preguntas y de contarse cosas sobre un montón de pequeñeces que sólo a ellos podían interesar. Natasha se reía a cada frase que decía su hermano o decía ella, no porque fuera gracioso lo que dijeran,

sino porque se sentía alegre y, no pudiendo contener su júbilo, lo expresaba de aquella manera.

—¡Qué bien! ¡Qué maravilla!— añadía después de cada palabra.

Por primera vez en año y medio Rostov sentía en su rostro, al calor de aquel cariño, la sonrisa infantil que no había tenido ni una sola vez desde su partida del hogar.

—Dime…— dijo ella. —¿Eres ya todo un hombre? ¡Me siento tan feliz de que seas mi hermano!…— y le tocaba los bigotes. —Me gustaría saber cómo sois los hombres. ¿Os parecéis a nosotras? ¿Sí?

—¿Por qué se fue Sonia?— preguntó Nikolái.

—¡Oh, es una cosa larga de contar! ¿Cómo le vas a hablar? ¿De usted o de tú?

—Ya veremos— dijo Rostov.

—Trátala de usted. Después te diré por qué.

—¿Pero por qué?

—Bueno, te lo voy a decir ahora. Ya sabes que somos muy amigas, tan amigas que me dejaría quemar la mano por ella. Mira.

Levantó la manga de su vestido de muselina y en el brazo, largo, flaco y delicado, cerca del hombro (en un lugar que suele quedar oculto con los vestidos de baile), mostró una mancha rosácea.

—¿Ves? Lo hice por ella, para probarle mi cariño. Puse una regla al rojo y me quemé.

Sentado en el diván de la vieja sala de estudio, rodeado de cojines y frente a los brillantes y animados ojos de Natasha, Rostov se vio sumido de nuevo en su mundo infantil y familiar, que no tenía sentido más que para él, pero que le proporcionaba uno de los más dulces placeres de su vida; en ese mundo no le parecía inútil la quemadura en el brazo de su hermana como prueba de amor. Lo comprendía y no le causaba asombro.

—¿Y qué más? ¿Eso es todo?

—¡Oh! ¡Somos tan amigas, tan amigas!… Lo de la quemadura no es nada. Somos amigas para siempre. Cuando ella toma cariño a alguien es para toda la vida: yo no lo entiendo así, yo me olvidaría en seguida.

—¡Bueno, bueno! ¿Y qué?

—Sí, Sonia nos ama así a ti y a mí— de pronto Natasha enrojeció. —¿Recuerdas antes de tu partida?… Ella dice que tú debes olvidarlo todo… que te amará siempre, pero que tú debes ser libre. ¿Verdad que es bello y noble? ¡Sí, muy, muy noble!— dijo Natasha con tal gravedad y emoción que era evidente que lo que ahora decía lo había repetido otras veces entre lágrimas.

Rostov quedó pensativo.

—Yo no retiro mi palabra— dijo. —Y además, Sonia es tan encantadora que sólo un loco podría renunciar a esa felicidad.

—¡Oh, no, no!— exclamó Natasha. —Ya hemos hablado de eso. Sabíamos que tú contestarías así. Pero eso es imposible, ¿sabes? Porque de ese modo es que te consideras obligado por tu palabra, y resulta como si ella lo hubiera dicho a propósito. Resulta que tú te casarías con ella forzadamente, y eso no está bien.

Rostov vio que todo aquello estaba muy bien pensado por ellas. La víspera, Sonia lo había fascinado con su belleza; ahora, al verla de refilón, le pareció aún más bella. Era una deliciosa muchacha de dieciséis años que lo amaba apasionadamente; eso no lo ponía en duda ni por un momento. “¿Por qué no he de amarla ahora, y llegar a casarme con ella?” ¡Pero había… ahora tantas alegrías y ocupaciones! “¡Sí, lo han pensado muy bien —se dijo—. Debo permanecer libre!”

—Perfectamente— dijo. —Hablaremos de eso más tarde. ¡Oh, cómo me alegro de verte! Y tú— preguntó, —¿no has traicionado a Borís?

—¡Qué tontería!— exclamó riendo Natasha. —No pienso ni en él ni en nadie, y no quiero saber nada de eso.

—¡Vaya! ¿Y entonces qué piensas?

—¿Yo?— dijo Natasha. Y una sonrisa feliz iluminó su rostro. —¿Has visto a Duport?

—No.

—¿No has visto al célebre Duport, el bailarín? ¡Oh, entonces no comprenderás! Mira, mira lo que hago.

Y doblando los brazos, Natasha alzó la falda como si fuera a danzar; se alejó un poco corriendo, se volvió, hizo una reverencia, se puso sobre las puntas de los pies y anduvo así unos pasos.

—¿Ves lo que hago?— dijo. Pero no pudo mantenerse mucho tiempo en aquella postura. —Ya ves lo que puedo hacer. No me casaré nunca: seré bailarina. Pero no se lo digas a nadie.

Rostov estalló en una risa tan sonora y alegre que Denísov, en su habitación, sintió envidia. Natasha rió también con su hermano, sin poder dominarse.

—¿Verdad que está bien?— preguntó.

—Bien, pero entonces, ¿ya no quieres casarte con Borís?

Natasha enrojeció.

—No quiero casarme con nadie; se lo diré no bien lo vea.

—¡Vaya!— dijo Rostov.

—Pero todo eso son tonterías— continuó Natasha. —Y Denísov, ¿es bueno?— preguntó.

—Sí.

—Bien, ve a vestirte. Y Denísov, ¿no da miedo?

—¿Por qué va a dar miedo?— preguntó Nikolái. —No, Vaska es muy bueno.

—¿Lo llamas Vaska?… ¡Qué extraño! ¿Y es bueno de veras?

—Sí, buenísimo.

—Me voy, date prisa para el té; lo tomaremos todos juntos.

Natasha volvió a ponerse sobre las puntas de los pies y salió de la estancia como hacen las bailarinas, pero con esa sonrisa que sólo tienen las jovencitas de quince años cuando son felices. Al encontrarse con Sonia en la sala, Rostov se ruborizó. No sabía cómo tratarla. La víspera, en el primer instante, se habían besado, con el júbilo de volverse a ver, pero ahora se daban cuenta de que no debían haberlo hecho. Él sentía que su madre, sus hermanas, todos, lo miraban con curiosidad y se preguntaban cómo iba a portarse con ella. Le besó la mano y la trató de *usted*, pero sus ojos, al encontrarse, se tutearon y se besaron con ternura. La mirada de Sonia pedía perdón por haberse atrevido a recordarle su promesa, mediante la embajada de Natasha, y le agradecía su cariño. Nikolái, también con la mirada, le agradecía su ofrecimiento de libertad y aseguraba que, de una manera u otra, nunca dejaría de amarla, porque eso era imposible.

—Es muy extraño que Sonia y Nikóleñka se traten ahora de usted como si fueran dos extraños— comentó Vera, aprovechando un instante de silencio.

La observación de Vera era justa, como siempre, pero, como solía ocurrir, todos se sintieron violentos. Y no sólo Sonia y Nikolái; la misma vieja condesa, que temía el amor de su hijo por Sonia, viendo en él un obstáculo para un matrimonio brillante, enrojeció como una chiquilla. Denísov, con gran asombro de su amigo, entró en la sala con uniforme nuevo, peinado y perfumado, tan presumido como le gustaba mostrarse en las batallas y tan amable con las damas y los caballeros como Rostov no esperaba verlo jamás.

II

De regreso a Moscú, Nikolái Rostov fue recibido por los suyos como el mejor de los hijos, como un héroe, como el querido Nikóleñka; por los parientes, como un simpático joven, agradable y respetuoso; por las amistades, como un apuesto subteniente de húsares, buen bailarín y uno de los mejores partidos de Moscú.

Los Rostov conocían a todo Moscú. Aquel año el viejo conde contaba con bastante dinero, porque había vuelto a hipotecar sus haciendas. Por esa causa, Nikolái Rostov pudo adquirir un buen caballo de carreras y llevaba los pantalones a la última moda, como no se conocían aún en Moscú, y las botas de montar más elegantes, de puntera fina y pequeñas espuelas de plata. Pasaba alegremente el tiempo y experimentaba, desde su regreso al hogar, la agradable sensación de adaptarse de nuevo, después de cierto tiempo, a sus antiguas condiciones de vida. Le parecía que era ya todo un hombre y que había crecido. Recordaba su desesperación por un suspenso en religión, los préstamos solicitados a Gavrilo, los furtivos besos a Sonia como chiquilladas lejanas. Ahora era subteniente de húsares, con su guerrera bordada en plata y con su cruz de San Jorge; preparaba su caballo para las carreras con otros aficionados de edad madura, gente conocida y honorable. Tenía amistad con una dama del bulevar, a cuya casa iba de anochecida; dirigía la mazurka en el baile de los Arjárov, hablaba de la guerra con el mariscal Kámenski, frecuentaba el Club Inglés y se tuteaba con un coronel de cuarenta años, presentado por su amigo Denísov.

Su pasión por el Emperador se había debilitado un tanto en Moscú, porque no tenía ocasión de verlo, pero hablaba con frecuencia del Zar y de su amor por él, dando a entender que no lo contaba todo, porque en su amor

había algo que no estaba al alcance de todos. Y compartía plenamente el sentimiento de adoración hacia la persona del emperador Alejandro Pávlovich, profesado en todo Moscú, donde lo llamaban “ángel hecho hombre”.

Durante su breve estancia en Moscú Rostov no se sintió más cerca de Sonia; al contrario, se alejó de ella. Sonia era atractiva y bella; no disimulaba su amor apasionado hacia Nikolái, pero él estaba en esos momentos de la juventud cuando a los jóvenes siempre les parece que tienen mucho que hacer, y *no disponen de tiempo* para ello; el joven teme comprometerse, valora su libertad, que necesita para muchas otras cosas. Cuando Rostov pensaba en Sonia, durante esa nueva estancia en Moscú, se decía: “Habrá y hay muchas, muchas así, quién sabe dónde, yo todavía no las conozco. Tengo tiempo aún para dedicarme al amor, pero ahora no lo tengo”. Además, la compañía de las mujeres se le hacía humillante para su dignidad de hombre. Iba a los bailes, estaba con ellas, fingiendo siempre que lo hacía contra su voluntad. Las carreras, el Club Inglés y las juergas con Denísov, las visitas *allá*, eran otro asunto: eran cosas propias de un joven húsar.

A principios de marzo, el viejo conde Iliá Andréievich Rostov se ocupaba de organizar un banquete en el Club Inglés para recibir al príncipe Bagration.

El conde paseaba por el salón en batín y daba órdenes al administrador del club y al célebre Teoctis, cocinero jefe del Club Inglés, sobre espárragos, pepinillos frescos, fresas, la ternera y el pescado para la comida de Bagration. El conde era miembro y directivo del Club Inglés desde su fundación. Se le había confiado la organización del banquete en honor de Bagration porque nadie como él podía llevarlo a cabo y, sobre todo, porque pocos como él sabían y querían invertir dinero propio en una fiesta, si era necesario. El cocinero jefe y el administrador del club escuchaban con alegría las órdenes del conde, porque sabían que con nadie mejor que con él podrían ganar tanto con un banquete que costaba miles de rublos.

—No te olvides de poner mariscos en el caldo de tortuga.

—Entonces, ¿tres platos fríos?— preguntó el cocinero.

El conde quedó pensativo.

—Menos de tres, imposible… El de la mayonesa…— dijo doblando un dedo.

—¿Compramos esturiones grandes?— preguntó el administrador.

—¡Claro, claro! ¿Qué vamos a hacer? Tómalos, si no los dan por menos. Y me olvidaba… es necesario también otra entrada. ¡Ah, santo cielo!— se llevó las manos a la cabeza. —¿Y quién traerá las flores? ¡Míteñka, eh, Míteñka! Ve inmediatamente a nuestra villa, cerca de Moscú — y se volvió hacia su propio administrador, que había acudido a la llamada. —Vete al galope y dile a Máximo, el jardinero, que me envíe inmediatamente todas las flores del invernadero… que envuelvan las macetas en filtros y que para el viernes tenga aquí doscientas plantas.

Dio todavía varias órdenes más y salió para descansar en compañía de la condesa, pero recordó alguna otra cosa urgente e hizo llamar de nuevo al cocinero y al mayordomo.

Se oyó tras la puerta un ligero paso varonil, el tintineo de unas espuelas, y apareció Nikolái, arrogante y guapo, con su incipiente bigote, visiblemente descansado y repuesto por la vida ociosa de la capital.

—¡Hola, querido! Me da vueltas la cabeza— dijo el padre sonriendo, un poco avergonzado por la presencia del joven. —¡Si me ayudases un poco! Necesitamos todavía cantantes. Música ya tengo, pero ¿no convendría traer unos zíngaros? A vosotros, los militares, os gustan estas cosas.

—La verdad, padre, creo que el príncipe Bagration, en vísperas de la batalla de Schoengraben, estaba menos atareado que usted ahora— sonrió Nikolái.

El viejo conde se fingió ofendido.

—¡Bueno, bueno, es fácil hablar, pero prueba tú!

Y se volvió al cocinero, de rostro inteligente y respetuoso, quien, con simpatía y ojos rientes, observaba al padre y al hijo.

—Ya ves cómo son los jóvenes de hoy, Teoctis: se burlan de los viejos — dijo el conde.

—Así es, Excelencia. Quieren tener la mesa bien puesta, pero no se preocupan de los preparativos ni del *servicio*, eso no les importa.

—¡Eso es, eso es!— exclamó el conde; y, tomando alegremente el brazo de su hijo, añadió: —Ya no te suelto. Toma en seguida el trineo de dos

caballos, vete a casa de Bezújov y dile que el conde Iliá Andréievich le pide fresas y piñas frescas; no hay manera de encontrarlas en ninguna parte. Si él no está, se lo dices a las princesas. Desde allí puedes ir a Razgulai, el cochero Ipatka sabe dónde es, y allí encontrarás al zíngaro Iliusha, el que bailó con camisa blanca en casa del conde Orlov, ¿recuerdas? Tráemelo aquí.

—¿Lo traigo con las zíngaras?— preguntó riendo Nikolái.

—Bueno, bueno…

En aquel momento entró en la sala Anna Mijáilovna, con paso imperceptible; y con el aire preocupado de una persona atareada, pero llena de mansedumbre cristiana, que no la abandonaba nunca. Anna Mijáilovna veía cada día al conde en batín y, a pesar de ello, el viejo Rostov siempre se azoraba al verla y pedía excusas por el atavío.

—No se preocupe, querido conde— dijo cerrando modestamente los ojos. —Yo iré a casa de Bezújov. Pierre ha llegado y lo conseguiremos todo en sus invernaderos; además, necesito verlo. Me ha enviado una carta de parte de Borís, que, gracias a Dios, está ya en el Estado Mayor.

El conde, muy contento de que Anna Mijáilovna se encargara de algunas de sus gestiones, dio órdenes de que enganchasen para ella el coche pequeño.

—Diga a Bezújov que venga. Lo incluiré en la lista; ¿está aquí con su mujer?

Anna Mijáilovna alzó los ojos al cielo y en su rostro se reflejó un profundo dolor.

—¡Ah, querido! ¡Es muy desgraciado!— dijo. —Si lo que dicen es verdad, es terrible. Y pensar que nos alegraba tanto su felicidad… ¡Un espíritu tan superior y tan noble ese Bezújov! Sí, lo compadezco con toda mi alma, y en la medida de mis posibilidades procuraré consolarlo.

—Pero, ¿qué pasa?— preguntaron ambos Rostov, padre e hijo.

Anna Mijáilovna suspiró profundamente.

—Dólojov… el hijo de María Ivánovna, la ha comprometido del todo, según dicen —susurró con tono misterioso—. Él lo protegió, lo invitó a su casa de San Petersburgo y… ya ven: ha venido aquí, y ese sinvergüenza la ha seguido.

Anna Mijáilovna deseaba expresar su simpatía por Pierre; pero ciertas involuntarias entonaciones y una semisonrisa dejaban ver claro que sus simpatías estaban, sobre todo, con el sinvergüenza de Dólojov, como ella lo llamaba.

—Dicen que Pierre está muy destrozado por esa desgracia.

—Bien; de todos modos, dígale que venga al club; se olvidará de todo. Será un banquete extraordinario.

Al día siguiente, 3 de marzo, a las dos de la tarde, doscientos cincuenta socios del Club Inglés y cincuenta invitados esperaban para empezar el almuerzo al querido invitado, príncipe Bagration, héroe de la campaña austríaca. La noticia de la batalla de Austerlitz había dejado a todo Moscú estupefacto. En aquel entonces los rusos estaban tan acostumbrados a las victorias que, al llegar la nueva de la derrota, unos no la creyeron, simplemente, y otros trataron de atribuir el extraño suceso a causas extraordinarias. En el Club Inglés, donde se reunía lo mejor de la sociedad, gente con influencia y conocedora de la situación, cuando en diciembre empezaron a llegar nuevas de Austerlitz no se habló una sola palabra sobre la guerra ni sobre la última batalla, como si todos estuvieran de acuerdo en no mencionarlas. Los personajes que daban tono a las tertulias, como el conde Rastopchin, el príncipe Juri Vladimírovich Dolgorúkov, Valúiev, el conde Markov y el príncipe Viazemski, no se dejaron ver por el club, sino que se reunían en sus casas y círculos íntimos, y los moscovitas que hablaban según lo que los demás decían (entre ellos Iliá Andréievich Rostov) permanecieron durante algún tiempo sin guía y sin opinión precisa sobre la guerra. Los moscovitas se daban cuenta de que algo iba mal, y que era difícil discutir sobre malas noticias, por lo cual lo mejor de todo era callar. Pero al cabo de cierto tiempo, como los jurados que salen de la sala de deliberaciones, las personas que formaban la opinión del club reaparecieron en sus puestos y comenzaron a hablar con palabras claras y precisas. Se encontraron las causas de aquel acontecimiento increíble, inaudito e imposible: la derrota de los rusos. Todo estaba ya claro y en todos los rincones de Moscú se repetía siempre lo mismo. Las causas eran: la traición de los austríacos, el defectuoso aprovisionamiento del ejército, la traición del polaco Prebyzhevsky y del francés Langeron, la incapacidad de

Kutúzov y (esto se decía a media voz) la excesiva juventud e inexperiencia del Emperador, que había confiado en personas malvadas o insignificantes. Pero las tropas, las tropas rusas —aseguraban todos—, eran extraordinarias y habían hecho prodigios de valor. Soldados, oficiales y generales, todos eran unos héroes. Pero el héroe entre los héroes era el príncipe Bagration, que podía añadir a su gloria la acción de Schoengraben y la retirada de Austerlitz, en la que sólo él había mantenido su columna en orden y durante toda la jornada había rechazado a un enemigo que lo doblaba en número. Otro motivo de que se eligiera a Bagration héroe de Moscú era el hecho de que viviera fuera y su falta de amistades. En su persona se rendía homenaje, al margen de toda relación e intriga, al soldado ruso, a un general cuyo nombre estaba unido al de Suvórov y a los recuerdos de la campaña de Italia. Además, mediante esas pruebas de entusiasmo, se mostraba mejor el descontento y la reprobación que Kutúzov les merecía.

—Si Bagration no existiera, il faudrait l'inventer[247]— decía el bromista de Shinshin, parodiando a Voltaire.

Nadie hablaba de Kutúzov y algunos lo denostaban en voz baja, calificándolo de veleta de la Corte y viejo sátiro.

Todo Moscú repetía las palabras del príncipe Dolgorúkov: "Tanto va el cántaro a la fuente, que al fin se rompe"; y así se consolaban de la derrota con el recuerdo de las victorias de antaño; se repetía con Rastopchin que a los soldados franceses había que excitarlos a la batalla con frases altisonantes; a los alemanes, convencerlos con argumentos racionales de que es más peligroso huir que avanzar, mientras que al soldado ruso no hay más que contenerlo y pedirle que vaya más despacio. Por todas partes se oían nuevos y nuevos relatos sobre el valor mostrado en Austerlitz por nuestros soldados y oficiales: uno había salvado la bandera; otro había matado a cinco franceses; el de más allá había cargado, él solo, cinco cañones. De Berg contaban todos que, herido en la mano derecha, había empuñado la espada con la izquierda y había seguido combatiendo. Nada se decía de Bolkonski, y sólo quienes lo habían conocido de cerca lamentaban su temprana muerte, dejando a su esposa encinta y a un padre estrafalario.

III

El 3 de marzo, el rumor de las conversaciones llenaba todas las salas del Club Inglés y, como las abejas en primavera, los socios e invitados, de uniforme o etiqueta y hasta algunos con pelucas y caftán, iban y venían, se sentaban, volvían a levantarse, se juntaban y se separaban de nuevo. Los lacayos, con sus pelucas empolvadas, sus libreas y calzones de seda, de pie junto a todas las puertas, intentaban captar cada movimiento de los invitados y socios para ofrecerles sus servicios.

La mayoría de los presentes eran ancianos respetables, de rostros redondos y gestos seguros, gruesos dedos y voz firme. Los socios del club y los invitados de esta categoría ocupaban los sitios de siempre y formaban sus acostumbradas tertulias. Otra parte, más pequeña, la constituían los invitados circunstanciales, principalmente jóvenes, entre los cuales se hallaban Denísov, Rostov y Dólojov, recientemente rehabilitado como oficial del regimiento Semiónovski. En los rostros de los jóvenes, y especialmente de los militares, era fácil observar una expresión de respeto un poco desdeñosa para con los viejos, que parecía decir a la pasada generación: “Estamos dispuestos a rendirles respetos y honores, pero no olviden que el porvenir nos pertenece”.

Nesvitski se hallaba allí en calidad de antiguo socio del club; Pierre, que por deseo de su mujer se había dejado crecer el cabello, no llevaba lentes y vestía a la moda, recorría las salas con aire triste y abatido. Como siempre, lo rodeaba el mismo ambiente de gentes que reverenciaban su fortuna y a las que él trataba con distraído menosprecio, acostumbrado como estaba a dominar a los demás.

Por su edad debía de estar entre los jóvenes, pero, debido a su fortuna y sus relaciones, pertenecía al círculo de los ancianos más respetables y pasaba de un grupo a otro. Algunos de los viejos más importantes formaban el centro de varios grupos, a los cuales se acercaban respetuosamente hasta los desconocidos para escuchar a esos hombres famosos. Las tertulias más nutridas eran las del conde Rastopchin, Valúiev y Narishkin. El primero contaba que los rusos habían sido atropellados por los austríacos, en plena desbandada, y tuvieron que abrirse paso, con las bayonetas, entre los fugitivos.

Valúiev contaba confidencialmente que Uvárov había sido enviado desde San Petersburgo para conocer la opinión de los moscovitas sobre Austerlitz.

En otro grupo, Narishkin hablaba de una sesión del Consejo de Guerra austríaco, en la cual Suvórov imitó el grito de un gallo en respuesta a las estupideces de aquellos generales. Shinshin, que estaba en ese grupo, comentó —con deseos de bromear— que Kutúzov no había podido aprender siquiera de Suvórov ese fácil arte. Los viejos miraron con severidad al bromista, dándole a entender que aquel día no era correcto hablar así de Kutúzov.

El conde Iliá Andréievich Rostov, con gesto preocupado, iba y venía presuroso del comedor al salón, con sus blancas y cómodas botas, y saludaba con prisas y frases idénticas a cuantas personas conocía, fueran importantes o no; de vez en cuando buscaba con los ojos a su hijo elegante y apuesto. Detenía, orgulloso, la mirada en él y le guiñaba un ojo. El joven Rostov estaba de pie, junto a una ventana, en compañía de Dólojov, a quien había conocido recientemente y cuya amistad apreciaba. El viejo conde se acercó a ellos y estrechó la mano de Dólojov.

—Ven a nuestra casa; ya conoces a mi hijo… los dos habéis hecho heroicidades allá en el frente… —¡Ah! ¡Vasili Ignátich, buenos días!— saludó a un viejo que pasaba junto a él.

Pero no pudo concluir su saludo porque todo se puso en movimiento; un lacayo que llegó corriendo anunció con cara de susto:

—¡Ya han llegado!

Sonaron los timbres y los directivos se precipitaron hacia la puerta principal; los invitados, diseminados en diversas estancias, como trigo aventado por una pala, se juntaron cerca de la entrada del gran salón.

Bagration apareció en la puerta. No llevaba ni sable ni sombrero porque, según la costumbre del club, los había entregado al conserje. No era el de la noche anterior a la batalla de Austerlitz, con el gorro de piel y la fusta de cosaco en bandolera, igual que lo viera Rostov; vestía un ajustado uniforme nuevo, llevaba condecoraciones rusas y extranjeras y la cruz de San Jorge a la izquierda. Antes de ir al banquete, probablemente se había hecho cortar el pelo y las patillas, lo que lo favorecía muy poco. Su rostro tenía una expresión ingenua y festiva, de un efecto algo cómico dados sus rasgos enérgicos y viriles. Bekleshov y Fédor Petróvich Uvárov, que lo acompañaban, se detuvieron en el umbral de la puerta para dejar paso al invitado principal. Bagration, un tanto confuso, no quería aceptar aquella cortesía y se produjo una vacilación en la misma entrada; por último, Bagration pasó el primero. Caminaba sobre el brillante pavimento de la sala con timidez y desmañadamente sin saber qué hacer con sus manos. Le resultaba más habitual y fácil avanzar bajo los proyectiles en un campo batido por el enemigo, como marchó al frente del regimiento de Kursk en Schoengraben. Los directivos lo recibieron con breves palabras expresándole la alegría de tener un huésped tan querido y, sin esperar su respuesta, como acaparándolo, lo rodearon y lo condujeron a la sala. Pero resultaba ardua empresa la de avanzar, pues los invitados y los socios se empujaban para verlo, como si fuera una fiera exótica. El conde Iliá Andréievich, el más enérgico de todos, apartaba a los curiosos diciéndoles con una sonrisa: “Deja pasar, mon cher, deja pasar”, y así logró llevar al huésped hasta la sala y hacerlo sentar en el diván del centro. Los más eminentes personajes del club rodearon al recién llegado. El conde Iliá Andréievich, abriéndose de nuevo camino entre los curiosos, salió de la sala y, poco después, reapareció con otro directivo llevando una bandeja de plata que presentó a Bagration. En la bandeja había un pergamino con unos versos compuestos en honor del héroe. Al verlo, Bagration pareció intimidado y buscó auxilio con los ojos. Pero todas las miradas le exigían sumisión, y sintiéndose en poder de esas miradas Bagration tomó

resueltamente con ambas manos la bandeja y, con aire de enojo y reproche, volvió la vista hacia el conde, que la había traído. Alguien, muy servicial, tomó la bandeja de manos de Bagration (quien parecía dispuesto a sostenerla así hasta el atardecer, y hasta ir con ella a la mesa) y le hizo fijarse en los versos. "Bueno, los leeré", pareció decir Bagration; y poniendo sus cansados ojos sobre el pergamino, comenzó a leer con aire serio y concentrado. El autor de los versos los tomó de sus manos para leerlos en voz alta. El príncipe Bagration inclinó la cabeza y se dispuso a escuchar.

Glorifica el siglo de Alejandro
y protege a Tito en el trono,
a la vez jefe temible y hombre de bien,
soporte de la Patria y César en la lid.
Sí, suerte, y mucha, tiene Napoleón
de saber cuánto vale Bagration.
Ya nunca más se atreverá
a los Aquiles rusos de nuevo atacar.

Aún no había concluido la lectura cuando el mayordomo anunció con voz sonora: "¡La mesa está servida!" Se abrieron las puertas y en la gran sala donde se había preparado el banquete la orquesta atacó el tema de la polonesa: "Retumbe trueno de la victoria; alégrense los rusos valerosos".

El conde Iliá Andréievich echó una furiosa mirada al poeta, que continuaba su lectura, y se inclinó ante Bagration. Se levantó la concurrencia, sintiendo que la comida era más importante que los versos. Bagration, delante de todos, se dirigió a la mesa. Ocupaba el puesto de honor entre dos Alejandros: Bekleshov y Narishkin, lo que también tenía su sentido, considerando el nombre del Emperador. Trescientos comensales se sentaron a la mesa, dispuestos según sus jerarquías e importancia. Los más notables estaban más cerca del huésped de honor, cosa tan natural como que el agua procure extenderse hacia los lugares más profundos, donde el nivel es más bajo.

Momentos antes de empezar la comida, el conde Iliá Andréievich presentó su hijo al príncipe Bagration, quien reconoció al joven y pronunció algunas palabras confusas, desordenadas, como todas las de aquel día. El conde Iliá Andréievich miró feliz y orgulloso a los presentes mientras Bagration hablaba con su hijo.

Nikolái Rostov, Denísov y Dólojov —a quien habían conocido recientemente— tomaron asiento casi juntos en el centro de la mesa; tenían enfrente a Pierre, al lado del príncipe Nesvitski. El conde Iliá Andréievich, con otros directivos, haciendo honor a la hospitalidad moscovita, agasajaba al príncipe Bagration.

Sus esfuerzos no habían sido vanos. La comida fue espléndida, tanto los primeros como los segundos platos, pero Iliá Andréievich no dejaría de estar ansioso hasta que el banquete terminara. Guiñaba el ojo al mayordomo, daba órdenes en voz baja a los lacayos y, no sin especial emoción, esperaba cada manjar, que ya le era conocido.

Todo resultaba impecable. Al segundo plato, un enorme esturión (la vista del cual hizo enrojecer a Iliá Andréievich de confusión y júbilo), los lacayos empezaron a descorchar las botellas y a servir el champaña. Tras el pescado —que produjo cierta impresión—, el conde Iliá Andréievich cambió algunas miradas con otros directivos: "Habrá muchos brindis, convendría comenzar": y se levantó con su copa en alto. Todos callaron.

—¡A la salud de Su Majestad el Emperador!— gritó.

Y sus bondadosos ojos se llenaron de lágrimas de alegría y emoción. En ese momento, la orquesta tocó de nuevo *Retumba trueno victorioso*, y todos los comensales se levantaron y gritaron: "¡Hurra!". Bagration gritó también, con la misma voz del campo de Schoengraben. La voz entusiasta del joven Rostov sonó clara entre las trescientas voces de los comensales. Le faltó muy poco para llorar.

—¡A la salud de Su Majestad el Emperador! ¡Hurra!— gritó. Vació la copa de un trago y la estrelló contra el suelo.

Muchos imitaron su ejemplo. Los gritos se oyeron durante largo tiempo; cuando las voces cesaron, los lacayos recogieron los vidrios y todos volvieron a sentarse, cambiando miradas unos con otros, sonriendo de pensar en sus gritos y hablando entre sí. El conde Iliá Andréievich volvió a

levantarse, echó una mirada al papel que tenía junto a su plato y pronunció un brindis a la salud del héroe de la última campaña, el príncipe Piotr Ivánovich Bagration; de nuevo los ojos azules del conde se llenaron de lágrimas. "¡Hurra!", gritaron otra vez los trescientos invitados y, en vez de la música, el coro entonó una cantata compuesta por Pável Ivánovich Kutúzov:

No hay obstáculos para los rusos;
su valor es prenda de victoria.
Con hombres como Bagration
a nuestros pies caerán los enemigos…

Terminados los cánticos, se sucedieron más y más nuevos brindis, con lo cual la emoción del conde Iliá Andréievich fue en aumento; se rompían más copas y se gritaba con mayor brío. Bebieron a la salud de Bekleshov, Narishkin, Uvárov, Dolgorúkov, Apraksin, Valúiev, de los directivos del club y de todos sus socios, a la salud de todos los invitados. Hubo un brindis particular para el organizador del banquete, el conde Iliá Andréievich, quien al oírlo sacó el pañuelo y, ocultando en él su rostro, se deshizo en llanto.

IV

Pierre estaba sentado frente a Dólojov y Nikolái Rostov. Como de costumbre, comía y bebía con avidez. Pero quienes lo conocían bien notaban que se había producido aquel día un gran cambio en su persona. Guardó silencio durante toda la comida; entornados los ojos y fruncido el ceño, miraba en derredor o a veces, con la mirada perdida en el espacio, se frotaba el puente de la nariz. Su rostro estaba triste y sombrío: se habría dicho que ni veía ni escuchaba nada de cuanto ocurría a su alrededor, sumergido en algún pensamiento tan penoso como difícil de resolver.

El problema que lo atormentaba era la alusión de la princesa, en Moscú, a la intimidad de Dólojov con su mujer y una carta anónima recibida aquella mañana, donde se le decía —con la vileza festiva propia de todas las cartas anónimas— que veía mal, aunque usara lentes, ya que las relaciones de su mujer con Dólojov no eran secretas más que para él. Pierre no creyó en absoluto ni las alusiones de la princesa ni la carta, pero le resultaba violentísimo mirar en aquel momento a Dólojov, sentado delante de él. Cada vez que por casualidad se encontraba con los bellos e insolentes ojos de Dólojov, en Pierre nacía algo monstruoso y terrible que lo forzaba a esquivar cuanto antes aquella mirada. Recordando el pasado de su mujer y sus relaciones con Dólojov, Pierre se daba cuenta de que la carta podía ser verdad, o al menos podía serlo, o parecerlo si no se tratara de *su mujer*. Recordaba que Dólojov, repuesto en su grado y destino después de la campaña, al volver a San Petersburgo había acudido a su casa. Utilizando su antigua amistad de cuando habían sido compañeros de francachelas, Dólojov fue en su busca, y Pierre lo había alojado y le había prestado dinero. Recordaba ahora el desagrado de Elena, que se quejaba sonriente de

que Dólojov viviera en su casa, las cínicas alabanzas que el huésped hacía de la belleza de su mujer y que, desde entonces hasta su viaje a Moscú, no se había separado de ellos ni un solo instante.

“Sí, es un hombre muy guapo —pensaba Pierre—, y además lo conozco. Para él supondría un particular placer difamar mi nombre y burlarse de mí, precisamente porque hice tanto por él y lo he recibido en mi casa. Comprendo qué especial sabor debe de tener para él este engaño, si fuera verdad… sí, si fuera verdad. Pero no lo creo; no debo, no puedo creerlo.” Y recordaba la expresión del rostro de Dólojov en sus momentos de crueldad, de cuando ató al policía a la espalda del oso y lo arrojó al agua o cuando, sin razón alguna, desafió a un hombre y mató de un pistoletazo al caballo de un coche de punto. Veía esa expresión a menudo en el rostro de Dólojov cuando lo miraba. “Es un espadachín —se decía—. Para él, matar a un hombre no supone nada. Debe parecerle que todos lo temen y eso le produce placer. Debe pensar que también yo le tengo miedo. Y, en efecto, se lo tengo.” Y al llegar a esos pensamientos, de nuevo se despertaba en su ánimo aquel sentimiento terrible y monstruoso.

Dólojov, Denísov y Rostov, sentados frente a Pierre, se mostraban muy alegres. Rostov charlaba animadamente con sus compañeros, de los cuales uno era un bravo húsar y el otro un famoso espadachín, un camorrista que, de vez en cuando, lanzaba una mirada burlona sobre Pierre, quien sorprendía en aquella fiesta por su aspecto distraído, sombrío y su corpulencia. Rostov lo miraba sin ninguna simpatía, porque Pierre, para un húsar como Rostov, no era más que un civil muy rico, casado con una mujer bellísima, un blando; es decir, no era nada. Se unía a esto que Pierre, distraído y absorto en sus pensamientos, no había reconocido a Rostov ni contestado a su saludo. Cuando comenzaron los brindis a la salud del Emperador, Pierre, pensativo, no se levantó ni tomó la copa.

—¿Qué le pasa?— le gritó Rostov, mirándolo con irritación. —¿No ha oído? ¡A la salud de Su Majestad el Emperador!

Pierre suspiró; se levantó dócilmente, vació su copa y, esperando a que todos estuvieran sentados de nuevo, se volvió con una sonrisa bondadosa a Rostov.

—¡No lo había reconocido!

Pero Rostov seguía con sus “hurras” y ni siquiera se dio cuenta.

—¿Por qué no reanudas esa amistad?— preguntó Dólojov a Nikolái.

—¡Bah! ¡Es un imbécil!— dijo Rostov.

—Hay que mimar a los maridos de las mujeres guapas— dijo Dólojov.

Pierre, sin entender lo que decían, se daba cuenta de que estaban hablando de él. Se sonrojó y volvió la cara.

—¡Bueno! Ahora, a la salud de las mujeres guapas— dijo Dólojov. Y la expresión seria, pero con una sonrisa en la comisura de los labios, se volvió hacia Pierre. —¡Pierre, a la salud de las mujeres guapas y de sus amantes!

Pierre, con los ojos bajos, bebió sin mirar a Dólojov y sin contestarle. El lacayo, que distribuía la cantata de Kutúzov, colocó un ejemplar delante de Pierre, como invitado más importante; Pierre quiso coger el papel, pero Dólojov, inclinándose hacia delante, se apoderó de la hoja y se puso a leer. Pierre miró a Dólojov; sus pupilas se estrecharon: algo terrible y monstruoso que lo había turbado durante todo el banquete se adueñaba de él. Dobló su corpachón a través de la mesa y gritó:

—¡No se atreva a tocarlo!

Al oír aquel grito y ver a Pierre en aquella actitud, Nesvitski y su vecino de la derecha, asustados, se volvieron con viveza a Bezújov.

—Cálmese, cálmese, no lo tome así— susurraron.

Dólojov miraba a Pierre con sus ojos claros, alegres y crueles, con una sonrisa que parecía decir: “Esto sí que me gusta”.

—No se lo daré— dijo con voz tajante.

Pálido, con los labios temblorosos, Pierre le arrancó el papel.

—Usted… usted es un miserable. ¡Lo desafío!— dijo, apartando su silla y poniéndose en pie.

Mientras hacía todo aquello y pronunciaba tales palabras, Pierre sintió que la cuestión de la culpabilidad de su mujer, que lo venía atormentando los últimos días, se resolvía afirmativa y definitivamente. La odiaba y se sentía desligado de ella para siempre. Denísov aconsejó a Rostov que no se mezclara en aquel asunto, pero Nikolái aceptó ser padrino de Dólojov y, después del banquete, convino con Nesvitski, padrino de Bezújov, las condiciones del duelo. Pierre volvió a su casa y Rostov, Denísov y Dólojov

permanecieron en el club hasta bien entrada la noche oyendo a los zíngaros y cantantes.

—Entonces, mañana en Sokólniki— dijo Dólojov en el portal del club, al despedirse de Rostov.

—¿Estás tranquilo?— preguntó Rostov.

Dólojov se detuvo.

—Te explicaré en dos palabras todo el secreto del duelo. Si vas a batirte y te ocupas de escribir tu testamento y cartas cariñosas a tus padres, si piensas que pueden matarte, no eres más que un idiota y te matarán de seguro. Pero si vas con la firme intención de matar al contrario cuanto antes, y con la mayor puntería, entonces todo se resuelve bien. Como me decía un cazador de osos de Kostromá, ¿quién no tiene miedo al oso? Pero cuando uno está frente a él, desaparece todo temor y uno sólo piensa en que la bestia no se escape. Pues bien, lo mismo digo yo. A demain, mon cher.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Pierre y Nesvitski llegaron al bosque de Sokólniki, donde ya se encontraban Dólojov, Denísov y Rostov. Pierre tenía todo el aspecto de un hombre a quien preocupaban consideraciones muy distintas del duelo. Su rostro aparecía demacrado y amarillento como si no hubiese dormido en toda la noche. Miraba distraídamente en derredor y entornaba los ojos, como si hubiera un sol demasiado fuerte. Dos cosas lo absorbían exclusivamente: la culpabilidad de su mujer, sobre la cual ya no tenía duda tras la noche de insomnio, y la inocencia de Dólojov, quien en realidad no tenía razón alguna para respetar el honor de un hombre extraño a él. “Tal vez en su lugar yo también habría hecho lo mismo —pensaba Pierre—. Sí, seguramente lo habría hecho. Entonces, ¿para qué este duelo, este asesinato? O lo voy a matar, o será él quien me hiera en la cabeza, en el codo o en la rodilla. Debería irme de aquí, huir, desaparecer”, se decía. Pero cuando lo acosaban tales ideas, con un gesto tranquilo y distraído, que imponía respeto a los demás, preguntaba: “¿Falta mucho? ¿Está todo preparado?”.

Cuando todo estuvo dispuesto, hincaron los sables en la nieve para indicar la línea en donde debían detenerse los adversarios y, cargadas ya las pistolas, Nesvitski se acercó a Pierre.

—No cumpliría con mi deber, conde— dijo con tímida voz, —y no justificaría la confianza que pone en mí y el honor que me ha hecho eligiéndome como padrino, si en este momento grave, gravísimo, no le dijera toda la verdad. Creo que no hay motivos bastante serios para que se derrame sangre… Usted no tenía razón… obró en un momento de arrebato…

—Sí, lo sé, una estupidez terrible…— dijo Pierre.

—Entonces, permítame que les haga saber que lamenta lo ocurrido. Estoy convencido de que nuestros adversarios aceptarán sus excusas— dijo Nesvitski (quien, como todos los que toman parte en semejantes cuestiones, no creía aún que se llegaría al duelo). —Es mucho más noble, y usted lo sabe, conde, confesar el error propio que llevar las cosas hasta un extremo irreparable. No ha habido ultraje ni de una parte ni de otra; permitidme que hable…

—¡No! ¿Para qué?— dijo Pierre. —Eso no cambia nada… ¿Está todo dispuesto? Dígame únicamente dónde debo ir y cómo debo disparar— añadió con una sonrisa afable y poco natural. Tomó la pistola y preguntó el modo de usarla, porque hasta entonces nunca había tenido en sus manos un arma y no quería confesarlo.

—¡Ah, sí, eso es! Lo había olvidado— añadió.

—No hay excusa que valga. Ninguna excusa— decía Dólojov a Denísov, que también por su parte hacía tentativas de conciliación; y se acercó al sitio indicado.

El duelo iba a tener lugar a ochenta pasos del camino donde aguardaban los trineos, en un pequeño calvero cubierto de nieve blanda y rodeado de pinares. Los adversarios estaban a cuarenta pasos uno del otro. Los padrinos contaron los pasos, dejando sus huellas en la nieve profunda y blanda desde el lugar donde se encontraban los adversarios hasta los sables de Nesvitski y Denísov, que servían de barrera, clavados a diez pasos uno de otro. La niebla y el deshielo continuaban; a cuarenta pasos de distancia no se veía nada. A los tres minutos todo estaba dispuesto, pero nadie dio la señal de comenzar. Todos guardaban silencio.

V

—Y bien, comencemos— dijo Dólojov.

—Por mí…— dijo Pierre, siempre con la misma sonrisa.

La situación inspiraba temor. Aquello, que había empezado con tanta facilidad, ya no podía detenerse, seguía adelante, por sí mismo, independientemente de la voluntad de los hombres, y debía llegar a su término. Denísov fue el primero en adelantarse a la línea.

—Como los adversarios se niegan a una reconciliación— dijo, —podemos comenzar: tomen las pistolas y, a la voz de tres, vayan acercándose. ¡Uno!… ¡Dos!… ¡Tres!— gritó después con irritación, y se hizo a un lado.

Los dos rivales avanzaron por el sendero de nieve pisada, viendo dibujarse entre la niebla la figura del contrario. Durante su avance hacia la barrera podían disparar cuando quisieran.

Dólojov iba despacio, sin levantar la pistola. Miraba fijamente hacia el rostro del adversario con sus ojos azules, claros y brillantes; en su boca, como siempre, aparecía algo semejante a una sonrisa.

A la voz de "¡tres!", Pierre avanzó rápidamente separándose del sendero y hundiéndose en la nieve. Mantenía el brazo derecho extendido, sujetando la pistola, como si temiera matarse con el arma, muy echada la mano izquierda hacia atrás para no ceder al impulso de apoyar en ella el brazo armado, lo que no se podía hacer, según sabía. Avanzó seis pasos por la nieve, fuera del sendero, miró hacia sus pies, echó una rápida ojeada a Dólojov y, apretando el dedo como le habían enseñado, disparó. Pierre, que no esperaba un estampido fuerte, se estremeció; sonrió por la impresión y se detuvo. Al principio, el humo, especialmente espeso a causa de la niebla, le

impidió ver; pero el disparo que esperaba no sonó y sólo oyó los pasos rápidos de Dólojov; su silueta apareció entre el humo. Con una mano se apretaba el costado izquierdo y con la otra sostenía la pistola bajada. Su rostro estaba pálido. Rostov corrió hacia él y le preguntó algo.

—No… no— dijo Dólojov entre dientes. —No ha terminado aún— y tambaleándose, dio algunos pasos más, llegó hasta el sable y cayó sobre la nieve.

Su mano izquierda estaba ensangrentada. La limpió en la guerrera y se apoyó en ella, con el rostro pálido, contraído y tembloroso.

—Por fa…— comenzó, pero no podía terminar la frase, —por fa… vor…— concluyó con un esfuerzo.

Pierre, conteniendo a duras penas los sollozos, corrió hacia el herido, y estaba ya a punto de atravesar el espacio que separaba las dos líneas cuando Dólojov gritó:

—¡A la barrera!

Pierre comprendió de qué se trataba y se detuvo junto al sable. Sólo los separaban diez pasos. Dólojov hundió la cara en la nieve y la mordió con avidez; levantó después la cabeza, hizo un esfuerzo y consiguió sentarse, buscando un buen punto de apoyo. Tragaba nieve, sus labios temblaban, pero no dejaba de sonreír; sus ojos brillaban por el esfuerzo y la cólera; levantó la pistola y apuntó.

—Póngase de lado. Cúbrase con la pistola— dijo Nesvitski.

—¡Cúbrase!— gritó el propio Denísov a Pierre, sin poder contenerse, aunque era padrino de su adversario.

Pierre, con una sumisa sonrisa de pena y arrepentimiento, muy separadas las piernas y los brazos, ofrecía a Dólojov su amplio pecho y lo miraba tristemente. Denísov, Rostov y Nesvitski cerraron los ojos; coincidieron el disparo y la exclamación de rabia de Dólojov:

—¡Fallé!— gritó, y se derrumbó de bruces sobre la nieve.

Pierre se llevó las manos a la cabeza, dio la vuelta y salió hacia el bosque. Caminaba sobre la nieve, pronunciando en alta voz palabras incomprensibles:

—¡Qué estupidez!… ¡Qué estupidez!… La muerte… la mentira…— repetía con el ceño fruncido.

Nesvitski lo detuvo y lo condujo a su casa.

Rostov y Denísov se llevaron al herido.

Dólojov iba con los ojos cerrados en el trineo, sin responder a cuanto le preguntaban. Pero al entrar en Moscú pareció reanimarse y, levantando la cabeza con esfuerzo, tomó la mano de Rostov, sentado junto a él. La expresión completamente distinta de su rostro, llena de exaltada ternura, sorprendió a Rostov.

—¿Qué, cómo estás?— le preguntó.

—¡Mal! Pero no se trata de eso, amigo mío— dijo Dólojov, con voz entrecortada. —¿Dónde estamos? Ya lo sé, en Moscú… Lo mío no importa. Pero a ella la he matado… la he matado… No lo soportará…

—¿Quién?— preguntó Rostov.

—A mi madre… a mi ángel, a mi ángel adorado…

Dólojov apretó la mano de su amigo y rompió en sollozos.

Cuando se hubo calmado un poco explicó a Rostov que vivía con su madre y que si ella lo veía en aquel estado no podría soportarlo. Rogó a Rostov que fuera a prevenirla.

Rostov lo precedió para cumplir su encargo. Con gran sorpresa supo que Dólojov, aquel pendenciero, aquel espadachín, vivía con su vieja madre y una hermana jorobada y era el más cariñoso de los hijos y el mejor de los hermanos.

VI

Últimamente Pierre se había visto muy raras veces a solas con su esposa. Lo mismo en San Petersburgo que en Moscú, su casa estaba siempre llena de invitados. La noche siguiente al duelo con Dólojov no se dirigió a su alcoba, como frecuentemente hacía, sino que permaneció en el enorme despacho de su padre, el mismo donde había muerto.

Se echó en el diván; deseaba dormir para olvidarlo todo, pero no podía. Un huracán de ideas, sentimientos, recuerdos, turbaban su ánimo, impidiéndole no sólo dormir, sino ni siquiera estar quieto un instante; tuvo que abandonar el diván y caminar a pasos rápidos por la habitación. Unas veces recordaba los primeros tiempos de su matrimonio, a su mujer con los hombros desnudos, la mirada lánguida y apasionada; al instante, junto a ella aparecía la cara del bello Dólojov, con gesto insolente y burlón, igual que lo había visto en el banquete; y el mismo rostro de Dólojov, pero pálido, tembloroso y dolorido, tal como era al desplomarse en la nieve.

"¿Qué ha ocurrido? —se preguntaba—. He matado al *amante*. Sí, eso es: he matado al amante de mi mujer. Así es. ¿Por qué? ¿Cómo he llegado a eso?" Y una voz interior le contestaba: "Porque te casaste con ella".

Y volvía a preguntarse: "Pero ¿por qué soy culpable? Porque te casaste sin amor; porque te has engañado a ti mismo y la has engañado a ella". Y volvía a recordar muy a lo vivo aquella tarde, después de la cena en casa del príncipe Vasili, cuando pronunció las palabras que no querían salir de sus labios: "Je vous aime". "Todo proviene de ahí… Entonces ya sentía, sí, lo sentía, que no estaba bien, que no debí decirlo, no tenía derecho a hacerlo.

Y así resultó."

Recordó también su luna de miel y el recuerdo lo hizo sonrojarse. Pero lo que sobre todo lo avergonzaba y hería era el recuerdo vivo de aquella vez, poco después de su matrimonio, cuando a mediodía, en batín de seda, había salido de la alcoba al despacho y se encontró con el administrador, que lo saludó respetuosamente, mirando con leve sonrisa su cara y su batín, una sonrisa con la que parecía sumarse —siempre respetuoso— a la felicidad de su jefe.

"¡Cuántas veces me he sentido orgulloso de ella! Orgulloso de su majestuosa belleza, de su tacto mundano —pensaba—; estaba orgulloso de mi propia casa, donde Elena recibía a todo Petersburgo, y de su belleza inaccesible… ¡Pensar que me enorgullecía de eso! A veces pensaba que no la comprendía; con frecuencia, al pensar en su carácter, me creía culpable de no entenderla, de no comprender esa tranquilidad de siempre, esa constante satisfacción y ausencia de emociones y deseos. Todo el enigma lo descifraba una palabra terrible: pervertida. Formulada esa palabra, todo quedaba claro. Anatole venía a pedirle dinero prestado y la besaba en los hombros desnudos. Ella le negaba el dinero, pero consentía que la besara. Su padre excitaba en broma sus celos, y ella decía con tranquila sonrisa que no era tan tonta como para sentirlos. «Que haga lo que quiera», decía refiriéndose a mí. Una vez le pregunté si no sentía síntomas de embarazo; se echó a reír con desprecio y replicó que no era tan idiota como para desear hijos, y que *de mí* no los tendría nunca."

Recordaba después sus pensamientos y expresiones chabacanas y vulgares, a pesar de haber sido educada en el medio más aristocrático. "No soy una idiota…, anda, pruébalo tú mismo… allez vous promener"[248], acostumbraba decir. Con frecuencia, al ver en los ojos de los hombres viejos y jóvenes y de las mujeres el efecto que producía, Pierre no alcanzaba a comprender por qué no la amaba. "Nunca la he amado —se decía—; sabía que era una mujer pervertida, aunque no quería confesármelo."

"Y ahora Dólojov yace en la nieve, se esfuerza por sonreír y tal vez muera, respondiendo con una fingida bravata a mi arrepentimiento."

Pierre era uno de esos hombres que, a pesar de su aparente debilidad de carácter, no buscan confidentes para sus propias penas. Las sufría, solo, en

su intimidad.

“Ella es la única culpable de todo, de todo —se repetía—. Pero ¿qué se desprende de ello? ¿Por qué me he ligado a una mujer así? ¿Por qué le dije je vous aime, si era mentira, o algo peor que mentira? Soy culpable y debo soportar… pero ¿qué? ¿El deshonor de mi nombre, la infelicidad de mi vida? Todo es absurdo: el deshonor, el honor: no es más que convencionalismo. No depende de mí.

“Mataron a Luis XVI porque *ellos* decían que había perdido el honor, que era un criminal —pensó de pronto—.

Y desde su punto de vista tenían razón, lo mismo que la tenían quienes murieron por él como mártires y quienes después hicieron de él un santo. Más tarde, dieron muerte a Robespierre porque era un déspota. ¿Quién tiene entonces razón? ¿Quién es el culpable? Nadie. Vive mientras tengas vida, mañana morirás, lo mismo que yo, hace una hora, podía haber muerto. ¿Vale, pues, la pena atormentarse, cuando la vida no es más que un segundo en comparación con la eternidad?”

Pero cuando se creía tranquilizado por semejantes razonamientos, surgía en su imaginación *ella* y los instantes en que él expresaba más intensamente todo su falso amor. Sentía entonces que la sangre se le agolpaba en el corazón y necesitaba levantarse, moverse, rasgar y romper cuanto se le ponía a mano. “¿Por qué le diría je vous aime?”, volvía a preguntarse. Tras haberse hecho esa pregunta por décima vez, recordó la frase de Molière: “Mais que diable allait-il faire en cette galère”**[249]**, y se rió de sí mismo.

Por la noche llamó a su ayuda de cámara y le ordenó que preparara las maletas para marchar a San Petersburgo. No podía vivir con ella bajo un mismo techo, no podía imaginar cómo hablaría ahora con ella. Decidió marchar al día siguiente y dejarle una carta anunciándole su intención de separarse de ella para siempre.

A la mañana siguiente, cuando el ayuda de cámara le trajo el café, Pierre estaba echado en el diván y dormía con un libro abierto entre las manos.

Despertó; asustado, miró en derredor largamente, sin comprender dónde se hallaba.

—La señora condesa pregunta si su Excelencia está en casa— dijo el ayuda de cámara.

Pierre no había tenido todavía tiempo de pensar en la respuesta cuando la condesa apareció con su batín de raso blanco recamado en plata, peinada con sencillez (dos grandes trenzas rodeaban en *diadème* su bellísima cabeza). Entró tranquila y majestuosa; tan sólo en su marmórea frente, un poco abultada, había una arruguita de cólera. Siempre con la misma calma, no quiso hablar delante del ayuda de cámara. Estaba al corriente del duelo y venía precisamente por ello. Esperó a que sirviera el café y los dejara. Pierre la miró tímidamente a través de sus lentes, y como una liebre rodeada de perros que, con las orejas gachas, se encoge sin moverse a la vista del enemigo, intentó reanudar su lectura, aunque comprendía que eso era absurdo e imposible; y de nuevo la miró con timidez.

Elena permaneció en pie, contemplándolo con una sonrisa despectiva. Cuando se quedaron solos preguntó con voz severa:

—¿Qué significa eso? ¿Qué ha hecho?

—¿Quién, yo?— preguntó Pierre.

—¡Menudo valiente nos ha salido! Y bien, responda: ¿qué duelo ha sido ése? ¿Qué ha querido demostrar con ello? ¿Qué? Respóndame.

Pierre se volvió pesadamente en el diván, abrió la boca, pero no pudo responder.

—Ya que usted no me responde, se lo diré yo— continuó Elena. —Usted se cree cuanto le dicen. Le dijeron— al llegar a este punto se echó a reír —que Dólojov era mi amante— lo dijo en francés con la grosera precisión de su lenguaje, pronunciando la palabra “amante” como otra cualquiera —¡y usted lo ha creído! Y bien, ¿qué ha demostrado así? ¿Qué ha demostrado con ese duelo? Pues que es usted un tonto, que vous êtes un sot, pero eso ya lo saben todos. ¿Y qué consecuencias tendrá todo ello? Que yo me convierta en el hazmerreír de todo Moscú y que cualquiera diga que, borracho, enajenado, provocó a un hombre del que no tenía razón alguna para estar celoso— Elena iba levantando la voz y parecía cada vez más excitada —y que es mil veces mejor que usted en todos los sentidos…

—Hum…Hum…— rezongó Pierre frunciendo el ceño, sin mirar a su mujer y sin moverse.

—¿Y por qué pudo creer que era mi amante?… ¿Por qué? ¿Porque me gusta su compañía? Si usted fuese más inteligente y agradable, habría

preferido la suya.

—No hable conmigo… se lo ruego…— murmuró Pierre con voz ronca.

—¿Por qué no voy a hablar? Puedo decir, y lo diré en voz alta, que hay pocas mujeres como yo que, con un marido como usted, no se buscarían amantes, cosa que yo no hice.

Pierre intentó decir algo; la miró con ojos extraños, cuya expresión Elena no comprendió, y volvió a tumbarse. En ese momento sufría físicamente, sentía opresión en el pecho, le faltaba la respiración. Sabía que debía hacer algo para poner fin al sufrimiento, pero lo que deseaba hacer era demasiado terrible.

—Es mejor que nos separemos— dijo con voz entrecortada.

—¿Separarnos? Como quiera, a condición de que me dé un patrimonio — dijo Elena. —¡Separarnos! ¿Cree que así me asusta?

Pierre saltó del diván y, tambaleándose, se lanzó sobre ella.

—¡Te voy a matar!— gritó, apoderándose, con una fuerza que él mismo desconocía, del mármol de la mesa, y avanzó hacia su mujer amenazándola.

El rostro de Elena expresó pavor. Lanzó un grito estridente y se apartó de un salto; el genio del viejo conde revivía en el hijo; sentía la atracción y el placer del furor. Lanzó contra el suelo el mármol, que se rompió violentamente, y con los brazos abiertos se acercó a su mujer gritando "¡Fuera de aquí!" con una voz tan espantosa que toda la casa oyó asustada su grito. Dios sabe lo que habría hecho Pierre en esos momentos si Elena no hubiera huido del despacho.

Una semana más tarde Pierre hizo llegar a su mujer un poder para la administración de las fincas que poseía en la Gran Rusia, lo que representaba más de la mitad de su fortuna, y partió solo para San Petersburgo.

VII

Habían transcurrido dos meses desde que en Lisie-Gori recibieran noticias de la batalla de Austerlitz y la desaparición del príncipe Andréi. Y a pesar de todas las cartas expedidas por medio de la embajada y de todas las indagaciones que se hicieron, no se halló su cuerpo, ni figuraba tampoco entre los prisioneros. Lo peor para su familia era que, pese a todo, quedaba la esperanza de que hubiera sido recogido por los habitantes del país y que ahora estuviese convaleciente, o tal vez moribundo y solo, entre gente extraña, sin posibilidad alguna de comunicarles noticias. En los periódicos, por los cuales el viejo príncipe tuvo las primeras noticias de la derrota de Austerlitz, se decía, como de costumbre, en términos vagos y breves, que los rusos, después de brillantes encuentros, habían tenido que retirarse y que la retirada se había llevado a cabo en perfecto orden. El viejo príncipe entendió por esas noticias oficiales que los ejércitos del Emperador habían sido derrotados. Una semana después de leer la comunicación del periódico sobre la batalla de Austerlitz el príncipe recibió una carta de Kutúzov, quien le informaba sobre la suerte de su hijo.

“Su hijo —escribía Kutúzov— ha caído delante de mí, con la bandera en la mano, a la cabeza de un regimiento, como un héroe digno de su padre y su patria. Con gran dolor mío y de todo el ejército, hasta ahora no se sabe si está vivo o muerto; me consuelo como usted con la esperanza de que su hijo viva, ya que, de haber muerto, constaría en la relación de oficiales hallados en el campo de batalla, que me han traído a través de parlamentarios.”

El viejo príncipe recibió la noticia ya muy avanzada la tarde, estando solo en su despacho; al día siguiente, como de costumbre, dio su paseo

matinal, pero estuvo silencioso, y aun cuando tuviera aspecto de estar encolerizado no dijo nada ni al administrador, ni al jardinero, ni al arquitecto. Cuando, a la hora habitual, la princesa María entró en su gabinete, el príncipe estaba de pie, trabajando en su torno; como de ordinario, no se volvió hacia ella.

—¡Ah! ¡La princesa María!— dijo de pronto, con una voz que no era natural.

Tiró la herramienta. (La rueda siguió girando por inercia. La princesa María había de recordar aún mucho tiempo el agonizante chirriar de la rueda, que en su imaginación se fundía con lo acontecido después.)

La princesa se acercó a su padre, vio su rostro y sintió que algo se derrumbaba en su interior. Sus ojos se nublaron. Por la expresión de aquel rostro, ni triste ni abatido, sino colérico y transformado por el esfuerzo que hacía para dominarse, comprendió que una terrible desgracia se le venía encima, la desventura más grande de su vida, algo no experimentado aún, irreparable, incomprensible, la muerte de una persona amada.

—Mon père! André!— exclamó la torpe y desgarbada princesa, con tan indescriptible tristeza y olvido de sí misma que el príncipe no pudo dominarse más y se volvió sollozando.

—Recibí noticias. No está ni entre los prisioneros ni entre los muertos. Me ha escrito Kutúzov— dijo con voz estridente, como si quisiera, con aquel grito, apartar de sí a la princesa. —Lo han matado.

La princesa no cayó, no se desvaneció. Estaba ya pálida, pero al oír las últimas palabras de su padre cambió la expresión de su rostro; algo resplandeció en sus bellos ojos luminosos, como si una alegría suprema, independiente de las tristezas y alegrías de este mundo, descendiera sobre el dolor inmenso que ahora sufría. Olvidó el temor que siempre le había inspirado su padre, se acercó a él, le tomó la mano y lo atrajo hacia sí, abrazando su cuello seco y fibroso.

—No se aparte de mí, mon père… lloremos juntos.

—¡Miserables! ¡Canallas!— gritó el viejo, separando de ella el rostro. —¡Destrozar un ejército! ¡Sacrificar a la gente! ¿Por qué? Ve, ve a decírselo a Lisa.

La princesa, exhausta, se dejó caer en una silla junto al padre y rompió a llorar. Veía a su hermano cuando se despedía de Lisa y de ella, con un aire a la vez altanero y cariñoso; volvía a verlo en el instante en que, tierno y burlón, se ponía la pequeña imagen. "¿Creería ahora? ¿Se habría arrepentido de su incredulidad? ¿Está ahora allá, en la mansión de la paz y la felicidad eternas?", pensaba.

—Cuénteme cómo ha sido, mon père— preguntó a través de las lágrimas.

—Vete, vete. Ha perecido en la batalla donde fueron llevados a morir los mejores hombres de Rusia y la gloria de la patria. Vete, princesa María, ve a decírselo a Lisa. Luego iré yo.

Cuando la princesa María volvió del despacho de su padre, la pequeña princesa estaba sentada ante su labor; tenía esa singular expresión de felicidad y calma interior que sólo poseen las embarazadas. Miró a su cuñada, pero sus ojos no veían a la princesa María sino que miraban dentro de ella, contemplaban el feliz y profundo misterio que se producía en su cuerpo.

—Marie— dijo, apartando el bastidor y echándose atrás, —pon tu mano aquí.

Tomó la mano de su cuñada y la puso en su vientre. Los ojos de Lisa sonreían, esperando; su labio superior, sombreado de pelusa, permanecía levantado, dando a su rostro una expresión infantil y dichosa.

La princesa María se puso de rodillas delante de ella y escondió el rostro entre los pliegues de su vestido.

—Ahí, ahí, ¿lo sientes? Me parece tan extraño… ¿Sabes, Mary? Lo voy a querer muchísimo— dijo Lisa, mirando a su cuñada con ojos brillantes, felices.

La princesa María no pudo levantar el rostro, lloraba.

—¿Qué te pasa?

—Nada, nada… Estoy triste… triste por Andréi— respondió enjugándose los ojos en las rodillas de Lisa.

Durante toda la mañana la princesa María trató varias veces de preparar a su cuñada, mas volvía a llorar. La pequeña princesa no comprendía la causa de tales lágrimas, pero llegaron a inquietarla, aunque su capacidad de

observación no era grande. Antes del almuerzo entró en su habitación el viejo príncipe, al que siempre temía, y salió sin decir nada con rostro particularmente inquieto e irritado. Lisa miró a la princesa María, luego quedó pensativa; se diría que toda su atención estaba dirigida a su interior, lo que es frecuente en las embarazadas, y de pronto se echó a llorar.

—¿Han llegado noticias de Andréi?— preguntó.

—No, no… Ya sabes que todavía no han podido llegar; pero mon père empieza a inquietarse y eso me da miedo.

—Entonces ¿no hay nada?

—No, nada— dijo la princesa María, mirando fijamente a su cuñada con sus bellos y luminosos ojos. Estaba decidida a no decirle la verdad y había convencido a su padre de que ocultara la terrible noticia hasta después del parto, que se esperaba de un día para otro.

La princesa María y el viejo príncipe sufrían y ocultaban su dolor cada uno a su manera. El anciano no quería hacerse ilusiones; había decidido que su hijo había muerto, y aun cuando enviara a un emisario a Austria en busca de noticias suyas, había encargado en Moscú un monumento que pensaba colocar en su parque. Decía a todos que habían matado a su hijo. Procuraba no modificar en nada su modo de vida, pero las fuerzas lo abandonaban; paseaba menos, comía y dormía menos y cada día estaba más débil.

La princesa María confiaba. Rezaba por su hermano como si estuviera vivo y esperaba cada instante la noticia de su retorno.

VIII

—Ma bonne amie— dijo la pequeña princesa la mañana del 19 de marzo, después del desayuno; y su labio, sombreado de pelusa, se levantó como siempre; pero como en la casa, después de la terrible noticia, todo era triste, hasta la sonrisa de la pequeña princesa (que sin saber nada se encontraba bajo la influencia del ambiente general) era tan melancólica que acrecentaba todavía más el dolor de todos. —Ma bonne amie, je crains que le “fruschtique” (comme dit Foka, el cocinero) de ce matin ne m’aie pas fait du mal.[250]

—¿Qué te ocurre, Lisa? Estás pálida, muy pálida— dijo asustada la princesa María, corriendo pesadamente hacia su cuñada.

—Excelencia, ¿no convendría llamar a María Bogdánovna?— preguntó una de las doncellas que se encontraba en la estancia.

María Bogdánovna era la comadrona de la cabeza de distrito; desde hacía dos semanas vivía en Lisie-Gori.

—En efecto— aprobó la princesa María. —Puede que sea eso. Voy a avisarle. Courage, mon ange![251]— besó a Lisa y quiso salir de la habitación.

—¡Oh, no, no!— además de la palidez, en el rostro de Lisa apareció el miedo infantil a los dolores físicos inevitables. —Non, c’est l’estomac… Dites que c’est l’estomac, dites, Marie, dites…[252]

Y la pequeña princesa rompió en llanto como una niña caprichosa, hasta con un poco de fingimiento, retorciendo sus pequeñas manos.

La princesa María salió en busca de María Bogdánovna.

—Oh! Mon Dieu! Mon Dieu!— oyó mientras se alejaba.

La comadrona se acercaba, frotándose las manos blancas, pequeñas y regordetas, el rostro grave y tranquilo.

—María Bogdánovna, parece que ya ha comenzado— dijo la princesa María mirándola con ojos muy abiertos y asustados.

—Y gracias a Dios, princesa— dijo María Bogdánovna sin apresurar el paso. —Y usted debe retirarse; no son cosas que deban saber las doncellas.

—¿Qué vamos a hacer? El médico de Moscú no ha llegado todavía— dijo la princesa.

Según el deseo de Lisa y del príncipe Andréi, habían llamado a un doctor, al que esperaban de un momento a otro.

—No importa, princesa, no se preocupe: todo saldrá bien, aun sin médico— repuso María Bogdánovna.

Cinco minutos después, la princesa María oyó desde su habitación un ruido como si arrastraran algo pesado. Salió a ver y se encontró con unos criados que llevaban a la alcoba de Lisa el diván de cuero del despacho del príncipe Andréi. El rostro de los hombres que arrastraban el mueble tenía algo de solemne y apacible.

La princesa María, sola en su habitación, permanecía atenta a los rumores de la casa. De vez en cuando, si alguien pasaba delante de su habitación, abría la puerta y miraba lo que ocurría en el pasillo. Algunas mujeres iban y venían, procurando no hacer ruido, se volvían para mirarla y apartaban la vista. Ella no se atrevía a preguntar, cerraba la puerta y regresaba a su sitio. Ya se sentaba, ya tomaba un libro de oraciones y se arrodillaba delante de los iconos. Advirtió, dolorida y asombrada, que las plegarias no calmaban su inquietud.

De pronto, la puerta de su habitación se abrió calladamente para dar paso a su vieja niñera, Praskóvia Sávishna, quien, por prohibición del príncipe, raras veces se atrevía a visitarla.

—Vengo a hacerte compañía, Máshenka; traigo las velas del matrimonio del príncipe para encenderlas ante los santos, palomita mía— dijo la anciana suspirando.

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido!

—¡Dios es misericordioso, paloma!

La niñera encendió ante las imágenes las afiligranadas velas y se sentó con la calceta cerca de la puerta. La princesa volvió a abrir su libro de oraciones y se puso a leer. Pero cuando oía pasos o voces levantaba los ojos asustados e interrogantes y la niñera la tranquilizaba con su mirada. El sentimiento experimentado por la princesa María parecía haberse apoderado de toda la casa. Debido a la creencia popular de que cuantas menos personas conozcan los dolores de una parturienta, tanto menos sufre ella, todos fingían ignorarlo. Nadie hablaba del trance, pero en todos se notaba (además del ambiente de gravedad y respeto habituales en la casa del príncipe) una general preocupación, una tierna solicitud y la conciencia de que estaba teniendo lugar un acontecimiento grande e incomprensible.

En la parte destinada a las mujeres de la servidumbre no se oían risas. Los criados, a su vez, permanecían sentados en silencio, como si esperaran algo. Fuera de la casa habían encendido teas y antorchas; nadie dormía. El viejo príncipe, que caminaba sobre los talones a un lado y a otro de su despacho, envió a Tijón para interrogar a María Bogdánovna.

—Di sólo que el príncipe te manda para informarse y ven con lo que te diga.

—Informa al príncipe de que el parto ha comenzado— dijo María Bogdánovna, mirando al mensajero con aire significativo.

Tijón repitió al príncipe las palabras de María Bogdánovna.

—Está bien— dijo el príncipe, cerrando la puerta tras de sí; y Tijón no volvió a oír ni el mínimo ruido en el despacho.

Poco después volvió a entrar, con el pretexto de cambiar las velas; el viejo príncipe estaba echado en el diván; Tijón lo miró y, observando su rostro angustiado, movió la cabeza, se acercó silenciosamente, lo besó en un hombro y salió de nuevo, sin cambiar las velas y sin decir para qué había entrado.

Se estaba cumpliendo el más solemne misterio de cuantos existen en el mundo.

Pasó la tarde y llegó la noche; la sensación de espera y de tierna emoción ante lo incomprensible no cedía, sino que iba en aumento. Nadie durmió en la casa.

Era una de esas noches de marzo cuando el invierno parece volver por sus fueros y desencadena con furia las últimas nieves y ventiscas. El médico alemán era esperado de un momento a otro; había salido a su encuentro un coche y algunos hombres a caballo con linternas esperaban en la carretera para acompañarlo por el camino lleno de baches.

Hacía tiempo que la princesa María había dejado su libro; permanecía sentada, en silencio, con los luminosos ojos fijos en el rostro rugoso de la niñera, tan conocido en todos sus detalles: contemplaba el mechón de cabellos grises que se le escapaban bajo el pañuelo y la papada que pendía de la barbilla.

La vieja niñera Sávishna, con la calceta en las manos, repetía, sin oír ni comprender sus propias palabras, historias ya cien veces contadas de cómo la difunta princesa había dado a luz a la princesa María, en Kíshiniov, asistida por una campesina moldava que hacía de comadrona.

—Dios tendrá piedad, los médicos nunca son necesarios— decía. Un golpe de viento batió el marco de una ventana de la habitación. (Por orden del príncipe se quitaban siempre las contraventanas cuando aparecían las alondras.) Uno de los pestillos, mal cerrado, se abrió bruscamente y una ráfaga de aire helado entró en la estancia, agitando las cortinas y apagando la vela. La princesa se estremeció: la vieja niñera dejó la calceta, se acercó a la ventana y se asomó hacia afuera tratando de apresar el marco. El viento frío agitaba las puntas de su pañuelo y el mechón de pelo gris.

—¡Princesa, madrecita! ¡Alguien viene por el camino, con linternas! ¡Debe de ser el médico!— dijo, sujetando el marco, pero sin cerrarlo.

—¡Alabado sea Dios!— exclamó la princesa. —Hay que salir a recibirlo, no sabe hablar en ruso.

La princesa María se echó un chal sobre los hombros y corrió al encuentro del recién llegado. Al atravesar la antecámara vio a través de las ventanas varias linternas y un vehículo detenido ante el portal. Avanzó hasta la escalera. Sobre el pilar de la balaustrada había una vela, de la que el viento hacía caer gotas de cera. Filip, un camarero, estaba en el primer rellano con cara de susto y otra vela en la mano; más abajo, donde la

escalera daba la vuelta, se oyeron pasos precipitados de alguien calzado con botas de invierno y resonó una voz que a la princesa le pareció conocida:

—¡Gracias a Dios!— decía esa voz. —¿Y mi padre?

—Está descansando— replicó la voz de Demián, el mayordomo, que ya estaba abajo.

El otro pronunció todavía algunas palabras. Demián respondió algo y el ruido de las botas avanzó con mayor rapidez por la escalera.

“¡Es Andréi! —pensó la princesa—. No, no es posible. Sería demasiado extraordinario.”

Y en aquel mismo instante que lo pensaba, en el descansillo donde esperaba el camarero con la vela, apareció el príncipe Andréi, con un abrigo de pieles cubierto de nieve en el cuello. Sí, era él, pero pálido y delgado, extrañamente distinta la expresión de su rostro, una expresión de inquieta ternura. Subió la escalera y abrazó a su hermana.

—¿No recibisteis una carta mía?— preguntó.

Sin esperar una respuesta que no habría obtenido, porque la princesa María era incapaz de hablar, volvió sobre sus pasos y, junto con el médico alemán, que había entrado detrás de él (se habían encontrado en la última estación), siguió adelante con paso rápido y abrazó de nuevo a su hermana.

—¡Qué destino, Masha querida!— dijo.

Y quitándose el abrigo y las botas entró en la habitación de la princesa Lisa.

IX

Lisa, con una cofia blanca, estaba recostada entre almohadones. (Hacía un momento que habían cesado los dolores.) Varios mechones de cabellos negros se rizaban en torno a sus mejillas sudorosas y encendidas. Abría un poco su pequeña boca, de labio sombreado, y sonreía alegremente. El príncipe Andréi entró en la estancia y se detuvo delante de su mujer, al pie del diván donde ella estaba. Los ojos brillantes de Lisa, que miraban con temor y emoción, como los de un niño, se detuvieron en él sin cambiar de expresión. “Os amo a todos y no hice mal a nadie. ¿Por qué sufro? Ayudadme”, parecía decir. Veía a su marido, pero sin comprender su presencia.

El príncipe Andréi dio la vuelta al diván para besarla en la frente.

—¡Alma mía!— dijo (palabras cariñosas que nunca le había dicho). —Dios es misericordioso…

Ella lo miró con reproche infantil, como preguntando.

“Esperaba ayuda de ti. Pero… nada… nada… ni siquiera de ti”, parecía decirle con sus ojos. No se mostraba asombrada por su regreso. No comprendía que hubiera vuelto. Su llegada no tenía relación alguna con sus sufrimientos ni con su alivio.

Los dolores volvieron. María Bogdánovna aconsejó al príncipe Andréi que saliera de la habitación. Entró el médico.

El príncipe Andréi salió y se acercó de nuevo a su hermana. Ambos se pusieron a hablar en voz baja; pero a cada momento interrumpían la conversación: esperaban y aguzaban el oído.

—Allez, mon ami— dijo la princesa María.

El príncipe Andréi se acercó de nuevo a la habitación de su mujer; se puso a esperar en una salita pequeña donde tomó asiento. Una mujer salió de allí con rostro demudado y se paró confusa al verlo. El príncipe escondió la cara entre las manos y permaneció así durante algunos minutos. A través de la puerta llegaban gritos desgarradores y quejidos lastimeros de animal indefenso. Se levantó; se acercó a la puerta y quiso abrirla. Alguien se lo impidió.

—No se puede, no se puede— dijo una voz atemorizada desde la habitación.

El príncipe empezó a pasear por la sala. Los gritos cesaron. Pasaron algunos segundos. De pronto resonó en la habitación vecina un grito terrible —no era suyo, ella no podía gritar así.

El príncipe corrió a la puerta. El grito cesó y se oyeron los vagidos de un niño.

“¿Por qué han traído aquí a un niño? —pensó el príncipe Andréi en el primer instante—. ¿Un niño? Pero ¿cuál?… ¿Es que ya ha nacido?”

Y de pronto comprendió todo el jubiloso sentido de aquel grito. Las lágrimas lo sofocaron. Se apoyó en el alféizar de la ventana y rompió en sollozos; lloró como lloran los niños. Se abrió la puerta. De la habitación salió el médico, con la camisa remangada, pálido, tembloroso. El príncipe Andréi se volvió a él. El médico lo miró turbado y, sin decir palabra, pasó de largo. Después salió una mujer. Al darse cuenta de la presencia del príncipe se detuvo, perpleja, en el umbral de la puerta. El príncipe Andréi entró en la habitación de su mujer: estaba muerta. Yacía echada, como la viera cinco minutos antes, y en su rostro infantil, con el pequeño labio levantado, aparecía la misma expresión, a pesar de la inmovilidad de los ojos y la palidez de las mejillas.

“Os amo a todos y no hice mal a nadie… ¿qué me hacéis a mí?”, parecía decir aquel bello rostro infantil sin vida. En un rincón de la habitación chillaba y gimoteaba un diminuto ser rojizo, al que sostenían las manos blancas y temblorosas de María Bogdánovna.

Dos horas después, el príncipe Andréi entraba con paso lento en el despacho de su padre. El anciano ya lo sabía todo. Se mantenía erguido, cerca de la puerta, y en cuanto ésta se abrió, en silencio, con manos seniles y duras como tenazas, se echó al cuello de su hijo y rompió a llorar como un niño.

A los tres días se celebraron las exequias de la pequeña princesa, y el príncipe Andréi subió las gradas del catafalco para darle su último adiós. En el féretro, a pesar de los ojos cerrados, aquel mismo rostro decía aún: "Oh, ¿qué habéis hecho conmigo?". Y el príncipe Andréi sintió que algo se desgarraba en su alma y que era culpable de una falta que jamás podría reparar ni olvidar. No podía llorar. También el viejo príncipe subió al féretro y besó una de las pequeñas y frías manos de cera, que reposaba tranquila en lo alto, una sobre la otra. También a él pareció decirle el rostro: "¿Qué y por qué habéis hecho esto conmigo?". Y al darse cuenta de aquella expresión, el viejo Bolkonski se apartó enojado.

Cinco días después era bautizado el joven príncipe Nikolái Andréievich. La niñera sujetó los pañales con la barbilla mientras el sacerdote ungía con una pequeña pluma de oca las diminutas palmas rojizas y arrugadas de las manos y pies del recién nacido. El abuelo —el padrino del pequeño—, temeroso de que se le cayera, dio con él la vuelta a la pila abollada de hierro y lo entregó en seguida a la princesa María, que era la madrina. El príncipe Andréi, temblando de que pudieran ahogar al niño, esperaba sentado en otra sala a que concluyera la ceremonia. Cuando la niñera le llevó al niño, lo miró sonriente y movió la cabeza en señal de aprobación al escuchar que el pedacito de cera con cabellos del recién nacido había flotado sin hundirse en el agua de la pila.

X

La participación del joven Rostov en el duelo de Dólojov y Bezújov no tuvo trascendencia gracias a los esfuerzos del viejo conde Rostov; en vez de ser degradado, como él esperaba, fue nombrado ayudante del general gobernador de Moscú. Por esa razón no pudo salir al campo con su familia y tuvo que permanecer todo el verano en Moscú, en su nuevo cargo. Dólojov se restableció y Rostov estrechó más aún los lazos de amistad que los unían. Dólojov permaneció, durante su curación, en casa de su madre, que lo amaba tierna y apasionadamente. La anciana María Ivánovna, que había tomado cariño a Rostov porque era amigo de Fedia, le hablaba con frecuencia del hijo.

—Sí, conde, es demasiado puro y noble para este mundo de hoy, tan depravado— decía. —Nadie ama la virtud, a todos les molesta. Dígame, ¿le parece justo y honesto lo que hizo Bezújov? Fedia, con su noble carácter, lo quería como a un amigo, y aún ahora no dice nada malo de él. La broma que gastaron al guardia de San Petersburgo la hicieron juntos, ¿no? Pues ya lo ve: Bezújov no sufrió castigo alguno y Fedia cargó con todo. ¡Cuánto sufrió! Verdad es que lo han rehabilitado, ¿pero cómo no iban a hacerlo? No creo que hubiera muchos allí tan valerosos como él y tan leales hijos de la patria. ¡Y ahora ese duelo! ¿Es que esa gente tiene sentido del honor? ¡Provocarlo, sabiendo que es hijo único, y disparar tan directamente! Por fortuna Dios tuvo piedad de nosotros. ¿Quién no tiene hoy día sus aventurillas? ¿Qué hacer si es tan celoso? Podía haberlo dado a entender, porque la cosa venía de largo. Además, provocó a Fedia pensando que no se batiría porque le debía dinero. ¡Qué bajeza! ¡Qué infamia! Ya sé que usted comprende a Fedia, querido conde. Por eso lo amo con toda mi alma,

créame. Hay pocas personas que lo comprendan. ¡Es un alma tan grande, tan elevada!

Muchas veces, durante la convalecencia, el mismo Dólojov decía cosas que Rostov no habría esperado nunca de él.

—Me consideran un malvado, lo sé— decía. —No me importa; sólo deseo conocer a los que aprecio; los quiero tanto que por ellos daría mi vida. A los demás, los aniquilaría a todos si se me cruzaran en el camino. Tengo una madre a la que adoro, como ella no hay otra, y dos o tres amigos; uno de ellos tú. De los demás, sólo me fijo en los que pueden serme útiles o perjudiciales. Y casi todos son nocivos, sobre todo las mujeres. Sí, amigo mío, he conocido hombres de buen corazón, de sentimientos nobles; pero nunca he conocido a una mujer que no se venda, ya sea condesa o criada. No he hallado aún esa pureza celestial, esa devoción que busco en la mujer. Si la encontrara, daría mi vida por ella. En cuanto a las demás…— hizo un gesto de desprecio. —Créeme: si estimo aún la vida es sólo porque espero encontrar a esa criatura divina que me purifique, me regenere y me eleve. Pero tú no lo comprendes.

—Te comprendo bien, muy bien— replicó Rostov, que estaba bajo la influencia de su nuevo amigo.

En otoño, la familia Rostov regresó a Moscú. Denísov, que había vuelto a principios del invierno, se hospedó en su casa. Los primeros meses invernales de 1806, que Rostov pasó en Moscú, fueron los más felices y alegres para él y toda su familia. Nikolái traía a muchos amigos suyos a la casa de sus padres. Vera era una bella muchacha de veinte años; Sonia, a los dieciséis, ofrecía todo el encanto del capullo que se convierte en flor. Natasha, ni mujer ni niña, a veces era traviesa y divertida como una criatura de poca edad y otras, seductora como una joven.

En aquella época, la casa de los Rostov estaba saturada de una atmósfera de amor, como ocurre en los hogares donde hay muchachas muy bonitas y muy jóvenes. Cada joven que entraba en la casa de los Rostov, al contemplar aquellos rostros frescos y abiertos a todas las emociones, que sonreían posiblemente a la propia felicidad, al oír la charla deshilvanada,

pero siempre afectuosa, dispuesta y esperanzada, escuchando aquella mezcolanza de sonidos, bien de canto o de música, experimentaba el mismo sentimiento de predisposición para el amor y la dicha que animaba a todas las muchachas de la casa.

Entre los jóvenes a quienes Rostov llevó a su casa, uno de los primeros fue Dólojov, que agradó a toda la familia menos a Natasha. A causa de él estuvo a punto de reñir con su hermano. Natasha insistía en que Dólojov no era bueno y que, en el duelo con Bezújov, Pierre había tenido razón sobrada y Dólojov era culpable, además de antipático y afectado.

—No tengo nada que comprender— gritaba Natasha caprichosa y obstinada: —es malo, no tiene corazón. A Denísov sí que lo quiero, es un juerguista y todo lo que quieras. Ya ves que comprendo. Pero no sé cómo decírtelo: en Dólojov todo es calculado y no me gusta; en cambio Denísov…

—Denísov es otra cosa— replicó Nikolái, dando a entender que, en comparación con Dólojov, Denísov no era nada. —Hay que comprender el alma de Dólojov. ¡Hay que verlo con su madre! ¡Qué corazón tiene!

—De eso no sé nada. Sólo sé que en su presencia me siento violenta. ¿Y sabes que se ha enamorado de Sonia?

—¡Qué tontería!

—Estoy segura. Ya lo verás.

La predicción de Natasha se cumplió. Dólojov, a quien no gustaba la compañía femenina, comenzó a frecuentar la casa de los Rostov, y la pregunta de por quién iba quedó pronto resuelta, aun cuando nadie hablara de ello. Iba por Sonia. Y Sonia lo sabía, aunque no se atreviera a decirlo; siempre que llegaba Dólojov se ponía roja como una amapola.

Dólojov comía frecuentemente con los Rostov; acudía a todos los espectáculos donde ellos iban y asistía a los bailes de adolescentes de Joguel, a los que no faltaban nunca los Rostov. Mostraba una especial atención por Sonia y la miraba de tal manera que no sólo ella era incapaz de sostener esa mirada sin ruborizarse, sino que también la vieja condesa y Natasha enrojecían al verla.

Era evidente que ese hombre fuerte y extraño se hallaba bajo la invencible fascinación de aquella muchacha morena y graciosa, que amaba

a otro.

Rostov advertía algo nuevo entre Dólojov y Sonia, pero no llegaba a definir cómo eran esas nuevas relaciones. “Todos allí andan enamorados de alguien”, pensaba de Natasha y Sonia; no se sentía tan a sus anchas, como antes, con Sonia y Dólojov, por lo que rara vez se quedaba en casa.

En el otoño de 1806 se volvió a hablar, con mayor intensidad que el año precedente, de la guerra contra Napoleón. No sólo se había decidido la incorporación de diez reclutas por cada mil campesinos, sino que se llamaba todavía a otros nueve por cada millar de milicianos. En todas partes se maldecía a Bonaparte, y en Moscú no se hablaba más que de la próxima guerra. Para la familia Rostov todo el interés de esos preparativos bélicos se resumía en que Nikolái no quería, en manera alguna, quedarse en Moscú y no esperaba más que el término de la licencia de Denísov para después de las fiestas volverse con él a su regimiento. Pero su próxima partida no sólo no le impedía divertirse, sino que lo animaba más a hacerlo. Se pasaba la mayor parte del tiempo fuera de casa, en cenas, veladas y bailes.

XI

Al tercer día de las fiestas de Navidad, Nikolái comía en casa, lo que en los últimos tiempos sucedía rara vez. Era la comida oficial de despedida, puesto que él y Denísov se iban después de la Epifanía. Se habían reunido unas veinte personas, entre las cuales estaban Dólojov y Denísov.

Aquella atmósfera amorosa nunca se había sentido con tanta intensidad en casa de los Rostov como en esos días de fiesta: “¡Goza de estos momentos de felicidad, trata de que te amen, ama! No hay más verdad que ésa en el mundo, lo demás no cuenta. ¡Aquí sólo nos ocupamos de eso!”, parecía decir el ambiente de la casa.

Nikolái, agotando como siempre dos parejas de caballos sin conseguir llegar a todas las fiestas a que lo invitaban ni hacer todas las visitas necesarias, regresó a su casa en el momento mismo de la cena. Al entrar se dio cuenta de la tensión en la atmósfera amorosa de la casa. Y también de la extraña turbación de algunos de los presentes. Sonia, Dólojov, la condesa y la misma Natasha estaban particularmente confusos. Nikolái comprendió en seguida que algo había ocurrido entre Sonia y Dólojov y, con su habitual delicadeza, los trató con especial afecto y tacto. Aquella misma noche había en casa de Joguel —el maestro de baile— una de las fiestas que él organizaba en esos días para sus alumnos de ambos sexos.

—Nikóleñka, ¿vienes a casa de Joguel? Ven, te ha invitado especialmente; también va Denísov— dijo Natasha.

—¿Adónde no iría yo si me lo ordenara la condesa?— bromeó Denísov, que hacía ahora de caballero de Natasha. —Estoy dispuesto a bailar hasta el pas de châle.

—Si tengo tiempo… Me comprometí con los Arjárov, que dan una velada— dijo Nikolái. —¿Y tú?— preguntó a Dólojov. Apenas hubo pronunciado esas palabras comprendió que eran inoportunas.

—Sí, quizá…— replicó fríamente y de mal humor Dólojov, volviendo sus ojos hacia Sonia; después, frunciendo el ceño, miró a Nikolái lo mismo que había mirado a Pierre en el banquete del club.

“Algo ha sucedido”, pensó Rostov. Y su recelo pareció confirmarse al ver que Dólojov se retiraba inmediatamente después de terminada la cena. Llamó a Natasha y le preguntó qué había sucedido.

—Te andaba buscando— y Natasha se acercó corriendo a él. —Ya te lo dije y tú no querías creerme— añadió con aire triunfal. —Se ha declarado a Sonia.

A pesar de que Nikolái se había preocupado muy poco de Sonia en aquel tiempo, sintió un desgarrón íntimo al escuchar las palabras de su hermana. Dólojov era un partido aceptable y hasta cierto punto brillante para Sonia, huérfana y sin dote. Desde el punto de vista de la condesa y de la sociedad, no había motivos para no aceptar. Por eso, al oír a Natasha, el primer movimiento de Nikolái fue de cólera contra Sonia. Iba a decir: “Perfecto, hay que olvidar las promesas infantiles y aceptar la petición de mano…”. Pero Natasha no le dio tiempo a decirlo:

—¡Y figúrate! Lo ha rechazado— dijo. —Le ha dicho que ama a otro— agregó después de una pausa.

“Mi Sonia, no podía proceder de otro modo”, pensó Nikolái.

—Mamá ha insistido y le ha suplicado mucho, pero Sonia se niega y sé que no cambiará cuando dice una cosa…

—¿Mamá se lo ha pedido?— dijo Nikolái con reproche.

—Sí— repuso Natasha; —no te enfades, Nikolái. ¿Sabes?, yo creo que no te casarás con Sonia. No sé por qué, pero estoy segura de que no te casarás con ella.

—Tú no puedes saberlo— dijo Nikolái. —Pero tengo que hablar con ella… ¡Qué criatura tan deliciosa es Sonia!— agregó sonriendo.

—Es un encanto… Te la enviaré— Natasha besó a su hermano y salió corriendo.

Un poco después, amedrentada, confusa, como sintiéndose culpable, entró Sonia. Rostov se acercó y le besó la mano. Era la primera vez desde su llegada que se hablaban a solas y de su amor.

—Sophie— dijo tímidamente al principio; después se sintió más seguro: —¿Va a rechazar un partido brillante y ventajoso? Dólojov es un hombre excelente, noble… es amigo mío…

—Ya lo he rechazado— interrumpió vivamente Sonia.

—Si lo hace por mi causa, tengo miedo de que…

—Nikolái, no me lo diga— interrumpió de nuevo Sonia, mirándolo con suplicante angustia.

—No. Debo decirlo. Quizá sea suffisance por mi parte, pero es mejor decirlo. Si lo ha rechazado por mí, es necesario que le diga toda la verdad. La amo… la amo, creo que más que a nadie…

—Eso me basta— dijo Sonia sonrojándose.

—Pero me he enamorado miles de veces y volveré a estarlo, aunque ninguna otra me ha inspirado este sentimiento de amistad, de confianza y de amor como usted. Además, soy joven. Mamá no quiere nuestro matrimonio. En una palabra, no puedo prometerle nada y le pido que reflexione con respecto a la petición de Dólojov— concluyó, pronunciando con esfuerzo el nombre de su amigo.

—No me diga eso. No quiero nada. Lo amo como a un hermano; lo amaré siempre y no deseo otra cosa.

—¡Es usted un ángel! No soy digno de usted, y sólo tengo miedo de engañarla.

Y Nikolái le besó de nuevo la mano.

XII

Los bailes de Joguel tenían fama de ser los mejores de Moscú. Así lo aseguraban las madres que se sentaban a contemplar los pasos que sus adolescentes acababan de aprender. Lo decían los mismos *adolescents*, que bailaban hasta no poder más, igual que los jóvenes algo mayores que se acercaban allí con cierto aire de condescendencia y acababan por divertirse más que en ningún otro sitio. Aquel año, en los bailes de Joguel se habían arreglado dos matrimonios: las dos bellas princesas Gorchakov habían conocido allí a sus novios, lo que realzó aún más el prestigio de aquellas fiestas. Tenían éstas un rasgo especial: allí no había dueña ni dueño de la casa; no había más que el bondadoso Joguel, que volaba como una pluma y hacía reverencias de acuerdo con todas las reglas del arte, y recibía vales de entrada de todos sus alumnos. Otra condición era que en esos bailes participaban tan sólo aquellos que deseaban bailar y divertirse, como lo quieren las muchachitas de trece y catorce años que por primera vez visten de largo. Todas, con muy raras excepciones, eran bonitas o al menos lo parecían: tal era el entusiasmo de su sonrisa y la felicidad que les brillaba en los ojos. A veces, los alumnos más aventajados llegaban a bailar el *pas de châle*. Eso hacía Natasha, la mejor de todas, que se distinguía por su gracia. Pero en esta última fiesta no se danzaban más que escocesas, inglesas y la mazurca, hacía poco puesta de moda. Joguel había alquilado una sala en casa de Bezújov y, a decir de todos, la fiesta fue un éxito. Había jóvenes muy bellas, y las señoritas Rostov estaban entre ellas. Ambas irradiaban felicidad y alegría. Sonia, orgullosa por la declaración de Dólojov, por su negativa y por la explicación que había tenido con Nikolái,

había comenzado a bailar ya en casa, sin dejar que la doncella terminara de peinarle las trenzas, y ahora estaba radiante de alegría.

No menos orgullosa se sentía Natasha, que por primera vez vestía de largo y participaba en un baile verdadero, lo que la hacía más feliz aún. Ambas llevaban vestidos de muselina blanca, con cintas de color rosa.

Natasha se había sentido enamorada en cuanto entró en el baile. No estaba enamorada de nadie en particular, sino de todo a la vez: se enamoraba de aquel a quien miraba en un momento dado.

—¡Ah, qué bien!— decía a cada instante, acercándose a Sonia.

Nikolái y Denísov paseaban por las salas, mirando a los bailarines con ojos afectuosos y protectores.

—¡Es encantadora! ¡Será una belleza!— dijo Denísov.

—¿Quién?

—La condesa Natasha, ¡y cómo baila, qué gracia!— siguió poco después.

—Pero ¿de quién hablas?

—¡De tu hermana!— gritó Denísov malhumorado.

Rostov sonrió con ironía.

—Mon cher comte, vous êtes l'un de mes meilleurs écoliers, il faut que vous dansiez— dijo el diminuto Joguel acercándose a Nikolái. —Voyez combien de jolies demoiselles.[253]

Y se volvió con la misma súplica a Denísov, que también había sido su discípulo.

—Non, mon cher, je ferai tapisserie…[254]— dijo Denísov. —¿No recuerda, acaso, el poco provecho que sacaba de sus lecciones?…

—¡Oh, no!— lo consoló rápidamente Joguel. —No es que fuera muy atento, pero tenía aptitudes, tenía aptitudes.

Sonó una mazurca. Nikolái no pudo negarse y sacó a Sonia. Denísov se sentó junto a las damas y, apoyándose en el sable, llevaba el compás con el pie o divertía a las viejas señoras con sus historias, sin dejar de mirar a los bailarines. Joguel se lanzó el primero a través de la sala, llevando a Natasha, su orgullo y mejor alumna; se deslizaba suave y ligero con sus pequeños pies enfundados en zapatos muy escotados y ella, aunque intimidada, lo seguía con aplicación. Denísov no les quitaba ojo y golpeaba

el suelo con el sable, con un gesto que parecía decir: “Si hoy no bailo, es porque no quiero y no porque no pueda”. En medio de uno de los pasos llamó a Rostov, que bailaba cerca.

—Ni se parece— dijo. —Esto no es la mazurca polaca. Pero ella baila maravillosamente.

Nikolái, sabiendo que Denísov, en Polonia mismo, tenía fama por su maestría como bailarín de mazurca, se acercó corriendo a Natasha.

—Elige a Denísov— dijo a su hermana, —baila muy bien la mazurca. ¡Es un portento!

Cuando volvió su turno, se levantó y, taconeando con ligereza, atravesó tímidamente la sala hacia el rincón donde estaba Denísov. Notó que todos la miraban; Nikolái vio que Natasha y Denísov discutían sin dejar de sonreír. Se acercó a ellos.

—Se lo ruego, Vasili Dmítrich; sea bueno— decía Natasha.

—No, no… perdóneme, condesa— respondió Denísov.

—¡No te hagas de rogar, Vasia!— intervino Nikolái.

—¡Ni que fuera el gato Vasia!— bromeó Denísov.

—Cantaré para usted toda una tarde— le prometió Natasha.

—¡Ah, hechicera, hace de mí todo cuanto quiere!— dijo Denísov; y se quitó el sable.

Dejó su asiento, sorteó las sillas, asió fuertemente la mano de su dama y adelantó un pie, en espera del compás. Sólo a caballo y bailando la mazurca pasaba inadvertida la poca talla de Denísov y era el apuesto mozo que él mismo se imaginaba ser. En cuanto sonó la señal miró de lado a su pareja con aire triunfal y pícaro, dio un taconazo y, como una pelota elástica, pareció rebotar del pavimento y volar a lo largo del círculo, arrastrando a Natasha. Recorrió media sala sin ruido, deslizándose sobre un solo pie y sin ver, en apariencia, las sillas que tenía delante. Se habría dicho que iba directamente hacia ellas. De pronto se detuvo, hizo sonar las espuelas, se apoyó en los tacones y permaneció inmóvil un instante, silencio que rompió dando taconazos con sonar de espuelas y golpeando una pierna con la otra. Giraba velozmente y volvía a volar en círculos. Natasha adivinaba los propósitos de su pareja y, aun sin saber cómo, lo seguía dejándose llevar. Unas veces la obligaba a girar rápidamente, sosteniéndola ya con la mano

derecha, ya con la izquierda; otras veces se arrodillaba delante de ella y la hacía dar vueltas alrededor de sí para levantarse inmediatamente y seguir bailando con la misma rapidez que si tuviera la intención de recorrer todas las salas sin respirar; pero volvía a detenerse haciendo cada vez nuevas figuras. Después de hacer girar ágilmente a su dama delante del sitio donde estuvo sentada antes, hizo resonar las espuelas y se inclinó ante ella, Natasha casi no pudo hacer la reverencia. Asombrada, fijos en él los ojos sonrientes, parecía no reconocerlo.

—¿Cómo es posible?— dijo.

Aun cuando Joguel no quisiera admitir que aquélla fuese la verdadera mazurca, todos se mostraban entusiasmados por el baile de Denísov y lo elegían a cada momento; los viejos, sonriendo, hablaron de Polonia y de los buenos tiempos pasados. Denísov, encendido el rostro por el esfuerzo del baile y limpiándose con el pañuelo, se sentó junto a Natasha y durante toda la tarde no se separó de ella.

XIII

Durante los dos días siguientes Rostov no vio a Dólojov en su casa ni lo encontró en la de su madre. Al tercer día recibió esta nota:

“Como no tengo intención de volver a tu casa por las causas que ya sabes y debo incorporarme al regimiento, te ruego que vengas esta noche al hotel Inglaterra, donde doy una cena de despedida a mis amigos.”

A las diez de la noche, después del teatro, donde había ido con los suyos y con Denísov, Nikolái se dirigió al hotel Inglaterra. En seguida lo hicieron pasar a la mejor sala del hotel, reservada aquella noche por Dólojov.

Una veintena de personas se agolpaban en torno a una mesa; Dólojov, entre dos candelabros, tenía la banca. Sobre la mesa había monedas de oro y billetes de banco. Después de la negativa de Sonia, Nikolái no había visto a su amigo y se sentía embarazado al pensar en ese encuentro.

La mirada fría y clara de Dólojov sorprendió a Rostov junto a la puerta. Se diría que lo esperaba hacía tiempo.

—Hace mucho que no nos vemos— dijo. —Te agradezco que hayas venido. Termino esta partida y en seguida vendrá Iliushka con su coro.

—Estuve en tu casa— dijo Rostov ruborizándose.

Dólojov no respondió.

—Puedes jugar, si quieres— dijo después.

En aquel momento recordó Rostov una extraña conversación tenida con Dólojov. “Sólo los tontos pueden jugar al azar”, había dicho entonces. —¿O es que tienes miedo de jugar conmigo?— preguntó ahora Dólojov, como adivinando el pensamiento de Nikolái, y sonrió.

Aquella sonrisa hizo comprender a Rostov que el estado de ánimo de su amigo era el mismo que tenía en el banquete del Club Inglés cuando, harto

de la vida cotidiana, sentía la necesidad de hacer algo extraño, la mayoría de las veces cruel.

Rostov se sintió violento; buscaba, sin encontrarla, una broma que contestara a las palabras de Dólojov. Pero antes de que lo hubiese conseguido, Dólojov, mirándolo fijamente, dijo en voz alta, de manera que todos lo oyesen:

—¿Te acuerdas? Una vez hablamos del juego… Sólo los imbéciles juegan al azar. Hay que jugar con seguridad y yo quiero probarlo.

"¿Probar al azar o sobre seguro?", pensó Rostov.

—Es mejor que tú no juegues. ¡Banca, señores!— añadió barajando los naipes.

Puso el dinero a un lado y se dispuso a tallar. Rostov tomó asiento junto a él, sin jugar. Dólojov lo miraba.

—¿Por qué no juegas?— preguntó.

Nikolái, extrañamente, sintió la necesidad de tomar una carta, apostar una suma insignificante y comenzar el juego.

—No traigo dinero.

—Me fío.

Rostov apostó cinco rublos a una carta y perdió. Apostó la segunda vez y perdió de nuevo. Dólojov le ganó diez veces seguidas.

—Señores— dijo después de haber tallado varias veces, —les ruego que pongan el dinero sobre las cartas, porque, si no, puedo equivocarme en las cuentas.

Uno de los jugadores respondió que podía fiarse de él.

—Sí, puedo fiarme; pero temo confundirme. Les ruego que pongan el dinero sobre las cartas— insistió Dólojov. —Tú no te preocupes; ya arreglaremos cuentas— añadió volviéndose a Rostov.

El juego prosiguió. Los camareros no cesaban de servir champaña.

Rostov perdía una postura tras otra; ya eran ochocientos los rublos anotados en su cuenta. Había apostado los ochocientos a una carta, pero mientras les servían el champaña reflexionó y volvió a los veinte de antes.

—Déjalo en ochocientos; te desquitarás antes— dijo Dólojov, aunque parecía que no miraba a Rostov. —Hago que los demás ganen y tú no haces más que perder. ¿O es que tienes miedo de jugar conmigo?— repitió.

Rostov obedeció; dejó los ochocientos rublos que había apuntado y apostó al siete de corazones con un ángulo roto que había levantado del suelo. Después, lo había de recordar muy bien. Puso el siete de corazones, escribió encima “ochocientos” con un trazo de tiza, con cifras redondas y derechas; bebió una copa de champaña, ya tibio, sonrió a las palabras de Dólojov y, con el corazón agitado, puso sus ojos en las manos de Dólojov, que sostenía la baraja, en espera del siete. Que ganara o perdiera con ese siete de corazones era importantísimo para Rostov. El domingo anterior, el conde Iliá Andréievich le había dado dos mil rublos y, aunque no le gustaba hablar de dificultades económicas, le dijo que aquélla era la última suma que podía darle hasta mayo, de manera que, por esta vez, le pedía que fuera más moderado en sus gastos. Nikolái había contestado que aquella cantidad era más que suficiente y le daba palabra de no pedir más hasta la primavera. De esa suma no le quedaban más que mil doscientos rublos, de modo que no sólo la pérdida de mil seiscientos rublos, sino la necesidad de faltar a la palabra dada, dependían del siete de corazones. Con el corazón oprimido miraba las manos de Dólojov y pensaba: “Bueno, dame en seguida ese siete y podré marcharme a casa a cenar con Denísov, Natasha y Sonia, y no volveré jamás a tocar una sola carta”. En aquel momento, su vida de familia, las bromas con Petia, las conversaciones con Sonia, los dúos con Natasha, las partidas con su padre y hasta el lecho tranquilo de la calle Povárskaia se le presentaban con la misma fuerza, con idéntica claridad y encanto que si fueran una dicha perdida y no estimada. No podía admitir que un estúpido azar, haciendo caer el siete a la derecha y no a la izquierda, pudiera privarlo de esa felicidad, ahora comprendida y valorada, arrojándolo en el abismo de una desgracia nunca sentida y todavía vaga. Eso no era posible, pero seguía mirando con el corazón oprimido el movimiento de las manos de Dólojov. Esas manos anchas, rojizas, con vello que se veía debajo de la camisa, colocaron la baraja en la mesa, tomaron la copa y la pipa que les ofrecían.

—¿O es que tienes miedo de jugar conmigo?— repitió Dólojov y, como si se dispusiera a contar una historia entretenida, puso de nuevo las cartas en la mesa, se recostó en el respaldo de la silla y empezó a decir despacio y

sonriendo: —Pues, sí, señores, he oído que en Moscú se dice que hago trampas en el juego; les aconsejo prudencia conmigo.

—¡Bueno! ¡Empieza de una vez!— dijo Rostov.

—¡Oh! ¡Esas comadres moscovitas!— siguió diciendo Dólojov con una sonrisa y tomó las cartas.

Rostov ahogó una exclamación y se llevó las manos a la cabeza. El siete que necesitaba había salido en puerta, la primera carta de la baraja. Acababa de perder más de lo que podía pagar.

—Pero no te obceques— dijo Dólojov, mirándolo de paso mientras seguía tallando.

XIV

Hora y media más tarde, la mayoría de los jugadores ya no tomaban en serio su propio juego.

Todo el interés estaba concentrado en Rostov. Una larga columna de cifras había sustituido en su cuenta a los mil seiscientos rublos de antes. Nikolái había contado hasta diez mil, pero suponía vagamente que la cifra debía de remontarse ya a quince mil rublos. En realidad, pasaba de veinte mil. Dólojov no escuchaba ya a nadie ni contaba historias; seguía cada movimiento de las manos de Rostov y, de vez en cuando, recorría con la vista los números consignados. Tenía el propósito de seguir el juego hasta alcanzar los cuarenta y tres mil rublos; había escogido esa cifra porque los años de Sonia y los suyos sumaban en total cuarenta y tres. Rostov, con la cabeza apoyada en las manos, permanecía sentado ante la mesa llena de anotaciones, naipes y manchada de vino. No podía librarse de la torturada visión de aquellas manos, en cuyo poder estaba, esas manos rojizas, de huesos anchos, con el vello que asomaba por debajo de la camisa, las manos que amaba y odiaba.

“Seiscientos rublos… el as… el nueve… ¡imposible recuperar lo perdido!… ¡Con lo bien que estaría en casa!… La sota… ¡No puede ser!… ¿Por qué me hace esto?”, pensaba y recordaba Rostov. Unas veces anotaba una suma elevada, pero Dólojov se negaba a jugar e indicaba por sí mismo la cuantía de la apuesta. Nikolái obedecía y rogaba a Dios lo mismo que en el campo de batalla del puente de Amstetten; o imaginaba que la primera carta que le cayera en suerte de las caídas y dobladas en el suelo debajo de la mesa sería su salvación; o contaba los galones de su guerrera e intentaba apuntar la misma cifra; o bien, pidiendo ayuda, miraba a los demás

jugadores o al rostro ahora frío de Dólojov, tratando de comprender a su amigo.

“¡Él sabe bien lo que significa para mí esto! ¿Es que desea perderme? Era mi amigo. Lo quería… Pero tampoco él tiene la culpa. ¿Qué va a hacer si la suerte lo favorece? Tampoco yo tengo la culpa… No hice nada malo. ¿He matado a alguien? ¿He ofendido, he deseado mal a alguno?… ¿Por qué esta desgracia terrible? ¿Cuándo ha empezado? Hace tan poco aún me acercaba a esta mesa con la idea de ganar cien rublos para comprar a mamá aquel estuche por su cumpleaños y después volverme a casa. ¡Era tan feliz, tan libre, tan alegre! ¡No comprendía entonces lo feliz que era! ¿Cuándo acabó todo y cuándo comenzó esta situación nueva y terrible? ¿Cómo ha sido? Estaba en este mismo lugar, al lado de la mesa, pedía cartas, las colocaba sin dejar de mirar esas manos huesudas y hábiles. ¿Cuándo sucedió, y qué sucedió? Estoy lleno de salud, soy fuerte y sigo en el mismo sitio. ¡No, no es posible! Probablemente todo acabará en nada.”

Estaba colorado y sudoroso, aunque en la sala no hacía calor. Su rostro impresionaba y daba pena, sobre todo por su vano empeño en parecer tranquilo.

La suma escrita llegó al número fatal de cuarenta y tres mil. Rostov preparaba ya la carta que iba a jugar sobre los tres mil rublos que le ponían en juego cuando Dólojov, golpeando la mesa con la baraja, la dejó a un lado y comenzó rápidamente, con su escritura clara y enérgica, rompiendo la tiza, a sumar las pérdidas de Rostov.

—¡A cenar! ¡Es hora de cenar! ¡Ya están ahí los zíngaros!

En efecto, en aquel momento entraban hombres y mujeres de tez morena, que hablaban con acento zíngaro. Nikolái comprendió que todo estaba perdido.

—¿Qué, no sigues?— preguntó fingiendo indiferencia. Tenía preparada una buena carta…— como si el placer del juego fuera para él lo más interesante.

“Se acabó todo. Estoy perdido —pensó—. Ahora no me queda más que una bala en la cabeza.” Y al mismo tiempo decía alegremente:

—¿Una carta más?

—Bueno— respondió Dólojov, terminando su cuenta. —Va por veintiún rublos— añadió, señalando la cifra que igualaba los cuarenta y tres mil. Y tomando la baraja, se dispuso a tallar.

Rostov, que había apuntado seis mil, escribió “veintiuno” con mucho esmero.

—Da lo mismo— dijo. —Sólo me interesa saber si pierdo o gano con este diez.

Dólojov empezó a tallar con seriedad. ¡Oh, cómo odiaba Rostov esas manos rojizas, de dedos cortos y peludas muñecas que lo mantenían en su poder!… El diez fue para él.

—Me debe cuarenta y tres mil rublos, conde— dijo Dólojov; y, desperezándose, se levantó de la silla. —Se cansa uno de estar tanto tiempo sentado.

—También yo estoy cansado— dijo Rostov.

Dólojov, como para recordarle que las bromas no eran oportunas, lo interrumpió:

—¿Cuándo podrá pagarme, conde?

Rostov enrojeció y pidió a Dólojov que lo acompañara a otra sala.

—No puedo darte todo de una vez. ¿Aceptarás un pagaré?— le dijo.

—Escucha, Rostov— le replicó Dólojov sonriendo y sin dejar de mirarlo a los ojos, —conoces el proverbio: “Afortunado en amores, desgraciado en el juego”. Tu prima está enamorada de ti. Lo sé.

“¡Es terrible encontrarse en manos de este hombre!”, pensó Rostov. Comprendía perfectamente el dolor de sus padres al conocer semejante deuda, comprendía qué felicidad sería la suya al verse libre de todo ello; sabía también que Dólojov podía evitarle esa vergüenza y ese dolor, pero prefería seguir jugando con él como el gato con el ratón.

—Tu prima…— empezó a decir Dólojov.

Pero Nikolái lo interrumpió:

—Mi prima nada tiene que ver con esto; nada tienes que decir de ella— gritó furioso.

—Entonces, ¿cuándo podré cobrar?

—Mañana— respondió Rostov. Y salió de la sala.

XV

Decir “mañana” y mantenerse digno no era difícil; pero volver solo a casa, ver a las hermanas, a los padres, confesarlo todo y pedir dinero al que no se tiene derecho, después de la palabra empeñada, era terrible.

En casa nadie dormía aún. Los jóvenes, después del teatro y de la cena, se habían sentado en la sala en torno al clavicordio. En cuanto entró Nikolái se vio envuelto por la atmósfera de amor y poesía que imperaba aquel invierno en la casa, y que ahora, después de la petición de Dólojov y el baile de Joguel, parecía haberse concentrado aún más sobre Natasha y Sonia como el aire antes de una tormenta. Las dos, con los vestidos azules que llevaron en el baile, graciosas y felices, sonreían junto al clavicordio. Vera y Shinshin jugaban al ajedrez en la sala; la vieja condesa, que esperaba al hijo y al marido, hacía un solitario, acompañada por una anciana dama, noble y pobre, que vivía con ellos. Denísov, con los ojos brillantes y el cabello en desorden, estaba al clavicordio con una pierna echada hacia atrás: sus cortos dedos golpeaban rítmicamente el teclado y, con los ojos entornados, voz ronca, pero entonada, cantaba unos versos, compuestos por él mismo, titulados “La hechicera”, a los que trataba de poner música.

Dime, hechicera, ¿qué fuerza me arrastra
hacia los abandonados acordes?
¿Qué fuego has encendido en mi pecho?
¿Qué entusiasmo se apodera de mí?

Cantaba con pasión, fijando en la asustada y feliz Natasha sus ojos negros como el azabache.

—¡Magnífico! ¡Precioso!— gritaba Natasha. —¡Otra estrofa! ¡Otra!— decía, sin advertir la llegada de Nikolái.

“Siempre están igual”, pensó Nikolái, mirando a la sala donde estaban Vera y su madre con la anciana señora.

—¡Ah, ya está aquí Nikóleñka!— Natasha corrió hacia él.

—¿Está papá en casa?— preguntó él.

—¡Qué alegría que hayas venido! ¡Estamos todos tan contentos!…— dijo Natasha sin contestarle. —Vasili Dmítrievich se queda un día más por mí, ¿sabes?

Sonia intervino:

—No, papá no ha venido todavía.

—¿Has llegado ya, Nikóleñka? ¡Ven, ven aquí, querido!— dijo desde la sala la condesa.

Nikolái se acercó a su madre, besó su mano y, sentándose en silencio a su lado, miró sus manos, que iban colocando las cartas. En la sala contigua se oían risas y voces alegres que animaban a Natasha para cantar.

—¡Bueno, bueno!— decía Denísov. —Ahora no puede negarse, tiene que cantar la barcarola, se lo ruego.

La condesa se volvió a su hijo, que permanecía en silencio.

—¿Qué te pasa?— preguntó.

—¡Oh, nada!— replicó Nikolái, como cansado de una pregunta demasiado repetida. —¿Volverá pronto papá?

—Lo supongo.

“Lo mismo, siempre lo mismo. Nada saben. ¿Adónde podría ir?”, se preguntó Rostov; y volvió a la sala del clavicordio.

Sonia tocaba el preludio de la barcarola preferida por Denísov. Natasha se disponía a cantar. Denísov la contemplaba con los ojos llenos de admiración.

Nikolái comenzó a pasear por la estancia.

“Buenas ganas de obligarla a cantar —pensó—. ¿Y qué puede cantar? Nada tiene eso de divertido.”

Sonia atacó el primer acorde del preludio.

“¡Dios mío! Estoy perdido, deshonrado… ¡La única solución es una bala en la cabeza y no cantar! ¿Y si me fuera?… Pero, ¿dónde? Da lo

mismo que canten.”

Sin dejar de caminar de un lado a otro, miraba distraídamente a Denísov y a las muchachas, evitando sus miradas.

“¿Qué le pasa, Nikóleñka?”, parecían preguntarle los ojos de Sonia, fijos en él. Al momento se había dado cuenta de que algo había sucedido.

Nikolái se volvió de espaldas.

También Natasha, intuitiva por naturaleza, había percibido de inmediato el estado de ánimo de su hermano. Lo había percibido, pero en aquel momento estaba tan contenta y feliz, tan alejada de toda tristeza, pena o reproche que se engañó conscientemente. “No, no debo turbar ahora mi felicidad preocupándome del dolor ajeno”, pensó. Y se dijo: “Quizá me equivoque. Tiene que estar tan contento como yo”.

—¡Empecemos, Sonia!— dijo en voz alta, y se colocó en medio de la sala, donde suponía que la oirían.

Con la cabeza erguida y los brazos abandonados, como una danzarina, Natasha, andando de puntillas, pasó con decisión hasta el centro de la sala, donde se detuvo.

“¡Así soy yo!”, parecía decir, contestando a las extasiadas miradas de Denísov.

“¿A qué viene tanta alegría?— pensó Nikolái mirando a su hermana. —¿Cómo no se aburre ni se avergüenza?” Natasha comenzó a cantar; su garganta se dilató, enderezó el pecho y sus ojos adquirieron una expresión seria. En ese instante no pensaba en nadie ni en nada; su voz brotaba de la boca sonriente en una cascada de sonidos que cualquiera puede repetir mil veces de la misma manera dejándonos indiferentes, pero que, de improviso, a la mil y una nos hacen estremecer y llorar.

Aquel invierno Natasha había comenzado a cantar seriamente, sobre todo porque a Denísov le entusiasmaba su voz. Ya no cantaba como una niña; ya no había en su canto la aplicación infantil y cómica de antes; pero aún no cantaba bien, según opinaban los entendidos que la escuchaban: “Una voz muy bella, pero no educada todavía, debe educarla”, decían. Mas lo decían, habitualmente, mucho después de que hubiera callado. Mientras sonaba la voz no educada, con aspiraciones a destiempo, compases forzados, los entendidos nada decían, limitándose a disfrutar de la voz no

educada y deseando escucharla de nuevo. Había en ella una pureza primitiva, la ignorancia de las propias posibilidades y un timbre aterciopelado, no cultivado, que se aliaba con los defectos en el arte de cantar aparentemente imposibles de corregir sin echarlo todo a perder.

"¿Qué pasa? —pensó Nikolái al oír la voz de su hermana, abriendo ampliamente los ojos—. ¿Qué le sucede? ¡Cómo canta hoy!". Y en un momento, el mundo pareció concentrarse para él en la espera de la nota siguiente, de la frase siguiente, todo en el mundo estaba dividido en tres tiempos: *"Oh mio crudele affetto"*, …uno dos, tres… *"Oh mio crudele affetto"*, uno, dos, tres… "Qué estúpida vida nuestra —pensó Nikolái—. La desgracia, el dinero, Dólojov, la ira, el honor… todo eso no es nada… La verdad es esto… ¡Bien, Natasha! ¡Bien, querida!… ¿Cómo dará este *sí*? Ya lo dio, ¡gracias a Dios! —y sin darse cuenta de que estaba cantando para reforzar el *sí*, entonó la segunda y la tercia de la nota alta—. ¡Dios mío, qué bien! ¿Será posible que yo lo haya conseguido? ¡Magnífico!"

¡Cómo vibró aquella tecla, despertando en el alma de Rostov lo mejor que había en ella! Era algo independiente y superior a todo cuanto existía en el mundo. ¿Qué importaban ahora las pérdidas en el juego, Dólojov y la palabra de honor?… Todo son pequeñeces. Se puede matar, se puede robar y seguir siendo igualmente feliz…

XVI

Hacía tiempo que la música no proporcionaba a Rostov un placer semejante. Pero apenas terminó Natasha su barcarola, recordó de nuevo la realidad. Sin decir nada salió de la sala y se retiró a su habitación. Un cuarto de hora después el viejo conde, alegre y satisfecho, volvía del club. Nikolái, que lo oyó entrar, fue a verlo.

—Qué, ¿te has divertido?— preguntó Iliá Andréievich, sonriendo alegre y orgulloso al ver a su hijo.

Nikolái quiso decir sí, que se había divertido mucho; pero no pudo. A punto estuvo de romper en sollozos. El conde encendía la pipa y no se dio cuenta del estado de su hijo. “¡Oh, es inevitable!”, pensó Nikolái, por primera y última vez. Y con el tono más indiferente, que a él mismo le resultó repulsivo, como si pidiera el coche para ir a alguna parte, dijo a su padre:

—Papá, he venido para hablar con usted y casi me olvido. Necesito dinero.

—¿De veras?— dijo el padre, que se hallaba particularmente alegre. —Ya te dije que no tendrías bastante. ¿Necesitas mucho?

—Mucho— dijo Nikolái ruborizándose con una sonrisa estúpida y desenvuelta que, después, durante mucho tiempo, no pudo perdonarse. —He perdido a las cartas algún dinero, es decir, mucho, muchísimo, cuarenta y tres mil rublos.

—¿Cómo? ¿A quién?… ¡Bromeas!— exclamó el conde. Su cuello y la nuca enrojecieron súbitamente, como suele ocurrir con los viejos.

—He prometido pagar mañana— añadió Nikolái.

—¡Ya!…— dijo el conde, abriendo los brazos y dejándose caer sin fuerzas en el diván.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Le puede ocurrir a cualquiera!— dijo Nikolái en tono desenvuelto, mientras en su interior se llamaba vil e infame, diciéndose que por nada del mundo podría perdonarse aquel crimen. Habría querido besar las manos de su padre, pedirle perdón de rodillas, y en vez de eso decía con desparpajo y hasta grosería que a cualquiera le puede ocurrir.

El conde Iliá Andréievich bajó los ojos al oír estas palabras de su hijo y, con prisa, como si buscara algo, dijo:

—Sí, sí, será difícil… me temo que será muy difícil reunir… ese dinero… a cualquiera le puede ocurrir— y, lanzando una furtiva mirada al rostro de su hijo, se dirigió a la puerta…

Nikolái estaba dispuesto a defenderse, esperaba reproches, pero no eso.

—¡Papaíto! ¡Papaíto!— gritó sollozando. —¡Perdóneme!

Y asiendo la mano de su padre, cuando él se disponía a salir, la apretó contra sus labios y rompió a llorar.

Mientras el padre hablaba con el hijo, una explicación no menos importante tenía lugar entre madre e hija. Natasha, emocionada, corrió en busca de su madre:

—¡Mamá!… ¡Mamá!… Se me ha…

—¿Qué?

—Declarado… ¡Se me ha declarado!

La condesa no podía creer lo que oía. Denísov se había declarado; pero ¿a quién? ¿A una niña, a Natasha, que hacía poco jugaba con las muñecas y seguía estudiando?

—Basta, Natasha, no digas tonterías— dijo la condesa, esperando que se tratara de una broma.

—Pues no son tonterías. Hablo en serio, mamá— replicó enfadada Natasha. —Vengo a preguntarle qué debo hacer, y usted me dice que son tonterías.

La condesa se encogió de hombros.

—Si es verdad que monsieur Denísov te ha pedido que seas su esposa, dile que es un idiota: eso es todo.

—¡No, no es un idiota!— replicó Natasha, ofendida y grave.

—Entonces, ¿qué quieres? Hoy día todas estáis enamoradas… Bueno, si te has enamorado, cásate con él. ¡Ve con Dios!— dijo riendo y enfadada la condesa.

—No, no, mamá; no estoy enamorada de él; no creo estarlo.

—Bueno, ve y díselo.

—Mamá, ¿está usted enfadada? No se enfade, cariño mío, ¿qué culpa tengo yo?

—¿Qué quieres entonces? ¿Que vaya yo y le conteste por ti?— sonrió la condesa.

—No, lo haré yo misma. Sólo quiero que me diga cómo. Para usted todo es fácil— respondió Natasha, sonriendo a su vez. —¡Si viera cómo me lo ha dicho! Ya sé que no quería hacerlo, que lo hizo en contra de su voluntad.

—Pero de todos modos hay que decírselo.

—No, no… ¡Me da tanta lástima! ¡Es tan simpático!

—Entonces, acepta; en efecto, ya es hora de que te cases— dijo enfadada y burlona la condesa.

—Eso no, mamá, pero me da mucha pena. No sé cómo decírselo.

—Tú no tienes nada que decir, le hablaré yo— concluyó la condesa, molesta de que alguien se hubiera atrevido tratar a la pequeña Natasha como a una persona mayor.

—No, de ninguna manera. Se lo diré yo misma, usted escuche detrás de la puerta— y corrió hacia la sala donde, sentado en la misma silla, junto al clavicordio, esperaba Denísov cubierto el rostro con las manos.

Al oír los leves pasos de la muchacha se puso en pie.

—Natasha, mi suerte está en sus manos. Decida— dijo acercándose rápidamente a ella.

—Vasili Dmítrievich, ¡me da usted tanta pena!… Es usted tan bueno… pero eso no, no… lo querré siempre, como lo quiero ahora.

Denísov se inclinó sobre su mano y Natasha oyó un ruido extraño, incomprensible para ella. Besó su cabeza de cabellos negros, enmarañados

y rizosos. En aquel instante se oyó el apresurado andar de la condesa y el susurro de su vestido.

—Vasili Dmítrievich, le agradezco el honor— dijo, acercándose a ellos, la condesa con voz confusa, que a Denísov pareció severa, —pero mi hija es muy joven y pensé que usted, siendo amigo de mi hijo, se dirigiría primero a mí; en ese caso, no me habría puesto en el trance de contestarle con una negativa.

—Condesa…— dijo Denísov con los ojos bajos y voz culpable. Quiso añadir algo, pero no lo consiguió.

Natasha no pudo permanecer tranquila al verlo tan abatido. Comenzó a sollozar ruidosamente.

—Condesa, me reconozco culpable— prosiguió Denísov con voz entrecortada. —Pero sepa que adoro tanto a su hija y a toda su familia, que daría dos vidas…— miró a la condesa, y al ver su rostro severo añadió: —Adiós, condesa.

Besó su mano y, sin volverse a Natasha, con pasos rápidos y decididos salió de la estancia.

Al día siguiente Rostov despedía a Denísov, que no quiso detenerse en Moscú ni un día más. Todos los amigos acudieron a despedirlo con una fiesta de zíngaros, y ni se dio cuenta de cómo lo llevaron al trineo y cómo recorrió el camino hasta la tercera posta.

Después de la marcha de Denísov, Rostov permaneció todavía dos semanas en Moscú, esperando el dinero que el viejo conde no pudo reunir antes; no salía de casa y pasaba casi todo el tiempo en la habitación de las jóvenes.

Sonia se mostraba con él más tierna y enamorada que nunca. Parecía querer demostrarle que su desgracia en el juego había sido un acto heroico y que eso aumentaba su amor. Pero ahora Nikolái se juzgaba indigno de ella.

Llenó de versos y notas de música los álbumes de las jóvenes, y sin despedirse de ninguna de sus amistades, una vez que hubo enviado los cuarenta y tres mil rublos a Dólojov y con el recibo en su poder, partió a fines de noviembre para alcanzar su regimiento, que ya estaba en Polonia.

Segunda parte

I

Después de la explicación con su mujer, Pierre partió para San Petersburgo. En la posta de Torzhok no había caballos o el maestro de postas no quiso dárselos. Pierre se vio obligado a esperar. Se echó vestido en un diván de cuero, ante una mesa redonda, apoyó en ella sus grandes pies, embutidos en altas botas forradas de piel, y quedó sumido en sus pensamientos.

—¿Desea el señor que traiga las maletas?— preguntó su ayuda de cámara. —¿Quiere que le prepare el lecho? ¿Que prepare té?

Pierre no le contestó, porque no veía ni oía nada. En la parada anterior había comenzado a pensar y continuaba sus reflexiones sobre cosas tan importantes que no prestaba atención alguna a cuanto sucedía en derredor. No sólo no le preocupaba llegar tarde o temprano a San Petersburgo y ni siquiera si en la estación de postas habría lugar para descansar. En comparación con sus graves problemas, le parecía indiferente permanecer unas horas o toda la vida en aquel lugar.

El maestro de postas, su mujer, su ayuda de cámara y una vendedora de bordados típicos entraron sucesivamente en la habitación, ofreciendo sus servicios. Pierre, con los pies encima de la mesa, los miraba a través de los lentes, sin comprender qué pretendían y cómo aquellas personas podían vivir sin resolver los problemas que a él lo preocupaban. Y lo preocupaban exactamente los mismos que lo habían atormentado, después del duelo en Sokólniki, cuando pasó la primera noche en un suplicio y sin conciliar el sueño, con la diferencia de que ahora, en la soledad del viaje, esos pensamientos se habían adueñado de él con fuerza extraordinaria. Aunque empezase a pensar en otras cosas, volvía siempre a los problemas que ni podía resolver ni dejar de plantearse, como si en su cabeza *se hubiera*

pasado de rosca el tornillo fundamental sobre el que descansaba toda su vida. Ese tornillo no avanzaba ni retrocedía, sino que giraba, giraba siempre sin apresar nada, en el mismo sitio, sin que nada ni nadie le impidiera girar.

El maestro de postas volvió y, humildemente, rogó a Su Excelencia que esperara sólo dos horas, tras lo cual, sucediera lo que sucediese, daría a Su Excelencia caballos del correo. Evidentemente el maestro de postas estaba mintiendo, con el deseo de sacar al viajero algún dinero de más. “¿Eso está bien o mal? —se preguntaba Pierre—. Para mí está bien; para otro viajero, mal; y en cuanto a él, es inevitable, pues necesita comer. Dice que por eso un oficial le pegó; y el oficial le pegó porque tenía prisa… Y yo disparé sobre Dólojov porque me consideraba ofendido. Y mataron a Luis XVI porque lo consideraban culpable, y un año después hicieron lo mismo, por la misma razón, con aquellos que lo habían guillotinado. ¿Qué es lo que está mal? ¿Qué es lo que está bien? ¿Qué se debe amar u odiar? ¿Para qué hay que vivir? ¿Qué soy yo? ¿Qué es la vida o la muerte? ¿Qué fuerza lo rige todo?” A ninguna de esas preguntas hallaba respuesta, salvo una, ilógica, que de hecho no era la respuesta a esas preguntas. La respuesta era: “Morirás y todo habrá concluido. Morirás y lo sabrás todo o dejarás de preguntar”. Pero morir también era terrible.

La vendedora de Torzhok ofrecía con voz chillona sus mercancías, insistiendo especialmente en unas pantuflas de piel de cabra. “Tengo cientos de rublos y no sé qué hacer con ellos y esta mujer lleva una pelliza rota y me mira tímidamente —pensó Pierre—. ¿Para qué sirve ese dinero? ¿Puede añadir un ápice a la felicidad, a la serenidad del alma? ¿Acaso puede algo en este mundo convertirnos, a esa mujer y a mí, en seres menos propensos al mal y a la muerte? La muerte, que pone término a todo, puede llegar hoy o mañana, es decir, dentro de un instante en comparación con la eternidad.” Y de nuevo se esforzaba en apretar aquel tornillo que no hacía más que girar en el mismo sitio sin apresar nada.

El ayuda de cámara le trajo un libro abierto hasta la mitad, una novela epistolar de Mme Suza. Comenzó a leer algunas páginas que describían los sufrimientos y la virtuosa resistencia de cierta Amelia de Mansfeld. “¿Por qué se resistía a su seductor si lo amaba? —pensaba Pierre—. Dios no podía haber puesto en su alma una inclinación contraria a su voluntad.”

“Mi primera mujer no resistió, y tal vez tuviera razón. Nada se sabe. Nada es seguro —se dijo Pierre una vez más—. Sólo podemos saber que no sabemos nada. Y éste es el más alto grado de la sabiduría humana.”

Todo en él y su alrededor le parecía insensato, abyecto y confuso. Pero en la misma repulsión por cuanto lo rodeaba, encontraba Pierre una especie de placer excitante.

—Me atrevo a pedir a Su Excelencia que haga un poco de sitio, en favor de este señor— dijo el maestro de postas, entrando en la cámara con otro viajero que también había tenido que detenerse por falta de caballos.

El recién llegado era un viejo recio, bien estructurado, de rostro amarillento y rugoso, cejas canosas que sobresalían sobre unos ojos brillantes de un gris indefinido.

Pierre retiró los pies de la mesa, se levantó y se tumbó en la cama preparada para él. De vez en cuando miraba al viajero, quien, con aire cansado y sombrío, sin fijarse en Pierre, se despojaba pesadamente de la ropa con ayuda de su criado. Cuando quedó tan sólo con un chaquetón forrado de nanquín y altas botas de fieltro que cubrían sus piernas delgadas y huesudas, se sentó en el diván y, apoyando en el respaldo su voluminosa cabeza de cabellos recortados y anchas sienes, miró a Bezújov. Llamó la atención de Pierre la expresión severa, inteligente y penetrante de aquella mirada. Sintió deseos de entablar conversación con su compañero, pero cuando se disponía a dirigirse a él, a propósito del camino, el anciano había cerrado ya los ojos y unido las rugosas manos, en uno de cuyos dedos llevaba un anillo de hierro con la efigie de Adán; permanecía inmóvil, descansando o reflexionando profundamente, según le pareció a Pierre. El criado del viajero era un viejecito amarillento y lleno de arrugas, sin bigote ni barba, y no porque se afeitara sino porque nunca le crecieron. Sacó, diligente, las provisiones, dispuso la mesa para el té y trajo el samovar hirviendo; cuando todo estuvo listo, el viajero abrió los ojos, se acercó a la mesa, se sirvió un vaso y puso otro para el lampiño criado. Pierre, algo inquieto, sintió que era necesario, inevitable, entablar conversación con el viajero. El criado trajo su vaso vacío sobre un plato y un pedacito de azúcar mordisqueado y preguntó si deseaba algo más.

—Nada; dame mi libro— contestó el viajero.

El criado obedeció y el libro le pareció a Pierre de contenido religioso. El viajero se sumergió en la lectura. Pierre no dejaba de mirarlo. Inesperadamente, el anciano apartó el libro, señaló la página y lo cerró; volvió a entornar los ojos, se apoyó en el respaldo y tomó la posición de antes. Pierre lo observaba atentamente; pero antes de que tuviera tiempo de volverse, el viejo abrió los ojos y fijó una mirada severa y resuelta en su rostro.

Pierre se sintió confuso: quería rehuir aquella mirada, pero los brillantes ojos del anciano lo atraían de modo irresistible.

II

—Si no me engaño, tengo el placer de hablar con el conde Bezújov— dijo tranquilamente y en voz alta el viajero.

Pierre, silencioso, miró interrogativamente al viajero a través de los lentes.

—He oído hablar de usted y de la desgracia que lo aflige— prosiguió el anciano. Parecía subrayar la palabra desgracia como queriendo decir: "Sí, desgracia; llámelo como guste, pero sé bien que lo sucedido en Moscú es una desgracia y lo lamento mucho, señor".

Pierre se ruborizó; bajó rápidamente los pies de la cama, e, inclinándose hacia el viejo, sonrió forzada y tímidamente.

—No lo he mencionado por mera curiosidad, señor mío, sino por razones más graves.

Calló, sin apartar los ojos de Pierre, y se desplazó en el diván, invitándolo con un gesto a sentarse junto a él. A Pierre le era desagradable entrar en conversación con el viejo pero, obedeciéndole a su pesar, se acercó a él y se sentó en el diván.

—Es usted desdichado, señor— prosiguió el desconocido. —Usted es joven y yo soy viejo. Me gustaría ayudarlo en la medida de mis fuerzas.

—Ah, sí— dijo Pierre con una forzada sonrisa. —Muy agradecido… ¿De dónde viene usted?

El rostro del viajero no era afable; más bien frío y severo; y, a pesar de todo, las palabras y el rostro del anciano ejercían sobre Pierre una irresistible atracción.

—Pero si por cualquier motivo mi conversación le molesta, dígamelo francamente— y sonrió de pronto con un gesto paternal, lleno de una

ternura que nadie habría sospechado en él.

—No, no, de ninguna manera. Todo lo contrario; estoy contentísimo de haberlo conocido— dijo Pierre; y volviendo a mirar las manos del desconocido pudo ver más cerca la sortija: llevaba en ella la cabeza de Adán, símbolo de los masones. —Permítame que le pregunte— añadió, —¿es usted masón?

—Sí, pertenezco a la hermandad de los francmasones— explicó el anciano, mirando cada vez con mayor profundidad a Pierre; —y en mi nombre y en el de los míos le tiendo fraternalmente la mano.

—Temo… ¿cómo le diría?… Temo que mis ideas sobre el origen del mundo sean tan opuestas a las suyas que no podríamos entendernos— sonrió Pierre, vacilando entre la confianza que le inspiraba el viejo y la costumbre de bromear sobre las creencias de los masones.

—Conozco sus ideas— dijo el masón. —Las ideas de que habla le parecen obra de su esfuerzo intelectual, pero corresponden al modo de pensar de la mayoría de los hombres y son el producto unívoco de la pereza, el orgullo y la ignorancia. Perdóneme, señor mío, pero no habría hablado con usted si no lo supiera; su modo de pensar es un lamentable error.

—De la misma manera puedo yo suponer que es usted quien está en el error— dijo Pierre sonriendo levemente.

—Nunca me atreveré a decir que poseo la verdad— dijo el masón, que cada vez asombraba más a Pierre por la firmeza y precisión de sus palabras. —Un individuo solo no puede alcanzar la verdad; tan sólo piedra a piedra, con la participación de todos, de millones de generaciones, desde nuestro padre Adán hasta hoy, se va levantando el templo que debe ser digna morada del Altísimo— concluyó el masón, y cerró los ojos.

—Debo confesarle que yo no creo… no creo en Dios— dijo Pierre con sentimiento y esfuerzo, sintiéndose obligado a decir toda la verdad.

El masón miró atentamente a Pierre y sonrió como podría hacerlo un ricachón con las manos llenas de millones ante un pobre que le dijese que le faltaban cinco rublos que podrían hacerlo feliz.

—Sí, sí, es usted desgraciado, señor mío— observó el masón, —porque no puede conocerlo, y ésa es la razón de su desgracia.

—Sí, lo soy— confirmó Pierre, —pero, ¿qué puedo hacer?

—No lo conoce y por eso es usted muy desgraciado. Y, sin embargo, Él está aquí. Está en mí, en mis palabras; está en ti y hasta en las palabras sacrílegas que acabas de pronunciar— dijo el masón con voz temblorosa y severa.

Después guardó silencio y suspiró, empeñado, al parecer, en calmarse.

—Si no existiera— prosiguió, —no hablaríamos de Él, señor mío— dijo a media voz. —¿De qué, de quién hemos hablado? ¿A quién has negado?— exclamó de pronto con voz llena de severa exaltación y autoridad. —¿Quién lo inventó si no existe? ¿Cómo se te ha ocurrido pensar que existe un ser tan incomprensible? ¿Por qué tú y todo el mundo suponen la existencia de un ser tan inconcebible, de un ser tan omnipotente, eterno e infinito en todas sus manifestaciones?

Se detuvo y permaneció silencioso un buen rato. Pierre no podía ni deseaba interrumpir aquel silencio.

—¡Existe, pero es difícil comprenderlo!— volvió a decir el masón, pero sin mirar a Pierre, sino delante de sí: hojeaba las páginas del libro con sus manos seniles, que por la emoción no podía mantener quietas. —Si pusieras en duda la existencia de un hombre te lo traería aquí; lo tomaría de la mano y te lo mostraría. Pero ¿cómo puedo yo, insignificante mortal, mostrar toda su omnipotencia, toda su eternidad, toda su bondad a uno que es ciego, o cierra los ojos para no verlo, para no comprenderlo, para no ver y comprender toda su propia vileza y abyección?

Hizo una pausa.

—¿Qué eres? ¿Quién eres tú? Te crees sabio porque has podido pronunciar esas palabras sacrílegas— prosiguió con sombría y despectiva sonrisa. —Pero eres más necio y más insensato que un niño que, jugando con las piezas de un reloj perfectamente construido, se atreviera, por no comprender la finalidad del reloj, a no creer en la existencia del artesano que lo hizo. Es difícil conocerlo. Siglo tras siglo, desde nuestro padre Adán hasta nuestros días, se trabaja febrilmente por comprenderlo, ¡y estamos aún infinitamente lejos de la meta! Pero en esta incomprensión vemos tan sólo nuestra debilidad frente a su grandeza…

Pierre, con el corazón oprimido, contemplaba con ojos brillantes el rostro del masón; lo escuchaba sin interrumpirlo, sin preguntar nada, y con

toda su alma creía en las palabras de aquel desconocido. ¿Creía en los sensatos argumentos aportados por él? ¿O creía, como los niños, gracias a la entonación, a la convicción y la cordialidad de las palabras, o al temblor de la voz casi a punto de quebrarse?; ¿o creía en los ojos seniles y brillantes, envejecidos en esa convicción, en la tranquilidad, la firmeza, la conciencia de la propia misión que se reflejaba en todo aquel ser tan opuesto al vacío interior y la desesperación de Pierre? Con toda su alma deseaba creer y experimentar un alegre sentimiento de paz, renovación y retorno a la vida.

—No se lo alcanza con la inteligencia, sino con la vida misma— dijo el masón.

—No entiendo— aseguró Pierre sintiendo con temor que la duda surgía en él. Temía el razonamiento vago y débil de su interlocutor; temía no creerle. —No entiendo— repitió —por qué la inteligencia humana no puede alcanzar el conocimiento del que usted habla.

El masón sonrió con su sonrisa afable y paternal.

—La suprema sabiduría y la verdad son como un líquido purísimo, que querríamos captar— dijo. —¿Puedo, acaso, recoger ese líquido purísimo en un recipiente sucio y determinar luego su pureza? Sólo mediante la interior purificación de mí mismo puedo llegar a conocer, en cierta medida, el líquido recogido.

—Sí, sí… así es— dijo Pierre con alegría.

—La suprema sabiduría no se funda en la razón únicamente, ni en las ciencias profanas, la física, la química o la historia, en que se divide el conocimiento. La sabiduría suprema es una sola ciencia. La ciencia de todo, la ciencia que explica la creación y el lugar que en ella ocupa el hombre. Para abarcar esta ciencia hay que renovar y purificar el propio espíritu; por eso, antes de saber, hay que creer y perfeccionarse. Y para llegar a esa meta, se enriquece nuestro espíritu con una luz divina que se llama conciencia.

—Sí, sí— confirmó Pierre.

—Contempla con los ojos del alma tu propio ser y pregúntate si estás satisfecho de ti mismo. ¿Qué has conseguido dejándote llevar sólo por la inteligencia? ¿Qué eres? Usted, señor mío, es joven, rico, inteligente, culto; pero ¿qué ha hecho con todos esos bienes que se le han dado? ¿Está contento de sí y de su vida?

—No. Odio mi vida— dijo Pierre arrugando el ceño.

—La odias. Entonces, cámbiala. Purifícate, y a medida que te purifiques conocerás la sabiduría. Examine su vida, señor mío. ¿Cómo la ha pasado? En desordenadas orgías y juergas, recibiéndolo todo de la sociedad sin darle nada. Recibió una fortuna, ¿cómo la ha empleado? ¿Qué ha hecho por el prójimo? ¿Ha pensado en los miles de seres que son esclavos suyos? ¿Les ha ayudado moral y materialmente? No. Se ha aprovechado de su trabajo para llevar una vida disoluta: eso es lo que ha hecho. ¿Escogió una profesión en la que pudiera ser útil a los demás? No. Prefirió pasar la vida en el ocio. Después se casó. Tomó la responsabilidad de guiar a una mujer joven, ¿y qué ha hecho? No la ayudó a encontrar el camino de la verdad, sino que la ha precipitado en el abismo de la mentira y la desventura. Lo ofende un hombre y usted lo mata. Y dice que no conoce a Dios y que odia su vida. ¡No hay nada en esa vida digno de mención, señor mío!

Tras este discurso, el masón, como si quedara cansado, se apoyó de nuevo en el respaldo del diván y cerró los ojos. Pierre se quedó mirando aquel rostro senil, severo e inmóvil, aparentemente sin vida; después, sin articular palabra, movió los labios. Quería decir: “Sí, es verdad: he vivido una existencia vil, ociosa y depravada”. Pero no se atrevió a romper el silencio.

El masón tosió roncamente, con tos de viejo, y llamó a su criado.

—¿Qué hay de los caballos?— preguntó, sin mirar a Pierre.

—Ya han llegado— repuso el criado. —¿No va a descansar?

—No, di que enganchen.

“¿Será posible que se vaya, dejándome solo, sin decírmelo todo, sin prometerme ayuda?”, pensó Pierre levantándose. Con la cabeza baja comenzó a pasear por la estancia, mirando de vez en cuando al masón. “Sí, no había reflexionado en estas cosas, he llevado una vida despreciable, disoluta; pero no me gustaba, no la quería. Este hombre conoce la verdad y, si quisiera, podría revelármela.” Pierre deseaba decírselo al masón, pero no se atrevía. El viajero recogió sus cosas con aquellas manos viejas y expertas y se abotonó el abrigo de piel. Cuando todo estuvo dispuesto, se volvió a Bezújov y, en tono indiferente y cortés, le dijo:

—¿Adónde se dirige ahora, señor mío?

—¿Yo? A San Petersburgo— contestó Pierre con voz infantil y vacilante. —Le doy las gracias. Estoy de acuerdo en todo con usted. Pero no piense que soy tan malo. Con toda mi alma querría ser lo que usted quiere que sea, pero nunca he encontrado ayuda en nadie… Por lo demás, me considero el primer culpable. Ayúdeme, instrúyame, y tal vez…

Pierre no pudo seguir. Suspiró profundamente y se volvió de espaldas.

El masón guardó silencio largo rato. Parecía reflexionar; por fin dijo:

—La ayuda viene sólo de Dios; pero lo que nuestra orden pueda darle se lo dará, señor mío. Va usted a San Petersburgo, entregue esto al conde Villarski— sacó la cartera y escribió unas palabras en un pliego que dobló en cuatro. —Permítame un consejo: cuando llegue a la capital, dedique los primeros días al recogimiento, a un examen de conciencia, y no vuelva a la vida de antes. Le deseo buen viaje y muchos éxitos…— añadió, advirtiendo que su criado entraba en la habitación.

El viajero era Osip Alexéievich Bazdéiev, según Pierre pudo ver en el libro de registro. Bazdéiev había sido uno de los masones y martinistas más significados en la época de Nóvikov. Mucho tiempo después de su marcha, Pierre, sin acostarse y sin pedir los caballos, estuvo paseando por la habitación, reflexionando sobre su disoluto pasado e imaginando con entusiasmo un futuro feliz, irreprochable y virtuoso; porvenir que le parecía facilísimo. Creía haber sido hasta entonces un vicioso por haber olvidado tan sólo y casualmente lo buena que era la virtud. En su alma no quedaban ya trazas de las pasadas dudas. Creía con firmeza en la posibilidad de la fraternidad humana, de una sociedad de hombres unidos para sostenerse unos a otros en el camino de la virtud: era así como se imaginaba la masonería.

III

Pierre no comunicó a nadie su llegada a San Petersburgo. No salía de casa y dedicaba todo el tiempo a la lectura de Tomás de Kempis, libro que había llegado a sus manos sin que supiera quién se lo había enviado. La lectura de este libro le proporcionaba siempre la misma sensación: el placer nunca saboreado de creer en la posibilidad de alcanzar la perfección, la posibilidad del amor fraterno y activo entre los hombres que Osip Alexéievich le revelara. Una semana después de su llegada, el joven conde polaco Villarski, a quien Pierre conocía de vista por habérselo encontrado en algunas fiestas de sociedad, entró una tarde en su habitación con el mismo aire oficial y solemne que tenían los testigos de Dólojov el día del duelo. Una vez cerrada la puerta y después de haberse cerciorado de que salvo Pierre no había nadie en la estancia, dijo:

—Vengo con una comisión y una propuesta, conde…— y prosiguió, sin sentarse. —Una persona muy importante de nuestra fraternidad ha pedido que sea usted admitido en ella antes del término acostumbrado, y quiere que yo sea su garante. Considero un sagrado deber cumplir la voluntad de esa persona. ¿Desea entrar, con mi garantía, en la asociación de los francmasones?

El tono frío, severo, de aquel hombre al que Pierre había visto casi siempre en los bailes, sonriente y cortés, entre las más distinguidas damas, extrañó a Pierre.

—Sí, lo deseo— dijo.

Villarski inclinó la cabeza.

—Otra pregunta más, conde— dijo, —a la que ruego que conteste con toda sinceridad, no como futuro masón sino como caballero: ¿ha renunciado

a sus antiguas convicciones? ¿Cree en Dios?

Pierre meditó un instante.

—Sí… sí, creo en Dios— dijo.

—En tal caso…— comenzó Villarski.

Pero Pierre lo interrumpió:

—¡Sí, creo en Dios!— afirmó.

—En tal caso podemos ir, mi coche está a su disposición— dijo Villarski.

Durante todo el trayecto Villarski guardó silencio. A las preguntas de Pierre sobre lo que debía hacer o contestar explicó solamente que otros hermanos más autorizados que él lo someterían a prueba y él sólo tendría que decir la verdad.

Atravesaron el portalón de la gran casa donde se encontraba la logia, subieron una escalera oscura y entraron en una pequeña antecámara iluminada, donde, sin la ayuda de criados, se quitaron los abrigos. Después pasaron a otra habitación. Junto a la puerta apareció un hombre vestido de extraña manera. Villarski salió a su encuentro, cuchicheó algo en francés y se acercó a un pequeño armario, donde Pierre vio vestiduras que jamás había visto. Villarski sacó del armario un pañuelo y vendó los ojos de Pierre; al atárselo en la nuca, se enredó en el nudo un mechón de cabellos. Después atrajo a Pierre hacia sí, lo besó y, tomándolo de la mano, lo condujo a otro lugar. Los tirones del mechón de pelo enredado en el nudo le dolían, haciéndole arrugar la frente y sonreír avergonzado. Aquel enorme cuerpo, con los brazos colgando, el rostro contraído y sonriente, seguía con paso incierto y tímido a Villarski.

A los diez pasos Villarski se detuvo.

—Si está firmemente decidido a entrar en nuestra hermandad, debe soportar con valor cualquier cosa que le ocurra.

Pierre contestó con una señal afirmativa de la cabeza.

—Cuando oiga que llaman a la puerta, quítese la venda— añadió Villarski; —le deseo valor y éxito.

Y estrechando la mano de Pierre, Villarski salió.

Una vez solo en aquel lugar desconocido, Pierre siguió sonriendo. Dos veces se encogió de hombros, se llevó la mano al pañuelo como para

quitárselo, pero no lo hizo. Los cinco minutos que llevaba con los ojos vendados le parecieron una hora interminable. Le pesaban los brazos, las piernas le temblaban y se sentía cansado. Experimentaba las más complejas y diversas sensaciones. Temía lo que iba a suceder y temía más aún dar muestras de su miedo. Sentía curiosidad por lo que iba a pasar o por lo que pensaban revelarle. Pero sobre todo estaba contento de haber llegado al instante en que iba a entrar, por fin, en el camino de la renovación, de la vida activa y virtuosa en que soñaba desde que conociera a Osip Alexéievich. Se oyeron fuertes golpes en la puerta. Pierre se quitó la venda y miró en derredor. Una profunda oscuridad reinaba en la habitación; sólo en un ángulo lucía una pequeña lámpara de aceite que iluminaba algo blanco. Pierre se acercó y vio que la lámpara estaba puesta sobre una mesa negra, junto a un libro abierto. Eran los Evangelios. Y aquello blanco, una calavera humana con sus órbitas y dientes. Pierre leyó las primeras palabras del Evangelio: "En el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios…"; dio la vuelta a la mesa y encontró una gran caja abierta: era un féretro y estaba lleno de huesos. Pierre no se asombró para nada de cuanto veía. Esperando entrar en una vida totalmente nueva, del todo diversa de la anterior, aguardaba las cosas más extraordinarias. El cráneo, el féretro, el Evangelio: todo lo esperaba y le parecía que debía esperar aún otras cosas. Miraba en derredor, esforzándose por excitar en sí un sentimiento de fervor: "Dios, la muerte, el amor, la fraternidad de los hombres", pensaba relacionando con estas palabras la representación confusa pero luminosa de algo. Se abrió la puerta y alguien entró en la estancia oscura.

A la débil claridad de la lámpara, a la que Pierre ya se había acostumbrado, vio a un hombre de mediana estatura, que se detuvo en la penumbra; después, con pasos mesurados, se acercó a la mesa y apoyó en ella sus pequeñas manos enfundadas en guantes de piel.

Llevaba un mandil de cuero blanco que le cubría el pecho y parte de las piernas. En derredor del cuello tenía algo semejante a un collar, por debajo del cual emergía una chorrera alta y blanca que enmarcaba su alargado rostro, iluminado desde abajo.

—¿Por qué ha venido aquí?— preguntó el desconocido, volviéndose hacia donde suponía que estaba Pierre. —Si no cree en la verdad de la luz y

no ve la luz, ¿por qué ha venido aquí? ¿Qué quiere de nosotros? ¿La sabiduría, la virtud, el conocimiento?

Desde que se abrió la puerta para dar paso a aquel hombre, Pierre experimentaba un sentimiento de temor y veneración, semejante a lo que sentía al confesarse siendo niño. Se sentía a solas con un hombre completamente ajeno a él por las condiciones de su vida y próximo, sin embargo, por la fraternidad con los demás hombres. El corazón de Pierre latía atropelladamente, a punto de no dejarlo respirar, cuando se acercó el rector (en el lenguaje masónico llamaban "rector" al hermano encargado de iniciar al postulante). Cuando se aproximó más reconoció en él a uno de sus conocidos, Smoliáninov, y eso le molestó. Aquel hombre no debía ser para él más que un hermano, un preceptor virtuoso. Durante unos instantes Pierre no pudo pronunciar palabra alguna, de tal manera que el "rector" hubo de repetir su pregunta.

—Sí… sí… yo… quiero renovarme— contestó Pierre con esfuerzo.

—Bien— dijo Smoliáninov, y siguió adelante: —¿Tiene idea de los medios con que nuestra orden lo ayudará a conseguir ese fin?— respondió rápida y tranquilamente.

—Yo… yo espero… la guía… el auxilio de la renovación…

A Pierre le temblaba la voz; tenía que esforzarse a cada palabra a causa de la emoción y la falta de costumbre de expresarse en ruso sobre temas abstractos.

—¿Qué idea tiene de la francmasonería?

—Creo que es la hermandad e igualdad de los hombres con fines altruistas— dijo Pierre; y conforme pronunciaba esas palabras, se avergonzaba por lo que había en ellas de contraste con la solemnidad del momento. —Creo que…

—Bien— interrumpió el "rector", que parecía satisfecho con aquella respuesta. —¿Ha buscado en la religión el medio para lograr lo que pretende?

—No. La creía injusta, no la seguí nunca— contestó Pierre, en voz tan baja que el "rector" tuvo que pedirle que repitiera sus palabras. —Era ateo.

—Usted busca la verdad para seguir sus leyes en la vida. Es decir, busca la virtud y la sabiduría, ¿verdad?— preguntó el "rector" después de una

corta pausa.

—Sí, sí— confirmó Pierre.

El “rector” tosió; cruzó sus manos enguantadas sobre el pecho y comenzó a hablar.

—Ahora debo descubrirle el objetivo principal de nuestra orden; si ese objetivo coincide con el suyo, entrará en nuestra hermandad con provecho. Nuestro fin esencial, que al mismo tiempo es la base en que se asienta nuestra organización y que ninguna fuerza humana puede destruir, es la conservación y transmisión a la posteridad de cierto misterio importantísimo… que poseemos desde tiempos remotos, ya desde el primer hombre. De ese misterio depende acaso la suerte del género humano. Pero es de tal naturaleza que nadie puede conocerlo ni utilizarlo si no está preparado mediante una larga y constante purificación: a eso se debe que sean muy pocos los que puedan alcanzarlo en breve tiempo. Por ello, tenemos un segundo objetivo, que consiste en preparar a nuestros miembros, en la medida de lo posible, a mejorar sus corazones, a purificar y esclarecer su mente con los medios transmitidos por los hombres que se han esforzado en la búsqueda de tal misterio, gracias a lo cual demostraron ser aptos para su percepción. Depurando y corrigiendo a nuestros hermanos intentamos, y éste es el tercer objetivo, corregir a todo el género humano, dándole ejemplo de piedad y virtud; así intentamos combatir también, con todas nuestras fuerzas, el mal que reina en el universo. Reflexione sobre esto y volveré a verlo.

Y dicho esto, salió de la estancia.

—Combatir el mal que reina en el universo…— repitió Pierre; y se imaginó toda su futura actividad en esa esfera.

Se imaginó entre hombres iguales a como él era hasta hacía poco y mentalmente les dirigió un aleccionador y edificante discurso. Eran hombres viciosos y desventurados, a quienes ayudaba de palabra y obra, víctimas que salvaba de sus opresores. De los tres objetivos expuestos por el rector, el último —la mejora del género humano— le era el más afín. Aquel misterio importante del que le habían hablado, aunque excitaba su curiosidad, no le parecía tan esencial; y el segundo objetivo, la purificación propia, la mejora de sí mismo, lo preocupaba poco, porque en aquel instante

se sentía ya corregido por entero de sus antiguos vicios y sólo dispuesto al bien.

Media hora después volvió el rector para enseñar al peticionario las virtudes correspondientes a los siete peldaños del templo de Salomón, que cada masón debía cultivar en sí mismo. Tales virtudes eran: primera, la discreción, moderación y observancia de los secretos de la orden; segunda, obediencia a los altos cargos de la orden; tercera, conducta moral; cuarta, amor a la humanidad; quinta, valor; sexta, generosidad; séptima, amor a la muerte.

—Medite frecuentemente sobre la muerte— dijo el rector —y trate de no ver en ella a un enemigo terrible, sino a un amigo… que libra de esta vida calamitosa al alma que ha sufrido en su esfuerzo por alcanzar la virtud y la lleva a un lugar de recompensa y descanso.

"Sí, tiene que ser así", pensó Pierre cuando, dichas aquellas palabras, el rector volvió a dejarlo solo con sus reflexiones. "Debe ser así, pero me veo todavía tan débil que amo esta vida cuyo sentido comienza ahora a revelarse." Las otras virtudes estaban ya en su alma; Pierre las recordó contando con los dedos, *valor, generosidad, conducta moral, amor a la humanidad* y, sobre todo, la *obediencia*, que para él, ahora, era más felicidad que virtud. (¡Se sentía tan dichoso por librarse de la propia voluntad y poder someterla a quienes conocían la verdad absoluta!) Pero había olvidado la séptima virtud y no podía recordarla.

El rector volvió al poco rato por tercera vez. Preguntó a Pierre si seguía firme en su intención y decidido a someterse a cuanto se exigiera de él.

—Estoy dispuesto a todo— contestó Pierre.

—Debo decirle todavía que nuestra orden enseña su doctrina no con palabras solamente, sino también con otros medios que, acaso, actúan con más energía que las simples expresiones verbales sobre los auténticos buscadores de la sabiduría y de la virtud. Este templo, con la decoración que puede ver, debe decirle mucho más que las palabras, si su corazón es sincero. Tal vez, en el proceso de su admisión, conozca semejante modo de enseñanza. Nuestra orden imita a las sociedades antiguas, que expresaban sus doctrinas mediante jeroglíficos. El jeroglífico— siguió el rector —es la

representación de un objeto no percibido por los sentidos que contiene en sí las propiedades de lo simbolizado.

Pierre sabía muy bien lo que eran los jeroglíficos, pero no se atrevía a decirlo. Escuchaba en silencio al rector, sintiendo, a juzgar por todo, que las pruebas comenzarían de un momento a otro.

—Si está decidido, debe comenzar la iniciación— dijo el rector acercándose a Pierre. —En señal de generosidad, le ruego que me entregue todos los objetos de valor que tenga.

—No traigo nada conmigo— dijo Pierre, suponiendo que le pedían la entrega de cuanto tenía.

—Lo que lleve consigo: el reloj, el dinero, los anillos…

Rápidamente, Pierre sacó el monedero y el reloj; necesitó mucho tiempo para sacarse la alianza del grueso dedo. Hecho esto, añadió el masón:

—En señal de obediencia, le ruego que se desvista.

Pierre se quitó el frac y el chaleco; y, por indicación del rector, el zapato izquierdo. El masón le abrió la camisa sobre la parte izquierda del pecho e, inclinándose, le arremangó la pernera izquierda del pantalón por encima de la rodilla. Pierre, apresurándose, intentó descalzarse del todo y levantarse la otra pernera para evitar semejante trabajo al rector, pero él le dijo que no era necesario y le dio una zapatilla para el pie izquierdo. Pierre, avergonzado, como un niño, con una sonrisa de duda y burla de sí mismo que, contra su voluntad, reflejaba su rostro, permanecía de pie, los brazos caídos y separadas las piernas, ante el hermano rector en espera de nuevas órdenes.

—Por último, en señal de sinceridad, le ruego que me revele su principal debilidad— dijo el rector.

—¿Mi debilidad? ¡*Tenía* tantas!— dijo Pierre.

—La debilidad que lo hacía vacilar más que otra cualquiera en la vía de la virtud— prosiguió el masón.

Pierre calló. Trataba de recordar.

“¿El vino, la gula, el ocio, la pereza, la ira, la cólera, las mujeres?”, pensó; pero no sabía por cuál decidirse.

—Las mujeres— dijo por fin con voz casi imperceptible.

El masón permaneció inmóvil y silencioso largo rato después de esa respuesta. Por fin se acercó a Pierre, tomó el pañuelo que había sobre la

mesa y le vendó los ojos de nuevo.

—Por última vez le digo: concentre toda la atención en usted mismo; encadene todos sus sentimientos y busque la felicidad no en las pasiones, sino en su corazón. La fuente de la felicidad no está fuera, sino dentro de nosotros…

Pierre ya sentía brotar en sí esa refrescante fuente de felicidad que ahora llenaba su espíritu de júbilo y fervor.

IV

Poco después, no fue el rector quien vino en busca de Pierre a la habitación, sino el garante Villarski, a quien reconoció por la voz. A las nuevas preguntas que le hizo sobre la firmeza de sus intenciones, Pierre contestó: "Sí, estoy de acuerdo".

Y con sonrisa radiante e infantil, el carnoso pecho descubierto y un pie descalzo, avanzó con paso desigual, inseguro, mientras Villarski lo tocaba con una espada en el pecho desnudo. Desde la habitación, ya avanzando, ya retrocediendo por diversos pasillos, fue conducido hasta la puerta de la logia. Villarski tosió y alguien contestó con varios golpes de martillo masónico. La puerta se abrió ante los dos hombres. Una voz profunda (los ojos de Pierre estaban aún vendados) volvió a hacerle muchas preguntas sobre quién era, dónde y cuándo había nacido, etcétera. Lo hicieron andar de nuevo, sin librarle los ojos de la venda, y, siempre caminando, le hablaron, utilizando alegorías sobre las dificultades de su viaje, la santa amistad y el eterno Arquitecto del Universo y el valor con que debía soportar los trabajos y peligros. Durante este último viaje Pierre se dio cuenta de que lo llamaban *el que busca, o bien el que sufre o el que exige*, y a cada paso golpeaban de diversa manera con martillos y con espadas. Una vez, mientras lo conducían hacia un objeto, Pierre observó en sus guías cierta vacilación. Oyó que las personas que lo rodeaban discutían en voz baja y una de ellas insistía en que él pasara sobre cierta alfombra. Después tomaron su mano derecha, que apoyaron sobre ese objeto, y le ordenaron que llevara la otra mano a la parte izquierda del pecho, sujetando un compás, y pronunciara el juramento de fidelidad a las leyes de la orden, repitiendo las palabras que otro leía. Después apagaron las velas,

encendieron alcohol (Pierre lo reconoció por el olor) y le advirtieron que vería una pequeña luz.

Le quitaron el pañuelo de los ojos y Pierre, con una luz indecisa, vio, como en un sueño, a varias personas que llevaban el mismo mandil que el rector; estaban enfrente de él y tendían sus espadas hacia su pecho. Entre aquellos hombres había uno de pie con la camisa ensangrentada; al verlo, Pierre avanzó, deseando que las espadas lo hirieran; pero las espadas se apartaron de él. Volvieron a vendarle los ojos y una voz dijo:

—Has visto la pequeña luz.

Encendieron de nuevo las velas y alguien dijo a Pierre que debía ver la luz plena. Una vez más le quitaron la venda y, al mismo tiempo, más de diez voces dijeron: *Sic transit gloria mundi*. Pierre, recobrándose poco a poco, observó la habitación donde se encontraba y a los hombres que se hallaban en ella. En torno a una larga mesa cubierta de negro había sentadas como doce personas, con los mismos mandiles blancos. Pierre reconoció a algunos, que pertenecían a la alta sociedad de San Petersburgo. Ocupaba la presidencia un joven desconocido, que llevaba al cuello una cruz especial. A su derecha estaba el abate italiano a quien Pierre había conocido hacía dos años en casa de Anna Pávlovna; vio también a un importante dignatario y al preceptor suizo que antes había vivido con los Kuraguin. Todos guardaban un silencio solemne y escuchaban las palabras del presidente, que sostenía en sus manos un martillo. En el muro de enfrente estaba encajada una estrella flameante. A un extremo de la mesa había un pequeño tapiz con diversos dibujos y, en el otro, algo que parecía un altar con el Evangelio y la calavera; en derredor, siete grandes candelabros como los de las iglesias. Dos hermanos condujeron a Pierre hasta el altar y, poniéndole los pies en escuadra, le ordenaron que se echara al suelo y le explicaron que se prosternaba ante las puertas del templo.

—Antes debe recibir la paleta— susurró uno de los hermanos.

—¡Ah, no, déjelo, por favor!— dijo otro.

Pierre, con sus ojos miopes y desorientados, miró en derredor, sin obedecer. Una duda lo asaltó de repente: “¿Dónde estoy? ¿Qué hago? ¿No estarán burlándose de mí? ¿No me avergonzaré algún día al recordar todo esto?” Pero esa vacilación sólo duró un instante. Pierre se fijó en los graves

rostros de los hombres que lo rodeaban, recordó lo que había dejado atrás y comprendió que no podía detenerse a medio camino. Horrorizado de su duda, intentando provocar de nuevo en sí el fervor, se prosternó a la entrada del templo. Y una emoción, más fuerte aún que antes, se apoderó de él.

Permaneció cierto tiempo en aquella posición y le ordenaron que se levantara; le colocaron el mandil de cuero blanco, igual que el de los otros, y le pusieron en la mano la paleta y tres pares de guantes, y entonces el gran maestro se dirigió a él. Le dijo que debía hacer todos los esfuerzos posibles para no manchar la blancura de ese mandil, símbolo de la firmeza y la virtud; en cuanto a la enigmática paleta, le explicó que era su deber trabajar con ella para purificar su corazón de los vicios y aplacar pacientemente el corazón del prójimo. Después, refiriéndose al primer par de guantes masculinos, le dijo que no podía conocer su significado, pero que debía conservarlos; el segundo par de guantes, también masculinos, era para que los llevara a las asambleas, y del tercero (que eran guantes de mujer) dijo:

—Querido hermano, estos guantes son también para usted; los dará a la mujer que más estime; con ellos convencerá de la pureza de su corazón a la mujer que escoja como digna masona— y tras una breve pausa, agregó: —Pero cuide, querido hermano, que estos guantes no adornen jamás unas manos impuras.

Mientras el gran maestro pronunciaba estas últimas palabras, a Pierre le pareció que el presidente se turbaba. Pierre se turbó aún más y enrojeció hasta el punto de llorar, como suelen enrojecer los niños; miró en derredor con inquietud y se produjo un silencio embarazoso.

El silencio fue roto por uno de los hermanos, que, llevando a Pierre hacia el tapiz, comenzó a leerle en un cuaderno la explicación de las figuras allí representadas: el sol, la luna, el martillo, la plomada, la paleta, la piedra labrada y sin labrar, la columna, las tres ventanas, etcétera. Después señalaron a Pierre su puesto, le dieron a conocer las señales de la logia y la contraseña y, por último, le permitieron tomar asiento. El gran maestro empezó entonces a leer los estatutos. Eran muy largos, y Pierre, embargado por el júbilo, la emoción y la vergüenza, no conseguía comprender lo que leían. Sólo retuvo las últimas palabras.

“En nuestros templos no conocemos otros grados —leía el gran maestro — a excepción de los que hay entre el vicio y la virtud. No hagas diferencias que puedan alterar la igualdad. Vuela en auxilio del hermano, quienquiera que sea; instruye al que se equivoca, levanta al caído, no alimentes nunca sentimientos de cólera o de odio contra tu hermano. Sé benévolo y afable. Despierta en todos los corazones el fuego de la virtud, comparte tu felicidad con el prójimo y que la envidia no turbe nunca esta dicha tan pura.

“Perdona a tu enemigo, no te vengues sino haciéndole bien. Si cumples así la ley suprema, encontrarás el camino de la antigua grandeza que tú has perdido”, terminó, y, levantándose, abrazó y besó a Pierre.

Pierre, con lágrimas de alegría en los ojos, miraba en derredor, sin saber qué responder a las felicitaciones y a las muestras de amistad de la gente que lo rodeaba. No quería ver en nadie a conocidos de antes; ahora, en todos esos hombres no veía más que a hermanos y ardía en deseos de compartir su trabajo.

El gran maestro dio un golpe con el martillo. Todos se sentaron en sus puestos y uno leyó una plática sobre la necesidad de ser humildes.

El gran maestro propuso que se cumpliera el último deber, y el dignatario importante, que ostentaba el cargo de limosnero, dio la vuelta a la asamblea con una hoja. Pierre habría querido suscribirse con cuanto dinero tenía, pero tuvo miedo de que fuera una señal de orgullo y se limitó a poner la misma suma que los demás.

La sesión había terminado. Cuando Pierre volvió a su casa, le pareció regresar de un largo viaje de decenas de años, durante el cual había cambiado por completo y perdido las viejas costumbres y hábitos de su vida.

V

Al día siguiente de su admisión en la logia, Pierre leía en su casa un libro y trataba de comprender el significado del cuadrado, uno de cuyos lados representaba a Dios, el otro el mundo moral, el tercero el mundo físico y el cuarto una mezcla de ambos. De vez en cuando se abstraía de aquellas cosas y mentalmente trazaba para sí un nuevo plan de vida. El día anterior, en la logia, le habían dicho que la noticia de su duelo con Dólojov había llegado hasta el Emperador y que lo más prudente para él sería alejarse de San Petersburgo. Pierre pensaba ir a sus posesiones del sur de Rusia y ocuparse allí de sus campesinos. Soñaba con júbilo en aquella nueva vida cuando, de improviso, entró en la habitación el príncipe Vasili.

—Querido, ¿qué es lo que has hecho en Moscú? ¿Por qué te has enfadado con Elena? Estás en un error— dijo el príncipe Vasili al entrar. —Lo sé todo y puedo asegurarte que Elena es tan inocente ante ti como lo fue Cristo ante los judíos.

Pierre se disponía a contestar, pero lo interrumpió el príncipe:

—¿Por qué no te has dirigido a mí sencillamente, como a un amigo? Lo sé todo y todo lo comprendo— dijo. —Te has portado como un hombre decente que estima su honor; quizá con alguna precipitación, pero no hablemos de eso. No olvides en qué situación la dejas a ella y a mí ante los ojos del mundo y aun de la misma Corte— añadió, bajando el tono de la voz. —Ella en Moscú y tú aquí. Pero, comprende, querido— y le tiró del brazo. —Se trata de un malentendido: creo que tú mismo te has dado cuenta. Escríbele en seguida una carta, aquí, conmigo, ella vendrá, se explicará todo; si no lo haces así, te advierto que puedes tener algún disgusto.

El príncipe Vasili lo miró con aire significativo.

—Sé de buena fuente que la Emperatriz madre se interesa de veras por ese asunto. Ya sabes que estima mucho a Elena.

Varias veces intentó Pierre hablar, pero, por una parte, el príncipe Vasili no se lo permitía y, por otra, el propio Pierre temía hacerlo con un tono de negativa absoluta, tal como tenía el propósito firme de contestar a su suegro. Además, recordaba las palabras del estatuto masónico: "Sé benévolo y afable". Enrojeció y frunció el ceño; se levantó y volvió a sentarse esforzándose por hacer lo que más le costaba en la vida: decir abiertamente a una persona algo desagradable, decir algo que el otro, quienquiera que fuese, no esperaba. Estaba tan habituado a obedecer el tono de negligente seguridad que usaba el príncipe, que ahora mismo temía no poder oponerse a él; pero al mismo tiempo se daba cuenta de que todo su porvenir dependía de las palabras que pronunciara. ¿Seguiría el camino antiguo o el nuevo, el que le indicaban los masones, y que tanto lo atraía ahora porque estaba absolutamente seguro de que siguiéndolo conseguiría emprender una vida nueva?

—Y bien, querido— dijo bromeando el príncipe Vasili, —dime "sí" y la escribiré yo mismo; mataremos así un ternero cebado.

Pero no había concluido aún el príncipe su broma cuando Pierre, con rostro furibundo (que recordaba al de su padre), dijo casi en un susurro, y sin mirar a su interlocutor:

—No lo he llamado a mi casa, príncipe. ¡Márchese, por favor! ¡Márchese!— y le abrió la puerta. —¡Váyase de una vez!— repitió, sin poder creerse a sí mismo y contento por la expresión turbada y temerosa aparecida en el rostro del príncipe.

—¿Qué te pasa? ¿Estás enfermo?

—¡Váyase!— repitió Pierre con voz temblorosa.

El príncipe Vasili tuvo que irse sin recibir explicación alguna.

Una semana después, tras haberse despedido de sus nuevos amigos los masones y dejarles una cuantiosa suma para limosnas, partió para sus posesiones. Los nuevos hermanos entregaron a Pierre cartas para los masones de Kiev y Odesa y prometieron escribirle y guiarlo en su nueva actividad.

VI

Se echó tierra sobre el asunto de Pierre y Dólojov y, a pesar de la severidad con la que entonces castigaba el Emperador los duelos, ni los adversarios ni sus testigos fueron molestados.

Sin embargo, la historia del duelo, confirmada por la separación de Pierre y su mujer, corrió por toda la sociedad. Pierre, al que trataban con indulgencia protectora cuando no era más que un hijo natural; Pierre, al que mimaban y ensalzaban cuando era el mejor partido del Imperio ruso, había bajado mucho en la opinión de la gente desde que, tras su matrimonio, las muchachas casaderas y sus madres no pudieron contar con él, tanto más que él no sabía ni deseaba ganarse la buena disposición de la sociedad. Ahora, todos lo consideraban el único culpable de lo ocurrido y lo tenían por celoso e insensato, sujeto a excesos de furiosa cólera como su padre. Y cuando Elena, después de la marcha de su marido, regresó a San Petersburgo, fue recibida por todas sus amistades no sólo afablemente, sino con respeto, teniendo en cuenta su desgracia. Cuando se hablaba de su marido, Elena se revestía de una dignidad que había adoptado, aunque sin comprender bien su sentido, pero que mantenía guiándose por el tacto que había asimilado. Esa expresión quería decir que estaba resignada a soportar su desventurado destino sin lamentarse y que su marido era la cruz que Dios le había enviado. El príncipe Vasili era más franco. Cuando se hablaba de Pierre, se encogía de hombros y, llevándose un dedo a la frente, decía:

—Un cerveau fêlé, je le disais toujours.[255]

—Ya lo había dicho yo— aseguraba Anna Pávlovna al hablar de Pierre. —Siempre dije, y antes que nadie— e insistía en la prioridad, —que era un joven loco, corrompido por las depravadas ideas de nuestro tiempo; lo dije

cuando todos se mostraban entusiasmados con él, cuando acababa de volver del extranjero. ¿No recuerdan una noche, aquí en mi casa? Adoptó los aires de un Marat. ¿En qué acabó todo? Entonces ya no me parecía nada bien ese matrimonio y predije cuanto iba a suceder.

Como siempre, Anna Pávlovna daba en su casa una de aquellas veladas que sólo ella sabía organizar, en las cuales, según su expresión, se reunía, en primer lugar, la *crème de la véritable bonne société, la fine fleur de l'essence intellectuelle de la société de Pétersbourg.*[256] Además de la refinada selección de sus invitados, las veladas de Anna Pávlovna se distinguían porque en cada una de ellas presentaba a sus amigos a algún nuevo personaje interesante. Ninguna otra velada de San Petersburgo era, como las suyas, el termómetro político que indicaba acertadamente las opiniones de la sociedad legitimista petersburguesa, tan unida a la Corte.

A fines de 1806, cuando ya eran del dominio público todos los penosos detalles de la derrota del ejército prusiano en Jena y Auerstadt y la capitulación ante Bonaparte de la mayoría de las fortalezas prusianas, cuando el ejército ruso había entrado en Prusia y comenzaba la segunda guerra contra Napoleón, Anna Pávlovna había invitado a una velada en su casa. *La crème de la véritable bonne société* estaba constituida por la deliciosa y desventurada Elena, abandonada por su marido, Mortemart y el encantador Hipólito, recién llegado de Viena, dos diplomáticos, "mi tía", un joven de quien en aquellos salones se decía que era "un hombre *de beaucoup de mérite"*[257], una dama de honor recientemente elegida con su madre y algunas otras personas menos notables.

La novedad que Anna Pávlovna ofrecía aquella noche a sus invitados era Borís Drubetskói, venido de Prusia como correo oficial y ayudante de campo de un muy importante personaje.

Aquella noche, el termómetro político indicaba a la sociedad lo siguiente: por mucho que todos los monarcas europeos y sus generales se inclinasen ante Bonaparte para mortificarnos *a mí y a todos nosotros*, nuestra opinión sobre Bonaparte no podía cambiar. No cesaremos de expresar nuestro parecer francamente; lo único que podemos decir al rey de Prusia y a los demás es: "Tanto peor para vosotros. *Tu l'as voulu, George Dandin"*, eso es cuanto podemos decirles.

Tal era lo que el termómetro político indicaba en aquella velada de Anna Pávlovna.

Cuando Borís, que debía ser presentado a los invitados, entró en la sala, casi todos estaban ya reunidos y la conversación, hábilmente conducida por Anna Pávlovna, versaba sobre las relaciones diplomáticas con Austria y las esperanzas puestas en la alianza con esa nación.

Borís, fresco y sonrosado, entró en la sala con desenvoltura; el elegante uniforme de ayudante de campo lo hacía más viril y apuesto. Según la costumbre, fue llevado en seguida ante "mi tía" para que la saludase, y después al círculo general.

Anna Pávlovna le dio a besar su mano enjuta y lo presentó a algunas personas a las que el joven no conocía, nombrándolas a media voz:

—Le prince Hippolyte Kouraguine, un charmant jeune homme. M. Kroug, chargé d'affaires de Copenhague, un esprit profond. M. Shitov, un homme de beaucoup de mérite— cuando le tocó el turno al que gozaba de esa denominación.[258]

Gracias a las gestiones de Anna Mijáilovna, a sus gustos personales y su reservado carácter, Borís había logrado en el servicio una posición muy ventajosa. Era ayudante de campo de un personaje muy importante, se le había confiado una misión responsable en Prusia y acababa de regresar de ese país como correo oficial. Había asimilado por completo aquella subordinación no escrita que tanto le gustara en Olmütz, gracias a la cual un subteniente podía ser mucho más que un general; para ascender no eran necesarios ni el esfuerzo, ni el trabajo, ni el valor, ni la perseverancia, sino solamente el arte de saber comportarse con las personas que recompensaban el servicio. Con frecuencia se maravillaba él mismo de su rápido triunfo y de la incapacidad de otros para comprenderlo. Gracias a su descubrimiento había cambiado por completo toda su vida, todas sus antiguas relaciones y amistades, todos sus planes para el futuro. No era rico, pero empleaba todo su dinero en vestir mejor que los demás. Prefería privarse de muchos placeres antes que ir en un mal coche o que lo vieran con uniforme viejo por las calles de San Petersburgo. Su empeño estaba en relacionarse con personas de mejor situación que él y que pudieran serle útiles. Amaba San Petersburgo y despreciaba Moscú. Le resultaba ingrato el recuerdo de la

casa de los Rostov y su infantil amor por Natasha; desde que salió para incorporarse al ejército no había vuelto por allí. En el salón de Anna Pávlovna (cuya invitación consideraba un importante ascenso) comprendió en seguida el papel que le correspondía aquella noche y dejó gustosamente que la dueña de la casa se aprovechara del interés que despertaba. Observó atentamente a cada uno, calculando bien las ventajas de entablar amistad con ellos y la posibilidad de hacerlo. Tomó asiento en el puesto que se le había reservado junto a la bella Elena y quedó atento a la conversación general.

—Viena encuentra tan inalcanzables las bases del tratado propuesto, que ni siquiera con una serie de triunfos brillantísimos se lograría llegar a un acuerdo. Hasta duda de los medios que podrían procurarnos ese éxito. Tales son las palabras auténticas del gabinete de Viena— aseguraba el encargado de negocios danés.

—C'est le doute qui est flatteur![259]— opinó con fina sonrisa el hombre de mucho mérito.

—Il faut distinguer entre le cabinet de Vienne et l'empereur d'Autriche. L'empereur d'Autriche n'a jamais pu penser à une chose pareille, ce n'est que le cabinet qui le dit[260]— dijo Mortemart.

—Eh! mon cher vicomte— intervino Anna Pávlovna, —l'Urope…— (no se sabe por qué decía *"Urope"* como si se tratase de una peculiaridad especial de la lengua francesa que sólo ella podía permitirse hablando con un francés), —l'Urope ne sera jamais notre alliée sincère.[261]

Y seguidamente, para hacer entrar en liza a Borís, Anna Pávlovna derivó la conversación hacia el valor y la firmeza del rey de Prusia.

Borís, a la espera de su turno, escuchaba con atención a los demás. También le quedó tiempo para echar alguna ojeada a la bella Elena, quien, siempre sonriente, había cruzado su mirada, en más de una ocasión, con el joven y apuesto ayudante de campo.

Era lo más natural, puesto que se hablaba de la situación en Prusia, que Anna Pávlovna rogara a Borís que contara sus impresiones del viaje a Glogau y el estado del ejército prusiano. Borís, sin prisas y en correcto francés, contó numerosos detalles interesantes sobre la situación de las tropas y la Corte, procurando no exponer su opinión personal acerca de

cuanto refería. Durante algún tiempo, Borís concentró toda la atención del grupo y Anna Pávlovna comprendió con íntima satisfacción que su novedad de aquella noche era aceptada gratamente por todos los invitados. Elena mostró especialmente una vivísima atención por el relato de Borís; lo interrumpió varias veces con preguntas sobre ciertos detalles de su viaje y pareció interesarle, en particular, la situación del ejército prusiano. Apenas hubo terminado, se volvió a él con su sonrisa de siempre.

—Il faut absolument que vous veniez me voir— dijo con tal entonación como si, por ciertos motivos ignorados por él, fuese absolutamente necesario. —Mardi, entre les huit et neuf heures. Vous me ferez grand plaisir.[262]

Borís prometió cumplir su deseo, y quería continuar la conversación con ella, cuando Anna Pávlovna lo llamó con el pretexto de que “mi tía” deseaba oírlo.

—Conoce a su marido, ¿verdad?— dijo Anna Pávlovna cerrando los ojos y señalando con tristeza a Elena. —¡Es una mujer tan desventurada y tan hermosa!… No hable de ese hombre delante de ella. Se lo ruego. Le resulta demasiado penoso.

VII

Cuando Borís y Anna Pávlovna volvieron al grupo era Hipólito quien llevaba la conversación. Echándose hacia delante en su sillón, decía:

—Le roi de Prusse!— y se echó a reír. Todos se volvieron hacia él. Hipólito repitió, con otro tono: —Le roi de Prusse?— preguntó, y con tranquila seriedad se arrellanó en el fondo de su sillón.

Anna Pávlovna esperó un poco; pero como Hipólito no parecía decidido a seguir, comenzó a decir que el impío de Bonaparte se había llevado de Potsdam la espada de Federico el Grande.

—C'est l'épée de Frédéric le Grand que je…[263]— comenzó, pero Hipólito la interrumpió:

—Le roi de Prusse…— y una vez más, cuando todos se volvieron hacia él, se excusó y guardó silencio.

Anna Pávlovna frunció el ceño. Mortemart, el amigo de Hipólito, le preguntó:

—Voyons, à qui en avez-vous avec votre roi de Prusse?[264]

Hipólito rió como si se avergonzase de su risa.

—Non, ce n'est *rien*, je voulais dire seulement…— tenía intención de repetir una broma oída en Viena y esperaba toda la noche el instante oportuno para colocarla. —Je voulais dire que nous avons tort de faire la guerre pour le roi de Prusse.[265]

Borís, esperando ver cómo sería recibida la broma de Hipólito, sonrió prudentemente, de manera que esa sonrisa pudiera parecer lo mismo ironía que aprobación. Todos rieron.

—Il est très mauvais votre jeu de mots, très spirituel, mais injuste… Nous ne faisons pas la guerre pour le roi de Prusse, mais pour les bons

principes. Ah! le méchant, ce prince Hippolyte![266]— dijo Anna Pávlovna amenazándolo con un dedito arrugado.

Durante toda la velada la conversación se mantuvo animadísima y giró especialmente en torno a los temas políticos. Al final, los diálogos se hicieron más vivos, al salir a colación las recompensas otorgadas por el Emperador.

—Fulano recibió el año pasado la tabaquera con el retrato; ¿por qué zutano no iba a recibir la misma recompensa?— dijo *l'homme a l'esprit profond.*

—Je vous demande pardon, une tabatière avec le portrait de l'Empereur est une récompense, mais point une distinction— observó el diplomático, —un cadeau plutôt.[267]

—Il y a eu plutôt des antécédents, je vous citerai Schwarzenberg.[268]

—C'est impossible— observó otro.[269]

—¿Apostamos? Le grand cordon, c'est différent…[270]

Cuando todos se hubieron levantado para despedirse, Elena, que había hablado poco en toda la noche, se volvió de nuevo a Borís repitiéndole el ruego y la orden cariñosa y significativa de ir a su casa el martes.

—Es preciso que vaya, es muy necesario— añadió mirando sonriente a Anna Pávlovna, quien, con la triste sonrisa que acompañaba sus palabras siempre que hablaba de su alta protectora, apoyó el deseo de Elena.

Se diría que durante la velada, a propósito de alguna frase de Borís sobre el ejército prusiano, la bella Elena hubiera descubierto de súbito la necesidad de entrevistarse con él, prometiéndole la explicación de aquella necesidad el martes, cuando acudiera a su casa.

El martes por la tarde, en el magnífico salón de Elena, Borís no recibió claras explicaciones sobre la necesidad de su visita. Había otros invitados y la condesa habló poco con él; sólo cuando, al despedirse, Borís le besó la mano, la bella Elena, con una seriedad inesperada y extraña, le dijo a media voz: "Venez demain dîner… le soir. Il faut que vous veniez… Venez".[271]

Durante su estancia en San Petersburgo Borís se convirtió en íntimo de la condesa Bezújov.

VIII

La guerra se iba extendiendo y el teatro de operaciones se acercaba a la frontera rusa. Por doquier se oían maldiciones contra el enemigo del género humano, Bonaparte. En las aldeas se hacían nuevas levas de milicianos y reclutas, y del frente llegaban noticias contradictorias, casi siempre falsas e interpretadas de las maneras más dispares.

La vida del viejo príncipe Bolkonski, del príncipe Andréi y de la princesa María había cambiado mucho desde 1805.

En 1806, el viejo príncipe fue designado general en jefe —eran ocho en total— de las milicias formadas entonces en toda Rusia. El anciano Bolkonski, a pesar de la debilidad propia de sus años, acentuada durante el tiempo que creyera muerto a su hijo, juzgó contrario a su deber rechazar un cargo al que lo llamaba el mismo Emperador. Y esa nueva actividad que se le ofrecía ahora lo estimuló y dio fuerzas. Andaba siempre de un lado a otro de las tres provincias confiadas a su mando. Llevaba el cumplimiento del deber hasta la exageración, se mostraba severo y hasta cruel con sus subordinados y quería estar siempre al tanto de los más pequeños detalles.

La princesa María ya no recibía lecciones de matemáticas de su padre, cuando el viejo príncipe paraba en casa, pero, por las mañanas, cuando él estaba, acudía a su despacho acompañada de la nodriza y del pequeño príncipe Nikolái (como lo llamaba el abuelo).

El pequeño Nikolái vivía con la nodriza y con la vieja niñera Sávishna en los apartamentos de la princesa difunta y María se pasaba la mayor parte del tiempo con el niño, tratando, como podía, de suplir a la madre. También mademoiselle Bourienne parecía querer apasionadamente al niño y la

princesa María cedía con frecuencia a su amiga el placer —del que ella se privaba— de cuidar al *ángel* (así llamaba a su sobrino) y de jugar con él.

Junto al altar de la iglesia de Lisie-Gori se levantaba una capilla y en ella, sobre la tumba de la princesa Lisa, se veía un monumento de mármol traído de Italia. Era un ángel que desplegaba las alas, dispuesto a volar al cielo. Aquel ángel tenía el labio superior un poco levantado, como si fuera a sonreír, y un día el príncipe Andréi y la princesa María, al salir de la capilla, se confesaron que el rostro de aquel ángel, por extraño que pudiera parecer, les recordaba el de la difunta. Pero resultaba más extraño todavía (el príncipe Andréi no se lo dijo a su hermana) que en la expresión dada casualmente por el artista al rostro del ángel el príncipe Andréi podía leer la misma frase de tímido reproche adivinada en el rostro de su mujer muerta: “¡Oh!, ¿qué habéis hecho conmigo?”.

Poco después del regreso del príncipe Andréi, el viejo príncipe Bolkonski le cedió la propiedad de Boguchárovo, una gran posesión que tenía a cuarenta kilómetros de Lisie-Gori. Fuera a causa de los penosos recuerdos ligados a Lisie-Gori, fuera porque no se sentía siempre capaz de soportar el carácter de su padre, y aun porque tuviera necesidad de encontrarse solo, el príncipe Andréi hizo construir en Boguchárovo una casa en la cual pasaba la mayor parte del tiempo.

Después de la campaña de Austerlitz, el príncipe Andréi estaba decidido a no volver al ejército; y cuando empezó la guerra y todos tuvieron que incorporarse de nuevo, con el fin de evitarlo, se conformó con un cargo (al mando de su padre) para el reclutamiento de milicias. Después de la campaña de 1805, el viejo príncipe y su hijo parecían haber cambiado los papeles. Excitado por su actividad, el primero esperaba espléndidos resultados de la nueva campaña. El príncipe Andréi, por el contrario, al no participar en la guerra, lo que lamentaba en el fondo de su corazón, no veía más que desastres.

El 26 de febrero de 1807 el viejo príncipe marchó en viaje de inspección. El príncipe Andréi, como solía hacer en ausencia de su padre, se quedó en Lisie-Gori. El pequeño Nikolái estaba enfermo desde hacía cuatro días. Los cocheros, que habían llevado al viejo príncipe a la ciudad, regresaron con documentos y cartas para el príncipe Andréi.

El criado que se hizo cargo de las cartas, no hallando al príncipe Andréi en su despacho, se dirigió a los apartamentos de la princesa María; allí le dijeron que el príncipe se hallaba con su hijo.

—Excelencia, Petrushka ha llegado con el correo— dijo una de las niñeras volviéndose al príncipe Andréi, quien, sentado en una pequeña silla infantil, echaba con manos temblorosas y el ceño fruncido gotas de un frasco en una copa con poca agua.

—¿Qué es?— preguntó el príncipe irritado; le tembló la mano y vertió demasiadas gotas en la copa. Tiró sobre el suelo el resto y pidió agua de nuevo.

La niñera se la trajo.

En la estancia había una cuna, dos cofres, dos butacas, una mesa, la mesita del niño y la pequeña silla donde estaba sentado el príncipe Andréi. Las cortinas estaban corridas y sobre la mesa ardía una vela junto a la que se había colocado, a modo de pantalla, un libro de música de manera que la luz no cayese directamente sobre el pequeño enfermo.

—Querido— dijo la princesa María, de pie junto a la pequeña cama, —es mejor esperar… después…

—¡Ah! Haz el favor, siempre dices tonterías… Con tus eternas esperas, ya ves a lo que hemos llegado— susurró irritado el príncipe Andréi, con evidente deseo de herir a su hermana.

—Te aseguro, querido, que es mejor no despertarlo. Está dormido— dijo la princesa con voz suplicante.

El príncipe Andréi se levantó y con la copa en la mano se acercó de puntillas a la camita.

—Sí… Acaso sea mejor no despertarlo— dijo indeciso.

—Como quieras… En realidad… creo que… pero haz lo que quieras— dijo la princesa, a quien parecía intimidar y avergonzar el triunfo de su opinión. Indicó a su hermano que una de las niñeras lo llamaba en voz baja.

Era la segunda noche que pasaban los dos en vela, a la cabecera del niño abrasado por la fiebre. Durante todo el día, no fiándose del médico de la casa y en espera de que llegase el doctor, que enviaron a buscar en la ciudad, probaban un remedio tras otro. Rendidos por el insomnio e

inquietos, descargaban mutuamente en el otro su dolor, se hacían reproches y reñían.

—Petrushka trae papeles de su padre— murmuró la doncella.

El príncipe Andréi salió.

—¿Qué hay?— preguntó con enfado.

Y después de oír las órdenes verbales de su padre y de recoger los sobres y las cartas, volvió a la habitación del niño.

—¿Cómo está?— preguntó a la princesa María.

—Igual. Espera, por Dios. Karl Ivánovich dice siempre que el sueño es el mejor remedio— dijo en voz baja la princesa María, suspirando.

El príncipe Andréi se acercó al niño y lo tocó en la frente; ardía.

—¡Ese Karl Ivánovich y tú os podéis ir de paseo!— tomó la copa con la medicina y se acercó de nuevo a la cuna.

—¡No lo hagas, Andréi!— dijo la princesa María.

Pero él, mirándola con el ceño fruncido por la ira y el sufrimiento, se inclinó sobre el niño.

—Pero yo quiero que lo tome— dijo. —Te lo ruego, dáselo.

La princesa María se encogió de hombros, tomó dócilmente la copa y, llamando a la niñera, empezó a darle la medicina. El niño se puso a gritar entre estertores. El príncipe Andréi, con el rostro contraído, se llevó las manos a la cabeza, salió de la habitación y se sentó en un diván de la habitación vecina.

Tenía en su mano todas las cartas. Maquinalmente, las abrió y se puso a leerlas. El viejo príncipe, en una hoja azul, escribía con letra grande, utilizando a veces abreviaturas:

> El correo acaba de traerme una noticia excelente, si no es una patraña. Parece ser que Bennigsen ha obtenido una victoria completa sobre Bonaparte en Eylau. En San Petersburgo todo es júbilo y fue enviado al ejército un sinfín de condecoraciones. Aunque sea alemán, lo felicito. No comprendo qué demonios hace el comandante de Kórchevo: un tal Jándrikov. Hasta ahora no ha enviado ni los nuevos contingentes de hombres ni víveres. Preséntate allí

> inmediatamente y dile que si en una semana no lo tiene todo listo, le arrancaré la cabeza. Sobre la batalla de Preussich-Eylau he recibido también carta de Pétenka, que estuvo en el combate; todo es verdad. Si no se meten por medio los que no deben meterse, hasta un alemán puede vencer a Bonaparte. Cuentan que huye en gran desorden. Corre de inmediato a Kórchevo y cumple lo que te digo.

El príncipe Andréi suspiró y abrió otro pliego. La carta, de letra muy menuda, llenaba dos hojas; era de Bilibin. La dobló sin leerla y releyó la de su padre, que concluía con estas palabras: "Corre de inmediato a Kórchevo y cumple lo que te digo".

"No, perdona; no iré hasta que mi hijo esté bien", pensó acercándose a la puerta y mirando al interior de la habitación del niño. La princesa María mecía suavemente la cuna.

"¿Y qué otra cosa desagradable me dice?", pensó, tratando de recordar la carta de su padre. "Sí, que los nuestros han alcanzado una victoria sobre Bonaparte precisamente ahora, cuando yo no estoy en el ejército. Sí, sí, no hace más que bromear a mi costa… y que le aproveche."

Se puso a leer la carta de Bilibin, escrita en francés. Leía sin comprender apenas y lo hacía sólo para no pensar, siquiera por un instante, en lo que llevaba ya demasiado tiempo pensando exclusiva y dolorosamente.

IX

Bilibin estaba entonces en el Cuartel General del Ejército en su calidad de diplomático, y describía toda la campaña en francés con gracia francesa y giros lingüísticos propios de ese idioma, pero con el valor propiamente ruso que no rehúye la crítica ni la burla. Escribía que su discreción diplomática lo atormentaba y se sentía dichoso de tener en la persona del príncipe Andréi a un fiel corresponsal ante quien podía derramar toda la bilis acumulada por cuanto estaba sucediendo en el ejército. Se trataba de una carta ya vieja, anterior a la batalla de Preussich-Eylau.

> Ya sabe, querido príncipe, que desde el gran éxito de Austerlitz no he abandonado el Cuartel General. Decididamente, le voy tomando gusto a la guerra. Lo que he visto en estos tres meses es algo increíble.
>
> Comienzo *ab ovo*. El enemigo del género humano, como sabe, ataca a los prusianos. Los prusianos son nuestros aliados fieles, que sólo nos han engañado tres veces en tres años. Nosotros hacemos causa común con ellos pero resulta que el enemigo del género humano no presta atención a nuestros bellos discursos y con sus groserías y modales primitivos se lanza sobre los prusianos, sin darles tiempo de terminar sus preparativos, y en dos golpes de mano los aplasta y acaba instalándose en el palacio de Potsdam.
>
> Tengo el más vivo deseo, escribe el rey de Prusia a Bonaparte, de que usted se acoja y trate a V. M. en mi palacio de manera que le resulte agradable la estancia; a este fin, he

tomado con toda diligencia las medidas que las circunstancias me permitían. ¡Ojalá haya tenido éxito! A todo esto, los generales prusianos se jactan de buena educación, y para mostrarse corteses con los franceses deponen las armas en cuanto se les requiere.



El comandante de la guarnición de Glogau, con diez mil hombres, pregunta al rey de Prusia qué es lo que debe hacer si se le conmina a la rendición. Todo eso es cierto.

En resumen, esperando imponernos solamente con una demostración militar, resulta que nos vemos metidos en una verdadera guerra y, lo que es peor, una guerra en nuestras mismas fronteras, con y por el rey de Prusia. Todo está dispuesto y sólo nos falta una pequeña cosa: el general en jefe. Como ahora resulta que el éxito de Austerlitz habría sido más decisivo si el general en jefe hubiera sido menos joven, se pasa revista a los octogenarios, y entre Prozorovski y Kámenski, se da la preferencia al segundo. El general nos llega en *kibitka*, a la manera de Suvórov, y se lo recibe con aclamaciones de júbilo y de triunfo.

El día 4 recibe el primer correo de San Petersburgo. Las valijas son trasladadas al despacho del mariscal, porque a éste le gusta hacerlo todo por sí mismo. Me llama para que lo ayude a clasificar las cartas y apartar las que nos están destinadas. El mariscal nos mira mientras lo hacemos y espera los sobres que lleven su nombre. Buscamos, pero no hay nada: el mariscal comienza a impacientarse; se mete él mismo en faena y encuentra algunas cartas del Emperador, dirigidas al conde T., al príncipe V. y otros. Entonces, el mariscal monta en cólera, echa fuego y chispas contra todos; se apodera de las cartas, las abre y lee lo que el Emperador ha escrito a otros. Y acto seguido escribe la famosa orden del día al general Bennigsen:

«Estoy herido y no puedo montar a caballo; no puedo, pues, mandar el ejército. Usted ha traído su Cuerpo de Ejército destrozado a Pultusk, donde se encuentra al descubierto, sin leña ni forraje. Por tanto hay que ayudar, y tal como usted mismo expuso ayer al conde Buxhöwden, es necesario pensar

en la retirada hacia nuestras fronteras, objetivo que debe emprenderse hoy mismo.»

«Después de tantas marchas a caballo —*écrit-il à l'Empereur*—, me ha salido una llaga que, unida a los trastornos de los viajes anteriores, me impide montar y mandar un ejército tan grande. Por esta razón, he declinado el mando en el general más antiguo, el conde Buxhöwden, transmitiéndole todos los servicios y lo demás con ellos relacionado; le aconsejo, al mismo tiempo, que se retire hacia el interior de Prusia, puesto que no queda pan más que para un día, y en algunos regimientos ni siquiera eso, como manifiestan los jefes de división Ostermann y Siedmorietsk; por otra parte, no hay nada que requisar a los campesinos. Por lo que a mí respecta, hasta tanto me cure, permaneceré en el hospital de Ostrolenko. Tengo el honor de informar a Su Majestad que si el ejército permanece en este campamento otros quince días, en la primavera no habrá ni un solo soldado útil.»

«Permitid que este viejo se retire a descansar al campo; un viejo ya deshonrado, puesto que no pudo cumplir el grande y glorioso destino para el que fue elegido. Espero vuestra augusta autorización aquí, en el hospital, para no hacer de *escribiente* en el ejército en vez de ser *general en jefe*. Mi retirada tendrá la misma importancia que la de un ciego que se fuera de un campo de batalla. En Rusia hay miles de hombres como yo.»

El mariscal se disgusta con el Emperador y nos castiga a todos. ¡No diga que no es lógico!

Tal es el primer acto. En los siguientes, el interés y el ridículo aumentan como es de razón. Tras la marcha del

mariscal, se descubre que el enemigo está a la vista y hay que presentarle batalla. Buxhöwden es general en jefe por derecho de antigüedad, pero el general Bennigsen no es del mismo parecer: tanto más cuanto que Bennigsen está con sus tropas frente al enemigo y desea aprovechar la coyuntura para dar una batalla *aus eigener Hand*, como dicen los alemanes. La da. Es la batalla de Pultusk, que se hace pasar por una gran victoria, aunque yo opino de manera muy diferente. Los civiles, como sabe, tenemos la mala costumbre de decidir sobre quién gana o pierde una batalla. Quien se retira después de la batalla, la ha perdido, decimos, y de ahí se desprende que hemos perdido la batalla de Pultusk. En resumen nos retiramos después del combate pero enviamos un correo a San Petersburgo anunciando una victoria, y el general no cede el mando a Buxhöwden, esperando recibir de San Petersburgo, como recompensa a su victoria, el título de general en jefe. En este interregno, comenzamos un plan de maniobras excesivamente interesante y original; nuestro objetivo no consiste, como debiera, en evitar o atacar al enemigo, sino únicamente en evitar al general Buxhöwden, a quien, por su antigüedad, correspondería el mando supremo. Perseguimos ese fin con tanta energía que, hasta al atravesar un río sin vados quemamos los puentes para separarnos de nuestro enemigo que, por el momento, no es Bonaparte, sino Buxhöwden. Éste ha estado a punto de ser atacado y capturado por fuerzas enemigas superiores a causa de una de esas magníficas maniobras que nos libran de él. Buxhöwden nos sigue y nosotros huimos. En cuanto logra pasar a nuestra parte del río, escapamos a la contraria. Por fin, nuestro enemigo Buxhöwden nos alcanza y se une a nosotros. Los dos generales se pelean. Hay un desafío por parte de Buxhöwden y un ataque de epilepsia de Bennigsen. Pero en el instante crítico, el correo encargado de llevar la noticia de nuestra victoria a Pultusk nos trae de San Petersburgo el

> nombramiento de general en jefe y el primer enemigo, Buxhöwden, es aniquilado. Podemos pensar ya en el segundo, en Bonaparte. Pero entonces surge ante nosotros un tercer enemigo: el *ortodoxo*, que pide a gritos pan, carne, heno y qué sé yo. Los almacenes están vacíos, los caminos impracticables. El ejército *ortodoxo* se entrega a la rapiña y en tales proporciones, que lo ocurrido en la anterior campaña no puede dar la menor idea. La mitad de los regimientos forman una tropa libre que, esparcida por los campos, lo pasa todo a sangre y fuego. Los habitantes están arruinados por completo, los hospitales rebosan de enfermos y heridos; en todas partes falta lo más necesario. Por dos veces, los grupos de maleantes han atacado al Cuartel General y el mismo general en jefe se ha visto obligado a llamar a un batallón para expulsarlos de allí. En uno de esos ataques me han robado una maleta vacía y una bata. El Emperador quiere conceder a los jefes de división el derecho de fusilar a los merodeadores, pero mucho me temo que esto obligue a la mitad del ejército a fusilar a la otra mitad.”

El príncipe Andréi había comenzado a leer la carta sin prestar atención, pero sin darse cuenta fue despertando su interés, aunque conocía hasta qué punto se podía creer a Bilibin. Al llegar a este pasaje, arrugó la carta y la tiró. No lo irritaba lo que estaba leyendo, sino el hecho de que todos aquellos sucesos y aquella vida extraña a él pudieran producirle semejante inquietud. Cerró los ojos y se pasó la mano por la frente, como para ahuyentar toda preocupación relacionada con lo leído. Prestó atención a los ruidos que salían de la habitación de su hijo. Le pareció oír al otro lado de la puerta un rumor extraño. Tuvo miedo de que le hubiera ocurrido algo al niño mientras leía la carta. Se acercó de puntillas a la puerta y la abrió.

En el momento de entrar vio que la niñera, con rostro asustado, ocultaba algo y que la princesa María ya no estaba junto al lecho.

—Querido— oyó detrás la voz susurrante de su hermana, que le pareció desesperada. Como suele ocurrir tras largas noches de insomnio y de

intensas emociones, lo invadió un injustificado temor. Pensó que el niño había muerto. Todo lo que veía y oía venía a ser la confirmación de su temor.

“Todo ha terminado”, se dijo. Y su frente se cubrió de un sudor frío. Aturdido, se acercó a la cama, creyendo que la encontraría vacía y que la niñera había escondido al niño muerto. Descorrió la cortina y durante largo rato sus asustados ojos fueron de un sitio a otro sin ver nada.

Por fin se dio cuenta de que el niño estaba allí. Con el rostro sonrosado y los brazos abiertos, permanecía echado de través, con la cabeza fuera de la almohada. Entre sueños movía los labios como si estuviese mamando y respiraba normalmente.

El príncipe Andréi se sintió feliz al verlo, pues imaginaba haberlo perdido; se inclinó sobre su hijo y, según le había enseñado su hermana, probó con los labios si el pequeño tenía fiebre. La delicada frente estaba húmeda; tocó la pequeña cabecita con las manos: hasta los cabellos los tenía mojados por la intensa sudoración. Era evidente que la crisis había sido superada y el niño estaba en vías de franca mejoría. El príncipe Andréi sintió deseos de tomar al niño en brazos y estrechar contra su pecho aquel pequeño ser tan indefenso, pero no se atrevió a hacerlo. Se quedó allí de pie, contemplando la cabeza, los brazos y las piernas que se adivinaban bajo la manta. Junto a él oyó un susurro, y divisó una sombra bajo la cortina de muselina. El príncipe no miró, siempre atento a la cara del niño y a su respiración regular. Era la princesa María, que con paso silencioso se había acercado a la cama levantando la cortina, y la había dejado caer a sus espaldas. El príncipe Andréi la reconoció sin volverse y le tendió la mano.

—Está sudando— explicó el príncipe Andréi.

—Te buscaba para decírtelo— dijo la princesa, estrechando su mano.

El niño se movió ligeramente, sonrió en sueños y restregó la frente sobre la almohada.

El príncipe Andréi miró a su hermana. Los ojos luminosos de la princesa María, en la penumbra mate de la muselina que cubría la cama, brillaban más que siempre llenos de lágrimas de felicidad. La princesa se inclinó hacia su hermano y lo besó tirando ligeramente de la cortina. Se abrazaron el uno al otro y permanecieron un poco más en aquella media luz

mate como si no quisieran apartarse de aquel mundo donde ellos, los tres, estaban lejos de todo. El príncipe Andréi, enredándose el pelo en la cortina, fue el primero en apartarse. “Sí, esto es lo único que me queda”, suspiró.

X

Poco después de su admisión en la masonería, Pierre, con una relación completa, hecha por él mismo, de cuanto debía hacer en sus posesiones, salió hacia la provincia de Kiev, donde se encontraba la mayoría de sus campesinos.

Llegado a Kiev reunió en su oficina principal a todos los administradores y les expuso sus intenciones y deseos. Les explicó las medidas inmediatas que pensaba tomar en orden a la emancipación de los campesinos; entretanto, no debían ser tratados como antes, no debían trabajar las mujeres; debía prestarse ayuda a los campesinos y reprenderlos en vez de recurrir a los castigos corporales; en cada hacienda debía haber hospitales, asilos y escuelas. Algunos de los administradores (entre los cuales había semianalfabetos) lo escuchaban espantados, deduciendo de todo ello que el joven conde estaba disgustado por el mal gobierno de las fincas y por las ocultaciones de dinero. Otros, pasado el primer susto, encontraron muy divertido su modo de hablar y las ideas expuestas, absolutamente nuevas para ellos. Para otros era un placer escuchar a su amo. Y por fin los más inteligentes —y entre ellos el administrador general — comprendieron cómo habían de portarse con el conde en favor de sus propios intereses.

El administrador general expresó su gran simpatía hacia los propósitos de Pierre, pero observó que, además de las reformas propuestas, había que ocuparse de la marcha de la economía, que estaba mal.

A pesar de la inmensa fortuna del conde Bezújov, desde que Pierre gozaba de quinientos mil rublos de renta anual, según se afirmaba, se sentía mucho más pobre que cuando el difunto conde, su padre, le pasaba diez mil

al año. Tenía una vaga idea, en líneas generales, de ese presupuesto: al Consejo de Tutela pagaba unos ochenta mil rublos por todas sus posesiones; el mantenimiento de la villa cerca de Moscú, de la casa en esa ciudad y de las princesas costaba casi treinta mil; las pensiones le llevaban quince mil y casi otro tanto las obras de beneficencia. Pasaba a la condesa —su mujer— ciento cincuenta mil rublos, y los intereses de las deudas representaban unos setenta mil; la construcción de una iglesia, comenzada antes, le había costado en aquellos dos años diez mil rublos; y el resto, unos cien mil, se gastaban sin que él supiese en qué; casi cada año tenía que pedir dinero prestado. Además, el administrador general de sus posesiones le escribía todos los años hablando bien de incendios, bien de malas cosechas o de la necesidad de reformas en edificios o fábricas. Y así, lo primero que Pierre hubo de hacer fue lo que menos le gustaba y lo que menos podía acomodarse a su temperamento e inclinaciones: dedicarse a la revisión de sus intereses.

Pierre trabajaba cada día con el administrador general, aunque se daba cuenta de que su esfuerzo no hacía progresar en nada sus proyectos. Sentía que esas conversaciones nada tenían que ver con ellos, que no los concretaban ni impulsaban. Por una parte, el administrador general exponía la situación a la luz más pesimista tratando de convencer a Pierre de la necesidad de pagar las deudas y emprender nuevos trabajos, utilizando a los siervos, cosa que Pierre no consentía; por otra parte, Pierre exigía que se iniciase cuanto antes la emancipación, contra la cual el administrador amontonaba razones, como la perentoria urgencia de pagar en primer lugar las deudas del Consejo de Tutela, por lo cual era imposible cumplir con rapidez los propósitos del conde.

No es que el administrador general dijese que era absolutamente imposible la emancipación de los siervos; pero, a fin de llegar a ese objetivo, aconsejaba la venta de los bosques de la provincia de Kostromá, de las tierras situadas en la parte baja del Volga y la hacienda de Crimea, operaciones todas que, a juicio del administrador, iban ligadas a tan gran número de expedientes, levantamiento de prohibiciones, peticiones y autorizaciones que Pierre se perdía en todo ello, contentándose con responder: “Bueno, bueno, hágalo así”.

Pierre no poseía la perseverancia práctica que le habría permitido realizar por sí mismo semejantes gestiones, que, además, no le agradaban, y se limitaba a fingir ante el encargado que se ocupaba de ello. El administrador, por su parte, trataba de fingir ante el conde que tales ocupaciones eran muy útiles para el amo, pero embarazosas para él.

En la ciudad Pierre se encontró con algunos conocidos; los desconocidos se apresuraron a conocer y agasajar al recién llegado, que era el más rico propietario de la provincia. Las tentaciones para su más arraigada debilidad, la que había confesado a su ingreso en la logia, resultaron tan fuertes que Pierre no pudo vencerlas. Una vez más, los días, las semanas y los meses de Pierre se pasaron en las mismas ocupaciones de antes, entre veladas, comidas, almuerzos y bailes, como en San Petersburgo, de manera que apenas le quedaba tiempo para la reflexión. Y en vez de esa nueva vida que esperaba emprender, Pierre continuó por el viejo camino: lo único que había hecho era cambiar de ambiente.

De los tres preceptos de la masonería, Pierre reconocía que no había cumplido el que prescribe a cada masón ser un modelo de vida moral; y de las siete virtudes, dos le faltaban por completo: las buenas costumbres y el amor a la muerte. Se consolaba pensando que cumplía otro precepto —la mejora del género humano— y que tenía otras virtudes: el amor al prójimo y, sobre todo, la generosidad.

En la primavera de 1807 Pierre decidió volver a San Petersburgo, con la intención de recorrer por el camino todas sus posesiones y ver por sí mismo lo que se había hecho de cuanto ordenara y las condiciones en que ahora vivían todas aquellas gentes confiadas a él por la voluntad de Dios y a las que de todo corazón deseaba hacer felices.

El administrador general, que consideraba todas las reformas ideadas por el joven conde casi como una locura muy desventajosa para él, para Pierre y para los campesinos, se avino a hacer ciertas concesiones. Sin dejar de presentar la emancipación como algo imposible, dispuso la construcción en cada hacienda de edificios para escuelas, hospitales y asilos. La llegada del dueño a cada lugar iba acompañada en todas partes de recibimientos no solemnes ni aparatosos —sabía que eso no gustaba a Pierre—, sino de actos religiosos de agradecimiento, con iconos y ofrecimiento del pan y la sal,

cosas que, según el concepto que se había formado de su amo, actuarían sobre el conde y contribuirían a mantenerlo en el engaño.

La primavera meridional, el viaje cómodo y rápido en el coche vienés y la soledad del camino producían en Pierre un alegre estado de ánimo. Las propiedades, que aún no conocía, eran a cuál más pintoresca. La gente tenía en ellas aspecto próspero, se mostraba agradecida y feliz por los beneficios recibidos. En todas partes se le hacía un recibimiento que, pese a sonrojarlo en lo más íntimo, lo hacía feliz. En cierto lugar los campesinos lo recibieron con el pan y la sal y las imágenes de san Pedro y san Pablo; le pidieron permiso para levantar en la iglesia, a sus propias expensas, un nuevo altar en honor de su santo, como recuerdo de amor y gratitud a sus beneficios. En otra parte lo recibieron las mujeres del pueblo con los niños de pecho en brazos, para agradecerle que las hubiera liberado de los trabajos penosos. En otra fue recibido por el sacerdote, que salió con la cruz alzada, rodeado de niños a los cuales, gracias a la generosidad del amo, podía enseñar las primeras letras y la doctrina. En todas sus haciendas veía Pierre edificios de piedra, en obra o ya terminados, para hospitales, escuelas y asilos, cuya inauguración era cosa de poco tiempo. Los informes de los administradores indicaban que los trabajos obligatorios para el amo habían disminuido en comparación con épocas anteriores, por lo cual en cada villa salían a darle las gracias, con palabras conmovidas, delegaciones de campesinos que vestían caftán azul.

Pero Pierre ignoraba que donde le ofrecían el pan y la sal y donde se levantaba un altar a san Pedro y san Pablo era una villa con mercado cuya feria coincidía con san Pedro; y que el altar había sido comenzado hacía tiempo a expensas de los mujiks ricos de la aldea, de los mismos que se habían presentado ante él, y que las nueve décimas partes de los mujiks del lugar estaban en la mayor miseria. Ignoraba que, al prohibir el trabajo en el campo de las mujeres con niños de pecho, esas mismas mujeres tenían que trabajar en sus casas en labores no menos penosas. Ignoraba que el sacerdote que lo recibiera con la cruz alzada oprimía a los mujiks con sus cargas, y que los discípulos le eran entregados por los padres muy a su pesar, para después rescatarlos a costa de grandes sacrificios económicos. Ignoraba que los edificios de piedra habían sido levantados por los mismos

campesinos, aumentando así el trabajo para el señor, aliviado solamente en el papel. No sabía que donde el administrador le mostraba sobre los libros la disminución de un tercio del trabajo para el amo, los pagos en especie habían crecido el doble. Pierre quedó entusiasmado del viaje por sus posesiones y sintió renacer en sí todo el entusiasmo filantrópico que lo animaba al salir de San Petersburgo. Bajo este efecto escribió repetidas cartas al hermano preceptor, que así era como llamaba al gran maestro.

"¡Qué fácil es todo! —pensaba—. ¡Qué poco esfuerzo se necesita para hacer mucho bien y qué poco nos preocupamos de hacerlo!"

Se sentía feliz por el agradecimiento que le manifestaban por doquier, pero le producía vergüenza aceptarlo. Esa gratitud le recordaba que aún podía hacer *mucho más* en beneficio de aquella gente sencilla y buena.

El administrador general —hombre estúpido pero astuto— había comprendido bien al conde, inteligente e ingenuo, y lo manejaba como un juguete; viendo el efecto que producían en Pierre los recibimientos por él preparados, le habló en tono más enérgico para insistir sobre la imposibilidad e inutilidad de liberar a los campesinos, que tan felices vivían ya.

Pierre, en su fuero íntimo, estaba de acuerdo con el administrador general en que era difícil imaginar hombres más felices y que sólo Dios sabía qué les aguardaba si recobraban la libertad; pero, aunque sin ganas, insistió en lo que consideraba justo. El administrador prometió hacer todo lo posible por realizar los deseos del conde, comprendiendo muy bien que él no estaría nunca en condiciones de cerciorarse de si había tratado o no de vender los bosques y las posesiones para amortizar la deuda del Consejo. Más aún, probablemente jamás le volvería a preguntar por ello y no llegaría a enterarse de que los edificios construidos estaban vacíos y los campesinos continuaban dando en trabajo y dinero lo mismo que daban a otros, es decir, todo cuanto podían dar.

XI

Pierre, que se hallaba en inmejorable estado de ánimo después de su viaje al sur, realizó su viejo deseo de visitar a su antiguo amigo Bolkonski, al que no veía desde hacía dos años.

Boguchárovo estaba en medio de una comarca poco atractiva, llana y cubierta de campos y bosques de abetos y abedules, talados en parte. La casa señorial se hallaba al final del pueblo, que se extendía a ambos lados del camino real, detrás de un estanque de reciente construcción y lleno de agua, cuyos bordes no cubría aún la hierba, en medio de un bosque joven donde se alzaban algunos grandes pinos.

El conjunto de las edificaciones en la residencia señorial comprendía el granero, los pabellones para el servicio, las caballerizas, el baño y una gran casa de piedra, de fachada curva, todavía sin terminar. Un jardín recientemente plantado rodeaba la casa. La valla y la puerta principal eran fuertes y nuevas. Bajo un cobertizo había dos bombas contra incendios y un barril pintado de verde. Los caminos eran rectos, los puentes sólidos y con barandillas bien hechas: en todo se advertía orden y esmero. Cuando Pierre preguntó dónde vivía el señor, los criados le mostraron un pequeño pabellón muy nuevo, construido al borde del estanque. Antón, el viejo ayo del príncipe Andréi, ayudó a Pierre a descender del coche, lo informó de que el príncipe se hallaba en casa y lo condujo hasta la pequeña y limpia antecámara.

Pierre quedó sorprendido por la modestia de la casa —pequeña y aseada — al recordar el ambiente lujoso donde había visto la última vez a su amigo en San Petersburgo. Entró rápidamente en la salita, todavía sin enlucir, que

olía a pino, y quiso seguir adelante, pero Antón, de puntillas, se le adelantó y llamó a la puerta.

—¿Qué hay?— preguntó desde dentro una voz brusca y desagradable.

—Una visita— contestó Antón.

—Que espere, por favor— dijo la voz.

Se oyó el ruido de una silla al ser apartada. Pierre se acercó rápidamente a la puerta y se dio de cara con el príncipe Andréi, que salía con aire malhumorado. Pierre lo abrazó y, quitándose los lentes, lo besó en las mejillas mirándolo de cerca.

—¡Ah! No te esperaba. Me alegro mucho— dijo el príncipe Andréi.

Pierre no decía nada. Miraba a su amigo con asombro, sin apartar la vista; lo desconcertaba el cambio operado en aquel rostro envejecido; las palabras eran cariñosas, sonreía su boca y el rostro, pero los ojos apagados carecían de vida, pese a su evidente deseo de darles una expresión jovial y gozosa. No fue el hecho de que su amigo estuviese delgado, pálido, de que hubiese madurado, no, era la mirada, la arruga de la frente, testimonios de una profunda concentración mental en un solo tema, lo que sorprendió y distanció a Pierre, hasta que se acostumbró a verlos.

En un encuentro así, después de tan prolongada separación, fue difícil al principio —como suele ocurrir— entablar una conversación coherente. Ambos se hacían preguntas y se contestaban mutuamente con breves frases sobre cosas que habrían requerido mucho tiempo, como bien sabían los dos. Por fin, la conversación, poco a poco, fue normalizándose, volviendo a lo que antes se habían contado con breves palabras: hablaron de los años pasados, de los proyectos para el futuro, del viaje de Pierre y sus ocupaciones, de la guerra, etcétera. La concentración y el abatimiento que Pierre había advertido en los ojos de su amigo se manifestaban ahora, más aún, en la sonrisa con que escuchaba a Pierre especialmente cuando le habló, con jubilosa animación, del pasado y del porvenir. Se diría que el príncipe Andréi deseaba expresar interés por lo que Pierre iba diciendo, pero no lo conseguía. Pierre comprendió por fin que no era oportuno hablar delante de él de exaltados sueños y esperanzas de felicidad y de la práctica del bien. Lo avergonzaba exponer todas sus nuevas ideas masónicas, renovadas y avivadas por el viaje. Se contenía, temeroso de parecer

demasiado ingenuo. Pero, al mismo tiempo, lo acuciaba el irresistible deseo de mostrar a su amigo el cambio operado en él, hacerle ver que ahora era un hombre absolutamente distinto, mucho mejor que el Pierre de San Petersburgo.

—No puedo decirle con qué intensidad he vivido durante todo este tiempo. Ni yo mismo me reconozco.

—Sí, hemos cambiado mucho desde entonces— comentó el príncipe Andréi.

—¿Y usted? ¿Qué proyectos tiene?— preguntó Pierre.

—¿Proyectos?— repitió irónicamente el príncipe Andréi. —¿Mis proyectos?— añadió, como si lo asombrara el sentido de estas palabras. —Ya lo ves: me dedico a instalarme. Quiero trasladarme aquí definitivamente para el próximo año…

Pierre miró fijamente y en silencio el rostro envejecido de su amigo.

—No, no; le pregunto…

Pero el príncipe Andréi lo interrumpió:

—¿Para qué hablar de mí?… Cuéntame, cuéntame tu viaje, ¿qué barrabasadas has hecho en tus posesiones?

Pierre comenzó a explicarle lo que había hecho, tratando de ocultar lo mejor posible toda su intervención en las mejoras introducidas. Varias veces el príncipe Andréi le sugirió lo que debía decir, aun antes de que lo contase, como si todo cuanto relataba Pierre fuese una historia conocida de hace tiempo; y, además de escuchar sin interés, parecía sentir vergüenza de lo que su amigo iba diciendo.

Pierre se sintió cohibido y aun violento en su compañía y calló.

—Sabes, querido— dijo el príncipe Andréi, también visiblemente embarazado por la presencia de su huésped. —Aquí estoy, como en un campamento. No he venido más que a mirar cómo va esto. Hoy vuelvo a casa de mi hermana. Te presentaré a los míos. Creo que a ella la conoces ya, ¿verdad?— parecía dirigirse a una visita a quien debía entretener y con la cual nada tenía de común. —Nos iremos después de comer. Y ahora, ¿quieres visitar mi propiedad?

Salieron a pasear hasta la hora de comer, hablando de política y sus amistades como personas entre las cuales hay poca intimidad. Con cierta

animación e interés, el príncipe Andréi le explicó las obras hechas por él en la finca; pero también al tratar aquel tema, en medio de la charla, cuando estaba describiendo a Pierre la nueva disposición de la casa, se detuvo de pronto:

—Aunque esto no tiene ningún interés. Vamos a comer y nos marcharemos.

Durante la comida se habló del matrimonio de Pierre.

—Me quedé muy asombrado con aquella noticia— dijo el príncipe Andréi.

Pierre se ruborizó; le pasaba cada vez que se hablaba de su matrimonio.

—Ya le contaré un día cómo ocurrió— dijo con precipitación: —Pero ya se acabó todo y para siempre.

—¿Para siempre?— preguntó el príncipe Andréi. —Nada de lo que sucede es para siempre.

—Pero, ¿sabe cómo terminó? ¿Oyó hablar del duelo?

—Sí, también has pasado por eso.

—De lo único que doy gracias a Dios es de no haber matado a ese hombre— dijo Pierre.

—¿Por qué? Matar a un perro rabioso es una excelente acción.

—No, matar a un hombre no está bien; no es justo…

—¿Por qué no es justo?— replicó el príncipe Andréi. —Los hombres no podemos saber qué es justo y qué no lo es. Los hombres se han equivocado siempre y seguirán equivocándose, sobre todo al considerar qué es lo justo y qué lo injusto.

—Injusto es lo que produce un mal a otro hombre— dijo Pierre, sintiendo con satisfacción que, por primera vez desde su llegada, el príncipe Andréi se animaba, salía de su mutismo y quería hacerle comprender qué lo había hecho ser tal como era ahora.

—¿Y quién te dijo lo que es un mal para otro hombre?— preguntó.

—¿El mal? ¿El mal?— dijo Pierre. —Todos sabemos en qué consiste el mal para nosotros mismos.

—Sí, lo sabemos; pero el mal que yo conozco para mí no puedo hacérselo a otro hombre— explicó el príncipe Andréi, animándose por momentos con el evidente deseo de exponer sus nuevas ideas sobre las

cosas. Ahora hablaba en francés: —Je ne connais dans la vie que deux maux bien réels: c'est le remords et la maladie. Il n'est de bien que l'absence de ces maux.[272] Vivir, evitando estos males, es toda mi sabiduría ahora.

—¿Y el amor al prójimo, y el sacrificio?— comenzó a decir Pierre. —No, no puedo estar de acuerdo con usted. Vivir únicamente para no obrar mal, para no tener que arrepentirse, es poco. Yo he vivido así: he vivido para mí solo y he destrozado mi vida. Sólo ahora, que vivo, o al menos quiero vivir— rectificó por modestia, —para los demás, comprendo toda la felicidad de la vida. No, no estoy de acuerdo con usted; y ni usted mismo cree en lo que dice.

El príncipe Andréi miraba a Pierre en silencio, sonriendo irónicamente.

—Ahora verás a mi hermana. Coincidirás con ella— dijo. —Puede que tengas razón en tu caso— continuó tras una pausa, —pero cada uno vive a su manera. Tú vivías para ti mismo y ahora dices que estuviste a punto de malograr tu vida; dices que no has conocido la felicidad hasta que comenzaste a vivir para los demás. Yo he experimentado lo contrario. Vivía para la gloria (¿y qué es la gloria? Es también amor al prójimo, el deseo de hacer algo para otros, el deseo de ganar sus alabanzas). He vivido para otros, y no es que estuviera a punto de malograr mi vida, sino que la he malogrado del todo. Y desde entonces me siento más tranquilo y vivo exclusivamente para mí.

—Pero ¿cómo es posible vivir para uno exclusivamente?— preguntó Pierre, cada vez más enardecido. —¿Y su hijo? ¿Y su hermana, su padre?

—Son lo mismo que yo. No son los demás; y los demás, le prochain,[273] como tú y la princesa María lo llamáis, son la fuente principal de los errores y los males, le prochain son tus mujiks de Kiev, a los que tú quieres favorecer.

Y miró a Pierre con una mirada provocadora e irónica. Parecía que lo retaba.

—Está bromeando— dijo Pierre más y más animado. —¿Qué mal, qué error puede haber en lo que deseo? Hice pocas cosas y muchas de ellas mal conseguidas, pero he deseado hacer el bien y he logrado hacer algo. ¿Qué mal puede haber en que esos desgraciados, nuestros mujiks, hombres como

nosotros, que viven y mueren sin concebir otra idea de Dios y de la verdad que los ritos y las oraciones sin sentido, sean instruidos en la fe que puede consolarlos, en la creencia en una vida futura, en la recompensa y la felicidad del más allá? ¿Qué mal y qué horror hay en impedir que la gente muera de enfermedad, sin ayuda, cuando es tan fácil ayudarlos materialmente y yo les proporciono médicos, hospitales y asilos a los ancianos, cuando es tan fácil hacerlo? ¿Y no es un bien tangible e indudable si doy un poco de descanso y asueto al mujik, a la mujer con niños, que no tienen un minuto de reposo ni de día ni de noche?— hablaba Pierre farfullando y de prisa. —Y yo lo hice, aunque poco, aunque mal, pero algo hice, y usted no puede negarme que lo hecho por mí es bueno, ni puede convencerme de que no piensa lo mismo. Lo más importante— prosiguió, —y de lo que estoy seguro, es que el placer de hacer el bien es la única felicidad verdadera en la vida.

—Sí, planteando la cuestión de esa manera, es otra cosa— dijo el príncipe Andréi. —Yo edifico una casa y planto jardines. Tú haces hospitales: lo uno y lo otro pueden servirnos de pasatiempo. Pero ¿qué es lo justo y qué es el bien? Deja que lo decida aquel que todo lo sabe y no nosotros. Pero, quieres discutir, pues discutamos.

Se levantaron de la mesa y se sentaron en el porche a falta del balcón.

—Y bien, discutamos— continuó el príncipe Andréi. —Tú dices: las escuelas— y dobló un dedo de la mano, —la enseñanza, etcétera. Es decir — y señaló a un mujik que se quitó el gorro al pasar ante ellos, —tú quieres sacarlo de su estado animal e inculcarle necesidades morales, pero yo creo que su única felicidad posible es la de ser animal, de la que tú quieres privarlo. Yo lo envidio, y tú quieres hacerlo como yo soy ahora, pero sin darle mis medios. Dices también que es preciso aliviar su trabajo; y a mi modo de ver el trabajo físico es para ese hombre una necesidad, la condición misma de su existencia, como para ti y para mí es el trabajo mental. Tú no puedes dejar de pensar. Cuando me acuesto, pasadas las dos de la madrugada, acuden a mi mente diversos pensamientos y no puedo conciliar el sueño; doy vueltas y más vueltas en la cama, pero no me duermo hasta por la mañana, porque sigo pensando y no puedo dejar de hacerlo. Y lo mismo él, no puede dejar de arar o de segar, pues si no lo hace

irá a la taberna o acabará por caer enfermo. De la misma manera que yo no soportaría su duro trabajo físico y moriría al cabo de una semana, él no soportaría mi ocio físico, engordaría y acabaría por morir. ¿Qué otra cosa has dicho?— y el príncipe Andréi dobló el tercer dedo: —Ah, sí, los hospitales, las medicinas. Le da un ataque de apoplejía, está a punto de morir y tú lo sangras y lo curas; pues bien, quedará tullido durante diez años y será una carga para todos. Morir, para él, sería lo mejor y lo más sencillo. Otros nacen, y tal vez los haya de más. Si lo sintieras por perder un trabajador que te sobra, así lo considero, lo comprendería, pero no, tú quieres curarlo por amor al prójimo. Pero él no lo necesita. Y, además, ¿a quién se le ocurre pensar que la medicina haya curado a alguien alguna vez? Lo que hace es matar— dijo frunciendo el ceño con ira y apartándose de Pierre.

Expresaba el príncipe Andréi sus pensamientos con la claridad y precisión de quien ha meditado en ellos muchas veces; hablaba con ganas y de prisa, como un hombre que lleva callado largo tiempo. Sus ojos se animaban más y más cuanto mayor era el pesimismo de sus ideas.

—¡Oh, esto es terrible, terrible!— dijo Pierre. —No comprendo cómo se puede vivir con esas ideas. También yo he tenido instantes parecidos, no hace mucho tiempo, en Moscú y durante el viaje; pero había caído tan bajo que eso no era vivir: todo me parecía repugnante… y sobre todo yo mismo. No comía, no me lavaba… Pero ¿cómo usted…?

—¿Por qué no hemos de lavarnos? No sería higiénico— dijo el príncipe Andréi. —Al contrario, debemos procurar que la propia vida sea lo más agradable posible. Yo no tengo la culpa de vivir; por tanto, debo vivir lo mejor que pueda sin molestar a nadie, hasta que llegue la muerte.

—Pero ¿qué lo impulsa a vivir con esas ideas? Es decir, permanecer quieto, sin hacer nada, sin emprender nada…

—La vida, por su parte, se encarga de no dejarnos tranquilos. Estaría muy contento si no tuviera que hacer nada, pero ya lo ves: por una parte, la nobleza de la región me hizo el honor de elegirme su mariscal. A duras penas he conseguido librarme. No fueron capaces de comprender que carecía de las cualidades que ellos necesitan: no soy ese hombre campechano, bonachón y vulgar que ellos buscan. Tuve también que

construir esta casa para tener, al menos, un rincón tranquilo. Y ahora la milicia.

—¿Por qué no ha vuelto al ejército?

—¿Después de Austerlitz? ¡No, gracias!— respondió sombríamente el príncipe Andréi. —Me he jurado no volver a servir en activo en el ejército ruso, y así lo haré; si Bonaparte estuviese aquí, en Smolensk, y amenazase Lisie-Gori, tampoco entonces me alistaría en el ejército ruso. Como te decía — prosiguió calmándose, —mi padre, que es el jefe de la tercera región, se ocupa de movilizar las tropas, y el único medio de librarme del servicio activo es permanecer a su lado.

—Entonces, ¿está en servicio?

—Sí.

Pierre calló un momento.

—¿Y por qué lo hace?

—Te lo diré. Mi padre es uno de los hombres más notables de su tiempo. Pero se va haciendo viejo; no es que sea cruel, pero tiene un carácter demasiado violento. Puede ser peligroso por su hábito del poder absoluto y, sobre todo ahora, con la autoridad que le ha dado el Emperador. Hace dos semanas, si me llego a retrasar dos horas ahorca a un funcionario de Yújnovo— sonrió el príncipe Andréi. —Lo hago porque nadie más que yo puede influir sobre mi padre, y así, a veces, consigo evitar algún acto suyo que le haría sufrir después.

—¡Ah! ¡Pues ya lo ve!

—Sí, mais ce n’est pas comme vous l’entendez[274]— prosiguió el príncipe Andréi. —Yo no deseaba ni deseo ningún bien a ese miserable que robaba las botas a los milicianos; hasta me gustaría verlo ahorcado; pero compadecí a mi padre, es decir que, en fin de cuentas, lo hice por mí mismo.

El príncipe Andréi hablaba cada vez con mayor animación: sus ojos brillaban febriles mientras intentaba demostrar a Pierre que en sus actos no había el menor deseo de hacer bien al prójimo.

—Veamos— prosiguió Andréi, —tú quieres liberar a los campesinos del régimen de servidumbre. Eso está muy bien, pero no para ti (creo que tú jamás has pegado a ninguno, ni enviado a nadie a Siberia), y aun menos

para los campesinos. Si les pegan, azotan o envían a Siberia, creo yo que no por eso van a estar peor. En Siberia llevarán la misma vida de animales y las cicatrices de su cuerpo curarán y serán tan felices como antes. Eso es más necesario para hombres que sufren moralmente, que se arrepienten, pero tratan de ahogar ese arrepentimiento y se embrutecen por el solo hecho de que tienen derecho a castigar a los demás con justicia o sin ella. A ésos es a quienes compadezco y por ellos desearía emancipar a los campesinos. Tú tal vez no los has visto; pero yo he visto a personas excelentes, educadas en la tradición del poder ilimitado, que, con los años, se tornan irritables, se vuelven crueles y groseras; lo saben, pero no pueden contenerse, y cada día son más y más desgraciadas.

La pasión con que hablaba el príncipe Andréi hizo pensar a Pierre que semejantes ideas las inspiraba el ejemplo de su padre. No contestó nada.

—De ellos me compadezco: de la dignidad humana, de la tranquilidad y pureza de conciencia, y por ellos me gustaría emancipar a los campesinos, pero no de sus espaldas ni de sus cabezas, que, por más que se los azote y rasure, seguirán siendo las mismas espaldas y las mismas cabezas.

—No, no y mil veces no— exclamó Pierre. —Nunca estaré de acuerdo con usted.

XII

Por la tarde el príncipe Andréi y Pierre tomaron el coche y se dirigieron a Lisie-Gori. El príncipe miraba a Pierre y de vez en cuando rompía el silencio con frases que denunciaban su buen humor.

Le mostraba los campos y le contaba sus perfeccionamientos agrícolas.

Pierre callaba, taciturno; sólo respondía con monosílabos y parecía abstraído en sus pensamientos.

Pensaba que el príncipe Andréi no era feliz, que estaba confundido y no conocía la verdadera luz; y que él, Pierre, debía ayudarlo, iluminarlo y elevar su espíritu. Pero cuando pensaba en lo que iba a decir, presentía que el príncipe Andréi, con una palabra, con un solo argumento, destruiría toda su doctrina. Por eso le daba miedo comenzar. Temía que su amigo pudiera burlarse de lo que para él era lo más sagrado.

—Pero, ¿por qué piensa así?— dijo de improviso, bajando la cabeza y tomando la actitud del toro que se prepara a embestir. —No debe pensar así.

—¿En qué piensas?— preguntó el príncipe Andréi, sorprendido.

—En la vida, en el destino del hombre. Eso no puede ser. También yo pensaba así, pero me ha salvado, ¿sabe qué?, la masonería. No, no sonría. La masonería no es una secta religiosa, de ritos, como pensaba antes; es la expresión única y perfecta de los aspectos mejores y eternos de la humanidad.

Y comenzó a explicar al príncipe Andréi los principios de la masonería, tal como él los entendía. La masonería, dijo, es la doctrina de Cristo, desembarazada de las trabas de la religión y del Estado, la doctrina de la igualdad, de la fraternidad y del amor.

—Sólo nuestra santa fraternidad tiene un verdadero sentido de la vida. Lo demás no es sino un sueño— decía Pierre. —Comprenda, querido amigo, que fuera de ella no hay más que engaño y mentira; estoy de acuerdo con usted en que para un hombre inteligente y bueno no hay otra solución que la suya: vivir la propia vida, esforzándose solamente en no molestar a los demás. Pero acepte nuestras convicciones fundamentales, ingrese en nuestra hermandad, entréguese, déjese guiar, y se sentirá al momento, como me pasó a mí, un eslabón en esa cadena infinita, invisible, cuyo principio está oculto en el cielo.

El príncipe Andréi, silencioso, miraba ante sí, escuchando a Pierre. Varias veces, no habiendo oído bien a causa del ruido del vehículo lo que decía su amigo, le hizo repetir sus palabras. Por la luz particular que se había encendido en los ojos del príncipe Andréi y por su mismo silencio Pierre comprendió que sus palabras no caían en el vacío, que el príncipe Andréi no lo interrumpiría ni se burlaría de él.

Se acercaron a un río desbordado que tenían que pasar en balsa. Mientras los hombres hacían entrar los caballos y el carruaje, se embarcaron.

El príncipe Andréi, acodado en la barandilla, contemplaba silencioso el brillo del sol poniente reflejado en las aguas.

—Y bien, ¿qué piensa de eso?— preguntó Pierre. —¿Por qué calla?

—¿Qué pienso? Te escuchaba. Todo eso está bien. Pero tú dices: entra en nuestra hermandad y te mostraremos el objetivo de la vida, el destino del hombre y las leyes que rigen el universo. Pero ¿quiénes sois? Sois hombres. Entonces ¿por qué lo sabéis todo? ¿Por qué yo solo no veo lo que veis vosotros? Vosotros veis sobre la tierra el reinado del bien y de la verdad, pero yo no lo veo.

Pierre lo interrumpió:

—¿Cree en la vida futura?

—¿En la vida futura?— repitió el príncipe Andréi.

Pero Pierre no le dejó tiempo para contestar, tomando esa repetición como una respuesta negativa, tanto más que conocía el ateísmo profesado antes por el príncipe Andréi.

—Dice que no ve en la tierra el reinado del bien y de la verdad. Tampoco yo lo veía; y nadie lo puede ver, si considera nuestra vida como el fin de todas las cosas. En la *tierra*, precisamente en esta tierra— y Pierre indicó con la mano el campo, —no está la verdad: todo es mentira y maldad. Pero en todo el mundo, en el mundo, existe el reino de la verdad, nosotros mismos somos ahora hijos de la tierra y eternamente hijos de todo el mundo. ¿Es que no siento en lo más íntimo de mi ser que formo parte de este todo grande y armonioso? ¿Acaso no me doy cuenta de que en esta innumerable variedad de seres, en la que se manifiesta la divinidad, o la fuerza suprema si quiere, no soy más que un eslabón, un peldaño que va de los seres inferiores a los superiores? Si veo con claridad la escala que lleva desde la planta hasta el hombre, ¿por qué he de suponer que esa escala termina en mí y no va cada vez más lejos? Siento que no sólo no puedo desaparecer, como nada desaparece en el mundo, sino que seré siempre y siempre fui. Siento que, además de mí, y sobre mí, hay otros espíritus y que en ese mundo existe la verdad.

—Sí, ya sé, es la doctrina de Herder— dijo el príncipe Andréi. —Pero no será eso lo que me convenza, querido mío. Lo que me convence es la vida y la muerte: eso es lo que convence. El hecho de ver que un ser querido, ligado a ti, ante el cual fuiste culpable y ante quien esperabas justificarte— la voz del príncipe Andréi tembló y apartó el rostro, —ver que de pronto ese ser sufre, padece, deja de existir… ¿Por qué? Es imposible que no haya una respuesta. Y yo creo que existe… Eso es lo que me convence, es lo que me ha convencido.

—Sí, claro, claro. ¿Acaso no es lo mismo que estoy diciendo?— preguntó Pierre.

—No. Lo único que yo digo es que no son los razonamientos los que persuaden de la necesidad de una vida futura, sino este hecho: cuando se camina en buena armonía al lado de alguien y de pronto esa persona desaparece *allá, en la nada*, y tú te detienes ante ese abismo y miras. Yo he mirado…

—Sí, ¿y qué? Entonces sabe que ese *allá* existe, que en ese allá hay *alguien*. Ese allá es la vida futura y ese alguien es Dios.

El príncipe Andréi no contestó. La carretela y los caballos llevaban mucho tiempo enganchados en la otra orilla, el sol se había ocultado a medias y la helada vespertina cubría ya de estrellas los charcos de la orilla. Pierre y el príncipe Andréi, con gran asombro de los criados, del cochero y de los barqueros, seguían en la balsa y conversaban.

—Si existe Dios y hay vida futura, es que existe también la verdad y la virtud; la felicidad suprema del hombre consiste en conseguirlas— decía Pierre. —Es necesario vivir, amar, creer que no vivimos tan sólo en este jirón de tierra, sino que hemos vivido y viviremos eternamente allá, en el todo— y señaló el cielo.

El príncipe Andréi, apoyado en la barandilla de la barca, escuchaba a Pierre sin apartar la vista de los reflejos rojos del crepúsculo sobre la superficie azul del agua.

Pierre dejó de hablar. La calma era completa. La barca llevaba mucho tiempo en la orilla y sólo las olas rompían contra ella con débil chapoteo.

Al príncipe Andréi le pareció que ese rumor de las pequeñas ondas le decía, confirmando las palabras de Pierre: “Es verdad, créelo”.

El príncipe Andréi suspiró y, con ojos radiantes, cariñosos e infantiles, contempló el rostro encendido y entusiasta de Pierre, siempre tímido ante su amigo, a quien consideraba superior.

—Si de verdad fuese así…— dijo. —Pero vamos al coche— añadió, y al salir de la barca miró al cielo que le mostraba Pierre.

Por primera vez desde Austerlitz vio aquel cielo alto e infinito que había contemplado cuando yacía en el campo de batalla. En aquel instante despertó algo alegre y jubiloso en su alma, algo que llevaba largo tiempo adormecido, lo mejor que había en su ser. El sentimiento desapareció tan pronto como el príncipe Andréi volvió a la vida cotidiana y normal, pero ahora sabía que, aunque no hubiera sabido desarrollarlo, ese sentimiento seguía existiendo en él.

La entrevista con Pierre fue para el príncipe Andréi, a pesar de que exteriormente no hubiera cambiado, el comienzo de una nueva vida en su mundo interior.

XIII

Había anochecido cuando el príncipe Andréi y Pierre llegaron a la puerta principal de Lisie-Gori. Al acercarse, el príncipe Andréi hizo observar con una sonrisa a Pierre el revuelo que su presencia había suscitado en la entrada de servicio. Una viejecita encorvada, que llevaba una mochila a la espalda, y un hombre de mediana estatura, de largos cabellos y vestido de negro, echaron a correr hacia el portón de salida en cuanto vieron la carretela. Dos mujeres corrieron detrás de ellos, y los cuatro, sin perder de vista el carruaje, entraron corriendo y asustados por la puerta de servicio.

—Es la gente de Dios, que María protege— explicó el príncipe Andréi. —Seguramente creyeron que llegaba mi padre. Es en lo único que mi hermana no lo obedece: mi padre manda siempre echar a esos peregrinos, pero ella los recibe.

—¿Qué significa gente de Dios?— preguntó Pierre.

El príncipe Andréi no tuvo tiempo de contestar. Le salieron al encuentro los criados y él preguntó por su padre y si lo esperaban.

El viejo príncipe estaba todavía en la ciudad y se lo esperaba de un momento a otro.

El príncipe Andréi condujo a Pierre a los aposentos —siempre ordenados y limpios— que le reservaban en la casa de su padre y se dirigió a la habitación del niño.

—Visitemos ahora a mi hermana— dijo a Pierre una vez que hubo vuelto. —Todavía no la he visto. A estas horas procura esconderse y está con su gente de Dios. Se avergonzará, pero que se aguante; así tendrás ocasión de verlos. C’est curieux, ma parole.[275]

—¿Qu’est-ce que c’est que esa gente de Dios?— preguntó Pierre.

—Ahora lo verás.

Efectivamente, la princesa María se ruborizó, su rostro se cubrió de manchas y se mostró turbada cuando entraron. En el diván de la acogedora habitación con lamparillas encendidas ante los iconos y un samovar sobre la mesa estaba sentado junto a la princesa un hombre joven de nariz larga y larga cabellera, vestido con hábitos monacales.

En el sillón próximo había tomado asiento una viejecilla flaca y arrugada, de dulce rostro infantil.

—André, pourquoi ne m’avoir pas prévenue?[276]— le reprochó afectuosamente la princesa, poniéndose delante de los peregrinos como una clueca en defensa de sus polluelos. Cuando Pierre le besó la mano, le dijo: —Charmée de vous voir. Je suis très contente de vous voir.[277]

Lo conocía de cuando todavía era un niño y ahora su amistad con Andréi, su infortunio conyugal y, sobre todo, su expresión bondadosa y sencilla la predisponían a su favor. María lo miraba con sus bellos ojos radiantes y parecía decirle: “Lo aprecio mucho, pero, por favor, no se ría de *los míos”*. Después de las primeras frases de saludo se sentaron.

—¡Ah! También está aquí Ivánushka— dijo el príncipe Andréi, señalando al joven peregrino.

—¡André!— dijo la princesa con voz suplicante.

—Il faut que vous sachiez que c’est une femme[278]— dijo Andréi a Pierre.

—André, au nom de Dieu!— repitió la princesa.

La actitud irónica del príncipe Andréi frente a los peregrinos y la inútil defensa que hacía de ellos su hermana demostraban que semejante polémica era habitual entre ellos.

—Mais, ma bonne amie— dijo el príncipe Andréi, —vous devriez au contraire m’être reconnaissante de ce que j’explique à Pierre votre intimité avec ce jeune homme.[279]

—Vraiment?[280]— preguntó Pierre con seria curiosidad (por la cual le quedó especialmente agradecida la princesa). Y a través de los lentes miró el rostro de Ivánushka, quien, comprendiendo que se hablaba de él, se volvió hacia ellos mirando a todos con ojos maliciosos.

No había motivo alguno para que la princesa María estuviera inquieta por los *suyos*. No parecían nada intimidados. La viejecilla seguía sentada en el sillón, tranquila e inmóvil, con los ojos bajos, mirando de reojo a los recién llegados; acababa de poner la taza de té en el plato boca abajo y al lado un terrón de azúcar mordisqueado en espera de que le ofrecieran más té. Ivánushka bebía en el platillo, mirando disimuladamente, con ojos pícaros y femeninos, a los jóvenes.

—¿Has estado en Kiev?— preguntó el príncipe Andréi a la vieja.

—Sí, padrecito— respondió parlera la vieja. —En la misma Navidad tuve la dicha de comulgar cerca de las santas reliquias; ahora vengo de Koliazin, padrecito: hubo allí un gran milagro…

—¡Vaya! ¿Y estuvo contigo Ivánushka?

—Yo llevo mi camino, padrecito; me encontré con Pelágueiushka en Yújnovo— dijo Ivánushka, tratando de dar un tono varonil a su voz.

Pelágueiushka interrumpió a su compañero, deseosa de contar lo que había visto.

—Hubo un gran milagro en Koliazin, padrecito.

—¿Qué, nuevas reliquias?— preguntó el príncipe Andréi.

—Déjala, Andréi— intervino la princesa María. —No se lo cuentes, Pelágueiushka.

—¿Por qué dices eso, madrecita? ¿Por qué no se lo voy a contar? Es bueno; es mi bienhechor, mandado por Dios. Me dio diez rublos, lo recuerdo bien. Cuando estuve en Kiev, Kirusha, el beato, me dijo: ¿por qué no vas a Koliazin? Kirusha es un verdadero hombre de Dios, va descalzo en invierno y verano. Pues me dijo: “No vas por tu camino, vete a Koliazin. Ha aparecido una imagen milagrosa; con la Virgen santísima. Nada más oírlo, me despedí de la buena gente y allá me fui…

Todos guardaban silencio: la peregrina hablaba sola con voz mesurada, aspirando el aire.

—Llegué, padrecito, y la gente me cuenta: “Hay un gran milagro: de una mejilla de la Virgen santísima brota óleo sagrado…”.

—Bueno, bueno: lo contarás después— dijo ruborizándose la princesa María.

—¿Me permite que le haga una pregunta?— dijo Pierre, volviéndose a la viejecita: —¿Lo has visto tú misma?

—¡Claro que sí, padrecito! Sí, yo misma lo he visto, fui digna de ese honor. La cara le brillaba como la luz del cielo y de la mejilla de la Virgen caía gota a gota…

—¡Pero esto es una superchería!— comentó ingenuamente Pierre, que había escuchado con gran atención a la peregrina.

—¡Padrecito! ¿Qué dices?— exclamó asustada Pelágueiushka, volviéndose a la princesa en demanda de ayuda.

—Así es como engañan al pueblo— añadió Pierre.

—¡Jesús! ¡Señor!— se santiguó la peregrina. —No digas eso, padrecito. Así le pasó a un general que no temía a Dios y dijo una vez: "Los monjes engañan", y nada más decirlo se quedó ciego. Y en sueños vio a la Virgen santa de Pechersk, que se le acercaba y le decía: "Cree en mí y te curaré". Entonces empezó a pedir que lo llevaran a ella. Es verdad: lo vi yo misma. Guiaron al ciego a la imagen; se acercó, cayó de rodillas y dijo: "Cúrame y te daré todo lo que el Zar me ha concedido". Lo vi yo misma, padrecito: de repente, en la imagen apareció incrustada una estrella y el ciego recobró la vista. Es un pecado hablar así y Dios lo castiga— dijo a Pierre en tono doctrinal.

—¿Y cómo pudo la estrella pasar a la santa imagen?— preguntó Pierre.

—Habrán ascendido a la Virgen a general— comentó sonriendo el príncipe Andréi.

Pelágueiushka palideció y, de pronto, alzó los brazos al cielo:

—Padre, padre, no peques, tienes un hijo— empezó a decir, y de pálida pasó a estar súbitamente roja. —Padre, ¿qué has dicho? ¡Perdónalo, Señor! — y dirigiéndose a la princesa María prosiguió: —¿Qué es eso, madrecita?

Se había levantado y casi entre sollozos se dispuso a cargar con su mochila. Debía de ser para ella un motivo de vergüenza recibir favores en una casa donde se podían decir semejantes palabras; pero también le pesaba tener que privarse de ellos en adelante.

—¡Vaya diversión que han encontrado! ¿Por qué han venido aquí?— dijo la princesa María.

Pierre se adelantó hacia la vieja:

—Era una broma, Pelágueiushka…— dijo. —Princesse, ma parole, je n'ai pas voulu l'offenser.[281] Era una broma; no lo tomes a mal— añadió, sonriendo tímidamente y con el deseo de reparar su culpa. —Te aseguro que sólo era una broma.

Pelágueiushka se detuvo desconfiada; pero en el rostro de Pierre había un arrepentimiento tan sincero y el príncipe Andréi miraba tan tímidamente, ya a la vieja, ya a Pierre, que poco a poco se calmó.

XIV

Tranquilizada la peregrina y animada a seguir hablando, se extendió acerca del padre Amfiloco, cuya vida era tan santa que sus manos difundían olor a incienso y de cómo los monjes que había encontrado en su última peregrinación a Kiev le habían dado las llaves de unas grutas donde, con una reserva de pan seco, había permanecido durante dos días junto a los bienaventurados.

—Rezaba a uno, lo veneraba, y después me iba a otro. Dormía un poco y volvía a besar las reliquias; había tanto silencio, madrecita, y gozaba de tanto bienestar, que no sentía deseos de volver al mundo.

Pierre la escuchaba con atenta seriedad. El príncipe Andréi salió de la habitación. Poco después, dejando que los peregrinos concluyeran de tomar su té, la princesa María condujo a Pierre al salón.

—Es usted muy bueno— le dijo.

—¡Oh! De verdad que no quería ofenderla… Comprendo muy bien y aprecio en mucho esos sentimientos.

La princesa María lo miró en silencio y sonrió con ternura.

—Hace mucho que lo conozco y lo quiero como a un hermano— dijo. —¿Qué le ha parecido André?— añadió rápidamente para no darle tiempo a responder a sus cariñosas palabras. —Me tiene muy preocupada. Su salud mejora en invierno, pero en la pasada primavera se abrió su herida y el doctor le recomendó un tratamiento en el extranjero; me inquieta también mucho moralmente. No es como nosotras, las mujeres, que expresamos nuestro dolor en lágrimas, no las ocultamos. Todo lo guarda dentro, sin desahogarse. Hoy parece alegre y animado, pero eso se debe a su llegada. Raras veces está como hoy. ¡Si usted pudiera convencerlo de que fuera al

extranjero a curarse! Necesita actividad, y esta vida ordenada y tranquila lo está matando. Los demás no se dan cuenta, pero yo lo veo.

Cerca de las diez los criados salieron precipitadamente a la puerta principal al oír las campanillas del coche del viejo príncipe. También salieron Andréi y Pierre.

—¿Quién es?— preguntó el viejo príncipe al notar la presencia de Pierre. —¡Ah! ¡Cuánto me alegro!— dijo al saber quién era. —¡Ven a darme un beso!

El viejo príncipe estaba de excelente humor y recibió cariñosamente a Pierre.

Antes de la cena el príncipe Andréi volvió al despacho y encontró a Pierre en acalorada discusión con su padre. Pierre afirmaba que llegaría un tiempo en que no habría más guerras. El viejo príncipe lo contradecía, irónico, pero discutía sin enfadarse.

—Saca a la gente la sangre de las venas, ponles agua y entonces no habrá más guerras. Son desvaríos de mujeres— y dio una cariñosa palmada a Pierre.

Luego se acercó a la mesa, donde el príncipe Andréi, quien, evidentemente, no deseaba intervenir en la conversación, examinaba los papeles traídos por su padre de la ciudad. El viejo príncipe se acercó a él y comenzó a hablar de sus asuntos.

—El mariscal de la nobleza, conde Rostov, no ha enviado ni la mitad de los hombres que debía. Vino a la ciudad y se le ocurrió invitarme a comer. ¡Buena comida le di!…

—Y mira esto otro… Bueno, querido— añadió el príncipe Nikolái Andréievich dirigiéndose a su hijo y dando de nuevo unas palmadas en el hombro de Pierre. —Tu amigo es un excelente muchacho, le he tomado cariño. Me estimula. Hay personas que dicen cosas muy juiciosas que nadie quiere escuchar, pero él dice tonterías y me estimula a mí, que soy un viejo. Bueno, idos, idos; puede que baje a cenar con vosotros, discutiremos otro rato. Quiere bien a mi tonta, la princesa María— gritó aún a Pierre desde la puerta.

Sólo ahora, en Lisie-Gori, apreció Pierre todo el encanto y la fuerza de su amistad con el príncipe Andréi. Encanto que no se notaba tanto en sus

relaciones personales con él como con sus familiares y demás habitantes de la casa. Pierre se sintió de pronto viejo amigo del severo príncipe Nikolái Andréievich y de la dulce y tímida princesa María, aunque apenas los conocía. Todos le habían tomado cariño. No sólo la princesa, atraída por la bondad con que Pierre había tratado a sus peregrinos, le dedicaba su más radiante mirada, sino también el pequeño príncipe Nikolái (como lo llamaba su abuelo), que sólo tenía un año, sonreía a Pierre y se dejaba coger en brazos. Mijaíl Ivánovich y mademoiselle Bourienne lo miraban con alegre sonrisa cuando Pierre discutía con el viejo príncipe.

Este se presentó a cenar, en honor, evidentemente, de Pierre.

Y durante los dos días que Pierre pasó en Lisie-Gori se mostró muy afectuoso con él y le ordenó que volviese a visitarlo.

Cuando Pierre se marchó y todos los miembros de la familia se reunieron, la conversación recayó sobre el ausente, como suele ocurrir después de la partida de un conocido nuevo, y todos, lo que suele suceder muy raramente, hablaron bien de él.

XV

A la vuelta de su permiso, Rostov sintió y supo por primera vez cuán fuertes eran los lazos que lo unían a Denísov y a todo el regimiento.

Cuando Rostov se acercaba a su unidad sentía casi lo mismo que cuando se acercaba a su casa de la calle Povárskaia. Al ver al primer húsar de su regimiento con la guerrera desabrochada y reconocer al pelirrojo Deméntiev, y al ver los caballos alazanes, cuando Lavrushka gritó gozosamente a su amo: “¡Ha llegado el conde!” y Denísov, que estaba durmiendo, salió del refugio de barro desgreñado y lo abrazó, y los otros oficiales lo rodearon alegremente, sintió lo mismo que cuando su madre, su padre y hermanas lo abrazaban, y no pudo contener las lágrimas de alegría que lo ahogaban y le impedían hablar. El regimiento era un hogar, un hogar tan querido y grato como el de sus padres.

Después de presentarse al jefe del regimiento y ser destinado a su antiguo escuadrón, una vez arreglados los asuntos del servicio y del forraje, cuando entró de lleno en los pequeños intereses del regimiento y se sintió privado de la libertad y recluido en un marco estrecho e inmutable, Rostov experimentó esa misma tranquilidad, esa misma convicción de estar en su casa y en su sitio que sintiera bajo el techo paterno. No había aquí aquel desorden del mundo libre, donde no se encontraba en su elemento y se equivocaba cuando tenía que elegir. No estaba Sonia, con la cual había que decidirse a tener o no una explicación. No era posible ir a algún sitio o dejar de ir; no existían esas veinticuatro horas del día, que de tantas maneras distintas se podían emplear; ni pululaba aquella muchedumbre de seres, de los cuales ninguno le era más afín y ninguno más lejano; no había aquellas imprecisas y confusas relaciones económicas con su padre; ¡no había nada

que le recordase aquella terrible deuda de juego a Dólojov! En el regimiento todo era simple y claro. El mundo entero estaba dividido en dos partes desiguales: una, nuestro regimiento de Pavlograd; la otra, todo lo demás. Y de esto último no le importaba nada. En el regimiento se sabía todo. Quién era el teniente, quién el capitán, quién bueno o malo; y sobre todo, quién era buen compañero y quién no. El cantinero da a crédito, la paga llega cada trimestre; nada hay que inventar ni escoger; se debe evitar solamente todo cuanto se considera malo en el regimiento de Pavlograd; si te mandan algo, haz lo que te han mandado y dicho con palabras claras, precisas y concretas; así todo irá bien.

Cuando Rostov volvió a encontrarse en esas condiciones tan definidas de la vida militar experimentó una satisfacción y un placer semejantes a los de un hombre fatigado que halla el descanso. La vida del regimiento le era tanto más grata durante esta campaña después de lo ocurrido con Dólojov (que a pesar de todo lo que lo consolaban los suyos no se podía perdonar) que estaba decidido a servir no como antes, sino de manera que se olvidara su falta y lograra ser un compañero y oficial ejemplar, es decir, un hombre excelente, tan difícil en el *mundo* y tan realizable en el regimiento.

Después de aquella pérdida en el juego, Rostov había decidido devolver en cinco años la deuda a sus padres. Le enviaban diez mil rublos al año y sólo gastaría dos mil, dejando el resto para saldarla.

El ejército ruso, después de muchas retiradas y avances tras las batallas de Pultusk y Preussich-Eylau, se concentraba cerca de Bartenstein. Se esperaba allí la llegada del Emperador y el comienzo de las operaciones.

El regimiento de Pavlograd, como integrante del ejército que había intervenido en las acciones de 1805, había vuelto a Rusia para cubrir las bajas y no participó en la primera parte de la campaña. No había asistido a las batallas de Pultusk y Preussich-Eylau; luego, al incorporarse al ejército de operaciones, fue agregado al destacamento de Plátov.

Este destacamento actuaba con independencia del ejército. En varias ocasiones había participado en escaramuzas con el enemigo, hecho prisioneros y una vez hasta se apoderó de un convoy del mariscal Oudinot.

En el mes de abril el regimiento pasó varias semanas inactivo junto a una aldea alemana desierta y completamente saqueada.

Era la época del deshielo, había barro por doquier, se desbordaban los ríos y todos los caminos resultaban impracticables. Pasaban días sin que llegase forraje para los animales y víveres para las personas. Y como el aprovisionamiento era imposible, los soldados se dispersaban por los pueblos vacíos de los contornos en busca de patatas, pero no encontraban mucho. No había nada que comer y los habitantes habían huido; los que se quedaron se hallaban en peor situación que los mendigos; no había nada que robarles, y hasta los soldados, poco inclinados a la piedad, en vez de aprovecharse de ellos les daban de lo suyo.

El regimiento de Pavlograd no había tenido en las escaramuzas más que dos heridos; pero el hambre y las enfermedades lo habían reducido a la mitad de sus efectivos. La muerte era tan segura en los hospitales que los soldados, enfermos de fiebre y edemas debidos a los malos alimentos, preferían, aun arrastrándose fatigosamente, permanecer en activo antes que ser llevados al hospital. Al principio de la primavera los soldados descubrieron una planta que se parecía al espárrago, que llamaron, no se sabe por qué, "raíz dulce de María". Se diseminaban por los campos y las praderas para buscar esa raíz dulce de María (aunque era muy amarga), la desenterraban con los sables y la devoraban a pesar de la prohibición de comer aquella planta nociva. Con la primavera apareció una nueva enfermedad: hinchazón de brazos, piernas y cara, y los médicos la atribuyeron a esa planta. A pesar de todo, los soldados del escuadrón de Denísov seguían comiéndola, porque desde hacía dos semanas se racionaba el pan seco a media libra por persona y las patatas de la última expedición estaban heladas y podridas.

Los caballos llevaban otras dos semanas alimentándose de la paja de las techumbres y habían quedado espantosamente flacos, cubiertos, además, los cuerpos de jirones de pelo invernal enmarañado.

A pesar de toda esta miseria, soldados y oficiales hacían la vida de siempre; con los rostros hinchados y pálidos y los uniformes harapientos, los húsares formaban en filas, limpiaban sus armas y cabalgaduras, arrastraban en vez de heno la paja para los caballos y comían en torno a los

calderos, de donde siempre volvían hambrientos, bromeando sobre la mala calidad del rancho y su propia hambruna. Y como siempre, en el tiempo franco de servicio, los soldados encendían hogueras, se calentaban desnudos junto al fuego, fumaban, asaban las patatas heladas y contaban o escuchaban los relatos de las campañas de Potiomkin o de Suvórov o los cuentos maravillosos del pícaro Aliosha o de Mikolka, el criado del pope.

Los oficiales, como de costumbre, vivían de dos en dos y de tres en tres en casas sin techumbre y medio derruidas. Los oficiales superiores se ocupaban de conseguir paja y patatas y, en general, del aprovisionamiento de sus hombres; los inferiores, como siempre, jugaban a las cartas (no había alimentos, pero sobraba el dinero) o a juegos inocentes como la petanca y otros. Se hablaba poco sobre la marcha general de la guerra, en parte porque nada positivo se sabía, en parte porque se sospechaba vagamente que no marchaba bien.

Rostov vivía, como antes, con Denísov; su amistad, después del permiso, se había hecho más estrecha. Denísov no hablaba nunca de su familia, pero el tierno afecto que manifestaba hacia su oficial demostraba a Rostov que el amor infeliz del curtido húsar por Natasha participaba en el incremento de su amistad. Denísov procuraba mantener a Rostov alejado del peligro; lo cuidaba y después de cada acción salía a su encuentro con especial alegría al verlo sano y salvo. En una expedición, Rostov encontró en cierta aldea saqueada y abandonada, donde había ido en busca de víveres, a un viejo polaco con su hija y un niño de pecho. Estaban desnudos, hambrientos y sin medios para marcharse de allí. Rostov los llevó al pueblo en que residía y los alojó con él varias semanas, hasta que el viejo se hubo restablecido. Un compañero de Rostov, hablando de mujeres, comenzó a bromear, diciendo que era más listo que ninguno y que no haría mal en presentarles a la bella polaca salvada por él. Rostov tomó la broma como una ofensa y, enfurecido, dijo al oficial cosas tan duras que Denísov hubo de hacer verdaderos esfuerzos para evitar el duelo. Cuando el oficial se retiró, Denísov, que tampoco sabía la naturaleza de las relaciones de Rostov con la polaca, le reprochó su irascibilidad.

—¿Qué quieres?…— le respondió. —Es como una hermana, no puedes imaginar lo que me ha ofendido, porque… porque…

Denísov le dio un manotazo en la espalda y comenzó a caminar a grandes pasos sin mirar a su compañero, como hacía en los instantes de emoción.

—¡Qué familia de locos sois los Rostov!— dijo.

Y Nikolái advirtió lágrimas en los ojos de Denísov.

XVI

En el mes de abril animó a las tropas la nueva de la llegada del Emperador. Rostov no pudo asistir a la revista pasada por el Soberano en Bartenstein; el regimiento de Pavlograd se encontraba en las avanzadas, muy por delante de la ciudad.

En el campamento militar donde vivaqueaban, Denísov y Rostov vivían juntos en un refugio excavado en la tierra por los soldados y cubierto por ramas y musgo. El refugio se había construido a la manera que se había puesto de moda entonces: se cavaba una zanja con una anchura superior a metro y medio, dos de profundidad y tres metros y medio de longitud. En un extremo de la zanja se hacían unos peldaños que señalaban la entrada, el porche. La propia zanja era la habitación donde los afortunados, como el jefe del escuadrón, disponían, en la parte opuesta a los escalones, de una tabla apoyada sobre unas estacas que era la mesa. A lo largo de la zanja se rebajaba un metro de tierra, que eran los lechos y divanes. El tejado se construía de un modo que permitía estar de pie y hasta sentarse en la cama, siempre que se acercaran más a la mesa. Además, los soldados, que querían mucho a Denísov, habían colocado en el frontón del tejado un cristal roto, pero ya encolado y sujeto a una tabla. Cabía decir que Denísov vivía lujosamente. Cuando apretaba el frío, traían a las escaleras (parte del refugio que Denísov llamaba antecámara), en una chapa de hierro combada, brasas de las hogueras de los soldados y tanto se caldeaba aquello que los oficiales, siempre numerosos en la vivienda de Denísov y Rostov, debían quedarse en mangas de camisa.

Un día de abril Rostov estaba de servicio. A las ocho de la mañana, ya de vuelta tras una noche en vela, mandó que le trajeran brasas, se mudó de

ropa, porque estaba empapado por la lluvia, hizo sus oraciones, tomó té, entró en calor, ordenó los enseres en su rincón y, en la mesa y con el rostro encendido y quemado por el viento, se echó de espaldas en mangas de camisa, con las manos bajo la cabeza. Pensaba con placer que uno de aquellos días iba a ser ascendido por el último servicio de reconocimiento y esperaba a Denísov, que había salido. Rostov deseaba hablar con él.

Fuera de la choza retumbó la voz enfurecida de Denísov. Rostov se acercó a la ventana para ver con quién hablaba y vio al sargento furriel Topchéienko.

—¡Te ordené que no los dejaras comer esas raíces de María o de quien sean!— gritaba Denísov. —Yo mismo he visto a Lazarchuk que las traía del campo.

—Lo he prohibido ya, Excelencia, pero no obedecen— contesto el sargento.

Rostov volvió a tenderse, pensando con satisfacción: "Que trabaje él ahora; yo he cumplido ya con lo mío, estoy tumbado, todo va perfectamente". A través de la pared oyó que, además del sargento, hablaba Lavrushka, el pícaro y hábil asistente de Denísov; decía algo de unos carros de pan y carne que había visto cuando fue en busca del aprovisionamiento.

Después volvió a oír, más lejanos, los gritos de Denísov y la orden: "¡A caballo la segunda sección!".

"¿Adónde irán ahora?", pensó Rostov.

Cinco minutos después Denísov entró en la choza, se echó con las botas sucias en la cama, encendió colérico la pipa, dispersó sus cosas, cogió la fusta, el sable y se dirigió de nuevo a la salida. A la pregunta de Rostov, que deseaba saber a dónde iba, replicó irritado y vagamente que tenía que resolver cierto asunto. —¡Que Dios y el gran Emperador me juzguen!— dijo Denísov al salir.

Rostov oyó pisadas de caballos en el fango. Ni siquiera se preocupó de saber adonde iba Denísov. Cuando entró en calor, se quedó dormido en su rincón y no salió de la choza hasta la tarde. Denísov no había vuelto. La tarde era hermosa. Junto a la cabaña vecina dos oficiales y un cadete jugaban a la *svaika*, entre risas, sembrando de rábanos la tierra blanda y sucia. Rostov se unió a ellos. A la mitad del juego, los oficiales vieron

acercarse algunos carros. Les seguían unos quince húsares montados en caballos famélicos. Los carros, con su escolta de húsares, se acercaron al vivac, siendo rodeados al momento por los demás.

—¡Ya ven, Denísov que se preocupaba tanto!— dijo Rostov. —Ya están aquí las provisiones.

—Ya, ya. Qué contentos se pondrán los soldados— comentaron otros.

Denísov venía a poca distancia de los carros, acompañado de dos oficiales de infantería con los cuales hablaba de algo. Rostov salió a su encuentro.

—Se lo advierto, capitán— decía un oficial delgado, de baja estatura, visiblemente irritado.

—Ya le dije que no devolveré nada— replicó Denísov.

—¡Responderá de ello, capitán! Es un acto de pillaje apoderarse de un convoy que pertenece al ejército. Nuestros soldados hace dos días que no comen.

—Los míos llevan sin comer dos semanas— contestó Denísov.

—¡Es un pillaje, señor mío!; responderá de ello— repitió el de infantería elevando la voz.

—Pero ustedes, ¿qué quieren, eh?— gritó Denísov, encolerizado de pronto. —¡El que va a responder soy yo, y no ustedes! ¡Y no molesten tanto! Váyanse antes de que les pase algo. ¡Largo de aquí!— gritó a los oficiales.

—Perfectamente— respondió el oficial de corta estatura, sin intimidarse ni marcharse. —Eso es un robo, ya le…

—¡Al diablo y a paso ligero antes de que le pase algo!— y Denísov volvió su caballo hacia el oficial.

—¡Bien! ¡Está bien!— dijo éste en tono amenazador; y volviendo también su caballo se alejó al trote, bailando en la silla.

—¡Un perro en la cerca! ¡Un verdadero perro en la cerca!— gritó Denísov. Era la peor burla que uno de caballería podía hacer al infante montado. Estallando en una carcajada, se acercó a Rostov.

—¡He quitado a la infantería un convoy! ¡Por la fuerza!— dijo. —¿Iba a dejar que la gente se muriera de hambre?

Los carros que habían llegado al vivac de los húsares estaban destinados a un regimiento de infantería. Denísov, enterado por Lavrushka de que el convoy no llevaba escolta, se había adueñado de los víveres. Distribuyó a discreción el pan seco entre los soldados y aún tuvo para dar a otros escuadrones.

Al día siguiente el comandante del regimiento hizo llamar a Denísov y le dijo, tapándose los ojos con la mano, pero abiertos los dedos:

—Así es como veo lo sucedido: no sé nada y no pienso abrir expediente, pero le aconsejo que vaya cuanto antes al Estado Mayor y arregle en la dirección de Intendencia el asunto y firme, si puede, el recibo de lo que trajo; porque de otra manera, como figura a cuenta del regimiento de infantería, la cosa puede terminar mal.

Denísov salió directamente para el Estado Mayor, con el sincero deseo de seguir el consejo de su comandante. Por la tarde volvió a su choza en un estado que Rostov nunca le había visto. Apenas podía hablar; se ahogaba. Cuando Rostov le preguntó por lo ocurrido no hizo más que proferir, con voz ronca y débil, amenazas e injurias incomprensibles.

Alarmado por el estado de Denísov, Rostov le aconsejó que se desnudara y bebiera un poco de agua e hizo llamar al médico.

—¡Juzgarme a mí por pillaje! ¡Oh! ¡Dame más agua!… ¡Que me juzguen si quieren, pero siempre castigaré a los canallas y se lo diré al Emperador! ¡Dadme hielo!— concluyó.

El médico del regimiento dijo que era necesario hacer una sangría. Del brazo velludo de Denísov salió como un plato hondo de sangre negra; sólo entonces estuvo en condiciones de contar lo ocurrido.

—Cuando llegué pregunté por el jefe. Me indicaron el sitio y me dijeron que esperara. “Estoy de servicio —contesto—, he recorrido treinta kilómetros y no tengo tiempo para esperar, anúncieme.” Bien. Aparece el jefe de aquellos bandidos. Y comienza, también él, por leerme la cartilla, a decirme que he cometido un acto de bandolerismo. Yo le contesto: “El bandolero no es el que coge provisiones para dárselas a sus soldados, sino el que las coge para llenar sus bolsillos”. Bueno, después me dice: “Vaya a firmar al despacho del comisario responsable de los víveres y este asunto seguirá el trámite legal”. Voy al encargado; llego ante la mesa y… ¿quién te

imaginas que está allí? ¿Quién crees que nos está matando de hambre?— gritó Denísov, descargando tan fuerte golpe sobre la mesa que poco le faltó para romperla; los vasos salieron rodando. —¡Pues Telianin! “¡Cómo! ¿Eres tú el que nos mata de hambre?” Y zas, zas, le crucé la cara, me venía a mano. “¡Hijo de tal y de cual!”, y empecé a darle. Puedo decirte que me desfogué— gritó Denísov, riendo con rabia y mostrando sus blancos dientes bajo el bigote negro. —Si no me lo quitan, lo mato.

—No grites— lo interrumpió Rostov. —Cálmate… otra vez empieza a salirte sangre. Hay que vendarte de nuevo.

Vendaron a Denísov y lo metieron en la cama. Al día siguiente despertó alegre y tranquilo.

Pero al mediodía, el ayudante del regimiento entró en la choza ocupada por Denísov y Rostov y entregó a Denísov un oficio de su jefe. Se le hacían determinadas preguntas sobre lo sucedido el día anterior. El ayudante le explicó que el asunto estaba tomando mal cariz, que se había nombrado una comisión investigadora y que, dada la severidad con que se trataban los actos de merodeo e indisciplina de la tropa, en el mejor de los casos terminaría con la degradación.

Los oficiales ofendidos contaban los hechos del siguiente modo: después de haberse adueñado del convoy, el comandante Denísov se había personado, borracho, ante el jefe de aprovisionamiento y, sin provocación alguna por parte suya, lo había insultado llamándolo ladrón y amenazándolo con darle una paliza; al ser expulsado, había entrado en las oficinas, golpeando a dos funcionarios y dislocando el brazo de uno de ellos.

Denísov, a las nuevas preguntas de Rostov, contestó riendo que, al parecer, alguien más seguramente se metió por medio, pero que todo eso no eran más que estupideces, bagatelas, que no tenía miedo a ningún consejo de guerra y que si algún canalla de ésos se atrevía a hostigarlo se acordaría de la respuesta.

Denísov hablaba de todo ello con displicencia, pero Rostov lo conocía demasiado bien para no darse cuenta de que, en el fondo de su alma (aun cuando lo ocultara a los demás), tenía miedo al consejo de guerra y se inquietaba por una historia que podía acabar mal. Cada día llegaban pliegos con preguntas y citaciones para el consejo de guerra; el primero de mayo

recibió Denísov la orden de entregar al oficial más antiguo el mando de su escuadrón y presentarse en el Estado Mayor de la división para explicar, ante la comisión de aprovisionamiento, los hechos que se le imputaban. La víspera de ese día, Plátov había practicado un reconocimiento con dos regimientos de cosacos y dos escuadrones de húsares. Denísov, como siempre, se había adelantado a las primeras líneas, gallardeando de su valor. Una bala francesa lo alcanzó en un muslo. En otro momento, Denísov no habría abandonado el regimiento por una herida tan ligera, pero esta vez aprovechó la oportunidad para no presentarse en el Estado Mayor y se hizo llevar al hospital.

XVII

En junio tuvo lugar la batalla de Friedland, en la cual no tomó parte el regimiento de Pavlograd. El armisticio siguió a ese hecho de armas. Rostov, a quien resultaba muy penosa la ausencia de Denísov, del que no tenía noticias desde su marcha, inquieto, además, por el estado del asunto y su herida, aprovechó la situación para solicitar un permiso, ir al hospital y visitar a su amigo.

El hospital estaba en una pequeña aldea prusiana dos veces saqueada por tropas rusas y francesas. Era verano y el campo estaba esplendoroso; por ello, precisamente, el aspecto de la aldea con las techumbres y empalizadas destruidas, calles emporcadas y habitantes harapientos, mezclados con soldados borrachos y heridos, era especialmente sombrío.

En el patio de una casa de piedra, sembrado de restos de la valla derribada, de marcos de ventana arrancados y cristales rotos, estaba el hospital. Algunos soldados vendados, pálidos y tumefactos, vagaban por el patio o, sentados, tomaban el sol.

Cuando Rostov cruzó el umbral de la casa quedó envuelto por el olor a cuerpos purulentos y a hospital. En la escalera encontró un médico militar ruso, con el cigarro en la boca. Lo seguía un enfermero también ruso.

—No puedo multiplicarme— decía el doctor. —Ven esta tarde a casa de Makar Alexéievich, allí estaré.

El enfermero debió de preguntarle todavía algo.

—¡Haz lo que te parezca! ¿No es lo mismo?

El médico reparó en Rostov, que subía por la escalera.

—¿Qué busca usted, Excelencia?— le preguntó. —¿A qué viene? ¿Lo han perdonado las balas y quiere pescar el tifus? Ésta, padrecito, es la casa

de los apestados.

—¿Cómo dice?— preguntó Rostov.

—El tifus, amigo mío; quien entra aquí es hombre muerto. Sólo nosotros dos, Makéiev y yo— dijo, señalando al enfermero, —aguantamos esto. Cinco de mis colegas han muerto ya. Cuando llega uno nuevo, en una semana está despachado— añadió el doctor con evidente placer. —Hemos pedido médicos prusianos, pero a nuestros aliados no les gusta esto.

Rostov explicó que deseaba ver al comandante de húsares Denísov, que estaba allí.

—No lo sé, amigo, no lo sé. Tenga en cuenta que yo solo he de atender tres hospitales con cuatrocientos enfermos y pico. Menos mal que las damas prusianas de la caridad nos envían dos libras de café e hilas al mes; sin eso, estaríamos perdidos— y se echó a reír. —¡Cuatrocientos, amigo mío! Y no hacen otra cosa que llegar más… Son cuatrocientos, ¿no?— se volvió al enfermero, quien parecía rendido e impaciente de que se fuera aquel médico parlanchín.

—El comandante Denísov— repitió Rostov. —Fue herido en Moliten.

—Creo que murió. ¿No es verdad, Makéiev?— preguntó el médico con indiferencia.

Pero el enfermero no confirmó sus palabras.

—¿Cómo es? ¿Largo y pelirrojo?

Rostov describió el aspecto de su amigo.

—¡Había uno así! ¡Había uno así!— repitió alegremente el médico. —Probablemente ha muerto. Pero me informaré… Tenía las listas… ¿Las tienes tú, Makéiev?

—Las tiene Makar Alexéievich— dijo el enfermero. —Pero puede ir a la sala de oficiales— se volvió a Rostov —y usted mismo lo comprobará.

—¡Eh, querido! Es mejor que no entre— dijo el doctor. —No vaya a ser que se quede.

Pero Rostov se despidió del médico y rogó al enfermero que lo acompañara.

—¡Luego no me eche a mí la culpa!— gritó el médico desde abajo de la escalera.

Rostov entró con el enfermero. Había en aquel pasillo oscuro un olor tan fuerte a hospital que Rostov tuvo que taparse la nariz y detenerse un poco para cobrar fuerzas antes de seguir adelante. Se abrió una puerta a la derecha y apareció un hombre delgado y amarillento, en paños menores, descalzo y con muletas. Recostado en el marco de la puerta, los miró pasar con ojos brillantes y envidiosos. Rostov echó una ojeada al interior de la habitación y vio que los heridos y enfermos estaban en el suelo, sobre pajas y capotes.

—¿Puedo entrar para ver?— preguntó.

—No hay nada que ver— dijo el enfermero.

Pero precisamente porque el enfermero no parecía dispuesto a dejarlo pasar, Rostov entró en la estancia destinada a los soldados. El olor, al que se había acostumbrado en el pasillo, era más fuerte, más intenso, más concentrado, y resultaba evidente que procedía de allí.

En una habitación alargada, vivamente iluminada por dos ventanales que daban paso a la luz del sol, heridos y enfermos estaban tendidos en dos hileras, dejando un paso en medio y con la cabeza en el lado de la pared. La mayoría debían de estar inconscientes y no prestaron atención a quienes entraban. Los otros se incorporaron y alzaron los rostros flacos y amarillos, con idéntica expresión de esperanza en una ayuda cualquiera, de reproche y envidia al ver la salud ajena, fijos en Rostov los ojos. Cuando Rostov llegó a la mitad de la habitación echó una ojeada a las puertas entreabiertas de otras dos habitaciones vecinas y en ambas vio lo mismo. Se detuvo y contempló silencioso todo en derredor. No esperaba ver algo así. Delante de él, casi atravesado en el pasillo central, un enfermo estaba tendido en el suelo desnudo. Debía de ser un cosaco, a juzgar por el corte de sus cabellos; estaba de espaldas, extendidos los enormes brazos y piernas. Tenía el rostro congestionado, los ojos en blanco y las venas de las manos y las piernas, todavía rojas, tensas como cuerdas. Golpeaba el suelo con la nuca y decía y repetía con voz ronca una misma palabra. Rostov prestó atención y comprendió lo que decía. La palabra era: “beber… beber…”. Rostov miró en derredor; buscando la persona que pudiera llevar al enfermo a su sitio y darle agua.

—¿Quién cuida a estos enfermos?— preguntó al enfermero.

Y en aquel instante un soldado de sanidad salió de la habitación vecina y, clavando sus ojos en Rostov, se cuadró solícito delante de él.

—¡A sus órdenes!— gritó, confundiendo seguramente a Rostov con algún jefe de hospitales.

—Llévalo a su sitio y dale de beber— dijo Rostov, señalando al cosaco.

—¡A sus órdenes, Excelencia!— dijo el soldado, irguiéndose más aún y mirándolo más fijamente todavía, pero sin moverse del sitio.

“No, aquí es imposible hacer algo”, pensó Rostov, bajando los ojos. Iba a salir de la habitación cuando a su derecha sintió que alguien lo miraba con insistencia. Se volvió hacia allí. Casi en el rincón, sentado sobre un capote, con el rostro cadavérico y severo y la barba gris sin afeitar, un viejo soldado lo miraba fijamente; junto a él otro soldado le susurraba unas palabras, señalando a Rostov, quien comprendió que el soldado viejo deseaba pedirle algo. Al acercarse vio que le faltaba una pierna, cortada por encima de la rodilla. El otro vecino del viejo, un soldado joven de una palidez cerúlea extendida por todo el rostro, cubierto todavía de pecas, yacía inmóvil, bastante apartado del viejo, echada hacia atrás la cabeza, ocultos los ojos por los párpados. Rostov contempló al soldado de nariz achatada y un estremecimiento le corrió por toda la espalda.

—Diría que ese hombre…— dijo al enfermero.

—¡Cuántas veces hemos pedido que se lo lleven, Excelencia!— explicó el soldado viejo, temblándole la mandíbula. —Está muerto desde esta mañana. También somos hombres, Excelencia… ¡Hombres y no perros!…

—Ahora daré órdenes; se lo llevarán en seguida— dijo el enfermero apresurándose. —Si le parece, Excelencia…

—Vamos, vamos— dijo Rostov presuroso; y con los ojos bajos, tratando de pasar inadvertido entre aquellas miradas llenas de reproche y envidia fijas en él, salió de la habitación.

XVIII

Atravesaron el pasillo y el enfermero introdujo a Rostov en la sección de oficiales, formada por tres habitaciones cuyas puertas estaban abiertas. Los oficiales, heridos o enfermos, estaban echados o sentados en las camas. Algunos, con la ropa del hospital, se paseaban por las habitaciones. La primera persona que Rostov vio al entrar fue un hombrecillo menudo y manco, vestido con el gorro y el batín del hospital; fumaba su pipa y paseaba por la estancia. Rostov lo miró, tratando de recordar dónde lo había visto antes.

—Ya ve dónde Dios deparó que nos volviéramos a ver— dijo el hombrecillo. —Soy Tushin, Tushin. ¿Se acuerda? Lo llevé a usted en Schoengraben. Me han cortado un pedazo, mire— y sonrió mostrándole la manga vacía. —¿Busca a Vasili Dmítrievich Denísov? Somos compañeros de habitación— prosiguió al saber a quién buscaba Rostov. —Está aquí, aquí— y lo condujo a la otra habitación, donde resonaban voces y risas.

“¿Cómo pueden no ya reír, sino vivir aquí?”, pensó Rostov, sintiendo aún aquel olor a muerto del que se había impregnado en la sección de los soldados, recordando las envidiosas miradas que lo habían seguido desde todas partes y el rostro del joven soldado muerto, con los ojos en blanco.

Denísov dormía en su lecho con la cabeza metida en la manta, a pesar de que eran cerca de las doce.

—¡Ah, Rostov! ¡Hola, hola, buenos días!— gritó con el mismo tono que usaba en el regimiento.

Pero Rostov observó con tristeza que tras la habitual desenvoltura y animación, en la expresión de su rostro y en las palabras de su amigo asomaba un sentimiento nuevo, oculto y malévolo.

Su herida, aunque leve, no había cicatrizado aún, a pesar de haber transcurrido ya seis semanas. Su rostro estaba hinchado y pálido como el de los demás hospitalizados. Pero no era eso lo que llamó la atención de Rostov: le asombró sobre todo que Denísov no pareciera alegrarse por su visita; sonreía artificialmente y no preguntó ni por el regimiento ni por la situación general. Cuando Rostov le habló de ello, no lo escuchó siquiera.

Hasta parecía contrariado cuando le hablaba del regimiento y, en general, de la vida, libre y feliz, que seguía su curso fuera del hospital; se diría que Denísov trataba de olvidar esa vida pasada y no sentía otro interés que el de su contienda con los oficiales de intendencia. Cuando Rostov le preguntó por ello, sacó un escrito de la comisión y el borrador de su respuesta, que guardaba debajo de la almohada. Se animó al comenzar la lectura de su respuesta e hizo notar a Rostov las frases hirientes que lanzaba a sus adversarios. Los compañeros de hospital, que habían rodeado a Rostov —como hombre llegado de fuera—, fueron alejándose en cuanto comenzó la lectura. Rostov comprendió por sus caras que todos habían oído ya infinitas veces la historia y estaban hartos de ella. Sólo el vecino de cama de Denísov, un corpulento ulano, siguió sentado en su lecho, con el ceño gravemente fruncido y fumando su pipa; y el pequeño Tushin, con su brazo amputado, siguió escuchando, moviendo con desaprobación la cabeza. A mitad de la carta, el ulano interrumpió a Denísov:

—A mi modo de ver— dijo dirigiéndose a Rostov, —lo mejor de todo es, sencillamente, pedir gracia al Emperador. Dicen que va a haber muchas recompensas y seguramente lo perdonará…

—¿Yo pedir al Emperador?— gritó con una voz a la que quería dar la energía y el calor de antes pero que sólo delataba una vana irritación. —¿Qué voy a pedir? Si yo fuera un bandolero…, pero me juzgan porque descubro a los ladrones. Que hagan lo que quieran, no tengo miedo a nadie. ¡He servido honradamente al Zar y a la patria y no he robado! ¡Degradarme a mí!… Escucha, lo digo claramente: “Si fuera un malversador de fondos…”.

—Sí, sí; está muy bien escrito, no se puede negar— dijo Tushin, —pero ahora no se trata de eso, Vasili Dmítrievich— y se volvió a Rostov. —Hay

que someterse, y Vasili Dmítrievich no quiere. El auditor ya le ha dicho que el asunto no va bien.

—No me importa— dijo Denísov.

—El auditor le ha escrito una súplica y lo que tiene que hacer es firmarla y mandarla con usted. Seguramente él— Tushin indicó a Rostov — tendrá influencias en el Estado Mayor. No podrá encontrar mejor ocasión…

—¡Ya he dicho que no quiero rebajarme!— lo interrumpió Denísov, y continuó leyendo su carta.

Rostov no se atrevía a darle consejos; pero el instinto le decía que la solución propuesta por Tushin y por los otros oficiales era la más segura. Se habría sentido muy feliz de ayudar a Denísov, pero conocía bien su terquedad y su sincera vehemencia.

Cuando terminó la lectura de las venenosas misivas de Denísov (lo que llevó más de una hora), Rostov no dijo nada. El resto del día lo pasó en la más triste disposición de ánimo entre los compañeros de hospital de Denísov, que de nuevo se reunieron junto a él; les contó cuanto sabía y escuchó lo que otros contaron. Denísov permaneció taciturno y sombrío toda la tarde.

Al anochecer se dispuso a partir y preguntó a Denísov si tenía que hacerle algún encargo.

—Sí, espera— contestó él, mirando a los oficiales; volvió a sacar sus papeles, se acercó a la ventana donde estaba su tintero y se puso a escribir. —No hay fusta que pueda con la maza— dijo, apartándose de la ventana y entregando a Rostov un sobre grande.

Era la súplica dirigida al Zar, redactada por el auditor; en ella, Denísov, sin referirse para nada a las faltas del servicio de intendencia, se limitaba a pedir gracia.

—Entrégala tú. Ya veo que…

No concluyó la frase, y sonrió dolorosa y forzadamente.

XIX

De vuelta al regimiento, después de contar al comandante cómo estaba el asunto de Denísov, Nikolái Rostov partió para Tilsitt con la carta dirigida al Emperador.

El 13 de junio se reunían en Tilsitt el Emperador francés y el ruso. Borís Drubestskoi había rogado al personaje importante, a cuyo servicio estaba, que lo incluyera en el séquito que iba a Tilsitt.

—Je voudrais voir le grand homme[282]— dijo refiriéndose a Napoleón, a quien hasta entonces, como hacían todos, llamaba Buonaparte.

—Vous parlez de Buonaparte?— preguntó sonriendo el general.

Borís miró interrogativamente a su general y al momento comprendió que se trataba de una prueba amistosa.

—Mon prince, je parle de l'empereur Napoléon— respondió.

El general, sonriente, le dio unos golpecitos en la espalda.

—Tú llegarás muy lejos— le dijo, y lo llevó consigo.

Borís fue una de las pocas personas que asistió en el Niemen a la entrevista de los Emperadores. Vio las grandes balsas adornadas con monogramas, el paso de Napoleón en la otra orilla a lo largo de la guardia francesa, el pensativo rostro del emperador Alejandro esperando silencioso la llegada de Bonaparte a un parador de las orillas del Niemen. Vio después cómo ambos soberanos tomaban asiento en sus lanchas y cómo Napoleón, desembarcando el primero, acudía con paso rápido a recibir a Alejandro y le tendía la mano, desapareciendo después con él en el pabellón. Desde su arribo a las altas esferas, Borís se acostumbró a observar detenidamente todo cuanto ocurría en derredor y anotarlo. Durante el encuentro de Tilsitt, procuró informarse bien de los nombres de las personas que habían venido

con Napoleón y de los uniformes que vestían; escuchaba atentamente todo cuanto decían los grandes personajes. Cuando los Emperadores entraron en el pabellón donde iba a celebrarse la entrevista, Borís consultó su reloj y no dejó de hacerlo cuando salió Alejandro. La conferencia duró una hora y cincuenta y tres minutos. Así lo anotó aquella misma tarde, con otros pormenores a los que atribuía importancia histórica. Como el séquito del Emperador era muy reducido, tenía suma importancia para un hombre que aspiraba a triunfar en su carrera encontrarse en Tilsitt durante la entrevista de los Emperadores; Borís, ya en Tilsitt, comprendió y sintió que su posición se había consolidado definitivamente. No sólo se le conocía en todas partes, sino que lo miraban con atención y estaban acostumbrándose a su presencia. En dos ocasiones se le encomendaron misiones cerca del Emperador, así que éste lo conocía de vista, y los cortesanos, en vez de evitarlo, como al principio, viendo en él a un advenedizo, se habrían asombrado de no verlo entre ellos.

Vivía Borís con otro ayudante de campo, el conde polaco Gilinsky. Educado en París, Gilinsky era muy rico y amaba apasionadamente todo lo francés; casi todos los días, durante su estancia en Tilsitt, acudían a comer con él y con Borís oficiales franceses de la Guardia del Estado Mayor General.

El 24 de junio, por la tarde, el conde Gilinsky ofrecía una cena a sus amigos franceses. El huésped de honor era un edecán de Napoleón; con él estaban algunos oficiales de la Guardia francesa y un joven que pertenecía a una familia de la vieja aristocracia gala, ahora paje de Napoleón. Aquel mismo día, aprovechando la oscuridad para no ser reconocido, Rostov, vestido de paisano, llegaba a Tilsitt y entraba en la casa de Gilinsky y Borís.

Como todo el ejército ruso del cual venía, Rostov estaba muy lejos de participar en el cambio favorable a Napoleón y a los franceses, que de enemigos pasaron a ser amigos, cambios que se habían operado en el Cuartel General y en Borís. En el ejército seguían experimentando aquel mismo sentimiento confuso de encono, desprecio y temor de Bonaparte y de los franceses. Aún era reciente la conversación que había tenido Rostov con un oficial cosaco de Plátov, en la cual sostenía que si Napoleón fuera hecho prisionero por los rusos no se lo trataría como a un soberano, sino

como a un delincuente. Y no había pasado mucho tiempo desde que Rostov, durante su viaje, discutiera acaloradamente con un coronel francés herido, diciendo que la paz nunca podría firmarse entre un monarca legítimo como el ruso y un criminal como Bonaparte. Era, pues, natural que Rostov sintiera una profunda extrañeza al encontrar en la casa de Borís a oficiales franceses con los mismos uniformes que él estaba acostumbrado a ver en situaciones muy distintas desde las avanzadas.

Al darse cuenta de la presencia de un oficial francés que se asomó a la puerta de la casa, se apoderó de Rostov aquel sentimiento bélico y hostil que le asaltaba siempre a la vista del enemigo. Se detuvo en el umbral y preguntó en ruso si vivía allí Drubetskói. Borís, al oír en la antecámara una voz extraña, salió a ver quién era. Y cuando reconoció a Rostov, su rostro cobró en el primer momento una expresión de fastidio.

—¡Ah, eres tú! ¡Encantado de verte!— dijo después, sonriendo y acercándose a él.

Pero Rostov había reparado ya en su primera reacción.

—Creo que vengo en mal momento… No habría venido, pero tengo que resolver un asunto…— dijo con frialdad.

—¡Oh, no, no! Sólo me extraña que hayas podido dejar el regimiento. Dans un moment je suis à vous[283]— dijo respondiendo a una voz que lo llamaba desde dentro.

—Veo que he sido inoportuno— repitió Rostov.

El rostro de Borís ya no expresaba fastidio como antes. Después de una rápida reflexión, sabiendo ya lo que iba a hacer, tomó del brazo a su amigo y, muy tranquilo, lo introdujo en la habitación contigua. Los ojos de Borís miraban a Rostov con tranquilidad y firmeza; sin embargo, parecían estar recubiertos por dentro con esa película que da la convivencia en el gran mundo. Así, al menos, le pareció a Rostov.

—¡Cállate, por favor! Tú nunca puedes ser inoportuno— dijo.

Y lo llevó hasta la habitación donde estaba preparándose la cena; lo presentó a los invitados y explicó que no era un paisano, sino un oficial de húsares, viejo amigo suyo.

—El conde Gilinsky, le comte N. N., le capitaine S. S.— decía presentando a los huéspedes.

Rostov miraba ceñudo a los franceses, saludó sin ganas y quedó en silencio.

Era evidente que a Gilinsky no le agradaba la presencia de un nuevo ruso en su círculo, pero no dijo nada.

Borís parecía no advertir el embarazo que se había producido en todos con la aparición de un desconocido, y con la misma calma cortés y la misma veladura en los ojos trataba de animar la conversación. Uno de los franceses, con la educación habitual en su país, se dirigió a Rostov, que callaba obstinadamente, y le preguntó si había venido a Tilsitt para ver al Emperador.

—No, no… tengo que resolver un asunto— respondió brevemente Rostov.

Estaba de mal humor desde que viera el gesto de fastidio en Borís y, como suele ocurrir en estos casos, le parecía que todos los circunstantes lo miraban con hostilidad y que para todos era una molestia. Así era, en efecto: molestaba a todos y era el único en permanecer al margen de la conversación común, que se animaba de nuevo. “¿Qué hace aquí?”, parecían decir las miradas de los invitados. Se levantó y se acercó a Borís.

—Te estoy molestando— dijo en voz baja; —sal, hablaremos un momento y me voy en seguida.

—No, nada de eso— replicó Borís. —Pero si estás cansado, ve a mi habitación y descansa un poco.

—Sí, realmente…

Entraron en el reducido dormitorio de Borís. Rostov, sin sentarse, irritado, como si Borís fuera culpable de todo, le expuso el asunto de Denísov y preguntó si podía y quería interceder en favor suyo ante el Zar, valiéndose como intermediario de su general, para entregar una súplica de gracia. Al verse solos, Rostov se dio cuenta por primera vez de que sentía cierto embarazo de mirar a su amigo de frente. Borís, sentado y con las piernas cruzadas, se acariciaba con la mano izquierda los dedos delicados de la mano derecha y escuchaba a Rostov como un general escucha el informe de un subordinado, ya mirando a un lado, ya fijando directamente en él sus ojos velados. Ante esa mirada, Rostov se sentía cada vez más embarazado y bajaba la vista al suelo.

—He oído hablar de asuntos como ése y sé que el Emperador es muy severo en tales casos. Opino que no debe involucrarse a Su Majestad en estas cuestiones, pienso que lo mejor es dirigirse al comandante del cuerpo… Aunque, en general, creo que…

—¡Lo que pasa es que tú no quieres hacer nada! ¡Dilo claramente!— dijo casi gritando Rostov, sin mirar a Borís.

—Todo lo contrario— respondió Borís sonriendo. —Haré lo que me sea posible; pero creo que…

En aquel instante se abrió la puerta y se oyó la voz de Gilinsky llamando a Borís.

—Bueno, vete, vete, vete…— dijo Rostov, negándose a acompañarlo a la mesa.

Ya solo en la pequeña estancia, paseó durante largo rato de un lado a otro, escuchando confusamente la alegre conversación en francés que sostenían en la habitación vecina.

XX

Rostov había llegado a Tilsitt el día menos indicado para intervenir personalmente en favor de su amigo: no podía presentarse al general de servicio, porque vestía de paisano y había llegado sin el permiso de sus superiores; por otra parte, Borís, aun queriéndolo, no podría hacer nada al día siguiente de la llegada de Rostov. Ese mismo día, 27 de junio, se habían firmado los preliminares de la paz; ambos Emperadores intercambiaron condecoraciones: Alejandro había recibido la Legión de Honor y Napoleón la cruz de San Andrés de primer grado. Ese mismo día iba a celebrarse el banquete que ofrecía el batallón de la Guardia francesa al batallón del regimiento de Preobrazhenski, con la asistencia de los Emperadores.

Rostov se sentía tan embarazado y molesto en presencia de Borís que, cuando éste se asomó a su dormitorio un momento después de la cena, se fingió dormido y a la mañana siguiente, temprano, salió de la casa procurando no verlo. De frac y sombrero redondo, Rostov anduvo por la ciudad, fijándose en los franceses y en sus uniformes, mirando las calles y las casas donde tenían su alojamiento los dos Emperadores. En la gran plaza contempló las mesas dispuestas y los preparativos para el banquete; las calles estaban adornadas con banderas rusas, francesas y monogramas enormes con las iniciales A. N. En las ventanas se veían también banderas y monogramas.

“Borís no quiere ayudarme y no pienso volver a pedírselo. Ya lo tengo decidido —pensaba Rostov—. Todo ha terminado entre nosotros, pero no me marcharé de aquí sin hacer cuanto pueda por Denísov y, sobre todo, sin entregar la solicitud al Emperador. ¡Al Emperador! ¡Está aquí, en esa casa!”, pensó, acercándose instintivamente a la casa que ocupaba Alejandro.

En las inmediaciones había varios caballos de silla y el séquito empezaba a reunirse preparándose, al parecer, para la salida del Emperador.

“Puedo verlo de un momento a otro —pensó Rostov—. Si me fuera posible entregarle directamente la súplica de gracia y contárselo todo… ¿Me arrestarían por ir con frac? ¡Imposible! Él comprendería dónde está la justicia. Lo comprende todo, lo sabe todo. ¿Quién puede ser más justo y magnánimo que él? Y aunque me arrestaran por estar aquí, ¡qué importa! Hay personas que pasan —pensó al ver a un oficial que entraba en la casa del Emperador—. ¡Eh, acabemos con las tonterías! Iré yo mismo y le entregaré la carta. Tanto peor para Drubetskói que me obliga a proceder así.” Y de pronto, con una decisión que él mismo no esperaba, comprobó si el sobre estaba en el bolsillo y se fue derecho a la casa donde vivía el Emperador.

“No, ahora no dejaré escapar la ocasión como en Austerlitz —se decía, pensando que en cualquier momento iba a ver al Emperador y sintiendo cómo le afluía la sangre al corazón—. Caeré a sus pies y le suplicaré. Me levantará, me escuchará y aun me agradecerá lo que hago.” “Me siento feliz cuando puedo hacer el bien, pero reparar la injusticia es la mayor de las alegrías”, imaginaba Rostov que iba a decirle. Con estas ideas pasó entre la gente, que lo miraba con curiosidad, estacionada a la entrada de la casa.

Desde el porche, una amplia escalera conducía al primer piso. A la derecha había una puerta cerrada; más abajo, junto a la escalera, otra puerta llevaba a las habitaciones del piso inferior.

—¿Qué desea?— le preguntó alguien.

—Deseo entregar una carta a Su Majestad; una petición de gracia— dijo Nikolái con voz temblorosa.

—¿Una súplica de gracia? Por aquí, al oficial de servicio— y le indicaron la puerta de abajo. —Pero no lo recibirán.

Al oír aquella voz indiferente, Rostov se asustó de lo que estaba haciendo. La idea de encontrar al Emperador de un instante a otro era tan seductora, y por eso tan terrible, que estuvo a punto de huir, pero el oficial de cámara le abrió la puerta del oficial de servicio y Rostov entró.

En la estancia había un hombre más bien bajo, corpulento, de unos treinta años, con pantalón blanco, botas de montar y camisa de batista

recién puesta. El ayuda de cámara le abrochaba por detrás unos magníficos tirantes nuevos de seda que, sin saber por qué, atrajeron la atención de Rostov. Ese hombre hablaba con alguien que debía de estar en la habitación contigua:

—Bien faite et la beauté du diable[284]— decía, y al ver a Rostov dejó de hablar y frunció el ceño.

—¿Qué desea? ¿Una súplica?

—Qu'est-ce que c'est?— preguntó alguien desde la habitación vecina.

—Encore un pétitionnaire[285]— respondió el de los tirantes.

—Dígale que venga después. El Emperador va a salir en seguida y tenemos que irnos.

—Después, después, mañana… ahora es tarde.

Rostov dio la vuelta para salir, pero el de los tirantes lo detuvo.

—¿De parte de quién? ¿Quién es usted?

—De parte del mayor Denísov— respondió Rostov.

—¿Quién es usted? ¿Un oficial?

—Sí, teniente conde Rostov.

—¡Qué atrevimiento! Mándelo por conducto regular; déselo a sus superiores. Y usted váyase, váyase…— y se puso la guerrera que le presentaba el ayuda de cámara.

Rostov salió de nuevo al vestíbulo y vio que en el portal había ya muchos oficiales y generales con uniforme de gala, entre los cuales debía pasar.

Maldiciendo su audacia, asustado por la posibilidad de encontrar al Emperador y ser detenido y avergonzado ante él, comprendió Rostov cuán incorrecta era su conducta y se arrepintió de ella. Sin atreverse a levantar los ojos, salió de la casa en medio del brillante séquito cuando una voz conocida lo llamó y una mano lo detuvo.

—¿Qué hace usted aquí, amiguito, vestido con frac?— preguntó alguien con voz grave.

Era un general de caballería, antiguo jefe de la división a la que pertenecía Rostov, quien en la última campaña había merecido el particular favor del Emperador.

Rostov, asustado, empezó a justificarse; pero viendo el rostro risueño y bondadoso del general lo llevó aparte, le contó lo que sucedía y le pidió que intercediera en favor de Denísov, a quien conocía. El general lo escuchó atentamente y movió preocupado la cabeza.

—Lástima. Lástima de ese valiente. Dame la carta.

Acababa Rostov de entregar la carta al general y de ponerlo al corriente de todo cuando oyó un ruido de espuelas y presurosas pisadas que descendían por la escalera; el general se apartó de él, volviendo al porche. Los oficiales del séquito bajaban rápidamente para dirigirse a sus caballos. El mismo palafrenero a quien Rostov había visto en Austerlitz hizo avanzar el caballo de Su Majestad, y en la escalera se oyeron unos pasos rápidos que Rostov no había olvidado. Sin pensar en el peligro de ser reconocido, Rostov se acercó con algunos otros curiosos al porche y una vez más, después de dos años, vio aquel rostro que adoraba: la misma mirada, idénticos ademanes, la misma unión de majestad y dulzura… En el alma de Rostov renació con todo el vigor de antes el sentimiento de entusiasmo y de amor hacia el Soberano, quien, con el uniforme del regimiento Preobrazhenski, calzón blanco, botas altas y una condecoración que Rostov no conocía (era la *Légion d'Honneur*), descendió con el sombrero bajo el brazo poniéndose el guante. Se detuvo y miró en derredor iluminándolo todo. Dijo algunas palabras a uno de los generales; reconoció al antiguo jefe de la división de Rostov, le sonrió y lo llamó.

Todo el séquito se retiró y Rostov vio que el general hablaba largamente con el Emperador.

El Zar le dijo algo y avanzó hacia el caballo. De nuevo, la muchedumbre del séquito y de los curiosos (entre los que se hallaba Rostov) se acercó al Soberano; el Emperador, disponiéndose a montar, se volvió al general de caballería y dijo en alta voz, con el evidente deseo de que todos lo oyeran:

—No puedo, general; y no puedo porque la ley es más fuerte que yo.

Y puso el pie en el estribo. El general inclinó respetuosamente la cabeza. El Emperador montó a caballo y se alejó al galope a lo largo de la calle. Rostov, loco de entusiasmo, corrió detrás de él entre la muchedumbre.

XXI

En la plaza, adonde el Emperador se había dirigido, se encontraban, frente a frente, a la derecha el batallón de Preobrazhenski y a la izquierda el de la Guardia francesa, con sus gorros de piel de oso.

Mientras el Emperador se acercaba a un flanco de los batallones, que le presentaban armas, al otro flanco llegaba un grupo de jinetes, al frente de los cuales venía uno en quien Rostov reconoció a Napoleón. No podía ser otro. Llevaba un sombrero pequeño, la banda de San Andrés le cruzaba el pecho encima del uniforme azul abierto sobre un chaleco blanco. Montaba un magnífico caballo árabe gris, pura sangre, con una gualdrapa carmesí recamada en oro. Iba al galope; cuando se acercó al Zar, alzó el sombrero y en aquel gesto el ojo experto de Rostov percibió que Napoleón no se mantenía muy seguro en la silla. Los batallones gritaron: “¡Hurra!” y “Vive l’Empereur!”. Napoleón dijo unas palabras a Alejandro. Los dos Emperadores echaron pie a tierra y se estrecharon las manos. En el rostro de Napoleón apuntaba una sonrisa falsa y desagradable. Alejandro, con expresión cordial, le decía algo.

A pesar de que los caballos de los gendarmes franceses echaban atrás a la muchedumbre, Rostov seguía cada movimiento de los soberanos. Lo asombraba el hecho inesperado de que Alejandro tratara a Bonaparte como a un igual y que Bonaparte se mostrara tan a sus anchas en compañía del Zar ruso, como si esa familiaridad fuese para él algo natural y acostumbrado.

Alejandro y Napoleón, acompañados por la larga cola de su séquito, se acercaron al flanco derecho del batallón Preobrazhenski casi arrollando a la

muchedumbre, la multitud se vio tan cerca de los emperadores que Rostov, por encontrarse en las primeras filas, tuvo miedo de ser reconocido.

—Sire, je vous demande la permission de donner la Légion d'Honneur au plus brave de vos soldats[286]— dijo una voz cortante y precisa, enfatizando cada palabra.

El que hablaba era Bonaparte, de corta estatura, que se quedó mirando fijamente a Alejandro de abajo arriba. Alejandro escuchó con atención, sonrió amablemente y asintió con una señal de la cabeza.

—À celui qui s'est le plus vaillamment conduit dans cette dernière guerre[287]— añadió Napoleón, recalcando siempre cada palabra, con una calma y una tranquilidad que ofendieron a Rostov, mientras volvía sus ojos hacia las filas de soldados rusos, que seguían presentando armas con los ojos clavados en el rostro de su Emperador.

—Votre majesté me permettra-t-elle de demander l'avis du colonel?[288] — dijo Alejandro, y dio unos pasos rápidos hacia el príncipe Kozlovski, comandante del batallón.

Bonaparte, entretanto, empezó a quitarse un guante de la blanca y pequeña mano; el guante se desgarró y lo arrojó al suelo, de donde fue recogido en seguida por uno de los ayudantes de campo.

—¿A quién se lo daremos?— preguntó en voz baja y en ruso el Emperador a Kozlovski.

—A quien Su Majestad ordene.

El Emperador, descontento, frunció el ceño y dijo:

—Es preciso responder algo.

Kozlovski, con aire decidido, inspeccionó las filas y en su mirada apresó también a Rostov.

"¿Y si fuera yo?", pensó Rostov.

—¡Lázarev!— ordenó el coronel, fruncido el rostro, y el primer soldado de la fila avanzó con aire gallardo.

—¿Adónde vas? Espera ahí— susurraron algunas voces a Lázarev, que no sabía adonde dirigirse.

Lázarev se detuvo, mirando asustado al coronel; su rostro se estremecía, como suele ocurrir a los soldados llamados fuera de filas.

Napoleón volvió ligeramente la cabeza e hizo un ademán con su mano regordeta, como si quisiera coger algo. Los de su séquito comprendieron en seguida de qué se trataba; hablaron rápidamente unos con otros, haciendo pasar algo de mano en mano; un paje, el mismo que Rostov había visto en casa de Borís, avanzó hacia Napoleón, se inclinó respetuosamente ante la mano tendida y, sin hacerla esperar ni un instante, puso en ella la condecoración con cinta roja. Napoleón, sin mirar, apretó los dedos y la condecoración quedó entre ellos. Seguidamente se acercó a Lázarev, quien, desorbitados los ojos, seguía mirando fijamente a su Emperador. También Napoleón miró a Alejandro, demostrando así que lo hacía por su aliado. La pequeña mano blanca con la condecoración rozó un botón de la guerrera del soldado Lázarev. Napoleón parecía saber que aquel soldado sería para siempre feliz y se consideraría bien recompensado y distinguido entre todos los hombres del mundo si él, con su mano —la mano de Napoleón—, se dignara tocarlo. Se limitó a llevar la medalla al pecho de Lázarev como suponiendo que se quedaría prendida en el uniforme, como así fue; apartó la mano y se volvió hacia Alejandro.

Manos diligentes, rusas y francesas, se apresuraron a sujetar la condecoración y fijarla en la guerrera de Lázarev, quien miró sombríamente al pequeño hombre de blancas manos, que había hecho algo en su pecho, y continuó inmóvil, presentando armas, con la vista fija de nuevo en Alejandro, como preguntándole si debía seguir así, volver a su puesto o hacer alguna otra cosa. Pero no le mandaron nada y durante largo rato se mantuvo inmóvil en la misma posición.

Los emperadores montaron de nuevo en sus caballos y se fueron. Los soldados rusos de Preobrazhenski y los franceses de la Guardia se sentaron mezclados en las mesas preparadas para ellos.

Lázarev ocupó el sitio de honor, oficiales rusos y franceses lo abrazaron y estrecharon su mano felicitándole. Gran número de oficiales y curiosos se acercaban para verlo. El rumor de las risas y conversaciones en francés y ruso llenaba la plaza en torno a las mesas. Dos oficiales sonrientes y alegres, de caras enrojecidas, pasaron junto a Rostov.

—¡Vaya banquete, amigo! ¡Todo el servicio de plata!— comentó uno. ¿Has visto a Lázarev?

—Sí, lo vi.

—Dicen que los soldados de Preobrazhenski ofrecerán mañana un banquete a los franceses.

—¡Qué suerte la de ese hombre! Mil doscientos francos de pensión vitalicia.

—¡Esto sí que es un gorro, muchachos!— gritaba un soldado, poniéndose el morrión de piel de oso de un francés.

—¡Una maravilla y no un gorro!

—¿Conoces el santo y seña?— preguntó un oficial de la Guardia a otro.

—Anteayer era Napoleón, France, bravoure; ayer, Alexandre, Russie, grandeur. Un día lo da nuestro Soberano y otro Napoleón. Mañana, el emperador Alejandro concederá la cruz de San Jorge al más valiente de los soldados franceses. ¡Es obligado! Debemos corresponder.

También Borís y su compañero Gilinsky se acercaron a ver el banquete. Al marcharse, Borís advirtió la presencia de Rostov, parado en la esquina de una casa.

—¡Hola, Rostov! ¡No nos hemos visto!— le dijo; y no pudo por menos de preguntarle qué le había ocurrido: tan sombrío y descompuesto estaba su rostro.

—Nada, no es nada— replicó Rostov.

—¿Vendrás luego?

—Sí, iré.

Rostov permaneció bastante tiempo en la esquina, mirando de lejos a los asistentes al banquete. Su mente se debatía en pensamientos dolorosos que no terminaba de conciliar. Terribles dudas lo asaltaban. Tan pronto se acordaba de Denísov, de su rostro tan cambiado y su docilidad, de todo el hospital de piernas y brazos amputados, de aquella suciedad y sufrimientos —percibía tan a lo vivo el olor a hospital y muerte que se volvió instintivamente para ver de dónde procedía—; tan pronto recordaba al jactancioso Napoleón con su blanca manita, a quien ahora respetaba y quería el emperador Alejandro. ¿Para qué, pues, aquellas piernas y aquellos brazos amputados, para qué tantos muertos? Lázarev condecorado y Denísov castigado y desestimada su petición de gracia. Lo sorprendían aquellos pensamientos tan extraños y tuvo miedo.

El olor del banquete y el hambre que sentía lo sacaron de aquel estado. Tenía que comer algo antes de partir. Fue al hotel que había visto por la mañana, pero había tanta gente, tantos oficiales de paisano, como él, que a duras penas consiguió que lo sirvieran. Dos oficiales de su división se le unieron; la conversación, naturalmente, giró en torno al tema de la paz. Los camaradas de Rostov, como la mayoría del ejército, estaban descontentos de la paz firmada después de Friedland. Aseguraban que, resistiendo aún cierto tiempo, Napoleón se habría visto perdido porque su ejército carecía de víveres y de municiones. Nikolái comía en silencio, y sobre todo bebía. Él solo consumió dos botellas de vino. Sus dudas y vacilaciones interiores, sin solución, lo atormentaban. Temía abandonarse a sus ideas, pero no podía apartarse de ellas. De pronto, al oír decir a un oficial que era irritante ver a los franceses, Rostov comenzó a gritar con tan injustificado ardor que asombró grandemente a los circunstantes.

—¿Cómo puede juzgar qué habría sido mejor?— su rostro se encendía a cada palabra. —¿Cómo puede juzgar los actos del Emperador? ¿Qué derecho tenemos a razonar? ¡Nosotros no podemos comprender ni los fines ni los actos de Su Majestad!

—Yo no he dicho ni una sola palabra sobre el Emperador— se justificó el oficial, sin explicarse la cólera de Rostov, a no ser por su estado de embriaguez.

Pero Rostov no lo escuchaba.

—Nosotros no somos funcionarios diplomáticos. Somos soldados y nada más— prosiguió. —Si nos dan la orden de morir, hay que morir; y si nos castigan es porque somos culpables. No nos toca juzgar. Si al Emperador le place reconocer a Bonaparte como emperador y firmar con él una alianza, es que así debe ser. ¡Pero si nos metemos a discutir y a razonar, nada será sagrado para nosotros! Por ese camino llegaremos a la negación de Dios, a negarlo todo— gritaba Rostov, golpeando la mesa con el puño sin venir a cuento, según creían sus compañeros, pero muy lógicamente dentro de la trayectoria de sus propios pensamientos. —Nuestra misión es cumplir con nuestro deber y no pensar: eso es todo.

—Y beber— replicó uno de los oficiales, que no deseaba meterse en querellas.

—Sí, y beber— confirmó Nikolái. —¡Eh, tú! ¡Otra botella!— gritó.

Tercera parte

I

En 1808 el emperador Alejandro acudió a Erfurt para entrevistarse nuevamente con Napoleón. En la alta sociedad de San Petersburgo se habló mucho de la importancia de aquella solemne entrevista.

En 1809 la amistad de los dos Soberanos del mundo, como se llamaba a Napoleón y Alejandro, era tan grande que, cuando Napoleón declaró la guerra a Austria, un cuerpo de ejército ruso salió al extranjero para sostener al antiguo enemigo, Bonaparte, contra el anterior aliado, el Emperador austríaco. Esa amistad era tan estrecha que en las altas esferas se hablaba de un posible matrimonio entre Napoleón y una de las hermanas del emperador Alejandro. Pero además de la situación política exterior, las reformas interiores entonces emprendidas, que abarcaban todas las esferas de la administración, constituían la comidilla de la sociedad rusa.

Entretanto, la vida seguía adelante; la verdadera vida de los hombres, con sus intereses sustanciales de salud y enfermedad, de trabajo y descanso; con sus inquietudes intelectuales por la ciencia, la poesía y la música, el amor, la amistad, el odio, las pasiones. Esa vida seguía como siempre, independientemente y al margen de la amistad política o de la hostilidad hacia Napoleón Bonaparte y de todas las reformas posibles.

Hacía dos años que el príncipe Andréi vivía sin salir del campo. Todas las iniciativas tomadas por Pierre en sus posesiones, sin resultado alguno, pasando sin cesar de un proyecto a otro, las había llevado a buen término el príncipe Andréi sin decírselo a nadie, sin esfuerzo alguno aparente.

Para ello poseía, en el más alto grado, la tenacidad práctica que le faltaba a Pierre; sabía realizar esos proyectos sin sobresaltos y sin excesivo trabajo.

Una de sus propiedades, de trescientos campesinos, fue registrada como propiedad de labradores libres (fue uno de los primeros casos de ese género en Rusia); en otras, la prestación personal fue sustituida por el pago en especies. Hizo llevar a Boguchárovo a una comadrona pagada por él para ayudar a las parturientas y pasaba un sueldo al sacerdote para que enseñara a leer y escribir a los hijos de los mujiks y a los criados de la casa.

El príncipe Andréi pasaba la mitad del tiempo en Lisie-Gori, con su padre y su hijo, confiado aún a las niñeras; la otra mitad, en la cartuja de Boguchárovo, nombre que su padre daba a esta aldea. Pese a la indiferencia manifestada a Pierre sobre todos los acontecimientos exteriores del mundo, los seguía con gran atención, recibía muchos libros y observaba asombrado que las gentes que lo visitaban o venían a ver a su padre desde San Petersburgo, del centro de toda aquella vorágine, estaban peor informadas que él de todo cuanto se refería a política interior y exterior, a pesar de que él no salía del campo.

Además del cuidado de sus bienes y de la lectura de los libros más diversos, el príncipe Andréi se ocupaba por aquel entonces de analizar con espíritu crítico las dos últimas campañas rusas, tan desastrosas, y redactar un proyecto de reforma de los códigos y reglamentos militares.

En la primavera de 1809 tuvo que ir a la provincia de Riazán para visitar las propiedades de su hijo, del que era tutor.

Sentado en su coche y al calor del apacible sol primaveral, contemplaba las primeras hierbas, las hojas nuevas de los abedules y las primeras nubes blancas que corrían bajo el claro cielo azul. No pensaba en nada y se conformaba con mirar alegre y despreocupado a ambos lados.

El coche dejó atrás la barca donde había dialogado con Pierre el año anterior, la aldea sucia, las eras, los campos verdes, la bajada con nieve todavía junto al puente, la subida por el camino de arcilla fangosa, las sementeras alternadas con matorrales, y después entró en un bosque de abedules que bordeaba los dos lados del camino. El calor era allí más intenso por la ausencia casi total de viento. Los abedules, con sus hojas

verdes y pegajosas, no se movían; y en el suelo, entre las hojas del año anterior, surgían, levantándolas, tallos de verde hierba y las primeras florecillas liláceas. Dispersos entre los abedules, pequeños abetos, con su tosco verde perenne, eran un recuerdo desagradable del invierno. Los caballos resoplaron al entrar en el bosque y se cubrieron de sudor. Piotr, el lacayo, dijo unas palabras al cochero, a las que éste respondió afirmativamente; pero el asentimiento del cochero no debía bastar a Piotr, porque desde el pescante se volvió hacia su amo:

—¡Qué bien se respira aquí, Excelencia!— dijo, sonriendo respetuosamente.

—¿Cómo?

—Que se respira muy bien, Excelencia.

"¿Qué dirá? —pensó el príncipe Andréi—. ¡Ah, sí! Hablará de la primavera seguramente —y miró en derredor—. Pues sí, está todo verde… ¡qué pronto! Los abedules, los cerezos silvestres, los alisos empiezan también… Pero no se ve el roble… ¡Ah, sí, ahí está!"

En el borde del camino se erguía un roble, quizá diez veces más viejo que todos los abedules del bosque, diez veces más grueso y el doble de alto que cualquier abedul. Era un roble gigantesco de dos brazas de circunferencia, de ramas rotas desde hacía mucho tiempo; el tronco, de corteza quebradiza en diversos puntos, cubierto de viejas y abultadas excrecencias. Con sus brazos enormes y retorcidos, dedos asimétricos y divergentes, parecía, entre los sonrientes abedules, un viejo monstruo ceñudo y desdeñoso. Sólo él no quería someterse al encanto de la estación y no quería ver ni el sol ni la primavera.

"La primavera, el amor, la felicidad… —parecía decir el roble—. ¿Cómo no os fatiga ese engaño estúpido e insensato de siempre? ¡Todo es lo mismo y todo es engaño! No hay primavera, ni sol, ni felicidad. Mirad esos abetos ahogados y muertos, siempre solitarios; miradme a mí, extiendo mis dedos torcidos, rotos, tal como han nacido de mi espalda, de mis costados han crecido, y aquí estoy sin creer en vuestras esperanzas y engaños."

El príncipe Andréi miró varias veces ese roble, durante su recorrido por el bosque, como si de él esperara algo. Las flores y las hierbas crecían a sus

pies, pero el roble sombrío e inmóvil, deforme y obstinado, se mantenía erguido entre ellas.

"Sí, el roble tiene razón —pensó el príncipe Andréi, —mil veces razón —. Que los demás, los jóvenes, caigan de nuevo en ese engaño; pero nosotros conocemos la vida, ¡nuestra vida ha terminado!" Y en el alma del príncipe Andréi ese roble hizo surgir nuevas ideas carentes de esperanza, pero gratamente tristes. Durante el resto del viaje pareció pasar de nuevo revista a toda su vida para llegar a la conclusión de antes, consoladora y resignada, de que no debía comenzar nada; debía vivir así hasta el fin de sus días, sin hacer daño, ni inquietarse, sin desear nada.

II

Con relación a la tutela de las posesiones de Riazán, el príncipe Andréi debía entrevistarse con el mariscal de la nobleza del distrito: el conde Iliá Andréievich Rostov. El príncipe Andréi fue a verlo a mediados de mayo.

Habían comenzado los calores de la primavera. El bosque estaba todo verde y hacía tanto calor que la vista del agua suscitaba el deseo de bañarse.

El príncipe Andréi, taciturno y preocupado por lo que debía resolver con el mariscal de la nobleza, avanzaba en su coche por la avenida del jardín de la casa de los Rostov en Otrádnoie. A la derecha, tras los árboles, oyó un alegre grito de mujer; un grupo de muchachas corría al encuentro de su coche. Delante de todas corría una chiquilla delgada, extraordinariamente delgada, de ojos y cabellos negros, con vestido de satén amarillo y un pañuelo blanco de bolsillo anudado en la cabeza, del que escapaban guedejas rebeldes, que llegó cerca del carruaje. Gritaba algo, pero al ver a un desconocido, sin pararse a mirarlo, volvió riendo sobre sus pasos.

El príncipe Andréi se sintió dolido de pronto. El día era hermoso, el sol brillaba espléndido; todo respiraba alegría alrededor. Pero aquella muchacha delgada y bonita que no conocía ni quería conocer su existencia se sentía feliz y contenta con su propia vida, seguramente estúpida, pero alegre y dichosa. “¿Por qué está tan contenta? ¿En qué piensa? Desde luego no será en los reglamentos militares ni en los campesinos de Riazán… ¿En qué piensa? ¿Qué la hace tan feliz?”, se preguntó con curiosidad el príncipe Andréi.

En 1809, el conde Iliá Andréievich vivía en Otrádnoie como siempre, es decir, recibiendo en su casa a casi toda la provincia, entre cacerías, teatros, banquetes y conciertos. Como le ocurría con cada visita, se mostró

encantado por la llegada del príncipe Andréi y casi a la fuerza lo obligó a pasar allí la noche.

Durante el día aburrido, en cuyo transcurso se ocuparon de él los viejos dueños de la casa y los más respetables de sus invitados, que, con motivo del próximo santo, lo llenaban todo, el príncipe Andréi miró varias veces a Natasha, que reía siempre alegre entre la divertida gente joven. "¿En qué piensa? ¿Por qué está tan contenta?", seguía preguntándose.

Por la noche, solo en aquel ambiente desconocido, le costó conciliar el sueño. Leyó un rato; después apagó la luz, pero tuvo que volverla a encender. Hacía calor en aquella estancia con las ventanas cerradas. Estaba enfadado con el viejo estúpido (llamaba así al conde Rostov) que lo había obligado a quedarse en su casa por no haber recibido aún de la ciudad los papeles que necesitaba. No podía perdonarse el haber aceptado la invitación.

El príncipe Andréi se levantó para abrir la ventana. La luz clara de la luna, como si estuviese esperando desde hacía mucho tiempo aquel instante, irrumpió en la habitación. La noche era fresca, llena de quietud y claridad. Ante la ventana del príncipe había una fila de árboles podados, negros por un lado y plateados por el otro; al pie de los troncos crecía una vegetación exuberante, húmeda, rizosa, con lustrosas hojas y tallos; más allá, pasados otros árboles negros, brillaba un tejado cubierto de rocío; a la derecha, otro gran árbol, muy frondoso, de ramas y tronco casi blancos y, sobrepasándolo, la luna, casi en su plenitud, en un cielo primaveral con muy pocas estrellas. El príncipe Andréi se acodó en la ventana y sus ojos se detuvieron en ese cielo.

La habitación del príncipe Andréi estaba entre dos pisos. En las estancias que tenía encima tampoco dormían aún. Hasta él llegaba una conversación entre mujeres:

—Otra vez… sólo una vez más— dijo una voz que el príncipe Andréi reconoció en seguida.

—Pero, ¿cuándo vas a dormir?— replicó otra.

—No dormiré. No puedo. ¿Qué quieres que haga? Vaya, la última vez…

Y las dos voces entonaron una frase musical que era el final de algo.

—¡Oh, qué bien! Y ahora a dormir, se acabó.

—Duerme tú; yo no puedo— dijo la primera voz, acercándose a la ventana. Debía de haberse asomado por completo, porque se oyó el susurro de su vestido y hasta su respiración.

Todo estaba en silencio, como petrificado; también la luna y su luz en las sombras. El príncipe Andréi tuvo miedo de moverse para no traicionar su involuntaria presencia.

—¡Sonia! ¡Sonia!— dijo de nuevo la primera voz. —¿Cómo puedes dormir? ¡Contempla esta noche tan bella! ¡Despiértate, Sonia!— dijo casi llorando. —Te aseguro que jamás hubo una noche así, una noche tan maravillosa como ésta.

Sonia respondió algo de mala gana.

—¡Oh, mira qué luna!… ¡Es una maravilla! Ven, ven aquí, querida, corazón mío… ¿la ves? Me sentaría así, en cuclillas, estrechando las rodillas contra el pecho, bien apretadas, hay que apretar con mucha fuerza, y me echaría a volar. ¡Así!

—¡Ea, basta, que puedes caerte!

Se oyó una breve lucha y la voz disgustada de Sonia:

—¡Ya es más de la una!

—¡Vete, vete! ¡Siempre me lo echas todo a perder!

Y de nuevo la noche se llenó de silencio. El príncipe Andréi sabía que ella seguía allí; oía unas veces el leve movimiento de su cuerpo; otras, la oía suspirar.

—¡Dios mío, Dios mío! ¡Pero bueno!…— exclamó de pronto. —Si hay que dormir, ¡durmamos!— y cerró la ventana.

“Nada le importa mi existencia —pensó el príncipe Andréi mientras escuchaba su voz, esperando y temiendo, sin saber la razón, que dijese algo de él—. ¡De nuevo ella! ¡Como a propósito!”, pensaba.

Despertó en su ánimo tan inesperada confusión de pensamientos y esperanzas juveniles, en contradicción con toda su vida, que, sintiéndose incapaz de explicarse aquel estado de ánimo, inmediatamente se quedó dormido.

III

Al día siguiente, el príncipe Andréi, después de haberse despedido solamente del conde, partió sin aguardar la salida de las damas.

Eran ya los primeros días de junio cuando, de regreso a su casa, atravesó los mismos lugares, el mismo bosque de abedules donde aquel viejo y retorcido roble le llamara tanto la atención. Los cascabeles de los caballos sonaban ahora más sordamente que a la ida, mes y medio antes. Había vida por doquier en aquella umbría; hasta los jóvenes abetos, dispersos aquí y allá, armonizaban con la belleza del conjunto, luciendo el tierno verdor de sus esponjosos brotes.

Fue un día de calor y la tormenta debía ir fraguándose a lo lejos; pero sólo una pequeña nube dejó caer algunas gotas en el polvo del camino y en las hojas satinadas. La parte izquierda del bosque estaba en sombras; pero la otra, mojada por la lluvia, brillaba al sol con destellos cegadores y un viento muy débil movía apenas las hojas. Toda la naturaleza estaba en flor; lejos y cerca trinaban, emulándose, los ruiseñores.

"Sí, aquí, en este bosque se alzaba el roble con el cual estaba de acuerdo —pensó el príncipe Andréi—. Pero, ¿dónde está?", se preguntó mirando a la izquierda del camino.

Y sin él mismo saberlo, sin reconocerlo, admiraba el árbol buscado. El viejo roble transformado por completo, desparramadas en cúpula sus ramas de un verde oscuro, se esponjaba gozoso a la luz del sol vespertino. Ya no se veían meciéndose levemente sus dedos deformes, ni sus excrecencias, ni la desconfianza y el dolor de antes. Hojas jóvenes, jugosas, de tierno verdor, sin nudos, se habían abierto paso a través de su dura corteza centenaria. Parecía imposible que de aquella ruina germinase esa nueva vida. "Sí, es el

mismo roble”, pensó el príncipe Andréi, y sin causa alguna se sintió inundado de un súbito sentimiento de alegría y renovación. Recordó en un instante todos los minutos decisivos de su vida: Austerlitz y su alto cielo, el rostro de reproche de su mujer muerta, Pierre en la barca y la niña entusiasmada por la belleza de la noche, y aquella noche y la luna: todo lo recordó de pronto.

“No, la vida no acaba a los treinta y un años —decidió con resolución y definitivamente el príncipe Andréi—. No basta con que yo sepa lo que ocurre en mí; deben saberlo todos: Pierre y esa niña que quería volar al cielo. Es necesario que todos me conozcan; que mi vida no sea para mí solo, que no vivan ellos tan al margen de mí, que mi vida se refleje en todos y que ellos participen de ella.”

A la vuelta de su viaje el príncipe Andréi decidió marchar en otoño a San Petersburgo e imaginó diversos motivos para hacerlo. Disponía de una serie de argumentos razonables y lógicos que apoyaban la necesidad del viaje, y también su reincorporación al servicio militar. No comprendía ahora cómo había podido dudar antaño de la necesidad de participar activamente en la vida, lo mismo que un mes atrás no comprendía que le fuera posible abandonar la vida que llevaba en el campo. Veía claramente que todas sus experiencias acabarían perdiéndose y nada valdrían si no las aplicaba a una obra concreta y no se incorporaba a una existencia activa. No comprendía siquiera cómo, basándose en argumentos endebles, creyera antes una humillación, tras su experiencia vital, confiar de nuevo en la posibilidad de ser útil y de amar y ser feliz. La razón le sugería ahora todo lo contrario. Después de aquel viaje, al príncipe Andréi le aburría la vida que llevaba en el campo. Sus ocupaciones anteriores ya no le interesaban. Con frecuencia, cuando estaba solo en su despacho, se levantaba y examinaba largamente en el espejo su rostro; después miraba el retrato de la difunta Lisa, quien con sus bucles *à la grecque*[289] lo contemplaba cariñosa y risueña desde el marco dorado. Ya no decía a su marido las palabras terribles de antes; se limitaba a mirarlo sencillamente, con alegre curiosidad. Y el príncipe Andréi, con las manos a la espalda, caminaba largo rato por la estancia, ya

ceñudo, ya sonriente, meditando sobre aquellas ideas no sujetas a la razón y reacias a concretarse en palabras, secretas como un crimen, relacionadas con Pierre, con la gloria, con la jovencita de la ventana, con el roble, la belleza femenina y el amor, ideas que habían cambiado toda su vida. Cuando se le acercaba alguien en aquellos momentos de reflexión parecía más frío, severo y decidido y hacía gala, además, de una lógica molesta.

—Mon cher— le decía a veces la princesa María, entrando en su despacho, —el pequeño no puede salir hoy a pasear; hace mucho frío.

—Si hiciese calor— contestaba el príncipe Andréi secamente, —saldría en mangas de camisa; pero como hace frío, hay que abrigarlo bien con los trajes que para eso tiene y para eso han sido pensados. Eso se desprende de que hace frío, y no justifica que el niño se quede en casa cuando necesita respirar aire fresco— decía con su lógica especial, como si quisiera castigar a alguien por la marcha secreta e ilógica de sus ocultos pensamientos.

En tales ocasiones, la princesa María pensaba en cómo reseca a los hombres el trabajo intelectual.

IV

El príncipe Andréi llegó a San Petersburgo en agosto de 1809. Eran los días en que la fama del joven Speranski llegaba a su apogeo y las reformas por él iniciadas con tanta energía estaban en plena aplicación. En ese mismo mes el Emperador, yendo en una carretela, cayó de ella, se hizo daño en una pierna y hubo de permanecer durante tres semanas en Peterhof, donde cada día recibía exclusivamente a Speranski. En aquella época, además de los dos célebres decretos que tenían conmocionada a toda la sociedad: la abolición de los grados en la Corte y el examen para obtener el título de asesor colegiado y consejero de Estado, se preparaba una Constitución que iba a cambiar la organización de la justicia, la administración y las finanzas de Rusia, desde el Consejo del Imperio hasta los consejos de distrito. Comenzaban a realizarse los vagos sueños liberales que Alejandro alimentaba al ascender al trono y que trató de llevar a cabo con la ayuda de Chartorizhky, Novosiltzev, Kochubéi y Strogánov, a los que él mismo, en broma, llamaba *comité de salut public.*[290]

Ahora, Speranski en los asuntos civiles y Arakchéiev en los militares habían sustituido a todos. A los pocos días de su llegada el príncipe Andréi se presentó en la Corte en su calidad de gentilhombre de cámara. El Emperador lo había visto dos veces sin dignarse dirigirle ni una sola palabra. Siempre había pensado el príncipe Andréi que le caía antipático al Soberano, creía que su rostro y todo él no le agradaban. Y ahora, en la mirada fría y distante del monarca creyó ver confirmada, más que antes, aquella impresión. Los cortesanos le explicaron que la causa de tal falta de atención del Emperador se debía a que Su Majestad estaba descontento de Bolkonski porque, desde 1805, no había vuelto a prestar servicio alguno.

“Sé por mí mismo que uno no puede gobernar sus simpatías y antipatías —se decía el príncipe Andréi—. Por esa razón no puedo presentar personalmente al Emperador mi plan de reformas militares; pero el asunto se abrirá camino por sí mismo.” Habló de su escrito a un viejo mariscal, amigo de su padre. El mariscal, que le había señalado hora para la entrevista, lo recibió amablemente y le prometió que informaría al Emperador. Unos días después notificaron al príncipe Andréi que debía presentarse al ministro de la Guerra, conde Arakchéiev.

El día señalado, a las nueve de la mañana, el príncipe Andréi estaba en la antesala del conde Arakchéiev.

No lo conocía personalmente ni lo había visto nunca, pero todo cuanto sabía de él no era para inspirarle respeto.

“Es el ministro de la Guerra, hombre de confianza del Emperador; a nadie deben importar sus cualidades personales. Se le ha confiado el estudio de mi proyecto y, por consiguiente, sólo él puede darle curso”, pensó el príncipe Andréi mientras esperaba en la antecámara de Arakchéiev entre otras muchas visitas importantes y no importantes.

El príncipe Andréi, en sus años de servicio, principalmente como ayudante de campo, había visto numerosas salas de espera como ésta y conocía bien las diferencias existentes entre ellas. Pero la del conde Arakchéiev tenía matices muy especiales. En el rostro de las personas de menos alcurnia, que allí esperaban su turno, podía leerse un sentimiento de humildad y sumisión. En las más importantes se reflejaba un sentimiento común de incomodidad, disimulado por una apariencia desenvuelta, como si tomasen a burla su propia situación y la del personaje a quien esperaban ver. Unos iban y venían pensativos; otros reían y cuchicheaban en grupos, repitiendo en voz baja el sobriquet[291] de “el forzudo Andréievich” y las palabras “menudo es él”, cuando aludían a su persona. Un general (persona importante), molesto sin duda por la larga espera, se había sentado, cruzando y descruzando las piernas, sonriendo despectivamente.

Pero en cuanto se abría la puerta, en todos los rostros aparecía un mismo sentimiento: el miedo. El príncipe Andréi rogó al ayudante de servicio que lo anunciara por segunda vez; pero éste lo miró irónicamente y contestó que ya le llegaría su turno. Después de que el ayudante hubiese

introducido a varias personas en el despacho del ministro, a quienes acompañaba cuando salían, franqueó la temible puerta un oficial que por su aire humilde y temeroso había impresionado al príncipe. La audiencia concedida al oficial duró mucho tiempo. De pronto, al otro lado de la puerta, se oyó el estallido de una voz desagradable, y el oficial, pálido y con labios temblorosos, salió y, llevándose las manos a la cabeza, atravesó la sala.

A continuación, le tocó el turno al príncipe Andréi y el oficial de servicio le susurró al acompañarlo hasta la puerta:

—A la derecha, junto a la ventana.

El príncipe Andréi entró en un despacho sin lujos, pero limpio y ordenado. Sentado a la mesa vio a un hombre de unos cuarenta años, de largo busto, cabeza también alargada, pelo muy corto, profundas arrugas, cejas fruncidas sobre unos ojos inexpresivos de un gris verdoso, nariz rojiza y colgante. Arakchéiev volvió la cabeza hacia él sin mirarlo.

—¿Qué solicita?— preguntó.

—Yo, Excelencia, no solicito nada— dijo en voz baja el príncipe Andréi.

Los ojos de Arakchéiev se volvieron hacia él.

—Siéntese— dijo. —¿El príncipe Bolkonski?

—No solicito nada. Su Majestad el Emperador se ha dignado enviar a Su Excelencia el memorial que le presenté…

—Sí, apreciado amigo, lo he leído— lo interrumpió Arakchéiev; sólo pronunció cortésmente las primeras palabras. Después, sin mirar a su interlocutor, volvió a su tono, cada vez más despectivo y gruñón. —¿Propone nuevas leyes militares? Leyes hay muchas, pero no hay nadie que haga cumplir las viejas. Ahora todos escriben leyes: escribir es más fácil que hacer.

—He venido por voluntad de Su Majestad el Emperador para saber qué curso piensa dar Su Excelencia a mi memorial— dijo cortésmente el príncipe Andréi.

—Ya he manifestado mi opinión sobre ese proyecto suyo y lo remití al comité. No lo apruebo— dijo Arakchéiev, levantándose y tomando de la mesa un papel que tendió al príncipe Andréi. —Aquí la tiene.

En el papel, escrito de través con lápiz y desastrosa ortografía, sin mayúsculas ni signos de puntuación, ponía: “Carece de fundamento parece copia reglamento militar francés se aparta sin necesidad de las ordenanzas militares vigentes”.

—¿A qué comité ha pasado el proyecto?— preguntó el príncipe Andréi.

—Al Comité de Reglamentos militares, y he propuesto que se lo nombre vocal del mismo, pero sin remuneración.

—No la deseo…— sonrió Bolkonski.

—Vocal sin remuneración— repitió Arakchéiev. —Muy honrado…, ¡Eh, que pase otro! ¿A quién le toca?— gritó después, saludando al príncipe Andréi.

V

Esperando la notificación de su nombramiento de vocal del Comité, el príncipe Andréi renovó antiguas amistades, especialmente entre personas que él sabía bien situadas y que podían serle útiles. Experimentaba ahora en San Petersburgo un sentimiento semejante al que conocía en vísperas de una batalla, cuando una inquieta curiosidad lo arrastraba inconteniblemente hacia las altas esferas donde se fraguaba el porvenir del que dependía la suerte de millones de seres.

Por la irritación de los viejos y la curiosidad de los profanos, por la reserva de los iniciados y las prisas y la preocupación de todos, por el incalculable número de comités y comisiones de cuya existencia se enteraba cada día, se daba cuenta de que ahora, en 1809, se preparaba en San Petersburgo una gigantesca batalla civil. No conocía a su comandante en jefe, persona misteriosa a quien se imaginaba como un ser genial: Speranski. La obra de las reformas, que conocía muy vagamente, y la personalidad del reformador, Speranski, lo interesaron tan apasionadamente que muy pronto la revisión del reglamento militar pasó para él a segundo término.

El príncipe Andréi se encontraba en una de las mejores situaciones para ser bien recibido en los más diversos y elevados círculos de la sociedad petersburguesa. El partido de los reformadores lo aceptaba con agrado y trataba de ganárselo porque tenía fama de ser hombre de gran inteligencia y vasta cultura, eso en primer lugar, y porque la emancipación de sus campesinos garantizaba sus opiniones liberales. El partido de los viejos descontentos buscaba su simpatía como hijo del anciano príncipe Bolkonski y condenaba las reformas. Los sectores femeninos, el *gran mundo*, lo

recibían cordialmente; veían en él un brillante partido, rico y linajudo, un personaje casi nuevo con la aureola de la romántica historia de su supuesta muerte y el trágico fin de su mujer. Además, la opinión de cuantos lo conocían de antes era que había mejorado mucho en esos cinco años: su carácter se había suavizado, se lo veía reposado, maduro, y su anterior afectación y desdén habían desaparecido, dejando paso a la serenidad que viene con los años. Se hablaba con interés de él y todos deseaban conocerlo.

Al día siguiente de su visita a Arakchéiev, el príncipe Andréi visitó al conde Kochubéi y le contó su entrevista con “el forzudo Andréievich” (Kochubéi llamaba así a Arakchéiev con la misma vaga ironía que Bolkonski había notado en la sala del ministro de la Guerra).

—Mon cher, ni siquiera en este asunto conseguirá algo sin Speranski. C’est le grand faiseur.[292] Se lo diré. Me ha prometido venir esta tarde…

—Pero ¿qué tiene que ver Speranski con el Reglamento militar?— preguntó el príncipe Andréi.

Kochubéi movió la cabeza, sonriendo como asombrado de la ingenuidad de Bolkonski.

—Hemos hablado ya de usted hace unos días a propósito de sus campesinos emancipados…— prosiguió Kochubéi.

—¡Ah! ¿Es usted, príncipe, el que ha emancipado a sus mujiks?— intervino un anciano de los tiempos de Catalina, volviéndose con desprecio a Bolkonski.

—La hacienda era pequeña y no proporcionaba renta alguna— replicó Bolkonski, tratando de suavizar su proceder para no irritar inútilmente al viejo.

—Vous craignez d’être en retard[293]— dijo el anciano, mirando a Kochubéi. —Hay una cosa que no comprendo— prosiguió después, —¿quién trabajará la tierra si se da libertad a los campesinos? Es muy fácil escribir leyes, pero gobernar es difícil. Lo mismo pasa ahora, y yo le pregunto a usted, conde, ¿quién será el jefe de la oficina si todos han de examinarse?

—Los que salgan airosos de ese examen, creo yo— respondió Kochubéi, poniendo una pierna sobre otra y mirando en derredor.

—Conmigo tengo a un tal Priánichnikov, un hombre excelente que vale el oro que pesa; tiene ya sesenta años, ¿acaso querrá él examinarse?…

—Sí; es difícil, claro, porque no está muy difundida la instrucción, pero…

El conde Kochubéi no concluyó; levantándose, tomó del brazo al príncipe Andréi y salió al encuentro de un hombre de cuarenta años, alto, calvo, rubio, de frente despejada y rostro alargado de rara y extraordinaria blancura. Vestía frac azul, llevaba una cruz al cuello y una estrella a la izquierda del pecho. Era Speranski. El príncipe Andréi lo reconoció al instante y sintió un temblor interior, como suele ocurrir en los momentos graves de la vida. ¿Respeto, envidia, esperanza? Lo ignoraba. Toda la persona de Speranski tenía un porte especial que lo distinguía inmediatamente; en ninguno de los miembros de la sociedad que él frecuentaba había visto aquel aplomo y aquella seguridad de movimientos desgarbados y torpes, en nadie la mirada firme y dulce a un tiempo de unos ojos entreabiertos y un tanto húmedos. Tampoco había visto una sonrisa tan segura que nada significaba, ni una voz tan fina, equilibrada y apacible. Sobre todo, nunca había visto un rostro de tal blancura delicada ni unas manos como aquéllas, algo anchas pero extraordinariamente carnosas, suaves y blancas. El príncipe Andréi no había visto esa blancura y delicadeza de rostro más que en los soldados largo tiempo hospitalizados. Ese hombre era Speranski, secretario de Estado, hombre de confianza del Emperador y su acompañante en Erfurt, donde más de una vez había tenido ocasión de ver y entrevistarse con Napoleón.

Speranski no pasaba los ojos de una persona a otra, como involuntariamente se hace al entrar en una sala donde hay muchos reunidos, ni se daba prisa en hablar. Las palabras fluían lentas, con seguridad de ser oídas, y sólo miraba a la persona con quien hablaba.

El príncipe Andréi seguía con especial atención cada palabra y cada movimiento de Speranski. Como suele ocurrir a los hombres, y sobre todo a quienes juzgan severamente al prójimo, el príncipe Andréi, al encontrarse con un desconocido, sobre todo con un hombre como Speranski, a quien conocía por su fama, siempre esperaba hallar en él el modelo perfecto de las cualidades humanas.

Speranski dijo a Kochubéi que sentía no haber llegado antes; lo habían entretenido en Palacio. No dijo quién lo había entretenido, y el príncipe Andréi advirtió esa afectación de modestia. Cuando Kochubéi le presentó al príncipe Andréi, Speranski pasó lentamente sus ojos hacia Bolkonski, sin variar su sonrisa, y lo miró en silencio.

—Estoy muy contento de conocerlo; he oído hablar de usted, como todos— dijo.

Kochubéi le contó en pocas palabras cómo fue recibido Bolkonski por Arakchéiev, y Speranski sonrió más abiertamente.

—El presidente de la Comisión de Reglamentos militares, señor Magnitski, es un buen amigo mío— dijo enfatizando cada palabra y cada sílaba, —y si lo desea, puedo proporcionarle una entrevista con él— hizo una pausa en el punto. —Espero que hallará en él una buena acogida y el deseo de cooperar en todo lo que sea razonable.

No tardó en formarse un grupo en derredor de Speranski, y el viejo que había hablado de su funcionario Priánichnikov hizo la misma pregunta al secretario de Estado.

El príncipe Andréi, sin intervenir en la conversación, observaba todos los movimientos de Speranski. "Este hombre —pensaba Bolkonski—, insignificante seminarista poco antes, tiene ahora en sus manos, esas manos gordezuelas y blancas, el destino de Rusia." Lo asombró la tranquilidad extraordinaria y despectiva con que Speranski respondía al viejo. Parecía dirigirle su palabra indulgente desde una altura inaccesible. Cuando el viejo comenzó a levantar la voz, Speranski sonrió y dijo que no podía juzgar de lo ventajoso o desventajoso de aquello que placía al Emperador.

Después de haber intervenido cierto tiempo en la conversación general, Speranski se levantó, se acercó al príncipe Andréi y lo condujo al otro extremo de la sala. Era evidente que consideraba necesario dedicarse a Bolkonski.

—No tuve tiempo de hablar con usted, príncipe, por la inspirada conversación de aquel honorable anciano— dijo con una discreta sonrisa, como dando a entender que él y Bolkonski comprendían bien la nulidad de las gentes con quienes habían hablado. Esta distinción lisonjeó al príncipe Andréi. —Lo conozco desde hace tiempo; primero, por el asunto de sus

campesinos: es para nosotros un primer ejemplo y sería muy deseable que muchos lo siguieran. Segundo, porque usted es uno de los gentilhombres de cámara que no se han dado por ofendidos con el nuevo decreto sobre los grados en la Corte, que ha suscitado tantas discusiones y comentarios.

—Sí— replicó el príncipe Andréi. —Mi padre no quiso que me aprovechara de ese derecho; prefirió que comenzara por los grados inferiores.

—Su padre, hombre de otros tiempos, está, evidentemente, por encima de nuestros contemporáneos que tanto censuran esta medida llamada a restablecer simplemente la natural justicia.

—Sin embargo, creo que hay algún fundamento en esas censuras— dijo el príncipe Andréi, tratando de combatir la influencia de Speranski que comenzaba a sentir. Le resultaba desagradable estar de acuerdo con él en todo y le habría gustado contradecirlo en alguna cosa. Bolkonski, que siempre hablaba con soltura, sentía ahora dificultad al expresarse delante de Speranski. Estaba en realidad demasiado ocupado en observar la personalidad de aquel hombre famoso.

—Fundamento de ambición personal, quizá— dijo en voz baja Speranski.

—No, no sólo eso; también pensando un poco en el Estado.

—¿Qué quiere decir?— preguntó Speranski, bajando lentamente los ojos.

—Soy un admirador de Montesquieu— dijo el príncipe Andréi, —y su idea de que le principe des monarchies est l’honneur, me paraît incontestable. Certains droits et privilèges de la noblesse me paraissent être des moyens de soutenir ce sentiment.[294]

La sonrisa desapareció del rostro blanco de Speranski, con lo cual su fisonomía ganó bastante. La idea del príncipe Andréi le pareció probablemente curiosa.

—Si vous envisagez la question sous ce point de vue…[295]— comenzó a decir, pronunciando con dificultad el francés y hablando con mayor lentitud que en ruso, pero siempre con la misma tranquilidad. —L’honneur no puede sostenerse con privilegios dañosos al servicio; l’honneur es o un concepto negativo, la abstención de actos censurables, o la fuente de una

emulación que tiende a recibir recompensas y plácemes donde el honor toma forma material.

Sus argumentos eran breves, simples y claros.

—La institución que sostiene este honor, la fuente de la emulación, es algo semejante a la *Légion d'Honneur* del gran emperador Napoleón, que no daña, sino que ayuda al buen éxito del servicio. No es un privilegio de casta o de Corte.

—No lo discuto, pero es innegable que los privilegios palaciegos han alcanzado el mismo objetivo— sostuvo el príncipe Andréi. —Cualquier cortesano se cree obligado a sostener su posición con dignidad.

—Pero usted, príncipe, no ha querido hacer uso de tales privilegios— dijo Speranski, mostrando con una sonrisa que deseaba concluir cortésmente una conversación embarazosa para su interlocutor. —Si me honra con su visita el miércoles— añadió, —como ya habré hablado con Magnitski, podré decirle algo que le interesa y, en todo caso, tendré el gusto de conversar con usted más detenidamente.

Cerró los ojos, saludó y, *à la française*, sin decir adiós, salió de la sala procurando pasar inadvertido.

VI

En los primeros tiempos de su estancia en San Petersburgo, el príncipe Andréi se dio cuenta de que el conjunto de ideas elaborado durante su vida solitaria quedó totalmente oscurecido por las pequeñas obligaciones que, desde su llegada, tuvo que asumir.

Cuando regresaba a su casa por la noche, anotaba en su carnet las cuatro o cinco visitas o *rendez-vous* indispensables a las horas fijadas de antemano. El ritmo de la vida, la necesidad de organizar el día para llegar a tiempo, le restaba buena parte de sus energías. No hacía nada, no pensaba en nada ni le quedaba tiempo de hacerlo. Únicamente hablaba, y con éxito, de aquello que había meditado antes en la soledad del campo.

A veces, malhumorado, se daba cuenta de que había repetido las mismas cosas en el mismo día y en diversos lugares; pero estaba tan ocupado que no le quedaba tiempo siquiera para pensar que no pensaba nada.

El miércoles siguiente Speranski recibió en su casa a Bolkonski; habló con él a solas y con gran confianza durante mucho tiempo y, como en ocasión de la entrevista en casa de Kochubéi, le produjo una profunda impresión.

El príncipe Andréi consideraba insignificantes a tantas personas y tenía tal deseo de encontrar en otro un ideal vivo de la perfección a que él aspiraba que creyó fácilmente haber hallado en Speranski ese ideal de hombre sensato y virtuoso. Si Speranski hubiese pertenecido a la misma esfera social, con la misma educación y nivel moral que el príncipe Andréi, no habría tardado en encontrar su lado débil, humano y no heroico; pero aquella mente absolutamente lógica y extraña para él le inspiraba tanto más respeto cuanto menos la comprendía. Por otra parte, ya porque apreciase la

capacidad de Bolkonski, ya porque le pareciese necesario contar con él, Speranski hacía gala ante el príncipe Andréi de su imparcialidad y sereno juicio. Lo halagaba con sutileza, lo hacía partícipe de su propia suficiencia, haciéndole ver, sin necesidad de palabras, que sólo ellos dos podían comprender la estupidez de todos *los demás* y la sensatez y profundidad de sus propias ideas.

Durante la prolongada entrevista de aquella tarde, Speranski repitió muchas veces: *"En nuestro país* tendemos a denigrar todo aquello que sobrepasa el nivel ordinario de la rutina…". O bien, con una sonrisa: "Pero *nosotros* queremos que los lobos queden ahítos y las ovejas a salvo…".

O bien: *"Ellos*, eso no lo pueden comprender…". Y todo lo decía con una expresión que significaba: "Nosotros, usted y yo, comprendemos quiénes son *ellos* y quiénes somos *nosotros*".

Esta primera conversación larga con Speranski no hizo más que aumentar en el príncipe Andréi la impresión que antes le produjera. Veía en él a un hombre sensato, de enorme inteligencia lógica, gran rigor mental, que había alcanzado el poder gracias a su energía y perseverancia, poder que utilizaba en bien de Rusia solamente. A los ojos del príncipe Andréi, Speranski era el hombre que él mismo habría deseado ser, capaz de explicar sensatamente todos los fenómenos de la vida; un hombre para quien es importante tan sólo lo racional, capaz de aplicar a todas las cosas la medida de la razón. En la exposición de Speranski parecía todo tan sencillo y claro que el príncipe Andréi, aun a su pesar, debía darle siempre la razón. Si lo contradecía y discutía, era sólo por el deseo de permanecer independiente y no someterse por completo a sus opiniones. Por lo demás, todo lo encontraba bien, aunque algo lo turbaba: era aquella mirada fría e impenetrable de Speranski, que no permitía ahondar en su interior, y aquella mano blanca y delicada que atraía la mirada de Bolkonski como suele ocurrir con las manos de los hombres que ostentan el poder. Sin saber por qué, la mirada impenetrable y la mano lo irritaban; también le causaba una impresión desagradable el excesivo desprecio de Speranski por los demás y la gran variedad de pruebas en que apoyaba sus opiniones. Recurría a todos los procedimientos del raciocinio, excepto la comparación, y, según creía el príncipe Andréi, pasaba de un tema a otro con demasiado arrojo. A veces se

situaba en el terreno de la práctica y arremetía contra los soñadores; otras era satírico y se burlaba irónicamente de sus rivales; otras recurría a la pura lógica y hasta se elevaba a los dominios de la metafísica (cuyos procedimientos demostrativos le gustaba usar con frecuencia). Subido a esas alturas, pasaba a las definiciones del espacio, del tiempo y del pensamiento, sacaba de allí sus objeciones y volvía a discutir.

En general, el rasgo principal de la inteligencia de Speranski, que tanto asombró al príncipe Andréi, era la fe indudable, inamovible, en la fuerza y legalidad de la razón. Era evidente que a Speranski jamás se le habría ocurrido la idea —tan habitual para el príncipe Andréi— de que es imposible, pese a todo, expresar todo cuanto se piensa; ni jamás dudaría de si es o no una tontería todo aquello en lo que se piensa y cree. Esta configuración especial de la mente de Speranski era lo que más atraía de él al príncipe Andréi.

Al principio de conocerlo, el príncipe Andréi sentía una admiración apasionada, semejante a la que en otros tiempos sintiera por Bonaparte. La circunstancia de que Speranski fuera hijo de un sacerdote y que ciertas gentes de menguados alcances pudieran permitirse despreciarlo, motejándolo de "hombre de la Iglesia y pope en ciernes" (lo que ocurría frecuentemente), obligaba a Bolkonski a cuidar celosamente ese sentimiento y, sin él advertirlo, lo avivaba aún más.

En su primera entrevista Bolkonski habló sobre la Comisión de codificación de leyes; Speranski le informó con ironía de que dicha comisión funcionaba desde hacía cincuenta años, que costaba millones de rublos y no había hecho nada útil, que Rosenkampf se había limitado a pegar sendas etiquetas a todos los artículos de la legislación comparada.

—¡Y eso le cuesta al Estado millones de rublos!— dijo. —¡Ahora queremos dar un nuevo poder jurídico al Senado y no tenemos leyes! Por eso le digo que no tiene perdón que un hombre como usted, príncipe, esté apartado actualmente de toda actividad.

Bolkonski objetó que para una obra semejante era preciso poseer conocimientos jurídicos que él no poseía.

—Pero si nadie los tiene, ¿qué quiere usted? Es un *circulus viciosus* del que hay que salir a la fuerza.

Una semana después, el príncipe Andréi era nombrado vocal de la Comisión de Reglamentos militares y —cosa que no esperaba en modo alguno— presidente de codificación de leyes en dicha Comisión. A petición de Speranski, hubo de hacerse cargo de la primera parte de las leyes civiles que se estaban elaborando, y con ayuda del *Code Napoleon* y los *Instituta* de Justiniano, comenzó a trabajar en el capítulo titulado: “Derechos de las personas”.

VII

Dos años antes, en 1808, de regreso a San Petersburgo después del viaje a sus posesiones, Pierre se había encontrado, sin quererlo, a la cabeza de la masonería de la capital. Organizaba logias comunales y funerarias, se ocupaba de unificarlas, captaba nuevos adeptos y buscaba las actas originales. Daba dinero para la construcción de templos y suplía, en lo posible, la tacañería y la poca puntualidad de los demás en cuanto a las limosnas; con sus propios medios sostenía, casi solo, la casa de los pobres que la Orden había construido en la ciudad.

Su vida discurría como antes, con las mismas diversiones y la misma disolución. Le gustaba comer y beber bien, y aunque le pareciera inmoral, y hasta humillante, no podía abstenerse de los placeres a que se entregaban los solteros.

En la vorágine de aquellas ocupaciones y diversiones, al cabo de un año empezó a notar, sin embargo, que el terreno de la masonería empezaba a hundirse bajo sus pies, por más que intentara mantenerse en él. Al mismo tiempo sentía que cuanto más se hundía ese terreno, más ligado se veía a todo aquello, aunque involuntariamente. Al ingresar en la masonería había tenido la sensación del hombre que pone confiadamente el pie en la superficie llana de un terreno cenagoso. Una vez puesto el pie, comenzaba a hundirse. Para convencerse bien de su solidez, ponía el otro pie y se hundía más aún; ahora, lo quisiera o no, tenía que andar con el fango hasta las rodillas.

Osip Alexéievich no estaba en San Petersburgo (en aquellos tiempos se había apartado de las logias de esa ciudad y no salía de Moscú). Todos los miembros de la logia eran personas que Pierre conocía, y le resultaba difícil

verlos como hermanos por su pertenencia a la Orden solamente y no como el príncipe B., no como Iván Vasílievich D., a quienes conocía personalmente y consideraba personas débiles e insignificantes. Bajo el mandil y los signos de la masonería veía los uniformes y las condecoraciones que tanto ansiaban conseguir. Muchas veces, al contar las aportaciones y donativos y ver los veinte o treinta rublos dados —muchas veces a crédito— por diez miembros, la mitad de los cuales eran tan ricos como él, recordaba el juramento masónico de entregar todos sus bienes al prójimo. Entonces surgían en su alma dudas en las que procuraba no detenerse demasiado.

Dividía en cuatro categorías a todos los hermanos conocidos. En la primera incluía a los que no tomaban parte activa ni en los trabajos de la logia ni en la labor humana; se ocupaban exclusivamente de estudiar los misterios de la Orden, los problemas referentes a las tres denominaciones de Dios o los tres principios de las cosas —azufre, mercurio y sal—, o bien al significado del cuadrado y demás figuras del templo de Salomón. Pierre respetaba a esta categoría de hermanos masones a la que pertenecían sobre todo los viejos iniciados y el mismo Osip Alexéievich; pero él no se interesaba en semejantes problemas. No le atraía el aspecto místico de la masonería.

En la segunda categoría era donde Pierre se incluía y colocaba a los hermanos que se le parecían, a los que buscaban y vacilaban, sin haber encontrado aún en la hermandad el camino recto y comprensible que esperaban descubrir.

En la tercera categoría estaban los que no veían en la masonería más que las formas exteriores y los ritos; eran mayoría y estimaban en mucho el severo cumplimiento de tales formalidades, sin pararse a pensar en su sentido ni en lo que simbolizaban. A él pertenecían Villarski y el propio gran maestro de la logia principal. Y, por último, en la cuarta categoría se hallaba buena cantidad de hermanos ingresados recientemente. Eran hombres que, según pudo observar Pierre, no creían en nada ni deseaban nada; entraban en la masonería sólo para estar cerca de los hermanos jóvenes y ricos, influyentes por sus buenas relaciones y su linaje. Este grupo era muy numeroso en la logia.

Pierre empezaba a estar disgustado de su propia actividad. La masonería, al menos tal como él la conocía allí, le parecía, a veces, basarse tan sólo en lo exterior. No es que dudara de la masonería en sí, pero sospechaba que la masonería rusa seguía un camino falso, abandonando sus verdaderas fuentes. Por dicha causa, a finales de año salió al extranjero para consagrarse al estudio de los grandes misterios de la Orden.

Pierre regresó a San Petersburgo en el verano de 1809. Por la correspondencia que mantenían los masones rusos con los de otras naciones, se sabía que Bezújov había logrado conquistar en el extranjero la confianza de muy altos dignatarios, que se había iniciado en muchos misterios, que fue promovido al más alto grado y traía buenas nuevas para el bien general de la masonería rusa. Todos los masones de San Petersburgo acudían a verlo, lo adulaban y estaban convencidos de que algo ocultaba y algo preparaba.

Se había convocado una tenida solemne de la logia de segundo grado, en la cual Pierre, según sus promesas, iba a comunicar a los hermanos de San Petersburgo cuanto le encargaran los jefes supremos de la Orden. La logia estaba abarrotada. Después de las ceremonias de rigor, Pierre se levantó y dio comienzo a su discurso:

—Queridos hermanos— empezó a decir, poniéndose colorado y tartamudeando. Tenía en la mano el discurso escrito, —no basta con observar nuestros misterios en la quietud de la logia, hay que actuar… actuar. Estamos dormidos, y es menester poner manos a la obra.

Pierre tomó su cuaderno y comenzó a leer:

“Para difundir la verdad pura y lograr el triunfo de la virtud, debemos librar a los hombres de sus prejuicios y difundir reglas conformes con el espíritu de nuestros tiempos, ocuparnos de educar a la juventud, unirnos con lazos indisolubles a los hombres más inteligentes, vencer valerosa y prudentemente la superstición, la incredulidad y la ignorancia, formar entre los hombres, que nos son afectos, un grupo de personas ligadas por la unidad del fin y poseedoras del poder y la fuerza.

”Para cumplir este objetivo es necesario que la virtud triunfe sobre el vicio, es necesario contribuir a que el hombre honesto consiga aquí, en esta vida, la recompensa eterna a sus virtudes. Pero las actuales instituciones políticas son un obstáculo importante para la realización de estos grandes proyectos. ¿Qué debemos hacer, pues, frente a tal estado de cosas? ¿Ayudar a las revoluciones, derrocarlo todo, expulsar la fuerza por la fuerza? No. Estamos muy lejos de eso: toda reforma llevada a cabo mediante la fuerza merece nuestra repulsa, porque no se corregirá el mal mientras los hombres sigan siendo lo que son, y porque la sabiduría no necesita de la violencia.

”Todo el plan de la Orden debe asentarse en la formación de hombres íntegros, virtuosos, ligados por la unidad de convicciones, por la convicción de que debe perseguirse en todas partes y con todos los medios el vicio y la ignorancia, proteger el talento y la honestidad; hay que rescatar del olvido a los hombres dignos e incorporarlos a nuestra hermandad. Sólo entonces tendrá nuestra Orden el poder de impedir que los partidarios del desorden consigan sus fines y dirigirlos, sin que se den cuenta de ello. En una palabra, es necesario formar un gobierno universal, poderoso, capaz de expandirse por todo el mundo sin quebrantar lazos civiles, bajo los cuales los demás gobiernos seguirían su acostumbrada existencia, haciéndolo todo menos aquello que se opone al gran objetivo de nuestra Orden: el principio de la virtud sobre el vicio. Éste era el fin que se propuso el cristianismo, que enseñaba a los hombres a ser sabios y buenos y a seguir, en beneficio propio, las enseñanzas de los mejores entre los sabios.

”Cuando todo estaba sumido en las tinieblas, bastaba, claro es, la prédica: la verdad revelada le infundía una fuerza especial; pero ahora necesitamos medios mucho más eficaces, necesitamos que el hombre, guiado por sus sentimientos, encuentre en la virtud un atractivo sensible. No es posible destruir las pasiones; hay que tratar de dirigirlas hacia un objetivo noble. Es necesario que cada uno pueda satisfacer sus propias pasiones dentro de los límites de la virtud, y que nuestra hermandad le proporcione los medios.

”Tan pronto como haya en cada Estado un cierto número de personas dignas de semejante tarea, cada una de ellas formará a otras dos y todas se

unirán estrechamente entre sí; entonces todo será posible para nuestra Orden, que tanto ha hecho ya en secreto por el bien de la humanidad.”

Este discurso produjo no sólo gran impresión, sino también fuerte conmoción en la logia. La mayoría de los hermanos, que veían en las palabras de Pierre una peligrosa desviación hacia el iluminismo, acogieron el discurso con una frialdad que asombró al orador. El gran maestro comenzó a contradecirlo. Pierre, con ardor cada vez mayor, volvió a desarrollar sus propias ideas. Hacía tiempo que no se daban tenidas tan borrascosas. Se formaron partidos: unos acusaban a Pierre de iluminismo; otros lo apoyaban. Pierre, por primera vez, quedó sorprendido en aquella asamblea de la infinita diversidad de la mente humana, debido a la cual ninguna verdad se ve del mismo modo por dos personas. También los hermanos que estaban a su favor lo comprendían a su manera, con restricciones y cambios que él no podía aceptar, ya que su propósito principal era, precisamente, comunicar a los demás sus ideas tal como él las entendía.

Al término de la tenida, el gran maestro, con malévola ironía, reprochó a Bezújov su ardor, diciendo que no sólo el amor a la virtud lo impulsaba a discutir, sino su espíritu combativo. Pierre se abstuvo de contestar y preguntó brevemente si su propuesta era o no aceptada. Le dijeron que no y él, sin esperar a las acostumbradas formalidades, salió de la logia y se fue a su casa.

VIII

El tedio, que tanto temía, invadió de nuevo a Pierre. Después del discurso en la logia se encerró durante tres días en su casa, echado en un diván, sin recibir a nadie ni salir a ningún sitio.

Durante ese tiempo recibió una carta de su esposa, que le suplicaba una entrevista; le decía que estaba triste sin él y que deseaba consagrarle toda la vida.

En las últimas líneas le anunciaba su próxima llegada a San Petersburgo, de vuelta del extranjero.

Tras la carta, la soledad de Pierre fue interrumpida por la visita de un hermano masón, de los que menos estimaba, quien, llevando la conversación hacia el tema de la vida conyugal de Pierre, le indicó, en forma de fraternal consejo, que aquella severidad para con su mujer era injusta y se apartaba de las reglas fundamentales de la masonería al no perdonar a la que se arrepiente.

Al mismo tiempo, su suegra, la esposa del príncipe Vasili, mandó a buscarlo, suplicándole que la visitara unos minutos siquiera para tratar de un asunto sumamente importante. Pierre comprendió que estaban tramando una conjura y querían reconciliarlo con su mujer. En el estado en que se hallaba, aquella idea no le era ni siquiera desagradable. Todo le daba igual: Pierre no veía en la vida nada que tuviera verdadera importancia y bajo la influencia de aquel tedio que lo dominaba no tenía en estima ni su propia libertad ni la voluntad firme de castigar a su mujer.

“Nadie tiene razón, nadie es culpable —pensaba—; luego tampoco ella es culpable.” Y si Pierre no dio entonces mismo su consentimiento para la reconciliación fue sencillamente porque debido al estado de postración en

que se hallaba carecía de energías para emprender cosa alguna. Si en aquel instante hubiera entrado en la casa su mujer, Pierre no la habría echado. En comparación con lo que le interesaba ahora, ¿qué importancia tenía vivir o no vivir con ella?

Sin responder a su mujer ni a su suegra, una noche salió para Moscú a fin de entrevistarse con Osip Alexéievich.

En su diario escribió lo siguiente:

> Moscú, 17 de noviembre
>
> Acabo de regresar de la casa del bienhechor y me apresuro a escribir todo cuanto he sentido. Osip Alexéievich vive pobremente y desde hace tres años padece una dolorosa enfermedad de la vejiga. Nadie ha oído de sus labios una queja ni una palabra de lamentación. De la mañana a la noche, excepto en las horas de la comida (que es de lo más corriente), se dedica a las ciencias. Me ha recibido cariñosamente invitándome a tomar asiento en la cama donde yace; le hice la señal de la Orden de los Caballeros de Oriente y de Jerusalén y me respondió con el mismo gesto y me preguntó con una dulce sonrisa por lo que yo había visto y aprendido en las logias prusianas y escocesas. Le conté todo como buenamente supe, exponiendo en líneas generales mis propuestas a nuestra logia de San Petersburgo y manifestándole la mala acogida que se me hizo y la ruptura con los hermanos. Después de una larga reflexión en silencio, Osip Alexéievich me expuso su opinión con palabras que aclararon instantáneamente todo lo pasado y el camino que se me abría en el futuro. Me sorprendió preguntándome si recordaba cuál era el triple objetivo de la Orden: primero, conservar y conocer en profundidad los misterios; segundo, purificarse y corregirse, a fin de asimilarlos mejor; tercero, mejorar al género humano mediante ese deseo de perfección. ¿Cuál es el principal, el primero, de estos tres fines? Sin duda el perfeccionamiento y purificación personal; tan sólo a ese objetivo podemos aspirar

siempre, independientemente de cualquier circunstancia. Pero, al mismo tiempo, ese objetivo exige de nosotros la mayor cantidad de esfuerzo. Por ello, cuando pecamos por orgullo, perdemos de vista ese fin; o bien deseamos estudiar un misterio del que somos indignos, puesto que no somos puros, o bien nos lanzamos a corregir al género humano cuando nosotros mismos somos un evidente ejemplo de vileza y perversión. El iluminismo no es una doctrina pura porque lo atrae la actuación social y está lleno de orgullo. Por estas razones, Osip Alexéievich condenó mi discurso y toda mi actividad. En el fondo de mi alma estuve de acuerdo con él. A propósito de mis asuntos familiares, me dijo: "El principal deber del verdadero masón, como le dije, consiste en el propio perfeccionamiento. Pero a menudo pensamos que, alejando de nosotros todas las dificultades de la vida, conseguimos con mayor prontitud este fin; por el contrario, señor mío, sólo en medio de las preocupaciones mundanas podemos alcanzar los tres objetivos principales; primero, el conocimiento de uno mismo lo alcanzamos tan sólo por la comparación; segundo, el perfeccionamiento se obtiene mediante la lucha únicamente; tercero, la virtud esencial: el amor a la muerte. Sólo las adversidades de la vida pueden manifestarnos su vanidad, y ayudarnos así en nuestro amor innato a la muerte, o sea, al renacer en una nueva vida". Palabras tanto más notables ya que Osip Alexéievich, a pesar de sus terribles sufrimientos físicos, nunca siente el peso de la vida y ama la muerte, para la que no se considera suficientemente preparado, a pesar de su pureza y elevación espiritual. El bienhechor me explicó después el sentido completo del gran cuadrado del universo haciéndome saber que los números 3 y 7 son la base de todo. Me aconsejó que no me alejara de los hermanos de San Petersburgo, que en la logia ocupara sólo las funciones de segundo grado, que intentara apartar a los hermanos del orgullo y conducirlos por el verdadero camino

del conocimiento propio y de la perfección. Me aconsejó, además, en cuanto a mí mismo, que me observara atentamente, para lo cual me dio este cuaderno donde anoto y seguiré anotando en adelante todos mis actos.

San Petersburgo, 23 de noviembre

Vivo de nuevo con mi mujer. Mi suegra vino hecha un mar de lágrimas para decirme que Elena estaba aquí y me suplicaba que la escuchara; añadió que era inocente, que sufría por mi abandono y otras muchas cosas. Yo sabía que si cedía y volvía a verla no tendría fuerzas para negarme. En semejante duda, no supe a qué ayuda recurrir. Si el bienhechor hubiera estado aquí, me habría guiado. Me encerré en mi despacho, releí las cartas de Osip Alexéievich, recordé mis charlas con él y, de todo ello, saqué la conclusión de que no debía rechazar a quien suplica, que debía tender la mano a todos y especialmente a personas tan ligadas a mí y que debía llevar mi cruz. Pero si la perdono por amor a la virtud, es preciso que mi unión con ella no tenga más que un objetivo espiritual. Así lo he decidido y así he escrito a Osip Alexéievich; he rogado a mi mujer que olvide el pasado, que perdone mis posibles culpas para con ella y le he dicho que yo no tenía nada que perdonar. Me sentía feliz al hablarle así. Que no sepa lo penoso que me resultaba volver a verla. Ahora vivo en el piso alto de la casa grande y me siento feliz y renovado.

IX

Entonces, como siempre, la alta sociedad que se reunía en la Corte y en los grandes bailes estaba dividida en varios grupos, cada uno de los cuales presentaba un matiz especial. De todos, el más numeroso era el francés, favorable a la alianza con Napoleón, del conde Rumiántsev y de Caulaincourt. Desde su regreso a San Petersburgo y su vida en común con Pierre, Elena ocupaba una de las más destacadas posiciones en ese grupo. Frecuentaban sus salones los miembros de la embajada francesa y buen número de personas de las mismas tendencias, conocidas por su inteligencia y amabilidad.

Elena estuvo en Erfurt, durante la famosa entrevista de los Emperadores, donde se relacionó con todos los personajes napoleónicos de Europa. Su éxito en Erfurt había sido brillantísimo. El mismo Napoleón, que la había visto en el teatro, preguntó por ella y alabó su belleza. Su éxito como mujer hermosa y elegante no asombró a Pierre, ya que, con los años, Elena embelleció aún más; lo que sí lo dejó perplejo es que en esos dos años hubiera ganado la reputación "d'une femme charmante, aussi spirituelle que belle". El famoso príncipe Ligne le escribía cartas de ocho páginas; Bilibin guardaba sus *mots* para ofrecer las primicias a la condesa Bezújov. Ser admitido en los salones de la condesa equivalía a certificado de inteligencia. Los jóvenes, antes de ir a una velada de Elena, procuraban leer algún libro para tener tema de conversación en sus salones y los secretarios de embajada y los mismos embajadores le confiaban secretos diplomáticos, por lo cual Elena era, en cierto modo, una potencia. Pierre, que conocía su estupidez, asistía a veces a sus fiestas y comidas, donde se hablaba de política, de poesía y de filosofía, con un extraño sentimiento de

perplejidad y miedo. En aquellas veladas experimentaba un sentimiento parecido al de un ilusionista que teme a cada instante que su engaño quede al descubierto. Pero, ya fuese que para dirigir un salón así era precisa la estupidez, o porque los propios engañados sintieran un verdadero placer en el engaño, la falsedad no se revelaba nunca y la reputación *d'une femme charmante, aussi spirituelle que belle*,[296] conquistada por Elena Vasílievna Bezújov, era tan sólida, que podía decir las cosas más triviales y absurdas sin que nadie dejara de entusiasmarse con sus palabras ni de buscar en ellas un sentido profundo y recóndito que ni ella misma sospechaba.

Pierre era precisamente el marido adecuado para una brillante mujer de mundo como Elena. Era un hombre extravagante y distraído, un marido *grand seigneur* que a nadie estorbaba y que lejos de empañar la impresión general sobre el alto nivel intelectual de la velada, en contraste con la discreción y elegancia de su mujer, contribuía a darle mayor realce. Durante aquellos dos años, gracias a su incesante preocupación por temas abstractos y a su sincero desprecio por todo lo demás, había adoptado, en medio de la sociedad que no le interesaba y rodeaba a su mujer, el tono indiferente, negligente y bonachón en su trato con todos que no se adquiere de manera artificial y por ello inspira un involuntario respeto. Entraba en el salón de su mujer como en un teatro; conocía a todos, se alegraba por igual al verlos y sentía la misma indiferencia hacia todos. A veces se mezclaba en una conversación que le interesaba y entonces, sin preocuparse de si *les messieurs de l'ambassade étaient là ou non*[297], expresaba opiniones con frecuencia contrarias al tono del instante político. Pero la opinión general sobre el extravagante marido *de la femme la plus distinguée de Pétersbourg*[298] era tan firme, que nadie tomaba *au sérieux* sus ocurrencias.

Entre los numerosos jóvenes que frecuentaban diariamente la casa de Elena estaba Borís Drubetskói. Había progresado ostensiblemente en su carrera y a la vuelta de Elena de Erfurt pasó a ser un íntimo de la casa. Elena lo llamaba *mon page* y lo trataba como a un niño. Le sonreía como a los demás, pero esa sonrisa resultaba a veces desagradable a Pierre. Drubetskói mostraba hacia Pierre un especial respeto, digno y melancólico, respeto que lo inquietaba. Pierre había sufrido tanto hacía tres años a causa de la ofensa que le había infligido su mujer que ahora evitaba cualquier

posibilidad de otra ofensa semejante, ante todo porque él no era el marido, y después porque no se permitía sospechar de ella.

"No, ahora que se ha convertido en *bas-bleu*, habrá renunciado a las aventuras de otros tiempos —se decía—. No hay ni un ejemplo de mujeres *bas-bleu* que se dejen llevar por las pasiones", y se repetía esta regla cuya procedencia ni él mismo conocía pero que consideraba indudable. Sin embargo, era extraño que la presencia de Borís en el salón de su mujer (y estaba casi siempre) actuara físicamente sobre Pierre; parecía agarrotar todos sus miembros, poniendo fin a su espontaneidad y libertad de movimientos.

"Es rara esta antipatía —pensaba Pierre—. Antes llegaba a serme muy agradable."

A los ojos del mundo, Pierre era un gran señor, marido un tanto ciego y cómico de una mujer célebre, un hombre original e inteligente que no hacía nada ni dañaba a nadie: una excelente persona. Durante aquel tiempo, en el alma de Pierre iba desarrollándose un complejo y difícil trabajo interior que le revelaba muchas cosas y le deparaba numerosas dudas y alegrías espirituales.

X

Pierre continuaba su diario. He aquí lo que escribía en aquel entonces:

24 de noviembre

Me he levantado a las ocho. He leído las Sagradas Escrituras y seguidamente fui a la oficina —de acuerdo con el consejo de su bienhechor, Pierre había empezado a trabajar en uno de los comités—. Volví a la hora de comer y lo hice solo (la condesa tenía muchos invitados que me son antipáticos). He comido y bebido con moderación y después copié algunos documentos para los hermanos. Al atardecer bajé al salón de la condesa y conté una divertida historia sobre B.; sólo cuando todos se echaron a reír a carcajadas me di cuenta de que no debía haberlo hecho.

Me retiro en un estado de ánimo tranquilo y feliz. Dios mío, ayúdame a caminar siguiendo tu senda: 1) vencer la cólera con la mesura y la paciencia; 2) vencer la lujuria con la abstinencia y la repulsión; 3) alejarme de la vanidad, pero no apartarme: a) del servicio al Estado; b) de los cuidados de la familia, c) de las relaciones amistosas; d) de ocupaciones económicas.

27 de noviembre

Hoy me he levantado tarde. Me quedé largo rato en el lecho, abandonado a la pereza. ¡Dios mío!, ayúdame; dame fuerzas para poder seguir tu camino. He leído las Sagradas Escrituras, pero sin el ánimo conveniente. Después vino el hermano Urúsov y hemos hablado de la vanidad del mundo. Me ha contado los nuevos proyectos del Emperador. Empecé a criticarlos, pero me acordé de los preceptos y palabras de nuestro bienhechor: el verdadero masón debe ser un agente activo del Estado cuando éste exige su colaboración y debe contemplar con ojos tranquilos aquellas cosas a las que no fue llamado. La lengua es mi peor enemigo. Me han visitado los hermanos G. V. y O.; hablamos de la admisión de un nuevo hermano. Me imponen las obligaciones de “rector”, pero me siento débil e indigno. Hablamos después de la interpretación de las siete columnas y gradas del templo: siete ciencias, siete virtudes, siete vicios, siete dones del Espíritu Santo. El hermano O. fue muy elocuente. Por la noche tuvo lugar la iniciación. El arreglo del local ha contribuido mucho a la magnificencia de la solemnidad. Fue admitido Borís Drubetskói. Yo propuse su admisión y he sido rector. Un extraño sentimiento me inquietó durante todo el tiempo que permanecí con él en la oscura estancia; noté en mí odio por él y me esforcé en vano en vencerlo. Precisamente por eso desearía sinceramente salvarlo del mal y conducirlo al camino de la verdad. Pero los malos pensamientos referentes a él no me abandonan. Me parece que su propósito, al ingresar en nuestra hermandad, es el de acercarse a ciertas gentes y lograr el favor de los que pertenecen a nuestra logia. Además me ha preguntado en varias ocasiones si N. y S. estaban en nuestra logia (preguntas a las que yo no podía responder); según mis observaciones, no es capaz de sentir respeto por nuestra santa organización: está demasiado ocupado y satisfecho de su persona y apariencia para desear la perfección de su yo espiritual. No tenía razones para dudar de él, pero no me

> pareció sincero, y durante todo el tiempo que estuvimos a solas en la estancia oscura me pareció que sonreía con desprecio al oír mis palabras, y le habría atravesado gustosamente el pecho desnudo con la espada que, según el rito, apoyaba en él. No pude hablar con elocuencia y tampoco pude comunicar sinceramente mis sospechas al gran maestro y a los demás hermanos. ¡Gran Arquitecto de la Naturaleza, ayúdame a encontrar los verdaderos caminos que nos conducen fuera del laberinto de la mentira!

Después de esas anotaciones, dejó tres páginas en blanco y escribió lo siguiente:

> He tenido una conversación larga e instructiva a solas con el hermano V., quien me ha aconsejado que mantuviera amistad con el hermano A. Me ha revelado muchas cosas, aunque yo no fuera digno de que lo hiciera. Adonaí es el nombre de aquel que ha creado el mundo; el nombre del que lo gobierna es Eloím y el tercer nombre, que no puede pronunciarse, significa *Todo*. Las conversaciones con el hermano V. me fortifican, refrescan y me afirman en el camino de la virtud. Hablando con él, dudar es imposible. Veo claramente la diferencia que hay entre la pobre doctrina de las ciencias sociales y nuestra doctrina, que lo abarca todo. Las ciencias humanas fraccionan todo para comprender y matan todo para conocerlo mejor. En la santa ciencia de la Orden todo está unificado, comprendido en su totalidad y tal como es. La trinidad —los tres principios de las cosas— son el azufre, el mercurio y la sal. El azufre posee las propiedades del óleo y del fuego, que unidas a la sal provocan, debido al fuego que contiene, un intenso deseo, mediante el cual atrae el mercurio, lo apresa, lo retiene y producen conjuntamente diversos cuerpos. El mercurio es la esencia espiritual en estado líquido y volátil: Cristo, el Espíritu Santo, Él.

3 de diciembre

Me he despertado tarde. He leído las Sagradas Escrituras, pero sin sentir emoción. Después he paseado un rato por la sala. Quería meditar, pero la imaginación me ha hecho rememorar cierto acontecimiento de hace cuatro años. El señor Dólojov, cierta vez que me lo encontré en Moscú después del duelo, me dijo: “Espero que goce de una perfecta calma de espíritu, a pesar de la ausencia de su esposa”. Entonces no le contesté. Ahora he recordado todos los detalles y mentalmente le he dicho las cosas más atroces y agresivas, pero conseguí no pensar en ello cuando ya estaba dominado por la cólera, aunque el arrepentimiento no fue completo. Después vino Borís Drubetskói y se puso a contar diversas aventuras. Yo, que estaba de mal humor desde que vino, le dije algo desagradable. Él me replicó. Me enfurecí y le dije un cúmulo de cosas molestas y hasta groseras. Él se calló y yo me di cuenta de lo que había hecho cuando ya era tarde. ¡Dios mío! No sé comportarme con él. La causa de todo es mi amor propio. Me creo superior y eso me hace mucho peor que él, porque él es indulgente con mis intemperancias y yo, por el contrario, lo desprecio. ¡Dios mío, concédeme que en su presencia comprenda mejor mi bajeza y pueda portarme de manera que le sea útil también a él! Después de la comida he dormido un poco y, mientras me adormecía, pude oír una voz clara que murmuraba a mi oído izquierdo: “Es tu día”.

He soñado que caminaba en tinieblas y, de pronto, me vi rodeado de perros. Pero yo caminaba sin temor. Poco después, un perro pequeño me clava los dientes en el muslo izquierdo y no me suelta. Intento ahogarlo con las manos, pero cuando consigo liberarme de él se me echa encima otro perro mayor, que me muerde. Lo levanto, pero a medida que lo hago, el perro se hace más pesado y más grande. Y de pronto, el

hermano A. me coge del brazo y me conduce a un edificio para llegar al cual debo pasar por una tabla muy estrecha. Cuando pongo el pie en la tabla, ésta se comba y cae; pretendo subir a una valla a la que apenas llego con las manos. Tras grandes esfuerzos, consigo subir de manera que mis piernas cuelgan en el aire por una parte y el cuerpo por otra. Miro y veo al hermano A., de pie en la valla, que me señala una amplia avenida y un jardín, donde se levanta un edificio hermoso. Entonces me desperté. ¡Oh Dios, Gran Arquitecto de la Naturaleza! Ayúdame a separar de mí a los perros, mis pasiones, y a la última de ellas, que reúne en sí la fuerza de todas las demás. Ayúdame a entrar en el templo de la virtud que he contemplado en sueños.

7 de diciembre

He soñado que Osip Alexéievich estaba en mi casa y yo, contentísimo, deseaba obsequiarlo. Soñaba que me había puesto a charlar con unos extraños y, de pronto, me di cuenta de que eso no podía gustarle y quise acercarme a él para abrazarlo. Pero en cuanto me acerqué vi que su rostro había cambiado; estaba rejuvenecido y, en voz baja, me decía algo sobre la doctrina de la Orden, pero tan baja que me fue imposible oírlo. Luego salimos todos de la habitación y entonces sucedió algo extraño: estábamos sentados o tendidos en el suelo. Él hablaba conmigo, y yo, queriendo demostrarle cuán sensible era, comencé, sin escucharlo, a imaginar el estado de mi yo íntimo y la gracia de Dios que me había esclarecido. Las lágrimas asomaron a mis ojos y quedé contento de que él pudiera verlas. Pero Osip Alexéievich me miró con despecho y se apartó de mí, cesando de hablar. Esto me intimidó y le pregunté si lo que estaba diciendo se refería a mí. No respondió nada, pero se mostró cariñoso y en seguida, de improviso, nos vimos de nuevo en mi dormitorio,

donde hay una cama de matrimonio. Se acostó a un lado y yo estaba acuciado por el deseo de acariciarlo y tumbarme a su lado. Y soñé que me preguntaba: "Diga la verdad: ¿cuál es su pasión principal? ¿Lo sabe ya? Creo que ya debe saberlo". Turbado por su pregunta, contesté que mi defecto principal era la pereza. Movió la cabeza como si dudara, y yo, más turbado aún, le dije que, siguiendo su consejo, vivía con mi mujer pero no era un marido para ella. Me respondió que no debía privar a mi esposa de mi cariño y me dio a entender que ése era mi deber. Pero repliqué que me avergonzaría de ello; y en ese instante todo desapareció. Al despertarme, recordé este texto de las Sagradas Escrituras:

La vida era la luz de los hombres. Y la luz brilló en las tinieblas, pero las tinieblas no la recibieron.

El rostro de Osip Alexéievich era joven y resplandeciente. Ese mismo día recibí una carta del bienhechor en la que me hablaba de los deberes conyugales.

9 de diciembre

He tenido un sueño del que desperté con el corazón palpitante. Soñé que estaba en el diván de mi casa de Moscú; Osip Alexéievich salía de la sala. Comprendí inmediatamente que el gran proceso de renovación se había operado ya en él y corrí a su encuentro. Lo abracé, le besé las manos y él me dijo: "¿Has observado que tengo otra cara?". Yo lo miré sin dejar de abrazarlo; su rostro era el de un joven, pero no tenía cabellos y sus rasgos eran muy distintos. Le dije: "Lo habría reconocido aunque lo hubiese encontrado por casualidad". Y al decir esas palabras, pensé: "¿He dicho la verdad?". De pronto me pareció que yacía como un cadáver. Después, poco a poco, volvió a la vida y entró conmigo en el despacho grande; tenía un libro voluminoso, como un códice

alejandrino; le dije: “Lo he escrito yo”, y él hizo con la cabeza una señal afirmativa. Abrí el libro; cada página estaba ilustrada con bellísimos dibujos que representaban las amorosas aventuras del alma con su amante; también vi la figura de una hermosa doncella, de ropa y cuerpo transparentes, que subía al cielo. Me pareció saber que la doncella era una representación del Cantar de los Cantares. Pensé que no obraba bien, contemplando los dibujos, pero no podía apartar mis ojos de ellos. ¡Dios mío, ayúdame! Si es esto lo que quieres, que se cumpla tu voluntad; pero si yo mismo soy el causante, enséñame lo que debo hacer. Mi depravación me hará sucumbir si tú me abandonas del todo.

XI

La situación financiera de los Rostov no se había arreglado a pesar de los dos años pasados en el campo.

Aunque Nikolái, firme en su propósito, continuaba sirviendo en un oscuro regimiento y gastara relativamente poco dinero, la vida en Otrádnoie seguía siendo la misma y Míteñka, en particular, administraba de tal modo que las deudas aumentaban cada año. La única solución que le quedaba al viejo conde era trabajar en algo, y con esa intención se trasladó a San Petersburgo en busca de un empleo, y, al mismo tiempo, según decía, para divertir a las muchachas por última vez.

Poco después de su llegada a San Petersburgo, Berg pidió la mano de Vera y le fue concedida.

Aunque en Moscú los Rostov, sin saberlo ni pretenderlo, pertenecían a la mejor sociedad, en San Petersburgo la sociedad que frecuentaban era mixta e indefinida. Allí eran unos provincianos hasta los cuales no descendían ni siquiera aquellos a quienes los Rostov recibían y agasajaban en su casa de Moscú, sin preguntarles nunca a qué sociedad pertenecían.

Como en Moscú, los Rostov eran en San Petersburgo sumamente hospitalarios y en torno a su mesa se reunían las personas más diversas: vecinos de Otrádnoie, viejos propietarios de escasa fortuna con sus hijas, la dama de honor Perónskaia, Pierre Bezújov y el hijo del jefe de correos del distrito, que tenía un empleo en la capital. De los hombres, los que más frecuentaban la casa de los Rostov en Petersburgo eran Borís, Pierre (a quien el viejo conde encontró un día en la calle y lo llevó a su casa) y Berg, que se pasaba días enteros con ellos y mostraba hacia la condesa Vera las atenciones propias de alguien dispuesto a declararse.

No en vano enseñaba Berg a todos su mano derecha herida en Austerlitz, sosteniendo con la izquierda una espada totalmente inútil. Relataba su hazaña con tal insistencia y seriedad que todos acabaron por creer en el mérito y dignidad de aquel acto, por el cual recibió dos recompensas.

También se había distinguido en la guerra de Finlandia. Había recogido un casco de granada caído cerca del comandante en jefe, matando a su ayudante, y se lo llevó a su superior. Lo mismo que después de Austerlitz, contaba este episodio con tanta insistencia y durante tanto tiempo que todos creyeron que había sido preciso hacerlo, por lo cual la guerra de Finlandia le valió otras dos recompensas. En 1809 era capitán de la Guardia, con varias condecoraciones, y ocupaba en San Petersburgo puestos especiales y ventajosos.

Aunque algunos liberales sonreían al oír hablar de los méritos de Berg, era innegable que se trataba de un oficial cumplidor y valeroso, estimado por sus superiores, y un joven de costumbres intachables, de brillante porvenir y, también, de segura posición en la sociedad.

Cuatro años antes, estando con un camarada alemán en el patio de butacas de un teatro de Moscú, había dicho, señalando a Vera Rostov, sentada en un palco: *"Das soll mein Weib werden"*.[299] Y desde entonces estaba decidido a casarse con ella. Ahora, en San Petersburgo, al comparar su propia posición con la de los Rostov, creyó que había llegado el momento y pidió su mano.

La petición de Berg fue acogida al principio con una sorpresa poco lisonjera para él. Parecía extraño que el hijo de un oscuro gentilhombre de Livonia pidiera en matrimonio a una condesa Rostova, pero el rasgo dominante en el carácter de Berg era de un egoísmo tan infantil y bonachón que los Rostov pensaron que la boda era un acierto puesto que él mismo estaba firmemente convencido de ello, y llegó a pensar que estaba bien, que muy bien. Además, los asuntos de los Rostov andaban tan mal que el pretendiente no podía ignorarlo. Por último, Vera tenía ya veinticuatro años, frecuentaba la sociedad desde hacía tiempo y, aunque era bella y juiciosa, nadie había pedido su mano hasta entonces. Dieron su consentimiento.

—Ya lo ve— decía Berg a su compañero, al que llamaba amigo sólo porque sabía que todos tienen amigos. —Ya lo ve. Lo tengo todo bien pensado y no me casaría si no lo hubiese meditado bien y hubiera algún inconveniente. Ahora no lo hay. He asegurado la vida de mis padres proporcionándoles un arriendo en los países bálticos; y yo podré vivir muy bien en San Petersburgo con mi sueldo, con la dote de ella y mi espíritu de orden. No me caso por dinero: creo que es una vileza; pero es menester que la mujer aporte lo suyo y el marido lo suyo. Yo tengo mi carrera, ella tiene sus buenas relaciones y algunos medios. En estos tiempos ya es algo, ¿no? Y sobre todo, es una joven excelente, honesta y me ama…

Berg sonrió, ruborizándose.

—También yo la amo porque tiene muy buen carácter, es muy juiciosa. Su hermana, en cambio, siendo de la misma familia, es todo lo contrario: posee un carácter desagradable, carece de inteligencia… y, además, ¿sabe?… ¿cómo le diría?… No es una persona agradable… En cambio, mi novia… Bueno ya vendrá a casa…— continuó Berg. Quería añadir “a comer”, pero reflexionó y dijo: “a tomar el té”, y con un rápido movimiento de la lengua dejó salir una pequeña espiral de humo que parecía resumir totalmente su ideal de felicidad.

Tras la primera impresión de extrañeza en los padres por la petición de Berg, se impuso en la familia, como es costumbre en estos casos, un estado de ánimo gozoso y alegre. Pero no era una alegría sincera, sino exterior. El padre y la madre parecían confusos y avergonzados del matrimonio de su hija. Tenían la sensación de no haber querido a Vera como habrían debido y ahora se deshacían de ella con demasiada facilidad. El viejo conde era el más turbado; probablemente no habría sabido explicar la causa de esa turbación, que consistía en un problema de dinero. Ignoraba la cuantía de su fortuna, la de sus deudas, y cuánto podía asignar como dote a Vera. Cuando sus hijas nacieron había destinado a cada una de ellas una hacienda de trescientos siervos, pero una de las posesiones había sido vendida y la otra estaba hipotecada, el plazo había vencido y tuvo que ponerla en venta, por lo cual resultaba imposible entregarla como dote. Dinero tampoco tenía.

Los novios estaban prometidos desde hacía un mes, no faltaba más que una semana para la boda y el conde no había decidido aún la cuestión de la

dote ni había hablado de ello con su mujer. Unas veces pensaba adjudicar a Vera el terreno de Riazán, otras vender un bosque y otras pedir un préstamo. Unos días antes de la boda, Berg entró muy de mañana en el despacho del conde y con una grata sonrisa preguntó respetuosamente a su futuro suegro cuál era la dote que había destinado a su hija Vera. El conde quedó tan confuso por la pregunta, ya esperada desde hacía tiempo, que respondió lo primero que le vino a la cabeza:

—Me gusta que te preocupes. Sí, me gusta, quedarás contento…

Y dando unas palmaditas en la espalda de Berg se levantó, deseando poner fin a la conversación. Pero Berg, siempre con su grata sonrisa, explicó que si no sabía exactamente con qué contaba Vera y no recibía una parte por adelantado, tendría que renunciar a la boda.

—Juzgue usted mismo, conde. Si ahora me permitiese celebrar la boda sin contar con medios para mantener dignamente a mi mujer, obraría como un miserable.

Todo terminó cuando el conde, sintiéndose magnánimo y deseando no oír nuevas peticiones, dijo que daría una orden de pago por valor de ochenta mil rublos. Berg sonrió afablemente y besó el hombro del conde, diciendo que estaba muy reconocido, pero que no podía comenzar una nueva vida sin recibir al contado treinta mil rublos.

—Al menos veinte mil, conde— añadió, —y la orden por sesenta mil solamente.

—Está bien, está bien— concluyó con rapidez el conde. —Pero, perdóname, querido, te daré los veinte mil al contado y una orden por ochenta mil. Así es, y ahora dame un beso.

XII

Natasha había cumplido dieciséis años. Era el año 1809. Hacía cuatro que, después de haber besado a Borís, contara con los dedos el año en que llegaría a esa edad. Desde entonces, no había vuelto a verlo. Con Sonia y su madre, cuando se hablaba de Borís, Natasha afirmaba rotundamente que todo el pasado había sido una chiquillada de la cual no se debía ni hablar siquiera y que ella había olvidado hacía tiempo. Pero en el fondo de su alma Natasha se preguntaba, inquieta, si la promesa era un juego o algo más serio la ataba a Borís.

Desde que en 1805 partiera para el ejército, Borís no había visto a los Rostov. Estuvo en Moscú bastantes veces y llegó a pasar cerca de Otrádnoie, pero ni una sola vez los había visitado.

Natasha pensaba, a veces, que no quería verla, y su sospecha parecía confirmada por el tono triste que adoptaban los mayores al referirse a él.

—Hoy la gente ya no se acuerda de los viejos amigos— comentaba la condesa siempre que se hablaba de Borís.

Anna Mijáilovna, que últimamente frecuentaba menos la casa de los Rostov, había adoptado una actitud muy digna y siempre hablaba con entusiasmo de las cualidades de su hijo y de su brillante carrera. Cuando los Rostov se instalaron en San Petersburgo, Borís fue a visitarlos.

No sin emoción se presentó en su casa. El recuerdo de Natasha era el más poético de su vida; pero, al mismo tiempo, llevaba la firme intención de que tanto ella como los demás familiares comprendieran con meridiana claridad que las relaciones infantiles no suponían compromiso alguno ni para él ni para ella. Tenía una brillante posición en la sociedad, gracias a su intimidad con la condesa Bezújov, y era bien considerado en el ejército,

merced a la protección de un alto personaje cuya confianza había sabido ganarse; no le faltaban proyectos de matrimonio, fácilmente realizables, con una de las más ricas herederas de San Petersburgo. Cuando Borís entró en la sala de los Rostov, Natasha estaba en su habitación. Al conocer su llegada entró casi corriendo en la sala, enrojecido el rostro, luciendo una sonrisa más que cariñosa.

Borís recordaba a una niña de traje corto, ojos negros y brillantes bajo los bucles y una risa sonora e infantil: a la Natasha de hacía cuatro años. Por eso, cuando entró una Natasha completamente distinta, quedó turbado y en su rostro se reflejó la sorpresa y la admiración. Esa expresión en el rostro de Borís alegró a Natasha.

—¿Qué, reconoces a tu traviesa amiga?— preguntó la condesa.

Borís besó la mano de Natasha y dijo que estaba asombrado por el cambio producido.

—¡Cómo ha embellecido!

"¡Ya lo creo!", respondieron los ojos rientes de Natasha.

—Y papá, ¿ha envejecido?— preguntó.

Natasha se sentó y, sin tomar parte en la conversación de Borís y la condesa, observó en silencio hasta los más pequeños detalles del novio de su infancia. Borís sentía sobre sí esa mirada fija y cariñosa, y de vez en cuando se volvía a ella.

El uniforme, las espuelas, la corbata, el peinado de Borís, todo era a la última moda y *comme il faut*. Natasha lo notó en seguida. Sentado un poco de lado, junto a la condesa, se ajustaba con la mano derecha un guante limpísimo, que parecía moldeado sobre su izquierda. Apretando sus labios con distinción especial y refinada, hablaba de los placeres del gran mundo de San Petersburgo y, con suave ironía, recordaba los viejos tiempos y a los viejos amigos de Moscú, Deliberadamente, y así lo adivinó Natasha, mencionó a la alta aristocracia, hablando del baile de un embajador, en el cual estuvo, y las invitaciones que había recibido de N. N. y S. S.

Sentada y en silencio, Natasha seguía mirándolo de reojo. Esa mirada inquietaba a Borís y lo turbaba cada vez más. Con mayor frecuencia se volvía hacia Natasha e interrumpía su relato. A los diez minutos, cuando se levantó para despedirse, los mismos ojos curiosos, provocadores y algo

burlones seguían mirándolo. Después de aquella primera visita, Borís se dijo que Natasha tenía para él los mismos atractivos que antes; pero no debía abandonarse a ese sentimiento, porque el matrimonio con ella, casi sin dote, sería funesto para su carrera, y renovar las relaciones de antes, sin tener intención de casarse, era indecente. Borís decidió evitar a Natasha; sin embargo, pese a su propósito, unos días después volvió a casa de los Rostov y repitió cada vez con mayor frecuencia sus visitas, y llegó a pasar días enteros en su casa. Comprendía la necesidad de una explicación con Natasha, debía decirle que era preciso olvidar el pasado, que él, pese a todo… no podía casarse con ella, porque carecía de dinero y los padres de ella no darían su consentimiento. Pero nunca encontraba el momento propicio; cada día se sentía más liado. Natasha, según la opinión de Sonia y de la condesa, estaba tan enamorada de Borís como antes. Cantaba para él sus romanzas favoritas, le mostraba su álbum y lo obligaba a escribir algo en él, pero no le permitía hablar del tiempo pasado, dándole a entender así cuán bello era el presente. Todos los días Borís salía de la casa de los Rostov como envuelto en una nube, sin haber dicho lo que tenía intención de decir y sin saber lo que hacía, ni por qué volvía ni cómo iba a terminar todo aquello. Dejó de visitar a Elena y recibía constantes notas llenas de reproches por su ausencia y, a pesar de todo, pasaba largas horas en casa de los Rostov.

XIII

Una noche, cuando la vieja condesa, con chambra, sin sus falsos bucles, con un delgado mechón de pelo que sobresalía de su blanco gorro de dormir, hacía las genuflexiones de la oración nocturna sobre una pequeña alfombra, entre suspiros y ayes, crujió la puerta y entró corriendo Natasha, calzados los pies desnudos, también con chambra y papillotes. La condesa la miró enfadada mientras concluía la oración interrumpida: "¿Habrá de ser este lecho mi féretro?". La entrada de su hija cortó su fervor religioso. Natasha, sonrosada y alegre, al ver que su madre rezaba se detuvo y sin darse cuenta sacó la lengua amenazándose a sí misma. Después, viendo que su madre continuaba el rezo, corrió de puntillas hacia la cama, se quitó las zapatillas, restregó sus pequeños pies y saltó al lecho que la condesa Rostova temía tener por féretro. Era una cama alta, con colchones de pluma y cinco almohadones superpuestos en disminución. Natasha se hundió en las plumas, se volvió de cara a la pared y procuró acomodarse bajo el edredón. Quedó por fin sentada, con las piernas dobladas junto a la barbilla, sin dejar de moverse: tan pronto pataleaba como reía bajito, bien se tapaba la cabeza o miraba a su madre. La condesa terminó sus oraciones y se acercó a ella con rostro severo. Pero al ver a Natasha con la cabeza tapada, sonrió con su bondadosa y dulce sonrisa.

—Y bien, ¿qué hay?— dijo.

—¿Podemos hablar, mamá?— preguntó Natasha. —Bueno, un beso nada más, en el hoyito, uno solo— abrazó a su madre por el cuello, besándola debajo de la barbilla.

Natasha mostraba cierta rudeza exterior en el trato con su madre, pero era tan delicada y hábil que jamás le causaba daño, molestia ni desagrado.

—Bueno, ¿de qué quieres hablar hoy?— preguntó la condesa, apoyándose en los almohadones, mientras Natasha, después de haber girado dos veces sobre sí misma, se acomodó junto a ella bajo el edredón, dejando los brazos fuera y tomando un aire serio.

Las visitas nocturnas que Natasha hacía a su madre, antes de que el conde volviera del club, constituían uno de los mayores placeres de ambas.

—Dime, ¿de qué se trata hoy? También yo tengo que hablarte…

Natasha tapó con su mano la boca de la condesa.

—Ya lo sé, de Borís…— dijo seriamente. —Por eso he venido. No hable, lo sé. Pero, no, dígamelo— retiró la mano —dígamelo, mamá… ¿es simpático?

—Natasha, ya tienes dieciséis años y a esa edad yo estaba casada. Tú dices que Borís es simpático. Sí que lo es, y lo quiero como a un hijo, pero ¿qué pretendes?… ¿Qué es lo que piensas? Le has sorbido el seso, ya lo veo…

La condesa, al decirlo, miró a su hija. Natasha permanecía inmóvil, con los ojos fijos en una esfinge esculpida en madera de caoba en los ángulos de la cama, de manera que la condesa podía ver el rostro de su hija sólo de perfil. La asombró su expresión concentrada y seria.

Natasha escuchaba y reflexionaba.

—¿Y qué?— dijo.

—Le has hecho perder la cabeza. ¿Para qué? ¿Qué quieres de él? Sabes que no puedes casarte con él.

—¿Por qué?— preguntó Natasha, sin cambiar de posición.

—Porque es joven, porque es pobre, porque es pariente tuyo… porque tampoco tú lo amas.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé; eso no está bien, querida.

—¿Y si yo quiero?…

—Deja de decir tonterías.

—¿Y si yo quiero?…

—Natasha, en serio te digo…

Natasha no la dejó terminar. Tomó la fina y larga mano de la condesa, la besó en el dorso, después en la palma, le dio la vuelta y besó la primera

falange del índice, luego en el medio de la articulación, luego la otra falange, mientras iba diciendo: “enero, febrero, marzo, abril, mayo”.

—Hable, mamá, ¿por qué no dice nada?— y miró a su madre; la condesa la miraba con ternura y parecía haber olvidado todo cuanto quería decir.

—No está bien, cariño mío. No todos comprenderán vuestra amistad de la infancia; y el que os vean a los dos ahora, tan juntos, puede perjudicarte a los ojos de otros jóvenes que nos visitan. Y, sobre todo, a él lo hace sufrir en vano. Tal vez ha encontrado ya un buen partido y ahora parece estar loco por ti.

—¿Loco por mí?— repitió Natasha.

—Te contaré lo que me pasó a mí misma. Yo tenía un cousin…

—Sí, Kiril Matvéich, ya lo sé. ¡Pero si es un viejo!

—No lo ha sido siempre, hija. Mira una cosa, yo hablaré con Borís. No debe venir con tanta frecuencia…

—¿Por qué no, si le gusta?

—Porque sé que acabará en nada.

—¿Cómo lo sabe? No, mamá, no se lo diga. ¡Qué tonterías!— dijo Natasha con el tono de la persona a quien le pretenden quitar algo suyo. —Bueno, no me casaré, pero que siga viniendo: a él le gusta y a mí también— y miró sonriendo a su madre. —No nos casaremos, seguiremos *así.*

—¿Qué quieres decir?— preguntó la condesa.

—*Así*… No hace falta que me case, seguiremos *así.*

—¡Así, así!— repitió la madre; y de pronto comenzó a reírse y todo su cuerpo fue sacudido por una risa bonachona, inesperada, senil.

—¡No se ría, mamá! ¡No se ría!…— gritó Natasha. —Mueve toda la cama. Se parece terriblemente a mí, en seguida se ríe.

Tomó las manos de la condesa y besó en una el meñique diciendo “junio” y siguió besando en la otra mano; julio, agosto…

—Mamá, ¿y está muy enamorado? ¿Qué le parece? ¿Se enamoró así alguien de usted? ¡Es muy simpático, muy, muy simpático! Pero no acaba de gustarme del todo; es tan estrecho como el reloj del comedor… ¿me comprende?… estrecho, sabe, gris, transparente…

—¿Qué tonterías se te ocurren?— dijo la condesa.

—¿Es posible que no me comprenda?— siguió diciendo Natasha. —Nikóleñka me comprendería… Bezújov, en cambio, es azul, azul oscuro con algo rojo y además es cuadrado.

—También con él coqueteas— rió la condesa.

—No, he sabido que es masón… Es bondadoso, azul oscuro con rojo; no sé cómo explicárselo…

La voz del conde sonó detrás de la puerta:

—¡Condesita! ¿No duermes?

Natasha saltó de la cama y, descalza, con las zapatillas en las manos, corrió hacia su habitación.

Tardó en dormirse. Pensaba que nadie podía comprender lo que ella comprendía y lo que tenía dentro.

"¿Sonia? —pensó, mirando a la dormida gatita hecha un ovillo y su enorme trenza—. No, ¡quiá! Es muy virtuosa. Se enamoró de Nikóleñka y no quiere saber otra cosa. Ni siquiera mamá lo comprende. Es sorprendente —siguió hablando de sí misma, en tercera persona, imaginando que todo esto lo decía de ella un hombre muy brillante, el más brillante y bueno—. Lo tiene todo, es muy inteligente y graciosa… —continuaba ese hombre—, posee una inteligencia extraordinaria, es simpática, y además bella, muy bella. Es muy ágil, nada y monta a caballo maravillosamente; ¡y qué voz! ¡Una voz espléndida!" Y Natasha cantó su fragmento favorito de una ópera de Cherubini; se tiró a la cama y sonrió con el alegre pensamiento de que se iba a dormir en seguida. Llamó a Duniasha para que apagase la luz; pero apenas tuvo Duniasha tiempo de salir de la habitación, cuando ella había pasado ya a otro mundo más feliz, al dichoso mundo de los sueños, donde todo era no sólo tan fácil y hermoso como en la realidad, sino aún mejor, porque todo sucedía de otro modo.

Al día siguiente, la condesa invitó a Borís, habló con él, y desde entonces el joven dejó de ir a casa de los Rostov.

XIV

El 31 de diciembre, como despedida del año 1809, se iba a celebrar *le réveillon* en casa de un alto dignatario de los tiempos de Catalina la Grande. Debían asistir el Cuerpo diplomático y el Emperador.

En el paseo de los Ingleses, sobre el Neva, el palacio del prócer resplandecía con sus miles de luces. Junto a la entrada, profusamente iluminada, se había tendido una alfombra roja y, además de los gendarmes, estaba el jefe de la policía con decenas de oficiales. Llegaban sin interrupción los carruajes, con lacayos de librea roja y lacayos con plumas en los sombreros. De los coches descendían personajes uniformados con sus bandas y condecoraciones. Las señoras, de raso y armiño, pisaban con precaución los estribos, desplegados con estruendo, y avanzaban rápidas y silenciosas por la alfombra de la entrada.

A cada nueva carroza que llegaba ante el palacio, un murmullo recorría la multitud de curiosos y los hombres se descubrían.

—¿Es el Emperador?… No, es el ministro… el príncipe… el embajador… ¿Es que no ves el penacho?— se oía decir entre la multitud.

Uno de ellos, mejor vestido que los demás, parecía conocer a todos los personajes que llegaban e iba diciendo el nombre de los más linajudos dignatarios de entonces.

Cuando la tercera parte de los invitados ya estaban en el baile, en casa de los Rostov no habían terminado aún de vestirse para asistir a la gran fiesta.

Ese baile fue objeto de muchos comentarios y preparativos en casa de los Rostov. Al principio dudaron de que se los invitara; después temieron

que los trajes no estuvieran dispuestos para la fecha y que no todo resultase como debía.

María Ignátievna Perónskaia, amiga y pariente de la condesa, enjuta y amarillenta dama de honor de la vieja Corte, acompañaba al baile a los Rostov para guiar a aquellos provincianos en la alta sociedad petersburguesa. Los Rostov debían recogerla en su coche a las diez en los jardines de Táurida; pero eran las diez menos cinco y las jóvenes no estaban aún vestidas.

Natasha iba por primera vez a un gran baile. Se había levantado a las ocho de la mañana y todo el día transcurrió en una febril inquietud y actividad. Redobló sus esfuerzos para que Sonia, su madre y ella misma fueran vestidas de la mejor manera posible. Sonia y la condesa se pusieron en sus manos. La condesa llevaría un vestido de terciopelo rojo oscuro y las dos jóvenes irían de blanco con visos de color rosa y flores en el corpiño; además, el peinado sería *à la grecque.*

Lo principal ya estaba: se habían lavado, perfumado y empolvado cuidadosamente los brazos, cuello y orejas, tal como se hacía para ir a un baile; tenían puestas las medias de seda transparente y los zapatos de raso adornados con pequeños lazos; el peinado estaba casi concluido. Sonia terminaba ya de vestirse y la condesa también; pero Natasha, que se ocupaba de todas, se había retrasado. Estaba todavía ante el espejo, con un peinador echado sobre sus delgados hombros. Sonia, ya vestida, permanecía en medio de la estancia apretando con su pequeño dedo la última cinta, que crujía bajo el alfiler.

—¡No, así no, Sonia!— dijo Natasha volviéndose y recogiéndose con las manos el cabello, que la doncella no había tenido tiempo de soltar. —Esa cinta no está bien… acércate.

Sonia se sentó y Natasha sujetó la cinta de otra manera.

—Señorita, que así no puedo— dijo la doncella sin soltar el pelo de Natasha.

—¡Ay, Dios mío! Espera. Así, Sonia.

—¿Os falta mucho?— preguntó desde fuera la condesa. —Ya son las diez.

—En seguida, en seguida. Y usted, mamá, ¿ya está?

—No me queda más que la toca.

—No se la ponga hasta que yo vaya— gritó Natasha. —No lo haga.

—Pero ya son las diez.

Tenían que llegar al baile a las diez y media y todavía estaba Natasha sin arreglar. Además, debían pasar antes por el jardín de Táurida.

Una vez peinada, aún con las cortas enaguas que dejaban ver los zapatos de baile y una chambra de su madre, se acercó corriendo a Sonia, le pasó revista y después inspeccionó a la condesa. Haciéndole volver la cabeza, sujetó la toca, besó rápidamente sus grises cabellos y corrió de nuevo hacia las doncellas, que terminaban de dar los últimos puntos a su falda.

El problema estaba ahora en la falda de Natasha, que era demasiado larga. Dos doncellas la estaban acortando, y mordían presurosas el cabo del hilo. Una tercera, con los alfileres en la boca, corría de Sonia a la condesa atendiendo a las dos; la cuarta sostenía en alto el transparente vestido de Natasha.

—¡De prisa, Mavrusha, palomita!

—Deme el dedal, señorita.

—¿Termináis o no?— preguntó el conde, entrando en la habitación. —Aquí os traigo el perfume. La señorita Perónskaia ya estará cansada de esperar.

—Ya acabé, señorita— dijo una de las doncellas, levantando con dos dedos el vestido y sacudiéndolo delicadamente, manifestando comprender con ese gesto el cuidado que le merecía la finura del traje.

Natasha se dispuso a ponérselo.

—¡Ahora, ahora! Papá, no entres— gritó a través de la falda que la cubría por completo.

Sonia cerró la puerta. Un minuto después dejaban entrar al conde. Llevaba frac azul, medias de seda y zapatos; iba bien perfumado y peinado.

—¡Qué guapo estás, papá!— dijo Natasha, mientras se ajustaba los pliegues de la falda.

—Permítame, señorita, permítame— decía la doncella, arrodillada delante de Natasha y tirándole de la falda, mientras con la lengua se pasaba los alfileres de un lado de la boca a otro.

—Tú harás lo que quieras— exclamó Sonia, desesperada, mirando el vestido de Natasha, —harás lo que quieras, pero sigue largo.

Natasha se alejó para mirarse en el espejo. En efecto, el vestido estaba largo.

—Le juro, señorita, que no le está largo— decía Mavrusha, arrastrándose detrás de Natasha.

—Si está largo, lo acortaremos en un abrir y cerrar de ojos— dijo resueltamente Duniasha, sacando una aguja del pañuelo que llevaba en el pecho y sentándose en el suelo para volver a la tarea.

En aquel instante, la condesa, con su traje de terciopelo y su toca, entró silenciosa y tímidamente.

—¡Oh, preciosa mía, qué bella estás!— exclamó el conde. —¡Mejor que vosotras!— y quiso abrazarla, pero ella, ruborizándose, se apartó para que no le arrugara el vestido.

—¡Mamá! Ladee un poco más la toca— dijo Natasha. —Ahora se la arreglaré— y avanzó hacia ella.

Las doncellas, que cosían su falda, no tuvieron tiempo de seguirla y rompieron un poco de tul.

—¡Dios mío! ¿Pero qué nos pasa? Juro por Dios que no tuve la culpa…

—No es nada. Lo coseré y no se verá— dijo Duniasha.

—¡Qué guapa! ¡Pero qué guapa!— exclamó la vieja niñera, que entraba entonces. —¡Y Sonia, qué bella! ¡Qué preciosas las dos!

A las diez y cuarto tomaron por fin las carrozas. Tenían que ir todavía al jardín de Táurida.

La señorita Perónskaia estaba dispuesta. A pesar de su edad y fealdad, en su casa había ocurrido lo mismo que en la de Rostov, aunque con menos prisas, porque ya estaba acostumbrada. Habían lavado, perfumado y empolvado su feo cuerpo; también detrás de sus orejas; su vieja doncella le había prodigado asimismo frases entusiastas cuando salió de su casa con el traje amarillo y su emblema de dama de honor de la Corte.

La señorita Perónskaia alabó los vestidos de las Rostov; ellas ensalzaron el gusto y el vestido de Perónskaia y, a las once, con grandes precauciones para no estropear vestidos y peinados, subieron a las carrozas y partieron.

XV

Natasha no había tenido un momento libre en todo el día y no se había parado a pensar, ni una sola vez, en qué le esperaba.

En el aire frío y húmedo, entre las apreturas y los balanceos de la oscura carroza, Natasha se imaginó vivamente, por primera vez, lo que iba a ver allí, en el baile, en las salas resplandecientes: la música, las flores, la danza, el Emperador y toda la brillante juventud de San Petersburgo. Le parecía tan hermoso que no podía ni creer que así fuera; tan diferente era aquello de la sensación de oscuridad, frío y apretura que reinaba en el carruaje. Tan sólo cuando pisó la alfombra roja de la entrada, entró en el vestíbulo, se quitó el abrigo de piel y avanzó con Sonia delante de su madre por la iluminada escalinata flanqueada de flores comprendió lo que vería después. Sólo entonces recordó cómo debía portarse en el baile e intentó adoptar un aire majestuoso que, según pensaba, convenía a una muchacha de su edad en tales circunstancias. Por suerte advirtió que los ojos se le iban de un lado a otro; no veía nada con claridad, sus pulsaciones pasaban de cien y la sangre afluía a su corazón. Le fue imposible adoptar el porte que la habría hecho ridícula; iba temblorosa de emoción, tratando por todos los medios de ocultarla. Pero eso, precisamente, era lo que mejor le convenía. Delante y detrás de ellas, conversando también en voz baja, entraban los invitados vestidos de gala. En los espejos de la escalera, las figuras de las señoras se reflejaban con sus vestidos blancos, azules y rosados, con diamantes y perlas en los brazos y cuellos desnudos.

Natasha miraba a los espejos y no conseguía ver su imagen entre las otras: todo se mezclaba en una brillante procesión. Al entrar en la primera sala el murmullo uniforme de las voces, los pasos y los saludos la

aturdieron. La luz y el resplandor la cegaron más todavía. Los dueños de la casa, que desde hacía media hora estaban recibiendo a sus invitados, los saludaban con las mismas palabras —*“Charmé de vous voir”*[300]— y acogieron con idéntica cortesía a los Rostov y a Perónskaia.

Las dos muchachas, ambas de blanco con rosas iguales en el pelo negro, hicieron la misma reverencia, pero la dueña de la casa se fijó más en la delgada Natasha. Para ella tuvo una sonrisa especial, además de la que a todos repartía. Tal vez recordara al mirarla sus tiempos felices de jovencita y su primer baile. También el señor de la casa siguió con los ojos a Natasha y preguntó al conde cuál era su hija.

—Charmante!— dijo, besando las puntas de sus dedos.

En la gran sala de baile los invitados se agrupaban cerca de las puertas, esperando la llegada del Emperador. La condesa se situó en las primeras filas. Natasha oyó y sintió que algunos hablaban de ella y la miraban. Comprendió que gustaba a cuantos la miraban y eso la tranquilizó un poco.

“Las hay como nosotras y las hay peores”, pensó.

Perónskaia iba diciendo a la condesa quiénes eran las personas más importantes que habían acudido a la fiesta.

—Aquél es el embajador de Holanda, aquel de pelo gris…— e indicaba a un viejecillo de abundante cabellera plateada y ensortijada, rodeado de señoras a las que hacía reír.

—Y ahí tiene a la reina de San Petersburgo, la condesa Bezújov— añadió señalando a Elena, que entraba en aquel momento. —¡Qué bella es! Nada tiene que envidiar a María Antónovna. Fíjese cómo jóvenes y viejos la rodean. Bella e inteligente… Dicen que el príncipe… está loco por ella… En cambio esas dos, aunque no son bellas, van aún más acompañadas.

Y señaló a una dama que con una hija muy fea cruzaba la sala.

—Es una novia con muchos millones— explicó Perónskaia, —y aquí están los novios.

—Ése es el hermano de la condesa Bezújov, Anatole Kuraguin— y señaló a un apuesto caballero de la Guardia que pasó ante ellas y desde la altura de su levantada cabeza miraba a lo lejos sin fijarse en las damas. —Es guapo, ¿verdad? Lo casan con aquella millonaria… También su cousin Drubetskói le hace la corte. Se habla de millones.

La condesa señaló a Caulaincourt y preguntó quién era.

—Es el embajador francés— contestó Perónskaia. —Parece un rey. A pesar de todo, los franceses son simpáticos, simpatiquísimos. Nadie hay tan agradable como ellos para estar en sociedad. ¡Ah, ya está aquí! ¡Lo cierto es que no hay otra como nuestra María Antónovna! ¡Con qué sencillez viste! ¡Es un encanto!

—Y aquel señor grueso con lentes es francmasón universal— dijo, señalando a Pierre Bezújov; —viéndolo al lado de su mujer es un verdadero estafermo.

Balanceando su grueso cuerpo, Pierre se abría paso entre la gente sin dejar de saludar con movimientos de cabeza a diestro y siniestro con bonachonería y despreocupación, como si estuviese en un mercado atestado de gente.

Natasha miró con alegría el rostro conocido de Pierre, el estafermo, como lo llamaba Perónskaia. Sabía que Bezújov los buscaba a ellos entre los invitados, y especialmente a ella. Pierre había prometido asistir a la fiesta y presentarle algunos jóvenes para que la sacasen a bailar.

Sin llegar a los Rostov, Pierre se detuvo junto a un invitado de pelo castaño, más bien bajo, pero muy guapo, que vestía uniforme blanco y conversaba con un señor alto y lleno de condecoraciones. Natasha reconoció en seguida al joven del uniforme blanco: era Andréi Bolkonski, que le pareció muy rejuvenecido y mucho más alegre y atractivo.

—Otro conocido, mamá; Bolkonski— dijo Natasha. —¿Lo recuerda? Durmió una noche en Otrádnoie.

—¡Ah! ¿También lo conocen ustedes?— dijo Perónskaia. —Lo detesto. Il fait à présent la pluie et le beau temps.[301] Tiene un orgullo sin límites. Ha salido a su padre. Se ha unido a Speranski y escriben no sé qué proyectos. Fíjese cómo trata a las señoras. Ella le está hablando y él se aparta. Ya le diría yo, si lo que hace a esas damas me lo hiciera a mí.

XVI

Súbitamente todo se puso en movimiento. Los invitados se agolparon, rumorosos, en la entrada y volvieron a retroceder: a los sones de la música, entre las dos filas de invitados, apareció el Emperador, seguido de los dueños de la casa. El Emperador avanzaba con paso rápido, saludando a derecha e izquierda, como si deseara terminar cuanto antes aquel primer minuto del encuentro. La orquesta tocaba una polca entonces de moda, compuesta en honor del Soberano: "Alejandro, Elizavita, nos encantáis vosotros dos…". El Emperador entró en una salita. Los invitados se abalanzaron hacia la puerta. Algunos, con extraordinaria gravedad, entraban y salían de allí; después, los compactos grupos se apartaron de la puerta y apareció el Emperador conversando con la dueña de la casa. Un joven, con aire confuso, rogaba a las señoras que retrocedieran. Algunas damas, cuyos rostros expresaban un completo olvido de las conveniencias sociales, se adelantaban a empellones, con grave detrimento de sus vestidos. Los caballeros se fueron acercando a las señoras formando las parejas para la polca.

Por último, todos se hicieron a un lado y el Soberano, sonriente, llevando de la mano a la dueña de la casa y fuera de compás, cruzó el salón. Les seguía el señor de la casa con M. A. Narishkina y, después, los embajadores, ministros y generales, a los que Perónskaia iba nombrando, incansable. Más de la mitad de las señoras tenían pareja y se preparaban para bailar la polca. Natasha comprendió que corría el peligro de quedar con su madre y Sonia, junto a la pared, en el pequeño grupo de señoras que no habían sido invitadas. De pie, caídos los delgados brazos, palpitante el pecho apenas formado, Natasha contenía apenas la respiración y miraba

hacia delante con ojos brillantes e inquietos que parecían dispuestos a la mayor alegría o a un gran dolor. Ni el Emperador ni las personalidades que iba señalando Perónskaia le interesaban en absoluto. Sólo tenía un pensamiento: "¿Nadie me va a sacar? ¿No bailaré entre las primeras? ¿Es que no se dan cuenta de mi presencia todos estos señores que ahora me miran como diciendo: «¡Ah! No es ésa, no es la que busco»? No, no es posible —pensaba—. Tienen que comprender que quiero bailar, que bailo muy bien, y que para ellos será un placer bailar conmigo".

Las notas de la polca, que la orquesta iba desgranando hacía algún tiempo, sonaban tristes como un recuerdo en los oídos de Natasha. Sintió deseos de llorar. Perónskaia se apartó de ellas. El conde se encontraba en el extremo opuesto de la sala. La condesa, Sonia y ella parecían estar solas como en un bosque, sin que nadie se interesase o fijase en ellas. El príncipe Andréi pasó delante de las Rostov acompañando a una dama. Evidentemente, no las había reconocido. El apuesto Anatole comentaba sonriente algo con su pareja y miró a Natasha como se mira una pared. También Borís pasó dos veces y las dos volvió la cara hacia otra parte. Berg y su mujer, que no bailaban, se les acercaron.

Esta especie de reunión familiar, precisamente en aquel lugar, en el baile, como si no hubiera otro sitio para una conversación privada, humilló a Natasha. No escuchó ni miró a Vera, que le hablaba de su vestido verde.

Por fin, el Emperador se detuvo junto a su última pareja de baile (bailaba con tres). Cesó la música. Un ayudante de campo, con aspecto de un hombre lleno de preocupaciones, se acercó a las Rostov y les rogó que se hicieran atrás, por más que ya estaban junto a la pared. La orquesta inició los sones pausados, claros y seductores del vals. El Emperador, sonriendo, miró a la sala. Pasaron unos instantes y nadie comenzaba a bailar. El ayudante de campo, que dirigía el baile, se acercó a la condesa Bezújov y la invitó. Ella levantó la mano, sonrió y, sin mirarlo, la puso en su hombro. El ayudante, experto bailarín, abrazó fuertemente a su pareja y con seguridad, sin prisa, siguiendo el ritmo, empezó a bailar deslizándose por los bordes del círculo y en un ángulo sujetó la mano izquierda de su dama y la hizo girar al ritmo cada vez más rápido de la música; sólo se oía el acompasado tintineo de las espuelas en los rápidos y ágiles pies del ayudante; cada tres

compases, al dar la vuelta, el vestido de terciopelo de su pareja parecía, al inflarse, una llamarada. Natasha los contemplaba en silencio; estaba a punto de llorar, viendo que no bailaba el primer vals.

El príncipe Andréi, con su blanco uniforme de coronel de caballería, con medias de seda y zapato bajo, estaba animado y alegre en la primera fila del amplio círculo, no lejos de las Rostov. El barón Firhof hablaba con él sobre la primera sesión del Consejo Imperial, que iba a celebrarse al día siguiente. El príncipe Andréi, como hombre allegado a Speranski y partícipe de los trabajos de la Comisión de leyes, podía proporcionar noticias ciertas referentes a la sesión del Consejo, a propósito del cual circulaban los más diversos rumores. Pero Bolkonski no prestaba atención a cuanto decía Firhof y miraba bien al Emperador, bien a los caballeros que no se decidían a comenzar el baile.

El príncipe Andréi observaba a los caballeros, cohibidos por la presencia del Soberano, y a las damas, que ardían en deseos de ser invitadas.

Pierre se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Usted baila siempre. Aquí hay una muchacha protégée mía, la joven Natasha Rostova: sáquela a bailar.

—¿Dónde está?— preguntó Bolkonski, y volviéndose al barón añadió: —Perdóneme: otro día terminaremos esta conversación; en el baile hay que bailar.

Y avanzó hacia donde le indicaba Pierre. El rostro desesperado y ansioso de Natasha no pasó inadvertido para el príncipe Andréi. La reconoció, adivinó sus pensamientos y comprendió que era el primer baile de la muchacha; recordó la conversación en la ventana y se acercó risueño a la condesa Rostova.

—Permítame que le presente a mi hija— dijo la condesa ruborizándose.

—Ya tuve ese placer, si la condesa se acuerda de mí— repuso el príncipe Andréi con una inclinación tan cortés y reverente que contradecía directamente lo dicho por Perónskaia sobre su grosería.

Se acercó a Natasha y se dispuso a ceñir su talle aun antes de invitarla a una vuelta de vals. La expresión ansiosa de aquel rostro, pronto al dolor o al entusiasmo, se iluminó de súbito con una sonrisa feliz, agradecida e infantil.

“¡Hace tanto tiempo que te esperaba!”, parecía decir aquella asustada y feliz muchacha cuando apoyó la mano en el hombro del príncipe Andréi. Era la segunda pareja que entraba en el círculo. El príncipe Andréi era uno de los mejores bailarines de su tiempo. Natasha lo hacía maravillosamente; se habría dicho que sus pies, calzados con zapatos de raso, volaban solos, rápidos y ligeros, mientras su rostro resplandecía de entusiasmo y felicidad. El cuello y los brazos de Natasha no eran bellos como los de Elena; sus hombros delgados y el pecho sin formar no tenían su atractivo; pero sobre Elena parecía advertirse el barniz dejado por las miles de miradas que habían resbalado por su cuerpo, mientras que Natasha era como una chiquilla escotada por primera vez, a quien daría vergüenza mostrarse así si no le hubiesen dicho que era necesario hacerlo.

Al príncipe Andréi le gustaba bailar y, deseando poner fin a las conversaciones políticas e intelectuales con que lo atosigaban, queriendo romper el ambiente cohibido creado por la presencia del Emperador, decidió bailar y escogió a Natasha porque así se lo había indicado Pierre y porque era la primera joven bonita que veía. Pero cuando enlazó aquel talle delgado y flexible, tan pronto como empezó a moverse y sonreír tan cerca, el hechizo de su encanto lo embriagó; se sintió pleno de vida y rejuvenecido cuando, recobrado el aliento, la dejó con su madre y se detuvo, mirando a los que bailaban.

XVII

Después del príncipe Andréi, se acercó Borís invitándola a bailar; y cuando la dejó Borís, danzó con el ayudante de campo que había abierto el baile y después con otros jóvenes. Natasha, animada y feliz, cedía a Sonia sus numerosos caballeros. Bailó la noche entera, sin descanso. No reparó en nada de lo que parecía interesar a todos. No se dio cuenta de la prolongada conversación del Emperador con el embajador de Francia, ni de la peculiar amabilidad que mostró hacia una dama, ni de que tal o cual príncipe había hecho tal o cual cosa, ni del éxito de Elena, a la que tal personaje había distinguido con atención especial. Ni siquiera miraba al Zar y se percató de su marcha porque, desde entonces, el baile se hizo más animado.

El príncipe Andréi bailó de nuevo con Natasha un alegre cotillón que precedió a la cena. Le recordó su primer encuentro en el jardín de Otrádnoie, la noche a la luz de la luna, cuando no podía dormir, y la conversación de la ventana, involuntariamente oída. Natasha enrojeció al oírlo y trató de justificarse como si hubiera algo vergonzoso en el sentimiento que, sin quererlo, había sorprendido el príncipe Andréi.

A Bolkonski, como a tantas personas educadas en la alta sociedad, le agradaba encontrar en aquel medio cuanto no llevara la impronta del gran mundo. Así era Natasha con sus asombros, sus alegrías, su timidez y hasta con sus incorrecciones en francés. El príncipe Andréi le hablaba con especial ternura y delicadeza. Sentado cerca de ella y conversando sobre los temas más fútiles, no dejaba de admirar el gozoso esplendor de sus ojos y la sonrisa, que no se refería a lo que hablaban, sino a su felicidad interna. Cuando la invitaban a bailar y Natasha se levantaba sonriente y dichosa, el príncipe Andréi admiraba, sobre todo, su tímida gracia. A la mitad de un

cotillón, Natasha, respirando aún fatigosamente, volvía a su puesto cuando la invitó de nuevo otro caballero. Estaba cansada, se la veía dispuesta a negarse, pero puso la mano en el hombro de su nueva pareja y sonrió al príncipe Andréi.

“Me gustaría descansar y quedarme con usted, estoy cansada; pero ya lo ve: me eligen y esto me alegra y hace dichosa. Amo a todos y usted y yo comprendemos todo esto.” Eso y otras muchas cosas decía su sonrisa. Cuando el caballero la dejó, Natasha cruzó la sala en busca de dos damas para la figura.

“Si se acerca primero a su prima y después a la otra, será mi mujer”, se dijo inesperadamente el príncipe Andréi, sin dejar de mirarla. Natasha se acercó a su prima.

“Qué tonterías se me ocurren a veces —pensó el príncipe Andréi—. Pero lo cierto es que esta joven tan graciosa y peculiar se habrá casado antes de un mes. No se encuentran todos los días muchachas como ella en este ambiente”, se dijo cuando Natasha, arreglándose la rosa del corpiño, se sentó de nuevo a su lado.

A punto de terminar el cotillón, el viejo conde, con su frac azul, se acercó a los bailarines. Invitó al príncipe Andréi a visitarlos y preguntó a su hija si se había divertido. Natasha no contestó nada; se limitó a sonreír con una sonrisa que parecía un reproche: “¿Cómo puedes preguntarme eso?”.

—¡Jamás me había divertido tanto!— dijo después.

Y el príncipe Andréi observó que sus delicados brazos se levantaban rápidamente para abrazar a su padre y bajaban en seguida. Natasha era feliz como nunca lo había sido. Se hallaba en ese estado de dicha suprema cuando las personas se hacen totalmente buenas y no creen en la posibilidad del mal, de la desventura o del dolor.

En aquel baile, Pierre, por primera vez, se sintió humillado por la posición que ocupaba su mujer en las altas esferas. Estaba taciturno y abstraído. Una profunda arruga le cruzaba la frente y, de pie junto a una ventana, miraba a través de sus lentes sin reparar en nadie.

Natasha pasó a su lado, cuando se dirigía a la cena.

Llamó su atención el rostro sombrío y dolorido de Pierre. Se detuvo delante de él; le habría gustado ayudarlo, darle algo de su alegría desbordante.

—¡Qué divertido es esto!, ¿verdad, conde?— dijo.

Pierre sonrió distraído; era evidente que no comprendía.

—Sí, sí, estoy muy contento— respondió.

“¿Cómo puede haber alguien descontento? —pensó Natasha—. Sobre todo un hombre tan bueno como Bezújov.” A sus ojos, todos cuantos estaban presentes en el baile eran buenos, agradables, encantadores; se amaban los unos a los otros. Nadie podía ofender a nadie y, por tanto, todos debían ser felices.

XVIII

Al día siguiente el príncipe Andréi recordó el baile de la víspera, pero su pensamiento no se detuvo por mucho tiempo en él. "Sí… un baile espléndido. Y la joven Rostova es encantadora. Hay en ella algo peculiar, espontáneo, que la distingue; no es como las muchachas de San Petersburgo." Eso fue todo lo que pensó del baile. Tomó el té y se dedicó a su trabajo.

Pero ya fuese por el cansancio o la falta de sueño, el día resultó malo para trabajar; el príncipe Andréi se sentía incapaz de hacer nada; no se le ocurría más que criticar cuanto hacía, lo que era frecuente en él, y lo alegró el anuncio de una visita.

El visitante, Bitski, miembro de varias comisiones, asiduo contertulio de todos los salones de San Petersburgo, apasionado admirador de las nuevas ideas de Speranski, gacetillero siempre bien informado en la capital, era uno de esos hombres que eligen sus opiniones como su ropa, según la moda; y precisamente por ello parecen ser los más ardientes partidarios de las novísimas corrientes. Con gesto preocupado, sin tiempo apenas para quitarse el sombrero, se acercó al príncipe Andréi y comenzó a hablar inmediatamente. Acababa de enterarse de todos los detalles de la sesión del Consejo Imperial, celebrada por la mañana y presidida por el mismo Emperador, y los exponía con entusiasmo. El discurso del Emperador había sido extraordinario, un discurso que sólo pronuncian los monarcas constitucionales. "El Emperador dijo claramente que el Consejo y el Senado son *estamentos* sociales y que la gobernación del país no debe fundarse en la arbitrariedad sino en *principios firmes*; ha manifestado también que es preciso reformar las finanzas y que las cuentas deben hacerse públicas",

explicaba Bitski recalcando algunas palabras y abriendo significativamente los ojos.

—Sí, el acontecimiento de hoy marca el comienzo de una era, de la era más grande de nuestra historia— concluyó Bitski.

El príncipe Andréi escuchaba interesado los informes sobre la sesión del Consejo Imperial, que con tanta impaciencia esperaba y a la que tanta importancia atribuía; pero lo asombraba que ahora, una vez sucedido, ese acontecimiento, lejos de emocionarlo, le pareciera insignificante. Seguía la entusiasta exposición de Bitski con cierta ironía. Acudía a su mente una idea simplísima: "¿Qué puede importarnos a Bitski y a mí que el Emperador haya dicho esas cosas en el Consejo? ¿Puede, acaso, hacerme más feliz y mejor?".

Y ese simple razonamiento destruyó de golpe el interés que el príncipe Andréi pudiera sentir por las reformas que se llevaban a cabo. Aquel mismo día debía comer con Speranski en petit comité. La perspectiva de comer en un ambiente familiar y amistoso con un hombre a quien tanto admiraba suscitaba antes un gran interés en el príncipe Andréi, tanto mayor pues jamás había visto a Speranski en la intimidad de su hogar. Mas ahora no sentía deseo alguno de ir.

Con todo, a la hora indicada, se presentó en la pequeña casa propiedad de Speranski, cerca del jardín de Táurida. En el comedor entarimado, que llamaba la atención por su meticulosa limpieza (que recordaba la pulcritud de un convento), el príncipe Andréi, algo retrasado, encontró ya reunido al *petit comité* de Speranski. No había mujeres, excepto la pequeña hija del secretario de Estado —de rostro alargado, como el de su padre— y su institutriz. Los invitados eran Gervais, Magnitski y Stolipin, amigos íntimos del dueño de la casa. Al entrar en la antesala el príncipe Andréi oyó voces y una risa sonora, semejante a las que se oyen en el teatro. Alguien, con voz parecida a la de Speranski, reía marcando separadamente cada: ja… ja… ja… El príncipe Andréi no había oído reír a Speranski y aquella carcajada sonora y aguda del secretario de Estado le produjo un efecto extraño.

Entró en el comedor. Los invitados y su anfitrión estaban entre dos ventanas, ante una pequeña mesa llena de entremeses. Speranski, de frac gris, con una gran condecoración en el pecho, chaleco blanco y alta corbata

también blanca —seguramente se había vestido así para asistir a la famosa sesión del Consejo—, se mantenía de pie junto a la mesa con cara alegre. Los demás lo rodeaban. Magnitski, dirigiéndose al anfitrión, contaba una anécdota. Speranski lo escuchaba, riendo ya de lo que iba a oír. Cuando el príncipe Andréi entraba en la estancia, las palabras de Magnitski eran sofocadas de nuevo por las risas. Stolipin, sin dejar de masticar un trozo de pan con queso, reía en tono de bajo profundo; Gervais dejaba escapar una risita y Speranski reía a carcajadas. Cuando vio a Bolkonski le tendió su mano blanca y delicada.

—¡Encantado de verlo, príncipe!— dijo. —Un momento…— se volvió a Magnitski, interrumpiendo su anécdota. —Hemos convenido hoy que nos reunimos para pasarlo bien: ni una palabra de negocios.

Y volvió a reír.

El príncipe Andréi escuchaba con asombro y tristeza, por la decepción, la risa de Speranski. Lo miraba y le parecía ver a otro hombre, distinto. Todo lo que antes le había parecido misterioso y seductor en Speranski adquirió, de pronto, claridad y dejó de ser atractivo; se hizo ahora evidente y vulgar.

En la mesa la conversación no cesó un punto y fue como una recopilación de anécdotas divertidas. No había concluido Magnitski su historieta cuando ya otro se ofrecía a contar una mejor. Las anécdotas se referían, en su mayor parte, no tanto a la administración como a los funcionarios. Se habría dicho que para ellos era tan manifiesta la estulticia de aquellas personas que la única actitud posible hacia ellos era la de cómica indulgencia. Speranski contó que, en la sesión del Consejo de la mañana, un consejero, completamente sordo, siempre que se le preguntaba su opinión sobre algo, respondía que él opinaba lo mismo. Gervais se refirió a una visita de inspección famosa por la absoluta imbecilidad de todos sus componentes. Stolipin, balbuceando, criticó con vehemencia los abusos del viejo estado de cosas, amenazando así con dar a la conversación un giro serio. Magnitski terció para reírse del acaloramiento de Stolipin y Gervais intercaló una broma que devolvió a la conversación general su tono frívolo.

A Speranski le gustaba evidentemente descansar después del trabajo y divertirse en una tertulia de amigos íntimos; y los invitados, que

comprendían el deseo del secretario de Estado, trataban de alegrarlo y divertirse a su vez. Pero aquella alegría pareció aburrida y penosa al príncipe Andréi. El timbre agudo de la voz de Speranski le causaba una impresión desagradable, y su continua risa le sonaba a falsa y hería su sensibilidad. Bolkonski no reía y temió ser un aguafiestas, pero ninguno de ellos se percató de que su humor no estaba en consonancia con el ambiente general. Parecía que todos lo estaban pasando muy bien.

Se esforzó varias veces por intervenir en la conversación, pero siempre sus palabras eran rechazadas, como el corcho hundido en el agua, y no lograba bromear con todos ellos.

Nada había de malo ni impropio en lo que se decía: todo era ingenioso y podía resultar divertido, pero faltaba un punto de sabor, la sal de la alegría, cuya existencia ni siquiera sospechaban.

Después de la comida la hija de Speranski y su institutriz se levantaron. El secretario de Estado acarició a la niña con su blanca mano y le dio un beso. También ese gesto pareció artificial al príncipe Andréi.

De acuerdo con la costumbre inglesa, los hombres se quedaron de sobremesa bebiendo vino de Oporto. En mitad de la conversación, que había derivado a la intervención napoleónica en España —que todos aprobaban—, el príncipe Andréi manifestó su opinión contraria. Speranski sonrió y, con el deseo evidente de cambiar de tema, contó una anécdota que nada tenía que ver con la conversación general. Por un instante callaron todos.

Antes de levantarse, Speranski tapó la botella de oporto y dijo:

—Hoy día el buen vino es tan raro como el mirlo blanco.

La entregó al criado y se puso en pie. Todos hicieron lo mismo y conversando animadamente pasaron a la sala. En ese momento entregaron a Speranski dos despachos traídos por un correo. Los tomó y entró en su gabinete. Cuando se retiró, la alegría general desapareció y los invitados comenzaron a hablar de temas serios en voz baja.

—Bien, ahora llega la declamación— dijo Speranski saliendo de su despacho. —¡Tiene un talento sorprendente!— añadió volviéndose al príncipe Andréi.

Magnitski adoptó la postura adecuada y comenzó a declamar unos versos humorísticos franceses, compuestos por él sobre diversos personajes petersburgueses. Lo interrumpieron varias veces con aplausos.

Concluida la declamación, el príncipe Andréi se acercó a Speranski para despedirse.

—¿Dónde va tan pronto?— le preguntó el secretario de Estado.

—Me he comprometido para una velada…

Ambos guardaron silencio. El príncipe Andréi veía de cerca aquellos ojos velados que no se dejaban penetrar y le pareció cómico que él pudiera esperar algo de Speranski, y de su propia actuación, relacionada con él; ahora se preguntaba cómo podía haber dado tanta importancia a lo que él hacía. La risa acompasada y la falta de alegría siguieron sonándole en los oídos mucho tiempo después de abandonar la casa de Speranski.

De vuelta en la suya, el príncipe Andréi pasó revista, como si fuera algo nuevo, a su vida en San Petersburgo durante aquellos cuatro meses. Recordaba sus idas y venidas, sus búsquedas, el proyecto de reforma de los reglamentos militares tomados en consideración y sobre el que se había hecho un silencio total, sólo porque otro proyecto, muy malo, había sido presentado al Emperador. Recordó las sesiones del comité, en el cual figuraba Berg, y recordó cómo en esas reuniones se hablaba largo y tendido sobre la forma de celebrarlas, dejando siempre de lado con la misma diligencia todo aquello que se refería a la esencia del problema. Recordó su trabajo de codificación, el interés con que había traducido al ruso los artículos de los códigos romano y francés, y sintió vergüenza de sí mismo. Después se representó vivamente a Boguchárovo, sus trabajos en el campo y su viaje a Riazán. Recordó a los mujiks, al stárosta Dron y, aplicándoles mentalmente los derechos de las personas, que él había dividido en parágrafos, se asombró de haber empleado tanto tiempo en un trabajo tan estéril.

XIX

Al día siguiente el príncipe Andréi fue a visitar a ciertas personas en cuyas casas no había estado aún, y entre ellas a los Rostov, cuya amistad fue renovada en el último baile. Además del deber de cortesía, lo llevaba allí el deseo de ver en la intimidad a la muchacha original y llena de vitalidad que tan grato recuerdo le dejara.

Natasha fue una de las primeras en salir a su encuentro. Llevaba un vestido azul de gasa con el cual pareció al príncipe aún mejor de como la viera en el baile. Ella y toda la familia lo acogieron como a un viejo amigo, con sencillez cordial. Esta familia, a la que en otros tiempos juzgara con tanta severidad, le pareció ahora sencilla y amable. La hospitalidad campechana del viejo conde, especialmente agradable en San Petersburgo, era tan sincera que el príncipe Andréi no pudo rehusar la invitación de quedarse a comer con ellos. “Es una familia buena, excelente —pensaba Bolkonski—, que no sabe ni se imagina el tesoro que tiene en Natasha. Magníficas personas, que forman el mejor fondo para esta encantadora muchacha tan poética y llena de vida.”

El príncipe Andréi veía en Natasha un mundo distinto, completamente ajeno para él, lleno de alegrías ignoradas; ese extraño mundo que en la avenida del jardín de Otrádnoie y en la ventana, aquella noche de luna, lo había desazonado tanto. Ahora, ese mundo ya no lo irritaba, no le era ajeno, sino que, al penetrar en él, le ofrecía nuevos placeres.

Después de la comida, a petición del príncipe Andréi, Natasha cantó acompañándose con el clavicordio. El príncipe, de pie junto a la ventana y sin abandonar la conversación de las damas, la escuchaba. En medio de una frase quedó en silencio y notó que atenazaban su garganta unas lágrimas

inesperadas cuya posibilidad no conocía. Miró a Natasha, que seguía cantando, y algo nuevo y feliz removió su ser. Se sentía a un tiempo feliz y triste. No tenía razón alguna para llorar, pero las lágrimas estaban a punto de brotar. ¿Por qué? ¿Por su amor de otros tiempos? ¿Por la pequeña princesa Lisa? ¿Por tantas desilusiones?… ¿Por sus esperanzas en el porvenir?… Sí y no. La razón principal de aquellas lágrimas era la contradicción terrible, vivamente sentida por él, entre su anhelo de algo infinitamente grande e indeterminado y la sensación de que él era un ser limitado y corpóreo, como también ella. Esa contradicción lo afligía y alegraba mientras la oía cantar.

Apenas dejó de cantar se acercó a él y le preguntó si le gustaba su voz. Hizo la pregunta y quedó confusa, porque comprendió que no debía haberla hecho. Él sonrió y, mirándola, le dijo que su canto le agradaba como todo lo que ella hacía.

Ya era de noche cuando el príncipe Andréi salió de casa de los Rostov. Se acostó por la fuerza de la costumbre, pero pronto vio que le era imposible dormir. Bien encendía la vela, como se sentaba en el lecho, se levantaba, volvía a tumbarse, sin que el insomnio tenaz lo hiciera sufrir. Estaba alegre, renovado, como si acabara de salir de una habitación asfixiante al aire libre. No se le ocurría pensar, siquiera, que estuviera enamorado de Natasha; no pensaba en ella, pero su sola imagen hacía que su vida apareciera bajo una nueva luz. "¿Para qué me esfuerzo?, ¿para qué me afano en un ambiente estrecho y cerrado, cuando la vida, toda la vida, se me abre con sus alegrías?" Por primera vez, después de mucho tiempo, comenzó a hacer proyectos felices para el porvenir. Decidió que debía ocuparse de la educación de su hijo, confiarla a un buen preceptor; debía también dimitir de su cargo y salir al extranjero, visitar Inglaterra, Suiza e Italia. "Debo aprovechar mi libertad mientras sienta en mí tanto vigor y tanta juventud —se decía a sí mismo—. Tenía razón Pierre cuando aseguraba que es preciso creer en la posibilidad de ser feliz para serlo. Ahora creo en ella. Dejemos que los muertos entierren a los muertos; mientras se vive, hay que vivir y ser feliz."

XX

Una mañana, el coronel Adolfo Berg, al que Pierre conocía (como a todos en Moscú y San Petersburgo), se presentó en casa del conde Bezújov con su impecable uniforme, sus patillas engomadas y peinadas hacia adelante, como las que llevaba el emperador Alejandro Pávlovich.

—Acabo de estar con la condesa, su esposa, y he tenido la desgracia de que no fuera aceptada mi petición. Espero que con usted, conde, tenga mejor suerte— dijo sonriendo.

—¿Qué desea, coronel? Estoy a su disposición.

—He acabado de instalarme en mi nueva casa, señor conde— comenzó, sabiendo, al parecer, que no podía por menos de ser grata la noticia, —y con ese motivo quiero ofrecer una pequeña velada a mis amigos y a los de mi esposa— y sonrió con más amabilidad aún. —He pedido a la señora condesa, y se lo pido a usted, que me concedan el honor de venir a mi casa a tomar una taza de té y… a cenar.

Sólo la condesa Elena Vasílievna, que juzgaba indigna de su persona la sociedad de unos Berg, podía tener la crueldad de rechazar una invitación semejante. Berg explicaba tan claramente por qué deseaba reunir en su casa a un grupo pequeño y selecto, por qué eso le resultaba agradable, por qué le disgustaba gastar el dinero en jugar a las cartas y en otras cosas indignas y, en cambio, no le dolía gastarlo tratándose de sus amigos, que Pierre no pudo negarse y aceptó la invitación.

—No tarde, conde, hágame ese favor. ¿Qué le parece a las ocho menos diez? Jugaremos una partida. Asistirá nuestro general; es muy bueno conmigo. Después cenaremos… Hágame el favor.

Contra su costumbre de acudir siempre tarde, Pierre llegó aquel día a la casa de Berg a las ocho menos cuarto, un poco antes de la hora señalada.

Preparado ya todo lo necesario para la velada, los Berg esperaban a sus invitados en su nuevo despacho, limpio y luminoso, decorado con pequeños bustos, cuadros y muebles nuevos. Berg, con su uniforme recién estrenado, explicaba a su mujer que siempre se pueden y deben tener amistades situadas por encima de uno porque, sólo así, se experimenta el verdadero placer de la amistad.

—Se puede aprender algo y solicitar alguna cosa. Fíjate cómo he vivido yo después de mi primer ascenso— Berg no contaba su vida por años, sino por ascensos; —mis camaradas no son aún nada y yo, en cambio, ya estoy propuesto para jefe de regimiento; tengo la fortuna de ser su marido— se levantó y besó la mano de Vera, arreglando de paso una arruga de la alfombra. —¿Y cómo lo he logrado? Sobre todo, por saber elegir bien las amistades. Por supuesto que hay que ser honrado y cumplidor.

Berg sonrió convencido de la propia superioridad sobre una débil mujer y calló, pensando que su querida esposa, a pesar de todo una débil mujer, era incapaz de comprender lo que constituye la dignidad del hombre, *ein Mann zu sein*.[302] Vera sonrió también, convencida de ser superior a su marido, virtuoso y bueno, pero que, así lo creía ella, entendía erróneamente la vida, lo mismo que a todos los demás hombres. Berg, juzgando a todas las mujeres por su esposa, las consideraba débiles y estúpidas; y Vera, juzgando por su marido y generalizando sus propias observaciones, suponía que todos los hombres se atribuían la inteligencia pero, en realidad, no entendían nada y eran orgullosos y egoístas.

Berg se levantó, abrazó a su mujer cuidando de no arrugar la esclavina de encaje que tanto le había costado y la besó justo en la mitad de los labios.

—Sólo hay una cosa: no debemos tener hijos demasiado pronto— dijo por una inconsciente asociación de ideas.

—Sí— contestó Vera, —tampoco yo lo deseo. Debemos vivir para la sociedad.

—Igual que éste era el que llevaba la princesa Yusúpova— dijo Berg con una feliz sonrisa, señalando la esclavina de encaje de su mujer.

En aquel momento anunciaron al conde Bezújov. Ambos esposos cambiaron una sonrisa de satisfacción, atribuyéndose cada uno el honor de aquella visita.

"Ahí tienes lo que significa hacer buenas amistades —pensó Berg—; ahí tienes lo que significa saber comportarse."

—Te ruego que no me interrumpas cuando hable con los invitados— dijo Vera. —Sé cómo entretenerlos y de qué hablar en cada ocasión.

Berg sonrió.

—No siempre: a veces los hombres necesitan una conversación de hombres.

Pierre fue recibido en el nuevo salón, donde nadie podía sentarse sin romper la simetría y el orden. Es muy comprensible, pues, y no debe causar extrañeza, que Berg —en honor de un visitante tan apreciado— se mostrara magnánimo, dejando que fuera él quien destruyera la simetría de una butaca o de un diván, por hallarse él mismo en un estado de dolorosa indecisión. Pierre destruyó la simetría acercándose una silla, y Berg y Vera dieron comienzo a su velada, interrumpiéndose mutuamente en su afán de distraer al invitado.

Vera, convencida de que debía entretener a Pierre con el tema de la embajada francesa, comenzó, de buenas a primeras, esta conversación. Berg, pensando que era necesaria una conversación "de hombres", interrumpió a su mujer y planteó la cuestión de la guerra con Austria, pasando involuntariamente a consideraciones de carácter personal: las propuestas que se le habían hecho para que tomara parte en esa campaña y las razones por las cuales no había aceptado. A pesar de que la conversación resultaba bastante confusa y Vera estaba enfadada por la irrupción del elemento masculino, ambos esposos advertían con placer que, si bien había llegado tan sólo un invitado, la velada había empezado muy bien, y se parecía a las demás como una gota de agua a otra, con la conversación en marcha, el té servido y las velas encendidas.

De ahí a poco llegó Borís, antiguo compañero de Berg. Mantenía con respecto al joven matrimonio cierta actitud de superioridad protectora. Después de Borís llegó una señora acompañada de un coronel; más tarde, el general; y cuando se presentaron los Rostov, la velada era indudablemente

igual a todas las demás. Berg y Vera no podían contener una sonrisa feliz al ver tanta animación en su sala entre el murmullo de aquellas conversaciones incoherentes, el frufú de los vestidos femeninos y los saludos. Todo ocurría como en otras partes; el más parecido a otros era el general, quien elogió el piso de Berg, le daba golpecitos en la espalda y, con paternal familiaridad, dispuso que se preparara una mesa para jugar al *boston*. El general sentó a su lado a Iliá Andréievich, como invitado de mayor categoría después de él. Los jóvenes con los jóvenes, los viejos con los viejos, la dueña de la casa junto a la mesa del té, donde había los mismos dulces en la misma cestita de plata que en la velada de los Panin: todo resultaba exactamente igual que en otras casas.

XXI

Pierre, como uno de los invitados más importantes, debía jugar con Iliá Andréievich, el general y el coronel. Le correspondió sentarse enfrente de Natasha y quedó asombrado del extraño cambio operado en ella desde el baile. Estaba silenciosa y, lejos de parecer tan bella como aquel día, se la habría dicho fea, de no ser por su aire apacible e indiferente a todo.

“¿Qué le ocurre?”, pensaba Pierre. Natasha se había sentado al lado de su hermana, junto a la mesita de té, y respondía sin mirarlo y con desgana a las preguntas de Borís, que se había acercado a ella. Pierre, que había fallado a un palo y hecho cinco bazas con gran satisfacción de su compañero, la miró de nuevo al oír ruido de pasos y voces de saludo de alguien que entraba en la sala.

“¿Qué le ha pasado?”, volvió a pensar, aún más sorprendido.

El príncipe Andréi estaba ante ella, hablándole con ternura solícita. Natasha, con las mejillas encendidas, lo miraba, tratando de contener la respiración anhelante. Ardía de nuevo en ella aquel fuego interior antes apagado. Ahora era otra Natasha que, de fea, volvió a ser la misma del baile.

El príncipe Andréi se acercó a Pierre, quien notó en el rostro de su amigo una expresión nueva, juvenil. Durante el juego, Pierre cambió de sitio varias veces, quedando en ocasiones de espaldas a Natasha o bien frente a ella, pero no dejó de observar a la joven y a su amigo.

“Algo muy importante hay entre los dos”, pensaba. Y un sentimiento alegre y amargo a la vez lo inquietaba, haciéndole olvidar el juego.

Después de seis partidas, el general se levantó asegurando que era imposible jugar de aquella manera. Pierre quedó libre. Natasha charlaba en

un rincón con Sonia y Borís. Vera, con refinada sonrisa, hablaba con el príncipe Andréi. Pierre se acercó a su amigo, preguntó si no estaban tratando algún secreto y se sentó junto a ellos. Vera, a quien no pasó inadvertido el interés del príncipe Andréi por su hermana, pensó que en una verdadera velada era indispensable hacer delicadas alusiones a la vida sentimental; aprovechando el momento en que el príncipe estaba solo, había entablado con él una conversación sobre los sentimientos en general y su hermana en particular. Con un invitado tan inteligente como el príncipe Andréi (así lo juzgaba Vera), tenía que poner en acción todo su arte diplomático.

Cuando Pierre se les acercó, Vera estaba en plena conversación, satisfecha de sí misma, y el príncipe Andréi (cosa muy rara en él) parecía turbado.

—¿Qué opina usted?— decía Vera con sutil sonrisa. —Usted, príncipe, que es tan perspicaz y comprende en seguida el carácter de las personas, ¿qué piensa de Natalie? ¿Puede ser constante en sus afectos, puede, como otras mujeres— y Vera se refería a su persona, —una vez enamorada de un hombre, serle fiel toda la vida? Para mí eso es el verdadero amor. ¿Qué le parece?

—Conozco muy poco a su hermana para contestar a una pregunta tan delicada— replicó el príncipe Andréi con una sonrisa burlona, bajo la cual trataba de ocultar su propia turbación. —Además, he notado que cuanto menos gusta una mujer, más constante suele ser— añadió, mirando a Pierre, que en aquel momento se acercaba a ellos.

—Sí, es verdad, príncipe— prosiguió Vera. —En nuestros tiempos— decía “nuestros tiempos” como suelen hacer las personas de pocos alcances, que creen conocer a fondo las características de una época y que suponen que las personas cambian con los años, —en nuestros tiempos las jóvenes tienen tanta libertad que muchas veces le plaisir d’être courtisées ahoga en ellas el verdadero sentimiento. Et Nathalie, il faut l’avouer, y est très sensible.**[303]**

Esa nueva alusión a Natasha hizo que el príncipe Andréi frunciera el ceño. Quiso levantarse, pero Vera prosiguió con una sonrisa más sutil todavía:

—Creo que ninguna muchacha ha sido más courtisée que ella; pero ninguno le ha gustado en serio. Ya sabe que también nuestro querido primo Borís (y esto, entre nous) estuvo mucho, mucho tiempo dans le pays du Tendre[304]— prosiguió, refiriéndose a un juego de moda en aquel entonces.

El príncipe Andréi callaba ceñudo.

—¿Es usted amigo de Borís, verdad?— preguntó Vera.

—Sí, lo conozco…

—Le habrá hablado, seguramente, de su amor infantil por Natasha.

—¡Ah! ¿Hubo un amor infantil?— preguntó el príncipe Andréi, enrojeciendo inesperadamente.

—Oui, vous savez, entre cousin et cousine cette intimité mène quelquefois à l'amour: le cousinage est un dangereux voisinage, n'est-ce pas?[305]

—¡Oh, indudablemente!— dijo el príncipe Andréi.

Y, de pronto, comenzó a bromear con Pierre con desusada animación, diciéndole que debería mostrar cautela en las relaciones con sus quincuagenarias primas de Moscú. Y en medio de las bromas, se levantó, tomó a Pierre por el brazo y se lo llevó aparte.

—¿Qué sucede?— preguntó Pierre, asombrado por la extraña excitación de su amigo y la mirada que, al levantarse, había dirigido a Natasha.

—Tengo, tengo que hablar contigo— dijo el príncipe Andréi. —Tú sabes… nuestros guantes de mujer…— (hablaba de los guantes que los masones daban a cada nuevo electo para que los entregaran a la mujer amada). —Yo… pero no, te lo diré después— y con un extraño brillo en los ojos y gran nerviosismo se sentó junto a Natasha.

Pierre vio que el príncipe le preguntaba algo y que ella se ruborizaba al contestar.

Pero en aquel instante Berg rogó insistentemente a Pierre que se sumara a la discusión que había surgido entre el general y el coronel sobre los asuntos de España.

Berg estaba contento y era feliz. De su rostro no se borraba una sonrisa de satisfacción. La velada era espléndida y, desde luego, exactamente igual a cuantas él había asistido. En todo se parecía a las demás: las discretas conversaciones de las señoras, el general jugando a las cartas y alzando la

voz, el samovar y las pastas. Pero algo faltaba de lo que había visto en otras veladas y que él quería imitar: la conversación animada entre los hombres y la discusión sobre un tema importante y serio. El general inició esa conversación y Berg arrastró a Pierre para que interviniese en ella.

XXII

Al día siguiente, invitado por el conde Iliá Andréievich, el príncipe Andréi comió con los Rostov y pasó en su casa toda la jornada.

Toda la familia sabía por quién iba el príncipe y él, sin ocultarlo, trataba de permanecer todo el tiempo con Natasha. No sólo en el ánimo de Natasha, la asustada pero feliz Natasha, sino en el de la familia entera, se sentía temor ante algo importante que iba a suceder. La condesa, con los ojos tristes, pensativa y grave, miraba al príncipe Andréi mientras hablaba con su hija, pero apenas Bolkonski se volvía hacia ella fingía tímidamente comenzar una conversación intrascendente. Sonia temía abandonar a Natasha y ser un estorbo cuando se quedaba con los dos. Natasha palidecía de miedo, a la espera de no sabía qué, siempre que se quedaba a solas con él; el príncipe la asombraba con su timidez; se daba cuenta de que deseaba decirle algo y no llegaba a decidirse.

Al atardecer, cuando el príncipe Andréi se fue, la condesa se acercó a su hija y le preguntó en un susurro:

—¿Hay algo?

—Por favor, mamá, no me pregunte nada ahora— dijo Natasha. —De eso no se puede hablar.

Pero aquella noche, Natasha, tan pronto inquieta como asustada, con la mirada inmóvil, permaneció largo tiempo en la cama de su madre. Le contó los cumplidos del príncipe y sus proyectos de viajar por el extranjero; le había preguntado dónde iban a pasar el verano; le había preguntado también acerca de Borís.

—¡Nunca, nunca… he sentido cosa semejante!— prosiguió. —Pero delante de él me siento asustada y tengo miedo. ¿Qué significa eso? ¿Quiere

decir que es… de verdad? ¡Mamá! ¿Se ha dormido?

—No, cariño… También yo tengo miedo— respondió la madre. —Vete a dormir.

—Es lo mismo, no dormiré. ¡Es una tontería dormir! Mamá, mamita, nunca he sentido algo así— repetía asustada y asombrada por aquel sentimiento que descubría en sí. —¿Quién se lo iba a imaginar?…

Natasha creía estar enamorada del príncipe Andréi desde la primera vez que lo viera en Otrádnoie. Se diría que aquella extraña e inesperada felicidad la asustaba; el hombre a quien entonces había escogido (y estaba convencida de ello) volvía ahora a aparecer y, a juzgar por todo, ella también le gustaba a él.

"Y ahora que estamos en Petersburgo aparece él aquí, como a propósito. Y la casualidad de encontrarnos en aquel baile. Es el destino, claro que es el destino, todo tendía a ese fin. Nada más verlo por primera vez sentí algo especial."

—¿Qué más te ha dicho? ¿Cómo eran aquellos versos…?— preguntó pensativa la condesa, aludiendo a unos que el príncipe escribiera en el álbum de Natasha.

—Mamá… ¿no importa que sea viudo?

—Basta, Natasha… Reza a Dios. Les mariages se font dans les cieux. **[306]**

—Mamita, preciosa mía, ¡si supiera cuánto lo quiero y qué feliz me siento!— exclamó Natasha llorando de felicidad y emoción abrazada a su madre.

A esa misma hora el príncipe Andréi estaba con Pierre y le hablaba de su amor por Natasha y de su firme intención de casarse con ella.

Aquel día se celebraba una fiesta en casa de la condesa Elena Vasílievna. Asistían el embajador de Francia, el príncipe (convertido desde hacía poco en un visitante asiduo de la condesa) y otras muchas distinguidas damas y caballeros. Pierre estuvo abajo y dio unas vueltas por la sala, llamando la atención de todos los invitados por su aspecto concentrado, distraído y taciturno.

Desde el día del baile Pierre notaba la inminencia de sus accesos de hipocondría, contra los que trataba de luchar desesperadamente. Al iniciarse la amistad del príncipe y la condesa, había recibido el nombramiento de chambelán cuando menos lo esperaba y, a raíz de eso, comenzó a experimentar un sentimiento de pesadumbre y vergüenza en la alta sociedad. Lo asaltaban de continuo lúgubres ideas sobre la vanidad de todo lo humano; ese negro humor aumentó al advertir los sentimientos de su protegida Natasha y el príncipe Andréi por el contraste que veía entre la propia situación y la de su amigo. Trataba de evitar por igual cualquier pensamiento relativo a su mujer Elena, Natasha y el príncipe Andréi. Todo volvía a parecerle mezquino en comparación con la eternidad y de nuevo se hacía la pregunta de otras veces: "¿Para qué todo esto?". Se obligaba a trabajar de día y de noche en sus asuntos masónicos, con la esperanza de alejar aquel estado de ánimo. Hacia las doce salió de los aposentos de la condesa, y ya en su despacho, habitación baja de techo y llena de humo, con su usado batín, se disponía a copiar algunos documentos originales escoceses cuando alguien entró en la estancia. Era el príncipe Andréi.

—¡Ah! ¿Es usted?— dijo Pierre, distraído y malhumorado. —Ya ve, estoy trabajando— y le mostró el cuaderno con ese aire de los desventurados que creen huir de las miserias de la vida entregándose al trabajo.

El príncipe Andréi, con el rostro radiante, dichoso y renovado, se detuvo ante Pierre y, sin reparar en su tristeza, le sonrió con el egoísmo de las personas felices.

—Pues sí, querido— dijo. —Ayer quise hablar contigo y vengo ahora para hacerlo. Nunca he sentido algo semejante: estoy enamorado, amigo mío.

Pierre, de pronto, suspiró profundamente y dejó caer su pesado cuerpo en el diván, junto al príncipe Andréi.

—De Natasha Rostova, ¿verdad?

—Sí, sí… ¿de quién va a ser? Nunca lo habría creído, pero este sentimiento es más fuerte que yo. Ayer sufrí lo indecible, pero no cambiaría ese sufrimiento por nada de este mundo. Antes no vivía; sólo ahora vivo,

pero no puedo vivir sin ella. Me pregunto si puede amarme… soy viejo para ella… ¿Por qué no dices nada?

—¿Yo? ¿Yo?… Ya se lo había dicho…— respondió Pierre. Se levantó y se puso a pasear. —Siempre lo he pensado… Esa muchacha es un tesoro… no hay otra como ella… Querido amigo, no lo piense más, se lo ruego, no lo dude: cásese, cásese y cásese… Estoy seguro de que no habrá un hombre más feliz que usted.

—Pero ¿y ella?

—Lo ama.

—No digas tonterías…— dijo el príncipe Andréi, sonriendo y sin dejar de mirar a Pierre.

—Lo ama, yo lo sé— gritó Pierre enfadado.

—No, escucha— dijo el príncipe reteniéndolo del brazo. —¿Sabes, acaso, en qué situación me hallo? Tengo que decirlo todo a alguien.

—Bueno, bueno, hable. Me alegro mucho— dijo Pierre.

Su rostro, en efecto, se transformó, se alisó la arruga de su frente y escuchó alegremente al príncipe Andréi, quien parecía, y era, un hombre distinto, un hombre nuevo. ¿Dónde estaba su desprecio de la vida, su desilusión, su angustia? Pierre era la única persona a quien podía contar todo cuanto llevaba en su interior, todo cuanto sentía; tan pronto trazaba con facilidad y valentía planes para un largo futuro, negándose a sacrificar su felicidad a un capricho de su padre, diciendo que el viejo príncipe aprobaría esa boda —que él conseguiría que diese su aprobación—, que acabaría por querer a Natasha y, en caso contrario, prescindiría de su permiso; tan pronto se maravillaba del sentimiento que lo embargaba como si fuera algo extraño, ajeno y al margen de él.

—Si me lo hubieran dicho, nunca habría creído en la posibilidad de amar así. No se parece en nada a lo sentido en otro tiempo— decía; —para mí, el mundo está dividido en dos mitades; una es ella, y ahí está toda la felicidad, la esperanza, la luz; y en la mitad donde ella no está todo es oscuridad y penumbra…

—Oscuridad y penumbra— repitió Pierre, —sí, sí, lo comprendo.

—Yo no puedo dejar de amar la luz. No es culpa mía. Soy muy feliz, ¿entiendes? Sé que tú te alegras por mí.

—Sí, sí— confirmó Pierre, mirando a su amigo con ojos enternecidos y tristes.

Cuanto más luminoso le parecía el destino del príncipe Andréi, más oscuro se le presentaba el propio.

XXIII

Para casarse, el príncipe Andréi necesitaba el consentimiento de su padre, y con ese fin partió al día siguiente para entrevistarse con él.

El padre recibió la noticia con calma aparente, pero con secreta rabia. No podía comprender que alguien quisiera cambiar la vida, introducir en ella un nuevo elemento, cuando para él la vida ya había terminado. "Que me dejen terminar de vivir a mi gusto y después que hagan lo que quieran", pensaba el viejo. Sin embargo prefirió usar con su hijo la diplomacia a la cual recurría en casos importantes. Adoptó un tono tranquilo y examinó la cuestión detenidamente.

Ante todo, el matrimonio no era brillante ni desde el punto de vista del parentesco o la riqueza ni desde el de la posición social; en segundo lugar, el príncipe Andréi ya no era un jovenzuelo y tenía delicada salud (el viejo insistió especialmente en este argumento), y ella era muy joven; además, él tenía un hijo y no era aconsejable confiárselo a una chiquilla; y por último, añadió mirando burlonamente a su hijo: "Te ruego que aplaces la boda un año. Vete al extranjero, trata de curarte; busca, como era tu intención, un preceptor alemán para el príncipe Nikolái y después, si el amor, la pasión o la terquedad, como quieras llamarlo, siguen siendo tan grandes, cásate. Ésta es mi última palabra, ya lo sabes: la última…", terminó con un tono que expresaba claramente que nada podía hacer que se volviera atrás.

El príncipe Andréi comprendió claramente que su padre estaba convencido de que sus sentimientos o los de su futura mujer no resistirían la prueba de un año de distanciamiento, o que él mismo, el viejo príncipe, moriría antes, por lo cual decidió cumplir la voluntad de su padre: pedir la mano y dejar la boda para pasado un año.

Tres semanas después de su última visita a los Rostov, el príncipe Andréi volvió a San Petersburgo.

Al día siguiente de la conversación con su madre, Natasha esperó a Bolkonski durante todo el día, pero el príncipe no fue a verla; lo mismo sucedió al segundo día y al tercero. Tampoco Pierre hizo acto de presencia; y Natasha, que desconocía el viaje del príncipe Andréi para entrevistarse con su padre, no podía explicarse su ausencia.

Así pasaron tres semanas. Natasha no quería salir a ningún lado, caminaba como una sombra por las habitaciones, ociosa y triste. Por las noches, cuando nadie podía verla, lloraba y no iba al dormitorio de su madre. Se ruborizaba constantemente y daba rienda suelta a sus nervios. Se imaginaba que todo el mundo conocía su desengaño, que se reían de ella y la compadecían. Su vanidad herida acrecentaba su pena.

Cierta vez entró en la habitación de la condesa para decirle algo y de pronto comenzó a llorar. Sus lágrimas eran como las de un niño que ignora por qué se lo castiga.

La condesa procuró calmarla. Pero Natasha, que empezó escuchando a su madre, la interrumpió:

—Basta, mamá… No pienso ni quiero pensar. Venía, ha dejado de venir, ha dejado de venir… y eso es todo…

La voz temblaba; estuvo a punto de llorar de nuevo pero logró dominarse y continuó tranquilamente:

—Además, no quiero casarme. Le tengo miedo. Ahora estoy completamente tranquila, completamente…

Al día siguiente volvió a ponerse el vestido viejo que le gustaba porque con él había conocido muchas mañanas alegres y volvió a sus antiguas costumbres abandonadas desde la noche del baile. Después del té fue al salón, cuya fuerte sonoridad le agradaba tanto, y se puso a repasar su solfeo. Terminada la primera lección, pasó al centro de la sala y repitió una frase musical muy de su gusto. Escuchaba con placer (como si para ella fuera algo nuevo) la gracia con que su voz se difundía en el vacío de la sala, hasta llenarlo, y después se extinguía lentamente. Y de pronto recobró su alegría.

“No hay que pensar tanto en eso, también así estoy bien”, se dijo. Después se puso a pasear por el sonoro parquet, pisando con el tacón y la puntera de los nuevos zapatos que tanto le agradaban, escuchando gozosa el ruido de sus pasos y su propia voz. Al pasar ante el espejo se contempló en él: “¡Aquí estoy yo! —parecía decir la expresión de su cara al verse—. Perfectamente… no necesito a nadie”.

Un lacayo quiso entrar para arreglar algo en la sala, pero Natasha no lo permitió. Cerró la puerta y siguió paseándose. Aquella mañana volvió a su estado predilecto de amor y admiración por sí misma. “Qué encantadora es esta Natasha —decía fingiendo que un hombre hablaba de ella—. Es guapa, canta bien, es joven y no molesta a nadie. Necesita tan sólo que la dejen tranquila.” Pero, por mucho que la dejaran tranquila, no conseguía la calma que deseaba y de inmediato se dio cuenta de ello.

Se abrió en el vestíbulo la puerta de entrada, alguien preguntó si estaban en casa los señores. Se oyeron pasos. Natasha se miraba en el espejo, pero no se veía. Sintió voces en la antesala. Cuando se vio, su rostro estaba pálido. Era *él*. Estaba segura, aunque su voz apenas si le llegaba a través de las puertas cerradas.

Pálida y asustada, corrió al salón.

—¡Mamá, ha venido Bolkonski!— dijo. —Esto es terrible, mamá, insoportable. No quiero… sufrir. ¿Qué debo hacer?…

Aún no había podido contestar la condesa cuando ya entraba el príncipe Andréi con el rostro grave e inquieto. Su cara resplandeció al ver a Natasha. Besó la mano de la condesa, también la de Natasha, y se sentó cerca del diván.

—Hace tiempo que no habíamos tenido el placer…— comenzó a decir la condesa. Pero el príncipe Andréi la interrumpió, deseoso, al parecer, de exponer cuanto antes lo que deseaba.

—No he venido en tanto tiempo porque estuve con mi padre. Tenía necesidad de hablar con él de algo importante para mí. He llegado esta noche a San Petersburgo y… —miró a Natasha—. Necesito hablar con usted, condesa —añadió tras un breve silencio.

La condesa lanzó un profundo suspiro y bajó la cabeza.

—Estoy a su disposición— dijo.

Natasha comprendió que debía retirarse, pero no podía hacerlo. Algo atenazaba su garganta; miraba fijamente y con los ojos muy abiertos al príncipe Andréi, olvidando las reglas de urbanidad.

"¡Así, tan pronto! ¿En seguida…? ¡No, esto no es posible!", pensó.

Él la miró de nuevo, y aquella mirada la convenció de que no se equivocaba: en aquel momento iba a decidirse su suerte.

—Vete, Natasha; ya te llamaré— murmuró la condesa.

Natasha miró a su madre y al príncipe con ojos asustados, suplicantes, y salió de la habitación.

—Condesa, he venido a pedirle la mano de su hija— dijo el príncipe Andréi.

El rostro de la condesa se enrojeció; pero no dijo nada.

—Su petición…— comenzó después lentamente. El príncipe Andréi la contemplaba en silencio. —Su petición…— se sentía confusa —me es grata… la acepto y me siento feliz por ello… Espero que mi marido… espero que… pero esto depende de ella…

—Se lo diré cuando tenga su consentimiento… ¿Me lo otorga?— dijo el príncipe Andréi.

—Sí— respondió la condesa.

Y le tendió la mano. Con una mezcla de distanciamiento y ternura puso sus labios en la frente del príncipe, cuando él besaba su mano. Deseaba amarlo como a un hijo, pero lo sentía extraño y temible para ella.

—Estoy segura de que mi marido estará de acuerdo— añadió después. —Pero su padre…

—Mi padre, a quien informé de mis intenciones, pone como condición indispensable para dar su consentimiento que el matrimonio se celebre dentro de un año. Esto es lo que deseaba decirle— explicó el príncipe Andréi.

—Sí, Natasha es muy joven. Pero ¡tanto tiempo!…

—No puede ser de otro modo— contestó el príncipe con un suspiro.

—Se la enviaré— dijo la condesa. Y salió del salón. "¡Dios mío, ten piedad de nosotros!", se decía mientras iba en busca de su hija.

Sonia le dijo que Natasha estaba en su habitación. La encontró sentada en el lecho, muy pálida, con los ojos secos y fijos en los iconos; se

santiguaba rápidamente y murmuraba algo. Al ver a su madre se levantó de un salto y corrió a su encuentro.

—¿Qué dijo, mamá?… ¿Qué?

—Ve, ve junto a él. Ha pedido tu mano— dijo la condesa fríamente, al menos así le pareció a Natasha. —Ve… ve— repitió, y se quedó mirando con tristeza y reproche a su hija, que corría fuera de la habitación. Después suspiró profundamente.

Natasha nunca podría recordar cómo entró en el salón. En el umbral vio al príncipe Andréi y se detuvo. "¿Es posible que ese extraño sea ahora *todo* para mí? —se preguntó—. Sí, todo, él es ahora la persona que más quiero en el mundo", se respondió rápidamente. El príncipe Andréi se acercó a ella con los ojos bajos.

—La amo desde el primer momento que la vi. ¿Puedo confiar?

La miró y quedó sorprendido por la expresión grave y apasionada de su rostro, que parecía decir: "¿Para qué preguntar? ¿Por qué dudar de lo que es evidente? ¿Para qué hablar, cuando no hay palabras que expresen lo que se siente?".

Se acercó al príncipe y se detuvo, tomó su mano y la besó.

—¿Me ama usted?

—¡Sí, sí!— dijo Natasha, como fastidiada. Después suspiró una y otra vez, y rompió en sollozos.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué llora?

—¡Ah, soy tan feliz!— respondió ella, sonriendo entre lágrimas. Se inclinó hacia él, pensó unos segundos, como preguntándose si podía hacerlo, y lo besó.

El príncipe Andréi tenía entre las suyas las manos de Natasha, la miraba a los ojos y no encontraba en su corazón el anterior amor hacia ella. Algo en él había cambiado: ya no sentía la fascinación poética y misteriosa del deseo, sino piedad y ternura infinita por su debilidad de mujer y niña, miedo de su entrega y confianza, la conciencia dolorosa y al mismo tiempo alegre del deber que lo ataba para siempre a ella. Y ese nuevo sentimiento, sin ser tan poético y luminoso, como antes, era más serio y fuerte.

—¿Le ha dicho maman que no podemos casarnos antes de un año?— preguntó el príncipe Andréi, sin dejar de mirarla a los ojos.

“¿De veras soy aquella niña-mujer, como todos me llamaban? —pensaba Natasha—. ¿Voy a ser desde ahora *esposa* de este hombre extraño, encantador e inteligente, a quien respeta hasta mi padre? ¿Es posible que sea verdad? ¿Es verdad que ahora ya no podré tomar la vida en broma, que ya soy mayor, responsable de cada acto y de cada palabra? Pero ¿qué me ha preguntado?”

—No— respondió, sin comprender qué le había preguntado.

—Perdóneme— dijo el príncipe Andréi, —pero usted es tan joven y yo he vivido tanto. Temo por usted. No se conoce a sí misma.

Natasha lo escuchaba con atención, tratando, sin lograrlo, comprender el sentido de aquellas palabras.

—Por muy penoso que sea para mí este año que retrasa mi felicidad— prosiguió el príncipe, —en este plazo usted podrá comprobar sus sentimientos. Dentro de un año le volveré a pedir que me haga feliz. Pero, entretanto, usted es libre. Nuestro noviazgo permanecerá en secreto y, si se convence de que no me ama, o si se enamora…— y el príncipe sonrió forzadamente.

—¿Por qué dice eso?— lo interrumpió Natasha. —Sabe que desde el día que llegó a Otrádnoie por primera vez me enamoré de usted— dijo, convencida de que esto era así.

—En un año podrá conocerse a sí misma…

—¡Todo un año!— exclamó Natasha. Sólo ahora comprendía que la boda se retrasaba todo aquel tiempo. —¿Por qué un año? ¿Por qué? El príncipe Andréi explicó los motivos de aquel aplazamiento, pero Natasha no lo escuchaba.

—¿No puede ser de otro modo?— preguntó todavía.

El príncipe no contestó, pero su rostro expresaba la imposibilidad de cambiar esa decisión.

—¡Es terrible! ¡Sí, realmente terrible!— dijo Natasha, y de nuevo rompió a llorar. —Me moriré en ese año de espera; no puede ser, es terrible.

Miró a su novio y vio en su rostro una expresión de compasión y perplejidades.

—No, no, haré cuanto sea necesario— y se secó rápidamente las lágrimas. —¡Me siento tan feliz!

El padre y la madre entraron en la sala para bendecir a los novios.

Desde aquel día, el príncipe Andréi frecuentó la casa de los Rostov en calidad de prometido de su hija.

XXIV

No hubo ceremonia de compromiso ni se dijo a nadie que Bolkonski y Natasha estaban prometidos. Tal había sido el deseo del príncipe Andréi; decía que la culpa del retraso era suya y que él debía soportar sus consecuencias; su compromiso lo ataba para siempre, pero no quería ligar a Natasha y la dejaba en libertad completa. Si al cabo de seis meses se daba cuenta de que no lo amaba, tendría pleno derecho a recobrar su libertad. Naturalmente que ni Natasha ni sus padres querían oír hablar de ello, pero el príncipe Andréi se mantuvo firme. Iba todos los días a casa de los Rostov pero no trataba a Natasha como novio. Le hablaba de *usted* y se limitaba a besarle la mano. Entre el príncipe Andréi y Natasha se establecieron relaciones que nada tenían que ver con las anteriores: eran unas relaciones cordiales y sencillas, como si hasta entonces no se hubiesen conocido. A los dos les gustaba recordar como se veían cuando no eran *nada* el uno para el otro. Los dos se sentían ahora completamente distintos de como eran entonces: antes fingían y ahora eran sencillos y sinceros.

La familia de Natasha mostró cierto embarazo al comienzo de sus relaciones con Bolkonski; les parecía un ser de un mundo ajeno, y durante mucho tiempo Natasha procuró familiarizar a los suyos con él, afirmando con orgullo a todos que su prometido no era, en realidad, tan especial como parecía, que era igual a los demás, que ella no le tenía ningún miedo y que nadie se lo debía tener. Al cabo de algunos días la familia se acostumbró a él y, sin que los cohibiese su presencia, siguieron su vida de antes, en la cual él tomaba parte. Sabía hablar de la administración de las tierras con el conde, de modas con la condesa y Natasha, de álbumes y bordados con Sonia. A veces los Rostov, entre sí y delante del príncipe Andréi, se

asombraban de cómo había sucedido todo y de lo evidentes que eran los presagios: la llegada del príncipe Andréi a Otrádnoie, su viaje a San Petersburgo, la semejanza entre Natasha y el príncipe (que la niñera había señalado cuando los visitó por primera vez), el altercado entre Andréi y Nikolái en 1805 y tantas otras circunstancias que parecían haber propiciado todo cuanto había sucedido.

En casa de los Rostov reinaba aquel ambiente de poética languidez y silencio que siempre rodea a los prometidos. Con frecuencia, estando todos juntos, guardaban silencio. En ocasiones se retiraban, dejando solos a los dos enamorados, que seguían callados. Raras veces hablaban de su futura vida. El príncipe Andréi tenía miedo y le remordía la conciencia abordar esos temas y Natasha compartía tales sentimientos, como todos los suyos, que siempre adivinaba. Una vez le preguntó por su hijo. El príncipe Andréi se ruborizó, cosa que le ocurría con frecuencia en aquel tiempo y que tanto gustaba a Natasha, y dijo que el niño no viviría con ellos.

—¿Por qué?— preguntó Natasha asustada.

—No puedo quitárselo al abuelo, y además…

—¡Cuánto lo habría querido! Pero lo comprendo, no quiere dar motivos para que nos acusen ni a usted ni a mí— dijo Natasha adivinando momentáneamente lo que él pensaba.

El viejo Rostov se acercaba a veces al príncipe Andréi, lo besaba y le pedía consejo sobre la educación de Petia o el servicio de Nikolái. La condesa suspiraba mirándolos. Sonia temía siempre ser inoportuna y buscaba cualquier pretexto para dejarlos solos, aun cuando no era necesario. Cuando el príncipe Andréi contaba algo (era un excelente narrador), Natasha lo escuchaba con orgullo; y cuando era ella la que hablaba, notaba con alegría y temor que él la miraba con aire atento y escrutador. Se preguntaba perpleja: "¿Qué busca en mí? ¿Qué trata de averiguar cuando me mira así? ¿Y qué pasará si no hay en mí lo que él busca con esa mirada?". A veces la dominaba una alegría desbordada tan inherente a ella, y entonces le gustaba ver y oír la risa del príncipe; reía pocas veces, pero cuando reía se entregaba por entero y cada vez después de ello Natasha se sentía más próxima a él. La felicidad de Natasha habría sido completa si no la hubiera asustado la idea de una cada vez más próxima separación.

La víspera de su partida de San Petersburgo, el príncipe Andréi se hizo acompañar por Pierre, que desde el día del baile no había visitado a los Rostov. Pierre parecía desorientado y confuso. Quedó conversando con la condesa mientras Natasha y Sonia se llevaban al príncipe hacia la mesita de ajedrez.

—Hace tiempo que conoce a Bezújov, ¿verdad?— preguntó el príncipe a Natasha. —¿Lo estima?

—Sí; es un hombre bueno, un poco excéntrico.

Y como siempre que hablaba de Pierre, comenzó a contar anécdotas sobre su distracción, anécdotas que a veces inventaba.

—Le he confiado nuestro secreto— dijo el príncipe Andréi. —Lo conozco desde la infancia; tiene un corazón de oro. Yo, Natasha…— dijo, de pronto, seriamente. —Yo debo partir. Dios sabe lo que puede suceder. Usted, tal vez, deje de amar… Bien, sé que no debo hablar de eso, pero le pido una cosa: si algo le sucediera mientras estoy ausente…

—¿Qué puede suceder?

—Si ocurriera alguna desgracia…— continuó el príncipe, —le ruego, mademoiselle Sophie— y se volvió a Sonia, —que acudan a él en busca de consejo y ayuda. Es el hombre más distraído y estrafalario que hay, pero el mejor corazón que pueda haber en el mundo.

Ni sus padres, ni Sonia, ni el príncipe Andréi podían haber previsto qué efecto produciría en Natasha la marcha de su novio. Con el rostro enrojecido, inquieto, los ojos sin lágrimas, recorrió de arriba abajo la casa durante todo el día, ocupándose de las cosas más insignificantes, como si no comprendiera lo que la esperaba. No lloró ni cuando él, al despedirse, besó por última vez su mano.

—¡No se vaya!— dijo con una voz que hizo dudar al príncipe sobre la conveniencia de quedarse y que después había de recordar durante mucho tiempo. Tampoco lloró cuando se fue; pero durante algunos días permaneció en su habitación, sin interesarse por nada, y repitiendo de cuando en cuando: “¡Ah! ¿Por qué se ha ido?”.

Sin embargo, dos semanas después, con gran sorpresa de cuantos la rodeaban, Natasha se rehízo de su depresión moral y volvió a ser la de

antes, aunque su fisonomía moral había cambiado, como cambia la cara de los niños que se levantan de la cama después de una larga enfermedad.

XXV

La salud y el carácter del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski se habían debilitado mucho aquel año, después de la partida de su hijo para el extranjero. Más irritable que antes, descargaba todos los estallidos de su inmotivada cólera sobre la princesa María. Parecía buscar afanosamente todo aquello que le produjera dolor para mortificarla con la mayor crueldad posible. Dos pasiones tenía la princesa y, por tanto, dos alegrías: la religión y su sobrino Nikólushka. Y ambas constituían el tema favorito de los ataques y las ironías del príncipe. Hablárase de lo que se hablara, siempre llevaba la conversación hacia el tema de las supersticiones de las viejas solteronas o de los excesivos y perjudiciales mimos a los niños. "Quieres hacer de él una solterona como tú, pero en vano: el príncipe Andréi necesita un hijo, y no una solterona", decía. Otras veces, se volvía a mademoiselle Bourienne y le preguntaba, en presencia de la princesa María, qué pensaba de los popes y los iconos rusos. Después bromeaba sobre ambas cosas…

Ofendía de continuo y dolorosamente a la princesa, que, por su parte, no necesitaba hacer el menor esfuerzo para perdonarlo. ¿Podía considerar a su padre culpable e injusto por su modo de tratarla? Su padre la quería y ella no dudaba de su cariño. Además, ¿qué era la justicia? La princesa no pensaba jamás en esa soberbia palabra: "justicia". Todas las complicadas leyes humanas se reducían para ella a una simplísima y clara: la ley del amor y del sacrificio, promulgada por Aquel que, siendo Dios, sufrió por amor a la humanidad. ¿Qué le importaba a ella la justicia o la injusticia de los hombres? Ella debía sufrir y amar, y eso era lo que hacía.

Durante el invierno, el príncipe Andréi estuvo en Lisie-Gori. Se mostró alegre, amable y cariñoso con la princesa María, que no recordaba haberlo

visto así hacía tiempo. Presintió que algo le había ocurrido, pero nada le dijo de su amor. Antes de partir, el príncipe Andréi tuvo una larga conversación con su padre, y la princesa María comprendió que habían quedado descontentos el uno del otro.

Poco después de la marcha del príncipe Andréi, la princesa escribió desde Lisie-Gori a San Petersburgo, a su amiga Julie Karáguina —de luto en aquel entonces por uno de sus hermanos, muerto en Turquía—, a la cual, como hacen todas las muchachas, quería casar con el príncipe Andréi:

> Las penas parecen ser nuestra suerte común, querida y dulce amiga Julie.
>
> La pérdida que ha sufrido es tan terrible que sólo puedo explicármela como un particular favor de Dios, que, porque las ama, quiere poner a prueba a su excelente madre y a usted. ¡Ah, querida amiga! La religión y sólo la religión puede no digo consolarnos, sino librarnos de la desesperación. Sólo la religión puede explicar lo que, sin su ayuda, el ser humano no podría comprender: por qué, para qué, seres buenos y nobles, que saben hallar la felicidad en la vida y que no sólo no hacen daño a nadie, sino que son necesarios para el bien de los demás, son llamados por Dios, mientras quedan aquí abajo tantas personas malvadas, inútiles, nocivas, o bien otras que son una carga para sí y para los demás. La primera muerte que vi, y no olvidaré jamás, fue la de mi querida cuñada, y me produjo la misma impresión. Así como usted pregunta al destino por qué había de morir su excelente hermano, así he preguntado yo por qué debía desaparecer Lisa, un ángel que a nadie había hecho daño y tan sólo albergaba buenos pensamientos. Y bien, querida amiga. Cinco años han pasado desde entonces, y ahora, con mi insignificante inteligencia, comienzo a comprender claramente para qué debía morir y por qué esa muerte no era más que la expresión de la infinita bondad del Creador, cuyos actos, casi siempre incomprensibles para nosotros, son una manifestación de su

inmenso amor hacia sus criaturas. Pienso con frecuencia si no era ella demasiado angelical e inocente para poder soportar todos los deberes de una madre. Ella fue irreprochable como esposa joven, pero, tal vez, no lo habría sido como madre. Ahora, no sólo nos ha dejado, y especialmente al príncipe Andréi, el más puro pesar y el recuerdo, sino que ocupará allí un lugar que yo no me atrevo a esperar para mí. Mas, sin hablar de Lisa, esta muerte prematura y terrible ha tenido la más benéfica influencia sobre mí y sobre mi hermano, a pesar de toda su tristeza. Entonces, en el momento de la dolorosa pérdida, estos pensamientos no podían acudir a mi mente: los habría desechado con horror, pero ahora los veo claros e indiscutibles. Le escribo todo esto, querida amiga, para convencerla de una verdad evangélica que yo he convertido en norma de vida: ni un solo cabello caerá de nuestra cabeza sin Su voluntad. Y Su voluntad no se guía más que por un amor infinito a todos nosotros. Por eso, cuanto nos ocurre es por nuestro bien. Me pregunta si pasaremos el invierno en Moscú. A pesar del gran deseo que tengo de verla, no creo ni quiero que sea así. Le extrañará que la causa sea Buonaparte. La explicación es la salud de mi padre, cada vez más débil. No puede sufrir una sola contradicción, se irrita a cada momento. Esa irritación, como sabe, va dirigida principalmente hacia la situación política. No soporta la idea de que Buonaparte trate de igual a igual a todos los soberanos de Europa, y especialmente al nuestro, ¡al nieto de la gran Catalina! Ya sabe que soy indiferente por completo a los asuntos políticos, pero por lo que dice mi padre y sus conversaciones con Mijaíl Ivanovich sé lo que ocurre en el mundo y, sobre todo, los honores que se tributan a Buonaparte; creo que de todo el mundo, sólo en Lisie-Gori no se lo reconoce como un gran hombre, y menos aún como emperador de los franceses. Mi padre no puede soportarlo; con sus ideas sobre la política y previendo los choques que

tendría por su costumbre de expresar las opiniones propias sin miramiento alguno, habla de mala gana de un viaje a Moscú. Todo cuanto ganaría con un tratamiento médico lo perdería con sus discusiones sobre Buonaparte, que son inevitables. De todas maneras, la cosa se decidirá pronto. Nuestra vida familiar es la de siempre, aunque no contamos con la presencia de mi hermano Andréi. Como le escribí, había cambiado mucho últimamente. Después de su desgracia, tan sólo ahora, este año, lo vi moralmente curado. Volvió a ser el mismo que yo conocí de niño: bueno y cariñoso, con un corazón de oro que no tiene igual. Ha comprendido, al parecer, que la vida no ha terminado para él. Pero junto a ese cambio interior se ha debilitado mucho físicamente: está más delgado que antes, más nervioso, y temo por él. Me alegra que emprenda este viaje al extranjero, prescrito por los médicos hace tiempo. Espero que eso lo restablezca. Me dice usted en su carta que en San Petersburgo se habla de él como de uno de los jóvenes más activos, cultos e inteligentes. Perdóneme mi vanidad de hermana, pero yo nunca había dudado de eso. Es imposible contar todo el bien que aquí hizo, tanto a sus mujiks como a la nobleza. Creo que en San Petersburgo recibió la recompensa que merecía. Me asombra cómo llegan los rumores de San Petersburgo a Moscú, y especialmente esas cosas tan falsas que me cuenta en su carta sobre el supuesto matrimonio de mi hermano con la pequeña Rostov. Dudo que mi hermano vuelva a casarse, y menos con esa joven. Le diré por qué: sé bien, aunque habla muy poco de su difunta mujer, que el dolor de aquella pérdida está muy arraigado en su corazón y no se decidirá a sustituirla y dar una madrastra a nuestro pequeño ángel. En segundo lugar, a juzgar por lo que yo sé, esa joven no pertenece a la categoría de mujeres que gustan a mi hermano; no creo que el príncipe Andréi la escoja por esposa, y le confesaré francamente que no lo deseo. Pero me extiendo demasiado; estoy terminando ya la segunda hoja.

Adiós, mi querida amiga; que Dios la tenga en su santa y poderosa custodia. Mi querida amiga, mademoiselle Bourienne, le manda un beso.

Mary.

XXVI

A mediados del verano, la princesa María recibió desde Suiza una carta del príncipe Andréi donde le comunicaba una noticia tan extraña como inesperada. Le anunciaba su compromiso con la joven Rostov. Toda la carta rebosaba entusiasmo amoroso hacia su prometida, y de tierna y confiada amistad hacia su hermana. Decía que nunca había amado como ahora y que sólo ahora comprendía la vida. Rogaba a la princesa que le perdonase si en Lisie-Gori no le había dicho nada sobre su decisión, aunque hubiera hablado de ello con su padre. No lo hizo para que ella no intercediera ante el viejo príncipe con objeto de obtener su consentimiento, lo cual contribuiría a su cólera sin conseguir el fin propuesto, y ella habría cargado con todo el peso del descontento paterno. Sin embargo, decía, la cosa no estaba entonces tan decidida como ahora. "Nuestro padre me pidió que retrasara nuestro matrimonio un año; ya han pasado *seis* meses, la mitad del plazo, y cada vez estoy más firme en mi decisión. Si los médicos no me retuvieran aquí, en el balneario, volvería a Rusia, pero tengo que esperar tres meses más. Tú me conoces y sabes mis relaciones con nuestro padre. No necesito que me dé nada. He sido y seré siempre independiente, pero obrar contra su voluntad, merecer su cólera, cuando quizá le queda tan poco de vida, destruiría la mitad de mi dicha. Le escribo también a él sobre lo mismo y te ruego que, cuando lo creas oportuno, le entregues mi carta. Y me digas cómo reacciona y si hay alguna esperanza de que consienta en abreviar en tres meses el plazo fijado."

Después de largas vacilaciones, dudas y oraciones, la princesa María llevó la carta a su padre.

Al día siguiente, el viejo príncipe le dijo tranquilamente:

—Escribe a tu hermano y dile que espere mi muerte… No tendrá que esperar mucho. Pronto lo dejaré libre…

La princesa quiso objetar algo, pero el viejo no se lo permitió y comenzó a elevar cada vez más la voz.

—¡Cásate, cásate, querido!… ¡Una espléndida parentela!… ¡Gente cultísima! ¿Eh? ¿Ricos, eh? ¡Sí! Nikóleñka tendrá una buena madrastra. Escríbele que se case aunque sea mañana si quiere. Ella será la madrastra de Nikólushka y yo me casaré con la Bourienka… ¡Ja, ja, ja! ¡Así también él tendrá una madrastra! Pero debe saber que no quiero más mujeres en mi casa. Que se case y viva por su cuenta. A lo mejor también tú quieres irte con él— añadió, volviéndose a su hija. —¡Vete con Dios, puerta, puerta…!

Después de esta explosión de cólera, el príncipe no volvió a mencionar el asunto, pero el contenido disgusto del padre por la debilidad de su hijo se manifestaba continuamente en su actitud hacia la princesa María. A las antiguas burlas e ironías unía ahora una nueva: las conversaciones sobre las madrastras y sus amabilidades con mademoiselle Bourienne.

—¿Por qué no puedo casarme con ella también yo?— decía a su hija. —¡Sería una princesa excelente!

Con gran asombro y perplejidad, la princesa María se dio cuenta de que su padre, en efecto, intimaba cada vez más con la francesa. La princesa María escribió a su hermano y le contó cómo fue acogida su carta, pero lo consolaba dándole esperanzas de que conseguiría conciliar a su padre con esa idea.

Nikólushka y su educación, André y la religión, eran el consuelo y la alegría de la princesa. Pero, además de eso, como cada persona necesita tener esperanzas propias, personales, la princesa María guardaba en lo más profundo de su alma una ilusión y una esperanza que era el principal consuelo de su vida. Debía esa ilusión y esperanza a la gente de Dios, beatos y peregrinos que acudían a ella en secreto sin que el príncipe lo supiera. Cuanto más vivía la princesa María, cuanto más conocía y observaba la vida, tanto más la asombraba la miopía de la gente que buscaba aquí abajo, en la tierra, el placer y la felicidad: los hombres trabajan, sufren, luchan y se hacen mutuo daño para lograr ese bien imaginario, imposible e impuro. “El príncipe Andréi amaba a su esposa,

pero ella murió; no le bastaba con ello y quiere volver a encontrar la felicidad con otra mujer. Nuestro padre no quiere que se case, porque desea para Andréi un matrimonio más ilustre y rico. Todos ellos luchan, sufren y se atormentan, destruyendo su alma, su alma inmortal, por un bien tan efímero. No basta con que nosotros lo sepamos: Cristo, el Hijo de Dios, bajó a la tierra para decirnos que esta vida es un breve instante, una prueba. Pero seguimos aferrados a ella y en ella buscamos la dicha. ¿Cómo es que nadie lo ha comprendido? —pensaba la princesa María—. Nadie, excepto esa despreciada gente de Dios, que, con sus mochilas a la espalda, vienen a verme por la escalera de servicio temiendo el encuentro con el príncipe; no por temor al castigo, sino para no inducirlo a pecado. Abandonar la familia, la patria y todas las preocupaciones por los bienes de este mundo; deshacerse de todo, vestirse con un sayal, cambiar de nombre, ir de un sitio a otro, sin hacer daño a nadie y rogando por todos, por aquellos que los rechazan y por aquellos que los protegen: fuera de esta verdad y esta vida, no hay ni verdad ni vida.”

La princesa María estimaba especialmente a Fedósiushka, una mujer pequeña, picada de viruelas, de cincuenta años, tímida, que desde hacía treinta años caminaba con los pies descalzos, arrastrando unas cadenas. Un día, cuando en la penumbra de la habitación iluminada por la sola luz de la lamparilla de los iconos, Fedósiushka contaba su vida, la idea de que sólo ella había encontrado el verdadero camino en la vida la decidió a emprender también ella el camino de la peregrinación. Cuando Fedósiushka se fue a dormir, la princesa María se quedó largo rato meditando y, por extraño que pudiera parecer, decidió hacerse peregrina como ellos. Confió sus intenciones tan sólo al monje Akinfi, su director espiritual, y él las aprobó. Con el pretexto de preparar donativos para los peregrinos, la princesa consiguió la ropa necesaria: sayal, *lapti*, caftán y un pañuelo negro. Muchas veces, al acercarse a la cómoda secreta donde guardaba todo eso, la princesa María se detenía indecisa y se preguntaba si habría llegado el tiempo de poner en obra su determinación.

En ocasiones, al escuchar los relatos de los peregrinos, se conmovía al oír aquellas sencillas narraciones repetidas mecánicamente, pero que tenían para ella un sentido profundo; más de una vez estuvo a punto de

abandonarlo todo y huir de su casa. Se imaginaba a sí misma con Fedósiushka andando por caminos polvorientos con un tosco sayal, su cayado y su saco, recorriendo sin descanso santuario tras santuario, libre de toda envidia, sin amor humano, sin deseos, para llegar hasta el final, allí donde no hay tristezas ni gemidos, sino alegrías y placeres eternos.

"Llegaré a un lugar y rezaré; antes de acostumbrarme y tomarle apego, seguiré andando hasta que mis piernas desfallezcan; me tumbaré entonces y moriré en algún lugar; llegaré así al apacible y eterno puerto donde no existen penas ni suspiros…", pensaba la princesa María.

Pero luego, al ver a su padre y sobre todo al pequeño Nikolái, sus decisiones flaqueaban. Y lloraba en secreto, pues se creía pecadora: amaba a su padre y a su sobrino más que a Dios.

Cuarta parte

I

La ociosidad, según la tradición bíblica, la falta de todo trabajo, era la condición que aseguraba la felicidad, el bienestar del primer ser humano antes de su caída. El gusto por la ociosidad no ha cambiado en el hombre después de su caída, pero la maldición sigue pesando sobre él, y no sólo porque debamos ganar el pan con el sudor de nuestra frente, sino porque nuestra naturaleza moral nos prohíbe estar ociosos y tranquilos al mismo tiempo. Una voz secreta nos dice que por estar ociosos somos culpables. Si el hombre pudiese hallar un estado en el que, sin dejar de ser ocioso, supiese que es útil y que cumple con su deber, habría recuperado una parte de la felicidad primitiva. Hay todo un estamento, el militar, que goza de semejante estado de ociosidad obligatoria e irreprochable, y en ello reside y residirá el especial atractivo del servicio de las armas.

Nikolái Rostov experimentaba de lleno esa dicha después del año 1807, sirviendo en el regimiento de Pavlograd, donde ya mandaba el escuadrón que era antes de Denísov.

Rostov se había convertido en un buen muchacho de maneras rudas, a quien las amistades moscovitas encontrarían de *mauvais genre*[307] pero a quien querían y respetaban sus camaradas, subalternos y superiores; además, estaba contento de su propia vida.

Últimamente, en 1809, en las cartas de su casa se encontraba con lamentaciones cada vez más frecuentes de su madre; le decía que las cosas iban de mal en peor y que debería volver a casa para alegrar y tranquilizar a sus ancianos padres.

Al leer esas cartas Nikolái temía que quisieran sacarlo de un ambiente donde, libre de todas las complicaciones de la vida, se hallaba tan tranquilo

y feliz. Se daba cuenta de que, tarde o temprano, tendría que volver al caos de la existencia cotidiana con asuntos económicos que iban mal y que él debía arreglar, de cuentas con los administradores, de discusiones e intrigas, de relaciones sociales, y con el amor de Sonia y la promesa que le hiciera. Todo ello era horriblemente difícil y embrollado, y respondía a las cartas de su madre con unas líneas frías, con el clásico comienzo de: *"Ma chère maman"* y el final de: *"Votre obéissant fils*", guardando silencio acerca de sus intenciones de volver. En 1810 una carta de sus padres anunciaba el compromiso de Natasha con Bolkonski y el retraso del matrimonio por un año, a causa del viejo príncipe, que se oponía a la boda. Esa carta ofendió y disgustó a Nikolái. Ante todo, sentía perder a Natasha, a quien quería más que al resto de la familia; después, desde su punto de vista de húsar, le disgustaba no haberse encontrado en su casa para demostrar a Bolkonski que no era tan gran honor emparentarse con él y que, si amaba a Natasha, podía prescindir del permiso de su estrafalario padre. A punto estuvo de pedir permiso para ver a Natasha de prometida; pero se acercaron las maniobras, volvió a acordarse de Sonia, del embrollo existente, y determinó aplazar de nuevo el viaje. Mas en la primavera de aquel año recibió una carta que su madre escribía sin que el conde lo supiera, y eso lo decidió a partir. Decía la condesa que si Nikolái no volvía y se encargaba de los asuntos de la casa, acabarían por venderlo todo en pública subasta y quedarían reducidos a la miseria; añadía que el conde era tan débil, tenía tal confianza en Míteñka y era tan bueno que todos lo engañaban, y así las cosas iban de mal en peor. "En nombre de Dios, te suplico que vengas cuanto antes si no quieres vernos desgraciados a mí y a toda tu familia."

Esta carta impresionó a Nikolái. No le faltaba el buen sentido de los mediocres, que le señalaba su deber.

Ahora tenía que ir, si no solicitando la baja, sí, por lo menos, pidiendo un permiso. No le alcanzaban las razones, pero después de la siesta ordenó que le ensillaran a *Marte*, un potro gris muy resabiado que hacía tiempo no montaba; a la vuelta, con el caballo sudoroso, manifestó a Lavrushka (el asistente de Denísov, que ahora estaba con él) y a los camaradas que acudieron a verlo más tarde, que había pedido permiso y se iba a casa. Aunque le parecía extraño pensar que se iba sin enterarse en el Estado

Mayor (lo que le interesaba de manera especial) si lo promovían a capitán o le concedían la cruz de Santa Ana por su actuación en las últimas maniobras; que se iba, por extraño que fuera, sin ver al conde polaco Golujovski para venderle los tres caballos tan ansiados por éste y por los cuales había apostado que sacaría dos mil rublos; que se iba, por incomprensible que le pareciera la idea de no asistir al baile ofrecido a la señora Pshazdezka (para rivalizar con los ulanos, que ofrecían otro a la señora Borzhovka). Sabía que su deber era abandonar aquel ambiente feliz, donde todo estaba a la vista, y dirigirse a ese otro mundo en el que todo era absurdo y confuso. Una semana después recibió el permiso. Los húsares, no sólo del regimiento, sino de toda la brigada, le ofrecieron un banquete de quince rublos el cubierto, con dos orquestas y dos coros. Rostov bailó el *trepak* con el mayor Básov; los oficiales, embriagados, mantearon y abrazaron a Rostov y lo dejaron caer al suelo; los soldados del tercer escuadrón volvieron a mantearlo a los gritos de ¡hurra! Por último, colocaron a Nikolái en el trineo y lo acompañaron hasta la primera parada.

Como suele ocurrir, hasta la mitad del viaje, de Kremenchug a Kiev, los pensamientos de Rostov estaban aún vueltos hacia su escuadrón; pero pasada esa mitad del camino dejó de pensar en sus tres caballos bayos y en su sargento Dozhoiveiko y a preguntarse con inquietud qué encontraría en Otrádnoie. Cuanto más se acercaba, más pensaba en su casa, como si el sentido moral estuviera sujeto a la ley de que la fuerza de atracción es inversa al cuadrado de la distancia. En la última parada, antes de Otrádnoie, dio al postillón una propina de tres rublos para vodka y como un muchachito subió jadeante los escalones del portal de su casa.

Tras las primeras efusiones de su llegada y después de una extraña sensación de malestar por encontrar la realidad distinta de la esperada ("siempre lo mismo; ¿por qué me habré dado tanta prisa en venir?"), Nikolái comenzó a familiarizarse con el viejo mundo de la casa. Sus padres seguían siendo los mismos, aunque algo envejecidos. Lo único nuevo que en ellos había era cierta inquietud y, en ocasiones, un desacuerdo antes inexistente. Nikolái no tardó en advertir que la causa de esos roces era la mala situación económica. Sonia tenía ya diecinueve años y había llegado a la plenitud de su belleza. No prometía más de lo que tenía, pero también eso

era suficiente. Toda ella respiraba felicidad y amor desde la llegada de Nikolái; y ese amor fiel e indestructible era para él motivo de alegría. Más lo sorprendieron Petia y Natasha. El primero era ya un muchacho de trece años, alto, gracioso, inteligente y travieso, en plena muda de voz. Natasha asombró durante mucho tiempo a Nikolái, que no podía dejar de reír mirándola.

—Eres completamente distinta— decía.

—¿Es que estoy más fea?

—Al contrario. Pero… ¡vaya importancia! ¡Nada menos que princesa! — contestaba él en voz baja.

—Sí, sí, sí— asentía alegremente Natasha.

Le contó su romance con el príncipe Andréi, su llegada a Otrádnoie y hasta le mostró su última carta.

—¿Estás contento?— preguntaba. —Ahora soy feliz y estoy tranquila.

—¡Muy contento!— respondió Nikolái. —Es un hombre excelente. Y tú, ¿estás muy enamorada?

—¿Cómo te diría? Estuve enamorada de Borís, del profesor, de Denísov, pero ahora no es nada de eso. Estoy ahora tan feliz, tan tranquila. Sé que no hay personas mejores que él y me siento segura, serena. Es completamente distinto de lo de antes…

Nikolái no ocultó su descontento por el aplazamiento de la boda; pero Natasha atacó vivamente a su hermano, demostrándole que no podía ser de otro modo, que habría estado muy mal entrar en la familia contra la voluntad del padre y que ella misma lo deseaba así.

—No comprendes nada, nada— dijo, por último.

Nikolái calló y le dio la razón.

A menudo la miraba con asombro. Natasha no le parecía una novia enamorada separada de su prometido. Estaba tranquila y alegre, exactamente igual que antes. Eso sorprendía a Nikolái y hasta lo inducía a mirar con desconfianza el compromiso con Bolkonski. No creía que la suerte de su hermana se hubiera decidido ya, tanto más por no haber visto al príncipe Andréi con ella. Le parecía siempre que en aquel futuro matrimonio había algo que fallaba.

“¿Por qué retrasarlo? ¿Por qué no hacer público el compromiso?”, pensaba el joven. Una vez, mientras hablaba con su madre acerca de Natasha, comprendió, extrañado y en parte satisfecho, que su madre, como él, veía con cierta desconfianza aquel matrimonio.

—Ya ves— decía la condesa, enseñando a su hijo una carta del príncipe Andréi, con esa oculta hostilidad de cada madre hacia la futura felicidad conyugal de su hija. —Ya ves, dice que no puede venir antes de diciembre. ¿Qué puede retenerlo tanto? Probablemente su enfermedad. No tiene buena salud. Pero no hables de eso con Natasha. Y no creas en su alegría: son sus últimos días de soltera, yo sé cómo se pone cuando recibe carta de él. Aunque con la ayuda de Dios, todo irá bien— terminaba siempre la condesa. —Es una persona excelente.

II

Desde su vuelta Nikolái andaba serio y hasta triste. La necesidad de intervenir en los enojosos asuntos de la administración, para lo cual lo había llamado su madre, lo agobiaba cada vez más. Y para acabar lo antes posible con semejante carga, al tercer día de su regreso se dirigió, malhumorado y cejijunto, sin responder a su madre, que le preguntaba adonde iba, al pabellón de Míteñka para pedirle *cuentas de todo*. En qué consistían esas *cuentas de todo*, Nikolái lo ignoraba tanto como Míteñka, que temblaba de miedo y perplejidad ante el hijo del conde. La conversación y el informe de Míteñka no duraron mucho tiempo. El *stárosta* y los elegidos por la comunidad y el *zemstvo*, que esperaban en el vestíbulo, escucharon, con una mezcla de placer y temor, primero la voz del joven conde que subía de tono y después las temibles palabras injuriosas que caían seguidas una tras otra.

—¡Ladrón! ¡Bestia desagradecida…! ¡Perro, te haré pedazos!… ¡No estás hablando con mi padre…! ¡Nos has robado…!

Después aquella gente, con no menos placer y temor, vio cómo el joven conde, encendido el rostro, los ojos inyectados de sangre, sacaba a Míteñka por el cuello y, administrándole hábilmente, entre palabra y palabra, un puntapié en las posaderas, lo echaba fuera, gritando:

—¡Fuera! ¡Y que no vuelva a verte por aquí, canalla!

Míteñka bajó rodando los seis escalones y escapó corriendo por un plantío de arbustos. (Ese lugar servía de refugio a todos cuantos cometían en Otrádnoie alguna falta. El propio Míteñka se ocultaba allí cuando volvía borracho de la ciudad, y muchos habitantes del lugar, que se escondían de Míteñka, conocían la fuerza salvadora de aquel lugar.)

Las cuñadas y la mujer de Míteñka aparecieron asustadas en la puerta de una habitación donde hervía el reluciente samovar y se veía la alta cama del administrador; con un cobertor hecho con pequeños trozos de tela.

El joven Rostov, sofocado, sin reparar en ellas, volvió a su casa con paso enérgico.

La condesa, a quien las muchachas informaron inmediatamente de lo sucedido en el pabellón de Míteñka, por un lado se tranquilizó, pensando que la situación económica de la casa iba a mejorar, aunque la inquietó el efecto que el disgusto podía producir en su hijo. Varias veces, de puntillas, se acercó a la puerta de la habitación de Nikolái, oyendo cómo fumaba una pipa tras otra.

Al día siguiente el conde llamó aparte a su hijo y sonriendo tímidamente le dijo:

—Sabes, querido, te has acalorado por muy poca cosa. Míteñka me lo ha contado todo.

"Sabía bien que en este mundo imbécil no comprendería nada", pensó Nikolái.

—Te enfadaste porque no había inscrito setecientos rublos, ¿verdad? Pues estaban apuntados en otra página, que tú no viste.

—Papá, ese hombre es un miserable y un ladrón, lo sé. Lo hecho hecho está; pero, si usted no quiere, no le diré nada más.

—No, no, querido— también el conde estaba turbado. Se daba cuenta de que no había administrado bien los bienes de su mujer y que era culpable con respecto a sus hijos, pero no sabía cómo remediar el mal. —Te ruego que lleves tú esos asuntos. Yo soy viejo, yo…

—No, papá, perdóneme si lo he disgustado. Yo entiendo menos que usted.

"¡Que el diablo se lleve a los mujiks, el dinero y las cuentas! —pensó —. No entiendo ni una palabra de todo eso. En otros tiempos entendía algo de cartas y apuestas pero de páginas con doble registro no sé nada", se dijo a sí mismo. Y en adelante no volvió a meterse en aquellos asuntos. Sólo una vez la condesa llamó a su hijo para preguntarle qué pensaba hacer con un pagaré de dos mil rublos firmado por Anna Mijaílovna.

—Pues bien— respondió Nikolái rompiendo el papel.

—Usted me dijo que eso dependía de mí. No siento afecto ni por Anna Mijáilovna ni por Borís; pero fueron amigos nuestros y eran pobres. Esto es lo que hay que hacer— y rompió el pagaré.

El gesto de Nikolái provocó lágrimas de alegría en la condesa. Después, el joven Rostov, olvidándose por completo de los asuntos, se aficionó apasionadamente por algo nuevo para él: la caza con perros, un deporte que el viejo conde practicaba por todo lo alto.

III

Empezaban los primeros fríos. Las heladas matinales endurecían la tierra húmeda por las lluvias de otoño y los primeros brotes de las sementeras de invierno apuntaban ya con su verde intenso, destacándose entre los rastrojos amarillos de las siembras veraniegas, pisoteados por los animales, y las franjas rojizas del alforfón. Las copas de los árboles y los bosques, que a fines de agosto eran todavía islotes verdes en medio de los negros campos de cultivo, estaban ahora dorados y rojizos entre el verde de las sementeras de otoño. La liebre gris cambiaba el pelo; las crías de los zorros comenzaban a dispersarse por el campo y los lobos jóvenes eran ya más corpulentos que los perros. Era la estación ideal para la caza. Los perros de Rostov —cazador joven y fogoso— habían quedado flacos, y los ojeadores, reunidos en consejo, decidieron que deberían darles tres días de descanso, hasta el día 16, cuando comenzarían a seguir el rastro de una manada de lobos vista recientemente en Dubrava.

Así estaban las cosas el 14 de septiembre.

Todos permanecieron en casa todo el día. El frío había aumentado, pero al anochecer el aire se hizo más tibio y hasta comenzó a deshelar. El 15 de septiembre, cuando el joven Rostov, en batín, se acercó a la ventana, vio una mañana inmejorable para la caza: el cielo parecía fundirse y descender a la tierra; no soplaba viento. El único movimiento en el aire era el de la lenta caída de las microscópicas gotas de vapor o de niebla. De las ramas desnudas del jardín pendían unas gotas de agua transparentes que iban a caer sobre las hojas recién desprendidas. En la huerta, la tierra mojada y negra brillaba como la semilla de las amapolas y a cierta distancia se confundía con el velo deslucido y húmedo de la niebla. Nikolái salió al

porche húmedo y con pisadas de barro. El aire olía a bosque marchito y a perros. *Milka*, una perra negra con manchas rojas, anchos cuartos traseros y negros ojos, grandes y saltones, se levantó al ver a su dueño, se estiró, se encogió como una liebre y saltó sobre Nikolái, lamiéndole la nariz y el bigote. Otro perro, un galgo, corrió rápidamente con el espinazo curvado desde un sendero del jardín y, alzando la cola, comenzó a restregarse contra las piernas de su Nikolái.

"¡Oh! ¡Hoy!", se oyó la llamada inimitable de los cazadores, mezcla del bajo más profundo con el más agudo tenor; y Danilo, el montero mayor, apareció en un ángulo de la casa.

Con el pelo canoso cortado a rape, según la usanza ucraniana, el rostro de Danilo, surcado de arrugas, expresaba independencia y desprecio por todo cuanto hubiese en el mundo, expresión innata a los cazadores. Llevaba la fusta enrollada en la mano y se quitó el gorro circasiano delante del amo y lo miró con desdén, un desdén que no ofendía a Rostov. Nikolái sabía que ese Danilo, que despreciaba a todos y se sentía por encima de todos, era uno de sus hombres y cazador.

—¡Danilo!— dijo tímidamente Nikolái, sintiendo que al ver aquel tiempo tan favorable, los perros y el montero, lo invadía ya esa pasión invencible por la caza cuando el hombre parece olvidar todo lo demás, como el enamorado en presencia de su amada.

—¿Qué ordena, Excelencia?— preguntó Danilo con voz de sochantre, ronca a fuerza de excitar a los perros. Los ojos negros del montero miraron de soslayo al amo, que seguía callado. "¿Qué, ya no puedes resistir?", parecía decirle aquella mirada.

—¡Un día magnífico, eh!— dijo Nikolái, rascando a *Milka* detrás de las orejas. —Para perseguir y para correr.

Danilo no contestó, se limitó a parpadear.

—He mandado a Uvarka en cuanto amaneció, para escuchar— dijo con su ronca voz de bajo después de un minuto de silencio. —Dice que *se han pasado* al bosque de Otrádnoie y que aúllan por ahí abajo. (Decir "se han pasado" significaba que la loba y sus crías, de la cual ambos tenían referencia, se encontraba en el bosque de Otrádnoie, a dos kilómetros de distancia de la casa en una pequeña reserva de terreno.)

—¿Habrá que ir, eh?— dijo Nikolái. —Llama a Uvarka y subid los dos.

—Como usted mande.

—Mientras tanto no des de comer a los perros.

—Está bien.

Cinco minutos después Danilo y Uvarka estaban en el amplio despacho de Nikolái. A pesar de que Danilo no era muy alto, en la habitación y entre los muebles —un ambiente normal de vida humana— hacía el efecto de un caballo o un oso. Él mismo debía comprenderlo, y de ordinario procuraba quedarse al lado de la puerta, trataba de hablar en voz baja y no se movía, como si temiera romper alguna cosa en las habitaciones señoriales. Procuraba despachar lo más pronto posible para salir al aire libre, bajo el cielo, y perder de vista el techo.

Cuando hubieron terminado las preguntas y conseguida la opinión de Danilo de que los perros estaban dispuestos (el hombre tenía verdaderos deseos de participar en la cacería), Nikolái mandó que ensillaran los caballos. Pero cuando Danilo se disponía a cumplir sus órdenes entró rápidamente Natasha en la estancia, sin arreglar ni peinar, envuelta en una gran toquilla de la niñera. Petia corría tras ella.

—¿Te vas?— preguntó Natasha. —Me lo imaginaba. Sonia decía que no iríais. Pero yo sabía que en un día como hoy era imposible no ir.

—Sí, vamos— replicó Nikolái de mala gana; tenía la intención de emprender una cacería en serio y no quería llevar consigo ni a Natasha ni a Petia. —Pero vamos al lobo y te aburrirías.

—Ya sabes que es lo que más me gusta— dijo Natasha. —Tú te vas, mandas que ensillen y a nosotros no nos dices nada. No está bien lo que hiciste.

—No hay trabas para los rusos. ¡Vamos!— gritó Petia.

—Pero tú no puedes ir. Mamá ha dicho que tú no debes ir— dijo Nikolái, volviéndose a su hermana.

—Iré— replicó Natasha con firmeza. —Iré sin falta. Danilo, da órdenes de que ensillen nuestros caballos y que Mijailo traiga mi jauría.

Estar, sin más, en una habitación le parecía a Danilo incómodo y penoso; pero tener que tratar con la señorita le resultaba imposible. Bajó los

ojos y se apresuró a salir como si todo aquello no tuviera ninguna relación con él, procurando no causar involuntariamente ningún daño a Natasha.

IV

El viejo conde siempre había mantenido un gran equipo de caza; últimamente había pasado la dirección a su hijo. Aquel 15 de septiembre se había levantado de muy buen humor y se preparó a salir también él.

Una hora después toda la comitiva se encontraba frente al porche de la casa. Nikolái, serio y severo, como demostrando que en aquellos momentos no estaba para bromas, pasó de largo ante Natasha y Petia, que deseaban contarle algo. Inspeccionó todos los preparativos, envió por delante una jauría y un grupo de ojeadores, montó su alazán del Don y silbando a sus perros, salió a través de las eras al campo, en dirección al coto de Otrádnoie. El caballo del viejo conde, un pequeño bayo oscuro de cola y crin blanquecina, *Viflianka*, iba conducido por su palafrenero, porque el conde se dirigiría en tílburi hasta el puesto asignado.

Iban cincuenta y cuatro perros de rastreo, conducidos por seis monteros; detrás, con los amos, otros ocho monteros y cuarenta galgos, de manera que, contando las jaurías de los amos, salían para cazar unos ciento treinta perros y veinte jinetes.

Cada perro conocía a su dueño y respondía a su nombre. Cada cazador sabía bien su oficio, conocía su puesto y la misión asignada. En cuanto salieron de la finca, sin ruido y sin hablar, todos, con paso uniforme y tranquilo, se extendieron por el camino y los campos que conducían al bosque de Otrádnoie.

Los caballos iban por los campos como sobre una blanda alfombra, chapoteando a veces en los charcos al atravesar un camino. El cielo, encapotado, seguía descendiendo insensiblemente hacia la tierra. El aire tibio era apacible y silencioso. De vez en cuando se oía el silbido de un

cazador, el relincho de algún caballo, un trallazo o el gañido de un perro que no iba en su sitio.

Habrían recorrido un kilómetro cuando en dirección a ellos vieron venir a otros cinco jinetes con sus perros. Por delante cabalgaba un hombre entrado en años, guapo, bien conservado, de grandes bigotes blancos.

—¡Buenos días, tío!— saludó Nikolái cuando el viejo se acercó a él.

—¡Claridad y siempre adelante!— respondió el tío recién llegado con su muletilla predilecta. —Bien sabía yo, bien sabía que no resistirías la tentación; y haces bien. Entra en seguida en el coto, porque mi Guirchik me ha dicho que los Ilaguin están en Korniki. Te van a quitar las piezas en tus propias narices.

—Ahí vamos. ¿Juntamos las jaurías?— preguntó Nikolái.

Los galgos fueron reunidos en una sola jauría y Nikolái y su tío siguieron juntos. Natasha, envuelta en chales, brillantes los ojos y un rostro cada vez más animado, se les acercó, acompañada de Petia, del montero Mijailo y un caballerizo que tenía la misión de cuidar de ella. Petia reía por algo, espoleaba y tiraba de las riendas de su caballo. Natasha montaba con seguridad y elegancia su negro *Arabchik*, y lo detuvo sin esfuerzo, con mano firme.

El tío miró con reprobación a Petia y Natasha. No le gustaban las bromas en una cosa tan seria como la caza.

—¡Buenos días, tío! ¡También vamos nosotros!— gritó Petia.

—Buenos días, buenos días. Pero tened cuidado, no acabéis con los perros— dijo severamente el viejo.

—Nikóleñka, ¡qué perro tan encantador es *Trunila*! Me ha reconocido— exclamó Natasha, refiriéndose al perro predilecto de su hermano.

"Ante todo, *Trunila* no es un perro, sino un rastreador", pensó Nikolái, y miró severamente a su hermana, tratando de hacerle comprender la diferencia que había entre ellos y la distancia que debía mantener. Natasha lo comprendió.

—Tío, no crea que vamos a molestar— dijo; —nos quedaremos en nuestro puesto y no nos moveremos.

—Y harán muy bien, condesita— contestó el tío, —pero tenga cuidado de no caerse del caballo— añadió, —porque aquí, bien cierto es, no hay

donde agarrarse.

El coto de Otrádnoie estaba a unos doscientos pasos y los ojeadores habían llegado a sus inmediaciones. Rostov decidió con su tío desde dónde lanzar a los galgos, mostró a Natasha el lugar donde debía quedarse, para evitar la llegada de algún animal, y se dirigió al coto rodeándolo por el barranco.

—Ten cuidado, sobrino, estás en la pista del lobo— dijo el tío. —No te eches muy encima.

—Ya veremos— dijo Nikolái. Y después gritó: —*¡Karai, hey*!— respondiendo así a las palabras del tío. *Karai* era un viejo perro rojizo, muy feo, capaz de ir solo al encuentro de un lobo viejo. Todos ocuparon sus puestos.

El viejo conde, que conocía el ardor de su hijo en la caza, se dio prisa para no llegar tarde; los ojeadores no estaban aún en su sitio cuando Iliá Andréievich llegaba al lugar señalado. Había hecho el camino alegre con las mejillas sonrosadas y temblorosas al compás de los traqueteos del tílburi tirado por sus caballos negros. Se despojó del abrigo, vistió sus atuendos de caza y montó su *Viflianka*, animal manso, apacible, bien cuidado y viejo como él. El coche fue enviado hacia atrás. El conde Iliá Andréievich no era un cazador apasionado, pero conocía bien las leyes de la cacería. Llegó al lindero de los matorrales donde tenía su puesto, arregló las riendas, se acomodó en la silla y, ya dispuesto, miró, sonriendo, en derredor.

Junto a él estaba su ayuda de cámara, Semión Chekmar, jinete veterano, pero ahora poco ágil. Sujetaba con una cadena a tres dogos magníficos, adiposos como el amo y el caballo. Otros dos perros, viejos y listos, que no iban con la jauría, se echaron al suelo; cien pasos más allá, en el lindero, estaba otro palafrenero del conde, Mitka, cazador entusiasta y jinete apasionado. Siguiendo su vieja costumbre, el conde bebió vodka en una copita de plata, después tomó unos entremeses y los acompañó con media botella de su burdeos favorito.

Iliá Andréievich estaba algo sonrosado a causa del vino y de la carrera. Sus ojos, húmedos, tenían un brillo especial. Envuelto en la pelliza de piel y montado en su caballo, parecía un niño a quien se saca de paseo.

Terminada su misión, Chekmar, flaco y de mejillas hundidas, lanzaba frecuentes ojeadas a su amo, con quien había convivido treinta años, sin que nada turbase sus relaciones de cariño y entendimiento; se daba cuenta de su buen estado de ánimo y esperaba mantener con él una conversación agradable. Un tercer personaje se acercó con cautela desde el bosque (se notaba que lo tenía bien aprendido) y se detuvo detrás del conde. Era un viejo de barba blanca, con un abrigo de mujer y un alto gorro. Se trataba del bufón, al que todos llamaban Nastasia Ivánovna.

—¡Ten cuidado, Nastasia Ivánovna! Si espantas a la loba, Danilo te hará pasar un mal rato— dijo a media voz el conde, guiñando un ojo.

—Tampoco yo soy manco— replicó Nastasia Ivánovna.

—¡Chitón!— impuso silencio el conde; y volviéndose a Semión. —¿Has visto a Natalia Ilínichna? ¿Dónde está?

—Con Piotr Ilich, cerca de los matorrales de Zhárov— sonrió Semión. —Es una dama, pero entiende mucho de caza.

—Te habrá sorprendido su manera de montar… ¿eh?— dijo el conde. —Nada tiene que envidiar a un hombre.

—¡Ya lo creo! Es muy valiente y diestra.

—¿Y dónde está Nikolái? ¿En Ladov?— siguió preguntando el conde, en voz baja.

—Así es. Él ya sabe dónde ponerse. Conoce tan bien la caza que, a veces, Danilo y yo nos quedamos admirados— comento Semión, sabiendo cómo agradar al amo.

—Monta bien, ¿eh? ¡Y qué apostura la suya!

—¡Para pintar un cuadro! Hace poco, cuando perseguía un zorro en los matorrales de Zavárzino, aventajó a todos. ¡Era una maravilla mirarlo! El caballo vale mil rublos, pero el jinete no tiene precio. ¡Habría que buscar mucho para encontrar un caballero como él!

—Como él…— repitió el conde, visiblemente descontento de que el discurso de Semión se hubiera terminado tan pronto. —Como él…— y levantando el faldón de su pelliza sacó la tabaquera.

—Y cuando salía de misa con su uniforme de gala, Mijaíl Sídorovich…

Semión no terminó. Se oyeron en el aire tranquilo los ladridos de dos o tres perros y el grito de los cazadores.

Semión inclinó la cabeza, se quedó a la escucha e hizo una señal al amo.

—Han dado con ella— murmuró. —La llevan a Ladov.

El conde se olvidó de borrar de su rostro la sonrisa y miró hacia el lugar de los ruidos, con la tabaquera en la mano y sin tomar rapé. Después del ladrido de los perros se oyó el ronco cuerno de caza de Danilo, que avisaba la presencia del lobo. Toda la jauría se había unido a los tres primeros perros y un prolongado aullido les dio a conocer que ya iban cerca. Los ojeadores ya no buscaban la fiera, se limitaban a gritar, excitando a los perros. Todas las voces eran dominadas por la de Danilo, tan pronto grave como aguda y estridente, que parecía llenar el bosque y extenderse a lo lejos por el campo.

El conde y su palafrenero escucharon en silencio unos segundos y comprendieron que la jauría se había dividido en dos grupos: uno grande, que aullaba con un ardor inusitado y se alejaba cada vez más, mientras que el otro corría a lo largo del bosque, enfrente de donde ellos estaban; en este segundo grupo se oía la voz de Danilo. Esa voz, así como los ladridos de ambos grupos, se confundieron en la lejanía. Semión suspiró y se inclinó para arreglar una correa en la que se había enredado un perro joven. También el conde suspiró; después, dándose cuenta de que tenía en la mano la tabaquera, la abrió y tomó rapé.

—¡Atrás!— gritó Semión a un perro que había salido del lindero.

El conde dio un respingo y dejó caer la tabaquera. Nastasia Ivánovna corrió a cogerla.

El conde y Semión se le quedaron mirando.

De pronto, el ruido y los gritos se acercaron con inusitada rapidez; los ladridos de los perros y las voces de Danilo parecían resonar delante de ellos mismos.

El conde se volvió y vio a su derecha a Mitka, que lo miraba, con los ojos desorbitados, y le indicaba con el gorro que mirase adelante, hacia la otra parte.

—¡Cuidado!— exclamó sin poderse contener más. Y aguijó al caballo, lanzando los perros en dirección al conde.

El conde y Semión abandonaron la linde y vieron a la izquierda al lobo, que, a pequeños saltos, se acercaba a ellos. Los perros aullaron furiosos

soltándose de las correas y se lanzaron hacia el lobo pasando entre las patas de los caballos.

La fiera detuvo un instante su carrera. Volvió pesadamente, como si padeciese angina de pecho, su alargada cabeza hacia los perros y después, con el mismo balanceo, dio un salto, seguido de otro, y, moviendo la cola, desapareció en el bosque. Simultáneamente, con un aullido quejumbroso, surgieron uno, dos, tres perros, y toda la jauría corriendo a través del campo detrás de la bestia. A continuación de los perros se abrieron las matas de avellanos y apareció el caballo ennegrecido por el sudor. Danilo iba hecho una pelota, inclinado hacia adelante, sin gorro, con los blancos cabellos alborotados sobre un rostro encendido y sudoroso.

—¡Busca! ¡Busca!— gritaba. Cuando se dio cuenta de la presencia del conde, sus ojos relampaguearon.

—¡Mié…!— gritó, amenazándolo con la fusta en alto. —¡Han dejado escapar al lobo! ¡Menudos cazadores!

Y sin dignarse seguir hablando con el confuso y asustado conde con más palabras, descargó, con toda la rabia concentrada contra el amo, un fustazo sobre el flanco bañado en sudor de su cabalgadura y salió al galope detrás de los perros. El conde, como un niño castigado, miró en derredor, tratando de provocar con una sonrisa la compasión de su montero. Pero Semión no estaba allí. Daba la vuelta a los arbustos tratando de sacar fuera al lobo. Los ojeadores acosaban también a la bestia por otras partes, pero el fiero animal se escabulló entre los matorrales y ningún cazador consiguió cortarle el paso.

V

Entretanto, Nikolái Rostov seguía en su puesto esperando al lobo. Comprendía lo que estaba sucediendo en el bosque por el ladrido de los perros y las voces de los ojeadores, que indicaban la cercanía o lejanía del animal. Sabía que en el coto había lobos jóvenes y viejos, que los perros estaban divididos en dos jaurías y perseguían a la bestia por algún sitio y que había ocurrido algo desagradable. A cada momento esperaba la aparición del lobo. Hacía mil suposiciones sobre la dirección que traería y sobre el modo de atacarlo. La esperanza sucedía a la desesperación. Pidió a Dios varias veces que el lobo se pusiera a su alcance; lo imploró con una mezcla de fervor y vergüenza, como hacen las personas que rezan en un instante de gran emoción pero por un motivo ínfimo. “¿Qué te costaría concederme este favor? —decía a Dios—. Hazlo por mí. Sé que eres grande y que cometo un pecado al pedírtelo; pero, Dios mío, haz que un lobo viejo venga hacia aquí y que, ante los ojos de mi tío que nos está mirando desde allá, *Karai* le salte al cuello y lo mate.” Mil veces, en esa media hora, recorrieron los ojos de Rostov, obstinados, tenaces e inquietos, la linde del bosque, con sus dos solitarios robles que extendían las ramas sobre un macizo de pobos, el barranco, con sus orillas erosionadas por el agua, el gorro del tío, que sobresalía apenas entre los arbustos de la derecha.

“No, no tendré esa suerte —pensaba—. ¡Y sería tan fácil! No, no ocurrirá. Ni en el juego ni en la guerra he tenido nunca suerte.” Austerlitz y Dólojov, uno tras otro, cruzaron vivamente por su mente. “No pido más: poder matar, una vez en la vida, a un lobo viejo”; y aguzaba el oído y la vista, tratando de percibir hasta el más pequeño rumor. Miró una vez más a la derecha y vio, en el campo desierto, algo que corría hacia él. “No, no es

posible”, pensó Rostov suspirando profundamente, como el hombre que ve cumplirse lo que tanto tiempo deseara. La ventura más grande se presentaba así, simplemente, sin ruido, sin trompetería, sin señal alguna especial. Rostov no creía lo que estaba viendo; su vacilación duró un segundo. El lobo seguía corriendo y saltó pesadamente una zanja que se interponía en su camino. Era un animal viejo, de lomo gris, vientre repleto y rojizo. Corría sin prisa, como convencido de que nadie lo veía. Rostov, conteniendo la respiración, miró a los perros. Unos estaban echados en el suelo; otros permanecían de pie; pero ninguno había visto al lobo ni sospechaba nada. El viejo *Karai*, con la cabeza vuelta hacia sus patas traseras, buscaba con rabia una pulga castañeando los dientes amarillentos.

—¡Hululu, hululu!— dijo en voz baja Rostov entreabriendo los labios. Los perros se pusieron en pie tirando de sus traíllas y las orejas tiesas. *Karai* dejó de rascarse la pata, se levantó también con las orejas tiesas y movió la peluda cola con mechones de pelo.

“¿Los suelto o no los suelto?”, se preguntó Nikolái, mientras el lobo, ya fuera del bosque, avanzaba hacia él. De pronto la expresión de la bestia cambió del todo; dio un salto, como si por primera vez en su vida viera unos ojos humanos fijos en él, y, volviendo ligeramente la cabeza hacia el cazador, se detuvo. “¿Atrás o adelante? ¡Bah! ¡Es lo mismo! ¡Adelante!”…, pareció decirse, y, sin mirar, siguió avanzando a saltos tranquilos, seguros y decididos.

—¡Hululu, hululu!— se desgañitó Nikolái; y su caballo por sí mismo se lanzó cuesta abajo y saltó unos charcos, tratando de cortar el camino al lobo.

Los perros eran más veloces y se le adelantaron. Nikolái no oyó su propio grito, ni sintió el galope, ni vio a los perros ni el lugar por donde iba. No veía más que al lobo que, acelerando su carrera, saltaba sobre la cañada, sin variar de dirección. La negra *Milka*, perra de fuertes flancos, apareció la primera al lado de la bestia; comenzó a acosarla. Más cerca, más cerca… Casi tocaba al lobo con su cabeza; pero la fiera apenas si la miró de reojo, y la perra, en vez de acelerar su carrera, como hacía siempre, levantó la cola y frenó apoyándose en las patas delanteras.

—¡Hululu, hululu!— gritaba Nikolái.

El rojo *Liubim* pasó delante de *Milka* de un salto, se arrojó rápido sobre el lobo y le clavó los dientes en los muslos; pero inmediatamente, asustado, se echó a un lado. El lobo se detuvo, rechinó los dientes, se levantó de nuevo, volvió a saltar y corrió adelante, seguido a un metro de distancia por todos los perros, que no se acercaban a él.

"¡Va a escaparse! ¡No, eso es imposible!", pensó Nikolái; y siguió gritando con voz ronca:

—*¡Karai!* ¡Hululu!— y buscó con los ojos a *Karai*, su última esperanza.

Con todas sus viejas fuerzas, extendido al máximo su cuerpo y sin perder de vista al lobo, corría *Karai* pesadamente con el fin de cortarle el paso. Pero teniendo en cuenta la velocidad del lobo y la de *Karai* era evidente que su cálculo fallaba. Nikolái advirtió que el lobo estaba ya cerca del bosque, donde desaparecería seguramente. Por delante de él aparecieron otros perros y un cazador, que iban casi a su encuentro. Había aún esperanza. Un perro largo, negro y joven, de una jauría que Nikolái desconocía, se lanzó rapidísimo sobre el lobo y estuvo a punto de derribarlo. La bestia, más rápidamente de lo que podía esperarse, se repuso y se echó sobre el perro, castañeó los dientes y el perro, sangrando y con el flanco destrozado, lanzó un penetrante aullido y cayó al suelo de cabeza.

—*¡Karai!* ¡Querido!— gimió Nikolái.

El viejo *Karai* se hallaba ya a cinco pasos del lobo, cortando, gracias a aquella detención, el paso a la fiera.

El lobo, sintiendo el peligro, miró a *Karai* de reojo, escondió aún más el rabo y aceleró su carrera. Nikolái, que sólo seguía los movimientos del perro, vio que éste se lanzaba sobre el lobo y que ambos caían revueltos en una charca que había delante de ellos.

El momento en que Nikolái vio en la charca a los perros junto al lobo y el pelo gris de una pata de la fiera, que se revolvía jadeante, y a *Karai* apresando su cuello, fue el más feliz de su vida. Se agarraba ya al arzón para echar pie a tierra y rematar al lobo cuando de entre la masa de perros sobresalió la cabeza del furioso animal; después, sus patas delanteras se apoyaron en el borde de la charca. El lobo rechinó desesperado los dientes (*Karai* ya no lo sujetaba del cuello); sacó las patas traseras y, con el rabo entre las piernas, se apartó nuevamente de los perros y siguió adelante.

Karai, con la piel erizada, tal vez herido o maltratado, salió con trabajo de la charca.

—¡Dios mío! ¿Por qué?…— gritó desesperado Nikolái.

Desde la otra parte, un montero de los que acompañaban al tío galopaba para cortar la retirada al lobo; sus perros lo detuvieron de nuevo y volvieron a cercarlo.

Nikolái, su ojeador, el tío y el montero del tío daban vueltas en torno al lobo, azuzando a los perros, gritando y dispuestos a descabalgar cada vez que el lobo se paraba, y lanzándose adelante cuando conseguía dar unos pasos hacia el bosque que debía salvarlo.

Danilo, al comienzo de la cacería, al oír los gritos de los cazadores, había aparecido en la linde del bosque. Vio que *Karai* hacía presa en el lobo y creyó que todo había concluido. Detuvo su caballo; pero, al ver que los cazadores no desmontaban y que el lobo conseguía salir de nuevo, Danilo se lanzó de través, siguiendo la línea del bosque, para impedirle la huida. Así pudo alcanzar al lobo cuando los perros del tío lo detuvieron por segunda vez.

Danilo galopaba en silencio con el puñal en la mano izquierda, fustigando sin duelo a su caballo.

Nikolái no lo vio ni oyó hasta que el caballo del montero pasó resoplando delante de él; entonces reparó en el ruido de un cuerpo que caía y vio a Danilo en medio de los perros, echado sobre el lobo, al que trataba de agarrar por las orejas. Tanto para los perros como para los cazadores y el lobo, era evidente que ahora todo estaba terminado. La bestia, asustada, con las orejas gachas, trataba de levantarse, pero los perros la tenían bien sujeta. Danilo se levantó, dio un paso y, como si se tumbase a descansar, se echó con todo su peso sobre el lobo y lo agarró por las orejas. Nikolái quería rematarlo, pero Danilo susurró: “¡No! ¡Hay que cogerlo vivo!”; y, cambiando de posición, puso el pie sobre el cuello del lobo; hincaron un palo en sus fauces, le ataron las patas y Danilo lo volteó dos veces por el suelo.

Con rostros felices, aunque rendidos por la fatiga, los cazadores echaron al viejo lobo, todavía vivo, sobre un caballo que coceaba y relinchaba; seguido por perros aullantes lo llevaron al lugar donde todos debían

reunirse. Los sabuesos habían capturado a dos lobeznos y los galgos a tres más. A ese lugar acudían los cazadores con las piezas cobradas y sus historias; todos se acercaban para ver la pieza mayor; el gran lobo viejo, con la cabeza caída de ancha testuz, el palo mordido en la boca, miraba aquella muchedumbre de hombres y perros que lo rodeaba con grandes ojos vidriosos. Cuando alguien lo tocaba, sus patas atadas se estremecían: su mirada salvaje, y al mismo tiempo ingenua, seguía los movimientos de todos. También el conde Iliá Andréievich se acercó curioso y lo tocó.

—¡Qué grande!— dijo. —Es viejo, ¿verdad?— preguntó a Danilo, que estaba junto a él.

—Sí, muy viejo, Excelencia— respondió Danilo, quitándose con rapidez el gorro.

El conde recordó su error al dejar escapar al lobo y la conducta de Danilo.

—¿Sabes, querido, que tienes muy mal genio?— dijo.

Danilo no contestó: se limitó a sonreír cohibido, con una sonrisa tímida, infantil y agradecida.

VI

El viejo conde volvió a casa. Natasha y Petia prometieron no tardar; pero, como era temprano aún, la caza prosiguió. Hacia media tarde, los perros fueron llevados a un barranco cubierto de árboles jóvenes. Nikolái, desde un sembrado, veía a todos sus cazadores.

Enfrente de Nikolái se extendía el verde centeno de otoño y estaba allí un cazador suyo, solo en una hoya tras el ramaje de un avellano. Acababan de soltar los perros y Nikolái reconoció el ladrido peculiar de *Voltom*, uno de los suyos; otros tan pronto ladraban como callaban y volvían a ladrar. Poco después, en el barranco, se anunció la aparición de un zorro y toda la jauría se lanzó revuelta a los sembrados, apartándose de Rostov.

Nikolái veía a los picadores con gorros rojos por el borde del barranco; veía también a los perros, y a cada momento esperaba que apareciese el zorro en el lado opuesto.

El montero que estaba escondido en la hoya soltó a los perros y Nikolái vio entonces un extraño zorro rojizo, de patas cortas, que con la cola flotante corría rápido sobre el campo verde. Los perros se lanzaron en su persecución. Se acercaron. El zorro, agitando su gruesa cola esponjosa, daba vueltas en círculos cada vez más estrechos; un perro blanco desconocido se lanzó sobre la presa; lo siguió otro, negro; hasta que todo se hizo una confusión. Después los perros, formando como una estrella con sus cuartos traseros, y casi sin moverse, quedaron inmóviles. Dos cazadores acudieron allí, uno de gorro colorado y otro, un desconocido, de caftán verde.

“¿Qué es eso? ¿De dónde ha salido ese cazador? —pensó Nikolái—. No es de los hombres del tío.”

Los cazadores se adueñaron del zorro y permanecieron un buen rato de pie. Junto a ellos estaban los caballos ensillados y los perros tumbados. Los cazadores agitaban los brazos y hacían algo con el zorro. Resonó desde allí la llamada del cuerno: la señal convenida para notificar una disputa.

—Es un cazador de Ilaguin, que se está peleando con nuestro Iván— explicó el palafrenero a Nikolái. Éste lo envió en busca de sus hermanos y con ellos se dirigió al lugar donde los monteros reunían a los perros. Algunos cazadores corrieron al lugar de la disputa. Nikolái bajó del caballo y esperó con Natasha y Petia nuevas sobre el incidente.

El que se había peleado, sin dejar de la mano el zorro, se aproximó a su amo. Lejos todavía, se quitó el gorro e intentó hablar con respeto. Pero estaba pálido y jadeante, y su rostro llameaba de cólera. Traía un ojo tumefacto, pero seguramente ni se había dado cuenta.

—¿Qué ha pasado?— preguntó Nikolái.

—¡Están cazando sobre los rastros de nuestros perros! Ha sido mi perra gris la que ha cogido al zorro… ¡No quieren entrar en razón! Querían llevarse la pieza, pero lo aticé y bien con ese mismo zorro. Aquí lo tengo bien sujeto. ¡A lo mejor esto le gusta más!— dijo el cazador, echando mano al puñal, como si todavía hablase con el contrario.

Sin entrar en conversación con el cazador, Nikolái rogó a su hermana y a Petia que lo esperaran allí y se dirigió a donde estaban los de Ilaguin.

El cazador victorioso se mezcló con los demás cazadores y, rodeado por sus amigos, volvió a contar lo sucedido.

Lo ocurrido era lo siguiente: Ilaguin, con quien los Rostov estaban reñidos y sostenían un pleito, estaba cazando en terrenos que, por derecho de costumbre, pertenecían a los Rostov; y ahora, como a propósito, había ordenado a los suyos que se acercaran al coto donde estaban cazando los Rostov y había permitido que un cazador suyo lanzara a los perros detrás de una pieza no levantada por ellos.

Nikolái no había visto nunca a Ilaguin, pero, ignorando como siempre el término medio, guiándose por los rumores que corrían acerca de la violencia y la arbitrariedad de aquel terrateniente, lo detestaba con toda su alma y lo consideraba su peor enemigo. Encolerizado y nervioso, se acercó,

sujetando fuertemente la fusta, dispuesto a los actos más enérgicos y peligrosos.

Tan pronto como salió del bosque vio a un corpulento señor con gorro de castor, montado en un hermoso caballo negro, que venía hacia él acompañado de dos caballerizos.

En vez del enemigo que pensaba, Rostov encontró en Ilaguin a un respetable y cortés caballero que sentía grandes deseos de conocer al joven conde. Al acercarse Nikolái, Ilaguin se quitó el gorro de castor y manifestó que lamentaba mucho lo sucedido y que daría orden de castigar al cazador que se había permitido entrometerse en la cacería del vecino; por último, rogó a Nikolái que lo considerase amigo y le ofreció sus terrenos para la caza.

Natasha, temerosa de que su hermano hiciera algo terrible, lo seguía de cerca. Y al ver que ambos adversarios se saludaban amigablemente se acercó a ellos. Ilaguin alzó aún más su gorro de castor para saludar a Natasha y, con una sonrisa amable, dijo que la condesa se parecía a Diana, debido tanto a su pasión por la caza como a su belleza, de la que había oído hablar mucho.

Ilaguin, para reparar la falta de su cazador, insistió en que Rostov pasara a su vedado, distante un kilómetro de allí, donde, según él, pululaban las liebres. Nikolái aceptó y el grueso de los cazadores, aumentado al doble, siguió adelante.

Para llegar a los terrenos de Ilaguin había que atravesar los campos sembrados. Los amos iban juntos. El tío, Nikolái e Ilaguin miraban furtivamente a sus respectivos perros, buscando inquietos en las otras jaurías a los posibles rivales de los suyos.

Rostov quedó especialmente admirado por la estampa de una perra no demasiado grande, delgada, pero de músculos de acero, morro fino, ojos saltones y negros. Nikolái había oído hablar de los perros de raza de Ilaguin y en este magnífico ejemplar de hembra veía una rival de su *Milka.*

En medio de una seria conversación acerca de las cosechas, entablada por Ilaguin, Rostov señaló a la perra:

—¡Magnífico ejemplar! ¿Es veloz?— preguntó displicente.

—¿Ésa? Sí, es una buena perra. Caza bien— respondió Ilaguin con tono indiferente mirando hacia su hermosa *Erza*, por la cual un año antes había dado a un vecino tres familias de siervos. —Así pues, conde, ¿este año no recogen mucho grano?— preguntó, reanudando la conversación. Y estimando que sería cortés corresponder a la atención del joven, miró los perros de Rostov y escogió a *Milka*, que le llamó la atención por la anchura de lomo.

—Esa de manchas negras es buena, ¿verdad?— dijo.

—Sí; no está mal. Corre bastante— replicó Nikolái. "¡Ah, si saltara una liebre! Ya te enseñaría yo lo que vale esta perra", pensó; y volviéndose a su palafrenero prometió un rublo a quien levantara una liebre en su guarida.

—No comprendo— siguió Ilaguin —por qué otros cazadores son tan celosos de las piezas que cobran y de los perros ajenos; por lo que a mí toca, le diré, conde, que lo que me divierte es pasear en una compañía tan agradable como ustedes… ¿Qué más se puede desear?— y se descubrió de nuevo ante Natasha. —Pero eso de contar las piezas muertas me tiene sin cuidado.

—Sí, claro.

—O disgustarme porque otro perro, y no el mío, sea quien cobra la pieza. Lo que me divierte es ver la caza. ¿No es verdad, conde? Además, yo creo…

—¡Ho-ho-ho!— se oyó en esto el prolongado grito de un ojeador, que se había detenido. Estaba en una ladera y, levantando la fusta, repitió su largo grito: —¡Ho-ho-ho!

El grito y la fusta en alto querían decir que veía una liebre encamada.

—Parece que ha visto una— dijo Ilaguin con indiferencia. —¿Probamos, conde?

—Sí, claro… probaremos juntos— respondió Nikolái, viendo en *Erza* y en el rojo *Rugai* del tío dos rivales con los cuales no había tenido ocasión de enfrentar sus perros.

Mientras se acercaba a la liebre, con su tío e Ilaguin, Nikolái pensó: "¿Y si mi *Milka* queda en ridículo?"

—¿Es grande?— preguntó Ilaguin acercándose al cazador que había visto la liebre; y con cierta inquietud miró y silbó a su *Erza*.

—¿Y usted, Mijaíl Nikanórovich?— preguntó al tío.

El interpelado, que caminaba con gesto de mal humor, le respondió:

—¿Cómo voy a meterme yo en eso? Ustedes, las cosas claras y adelante, pagan un pueblo por cada perro: son animales de mil rublos. Midan ustedes las fuerzas, que yo me conformo con mirar. *¡Rugai!*— gritó a su perro, —*¡Rugáiushka!*— repitió, expresando sin querer con ese diminutivo su cariño al perro y la esperanza que en él depositaba.

Natasha sentía la emoción oculta de los dos viejos y de su hermano, y ella misma estaba nerviosa.

El cazador seguía en la ladera con la fusta en alto; los amos se acercaron al paso; apartaron a las jaurías de la liebre; también los cazadores habituales se apartaron respetuosos. Todos se movían lentamente y en silencio.

—¿Hacia dónde mira?— preguntó Nikolái, acercándose a cien pasos del cazador que la había visto primero.

Pero antes de que el otro tuviera tiempo de contestar, la liebre, presintiendo la helada del día siguiente, saltó fuera de su madriguera.

Los galgos se lanzaron en su persecución desde las alturas; otros acudían desde todas partes. Los cazadores encargados de las jaurías detuvieron a sus animales, mientras que los encargados de los galgos azuzaban a los suyos. El impasible Ilaguin, Nikolái, Natasha y su tío se lanzaron al galope sin saber adonde, procurando no perder de vista a los perros y a la liebre, vieja y rápida, que corría a pequeños saltos, atenta a los gritos y ruidos que de todas partes le llegaban. Saltó unas cuantas veces, un poco perezosa al principio, dejando que los perros se acercaran y, por último, tras haber elegido bien la dirección y comprendiendo el peligro que se le venía encima, bajó las orejas y salió disparada a increíble velocidad. Iba por un sembrado, pero más allá había un terreno de malezas encharcadas. Los dos perros del cazador que había sido el primero en ver la liebre eran los más próximos y se lanzaron en su persecución. Pero aún se encontraban lejos cuando apareció la roja *Erza* de Ilaguin, que llegó a la altura de la liebre y, creyendo poder hacer presa en la cola, dio un salto en falso y salió rodando. La liebre enarcó el espinazo y siguió más veloz todavía. Tras *Erza* saltó la negra y ancha *Milka*, aproximándose veloz a la liebre.

—*Milushka*, preciosa— se oyó la voz triunfante de Nikolái.

Milka estaba a punto de caer sobre la liebre y apoderarse de ella; pero la pasó de largo: la liebre había frenado en seco. De nuevo la hermosa *Erza* acortó el espacio, tratando, para no errar otra vez el golpe, de hacer presa en una pata trasera.

—¡*Erzinka*, hermanita!— gritaba lloroso Ilaguin con la voz descompuesta.

Pero *Erza* no atendió las súplicas de su amo; en el mismo instante en que parecía que ya la tenía en su poder, la liebre se escabulló hábilmente y apareció en el límite de las malezas y el sembrado. De nuevo *Erza* y *Milka*, como dos caballos emparejados, reanudaron la persecución. La liebre parecía más segura en la linde y a los perros no les era tan fácil acercarse a ella.

—¡Eh, *Rugai! ¡Rugáiushka!* ¡Las cosas claras y adelante!— gritó entonces una nueva voz.

Y el rojo *Rugai*, el perro macho, rojo y jorobado del tío, estirándose y arqueando el espinazo, corrió hasta alcanzar a los otros dos animales y los dejó atrás, acercándose con velocidad increíble a la liebre y lanzándola a los matorrales de las charcas; aún atacó otra vez con más rabia entre los sucios hierbajos, hundido hasta las corvas; únicamente se vio cómo caía rodando, sin soltar la liebre, todo cubierto de fango. Un segundo después lo rodeaban los otros perros y a los pocos instantes todos los jinetes se hallaban junto a aquel remolino. El tío, el único feliz, descabalgó y cobró la liebre. La sacudió para que cayera la sangre y miró inquieto, con los ojos errantes, sin saber qué hacer de sus pies y sus manos, mientras hablaba sin darse cuenta de sus palabras y sin dirigirse a nadie: "Vaya, vaya… esto sí que es un perro… Los ha vencido a todos, a los de mil rublos y a los de uno… Esto sí que es un perro —y miraba en derredor, jadeante e irritado, como insultando a alguien, como si los demás fueran sus enemigos, como si todos lo hubiesen ofendido y sólo ahora hubiese podido justificarse—. Ahí tienen los perros de mil rublos".

—¡Toma, *Rugai*!— añadió. —¡Te lo has ganado!— y echó al perro una pata que había cortado a la liebre.

—Estaba cansada; ha corrido tres veces ella sola— dijo Nikolái, sin oír a nadie y sin fijarse en si los demás lo escuchaban o no.

—Pero, ¡eso es cazar de través!— comentó el palafrenero de Ilaguin.

—¡Sí, de esa manera, en cuanto ella falló, cualquier perro vulgar lo consigue!— decía Ilaguin, jadeante por la emoción y la carrera.

Natasha, entretanto, entusiasmada y alegre, chillaba de tal manera que aturdía a los cazadores; a su modo expresaba lo mismo que los demás manifestaban con palabras. Y sus chillidos eran tan estridentes que en otras circunstancias ella misma se habría avergonzado y los demás habrían quedado estupefactos. El tío colgó la liebre del arzón y, como reprochando a todos no se sabe qué y con el aire de no querer hablar con nadie, montó de nuevo y marchó solo. Los demás se separaron malhumorados y ofendidos, y sólo pasado bastante tiempo lograron recobrar el aire de fingida indiferencia. Largo tiempo estuvieron mirando a *Rugai* que, manchada de barro la joroba y con el aire tranquilo de un vencedor, seguía tras el caballo de su amo haciendo tintinear la plaquita de su collar.

A Nikolái le pareció leer en la expresión del perro: “Soy como los demás cuando no se trata de cazar, pero, entonces, no me perdáis de vista”.

Cuando, al cabo de un buen rato, el tío se acercó a Nikolái y le dirigió la palabra, el joven se sintió halagado de que, después de lo sucedido, se dignara todavía hablar con él.

VII

Al atardecer, cuando Ilaguin se despidió de Nikolái, el joven conde se hallaba tan distante de su casa que aceptó la invitación que le hacía el tío de dejar la jauría y todo el equipo de la caza en su aldea de Mijáilovna.

—Y si vinierais a mi casa, las cosas claras, siempre adelante, tanto mejor— dijo el tío. —El tiempo está húmedo; podríais descansar y llevarían a la condesita en coche.

Aceptaron la propuesta del tío; enviaron un cazador a Otrádnoie en busca del coche y Nikolái, Natasha y Petia se dirigieron a la casa de Mijaíl Nikanórovich.

En el porche de la entrada principal esperaban al amo cinco criados, unos grandes y otros chicos. Decenas de mujeres, jóvenes y viejas, se asomaron por la entrada de servicio a ver a los cazadores que llegaban. La presencia de Natasha, una señorita a caballo, despertó la curiosidad de los criados hasta tal punto que muchos, sin turbación alguna, se aproximaron para verla de cerca y, en su presencia, expresaban sus opiniones como si se refirieran a un fenómeno extraño o a un objeto expuesto que no pudiera comprender los comentarios que suscitaba.

—Fíjate, Arinka, va sentada de lado. Y le cuelga la falda… ¡Hasta lleva un cuerno!

—¡Por todos los santos! ¡Y un puñal…!

—¡Debe ser tártara!

—¿Cómo no te caes?— preguntó la más atrevida, volviéndose a Natasha.

El tío echó pie a tierra en el porche de su casita de madera, rodeada de jardín; miró a la gente y dio órdenes imperiosas de que se fueran quienes

estaban de más y se preparara lo necesario para recibir dignamente a sus huéspedes y al acompañamiento.

Todos se dispersaron. El tío ayudó a Natasha a descabalgar y subir los movedizos escalones de madera. La casa, sin revestimiento alguno, con los troncos al aire, no tenía aspecto de estar muy limpia. No podía decirse que los habitantes de aquella casita pusieran gran celo en quitar las manchas, pero tampoco daba sensación de abandono. Un olor a manzanas frescas llenaba todo el zaguán, donde había colgadas pieles de lobo y de zorro.

Pasado el vestíbulo, el tío condujo a los jóvenes a un saloncito con mesa plegable y sillas de caoba, después a la sala con mesa redonda de abedul y un diván, luego a su despacho, con un diván raído, una alfombra muy vieja y retratos de Suvórov, de los padres del amo de la casa y de él mismo con uniforme. El despacho olía intensamente a tabaco y a perros.

El tío rogó a los jóvenes que se acomodaran como si estuviesen en su propia casa y se retiró unos instantes. *Rugai*, con el lomo sucio de barro, entró en la estancia, se acomodó en el diván y comenzó a limpiarse con la lengua y los dientes. Del despacho de Mijaíl Nikanórovich salía un pasillo donde se veía un biombo con los visillos rotos. Detrás del biombo se oían apagadas risas y susurros femeninos. Natasha, Petia y Nikolái se desvistieron y se instalaron en el canapé. Petia, apoyando la cabeza en el brazo, se durmió al momento. Natasha y Nikolái guardaban silencio. Sus rostros ardían, sentían mucha hambre y estaban muy alegres. Se miraron el uno al otro (pasada la cacería y en casa, Nikolái no creía necesario manifestar la superioridad masculina con respecto a su hermana); Natasha le guiñó el ojo y, no pudiendo contenerse más, los dos estallaron en una carcajada sonora, aun sin haber hallado pretexto para semejante risa.

Poco después, el tío volvía con un amplio chaquetón, calzón azul y botas de media caña. Natasha recordó que aquella vestimenta del tío, de la que se había sorprendido y mofado en Otrádnoie, nada tenía que envidiar a la levita o al frac. También Mijaíl Nikanórovich estaba contento, y lejos de sentirse ofendido por la injustificada risa de los hermanos —no podía ocurrírsele pensar que se burlaran de su vida—, él mismo se unió a esa hilaridad inmotivada.

—¡Bravo, condesita! ¡No he visto nunca una muchacha igual!— dijo, dando a Nikolái una pipa de larga boquilla y tomando otra corta para sí, que sujetó con tres dedos, como tenía por costumbre. —¡Todo el día a caballo como un hombre, y como si nada!

Al poco rato volvió a abrirse la puerta; a juzgar por el ruido debía de ser una criada descalza. En efecto, apareció una mujer de unos cuarenta años, gruesa, guapa, de mejillas sonrosadas, doble papada y labios bien marcados de color rojo; llevaba en las manos una bandeja grande bien surtida. Con dignidad afable y acogedora, irradiando simpatía en cada mirada y movimiento, miró a los huéspedes y los saludó con respeto y una sonrisa cariñosa. A pesar de su obesidad poco común, que la obligaba a caminar erguida, adelantando el vientre y el pecho, y con la cabeza hacia atrás, esa mujer (el ama de llaves del tío) se movía con extraordinaria soltura. Se acercó a la mesa, colocó la bandeja y, hábilmente, con sus manos regordetas y blancas, fue ordenando las botellas, aperitivos y dulces. Hecho esto, se apartó y con la sonrisa en los labios se detuvo en la puerta. “Aquí me tienen. ¿Comprendes ahora a tu tío?”, parecía decir a Nikolái. ¿Cómo no comprenderlo? No sólo el joven, sino también Natasha comprendía al tío, y el significado de su ceño y de la sonrisa feliz y satisfecha que se dibujó apenas en sus labios al entrar Anisia Fiódorovna. En la bandeja había setas marinadas, galletas de centeno a base de leche cuajada, miel al natural y miel espumosa hervida, manzanas, nueces frescas tostadas, vodka y licores de fabricación casera. Más tarde, Anisia Fiódorovna trajo mermeladas hechas con azúcar y miel, jamón y un pollo recién asado.

Todo había sido escogido y preparado por ella misma; todo tenía el perfume y el sabor de Anisia Fiódorovna. Todo recordaba su frescura, su limpieza y su grata sonrisa.

—Coma, señorita condesa— decía a Natasha, ofreciéndole ya un plato, ya otro.

Natasha comía de todo; le parecía no haber visto ni comido nunca un dulce tan oloroso, unas galletas, una miel con nueces y un pollo tan exquisitos.

Anisia Fiódorovna se retiró; Rostov y su tío, durante la cena, comenzaron a discutir, entre sorbo y sorbo de licor de guindas, sobre la

jornada de caza, y las que le seguirían, sobre *Rugai* y los perros de Ilaguin. Natasha, con los ojos brillantes, los escuchaba sentada en el canapé. Había tratado varias veces de despertar a Petia, con el fin de que comiera algo, pero el muchacho no hizo más que pronunciar palabras incomprensibles, sin abrir siquiera los ojos. Natasha sentía tanta alegría, se encontraba tan bien en aquel ambiente nuevo para ella que temía tan sólo que el coche de Otrádnoie llegase demasiado pronto. Después de cierto silencio, muy frecuente en quienes reciben a alguien por primera vez, y, como respondiendo a los pensamientos de sus huéspedes, el tío dijo:

—Así voy terminando mi vida… Cuando muera, las cosas claras y siempre adelante, no quedará nada. ¿Para qué pecar?

Al decir esto, su rostro era muy expresivo y hasta hermoso. Nikolái recordó las cosas admirables que había oído decir de aquel hombre a sus padres y vecinos. En toda la comarca, su reputación era la de un hombre estrafalario pero noble y muy desprendido; solían recurrir a él como juez en asuntos familiares, y como albacea testamentario le confiaban secretos. Lo habían elegido juez y para otros cargos, pero él se negaba obstinadamente a aceptar un empleo público. Pasaba el otoño y la primavera en sus campos, montando en su caballo; en invierno solía quedarse en casa y en verano permanecía largas horas tumbado en su abandonado jardín.

—¿Por qué no acepta algún cargo público, tío?

—Ya lo tuve, pero lo dejé. No va con mi genio ni entiendo nada de eso. Se queda para vosotros, a mí me falta cabeza. La caza es otra cosa— y gritó seguidamente: —¡Abrid esa puerta! ¿Por qué la habéis cerrado?

La puerta del fondo del pasillo conducía a la sala de caza, nombre que se daba a la habitación de los cazadores. Alguien se dirigió allí con rápidos pasos de pies desnudos y una mano invisible abrió la puerta. De la habitación llegaron claramente las notas de una balalaika, manejada por manos hábiles. Hacía un rato que Natasha estaba con el oído atento; ahora salió al pasillo para oír mejor.

—Es Mitka, mi cochero… le compré una buena balalaika. Me gusta oírla— dijo el tío.

Era costumbre que cuando él volvía de cazar, Mitka tocase en la habitación de los cazadores.

—¡Toca bien, realmente muy bien!— dijo Nikolái con cierta involuntaria negligencia, como si le diera vergüenza confesar que le agradaban mucho aquellos sonidos.

—¿Cómo que muy bien?— le reprochó Natasha, a la que no escapó el tono con que había hablado su hermano. —¡Es un verdadero encanto! ¡Una delicia!

Así como las setas, la miel y los licores del tío le habían parecido los mejores del mundo, en aquel momento la música que llegaba desde la habitación de los cazadores le pareció el colmo de la delicia.

—¡Otra vez, por favor, otra vez!— exclamó Natasha desde la puerta cuando hubo terminado la canción.

Mitka afinó el instrumento y de nuevo sonó la *Bárina* con variaciones diversas y bien matizadas. El tío escuchaba con la cabeza inclinada y una imperceptible sonrisa. El motivo de *Bárina* se repitió muchas veces, la balalaika estaba afinada y una vez más volvía a los mismos acordes, sin que los oyentes se cansaran de escuchar. Anisia Fiódorovna entró de nuevo y apoyó su corpulento cuerpo en el quicio de la puerta.

—¿Lo está escuchando?— preguntó a Natasha con una sonrisa muy semejante a la del tío. —Toca muy bien.

—En ese pasaje no lo hace bien— observó el tío con energía. —Aquí conviene un trémolo, eso es, un trémolo.

—¿Es que sabe usted tocar?— preguntó Natasha.

El tío sonrió sin contestar.

—Mira si las cuerdas de la guitarra están bien, Anísiushka… Hace tiempo que no la cojo. La tengo abandonada.

Anisia Fiódorovna salió de buen grado y con paso ligero a cumplir el encargo de su señor y trajo la guitarra.

El tío, sin mirar a nadie, sopló el polvo del instrumento; tamborileó en la caja de la guitarra con sus dedos huesudos, afinó las cuerdas y se acomodó en la butaca. Con gesto algo teatral, separando mucho el codo izquierdo y guiñando el ojo a Anisia Fiódorovna, lanzó un acorde sonoro, limpio, y después, pausada y tranquilamente, comenzó con ritmo muy lento la conocida canción *Por la calle empedrada*. El motivo de la canción, su ritmo y sentido resonaron en el alma de Nikolái y Natasha en concordancia

con la mesurada alegría que se desprendía de toda la personalidad de Anisia Fiódorovna, quien, encendido el rostro que ocultaba con su pañuelo, salió riendo de la estancia. El tío seguía tocando con el mismo tono enérgico, mirando con ojos inspirados el lugar donde antes estuvo Anisia Fiódorovna. En su rostro, bajo los bigotes grises, había una leve sonrisa, que se acentuaba al aumentar el ritmo de la canción y en los trémolos mejor logrados.

—¡Es maravilloso! ¡Maravilloso, tío! ¡Otra vez, otra vez!— gritó Natasha cuando Mijaíl Nikanórovich hubo terminado. Saltó de su asiento, abrazó a su tío y lo besó. —¡Nikóleñka! ¡Nikóleñka!— dijo a su hermano, como preguntándole: ¿pero qué es esto?

También Nikolái estaba entusiasmado con el modo de tocar del tío. Éste volvió a repetir la canción. De nuevo apareció en la puerta el riente rostro de Anisia Fiódorovna, y detrás de ella otros… "Cuando va por agua fresca, grita la muchacha: ¡espera!", tocaba el tío; después hizo una variación habilísima, interrumpió un acorde y movió los hombros.

—Sigue, querido, sigue, tío— dijo Natasha con voz suplicante, como si estuviera en juego toda su vida.

El tío se levantó. Parecía haber en él dos hombres: uno serio y otro alegre; el hombre serio sonrió gravemente mirando al alegre y el alegre hizo un gesto ingenuo, ceremonioso, como si fuera a iniciar una danza.

—A ver, sobrina— dijo, invitando a Natasha con la mano que había arrancado el último acorde.

Natasha se quitó el chal que llevaba encima, dio unos pasos adelantando al tío y, con las manos en la cintura, movió rítmicamente los hombros y se detuvo frente a él.

¿Dónde, cómo y cuándo esa condesita educada por una institutriz francesa emigrada había absorbido del aire ruso que respiraba ese espíritu, esos gestos que el *pas de châle* tenía que haber desplazado hacía mucho tiempo? Pero el espíritu y los gestos eran auténticamente rusos, inimitables, que no se estudian, eran lo que el tío esperaba de ella. Cuando Natasha se detuvo, sonriendo triunfante, con orgullosa y pícara alegría, desapareció el primer sentimiento que se había apoderado de Nikolái y de todos los

presentes, el miedo a que no saliera airosa. Ahora la admiraban entusiasmados.

Hizo lo debido y con tanta exactitud, tan al completo que Anisia Fiódorovna, quien en seguida le había tendido el pañuelo necesario para aquella danza, reía hasta llorar al ver cómo la joven condesa, delicada, graciosa, tan ajena a ella, educada entre sedas y terciopelos, supo entender cuanto había en Anisia, en el padre de Anisia, en su tío, en su madre y en todo ruso.

—¡Bravo, condesita! ¡Bravo!— gritó Mijaíl Nikanórovich cuando hubo terminado la danza. —¡Vaya con la sobrina! ¡Vaya, vaya! Ahora sólo falta elegir un buen mozo para marido.

—Ya está elegido— dijo sonriendo Nikolái.

—¿De veras?— exclamó el tío, mirándola interrogativo. Natasha, con sonrisa feliz, hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—¡Y qué marido!— dijo.

Pero en seguida surgió en ella otra corriente de ideas y sentimientos. ¿Qué significaba la sonrisa de Nikolái al decir "ya está elegido"? ¿Estaba contento o no? "Parece pensar que mi Bolkonski no aprobaría, no comprendería nuestra alegría. Pero no, lo comprendería todo. ¿Dónde estará ahora? —pensó Natasha, y su rostro, por un momento, quedó serio—. No pienses en eso, no debes pensar en eso", se dijo; y volviendo a sonreír se sentó de nuevo junto a su tío y le rogó que tocara alguna otra cosa.

El tío tocó otra canción; después, un vals y, por último, inició su canción favorita, que hablaba de cazadores:

La nieve, por la noche,
caía sin cesar…

Mijaíl Nikanórovich cantaba como canta el pueblo, con la convicción absoluta e ingenua de que todo el sentido de las canciones está en la letra y que la melodía venía por sí misma: que no existe sin la letra, y servía tan sólo para marcar la cadencia. Por ello, el motivo musical inconsciente —como suele ser el motivo musical del pájaro— resultaba tan bello cantado por el tío. Natasha estaba entusiasmada con las canciones de su tío. Decidió

que dejaría el arpa y estudiaría la guitarra únicamente. Pidió al tío la guitarra y encontró sin tardanza los acordes de una canción. Cerca de las diez llegaron tres hombres a caballo, enviados con dos carruajes desde Otrádnoie en busca de los jóvenes. El enviado explicó que los condes, desconocedores de dónde se hallaban sus hijos, estaban muy preocupados. Llevaron a Petia dormido y lo colocaron en uno de los coches. Natasha y Nikolái se acomodaron en otro. El tío abrigó a Natasha y se despidió de ella con un nuevo sentimiento de ternura. Los acompañó a pie hasta el puente, que debían rodear para cruzar el río por el vado, y ordenó que los cazadores fueran con linternas por delante.

—¡Hasta la vista, querida sobrina!— gritó en la oscuridad.

Su voz no era la que Natasha conocía de otras veces, sino la que había cantado la canción de la nieve.

En la aldea que cruzaban brillaban luces rojizas y el aire olía alegremente a humo.

—¡Qué encantador es el tío!— dijo Natasha cuando salieron al camino.

—Sí— contestó Nikolái. —¿Tienes frío?— preguntó.

—No. Me encuentro muy bien, estoy perfectamente— respondió Natasha algo perpleja.

Callaron durante largo tiempo. La noche era húmeda y oscura. No se veían los caballos; sólo podía oírse su chapoteo en el fango invisible.

¿Qué estaba ocurriendo en aquel espíritu infantil y sensible, que tan vivamente percibía y asimilaba las impresiones más diversas de la vida? ¿Cómo se acomodaban en su alma todas esas impresiones? Comoquiera que fuese, Natasha se sentía muy feliz. Se acercaban ya a la casa cuando entonó *La nieve, por la noche*, melodía que había buscado durante todo el camino y logró captar por fin.

—¿Lo conseguiste?— dijo Nikolái.

—¿En qué estabas pensando ahora, Nikolái?— preguntó Natasha.

Les gustaba hacerse esa pregunta el uno al otro.

—¿Yo?— dijo Nikolái procurando recordar. —Mira: primero pensaba que *Rugai*, el perro rojo, se parece al tío, y que si fuera un hombre tendría consigo al tío no por buen corredor, sino por su buen carácter. ¡Qué fácil es vivir con él! ¿Y tú?

—¿Yo? Espera, espera… Sí, primero pensaba que creemos ir a casa, pero que sólo Dios sabe adonde vamos en medio de esta oscuridad; y que, de pronto, llegamos y no vemos Otrádnoie, sino un país mágico… Luego pensaba que… Pero no, nada más.

—Lo sé, sin duda has pensado en *él*— dijo Nikolái sonriendo, de lo que Natasha se dio cuenta por el sonido de su voz.

—No— respondió la muchacha, aunque realmente pensaba en el príncipe Andréi y en lo mucho que le habría agradado el tío. —Además, durante todo el camino me vengo diciendo: ¡Qué bien estuvo Anísiushka!— dijo Natasha.

Y Nikolái volvió a oír su risa feliz, sonora, espontánea.

—¿Sabes?— dijo de pronto Natasha. —Creo que nunca seré tan feliz ni estaré tan tranquila como ahora.

—¡Qué tontería! Son estupideces, chiquilladas— exclamó Nikolái; y pensó: "¡Mi Natasha es un encanto! Nunca tendré una amiga como ella. ¿Por qué se casa? ¡Pasearíamos siempre juntos!".

"¡Qué encanto es Nikolái!", pensó Natasha.

—¡Ah! ¡Todavía hay luz en la sala!— dijo, señalando las ventanas que brillaban en la oscuridad de la noche, húmeda y aterciopelada.

VIII

El conde Iliá Andréievich había renunciado a su cargo de mariscal de la nobleza porque le imponía demasiados gastos; pero la situación no mejoraba. Con frecuencia, Natasha y Nikolái sorprendían conversaciones secretas e inquietantes de sus padres y oían hablar de la venta de la rica casa patrimonial de los Rostov y de otras propiedades en las cercanías de Moscú. El conde ya no era mariscal de la nobleza ni estaba obligado a grandes recepciones, y la vida en Otrádnoie era más modesta que en años precedentes. Pero la enorme casa de campo y los pabellones estaban siempre llenos de gente y más de veinte personas se sentaban cada día a la mesa. Todos vivían desde hacía tiempo con la familia, unos casi como miembros de ella y otros porque se consideraba que debían vivir en la casa del conde. Tal era el caso de Dimmler, el músico, y su mujer; Vogel, maestro de baile, con su familia; la vieja señorita Bielova y tantos otros; los profesores de Petia, la antigua institutriz de las señoritas y simplemente algunos que creían mejor y más conveniente vivir a expensas del conde que en su casa. No se daban ya las grandes recepciones de antes, pero en la casa se mantenía el tren de siempre, un tren sin el cual los condes no podían imaginarse la vida. Subsistían las partidas de caza, acrecentadas desde la vuelta de Nikolái; subsistían los quince cocheros y los cincuenta caballos, los valiosos regalos para las onomásticas y otras solemnidades, las comidas de gala para todo el distrito, las partidas de *whist* y de *boston*, en las que el conde, permitiendo que vieran sus cartas, se dejaba ganar todos los días cientos de rublos, por lo cual los vecinos juzgaban las partidas de juego con él como la renta más lucrativa y saneada.

Apresado en su actividad como en una enorme red, el conde se empeñaba en no creer que, a cada paso, se enredaba más y más. Le faltaban fuerzas para romper la red o para desenredarla poco a poco, con paciencia. El corazón amante de la condesa sentía que la ruina amenazaba a sus hijos; sabía que el conde no era culpable, que no podía dejar de ser como era y que él mismo sufría por ello (aunque lo ocultara cuidadosamente) y buscaba el modo de remediar su propia ruina y la de sus hijos. Desde su punto de vista puramente femenino la única solución posible era el matrimonio de Nikolái con una rica heredera. La condesa comprendía que aquélla era la última esperanza, y que si Nikolái rechazaba el partido que ella le había buscado habría que despedirse para siempre de la posibilidad de remediar el desastre. El partido en cuestión era Julie Karáguina, hija de buenos y virtuosos padres, a quien los Rostov conocían desde la infancia y que, muerto su último hermano, era entonces una de las más ricas herederas.

Así pues, la condesa escribió directamente a la señora Karáguina, a Moscú, proponiéndole el matrimonio de sus hijos, y recibió una respuesta favorable. La señora Karáguina decía que, por su parte, consentía en dicho matrimonio, pero que todo dependía de su hija. La señora Karáguina proponía que Nikolái fuera a Moscú.

Varias veces, con lágrimas en los ojos, la condesa Rostova decía a Nikolái que, tras las bodas de sus dos hijas, todo su deseo era verlo a él casado; sólo entonces moriría tranquila. Después daba a entender que tenía en perspectiva a una muchacha excelente y trataba de conocer la opinión de su hijo sobre el matrimonio.

En otras ocasiones alababa a Julie y aconsejaba a Nikolái que fuera a Moscú a divertirse con ocasión de las fiestas. Nikolái adivinaba los propósitos de su madre y un día se los hizo confesar abiertamente. La condesa explicó a su hijo que la última esperanza de remediar la situación de la familia se fundaba ahora en su matrimonio con la señorita Karáguina.

—Mamá, y si yo amase a una muchacha sin fortuna alguna, ¿me exigiría que sacrificara mi cariño y mi honor al dinero?— preguntó sin calcular la crueldad de su pregunta, deseando tan sólo manifestar su nobleza de espíritu.

—No, no me has entendido— dijo la madre, sin saber cómo justificarse. —No me has entendido, Nikolái. Lo que yo deseo es tu felicidad— añadió, y confusa, comprendiendo que no decía la verdad, comenzó a llorar.

—Mamita, no llore. Dígame solamente que usted lo desea; sabe que yo daría toda mi vida, lo daría todo para que usted esté tranquila— dijo Nikolái. —Lo sacrificaré todo por usted, hasta mis sentimientos.

Mas la condesa no quería plantear así la cuestión. No deseaba sacrificar a su hijo: habría preferido sacrificarse ella misma por él.

—No, no me has comprendido, no hablemos más de ello— dijo enjugándose las lágrimas.

"Sí, tal vez ame a una muchacha pobre —pensaba Nikolái—; pero ¿por qué debo sacrificar mi corazón y mi honor al dinero? Me asombra que mamita haya podido decirme semejante cosa. Entonces, porque Sonia es pobre, no puedo amarla —se decía—, no puedo corresponder a su cariño devoto y fiel. Y con ella sería más feliz que con una Julie cualquiera, que no es más que una muñeca. Yo no puedo mandar en mis sentimientos. Si quiero a Sonia, ese amor es para mí lo más fuerte y para mí está por encima de todo."

Y no fue a Moscú. La condesa no volvió a insistir en el tema del matrimonio, y con tristeza, y a veces con cólera, advertía el acercamiento cada vez mayor entre Sonia, pobre y sin dote, y su hijo. Se lo reprochaba a sí misma, pero no podía evitar su descontento con Sonia, que se manifestaba en inmotivadas reprensiones o en el uso totalmente injustificado del "usted" y "querida". Lo que más disgustaba a la buena de la condesa era precisamente que Sonia, la pobre sobrina de los ojos negros, fuera tan dulce, tan buena y tan agradecida a sus protectores y amase con un amor tan fiel, constante y abnegado a Nikolái, que nada se le podía reprochar.

Llegaba el término del permiso de Nikolái. Se había recibido desde Roma la cuarta carta del príncipe Andréi en la que decía que ya estaría de camino hacia Rusia si de improviso, con aquel clima cálido de Italia, no se hubiese abierto de nuevo su herida, lo que lo obligaba a retrasar su vuelta hasta comienzos del año próximo. Natasha seguía igual de enamorada de su prometido, tranquila con ese amor y accesible a toda clase de alegrías. Pero

al cumplirse los cuatro meses de separación, se vio asaltada por accesos de tristeza que en modo alguno podía vencer. Sentía compasión de sí misma, lamentaba que sin pena ni gloria se perdiera aquel tiempo cuando ella se sentía tan capaz de amar y de ser amada.

La alegría no reinaba en casa de los Rostov.

IX

Llegó la Navidad y, aparte de la misa solemne y de las fastidiosas felicitaciones de convecinos y domésticos y de los trajes nuevos para todos, no sucedió nada de especial. Pero aquel frío de veinte grados bajo cero, la ausencia de viento y el sol resplandeciente y cegador de día y la luz de las estrellas por la noche impulsaban la necesidad de celebrar de algún modo la fecha.

Al tercer día de fiestas, después de comer, toda la familia se dispersó por las habitaciones; eran los instantes más aburridos de la jornada. Nikolái, que por la mañana había visitado a algunos vecinos, se quedó dormido en el saloncito de los divanes; el viejo conde descansaba en su despacho; Sonia permanecía sentada ante la mesa redonda de la sala y copiaba un dibujo; la condesa hacía un solitario; Nastasia Ivánovna, el bufón, con cara triste, se había reunido con dos viejas junto a la ventana. Natasha entró en la sala; se acercó a Sonia, miró lo que estaba haciendo, luego se acercó a su madre y se detuvo, sin decir nada.

—¿Por qué andas como un alma en pena? ¿Qué necesitas?— preguntó la condesa.

—Lo necesito *a él*… Ahora, en este momento, *lo* necesito— dijo Natasha gravemente y con los ojos brillantes.

La condesa levantó la cabeza y miró fijamente a su hija.

—No me mire, mamá, no me mire. Acabaré por llorar.

—Ven, quédate un poco conmigo— dijo la condesa.

—Mamá, lo necesito *a él*. ¿Por qué yo he de consumirme así?

Su voz se cortó. Las lágrimas brotaron de sus ojos y para ocultarlas se volvió bruscamente y salió de la sala. Atravesó el saloncito de los divanes y

se detuvo allí; reflexionó unos instantes y se dirigió a la habitación de las doncellas. La criada vieja regañaba a una joven que acababa de entrar corriendo del patio, llena de frío.

—¡Ya está bien de juegos!— decía. —Cada cosa a su tiempo.

—Déjala, Kondrátievna— intervino Natasha. —Ve, Mavrushka, ve.

Y dejando que saliera la muchacha, Natasha se dirigió a la antecámara. Un criado viejo y dos jóvenes estaban jugando a las cartas; interrumpieron la partida y se levantaron cuando entró ella: "¿Qué puedo hacer con ellos?", se preguntó Natasha.

—Sí, Nikita, ve, por favor… ("¿dónde lo puedo enviar?"). Sí, ve al corral y tráeme un gallo; y tú, Misha, tráeme avena.

—¿Como cuánto?— preguntó Misha alegremente y de buena gana.

—Ve, ve rápido— dijo el viejo.

—Fiódor, tú tráeme un poco de yeso.

Al pasar delante del bufet mandó que se preparase el samovar, aunque no era la hora.

El mayordomo, Foka, era el hombre más hosco de toda la casa. A Natasha le gustaba probar su autoridad sobre él. Foka no la creyó y fue a preguntar si era verdad.

—¡Vaya con la señorita!— dijo Foka, fingiendo que se enfadaba con ella.

Nadie en la casa daba tantas órdenes ni tanto trabajo como la joven. No podía ver a nadie quieto sin mandarle algo. Parecía querer probar si alguno se resistía, se enfadaba con ella. Pero todos cumplían sus órdenes con más placer que las de cualquier otro.

"¿Qué haré? ¿Adónde puedo ir?", pensaba Natasha, caminando lentamente por el pasillo.

—Nastasia Ivánovna, ¿qué nacerá de mí?— preguntó al bufón que iba a su encuentro, vestido con la chambra de siempre.

—Pulgas, saltamontes y cigarras— respondió él.

"Dios mío, Dios mío, siempre lo mismo. ¿Adónde ir? ¿Qué puedo hacer?" Subió rápidamente la escalera, en busca de Vogel, que vivía en el piso alto con su mujer. En casa de Vogel estaban dos institutrices y tenían sobre la mesa platos con pasas, nueces y almendras. Las institutrices

hablaban sobre dónde era más barato vivir, si en Moscú u Odesa. Natasha se sentó, estuvo un rato escuchando la conversación con rostro serio y pensativo y después se levantó.

—La isla de Madagascar— dijo. —Ma-da-gas-car— repitió, pronunciando distintamente cada sílaba; y sin responder a las preguntas de Mme Schoss acerca de lo que decía, salió de la habitación.

Petia estaba también arriba, con su preceptor, preparando unos fuegos artificiales que iban a encender por la noche.

—¡Petia! ¡Petia!— gritó Natasha. —¡Llévame abajo!

El chiquillo corrió hacia ella y le ofreció la espalda. Natasha montó encima, ciñó con sus brazos el cuello de su hermano y Petia comenzó a correr.

—No, no hace falta… la isla de Madagascar— dijo saltando al suelo y bajó las escaleras.

Como si acabara de recorrer su reino, habiendo probado su poder, convencida de que todos se le mostraban sumisos, pero que, sin embargo, seguía tan aburrida como antes, Natasha volvió a la sala, tomó su guitarra, se sentó en un rincón oscuro, detrás de un pequeño armario, y comenzó a pulsar las cuerdas con una frase de ópera que había oído en San Petersburgo, en compañía del príncipe Andréi. Para los oyentes, los acordes que salían de la guitarra no tenían sentido alguno, pero en la imaginación de Natasha la frase musical hacía revivir numerosos recuerdos. Permanecía sentada detrás del pequeño armario con los ojos fijos en la franja de luz que caía de la despensa y recordaba. Se quedó abstraída en sus recuerdos.

Sonia, con una copa en la mano, atravesó la sala. Natasha la miró, miró la puerta sin cerrar de la despensa y le pareció que ya había visto antes a Sonia, con la copa y la luz que salía de allí. “Sí, todo eso ocurrió antes que ahora y fue exactamente igual”, pensó Natasha.

—Sonia, ¿qué estoy tocando?— gritó Natasha, deslizando su dedo sobre el bordón.

—¡Ah! ¡Estás aquí!— dijo con sobresalto Sonia. —No lo sé. *¿La Tempestad?*— preguntó tímidamente, con temor de equivocarse.

“Sí, se estremeció exactamente lo mismo. Se acercó igual que ahora y también sonrió con timidez… ¡Todo eso fue exactamente así! Y yo pensé…

entonces, que le faltaba algo.”

—No; es el coro de *Los Aguadores*, ¿lo oyes?— terminó cantando el tema del coro para que Sonia lo recordara. —¿Adónde ibas?— preguntó después.

—A cambiar el agua de la copa. Me falta poco para terminar el dibujo.

—Tú siempre estás ocupada, yo no sé— dijo Natasha. —¿Dónde está Nikolái?

—Creo que duerme.

—Ve a despertarlo, Sonia. Dile que lo llamo para cantar— y se quedó pensando en el significado que podía tener lo sucedido; y sin resolver el problema y sin mínimamente lamentarlo, se trasladó de nuevo con la imaginación al tiempo en que estaban juntos y él la miraba con ojos de enamorado.

“¡Oh, que venga! ¡Que venga cuanto antes! Tengo tanto miedo de que no llegue… y lo principal es que me hago vieja. Ya no encontrará en mí lo que hay ahora. Puede suceder que llegue hoy, que llegue ahora. A lo mejor ha llegado ya y está en la sala, esperándome. Quizá llegara ayer y lo he olvidado.” Se levantó, dejó la guitarra en su sitio y pasó a la sala. Toda la familia estaba sentada en torno a la mesa de té, con los preceptores, las institutrices y los huéspedes.

Los criados permanecían en pie, atentos al servicio, pero no estaba el príncipe Andréi.

—¡Ahí tenemos a Natasha!— dijo Iliá Andréievich al verla entrar en la sala. —Ven, siéntate a mi lado.

Pero Natasha se detuvo junto a su madre y miró a su alrededor, como si buscara algo.

—Mamá, *démelo, démelo* en seguida— y una vez más se esforzó por contener las lágrimas.

Se sentó en su sitio, prestando oído a la conversación de las personas mayores y de Nikolái, que también había acudido a la mesa. “Dios mío, Dios mío, las mismas caras, las mismas conversaciones, papá sostiene su taza como siempre y sopla de la misma manera”, pensaba, sintiendo con horror la repulsión que nacía en ella contra la familia por ser todos como eran siempre.

Después del té, Nikolái, Sonia y Natasha pasaron al saloncito de los divanes, a su rincón favorito, donde, como siempre, se iniciaban las conversaciones más íntimas.

X

—¿No te sucede a veces— preguntó Natasha a su hermano cuando se hubieron acomodado —que piensas que todo lo hermoso ha pasado y ya no queda nada, nada más? ¿Y que sientes, no diría tedio, sino tristeza?

—¡Ya lo creo!— dijo él. —A veces todos están contentos, todo va bien, y se me ocurre pensar que todo es aburrido y que todos tendrían que morir. Un día, en el regimiento no salí de paseo, fuera tocaba la música… y me sentí tan triste…

—¡Oh! Lo sé, lo sé— confirmó Natasha. —También me sucedió a mí, cuando era muy niña. ¿Te acuerdas? Una vez me castigaron por unas ciruelas; todos vosotros estabais bailando, yo me quedé en el gabinete de estudio, sola, y lloré mucho. No lo olvidaré nunca. Estaba triste y sentía lástima de todos, de todos, y de mí misma. Y lo principal es que yo no tenía la culpa. ¿Te acuerdas?

—Sí, lo recuerdo— dijo Nikolái. —Me acuerdo de que fui a verte; quería consolarte, ¿sabes? Sentía remordimiento. Éramos tan ingenuos. Yo tenía un juguete, un payaso, y quise dártelo. ¿Recuerdas?

—¿Y recuerdas hace aún más tiempo— dijo Natasha con pensativa sonrisa, —cuando éramos muy, muy pequeños; el día en que nos llamó el tío a su despacho, en la vieja casa todavía? Todo estaba oscuro, llegamos y había allí…

—Un negro— terminó Nikolái con alegre sonrisa, —¿Cómo no voy a recordarlo? Y aun ahora no sé si era *negro*, o si lo soñamos, o si es que nos lo contaron.

—Era gris y tenía los dientes blancos. Estaba de pie y nos miraba.

—¿Se acuerda, Sonia?— preguntó Nikolái.

—Sí, sí, algo recuerdo— respondió Sonia tímidamente.

—A veces he preguntado a mamá y a papá por aquel negro— dijo Natasha. —Dicen que no había ningún negro… ¡Pero tú lo recuerdas!

—¡Ya lo creo! Como si ahora estuviera viendo sus dientes blancos.

—¡Qué raro! Es como un sueño. Me gusta recordar.

—¿Y te acuerdas de cuando empezamos a jugar con unos huevos de Pascua en la sala y de pronto entraron dos viejas y se pusieron a rodar por el suelo también? ¿Ha sucedido esto, sí o no? ¿Te acuerdas de lo bien que lo pasábamos?

—Sí. ¿Y cuando papá, con su abrigo azul, disparó la escopeta en el porche de la casa?

Se interrumpían sonrientes, felices al evocar —no tristes recuerdos propios de la vejez— los recuerdos poéticos de la infancia; esas impresiones de un pasado bastante lejano cuando la fantasía se entrelaza con la realidad. Y reían los tres dulcemente con íntimo gozo.

Aun cuando sus recuerdos fueran comunes, Sonia, como siempre, no llegaba tan lejos. No recordaba muchas cosas, que ellos guardaban en su memoria, y las que recordaba no despertaban en ella aquel sentimiento poético que embargaba a los dos hermanos. Se complacía de su júbilo y trataba de participar en él.

Únicamente intervino cuando Natasha y Nikolái recordaron la llegada de Sonia. Contó entonces que había tenido miedo de Nikolái porque éste llevaba cordones en la chaqueta y la niñera le decía que la coserían dentro.

—Yo recuerdo que me dijeron que tú habías nacido debajo de una col— dijo Natasha. —No me atrevía a dudarlo, pero sabía que no era verdad y me sentía incómoda.

En la puerta del fondo apareció una sirvienta.

—Señorita, ya han traído el gallo— anunció en voz baja.

—Ya no hace falta, Paulina; di que se lo lleven.

Dimmler entró después, cuando estaban en plena conversación: se acercó al arpa, colocada en un ángulo del salón, la desenfundó y del instrumento salió un sonido discordante.

—Edvard Kárlich, toque, por favor, mi *Nocturno* favorito del señor Field— dijo desde la otra sala la voz de la condesa.

Dimmler inició unos acordes y, volviéndose a Natasha, Nikolái y Sonia, dijo:

—¡Qué tranquilos están los jóvenes!

—Sí. Estamos filosofando— contestó Natasha, volviéndose por un segundo, y prosiguió la conversación.

Ahora hablaban de sueños.

Dimmler comenzó a tocar. Natasha, sin hacer ruido, se acercó a la mesa, tomó el candelero, lo sacó de la habitación y volvió a su sitio. La habitación, y especialmente el rincón donde estaban sentados, quedó en la oscuridad, pero por las amplias ventanas entraba la luz plateada de la luna llena.

—¿Sabéis qué pienso?— murmuró Natasha acercándose a Nikolái y a Sonia, mientras Dimmler, terminada la canción, permanecía sentado, pulsando débilmente las cuerdas y preguntándose si debería dejarlo o tocar algo nuevo. —Cuando uno comienza a recordar pasa el tiempo recordando todo y se llega a recordar lo que se era antes de nacer.

—Eso es la metempsicosis— aseguró Sonia, que siempre fue buena estudiante y lo recordaba todo. —Los egipcios creían que nuestras almas eran de los animales y volvían a ellos.

—No, no creo que estuviesen en algún animal— dijo Natasha, siempre en voz baja, aunque la música había cesado. —Estoy segura de que éramos ángeles, que debíamos de estar en alguna parte y también aquí, y que por eso lo recordamos todo…

—¿Puedo unirme a ustedes?— preguntó en voz baja Dimmler, sentándose al lado de ellos.

—Si hubiésemos sido ángeles, ¿por qué íbamos a caer en un estado inferior? No; no es posible— dijo Nikolái.

—No inferior, ¿quién ha dicho que habíamos caído en un estado inferior? ¿Por qué sé lo que era antes?— replicó Natasha persuadida. —El alma es inmortal… Entonces, si he de vivir siempre, también he vivido antes, he vivido toda la eternidad.

—Sí, pero es difícil representarse la eternidad— aseguró Dimmler, que se había acercado a los jóvenes con una sonrisa afable y despreciativa pero que ahora hablaba con el mismo tono serio y velado de los jóvenes.

—¿Por qué?— intervino Natasha. —Hoy es, mañana será, siempre será; y ayer y anteayer eran…

—¡Natasha! Ahora te toca a ti. Cántame algo— se oyó la voz de la condesa. —Estáis sentados ahí como unos conspiradores.

—¡Mamá, tengo tan pocas ganas de cantar!— replicó Natasha. Pero se levantó en seguida.

Nadie, ni siquiera Dimmler, que ya no era joven, deseaba interrumpir la conversación y salir de aquel rincón del saloncito. Pero Natasha se levantó y Nikolái se sentó al clavicordio. Como siempre, Natasha se colocó en el centro de la sala escogiendo el punto más conveniente para el sonido, y entonó la romanza preferida de su madre.

Había dicho que no tenía deseos de cantar, pero hacía tiempo que no cantaba tanto ni tan bien como aquella noche. El conde Iliá Andréievich la escuchaba desde el despacho donde estaba conversando con Míteñka y, como un alumno que se apresura a concluir sus lecciones para correr a jugar, dio las últimas órdenes a su administrador y guardó silencio. También Míteñka escuchaba callado y sonriente, de pie ante el conde.

Nikolái no apartaba los ojos de Natasha; respiraba al mismo ritmo que ella. Sonia pensaba en la gran diferencia que había entre ella y su amiga y comprendía que le era imposible ser, por poco que fuera, tan encantadora como su prima. La condesa escuchaba con su sonrisa feliz y triste; las lágrimas le asomaban a los ojos y de vez en cuando movía la cabeza. Pensaba en su hija, en su propia juventud y en que había algo ilógico y temible en el matrimonio de Natasha con el príncipe Andréi.

Dimmler, sentado junto a la condesa, escuchaba con los ojos cerrados.

—¡Oh, condesa!— dijo, por fin. —¡Tiene talento para cantar en cualquier escena europea! Tanta suavidad, tanta dulzura y vigor…

—Temo por ella, tengo miedo— dijo la condesa, sin pensar en quién la escuchaba. Su instinto maternal le decía que en Natasha había algo excesivo que impediría su felicidad.

No había concluido Natasha su canción cuando en la sala irrumpió, con su entusiasmo de catorce años, el pequeño Petia, que anunciaba la llegada de los disfrazados.

Natasha se detuvo en seco.

—¡Estúpido!— gritó y corrió hacia una silla, se dejó caer y estalló en sollozos y durante largo rato no pudo detener sus lágrimas. —No es nada, mamá, nada; es que Petia me ha asustado— decía intentando sonreír; pero sus lágrimas seguían fluyendo y los sollozos oprimían su garganta.

Los criados, disfrazados de osos, turcos, posaderos y grandes señoras, terribles y cómicos, aparecieron en la sala, trayendo consigo el frío y la alegría. Al principio se escondían unos detrás de otros en la antecámara; después fueron entrando tímidamente hasta que, cobrada cierta confianza, comenzaron sus canciones, sus danzas y sus juegos de Navidad.

La condesa fue reconociendo los rostros; después de reírse un rato de sus disfraces, se retiró al salón. El conde, con una sonrisa resplandeciente, se quedó en la sala animando a los disfrazados. Los jóvenes habían desaparecido.

Media hora después entraron nuevos disfrazados; una vieja señora con miriñaque, que era Nikolái; una turca, el disfraz de Petia; Dimmler se había vestido de *clown*, Natasha de húsar y Sonia de circasiano, con bigote y cejas pintados con corcho quemado.

Fueron acogidos por los no disfrazados con indulgente asombro, fingiendo no reconocerlos y alabando sus disfraces; los jóvenes consideraban que sus disfraces eran tan buenos que debían enseñarlos a más gente.

Nikolái quería, aprovechando el excelente estado del camino, dar un paseo a todos en su troika, y propuso ir con diez criados disfrazados a la casa del tío.

—No, no… molestarías al viejo— dijo la condesa; —además allí no hay sitio. Si queréis ir a alguna parte id a casa de la Meliúkova.

La señora Meliúkova era una viuda con varios hijos de diversa edad, también con sus institutrices, que vivía a cuatro kilómetros de los Rostov.

—¡Eso sí que está bien pensado, ma chère!— aseguró animado el conde. —Ahora mismo me disfrazo y voy con vosotros. Divertiré a Pachette.

Pero la condesa se opuso: durante aquellos días le había dolido una pierna. Se decidió que Iliá Andréievich no podía salir; pero que si Luisa Ivánovna, es decir, Mme Schoss, quería acompañarlas, las jóvenes podían ir

también a casa de Meliúkova. Sonia, tímida y vergonzosa como siempre, fue la más tenaz en suplicar a Luisa Ivánovna.

Era la mejor disfrazada; el bigote y las cejas pintadas le sentaban muy bien. Todos aseguraban que estaba muy guapa y aquel día se sentía, contra lo habitual, animada y enérgica. Una voz interior le decía que si su destino no se decidía aquel día, no se decidiría nunca, y con su traje de hombre parecía otra persona. Luisa Ivánovna consintió y media hora más tarde se acercaban al porche cuatro troicas con campanillas y cascabeles, haciendo chirriar sus patines sobre la nieve helada.

Natasha fue la primera en dar el tono alegre que corresponde a la festividad navideña; alegría que, al pasar de unos a otros, fue en aumento y llegó al máximo cuando salieron todos de la casa al frío glacial para ocupar los trineos, entre conversaciones, risas y gritos.

Había dos trineos de servicio; el tercero era la troika del conde, con su caballo de Orel en el centro, y el cuarto, la de Nikolái, que llevaba de guía un caballo pequeño de pelo largo y negro. Nikolái, con su traje de señora, cubierto con su capa de húsar, permanecía de pie sobre el trineo y sostenía las riendas.

La noche era tan clara que a la luz de la luna se veían brillar los herrajes y los ojos de los caballos que miraban temerosos el ruidoso grupo reunido bajo el tejadillo oscuro del porche.

Natasha, Sonia, Mme Schoss y dos muchachas tomaron asiento en el trineo de Nikolái; en el trineo del viejo conde iba Dimmler con su esposa y Petia; en los otros, los criados disfrazados.

—¡Ve delante, Zajar!— gritó Nikolái al cochero de su padre, con la intención de pasarlo después en el camino.

El trineo del viejo conde, en el cual tomó asiento Dimmler y otros disfrazados, arrancó haciendo crujir los patines, que parecían haberse pegado a la nieve, entre el sonoro tintineo de su campanilla. Los caballos de repuesto se apretaban a las varas y removían una nieve dura y brillante como azúcar.

Lo siguió Nikolái y a continuación se pusieron en marcha los otros dos. Primero avanzaron a un trote corto por el camino estrecho. Mientras pasaban a lo largo del jardín, los altos árboles desnudos proyectaban su

sombra sobre el camino y ocultaban la clara luz de la luna, pero en cuanto salieron de la finca, la llanura nevada, totalmente inundada por el resplandor nocturno, se extendió inmóvil ante ellos brillando como un diamante de reflejos azulados. El primer trineo experimentó una sacudida; otro tanto ocurrió al que guiaba Nikolái y a los siguientes. Y rompiendo el silencio petrificado de la noche, siguieron corriendo en fila.

—¡Huellas de liebre! ¡Hay muchas!— resonó la voz de Natasha en el aire frío e inmóvil.

—¡Qué bien se ve, Nikolái!— dijo Sonia.

Nikolái se inclinó hacia Sonia para ver mejor su rostro: era una cara nueva, graciosa, con bigotes y cejas pintadas, iluminada por la luna, la que emergía próxima y lejana de las pieles de marta.

“Antes era Sonia”, pensó. Y la miró más de cerca, sonriendo.

—¿Decía algo, Nikolái?

—No, nada— y se volvió de nuevo hacia los caballos.

El amplio camino trillado, que los patines de los trineos habían dejado como aceitoso, estaba socavado por huellas de lañas, visibles a la luz de la luna; los mismos caballos tiraban de las riendas y aceleraban el paso. El caballo de la izquierda, con la cabeza doblada, sacudía los tirantes; el caballo de tiro se balanceaba y levantaba las orejas como preguntando: “¿Hay que empezar ya o es pronto todavía?”. Delante, ya lejos, se distinguía, precisa, en medio de la nieve, la negra troika de Zajar, que se alejaba entre el repiqueteo de su pesada campanilla. Se oían los gritos, las risas y las voces de los disfrazados.

—¡Ea, amigos!— gritó Nikolái, tirando de las riendas con una mano y apartando el látigo con la otra.

Sólo por el aire que les azotaba con más fuerza el rostro y por el acelerado galope de los caballos podía advertirse la velocidad a que volaba la troika. Nikolái volvió el rostro. Entre gritos, risas y chasquidos de los látigos, se acercaban los otros trineos. El caballo de tiro, bajo su arco, no acortaba el paso y prometía apretar más cuando fuese necesario.

Nikolái alcanzó al primer trineo; bajaron una cuesta y entraron en un camino trillado, que pasaba por un prado junto al río.

“¿Por dónde vamos? —pensó Nikolái—. Seguramente por el prado Kosoi. Pero no, esto es algo nuevo que nunca he visto. No es ni el prado Kosoi ni la cuesta de Diómkino. ¡Dios sabe qué es! Algo nuevo y mágico. Pero es lo mismo, que sea lo que sea.” Y, gritando a sus caballos, se puso a la altura de la primera troika.

Zajar retuvo su tiro y volvió la cara, cubierta de escarcha hasta las cejas.

Nikolái lanzó su trineo a todo galope. Zajar alargó los brazos, hizo chasquear la lengua y salió también disparado.

—¡Aguanta, señor!— dijo.

Ambos trineos volaban emparejados, aún más veloces, y el repiqueteo de los cascos de los caballos era cada vez más rápido. Nikolái iba aumentando la diferencia. Zajar, sin cambiar su posición, con los brazos tendidos, levantó la mano con las riendas.

—¡No te saldrás con la tuya, señor!— gritó a Nikolái.

Nikolái lanzó sus caballos a todo galope y pasó a Zajar. Los brutos levantaban una nube de nieve fina y seca que azotaba las caras de los viajeros. En sus oídos resonaba el rápido martilleo de las pezuñas y las patas de los caballos se entrecruzaban con creciente velocidad mezclándose con las sombras de la troika adelantada. Se oía el chirriar de los trineos sobre la nieve y los chillidos de las mujeres.

Nikolái frenó y miró en derredor. La misma llanura mágica; las mismas estrellas encima, la misma claridad de la luna que lo llenaba todo.

“Zajar grita que tome la izquierda; ¿por qué a la izquierda? —pensó Nikolái—. ¿Es que vamos a casa de las Meliúkova? ¿Es esto Meliúkova? ¡Sabe Dios dónde estamos y lo que nos sucede! ¡Pero es extraño y está muy bien lo que nos sucede!”

Volvió la cabeza para mirar dentro del trineo.

—Mira, tiene blancos los bigotes y las pestañas— dijo alguien de fino bigote y cejas sentado entre otros disfrazados atractivos y desconocidos.

“Se diría que ésta es Natasha —pensó Nikolái—, y esa otra es Mme Schoss, aunque puede que no lo sea. Y ese circasiano del bigote no sé quién es, pero lo quiero.”

—¿No tienen frío?— preguntó.

No hubo respuesta. A sus espaldas sonaron algunas risas. Dimmler, desde los trineos que iban detrás, gritó algo, probablemente muy divertido, pero fue imposible entenderlo.

—¡Sí, sí!— contestaron entre risas algunas voces.

“Pero esto es un bosque encantado, con sombras negras, cambiantes y diamantinas; con una gran escalinata de mármol y techos de plata de los palacios mágicos; se oye el chillido agudo de unos animales.”

“¿Y si esto fuera Meliúkova? Aún resulta más extraño que después de andar a la aventura hayamos llegado a Meliúkova”, pensaba Nikolái.

En efecto, estaban en Meliúkova; varios domésticos aparecían ya en el portal con bujías encendidas y caras risueñas.

—¿Quién es?— preguntó alguien desde la escalera.

—¡Disfrazados de la casa del conde! Los conozco por los caballos— respondió otra voz.

XI

Pelagueia Danílovna Meliúkova, mujer corpulenta y enérgica, con lentes, envuelta en un amplio chal, estaba en el salón, rodeada de sus hijas, a las que trataba de distraer. Vertían cera fundida y miraban las sombras de las figurillas resultantes, cuando en la antesala se oyó un fuerte rumor de pasos y animadas voces.

Húsares, damas, brujas, payasos y osos, tosiendo y secándose los rostros cubiertos de escarcha en el pasillo, entraron en la sala, donde rápidamente se encendieron más velas. El *clown* Dimmler y la señora Nikolái iniciaron la danza. Rodeados de las alborozadas niñas, los enmascarados, ocultando el rostro y disimulando la voz, saludaban a la dueña de la casa e iban acomodándose por la sala.

—¡Oh! ¡No es posible reconoceros!… ¡Esta es Natasha! ¡Mirad a quién se parece! ¡No sé a quién me recuerda! ¡Y Edvard Kárlich, qué bien está! No lo habría conocido. ¡Y cómo baila! Dios mío, y qué circasiano… ¡Qué bien le sienta a Sóniushka! ¿Y esos otros? ¡Vaya! Han animado esto. ¡Retirad las mesas, Nikita, Vania! ¡Y nosotras que estábamos tan tranquilas!…

—¡Ja, ja, ja!… ¡El húsar! ¡El húsar! ¡Parece un chico, y con esas piernas…! ¡Qué risa!— decían las voces.

Natasha, la predilecta de las jóvenes Meliúkova, desapareció con ellas en habitaciones de la parte trasera, desde donde empezaron a pedir corcho, batas y trajes de hombre, que brazos desnudos tomaban de los criados por la puerta entreabierta. Diez minutos después, las jóvenes Meliúkova se habían unido a los disfrazados.

Pelagueia Danílovna dio órdenes para que despejaran la sala y preparasen comida para señores y sirvientes; sin quitarse los lentes, con una sonrisa contenida, iba entre los disfrazados y los miraba de cerca, sin reconocer a nadie, no ya a los Rostov y a Dimmler, sino a sus propias hijas disfrazadas de hombre con trajes y uniformes de la casa que tampoco reconocía.

—¿Quién es ésta?— preguntó, volviéndose a una institutriz y señalando a una de sus hijas, disfrazada de tártaro de Kazán. —Parece una de los Rostov. Y usted, señor húsar, ¿en qué regimiento sirve?— dijo a Natasha. —Sirva pasteles de fruta al turco; su ley no se lo prohíbe— dijo al encargado del buffet.

A veces, mirando la forma de bailar extraña y cómica de los visitantes, seguros de que nadie los conocía por lo cual no creían necesario guardar tantos miramientos, Pelagueia Danílovna escondía el rostro en su pañuelo y su voluminoso cuerpo se estremecía con una risa bonachona que era incapaz de contener.

—¡Mi Sasha! ¡Es mi Sasha!— decía.

Después de las danzas populares y los corros, Pelagueia Danílovna reunió a todos, señores y criados, en un gran círculo. Pidió un anillo, una cuerda y un rublo y organizó unos juegos.

Una hora después todos los trajes estaban desordenados y arrugados; los bigotes y cejas, pintados con corcho quemado, chorreaban con el sudor de los rostros sofocados y alegres. Pelagueia Danílovna empezó a reconocer a la gente, admirando la perfección de los disfraces, sobre todo de las señoritas, y dando las gracias a todos por haberla divertido tanto. La cena de los señores se sirvió en el comedor y los criados fueron obsequiados en la sala.

Durante la cena, una señorita solterona que vivía en la casa contaba que lo más terrible era tratar de conocer el futuro en el baño de vapor.

—¿Por qué?— preguntó la mayor de las Meliúkova.

—Usted no iría; se necesita ser muy valiente…

—Yo iré— dijo Sonia.

—Cuente lo ocurrido con una señorita— pidió la menor de las Meliúkova.

—Pues una vez— comenzó la solterona —una señorita fue con un gallo y dos cubiertos, todo cuanto se necesitaba, y se sentó en el lugar señalado. Estuvo un rato, y en esto oyó el rumor de un trineo con cascabeles…, que se acercaba. Comprendió que alguien venía, se volvió y vio a un hombre vestido de oficial que entró y se sentó frente a ella, donde estaba el otro cubierto.

—¡Oh! ¡Oh!— gritó Natasha con horror, abriendo mucho los ojos.

—Pero cómo, ¿él hablaba?

—Sí, habló como una persona. Y empezó a cortejarla, y debía hablarle hasta el canto del gallo. Pero ella, asustada, se tapaba la cara con las manos. Entonces él la agarró. Menos mal que en seguida acudieron las chicas…

—¿Para qué las asusta?— intervino Pelagueia Danílovna.

—Mamá, si usted misma fue a que le adivinasen el porvenir.

—¿Y cómo se adivina el porvenir en el granero?— preguntó Sonia.

—Pues mira: ahora mismo, por ejemplo, si vas al granero te pones a escuchar; si oyes golpes, es mala señal; si oyes cómo se aventa el trigo, es buen agüero. También suele ocurrir…

—Mamá, cuéntenos lo que oyó usted en el granero.

Pelagueia Danílovna sonrió.

—Lo he olvidado ya— dijo. —Además, ninguno de vosotros va a ir.

—Iré yo, Pelagueia Danílovna; si me lo permite, iré— dijo Sonia.

Lo mismo que antes, cuando jugaban al anillo, a la cuerda o al rublo, ahora, durante la conversación, Nikolái no se apartaba de Sonia y la miraba con ojos completamente distintos de los de siempre; le parecía haberla conocido por primera vez, gracias a sus bigotes pintados. Sonia estaba de verdad contenta, animada y bonita aquella noche, como hasta entonces Nikolái nunca la había visto.

“Ella es así y yo he sido un estúpido”, pensaba mirando los ojos brillantes y la sonrisa exaltada y feliz de la muchacha, nueva para él, que le formaba unos hoyuelos encantadores en las mejillas, encima de los bigotes pintados.

—No tengo miedo a nada— dijo Sonia, —¿puedo ir ahora mismo?

Se levantó. Le explicaron dónde estaba el granero y que debía permanecer silenciosa y escuchar. Le dieron su abrigo; se lo echó sobre la

cabeza y miró a Nikolái.

“¡Qué deliciosa es! —se dijo él—. ¿En qué estuve pensando hasta ahora?”

Sonia salió al pasillo para ir al granero y Nikolái se dio prisa en salir al porche de la entrada principal con el pretexto de que hacía demasiado calor. Lo que no dejaba de ser verdad, por el gran número de personas reunidas en la sala.

Fuera seguía haciendo el frío de antes; el aire estaba inmóvil; la luna era la misma, pero había mayor claridad; su luz era tan intensa y arrancaba tantos destellos en la nieve que no se sentían deseos de mirar al firmamento para ver las verdaderas estrellas. El cielo estaba oscuro y desabrido, mientras que en la tierra todo era alegría.

“¡Tonto de mí! ¿Qué estuve esperando hasta ahora?”, seguía diciéndose Nikolái; salió al porche, dio la vuelta a la esquina de la casa por el sendero que conducía a la entrada del servicio. Sabía que Sonia iba a pasar por allí. A mitad del camino, un montón de leña, cubierto de nieve, hacía una sombra; en la otra parte, las ramas enredadas de los tilos viejos y desnudos se proyectaban sobre la nieve. El sendero conducía al granero, cuyas paredes de troncos y cuya techumbre, cubierta de nieve, brillaban bajo la luna como hechas de piedras preciosas. Un árbol crujió en el jardín y de nuevo volvió el silencio; Nikolái no creía respirar aquel aire frío, sino una fuerza eterna, joven y jubilosa.

Alguien descendía taconeando por la escalera de servicio; se oyó el sonoro crujido de la última grada, cubierta de nieve, y la voz de la solterona:

—Siempre derecho, derecho, señorita; por el sendero, pero no mire atrás.

—No tengo miedo— respondió la voz de Sonia; y por el sendero, los pies de Sonia, calzados con finos zapatos, la llevaron hacia Nikolái, haciendo crujir y chirriar la nieve.

Sonia iba envuelta en su abrigo de piel. Estaba ya a dos pasos del joven cuando lo vio. También a ella le parecía distinto del que conocía y al que siempre había tenido cierto temor. Nikolái vestía su disfraz; sus cabellos

estaban enredados y sonreía feliz, con una sonrisa nueva para ella. Sonia corrió hacia él.

“Parece otra, pero es siempre la misma”, pensó Nikolái, mirando el rostro de la muchacha, iluminado de lleno por la luna. Pasó sus manos entre las pieles que cubrían la cabeza de Sonia, la abrazó, la estrechó contra su pecho, besó sus labios sombreados por el bigote que olía a corcho quemado. Sonia lo besó en los labios y, desprendiendo sus pequeñas manos, encuadró en ellas sus mejillas.

“¡Sonia…! ¡Nikolái!”, se dijeron.

Se acercaron corriendo al granero y regresaron a la casa, cada uno por un camino diferente.

XII

Cuando llegó el momento de abandonar la casa de Pelagueia Danílovna, Natasha, que siempre se daba cuenta de todo, hizo que Luisa Ivánovna pasase al trineo de Dimmler, y ella pasó también, dejando a Sonia y Nikolái con las muchachas.

Nikolái, sin preocuparse de adelantar a nadie, llevaba el trineo con mesura y de vez en cuando miraba fijamente a Sonia, buscando a través de las cejas y el bigote, a la extraña claridad de la luna, en esa luz que todo lo cambia, la Sonia de otros tiempos y la de ahora, de quien había decidido no separarse ya más. La contemplaba con insistencia; al recordar el olor de corcho quemado mezclado con la sensación de los besos, respiraba a pleno pulmón el aire helado, y, mirando la tierra que iba huyendo a los lados del trineo, y el cielo brillante, de nuevo se sentía transportado a un país de maravilla.

—Sonia, ¿*te* encuentras bien?— preguntaba de vez en cuando.

—Sí— respondía Sonia, —¿y *tú*?

A mitad de camino, Nikolái dejó al cochero los caballos y se acercó un momento al trineo de Natasha.

—¡Natasha, escucha! Me he decidido con Sonia— susurró en francés.

—¿Se lo has dicho?— preguntó Natasha, animada y feliz.

—¡Qué rara estás con ese bigote y esas cejas, Natasha! ¿Estás contenta?

—¡Sí, muy contenta, muy contenta! Empezaba a enfadarme contigo. No te lo decía, pero te portabas mal con ella. ¡Tiene un corazón tan hermoso! Estoy muy contenta, Nikolái. A veces soy mala, pero sentía vergüenza de ser feliz y de que Sonia no lo fuera— continuó. —Ahora estoy muy contenta, pero ve, ve con ella.

—¡No, espera! ¡Qué graciosa estás ahora!— dijo Nikolái mirándola fijamente porque también le parecía encontrar algo nuevo en su hermana, una gracia, una ternura que nunca le había visto. —Natasha, es algo mágico, ¿verdad?

—Sí— contestó ella, —has hecho perfectamente.

“Si la hubiera visto antes como es ahora —pensó Nikolái—, le habría preguntado hace mucho qué debía hacer y habría hecho todo lo que ella me ordenara. Todo estaría bien.”

—Entonces estás contenta. Y yo hice bien, ¿verdad?

—¡Oh, sí, sí! Has hecho muy bien. No hace mucho que me enfadé con mamá porque decía que ella te quería pescar. ¿Cómo puede decirse semejante cosa? Casi reñí con ella. No permitiré que nadie diga ni piense nada malo de Sonia, porque sólo tiene buenas cualidades.

—Entonces, todo está bien, ¿no?— repitió Nikolái, contemplando de nuevo el rostro de su hermana para comprobar si hablaba de veras; y haciendo crujir la nieve bajo sus botas altas, bajó y corrió hacia su trineo.

El mismo circasiano, feliz y sonriente, con el bigote pintado y ojos brillantes, lo miraba bajo la capucha de la piel con que tocaba su cabeza. Y ese circasiano era Sonia, y esa Sonia sería seguramente su feliz y amante esposa.

Una vez llegados a casa, después de contar a la condesa cómo les había ido en su visita a las Meliúkova, las jóvenes se retiraron a su habitación. Se quitaron los disfraces y, sin limpiarse los bigotes pintados, permanecieron largo rato charlando sobre lo felices que eran. Hablaban de sus vidas una vez casadas, de sus maridos —que, por supuesto, serían buenos amigos— y de la dicha que les aguardaba. En la mesa de Natasha había algunos espejos dispuestos por Duniasha desde la víspera.

—¿Cuándo será todo esto? Temo que nunca… ¡Sería demasiada felicidad!— dijo Natasha, levantándose y acercándose a los espejos.

—Siéntate, Natasha, tal vez lo veas— dijo Sonia.

Natasha encendió una bujía y se sentó.

—Veo a alguien con bigotes— comentó Natasha, contemplando en el espejo su propia cara.

—No hay que reírse de eso, señorita— dijo Duniasha.

Natasha, ayudada por la doncella y Sonia, encontró la posición justa entre los espejos. En su rostro apareció una expresión grave y seria; guardó silencio y así permaneció sentada durante largo rato mirando la serie de velas que se alejaban desde el espejo suponiendo que veía (según los relatos que había oído) bien un ataúd o bien a *él*, al príncipe Andréi, en aquel último recuadro confuso y vago. Sin embargo, por dispuesta que estuviera a tomar cualquier mancha o sombra por una figura humana o un ataúd, no consiguió ver nada; comenzó a parpadear y se retiró de los espejos.

—¿Por qué los demás ven y yo no veo nada?— dijo. —Bueno, ahora ponte tú, Sonia; hoy tienes que ver por fuerza. Hazlo por mí… ¡Tengo tanto miedo!…

Sonia se sentó delante de los espejos, buscó la posición conveniente y se puso a mirar.

—Sí, Sofía Alexandrovna verá de seguro— susurró Duniasha. —Usted no hace más que reírse.

Sonia oyó esas palabras y las de Natasha, que decía en voz baja:

—Ya sé que verá; también el año pasado vio.

Durante tres minutos todas guardaron silencio. “Verá…”, susurró Natasha; pero no concluyó la frase. Sonia, de pronto, apartó el espejo y se tapó los ojos con la mano.

—¡Oh, Natasha!— exclamó.

—¿Has visto? ¿Qué has visto?— preguntó Natasha, sosteniendo el espejo.

Sonia no había visto nada; comenzaba a sentir necesidad de parpadear, quería levantarse cuando oyó la voz de Natasha que decía: “Verá”. No quería mentir a Natasha ni a Duniasha y se cansaba de estar sentada; no sabía cómo ni por qué se le había escapado aquel grito y se había tapado los ojos con la mano.

—¿Lo has visto?— le preguntó Natasha apretándole el brazo.

—Sí…, espera… yo… lo he visto— dijo involuntariamente Sonia. No sabía aún si Natasha, al decir “lo has visto”, se refería a *él*, al príncipe Andréi o a Nikolái.

Y entonces pensó: “¿Por qué no voy a decir que lo he visto? Otros ven. ¿Quién puede saber si he visto o no?”.

—Sí; lo he visto— dijo.

—¿Cómo, cómo estaba? ¿Echado, o sentado?

—No, he visto… primero no había nada; pero después lo he visto echado.

—¿Andréi echado? ¿Enfermo?— preguntó Natasha mirando a Sonia con ojos de susto.

—¡Oh, no, no! Todo lo contrario; tenía la cara alegre y se volvió hacia mí.

Y mientras hablaba, acabó por creer que lo había visto de verdad.

—Bueno, ¿y después? Cuenta, Sonia.

—Después no he visto bien, había algo azul y rojo…

—¡Sonia! ¿Cuándo volverá? ¿Cuándo lo veré? ¡Dios mío, qué miedo tengo por él, por mí y por todo!…— dijo Natasha. Y sin responder a las palabras de Sonia, que trataba de consolarla, se echó en su cama; mucho después de que las velas fueron apagadas, permanecía inmóvil en la cama, con los ojos abiertos, mirando la gélida luz lunar a través de los cristales helados.

XIII

Poco después de las Navidades, Nikolái confesó a su madre su amor por Sonia y su firme propósito de casarse con ella. La condesa, que venía observando las relaciones entre Sonia y su hijo desde hacía tiempo, esperaba esa explicación; escuchó en silencio las palabras de Nikolái y le manifestó que podía casarse con quien quisiera, pero que ni ella ni su padre darían su bendición a semejante matrimonio.

Por primera vez sintió Nikolái que su madre estaba disgustada con él y que no cedería, a pesar de todo su cariño. Fríamente, sin mirar a su hijo, hizo llamar al conde. Cuando él acudió a la llamada, la condesa, que se proponía contarle lo que pasaba, brevemente y con calma, en presencia de Nikolái, no pudo contenerse: rompió a llorar por despecho y salió de la estancia. El viejo conde exhortó blandamente a Nikolái, rogándole que renunciara a su propósito. Nikolái contestó que no podía traicionar la palabra dada, y el padre, suspirando, al parecer confuso, no tardó en dar por acabada la conversación para ir en busca de su esposa. Siempre que el conde tenía una discusión con su hijo se veía dominado por la consciencia de su culpa ante él por la mala administración de sus bienes; no podía, pues, enfadarse con Nikolái por rechazar un partido más rico y casarse con Sonia, que no tenía dote alguna. Eso le recordaba aún más que si su situación económica no fuese tan comprometida, no podría desearse para Nikolái una esposa más digna que Sonia y que él solo era culpable de la ruina, él y su Míteñka con sus incorregibles hábitos.

Los condes no volvieron a hablar de ese matrimonio con su hijo; pero al cabo de unos días la condesa llamó a Sonia y, con una crueldad que ninguna de las dos esperaba, reprochó a la sobrina su ingratitud y el haber atraído a

su hijo valiéndose de todos los medios. Sonia escuchó con los ojos bajos las crueles palabras de la condesa, sin comprender qué era lo que se exigía de ella. Estaba dispuesta a sacrificarlo todo por sus bienhechores; la idea del sacrificio era su pensamiento favorito, pero en aquel caso concreto no llegaba a comprender por quién y cómo debía sacrificarse. No podía dejar de amar a la condesa y a toda la familia Rostov, pero le era igualmente imposible dejar de amar a Nikolái, sabiendo que la felicidad de él dependía de ese amor. Permanecía silenciosa y triste, sin contestar nada. Nikolái no pudo soportar por más tiempo aquel estado de cosas y fue a hablar con su madre.

Tan pronto le suplicaba que los perdonara a él y a Sonia y que consintiera en su matrimonio como amenazaba con casarse sin esperar más, secretamente, si se perseguía a la muchacha. La condesa, con una frialdad que su hijo no había visto nunca en ella, respondió que ya era mayor de edad, que el príncipe Andréi se casaba sin el consentimiento de su padre y que él podía hacer otro tanto, pero que ella no reconocería a esa *intrigante* por hija.

Enfurecido al oír tratar de *intrigante* a Sonia, Nikolái levantó la voz y dijo a su madre que nunca habría pensado que le forzara a vender su cariño y que, si sucedía así, por última vez decía… Pero no tuvo tiempo de pronunciar la palabra decisiva, que su madre esperaba (a juzgar por su expresión) con verdadero terror y que tal vez habría quedado entre ellos como un cruel recuerdo. No pudo pronunciarla porque Natasha, pálida y grave, entró por la puerta tras la cual había estado escuchando.

—Nikóleñka, no digas tonterías, ¡cállate, cállate! ¡Te digo que te calles! — casi gritaba… para ahogar la voz de su hermano. —¡Mamá, querida… no es así!… Mamita, pobrecita— dijo a su madre que, sintiéndose al borde de la ruptura, miraba asustada al hijo pero que, por obstinación o excitada por el altercado, no quería ni podía ceder. —Vete, Nikóleñka, yo se lo explicaré; tú vete… Y usted, mamá, querida, escúcheme, deje que le hable.

Sus palabras no tenían sentido, pero obtuvieron el resultado que Natasha apetecía.

La condesa, sollozando, ocultó el rostro en el pecho de su hija. Nikolái se levantó y salió de la habitación llevándose las manos a la cabeza.

Natasha se encargó de la reconciliación y lo hizo de tal manera que la condesa prometió a su hijo no perseguir a Sonia; a su vez, Nikolái aseguró que no haría nada sin que sus padres lo supieran.

Con la firme intención de arreglar sus asuntos en el regimiento, pedir el retiro y volver para casarse con Sonia, Nikolái, triste y grave, en desacuerdo con los suyos pero, según él creía, apasionadamente enamorado, partió para incorporarse al regimiento en los primeros días de enero.

Después de su marcha, la casa de los Rostov quedó más triste que nunca. La condesa, a consecuencia de tantos disgustos, cayó enferma.

Sonia estaba triste por la marcha de Nikolái, y todavía más por la hostilidad que la condesa no podía dejar de manifestarle. El conde estaba más que preocupado por la marcha de sus asuntos, que exigían medidas radicales. Era necesario vender la casa de Moscú y la hacienda vecina a la capital; para hacer todo eso había que ir a Moscú, pero la salud de la condesa los obligaba a retrasar el viaje.

Natasha, que al principio había soportado fácilmente y hasta con alegría la ausencia de su novio, se iba haciendo cada vez más inquieta e impaciente. Pensar que sus mejores días, que había podido dedicar a quererlo, se perdían en vano la atormentaba continuamente. Las cartas del príncipe la irritaban más que otra cosa. Le parecía ofensivo que mientras ella no vivía sino pensando en Bolkonski, él gozara de una vida interesante, visitando países desconocidos y haciendo nuevas amistades. Cuanto más entretenidas eran esas cartas, mayor era su despecho, y contestarlas ya no era ningún placer, sino una obligación falsa y aburrida. No sabía escribir porque no admitía la posibilidad de expresar verazmente en una carta ni una milésima parte de lo que estaba acostumbrada a decir con su voz, su sonrisa y su mirada. Sus cartas eran secas, clásicas, monótonas, a las que no daba importancia alguna, y en los borradores la condesa había de corregir sus faltas de ortografía.

La condesa no se restablecía, pero tampoco era posible demorar por más tiempo el viaje a Moscú. Había que preparar el ajuar, vender la casa y, además, se esperaba en Moscú al príncipe Andréi. Su padre, el príncipe Nikolái Andréievich, vivía allí aquel invierno y Natasha estaba convencida de que su prometido había llegado ya.

La condesa se quedó en el campo y el conde, con Sonia y Natasha, partió para Moscú a últimos de enero.

Quinta parte

I

Pierre, sin razón aparente alguna, sintió de pronto la imposibilidad de continuar la vida que llevaba. A pesar de creer firmemente en las verdades reveladas por el bienhechor, a pesar de la alegría experimentada en los primeros tiempos por su trabajo de perfeccionamiento interior, al que se había entregado con tanto entusiasmo desde el noviazgo del príncipe Andréi con Natasha y la muerte de Osip Alexéievich, noticia que recibió casi al mismo tiempo, sintió desaparecer de pronto todo el encanto de aquella vida pasada, de la que únicamente le quedó una sola razón: la propia casa, con su bellísima esposa, que gozaba ahora de los favores de un personaje importantísimo, las relaciones con toda la sociedad de San Petersburgo y el servicio con sus enojosos formalismos. De un golpe se le presentó su vida pasada como algo abominable. Dejó de escribir su diario, evitó la compañía de los hermanos, comenzó de nuevo a frecuentar el Club, a beber en exceso, a reunirse con amigos solteros y a llevar una vida tan desenfrenada que la condesa Elena Vasílievna creyó necesario llamarle seriamente la atención. Pierre comprendió que su mujer tenía razón y, para no comprometerla, partió para Moscú.

En Moscú, apenas hubo entrado en su inmensa mansión con las princesas marchitas y con tendencia a seguir marchitándose y la numerosa servidumbre; apenas vio desde su ventana la capilla de la Santa Virgen de Iverisk con sus innumerables velas ante sus norias de oro, la plaza del Kremlin con la nieve impoluta, los cocheros y las casitas de Sívtsev Vrázhek, los viejos de Moscú que sin deseos ni prisas terminaban allí sus vidas, las viejas damas moscovitas, los bailes y el Club Inglés de Moscú, se

sintió en su propia casa, como en un apacible refugio. Todo en Moscú era apacible, habitual y mugriento como un viejo batín.

Toda la sociedad moscovita, desde las más ancianas señoras hasta los niños, acogió a Pierre como a un huésped por mucho tiempo esperado, cuyo puesto estaba siempre disponible y vacante. Para aquella sociedad, Pierre era el ser original más grato, bueno e inteligente, el más alegre y magnánimo, el más distraído y cordial: un señor ruso al viejo estilo. Su bolsa estaba siempre vacía, porque estaba abierta para todos.

Homenajes, malos cuadros y estatuas, sociedades filantrópicas, zíngaros, escuelas, banquetes en honor de cualquiera, orgías, masones, iglesias, libros: nada ni a nadie rechazaba; y de no existir dos amigos suyos, que le debían sumas importantes de dinero, convertidos ahora en sus protectores, habría dado cuanto poseía. No había un banquete o una velada en el Club a la que no asistiese. Y en cuanto se sentaba en su sitio del diván, después de dos botellas de Château-Margaux, todos lo rodeaban y comenzaban las discusiones, los comentarios y las bromas.

Y si la discusión se deslizaba por cauces violentos, Pierre, con su sonrisa bonachona y una cuchufleta oportuna, volvía a poner las cosas en su sitio. Las logias masónicas parecían tristes y aburridas cuando él no estaba.

Cuando después de una cena de solteros, con su sonrisa buena y dulce, cediendo al deseo de los alegres comensales, se levantaba para ir con ellos, entre los jóvenes estallaban alegres exclamaciones. Si en el baile faltaba un caballero, bailaba. Las señoras jóvenes y las casaderas lo querían porque, sin hacer la corte a ninguna, era igualmente amable con todas, sobre todo después de una comida. *“Il est charmant, il n’a pas de sexe”*[308], decían de él.

Pierre era uno de tantos gentilhombres de cámara retirados de los que a centenares vivían en Moscú para acabar allí tranquilamente sus días.

Qué horror habría experimentado siete años antes, al volver del extranjero, si le hubiesen dicho que no era menester buscar ni inventar nada, que su camino estaba ya trazado desde hacía tiempo, definido para siempre, y que, por mucho que se esforzase, terminaría siendo como lo eran todos. No lo habría creído. ¿No era él, acaso, quien deseaba con toda su alma proclamar la república en Rusia, o ser Napoleón, o un filósofo, o un

guerrero y vencer al mismo Bonaparte? ¿No era él quien creía posible y deseaba apasionadamente la regeneración del género humano y quería alcanzar los más altos grados de la perfección? ¿No era él quien había fundado escuelas y hospitales y emancipado a los campesinos?

Y ahora, en vez de todo aquello, era un marido rico, casado con una mujer infiel, un gentilhombre de cámara retirado a quien gustaba comer y beber y, desabrochándose el chaleco, hablar mal del gobierno, uno de tantos socios del Club Inglés, amado por toda la sociedad moscovita. Durante mucho tiempo no pudo admitir la idea de ser un gentilhombre de cámara retirado en Moscú, tipo que tanto despreciaba siete años antes.

A veces se consolaba pensando que eso no pasaba de ser un compás de espera; pero en seguida lo horrorizaba otra idea: ¡cuántas personas habían entrado en esa vida, con la dentadura completa y todo el pelo, y salieron de ella desdentados y calvos!

En los momentos de orgullo, cuando reflexionaba sobre su situación, le parecía ser muy distinto de aquellos gentilhombres de cámara retirados que él despreciaba antes. Ellos eran tipos vulgares e imbéciles, contentos y satisfechos de su situación, "pero yo sigo descontento de todo, y sigo deseando hacer algo por la humanidad", se decía. "Aunque tal vez —pensaba en los momentos de modestia— todos mis compañeros hayan buscado como yo algo nuevo, un camino propio en la vida, y, lo mismo que yo, por la fuerza del ambiente, de la sociedad o de la naturaleza, por esa fuerza espontánea contra la cual el hombre es impotente, hayan llegado donde también llegué yo." Y al cabo de cierto tiempo de vivir en Moscú no despreciaba ya a nadie y comenzaba a querer a sus compañeros, a respetarlos, a compadecerlos como se compadecía a sí mismo.

Pierre ya no sufría, como antes, momentos de desesperación, hipocondría o disgusto de la vida; pero la enfermedad que antes se manifestaba con accesos de furor permanecía latente en él y no lo abandonaba un solo instante. "¿Para qué? ¿Por qué? ¿Qué ocurre en el mundo?", se preguntaba perplejo muchas veces al día, procurando, en contra de su voluntad, penetrar en el sentido de los fenómenos vitales. Pero, conociendo por experiencia que no existían respuestas a esas preguntas, procuraba deshacerse de ellas lo antes posible: cogía un libro o se dirigía,

presuroso, al Club o a casa de Apoloni Nikoláievich, para comentar los chismes de la ciudad.

"Elena Vasílievna, que sólo ama su cuerpo —pensaba Pierre—, y que es una de las mujeres más estúpidas del mundo, parece a los hombres el colmo de la espiritualidad y el refinamiento, y no hay nadie que no la admire. Napoleón Bonaparte fue despreciado por todos cuando era grande; y cuando pasó a ser un miserable bufón, el emperador Francisco procura entregarle a su hija como esposa ilegal. Los españoles dan gracias a Dios, por mediación del clero católico, por su victoria del 14 de junio sobre los franceses; y los franceses, por mediación del mismo clero católico, elevan al cielo sus preces por haber vencido el 14 de junio a los españoles. Mis hermanos masones juran por su vida que están dispuestos a sacrificarlo todo en bien del prójimo, pero no pagan las cuotas para los pobres, enfrentan a Astrea contra los buscadores del Maná y tratan de conseguir el verdadero tapiz escocés y un acta que no entiende ni el que la escribió, y que nadie necesita. Todos profesamos la ley cristiana del perdón de las injurias y el amor al prójimo, ley en cuyo nombre hemos levantado en Moscú cuarenta veces cuarenta templos, y ayer han azotado hasta matarlo a un desertor, y un sacerdote servidor de esa ley del amor y del perdón hizo besar la cruz al soldado antes del suplicio." Así pensaba Pierre, y toda aquella mentira aceptada por todos le parecía siempre algo nuevo, siempre lo asombraba, a pesar de lo habituado que estaba a ella. "Comprendo esa mentira y ese embrollo —pensaba—, pero ¿cómo explicar a todos ellos lo que yo comprendo? He probado, y siempre he visto que en el fondo de su alma comprenden lo mismo que yo, pero se esfuerzan por no *verla*. Quiere decirse que es necesario. Pero ¿dónde puedo ir yo?" Era víctima de esa desdichada capacidad de muchas personas, tan frecuente en los rusos, de ver y creer en la posibilidad del bien y de la verdad y de ver con demasiada claridad el mal y la mentira de la vida para poder tomarla en serio. A sus ojos, todo campo de acción estaba ya corrupto y pervertido por la mentira y el engaño. Cualquier cosa que intentara hacer, cualquier trabajo que quisiera comenzar, el mal y la falsía impedían esa actividad, cerrándole el camino. Y, sin embargo, había que vivir y estar ocupado. Era demasiado tremendo estar bajo el yugo de aquellos problemas insolubles de la vida y, para

olvidarlos, se entregaba a toda clase de distracciones. Frecuentaba lo más posible las diversas sociedades, bebía mucho, adquiría cuadros, emprendía obras y, sobre todo, leía.

Leía todo cuanto caía en sus manos; y leía tanto que en cuanto entraba en su casa, mientras los lacayos lo desvestían, ya tenía un libro en la mano. De la lectura pasaba al sueño y del sueño a la charla en los salones y en el Club, de la charla a la disipación y a las mujeres, y de la disipación de nuevo a las charlas, a la lectura y al vino. La bebida se convertía para él en una necesidad física y moral. Aunque los médicos le decían que, por su corpulencia, el alcohol era peligroso para su salud, no dejaba de beber en exceso. Solamente cuando, sin darse cuenta, vaciaba varios vasos de vino en su amplia boca, conseguía encontrarse bien del todo; sentía, entonces, un grato calor en el cuerpo, ternura hacia todos sus prójimos y la disposición mental de reaccionar superficialmente ante cada idea sin profundizar en ella. Sólo después de haber bebido un par de botellas percibía vagamente que aquel nudo de la vida, tan terrible y complicado, que tanto lo asustara antes, no era en realidad tan temible. Con la cabeza llena de zumbidos, charlando, oyendo las conversaciones de los demás o leyendo después de comer y cenar, no cesaba de ver uno u otro aspecto de ese nudo de la vida. Pero bajo la influencia del vino se decía: “No importa. Lo desataré. La explicación está en mis manos, si bien ahora no tengo tiempo: después pensaré en todo esto”. Y ese *después* no llegaba nunca.

A la mañana siguiente, con el estómago vacío, los mismos problemas volvían insolubles y terribles, y Pierre se daba prisa por coger un libro y se alegraba cuando alguien venía a visitarlo.

A veces recordaba haber oído contar que en la guerra los soldados metidos en una trinchera batida por el enemigo y, por tanto, inactivos, se afanaban por hallar alguna ocupación para soportar mejor el peligro. Ahora, todos los hombres le producían la impresión de ser esos soldados que procuran escaparse de la vida: bien por la ambición, bien por el juego; bien escribiendo leyes; bien con mujeres; bien con juguetes; bien con los caballos, la política, la caza, el vino y los asuntos de Estado. “Nada hay que sea insignificante o importante, todo es igual; lo que importa es escaparse de *ella*, con tal de no ver esa vida terrible.”

II

A principios del invierno el príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski y su hija llegaron a Moscú. Por su pasado, por su inteligencia y originalidad, y debido, sobre todo, a que el entusiasmo por el reinado del emperador Alejandro se había debilitado en aquel entonces, incrementándose el sentimiento antifrancés y patriótico imperante en la sociedad, el príncipe Nikolái Andréievich se convirtió al momento en objeto de un particular respeto por parte de los moscovitas y en el centro de la oposición al gobierno.

El príncipe había envejecido mucho durante ese año. Eran muy evidentes en él las señales de la senilidad: la intempestiva somnolencia, el olvido de acontecimientos recientes y memoria tenaz de los lejanos y la infantil vanidad con que aceptaba la jefatura de la oposición moscovita. Sin embargo, cuando el anciano, especialmente por las tardes, aparecía a la hora del té con su corto abrigo de piel y su peluca empolvada y, provocado por alguien, comenzaba sus relatos sobre el pasado o exponía sus opiniones violentas y duras sobre el presente, excitaba en todos sus visitantes un mismo sentimiento de admiración y respeto. Para quienes visitaban su mansión, aquella casa magnífica con sus grandes espejos y sus muebles de estilo, los criados vestidos de librea y empolvados y, sobre todo, el anciano señor, inteligente y rudo, su dulce hija y la bonita señorita francesa que lo adoraban, constituía un espectáculo grato y majestuoso. Mas los visitantes no pensaban que, además de aquellas dos o tres horas en que veían a los dueños de la casa, había otras veintidós durante las cuales transcurría su vida íntima y secreta.

En los últimos tiempos, en Moscú, esa vida íntima se había hecho muy penosa para la princesa María. Se veía privada en la ciudad de sus dos grandes alegrías: la conversación con los hombres de Dios y la soledad, que tanto la confortaba en Lisie-Gori, sin obtener ninguna ventaja ni alegría de la vida en la capital. No frecuentaban la sociedad; era sabido que su padre no la dejaba salir sin él, y como, a causa de su salud delicada, no podía hacerlo, no se la invitaba ya a veladas ni cenas. La princesa María había abandonado toda esperanza de casarse; no le pasaba por alto la frialdad y hasta la cólera con que el príncipe Nikolái Andréievich recibía y alejaba a los jóvenes que pudieran ser pretendientes y que a veces venían a su casa. No tenía amigas; en aquel viaje a Moscú se había desilusionado de las dos personas que eran las más próximas a ella: mademoiselle Bourienne, con la que ya antes no podía ser franca del todo, le era ahora desagradable y, por ciertas razones, se alejaba cada vez más de ella; Julie, que estaba en Moscú y con la cual había mantenido correspondencia durante cinco años, le resultó completamente ajena cuando tuvo ocasión de tratarla personalmente. Julie, que, tras la muerte de sus hermanos, se había convertido en uno de los partidos más ricos de Moscú, estaba lanzada a la vorágine de los placeres mundanos. Aparecía siempre rodeada de jóvenes que, según pensaba, habían apreciado de pronto todas sus cualidades. Julie había llegado a ese punto de la vida cuando las señoritas de la alta sociedad saben que comienzan a envejecer, que se enfrentan con la última posibilidad de casarse, y que si la suerte no se decide inmediatamente no se decidirá jamás. Cada jueves, la princesa María recordaba con tristeza que ahora no tenía a nadie a quien escribir, porque a Julie, cuya presencia le era ahora tan poco grata, la podía ver cada semana. Como un viejo emigrado que renunció a casarse con la dama a cuyo lado pasara todas las tardes durante varios años, la princesa María sentía que Julie estuviese allí y que no hubiera a nadie a quien escribir. No tenía con quién hablar ni a quién confiar sus penas en Moscú; y las penas habían aumentado mucho últimamente. Se acercaba la fecha del regreso del príncipe Andréi y de su matrimonio, y no sólo no había resuelto la manera de interceder ante su padre sino que cada día le parecía más difícil hacerlo: recordar al príncipe la existencia de la condesa Rostova era lo mismo que encolerizarlo, cuando ya

de por sí estaba malhumorado la mayor parte del tiempo. Un nuevo dolor se vino a sumar a las penalidades de la princesa María: las lecciones que daba a su sobrino, entonces de seis años. En sus relaciones con Nikóleñka advertía con horror los mismos impulsos coléricos que su padre. Se repetía una y otra vez que no debía dejarse llevar de la impaciencia al dar clase al sobrino, pero, cada vez que se sentaba con el puntero en la mano para enseñarle el alfabeto francés, sentía tal deseo de comunicar lo más fácil y rápidamente posible sus conocimientos al niño que él comenzaba a sentir miedo de que la tía se enfadase; a la menor distracción suya la princesa María se estremecía, se apresuraba, se encolerizaba, levantaba la voz, lo sacudía a veces del brazo y llegaba a ponerlo en el rincón; después de lo cual, la princesa comenzaba a llorar reconociendo su maldad, la perversidad de su espíritu, y Nikóleñka unía sus lágrimas a las suyas, abandonaba sin permiso el lugar del castigo, se acercaba a la princesa, separaba sus manos del rostro húmedo de lágrimas y la consolaba.

Pero nada resultaba tan penoso para la princesa como la irritabilidad de su padre, dirigida siempre contra ella, y que en los últimos tiempos había llegado a la crueldad. Si la hubiese obligado a hacer genuflexiones toda la noche ante los iconos, si le hubiese pegado u obligado a traer agua y leña, no habría encontrado tan dura su suerte. Pero aquel torturador que la quería, el más cruel, porque la amaba y sufría al hacerla sufrir, sabía herirla y humillarla, y también convencerla de que era ella siempre la culpable de todo. En los últimos tiempos, un nuevo hecho atormentaba más que todo a la princesa: la intimidad creciente entre su padre y mademoiselle Bourienne. La burla lanzada por el príncipe al conocer las intenciones de su hijo de que si éste se casaba él se casaría también con mademoiselle Bourienne parecía haberle agradado, y en los últimos tiempos, con obstinación especial (a la princesa le parecía que sólo para ofenderla), se mostraba muy cariñoso con mademoiselle Bourienne y su descontento con la hija se volvía muestras de amor hacia la francesa.

Un día, en Moscú, en presencia de la princesa María (a quien le pareció que lo hacía a propósito), el viejo príncipe besó la mano de mademoiselle Bourienne y, atrayéndola hacia sí, la abrazó y acarició. La princesa María, ruborizada, salió corriendo de la sala. Unos minutos después, la francesa

entraba en la habitación de la princesa María y empezó a contar algo con su voz agradable, su sonrisa y alegría de siempre. La princesa María, enjugándose rápidamente las lágrimas, avanzó con paso resuelto hacia mademoiselle Bourienne y, sin darse cuenta de lo que hacía, con el ímpetu de la cólera y la voz muy alterada, gritó a la francesa:

—Es bajo, innoble e inhumano aprovecharse de la debilidad…— pero no terminó. —¡Salga de mi habitación!— gritó, y rompió en sollozos.

Al día siguiente el príncipe no dijo nada a su hija, pero ésta notó que, en el almuerzo, había ordenado que sirvieran a mademoiselle Bourienne la primera. Al terminar la comida, cuando el mayordomo, según la costumbre de antes, se dispuso a servir el café empezando por la princesa, el príncipe se encolerizó, tiró con rabia su bastón contra Filip y ordenó que lo alistaran como soldado.

—¡No me hace caso nadie!… Lo he repetido dos veces… ¡Es la primera persona de esta casa! ¡Mi mejor amiga!— gritó el anciano. —Y si vuelves a permitirte lo de ayer una sola vez…— gritó encolerizado a su hija, —si pierdes la compostura delante de ella, yo te demostraré quién es el amo en esta casa. ¡Vete! ¡No quiero verte! ¡Pídele perdón!

La princesa María pidió perdón a mademoiselle Bourienne y al padre, para sí y Filip, el mayordomo que suplicaba su intercesión.

En semejantes ocasiones, un sentimiento parecido al orgullo del sacrificio surgía en el alma de la princesa María. Pero si en aquellos momentos su padre, al que ella criticaba, empezaba a buscar sus lentes a tientas, sin verla, o bien olvidaba lo que acababa de suceder; o bien las débiles piernas del anciano daban un paso en falso y se volvía, para ver si alguien había advertido su debilidad; o durante la comida, si no había comensales que lo entretuvieran con sus discusiones, se quedaba amodorrado, dejaba caer la servilleta e inclinaba la cabeza temblorosa sobre el plato. Y entonces la princesa María pensaba: “Es viejo y débil, ¡y yo me atrevo a criticar su conducta!”, y sentía desprecio por sí misma.

III

En 1811 vivía en Moscú un médico francés que en muy poco tiempo se había hecho famoso. Era muy alto, muy guapo, agradable como buen francés y, según decían todos, médico de extraordinario valor. Se llamaba Métivier. En la alta sociedad se lo recibía no como a médico, sino como a un igual.

El príncipe Nikolái Andréievich, que se burlaba de la medicina, había recurrido últimamente a sus servicios por consejo de mademoiselle Bourienne y se había acostumbrado a él. Métivier iba a la casa del príncipe dos veces por semana.

El día de San Nikolái, fiesta onomástica del príncipe, todo Moscú acudió a su casa, pero él había dado órdenes de no recibir a nadie a excepción de un contado número de personas cuya lista había entregado a la princesa María.

Métivier, que había acudido por la mañana en su calidad de médico, creyó oportuno *forcer la consigne*[309], como dijo a la princesa María, y entró en las habitaciones del príncipe. Sucedió que aquella mañana el viejo príncipe pasaba por uno de los días de peor humor. Había estado recorriendo sin cesar la casa, regañando a todos y fingiendo no entender lo que le decían o que no lo entendían a él. La princesa María conocía bien aquel estado de acometividad tranquila y gruñona, que solía terminar en un estallido de cólera, y durante toda la mañana se sentía ante la amenaza de un fusil cargado en espera de un disparo inevitable. La mañana, antes de la llegada del médico, había transcurrido normalmente; después de haber introducido al doctor, la princesa se sentó en la sala con un libro, cerca de la puerta, donde podía oír cuanto sucediera en el despacho de su padre.

Al principio no oyó más que la voz de Métivier; después, la de su padre: y por último, las de ambos, hablando a la vez. Se abrió la puerta y en ella apareció el apuesto y asustado Métivier con su negro mechón de pelo y detrás el príncipe, con gorro de dormir y batín, el rostro desfigurado por la ira y los ojos fuera de las órbitas.

—¿No lo comprendes?— gritó el príncipe. —¡Pues yo sí! ¡Un espía francés!, un esclavo de Bonaparte. ¡Un espía! ¡Fuera de mi casa! ¡Fuera!

Y dio un portazo.

Métivier, encogiéndose de hombros, se acercó a mademoiselle Bourienne, que al oír los gritos había acudido desde la habitación vecina.

—El príncipe no está bien. La bile et le transport[310] au cerveau. Tranquillisez-vous, je repasserai demain— dijo, y, llevándose un dedo a los labios, salió presuroso de la estancia.

En el gabinete del príncipe se oían los pasos y los gritos del anciano: "¡Espías! ¡Traidores! ¡En todas partes traidores! ¡Ni en mi casa tengo un momento de tranquilidad!".

Cuando Métivier se hubo ido, el príncipe llamó a su hija y toda la cólera del viejo cayó sobre la princesa. Ella era la culpable de haber dejado entrar a un espía. Él le había dicho que hiciese una lista y que no dejase entrar a los que no estaban en ella. ¿Por qué había permitido entrar a ese miserable? Ella era la causa de todo, con ella era imposible tener un instante de tranquilidad, no podía morir en paz, decía.

—Sí, querida; hay que separarse, separarse, ¡ya lo sabe!, ¡ya lo sabe! No puedo más— y salió de la habitación; y como si temiera que pudiese consolarse de alguna manera, se volvió hacia ella y, tratando de adoptar un continente tranquilo, añadió: —Y no piense que lo he dicho en un instante de cólera; estoy tranquilo, lo he reflexionado bien y así tiene que ser: ¡hay que separarse! ¡Búsquese otro sitio!

Pero no podía dominarse y, con la cólera que sólo existe en el hombre que ama y sufre, gritó levantando los puños:

—¡Y si hubiese, al menos, algún imbécil que se casara con ella!— dio un portazo, llamó a mademoiselle Bourienne y acabó por tranquilizarse.

A las dos acudieron para la comida los seis elegidos. Eran el conocido conde Rastopchin, el príncipe Lopujin con su sobrino, el general Chatrov,

viejo amigo de armas del príncipe; y entre los jóvenes, Pierre y Borís Drubetskói. Todos esperaban al príncipe Bolkonski en el salón.

Borís, que llevaba varios días con permiso en Moscú, deseó ser presentado al príncipe Nikolái Andréievich, y supo ganarse tan bien su benevolencia que el príncipe hizo una excepción a su favor, puesto que no recibía en su casa a ningún joven soltero.

No era la casa del príncipe eso que suele llamarse “la alta sociedad”, pero ser admitido en ese pequeño círculo, aunque de él no se hablase en la ciudad, resultaba sumamente lisonjero. Así lo había comprendido Borís una semana antes, cuando en su presencia el conde Rastopchin dijo al general gobernador que el príncipe lo invitaba a comer el día de San Nikolái y él contestó que no podía acudir.

—Ese día yo lo dedico siempre a venerar las reliquias del príncipe Nikolái Andréievich— dijo Rastopchin.

—¡Ah, sí, sí!— había respondido el general gobernador. —¿Qué tal está?

El pequeño grupo reunido antes de comer en el gran salón a la antigua, con su techo alto y sus viejos muebles, semejaba un tribunal convocado para un acto solemne. Todos guardaban silencio, y cuando hablaban lo hacían en voz baja. El príncipe Nikolái Andréievich se presentó serio y silencioso; la princesa María parecía aún más callada y tímida que de costumbre. Los invitados se dirigían a ella pocas veces, porque la veían ajena a la conversación. El conde Rastopchin era el único que mantenía la conversación, hablando de las últimas novedades políticas y de la ciudad.

Lopujin y el viejo general terciaban de tarde en tarde. El príncipe Nikolái Andréievich escuchaba como escucha un juez supremo un informe que se le hace, dando a entender con su silencio o una frase breve que toma nota de cuanto se le dice. El tono de la conversación demostraba que ninguno de los comensales estaba de acuerdo con la política del momento. Se hablaba de los acontecimientos públicos que confirmaban evidentemente que todo iba de mal en peor. Pero era sorprendente que en cada relato u opinión, el que hablaba se detenía o era detenido cuando estaba a punto de referirse a la persona del Emperador.

Durante la comida la conversación giró en torno a la última noticia política: la toma por Napoleón de las posesiones del duque de Oldenburgo, y a la nota rusa, hostil a Napoleón, enviada a todas las Cortes europeas.

—Bonaparte se porta con Europa como un pirata con una nave conquistada— dijo el conde Rastopchin, repitiendo una frase que ya había dicho varias veces. —Lo único que asombra es la mansedumbre o la ceguera de los soberanos. Ahora se trata nada menos que del Papa; Bonaparte, sin miramiento alguno, pretende derrocar al jefe de la religión católica ¡y todos se callan! Sólo nuestro Emperador ha protestado contra la ocupación de los dominios del duque de Oldenburgo, y aun eso…— el conde Rastopchin se calló, porque llegaba al límite de lo permitido.

—Le han ofrecido otras posesiones en lugar del ducado de Oldenburgo — dijo el príncipe Nikolái Andréievich. —Trata a los duques lo mismo que yo cuando traslado campesinos de Lisie-Gori a Boguchárovo o a mis fincas de Riazán.

—Le duc d'Oldenbourg supporte son malheur avec une force de caractère et una résignation admirables[311]— dijo Borís interviniendo respetuosamente en la conversación.

Y lo dijo porque, al salir de San Petersburgo, había tenido el honor de ser presentado al duque. El príncipe Nikolái Andréievich miró al joven, como si fuera a decirle algo, pero debió de pensar que todavía no tenía edad para eso.

—He leído nuestra protesta sobre el asunto de Oldenburgo y me asombra la pésima redacción de la nota— dijo el conde Rastopchin con el tono negligente de quien juzga una cosa que conoce perfectamente.

Pierre lo miró con ingenuo asombro, sin comprender por qué le podía inquietar la mala redacción de esa nota.

—¿Qué importa, conde, la redacción de la nota si su contenido es enérgico?

—Mon cher, avec nos cinq cent mille hommes de troupes il serait facile d'avoir un beau style[312]— replicó Rastopchin.

Y Pierre comprendió por qué inquietaba al conde la redacción de la nota.

—Creo que tenemos demasiados escribientes— dijo el viejo príncipe. —Allá, en San Petersburgo, no hacen más que escribir; no sólo notas de protesta, sino también leyes. *Mi Andriusha* ha escrito un volumen entero de leyes para Rusia. ¡Ahora lo único que se hace es escribir!— rió con risa forzada.

La conversación cesó por un momento; el viejo general atrajo la atención con una leve tosecilla.

—¿Ha oído hablar del último incidente en la revista de San Petersburgo? ¿Conocen el comportamiento del nuevo embajador francés?

—¿Cómo? ¡Ah, sí, sí! He oído algo, creo que dijo una inconveniencia en presencia de Su Majestad.

—El Emperador fijó la atención del embajador sobre la división de granaderos, que desfilaba en columna de honor— prosiguió el general, —y parece que él no hizo el menor caso y se permitió decir que en Francia no se daba importancia a semejantes bagatelas. El Emperador no contestó nada, pero se dice que, en la siguiente revista, no se ha dignado dirigirle la palabra.

Todos volvieron a guardar silencio. Sobre un hecho que se refería expresamente al Emperador no se podía emitir juicio alguno.

—¡Son insolentes!— exclamó el príncipe. —¿Conocen a Métivier? Hoy lo he expulsado de mi casa. Lo habían dejado entrar, cuando yo tenía prohibido que recibieran a nadie— y el príncipe miró colérico a su hija.

Relató toda la conversación con el médico francés y las razones que lo habían llevado a la convicción de que Métivier era un espía; y aun cuando tales razones resultaban muy poco convincentes y oscuras, nadie objetó nada.

Después del asado se sirvió champaña; los comensales se pusieron en pie y felicitaron al viejo príncipe. También la princesa María se acercó para felicitarlo. Él la miró con frialdad hostil y le ofreció su rugosa y afeitada mejilla para que se la besara. La expresión de su rostro le decía que no olvidaba la conversación de la mañana, que su decisión seguía en pie y que sólo la presencia de los invitados le impedía repetirla.

Cuando llegó la hora del café los señores de edad pasaron a la sala y se sentaron juntos.

El príncipe Nikolái Andréievich se animó y expuso sus opiniones sobre la futura guerra.

Dijo que las guerras de los rusos con Bonaparte serían siempre desgraciadas mientras buscasen alianzas con los alemanes y se mezclaran en los asuntos europeos, a los que los arrastraba la paz de Tilsitt. Los rusos no tendrían que haber intervenido ni a favor ni en contra de Austria. “Nuestra política está toda en Oriente, y con Bonaparte no hay más que una cosa: armar bien la frontera y mantener una política firme; si hacemos eso, jamás se atreverá a cruzar la frontera rusa, como en el año siete.”

—Pero, príncipe, ¿acaso podemos hacer la guerra contra los franceses? — dijo el conde Rastopchin. —¿Podemos ir contra nuestros maestros y dioses? Mire a nuestros jóvenes, a nuestras señoras. Nuestros dioses son los franceses; el paraíso de los rusos es París.

Y levantó la voz, seguramente para que todos lo oyeran.

—Vestidos franceses, ideas francesas, sentimientos franceses. Usted acaba de echar de su casa a Métivier porque es un francés y porque es un miserable; pues nuestras damas se arrastran detrás de él. Ayer asistí a una velada; de cinco damas, tres eran católicas; bordan los domingos, con permiso del Papa, pero eso no impide que se exhiban casi desnudas, con perdón sea dicho, como un anuncio de los baños públicos. Cuando pienso en nuestra juventud, príncipe, me vienen ganas de sacar del museo el viejo garrote de Pedro el Grande y romperles las costillas, a la rusa. ¡Ésa sería la manera de curarles la enfermedad!

Todos callaron; el viejo príncipe miró a Rastopchin con una sonrisa y movió la cabeza en señal de aprobación.

—Bueno, Excelencia, adiós. Cuídese— dijo Rastopchin levantándose y tendiendo la mano al príncipe, con la rapidez de movimientos que lo caracterizaba.

—¡Adiós, querido!… Lo que dice me suena a música… no me canso de escucharlo— y el viejo príncipe, reteniendo su mano, le ofreció la mejilla para que la besara. Los demás invitados se levantaron también.

IV

La princesa María, sentada en la sala, escuchaba los relatos y la conversación de los viejos sin entenderlos. Se preguntaba si los invitados se habían dado cuenta de la hostilidad de su padre hacia ella. Ni siquiera reparó en la especial atención y cortesía que durante la comida le demostraba el joven Drubetskói, que acudía por tercera vez a la casa.

Pierre, el último de todos, con el sombrero en la mano y la sonrisa en los labios, se acercó a la princesa cuando su padre hubo salido y ellos quedaron solos en la estancia.

—¿Puedo quedarme un poco más?— dijo Pierre, dejando caer su cuerpo en una silla junto a la princesa.

—¡Oh, sí!— contestó ella. Y sus ojos parecían preguntar: "¿No ha observado nada?".

Pierre tenía el buen humor que sigue a una buena comida. Miraba hacia delante y sonreía pacíficamente.

—¿Conoce hace tiempo a ese joven?— preguntó.

—¿A quién?

—A Drubetskói.

—No, desde hace poco.

—¿Le gusta?

—Sí, es un joven simpático… Pero ¿por qué me lo pregunta?— dijo la princesa María, sin dejar de pensar en la conversación de la mañana con su padre.

—Porque he observado algo. Habitualmente, los jóvenes vienen de San Petersburgo a Moscú para casarse con una novia rica.

—¿Eso ha observado?— preguntó la princesa María.

—Sí— prosiguió Pierre con una sonrisa. —Y este joven se las arregla para aparecer donde hay un partido rico. Leo en él como en un libro abierto, se lo aseguro. Ahora está dudando por dónde comenzar el ataque: por usted o por la señorita Julie Karáguina. Il est très assidu auprès d’elle.[313]

—¿Va a su casa?

—Sí, con gran frecuencia. ¿No conoce las nuevas maneras de hacer la corte?— preguntó Pierre con una sonrisa alegre, dispuesto, al parecer, a bromear bonachona e irónicamente, costumbre que tantas veces se reprochaba en su diario.

—No— dijo la princesa María.

—Pues bien; ahora, para gustar a las señoritas de Moscú, il faut être mélancolique. Et il est très mélancolique auprès de mademoiselle Karaguine.[314]

—Vraiment?— y la princesa María contempló el bondadoso rostro de Pierre, sin dejar de pensar en su pena. “Me sentiría mejor si me decidiera a confiar a alguien lo que me pasa; y desearía decírselo todo precisamente a Pierre. Es tan bueno y noble. Me sentiría aliviada y podría aconsejarme.”

—¿Se casaría con él?— preguntó Pierre.

—¡Oh, Dios mío! Hay momentos, conde, en que me casaría con cualquiera— dijo de pronto la princesa sin ser consciente de sus palabras, con voz llena de lágrimas. —¡Qué penoso es, a veces, querer a una persona próxima y saber que…— continuó con voz temblorosa —sólo puedes causarle pena y sabes que no es posible cambiar nada! Sólo veo una solución: marcharme. Pero ¿adónde?

—¿Qué le pasa? ¿Qué le sucede, princesa?

Pero la princesa rompió en sollozos, sin poder seguir.

—No sé qué tengo hoy. No haga caso. Olvide lo que dije.

Todo el excelente humor de Pierre desapareció. Interrogó preocupado a la princesa, le suplicó que le contara todo y que le confiara su pena. Pero ella insistió en que olvidara lo que había oído, que no recordaba sus propias palabras, que no tenía penas, salvo lo que ya sabía Pierre: el matrimonio del príncipe Andréi, que amenazaba con provocar una ruptura entre padre e hijo.

—¿Sabe algo de los Rostov?— preguntó para cambiar de conversación. —Me han dicho que pronto llegarán a Moscú. También esperamos a Andréi de un momento a otro. Me gustaría que se encontraran aquí.

—¿Y qué piensa él ahora sobre eso?— preguntó Pierre, refiriéndose al viejo príncipe.

La princesa María movió la cabeza.

—Pero ¿qué se puede hacer? Hasta el fin del año no quedan más que meses y no es posible. Sólo quisiera ahorrar a mi hermano los primeros momentos. Ojalá ellos vinieran antes: espero entenderme con ella… Los conoce bien, ¿verdad? Con sinceridad, con el corazón en la mano, dígame su parecer, dígame la verdad. ¿Cómo es esa joven? ¿Qué opina usted de ella? Pero dígame toda la verdad, ya comprende cuánto arriesga Andréi al casarse contra la voluntad de su padre, y yo desearía saber…

Un vago instinto advirtió a Pierre que en ese repetido deseo de saber *toda la verdad* se expresaba la antipatía de la princesa hacia su futura cuñada y que ella deseaba que Pierre no aprobase la elección del príncipe. Pero Pierre dijo lo que pensaba o, mejor aún, lo que sentía.

—No sé cómo responder a su pregunta— y se ruborizó sin saber por qué. —En realidad, no sé cómo es esa joven y no podría juzgarla. Es adorable, pero ¿por qué? No lo sé. Eso es cuanto puedo decirle.

La princesa María suspiró. La expresión de su rostro parecía decir: “Sí, es lo que esperaba y lo que temía”.

—¿Es inteligente?— preguntó.

Pierre reflexionó un instante.

—Creo que no— dijo, —pero tal vez sí lo sea… o no se digna ser inteligente… Pero no, es adorable y nada más.

De nuevo hizo la princesa un gesto de aprobación.

—¡Tengo tantos deseos de quererla! Dígaselo, si la ve antes que yo.

—He oído decir que llegan uno de estos días— dijo Pierre.

La princesa María expuso a Pierre su propósito de trabar amistad con su futura cuñada en cuanto los Rostov llegasen a Moscú y de procurar que el viejo príncipe se acostumbrara a ella.

V

Borís no había conseguido casarse con una novia rica en San Petersburgo, y había ido a Moscú con la intención de buscar otro partido. Y en Moscú dudaba entre las dos más ricas herederas de la ciudad: Julie y la princesa María. A pesar de su aspecto poco agraciado, esta última le parecía más atrayente que la señorita Karáguina; pero, sin saber el motivo, se sentía turbado ante la idea de hacer la corte a la hija de Bolkonski. La última vez que la vio, el día del santo del viejo príncipe, la joven había respondido distraídamente a todas sus tentativas de orientar la conversación hacia la vía sentimental, y era evidente que ni siquiera lo escuchaba.

Julie, en cambio, aunque de un modo muy especial, propio de ella, aceptaba sus galanteos con gusto.

Julie Karáguina tenía entonces veintisiete años. Tras la muerte de sus hermanos se había convertido en una mujer riquísima. Nada tenía ahora de guapa, pero seguía creyéndose no tan sólo guapa como antaño, sino aún más atractiva que en otros tiempos. Y se mantenía en tal error porque, primero, tenía mucho dinero y, segundo, porque, conforme los años pasaban, los hombres podían tratarla con cierta libertad, sin peligro ni compromiso alguno, y gozar de sus cenas, de sus veladas y de la animadísima sociedad que se reunía en su casa. Un hombre que diez años antes hubiera temido entrar diariamente en una casa donde había una señorita de diecisiete, por no comprometerla y no comprometerse él, ahora la frecuentaba sin miedo cada día y no la trataba como a una joven casadera, sino como a una conocida sin sexo.

Aquel invierno la casa de los Karaguin era la más agradable y hospitalaria de Moscú. Además de las veladas y comidas de gala, cada día

se reunía allí mucha gente, sobre todo hombres: se cenaba hacia medianoche y los invitados permanecían hasta las tres. Julie no faltaba ni a un baile, ni a un paseo, ni a un espectáculo; vestía siempre a la última moda, pero, a pesar de todo, se mostraba desilusionada. A todos decía que no creía ni en la amistad, ni en el amor ni en las alegrías de la vida, y que esperaba la paz tan sólo *allá arriba*. Adoptaba el tono de la mujer que ha experimentado grandes desilusiones, que ha perdido al hombre amado o ha sido cruelmente engañada por él. Y aunque nunca le había pasado nada semejante, los demás lo creían y hasta ella estaba convencida de haber sufrido mucho en la vida. Esa melancolía no le impedía divertirse y no era obstáculo para que los jóvenes pasaran con ella ratos agradables. Cada uno de cuantos acudían a su casa pagaba su tributo al humor melancólico de la dueña y luego se dedicaba a las conversaciones mundanas, al baile, a los juegos de ingenio y pequeños certámenes poéticos, de moda en su casa. De esos jóvenes, sólo algunos, y entre ellos Borís Drubetskói, parecían participar más del humor melancólico de Julie y con esos jóvenes mantenía conversaciones más largas e íntimas sobre la vanidad mundana, y les mostraba su álbum, cubierto de imágenes tristes, de endechas y sentencias.

Julie se mostraba especialmente cariñosa con Borís. Lamentaba su precoz desilusión de la vida, y le ofreció el consuelo de su amistad —¡también ella había sufrido tanto! y le abrió su álbum. Borís dibujó en una de las páginas dos árboles y escribió: *"Arbres rustiques, vos sombres rameaux secouent sur moi les ténèbres et la mélancolie*"**[315]**

En otro sitio dibujó un sepulcro y escribió:

"La mort est secourable et la mort est tranquille.

*Ah! contre les douleurs il n'y a pas d'autre asile."***[316]**

Julie dijo que era precioso.

—Il y a quelque chose de si ravissant dans le sourire de la mélancolie. C'est un rayon de lumière dans l'ombre, une nuance entre la douleur et le désespoir qui montre la consolation possible**[317]**— dijo Julie, repitiendo palabra por palabra una sentencia copiada de un libro.

Y Borís escribió:

"Aliment de poison d'une âme trop sensible

Toi, sans qui le bonneur me serait impossible,

Tendre mélancolie, ah!, viens me consoler
Viens calmer les tourments de ma sombre retraite
Et mêle une douceur secrète
À *ces pleurs, que je sens couler.”*[318]

Julie interpretaba al arpa, para Borís, los nocturnos más tristes.

Borís le leía en voz alta *La pobre Lisa*, y en ocasiones la profunda emoción que le impedía respirar lo obligaba a interrumpir la lectura. Cuando Borís y Julie se veían en una reunión de sociedad, se miraban como si fuesen las únicas personas, en este mundo de seres diferentes, capaces de entenderse entre sí.

Anna Mijáilovna, que con frecuencia iba a casa de los Karaguin y jugaba a las cartas con la madre de Julie, trataba de informarse sobre la dote de la joven (consistente en dos fincas en la provincia de Penza y algunos bosques en la de Nizhni-Nóvgorod). Anna Mijáilovna, sumisa a la voluntad de la Providencia, contemplaba enternecida la refinada tristeza que unía a su hijo y a la rica heredera.

—Toujours charmante et mélancolique, cette chère Julie[319]— decía a la hija. —Borís asegura que su espíritu descansa en esta casa. ¡Ha sufrido tantas decepciones y es tan sensible!— decía a la madre.

—¡Ay, amigo mío! ¡No puedo expresarte el cariño que le he tomado estos días a Julie!— decía a su hijo. —No hay palabras para describirlo. ¿Y quién podría no amarla? ¡Es una criatura celestial! ¡Oh, Borís, Borís!— y callaba unos instantes; después añadía: —¡Qué lástima me da su maman! Hoy me ha mostrado las cuentas y los documentos de Penza (ya sabes que tienen allí grandes propiedades); todo lo tiene que hacer ella misma, la pobre: ¡cómo la engañan!…

Borís sonreía levemente al escuchar a su madre. Se reía de su ingenua astucia, pero no dejaba de escucharla, y a veces la interrogaba sobre las posesiones de Penza y Nizhni-Nóvgorod prestando oído atento a sus palabras.

Julie esperaba desde hacía tiempo la declaración de su melancólico adorador y estaba dispuesta a aceptarla. Pero a Borís lo retenía todavía un secreto sentimiento de repulsión hacia ella, hacia su apasionado deseo de casarse, su falta de naturalidad: lo retenía el temor de renunciar a la

posibilidad de un amor auténtico. Iba a terminar su permiso; pasaba días enteros en casa de Julie y siempre se hacía el propósito de declararse al día siguiente; pero en presencia de Julie, al ver aquella cara y barbilla rojas y aquel rostro casi siempre exageradamente empolvado, sus ojos húmedos y la expresión del rostro, dispuesto a pasar en un instante de la melancolía al entusiasmo más artificial de la felicidad conyugal, no podía pronunciar la palabra decisiva, aunque en su imaginación se consideraba —después de tanto tiempo— poseedor de las fincas de Penza y Nizhni-Nóvgorod y habría decidido el empleo de sus rentas. Julie adivinaba la indecisión de Borís y a veces creía que le repugnaba, pero su orgullo femenino y la autosuficiencia la consolaban y se decía que sólo el amor que sentía por ella era la causa de su timidez. Sin embargo, la melancolía empezaba a trocarse en irritabilidad, y poco antes de la partida de Borís concibió un plan decisivo. Coincidiendo con el término del permiso de Borís, apareció en Moscú Anatole Kuraguin y también, naturalmente, en el salón de Julie.

De la noche a la mañana, Julie abandonó la melancolía y se mostró alegre y atenta con Anatole Kuraguin.

—Mon cher, je sais de bonne source que le prince Basile envoie son fils a Moscou pour lui faire épouser Julie[320]— dijo Anna Mijáilovna a su hijo. —Amo tanto a Julie que me daría pena. ¿Qué piensas tú de eso?

La idea de quedar en ridículo y de perder en vano un mes de duro servicio melancólico junto a Julie, y de ver todas las rentas de las fincas de Penza —que ya había dispuesto debidamente en su imaginación— en manos de otro, y sobre todo en manos de aquel idiota de Anatole, hirió vivamente a Borís. Y con el firme propósito de pedir la mano de Julie se dirigió a casa de las Karáguina. Ella lo recibió con despreocupada alegría; le contó animadamente lo que se había divertido en el baile de la víspera y le preguntó cuándo se marchaba. Aun cuando Borís iba con intención de hablar de su amor y con el propósito de mostrarse tierno, comentó nerviosamente la inconstancia de las mujeres, su facilidad para pasar de la tristeza a la alegría, añadiendo que su estado de ánimo dependía exclusivamente de quién les hiciera la corte. Julie, ofendida, replicó que era verdad, que toda mujer ama la variedad y que siempre una misma cosa aburre a cualquiera.

—Por eso le aconsejaría…— empezó Borís, deseando herirla; pero en aquel momento acudió a su mente la idea que lo atormentaba, es decir, que tendría que salir de Moscú sin haber logrado su objetivo, desperdiciando tanto trabajo (cosa que nunca le ocurría); se detuvo a mitad de la frase, bajó los ojos para no ver aquel rostro desagradable, irritado e indeciso y dijo: —No he venido para reñir con usted, todo lo contrario— y la miró para asegurarse de que podía proseguir. Toda la irritación de Julie desapareció como por encanto; sus ojos inquietos y suplicantes se fijaron en el joven con ávida espera. "Siempre podré arreglármelas para verla raras veces (pensó Borís). Ahora he comenzado y hay que terminar." Se ruborizó, levantó los ojos hacia ella y dijo: —Ya conoce mis sentimientos hacia usted.

No era necesario añadir más. El rostro de Julie resplandeció de satisfacción; pero obligó a Borís a decirle todo cuanto se acostumbra en semejantes casos: que la amaba y que no había amado a ninguna mujer como a ella. Julie sabía que a cambio de las fincas de Penza y Nizhni-Nóvgorod bien podía exigir aquello. Y obtuvo lo que exigía.

Los prometidos, sin acordarse más de árboles que sembraban sobre ellos tinieblas y melancolía, comenzaron a trazar proyectos sobre su brillante casa de San Petersburgo, a hacer visitas y a prepararlo todo para una boda fastuosa.

VI

A fines de enero, el conde Iliá Andréievich llegó a Moscú con Natasha y Sonia. La condesa, siempre enferma, no había podido hacer el viaje, cuya demora era imposible: se esperaba al príncipe Andréi en Moscú, de un momento a otro; además había que preparar el ajuar, vender la casa de las cercanías de Moscú y aprovechar la estancia del viejo príncipe en la capital para presentarle a su futura nuera. La casa de los Rostov en Moscú estaba fría; además venían por poco tiempo y no iba la condesa con ellos; por todas estas razones, Iliá Andréievich decidió quedarse en casa de María Dmítrievna Ajrosímova, que desde hacía tiempo había ofrecido su hospitalidad al conde.

Los cuatro coches de los Rostov entraron en el patio de María Dmítrievna, en la calle Stáraia Koniúshennaia. María Dmítrievna vivía sola: tenía una hija casada y los hijos estaban en el ejército.

Seguía como antes, se mantenía siempre erguida, hablaba con la misma franqueza, en voz muy alta, y decía a todos cuanto pensaba; todo su ser parecía reprochar a los demás sus debilidades y pasiones, cuya posibilidad no toleraba. Muy temprano, en ropa de andar por casa, se dedicaba a los quehaceres domésticos: los días de fiesta iba después a misa, y de la misa a las cárceles, donde tenía asuntos de los cuales no hablaba con nadie; los demás días, ya arreglada, recibía en su casa a personas de diversa condición, que a toda hora reclamaban su ayuda; luego comía, y tras la comida —una comida nutritiva y sabrosa, a la que acudían siempre tres o cuatro invitados—, jugaba su partida de *boston*; al atardecer, se hacía leer los periódicos y libros recientes, y mientras tanto hacía punto. Apenas si

salía de su casa, y en estos casos era sólo para visitar a las personas más importantes de la ciudad.

Aún no se había retirado cuando llegaron los Rostov y en el zaguán chirrió la puerta para dar paso a los señores y sus criados, que venían ateridos de frío. María Dmítrievna, con los lentes en la punta de la nariz y la cabeza echada hacia atrás, estaba en la puerta de la sala, mirando con aire severo y grave a los recién llegados. Cabía pensar que estaba enfadada con ellos y dispuesta a echarlos si al mismo tiempo no diera solícitas órdenes para instalar a los viajeros y sus equipajes.

—¿Son las del conde? Tráelas aquí— dijo señalando varias maletas y sin saludar a nadie. —Las de las señoritas aquí, a la izquierda. ¿Qué hacéis perdiendo el tiempo?— gritó a las sirvientas. —Calentad el samovar. Has engordado, estás más guapa— dijo, tirando del capuchón de Natasha, sonrosada por el frío, para acercarla. —¡Fu, estás helada! Quítate el abrigo — gritó al conde, que se acercaba a besarle la mano. —¿Has pasado frío, verdad? Traed ron para el té. Sóniushka, bonjour— dijo a Sonia, matizando con el saludo francés su manera un tanto desdeñosa y tierna de tratarla.

Cuando todos, después de quitarse los abrigos y de arreglarse, salieron a tomar el té, María Dmítrievna los abrazó.

—Me alegro profundamente de veros y de que estéis en mi casa— dijo, y lanzó una mirada significativa a Natasha. —¡Ya era hora! El viejo está aquí y esperan al hijo de un día a otro. Es preciso, preciso, que lo conozcáis. Bueno, ya hablaremos de eso— y miró a Sonia como dando a entender que no quería hablar “de eso” delante de ella. —Ahora, escucha— esta vez, se dirigía al conde: —¿Qué piensas hacer mañana? ¿A quién llamarás? ¿A Shinshin?— y dobló un dedo. —A la llorona de Anna Mijáilovna, dos. Está aquí con su hijo. ¡Borís se casa! También hay que llamar a Bezújov… digo; está aquí con su mujer, él escapa de ella y ella sale corriendo detrás de él; el miércoles comió conmigo. Y en cuanto a éstas— se volvió a las señoritas, —mañana las llevaré a la Virgen de Iverisk y después iremos a Aubert-Chalmet. Porque lo haréis todo nuevo, ¿verdad? No os fijéis en cómo visto yo; ahora las mangas se llevan así. Hace poco vino a casa la princesa Irina Vasílievna, la joven. Se diría que llevaba un tonel en cada brazo. La moda

cambia cada día. Bueno, ¿y qué tal marchan tus asuntos?— preguntó severamente al conde.

—Se me ha juntado todo— respondió el conde. —Comprar los trapos y tengo, además, un comprador para la hacienda y la casa. Si me lo permite, aprovecharé un día para ir a Márinskoie y le dejaré aquí a mis niñas.

—¡Muy bien, muy bien! Conmigo estarán tan seguras como en el Consejo de Tutela. Las llevaré donde sea preciso, las regañaré y las mimaré — dijo María Dmítrievna, acariciando las mejillas de su favorita y ahijada, Natasha.

A la mañana siguiente María Dmítrievna llevó a las jóvenes a la Virgen de Iverisk y a Mme Aubert-Chalmet, que tenía tanto miedo a María Dmítrievna que le vendía siempre los vestidos a pérdida, con tal de librarse de ella lo antes posible. María Dmítrievna encargó casi todo el ajuar. De vuelta a casa, echó a todos de la sala, excepto a Natasha, e hizo que su predilecta se sentara a su lado.

—Bueno, ahora hablemos. Te felicito por el novio. ¡Has conquistado a un hombre de valía! Me siento feliz por ti; a él lo conozco desde que era así — y puso la mano a unos setenta centímetros del suelo. Natasha, ruborizada, sonreía feliz. —Lo quiero y quiero a toda su familia. Ahora, escúchame: ya sabes que el viejo príncipe Nikolái no desea que su hijo se case; es un hombre autoritario. Sin duda, el príncipe Andréi ya no es un niño y puede prescindir de su consentimiento. Pero entrar en esa familia contra la voluntad del padre no está bien. Es menester que todo suceda en paz y en amor. Tú eres inteligente y procederás como es debido: con dulzura e inteligencia; así, todo resultará bien.

Natasha guardaba silencio —por timidez, pensaba María Dmítrievna—; en realidad le disgustaba que se entrometieran en su amor al príncipe Andréi, que le parecía algo especial, diferente de las otras cosas humanas, difícil de comprender para los demás. Amaba y conocía al príncipe Andréi. Él también la amaba y uno de aquellos días iba a llegar para casarse con ella. Eso era todo lo que necesitaba y nada más.

—Sabes, lo conozco desde hace tiempo, y quiero a Máshenka, tu futura cuñada. Las cuñadas son liosas, pero ésta no haría daño ni a una mosca. Me ha dicho que te quiere conocer… mañana irás a su casa con tu padre. Sé

cariñosa. Eres más joven que la princesa María… Cuando tu prometido llegue, habrás conocido a su hermana y a su padre, y te querrán ya de veras. Estás de acuerdo, ¿verdad? ¿No es eso lo mejor?

—Sí, es lo mejor— respondió Natasha con desgana.

VII

Al día siguiente, de acuerdo con el consejo de María Dmítrievna, el conde Iliá Andréievich y Natasha se dirigieron a la casa del príncipe Nikolái Andréievich. Al conde no le hacía mucha gracia esa visita; en el fondo tenía miedo al príncipe. La última entrevista que había tenido con él durante las levas de soldados, cuando al invitarlo a comer el príncipe le administró una severa reprimenda por no haber enviado cierto número de hombres, estaba aún viva en su memoria.

En cambio, Natasha, que vestía sus mejores galas, gozaba de excelente humor. “Es imposible que no me quieran —pensaba—; todos me han querido siempre y yo estoy dispuesta a hacer todo cuanto deseen, a quererlos, a él porque es su padre y a ella porque es su hermana, así que no tendrán motivo alguno para no quererme.”

Llegaron a la vieja y sombría mansión en Vozendvízhenka y entraron en el vestíbulo.

—¡Que Dios nos bendiga!— dijo el conde, medio en broma y medio en serio.

Pero Natasha notó que su padre se daba prisa en entrar y preguntaba en voz baja y tímidamente si el príncipe y su hija estaban en casa. Cuando se anunció su llegada, entre los criados hubo cierta turbación; el lacayo que se apresuraba a ir para anunciarlos fue detenido por otro en la sala y cambiaron algunas palabras a media voz. Una doncella llegó presurosa a la sala y dijo algo con prisas, nombrando a la princesa; por último apareció un viejo mayordomo, quien, con rostro severo, informó a los Rostov de que el príncipe no podía recibirlos, pero que la princesa les rogaba que pasaran a verla. Mademoiselle Bourienne fue la primera en salir al encuentro de

Natasha y su padre. Los saludó con especial cortesía y los acompañó hasta donde estaba la princesa, quien, muy agitada, con el rostro turbado y cubierto de manchas rojas, avanzó pesadamente hacia los recién llegados, tratando en vano de parecer tranquila y cordial. Desde el primer momento Natasha no agradó a la princesa María: le pareció demasiado bien vestida, frívola y vanidosa. No era consciente de que, aun antes de haberla visto, estaba mal dispuesta hacia ella por un sentimiento de envidia involuntaria por su belleza, juventud y felicidad y sentía celos por el amor de su hermano. Además de ese invencible sentimiento de antipatía, en aquel instante la princesa María estaba alterada porque, al saber la llegada de los Rostov, el príncipe había gritado que no quería nada con ellos y que la princesa podía recibirlos, si quería, pero que no entraran en sus habitaciones. La princesa María se decidió a recibirlos, pero a cada momento temía que el príncipe hiciera alguna de las suyas, puesto que la llegada de Natasha y el conde lo había desasosegado grandemente.

—Querida princesa, aquí le traigo a mi cantarina— dijo el conde, saludando y mirando inquieto en derredor; como si temiera la entrada del viejo príncipe. —¡Estoy tan contento de que ya se conozcan…! ¡Es una pena, una verdadera pena que el príncipe esté delicado!

Y tras algunas otras frases sin importancia, se puso en pie de nuevo.

—Si me lo permite, princesa, dejaré aquí a Natasha un cuarto de hora. Voy a dos pasos de aquí, a la plaza Sobáchkaia, a casa de Anna Semiónovna; después pasaré a recogerla.

Iliá Andréievich había ideado aquella astucia diplomática a fin de proporcionar a la futura cuñada de su hija una ocasión para hablar con ella (como explicó después a Natasha) y evitar la ocasión de encontrarse con el príncipe, a quien temía. No dijo eso a su hija, pero Natasha comprendió el temor y la inquietud de su padre y se ruborizó por él, y, más enfadada todavía por haberse ruborizado, fijó una mirada atrevida y provocadora —que parecía decir que ella no tenía miedo a nadie— en la princesa, quien decía al conde que estaba muy contenta y le rogaba que permaneciera durante mucho tiempo con Anna Semiónovna. Iliá Andréievich salió.

Mademoiselle Bourienne no se retiraba a pesar de las inquietas miradas de la princesa María, que deseaba hablar a solas con Natasha y mantenía la

conversación sobre los atractivos de Moscú y sus teatros. Natasha estaba ofendida por la confusión producida en el vestíbulo, la inquietud de su padre y el tono forzado de la princesa, que —según ella— parecía concederle una gracia recibiéndola. Por esa causa todo le era desagradable. No le gustó la princesa María: la encontraba muy fea, afectada y seca. De pronto Natasha se encogió moralmente y, sin darse cuenta, adoptó un tono negligente que la alejaba aún más de la princesa María. A los cinco minutos de conversación penosa y forzada se oyeron unos pasos rápidos, amortiguados por las pantuflas. El rostro de la princesa María palideció de miedo, la puerta de la sala se abrió de golpe y apareció el príncipe con el gorro blanco de dormir y el batín.

—¡Ah, señorita!…— dijo. —Señorita… la condesa Rostova si no me engaño… Le pido excusas… perdóneme…, no sabía… Dios es testigo de que ignoraba que nos había honrado con su visita. ¡Entré así vestido para ver a mi hija!… Perdóneme… sabe Dios que lo ignoraba— repetía falsamente, acentuando la palabra Dios y con un tono de voz tan desagradable que la princesa María, con los ojos bajos, no se atrevía a mirar ni a su padre ni a Natasha.

Natasha, que se había levantado y hacía la reverencia, tampoco sabía qué hacer. Sólo mademoiselle Bourienne sonreía agradablemente.

—Le ruego que me excuse, se lo ruego. Dios es testigo de que no lo sabía— gruñó el viejo, que se retiró después de examinar a Natasha de pies a cabeza.

Mademoiselle Bourienne fue la primera en reaccionar después de la aparición del viejo y se refirió a la mala salud del príncipe. Natasha y la princesa se miraban en silencio, y cuanto más se contemplaban así, sin expresar lo que deberían decirse, mayor era la antipatía que sentían la una por la otra.

Cuando volvió el conde, Natasha mostró sin disimulo su alegría, hasta parecer descortés, y se dio prisa por marchar.

En aquel momento casi odiaba a esa vieja y seca princesa, capaz de ponerla en tan penosa situación y tenerla media hora sin decirle nada del príncipe Andréi. “No podía ser yo la primera en hablar de él delante de esa francesa”, pensaba Natasha. Y, mientras tanto, esos mismos pensamientos

atormentaban a la princesa María. Sabía lo que debía decirle, pero no podía hacerlo, y no podía por la presencia de mademoiselle Bourienne y porque, sin saber la razón, le resultaba penoso hablar de aquel matrimonio. Cuando el conde hubo salido, la princesa María se acercó con paso rápido a Natasha, tomó sus manos y le dijo suspirando profundamente:

—Espere, necesito…

Natasha miraba a la princesa con aire burlón, cuyo motivo ni ella comprendía.

—Querida Natalie, quiero decirle que me alegro mucho de que mi hermano haya encontrado la felicidad…— la princesa se detuvo, dándose cuenta de que mentía.

Natasha notó su vacilación y adivinó la causa.

—Creo, princesa, que no es oportuno hablar ahora de eso— dijo con aparente dignidad y frialdad mientras las lágrimas afluían a su garganta.

“¿Qué he dicho? ¿Qué he hecho?”, pensó en cuanto estuvo fuera de la casa.

Aquel día esperaron a Natasha durante mucho tiempo para comer. Se quedó en su habitación y sollozaba como una niña. Sonia estaba a su lado y la besaba en la cabeza.

—¿Por qué lloras, Natasha?— decía. —¿Qué te importan ellos? Todo pasará, querida.

—Si supieses lo doloroso que es… como si yo…

—No digas eso, Natasha, tú no tienes la culpa. Entonces, ¿por qué te preocupas así? Bésame.

Natasha levantó la cabeza, besó a su amiga en los labios y apoyó en su hombro el rostro lleno de lágrimas.

—No sé cómo decirlo…, nadie tiene la culpa. La culpable soy yo— dijo. —¡Me duele tanto! ¡Oh! ¿Por qué no viene él?…

Cuando salió a comer tenía los ojos enrojecidos. María Dmítrievna, que sabía cómo había recibido el príncipe a los Rostov, fingió no darse cuenta del disgusto de Natasha y todo el tiempo bromeó en voz alta con el conde y los demás comensales.

VIII

Aquella noche los Rostov fueron a la Ópera, donde María Dmítrievna les había conseguido un palco.

Natasha no deseaba ir, pero no podía rechazar la gentileza de María Dmítrievna, hecha pensando exclusivamente en ella. Cuando, vestida, entró en la sala para esperar a su padre, se miró en el espejo, se vio muy bella y se sintió más triste todavía, pero con una tristeza lánguida y amorosa.

“Dios mío, si él estuviese aquí, ya no sería como era antes, tonta, tímida, sino que lo abrazaría de un modo nuevo, me apretaría contra él, lo obligaría a mirarme con sus ojos inquisitivos y curiosos, con los que tantas veces me ha mirado, y después lo obligaría a reírse como reía entonces. ¡Cómo veo sus ojos! —pensaba Natasha—. ¿Qué tengo yo que ver con su padre y su hermana? Lo amo a él solo, a él… su rostro, su mirada, su sonrisa de hombre y niño… al mismo tiempo. No, es mejor no pensar: no pensar en nada. Olvidar, olvidarlo todo por el momento. No soportaré más esta espera. Ahora mismo voy a llorar —y se apartó del espejo, haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas—. ¿Cómo puede Sonia amar a Nikolái de una manera tan igual y apacible, esperando tanto tiempo con semejante paciencia? —pensó, al ver que Sonia entraba, también engalanada y con un abanico en la mano—. No, ella es totalmente distinta. ¡Yo no puedo!”

Natasha se sentía tan enternecida y lánguida que amar y saberse amada era poco para ella; necesitaba abrazar ahora mismo al hombre amado, decir y oír de sus labios las palabras amorosas que llenaban su corazón. Mientras iba en el coche al lado de su padre y contemplaba pensativa los reflejos de los faroles que desfilaban tras los vidrios cubiertos de hielo, se sintió aún más enamorada y triste, llegó a olvidar con quién estaba y adonde se

dirigían. El coche de los Rostov entró en la hilera de vehículos y se acercó lentamente al teatro, entre el crujido de las ruedas sobre la nieve helada. Natasha y Sonia descendieron ágilmente, recogiendo sus faldas; el conde salió ayudado de los criados y, entre las señoras y señores que entraban y los vendedores de programas, los tres se dirigieron al pasillo de los palcos del patio de butacas. Detrás de la puerta entornada se oía ya la música.

—Nathalie, vos cheveux[321]— murmuró Sonia.

Un acomodador se deslizó rápido entre las damas y abrió la puerta del palco. Se oyó la música más próxima: las filas de palcos iluminados aparecieron resplandeciendo de señoras con los brazos y los hombros desnudos; el patio de butacas brillaba de uniformes. La señora del palco vecino miró a Natasha con envidia muy femenina. El telón no se había levantado aún; sonaba la obertura. Natasha, componiéndose el vestido, entró con Sonia y se sentó mirando hacia las filas iluminadas de los palcos de enfrente. De un modo agradable y desagradable a un tiempo la dominó la sensación —hacía tiempo no sentida— de que muchos ojos estaban mirando sus brazos y su escote desnudos, lo que suscitó en ella un tumulto de recuerdos, deseos y emociones.

Natasha y Sonia, ambas encantadoras, y el conde Iliá Andréievich, a quien desde hacía tiempo no se veía en Moscú, atrajeron la atención general. Todos sabían, además, algo del compromiso de Natasha con el príncipe Andréi, sabían que desde entonces los Rostov vivían en el campo; y ésta era la causa de que miraran con mayor curiosidad a la prometida de uno de los mejores partidos de Rusia.

Natasha había embellecido en el campo —como decían todos—, y aquella noche, a causa de la emoción, estaba especialmente atractiva. Llamaba la atención sobre todo por su plenitud de vida y hermosura, unida a la indiferencia hacia cuanto la rodeaba. Sus ojos negros miraban a la gente sin buscar a nadie; su delicado brazo, desnudo por encima del codo, se apoyaba en la barandilla de terciopelo, y su mano se abría y cerraba inconscientemente siguiendo el compás de la obertura y arrugando entre los dedos el programa.

—Mira, ahí está Alénina con su madre— dijo Sonia.

—¡Dios mío! Mijaíl Kirilich ha engordado más aún— observó el conde.

—¡Fíjate qué toca lleva nuestra Anna Mijáilovna!

—También están las Karáguina; Julie y Borís, se ve en seguida que son novios.

—Drubetskói ha pedido su mano, acabo de enterarme— dijo Shinshin, que entraba en el palco.

Natasha volvió los ojos en la dirección que miraba su padre y vio a Julie con un espléndido collar de perlas en torno a su rojo cuello (muy empolvado, como Natasha sabía), sentada con aire feliz junto a su madre.

Detrás de ellas, con el oído pegado a los labios de Julie, aparecía la bella y bien peinada cabeza de Borís. Miraba de reojo el palco de Rostov y, sonriendo, decía algo a su prometida.

"Hablan de nosotras; de mí sobre todo —pensó Natasha—. Y seguramente está aplacando los celos de su novia. Pues se preocupa sin motivo. ¡Si supiesen lo poco que me importan!"

Anna Mijáilovna, con toca verde, el rostro feliz y festivo, sumisa siempre a la voluntad de Dios, estaba sentada detrás de los jóvenes. En su palco reinaba esa atmósfera de noviazgo, que tan bien conocía Natasha y tanto le gustaba. Volvió la cabeza y, de pronto, surgió de nuevo ante ella toda la humillación sufrida durante la visita de la mañana.

"¿Qué derecho tiene a negarme la entrada en su familia? ¡Oh! Es mejor no pensar en eso hasta la vuelta de Andréi", dijo, y se puso a mirar los rostros conocidos y desconocidos del patio de butacas. Delante de la orquesta, en el centro mismo estaba Dólojov, de espaldas al escenario, con sus rizados y abundantes cabellos peinados hacia atrás. Vestía un traje persa y atraía las miradas de toda la sala, pese a lo cual lo veía desenvuelto e indiferente, como si estuviera en su casa. Lo rodeaban los jóvenes más distinguidos de Moscú, que él evidentemente dirigía.

Riendo, el conde Iliá Andréievich apretó el codo de Sonia, que se había ruborizado, y le indicó a su antiguo cortejador.

—¿Lo reconoces?— dijo. —¿De dónde sale?— preguntó a Shinshin. —Había desaparecido.

—Sí, había desaparecido— respondió Shinshin. —Estuvo en el Cáucaso, huyó de allí y dicen que fue ministro de no sé qué príncipe persa y que mató al hermano del Sha. Y ahora todas las damas de Moscú están

locas por él: para ellas no hay más que Dolokhoff le Persan.[322] Se habla de él, se lo homenajea como se invita a comer. Dólojov y Anatole Kuraguin tienen locas a todas nuestras señoras.

En el palco vecino entró una señora alta y bella, con una enorme trenza, la espalda casi al desnudo y el pecho muy escotado, blanco y turgente. Un doble collar de gruesas perlas adornaba su cuello. Empleó bastante tiempo en acomodarse, haciendo crujir la seda pesada de su vestido.

Natasha, involuntariamente, se quedó mirando el cuello, la espalda, el pecho, las perlas y el peinado, admirando la belleza de la dama. Cuando la miraba por segunda vez, ella se volvió y, viendo a Iliá Andréievich, inclinó la cabeza saludándolo y sonrió. Era la condesa Bezújov, esposa de Pierre. Iliá Andréievich, que conocía a todos, se reclinó en el borde del palco y cambió unas palabras con ella.

—¿Está en Moscú hace mucho, condesa? Iré, iré a besar su mano. Vine por unos asuntos y he traído a mis niñas. Dicen que la Semiónovna canta divinamente. El conde Pierre Kirílovich, ¿está aquí?

—Sí, tenía intención de pasar— dijo Elena Vasílievna, y miró atentamente a Natasha.

El conde Iliá Andréievich volvió a su sitio.

—¿Es bellísima, verdad?— murmuró al oído de su hija.

—¡Una maravilla! No me extraña que se enamoren de ella.

En aquel instante sonaron los últimos acordes de la obertura y el director de orquesta golpeó el atril con la batuta. Los rezagados ocupaban sus puestos en el patio de butacas y se levantó el telón.

Se hizo el silencio en todas partes, los hombres, viejos o jóvenes, los que vestían uniforme y los de frac, todas las señoras escotadas, pero cubiertas de joyas, fijaron con curiosa avidez su atención en el escenario. Natasha miró también hacia allí.

IX

En el centro del escenario había unas tablas rectas y a los lados cartones pintados representaban árboles; al fondo había una tela extendida sobre un bastidor de madera. Varias jóvenes de corpiño rojo y falda blanca estaban sentadas en el centro; otra, muy gruesa, con traje de seda blanca, permanecía aparte, sentada en un banco, tras el cual habían colocado otro cartón verde. Todas cantaban algo; cuando concluyeron, la del banco se acercó a la concha del apuntador. Le salió al encuentro un hombre vestido con calzón de seda blanca que ceñía sus gruesas piernas, con un penacho en el sombrero y un puñal, y se puso a cantar moviendo mucho los brazos.

El hombre de los calzones ceñidos cantó solo; después cantó ella. Callaron los dos y la música volvió a comenzar: el hombre tomó la mano de la joven del vestido blanco, en espera del compás de entrada para cantar juntos. Cantaron los dos y los espectadores aplaudieron y gritaron con entusiasmo, mientras que el hombre y la mujer, que en escena representaban a unos enamorados, sonreían y saludaban abriendo los brazos.

Recién venida del campo, y en el extraño estado de ánimo en que se encontraba, todo aquello le pareció a Natasha absurdo y grotesco. No podía seguir el desarrollo de la ópera, ni siquiera oír la música; veía sólo cartones pintados, hombres y mujeres extrañamente vestidos, que bajo una luz muy intensa se movían, hablaban y cantaban de manera rara. Sabía lo que eso debía representar, pero todo era tan falso, tan poco natural, que unas veces se avergonzaba por los actores y otras veces le parecían ridículos. Miraba en derredor los rostros de los espectadores, buscando en ellos ese mismo sentimiento de ironía y asombro que sentía en sí, pero todas las caras denotaban atención por lo que sucedía en la escena y expresaban una

admiración que a Natasha le parecía ficticia. “Probablemente debe de ser así”, se dijo. Miraba sucesivamente las filas de cabezas bien peinadas en el patio de butacas, los escotes de las mujeres en los palcos y, sobre todo, a su vecina, Elena, que, muy escotada, con su eterna sonrisa, no quitaba los ojos del escenario. Natasha sentía la luz clara que llenaba la sala y el ambiente caldeado por la multitud. Poco a poco fue sumiéndose en un estado de abstracción que hacía tiempo no experimentaba. Ya no recordaba quién era, dónde estaba ni qué ocurría a su alrededor. Miraba a todos y pensaba; por su mente desfilaban, sin relación alguna entre sí, las ideas más extrañas e inesperadas: ya se le ocurría saltar al proscenio y cantar el aria de la soprano; ya deseaba tocar con su abanico a un viejecillo sentado cerca de ella; o bien inclinarse hacia Elena y hacerle cosquillas.

En uno de esos instantes en que en la escena todo es silencio, a la espera de que comience un aria, la puerta de entrada al patio de butacas se abrió hacia donde estaba el palco de los Rostov y se oyeron los pasos de un hombre. “Ahí está Kuraguin”, murmuró Shinshin. La condesa Bezújov se volvió sonriendo hacia el que entraba. Natasha miró en la misma dirección y vio a un ayudante de campo de extraordinaria belleza, que se acercaba al palco de su hermana. Era Anatole Kuraguin, al que había visto y recordaba del baile de San Petersburgo. Lucía ahora su uniforme de ayudante de campo, con charreteras y cordones. Caminaba con aire gallardo y bizarro que habría resultado ridículo de no ser tan atractivo y de no expresar en su hermoso rostro jovialidad y alegría. A pesar de haber comenzado la representación, avanzaba sobre la alfombra del pasillo sin prisa, haciendo tintinear levemente las espuelas y el sable y erguida la espléndida y perfumada cabeza. Lanzó una mirada a Natasha, se acercó a su hermana, apoyó la mano enguantada en el antepecho del palco, la saludó con la cabeza y le preguntó algo, señalando con los ojos a Natasha.

—Mais charmante— dijo evidentemente por Natasha, que más que oírlo lo comprendió por el movimiento de sus labios.

Después pasó a la primera fila y se sentó junto a Dólojov, al que dio amistosamente con el codo, a ese mismo Dólojov a quien los demás adulaban tanto. Le sonrió, guiñando alegremente un ojo, y apoyó el pie contra el barrote de las candilejas.

—Cuánto se parecen los dos hermanos y qué guapos son— comentó el conde.

Shinshin, a media voz, contaba a Rostov una de las historias de Kuraguin en Moscú; Natasha procuró oírlo, sólo porque Anatole había dicho que era *charmante.*

Terminó el primer acto; en el patio de butacas todos se levantaron, se mezclaron y comenzaron a salir.

Borís acudió al palco de los Rostov. Recibió con mucha sencillez las felicitaciones y, enarcando las cejas y con distraída sonrisa, rogó a Natasha y a Sonia que asistieran a su boda, en nombre de su prometida, y se retiró. Natasha, sonriente y con cierta coquetería, conversó con él y felicitó a aquel mismo Borís de quien en otro tiempo estuvo enamorada. En ese estado de embotamiento todo le parecía simple y natural.

Elena, con su gran escote, permanecía junto a Natasha y sonreía a todos; de la misma manera sonrió Natasha a Borís.

El palco de la condesa se llenó de gente y desde el patio de butacas acudían a saludarla los hombres más linajudos e ingeniosos, empeñados, al parecer, en demostrar a todos su amistad con ella.

Durante todo el entreacto, Kuraguin permaneció de pie junto a las candilejas, al lado de Dólojov, sin dejar de mirar hacia el palco de los Rostov. Natasha sabía que estaba hablando de ella, y eso le agradaba. Se volvió de manera que la viesen de perfil, creyendo que esa postura la favorecía. Antes de dar comienzo el segundo acto, apareció Pierre en el patio de butacas, a quien los Rostov no habían visto desde su llegada. Su rostro parecía triste, y estaba más grueso que la última vez que lo vio Natasha. Sin fijarse en nadie, avanzó hasta la primera fila; Anatole se acercó a él y le dijo algo, señalando el palco de los Rostov, Pierre se animó al ver a Natasha y se acercó presuroso al palco. Se acodó en el antepecho y charló animadamente largo rato con ella.

Durante su conversación con Pierre, Natasha oyó una voz varonil en el palco de la condesa Bezújov; adivinó que se trataba de Kuraguin. Se volvió y sus ojos se encontraron. Él, casi sonriente, la miró a los ojos con tal admiración y ternura que se le hizo extraño estar tan cerca de aquel hombre, mirarlo así, estar convencida de gustarle y no conocerlo.

En el segundo acto, la decoración representaba monumentos y un agujero abierto en la tela figuraba la luna. Apagaron las luces del proscenio y en la orquesta las trompas y los contrabajos tocaron con sordina; de derecha e izquierda entraron en escena muchas personas vestidas con mantos negros. Agitaban los brazos y en sus manos tenían algo parecido a un puñal. Después llegaron otros, que arrastraban a la que en el primer acto llevaba vestido blanco, y ahora uno azul. No se la llevaron de primeras; cantaron con ella durante un buen rato y luego la arrastraron fuera del escenario. Entre bastidores dieron tres golpes sobre algo metálico, todos se pusieron de rodillas y entonaron una plegaria. Todo ello fue interrumpido varias veces por los gritos entusiastas de los espectadores.

Durante el acto, cada vez que Natasha miraba hacia el patio de butacas, sus ojos se encontraban con los de Anatole Kuraguin, quien, apoyado el brazo en el respaldo de la butaca, no dejaba de mirarla. A Natasha le agradaba aquella admiración, sin imaginarse que en ello hubiera algo censurable.

Al terminar el segundo acto, la condesa Bezújov se levantó y, volviéndose hacia Rostov, sin hacer caso de los que entraban en su palco, llamó al conde con una señal de su mano enguantada y sonriendo amablemente le dijo:

—Tiene que presentarme a sus encantadoras hijas— dijo. —Toda la ciudad no habla más que de ellas y yo aún no las conozco.

Natasha se levantó e hizo una reverencia a la espléndida Elena. Las alabanzas que le tributaba aquella bellísima mujer le parecieron tan agradables que enrojeció de placer.

—También yo quiero hacerme moscovita— prosiguió Elena. —Pero, conde, ¿no se avergüenza de tener escondidas semejantes perlas en el campo?

La condesa Bezújov se había ganado justamente la fama de ser encantadora. Era capaz de decir lo que no pensaba y adular con la mayor sencillez y naturalidad.

—No, querido conde, permítame que me ocupe de sus hijas. Yo estoy aquí por poco tiempo y a usted le pasa lo mismo. Trataré de distraerlas. He oído hablar mucho de usted en San Petersburgo— dijo a Natasha —y

deseaba conocerla. Me habló de usted mi paje Drubetskói; ¿sabe que se casa? Y también un amigo de mi marido, Bolkonski, el príncipe Andréi Bolkonski— añadió con acento especial dando a entender que conocía el compromiso del príncipe con Natasha. Después, para comenzar esa amistad, pidió que una de las jóvenes pasara a su palco y Natasha estuvo con ella el resto del espectáculo.

En el tercer acto, la escena representaba un palacio iluminado por numerosas velas y lleno de retratos de caballeros con barba. En medio había dos personas, que debían ser el rey y la reina; el rey agitó su mano derecha y, visiblemente intimidado, cantó bastante mal un rato y se sentó en un trono rojizo. La joven que en el primer acto vestía de blanco y después de azul aparecía ahora con una larga camisa y los cabellos sueltos, de pie junto al trono. Cantó algo muy triste, dirigiéndose a la reina; pero el rey hizo un ademán severo y de una y de otra parte entraron hombres y mujeres con las piernas desnudas y comenzaron a bailar todos juntos. Los violines iniciaron unos compases alegres y una de las bailarinas, de gruesas piernas y flacos brazos, se separó de los demás, desapareció entre bastidores, compuso el corpiño y, saliendo al centro, comenzó a saltar batiendo rápidamente un pie con otro. Todos aplaudieron frenéticamente y gritaron "¡bravo!". Después un hombre se situó en un ángulo; los timbales y las trompetas sonaron con mayor ímpetu y ese hombre, solo, empezó a saltar muy alto y a batir los pies. (Era Duport, el famoso bailarín, que cobraba sesenta mil rublos anuales por hacer aquello.) En los palcos, en el patio de butacas y en las galerías los espectadores aplaudieron y gritaron con todas sus fuerzas. El hombre se detuvo, sonrió y saludó hacia todos los lados. Bailaron otros, con las piernas desnudas, hombres y mujeres; después, uno de los reyes gritó algo, siguiendo la música, y todos se pusieron a cantar. De improviso sonaron las trompetas, anunciando la tormenta; la orquesta ejecutó varias escalas cromáticas y unas séptimas menores y todos corrieron, arrastrando fuera a uno de los presentes, mientras caía el telón. De nuevo resonaron entre los espectadores aplausos estruendosos y voces entusiastas; la gente gritaba:

—¡Duport! ¡Duport! ¡Duport!

—N'est-ce pas qu'il est admirable, Duport?[323]— comentó Elena.

—Oh! oui— dijo Natasha.

X

En el entreacto, una corriente de aire frío se filtró en el palco de Elena, se abrió la puerta y entró Anatole, inclinándose y tratando de no molestar a nadie.

—Permítame que le presente a mi hermano— dijo Elena, mirando inquieta a Natasha y a su hermano.

Natasha, por encima del hombro desnudo, volvió su linda cabeza y sonrió. Anatole, que resultaba tan guapo de cerca como de lejos, se sentó a su lado y dijo que desde hacía tiempo deseaba aquel honor, desde el baile en casa de los Narishkin, donde había tenido el inolvidable placer de verla y que no había podido olvidar. Con las mujeres Anatole Kuraguin era mucho más inteligente y sencillo que con los hombres; conversaba con seguridad y sencillez; Natasha quedó sorprendida y gratamente impresionada al comprobar que aquel hombre, del que tantas cosas se contaban, no tenía nada de temible, sino que, por el contrario, sonreía con una sonrisa ingenua, alegre y bonachona.

Kuraguin se interesó por la opinión de Natasha sobre el espectáculo y contó que, en la representación anterior, la Semiónovna se había caído cuando cantaba.

—¿Sabe, condesa— dijo como si hablase con una vieja amiga, —que organizamos un baile de máscaras? Debería venir; será divertidísimo. Nos reunimos en casa de los Arjárov. Se lo ruego de veras, venga.

Anatole, mientras tanto, no separaba los ojos sonrientes del rostro, del cuello y de los desnudos brazos de Natasha, quien sabía que la admiraba, y eso producía en ella una sensación agradable; pero no podía explicarse por qué se sentía violenta y cohibida en su presencia. Cuando no lo miraba,

sentía que él tenía los ojos puestos en sus hombros y, sin darse cuenta, procuraba interceptar su mirada para que Anatole desviara la vista a su rostro. Pero cuando lo miraba a los ojos, advertía con miedo que entre ellos no había esa barrera de pudor que siempre existía entre ella y los demás hombres. Sin saber por qué, a los cinco minutos Natasha se sentía terriblemente próxima a ese hombre. Cuando se volvía, siempre tenía miedo a que él sujetase por detrás su brazo o la besara en el cuello. Conversaban sobre las cosas más superficiales y Natasha sentía cada vez más aquella intimidad que no había conocido con ningún otro hombre. Miraba a Elena y a su padre, como preguntándoles qué significaba aquel fenómeno; pero Elena estaba abstraída en la conversación con cierto general y no contestó a su mirada; y los ojos de su padre no le dijeron más de lo que decían siempre: "¿Estás contenta? Pues eso me alegra".

Para romper un momento de embarazoso silencio, durante el cual Anatole la seguía mirando tranquila y fijamente con ojos algo saltones, Natasha le preguntó si le gustaba Moscú. Hizo la pregunta y se ruborizó; todo el tiempo le parecía hacer algo indecente hablando con él. Él sonrió como para animarla.

—Al principio me gustaba poco, porque lo que hace agradable una ciudad ce sont les jolies femmes, ¿no es cierto? Ahora— añadió mirándola significativamente —Moscú me gusta mucho. ¿Irá al baile, condesa? No deje de ir— y tendiendo la mano hacia el ramillete de flores que llevaba Natasha, prosiguió en voz baja: —Vous serez la plus jolie. Venez, chère comtesse, et comme gage donnez-moi cette fleur.[324]

Natasha no comprendió lo que decía, como tampoco lo comprendió él; pero, en las incomprensibles palabras, había una intención indecente. No sabía qué responder, y se volvió como si no lo hubiese oído. Pero nada más volverse pensó que él estaba a sus espaldas, muy cerca.

"¿Qué hace ahora? —se preguntó—. ¿Estará confuso o enojado? ¿Hay que reparar lo que hice?", y volvió la cabeza, sin poderlo evitar. Miró fijamente a Anatole; y su proximidad, la ternura jovial de su sonrisa, su seguridad la vencieron. Sonrió igual que él, mirándolo directamente a los ojos; y, una vez más, sintió horrorizada que entre los dos no había ninguna barrera.

Se levantó el telón de nuevo. Anatole salió del palco, tranquilo y contento. Natasha volvió al suyo con su padre, completamente sometida al mundo en que se encontraba. Cuanto ocurría en derredor le parecía ya totalmente natural, y ni una sola vez volvieron a su mente las anteriores ideas sobre su prometido, la princesa María y la vida del campo, como si todo ello fueran cosas pasadas hacía mucho, mucho tiempo.

En el cuarto acto, un diablo cantó gesticulando hasta que retiraron una tabla bajo sus pies y desapareció dentro del agujero; eso fue todo lo que Natasha vio del cuarto acto; algo la turbaba y atormentaba, y la causa de aquella emoción era Kuraguin, a quien, involuntariamente, seguía mirando. Cuando salían del teatro Anatole se dirigió a ellos, se encargó de llamar el coche y los ayudó a subir; al ayudar a Natasha le apretó el brazo por encima del codo. Natasha, inquieta y ruborizada, lo miró. Los ojos de Anatole brillaban y la miraba, sonriendo tiernamente.

Sólo cuando llegó a casa pudo Natasha reflexionar tranquilamente sobre cuanto le había sucedido, y de pronto, durante el té, que todos tomaron después del teatro, al recordar al príncipe Andréi, se estremeció horrorizada, no pudo contener un grito y salió corriendo y enrojecida de la habitación. “¡Dios mío! ¡Estoy perdida! ¿Cómo he podido llegar a eso?”, pensaba. Permaneció durante mucho tiempo con el rostro enrojecido oculto entre las manos, procurando hacerse una clara idea de cuanto le había sucedido, pero no conseguía comprender lo pasado ni tampoco lo que sentía. Todo le parecía oscuro, confuso y terrible. Allá, en la inmensa sala iluminada del teatro, donde a los sones de la música saltaba Duport sobre las tablas húmedas con su chaqueta de lentejuelas y las piernas desnudas, y las señoritas, los viejos y Elena, casi desnuda y con una sonrisa tranquila y orgullosa, gritaban “¡bravo!” con entusiasmo, allá, a la sombra de aquella mujer, todo parecía sencillo y claro; pero ahora, sola, enfrentada a sí misma, eso era incomprensible. “¿Pero qué es eso? ¿Qué es ese miedo que siento de él? ¿Ese remordimiento que sufro ahora?”, se preguntaba.

Sólo a la vieja condesa, en la cama, habría podido contar Natasha cuanto pensaba. Sonia, con sus principios severos y simples, no habría

entendido nada y habría quedado horrorizada ante su confesión. Sola consigo misma, Natasha trataba de resolver el problema que la torturaba.

"¿Estoy perdida o no para el amor del príncipe Andréi? —se preguntaba, y con una sonrisa irónica se tranquilizaba a sí misma—: ¡Qué tonta soy al preguntármelo! ¿Qué ha ocurrido? ¡Nada! No hice nada, yo no he provocado esto. Nadie lo sabrá y no volveré a verlo. Quiere decir que no ha ocurrido nada, y de nada tengo que arrepentirme; el príncipe Andréi puede amarme *tal* como soy… Pero, *¿cómo soy?* ¡Oh, Dios mío!, Dios mío! ¿Por qué no está él aquí?" Natasha se calmaba por un instante, pero un cierto sentido le decía que aunque todo aquello fuese verdad, aunque nada hubiese sucedido, ya no existía la antigua pureza de su amor por el príncipe Andréi. Volvió a recordar toda la conversación con Kuraguin, evocó su rostro, sus gestos, la tierna sonrisa de aquel hombre atractivo y audaz cuando le apretaba el brazo para ayudarla a subir al coche.

XI

Anatole Kuraguin vivía en Moscú porque su padre lo había obligado a salir de San Petersburgo, donde gastaba más de veinte mil rublos al año y contraía deudas por otro tanto, cuyo pago exigían los acreedores al príncipe.

El príncipe Vasili manifestó a su hijo que pagaba por última vez la mitad de sus deudas, pero sólo a condición de que se marchara a Moscú como ayudante de campo del general gobernador, cargo que él mismo le había obtenido, y que intentara buscar allí un buen partido. Le había indicado a la princesa María o a Julie Karáguina.

Anatole consintió y se fue a Moscú, donde se instaló en la casa de Pierre. Al principio Pierre lo recibió con cierto disgusto, pero luego se habituó a su compañía; algunas veces iba a divertirse con él, y, en forma de préstamos, le daba dinero.

Como justamente había dicho Shinshin, desde su llegada a Moscú Anatole Kuraguin traía locas a todas las damas, precisamente porque las desdeñaba y prefería acompañarse de zíngaros y actrices francesas, con la principal de las cuales, mademoiselle Georges, estaba, según se decía, en relaciones muy íntimas. No faltaba a una sola juerga en casa de Danílov y otros amigotes moscovitas. Bebía durante noches enteras, dejando atrás a todos, y frecuentaba las veladas y bailes de alta sociedad. Se le atribuían ciertas aventuras con varias damas de Moscú; en los bailes hacía la corte a algunas de ellas. Pero no se acercaba a las señoritas, y mucho menos a las ricas herederas, que por lo común eran bastante feas; además, hacía dos años que estaba casado, cosa ignorada por todos, salvo los amigos más íntimos. Dos años antes, estando su regimiento en Polonia, cierto terrateniente polaco, no muy rico, lo había obligado a casarse con su hija.

Anatole abandonó en seguida a su mujer y, gracias al dinero que prometiera enviar a su suegro, se reservó el derecho de hacerse pasar por soltero.

Se mostraba siempre contento de su situación, de sí mismo y de los demás. Instintivamente, con todo su ser, estaba convencido de que no se podía vivir de manera diferente de como él vivía, y de que nunca en su vida había hecho algo malo. Era incapaz de pensar en lo que otros pudieran decir de sus actos ni en las consecuencias que esos actos pudieran acarrear a los demás. Estaba convencido de que así como el pato, por su naturaleza, tiene que vivir en el agua, él había sido creado por Dios de tal manera que necesitaba treinta mil rublos cada año y la más brillante posición en la sociedad. Y estaba tan persuadido de ello que los demás, viéndolo, se convencían de que así era y no le negaban ni el derecho al puesto preeminente ni el dinero, que pedía prestado a diestro y siniestro, sin pensar, desde luego, en restituirlo. No era jugador; es decir, por lo menos no perseguía la ganancia; no era vanidoso ni le preocupaba mínimamente lo que de él pensaran; aún menos podía tachárselo de ambicioso.

En más de una ocasión había causado serias inquietudes a sus padres con su despreocupación por hacer carrera y su desprecio por todos los honores. No era tacaño ni negaba ayuda a quien se la pidiera. Las únicas cosas que amaba eran las diversiones y las mujeres; y como, según su juicio, ninguna de esas cosas nada tenía de innoble, y como era incapaz de pensar en el daño que la satisfacción de sus deseos podía ocasionar a otras personas, se consideraba un hombre irreprochable, despreciaba sinceramente a los miserables y malvados y, con la conciencia tranquila, caminaba con la cabeza alta.

Entre los juerguistas, entre los “hombres magdalenas”, existe el secreto sentimiento de su inocencia, basado, como en las mujeres magdalenas, en esa misma esperanza del perdón. “A ella se le perdonará todo, porque ha amado mucho, y a él se le perdonará todo porque se ha divertido mucho.”

Dólojov, que reaparecía aquel año en Moscú después de su destierro y sus aventuras en Persia y que llevaba la vida lujosa del juego y la disipación, intimó con su viejo camarada Kuraguin y se aprovechó de él para sus fines.

Anatole quería sinceramente a Dólojov por su inteligencia y su valor. Dólojov precisaba del nombre, de la posición social y de las relaciones de Anatole Kuraguin para atraer a la mesa de juego a los jóvenes ricos, pero no se lo daba a entender; se divertía con Kuraguin y se aprovechaba de él. Además del cálculo que intervenía en sus relaciones con Anatole, el hecho de dirigir la voluntad de otro era para él un placer, una costumbre y una necesidad.

Natasha había impresionado vivamente a Kuraguin. Durante la cena, después del teatro, explicó a Dólojov, como gran conocedor del tema, el encanto de sus brazos, su cuello, sus pies y su cabello, y declaró su intención de hacerle la corte. Anatole no podía reflexionar ni saber cuál sería el resultado de ese cortejo, lo mismo que no podía reflexionar ni saber cuáles serían las consecuencias de cada uno de sus actos.

—Sí que es guapa, hermano, pero no es para nosotros— dijo Dólojov.

—Diré a mi hermana que la invite a comer. ¿Qué te parece?

—Espera mejor a que se case…

—Ya sabes que j'adore les petites filles.[325] Además, pierden en seguida la cabeza— dijo Anatole.

—Ya te han pescado una vez con una petite fille— observó Dólojov, que conocía el matrimonio de Kuraguin. —Ándate con ojo.

—Pero eso no puede ocurrir dos veces, ¿eh?— rió satisfecho Anatole.

XII

Al día siguiente de haber ido al teatro, los Rostov no salieron de casa, ni nadie vino a visitarlos. A escondidas de Natasha, María Dmítrievna habló con el conde. Natasha adivinó que hablaban del viejo príncipe Bolkonski y que tramaban algo; eso la inquietó y ofendió a la vez. A cada momento esperaba al príncipe Andréi, y, por dos veces en aquel día, envió al portero a Vozendvízhenka para informarse. Pero no había llegado y ella se sentía peor que durante los primeros días de su regreso a Moscú. A esta impaciencia y tristeza se añadía el desagradable recuerdo de la entrevista con la princesa María y el viejo príncipe, y miedo y también desasosiego cuya causa no se explicaba. Le parecía que Andréi no iba a volver más o que antes de su regreso a ella le iba a ocurrir algo. Ya no podía como antes pensar en él tranquilamente, a solas, durante largos ratos; al momento acudía a su memoria el recuerdo del viejo príncipe, de la princesa, del teatro y de Kuraguin. De nuevo se preguntaba si no era culpable, si no había faltado a su fidelidad al príncipe Andréi; analizaba detalladamente cada palabra, cada gesto, cada matiz de lo dicho por aquel hombre que había despertado en ella un sentimiento incomprensible y turbador. Ante sus familiares Natasha parecía más animada que de costumbre, pero en su interior estaba muy lejos de la serena felicidad de antes.

El domingo por la mañana, María Dmítrievna invitó a sus huéspedes a oír misa en su parroquia, en la iglesia de la Asunción.

—No me gustan las iglesias que están de moda— decía orgullosa, al parecer, de su independencia. —Dios es el mismo en todas partes. Nuestro pope es muy bueno y oficia dignamente, lo mismo que el diácono. ¿Acaso

la santidad depende de que canten mejor o peor en el coro? No me gustan esas cosas, no son más que frivolidades.

A María Dmítrievna le gustaban los domingos y sabía festejarlos. El sábado se hacía limpieza general de la casa y el domingo, lo mismo ella que los criados, no trabajaban, vestían trajes de fiesta y todos acudían a misa. Se añadía algún plato a la mesa de los señores, y al servicio se le daba vodka y asado de pato o de cochinillo; pero nada reflejaba tanto la festividad como el propio rostro de María Dmítrievna, ancho y severo, que asumía ese día una expresión invariable de solemnidad.

Cuando después de la misa tomaron el café en la sala, de cuyos muebles se habían quitado las fundas, avisaron a la dueña de la casa que el coche estaba dispuesto; María Dmítrievna, con gesto grave, echándose sobre los hombros el chal de las fiestas que usaba para ir de visita, se levantó y dijo que iba a visitar al príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, a fin de tener con él una explicación a propósito de Natasha.

Después de salir María Dmítrievna, llegó una oficiala de Mme Aubert-Chalmet, y Natasha, muy satisfecha de tener una distracción, se encerró en una pieza vecina a la sala para probarse los vestidos nuevos. Mientras se ponía un corpiño aún hilvanado y sin mangas y se miraba al espejo volviendo la cabeza para ver cómo le sentaba la espalda, oyó en el salón las animadas voces de su padre y de una mujer, cuyo recuerdo la hizo ruborizarse; era la voz de Elena. Sin darle tiempo para quitarse el corpiño, se abrió la puerta y, con una deslumbrante sonrisa benevolente y tierna, entró en la habitación la condesa Bezújov, que vestía un hermoso traje de terciopelo violeta y alto cuello.

—Ah! ma délicieuse! Charmante![326]— dijo a Natasha, que se puso muy colorada. —Es imperdonable, mi querido conde— dijo, volviéndose a Iliá Andréievich, que entraba detrás, —eso de vivir en Moscú y no dejarse ver en ningún sitio. No, no se lo permitiré. Esta noche mademoiselle Georges va a declamar en mi casa, se reunirá un grupo de amigos, y si no lleva a sus dos bellas jóvenes, que son mejores que mademoiselle Georges, me enemistaré con usted. Mi marido no está aquí; se ha ido a Tver; si no, le habría dicho que viniera a buscarlos. Pero vengan sin falta de todos modos. Los espero a las nueve.

Saludó con la cabeza a la oficiala de la modista, a la que conocía, que se había inclinado ante la condesa respetuosamente; después se sentó junto al espejo, disponiendo artísticamente su vestido de terciopelo. No cesaba de hablar cordialmente, admirando siempre la belleza de Natasha; pasó revista a sus galas y les dedicó grandes alabanzas, sin olvidar su propio vestido *en gaze métallique*[327], traído de París, aconsejando a Natasha que se hiciera uno igual.

—Aunque a usted todo le va bien, querida.

En el rostro de Natasha persistía una sonrisa de placer. Se sentía feliz y orgullosa al oír las alabanzas de aquella simpática condesa Bezújov, que hasta ahora le había parecido una dama inaccesible e importante y que ahora se mostraba tan gentil con ella. Natasha se puso alegre, sintiéndose casi enamorada de aquella mujer tan hermosa y tan buena. Por otra parte, Elena admiraba de veras a Natasha y deseaba divertirla. Anatole le había rogado que le preparara un encuentro con Natasha y ése era el motivo de su visita a los Rostov. La idea de acercar a su hermano y a Natasha la divertía como un juego.

A pesar de que en San Petersburgo había sentido enfado hacia Natasha por haber apartado a Borís de su lado, ahora no pensaba siquiera en ello y, con toda su alma, a su modo, deseaba el bien de Natasha. Al salir de la casa llamó aparte a su *protegée.*

—Ayer comió en casa mi hermano; nos moríamos de risa viéndolo: no come nada y no hace otra cosa que suspirar por usted, ma chère. Il est fou, mais amoureux fou de vous.[328]

Natasha enrojeció intensamente al oír esas palabras.

—Ma délicieuse! Cómo se ruboriza— dijo Elena. —Venga sin falta. Si vous aimez quelqu'un, ma délicieuse, ce n'est pas une raison pour se cloîtrer. Si même vous êtes promise je suis sûre que votre promis aurait désiré que vous alliez dans le monde en son absence plutôt que de dépérir d'ennui.[329]

"Sabe, pues, que estoy prometida, es decir, que ha hablado de eso con su marido, con Pierre, que es tan justo —pensó Natasha—. Habrán hablado y se habrán reído. Es decir, que no tiene importancia." Y de nuevo, bajo la influencia de Elena, lo que antes le parecía terrible ahora se volvió sencillo

y natural. “Y ella, tan grande dame y tan agradable, me quiere de veras. ¿Por qué no voy a divertirme?”, siguió pensando, mirando a Elena con los ojos muy abiertos.

María Dmítrievna volvió a la hora de la comida, taciturna y seria; era evidente que había sufrido una derrota en casa del príncipe Bolkonski. Estaba demasiado alterada después del choque para contar lo ocurrido con tranquilidad. A las preguntas del conde, replicó que todo había ido bien y que se lo contaría al día siguiente. Cuando supo la visita de la condesa Bezújov y su invitación, María Dmítrievna dijo:

—No me gusta la amistad de la Bezújov y no te la aconsejo; pero si lo has prometido— y se volvió a Natasha, —ve, distráete.

XIII

El conde Iliá Andréievich llevó a las dos jóvenes a casa de la condesa Bezújov. Había bastante gente reunida, pero Natasha no conocía a casi nadie. El conde Iliá Andréievich advirtió con disgusto que casi todos eran personas conocidas por su libertad de costumbres. Mademoiselle Georges, rodeada de un grupo de jóvenes, estaba en un rincón de la sala. Había algunos franceses, y entre ellos Métivier, que desde la llegada de Elena era íntimo de la casa. El conde Iliá Andréievich decidió no jugar a las cartas, para no separarse de su hija y de Sonia, y marchar en cuanto terminara el recital de Georges.

Anatole rondaba la entrada, esperando sin duda a los Rostov. Saludó inmediatamente al conde, se acercó a Natasha y la siguió. En cuanto Natasha lo vio le asaltó la orgullosa satisfacción de gustarle y miedo por la ausencia de barreras morales entre ellos. Elena acogió cariñosamente a Natasha, con grandes alabanzas en voz alta para ella y su vestido. Poco después, mademoiselle Georges se retiró para vestirse. Se colocaron convenientemente las sillas y todos tomaron asiento. Anatole acercó una silla a Natasha y quiso sentarse a su lado, pero el conde, que no separaba los ojos de su hija, se acomodó al lado de ella. Anatole se colocó detrás.

Mademoiselle Georges, con sus gruesos brazos desnudos con hoyuelos y un chal rojo sobre un hombro, avanzó hacia el espacio libre dejado para ella entre las sillas y se detuvo con estudiada postura. Se oyeron susurros de admiración.

Mademoiselle Georges, con aire severo y sombrío, miró al público y comenzó a recitar en francés unos versos que se referían al amor criminal de una madre por su hijo. Al llegar a ciertos pasajes, alzaba la voz; en otras

ocasiones, susurraba, irguiendo triunfalmente la cabeza, y en otras se detenía y respiraba fatigada, desorbitados los ojos.

—Adorable, divin, délicieux!— se oía por todas partes.

Natasha miraba a la gruesa mademoiselle Georges y no oía, ni veía, ni comprendía nada de cuanto pasaba ante ella.

Sentía tan sólo que estaba apresada de nuevo, irremisiblemente, en aquel mundo extraño, demente, tan distinto del que conocía hasta entonces, donde no se distinguía el bien del mal, lo razonable de lo insensato. Detrás de ella estaba Anatole, y sintiéndolo tan próximo, asustada, esperaba algo.

Concluido el primer monólogo, se levantaron todos y rodearon a mademoiselle Georges para expresarle su entusiasmo.

—¡Qué hermosa es!— dijo Natasha a su padre, que, como los demás, se había puesto en pie y se acercaba a la artista.

—No me lo parece, cuando la miro a usted— dijo Anatole, que seguía a Natasha. Y lo dijo en un instante cuando solo ella podía oírlo. —Es usted fascinante… desde que la vi no he cesado de…

—Vámonos, vámonos, Natasha— dijo el conde, volviendo en busca de su hija. —¡Qué bella es!

Natasha, sin oír nada, se acercó a su padre y lo miró con ojos asombrados e interrogantes.

Después de recitar otros monólogos, mademoiselle Georges se fue y la condesa pidió a sus huéspedes que pasaran a otra sala.

El conde Iliá Andréievich quería retirarse, pero Elena le suplicó que no echara a perder su improvisado baile. Los Rostov se quedaron. Anatole invitó a Natasha para el vals y, mientras bailaban, estrechaba su talle, la mano, le decía que era *ravissante* y que la amaba. También bailó Natasha la escocesa con Kuraguin; cuando permanecieron solos Anatole no decía nada, limitándose a mirarla. Natasha se preguntaba si no sería un sueño lo que había dicho Anatole durante el vals. Al terminar la primera figura de la escocesa, de nuevo apretó su mano. Natasha, asustada, levantó hacia él los ojos, pero en la dulce mirada y en la sonrisa de Anatole había tanta ternura y aplomo que no se decidía a decir lo que deseaba y volvió a bajar la vista.

—No me diga eso; estoy prometida y amo a otro— acabó diciendo con mucha prisa.

Después lo miró de nuevo; pero Anatole no estaba turbado ni entristecido por lo que acababa de oír.

—¡No me hable de eso! ¡Qué me importa!— dijo él. —Estoy locamente enamorado, locamente. ¿Tengo yo la culpa de que sea usted encantadora? Ahora le toca comenzar a usted.

Natasha, animada e inquieta, con los ojos muy abiertos y asustados, miraba en derredor, y parecía más alegre que de costumbre. No comprendía casi nada de lo que estaba ocurriendo. Bailaron la escocesa y la polca; su padre quiso marcharse otra vez, y ella le rogó que se quedaran un poco más. Dondequiera que estuviese, con quienquiera que hablase, siempre sentía su mirada. Después recordó que había pedido permiso a su padre para ir al tocador y arreglarse el traje; que Elena la había seguido y que, riendo, le había hablado del amor de su hermano; que, en un pequeño salón de paso, encontró de nuevo a Kuraguin; que Elena desapareció y que él, tomando su mano, había dicho:

—No puedo ir a su casa, pero ¿es posible que nunca más la vuelva a ver? La amo con locura… ¿Es posible que nunca…?— y mientras hablaba, cerrándole el paso, acercaba su rostro al de Natasha.

Los grandes y brillantes ojos varoniles estaban tan cerca de los suyos que Natasha no veía otra cosa.

—¡Nathalie!— preguntó en un susurro su voz y alguien apretó dolorosamente su mano. —¡Nathalie!

“No comprendo… no tengo nada que decirle”, contestó la mirada de Natasha.

Unos labios ardientes se posaron en sus labios y en aquel instante se sintió libre de nuevo; en la salita hubo un ruido de pasos y se oyó el rumor del vestido de Elena. Natasha miró a Elena; después, roja y temblorosa, miró a Anatole con aire asustado y se dirigió hacia la puerta.

—Un mot, un seul, au nom de Dieu[330]— decía Anatole.

Natasha se detuvo. ¡Le era tan necesario escuchar esa palabra que pudiera explicarle todo lo ocurrido y a la que ella habría contestado!

—Nathalie, un mot, un seul— repetía Anatole, sin saber cómo seguir; y lo repitió hasta que Elena estuvo a su lado. Elena volvió a la sala con Natasha. Los Rostov se fueron sin quedarse a cenar.

Natasha no pudo conciliar el sueño en toda la noche. La atormentaba un problema insoluble: ¿amaba a Anatole o al príncipe Andréi? Amaba al príncipe; recordaba muy a lo vivo cómo lo había amado, pero también quería a Kuraguin, eso era indudable. “De otro modo, ¿cómo podía haber ocurrido lo que sucedió? —pensaba—. Si, después de todo, al despedirme he podido responder a su sonrisa con la mía, si he podido llegar a eso, es que lo he amado desde el principio. Es bueno, noble, apuesto; no podía dejar de amarlo. ¿Y qué hacer, cuando lo amo a él y amo al otro?”, se repetía, sin encontrar solución a esas terribles preguntas.

XIV

Llegó la mañana con sus preocupaciones y quehaceres. Todos se levantaron, empezaron sus faenas y sus charlas. De nuevo acudieron las modistas. María Dmítrievna salió y llamaron para el té. Natasha, con los ojos muy abiertos, como si quisiera captar cualquier mirada fija en ella, observaba inquieta a los demás y trataba de aparecer con la naturalidad de siempre.

Después del desayuno María Dmítrievna (era aquél su mejor momento) se acomodó en su butaca y llamó a Natasha y al viejo conde.

—Bueno, amigos míos; he reflexionado sobre todo este asunto y os voy a dar mi consejo— comenzó. —Ayer, como sabéis, estuve con el príncipe Nikolái y hablé con él… Se puso a gritar, pero a mí no me arredran los gritos. ¡Le dije todo lo que había que decirle!

—¿Y él qué?— preguntó el conde.

—¿Él? No quiere saber nada. Pero a qué hablar. Ya hemos atormentado bastante a esta pobrecilla. Mi consejo es que resolváis vuestros asuntos y os volváis a Otrádnoie… para esperar allí los acontecimientos…

—¡Oh, no!— exclamó Natasha.

—Sí, hay que marcharse y esperar allí. Si el novio llega ahora, los disgustos son seguros. Que él se las entienda a solas con el viejo; luego podrá ir a vuestra casa.

Iliá Andréievich aprobó el consejo, cuya sensatez comprendió en seguida. Si el viejo se amansaba, siempre habría tiempo de ir a verlo a Moscú o a Lisie-Gori; si no, si el matrimonio tenía que hacerse contra su voluntad, no habría más remedio que celebrarlo en Otrádnoie.

—Me parece un consejo excelente— dijo. —Lo que siento es haber ido a su casa y haber llevado a mi hija.

—No, no. ¿Por qué sentirlo? Estando él aquí no podía hacerse otra cosa: era cuestión de cortesía. Pero si él no quiere, eso es cosa suya— y diciendo eso, María Dmítrievna buscaba algo en su bolso. —El ajuar está listo y no hay que esperar más. Lo que no esté dispuesto ahora os lo mandaré a Otrádnoie. Lo siento mucho, pero creo que es lo mejor, y que Dios os acompañe.

Encontró lo que buscaba en el bolso y se lo entregó a Natasha.

Era una carta de la princesa María.

—Te escribe— dijo. —Sufre mucho la pobrecilla, tiene miedo de que tú pienses que no te quiere.

—¡Claro que no me quiere!— exclamó Natasha.

—¡No digas tonterías!— repuso María Dmítrievna.

—Nadie me convencerá de ello. Sé que no me quiere— afirmó rotundamente Natasha, cogiendo la carta. En su rostro había una resolución fría y rencorosa que obligó a María Dmítrievna a mirarla fijamente con el ceño fruncido.

—No hables así, chiquilla— dijo. —Lo que te digo es verdad. Contesta a la carta.

Natasha, sin responder, se fue a su habitación para leer la carta. La princesa escribía que estaba desolada por el malentendido que tuvo lugar, le rogaba que creyese —al margen de los sentimientos de su padre— que ella no podía no quererla puesto que había sido elegida por su hermano, por cuya felicidad estaba dispuesta a sacrificarlo todo.

“Por lo demás —escribía—, no crea que mi padre está mal dispuesto hacia usted. Es un hombre viejo y enfermo y hay que perdonarlo; pero también es bueno, generoso y querrá a la persona que haga feliz a su hijo.” La princesa María rogaba por último a Natasha que fijara el día para otra entrevista.

Después de leer la carta Natasha se sentó con ánimo de contestar:

“Chère princesse” —escribió rápida, mecánicamente; y se detuvo. ¿Qué podía decir después de lo ocurrido el día anterior? Sí, las cosas eran antes así, pero todo cambió —pensaba ante el pliego en blanco—. “¿Debo renunciar a él? ¿Es realmente necesario? ¡Esto es horrible!…” Y para

olvidar tan terribles pensamientos fue en busca de Sonia y se dedicó a escoger con ella unos bordados.

Después de comer Natasha volvió a su habitación y tomó de nuevo la carta de la princesa María. "Así pues, ¿todo ha terminado ya? —pensó—. ¿Es posible que todo haya ido tan de prisa, destruyendo lo que antes había?" Recordó con fuerza su amor por el príncipe Andréi, pero sentía al mismo tiempo que amaba a Kuraguin. Se imaginaba ya esposa del príncipe Andréi; se representaba la escena, tantas veces repetida en su memoria, de su felicidad con él y, al mismo tiempo, enfebrecida e inquieta, repasaba los detalles de su encuentro, el día anterior, con Anatole.

"¿Por qué no pueden existir al mismo tiempo? —pensaba a veces en plena confusión mental—. Sólo entonces sería del todo feliz; ahora debo elegir, pero sin cualquiera de ellos no puedo ser dichosa. Es imposible contar al príncipe Andréi lo ocurrido, y ocultárselo es igualmente imposible… Y con el otro nada se ha perdido. ¿Es necesario renunciar para siempre a la felicidad del amor con el príncipe Andréi, de la que he vivido tanto tiempo?"

—Señorita— susurró una doncella que entraba con aire misterioso en su habitación, —un hombre me ordena que se la entregue— y tendió una carta. —Pero en nombre de Cristo…— prosiguió, mientras Natasha rompía mecánicamente el lacre y leía la apasionada carta de Anatole, de la que nada entendía, salvo que estaba escrita por el hombre amado. Sí, lo amaba; de otra manera, ¿cómo podía suceder lo que había ocurrido? ¿Cómo era posible que tuviera en sus manos una carta de él?

Natasha sostenía con manos temblorosas el apasionado papel escrito por Dólojov para Anatole y, al leerlo, hallaba en él como un eco de todo lo que creía sentir. La carta empezaba así:

"Desde ayer está decidida mi suerte. Ser amado por usted o morir; no hay para mí otra salida." Seguía diciendo que los padres de Natasha no permitirían que se casara con él por ciertas causas misteriosas que podía explicarle a ella sola, pero que si ella lo amaba, bastaría con que dijera sí y no habría fuerza humana capaz de impedir su felicidad; el amor lo vencería todo. Él la raptaría y la llevaría consigo al otro confín del mundo.

“Sí, sí lo amo”, pensaba Natasha, releyendo la carta por vigésima vez, buscando en cada palabra un sentido recóndito y profundo.

Aquella tarde, María Dmítrievna fue a casa de los Arjárov e invitó a las jóvenes a que la acompañaran. Natasha, con el pretexto de una jaqueca, se quedó en casa.

XV

Cuando, ya de noche, Sonia entró en la habitación de Natasha, le extrañó encontrarla durmiendo vestida en un diván. A su lado, en la mesa, estaba la carta de Anatole. Sonia la tomó en sus manos y la leyó.

Leía y miraba a Natasha, dormida, buscando en su rostro la explicación de lo que estaba leyendo sin conseguir hallarla. El rostro de Natasha era sereno, dulce y feliz. Pálida y temblorosa de miedo y emoción, Sonia se llevó las manos al pecho a punto de ahogarse y se dejó caer en una silla, rompiendo a llorar.

“¿Cómo no he visto nada? ¿Cómo han podido ir tan lejos las cosas? ¿Será posible que haya dejado de amar al príncipe Andréi? ¿Y cómo ha podido permitir eso a Kuraguin? Es falso y malvado, eso es evidente. ¿Qué va a ser de Nikolái? ¿Qué dirá él, tan bueno y tan noble, cuando lo sepa? Esto es lo que significaba su cara trastornada, poco espontánea y resuelta a todo de anteayer, de ayer y de hoy —pensaba Sonia—. ¡No es posible que ella lo ame! Tal vez haya abierto la carta sin saber de quién era. Seguramente se ha ofendido. No puede hacer semejante cosa.”

Sonia se enjugó las lágrimas, se acercó a Natasha y contempló una vez más su rostro.

—¡Natasha!— murmuró.

Natasha se despertó y vio a Sonia.

—¡Ah! ¿Ya has vuelto?— y con esa ternura que se produce al despertar; abrazó a su amiga. Pero en seguida notó la confusión de Sonia, y también su rostro reflejó confusión y desconfianza.

—Sonia, ¿has leído la carta?— preguntó.

—Sí— murmuró Sonia.

Natasha sonrió triunfalmente.

—Sonia, no puedo callarlo por más tiempo— dijo. —No puedo ocultártelo. Ya lo sabes, Sonia; nos amamos… Sonia, querida, él me escribe… Sonia…

Sonia, como si no pudiese creer lo que oía, miraba a Natasha con los ojos muy abiertos.

—¿Y Bolkonski?— preguntó.

—¡Oh! ¡Sonia, si supieses lo feliz que soy! ¡Tú no sabes lo que es el amor!

—Pero, Natasha, ¿es que *lo otro* ha terminado del todo?

Natasha abrió los ojos, mirando a su amiga como si no la entendiera.

—¿Rompes con el príncipe Andréi?— preguntó Sonia.

—Ah, Sonia, no comprendes nada. No digas tonterías. Escucha— dijo contrariada Natasha.

—No puedo creerlo— repitió Sonia. —No comprendo cómo has podido amar a un hombre durante todo un año y de pronto… ¡Pero si no lo has visto más que tres veces! No puedo creerte, estás bromeando. En tres días olvidarlo todo y…

—¡Tres días!— dijo Natasha. —A mí me parece que lo amo desde hace cien años. Creo que no he amado a ningún hombre antes que a él. Tú no puedes comprenderlo, Sonia— y Natasha la besó, la abrazó. —Me habían dicho que eso puede ocurrir; tú también lo habrás oído. Pero tan sólo ahora siento un amor así. No es como antes. Nada más verlo sentí que era mi dueño y yo su esclava y que no podía dejar de amarlo. ¡Sí, su esclava! Haré lo que me ordene. Tú no lo comprendes. ¿Qué puedo hacer, Sonia?— decía Natasha con una cara feliz y asustada a un tiempo.

—Piensa en lo que haces. Yo no puedo dejar esto así. Esas cartas secretas… ¿Cómo lo has consentido?— replicó Sonia, con horror y repugnancia que a duras penas ocultaba.

—Te digo que no tengo voluntad. ¿Cómo no lo comprendes? ¡Lo amo!

—Pues yo no lo permitiré, lo voy a contar— exclamó Sonia dejando escapar las lágrimas.

—¡Qué dices, en nombre de Dios!… Si lo cuentas, eres mi enemiga— replicó Natasha. —Quieres mi desdicha, que nos separen…

Ante ese temor de Natasha, Sonia lloró de vergüenza y compasión por su amiga.

—Pero, ¿qué hubo entre vosotros?— preguntó. —¿Qué te ha dicho? ¿Por qué no viene a casa?

Natasha no contestó.

—En nombre de Dios, Sonia, no se lo digas a nadie, no me hagas sufrir — le rogó. —Comprende que nadie puede intervenir en estos asuntos. Te lo he contado…

—¿Por qué tanto misterio? ¿Por qué no viene a casa?— preguntaba Sonia. —¿Por qué no pide tu mano? El príncipe Andréi te dejó en completa libertad, así que… Pero yo no creo a ese hombre, Natasha. ¿Has pensado qué pueden significar esas *causas secretas*?

Natasha miró a Sonia con sorpresa. Era evidente que esa pregunta surgía ante ella por primera vez y no sabía qué contestar.

—No sé qué causas habrá, pero debe de haber alguna.

Sonia suspiró y movió la cabeza con desconfianza.

—Si hubiera motivos…— comenzó.

Pero Natasha, adivinando sus dudas, la interrumpió asustada.

—Sonia, no puedo dudar de él. ¡No puedo, no puedo! ¿Lo comprendes? — gritó.

—¿Te ama?

—¿Si me ama?— repitió Natasha con una sonrisa llena de piedad hacia la poca comprensión de su amiga. —¿No has leído esa carta? ¿No lo has visto?

—Pero ¿y si no es honrado?

—*¿Él?*… ¿Que no es honrado? ¡Si tú supieras!…— dijo Natasha.

—Si lo es, debe exponer sus intenciones o dejar de verte. Y si tú no quieres obligarlo a ello, lo haré yo. Le escribiré; se lo diré a papá— dijo resueltamente Sonia.

—¡Pero si no puedo vivir sin él!— gritó Natasha.

—No te entiendo, Natasha, ¿qué dices? Acuérdate de tu padre, de Nikolái.

—No necesito a nadie, no amo a nadie que no sea él. ¿Cómo te atreves a decir que no es honrado? ¿No sabes acaso que lo amo?— gritó. —¡Vete,

Sonia! No quiero reñir contigo, vete, ¡vete de una vez! ¿No ves cómo sufro? — terminó Natasha ásperamente, con ira y desesperación.

Sonia, sollozando, salió corriendo de la estancia.

Natasha se acercó de nuevo a la mesa y, sin reflexionar un solo instante, escribió a la princesa María la respuesta que no había podido escribir toda la mañana. Se limitaba a decir que todos los malentendidos entre ellas habían concluido y que, aprovechando la magnanimidad del príncipe Andréi, que antes de partir al extranjero la había dejado en libertad, le rogaba que olvidara todo lo ocurrido, que la perdonara si era culpable de algo ante ella, pero que no podía ser la esposa del príncipe. En aquel momento todo le parecía muy fácil, sencillo y claro.

El viernes los Rostov debían regresar a Otrádnoie. El miércoles el conde marchó con el comprador a su finca de los alrededores de Moscú. Ese día Sonia y Natasha estaban invitadas a una comida de gala en casa de los Kuraguin, y María Dmítrievna las llevó.

En esa comida Natasha se vio de nuevo con Anatole, y Sonia observó que se hablaban a escondidas y que su amiga parecía más inquieta que antes. Cuando volvieron a casa se adelantó a dar a Sonia las explicaciones que ésta esperaba.

—Ya lo ves, Sonia: has dicho muchas tonterías sobre Anatole— comenzó, con voz dulce, como la que emplean los niños cuando quieren que los elogien. —Hemos tenido hoy una explicación.

—¿Y qué? ¿Qué te ha dicho? ¡Qué contenta estoy, Natasha, de que no te hayas enfadado conmigo! Dímelo todo, toda la verdad: ¿qué te ha dicho?

Natasha quedó pensativa.

—¡Oh, Sonia, si tú lo conocieras como yo! Me ha dicho… me ha preguntado por mi compromiso con Bolkonski. Y se alegró de que sólo de mí dependiera romper.

Sonia suspiró tristemente.

—Pero no has roto con Bolkonski, ¿verdad?— preguntó.

—Tal vez. Quizá lo haya hecho ya. Puede ser que todo haya terminado entre Bolkonski y yo. ¿Por qué piensas tan mal de mí?

—Yo no pienso nada, únicamente no entiendo…

—Escucha, Sonia: lo entenderás todo. Verás cómo es él. No pienses mal de mí ni de él.

—No pienso mal de nadie. Quiero y compadezco a todos, pero ¿qué debo hacer?

Sonia no cedía al tono dulce con que Natasha le hablaba. Cuanto más tierna era la expresión de Natasha, más severo y serio se volvía el rostro de Sonia.

—Natasha— dijo por fin, —me habías rogado que no te hablase de eso y no lo hice; ahora eres tú la que has empezado. Natasha, no puedo confiar en ese hombre. ¿Por qué tanto misterio?

—¡Otra vez!— interrumpió Natasha.

—Temo por ti.

—¿Qué es lo que temes?

—Que sea tu perdición— respondió Sonia con energía, asustada ella misma de sus palabras.

El rostro de Natasha volvió a expresar la cólera de antes.

—¡Me perderé! ¡Sí, me perderé, y cuanto antes será mejor! No es asunto vuestro. Las consecuencias las pagaré yo, y no vosotros; ¿qué os importa? ¡Déjame! ¡Déjame! ¡Te odio!

—¡Natasha!— exclamó Sonia asustada.

—¡Te odio! ¡Te odio! ¡Siempre serás mi enemiga!— y salió corriendo de la habitación.

Natasha no volvió a hablar con Sonia. La evitaba. Con la misma expresión de estupor y culpabilidad, iba de una habitación a otra, empezando ya una cosa, ya otra, y dejándolo todo al momento.

Sonia, aunque le resultara penoso en extremo, no la perdía de vista ni un momento.

La víspera de la vuelta del conde, Sonia notó que Natasha permanecía sentada toda la mañana junto a la ventana de la sala, como si esperara algo, y que hacía señas a un militar que pasaba en coche a quien Sonia tomó por Anatole.

Desde entonces observó con mayor atención a Natasha y la notó muy rara durante la comida y el resto de la tarde. Respondía desatinadamente a

las preguntas, comenzaba frases que luego no concluía y se reía de todo.

Después del té Sonia sorprendió a una doncella que aguardaba indecisa a Natasha a la entrada de su habitación. La dejó pasar y, acercándose a la puerta, supo que era portadora de otra carta.

Entonces cayó en la cuenta de que Natasha debía estar maquinando algún horrible proyecto para aquella tarde. Llamó a la puerta, pero Natasha no la dejó entrar.

"Va a escaparse con él —pensó Sonia—. Es capaz de todo. Hoy tenía una expresión más lastimera y resuelta. Lloró al despedirse del tío. Sí, es cierto, está dispuesta a huir con él. ¿Qué voy a hacer yo, Dios mío? —y Sonia trataba de recordar todos los indicios que pudieran delatar el propósito de Natasha—. El conde no está. ¿Escribir a Kuraguin, pidiéndole explicaciones? ¿Pero quién puede obligarlo a responder? ¿Y si escribiera a Pierre, como me rogó el príncipe Andréi que hiciese en caso de desgracia? Pero tal vez Natasha haya roto su compromiso con Bolkonski (ayer envió una carta a la princesa María…). Si al menos estuviera el tiíto…"

Decírselo a María Dmítrievna, que tanta confianza tenía en Natasha, le parecía horrible.

"Pero, de cualquier manera —siguió pensando en el oscuro pasillo—, éste es el momento de demostrar que recuerdo los beneficios de esta familia y que amo a Nikolái. No me iré de aquí aunque tenga que pasar tres noches en vela. Impediré que salga, aunque tenga que emplear la fuerza. No permitiré que caiga esta vergüenza sobre su familia."

XVI

Anatole vivía últimamente con Dólojov. De éste era el plan del rapto de Natasha, y el proyecto debía realizarse precisamente el día en que Sonia se había quedado a la puerta con el decidido propósito de vigilar cuanto ocurriera. Natasha había prometido a Kuraguin reunirse con él a las diez en la entrada de servicio; Anatole debía conducirla en un trineo, preparado de antemano, hasta la aldea de Kámenka, a sesenta kilómetros de Moscú. Allí, un pope excomulgado los uniría en matrimonio. En Kámenka tomarían un coche hasta el camino de Varsovia, donde utilizarían la posta para huir al extranjero.

Kuraguin tenía el pasaporte, las hojas de ruta y contaba con diez mil rublos tomados a su hermana y otros diez mil conseguidos en préstamo por mediación de Dólojov.

En la antesala, tomando té, estaban dos testigos: uno de ellos era Jvóstikov, un ex funcionario a quien Dólojov utilizaba en sus asuntos del juego; el otro, Makarin, un húsar retirado, hombre bondadoso y débil, que sentía verdadera adoración por Kuraguin.

En su amplio despacho, adornado de tapices persas desde las paredes hasta el techo, pieles de oso y armas, Dólojov, en traje de viaje, estaba sentado ante el escritorio, donde había ábacos y varios fajos de billetes de banco. Anatole, con la guerrera desabrochada, iba de un lado a otro, desde la sala donde aguardaban los testigos hasta el despacho de Dólojov y la habitación siguiente, en la cual su ayuda de cámara francés y algunos otros criados terminaban de preparar el equipaje. Dólojov contaba el dinero y tomaba notas.

—Bueno, habrá que dar dos mil rublos a Jvóstikov— dijo.

—Pues dáselos— repuso Anatole.

—Makarka— así llamaba a Makarin —lo hará gratis, por ti sería capaz de echarse a una hoguera. Aquí tienes las cuentas— y le mostró sus notas. —¿Está bien?

—Sí, claro está— dijo Kuraguin, que evidentemente no escuchaba a Dólojov y miraba ante sí, sin dejar de sonreír.

Dólojov cerró el escritorio y se volvió hacia Anatole con burlona sonrisa.

—¿Sabes lo que te digo? Que lo dejes: todavía estás a tiempo.

—¡Imbécil!— exclamó Kuraguin. —No digas tonterías. Si tú supieras… ¡El diablo sabe lo que es esto!

—Te lo digo en serio— continuó Dólojov. —No lo hagas. No es una broma lo que te propones.

—Bueno, déjame; no me fastidies más. ¡Vete al diablo!— gritó irritado Anatole. —No estoy ahora para bromas estúpidas— y salió de la estancia.

—Espera— dijo. —No son bromas. Hablo en serio. Ven, ven aquí.

Anatole regresó y, tratando de concentrar la atención, miró a Dólojov; sometiéndose, sin querer, a su voluntad.

—Escucha, te hablo por última vez. ¿Por qué voy a gastar bromas contigo? ¿Acaso te he llevado la contraria? ¿Quién te lo ha preparado todo? ¿Quién te ha encontrado al pope? ¿Quién ha sacado el pasaporte? ¿Quién ha conseguido el dinero? Todo lo hice yo.

—Sí; te doy las gracias. ¿Crees que no te estoy agradecido?

Anatole suspiró y abrazó a Dólojov.

—Te he ayudado en todo; sin embargo, debo decirte la verdad: es un asunto peligroso; y bien pensado, una tontería. Supongamos que te la llevas contigo. ¿Es que van a quedar así las cosas? Se sabrá que ya estabas casado. Te llevarán a los tribunales…

—¡Bah, bah! ¡Tonterías!— lo interrumpió Anatole frunciendo el ceño. —¿No te lo he explicado ya? Y, con la peculiar obstinación de la gente torpe —cuando formulan una opinión propia—, repitió el razonamiento hecho por él, que había repetido cientos de veces a Dólojov.

—Te había dicho que si el matrimonio no es válido— dijo doblando un dedo, —yo, entonces, no soy responsable, pero si es válido, me da igual,

nadie lo sabrá en el extranjero. ¿No es así?

—Déjalo, Anatole. No harás más que liarte…

—¡Vete al diablo!— dijo Anatole llevándose las manos a la cabeza; y pasó, furioso, a otra habitación.

Después volvió y se sentó en una butaca delante de Dólojov con las piernas recogidas.

—¡Ni el diablo sabe lo que es esto! Mira cómo late— tomó una mano de Dólojov y se la puso en el pecho. —Ah! quel pied, mon cher, quel regard! Une déesse! ¿Eh?[331]

Dólojov se lo quedó mirando con fría sonrisa; sus ojos hermosos y desvergonzados lo miraban burlones. Era evidente que quería divertirse a costa de él.

—Bueno. Se te acabará el dinero, ¿y entonces, qué?

—¿Y entonces qué?— repitió Anatole con sincero asombro ante la idea de lo que podía suceder. —¿Y entonces qué? ¡Yo qué sé…! Pero no digas tonterías— y miró el reloj. —¡Ya es hora!— dijo. Se levantó de nuevo y pasó a la habitación interior: —¡Eh, vosotros!— gritó. —¡No perdáis más el tiempo!

Dólojov recogió el dinero, llamó a un criado, encargándole que preparase algo de comer y beber para el viaje, y entró en la habitación donde estaban Jvóstikov y Makarin.

Anatole se había echado en el diván del despacho apoyándose en la mano; sonreía pensativo y sus labios susurraban algo cariñoso.

—Ven a tomar un bocado, a beber algo— gritó Dólojov desde la otra habitación.

—No quiero— replicó Anatole, sin dejar de sonreír.

—Ven, ya llegó Balaga.

Anatole se levantó y pasó al comedor. Balaga era un conductor de troika muy conocido por su pericia. Dólojov y Kuraguin recurrían a él con frecuencia desde hacía seis años; muchas veces, cuando el regimiento de Anatole estaba en Tver, había salido con él de esa ciudad al atardecer y al amanecer estaban en Moscú y a la noche siguiente hacían el camino de vuelta. En otras ocasiones había salvado a Dólojov de persecuciones molestas. Más de una vez los había paseado por las calles con zíngaros y

damiselas, como las llamaba Balaga. Y más de una vez, en sus correrías por Moscú, había atropellado a transeúntes y a otros trineos, saliendo siempre impune, gracias a la influencia de “sus señores”, como llamaba a Dólojov y Kuraguin. No reparaba en reventar caballos para satisfacer las prisas de los dos jóvenes; éstos le propinaban alguna que otra paliza, o lo embriagaban con champaña y madeira (bebidas que le gustaban mucho); él conocía muchas de las hazañas de ambos, de esas por las que la gente corriente es enviada a Siberia. Kuraguin y Dólojov lo llevaban a sus francachelas, obligándolo a beber y a bailar con los gitanos; por sus manos pasaban miles de rublos. En servicio de “sus señores” arriesgaba la vida más de veinte veces al año, y había reventado muchos caballos cuyo coste era mayor que el dinero recibido de ellos. Pero los quería; le gustaban las locas carreras a veinte kilómetros por hora; sentía un verdadero placer en hacer volcar a otros cocheros y recorrer a todo galope las calles de Moscú atropellando a la gente, y su mayor delicia era oír a sus espaldas salvajes y ebrias voces, ordenando “de prisa, de prisa”, cuando era imposible mayor velocidad, o pegar un latigazo a cualquier mujik que, más muerto que vivo, de por sí dejaba el paso libre. “¡Éstos son verdaderos señores!”, pensaba Balaga de Anatole y Dólojov.

También ellos querían a Balaga, porque era un verdadero artista en su oficio y porque tenía sus mismas aficiones. Balaga pedía a los demás veinticinco rublos por una carrera de dos horas, y las más de las veces no conducía él la troika, sino que mandaba a uno de sus mozos; pero si se trataba de “sus señores”, siempre conducía él y no pedía ni un céntimo. Y cuando sabía, gracias a los ayudas de cámara, que estaban con fondos, se presentaba una vez —pasados varios meses— de mañana en la casa, sin haber bebido una gota, saludaba con grandes reverencias y les pedía ayuda. Los señores siempre lo hacían sentar.

“Sea tan bondadoso, padrecito Fiódor Ivánich, o Excelencia— decía. —Me he quedado sin caballos, présteme lo que pueda para ir a la feria.”

Cuando tenían dinero le daban mil o dos mil rublos.

Balaga era un mujik de veintisiete años, rubio, de cara colorada, cuello fuerte y rojizo, nariz remangada, ojillos brillantes y pequeña barba

puntiaguda. Vestía un caftán de fino paño azul y forro de seda encima de la pelliza.

Se santiguó, vuelto hacia las santas imágenes en el ángulo delantero, y se acercó a Dólojov, tendiéndole una mano más bien pequeña y oscura.

—¡Buenas tardes, Fiódor Ivánich!— dijo inclinándose.

—Hola, amigo. Ahí lo tienes.

—Buenas tardes, Excelencia— dijo a Kuraguin, que entraba entonces, y también le tendió su mano.

—Balaga, ¿me quieres o no?— dijo Anatole, poniéndole las manos en los hombros. —Si es así, a ver si te portas bien… ¿Con qué caballos has venido?

—Con los que mandó, con las fieras— dijo Balaga.

—Escucha, Balaga… revienta la troika, pero en tres horas tenemos que llegar, ¿eh?

—Si la reviento, ¿cómo vamos a llegar?— y Balaga guiñó un ojo.

—¡No bromees o te rompo la jeta!— gritó, de pronto, Anatole, con los ojos desorbitados.

—¿Por qué voy a bromear?— sonrió el cochero. —¡Por mis señores cómo no voy a esforzarme! Correremos todo lo que puedan los caballos.

—Ah, bueno. Siéntate.

—Ea, siéntate— repitió Dólojov.

—Estoy bien así, Fiódor Ivánich.

—Siéntate y no finjas. Bebe— dijo Anatole, llenando un gran vaso de vino de Madeira.

Se encendieron los ojos del cochero a la vista del vino. Lo rehusó por guardar las formas, pero bebió y se limpió los labios con un pañuelo de seda roja que llevaba dentro del gorro.

—Bien, Excelencia, ¿cuándo hay que salir?

—Pues mira— Anatole miró el reloj, —ahora mismo. Escucha bien, Balaga ¿llegaremos?

—Si la salida es buena, ¿por qué no vamos a llegar? Hemos ido a Tver en siete horas, su Excelencia debe recordarlo.

Anatole se volvió a Makarin, que lo contemplaba con arrobamiento.

—Una vez, por Navidad, fuimos a Tver— le dijo sonriendo. —No lo creerás, pero no podíamos respirar por la velocidad que llevaban los caballos. Nos echamos sobre un convoy y saltamos por encima de dos carros, ¿verdad?

—¡Qué caballos aquellos!— prosiguió Balaga. —Había enganchado al alazán unos potros jóvenes y puede creerme, Fiódor Ivánich, que sesenta kilómetros galoparon esas fieras sin detenerse; no podía frenarlos, se me quedaron las manos tiesas del frío y le pasé las riendas a Su Excelencia y me caí al fondo de la troika. ¡En tres horas nos llevaron aquellos diablos! Únicamente diñó el izquierdo.

XVII

Anatole salió de la habitación para volver unos minutos después con un abrigo de piel ceñido por un cordón de plata; llevaba ladeado el gorro de cibelina, que sentaba muy bien a su hermoso rostro. Se miró al espejo y con la misma postura se acercó a Dólojov y tomó un vaso de vino.

—Bueno, Fiódor, adiós, gracias por todo, adiós. Compañeros… amigos…— se detuvo pensativo, —compañeros de mi juventud… adiós— dijo a Makarin y a los otros.

Aunque todos lo acompañaban, Anatole parecía empeñado en dar un tono solemne y conmovedor a las palabras que dirigía a sus compañeros. Hablaba lentamente, en voz alta, sacando el pecho y balanceando una pierna.

—Tomad vuestros vasos… tú también, Balaga. Ea, compañeros y amigos de mi juventud. Juntos hemos vivido, juntos nos hemos divertido, ¿eh? Ahora, ¿cuándo nos veremos otra vez? Me voy al extranjero. Se acabó lo vivido, muchachos. ¡A vuestra salud! ¡Hurra!— bebió el vino y estrelló el vaso contra el suelo.

—¡A su salud!— dijo Balaga, bebiendo su vaso y secándose los labios con el pañuelo.

Makarin, con lágrimas en los ojos, abrazó a Anatole.

—¡Ah, príncipe! ¡Cómo siento separarme de ti!— dijo.

—¡En marcha, en marcha!— gritó Anatole.

Balaga se dispuso a salir.

—No, espera— dijo Anatole. —Cierra la puerta: tenemos que sentarnos, como es costumbre. Así.

Cerraron la puerta y se sentaron todos.

—¡Bueno, amigos! Y ahora, en marcha— dijo Anatole, levantándose.

Joseph, el lacayo, entregó a Anatole el portapliegos y el sable y todos salieron al pasillo.

—¿Dónde está el abrigo de piel?— preguntó Dólojov. —¡Eh, Ignatka! Ve donde Matriona Matvéievna y dile que te dé el abrigo de cibelina. He oído cómo se rapta— añadió guiñando un ojo. —Saldrá de casa más muerta que viva, con lo que tenga puesto. Si se pierde un solo minuto, vienen las lágrimas… que si papá, que si mamá, se queda helada y se vuelve atrás. Lo que tienes que hacer es envolverla y llevarla de inmediato a la troika.

El criado trajo un abrigo de zorro.

—¡Imbécil! ¡Te he dicho que el de cibelina! ¡Eh, tú, Matriosha, el de cibelina!— gritó con voz tan potente que se lo oyó en las habitaciones más distantes.

Una bella gitana, delgada y pálida, de brillantes ojos negros y cabello rizado con reflejos azulados y un chal rojo sobre los hombros, apareció corriendo con el abrigo de cibelina.

—Tómalo, no me da pena, tómalo— dijo con visibles muestras de timidez ante su señor y de pena por perder el abrigo.

Dólojov, sin contestar, tomó el abrigo, lo echó encima de Matriosha y la envolvió en él.

—¿Ves? Así hay que hacer— dijo; —después, así— y levantó el cuello, no dejando al descubierto más que una pequeña parte del rostro de la gitana. —Y luego así, ¿ves?— y acercó la cabeza de Anatole a la abertura del cuello, por la que se veía el sonriente rostro de Matriosha.

—Bueno, adiós, Matriosha— dijo Anatole dándole un beso. —Se acabaron las bromas. Despídeme de Stiopka. ¡Ea, adiós! ¡Adiós, Matriosha, deséame buena suerte!

—Que Dios te haga muy feliz, príncipe, mucha suerte— dijo Matriosha con su acento zíngaro.

En el porche había dos troikas, que guardaban dos mozos; Balaga se sentó en la primera y alzando los codos arregló las riendas con calma. Anatole y Dólojov se acomodaron con él; Makarin, Jvóstikov y los dos criados se instalaron en la otra.

—¿Estamos?— preguntó Balaga. —¡Adelante, en marcha!— gritó, enrollándose las riendas en la mano.

La troika salió volando hacia el bulevar Nikitski.

—¡Eh, br, br!, ¡eh! ¡Fuera!— gritaban Balaga y el mozo que iba a su lado. Al llegar a la plaza de Arbat, la troika se precipitó sobre un carruaje; se oyó un ruido seco y un grito; pero Balaga siguió calle de Arbat arriba. Dieron dos vueltas por Podnovinski, tras lo cual Balaga moderó la carrera de sus caballos y los frenó en la esquina de Stáraia Koniúshennaia.

El mozo que iba con Balaga saltó para sujetar de la brida a los caballos. Anatole y Dólojov también descendieron. Al llegar a la puerta Dólojov dio un silbido. Respondió otro silbido y a continuación apareció la doncella:

—Entren en el patio; aquí pueden verlos. Ahora saldrá.

Dólojov se quedó junto al portalón; Anatole siguió a la doncella hacia el patio, dio la vuelta a la esquina y subió al porche. Gavrilo, el gigantesco criado de María Dmítrievna, salió a su encuentro.

—Lo espera la señora— dijo en voz baja, cerrándole el paso.

—¿Qué señora? ¿Quién eres tú?— preguntó Anatole con voz sofocada y susurrante.

—Le ruego que me siga; tengo órdenes de hacerlo entrar.

En aquel instante se oyó la voz de Dólojov, que gritaba:

—¡Kuraguin! ¡Atrás! ¡Traición! ¡Atrás!

Dólojov, junto a la cancela, forcejeaba con el portero, que intentaba cerrar la puerta a espaldas de Kuraguin. Haciendo un último esfuerzo, rechazó al portero, y cogiendo por el brazo a Anatole, corrió con él a la troika.

XVIII

María Dmítrievna, al encontrar a Sonia en el pasillo anegada en lágrimas, la obligó a contarlo todo. Después de leer la nota de Natasha, María Dmítrievna entró en su habitación.

—¡Miserable! ¡Desvergonzada!— gritó. —¡No quiero oírte!— y rechazando a Natasha, que la miraba con ojos atónitos y secos, la encerró en su habitación con llave y ordenó al portero que dejara abierta la entrada a las personas que vendrían aquella noche; pero que no las dejara salir. Mandó a Gavrilo que hiciera pasar a esas personas en cuanto hubiesen llegado. Y se sentó en la sala a la espera de los raptores.

Cuando Gavrilo anunció a su señora que las personas que esperaba habían huido, María Dmítrievna, con gesto sombrío y malhumorado, se puso a caminar por la estancia, con las manos a la espalda, reflexionando en lo que debía hacer. Hacia la medianoche buscó la llave en su bolsillo y se dirigió a la habitación de Natasha. Sonia, sentada en el pasillo, seguía sollozando.

—Por Dios, María Dmítrievna, déjeme entrar a verla— suplicó.

Sin contestar, María Dmítrievna abrió la puerta y entró. "Infame, miserable chiquilla, y en mi casa… Su padre es el que me da lástima —pensaba María Dmítrievna tratando de calmarse—. Por difícil que sea, haré lo posible para que no se entere el conde; ordenaré a todos que guarden silencio." María Dmítrievna entró con paso resuelto. Natasha, inmóvil, seguía echada en el diván, con la cabeza entre las manos en la misma posición en que la había dejado María Dmítrievna.

—¡Vaya con la niña buena! ¡Citar a tus amantes en mi casa! Basta ya de fingir… ¡Escúchame cuando te hablo!— María Dmítrievna la tocó en el

brazo. —Escucha cuando yo te hablo. Te has cubierto de vergüenza como la última mujerzuela. Ya te arreglaría yo las cuentas, pero me da lástima tu padre. Lo ocultaré.

Natasha seguía sin moverse; pero todo su cuerpo fue sacudido por sollozos silenciosos y convulsos, que la sofocaban. María Dmítrievna miró a Sonia y se sentó en el diván, al lado de Natasha.

—Puedes dar gracias a que ha escapado, pero lo encontraré— dijo con su voz ruda. —¿Oyes lo que te digo?— introdujo una de sus grandes manos bajo el rostro de Natasha y lo volvió hacia sí. Tanto María Dmítrievna como Sonia quedaron asustadas al ver aquel rostro. Tenía los ojos brillantes y secos, los labios apretados y las mejillas hundidas.

—Déjenme… yo… a mí… a mí… yo… moriré— dijo, desasiéndose con gesto airado de María Dmítrievna y volviendo a su anterior posición.

—¡Natalia!— dijo María Dmítrievna. —Tú sabes que deseo tu bien. Quédate como estás, quédate así, que no te tocaré… Pero escucha; no tengo que decirte lo culpable que eres, tú misma lo sabes. Tu padre llega mañana… ¿Qué voy a decirle?

De nuevo los sollozos sacudieron el cuerpo de Natasha.

—Se enterará tu padre, tu hermano, tu novio.

—No tengo novio. He roto con él— gritó Natasha.

—Es lo mismo— continuó María Dmítrievna. —Se enterarán, ¿y crees que van a dejar así las cosas? Conozco a tu padre; lo desafiará a un duelo. Bonita cosa, ¿eh?

—¡Ah, déjenme! ¿Por qué lo han impedido? ¿Por qué? ¿Quién les pidió que se metieran en esto?— gritó Natasha, incorporándose y mirando colérica a María Dmítrievna.

—Pero, ¿qué querías que hiciéramos?— levantó María Dmítrievna la voz, exaltándose de nuevo. —¡Vaya! ¿Es que te hemos tenido encerrada alguna vez? ¿Quién impedía a ese hombre venir a casa a verte? ¿Por qué iba a raptarte como a una gitana cualquiera? Y si te hubiera raptado, ¿crees que no lo iban a encontrar? Tu padre, tu hermano, tu novio. ¡Ese hombre es un miserable, un canalla, eso es!

—¡Vale más que todos ustedes!— gritó Natasha incorporándose. —Si no lo hubieran impedido… ¡Oh, Dios mío! ¡Sonia! ¿Por qué, por qué?

¡Márchense ya!— y sollozó con la desesperación del que llora por un mal del que se sabe culpable.

María Dmítrievna quiso hablar, pero Natasha gritó:

—¡Márchense! ¡Márchense de una vez! ¡Todos me odian, me desprecian!

Y volvió a arrojarse sobre el diván. María Dmítrievna siguió hablándole algún tiempo, tratando de convencerla de que había que ocultar al conde lo sucedido, de que nadie se enteraría de nada si ella hacía por olvidarlo todo y hacer ver a los demás que nada había sucedido. Natasha no contestaba; había dejado de sollozar, pero toda ella temblaba, sacudida por escalofríos. María Dmítrievna le puso una almohada bajo la cabeza, la cubrió con dos mantas y le trajo un poco de tila, pero Natasha no se movió.

—Bueno, que duerma— dijo María Dmítrievna abandonando la estancia y creyendo que se había adormecido.

Pero ella no dormía; miraba sin ver, con unos ojos que parecían escaparse de su pálido rostro. Siguió insomne durante toda la noche, sin llorar y sin hablar a Sonia, que se levantó varias veces para ver cómo seguía.

Al día siguiente, a la hora del desayuno, el conde Iliá Andréievich llegó de su hacienda. Estaba muy contento, había llegado a un buen acuerdo con el comprador de la finca y ya nada lo retenía en Moscú; podía volver junto a su esposa, a quien echaba mucho de menos. María Dmítrievna lo recibió y le dijo que Natasha se había puesto enferma la víspera y que había hecho llamar a un médico, aunque ahora estaba mejor.

Aquella mañana Natasha no salió de su habitación. Apretados los agrietados labios, secos los ojos, miraba inquieta y atentamente a cuantos pasaban por la calle y se volvía presurosa si alguien entraba en la habitación con andares masculinos. Era evidente que esperaba noticias de Anatole o que viniese él mismo.

Cuando el conde entró, se volvió sobresaltada y su rostro adquirió de nuevo una expresión fría y hasta colérica. No se levantó siquiera para salir a su encuentro.

—¿Qué te pasa, ángel mío? ¿Estás enferma?— preguntó el conde.

Natasha guardó silencio.

—Sí, estoy enferma— dijo después.

Y a las inquietas preguntas de su padre acerca de por qué estaba tan abatida y si había ocurrido algo al príncipe Andréi, le contestó que no pasaba nada y le pidió que no se preocupase. María Dmítrievna confirmó al conde las palabras de Natasha, asegurando que nada había sucedido.

La pretendida enfermedad de su hija, su abatimiento, los rostros confusos de Sonia y María Dmítrievna hacían ver al conde que algo había sucedido en su ausencia; pero era tan terrible pensar que algo vergonzoso pudiese haber sucedido a su hija predilecta, amaba tanto su jovial tranquilidad, que evitó las preguntas y trató de convencerse de que nada, en realidad, había acontecido. Lo único que sentía era que la enfermedad de Natasha retrasaba la vuelta a Otrádnoie.

XIX

Desde la llegada de su mujer a Moscú, Pierre se había propuesto marchar a cualquier parte con tal de no estar con ella. Poco después de la llegada de los Rostov, la impresión que le producía Natasha lo obligó a darse prisa para poner en práctica sus proyectos. Marchó a Tver, para visitar a la viuda de Osip Alexéievich, que desde hacía tiempo le había prometido entregar los papeles de su esposo.

Cuando Pierre regresó a Moscú le dieron una carta de Maria Dmítrievna en la cual lo invitaba a ir visitarla por cierto asunto muy importante relacionado con el príncipe Bolkonski y su prometida. Pierre evitaba a Natasha; le parecía sentir hacia ella una atracción más fuerte de lo que permitía su situación de casado y por ser ella la novia de su amigo. Pero el destino lo conducía siempre hacia ella.

"¿Qué ha podido ocurrir? ¿Por qué me necesitan? —pensaba mientras se vestía para visitar a María Dmítrievna—. ¡Ojalá venga pronto el príncipe Andréi y se case con ella!", siguió diciéndose mientras se dirigía a casa de la señora Ajrosímova.

En el bulevar Tverskoi oyó una voz conocida que lo llamaba:

—¡Pierre! ¿Hace tiempo que has vuelto?

Levantó la cabeza y vio a Anatole Kuraguin con su eterno amigo Makarin, que pasaba en un trineo tirado por dos potros grises. Anatole iba erguido, en la clásica postura de los oficiales elegantes; el cuello de castor le envolvía la parte inferior del rostro. Inclinaba la cabeza a un lado, mostrando su cara sonrosada y fresca. Llevaba ladeado el sombrero de blanco penacho, bajo el que asomaban sus cabellos rizados engomados y cubiertos de nieve menuda.

“He aquí un verdadero sabio —pensó Pierre con cierta envidia—. No ve más allá del placer momentáneo; nada lo inquieta, y por eso siempre está alegre y tranquilo. ¡Qué no daría yo por ser como él!”

En la antesala de la señora Ajrosímova, el criado que lo ayudó a quitarse el abrigo le dijo que María Dmítrievna lo esperaba en su habitación.

Al abrir la puerta de la sala Pierre vio a Natasha, sentada junto a la ventana, muy pálida y ojerosa. La muchacha se volvió a él con gesto de mal humor y con continente de fría dignidad salió de la sala.

—¿Qué ha sucedido?— preguntó Pierre al entrar en la habitación de María Dmítrievna.

—Un bonito asunto. Tengo cincuenta y ocho años y no he visto nunca una vergüenza semejante— y después de exigir a Pierre su palabra de honor de que a nadie contaría lo que iba a escuchar, María Dmítrievna le explicó que Natasha había roto con el príncipe Bolkonski sin advertir a sus padres de ello, que la causa de la ruptura había sido Anatole Kuraguin, con quien la había puesto en relación la propia mujer de Pierre, y que Natasha había intentado huir en ausencia de su padre para casarse secretamente con Anatole.

Pierre, perplejo, con los hombros en alto y la boca abierta, escuchaba a María Dmítrievna sin creer lo que oía. Que la novia del príncipe Bolkonski, tan querida antes, aquella encantadora Natasha Rostova, dejara a su prometido por aquel imbécil de Anatole, ya casado además (Pierre conocía el secreto de su boda), y se enamorase hasta el punto de querer huir con él era algo que Pierre no podía entender ni imaginar.

La grata opinión de Natasha, a quien conocía desde niña, no concordaba en su mente con esa nueva Natasha infame, estúpida y cruel. Recordó a su propia mujer: “Todas son lo mismo”, se dijo, y pensó que no era el único a quien cabía la triste suerte de verse atado a una mala mujer. Compadecía, hasta sentir deseos de llorar, al príncipe Andréi, recordando su orgullo; y cuanto más se acordaba de su amigo, tanto mayor era el desprecio y la repugnancia que le inspiraba aquella Natasha que poco antes, con aire de fría dignidad, había salido de la sala sin hacerle caso. Ignoraba que el espíritu de Natasha rebosaba desesperación y humillante vergüenza y que no era culpable de que su rostro expresara aquella gravedad digna y severa.

—Pero ¿cómo se iban a casar?— respondió Pierre a las palabras de María Dmítrievna. —Él no puede, está ya casado.

—¡De mal a peor!— exclamó María Dmítrievna. —¡Vaya con el muchacho! Es un miserable. Y ella, espera que te espera desde hace dos días. Por lo menos dejará de esperar. Hay que decírselo.

Pierre la puso al corriente de los detalles del matrimonio de Anatole. María Dmítrievna, después de desahogar su cólera, explicó a Pierre la razón de haberlo hecho venir. Temía que el conde o Bolkonski —a quien se esperaba de un momento a otro— desafiasen a Kuraguin; por eso tenía intención de ocultar lo ocurrido y rogaba a Pierre que obligara a su cuñado a salir de Moscú y no aparecer más por la capital.

Pierre prometió hacer lo que se le pedía, comprendiendo ahora el peligro que corrían el viejo conde, Nikolái y el príncipe Andréi.

Después de exponer con frase clara y concisa sus razones, María Dmítrievna lo condujo a la sala.

—Ten cuidado, el conde lo ignora todo— le dijo. —Haz como si tú no supieses nada. Yo iré a decirle que no tiene por qué esperar más. Quédate a comer, si quieres.

Pierre halló en el salón al viejo conde, confuso y trastornado. Natasha acababa de decirle que había roto con Bolkonski.

—¡Qué desgracia! ¡Qué desgracia, mon cher!— le dijo.

—Es una desdicha cuando estas chicas no están con la madre. Siento tanto haber venido. Con usted seré franco. ¿Sabe que ha roto con su prometido sin consultar a nadie? Es verdad, que nunca me ha entusiasmado mucho ese matrimonio. Él es un hombre excelente, pero casándose contra la voluntad de su padre no habrían sido felices y, en fin de cuentas, a Natasha no le faltarán novios. Pero ya llevaban mucho tiempo, y luego, ¿qué es eso de dar semejante paso sin decírselo a sus padres? Ahora está enferma, y Dios sabe qué tiene… Mal asunto, conde, eso de que las hijas estén sin su madre…

Pierre, viendo el disgusto de Iliá Andréievich, intentó desviar la conversación, pero él volvía siempre a lo mismo. Por fin entró Sonia en la sala; llegaba muy alterada, y dijo a Pierre:

—Natasha no se encuentra bien; está en su habitación y desea verlo. María Dmítrievna le ruega que vaya.

—Sí, usted es muy amigo de Bolkonski— dijo el conde —seguramente querrá darle algo para él. ¡Ah, Dios mío! ¡Ah, Dios mío! ¡Con lo bien que iba todo!

Y llevándose las manos a las sienes, cubiertas de escasos cabellos grises, salió de la sala.

María Dmítrievna había dicho a Natasha que Anatole Kuraguin estaba casado. Ella no quería creerlo y pedía que Pierre viniera a confirmárselo. Sonia se lo fue contando mientras lo conducía hasta la habitación de Natasha.

Pálida y con severa expresión, Natasha, sentada junto a María Dmítrievna, recibió a Pierre con mirada febril e interrogante. No le sonrió ni inclinó la cabeza, como acostumbraba; se limitó a mirarlo con fijeza y a preguntarle con los ojos si era amigo o enemigo, como todos los demás, en relación a Anatole. Estaba claro que, por sí mismo, Pierre no existía para ella.

—Él lo sabe todo— dijo María Dmítrievna, señalando a Pierre. —Que te diga si es verdad lo que te he contado.

Los ojos de Natasha, como los de un animal herido que mira a los perros y al cazador que se van acercando a ella, se dirigieron a Pierre y a María Dmítrievna.

—Natalia Ilínishna— comenzó Pierre, bajando los ojos con una sensación de piedad hacia ella y rechazo por lo que tenía que hacer, —verdad o no, debía serle indiferente, porque…

—Entonces, ¿no es verdad que esté casado?

—Sí, es verdad.

—¿Se casó hace tiempo?— preguntó. —¿Palabra de honor?

Pierre dio su palabra de honor.

—¿Está aún aquí?— preguntó Natasha rápidamente.

—Sí: acabo de verlo.

Era evidente que le faltaban las fuerzas para seguir hablando. Con una señal de la mano suplicó que la dejaran sola.

XX

Pierre no se quedó a comer y se marchó inmediatamente con el propósito de encontrar en la ciudad a Anatole Kuraguin. Al pensar en él la sangre se le agolpaba en el corazón y parecía faltarle el aliento. Anatole no estaba con los zíngaros, ni en Camoneno; Pierre se dirigió al Club, donde las cosas parecían seguir su ritmo de siempre. Los socios que iban a comer formaban sus grupos y hablaban de las novedades de la ciudad. Todos saludaron a Pierre. Un lacayo, que conocía bien sus costumbres, le advirtió de que se le había reservado un puesto en el comedor pequeño, que el príncipe Mijaíl Zajárish estaba en la biblioteca y que Pável Timoféievich no había llegado aún. Uno de sus conocidos le preguntó si era cierto que la señorita Rostova había sido raptada por Kuraguin, cosa que comentaba ya toda la ciudad. Pierre se echó a reír y aseguró que la noticia era absurda, puesto que venía de estar con los Rostov. Preguntó a todos por Anatole; unos le dijeron que no había llegado todavía; otros, que pensaba comer allí. A Pierre le pareció extraño contemplar a toda aquella gente tranquila e indiferente, que no sabían lo que estaba sucediendo en su espíritu. Paseó un rato por la amplia sala hasta que todos hubieron llegado, y cuando vio que Kuraguin no aparecía, se volvió a su casa, sin quedarse a comer.

Anatole, al que tanto buscaba, había comido aquel día con Dólojov, consultando con él la manera de remediar lo ocurrido. Le parecía imprescindible tener una entrevista con Natasha. Y por la tarde se acercó a casa de su hermana, para hallar un medio de arreglar la entrevista. Cuando Pierre, después de recorrer toda la ciudad, llegó a su casa, un criado le anunció que Anatole Vasílievich estaba con la condesa.

El salón de Elena estaba lleno de invitados; Pierre, sin saludar a su mujer, a la que desde su llegada a Moscú no había visto (ahora le resultaba más odiosa que nunca), entró en el salón y, al ver a Anatole, se dirigió a él.

—¡Ah! ¡Pierre!— dijo la condesa acercándose a su marido. —No sabes en qué situación está nuestro Anatole…

Se detuvo al advertir en la cabeza agachada de su marido, en sus ojos brillantes y en su decidida manera de andar aquella terrible expresión de furor y fuerza que ella conocía y había experimentado después del duelo con Dólojov.

—Donde está usted, sólo hay depravación y maldad— dijo Pierre a su mujer. —Venga, Anatole, tengo que hablarle— añadió en francés.

Anatole miró a su hermana; se levantó dócilmente y siguió a Pierre.

Pierre lo cogió del brazo, tiró de él y salió.

—Si vous vous permettez dans mon salon…[332]— susurró Elena. Pero su marido salió sin hacerle caso.

Anatole siguió a Pierre con su arrogancia habitual, pero su rostro delataba cierta inquietud.

Al entrar en su despacho, Pierre cerró la puerta y se dirigió a él sin mirarlo:

—¿Ha prometido usted casarse con la condesa Rostova? ¿Ha intentado raptarla?

—Amigo mío— respondió Anatole en francés (idioma en que transcurría la conversación), —no me creo obligado a contestar a un interrogatorio hecho en ese tono.

El rostro de Pierre, ya pálido, se desfiguró por la cólera. Agarró con su vigorosa mano a Anatole por el cuello del uniforme y lo zarandeó hasta que el rostro de Kuraguin reflejó suficiente miedo.

—¡He dicho que *tengo* que hablar con usted!…— repitió.

—Pero esto es una estupidez— dijo Anatole, tocándose un botón que se le había desgarrado junto con la tela.

—Es usted un miserable y un canalla, y no sé qué me retiene del placer de aplastarle la cabeza con esto— dijo Pierre, que, por hablar en francés, se expresaba en términos tan artificiosos. Tomó un pesado pisapapeles y lo

levantó amenazador, pero al instante volvió a dejarlo en su sitio. —¿Le prometió casarse?

—Yo, yo, yo no pensaba; nunca prometí nada, porque…

Pierre lo interrumpió:

—¿Tiene cartas de ella? ¿Tiene cartas?— repitió acercándose a Kuraguin.

Éste lo miró y, metiendo la mano en su bolsillo, sacó la cartera.

Pierre tomó la carta que le tendía y, apartando una mesa que tenía delante, se dejó caer en el diván.

—Je ne serai pas violent, ne craignez rien[333]— dijo, respondiendo a un gesto de temor de Anatole. —Las cartas, primero— dijo Pierre como repitiendo para sí mismo una lección; —segundo— continuó después de un breve silencio, levantándose y volviendo a pasear: —mañana mismo debe salir de Moscú.

—Pero ¿cómo puedo…? ¿Eh?

—Y tercero— prosiguió Pierre, sin hacerle caso —no debe decir nunca una sola palabra de lo ocurrido entre usted y la condesa. Sé que no se lo puedo prohibir, pero si le queda un resto de conciencia…— Pierre dio unas cuantas vueltas en silencio. Kuraguin, sentado junto a la mesa, se mordía los labios con el ceño fruncido. —Al fin y al cabo, no puede dejar de comprender que además de su placer existe la felicidad y la paz de otras personas, y que destroza toda una vida por su afán de divertirse. Diviértase con mujeres semejantes a mi esposa, con ésas tiene perfecto derecho; ellas saben bien lo que usted quiere de ellas. Están armadas contra usted por la misma experiencia de la depravación. Pero prometer matrimonio a una joven… engañarla… intentar un rapto… ¿cómo no comprende que es tan infame como pegar a un anciano o a un niño?…

Pierre calló y fijó en Kuraguin una mirada llena de interrogación, pero ya sin ira.

—Eso no lo sé— replicó Anatole, que parecía recobrar la audacia a medida que Pierre dominaba su cólera. —No lo sé y no quiero saberlo— replicó, sin mirar a su cuñado, y con un ligero temblor en la barbilla. —Pero me ha hablado de tal manera, me ha llamado infame y otras cosas

semejantes, que yo, comme un homme d'honneur,[334] no puedo tolerar a nadie. ¿Eh?

Pierre lo miró asombrado, sin comprender qué pretendía.

—Aunque haya sido a solas— siguió Anatole, —no puedo… ¿Eh?

—¿Qué?— preguntó irónicamente Pierre. —¿Necesita una satisfacción?

—Al menos podía retirar esas palabras. Si quiere que acepte sus condiciones… ¿Eh?

—Las retiro, las retiro— dijo Pierre, mirando sin darse cuenta el botón que le había arrancado del uniforme. —Si es preciso, le daré dinero para el viaje.

Anatole sonrió. Y aquella sonrisa tímida y vil, que ya conocía en su mujer, enfureció a Pierre:

—¡Oh, qué familia tan infame y sin corazón!— dijo y salió de la habitación.

Al día siguiente Anatole partió para San Petersburgo.

XXI

Pierre se dirigió a la casa de María Dmítrievna para comunicarle que se había hecho lo que ella deseaba: Kuraguin había salido de Moscú. Toda la casa estaba asustada y revuelta. Natasha se hallaba muy enferma, y María Dmítrievna contó en secreto a Pierre que aquella noche, después de saber que Anatole estaba casado, había intentado envenenarse con arsénico, que se había procurado en secreto. Empezó a tomarlo, pero se asustó tanto que despertó a Sonia y le contó lo que acababa de hacer. En seguida se habían tomado las medidas necesarias contra el veneno, y ahora ya estaba fuera de peligro; sin embargo, se hallaba tan débil que no podía pensarse en llevarla a Otrádnoie y fueron en busca de la condesa; Pierre vio al conde, todo compungido, y a Sonia, llorosa, pero a Natasha no la pudo ver.

Aquel día comió en el Club. En todas partes se comentaba el intento de rapto de Natalia Rostov; Pierre desmentía insistentemente el rumor, asegurando que lo único ocurrido era que su cuñado había pedido la mano de Natasha y fue rechazado. Pierre creía deber suyo ocultarlo todo y salvar la reputación de Natasha.

Esperaba con temor el regreso del príncipe Andréi y cada día se acercaba a la casa del viejo Bolkonski en busca de noticias.

El príncipe Nikolái Andréievich se había enterado por mademoiselle Bourienne de todos los rumores que circulaban por la ciudad y había leído la carta dirigida a la princesa María donde Natasha rompía con su novio. Parecía más alegre que de ordinario y esperaba a su hijo con gran impaciencia.

Unos días después de la marcha de Anatole, Pierre recibió una esquela del príncipe Andréi notificándole su llegada y pidiéndole que fuera a su

casa.

En cuanto llegó a Moscú, el príncipe Andréi recibió de manos de su padre la carta de Natasha a la princesa María (que mademoiselle Bourienne había sustraído a la princesa y entregó al viejo príncipe) y hubo de escuchar de labios de su padre la noticia del fracasado rapto, corregida y aumentada.

El príncipe Andréi había llegado ya avanzada la tarde del día anterior, y a la mañana siguiente recibió la visita de su amigo. Pierre pensaba encontrarlo en una situación semejante a la de Natasha y le causó asombro cuando, al entrar en la sala, oyó la voz del príncipe Andréi que comentaba animadamente en el despacho cierta intriga de San Petersburgo. El viejo príncipe y otro interlocutor lo interrumpían de vez en cuando. La princesa María salió al encuentro de Pierre. Suspiró, indicando con los ojos el despacho donde se hallaba su hermano, como si deseara expresar así su sentimiento de condolencia por el dolor del príncipe. Pero Pierre vio en aquel rostro la alegría de la princesa por lo ocurrido y por la forma en que su hermano había recibido la noticia de la traición de su prometida.

—Ha dicho que lo esperaba— comentó la princesa. —Sé bien que su orgullo no le permite expresar sus sentimientos, pero lo soporta mejor, mucho mejor de lo que yo imaginaba. Por lo visto, tenía que ser así…

—¿Es posible que todo haya terminado por completo?— preguntó Pierre.

La princesa lo miró con asombro. No comprendía siquiera que pudiera hacerse semejante pregunta. Pierre entró en el despacho. El príncipe Andréi, a quien halló muy cambiado, vestía de paisano. Indudablemente parecía haber mejorado de salud, pero tenía una nueva arruga vertical en la frente, entre las cejas; hablaba con su padre y el príncipe Mescherski y discutía con energía y pasión. Hablaban de Speranski: la noticia de su súbito destierro y supuesta traición acababa de llegar a Moscú.

—Ahora lo juzgan y lo culpan todos aquellos que hace un mes lo ensalzaban y aquellos que no eran capaces de comprender sus fines— decía el príncipe Andréi. —Es muy fácil juzgar al caído en desgracia y achacarle todos los errores ajenos. Pero yo les digo que si algo bueno se ha hecho durante este reinado, a él se lo debemos y a nadie más.

Se detuvo cuando vio a Pierre. En su rostro hubo un ligero estremecimiento y al instante adoptó una expresión adusta.

—La posteridad le hará justicia— terminó, y se volvió a Pierre: —¡Hola! ¿Cómo estás? ¡Sigues engordando!— sonrió animadamente. Pero la arruga reciente de su frente se hizo más profunda.

Pierre le preguntó por su salud.

—Estoy bien— dijo el príncipe con una sonrisa irónica, y Pierre leyó claramente en la sonrisa de Andréi: "Estoy bien, es cierto, pero a nadie le importa mi salud". Cambió con Pierre unas palabras sobre el pésimo estado de los caminos desde la frontera polaca, sobre varios conocidos de Pierre, a los que había visto en Suiza, y, por último, sobre el señor Dessalles, al que había traído como preceptor para su hijo Nikolái. Seguidamente volvió a intervenir con ardor en la conversación sobre Speranski, en la cual seguían enfrascados los dos viejos.

—Si fuera verdad lo de la traición— decía con vehemencia y apresuradamente, —se encontrarían pruebas de sus relaciones secretas con Bonaparte y se harían públicas. Personalmente, no me gustaba ni me gusta Speranski, pero me gusta la justicia.

Pierre reconoció en su amigo esa necesidad, que él tan bien conocía, de acalorarse y discutir sobre algo que no le importaba para apartar otras ideas demasiado dolorosas e íntimas.

Cuando marchó el príncipe Mescherski, Andréi tomó a Pierre del brazo y lo llevó a la habitación que le habían destinado. Había en ella una cama sin hacer y varias maletas y baúles abiertos. De uno de ellos sacó una cajita; la abrió y extrajo un paquete envuelto en papel. Todo lo hacía en silencio y rápidamente. Se enderezó y tosió. Su rostro estaba hosco, los labios contraídos.

—Perdóname si te importuno…

Pierre comprendió que deseaba hablarle de Natasha y su rostro expresó compasión y dolor, lo que molestó al príncipe. Continuó hablando, con voz desagradable, decidida y sonora:

—La condesa Rostova me ha rechazado y he oído decir que tu cuñado Kuraguin pretendía su mano o algo similar. ¿Es cierto?

—Sí y no— comenzó a decir Pierre. Pero el príncipe Andréi no lo dejó seguir.

—Aquí tienes sus cartas y su retrato— y tendió a Pierre el paquete que había dejado sobre la mesa.

—Devuélveselo a la condesa… si la ves.

—Está muy enferma— dijo Pierre.

—¿Es que el señor Kuraguin no consideró digna de su mano a la condesa Rostova?— preguntó.

—Se ha marchado hace mucho. Natasha estuvo a punto de morir…

—Siento mucho lo de su enfermedad— y sonrió fríamente, con la misma expresión desagradable y hostil de su padre. —¿Entonces, el señor Kuraguin no se ha dignado aceptar la mano de la condesa Rostova?— resopló varias veces.

—Mal podía casarse, porque ya está casado— contestó Pierre.

El príncipe Andréi rió de un modo desagradable, que de nuevo recordaba a su padre.

—¿Y se puede saber dónde está tu cuñado?

—Se fue a San Petersburgo… aunque la verdad es que no sé dónde está.

—Bueno, es lo mismo. Di a la condesa Rostova que es y sigue siendo completamente libre y que le deseo todo lo mejor.

Pierre recogió el fajo de cartas. El príncipe Andréi lo miró fijamente, como si quisiese recordar algo que debía decirle o, tal vez, esperando que Pierre hablara.

—Escuche, ¿recuerda nuestra conversación en San Petersburgo?— dijo Pierre. —Recuerda…

—Sí— contestó vivamente el príncipe Andréi, —la recuerdo: yo decía que debemos perdonar a la mujer culpable, pero no dije que yo podría perdonar. Yo no puedo.

—Pero, ¿acaso se puede comparar esto con…?

Pero el príncipe Andréi lo interrumpió:

—Sí, claro, pedir de nuevo su mano, mostrarse magnánimo y generoso — gritó bruscamente. —Todo eso es muy noble, pero yo no soy capaz de ir sur les brisées de Monsieur…[335] Si quieres ser mi amigo, no vuelvas a hablarme de esa… de todo ese asunto. Bien, adiós. ¿Le darás las cartas?

Pierre pasó a ver al viejo príncipe y a la princesa María.

El viejo parecía más animado que de ordinario. La princesa seguía siendo la misma de siempre, pero a través de la compasión por su hermano se traslucía su alegría por la ruptura. Viéndolos comprendió Pierre el desprecio y la animosidad que todos sentían hacia los Rostov, comprendió que ante ellos no se podía ni mencionar siquiera el nombre de la que había rechazado al príncipe Andréi y preferido a otro.

Durante la comida se habló de la guerra, que todos consideraban evidente. El príncipe Andréi discutía sin cesar, ya con su padre, ya con Dessalles, el preceptor suizo; parecía más animado que de ordinario, pero Pierre conocía bien la causa moral de aquella animación.

XXII

Aquella misma tarde Pierre fue a visitar a los Rostov para cumplir el encargo del príncipe Andréi. Natasha seguía en cama y el conde se había ido al Club. Pierre entregó las cartas a Sonia y pasó a la habitación de María Dmítrievna, que deseaba saber cómo había recibido el príncipe Andréi la noticia. Diez minutos después Sonia entraba en la habitación de María Dmítrievna.

—Natasha se empeña en ver al conde Piotr Kirílovich— dijo.

—Pero ¿cómo va a ir a su habitación? Allí todo está en desorden— dijo María Dmítrievna.

—Natasha se ha vestido y está en el salón— explicó Sonia.

María Dmítrievna se encogió de hombros.

—¿Cuándo va a llegar la condesa? Estoy que no puedo más. Ten cuidado de no decírselo todo— dijo a Pierre. —Da tanta lástima verla, tanta lástima que ni yo misma me siento con ánimos para reprenderla.

Natasha, pálida y delgada, con expresión seria (y no avergonzada, como esperaba Pierre), se hallaba de pie en medio del salón. Al aparecer Pierre vaciló un poco, dudando si debía acercarse a él o esperar.

Pierre se acercó rápidamente. Creyó que Natasha le tendería la mano, como hacía siempre, pero ella permaneció inmóvil respirando con fatiga, en la misma postura en que solía colocarse para cantar, aunque su expresión era ahora muy distinta.

—Piotr Kirílovich— empezó rápidamente, —el príncipe Bolkonski era, es decir, es amigo suyo— rectificó (le parecía que todo había pasado; que todo era distinto). —Entonces me dijo que me dirigiera a usted…

Pierre resopló, mirándola en silencio. Hasta aquel entonces la reprochaba en su fuero interno y había procurado despreciarla; pero ahora sentía tanta lástima por ella que en su ánimo no quedó lugar para los reproches.

—Ahora él está aquí, dígale… que… que me perdone… me perdone.

Natasha se detuvo; su respiración se hizo más rápida, pero no lloró.

—Sí, se lo diré… pero…— Pierre no sabía qué decir.

Natasha pareció asustarse de lo que pudiera pensar Pierre.

—No, sé muy bien que todo ha terminado— dijo presurosa. —Lo pasado no puede volver jamás. Únicamente me atormenta el daño que le hice. Dígale tan sólo que me perdone, que me perdone, que me perdone por todo…

Su cuerpo se estremeció y se dejó caer en una silla.

Un sentimiento de compasión nunca experimentado antes se apoderó de Pierre.

—Se lo diré, se lo diré todo una vez más…— dijo. —Sólo… querría saber…

“¿Saber qué?”, preguntaron los ojos de Natasha.

—Querría saber si amaba…— Pierre no sabía cómo nombrar a Anatole y enrojeció al pensar en él, —si amaba a esa mala persona.

—No lo llame mala persona— dijo Natasha. —Pero yo no sé… yo no sé nada…

Y se echó a llorar.

El sentimiento de compasión, ternura y amor se apoderó por completo de Pierre. Notó que unas lágrimas se deslizaban bajo sus lentes y confiaba en que no se notarían.

—No hablemos más, amiga mía— su voz dulce, tierna y sentida sorprendió a Natasha. —No hablemos más de eso. Se lo diré todo; sólo le pido que vea en mí a un amigo, y si necesita ayuda, consejo o, simplemente, si tiene necesidad de desahogarse con alguien, no ahora, sino cuando se tranquilice, acuérdese de mí.

Pierre besó la mano de la joven.

—Me consideraré feliz si alguna vez puedo…

Pierre se turbó.

—No me hable así, no lo merezco— exclamó Natasha. Y quiso salir, pero Pierre la retuvo del brazo. Sabía que algo más debía decirle, pero cuando lo dijo se asombró de sus propias palabras.

—Basta, basta, tiene toda la vida por delante.

—¿Yo? ¡No! Para mí todo ha terminado— dijo con un sentimiento de vergüenza y humillación.

—¿Que todo ha terminado?— repitió Pierre. —Si yo no fuese yo, sino el hombre más guapo, más inteligente y mejor del mundo, y si fuera libre, ahora mismo, de rodillas, pediría su mano y su amor.

Natasha, por primera vez después de muchos días, lloró de agradecimiento y emoción; miró a Pierre y salió de la habitación.

Pierre pasó casi corriendo a la antesala, tratando de contener las lágrimas de ternura y felicidad que lo sofocaban. Tardó bastante en encontrar las mangas del abrigo hasta que se lo puso, y montó en el trineo.

—¿Adónde ordena ir?— preguntó el cochero.

"¿Adónde? —se dijo Pierre—. ¿Dónde puedo ir ahora? ¿Al Club, o de visita?" Todos los hombres le parecían ahora dignos de lástima, tan pobres, en comparación con el sentimiento de ternura y amor que lo embargaba, y sobre todo con la última mirada agradecida y emocionada que Natasha le había dirigido a través de sus lágrimas.

—¡A casa!— dijo. Y a pesar de los diez grados bajo cero, se desabrochó el abrigo de piel de oso, dejando al descubierto su ancho pecho, que respiraba alegremente.

El aire era frío y límpido. Sobre las calles sucias y mal iluminadas, sobre los negros tejados, se extendía un cielo oscuro y estrellado. Sólo al mirar aquel cielo dejaba Pierre de sentir la ofensiva bajeza de las cosas terrenas comparadas con la altura a que se encontraba su espíritu. Al llegar a la plaza de Arbat, sus ojos contemplaron, más amplia aún, la enorme extensión del cielo estrellado y oscuro. Casi en el centro de aquel cielo, sobre el bulevar Prechitenski, sembrado de estrellas, se destacaba entre todas ellas por su proximidad a la Tierra, su luz más blanca y su larga cola vuelta hacia arriba, un cometa enorme y brillante, el famoso cometa de 1812, que, según se decía, anunciaba grandes catástrofes y el fin del mundo. Mas, para Pierre, aquel luminoso astro, con su larga y radiante cola, no

despertaba ningún sentimiento de temor. Por el contrario, miraba alegremente con ojos húmedos de lágrimas aquella estrella luminosa que después de recorrer a velocidad increíble espacios inconmensurables, siguiendo una línea parabólica, se hubiera detenido —como flecha clavada en la tierra— en un lugar por ella elegido en el negro cielo; allí se detuvo, alzó enérgicamente la cola, luciendo y jugueteando con su blanca luz entre infinitas estrellas centelleantes.

LIBRO TERCERO

Primera parte

I

A finales del año 1811 comenzó el armamento intensivo y la concentración de fuerzas de la Europa occidental. En 1812, esas fuerzas —millones de hombres, contando los encargados de transportar y aprovisionar a los ejércitos— avanzaron de oeste a este, en dirección a la frontera rusa, hacia donde, también desde 1811, acudían igualmente las tropas del Zar. El 12 de junio los ejércitos de la Europa occidental cruzaron las fronteras de Rusia y la guerra comenzó; es decir, se produjo un acontecimiento contrario a la razón y a toda la naturaleza humana. Millones de hombres de uno y otro bando cometieron una cantidad tan enorme de crímenes, engaños, traiciones, robos, falsificaciones de billetes y su puesta en práctica, saqueos, incendios y matanzas que la historia de todos los tribunales del mundo no reuniría en el transcurso de varios siglos; y, sin embargo, la gente que los cometía no llegaba a considerarlos delitos.

¿Qué motivó tan extraordinario suceso? ¿Cuáles fueron sus causas? Los historiadores, con ingenua convicción, aseguran que las causas fueron: la ofensa inferida al duque de Oldenburgo, el fracaso del bloqueo continental, la ambición de Napoleón, la firmeza de Alejandro, los errores de los diplomáticos, etcétera.

Por consiguiente habría bastado con que Metternich, Rumiántsev o Talleyrand, entre una velada o una recepción cualquiera, se hubiesen esforzado en redactar lo mejor posible un documento compuesto en hábiles términos o bien que Napoleón escribiera a Alejandro: "*Monsieur mon frère je consens a rendre le duché au duc d'Oldenbourg"*[336], para que la guerra no hubiese estallado.

Se comprende que los acontecimientos se vieran de esa manera por los contemporáneos; se comprende que Napoleón considerase que la verdadera causa de la guerra radicaba en las intrigas de Inglaterra (como escribió en Santa Elena); se comprende que los miembros de la Cámara inglesa atribuyesen la guerra a las ambiciones napoleónicas; que el duque de Oldenburgo la viera en la violencia cometida contra él; los comerciantes, en el bloqueo continental que arruinaba a Europa; los soldados veteranos y generales, en la perentoria necesidad de proporcionarles trabajo; los legitimistas de aquel tiempo, en la necesidad de restablecer *les bons principes*[337]; y los diplomáticos de entonces, en el hecho de que la alianza de 1809 entre Rusia y Austria no se había ocultado hábilmente a Napoleón y que el memorándum núm. 178 estaba mal redactado. Se comprende que estas causas y otras muchas, cuyo número varía según los diferentes puntos de vista, parecieran verdaderas a los contemporáneos. Pero a nosotros, sus descendientes, que juzgamos en toda su magnitud el terrible acontecimiento, que estamos en condiciones de entender su simple y terrible sentido, las causas expuestas no nos parecen suficientes. No podemos comprender la razón de que millones de cristianos se matasen y torturasen unos a otros por la razón de que Napoleón fuera ambicioso, o Alejandro firme, o astuta la política inglesa, o, en fin, por la ofensa inferida al duque de Oldenburgo. No entendemos qué nexo pueda haber entre esas circunstancias y el asesinato y la violencia; ni por qué la ofensa de que se hizo objeto al duque de Oldenburgo tuviese suficiente fuerza para que miles y miles de hombres, desde el otro extremo de Europa, fuesen a matar y arruinar a los habitantes de las provincias de Smolensk y Moscú y perecer, a su vez, a manos de ellos.

Para nosotros, que no somos contemporáneos de esos hechos ni historiadores entregados a la investigación, aquellos acontecimientos vistos con sentido común —claro y simple— tienen infinitas causas. A medida que profundizamos en la búsqueda de sus razones y analizamos cada una separadamente, o la serie de todas ellas, nos parecen igualmente justas en sí mismas e igualmente falsas por su nulidad en comparación con la magnitud de los hechos y por su insignificancia para darles origen (sin la participación de las demás causas concordantes). El hecho de que Napoleón

se negara a retirar sus tropas al otro lado del Vístula y a devolver los territorios de Oldenburgo tiene para nosotros idéntico valor que el deseo o la desgana del primer cabo francés de reengancharse, pues si ese cabo no hubiera querido continuar en el servicio, y si otros y otros miles de cabos y soldados franceses lo hubieran imitado, el ejército de Napoleón no habría sido tan poderoso y la guerra habría sido imposible.

Si Napoleón no se hubiera ofendido ante la conminación de retirarse a la otra orilla del Vístula y no hubiese dado a sus tropas la orden de avanzar, la guerra no habría comenzado. Pero la guerra habría sido igualmente imposible si todos los sargentos se hubiesen negado a reengancharse. Tampoco habría habido guerra si Inglaterra no hubiera intrigado, si el príncipe de Oldenburgo no hubiese existido, si Alejandro no hubiera sido tan susceptible, si no hubiesen existido ni la autocracia rusa, ni la Revolución francesa, ni el Directorio y el Imperio que la siguieron, ni todo aquello que produjo la revolución, y así sucesivamente. Descartada cualquiera de esas causas, nada habría podido ocurrir. Y, por consiguiente, todas esas causas —miles de millones— coincidieron para producir ese acontecimiento que, por tanto, no tenía causas exclusivas y se produjo porque debía producirse. Millones de hombres, olvidando sus sentimientos humanos y razón, debían avanzar de Occidente a Oriente y matar a sus semejantes, como siglos antes otras masas de hombres se movieron de Oriente a Occidente asesinando a sus semejantes.

Las decisiones de Napoleón y Alejandro, de cuyas palabras dependía, al parecer, la realización o no realización de la guerra, eran tan libres como las de cualquier soldado que tomaba parte en la campaña o por sorteo o reclutamiento. Y no podía ser de otra manera, pues para que la voluntad de Bonaparte y de Alejandro llegaran a cumplirse debían concurrir un sinfín de circunstancias incalculables. La falta de una sola de ellas lo habría impedido. Era menester que millones de hombres en cuyas manos estaba la fuerza real —los soldados que disparaban y hacían avanzar provisiones y baterías— estuvieran de acuerdo en cumplir la voluntad de unos individuos aislados y débiles; y a esto los llevó una multitud de causas complicadas y diversas.

En la historia es inevitable el fatalismo para explicar sucesos irracionales (es decir, aquellos cuya sensatez no comprendemos). Y cuanto más intentamos explicar racionalmente esos fenómenos históricos, tanto más faltos de razón e incomprensibles nos parecen.

Cada ser humano vive para sí mismo, goza de libertad para lograr sus objetivos personales y siente, en su fuero íntimo, que puede o no realizar una determinada acción. Pero en cuanto la realiza, esa acción, ejecutada en un momento dado, se convierte en irreparable, pasa a ser patrimonio de la historia y no significa un acto libre sino predeterminado.

El hombre vive conscientemente para sí, disfruta de libertad para conseguir sus objetivos personales y realizar uno u otro acto, pero tan pronto lo realiza, la acción cumplida, en un momento determinado, se hace irrecuperable y adquiere importancia histórica. Y cuanto más arriba está el hombre en la escala social, cuanto mayor es el número de hombres con los cuales se relaciona, tanto mayor es su poder sobre sus semejantes y más evidentes resultan la predestinación e inevitabilidad de cada uno de sus actos.

Hay dos aspectos en la vida de cada individuo: el personal, tanto más independiente cuanto más abstractos son sus intereses, y la existencia espontánea, gregaria, en la cual el hombre obedece inevitablemente las leyes que le vienen impuestas.

"El corazón del Zar está en las manos de Dios."

El Zar es esclavo de la historia.

La historia, es decir, la vida inconsciente, gregaria de la humanidad, aprovecha cada momento de la vida de los reyes como un arma para cumplir sus fines.

Aun cuando en 1812 Napoleón estuviera más que nunca convencido que de él dependía derramar o no *verser le sang de ses peuples*[338] (como le escribió Alejandro en su última carta), la verdad es que nunca como entonces había estado tan sujeto a las inevitables leyes que lo forzaban (aunque le pareciera obrar libremente) a realizar para la causa común, para la historia, lo que debía cumplirse.

Hombres de Occidente avanzaban hacia Oriente para matar y ser muertos. Según la ley de coincidencia de causas, correspondían a este hecho y coincidían con él miles de otras pequeñas causas necesarias para la realización de ese movimiento y para la guerra: los reproches por la violación del bloqueo continental, el duque de Oldenburgo, el movimiento de tropas hacia Prusia, emprendido (según Napoleón) para lograr la paz armada únicamente, la afición a la guerra y a las costumbres bélicas del Emperador francés, compartida por su pueblo, el gusto por los grandiosos preparativos y los dispendios, la necesidad de obtener unas ventajas que compensaran tamaños gastos, los homenajes y halagos en Dresde y las negociaciones diplomáticas que, según la opinión de sus contemporáneos, se llevaban con un sincero deseo de llegar a la paz y que no hicieron más que exacerbar el amor propio de unos y otros e innumerables causas diversas concurrieron en el acontecimiento que había de cumplirse.

Cuando una manzana madura cae, ¿por qué cae? ¿Tal vez porque la tierra la atrae o porque esté seco su tallo o porque pesa más calentada como está al sol? ¿Puede caer sacudida por el viento o porque el chiquillo que está bajo el árbol quiere comerla?

Nada de eso es la causa; todo ello no es más que la coincidencia de circunstancias en las cuales suele producirse todo hecho vital, orgánico y espontáneo. Y el botánico que opina que la caída del fruto se debe a una descomposición de los tejidos celulares u otros similares tendrá tanta razón como el chiquillo que espera debajo del árbol y asegura que la manzana ha caído porque quería comérsela y pedía a Dios que la hiciese caer.

Quien sostenga que Napoleón se dirigió a Moscú porque quería ir y fracasó porque Alejandro quiso su perdición tendrá tanta razón y sinrazón para afirmarlo como quien diga que una montaña que pesa miles de kilos se ha desmoronado porque —después de socavarla— el último obrero la golpeó por última vez con su pico. En los hechos históricos, los llamados grandes hombres son como etiquetas que denominan el acontecimiento; y como sucede con las etiquetas, son quienes menos están relacionados con el hecho mismo.

Cada uno de sus actos, que a su parecer dependía de su voluntad, era arbitrario en sentido histórico pero estaba relacionado con todo el curso

histórico y predeterminado para siempre.

II

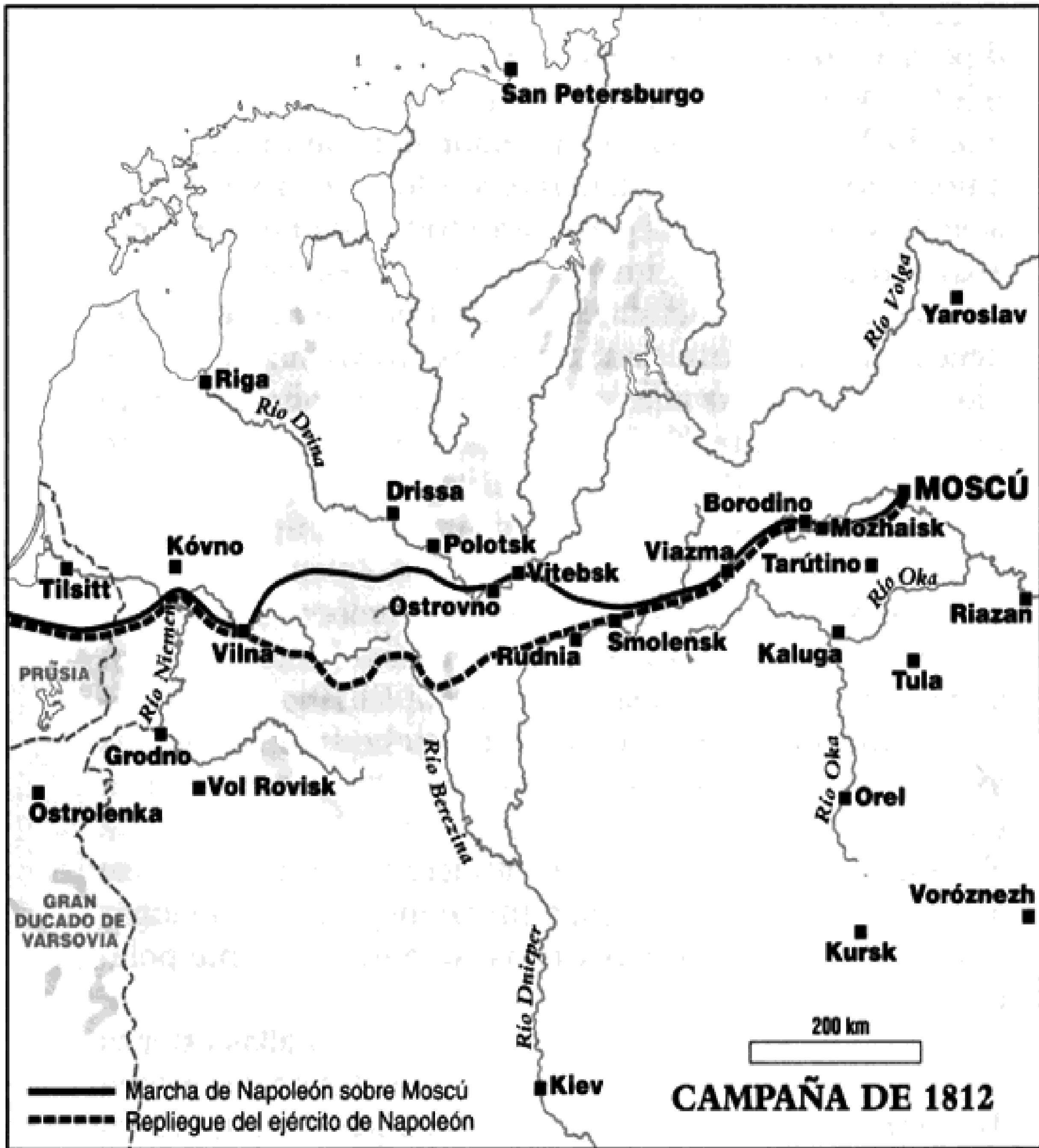
El 29 de mayo Napoleón salió de Dresde, donde había pasado tres semanas, rodeado de una corte integrada por príncipes, duques, reyes y hasta un emperador. Antes de partir, se mostró cariñoso y agradecido con el Emperador y los príncipes y reyes que lo merecían y regañó a los reyes y príncipes de quienes estaba descontento; regaló perlas y diamantes propios —es decir, joyas arrebatadas a otros soberanos— a la emperatriz de Austria y abrazó tiernamente a la emperatriz María Luisa, dejándola —según cierto historiador— entristecida por aquella separación que, según decía, no podría soportar. María Luisa se consideraba esposa de Bonaparte, aunque el Emperador hubiera dejado otra esposa en París. A pesar de que los diplomáticos estaban firmemente convencidos de la posibilidad de la paz y trabajaran celosamente por ella; aun cuando Napoleón escribiera personalmente una carta al emperador Alejandro, llamándolo *Monsieur mon frère* y asegurándole que no quería en modo alguno la guerra y que lo amaría y estimaría siempre, Bonaparte viajaba en dirección a su ejército y a cada nueva etapa daba órdenes para activar el avance de las tropas hacia el este. Salió de Dresde en una carroza de seis caballos, rodeada de pajes, ayudantes de campo y escolta, por el camino de Posen, Thorn, Dantzig y Koenigsberg. En cada una de esas ciudades, miles de personas salían a su encuentro, entusiasmadas y felices.

El ejército avanzaba de oeste a este y los seis caballos, cambiados frecuentemente por otros de refresco, llevaban al Emperador en la misma dirección. El 10 de junio Napoleón alcanzó al ejército. Pasó la noche en el bosque de Wilkowis, en la mansión de un conde polaco preparada para él.

Al día siguiente dejó atrás al ejército en marcha y se acercó en coche al Niemen, a fin de inspeccionar el lugar que habían de vadear sus tropas; se puso uniforme polaco y bajó a la orilla.

Al ver en la otra parte a los cosacos *y* aquellas estepas que se extendían a lo lejos, en medio de las cuales estaba *Moscou, la ville sainte*[339], la capital de aquel Estado semejante al de los escitas, adonde había llegado Alejandro de Macedonia, Napoleón, con gran sorpresa de todos y en contra de cualquier consideración estratégica o diplomática, ordenó la ofensiva y al siguiente día sus tropas comenzaron a pasar el Niemen.

El día 12, muy de mañana, salió de la tienda armada la víspera en la escarpada orilla izquierda del río y miró con su anteojo hacia sus tropas, que salían en oleadas del bosque de Wilkowis y atravesaban los tres puentes tendidos sobre el Niemen. Los soldados, que conocían la presencia del Emperador; lo buscaban con los ojos y, cuando descubrían su figura, con su levita y su sombrero, destacada sobre la colina, delante de la tienda y de su séquito, lanzaban sus gorros al aire y gritaban *"Vive l'Empereur!"*, mientras salían sin cesar del inmenso bosque donde se hallaban ocultos y se dividían para atravesar los tres puentes que los llevarían a la otra orilla.



—On fera du chemin cette fois-ci. Oh! quand il s'en mêle lui-même, ça chauffe… Nom de Dieu!… Le voilà… Vive l'Empereur!… Les voilà donc les steppes de l'Asie! Vilain pays tout de même. Au revoir, Beauché; je te réserve le plus beau palais de Moscou. Au revoir! Bonne chance!… L'as-tu vu, l'Empereur! Vive l'Empereur… preur! Si on me fait gouverneur aux Indes, Gérard, je te fais ministre du Cachemire, c'est arrêté. Vive

l'Empereur! Vive! vive! vive! Les gredins de cosaques, comme ils filent! Vive l'Empereur! Le voilà! Le vois-tu! Je l'ai vu deux fois comme je te vois. Le petit caporal… Je l'ai vu donner la croix à l'un des vieux… Vive l'Empereur!…[340]— repetían viejos y jóvenes, hombres de los más variados caracteres y condiciones. Y en todos los rostros se reflejaba la misma expresión de júbilo por el comienzo de la campaña, tanto tiempo esperada, y el entusiasmo y devoción hacia el hombre de levita gris situado en la colina.

El 13 de junio trajeron para Napoleón un caballo árabe pura sangre: montó en él y se acercó al galope a uno de los puentes sobre el Niemen, entre gritos de entusiasmo que lo ensordecían; parecía soportar sólo porque era imposible prohibir aquella expresión de amor por su persona. Pero esos gritos que por doquier lo acompañaban, le pesaban y distraían de las preocupaciones militares que lo embargaban desde el instante en que se unió al ejército. Atravesó uno de los puentes de barcas movedizas y ya en la orilla opuesta del río, torció bruscamente hacia la izquierda y siguió galopando en dirección a Kovno, precedido de cazadores montados de la Guardia, que, emocionados y felices, le abrían paso entre las tropas. Al llegar al amplio Vístula, se detuvo junto a un regimiento polaco de ulanos apostado en la orilla.

—*Vivat!*— gritaban con idéntico entusiasmo los polacos, aplastándose unos a otros para verlo, con mengua de la formación. Napoleón inspeccionó el río, echó pie a tierra y se sentó sobre un tronco caído en la orilla. A una señal suya le trajeron el anteojo; lo apoyó en el hombro de uno de los pajes, que se acercó corriendo feliz de servir al Emperador, quien examinó la ribera opuesta y se entregó al estudio del mapa extendido entre los troncos. Sin levantar la cabeza, dio unas órdenes y dos edecanes corrieron hacia los ulanos polacos.

—¿Qué? ¿Qué ha dicho?— se oyó entre las filas cuando uno de los ayudantes se acercó al galope hasta ellos.

El Emperador ordenaba que se buscara un vado y se pasara a la otra orilla. El coronel de los ulanos, un polaco viejo, guapo, con rostro enrojecido y embrollándose con las palabras por la emoción, preguntó al ayudante si se le permitía atravesar el río con sus hombres sin buscar el

vado. Con visible temor a una negativa, igual que un niño que pide permiso para montar a caballo, el coronel polaco deseaba que le permitieran cruzar el río en presencia del Emperador. El ayudante contestó que al Emperador no le disgustaría probablemente aquel extremado celo.

Tan pronto como el ayudante hubo pronunciado esas palabras, el viejo y bigotudo coronel, con rostro feliz y ojos brillantes, alzó el sable, gritó *"Vivat"*! y ordenó a sus ulanos que lo siguieran; espoleando a su caballo galopó hacia el río. El animal titubeó un instante junto al agua y el coronel lo golpeó iracundo y se metió en el Vístula, seguido por centenares de ulanos. Agarrotados por el frío y el temor en medio de la rápida corriente, resultaba difícil mantenerse. Los soldados se agarraban unos a otros y caían de sus caballos; algunos animales se hundieron, arrastrando consigo a los hombres; los demás trataban de alcanzar, nadando, la otra orilla, y a pesar de que a medio kilómetro había un vado, parecían orgullosos de nadar y hundirse a la vista de aquel hombre que permanecía sentado en el tronco sin mirar siquiera lo que estaban haciendo. Cuando el ayudante, ya de vuelta, aprovechó el instante oportuno para llamar la atención del Emperador sobre el fervor de los soldados polacos hacia su persona, el hombrecillo de levita gris se levantó, hizo llamar a Berthier y empezó a caminar con él de un lado a otro, dándole órdenes; de vez en cuando miraba descontento hacia los ulanos que se ahogaban en el Vístula y que distraían su atención.

No era nueva en él la convicción de que en todos los confines del mundo, desde África hasta las estepas de Moscovia, su presencia despertaba en los hombres el mismo entusiasmo, lanzándolos a la locura, al olvido de sí mismos. Pidió un caballo y se fue a su campamento.

Unos cuarenta ulanos perecieron en el paso del río a pesar de las barcas enviadas en su auxilio. La mayoría regresó a la otra orilla. El coronel y algunos otros cruzaron el río y salieron con dificultad; y nada más pisar tierra, chorreando agua, repitieron sus vivas, mirando con entusiasmo el lugar donde antes estuviera el Emperador y considerándose felices en aquel momento.

Aquella noche Napoleón, entre dos órdenes —una para que se activara el envío de falsos billetes de banco rusos, que debían ser introducidos en Rusia, y otra disponiendo el fusilamiento de un sajón a quien se le había

encontrado una carta con datos sobre las posiciones del ejército francés—, mandó que se inscribiera en la Legión de Honor, de la que él era el jefe, al coronel polaco que, sin necesidad alguna, se había lanzado al Vístula.

Quos vult perdere dementat.[341]

III

Entretanto, el Emperador de Rusia llevaba más de un mes viviendo en Vilna, presenciando revistas y maniobras militares. Nada estaba dispuesto para una guerra que todos esperaban y para cuya preparación había llegado Alejandro desde San Petersburgo. No había plan general de campaña y las vacilaciones en cuanto a su elección, entre los proyectos presentados, se habían intensificado desde la llegada del Emperador al Cuartel General. Cada uno de los tres ejércitos tenía un comandante en jefe; pero no existía un jefe que mandara los tres; y el Emperador no quería hacerse cargo del mando.

Cuanto más tiempo pasaba Alejandro en Vilna, menores eran los preparativos para una guerra que ya se cansaban de esperar. Todas las aspiraciones de quienes rodeaban al Emperador se reducían, al parecer, a proporcionarle una estancia agradable y hacerle olvidar la guerra que se avecinaba.

Después de numerosos bailes y fiestas en las mansiones de los magnates polacos, de los palaciegos y del mismo Alejandro, en junio, uno de los edecanes polacos del Emperador tuvo la idea de ofrecer al Soberano un banquete y un baile en nombre de los generales ayudantes de campo. Todos acogieron con júbilo la sugerencia; el Emperador dio su conformidad. Y los ayudantes de campo comenzaron a recoger dinero para la fiesta.

Escogieron a la dama que pudiera ser la preferida del Emperador, para que hiciera los honores; el conde Bennigsen, que tenía grandes propiedades en la provincia de Vilna, ofreció su casa de campo en Zakrest, en las afueras de la ciudad. El baile, el banquete, el paseo en barca por el río y los fuegos de artificio tendrían lugar el 13 de junio, en la finca del conde.

El mismo día en que Napoleón daba orden de cruzar el Niemen y sus tropas de vanguardia, desplazando a los cosacos, penetraban en territorio ruso, Alejandro asistía en el palacio de Bennigsen a la fiesta que le ofrecían sus generales ayudantes de campo.

La fiesta resultaba brillante y alegre. Los entendidos en la materia aseguraban que muy pocas veces habían visto reunidas tantas y tan bellas damas en un mismo lugar. La condesa Bezújov se hallaba presente, entre otras damas rusas que habían seguido al Emperador a Vilna, y su impresionante belleza, típicamente rusa, eclipsaba a las refinadas damas polacas. El Emperador se fijó en ella y le concedió el honor de un baile.

Borís Drubetskói, *en garçon*, como él decía, pues había dejado a su mujer en Moscú, estaba en el baile y, aunque no era general ayudante de campo, participó con una fuerte suma en la suscripción para la fiesta. Rico ya en dinero y en honores, no buscaba protección y trataba de igual a igual a los jóvenes de su edad llegados a las máximas alturas.

Eran las doce de la noche y continuaba el baile. Elena, que no encontraba pareja digna de ella, propuso a Borís una mazurka. Formaban la tercera pareja. Borís miraba indiferente los desnudos hombros de Elena, que emergían espléndidos entre el oscuro vestido de tul recamado en oro. Hablaba de sus viejas amistades y, al mismo tiempo, sin advertirlo y sin que lo advirtieran los demás, no cesaba ni por un momento de observar al Emperador, que se encontraba en la misma sala. Éste no bailaba; permanecía junto a la puerta y detenía a unos y a otros hablándoles con aquellas palabras cariñosas que sólo él sabía decir.

Al comienzo de la mazurka, Borís notó que el general ayudante de campo Bálashov, una de las personas más próximas al Emperador, se acercaba a él y se detenía, no como acostumbraban los cortesanos, sino muy cerca del Soberano, que en aquellos momentos estaba conversando con una dama polaca. Alejandro fijó una mirada interrogativa en Bálashov y, comprendiendo que procedía así por algún grave motivo, hizo una leve inclinación a la dama y se volvió hacia el general. Desde las primeras palabras de Bálashov, el rostro del Emperador expresó asombro. Tomó al ayudante de campo por el brazo y atravesó con él la sala sin darse cuenta de que la gente se apartaba, dejándoles un amplio espacio a los dos lados.

Borís observó también el alterado rostro de Arakchéiev cuando el Emperador pasó delante de él acompañado de Bálashov. Sin dejar de mirar al Soberano, Arakchéiev avanzó, resoplando con su roja nariz, como si esperase la llamada del Emperador. (Borís comprendió que Arakchéiev envidiaba a Bálashov y le disgustaba que una noticia, al parecer importante, llegase al Emperador a través de otro que no fuera él.)

Pero Alejandro pasó con el ayudante de campo sin fijarse en él y ambos salieron por la puerta al jardín iluminado. Arakchéiev, sujetándose el espadín y mirando colérico alrededor, los siguió a una distancia de veinte pasos.

Mientras seguía bailando la mazurka, Borís no cesaba de pensar, intrigado, en cuál podía ser aquella noticia traída por Bálashov y en cómo podía enterarse de ella antes que los demás.

Cuando llegó el momento de elegir a una dama, dijo a Elena que iba en busca de la condesa Potocka, que debía de haber salido al balcón. Se deslizó con paso ligero por el parquet hacia la puerta que daba al jardín y, al ver que el Zar salía de la terraza, dirigiéndose a la puerta, Borís, como si le faltara tiempo para retroceder, se hizo a un lado respetuosamente contra el quicio e inclinó la cabeza.

El Emperador, con la emoción del hombre ofendido personalmente, decía:

—¡Entrar en Rusia sin previa declaración de guerra! No habrá reconciliación mientras quede en mis tierras un solo soldado enemigo.

A Borís le pareció que el Emperador pronunciaba aquellas palabras con satisfacción. Parecía contento por la vigorosa expresión dada a sus ideas, pero le disgustaba que las oyese Borís.

—¡Que nadie lo sepa!— añadió frunciendo el ceño.

Borís comprendió que esas palabras se referían a él y, cerrando los ojos, inclinó levemente la cabeza. El Emperador volvió a la sala y permaneció en el baile cerca de media hora.

Borís supo antes que nadie que las tropas francesas habían pasado el Niemen. Gracias a ello pudo demostrar a ciertos personajes que él sabía lo que permanecía oculto a los demás; y ser más estimado por ellos.

La noticia del paso del Niemen por los franceses llegaba de improviso después de un mes de espera y ¡en pleno baile! En el primer instante, el Emperador, indignado y herido por la ofensa que se le hacía, encontró la frase que había de hacerse célebre, muy de su gusto porque expresaba perfectamente sus sentimientos. Al volver del baile, a las dos de la madrugada, hizo llamar a su secretario Shishkov y le ordenó escribir la orden del día a las tropas y el rescripto al mariscal príncipe Saltikov, exigiendo que se incluyera la frase: "No habrá reconciliación mientras quede en mis tierras un soldado enemigo".

Al día siguiente escribió a Napoleón la siguiente carta:

> *Monsieur mon frère*. Supe ayer que, a pesar de la lealtad con que he cumplido mis compromisos con Vuestra Majestad, sus tropas han atravesado la frontera rusa; y ahora recibo de San Petersburgo una nota en la que el conde Lauristen anuncia, como causa de esta agresión, que Vuestra Majestad se considera en estado de guerra conmigo desde el momento en que el príncipe Kurakin solicitó sus pasaportes. Los motivos por los que el duque de Bassano rechazó semejante petición no me hubieran hecho suponer jamás que ese gesto sirviera de pretexto a la agresión. En efecto, ese embajador, como él mismo ha manifestado, no tenía autorización para dar el paso que dio; y apenas lo supe le hice llegar mi desaprobación y mis órdenes de que permaneciera en su puesto. Si Vuestra Majestad no tiene la intención de derramar la sangre de nuestros pueblos por un equívoco de este género y consiente en retirar sus tropas del territorio ruso, consideraré lo hecho como no ocurrido, y será posible un acuerdo entre nosotros. En el caso contrario, Majestad, me veré obligado a rechazar un ataque que yo no he provocado en manera alguna. Depende aún de Vuestra Majestad el evitar a la humanidad las calamidades de una nueva guerra.

Je suis, etc…

(Fdo.): Alexandre

IV

El 14 de junio, a las dos de la mañana, el Zar hizo llamar a Bálashov y, después de leerle su carta, le ordenó que la entregara personalmente a Napoleón. Alejandro le repitió que no se reconciliaría mientras quedase un enemigo armado en territorio ruso y le ordenó que se lo dijese fielmente a Napoleón. Esas palabras no figuraban en la carta, porque su tacto innato le advertía que no eran oportunas cuando se hacía la última tentativa de reconciliación, pero reiteró a Bálashov la orden de hacerlas conocer al Emperador francés.

Bálashov, acompañado por un cometa y dos cosacos, salió en la noche del 13 al 14 y al amanecer llegó a la aldea de Rikonti, ocupada por las vanguardias francesas, en la orilla del Niemen. Los centinelas de la caballería francesa le dieron el alto.

Un suboficial de húsares, de uniforme azul y gorro de piel, gritó a Bálashov que se detuviera. Éste no le hizo caso, y siguió al paso por el camino.

El suboficial frunció el ceño, mascculló una injuria y echó su caballo sobre Bálashov con el sable desenvainado, y en forma grosera preguntó al general ruso si era sordo y si no oía lo que se le decía. Bálashov se dio a conocer y el suboficial mandó a un soldado en busca del oficial.

Sin atender más a Bálashov, el suboficial se puso a charlar con sus compañeros de asuntos del regimiento, sin mirar siquiera al general ruso.

A Bálashov le parecía extraño ver en tierra rusa una actitud hostil y, sobre todo, aquella absoluta falta de respeto hacia él, tan habituado a las altas esferas y a los honores, sobre todo después de su conversación con el Zar hacía tres horas escasas.

El sol asomaba entre las nubes, el aire era fresco y húmedo por el rocío; los rebaños salían de la aldea y las alondras, semejantes a burbujas en el agua, revoloteaban por los campos una tras otra y entonaban su canto.

Bálashov miraba en derredor esperando que el oficial llegase de la aldea. Los cosacos, el corneta y los soldados franceses intercambiaban, de vez en cuando, miradas en silencio.

Un coronel francés de húsares, que evidentemente acababa de saltar de la cama, salió de la aldea en un hermoso caballo gris acompañado por dos húsares. Tanto el oficial como los soldados y los caballos ofrecían un aspecto de bienestar y gallardía.

Eran los primeros días de campaña, cuando las tropas se conservan aún en perfecto estado, casi como en una revista en tiempos de paz, diferenciándose sólo por ciertos detalles bélicos en el uniforme y una moral alegre y jactanciosa que acompaña siempre a los primeros tiempos de una guerra.

El coronel francés contenía a duras penas los bostezos, pero era un hombre cortés y pareció comprender toda la importancia de Bálashov. Lo hizo pasar entre sus patrullas y le informó de que no tardaría en cumplirse su deseo de ver al Emperador, pues creía que su Cuartel General no estaba lejos.

Atravesaron la aldea de Rikonti, ante los centinelas y húsares franceses que saludaban a su coronel y miraban curiosos el uniforme ruso. A dos kilómetros, según el coronel, estaba el jefe de la división, que recibiría a Bálashov y lo conduciría al lugar debido.

El sol se había levantado y brillaba alegremente sobre los verdes campos. Acababan de subir una cuesta y de pasar una venta cuando apareció un grupo de jinetes a cuyo frente cabalgaba, en potro negro de relucientes arreos, un hombre de gran estatura, largos cabellos rizados que le caían hasta los hombros, sombrero con plumas, capa roja y largas piernas tendidas hacia delante, como es costumbre montar entre los franceses. Aquel hombre galopaba al encuentro de Bálashov; las plumas, la pedrería, los galones y entorchados de su uniforme brillaban al claro sol de junio.

Bálashov estaba ya a dos cuerpos de caballo del jinete que venía hacia él con aire solemne y teatral cuando Ulner, el coronel francés, murmuró

respetuosamente: *“Le roi de Naples”*.[342]

En efecto, era Murat, ahora rey de Nápoles; aunque era del todo incomprensible por qué, así lo llamaban; sin embargo, él mismo estaba convencido de serlo; por eso adoptaba ahora un aire solemne y majestuoso que antes no tenía. Tan persuadido estaba de ser rey que la víspera de su partida de Nápoles, mientras paseaba con su esposa por las calles de aquella ciudad, al ver que algunos italianos gritaban *“Viva il re!”*,[343] se volvió con una triste sonrisa a su mujer y dijo: *“Les malheureux, ils ne savent pas que je les quitte demain!”*.[344]

A pesar de su convicción de ser rey de Nápoles y de lamentar la tristeza de los súbditos a quienes abandonaba, cuando le ordenaron reincorporarse al servicio y, sobre todo, después de su entrevista con Napoleón en Dantzig, cuando su augusto cuñado le dijo: *“Je vous ai fait roi pour régner a ma manière, mais pas a la vôtre”*[345], volvió alegremente a la carrera que le era tan familiar y, como un caballo bien alimentado pero no gordo, sintiéndose firmemente uncido y vestido de la manera más llamativa y costosa, se lanzó alegre y satisfecho por los caminos de Polonia, sin saber a dónde ni a qué iba.

Al ver al general ruso, con un movimiento solemne, propio de reyes, echó hacia atrás su cabeza, enmarcada por largos cabellos rizados, y miró interrogante al coronel francés. Éste comunicó respetuosamente a Su Majestad los títulos de Bálashov, cuyo nombre le fue imposible pronunciar.

—De Bal-machève— exclamó el Rey, solucionando decididamente la dificultad del coronel. —Charmé de faire votre connaissance, général[346]— añadió con un gesto de gracia real.

Pero en cuanto se puso a hablar en voz alta y con rapidez, toda su dignidad real lo abandonó como de improviso, y, sin notarlo, pasó al tono que le era propio, de bonachona familiaridad. Puso la mano en las crines del caballo de Bálashov.

—Eh bien, général, tout est à la guerre, à ce qu’il paraît[347]— dijo, como lamentando una circunstancia que no podía juzgar.

—Sire, l’Empereur mon maître ne désire point la guerre, comme Votre Majesté le voit[348]— respondió Bálashov, declinando el *Majesté* en todos

los casos con la afectación inevitable de cuando se pronuncia un título nuevo aun para quien lo lleva.

El rostro de Murat resplandeció de infantil placer escuchando a *monsieur de Balachoff*. Pero, como *royauté oblige*,[349] sentía la necesidad de hablar con el embajador de Alejandro sobre cuestiones de Estado, como rey y aliado. Echó pie a tierra y, tomando a Bálashov por el brazo, se apartó unos pasos del séquito, que aguardaba con respeto. Paseando, Murat hablaba tratando de dar importancia a sus palabras. Recordó que el emperador Napoleón se había ofendido cuando se le exigió que se retirasen las tropas de Prusia, sobre todo porque esa exigencia se había hecho pública, cosa que hería la dignidad de Francia. Bálashov repuso que aquella exigencia no tenía nada ofensivo, porque…

Murat lo interrumpió:

—Entonces, ¿cree que no es el emperador Alejandro el que ha provocado esto?— preguntó de pronto con una sonrisa bonachona y estúpida.

Bálashov explicó por qué creía que el iniciador de la guerra era Napoleón.

—Eh! mon cher général— lo interrumpió Murat, je désire de tout mon coeur que les Empereurs s'arrangent entre eux et que la guerre commencée malgré moi se termine le plus tôt possible[350]— dijo Murat con ese tono propio de los criados que quieren seguir siendo amigos a pesar de las disputas de sus amos.

Y comenzó a preguntar por el gran duque y su salud, recordando los tiempos alegres y felices que había pasado con él en Nápoles. Después, de modo inesperado, como acordándose de nuevo de su dignidad real, Murat se irguió con solemnidad, tomó la postura que había ostentado durante su coronación y, agitando la mano derecha, dijo:

—Je ne vous retiens plus, général; je souhaite le succès de votre mission.[351]

Y dejando flotar en el aire su bordada capa roja y sus plumas y luciendo sus joyas, se unió al séquito que lo esperaba respetuosamente.

Bálashov siguió adelante, persuadido, según las palabras de Murat, de que lo conducirían en seguida ante Napoleón. Pero no ocurrió así: los

centinelas del cuerpo de infantería de Davout lo detuvieron de nuevo a la entrada de la próxima aldea y un ayudante del jefe del cuerpo, llamado al efecto, lo condujo a la aldea donde estaba el mariscal Davout.

V

Davout era el Arakchéiev del emperador Napoleón, un Arakchéiev no cobarde, buen cumplidor y cruel como el otro, que sólo de ese modo sabía poner de manifiesto su lealtad al Emperador.

Semejantes hombres son necesarios en el organismo estatal como lo son los lobos en el organismo de la naturaleza; existen siempre, siempre aparecen y se mantienen a pesar de la anomalía que supone su presencia y su proximidad al jefe del Estado. Sólo esa necesidad puede explicar que un Arakchéiev, hombre nada cortesano, grosero e ignorante, cruel hasta el punto de arrancarle personalmente los bigotes a los granaderos y que por debilidad de sus nervios era incapaz de soportar el menor peligro, lograra tamaña influencia sobre Alejandro, caballeroso, noble y sensible.

Bálashov encontró al mariscal Davout en el cobertizo de una isba campesina, sentado en un pequeño barril, comprobando unas cuentas. A su lado, de pie, había un ayudante de campo. Indudablemente, podía haber encontrado mejor alojamiento, pero el mariscal Davout era uno de esos hombres que, a propósito, procuraban vivir en las peores condiciones para conservar el derecho a ser sombríos; idéntico motivo los mantiene siempre presurosos y ocupados. "¿Cómo voy a pensar en las cosas agradables de la vida cuando trabajo, ya lo ve, en un cobertizo sucio, sentado en un barril?", parecía decir la expresión de su rostro. El mayor placer y la única necesidad de ese tipo de hombres, cuando se enfrentan con alguien de vida animada, consiste en echarle en cara su propia actividad sobria y perseverante. Davout se proporcionó este placer cuando se presentó Bálashov. Se enfrascó aún más en su trabajo y miró a través de sus lentes el rostro del general ruso, animado por la excelente mañana y la conversación con

Murat; no se levantó ni hizo siquiera el menor movimiento; frunció aún más duramente el ceño y sonrió agriamente.

Al observar en el rostro de Bálashov la desagradable impresión que aquella acogida le producía, levantó la cabeza y preguntó con frialdad qué deseaba.

Bálashov, suponiendo que tal recibimiento se debía tan sólo a que ignoraba su calidad de general ayudante de campo del emperador Alejandro y aun de representante suyo ante Napoleón, se apresuró a informarlo de quién era. Pero contrariamente a lo que esperaba, Davout se manifestó aún más hosco y grosero después de haberlo escuchado.

—¿Dónde está el pliego?— dijo. —Donnez-le-moi, je l'enverrai à l'Empereur.[352]

Bálashov contestó que tenía órdenes de entregarlo personalmente al Emperador.

—Las órdenes de su Emperador se cumplen en su ejército; aquí debe hacer lo que se le diga— dijo Davout.

Y, para dar a entender mejor al general ruso que estaba a merced de la fuerza bruta, Davout envió al ayudante en busca del oficial de servicio.

Bálashov sacó el pliego que contenía el mensaje imperial y lo puso sobre la mesa (que no era más que el batiente de una puerta, todavía con sus bisagras, apoyado sobre dos barriles). Davout tomó el pliego y leyó la dirección.

—Es usted muy dueño de concederme o no los respetos que se me deben— dijo Bálashov, —pero me permito recordarle que tengo el honor de ser general ayudante de campo de Su Majestad…

Davout lo miró en silencio y sintió un visible placer ante la inquietud y confusión que reflejaba el rostro del general ruso.

—Se lo tratará como se merece— dijo, y guardándose la carta en el bolsillo salió del cobertizo.

Unos minutos después, el ayudante de campo del mariscal, señor de Castres, condujo a Bálashov al alojamiento que se le había preparado.

Bálashov comió aquel día con el mariscal en el cobertizo, utilizando por mesa la puerta sobre dos barriles.

A la mañana siguiente Davout se marchó muy temprano, no sin antes llamar a Bálashov y decirle con aire significativo que le rogaba permanecer allí y, en el caso de recibir la orden de moverse, hacerlo con los convoyes; le dijo también que no podía hablar con nadie a excepción del señor de Castres.

Después de cuatro días de aburrimiento y soledad, consciente de no ser dueño de sus actos y de su propia insignificancia, tanto más sensible después del ambiente de poder al que estaba habituado a moverse hacía tan poco, Bálashov regresó a Vilna tras varias etapas de marcha con los convoyes del mariscal, entre tropas francesas que ocupaban todo aquel territorio. Bálashov entró en Vilna, ahora en poder de los franceses, por la misma puerta por la cual había salido cuatro días antes.

Al día siguiente, el chambelán imperial, monsieur de Tourenne, se presentó a Bálashov y le comunicó el deseo del emperador Napoleón de concederle el honor de una audiencia.

Cuatro días antes, frente a la misma casa a la que ahora lo habían conducido, montaban guardia los centinelas del regimiento Preobrazhenski; ahora, en cambio, dos granaderos franceses, con uniforme azul y gorro afelpado, una escolta de húsares y ulanos y un brillante séquito de ayudantes de campo, pajes y generales aguardaban la salida de Napoleón; en el centro del grupo se destacaba un caballo ensillado, cuyas riendas tenía el mameluco Roustan. Napoleón recibía en Vilna a Bálashov en la misma casa desde la cual lo había enviado cuatro días antes el emperador Alejandro.

VI

Aunque Bálashov estaba acostumbrado a la magnificencia de la Corte rusa, el lujo fastuoso de la de Napoleón lo sorprendió y asombró.

El conde de Tourenne lo introdujo en la gran sala de espera, donde aguardaban numerosos generales, chambelanes y magnates polacos, a muchos de los cuales Bálashov había visto en la Corte del emperador Alejandro. Duroc anunció que Napoleón recibiría al general ruso antes del paseo.

Tras algunos minutos de espera, el chambelán de servicio apareció en la gran sala y saludó respetuosamente a Bálashov, invitándolo a seguirlo.

Bálashov entró en un saloncito, una de cuyas puertas comunicaba con el gabinete de trabajo donde Alejandro le había confiado su misión cerca de Napoleón. Bálashov esperó un par de minutos, se oyeron unos rápidos pasos y las dos hojas de la puerta se abrieron; todo quedó en silencio y se acercaron otros pasos, firmes y enérgicos. Era Napoleón, que había acabado su *toilette* matinal para montar a caballo. Una casaca azul se abría encima de un chaleco que descendía sobre su vientre redondo; calzones blancos ceñían los muslos de sus cortas piernas, calzadas con botas de montar. Al parecer, acababan de peinar sus cortos cabellos, pero un mechón caía en el centro de su frente espaciosa. El cuello blanco y carnoso se destacaba sobre el uniforme negro. Iba perfumado con agua de colonia. Su rostro lleno y juvenil, de barbilla saliente, expresaba una majestuosa benevolencia imperial.

Entró con la cabeza algo echada hacia atrás, acompañando cada paso con un temblor nervioso. Su figura toda, corta y achaparrada, de hombros amplios y gruesos, de vientre y pecho pronunciados, tenía ese aire

representativo de los hombres de cuarenta años que viven holgadamente. Se advertía, además, que ese día se encontraba de un humor excelente.

Inclinó la cabeza, en respuesta al profundo y respetuoso saludo de Bálashov, y, acercándose a él, comenzó a hablar como un hombre para quien cada minuto es precioso y no se digna preparar sus discursos, convencido de que dirá siempre bien lo que debe decir.

—Buenos días, general— dijo, —he recibido la carta del emperador Alejandro que usted traía y estoy encantado de verlo.

Fijó sus grandes ojos en el rostro de Bálashov y en seguida desvió la mirada. Era evidente que la persona del general ruso no le interesaba y que sólo lo preocupaba lo que ocurría en su *interior*. Cuanto ocurría fuera de su persona no tenía para él importancia, puesto que en el mundo, pensaba él, todo dependía de su voluntad.

—No deseo ni he deseado la guerra— prosiguió —pero me han forzado a ella. Aun *ahora*— y acentuó esta palabra —estoy dispuesto a aceptar todas las explicaciones que pueda usted darme.

Y, comenzó a exponer clara y brevemente las causas de su disgusto con el gobierno ruso. El tono moderado, tranquilo y amistoso con que hablaba el Emperador francés, llevó a Bálashov a la firme convicción de que Napoleón deseaba la paz y estaba dispuesto a iniciar negociaciones.

—Sire, l’Empereur mon maître…**[353]**— comenzó Bálashov, que había preparado su discurso mucho tiempo antes, cuando Napoleón, terminada su exposición, miró interrogativamente al general ruso.

Pero la mirada del Emperador, fija en él, lo turbó. “No se turbe, tranquilícese”, pareció decir Napoleón, mirando con una sonrisa apenas perceptible el uniforme y la espada del embajador.

Bálashov consiguió dominarse y dijo que el emperador Alejandro no consideraba motivo suficiente para la guerra la petición de pasaportes hecha por su embajador; Kurakin había obrado por propia iniciativa, sin el consentimiento de su Soberano; añadió, por último, que el emperador Alejandro no deseaba la guerra y que no mantenía relación alguna con Inglaterra.

—*Todavía no*— lo interrumpió Napoleón, y, como si temiera dejarse llevar por sus sentimientos, frunció el ceño y movió la cabeza, dando a

entender a Bálashov que podía proseguir.

Cuando hubo dicho todo cuanto se le había ordenado, Bálashov añadió que el emperador Alejandro deseaba la paz, pero comenzaría las conversaciones siempre que… Llegado a ese punto, Bálashov titubeó: recordó las palabras que el Emperador no había incluido en la carta, pero que había ordenado introducir en el rescripto enviado a Saltikov; palabras que Bálashov debía transmitir a Napoleón. Las recordaba bien: “mientras permanezca un enemigo armado en territorio ruso”, pero lo contuvo un complejo sentimiento. No podía pronunciar esas palabras, aunque tal era su deseo. Titubeó un instante y dijo: “A condición de que las tropas francesas se retiren al otro lado del Niemen”.

No pasó por alto a Napoleón la turbación del embajador ruso al pronunciar las últimas palabras; se estremeció su rostro y la pantorrilla de su pierna izquierda comenzó a temblar acompasadamente. Sin moverse de su sitio y con voz más enérgica y apresurada que antes, comenzó a hablar. Durante todo este tiempo, Bálashov hubo de bajar varias veces los ojos, atraído, sin darse cuenta, por el temblor de la pantorrilla izquierda de Napoleón, que aumentaba a medida que su voz subía de tono.

—Deseo la paz tanto como el emperador Alejandro— dijo. —¿Es que no hice todo lo posible para conseguirla a lo largo de dieciocho meses? Durante todo ese tiempo he esperado una explicación; y ahora, para empezar las negociaciones, ¿qué es lo que se me pide?— y levantó las cejas e hizo con la pequeña y regordeta mano un gesto enérgico.

—La retirada de las tropas francesas al otro lado del Niemen, Sire— dijo Bálashov.

—¿Al otro lado del Niemen?— repitió Napoleón. —Entonces, ¿quieren que retroceda al otro lado del Niemen, sólo al otro lado?— y miró con fijeza a Bálashov, quien inclinó respetuoso la cabeza.

En vez de pedirle, como cuatro meses antes, la retirada de Pomerania, ahora se le exigía tan sólo el retroceso a la otra orilla del Niemen. Napoleón se volvió rápidamente y comenzó a pasear por la habitación.

—Dice que se me exige retroceder al otro lado del Niemen para comenzar las negociaciones; pero hace dos meses se me pedía que

retrocediera al otro lado del Oder y del Vístula, y, sin embargo, ahora consiente en iniciar las conversaciones.

Caminó en silencio de un lado a otro de la estancia y se detuvo de nuevo frente a Bálashov. Su rostro parecía petrificado, con severa expresión, y la pierna izquierda le temblaba aún más de prisa que antes. Napoleón conocía ese temblor de su pierna. *La vibration de mon mollet gauche est un grand signe chez moi*,[354] había de decir posteriormente.

—¡Proposiciones como esas de abandonar el Oder y el Vístula pueden hacerse al príncipe de Baden, pero no a mí!— exclamó casi gritando. —Aunque me diesen San Petersburgo y Moscú, no aceptaría semejante propuesta. Dice usted que yo he comenzado la guerra. ¿Y quién fue el primero en incorporarse al ejército? El emperador Alejandro, y no yo. Me proponen negociaciones cuando he gastado millones, mientras que ustedes se han aliado con Inglaterra y su situación es mala… ¿Qué objetivo tiene su alianza con Inglaterra? ¿Qué les ha dado?— dijo rápidamente, hablando así no para exponer las ventajas de una paz ni para discutir su posibilidad, sino para probar la razón que lo asistía, su fuerza y la sinrazón y los errores de Alejandro.

El exordio tenía por finalidad evidente demostrar la ventaja de su posición, a pesar de lo cual estaba dispuesto a aceptar la iniciación de las conversaciones. Pero ahora había comenzado a hablar, y cuanto más hablaba, más difícil le era regir sus propias palabras.

Lo único que se proponía era, evidentemente, engrandecer su propia persona y ofender a Alejandro: es decir, lo que al comienzo de la entrevista con Bálashov no deseaba en manera alguna.

—Dicen que han llegado ustedes a una paz con los turcos, ¿es verdad?

Bálashov inclinó afirmativamente la cabeza.

—Se ha firmado la paz…— comenzó.

Pero Napoleón no lo dejó seguir. Necesitaba hablar él solo y proseguía su discurso con elocuencia e irritación no contenida a la que son proclives las personas mimadas por la fortuna.

—Lo sé, lo sé; han firmado una paz con los turcos sin conseguir Moldavia ni Valaquia; yo, en cambio, habría dado esas provincias a su Emperador, lo mismo que le di Finlandia. Sí— continuó, —lo había

prometido y estaba dispuesto a entregar al emperador Alejandro Moldavia y Valaquia. Pero ahora no tendrá esas hermosas provincias. Habría podido incorporarlas a su Imperio y ampliar el territorio ruso, en un solo reinado, desde el golfo de Botnia a la desembocadura del Danubio. Catalina la Grande no habría podido hacer más— prosiguió Napoleón, enardeciéndose a medida que hablaba, sin dejar de pasear por la estancia y repitiendo a Bálashov casi las mismas palabras que había dicho al propio Alejandro en Tilsitt. —Tout cela il l'aurait dû à mon amitié. Ah! quel beau règne, quel beau règne!…— repitió varias veces y, deteniéndose, sacó la tabaquera de oro, sorbiendo rapé con avidez. —Quel beau règne aurait pu être celui de l'empereur Alexandre![355]

Miró con lástima a Bálashov, y cuando éste quiso decir algo, se apresuró a seguir.

—¿Qué podía desear o buscar que no hallara en mi amistad?— dijo, perplejo, encogiéndose de hombros. —Pero no, ha preferido rodearse de mis enemigos. ¿Y de quiénes? Ha llamado a los Stein, a los Armfeld, a los Bennigsen y a los Wintzingerode. Stein es un traidor expulsado de su patria; Armfeld, un disoluto e intrigante; Wintzingerode, un súbdito francés huido. Bennigsen es más militar que los demás, aunque no deja de ser un incapaz; no pudo hacer nada en 1807 y debería suscitar en el emperador Alejandro terribles recuerdos… Si todavía fueran hombres capaces de algo se los podría utilizar— prosiguió Napoleón, a quien le empezaba a ser difícil concretar en palabras el torrente de consideraciones que nacían sin descanso en su mente y que probaban su derecho o su fuerza (lo que en su opinión era lo mismo); —pero ni para eso sirven. No son buenos ni para la guerra ni para la paz. Dicen que Barclay es más hábil que los otros, pero yo no lo afirmaría, si juzgamos sus primeros movimientos. ¡Y qué hacen, qué hacen todos esos cortesanos! Pfull propone, Armfeld discute, Bennigsen examina y Barclay, encargado de actuar, no sabe nunca qué decidir y el tiempo pasa sin hacer nada. Sólo Bagration es un militar. Es tonto, pero no le falta experiencia, golpe de vista y decisión… ¿Y qué lugar ocupa su joven Emperador en medio de esa muchedumbre de nulidades? No hacen más que comprometerlo y descargar sobre él la responsabilidad de cuanto se hace. Un souverain ne doit être à l'armée que quand il est général[356]— dijo,

dando a esas palabras el sentido de una provocación. Napoleón conocía los deseos de Alejandro de ser un verdadero caudillo militar. —Hace una semana que comenzó la campaña y no han sabido ustedes defender Vilna. Su ejército está dividido en dos y lo hemos expulsado de las provincias polacas. En las tropas cunde el descontento.

—Todo lo contrario, Majestad— dijo Bálashov, que pugnaba por retener cuanto decía Napoleón y seguir aquel torrente de palabras. —Nuestros soldados arden en deseos…

—Lo sé todo— lo interrumpió Napoleón, —lo sé todo, conozco el número de sus batallones tan bien como el de los míos. Apenas cuenta con doscientos mil hombres, y yo tengo tres veces más; je vous donne ma parole d'honneur que j'ai cinq cent trente mille hommes de ce côté de la Vistule[357]— dijo Napoleón, olvidando que su palabra de honor no podía tener ninguna importancia. —Los turcos no valen para nada, lo han demostrado haciendo esa paz con ustedes. Los suecos… su destino es ser gobernados por reyes locos. Su rey era un demente; lo cambiaron por otro, Bernadotte, que ha enloquecido en seguida, puesto que sólo un loco puede, siendo sueco, firmar una alianza con Rusia.

Napoleón, con malévola sonrisa, sacó de nuevo la tabaquera.

A cada frase de Napoleón, Bálashov quería objetar, pero cuando intentaba decir algo, Napoleón lo interrumpía. Contra la locura de los suecos, Bálashov habría querido decir que Suecia es una isla cuando está respaldada por Rusia, pero Napoleón gritó malhumorado para sofocar sus palabras. El Emperador francés se hallaba en ese estado de irritación en el que es preciso hablar, hablar y hablar sólo para demostrarse a sí mismo tener razón.

La situación de Bálashov se hacía penosa. Temía ver menoscabada su dignidad de embajador y sentía la necesidad de objetar algo; pero como hombre se contraía moralmente ante aquella ira sin motivo, con olvido de sí mismo, que se había apoderado de Napoleón. Sabía que todas las palabras dichas por él en aquel momento carecían de importancia y que él mismo se avergonzaría más tarde de haberlas pronunciado. Bálashov, de pie y con los ojos bajos, miraba las gruesas y temblorosas piernas de Napoleón, tratando de evitar su mirada.

—¿Qué me importan sus aliados?— seguía el Emperador. —Buenos aliados son los míos, los polacos. Son ochenta mil y pelean como leones. Y llegarán a doscientos mil.

Irritado aún más después de esta evidente mentira, y al ver a Bálashov resignado a su suerte, silencioso e inmóvil, se volvió con brusquedad y gritó, acercándose a la cara misma de Bálashov y moviendo enérgicamente sus blancas manos.

—¡Sepa que si arrastran a Prusia contra mí, la borraré del mapa!

Su rostro estaba pálido, desfigurado por la ira. Con gesto enérgico, juntó sus manos blancas y pequeñas en una palmada:

—¡Sí! Los rechazaré hasta más allá del Dvina y el Dniéper y restableceré contra ustedes la barrera que Europa, ciega y criminal, permitió derribar en otro tiempo. Eso es lo que haré; eso es lo que saldrán ganando por haberse alejado de mí— y recorrió en silencio varias veces la habitación; sus amplios hombros se estremecían. Guardó la tabaquera en el bolsillo del chaleco, pero la volvió a sacar, la llevó varias veces a la nariz y se detuvo frente a Bálashov. Silencioso, fijó su irónica mirada en el rostro del general y dijo en voz baja: —Et cependant, quel beau règne aurait pu avoir votre maître![358]

Bálashov, sintiendo la necesidad de objetar algo, dijo que, por parte de Rusia, las cosas no presentaban un aspecto tan sombrío. Napoleón guardó silencio y siguió mirándolo con aire burlón, evidentemente sin escucharlo. Bálashov añadió que Rusia depositaba grandes esperanzas en aquella guerra. Napoleón inclinó condescendiente la cabeza, como queriendo decir: “Lo sé, su obligación es hablarme así, pero ni usted mismo cree en lo que dice, yo lo he convencido”.

Cuando Bálashov dejó de hablar, Napoleón sacó de nuevo la tabaquera, tomó rapé y, como haciendo una señal, dio dos veces en el suelo con el pie. Se abrió la puerta y un chambelán, entre profundas reverencias, entregó al Emperador el sombrero y los guantes; otro le presentó un pañuelo; Napoleón, sin mirarlos, se volvió a Bálashov —Asegure, en mi nombre, al emperador Alejandro que cuenta con mi afecto de antes. Lo conozco muy bien y aprecio mucho sus altas cualidades— y tomó el sombrero. —Je ne

vous retiens plus, général, vous recevrez ma lettre à l'Empereur[359]— y se dirigió rápidamente a la puerta.

Todos los que estaban en la sala de espera se precipitaron escaleras abajo.

VII

Después de cuanto le había dicho Napoleón, de sus accesos de cólera y de sus últimas palabras dichas secamente: “*Je ne vous retiens plus, général, vous recevrez ma lettre*” —pronunciadas con frialdad—, Bálashov estaba convencido de que Napoleón no sólo no quería verlo más, sino que procuraría evitar cualquier entrevista con un embajador ofendido, testigo, además, de sus indignantes transportes de ira. Pero, con gran asombro de su parte, recibió por mediación de Duroc la invitación para sentarse aquel día a la mesa del Emperador.

Bessières, Caulaincourt y Berthier asistían a la comida.

Napoleón recibió a Bálashov con aire alegre y afable. Lejos de mostrar embarazo o vergüenza por su cólera de la mañana, trataba de animar a Bálashov. Era evidente que, desde hacía tiempo, Napoleón no admitía la posibilidad de equivocarse y estaba persuadido de que todo cuanto hacía estaba bien, no porque sus actos respondieran a una concepción del bien y del mal, sino porque era *él* quien los hacía.

El Emperador se mostraba muy alegre, después del paseo a caballo por Vilna, donde la muchedumbre lo había aclamado con entusiasmo. Todas las ventanas de las calles del trayecto estaban engalanadas con tapices, banderas y monogramas con su nombre; muchas damas polacas lo habían saludado desde las ventanas, agitando sus pañuelos.

Durante la comida, Napoleón no sólo se mostró cortés con Bálashov, a quien sentó a su lado, sino que parecía tratarlo como a uno de sus cortesanos, o como a una persona que simpatizaba con sus proyectos y se alegrase de sus éxitos. Entre otras cosas, habló de Moscú e hizo varias preguntas a Bálashov sobre la capital rusa no como un curioso viajero, que

se informa sobre un lugar nuevo que le interesa visitar, sino convencido de que esas preguntas debían halagar a Bálashov como ruso.

—¿Cuántos habitantes tiene Moscú? ¿Cuántos edificios? ¿Es verdad que la llaman Moscou la sainte?[360] ¿Cuántas iglesias tiene?— preguntaba Napoleón.

Al oír que eran más de doscientas las iglesias de Moscú, Napoleón exclamó:

—¿Para qué tantas?

—Los rusos son muy religiosos— replicó Bálashov.

—Pero el gran número de iglesias y monasterios es siempre índice del atraso de un pueblo— dijo Napoleón mirando a Caulaincourt en busca de su conformidad.

Bálashov, respetuosamente, se permitió discrepar de la opinión del Soberano francés.

—Cada nación tiene sus costumbres— dijo.

—Pero en ningún lugar de Europa existe algo semejante— afirmó Napoleón.

—Perdone, Su Majestad— dijo Bálashov, —pero además de Rusia está España, que tiene también muchos conventos e iglesias.

Esta frase de Bálashov, que aludía a la reciente derrota de Napoleón en España, fue, según había de contar después el mismo Bálashov, muy celebrada en la Corte del emperador Alejandro, pero en la mesa de Napoleón pasó inadvertida.

A juzgar por las caras indiferentes y perplejas de los mariscales franceses, era evidente que no habían comprendido la intención de la respuesta a la que parecía aludir el tono de voz del general ruso. “Si era una agudeza, no la entendimos o es que no existe”, parecían decir las caras de los mariscales; tan inadvertida pasó la alusión, que Napoleón no reparó en ella en absoluto y preguntó ingenuamente a Bálashov por qué ciudades pasaba el camino directo de Vilna a Moscú. Bálashov, que desde el principio de la comida estaba alerta, replicó que *comme tout chemin mène* à *Rome, tout chemin mène a Moscou*,[361] que había muchos, y uno de ellos, el que pasaba por Poltava, fue el escogido por Carlos XII. Y Bálashov enrojeció satisfecho del acierto de su respuesta.

Apenas había terminado de decir “Poltava”, cuando ya Caulaincourt sacó a colación la incomodidad del camino de San Petersburgo a Moscú y sus recuerdos de aquella ciudad.

Después de la comida pasaron al despacho de Napoleón para tomar café: era el mismo despacho que, cuatro días antes, ocupaba el emperador Alejandro. Napoleón se sentó y removió su café, servido en taza de Sèvres; señaló a Bálashov una silla junto a él.

Existe en el ser humano, después de comer, una disposición de ánimo que, más fuerte que cualquier otra causa racional, lo lleva a sentirse satisfecho de sí mismo y a ver en cada uno de cuantos lo rodean un amigo. El Emperador estaba en esa disposición: le parecía estar en medio de hombres que lo adoraban, que hasta Bálashov, después de la comida, era un amigo y un adorador. Napoleón se volvió a él con una sonrisa amable y un tanto burlona.

—Me han dicho que esta misma habitación la ocupaba el emperador Alejandro. Es extraño… ¿verdad, general?— dijo, sin dudar, por lo visto, que semejante recuerdo debía ser agradable a su interlocutor, puesto que era una prueba de su superioridad sobre el Soberano ruso.

Bálashov no pudo contestar nada e inclinó la cabeza en silencio.

—Sí, en esta misma estancia, hace apenas cuatro días, discutían Wintzingerode y Stein— prosiguió Napoleón seguro de sí mismo, con la misma sonrisa burlona. —Lo que no puedo entender es que el emperador Alejandro se haya rodeado de todos mis enemigos personales. No lo… entiendo. ¿No ha pensado que yo podría hacer lo mismo?— preguntó a Bálashov. Ese recuerdo lo llevaba de nuevo, sin duda, hacia la pendiente de la cólera de aquella mañana, todavía fresca en él.

—Él debe saber que lo haré— añadió, apartando con la mano su taza y levantándose. —Expulsaré de Alemania a todos sus parientes: los Würtemberg, los Baden, los Weimar… Sí, los expulsaré a todos. ¡Que vaya pensando en prepararles refugio en Rusia!

Bálashov inclinó la cabeza, dando a entender con su aspecto que desearía retirarse y que si escuchaba lo que le estaban diciendo era porque no podía hacer otra cosa. Napoleón no lo advirtió siquiera. Hablaba a Bálashov no como a un embajador de su enemigo, sino como a un hombre

que le fuera absolutamente fiel ahora y que debía alegrarse de la humillación de su antiguo señor.

—¿Y para qué tomó el emperador Alejandro el mando de sus tropas? ¿Por qué? La guerra es mi oficio; el suyo es reinar, no mandar ejércitos. ¿Por qué ha tomado esa responsabilidad?

Napoleón sacó una vez más su tabaquera; dio unos pasos en silencio y, de pronto, inesperadamente, se acercó a Bálashov; y con una ligera sonrisa, con seguridad, rápida y sencillamente, como si esto fuera no sólo importante, sino muy agradable para Bálashov, levantó la mano hacia el rostro del general ruso, un hombre de cuarenta años, y le tiró ligeramente de la oreja sin dejar de sonreír.

Avoir l'oreille tirée par l'Empereur[362] era, en la Corte francesa, el mayor de los honores y una gran merced.

—Eh bien, vous ne dites rien, admirateur et courtisan de l'empereur Alexandre?[363]— preguntó, como si le pareciera algo ridículo el que una persona, en su presencia, pudiera ser *courtisan y admirateur* de otro que no fuera él. —¿Están dispuestos los caballos del general?— añadió, inclinando apenas la cabeza en respuesta al saludo de Bálashov. —Que le den los míos. Tiene que *ir lejos*…

La carta confiada a Bálashov era la última carta de Napoleón para Alejandro. Bálashov explicó detalladamente al Emperador ruso su entrevista con Napoleón y la guerra dio comienzo.

VIII

Después de su entrevista con Pierre en Moscú, el príncipe Andréi marchó a San Petersburgo a resolver unos asuntos, según dijo a su familia, pero en realidad para buscar allí al príncipe Kuraguin, a quien consideraba necesario ver. Llegado a San Petersburgo, se informó del paradero de Anatole y supo que ya no estaba allí. Pierre había hecho saber a su cuñado que el príncipe Andréi lo buscaba y Kuraguin recibió en seguida un nuevo destino del ministro de la Guerra y se incorporó al ejército en Moldavia.

En San Petersburgo el príncipe Andréi encontró a Kutúzov, su antiguo general, siempre tan bien dispuesto hacia él, y éste le propuso ir con él al ejército de Moldavia, del que había sido nombrado comandante en jefe. Cuando el príncipe Andréi fue destinado al Estado Mayor del Cuartel General partió hacia Turquía.

Bolkonski no estimaba oportuno escribir a Kuraguin y provocarlo sin un nuevo pretexto para el duelo. Pensaba que haciéndolo comprometería a la condesa Rostova, y por ese motivo buscaba un encuentro personal con él y una nueva razón para batirse. Pero tampoco en el ejército turco consiguió encontrar a Kuraguin, quien, poco después de la llegada del príncipe Andréi, había regresado a Rusia. En un país desconocido y en condiciones de vida completamente nuevas, el príncipe Andréi sintió cierto alivio. Cuanto más intenso era su dolor por la traición de su prometida, tanto mayor esfuerzo hacía para disimular sus sentimientos ante los demás; aquella vida en la que tan feliz había sido en otros tiempos se le hacía cada vez más penosa, lo mismo que su libertad y su independencia, que tanto había valorado anteriormente. No lo asaltaban los viejos pensamientos que acudieron a su memoria por primera vez a la vista del cielo en el campo de

Austerlitz, pensamientos que le gustaba comentar con Pierre y que habían llenado su soledad en Bogucharovo y después en Suiza y Roma. Temía su solo recuerdo, que le abría horizontes infinitos y claros. Ahora sólo ocupaban su espíritu cuestiones inmediatas y prácticas, sin relación alguna con el pasado. Y tanto más ávidamente se aferraba a esos problemas cuanto más se ocultaban y alejaban de él sus ideas de antes. Como si aquel cielo infinito que se elevaba sobre él se hubiera convertido repentinamente en una cúpula baja y definida, que lo oprimía, donde todo era evidente y no había nada eterno ni misterioso.

De todas las ocupaciones que se le ofrecían, el servicio militar le parecía la más sencilla y la que mejor conocía. En sus funciones de general de servicio en el Estado Mayor de Kutúzov, se ocupaba con tesón de los asuntos y asombraba al comandante en jefe por su celo y su orden en el trabajo. Al no encontrar a Kuraguin en Turquía, no creyó necesario volver tras él a Rusia; sabía, sin embargo, que, al encontrarlo, por largo que fuera el tiempo transcurrido, a pesar de todo su desprecio de aquel hombre y de todas las razones que lo inclinaban a considerar indigno rebajarse hasta un choque con él, no dejaría de provocarlo. De la misma manera que el hambriento no puede dejar de lanzarse sobre la comida, la conciencia de no haber lavado aún la ofensa, de sentir aún la cólera en el corazón, envenenaba aquella ficticia tranquilidad que el príncipe Andréi había conseguido en Turquía, bajo la apariencia de una actividad llena de ambición y vanidad.

En 1812, cuando la noticia de la guerra contra Napoleón llegó a Bucarest (donde vivía Kutúzov desde hacía dos meses, pasando días y noches con su valaca), el príncipe Andréi pidió al comandante en jefe su traslado al Ejército del oeste. Kutúzov, que estaba ya un tanto cansado de la actividad de Bolkonski, viendo en ella un constante reproche a su propia pereza, lo dejó marchar muy gustoso y le encargó una misión cerca de Barclay de Tolly.

Antes de incorporarse al ejército, que en mayo estaba acampado en Drissa, el príncipe Andréi pasó por Lisie-Gori, que estaba en su camino y a tan sólo tres kilómetros del camino que llevaba a Smolensk. Había experimentado tantas conmociones en los tres últimos años, había pensado,

sentido y visto tanto en sus viajes por Oriente y Occidente, que le causó asombro encontrar, al acercarse a Lisie-Gori, el mismo modo de vivir aun en sus mínimos detalles. Recorrió el camino central y pasó las puertas de la finca como si entrara en un castillo encantado y dormido. La misma limpieza y mesura, el mismo silencio de antes reinaban en aquella morada; idénticos muebles, las mismas paredes, iguales rumores y olores; las tímidas caras de siempre, si bien un poco envejecidas. La princesa María seguía siendo la joven —algo envejecida ahora— tímida de otros tiempos, fea, siempre atemorizada y atormentada por sufrimientos morales, cuyos mejores años pasaban estériles, sin alegría alguna. Mademoiselle Bourienne era la misma muchacha coqueta, que gozaba feliz de cada momento de la vida, contenta de sí misma y poseída de las más alegres esperanzas. Ahora tenía mayor seguridad o al menos eso le pareció al príncipe Andréi. Dessalles, el preceptor traído de Suiza, vestía una levita a la moda rusa, chapurreaba el ruso con los criados y seguía siendo el mismo preceptor de limitada inteligencia, instruido, virtuoso y pedante. En el viejo príncipe, el cambio físico se reducía a la falta de un diente en un lado de la boca; moralmente seguía siendo el de antes, todavía más irritable y desconfiado con respecto a la realidad de cuanto ocurría en el mundo. Sólo Nikólenka había cambiado: estaba más alto, tenía excelente color y unos rizados cabellos oscuros. Al reír levantaba el labio superior de su linda boca, igual que su madre, la difunta pequeña princesa. Sólo él quebrantaba la ley de la inmutabilidad en aquel castillo encantado y dormido. Sin embargo, aunque exteriormente todo permaneciese como antes, las relaciones internas de todas aquellas personas habían sufrido cambios desde la última vez que las viera el príncipe Andréi. Los miembros de la familia se habían dividido en dos bandos extraños y hostiles entre sí, que tan sólo en su presencia y en honor a él se reunían alterando su modo de vida habitual. El viejo príncipe, mademoiselle Bourienne y el arquitecto formaban uno de esos bandos; la princesa María, Dessalles, Nikólenka y todas las ayas y niñeras integraban el otro.

Durante la estancia del príncipe Andréi en Lisie-Gori todos los miembros de la familia comían juntos, pero se sentían incómodos y Andréi Bolkonski acabó por sentirse un huésped por quien hacían una excepción y

cuya presencia estorbaba a todos. El primer día, durante la comida, el príncipe Andréi —que se daba cuenta de que algo ocurría— guardó silencio, y el viejo príncipe, al advertirlo, se mantuvo taciturno y sombrío y se retiró a sus habitaciones en cuanto acabó la comida. Cuando, al anochecer, el príncipe Andréi fue a verlo y, para distraerlo, habló de la campaña del joven conde Kámenski, el viejo príncipe, de pronto, empezó a hablar de la princesa María, censurando su superstición y su falta de cariño por mademoiselle Bourienne, que, según sus palabras, era la única persona que de veras le era fiel.

Acusaba a la princesa María de ser la causante de sus enfermedades, de atormentarlo y provocarlo a propósito y de echar a perder al pequeño Nikolái con sus mimos y sus necias historias. El viejo Bolkonski sabía muy bien que era él quien atormentaba a su hija, cuya vida resultaba muy penosa; pero sabía también que era incapaz de dejar de atormentarla y que ella se lo merecía. “¿Por qué el príncipe Andréi, que lo ve, no me dice nada de su hermana? —se preguntaba—. ¿Qué piensa de todo esto? ¿Que soy un malvado o un viejo imbécil que se aleja sin motivo de su hija y busca la compañía de la francesa? No me comprende, por eso necesito explicárselo, es menester que me oiga.” Y expuso las razones por las que no podía soportar el carácter irracional de su hija.

—No quería hablar de eso— contestó el príncipe Andréi, sin mirar a su padre (a quien censuraba por primera vez en su vida), —pero, si me pregunta, le diré francamente lo que pienso de todo eso. Si existe algún malentendido entre usted y María, no puedo atribuírselo a ella— prosiguió irritándose, cosa a la que era propenso desde hacía algún tiempo; —una cosa puedo decirle: si hay malentendido, la culpa es de una mujer que no vale nada y no debería ser amiga de mi hermana.

Al principio, el viejo miró con ojos inexpresivos a su hijo, esbozó una sonrisa falsa, dejando ver la falta del diente, a lo cual el príncipe Andréi no podía acostumbrarse.

—¿A qué amiga te refieres, querido? ¿Eh? ¡Ya lo habéis comentado! ¡Eh!

—Padre, yo no quería ser juez— siguió el príncipe Andréi con voz biliosa y áspera, —pero me obliga a ello, he dicho y diré que María no es

culpable… que la culpa… la culpa es de la francesa…

—¡Ah, ya me has condenado!… ¡Me has condenado!— dijo el viejo con voz tan baja que al príncipe Andréi le pareció que estaba confuso. Mas, de pronto, se puso en pie y gritó: —¡Fuera! ¡Fuera de aquí! ¡Que no vuelva a verte en esta casa!…

El príncipe Andréi quería irse en seguida, pero la princesa María le suplicó que se quedara un día más. Durante esa jornada, el príncipe Andréi no vio a su padre, que no salió de sus habitaciones ni recibió a nadie, salvo a mademoiselle Bourienne y a Tijón, y preguntó varias veces si su hijo se había ido. Al día siguiente, antes de partir, el príncipe Andréi fue a la habitación de su niño. El chiquillo, robusto y de cabellos rizados como los de su madre, se sentó en sus rodillas. El príncipe Andréi comenzó a contarle el cuento de Barba Azul, pero no lo concluyó y se quedó pensativo. No pensaba en el hermoso niño, en su hijo, mientras lo tenía sobre las rodillas, sino en sí mismo. Buscaba desesperado y no encontraba dentro de sí el arrepentimiento por haber irritado a su padre ni la pena por separarse de él, por primera vez en su vida, en aquel estado de discordia.

Pero lo más importante era que no hallaba tampoco en sí la ternura que antes sentía por su hijo y que confiaba reavivar acariciando al niño y sentándolo en sus rodillas.

—¡Cuenta, cuenta!— decía el pequeño.

Sin contestarle, el príncipe Andréi bajó al niño de sus rodillas y salió de la habitación.

En cuanto el príncipe Andréi dejó sus ocupaciones diarias, y, sobre todo, cuando volvió a la vida anterior, cuando era feliz, la angustia vital se apoderó de él con la fuerza de siempre; tenía prisa por alejarse cuanto antes de esos recuerdos y encontrar una ocupación cualquiera.

—¿Decididamente te vas, Andréi?— le preguntó su hermana.

—Sí, y doy gracias a Dios de poder hacerlo— contestó, —y lamento mucho que tú no puedas.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué lo dices ahora cuando te vas a esa horrible guerra y él es ya tan viejo? Mademoiselle Bourienne dijo que ha preguntado por ti…

En cuanto comenzó a hablar, le temblaron los labios y las lágrimas brotaron de sus ojos. El hermano se apartó de ella y comenzó a pasear de un lado a otro.

—¡Ah, Dios mío! ¡Dios mío! ¡Y pensar que seres que nada valen pueden hacer desgraciados a otros!— dijo con una rabia que asustó a la princesa María.

Comprendió que no se refería sólo a mademoiselle Bourienne (que era la culpable de su desgracia), sino también al hombre que había destruido la suya.

—André, una cosa te pido, te suplico— dijo tocando el brazo de su hermano y mirándolo con sus ojos resplandecientes a través de las lágrimas. —Te comprendo bien— y bajó los ojos. —No creas que el dolor viene de los hombres; ellos no son más que un instrumento de Dios— miró con seguridad algo por encima del príncipe Andréi, de la manera como se mira hacia un lugar conocido donde hay un retrato. —El dolor nos lo envía Dios, no es culpa de los hombres. Los hombres no son más que un instrumento; no son culpables. Si te parece que alguno es culpable ante ti, olvídalo y perdona. No tenemos el derecho de castigar, y entonces comprenderás la felicidad que hay en el perdón.

—Si yo, Marie, fuese mujer, lo haría— dijo él. —Es una virtud de mujeres. El hombre no puede ni debe olvidar y perdonar.

Y aunque hasta aquel momento no pensaba en Kuraguin, toda la ira no descargada revivió.

"Si la princesa María procura convencerme de que perdone, significa que hace tiempo debía haber castigado", pensó. Y sin contestar a su hermana imaginó, con malévola alegría, el feliz instante de su encuentro con Kuraguin, de quien sabía que se hallaba en el ejército.

La princesa rogaba a su hermano que esperara un día más. Decía estar segura de la desolación de su padre si se iba sin reconciliarse con él. Pero el príncipe Andréi contestó que seguramente volvería pronto, que escribiría a su padre y que cuanto más estuviese en Lisie-Gori, más se acentuaría la discordia entre ambos.

—Adieu, André. Rappelez-vous que les malheurs viennent de Dieu et que les hommes ne sont jamais coupables[364]— fueron las últimas palabras

de María al despedir a su hermano.

“Tenía que suceder —pensó el príncipe Andréi al salir de la avenida de Lisie-Gori—. María, pobre criatura inocente, queda sola a merced de un viejo chiflado. Él se da cuenta de su culpa, pero ya no puede traicionarse. Mi hijo crece y sonríe a una vida en la que pronto va a ser como todos, o engañado o engañador. Yo voy al ejército, sin saber por qué, y deseo hallar al hombre a quien desprecio para darle ocasión de matarme y reírse de mí.” También antes existían las mismas condiciones de vida; pero antes todo armonizaba entre sí y ahora todo parecía disgregarse. En su imaginación surgían, una tras otra, imágenes absurdas, carentes de relación entre sí.

IX

El príncipe Andréi llegó al Cuartel General del Ejército a fines de junio. Las tropas del primer ejército, aquel donde se hallaba el Emperador, ocupaban el campo fortificado de Drissa; las del segundo retrocedían tratando de reunirse con el primero, del que, según se decía, estaban separadas por considerables fuerzas francesas. Todos en el ejército se sentían disgustados por el desarrollo de las operaciones militares, pero nadie pensaba que había peligro de invasión de las provincias rusas; nadie suponía que la guerra pudiera trasladarse más allá de las provincias occidentales de Polonia.

El príncipe Andréi encontró a Barclay de Tolly, a cuyo cuartel general fue destinado, en las orillas del Drissa. Como no había pueblos grandes ni pequeños en los alrededores del campamento, el enorme número de generales y cortesanos que iban con el ejército se hallaban dispersos a unos diez kilómetros, ocupando las casas mejores de la comarca, a uno y otro lado del río. Barclay de Tolly vivía a cuatro kilómetros del Emperador.

Recibió a Bolkonski con seca frialdad y, hablando con acento alemán, le dijo que informaría al Emperador sobre su llegada y que, en espera del destino, le rogaba que permaneciera en su cuartel general. Anatole Kuraguin, a quien el príncipe Andréi esperaba encontrar en el ejército, no estaba allí. Había vuelto a San Petersburgo, y esa noticia agradó a Bolkonski.

Todo el interés se centraba ahora en aquella inmensa guerra, y el príncipe Andréi se sintió contento de verse por algún tiempo libre de la distracción que le proporcionaba pensar en Kuraguin. Durante los cuatro primeros días, en los que nadie le exigió nada, el príncipe Andréi recorrió el campo fortificado y trató, con ayuda de su propia experiencia y las

explicaciones de personas bien informadas, de hacerse una idea clara de la situación. Sin embargo, la cuestión de si aquel campamento era o no útil permaneció para él insoluble. Su experiencia militar le decía que los proyectos mejor meditados no significan nada en la guerra (recordaba la batalla de Austerlitz), que todo dependía del modo de reaccionar ante las acciones inesperadas, imposibles de prever, del enemigo; que todo depende de quién dirige la acción y de cómo la dirige. Para ver claro en este último punto, el príncipe Andréi, aprovechando su posición y sus relaciones, trató de conocer cómo se dirigía el ejército, qué personas y grupos participaban en esa dirección; y de todo ello dedujo sus apreciaciones personales sobre la situación militar.

Cuando el Emperador se hallaba aún en Vilna, las tropas fueron divididas en tres ejércitos: el primero, mandado por Barclay de Tolly, el segundo por Bagration y el tercero por Tormásov. El Emperador estaba en el primer ejército, pero no como general en jefe. La orden del día no decía que el Emperador tomaba el mando, sino que estaría junto a las tropas. Además, no disponía de un Estado Mayor como comandante en jefe, sino de un Estado Mayor Imperial, y como jefe de éste estaba el general príncipe Volkonski, generales ayudantes de campo del Emperador, funcionarios diplomáticos y un buen número de extranjeros, pero no había Estado Mayor del Ejército. Por otra parte, Alejandro tenía a su lado, sin funciones concretas, al ex ministro de la Guerra, Arakchéiev; al conde Bennigsen, el más antiguo de los generales; al gran duque heredero, Constantino Pávlovich; al conde Rumiántsev, canciller; a Stein, ex ministro de Prusia; a Armfeld, general sueco; a Pfull, autor principal del plan de campaña; al sardo Paolucci, como general ayudante; a Wolzogen y a otros muchos. Aunque ninguno de estos personajes desempeñasen cargos concretos en el ejército, gracias a su posición influían en las decisiones, y con frecuencia los jefes de cuerpo de ejército y aun el general en jefe no sabían a título de qué preguntaban o aconsejaban algo Bennigsen o el gran duque, o Arakchéiev, o el príncipe Volkonski; no sabían si era una orden emanada del Emperador en forma de consejo y si había que cumplirla o no. Pero ésta era la apariencia externa; porque el verdadero significado de la presencia del Emperador y de todos aquellos personajes, desde el punto de vista de la

Corte (y en presencia del monarca todos se convierten en cortesanos), era evidente para todos: el Emperador no había tomado el título de comandante en jefe, pero sus disposiciones llegaban a todos los ejércitos. Los hombres que lo rodeaban eran sus auxiliares. Arakchéiev, un fiel ejecutor de lo mandado, cuidador del orden y guardián del Soberano. Bennigsen, como propietario de grandes posesiones en la provincia de Vilna, parecía hacer *les honneurs* de aquellas tierras, aunque, en realidad, era un buen general, útil para dar un consejo y a quien convenía tener a mano para sustituir a Barclay. El gran duque se hallaba allí porque ése era su deseo. El ex ministro Stein estaba porque podía servir para dar un buen consejo y el emperador Alejandro apreciaba sobremanera sus cualidades personales. Armfeld odiaba a Napoleón y era un general muy seguro de sí mismo, lo que siempre influía en Alejandro. Paolucci estaba porque era audaz y muy enérgico hablando. Los generales ayudantes de campo estaban allí porque les tocaba ir adonde fuera el Emperador; y, por último, el más importante de todos, Pfull, se encontraba allí porque había elaborado el plan de guerra contra Napoleón y convencido al Soberano de que su proyecto era el más racional y, de hecho, él dirigía la marcha de toda la guerra. Con Pfull estaba Wolzogen, que se encargaba de expresar las ideas de Pfull en un lenguaje más accesible que el de su propio autor, hombre brusco, verdadero teórico de gabinete, a quien la alta opinión que tenía de sí mismo hacía despreciar a otros.

Además de estos personajes rusos y extranjeros (sobre todo extranjeros, que, con el atrevimiento propio de hombres que toman parte en la actividad de un país que juzgan extraño, proponían cada día planes nuevos) había otras personas de menor categoría que se hallaban en el ejército porque allí estaban sus principales jefes.

Entre tantas ideas y voces distintas de aquel enorme mundo inquieto, brillante y soberbio, el príncipe Andréi distinguía los siguientes partidos y tendencias:

El primer partido era el de Pfull y sus adeptos, los teóricos de la guerra, que creían en la existencia de una ciencia bélica con sus leyes inmutables; la ley de los movimientos oblicuos, de los rodeos, etcétera. Pfull y sus partidarios exigían la retirada al interior del país, según las leyes exactas de

una supuesta teoría bélica, y en cualquier desviación de esa teoría no veían más que barbarie, ignorancia y mala fe. A este partido pertenecían los príncipes alemanes, Wolzogen, Wintzingerode y otros, en general alemanes.

El segundo partido era diametralmente opuesto al anterior. Y, como suele ocurrir, un extremismo daba origen a otro extremismo. Los hombres de ese partido eran los que desde Vilna pedían la invasión de Polonia y la renuncia a todo plan preparado de antemano. Esos hombres, además de ser los representantes de las acciones arriesgadas, eran los adalides nacionales, debido a lo cual se mostraban más unilaterales en las discusiones. Eran los rusos: Bagration, Ermólov —que comenzaba a destacarse— y algún otro. Por entonces circulaba un chiste sobre Ermólov, quien, según se decía, había pedido una sola gracia: la de ser ascendido a alemán. Los hombres de ese partido decían, recordando a Suvórov, que no era necesario reflexionar, ni clavar alfileres en el mapa; que lo necesario era combatir, asestar golpes al enemigo, no dejarlo entrar en Rusia e impedir que el desánimo cundiera en el ejército.

Al tercer partido, en el que más confiaba el Emperador, pertenecían los cortesanos, hábiles en hallar una solución intermedia entre ambas tendencias. La mayor parte de este grupo eran hombres ajenos a los militares, y entre ellos estaba Arakchéiev. Pensaban y decían lo que ordinariamente dicen los hombres sin convicciones propias pero que fingen tenerlas. Afirmaban que la guerra, sin duda, sobre todo con un genio como Bonaparte (lo llamaban de nuevo Bonaparte), exigía consideraciones muy profundas, grandes conocimientos científicos, y que en este aspecto Pfull era genial; al mismo tiempo, decían que había que reconocer que los teóricos eran con frecuencia unilaterales, por lo cual no convenía fiarse demasiado de ellos; que convenía escuchar lo que decían los contrarios de Pfull, los hombres prácticos, con experiencia en asuntos militares, buscando siempre mantenerse en el justo medio. Los hombres de ese grupo insistían en mantener el campamento de Drissa, de acuerdo con el plan de Pfull, aunque cambiando los movimientos de los otros ejércitos. De ese modo no se conseguía ni uno ni otro objetivo, pero tal idea parecía la mejor a sus partidarios.

La cuarta corriente tenía su principal figura en el gran duque heredero, que no podía olvidar su desilusión de Austerlitz, donde se había presentado al frente de la Guardia con casco y penacho, como en una revista militar, dando por descontada la derrota de los franceses con una brillante carga, y que al verse, cuando menos lo pensaba, en primera línea, a duras penas había logrado escapar en medio de la desbandada general. El razonamiento que se hacían estos hombres tenía la virtud y el defecto de la franqueza. Temían a Napoleón; en él veían la fuerza y en sí mismos la debilidad, y lo manifestaban sin recato. Solían decir: "Nada conseguiremos sino vergüenza, dolores y derrotas. Hemos abandonado Vilna, hemos abandonado Vítebsk, abandonaremos también Drissa. ¡Lo único razonable que podemos hacer es llegar en seguida a una paz, antes de que nos echen de San Petersburgo!".

Semejante opinión, muy difundida en las altas esferas del ejército, hallaba eco en San Petersburgo y en la persona del canciller Rumiántsev, quien, por otras razones de Estado, se pronunciaba también a favor de la paz.

La quinta tendencia era la de los partidarios de Barclay de Tolly, no tanto por sus condiciones personales como por ser ministro de la Guerra y general en jefe. "No importa cómo sea personalmente (empezaban siempre igual); se trata de un hombre honesto y práctico, y no hay nadie mejor que él. Dadle plenos poderes, ya que la guerra no puede llevarse adelante sin unidad de mando, y demostrará lo que puede hacer, como lo demostró en Finlandia. Si nuestro ejército se mantiene fuerte y bien organizado, si se ha retirado hasta el Drissa sin pérdida alguna, se lo debemos sólo a Barclay. Pero si en vez de Barclay ponen ahora a Bennigsen, todo está perdido: Bennigsen demostró ya su incapacidad en 1807."

Los del sexto grupo, formado por admiradores de Bennigsen, decían que no había persona más activa y experta que su favorito y que, por muchas vueltas que dieran, acabarían por recurrir a él. Afirmaban que todo el retroceso hasta el Drissa era una vergüenza bochornosa y una ininterrumpida sucesión de errores. "Pero cuantos más errores cometan, mejor; por lo menos se comprenderá antes que así no podemos seguir. No necesitamos un Barclay cualquiera, sino un hombre como Bennigsen, que

ya dio pruebas de suficiencia en 1807, a quien el mismo Napoleón hizo justicia: el único hombre cuyo mando aceptarían todos gustosamente es Bennigsen.”

El séptimo partido estaba integrado por personas que rodean siempre a los soberanos, sobre todo cuando son jóvenes; eran especialmente numerosas en torno a Alejandro: generales y ayudantes de campo, apasionadamente fieles al Emperador, no como tal Emperador sino como hombre. Eran los que lo adoraban franca y desinteresadamente, como lo adoraba Rostov en 1805, y veían en él no sólo todas las virtudes, sino todas las cualidades humanas. Aunque admiraban la modestia del Emperador, que no había querido asumir el mando supremo de las tropas, desaprobaban esa excesiva modestia y no querían más que una cosa —y en ella insistían—: que su adorado Soberano, olvidando la excesiva desconfianza en su propio valer, declarara abiertamente que tomaba el mando del ejército, formase su Cuartel General de comandante en jefe y, asesorado por teóricos y prácticos, dirigiera él mismo las tropas. Este simple hecho conseguiría elevar al máximo el entusiasmo general.

El octavo grupo, el más numeroso (podía calcularse en un noventa y nueve por ciento del total), era de los que no querían ni la paz ni la guerra, ni ofensivas ni campos fortificados, fueran en el Drissa o en otro lugar; de los que no preferían a Barclay, ni al Emperador, ni a Pfull, ni a Bennigsen; únicamente deseaban una cosa: el mayor número de diversiones y ventajas personales. En aquel río revuelto de intrigas y enredos que pululaban en torno al Cuartel General del Emperador podían obtenerse muchas cosas que en otro momento serían imposibles. Quien sólo deseaba conservar una posición ventajosa hoy estaba con Pfull y mañana era su adversario; y al día siguiente, para evitar responsabilidades y halagar al Emperador, afirmaba no tener opinión propia sobre determinado hecho. Otros querían conquistar alguna prebenda o atraer la atención del Soberano y hablaban en voz alta de algo a lo que Alejandro había aludido el día anterior; discutían y gritaban en el Consejo, dándose golpes de pecho y provocando a duelo a quienes no eran de su mismo parecer, demostrando de esa manera estar siempre dispuestos a ofrecerse como víctimas por el bien común. Otros, sencillamente, entre consejo y consejo, y en ausencia de sus adversarios,

pedían alguna recompensa por sus fieles servicios, sabiendo que en tales ocasiones no habría tiempo para negársela. Algunos se hacían ver por el Emperador, como por casualidad, abrumados de trabajo. Y había quien, para lograr lo que tanto tiempo venía deseando —comer con el Emperador —, se empeñaba en demostrar con ahínco la razón o la sinrazón de una opinión nueva, para lo cual aportaba argumentos más o menos convincentes.

Los de ese partido andaban a la caza de rublos, cruces y puestos; y en esa empresa no seguían más que la dirección de la veleta del favor imperial; tan pronto como se daban cuenta de que la veleta se desviaba a un lado, todos aquellos zánganos militares empezaban a silbar en el mismo sentido, de manera que al Emperador le era más difícil volverla hacia otro lado. En medio de la incertidumbre de la situación y la inquietud creada por la inminencia del peligro; entre la vorágine de intrigas y ambiciones propias, de conflictos, de diversas opiniones y sentimientos, nacionalidades de distintas personas, este octavo partido, el más numeroso, añadía con sus intereses personales mayor embrollo y confusión a la obra común. Cualquiera que fuese el problema suscitado, el enjambre de zánganos, abandonando el tema que antes interesaba, pasaba hacia el problema nuevo, sofocando con su zumbido las voces sinceras que discutían.

Además de esos grupos, cuando el príncipe Andréi se incorporó al ejército estaba surgiendo otro grupo, el noveno, que comenzaba a levantar su voz. Era el partido de los viejos, de los hombres razonables y expertos en los negocios públicos, que, sin compartir ninguna de las opiniones contradictorias, sabía considerar objetivamente cuanto se hacía en el Estado Mayor del Cuartel General, procurando encontrar la manera de salir de tanta confusión e indecisión, de tanta intriga y debilidad.

Los hombres de ese partido pensaban y decían que todos los males se debían principalmente a la presencia del Emperador y de su corte adjunta; que habían transportado al ejército la inseguridad, indefinida y convencional, buena en la Corte, pero dañosa para las armas; que el Emperador debía reinar pero no dirigir sus tropas; decían que la única salida de aquella situación estaba en la marcha del Soberano y de su Corte, ya que su presencia paralizaba a cincuenta mil hombres necesarios para garantizar

su seguridad personal, y que el peor comandante en jefe, contando con independencia, sería preferible al mejor de los generales atado por la presencia y el poder del Emperador.

Mientras el príncipe Andréi se encontraba inactivo en Drissa, Shishkov, secretario de Estado y uno de los principales representantes de este último partido, escribió al Emperador una carta que consintieron en firmar Bálashov y Arakchéiev. En esa carta, haciendo uso del permiso que Alejandro les había concedido para exponer sus opiniones sobre la marcha general de los acontecimientos, en términos respetuosos y con el pretexto de que era necesario animar al pueblo para la guerra, se le proponía dejar el ejército.

La misión de animar al pueblo y hacer un llamamiento en defensa de la patria fue presentada al Zar y aceptada por él como pretexto para dejar el ejército. Su presencia personal en Moscú, la bravura y el fervor patriótico de sus habitantes fueron la causa principal del triunfo de Rusia.

X

No habían entregado aún esa carta al Emperador cuando Barclay, durante la comida, dijo a Bolkonski que el Soberano deseaba verlo para informarse sobre Turquía y que debía presentarse, a las seis de la tarde, en casa de Bennigsen.

Aquel mismo día llegaba al Cuartel General del Emperador la noticia de un movimiento de tropas napoleónicas que podía ser peligroso para el ejército ruso; más tarde se supo que la noticia era inexacta. Durante la mañana, el Emperador había recorrido con el coronel Michaux las fortificaciones del Drissa; el coronel afirmaba que el campamento fortificado construido por Pfull y considerado hasta aquel momento una *chef-d'oeuvre* de la táctica, destinado a ser la ruina de Napoleón, era algo absurdo y significaba la perdición del ejército ruso.

El príncipe Andréi se dirigió al alojamiento de Bennigsen, que ocupaba una pequeña casa señorial situada en la misma orilla del río. Ni Bennigsen ni el Emperador se encontraban allí. Pero Chernyshev, edecán del Emperador, recibió a Bolkonski y le comunicó que el Soberano había salido con el general Bennigsen y el marqués Paolucci para recorrer, por segunda vez aquel día, las fortificaciones del campamento de Drissa, sobre cuya solidez empezaban a tener serias dudas.

Chernyshev, sentado junto a la ventana de la primera habitación, leía una novela francesa. Esta pieza debió de haber sido sala en otros tiempos; aún se veía allí un armonio, sobre el que se habían amontonado varias alfombras; en un rincón estaba el lecho plegable de un ayudante de campo de Bennigsen que, cansado seguramente por el trabajo o por alguna francachela, dormitaba sentado sobre él. La estancia tenía dos puertas: una

llevaba directamente al antiguo salón; otra, a la derecha, al despacho. Desde la primera puerta se oían voces que dialogaban en alemán y a veces en francés. En el antiguo salón, según el deseo del Emperador, estaba reunido no un consejo superior de guerra (al Soberano le gustaba lo indefinido), sino un grupo de personas cuya opinión deseaba conocer en las dificultades presentes. No se trataba de un consejo militar, sino de una reunión de personas elegidas para explicar personalmente al Emperador ciertas cuestiones. A esa especie de consejo habían sido invitados el general sueco Armfeld, el general ayudante de campo Wolzogen, Wintzingerode, Michaux (a quien Napoleón llamaba ciudadano francés huido), Toll, el conde Stein (que nada tenía de militar) y, por supuesto, Pfull, que, por lo que Andréi pudo oír, era la *cheville ouvrière*[365] de todo.

El príncipe Andréi tuvo ocasión de observarlo bien, porque Pfull, llegado poco después que él, había entrado en la sala para hablar un momento con Chernyshev.

A primera vista, Pfull, con su uniforme de general ruso que le sentaba tan mal como si estuviese disfrazado, le pareció persona conocida, aunque estaba seguro de no haberlo visto nunca. Había en él algo de Weyrother, de Mack, de Schmitt y de otros muchos generales alemanes, también teóricos, a los que Bolkonski había tenido ocasión de conocer en 1805. Pero Pfull era el más típico de todos ellos. Jamás había visto el príncipe Andréi a ningún otro teórico alemán en quien se unieran a ese punto los rasgos característicos de otros teóricos alemanes.

Pfull era más bien bajo, muy delgado pero de fuerte complexión, anchas caderas y omóplatos salientes. Su rostro era muy rugoso, y sus ojos, hundidos; sobre las sienes, y delante, tenía los cabellos alisados de cualquier manera con un cepillo, pero por detrás le caían los mechones sin peinar. Entró en la habitación mirando a todas partes, con gesto inquieto e irritado, como si temiera encontrar allí toda clase de obstáculos. Con torpe movimiento, sujetando la espada, se dirigió a Chernyshev y le preguntó en alemán dónde estaba el Emperador. Se lo veía deseoso de cruzar cuanto antes aquella sala, acabar con los saludos y las reverencias y sentarse en seguida delante del mapa, que era donde él se encontraba a sus anchas. Asentía, presuroso, con la cabeza a lo que decía Chernyshev, y sonrió

irónico al oír que el Emperador estaba visitando las fortificaciones que él mismo había construido según sus propias teorías. Masculló algunas palabras en voz baja y tono rudo, como suelen hacer los alemanes seguros de sí mismos. Algo así como *“Dummkopf” o “zu Grunde die ganze Geschichte” o “s’wird was gescheites d’rans werden”…*[366] El príncipe Andréi no entendió bien; quería pasar de largo, pero Chernyshev le presentó a Pfull, haciendo notar que Bolkonski volvía de Turquía, donde la guerra había concluido tan felizmente. Pfull miró apenas, más que *al* príncipe Andréi *a través* de él, y gruñó con una sonrisa: *“Da muss ein schönner tactischer Krieg gewesen sein”*[367] y echándose a reír despectivamente pasó a la estancia contigua, donde se oían unas voces.

Evidentemente, Pfull, siempre inclinado a la irritación y a la ironía, estaba especialmente excitado aquel día por el hecho de que, sin contar con él, se hubieran atrevido a visitar y juzgar su campamento fortificado. El príncipe Andréi, gracias a sus recuerdos de Austerlitz, tuvo bastante con esta breve entrevista para hacerse una clara idea de Pfull: era uno de esos hombres siempre seguros de sí mismos, dispuestos a defender sus ideas hasta el martirio, que sólo se encuentran entre los alemanes, precisamente porque basan su seguridad tan sólo en la idea abstracta, en la ciencia, o sea en el saber imaginario de la verdad absoluta. El francés se muestra seguro de sí porque cree irresistible toda su persona, en cuerpo y alma, lo mismo para los hombres que para las mujeres. El inglés tiene esa seguridad porque es ciudadano del Estado mejor organizado del mundo y porque, como inglés, sabe siempre lo que tiene que hacer y que todo cuanto haga como inglés estará bien hecho, sin discusión alguna. El italiano está seguro de sí mismo porque es emotivo y se olvida con frecuencia de sí y de los demás. El ruso goza de esa seguridad porque no sabe nada ni quiere saberlo, y porque no cree que se pueda llegar a saber algo por completo. El alemán es el más seguro de sí, y de la manera peor, más firme y antipática, porque imagina conocer la verdad: una ciencia que él mismo ha inventado y que constituye su verdad absoluta.

Así debía de ser Pfull. Poseía una ciencia: la teoría del movimiento oblicuo, deducida de la historia de las guerras de Federico el Grande, y cuantas novedades hallaba en la historia militar moderna le parecían una

locura, una barbarie, eran batallas caóticas, en las que una y otra parte cometían tantos y tantos errores que de ninguna manera podían calificarse de guerras: no se ajustaban a la teoría y no podían ser objeto de la ciencia.

En 1806 Pfull había sido uno de los autores del plan de campaña que terminó en Jena y Austerlitz, pero en el desenlace de aquella campaña no veía ninguna prueba de la inconsistencia de su teoría. Al contrario: sólo las desviaciones de su doctrina habían sido la causa del desastre, y con la alegre ironía que lo caracterizaba, decía: *“Ich sagte ja, dass die ganze Geschichte zum Teufel gehen werde”*.**[368]** Pfull era uno de esos doctrinarios que aman sus teorías hasta el extremo de olvidar que su objetivo es la aplicación práctica. Por amor a la teoría odiaba la práctica y no quería saber nada de ella. Y hasta era capaz de alegrarse del fracaso, ya que un fracaso debido a que su aplicación práctica se apartaba de la teoría demostraba el acierto de ésta.

Habló brevemente con el príncipe Andréi y Chernyshev sobre la guerra en curso como si supiera de antemano que las cosas irían mal, pero sin manifestar por ello ningún descontento. Los mechones revueltos del cogote y el pelo de las sienes, alisado de cualquier manera, constituían una elocuente demostración de ello.

Pasó a la otra habitación, desde donde no tardó en llegar su voz gruñona y bronca.

XI

El príncipe Andréi no había tenido tiempo de seguir con la vista a Pfull cuando ya entraba Bennigsen en la estancia. Saludó con la cabeza a Bolkonski y, sin detenerse, pasó al despacho, no sin dar algunas órdenes a su ayudante. El Emperador estaba al llegar y Bennigsen se había adelantado para preparar algunas cosas y disponer de tiempo para recibirlo. Chernyshev y el príncipe Andréi salieron al porche. En aquel instante el Emperador, con aspecto cansado, desmontaba de su caballo. El marqués Paolucci le estaba diciendo algo; el Soberano, inclinada la cabeza a la izquierda con gesto malhumorado, escuchaba al excitado Paolucci, que le hablaba con especial ardor. El Emperador dio unos pasos adelante, con deseo evidente de cortar la conversación, pero el italiano, olvidando las conveniencias, siguió tras él sin dejar de hablar.

—Quant à celui qui a conseillé ce camp, le camp de Drissa…— decía el marqués, mientras el Soberano subía ya las gradas de la escalinata y miraba el rostro del príncipe Andréi, sin reconocerlo. —Quant à celui, Sire— prosiguió Paolucci desesperadamente, —qui a conseillé le camp de Drissa, je ne vois pas d'autre alternative que la maison jaune ou le gibet.[369]

Sin terminar de escuchar las palabras del italiano y, al parecer, sin haberlas oído, el Emperador, que había reconocido a Bolkonski, pese a su rostro avejentado, se volvió a él cariñosamente.

—Encantado de verte. Entra donde están reunidos los demás y espérame.

El Emperador entró en el despacho. El príncipe Piotr Mijáilovich Volkonski y el conde Stein lo siguieron y las puertas volvieron a cerrarse a

sus espaldas. El príncipe Andréi, aprovechando el permiso del Emperador, pasó a la sala del consejo con Paolucci, al que había conocido en Turquía.

El príncipe Piotr Mijáilovich Volkonski desempeñaba funciones análogas a las del jefe de Estado Mayor del Emperador. Salió del gabinete con varios mapas, que desplegó sobre la mesa, y planteó las cuestiones sobre las que deseaba conocer la opinión de los reunidos. Aquella noche había llegado la noticia (después desmentida) de una maniobra francesa para rebasar el campamento de Drissa.

El general Armfeld habló el primero, proponiendo inesperadamente, para evitar las dificultades surgidas, algo completamente nuevo que no tenía más explicación si no el deseo de mostrar que era capaz de tener una opinión propia: propuso tomar posiciones fuera de los caminos de San Petersburgo y Moscú, donde, en su opinión, el ejército debía unirse y esperar al enemigo. Era evidente que Armfeld había preparado su proyecto hacía mucho tiempo, y si ahora lo exponía no era tanto para responder a las cuestiones propuestas (a las que el proyecto no se refería en absoluto) como para aprovechar una ocasión de darlo a conocer. Era una de las innumerables propuestas que podían hacerse sin conocer el desarrollo de la contienda. Algunos combatieron la propuesta; otros la apoyaron. El joven coronel Toll refutó ardorosamente el parecer del general sueco y durante la discusión sacó del bolsillo un cuadernito lleno de notas y pidió permiso para leerlo. Era una circunstanciada exposición en la cual Toll proponía otro proyecto de campaña absolutamente contrario al de Armfeld y Pfull. Paolucci, rebatiendo a Toll, propuso un plan de avance y de ataque; el único que, según él, podía acabar con la incertidumbre y la trampa —así llamaba al campamento de Drissa— en que se hallaban. Pfull y su intérprete Wolzogen (su puente en las relaciones con la Corte) guardaron silencio durante toda esa discusión; el primero se contentaba con resoplar desdeñosamente y volver la cara, dando a entender que no estaba dispuesto a rebajarse hasta el punto de rebatir las insensateces que ahora oía. Pero cuando el príncipe Volkonski, que presidía la sesión, lo invitó a exponer su opinión, Pfull se limitó a decir:

—¿Por qué se me pregunta? El general Armfeld ha propuesto una espléndida posición con la retaguardia al descubierto. El ataque von diesem

italianischen Herrn, sehr schön o la retirada. Auch gut.[370] ¿Por qué se me pregunta? Ustedes mismos lo saben todo mejor que yo.

Pero cuando Volkonski, con el ceño fruncido, repitió que le pedía su parecer en nombre del Emperador, Pfull se levantó y, animándose de pronto, comenzó a decir:

—Lo han echado todo a perder, lo han confundido todo… Quieren saber las cosas mejor que yo y ahora acuden a mí, me preguntan. ¿Cómo remediar la situación? No hay nada que remediar, hay que cumplir exactamente los principios que expuse— dijo, golpeando con sus huesudos dedos en la mesa. —¿Dónde está la dificultad? Tonterías… Kinderspiel.[371]

Se acercó al mapa y empezó a hablar rápidamente, señalando con los delgados dedos diversos puntos y demostrando que ninguna eventualidad podía dar al traste con la utilidad del campamento de Drissa, que todo estaba previsto y que si el enemigo trataba, en efecto, de rebasar el flanco, debía ser indefectiblemente destruido.

Paolucci, que no conocía el alemán, comenzó a interrogarlo en francés. Wolzogen acudió en ayuda de su jefe, que se explicaba mal en esa lengua, y comenzó a traducir sus palabras, siguiendo con dificultad a Pfull, quien, rápidamente, se empeñaba en demostrar que no sólo cuanto había sucedido, sino lo que pudiera suceder en adelante, estaba previsto en su proyecto y que si había ahora dificultades toda la culpa recaía en el hecho de no haberse cumplido su plan exactamente. Reía irónicamente, aducía pruebas sin cesar y, por fin, con gesto despectivo, dejó de argumentar como hace un matemático a quien se obliga a demostrar de diversas maneras una verdad archiprobada. Wolzogen lo sustituyó y siguió exponiendo en francés las ideas de su jefe; de vez en cuando se volvía a Pfull y preguntaba: *“Nicht wahr, Excellenz?”*[372] Pfull, como hombre que enardecido por la batalla dispara sobre los suyos, gritaba colérico a Wolzogen:

—Nun ja, was soll denn da noch expliziert werden?[373]

Paolucci y Michaux atacaban a Wolzogen a dos voces en francés; Armfeld hablaba a Pfull en alemán, Toll se explicaba en ruso con Volkonski. El príncipe Andréi los miraba a todos y observaba en silencio.

Entre todos aquellos personajes, el colérico Pfull, decidido y absurdamente seguro de sí mismo, era quien le inspiraba mayor simpatía.

Era el único de todos los presentes que no buscaba, evidentemente, ventajas personales ni mostraba odio hacia nadie; no deseaba más que una cosa: llevar a cabo un proyecto basado en la teoría, fruto de muchos años de estudio y trabajo. Resultaba ridículo, era desagradable por su ironía constante; pero, al mismo tiempo, inspiraba un respeto involuntario por la infinita fidelidad a su idea.

Además, en las palabras de todos los que hablaban —excepción hecha de las de Pfull— había un rasgo común que no existía en el Consejo de Guerra de 1805: el pánico, aunque disimulado, ante el genio de Napoleón, miedo que se revelaba en cualquiera de sus objeciones. Se suponía que para Napoleón todo era posible, se lo esperaba por todas partes y esgrimiendo su nombre temido cada uno de ellos combatía las suposiciones de los demás. Sólo Pfull parecía considerar a Napoleón como un bárbaro igual a todos aquellos que criticaban sus teorías. Aparte de ese sentimiento de respeto, Pfull inspiraba al príncipe Andréi un sentimiento de compasión. Por el tono con que le hablaban los cortesanos y por las palabras que Paolucci se había permitido dirigir al Emperador, y especialmente por cierta expresión desesperada del mismo Pfull, se veía que todos se daban cuenta —y él mismo— de que su caída estaba próxima; a pesar de su gruñona ironía alemana y de su seguridad en sí mismo, daba verdadera lástima con sus cabellos alisados en las sienes y sus desgreñados mechones del cogote. Aunque lo ocultaba bajo su aire suficiente y despectivo, lo desesperaba perder la única ocasión de probar con una experiencia gigantesca la infalibilidad de su propia teoría.

La discusión duró mucho tiempo; y cuanto más se prolongaba, llegando a los gritos y a las alusiones personales, tanto más imposible era alcanzar una conclusión general de lo que se estaba diciendo. El príncipe Andréi, al escuchar aquella discusión en diversas lenguas, aquellos proyectos, hipótesis y contradicciones expuestos a gritos, se asombraba de cuanto oía. Las viejas ideas, tan frecuentes en él durante sus actuaciones militares, de que no hay ni puede haber ciencia militar y que, por tanto, no puede existir el así llamado genio militar alcanzaban ahora para él la evidencia de una verdad absoluta. “¿Qué teoría y qué ciencia puede haber en una actividad cuyas circunstancias y condiciones se desconocen y no pueden precisarse,

en la que más difícil todavía resulta determinar la fuerza de los que hacen la guerra? Nadie sabe ni puede saber en qué condiciones estará mañana nuestro ejército ni las tropas del enemigo, ni cuál es la capacidad de resistencia de ese u otro destacamento. En ocasiones, cuando no hay un cobarde que grite «¡Estamos copados!» y eche a correr, sino un hombre valeroso y jovial que grita «¡Hurra!», un destacamento de cinco mil hombres vale por uno de treinta mil, como ocurrió en Schoengraben; otras veces, cincuenta mil hombres huyen delante de ocho mil, como en Austerlitz. ¿Qué ciencia puede haber en una acción en la que, como ocurre en todas las acciones prácticas, nada puede determinarse y todo depende de innumerables factores que adquieren un sentido preciso en tan sólo un minuto que nadie sabe cuándo se producirá? Armfeld dice que nuestro ejército está dividido y Paolucci asegura que hemos puesto a los franceses entre dos fuegos. Michaux afirma que el campamento de Drissa no sirve, porque el río pasa a sus espaldas. Pfull sostiene que precisamente en eso radica su fuerza. Toll propone un plan y Armfeld presenta otro. Todos son igualmente buenos y malos y sus ventajas se harán evidentes cuando el acontecimiento se produzca. Entonces ¿por qué hablan todos del genio militar? ¿Acaso es un genio el hombre que sabe enviar los víveres a un destacamento en el momento oportuno o mandar a unos hacia la derecha y a otros hacia la izquierda? ¿Se debe tan sólo a que los militares están revestidos de esplendor y poder, y porque una multitud de miserables halagan su poder atribuyéndoles cualidades geniales y los llaman genios? Por el contrario, los mejores generales que he conocido son distraídos o tontos. El mejor es Bagration. Bonaparte mismo lo ha reconocido. ¿Y Napoleón? Recuerdo su rostro satisfecho y obtuso en el campo de Austerlitz. El buen general no necesita cualidades de genio, quizá sea mejor que no tenga las mejores cualidades que hay en el hombre: el amor, la poesía, la ternura, la duda filosófica y analítica. Un militar debe ser limitado, firmemente convencido de que es muy importante todo cuanto hace (de otra manera, no tendría paciencia), y sólo así será un jefe valeroso. Dios guarde a ese hombre de amar a alguien, de tener compasión, de pensar en lo que es justo o injusto. Es explicable que desde hace tanto tiempo se les haya aplicado la palabra genio, porque ostentan el poder. Pero el éxito

de una acción militar no depende de ellos, sino del hombre que grita entre las filas «¡Estamos perdidos!» o «¡Hurra!». Sólo en esas filas puede sentirse con certeza que se es útil.”

Así pensaba el príncipe Andréi mientras los otros discutían, y volvió de sus meditaciones cuando Paolucci lo llamó y la gente se iba marchando.

Al día siguiente, en la revista, el Emperador preguntó al príncipe Andréi dónde deseaba prestar servicio. Bolkonski perdió para siempre la estima del mundo cortesano por no solicitar un puesto junto al Zar y pedir permiso para servir en el ejército.

XII

En vísperas de la campaña, Nikolái Rostov recibió una carta de sus padres en la cual le contaban brevemente la enfermedad de Natasha y su ruptura con el príncipe Andréi. La ruptura la había decidido Natasha, y le rogaban que pidiese la baja y volviera a casa. Nikolái no trató de obtener la baja ni un permiso; escribió a los suyos condoliéndose de la enfermedad de su hermana y de la ruptura con Bolkonski, añadiendo que haría lo posible para cumplir sus deseos. Aparte, escribió a Sonia:

"Adorada amiga de mi alma: Nada que no fuese el honor podría retenerme aquí; pero ahora, en vísperas del comienzo de una campaña, me consideraría deshonrado no sólo ante todos mis camaradas, sino ante mí mismo, si prefiriera la felicidad propia al deber y al amor a la patria. Sin embargo, ésta es nuestra última separación; créeme que inmediatamente después de esta guerra, si vivo aún y si continúas amándome, lo abandonaré todo y correré a tu lado para estrecharte, ya para siempre, en mis brazos".

En realidad, sólo el comienzo de la guerra impidió a Rostov regresar, como había prometido, y casarse con Sonia. El otoño en Otrádnoie, con las cacerías, el invierno con las fiestas navideñas y el amor de Sonia le brindaban perspectivas apacibles y gozosas de una vida de hidalgo, nunca conocidas antes y que ahora lo atraían. "Una mujer excelente, hijos, una buena jauría de lebreles y galgos, la hacienda, los vecinos, los cargos electivos…", pensaba. Pero ahora llegaba la guerra y había que permanecer en el regimiento. Y porque éste era su deber, Nikolái Rostov, de acuerdo también con su carácter, estaba contento con la vida del regimiento y sabía hacérsela agradable.

De vuelta del permiso, recibido con alegría por sus camaradas, Nikolái fue enviado en busca de caballos a Ucrania, de donde volvió con unos animales magníficos que le valieron grandes alabanzas de sus superiores. Durante esa ausencia lo ascendieron a capitán, y cuando el regimiento se puso en pie de guerra recibió de nuevo el mando de su antiguo escuadrón, cuyos efectivos habían aumentado.

La campaña dio comienzo y el regimiento fue enviado a Polonia. Recibían doble paga, llegaban nuevos oficiales, soldados y caballos y predominaba, sobre todo, un estado de jovial excitación que suele acompañar los comienzos de una guerra. Rostov, sintiéndose seguro en su privilegiada posición militar, se entregaba por completo a los placeres y a los intereses del servicio, aunque sabía que tarde o temprano tendría que abandonarlo.

Las tropas habían retrocedido de Vilna por diversas y complicadas causas: unas estatales, otras políticas y otras tácticas. Cada retroceso iba acompañado en el Estado Mayor General de un complejo juego de intereses, proyectos y pasiones. Mas para los húsares del regimiento de Pavlograd, todos aquellos retrocesos, en el mejor período del estío, con víveres suficientes, era la actividad más sencilla y divertida. Desanimarse, inquietarse o intrigar eran asuntos exclusivos del Cuartel General; en las unidades nadie se preguntaba siquiera el porqué de las marchas y los retrocesos. Si lamentaban la retirada, se debía únicamente al hecho de abandonar el alojamiento al que se habían acostumbrado o a una hermosa muchacha polaca. Y si alguno llegaba a pensar que las cosas no iban bien, entonces, como corresponde a un buen militar, procuraba mostrarse alegre y no pensar en la marcha general de las operaciones, sino en sus quehaceres inmediatos. Al principio, cerca de Vilna, se habían divertido mucho: hacían amistades con los propietarios polacos y tomaban parte en las revistas celebradas ante el Emperador y otros altos jefes. Más tarde llegó la orden de replegarse a Sventsian y destruir todas las subsistencias que no pudieran llevarse. Sventsian quedó en la memoria de los húsares como el *campamento de los borrachos*, nombre que se le dio en todo el ejército por la cantidad de quejas llegadas contra los soldados, quienes, valiéndose de la

orden de aprovisionarse, se llevaban, además de los víveres, los caballos, los coches y hasta las alfombras de los magnates polacos.

Rostov se acordaba de Sventsian porque el primer día de la llegada a ese lugar tuvo que reemplazar a un sargento y no pudo reprimir a los soldados del escuadrón, todos borrachos, quienes, sin saberlo él, habían cargado con cinco barriles de cerveza añeja. Desde Sventsian continuaron retrocediendo hasta el Drissa y desde Drissa prosiguió el repliegue, acercándose ya a la frontera rusa.

El 13 de julio los hombres del regimiento de Pavlograd tuvieron por primera vez una seria escaramuza.

El 12 de julio, víspera del combate, se descargó una fuerte tormenta, con lluvia y granizo. Aquel verano de 1812 se distinguió por sus tormentas.

Dos escuadrones del regimiento de Pavlograd vivaqueaban en un campo de centeno ya espigado, que los caballos y el ganado habían arrasado por completo.

Llovía torrencialmente, y Rostov, con Ilín, un joven oficial a quien protegía, estaban al abrigo en una pequeña choza construida a toda prisa. Un oficial de su regimiento, que volvía del Estado Mayor y había sido sorprendido por la lluvia, buscó refugio en la choza.

—Vengo del Estado Mayor. ¿Ha oído hablar, conde, del heroísmo de Rayevski?— y se puso a contar detalles de la batalla de Saltánovka.

Rostov, encogiendo el cuello por el que se colaba el agua de la lluvia, fumaba su pipa sin prestar mucha atención al relato, mirando de vez en cuando a Ilín, el joven oficial, que se acurrucaba a su lado. Ese oficial, un muchacho de dieciséis años, recién llegado al regimiento, era con relación a Rostov lo que Nikolái había sido con relación a Denísov siete años antes. Ilín procuraba imitar en todo a Rostov y estaba enamorado de él como una mujer.

El oficial de los largos bigotes, Zdrjinski, seguía contando con énfasis que el dique de Saltánovka fue para los rusos como el paso de las Termópilas y cómo el general Rayevski había llevado a cabo una hazaña digna de los tiempos antiguos: bajo un fuego muy intenso había llevado a sus dos hijos hasta el dique y, con uno a cada lado, se había lanzado al ataque. Rostov escuchaba el relato sin decir nada, sin unirse al entusiasmo

de Zdrjinski; por el contrario, se habría dicho que sentía vergüenza de oír todo aquello, aunque sin intención de objetar nada. Después de su experiencia de Austerlitz y de la campaña de 1807, Rostov sabía muy bien que al contar las peripecias de la guerra se miente siempre, como él mismo había hecho; además, tenía ya la experiencia suficiente para saber que en la guerra nada ocurre como lo imaginamos o contamos. Por esas razones le disgustaba el relato de Zdrjinski, como le disgustaba el propio oficial, quien, con sus largos bigotes que partían de las mejillas, se inclinaba, según una costumbre suya, hasta la cara misma de su interlocutor y lo apretujaba contra la pared de la choza ya de por sí demasiado pequeña. Rostov lo miraba en silencio.

"Ante todo, debía haber tantas apreturas y tanta confusión en la presa atacada que, aunque Rayevski hubiera llevado a sus hijos, no podría influir en nadie, todo lo más en la docena de hombres que estuvieron junto a él. Los demás no verían siquiera cómo y con quién iba Rayevski por el dique —pensaba Rostov—. Y aun aquellos que lo vieran no estarían como para sentirse muy animados, porque ¿qué podían importarles los cariñosos sentimientos paternales de ese hombre cuando su propio pellejo estaba en peligro? Por otra parte, la suerte de la patria no dependía de la pérdida o conquista de ese dique de Saltánovka, como cuentan que pasó en las Termópilas. ¿Para qué, entonces, ese sacrificio? Además, ¿a qué viene eso de llevar a los propios hijos a la guerra? Yo no me llevaría, sin hablar ya de mi hermano Petia, ni siquiera a Ilín, que no es de mi familia, pero que es un buen muchacho, procuraría dejarlo en algún sitio seguro", seguía pensando Rostov mientras el oficial hablaba. Pero no manifestó sus pensamientos; su propia experiencia también se lo impedía. Sabía que el relato del oficial contribuía a la gloria de las armas rusas y que por eso mismo convenía aparentar credulidad. Y eso fue lo que hizo.

—¡No puedo más!— dijo Ilín, notando que el relato de Zdrjinski desagradaba a Rostov. —Tengo empapados los calcetines y la camisa. Voy a buscar un refugio; parece que no llueve tanto.

Ilín salió y el oficial se fue. Cinco minutos más tarde, Ilín volvía a la carrera, chapoteando en el fango.

—¡Hurra! ¡Vamos de prisa, Rostov! ¡Lo encontré! A doscientos pasos de aquí hay un albergue; los nuestros ya se han metido dentro. Podremos secarnos. También está María Enríkovna.

María Enríkovna era la mujer del médico del regimiento, una joven y linda alemana con quien se había casado en Polonia. El médico, ya fuera por falta de medios, ya porque no quisiera separarse de su joven esposa en los primeros tiempos, la llevaba consigo, siguiendo al regimiento de húsares, y sus celos eran el tema habitual de las bromas de los oficiales.

Rostov se echó sobre los hombros la capa, llamó a Lavrushka para que llevara sus cosas al albergue y se dirigió hacia allí con Ilín, caminando sobre el fango y los charcos, bajo una lluvia que iba amainando en la oscuridad de la tarde, rasgada de vez en cuando por algún lejano relámpago.

—Rostov, ¿dónde estás?

—Aquí… ¡Vaya relámpago!

XIII

En el albergue, a cuya puerta estaba el carruaje del médico, había cinco oficiales. María Enríkovna, una joven alemana rubia y regordeta, estaba sentada en una esquina del ancho banco, en chambra y cofia de dormir; su marido, el doctor, dormía detrás de ella. Rostov e Ilín fueron recibidos con alegres exclamaciones y estallidos de risa.

—¡Vaya! ¡Menuda fiesta tenéis!— dijo Rostov riendo también.

—¿Y vosotros qué, papando moscas?— ¡Cómo se han puesto! ¡Vienen chorreando! No nos manchéis el salón.

—¡Cuidado con el vestido de María Enríkovna!— les respondieron varias voces.

Rostov e Ilín se apresuraron a buscar un rincón donde pudieran cambiarse sin atentar al pudor de María Enríkovna. Quisieron colocarse en un rincón detrás del tabique, pero había allí tres oficiales jugando a las cartas, a la luz de una vela colocada sobre una caja vacía, y se negaron a cederles su sitio. María Enríkovna ofreció una amplia falda y detrás de ella, a modo de biombo, ayudados por Lavrushka, que había traído la carga, se quitaron los trajes mojados por la lluvia y se pusieron otros.

Encendieron una estufa medio rota. Uno trajo una tabla y la apoyaron sobre dos sillas de montar, las cubrieron con una gualdrapa, sacaron el samovar, media botella de ron e invitaron a María Enríkovna a hacer los honores de la casa. Todos se juntaron a su alrededor; uno le ofrecía su pañuelo, para que secara sus bonitas manos, otro colocó a sus pies el propio capote para que los preservara de la humedad, un tercero dispuso su capa en la ventana para que no entrara el viento y otro, por último, se encargó de espantar las moscas del rostro de su marido para que no despertase.

—Déjenlo tranquilo— dijo María Enríkovna con una sonrisa tímida y feliz, —ha pasado la noche en vela y no despertará.

—No, María Enríkovna. Hay que atender bien al doctor; así tendrá lástima de mí cuando haya que cortarme una pierna o un brazo.

No había más que tres vasos. El agua era tan sucia que resultaba imposible distinguir si el té estaba fuerte o no, y el samovar no tenía capacidad más que para seis vasos; pero era todavía más agradable recibirlo por turno de mayor a menor graduación de aquellas manos regordetas y pequeñas de uñas no muy limpias. Aquella noche, todos los oficiales parecían estar enamorados de María Enríkovna; hasta los que jugaban a las cartas detrás del tabique acabaron por abandonar el juego para reunirse en torno al samovar, atraídos por el deseo de cortejar también ellos a María Enríkovna. Ella, al verse rodeada de jóvenes tan distinguidos y corteses, estaba radiante de felicidad, por mucho que trataba de ocultarlo y por el temor que despertaba en ella cada movimiento de su dormido consorte.

No había más que una cuchara; el azúcar era abundante, pero no tenían tiempo de disolverlo, y decidieron que María Enríkovna revolviera el azúcar de cada uno. Rostov, después de echar ron en su vaso, rogó a la alemana que lo revolviera.

—Pero si usted no se ha puesto azúcar— dijo ella sonriente, como si sus palabras, así como las de otros, fueran bromas muy divertidas y con doble sentido.

—No necesito azúcar, necesito tan sólo que lo revuelva con su mano.

María Enríkovna buscó la cuchara, de la que ya se había apoderado otro.

—Hágalo con un dedito, María Enríkovna, será más agradable todavía.

—¡Quema!— exclamó ella, enrojecida de placer.

Ilín trajo un cubo lleno de agua, echó en él unas gotas de ron y suplicó a María Enríkovna que lo revolviera con su dedo.

—Ésta es mi taza— dijo, —meta usted un dedo y me lo beberé todo.

Cuando se hubo terminado el samovar, Rostov cogió las cartas y propuso una partida “a los reyes” con María Enríkovna. Se echó a suertes para ver quién formaría pareja con ella; a propuesta de Rostov, se determinó

que quien fuera el rey ganaría el derecho de besar su mano y el que perdiera tendría que hervir el samovar para cuando despertara su marido.

—¿Y si María Enríkovna es rey?— preguntó Ilín.

—Ella ya es la reina y sus órdenes son ley.

Acababa de comenzar el juego cuando a espaldas de su mujer se alzó la cabeza enmarañada del médico. Hacía un buen rato que no dormía; estaba escuchando lo que decían los oficiales y evidentemente no encontraba en sus palabras nada alegre, gracioso ni divertido. Su rostro expresaba tristeza y abatimiento.

Sin saludar a los oficiales se rascó la cabeza y pidió permiso para salir de su rincón, porque el paso estaba obstruido. Cuando estuvo fuera todos los oficiales estallaron en una carcajada y María Enríkovna se ruborizó intensamente, lo que la hizo aún más atractiva a los ojos de aquellos jóvenes.

Cuando el médico volvió del patio dijo a su mujer (que ya no sonreía tan alegremente como antes y lo miraba temerosa esperando su sentencia) que la lluvia había cesado y que era preciso dormir en el carruaje, pues de otra manera les robarían todo.

—Enviaré a un asistente… o dos— dijo Rostov. —No sea así, doctor.

—Yo me pondré de guardia— dijo Ilín.

—No, no, señores, ustedes han dormido, pero yo hace dos noches que no duermo— dijo el doctor, y se sentó sombrío al lado de su mujer, esperando que terminara la partida.

Al ver el rostro taciturno del médico, que miraba de reojo a su mujer, los oficiales se sintieron aún más alegres y muchos no pudieron contener la risa, a la que en seguida trataban de hallar un pretexto conveniente. Cuando el médico se fue llevándose a su mujer y se instaló en su coche, los oficiales se tumbaron en el albergue, cubriéndose con sus capotes húmedos: durante largo tiempo no pudieron conciliar el sueño, hablaban unos con otros, recordando la suspicacia del médico y la alegría de su mujer, o se levantaban y salían fuera, volviendo para contar lo que estaba ocurriendo en el coche. Varias veces se tapó Rostov la cabeza para dormir, pero siempre saltaba alguien con una nueva observación, y de nuevo empezaban las conversaciones y las risas alegres, infantiles y sin motivo.

XIV

Cerca de las tres, cuando llegó un sargento con la orden de salir para la aldea de Ostrovna, nadie dormía todavía.

Aunque sin dejar de bromear y reír, los oficiales se prepararon con prisas. De nuevo calentaron el samovar con agua sucia; pero Rostov, sin esperar el té, salió para acercarse a su escuadrón. Comenzaba a clarear; había cesado la lluvia y las nubes se dispersaban. Había humedad y hacía frío, sobre todo por la sensación de los uniformes a medio secar. Al salir del mesón, Rostov e Ilín echaron una mirada al carruaje del médico, con su capota de cuero brillante por las gotas de la lluvia; las piernas del doctor sobresalían del carruaje y en el centro del mismo reposaba en una almohada la cofia de su mujer; se oía la respiración regular de los dormidos.

—Es muy bonita realmente— dijo Rostov a Ilín, que salía con él.

—¡Un encanto de mujer!— comentó Ilín con toda la seriedad de sus dieciséis años.

Media hora más tarde el escuadrón estaba formado en el camino. Sonó la voz de mando: "¡A caballo!". Los soldados hicieron la señal de la cruz y montaron. Rostov se puso al frente y ordenó: "¡En marcha!". En filas de cuatro y en medio del ruido de cascos de caballos en el barro, de los sables y las conversaciones, los húsares avanzaron por el ancho camino bordeado de abedules, detrás de la infantería y la artillería, que abrían la marcha.

El viento barría rápidamente las nubes desmenuzadas, azules y moradas, que se teñían de rojo por el este. Clareaba ya y podían distinguirse bien los rizosos yerbajos que siempre crecen a los lados de los caminos vecinales, mojados aún por la lluvia de la víspera; el viento balanceaba las ramas húmedas de los abedules, que dejaban caer oblicuas gotas de agua clara.

Las caras de los soldados comenzaban a distinguirse. Rostov iba acompañado de Ilín, que no se separaba de él, por un lado del camino, entre la doble hilera de abedules. Durante la campaña, Rostov, como buen cazador y experto en caballos, se permitía cabalgar en un caballo cosaco, en vez de montar en el reglamentario; había conseguido un magnífico ejemplar del Don, veloz, alegre, corpulento y de largas crines, al que ningún otro adelantaba en la carrera. Sentía un gran placer al montarlo. Ahora pensaba en su caballo, en la hermosa mañana, en la mujer del médico, y ni una sola vez se paró a considerar el peligro que les aguardaba.

Antes sentía miedo cuando iba al combate, pero ahora no tenía ninguna sensación de temor. Y no era porque se hubiese habituado al fuego (nadie se acostumbra al peligro), sino porque había aprendido a dominarse. Se había acostumbrado, al ir a una acción, a pensar en cualquier cosa menos en lo que era esencial entonces: el peligro inminente. A pesar de todos sus esfuerzos y de los reproches que se hacía por su cobardía, al comienzo del servicio militar le era difícil dominar el miedo, pero con los años lo consiguió con naturalidad.

Ahora cabalgaba al lado de Ilín, entre los abedules, con aire tranquilo y despreocupado, como si se tratara de un paseo. De vez en cuando arrancaba alguna hoja de los árboles que le venían a mano, acariciaba el flanco del caballo o, sin mirar atrás, tendía la pipa, no terminada de fumar, al húsar que lo seguía. Le daba lástima mirar la inquieta cara de Ilín, que hablaba mucho y sin tino. Conocía por experiencia la sensación angustiosa del miedo a morir que sentía Ilín en aquellos instantes, y no ignoraba que el único remedio contra ello era el tiempo.

Cuando el sol apareció en una franja despejada del cielo, saliendo de entre las nubes, el viento se calmó, como si no se atreviera a estropear aquella espléndida mañana veraniega después del temporal. Aún caían gotas, pero ya no oblicuas; todo se apaciguó. El sol salió por completo, apareció en la línea del horizonte y desapareció tras una nube larga y estrecha sobre el horizonte; al cabo de algunos minutos, asomó de nuevo, aún más luminoso, en el extremo superior de la nube, desgajando sus bordes. Todo en torno se iluminó, resplandeció. Y juntamente con la luz, como saludándola, estallaron, delante de ellos, unos cañonazos.

Rostov no había tenido tiempo de calcular la distancia de aquellos disparos cuando se presentó un ayudante de campo del conde Ostermann-Tolstói, que venía de Vítebsk, con la orden de que siguieran por el camino al trote.

El escuadrón rebasó a la infantería y la artillería, que también aceleraron la marcha, bajó una pendiente, atravesó una aldea desierta y volvió a subir otra cuesta. Los caballos estaban cubiertos de espuma y los rostros de los húsares, enrojecidos.

—¡Alto!— ordenó el jefe del grupo que marchaba delante. —¡Alinearse! Cabeza variación izquierda, al paso. ¡March!— sonó de nuevo la voz.

Los húsares pasaron al flanco izquierdo y se situaron detrás de los ulanos rusos, que ocupaban la primera fila. A su derecha quedaba una columna muy compacta de infantería de reserva. Un poco más arriba, en lo más alto de la loma, en el aire límpido y bajo la radiante luz oblicua del sol se destacaban las baterías rusas. Al otro lado de la cañada se veían las columnas y los cañones enemigos y se oía el nutrido tiroteo de las avanzadas rusas, que habían entrado ya en acción.

Aquel ruido, que hacía tiempo no oía, alegró el corazón de Rostov como si fuera una música alegre: Tra, tra, tra, tra, tra… resonaban de vez en cuando algunos disparos, a veces inesperadamente, otras veces rápidos, seguidos. Después todo volvía a un silencio momentáneo, y de pronto se repetía el tiroteo como si fueran petardos que alguien pisara para hacerlos estallar.

Los húsares permanecieron cerca de una hora en el mismo sitio. Empezó el cañoneo. El conde Ostermann pasó detrás del escuadrón con su escolta; se detuvo para hablar brevemente con el comandante del regimiento y salió hacia la loma donde estaban emplazadas las baterías.

Cuando se hubo alejado Ostermann, se ordenó a los ulanos: “¡A formar en columna de ataque!”.

La infantería abrió un hueco para dejar paso a la caballería.

Con los banderines flameantes en las puntas de las picas, los ulanos bajaron al trote hacia la izquierda, donde había aparecido la caballería francesa.

Cuando los ulanos llegaron a la vaguada los húsares recibieron la orden de subir para proteger las baterías. Mientras los húsares ocupaban el sitio de los ulanos, pasaron silbando sobre sus cabezas unas balas perdidas que llegaban de lejos.

Ese sonido alegró y excitó aún más a Rostov que el tiroteo. Se irguió para examinar el campo de batalla, que se abría a sus pies, participando en cuerpo y alma en los movimientos de los ulanos, que atacaban de cerca a los dragones franceses. Todo quedó confundido en medio de la humareda y al cabo de cinco minutos los ulanos retrocedieron, pero no hacia donde habían estado antes, sino hacia la izquierda. Entre los uniformes color naranja de los ulanos, que montaban caballos alazanes, y por detrás de ellos, empezaron a surgir las manchas azules de los dragones franceses sobre caballos grises.

XV

Rostov, gracias a su buena vista de cazador, fue el primero en darse cuenta de que aquellos dragones franceses perseguían a los ulanos rusos, cuyas filas se habían roto. Podía verse ya cómo aquellos hombres, que parecían pequeños al pie de la colina, se atacaban, luchaban cuerpo a cuerpo, agitando los brazos y los sables.

Rostov miraba lo que estaba sucediendo como si se tratara de una cacería. Comprendió de inmediato que si lanzaba a sus húsares contra los dragones franceses, éstos no podrían resistir; pero tenía que hacerlo inmediatamente, pues en caso contrario sería tarde. Miró en derredor. El capitán de caballería que estaba cerca de él tampoco quitaba los ojos de lo que ocurría al pie de la colina.

—Andréi Sevastiánich— dijo Rostov, —podríamos arrollarlos…

—¡Sería un buen golpe! En efecto…

Rostov, sin escuchar más, espoleó a su caballo y se puso al frente de su escuadrón. Apenas pudo dar la voz de mando cuando ya todos los hombres, que sentían lo mismo que él, se pusieron a seguirlo. El propio Rostov no sabía por qué lo había hecho; procedía ahora como en la caza, sin reflexionar, sin cálculo alguno. Veía que los dragones estaban ya cerca, que corrían tras los ulanos. Sabía que ellos no resistirían, que aquel instante era único y que, si lo dejaba escapar, no volvería a presentársele otro igual. Las balas lo excitaban con sus silbidos, el caballo tiraba de las riendas y le fue imposible contenerse. Espoleó al potro, lanzó su voz de mando y en aquel mismo instante oyó a sus espaldas el rumor creciente del escuadrón que se desplegaba. Bajaron la pendiente al trote largo. Apenas llegaron al terreno llano pasaron al galope, que se hizo más rápido a medida que se acercaban a

los ulanos y a los dragones franceses, que los perseguían y estaban ya muy cerca.

Los que iban delante cuando vieron a los húsares dieron la vuelta; los de atrás empezaban a detenerse. Rostov, con la misma emoción que experimentaba al cortar la retirada a un lobo, abandonó las riendas de su corcel y se lanzó con intención de cerrar el camino a los dragones franceses, cuyas filas estaban en desorden. Un ulano se detuvo; otro, descabalgando, se echó sobre la tierra para no ser aplastado; un caballo sin jinete se confundió entre los húsares. Casi todos los dragones franceses emprendieron la retirada desordenadamente. Rostov se fijó en uno que montaba un caballo gris y se lanzó hacia él. En su carrera, el caballo de Rostov saltó sobre unos arbustos; Nikolái, sosteniéndose con dificultad en la silla, vio que no tardaría en alcanzar al enemigo que había elegido. El francés, un oficial, a juzgar por el uniforme, fustigaba a su caballo con el sable, inclinado sobre el cuello del animal. Un instante después, el caballo de Rostov dio con su pecho en la grupa del caballo del oficial francés y estuvo a punto de derribarlo. Al mismo tiempo, sin pensar por qué lo hacía, Rostov alzó el sable y golpeó al francés.

Toda la excitación de Rostov desapareció en el momento mismo de hacerlo. El oficial cayó a tierra; no tanto por el sablazo, que le había producido una pequeña herida encima del codo, como por el empujón del caballo y el miedo. Procurando frenar a su caballo, Rostov miró al herido para ver a quién había vencido. El oficial francés de dragones, con un pie enganchado al estribo, procuraba sostenerse dando saltos sobre el otro. Entornaba asustado los ojos, como si esperase en cualquier momento recibir otro golpe. Con una expresión de terror, miró a Rostov desde abajo. Su rostro pálido y joven, sucio de barro, de rubios cabellos, con un hoyuelo en la barbilla y ojos azules, muy claros, no era desde luego el apropiado para un campo de batalla, el rostro de un enemigo, sino más bien el de un ser pacífico y corriente. Aun antes de que Rostov hubiese pensado lo que iba a hacer, el francés gritó: *“Je me rends!”*[374] Trataba, apresurándose, pero sin conseguirlo, de desenganchar el pie sujeto en el estribo, y sus asustados ojos azules seguían mirando a Rostov. Algunos húsares lo ayudaron a sacar el pie y montar a caballo. En distintos lugares luchaban húsares y dragones.

Uno, herido, con el rostro ensangrentado, defendía su caballo; otro, encaramado sobre el caballo de un húsar, le sujetaba el cuerpo con sus brazos; el tercero, ayudado por un húsar, subía a su caballo. La infantería francesa acudía a la carrera, disparando, al lugar de la acción. Los húsares se replegaron rápidamente con sus prisioneros. Rostov seguía a los demás, con un sentimiento desagradable que le oprimía el corazón. Algo vago y confuso, que no podía explicarse, se había apoderado de él con la captura de aquel oficial y el golpe que le había dado.

El conde Ostermann-Tolstói encontró a los húsares cuando regresaban de la acción. Llamó a Rostov y le agradeció su intervención, anunciándole que expondría al Emperador su valeroso acto y pediría para él la cruz de San Jorge. Cuando Rostov fue llamado por Ostermann recordó que se había lanzado al ataque sin recibir órdenes para ello y estaba convencido de que el jefe lo llamaba para reprocharle su indisciplina; así pues, las halagüeñas palabras de Ostermann y la promesa de una recompensa deberían haberle proporcionado una gran satisfacción. Pero la misma sensación vaga y desagradable de antes lo atormentaba moralmente. “¿Qué es lo que me tortura? —se preguntó cuando dejó al general—. ¿La preocupación por Ilín? No: está sano y salvo. ¿Es que hice algo vergonzoso? ¡No, tampoco es eso!” Pero algo lo seguía torturando, como un remordimiento. “Sí, sí, aquel oficial del hoyuelo en la barbilla. Recuerdo muy bien cómo se detuvo mi brazo cuando lo levanté.”

Al ver a los prisioneros conducidos por los húsares, galopó tras ellos para ver a su francés del hoyuelo en la barbilla, quien, con su extraño uniforme, montaba en un caballo de húsar y miraba inquieto en derredor. La herida del brazo era insignificante. Sonrió forzadamente a Nikolái e hizo con la mano una especie de saludo. Rostov se sintió violento y como avergonzado.

Durante todo el día y el siguiente, sus amigos y camaradas notaron que, aunque no estaba malhumorado ni disgustado, se mostraba retraído, pensativo y concentrado. Bebía sin ganas, procuraba quedarse a solas y reflexionaba.

Rostov seguía pensando en su brillante hazaña, que, con asombro suyo, le iba a valer la cruz de San Jorge y la reputación de valiente. Pero había

algo que no alcanzaba a comprender. “Resulta que ellos tienen más miedo que nosotros. Entonces ¿es a eso tan sólo, y nada más que a eso, a lo que se califica de heroísmo? ¿Lo hice acaso por la patria? ¿Y qué culpa tiene ese hombre con sus ojos azules y su hoyuelo en la barbilla? ¡Qué miedo tenía! ¡Creyó que lo iba a matar! ¿Por qué iba a matarlo? La mano me tembló. ¡Y me han dado la cruz de San Jorge! No comprendo nada, nada.”

Y mientras Nikolái se hacía tales preguntas sin comprender claramente el motivo de su turbación, la rueda de la fortuna seguía girando a su favor. La acción de Ostrovna le valió un ascenso. Le dieron el mando de un batallón de húsares, y, cuando era necesario un oficial valeroso para alguna misión importante, lo llamaban a él.

XVI

Cuando recibió la noticia de la enfermedad de Natasha, la condesa Rostova, que aún se sentía débil y no repuesta del todo, se trasladó a la capital con Petia y toda la servidumbre. La familia Rostov abandonó la casa de María Dmítrievna para instalarse en su propia vivienda de Moscú.

Por suerte para Natasha y los suyos, la enfermedad era tan grave que había hecho olvidar los motivos de la misma: su conducta y la ruptura con el príncipe Andréi. Estaba tan enferma que nadie pensaba en la culpa que ella pudiera tener en lo sucedido. No comía ni dormía; tosía y adelgazaba a ojos vista; los médicos daban a entender que estaba en peligro. Todos se ocupaban de cuidarla: los doctores la visitaban por separado y en consulta, hablaban mucho en alemán, en francés y en latín, se criticaban unos a otros y recetaban los remedios más diversos contra todas las enfermedades que conocían. Pero a ninguno de ellos se le ocurrió la simple idea de que el mal de Natasha era tan desconocido como lo son todas las enfermedades humanas, ya que cada ser vivo posee sus peculiaridades y padece una enfermedad nueva y compleja que la medicina desconoce. No se trata de enfermedades pulmonares, del hígado, de la piel, del corazón y los nervios, clasificadas por la medicina, sino de una dolencia en la que se combinan numerosas afecciones de esos órganos. Una idea tan simple no se les ocurría a los médicos (lo mismo que a un brujo no se le ocurre pensar que no puede embrujar), porque su razón de vida es curar, porque cobran por hacerlo y porque para llegar a ser lo que son han invertido los mejores años de su vida. Pero la razón principal, que no se les habría ocurrido, era que se sentían útiles. Efectivamente, los médicos eran útiles para toda la familia Rostov. Y no porque la obligaran a tragar píldoras, en su mayor parte

nocivas (aunque, como se administraba en dosis pequeñas, el perjuicio no se dejaba sentir mucho), sino porque así satisfacían una gran necesidad moral de la enferma y de cuantos la querían (tal es la causa de que existan y hayan existido siempre brujos, homeópatas y curanderos). Respondían a la eterna necesidad que tienen los hombres de una esperanza de mejoría o de tener, cuando se sufre, a alguien que los compadezca y ayude, que aparece ya en el niño cuando se frota el sitio que le duele. El niño que se hace daño se arroja en brazos de su madre o de su niñera para que lo besen y acaricien el sitio dolorido, y se siente aliviado cuando lo hacen. No puede creer que personas mucho más fuertes y sabias que él carezcan de recursos para remediar su dolor. La esperanza de hallar un alivio y la cariñosa solicitud de la madre lo consuelan. Para Natasha los médicos eran útiles porque se ocupaban de su mal, y afirmaban que no tardaría en curar si el cochero iba a la farmacia de la calle de Arbat y compraba píldoras y sellos en una preciosa cajita por valor de un rublo y setenta kopeks, y si la enferma tomaba aquellos medicamentos cada dos horas justas con agua hervida. ¿Qué habrían hecho Sonia, el conde y la condesa? ¿Cómo habrían podido estar sin hacer nada, sin aquella obligación de administrar cada dos horas las píldoras a la enferma, sin las bebidas templadas, las croquetas de pollo y demás cuidados prescritos por los médicos cuya fiel observancia ocupa y anima a cuantos rodean al enfermo? ¿Cómo habría podido soportar el conde la enfermedad de su amada hija si no hubiera sabido que esa enfermedad le costaba miles de rublos y que estaba dispuesto a gastar otro tanto para aliviarla; si no se hubiera repetido que, en caso de persistir la enfermedad, llevaría a Natasha al extranjero y celebraría consultas sin reparar en gastos, y si no hubiera podido contar con detalle que Métivier y Feller se habían equivocado, que Frise había comprendido mejor la enfermedad de su hija y Múdrov mejor aún? ¿Qué habría hecho la condesa de no tener la oportunidad de enfadarse a veces con Natasha porque no cumplía rigurosamente las prescripciones médicas?

—Así no sanarás nunca— decía la madre, contrariada, olvidando su dolor, —si no obedeces al doctor y no tomas lo que te manda a su debido tiempo. No hay que andarse con bromas, así puedes tener una neumonía.

Y al pronunciar esa palabra, incomprensible para ella y los demás, sentía un verdadero consuelo.

¿Y qué habría hecho Sonia sin la alegre conciencia de haber estado tres noches sin desnudarse, al principio de la enfermedad de su amiga, para encontrarse dispuesta a cumplir cualquier orden del médico, y aun sin dormir de noche para que no se le pasara la hora de dar a Natasha aquellas píldoras inofensivas guardadas en una cajita dorada? Hasta la propia Natasha, quien solía decir que nada la curaría y que todo era inútil, se hallaba contenta viéndose objeto de tantos sacrificios y teniendo que tomar las medicinas a horas determinadas. Hasta le producía especial contento poder demostrar, al no cumplir las prescripciones, que no creía en su curación y no apreciaba la vida.

El médico iba todos los días, le tomaba el pulso, examinaba la lengua y, sin hacer caso de su abatimiento, gastaba bromas. Pero cuando salía a la habitación contigua y la condesa corría a su encuentro, ponía cara seria y, moviendo pensativo la cabeza, aseguraba que, a pesar del peligro, confiaba en la medicina recetada últimamente y había que esperar para ver sus efectos. La enfermedad era más bien moral, pero…

Procurando disimular ante sí misma y ante el doctor, la condesa le ponía en la mano una moneda de oro y, con el corazón más tranquilo, volvía junto al lecho de su hija.

La enfermedad de Natasha se manifestaba en que comía y dormía poco, en la tos y la apatía. Los médicos repetían que no podía dejarse a la enferma sin cuidados médicos, y por ello la retuvieron en el ambiente sofocante de la ciudad. En el verano de 1812, los Rostov tampoco fueron al campo.

A pesar de la gran cantidad de píldoras, gotas y sellos contenidos en cajitas y frascos (de los que Mme Schoss, muy aficionada a todo ello, hizo una verdadera colección) y a pesar de carecer de la vida a que estaba habituada en el campo, la juventud de Natasha se impuso: se fue cubriendo de impresiones de la vida pasada, dejó de atormentarse, se iba convirtiendo en algo ya pasado. Natasha comenzó a reponerse físicamente.

XVII

Natasha estaba más tranquila, pero no más alegre. No sólo evitaba todas las ocasiones externas de alegría: los bailes, el patinaje, los conciertos y teatros, sino que nunca reía sin que detrás de su risa asomaran las lágrimas. Le era imposible cantar, y cada vez que comenzaba a reír o entonar una canción la ahogaban los sollozos de arrepentimiento y el recuerdo del pasado, de aquellos tiempos puros que ya no volverían: eran lágrimas de enfado al pensar en la estéril pérdida de una juventud que podía haber sido tan dichosa. La risa y el canto le parecían una profanación de su pena. No le costaba ningún esfuerzo dejar de presumir, de acicalarse. Aseguraba —y lo creía en aquella época— que todos los hombres eran para ella iguales que el bufón Nastasia Ivánovna. Una especie de vigía interior le prohibía toda manifestación de alegría; tampoco sentía ya atracción por lo que tanto le gustaba antes, en sus años de despreocupación y esperanza. Se acordaba con frecuencia y dolorosamente del otoño, de las cacerías, del tío y de las últimas Navidades que Nikolái pasara con ellos en Otrádnoie. ¡Cuánto daría por volver a aquella época, siquiera fuese sólo por un día! Pero esa vida había terminado para siempre. No la engañó entonces el presentimiento de que aquella sensación de libertad, cuando todas las alegrías eran posibles, no volvería más. Y, sin embargo, era necesario seguir viviendo.

La consolaba pensar que no era mejor que los demás —como antes había imaginado—, sino peor, mucho peor de cuantos existían. Pero no le bastaba; lo sabía y no dejaba de preguntarse: “¿Qué más? ¿Y después?”. Y después no había nada. No sentía la alegría de vivir, pero la vida seguía su curso. Se esforzaba en no ser una carga para los demás, en no molestar a nadie; para sí misma no necesitaba nada. Se alejaba de los suyos y sólo con

Petia se encontraba a gusto. Sentía más placer a su lado que con los demás; llegaba a reír al hallarse con él a solas. Apenas salía, y, de los visitantes que acudían a su casa, el único que la alegraba era Pierre. Parecía imposible proceder con mayor delicadeza, atención y cuidado de como lo hacía el conde Bezújov. Natasha percibía esa ternura un poco inconscientemente; por eso hallaba un gran placer en su compañía. Sin embargo, esa delicadeza no despertaba en ella agradecimiento; en las bondades de Pierre no parecía adivinar esfuerzo alguno: era tan natural que fuera bueno que eso no tenía ningún mérito. A veces Natasha notaba que Pierre estaba cohibido y turbado en su presencia, sobre todo cuando temía evocar recuerdos penosos. Natasha se daba cuenta de ello, pero atribuía aquel embarazo a la bondad natural de Pierre y a su timidez; que él, según pensaba, sería igual con los demás que con ella. Desde que involuntariamente dijera que, de haber sido un hombre libre, habría pedido de rodillas su mano y su amor, palabras pronunciadas en un momento de tan intensa emoción para ella, Pierre no había vuelto a expresar sus sentimientos a Natasha. Le parecía que aquellas palabras, que tanto consuelo le trajeron entonces, habían sido dichas sin propósito alguno, como las que se suelen decir para consolar a un niño que llora. Y no porque Pierre estuviese casado, sino porque Natasha notaba que entre ellos dos existía aquella barrera moral que no había sentido ante Kuraguin. Nunca había pensado que su relación con Pierre pudiera transformarse en amor por parte de ella y aún menos por parte de Pierre, sino ni siquiera en esa amistad tierna y poética entre hombre y mujer de la que Natasha recordaba algunos ejemplos.

Terminaba el ayuno de San Pedro cuando Agrafena Ivánovna Belova, vecina de los Rostov en Otrádnoie, llegó a Moscú para venerar las santas imágenes de la ciudad. Propuso a Natasha que hiciera con ella unos ejercicios espirituales y ella aceptó con alegría. Aun cuando los médicos habían prohibido que saliera temprano de casa, Natasha no quiso hacer los ejercicios espirituales como solían hacerse en casa de los Rostov, asistiendo a los oficios en la propia capilla, sino acudiendo durante toda la semana a maitines, misa y vísperas, como lo hacía Agrafena Ivánovna.

La condesa se mostró satisfecha del celo de Natasha; después del estéril tratamiento médico, concebía la esperanza de que las oraciones aliviarían a

su hija más que las medicinas; aunque con miedo y sin que se enterara su doctor, accedió al deseo de Natasha y la confió a Belova, su vecina, quien la despertaba a las tres de la madrugada, si bien la mayoría de las veces la encontraba ya en pie. Se levantaba apresuradamente, se ponía su peor vestido, una mantilla vieja y salía temblando de frío a la calle desierta iluminada apenas por el amanecer. Aconsejada por Agrafena Ivánovna, Natasha no acudía a su parroquia, sino a otra iglesia donde, según la piadosa Belova, había un sacerdote de vida austera y ejemplar. En aquella iglesia nunca había mucha gente; Natasha y Belova se arrodillaban en su sitio habitual delante del icono de la Virgen, empotrado en la parte posterior del trascoro. Cuando contemplaba el rostro de la imagen, iluminado por los cirios y la luz del alba que se filtraba a través de las vidrieras, Natasha se sentía embargada por un hondo sentimiento de humildad ante lo incomprensible e inalcanzable; con el mismo sentimiento escuchaba los oficios, que trataba de entender; cuando lo conseguía, sus más íntimos pensamientos se unían con matices propios a la oración; si no los entendía, aún le era más dulce pensar que su deseo de entenderlo todo no era más que orgullo, que comprenderlo todo era imposible y no había más remedio que creer y entregarse a Dios, que en aquellos momentos —así lo sentía— estaba dirigiendo su alma. Natasha se persignaba; se hincaba de rodillas y, al no comprender los oficios, se horrorizaba de su vileza y pedía al Señor que le perdonara por todo, por todo, y tuviera misericordia de ella. Las oraciones más frecuentes eran de arrepentimiento. Al regresar a casa, en aquellas horas de la mañana en que sólo se veían albañiles que iban al trabajo y porteros que barrían las aceras delante de las casas, mientras todo el mundo dormía aún, Natasha experimentaba un sentimiento nuevo, la posibilidad de corregir sus defectos y de alcanzar una existencia nueva más pura y feliz.

Durante toda aquella semana de ejercicios, ese sentimiento crecía de día en día. La dicha de comulgar o comunicarse con Dios —como decía Agrafena Ivánovna— era para ella algo tan grande que le parecía que no iba a llegar aquel feliz domingo.

Cuando llegó ese día feliz, cuando aquel domingo imborrable volvió de comulgar con su vestido blanco, de muselina, Natasha sintió por primera

vez después de tantos meses una gran serenidad, sin que la agobiara la vida que la esperaba.

Aquel mismo día la visitó el médico y mandó que siguiera tomando las píldoras recetadas hacía dos semanas.

—Debe tomarlas por la mañana y por la noche— dijo, sinceramente satisfecho de su éxito, —y que lo haga con regularidad. Esté tranquila, condesa— añadió, —su hija volverá pronto a cantar y a divertirse— comentó con tono festivo, mientras con la palma de la mano recogía hábilmente la moneda de oro que le daba la condesa. —Esta última medicina le ha hecho gran efecto: se ha reanimado mucho.

La condesa, para atraer la buena suerte, se miró las uñas, escupió y regresó radiante al salón donde estaba Natasha.

XVIII

A principios de julio comenzaron a extenderse por Moscú alarmantes rumores sobre la marcha de la guerra. Se hablaba de una proclama del Emperador al pueblo y de su próxima llegada a Moscú. Como el día 11 de julio todavía no había llegado ni se conocía la proclama, los rumores sobre la llegada, la proclama y la situación de Rusia eran cada vez más exagerados. Se decía que Alejandro había dejado el ejército porque éste se hallaba en peligro; que Smolensk se había rendido a los franceses, que Napoleón tenía un millón de soldados y que sólo un milagro podía salvar al país.

El manifiesto imperial llegó el sábado, 11 de julio, pero aún debían imprimirlo. Pierre, que se hallaba en casa de los Rostov, prometió volver a comer con ellos al día siguiente, domingo, para llevarles una copia de la proclama y el manifiesto, que le proporcionaría el conde Rastopchin.

Ese domingo los Rostov asistieron a misa, como de costumbre, en la capilla privada de los Razumovski. Era un día caluroso. A las diez de la mañana, cuando los Rostov se apeaban de su carruaje delante de la capilla, se notaba en el aire sofocante, en los gritos de los vendedores, en los vestidos de colores claros y llamativos, en las hojas de los árboles del bulevar, llenas de polvo, en la música, en el pantalón blanco de los soldados que iban de relevo, en el ruido de la calle y en la luz del sol ardiente la enervante languidez del estío, la satisfacción y el descontento del presente, más notorios que de ordinario en los días calurosos de la ciudad. En la iglesia de los Razumovski se reunía lo mejor de la sociedad moscovita y buen número de amigos de los Rostov (aquel verano muchas familias ricas habían dejado de ir al campo, en espera de los acontecimientos). Al pasar al

lado de su madre, detrás del lacayo de librea que les abría paso entre la gente, Natasha oyó a un joven que decía a media voz:

—Es Natalia Rostov, la de…

—Ha adelgazado mucho, pero sigue estando guapa.

Le pareció oír los nombres de Kuraguin y Bolkonski, aunque eso le parecía oír cada vez. Se imaginaba siempre que, al verla, todos pensaban en lo sucedido. Encogido el corazón y cohibida (como le ocurría toda vez que pasaba entre la gente), Natasha siguió adelante, recogiendo un poco su vestido de seda lila y encajes negros; y como le suele ocurrir a las mujeres, su paso era tanto más tranquilo y majestuoso cuanto mayor era su dolor y vergüenza. Conocía su propia belleza, y no se equivocaba a este respecto, pero eso ya no la ilusionaba como antes; al contrario, es lo que más la hacía sufrir en los últimos tiempos y sobre todo en aquel día cálido y bochornoso del claro verano. “Otro domingo, otra semana —se dijo, recordando que también el domingo anterior había estado en aquel lugar—. Siempre la misma vida sin vida, las mismas condiciones en que tan fácilmente vivía antes. Soy joven y bonita, y ahora sé que soy buena; antes era mala y ahora soy buena, lo sé, pero los mejores años de mi vida se pasan estériles, sin aprovechar a nadie” Se detuvo junto a su madre y saludó con un movimiento de cabeza a algunas amistades. Examinó, siguiendo su costumbre, los vestidos de las damas; censuró la *tenue* y la manera de santiguarse de una señora que estaba a corta distancia de ella; y de nuevo pensó con disgusto que otros la juzgaban mientras ella juzgaba a los demás. Al darse cuenta de que comenzaba el oficio religioso, se horrorizó de su propia maldad y de haber perdido la pureza de otros días.

El sacerdote, un viejo pulcro y bien parecido, oficiaba con esa dulce serenidad que tan consoladora y grata es para los creyentes. Se cerraron las puertas del iconostasio y, mientras la cortina se corría lentamente, una voz suave y misteriosa dijo algo desde la otra parte. Natasha sintió oprimido su corazón por lágrimas incomprensibles y un sentimiento de alegría y a la vez angustioso, la inquietó.

“Muéstrame qué debo hacer, la vida que debo llevar y el modo de enmendarme para siempre, para siempre”…, pensó.

Un diácono subió al ambón y, apartando mucho el pulgar, se arregló sus largos cabellos bajo el estolón y, puesta la cruz sobre el pecho, dio lectura en voz alta y solemne a la siguiente oración:

“Roguemos todos al Señor”.

“Roguemos todos, al margen de estamentos, sin odios, unidos en fraterno amor. Oremos”, pensó Natasha.

“Para que el Cielo nos conceda la salvación de nuestras almas.”

—Para obtener la paz de los ángeles y de las almas de todos los seres incorpóreos que viven por encima de nosotros— murmuró Natasha.

Cuando rezaron por el ejército, Natasha se acordó de su hermano y de Denísov. Cuando rezaron por los navegantes y viajeros, recordó al príncipe Andréi y rogó por él y también para que Dios le perdonara el mal que ella le había causado. Cuando oraron por los que más nos aman, Natasha tuvo presentes a su madre, a su padre y a Sonia, comprendiendo por primera vez toda su culpa para con ellos y sintiendo todo el amor que les tenía. Cuando el diácono rezó por nuestros enemigos, se imaginó alguno para rezar por ellos. Consideró como enemigos a los acreedores y a cuantos tenían algún negocio con su padre; al pensar en los enemigos a quienes odiamos, se representó la imagen de Anatole, que tanto daño le había causado, y a pesar de que él no la odiaba, rezó también por él con alegría, como enemigo suyo.

Sólo al rezar podía acordarse con serenidad del príncipe Andréi y de Anatole, como hombres cuya memoria se desvanecía al lado del hondo sentimiento de temor y veneración que le inspiraba Dios. Después rezaron por la familia imperial y por el Santo Sínodo y Natasha se inclinó profundamente e hizo la señal de la cruz, convenciéndose de que, aunque no lo comprendiera, no podía dudar y debía, pese a todo, amar al Santo Sínodo y pedir también por él.

Cuando hubo terminado la oración, el diácono hizo una cruz sobre la estola y dijo:

—Encomendémonos nosotros y nuestras vidas a Jesucristo, Dios nuestro Señor.

—Encomendémonos— murmuró Natasha en lo más íntimo; —Dios mío, me entrego a tu voluntad; no quiero ni deseo otra cosa; enséñame lo que debo hacer y cómo debo emplear mi voluntad. ¡Acéptame, acéptame!—

repetía impaciente y enternecida, sin santiguarse más, dejando caer sus delgados brazos, como a la espera de que una fuerza invisible la liberara de sí misma, de sus pesares y deseos, sus remordimientos, esperanzas y vicios.

Durante el oficio, la condesa miró varias veces el rostro enternecido y los brillantes ojos de su hija y pidió a Dios que la ayudara.

Inesperadamente, en medio de la ceremonia y alterando un orden que Natasha conocía bien, un diácono trajo un reclinatorio en que solía rezarse de rodillas la oración a la Trinidad y lo colocó delante de las puertas del iconostasio. El sacerdote salió con una capa pluvial de terciopelo morado, se alisó los cabellos y se arrodilló con bastante dificultad. Todos lo imitaron y se miraron con extrañeza. Era una oración que acababa de enviar el Santo Sínodo, en la cual se pedía a Dios que salvara a Rusia de la invasión del enemigo.

“Señor de la fuerza, Dios de la salvación nuestra —comenzó el sacerdote, con esa voz clara, dulce y sin énfasis propia sólo de los sacerdotes eslavos que influye de modo irresistible en el corazón de los rusos.

“Señor de la fuerza, Dios de la salvación nuestra, concede tu gracia y misericordia a los que te suplican. Escúchanos y ayúdanos. El enemigo llena de temor tu tierra y quiere convertir el mundo en un desierto. Ese enemigo se ha levantado contra nosotros. Hombres criminales se reúnen para destruir tus bienes, para aniquilar a tu fiel Jerusalén, tu querida Rusia; para mancillar tus templos, derribar tus altares y profanar tus santuarios. ¿Hasta cuándo, Señor hasta cuándo triunfarán los pecadores? ¿Hasta cuándo regirán sus leyes impías y quebrantarán las tuyas?

“Señor Dios nuestro, escucha a los que te imploramos. Sostén con tu potente brazo a nuestro piadosísimo y gran emperador Alejandro Pávlovich; que su verdad y su dulzura encuentren gracia a tus ojos. Trátalo con la misma bondad que él nos trata a nosotros, tu Israel bien amado. Bendice sus decisiones, sus empresas y sus iniciativas; fortifica con tu poderosa mano su reino y concédele la victoria sobre su enemigo, como se la diste a Moisés sobre Amalec, a Gedeón sobre Madián y a David sobre Goliat.

“Protege a sus ejércitos; sostén el arco de los medos en la mano de los que se armaron en tu Nombre y dales fuerza en el combate. Toma tus armas

y tu escudo y acude en ayuda nuestra para que se avergüencen cuantos nos desean el mal y que sean ante tu ejército fiel como el polvo que el viento dispersa. Concede a tu Ángel poder para vencerlos y perseguirlos; y que, sin saberlo, caigan encerrados en una red, caigan en su propia trampa, bajo los pies de tus esclavos, y vencidos sean por ejércitos nuestros. ¡Tú salvas a pequeños y grandes porque eres Dios y el hombre no puede nada contra Ti!

“Dios de nuestros padres: tu gracia y misericordia son eternas; no apartes de nosotros tu mirada a causa de nuestra iniquidad; olvida nuestras infidelidades y pecados por tu gran misericordia y bondad infinita. Concédenos un corazón puro y un espíritu recto; afirma nuestra fe en Ti y nuestra esperanza; ilumina en nosotros un verdadero amor hacia el prójimo. Haz que todos nos unamos en defensa del patrimonio común que a nosotros y a nuestros padres se nos ha dado, y que el poder de los malvados no prevalezca en la tierra que Tú has bendecido.

“Señor Dios nuestro, en quien creemos y ponemos todas nuestras esperanzas, no decepciones nuestra espera, haz un milagro para nuestro bien, a fin de que aquellos que nos odian a nosotros y la santa religión ortodoxa sean vencidos y perezcan, para que todos los pueblos se convenzan de que tu Nombre es Señor y que somos tus criaturas. Concédenos tu misericordia y muéstranos la salvación. Regocija el corazón de tus esclavos por medio de tu gracia; castiga a nuestros enemigos y precipítalos bajo los pies de tus seguidores, pues Tú eres la ayuda y la victoria de los que creen en Ti. Gloria a Ti, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, ahora y siempre por todos los siglos. Amén.”

En el estado de ánimo en que se hallaba Natasha, sincero y emotivo, esa oración le produjo un efecto muy profundo. Escuchaba atentamente cada palabra acerca de la victoria de Moisés sobre Amalec, de Gedeón sobre Madián y de David sobre Goliat, así como las que se referían a la ruina de Jerusalén, y rezaba con toda la sinceridad y fervor que rebosaba su corazón, pero no comprendía bien qué era lo que pedía. Deseaba con toda su alma el perdón, deseaba verse fortalecida por la fe, la esperanza y el amor. Pero no podía pedir la destrucción de sus enemigos, cuando unos minutos antes deseaba tenerlos en gran número para amarlos y rogar por ellos. Tampoco podía, sin embargo, dudar de la razón de aquella plegaria que se leía de

rodillas, se estremecía de terror ante la amenaza del castigo que espera a los hombres, por sus pecados, y sobre todo por los suyos propios, y rogaba insistentemente a Dios que perdonara a ella y a los demás tantos crímenes y les concediera la serenidad y la dicha en esta vida.

Y le pareció que Dios escuchaba su oración.

XIX

La cuestión sobre la vanidad y locura de las cosas terrenas, que tanto lo había atormentado, dejó de existir para Pierre desde el día en que, al salir de casa de los Rostov y recordar la agradecida mirada de Natasha, contempló el nuevo cometa y tuvo la sensación de que una existencia nueva comenzaba para él. Aquellas terribles preguntas: "¿Por qué? ¿Para qué?", que antes lo asaltaban en medio de cualquier actividad, eran ahora sustituidas no por otras preguntas, ni por la respuesta a las preguntas anteriores, sino por su imagen. Cuando oía o hablaba sobre las cosas más insignificantes, cuando leía o llegaba a sus oídos alguna bajeza o locura humana, no se horrorizaba como antes, no se preguntaba por qué los hombres se preocupan de las cosas de este mundo, cuando todo es tan breve y desconocido, sino que recordaba a Natasha tal como la había visto la última vez. Entonces desaparecían todas sus dudas, no porque ella respondiera a las preguntas que él se planteaba, sino porque su recuerdo lo transportaba momentáneamente a otro mundo, a los claros dominios de la vida espiritual, donde no había ni culpables ni inocentes, donde todo era belleza y amor, cosas por las que valía la pena vivir. Así, cuando conocía alguna vileza humana, solía decirse: "¿Qué más da que fulano robe al Estado y al Zar y que el Estado y el Zar le paguen con honores? ¡Ella me sonrió ayer, pidió que volviera! ¡Yo la amo, pero nadie lo sabrá jamás!".

Pierre seguía frecuentando la sociedad; bebía mucho y mantenía su vida ociosa y disipada de antes porque, fuera de las horas que pasaba con los Rostov, le era menester emplear su tiempo de alguna manera, y las costumbres y amistades de Moscú lo conducían inevitablemente a esa vida. Pero en este último tiempo, cuando los rumores acerca de la guerra se

hicieron más alarmantes y cuando Natasha, ya restablecida, dejó de despertar en él un sentimiento de atenta piedad, se vio dominado por una inquietud inexplicable. Sentía que la situación en que se encontraba no podía durar mucho, que estaba próxima una catástrofe que cambiaría su vida entera, y buscaba con impaciencia los indicios de esa próxima catástrofe en todo. Cierto hermano masón le había revelado la siguiente profecía, relativa a Napoleón, del *Apocalipsis* de san Juan Evangelista.

Dicha profecía se encuentra en el capítulo XIII, versículo 18, y dice así: "Aquí está la sabiduría; quien tenga inteligencia, cuente el número de la bestia, porque es número de hombre y su número es seiscientos sesenta y seis".

Y en el mismo capítulo, el versículo 5 dice: "Y se le dio una boca que profería palabras de orgullo y blasfemia; y se le confirió el poder de actuar durante cuarenta y dos meses".

Las letras del alfabeto francés, como los caracteres hebraicos, pueden expresarse por medio de cifras. Atribuyendo a las diez primeras letras el valor de las unidades y a las siguientes el de las decenas, tiene el significado siguiente:

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
a	b	c	d	e	f	g	h	i	k
20	30	40	50	60	70	80	90	100	
l	m	n	o	p	q	r	s	t	
110	120	130	140	150	160				
u	v	w	x	y	z				

Escribiendo con este alfabeto en cifras las palabras *l'empereur Napoléon*, la suma de los números correspondientes daba como resultado 666, por lo cual Napoleón era la bestia de que hablaba el Apocalipsis. Además, al escribir con ese mismo alfabeto la palabra francesa *quarante deux*, es decir, el límite de cuarenta y dos meses asignados a la bestia para proferir palabras orgullosas y blasfemas, la suma de las cifras correspondientes a la palabra última era también 666, de lo que se infería que el poder napoleónico

terminaba en 1812, fecha en que el Emperador cumplía los cuarenta y dos años.

Semejante profecía causó honda impresión en Pierre. Con frecuencia se preguntaba cómo acabaría el poder de la bestia, es decir de Napoleón; y sirviéndose de la representación de las palabras por cifras, trató de hallar una respuesta. Escribió como contestación *l'empereur Alexandre* y *La nation russe*. Sumó las cifras de las letras, pero el resultado superaba en mucho a 666. Una vez que estaba ocupado en semejantes cálculos, escribió: *Comte Pierre Bésouhof* y la suma de las cifras correspondientes a las letras fue diferente también. Cambió la ortografía: puso una *z* en lugar de s, añadió la preposición *de* y hasta el artículo francés *le*, pero tampoco halló el resultado apetecido. Entonces se le ocurrió que si la respuesta estaba en su nombre, habría que mencionar su nacionalidad. Escribió *Le Russe Besuhof* y contó las cifras, pero obtuvo la suma 671; sobraban cinco unidades, el cinco era el valor de la letra *e*, precisamente la que se suprime en el artículo francés ante la palabra *empereur*. A pesar de que era una falta de ortografía, suprimió la letra *e* y escribió así: *L'Russe Besuhof* y obtuvo el resultado 666. Esto lo emocionó. Desconocía qué relación lo unía a aquel magno acontecimiento profetizado en el *Apocalipsis*, pero no dudó ni por un momento de su realidad. Su amor por Natasha, el Anticristo, la invasión de Napoleón, el cometa, el 666, *l'empereur Napoleón y l'Russe Besuhof*, todo este conjunto debía madurar y estallar librándolo del mundo embrujado e insignificante de las costumbres moscovitas, en el cual se sentía prisionero, para llevarlo a una gran hazaña y a una inmensa felicidad.

En la víspera del domingo en que se leyó la oración del Santo Sínodo, Pierre había prometido a los Rostov que les llevaría el llamamiento del Emperador y las últimas noticias dadas por el conde Rastopchin, de quien era amigo. Aquella mañana, en casa del conde, Pierre encontró a un correo recién llegado del ejército: se trataba de un conocido suyo, uno de los asistentes más asiduos a los bailes de sociedad en Moscú.

—Por Dios se lo pido, ¿no podría ayudarme?— le dijo el correo. —Traigo la cartera llena de cartas para familiares de compañeros.

Entre las cartas había una de Nikolái Rostov para su padre. Pierre se hizo cargo de ella; además, el conde Rastopchin le entregó la proclama del emperador Alejandro al pueblo de Moscú, recién impresa, las últimas órdenes del día del ejército y su último anuncio. Al leer las órdenes del día del ejército, Pierre halló entre las relaciones de muertos, heridos y condecorados el nombre de Nikolái Rostov, a quien se le concedía la cruz de San Jorge en cuarto grado, por su valeroso comportamiento en la acción de Ostrovna; en la misma orden figuraba el nombramiento del príncipe Andréi Bolkonski como comandante de un regimiento de cazadores.

Aunque no deseaba recordar al príncipe Andréi delante de los Rostov, Pierre no pudo dominar el deseo de alegrarlos con la noticia de la condecoración de Nikolái y, guardándose las otras órdenes y proclamas oficiales, que pensaba llevar personalmente a la hora de comer, les envió aquella orden del día y la carta de Nikolái.

La conversación con el conde Rastopchin, su aspecto inquieto y su precipitación, el diálogo con el correo, que le habló con negligencia del mal cariz que tomaban los asuntos en el frente, los rumores acerca de unos espías descubiertos en Moscú y de un documento que circulaba por la ciudad en el cual Napoleón prometía entrar en ambas capitales rusas antes del otoño, y la llegada del emperador Alejandro anunciada para el día siguiente avivaron en Pierre el sentimiento de inquietud y de espera que no lo abandonaba desde la aparición del cometa y, sobre todo, desde el comienzo de la guerra.

Hacía tiempo que pensaba entrar en el servicio militar; y lo habría hecho de no habérselo impedido, en primer lugar, su condición de masón, que lo ligaba por juramento a la defensa de la paz universal y a la abolición de la guerra, y en segundo lugar porque veía a tantos moscovitas que vestían uniforme militar y hacían ostentación de patriotismo que, sin saber por qué, lo avergonzaba hacer lo mismo. Mas el principal motivo que lo retraía de poner en obra su propósito de hacerse militar era la inconcreta revelación de que él era *l'Russe Besuhof* con el significado del número de la bestia 666 y que su parte en la gran empresa de poner fin al dominio de la *bestia*, blasfema y sacrílega, estaba decidida desde toda la eternidad, de manera que él no debía emprender nada, sino esperar los acontecimientos.

XX

Todos los domingos, como siempre, comían en casa de los Rostov algunos amigos. Pierre llegó antes con objeto de encontrarlos solos.

Aquel año había engordado tanto que habría parecido deforme de no ser por su estatura, sus grandes brazos y su enorme fuerza, que le permitía soportar fácilmente la obesidad.

Subió las escaleras resoplando y murmurando algo entre dientes. El cochero no preguntó si tenía que esperar; sabía que cuando el conde iba a esa casa no se marchaba antes de medianoche. Los criados se apresuraron a quitarle la capa y recoger el sombrero y el bastón, que, por costumbre adquirida en el Club, solía dejar en el vestíbulo.

La primera persona que vio fue Natasha. Ya antes de verla, mientras se quitaba la capa, oyó su voz: estaba haciendo ejercicios de solfeo en la sala. Pierre sabía que después de su enfermedad no había vuelto a cantar y por este motivo se sorprendió y alegró al oír su voz. Abrió la puerta sin hacer ruido y vio a Natasha con el vestido de color lila que había llevado a la iglesia; se paseaba por la habitación, sin dejar de cantar. Estaba de espaldas a la puerta pero, al volverse y ver el rostro asombrado de Pierre, se ruborizó y se acercó a él rápidamente.

—Quiero volver a cantar— dijo como disculpándose. —Después de todo, es una ocupación.

—¡Hace muy bien!

—¡Cuánto me alegro de que haya venido! ¡Me siento hoy tan feliz!— exclamó Natasha con una animación que Pierre hacía tiempo no veía en ella. —¿Sabe usted que han concedido a Nikolái la cruz de San Jorge? ¡Estoy tan orgullosa de él!

—¡Ya lo creo que lo sé! Yo mismo envié aquí el orden del día. Bueno, no quiero molestarla— dijo, e intentó pasar al salón, pero Natasha lo detuvo.

—Conde, ¿hago mal en cantar?— preguntó enrojeciendo, aunque sin apartar de él sus ojos interrogadores.

—¡Oh, no! ¿Por qué iba a hacer mal? Al contrario… ¿Por qué me lo pregunta?

—Ni yo misma lo sé— respondió Natasha apresurándose, —pero no querría hacer nada que no le agradase. ¡Tengo tanta confianza en usted! No sabe cómo me importa su opinión en todo y lo mucho que me ayudó— seguía hablando precipitadamente sin reparar en la turbación de Pierre, que iba enrojeciendo. —He visto en ese mismo orden del día que *él*… Bolkonski (pronunció este nombre a media voz, sin detenerse) está en Rusia y ha vuelto al servicio. ¿Cree usted que podrá perdonarme algún día? ¿Que no me guarda rencor? ¿Qué piensa usted?— hablaba de prisa, como si temiera perder sus fuerzas.

—Creo…— dijo Pierre —que no tiene nada que perdonar… Si yo estuviera en su lugar…

Por una asociación de ideas, Pierre se trasladó momentáneamente al día en que, consolando a Natasha, le había dicho que si él no fuera él, sino el hombre más atractivo del mundo y estuviese libre, habría pedido de rodillas su mano. Ahora, aquel mismo sentimiento de amor, piedad y ternura se apoderó de él; idénticas palabras asomaban a sus labios. Pero ella no le dio tiempo a expresarse.

—Sí, usted… usted…— dijo, pronunciando con entusiasmo la palabra *usted* —es otra cosa; no conozco a nadie mejor que usted, más generoso y magnánimo… No puede haberlo. Si no lo hubiese tenido entonces, y aun ahora, no sé qué habría hecho, porque…

Los ojos se le llenaron de lágrimas; volvió la cabeza, levantó el cuaderno de música y reanudó el canto y los paseos por la estancia.

En aquel momento entró corriendo Petia. Era ahora un espléndido y guapo muchacho de quince años, de gruesos labios rojos, que se parecía a Natasha. Se preparaba para ingresar en la Universidad, pero últimamente, a

escondidas, él y su compañero Obolenski habían decidido ingresar en los húsares.

Petia quería hablar con su tocayo Bezújov. Días antes le había rogado que se informara sobre su posible admisión en los húsares. Pierre caminaba por la sala sin escuchar al muchacho, que le tiraba de la manga para obligarle a prestar atención.

—¡Dígame, Piotr Kirílovich, por Dios! ¿Cómo va mi asunto? ¡Usted es mi única esperanza!— decía Petia.

—Ah, sí, tu asunto. ¿Tu ingreso en los húsares, no? Me informaré. Hoy mismo lo preguntaré todo.

—¿Qué hay, mon cher?— dijo el viejo conde entrando. —¿Tiene usted el manifiesto? La condesa ha oído en la capilla de los Razumovski la nueva oración; dice que es muy hermosa.

—Sí, sí, traigo el manifiesto— contestó Pierre. —El Emperador llega mañana… Se convoca una reunión extraordinaria de la nobleza… dicen que se va a hacer una leva suplementaria de diez hombres por cada mil. ¡Ah!, lo felicito.

—Sí, sí, gracias a Dios. ¿Y qué se sabe del ejército?

—Los nuestros han retrocedido de nuevo. Dicen que ya están en Smolensk— respondió Pierre.

—¡Dios mío!— dijo el conde. —¿Y el manifiesto?

—¿El manifiesto? ¡Ah, sí!— Pierre comenzó a buscar en los bolsillos, pero no lo encontraba. La condesa entró en ese instante y Pierre besó su mano, sin dejar de buscar. Después miró inquieto en derredor, esperando sin duda a Natasha, que había dejado de cantar pero tardaba en acudir a la sala. —Les juro por Dios que no sé dónde lo puse— dijo.

—Vaya, siempre lo pierde todo— dijo la condesa.

Natasha entró con el rostro enternecido y placentero y se sentó, mirando en silencio a Pierre, quien, hasta entonces sombrío, se animó en cuanto ella entró. Sin dejar de buscar el documento, la miró varias veces.

—Tendré que volver a casa. Seguro que me lo dejé allí.

—Entonces llegará tarde para la comida.

—¡Oh, y el cochero se ha ido!

Pero Sonia, que había salido al vestíbulo a buscar los documentos, los halló en el sombrero de Pierre, donde él los había puesto entre la badana. Pierre quiso leerlo.

—No, después de comer— dijo el viejo conde, que parecía prometerse un gran placer con aquella lectura.

Durante la comida brindaron con champaña a la salud del nuevo caballero de San Jorge. Shinshin contó las últimas nuevas de la ciudad: la enfermedad de una vieja princesa georgiana, la desaparición de Métivier de Moscú y la detención de cierto alemán, al que mandaron a Rastopchin diciendo que era un *champignon* (así lo había contado Rastopchin en persona); el conde ordenó que lo dejasen en libertad, diciendo a la gente que no era un *champignon*, sino, simplemente, una vieja seta alemana.

—Sí, sí, hay muchas detenciones— dijo el conde. —Bien le digo a la condesa que no hable tanto en francés; ahora no es oportuno.

—¿No saben que el príncipe Galitsin ha tomado un profesor de ruso? Ahora está aprendiendo— comentó Shinshin. —Il commence à devenir dangereux de parler français dans les rues.[375]

—Y usted, conde Piotr Kirílovich, cuando se movilice la milicia, ¿también tendrá que incorporarse?— preguntó el viejo conde, volviéndose a Pierre, quien había permanecido silencioso y pensativo durante toda la comida. Como si no comprendiera, miró al conde.

—Sí, sí, a la guerra— dijo. —Pero no, ¿qué soldado sería yo? ¡Aunque todo es tan extraño! Tan extraño. Ni yo mismo lo comprendo, no lo sé. ¡Me siento tan distante de los gustos militares! Pero en estos tiempos actuales, nadie puede asegurar nada.

Después de la comida, el conde se acomodó tranquilamente en una butaca y pidió con gravedad a Sonia, que tenía reputación de buena lectora, que leyera la proclama del Emperador.

—“A Moscú, nuestra primera capital: El enemigo ha entrado en territorio ruso con grandes fuerzas. Intenta devastar nuestra amada patria…”— leía diligentemente Sonia con su fina vocecita.

El conde escuchaba con los ojos cerrados y suspiraba en algunos pasajes. Natasha, erguida en su asiento, miraba alternativamente a su padre y a Pierre, quien sentía aquella mirada y procuraba no volverse.

La condesa, después de cada expresión solemne del manifiesto, movía la cabeza con aire de reprobación y descontento. Una sola cosa veía en aquellas palabras: que el peligro que amenazaba a su hijo no iba a concluir tan pronto. Shinshin, plegados los labios en una sonrisa zumbona, parecía dispuesto a burlarse de lo primero que se le presentase, ya fuera la forma de leer de Sonia, ya las reflexiones del conde, ya el manifiesto mismo, a falta de un pretexto mejor.

Después del pasaje que trataba del peligro que amenazaba a Rusia y de las esperanzas que el Emperador tenía puestas en Moscú y, sobre todo, en su famosa nobleza, Sonia, con voz temblorosa, debida principalmente a la atención con que la escuchaban, leyó las últimas frases:

“No tardaremos en acudir a esta capital y a otros lugares del país para reunirnos, deliberar y guiar a nuestras milicias, tanto aquellas que cierran ahora el paso al enemigo como las que se organicen en todas partes para combatirlo dondequiera que se presente. ¡Que la ruina a la que pensaba llevarnos caiga sobre su jefe y que toda Europa, liberada de la esclavitud, glorifique el nombre de Rusia!”

—¡Eso es!— exclamó el conde, abriendo sus húmedos ojos; e interrumpiéndose varias veces para respirar, como si le hubiesen llevado a la nariz un frasco de ácido acético, añadió: —Que el Emperador diga una sola palabra, y lo sacrificaremos todo, sin ahorrar esfuerzo.

Shinshin no había logrado aún mofarse del patriotismo del conde cuando Natasha corría hacia su padre.

—Pero, ¡qué encanto de padre!— dijo besándolo, y se volvió para mirar a Pierre con aquella coquetería inconsciente que volvía a ella con el mejoramiento de su salud.

—¡Ella sí que es una patriota!— dijo Shinshin.

—No, nada de patriota; simplemente…— replicó Natasha ofendida. —A usted todo le parece risible, pero esto no es ninguna broma…

—¡Nada de bromas!— repitió el conde. —¡Que diga una sola palabra e iremos todos!… ¡No somos unos alemanes cualesquiera!…

—¿Se han dado cuenta de que en el manifiesto se dice “para deliberar”? — observó Pierre.

—Bueno, para lo que sea…

En aquel instante, Petia, a quien nadie prestaba atención, se acercó a su padre y, muy colorado, con voz que mudaba, tan pronto aguda como bronca, dijo:

—Ea, papá, ahora lo voy a decir, y a mamá también; tomadlo como queráis, pero tenéis que dejarme ir al ejército… porque no puedo más… ¡Y eso es todo!…

La condesa, horrorizada, alzó los ojos al cielo, juntó las manos y, enfadada, se volvió al marido:

—¡Ya está! ¡Ya lo has conseguido!

Pero el conde se recobró al momento de su emoción:

—¡Vaya, vaya! ¡Menudo guerrero! Déjate de tonterías. Lo que tienes que hacer es estudiar.

—No son tonterías, papá; Fedia Obolenski es más joven que yo y se va; y lo principal es que, de todas maneras, yo no podría estudiar ahora cuando…— Petia se detuvo, enrojeció intensamente, pero concluyó, sin embargo: —Cuando la patria está en peligro.

—Basta, basta de tonterías…

—¡Pero si usted mismo ha dicho que lo daríamos todo!

—¡Cállate, Petia!— gritó el conde, mirando a su esposa, que había palidecido y no apartaba los asustados ojos de su benjamín.

—Pues ya lo sabe. Piotr Kirílovich le dirá…

—Pues yo te repito que son tonterías. Es un bebé que quiere ir de soldado. ¡A ti te lo digo!

Y el conde, cogiendo el manifiesto, seguramente con intención de leerlo de nuevo en su despacho, antes de la siesta, se dirigió a Pierre:

—Vamos a fumar, Piotr Kirílovich.

Pierre se encontraba indeciso y confuso. Los ojos de Natasha, insólitamente brillantes y animados, vueltos hacia él con algo más que cariño, lo habían puesto en esa situación.

—No, me parece que… Me iré a casa…

—¿A casa? Pero si quería quedarse toda la velada… Cada día lo vemos menos por aquí… y ella— añadió bonachonamente señalando a Natasha — sólo se alegra cuando está usted aquí…

—Me había olvidado… Tengo que irme sin falta… los asuntos…— añadió presuroso.

—Bueno, bueno; hasta la vista— dijo el conde, abandonando la habitación definitivamente.

—¿Por qué se va? ¿Por qué está disgustado? ¿Por qué?— preguntó Natasha a Pierre mirándole retadora a los ojos.

"Porque te amo", habría querido contestar él. Pero no lo dijo; enrojeció hasta el punto de llorar y bajó los ojos.

—Porque será mejor para mí que yo venga menos… porque… No; sencillamente, tengo asuntos que resolver en casa.

—¿Pero por qué? Dígalo…— comenzó Natasha, mas de pronto calló.

Se miraron asustados y llenos de turbación. Él trató de sonreír, pero no pudo hacerlo. Su sonrisa expresó un hondo sufrimiento. Sin decir nada, besó su mano y salió. Marchaba decidido a no volver más a casa de los Rostov.

XXI

Recibida la rotunda negativa de su padre, Petia se recluyó en su habitación y lloró amargamente. Los demás fingieron no darse cuenta de nada cuando a la hora del té volvió taciturno y con los ojos rojos de llorar.

Al día siguiente llegó el Emperador. Algunos criados pidieron permiso para salir y ver al Zar. Aquella mañana Petia tardó mucho en vestirse, peinarse y acomodar el cuello tal como lo hacen los mayores. Mirándose en el espejo, fruncía el ceño, gesticulaba, se encogía de hombros y, finalmente, sin decir nada a nadie, se puso la gorra y salió de la casa por la escalera de servicio procurando que no lo vieran. Tenía decidido ir al lugar donde estuviera el Emperador y explicar a algún chambelán (se imaginaba al Zar rodeado siempre de chambelanes) que él, conde Rostov, a pesar de su corta edad, quería servir a la patria, pues la juventud no era obstáculo para ir al ejército y estaba dispuesto a… Mientras Petia se arreglaba delante del espejo, había compuesto muchas frases, a cual más bella, para decírselas al chambelán.

Precisamente su condición de niño le garantizaba éxito, pues esperaba ser presentado al Emperador (creía, por cierto, que todos se asombrarían de su extrema juventud); pero al mismo tiempo, en la manera de ponerse el cuello, en el peinado y en sus maneras graves y moderadas, trataba de parecer mayor. Conforme avanzaba por la calle, más se entretenía contemplando a la gente que iba hacia el Kremlin y olvidaba la gravedad y moderación propias de los adultos. Cuando estuvo cerca del Kremlin tuvo que preocuparse de no ser arrollado por la muchedumbre; con resolución y aire amenazador sacó los codos. Al llegar a la puerta de la Trinidad, la multitud, que ignoraba al parecer sus intenciones patrióticas, lo empujó de

tal manera contra el muro que a pesar de toda su decisión tuvo que detenerse mientras los coches pasaban ruidosamente por debajo del arco. Junto a Petia había una mujer de pueblo con un lacayo, dos mercaderes y un soldado retirado. Al cabo de un rato de estar parado en la puerta, Petia quiso adelantarse a todos, sin esperar a que pasaran los coches, y de nuevo se abrió paso a codazos. Pero la mujer (la primera que recibió los golpes del muchacho) se volvió furiosa:

—¿Por qué empujas, señorito? ¿No ves que todos esperan? ¿A qué viene empujar?

—¡Todos podrían intentarlo!— dijo el lacayo, que también puso en acción los codos y empujó a Petia hacia un rincón maloliente de la puerta.

Petia se pasó las manos por el rostro sudoroso y se arregló el cuello, empapado, que tan bien se había puesto imitando a los mayores.

Se daba cuenta de que su aspecto ya no era presentable y temía que, al verlo así, los chambelanes no lo dejaran pasar ante el Emperador. Sin embargo, le era imposible componer su atuendo ni salir de aquel sitio a causa de las apreturas. Uno de los generales que pasó ante él en su carruaje era conocido de los Rostov. Petia pensó pedirle ayuda, pero le pareció que hacerlo no era digno de un hombre valiente. Cuando hubieron desfilado todos los coches fue arrastrado por la muchedumbre al recinto de la plaza, abarrotada de gente. Hasta los tejados se hallaban rebosantes de curiosos. Petia oyó claramente el repique de las campanas que llenaba todo el Kremlin y el alegre rumor del habla popular.

Por un instante la plaza pareció despejarse; en seguida todas las cabezas se descubrieron y la gente echó a correr hacia delante. Petia se sintió empujado de tal modo que casi no podía respirar. En derredor todos gritaron: “¡Hurra”! ¡Hurra!”. Petia se puso de puntillas; empujó y pellizcó a la gente, pero sin conseguir ver otra cosa que las cabezas de los que lo rodeaban.

Todos los rostros expresaban idéntica emoción y entusiasmo. Una mercadera próxima a Petia sollozaba y las lágrimas corrían por sus mejillas.

—¡Señor, ángel, padrecito!— decía, enjugándose los ojos con los dedos.

—¡Hurra!— gritaban por todas partes.

Por unos momentos la multitud permaneció inmóvil; luego se lanzó hacia delante.

Sin saber ya lo que hacía, Petia apretó los dientes y con aire fiero y desorbitados los ojos avanzó repartiendo codazos sin dejar de gritar "¡hurra!", como si estuviera dispuesto a matarse y matar a todos. Pero a derecha e izquierda se movían con la misma expresión salvaje y gritaban con el mismo entusiasmo.

"He aquí —pensó Petia— lo que significa ser emperador. No, no puedo entregarle por mí mismo la solicitud; sería mucho atrevimiento." Petia siguió avanzando desesperadamente, y, por fin, entre las espaldas de los que se encontraban delante, le pareció ver un espacio libre, con una alfombra roja. Pero la muchedumbre osciló hacia atrás (los guardias empujaban a los que se habían acercado demasiado al cortejo cuando el Zar salía del palacio y se dirigía a la catedral de la Asunción). Petia sintió de pronto un golpe tan fuerte en las costillas y lo apretujaron de tal modo que se le nubló la vista y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, un eclesiástico, con un mechón de cabellos grises que le caían sobre la espalda y una vieja sotana azul, seguramente un sacristán, lo sostenía con una mano por debajo del brazo y con otra lo protegía de la multitud.

—¡Que vais a matar al muchacho!— decía. —¿Qué hacéis? No empujéis así… ¡Lo vais a matar!

El Emperador entró en la catedral de la Asunción. La muchedumbre se detuvo de nuevo y el sacristán se llevó a Petia, muy pálido y casi sin respiración, hasta el gran cañón del Kremlin; varias personas se compadecieron de él y la gente lo rodeó, dejando espacio. Los más próximos le desabrocharon la chaqueta y lo colocaron sobre el cañón, censurando a los que lo habían atropellado.

—Han podido matarlo. ¡Qué barbaridad! ¡Un asesinato! Está blanco como la cera, el pobrecito— decía la gente a su alrededor.

Petia se recobró en seguida. Se le pasó el dolor y volvieron los colores, y gracias a ese contratiempo pasajero había conseguido un excelente lugar sobre el cañón, desde el cual podría ver al Emperador cuando regresara de la catedral. No pensaba ya en presentar solicitud alguna. Se consideraba feliz sólo con ver al Soberano.

La multitud se dispersó mientras duró la solemne ceremonia de la catedral, un oficio en acción de gracias por la llegada del Zar y la firma de la paz con los turcos. Aparecieron vendedores de *kvas* y rosquillas con semillas de amapola, que tanto gustaban a Petia. Se oían conversaciones corrientes. Una mercadera mostraba su chal roto y aseguraba que le había costado mucho; otra comentaba el encarecimiento de las telas de seda. El sacristán que había salvado a Petia charlaba con un funcionario acerca de quién oficiaba en la catedral con Su Eminencia. Varias veces repitió la palabra *concilio*, que Petia no entendía. Dos mozos bromeaban con unas muchachas que comían nueces. Todas esas conversaciones no interesaban a Petia ahora, ni siquiera las bromas con las muchachas, que, por su edad, lo atraían particularmente. Encaramado sobre el alto cañón, se sentía feliz pensando con emoción en el Zar y en el amor que le tenía. La importancia de aquel momento era más intensa todavía al juntarse a su entusiasmo el dolor y el miedo que sentía de ser aplastado.

Se oyeron unos cañonazos (eran salvas para celebrar la paz con los turcos) y las gentes se precipitaron hacia la orilla del río, donde disparaban, para ver de cerca los cañones. Petia quiso hacer lo mismo, pero no se lo permitió el sacristán, que lo había tomado bajo su tutela. Proseguían los cañonazos cuando salieron rápidamente de la catedral unos cuantos generales, oficiales y caballeros de cámara; después, con menos prisas, aparecieron otros. De nuevo se descubrieron todos, y los que habían ido a ver los cañones volvieron corriendo hacia atrás. Finalmente, de la catedral salieron cuatro hombres, uniformados y con bandas.

"¡Hurra! ¡Hurra!", gritó la multitud.

—¿Cuál es? ¿Cuál es?— preguntaba Petia casi llorando a cuantos lo rodeaban.

Pero nadie le respondió. Todos estaban demasiado excitados. Petia eligió a uno de los cuatro personajes, a los que no podía distinguir bien por las lágrimas de alegría que le llenaban los ojos, y concentró en él todo su entusiasmo, aunque no era el Zar; "¡Hurra!", gritó desaforadamente, decidiendo que al día siguiente ingresaría en el ejército costase lo que costase.

La muchedumbre corrió tras el Emperador, lo acompañó hasta el palacio. Allí comenzó a dispersarse. Era ya tarde; Petia no había comido, sudaba a chorros, pero no quería ir a casa. Siguió a la multitud, algo mermada, aunque todavía era bastante numerosa ante las puertas del palacio —donde comía el Zar—, mirando a las ventanas como si esperara algo y envidiando por igual a los dignatarios que llegaban en sus carruajes para comer con el Emperador y a los lacayos que servían la mesa, a quienes podía ver a través de los cristales.

Durante la comida, Valúiev dijo al Emperador, mirando hacia las ventanas:

—El pueblo espera todavía ver a Su Majestad.

La comida estaba a punto de acabar; el Zar se levantó de la mesa, terminando de comer un bizcocho, y se acercó al balcón.

—¡Padrecito! ¡Ángel nuestro! ¡Padre! ¡Hurra!…— gritaron todos, y Petia con ellos.

Y de nuevo las mujeres y los hombres de espíritu más débil (Petia entre ellos) lloraban de felicidad. Un buen resto de bizcocho, que el Emperador tenía en la mano, se desprendió, cayó en la barandilla y de allí al suelo. Un cochero que estaba cerca se lanzó sobre el pedazo de bizcocho y se apoderó de él. De la muchedumbre varias personas corrieron hacia el cochero; al advertirlo, el Emperador hizo traer una bandeja llena de bizcochos y comenzó a tirarlos a la calle. Los ojos de Petia se inyectaron en sangre; el peligro de ser aplastado lo exacerbó aún más y se lanzó sobre los bizcochos del Zar dispuesto a no retroceder por nada del mundo. No sabía para qué, pero le parecía imprescindible conseguir un bizcocho tocado por las manos del Zar. Se precipitó y al hacerlo derribó a una viejecita que iba a coger un bizcocho. La viejecita no se dio por vencida, y aun tendida en el suelo, se esforzaba por alcanzarlo, pero Petia apartó la mano de la viejecita con una rodilla, agarró el bizcocho y, como si temiese llegar tarde, vitoreó de nuevo al Emperador, ya con voz ronca.

Cuando el Soberano se retiró, la gente comenzó a dispersarse. Todos comentaban alegremente desde diversas partes:

—Ya decía yo que había que esperar… ¿Lo veis? Así ha sido…

Por muy feliz que se sentía Petia, al regresar a su casa, le daba pena pensar que aquel día maravilloso se había terminado. Desde el Kremlin se encaminó a casa de su compañero Obolenski, que tenía quince años de edad y también quería ingresar en el ejército. Una vez con los suyos, manifestó con firmeza y decisión que se escaparía si no lo dejaban ir a la guerra. Al día siguiente, aunque no convencido por completo, el conde Iliá Andréievich fue a informarse de cómo podría colocar a Petia en un sitio de poco peligro.

XXII

Tres días después, el 15 por la mañana, gran cantidad de carruajes se agolpaba delante del palacio Slobodski.

Los salones estaban llenos. En el primero se encontraban los nobles, de uniforme; en el segundo, los mercaderes con sus medallas, sus barbas y sus caftanes azules.

En la sala de los nobles reinaba gran bullicio y movimiento. Los dignatarios más importantes estaban sentados ante una mesa, bajo el retrato del Emperador, en sillas de alto respaldo. La mayor parte de los reunidos paseaban por la sala.

Todos aquellos hombres, a quienes Pierre veía cada día en el Club o en sus casas, vestían uniformes, unos del tiempo de Catalina la Grande, otros de Pablo I o Alejandro I y los más el uniforme corriente de la nobleza. La similitud confería algo extraño y fantástico a las fisonomías viejas y jóvenes, tan conocidas como diversas. Los más sorprendentes eran los ancianos, cegatos, desdentados, calvos, gruesos y pesados o delgados, pálidos y llenos de arrugas. Estos últimos, en su mayor parte, permanecían sentados y silenciosos; si alguno de ellos paseaba o mantenía una conversación, procuraba reunirse con gente de menos edad. Como en los rostros de la gente que Petia había visto en la plaza, todas aquellas caras reflejaban una asombrosa contradicción entre la común espera de algo solemne y las conversaciones habituales sobre hechos cotidianos: la partida de *boston* del día anterior, el cocinero Petrushka, la salud de Zinaida Dmítrievna, etcétera.

Pierre, enfundado desde la mañana en su uniforme de gentilhombre, que le venía estrecho, paseaba por las salas. Estaba conmovido: aquella

extraordinaria reunión, no sólo de la nobleza, sino también de los mercaderes —de los estamentos, *états généraux*—, suscitaba en él una serie de ideas hacía tiempo olvidadas pero profundamente arraigadas en su espíritu: ideas sobre el *Contrat social* y la Revolución francesa.

Las palabras del manifiesto, señaladas por él, según las cuales el Zar iba a Moscú para "consultar" con su pueblo, lo confirmaban en su opinión. Y suponiendo que en ese sentido se preparaba algo importante, que él esperaba desde hacía tiempo, iba de un lado a otro, escuchando las conversaciones, pero ninguno de los presentes se refería a lo que le interesaba.

Se había dado lectura al manifiesto del Emperador, que provocó el entusiasmo de los reunidos; después, todos se dispersaron charlando animadamente. Además de los temas de interés general, Pierre oía hablar acerca del lugar que debían ocupar los mariscales de la nobleza cuando entrara el Emperador; sobre el tiempo oportuno para ofrecer un baile al Soberano o sobre la conveniencia de reunirse por distritos o juntos, etcétera. Pero en cuanto se tocaba el tema de la guerra y los motivos de aquella reunión, las palabras se hacían vagas y vacilantes. Todos preferían escuchar que hablar.

Un hombre de mediana edad, apuesto y bien parecido, con uniforme de marino retirado, había empezado a hablar en una sala y todos se reunían alrededor de él. Pierre se acercó a aquel grupo para escuchar al marino. El conde Iliá Andréievich, que vestido con su uniforme de *voievoda* de los tiempos de Catalina la Grande iba de un lado a otro con su eterna sonrisa amable, se había acercado también al grupo —donde conocía casi a todos— y con movimientos de cabeza aprobaba sonriente lo que se decía. El marino retirado hablaba con gran valentía: así se notaba por el gesto de sus oyentes y porque muchos hombres a los que Pierre conocía como moderados y dóciles se apartaron en seguida, como desaprobando sus manifestaciones, o bien lo rebatían. Pierre se abrió camino hasta el centro del grupo; escuchó al marino y quedó convencido de que se trataba de un verdadero liberal, pero en un sentido muy diverso del que él habría deseado. El marino, con una voz de barítono especialmente sonora, melódica, propia de los nobles, pronunciaba las erres de una forma gutural bastante agradable, abreviando

las consonantes, y con el tono con que se suele gritar “¡camarero, la pipa!” seguía hablando con la entonación del que está acostumbrado al poder y el jolgorio.

—¿Qué importa que los de Smolensk hayan ofrecido milicias al Emperador? ¿Es que estamos obligados a hacer lo mismo? Si los nobles de la provincia de Moscú lo consideran necesario, hay otras maneras de manifestar su devoción y lealtad al Emperador. ¿Acaso hemos olvidado las milicias de mil ochocientos siete? Entonces sólo se enriquecieron los hijos de la iglesia y los ladrones y saqueadores.

El conde Iliá Andréievich, sonriendo afablemente, movía la cabeza en señal de aprobación.

—¿Y qué? ¿Es que las milicias han prestado alguna vez un servicio útil al Estado? ¡Nunca! No han hecho otra cosa que arruinar nuestras propiedades. Lo mejor sigue siendo el reclutamiento. Sin esto… nuestros hombres vuelven a casa sin ser ni militares ni campesinos: tan sólo unos disolutos. ¡Los nobles no regatearemos nuestras vidas! ¡Que el Emperador haga un llamamiento y todos moriremos por él!— concluyó el orador, enardecido.

Iliá Andréievich tragaba saliva, de pura satisfacción, y empujaba a Pierre, que daba muestras de querer hablar. Pierre se adelantó animado, sin saber lo que pensaba decir. Abría la boca para comenzar cuando lo interrumpió un senador desdentado, de rostro inteligente y adusto, que se había situado junto al orador, evidentemente habituado a discutir y plantear cuestiones; el senador habló sin levantar la voz, pero dejándose oír.

—Supongo, señor— dijo el anciano barboteando con su desdentada boca, —que no se nos ha llamado aquí para discutir ahora si es mejor para el Estado el reclutamiento o la milicia. Hemos venido para contestar al llamamiento que Su Majestad el Zar se ha dignado hacernos; será mejor dejar al cuidado de los altos poderes el juzgar lo que conviene, si el reclutamiento o la milicia.

Inesperadamente, Pierre halló una salida a su deseo de hablar; molesto con el senador, que imponía a los demás su afán de regular y limitar las opiniones de la nobleza, Pierre avanzó unos pasos. No sabía lo que iba a

decir, pero empezó a hablar con entusiasmo, intercalando de vez en cuando alguna frase francesa y expresándose en un ruso demasiado libresco:

—Excúseme, Excelencia— comenzó (Pierre conocía bien al senador, pero en semejante ocasión le pareció mejor dirigirse a él formalmente). —Aunque no esté de acuerdo con el señor…— (Pierre se detuvo: quería decir *mon très honorable préopinant*). —Con el señor… que je n'ai pas l'honneur de connaître,[376] creo que los nobles aquí reunidos, además de expresar su simpatía y entusiasmo, han sido llamados para opinar sobre las medidas más convenientes con el fin de ayudar a la patria. Y supongo— siguió, entusiasmándose cada vez más —que el mismo Emperador no estaría contento de hallar en nosotros tan sólo a propietarios dispuestos a entregar a sus campesinos… o sea *chair à canon*,[377] y no contara con nuestro con… consejo.

Muchos se alejaron del grupo al notar la sonrisa despectiva del senador y observar que las palabras de Pierre eran demasiado libres. Sólo Iliá Andréievich parecía satisfecho del discurso de Pierre, como lo había estado de las palabras del marino, del senador y, en general, de todo aquel que era el último en hablar.

—Creo que antes de discutir una cuestión así— prosiguió Pierre —debemos preguntar al Emperador, pedirle con el mayor respeto que nos comunique cuáles son nuestras fuerzas, en qué estado se hallan nuestras tropas y ejércitos, y entonces…

Pero Pierre no pudo concluir. A un mismo tiempo lo interrumpieron, inesperadamente, tres oponentes. Su más violento adversario era Stepán Stepánovich Adraxin, compañero suyo en las partidas de *boston*, a quien conocía de mucho tiempo atrás y que siempre le había mostrado simpatía.

Stepán Stepánovich Adraxin vestía uniforme y, fuera por esta circunstancia o por cualquier otra, le pareció a Pierre un hombre completamente distinto. Stepán Stepánovich, desfigurado el rostro por una cólera senil, gritó a Pierre:

—¡Debo decirle, ante todo, que no tenemos derecho a preguntar al Emperador una cosa así! Y, además, aunque la nobleza tuviera semejantes derechos, Su Majestad no podría contestar. Las tropas se mueven según los movimientos del enemigo; unas veces aumentan y otras disminuyen…

Otro de los que gritaba era un hombre de mediana estatura, de unos cuarenta años, al que Pierre había visto en ocasiones con los zíngaros y a quien conocía como jugador de mala fama, que también parecía muy cambiado por el uniforme. Se acercó a Pierre e interrumpiendo a Adraxin dijo:

—¡No es el momento de discutir! ¡Tenemos que actuar! La guerra está en Rusia. El enemigo avanza para destruir nuestra patria, para profanar las tumbas de nuestros mayores y llevarse a nuestras mujeres y nuestros hijos — y se golpeó el pecho con el puño. —¡Nos levantaremos todos como un solo hombre! ¡Iremos a la guerra, por nuestro padrecito el Zar!— gritó desorbitando los ojos inyectados en sangre.

En el grupo sonaron voces de aprobación.

—¡Somos rusos y no regatearemos nuestra sangre en defensa de la religión, el trono y la patria! ¡Hay que dejar los desvaríos, si es que somos verdaderos hijos de nuestra patria! ¡Demostraremos a Europa cómo Rusia se levanta en defensa de Rusia!— gritaba.

Pierre quería contestar, pero no pudo decir ni una sola palabra. Se daba cuenta de que el simple sonido de sus palabras, independientemente del pensamiento que expresaran, sería menos oído que cuanto dijera aquel enardecido noble.

Iliá Andréievich, detrás del grupo, aprobaba con la cabeza; algunos, al fin de cada frase, se volvían hacia el orador y decían:

—¡Eso es, eso está bien!

Pierre quería decir que no se oponía a entregar dinero, campesinos y la propia vida, pero que era menester conocer la situación para poner remedio. Mas no pudo decir nada. Muchas voces gritaban y hablaban al mismo tiempo, de manera que Iliá Andréievich no tenía tiempo de aprobar a todos; el grupo aumentaba, se deshacía, volvía a reunirse entre murmullos y se dirigía hacia el amplio salón donde estaba la mesa grande. Pierre no conseguía siquiera decir una palabra: lo interrumpían groseramente, lo apartaban y se separaban de él como de un enemigo común. Esa actitud no se debía a que estuvieran descontentos de sus palabras, que habían olvidado ya después de tantos discursos que las habían seguido; se debía a que la muchedumbre necesita un motivo tangible para sentir amor o sentir odio.

Pierre era el objeto de ese odio. Muchos otros hablaron después del noble elocuente, y todos lo hicieron en el mismo tono. Algunos hablaban bien y con originalidad.

El director del *Mensajero Ruso*, Glinka, que había sido reconocido ("¡Un escritor! ¡Un escritor!", gritaron varias voces), dijo que el infierno debía ser combatido con el infierno, que había visto a un niño que sonreía a la luz de un rayo y al fragor del trueno, pero que los rusos no serían como aquel niño.

—¡Sí, sí! ¡Al fragor del trueno!— repetían asintiendo en las últimas filas.

La muchedumbre se acercó a la gran mesa, ante la cual estaban sentados, con sus uniformes y condecoraciones, los viejos dignatarios septuagenarios, de pelo blanco o calvos, a los que Pierre solía ver en sus casas rodeados de bufones, o en el Club, en torno a las mesas de juego. El grupo llegó hasta la mesa sin cesar en su alboroto. Los oradores seguían hablando unos tras otros, sin interrupción, a veces dos a la vez, apretujados contra los altos respaldos de las sillas. Los que estaban detrás se percataban de lo omitido por el orador en el uso de la palabra y se apresuraban a exponerlo. Otros, en medio de aquel calor y aquellas apreturas, buscaban en sus cabezas una idea cualquiera y procuraban enunciarla rápidamente. Los viejos dignatarios, que Pierre conocía, permanecían quietos y se miraban tan pronto unos como otros; lo único que expresaban las caras de todos ellos era el calor excesivo.

Pierre, sin embargo, se sentía inquieto, y el deseo general de mostrar que para los rusos no había obstáculo (deseo que se manifestaba más en el tono de las voces y en la expresión de las caras que en el sentido de las palabras) se iba comunicando también a él. No es que hubiera renunciado a sus ideas, pero se sentía culpable de algo y deseaba justificarse.

—Yo sólo digo que nos sería más fácil hacer la oferta si conociéramos las necesidades— gritó, tratando de imponerse a las demás voces.

Un anciano, que estaba cerca de él, lo miró, pero lo distrajo al instante una voz que resonó en el otro extremo de la mesa.

—¡Sí, Moscú se abandonará! ¡Será la víctima expiatoria!— gritó alguien.

—¡Es el enemigo de la humanidad!— exclamó otro. —¡Señores! ¡Permítanme hablar!… ¡Señores, me están aplastando!… ¡Que me aplastan, señores!

XXIII

En aquel momento, el conde Rastopchin, con su uniforme de general, la banda que le cruzaba el pecho, su prominente barbilla y sus ojos vivaces, entró en el salón, avanzando entre los grupos que le abrían paso.

—El Emperador está al llegar— dijo. —Acabo de dejarlo. Creo que en las circunstancias actuales no hay mucho que discutir. El Emperador se ha dignado reunirnos a nosotros y a los mercaderes, de donde saldrán los millones— y señaló la sala de los comerciantes; —nuestro deber es facilitar soldados y no regatear ni la propia vida… ¡Es lo menos que podemos hacer!

Los dignatarios sentados ante la mesa dieron comienzo a las deliberaciones. Hablaban en voz muy baja, que parecía triste después del intenso clamoreo de antes. Se oían voces seniles que decían: “Yo estoy de acuerdo”.

Y otros, para variar: “También soy del mismo parecer”, etcétera.

El secretario recibió la orden de escribir las decisiones de la nobleza moscovita; los moscovitas, igual que los de Smolensk, darían diez hombres por cada mil, completamente equipados.

Los dignatarios reunidos se levantaron aliviados, apartando con gran estrépito las sillas, deseosos de desentumecer las piernas, y se pusieron a pasear por la sala; algunos, conversando, iban del brazo de alguien.

—¡El Emperador! ¡El Emperador!

Esta palabra recorrió, de un extremo a otro, las salas; todos se precipitaron a la entrada. El Emperador atravesó el salón entre una doble hilera de nobles. Todos los rostros expresaban curiosidad, respeto y temor. Pierre estaba bastante alejado y no pudo oír bien las palabras del Soberano. Comprendió solamente que hablaba del peligro en que se hallaba el país y

de las esperanzas que él tenía en la nobleza de Moscú. Otra voz contestó al Zar, explicando las decisiones tomadas por la nobleza.

—Señores— dijo el Emperador con voz trémula. Un leve murmullo recorrió la muchedumbre, que se aquietó de nuevo, y Pierre pudo oír claramente la agradable y conmovida voz del Emperador. Decía: —Nunca he dudado del celo de la nobleza rusa, pero en este día ha superado mis esperanzas. Os doy las gracias en nombre de la patria. Señores: hay que actuar. El tiempo es precioso…

Alejandro guardó silencio: los nobles se agruparon más estrechamente a su alrededor y por todas partes resonaron aclamaciones entusiastas.

—Sí, lo más preciado… es la palabra del Zar— decía sollozando Iliá Andréievich, que no había oído nada pero comprendía todo a su manera.

De la sala de la nobleza el Emperador pasó a la de los mercaderes, donde permaneció unos diez minutos. Entre los demás, Pierre vio que al salir de aquella sala el Zar tenía los ojos llenos de lágrimas. Como después se supo, acababa de comenzar el Emperador su alocución a los mercaderes cuando los ojos se le arrasaron de lágrimas, y con voz temblorosa terminó su discurso. Cuando Pierre vio al Zar iba acompañado de dos mercaderes; Pierre conocía a uno de ellos, un contratista muy grueso; el otro era alcalde, de rostro amarillo y flaco y barbilla puntiaguda. Ambos lloraban; el mercader delgado tenía los ojos llenos de lágrimas, pero el otro sollozaba como un niño y repetía a cada momento:

—¡Tomad nuestras vidas y nuestros bienes, Majestad!

En aquel instante Pierre no sentía más que un profundo deseo de mostrar que por su parte no había obstáculos y que estaba dispuesto a sacrificarlo todo. Se reprochaba su propio discurso de tendencia constitucional. Habiendo oído que el conde Mámonov proporcionaba un regimiento, Bezújov declaró inmediatamente al conde Rastopchin que él daría mil hombres equipados.

El viejo Rostov no pudo contar a su mujer sin lágrimas lo ocurrido, e inmediatamente consintió en el deseo de Petia y él mismo fue a alistarlo.

El Emperador salió de Moscú al día siguiente. Los nobles dejaron sus uniformes, volvieron a sus casas y al Club y, entre carraspeos, dieron

órdenes a sus intendentes acerca del reclutamiento. Ellos mismos estaban sorprendidos de todo lo que habían hecho.

Segunda parte

I

Napoleón comenzó la guerra contra Rusia porque no podía dejar de ir a Dresde, no podía dejar de sentirse halagado por los honores tributados, no podía dejar de ponerse el uniforme polaco, ni no ceder al encanto de aquella mañana de junio, ni reprimir su estallido de cólera en presencia de Kurakin y más tarde de Bálashov.

Alejandro rechazó todas las negociaciones porque se sentía personalmente ofendido. Barclay de Tolly trataba de dirigir el ejército lo mejor posible para cumplir su deber y merecer la gloria de ser un gran jefe militar. Rostov se lanzó al ataque contra los franceses porque no pudo reprimir su deseo de galopar por un campo llano. Y de la misma manera, las innumerables personas que tomaban parte en aquella guerra actuaban según sus cualidades particulares, sus costumbres, de acuerdo con las condiciones y objetivos perseguidos. Todos ellos tenían sus temores, sus vanidades y sus alegrías, se indignaban y discutían, creyendo saber lo que hacían y convencidos de actuar por sí mismos, aunque eran un instrumento inconsciente de la Historia y llevaban a cabo una empresa oculta para ellos, pero comprensible para nosotros. Tal es la suerte inmutable de todos los hombres de acción que, en realidad, son menos libres cuanto más altos se hallan en la jerarquía humana.

Los hombres de 1812 desaparecieron hace mucho tiempo; sus intereses personales se borraron sin dejar rastro; ante nosotros tan sólo queda el resultado histórico de toda aquella época.

Admitamos, sin embargo, que los hombres de Europa, mandados por Napoleón, debían penetrar en Rusia y perecer en sus tierras, y toda la

actividad contradictoria, insensata y cruel de los autores de aquella guerra se nos hace comprensible.

La providencia obligó a todos aquellos hombres, deseosos de conseguir sus fines personales, a contribuir a la realización de un resultado único e inmenso, del que ninguno de ellos (ni Napoleón, ni Alejandro, ni menos aún cualquiera de los que participaron en la contienda) tenía la menor idea.

Para nosotros es evidente ahora cuál fue la causa que determinó el desastre del ejército francés en 1812. Nadie negará que la causa de la derrota de Napoleón fue, por una parte, su comienzo demasiado tardío y sin preparación para la campaña de invierno en el interior de Rusia, y, por otra, el carácter que tomó la guerra después del incendio de las ciudades rusas y el odio que sentía el pueblo ruso hacia el enemigo. Pero entonces nadie podía prever —lo que hoy nos parece evidente— que eso sí iba a causar la pérdida de los ochocientos mil hombres del mejor ejército del mundo, dirigido por el mejor capitán, en el choque con el ejército ruso, dos veces más débil, inexperto, conducido por militares sin experiencia; *no sólo nadie lo preveía*, sino que todos los esfuerzos, *por parte de los rusos*, estuvieron constantemente encaminados a impedir aquello que podía salvar a Rusia; y *por parte de los franceses*, a pesar de la experiencia del así llamado genio militar de Napoleón, todos los esfuerzos se orientaban hacia Moscú con el fin de llegar allí a fines de verano, es decir, precisamente aquello que sería su perdición.

A los historiadores franceses que han investigado los acontecimientos de 1812 les encanta decir que Napoleón intuía el peligro que significaba la prolongación de sus líneas, que buscó la batalla decisiva y que sus mariscales le aconsejaban que se detuviese en Smolensk, y aducen otros argumentos para probar que ya entonces se presentía el gran peligro de aquella campaña. Por su parte, los historiadores rusos se complacen aún más en asegurar que desde el principio de las operaciones existía un plan de guerra que consistía en atraer a Napoleón al interior de Rusia; unos atribuyen ese plan a Pfull, otros a un francés, otros a Toll, y otros, en fin, al mismo Alejandro. Y se citan notas, proyectos y cartas en las que, realmente, se hallan alusiones a ese modo de orientar la campaña. Pero todas esas indicaciones de lo que iba a ocurrir, sea por parte de los franceses, sea por la

de los rusos, se exponen ahora porque los acontecimientos lo han justificado. De no haber sido así, dichas alusiones yacerían en el olvido, como lo están miles y millones de hipótesis y opiniones contradictorias de moda en aquel tiempo, pero que no se vieron justificadas. Hay siempre tantas suposiciones sobre cada suceso que nunca falta alguien que asegure: "Ya dije yo entonces que esto sucedería así", olvidando por completo que entre las innumerables suposiciones las había absolutamente contradictorias.

Por ejemplo: la suposición de que Bonaparte era consciente del peligro de extender sus líneas y la de que los rusos planearan atraer a los franceses a las profundidades del país pertenecen evidentemente a esa categoría, y sólo forzando mucho los argumentos pueden los historiadores atribuir tales consideraciones a Napoleón y a sus mariscales y tales proyectos a los jefes rusos. Todos los hechos contradicen totalmente tales hipótesis. Durante la guerra, los rusos no sólo no mostraron deseo alguno de atraer al enemigo al interior de Rusia, sino que hicieron todo lo posible por detenerlo desde que pisó su tierra; y Napoleón no sólo no tuvo miedo alguno de alargar sus líneas, sino que cada avance lo alegraba como si fuera un triunfo y, al revés de lo hecho en las demás campañas, puso muy poco empeño en buscar la confrontación.

Al comienzo mismo de la guerra, los ejércitos rusos se vieron divididos, y se aspiraba —como único objetivo— a volver a unirlos, aunque para retroceder y atraer al enemigo hacia el interior de Rusia no había necesidad de esa unión. El Zar está en el ejército para infundirle ánimos, defender cada pulgada de territorio ruso, no para retroceder. Se construye el enorme campamento de Drissa, según el plan de Pfull, y ello significa que no se puede retroceder un palmo más. El Zar reprocha al general en jefe cada retroceso. No sólo el incendio de Moscú, sino ni siquiera la llegada del enemigo a Smolensk cabe en la imaginación de Alejandro y cuando los ejércitos vuelven a unirse muestra su indignación por el incendio de Smolensk y porque no se haya dado ante sus muros la batalla decisiva.

Así pensaba el Zar, pero los jefes militares y todos los rusos en general se indignan todavía más cuando se enteran de que sus ejércitos retroceden hacia el interior del país.

Después de dividir al ejército ruso, Napoleón avanza hacia el interior de Rusia y deja escapar algunas ocasiones de presentar batalla. En agosto llega a Smolensk y no piensa más que en avanzar, aunque, como ahora vemos, ese movimiento es funesto para él.

Los hechos demuestran que Napoleón no previó los peligros de un movimiento hacia Moscú y que ni Alejandro ni sus generales pensaron un solo instante en atraerlo al interior. Pensaban lo contrario. Atraer a Napoleón al interior de Rusia no fue el resultado de un determinado plan (nadie lo creía posible), sino de un complicadísimo juego de intrigas, objetivos y deseos de cuantos participaban en la guerra, incapaces de adivinar que en eso y sólo en eso estaba la única salvación de Rusia.

Todo ocurre por casualidad. Los ejércitos quedan divididos al comienzo de la campaña. Los rusos procuran reunirlos para dar la batalla y detener la invasión enemiga, pero evitan al mismo tiempo el encuentro con un enemigo más fuerte y retroceden involuntariamente, en ángulo agudo, atrayendo al ejército francés a Smolensk. Pero además de retroceder en ángulo agudo, porque los franceses avanzan entre ambos ejércitos, el ángulo se hace cada vez más agudo y los rusos se alejan más y más, porque Barclay de Tolly, un escocés impopular, aborrecido por Bagration, subordinado suyo que manda el segundo ejército y procura retrasar la unión con Barclay para no colocarse bajo su mando. Durante mucho tiempo Bagration evita la unión de las tropas (aun cuando ése sea el objetivo de todos los jefes), porque le parece que esa marcha pondría a las suyas en peligro, y le resulta más conveniente retroceder hacia la izquierda y hacia el sur, molestando al enemigo por el flanco y la retaguardia y reforzando su ejército en Ucrania. Todo esto parece ser una estratagema de Bagration para no estar subordinado al alemán Barclay, a quien odia y que le es inferior en graduación.

El Zar permanece junto al ejército con intención de infundirle ánimos; pero su presencia y la indecisión para adoptar una medida u otra, unidas al incalculable número de consejeros y planes, merman energías al primer ejército, que acaba por retroceder.

Se considera oportuno detenerse en el campamento de Drissa; pero, inesperadamente, Paolucci, que aspira a ser general en jefe, influye sobre

Alejandro, y todos los proyectos de Pfull quedan abandonados, al tiempo que la dirección de la campaña se le confía a Barclay. Sin embargo, el poder de Barclay queda limitado porque no inspira confianza.

Los ejércitos están fragmentados, no hay unidad de mando, Barclay no es popular. De toda esa confusión, de la división del ejército y la impopularidad de Barclay, resulta, por una parte, la indecisión, el temor a dar la batalla (cosa inevitable si los ejércitos hubieran estado unidos y si el jefe no hubiera sido Barclay) y, por otra, el creciente odio a los alemanes, acompañado de una verdadera exaltación del espíritu patriótico.

Por último, el Zar abandona el ejército con un pretexto único y cómodo: infundir ánimos a la población de las capitales para excitarla a una guerra nacional. El viaje de Alejandro a Moscú triplica las fuerzas del ejército ruso.

El Zar abandona el ejército para no cohibir la acción del comandante en jefe y confía en que tome medidas decisivas. Pero la situación del comandante en jefe es cada vez más confusa y débil. Bennigsen, el gran duque y el enjambre de generales ayudantes de campo permanecen en el ejército para seguir de cerca sus movimientos e infundirle mayor energía. Pero Barclay se siente aún menos libre bajo todas aquellas miradas que son también las del Zar; eso lo lleva a ser más prudente con respecto a las acciones decisivas y a evitar la batalla.

Barclay se inclina a la prudencia. El gran duque heredero habla de traición y exige una batalla campal. Lubomirski, Branicky, Wlocky y otros como ellos atizan tanto estos rumores que Barclay, con pretexto de remitir algunos escritos al Zar, envía a San Petersburgo a los generales ayudantes de campo polacos y se enfrenta abiertamente a Bennigsen y al gran duque.

Por fin, a pesar de toda la oposición de Bagration, los ejércitos se unen en Smolensk.

Bagration llega en su carruaje a la casa ocupada por Barclay, quien se pone la banda, sale a su encuentro y lo informa como a superior suyo. Bagration, en un alarde de generosidad, a pesar de ser superior en graduación, se pone a las órdenes de Barclay, pero sigue en desacuerdo absoluto con él. Por mandato del Zar, Bagration le envía informes personales y escribe a Arakchéiev:

> El Zar decidirá, pero yo no puedo seguir con el *ministro* (se refiere a Barclay). Por Dios, mándeme a cualquier otro sitio, deme aunque sea el mando de un regimiento, pero no me mantenga aquí. El Cuartel General está lleno de alemanes, hasta tal punto que para un ruso es imposible vivir. No existe orden alguno. Yo pensaba que servía lealmente al Zar y a la patria, pero en realidad a quien sirvo es a Barclay. Y confieso que no quiero hacerlo.

El enjambre de los Branicky, los Wintzingerode y los demás acaba por envenenar las relaciones de ambos generales, que empeoran cada vez más. Se hacen preparativos para atacar a los franceses delante de Smolensk. Es enviado un general para inspeccionar las posiciones. Este general aborrece a Barclay, visita a un amigo, comandante de cuerpo de ejército, con él pasa el día, vuelve al Cuartel General de Barclay y hace una crítica completa del futuro campo de batalla, que no ha visto. Y mientras se discute y se intriga acerca del futuro campo de batalla, mientras se busca a los franceses, equivocándose en cuanto a sus posiciones, éstos tropiezan con la división de Neverovski y llegan a los muros de Smolensk.

Para salvar las comunicaciones es preciso aceptar junto a Smolensk una batalla inesperada. Mueren miles de hombres de una y otra parte.

Smolensk es abandonado, en contra de la voluntad del Zar y de todo el pueblo. Sus propios habitantes incendian la ciudad y, engañados por el gobernador, dando ejemplo a todos los rusos, salen hacia Moscú, no pensando más que en su propia ruina y contagiando a todos su odio hacia el enemigo. Napoleón avanza; el ejército ruso retrocede, y así se consigue lo que había de vencer a Napoleón.

II

Al día siguiente de la marcha de su hijo, el príncipe Nikolái Andréievich llamó a la princesa María a su despacho.

—Ahora estarás contenta, ¿verdad?— le dijo. —Has hecho que me enfade con mi hijo. Es lo que deseabas, ¿eh? ¿Estás contenta?… Es penoso… muy penoso para un hombre viejo y débil como yo. Es lo que tú querías. Puedes alegrarte, puedes alegrarte…

Después de aquella entrevista, la princesa María no vio a su padre en una semana. Estaba enfermo y no salía de su despacho.

A la princesa María la sorprendió observar que tampoco admitía en sus habitaciones a mademoiselle Bourienne. El único que lo cuidaba era Tijón.

Pasada aquella semana, el príncipe salió de su despacho y reanudó su vida de siempre, preocupándose con gran celo de sus obras y jardines. Sus anteriores relaciones con mademoiselle Bourienne quedaron interrumpidas. Su manera de tratar a la princesa y su frialdad parecían decir: “¿Lo ves? Has inventado cosas contra mí; has mentido a tu hermano acerca de mis relaciones con la francesa y me has indispuesto con él; ahora ya ves que no necesito a ninguna de las dos”.

La princesa se pasaba la mitad del día con Nikólenka, dirigiendo sus estudios; le enseñaba ruso, música y conversaba con Dessalles. El resto del día lo dedicaba a sus libros, a la anciana niñera y a los peregrinos que acudían a verla por la escalera de servicio.

Pensaba sobre la guerra lo mismo que todas las mujeres; temía por su hermano, que estaba en el ejército, y sentía profundo horror ante la incomprensible crueldad de los hombres, que se mataban unos a otros, pero no comprendía lo que significaba; pensaba que era como todas, a pesar de

que Dessalles, su constante interlocutor, apasionadamente interesado por el curso de las operaciones militares, procuraba explicarle sus puntos de vista; a pesar de que la gente de Dios contaba horrorizada, cada uno a su modo, los rumores que circulaban entre el pueblo sobre el advenimiento del Anticristo; a pesar de que Julie —ahora princesa Drubetskaia— había reanudado su correspondencia con ella y le escribía desde la capital cartas muy patrióticas.

> Escribo en ruso, querida amiga, porque odio a los franceses, lo mismo que su idioma, que ni puedo oír hablar… En Moscú todos seguimos entusiasmados con nuestro adorado Zar.
>
> Mi pobre marido pasa fatigas y hambre en posadas judías, pero las noticias que me envía sirven para animarme más.
>
> Seguramente habrá oído hablar de la hazaña heroica de Rayevski, quien abrazando a sus dos hijos exclamó: «¡Prefiero morir con ellos antes que retroceder!». Y aunque el enemigo era mucho más fuerte, no vacilaron. Por lo demás, pasamos el tiempo como podemos; en la guerra como en la guerra. Las princesas Alina y Sophie están conmigo días enteros; las tres, como desdichadas viudas de maridos vivos, mantenemos preciosas conversaciones y preparamos hilas. Sólo falta usted, mi amiga querida…, etcétera.

La razón principal por la que la princesa María no entendiera aquella guerra era que el viejo príncipe no quería admitirla; nunca hablaba de ella y, durante las comidas, se mofaba de Dessalles, que comentaba los acontecimientos bélicos. El tono del príncipe era tan tranquilo y seguro que su hija, sin pararse a pensar, creía en todo cuanto decía.

El viejo príncipe estuvo muy emprendedor y hasta animado durante todo el mes de julio. Hizo plantar un nuevo jardín y construir otro pabellón para los criados. No obstante, lo que inquietaba a la princesa María era lo poco que su padre dormía: había abandonado la costumbre de acostarse en su despacho; cada día variaba el lugar de su lecho. Ya ordenaba que le preparasen en la galería su cama de campaña, bien se echaba en el diván,

bien se quedaba en una butaca del salón, dormitando sin desvestirse, mientras que un muchacho llamado Petrushka, y no mademoiselle Bourienne, le leía algún libro. Otras veces pasaba la noche en el comedor.

La segunda carta del príncipe Andréi llegó el primero de agosto. Poco después de su partida se había recibido la primera, en la cual el príncipe pedía humildemente perdón a su padre por cuanto se había atrevido a decirle y le suplicaba que no le negara su cariño. A esa primera carta el viejo príncipe había contestado cariñosamente, y a partir de entonces alejó de su lado a la francesa. La segunda carta del príncipe Andréi, escrita en las cercanías de Vítebsk, después de la entrada de los franceses en la ciudad, describía a grandes rasgos la campaña; el príncipe añadía un plano dibujado en la carta y una serie de juicios sobre la marcha de la guerra. El príncipe Andréi exponía a su padre los inconvenientes de vivir tan cerca del teatro de las operaciones, en la misma línea del movimiento de las tropas, y le aconsejaba que se fueran a Moscú.

Durante la comida, cuando Dessalles comentó los rumores sobre la caída de Vítebsk, el viejo príncipe se acordó de la carta de su hijo.

—He recibido hoy una carta del príncipe Andréi. ¿No la has leído?— preguntó a la princesa María.

—No, mon père— respondió asustada.

No podía haber leído una carta cuya existencia ignoraba.

—Habla de esta guerra— continuó el príncipe, con la sonrisa despectiva habitual en él siempre que se refería a ese tema.

—Debe de ser muy interesante— dijo Dessalles. —El príncipe puede conocer…

—¡Ah, es muy interesante!— comentó mademoiselle Bourienne.

—Vaya a buscarla— dijo el viejo príncipe a mademoiselle Bourienne. —La dejé en la mesa pequeña, debajo del pisapapeles.

Mademoiselle Bourienne se levantó alegremente.

—¡Ah, no!— gritó el viejo frunciendo el ceño. —Ve tú, Mijaíl Ivánovich.

Mijaíl Ivánovich se levantó y se dirigió al despacho. Mas tan pronto salió, el viejo príncipe, mirando inquieto en derredor, arrojó sobre la mesa su servilleta y lo siguió.

—No saben hacer nada; lo confunden todo.

Mientras estuvo fuera, la princesa María, Dessalles, mademoiselle Bourienne y el propio Nikóleñka se miraban en silencio. El viejo príncipe volvió con paso presuroso, acompañado por Mijaíl Ivánovich; traía el plano del nuevo pabellón y la carta de su hijo, que puso a su lado, sin permitir que se leyera durante la comida.

Cuando pasaron al salón entregó la carta a la princesa María; después extendió el plano de la nueva construcción, fijó en ella los ojos y ordenó que se leyera en voz alta. Cuando la princesa hubo terminado, levantó los ojos hacia su padre. Éste miraba el plano, evidentemente abstraído en sus pensamientos.

—¿Qué piensa usted, príncipe, de lo que dice?— se permitió preguntar Dessalles.

—¿Yo?… ¿Yo?…— dijo el viejo príncipe, como despertando malhumorado, sin apartar los ojos del plano.

—Es muy posible que el teatro de operaciones se acerque tanto aquí…

—¡Ja, ja, ja! ¡El teatro de operaciones!— dijo el príncipe. —Ya he dicho y repito ahora que el teatro de operaciones está en Polonia y que el enemigo no pasará nunca el Niemen.

Dessalles miró asombrado al príncipe, que hablaba del Niemen cuando el enemigo se hallaba en el Dniéper. Pero la princesa María, que no recordaba la posición geográfica del Niemen, estaba convencida de que su padre tenía razón.

—Cuando empiece el deshielo se hundirán en los pantanos de Polonia. Sólo ellos son incapaces de verlo— dijo el príncipe, pensando sin duda en la campaña de 1807, que debía de parecerle muy reciente. —Bennigsen tendría que haber entrado en Prusia antes; entonces, la campaña habría tomado otro cariz…

—Pero, príncipe— objetó tímidamente Dessalles, —en la carta se habla de Vítebsk…

—¿En la carta? ¡Ah, sí!— dijo el príncipe disgustado. —Sí… sí— su rostro se oscureció y quedó en silencio un instante. —Sí, dice que los franceses han sido vencidos en… pero, ¿en qué río?

Dessalles bajó los ojos.

—El príncipe no dice nada de eso— repuso en voz baja.

—¿No dice eso? Pues no lo inventé yo.

Se hizo un largo silencio.

—Sí, sí… Ea, Mijaíl Ivánovich— dijo de pronto, alzando la cabeza y mostrando el plano de las obras. —Explícame cómo quieres reformar todo esto.

Mijaíl Ivánovich se acercó al plano; el príncipe habló un rato con él acerca del nuevo pabellón, miró malhumorado a la princesa María y a Dessalles y se fue a sus habitaciones.

La princesa María había observado la mirada confusa y asombrada del preceptor; tampoco se le había pasado por alto su silencio ni el hecho de que su padre hubiera olvidado la carta del hijo sobre la mesa de la sala. Pero temía no sólo hablar y preguntar a Dessalles la causa de su turbación y silencio, sino meramente pensar en ello.

Por la tarde Mijaíl Ivánovich pidió a la princesa María, de parte del príncipe, la carta olvidada en la sala. La princesa se la entregó y, aunque no le gustaba hacerlo, preguntó a Mijaíl Ivánovich qué hacía su padre.

—Sigue trabajando— dijo Mijaíl Ivánovich con una sonrisa entre respetuosa y burlona que hizo palidecer a la princesa. —Lo preocupa mucho el nuevo pabellón. Ha leído un rato y ahora— añadió bajando la voz —está en el escritorio; seguramente se ocupa del testamento.

(Últimamente, una de las ocupaciones favoritas del príncipe era examinar los papeles que debía dejar para después de su muerte; aquellos papeles eran lo que él llamaba su testamento.)

—¿Mandó que Alpátich fuera a Smolensk?— preguntó la princesa.

—¡Claro que sí! Ya hace tiempo que está esperando.

III

Cuando Mijaíl Ivánovich volvió con la carta al despacho del príncipe, éste, con lentes, protegidos los ojos por una visera y entre unas velas, estaba sentado ante el escritorio abierto. Con la mano muy separada sostenía algunos papeles, que iba leyendo con gesto solemne. Eran las acotaciones (como él las llamaba) que debían ser entregadas al Zar después de su muerte.

Cuando Mijaíl Ivánovich entró, los ojos del anciano estaban llenos de lágrimas provocadas por el recuerdo de los tiempos en que había escrito lo que ahora leía. Tomó de manos de Mijaíl Ivánovich la carta, se la metió en un bolsillo, ordenó los papeles y llamó a Alpátich, que estaba esperando desde hacía tiempo.

En una cuartilla había apuntado todo lo que debía hacer en Smolensk; caminando de un lado a otro del despacho, dio sus órdenes a Alpátich, que se había detenido junto a la puerta.

—Lo primero, trae papel de cartas, ¿entiendes? Ocho manos. Ahí tienes el modelo, con canto dorado… Que sea igual que éste. Trae barniz y lacre, según la nota de Mijaíl Ivánovich.

Dio unos pasos por la estancia y miró las notas.

—Después entregarás personalmente una carta al gobernador sobre el alistamiento.

También se necesitaban pestillos para las puertas del nuevo pabellón, de acuerdo con un modelo que él mismo había imaginado. Encargó igualmente un cestito de mimbre para guardar su testamento.

Los encargos y órdenes a Alpátich duraron más de dos horas, pero el príncipe seguía reteniéndolo. Por último se sentó pensativo y cerró los ojos

soñoliento. Alpátich hizo un leve ruido.

—Bueno, vete, vete. Si necesito algo te lo mandaré decir.

Alpátich salió. El príncipe se acercó de nuevo al escritorio, miró dentro, tocó sus papeles, cerró de nuevo y se sentó ante la mesa para escribir la carta al gobernador.

Ya era tarde cuando se levantó, después de sellar la carta. Quería dormir, pero sabía que le sería imposible hacerlo porque los más sombríos pensamientos lo asaltaban en el lecho. Llamó a Tijón y recorrió con él varias habitaciones para decirle dónde debía poner la cama aquella noche. Caminaba midiendo cada ángulo. Todos le parecían malos, y el peor de todos era su habitual diván del despacho, que le causaba temor, debido tal vez a los penosos pensamientos que allí había tenido. Ninguno le gustaba; el mejor era un rincón en la sala de los divanes, detrás del piano. Allí no había dormido nunca.

Ayudado por el mayordomo, Tijón llevó allí la cama del príncipe y se dispuso a prepararla.

—Así no, así no— gritó el príncipe.

Y él mismo separó el lecho un palmo más allá del ángulo; después lo acercó de nuevo.

"Bueno, ya está todo en orden y podré descansar", pensó el anciano, y dejó que Tijón lo desnudase.

Se desnudó el príncipe, frunciendo el ceño por el esfuerzo que debía hacer para quitarse el caftán y los pantalones; después se dejó caer pesadamente en el lecho y pareció reflexionar un instante, mirando despectivamente sus piernas resecas y amarillentas. No pensaba en nada, sino que vacilaba ante el esfuerzo que suponía mover esas piernas para volverse en la cama. "¡Oh, qué fatiga! ¡Oh, ojalá terminen pronto esos quehaceres y *ustedes* me dejen en paz!" Y apretando los labios hizo aquel esfuerzo, repetido ya veinte mil veces. Apenas lo hizo, la cama comenzó a moverse bajo él de modo uniforme hacia delante y hacia atrás. Sucedía lo mismo casi todas las noches. Abrió los ojos, que se le habían cerrado.

—¡No me dejarán en paz, malditos!— rezongó enfadado no se sabe contra quién.

“Sí, sí; hay todavía algo muy importante, que he guardado para ahora, en la cama… ¿Los pestillos? No, eso ya lo he dicho. Se trata de algo que ha ocurrido en el salón… La princesa María dijo alguna estupidez. Y el idiota de Dessalles habló de algo. En el bolsillo… no me acuerdo bien”, reflexionó; y preguntó seguidamente:

—Tijón, ¿de qué hemos hablado durante la comida?

—Del príncipe Mijaíl…

—¡Calla, calla!— el príncipe golpeó con la mano en la mesa. —Ya sé: la carta del príncipe Andréi. La princesa María la leyó y Dessalles dijo algo sobre Vítebsk. La leeré ahora.

Mandó que sacaran la carta del bolsillo y que le acercaran al lecho la mesita con la limonada y las velas; se puso los lentes y comenzó a leer. Sólo entonces, en el silencio de la noche, al releer la carta a la débil claridad de las velas bajo la pantalla verde, comprendió por primera vez su importancia.

“Los franceses están en Vítebsk, en cuatro jornadas pueden presentarse en Smolensk; tal vez hayan llegado ya.”

—¡Tijón!— el criado se levantó de un salto. —No, déjalo, déjalo— gritó.

Puso la carta debajo del candelabro y cerró los ojos. Recordó el Danubio, un mediodía claro, cañaverales, el campamento ruso, y cómo él, un joven general, sonrosado, sin una arruga, animoso y alegre, entraba en la tienda decorada de Potiomkin. Otra vez se sintió sacudido por el vivo sentimiento de envidia hacia el favorito. Recordó todas las palabras de aquel primer encuentro con Potiomkin. Vio ante sí a una mujer de estatura regular, gruesa, de rostro orondo y amarillento: la Zarina, nuestra madre; recordaba su sonrisa, sus palabras, cuando lo recibió cariñosamente por primera vez. Y recordó también aquel rostro en el catafalco; y la colisión con Zúbov, junto al féretro de la Zarina, por el derecho a besar su mano.

“¡Ah, volver de prisa, de prisa al tiempo aquel y que el de ahora termine de inmediato para que ellos me dejen en paz!”

IV

Lisie-Gori, la hacienda del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, se encontraba a sesenta kilómetros de Smolensk y a tres del camino de Moscú.

Aquella misma tarde, cuando el príncipe daba órdenes a Alpátich, Dessalles exigió ser recibido por la princesa María y le dijo que, como el príncipe se hallaba delicado y no tomaba medida alguna para su seguridad, y de la carta del príncipe Andréi se deducía que la estancia en Lisie-Gori no era muy segura, se permitía, con todo respeto, aconsejar a la princesa que enviara una carta por medio de Alpátich al gobernador de la provincia de Smolensk pidiendo informes sobre la situación y el peligro que podía amenazar a Lisie-Gori. Dessalles mismo escribió la carta, que firmó la princesa María; después la entregaron a Alpátich con la orden de llevarla al gobernador y, en caso de peligro, volver lo antes posible.

Recibidas todas las órdenes, Alpátich, rodeado de los suyos, tocado con un ligero sombrero de plumón blanco, regalo del príncipe, apoyándose en un bastón, lo mismo que el príncipe, se dispuso a subir al cabriolé revestido de cuero del que tiraban tres vigorosos caballos blancos.

La campanilla estaba atada y los cascabeles rellenos de papel. El príncipe no permitía que nadie los hiciera sonar en Lisie-Gori. Mucho le gustaban a Alpátich las campanillas y los cascabeles en los viajes largos. Salieron a despedirlo sus subordinados, el administrador, el contable, la cocinera de los señores y la servidumbre, dos viejas, un mozo de recados, los cocheros y otros criados de la casa.

Su hija dispuso en el respaldo y en el asiento algunos cojines de plumas forrados de percal. A escondidas, su cuñada le entregó un paquetito; un cochero lo ayudó a subir sosteniéndolo por el brazo.

—¡Bueno, bueno! ¡Vaya, mucha agitación! ¡Mujeres! ¡Mujeres!— decía muy deprisa Alpátich, lo mismo que decía el príncipe y resoplando como él.

Se acomodó en el carruaje y, dadas las últimas órdenes para el trabajo —sin imitar al príncipe en eso—, descubrió su calva cabeza y se santiguó tres veces.

—¡Si pasa algo… vuelve en seguida, Yákov Alpátich! ¡Ten piedad de nosotros, en nombre de Cristo!— gritó su mujer, aludiendo a los rumores sobre la guerra y la proximidad del enemigo.

—¡Mujeres! ¡Mujeres! ¡Menuda agitación!— refunfuñó Alpátich, y se puso en marcha, no sin mirar los campos de centeno amarillo y espesa cebada aún verde, o los negros barbechos, que empezaban a binar.

Conforme avanzaba por el camino, Alpátich iba admirando la extraordinaria cosecha de primavera de aquel año e hizo sus cálculos sobre la siembra y la recolección y se fijó en algunos campos sembrados de trigo donde ya habían empezado a cosechar, tratando de recordar si no habría olvidado alguna orden del príncipe.

Se detuvo dos veces para dar de comer a los caballos y al anochecer del 4 de agosto llegó a la ciudad.

Por el camino había adelantado a algún convoy militar y tropas. Al acercarse a Smolensk oyó descargas lejanas, pero no le extrañaron. Lo que más lo asombró fue ver cerca de la ciudad un magnífico campo de avena que segaban los soldados, sin duda como forraje; allí mismo tenían su campamento. Todo eso llamó la atención de Alpátich, pero lo olvidó bien pronto para pensar en sus asuntos.

Todos los intereses de la vida de Alpátich, desde hacía ya más de treinta años, se reducían a cumplir la voluntad del príncipe; nunca había salido de aquel círculo. Y todo lo que no se refería al cumplimiento de sus órdenes ni le interesaba ni siquiera existía para él.

Llegado a Smolensk al anochecer del día 4 de agosto, Alpátich se dirigió en busca de alojamiento a la otra orilla del Dniéper, en el arrabal de Gatchensk, a la posada de Ferapóntov, en la cual acostumbraba parar desde hacía treinta años. Doce años hacía que Ferapóntov había comprado, gracias a la buena mano de Alpátich, un bosque del príncipe y se había dedicado al comercio, y ahora tenía una casa, posada y un negocio de

harinas en la capital de la provincia. Ferapóntov era un mujik moreno, grueso, de vientre abultado, de unos cuarenta años, rostro colorado, labios gruesos, nariz grande y tuberosa y unas prominencias similares sobre unas cejas negras y fruncidas.

Se hallaba a la puerta de su tienda en chaleco y camisa; al ver a Alpátich, se acercó a él.

—Bienvenido, Yákov Alpátich. La gente se va de la ciudad y a ti se te ocurre venir.

—¿Por qué se van?— preguntó Alpátich.

—Eso mismo digo yo. Son tontos. Tienen miedo a los franceses.

—¡Cuentos de mujeres! ¡Cuentos de mujeres!— gruñó Alpátich.

—Eso mismo pienso yo, Yákov Alpátich. Yo digo que si se ha dado orden de no dejarlos pasar, estamos seguros. Por cada carro los mujiks quieren cobrar tres rublos. ¡Menudos herejes!

Alpátich escuchaba distraído. Pidió que pusiesen el samovar y heno para los caballos. Después de tomar el té se acostó.

Durante toda la noche desfilaron tropas por la calle delante de la posada. Al día siguiente Alpátich se puso el caftán reservado para los viajes a la ciudad y marchó a resolver sus asuntos. La mañana era espléndida, soleada, y a las ocho ya hacía calor. Un buen día para la siega, pensó Alpátich. En las afueras, desde el amanecer, se oían disparos.

Hacia las ocho, a las descargas del fusil se unieron los cañonazos. Por las calles había mucha gente apresurada y muchos soldados; pero, como siempre, circulaban los coches, los mercaderes estaban en sus tiendas y en las iglesias continuaba normalmente el culto. Alpátich estuvo en los comercios, en las oficinas, en correos y en la casa del gobernador. En todos aquellos lugares la gente hablaba de la guerra y del enemigo, que ya atacaba la ciudad. Todos se preguntaban qué debían hacer y trataban de infundirse seguridad unos a otros.

Junto a la casa del gobernador, Alpátich se encontró con una muchedumbre: un grupo de cosacos y un coche de viaje perteneciente al gobernador. En el porche vio a dos nobles, a uno de los cuales conocía. Era un antiguo comisario de policía.

—¡Cuando uno está solo, se puede arreglar, pero aquí se trata de una familia de trece personas y de todos sus bienes! … ¡Nos han llevado a la ruina y se dicen autoridades!… ¡Vaya autoridad!… ¡Yo acabaría con esos bandidos!…

—Bueno, bueno, ya basta— decía el otro.

—No me importa que me oigan. No somos perros— dijo el antiguo policía, y echando una mirada en torno vio a Alpátich. —¡Hola, Yákov Alpátich! ¿Cómo estás aquí?

—Por orden de Su Excelencia, vengo a ver al señor gobernador— dijo Alpátich, levantando orgullosamente la cabeza y metiendo la mano por debajo de la solapa, cosa que hacía siempre que nombraba al príncipe. —Me ha mandado para que me informe sobre la situación.

—Ve y entérate— gritó el antiguo comisario. —¡A lo que nos han llevado! Ni carros ni nada… Aquí tienes la situación, ¿la oyes?— dijo señalando el lugar de donde procedían las descargas. —Por su culpa ¡pereceremos todos!… ¡Bandidos!… Nos han dejado en una situación que sólo morir nos queda… ¡Canallas!— decía, bajando del porche.

Alpátich sacudió la cabeza y entró en el edificio. En la antesala del gobernador había mercaderes, mujeres y funcionarios que se miraban en silencio. Se abrió la puerta del despacho; todos se levantaron y avanzaron unos pasos. Un funcionario salió precipitadamente, habló algo con un mercader, llamó a otro funcionario, hombre muy grueso, que llevaba una cruz al cuello, y lo llevó al interior del despacho. De nuevo desapareció por la puerta, evitando visiblemente las miradas que se le dirigían y las preguntas que pudieran hacerle. A una nueva salida del funcionario, Alpátich se abrió paso hacia él con las dos cartas en la mano.

—Para el señor barón de Asch, de parte del general en jefe príncipe Bolkonski— pronunció con voz tan solemne y con tanta importancia que el funcionario se volvió a él y tomó las cartas.

Unos minutos después, el gobernador recibió a Alpátich y le dijo precipitadamente:

—Puedes decir al príncipe y a la princesa que yo no sabía nada. He procedido de acuerdo con órdenes superiores. Toma…— y entregó un papel

a Alpátich. —Como el príncipe está enfermo, yo les aconsejaría que se fueran a Moscú. También yo salgo ahora mismo. Infórmales…

Pero no concluyó. En aquel instante penetró en el despacho un oficial, jadeante y sudoroso, que comenzó a hablar en francés con el gobernador, cuyo rostro expresó temor.

—Puedes irte— dijo a Alpátich, saludándolo con la cabeza; y se volvió para interrogar al oficial.

Cuando Alpátich salió del despacho del gobernador, miradas ávidas, asustadas e inquietas se clavaron en él.

Prestando involuntariamente oído al tiroteo ahora más próximo y más violento cada vez, Alpátich se dirigió rápidamente a la posada. El papel que le había entregado el gobernador decía así:

> Les aseguro que ningún peligro amenaza por ahora Smolensk y que no es probable que eso ocurra. El príncipe Bagration por un lado y yo por otro avanzamos para unirnos delante de la ciudad, unión que tendrá lugar el día 22 y ambos ejércitos, con sus fuerzas aunadas, se emplearán en defender a sus compatriotas de la provincia a usted confiada para rechazar a los enemigos de la patria o hasta que en sus valientes filas caiga el último soldado. Ya ve, pues, que puede calmar a los habitantes de Smolensk, porque quien se encuentra defendido por dos ejércitos tan valerosos puede estar seguro de su victoria. (Oficio de Barclay de Tolly al gobernador civil de Smolensk, barón de Asch, 1812.)

La gente recorría inquieta las calles.

Algunos carros, cargados de enseres de cocina, sillas y armarios, salían de los patios de las casas y avanzaban por las calles. Delante de la casa vecina a la de Ferapóntov había varios carros y algunas mujeres sollozaban, sin dejar de hablar, despidiéndose. Un perro callejero daba vueltas en derredor de los caballos, ladrando continuamente.

Alpátich, con paso más ligero del acostumbrado, atravesó el patio y se acercó a sus caballos y a su carruaje. Despertó al cochero, que estaba

dormido, le dio órdenes de enganchar y entró en el zaguán. En la habitación de los dueños se oía llorar a los niños, el llanto desgarrador de una mujer y la voz ronca y furiosa de Ferapóntov. Al entrar, Alpátich tropezó con la cocinera, que salía corriendo al zaguán como una gallina asustada.

—¡Menuda paliza le dio a la patrona!… ¡A punto estuvo de matarla! ¡Cómo la arrastraba!

—¿Por qué?…— preguntó Alpátich.

—Le pedía que se marcharan. Cosa de mujeres. “Sácanos de aquí”, le decía, “no dejes que yo muera con los hijos pequeños, dicen que se han ido todos, ¿y nosotros qué hacemos?” Entonces fue cuando él empezó a pegarle. ¡Cómo le pegaba, la arrastraba!…

Alpátich movió la cabeza como si aprobara aquellas palabras, y no queriendo oír más se dirigió a la puerta de su habitación —que estaba enfrente de la de Ferapóntov— en la que había depositado sus compras.

—¡Eres un malvado, un asesino!— gritó en aquel momento una mujer enjuta, pálida, que sostenía un niño en los brazos.

Con el pañuelo medio arrancado de la cabeza, salió precipitadamente y echó a correr por la escalera hacia el patio; Ferapóntov salió tras ella, pero al ver a Alpátich se ajustó el chaleco, se pasó la mano por el pelo, bostezó y volvió a la habitación detrás de Alpátich.

—¿Es que ya quieres irte?— preguntó.

Sin responder y sin mirar a Ferapóntov, Alpátich revisó las compras y preguntó cuánto debía.

—¡Ya arreglaremos cuentas! Qué, ¿has visto al gobernador?— preguntó Ferapóntov. —¿Qué han decidido?

Alpátich contestó que el gobernador no le había dicho nada concreto.

—¿Acaso puedo llevarme todo lo que tengo?— dijo Ferapóntov. —Sólo hasta Dorogobuzh piden siete rublos por un carro. ¡Bien digo que no son cristianos! Selivánov tuvo la suerte de vender el jueves harina al ejército por nueve rublos el costal. Bueno, ¿va a tomar té?

Mientras enganchaban, Alpátich y Ferapóntov tomaron té y charlaron sobre el precio de los cereales, sobre la cosecha y el excelente tiempo que hacía para la siega.

—Parece que se ha calmado— dijo Ferapóntov levantándose después de haber bebido tres vasos de té. —Seguramente los nuestros han podido con ellos. Dijeron que no los dejarían pasar. Eso significa que hay fuerzas… El otro día contaban que Matvrei Ivánich Plátov los persiguió hasta el río Marina, y en un solo día se ahogaron casi dieciocho mil franceses.

Alpátich reunió sus compras; las entregó al cochero y pagó el hospedaje. Se oyó desde el portalón ruido de ruedas, cascos de caballos y cascabeles del tílburi a punto de salir.

Era ya media tarde. La mitad de la calle estaba en la sombra; el sol iluminaba vivamente la otra. Alpátich miró por la ventana y se acercó a la puerta. De pronto se oyó el ruido extraño de un silbido lejano y un golpe. A continuación estalló el fragor continuo y confuso del cañoneo, que hizo temblar todos los cristales.

Alpátich salió a la calle. Dos hombres corrían hacia el puente. Desde todas partes sonaban idénticos silbidos, cañonazos y estallidos de granadas que caían ya en la ciudad. Pero esos ruidos casi no se oían y no atraían la atención de las gentes, mucho más asustadas por el cañoneo que sonaba en las afueras. Era el bombardeo de Smolensk, que Napoleón había ordenado comenzar a las cinco de la tarde; sobre la ciudad disparaban ciento treinta bocas de fuego. Al principio la gente no comprendió su significado.

El estruendo de las granadas y los proyectiles no hizo en los primeros momentos más que excitar la curiosidad. La mujer de Ferapóntov, que no cesaba de gemir lastimeramente junto al cobertizo, calló de pronto y con el niño en brazos salió al portalón, mirando silenciosa a la gente y prestando atención a los ruidos.

También salieron la cocinera y el dueño de la casa. Todos, con una curiosidad casi festiva, trataban de ver los proyectiles que silbaban sobre sus cabezas. Por la esquina aparecieron algunas personas que charlaban animadamente.

—¡Menuda fuerza!— decía uno. —Ha hecho trizas el tejado y el techo.

—Ha excavado la tierra como un cerdo— comentaba otro. —Vaya estruendo— añadió riendo. —Gracias a que te apartaste a un lado, que si no te deja en el sitio.

La gente se acercó a esos hombres. Ellos se detuvieron y contaron que uno de los proyectiles había caído al lado de ellos, en una casa. Mientras tanto, otros proyectiles —las bombas con zumbido lúgubre y las granadas con silbido agradable— no cesaban de pasar por encima, pero ninguno caía cerca, todos se perdían a lo lejos.

Alpátich se instalaba en su carruaje. Ferapóntov estaba cerca del portalón.

—¿Qué miras tú ahí?— gritó a la cocinera, que con las mangas recogidas y una saya roja, agitando los brazos desnudos y contoneándose, se había acercado a una esquina para escuchar lo que se contaba.

—¡Eso sí que son milagros!— exclamó la mujer; pero al oír la voz de su amo volvió a la casa estirándose la falda, que tenía recogida.

De nuevo, pero muy cerca esta vez, se oyó un silbido como el de un pájaro volador cayendo de arriba abajo, relampagueó el fuego en medio de la calle, se oyó un estallido y el humo ocultó todo.

—¡Malvado! ¿Qué estás haciendo?— gritó Ferapóntov, corriendo hacia la cocinera.

En aquel mismo instante, desde diversas partes empezaron a plañir lastimeramente las mujeres, lloró asustado un niño y la gente, con el rostro pálido, se agolpó en silencio en torno a la cocinera.

En ese momento no se oían más que los lamentos y dichos de la mujer.

—¡Ay! ¡Ay! ¡Amigos míos! ¡No me dejéis morir! ¡Amigos míos, no me dejéis morir!…

Cinco minutos después, nadie quedaba en la calle. La cocinera había sido llevada a la cocina, con una cadera rota por un casco de granada. Alpátich, su cochero, la mujer de Ferapóntov con los niños y el portero se habían refugiado en el sótano, atentos a los ruidos del exterior. El trueno de los cañones, el silbido de las granadas y los lamentos de la cocinera dominaban los demás ruidos y no cesaban un instante. La dueña mecía al niño y trataba de calmarlo o bien preguntaba con voz lastimera a cuantos entraban en el sótano dónde estaba su marido, que se había quedado en la calle. Un dependiente le dijo que había ido con la multitud hacia la catedral, de donde estaban sacando a la Virgen milagrosa de Smolensk.

Al anochecer empezó a disminuir el cañoneo. Alpátich salió del sótano y se detuvo en la puerta. El cielo, antes tan claro, se había oscurecido por el humo; a través de la densa cortina la luna creciente brillaba de manera extraña. Después del ruido ensordecedor de los cañones, ahora calmado, parecía gravitar sobre la ciudad un silencio sólo interrumpido por el rumor de los pasos, los gemidos, los gritos lejanos y el chisporroteo de los incendios.

También habían cesado los gemidos de la cocinera. Por dos lados se levantaba y deshacía la negra humareda de los incendios. Por la calle pasaban y corrían los soldados en distintas direcciones, con gran diversidad de uniformes; pero no en filas, sino como hormigas a las que hubieran destruido sus hormigueros. Alpátich vio que unos cuantos entraban corriendo en el patio de Ferapóntov. Salió al portalón. Un regimiento retrocedía rápidamente, taponando la calle.

—¡Se rinde la ciudad! ¡Marchaos! ¡Marchaos!— dijo un oficial al verlo, y, volviéndose a los soldados, gritó: —¡Eh, vosotros! ¡Ya os enseñaré yo a entrar en los patios de las casas!

Alpátich entró en la casa, llamó a su cochero y le dio orden de partir. Todos los familiares de Ferapóntov salieron detrás de Alpátich y el coche. Al ver el fuego de los incendios y la gran humareda muy visible en el crepúsculo, las mujeres, silenciosas hasta entonces, comenzaron a gritar. Como en respuesta, en otras partes de la calle resonaron también gritos y llantos. Alpátich y el cochero, con manos temblorosas, desataron las riendas y los tirantes enredados de los caballos.

Cuando salían por el portalón vieron en la tienda abierta de Ferapóntov alrededor de diez soldados que, entre grandes voces, llenaban sus mochilas y bolsas de harina de centeno y pepitas de girasol. En aquel instante llegaba Ferapóntov. Cuando vio a los soldados quiso gritar algo, pero se detuvo y, mesándose los cabellos, comenzó a reír con una risa que más parecía un sollozo.

—¡Lleváoslo todo, muchachos! ¡Que nada les quede a esos diablos!— gritó, cogiendo él mismo los sacos y echándolos a la calle. Cuando Ferapóntov vio a Alpátich, gritó:

—¡Se acabó Rusia! ¡Se acabó, Alpátich! ¡Yo mismo lo quemaré todo! ¡Se acabó!— y se dirigió al patio.

La calle seguía llena de soldados, que pasaban sin cesar, de manera que el coche de Alpátich no pudo avanzar y se vio obligado a esperar. La mujer de Ferapóntov se había instalado con los niños en un carro, aguardando también a que se pudiera partir.

Había cerrado la noche. El cielo estaba cubierto de estrellas; la luna creciente brillaba, oculta de vez en cuando por el humo. En la bajada del Dniéper el coche de Alpátich y el carro de la mujer de Ferapóntov, que avanzaban con otros vehículos entre filas de soldados, tuvieron que parar. Cerca de la encrucijada donde se habían parado ardían una casa y una tienda. El incendio ya lo había consumido todo; las llamas disminuían unas veces hasta desaparecer en el humo negro y otras brillaban intensamente iluminando con visos fantásticos los rostros de cuantos se encontraban en las cercanías.

Algunas figuras negras iban y venían, y en medio del incesante fragor del incendio se oían voces y gritos. Alpátich bajó del coche y, viendo que necesitaría mucho tiempo para seguir adelante, se acercó a contemplar el incendio. Algunos soldados se movían sin cesar delante de las llamas; Alpátich se fijó en dos que, ayudados por un hombre con capote de frisa, llevaban al patio vecino troncos a medio quemar. Otros cargaban con brazadas de heno.

Se acercó a un nutrido grupo, cerca de un alto almacén envuelto por las llamas. Ardían todas las paredes; la del fondo se había derrumbado y el techo colgaba con las vigas humeantes. La muchedumbre, al parecer, esperaba ver cómo se derrumbaba la techumbre; lo mismo esperaba Alpátich.

—¡Alpátich!— gritó de pronto una voz conocida.

—¡Padrecito! ¡Excelencia!— respondió Alpátich, reconociendo en el acto la voz del príncipe Andréi.

Montado en un caballo negro y envuelto en su capa, el príncipe, detrás de la muchedumbre, miraba a Alpátich.

—¿Cómo estás aquí?— le preguntó.

—Excel… Excelencia…— dijo a duras penas Alpátich, y rompió a llorar. —Excelencia… ¿es verdad que estamos perdidos? Padrecito…

—¿Por qué estás aquí?— repitió el príncipe.

En aquel momento se reavivaron las llamas del incendio iluminando el pálido y fatigado rostro de su joven señor. Alpátich le contó el motivo de su estancia en Smolensk y las dificultades que tenía para el regreso.

—¿Es verdad que estamos perdidos, Excelencia?— preguntó de nuevo.

El príncipe Andréi, sin contestar, sacó su carné de notas y, apoyado en una rodilla, escribió a lápiz unas líneas y arrancó la hoja. Era para su hermana.

"Smolensk se rinde —escribió—; dentro de una semana el enemigo estará en Lisie-Gori; marchaos inmediatamente a Moscú. Hazme saber en seguida cuándo os vais; envía un mensajero a Usviazh."

Después de escribir el billete, explicó a Alpátich qué preparativos convenía hacer para la partida del príncipe, la princesa María, Nikólenka y su preceptor y también cómo podían tenerlo al corriente de lo que se hiciera. No había concluido sus órdenes cuando un jefe de Estado Mayor, a caballo y acompañado de su escolta, galopó hacia él.

—¿Es usted coronel?— gritó con marcado acento alemán y con una voz que el príncipe Andréi conocía. —Están quemando las casas en su presencia y usted ¿qué hace? ¿Qué quiere decir esto? Tendrá que responder ante…

El que así hablaba era Berg, ahora ayudante del jefe de Estado Mayor del ala izquierda de infantería del primer ejército, puesto muy bueno y lucido, como él mismo decía.

El príncipe Andréi lo miró y, sin contestar, prosiguió hablando con Alpátich.

—Les dices que esperaré la respuesta hasta el día 10; si el 10 no tengo noticias de su partida, yo mismo tendré que dejarlo todo y acercarme a Lisie-Gori.

—Digo eso, príncipe— continuó Berg, al reconocer al príncipe Andréi, —porque debo cumplir órdenes y yo las cumplo siempre exactamente… Perdóneme, príncipe— se justificaba Berg de algo.

En el incendio algo crepitó un poco; el fuego amainó por un momento; negras columnas de humo brotaron por debajo de la techumbre; y algo más

temible aún estalló entre las llamas y una cosa enorme se desplomó.

—¡Oh!…— bramó la muchedumbre ante el espectáculo del techo cayendo con un intenso olor a pan y galletas quemadas.

Las llamas se avivaron de nuevo e iluminaron las caras animadas, alegres y fatigadas de los hombres que rodeaban el incendio.

El hombre del capote de frisa alzó los brazos al cielo y gritó:

—¡Bravo! ¡Cómo arde! ¡Estupendo, muchachos!…

Algunas voces comentaron:

—¡Es el propio dueño!

—Ya lo sabes— dijo el príncipe Andréi a Alpátich. —Explícalo todo tal como te he dicho.

Y sin contestar una sola palabra a Berg, que permanecía silencioso a su lado, espoleó el caballo y se dirigió a la callejuela próxima.

V

El ejército siguió retrocediendo más allá de Smolensk, perseguido por el enemigo. El 10 de agosto el regimiento mandado por el príncipe Andréi pasaba por el camino general frente a la desviación que llevaba a Lisie-Gori. La sequía y el calor sofocante duraban ya más de tres semanas. Todos los días atravesaban el cielo unas nubes rizosas, blanquecinas, que a veces empañaban el sol, pero al atardecer el cielo se despejaba y el sol se ocultaba en el horizonte en medio de una neblina pardo rojiza. Sólo el rocío refrescaba la tierra por las noches. Las mieses que habían quedado sin segar se secaban y desgranaban; los pantanos estaban secos; el ganado mugía de hambre, sin encontrar pasto en los prados quemados por el sol. Sólo durante la noche y dentro de los bosques se mantenía, gracias al rocío, un poco de frescor; pero no había alivio en el camino por el que avanzaban los soldados, ni siquiera de noche en los bosques que debían atravesar. No había rocío en el camino polvoriento, con la tierra removida cerca de un palmo. Al amanecer se reanudaba la marcha: los convoyes, la artillería, avanzaban sin hacer ruido en medio de aquel ardiente polvo asfixiante y blando, no refrescado durante la noche, que llegaba hasta el cubo de sus ruedas y hasta los tobillos de la infantería. Parte de aquel polvo era aplastado por los pies y las ruedas; otra se alzaba encima de las tropas como una nube, se metía en los ojos, las narices, las orejas y entre los cabellos de los soldados: pero, sobre todo, en los pulmones de hombres y animales que marchaban por ese camino. Cuanto más alto estaba el sol, más se alzaba la nube de polvo, cálido y transparente, hasta el punto de que los hombres podían verlo directamente con mirar al cielo no oculto por las nubes. El sol parecía un enorme disco rojo. No corría el aire y los hombres se asfixiaban

en aquella atmósfera inmóvil, se tapaban las narices y la boca con pañuelos. Cuando llegaban a un poblado, todos se precipitaban a los pozos, reñían por el agua y bebían hasta el cieno.

El príncipe Andréi, puesto al frente de un regimiento, se preocupaba exclusivamente de la instalación de sus hombres, del bienestar de todos y de la necesidad de dar y recibir órdenes. El incendio y la rendición de Smolensk habían hecho época en su vida. Un nuevo sentimiento de odio contra el enemigo le hacía olvidar su propio dolor. Entregado por entero a las necesidades de su regimiento, se preocupaba de los soldados y oficiales, y se mostraba cariñoso con todos. Sus hombres lo llamaban *nuestro príncipe*, se enorgullecían de él y lo querían. Pero esa bondad suya era sólo para sus hombres, para Timojin y para las gentes nuevas, de un ambiente distinto, que nada sabían de su pasado ni podían comprenderlo. Cuando se encontraba con algún antiguo compañero del Estado Mayor se ponía en guardia inmediatamente; se volvía colérico, irónico y despectivo. Lo repelía todo cuanto recordase su pasado. En tales circunstancias, procuraba no ser injusto y se limitaba a cumplir con su deber.

El príncipe Andréi lo veía todo con los colores más sombríos, especialmente después del 6 de agosto, día en que abandonaron la ciudad de Smolensk (que, a su juicio, se podía y debía defender) y después de que su padre enfermo tuviera que huir a Moscú, abandonando al saqueo su amada Lisie-Gori, que con tanto cariño había cuidado. Eso no impedía, sin embargo, que pudiera pensar en otras cosas, sobre todo en su regimiento, aparte de los problemas generales. El 10 de agosto, la columna en la que iba su regimiento pasaba a la altura de Lisie-Gori; dos días antes el príncipe Andréi recibió la noticia de que los suyos —su padre, hijo y hermana— habían salido para Moscú. Y aunque nada tenía que hacer en Lisie-Gori, quiso acercarse allí con deseo de renovar un dolor.

Mandó que le ensillaran un caballo y se dirigió a la aldea de su padre, donde había nacido y pasado su niñez. Al llegar al estanque donde decenas de mujeres solían lavar la ropa y charlar animadamente notó que todo estaba desierto. En el agua flotaba aún una balsa medio sumergida. Se acercó a la casa del guarda: la puerta cochera estaba abierta y no había nadie. La hierba cubría los senderos, las terneras y los caballos vagaban por

los jardines de estilo inglés. El príncipe Andréi se acercó al invernadero: los cristales aparecían rotos y por todas partes se veían plantas secas y caídas de sus tiestos. Llamó al jardinero Tarás, pero no contestó nadie. Dando la vuelta al invernadero vio que la cerca de madera tallada estaba rota y que habían arrancado las ramas de ciruelos con las frutas. Un viejo mujik estaba sentado en un banco verde; se ocupaba en trenzar unos *lapti*. El príncipe Andréi lo conocía; desde su infancia lo había visto en aquella misma postura.

Era sordo y no lo oyó acercarse. Ocupaba el sitio favorito del viejo príncipe; alrededor había algunas tiras de corteza puestas sobre las ramas secas de un magnolio desmochado.

El príncipe Andréi se acercó a la casa. Varios tilos del viejo jardín aparecían talados. Una yegua y su potro andaban entre los rosales. Las ventanas de la mansión estaban tapiadas, excepto una del piso bajo. Al ver al príncipe, un chiquillo entró precipitadamente en la casa.

Alpátich, que había mandado fuera a su familia, se había quedado solo en Lisie-Gori. En aquel momento leía las *Vidas de santos*; al conocer la llegada del príncipe Andréi salió de casa con los lentes en la nariz. Se acercó con presteza al amo, abrochándose por el camino, y sin decir nada le besó las rodillas, sollozando.

Después, como enfadado por su debilidad, informó al príncipe de todo lo ocurrido. Todas las cosas de valor habían sido llevadas a Boguchárovo. También habían sacado unos doscientos cincuenta quintales de trigo; las tropas habían segado, verde aún, el forraje y la cosecha de primavera, que era, según Alpátich, espléndida. Los campesinos estaban arruinados; muchos se habían ido a Boguchárovo y otros pocos permanecían en Lisie-Gori.

Sin escuchar hasta el fin, el príncipe Andréi preguntó:

—¿Cuándo se fueron mi padre y mi hermana?

Quería decir “cuándo se fueron a Moscú”, pero Alpátich, creyendo que se refería a Boguchárovo, contestó que el día 7. En seguida volvió a hablar de asuntos relacionados con la propiedad y pidió órdenes.

—¿Quiere Su Excelencia que demos avena a las tropas contra recibo? Aún quedan mil quinientos quintales.

“¿Qué debo contestar?”, se preguntó el príncipe, mirando la cabeza calva del viejo, que brillaba al sol, y leyendo en su rostro que él mismo se daba cuenta de que era inoportuna su pregunta y que sólo la hacía para ocultar su dolor.

—Dalos— contestó.

—Habrá visto usted el desorden del jardín— dijo Alpátich; —fue imposible evitarlo. Pasaron tres regimientos, que hicieron noche aquí; en particular los dragones. He anotado el grado y el nombre del comandante, para presentar una reclamación.

—Bueno, ¿y tú qué vas a hacer? ¿Te quedarás si entra el enemigo?— preguntó el príncipe.

Alpátich volvió la cara hacia el príncipe Andréi, lo miró y dijo, levantando un brazo con gesto solemne:

—Él es mi protector: que se cumpla su voluntad.

Por el prado un numeroso grupo de campesinos y criados, descubiertos, se iba acercando al príncipe Andréi.

—Bueno, adiós— dijo el príncipe, inclinándose a Alpátich. —Vete tú también; llévate lo que puedas y manda a la gente que se vaya a la finca de Riazán o a la de Moscú.

Alpátich se abrazó a una pierna del príncipe y comenzó a llorar. El príncipe lo apartó suavemente, espoleó el caballo y se volvió al galope por una de las alamedas.

En las gradas del invernadero, con la misma indiferencia de una mosca en el rostro de un difunto querido, el viejo de antes trenzaba sus *lapti*. Dos niñas salieron, con sus faldas recogidas llenas de ciruelas que habían arrancado de los árboles del invernadero; al ver al príncipe, la mayor de ellas, asustada, cogió por la mano a la pequeña y se ocultó detrás de un abedul, sin tiempo de recoger las verdes ciruelas desparramadas por la tierra.

El príncipe Andréi se volvió rápidamente para que no se dieran cuenta de que las había visto; le dio lástima aquella linda niña asustada; temía mirarla, pero el deseo de verla era irresistible. Lo invadió un nuevo sentimiento, dulce y apacible, al ver a esas niñas; comprendió que existían intereses totalmente ajenos a él, pero tan humanos y legítimos como los

suyos. Las niñas, al parecer, sólo deseaban apasionadamente una cosa: llevarse las ciruelas verdes y comerlas sin ser descubiertas; el príncipe Andréi deseó que todo les saliera bien. No pudo resistir el deseo de mirarlas otra vez. Ahora las niñas, creyéndose fuera de peligro, habían salido de su escondite y, sujetando las faldas, charlaban con sus agudas vocecitas, sin dejar de correr alegremente por el prado con sus pies descalzos, morenos por el sol.

Se sentía mejor después de haber salido del ambiente polvoriento del camino por el que se movían las tropas; pero no lejos de Lisie-Gori hubo de unirse de nuevo a su regimiento, durante uno de los altos junto a la represa de un pequeño estanque. Pasaba la una de la tarde y el sol, como un disco rojo y polvoriento, le quemaba las espaldas a través de la guerrera negra. El polvo, siempre denso, se mantenía inmóvil encima de los soldados, que charlaban sin cesar. No soplaba el más leve viento; al llegar cerca del estanque, el príncipe Andréi sintió el frescor del agua y el olor a cieno; le habría gustado echarse al agua, pese a la suciedad y el barro. Desde el estanque llegaban risas y gritos; el agua, turbia y llena de verdín, había subido un poco de nivel y desbordaba por encima de la presa; en el centro del estanque había muchos hombres de cuerpos blancos, con manos, rostros y cuellos quemados por el sol. Toda aquella carne blanca, humana y desnuda que chapoteaba entre risas y gritos en aquella charca sucia eran como carpas en una regadera. El júbilo del baño parecía alegre y por ello resultaba especialmente triste.

Un joven soldado rubio, de la tercera compañía —a quien el príncipe Andréi conocía personalmente—, con una correa en la pantorrilla, retrocedió unos pasos para tomar carrerilla, se persignó y se tiró al agua; otro, un suboficial moreno, siempre desgreñado, con el agua hasta la cintura, contraía su musculoso torso, resoplaba alegremente echándose agua sobre la cabeza con las manos negras, color que se extendía por el brazo hasta el codo. Se palmeaban unos a otros, chillaban, reían.

En las orillas del estanque, en la presa, por todas partes se veía aquella carne blanca, musculosa y fuerte. Timojin, un oficial de nariz pequeña y colorada, estaba secándose con una toalla; lo cohibía la presencia del príncipe Andréi, pero decidió hablarle:

—Da gusto, Excelencia… Debería bañarse.

—El agua está sucia— contestó el príncipe con una mueca.

—La limpiaremos en seguida— y, todavía sin vestir, Timojin corrió para dar las oportunas órdenes.

—El príncipe quiere bañarse.

—¿Qué príncipe? ¿El nuestro?— preguntaron muchos.

Todos se pusieron en movimiento, y a duras penas pudo el príncipe Andréi contenerlos. Decidió que era mejor lavarse en el cobertizo.

"Carne… cuerpo, *chair à canon"*, pensaba mirando su propio cuerpo desnudo, y se estremeció, no tanto por el frío como por la repugnancia incomprensible y el horror que le causaba ver aquella enorme cantidad de cuerpos que chapoteaban en el agua sucia del estanque.

El 7 de agosto, el príncipe Bagration, en su campamento de Mijáilovka, situado en el camino de Smolensk, escribía la siguiente carta:

> Señor conde Alexéi Andréievich:
>
> (La carta era para Arakchéiev, pero Bagration sabía que la leería el mismo Emperador y por eso, de acuerdo con su capacidad, meditaba bien cada palabra.)
>
> Supongo que el ministro lo habrá informado ya sobre la entrega de Smolensk al enemigo. Resulta penoso y triste; todo el ejército está desesperado por haber tenido que abandonar en vano la más importante de nuestras plazas. Por mi parte, se lo pedí personalmente, y le escribí, tratando por todos los medios de convencerlo, pero no quiso acceder. Le juro por mi honor que entonces se hallaba Napoleón en una bolsa como jamás lo estuvo y podía haber perdido la mitad de su ejército sin lograr conquistar Smolensk. Nuestras tropas lucharon y luchan como nunca. Con quince mil hombres he resistido durante más de treinta y cinco horas atacándolos; él, en cambio, no quiso siquiera resistir catorce. Es una vergüenza y una mancha para nuestro ejército; me parece que ese hombre no merece vivir.

Si él dice que nuestras bajas son muy numerosas, no es cierto, quizá unos cuatro mil y tal vez ni eso. Pero, aunque fueran diez mil, ¿qué podemos hacer? Es la guerra. En cambio, las pérdidas del enemigo son muy considerables…

¿Qué suponía quedarse dos días más? Al menos, el enemigo se habría marchado por sí mismo, porque no le quedaba agua ni para los hombres ni para los caballos. Me dio palabra de no retroceder, mas de pronto me envió una orden de operaciones anunciando que levantaba el campo por la noche. De esa manera no se puede hacer una guerra y podemos llevar muy pronto al enemigo hasta Moscú…

Corre la voz de que usted piensa en la paz. ¡Dios nos libre de eso! ¡Hacer la paz después de tantos sacrificios y de una retirada tan insensata! Pondría a toda Rusia en contra de usted; todos nos avergonzaríamos de llevar el uniforme. En el punto a que hemos llegado no queda más remedio que combatir mientras Rusia tenga fuerzas y mientras sus hombres se mantengan en pie…

Debe mandar uno solo y no dos. Su ministro tal vez sea bueno en el Ministerio, pero como general no diré que es malo, sino que no sirve para nada. ¡Y a un hombre así se le confían los destinos de toda nuestra patria!… Le confieso que el despecho me vuelve loco. Perdóneme que escriba con tanto atrevimiento. Es evidente que sólo quien no quiera a nuestro Zar y desee nuestra total derrota puede aconsejar al ministro que firme la paz y se ponga al frente del ejército. No digo más que la verdad: preparen milicias populares, porque a este paso el ministro llevará consigo a la capital a nuestros visitantes. El señor general ayudante de campo del Zar, Wolzogen, es muy sospechoso para todo el ejército. Dicen que es más de Napoleón que nuestro, y es él quien aconseja en todo al ministro. Yo, personalmente, no sólo me muestro cortés con él, sino que obedezco como un simple cabo, aun cuando soy mayor que él. Me duele, sí, pero obedezco por amor a mi

bienhechor el Zar. Sólo digo que es lástima que el Zar confíe a tales gentes la gloria de nuestro ejército. Imagínese que con nuestra retirada hemos perdido más de quince mil hombres rezagados por el cansancio en los hospitales, y que, de haber atacado, no habría ocurrido lo mismo. Piense, por amor de Dios, en lo que dirá nuestra madre Rusia: que tenemos miedo y entregamos nuestra buena y fiel patria a unos canallas y que en todos los súbditos infundimos un sentimiento de odio y de vergüenza. ¿Por qué hemos de ser cobardes? ¿A quién hemos de tener miedo? Yo no tengo la culpa si el ministro es indeciso, cobarde, torpe, lento, si no tiene más que defectos. Todo el ejército llora por ello y lo cubre de injurias…

VI

Entre las incontables subdivisiones que se pueden hacer de los fenómenos de la vida, cabe separarlas en todas aquellas en las que predomina el contenido y aquellas en las que prevalece la forma. Entre estas últimas podemos incluir la vida de San Petersburgo, en particular la de sus salones —que es invariable— en contraste con la vida en el campo, en el distrito, la provincia y en el propio Moscú.

Desde 1805 los rusos han luchado con Bonaparte y se han reconciliado con él; han hecho y deshecho Constituciones, pero el salón de Anna Pávlovna y el de Elena Bezújov seguían siendo exactamente iguales a lo que eran, siete años atrás, uno, y cinco años el otro. En el salón de Anna Pávlovna se comentaban con idéntica perplejidad los éxitos de Napoleón, y se veía en ellos, lo mismo que en la sumisión de los príncipes europeos, una malvada conjuración con el único fin de molestar y turbar el círculo cortesano que Anna Pávlovna representaba. Por el contrario, en casa de Elena (honrada con frecuentes visitas de Rumiántsev, que la consideraba una mujer de extraordinaria inteligencia), lo mismo en 1812 que en 1808, se hablaba con entusiasmo de la gran nación francesa y del gran hombre, y se lamentaba la ruptura con los franceses, ruptura que, en opinión de las personas que se reunían en los salones de Elena, debía terminar con la paz.

En los últimos tiempos, tras el regreso del Zar al abandonar el ejército, hubo ciertas muestras de agitación en esos opuestos salones y tuvieron lugar diversas manifestaciones de hostilidad; sin embargo, las tendencias siguieron inmutables. En el círculo de Anna Pávlovna sólo eran recibidos, entre los franceses, los más empedernidos legitimistas; se exponía la patriótica idea de que no debía frecuentarse el Teatro Francés y que el

mantenimiento de los artistas resultaba tan costoso como el de todo un cuerpo de ejército. Seguían con avidez las noticias militares y se aireaban los rumores más ventajosos para el ejército ruso. En los salones de Elena, de orientación francesa, se desmentían las versiones acerca de la crueldad del enemigo y se discutían todas las tentativas de Napoleón para llegar a la paz. En ese círculo se censuraba a quienes preparaban precipitadamente el traslado de la Corte a Kazán, así como el de las instituciones de educación femeninas, patrocinadas por la madre del Zar. En el salón de Elena, el de Rumiántsev, el francés, la guerra se presentaba en general como una sucesión de manifestaciones estériles que debían concluir con la paz; la opinión dominante era la de Bilibin, que por entonces vivía en San Petersburgo y era asiduo de la condesa Bezújov, ya que todo hombre inteligente debía frecuentar aquella casa. Bilibin sostenía que no era la pólvora sino quienes la habían inventado los que decidían las guerras. En ese círculo eran frecuentes las burlas —ingeniosas y muy prudentes a la vez— sobre el entusiasmo patriótico de Moscú, cuya noticia había llegado a San Petersburgo al mismo tiempo que el regreso del Zar.

Por el contrario, en el círculo de Anna Pávlovna se admiraba el entusiasmo moscovita y se hablaba de él en el mismo tono que Plutarco habla de los antiguos. El príncipe Vasili, que ocupaba los mismos puestos importantes de siempre, era el intermediario entre ambos círculos. Frecuentaba a *ma bonne amie*[378] Anna Pávlovna e iba igualmente *dans le salon diplomatique de ma fille;*[379] pero a menudo, debido a los repetidos traslados de un salón a otro, se equivocaba y decía en casa de Elena lo que debía decir en la de Anna Pávlovna, y viceversa.

Poco después de la llegada del Zar, el príncipe Vasili, hablando de los asuntos militares en casa de Anna Pávlovna, comenzó a censurar acremente a Barclay de Tolly y se mostró indeciso con respecto a quién debería ser nombrado general en jefe. Uno de los presentes, conocido bajo la general designación de *un homme de beaucoup de mérite*,[380] contó que había visto aquel mismo día a Kutúzov, elegido jefe de las milicias de San Petersburgo, en las oficinas de reclutamiento y se permitió exponer con gran prudencia la opinión de que Kutúzov sería el hombre capaz de satisfacer todas las esperanzas.

Anna Pávlovna sonrió tristemente y objetó que Kutúzov no había dado al Zar más que disgustos.

—Lo he dicho y repetido con frecuencia, en el Club de la nobleza— la interrumpió el príncipe Vasili, —pero nadie me hizo caso; dije que su elección como jefe de las milicias no agradaría al Zar. ¡Siempre con esa manía de estar en la oposición!— prosiguió. —¿Y ante quién? Por el deseo de imitar como unos monos los estúpidos entusiasmos de Moscú— dijo el príncipe Vasili, equivocándose y olvidando por un instante que si en casa de su hija Elena convenía criticar el entusiasmo de los moscovitas, en la de Anna Pávlovna era menester admirarlo. Pero en seguida reaccionó. —¿Es conveniente que el conde Kutúzov, el más antiguo de los generales rusos, permanezca en las oficinas de reclutamiento de milicias, y tanto más cuanto *il en restera pour sa peine?*[381] ¿Acaso puede nombrarse general en jefe a un hombre que no puede montar a caballo, que se duerme en los Consejos y que tiene las más depravadas costumbres? ¡Menudo recuerdo dejó en Bucarest! No hablo de sus cualidades militares, pero no se puede nombrar en estos momentos a un hombre decrépito y ciego. ¡Un general ciego! ¡Como para jugar al escondite!… ¡No ve nada en absoluto!

Nadie contradijo al príncipe Vasili.

Esto era totalmente justo el 24 de julio, aunque el día 29 Kutúzov recibió el título de príncipe. Eso podía significar, entre otras cosas, que quisieran deshacerse de él; por eso, el razonamiento del príncipe Vasili seguía siendo justo, por más que ahora no se apresurara en expresarlo. Pero el 8 de agosto se reunió un comité formado por el mariscal Saltikov, Arakchéiev, Viazmitínov, Lopujin y Kochubéi para discutir la situación militar. El comité convino en que los fracasos procedían por el desacuerdo del mando y, tras una breve discusión, se decidió proponer a Kutúzov como comandante en jefe, aunque se sabía la mala disposición del Zar hacia él. Aquel mismo día, Kutúzov era nombrado generalísimo de todos los ejércitos en todos los territorios ocupados por las tropas.

El 9 de agosto el príncipe Vasili se encontró en casa de Anna Pávlovna con *l'homme de beaucoup de mérite. L'homme de beaucoup de mérite* rondaba a Anna Pávlovna porque deseaba ser nombrado director de un

instituto femenino. El príncipe Vasili entró en el salón con aire triunfal, como quien ha logrado la meta de sus deseos.

—Eh bien!, vous savez la grande nouvelle. Le prince Koutouzoff est maréchal.[382] Se acabaron las disidencias. ¡Me siento tan feliz, tan contento!— dijo. —Enfin, voilà un homme!— añadió mirando a cuantos lo rodeaban con aire serio e importante.

L'homme de beaucoup de mérite, pese a su deseo de conseguir su propósito, no pudo reprimirse y recordó al príncipe Vasili su opinión de días antes. (Esto era descortés para el príncipe Vasili, dicho en la sala de Anna Pávlovna y en presencia de la dueña, que acogía con tanto júbilo la noticia. Mas, no pudo dominarse.)

—Mais on dit qu'il est aveugle, mon prince[383]— dijo, recordando al príncipe Vasili sus propias palabras.

—Allez, donc, il y voit assez— replicó rápidamente el príncipe con voz de bajo, tosiendo un poco: era la misma voz y la misma tosecilla con que resolvía todas las dificultades. —Allez, il y voit assez[384]— repitió. —Pero además, lo que me alegra es que el Zar le haya concedido el mando supremo sobre todos los ejércitos y sobre todos los territorios, un poder como nunca tuvo un general en jefe: es otro autócrata— concluyó con una sonrisa de triunfo.

—¡Dios lo quiera! ¡Dios lo quiera!— dijo Anna Pávlovna.

L'homme de beaucoup de mérite, todavía novato en la sociedad cortesana, creyó halagar a su anfitriona defendiendo su anterior opinión:

—Se dice— añadió —que el Emperador no ha concedido de buen grado esos poderes a Kutúzov. On dit qu'il rougit comme une demoiselle à laquelle on lirait *Joconde* en lui disant: le souverain et la patrie vous décernent cet honneur.[385]

—Peut-être que le coeur n'était pas de la partie[386]— dijo Anna Pávlovna.

—¡Oh, no, no!— intervino con ardor el príncipe Vasili. —No: eso no es posible, porque el Emperador sabía apreciarlo bien aun antes de concederle el título.

Ahora no podía dejar que se dijese nada en contra de Kutúzov. En opinión del príncipe Vasili, Kutúzov no sólo era excelente, sino que lo

adoraban todos.

—Quiera Dios que el príncipe Kutúzov tome efectivamente el poder y no deje que nadie le ponga *des bâtons dans les roues*[387]— suspiró Anna Pávlovna.

El príncipe Vasili comprendió en seguida a quién se refería aquel “nadie”. Dijo en un susurro:

—Sé de buena fuente que el príncipe Kutúzov ha puesto como condición imprescindible que el príncipe heredero no esté en el ejército. Vous savez ce qu’il a dit à l’Empereur?[388]— y el príncipe Vasili repitió las palabras que, según se aseguraba, Kutúzov había dicho al monarca: “No podré castigarlo si comete una falta ni premiarlo si hace algo meritorio”. —¡Oh! El príncipe Kutúzov es inteligentísimo, je le connais de longue date.

—Dicen también— intervino *l’homme de beaucoup de mérite*, que aún carecía de tacto cortesano —que el Serenísimo ha puesto otra condición imprescindible: que tampoco el Zar esté en el ejército.

Apenas hubo pronunciado estas palabras, el príncipe Vasili y Anna Pávlovna le volvieron inmediatamente la espalda y, suspirando ante tanta ingenuidad, se miraron tristemente.

VII

Mientras todo esto sucedía en San Petersburgo, los franceses habían rebasado Smolensk y avanzaban cada vez más hacia Moscú. Thiers, el historiador de Napoleón, como todos sus historiadores, trata de justificar a su héroe y afirma que Bonaparte se vio arrastrado hacia los muros de Moscú muy a su pesar. Y tienen razón, como la tienen cuantos historiadores intentan explicar los hechos históricos por la voluntad de un solo individuo. Tiene la misma razón que los historiadores rusos cuando afirman que Napoleón fue atraído a Moscú por la habilidad de los generales rusos. En semejante caso, además de una ley retrospectiva que representa todo el pasado como la preparación de un hecho ya ocurrido, existe también la reciprocidad, que lo complica todo. Un buen jugador que pierde una partida de ajedrez está sinceramente convencido de que lo ocurrido se debe a un error personal y lo busca en los comienzos del juego, olvidando que en cada uno de sus movimientos, a lo largo de la partida, han existido errores semejantes y que no hay una sola jugada perfecta. Ese error sobre el que concentra su atención es visible para él solamente porque el adversario se aprovechó de su fallo. ¡Pero cuánto más complicado es el juego de la guerra, que se desarrolla en determinadas condiciones de tiempo, cuando no es solamente la voluntad la que dirige máquinas inanimadas y todo se deriva de innumerables choques de diversas arbitrariedades!

Después de Smolensk, Napoleón busca la batalla más allá de Dorogobuzh, en Viazma, y luego en las proximidades de Tsárevo-Záimishche; pero por una serie de innumerables circunstancias, se encuentra con que hasta Borodinó, a 112 kilómetros de Moscú, los rusos no pueden aceptar la batalla.

Después de la acción de Viazma, Napoleón da la orden de marchar directamente sobre Moscú.

Moscou, la capitale asiatique de ce grand empire, la ville sacrée des peuples d'Alexandre, Moscou, avec ses innombrables églises en forme de pagodes chinoises[389]: aquel Moscú no daba tregua a su imaginación. La etapa de Viazma a Tsárevo-Záimishche la hizo Napoleón montando un potro inglés, acompañado de su guardia, su escolta, sus pajes y sus ayudantes de campo. El jefe del Estado Mayor, Berthier, se había rezagado para interrogar a un prisionero ruso, capturado por la caballería. Lelorme d'Ideville alcanzó a Napoleón y con el rostro satisfecho detuvo su cabalgadura.

—Eh bien?— preguntó Napoleón.

—Un cosaque de Plátov. Dice que el cuerpo de ejército de Plátov se une al grueso de las tropas y que Kutúzov ha sido nombrado general en jefe. Très intelligent et bavard![390]

Napoleón sonrió. Dio órdenes para que se procurara un caballo al cosaco y lo trajeran a su presencia. Deseaba conversar con él personalmente. Algunos ayudantes de campo se apresuraron a complacerlo y, una hora después, Lavrushka, el siervo asistente de Denísov cedido por éste a Rostov, vestido con chaqueta de ordenanza y montado en cabalgadura francesa, se acercó a Napoleón con su cara de pillo, alegre y achispado. Napoleón ordenó que cabalgara a su lado y lo interrogó:

—¿Es usted cosaco?

—Cosaco, Excelencia.

Thiers, al describir este episodio, dice: "El cosaco, ignorando con quién se encontraba, puesto que la sencillez de Napoleón no tenía nada que pudiera sugerir a la imaginación oriental la presencia de un soberano, comenzó a hablar con extremada familiaridad sobre las cosas de la guerra actual". De hecho, Lavrushka, que la víspera se había emborrachado y dejado a su amo sin cena, fue azotado y enviado a buscar unos pollos a la aldea vecina. Entretenido en este menester, había sido hecho prisionero por los franceses. Lavrushka era uno de esos servidores groseros y desvergonzados que ya han visto muchas cosas y creen un deber proceder en todo con villanía y astucia, siempre dispuestos a servir en todo a sus

amos, adivinando astutamente sus debilidades y, sobre todo, su presunción y vanidad.

En presencia de Napoleón, al que reconoció en seguida y fácilmente, Lavrushka no se turbó en absoluto: trató solamente de conquistar con todo empeño la benevolencia de sus nuevos amos.

De sobra sabía que se trataba de Napoleón, y su presencia no podía cohibirlo más que la de Rostov o la del sargento armado de su látigo, puesto que ni el sargento ni el mismo Napoleón podían quitarle nada. Contó cuanto se decía entre los asistentes. Y en ello había no poca verdad. Pero cuando Napoleón le preguntó si pensaban los rusos vencer o no a Bonaparte, Lavrushka entornó los ojos y quedó pensativo.

Le pareció que le tendían una trampa, como siempre y en todas ocasiones piensan las gentes parecidas a él. Frunció el ceño y calló.

—Quiere decir que si hay una batalla y bien pronto— dijo por fin, pensativo —sucederá así exactamente. Pero si pasan tres días a partir de esa misma fecha, esa batalla se retrasará.

Lelorme d'Ideville tradujo sonriente las palabras de Lavrushka a Napoleón de la siguiente manera: *"Si la bataille est donnée avant trois jours, les français la gagneraient, mais si elle était donnée plus tard, Dieu sait ce qui en arriverait"*.[391]

Napoleón no sonrió, aunque parecía estar del mejor humor; mandó que le repitieran esas palabras. Lavrushka se dio cuenta de ello y, para contentarlo, fingió no conocer a su interlocutor y dijo:

—Sabemos que vosotros tenéis a Bonaparte, que ha vencido a todos en el mundo. Pero lo nuestro es otro cantar— dijo. Sin saber por qué ni cómo, un patriotismo fanfarrón se coló en sus palabras.

El intérprete las transmitió a Napoleón sin la última parte. Bonaparte sonrió: *"Le jeune cosaque fit sourire son puissant interlocuteur"*,[392] comenta Thiers. Tras unos pasos en silencio, Napoleón se volvió a Berthier y le dijo que le gustaría conocer qué efecto produciría *sur cet enfant du Don*[393] la noticia de que el hombre con quien hablaba aquel *enfant du Don* era el Emperador en persona, el mismo que había escrito sobre las pirámides su nombre glorioso e inmortal.

Y así se hizo.

Lavrushka entendió que querían confundirlo y que Napoleón pensaba que se asustaría al saberlo; por agradar a su nuevo dueño fingió también asombro, aturdimiento, desorbitó los ojos y puso la cara que ponía cuando lo llevaban para darle latigazos. Y prosigue Thiers: “En cuanto hubo hablado el intérprete de Napoleón, el cosaco, presa de una especie de aturdimiento, no dijo una palabra más y mantuvo sus ojos constantemente fijos sobre aquel conquistador, cuyo nombre había llegado hasta él a través de las estepas de Oriente. Había desaparecido de pronto toda su locuacidad, dando lugar a un sentimiento de admiración ingenua y silenciosa. Napoleón, después de haberle dado una recompensa, lo dejó en libertad como a un pájaro al que se devuelve a los campos que lo vieron nacer”.

Napoleón siguió adelante, soñando con aquel *Moscou* que embargaba su imaginación, y *l’oiseau qu’on rendit aux champs qui l’ont vu naître* galopó hasta las vanguardias, inventando de antemano lo que no había sucedido, pero que él contaría una vez en sus filas. No deseaba relatar lo sucedido, porque no le parecía digno de ser contado. Se unió a los cosacos; preguntó dónde estaba su regimiento, que formaba parte del destacamento de Plátov, y aquella misma tarde halló a su amo Nikolái Rostov: estaba en Yánkovo y acababa de montar a caballo para dar un paseo con Ilín por las aldeas vecinas. Dio otro caballo a Lavrushka y se lo llevó consigo.

VIII

La princesa María no estaba en Moscú ni fuera de peligro, como pensaba el príncipe Andréi.

Después del regreso de Alpátich de Smolensk, el viejo príncipe pareció volver de pronto a la realidad. Ordenó reunir y armar a los campesinos y escribió una carta al general en jefe anunciándole su decisión de permanecer en Lisie-Gori hasta el último momento y defenderse, dejando a su criterio el tomar o no medidas para la defensa de la hacienda, donde uno de los más viejos generales de Rusia iba a ser hecho prisionero o muerto; después manifestó a los suyos que había decidido quedarse en la casa.

Pero al mismo tiempo lo dispuso todo para enviar a Moscú a la princesa, a Dessalles y al pequeño príncipe, que primero se detendrían en Boguchárovo. La princesa María, asustada por la actividad febril e insomne de su padre, actividad que había sucedido al anterior abatimiento, no se decidía a dejarlo solo y, por primera vez en su vida, se permitió no obedecerlo. Se negó a partir y sufrió la terrible cólera de su padre. El príncipe le recordó todo aquello de que la acusaba sin razón alguna. Tratando de culparla de algo, dijo que lo atormentaba, que había provocado la discordia entre él y su hijo, que sostenía infames sospechas acerca de él y que su objetivo era envenenarle la vida; finalmente, la expulsó de su despacho, manifestando que le era indiferente que se fuera o no. Dijo que no quería saber nada de su existencia y mandó que no apareciera más ante sus ojos. Pero el hecho de que no ordenara que la llevaran por la fuerza, cosa que ella temía, y que sólo le prohibiera aparecer ante su vista alegró a la princesa. Eso probaba, y ella lo sabía, que su padre, en lo más íntimo de su alma, estaba contento de que no se fuera de Lisie-Gori.

Al día siguiente, después de la marcha de Nikóleñka, el viejo príncipe, muy de mañana, vistió su uniforme de gala y se dispuso a visitar al general en jefe. El coche ya estaba esperándolo. La princesa María lo vio salir con todas sus condecoraciones, para pasar revista a la servidumbre y a los campesinos armados. La princesa, sentada junto a la ventana, escuchaba la voz de su padre, que sonaba en el jardín. De pronto, varias personas corrieron por la avenida con el rostro asustado.

La princesa María corrió hacia el porche, el sendero de flores y la avenida. Un numeroso grupo de milicianos y criados venían a su encuentro mientras en el centro de aquel tropel algunos hombres arrastraban, sujetándolo bajo los brazos, a un viejito pequeño con su uniforme y sus condecoraciones. La princesa María corrió hacia él. En el vacilante juego de los pequeños círculos de luz que pasaban a través de las hojas de los tilos no pudo advertir el cambio que se había operado en el rostro de su padre. Sólo vio una cosa: que la habitual expresión severa y enérgica de aquel rostro había cedido paso a una profunda timidez y docilidad. Al ver a su hija, el príncipe movió los exangües labios y emitió un ronquido. Era imposible comprender lo que decía. Entre varios hombres lo llevaron hasta su despacho y lo tendieron en aquel diván que tanto detestaba en los últimos tiempos.

El médico, llamado con urgencia, le hizo aquella misma noche una sangría y manifestó que el príncipe estaba paralizado del lado derecho.

Se hacía cada vez más peligrosa la estancia en Lisie-Gori, y al día siguiente condujeron al enfermo a Boguchárovo. El médico fue con ellos.

Cuando llegaron a Boguchárovo, Dessalles y el pequeño príncipe habían partido ya para Moscú.

El viejo Bolkonski, paralizado, ni mejor ni peor que en Lisie-Gori, permaneció en Boguchárovo durante tres semanas en aquella nueva casa que hizo construir el príncipe Andréi; yacía sin conocimiento como un cadáver mutilado. Murmuraba de continuo algo ininteligible moviendo las cejas y los labios, pero era imposible saber si comprendía lo que sucedía a su alrededor. De una sola cosa había certeza: que sufría y deseaba decir algo, pero nadie podía entender lo que intentaba decir. ¿Se trataba de un

capricho del viejo príncipe enfermo y casi inconsciente, quería decir algo sobre la situación general o referirse a circunstancias familiares?

El médico aseguraba que aquella inquietud no significaba nada y que la causa era meramente física; pero la princesa María pensaba (y el hecho de que su presencia intensificara siempre su inquietud lo confirmaba) que su padre quería decirle algo. Era evidente que sufría física y moralmente.

No había esperanza de curación, ni era posible pensar en trasladarlo. ¿Qué ocurriría si muriera en el camino? "Sería mejor terminar, terminar del todo", pensaba a veces la princesa María. Día y noche permanecía a su lado, sin dormir apenas, y era terrible reconocer que lo observaba con frecuencia no con la esperanza de ver señales de mejoría, sino con el *deseo* de encontrar algún indicio del próximo fin.

Y por extraño que le resultara admitir tal sentimiento, la verdad era que existía. Pero lo que aumentaba su horror era el hecho de que desde la enfermedad de su padre (y desde antes, desde que por una esperanza inconcreta y, en espera de algo, permaneció con él) parecían haber despertado en su alma todos los dormidos deseos y esperanzas personales. Pensamientos que desde hacía años no habían acudido a su mente: la vida libre sin el temor de su padre y hasta el amor y la posibilidad de una felicidad personal invadían constantemente su mente, como una tentación diabólica. Pese a todos sus esfuerzos por apartar esas ideas constantes, no dejaba de pensar en cómo organizar su vida después de eso. La princesa María no ignoraba que eran tentaciones del diablo. Sabía que su única arma era la oración, y procuraba rezar. Se arrodillaba delante de los iconos, recitaba las palabras de las plegarias, miraba las imágenes, pero no podía rezar. Sentía que ahora estaba en aquel otro mundo: el mundo de la vida, de la actividad difícil y libre, absolutamente opuesto al mundo moral en que hasta entonces había estado encerrada y en el cual el mejor consuelo era la oración. No podía llorar ni rezar, y las preocupaciones de la vida cotidiana la acompañaban por doquier.

Quedarse en Boguchárovo comenzaba a ser peligroso. Por todas partes se decía que los franceses avanzaban; en una aldea, a quince kilómetros, los merodeadores franceses habían devastado una hacienda.

El médico insistía en la necesidad de llevar más lejos al enfermo; el mariscal de la nobleza envió a un funcionario para suplicar a la princesa que salieran lo antes posible. También el inspector de policía, llegado a Boguchárovo, insistió en lo mismo diciendo que los franceses estaban a cuarenta kilómetros, que las proclamas francesas circulaban ya por las aldeas y que si la princesa no salía con su padre antes del 15 no respondía de nada.

La princesa decidió salir el 15. El cuidado de los preparativos y las órdenes que debía dar —todos se dirigían a ella— la absorbieron durante el día entero.

La noche del 14 al 15, como de costumbre, permaneció sin desnudarse en la habitación contigua a la del príncipe. Se despertó varias veces y escuchó la penosa respiración de su padre, su farfullar, los crujidos del lecho, los pasos de Tijón y del doctor, que cambiaban de postura al enfermo. En varias ocasiones se acercó a la puerta para escuchar; le pareció que el príncipe balbuceaba algo en voz más alta y se movía más de lo acostumbrado. No podía conciliar el sueño: una y otra vez se acercaba a la puerta, deseosa de entrar pero sin decidirse a dar ese paso. Aunque el anciano no hablase, la princesa María adivinaba, intuía, cuán desagradable le eran todas las expresiones de temor por él. Notaba con qué disgusto procuraba evitar las largas miradas que la hija fijaba en su rostro. Sabía también que su aparición de noche, en momentos no habituales, lo irritaría.

Nunca le había parecido tan doloroso y terrible perderlo. Recordaba toda su vida con él, cada una de sus palabras, cada uno de sus actos, y en todos ellos volvía a sentir su amor de padre. De vez en cuando se mezclaban a esos recuerdos tentaciones diabólicas, pensaba en cómo sería su vida libre y nueva después de su muerte. Horrorizada, rechazaba esos pensamientos. Al amanecer su padre se calmó y la princesa pudo dormir.

Despertó tarde. La lucidez mental que suele manifestarse al despertar le mostró claramente lo que más la preocupaba de la enfermedad de su padre. Se levantó; prestó oído a lo que sucedía detrás de la puerta y, al oír un gemido, se dijo con un suspiro que seguía igual.

—Pero ¿qué puede pasar? ¿Qué es lo que yo quiero? ¡Quiero su muerte! — exclamó asqueada de sí misma.

Se vistió y lavó; hizo sus oraciones y salió al porche. Los coches estaban preparados, aunque sin caballos todavía, y colocaban en ellos el equipaje.

Era una mañana gris y cálida. La princesa María se detuvo en el porche, horrorizada por su vileza moral y tratando de ordenar sus pensamientos antes de entrar donde estaba su padre.

El médico bajó las escaleras y se acercó a ella.

—Hoy está mejor— dijo. —Venía a buscarla; se puede entender algo de lo que dice y su cabeza parece más lúcida. Vamos, la llama.

Al oír aquella noticia el corazón de la princesa María comenzó a latir con tanta fuerza que su rostro palideció y hubo de apoyarse en la puerta para no caer. Verlo, hablarle, comparecer ante él cuando su alma estaba llena de horribles tentaciones culpables, era para la princesa María un tormento pavoroso y grato al mismo tiempo.

—Vamos— repitió el médico.

La princesa entró en la habitación y se acercó al lecho de su padre. El enfermo yacía de espaldas con la cabeza muy alta; sus manos, pequeñas y huesudas, surcadas de venas azules, reposaban sobre el embozo; el ojo izquierdo miraba fijo; el derecho permanecía ladeado, inmóviles las cejas y los labios. Todo él, pequeño y delgado, inspiraba piedad. Su rostro daba la impresión de estar disecado o de tener diluidos los rasgos. La princesa María se acercó y le besó la mano. La izquierda del príncipe estrechó tan fuertemente la suya que ella comprendió que la había esperado desde hacía mucho tiempo. El anciano agitó la mano y se le movieron con enfado cejas y labios.

La princesa lo miró asustada, esforzándose por adivinar sus deseos. Cuando ella cambió de posición, de manera que el ojo izquierdo del príncipe veía su rostro, el enfermo pareció calmarse y durante algunos segundos no separó de ella su mirada. Luego se movieron sus labios y lengua, se oyeron unos sonidos; comenzó a hablar tímidamente, mirándola con ojos suplicantes, temiendo, evidentemente, que no lo comprendiese.

La princesa María lo miraba concentrando su atención. El cómico esfuerzo que el enfermo hacía para mover la lengua la obligó a bajar los ojos y reprimir a duras penas los sollozos que atenazaban su garganta. El

viejo dijo algo y repitió varias veces las mismas palabras. La princesa no podía entender, aunque se esforzaba por lograrlo; repetía, como preguntándole, las palabras que él decía.

—A… A… du… du…— repetía.

El médico creyó haber entendido y, repitiendo sus palabras, preguntó: "¿La princesa está asustada?" Pero el enfermo sacudió negativamente la cabeza y dijo lo mismo.

—*El alma… le duele el alma*— intuyó y dijo la princesa.

Afirmó el príncipe con un gemido, tomó la mano de su hija y comenzó a apretarla contra diversos puntos de su pecho, como si buscara un sitio determinado.

—¡Todos los pensamientos! Pienso… en ti…— murmuró después, de una manera mucho más clara e inteligible, cuando estuvo convencido de que se le entendía.

La princesa apoyó la cabeza en la mano de su padre para ocultar sus lágrimas y sollozos. La mano del padre se deslizó por sus cabellos.

—Te estuve llamando toda la noche…— murmuró.

—Si lo hubiese sabido…— dijo ella a través de sus lágrimas. —No me atreví a entrar.

El anciano apretó su mano.

—¿No has dormido?

—No, no he dormido— dijo ella moviendo negativamente la cabeza.

Adaptándose al padre, trataba, sin darse ella misma cuenta, de hablar como él, sobre todo por señas, fingiendo mover la lengua con gran fatiga.

—Alma mía… querida…— la princesa no logró comprender; pero por la expresión de sus ojos sabía que eran palabras tiernas, cariñosas, como nunca se las había dicho. —¿Por qué no has venido?

"¡Y yo deseaba su muerte!", pensó la princesa María. El anciano guardó silencio. Después susurró:

—Gracias, hija mía… amiga mía… por todo… por… todo… perdón… gracias… perdón… gracias.

Y las lágrimas brotaban de sus ojos.

—Llamad a Andriushka— exclamó de pronto.

Y su rostro adquirió una expresión tímida, infantil, desconfiada. Parecía saber que aquella petición carecía de sentido: eso al menos se imaginó la princesa.

—He recibido una carta de él— dijo María.

El anciano la miró tímidamente, como asombrado.

—¿Dónde está?

—Está en el ejército, padre. En Smolensk.

El príncipe guardó silencio durante largo rato, con los ojos cerrados. Después, como respuesta a sus propias dudas y para confirmar que ahora lo había entendido todo y se acordaba bien de las cosas, movió afirmativamente la cabeza y abrió los ojos.

—Sí— dijo clara y lentamente. —Rusia está perdida. ¡Ellos la han perdido!

Sollozó de nuevo y las lágrimas rodaron por sus mejillas. La princesa María, sin poder dominarse más, lloró también mirando su cara.

El anciano cerró los ojos y sus sollozos cesaron; señaló con la mano sus ojos, y Tijón, que lo comprendió, se acercó para enjugárselos.

Después volvió a abrirlos, dijo algo que nadie pudo comprender durante largo rato y que por fin entendió Tijón, que se lo comunicó a la princesa. Ella buscaba un sentido a sus palabras, semejantes a las que había dicho antes: tan pronto creía que su padre hablaba de Rusia, del príncipe Andréi, de ella, del nieto o de la muerte. Por eso no conseguía adivinar lo que él estaba diciendo.

—Ponte el vestido blanco, me gusta mucho— decía él.

Al comprenderlo, la princesa sollozó con mayor fuerza y el médico, tomándola del brazo, la condujo a la habitación que daba sobre la terraza, rogándole que se calmara y se ocupara de los preparativos para la salida. Después de que la princesa María salió, el príncipe habló de su hijo, de la guerra y del Emperador; arqueó colérico las cejas, levantó la ronca voz y sufrió su segundo y último ataque.

La princesa María se detuvo en la terraza; el día se había despejado, estaba hermoso, lleno de sol y calor. Pero ella no podía comprender, ni sentir, ni pensar en nada que no fuera su apasionado amor hacia su padre; un amor que le parecía hasta entonces ignorado. Salió al jardín y, sin

dominar el llanto, corrió hacia el estanque, siguiendo los senderos de los jóvenes tilos plantados por el príncipe Andréi.

—¡Yo… yo… deseaba su muerte! ¡Sí… yo! ¡He deseado que todo acabara pronto!… Quería quedarme tranquila. ¿Qué va a ser de mí? ¿De qué me servirá la tranquilidad cuando él no exista?— murmuraba la princesa, sin preocuparse de que pudieran oírla mientras caminaba rápidamente por el jardín, oprimiéndose con las manos el pecho, que estallaba en sollozos convulsivos.

Después de dar una vuelta, y ya cerca de la casa, se encontró con mademoiselle Bourienne (que no quería irse de Boguchárovo) y un desconocido que acudían a su encuentro. Era el mariscal de la nobleza del distrito, que venía a ver a la princesa para persuadirla de la necesidad de una rápida partida.

La princesa María escuchó sin comprender. Lo hizo entrar en la sala, lo invitó a comer y después, excusándose ante él, se acercó a la puerta del viejo príncipe. En aquel instante apareció el médico, con el rostro muy inquieto, cerrándole el paso.

—Váyase, princesa, váyase.

La princesa María volvió al jardín, junto al estanque, y en un lugar donde nadie podía verla se sentó sobre la hierba. No sabía cuánto tiempo había permanecido allí. Los pasos de una mujer que corría por el sendero la hicieron volver en sí. Se levantó y vio a Duniasha, su doncella, que corría hacia ella. De pronto, como asustada por la presencia de su señorita, se detuvo.

—Por favor, princesa… el príncipe…— dijo Duniasha con la voz alterada.

—Voy, voy en seguida— contestó rápidamente la princesa, sin dejar tiempo a que la doncella terminara de hablar.

Y tratando de no mirar a Duniasha, corrió hacia la casa.

—La voluntad de Dios se ha cumplido, princesa, debe usted estar preparada para todo— le dijo el mariscal de la nobleza, que había salido a esperarla a la puerta.

—¡Déjeme! ¡No es verdad!— gritó con voz iracunda.

El médico quiso detenerla, pero ella lo empujó y corrió hacia la puerta. “¿Por qué me detienen esos hombres con el rostro asustado? ¡No necesito a nadie! ¿Qué hacen aquí?

Abrió la puerta; la turbó la clara luz del día en aquella habitación antes casi oscura. Había algunas mujeres y su niñera. Todas se separaron del lecho, dejándole paso. Él yacía en el mismo sitio, pero el gesto severo de su rostro sereno detuvo a la princesa María en el umbral de la habitación.

“No, no ha muerto… ¡Es imposible!”, pensó acercándose a él; y, superando el horror que la asaltaba, apoyó sus labios en su mejilla. Pero se apartó inmediatamente: en un instante desapareció toda aquella ternura hacia él para dejar paso a un sentimiento de pavor por lo que tenía delante. “¡Ya no existe! ¡Ya no existe! ¡Y aquí, en el mismo sitio donde él estaba, hay algo extraño, algo hostil, un misterio terrible y espantoso que me repele!” La princesa María ocultó el rostro entre las manos y cayó en los brazos del médico, que la sostuvo.

En presencia de Tijón y del doctor, las mujeres lavaron el cuerpo y sujetaron la cabeza con un pañuelo, para que la boca no quedara abierta; con otro pañuelo ataron las piernas, que tendían a separarse, y después vistieron el cadáver con el uniforme y las condecoraciones y colocaron su pequeño y descarnado cuerpo encima de la mesa. Dios sabe quién se preocupó de todo aquello, que parecía hacerse por sí mismo. Al llegar la noche, los cirios ardían en torno al féretro, cubierto con un paño fúnebre; en el suelo habían echado ramas de enebro y puesto bajo la cabeza del muerto una oración impresa; en un ángulo de la habitación, un pope sentado leía los salmos.

Como los caballos que piafan y se encabritan ante un caballo muerto, así en aquel salón, en torno al féretro del príncipe, se apretujaban extraños y familiares, el mariscal de la nobleza, el *stárosta* del lugar, mujeres; y todos con la mirada fija, asustada, se santiguaban y, arrodillándose, besaban la mano fría y rígida del viejo príncipe.

IX

Antes de que el príncipe Andréi se hubiese instalado, Bogucharovo había sido una finca descuidada por su dueño; los campesinos tenían un carácter muy distinto de los de Lisie-Gori, se diferenciaban de ellos por su modo de hablar, su vestir y sus costumbres. Se llamaban campesinos de la estepa. El viejo príncipe solía alabarlos por su capacidad de trabajar cuando acudían a Lisie-Gori para ayudar en la siega o para abrir zanjas y estanques, pero no los quería a causa de su carácter selvático.

La estancia del príncipe Andréi en Bogucharovo, a pesar de sus innovaciones —hospitales, escuelas, reducción de las entregas en especie—, no parecía haber suavizado las costumbres de aquellos hombres, sino que, por el contrario, sus rasgos de carácter, que el anciano Bolkonski solía llamar selvático, se habían incrementado. Entre ellos corrían siempre rumores confusos, ya sobre la transferencia de todos ellos a cosacos, ya sobre una nueva religión a la cual los obligarían a convertirse, ya sobre cualquier carta del Zar o el juramento a Pablo Petróvich en 1797 (contaban que ya entonces se había concedido a todos la libertad, pero que los señores habían vuelto a quitársela) o sobre el zar Piotr Fiódorovich, que reinaría de allí a siete años, y en cuyo reinado habría libertad para todo y vivir sería tan sencillo que no habría necesidad alguna de leyes. Los rumores y las noticias sobre la guerra y Bonaparte y la invasión se confundían en aquellas mentalidades con una vaga representación del Anticristo, de la libertad absoluta y el fin del mundo.

Bogucharovo estaba rodeado por grandes pueblos, de los cuales unos pertenecían a la Corona y otros a terratenientes que recibían tributo, aunque muy pocos de ellos vivían en sus tierras. Pocos eran los criados y

poquísimos los que sabían leer y escribir. En los campesinos de esa comarca eran más visibles y fuertes las corrientes misteriosas de la vida popular rusa cuya causa y sentido resultan inexplicables a nuestros contemporáneos. Un fenómeno de esa clase fue el movimiento surgido entre los campesinos en pro de la migración hacia ciertos ríos cálidos, movimiento que había tenido lugar hacía veinte años. Cientos de mujiks (y entre ellos algunos de Boguchárovo) comenzaron, de pronto, a vender su ganado y trasladarse con sus familias hacia el sureste. Como pájaros que emigran más allá de los mares, estos campesinos se dirigían con sus mujeres e hijos hacia el sureste, donde ninguno de ellos había estado jamás. Iban en caravanas o individualmente: unos pagaban su rescate y otros huían, deseosos de llegar a los ríos cálidos. Muchos fueron castigados y deportados a Siberia; otros murieron de hambre y frío en el mismo camino; otros regresaron a sus casas; y el movimiento cesó, como había comenzado, sin motivo aparente. Pero no dejaban de infiltrarse en el pueblo corrientes subterráneas que se concentraban, dispuestas a convertirse en una nueva fuerza y manifestarse otra vez de la misma manera inopinada y extraña, pero igual de sencilla y natural, con la misma energía que antes. En 1812, para cualquier hombre que viviese cerca del pueblo, era evidente que esas corrientes subterráneas existían, estaban muy arraigadas y su manifestación externa se aproximaba.

Al llegar a Boguchárovo, algo antes de la muerte del príncipe, Alpátich había notado entre el pueblo cierta agitación; y al revés de cuanto sucedía en un radio de sesenta kilómetros de Lisie-Gori, de donde huían todos los campesinos (dejando sus aldeas a merced de los cosacos), en aquella zona esteparia, en Boguchárovo, se incitaba a establecer —según se decía— relaciones con los franceses, de los que recibían ciertos mensajes. Y los campesinos no se movían de sus lugares. Alpátich sabía por criados muy fieles a él que el campesino Karp, que recientemente había vuelto a efectuar unos acarreos por cuenta de la Corona y tenía una gran influencia en la comunidad, había regresado con la noticia de que los cosacos asolaban las aldeas abandonadas por sus pobladores, mientras que los franceses las respetaban. Supo también que, el día anterior, otro campesino había traído de la aldea de Vislújuvo —donde ya estaban los franceses— la proclama de un general francés en la cual hacía saber a la población que no se le haría

daño alguno y que se pagaría todo lo que se les quitara, si se quedaban en sus casas. Como prueba de ello, el citado campesino mostraba cien rublos en billetes (ignoraba que esos billetes eran falsos) que le habían adelantado los franceses a cuenta del heno que debía proporcionarles.

Y, lo que era más importante, Alpátich supo que el mismo día en que había ordenado al *stárosta* reunir carretas para transportar el equipaje de la princesa María, los campesinos se habían reunido por la mañana y habían decidido no salir del pueblo y quedarse en sus casas. El tiempo urgía. El día de la muerte del príncipe, 15 de agosto, el mariscal de la nobleza había insistido en que la princesa saliera aquel mismo día; resultaba peligroso quedarse y él no podría responder de nada después del 16. Se fue el día de la muerte del príncipe, prometiendo volver al día siguiente para asistir a los funerales. Pero no pudo hacerlo, porque había tenido noticias de un rápido avance de los franceses y apenas tuvo tiempo de sacar a su propia familia con todo lo que poseía de algún valor.

El *stárosta* Dron (a quien el viejo príncipe llamaba Drónushka) administraba la comunidad de Boguchárovo desde hacía casi treinta años.

Dron era uno de esos mujiks fuertes física y moralmente que, cuando llegan a cierta edad, se dejan barba y, sin cambiar de aspecto, viven hasta los sesenta o setenta años, sin canas, con toda la dentadura, fuertes y apuestos como si tuvieran treinta.

Dron había sido nombrado *stárosta* de Boguchárovo casi a raíz de la emigración a los ríos cálidos, en la cual participó; desde entonces, durante veintitrés años había cumplido irreprochablemente sus funciones. Los campesinos lo temían más que al mismo dueño. Los señores —el viejo príncipe y su hijo—, lo mismo que el administrador, lo respetaban y, en broma, lo llamaban “ministro”. Durante todo ese tiempo ni una sola vez había caído enfermo ni se había emborrachado. Aunque pasara la noche en vela o llevara a cabo alguna labor extraordinaria, nunca se mostraba cansado. Pese a ser analfabeto, jamás olvidaba una cuenta, ni los *puds* de harina vendidos, ni una sola gavilla que hubiera en cada *desiatina* de los campos de Boguchárovo.

A ese hombre llamó Alpátich cuando llegó al devastado Lisie-Gori el día del entierro del príncipe, con objeto de ordenarle que preparara doce

caballos para los coches de la princesa y dieciocho carros para el convoy que debía salir de Boguchárovo. Aunque los campesinos eran tributarios, esa orden, a juicio de Alpátich, no podía presentar dificultades, porque en Boguchárovo había doscientos treinta animales de tiro y la gente vivía con holgura. Mas al recibir aquella orden, Dron bajó silenciosamente los ojos. Alpátich dio los nombres de los campesinos cuyos carros debía enviar.

Dron replicó que aquellos campesinos tenían ocupadas sus caballerías en las labores del campo; Alpátich nombró a otros, pero ésos, según el *stárosta*, no tenían caballos: unos fueron requisados para el ejército; otros estaban agotados, algunos habían muerto por falta de forraje. El *stárosta* creía que era imposible reunir los caballos, no ya para el convoy, sino para los coches de la princesa.

Alpátich miró atentamente a Dron y frunció el entrecejo. Así como Dron era un *stárosta* ejemplar, Alpátich, que llevaba veinte años gobernando las fincas del príncipe Bolkonski, era un administrador perfecto. Poseía la facultad de entender en máximo grado las necesidades y los instintos de las gentes con quienes trabajaba: por ello resultaba un administrador excelente. Al mirar a Dron comprendió de inmediato que sus respuestas no eran reflejo de sus pensamientos, sino de un estado de opinión general entre los campesinos de Boguchárovo, que influía también en él. Sabía también que Dron, enriquecido y odiado por la comunidad, vacilaba entre dos bandos: el de los señores y el de los campesinos. Esa vacilación estaba patente en su mirada. Por esto Alpátich se le acercó con el ceño fruncido.

—Escúchame, Drónushka; no me vengas con vaguedades. Su Excelencia el príncipe Andréi Nikoláievich me ha ordenado personalmente que salga de aquí todo el mundo y que no se quede nadie con el enemigo. Eso mismo manda el Zar. Quien se quede aquí es un traidor al Zar, ¿lo entiendes?

—Lo entiendo— murmuró Dron sin levantar la vista.

Pero Alpátich no se conformaba con esa respuesta.

—¡Ay, Dron, me parece que mal irán las cosas!— exclamó Alpátich moviendo la cabeza.

—Como mande— dijo Dron tristemente.

—¡Ea, Dron, se acabó!— dijo Alpátich, sacando la mano del chaleco y señalando solemnemente el suelo bajo los pies del *stárosta*. —No sólo te veo a través y tres varas por debajo de ti, lo veo todo— concluyó, sin dejar de mirar al suelo bajo los pies de Dron.

Dron se turbó; miró de reojo a Alpátich y volvió a bajar los ojos.

—Déjate de tonterías y di a los campesinos que se vayan preparando para ir hasta Moscú. Mañana por la mañana deben estar los carros tras el equipaje de la princesa. Y tú no te reúnas con ellos, ¿oyes?

Dron, de pronto, se tiró a los pies del administrador.

—Yákov Alpátich… ¡líbrame del cargo! Toma las llaves y líbrame, por Cristo te lo pido.

—¡Basta!— exclamó Alpátich gravemente. —Veo a tres varas por debajo de ti— repitió. No ignoraba que su arte de apicultor, sus conocimientos sobre la siembra y su habilidad para contentar al príncipe durante veinte años le habían valido fama de brujo; se le atribuía, lo mismo que a los brujos, la facultad de ver a tres varas por debajo de una persona.

Dron se levantó y quiso decir algo. Pero Alpátich lo interrumpió.

—¿Qué se os ha ocurrido? ¡Eh!… ¿Qué andáis maquinando? ¿Eh?

—¿Qué puedo hacer yo? El pueblo está soliviantado del todo… Bien les digo…

—Eso es, les digo… ¿Se emborrachan?— preguntó Alpátich brevemente.

—Están como locos, Yákov Alpátich… Han traído otro barril y…

—Tú escucha. Iré a hablar con el comisario de policía; entretanto, diles que dejen todo eso y preparen los carros.

—Sí, sí… está bien— dijo Dron.

Alpátich no insistió. Llevaba largo tiempo dirigiendo a los campesinos y sabía que el mejor medio para que obedecieran era mostrar que no se pensaba siquiera que pudieran desobedecer. Así pues, se conformó con la actitud de Dron, a pesar de estar casi seguro de que sin ayuda de un destacamento de soldados no entregarían los carros.

Como se esperaba, los carros no fueron reunidos por la tarde. Se había celebrado otra reunión junto a la taberna y en ella decidieron echar los caballos al bosque y no dar los carros. Sin hablar para nada de eso a la

princesa, Alpátich dio orden de descargar su propio equipaje, recién llegado de Lisie-Gori, y preparar los caballos para el coche de la princesa María. Después se fue en busca de las autoridades.

X

Después del entierro de su padre, la princesa María se había encerrado en su habitación y no recibía a nadie. La doncella se acercó a la puerta para avisar de que Alpátich había llegado y pedía órdenes sobre el viaje (esto sucedía antes de la conversación de Alpátich con Dron). La princesa María se incorporó del diván en que permanecía echada y, sin abrir la puerta, dijo que no pensaba ir a ningún sitio y pedía que la dejaran tranquila.

Las ventanas de su habitación estaban orientadas al occidente. La princesa permanecía recostada, con el rostro vuelto hacia la pared, y pasaba los dedos por los botones de un cojín de cuero sin ver nada más. Sus vagos pensamientos se hallaban concentrados en un solo punto: pensaba en lo irrevocable que es la muerte y en su bajeza moral, de la que hasta entonces no se había dado cuenta y se le acababa de revelar durante la enfermedad de su padre. Deseaba rezar, pero no se atrevía a hacerlo. En su actual estado de ánimo consideraba un atrevimiento dirigirse a Dios. Así permaneció durante largo tiempo sin cambiar de posición.

El sol se ponía en la otra parte de la casa y con sus oblicuos rayos vespertinos iluminaba, a través de las ventanas abiertas, toda la habitación y la parte del cojín que contemplaba la princesa María. De pronto dejó de pensar. Se levantó inconscientemente, se alisó el cabello y se acercó a una ventana, respirando la frescura de la tarde diáfana pero ventosa.

“Sí, ahora te es más fácil admirar el crepúsculo. Él ya no existe y nadie puede impedírtelo”, se dijo. Se dejó caer en una silla y apoyó la cabeza en el antepecho de la ventana.

Alguien, con voz tierna y dulce, la llamó desde el jardín y se acercó a besar su cabeza. La princesa alzó la cabeza. Era mademoiselle Bourienne,

vestida de negro con un traje adornado de encajes. Abrazó a la princesa y estalló en sollozos. La princesa María se la quedó mirando y de pronto se agolparon en su mente todos los sinsabores y celos experimentados en otro tiempo. Se acordó de que su padre, en los últimos meses, había cambiado de conducta con respecto a la francesa, no la llamaba para nada. ¡Cuán injustos habían sido, pues, los reproches que le había hecho en el fondo de su corazón! “¿Puedo juzgar a nadie, yo, yo que he deseado su muerte?”, pensó.

La princesa María imaginó vivamente la situación de mademoiselle Bourienne, a quien en los últimos tiempos había alejado de sí pero que seguía dependiendo de ella y vivía en casa ajena. La compadeció; la miró con afectuosa interrogación y le tendió la mano. Inmediatamente, mademoiselle Bourienne comenzó a llorar y a besar la mano de la princesa; le hablaba del gran dolor de la princesa y que ella compartía. El único consuelo —decía— era que la princesa le permitiera compartir aquel dolor. Decía que todos los malentendidos debían desaparecer ante aquella gran pena; que seguía sintiéndose pura ante todos y que *él* estaría viendo allá su afecto y su reconocimiento. La princesa escuchaba aquellas palabras sin entenderlas. Pero no dejaba de mirarla y percibir el dulce sonido de su voz.

—Su situación, querida princesa, es doblemente terrible— añadió mademoiselle Bourienne tras un breve silencio. —Comprendo que no pueda pensar en sí misma, pero, yo, por el cariño que siento hacia usted, debo hacerlo… ¿Ha visto a Alpátich? ¿Le habló de la marcha?

La princesa María no contestó. No comprendía quién debía partir, ni adonde. “¿Acaso se puede emprender algo ahora? ¿Pensar en algo? ¿Acaso no da todo igual?”

—¿Sabe que estamos en peligro, chère Marie?— siguió mademoiselle Bourienne. —Nos rodean los franceses y es peligroso salir ahora. Si nos vamos es casi seguro que caeremos prisioneras, y Dios sabe…

La princesa miraba a su amiga sin comprender del todo lo que decía.

—¡Oh! ¡Si supieran qué indiferente me es ahora todo!— dijo. —No querría por nada del mundo alejarme de *él*... Alpátich me ha dicho algo sobre el viaje… Hable usted con él; yo no puedo ni quiero ocuparme de nada…

—Ya hablé con él; espera que podamos partir mañana. Pero yo creo ahora que sería mejor quedarnos aquí— dijo mademoiselle Bourienne, —porque estará de acuerdo, chère Marie, en que sería terrible caer por el camino en manos de los soldados o de los campesinos sublevados.

Mademoiselle Bourienne sacó de su bolso una proclama del general francés Rameau, escrita en papel distinto del que acostumbraban a emplear los rusos, en la cual invitaba a los habitantes de las aldeas a no abandonar sus casas, porque las autoridades francesas los protegerían, y entregó el papel a la princesa.

—Creo que lo mejor sería dirigirse a ese general— dijo mademoiselle Bourienne, —estoy segura de que sería usted tratada con el debido respeto.

La princesa leyó el mensaje y unos sollozos sin lágrimas convulsionaron su rostro.

—¿Quién se lo dio?— preguntó.

—Seguramente adivinaron por mi nombre que soy francesa— repitió mademoiselle Bourienne, ruborizándose.

La princesa María, con el papel en la mano, se alejó de la ventana y, muy pálida, salió de la habitación, dirigiéndose al antiguo despacho del príncipe Andréi.

—Duniasha, llama a Alpátich o a Drónushka, a cualquiera, y di a Amelia Kárlovna que no entre— añadió al oír la voz de mademoiselle Bourienne. —¡Hay que salir, hay que salir lo antes posible!— decía horrorizada al pensar que podía quedar a merced de los franceses.

"¡Si el príncipe Andréi llegara a saber que estoy en manos de los franceses! ¡Que yo, la hija del príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, pido protección al general Rameau y acepto su generosidad!" Aquella idea la horrorizaba. Temblaba, enrojecía, presa de un acceso de cólera e indignación como nunca sintiera antes.

Veía ahora claramente cuán dolorosas y ofensivas, eso sobre todo, eran las circunstancias en que se hallaba. "Ellos, los franceses, se instalarán en la casa, el general Rameau ocupará el despacho del príncipe Andréi; para divertirse revolverá y leerá sus cartas y sus papeles. Mademoiselle Bourienne lui fera les honneurs de Bogoutcharovo;[394] me asignarán una pequeña habitación por misericordia; los soldados profanarán la reciente

tumba de mi padre, para robar sus condecoraciones. Me contarán sus victorias sobre los rusos y fingirán acompañarme en mi dolor…”

La princesa María pensaba así porque se sentía obligada a ir de acuerdo con las ideas de su padre y de su hermano. Personalmente, todo le era igual: no le importaba quedarse ni lo que pudiera ocurrirle; pero se sentía representante de su difunto padre y de su hermano. Sin advertirlo ella misma, pensaba como habrían pensado ellos y sentía como ellos habrían sentido. Lo que habrían dicho, lo que habrían hecho en aquellos momentos es lo que ella creía necesario hacer. Entró en el despacho del príncipe Andréi y, tratando de compenetrarse con sus ideas, meditó detenidamente la situación.

Las exigencias de la vida, que ella consideraba desaparecidas del todo con la muerte de su padre, surgieron de pronto ante ella, subyugando su voluntad con una fuerza nueva, desconocida.

Caminó por la estancia, inquieta y enrojecida, llamando tan pronto a Alpátich como a Mijaíl Ivánovich, ya a Tijón, ya a Dron. Duniasha, la vieja niñera y las doncellas no podían decir hasta qué punto eran justificadas las afirmaciones de mademoiselle Bourienne. Alpátich no estaba en casa: había ido a ver a las autoridades. Mijaíl Ivánovich, el arquitecto, apareció con ojos soñolientos y nada pudo decirle; contestaba con la misma sonrisa con la cual —durante quince años—, sin manifestar su propia opinión, respondía al viejo príncipe, de manera que era imposible deducir nada concreto de sus respuestas. El viejo ayuda de cámara, Tijón, con señales de fatiga y las huellas de un dolor irreparable, respondía: “Estoy a sus órdenes, princesa”; y al mirarla, a duras penas dominaba los sollozos.

Por último entró en el despacho el *stárosta* Dron. Se inclinó profundamente ante la princesa y no pasó del umbral.

La princesa María dio unas vueltas por la habitación y se detuvo delante de él.

—Drónushka— dijo, viendo en él a un amigo seguro, aquel mismo Drónushka que todos los años solía traerle de la feria de Viazma, adonde iba todos los años, unas rosquillas especiales que le ofrecía sonriente, —Drónushka, ahora, después de nuestra desgracia…— y se detuvo, porque no tenía fuerzas para proseguir.

—Todos estamos bajo la mano de Dios— dijo él suspirando. Y guardó silencio.

—Drónushka, Alpátich ha ido no sé dónde, y yo estoy sin saber a quién dirigirme. Dicen que no puedo salir; ¿es verdad?

—¿Por qué no va a poder, Excelencia? Se puede salir…

—Dicen que es peligroso a causa de la proximidad del enemigo. Amigo mío, yo no puedo hacer nada, no entiendo nada; estoy sola y quiero salir por encima de todo esta noche o mañana por la mañana.

Dron calló y miró de reojo a la princesa.

—No hay caballos— dijo. —Se lo advertí a Yákov Alpátich.

—¿Cómo que no hay caballos?— preguntó la princesa.

—¡Un castigo de Dios, Excelencia!— murmuró Dron. —Las tropas se han llevado unos… otros han reventado… ¡Llevamos un año tan malo! Falta forraje para las bestias y nosotros mismos estamos a punto de morir de hambre. A veces pasamos tres días sin comer. No hay nada, estamos completamente arruinados.

La princesa escuchaba atentamente.

—¿Arruinados los campesinos? ¿No tienen pan?— preguntó.

—Se mueren de hambre— dijo Dron; —y no hablemos de conseguir carros.

—Pero ¿por qué no lo habías dicho, Drónushka? ¿No podemos ayudarlos? Haré todo lo que pueda…

A la princesa le parecía extraño que en esos momentos, en que ella sufría tan gran dolor, existieran ricos y pobres, y que los ricos pudieran no ayudar a los necesitados. Había oído decir y sabía vagamente que había el llamado grano de los señores y que solían dárselo a los campesinos necesitados; sabía también que ni su padre ni su hermano habrían negado su ayuda a los campesinos; su único temor era equivocarse en la distribución de trigo que ella quería entregar. Se sentía contenta de tener alguna preocupación por la que pudiera olvidar, sin avergonzarse de ello, el propio dolor. Pidió a Dron detalles sobre las necesidades de los mujiks y sobre lo que en Boguchárovo pertenecía a los señores.

—Hay grano nuestro, de mi hermano, ¿verdad?

—El grano de los señores está intacto— respondió Dron, orgulloso. —Nuestro príncipe no había dado orden de venderlo.

—Entrégalo a los campesinos; dales todo lo que necesiten. Lo autorizo en nombre de mi hermano.

Dron no respondió y suspiró profundamente.

—Repártelo todo, si tienen bastante con eso. Dalo todo. Te lo ordeno en nombre de mi hermano, y diles que todo lo nuestro es suyo. Nada regatearemos para ellos. Díselo así.

Dron miraba fijamente a la princesa mientras hablaba.

—¡En nombre de Dios, madrecita! Ordena que otro se haga cargo de las llaves— dijo. —He servido durante veintitrés años y no me porté mal. ¡Líbrame de este peso, en nombre de Dios!

La princesa no comprendía lo que quería decir ni de qué pedía ser liberado. Le respondió que nunca había dudado de su fidelidad y que estaba dispuesta a hacer todo por él y los campesinos.

XI

Una hora después Duniasha entró para decir a la princesa que Dron, según sus órdenes, había reunido a los campesinos junto al granero, que deseaban hablar con su ama.

—Yo no los he llamado. Sólo dije a Drónushka que les entregara el trigo — contestó la princesa María.

—Por Dios, princesa, madrecita, mande que echen a esos hombres y no vaya a verlos. Es un engaño— dijo Duniasha. —Cuando vuelva Yákov Alpátich nos iremos de aquí… No vaya usted…

—¿Qué engaño?— preguntó la princesa, sorprendida.

—Yo sé lo que digo. No haga caso, por Dios: escúcheme a mí. Si le parece, puede preguntar a la niñera. Dicen que no quieren marcharse de aquí, como usted ordenó.

—Debe de haber una confusión. No les ordené tal cosa…— dijo la princesa María. —Llama a Drónushka.

Dron confirmó las palabras de la doncella: los campesinos se habían reunido por orden de la princesa.

—¡Pero si jamás los he llamado!— dijo la princesa María. —Te equivocas seguramente. Lo único que te dije es que les dieras el trigo.

Dron suspiró en silencio.

—Se irán, si usted lo quiere.

—No, no, iré a verlos— dijo la princesa.

Y a pesar de las súplicas de Duniasha y de la niñera, la princesa María salió al porche seguida de Drónushka, la doncella, la vieja niñera y Mijaíl Ivánovich.

“Habrán pensado que les reparto el trigo para que se queden aquí, mientras yo los abandono en manos de los franceses. Voy a prometerles alojamiento y trabajo en los alrededores de Moscú. Estoy segura de que el príncipe Andréi haría más aún si estuviera en mi lugar”, pensaba la princesa María mientras se acercaba a los campesinos reunidos en las proximidades del granero.

Ya iba anocheciendo. La muchedumbre, apretujándose, se removió quitándose rápidamente los gorros. La princesa, con los ojos bajos, se acercó a los campesinos, enredándose en el vestido al caminar. La miraban tantos ojos jóvenes y viejos y eran tan diferentes los rostros que no distinguió a ninguno. Sentía la necesidad de hablar a todos y no sabía por dónde empezar. Pero una vez más le dio valor y fuerzas la conciencia de ser la representante de su padre y de su hermano, y empezó decidida.

—Estoy muy contenta de que hayáis venido— dijo, sin levantar los ojos mientras el corazón le latía rápida y violentamente. —Drónushka me ha dicho que la guerra os ha arruinado; es nuestra desgracia común, pero nada escatimaré para ayudaros. Me voy de aquí, por el peligro… el enemigo está muy cerca… porque… Os doy todo, amigos… Os ruego que toméis todo, todo el grano es vuestro, para que no paséis necesidades. Si os dicen que es para que os quedéis aquí, no es verdad. Al contrario, os ruego a todos que os vayáis con vuestros bienes a nuestra hacienda cerca de Moscú; se os dará alojamiento y pan a todos y os prometo que no os faltará lo necesario.

La princesa se detuvo. En la muchedumbre no se oían más que suspiros.

—No lo hago en mi nombre, sino en nombre de mi difunto padre, que fue para vosotros un buen amo, y en nombre de mi hermano y de su hijo.

Se detuvo de nuevo. Nadie interrumpió su silencio.

—Nuestra desgracia es común y lo repartiremos todo en partes iguales. Todo lo mío es vuestro— añadió después, mirando a los que se hallaban más cerca.

Todos aquellos ojos la miraban con la misma expresión, cuyo sentido no podía comprender. ¿Era curiosidad, devoción, reconocimiento o susto y desconfianza?

Una voz replicó desde atrás:

—Estamos muy contentos por sus bondades, pero no tomaremos el trigo de los amos.

—¿Por qué?— preguntó la princesa María.

Nadie contestó; y la princesa María, pasando sus ojos sobre la muchedumbre, observó que todas las miradas se bajaban al encontrarse con la suya.

—¿Por qué no queréis?— repitió. Nadie le contestó.

La princesa María comenzaba a sentirse turbada en medio de aquel silencio; trataba de captar alguna mirada.

—¿Por qué no habláis?— preguntó a un viejo que, apoyado en su garrote, estaba delante de ella. —Dime si tú crees que debe hacerse otra cosa, haré todo lo preciso— dijo al captar su mirada.

Pero él, como enfadado por ello, bajó del todo la cabeza y dijo:

—¿Por qué hemos de aceptarlo? No necesitamos el trigo.

Desde distintos puntos se oyeron voces:

—¿Es que quiere que lo abandonemos todo? No estamos de acuerdo… no aceptamos. Lo sentimos por ti, pero no queremos, no aceptamos. Vete tú sola…

Y una vez más apareció en todos aquellos rostros una misma expresión; pero ahora ya era evidente que no era curiosidad ni reconocimiento, sino una decisión colérica.

—No habéis entendido, sin duda— replicó la princesa María, con una triste sonrisa. —¿Por qué no queréis marchar? Os prometo alojamiento y manutención… mientras que aquí el enemigo os arruinará…

Pero su voz se vio sofocada por las voces de la muchedumbre.

—¡No queremos! ¡Que nos arruine! ¡No aceptamos tu trigo! ¡No estamos de acuerdo!

La princesa María trataba de captar nuevamente alguna mirada de la muchedumbre, pero nadie la miraba. Aquellos ojos la evitaban. Se sintió turbada y violenta.

—¡No ha salido poco lista!— decían algunas voces. —¡Que vayamos a trabajar como esclavos para ella! ¡Cómo no! ¡Y aún dice que nos dará trigo!

La princesa María se retiró con la cabeza baja y entró en la casa. Y después de repetir a Dron la orden de preparar los carruajes para la mañana

siguiente, se retiró a su habitación y se quedó a solas con sus pensamientos.

XII

Aquella noche la princesa María permaneció durante largo tiempo sentada junto a la ventana de su habitación, prestando oído a las voces de los mujiks, cuyo rumor llegaba desde la aldea. No pensaba en ellos, sin embargo: comprendía que por mucho que pensara en ellos nunca llegaría a entenderlos. Seguía pensando siempre en lo mismo: en su desgracia, que, después de la interrupción originada por las preocupaciones del momento, se había convertido en pasado. Ahora ya era capaz de recordar, llorar y rezar. El viento se había calmado con la puesta del sol: la noche estaba serena y fresca. Hacia las doce, las voces comenzaron a extinguirse. Un gallo cantó y apareció la luna llena tras los tilos del jardín; una blanca neblina, empapada de rocío, brotó de la tierra; la aldea y la casa quedaron en silencio.

Por la mente de la princesa cruzaban, unas tras otras, las escenas de un pasado reciente: la enfermedad y los últimos momentos de la vida de su padre. Se detenía ante esas imágenes con triste alegría y sólo rechazaba con horror la última, la de su muerte, porque sentía que no se hallaba con fuerzas para revivirla, ni siquiera en su imaginación, en aquella hora apacible y misteriosa de la noche. Las recordaba con tanta claridad y con tanto detalle que ya le parecían ser presente, ya pasado, ya futuro.

Recordaba vivamente el momento en que su padre había sufrido el ataque y lo llevaron, sujetándolo bajo los brazos, a través del jardín de Lisie-Gori, mientras él farfullaba algo con lengua inerte y movía las canosas cejas, mirando a su hija con expresión tímida e inquieta.

“Ya entonces quería decirme lo que me dijo después, el día de su muerte: no dejo de pensar en ello.” Y la princesa volvía a rememorar con

todos sus detalles la víspera del día del ataque, cuando, presintiendo una desgracia, había permanecido junto a su padre contra la voluntad de él. No podía dormir y había bajado de puntillas hasta el invernadero, donde su padre pernoctaba aquella noche, había podido escuchar su voz cansada y débil, cuando hablaba con Tijón. Se notaba su deseo de hablar. "¿Por qué no me llamó? ¿Por qué no me permitió estar allí y ocupar el puesto de Tijón? —pensaba ahora, lo mismo que entonces, la princesa—. Ahora ya no puede decir a nadie todo cuanto sentía. No volverá nunca, ni para él ni para mí, aquel instante en que habría podido decir cuanto quisiera y yo, en vez de Tijón, lo habría escuchado y comprendido.

"¿Por qué no entré entonces? —pensó—. Tal vez me habría dicho en aquel momento lo que me dijo el día de su muerte. También habló de mí aquella noche con Tijón: preguntó por mí dos veces. Quería verme, y yo estaba detrás de la puerta. Sentía pena y tristeza por hablar con Tijón, que no lo comprendía. Recuerdo que mencionó a la difunta Lisa como si estuviera viva. Había olvidado su muerte y Tijón le recordó que ya no existía… Entonces él gritó: «¡Imbécil!». Sufría mucho. A través de la puerta pude oír cómo al tenderse en el lecho gritó: «¡Dios mío!».

"¿Por qué no entré entonces? ¿Qué habría hecho él? ¿Qué arriesgaba yo? Seguro que habría sido un consuelo para mi padre y me habría dicho aquellas palabras…"

Y la princesa María pronunció en voz alta aquellas tiernas palabras de su padre en el mismo día de su muerte:

—¡Querida!…

Repitió esas palabras y se echó a llorar con lágrimas que aliviaban el corazón. Ahora veía su rostro; no era el que había conocido siempre, y que siempre había visto desde lejos, sino un rostro tímido y débil, que vio por primera vez, con todas sus arrugas y todas sus particularidades, mientras se inclinaba para oír lo que decía.

—Alma… mía— repitió.

"¿Qué pensaba al decir aquello? ¿Qué piensa ahora?", se preguntó de pronto. Y en respuesta, vio a su padre delante de sí, con la misma expresión que tenía en su féretro: el rostro ceñido por un pañuelo blanco. Y aquel horror que se había apoderado de ella cuando lo tocó y se convenció de que

ya no era él, sino algo misterioso y repelente, volvió a invadirla. Quería pensar en otras cosas, deseaba rezar, pero no podía hacerlo. Con ojos grandes, muy abiertos, miraba la claridad de la luna y las sombras, sentía miedo, esperando ver de un momento a otro su rostro muerto, pero el silencio que reinaba en la casa y sobre ella la encadenaba.

—¡Duniasha!— murmuró. —¡Duniasha!— exclamó con voz salvaje, y escapando del silencio corrió hacia la habitación de la servidumbre al encuentro de la niñera y las doncellas.

XIII

El 17 de agosto, Rostov e Ilín, acompañados tan sólo por Lavrushka, recién llegados después de su cautividad, y un húsar, salieron de su campamento de Yánkovo, a quince kilómetros de Boguchárovo, para probar un nuevo caballo comprado por Ilín y averiguar si había heno en las aldeas.

Desde hacía tres días, Boguchárovo se hallaba entre los dos ejércitos enemigos, de manera que la retaguardia rusa podía llegar allí con la misma facilidad que la vanguardia francesa. Y Rostov, como buen jefe de escuadrón, deseaba aprovecharse antes que los franceses de las provisiones que aún quedaban en aquel lugar.

Rostov e Ilín iban del mejor humor por el camino de Boguchárovo, hacia los dominios del príncipe, donde esperaban hallar numerosa servidumbre y bonitas muchachas. A ratos hacían preguntas a Lavrushka sobre Napoleón y se reían de sus palabras, y a ratos lanzaban sus monturas al galope para probar el nuevo caballo.

Rostov no sabía ni se imaginaba que la aldea a donde iban pertenecía a Bolkonski, que había sido el prometido de su hermana. Después de la última galopada llegaron a la vista de Boguchárovo, y Rostov, dejando atrás a Ilín, entró el primero en la calle de la aldea.

—¡Has salido antes!— gritó Ilín, enrojecido el rostro.

—Sí, siempre salgo antes en el prado y aquí— respondió Rostov, acariciando con la mano a su potro del Don, cubierto de espuma.

—Yo, Excelencia, en mi francés— dijo desde atrás Lavrushka, que llamaba francés a su rocín —habría podido ganarle, pero no quise darle ese disgusto.

Se acercaron al paso a los graneros, junto a los cuales había una gran multitud de mujiks.

Algunos se descubrieron; otros, sin hacerlo, miraron a los jinetes. Dos viejos altos, de rostro rugoso y barba rala, salieron cantando de la taberna dando traspiés y se acercaron sonriendo a los oficiales.

—¡Hola, buenos mozos!— dijo Rostov riendo. —¿Hay heno por aquí?

—Cómo se parecen el uno al otro…— observó Ilín.

—La alegre… la alegre char… la— cantó uno de los campesinos con feliz sonrisa.

Un mujik salió de entre el grupo y se acercó a Rostov:

—¿De qué bando sois?— preguntó.

—Somos franceses— dijo riendo Ilín. —Y éste es Napoleón en persona — añadió señalando a Lavrushka.

—Entonces, ¿sois rusos?— volvió a preguntar el campesino.

—¿Hay muchos aquí?— se interesó otro de mediana estatura acercándose a ellos.

—Muchos, muchos— replicó Rostov. —Pero, ¿por qué estáis reunidos? ¿Hay alguna fiesta?

—Son los viejos que se reúnen por asuntos de la comunidad— respondió el mujik apartándose de ellos.

En aquel momento se acercaban desde la mansión señorial dos mujeres y un hombre tocado con un gorro blanco.

—La vestida de rosa es para mí, que nadie me la quite— dijo Ilín, fijándose en Duniasha, que se acercaba decidida a ellos.

—¡Eso está por ver!— dijo Lavrushka a Ilín guiñando el ojo.

—¿Qué quieres, preciosa?— preguntó Ilín sonriendo.

—La princesa me ordena preguntar de qué regimiento son ustedes y cómo se llaman.

—Es el conde Rostov, jefe del escuadrón, y yo soy tu seguro servidor.

El mujik borracho seguía cantando, con su sonrisa feliz y sin dejar de mirar a Ilín, que charlaba con la muchacha.

Detrás de Duniasha, Alpátich, con el gorro en la mano, se acercó a Rostov.

—¿Puedo molestar a Su Señoría?— preguntó respetuoso, pero con cierto desdén, dada la juventud del oficial y metiéndose una mano por la abertura del chaleco. —Mi ama, la hija del general en jefe Nikolái Andréievich Bolkonski, fallecido el 15 de este mes, tropieza con ciertas dificultades a causa de la ignorancia de esta gente— y señaló a los campesinos, —y le pide que se digne visitarla… ¿No quiere apartarse un poco?— preguntó con triste sonrisa. —Es violento hablar delante de…— y Alpátich volvió a señalar a los dos campesinos que no cesaban de dar vueltas alrededor de ellos como tábanos en torno al caballo.

—¡Eh, Alpátich! ¡Eh, Yákov Alpátich!… Bueno… Perdona… en nombre de Cristo… ¿Ah?…— decían los mujiks con alegres sonrisas.

Rostov se quedó mirando a los borrachos, y sonrió.

—¿Tal vez esto divierte a Su Señoría?— preguntó Yákov Alpátich con seriedad, señalando a los viejos con la mano que no se había metido bajo el chaleco.

—No, no es nada divertido— dijo Rostov apartándose. —¿De qué se trata?

—Estos salvajes no permiten salir de la finca a la señora y amenazan con desenganchar los caballos, y ya tenemos cargado todo el equipaje desde esta mañana y Su Excelencia no puede marcharse.

—¡No puede ser!— exclamó Rostov.

—Tengo el honor de decirle la pura verdad— confirmó Alpátich.

Rostov echó pie a tierra, entregó su caballo al ordenanza y se dirigió a pie, acompañado de Alpátich, hacia la casa preguntando al administrador detalles de lo ocurrido. En efecto, el ofrecimiento que la princesa había hecho de entregar el grano a los mujiks, sus explicaciones con Dron y la asamblea habían embrollado tanto las cosas que el *stárosta* acabó por entregar definitivamente las llaves, hizo causa común con los campesinos y no atendía a las llamadas de Alpátich. Por la mañana, cuando la princesa dio órdenes de enganchar, se agruparon los mujiks junto a los graneros y manifestaron que no la dejarían salir de la aldea, que había orden de no huir y que estaban dispuestos a desenganchar los caballos. Alpátich fue a exhortarles para que no lo hicieran, pero ellos contestaron (era Karp quien más hablaba, porque Dron no se destacaba de la muchedumbre) que no

podían dejar salir a la princesa, que tenían una orden a ese respecto y que si la princesa se quedaba la servirían como antes, obedeciéndola en todo.

Y mientras Rostov e Ilín se acercaban al galope por el camino, la princesa María, a pesar de las súplicas de Alpátich, la vieja niñera y las doncellas, daba orden de enganchar para salir. Al ver a los jinetes que avanzaban al galope, a los que tomaron por franceses, los postillones habían huido y la casa se llenó de llantos femeninos.

—¡Padrecito! ¡Padrecito querido! ¡Es Dios quien te ha enviado aquí!— decían voces emocionadas cuando Rostov cruzó el vestíbulo.

Rostov fue llevado al salón, donde la princesa María permanecía desconcertada y sin fuerzas. No comprendía ni quién era aquel joven, ni por qué se encontraba allí, ni qué iba a suceder. Al ver su rostro ruso y darse cuenta, desde las primeras palabras, de que tenía delante a un hombre de su ambiente, lo miró con sus ojos profundos y luminosos y comenzó a hablar con voz vacilante que temblaba de emoción. Para Rostov aquel encuentro tenía algo novelesco: "Una muchacha indefensa, destrozada por el dolor, sola, a merced de unos groseros mujiks en rebeldía. ¿Qué extraña casualidad me ha empujado hasta aquí? ¡Qué dulzura, qué nobleza hay en su rostro y en sus palabras!", pensaba Rostov mirándola y escuchando su tímido relato.

Cuando ella contó que todo había sucedido al día siguiente de la muerte de su padre, le tembló la voz. Apartó el rostro, como si temiera que Rostov pudiese ver en sus palabras un medio para despertar su compasión, y lo miró con gesto interrogativo, asustado. Rostov tenía lágrimas en los ojos. Lo notó la princesa María y miró al joven con reconocimiento, con aquella luminosa mirada que hacía olvidar la fealdad de su rostro.

—No sabría expresar, princesa, lo feliz que me siento de que una casualidad me haya traído aquí a ponerme a su entera disposición— dijo Rostov levantándose. —Dispóngase a partir, y le aseguro por mi honor que nadie se atreverá a molestarla, si me permite que la acompañe— y saludó con el mismo gesto con que se saluda a las damas de sangre real, dirigiéndose a la puerta.

Con aquel tono respetuoso Rostov parecía querer demostrar que, aun considerándose feliz por haber conocido a la princesa, no quería

aprovecharse de su desventura para estrechar las relaciones con ella.

La princesa María comprendió y valoró esa delicadeza.

—Le estoy muy, muy reconocida— le dijo en francés —y espero que no sea más que un malentendido y que no haya culpables.

Y de pronto, se echó a llorar.

—Perdóneme— dijo.

Rostov, frunciendo el ceño, hizo otra profunda inclinación y salió de la habitación.

XIV

—¡Qué! ¿Es guapa? La mía, la del vestido rosa, es un encanto, se llama Duniasha…

Pero al observar el rostro de su compañero, Ilín calló. Comprendió que su héroe y jefe estaba en otra disposición de ánimo.

Rostov miró malhumorado a Ilín y, sin responderle, se encaminó con paso rápido hacia la aldea.

—¡Ya verán esos bandidos! ¡Ya les enseñaré yo!— se decía a sí mismo.

Alpátich, alargando el paso para no correr, se unió al trote del húsar.

—¿Qué decisión se ha dignado tomar?— le preguntó.

Rostov se detuvo y, apretando los puños con gesto amenazador, avanzó bruscamente hacia Alpátich.

—¿Decisión?— gritó. —¡Qué decisión, vejestorio! ¿A qué esperas? Los campesinos se sublevan, ¿y tú no sabes imponerte? Eres otro traidor como ellos… Os conozco bien… ¡Os arrancaré la piel a todos!

Y como si temiese desfogar en vano su cólera, dejó a Alpátich y siguió caminando rápidamente. El administrador, reprimiendo el sentimiento de ofensa, lo siguió al trote, sin dejar de exponer sus consideraciones. Dijo que los campesinos estaban enfurecidos, que en aquel momento sería peligroso *llevarles la contraria* sin contar con un destacamento militar y que lo mejor sería ir antes en busca de tropas.

—¡Ya les daré yo tropas!… ¡Yo les llevaré la contraria! —decía Nikolái fuera de sí, sofocado por una cólera insensata, brutal, y por la necesidad de desahogarse.

Sin pensar en lo que iba a hacer, se adelantó hacia la muchedumbre con paso rápido y firme. Cuanto más avanzaba, más sentía Alpátich que aquel

acto irreflexivo podía tener buenos resultados. Lo mismo pensaban los campesinos, que lo veían venir enérgico y resuelto, con el rostro contraído por la ira.

Desde la llegada de los húsares a la aldea y mientras Rostov se entrevistaba con la princesa, entre la muchedumbre había surgido la discordia y la confusión. Algunos comenzaron a decir que los oficiales eran rusos y podían sentirse muy ofendidos por no haber dejado salir a la princesa. Dron era de ese parecer. Pero cuando lo expuso, Karp y otros se enfrentaron con el antiguo *stárosta.*

—¿Durante cuántos años has chupado a costa de la comunidad?— gritó Karp. —¡A ti te da igual! Desentierras tu alcancía y te la llevas contigo… ¿Qué te importa si nuestras casas se arruinan?

—¡Dicen que hay orden de que nadie abandone su casa y se lleve algo! — comentó otro.

De pronto, un viejecillo se acercó furibundo a Dron:

—Le tocaba a tu hijo irse como soldado, pero tuviste lástima del tuyo y en vez de enviarlo a él alistaste a mi Vanka. ¡Ah, moriremos algún día!

—¡Eso es! ¡Moriremos!

—¡Eh! ¿Qué decís? Yo no me voy de la comunidad— dijo Dron.

—¡Claro que no! ¡Buena barriga has echado!…

Los dos campesinos altos hablaban de lo suyo.

Y cuando Rostov, acompañado por Ilín, Lavrushka y Alpátich, se acercó al grupo, Karp, metiendo los dedos en el cinturón, avanzó sonriendo levemente. Dron, por el contrario, retrocedió hasta las últimas filas; los demás se apretaron unos contra otros.

—¡Eh, vosotros!— gritó Rostov acercándose rápidamente a la muchedumbre. —¿Quién es *el stárosta*?

—¿El *stárosta*? ¿Para qué lo quiere?…— preguntó Karp.

Pero no tuvo tiempo de concluir cuando un fuerte bofetón le dobló la cabeza e hizo volar el gorro.

—¡Gorros fuera! ¡Traidores!— gritó a plena voz Rostov. —¿Dónde está el *stárosta*?— volvió a gritar fuera de sí.

—El *stárosta*… llama al *stárosta*. Dron Zajárich, lo llaman— dijeron algunos rápidamente; todos se descubrieron.

—No intentamos sublevarnos, cuidamos el orden— dijo Karp.

Y desde diversos puntos, muchas voces comenzaron a hablar al mismo tiempo.

—¡Lo habían decidido los viejos! Son ustedes muchos a mandar…

—¿Todavía tenéis ganas de hablar?… ¡Esto es una revuelta!… ¡Bribones! ¡Traidores!— gritó Rostov fuera de sí, cogiendo a Karp por el cuello de su caftán. —¡Atadlo! ¡Atadlo!— exclamó, aunque allí no había nadie para atar a Karp, excepto Lavrushka y Alpátich.

Lavrushka, sin embargo, corrió hacia Karp y le dobló los brazos a la espalda.

—¿Ordena que llamemos a los nuestros, que están al otro lado de la cuesta?— preguntó Lavrushka.

Alpátich se volvió a los campesinos y llamó a dos para atar a Karp. Los mujiks salieron dócilmente de las filas y se quitaron los cinturones.

—¿Dónde está el *stárosta*?— volvió a preguntar Rostov.

Dron, con el rostro ceñudo y pálido, salió de la muchedumbre.

—¿Eres tú el *stárosta*? ¡Átalo, Lavrushka!— gritó Rostov, como si esa orden no pudiera hallar obstáculos.

Y, efectivamente, otros dos campesinos salieron para maniatar a Dron, quien, como si quisiera ayudarlos, se quitó el cinturón y se lo entregó.

—¡Y vosotros, escuchadme!— dijo Rostov, volviéndose a los mujiks. —Idos inmediatamente a vuestras casas y que no vuelva a oír ni una sola voz.

—No hemos hecho nada malo a nadie… Fue una estupidez… una tontería… Ya decía yo que no estaba bien…— comentaron algunas voces reprochándose mutuamente.

—Ya os lo decía yo… ¡No está bien, muchachos!— dijo Alpátich, volviendo a sus funciones.

—¡Por nuestra tontería, Yákov Alpátich!— decía la gente.

Y el grupo de campesinos se fue dispersando. A los dos mujiks atados los condujeron al patio de los señores. Detrás iban los dos borrachos.

—¡Eh! ¡Te miro y no te veo!— dijo uno de ellos a Karp.

—¿Acaso se puede hablar así con los señores? ¿Qué te creías tú?

—Eres un imbécil— confirmó otro. —Lo que se dice un imbécil.

Dos horas después, los carros estaban preparados en el patio. Algunos campesinos, muy animados, sacaban de la casa y colocaban el equipaje de los señores, y Dron, puesto en libertad por deseo expreso de la princesa María, de pie en el patio, daba órdenes a los campesinos.

—¡Así no! ¡Eso queda mal!— dijo un mujik muy alto de rostro redondo y alegre, cogiendo un cofrecillo de manos de una doncella. —Vale dinero, ¿eh? Si lo echas de cualquier manera o lo colocas debajo de una cuerda puede rozarse. Eso no me gusta. Todo tiene que quedar en orden; ponlo bajo la arpillera y cúbrelo con algo de paja. Así está bien.

—¡Cuántos libros!— exclamó el que sacaba las estanterías de la biblioteca del príncipe Andréi. —¡Cuántos libros! Tú, no te pongas en medio. Y vaya cómo pesan, muchachos.

—Sí, han escrito mucho, no se iban de juerga— comentó el mujik alto de cara redonda, haciendo un guiño y señalando los diccionarios que habían quedado encima.

Rostov, que no quería imponer su amistad a la princesa, prefirió quedarse en la aldea esperando que ella saliera. Cuando vio que el coche de la princesa abandonaba la casa, montó a caballo y la acompañó hasta el camino ocupado por las tropas rusas, a unos doce kilómetros de Boguchárovo; en la posada de Yánkovo se despidió respetuosamente de ella y por primera vez se permitió besarle la mano.

Cuando la princesa le manifestó su agradecimiento por haberla salvado, según ella decía, Rostov se ruborizó y dijo:

—¡Oh, no me avergüence usted! Cualquier policía habría hecho lo mismo. Si sólo tuviéramos que hacer la guerra a los mujiks, el enemigo no habría penetrado tan dentro de Rusia— añadió como avergonzado por algo, procurando cambiar de conversación. —Estoy encantado de haberla conocido. Adiós, princesa; le deseo felicidad y consuelo. Desearía verla en circunstancias más felices. Si no quiere ruborizarme, le suplico que no me agradezca nada.

Pero si no lo hizo más con palabras, la princesa manifestaba su agradecimiento con toda la expresión de su rostro, que resplandecía de

gratitud y ternura. No podía creer que no hubiese motivos para estarle agradecida. Al contrario: para ella era indudable que, sin él, habría caído en manos de los campesinos sublevados y de los franceses y que él, para salvarla, se había expuesto a grandes y evidentes peligros; no cabía duda de que era un alma elevada y sensible que había sabido entender su situación y su dolor. Sus ojos nobles y bondadosos, humedecidos por las lágrimas cuando ella se echó a llorar contándole su desventura, no se apartaban de su imaginación.

Cuando se despidió de él y quedó sola, la princesa María notó que los ojos se le llenaban de lágrimas y entonces, y no por primera vez, se preguntó si lo amaba.

Por el camino hacia Moscú, aunque la situación de la princesa no era para mostrar alegría, Duniasha, que la acompañaba en el coche, notó que varias veces se asomaba a la ventanilla y sonreía alegre y tristemente por algo.

"¿Y qué si yo me hubiera enamorado de él?", pensaba la princesa María.

Por mucha vergüenza que le costara reconocer que había sido la primera en querer a un hombre que, tal vez, nunca se enamoraría de ella, se consoló pensando que nadie lo sabría jamás y que no sería culpable si, ocultándolo a todos, amara a alguien hasta el fin de su vida por primera y única vez.

Recordaba a veces sus miradas, su interés, sus palabras, y toda esa dicha no le parecía tan imposible. Era entonces cuando Duniasha la veía asomarse sonriente a la ventanilla. "Y pensar que tenía que venir a Boguchárovo en aquel preciso momento, y que su hermana hubiera roto con el príncipe Andréi", se decía la princesa viendo en todo aquello voluntad de la providencia.

Muy agradable fue la impresión que produjo la princesa María a Rostov. Se sentía alegre al recordarla, y cuando sus compañeros, conocedores de la aventura de Boguchárovo, bromeaban diciendo que había ido en busca de heno y había pescado a una de las herederas más ricas de Rusia, Rostov se enfadaba. Y se enfadaba porque muchas veces le venía a la mente la idea de casarse con la dulce y agradable princesa, dueña de una enorme fortuna.

Personalmente, no podía desear una esposa mejor. Su boda colmaría la felicidad de su madre, arreglaría la situación económica de su padre y desde luego —Nikolái lo sentía— haría la felicidad de la misma princesa María.

¿Pero Sonia? ¿Y la palabra que había dado? Por ese motivo se enfadaba Rostov cuando sus compañeros bromeaban acerca de la princesa Bolkónskaia.

XV

Cuando Kutúzov aceptó el mando de los ejércitos se acordó del príncipe Andréi y le ordenó que se presentara en el Cuartel General.

El príncipe Andréi llegó a Tsárevo-Záimishche el mismo día y el mismo momento en que Kutúzov revistaba por primera vez las tropas. Se detuvo en la aldea cerca de la casa del pope, donde se encontraba el carruaje del general en jefe, y se sentó en un banco junto al portalón esperando al Serenísimo, como todos llamaban ahora a Kutúzov. En el campo, al otro lado de la aldea, se oía tan pronto el sonido de la música militar como el rugido de una muchedumbre que gritaba "hurras" al nuevo general en jefe. A diez pasos del príncipe Andréi había dos asistentes, un mayordomo y un correo, que se aprovechaban de la ausencia de su señor y del buen tiempo. Un teniente coronel de húsares, de baja estatura, moreno, de gran bigote y largas patillas, llegó a caballo hasta el portalón y preguntó al príncipe Andréi si el Serenísimo se alojaba allí y si volvería pronto.

El príncipe Andréi contestó que no era del Estado Mayor del Serenísimo y que acababa de llegar. Entonces, el teniente coronel de húsares se dirigió a un asistente engalanado, quien, con ese peculiar desdén con que hablan a los oficiales los asistentes de los generales en jefe, contestó:

—¿Quién? ¿El Serenísimo? Sí, vendrá en seguida seguramente. ¿Qué desea usted?

El teniente coronel sonrió levemente bajo sus bigotes al escuchar aquel tono, echó pie a tierra, dio las riendas del caballo a su ordenanza y se acercó a Bolkonski con un ligero saludo. El príncipe le dejó sitio en el banco y el teniente coronel se sentó a su lado.

—¿También usted espera al general en jefe? Dicen que recibe a todo el mundo. ¡Gracias a Dios! Porque con los salchicheros todo iba de mal en peor. Por algo Ermólov ha pedido que lo promuevan a alemán. Tal vez ahora los rusos podamos hablar también. El demonio sabe lo que hacían. No sabían más que retroceder y retroceder. ¿Ha hecho usted la campaña?— preguntó.

—He tenido ese placer— replicó el príncipe Andréi; —no sólo de tomar parte en la retirada, sino de perder en ella todo cuanto tenía y me era más querido, sin hablar de las fincas y de la casa paterna… He perdido a mi padre, muerto de dolor. Soy de Smolensk.

—¡Ah!… ¿Es usted el príncipe Bolkonski? ¡Encantado de conocerlo! Soy el teniente coronel Denísov, más conocido por el nombre de Vaska.

Y Denísov estrechó la mano de Bolkonski, mientras examinaba su rostro con peculiar cordialidad:

—He oído hablar de la muerte de su padre…

Y tras un leve silencio, prosiguió:

—¡Ésta es una verdadera guerra de escitas! Todo eso está muy bien, pero no para quienes reciben los golpes… Conque usted es el príncipe Andréi Bolkonski— y movió la cabeza. —Me alegra muchísimo conocerlo — añadió y con una sonrisa triste volvió a estrecharle la mano.

El príncipe Andréi conocía a Denísov por lo que Natasha le había contado acerca de su primer pretendiente. Ese recuerdo lo trasladó, de un modo agradable y doloroso a la vez, a las penosas sensaciones olvidadas últimamente, aunque seguían existiendo en el fondo de su corazón. Los últimos días había experimentado tantas y tan dolorosas sensaciones (el abandono de Smolensk, su visita a Lisie-Gori y la reciente noticia de la muerte de su padre) que los antiguos recuerdos, si volvían a él, ya no tenían la fuerza de antaño.

Para Denísov el nombre de Bolkonski evocó el recuerdo de un pasado lejano y poético cuando él, después de la cena y las canciones de Natasha, se había declarado a una chiquilla de quince años, sin saber, a ciencia cierta, lo que hacía. Sonrió rememorando aquellos tiempos y su amor a Natasha, y al momento volvió a lo que ahora lo preocupaba de modo exclusivo y apasionado: un plan de campaña ideado por él mientras servía en los

puestos avanzados de la retaguardia. Había presentado ese plan a Barclay de Tolly y ahora deseaba proponérselo a Kutúzov. Su proyecto se basaba en el hecho de que la línea enemiga se extendía demasiado y que, en vez de atacar de frente, cerrando el paso a los franceses, había que actuar cortando sus comunicaciones.

Empezó a exponer su proyecto al príncipe Andréi.

—Es imposible que defiendan toda esa línea. No pueden hacerlo. Yo respondo de que la romperé si me dan quinientos hombres. Que la rompo es cosa segura. No hay más que un sistema: la guerra de guerrillas.

Denísov se puso en pie y ayudándose de gestos explicó su proyecto a Bolkonski.

Estaba en plena exposición cuando gritos indistintos, incoherentes, más extendidos, mezclándose con la música y las canciones, llegaron hasta ellos desde el lugar de la revista. Toda la aldea se llenó de gritos y el trote de caballos.

—¡Es él en persona!— exclamó un cosaco que hacía la guardia a la entrada de la casa.

Bolkonski y Denísov se acercaron al portalón donde había un pequeño grupo de soldados —la guardia de honor— y vieron a Kutúzov, que sobre un caballo bayo de escasa alzada avanzaba por el camino. Lo acompañaba un nutrido séquito de generales. Barclay iba casi a su lado. Una muchedumbre de oficiales corría detrás y a los lados, gritando “¡hurra!”.

Los ayudantes de campo, adelantándose, entraron al galope en el patio. Kutúzov espoleaba impaciente el caballo, que avanzaba con cierta lentitud bajo su peso, inclinaba sin cesar la cabeza y llevaba continuamente la mano a su gorro blanco de caballero de la Guardia (con ribete encarnado y sin visera). Cuando llegó junto a la guardia de honor, que le presentó armas, compuesta por gallardos granaderos, casi todos condecorados, los miró durante unos instantes en silencio, con atenta mirada, y se volvió hacia el grupo de generales y oficiales que lo rodeaban. De pronto, su rostro adquirió una expresión socarrona y encogió los hombros con gesto de extrañeza.

—¡Retroceder! ¡Retroceder siempre con hombres como éstos!— dijo. —Bueno, hasta la vista, señores— y dirigió su caballo hacia el portalón,

pasando por delante del príncipe Andréi y Denísov.

—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra!— gritaron a sus espaldas.

Desde la última vez que el príncipe Andréi lo viera, Kutúzov había engordado más, estaba más adiposo e inflado; pero su ojo blanco, la cicatriz y la expresión de cansancio en su rostro y en toda su figura, que él conocía tan bien, seguían siendo los mismos. Llevaba su levita de uniforme (de una delgada bandolera pendía la fusta) y se balanceaba pesadamente sobre su bravo caballito.

—Uf… uf… uf…— resopló quedamente al entrar en el patio. Se leía en su rostro la alegría del hombre que piensa descansar después de las fatigas de la parada militar. Sacó el pie izquierdo del estribo y pasó con dificultad la pierna sobre la silla, basculando todo su cuerpo y arrugado el rostro por el esfuerzo; dobló la rodilla, carraspeó y se apoyó en los brazos de los cosacos y ayudantes que lo sujetaban.

Se ajustó la levita, miró en derredor con los ojos entornados, que detuvo en el príncipe Andréi sin reconocerlo al parecer, y se encaminó con su paso desigual hacia la entrada.

—Uf… uf… uf…— resopló de nuevo y miró una vez más al príncipe Andréi. Al cabo de unos segundos, la vista de aquel rostro debió unirse al recuerdo de su persona (como es frecuente en los ancianos). —¡Hola, príncipe! ¿Qué tal? ¡Bienvenido, querido! Vamos…— dijo con aire cansado, sin dejar de mirar en derredor; y subió los peldaños del zaguán, que rechinaron bajo su peso.

Se desabrochó la levita y tomó asiento en el banco que había en el porche.

—Dime, ¿cómo está tu padre?

—Ayer supe que había muerto— respondió brevemente el príncipe Andréi.

Kutúzov miró al príncipe Andréi con ojos asustados y muy abiertos; después se descubrió e hizo la señal de la cruz.

—¡Dios lo tenga en su gloria! ¡Que se cumpla su voluntad con todos nosotros!— suspiró profundamente. Después guardó silencio. —Lo quería y estimaba, y comparto tu dolor con toda mi alma.

Abrazó al príncipe Andréi, estrechándolo fuertemente contra su orondo pecho, y lo retuvo así mucho tiempo. Cuando volvió a separarse de él, Bolkonski notó que los inflados labios de Kutúzov temblaban y brillaban lágrimas en sus ojos. Suspiró y se apoyó con ambas manos en el banco para levantarse.

—Vamos, vamos adentro y hablaremos— dijo.

Pero en aquel instante, Denísov, que se arredraba tan poco ante los jefes como ante el enemigo, subió decididamente los peldaños del zaguán, con ruido de espuelas, a pesar de que varios ayudantes trataran con severos susurros de impedírselo. Kutúzov, con las manos apoyadas en el banco, miró con disgusto a Denísov, quien se presentó y manifestó que debía comunicar a Su Excelencia algo de gran importancia para el bien de la patria. Kutúzov lo miró con ojos cansados y con un gesto de contrariedad, retiró las manos del banco y cruzándolas sobre el vientre repitió:

—¿Por el bien de la patria? Bien, ¿qué es? Habla.

Denísov se ruborizó como una muchacha (resultaba extraño ver sonrojado aquel rostro bigotudo, maduro y propenso a la bebida). Comenzó a exponer con decisión su proyecto de cortar la línea enemiga de operaciones entre Smolensk y Viazma. Denísov había vivido mucho tiempo en aquella región y la conocía bien. Su plan parecía indiscutiblemente bueno, gracias sobre todo a la convicción con que lo exponía. Kutúzov miraba hacia sus pies y de vez en cuando echaba alguna ojeada hacia el patio de la isba vecina, como si de allí esperara algo desagradable. Y de la isba a la que Kutúzov miraba mientras Denísov exponía su proyecto salió, en efecto, un general con una cartera bajo el brazo.

—¿Qué, ya está terminado? —preguntó Kutúzov interrumpiendo a Denísov en medio de su exposición.

—Sí, Alteza Serenísima— respondió el general.

Kutúzov sacudió la cabeza, como diciendo: “¿Cómo puede un hombre solo hacer tanto?”, y siguió escuchando a Denísov.

—Doy mi palabra de honor de oficial ruso— decía Denísov —de que cortaré las comunicaciones de Napoleón.

—¿Es pariente tuyo el jefe de intendencia Kiril Andréievich Denísov?— lo interrumpió Kutúzov.

—Es mi tío, Alteza.

—¡Vaya! Éramos amigos— comentó alegremente Kutúzov. —Bueno, bueno, querido; quédate aquí, en el Estado Mayor, y mañana hablaremos.

Despidió con un movimiento de cabeza a Denísov, se volvió y alargó la mano hacia los documentos que le traía Konovnitsin.

—¿No se dignaría Su Alteza entrar en la habitación?— dijo el general de servicio con aire descontento. —Hay que examinar los planos y firmar algunos documentos.

Un ayudante de campo que acababa de salir informó de que en la casa todo estaba dispuesto; pero, al parecer, Kutúzov quería entrar en su casa después de haber resuelto todo; frunció el ceño.

—No; di, querido, que pongan una mesita y aquí lo veré— dijo. —Tú no te vayas— agregó dirigiéndose al príncipe Andréi.

El príncipe Andréi se quedó en el porche, escuchando al general de servicio.

Durante el informe el príncipe Andréi entrevió al otro lado de la puerta un bisbiseo de mujeres y el crujido de unas faldas de seda. Miró varias veces hacia allí y vio a una hermosa mujer gruesa, sonrosada, vestida con un traje de seda rosa y un pañuelo violeta en la cabeza, que sostenía una bandeja y esperaba evidentemente la entrada del general en jefe. En voz baja, el ayudante de Kutúzov explicó a Bolkonski que aquella mujer era la dueña de la casa, la mujer del pope, que tenía intención de ofrecer a Kutúzov el pan y la sal. Su marido había salido al encuentro del Serenísimo con la cruz, en la iglesia, y ella lo recibía en casa. “Es muy guapa”, añadió el ayudante con una sonrisa. Kutúzov se volvió al oír estas palabras. Escuchaba el informe del general de servicio (que versaba sobre lo crítico de las posiciones de Tsárevo-Záimishche), igual que había escuchado a Denísov, como escuchara siete años atrás las decisiones del Consejo Superior de Guerra en vísperas de Austerlitz. Escuchaba por la sencilla razón de que tenía orejas y porque, a pesar del algodón que le taponaba una, no podía por menos de oír; pero resultaba evidente que nada de cuanto pudiera exponer el general de servicio podía sorprenderlo o interesarlo, puesto que ya conocía todo lo que iba a decirle. Escuchaba porque no podía

hacer otra cosa, como no podía evitar asistir a un tedéum en acción de gracias.

Cuanto había dicho Denísov era justo y sensato. Cuanto ahora decía el general de servicio era aún más justo y sensato; pero Kutúzov, evidentemente, despreciaba los conocimientos y la inteligencia y sabía que algún otro factor iba a decidir el éxito de la campaña, algo al margen de la inteligencia y el saber.

El príncipe Andréi observaba atentamente la expresión del rostro del general en jefe; pero pudo ver tan sólo aburrimiento y curiosidad por lo que significaban los susurros de las mujeres detrás de la puerta, y el deseo de guardar las apariencias. Era notorio que Kutúzov despreciaba la inteligencia, el saber y hasta el sentimiento patriótico expresado por Denísov, pero no los despreciaba con la inteligencia, ni el saber, ni con el sentimiento (ya que ni siquiera intentaba expresarlos), sino por un motivo distinto. Los despreciaba por sus años y su experiencia de la vida. La única orden que dio por su cuenta durante el informe se refería a los actos de merodeo llevados a cabo por las tropas rusas. Al término del informe, el general de servicio presentó al Serenísimo un escrito para indemnizar, a petición de un terrateniente, por permitir a los soldados segar en sus campos avena verde, haciendo responsables de estos hechos a los jefes militares.

Kutúzov chasqueó los labios y sacudió la cabeza al escuchar aquel asunto.

—¡Al fuego! ¡Échalo al fuego! Y de una vez por todas te lo digo, amigo mío; echa al fuego todos los escritos que se refieran a eso. Que sieguen el trigo, que quemen la leña y les sirva de provecho. No lo ordeno ni lo autorizo, pero tampoco puedo castigarlo. No puede ser de otro modo: cuando se corta leña ya se sabe que vuelan astillas.

Miró de nuevo el escrito y añadió, sin dejar de mover la cabeza:

—¡Oh, ese formulismo alemán!

XVI

—¡Bueno! ¡Ya está todo!— exclamó Kutúzov mientras firmaba el último documento.

Se levantó pesadamente; alisó las arrugas de su cuello grueso y blanco. Después, con el rostro alegre, se dirigió a la puerta.

La mujer del pope, muy colorada, agarró la bandeja, que, a pesar de los largos preparativos, no pudo presentar a tiempo. Con una profunda reverencia se la ofreció a Kutúzov. El general en jefe entornó los ojos y acarició la barbilla de la mujer.

—¡Qué guapísima eres!— le dijo. —¡Gracias, gracias, querida!

Sacó de un bolsillo del pantalón algunas monedas de oro y las dejó en la bandeja.

—¿Y qué, cómo vivís?— preguntó Kutúzov mientras se dirigían a la habitación que le habían destinado.

La mujer del pope, con una sonrisa que aumentaba los hoyuelos de sus coloradas mejillas, lo acompañó hasta la habitación. El ayudante de campo salió en busca del príncipe Andréi, que se había quedado en la terraza, y lo invitó a comer. Media hora después Kutúzov lo hizo llamar de nuevo. El general en jefe, tumbado en un diván, seguía con la guerrera desabrochada. En una mano tenía un libro francés, que cerró al ver a Bolkonski, poniendo como señal el cortapapeles. *Les chevaliers du Cygne*, obra de Mme de Genlis, pudo leer el príncipe Andréi en la cubierta.

—Bueno, siéntate. Siéntate aquí y hablemos— dijo Kutúzov. —Es triste, muy triste. Pero recuerda, amigo, que yo soy para ti un padre, un segundo padre…

El príncipe Andréi contó a Kutúzov lo que sabía de los últimos momentos de su padre y lo que había visto al pasar por Lisie-Gori.

—¡A qué situación… nos han llevado!— dijo de pronto Kutúzov con voz conmovida; el relato del príncipe Andréi le recordaba sin duda con especial claridad la situación en que se hallaba Rusia. —¡Que den tiempo, tiempo!— añadió con expresión iracunda. Y no deseando proseguir aquella conversación que lo emocionaba, añadió: —Te hice llamar para tenerte junto a mí.

—Gracias, Alteza— respondió el príncipe Andréi, —pero no creo que sea útil para los Estados Mayores— dijo con una sonrisa que no pasó desapercibida.

Kutúzov lo miró interrogativamente.

—Y sobre todo— siguió el príncipe Andréi, —me he acostumbrado a mi regimiento. Estimo a los oficiales y me parece que la gente me quiere. Sentiría tener que abandonar el regimiento. Si no acepto el honor de estar junto a usted, créame…

El grueso rostro de Kutúzov adquirió una expresión inteligente, bonachona y levemente maliciosa al mismo tiempo. Interrumpió a Bolkonski.

—Lo siento; me eres necesario, pero tienes razón, tienes razón. No es aquí donde necesitamos hombres. Siempre sobran los consejeros, pero los hombres auténticos faltan. Las unidades no serían lo que son si todos los consejeros sirvieran en los regimientos como haces tú. Me acuerdo de ti desde Austerlitz… Sí, sí, te recuerdo bien, con la bandera.

La alegría encendió el rostro de Bolkonski al oír esas palabras. Kutúzov tiró de su mano y le tendió la mejilla para que se la besara; una vez más el príncipe Andréi vio lágrimas en los ojos del anciano. Y aunque el príncipe Andréi sabía que Kutúzov tenía las lágrimas fáciles y si lo trataba con tanto cariño era por el deseo de mostrar su condolencia en su dolor, el recuerdo de Austerlitz le resultó muy grato y lisonjero.

—Sigue tu camino y que Dios te acompañe: sé que vas por el camino del honor— calló un momento. —¡Cómo te eché de menos en Bucarest! Necesitaba mandar a alguien…

Y, cambiando de tema, Kutúzov se refirió a la guerra con Turquía y a la paz concertada.

—Sí, me han criticado, y no poco, por la guerra y por la paz… Pero todo llega a su tiempo. Tout vient à point à qui sait attendre.[395] Y, sin embargo, allí no había menos consejeros que aquí…— y continuó, volviendo a un tema que evidentemente lo preocupaba. —¡Oh, los consejeros, los consejeros! Si hubiéramos escuchado a todos allá en Turquía, no habríamos logrado la paz ni habríamos terminado la guerra. Se quiere hacer todo de prisa y la prisa va para largo. Kámenski, de no haberse muerto, estaría perdido. Asaltaba las fortalezas con treinta mil hombres. Conquistar una fortaleza no es difícil: lo difícil es ganar la campaña, y para eso no es preciso ni asaltar ni atacar, lo único que se necesita es *paciencia y tiempo*. Kámenski envió a los soldados contra Ruschuk; y yo, sólo con tiempo y paciencia, he conquistado más fortalezas que él y he obligado a los turcos a comer carne de caballo.

Sacudió la cabeza.

—Y créeme, a los franceses les ocurrirá lo mismo— dijo Kutúzov animándose y golpeándose el pecho. —Les obligaré a comer carne de caballo.

De nuevo brillaron lágrimas en sus ojos.

—Pero habrá que aceptar batalla, ¿no?— preguntó el príncipe Andréi.

—Sí, será necesario si lo quieren todos. No habrá otro remedio… Créeme, querido: no hay nadie más fuerte que esos dos guerreros: *la paciencia y el tiempo*. Ellos lo harán todo. Pero los consejeros n'entendent pas de cette oreille-là, voilà le mal.[396] Unos quieren y otros no. ¿Qué puede hacerse?— preguntó, esperando, al parecer, una respuesta. —¿Qué harías tú?— repitió, y sus ojos brillaron con profunda e inteligente expresión. —Yo te lo diré— añadió, porque el príncipe Andréi no decía nada. —Te diré lo que hay que hacer y lo que yo hago. Dans le doute, mon cher, abstiens-toi[397]— y calló un instante. —Abstiens-toi— dijo pausadamente. —Bueno… ¡Adiós, querido!, recuerda que siento tu pérdida con toda mi alma y que para ti no soy ni Serenísimo, ni príncipe, ni comandante en jefe, sino un padre. Si necesitas algo, ven directamente a mí. Adiós, querido.

Lo abrazó y besó de nuevo. Y casi antes de que hubiese salido el príncipe Andréi, Kutúzov suspiró sosegado y volvió a tomar *Les chevaliers du Cygne*, de Mme de Genlis.

Sin poder explicarse cómo y por qué, el príncipe Andréi regresó a su regimiento, después de la entrevista con Kutúzov, tranquilo sobre la situación general y sobre las personas en quienes se había confiado. Cuantos menos rasgos personales observaba en aquel anciano, quien conservaba el hábito de la pasión y en lugar de la inteligencia (que une hechos y deduce consecuencias) poseía la capacidad de contemplar tranquilamente la sucesión de fenómenos, tanto más tranquilo estaba con respecto a los acontecimientos futuros. "No tendrá nada suyo. No inventará nada nuevo, ni emprenderá nada —pensaba el príncipe Andréi—, pero escuchará todo, lo recordará todo, o pondrá todo en el puesto que le corresponda. No impedirá nada que sea útil ni permitirá nada dañoso. Comprende que hay algo más fuerte e importante que su voluntad: el inevitable curso de los acontecimientos, y sabe verlo, advertir su importancia, y, considerando esta importancia, sabe abstenerse de intervenir en esos acontecimientos, prescindir de su propia voluntad, orientada en otra dirección. Y sobre todo, uno cree en él, porque es ruso, a pesar de que lea a Mme de Genlis y cite proverbios franceses; y porque su voz tembló al decir: «¡Hasta dónde nos han llevado!», y porque se emocionó al asegurar que obligaría al enemigo a comer carne de caballo"

Ese mismo sentimiento —en oposición a consideraciones cortesanas—, compartido más o menos vagamente por todos, era la base del apoyo popular al nombramiento de Kutúzov.

XVII

Cuando el Emperador salió de Moscú, la vida de la ciudad volvió a su ritmo habitual, tan parecido al de siempre que resultaba difícil recordar las jornadas pasadas de entusiasmo patriótico; era difícil creer que Rusia estaba en verdadero peligro y que los socios del Club Inglés, además de serlo, fueran hijos de la patria dispuestos a todo sacrificio. Lo único que se recordaba de aquellos días de general entusiasmo patriótico durante la estancia del Zar en la capital era la exigencia de hombres y dinero, que después de las ofertas había adquirido rápidamente forma legal y oficial, haciéndose inevitable.

Al acercarse el enemigo, la opinión de los moscovitas sobre su propia situación, lejos de hacerse más seria, cobró, por el contrario, frivolidad, como sucede siempre a las personas que ven un gran peligro. Cuando el peligro se va aproximando, dos voces hablan en el corazón del hombre con la misma fuerza: una pide, muy razonablemente, que se reflexione sobre la naturaleza del peligro y la manera de evitarlo. La otra, con más razón todavía, dice que es demasiado penoso, demasiado torturante pensar en el peligro cuando el hombre no puede prevenirlo todo y salvarse, de manera que es mucho mejor volver la espalda a las cosas penosas, hasta que éstas lleguen, y pensar en las agradables. Si está solo, el hombre escucha casi siempre la primera voz; en cambio, cuando se encuentra en sociedad, sigue la segunda. Y eso era lo que sucedía a los habitantes de Moscú. Nunca se había divertido tanto la gente como aquel año.

Los pasquines de Rastopchin, que representaban en la parte superior una taberna, el tabernero y el comerciante moscovita Karpushka Chiguirin, *que, después de ser reclutado y habiendo bebido una copa de más, al escuchar*

que Bonaparte quería tomar Moscú, se enfadó y profirió palabras injuriosas contra todos los franceses, salió de la taberna y en la puerta misma, bajo el águila de la bandera, comenzó a arengar al pueblo reunido, se leían y comentaban por doquier, igual que los últimos versos de Vasili Lvóvich Pushkin.

En el Club se reunían para leer esos pasquines y a muchos les gustaba el modo en que Karpushka se burlaba de los franceses diciendo que se *hincharían de coles, reventarían de comer tantas gachas, se asfixiarían tomando* "schi" *que todos eran enanos y que una campesina rusa, con una horca, acabaría con tres franceses*. Algunos no aprobaban ese tono, que encontraban vulgar y estúpido.

Se comentaba que Rastopchin había expulsado de Moscú a los franceses y a todos los extranjeros, y que entre ellos había espías y agentes de Napoleón; pero todas esas cosas se contaban sobre todo para tener ocasión de citar las ingeniosas palabras de Rastopchin al despedirlos.

Los extranjeros eran enviados en una barcaza a Nizhni-Nóvgorod, y Rastopchin había dicho: *"Rentrez en vous-même, entrez dans la barque et n'en faites pas une barque de Charon"*.[398]

Se decía que ya habían evacuado de Moscú todas las oficinas públicas y se añadía la broma de Shinshin de que sólo por eso Moscú debía mostrarse agradecida a Napoleón. Contaban también que el regimiento ofrecido por Mámonov le costaría ochocientos mil rublos, y que Bezújov había gastado aún más en sus milicianos; pero lo mejor del gesto de Bezújov —al decir de las gentes— era que él mismo iba a ponerse el uniforme y desfilar a caballo frente a su propio regimiento, sin cobrar nada a los espectadores que lo mirasen.

—No perdonan a nadie— dijo Julie Drubetskói, reuniendo y apretando un puñado de hilas con sus dedos cubiertos de sortijas.

Julie se disponía a salir de Moscú al día siguiente y daba una velada de despedida.

—Bezújov est ridicule, ¡pero es tan bueno y tan simpático! ¿Qué placer hay en ser tan caustique?

—¡Multa!— dijo un joven de uniforme de milicias, a quien Julie llamaba *mon chevalier* y la acompañaba a Nizhni-Nóvgorod.

En las veladas de Julie, como en tantos otros salones de la capital, se había decidido no hablar más que en ruso; y los que por equivocación lo hacían en francés tenían que pagar multa a favor del comité de socorro.

—Otra multa por el galicismo— dijo un escritor ruso. —“Qué placer hay en ser” no está bien dicho en ruso.

—No perdona usted ni una— sonrió Julie al joven del uniforme, sin prestar atención a la observación gramatical. —Por lo de caustique soy culpable y pagaré; y por el gusto de decirle la verdad estoy también dispuesta a pagar. Pero por el galicismo no respondo— y se volvió al escritor. —No tengo dinero ni tiempo para tomar un profesor y aprender el ruso, como hace el príncipe Golitsin.

Y después exclamó:

—¡Ah! ¡Ahí está él! Quand on…[399] ¡Oh, no! No me cogerá usted otra vez. ¡Vaya! Cuando hablan del sol, ven sus rayos— y sonrió amablemente a Pierre. —Estábamos hablando de usted— prosiguió con aquella agilidad para la mentira propia de las mujeres mundanas. —Decíamos que su regimiento de milicias será seguramente mejor que el de Mámonov.

—No me hable de mi regimiento— dijo Pierre. —¡Me tiene harto!

Besó la mano de la dueña de la casa y se sentó a su lado.

—Lo mandará usted mismo, ¿no?— dijo Julie, cruzando una mirada de burlona inteligencia con el joven miliciano.

Pero éste ya no se mostraba tan cáustico en presencia de Pierre y su rostro expresó más bien asombro por lo que pudiera significar la sonrisa de Julie. A pesar de sus distracciones y su bonachonería, la personalidad de Pierre paralizaba inmediatamente todo intento de burla en su presencia.

—No— replicó Bezújov riendo, y lanzó una mirada a su cuerpo grande y grueso. —Los franceses harían blanco en mí con facilidad y, además, temo no poder subir a un caballo…

Entre las personas de quienes se hablaba en el salón de Julie se habló también de los Rostov.

—Dicen que sus asuntos van muy mal— comentó Julie. —¡Y el conde es tan poco juicioso! Los Razumovski querían comprar la casa y la hacienda cercana a Moscú, pero la cosa va para largo, porque pide mucho.

—Por el contrario, creo que la venta va a tener lugar uno de estos días— dijo alguien, —aunque me parece una locura comprar algo ahora en Moscú.

—¿Por qué?— preguntó Julie. —¿Cree usted que hay peligro para la ciudad?

—Y ¿por qué se va usted?

—¿Yo? ¡Vaya una pregunta extraña! Me voy porque… porque todos se van y yo no soy ni una Juana de Arco ni una amazona.

—Sí, claro, claro, deme más trapitos.

—Si supiera llevar bien sus asuntos podría pagar todas las deudas— insistió el joven miliciano a propósito de los Rostov.

—Es un buen viejo, pero muy pauvre sire.[400] ¿Y por qué permanecen en Moscú tanto tiempo? Tenían pensado irse al campo. Natalie parece que ya está bien, ¿no?— preguntó Julie a Pierre, sonriendo maliciosamente.

—Esperan al hijo menor— dijo Pierre. —Ingresó en los cosacos de Obolenski y ha ido a Biélaia-Tzérkov, allí están formando el regimiento. Ahora han conseguido que lo destinen al mío; en su casa lo esperan de un día para otro. El conde quería irse hace tiempo, pero la condesa se empeña en no abandonar Moscú antes de que vuelva el hijo.

—Los vi anteayer en casa de los Arjárov. Natalie vuelve a estar muy bella y alegre. Cantó una romanza. ¡Qué fácilmente pasa todo para ciertas personas!

—¿Qué es lo que pasa pronto?— preguntó Pierre, malhumorado.

Julie sonrió.

—¿Sabe, conde, que un caballero como usted no se encuentra más que en las novelas de Mme Suza?

—¿Qué caballero? ¿Por qué?— preguntó Pierre ruborizándose.

—Pero, bueno, querido conde. C'est la fable de tout Moscou. Je vous admire, ma parole d'honneur.[401]

—¡Multa! ¡Multa!— exclamó el joven miliciano.

—¡Bueno, bueno! No se puede decir una palabra. ¡Qué aburrimiento!

—Qu'est-ce qui est la fable de tout Moscou?— preguntó Pierre levantándose enojado.

—Bueno, conde, usted bien lo sabe.

—No sé nada— dijo Pierre.

—Sé que es muy amigo de Natalie Rostov y por eso… yo siempre he sido más amiga de Vera. Cette chère Vera…

—Non, madame— dijo Pierre malhumorado. —Yo nunca me he considerado caballero de la señorita Rostov: hace casi un mes que no voy a su casa; pero no comprendo la crueldad…

—Qui s'excuse, s'accuse[402]— dijo Julie sonriente, sacudiendo las hilas que tenía en la mano; y para quedar con la última palabra. Cambió de tema: —Fíjese, he sabido hoy que la pobre María Bolkónskaia llegó ayer a Moscú… ¿Sabe usted que perdió a su padre?

—¿Qué me dice? ¿Dónde está? Me gustaría mucho verla— dijo Pierre.

—Ayer fui a visitarla. Hoy o mañana se va con su sobrino a la finca que tiene aquí cerca.

—¿Y cómo está?— preguntó Pierre.

—Muy triste. ¿Y sabe quién la salvó? ¡Toda una novela! Nikolái Rostov. La tenían cercada, querían matarla, hirieron a varios criados. Pero llegó Rostov y la salvó…

—¡Otra novela!— dijo el joven militar. —Decididamente, esta huida general ha sido tramada para que todas las viejas novias se casen: Catiche por un lado, la princesa Bolkónskaia por otro.

—Sabe, yo creo que está un petit peu amoureuse du jeune homme.[403]

—¡Multa! ¡Multa! ¡Multa!

—Pero ¿cómo puede decirse eso en ruso?

XVIII

Cuando Pierre volvió a su casa le entregaron dos pasquines de Rastopchin traídos aquel día.

En el primero se decía que el rumor de que el conde Rastopchin prohibía salir de Moscú era falso, y que, por el contrario, el conde estaba contento de que las damas y las mujeres de los mercaderes abandonasen la ciudad. “A menos miedo, menos habladurías —decía un pasquín—. Pero respondo con mi vida que esos malvados no entrarán en Moscú.” Tales palabras hicieron ver claramente a Pierre, por primera vez, que los franceses llegarían a Moscú. El segundo decía que el Cuartel General ruso estaba en Viazma, que el conde Vitgenstein había derrotado a los franceses; pero, ya que muchos ciudadanos deseaban armarse, en el arsenal encontrarían armas preparadas para ellos: sables, pistolas, fusiles, que podrían adquirir a buen precio.

El tono de los dos pasquines no era ya tan burlón como en las anteriores conversaciones de Chiguirin. Ante aquellos dos manifiestos Pierre quedó pensativo: era evidente que aquella terrible nube borrascosa que él anhelaba con toda la fuerza de su alma y que despertaba, al mismo tiempo, un terror involuntario en su ánimo se estaba acercando.

Por centésima vez se hizo la misma pregunta: “¿Debo incorporarme al ejército o esperar?”. Tomó la baraja que había sobre la mesa y se puso a hacer un solitario.

“Si me sale este solitario —se dijo, barajando las cartas y levantando los ojos, —si sale…, quiere decir… ¿qué quiere decir?…”

Pero aún no había terminado de contestarse cuando se oyó la voz de la mayor de las princesas que le preguntaba si podía entrar.

“Entonces significa que debo ir al ejército”, concluyó Pierre.

—Entre, entre— agregó volviéndose hacia la puerta.

Sólo la mayor de las princesas, la del talle largo y rostro petrificado, seguía viviendo en la casa de Pierre, las dos menores se habían casado.

—Perdóneme, mon cousin, si vengo a molestar— dijo con un timbre de emoción y reproche. —Pero hay que tomar por fin alguna decisión. ¿Qué va a suceder? Todos se van de Moscú y el pueblo se subleva. ¿Es que nosotros nos quedamos?

—Por el contrario, ma cousine, parece que todo va muy bien— dijo Pierre con el tono bromista que siempre empleaba al hablar con la princesa, para ocultar la confusión que le producía su calidad de bienhechor de aquella mujer.

—Sí, todo va muy bien… ¡Vaya manera de ir bien las cosas! Varvara Ivánovna me ha contado lo bien que se distinguen nuestras tropas. No hay motivos para enorgullecerse. Y el pueblo anda revuelto, deja de obedecer. Hasta mi sierva me contesta groseramente. No tardarán mucho en pegarnos. No se puede andar por las calles; y lo peor es que cualquier día se presentan aquí los franceses. ¿A qué esperamos, pues? Sólo le pido, mon cousin, que dé orden de llevarme a San Petersburgo. Sea yo como sea, pero no puedo vivir sometida a Bonaparte.

—Pero, cálmese, ma cousine. ¿De dónde saca esas noticias? Ocurre todo lo contrario…

—No me someteré a su Napoleón. Los demás, que hagan lo que quieran… Y si usted no quiere hacerlo…

—Claro que lo haré: ahora mismo daré la orden.

La princesa estaba visiblemente fastidiada por no tener con quien enfadarse. Mascullando algo, tomó asiento en una silla.

—No la han informado bien— añadió Pierre. —En la ciudad todo permanece tranquilo y no hay peligro alguno. Mire, acabo de leer esto…— y enseñó a la princesa los pasquines. —Dice el conde que responde con su vida de que el enemigo no entrará en Moscú.

—¡Ah!— dijo la princesa, furiosa. —Ese conde suyo es un hipócrita, un miserable; él mismo excita al pueblo a la rebeldía. ¿No escribió, acaso, en esos estúpidos pasquines que a cualquiera, fuese quien fuera, había que

agarrarlo por el copete y llevarlo a la cárcel? Vaya tontería. La gloria y el honor, dice, serán de quien lo haga. Y mire el resultado de sus buenas palabras. Varvara Ivánovna me ha contado que el pueblo casi la mata porque habló en francés…

—Eso no tiene importancia… Usted toma demasiado a pecho las cosas — dijo Pierre, y se dedicó al solitario.

El solitario salió bien, pero Pierre se quedó en Moscú —en la ciudad casi vacía—, presa de la misma inquietud, indecisión, del mismo temor y alegría, a la espera de algo horrible.

Al atardecer del día siguiente la princesa se fue y el administrador se presentó a Pierre para decirle que no tenía el dinero necesario para equipar el regimiento, a no ser que se vendiera una de las fincas. El administrador trató de hacer ver a Pierre que la empresa del regimiento acabaría por arruinarlo. Pierre, al oír tales palabras, disimuló a duras penas una sonrisa.

—Bueno, véndala— dijo, —¿qué le vamos a hacer? Ahora no puedo volverme atrás.

Cuanto más empeoraba la situación general y la suya propia, más grata le parecía y más inminente veía la catástrofe que esperaba. Casi todas sus amistades se habían ido ya de Moscú. También Julie y la princesa María; de sus amigos más íntimos no quedaban más que los Rostov, pero Pierre no iba a visitarlos.

Aquel día, para distraerse, fue a la aldea de Vorontsovo, con el fin de ver un enorme globo que estaba construyendo Leppich para destruir al enemigo, y otro globo de pruebas que soltarían al día siguiente. El globo no estaba aún terminado, pero Pierre sabía que se construía por deseo expreso del Zar. A ese propósito, el conde Rastopchin había recibido la siguiente carta:

> En cuanto Leppich esté dispuesto, prepárenle una buena tripulación para la barquilla, compuesta de hombres seguros e inteligentes, y envíe un correo al general Kutúzov para advertirle. Yo le he avisado ya sobre ello.
>
> Le ruego que recomiende a Leppich que esté bien sobre aviso acerca del lugar en que debe descender la primera vez,

> para que no se equivoque y caiga en manos del enemigo. Es indispensable que combine sus movimientos con el general en jefe.

Al volver de Vorontsovo, Pierre atravesó la plaza Bolótnaia y vio a una gran muchedumbre reunida en torno al patíbulo. Estaban azotando a un cocinero francés acusado de espionaje. El castigo acababa de terminar y el verdugo desataba del potro a un hombre grueso, de rojizas patillas, medias azules y chaquetón verde, que gemía lastimeramente. El otro criminal, flaco y pálido, estaba a su lado. Ambos debían de ser franceses, a juzgar por sus caras. Con aire asustado y dolorido, semejante al francés flaco, Pierre se abrió paso entre la muchedumbre.

—¿Qué sucede? ¿Quiénes son? ¿Por qué los castigan?— preguntaba.

Pero la atención de la gente, funcionarios, pequeños tenderos y mercaderes, mujiks y mujeres con abrigos y pellizas, estaba de tal manera concentrada en lo que ocurría en el patíbulo, que nadie contestó. El hombre grueso se levantó; frunció el ceño, se encogió de hombros y, sin mirar en derredor, se puso su chaquetón, con el evidente deseo de mostrarse entero. Pero sus labios temblaron de pronto y, reprochándose su propia debilidad, rompió a llorar como lloran los hombres maduros y sanguíneos. La gente comenzó a hablar en voz alta y Pierre creyó que lo hacían para sofocar los propios sentimientos de piedad.

—Es el cocinero de no sé qué príncipe…

—Está visto, musiú, que la salsa rusa les resulta agria a los franceses… Le ha dejado mal gusto de boca— dijo un funcionario de arrugado rostro que estaba junto a Pierre cuando el azotado comenzó a llorar.

El funcionario miró en derredor para comprobar el efecto que hacía su broma; algunos rieron, otros siguieron mirando asustados al verdugo, que estaba desnudando al segundo condenado.

Pierre resopló, frunció el ceño y se volvió a toda prisa al coche sin dejar de murmurar palabras sin sentido. A lo largo del camino se estremeció varias veces y lanzó algunas exclamaciones en voz alta, hasta que el cochero le preguntó:

—¿Manda algo, Excelencia?

—Pero, ¿adónde vas?— gritó Pierre al cochero, que entraba en la Lubianka.

—¿No me ordenó que fuéramos a la residencia del general gobernador?

—¡Idiota! ¡Bruto!— gritó Pierre, llenando de insultos al cochero, cosa que hacía raras veces. —¡Te dije que a casa! ¡Y deprisa, estúpido! Tengo que salir hoy mismo— añadió ya para sí mismo.

El espectáculo de los franceses azotados y de la muchedumbre, que presenciaba el castigo, lo había llevado a la conclusión de que no podía permanecer más tiempo en Moscú; estaba decidido a salir cuanto antes para el ejército y le parecía haber dicho al cochero sus intenciones o que el cochero debería haberlas adivinado.

Al llegar a casa avisó a Eustáfievich, el otro cochero que lo sabía todo, lo entendía todo y era conocido por todo Moscú, de que aquella misma noche iba a salir para Mozhaisk, al ejército, y que debía mandar allí sus caballos de silla. No era posible hacerlo todo en el mismo día y, siguiendo el consejo de Eustáfievich, Pierre hubo de retrasar la partida para el día siguiente, a fin de preparar los tiros de repuesto.

Después de unos días de mal tiempo, el 24 amaneció sereno y, después del almuerzo, Pierre salió de Moscú. Por la noche, al cambiar los caballos en Perjúshkovo, Pierre supo que esa misma tarde tuvo lugar una importante batalla. Contaban que allí, en Perjúshkovo, la tierra había temblado con el estruendo de los cañonazos. Pierre preguntó quién había sido el vencedor, pero nadie le supo responder. (Se trataba de la batalla de Shevardinó, librada el día 24.) Al amanecer Pierre llegó a Mozhaisk.

Todas las casas de Mozhaisk estaban ocupadas por las tropas, y en la posada, donde encontró a su caballerizo y al cochero, no quedaba sitio: todo estaba lleno de oficiales.

En Mozhaisk y más allá no se veían más que soldados por todas partes, a pie o montados: cosacos, infantería, carros, armones y piezas artilleras. Pierre tenía prisa en avanzar, y cuanto más se alejaba de Moscú y más se sumergía en aquel mar de tropas, más crecía su inquietud, su impaciencia y una sensación nueva, jubilosa, no experimentada antes. Era un sentimiento parecido al que había experimentado en el palacio de Slobodski el día de la llegada del Emperador: el sentimiento de que era preciso emprender algo y

sacrificar algo. Le resultaba agradable ahora comprender que todo cuanto hace la felicidad humana, las comodidades de la vida, las riquezas y la vida misma no era nada en comparación con… ese algo. Pierre no podía darse cabal cuenta. No trataba de buscar explicación por quién y para qué se sentía tan inclinado a sacrificarlo todo. No lo preocupaba el móvil del sacrificio, sino el sacrificio en sí era el que despertaba aquel sentimiento jubiloso y nuevo.

XIX

El día 24 tuvo lugar la batalla del reducto de Shevardinó: el 25 no se cruzó ni un solo disparo y el 26 se libró la batalla de Borodinó.

¿Para qué y cómo se dieron y aceptaron las batallas de Shevardinó y Borodinó? ¿Para qué tuvo lugar esta última? Carecía de todo sentido tanto para los franceses como para los rusos. Su inmediato resultado fue y tenía que ser la próxima caída de Moscú (lo que temían los rusos más que ninguna otra cosa en el mundo); y para los franceses, la cercana pérdida de todo su ejército (lo que también temían más que nada). Ese resultado era evidente ya entonces; y, sin embargo, Napoleón no evitó la batalla y Kutúzov la aceptó.

Diríase que para Napoleón, después de haber recorrido dos mil kilómetros por el interior del país, debía de ser evidente que, aceptando la batalla, corría el riesgo de perder una cuarta parte de su ejército e ir a una derrota segura. Para Kutúzov debía de ser igual de evidente que al aceptar la batalla y arriesgar él también otra cuarta parte de su ejército, la pérdida de Moscú era indudable. Para Kutúzov, era una evidencia matemática, la misma evidencia que tendría si jugando a las damas tuviera un peón de menos y siguiera cambiando: en este caso la derrota sería segura y, por tanto, no debería cambiar.

Cuando mi adversario tiene dieciséis fichas y yo catorce, sólo soy más débil que él en la proporción de un octavo; pero cuando hayamos cambiado ambos otras trece piezas, él será tres veces más fuerte que yo.

Antes de la batalla de Borodinó, las fuerzas rusas estaban, aproximadamente, en la proporción de cinco a seis con respecto a las del enemigo; después de la batalla quedaron en la proporción de uno a dos: es

decir, antes de la batalla eran cien mil contra ciento veinte mil; después, cincuenta contra cien. Y, sin embargo, el inteligente y experto Kutúzov aceptó la batalla y el genial adalid —así llaman a Napoleón— la libró, perdiendo la cuarta parte de su ejército y alargando aún más su línea de comunicaciones. Si dijeran que ocupando Moscú, como ocurrió con Viena, Napoleón pensaba poner fin a la campaña, las pruebas que se pueden oponer son muchas. Cuentan los historiadores que Napoleón, ya en Smolensk, quiso detenerse, que comprendía el peligro de alargar sus comunicaciones y sabía que la ocupación de Moscú no significaba el término de la campaña, porque después de lo de Smolensk veía en qué estado le dejaban las ciudades rusas y tampoco recibía respuesta alguna a sus repetidas manifestaciones de que deseaba iniciar conversaciones.

Dando y aceptando la batalla de Borodinó, Napoleón y Kutúzov procedían de un modo insensato, no eran dueños de sus actos; y los historiadores, basándose en hechos consumados, han aportado pruebas hábilmente trenzadas para demostrar la previsión y el genio de los caudillos que, de todos los instrumentos inconscientes de los acontecimientos mundiales, fueron los más dóciles y menos conscientes.

Los antiguos nos dejaron modelos de poemas heroicos en los que los héroes acaparan todo el interés de la historia; y no acabamos de habituarnos a que en nuestros tiempos carezca de sentido ese tipo de historia.

Para la otra pregunta: ¿cómo se libraron las batallas de Borodinó y la de Shevardinó, que la precedió?, también existe una explicación definida, conocida de todos y absolutamente falsa. Los historiadores se muestran unánimes en describir los acontecimientos de la siguiente manera:

Después de su retirada de Smolensk, el ejército ruso buscaba la posición más ventajosa para la batalla campal y la encontró, al parecer, en las cercanías de Borodinó.

Los rusos, al parecer, fortificaron con anterioridad tal posición, a la izquierda del camino de Moscú a Smolensk, casi en ángulo recto, entre Borodinó y Utitsa, en el mismo lugar donde se desarrolló la batalla.

Delante de esta posición se dispuso, al parecer, una avanzada sobre la altura de Shevardinó, con el fin de vigilar al enemigo; el día 24 Napoleón atacó y tomó esa avanzada; el 26 se lanzó contra todo el ejército ruso dispuesto en el campo de Borodinó.

Eso es lo que escriben los historiadores, y todo es absolutamente inexacto, como podrá comprobarlo fácilmente quien desee penetrar en el sentido de la acción.

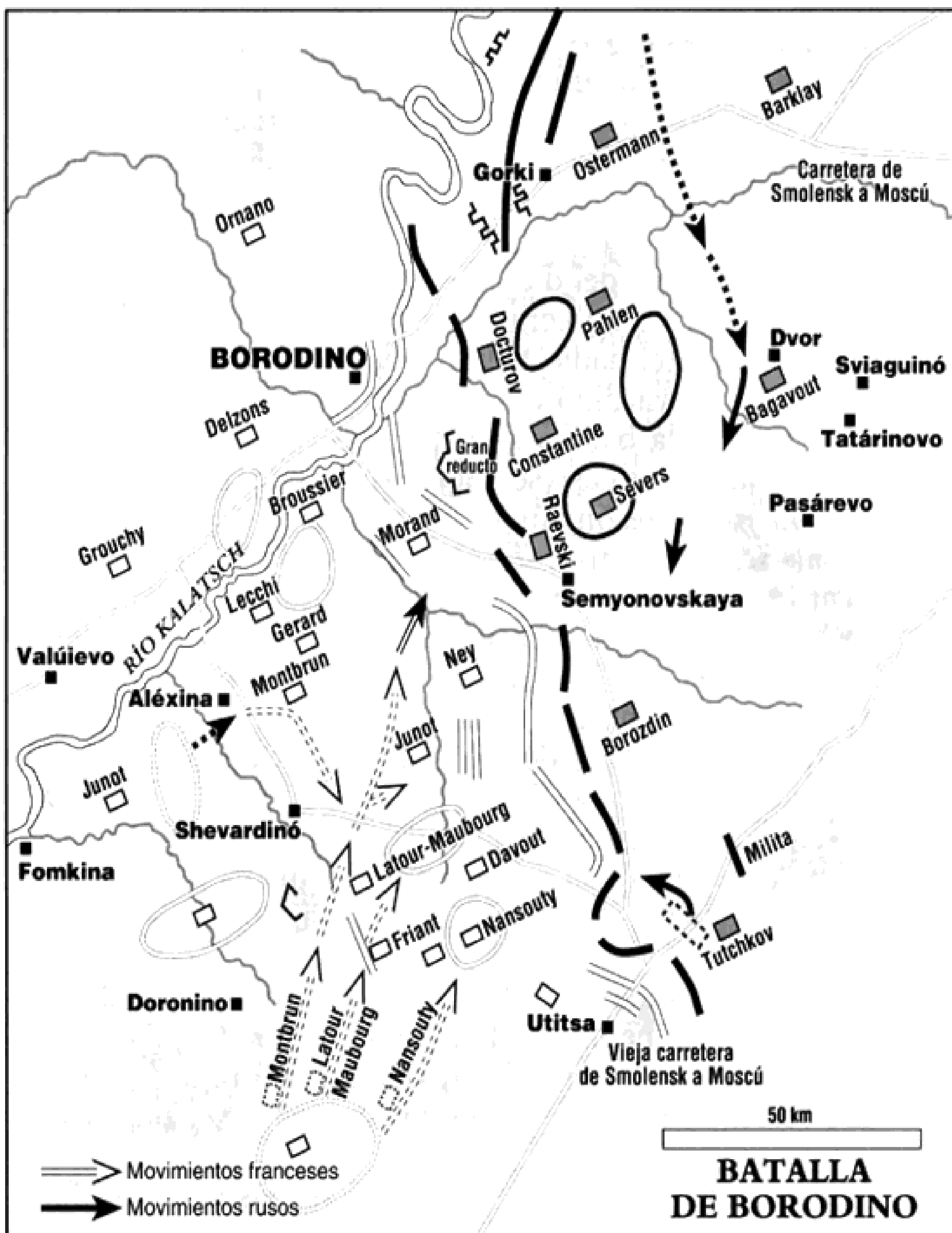
Los rusos no buscaron la mejor posición: todo lo contrario, durante la retirada abandonaron posiciones mucho mejores que la de Borodinó; y no se detuvieron en ninguna de ellas porque Kutúzov no quería aceptar una posición que él no habría escogido y porque la batalla campal no parecía aún inevitable; además no tenía fuerzas suficientes, ya que Milorádovich se retrasaba con sus milicias, aparte de otras innumerables causas. El hecho es que ciertas posiciones anteriores a la de Borodinó (donde se libró la batalla) no sólo eran mejores sino que ni siquiera podían llamarse posiciones; no eran ni más ni menos que cualquier otro lugar del Imperio ruso que pudiera señalarse por casualidad con un alfiler sobre el mapa.

Los rusos, lejos de fortificar las posiciones del campo de Borodinó, a la izquierda y en ángulo recto del camino (es decir, donde tuvo lugar la batalla), no pensaron siquiera, hasta el 25 de agosto de 1812, que el encuentro pudiera ocurrir en aquel lugar. Una prueba de ello, en primer lugar, es que al día 25 no había obras de defensa en aquel punto y las que se iniciaron el 25 no estaban terminadas el 26; otra prueba es la situación del reducto de Shevardinó, situado delante del lugar donde se libró la batalla, elección carente de todo sentido. ¿Por qué fue mejor fortificado ese reducto que cualquier otro lugar? ¿Por qué lo defendieron el día 24 hasta muy avanzada la noche, realizando los máximos esfuerzos y perdiendo seis mil hombres? Para observar al enemigo era más que suficiente una patrulla de cosacos. La tercera prueba de que no se había previsto la posición donde tuvo lugar la batalla y de que el reducto de Shevardinó no era su punto avanzado es que Barclay de Tolly y Bagration estaban convencidos, hasta el día 25, de que ese reducto constituía el flanco *izquierdo* de la posición y que

el propio Kutúzov, en su informe escrito bajo la impresión de la batalla, calificó el reducto de Shevardinó como flanco izquierdo de la posición. Sólo mucho más tarde, cuando, ya con tiempo, se escribieron circunstanciados partes de la batalla, se inventó (seguramente para justificar los errores del general en jefe, que siempre debe ser infalible) la extraña y errónea afirmación de que el reducto servía de puesto avanzado (cuando era un punto fortificado del flanco izquierdo) y que la batalla de Borodinó había sido aceptada por los rusos en una posición fortificada y escogida de antemano, cuando en realidad ocurrió en un lugar imprevisto y apenas fortificado.

De hecho, las cosas ocurrieron del siguiente modo: la posición se eligió a lo largo del Kolocha, río que divide el camino general no en ángulo recto, sino agudo, de manera que el flanco izquierdo estaba en Shevardinó y el derecho en las cercanías de la aldea de Novóie; el centro se hallaba en Borodinó, en la confluencia de los ríos Kolocha y Voina. Esta posición, cubierta por el Kolocha, corresponde a un ejército cuyo objetivo es detener a un enemigo que avanza sobre Moscú por el camino de Smolensk. Cosa evidente para quien mire el campo de Borodinó, como dicen, olvidando cómo se desarrolló la batalla.

Napoleón, que había alcanzado el día 24 la aldea de Valúievo, no descubrió (dicen las historias) las posiciones rusas de Utitsa a Borodinó (no podía verlas, puesto que no existían). No descubrió tampoco el puesto avanzado del ejército ruso, pues, persiguiendo la retaguardia rusa en el flanco izquierdo, se encontró con el reducto de Shevardinó y, de un modo completamente inopinado para los rusos, hizo pasar sus tropas al otro lado del Kolocha. Los rusos, sin tiempo para disponer la batalla campal, retiraron su ala izquierda de la posición que tenían el propósito de ocupar y en cambio ocuparon otra que no estaba ni prevista ni fortificada. Con su paso a la orilla izquierda del Kolocha, siempre a la izquierda del camino, Napoleón desplazó toda la futura batalla de derecha a izquierda (con respecto a los rusos) y la situó entre Utitsa, Semiónovskoie y Borodinó (en un campo que nada tenía de ventajoso como posición y donde iba a desarrollarse toda la batalla del día 26).



(Basado en un esquema del autor.)

Si en la tarde del día 24 Napoleón no hubiera llegado al Kolocha y no hubiera aplazado el ataque hasta la mañana siguiente, nadie habría puesto en duda que el reducto de Shevardinó era el flanco izquierdo de la posición rusa, y la batalla se habría producido tal como se esperaba. En ese caso se habría defendido, probablemente, con mayor tesón aún el reducto de Shevardinó, como flanco izquierdo ruso; se habría atacado a Napoleón en el centro o en la derecha y la batalla campal habría tenido lugar el día 24 en una posición fortificada y prevista. Pero como el ataque al flanco izquierdo ruso se produjo por la tarde, tras el repliegue de la retaguardia, es decir, inmediatamente después del combate de Gridnieva, y como los jefes rusos no podían o no tuvieron tiempo de librar la batalla decisiva en la tarde del 24, la primera y principal fase de la batalla de Borodinó estaba ya perdida desde el 24 y había de llevar a la derrota, que tuvo lugar el día 26.

Tras la pérdida del reducto de Shevardinó, en la mañana del día 25, había quedado al descubierto el flanco izquierdo y los rusos se vieron obligados a replegar el ala izquierda y fortificarla precipitadamente, estuviera donde estuviese.

Pero, además, el 26 de agosto las tropas rusas estaban al abrigo de fortificaciones débiles y no acabadas. El inconveniente de esa situación se agravó porque los generales rusos no tuvieron en cuenta un hecho ya consumado (la pérdida de la posición en el flanco izquierdo y el desplazamiento de todo el futuro campo de batalla de derecha a izquierda) y mantuvieron sus extendidas posiciones desde la aldea Novóie hasta Utitsa, que los obligó, en plena batalla, a mover sus tropas de derecha a izquierda. Así pues, la batalla de Borodinó no se produjo como se ha descrito (con intención de ocultar los errores de los generales y disminuyendo, por lo mismo, la gloria del ejército y del pueblo ruso). La batalla de Borodinó no se dio en una posición escogida y fortificada, con fuerzas muy inferiores por parte de los rusos; la batalla de Borodinó, debido a la pérdida del reducto de Shevardinó, tuvo que ser aceptada por los rusos en campo abierto, en un lugar apenas fortificado, con fuerzas dos veces inferiores a las francesas, es decir, en unas condiciones en que resultaba inconcebible no sólo combatir durante diez horas y dejar la batalla indecisa, sino evitar durante tres horas la derrota completa y la desbandada del ejército.

XX

El 25 por la mañana Pierre salió de Mozhaisk. En la abrupta y empinada cuesta que llevaba fuera de la ciudad, y ante la catedral, situada a la derecha de la cumbre, cuyas campanas anunciaban los oficios religiosos, Pierre descendió del coche y siguió a pie. Detrás bajaba un regimiento de caballería precedido de sus cantores. A su encuentro subía un convoy de carros con los heridos de la acción del día anterior. Los conductores, todos mujiks, gritaban y fustigaban a los caballos, pasando de un lado a otro. Los carros, cada uno con tres o cuatro heridos, unos echados y otros sentados, saltaban sobre las piedras que hacían de aceras en la acentuada pendiente. Los heridos, envueltos en trapos, pálidos, con los labios apretados y el ceño fruncido, se sujetaban al borde de los carros, saltaban y chocaban en los carros unos contra otros. Casi todos se quedaban mirando con curiosidad infantil e ingenua el sombrero blanco y el verde frac de Pierre.

El cochero de Pierre increpaba enfadado a los convoyes de heridos para que se mantuviesen unos tras otros. El regimiento de caballería, que bajaba desde la montaña con sus cantores, alcanzó el carruaje de Pierre, estrechando todavía más el paso. Pierre se detuvo, pegándose al borde mismo del camino excavado en la montaña. El sol no llegaba por la vertiente abrupta, hacía frío y el ambiente era húmedo. Sobre la cabeza de Pierre brillaba una clara mañana de agosto y se oía el alegre repicar de las campanas. Un carro de heridos se detuvo en el borde del camino, al lado mismo de Pierre. El carretero, un mujik calzado con *lapti*, acudió resoplando a su carro, puso una piedra bajo las ruedas traseras sin llantas y se dedicó al arreglo de los arreos de su caballejo. Un viejo soldado herido,

con el brazo vendado, que iba tras el carro, se agarró con la mano sana y se volvió a Pierre.

—Y bien, paisano, ¿nos van a dejar aquí, o nos llevan hasta Moscú?— preguntó.

Pierre iba tan abstraído que no oyó la pregunta; miraba ya al regimiento, que en aquellos momentos se cruzaba con el convoy de heridos, ya al carro detenido junto a él, sobre el que iban dos heridos sentados y uno echado.

Uno de los soldados del carro estaba seguramente herido en la cara. Tenía toda la cabeza envuelta en trapos y una de sus mejillas se le había hinchado hasta el tamaño de la cabeza de un niño; tenía desviados a un lado la boca y la nariz. El soldado miraba hacia la catedral y se santiguaba. El otro, un recluta muy joven, rubio y blanco, con delicado rostro exangüe, miraba con sonrisa bondadosa a Pierre. El tercero estaba echado sobre el vientre y no se le veía la cara. Los cantantes de la caballería pasaban al lado mismo del carro:

¡Oh! Ha perdido… la cabeza…
viviendo… en otro país…

Era una alegre canción de soldados de ritmo bailable.

Como respondiendo a la tonadilla, pero con otra clase de alegría, el sonido metálico de las campanas se desgranaba en la altura. Y con otro género de alegría, los cálidos rayos del sol acariciaban la cima opuesta de la vertiente. Pero en la parte baja, donde el carro de los heridos y el caballejo jadeante se había detenido junto a Pierre, todo seguía siendo húmedo, sombrío y triste.

El soldado de la mejilla hinchada miró irritado a los cantantes.

—¡Oh, cuánto presumen!— dijo con reproche.

—Ya no se contentan con soldados; he visto hasta mujiks— dijo a Pierre, con triste sonrisa, el soldado que iba detrás del carro. —Hoy ya no hacen distingos… Quieren caer encima con todo el pueblo. De Moscú se trata. Quieren acabar de una vez.

A pesar de la oscuridad de las palabras, Pierre comprendió lo que quería decir y afirmó con la cabeza.

El camino quedó libre. Pierre bajó la cuesta y siguió adelante.

Miraba a ambos lados del camino buscando algún rostro conocido; pero todos le eran desconocidos, militares de distintas armas que miraban con idéntico asombro su sombrero blanco y su frac verde.

Al cabo de cuatro kilómetros encontró al primer conocido: un doctor con mando en el ejército. Viajaba en una carretela en compañía de un colega. Al reconocerlo, ordenó a un cosaco, sentado en el pescante, que se detuviera.

—¡Conde! ¡Excelencia! ¿Cómo usted aquí?— preguntó.

—Pues, quería ver todo esto…

—Sí, sí, habrá mucho que ver…

Pierre echó pie a tierra y se detuvo a conversar con el doctor, explicándole su intención de tomar parte en la batalla.

El doctor le aconsejó que se dirigiera directamente al Serenísimo.

—Dios sabe dónde puede estar, nadie lo sabe— dijo el doctor cambiando una mirada con su joven colega. —Además, el Serenísimo lo conoce y lo recibirá gustosamente. Hágalo así, amigo mío.

El doctor parecía cansado y tener mucha prisa.

—Entonces, cree usted… ¡Ah! Quería preguntarle dónde está exactamente la posición— dijo Pierre.

—¿La posición? Eso no es de mi competencia. Cuando pase Tatárinovo verá que están abriendo trincheras. Suba a la colina; desde allí se ve todo.

—¿Se ve desde allí?… Si usted…

Pero el doctor lo interrumpió acercándose a su carretela.

—Lo acompañaría, pero le juro que estoy hasta aquí— y señaló la garganta. —Voy corriendo para ver al comandante del cuerpo… ¡Ya sabe cómo se hacen las cosas!… Mire, conde, mañana será la batalla y hay que contar al menos con veinte mil heridos por cada cien mil hombres. Pero ni para seis mil tenemos angarillas, camas de campaña, practicantes, médicos, medicinas. Es verdad que contamos con diez mil carros; pero necesitamos otras cosas. Y así nos tiene: arréglatelas como puedas.

Pensar que entre aquellos miles de hombres sanos, jóvenes o viejos, que con alegre curiosidad habían mirado su sombrero, veinte mil estaban

condenados a morir (quizá los mismos que ahora tenía delante) impresionó profundamente a Pierre.

“Tal vez mueran mañana. ¿Por qué piensan en algo que no sea la muerte?” Y de súbito, por una misteriosa asociación de ideas se imaginó vivamente la bajada de la cuesta de Mozhaisk, los carros de los heridos, el repique de las campanas, los rayos oblicuos del sol y las canciones de los soldados de caballería.

“Los jinetes van a la batalla, se cruzan con los heridos y no piensan un solo instante en lo que les espera; pasan ante los heridos y les guiñan el ojo. Y de todos esos hombres, veinte mil están destinados a morir. ¡Y todavía se asombran de mi sombrero! ¡Qué extraño es todo eso!” Así pensaba Pierre mientras se dirigía a la aldea de Tatárinovo.

Junto a la casa de un terrateniente, a la izquierda del camino, había numerosos coches, furgones, una muchedumbre de asistentes y centinelas. Era el Cuartel del Serenísimo.

Pero cuando llegó Pierre él no estaba y no había casi nadie del Estado Mayor. Todos habían ido a la iglesia, donde se celebraba un tedéum. Pierre siguió adelante, en dirección a Gorki.

Una vez que hubo subido la cuesta, al entrar en la pequeña calle de la aldea, Pierre vio por primera vez a los mujiks de las milicias, con cruces en los gorros y camisas blancas, que, entre animadas conversaciones y risas, trabajaban sudorosos a la derecha del camino, sobre un enorme túmulo cubierto de hierba.

Unos cavaban con palas el túmulo, otros llevaban la tierra en carretillas sobre unas tablas; otros, en fin, no hacían nada.

Dos oficiales daban órdenes. Al ver a esos mujiks divertidos aún por la novedad de su estado militar, Pierre recordó de nuevo a los heridos de Mozhaisk y comprendió lo que quería decir el soldado con su frase: *Quieren caer encima con todo el pueblo*. La vista de aquellos mujiks barbudos que trabajaban en el campo de batalla, lejos de sus tierras, con aquellas extrañas botas incómodas a las que no estaban acostumbrados, el cuello sudoroso, despechugados, mostrando el relieve de las bronceadas clavículas, impresionó a Pierre con mayor fuerza que todo lo que hasta

entonces había visto y oído sobre la importancia y solemnidad del momento que vivían.

XXI

Pierre descendió del coche y, pasando entre los campesinos que trabajaban, subió al túmulo desde el cual, según le dijera el doctor, podía contemplar el campo de batalla.

Eran las once de la mañana. El sol, hacia la izquierda y a espaldas de Pierre, alumbraba claramente, a través de un aire purísimo, el panorama que se extendía como un enorme anfiteatro.

A lo alto y hacia la izquierda, cortando ese anfiteatro, serpenteaba el camino grande de Smolensk, que atravesaba una aldea de iglesia blanca situada a quinientos pasos delante del túmulo y debajo de él (era Borodinó). Más allá el camino pasaba por un puente y seguía entre subidas y bajadas hacia la aldea de Valúievo (donde se hallaba ahora Napoleón), que podía distinguirse bien a una distancia de seis kilómetros. Detrás de Valúievo, el camino desaparecía en un bosque que amarilleaba en el horizonte. En medio de ese bosque de abedules y abetos brillaba, a la derecha del camino, la lejana cruz y el campanario del monasterio de Kolotski. En toda aquella lejanía azul, a derecha e izquierda del bosque y del camino, se veía en diversos puntos el humo de las hogueras y las masas informes de tropas rusas y francesas. A la derecha, a lo largo del Kolocha y el Moskova, el terreno era montuoso y surcado de barrancos. Entre dos desfiladeros se veían las aldeas de Bezúbovo y Zajárino. A la izquierda, el terreno era más llano, con campos de mieses y la aldea de Semiónovskoie, aún humeante después de haber sido consumida por el fuego.

Todo lo que Pierre veía a un lado y otro resultaba tan indefinido que no respondía en modo alguno a lo imaginado por él. En ninguna parte estaba el campo de batalla que esperaba ver. Sólo distinguía llanuras, tropas,

bosques, campos, hogueras humeantes, aldeas, túmulos y arroyos. Y, a pesar de lo detenidamente que examinó el panorama, no pudo encontrar las posiciones, y ni siquiera le fue posible distinguir las tropas rusas de las enemigas.

“Tendré que preguntar a alguien que esté enterado”, se dijo, y se dirigió a un oficial que contemplaba con gran curiosidad su vigorosa figura de aspecto tan poco militar.

—Me hace el favor, ¿qué aldea es la que se ve ahí delante?

—Burdinó… o algo así— dijo el oficial dirigiéndose a su camarada.

—Borodinó— corrigió el otro.

El oficial se acercó a Pierre, satisfecho, al parecer, de la oportunidad de conversar un rato.

—¿Están allí los nuestros?— preguntó Pierre.

—Sí, y algo más lejos los franceses. ¡Mire, allí puede verlos!— dijo.

—¿Dónde? ¿Dónde?— preguntó Pierre.

—Se ven a simple vista. Ahí están.

El oficial señaló con la mano los humos que aparecían a la izquierda, detrás del río, y en su rostro apareció aquella expresión severa y grave que Pierre había visto ya en muchos hombres.

—¡Ah! ¡Son los franceses! ¿Y allí?…— Pierre señaló a la izquierda del túmulo, donde se veían algunas tropas.

—Son los nuestros.

—¡Ah, los nuestros!— y Pierre indicó ahora un túmulo lejano, con un gran árbol, junto a una aldea hundida en un barranco; también allí humeaban las hogueras y se veía algo negro.

—*Él* de nuevo— dijo el oficial (era el reducto de Shevardinó). —Ayer era nuestro y hoy es de *él.*

—Entonces, ¿dónde está nuestra posición?

—¿La posición?— dijo el oficial con sonrisa satisfecha. —Puedo decírselo con seguridad, porque he sido yo quien ha construido casi todas nuestras fortificaciones. Mire: nuestro centro está en Borodinó— y señaló la aldea de la iglesia blanca, visible en primer término; —aquí está el paso sobre el Kolocha. Allí abajo, donde se ven todavía unos montones de heno segado, está el puente y nuestro centro. Ahí, nuestro flanco derecho— y

señaló muy a la derecha a lo lejos del barranco. —Por allá pasa el Moskova y cerca hemos construido tres reductos muy fuertes. Ayer el flanco izquierdo…— aquí el oficial se detuvo. —Mire, es difícil de explicar… Ayer, nuestro flanco izquierdo estaba allí, en Shevardinó, donde se ve aquel roble; pero ahora hemos desplazado hacia atrás el flanco izquierdo, ¿ve una aldea humeante? Está ahora en Semiónovskoie; y también ahí— e indicaba el túmulo de Raievski. —Pero no es probable que la batalla se dé en ese lugar. *Él* quiere engañarnos, y por eso ha hecho pasar sus tropas a esta parte del río; *él*, de seguro, tratará de envolvernos, dejando al Moskova a su derecha. Pero sea como sea, mañana muchos de nosotros no lo contaremos — concluyó el oficial. Un viejo suboficial, que se había acercado a su superior mientras éste hablaba, esperaba en silencio el final del discurso. Pero en aquel momento, disgustado sin duda por las palabras del oficial, lo interrumpió:

—Hay que ir a buscar cestones— dijo severamente.

El oficial pareció turbarse, como si comprendiera que se podía pensar que al día siguiente caerían muchos pero no fuese oportuno hablar de ello.

—Sí, bien, envía de nuevo la tercera compañía— dijo con viveza. —Y usted, ¿quién es? ¿Un doctor?

—No: vengo para ver…— respondió Pierre.

Y siguió hacia abajo, volviendo a pasar ante los milicianos.

—¡Ah! ¡Malditos!— murmuró el oficial, que lo seguía tapándose la nariz y alejándose de los mujiks.

—¡Ahí están!… La traen…, ¡ya vienen!…— dijeron de pronto algunas voces; muchos oficiales, soldados y milicianos corrieron al camino.

La procesión, que había salido de la iglesia, subía por la cuesta de Borodinó. Delante de todos, sobre el camino polvoriento, iban las bien formadas filas de los infantes, descubiertos y con el fusil bajado. Detrás de la infantería se oían cánticos religiosos.

Los soldados y los milicianos corrieron a su encuentro con la cabeza descubierta, dejando atrás a Pierre.

—¡Traen a Nuestra Santa Madre! ¡Nuestra Protectora!… ¡La Virgen de Iverisk!

—¡Es la Santa Madre de Smolensk!— corrigió otro.

Los milicianos, tanto aquellos que estaban en la aldea como los que trabajaban en la batería, tiraron sus palas y corrieron al encuentro de la procesión. Detrás del batallón que avanzaba por la polvorienta carretera iban los sacerdotes con sus casullas; uno era viejo y llevaba un alto gorro; lo acompañaban varios clérigos y chantres. Detrás de ellos, soldados y oficiales portaban un gran icono enmarcado de rostro negro. Era el icono sacado de Smolensk que desde entonces seguía al ejército. Detrás del icono, delante y alrededor de él, desde todas partes, corrían y se inclinaban profundamente, con las cabezas descubiertas, multitud de militares.

El icono se detuvo en lo alto de la loma. Los hombres que lo llevaban sobre toallas fueron sustituidos por otros. Los diáconos encendieron de nuevo los incensarios y comenzó el tedéum. Los rayos cálidos del sol caían perpendiculares; un fresco vientecillo movía los cabellos de las cabezas descubiertas y las cintas que adornaban el icono. El canto, a cielo abierto, no era muy sonoro. Una gran muchedumbre de oficiales, soldados y milicianos, todos descubiertos, rodeaba a la imagen. Detrás del sacerdote y del sacristán, en un espacio libre, se encontraban los dignatarios: un general calvo, condecorado con la cruz de San Jorge, pegado casi al sacerdote y sin santiguarse (sería un alemán), esperaba pacientemente el término de la ceremonia, a la que consideraba necesario asistir para estimular el patriotismo del pueblo ruso. Otro general, con postura militar, sacudía una mano delante del pecho y miraba en derredor. En aquel grupo de personalidades, Pierre, que se mantenía entre los mujiks, identificó a varios conocidos. Pero no era a ellos a quienes miraba; toda su atención estaba acaparada por los rostros graves y serios de aquella multitud de soldados y milicianos que, con idéntica avidez, contemplaban el icono. En cuanto los sacristanes (que cantaban el vigésimo tedéum) entonaron perezosamente y como por costumbre el “Santa Madre, salva a tus esclavos de la desventura” y el pope y el diácono cantaron el “Acudimos a ti para nuestra defensa como a una muralla indestructible”, apareció de nuevo en todos los rostros la misma conciencia de la solemnidad del instante que Pierre había observado al bajar la cuesta de Mozhaisk y, por momentos, en otros muchos rostros vistos aquella mañana; las cabezas se inclinaban más

frecuentemente; sacudían los cabellos y se oían suspiros y golpes de pecho al hacer la señal de la cruz.

De pronto la muchedumbre que rodeaba a la imagen se hizo atrás, empujando a Pierre. Alguien, seguramente un personaje muy importante a juzgar por la prisa con que le dejaban paso, se acercó al icono.

Era Kutúzov, que estaba inspeccionando las posiciones. De regreso a Tatárinovo se acercó para asistir al oficio. Pierre lo reconoció en seguida por su singular aspecto, tan diferente de todos los demás.

Con una larga levita sobre su cuerpo de enorme gordura, encorvada la espalda, al aire la cabeza canosa y el ojo blanco, sin vida, en el rostro abotargado, Kutúzov entró con su paso vacilante en el círculo que formaban los oficiales y se detuvo detrás del pope. Se santiguó mecánicamente y tocó casi con la mano el suelo al inclinar su blanca cabeza con un profundo suspiro. A sus espaldas estaban Bennigsen y el séquito. A pesar de la presencia del general en jefe, que atrajo la atención de toda la alta oficialidad, los soldados y milicianos siguieron sus oraciones, sin mirarlo apenas.

Cuando acabó el tedéum Kutúzov se acercó al icono, se arrodilló pesadamente, inclinándose hasta el suelo, y tuvo que hacer grandes esfuerzos para volver a levantarse a causa de su peso y su debilidad. Su cabeza blanca oscilaba con el esfuerzo. Por fin se puso en pie y con una expresión ingenua e infantil alargó los labios, besó el icono y se inclinó de nuevo tocando la tierra con la mano. Los generales imitaron su ejemplo, siguieron los oficiales, y, tras ellos, resoplando y empujándose unos a otros, afanosos y conmovidos, los soldados y milicianos.

XXII

Tambaleándose por los empujones recibidos en aquellas apreturas, Pierre miraba en derredor.

—¡Conde Piotr Kirílovich! ¿Cómo usted por aquí?— le gritó una voz.

Pierre miró hacia atrás.

Borís Drubetskói, frotándose las rodilleras del pantalón, que se habían ensuciado (posiblemente también él había besado la imagen), se le acercó sonriente. Iba vestido elegantemente, con cierto aire marcial: llevaba una larga levita y, lo mismo que Kutúzov, la fusta a la bandolera.

Entretanto, Kutúzov se acercó a la aldea y se sentó a la sombra de la casa más próxima en un banco que un cosaco le había traído corriendo y que otro, con la misma prontitud, había cubierto con una pequeña alfombra.

Un séquito brillante y numeroso rodeaba al general en jefe.

El icono siguió su procesión acompañado de la multitud; Pierre, conversando con Borís, se detuvo a unos treinta pasos de Kutúzov.

Pierre contó a Drubetskói sus intenciones de asistir a la batalla y ver las posiciones.

—Le diré lo que le conviene— dijo Borís. —Je vous ferai les honneurs du camp.[404] Lo verá mejor desde la otra parte, donde estará el general Bennigsen. Soy su asistente personal. Puedo hablarle, y, si usted quiere recorrer las posiciones, venga con nosotros. Ahora vamos al flanco izquierdo; después volveremos, y le ruego que me conceda el honor de aceptar mi hospitalidad esta noche; jugaremos una partida. Conoce a Dmitri Serguéievich, ¿verdad? Está aquí— y señaló la tercera casa de Gorki.

—Pero yo querría ver el flanco derecho. Dicen que está bien fortificado — dijo Pierre. —Me gustaría ver toda la posición, empezando por el río

Moskova.

—¡Oh, eso lo puede hacer más tarde! Lo principal es el flanco izquierdo…

—Bien, bien. ¿Y dónde está el regimiento del príncipe Bolkonski? ¿Podría usted indicármelo?— preguntó Pierre.

—¿De Andréi Nikoláievich? Pasaremos delante; puedo llevarlo.

—¿Qué pasa con el flanco izquierdo?

—A decir verdad y entre nous, Dios sabe en qué situación se encuentra nuestro flanco izquierdo— dijo Borís, bajando confidencialmente la voz. —El conde Bennigsen tenía pensado algo muy distinto; tenía la intención de fortificar aquel otro túmulo, de manera muy distinta… pero— y Borís se encogió de hombros— el Serenísimo no lo quiso… O tal vez le dijeron algo…

Borís no terminó de hablar porque en aquel momento se acercaba Kaisárov, ayudante de campo de Kutúzov.

—¡Ah! ¡Paisi Serguéievich!— exclamó con una sonrisa desenvuelta Borís, volviéndose a Kaisárov. —Aquí estoy tratando de explicar al conde la posición. Es asombroso cómo pudo el Serenísimo adivinar los planes de los franceses.

—¿Se refiere al flanco izquierdo?

—Sí, así es. Nuestro flanco izquierdo es ahora mucho más fuerte.

A pesar de que Kutúzov había expulsado del Estado Mayor a todo el personal superfluo, Borís encontró el modo de quedarse en el Cuartel General, colocado a las órdenes del conde Bennigsen, quien, como todos aquellos que lo conocían, lo consideraban inapreciable.

En el mando del ejército había dos partidos muy definidos: el de Kutúzov y el de Bennigsen, jefe del Estado Mayor. Borís pertenecía al segundo y nadie sabía mejor que él, sin dejar de mostrar un servil respeto hacia Kutúzov, hacer ver que el viejo lo hacía mal y que el peso de todo lo llevaba Bennigsen.

Ahora llegaba el momento decisivo de la batalla, que debía o bien acabar con Kutúzov y dar el poder a Bennigsen o, si Kutúzov vencía, demostrar que había sido Bennigsen quien lo había preparado todo. En cualquier caso, al día siguiente se distribuirían grandes recompensas, habría

cambios, ascensos, promoción de nuevos oficiales; por esta causa Borís se hallaba en un estado de extremado nerviosismo.

Después de Kaisárov se acercaron otros conocidos de Pierre, a quien le faltaba tiempo para contestar a las preguntas que se le hacían sobre Moscú y escuchar cuanto le contaban. En todos los rostros había animación o inquietud. Pero a Pierre le pareció que aquella animación se debía a motivos de orden personal. No se le iba de la cabeza la expresión que había observado en otros rostros que no reflejaban intereses personales, sino cuestiones generales relacionadas con la vida y la muerte.

Kutúzov reconoció a Pierre entre el grupo que lo rodeaba.

—Díganle que venga a verme— le dijo a un ayudante de campo.

Éste transmitió el deseo del Serenísimo y Pierre se aproximó al banco donde Kutúzov estaba sentado. Antes de que Pierre llegara, se acercó al general en jefe un soldado de milicias: era Dólojov.

—¿Cómo está ése aquí?— preguntó Pierre.

—Es un bribón que se mete en todas partes— le contestaron. —Ha sido degradado y tiene que hacerse valer: ha traído unos proyectos. Ayer noche estuvo en las avanzadas enemigas… Desde luego es un valiente…

Pierre se descubrió y se inclinó respetuosamente ante Kutúzov.

—He pensado que si exponía este proyecto a Su Alteza, podía despedirme o decirme que ya sabe de qué se trata— decía Dólojov. —Yo nada pierdo con ello…

—Bien, bien.

—Y si tengo razón, seré útil a la patria, por la que estoy dispuesto a morir.

—Bien… bien…

—Si Su Alteza necesita un hombre dispuesto a perder el pellejo, acuérdese de mí… Tal vez pueda ser útil a Su Alteza…

—Bien… bien…— repitió Kutúzov mirando a Pierre con el ojo fruncido y sonriente.

En aquel instante, Borís, con su habilidad cortesana, se colocó al lado de Pierre, cerca del general en jefe, y, con el aire más natural, como prosiguiendo una conversación, le dijo:

—Los milicianos se han puesto sus camisas limpias y blancas para prepararse a morir. ¡Qué heroísmo, conde!

Borís Drubetskói decía esto con el propósito evidente de que lo oyera el Serenísimo. Sabía que Kutúzov prestaría atención a sus palabras; y, en efecto, se volvió hacia él.

—¿Qué estás diciendo de los milicianos?

—Se preparan para morir mañana, Serenísimo; y se han puesto sus camisas blancas.

—¡Ah!… ¡Qué pueblo maravilloso, incomparable!— dijo Kutúzov; y cerrando su ojo, movió la cabeza. —¡Gente incomparable!— repitió suspirando.

—¿Y usted quiere oler la pólvora?— preguntó a Pierre. —Sí: el olor es agradable. Tengo el honor de ser admirador de su esposa. ¿Está bien? Mi campamento está a su disposición— y como ocurre con frecuencia a los viejos, Kutúzov se puso a mirar en derredor como si hubiera olvidado lo que tenía que decir.

Acordándose de pronto de lo que buscaba, llamó a Andréi Serguéievich Kaisárov, hermano de su ayudante.

—¿Cómo son aquellos versos de Marín? Esos que escribió sobre Guerákov: "Serás maestro en el Cuerpo de…". Recítalos, recítalos— dijo Kutúzov con evidente intención de divertirse.

Kaisárov los declamó… El Serenísimo, sin dejar de sonreír, movía la cabeza siguiendo el ritmo de los versos.

Cuando Pierre se apartó de Kutúzov, Dólojov se acercó a él y lo cogió del brazo.

—Me alegro mucho de verlo aquí, conde— dijo en voz alta con especial resolución y gravedad, sin preocuparse de la presencia de extraños. —En vísperas de un día en que sólo Dios sabe quién de nosotros quedará con vida, me siento dichoso de poder decirle que lamento el equívoco ocurrido entre nosotros y desearía que no me guardase rencor. Le ruego que me perdone.

Pierre miraba con una sonrisa a Dólojov, sin saber qué decir. Dólojov, con los ojos llenos de lágrimas, lo abrazó y besó.

Borís cambió unas palabras con su general, y el conde Bennigsen, volviéndose a Pierre, lo invitó a ir con él hasta la línea de combate.

—Le será muy interesante verla— dijo.

—Sí, muy interesante— repitió Pierre.

Media hora después, Kutúzov salía para Tatárinovo, y Bennigsen, con su séquito, entre el cual iba Pierre, se dirigió a inspeccionar las posiciones.

XXIII

Desde Gorki, Bennigsen bajó por el camino general hacia el puente que el oficial había indicado a Pierre, desde lo alto del túmulo, como centro de la posición junto al que había montones de hierba cortada que olía a heno. Por el puente entraron en la aldea de Borodinó; desde allí giraron hacia la izquierda y, dejando atrás una gran concentración de tropas y cañones, llegaron a un alto montículo donde los milicianos cavaban trincheras. Era un reducto al que aún faltaba el nombre, y que después fue llamado reducto de Raievski o batería del túmulo.

Pierre no prestó especial atención a ese lugar; ignoraba que para él sería el más memorable de todo el campo de Borodinó. Después, cruzando un barranco, se dirigieron a Semiónovskoie, de donde los soldados se llevaban las últimas vigas de las isbas y cobertizos; seguidamente, tras nuevas subidas y bajadas a través de los campos de centeno que parecían arrasados por el granizo, salieron a un camino nuevo, abierto por la artillería, hacia las fortificaciones que todavía se estaban haciendo en los surcos de los campos.

Bennigsen se detuvo ante esas obras para ver el reducto de Shevardinó (que el día anterior era todavía ruso), donde se veían algunos jinetes. Los oficiales afirmaban que allí estaba Napoleón o Murat. Todos miraban ávidamente aquel grupo de jinetes. Pierre también miraba, tratando de adivinar quién de aquellos hombres, apenas visibles, era Napoleón. Por último, los jinetes descendieron del túmulo y desaparecieron.

Bennigsen se volvió a un general que se le había acercado y comenzó a explicarle la posición de los rusos. Pierre prestó oídos a las palabras de Bennigsen, aguzando toda su inteligencia para comprender el plan de la próxima batalla, pero advirtió acongojado que sus facultades intelectivas no

alcanzaban a tanto. No comprendía nada. Bennigsen dejó de hablar y, dándose cuenta de la atención de Pierre, le dijo:

—Me imagino que esto no le interesa…

—¡Oh, no! Al contrario, me parece muy interesante— replicó Pierre, no del todo sincero.

Desde allí siguieron más hacia la izquierda por un camino serpenteante entre el espeso bosque de abedules pequeños. En medio de aquel bosque, una liebre de lomo oscuro y blancas patas saltó al camino delante del grupo; asustada por el ruido de tantos caballos, corrió aturdida, dando saltos por el camino, entre la atención y la risa de todos; por fin, cuando algunos gritaron tras ella, se apartó de otro salto y desapareció en el bosque. Después de caminar dos kilómetros entre el boscaje, salieron a un claro donde se hallaban las tropas del cuerpo de ejército de Tuchkov, encargadas de defender el ala izquierda.

Allí, en el extremo del flanco izquierdo, Bennigsen habló mucho y con gran ardor dio una orden que a Pierre le pareció muy importante.

Delante de las tropas de Tuchkov se elevaba una colina, no ocupada por los soldados; Bennigsen criticó en voz alta aquel error, diciendo que era una locura no ocupar un punto que dominaba el territorio y colocar las tropas debajo. Algunos generales expresaron la misma opinión. Especialmente uno, con gran ardor bélico, dijo que los habían enviado al matadero. Bennigsen, bajo su propia responsabilidad, ordenó que se ocupara la altura.

Esta orden referida al flanco izquierdo hizo dudar todavía más a Pierre sobre su capacidad para entender el arte militar. Comprendía a Bennigsen y a los generales que criticaban la posición de los soldados al pie de aquella altura y participaba de su opinión; pero precisamente por eso no podía comprender cómo aquel que había colocado a los soldados al pie de esa altura fuera capaz de cometer un error tan grande y evidente.

Pierre ignoraba que aquellas tropas no habían sido puestas allí para defender la posición, como creía Bennigsen: fueron situadas en un lugar escondido para tender una emboscada y debían permanecer allí sin ser vistas, de manera que pudieran lanzarse de improviso sobre el enemigo cuando éste avanzara. Bennigsen tampoco lo sabía y colocó las tropas

según sus particulares consideraciones, sin informar de ello al general en jefe.

XXIV

Aquel claro atardecer del 25 de agosto el príncipe Andréi yacía, apoyado en un codo, en un cobertizo derruido de la aldea de Kniazkovo, en un extremo de la posición ocupada por su regimiento. Por un hueco de la pared destrozada contemplaba la hilera de añosos abedules, con las ramas inferiores taladas, los campos con haces de avena esparcidos, los arbustos y, por encima de ellos, el humo de las hogueras de las cocinas de campaña.

Aunque su vida le pareciera ahora mezquina, inútil y penosa, se sentía tan conmovido y nervioso como siete años antes, en vísperas de la batalla de Austerlitz.

Había ya recibido y transmitido las órdenes para el combate del día siguiente. No le quedaba más por hacer. Pero los pensamientos más simples, los más claros y, por tanto, más angustiosos, no lo dejaban en paz. Sabía que la batalla del día siguiente iba a ser la más terrible de todas en las que participara; y por primera vez en su vida, sin relación alguna con nada terrenal, sin importarle nada cómo repercutiría sobre otros, pensando tan sólo en sí mismo, en su vida, la idea de morir se le presentó con una certidumbre sencilla y aterradora. Y desde la altura de esa idea, todo cuanto antes lo preocupaba y torturaba se iluminó de pronto con una luz fría y blanca, sin sombras, sin perspectivas ni contornos definidos. Toda su vida le parecía ahora como proyectada en una linterna mágica, que contempló siempre como a través de un sencillo cristal, con luz artificial. Ahora, de pronto, veía sin cristal, a la luz clara del día, todas esas imágenes burdamente pintarrajeadas. “Sí, sí, ésas son las imágenes falsas que me han conmovido, me han entusiasmado y me han hecho sufrir”, se decía reviviendo en su imaginación las principales escenas de la linterna mágica

de su vida y observándolas ahora a esa fría y blanca luz del día, a la luz de la idea clara de la muerte. “Esas son las imágenes burdamente pintadas que yo creí algo bello y misterioso: la gloria, el bien público, el amor de la mujer, la patria misma. ¡Cuán grandes me parecían! ¡Qué llenas de sentido! Y ahora, qué sencillas, pálidas y vulgares son a la luz blanca de esta mañana que siento que empieza para mí.” Tres penas principales de su vida atraían especialmente su atención: el amor por una mujer, la muerte de su padre y la invasión francesa, que se había adueñado de media Rusia. “¡El amor!… Aquella chiquilla me parecía llena de fuerzas misteriosas. ¡Cómo la amaba! Hacía poéticos proyectos basados en el amor, en la felicidad con ella… ¡Oh, qué chiquillo era!— dijo de pronto en voz alta, colérica. —¡Cómo no! Creía en un amor ideal, creía que iba a serme fiel durante un año entero de ausencia. Como la tierna paloma de la fábula, debía mustiarse al verse separada de mí. ¡Pero todo fue mucho más sencillo!… ¡Todo fue horriblemente simple y repugnante!

“También mi padre edificaba en Lisie-Gori; pensaba que todo aquello era suyo, su tierra, su vida, que eran sus mujiks, pero llegó Napoleón, y sin conocer su existencia, lo apartó del camino de un empujón como una astilla y hundió su obra y su vida entera. Y la princesa María dice que es una prueba enviada por el cielo… ¿Para qué esa prueba, cuando él ya no existe ni existirá más? ¡Él ya no está!…, ¿para quién es la prueba entonces? La patria… la pérdida de Moscú. Y mañana me matarán: tal vez ni siquiera sea un francés, sino uno de los nuestros, como el que ayer descargó su fusil junto a mi oreja. Y vendrán los franceses, me cogerán por los pies y la cabeza y me arrojarán a cualquier fosa para que no los apeste. Después surgirán nuevas formas de vida, que otros conocerán; pero no yo, pues habré dejado de existir.”

Contempló la hilera de abedules inmóviles, que con sus hojas amarillas y verdes y su corteza blanca brillaban al sol. “¡Morir! ¡Si me matan mañana!… ¡Si dejo de existir! Y que todas estas cosas sigan existiendo y que yo no esté ya…” Se imaginaba vivamente su propia ausencia de esta vida. Y los abedules con sus colores y sombras, las nubes rizosas en el cielo, el humo de las hogueras, todo parecía transformarse en algo terrible y

amenazador. Sintió un escalofrío en la espalda; se levantó rápidamente, salió del cobertizo y comenzó a caminar.

Detrás se oyeron voces.

—¿Quién está ahí?— preguntó el príncipe Andréi.

El capitán Timojin, el de la nariz colorada, ex jefe de la compañía de Dólojov y ahora, a falta de otros oficiales, jefe de un batallón, se acercó tímidamente. El ayudante y el pagador del regimiento venían detrás.

El príncipe Andréi se acercó a ellos, escuchó lo que decían acerca del servicio, dio algunas órdenes y ya iba a dejarlos marchar, cuando oyó una voz conocida.

—Que diable!— exclamó esa voz al tropezar con una pértiga.

Su propietario había tropezado contra algo.

El príncipe Andréi miró al exterior y vio a Pierre, que se acercaba; había estado a punto de caer. Al príncipe Andréi le resultaba siempre penoso encontrarse con gente de su mundo, y especialmente con Pierre, que le recordaba los momentos amargos de su última estancia en Moscú.

—¡Hola! ¿Qué te trae por aquí? No te esperaba.

Y cuando decía esas palabras, en la expresión de sus ojos y de todo su rostro más que frialdad había hostilidad. Pierre lo notó en seguida.

Se acercaba al cobertizo con la mejor disposición de ánimo, pero al ver el rostro del príncipe Andréi se sintió turbado y violento.

—He venido… sabe… he venido… esto me parece muy interesante— dijo Pierre, que aquel día había repetido muchísimas veces esa estúpida expresión. —Quería ver la batalla.

—Sí, sí. ¿Y qué dicen de la guerra los hermanos masones? ¿Cómo van a impedirla?— preguntó burlonamente el príncipe Andréi. —¡Bueno! ¿Qué hay por Moscú? ¿Qué hacen los míos? ¿Llegaron por fin?— preguntó gravemente.

—Sí, llegaron. Me lo dijo Julie Drubetskói. Fui a verlos, pero no los encontré; se habían marchado al campo.

XXV

Los oficiales querían retirarse, pero el príncipe Andréi, como si no deseara quedarse a solas con su amigo, los invitó a tomar el té en su compañía. Trajeron unos bancos y té. Los oficiales contemplaban, no sin sorpresa, la corpulencia de Pierre y escucharon sus relatos de Moscú y de la situación de la tropa, cuya línea él había visto. El príncipe Andréi guardaba silencio y su rostro era tan poco acogedor que Pierre acabó por dirigirse preferentemente al bonachón de Timojin.

—Entonces, ¿has comprendido toda la disposición de nuestras tropas? — lo interrumpió el príncipe Andréi.

—Como no soy militar, no puedo decir que lo haya comprendido todo absolutamente; sin embargo, al menos, tengo una idea de la situación general.

—Eh bien!, vous êtes plus avancé que qui que ce soit[405]— comentó el príncipe Andréi.

—¡Ah!— exclamó Pierre, perplejo, sin dejar de mirar al príncipe Andréi por encima de sus lentes: —¿Y qué me dice del nombramiento de Kutúzov?

—Que me alegró mucho— contestó Bolkonski. —Es todo lo que sé…

—¿Y qué opina usted de Barclay de Tolly? Dios sabe lo que se dice de él en Moscú. ¿Qué piensa usted de él?

—Pregúntaselo a ellos— dijo el príncipe Andréi, indicando a los oficiales.

Pierre, con la indulgente sonrisa con que todos, involuntariamente, se dirigían a Timojin, se volvió hacia él.

—Hemos visto la luz, Excelencia, con la llegada del Serenísimo— dijo Timojin tímidamente, sin dejar de mirar a su coronel.

—Pero, ¿por qué?— preguntó Pierre.

—Aunque sólo sea con respecto al pienso y a la leña. Cuando nos retiramos de Sventsiani no nos dejaron tocar nada: ni la leña, ni el heno ni otra cosa alguna. Nos vamos y *él* se queda con todo. ¿No es así, Excelencia?— preguntó al príncipe Andréi—. En nuestro regimiento procesaron a dos oficiales por actos semejantes. Pero con la llegada del Serenísimo todo eso se hizo sencillo. Hemos visto la luz…

—¿Y por qué lo prohibían?

Timojin, turbado, miró en derredor, no sabiendo qué responder a semejante pregunta. Pierre la repitió dirigiéndose al príncipe Andréi.

—Para no arruinar el país que dejábamos al enemigo— dijo el príncipe Andréi con cólera e ironía. —Un razonamiento muy sensato: no se puede permitir el saqueo ni que las tropas se acostumbren a merodear. Y en Smolensk se pensó también razonablemente que los franceses podían rebasarnos, ya que contaban con superioridad de fuerza. Pero él fue incapaz de comprender— gritó con voz aguda que no pudo reprimir— que era la primera vez que combatíamos en defensa de nuestra tierra, que las tropas estaban animadas de un sentimiento como jamás he visto, que durante dos días seguidos habíamos rechazado a los franceses, decuplicando nuestras fuerzas con esos triunfos. Dio orden de retroceder y todas las pérdidas, todos los esfuerzos fueron vanos. No fue un traidor; intentaba hacerlo todo de la mejor manera, todo lo tenía calculado: pero, por eso mismo, no sirve. No sirve precisamente ahora porque reflexiona con demasiado escrúpulo, con una exactitud exagerada, propia de un alemán. Cómo te diría… Por ejemplo: tu padre tiene un lacayo alemán; es un buen lacayo, que cumple a la perfección el servicio y satisface mejor que lo podrías hacer tú mismo todas las exigencias de su señor. Pero si tu padre está enfermo, a punto de morir, apartarás al criado y con tus propias manos inexpertas y torpes atenderás a tu padre y lo harás mejor que el otro, que podrá valer mucho, pero que es un extraño. Eso fue lo que pasó con Barclay. Mientras Rusia estaba sana y fuerte, un extranjero podía servirla y él resultaba un ministro excelente; pero cuando está en peligro, Rusia necesita uno de los suyos. Y a vosotros, allá en el Club, se os ocurrió decir que era un traidor. Pero el hecho de haberlo calumniado tendrá por consecuencia que, después,

avergonzados del insulto, lo conviertan en un héroe, o en un genio, lo que sería aún más injusto. No es más que un alemán honesto y buen cumplidor…

—Dicen, sin embargo, que es un excelente jefe militar, ¿es cierto?— preguntó Pierre.

—No entiendo qué significa eso de “excelente jefe militar”— sonrió burlonamente el príncipe Andréi.

—Un buen jefe militar es el que prevé todas las contingencias… y adivina los planes del contrario— explicó Pierre.

—¡Eso es imposible!— refutó el príncipe Andréi, como si se tratara de una cuestión ya resuelta hace tiempo.

Pierre lo miró asombrado.

—Sin embargo, se dice que la guerra es semejante al juego de ajedrez.

—Sí— dijo el príncipe Andréi, —pero con una pequeña diferencia: que en el juego, antes de cada jugada puedes reflexionar cuanto quieras; te hallas en cierta manera fuera de las condiciones del tiempo; y con la certeza de que un caballo vale siempre más que un peón, y que dos peones son más fuertes que uno solo, mientras que en la guerra, un batallón resulta a veces más fuerte que una división entera y otras más débil que una compañía. Nadie puede conocer la fuerza relativa de las tropas. Créeme— continuó, —si algo dependiera de las órdenes de los Estados Mayores, yo me habría quedado allí y daría órdenes en vez de tener el honor de servir aquí, en el regimiento, con estos señores. Porque creo firmemente que el día de mañana depende de nosotros, y no de ellos… El éxito en una batalla no ha dependido ni dependerá nunca de las posiciones, del armamento, del número; menos que nada, de las posiciones.

—Entonces, ¿de qué?

—Del sentimiento que hay en mí, en él— y señaló a Timojin —y en cualquier soldado.

El príncipe Andréi fijó sus ojos en Timojin, quien, asustado y perplejo, miraba a su jefe. Poco antes silencioso y reservado, el príncipe hablaba ahora con emoción. Era evidente que no podía retener las ideas que lo asaltaban de improviso.

—Vence en la batalla quien está firmemente decidido a ganarla. ¿Por qué perdimos la batalla de Austerlitz? Nuestras bajas eran casi iguales a las francesas; pero nos dijimos demasiado pronto que habíamos perdido la batalla y la perdimos; y nos lo dijimos porque allí ya no había motivo para luchar. Todos querían dejar lo antes posible el campo de batalla: "Hemos perdido, ¡huyamos, pues!". Si hubiésemos aguantado hasta la noche, Dios sabe qué habría ocurrido. Pero mañana no lo diremos. Tú hablas de nuestras posiciones, de que el flanco izquierdo es débil, de que el derecho está demasiado extendido; pero todo eso son tonterías; nada de eso tiene importancia. ¿Qué nos espera mañana? Cien millones de casualidades diversas tendrán que resolverse en un solo instante; se decidirá si somos nosotros los que hemos de huir o ellos, quiénes han de matar o morir. Todo lo demás es un juego. Los que te han acompañado en tu visita a las posiciones no sólo no contribuyen a la marcha general de las cosas, sino que la obstaculizan. Lo único que los ocupa son sus pequeños intereses.

—¡En semejante momento!— reprochó Pierre.

—*Sí, en semejante momento*— repitió el príncipe Andréi. —Para ellos ese mismo momento no es más que una buena ocasión para minar el terreno al enemigo y conseguir una nueva cruz o banda. Te voy a decir lo que sucederá mañana: cien mil rusos y cien mil franceses se han juntado para combatir, y el hecho es que esos doscientos mil hombres lucharán, y el que lo haga con más furor y se reserve menos será el vencedor. Y si quieres te diré que, mañana, pase lo que pase y por mucho que embrollen las cosas los de allá arriba, ganaremos; mañana, pase lo que pase, ¡ganaremos la batalla!

—¡Es la verdad, Excelencia; la verdad auténtica!— dijo Timojin. —No es hora de pensar en nuestras vidas. No querrá creerlo, pero los soldados de mi batallón no han querido beber vodka: dicen que hoy no es un día para beber.

Todos guardaron silencio.

Los oficiales se levantaron. El príncipe Andréi salió con ellos para dar las últimas órdenes a su ayudante. Cuando los oficiales se fueron, Pierre se acercó al príncipe Andréi. Quería reanudar la conversación, cuando en el camino, no muy lejos del cobertizo, sonaron los cascos de tres caballos. Al mirar hacia allí el príncipe Andréi reconoció a Wolzogen y a Klausevitz, a

quienes acompañaba un cosaco. Pasaron cerca de ellos prosiguiendo su conversación; Pierre y el príncipe Andréi oyeron, involuntariamente, las siguientes frases:

—Der Krieg muss im Raum verlegt werden. Der Ansicht kann ich nicht genug Preis geben— decía uno.[406]

—O ja— dijo la otra voz, —der Zweck ist nur den Feind zu schwächen, so kann man gewiss nicht den Verlust der Privat-Personen in Achtung nehmen.[407]

—O ja— confirmó la primera voz.

—Eso es, im Raum verlegen![408]— repitió el príncipe Andréi, resoplando, colérico, con la nariz, cuando los jinetes se hubieron alejado, —im Raum. Yo tenía a mi padre, a mi hijo y a mi hermana en Lisie-Gori. Pero a él eso no le importa. Ahí tienes lo que yo te decía. Estos señores alemanes mañana no ganarán la batalla; no harán más que emporcar todo cuanto puedan, porque en sus cabezas germanas no hay más que razonamientos que no valen un comino. No tienen en el corazón lo único necesario para mañana: lo que hay en Timojin. Le han entregado toda Europa y ahora vienen aquí a darnos lecciones. ¡Excelentes maestros!— concluyó con voz estridente.

—Entonces, ¿piensa que venceremos en la batalla de mañana?— preguntó Pierre.

—Sí, sí— dijo distraídamente el príncipe Andréi. —Sólo una cosa haría si tuviera poder para ello: no haría prisioneros. ¿Para qué? Resulta demasiado caballeresco. Los franceses han arruinado mi casa, van a destruir Moscú; me han ofendido y me ofenden a cada momento. Son mis enemigos, considero que todos son delincuentes. Timojin y el ejército entero piensan lo mismo: hay que acabar con ellos. Si son enemigos, no pueden ser amigos, digan lo que digan en Tilsitt.

—Sí, sí, estoy de acuerdo en todo— dijo Pierre, mirando al príncipe Andréi con ojos brillantes.

La cuestión que había tenido inquieto a Pierre, desde que salió de Mozhaisk, le pareció definitivamente resuelta y clara. Comprendía ahora todo el sentido y la importancia de aquella guerra y de la próxima batalla. Todo cuanto había visto aquel día, la expresión grave y severa de los rostros

con que se había encontrado al pasar, parecía iluminarse ahora con una nueva luz. Comprendió el oculto calor *latente* (como suele decirse en física) del patriotismo que existía en todas las personas que había visto y que le explicaba por qué todos ellos se preparaban a morir con tanta calma y al mismo tiempo con tanta naturalidad.

—No hay que hacer prisioneros— proseguía el príncipe Andréi. —Esto transformaría la guerra y la haría menos cruel. Nosotros hemos jugado a hacer la guerra: eso es lo que está mal; fuimos demasiado magnánimos, generosos. Magnanimidad y sensibilidad semejantes a las de la señora que se desmaya cuando ve matar a un ternero: es tan buena que no puede ver sangre; pero eso no impide que coma con excelente apetito aquel mismo ternero cuando se lo sirven en la mesa. Nos hablan de derechos de guerra, de caballerosidad, de parlamentarios, de la necesidad de compadecer a los desventurados…, etcétera. ¡Tonterías! En 1805 vi yo la caballerosidad y lo que significan los parlamentarios. Nos engañaron y nosotros los engañamos. Saquean casas ajenas; ponen en circulación billetes de banco falsos… y, lo que es peor, matan a mis hijos y a mi padre… ¡y hablan de las reglas de guerra y de magnanimidad para con el enemigo! ¡No, no hay que hacer prisioneros; hay que matar e ir a la muerte! Quien, como yo, haya llegado a pensar así, habiendo sufrido como yo…

El príncipe Andréi, quien pensaba que le era indiferente que conquistaran o no Moscú, como lo habían hecho con Smolensk, se interrumpió bruscamente al sentir un espasmo inesperado que oprimía su garganta… Dio unos pasos silenciosos, pero sus ojos seguían brillando febriles y los labios le temblaban cuando reanudó su discurso.

—Si no existiera la hipócrita generosidad en la guerra la haríamos tan sólo cuando, como ahora, merece la pena ir a una muerte segura; no habría guerra porque Pável Ivánich ha ofendido a Mijaíl Ivánich. Pero una guerra como la de ahora habría que hacerla como debe hacerse: los ejércitos ya no serían tan numerosos. Todos esos westfalianos y ciudadanos de Hesse que siguen a Napoleón no habrían venido con él a Rusia, como tampoco nosotros habríamos luchado en Austria y Prusia sin saber siquiera el motivo. La guerra no es un intercambio de cumplidos, sino la cosa más odiosa del mundo: hay que comprenderla bien, y no jugar a la guerra. Debe

aceptarse severamente esa terrible necesidad. Todo se reduce a eso. Rechazando los engaños y las mentiras, la guerra entonces se llevará con todas sus consecuencias y no será un juego; de otra manera, se convierte en el pasatiempo favorito de gentes ociosas y frívolas… El estamento militar es el más digno. ¿Y qué es la guerra? ¿Qué es necesario para triunfar en el arte militar? ¿Qué pretende el estamento militar? El fin de la guerra es el asesinato, los instrumentos de la guerra son el espionaje, la traición y su instigación, la ruina de los habitantes, el saqueo, el robo llevado a cabo para mantener a los ejércitos, el engaño y la mentira que reciben el nombre de astucia militar. La vida del estamento militar descansa en la disciplina (es decir, en la falta de libertad), en el ocio, la ignorancia, la crueldad, el libertinaje, las borracheras. Y a pesar de ello, es el estamento superior respetado por todos. Los reyes, salvo el de China, llevan uniforme militar; y quien mate más gente recibe mayores recompensas… Mañana, por ejemplo, se reúnen y acuerdan matarse unos a otros: se matan, dejan malheridos a decenas de miles y luego celebran numerosos tedéums para agradecer el haber matado a tanta gente (cuyo número llegan a aumentar) y proclaman la victoria suponiendo que cuantos más muertos, mayor el mérito. ¡Cómo puede Dios mirar y escuchar todo esto desde allá arriba!— gritó el príncipe Andréi con voz aguda. —Querido mío, últimamente la vida se me hace muy penosa. Creo que comienzo a comprender demasiado y el hombre no puede probar el fruto del árbol del bien y del mal… Aunque no será por mucho tiempo— añadió. —Pero veo que tienes sueño. Y también yo debo dormir. Vete a Gorki— dijo de pronto.

—¡Oh, no!— replicó Pierre, mirándolo con ojos asustados y llenos de cariño.

—¡Vete, vete! Antes de una batalla hay que dormir bien— repitió el príncipe Andréi. Se acercó a él rápidamente, lo besó y lo abrazó. —Adiós. Vete— exclamó. —No sé si volveremos a vernos. No…— y volviéndose con precipitación, entró en el cobertizo.

Era ya noche cerrada, y Pierre no pudo distinguir si la expresión del príncipe Andréi era colérica o tierna.

Permaneció inmóvil un rato, preguntándose si debía seguir a Bolkonski o volverse. “No, no me necesita —pensó—. Sé que éste ha sido nuestro

último encuentro.” Suspiró profundamente y emprendió la vuelta a Gorki.

El príncipe Andréi, ya en el cobertizo, se tendió sobre una alfombra, pero no pudo conciliar el sueño.

Cerró los ojos. Unas imágenes sucedían a otras; en una de ellas se detuvo con placer y durante largo rato. Recordó vivamente una velada en San Petersburgo. Natasha le contaba, alegre y emocionada, cómo, durante el verano anterior, fue en busca de setas a un bosque muy grande y se perdió en él. Describía en forma desordenada la profundidad del bosque, lo que sentía, su conversación con un apicultor, casualmente encontrado… Se interrumpía a cada instante para decir: “No, no puedo, lo cuento mal, no puede usted comprenderme…” Y, por más que él asegurara que la entendía perfectamente, como así era, Natasha volvía a sus dudas; estaba disgustada por su modo de contar, se daba cuenta de que no podía describir la profunda sensación poética experimentada el día que se perdió en el bosque. “Era encantador aquel viejo… y el bosque estaba tan sombrío… había en él tanta bondad… No, no lo sé contar”, decía nerviosa y ruborizándose. Y el príncipe Andréi sonreía ahora al recordarlo con la misma sonrisa jubilosa de entonces, cuando la miraba directamente a los ojos. “La comprendía bien —pensó—. Y no sólo eso, sino precisamente aquella espiritualidad, aquella franqueza y gracia que trascendía de su ser, era lo que yo tanto amaba… Lo que amaba y me hacía tan feliz.” Y, de pronto, recordó cómo había terminado aquel amor.

“Él no necesitaba nada de eso; *él* no veía ni comprendía nada; sólo veía en ella a una *chiquilla* bonita, joven, a la cual no se dignó unir a su suerte. ¿Y yo?… *Él* vive todavía y se siente alegre y contento.”

Como si le hubieran aplicado un hierro candente, el príncipe Andréi se puso en pie y reanudó sus paseos delante del cobertizo.

XXVI

El 25 de agosto, en víspera de la batalla de Borodinó, el prefecto del palacio imperial francés, M. de Beausset, y el coronel Fabvier llegaron para reunirse con Napoleón en su campamento de Valúievo. Procedían, el primero de París y el segundo de Madrid.

M. de Beausset, vestido con el uniforme palaciego, ordenó que, antes de que él pasara, llevaran un paquete que había traído para el Emperador y entró en la antecámara de la tienda de Napoleón, donde, charlando con los ayudantes de campo, comenzó a abrirlo.

Por su parte, Fabvier, sin entrar en la tienda, se detuvo junto a ella con algunos generales que conocía.

Napoleón no había salido aún de su cámara y estaba terminando su aseo. Entre resoplidos y carraspeos, volvía tan pronto su gruesa espalda como su carnoso pecho bajo el cepillo con que lo frotaba su ayuda de cámara. Otro ayuda, sujetando el frasco de colonia, la esparcía sobre el cuerpo bien cuidado del Emperador y lo hacía como si sólo él pudiese saber la cantidad y el lugar donde era preciso hacerlo. Los cortos cabellos de Napoleón estaban mojados y le caían revueltos sobre la frente; todo su rostro, aunque abotargado y amarillento, expresaba bienestar físico.

—Allez ferme, allez toujours…[409]— decía encogiéndose y carraspeando al ayuda de cámara que lo friccionaba.

El ayudante de campo, que había entrado en el dormitorio para informarlo sobre el número de prisioneros del día anterior, permanecía en la puerta, esperando la orden de retirarse. Napoleón, con el ceño fruncido, miró de reojo al ayudante.

—Point de prisonniers!— repitió las palabras del ayudante. —Ils se font démolir. Tant pis pour l'armée russe…— dijo. —Allez toujours, allez ferme — continuó, encorvándose y ofreciendo sus grasientos hombros. —C'est bien! Faites entrer M. de Beausset, ainsi que Fabvier[410]— dijo al ayudante, despidiéndolo con un movimiento de cabeza.

—Oui, Sire— y el ayudante de campo desapareció tras la puerta de la tienda.

Los dos ayudas de cámara vistieron rápidamente a Su Majestad. En seguida, Napoleón, con su azul uniforme de la Guardia, pasó, con pasos resueltos, a la cámara vecina.

De Beausset preparaba con precipitación el regalo que traía de parte de la Emperatriz; lo había colocado sobre dos sillas, frente a la puerta por donde debía entrar Napoleón. Pero éste se había vestido tan pronto y había entrado tan de prisa que lo encontró en plenos preparativos.

Napoleón comprendió de inmediato lo que hacían y se dio cuenta de que no habían acabado todavía. No quiso privarlos del placer de darle una sorpresa; fingió no ver a M. de Beausset y llamó a Fabvier. Escuchó con el ceño severamente fruncido y en silencio lo que le contaba sobre el valor y la fidelidad de sus tropas que combatían en Salamanca, al otro extremo de Europa, con el único pensamiento de ser dignas de su Emperador y con el solo temor de disgustarlo. El resultado de la batalla había sido desfavorable. Napoleón hizo irónicas observaciones durante el relato de Fabvier, como dando por supuesto que, en su ausencia, no podían ocurrir las cosas de otra manera.

—Debo remediarlo en Moscú— dijo. —À tantôt…[411]— añadió llamando a M. de Beausset, quien, preparada ya la sorpresa, había cubierto todo con un velo.

De Beausset se inclinó con el profundo saludo cortesano, cuya exclusiva tenían los viejos servidores de los Borbones, y avanzó tendiéndole un pliego cerrado.

Napoleón se volvió a él con gesto alegre y le tiró de la oreja.

—Se ha dado usted prisa— le dijo. —Encantado de verlo. ¿Qué se dice en París?— y su severa expresión se trocó en un gesto lleno de ternura.

—Sire, tout Paris regrette votre absence[412]— replicó De Beausset tal como debía.

Y aunque Napoleón sabía que De Beausset iba a contestar de aquella manera o de modo análogo, y aunque en sus momentos lúcidos supiese que no era verdad lo que decía, le agradó oír las palabras de De Beausset y se dignó tocarle la oreja otra vez.

—Je suis fâché de vous avoire fait faire tant de chemin— dijo.[413]

—Sire, je ne mattendais pas à moins qu'à vous trouver aux portes de Moscou— dijo De Beausset.[414]

Napoleón sonrió, y levantando distraídamente la cabeza miró a su derecha. Un ayudante de campo se deslizó hasta él con una tabaquera de oro y se la ofreció al Emperador, quien la tomó. —Sí, eso está bien para usted, que le gusta viajar— dijo llevándose el rapé a la nariz. —Dentro de tres días verá Moscú. Probablemente usted no esperaba ver una capital asiática; será un viaje agradable.

De Beausset saludó reconocido por aquella atención a su espíritu viajero (que hasta entonces ignoraba poseer).

—¡Ah! ¿Qué es eso?— preguntó Napoleón, observando que los cortesanos miraban algo cubierto con el velo.

De Beausset, con la habilidad de los palaciegos, sin volver la espalda al soberano, dio dos pasos atrás y, al mismo tiempo, retiró el velo diciendo:

—Un regalo para Vuestra Majestad, de parte de la Emperatriz.

Era el retrato pintado por Gérard, en colores vivísimos, del hijo nacido de Napoleón y la hija del Emperador de Austria, a quien todos llamaban, no se sabe por qué, "rey de Roma".

Era el retrato de un niño muy guapo de cabellos rizados y mirada semejante a la del Jesús de la Madona Sixtina; el pintor lo había representado jugando al boliche. La bola representaba el globo terrestre, y el bastoncito, en la otra mano, figuraba el cetro.

Y, aunque la intención del pintor no era muy evidente, representando al llamado rey de Roma horadando el globo terrestre con un bastoncito, la alegoría resultaba clarísima y había gustado mucho, tanto a los que habían visto el cuadro en París como a quienes lo contemplaban ahora.

—Le Roi de Rome— dijo Napoleón, señalando el retrato con un gracioso gesto de la mano. —Admirable!

Con la facilidad para cambiar de expresión que los italianos poseen, se acercó al cuadro y adoptó un aire de pensativa ternura.

Se daba cuenta de que todo cuanto hiciera y dijera en aquel momento pasaría a la historia. Y le pareció que lo mejor que podía hacer ante la imagen de su hijo que jugaba con el globo terrestre era mostrar, en contraste con su majestad, la más sencilla ternura paterna. Sus ojos se velaron de lágrimas. Avanzó un poco; echó una mirada hacia una silla (la silla se movió hacia él), tomó asiento frente al retrato, hizo un gesto y todos salieron de puntillas, dejando al gran hombre consigo mismo y con sus pensamientos.

Así permaneció cierto tiempo y, sin saber él mismo la razón, tocó con los dedos el resalto de las rugosidades del retrato, se levantó y llamó de nuevo a De Beausset y al oficial de servicio. Ordenó que colocaran el retrato delante de su tienda para no privar a la vieja Guardia, que lo rodeaba, del placer de contemplar al rey de Roma, hijo y heredero de su adorado Emperador.

Tal como esperaba, mientras desayunaba con M. de Beausset, quien se había hecho merecedor de semejante honra, ante la tienda se oían extasiadas voces de oficiales y soldados de la vieja guardia.

—Vive l'Empereur! Vive le roi de Rome! Vive l'Empereur!— gritaban.

Después del desayuno, en presencia de M. de Beausset, Napoleón dictó la orden del día para el ejército.

—Courte et énergique![415]— comentó cuando él mismo hubo leído aquel documento, escrito de una vez, sin enmienda alguna. Decía así:

> ¡Soldados! He aquí la batalla que tanto deseabais. La victoria depende de vosotros y es imprescindible para nosotros, porque nos proporcionará todo cuanto necesitamos: cómodos alojamientos y un rápido regreso a la patria. Actuad como lo hicisteis en Austerlitz, en Friedland, Vítebsk y Smolensk. ¡Que la posteridad recuerde con orgullo vuestros hechos en la

> gran batalla del Moskova, y diga de cada uno de vosotros: estuvo en la batalla por Moscú!

—Del Moskova— repitió Napoleón; e invitando a un paseo a M. de Beausset, a quien gustaba viajar, salió de la tienda hacia donde estaban ensillados los caballos.

—Votre Majesté a trop de bonté[416]— dijo De Beausset ante la invitación de acompañar al Emperador.

No sabía montar a caballo y le daba miedo hacerlo; además, habría preferido dormir. Pero Napoleón movió la cabeza y De Beausset hubo de seguirlo.

Cuando el Emperador salió de su tienda redoblaron los gritos de la Guardia, que se había reunido ante el retrato de su hijo. Napoleón frunció el entrecejo.

—Quítenlo de ahí— dijo con gesto majestuoso y lleno de gracia, señalando el retrato. —Es todavía demasiado joven para ver un campo de batalla.

De Beausset cerró los ojos, inclinó la cabeza y suspiró profundamente, dando a entender así hasta qué punto sabía comprender y apreciar las palabras del Emperador.

XXVII

Como dicen sus historiadores, Napoleón permaneció todo aquel día 25 de agosto a caballo, inspeccionando el terreno, discutiendo los proyectos que le presentaban sus mariscales y dando personalmente órdenes a sus generales.

La primitiva línea de las tropas rusas a lo largo del Kolocha se había roto y parte de ella, especialmente el flanco izquierdo, había retrocedido por la toma de Shevardinó el día 24. Esa parte del frente ya no estaba fortificada ni defendida por el río: ante ella se extendía un espacio llano y descubierto. Para cualquiera, militar o no militar, era evidente que los franceses atacarían precisamente por ese punto de la línea rusa. Diríase que para llegar a esa conclusión no se precisaba gran ingenio, ni tantas idas y venidas de Napoleón y sus mariscales, ni esa capacidad especial y superior que se llama genialidad y que tanto atribuían a Napoleón sus admiradores. Pero los historiadores que han descrito después ese acontecimiento y los hombres que rodeaban entonces a Napoleón, y él mismo, pensaban de otra manera.

Napoleón recorría el campo, contemplaba meditabundo el terreno, sacudía la cabeza en señal de aprobación o desagrado, sin manifestar a los generales que lo rodeaban el profundo cauce de las ideas que guiaban su decisión, limitándose a transmitir las conclusiones definitivas en forma de órdenes.

Después de oír la propuesta de Davout, al que llamaban duque de Eckmühl, de que era menester rebasar el ala izquierda de los rusos, Napoleón contestó que eso no debía hacerse, sin dar más explicaciones. Pero cuando el general Compans (encargado de atacar las avanzadas) propuso hacer avanzar su división por el bosque, Napoleón accedió, aunque

el llamado duque de Elchingen, es decir Ney, se permitió observar que el movimiento por el bosque era peligroso y podía desordenar la división.

Tras observar el terreno situado frente al reducto de Shevardinó, Napoleón reflexionó en silencio unos minutos y después indicó los puntos donde al día siguiente debían situarse dos baterías para cañonear las fortificaciones rusas y los lugares en los cuales, cerca de ellos, debió instalarse la artillería de campaña.

Dadas estas órdenes y otras muchas, volvió a la tienda y dictó la orden de operaciones para la batalla.

Esta orden de operaciones, de la que hablan con entusiasmo los historiadores franceses y con profundo respeto los demás, era la siguiente:

> Al amanecer, las dos nuevas baterías emplazadas durante la noche sobre el llano ocupado por el duque de Eckmühl abrirán fuego contra las baterías contrarias situadas enfrente.
>
> Al mismo tiempo, el jefe de Artillería del primer cuerpo, general Pernety, con 30 cañones de la división de Compans y con todos los obuses de las divisiones de Dessaix y Friant, avanzarán, abrirán fuego y cubrirán de granadas la batería enemiga, contra la que deben actuar: 24 cañones de la artillería de la Guardia, 30 cañones de la división de Compans y ocho de las divisiones de Friant y Dessaix, total: 62 cañones.
>
> El jefe de Artillería del tercer grupo, general Foucher, emplazará todos los morteros de los cuerpos 3.º y 8.º, en total 16, en los flancos de la batería que debe cañonear las fortificaciones de la izquierda; lo que hará un total de 40 cañones contra ese flanco.
>
> El general Sorbier, a la primera orden, atacará con todos los obuses de la artillería de la Guardia contra una u otra de las fortificaciones.
>
> Durante el cañoneo, el príncipe Poniatowski se dirigirá hacia la aldea, a través del bosque, y rebasará las posiciones enemigas.

El general Compans se moverá a través del bosque para adueñarse de la primera fortificación.

Una vez comenzada la batalla de esta manera, se darán órdenes para proceder según los movimientos del enemigo.

El cañoneo del ala izquierda comenzará en cuanto se oiga el cañoneo del flanco derecho.

Los tiradores de la división de Morand y los de la división del virrey abrirán un fuego intenso en cuanto adviertan el comienzo del ataque del flanco derecho.

El virrey ocupará la aldea de Borodinó y atravesará sus tres puentes, siguiendo la línea de las divisiones de Morand y Gérard, que, bajo su mando, se dirigirán hacia el reducto y se juntarán con las otras tropas del ejército.

Le tout se fera avec ordre et méthode,**[417]** procurando conservar el mayor número posible de tropas en reserva.

Dado en el campo imperial de Mozhaisk,
el 6 de septiembre de 1812.

Esta orden de operaciones tan confusa y embrollada —si se nos permite opinar sobre las órdenes de Napoleón sin el sacrosanto terror ante su genio — comprendía cuatro puntos, cuatro disposiciones. Y ninguna de ellas fue cumplida, ni podía serlo.

En la orden se decía *que las baterías colocadas en el punto elegido por Napoleón, más los cañones de Pernety y Foucher, en un total de 102 piezas*, abrirán fuego y cubrirán de proyectiles las fortificaciones y reductos de los rusos. Cosa que no podía hacerse, por la sencilla razón de que, desde los sitios designados por Napoleón, los proyectiles no llegaban a los rusos y aquellos 102 cañones dispararon en vano hasta que un oficial los llevó más adelante, en desacuerdo con la orden de Napoleón.

La segunda disposición era: *Poniatowski, dirigiéndose hacia la aldea a través del bosque, rebasará el ala izquierda de los rusos*. Eso no podía hacerse, ni se hizo, porque Poniatowski, al dirigirse hacia la aldea por el

bosque, se encontró con Tuchkov, que le cerró el paso, de manera que no pudo rebasar las líneas rusas.

Tercera disposición: *El general Compans avanzará por el bosque para adueñarse de la primera fortificación*. La división de Compans no conquistó la primera fortificación, sino que fue rechazada, porque al salir del bosque sus hombres debían formar bajo un fuego de metralla, que Napoleón no había previsto.

Cuarto: *El virrey ocupará la aldea* (Borodinó) *y atravesará sus tres puentes siguiendo la línea de las divisiones de Morand y Friant* (no se dice ni hacia dónde ni cuándo debían avanzar), *que, bajo su mando, se dirigirán hacia el reducto y se juntarán con las otras tropas*.

Según se puede deducir —no de ese confuso período, sino de los intentos del virrey para cumplir las órdenes—, debía avanzar a través de Borodinó hacia el reducto por la izquierda; las divisiones de Morand y de Friant debían avanzar, al mismo tiempo, desde el frente que ocupaban.

Este punto, como los demás de la orden de operaciones, no fue cumplido ni podía serlo. Una vez que el virrey hubo atravesado Borodinó, se vio rechazado hacia el Kolocha y no pudo seguir avanzando, y las divisiones de Morand y Friant no conquistaron el reducto, sino que fueron rechazadas, y sólo al final de la batalla la caballería pudo conquistarlo (algo inusitado y no previsto por Napoleón).

Así pues, ni uno solo de los puntos de la orden fue cumplido ni podía serlo. Pero como en la orden se decía que una vez empezada la batalla se darían órdenes de acuerdo con los movimientos del enemigo, cabría creer que, durante la batalla, Napoleón dio todas las órdenes oportunas y necesarias. Mas esto no fue ni podía haber sido porque durante toda la batalla Napoleón se hallaba tan lejos del campo (como se vio después) que no podía conocer la marcha de la acción ni se pudo cumplir a lo largo de ella una sola de sus órdenes.

XXVIII

Muchos historiadores aseguran que la batalla de Borodinó no fue ganada por los franceses porque Napoleón sufría un resfriado y, de no haberlo tenido, sus órdenes, antes del encuentro y durante la acción militar, habrían sido aún más geniales y los rusos habrían desaparecido *et la face du monde eût été changée.*[418] Para los historiadores que creen y admiten que Rusia se ha formado por la voluntad de un solo hombre, Pedro el Grande, y Francia se transformó de República en Imperio y los ejércitos franceses marcharon contra Rusia por voluntad de un solo hombre, Napoleón, afirmar que Rusia conservó su potencia porque el día 26 Napoleón sufría un fuerte resfriado resulta muy lógico y consecuente.

Si dependía de la voluntad de Napoleón presentar o no batalla en Borodinó, si de él dependía hacer esto o lo otro, es evidente que el resfriado, que influía en la manifestación de su voluntad, pudo haber sido la causa de la salvación de Rusia y, por consiguiente, el ayuda de cámara que el día 24 olvidó dar a Napoleón las botas impermeables fue el salvador de Rusia. Razonando así, esta conclusión es tan indiscutible como la de Voltaire cuando dijo bromeando (sin saber él mismo de qué se reía) que la noche de San Bartolomé fue debida a una indigestión de Carlos IX.

Mas para quienes no admiten que Rusia se haya formado por la voluntad de un solo hombre, Pedro I, ni que el Imperio francés y la guerra contra Rusia se debieran a la voluntad de un solo hombre, Napoleón, semejante razonamiento, además de inexacto e ilógico, es contrario a todo espíritu humano. Si nos preguntamos cuál es la causa de los acontecimientos históricos podemos decir en respuesta que su curso está predestinado, porque depende de la coincidencia de todas las

arbitrariedades humanas, de los hombres que participan en ellos, y que la influencia de Napoleón sobre el desarrollo de tales hechos no es más que externa y ficticia.

A primera vista la suposición —por extraña que pueda parecer— de que la noche de San Bartolomé, ordenada por Carlos IX, no fue un acto de su voluntad, que tan sólo le pareció haberlo ordenado y que la batalla de Borodinó, que costó la vida a ochenta mil hombres, no se debió a la voluntad de Napoleón (a pesar de que él había dado la orden de comenzar la batalla y vigilaba su curso), que tan sólo se figuraba que era él quien había dado la orden; por extraña que parezca tal suposición, la dignidad humana (que me dice que cualquier ser humano, si no superior, al menos no es inferior al gran Napoleón) obliga a admitir esta solución del problema, confirmada profusamente por investigaciones históricas.

En la batalla de Borodinó Napoleón no disparó contra nadie, ni mató a nadie; fueron sus soldados quienes lo hicieron. No era él, pues, quien mataba a los hombres.

Los soldados del ejército francés fueron a matar soldados rusos en la batalla de Borodinó no por orden de Napoleón, sino porque ése era su propio deseo. Todo aquel ejército —franceses, italianos, alemanes, polacos —, hambriento y andrajoso, debilitadas hasta el extremo sus fuerzas por las marchas, sentía, frente al ejército que le impedía el paso hacia Moscú, que *le vin était tiré et qu'il fallait le boire.*[419] Si en aquel momento Napoleón les hubiera prohibido luchar contra los rusos, lo habrían matado y habrían ido a combatir contra los rusos, porque hacerlo era una necesidad para ellos.

Cuando escucharan la orden de Napoleón, quien para consolarlos de sus heridas y de la muerte les recordaba lo que la posteridad diría de quien estuvo en la batalla de Moscú, todos gritarían: *Vive l'Empereur*!, como lo habían hecho ante el retrato del niño que perforaba el mundo con un bastoncito y como habrían gritado *Vive l'Empereur*! ante cualquier insensatez que se les dijera.

Ya no les quedaba más recurso que gritar *Vive l'Empereur*! y luchar para encontrar en Moscú el alimento y el descanso de los vencedores. Por tanto, no fue la orden de Napoleón el motivo de que mataran a sus semejantes.

Tampoco fue Napoleón quien dirigió la marcha de la batalla, ya que ninguna de sus órdenes se cumplió y durante la batalla no supo lo que sucedía delante de él. Por consiguiente, el hecho de que los hombres se mataran unos a otros no ocurrió por voluntad de Napoleón, sino por causas independientes de él; por la voluntad de cientos de miles de hombres que tomaban parte en una obra común. A Napoleón *sólo le parecía* que todo aquello se realizaba por su voluntad; y por esta causa el problema de si estaba o no resfriado no ofrece para la historia más interés que el resfriado del último soldado de intendencia.

El 26 de agosto el resfriado de Napoleón tenía menos importancia que nunca, y las afirmaciones de los historiadores de que eso había influido en las disposiciones dadas (no tan buenas como las precedentes) y en las órdenes dictadas durante la batalla (peores que las de otras veces) carecen en absoluto de fundamento.

La citada orden de operaciones no era peor —más bien era mejor— que todas las anteriores gracias a las cuales venció en otras batallas. Las imaginarias órdenes dadas durante la batalla no eran peores que las antiguas: eran las mismas de siempre. Pero han parecido peores porque la batalla de Borodinó fue la primera que no ganó Napoleón. Las más excelentes y sagaces disposiciones parecen muy malas y todo militar enterado las criticará con aire de suficiencia cuando con ellas no se gana una batalla; en cambio las órdenes más mediocres parecen excelentes y los hombres más serios consagran volúmenes y más volúmenes para demostrar las excelencias de órdenes pésimas cuando con ellas se consigue la victoria.

La orden de operaciones redactada por Weyrother para la batalla de Austerlitz fue un modelo de perfección en su género; sin embargo, todos la han condenado por exceso de perfección, por la superabundancia de detalles.

En la batalla de Borodinó, Napoleón desempeñó su papel de representante del poder tan bien o mejor que en otras batallas. No hizo nada perjudicial para el desarrollo de la acción, se atuvo a opiniones más razonables, no se embrolló ni se contradijo, no se asustó ni abandonó el campo de batalla; gracias a su tacto y buena experiencia, cumplió tranquila y dignamente su papel de jefe imaginario.

XXIX

Al volver, preocupado, de un segundo reconocimiento de las líneas, Napoleón dijo:

—Las piezas del ajedrez están situadas en el tablero, el juego empezará mañana.

Ordenó que le sirvieran un ponche y llamó a De Beausset. Habló con él sobre París y algunos cambios que pensaba realizar en la *maison de l'lmpératrice*,[420] asombrando a su interlocutor por su excelente memoria sobre todos los pequeños detalles de la Corte.

Se interesaba por bagatelas; bromeó acerca de la afición a los viajes de De Beausset y charló negligente como hace un célebre cirujano seguro de sí mismo mientras se arremanga y pone la bata y atan al enfermo en la mesa de operaciones. "Todo está en mis manos y lo tengo claro y definido en mi cabeza. Cuando llegue el momento de actuar, lo haré como ningún otro; ahora puedo bromear, y cuanto más bromee y más tranquilo esté, más seguros, tranquilos y admirados de mi genio debéis estar vosotros.

Cuando terminó su segundo vaso de ponche, Napoleón se retiró a descansar, a la espera del grave asunto que, según le parecía, lo esperaba al día siguiente.

Estaba tan interesado en la próxima acción, que no podía dormir; y aunque empeorara su resfriado, a causa de la humedad de la noche, a las dos de la madrugada, sonándose estrepitosamente, salió a la parte grande de la tienda. Preguntó si los rusos se habían marchado y le contestaron que las hogueras del enemigo continuaban en los mismos lugares. El Emperador movió la cabeza en señal de aprobación.

El edecán de servicio entró en la tienda.

—Eh, bien, Rapp, croyez-vous que nous ferons de bonnes affaires aujourd'hui?— le preguntó.[421]

—Sans ancun doute, Sire— contestó Rapp.[422]

Napoleón lo miró.

—Vous rappelez-vous, Sire, ce que vous m'avez fait l'honneur de me dire à Smolensk? Le vin est tiré, il faut le boire.[423]

Napoleón frunció el entrecejo y permaneció sentado un buen rato, con la cabeza apoyada en la mano.

—Cette pauvre armée— dijo de pronto —elle a bien diminué depuis Smolensk. La fortune est une franche courtisane, Rapp; je le disais toujours et je commence à l'éprouver. Mais la Garde, Rapp, la Garde, est-elle intacte?[424]

—Oui, Sire— respondió Rapp.

Napoleón tomó una pastilla, se la llevó a la boca y consultó el reloj. No tenía sueño y el día estaba aún lejos; tampoco podía dar nuevas órdenes para matar el tiempo, porque ya todas habían sido dadas y se estaban cumpliendo.

—A-t-on distribué les biscuits et le riz aux régiments de la Garde?— preguntó severamente.[425]

—Oui, Sire.

—Mais le riz?[426]

Rapp contestó que había transmitido las órdenes del Emperador acerca del arroz, pero Napoleón sacudió descontento la cabeza, como desconfiado de que sus órdenes hubieran sido cumplidas. Un lacayo entró con un vaso de ponche. Mandó que trajeran otro para Rapp y él bebió el suyo, en silencio, a pequeños sorbos.

—No tengo gusto ni olfato— dijo, olfateando el vaso. —Este resfriado me tiene harto. Y hablan de la medicina. ¿Qué medicina es ésta que no sabe siquiera curar un resfriado? Corvisart me dio estas pastillas, que no tienen ningún efecto. ¿Qué pueden curar los médicos? Es imposible curar nada. Nuestro cuerpo es una máquina de vivir. Para eso está organizado, ésa es su naturaleza, dejad a la vida tranquila, que se defienda por sí misma: conseguirá más que si se la paraliza abrumándola de remedios. Nuestro cuerpo es como un perfecto reloj que debe funcionar un tiempo

determinado; el relojero no tiene facultad para abrirla, no puede manejarlo sino a ciegas y con los ojos vendados. Nuestro cuerpo es una máquina de vivir, eso es todo.

Y puesto ya en la vía de las definiciones que tanto le agradaban, Napoleón formuló otra.

—¿Sabe qué es el arte militar? El arte militar consiste en ser, en determinado momento, más fuerte que el enemigo. Voilà tout.[427]

Rapp no contestó.

—Demain nous allons avoir affaire à Koutouzoff[428]— prosiguió Napoleón. —Veremos. Acuérdese de Braunau. Él mandaba el ejército y, en tres semanas, ni una sola vez montó a caballo para inspeccionar las fortificaciones. Veremos ahora.

Volvió a mirar el reloj. No eran más que las cuatro. Seguía sin sueño; había terminado el ponche y no quedaba nada que hacer. Se levantó, dio unos pasos de un lado a otro, se puso una levita de abrigo, el sombrero y salió de la tienda. La noche era oscura y húmeda. Una imperceptible niebla caía de lo alto. Las hogueras ardían débilmente por allí cerca, en la Guardia francesa; a lo lejos, a través del humo, se veía el resplandor de las rusas. Todo estaba en calma y podía oírse claramente el rumor de las tropas francesas, ya en movimiento para ocupar sus posiciones.

Napoleón se paseó delante de su tienda, mirando los fuegos y escuchando el rumor de los soldados; al pasar junto al apuesto centinela con gorro alto, que estaba de guardia a la puerta de la tienda y se había erguido como una columna negra al aparecer el Emperador, se detuvo ante él.

—¿Desde cuándo estás en el servicio?— preguntó con la habitual afectación de cariñosa y familiar rudeza militar con que siempre se dirigía a los soldados.

El centinela contestó.

—Ah! Un des vieux!…[429] ¿Habéis recibido arroz en el regimiento?

—Sí, Majestad.

Napoleón hizo un gesto con la cabeza y se alejó.

A las cinco y media se dirigió montado en su caballo a la aldea de Shevardinó.

Comenzaba a clarear, el cielo estaba limpio y sólo una nube aparecía en el este. Las hogueras, abandonadas, iban extinguiéndose en la débil luz del día.

A la derecha resonó un disparo de cañón, sordo y aislado, que acabó perdiéndose en el silencio general. Pasaron algunos minutos. Después sonó un segundo cañonazo y un tercero sacudió el aire; el cuarto y el quinto retumbaron próximos y solemnes a la derecha.

Aún no se había extinguido el eco de aquellas primeras detonaciones cuando estallaron otras, mezclándose y confundiéndose en un estruendo general.

Napoleón, acompañado por el séquito, llegó al reducto de Shevardinó y echó pie a tierra. El juego había comenzado.

XXX

Vuelto a Gorki, después de dejar al príncipe Andréi, Pierre mandó a su caballerizo que tuviera dispuestos los caballos y lo despertara a primera hora de la mañana. Acto seguido se durmió detrás de un tabique, en un rincón cedido por Borís.

Cuando Pierre se despertó a la mañana siguiente, la isba estaba sola. Los cristales de las pequeñas ventanas temblequeaban. El caballerizo, junto al lecho, lo sacudía por el hombro tratando de despertarlo.

—¡Excelencia! ¡Excelencia!— gritaba zarandeando a Pierre y sin mirarlo. Parecía haber perdido toda esperanza de conseguirlo.

—¿Qué ocurre? ¿Ya es hora? ¿Ha empezado ya?— preguntó Pierre abriendo los ojos.

—Escuche los cañonazos, todos estos señores se han ido. Hasta el Serenísimo pasó hace tiempo— dijo el caballerizo de Pierre, que había sido soldado.

Pierre se vistió rápidamente y salió deprisa fuera de la isba. El día comenzaba claro, alegre y fresco; se sentía la humedad del rocío. El sol, que acababa de salir detrás de una nube, lanzaba sus rayos, interceptados por las nubes, sobre las techumbres de las casas y el polvo del camino mojado por el rocío nocturno, sobre las paredes de las isbas, las aberturas de las vallas y los caballos de Pierre, junto a la isba. En el patio se oía estruendo de cañones. Un ayudante y un cosaco pasaron al trote.

—¡Ya es hora, conde! ¡Ya es hora!— le gritó el ayudante.

Pierre mandó al caballerizo que llevara el caballo tras él y siguió por la calle hacia el túmulo desde el cual había contemplado la víspera el campo de batalla. En lo alto había un numeroso grupo de militares; los oficiales

conversaban en francés; en medio aparecía la cabeza canosa de Kutúzov, con la blanca nuca hundida en los hombros y cubierto con su gorra blanca ribeteada de rojo. Miraba hacia el camino general con el anteojo.

Pierre subió al túmulo y quedó admirado de la belleza que tenía delante. Se trataba del mismo panorama que había contemplado con admiración el día anterior, pero ahora todo estaba cubierto de tropas y humo de los disparos; los rayos oblicuos del reluciente sol, que surgían por detrás y a la izquierda de Pierre, iluminaban en aquel claro aire matinal, matizado de luz dorada y rosácea, sombras largas y oscuras. Los bosques lejanos, que bordeaban aquel panorama, como tallados en alguna piedra preciosa verdiamarilla, se divisaban en el horizonte por la línea sinuosa de sus copas y, entre ellas, pasado Valúievo, se veía la gran carretera de Smolensk cubierta de tropas. Más próximos, se extendían dorados campos entre bosquecillos de árboles jóvenes. Por todas partes se veían tropas: enfrente, a la derecha y a la izquierda. Todo en su conjunto estaba lleno de animación, era majestuoso e inesperado. Pero lo que más sorprendió a Pierre fue la vista del campo de batalla, la aldea de Borodinó y las cañadas a los dos lados del Kolocha.

En Borodinó, sobre las orillas del Kolocha y especialmente a la izquierda, por donde entre tierras fangosas desagua el Voina, la niebla se fundía, se disipaba, y cuando, esplendoroso, salía el sol, teñía y perfilaba mágicamente todo cuanto se veía a través de sus rayos. A la niebla se había unido el humo de los disparos y a través de él penetraban también los rayos de la luz matinal, bien reflejada en el agua, bien en el rocío o en las bayonetas de los soldados que se apelotonaban en las márgenes del río y en el pueblo. A través de la neblina se divisaba la iglesia blanca y, de vez en cuando, los tejados de las isbas, grupos compactos de soldados, las verdes cajas de las municiones y los cañones. Todo se movía o parecía moverse, porque la niebla y el humo se extendían sobre todo aquel espacio. En las depresiones que velaba la niebla cerca de Borodinó, y más arriba, sobre todo hacia la izquierda de la línea de combate, entre bosques, campos y hondonadas, así como en las alturas, brotaban por sí solos incesantes chorros de humo, unas veces aislados y otras amontonados, frecuentes o

solitarios, que se inflaban y crecían, se arremolinaban y fundían en todo aquel espacio.

Esas humaredas de los disparos, sus sonidos, aunque parezca increíble, constituían la máxima belleza de todo cuanto se veía.

“¡Paf!”, y surgía una humareda redonda, densa, de tonalidades grises, liliáceas, de un blanco lechoso, y al rato se oía el sonido del disparo.

“¡Paf! ¡Paf!”, se elevaron dos humaredas, empujándose y confundiéndose; el “¡Bum! ¡Bum!” llegado a continuación confirmaba lo que habían visto los ojos.

Pierre se volvió para ver el primer humo, que había dejado de mirar cuando era una pequeña pelota compacta; ahora ocupaban su lugar globos de humo que se iban extendiendo a un lado y paf… (con parada), paf, paf, nacían otros tres, otros cuatro, siempre con iguales intervalos, bum… bum, bum, bum, bum, les respondían con esos bellos sonidos, firmes y seguros. Parecía, a veces, que esos humos corrían; otras, que estaban quietos y corrían delante de ellos los bosques, los campos, las brillantes bayonetas. A la izquierda, entre campos y matorrales, se levantaban sin cesar esas grandes columnas de humo, con sus ecos solemnes; más cerca, en las partes bajas y entre los bosques, se encendían nubecillas de humo producidas por las descargas de fusil, que no tenían tiempo de formar un globo y redondearse, seguidas de ecos más débiles: “tra… tra…tra”. Era el traqueteo de los fusiles, más frecuente, pero su sonido era más irregular, más pobre, que el estampido de los cañones, Pierre sintió deseos de hallarse en el lugar de las humaredas, entre las bayonetas relucientes, el movimiento y el ruido de las descargas. Miró a Kutúzov y su séquito para comprobar sus impresiones con las de otros. Lo mismo que él, todos contemplaban el campo de batalla y le pareció que también sentían lo mismo. En todos los rostros se reflejaba *la chaleur latente*[430] que Pierre había observado ayer y comprendido totalmente después de su conversación con el príncipe Andréi.

—Ve, querido, ve. Que Cristo te acompañe— dijo Kutúzov, sin apartar los ojos del campo de batalla, a uno de los generales que estaban a su lado.

Recibida la orden, el general pasó por delante de Pierre para descender del túmulo.

—¡Al vado!— dijo el general fría y severamente, contestando a uno de los oficiales del Estado Mayor que le preguntaba adonde iba.

“Yo también, yo también”, pensó Pierre, y siguió al general, quien montó en el caballo que le ofrecía un cosaco. Pierre se acercó a su caballerizo, que sujetaba los caballos: preguntó cuál era el más manso y montó. Se agarró a las crines y apretó los talones de los pies vueltos hacia el vientre del animal: se dio cuenta de que los lentes le resbalaban, pero no se atrevía a apartar las manos de las crines ni a soltar las bridas; así galopó detrás del general, entre las sonrisas de los oficiales de Estado Mayor que lo miraban desde el altozano.

XXXI

Cuando hubo bajado la cuesta, el general, a quien seguía Pierre, torció bruscamente a la izquierda. Pierre, al perderlo de vista, se metió a galope entre las filas de soldados de infantería que marchaban delante de él. Trató de salir hacia delante, por la izquierda o la derecha, pero por todas partes lo rodeaban los soldados, de rostros igualmente inquietos, ocupados en una labor invisible pero, al parecer, muy importante. Con gesto de malhumor y miradas interrogadoras contemplaban a aquel hombre de sombrero blanco que, sin razón alguna, los arrollaba con su caballo.

—¿Qué hace en medio del batallón?— gritó uno.

Otro empujó con la culata del fusil al caballo. Pierre se apretó contra el arzón y a duras penas pudo contener al animal, que de un salto salió delante de los soldados donde había más espacio.

Delante de él había un puente y junto a éste soldados que disparaban y otros allí apostados. Pierre se acercó a ellos. Sin saberlo, se encontraba en el puente que cruzaba el Kolocha, entre Gorki y Borodinó, que ahora atacaban los franceses (habiendo ocupado Borodinó). Pierre se dio cuenta de que tenía un puente delante y que, entre los montones de heno que había visto la víspera, a ambos lados del puente y en el prado, los soldados hacían algo en medio del humo. A pesar del incesante fuego de la fusilería, no pensó que se hallaba en pleno campo de batalla. No oía las balas que silbaban por todas partes; ni el ruido de los proyectiles que pasaban por encima de él; no veía al enemigo que estaba en la otra orilla del río y tardó mucho en ver a los muertos y heridos, pese a que muchos caían cerca de él. Miraba en derredor con una inalterable sonrisa en el rostro.

—¿Qué hace ése delante de la línea?— gritó alguien.

—¡Vete a la derecha! ¡A la izquierda!— gritaron otras voces.

Pierre se dirigió hacia la derecha y se encontró inesperadamente con un ayudante del general Raievski, a quien conocía. El ayudante miró enfadado a Pierre dispuesto a gritarle; pero al reconocerlo lo saludó con un gesto de la cabeza.

—¡Usted! ¿Cómo está aquí?— preguntó, y siguió adelante.

Pierre, que se sentía fuera de lugar e inoportuno y temía molestar una vez más, siguió al ayudante.

—¿Qué sucede aquí? ¿Puedo ir con usted?— preguntó.

—Ahora, ahora— respondió el ayudante, que se había acercado a un grueso coronel de pie en un prado para transmitirle una orden.

Cuando lo hubo hecho, se volvió a Pierre.

—¿Qué hace usted aquí, conde?— le preguntó con una sonrisa. —¿Sigue sintiendo curiosidad?

—Sí, sí— respondió Pierre.

Pero el ayudante giró su caballo y siguió adelante.

—Aquí van las cosas bien, gracias a Dios— dijo después. —Pero en el flanco izquierdo de Bagration la batalla está que arde.

—¿De verdad? ¿Por dónde queda?— preguntó Pierre.

—Venga conmigo al túmulo. Desde allí se ve bien y en la batería la cosa es aún soportable— dijo el ayudante. —¿Viene?

—Voy con usted— dijo Pierre, buscando a su caballerizo.

Sólo entonces vio por primera vez a los heridos que caminaban por sus propios pies o eran transportados en camillas. En aquel mismo pequeño prado con hileras de oloroso heno, por el que había pasado la víspera, yacía inmóvil un soldado con la cabeza torcida en una postura violenta y el chacó caído en el suelo.

—¿Por qué no lo han recogido?— empezó a decir Pierre. Pero al ver el severo rostro del ayudante que miraba hacia el mismo lugar, se calló.

Pierre no encontró a su caballerizo y siguió con el ayudante, por una vaguada, hacia el túmulo donde estaba Raievski. Su caballo seguía con dificultad a su compañero y le hacía dar frecuentes sacudidas.

—Al parecer no está acostumbrado a montar, conde— dijo el ayudante.

—No, es que… pero salta mucho— replicó Pierre, extrañado.

—¡Oh!… ¡Es que está herido— dijo el ayudante —en el brazuelo, encima de la rodilla! Seguramente ha sido un balazo. Lo felicito, conde: le baptême de feu.[431]

Después de pasar entre el humo que cubría al sexto cuerpo, por detrás de la artillería que había sido adelantada y ensordecía con sus disparos, llegaron a un pequeño bosque silencioso, fresco, que olía a otoño. Pierre y el ayudante desmontaron y se acercaron al túmulo.

—¿Está aquí el general?— preguntó el ayudante.

—Estaba hace poco. Se ha ido hacia allí— le respondieron indicándole la dirección hacia la derecha.

El ayudante se volvió hacia Pierre como si ahora no supiera qué hacer con él.

—No se preocupe usted. Iré hacia el montículo, si es que se puede— dijo Pierre.

—Sí, vaya; desde allí lo podrá ver todo y sin tanto peligro; después me acercaré a buscarlo.

Pierre se encaminó hacia la batería mientras el ayudante se alejaba. No volvió a verlo y mucho más tarde supo que aquel día el ayudante había perdido un brazo.

El túmulo al que Pierre subió era el célebre lugar (conocido después por los rusos con el nombre de baterías del túmulo o batería de Raievski y por los franceses con los nombres de *la grande redoute, la fatale redoute, la redoute du centre)*[432] en cuyas cercanías cayeron decenas de miles de hombres y que los franceses consideraban la clave de toda la posición.

El reducto constaba de un altozano en tres de cuyos lados se habían excavado zanjas.

En el terreno rodeado por las zanjas había diez cañones que disparaban a través de las aspilleras abiertas en el parapeto.

En la misma línea había otros cañones que disparaban sin descanso. Un poco más atrás se hallaba la infantería.

Cuando Pierre subió no pensó siquiera que semejante sitio, rodeado de pequeñas zanjas desde donde disparaban unos cuantos cañones, era el lugar más importante de la batalla; le pareció, al contrario (precisamente porque se encontraba él allí), que era uno de sus lugares más insignificantes.

Cuando llegó a la cumbre, Pierre se sentó en un extremo de la zanja que rodeaba la batería y con una sonrisa feliz e inconsciente contemplaba lo que ocurría en derredor. De vez en cuando se levantaba, siempre con el mismo gesto sonriente, procuraba no molestar a los soldados que se encargaban de recuperar los cañones y corrían constantemente ante él con cargas y proyectiles y se paseaba por la batería. Los cañones de esa batería, uno tras otro, disparaban sin cesar, ensordeciendo con sus estampidos y cubriendo todo de polvo y humo.

En contraste con la angustia que se percibía entre los soldados de la infantería de cobertura, en la batería, donde trabajaba un pequeño grupo de hombres, aislados de los demás por la zanja, reinaba una animación común y como familiar, que unía a todos.

La aparición de Pierre, con su figura corpulenta y tan poco militar, tocado con aquel sombrero blanco, al principio sorprendió desagradablemente a los artilleros. Los soldados, al pasar delante de él, lo miraban con extrañeza y hasta con cierto temor. El oficial jefe de la batería, un hombre alto, picado de viruelas y con largas piernas, se acercó a Pierre, como si fuera a examinar un cañón situado al borde, y lo miró con curiosidad.

Otro oficial, muy joven, de cara redonda, casi un niño, recién salido, probablemente, de la academia, que ponía toda su alma en atender los dos cañones que se le habían confiado, se acercó con aire severo a Pierre y le dijo:

—Perdone, señor, pero le ruego que deje libre el paso; aquí no se puede estar.

Los soldados, al principio, lo miraban también con desagrado, pero cuando se convencieron de que aquel hombre de sombrero blanco no hacía nada malo y permanecía tranquilamente sentado al borde del terraplén, o con tímida sonrisa dejaba cortésmente pasar a los soldados, iba y venía por la batería al alcance de las balas, con la misma calma como si estuviera en un parque, aquel sentimiento de hostil perplejidad hacia él fue transformándose poco a poco en una cariñosa y burlona simpatía, semejante a la que sienten los soldados hacia los animales, perros, gallos, cabras, etcétera, que viven en las unidades. Admitieron mentalmente a Pierre en su

familia y le dieron el sobrenombre de “nuestro señor”. Hablando de él reían cariñosamente y bromeaban a su costa.

Una granada se hundió a dos pasos de Pierre, quien, sacudiéndose la tierra del traje, miró en derredor sonriendo.

—¿Cómo es que no tiene usted miedo, señor?— le preguntó un soldado de anchos hombros y dientes muy blancos y fuertes que brillaban en medio de su rostro colorado.

—¿Acaso lo tienes tú?— preguntó a su vez Pierre.

—¿Y quién no lo tiene?— respondió el soldado. —Las balas no respetan a nadie. Como acierte, te saca las tripas fuera. ¿Cómo no vas a tenerle miedo?— dijo riendo.

Algunos soldados de rostros alegres y cariñosos rodearon a Pierre. Al parecer, no esperaban que hablara como todos, y ese descubrimiento los alegró.

—¡Nosotros somos soldados! Pero es raro ver a un señor aquí. ¡Vaya con el señor!

El oficial jovencito gritó a los soldados que rodeaban a Pierre:

—¡A vuestros puestos!

Era evidente que aquel joven oficial cumplía sus funciones por primera o segunda vez; de ahí su empeño en mostrarse exacto y formulista ante sus subordinados y superiores.

Sobre toda la extensión del campo se intensificaba el tronar de los cañones y las descargas de fusilería, especialmente a la izquierda, en las posiciones defendidas por Bagration. Pero desde el sitio donde estaba Pierre nada se podía distinguir, por la intensa humareda. Además, el interés de Pierre estaba concentrado en observar al grupo de hombres (separado de todos los demás) que estaban en la batería. La primera excitación alegre e inconsciente que le causó el aspecto y los ruidos del campo de batalla dio paso a otros sentimientos, sobre todo desde que viera al solitario soldado muerto en el pequeño prado. Ahora, sentado en el borde de la fortificación, contemplaba las caras de los hombres que lo rodeaban.

Hacia las diez ya habían tenido que llevarse a unos veinte hombres de la batería y dos cañones estaban destrozados. Los proyectiles caían allí cada vez con mayor frecuencia y llegaban, silbando, balas perdidas; pero los

hombres de la batería no les prestaban atención; por doquier seguían las bromas y las conversaciones alegres.

—¡Eh, atención!— gritó un soldado al oír que una granada se acercaba silbando.

—No es para nosotros. Es para la infantería— gritó otro riendo por encima del parapeto, dándose cuenta de que la granada había pasado de largo y caía entre las tropas de cobertura.

—Qué, ¿la conoces? —preguntó burlón un soldado a un campesino, que se había inclinado al oír el zumbido del proyectil.

Algunos soldados se reunieron junto al terraplén para ver qué ocurría delante.

—Han retirado las avanzadas— dijo uno, señalando por encima del parapeto. —Se están replegando.

—¡Vosotros a lo vuestro!— gritó un viejo suboficial. —Si se repliegan es porque tendrán que hacer algo allí.

Agarró a un soldado por los hombros y lo empujó con la rodilla. Se oyeron risas.

—¡Al quinto cañón! ¡A recuperarlo!— gritó una voz desde el extremo de la batería.

—¡Todos a una! ¡Todos a la vez!— se oyeron las alegres voces de los que cambiaban la posición de la pieza.

—Por poco se llevan el sombrero de nuestro señor— dijo el soldado bromista de rostro colorado, enseñando los dientes. —¡Qué malvada!— añadió enfadado, refiriéndose a una granada que había dado de lleno en una rueda y en la pierna de un compañero.

—¡Eh, vosotros, los listos!— reía otro soldado, señalando a los milicianos que entraban agachados en la batería para llevarse a los heridos. —¿Tenéis miedo, cuervos?

—¡Eh, cuervos!— gritaron otros a los que vacilaban delante de un artillero con la pierna segada por un proyectil. ¿No os gustan nuestras gachas?

—Bien se ve que no les gustan nada— comentaron algunos riéndose de los milicianos.

Pierre se dio cuenta de que después del estallido de cada proyectil y cada baja la animación de los soldados iba en aumento.

Como brotando de una nube borrascosa, se encendía en los rostros de todos aquellos hombres cada vez con mayor frecuencia y mayor claridad (como para contrarrestar lo que estaba sucediendo) la luz de un fuego oculto que se avivaba más y más.

Pierre no contemplaba ya el campo de batalla ni sentía interés por lo que ocurría allí; estaba absorto por completo en la contemplación de ese fuego que iba en aumento y (lo sentía) había prendido también en su ánimo.

A las diez se replegó la infantería que estaba delante de los cañones, entre las matas y a orillas del riachuelo de Kámienka. Desde lo alto de la batería se los veía retroceder llevando a los heridos sobre los fusiles. Un general llegó al túmulo con su séquito y, después de hablar con el coronel y dirigir a Pierre una iracunda mirada, volvió a bajar del altozano y ordenó a las tropas de cobertura situadas detrás de la batería que se echaran al suelo con el fin de no ser tan vulnerables a los proyectiles. A continuación, a la derecha de la batería, se oyeron redobles de tambor, voces de mando, y los soldados avanzaron.

Pierre miró por encima del parapeto. Le llamó especialmente la atención una cara. Se trataba de un oficial, muy pálido y joven, vuelto de espaldas hacia los soldados, que miraba inquieto en torno con la espada bajada en la mano.

La infantería desapareció entre la humareda y se oyeron sus prolongados gritos y continuas descargas de fusilería. Pasados unos minutos sacaron de allí gran número de heridos y parihuelas. Los proyectiles caían en la batería con mayor frecuencia; algunos soldados yacían en el suelo. Junto a los cañones, los servidores se movían con más animación aún; nadie se fijaba ya en Pierre. Un par de veces le gritaron coléricos que se apartara del camino. El jefe de la batería, con las cejas fruncidas, pasaba de una pieza a otra, a grandes zancadas. El oficialito joven, más encendido aún, seguía dando órdenes a los soldados, con mayor celo que antes. Los artilleros se pasaban de unos a otros las cargas y cumplían su misión con tensa bravura. Saltaban como movidos por resortes.

La nube que amenazaba tormenta se había acercado y en todos los rostros ardía aquel fuego cuyo estallido esperaba Pierre; ahora de pie junto al jefe de la batería oyó que el oficial jovencito, con la mano en la visera, decía:

—Mi coronel, tengo el honor de comunicarle que no tenemos ya más que ocho cargas. ¿Ordena que continuemos el fuego?

—¡Metralla!— gritó el jefe, sin contestar a la pregunta del oficial. Y siguió mirando por encima del parapeto.

De pronto sucedió algo: el joven oficial dio un grito y, encogiéndose, cayó sentado en la tierra, como un pájaro herido en pleno vuelo. Todo le pareció a Pierre extraño, confuso y sombrío.

Los proyectiles zumbaban unos tras otros y hacían blanco en el parapeto, en los soldados y en los cañones. Pierre, que antes no oía aquellos ruidos, no percibía ahora otra cosa. De un lado de la batería, hacia la derecha, corrían unos soldados con "¡hurras!" clamorosos, pero no iban hacia delante, sino que retrocedían, según le pareció a Pierre.

Un proyectil hizo blanco en el borde del parapeto, cerca del sitio donde estaba Pierre, levantando una nube de tierra. Delante de él pasó una bola negra y se incrustó en algo. Los milicianos que habían entrado en la batería retrocedieron corriendo.

El jefe gritó:

—¡Fuego de metralla!

Un suboficial se acercó al coronel y, con un cuchicheo espantado (como hace un mayordomo al anunciar a su señor que ya no queda más vino de la marca que pide), le dijo que se habían acabado las cargas.

—¡Lo que están haciendo esos canallas!— gritó el coronel, volviéndose a Pierre.

Tenía la cara sudorosa y encendida; los ojos le brillaban bajo las cejas fruncidas.

—¡Corre a las reservas!— gritó a un soldado, evitando mirar a Pierre con ira. —¡Trae cajas de municiones!

—Yo iré— dijo Pierre.

Sin contestarle, el coronel avanzó a grandes zancadas hasta el otro extremo de la batería.

—¡No disparéis!… ¡Esperad!— ordenó.

El soldado a quien había mandado en busca de municiones tropezó con Pierre.

—¡Eh, señor, éste no es sitio para usted!— dijo, y emprendió la carrera cuesta abajo.

Pierre corrió tras el soldado, dando un rodeo para evitar el sitio donde yacía el joven oficial.

Tres proyectiles, uno tras otro, volaron encima de él y cayeron delante, por los lados y detrás. Pierre bajó corriendo. “¿Adónde voy?”, pensó de pronto cuando llegaba a las verdes cajas. Se detuvo vacilante, preguntándose si debía volver o seguir adelante. De pronto, una sacudida terrible lo tiró al suelo. Al mismo tiempo cegó sus ojos el resplandor de una gran llamarada y un estampido ensordecedor fue seguido de varias explosiones. Cuando volvió en sí, estaba sentado apoyándose con las manos en la tierra; la caja de municiones que tan cerca tenía ya no estaba; sólo quedaban algunas tablas quemadas y trapos sobre la hierba renegrida. Arrastrando los restos de las varas, un caballo salió corriendo; el otro yacía igual que Pierre en la tierra y gañía de modo prolongado y estridente.

XXXII

Pierre, horrorizado, sin darse cuenta de la realidad, se puso en pie de un salto y echó a correr hacia la batería, como el único refugio que podía salvarlo de todos los horrores que lo rodeaban.

Cuando entró en la trinchera se dio cuenta de que allí no sonaban disparos, pero que unos hombres hacían algo. No tuvo tiempo de comprender quiénes eran. Vio al coronel que, de bruces sobre el parapeto, parecía mirar allá abajo. Un soldado, que recordaba de antes, intentaba deshacerse de otros hombres que lo rodeaban sujetándolo por el brazo y gritaba: "¡Hermanos!". Vio también otras cosas extrañas.

Pero no le dio tiempo de comprender que el coronel estaba muerto, que quien gritaba "¡hermanos!" era un prisionero y que ante sus ojos habían matado a otro soldado de un bayonetazo en la espalda. En cuanto entró en el recinto de la batería, un hombre delgado, de rostro amarillo, sudoroso, con uniforme azul y con la espada en la mano se adelantó hacia él gritando algo. Con un instintivo movimiento de defensa, procurando evitar el choque, pues ambos corrían sin verse, Pierre agarró a ese hombre (un oficial francés) por el cuello y el hombro. El oficial dejó caer la espada y sujetó a Pierre por el cuello.

Durante varios segundos se contemplaron con ojos asustados y confusos, sin saber qué habían hecho ni qué debían hacer. "¿Soy yo el prisionero o es él?", pensaba cada uno de ellos. Pero el oficial francés debió de creer que el prisionero era él, porque la mano fuerte de Pierre, impulsada por el involuntario miedo, lo apretaba cada vez más. El francés quiso decir algo cuando un proyectil silbó de manera espantosa a baja altura, por

encima de los dos, y Pierre tuvo la sensación de que se había llevado la cabeza del contrario por la rapidez con que éste la inclinó.

También Pierre se agachó y soltó al oficial francés. Sin pensar más en quién era el prisionero, el francés corrió atrás, a la batería; Pierre fue cuesta abajo, tropezando a cada paso con muertos y heridos que, según le parecía, lo agarraban por las piernas. Aún no había llegado al llano cuando se dio cuenta de que venía a su encuentro una compacta masa de soldados rusos; subían rápidamente hacia la batería, caían, tropezaban y lanzaban gritos jubilosos. (Se trataba del famoso ataque cuya gloria se atribuyó Ermólov, asegurando que sólo su valor y la suerte fueron los causantes de un acto tan heroico. En ese ataque, se decía, esparcía sobre el túmulo las cruces de San Jorge que llevaba en el bolsillo.)

Los franceses que se habían apoderado de la batería huyeron. Los rusos, entre clamorosos "¡hurras!", rechazaron al enemigo tan lejos de la batería que fue difícil contenerlos.

Retiraron de la batería a los prisioneros, entre los cuales había un general francés herido al que rodearon los oficiales. Una muchedumbre de soldados heridos (unos conocidos de Pierre y otros no), rusos y franceses, con las caras desencajadas por el dolor, andaban, se arrastraban o eran llevados en camillas fuera de la batería. Pierre subió al túmulo, donde estuvo más de una hora sin poder encontrar a ninguno de los miembros de aquella familia que poco antes lo había adoptado. Eran muchos los muertos desconocidos, pero pudo identificar a unos cuantos; el joven oficial seguía sentado y encogido como antes, al borde del parapeto, en medio de un charco de sangre. El soldado de la cara colorada se movía aún, pero no lo retiraban.

Pierre corrió hacia abajo.

"Ahora cesará todo; se horrorizarán de lo que han hecho", pensaba mientras seguía, sin objeto determinado, tras las filas de camillas que se alejaban del campo de batalla.

El sol, velado por la humareda, estaba todavía alto; a la izquierda, sobre todo en dirección a Semiónovskoie, algo ocurría entre el humo. El trueno continuo de las descargas de fusilería y los cañonazos, en vez de disminuir,

aumentaba desesperadamente, como un hombre que grita agotando sus últimas fuerzas.

XXXIII

La acción principal de la batalla tuvo lugar en un espacio de dos kilómetros y medio, entre Borodinó y las fortificaciones de Bagration. (Fuera de ese espacio, hacia el mediodía, los rusos pusieron en acción la caballería de Uvárov; por otra parte, más allá de Utitsa, se produjo el choque de Poniatowski con Tuchkov, pero fueron dos acciones aisladas y débiles en comparación con lo que estaba ocurriendo en el centro del campo de batalla.)

Entre Borodinó y las fortificaciones de Bagration, cerca del bosque, en un terreno descubierto y visible por ambas partes, la acción principal de la batalla se desenvolvió del modo más sencillo y sin artificio alguno. La batalla comenzó por un cañoneo recíproco de cientos de cañones.

Luego, cuando el humo se hubo extendido por todo el campo, protegidas por ello, a la derecha (del lado de los franceses), las divisiones de Dessaix y Compans atacaron las fortificaciones izquierdas rusas; y por la izquierda, los regimientos del virrey avanzaron sobre Borodinó.

El reducto de Shevardinó, donde se encontraba Napoleón, estaba a un kilómetro de las fortificaciones rusas y a más de dos, en línea recta, de Borodinó. Por eso, Napoleón no podía ver lo que estaba sucediendo allí, tanto más que el humo de las descargas, confundiéndose con la niebla, lo cubría todo. Los soldados de la división de Dessaix, que avanzaban hacia las primeras posiciones rusas, sólo fueron visibles cuando descendieron al barranco que los separaba de las fortificaciones rusas. Después, el humo de la fusilería y artillería se hizo en esas posiciones tan denso que ocultó por completo la otra vertiente del barranco. A través del humo podía distinguirse algo negro, probablemente soldados, y, a veces, el resplandor

de las bayonetas. Pero desde el reducto de Shevardinó era imposible distinguir si avanzaban o estaban inmóviles, si eran rusos o franceses.

El sol se levantó luminoso y lanzaba sus rayos oblicuos directamente al rostro de Napoleón, que miraba las fortificaciones protegiéndose los ojos con la mano. El humo cubría las posiciones contrarias, y tan pronto parecía que era el humo el que se movía como que eran soldados los que avanzaban. De vez en cuando, entre el ruido de las descargas, se oían gritos, pero era imposible comprender lo que ocurría.

Napoleón, de pie en el altozano, miraba a través de un anteojo; por el pequeño objetivo veía humo y hombres: unas veces los suyos y otras los rusos. Pero al mirar a simple vista no se daba cuenta de dónde estaba lo que acababa de ver.

Bajó del túmulo y se puso a caminar de un lado a otro. De cuando en cuando se detenía a escuchar el cañoneo y volvía los ojos hacia el campo de batalla.

Era imposible comprender lo que sucedía; no ya desde el sitio donde se hallaba Napoleón, ni desde el túmulo donde estaban algunos de sus generales, sino en las mismas avanzadas, donde tan pronto se veían, juntos como separados, rusos y franceses, soldados muertos y vivos, hombres espantados o enloquecidos. Durante varias horas, entre ininterrumpidas descargas de fusiles y cañones, tan pronto aparecían los rusos en aquel lugar como los franceses; bien soldados de infantería como de caballería. Aparecían, disparaban, chocaban unos contra otros, gritaban y retrocedían sin saber qué hacer.

Desde el campo de batalla galopaban continuamente hacia Napoleón los ayudantes que él había mandado y oficiales de órdenes de sus mariscales, que le traían informes sobre la marcha de los acontecimientos. Informes que eran falsos en su totalidad, pues en plena batalla es imposible decir qué ocurre en un momento determinado, además de que muchos de aquellos ayudantes no llegaban al verdadero terreno del combate, sino que transmitían lo que habían oído a otros, y aparte de que, mientras recorrían los dos o tres kilómetros que los separaban de Napoleón, las circunstancias habían cambiado y la noticia que llevaban ya era falsa. Un ayudante llegó de parte del virrey anunciando la caída de Borodinó y el puente de Kolocha

en manos francesas. Preguntó a Napoleón si daba la orden de atravesar el río. El Emperador ordenó que sus tropas se situaran en la otra orilla y esperaran allí. Pero no sólo cuando Napoleón daba esa orden, sino también cuando el ayudante salía de Borodinó, el puente había sido recobrado de nuevo por los rusos, que lo habían incendiado, hecho en el cual había participado Pierre al comienzo mismo de la batalla.

Otro ayudante, pálido y asustado, anunció a Napoleón que el ataque de las fortificaciones había sido rechazado, que Compans fue herido y Davout muerto. En realidad, mientras comunicaban esto al ayudante ese sector fue conquistado por otra unidad y Davout no estaba más que ligeramente herido. Guiándose por esos falsos informes, Napoleón daba órdenes que ya habían sido cumplidas antes de que él las hubiera dado o que no podían llevarse a cabo.

Los mariscales y generales que estaban más cerca del campo de batalla pero que, como Napoleón, no intervenían en ella y sólo raras veces se ponían al alcance de las balas tomaban decisiones sin consultar para nada al Emperador hacia dónde y desde dónde debían disparar, hacía dónde debía dirigirse la caballería y en qué dirección debían huir los soldados. Pero esas órdenes, igual que las de Napoleón, se ejecutaban pocas veces y muy parcialmente. De ordinario, ocurría lo contrario de lo que habían ordenado. Los soldados a los que se mandaba avanzar, al verse bajo el fuego de metralla retrocedían rápidamente; los que tenían orden de permanecer en sus puestos, cuando veían aparecer inesperadamente a los rusos, unas veces retrocedían y otras se echaban adelante, y la caballería francesa perseguía al enemigo sin haber recibido orden de hacerlo. Así, dos regimientos de caballería atravesaron el barranco de Semiónovskoie y, apenas subieron la pendiente opuesta, volvieron grupas a todo correr y regresaron a sus posiciones. Lo mismo hacían los soldados de infantería, avanzando a veces hacia un punto completamente distinto del que se les había ordenado.

Todas las órdenes para mover los cañones, desplazar las tropas de infantería, disparar o lanzar la caballería contra los rusos procedían de los jefes de unidad, que no pedían consejo, no ya a Napoleón, sino ni siquiera a Ney, Davout o Murat.

No tenían miedo al castigo por no cumplir una orden o haberla dado por su propia iniciativa, puesto que en un combate está en juego lo que el hombre más aprecia: su propia vida, y unas veces parece que la salvación está en la fuga y otras en el avance. Esos hombres procedían de acuerdo con el momento presente en el ardor de la pelea; y, en realidad, todos esos movimientos hacia delante y hacia atrás no mejoraban ni empeoraban la situación. Todas aquellas incursiones y choques recíprocos apenas los perjudicaban, ya que el daño, la muerte y la mutilación los causaban los proyectiles y las balas que volaban por todo el espacio donde esos hombres se movían alocadamente. Tan pronto como salían del espacio donde volaban proyectiles y balas, los jefes que estaban detrás de ellos los reorganizaban, recurriendo a la disciplina, y por el influjo de dicha disciplina los introducían de nuevo en la zona del fuego en la cual (debido al miedo a morir) olvidaban la disciplina y se movían por el casual estado de ánimo de la muchedumbre.

XXXIV

Los generales de Napoleón, Davout, Ney y Murat, se hallaban próximos al fuego y, en ocasiones, intervenían en la batalla y hacían entrar en acción enormes masas de soldados disciplinados. Pero, al revés de lo que había ocurrido en todas las batallas precedentes, en vez de la esperada noticia de la huida del enemigo, las ordenadas masas volvían de *allí* en desorden y asustadas. Se reorganizaban de nuevo, pero sus filas iban cada vez más diezmadas.

Hacia mediodía Murat envió un ayudante a Napoleón para pedir refuerzos.

Napoleón estaba sentado al pie del túmulo y bebía un ponche cuando el ayudante de Murat se acercó, asegurando que los rusos serían aniquilados si Su Majestad utilizaba otra división.

—¿Refuerzos?— dijo Napoleón con serio estupor, como si no comprendiera semejante palabra, mirando al ayudante, un gallardo joven que lucía sus largos cabellos negros rizados igual que Murat. "¡Refuerzos! —pensó—. ¿Qué refuerzos pueden pedir cuando tienen en sus manos a medio ejército lanzado contra el flanco débil y no fortificado de los rusos?"

—Dites au roi de Naples qu'il n'est pas midi et que je ne vois pas encore clair sur mon échiquier. Allez…— dijo gravemente.[433]

El gallardo ayudante de los largos cabellos, sin separar su mano de la visera, lanzó un profundo suspiro y volvió al galope hacia el sitio donde mataban hombres.

Napoleón se levantó; hizo llamar a Caulaincourt y Berthier y se puso a charlar con ellos sobre cosas que no tenían relación alguna con la batalla.

En plena conversación, que empezaba a interesar al Emperador, los ojos de Berthier se detuvieron en un general que, con su séquito, galopaba sobre un sudoroso caballo hacia el túmulo. Era Bélliard. Desmontó, se acercó rápidamente a Napoleón y en voz alta, con tono enérgico, le expuso la necesidad de refuerzos. Juraba por su honor que los rusos serían destruidos si el Emperador empeñaba una división más.

Napoleón se encogió de hombros y, sin contestar palabra, siguió paseando. Bélliard, con voz alta y animada, hablaba ahora con los generales del séquito imperial que lo habían rodeado.

—Es usted muy vehemente, Bélliard— dijo Napoleón acercándose de nuevo al general. —Es fácil engañarse en el calor del combate. Vaya a mirar y vuelva para informarme.

Apenas hubo marchado Bélliard, llegaba de otro sector del frente un nuevo enviado.

—Eh bien! qu'est-ce qu'il y a?[434]— preguntó Napoleón, con el tono de un hombre irritado por los repetidos impedimentos.

—Sire, le prince…— comenzó el ayudante.

—¿Pide refuerzos?— preguntó Napoleón colérico.

El ayudante inclinó afirmativamente la cabeza y se dispuso a exponer su informe. Pero el Emperador se apartó de él, dio unos pasos, se detuvo y se volvió, llamando a Berthier.

—Hay que dar reservas— dijo, separando un poco los brazos. —¿A quién mandamos? ¿Qué piensa usted?— preguntó a Berthier (a ese *oison que j'ai fait aigle*,[435] como había de llamarlo después).

—Majestad, ¿enviamos a la división de Claparède?— sugirió Berthier, que se sabía de memoria todas las divisiones, regimientos y batallones.

Napoleón asintió con un gesto de la cabeza.

Un ayudante galopó hasta donde se hallaba la división de Claparède. Poco después, la joven Guardia, que se encontraba detrás del túmulo, se puso en movimiento. Napoleón miró en silencio.

—¡No!— dijo inesperadamente a Berthier. —No puedo enviar la división de Claparède. Que vaya la de Friant.

Aunque no existía ventaja alguna en que fuera la división de Friant en vez de la de Claparède, y aun cuando causaba evidentemente una pérdida de

tiempo detener a una división ya puesta en marcha para enviar otra, la orden se cumplió fielmente. Napoleón no se daba cuenta de que para sus tropas desempeñaba el papel de un doctor que daña con sus medicinas, papel que él comprendía y censuraba con todo acierto en los demás.

La división de Friant, como las demás, desapareció en la humareda del campo de batalla. De todas partes llegaban ayudantes al galope, y todos, como si se hubiesen puesto de acuerdo, decían lo mismo. Pedían refuerzos porque los rusos no abandonaban sus posiciones y hacían *un feu d'enfer*[436] que mermaba las tropas francesas.

Napoleón permanecía sentado en una silla plegable, sumido en sus pensamientos.

M. de Beausset, aficionado a los viajes y hambriento desde la mañana, se acercó al Emperador y se atrevió a proponerle, con todo respeto, que fuera a almorzar.

—Confío en que ya puedo felicitar a Su Majestad por la victoria— dijo.

Napoleón, sin hablar, negó con la cabeza. Suponiendo que tal gesto se refería a la victoria y no al almuerzo, M. de Beausset se permitió observar con tono frívolo, no falto de respeto, que no hay motivo alguno en el mundo que impida comer cuando hay posibilidad de hacerlo.

—Allez vous…[437]— exclamó Napoleón taciturno.

Y le volvió la espalda.

Una feliz sonrisa de sincera pena, contrición y entusiasmo iluminó el rostro de M. de Beausset, que con paso ondulante se retiró hacia el grupo de los generales.

Napoleón experimentaba un penoso sentimiento parecido al que siente un afortunado jugador que dilapida locamente su dinero, ganando siempre, y de improviso —precisamente cuando ha calculado todos los riesgos del juego, todas sus posibilidades— comprende que cuanto más pensada es la jugada, más segura es su pérdida.

Las tropas eran las de siempre; los generales, los preparativos, la orden de operaciones, eran los mismos de otras veces; idéntica la *proclamation courte et énergique*; y él era el mismo, lo sabía, como sabía que ahora tenía más experiencia y habilidad que en otro tiempo; el enemigo también era el

de siempre: el de Austerlitz y Friedland. Pero el temible impulso del brazo alzado caía sin fuerza como por arte de magia.

Todos los procedimientos anteriores, siempre coronados por el éxito: la concentración de baterías sobre un mismo punto, el ataque de la reserva para romper la línea enemiga, la carga de caballería *des hommes de fer*,**[438]** todo había sido empleado ya; y lejos de proporcionar la victoria, de todas partes llegaban las mismas noticias: generales muertos o heridos, necesidad de refuerzos, imposibilidad de echar a los rusos de sus posiciones y desorganizar sus filas.

Otras veces, después de dos o tres órdenes y unas cuantas frases, los mariscales y edecanes corrían con sus felicitaciones y alegres rostros, anunciándole la captura de cuerpos de ejército completos, *des faisceaux de drapeaux et d'aigles ennemies*,**[439]** cañones y trenes regimentales; Murat no pedía más que el permiso para lanzar la caballería y apoderarse de todos los servicios de retaguardia. Así había ocurrido en Lodi y en Marengo, en Arcola, en Jena, Austerlitz y Wagram, etcétera. Pero ahora en sus ejércitos estaba sucediendo algo extraño.

A pesar de las noticias que anunciaban la conquista de las fortificaciones rusas, Napoleón veía que aquello era algo muy distinto de lo ocurrido en otras batallas. Se daba cuenta de que todos quienes lo rodeaban, hombres duchos en el arte militar, tenían el mismo sentimiento. Todos esos rostros estaban tristes; evitaban mirarse unos a otros. Sólo De Beausset podía no comprender la importancia de lo que estaba sucediendo; pero Napoleón, con su prolongada experiencia bélica, conocía bien el significado de una batalla no ganada, después de ocho horas de esfuerzo, por el ejército que ataca. Sabía que era un encuentro perdido y, tal como estaban las cosas, la más pequeña casualidad podía significar el fin para él y todo su ejército.

Cuando recordaba aquella extraña campaña de Rusia, en la que no se había ganado una sola batalla, en la cual durante dos meses no se habían tomado ni banderas, ni cañones, ni cuerpos de ejército, cuando veía los rostros preocupados de todos cuantos lo rodeaban y escuchaba sus informes —diciendo que los rusos seguían resistiendo—, se apoderaba de él un terrible sentimiento, semejante al que solía experimentar en sueños. Acudían a su mente todos los desgraciados incidentes que podían acabar

con él. Los rusos podían atacar su ala izquierda; podían destruir el centro, una bala perdida podía matarlo a él. Todo era posible. En batallas precedentes no había pensado más que en la posibilidad del éxito; mas ahora imaginaba numerosas probabilidades desgraciadas y no podía por menos de esperarlas todas. Ocurría como en un sueño en el cual un hombre ve a un malhechor que se arroja sobre él y este hombre descarga un golpe terrible sobre el agresor, un golpe, y él lo sabe, capaz de matarlo; pero su mano inerte y sin fuerzas cae como un trapo mientras el horror de una muerte inevitable lo deja indefenso.

Éste fue el horror que despertó en Napoleón la noticia de que los rusos atacaban el ala izquierda del ejército francés. Estaba sentado en un escabel debajo del túmulo, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas. Berthier se acercó y le propuso que se dirigiera a la línea de combate para darse cuenta de la situación en que estaba la batalla.

—¿Qué? ¿Qué dice? —exclamó Napoleón. —Sí, ordene que me traigan un caballo.

Montó a caballo y se dirigió a Semiónovskoie.

En medio del humo de la pólvora que se disipaba lentamente, por todas partes por donde pasaba el Emperador, entre charcos de sangre, yacían hombres y caballos, bien de uno en uno, bien en montones. Ni Napoleón ni sus generales habían visto nunca semejante horror, tal cantidad de cadáveres en un espacio tan reducido. El estruendo de los cañones, que no había cesado en diez horas seguidas dañando los oídos, daba un relieve especial a semejante visión (como la música en los cuadros vivos). Napoleón, que había subido a la colina de Semiónovskoie, vio por entre el humo hileras de hombres con uniformes a los que no estaba acostumbrado.

Eran los rusos.

En filas cerradas se hallaban detrás de Semiónovskoie y del túmulo, todas sus baterías disparaban ruidosamente, sin descanso, y cubrían de humo toda la línea de combate. No se trataba de una batalla: era una matanza continua que no podía conducir a nada ni a los rusos ni a los franceses. Napoleón detuvo su caballo y cayó de nuevo en aquella pasiva meditación de la cual lo había sacado Berthier. No podía detener lo que se consumaba ante sus ojos, en torno a él, y se consideraba guiado y dirigido

por su mano. Y por primera vez, a causa del fracaso, esa obra suya le pareció terrible e inútil.

Uno de los generales, acercándose a Napoleón, le propuso con gran respeto que empeñara en la acción a la vieja Guardia. Ney y Berthier, que estaban allí cerca de él, se miraron y sonrieron con desprecio ante la insensata propuesta de ese general.

Napoleón bajó la cabeza y guardó largo silencio.

—À huit cents lieues de la France je ne ferai pas démolir ma Garde[440] — dijo por último; y, volviendo su caballo, partió de nuevo para Shevardinó.

XXXV

Kutúzov, reclinada la cabeza blanca, con su pesado cuerpo desplomado en el mismo banco, cubierto por una alfombra donde aquella mañana lo había visto Pierre, no daba orden alguna; se limitaba a aceptar o rechazar las que le proponían.

"Sí, sí: que hagan eso", respondía a las diversas propuestas. "Sí, vete a verlo, querido", decía bien a uno, bien a otro de cuantos se acercaban a él; o bien: "No lo hagas, es mejor esperar".

Escuchaba los informes que llegaban; si daba alguna orden, era cuando así lo pedían los subordinados. Pero no parecía interesarse por el sentido de las palabras, sino sólo por la expresión de los rostros o el tono de la voz de los que hablaban con él. Su prolongada experiencia militar le enseñaba y su mente de hombre viejo le hacía entender que dirigir a cientos de miles que luchan con la muerte no lo puede hacer un hombre solo. Sabía bien que las batallas no se resuelven por las órdenes del general en jefe, ni por el sitio que ocupan las tropas, ni por el número de cañones ni por el de las bajas, sino por esa fuerza inasible que se llama espíritu y moral del ejército. Procuraba, pues, cuidar esa fuerza y guiarla hasta el límite de su poder.

La expresión general del rostro de Kutúzov era la de una atención tranquila y concentrada, que apenas podía dominar el cansancio de su cuerpo caduco y viejo.

A las once de la mañana le informaron de que las fortificaciones ocupadas por los franceses habían sido reconquistadas y que el príncipe Bagration estaba herido. Kutúzov lanzó una exclamación y movió la cabeza.

—Vete a ver al príncipe Piotr Ivánovich y entérate detalladamente de cuanto ha sucedido— dijo a un ayudante.

A continuación se dirigió al príncipe de Würtemberg, que estaba a sus espaldas.

—¿No quiere Su Alteza asumir el mando del segundo ejército?

Poco después de la partida del príncipe, y sin que le diera tiempo de llegar a Semiónovskoie, uno de sus ayudantes volvía para pedir refuerzos al Serenísimo.

Kutúzov torció el gesto y ordenó a Dojtúrov que asumiera el mando del segundo ejército, haciendo saber al príncipe que volviera a su lado, pues, según dijo, le era imposible prescindir de él en momentos tan trascendentales. Cuando llegó la nueva de la captura de Murat, los oficiales del Estado Mayor felicitaron a Kutúzov.

—Esperen, señores, esperen— dijo sonriendo. —La batalla está ganada y la captura de Murat no es nada extraordinario. Pero será mejor esperar antes de alegrarnos.

Sin embargo, mandó a un ayudante para que anunciase esa noticia a las tropas.

Cuando llegó Scherbinin del flanco izquierdo para comunicar que los franceses habían conquistado las fortificaciones y Semiónovskoie, Kutúzov, adivinando por los ruidos de la batalla y el rostro de Scherbinin que las noticias no eran buenas, se levantó como si quisiera estirar las piernas y se llevó aparte al recién venido.

—Acércate, querido, a ver si se puede hacer algo— dijo después a Ermólov.

Kutúzov estaba en Gorki en el centro de las posiciones rusas. El ataque de Napoleón contra el flanco izquierdo había sido rechazado varias veces. En el centro, los franceses no habían pasado de Borodinó. Desde el flanco izquierdo, la caballería de Uvárov los había hecho huir.

Hacia las tres de la tarde, los ataques franceses cesaron. Kutúzov leía una tensión que llegaba al máximo en los rostros de cuantos acudían del campo de batalla y de quienes estaban a su alrededor. Se mostraba satisfecho del éxito de la jornada, superior a sus cálculos. Pero las fuerzas

físicas le fallaban. Varias veces dobló la cabeza como si se le cayera y quedó adormilado. Le sirvieron la comida.

Wolzogen, aquel ayudante de campo del Emperador a quien el príncipe Andréi había oído decir que era necesario *im Raum verlegen* la guerra y al que tanto odiaba Bagration, llegó durante la comida. Venía de parte de Barclay de Tolly para informar de la situación en el flanco izquierdo. El prudente Barclay de Tolly, al ver la desbandada de los heridos y la desorganización de la retaguardia, decidió, después de sopesar las circunstancias, que la batalla estaba perdida y envió a su favorito para dar cuenta de ello a Kutúzov.

El general en jefe, que masticaba con dificultad el pollo asado, contempló a Wolzogen con una alegre y burlona mirada.

Con andar negligente y una sonrisa despectiva en los labios, Wolzogen se acercó al Serenísimo, tocándose apenas la visera. Afectaba hacia el Serenísimo cierta displicencia para dar a entender que él, militar instruido, dejaba a los rusos que convirtieran en un ídolo a un viejo inútil, pero que sabía bien con quién trataba. *"Der alte Herr* (así llamaban en confianza los alemanes a Kutúzov) *macht sich ganz bequem"*,**[441]** pensó, y, mirando con severidad los platos dispuestos delante de Kutúzov, informó al viejo señor de la situación en el flanco izquierdo, tal como Barclay se lo ordenara y como él mismo había visto y entendido.

—Todos los puntos de nuestras posiciones están en manos del enemigo y no podemos rechazarlo, porque nos faltan tropas. Los soldados huyen y es imposible contenerlos.

Kutúzov dejó de masticar. Sorprendido, como si no comprendiera lo que Wolzogen decía, miró fijamente a su interlocutor. Al observar la emoción *des alten Herrn*,**[442]** Wolzogen sonrió:

—No me consideraba con derecho de ocultar a Su Alteza lo que he visto… Las tropas están completamente desorganizadas…

—¿Lo ha visto usted? ¿Lo ha visto usted?…— gritó Kutúzov, frunciendo el ceño; se levantó y se acercó a Wolzogen. —¿Cómo se atreve usted… muy señor mío, cómo se atreve… a decirme eso a *mí*? ¡No sabe usted nada!— decía atragantándose y con gestos amenazadores de sus manos temblorosas. —Diga de mi parte al general Barclay que sus noticias

son falsas y que yo, el general en jefe, conozco mejor que él la marcha de la batalla.

Wolzogen intentó refutar algo, pero Kutúzov lo interrumpió.

—El enemigo está rechazado en el flanco izquierdo y derrotado en el derecho. Si usted no ha visto bien, señor, no se permita decir lo que no sabe. Tenga la bondad de ver al general Barclay y hágale saber mi firme propósito de atacar mañana al enemigo— concluyó severamente Kutúzov.

Todos callaban; sólo se oía la respiración jadeante del viejo general.

—Han sido rechazados en todas partes, por lo que doy las gracias a Dios y a nuestro valeroso ejército. El enemigo está vencido y mañana lo expulsaremos de nuestra sagrada tierra— dijo Kutúzov, santiguándose.

Y sollozó de pronto.

Wolzogen se encogió de hombros, torció los labios y sin decir una palabra se retiró a un lado, asombrado *über diese Eingenomenheit des alten Herrn*.[443]

—¡Aquí tienen a mi héroe!— dijo Kutúzov volviéndose a un general guapo, grueso, de cabello negro, que en aquel instante subía al túmulo. Era Raievski, quien durante todo el día había permanecido en el punto más importante del campo de Borodinó.

Según Raievski las tropas se mantenían firmes en sus posiciones y los franceses no se atrevían a seguir sus ataques.

Después de haberlo escuchado, Kutúzov preguntó:

—Vous ne pensez donc pas comme les autres que nous sommes obligés de nous retirer?[444]

—Au contraire. Votre Altesse, dans les affaires indécises c'est toujours le plus opiniâtre qui reste victorieux, et mon opinion…[445]

—¡Kaisárov!— llamó Kutúzov a su ayudante. —Siéntate y escribe la orden de operaciones para mañana. Y tú— dijo a otro ayudante —vete a la línea de combate y anuncia que mañana atacaremos.

Mientras tenía lugar esta conversación con Raievski y Kutúzov dictaba la orden, Wolzogen volvía, enviado por Barclay, para decir que el general Barclay de Tolly deseaba la confirmación por escrito de la orden del general en jefe.

Sin mirar a Wolzogen, Kutúzov mandó escribir aquella orden que el antiguo general en jefe deseaba tener para evitar, con razón, su responsabilidad personal.

Y por ese vínculo misterioso, indefinible, que mantenía en todas las tropas el mismo estado de ánimo llamado "moral del ejército", que constituye el nervio principal de la guerra, las palabras de Kutúzov y sus órdenes acerca de la batalla del día siguiente llegaron al mismo tiempo a todos los confines del ejército.

No eran ni mucho menos las mismas palabras, no era la orden misma la que se transmitía por todos los escalones de esa cadena. Ni siquiera nada parecido a lo dicho por Kutúzov era lo que se contaban unos a otros en diversos confines del ejército. Sin embargo, el sentido de sus palabras se extendía por doquier; lo que él dijo no era producto de astutas consideraciones, sino la proyección de los sentimientos que yacían en el corazón del general en jefe lo mismo que en el corazón de todo ruso.

Al saber que al día siguiente atacarían al enemigo y al oír en las esferas superiores del ejército la confirmación de lo que todos querían creer, aquellos hombres agotados y vacilantes se consolaban y animaban.

XXXVI

El regimiento del príncipe Andréi figuraba entre las reservas que hasta las dos de la tarde permanecieron inactivas detrás de la aldea de Semiónovskoie, bajo el violento fuego de la artillería. A eso de las dos, el regimiento, que había perdido ya más de doscientos hombres, recibió la orden de avanzar por los pisoteados campos de avena, en el espacio comprendido entre la aldea de Semiónovskoie y el túmulo donde estaba emplazada la batería; en el transcurso de la mañana, miles de hombres habían muerto y, sobre ellos, a última hora, se había concentrado el fuego de cientos de cañones enemigos.

Sin moverse de aquel lugar y sin disparar un solo tiro, el regimiento perdió otra tercera parte de sus hombres. Más adelante, y sobre todo hacia la derecha, en medio de la humareda que no acababa de disiparse, los cañones seguían tronando y desde la misteriosa cortina de humo que cubría todo el terreno volaban sin descanso los proyectiles y las granadas con su lento silbido.

A veces, como para conceder una tregua, durante un cuarto de hora todos los proyectiles y granadas pasaban de largo; pero a veces, en un minuto, el regimiento perdía unos cuantos hombres y a cada instante había que retirar los muertos y heridos.

A cada nueva descarga, los que todavía no habían sido alcanzados tenían menos probabilidades de salir ilesos. El regimiento estaba distribuido en columnas de batallón con intervalos de trescientos pasos; a pesar de ello predominaba en todos idéntico estado de ánimo. Estaban silenciosos y sombríos. Raras veces se anudaba una conversación entre las filas y las palabras cesaban cada vez que sonaba un estampido o los gritos que

reclamaban las camillas. Gran parte del tiempo, y de acuerdo con lo ordenado, los soldados estuvieron sentados en la tierra. Uno se quitaba el chacó y deshacía los pliegues con cuidado, para volverlos a componer, después se descalzaba, ajustaba mejor los peales y volvía a calzarse; otro limpiaba la bayoneta con un puñado de arcilla seca desmenuzada en las palmas de la mano; otro se aflojaba y volvía a apretar el correaje; más allá, algunos construían pequeñas casitas con paja; todos parecían absortos en sus ocupaciones. Cuando alguno caía herido o muerto y aparecían las camillas, o cuando volvían los soldados o, a través del humo, se veían grandes masas enemigas, ninguno prestaba atención. Mas si la caballería o la artillería pasaban cerca, cuando se percibía el movimiento de la infantería rusa, por todas partes se oían animosas expresiones. Pero eran acontecimientos absolutamente extraños, sin relación alguna con la batalla, los que provocaban la mayor atención. El interés de aquella gente, moralmente extenuada, parecía concentrarse sobre esos objetos ordinarios de la vida. Una batería pasó delante del regimiento. En uno de los armones un caballo de refuerzo enredó el tirante de una caja de munición; esto bastó para que de todas partes gritaran:

—¡Eh, tú! ¡Ojo con el caballo!… ¡Suéltalo! ¡Se caerá!… ¡Eh!… No ven nada.

Otra vez, la atención general fue atraída por un perrillo oscuro, de cola levantada, que venía no se sabía de dónde y se mezcló con un trotecillo inquieto entre las filas; de pronto, asustado por una granada que estalló muy cerca, dejó escapar un aullido y, con el rabo entre piernas, huyó de allí. En todo el regimiento estallaron gritos y risotadas.

Pero las distracciones así no duraban más que un momento, y aquellos hombres llevaban allí más de ocho horas sin comer, inactivos, bajo el incesante horror de la muerte, y sus rostros se tornaban cada vez más pálidos y sombríos.

También el príncipe Andréi estaba pálido y sombrío como todos los hombres de su regimiento. Con las manos a la espalda y la cabeza baja iba de un lado a otro del prado hasta un cercano campo de avena. Nada tenía que hacer ni ordenar. Todo se hacía por sí mismo. Retiraban del frente a los muertos, se llevaban a los heridos y las filas volvían a cerrarse. Si los

soldados se alejaban un poco, volvían rápidamente a sus puestos. El príncipe Andréi, creyendo su primera obligación animar a sus hombres y darles ejemplo, permaneció al principio entre las filas, hasta que se convenció de que nada tenía que enseñarles. Todas las potencias de su alma, como ocurría a cada soldado, estaban concentradas, sin él mismo advertirlo, en el esfuerzo de no pensar en el horror de la situación en que se encontraban. Caminaba por el prado, arrastrando las piernas, rozando las hierbas y mirando el polvo que cubría sus botas. Ya daba grandes zancadas, procurando poner los pies en las huellas dejadas por los segadores, ya contaba sus propios pasos, calculando cuántas veces debía pasar de una linde a otra para hacer un kilómetro; en ocasiones cortaba una flor de ajenjo que salía en la linde, la frotaba entre las manos y aspiraba su perfume fuerte y amargo. Nada quedaba ya de todo el esfuerzo intelectual de la víspera. No pensaba en nada. Con oído fatigado escuchaba siempre el mismo ruido, distinguiendo el silbido de los proyectiles del estruendo de los disparos de fusil, observaba los rostros conocidos de los soldados del primer batallón y esperaba. "Ésa… también es para nosotros", pensaba al oír el zumbido que se acercaba desde la zona cubierta por el humo. "¡Una… otra! ¡Otra más! ¡Ése acertó!…" Se detuvo y miró a la formación. "¡No! ¡Se pasó!… ¡Ésta cae!", y volvía a caminar, tratando de alargar las zancadas para llegar a la linde en dieciséis pasos.

Un silbido y un estallido. A cinco pasos de él un proyectil se hundió en la tierra seca. Un estremecimiento involuntario le recorrió la espalda. De nuevo miró a las filas de soldados. Muchos, probablemente, habían caído. Un grupo numeroso se concentraba en el segundo batallón.

—Señor ayudante— gritó, —ordene que no se amontonen.

El ayudante cumplió la orden y se acercó al príncipe Andréi. Por la otra parte avanzaba, a caballo, el comandante del batallón.

—¡Cuidado!— gritó un soldado con voz asustada.

Como un pájaro que vuela silbando rápidamente y se posa en tierra, casi sin rumor, una granada cayó a dos pasos del príncipe Andréi, junto al caballo del comandante del batallón. El caballo, sin preguntarse si estaba bien o mal dar señales de miedo, relinchó, se levantó sobre sus patas

traseras y se apartó de un salto que estuvo a punto de hacer caer al comandante. El susto del animal se contagió a los hombres.

—¡A tierra!— gritó el ayudante, tumbándose rápidamente. El príncipe Andréi siguió en pie, indeciso. La granada, humeante, giraba como una peonza entre él y el ayudante, tumbado en tierra, en el borde del sembrado y el prado junto a la mata de ajenjo.

"¿Es la muerte?", pensó el príncipe Andréi, mirando con expresión nueva y ojos envidiosos la hierba, la mata de ajenjo y el humo que se desprendía de aquella girante pelota negra.

"No puedo, no quiero morir. Amo la vida, amo esta hierba, la tierra, el aire…", pensó. Pero también recordó que lo miraban.

—Es una vergüenza, señor oficial, que…

No terminó: en aquel instante sonó un estallido al que siguió un ruido como de cristales rotos y el olor sofocante de la pólvora: el príncipe Andréi giró sobre sí mismo y, levantando un brazo, cayó de bruces en tierra boca abajo.

Algunos oficiales corrieron hacia él. Por la parte derecha del vientre brotaba un chorro de sangre que se extendía sobre la hierba.

Acudieron varios milicianos con una camilla y se detuvieron detrás de los oficiales. El príncipe Andréi estaba tendido boca abajo con la cara sobre la hierba y respiraba fatigosamente.

—¿Qué hacéis ahí parados? Ea, deprisa.

Los mujiks se acercaron y lo cogieron por las piernas y los hombros; pero él gimió lastimeramente; los milicianos se miraron y volvieron a dejarlo.

—¡Cogedlo! ¡Ponedlo en la camilla! ¡No importa!— dijo una voz.

Lo levantaron por segunda vez y lo colocaron en la camilla.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Es posible?… ¡Ha sido en el vientre! ¡De ésta no se salva! ¡Dios mío!— se oía entre los oficiales.

—Me ha rozado la oreja… ¡Por un pelo!…— comentó el ayudante.

Los mujiks habían levantado la camilla sobre los hombros y echaron a andar rápidamente por el sendero hacia el puesto de socorro.

—¡Eh!… ¡Al paso!… ¡No seáis brutos!— gritó un oficial deteniendo a los milicianos, que marchaban con paso desigual y sacudían demasiado la

camilla.

—¡Ponte tú, Fédor!— dijo el miliciano que iba delante.

—¡Bien! ¡Así va bien!— dijo satisfecho el de atrás, igualando el paso con el primero.

Timojin, al verlos venir, se acercó a las parihuelas y exclamó con voz estremecida, mirando dentro de la camilla:

—¡Excelencia! ¡Príncipe!

El príncipe Andréi abrió los ojos, miró al que hablaba desde las parihuelas, en las cuales se hundía profundamente su cabeza, y volvió a cerrar los párpados.

Los milicianos llevaron al príncipe al bosquecillo donde estaban los furgones y los puestos de socorro, compuestos de tres tiendas plantadas en un claro abierto entre los abedules. Más adentro estaban los furgones y los caballos. Mientras éstos comían su avena en los sacos, los gorriones bajaban a picotear el grano que caía al suelo. Los cuervos, al olor de la sangre, graznaban impacientes y volaban en torno a los árboles. Alrededor de las tiendas, en un espacio de más de dos hectáreas, yacían hombres ensangrentados, con diversos uniformes, unos echados, otros sentados y otros de pie. Alrededor de los heridos se amontonaban los soldados camilleros de rostros abatidos y atentos, a los que en vano trataban los oficiales de hacer volver a sus puestos. Sin hacer caso a las órdenes, los soldados permanecían apoyados en los palos de las camillas y con las miradas fijas, como tratando de comprender la importancia de lo que veían, contemplaban cuanto sucedía ante sus ojos. De las tiendas llegaban gemidos lastimeros, gritos penetrantes y airados. De vez en cuando salían corriendo los practicantes en busca de agua e indicaban los heridos que debían ser llevados adentro. Los heridos que esperaban turno junto a las tiendas gemían, gritaban, lloraban, juraban, pedían vodka, alguno deliraba.

Adelantándose a los heridos sin vendar, el príncipe Andréi, como jefe de regimiento, fue acercado a una de las tiendas y sus porteadores se detuvieron, esperando órdenes.

El príncipe Andréi abrió los ojos y durante largo tiempo no comprendió lo que ocurría a su alrededor. Volvía a recordar el prado, las matas de ajenjo, los campos, la negra pelota que giraba humeante y su apasionado anhelo de

vivir. A dos pasos de él un arrogante y corpulento suboficial de cabellos negros, de pie y apoyado en un palo, con la cabeza vendada, hablaba en voz alta y atraía la atención de todos. Estaba herido en la cabeza y la pierna. Alrededor, un grupo de heridos y camilleros escuchaban ávidamente sus palabras.

—Cuando los echamos de allí, lo abandonaron todo… ¡y hemos hecho prisionero hasta el rey!— gritaba, brillantes sus ojos negros, mirando en derredor. —Si en aquel momento hubieran llegado las reservas, os aseguro, hermanos, que no habríamos dejado ni rastro de ellos. Es cierto lo que os digo…

El príncipe Andréi miró como los demás al narrador de los ojos brillantes y, mirándolo, experimentó un sentimiento de consuelo. “¿No es lo mismo ahora? —pensó—. ¿Qué me ocurrirá allí, y qué hubo aquí? ¿Por qué siento tanto dejar la vida? Había algo en esta vida que nunca comprendí y que no comprendo aún.”

XXXVII

Uno de los doctores, con el delantal y las manos más bien pequeñas manchadas de sangre, salió de la tienda. Sujetaba el cigarro con el pulgar y el meñique, para no ensuciarlo. Levantó la cabeza y se puso a mirar a los lados, por encima de los heridos. Era evidente que deseaba descansar un poco. Movió la cabeza varias veces a derecha e izquierda, suspiró y bajó los ojos.

—¡En seguida!— contestó a las palabras del practicante que le señalaba al príncipe Andréi, y ordenó que lo introdujeran en la tienda.

De la multitud de heridos que esperaban salió un sordo rumor.

—Hasta en el otro mundo sólo vivirán los señores— dijo alguien.

Llevaron a la tienda al príncipe Andréi y lo colocaron en una mesa recién desocupada, de la cual un practicante limpiaba algo. El príncipe Andréi no podía darse cuenta de lo que allí ocurría: los penosos gemidos procedían de todas partes; los insoportables dolores de la cadera, la espalda y el vientre le impedían prestar atención. Cuanto veía en derredor se fundía en una impresión general de cuerpos humanos desnudos, sanguinolentos, que llenaban toda la baja tienda, haciéndole recordar cómo, unas semanas antes, en un cálido día de agosto, esos mismos cuerpos llenaban el estanque fangoso del camino de Smolensk. Sí, eran los mismos cuerpos, aquella misma *chair à canon* cuya vista, ya entonces, parecía predecir lo de ahora y que tanto horror le había inspirado.

En la tienda había tres mesas; dos estaban ocupadas y al príncipe Andréi lo colocaron en la tercera. Lo dejaron solo un momento y pudo ver, involuntariamente, lo que ocurría en las otras mesas. En la más próxima estaba tendido un tártaro, seguramente un cosaco, a juzgar por el uniforme

tirado en el suelo. Entre cuatro soldados sujetaban al herido. Un médico con lentes cortaba algo en su espalda morena y musculosa.

—¡Uf! ¡Uf! ¡Uf!— parecía gruñir el tártaro, y, de pronto, alzó el rostro, negro, de pómulos salientes y chata nariz.

Enseñando sus blancos dientes, se esforzó por liberarse, dando tirones y lanzando gritos agudos, estridentes y prolongados. En la otra mesa, rodeada de mucha gente, había un hombre alto y corpulento, con la cabeza echada hacia atrás (el color de su cabello rizado y la forma de la cabeza parecieron al príncipe Andréi extrañamente conocidos). Algunos enfermeros lo sujetaban echados sobre su pecho. Una de sus largas, blancas y gruesas piernas se contraía continuamente con un temblor febril. Aquel hombre lloraba convulsivamente y parecía ahogarse. Dos médicos, silenciosos —uno de ellos estaba muy pálido y temblaba—, hacían algo con la otra pierna, cubierta de sangre.

Cuando hubo terminado con el tártaro, sobre el que echaron un capote, el médico de los lentes se acercó al príncipe Andréi secándose las manos.

Miró su rostro y se volvió rápidamente.

—¡Desnudadlo! ¿Qué hacéis ahí parados?— dijo con enfado a los enfermeros.

Acudieron a la memoria del príncipe Andréi los primeros recuerdos de su infancia, cuando, con mano presurosa y las mangas recogidas, el enfermero desabrochó su uniforme y le quitó la ropa.

El médico se inclinó sobre la herida, la tocó, lanzó un suspiro y llamó a alguien con un signo. El terrible dolor del vientre hizo perder el sentido al príncipe Andréi. Al volver en sí le habían extraído huesos de la cadera rota, le habían cortado la carne desgarrada y le habían vendado la herida. Le rociaron la cara con agua fría; cuando abrió los ojos, el médico se inclinó sobre él, sin decir nada lo besó en la boca y se alejó rápidamente.

Después de tanto sufrimiento pasado el príncipe Andréi experimentaba un bienestar como hacía tiempo no sentía. Todos los mejores momentos de su vida, los más felices, acudieron a su memoria no como algo pasado, sino como una realidad: especialmente los de la lejana infancia, cuando lo desnudaban y lo metían en la camita, cuando su vieja niñera le cantaba para

hacerlo dormir, cuando con la cabeza hundida en las almohadas se sentía feliz por la sola conciencia de vivir.

Alrededor de aquel herido cuya cabeza le había parecido conocida se movían aún los médicos. Lo levantaban y trataban de calmarlo.

—Dejádmela ver… ¡oh, oh, oh!— se oía, entre sollozos, su gemido asustado sometiéndose al sufrimiento.

Al escuchar esos gemidos, el príncipe Andréi sintió deseos de llorar. Fuera porque moría sin gloria, o porque lamentaba separarse de la vida, o a causa de sus recuerdos de infancia, desaparecidos para siempre, o porque sufría con el dolor de los demás, o por los lastimeros gemidos del hombre que estaba a su lado, el hecho era que sentía deseos de llorar con las lágrimas bondadosas casi alegres de los niños.

Mostraron al herido la pierna cortada, aún calzada y con un coágulo de sangre.

—¡Oh! ¡Oooooh!…— rompió en sollozos como una mujer.

Un médico, que estaba delante del herido tapándole el rostro, se hizo a un lado.

"¡Dios mío! ¿Cómo es posible? ¿Por qué está aquí?", pensó el príncipe Andréi.

En el desventurado que sollozaba y a quien habían amputado una pierna acababa de reconocer a Anatole Kuraguin. Lo sostenían por debajo de los brazos y le ofrecían un vaso de agua, cuyo borde no podía alcanzar con los labios, hinchados y temblorosos. Sollozaba angustiosamente.

"¡Es él! Sí. Ese hombre está relacionado conmigo por algo íntimo y doloroso —pensó el príncipe Andréi, sin reconocer aún claramente a quien tenía delante—. ¿Qué relación hay entre ese hombre y mi infancia y mi vida?", se preguntaba sin hallar respuesta. De pronto, un nuevo e inesperado recuerdo que no pertenecía al mundo de la infancia pura y amorosa acudió a la mente del príncipe Andréi. Recordó a Natasha tal como la había visto por primera vez en el baile de 1810, con su cuello grácil, los brazos delgados, el rostro radiante, asustado y pronto al entusiasmo. Y su amor y ternura por ella se despertaron en su alma con más fuerza que nunca. Ahora recordaba bien el vínculo existente con aquel hombre que, a

través de las lágrimas que brotaban de sus ojos hinchados, lo miraba turbiamente.

El príncipe Andréi lo recordó ahora todo: y una exaltada piedad y amor hacia aquel hombre llenó su corazón feliz.

El príncipe Andréi no pudo contenerse más y lloró dulces lágrimas de amor y ternura por el prójimo, por sí mismo; lloró también por errores ajenos y propios.

"La misericordia, el amor al prójimo, a los que nos aman, y a los que nos odian, el amor a nuestros enemigos. Sí, ese amor que Dios predicó sobre la tierra, el que me enseñaba la princesa María y yo no comprendía. Por eso sentía abandonar la vida, eso sería lo que permanecería en mí si viviese. Pero ahora ya es tarde, lo sé."

XXXVIII

El aspecto aterrador del campo de batalla, cubierto de cadáveres y heridos, unido a su pesadez de cabeza, a la noticia de que veinte de sus generales, a los que conocía, habían resultado heridos o muertos y la conciencia de la debilidad de su brazo, antes poderoso, produjeron una inesperada impresión en Napoleón, que se complacía habitualmente en contemplar los muertos y heridos para medir su propia fuerza de ánimo (así pensaba él). Aquel día el aspecto espantoso del campo de batalla había vencido la fuerza moral en la cual cifraba el Emperador todo su mérito y grandeza: se retiró rápidamente del campo y volvió al túmulo de Shevardinó.

Amarillento, grueso y pesado, con ojos turbios, la nariz colorada y la voz enronquecida, permanecía sentado en una silla plegable y escuchaba, sin querer y sin levantar los ojos, el estruendo de los cañonazos. Con enfermiza angustia esperaba el término de aquella acción, de la cual se consideraba partícipe pero que ya no podía detener. El sentimiento humano personal prevaleció por un instante sobre la imagen artificial de la vida a cuyo servicio había estado tanto tiempo. Pesaban sobre él los sufrimientos y la muerte que había visto en el campo de batalla.

La pesadez de la cabeza y del cuerpo le recordaban la posibilidad del dolor y de la muerte también para él. En aquel momento ya no deseaba Moscú, ni la victoria ni la gloria (¿qué más gloria podía apetecer aún?); no deseaba sino una cosa: reposo, tranquilidad, libertad. Pero cuando se vio en la cota de Semiónovskoie, el jefe de la Artillería le propuso emplazar algunas baterías en aquel lugar para intensificar el fuego sobre las tropas rusas concentradas ante la aldea de Kniazkovo. Napoleón consintió y ordenó que se le informara sobre el efecto producido por dichas baterías.

Un ayudante lo comunicó que, siguiendo sus órdenes imperiales, habían sido emplazados contra los rusos doscientos cañones, pero que el enemigo seguía resistiendo.

—Nuestro fuego destruye sus filas, pero resisten— explicó el ayudante.

—Ils en veulent encore!…[446]— dijo Napoleón con voz ronca.

—Sire?— preguntó el ayudante, que no lo había entendido bien.

—Ils en veulent encore. Donnez-leur-en[447]— repitió Napoleón, con voz ronca y fruncidas las cejas.

Aunque no diera órdenes, se hacía lo que él deseaba; las daba porque pensaba que los demás esperaban que las diera. Y de nuevo se trasladó a su mundo anterior, artificial, poblado de imágenes de quimérica grandeza; y de nuevo (como el caballo que hace dar vueltas a la noria e imagina que hace algo para sí mismo) se prestó dócilmente a representar el papel triste, cruel, penoso e inhumano a que estaba destinado.

La inteligencia y la conciencia de aquel hombre se vieron entenebrecidas —no sólo en aquella hora y día— mucho más que las de todos los demás actores del drama; pero jamás, hasta el fin de su vida, pudo comprender ni el bien, ni la belleza, ni la verdad, ni el significado de sus actos, demasiado contrarios al bien y a la verdad, demasiado apartados de todo sentimiento humano para poder entender su sentido. No podía renegar de sus actos, ensalzados por medio mundo, y por eso debía renunciar a la verdad, al bien y a todo lo humano.

No sólo aquel día, cuando recorría el campo de batalla lleno de muertos y mutilados (por su voluntad, según pensaba) y calculaba cuántos rusos habían caído por cada francés y, engañándose a sí mismo, se alegraba de que por un francés hubiera cinco rusos; no sólo aquel día escribió en una carta a París que *le champ de bataille a été superbe*,[448] porque había en él cincuenta mil cadáveres; hasta en la isla de Santa Elena escribió, en el silencio de la soledad, que pensaba aprovechar su tiempo libre para contar sus grandes hechos de armas:

> La guerra de Rusia debió de ser la más popular de los tiempos modernos; era la guerra del buen sentido y de los intereses

verdaderos, del descanso y de la tranquilidad de todos: una guerra puramente pacífica y conservadora.

Se hacía por la gran causa, por el fin de todo riesgo y el comienzo de la seguridad. Aparecía un nuevo horizonte, iban a desarrollarse nuevos trabajos por el bienestar y la prosperidad de todos. El sistema europeo se había fundado y ya no quedaba más que organizarlo.

Satisfecho acerca de estos grandes puntos y en todo tranquilo, también yo habría tenido mi Congreso y mi Santa Alianza. Son ideas que me han robado. En esa reunión de grandes soberanos, habríamos discutido nuestros intereses en familia, y habríamos contado, como el servidor al dueño, con todos los pueblos.

No habría tardado Europa en ser una sola nación y cada cual, viajando por todas partes, se habría hallado siempre en la patria común.

Yo habría pedido la libertad de navegación por todos los ríos, la comunidad de los mares y la reducción de todos los ejércitos permanentes a la custodia de los soberanos.

Al volver a Francia, a la patria grande, fuerte, magnífica, tranquila y gloriosa, habría proclamado sus límites inmutables, porque las guerras ulteriores no serían más que puramente defensivas, cualquier nuevo engrandecimiento resultaría antinacional. Habría asociado a mi hijo al Imperio; mi dictadura habría terminado para dar comienzo a su reinado constitucional.

¡París habría sido la capital del mundo y los franceses la envidia de las naciones!

Los días de mi vejez y mi descanso habrían sido dedicados, en compañía de la Emperatriz y mientras duraba la educación real de mi hijo, a visitar lentamente, como verdadera pareja de campesinos, con nuestros caballos, los rincones del Imperio, perdonando culpas, escuchando

> querellas y sembrando por todas partes monumentos y obras buenas.

Ese hombre, destinado por la Providencia al triste y servil papel de verdugo de pueblos, estaba convencido de que el objetivo de sus actos era el bienestar de las naciones, de que era capaz de dirigir millones de destinos humanos y, mediante el poder, darles la felicidad.

> De los cuatrocientos mil hombres que pasaron el Vístula la mitad eran austríacos, prusianos, sajones, polacos, bávaros würtembergueses, mecklemburgueses, españoles, italianos y napolitanos. Un tercio del ejército imperial propiamente dicho estaba compuesto de holandeses, belgas, habitantes de las orillas del Rin, piamonteses, suizos, genoveses, toscanos, romanos, habitantes de la 32.ª división militar, Bremen, Hamburgo, etcétera; apenas llegaban a ciento cuarenta mil los hombres que hablaban francés. La expedición de Rusia costó menos de cincuenta mil hombres a la Francia actual; el ejército ruso, en las diferentes batallas de su retirada de Vilna a Moscú, perdió cuatro veces más que el francés, el incendio de Moscú costó la vida a cien mil rusos, muertos en los bosques, de frío y de miseria y, por último, en su marcha de Moscú al Oder, también el ejército ruso fue diezmado por las inclemencias del invierno; al llegar a Vilna sólo contaba con cincuenta mil hombres, y en Kalich no llegaban a dieciocho mil.

Se imaginaba que la guerra contra Rusia se había hecho por su voluntad, y el horror de lo ocurrido no impresionaba su espíritu. Aceptaba sin temor la responsabilidad del acontecimiento y su nublado espíritu hallaba una justificación en el hecho de que, entre los cientos de miles de hombres que habían sucumbido, había menos franceses que bávaros y de otras nacionalidades.

XXXIX

Varias decenas de miles de hombres, vestidos con los más diversos uniformes, yacían muertos en las más distintas posturas sobre los campos y prados pertenecientes a los señores Davídov y a campesinos de la Corona; en aquellos campos y prados los mujiks de Borodinó, Gorki, Shevardinó y Semiónovskoie habían recogido durante largos siglos sus cosechas y apacentado los rebaños. En torno a las ambulancias, en el espacio de una hectárea, la hierba y la tierra estaban empapadas de sangre. Una gran multitud de heridos y no heridos de diversas unidades marchaban, por una parte, hacia Mozhaisk, y otros, igual de numerosos, retrocedían hacia Valúievo. El miedo se reflejaba en todos los rostros. Otros, agotados y hambrientos, conducidos por sus jefes, iban hacia adelante. Y otros, por último, permanecían en sus puestos y continuaban disparando.

Sobre todos aquellos campos, antes tan bellos y alegres con las brillantes bayonetas y el humo de las hogueras bajo el sol de la mañana, se esparcía ahora la niebla y se sentía la humedad y el olor acre y extraño a salitre y a sangre. Se habían acumulado las nubes y una fina llovizna comenzaba a caer sobre los muertos y heridos y sobre aquellos hombres asustados, agotados y vacilantes, que comenzaban a dudar. Aquella tenue lluvia parecía decir: “¡Basta! ¡Basta! ¡Hombres, cesad!… ¡Reflexionad!… ¡Qué estáis haciendo!”.

Los hombres de uno y otro bando, hambrientos y cansados, comenzaban a dudar si era todavía necesario exterminarse unos a otros; en todas las caras se notaba la vacilación, y cada uno se hacía la misma pregunta: “¿Por qué? ¿Para qué tengo que matar y ser muerto? Matad vosotros si queréis, haced lo que os plazca. Yo no quiero más”. Hacia el atardecer esa idea había

madurado por igual en todas las mentes. Aquellos hombres podían, en cualquier momento, horrorizarse de lo que hacían, abandonarlo todo y huir adonde fuera.

Pero aunque al final de la batalla todos sintieran ya el horror de lo hecho, aunque les habría gustado poner fin a todo, una fuerza incomprensible y misteriosa seguía rigiendo sus actos; los artilleros, cubiertos de sudor, de polvo y de sangre, reducidos a la tercera parte, rotos y deshechos por el cansancio, seguían acercando las cargas, apuntando y encendiendo las mechas; y los proyectiles, con la misma rapidez y crueldad, volaban de una a otra parte, destrozando los cuerpos humanos. Y así seguía cumpliéndose aquella obra terrible, no debida a la voluntad de los hombres sino a la voluntad de aquel que rige a los hombres y a los mundos.

Quien hubiese visto la desorganizada retaguardia rusa habría dicho que los franceses no tenían que hacer más que un esfuerzo mínimo y el ejército ruso habría desaparecido. Quien hubiese visto la retaguardia de los franceses habría afirmado que los rusos no necesitaban más que un pequeño esfuerzo para acabar con ellos. Pero ni rusos ni franceses hicieron ese esfuerzo, y las llamas de la batalla se iban extinguiendo lentamente.

Los rusos no hicieron ese esfuerzo porque no habían sido ellos los que habían iniciado el ataque. Al principio del combate se hallaban en el camino de Moscú para impedir el paso al enemigo; y cuando terminó el encuentro continuaban como al principio.

Pero aunque el objetivo de los rusos hubiera sido arrojar de sus posiciones a los franceses, no habrían podido hacer aquel último esfuerzo, porque todas sus tropas estaban destrozadas; no había una sola unidad que no hubiese sufrido grandes pérdidas en la batalla; sin haber retrocedido un paso, los rusos habían perdido la mitad de sus efectivos.

Los franceses, con el recuerdo de quince años de victorias, seguros de que Napoleón era invencible, con la conciencia de haber conquistado una parte del campo y no haber perdido más que un cuarto de sus fuerzas y de que los veinte mil hombres de la Guardia permanecían intactos, habrían podido hacer fácilmente tal esfuerzo. Los franceses, que atacaron al ejército ruso para desalojarlo de sus posiciones, debían haber hecho aquel esfuerzo, porque mientras los rusos obstaculizaran como al principio el camino de

Moscú, el objetivo de los franceses no se habría realizado y todos sus empeños y pérdidas habrían sido inútiles. Pero los franceses tampoco hicieron ese esfuerzo. Algunos historiadores aseguran que Napoleón no tenía más que hacer entrar en acción a su vieja Guardia para que la batalla fuese ganada. Hablar de lo que habría ocurrido si Napoleón lo hubiera hecho es lo mismo que hablar sobre lo que ocurriría si el otoño se convirtiera en primavera. Eso no podía suceder. Napoleón no utilizó su Guardia porque no podía hacerlo y no por falta de ganas. Todos los generales y oficiales y hasta los soldados del ejército francés sabían que no era posible hacerlo porque no lo permitía la desfalleciente moral del ejército.

No era Napoleón el único que experimentaba ese sentimiento, semejante a un sueño, del brazo levantado que cae inerte; todos los generales, todos los soldados del ejército francés, participantes o no en la batalla, con la experiencia de combates precedentes (en los que con un esfuerzo diez veces menor el enemigo había huido), tenían la misma sensación de horror ante ese enemigo que, después de haber perdido la mitad de sus efectivos, seguía tan amenazador al final de la batalla como al principio. La fuerza moral del ejército francés, que era el atacante, estaba agotada. Los rusos no alcanzaron en Borodinó una de esas victorias que se miden con pedazos de tela atados a unos palos, a los que llaman banderas, o por el espacio que ocupaban y ocupan las tropas; consiguieron una victoria moral, la que convence al enemigo de la superioridad moral de su adversario y de la debilidad propia. La invasión francesa, como una bestia feroz que recibe en plena carrera una herida mortal, sentía su fracaso. Pero no podía detenerse, lo mismo que el ejército ruso, dos veces más débil, no podía dejar de ceder. Tras el golpe recibido, el ejército francés podía aún arrastrarse hasta Moscú. Pero allí, sin nuevos esfuerzos por parte de las armas rusas, debía perecer desangrándose por la mortal herida recibida en Borodinó. Resultado directo de la batalla de Borodinó fue la inmotivada huida de Napoleón de Moscú, la retirada por el viejo camino de Smolensk, la pérdida de un ejército de quinientos mil hombres y la caída de la Francia napoleónica, sobre la cual, por primera vez en Borodinó, se había alzado la mano de un adversario que la superaba por sus cualidades morales.

Tercera parte

I

La mente humana no puede comprender la continuidad absoluta del movimiento. Las leyes de cualquier clase de movimiento son comprensibles para el hombre a condición de que examine, separando arbitrariamente, las unidades de que se compone. Pero, al mismo tiempo, ese fraccionamiento arbitrario del movimiento continuo en unidades discontinuas origina la mayoría de los errores humanos.

Bien conocido es el sofisma de los antiguos: Aquiles no alcanzará nunca a la tortuga que marcha delante de él aunque camine diez veces más rápido que ella. Cuando Aquiles haya recorrido el espacio que lo separa de la tortuga, ésta habrá avanzado la décima parte de ese espacio; cuando Aquiles cubra esa décima parte, la tortuga habrá avanzado la centésima parte, y así hasta el infinito. Semejante problema parecía insoluble a los antiguos. Lo absurdo de esa solución (que Aquiles nunca alcanzara a la tortuga) provenía de haber admitido arbitrariamente unidades discontinuas del movimiento, cuando la verdad es que los movimientos de Aquiles y la tortuga son continuos.

Tomando unidades de movimiento cada vez más pequeñas, no hacemos sino acercarnos cada vez más a la solución del problema, pero sin llegar a resolverlo nunca. Esto se obtiene admitiendo, tan sólo, las magnitudes infinitesimales y su progresión ascendente hasta una décima y sumando esa progresión geométrica. Una nueva rama de las matemáticas, el empleo de los infinitesimales, resuelve actualmente problemas que en otro tiempo parecieron insolubles.

Esta nueva rama de las matemáticas, desconocida por los antiguos, aplicada hoy para estudiar el movimiento de magnitudes infinitamente

pequeñas, es decir, de aquellas que restablecen su condición principal (su continuidad absoluta), corrige así el inevitable error que la mente humana no puede eludir al estudiar en lugar del movimiento continuo algunas de sus unidades.

Lo mismo ocurre cuando estudiamos leyes del desarrollo histórico. El avance de la humanidad, producido por un número infinito de arbitrariedades humanas, es un proceso continuo.

La comprensión de las leyes de ese movimiento es el objetivo de la historia. Mas para comprender las leyes del movimiento continuo resultante de todas las arbitrariedades humanas, la mente humana admite, además de unidades arbitrarias, también las discontinuas. El primer método histórico consiste en tomar de modo arbitrario una serie de acontecimientos continuos y estudiarlos separadamente de otros, cuando no hay ni puede haber un acontecimiento aislado puesto que unos proceden de los otros, sin interrupción. El segundo método consiste en examinar los actos de un individuo, rey o jefe militar, como una suma de arbitrariedades humanas, que nunca se manifiestan en la actuación de un personaje histórico.

La ciencia histórica, en su incesante desarrollo, admite siempre unidades cada vez más pequeñas para sus investigaciones y, por ese medio, trata de acercarse a la verdad. Mas, por pequeñas que sean las unidades que admite la historia, el hecho de apartar una unidad, separándola de otra, de admitir el *comienzo* de un fenómeno cualquiera, de considerar que en la actuación de un determinado personaje se reflejan las arbitrariedades de todos los hombres, es falso ya de por sí.

Cualquier deducción histórica, al margen de toda crítica, se desvanece como el polvo, sin dejar rastro, si ese trabajo escoge como objeto de estudio una unidad discontinua de tiempo mayor o menor, cosa a la que tiene perfecto derecho, ya que la unidad histórica analizada es siempre arbitraria.

Sólo tomando para nuestra observación la unidad infinitesimal como diferencial de la historia, es decir, las aspiraciones homogéneas de los hombres, y consiguiendo el arte de integrar (sumando los infinitesimales) podemos llegar a comprender las leyes de la historia.

Los quince primeros años del siglo XIX se distinguen en Europa por un movimiento extraordinario de millones de hombres que abandonan sus habituales ocupaciones, van de un lado a otro de Europa, saquean, se matan entre sí, triunfan y se desesperan; el curso total de la vida se modifica durante algunos años y se distingue por un comienzo acelerado, para debilitarse más tarde. ¿Cuál fue la causa de ese movimiento y qué leyes lo rigieron?, se pregunta la razón humana.

Los historiadores que contestan a esa pregunta nos exponen los actos y los discursos de varias decenas de hombres en un edificio de París y dan a esos actos y discursos el nombre de revolución. Después nos presentan la biografía detallada de Napoleón y de otros hombres que le fueron hostiles o adictos; hablan de la influencia de algunos de esos hombres sobre otros, y dicen: "He aquí por qué se produjo ese movimiento, y éstas son sus leyes".

Pero la razón humana no sólo se niega a aceptar esa explicación, sino que nos dice abiertamente que el método seguido para explicarlo es falso, porque considera que el fenómeno más débil dio origen al más fuerte. La suma de las arbitrariedades humanas creó la revolución y a Napoleón; y sólo esa suma de arbitrariedades los soportó y aniquiló.

"Pero siempre que hubo conquistas hubo conquistadores —dice el historiador—, y cada vez que en un Estado se produjo una revolución, existieron grandes hombres." En efecto, cada vez que aparecieron conquistadores hubo guerras —replica la razón humana—; pero eso no prueba que los conquistadores sean la causa de las guerras y que puedan hallarse las leyes de la guerra en la actuación personal de un individuo. Siempre que miro el reloj, cuando la aguja se acerca a las diez, oigo que en la cercana iglesia comienzan a sonar las campanas; pero el hecho de que comiencen a sonar las campanas cada vez que la aguja llega a las diez no me autoriza a deducir que la posición de la aguja de mi reloj es causa del movimiento de las campanadas.

Cada vez que se pone en marcha una locomotora oigo su silbido, veo que la válvula se abre, que las ruedas giran, pero no puedo deducir por ello

que el silbido y el movimiento de las ruedas sean la causa del movimiento de la locomotora.

Dicen los mujiks, cuando la primavera llega retrasada, que el viento frío sopla porque los robles empiezan a retoñar; y, en efecto, cuando los robles retoñan en primavera sopla un viento frío. Mas, aunque yo ignore por qué sopla ese viento frío cuando retoñan los robles, no puedo creer, como los campesinos, que la causa de aquel viento sea el despuntar de las yemas en el árbol. No puedo creerlo porque la fuerza del viento es ajena al retoñar de los robles. Veo únicamente una coincidencia de condiciones, como suele encontrarse en todo fenómeno de la vida, y me convenzo de que, por más que observe la aguja del reloj, la válvula y las ruedas de la locomotora y las yemas del roble, jamás conoceré la causa del movimiento de la campana, de la locomotora y del viento primaveral. Para conseguirlo tengo que cambiar mi ángulo de observación y estudiar las leyes que rigen el movimiento del vapor, de la campana y del viento. Lo mismo debe hacer la historia.

Y ya se han hecho tentativas en ese sentido.

Para estudiar las leyes de la historia debemos cambiar del todo el objeto de estudio; olvidar a los reyes, ministros y generales y estudiar los elementos homogéneos e infinitamente pequeños que guían a la masa. Nadie puede decir en qué medida podrá el hombre entender, valiéndose de ese método, las leyes que rigen la historia; es evidente, sin embargo, que en esa empresa no se ha empleado ni la millonésima parte de los esfuerzos hechos por los historiadores para describir los actos de los reyes, jefes militares y ministros y exponer sus propias consideraciones a propósito de esos actos.

II

Las fuerzas unidas de una decena de pueblos de Europa irrumpen en Rusia. El ejército y la población rusa retroceden eludiendo el encuentro, primero hacia Smolensk y después de Smolensk a Borodinó. El ejército francés, con fuerzas propulsivas siempre mayores, se lanza hacia Moscú, meta de su movimiento. Esa fuerza crece conforme se acerca a la meta, lo mismo que la velocidad de un cuerpo que cae en el espacio aumenta a medida que se acerca a la tierra. Detrás quedan miles de kilómetros de un país hambriento y hostil; por delante, unas decenas de kilómetros los separan de su objetivo. Cada soldado del ejército francés lo siente, y la invasión avanza por sí misma, por la fuerza de su impulso.

En el ejército ruso, cuanto más se retrocede más crece el odio contra el enemigo, que, con el retroceso continuo, se agranda y concentra. El choque se produce en Borodinó. Ninguno de los dos contrarios se disgrega, pero el ejército ruso, inmediatamente después del choque, prosigue su retirada con la misma facilidad con que retrocede una bola al chocar con otra que avanza con fuerza mayor; por ese mismo motivo, la bola de la invasión, lanzada a gran velocidad (aunque toda su fuerza queda agotada en el choque), continuó su carrera por cierto tiempo.

Los rusos se retiran a ciento veinte kilómetros más allá de Moscú. Los franceses llegan hasta la capital y allí se detienen. Transcurren cinco semanas sin batalla alguna. Los franceses permanecen inmóviles. Como una fiera mortalmente lesionada que, desangrándose, lame sus heridas, permanece en Moscú durante ese tiempo sin emprender nada; de pronto, sin ninguna causa nueva, corre hacia atrás, lanzándose al camino de Kaluga; y (después de la victoria de Malo-Yaroslávets, donde también queda dueño

del campo de batalla) sin ningún otro combate serio, sigue huyendo cada vez más rápidamente a Smolensk y después de Smolensk a Vilna, al río Berezina y más allá.

La noche del 26 de agosto, Kutúzov y todo el ejército ruso estaban convencidos de que habían ganado la batalla de Borodinó. Kutúzov lo escribió así a su Emperador y ordenó a sus hombres que se preparasen para un nuevo combate con el fin de acabar con los invasores; no porque quisiera engañar a alguien, sino porque sabía que el enemigo estaba vencido como lo sabían todos cuantos habían tomado parte en la batalla.

Pero aquella misma tarde y durante el día siguiente comienzan a recibirse informes de las inauditas pérdidas sufridas. La mitad del ejército había desaparecido, y una nueva batalla se hacía materialmente imposible.

Era imposible presentar nueva batalla antes de conocer todos los datos, antes de recoger a los heridos, de reponer las municiones y contar los muertos. Primero había que nombrar nuevos jefes que reemplazaran a los caídos; y los soldados tenían que comer y dormir, cosa que no habían hecho. Además, inmediatamente después de la batalla, a la mañana siguiente, el ejército francés (por aquella fuerza propulsiva que aumentaba en razón inversa al cuadrado de la distancia) se lanzaba sobre el ejército ruso. Kutúzov, y todo el ejército con él, deseaba atacar al día siguiente. Mas para atacar no basta con desearlo; se precisa una posibilidad que entonces no existía. Hubo que retroceder una etapa; después otra y otra, hasta que el 1 de septiembre, cuando el ejército estuvo cerca de Moscú, a pesar del sentimiento que dominaba en sus filas, la situación exigió que las tropas siguieran su repliegue. El ejército retrocedió una etapa más, la última, y Moscú cayó en manos del enemigo.

Los hombres acostumbrados a pensar que los planes de guerra y de las batallas son obra de grandes jefes militares —personas que actúan como nosotros, cuando, sentados en nuestro despacho, decidimos sobre el mapa cómo habríamos procedido en ésta u otra coyuntura— se preguntan: ¿por qué Kutúzov durante la retirada no hizo eso o aquello? ¿Por qué no ocupó posiciones delante de Fili, por qué no retrocedió inmediatamente por el camino de Kaluga, abandonando Moscú, etcétera, etcétera? Los hombres habituados a pensar así olvidan o ignoran las condiciones inevitables en que

se desenvuelve siempre la actuación de un general en jefe. La actuación de un jefe militar no se parece en nada a lo que imaginamos cuando, sentados en nuestro despacho, analizamos sobre el mapa una campaña cualquiera, con una determinada cantidad de tropas de una y otra parte, en una región conocida y partiendo en nuestros cálculos de un momento determinado. El general en jefe no se ve nunca en esas condiciones de *comienzo* en que nosotros nos hallamos al examinar cualquier acontecimiento. El general en jefe se encuentra siempre en medio de una serie de sucesos en movimiento, y nunca, en ningún instante, puede abarcar toda la importancia de los hechos que se producen. En ciertos momentos el suceso emerge de pronto con toda su importancia, y a cada instante de esa gradual revelación, de esa marcha incesante de los acontecimientos, el general en jefe se halla en medio de un juego complejísimo de intrigas, cuidados, dependencias, proyectos, consejos, amenazas, engaños, con la constante necesidad de responder a infinitas preguntas que le hacen, preguntas que a menudo se contradicen mutuamente.

Los entendidos en la ciencia militar nos dicen muy seriamente que Kutúzov, mucho antes de llegar a Fili, debía haber dirigido sus tropas al camino de Kaluga; y llegan a afirmar que alguien osó proponérselo. Pero al general en jefe, sobre todo en los momentos difíciles, no sólo le presentan un proyecto, sino decenas y decenas de ellos y todos al mismo tiempo. Cada uno de esos proyectos, basados en la estrategia y la táctica, se contradice con los otros. Diríase que el general no tiene más que elegir uno de ellos, pero la verdad es que ni eso puede hacer. El tiempo y los acontecimientos no esperan. Supongamos, por ejemplo, que el día 28 le proponen pasar al camino de Kaluga; pero en ese instante llega un ayudante de Milorádovich que pregunta, de parte de su jefe, si debe retroceder o aceptar el combate. El general en jefe debe dar inmediatamente una orden; y la orden de retroceder lo aleja del camino de Kaluga. Después del ayudante viene el jefe de la intendencia y pregunta dónde debe colocar los víveres; y el jefe de hospitales quiere saber dónde ha de llevar a los heridos; y el correo de San Petersburgo trae una carta del Emperador que no admite la posibilidad de abandonar Moscú; y el rival del general en jefe no cesa de intrigar contra él (siempre existe uno de esos rivales, y más de uno) y propone un nuevo plan,

diametralmente opuesto al proyecto de salir al camino de Kaluga; el general en jefe, rendido, necesita dormir y descansar; y en ese preciso instante un respetable general que no figura en la relación de condecorados viene a lamentarse, y la población civil pide que se la defienda; el oficial enviado para reconocer el terreno regresa diciendo lo contrario de lo que dijo el oficial enviado antes; el explorador que vuelve del campo enemigo, el prisionero y el general que también hizo su reconocimiento describen de maneras dispares las posiciones del ejército contrario. La gente que no comprende y olvida las condiciones en que se desenvuelve la actuación de un general en jefe describe la situación del ejército en Fili y supone que el general en jefe podía resolver libremente, el 1 de septiembre, el problema de si se debía abandonar o defender Moscú, cuando en las condiciones en que se encuentra el ejército, a cinco kilómetros de la capital, semejante problema no se podía ni plantear siquiera. ¿Cuándo, pues, se decidió? Se decidió en Drissa, en Smolensk y, de manera más perceptible, el 24 en Shevardinó, el 26 en Borodinó y, cada día, cada hora, cada instante, desde la retirada de Borodinó hasta Fili.

III

El ejército ruso, después de su retirada de Borodinó, se detuvo en Fili.

Cuando Ermólov, enviado por Kutúzov para inspeccionar las posiciones, dijo al Serenísimo que cerca de Moscú no podía presentarse batalla y que era necesario seguir retrocediendo, Kutúzov lo miró asombrado y le hizo repetir sus palabras.

—Dame la mano— le dijo, volviéndola para tomarle el pulso. —Tú no estás bien, querido. Piensa lo que dices.

En el monte Poklónnaia, a seis kilómetros de la puerta de Dorogomílov, Kutúzov se apeó de su coche y tomó asiento en un banco, al borde del camino. A su alrededor se juntó un nutrido grupo de generales a los que se unió el conde Rastopchin, que acababa de llegar de Moscú. Todos aquellos destacados personajes, divididos en grupos, conversaban sobre las ventajas y desventajas de la posición, sobre el estado de las tropas, los planes propuestos, la situación de Moscú y, en general, de los problemas militares. Todos se daban cuenta, aunque nadie lo manifestara, que se trataba de un consejo de guerra. Las conversaciones giraban en torno a cuestiones militares. Si alguno comentaba novedades personales, lo hacía a media voz y en seguida volvía al tema militar. No había ni bromas, ni sonrisas: se esforzaban, evidentemente, por mantenerse a la altura de la situación. Cada grupo trataba de acercarse al general en jefe (cuyo banco formaba el centro de la reunión) y hablaban de manera que él pudiera oírlos. Kutúzov prestaba atención a todos; a veces hacía preguntas sobre lo que se comentaba en derredor, pero no se mezclaba en las conversaciones ni expresaba opinión alguna personal. Frecuentemente, después de escuchar lo que se decía en un grupo, se volvía decepcionado como si no fuera eso lo que él deseaba oír.

Unos hablaban de la posición elegida y criticaban, más que la posición misma, la capacidad mental de quienes la habían escogido. Otros afirmaban que el error venía de atrás y que habría sido mejor aceptar la batalla dos días antes. En otro grupo se comentaba la batalla de Salamanca, sobre la cual había informado Cressart, un francés vestido con uniforme español, que acababa de llegar. (El francés, con un príncipe alemán que servía en el ejército ruso, comentaba el sitio de Zaragoza y la posibilidad de que Moscú se defendiera de la misma forma.) Más allá, el conde Rastopchin decía estar dispuesto a morir bajo los muros de Moscú con la milicia moscovita, pero no podía dejar de lamentar el desconocimiento de la situación en que se lo había tenido, añadiendo que, si lo hubieran puesto al corriente, las cosas habrían ocurrido de manera muy distinta… Otros, dando muestras de sus profundos conocimientos estratégicos, discutían sobre la dirección que deberían tomar las tropas. Algunos decían cosas absolutamente faltas de sentido.

El rostro de Kutúzov parecía cada vez más preocupado y triste. De todas esas conversaciones sacaba la conclusión de que no existía, en el sentido más amplio de la palabra, *posibilidad física alguna* de proteger Moscú; es decir, que si hubiera un general en jefe tan loco que ordenara dar la batalla, se produciría tal confusión que el combate no tendría lugar. Y no lo tendría porque los más altos jefes no sólo hallaban imposible la posición ocupada, sino porque en sus conversaciones se interesaban únicamente de lo que sucedería después del inevitable abandono de la posición. ¿Cómo podían conducir su ejército aquellos generales a un campo de batalla que juzgaban imposible?

Los oficiales, y hasta los soldados (que también razonan), encontraban igualmente imposible la posición; no podían, pues, ir al combate con la seguridad de una derrota. Que Bennigsen insistiese en la defensa de esa posición y los demás en criticarla ya no importaba; no era más que un pretexto para la discusión y la intriga. Así lo entendía Kutúzov.

Bennigsen, que había escogido aquella posición y mostraba con ardor su patriotismo ruso (cosa que Kutúzov no podía oír sin fruncir el ceño), insistía en la defensa de Moscú. Kutúzov veía con meridiana claridad el verdadero objetivo de Bennigsen: en caso de fracasar, echaría la responsabilidad de la

derrota sobre Kutúzov, que había llevado el ejército hasta Vorobiovy Gori sin combatir; en caso de éxito podría atribuírselo a su persona; y si su plan no se aceptaba, quedaba libre de responsabilidades por haber abandonado Moscú sin lucha. Pero en aquel momento no importaban al anciano las intrigas. Una sola y terrible cuestión lo preocupaba, pero nadie respondió a ella. Y para él esa cuestión consistía tan sólo en lo siguiente: "¿Es posible que haya sido yo quien ha permitido que Napoleón llegue a Moscú? ¿Cuándo lo hice? ¿Fue ayer cuando di a Plátov la orden de retroceder, o anteanoche cuando me quedé amodorrado y encargué a Bennigsen que diera las órdenes necesarias? ¿O ha sucedido antes?… ¿Pero cuándo, cuándo se decidió cosa tan horrible? Moscú debe ser abandonada, el ejército tiene que retroceder: hay que dar esa orden". Y darla le parecía lo mismo que renunciar al mando supremo del ejército. No sólo amaba el poder, sino que se había acostumbrado a él (los honores tributados al príncipe Prozorovski, de quien había sido agregado en Turquía, lo irritaban). Estaba además convencido de ser la persona destinada a salvar Rusia y, sólo por ello, contra la voluntad del Zar pero con el beneplácito del pueblo, fue elegido general en jefe. Creía que tan sólo él podía, en aquellas circunstancias difíciles, ser el general en jefe y que ningún otro en todo el mundo estaba en condiciones de enfrentarse, sin sentir miedo, a su adversario: el invencible Napoleón; y lo horrorizaba la idea de la orden que debía dar. Pero había que tomar una decisión. Se debía terminar con las conversaciones demasiado libres que cundían en derredor.

Mandó llamar a los generales superiores en rango.

—Ma tête, fût-elle bonne ou mauvaise, n'a qu'à s'aider d'elle même[449] — dijo levantándose del banco.

Y salió para Fili, donde se encontraban sus coches.

IV

A las dos de la tarde se reunió el Consejo en la amplia y cómoda isba del campesino Andréi Savostiánov. Los hombres, mujeres y niños de la numerosa familia se habían agrupado en la parte trasera de la isba, al otro lado del zaguán. Sólo una nieta de Andréi Savostiánov, Malasha, niña de seis años —con la cual el Serenísimo bromeó cariñosamente y a la que dio un terrón de azúcar a la hora del té—, se quedó sobre la estufa de la habitación grande. Malasha, tímida y contenta, contemplaba desde su puesto los rostros, uniformes y condecoraciones de los generales que iban entrando y se sentaban en los anchos bancos colocados en ángulo bajo los iconos. El "abuelo" (así llamaba Malasha en su fuero interno a Kutúzov) se había sentado en un rincón oscuro, detrás de la estufa. Permanecía hundido en su silla plegable y carraspeaba sin cesar, ajustándose el cuello de su guerrera, que, aunque desabrochado, parecía molestarlo. Los que entraban se acercaban a él uno tras otro. Estrechaba las manos a unos; a otros les hacía una inclinación de cabeza. Kaisárov, el ayudante de campo del Serenísimo, quiso descorrer la cortina de la ventana, que estaba enfrente de Kutúzov, pero él agitó con enfado la mano y Kaisárov comprendió que el Serenísimo no deseaba que vieran su rostro.

Alrededor de la rústica mesa de abeto, cubierta de mapas, planos, papeles y lápices, se había reunido tanta gente que los ordenanzas trajeron otro banco y lo colocaron junto a la mesa. En ese banco se sentaron Ermólov, Kaisárov y Tolly. Bajo los iconos, el primer puesto lo ocupaba Barclay de Tolly, que lucía al cuello la cruz de San Jorge y tenía el rostro pálido y enfermizo; su ancha frente se juntaba con el cráneo calvo. Tenía fiebre desde hacía dos días y en aquel mismo momento sentía escalofríos y

le dolía todo el cuerpo. Uvárov estaba a su lado y, en voz baja (como hablaban todos), le decía algo con rapidez y gesticulando. El pequeño y redondo Dojtúrov, con las cejas arqueadas y las manos plegadas sobre el vientre, escuchaba con atención. Enfrente, apoyando en la mano su amplia cabeza de rasgos enérgicos y brillantes ojos, se hallaba el conde Ostermann-Tolstói, que parecía abstraído en sus propios pensamientos. Raievski, con gesto habitual, ensortijaba sus negros cabellos en las sienes y miraba tan pronto a Kutúzov como a la puerta de entrada. Iluminaba el rostro enérgico, bello y bonachón de Konovnitsin una sonrisa tierna y maliciosa. Se acababa de encontrar con la mirada de Malasha y le hacía señas con los ojos que provocaban la sonrisa de la niña.

Todos esperaban a Bennigsen, quien, con el pretexto de inspeccionar de nuevo las posiciones, estaba dando fin a una suculenta comida. Aguardaron su llegada desde las cuatro hasta las seis, sin comenzar la sesión, manteniendo, en voz baja, conversaciones particulares.

Cuando Bennigsen entró en la isba, Kutúzov salió de su oscuro rincón y se acercó a la mesa procurando que no le diese en la cara la luz de las velas allí colocadas.

Bennigsen comenzó la sesión con la siguiente pregunta: "¿Debemos abandonar sin combatir la antigua y sagrada capital de Rusia o debemos defenderla?". A esas palabras siguió un silencio prolongado y general. Todos los rostros se oscurecieron y, en medio del silencio, se oía el irritado carraspeo y la tosecilla de Kutúzov. Todos los ojos se volvieron hacia él. También Malasha miró al abuelo, a quien tenía muy cerca, y vio cómo se contrajo su rostro y se llenó de arrugas; diríase que estaba a punto de llorar. Mas el silencio fue breve.

—*¡Antigua y sagrada capital de Rusia!*— repitió de pronto con voz irritada las palabras de Bennigsen, haciendo notar así la falsedad con que habían sido dichas. —Permítame que le diga, Excelencia, que esa pregunta no tiene sentido para un ruso— e inclinó hacia delante su grueso cuerpo. —El problema puede plantearse así; carece de sentido. Si los he convocado a esta reunión es para plantear un problema militar, que es éste: "La salvación de Rusia está en su ejército. ¿Conviene arriesgar la pérdida del ejército y de

Moscú aceptando el combate o es mejor entregar Moscú sin luchar?”. Sobre este punto querría conocer el parecer de ustedes.

Dicho esto, se echó de nuevo hacia atrás, sobre el respaldo del sillón.

La discusión comenzó. Bennigsen no creía que la campaña estuviese perdida. Aun admitiendo la opinión de Barclay y algún otro sobre la imposibilidad de aceptar la batalla a la defensiva en Fili, y llevado por su patriotismo ruso y el amor a Moscú, proponía pasar las tropas de noche, del flanco derecho al izquierdo, para atacar al día siguiente el flanco derecho de los franceses. Las opiniones se dividieron: Ermólov, Dojtúrov y Raievski apoyaron a Bennigsen. Bien porque los guiase la necesidad de inmolarse antes de abandonar Moscú, o por otras consideraciones personales, aquellos generales parecían no comprender que el Consejo no podía cambiar el inevitable curso de los acontecimientos y que Moscú ya estaba abandonada. Así lo entendieron los demás, y dejando a un lado todo lo referente a Moscú hablaron sobre la dirección que debería tomar el ejército en su retirada.

Malasha, que, sin apartar los ojos, observaba todo lo que ocurría ante ella, comprendía de modo muy distinto la importancia de aquel Consejo. Le parecía que todo consistía en una lucha personal entre el “abuelo” y el “hombre de la levita larga”, como llamaba a Bennigsen, veía lo irritados que estaban cuando hablaban el uno con el otro y siempre tomaba partido por el abuelo. Observó cómo, en medio de la conversación, el abuelo lanzó una ojeada rápida y maliciosa al hombre de la levita; comprendió con gran alegría que el abuelo le cortó las alas, que Bennigsen se puso rojo inesperadamente y empezó a caminar de un lado a otro de la sala. Las palabras que habían influido así sobre Bennigsen eran la opinión expresada por Kutúzov, con voz mesurada y tranquila, sobre las desventajas y ventajas de la propuesta de Bennigsen: hacer pasar durante la noche las tropas del ala derecha a la izquierda para atacar el flanco derecho de los franceses.

—Yo, señores— dijo Kutúzov, —no puedo aprobar el proyecto del conde. Siempre es peligrosa la reagrupación de tropas cercanas al enemigo. La historia militar lo confirma. Así, por ejemplo…— Kutúzov se detuvo como buscando un caso que ilustrara sus palabras, fijando en Bennigsen una mirada clara e ingenua. —Sí, por ejemplo, la batalla de Friedland; el conde la recordará bien. Aquella batalla no salió… del todo bien por la

sencilla razón de que nuestras tropas se reagruparon demasiado cerca del enemigo…

Un silencio que a todos pareció demasiado largo siguió a esas palabras. Se reanudaron después las discusiones, pero ya con frecuentes pausas; era evidente que nada había que discutir.

Durante una de esas pausas Kutúzov lanzó un penoso suspiro, como si se dispusiera a hablar. Todos lo miraron.

—Eh bien, messieurs!, je vois bien que c’est moi qui paierai les pots cassés[450]— dijo. Se levantó y se acercó lentamente a la mesa. —Señores, he escuchado sus opiniones. Algunos no estarán de acuerdo conmigo. Pero yo (y se detuvo), en virtud de los poderes que me han conferido el Zar y la patria, ordeno la retirada.

Inmediatamente después de eso, los generales empezaron a dispersarse solemnes y silenciosos, como si volvieran de un entierro.

Algunos generales, con voz contenida, muy diferente de la que habían empleado en las discusiones, dijeron algo al general en jefe.

Malasha, a quien hacía tiempo esperaban para cenar, bajó de la estufa, apoyándose con los pies desnudos en los salientes; después, escurriéndose entre las piernas de los generales, desapareció por la puerta del zaguán.

Una vez que hubieron salido los generales, Kutúzov se sentó de nuevo y permaneció un buen rato con los codos apoyados en la mesa, pensando siempre en aquella terrible cuestión: “¿Cuándo, cuándo se decidió el abandono de Moscú? ¿Cuándo ocurrió lo que hizo fatal ese abandono? ¿Quién es el culpable?”.

—Eso, eso no lo esperaba— dijo a su ayudante de campo, Schneider, que entró en la habitación ya avanzada la noche. —¡No me lo esperaba! ¡Jamás pensé en ello!

—Tiene que descansar, Alteza— dijo Schneider.

—¡Pues no! ¡Zamparán carne de caballo, como los turcos!— exclamó Kutúzov sin contestar a su ayudante, golpeando la mesa con su grueso puño. —¡La zamparán también ellos, con tal de que…!

V

Rastopchin, el hombre que figura como responsable del abandono e incendio de Moscú —acontecimiento mucho más grave que la retirada del ejército sin presentar batalla—, actuaba de manera muy distinta y en contradicción con Kutúzov.

El abandono de la ciudad y su incendio eran tan inevitables como la retirada sin lucha de las tropas más allá de la capital, después de Borodinó.

Cada ruso, no por deducciones lógicas sino guiándose solamente por el sentimiento que en ellos existe como existía ya en sus antecesores, habría podido predecir lo sucedido.

Empezando por Smolensk, en todas las ciudades y aldeas de Rusia, sin la intervención del conde Rastopchin ni de sus pasquines, sucedió lo mismo que en Moscú: el pueblo esperaba tranquilamente al enemigo, sin revueltas, sin disturbios: no despedazaba a nadie sino que esperaba sin alterarse, seguro de tener fuerzas, llegado el momento oportuno y más difícil, para decidir lo que debía hacer.

Y tan pronto como se acercaba el enemigo, los más ricos huían de la población, abandonando sus bienes; los más pobres se quedaban y destruían e incendiaban todo cuanto había en la ciudad.

La conciencia de que siempre ha sido y siempre será así yacía y yace en el corazón de todo ruso. Y esa conciencia, unida al presentimiento de que Moscú caería en poder del enemigo, se había difundido por toda la sociedad moscovita del año 1812.

Quienes comenzaron a salir de la ciudad en los últimos días de julio y primeros de agosto daban muestras de esperar lo que después sucedió. Los que abandonaron sus casas y la mitad de sus bienes, llevándose lo que

podían trasladar consigo, obraban de esa manera por un patriotismo latente que no se expresaba con frases, ni con el sacrificio de los propios hijos para salvar la patria, o con otros actos semejantes contrarios a la naturaleza, sino, de manera sencilla, natural, que daba, por eso mismo, los mejores resultados.

“Es vergonzoso huir del peligro; sólo los cobardes huyen de Moscú”, se les decía. Hasta en sus pasquines Rastopchin trataba de convencerlos de que huían sólo los cobardes. Se avergonzaban de ser llamados cobardes, les remordía la conciencia huir, pero se iban de todas maneras, porque sabían que era necesario. ¿Por qué se iban? No puede suponerse que Rastopchin los asustara con los horrores que Napoleón cometía en las tierras conquistadas. Eran personas instruidas y ricas las que primero salieron de Moscú, aquellas que sabían muy bien que Viena y Berlín habían quedado intactas, que allí, durante la ocupación napoleónica, se había vivido alegremente con los encantadores franceses que tanto agradaban a los rusos y especialmente a las damas.

Abandonaban la ciudad porque los rusos no se preguntaban siquiera si lo pasarían bien o mal bajo la dominación francesa. Bajo los franceses no se podía vivir; peor que eso no había nada. Habían empezado a salir antes de Borodinó y más de prisa después de ella, a pesar de las declaraciones del general gobernador de la ciudad, que proponía salir con la Virgen de Iverisk y combatir al enemigo, a pesar de los globos aéreos que habían de exterminar a los franceses y demás tonterías que Rastopchin escribía en sus pasquines. Sabían que era el ejército quien debía batirse, y si el ejército no podía hacerlo no serían las señoritas y los criados quienes fueran a Tri Gori para enfrentarse con Napoleón, y que era necesario huir sin pensar en la pena que sentían al abandonar sus bienes.

Se iban y no comprendían la inmensa importancia de aquella enorme y rica capital abandonada por sus habitantes y condenada al fuego (una ciudad grande, de casas de madera, no puede por menos de arder cuando todos la abandonan). Se marchaban pensando cada uno en sí mismo; y a consecuencia de su marcha, aconteció el memorable hecho que quedará para siempre como el mejor timbre de gloria del pueblo ruso. Aquella señora que ya en el mes de junio salía de Moscú con sus criados negros y

sus bufones para refugiarse en su casa de campo de Sarátov, con la vaga convicción de que no era una criada de Bonaparte, y temerosa de que la hicieran regresar por orden de Rastopchin, contribuía sencillamente a la gran empresa que salvó a toda Rusia. Y el conde Rastopchin, que bien avergonzaba a los fugitivos, bien evacuaba de la ciudad todas las oficinas públicas, bien repartía entre la chusma de borrachos armas inservibles, bien hacía salir en procesión las imágenes sagradas, bien prohibía al metropolitano Agustín que sacara las reliquias e iconos, bien requisaba todos los carros particulares existentes en Moscú, para llevar sobre ciento treinta y seis carros el globo fabricado por Leppich, tan pronto insinuaba que incendiaría la ciudad, contando cómo prendió fuego a su propia casa, como escribía una proclama a los franceses para reprocharles solemnemente el saqueo de un hospicio, como se atribuía toda la gloria del incendio de Moscú, o lo negaba, ordenando al pueblo que apresara a todos los espías y los llevaran a su presencia, bien reprochaba al pueblo por hacerlo; tan pronto expulsaba de Moscú a todos los franceses y dejaba en la ciudad a la señora Aubert-Chalmet, que era el centro de toda la colonia francesa de la capital, y sin razón alguna ordenaba detener y deportar al viejo y venerable jefe de Correos Kliuchárov; bien reunía al pueblo para ir a Tri Gori a luchar contra los franceses y, para desembarazarse de ese mismo pueblo, lo arrojaba como presa a un hombre, mientras él huía por la puerta de servicio; aseguraba además que él no sobreviviría a la desgracia de Moscú y escribía en los álbumes *versos franceses* sobre su propia participación en la empresa. Ese hombre no comprendía la trascendencia del acontecimiento que se estaba gestando. Deseaba hacer algo, asombrar, representar un papel cualquiera, patriótico y heroico, y, como un niño, se divertía con el hecho grandioso e inevitable del abandono e incendio de Moscú, mientras con su débil mano trataba unas veces de animar y otras de frenar la impetuosa corriente popular que lo arrastraba consigo.

VI

A su regreso con la Corte de Vilna a San Petersburgo, Elena se encontró en una situación embarazosa.

Gozaba en San Petersburgo de la protección especial de un personaje situado en uno de los puestos más importantes del Estado. Pero en Vilna había intimado con un joven príncipe extranjero. Cuando regresó a San Petersburgo, el príncipe y el alto personaje (ambos estaban allí) quisieron hacer valer sus derechos y a Elena se le planteó un problema, nuevo para ella, de conservar sus íntimas relaciones con ambos sin ofender a ninguno de los dos.

Pero lo que a otra mujer habría parecido difícil y, quizá, imposible no hizo vacilar un instante a la condesa Bezújov, que no en vano era considerada mujer inteligentísima. Disimular y procurar salir de apuros mediante la astucia era estropearlo todo y declararse culpable. Por el contrario, como persona verdaderamente fuerte que puede cuanto quiere, Elena se situó en el terreno de alguien a quien asiste la razón, cosa en la cual creía sinceramente, colocando a todos los demás en situación de culpables.

La primera vez que el joven extranjero se permitió hacerle un reproche, Elena, levantando orgullosamente su bella cabeza y volviéndose a medias hacia él, le dijo con firmeza:

—Voilà l'égoïsme et la cruauté des hommes! Je ne m'attendais pas à autre chose.[451] La mujer se sacrifica y sufre por vosotros, y he ahí la recompensa. ¿Qué derecho tiene usted, señor mío, de pedirme cuentas de mis amistades y de mis afectos? Ese hombre ha sido para mí más que un padre.

El joven quiso decir algo, pero Elena lo interrumpió:

—Eh bien, oui, peut-être[452] que tenga hacia mí sentimientos distintos de los de un padre, pero ésa no es razón para que le cierre la puerta. No soy un hombre para ser ingrata. Sepa usted que en cuanto se refiere a mis sentimientos íntimos, no doy cuenta más que a Dios y a mi conciencia— terminó, llevándose la mano al alto y hermoso pecho y levantando los ojos al cielo.

—Mais écoutez-moi, au nom de Dieu.

—Épousez-moi, et je serai votre esclave.

—Mais c'est imposible.

—Vous ne daignez pas descendre jusqu'à moi, vous…[453]— dijo Elena rompiendo a llorar.

El personaje trató de consolarla, y ella, a través de las lágrimas, dijo (como si no supiese lo que decía) que nada podía impedir esa boda, que ya había otros ejemplos (entonces no abundaban, pero Elena recordó a Napoleón y a algún otro alto personaje), que ella no había sido nunca mujer de su marido, que había sido sacrificada.

—Pero las leyes, la religión…— dijo el personaje, comenzando ya a ceder.

—Las leyes, la religión…— repitió Elena. —¿Para qué han sido inventadas si no pueden hacer esto?

El importante personaje pareció asombrado de que un razonamiento tan sencillo no se le hubiera ocurrido nunca y pidió consejo a los santos padres de la Compañía de Jesús, con los que tenía estrecha amistad.

Unos días después, en una de las espléndidas fiestas que daba Elena en su villa de Kámmeni Ostrov, le presentaron a M. de Jobert, *un jésuite à robe courte*[454] encantador; ya no joven, con el pelo blanco como la nieve, ojos negros y brillantes. En el jardín, a la luz de los faroles y bajo el ritmo de la música, habló con Elena acerca del amor a Dios, a Cristo y al Corazón de la Santísima Madre y de los consuelos que en este mundo y en el otro ofrece la única religión verdadera, la religión católica.

Elena llegó a sentirse conmovida y varias veces sus ojos y los de M. Jobert se llenaron de lágrimas y les tembló la voz. Un caballero la invitó a bailar y esto interrumpió la conversación de Elena con su futuro *directeur*

de conscience. Pero al día siguiente, por la tarde, M. Jobert acudió solo a la casa de Elena y desde entonces se convirtió en un asiduo visitante de la condesa.

Un día la llevó a la iglesia católica y Elena cayó de rodillas ante un altar. Un francés, algo maduro, realmente encantador, posó su mano sobre la cabeza de Elena y ella —como contaba después— sintió un aire fresco que entraba en su pecho. Le explicaron que aquello era *la grâce.*

En seguida la condujeron ante un abate *à robe longue*,[455] quien oyó su confesión y la absolvió. Al día siguiente le llevaron una cajita para que pudiera comulgar en su casa. Pocos días después Elena supo con alegría que había entrado en el seno de la Iglesia católica, la única verdadera, y que el mismo Papa tendría conocimiento de ello y le enviaría cierta carta.

Todo cuanto sucedía durante ese tiempo en torno a ella, la atención que le dedicaban personas tan inteligentes, expresada en forma tan refinada y agradable, el estado de pureza en que ahora se hallaba, semejante al de una paloma (vestía siempre trajes blancos con cintas blancas), le causaba gran placer. Mas ese placer no le hacía olvidar ni por un instante sus objetivos. Y como suele ocurrir cada vez que entra en juego la astucia, un tonto siempre puede vencer al más inteligente; Elena, comprendiendo que su conversión al catolicismo iba dirigida, principalmente, a sacarle dinero para las fundaciones de los jesuitas (acerca de lo cual ya le habían hecho alusiones) insistió, antes de darlo, en que se llevaran a cabo las operaciones que la desligaran de su marido. Para ella la importancia de toda religión se reducía a la posibilidad de satisfacer los deseos humanos, observando desde luego ciertas conveniencias. Y a este fin, en una conversación con su director espiritual, exigió una inmediata respuesta a la pregunta de hasta qué punto estaba ligada por el matrimonio.

Sentados en la sala, junto a una ventana abierta por la cual les llegaba el perfume de las flores, permanecían callados. Anochecía. Elena llevaba un vestido blanco transparente que dejaba al descubierto sus hombros y el pecho.

El abate, bien nutrido, perfectamente rasuradas las gruesas mejillas, de boca atractiva, bien dibujada, tenía modestamente posadas sus manos blancas en las rodillas. Sentado muy cerca de Elena, miraba de vez en

cuando su rostro con serena admiración y sonrisa sutil y exponía su opinión acerca del problema que los ocupaba. Elena, con sonrisa inquieta, contemplaba sus cabellos rizados, sus mejillas regordetas, morenas y bien afeitadas, atenta a cualquier nuevo giro que pudiera tomar la conversación. Pero el abate, que evidentemente se complacía en admirar la belleza de su interlocutora, no olvidaba su objetivo.

El director espiritual razonaba así:

—Ignorando la importancia del hecho, hizo promesa de fidelidad a un hombre que, por su parte, al aceptar el matrimonio sin creer en su importancia religiosa, cometía un sacrilegio. Semejante matrimonio no posee el doble carácter que debe tener. Sin embargo, a usted la ata una promesa. Usted no la ha cumplido. ¿Qué pecado cometió con ese acto? Péché véniel, péché mortel? Péché véniel, puesto que lo hizo sin mala intención. Ahora bien, si usted contrae nuevo matrimonio con el fin de tener hijos, ese pecado puede serle perdonado. Pero la cuestión se divide otra vez en dos: primero…

Pero Elena, cansada ya de aquellos razonamientos, dijo de pronto con fascinante sonrisa:

—Yo creo que al entrar en la verdadera religión no puedo seguir ligada por lo que hice obligada por la falsa.

El *directeur de conscience* quedó asombrado de la simplicidad con que expuso el problema del huevo de Colón. Estaba maravillado de los rápidos progresos de su nueva discípula, pero no podía renunciar a los propios razonamientos construidos con tanto esfuerzo.

—Entendons-nous, comtesse— dijo.

Y comenzó a rebatir las razones de su hija espiritual.

VII

Comprendía Elena que el asunto era muy sencillo y fácil desde el punto de vista espiritual pero que sus guías creaban dificultades porque temían el juicio de la sociedad.

Entendiéndolo así, Elena decidió que había que preparar a la sociedad. Provocó los celos del viejo gran dignatario y le dijo lo mismo al primer pretendiente, es decir, presentó las cosas como si el único medio de adquirir derechos sobre ella fuera el matrimonio.

El viejo dignatario quedó en un principio atónito con la proposición matrimonial, lo mismo que el joven príncipe, dado que el marido de Elena seguía vivo. Pero Elena, con su inconmovible seguridad de que para ella era tan fácil casarse de nuevo como para una muchacha soltera, acabó por hacer mella en él. Si hubiese dejado traslucir el menor gesto de vacilación, de vergüenza o misterio, su causa habría quedado irremediablemente perdida. Pero en ella no había ni el menor asomo de misterio o vergüenza; por el contrario, con simplicidad y candor contaba a sus íntimos (es decir, a todo San Petersburgo) que el príncipe y el gran señor habían pedido su mano, que ella los amaba a los dos y temía disgustar a uno o a otro.

No tardó en esparcirse el rumor por toda la ciudad. No se decía que Elena estaba a punto de divorciarse (en ese caso muchos se habrían manifestado contra tales propósitos); se aseguraba, por el contrario, que la bella y desgraciada Elena estaba indecisa y no sabía con cuál de los dos casarse. Nadie se preguntaba cómo era posible semejante cosa, sino solamente qué partido sería el más ventajoso y cómo recibiría la Corte aquel matrimonio. Había, es cierto, algunos retrógrados que no sabían colocarse a la altura precisa y veían en el proyecto una profanación del

sacramento del matrimonio; pero eran pocos y procuraban callarse. La mayoría estaba interesada en la felicidad que la suerte había deparado a Elena y se preguntaba qué elección sería mejor; nadie se preguntaba si estaba bien o mal casarse teniendo marido vivo, puesto que eso estaba ya evidentemente resuelto por personas más inteligentes "que usted y yo" (como se decía), y dudar si la solución era o no justa entrañaba el peligro de mostrar la propia insensatez y falta de experiencia mundana.

Únicamente María Dmítrievna Ajrosímova, llegada aquel verano a San Petersburgo para ver a uno de sus hijos, se permitió expresar a las claras su propia opinión, contraria en absoluto a la adoptada por la sociedad elegante. Al encontrar en un baile a Elena, la detuvo en medio de la sala y, en tono alto, con ruda voz, dijo entre el silencio general:

—Ya veo que aquí os casáis en vida del marido. ¿Creerás que has descubierto una novedad, verdad? Pues se te han adelantado, querida. Eso lo inventaron hace tiempo. Se hace en todos los…

Y dicho lo que tenía que decir, María Dmítrievna, arreglándose con su gesto habitual las mangas del vestido, atravesó la sala mirando en derredor con aire severo.

Aunque temían a María Dmítrievna, en San Petersburgo la consideraban una excéntrica, y por eso, de todas sus palabras, la gente sólo retuvo la más vulgar. La repetían a media voz y en ella encontraban toda la sal de cuanto había dicho.

El príncipe Vasili, que en aquellos tiempos olvidaba con mucha frecuencia lo que había dicho, y repetía cien veces lo mismo, cada vez que veía a su hija, le decía: —Hélène, j'ai un mot à vous dire— y se la llevaba aparte, tirando de su mano hacia abajo. —J'ai eu vent de certains projets relatifs à… Vous savez. Eh bien, ma chère, enfant, vous savez que mon coeur de père se réjouit de vous savoir… Vous avez tant souffert… Mais, chère enfant… ne consultez que votre coeur. C'est tout ce que je vous dis. **[456]**

Y ocultando su emoción, que era siempre la misma, tocaba con su mejilla la de Elena y se alejaba.

Bilibin, que no había perdido su reputación de hombre ingenioso y era amigo desinteresado de Elena, uno de esos amigos que nunca dejan de ser

amigos de las mujeres brillantes sin poder pasar jamás a la categoría de enamorados, un día en una tertulia de *petit comité* dio a Elena su opinión sobre el asunto.

—Écoutez, Bilibine— Elena llamaba por el apellido a los amigos de esa clase. —Dites-moi comme vous diriez à une soeur, que dois-je faire? Lequel des deux?[457]

Y posó en él su mano blanca y ensortijada. Bilibin arrugó la frente y quedó pensativo. Después dijo:

—Vous ne me prenez pas desprevenido, vous savez. Comme véritable ami, j'ai pensé et repensé à votre affaire.[458] Fíjese: si se casa con el príncipe— era el joven, —pierde para siempre la posibilidad de casarse con el otro y disgusta a la Corte: ya sabe usted que hay cierto parentesco. En cambio, si se casa con el viejo conde, hace la felicidad de sus últimos días y después, como viuda del gran… El joven príncipe no haría un matrimonio desigual casándose con usted.

Y desarrugó la frente.

—Voilà un véritable ami— dijo Elena radiante, poniendo de nuevo su mano en el brazo de Bilibin, —mais c'est que j'aime l'un et l'autre, je ne voudrais pas leur faire de chagrin. Je donnerais ma vie pour leur bonheur à tous deux.[459]

Bilibin se encogió de hombros dando a entender que ni él mismo podía hacer nada contra tamaño dolor.

"Une maîtresse femme! Voilà ce qui s'appelle poser carrément la question. Elle voudrait épouser tous les trois à la fois", pensó.[460]

—Y su marido, ¿qué piensa de todo esto?— dijo, sin temer, gracias a la solidez de su reputación, perder algo de prestigio por semejante pregunta, tan ingenua. —¿Consiente?

—Ah! Il m'aime tant!— respondió Elena, quien, no se sabe por qué, creía también en el amor de Pierre. —Il fera tout pour moi.

Bilibin recogió los pliegues de la frente para subrayar lo que iba a decir:

—Même le divorce.

Elena rió.

Entre las personas que se permitían dudar de la legalidad del proyectado matrimonio estaba la madre de Elena, la princesa Kuráguina. Siempre había

sentido celos de su hija; y ahora que el motivo de los celos la afectaba más, la princesa no podía admitir semejante idea. Consultó con un sacerdote ruso si era posible el divorcio y la boda viviendo el primer marido; el sacerdote le aseguró que era imposible y, con gran alegría por su parte, le hizo ver el texto del Evangelio donde se rechazaba categóricamente, según el parecer del sacerdote, la posibilidad de contraer matrimonio en vida del marido.

Armada de semejante argumento, que le parecía indiscutible, la princesa se dirigió muy de mañana a ver a su hija con intención de hablar a solas con ella.

Elena escuchó las objeciones de su madre y sonrió dulcemente con aire burlón:

—Ya ves, aquí se dice claramente: quien se case con una mujer divorciada…— dijo la vieja princesa.

—Ah! maman, ne dites pas de bêtises. Vous ne comprenez rien. Dans ma position j'ai des devoirs[461]— dijo Elena, pasando del ruso al francés, porque le parecía que en lengua rusa su caso era siempre más complicado.

—Pero, querida…

—Ah! maman, comment est-ce que vous ne comprenez pas que le Saint-Père, qui a le droit de donner les dispenses?…[462]

En aquel instante, la señorita de compañía de Elena entró para advertir de que Su Alteza estaba en la sala y deseaba verla:

—Non, dites-lui que je ne veux pas le voir, que je suis furieuse contre lui, parce qu'il m'a manqué de parole.[463]

—Comtesse, à tout péché miséricorde[464]— dijo entrando en la habitación un joven rubio de cara y nariz alargadas.

La vieja princesa se levantó respetuosamente e hizo una reverencia. El joven no reparó en ella. La princesa saludó con la cabeza a su hija y se dirigió hacia la puerta.

“Sí, tiene razón —pensó la vieja princesa, cuyas convicciones se derrumbaron a la vista de Su Alteza—. Tiene razón. Pero, ¿cómo es posible que nosotros, en nuestra irrecuperable juventud, no lo supiéramos? Y era tan sencillo…”

Y con estos pensamientos se acomodó en su coche.

A primeros de agosto el asunto de Elena estaba resuelto. Escribió a su marido (en cuyo gran amor creía) una carta anunciándole su intención de casarse con N. N. y notificándole su conversión a la única religión verdadera. Le pedía que cumpliera todas las formalidades requeridas para el divorcio, formalidades que se encargaría de explicarle el portador de la carta.

“Sur ce, je prie Dieu, mon ami, de vous avoir sous sa sainte et puissante garde. Votre amie, Hélène.”[465]

Esta carta fue llevada a casa de Pierre cuando él se hallaba en el campo de Borodinó.

VIII

Hacia el final de la batalla de Borodinó, abandonando por segunda vez la batería de Raievski, Pierre se dirigió con grupos de soldados, andando por un barranco, a Kniazkovo, donde estaba el puesto de socorro. Pero al ver tanta sangre y escuchar los gritos y lamentos de los heridos se apresuró a seguir adelante, mezclado con los soldados.

Lo único que en aquellos momentos deseaba con toda su alma era alejarse lo antes posible de la espantosa impresión de aquel día; volver a sus condiciones de vida habituales, dormirse tranquilamente en su habitación y en su lecho. Estaba convencido de que si volvía a sus condiciones de vida habituales podría comprender cuanto había visto y experimentado. Pero esas condiciones habituales no existían en ninguna parte.

En el camino por el que ahora iba ya no silbaban las balas y granadas, pero todo lo demás era igual que en el campo de batalla: los mismos rostros dolorosos, atormentados, o a veces con una expresión de extraña indiferencia; la misma sangre, los mismos capotes de soldados y disparos de fusil que, pese a ser lejanos, seguían provocando horror. A todo ello se unía el calor y el polvo, que eran sofocantes.

Después de avanzar tres kilómetros por el camino de Mozhaisk, Pierre se sentó en un borde del camino.

El crepúsculo caía sobre la tierra y el tronar de los cañones había cesado. Pierre, apoyándose en el brazo, se tendió y permaneció largo rato en esa postura, contemplando las sombras de los que pasaban delante de él en la oscuridad. A cada instante se imaginaba que se le venía encima una granada con aquel espantoso silbido. Entonces se estremecía y se incorporaba. No se dio cuenta del tiempo que llevaba allí. Hacia

medianoche tres soldados que habían arrastrado unas ramas secas se colocaron cerca de él y encendieron una hoguera, mirándolo con desconfianza.

Sobre el fuego pusieron una olla con trozos de pan seco y tocino. El grato olor de una comida grasienta se fundía con el olor a humo. Pierre se incorporó y suspiró. Los soldados comían sin prestar atención a Pierre y conversaban animadamente. De pronto uno le preguntó:

—¡Eh, tú! ¿Quién eres?

Con esa pregunta quería indudablemente expresar lo que se imaginó Pierre, es decir: si quieres comer, puedes acercarte; te basta con decirnos que eres hombre honrado.

—¿Yo?… ¿Yo?— dijo Pierre, que comprendía la necesidad de rebajar en lo más posible su posición social para acercarse a los soldados y ser comprendido mejor por ellos. —A decir verdad, soy un oficial de las milicias, pero mi destacamento no está aquí. Vengo de la batalla y he perdido a los míos.

—¡Vaya!— dijo un soldado.

Otro movió la cabeza.

—¡Bueno!— habló el primero de ellos. —Puedes comer, si quieres, nuestra bazofia.

Y pasó a Pierre una cuchara de madera después de haberla lamido bien.

Pierre se sentó junto al fuego y comenzó a comer de lo que había en la olla. Le pareció no haber probado nunca manjar tan exquisito. Mientras se inclinaba ávidamente sobre la marmita para sacar grandes cucharadas, que devoraba incansable, su rostro se iluminó con el fuego y los soldados lo examinaron en silencio.

—¿Y adónde vas ahora?— preguntó uno.

—A Mozhaisk.

—¿Eres entonces un señor?

—Sí.

—¿Y cómo te llamas?

—Piotr Kirílovich.

—Bien, Piotr Kirílovich, vamos; te llevaremos.

En medio de la profunda oscuridad, Pierre y los soldados se dirigieron a Mozhaisk.

Cantaban ya los gallos cuando llegaron a la población y comenzaron a subir la abrupta cuesta. Pierre iba con los soldados olvidando completamente que su posada estaba en el comienzo de la cuesta y la habían pasado ya. No se habría fijado en ello (tan distraído estaba) si a la mitad del camino no se hubieran encontrado con su caballerizo, que subió a buscarlo a la ciudad y ahora volvía a la posada.

El caballerizo reconoció a Pierre por su sombrero blanco, que se destacaba en la oscuridad.

—¡Excelencia!— dijo. —Estábamos ya desesperados. ¿Por qué viene a pie? ¿Adónde va? Por favor, venga.

—¡Ah, sí!— dijo Pierre.

Los soldados se detuvieron.

—¡Vaya!… ¿Has encontrado por fin a los tuyos?— preguntó uno.

—Ea, adiós, Piotr Kirílovich, ¿no es así?

—Adiós, Piotr Kirílovich— repitieron los demás.

—Adiós— dijo Pierre.

Y en compañía del caballerizo se dirigió a la posada.

“Convendría darles algo —pensó Pierre llevándose la mano al bolsillo —. No, no debes hacerlo”, le respondió una voz interior.

Todas las habitaciones de la posada estaban ocupadas. Pierre pasó al patio y se refugió en su coche, tapándose todo entero, hasta la cabeza, con un capote.

IX

En cuanto puso la cabeza sobre el almohadón sintió que se dormía. Mas, de pronto, con una claridad semejante a la realidad misma, oyó el ruido de los proyectiles, los gemidos, los gritos, el estallido de los granadas; sintió el olor de la sangre y la pólvora y se apoderó de él un sentimiento de horror y de miedo a morir. Abrió asustado los ojos y levantó la cabeza. En el patio todo estaba tranquilo; un asistente pasó por delante del portón y cambió unas palabras con el guarda. Encima de Pierre, bajo el oscuro envés del sobradillo, algunas palomas rebulleron inquietas por el ruido que hizo al incorporarse. Por todo el patio se extendía el pacífico olor de la posada, en aquel instante tan grato para Pierre: a heno, estiércol y alquitrán. Entre los dos negros cobertizos se veía un cielo puro y estrellado.

"Gracias a Dios que ha pasado todo —pensó cubriéndose de nuevo la cabeza—. ¡Oh! ¡Qué terrible es el miedo y cómo fui dominado por él! ¡Qué vergüenza! Y ellos… *ellos*, todo el tiempo, hasta el fin, permanecieron firmes y serenos."

Ellos, en la mente de Pierre, eran los soldados, los de la batería, los que lo habían invitado a comer y los que rezaban ante el icono. *Ellos*, esos seres extraños a los que nunca había conocido hasta entonces, se diferenciaban claramente del resto de las personas.

"Ser soldado, un simple soldado —pensó Pierre volviéndose a dormir —, participar plenamente en esta vida común, es lo que los hace ser así. Pero ¿cómo librarse de la carga superflua y diabólica de esta apariencia exterior? Hubo un tiempo en que pude ser como ellos. Pude huir de mi padre, como yo quería. Y más tarde, tras el duelo con Dólojov, pude ser enviado como soldado a un regimiento." Recordó Pierre el banquete en el

Club, durante el cual había provocado a Dólojov, y a su bienhechor en Torzhok. Vio en su imaginación una solemne reunión de la logia, que se celebraba en el Club Inglés. Alguien muy conocido y querido estaba sentado a un extremo de la mesa. ¡Era él! El bienhechor. “Pero él ha muerto —pensó Pierre—. Sí, ha muerto… Pero no sabía que hubiera vuelto a la vida. ¡Cómo sentí su muerte y qué alegría siento de verlo vivo de nuevo!” A un lado de la mesa estaban sentados Anatole, Dólojov, Nesvitski, Denísov y otros como ellos. (En sueños Pierre definía claramente la categoría de estos últimos, lo mismo que la de los otros a los que llamaba *ellos*.) Esos hombres, Anatole, Dólojov, gritan y cantan. Pero a través de sus gritos se oye la voz del bienhechor que habla sin descanso, y el sentido de sus palabras tiene la misma importancia y es tan permanente como el fragor del campo de batalla, pero su voz es grata y consoladora. Pierre no comprende lo que dice el bienhechor, pero sabe (tan claras eran las ideas en el sueño) que habla del bien, de la posibilidad de ser lo que son *ellos*. Por todas partes, *ellos*, con rostros sencillos, bondadosos y enérgicos rodeaban al bienhechor. Mas, aunque son buenos, no miran a Pierre; no lo conocen. Pierre quiere atraer su atención y hablar. Se incorpora… y en ese mismo instante se le enfrían las piernas: las tiene desnudas.

Siente vergüenza y cubre sus piernas con la mano, descubiertas por la caída, en aquel momento, del capote.

Mientras se tapaba, abrió los ojos y vio los sobradillos, los postes, el patio de la posada; pero lo vio todo azulado, claro, brillante por las gotas de rocío y la escarcha.

“Amanece —pensó Pierre—. Pero no se trata de eso: tengo que escuchar y comprender las palabras del bienhechor.” Se cubrió de nuevo con el capote; pero ya no volvieron ni la logia ni el bienhechor. No quedaban más que ideas claramente expresadas con palabras, ideas que alguien exponía o él mismo formulaba.

Recordando más tarde aquellas ideas, aunque provocadas por los acontecimientos de la jornada, Pierre estaba convencido de que alguien, que no era él, se las decía. Tenía la impresión de que nunca habría podido, ni en estado de vigilia, pensar y expresar así semejantes pensamientos.

“La guerra es la sumisión más difícil de la libertad del hombre a la ley de Dios —decía la voz—. La simplicidad es la obediencia a Dios. Es imposible apartarse de *Él*. Y *ellos* son sencillos. *Ellos* no hablan, actúan. La palabra dicha es plata; la no pronunciada, oro. El hombre no puede ser dueño de nada mientras tenga miedo a la muerte. Quien no tiene miedo a la muerte lo posee todo. El hombre no conocería sus propios límites, no se conocería a sí mismo sin el sufrimiento. Lo más difícil —continuaba, pensando o escuchando mientras dormía—, lo más difícil consiste en saber unir en uno mismo el significado de todo.”

Ensamblarlas, eso es lo que hace falta. ¡Sí, engancharlas unas a otras, enganchar! —repetía Pierre maravillado, sintiendo que esas palabras, sólo esas palabras expresaban lo que quería decir y resolvían el dilema que lo atormentaba.

—¡Sí, hay que enganchar!…

—¡Ya es hora de enganchar, Excelencia! Hay que enganchar— repetía una voz, —ya es hora de hacerlo…

Era la voz del caballerizo, que despertaba a su dueño.

El sol caía sobre el rostro de Pierre. Miró al patio, lleno de basura, en cuyo centro, junto al pozo, varios soldados daban de beber a sus caballos. Algunos carros empezaban a salir. Pierre, asqueado, volvió la cabeza y, cerrando los ojos, se dejó caer de nuevo sobre el asiento del coche. “¡No! ¡No quiero eso…! ¡No quiero ver ni comprender eso! ¡Quiero comprender lo que se me ha revelado durante el sueño! ¡Un segundo más y lo habría comprendido todo…! Pero ¿qué debo hacer? Ensamblar, pero ¿cómo ensamblarlo todo?” Y Pierre advirtió con horror que se derrumbaba todo cuanto había visto y pensado en sueños.

El caballerizo, el portero y el cochero contaron a Pierre que acababa de llegar un oficial anunciando que los franceses avanzaban hacia Mozhaisk y que las tropas rusas se retiraban.

Pierre se levantó, ordenó que engancharan y se reunieran con él más adelante y salió a pie a través de la ciudad.

Las tropas se replegaban dejando cerca de diez mil heridos, que se veían en los patios y ventanas de las casas; otros se aglomeraban en las calles. Junto a los carros que debían llevar a los heridos se oían gritos, juramentos

y golpes. Pierre acomodó en su carruaje a un general herido, a quien conocía, e hizo en su compañía el viaje hasta Moscú. En el camino supo de la muerte de su cuñado y de la del príncipe Andréi.

X

El día 30 Pierre regresó a Moscú. Casi en las mismas puertas de la ciudad se encontró con un ayudante del conde Rastopchin.

—¡Y nosotros buscándolo por todas partes!— le dijo el ayudante. —El conde necesita verlo sin falta. Le ruego que vaya ahora mismo. Se trata de un asunto muy importante.

Pierre, sin pasar por su casa, tomó un coche de punto y se dirigió a la residencia del general gobernador.

El conde Rastopchin había llegado aquella misma mañana de su villa de Sokólniki. En la antesala y en la sala de recibir se agrupaban los funcionarios, unos que habían sido llamados y otros que acudían a pedir órdenes. Vasílchikov y Plátov habían visto ya al conde y le habían explicado que era imposible la defensa de Moscú y que la ciudad iba a ser entregada. Aunque la noticia se ocultaba a la población, los funcionarios y jefes de las diversas administraciones sabían que Moscú iba a ser abandonada al enemigo, igual que lo sabía el conde Rastopchin; todos ellos, para eludir responsabilidades, acudían a preguntar al general gobernador qué debían hacer con los servicios encomendados.

Cuando Pierre entraba en la sala de recibir, un correo del ejército salía del despacho del conde.

A las preguntas que le hicieron se limitó a contestar con un gesto desesperado y cruzó la sala.

Mientras esperaba, Pierre miró con ojos cansados a los funcionarios, jóvenes y viejos, militares y civiles, importantes y poco importantes, que allí aguardaban. Todos parecían disgustados e inquietos. Pierre se acercó a

un grupo de funcionarios entre los que había un conocido suyo. Lo saludaron y siguieron conversando.

—Exiliarlo y hacerlo volver no sería una desgracia, pero en estas condiciones no se puede responder de nada.

—Pero fíjese en lo que escribe…— dijo uno, enseñando un papel impreso que tenía en la mano.

—Eso es otra cosa. Es necesario para el pueblo— replicó el primero.

—¿Qué es?— preguntó Pierre.

—Mire: un nuevo pasquín.

Pierre lo tomó y se puso a leer.

> El Serenísimo, para unirse lo antes posible a las tropas que van a su encuentro, ha pasado Mozhaisk, ocupando una fuerte posición que el enemigo no podrá conquistar tan fácilmente. De aquí se le han enviado cuarenta y ocho cañones con munición, y el Serenísimo anuncia que defenderá Moscú hasta la última gota de sangre y que está dispuesto, si es necesario, a luchar en las calles. No importa, hermanos, que las oficinas públicas hayan cerrado sus puertas; había que ponerlas a salvo; nosotros mismos con nuestros propios medios, acabaremos con los malhechores. Cuando sea preciso necesitaré valientes de la ciudad y del campo. Los llamaré dos días antes. Ahora callo, porque no hace falta. Vendrá bien el hacha, un venablo y, lo mejor de todo, la horquilla de tres dientes. Un francés no pesa más que una gavilla de trigo. Mañana, después de la comida, acompañaré a Nuestra Señora de Iverisk al Hospital de Catalina para visitar a los heridos. Bendeciremos el agua y así curarán antes. También yo he curado: tenía un ojo malo y ahora tengo ojo avizor.

—Pues algunos militares me han dicho que es imposible luchar aquí y que las posiciones…— comenzó Pierre.

—De eso precisamente hablábamos— lo interrumpió el primer funcionario.

—¿Qué quiere decir eso de "tenía un ojo malo y ahora tengo ojo avizor"?— preguntó Pierre.

—El conde tenía un orzuelo— sonrió el ayudante de campo —y se inquietaba mucho cuando le decía que la gente se preocupaba y venía a verlo. ¿Y bien, conde?— se volvió inesperadamente a Pierre. —He oído que tiene disgustos de familia. Dicen que la condesa, su esposa…

—No sé nada— dijo Pierre con indiferencia. —¿Qué ha oído usted?

—Ya sabe, conde, que se inventan muchas cosas. Le decía que había oído…

—¿Qué ha oído?

—Dicen— respondió con la misma sonrisa el ayudante —que la condesa se dispone a salir para el extranjero. Seguramente son invenciones…

—Puede ser— dijo Pierre, mirando distraído en derredor. —¿Quién es?— preguntó señalando a un anciano más bien bajo, que vestía una limpia blusa azul, de barba y cejas blancas como la nieve y rostro sonrosado.

—¿Aquél? Un mercader, mejor dicho, posadero, Vereschaguin… Habrá oído usted hablar de la historia con proclama, ¿verdad?

—¡Ah, es Vereschaguin!— dijo Pierre, fijándose en el viejo y buscando en su cara firme y tranquila una señal que delatara su traición.

—No, no se trata de él… Es el padre del que escribió la proclama— aclaró el ayudante. —El hijo está en el calabozo y creo que acabará mal.

Un viejo con una condecoración y un funcionario alemán, que llevaba una cruz al cuello, se acercaron al grupo.

—Es una historia muy embrollada— dijo el ayudante. —La proclama apareció hace ya dos meses y en seguida lo pusieron en conocimiento del conde, quien ordenó que se abriera una investigación, lo que hizo Gavrilo Ivánich. La proclama pasó exactamente por sesenta y tres manos. En cuanto le llegaba a alguno, se procedía al interrogatorio: "¿Quién te la dio?". "Me la dio fulano de tal." Se dirigían, entonces, al fulano de tal con la misma pregunta, y de ese modo acabaron por dar con Vereschaguin… un mercader de poca categoría, sin estudios, simpático él…— explicaba el ayudante sonriendo. —Le preguntaron: "¿Quién te la dio?". Lo importante es que sabían quién se la había proporcionado. No podía haberla recibido más que

del jefe de Correos; pero, evidentemente, estaban de acuerdo. Vereschaguin respondía: “Nadie. La he escrito yo”. No valieron ni amenazas, ni ruegos, seguía en sus trece y mantenía lo dicho. Se lo dijeron al conde y éste lo hizo llamar. “¿Quién te ha dado esa proclama?”. “Yo la escribí.” Bueno— continuó el ayudante con una sonrisa alegre y orgullosa, —ya conocen ustedes al conde. Se enfureció terriblemente; así que… imagínense cómo se pondría con tanta insolencia, mentira y obstinación…

—Comprendo— dijo Pierre. —El conde necesitaba que denunciase a Kliuchárov.

—Nada de eso— dijo el ayudante, asustado. —Kliuchárov era culpable aun sin eso. Por eso se lo deportó. Pero el conde estaba muy indignado. Le preguntó: “¿Cómo has podido escribirla tú?”. Tomó de la mesa el *Diario de Hamburgo*. “¡Aquí la tienes! Tú no la has escrito. ¡La has traducido y, por cierto, bastante mal, imbécil, porque ni siquiera sabes francés!” ¿Y qué creen ustedes? El chico contestó: “No, no he leído ningún periódico. ¡La he inventado yo!”. “Pues entonces eres un traidor. Te mandaré a los tribunales y te ahorcarán. Dime de una vez quién te la dio”. “No he visto ningún periódico. La escribí yo.” Y así quedó la cosa. El conde hizo llamar al padre. El joven insistió y fue a parar a los tribunales; creo que lo han condenado a trabajos forzados. Ahora el padre viene a interceder por él. Es un mal chico; uno de esos hijos de mercader, presumido y conquistador. Ha debido de oír algunas conferencias y ahora se cree superior a todos. ¡Así es el chico! Su padre tiene una posada cerca del puente de Piedra. Al parecer, en la posada hay una gran imagen de Dios Todopoderoso con el cetro en una mano y el mundo en la otra. Pues él se llevó el cuadro a casa por unos días, se buscó a un pintor, un canalla que…

XI

A la mitad de esta historia, Pierre fue llamado por el gobernador.

Pierre entró en el despacho del conde Rastopchin, quien, con el rostro contraído, se frotaba con la mano la frente y los ojos. Un hombre de mediana estatura le estaba hablando; se calló cuando llegó Pierre, y se retiró de la estancia.

—¡Ah! ¡Buenos días, gran guerrero!— dijo Rastopchin cuando el otro hubo salido. —¡Ya he oído hablar de sus prouesses![466] Pero ahora no se trata de eso. Mon cher, entre nous, ¿es usted masón?— dijo el conde Rastopchin con tono severo como si en ello hubiera algo malo que deseaba perdonar. —Mon cher, je suis bien informé. Pero sé que hay masones y masones, y espero que usted no sea de aquellos que, con el pretexto de salvar la humanidad, maquinan la ruina de Rusia.

—Sí, soy masón— respondió Pierre.

—Pues ya ve, querido mío. Creo que no ignora que los señores Speranski y Magnitski han sido llevados a lugar conveniente. Lo mismo le ha ocurrido al señor Kliuchárov y a otros que, con el pretexto de construir el Templo de Salomón, tratan de destruir el de su patria. Usted comprenderá que existen razones serias y que yo no habría hecho deportar al jefe de Correos de no haberse tratado de un hombre peligroso. Sé que usted le envió su coche para salir de la ciudad y que además se ha encargado de guardar sus papeles. Lo estimo a usted y no quiero su mal; en atención a los muchos años que le llevo, le aconsejo, como un padre, que corte toda clase de relaciones con esa gente y se vaya de aquí lo antes posible.

—Pero ¿qué delito ha cometido Kliuchárov, conde? —preguntó Pierre.

—A mí me incumbe saberlo y a usted no preguntar— gritó Rastopchin.

—No está probada la acusación de haber difundido las proclamas de Napoleón— dijo Pierre, sin mirar a Rastopchin, —y Vereschaguin…

—Nous y voilà[467]— interrumpió Rastopchin frunciendo el ceño y levantando aún más la voz. —¡Vereschaguin es desleal y un traidor que recibirá lo que merece!— añadió el general gobernador con la cólera violenta de las personas que recuerdan un insulto. —Pero no lo he llamado para discutir mis asuntos; lo he hecho venir para darle un consejo o una orden, si le parece. Le pido que rompa toda relación con hombres como Kliuchárov y se vaya de aquí. Yo acabaré con las estupideces de esos hombres, sean quienes sean.

Y dándose cuenta, probablemente, de que no tenía por qué gritar a un hombre que aún no era culpable de nada, le apretó amistosamente el brazo y continuó:

—Nous sommes à la veille d'un désastre public, et je n'ai pas le temps de dire des gentillesses à tous ceux qui ont affaire à moi. A veces pierde uno la cabeza… Eh bien, mon cher, qu'est-ce que vous faites, vous personnellement?[468]

—Mais rien— replicó Pierre, sin alzar los ojos ni cambiar su expresión pensativa.

Rastopchin frunció el ceño.

—Un conseil d'ami, mon cher. Décampez et au plus tôt, c'est tout ce que je vous dis. À bon entendeur, salut! ¡Adiós, amigo mío! ¡Ah, sí![469]— gritó ya, desde la puerta. —¿Es verdad que la condesa ha caído en las patitas des saints pères de la Société de Jésus?

Pierre no respondió y abandonó, sombrío y disgustado como jamás se lo había visto, la casa de Rastopchin.

Anochecía ya cuando volvió a casa. Habían acudido a verlo unas ocho personas: el secretario del Comité, el coronel de su regimiento, su administrador, el mayordomo y algunos solicitantes. Todos querían exponerle asuntos que él debía resolver. Pierre no comprendía nada de esos asuntos ni le interesaban, y sólo por librarse de las visitas respondió a las

preguntas que le hacían. Por último, al quedarse solo, abrió y leyó la carta de su mujer.

"Ellos, los soldados de la batería… El príncipe Andréi muerto… El viejo… La simplicidad es la obediencia a Dios. Hay que sufrir… ensamblarlo todo… Mi mujer se casa… Debo olvidar y comprender…" Sin desnudarse, se dejó caer en la cama y se durmió en seguida.

A la mañana siguiente, al despertarse, el mayordomo le anunció que había venido un policía de parte del conde Rastopchin para enterarse de si había salido de Moscú o pensaba hacerlo.

En el salón había unas diez personas esperándolo: todos necesitaban hablar con él. Pierre se vistió rápidamente y en vez de recibir a las visitas salió a la calle por la puerta de servicio.

Ninguno de los familiares de Bezújov logró verlo hasta después del incendio de Moscú; nadie supo dónde se hallaba, a pesar de todas las búsquedas que se hicieron.

XII

Hasta el 1 de septiembre, es decir, hasta la víspera de la entrada del enemigo en Moscú, los Rostov no se movieron de la capital.

Desde que Petia ingresara en el regimiento de cosacos de Obolenski y su partida a Biélaia-Tzérkov (donde se formaba el regimiento), el miedo se apoderó de la condesa. La idea de que sus dos hijos estaban en la guerra, habían abandonado el hogar y que un día u otro podrían morir, como había ocurrido con los tres hijos de una amiga suya, la asaltó por primera vez durante el verano con brutal claridad. Intentó lograr el regreso de Nikolái e ir personalmente a Biélaia-Tzérkov para conseguir el traslado de Petia a San Petersburgo. Pero las dos cosas eran imposibles. Petia no podía volver sino con su regimiento o trasladándose a otra unidad del ejército de operaciones. Del paradero de Nikolái no se sabía nada, ni habría habido más noticias de él desde su última carta, en la cual contaba con todo detalle su encuentro con la princesa María. La condesa pasaba noches enteras sin dormir; y cuando lograba adormecerse soñaba que sus hijos habían muerto. Tras muchos conciliábulos y conversaciones, el conde halló la manera de tranquilizar a su esposa; pidió el traslado de Petia al regimiento de Bezújov, que se estaba formando cerca de Moscú. Aun cuando Petia continuara en el ejército, la condesa podría consolarse teniendo a uno de sus hijos cerca de sí, con la esperanza de arreglar las cosas de manera que Petia no pudiera de ningún modo salir de allí y tenerlo siempre en sitios alejados del campo de batalla. Cuando era sólo Nikolái quien estaba en peligro, la condesa creyó que tenía cierta preferencia por él (y hasta llegó a reprochárselo); pero desde que el menor, aquel muchacho revoltoso y mal estudiante que no hacía más que romper cosas y molestar a todos en casa, aquel Petia de nariz

chata y alegres ojos negros, de rostro sonrosado y mejillas en las que ya apuntaba el vello, se había ido con aquellos hombres grandes, temibles y crueles, que combatían y tanto placer hallaban en la lucha, le pareció que lo amaba mucho, muchísimo más que a los otros hijos. Conforme se acercaba el instante del regreso de Petia a Moscú, la inquietud de la condesa iba en aumento. Creía que ese momento feliz no llegaría nunca. La presencia de Sonia y aun la de su predilecta Natasha y la de su marido la irritaban. "¿Qué me importan ellos? —pensaba—. No necesito a nadie, sino a Petia."

A finales de agosto los Rostov recibieron otra carta de Nikolái. Escribía desde la provincia de Vorónezh, adonde fue para adquirir caballos. La carta no tranquilizó a la condesa. Sabiendo que uno de sus hijos estaba alejado del peligro se incrementaron aún más sus inquietudes por Petia.

Aun cuando desde el 20 de agosto casi todas las amistades de los Rostov se habían ido de Moscú, a pesar de que todos instaban a la condesa a que salieran lo antes posible de la capital, no quiso saber nada de ello hasta que viniera su tesoro, su adorado Petia, quien se presentó el 28 de agosto. La apasionada y enfermiza ternura con que lo recibió su madre no agradó al oficial de dieciséis años. Por más que la condesa ocultara sus intenciones de retenerlo a su lado, Petia las comprendió y por temor a enternecerse y afeminarse (eso pensaba él) se mostró frío con ella; la evitaba y durante su estancia en Moscú buscó exclusivamente la compañía de Natasha, por la cual sentía un cariño fraterno especial, casi amoroso.

Gracias a la habitual negligencia del conde, el día 28 casi nada estaba preparado para la partida; sólo el 30 llegaron los carros pedidos a las fincas de Riazán y de Moscú para recoger de la casa todos los bienes.

Del 28 al 31 todo Moscú estuvo en constantes preparativos y movimientos. Cada día entraban en la ciudad por la puerta de Dorogomílov miles de heridos en la batalla de Borodinó; y miles de carros, con bienes y familias, salían por otras puertas. A pesar de los pasquines de Rastopchin o tal vez al margen, consecuencia de ellos, corrían por la ciudad los más extraños y contradictorios rumores. Unos aseguraban que estaba prohibido salir de Moscú. Otros que habían retirado los iconos de las iglesias y obligaban a que todos se fueran de la ciudad. Decían, asimismo, que tras la batalla de Borodinó hubo otra, en la cual los franceses habían sido

derrotados; algunos replicaban que era el ejército ruso el destrozado en esa batalla. Había quien creía que todo el clero de Moscú saldría con las milicias a combatir en Tri Gori y muchos contaban en voz baja que se había prohibido al metropolitano Agustín abandonar la ciudad, que todos los traidores estaban detenidos, que los campesinos se habían sublevado y saqueaban a los que se iban, etcétera. Se decía eso y mucho más, pero en realidad, tanto los que se iban como los que se quedaban (aun cuando no se hubiera celebrado todavía el Consejo de Fili, donde se decidió el abandono de Moscú) presentían que la capital iba a ser entregada al enemigo y que era mejor huir lo antes posible y salvar los propios bienes. Todos estaban convencidos de que de pronto iba a estallar algo capaz de cambiar el curso de las cosas; pero hasta el día 1 de septiembre no ocurrió nada. Como un criminal que, conducido al patíbulo, sabe que va a morir y, sin embargo, mira una y otra vez en derredor y se endereza el gorro que lleva mal puesto, así Moscú, involuntariamente, seguía su vida ordinaria, aun cuando supiera que se aproximaba el momento en que iban a desaparecer las convencionales condiciones de vida a las que estaba acostumbrada.

La familia Rostov estuvo muy atareada con los preparativos durante los tres días que precedieron a la caída de Moscú. El cabeza de familia, conde Iliá Andréievich, iba de un lado a otro de la ciudad, recogiendo toda clase de rumores, y en su casa daba órdenes superficiales y apresuradas para acelerar la marcha.

La condesa vigilaba cómo se recogían las cosas, estaba descontenta de todo y buscaba a Petia, que tenía buen cuidado de huir de ella. Sentía celos de Natasha, con quien Petia estaba siempre. Era Sonia la única que se ocupaba del aspecto práctico de la marcha: embalar las cosas. Pero ahora estaba especialmente triste y silenciosa. La carta de Nikolái, en donde hablaba de su encuentro con la princesa María, había suscitado por parte de la condesa comentarios muy alegres, hechos en presencia de Sonia. La condesa aseguraba que veía en ese encuentro un designio divino.

—Nunca me gustó el noviazgo de Natasha con Bolkonski; pero siempre deseé que Nikóleñka se casara con la princesa y tengo el presentimiento de que así ocurrirá. ¡Qué bien si así fuese!

Sonia comprendía que era cierto, que la única posibilidad de que los Rostov arreglaran su situación era el matrimonio de Nikolái con una mujer rica. La princesa María era un excelente partido. Pero eso le causaba una gran amargura. A pesar de su dolor, o quizá como consecuencia de él, cargó con todas las dificultades que suponía guardar y embalar los diversos bienes y estaba ocupada todo el día. El conde y su esposa acudían a ella cuando se trataba de tomar alguna decisión. Pero ni Petia ni Natasha ayudaban a sus padres, casi no hacían más que estorbar y molestar a los demás. Continuamente se oían sus carreras, gritos y risas inmotivadas. Reían y corrían sin causa especial, sólo por el placer de sentirse alegres y contentos. Cuanto sucedía era motivo de alegría y risa para ellos. Petia estaba contento porque había salido de su casa siendo aún niño y regresaba (según le decían todos) convertido en un hombre; también era feliz por haber vuelto al hogar y abandonado para siempre Biélaia-Tzérkov, donde no había probabilidad de intervenir en batalla alguna, mientras que en Moscú se esperaban grandes combates. Y sobre todo estaba contento porque Natasha, que siempre había influido tanto en su estado de ánimo, estaba ahora de buen humor. Natasha, por su parte, se sentía alegre porque llevaba demasiado tiempo triste y ahora nada le recordaba la causa de su tristeza y gozaba de buena salud. La alegraba también que Petia la admirara (la admiración era algo indispensable para poner en libre movimiento su máquina humana, igual que es necesaria la grasa para las ruedas). Ambos estaban alegres porque la guerra se aproximaba a Moscú, se iba a luchar en las puertas de la ciudad, ya se repartían armas y todos huían no se sabe dónde y porque ocurría algo extraordinario, cosa que siempre divierte a los seres humanos, especialmente a los jóvenes.

XIII

El sábado, día 31 de agosto, todo estaba patas arriba en casa de los Rostov. Las puertas permanecían abiertas, los muebles habían sido sacados o cambiados de lugar, descolgados los espejos y cuadros. Las habitaciones estaban llenas de baúles y en el suelo, cubierto de paja, había papel de envolver y cuerdas. Los mujiks y los criados que sacaban la carga andaban pesadamente por el parqué. En el patio se apretaban los carros, unos cargados ya hasta el tope y otros vacíos.

Por todas partes resonaban las voces y pisadas de los criados y mujiks llegados con los carros llamándose entre sí, tanto en el patio como en la casa. El conde había salido por la mañana. La condesa, con dolor de cabeza por el ruido y el ajetreo, permanecía echada en una salita nueva con compresas de vinagre en la frente. Petia no estaba en casa (había ido a ver a un amigo suyo con quien tenía intención de pasar de las milicias al ejército de operaciones). Sonia, en el salón, vigilaba el embalaje de la cristalería y la porcelana. Natasha, sentada en el suelo de su devastada habitación, en medio de vestidos, cintas y chales desperdigados, con la mirada fija en el suelo, tenía en sus manos el vestido de baile, ahora pasado de moda, que había llevado en su primer baile de San Petersburgo.

Se avergonzaba de no hacer nada en casa mientras los demás estaban tan ocupados; varias veces, desde por la mañana, había intentado dedicarse a algo, pero no se sentía capaz de nada si no era poniendo en la obra toda su alma y todas sus energías. Estuvo un rato con Sonia, viendo cómo empaquetaban la porcelana; intentó ayudarla, pero no tardó en dejarlo todo y se fue a recoger sus cosas. Primero le resultó divertido repartir sus

vestidos y lazos a las doncellas, pero cuando llegó la hora de ordenar lo que quedaba, le pareció aburrido.

—Lo guardarás todo, ¿verdad, Duniasha?

Y cuando la criada, gustosamente, le prometió hacerlo, Natasha se sentó en el suelo, tomó el viejo vestido de baile y se dedicó a pensar en cosas muy distintas de las que en aquel instante habrían debido ocuparla. La sacaron de su abstracción las conversaciones de las doncellas en el departamento de la servidumbre y el sonido de sus rápidos pasos hacia la escalera de servicio. Se levantó y miró por la ventana; en la calle se había detenido un enorme convoy de heridos.

Junto al portón estaban las criadas, los lacayos, el ama de llaves, la vieja niñera, los cocineros, los cocheros y los pinches.

Natasha se echó a la cabeza un pañuelo blanco y, sujetando con la mano los dos extremos, salió a la calle.

La vieja Mavra Kuzmínishna, antigua ama de llaves, se separó del grupo que se mantenía junto al portón y acercándose a uno de los carros, cubierto con un toldo, se puso a hablar con un oficial pálido y joven, que estaba allí echado. Natasha avanzó unos pasos y se detuvo con timidez, sin soltar las puntas de su pañuelo, escuchando lo que decía el ama de llaves.

—Entonces, ¿no tiene usted a nadie en Moscú? Estaría mejor en una casa particular… Podría quedarse en la nuestra; los señores se van.

—No sé si me lo permitirán— respondió el oficial con voz muy débil. —Aquél es el jefe… pregúnteselo.

Y señaló a un grueso comandante que se acercaba por la calle siguiendo la fila de los carros.

Natasha miró asustada al oficial herido y, sin vacilar, se dirigió al comandante.

—¿Pueden quedarse los heridos en nuestra casa?— preguntó.

El comandante, sonriendo, se llevó la mano a la visera.

—¿En qué puedo servirla, señorita?

Natasha repitió tranquilamente su pregunta. Su rostro era tan grave y su porte tan serio, a pesar del pañuelo que seguía sujetando por las puntas, que el comandante dejó de sonreír; se quedó pensativo, como preguntándose hasta qué punto sería aquello posible, y después contestó:

—Oh, sí, ¿por qué no? Claro que es posible.

Natasha inclinó levemente la cabeza y volvió con pasos rápidos hacia Mavra Kuzmínishna, que seguía junto al oficial y hablaba con él tierna y compasiva.

—¡Se puede! ¡Dice que se puede!— susurró Natasha.

El coche del oficial dio la vuelta hacia el patio de la casa de los Rostov y acto seguido decenas de carros con heridos, llamados por los vecinos, entraron en otros patios de las casas de la calle Povárskaia.

A Natasha pareció agradarle la relación con nueva gente, fuera de las condiciones habituales de la vida. Ella y Mavra Kuzmínishna trataban de hacer entrar en el patio a la mayor cantidad posible de heridos.

—Pero hay que consultar a su padre, señorita— dijo Mavra Kuzmínishna.

—No importa, no importa. ¡Por un día que nos queda lo pasaremos en el salón! Podemos darles la mitad de la casa.

—¡Qué cosas se le ocurren, señorita! Hasta para meterlos en cualquier sitio hay que pedir permiso a su padre.

—Bueno, iré a preguntárselo.

Natasha corrió a casa y, de puntillas, cruzó la puerta semiabierta de la sala, de la que salía un fuerte olor a vinagre y a gotas de Hoffmann.

—¿Duerme, mamá?

—¡Oh, de dormir nada!— dijo la condesa, que acababa de quedarse dormida.

—Mamá, querida— dijo Natasha arrodillándose delante de ella y acercando su cara a la de su madre. —Perdóneme si la he despertado, no lo haré nunca más. Me manda Mavra Kuzmínishna… Trajeron aquí a unos oficiales heridos… Usted lo permite, ¿verdad? No tienen donde ir. Sé que lo permitirá…

Natasha hablaba rápidamente, sin tomar aliento.

—¿Qué oficiales? ¿A quién han traído? No entiendo nada— dijo la condesa.

Natasha se echó a reír; también la condesa sonrió débilmente.

—Ya sabía yo que usted no se opondría… voy a decirlo.

Besó a su madre, se puso en pie y salió de la habitación. En la sala contigua encontró al conde; traía malas noticias.

—¡Buena la hemos hecho con tanto esperar! Han cerrado el Club y la policía se va— dijo disgustado.

—Papá, he dicho a unos oficiales heridos que podían entrar en casa, ¿no te importa?— le dijo Natasha.

—Claro que no, querida— contestó el conde distraídamente. —Pero no se trata de eso. Lo que pido es que no te ocupes de tonterías y ayudes a empaquetar las cosas. Tenemos que marcharnos, y marcharnos mañana…— y el conde dijo lo mismo al mayordomo y a los criados.

Durante la comida Petia contó sus nuevas. El pueblo se estaba armando en el Kremlin. Aunque Rastopchin había dicho en sus pasquines que haría un llamamiento dos días antes, ya se había dado la orden para que, al día siguiente, todo el pueblo en armas saliera a Tri Gori, donde tendría lugar una gran batalla.

Mientras Petia contaba esas cosas, la condesa miraba con tímido espanto su cara enrojecida y alegre. Sabía que si decía algo, si rogaba a su hijo que no fuera al combate (estaba segura de que lo alegraba esa cercana batalla), el muchacho contestaría cualquier cosa sobre los hombres, el honor, el amor a la patria; algo insensato y obstinado, propio de hombres, a lo que nada se podía objetar. Así, todo lo echaría a perder. Por eso, con la esperanza de marcharse antes, y de llevarse consigo a Petia en calidad de protector y defensor, no dijo nada; pero después de la comida llamó al conde y, con lágrimas en los ojos, le suplicó que la sacara cuanto antes, aquella misma noche si era posible. Con la involuntaria malicia del amor, propia de las mujeres, la condesa, que hasta entonces había dado muestras de gran ánimo, juraba ahora que se moriría de miedo si no se iban aquella misma noche. Y, sin fingirlo, sinceramente, ahora sentía miedo de todo.

XIV

Mme Schoss, que había ido a casa de su hija, aumentó el miedo de la condesa con el relato de lo que había visto en la calle Miásnitskaia en un almacén de bebidas. Le había sido imposible pasar por allí a causa de la muchedumbre de borrachos que gritaban desaforadamente. Tuvo que tomar un coche y dar un rodeo para volver a casa. Según le contó el cochero, el pueblo había destrozado los barriles de vodka porque ésa había sido la orden.

Después del almuerzo todos los Rostov se pusieron a empaquetar febrilmente preparando la marcha. El viejo conde permaneció en su casa toda la tarde e iba sin descanso del patio al interior, gritaba a los criados metiéndoles prisa, aumentando aún más la confusión. Petia daba órdenes en el patio. Sonia no sabía qué hacer con las órdenes contradictorias del conde y se equivocaba continuamente. Los criados gritaban, discutían, hacían ruido y corrían por las salas y el patio. Natasha se puso a trabajar con la pasión que ponía en todas las cosas. Al principio, todos miraron con desconfianza su intervención en el embalaje, esperando cualquier broma de su parte, y no querían obedecerla. Pero ella, con ardor y obstinación, exigió que la obedecieran, se enfadaba, estuvo casi a punto de llorar porque no le hacían caso y por fin consiguió la confianza de todos.

Su primera hazaña, que le costó inmensos esfuerzos y le dio plenos poderes, fue el embalaje de los tapices. En la casa del conde había gobelinos y tapices persas de gran valor. Cuando Natasha se puso a la tarea había dos cajones abiertos; uno casi lleno de porcelana y el otro de tapices. Quedaba todavía mucha porcelana sobre la mesa y aún trajeron más de la despensa. Había que llenar un tercer cajón y los criados fueron a buscarlo.

—Espera, Sonia; lo embalaremos todo aquí— dijo Natasha.

—Es imposible, señorita; ya lo hemos intentado— dijo el cantinero.

—Espera, por favor— y Natasha se puso a sacar rápidamente del cajón los platos y fuentes envueltos en papel. —Hay que meter esos platos aquí entre los tapices— explicó.

—¡Ojalá cupieran los tapices en tres cajones!

—No, no, espera, por favor.

Y Natasha rehízo el embalaje con habilidad.

—Esto no hace falta— y se refería a los platos de Kiev. —Eso sí, con los tapices— y sacó unos platos de Sajonia.

—Déjalo, Natasha, nosotros lo haremos— dijo Sonia con tono de reproche.

—Déjelo, señorita— repitió el cantinero.

Pero Natasha no cedió. Sacó todos los objetos, los embaló de nuevo, diciendo que no era preciso llevarse las alfombras muy usadas ni la vajilla ordinaria. Cuando hubo sacado todo de los cajones, volvió a meterlo ordenadamente. Y, en efecto, dejando lo que no merecía la pena llevar, en los dos cajones cupieron los objetos más valiosos. Pero el cajón de los tapices no acababa de cerrarse. Habrían podido quitar algo todavía, pero Natasha se empeñaba en cerrarlo sin sacar nada. Colocaba las piezas de una manera y de otra, apretaba, obligaba al cantinero y a Petia, a quien hizo participar en aquel trabajo, a presionar también la tapa, y ella misma hacía esfuerzos desesperados.

—Basta, Natasha— dijo Sonia. —Veo que tienes razón; pero quita el que está encima.

—No quiero— replicó Natasha, reteniendo con una mano los cabellos que le caían sobre el rostro sudoroso y apretando con la otra los tapices. —¡Aprieta tú, Petia! Presiona tú también, Vasílich— gritaba Natasha.

Los tapices cedieron y pudieron cerrar el cajón. Natasha aplaudió, chilló jubilosa y hasta brotaron lágrimas de sus ojos. Pero fue cosa de un segundo. Al instante emprendió otro trabajo y todos la obedecieron sin vacilar. Ni el mismo conde se inquietaba cuando le decían que Natasha Ilínishna había cambiado alguna cosa mandada por él; ahora los criados acudían a ella,

preguntando si debían amarrar o no el equipaje de un carro o si ya tenía bastante carga.

Gracias a la intervención de Natasha, los preparativos se aceleraron visiblemente. Las cosas inútiles se dejaban y las más valiosas se empaquetaban lo mejor posible. Mas a pesar de la diligencia de los criados, era ya bien entrada la noche y no se había terminado con todo. La condesa se quedó dormida y el conde, aplazando la marcha para la mañana siguiente, se retiró también a descansar.

Sonia y Natasha se echaron vestidas en el despacho de los divanes.

Aquella noche llegó a la calle Povárskaia un nuevo herido y Mavra Kuzmínishna, que estaba en la puerta, lo hizo entrar en casa de los Rostov. Aquel herido, en opinión de Mavra Kuzmínishna, debía ser un personaje muy importante. Lo traían en un coche cerrado con la capota bajada. Un anciano ayuda de cámara, de porte respetable, iba en el pescante, junto al cochero. Detrás, en un carro, seguían el médico y dos soldados.

—Entren, por favor. Los señores se van; toda la casa queda vacía— dijo al viejo sentado en el pescante.

—No confiamos siquiera en traerlo con vida— respondió el ayuda de cámara suspirando. —También nosotros tenemos casa en Moscú, pero está lejos y no hay nadie.

—Entren aquí, por favor. En casa de mis señores. Hay todo lo necesario — dijo ella. —Acaso, ¿está tan mal?— agregó.

—No creemos que llegue con vida— respondió con desaliento el ayuda de cámara. —Hay que preguntarle al doctor.

Bajó del pescante y se acercó al carro.

—Está bien— dijo el médico.

El ayuda de cámara volvió al coche, echó una mirada dentro, movió la cabeza y ordenó al cochero que entrara en el patio; él se detuvo junto a Mavra Kuzmínishna.

—¡Señor mío Jesucristo!— dijo la mujer.

Mavra Kuzmínishna le propuso que llevaran al herido a la casa.

—Los amos no dirán nada…

Pero había que evitar las escaleras y por ello lo llevaron al pabellón y lo instalaron en la antigua habitación de madame Schoss.

Aquel herido era el príncipe Andréi Bolkonski.

XV

Había llegado el último día de Moscú. El tiempo era otoñal, claro y alegre. Era domingo. Y, como siempre, repicaban las campanas en todas las iglesias llamando a misa. Nadie parecía comprender aún lo que esperaba a la ciudad.

Sólo dos indicadores señalaban la situación de la capital: el populacho, es decir, el estamento de la gente pobre, y el precio de las cosas. Grupos nutridos de obreros, criados y mujiks, a los que se habían unido seminaristas, funcionarios y nobles, salieron hacia Tri Gori por la mañana. Después de esperar en vano a Rastopchin y convencidos de que Moscú se entregaría, se dispersaron por tabernas y posadas. Los precios de ese día indicaban también la situación. Las armas, el oro, los carros y caballos aumentaban de valor constantemente, mientras bajaba el de los billetes de banco y objetos domésticos. Hacia mediodía, mercancías tan caras como el paño se vendían a mitad de su valor; en cambio, por un mal rocín se ofrecían quinientos rublos. Muebles, espejos y bronces se daban gratis.

En la antigua y tranquila casa de los Rostov apenas se advirtió la desaparición de las antiguas costumbres. Durante la noche habían huido tres de los numerosos criados, pero no habían robado nada. Por lo que respecta al precio de las cosas, los treinta carros llegados de las aldeas suponían una inmensa riqueza envidiada por muchos, que ofrecían a los Rostov enormes cantidades por ellos. Y no se trataba únicamente de ofertas. Durante toda la mañana del día 1 (lo mismo que la víspera) el patio de los Rostov se vio lleno de criados y asistentes de los oficiales heridos alojados allí, y de los propios heridos, como también de los albergados en las casas cercanas, que venían a suplicar que les dejaran un carro para salir de Moscú. El

mayordomo, a quien se hacían tales peticiones, compadecía a los heridos, pero se negaba en absoluto a complacerlos, diciendo que ni se atrevía a hablar de ello al conde. Era una lástima que los heridos se quedaran en Moscú; pero si cedían un carro no había razón para que no dieran también otro, y así tendrían que entregar hasta los coches de los señores. Además, treinta carros no podían salvar a todos los heridos, y en la común desgracia era imposible dejar de pensar en sí mismo y en su familia. Eso era lo que opinaba el mayordomo en nombre de su señor.

Por la mañana, al levantarse aquel día, el conde Iliá Andréievich salió de su habitación sin hacer ruido para no despertar a la condesa, que acababa de dormirse, y se asomó al porche con su batín de seda morada. Los carros, ya preparados, estaban en el patio. Los coches aguardaban junto al zaguán. El mayordomo estaba hablando con un viejo asistente y un joven oficial, palidísimo, que llevaba un brazo en cabestrillo. Al advertir la presencia del conde, el mayordomo hizo un gesto severo al asistente y al oficial para que se alejasen.

—¿Qué hay, Vasílich? ¿Todo está listo?— preguntó el conde, pasándose la mano por la calva.

Miró con rostro bondadoso al oficial y al asistente y los saludó con un gesto. (Le gustaba conocer gente nueva.)

—Podemos enganchar ahora mismo, Excelencia.

—Perfectamente. En cuanto despierte la condesa saldremos, con la ayuda de Dios.

Y se volvió al oficial:

—Ustedes, señores, ¿están alojados en mi casa?

El oficial se acercó a Rostov; su pálido rostro enrojeció de pronto.

—Permítame, conde, haga el favor… Por Dios, deje… que me acomode en uno de sus carros. No traigo nada conmigo… Aunque sea en un carro. Me da igual…

Antes de que el oficial terminara de hablar, otro asistente se acercó al conde para interceder por su amo.

—¡Ah, sí, sí, sí!— contestó apresuradamente el conde. —No faltaba más… Tendré una gran satisfacción. Vasílich, manda que descarguen uno o

dos carros… Bueno… los que sean… necesarios…— añadió vagamente, sin ordenarlo con claridad.

El profundo agradecimiento que se dibujó en el rostro del oficial vino a confirmar su decisión. Miró en derredor y vio que en el patio, en la puerta cochera, en el pabellón, por todas partes había heridos y asistentes. Todos miraban al conde y se acercaban al porche.

—Venga a la galería, Excelencia… Díganos qué hacemos con los cuadros…— dijo el mayordomo.

El conde entró en la casa, repitiendo la orden de que no negaran carros a los heridos.

—Se podrá descargar algo— añadió en voz baja y misteriosa, como si temiera que alguien lo oyese.

A las nueve se despertó la condesa. Su antigua doncella, Matriona Timoféievna, que ahora ejercía el cargo de jefe de gendarmes, entró para decirle que María Kárlovna estaba muy ofendida y que los vestidos de verano de las señoritas no podían quedarse en la ciudad. Respondiendo a la pregunta de la condesa sobre los motivos que Mme Schoss tenía para enfadarse, Matriona Timoféievna explicó que habían descargado su baúl de un carro; que estaban desatando todos los carros y dejaban subir a los heridos porque el conde, con su habitual bondad, lo había ordenado así. La condesa hizo llamar a su marido.

—¿Qué es eso, querido? Me dicen que están descargando de nuevo los carros.

—¿Sabes, ma chère? Quería decírtelo antes… Ma chère condesita… Vino un oficial a pedirme que le dejase algunos carros para los heridos… Las cosas las podemos comprar, pero ellos, ¿cómo van a quedarse aquí? Les invitamos a pasar… ¿Te das cuenta?… Están en nuestro patio, hay oficiales… creo, ma chère, que podrían llevarlos… ¿a qué viene tanta prisa?…

El conde hablaba tímidamente, como siempre que se trataba de dinero.

La condesa estaba acostumbrada a aquel tono de voz, que precedía a todos los asuntos que habían acabado arruinando a sus hijos: la construcción de una galería o un invernadero, la organización de un teatro o

de una orquesta. Y estaba acostumbrada a considerar obligación suya oponerse a cuanto él decía con esa voz tímida.

Adoptó su expresión habitual, llorosa y sumisa, y dijo:

—Escúchame, conde. Tú nos has llevado a la situación en que nos encontramos; ya no nos dan nada por nuestra casa y ahora quieres perder así toda la fortuna de nuestros hijos. Tú mismo dices que en casa hay objetos por valor de cien mil rublos. No estoy de acuerdo con lo que has hecho. ¡No estoy de acuerdo! Piensa lo que quieras. Ya está el gobierno para ocuparse de los heridos; ellos lo saben. Fíjate enfrente, en casa de los Lopujin; anteayer se llevaron a todos. Así hace la gente. Los únicos imbéciles somos nosotros. Si no lo haces por mí, hazlo al menos por nuestros hijos.

El conde agitó las manos y salió sin decir palabra.

Natasha, que entraba en aquel instante en la habitación de su madre, le preguntó:

—¿Qué pasa, papá?

—Nada. ¡Nada que te importe!— dijo el conde irritado.

—Sí, lo he oído— dijo Natasha. —¿Por qué no quiere mamita?

—¿Y a ti qué te importa?— gritó el conde.

Natasha, pensativa, se acercó a la ventana. Después dijo mirando al patio:

—Papá, viene Berg a vernos.

XVI

Berg, el yerno de los condes Rostov, era ya coronel en posesión de las cruces de San Vladimiro y Santa Ana y seguía ocupando su puesto tranquilo y grato de auxiliar del segundo jefe de la primera sección del Estado Mayor del segundo cuerpo del ejército.

El 1 de septiembre había llegado a Moscú procedente del ejército.

No tenía nada que hacer en Moscú, pero advirtió que todos querían dirigirse a la capital y creyó necesario pedir él también un permiso para resolver asuntos de familia y de intereses.

Berg llegó a casa de su suegro en un elegante coche tirado por dos vigorosos caballos semejantes en todo a los de cierto príncipe. En el patio de la casa examinó atentamente los carros, y, mientras se acercaba a la puerta, sacó un fino pañuelo y anudó una de sus puntas.

Con paso rápido y deslizante atravesó el vestíbulo y entró en la sala. Abrazó al conde, besó la mano a Natasha y a Sonia y se informó apresuradamente sobre la salud de mamá.

—¡Cómo va a estar ahora! Pero cuéntanos tú— dijo el conde. —Cuéntanos qué hacen las tropas. ¿Siguen retrocediendo o presentarán batalla?

—Sólo Dios eterno puede resolver el destino de nuestra patria, papá. El ejército arde de entusiasmo y en este momento los jefes están reunidos en consejo. No sé lo que saldrá de ahí. Pero le diré, papá, que, en general, no hay palabras dignas para describir el heroísmo del ejército ruso, la bravura que sólo puede hallarse en la Antigüedad que ellos, que él— enmendó sus palabras —puso de manifiesto el día 26. Le diré francamente— y se golpeó el pecho como había hecho un general en su presencia, pero no en el

instante preciso, porque debía haberse golpeado al decir "el ejército ruso" —que los oficiales y jefes no tuvimos necesidad de animar a los soldados; al contrario, a duras penas pudimos contener esos… sí, estos heroicos hechos, antiguos— dijo atropellándose con las palabras. —El general Barclay de Tolly arriesgó la vida en todas partes delante de las tropas. Nuestro cuerpo de ejército estaba colocado en la pendiente de una colina… ¡ya puede imaginarse!— y Berg refirió todo lo que recordaba de diversos informes oídos durante aquel tiempo.

Natasha, sin apartar los ojos de su cara —mirada que turbaba a Berg—, parecía buscar en su rostro la solución de un problema.

—Nadie puede imaginar y alabar dignamente el heroísmo de los soldados rusos— dijo Berg, y, como deseando ganarse su simpatía, sonrió en respuesta a su obstinada mirada. —"Rusia no está en Moscú: está en el corazón de sus hijos." ¿Verdad, papá?

En aquel instante entró la condesa, con aspecto sombrío y disgustado. Berg se levantó presuroso, besó su mano, se interesó por su salud y, expresando su condolencia con un movimiento de cabeza, se detuvo a su lado.

—Sí, mamá, le diré la verdad. Los tiempos son tristes y penosos para todos los rusos. Pero, ¿por qué inquietarse tanto? Todavía tienen tiempo de salir…

—No comprendo qué hacen los criados— dijo la condesa, volviéndose a su marido. —Ahora vienen a decirme que no hay nada preparado. Alguien tiene que disponer las cosas. Acaba uno por echar de menos a Míteñka. Así no terminaremos nunca.

El conde quiso objetar algo, pero se contuvo. Se levantó de su silla y se acercó a la puerta. En aquel momento, Berg sacó del bolsillo el pañuelo, como si fuera a servirse de él y mirando el nudo que había hecho antes, se quedó pensativo; después, moviendo la cabeza con un gesto triste y grave, dijo:

—Tengo que pedirle algo importante, papá.

—¡Hum!— gruñó el conde, deteniéndose.

—He pasado ahora delante de la casa de Yusúpov— dijo Berg riendo. —El administrador, al que conozco, salió a decirme si quería comprar algo.

Entré por curiosidad y había allí una chiffonière y un tocador; ya sabe usted cuánto lo desea Vera y cuánto hemos hablado de eso…— (Sin darse cuenta, Berg había pasado a una entonación jubilosa cuando comenzó a hablar de la *chiffonière*.) —Es una maravilla; tiene cajones y una arqueta secreta. ¡Vera la desea hace tanto tiempo! Me agradaría darle ese gusto: una sorpresa. Acabo de ver a muchos mujiks en el patio. Deme uno, le pagaré bien y…

El conde frunció el ceño y carraspeó.

—Pídeselo a la condesa, yo no doy órdenes.

—Si es difícil, no hablemos del asunto, por favor— dijo Berg. —Pero me gustaría mucho por Vera.

—¡Ah, lárguense todos al diablo, al diablo, al diablo!— gritó el viejo conde. —Me da vueltas la cabeza.

Y salió de la sala.

La condesa se echó a llorar.

—Sí, mamá, los tiempos son muy difíciles— dijo Berg.

Natasha salió detrás de su padre; primero lo siguió, pero después, como dándose cuenta de lo que quería, se dirigió corriendo hacia la entrada.

Allí estaba Petia, repartiendo armas a los campesinos que iban a salir de Moscú. En el patio seguían los carros como antes. Dos habían sido descargados y un oficial, ayudado por su asistente, subía en uno de ellos.

—¿Sabes por qué fue?— preguntó Petia a Natasha, quien comprendió que su hermano se refería al enfado de sus padres, pero no respondió.

—Porque papá quería dar todos los carros a los heridos— continuó Petia. —Me lo ha contado Vasílich. Yo creo…

—Yo creo… yo creo… que es una canallada, una infamia… ¡No sé cómo decirlo!— gritó de pronto Natasha volviendo el rostro indignado hacia Petia. —¿Acaso somos unos alemanes cualesquiera?…

Los sollozos la ahogaban, y temiendo dejar escapar en vano toda su cólera, volvió las espaldas a su hermano y se lanzó escaleras arriba.

Berg, sentado junto a la condesa, la consolaba respetuosa y cariñosamente; el conde, con la pipa en la mano, iba de un lado a otro de la sala, cuando Natasha, con el rostro deformado por la cólera, irrumpió como un huracán y se acercó rápidamente a su madre.

—¡Es una vileza! ¡Una infamia!— gritó. —No es posible que usted lo haya ordenado.

Berg y la condesa la miraban perplejos y asustados.

El conde se detuvo junto a la ventana prestando oído.

—Mamita, no es posible. Mire lo que sucede en el patio. ¡Ellos se quedan!…

—¿Qué te pasa? ¿Quiénes son ellos? ¿Qué quieres?

—¡Los heridos! ¡Son los que se quedan! Es imposible, mamita querida, eso no está bien, perdóneme… ¿qué puede importarnos lo que nos llevamos? Fíjese en lo que está ocurriendo en el patio… ¡Mamita, eso no puede ser!…

El conde seguía junto a la ventana y sin volver la cabeza escuchaba a Natasha. De pronto, a punto de llorar, acercó la cara a los cristales.

La condesa miró a su hija, vio su rostro avergonzado, vio su emoción; comprendió por qué el marido no se atrevía a mirarla, y con aire desconcertado miró en derredor.

—¡Ah, haced lo que queráis! ¿Acaso soy yo un impedimento?— dijo, sin ceder aún del todo.

—Mamita, querida, ¡perdóneme!

Sin embargo, la condesa apartó a su hija y se acercó al conde.

—Mon cher, da las órdenes que creas oportunas… yo no sé…— dijo sintiéndose culpable.

—Son los huevos… los huevos los que enseñan a la gallina— dijo el conde con lágrimas de alegría, abrazando a su esposa, contenta de ocultar en su pecho el rostro avergonzado.

—Papaíto, mamita… ¿puedo dar las órdenes? ¿Puedo?…— preguntaba Natasha. —De todas maneras, nos llevaremos lo más necesario…

El conde afirmó con la cabeza y Natasha salió corriendo de la sala con la misma rapidez de cuando jugaba al escondite siendo pequeña y salió por la escalera al patio.

Los criados, reunidos en torno a Natasha, no podían creer tan extraña orden hasta que el conde, en nombre de su esposa, confirmó la decisión de entregar todos los carros a los heridos y llevar los baúles a los depósitos. Cuando lo comprendieron, los criados se dedicaron a la nueva tarea con

júbilo febril. Ahora ya no les parecía extraño lo mandado, que creían, por el contrario, que no podía ser de otra manera de igual modo que un cuarto de hora antes les parecía lo más natural cargar con los muebles y dejar a los heridos.

Todos, como para resarcirse de no haberlo hecho antes, se dedicaron ardorosamente a la instalación de heridos, que salían arrastrándose de las habitaciones y con rostros pálidos y felices rodeaban los carros.

Corrió la voz por las casas vecinas y comenzaron a llegar al patio de los Rostov los heridos recogidos en otras casas. Muchos de ellos se oponían a que se descargaran los bultos, conformándose con acomodarse encima; pero una vez tomada aquella decisión, no había tiempo de volverse atrás. Resultaba indiferente dejarlo todo o la mitad solamente. Los baúles con la vajilla, los bronces, cuadros y espejos, tan cuidadosamente embalados la víspera, quedaban ahora en el patio; todos buscaban y encontraban el modo de descargar más cosas para dejar puestos libres en los carros.

—Caben otros cuatro— dijo el administrador. —Puedo entregar mi carro también; si no, ¿qué será de ellos?

—Vaciad también el carro de mi guardarropa— dijo la condesa. —Duniasha vendrá conmigo en la carroza.

Se vació el carro del guardarropa y se envió en busca de algunos heridos aposentados dos casas más allá. Todos los Rostov y sus criados estaban alegres y animados. Natasha se hallaba en un estado de entusiasmo y felicidad no sentidos hacía tiempo.

—¿Dónde lo atamos?— preguntaron los criados, que colocaban un baúl en la estrecha parte trasera de la carroza. —Deberíamos dejar al menos un carro.

—¿Qué hay dentro?— preguntó Natasha.

—Los libros del conde.

—Déjalos. Vasílich los recogerá. No hacen falta.

La carretela estaba llena y no se sabía dónde iba a sentarse Piotr Ilich.

—Irá en el pescante— gritó Natasha. —Tú irás en el pescante, ¿verdad, Petia?

Tampoco Sonia estaba inactiva. Pero el objeto de su actividad era completamente opuesto al de Natasha. Ordenaba las cosas que se dejaban y

las apuntaba, según deseo de la condesa, procurando llevarse lo más posible.

XVII

A las dos de la tarde los cuatro coches de los Rostov, enganchados y dispuestos para la marcha, esperaban su salida. Los carros con los heridos, uno detrás de otro, habían comenzado a salir del patio. El coche en que iba el príncipe Andréi atrajo la atención de Sonia, que, con una doncella, preparaba el asiento para la condesa en la enorme y alta carroza que esperaba frente a la puerta.

—¿De quién es este coche?— preguntó Sonia, asomándose por la ventanilla.

—¿No lo sabe, señorita?— dijo la doncella. —Es el príncipe herido… Ha pasado la noche en nuestra casa. También viene con nosotros.

—Pero ¿quién es? ¿Cómo se llama?

—Es el antiguo prometido de la señorita, el príncipe Bolkonski— respondió la doncella suspirando. —Dicen que está a punto de morir.

Sonia saltó de la carroza y corrió hacia la condesa, quien, vestida ya para el viaje, con sombrero y chal, se paseaba con aire cansado y esperaba en la sala a los suyos para sentarse, con las puertas cerradas, y rezar antes de la partida. Natasha no estaba en la habitación.

—¡Maman— dijo Sonia, —el príncipe Andréi está aquí mortalmente herido! Viene con nosotros.

La condesa, asustada, abrió los ojos; agarró a Sonia por el brazo y se volvió para mirar.

—¿Y Natasha?— dijo.

Para Sonia y la condesa aquella noticia no tenía al pronto más que un sentido. Conocían bien a su Natasha, y el temor de lo que esa noticia iba a

representar para ella ahogaba en las dos todo sentimiento de compasión hacia un hombre al que ambas querían.

—Natasha no sabe nada todavía. Pero él viene con nosotros.

—¿Y dices que está a punto de morir?

Sonia afirmó con la cabeza.

La condesa la abrazó llorando.

"Los designios del Señor son inescrutables", pensó sintiendo que en todo cuanto estaba ocurriendo se manifestaba la mano del Todopoderoso, hasta entonces oculta a las miradas de los hombres.

—¡Bueno, mamá! ¡Todo está listo! Pero ¿de qué habláis?— preguntó Natasha, entrando rápidamente en la sala con el rostro animado.

—De nada— dijo la condesa. —Si está todo preparado, podemos irnos.

Y la condesa se inclinó sobre su bolso para ocultar el rostro alterado.

Sonia abrazó y besó a Natasha, quien la miró interrogativamente.

—¿Qué ocurre? ¿Qué ha pasado?

—Nada… no es nada…

—¿Algo muy malo para mí?… ¿Qué es?— insistió la sensible Natasha.

Sonia suspiró, sin contestar. El conde, Petia, Mme Schoss, Mavra Kuzmínishna y Vasílich entraron en la sala. Cerraron las puertas, se sentaron y permanecieron unos segundos en silencio, sin mirarse unos a otros.

El conde fue el primero en levantarse; después, con un profundo suspiro, se santiguó vuelto hacia el icono. Todos lo imitaron. El conde abrazó a Mavra Kuzmínishna y a Vasílich, que se quedaban en Moscú, y mientras ellos procuraban apresar su mano y lo besaban en el hombro, les golpeó levemente la espalda y balbuceó algunas palabras confusas, consoladoras y cariñosas.

La condesa se dirigió al oratorio; Sonia la encontró arrodillada delante de algunas imágenes que quedaban en la pared. (Los iconos más valiosos habían sido embalados, como recuerdos de familia, y los llevaban consigo.)

En el zaguán y en el patio, los criados que se iban (a quienes Petia había armado de puñales y sables), con los pantalones metidos en las cañas de las botas altas y bien ceñidos los cinturones, se despedían de los que se quedaban.

Como suele ocurrir, a última hora quedaban muchas cosas olvidadas, los paquetes estaban mal colocados y durante bastante tiempo dos lacayos esperaron ante la portezuela abierta de la carroza para ayudar a subir a la condesa, mientras las doncellas corrían con almohadones y paquetes de la casa a los coches y de éstos a la casa.

—¡Siempre se olvidan de algo!— dijo la condesa. —Sabes bien que no puedo sentarme así.

Duniasha, con los labios apretados y sin decir nada, pero con un gesto de reproche en el rostro, subió a la carroza y acomodó el asiento de otra manera.

—¡Ah, qué gente!— decía el conde, moviendo la cabeza.

El viejo cochero Efim, el único con quien la condesa se atrevía a salir, estaba sentado en su alto pescante sin volverse siquiera para ver lo que ocurría a sus espaldas. Sus treinta años de experiencia le decían que no le darían pronto la señal de partida, y que, aun cuando se la dieran, lo detendrían aún otras dos veces para ir a buscar paquetes olvidados, y que después de eso lo harían parar otra vez y la condesa sacaría la cabeza fuera de la ventanilla y le suplicaría en nombre de Cristo que condujera con prudencia en las bajadas. Sabía todo eso. Y por esta causa, con más paciencia que los caballos (sobre todo el de la izquierda, *Sokol*, que empezaba a inquietarse y mordía el freno), esperaba lo que iba a ocurrir. Por último todos se acomodaron; levantaron el estribo, cerraron la portezuela y mandaron a buscar un cofrecillo. La condesa sacó la cabeza y dijo lo que tenía que decir. Entonces Efim se quitó lentamente el sombrero y se santiguó. El postillón y todos los criados hicieron lo mismo.

—¡Con Dios!— dijo Efim, y volvió a ponerse el sombrero.

—¡Adelante!

El postillón fustigó a los caballos; el de la derecha dio un tirón, chirriaron los muelles y el coche arrancó. Un lacayo saltó al pescante de la carroza en marcha. Al salir del patio, la carroza brincó sobre el empedrado; lo mismo ocurrió a los otros vehículos, y la comitiva enfiló la calle. Todos se persignaron al pasar por delante de la iglesia. Los criados que se quedaban en Moscú marchaban, acompañándolos, a los lados de los carruajes.

Pocas veces había experimentado Natasha una sensación alegre como la de aquellos instantes, sentada en el coche junto a su madre y mirando las fachadas de la inquieta y abandonada Moscú, que desfilaban lentamente ante sus ojos. De vez en cuando se asomaba a la ventanilla y paseaba la mirada por el largo convoy de heridos que los precedía. Casi a la cabeza de todos veía el toldo echado del coche del príncipe Andréi. Ignoraba quién iba allí, y cada vez que miraba la fila de sus carros, buscaba aquel coche con los ojos. Sabía que iba delante de todos.

En Kudrino, a la altura de las calles Nikítskaia, Presnia y Podnovinski, el convoy de los Rostov se encontró con otros semejantes; y por la calle Sadóvaia los coches y carros avanzaban ya en doble hilera.

Al dejar atrás la torre de Sújarev, Natasha, que seguía mirando con curiosidad a cuantos pasaban a pie o en sus coches, exclamó de pronto asombrada y feliz:

—¡Dios mío! ¡Mamá! ¡Sonia! ¡Mirad: es él!

—¿Quién? ¿Quién?

—¡Fijaos! ¡Os aseguro que es Bezújov!

Y Natasha sacó el cuerpo por la ventanilla de la carroza para mirar a un hombre alto y grueso, vestido de cochero, que, a juzgar por el porte, era un señor disfrazado. Iba a su lado un viejecillo amarillento, barbilampiño, con un capote de lana, y se acercaban al arco de la torre de Sújarev.

—Os juro que es Bezújov, el del caftán, va con un viejo que parece un niño. ¡Miradlo, miradlo!— exclamaba.

—No, no es él… No digas tonterías.

—Me dejaría cortar la cabeza, mamá. Le aseguro que es él. ¡Espera, espera!— gritó al cochero.

Pero el cochero no podía detenerse, porque desde la calle Meschánskaia desembocaban nuevos coches y carros y los conductores gritaban a los Rostov que siguieran y no entorpecieran a los demás.

En efecto, aunque bastante más lejos que antes, todos los Rostov vieron a Pierre o a un hombre que se le parecía extraordinariamente, vestido con un caftán de cochero. Iba por la calle con la cabeza baja y el rostro serio, acompañado de un viejecillo barbilampiño, que tenía todo el aspecto de un lacayo. El viejo se dio cuenta de que los miraban desde el coche y se lo

indicó a su compañero, tocándole respetuosamente el codo. Pierre tardó en comprender lo que le decían: tan absorto iba en sus pensamientos. Por fin, al entenderlo, miró en la dirección que le indicaban. Reconoció a Natasha y, cediendo a su primer impulso, corrió hacia la carroza. Pero se detuvo a los pocos pasos como, si de pronto, se acordara de algo.

El rostro de Natasha, asomado a la ventanilla, resplandecía con burlona ternura.

—¡Venga, Piotr Kirílovich! ¡Lo hemos reconocido! ¡Es asombroso!— exclamó la joven, tendiéndole la mano. —¿Cómo está usted aquí? ¿Por qué va así vestido?

Pierre tomó la mano que Natasha le tendió y, siguiendo junto al coche, que no podía detenerse, la besó a destiempo.

—¿Qué le pasa, conde?— preguntó la condesa Rostova, con asombro y conmiseración.

—¿Qué? ¿Por qué? No me lo pregunte— dijo Pierre y se volvió a Natasha, cuya mirada radiante y alegre (se daba instintivamente cuenta de ello sin mirarla) lo envolvía cada vez más con su encanto.

—¿Se queda usted en Moscú?

Pierre calló un momento.

—¿En Moscú?— preguntó. —Sí, en Moscú. Adiós.

—¡Oh! Querría ser hombre. Me quedaría sin falta con usted. ¡Cómo me gustaría!— exclamó Natasha. —Mamá, permita que me quede.

Pierre miró distraídamente a Natasha y fue a decir algo. Pero la condesa se le adelantó.

—Hemos sabido que estuvo usted en la batalla.

—Sí— respondió Pierre. —Mañana habrá otra…

Mas Natasha lo interrumpió:

—Diga, ¿qué le pasa? Parece usted otro.

—No me lo pregunte, no me lo pregunte. Ni yo mismo lo sé. Mañana… Pero no. Adiós, adiós… ¡Son tiempos terribles!

Se separó de la carroza y volvió a la acera. Natasha permaneció largo rato asomada a la ventanilla, mirándolo con una sonrisa alegre y cariñosa, un poco burlona.

XVIII

Desde hacía dos días, es decir, desde que desapareció de su casa, Pierre habitaba en el piso vacío del difunto Bazdéiev. Había sucedido así:

Al día siguiente de su regreso a Moscú, después de la conversación con el conde Rastopchin, Pierre, al despertarse, estuvo largo rato sin percatarse de dónde se hallaba y qué deseaban de él. Cuando entre los nombres de quienes lo esperaban en la sala nombraron al francés portador de la carta de la condesa Elena Vasílievna sintió que lo invadía aquel sentimiento de confusión y desesperanza al que era tan propenso. Le pareció que todo había concluido ahora, que todo se confundía, se venía abajo; nadie tenía razón ni nadie era culpable; el porvenir no le reservaba ya nada y el presente no tenía solución. Sonriendo forzadamente y mascullando algo entre dientes, ya se dejaba caer en el diván, ya se ponía en pie, se acercaba a la puerta y miraba por el ojo de la cerradura a la antesala, bien gesticulando, daba la vuelta y tomaba un libro. El mayordomo anunció por segunda vez que el francés, que había traído la carta de la condesa, deseaba verlo, aunque sólo fuera un instante, y que habían venido de parte de la viuda de Bazdéiev rogándole que se hiciera cargo de los libros, porque la señora Bazdéiev se había ido al campo.

—¡Ah, sí! Ahora… Espera… Bueno, no. Di que volveré en seguida— dijo Pierre al mayordomo.

Pero en cuanto el mayordomo desapareció, Pierre tomó un sombrero que había sobre la mesa y salió por la puerta excusada de su despacho. En el pasillo no había nadie. Pierre recorrió todo el largo pasillo hasta la escalera, cejijunto y frotándose la frente con ambas manos, y bajó al primer rellano. El portero estaba en el portal. Desde el descansillo en que se

hallaba Pierre otra escalera conducía a la puerta de servicio. Pierre tomó la escalera de servicio y bajó al patio. Nadie lo había visto. Pero en la calle, al cruzar el portalón, los cocheros que estaban allí se descubrieron delante del amo. Sintió todas aquellas miradas fijas en él e hizo como el avestruz, que esconde la cabeza para no ser visto. Bajó la suya, y, acelerando el paso, se alejó calle adelante.

De cuanto Pierre debía hacer aquella mañana, lo más urgente le pareció la selección de los libros y documentos de Osip Alexéievich.

Tomó el primer coche que encontró y ordenó que lo llevara a Patriárshie Prudí, donde se encontraba la casa de la viuda Bazdéiev.

Sin dejar de mirar los convoyes que avanzaban por todas partes y salían de Moscú, Pierre, al acomodar su grueso cuerpo en el carruaje, procurando no perder el equilibrio en aquel destartalado carricoche, sintió una emoción semejante a la del muchacho que escapa de la escuela.

Comenzó a charlar con el cochero, quien le contó que aquel día se distribuían armas en el Kremlin y que al día siguiente enviarían a todo el mundo a la puerta de Triojgorny, donde iba a tener lugar una gran batalla.

Cuando llegó a Patriárshie Prudí, Pierre buscó la casa de Bazdéiev, a la que no iba desde hacía tiempo. Se acercó a la puerta. Guerasim, el viejecillo amarillento y barbilampiño a quien Pierre había visto hacía cinco años en Torzhok en compañía de Osip Alexéievich, salió a abrirle.

—¿Hay alguien en casa?— preguntó Pierre.

—Debido a las actuales circunstancias, Excelencia, Sofía Danílovna y sus hijos se han ido al campo, cerca de Torzhok.

—Entraré, es lo mismo. Debo revisar los libros— dijo Pierre.

—Pase, por favor. El hermano del difunto, que en gloria esté, Makar Alexéievich, ha quedado en casa. Ya sabe usted que está muy debilitado— dijo el viejo servidor.

Pierre conocía al hermano de Osip Alexéievich, Makar Alexéievich, un alcohólico medio loco.

—Sí, sí, ya lo sé. Vamos, vamos…— y entró.

En el pasillo había un anciano, alto y calvo, de nariz colorada, envuelto en un batín, con chanclos en los pies desnudos. Al ver a Pierre rezongó algo, malhumorado, y se alejó por el corredor.

—Era un hombre de gran inteligencia y ahora, como ve, ha perdido la razón— dijo Guerasim. —¿Quiere usted entrar en el despacho?

Pierre asintió con un gesto.

—El despacho está sellado, tal como lo dejaron. Sofía Danílovna mandó que se entregasen los libros si venían a buscarlos de parte de usted.

Pierre entró en aquella sombría estancia donde penetraba tembloroso en vida del bienhechor. Estaba llena de polvo; no la habían barrido desde la muerte de Osip Alexéievich y parecía más sombría que antes.

Guerasim abrió los postigos de una ventana y salió de puntillas. Pierre recorrió el despacho, se acercó al armario de los manuscritos y sacó uno de los documentos más importantes de la orden: las actas originales escocesas, con notas y aclaraciones del bienhechor. Tomó asiento ante la mesa de trabajo, cubierta de polvo, puso en ella el manuscrito, que tan pronto abría como volvía a cerrar y, por último, dejándolo a un lado, apoyó la cabeza en las manos y se abandonó a sus propios pensamientos.

Repetidas veces Guerasim se acercó sin hacer ruido para echar una mirada al despacho y siempre vio a Pierre en la misma postura. Pasaron más de dos horas. Guerasim se permitió hacer ruido en la puerta para llamar la atención de Pierre; pero éste no lo oyó.

—¿Ordena que despida al cochero?

—¡Oh, sí!— dijo Pierre, volviendo a la realidad y levantándose rápidamente. —Oye— añadió mirando al viejo con los ojos brillantes, exaltados y húmedos, —¿sabes que mañana habrá una batalla?

—Eso dicen— respondió Guerasim.

—Te ruego que no digas a nadie quién soy, y que hagas lo que te diga…

—A sus órdenes. ¿Quiere que le sirva la comida?

—No, necesito otra cosa: necesito un traje de campesino y una pistola— dijo Pierre, enrojeciendo de pronto.

—Como usted mande— contestó Guerasim después de reflexionar.

Pierre pasó el resto de la jornada en el despacho del bienhechor; caminaba inquieto de un lado a otro y hablaba consigo mismo, como oyó Guerasim. Durmió en una cama que le prepararon allí mismo.

Guerasim, como criado que ha visto muchas cosas sorprendentes a lo largo de su vida, aceptó aquella extraña actitud sin admirarse. Parecía

contento de tener a quien servir. Aquella misma tarde, sin preguntarse ni siquiera a sí mismo para qué lo quería, encontró para Pierre un caftán y un gorro y prometió que al día siguiente le conseguiría la pistola.

Aquella tarde, Makar Alexéievich, arrastrando sus chanclos, se acercó por dos veces a la puerta del despacho y se detuvo, contemplando a Pierre con aire insinuante, pero en cuanto éste se volvía, Makar Alexéievich, avergonzado y malhumorado, se cruzaba el batín y se alejaba rápidamente.

Justamente entonces, vestido con el caftán y acompañado de Guerasim, cuando se dirigía a comprar una pistola a la torre Sujáreva, Pierre se encontró con los Rostov.

XIX

El 1 de septiembre, por la noche, Kutúzov dio a las tropas rusas la orden de retroceder, pasando por Moscú, al camino de Riazán.

Las primeras fuerzas se pusieron en movimiento por la noche. Durante la marcha nocturna no se daban prisa y avanzaban lenta y tranquilamente. Pero al amanecer las unidades que se acercaban al puente de Dorogomílov vieron delante de sí y al otro lado inmensas oleadas de tropas que se empujaban en el puente, ocupando en la otra orilla calles y callejones y, detrás de sí, otras infinitas oleadas de tropas que lo presionaban. Se apoderó de los soldados una prisa y una inquietud inmotivadas. Todos se lanzaron al puente, a los vados y a las barcas. Kutúzov ordenó que lo llevaran al otro lado de Moscú por calles apartadas.

El 2 de septiembre, hacia las diez de la mañana, no quedaban en el arrabal de Dorogomílov más que las unidades de retaguardia. Todo el ejército había pasado ya el río y estaba al otro lado de Moscú.

Al mismo tiempo, el 2 de septiembre, a las diez de la mañana, Napoleón se hallaba con sus tropas en el monte Poklónnaia y contemplaba el espectáculo que se desplegaba ante sus ojos. Del 26 de agosto al 2 de septiembre, desde la batalla de Borodinó hasta la entrada del enemigo en Moscú, en el curso de toda aquella semana agitada y memorable, se mantuvo ese magnífico y sorprendente tiempo otoñal que tanto asombra a la gente, cuando el sol calienta más que en primavera y todo es tan brillante en la atmósfera leve y pura que hace daño a la vista y el pecho se fortalece y respira con facilidad un aire fresco y perfumado; cuando hasta las noches son tibias —noches cálidas y oscuras en que se desprenden del cielo a cada instante, asustando y alegrando a la vez, estrellas doradas.

Así era el tiempo el día 2, a las diez de la mañana. El esplendor diurno era mágico. Desde el monte Poklónnaia, Moscú se extendía ampliamente, con su río, sus jardines y sus iglesias; la ciudad parecía continuar su vida entre los destellos de sus cúpulas centelleantes que semejaban estrellas bajo los rayos del sol.

A la vista de tan extraña ciudad, con su arquitectura nunca vista, de formas exóticas, Napoleón experimentó esa curiosidad un tanto envidiosa e inquieta que suele invadir a la gente en presencia de formas de vida ajenas e ignoradas. Esa ciudad, al parecer, vivía plenamente; según los indefinibles indicios que, a lo lejos, permitían distinguir un ser vivo de uno muerto, aquella ciudad tenía una vida pletórica. Napoleón, desde la altura de Poklónnaia, sentía palpitar la vida en la ciudad y hasta, por así decirlo, la respiración de aquel cuerpo grande y bello.

Todo ruso, al mirar Moscú, ve en ella a una madre. Todo extranjero que la contemple, aunque no vea en ella a una madre, debe percibir su carácter femenino. Y así lo sintió Napoleón.

—Cette ville asiatique aux innombrables églises, Moscou la sainte. La voilà donc enfin, cette fameuse ville! Il était temps— dijo Napoleón, y, echando pie a tierra, ordenó que extendieran ante él un plano de Moscú y llamó al intérprete Lelorme d'Ideville. "Une ville occupée par l'ennemi ressemble à une fille qui a perdu son honneur",**[470]** repitió la frase que él mismo había dicho a Tuchkov en Smolensk. Y en esa disposición de ánimo contempló la beldad oriental nunca vista que aparecía tendida ante él.

A él mismo lo asombraba que su deseo, aparentemente irrealizable en otros tiempos, se hubiera por fin cumplido. Bajo aquella diáfana luz de la mañana miraba alternativamente la ciudad y el plano, comprobando todos los detalles de la ciudad; y la certeza de su pronta posesión lo inquietaba y asustaba.

"¿Podía ser, acaso, de otra manera? —pensó—. Ahí está esa ciudad, a mis pies, aguardando su destino. ¿Dónde estará ahora Alejandro? ¿Qué pensará? ¡Una ciudad extraña, bella y majestuosa! ¡Qué extraño y majestuoso momento! ¿Qué pensarán mis soldados de mí? Ésta es la recompensa para todos los escépticos —miró a su propio séquito y, más allá, a los hombres que avanzaban y se alineaban—. Bastaría una sola

palabra de mis labios, un solo movimiento de mi mano, y esta vieja capital des Czars estaría perdida. Mais ma clémence est toujours prompte à descendre sur les vaincus.[471] Debo mostrarme magnánimo y realmente grande… ¡Pero no, no es verdad que me encuentre ante Moscú! —se le ocurrió de pronto—. Y, sin embargo… ahí está, a mis pies, con sus doradas cúpulas y sus cruces centelleantes a los rayos del sol. Seré clemente con ella. En los antiguos monumentos de la barbarie y el despotismo inscribiré nobles frases de justicia y misericordia… Alejandro sentirá eso más que nada, lo conozco bien.”

A Napoleón le parecía que el sentido principal de cuanto ocurría se debía a su lucha personal con Alejandro.

“Desde las alturas del Kremlin, si aquello es el Kremlin, les daré leyes justas. Les mostraré la grandeza de la verdadera civilización; obligaré a generaciones enteras de boyardos a recordar con cariño el nombre de su conquistador. Diré a su delegación que nunca he querido ni quiero la guerra, que sólo he combatido la política engañosa de su Corte, que amo y respeto a Alejandro y aceptaré en Moscú condiciones de paz dignas de mí y de mis pueblos. No quiero aprovecharme del éxito de la guerra para humillar a un Emperador al que estimo. Boyardos —les diré—, yo no quiero la guerra, deseo la paz y la felicidad de todos mis súbditos. Sé, además, que la presencia de esos hombres me inspirará, y les hablaré como lo hago siempre: con precisión, solemnidad y grandeza… Pero ¿será verdad que estoy en Moscú? ¡Sí, ahí está!”

—Qu’on m’amène les boyards[472]— dijo a su escolta.

Un general, seguido de brillante séquito, galopó inmediatamente en busca de los boyardos.

Pasaron dos horas. Napoleón había almorzado y estaba de nuevo en el mismo sitio, en el monte Poklónnaia, esperando a la delegación. En su imaginación había trazado claramente todo el discurso que pensaba dirigir a los boyardos. Unas palabras llenas de toda la dignidad y grandeza necesarias, a juicio de Napoleón.

Él mismo estaba conquistado por el tono de magnanimidad con que pensaba actuar en Moscú. En su imaginación había fijado los días de la *reunion* en que debían encontrarse los dignatarios rusos con los franceses,

dans le palais des Czars. En su imaginación, ya nombraba gobernador a alguien que supiera atraerse a la población; y desde que supo que en Moscú abundaban los establecimientos de beneficencia, los colmaba mentalmente con sus favores. Pensaba que, lo mismo que en África, donde tuvo que vestir el albornoz y visitar las mezquitas, en Moscú sería preciso mostrarse tan caritativo como los zares. Y para conmover definitivamente el corazón de los rusos, él, como todo francés que no puede imaginar nada sentimental sin acordarse de *ma chère, ma tendre, ma pauvre mère*,[473] decidió que en todas aquellas instituciones haría escribir en grandes caracteres: *Établissement dédié à ma chère Mère* o sencillamente: *Maison de ma Mère*.[474]

"¿Estoy de veras en Moscú? —volvió a pensar—. Sí, ahí está, delante de mí. Pero ¡cuánto tarda en llegar la delegación de la ciudad!"

Entretanto, en las últimas filas del séquito imperial, generales y mariscales discutían inquietos y en voz baja entre sí. Los que habían ido en busca de la delegación volvían con la noticia de que Moscú era una ciudad vacía y que todos sus habitantes se habían marchado. Todos sus rostros estaban pálidos e inquietos. No los asustaba que los habitantes de Moscú hubieran evacuado la capital (a pesar de la importancia de este hecho); lo que más los asustaba era tener que comunicárselo al Emperador. ¿De qué manera, sin poner a Su Majestad en esa situación que los franceses llaman *ridicule*, debían decirle que en vano esperaba a los boyardos y que en Moscú no quedaban más que multitudes de borrachos? Unos decían que era necesario, a cualquier precio, formar una delegación cualquiera; otros se mostraban disconformes y afirmaban que lo mejor era, con inteligencia y cautela, comunicar la verdad al Emperador.

—Il faudra le lui dire tout de même— decían los señores del séquito. —Mais messieurs…[475]

La situación se hacía todavía más difícil porque el Emperador, meditando sus magnánimos proyectos, contemplaba febrilmente ante el plano, mirando de vez en cuando hacia el camino de Moscú, o sonriendo con orgullo y alegría.

—Mais c'est impossible…— comentaban encogiéndose de hombros los señores del séquito sin atreverse a pronunciar la terrible palabra: *le*

ridicule…

Mientras tanto, el Emperador, cansado de la vana espera y notando, con su intuición de actor, que el momento solemne se retrasaba demasiado y perdía toda solemnidad, hizo un gesto con la mano. Un cañonazo —que era la señal convenida— tronó en el espacio y las tropas, que por diversas partes rodeaban Moscú, se lanzaron hacia las puertas de Tver, Kaluga y Dorogomílov. Cada vez con mayor rapidez, adelantándose unas a otras, avanzaron a paso ligero y al trote; desaparecieron bajo la polvareda que ellas mismas levantaban, atronando el aire con su confusa gritería.

Arrastrado por el movimiento de sus tropas, Napoleón llegó con ellas hasta la puerta de Dorogomílov, se detuvo allí de nuevo, dejó el caballo y estuvo un buen rato paseando a lo largo del baluarte de Kamer-Kolezhki, esperando la llegada de la delegación.

XX

Entretanto, Moscú era una ciudad vacía. Aún quedaba gente, es verdad, tal vez la quincuagésima parte de la población de antes; pero la ciudad estaba vacía, como una colmena sin reina.

En una colmena sin reina ya no queda vida, aunque para una mirada superficial siga tan viva como otras.

Bajo los cálidos rayos del sol de mediodía las abejas giran gozosas como siempre alrededor de la colmena sin reina como giran alrededor de las demás colmenas vivas. Desde lejos se percibe igualmente el aroma de la miel; las abejas entran y salen de ellas. Pero si se observa atentamente el panal sin reina se ve que en él ya no hay vida; las abejas no salen de allí como de una colmena viva; no existe el perfume ni el zumbido que atrae al apicultor. Cuando golpea la pared de una colmena enferma, en vez del zumbido unánime de miles de abejas que alzan amenazadoras la parte posterior y provocan un ruido característico con el leve movimiento de sus alas, le responden solamente algunos zumbidos aislados que suenan sordamente en distintos lugares del panal vacío… Ya no huele como antes a miel espiritosa, aromática, a cera y veneno, no se desprende de ella plenitud vital; con el olor a miel se mezcla el de vaciedad y podredumbre. Ya no hay abejas guardianas que anuncien el peligro, dispuestas a sacrificar sus vidas en defensa de la colmena; ni se oye el ruido suave y regular del trabajo, semejante al sonido de la ebullición, sino los sones dispersos y desapacibles del desorden. Las abejas expoliadoras entran y salen, tímidas y hábiles, de la colmena; son abejas oscuras, largas, sucias de miel: no pican a nadie y sólo procuran escapar de cualquier peligro. Antes, las abejas entraban cargadas y salían vacías; ahora se llevan lo que hay dentro. El apicultor abre

la colmena por su parte baja y la examina atentamente; en lugar de las abejas negras y gruesas, apaciguadas por el trabajo, sujetas unas a otras por las patas, entregadas a la faena de labrar la cera, ahora ve a unas abejas adormiladas, escuálidas, que se arrastran desordenadas por el fondo y las paredes del panal. En vez de un suelo limpio y encerado, barrido por las alas, ve en el fondo desperdicios de cera, excrementos y abejas moribundas, que apenas mueven las patas, o cadáveres que yacen inmóviles y sin retirar.

El apicultor abre la parte superior de la colmena. Y ya no ve las ordenadas hileras de abejas metidas en sus celdillas dando calor a los huevos; ve ahora una actividad complicada, que no tiene la frescura de antes. Todo está sucio y abandonado; las negras abejas expoliadoras se mueven rápidas y furtivas. Las dueñas de la colmena, secas y marchitas, encogidas como viejas, se arrastran lentamente, sin molestar a nadie, sin desear nada, como si hubieran perdido toda conciencia vital. Los zánganos, los tábanos y mariposas chocan aturdidos contra las paredes de la colmena. Aquí y allá, entre la cera y la miel, se oye de vez en vez un rumor irritado. En alguna parte, por alguna vieja costumbre, dos abejas limpian sus celdillas y, con diligencia superior a sus fuerzas, sacan fuera una abeja muerta o una larva sin saber siquiera por qué lo hacen. En alguna otra parte, dos viejas abejas pelean perezosamente, o se limpian o nutren mutuamente, ignorando si lo hacen movidas por un sentimiento amistoso u hostil. Más allá, un grupo de abejas se abate sobre una víctima cualquiera, la golpean y ahogan. Y la abeja débil o muerta, ligera como una pluma, cae desde lo alto en el montón de cadáveres.

El apicultor abre la colmena por la mitad para ver el nido. Y en lugar de los anteriores círculos negros y compactos, acoplados por la espalda, velando los más profundos misterios del propio panal, ve restos de cientos de insectos tristes, medio muertos o adormilados. Casi todos han muerto ya sin saber siquiera que el tesoro que guardaban ya no existe. De todos ellos sale un hedor de putrefacción y muerte. Sólo algunas abejas se mueven, vuelan perezosas, se posan en la mano enemiga sin tener siquiera la fuerza de morir hiriéndola. Las muertas caen fácilmente como escamas de pescado. El apicultor cierra la colmena, la señala con tiza y, cuando tiene un rato libre, la desarma y fumiga.

Así, vacía también, estaba Moscú cuando Napoleón, cansado e inquieto, con el ceño fruncido, iba de un lado a otro a lo largo del baluarte de Kamer-Kolezhki, a la espera de aquella ceremonia que, aunque puramente externa, consideraba necesaria para guardar las apariencias: la llegada de una delegación.

En diversos lugares de Moscú había todavía gente, pero que se movía sin razón alguna, sólo por la vieja costumbre, sin comprender lo que hacía.

Cuando, con todas las precauciones posibles, anunciaron a Napoleón que la ciudad estaba desierta, el Emperador miró enfadado al portador de la noticia, le volvió la espalda y siguió caminando en silencio.

—¡El coche!— dijo.

Se sentó junto al ayudante de campo de servicio y se hizo llevar a los suburbios.

—Moscou déserte! Quel événement invraisemblable![476]— se dijo.

No entró en la ciudad y se detuvo en una posada del barrio de Dorogomílov.

Le coup de théâtre avait raté.[477]

XXI

Las tropas rusas pasaron por Moscú entre las dos de la mañana y las dos de la tarde, llevándose con ellas a los últimos habitantes y heridos que salían de la capital.

Durante el paso de las fuerzas fue grande la confusión, sobre todo en los puentes de Kameny, Moskvoretski y Yauza.

Cuando las tropas se dividieron en dos columnas para bordear el Kremlin, fueron detenidas junto al Kameny y el Moskvoretski, y un gran número de soldados, aprovechándose de la parada y la confusión, se volvieron atrás y, a escondidas, en silencio, se deslizaron entre la iglesia de San Basilio y la puerta Borovitski, hacia la plaza Roja, donde confiaban, por intuición, hallar el modo de apoderarse fácilmente de lo ajeno.

Una multitud semejante a la que solía llenar el Gostiny Dvor los días de saldo ocupaba por completo aquel recinto. Pero no se oían las voces almibaradas y amables de los vendedores, no había buhoneros, ni abigarradas muchedumbres de compradoras femeninas. Tan sólo había uniformes y capotes militares de soldados sin armas, que entraban con cargas y salían sin ellas. Mercaderes y dependientes (en escaso número) erraban perdidos entre los soldados, cerraban sus tiendas o transportaban con ayuda de algunos mozos sus mercancías. En la cercana plaza de Gostiny Dvor, el tambor llamaba a filas; pero aquella llamada imperiosa no atraía a los saqueadores, sino que, por el contrario, los impulsaba a alejarse de ella. Entre la soldadesca, en tiendas y callejuelas, había hombres con caftanes grises y la cabeza rapada. En la esquina de Ilinka conversaban dos oficiales; el uno llevaba una banda sobre el uniforme y montaba un delgado

caballo gris; el otro iba a pie y vestía capote. Un tercer oficial se acercó a ellos.

—El general ha ordenado que echemos pronto a todos esos sea como sea. ¡Es algo que no tiene nombre! La mitad han huido.

—¿Adónde vas?… ¿Adónde vais?…— gritó el mismo oficial a tres soldados de infantería que, sin fusiles, con los faldones del capote levantados, se dirigían hacia las tiendas. —¡Alto, canallas!

—Pruebe a reunirlos— dijo otro oficial. —Es imposible. ¡Hay que darse prisa para que no se vayan los últimos!

—¿Cómo podemos ir? Se ha formado un tapón en el puente y no hay quien pueda avanzar. Habría que acordonar aquello, para que los últimos no escapen.

—¡Vayan allá! ¡Échenlos!— gritó el oficial superior.

El oficial de la banda echó pie a tierra, llamó al tambor y se fue con él bajo las arcadas; algunos soldados salieron corriendo todos juntos. Un mercader con granos rojos en las mejillas cerca de la nariz, con una expresión tranquila y calculadora en su rostro bien nutrido, se acercó presuroso y gallardo al oficial, agitando los brazos.

—¡Señoría!— dijo. —¡Tenga la bondad de protegernos! No escatimaremos el género, con mucho gusto le daremos a usted, si quiere… Para un hombre honorable no nos importan aunque sean dos cortes de paño, los daremos de todo corazón… porque comprendemos que… Lo que pasa es un pillaje… ¡Por favor! Si, al menos, pusieran guardia o nos permitieran cerrar.

Otros mercaderes rodearon al oficial.

—No vale la pena hablar— dijo otro, delgado y de rostro serio. —¡Cuando a uno le cortan la cabeza no llora por sus cabellos! ¡Que se lleven lo que quieran!— agitó la mano con energía y se apartó un poco del oficial.

—Tú, Iván Sidórich, puedes hablar— respondió colérico el primer mercader. —Tenga la bondad, Excelencia…

—¿De qué sirven las palabras?— gritó el mercader delgado. —Aquí, en mis tres tiendas, tengo género por valor de cien mil rublos… ¿Puedo, acaso, conservarlo ahora que se fue el ejército? ¡Nada puede hacerse contra la voluntad de Dios!

—Venga, Señoría— insistió el primer mercader haciendo reverencias.

El oficial estaba perplejo y la indecisión se reflejaba en su rostro.

—¡Y a mí qué me importa!— gritó de pronto, y con pasos rápidos se dirigió a las arcadas.

Desde una tienda abierta llegaba el ruido de golpes e insultos, y cuando el oficial se acercó un hombre con chaquetón gris de sayal y la cabeza rasurada salió violentamente despedido de ella. El hombre, encogiéndose, se escabulló entre los mercaderes y el oficial se encaró con los soldados que había dentro, pero en aquel momento se oyeron en el puente Moskvoretski terribles gritos de una muchedumbre inmensa y el oficial corrió a la plaza.

—¿Qué ocurre? ¿Qué pasa?— preguntaba.

Pero su compañero galopaba ya en dirección a los gritos, por delante de la iglesia de San Basilio. El oficial montó a caballo y lo siguió. Cuando llegó al puente vio dos cañones en posición, soldados de infantería caminando por el puente, algunos carros volcados, rostros asustados y sonrientes caras de soldados. Junto a los cañones había un carro tirado por dos caballos; detrás del carro, junto a las ruedas, cuatro galgos con sus collares. El carro llevaba una verdadera montaña de objetos, y, en lo más alto, junto a una silla de niño con las patas hacia arriba, estaba sentada una mujer que lanzaba gritos desesperados y agudos. Algunos compañeros explicaron al oficial que los gritos de la muchedumbre y de la mujer obedecían a que el general Ermólov, que se había encontrado con aquella multitud, al saber que los soldados se metían por las tiendas y los paisanos estorbaban el paso, había ordenado emplazar varios cañones, haciendo ver que se disponían a disparar sobre el puente.

El gentío, entre empujones, carros volcados y gritos, se hizo atrás hasta descongestionar el paso por el puente y las tropas pudieron proseguir su marcha.

XXII

Pero el interior de la ciudad, mientras tanto, estaba vacío. En las calles apenas se veía un alma. Los portales y comercios permanecían cerrados. Alrededor de las tabernas solían oírse gritos o el cantar de los borrachos. No circulaba ningún vehículo y los peatones eran muy escasos. La calle Povárskaia estaba tranquila y desierta. En el enorme patio de los Rostov quedaban restos de heno y estiércol, pero no se veía a nadie. En la gran sala de la casa donde habían dejado todos los muebles y objetos de valor se encontraban el portero Ignat y el pequeño Mishka, nieto de Vasílich, que se había quedado en Moscú con su abuelo. Mishka había abierto el clavicordio y tocaba las teclas con un dedo. El portero, con las manos en las caderas, sonreía mirándose complacido ante el gran espejo.

—Suena bien, ¿verdad, tío Ignat?— decía el muchacho, poniéndose de pronto a golpear el teclado con las dos manos.

—¡Vaya!— repuso Ignat, asombrado de que su rostro sonriera cada vez más en el espejo.

—¡No tenéis vergüenza! ¡De verdad, no tenéis conciencia!— dijo, detrás de ellos, la voz de Mavra Kuzmínishna, que había entrado silenciosamente en la sala. —¡Puedes presumir con esa cara! ¡No vales para otra cosa! Ahí está todo sin recoger y Vasílich no puede más. ¡Ya te llegará tu hora!

Ignat se ajustó el cinturón, dejó de reír y salió dócilmente de la sala con la cabeza baja.

—Tita, ¡no haré ruido!— dijo el muchacho.

—¡Ya te daré yo ruido!— gritó Mavra Kuzmínishna, amenazándolo con la mano. —Vete a preparar el samovar para el abuelo.

Mavra Kuzmínishna limpió el polvo del clavicordio y lo cerró. Después, suspirando profundamente, salió de la sala y cerró la puerta con llave.

Al llegar al patio se quedó pensando adonde ir, si tomar el té en el pabellón con Vasílich o poner en orden lo que aún quedaba revuelto en la despensa.

En la silenciosa calle sonaron unos pasos rápidos, que se detuvieron junto a la cancela. El picaporte chirrió bajo la presión de una mano que intentaba abrirla.

Mavra Kuzmínishna se acercó a la puerta.

—¿Por quién pregunta?

—Por el conde, el conde Iliá Andréievich Rostov.

—¿Y quién es usted?

—Un oficial. Necesito verlo— dijo una voz agradable, rusa y señorial.

Mavra Kuzmínishna abrió la puerta y un joven oficial de unos dieciocho años, de cara redonda, parecida a la de los Rostov, entró en el patio.

—Se fueron ayer tarde— dijo ella afablemente.

El joven oficial se detuvo en el umbral, indeciso sobre si entrar o no, y chasqueó la lengua.

—¡Qué fastidio!— exclamó. —Debí venir ayer… ¡Qué lástima!

Mientras tanto, Mavra Kuzmínishna examinó atentamente y con simpatía los rasgos de los Rostov, que parecían renovarse en el rostro del joven; miró también su capote roto y las botas desgastadas.

—¿Para qué quería ver al conde?— preguntó.

—¿Sabe?— dijo de pronto—, soy pariente del conde y siempre fue muy bueno conmigo. Y ahora— miró sonriente y divertido su capa y botas, —mire qué andrajoso voy, y, además, no tengo dinero, pensaba pedir al conde…

Mavra Kuzmínishna no lo dejó concluir.

—¿Quiere esperar un momento? Sólo un momento.

Y en cuanto el oficial separó su mano de la puerta, dio media vuelta y, con su andar senil, Mavra Kuzmínishna se dirigió a su pabellón, a la parte trasera del patio.

Mientras hacía esto, el oficial contemplaba las botas rotas y paseaba sonriendo. “Lástima no haber encontrado al tío. ¡Qué simpática es la viejita!

¿Adónde habrá ido? ¿Y cómo enterarme de por qué calles puedo alcanzar antes a mi regimiento, que ahora debe de estar llegando a la Rogozhkaia?”, pensaba el joven.

Mavra Kuzmínishna volvió con el rostro a un tiempo indeciso y resuelto: traía en la mano un pañuelo a cuadros plegado. Unos pasos antes de acercarse al oficial desenvolvió el pañuelo y sacó un billete blanco de veinticinco rublos, que entregó precipitadamente al joven.

—Si Su Excelencia estuviera en casa, procedería como un buen pariente… pero… ya lo ve… ahora…— Mavra Kuzmínishna se sentía confusa y tímida.

El oficial, sin rechazar lo que le ofrecían y sin apresurarse, tomó el billete y dio las gracias.

—Si el conde estuviera en casa…— seguía excusándose Mavra Kuzmínishna. —¡Que Cristo lo proteja! ¡Que Dios lo salve!— decía inclinándose y acompañándolo.

Como burlándose de sí mismo, el oficial movió la cabeza sonriendo y salió a buen paso para unirse a su regimiento en el puente del Yauza. Mientras se alejaba casi al trote por las desiertas calles, Mavra Kuzmínishna se quedó largo rato ante la puerta cerrada, con la cabeza baja y pensativa, invadida por un repentino sentimiento de ternura maternal y de piedad hacia aquel joven oficial al que nunca había visto.

XXIII

De una casa a medio construir de la calle Varvarka, que tenía una taberna en los bajos, salían gritos, risas y canciones de borrachos. En una habitación sucia y reducida, alrededor de diez obreros ocupaban los bancos en varias mesas. Embriagados, sudorosos, con los ojos turbios, cantaban esforzándose, abrían mucho la boca y cada uno lo hacía a su manera; se veía que no tenían ganas de cantar y que sólo lo hacían para demostrar que estaban borrachos y contentos. Uno de ellos, alto y rubio, vestía una limpia camisa azul, y se notaba que era el jefe. Su rostro, de nariz recta y fina, habría parecido hermoso de no ser por los labios delgados y apretados, que se movían sin cesar, y los ojos sombríos, turbios e inmóviles. Debía, al parecer, imaginarse algo, pues movía, por encima de aquellas cabezas, con cierta solemnidad y torpeza, una mano cuyos sucios dedos separaba de modo poco natural. La manga de la camisa le resbalaba con frecuencia y él la levantaba con la mano izquierda, como si fuera muy importante tener descubierto su brazo blanco y nervudo. En medio de aquella canción se oyó en el zaguán y el porche el alboroto de una pelea. El alto hizo un gesto con la mano.

—¡Basta!— exclamó imperiosamente. —¡Ahí están peleando, muchachos!

Y, sin dejar de subirse la manga, corrió al porche.

Los demás lo siguieron. Aquella mañana habían ido a la taberna para beber, animados por el mozo alto; el tabernero les había servido vino a cambio de pieles sacadas de la fábrica. Los herreros de la forja cercana oyeron el alboroto de la taberna y, creyendo que la habían asaltado, trataron de irrumpir allí por la fuerza. Ésa era la causa de la pelea.

El dueño de la taberna luchaba con uno de los herreros. Cuando los obreros salían a la puerta, el herrero caía de bruces en la calle y otro empujaba al tabernero tratando de entrar.

El joven de la camisa remangada dio un puñetazo al herrero, que intentaba entrar, y gritó con voz salvaje:

—¡Muchachos, pegan a los nuestros!

El herrero derribado se levantó y, tocándose la cara cubierta de sangre, vociferó con voz lastimera:

—¡Socorro! ¡Me han matado!… ¡Han matado a uno! ¡Hermanos!…

Una mujer que salía de una casa próxima gritó con voz chillona:

—¡Ay, Dios mío! ¡Han matado a un hombre!

Varias personas rodearon al ensangrentado herrero.

—¡Canallas! ¿No te basta con robar a la gente y quitarle hasta la camisa?— dijo alguien al tabernero. —¿Por qué has matado a ese hombre? ¡Bandido!

El mozo alto seguía en la puerta; pasaba sus ojos turbios del tabernero a los herreros, como dudando con quién pelear.

—¡Asesino!— gritó de pronto mirando al tabernero. —¡Atadlo, muchachos!

—A ver quién es el que me ata— exclamó el tabernero, empujando a los que se abalanzaban sobre él. Se arrancó la gorra, la tiró al suelo y, como si ese gesto tuviera un sentido misterioso y amenazador, los obreros se detuvieron indecisos.

—¡Conozco muy bien la ley, hermano! Iré a la comisaría. ¿Crees que no me atreveré? No está permitido el saqueo— gritó, volviendo a coger la gorra. —¡Iré a la comisaría, lo verás…!

—También yo iré. ¿Qué te imaginas?— repetían uno tras otro el tabernero y el mozo alto.

El tabernero y el mozo alto, los dos juntos, se fueron calle adelante discutiendo. Junto a ellos caminaba el herrero ensangrentado. Los seguían los otros obreros y un buen número de curiosos, todos hablando a gritos.

En la esquina de la calle Moroseika, frente a una casa grande con las contraventanas cerradas, en la que había un rótulo de maestro zapatero,

tropezaron con un grupo de veinte obreros, tristes, flacos y agotados, vestidos con batas andrajosas.

—¡Que nos pague lo que debe!— decía un obrero ceñudo de escasa barba. —Bien que nos ha chupado la sangre y cree que estamos en paz. Lleva engañándonos toda la semana y ahora, cuando estamos ya en las últimas, ¡se larga!

Al ver el grupo que venía con el hombre ensangrentado, el zapatero calló y todos se incorporaron, con ávida curiosidad, al grupo en marcha.

—¿Adónde van?

—A la comisaría para hablar con la autoridad, ya se sabe.

—¿Es verdad que los nuestros han perdido?

—¿Y tú qué pensabas? No tienes más que oír lo que dice la gente.

Se cruzaban preguntas y respuestas. El tabernero aprovechó que había más gente, se fue rezagando y volvió a su taberna.

El mozo alto, sin notar que su rival había desaparecido, seguía charlando sin descanso, agitaba el brazo desnudo y atraía la atención de todos. La gente lo rodeaba, como si esperara de él la solución de todos sus problemas.

—¡Las autoridades deben poner orden, enseñar la ley, para eso están! ¿Digo bien, hermanos?— seguía diciendo el mozo alto con leve sonrisa. —Él piensa que no hay autoridades. ¿Acaso se puede vivir sin autoridad, con la de bandidos que hay?

Entre la multitud no cesaban los comentarios:

—¡Basta ya de hacer el tonto!— decían en la muchedumbre. —¿Cómo puedes creer que abandonen Moscú? Te lo dijeron en broma y tú te lo creíste. No son pocas las tropas que han llegado. No dejarán que entren como si tal cosa. Las autoridades están para eso. Más vale que escuches lo que dice el pueblo— comentaban señalando al mozo alto.

Junto a las murallas de Kitai-Górod, otro grupo rodeaba a un hombre con un capote de lana que llevaba en la mano un papel.

—¡Están leyendo un ucase! ¡Van a leer un ucase!— gritaron algunos.

Y todos se apretujaron alrededor del hombre que leía un pasquín del 31 de agosto. Cuando todos lo rodearon, pareció turbarse, y accediendo a la

petición del mozo alto, que se había abierto paso hasta él, volvió a leerlo desde el principio con voz ligeramente temblona.

—“Mañana temprano iré a ver al Serenísimo («al Serenísimo», repitió solemnemente el mozo alto, sonriendo con la boca y frunciendo el ceño) para entrevistarme con él sobre el modo de ayudar a las tropas a exterminar a los malvados. También nosotros ayudaremos a liquidarlos…”— el lector se detuvo. (—¿Lo veis?— gritó triunfalmente el mozo alto. —Él lo va a solucionar todo…) —“Los aplastaremos y los mandaremos al diablo. Volveré mañana a la hora del almuerzo y pondremos en seguida manos a la obra: lo haremos, acabaremos de hacerlo y a los malvados listos dejaremos.”

Un silencio absoluto siguió a las últimas palabras. El mozo alto inclinó abatido la cabeza. Era evidente que ninguno comprendía las últimas palabras. Sobre todo, aquellas de “volveré mañana a la hora del almuerzo” parecieron disgustar al mismo lector y a los oyentes. El pueblo, que esperaba algo grandilocuente, trataba de comprender, pero esas palabras eran demasiado sencillas, demasiado comprensibles. Todos podían decir lo mismo, y, por tanto, era inoportuno hablar así en un ucase que procedía de las autoridades superiores.

La gente quedó descorazonada y silenciosa. El joven alto movía los labios y se balanceaba.

—Habría que ir a preguntarle… ¿Es aquel que viene? Pues se le podía preguntar… De otra manera… Él nos explicará…— se oyó en las últimas filas. Y la atención general se vio atraída por el coche del jefe de policía, que apareció entonces en la plaza acompañado por dos dragones a caballo.

El jefe de policía había salido aquella mañana, mandado por el gobernador, a quemar unas barcazas (y con tal motivo había ganado una respetable suma, que entonces llevaba en el bolsillo); al ver a toda aquella gente que venía a su encuentro, ordenó al cochero que se detuviera.

—¿Qué queréis?— gritó a los hombres que tímidamente, y por separado, se acercaron al coche. —Os pregunto qué queréis— repitió el jefe de policía, sin recibir respuesta.

—Señoría— dijo por último el hombre del capote gris de lana. —Señoría, ellos, según el llamamiento del excelentísimo conde, quieren

luchar hasta la muerte, no piensan en sublevarse. Quieren hacer como ha dicho el excelentísimo conde…

—El conde no se ha ido. Está aquí y recibiréis sus órdenes— dijo el jefe de policía; y después gritó al cochero: —¡Adelante!

La muchedumbre se detuvo, rodeó a los que habían oído las palabras de la autoridad y siguió con los ojos al coche que se alejaba, mientras el jefe de policía miraba hacia atrás asustado. Dijo algo al cochero y el carruaje se alejó con más rapidez todavía.

—¡Nos está engañando, compañeros! ¡Vamos a ver al conde!— gritó el mozo alto.

—¡Vamos a que nos digan lo que pasa!— repitieron algunas voces.

—¡No dejéis, muchachos, que se vaya! ¡Que nos rinda cuentas! ¡Detenedlo!

La gente se lanzó a la carrera detrás del coche y, con gran alboroto, se encaminaron todos a Lubianka.

—¡Los señores y los mercaderes se han ido, y nosotros por culpa de ellos estamos perdidos! ¿Es que somos perros?— se oía cada vez con mayor frecuencia entre la muchedumbre.

XXIV

El 1 de septiembre, por la tarde, después de su entrevista con Kutúzov, el conde Rastopchin volvió a Moscú, dolorido y molesto porque no lo hubieran invitado al Consejo Superior de Guerra y el Serenísimo no prestara atención alguna a su propuesta de tomar parte en la defensa de la capital. Le había producido también asombro la nueva opinión recogida en el ejército; según ella, la seguridad de la capital y sus propios sentimientos patrióticos eran no sólo secundarios, sino absolutamente inútiles e insignificantes.

Disgustado, molesto y sorprendido por todo ello, el conde Rastopchin regresó a Moscú.

Después de cenar se tumbó en un diván sin desnudarse. A la una, lo despertó un correo que le traía una carta de Kutúzov. Considerando que el ejército retrocedía al camino de Riazán, más allá de Moscú, decía la carta, el conde debía mandar fuerzas de policía para guiar a las tropas en su paso por la ciudad. Eso no era una novedad para Rastopchin. No sólo a raíz de la entrevista con Kutúzov el día anterior en Poklónnaia, sino desde la batalla de Borodinó, cuando todos los generales que llegaban a Moscú opinaban unánimemente que aún no se podía presentar batalla, y desde que, con su permiso, todas las noches evacuaban de la ciudad los bienes estatales y la mitad de los habitantes de Moscú se habían marchado, el conde Rastopchin sabía que la capital sería abandonada. Sin embargo, esa noticia, comunicada por Kutúzov como una orden en forma de simple nota y recibida de noche, en pleno sueño, extrañó e irritó al conde.

Más tarde, explicando lo que entonces había hecho durante aquel tiempo, el conde Rastopchin escribió en sus memorias, repetidas veces, que

se preocupaba entonces de objetivos importantes: *de maintenir la tranquillité à Moscou et d'en faire partir les habitants.*[478] Admitida esa doble finalidad, todos los actos del gobernador son irreprochables. Pero, ¿por qué no se sacaron los objetos sagrados? ¿Por qué quedaron los depósitos de armas y municiones, la pólvora y los graneros? ¿Por qué se engañó a miles de ciudadanos, que se vieron arruinados, afirmándoles que Moscú no sería abandonada al enemigo? "Para mantener la tranquilidad en la capital", responde el conde Rastopchin. ¿Por qué se sacaron de Moscú las oficinas administrativas llenas de papeles inútiles, el globo de Leppich y tantos otros objetos? "Para dejar vacía la ciudad", contesta el conde Rastopchin. Basta con admitir que algo amenazaba la tranquilidad pública y todo acto resulta justificado. Todos los terribles excesos del Terror se cometieron con el pretexto de la tranquilidad pública.

¿En qué se basaba, pues, el temor del conde Rastopchin respecto a la tranquilidad de los moscovitas en 1812? ¿Qué le hacía suponer que la ciudad tendía a sublevarse? Los habitantes se iban; las tropas, en plena retirada, llenaban las calles. ¿Por qué iba a rebelarse el pueblo?

No sólo en Moscú, sino en toda Rusia, la entrada del enemigo no había provocado nada que se pareciera a una revuelta. Los días 1 y 2 de septiembre quedaban en Moscú más de diez mil habitantes y, excepto la aglomeración en el patio de la casa del general gobernador (aglomeración provocada por él mismo), no se produjo nada. Menos aún se habría podido temer un motín popular si después de la batalla de Borodinó, cuando el abandono de Moscú parecía inminente o al menos probable, en vez de soliviantar al pueblo con la distribución de armas y pasquines, el gobernador hubiera tomado medidas oportunas para hacer evacuar los objetos sagrados de las iglesias, las municiones y el dinero, y hubiese anunciado abiertamente al pueblo que la ciudad iba a ser abandonada.

Rastopchin, hombre exaltado y sanguíneo, que siempre había vivido en las altas esferas de la administración, a pesar de sus sentimientos patrióticos no conocía en absoluto al pueblo que creía gobernar. Desde la entrada del enemigo en Smolensk, Rastopchin creyó ser el rector de los sentimientos populares, ser el corazón de Rusia. No sólo le parecía (como ocurre a todo jefe de administración) que gobernaba los actos externos de los habitantes

de Moscú, sino que orientaba también sus estados de ánimo por medio de sus proclamas y pasquines, escritos en aquel lenguaje artificioso que el pueblo desprecia en su medio y no entiende cuando procede de las altas esferas. Ese hermoso papel de dirigente de los sentimientos populares agradaba tanto a Rastopchin, se había identificado tanto con él, que la necesidad de abandonarlo y entregar la ciudad sin hecho heroico alguno lo cogía de sorpresa; perdió de pronto el terreno en que se asentaba y quedó sin saber qué hacer. Aunque sabía que Moscú iba a ser abandonado al enemigo, hasta el último instante creyó profundamente que ese hecho no se produciría y no se preparó para los acontecimientos inevitables.

Los habitantes salían de la capital en contra de los deseos de Rastopchin; las oficinas fueron evacuadas, por insistencia de los funcionarios, a cuyas peticiones cedió el conde de muy mala gana; por su parte, el general gobernador no se preocupó más que del papel que él mismo se había atribuido. Como es frecuente en personas dotadas de exaltada imaginación, sabía desde mucho antes que Moscú iba a ser entregado, pero llegó a tal conclusión tan sólo en virtud del razonamiento; en el fondo de su alma no lo creía y su imaginación era incapaz de llevarlo a la nueva situación.

Toda su enérgica actuación (hasta qué punto fue útil y se reflejaba en el pueblo es otra cuestión) estaba encauzada a suscitar en la población el sentimiento que él mismo experimentaba: el odio patriótico a los franceses y la confianza en sí mismo.

Pero cuando los acontecimientos alcanzaron proporciones verdaderamente históricas, cuando las palabras resultaron insuficientes para expresar tan sólo el odio a los franceses, cuando este aborrecimiento no podía manifestarse ni siquiera en el campo de batalla, cuando la confianza en sí mismo se hizo inútil con relación a Moscú únicamente, cuando toda la población, como un solo hombre, abandonó sus bienes y huyó de la ciudad, mostrando con ese acto negativo toda la fuerza de sus propios sentimientos nacionales, el papel escogido por Rastopchin se vio falto de sentido. Y el general gobernador se sintió muy solo, débil y ridículo, sin terreno firme bajo sus pies.

Al recibir, tan pronto como despertó, la fría e imperiosa nota de Kutúzov, Rastopchin se sintió tanto más irritado cuanto más culpable se reconocía. En Moscú quedaba todo aquello que se le había encargado evacuar: todos los bienes públicos, que debería haber sacado de la ciudad. Y sacarlo todo ahora era imposible.

"¿Quién tiene la culpa de que hayamos llegado a esta situación? Yo no, desde luego. Por mí, todo estaba preparado. ¡He mantenido Moscú en un puño! ¡Y he aquí adonde nos han llevado! ¡Miserables! ¡Traidores!", pensaba sin llegar a definir bien quiénes eran los miserables y traidores, pero sintiendo la necesidad de odiar a esos ignorados culpables de la situación falsa y ridícula en que se hallaba.

Toda aquella noche la pasó el conde Rastopchin dando órdenes. Venían a recibirlas desde todos los puntos de Moscú. Los que lo rodeaban no lo habían visto nunca tan sombrío e irritado.

"Excelencia, han venido del Departamento del Patrimonio… en nombre del director, a recibir órdenes… Vienen del Consistorio, de la Universidad, de los tribunales, del asilo… El vicario… pregunta… ¿Qué órdenes hay que dar a los bomberos?… También pregunta el director de la cárcel… y del manicomio…"

Y así durante toda la noche. A todas esas preguntas contestaba con frases breves e irritadas, que mostraban la inutilidad de aquellas órdenes y que toda su obra, preparada con tanto cuidado, se había venido abajo por culpa de alguien; ese alguien era el que cargaría con toda la responsabilidad de cuanto iba a suceder ahora.

—Di a ese imbécil— respondió a la pregunta del Departamento del Patrimonio— que se quede él guardando sus documentos. ¿Qué tonterías preguntas sobre los bomberos? Tienen caballos, pues que se vayan a Vladimir. No los vamos a dejar a los franceses…

—Excelencia, está aquí el director del manicomio. ¿Qué le ordena?

—¿Qué le ordeno? ¡Que se vayan todos! Que suelte a los locos en la ciudad… ¡Si nuestro ejército lo mandan locos, es señal de que Dios lo ha dispuesto!

Cuando le preguntaron qué había que hacer con los presos encadenados, el conde respondió airado al director de la cárcel:

—¿Qué quiere usted? ¿Que le dé dos batallones de escolta, que no tengo? ¡Póngalos en libertad, y se acabó!

—Excelencia, hay delincuentes políticos: Meshkov, Vereschaguin…

—¿Vereschaguin? ¿Todavía no lo han ahorcado?— gritó Rastopchin. —¡Tráigamelo!

XXV

Hacia las nueve de la mañana, cuando las tropas atravesaban la ciudad, nadie acudía a pedir órdenes al conde. Quien podía marcharse se iba de Moscú; los que se quedaban decidían por sí mismos lo que debían hacer.

El conde ordenó enganchar el coche para ir a Sokólniki. Seguía en su despacho con el ceño fruncido, cruzados los brazos, pálido y silencioso.

En días de paz, todo administrador cree que sólo gracias a sus desvelos viven sus administrados y halla en esa creencia de sentirse indispensable la mejor recompensa a sus esfuerzos y trabajos. Mientras se mantiene sereno el mar de la historia, el gobernante, en su mísera barca, cree que es él quien hace avanzar la nave del pueblo en que apoya la pértiga. Pero si se levanta un huracán, si se agitan las olas, la nave comienza a moverse y el error se hace inevitable. El barco avanza con su marcha propia, independiente, la pértiga ya no lo alcanza, y el dirigente, antes dueño y manantial de toda fuerza, se convierte en un ser inútil, insignificante y débil.

Rastopchin se daba cuenta de ello y eso lo irritaba.

El jefe de policía, que había sido detenido por la muchedumbre, entró a ver al conde cuando un ayudante pasaba a decirle que los caballos estaban enganchados y el coche dispuesto. Ambos estaban pálidos. El jefe de policía, en su informe sobre la situación, comunicó al conde que en el patio había una enorme muchedumbre que deseaba verlo.

Rastopchin se levantó sin decir una palabra y, con pasos rápidos, entró en un salón lujoso y lleno de luz. Se acercó al balcón, quiso abrirlo, pero lo pensó mejor y se dirigió a una ventana desde la que veía mejor a la multitud. El mozo alto sobresalía en una de las primeras filas; decía algo con rostro serio y movía mucho los brazos. El herrero de la cara

ensangrentada lo acompañaba con aire sombrío. A través de las ventanas cerradas llegaba el rumor de las voces.

—¿Está dispuesto el coche?— preguntó Rastopchin, separándose de la ventana.

—Sí, Excelencia, está dispuesto— contestó el ayudante.

Rastopchin se acercó de nuevo al balcón.

—Pero ¿qué quieren?— preguntó al jefe de policía.

—Excelencia, dicen que se han reunido para ir, según sus órdenes, contra los franceses. Gritan no sé qué sobre los traidores. Pero la gente está revuelta, Excelencia. Me ha costado librarme de ellos… Me permito decirle…

—¡Retírese! No tengo necesidad de que me diga lo que debo hacer— gritó colérico Rastopchin.

De pie, junto a la puerta del balcón, miraba fijamente a la muchedumbre.

“¡Eso es lo que han hecho de Rusia! ¡He aquí lo que han hecho de mí!”, pensó; y en su alma se levantó una cólera irrefrenable contra aquel a quien pudiera imputarse lo que estaba sucediendo. Como ocurre frecuentemente a los hombres coléricos, ya no se dominaba y buscaba todavía el objeto de su ira.

“La voilà, la populace, la lie du peuple, la plèbe qu’ils ont soulevée par leur sottise. Il leur faut une victime”,[479] pensó mirando al mozo alto que agitaba los brazos. Y pensó así porque su cólera reclamaba una víctima, un objeto.

—¿Está ya el coche?— preguntó por segunda vez.

—Sí, Excelencia… ¿Qué ordena respecto a Vereschaguin? Está esperando en el zaguán— respondió el ayudante.

—¡Ah!— exclamó Rastopchin, como dominado por un recuerdo imprevisto.

Y abriendo rápidamente la puerta salió decidido al balcón. Los gritos cesaron inmediatamente; todos se quitaron los sombreros y gorros y volvieron sus ojos hacia él.

—¡Hola, muchachos!— dijo el conde en voz alta y con rapidez. —Gracias por haber venido. Sólo un momento y estoy con vosotros. Pero

antes debemos ocuparnos de un malvado. Debemos castigar al malvado que ha causado la pérdida de Moscú. Esperadme.

Y con la misma vivacidad volvió a entrar, cerrando de golpe el balcón. Por la muchedumbre corrió un murmullo de aprobación. "¡Va a terminar con todos los malhechores! Y tú decías que era francés… Va a poner las cosas en su punto", decían como reprochándose mutuamente la propia desconfianza.

Unos minutos después se abrió la puerta principal para dar paso a un oficial que dio ciertas órdenes. Los dragones se cuadraron. La muchedumbre se acercó precipitadamente al porche. Rastopchin, con pasos rápidos y expresión iracunda, salió a la puerta y miró alrededor como buscando a alguien.

—¿Dónde está?— preguntó.

Y diciendo eso descubrió junto a la esquina de la casa a un joven de largo y delgado cuello, con media cabeza rasurada y peluda la otra mitad, que avanzaba entre dos dragones. El joven vestía un corto chaquetón de piel de zorro cubierto de paño azul, antaño elegante, pero muy deteriorado, y viejos pantalones de presidiario, metidos en las cañas de unas botas sucias y gastadas. De las piernas, débiles y flacas, colgaban las cadenas, que dificultaban más aún sus vacilantes pasos.

—¡Ah!— dijo Rastopchin, apartando en seguida los ojos del joven de la chaqueta de piel de zorro. Indicó la última grada de la escalera y dijo: —Ponedlo aquí.

El joven, arrastrando las cadenas, subió con gran dificultad la grada y sujetó con un dedo el cuello de la pelliza, que le molestaba. Volvió por dos veces el largo cuello y suspiró; después, con gesto dócil, cruzó sobre el vientre sus delicadas manos, no acostumbradas al trabajo manual.

Mientras el joven hacía todo eso, hubo unos segundos de silencio. Sólo en las últimas filas, las de la gente allí apretujada, se oyeron toses, quejidos, exclamaciones y ruido de pisadas. Mientras colocaban al preso en el sitio indicado, Rastopchin permaneció con el ceño fruncido frotándose la cara con la mano.

—Muchachos— dijo después, con voz sonora y metálica. —Este hombre, Vereschaguin, es el miserable por cuya culpa perece Moscú.

El joven del chaquetón de piel permanecía en actitud resignada, con las manos sobre el vientre y la espalda ligeramente encorvada. Los ojos de aquel rostro enjuto, deformado por el cráneo a medio rasurar, de expresión desalentadora, permanecían fijos en el suelo. A las primeras palabras del conde levantó lentamente la cabeza, miró al gobernador de abajo arriba, como si quisiera decirle algo o por lo menos encontrarse con su mirada. Pero Rastopchin no lo miraba. Bajo la piel de su largo y delgado cuello, detrás de la oreja, se veía una vena hinchada y azul. De pronto, su rostro enrojeció.

Todas las miradas estaban fijas en él. Volvió los ojos a la muchedumbre y, como si lo animara la expresión que leía en todos aquellos rostros, sonrió triste y tímidamente, bajó de nuevo la cabeza y acomodó mejor sus piernas.

—Ha traicionado al Zar y a la patria. Se ha vendido a Bonaparte. Es el único entre todos los rusos que ha envilecido su nombre. Sólo por su culpa sucumbe Moscú— decía Rastopchin con voz uniforme y áspera. Mas, de pronto, dirigió hacia abajo una rápida mirada a Vereschaguin, que seguía en su dócil actitud, y como si esa visión lo excitara, gritó volviéndose a la gente y alzando la mano: —¡Haced con él lo que queráis! ¡Os lo entrego!

La muchedumbre guardó silencio y se apretujó aún más. Era insoportable permanecer los unos contra otros, respirar aquel vaho pestífero, no poder moverse y esperar algo desconocido, incomprensible y terrible. Los hombres de las primeras filas, que escuchaban y comprendían todo lo que estaba ocurriendo delante de ellos, con los ojos empavorecidos y la boca abierta, se esforzaban para resistir la presión de los que estaban detrás.

—¡Acabad con él!… ¡Que muera el traidor y no vuelva a manchar el nombre de Rusia!— gritó Rastopchin. —¡Matadlo! ¡Os lo ordeno!

La muchedumbre no entendió las palabras de Rastopchin; sólo percibió el airado sonido de su voz; gimió y se hizo adelante, pero volvió a detenerse.

—¡Conde!…— dijo en medio del silencio la voz tímida y al mismo tiempo bien timbrada de Vereschaguin. —Conde, sólo Dios está sobre nosotros…— levantó la cabeza y de nuevo la gruesa vena de su cuello

delicado se llenó de sangre; su rostro palideció. No pudo terminar de decir lo que quería.

—¡Matadlo! ¡Yo lo ordeno!— gritó Rastopchin, palideciendo de pronto igual que Vereschaguin.

—¡Fuera sables!— gritó el oficial a los dragones desenvainando él mismo la espada.

Una oleada aún más fuerte recorrió la muchedumbre y, llegando a las primeras filas, empujó a los que estaban delante y los acercó a las mismas gradas del porche. El mozo alto, como petrificado, se paró con el brazo en alto al lado de Vereschaguin.

—¡Dadle!— susurró apenas el oficial de dragones.

Y uno de los soldados, con el rostro alterado por la ira, golpeó a Vereschaguin en la cabeza de plano con el sable.

—¡Ah!— exclamó Vereschaguin sorprendido, sin comprender por qué hacían aquello y mirando asustado en torno.

El mismo gemido de estupor y espanto recorrió la multitud.

—¡Oh, Dios mío!— exclamó tristemente alguien.

Poco después del grito de sorpresa, Vereschaguin lanzó una exclamación de dolor y ese grito lo perdió. El freno del sentimiento humano, tenso hasta el máximo, que aún contenía a la multitud, se rompió instantáneamente. Había empezado el crimen y era preciso concluirlo. El lastimero gemido de Vereschaguin, parecido a un reproche, fue acallado por gritos amenazadores e iracundos. Una nueva oleada, como el último golpe de mar que hunde la nave, avanzó desde filas posteriores, llegó hasta las primeras y las arrastró tragándolo todo. El primer dragón que había golpeado al preso quiso repetir su golpe. Vereschaguin, con un grito de horror y protegiéndose con las manos, se lanzó hacia la muchedumbre. El mozo alto, sobre el cual fue a parar, lo agarró por el cuello con un grito salvaje y ambos cayeron juntos a los pies de la rugiente multitud.

Unos golpeaban y atacaban a Vereschaguin y otros al mozo alto. Los gritos de los aplastados y los de quienes trataban de salvar al mozo alto no hicieron más que excitar la furia de la gente. Durante mucho tiempo los dragones no pudieron sacar al obrero, ensangrentado y medio muerto; y a pesar de la prisa febril con que aquella muchedumbre enfurecida intentaba

acabar con Vereschaguin de una vez, los que lo golpeaban, ahogaban y acuchillaban no lograban matarlo. La multitud empujaba desde todas partes y se balanceaba con él formando una masa compacta, lo llevaba de un lado a otro sin dejarlo ni rematarlo.

"¿No será mejor con un hacha?… Lo han aplastado… Es un traidor, ha vendido a Cristo… Está vivo aún… ¡Qué sufra el tormento, se lo merece!… ¿Vive todavía?"

Sólo cuando la víctima dejó de defenderse y sus gritos cesaron para dar paso a un estertor ronco y prolongado, la muchedumbre se separó apresuradamente del cadáver manchado de sangre. Se acercaban, contemplaban lo que habían hecho y se retiraban horrorizados, conmovidos y pesarosos.

—Oh, Dios mío, la gente es cruel, parecen bestias… Era tan joven… debía de ser comerciante… ¡Oh, la gente, la gente!

Otros decían:

—Aseguran que él no era el culpable… Dios mío… Han pisoteado a otro… está medio muerto… ¡Oh, cómo es la gente!… no tienen miedo a pecar.

Así decían los mismos que lo habían hecho, mientras miraban con expresión de piedad y dolor aquel cuerpo muerto, aquella cara manchada de sangre y de polvo, con el fino y largo cuello desgarrado.

Un funcionario de la policía se preocupó de ordenar a los dragones que retiraran el cadáver del patio de Su Excelencia y lo arrojaran a la calle. Dos dragones lo cogieron por las piernas destrozadas y sacaron el cuerpo. La cabeza sanguinolenta, a medio rasurar, manchada de tierra, era arrastrada por el suelo. La gente se apartó del cadáver.

Mientras Vereschaguin caía y el populacho se apretujaba en derredor con gritos salvajes, Rastopchin, pálido y confuso, sin saber adonde iba ni para qué, siguió por el pasillo que lo llevaba a las estancias del piso bajo. El rostro del conde estaba blanco y no podía evitar un estremecimiento febril de la mandíbula inferior.

—¡Excelencia, por aquí…! ¿Adónde va? Por aquí, tenga la bondad…— dijo a sus espaldas una voz estremecida y asustada.

El conde Rastopchin, sin fuerzas para contestar, se volvió dócilmente hacia donde le indicaban. El coche estaba junto a la puerta trasera. El ruido lejano de la muchedumbre llegaba hasta allí. El conde se acomodó con rapidez en el carruaje y ordenó que lo llevaran a su villa de Sokólniki. En la calle Miásnitskaia, al dejar de oír los gritos, comenzó a dolerse de lo hecho. Recordaba ahora con disgusto la emoción y el temor que había dejado traslucir en presencia de sus subordinados. “La populace est terrible, elle est hideuse”, pensaba en francés. “Ils sont comme les loups qu’on ne peut apaiser qu’avec de la chair!”[480]

“Conde, sólo Dios está sobre nosotros… —recordó las palabras de Vereschaguin y un desagradable escalofrío le corrió por la espalda. Pero esa impresión duró poco. El conde se rió de sí mismo con desprecio—. J’avais d’autres devoirs. Il fallait apaiser le peuple. Bien d’autres victimes ont péri et périssent pour le bien public[481] —se dijo. Y comenzó a pensar en sus deberes familiares, en los que tenía para con la capital (confiada a él) y para consigo mismo, no como Fédor Vasílievich Rastopchin (puesto que pensaba que Fédor Vasílievich Rastopchin se sacrificaba por *le bien public*), sino como general gobernador, representante del poder y delegado del Zar—. Si yo fuese simplemente Fédor Vasílievich, ma ligne de conduite aurait été tout autrement tracée;[482] pero yo debía conservar la vida y la dignidad como gobernador general.”

Mecido levemente por los blandos muelles del carruaje y alejados definitivamente los terribles gritos de la muchedumbre, Rastopchin recobró la serenidad y, como suele ocurrir, con la tranquilidad física su mente le sugirió las razones que habían de traerle la calma espiritual. No era nueva la idea que lo apaciguaba: desde que el mundo es mundo, los hombres se matan unos a otros. Jamás ha dejado de consolarse con semejante idea el hombre que ha cometido un delito contra su semejante. Esa idea es *le bien public*, el bien público.

Ese bien permanece siempre desconocido; pero el hombre que, dominado por la pasión, comete un delito sabe perfectamente en qué consiste. Y Rastopchin ahora lo sabía.

En sus reflexiones no se reprochaba el acto cometido; antes bien, hallaba en él motivo de satisfacción, por haber sabido aprovechar también

lo sucedido *à propos*: para castigar a un delincuente y, al mismo tiempo, tranquilizar a la plebe.

“Vereschaguin había sido juzgado y condenado a muerte —pensaba (aunque el Senado lo hubiese condenado solamente a trabajos forzados)—. Era un traidor y no podía dejar su delito impune; además, *je faisais d’une pierre deux coups;*[483] para calmar al pueblo les entregué una víctima y, al mismo tiempo, castigué a un malhechor.”

Llegado a su villa, y con la preocupación de sus asuntos familiares, el conde acabó por tranquilizarse.

Media hora después atravesaba con rápidos caballos los campos de Sokólniki, sin acordarse más de lo ocurrido y pensando únicamente en lo que había de suceder. Se dirigía ahora al puente de Yauza, donde, según le dijeron, se encontraba Kutúzov. Preparaba en su mente los reproches violentos y mordaces que haría a Kutúzov por su engaño; haría ver a aquel viejo zorro cortesano que la responsabilidad por todas las calamidades derivadas del abandono de la capital y de la misma pérdida de Rusia —así lo pensaba Rastopchin— caería sólo sobre aquella cabeza senil de mente trastornada. Pensando de antemano en lo que iba a decir, Rastopchin se revolvía furioso en su coche y miraba con enfado a su alrededor.

El campo de Sokólniki estaba desierto; únicamente al final, cerca del asilo y el manicomio, se veían grupos de hombres vestidos de blanco y otros, con la misma vestimenta, que caminaban por el campo gritando y en solitario agitando los brazos.

Uno de ellos corrió de través hacia el coche de Rastopchin. El conde, el cochero y los dragones miraban con un vago sentimiento de horror y curiosidad a aquellos locos sueltos y sobre todo al que se les acercaba. El loco, con su vestimenta flotando al aire, se tambaleaba sobre las piernas flacas, corría sin apartar los ojos de Rastopchin gritando algo con voz ronca y hacía señas para que se detuviera. El rostro sombrío y solemne del demente, enmarcado por los mechones irregulares de su barba, era muy delgado y amarillento. Las negras pupilas se movían inquietas en las córneas de sus ojos de color amarillo azafranado.

—¡Alto! ¡Detente! ¡A ti te lo digo!— gritó con voz estridente, y añadió algo más atragantándose y con grandes gestos y voz imperativa.

Alcanzó el carruaje y lo siguió un rato.

—Me han matado tres veces. Tres veces resucité entre los muertos. Me lapidaron… me crucificaron…, pero resucitaré… resucitaré… resucitaré… Martirizaron mi cuerpo. El reino de Dios desaparecerá… Lo destruiré tres veces y tres veces lo levantaré— gritaba elevando cada vez más la voz.

El conde Rastopchin palideció de pronto, lo mismo que había palidecido cuando la muchedumbre se arrojó sobre Vereschaguin; apartó el rostro.

—¡De prisa, más de prisa!— gritó al cochero con voz temblorosa.

El coche se lanzó a todo galope, pero durante largo tiempo oyó el conde a sus espaldas los gritos desesperados del loco, que se alejaban, y tuvo ante sus ojos el rostro sanguinolento, asustado y sorprendido, del joven traidor del chaquetón de piel.

Aunque se trataba de un recuerdo tan reciente, Rastopchin se daba cuenta de que había penetrado en lo más profundo de su corazón. Sentía claramente que la huella sangrienta de ese recuerdo no cicatrizaría nunca, que duraría toda su vida y que cuanto más viviera, más dolorosamente se adentraría en su alma. Oía ahora el sonido de sus propias palabras: "¡Matadlo! ¡Respondéis de él con vuestras cabezas!".

"¿Por qué dije eso?— se preguntó. —Lo dije sin querer… pude no haberlo dicho, y entonces no habría sucedido *nada*."

Volvía a ver el rostro asustado y enfurecido del dragón que golpeó al joven; y la tímida mirada de mudo reproche que el joven le había dirigido. "Pero no lo hice por mí. Tenía que obrar así. La plebe, le traître… le bien public", pensaba.

El ejército se agolpaba aún en el puente del Yauza. Hacía calor. Kutúzov, abatido y sombrío, sentado en un banco, junto al puente, jugueteaba con la fusta en la arena cuando un carruaje se acercó a él con estrépito. Un hombre vestido de general, con sombrero de plumas y ojos entre coléricos y asustados, se le acercó y comenzó a hablarle en francés. Era el conde Rastopchin, quien le dijo que se presentaba allí porque ya no existía Moscú ni la capital, sino solamente el ejército.

—Las cosas habrían ocurrido de otra manera si Su Alteza no me hubiese dicho que no abandonaría Moscú sin luchar. No habríamos llegado a esta situación— dijo.

Kutúzov miraba a Rastopchin y, como si no entendiera el sentido de las palabras que le dirigía, trató de leer algo especial en el rostro de su interlocutor. El conde calló azorado. Kutúzov movió lentamente la cabeza y, sin apartar los ojos del rostro de Rastopchin, dijo sin levantar la voz:

—Sí, no entregaré Moscú sin dar batalla.

¿Pensaba el Serenísimo en otra cosa al pronunciar esas palabras o las decía con plena conciencia de su falta de sentido? El conde no contestó y se alejó rápidamente de Kutúzov; y, cosa extraña, el general gobernador de Moscú, el orgulloso conde Rastopchin, tomó un látigo y se acercó al puente para dispersar con sus gritos los carros allí estancados.

XXVI

A las cuatro de la tarde las tropas de Murat entraban en Moscú. A la cabeza marchaba un destacamento de húsares de Würtemberg; detrás, a caballo y rodeado de un gran séquito, iba el rey de Nápoles en persona.

Hacia la mitad de la calle de Arbat, cerca de la iglesia de San Nicolás, Murat se detuvo a la espera de noticias del destacamento de vanguardia para saber en qué condiciones se hallaba la fortaleza de Moscú, *le Kremlin*.

Alrededor de Murat se fue reuniendo un pequeño grupo de personas que se habían quedado en Moscú. Todos miraban con tímida perplejidad a aquel extraño jefe de largos cabellos, adornado con plumas y lleno de joyas.

—¿Es su rey? ¡Pues no está mal!— comentaban en voz baja.

Un intérprete se acercó al grupo.

—Descubríos… descubríos…— se dijeron unos a otros. El intérprete preguntó a un viejo portero si el Kremlin estaba lejos. El portero, estupefacto, escuchó la pregunta hecha con acento polaco, extraño para él. Creyó que no era ruso lo que el intérprete hablaba, no comprendió lo que le decían y se escondió entre el grupo.

Murat se acercó al intérprete y lo mandó que preguntara dónde se hallaban las tropas rusas. Algunos rusos comprendieron la pregunta y varias voces respondieron a la vez.

Un oficial de la vanguardia se acercó a Murat y lo informó de que las puertas de la fortaleza estaban cerradas y era de temer una emboscada.

—Bien— dijo Murat. Y, volviéndose a uno de los señores de su escolta, ordenó que avanzaran cuatro cañones ligeros para disparar contra las puertas.

De la columna que seguía a Murat surgieron velozmente los cañones pedidos y se dirigieron a la calle de Arbat. Al llegar al final de Vozendvízhenka se detuvieron. Algunos oficiales mandaron situar los cañones en la plaza y dirigieron hacia el Kremlin sus anteojos.

En el Kremlin sonó el toque de vísperas y el repique de las campanas desconcertó a los franceses. Supusieron que se trataba de un llamamiento a las armas. Algunos soldados de infantería corrieron con su oficial hacia la puerta de Kutáfiev, obstruida con troncos y tablas. Al acercarse, sonaron detrás de la puerta dos disparos de fusil. El general que se hallaba junto a los cañones dio una orden al oficial y éste retrocedió con sus soldados.

Detrás de la puerta sonaron tres disparos más. Uno de ellos hirió a un soldado francés en la pierna y al otro lado de las tablas resonaron varios gritos. Como obedeciendo a una orden, el gesto alegre y tranquilo de todos los rostros franceses —desde el general hasta los oficiales y soldados— fue inmediatamente sustituido por la expresión atenta y concentrada de quien se apresta a la lucha y al sufrimiento. Para aquellos hombres, del mariscal al último soldado, aquel lugar ya no era la calle Vozendvízhenka, ni la Mojovaia, ni la puerta de Kutáfiev o de la Trinidad: era un lugar nuevo, un nuevo campo de batalla que podría ser sangrienta y a la que todos se preparaban. Los gritos detrás de la puerta cesaron. Se avanzaron los cañones, los artilleros soplaron las mechas encendidas. El oficial ordenó: *Feu*! y se oyeron, uno tras otro, dos disparos silbantes. La metralla crepitó en la piedra de la puerta, en los troncos y en las tablas; en la plaza se alzaron dos nubes de humo.

Poco después de haber cesado el eco de los disparos en las piedras del Kremlin, un extraño rumor resonó sobre las cabezas de los franceses y una inmensa bandada de chovas se alzó sobre los muros, graznando y batiendo miles de alas, revoloteando en el aire. Al mismo tiempo se oyó un grito humano aislado, y un hombre, sin nada en la cabeza y vestido con un caftán, apareció en la puerta en medio del humo, fusil en mano, apuntando a los franceses.

—Feu!— repitió el oficial de artillería.

Un disparo de fusil y dos cañonazos sonaron al mismo tiempo. Y una vez más, el humo ocultó la puerta.

Detrás de los troncos ya no se movía nadie, y los soldados franceses, con sus oficiales, se acercaron a la puerta, donde yacían tres hombres heridos y cuatro muertos. Dos individuos vestidos con caftán corrían a lo largo del muro hacia la calle Znamenka.

—Enlevez-moi ça[484]— dijo el oficial, señalando los troncos y los cadáveres.

Los soldados remataron a los heridos y arrojaron los cadáveres a la otra parte de la muralla.

Nadie supo quiénes eran esos hombres. "*Enlevez-moi ça*" fue lo único que se dijo de ellos. Los retiraron y arrojaron para que no apestasen. Únicamente Thiers dedicó unas elocuentes líneas a su memoria: *"Ces miserables avaient envahi la citadelle sacrée, s'étaient emparés des fusils de l'arsenal et tiraient (ces miserables!) sur les Français.*

On en sabra quelques-uns et on purgea le Kremlin de leur présence". [485]

Se informó a Murat de que la vía quedaba libre. Los franceses entraron y acamparon en la plaza del Senado; las sillas que arrojaron por las ventanas del edificio les sirvieron para encender hogueras.

Varios destacamentos atravesaron el Kremlin y se instalaron en la calle Maroseika, en Lubianka y Protovka. Otros ocuparon Vozendvízhenka, Znamenka, Nikólskaia y Tverskaia. En todos los sitios, al no encontrar a los dueños, las tropas francesas no se instalaban como en una ciudad, en los pisos, sino en un campamento situado en la ciudad misma.

Aunque desharrapados, hambrientos, agotados y reducidos a la tercera parte de sus efectivos, los franceses entraron en Moscú en buen orden. Era un ejército agotado, exhausto, pero todavía temible y dispuesto a combatir.

Pero esto fue así hasta que los soldados de ese ejército empezaron a entrar en las casas. En cuanto comenzaron a dispersarse por las estancias vacías de las moradas ricas y abandonadas, el ejército como tal desapareció para siempre; ya no hubo ni soldados ni habitantes, sino algo intermedio que se llama merodeadores. Cuando, cinco semanas más tarde, esos mismos hombres salían de Moscú, ya no formaban un ejército, sino una banda de malhechores, cada uno de los cuales llevaba consigo todo cuanto le parecía valioso y necesario. El objetivo de cada uno, al salir de Moscú, no consistía

ya, como antes, en conquistar, sino en conservar lo adquirido. Como el mono que mete la mano en el estrecho gollete de un cántaro, agarra un puñado de nueces y teme abrir el puño para no perder su contenido y obrando así acaba por perder la vida, así los franceses, a la salida de Moscú, debían perecer fatalmente porque se empeñaban en arrastrar consigo todo cuanto habían robado. Abandonar el producto del saqueo les era tan difícil como al mono abrir la mano llena de nueces.

A los diez minutos de entrar los franceses en un barrio ya no quedaban ni soldados ni oficiales. Por las ventanas de las casas se veían hombres vestidos con capotes y polainas que se reían e iban de una sala a otra. En las despensas y bodegas esos mismos hombres disponían de los alimentos; en los patios esos mismos hombres echaban abajo las puertas de hangares y cuadras; en las cocinas encendían fuego y, con las mangas remangadas, amasaban, cocían, asustando, divirtiendo o acariciando a las mujeres y los niños. Hombres así los había por todas partes, en las bodegas y en las tiendas; pero ya no había ejército.

Aquel mismo día el mando francés dictó orden tras orden prohibiendo severamente que las tropas se dispersaran por la ciudad; castigaban todo acto de violencia y robo y disponían que por las noches se pasara lista. Mas a pesar de todas las prohibiciones y de las medidas tomadas, los hombres que antes constituían un ejército se dispersaron por aquella ciudad rica y deshabitada que ofrecía toda clase de comodidades y provisiones. Eran como un rebaño hambriento, que marcha junto y en tropel por un campo yermo pero se dispersa en cuanto llega a un lugar de pastos abundantes.

Habían desaparecido los habitantes de Moscú, y los soldados, como ocurre con el agua en la arena, se filtraron por todas partes y se extendieron irradiando desde el Kremlin, donde habían entrado al principio. Los de caballería, al ocupar con todos sus bagajes una casa abandonada por los mercaderes, hallaban cuadras suficientes para las bestias, mas a pesar de ello pasaban a la casa vecina, que les parecía mejor. Muchos escribían con tiza sus nombres en las paredes de varias casas, indicando quiénes las habían ocupado, y disputaban su posesión con miembros de otras unidades hasta llegar a las manos. Una vez instalados, los soldados se desparramaban por las calles para ver la ciudad y, dándose cuenta de que todo estaba

deshabitado, iban a los lugares donde podían encontrar de balde objetos de valor. Los jefes acudían a frenar el saqueo, pero hasta ellos mismos se dejaban tentar por los actos de rapiña. En la calle Karétnaia había varios almacenes de coches y los generales se agolpaban allí para escoger carrozas y berlinas a su gusto. Los habitantes que habían permanecido en Moscú invitaban a los jefes a sus casas, para librarse así del saqueo de la soldadesca. Era tal la abundancia y riqueza de la ciudad que parecía no tener fin. Y alrededor de los lugares ocupados por las tropas había otros, desconocidos y desocupados, que, según pensaban los franceses, guardaban riquezas todavía mayores. Moscú los absorbía cada vez más y más. El agua que empapa la tierra seca desaparece y pronto no queda ni agua ni tierra seca: eso ocurrió con aquel ejército hambriento que entraba en una ciudad llena de bienes y vacía; desapareció el ejército y desapareció la rica ciudad. Todo se convirtió en fango, aparecieron los incendios y el saqueo.

Los franceses atribuyen el incendio de Moscú al *patriotisme féroce de Rastopchine*; los rusos, a la barbarie francesa. En realidad, no había motivos —ni podía haberlos— para atribuir el incendio de Moscú a una o varias personas. Moscú ardió porque fue puesto en unas condiciones en las que cualquier otra ciudad construida de madera habría ardido, tuviera o no ciento treinta bombas de incendios en mal estado. Moscú tenía que arder porque sus habitantes la habían abandonado, y eso era tan inevitable como que termine por arder un montón de virutas sobre el que caen chispas durante varios días. Una ciudad de casas de madera en la que se originaban varios incendios diarios, aun cuando estaban en ella sus habitantes y dueños y la policía, no podía menos de arder ahora que la gente se había ido y en su lugar quedaban soldados que fumaban sus pipas y encendían hogueras en la plaza del Senado, quemando las sillas del edificio, y cocinaban sus dos comidas al día.

En tiempos de paz, basta que las tropas instalen sus cuarteles en una aldea durante unos días para que inmediatamente aumente el número de incendios. ¿Cómo no iban a aumentar las probabilidades de incendio en una ciudad vacía, construida de madera y ocupada por un ejército enemigo? *Le*

patriotisme féroce de Rastopchine[486] y la barbarie francesa no tienen culpa de nada. Moscú ardió por culpa de las pipas, de las cocinas, de las hogueras, de la desidia de los soldados enemigos y de unos habitantes que no eran propietarios de las casas en que vivían. Aunque hubiera habido incendiarios (lo que es muy dudoso, puesto que nadie tenía motivo alguno para incendiar y, en todo caso, resultaba complicado y peligroso), no se los puede considerar como causantes, pues de todas maneras habría ocurrido lo mismo.

Por muy halagüeño que resulte a los franceses achacarlo a la ferocidad de Rastopchin y a los rusos a la barbarie de Bonaparte, y después poner una tea heroica en manos de su pueblo, debemos reconocer que tal causa no pudo existir, puesto que Moscú tenía que arder como cualquier aldea, fábrica o casa cuyos dueños se hubieran ido siendo ocupadas por personas extrañas para vivir y cocinar. Moscú fue incendiado por sus habitantes, es verdad, pero por los que se habían ido, no por los que quedaron. Moscú, ocupada por el enemigo, no quedó intacta como Berlín o Viena y otras capitales por la razón de que sus habitantes no ofrecieron el pan y la sal ni entregaron las llaves a los franceses, sino que salieron de la ciudad.

XXVII

La expansión en amplios círculos de las tropas francesas por Moscú no llegó hasta la tarde del 2 de septiembre al barrio que ahora habitaba Pierre.

Los dos últimos días, tan extraordinarios y vividos en el aislamiento, condujeron a Pierre a un estado próximo a la demencia. Un solo e incesante pensamiento se había adueñado de su ser. Ni siquiera sabía cómo ni cuándo, pero ese pensamiento lo obsesionaba de tal manera que no se acordaba en absoluto del pasado, no comprendía nada del presente y todo cuanto veía y oía sucedía ante él como en un sueño.

Pierre había abandonado su casa para escapar a las complicaciones y exigencias de su propia vida, que, en su estado, le era imposible resolver. No se había dirigido a casa de Osip Alexéievich con el pretexto de revisar los libros y documentos del difunto, sino para buscar la calma; el recuerdo del bienhechor se unía en su espíritu a un mundo de ideas eternas, serenas y solemnes, completamente opuestas a la confusión que sentía. Buscaba un asilo tranquilo y lo había encontrado en el gabinete de trabajo de Osip Alexéievich. Cuando en el absoluto silencio de aquel despacho tomó asiento y se acodó en la polvorienta mesa del difunto, los recuerdos de los últimos días, y sobre todo el de la batalla de Borodinó, volvieron con claridad a su mente y con ellos la conciencia de su propia nulidad, de la mentira de su vida, en comparación con la verdad, sencillez y fuerza de aquella clase de hombres a los que llamaba en su corazón con una sola palabra: *ellos.*

Cuando Guerasim lo distrajo de sus meditaciones, Pierre pensó que debía tomar parte en la proyectada defensa de Moscú por el pueblo y a tal fin pidió a Guerasim que le procurara un caftán y una pistola, y le explicó

su intención de quedarse en casa de Osip Alexéievich, ocultando su nombre. Después, tras un día pasado en la soledad y el ocio (Pierre intentó varias veces concentrar su atención en los manuscritos masónicos), en diversas ocasiones recordó vagamente la idea que ya había tenido antes acerca del significado cabalístico de su nombre en relación con el de Bonaparte. La idea de que él, *l'Russe Bésuhof* estuviera destinado a poner fin al poder de la *bestia* era recordada como uno de aquellos sueños que, sin motivo alguno y sin dejar huella, atraviesan nuestra imaginación.

Cuando, vestido con el caftán (con el único propósito de tomar parte en la proyectada defensa de Moscú), Pierre se encontró con los Rostov y Natasha le dijo: "¿Se queda? ¡Oh, qué bien!", pensó que, efectivamente, estaría bien, aunque Moscú cayera, quedarse para cumplir su propio destino.

Al día siguiente, dispuesto a toda clase de sacrificios y a no ser indigno de *ellos*, se dirigió a la puerta Triojgornaia. Pero cuando volvió a casa, convencido de que Moscú no sería defendido, advirtió de pronto que aquello, que antes no veía sino como una posibilidad, se convertía ahora en algo necesario e inevitable. Debía, ocultando su nombre, quedarse en Moscú, encontrar a Napoleón y matarlo: morir y poner fin a las desdichas de toda Europa, que, según él, provenían únicamente de Napoleón.

Pierre conocía todos los detalles del atentado cometido por un estudiante alemán contra Napoleón en Viena, en 1809, y no ignoraba que el estudiante había sido fusilado. Pero el peligro a que exponía su propia vida llevando a cabo el proyecto lo excitaba aún más.

Dos sentimientos igualmente intensos impulsaban a Pierre a cumplir su propósito: el primero, la necesidad de sacrificarse y de sufrir por la desventura general; era el mismo sentimiento que el día 25 lo había conducido a Mozhaisk, al centro mismo de la batalla, y que ahora le imponía el abandono de su propia casa, dormir vestido sobre un diván y comer lo mismo que Guerasim, renunciando a los lujos y comodidades habituales de su vida. El otro era ese sentimiento vago, exclusivamente ruso, de desprecio por todo lo que es convencional, artificioso y contrario a lo humano, que la mayoría considera el supremo bien del mundo. Pierre había experimentado por primera vez ese sentimiento extraño y agradable

en el palacio de Slobodski, cuando comprendió inesperadamente que las riquezas, el poder, la vida y todo lo que los hombres buscan y defienden con tanto afán de valer algo, no valen más que el placer que se experimenta al abandonarlos.

Era el mismo sentimiento que impulsa al recluta voluntario a gastar su último kopek, al borracho a romper espejos y copas sin motivo aparente alguno, aun sabiendo que eso le costará todo el dinero que posee; el sentimiento que lleva al hombre a cometer actos, desde el punto de vista del vulgo, propios de un demente, para poner a prueba su propio poder personal y su propia fuerza afirmando así que hay un juez supremo de la vida al margen de las condiciones humanas.

Desde el mismo día en que Pierre experimentara por primera vez aquel sentimiento en el palacio de Slobodski siempre había permanecido bajo su influencia, pero sólo ahora encontraba el modo de satisfacerlo por completo. Además, en aquel momento lo empujaba a realizar su proyecto y le imposibilitaba renunciar a ello lo que ya llevaba hecho en ese sentido: la huida de su casa, el caftán, la pistola, el haber dicho a los Rostov que se quedaba en Moscú. Todo eso perdería su significado y hasta resultaría despreciable y ridículo (cosa a la que Pierre era muy sensible) si, después de todo ello, se fuera de Moscú como los demás.

Como ocurre siempre, el estado físico de Pierre coincidía con su estado moral. La alimentación grosera, a la que no se hallaba acostumbrado, el vodka bebido aquellos días, la falta de vino y de cigarros, la ropa sucia que no podía cambiar, aquellas dos noches, pasadas casi en vela en un diván demasiado pequeño y sin sábanas, lo mantenían en un estado de excitación próximo a la locura.

Eran casi las dos de la tarde. Los franceses habían entrado en Moscú. Pierre lo sabía y, en vez de hacer algo, se dedicaba a pensar en su plan repasando hasta los menores detalles. No se imaginaba bien la manera como daría el golpe ni la muerte de Bonaparte; en cambio veía, con gran lucidez, y sentía un triste placer pensando en ello, su propio fin y su valor heroico.

“Sí, yo solo he de hacerlo por todos o perecer —pensaba—. Me acercaré… y después, de improviso… ¿Con pistola o puñal? Es lo mismo. No soy yo el que te castiga, diré, sino la mano de la Providencia…” (se imaginó las palabras que pronunciaría en el instante de dar muerte a Napoleón). “Y bien, detenedme, matadme”, se decía después, con expresión triste y firme, bajando la cabeza.

Mientras Pierre, de pie en medio de la estancia, razonaba de esta manera, se abrió la puerta del despacho y en el umbral apareció, completamente distinta, la figura de Makar Alexéievich, hasta entonces tan reservada y tímida. Llevaba la bata suelta; su rostro estaba descompuesto y rojo. Indudablemente, estaba borracho.

Al ver a Pierre se detuvo confuso; pero al observar su turbación avanzó hasta el centro de la estancia con sus piernas vacilantes y delgadas.

—Tienen miedo— dijo con voz ronca y confidencial. —Yo les he dicho que no me rendiré… ¿no es verdad, señor?

Se quedó pensativo; y de pronto, al ver la pistola sobre la mesa, la cogió con rápido movimiento y corrió hacia el pasillo.

Guerasim y el portero, que le seguían los pasos, lo alcanzaron en el zaguán, tratando de arrancarle el arma. Pierre salió al pasillo y se quedó mirando al viejo loco con un gesto de lástima y repulsión.

Makar Alexéievich, contraído el rostro por el esfuerzo, no cedía la pistola y gritaba con voz ronca, imaginándose al parecer algo muy solemne:

—¡A las armas! ¡Al abordaje! ¡No lograréis quitármela!

—¡Basta! ¡Basta, por favor! Vamos… haga el favor… déjela… haga el favor, señor…— decía Guerasim, tratando de volverlo suavemente, sujetándolo por los codos, hacia la puerta.

—¿Quién eres tú? ¿Bonaparte?…— gritó el loco.

—No está bien, señor. Vaya a su habitación, tiene que descansar. Deme la pistola.

—¡Apártate, siervo miserable! ¡No me toques! ¿Ves esto?— siguió vociferando Makar Alexéievich, mientras blandía la pistola. —¡Al abordaje!

—¡Agárralo!— indicó Guerasim al portero.

Sujetaron a Makar Alexéievich por los brazos y lo arrastraron hacia la puerta.

El zaguán se llenó del ruido de la lucha y las voces roncas y sofocadas del borracho.

En esto, un nuevo grito, una estridente voz de mujer, resonó en el portal y la cocinera entró en el zaguán corriendo.

—¡Dios mío! ¡Son ellos! ¡Les digo que son ellos!— gritaba. —¡Vienen cuatro montados a caballo!

Guerasim y el portero soltaron a Makar Alexéievich y, ya en el pasillo, devuelto al silencio, pudo oírse claramente el ruido de unos puños que golpeaban en la puerta de la calle.

XXVIII

Pierre, que había decidido ocultar su título y su conocimiento del francés hasta la realización de sus propósitos, se quedó en la puerta semiabierta del despacho, dispuesto a esconderse en cuanto entraran los franceses. Pero los franceses entraron y Pierre no se separó de la puerta, donde lo retenía una curiosidad invencible.

Eran dos. Un oficial, hombre alto, de marcial aspecto y bien parecido, y otro que sería soldado o asistente, pequeño, delgado y moreno, de mejillas hundidas y aspecto estúpido. El oficial, que cojeaba, iba delante apoyado en un bastón. Dio unos pasos y, como diciéndose que aquel alojamiento le parecía bien, se detuvo, se volvió a los soldados que estaban aún junto a la puerta y en voz alta y autoritaria ordenó que hicieran entrar los caballos. Hecho esto, se atusó los bigotes y se llevó la mano al gorro.

—Bonjour, la compagnie!— dijo alegremente, mirando en derredor.

Nadie le contestó.

—Vous êtes le bourgeois?[487]— preguntó el oficial a Guerasim, quien, asustado, lo miró con gesto interrogativo.

—Quartier, quartier, logement!— dijo el oficial con una sonrisa bondadosa e indulgente, sin dejar de mirar al hombrecillo. —Les Français sont de bons enfants, que diable! Voyons! Ne nous fâchons pas, mon vieux — añadió.[488]

Y dio unas palmadas en la espalda del silencioso y asustado Guerasim.

—Ah! ça! Dites donc, on ne parle pas français dans cette boutique?[489]

Sus ojos se encontraron con los de Pierre, que se apartó de la puerta.

El oficial se volvió de nuevo a Guerasim y exigió que le enseñara las habitaciones de la casa.

—El señor no estar… yo no entender… yo vuestra…— dijo Guerasim, tratando de deformar sus propias palabras para hacerlas más comprensibles.

El oficial francés, sonriendo, agitó los brazos ante las narices de Guerasim, haciéndole ver que tampoco él lo entendía, y se dirigió hacia la puerta junto a la que estaba Pierre, quien quiso retirarse, esconderse, pero en aquel instante vio en la puerta de la cocina a Makar Alexéievich con la pistola en la mano.

Con la astucia propia de un loco, Makar Alexéievich miró al francés. Después levantó la pistola y apuntó.

—¡Al abordaje!— gritó, tratando de encontrar el gatillo.

El oficial francés se volvió al grito y en aquel instante Pierre se echó sobre el borracho, consiguió coger la pistola y tirarla al mismo tiempo que Makar Alexéievich apretaba el gatillo; sonó atronador el disparo y todo se llenó de humo y olor a pólvora. El francés palideció y se echó hacia atrás, hacia la puerta.

Cuando Pierre hubo arrancado la pistola al loco, olvidando sus propósitos de no revelar sus conocimientos de la lengua francesa, corrió hacia el oficial.

—Vous n'êtes pas blessé?[490]— le preguntó en francés.

—Je crois que non— respondió el oficial, palpándose, —mais je l'ai manqué belle cette fois-ci— añadió sonriente, mirando el impacto en la pared, y después volvió el rostro severo hacia Pierre: —Quel est cet homme?[491]

—Ah! je suis vraiment au désespoir de ce qui vient d'arriver— dijo Pierre, olvidando del todo su papel. —C'est un fou, un malheureux qui ne savait pas ce qu'il faisait.[492]

El oficial se acercó a Makar Alexéievich y lo agarró por el cuello. Makar Alexéievich, aflojando la boca como si fuera a dormirse, se tambaleaba, apoyándose en la pared.

—Brigand, tu me le payeras!— dijo el francés, soltándolo. —Nous autres, nous sommes cléments après la victoire, mais nous ne pardonnons pas aux traîtres[493]— concluyó con cara sombría y solemne y un gesto bello y enérgico.

Pierre procuraba convencer al oficial de que no castigara a un borracho loco. El francés lo oía en silencio, sin abandonar su gesto sombrío. Después, con una sonrisa, miró a Pierre y permaneció callado durante unos segundos. Su arrogante rostro adquirió una expresión trágica y tierna; le tendió la mano y dijo:

—Vous m'avez sauvé la vie! Vous êtes Français.[494]

Para un francés esa conclusión era obligada. Sólo un francés podía llevar a cabo un acto generoso y grande; y salvar la vida de *M. Ramballe, capitaine de 13e léger*, era sin duda el acto más grande y generoso.

Pero por muy indudable que fuera tal conjetura en que se basaba la convicción del oficial, Pierre creyó necesario desengañarlo.

—Je suis Russe— dijo, rápidamente.

—Bah, bah! à d'autres!— dijo el francés, sonriendo y moviendo un dedo bajo la nariz. —Tout à l'heure, vous allez me conter tout ça. Charmé de rencontrer un compatriote. Et bien, qu'allons-nous faire de cet homme? — agregó.[495]

Hablaba a Pierre como si fuera un compatriota. Y aun cuando Pierre no fuera francés, una vez bautizado con ese título, el más grande del mundo, no podía renunciar a él. Así lo decían el rostro y la voz del oficial.

Contestando a la última pregunta, Pierre explicó de nuevo quién era Makar Alexéievich; contó al oficial que, momentos antes de su llegada, el borracho se había apoderado de la pistola cargada y no habían conseguido arrebatársela. Terminó rogándole que no lo castigara.

El francés abombó el pecho e hizo con la mano un gesto digno de un rey.

—Vous m'avez sauvé la vie! Vous êtes Français. Vous me demandez sa grâce? Je vous l'accorde. Qu'on emmène cet homme![496]— dijo rápido y enérgico. Tomó por el brazo a Pierre, ascendido a francés por haberle salvado la vida, y entró con él en la habitación.

Los soldados que se habían quedado en el patio entraron en el zaguán al oír el disparo; preguntaron qué había sucedido y se mostraban dispuestos a castigar a los culpables. Pero el oficial los contuvo severo.

—On vous demandera quand on aura besoin de vous[497]— les dijo.

Los soldados salieron; el asistente, que había tenido tiempo de echar una ojeada por la cocina, se acercó al oficial:

—Capitaine, ils ont de la soupe et du gigot de mouton dans la cuisine. Faut-il vous l'apporter?[498]

—Oui, et le vin[499]— dijo el capitán.

XXIX

Cuando el oficial francés entró en la casa con Pierre, éste creyó un deber insistir en que no era francés y quiso retirarse. Pero el oficial francés no quería oír nada de eso. Se mostraba tan gentil, cortés y reconocido que Pierre no se atrevió a rechazar sus atenciones y se sentó con él en la sala, la primera habitación donde habían entrado. A las afirmaciones de Pierre de que no era francés, el oficial, que evidentemente no podía concebir que se renunciara a un título tan lisonjero, se encogió de hombros y dijo que si se empeñaba en pasar por ruso, estaba bien, pero que, a pesar de todo, seguiría ligado a él para siempre por un sentimiento de gratitud, puesto que le había salvado la vida.

Si aquel hombre hubiera tenido la menor capacidad de comprender los sentimientos de los demás y adivinar los de Pierre, éste, probablemente, habría podido marcharse; pero la manifiesta incomprensión del oficial hacia todo lo que no fuera su propia persona fue más fuerte que Pierre.

—Français ou prince russe incognito— dijo el francés, echando una mirada a la camisa sucia, pero finísima, de Pierre, y al anillo que llevaba. —Je vous dois la vie et je vous offre mon amitié. Un Français n'oublie jamais ni une insulte ni un service. Je vous offre mon amitié. Je ne vous dis que ça. **[500]**

Había tanta bonachonería y nobleza (en el sentido francés) en el tono de su voz, en la expresión y en el gesto del oficial que Pierre correspondió inconscientemente a su sonrisa y estrechó la mano que le tendía.

—Capitaine Ramballe, du 13e léger, décoré pour l'affaire du Sept— se presentó el oficial, con una sonrisa de orgullo incontenible que le contrajo los labios debajo del bigote. —Voudrez-vous bien me dire à présent à qui

j’ai l’honneur de parler aussi agréablement au lieu de rester à l’ambulance avec la balle de ce fou dans le corps?[501]

Pierre contestó que no podía decir su nombre, y ruborizándose mientras buscaba uno ficticio trató de exponer las razones que se lo impedían. Pero el francés lo interrumpió vivamente:

—De grâce. Je comprends vos raisons, vous êtes officier… officier supérieur, peut-être. Vous avez porté les armes contre nous. Ce n’est pas mon affaire. Je vous dois la vie. Cela me suffit. Je suis tout à vous. Vous êtes gentil homme?— preguntó de pronto. Pierre bajó la cabeza. —Votre nom de baptême, s’il vous plait? Je ne demande pas davantage. M. Pierre, dites-vous?… Parfait. C’est tout ce que je désire savoir.[502]

Cuando trajeron el cordero, los huevos fritos, el samovar, el vodka y el vino, víveres proporcionados por los franceses, Ramballe rogó a Pierre que lo acompañara en la comida; y en seguida, como hombre robusto y hambriento, comenzó a devorar ávidamente, moviendo con rapidez sus fuertes mandíbulas. Repetía a cada instante:

—Excellent, exquis.

Su rostro enrojeció y se cubrió de sudor. Pierre tenía hambre y acompañó de buen grado al oficial. Morel, el asistente, trajo una cazuela con agua templada y puso allí una botella de vino tinto. Trajo también una botella de *kvas* que para probar había tomado de la cocina. Los franceses conocían ya esta bebida, a la que habían dado el nombre de *limonade de cochon*, y Morel alabó la que había encontrado. Pero como el capitán tenía vino, adquirido a su paso por Moscú, dejó a Morel el *kvas* y optó por el burdeos. Envolvió la botella en una servilleta, llenó su copa y la de Pierre. El hambre saciada y el vino animaron más aún al capitán, quien durante toda la comida no dejó de hablar.

—Oui, mon cher M. Pierre, je vous dois une fière chandelle de m’avoir sauvé… de cet enragé… J’en ai assez, voyez-vous, de balles dans le corps. En voilà une— y señaló un costado, —à Wagram, et de deux à Smolensk— e indicó una cicatriz en su mejilla. —Et cette jambe, comme vous voyez, qui ne veut pas marcher. Cest à la grande bataille du 7 à la Moskowa que j’ai reçu ça. Sacre Dieu, c’était beau! Il fallait voir ça, c’était un déluge de feu. Vous nous avez taillé une rude besogne; vous pouvez vous en vanter,

nom d'un petit bonhomme. Et, ma parole, malgré la toux que j'y ai gagné, je serais prêt à recommencer. Je plains ceux qui n'ont pas vu ça.[503]

—J'y ai été— dijo Pierre.[504]

—Bah, vraiment! Eh bien, tant mieux— continuó el francés. —Vous êtes de fiers ennemis, tout de même. La grande redoute a été tenace, nom d'une pipe. Et vous nous l'avez fait crânement payer. J'y suis allé trois fois, tel que vous me voyez. Trois fois nous étions sur les canons et trois fois on nous a culbutés et comme des capucins de carte. Oh! c'était beau, monsieur Pierre. Vos grenadiers ont été superbes, tonnerre de Dieu. Je les ai vu six fois de suite serrer les rangs et marcher comme à une revue. Les beaux hommes! Notre roi de Naples qui s'y connait a crié: bravo! Ah!, ah! soldats comme nous autres!— dijo después de un breve silencio. —Tant mieux, tant mieux, monsieur Pierre. Terribles en bataille… galants— y guiñó el ojo sonriendo —avec les belles, voilà les Français, monsieur Pierre, n'est-ce pas?[505]

La alegría del capitán era a tal punto ingenua y bonachona, se encontraba tan sano y contento de sí mismo que también Pierre estuvo a punto de guiñar el ojo mirándolo alegremente. Probablemente la palabra *galant* hizo pensar al capitán en la situación de Moscú.

—À propos, dites donc, est-ce vrai que toutes les femmes ont quitté Moscou? Une drôle d'idée! Qu'avaient-elles à craindre?[506]

—Est-ce que les dames françaises ne quitteraient pas Paris, si les Russes y entraient?[507]

—Ah! ah! ah!…— el francés estalló en una alegre carcajada y dio a Pierre unas palmadas en la espalda. —Ah! elle est forte, celle-là… Paris?… Mais Paris, Paris…[508]

—Paris, la capitale du monde…— dijo Pierre, concluyendo el pensamiento del oficial.

El capitán miró a Pierre. Tenía la costumbre de detenerse en mitad de la frase para mirar fijamente a su interlocutor con ojos alegres, sonrientes y cariñosos.

—Eh bien, si vous ne m'aviez pas dit que vous êtes Russe, j'aurais parié que vous êtes Parisien. Vous avez ce je ne sais quoi, ce…[509]— y tras ese cumplido lo miró de nuevo en silencio.

—J’ai été à Paris, j’y ai passé des années— dijo Pierre.[510]

—Oh, ça se voit bien, Paris!… Un homme qui ne connaît pas Paris est un sauvage. Un Parisien, ça se sent à deux lieues. Paris, c’est Talma, la Duchésnois, Potier, la Sorbonne, les boulevards— y advirtiendo que su conclusión era más débil que lo anterior, añadió rápidamente: —Il n’y a qu’un Paris au monde. Vous avez été à Paris et vous êtés resté Russe. Eh bien, je ne vous en estime pas moins.[511]

Bajo la influencia del vino y después de las jornadas vividas a solas con sus sombrías ideas, Pierre experimentaba un involuntario placer hablando con aquel hombre alegre y bonachón.

—Pour en revenir à vos dames, on les dit bien belles. Quelle fichue idée d’aller s’enterrer dans les steppes, quand l’armée française est à Moscou. Quelle chance elles ont manqué, celles-là. Vos moujiks, c’est autre chose, mais vous autres, gens civilisés, vous devriez nous connaitre mieux que ça. Nous avons pris Vienne, Berlin, Madrid, Naples, Rome, Varsovie, toutes les capitales du monde… On nous craint, mais on nous aime. Nous sommes bons à connaître. Et puis l’Empereur.[512]

Pierre lo interrumpió:

—L’Empereur— repitió, y su rostro adquirió una expresión triste y confusa. —Est-ce que l’Empereur…[513]

—L’Empereur! C’est la générosité, la clémence, la justice, l’ordre, le génie, voilà l’Empereur! C’est moi, Ramballe, qui vous le dis… Tel que vous me voyez, j’étais son ennemi il y a encore huit ans. Mon père a été comte émigré… Mais il m’a vaincu, cet homme. Il m’a empoigné. Je n’ai pas pu résister au spectacle de grandeur et de glorie dont il couvrait la France. Quand j’ai compris ce qu’il voulait, quand j’ai vu qu’il nous faisait une litière de lauriers, voyez-vous, je me suis dit: voilà un souverain, et je me suis donné à lui. Et voilà! Oh!, oui, mon cher, c’est le plus grand homme des siècles passés et à venir.[514]

—Est-il à Moscou?— preguntó Pierre confuso, sintiéndose culpable.[515]

El francés contempló el rostro culpable de Pierre y sonrió irónico.

—Non, il fera son entrée demain— dijo, y siguió hablando.[516]

La conversación fue interrumpida por los gritos de varias personas en el patio y la entrada de Morel para anunciar que unos húsares de Würtemberg querían meter los caballos en el patio donde estaban los del capitán. La dificultad procedía principalmente de que los húsares no comprendían lo que se les decía.

El capitán hizo llamar al suboficial de los húsares y en tono severo le preguntó a qué regimiento pertenecían, quién era su jefe y por qué se permitían entrar en una casa que estaba ya ocupada. El alemán, que comprendía mal el francés, contestó a las dos primeras preguntas: dio el nombre de su regimiento y el de su comandante; pero la tercera no la entendió. En alemán, mezclado con palabras francesas deformadas, explicó que él era el aposentador de su regimiento y que se le había ordenado ocupar todas las casas, una tras otra. Pierre, que sabía alemán, tradujo al capitán lo que decía el würtemburgués y transmitió a éste la respuesta del capitán. El alemán, que entendió por fin lo que se le decía, cedió y se llevó a sus hombres. El capitán salió al patio y dio algunas órdenes en voz alta. Al volver a la sala Pierre estaba sentado en el mismo sitio, con la cabeza apoyada entre las manos. Su rostro expresaba un gran sufrimiento, y, en efecto, sufría.

Cuando el capitán salió y Pierre se encontró solo comprendió de pronto en qué situación se hallaba. No era el hecho de la caída de Moscú, ni que los afortunados vencedores campasen por sus respetos en la ciudad ni que lo tuvieran a él bajo su protección —por muy duro que le pareciese—; lo que lo atormentaba en esos momentos era la conciencia de su propia debilidad. Unos vasos de vino y una conversación con aquel hombre bonachón habían destruido el estado de ánimo concentrado y sombrío en el que había vivido los últimos días, y le parecían indispensables para llevar a cabo sus planes. La pistola, el puñal y el chaquetón de sayal estaban preparados. Napoleón iba a entrar al día siguiente. Pierre seguía considerando útil y digno matar al malvado, pero sentía ahora que no lo iba a hacer. ¿Por qué? Lo ignoraba. Presentía que no llevaría a cabo su propósito. Luchaba con su propia impotencia, aunque se daba vagamente cuenta de que no podría vencerla y que las sombrías ideas de otro tiempo sobre la venganza, el asesinato y el sacrificio de su persona se habían

dispersado como el humo, al contacto con el primer hombre que había encontrado.

Cojeando ligeramente y silbando algo, el capitán entró de nuevo en la sala. La charla del francés, que antes divertía a Pierre, ahora se le hizo insoportable. La cancioncilla, sus posturas, sus gestos, la manera de atusarse el bigote, todo le molestaba.

“Ahora mismo me voy, sin decirle una palabra”, pensó. Pero siguió clavado en su sitio. Un extraño sentimiento de debilidad lo paralizaba. Quería levantarse y salir de allí, pero no podía hacerlo.

El capitán, por el contrario, parecía muy alegre. Recorrió la habitación dos veces; le brillaban los ojos y los bigotes le temblaban como si recordase algo divertido y sonriese a sí mismo.

—Charmant le colonel de ces Würtembergeois!— dijo. —C’est un Allemand, mais un brave garçon, s’il en fut. Mais Allemand.[517]

Se sentó frente a Pierre.

—À propos, vous savez donc l’allemand, vous?[518]

Pierre lo miró sin decir nada.

—Comment dites-vous asile en allemand?[519]

—Asile?— preguntó Pierre. —Asile en allemand: Unterkunft.

—Comment dites-vous?— preguntó rápidamente el capitán, incrédulo.

—Unterkunft— repitió Pierre.

—Onterkoff— dijo el capitán, y con ojos sonrientes miró unos segundos a Pierre. —Les allemands sont de fières bêtes. N’est-ce pas, monsieur Pierre?— concluyó. —Eh bien encore une bouteille de ce bordeaux moscovite, n’est-ce pas? Morel va nous chauffer encore une petite bouteille. Morel!— gritó alegremente.[520]

Morel trajo unas velas y la botella de vino. El capitán miró a Pierre a la luz de las velas y quedó sorprendido al ver el rostro desolado de su compañero. Con una expresión de franca tristeza y condolencia se acercó a Pierre y se inclinó sobre él.

—Eh bien, nous sommes tristes— y tocó a Pierre en el brazo. —Vous aurais-je fait de la peine? Non, vrai, avez-vous quelque chose contre moi? Peut-être, rapport à la situation?[521]

Pierre, sin contestar, miró cariñosamente a los ojos del francés. Aquella expresión amistosa le era agradable.

—Parole d'honneur, sans parler de ce que je vous dois, j'ai de l'amitié pour vous. Puis-je faire quelque chose pour vous? Disposez de moi— volvió a preguntar. —C'est à la vie et à la mort. C'est la main sur le coeur que je vous le dis[522]— dijo el capitán dándose un golpe en el pecho.

—Merci— contestó Pierre.

El capitán lo miró con fijeza, como lo había hecho mientras le explicaba cómo se dice asilo en alemán; de pronto su rostro resplandeció.

—Ah! dans ce cas, je bois à notre amitié!— exclamó alegremente, llenando dos vasos de vino.

Pierre tomó su vaso y lo vació de un trago. Ramballe hizo lo mismo; estrechó de nuevo la mano de Pierre y se acodó en la mesa con gesto melancólico y pensativo.

—Oui, mon cher ami, voilà les caprices de la fortune— comenzó a decir. —Qui m'aurait dit que je serais soldat et capitaine de dragons au service de Bonaparte, comme nous Tappelions jadis? Et cependant me voilà à Moscou avec lui. Il faut vous dire, mon cher— su voz se tornó triste y mesurada, como la de quien se prepara a contar una larga historia, —que notre nom est un des plus anciens de la France.[523]

Y con la ingenua y ligera franqueza de un francés, el capitán contó a Pierre la historia de sus antepasados, su propia infancia, su adolescencia, los asuntos de familia y lo relativo a su fortuna. Naturalmente, *"ma pauvre mère"* ocupaba buena parte del relato.

—Mais tout cela n'est que la mise en scène de la vie, le fond c'est l'amour! L'amour— dijo animándose. —N'est-ce pas, monsieur Pierre? Encore un verre?[524]— Pierre bebió y llenó el vaso por tercera vez.

—Oh! les femmes, les femmes!— y con ojos lascivos, fijos en Pierre, el capitán pasó a hablar del amor y de sus aventuras galantes.

Habían sido numerosas, y se le podía creer sin dificultad con sólo contemplar el rostro alegre y satisfecho y la entusiasta admiración con que hablaba de las mujeres. A pesar de que todas las historias amorosas de Ramballe se distinguían por su lascivia, que constituye, para los franceses, la poesía y el encanto del amor, contaba con tal convicción sus experiencias

que parecía ser el único hombre capaz de experimentar y conocer toda la fascinación del amor. Describía a las mujeres de forma tan seductora que Pierre lo escuchaba con curiosidad.

Resultaba evidente que *l'amour* que tanto gustaba al francés no era aquel, de género inferior y más simple, que Pierre había experimentado en otro tiempo hacia su mujer, ni el sentimiento romántico, que él mismo avivaba, por Natasha (Ramballe detestaba por igual ambas especies de amor: el uno era *l'amour des charretiers*; el otro, *l'amour des nigauds).*[525] *L'amour* admirado por el francés consistía principalmente en relaciones artificiosas con las mujeres, complicadas y antinaturales, que conferían especial encanto a los sentimientos.

Así, el capitán contaba la conmovedora historia de su amor por una bella marquesa de treinta y cinco años y —al mismo tiempo— por una graciosa muchacha de diecisiete hija de la hermosa marquesa. La lucha generosa entre ambas culminó con el sacrificio de la madre, quien propuso a su amante para esposo de su hija. Semejante recuerdo, aunque lejano, aún conmovía al capitán. Después narró otra aventura en la que un marido había hecho el papel de amante y él (el amante) el de marido. Relató algunos sucesos graciosos de sus *souvenirs d'Allemagne*, donde *asile* se pronuncia *Unterkunft; les maris mangent de la choucroute et les jeunes filles sont trop blondes.*[526]

Y, por último, el episodio de Polonia —todavía fresco en la memoria del capitán—, que contó con gestos rápidos y rostro encendido. Consistía en lo siguiente: el francés había salvado la vida a un polaco (en general, tales actos de generosidad eran frecuentes en los relatos del capitán Ramballe) y aquél le había confiado a su encantadora esposa (*parisienne de coeur*) mientras él se enrolaba en el ejército francés. El capitán era feliz, la bella polaca quería huir con él, pero la generosidad de Ramballe se impuso y entregó al polaco su mujer diciéndole: *"Je vous ai sauvé la vie et je sauve votre honneur!"*. Al repetir esas palabras el capitán sacudió la cabeza y se restregó los ojos, como si quisiera apartar de sí la debilidad que lo invadía al recordar aquella escena conmovedora.

Pese a esas horas avanzadas de la noche y del vino, Pierre escuchaba todo cuanto decía el capitán, lo comprendía y, al mismo tiempo, revivía

diversos recuerdos personales que acudían a su memoria.

Se acordó de improviso de su amor por Natasha, y, buscando en su imaginación los recuerdos de aquel amor, los comparó con las historias de Ramballe. Escuchando el relato de aquella lucha entre el deber y el amor, Pierre rememoró los más pequeños detalles de su último encuentro con la mujer amada, en la torre de Sújarev. Aquel encuentro no le había producido entonces impresión alguna, no había vuelto siquiera a pensar en ello una sola vez, pero ahora le parecía nimbado de importancia y poesía.

"Piotr Kirílovich, venga aquí. Lo he reconocido…", oía las palabras de ella. Veía de nuevo sus ojos, su sonrisa, el sombrero de viaje, el rebelde mechón de cabello… y en todo aquello encontraba algo conmovedor y emotivo.

Cuando el capitán dio fin a su historia de la hermosa polaca, preguntó a Pierre si nunca había experimentado el sentimiento de sacrificio por el amor y de envidia del marido legítimo.

Provocado por la pregunta Pierre levantó la cabeza y sintió la necesidad de expresar las ideas que lo embargaban. Explicó que él entendía de diversa manera el amor por la mujer. Dijo que en su vida no había amado más que a una, pero que ella no podría pertenecerle nunca.

—Tiens!— dijo el capitán.[527]

Pierre continuó diciendo que amaba a esa mujer desde su infancia y que no se atrevía a pensar en ese amor porque ella era muy joven y él un bastardo sin nombre; y que después, cuando tuvo nombre y riquezas, tampoco se atrevió, porque la amaba demasiado y la situaba muy por encima de los demás y de sí mismo. Al llegar a ese punto de su relato, Pierre preguntó al capitán si entendía un amor así.

Ramballe hizo un gesto, dando a entender que no lo comprendía, pero le rogaba que siguiese.

—L'amour platonique, les nuages…— murmuró.[528]

Fuese por el vino bebido, por la necesidad de sincerarse con alguien o por el pensamiento de que aquel hombre no conocía ni conocería nunca a ninguno de los personajes de su historia, o tal vez por todo junto, la lengua de Pierre se fue soltando. Fijos sus ojos soñadores y amorosos en el vacío, con voz balbuciente, contó toda su historia: el propio matrimonio, el amor

de su mejor amigo y Natasha, la traición de Natasha y sus propias relaciones, aún muy simples, con ella. Después, incitado por las preguntas de Ramballe, descubrió todo lo que había ocultado al principio: su posición social y por fin su nombre.

Lo que sorprendió especialmente al capitán fue el hecho de que Pierre fuese muy rico, dueño de dos palacios en Moscú, y que lo hubiera abandonado todo y, sin salir de la capital, permaneciera en ella ocultando su propio nombre.

Ya avanzada la noche salieron juntos a la calle. Era una noche templada y clara. A la izquierda de la casa se advertía ya el resplandor del primer incendio, que se había declarado en la calle Petrovka. A la derecha se levantaba la luna creciente y enfrente se veía el luminoso cometa que Pierre, dentro de su alma, relacionaba con su amor. Guerasim, la cocinera y dos soldados franceses estaban en el patio. Se oían sus risas y conversaciones en idiomas mutuamente incomprensibles. También ellos contemplaban el resplandor del incendio en la ciudad.

Nada terrible había en aquel pequeño y lejano incendio en medio del inmenso Moscú.

Al mirar el alto cielo estrellado, la luna, el cometa y el resplandor del incendio, Pierre experimentó una gozosa emoción. “¡Qué bello es todo! ¿Qué más puede desearse todavía?”, pensó. Y en aquel momento, al recordar sus propósitos, la cabeza empezó a darle vueltas; se sintió indispuesto y hubo de apoyarse en la valla para no caer. Sin decir adiós a su nuevo amigo, con paso vacilante, se alejó del patio, volvió a su habitación, se echó en el diván y se durmió al momento.

XXX

Los habitantes que se alejaban de la ciudad y las tropas que retrocedían contemplaban desde distintos lugares y con sentimientos diversos el resplandor del primer incendio, que tuvo lugar el 2 de septiembre.

Aquella noche, el convoy de los Rostov se encontraba en Mitischi, a veinte kilómetros de Moscú. Habían salido tarde el día 1, el camino estaba tan lleno de carros y de tropas, habían olvidado tantas cosas por las que tuvieron que mandar a los criados, que decidieron pernoctar a cinco kilómetros de la capital.

A la mañana siguiente despertaron tarde y de nuevo hubo tantas paradas que sólo llegaron hasta Mitischi. A las diez, los Rostov y los heridos, que habían salido con ellos, se instalaron en los patios y las isbas de la gran aldea. Los criados y cocheros de los Rostov y los asistentes de los heridos salieron fuera, cenaron, una vez atendidos los señores, encerrados y alimentados los caballos.

En la isba vecina yacía un ayudante de Raievski, que tenía la muñeca rota. Los horribles dolores le hacían gemir lastimeramente, sin tregua, y sus gemidos resonaban lúgubres en la oscuridad otoñal. La primera noche, aquel herido pernoctó en el mismo patio que los Rostov. La condesa se lamentaba de no haber podido cerrar los ojos a causa de esos lamentos, y en Mitischi se la instaló en una isba peor para alejarla del herido.

Por encima de la alta carroza, detenida junto al porche, uno de los criados vio en la oscuridad de la noche el débil resplandor de un incendio.

Ya se veía otro hacía tiempo y todos sabían que Málie-Mitischi estaba ardiendo, incendiado por los cosacos de Mámonov.

—Pero, hermanos, aquél es otro incendio— dijo un asistente.

Todos miraron hacia aquel otro resplandor.

—Pero ya se sabía que los cosacos de Mámonov prendieron fuego a Málie-Mitischi.

—Sí, pero eso no es Málie-Mitischi… Está más lejos.

—Mirad, parece que es Moscú.

Dos criados salieron del porche y se sentaron en el estribo del coche.

—Es más a la izquierda. ¡Cómo va a ser Mitischi! El incendio es en otra parte.

Algunos se unieron a ellos.

—¡Mirad qué llamas!— dijo uno. —El incendio, señores, es en Moscú; bien en Suschévskaia o en Rogozhskaia.

Nadie contestó, y durante bastante tiempo contemplaron en silencio las llamas lejanas del nuevo incendio.

El viejo ayuda de cámara del conde, Danilo Teréntich, se acercó al grupo y llamó a Mishka.

—¿Qué haces ahí mirando, bribón?… El conde puede llamar y no hay nadie. Ve a recoger la ropa.

—Sólo había venido a buscar agua— contestó Mishka.

—¿Y qué piensa usted, Danilo Teréntich? Parece que aquel resplandor viene de Moscú— dijo uno de los criados.

Danilo Teréntich no contestó, y todos guardaron un largo silencio. El resplandor crecía y se extendía cada vez más.

—¡Que Dios nos proteja!… Hace viento, todo está seco…— dijo una voz.

—¡Fíjate cómo avanza! ¡Oh, Dios mío! ¡Hasta se ven las chovas! ¡Oh, Señor, ten compasión de estos pecadores!

—Lo apagarán, seguramente.

—¿Quién lo va a apagar?— dijo Danilo Teréntich, hasta entonces silencioso. Su voz era lenta y serena. —Es Moscú la que está ardiendo, hermanos. Es nuestra madrecita… la de muros blan…

Su voz se interrumpió en un sollozo senil. Parecía que todos esperaban eso para poder comprender el significado que para ellos tenía aquel resplandor. Se oyeron suspiros, oraciones y sollozos del viejo ayuda de cámara del conde.

XXXI

Danilo Teréntich fue a la casa para informar al conde de que Moscú estaba ardiendo. El conde se puso un batín y salió a ver el incendio. Con él salieron Sonia, que aún no se había desvestido, y Mme Schoss. Natasha y la condesa se quedaron en la habitación (Petia ya no estaba con los suyos; se había adelantado para unirse a su regimiento, destinado a Troitsa).

Al oír la noticia del incendio de Moscú la condesa se echó a llorar. Natasha, pálida y con los ojos fijos, seguía sentada en un banco debajo de los iconos (en el mismo lugar que ocupó al llegar allí). Sin prestar atención a las palabras de su padre, escuchaba los gemidos del ayudante, que se oían tres casas más allá.

—¡Qué espanto!— exclamó Sonia aterida y asustada al volver del patio. —Parece que está ardiendo todo Moscú. ¡El resplandor es horrible! Natasha, mira desde aquí; se ve desde la ventana— dijo a su prima con visible deseo de distraerla.

Pero Natasha la miró como si no entendiera lo que decía y de nuevo volvió a fijar sus ojos en el rincón de la estufa. Natasha estaba en aquel estado de aturdimiento y estupor desde la mañana, cuando Sonia, con gran asombro e indignación de la condesa, creyó necesario (quién sabe por qué) revelar a su prima la presencia del príncipe Andréi herido y decirle que iba con ellos.

La condesa se había enfadado con Sonia de manera poco frecuente en ella; Sonia lloró y pidió perdón. Y ahora, como para enmendar su propia falta, se preocupaba incesantemente de Natasha.

—Mira, Natasha, qué incendio tan violento.

—¿Qué es lo que arde?— preguntó Natasha. —¡Ah, sí, Moscú!

Y para no ofender a Sonia y librarse de ella, levantó la cabeza hacia la ventana, miró de tal modo que nada podía ver y volvió a su actitud de antes.

—¡Pero si no has visto nada!

—Sí, sí que lo he visto— dijo Natasha con una voz que parecía suplicar que la dejaran tranquila.

Sonia y la condesa comprendieron que ni Moscú ni su incendio tenían importancia para ella.

El conde se retiró detrás del biombo y se acostó. La condesa se acercó a Natasha, tocó su frente con el dorso de la mano, como hacía cuando su hija estaba enferma, la besó y dijo:

—¿Tienes frío? Estás temblando. Harías bien en acostarte.

—¿Acostarme? Sí, está bien. Ahora me acuesto— dijo Natasha.

Cuando Natasha supo aquella mañana que el príncipe Andréi, gravemente herido, viajaba con ellos, hizo numerosas preguntas: "¿Dónde está herido? ¿Cómo? ¿Está en peligro? ¿Puedo verlo?". Y cuando le contestaron que no podía verlo, que estaba gravemente herido, aunque no en peligro de muerte, no les creyó. Convencida de que siempre le responderían lo mismo, dejó de preguntar y de hablar. Durante todo el viaje, con aquella mirada que la condesa conocía tan bien y cuya expresión temía, Natasha permaneció inmóvil en un rincón del coche. Con el mismo semblante estaba sentada ahora en la isba. Algo pensaba, algo había decidido en su interior. La condesa lo sabía, pero no podía adivinarlo, y eso la tenía asustada e inquieta.

—Natasha, hija mía, desvístete y acuéstate en mi cama.

Sólo la condesa disponía de cama; Mme Schoss y las dos jóvenes dormían en un montón de heno extendido sobre el piso.

—No, mamá. Me echaré aquí en el suelo— dijo Natasha.

Se acercó a la ventana y la abrió.

Con la ventana abierta se oyeron más claramente los quejidos del ayudante. Natasha asomó la cabeza al aire húmedo de la noche y la condesa pudo ver cómo su delicado cuello, sacudido por los sollozos, golpeaba el marco de la ventana. Natasha sabía que no era el príncipe Andréi quien gemía; sabía que el príncipe Andréi viajaba en el mismo convoy que ellos,

que estaba en la isba vecina, separada de ellos solamente por el zaguán. Pero esos constantes quejidos la hicieron llorar.

La condesa y Sonia se miraron.

—Acuéstate, cariño mío. Acuéstate— dijo la condesa, poniéndole la mano en el hombro. —Acuéstate, ya es tarde.

—Ah, sí… Ahora mismo.

Y comenzó a desvestirse con tanta prisa que rompió las cintas de la falda. Se quitó el vestido, se puso una chambra y se sentó con las piernas recogidas en el heno que le servía de lecho. Echó hacia delante su trenza de cabellos finos y no largos, la deshizo y, con sus dedos finos, delicados, empezó a trenzarla de nuevo; sus movimientos eran rápidos, ágiles, volvía la cabeza bien a un lado, bien a otro, pero sus ojos febriles, muy abiertos, miraban inmóviles delante de sí. Cuando hubo terminado su tocado nocturno se echó lentamente sobre la sábana que cubría el heno extendido, en el suelo, cerca de la puerta.

—Natasha, échate en el centro— dijo Sonia.

—No, aquí— contestó. —Pero acostaos ya— añadió con fastidio.

Y hundió la cara en la almohada.

La condesa, Mme Schoss y Sonia se desnudaron rápidamente y se acostaron. En la habitación no había más que un candil, pero el patio estaba iluminado por el incendio de Málie-Mitischi, a dos kilómetros de allí; se oían gritos de borrachos en la taberna de la esquina, saqueada por los cosacos de Mámonov, y los gemidos continuos del ayudante.

Natasha escuchó durante largo rato, sin moverse, los rumores de la casa y los que llegaban desde fuera.

Primero oyó los rezos y suspiros de su madre, el crujido del lecho y los ronquidos silbantes de Mme Schoss, que conocía tan bien; oyó asimismo la tranquila respiración de Sonia. Al cabo de un rato la condesa la llamó, pero ella no contestó nada.

—Parece que se ha dormido, mamá— susurró Sonia.

Tras un breve silencio, la condesa llamó de nuevo a Natasha, sin que tampoco esta vez contestara.

Natasha no tardó en oír la respiración regular de su madre, pero siguió inmóvil, aunque el pequeño pie desnudo que había sacado de la sábana se le

enfriaba en el suelo.

Como si festejara su victoria sobre todos, el canto de un grillo llegó desde una rendija. A lo lejos cantó un gallo al que otro respondió más cerca. En la taberna habían cesado los gritos y sólo se oían los gemidos del ayudante. Natasha se incorporó.

—¡Sonia! ¿Duermes? ¡Mamá!— murmuró.

No contestó nadie. Natasha se puso en pie lentamente, con precaución, se persignó y anduvo con los pies descalzos, estrechos y ágiles, sobre el pavimento frío y sucio. Crujieron las tarimas, dio unos pasos rápidos, deslizándose como un gato, y sujetó el picaporte gélido de la puerta.

Le parecía que algo pesado golpeaba rítmicamente todas las paredes de la isba, pero era su propio corazón que latía sobrecogido por el miedo, el espanto y el amor.

Abrió la puerta, cruzó el umbral y puso los pies en la tierra húmeda y fría del zaguán. El frío pareció reanimarla. Su pie desnudo rozó a un hombre dormido, pasó por encima y abrió la puerta de la isba donde se hallaba el príncipe Andréi. La habitación estaba a oscuras. En el rincón del fondo, junto a un lecho donde había alguien acostado, ardía una vela de sebo que se había derretido, formando algo parecido a una seta.

Desde por la mañana, cuando le habían dicho que el príncipe Andréi estaba allí herido, decidió que debía verlo. No sabía para qué, pero sabía que la entrevista iba a ser penosa, y esto la convencía aún más de que era absolutamente necesaria.

Todo el día había vivido con la esperanza de verlo aquella noche; y ahora que había llegado el instante, la idea de lo que iba a ver la horrorizaba. ¿Cómo estaría de mutilado? ¿Qué quedaba de él? ¿Estaría como ese ayudante que no cesaba de gemir? Sí, él era también así. En su imaginación él era la encarnación de aquellos terribles gemidos. Cuando divisó en el rincón una forma indefinida y supuso que las rodillas del herido, levantadas bajo la manta, eran sus hombros, se imaginó que estaba ante un cuerpo horriblemente mutilado y se detuvo aterrada. Pero una fuerza invencible la empujaba hacia delante. Dio cautelosamente un paso, después otro, y se encontró en medio de una pequeña habitación completamente abarrotada. En un banco, bajo los iconos, yacía otro hombre

(era Timojin), y en el suelo se veían otros dos (el médico y el ayuda de cámara).

El ayuda de cámara se incorporó y murmuró algo. Timojin, que estaba desvelado por el dolor de su pierna herida, miraba con ojos muy abiertos la extraña aparición de la joven en camisa blanca, chambra y gorro de dormir. Las palabras asustadas del ayuda de cámara: "¿Qué quiere usted? ¿A qué viene?", hicieron que Natasha se acercara más de prisa a lo que yacía en el rincón. Aunque aquel cuerpo no se pareciera en nada a un hombre y fuera horrible, ella debía verlo. Dejó atrás al ayuda de cámara y como la cera fundida de la vela, en forma de seta, había caído, pudo ver claramente al príncipe Andréi, extendidos los brazos sobre la manta, tal como lo recordaba.

Estaba igual que siempre, aunque el color febril del rostro, los ojos brillantes fijos admirativamente en ella y, sobre todo, su cuello delgado, como el de un niño, que salía de la camisa, le conferían un aspecto distinto, juvenil e inocente que nunca había visto en él. Natasha se acercó al príncipe Andréi y con un movimiento rápido, ligero y ágil se puso de rodillas.

Él sonrió y le tendió la mano.

XXXII

Habían transcurrido siete días desde que el príncipe Andréi volviera en sí en el puesto de socorro del campo de batalla de Borodinó. Durante casi todo aquel tiempo había estado sin conocimiento. La fiebre y la inflamación de los intestinos —que habían sufrido lesiones, en opinión del médico que acompañaba al herido— debían acabar con él. Pero al séptimo día tomó con gusto un poco de pan y una taza de té; el médico observó que la temperatura descendía. Aquella mañana recobró el conocimiento.

La primera noche después de la salida de Moscú fue bastante templada y lo dejaron en el coche; pero en Mitischi el mismo herido quiso que lo sacaran de allí y pidió té. El dolor experimentado durante el traslado a la isba le arrancó fuertes lamentos y volvió a perder el sentido. Cuando lo colocaron en el lecho de campaña permaneció largo rato inmóvil, con los ojos cerrados. Después los abrió y dijo suavemente: "Bueno, ¿y ese té?". Esta memoria para los pequeños detalles de la vida sorprendió al médico. Le tomó el pulso y notó, con estupor, que había mejorado. Comprobarlo lo disgustó, porque su experiencia de profesional le decía que no podía vivir mucho y que si no moría ahora, moriría poco después y con sufrimientos mucho mayores. Con el príncipe Andréi llevaban también al comandante de batallón de su regimiento, Timojin, el de la nariz colorada, herido en la pierna en la misma batalla de Borodinó. Los acompañaban el médico, el ayuda de cámara, el cochero del príncipe y dos asistentes.

Trajeron el té y el príncipe Andréi lo bebió ávidamente, con los ojos febriles puestos en la puerta, como si tratara de comprender y recordar.

—No quiero más— dijo. —¿Está aquí Timojin?

Timojin se acercó arrastrándose sobre el banco en que estaba echado.

—Estoy aquí, Excelencia.

—¿Cómo va tu herida?

—¿La mía? Bien… Y usted, ¿cómo está?

El príncipe Andréi quedó pensativo como tratando de recordar algo.

—¿Podrían traerme un libro?— preguntó.

—¿Cuál?

—El Evangelio. No lo tengo.

El médico prometió buscárselo y pidió detalles al príncipe de cómo se sentía. El príncipe contestó con desgana, pero razonablemente, a todas las preguntas. Después pidió que pusieran debajo de él un soporte, con el que estaría más cómodo y sufriría menos. El médico y el ayuda de cámara levantaron el capote que lo cubría y, contraído el rostro a causa del sofocante hedor de carne putrefacta que despedía la herida, se pusieron a examinarla. El médico quedó muy disgustado por algo. Vendó al herido de otra manera y lo cambió de postura, lo que arrancó nuevos gemidos al príncipe y le hizo perder de nuevo el conocimiento. Comenzó a delirar. Sin cesar repetía que le llevaran el libro y se lo pusieran debajo.

—¿Qué les cuesta? No lo tengo. Tráiganlo, por favor… Me lo ponen debajo un minuto— decía con voz lastimera.

El médico salió al zaguán para lavarse las manos.

—No tenéis perdón— dijo al ayuda de cámara, que le echaba el agua. —Un momento que me he descuidado… Es un dolor terrible y me asombra que pueda soportarlo.

—Ahora parece que lo hemos colocado bien… ¡Jesucristo bendito!

Por primera vez el príncipe Andréi se dio cuenta del sitio en que se hallaba y qué le había ocurrido. Recordó que estaba herido y que cuando el coche se detuvo en Mitischi pidió que lo llevaran a la isba, que de nuevo se había sentido mal y había recobrado el conocimiento en la isba, antes de beber el té. Y ahora pasaba de nuevo revista a todo lo ocurrido. Volvía a representarse con especial lucidez el puesto de socorro, cuando, viendo los sufrimientos de un hombre que era su enemigo, acudieron a su mente nuevas ideas, que le prometían felicidad. Y esas ideas, vagas aún y confusas, se adueñaron otra vez de su alma. Recordaba que ahora poseía una felicidad nueva; y que ésta tenía algo en común con el Evangelio. Por

eso había pedido el libro. Pero la mala postura en que lo habían colocado y los dolores originados por el cambio de posición ofuscaron sus pensamientos. La tercera vez que despertó a la vida reinaba ya el silencio absoluto de la noche. Todos dormían en derredor. Un grillo cantaba al otro lado del zaguán. Oyó una voz que gritaba y cantaba en la calle, las cucarachas corrían por el suelo, las paredes y los iconos, una mosca enorme se debatía en la cabecera de su cama y de la vela de cebo, colocada a su lado, se había desprendido un trozo en forma de gruesa seta.

Su alma no estaba en estado normal. De ordinario, el hombre sano piensa, siente y recuerda simultáneamente un número incalculable de objetos, pero tiene el poder y la fuerza de escoger una serie de ideas o fenómenos y concentrar en ellos toda su atención. El hombre sano, aun en el momento de la más profunda reflexión, puede apartarla de su mente para saludar a un recién llegado y volver de nuevo a lo que pensaba. En este sentido, la mente del príncipe Andréi no estaba en situación normal. Todas las potencias de su espíritu eran más activas, más claras que nunca, pero actuaban al margen de su voluntad. Las más diversas ideas e imágenes se adueñaban de él simultáneamente. A veces, su mente comenzaba a funcionar con un vigor, una precisión y profundidad de los que era incapaz estando sano; mas de pronto, en plena actividad, todo se desvanecía sustituido por cualquier imagen inesperada y le resultaba imposible volver a la idea anterior.

“Sí, se me ha revelado una nueva dicha inalienable del ser humano —pensaba en medio de aquella penumbra apacible de la isba con los ojos dilatados, enfebrecidos y fijos—, una felicidad que está más allá de las fuerzas materiales, fuera de toda influencia exterior: la felicidad pura del alma, la dicha del amor. Todo hombre puede comprenderla, pero únicamente Dios tiene conciencia de ella y puede concederla. Mas ¿cómo revela Dios esta ley? ¿Por qué el hijo…?” Y de pronto se quebró el curso de aquellas ideas y el príncipe Andréi oyó (no sabía si deliraba o lo oía en la realidad) una suave voz que susurraba rítmicamente y sin cesar: “Y piti-piti-piti”, y después de “y-ti-ti”, volvía de nuevo “y piti-piti-piti”, y otra vez “y-ti-ti”. Al mismo tiempo, y en medio de aquella música susurrante, el príncipe Andréi sentía que sobre su rostro, en el centro, se alzaba un extraño

edificio aéreo de finas agujas o astillas. Sentía (aunque le resultaba penoso) que debía mantener el equilibrio, a costa de lo que fuera, para que el edificio que se erguía no se desmoronase. Sin embargo, se desmoronó, pero volvió a erguirse lentamente acompañado por los sones de aquella música rítmica y susurrante: "Se eleva… se eleva… se alarga y se eleva", repetía el príncipe Andréi. Al propio tiempo, junto al rumor y a la sensación de aquel edificio de agujas que se iba levantando y alargando, el príncipe Andréi veía, a la luz rojiza de la llama, el rumor de las cucarachas y el zumbido de la mosca que se posaba en la almohada y en su rostro. Cada vez que la mosca le rozaba la cara sentía como una quemadura, y, al mismo tiempo, se asombraba de que, al entrar donde el edificio se erguía, no lo destruyera. Además, había allí algo importante: un objeto blanco junto a la puerta, como la estatua de una esfinge que también lo oprimía.

"Tal vez sea mi camisa encima de la mesa —pensó—, éstas son mis piernas, y aquello es la puerta… Pero ¿por qué todo se eleva y se alarga? ¡Y piti-piti-piti y ti-ti y piti-piti-piti!… ¡Basta ya! ¡Por favor! ¡Déjalo ya!", suplicaba penosamente a alguien el príncipe Andréi. Y de nuevo surgieron sus ideas y sentimientos con claridad y pujanza extraordinarias.

"Sí, el amor —volvió a pensar con total nitidez—, pero no el amor que ama por algo, para algo o cualquier otro motivo, sino ese amor que experimenté la primera vez, cuando me sentía morir, vi a mi enemigo y lo amé. He sentido ese amor que es la esencia misma del alma y no necesita objeto alguno. También ahora experimento ese bendito sentimiento. Amar al prójimo, amar a los enemigos. Amarlo todo, amar a Dios en todas las manifestaciones. Se puede amar como ser humano a una persona querida; pero sólo al enemigo se lo puede amar con amor divino. Ésta fue la causa de mi alegría cuando me di cuenta de que sentía amor por aquel hombre. ¿Qué habrá sido de él? ¿Vivirá todavía?… El amor humano puede convertirse en odio, pero el amor divino no puede cambiar: nada, ni siquiera la muerte lo destruye. Es la esencia del alma. ¡A cuántas personas he odiado en mi vida! Y de todas, a ninguna odié ni amé tanto como a ella…" Y recordó a Natasha, no como otras veces, con su encanto y su alegría, que tanto le gustaban. Por primera vez pensó en su alma. Comprendía sus sentimientos, el dolor, la vergüenza, el arrepentimiento.

Por primera vez comprendía toda la crueldad de su comportamiento, de su ruptura con ella. “¡Si pudiera verla aunque no fuera más que una vez! Mirar de nuevo sus ojos, decirle…”

Y de nuevo piti-piti-piti-piti y piti-piti-bum: la mosca chocó con algo… Su atención, de pronto, se trasladó a otro mundo de la realidad y del delirio donde sucedía algo excepcional. En aquel mundo se alzaba, sin desmoronarse, un edificio que se estiraba igual que antes, la vela seguía ardiendo, circundada de un halo rojizo, la misma camisa-esfinge yacía junto a la puerta; pero, además de ello, algo crujió, penetró un soplo de aire fresco y una nueva esfinge blanca de rostro muy pálido y con los ojos brillantes de aquella Natasha en quien acababa de pensar.

“¡Oh! ¡Qué penoso este incesante delirio!”, pensó el príncipe Andréi, tratando de borrar aquel rostro de su imaginación. Pero el rostro estaba delante de él con toda la fuerza de la realidad y se acercaba. El príncipe Andréi quería volver al mundo de antes, al pensamiento puro, pero no podía hacerlo: el delirio lo arrastraba a sus dominios. La dulce voz susurrante seguía balbuceando pausada, algo lo ahogaba, se prolongaba, y el extraño rostro estaba delante de él. El príncipe Andréi reunió todas sus energías para volver a la realidad. Se movió, zumbaron sus oídos, se enturbió su vista y, como un hombre que se hunde en el agua, perdió el conocimiento.

Cuando volvió en sí, Natasha, aquella Natasha viva a la que él quería amar con todo el amor puro, divino, que se le había revelado, estaba de rodillas junto a su lecho. Comprendió que era en realidad la verdadera Natasha, pero no se asombró de ello, únicamente sintió una dulce alegría. Natasha, de rodillas (no podía moverse), lo miraba asustada, conteniendo los sollozos. Su cara estaba pálida, inmóvil. Sólo en su parte inferior algo temblaba.

El príncipe Andréi suspiró aliviado. Sonrió y le tendió la mano.

—¿Usted?— dijo. —¡Qué felicidad!

Natasha, con gesto rápido y prudente, se acercó a él de rodillas, tomó con cautela su mano, inclinó sobre ella la cara y empezó a besarla, rozándola apenas con sus labios.

—¡Perdón!— susurró, levantando la cabeza y mirándolo. —¡Perdóneme!

—¡La amo!— dijo el príncipe Andréi.

—¡Perdóneme!…

—¿Perdonarla de qué?— preguntó él.

—Por lo que… hice…— dijo Natasha en un susurro, apenas perceptible y entrecortado.

Y rozándola apenas, volvió a besar repetidas veces su mano.

—Te amo más y mejor que antes— dijo el príncipe Andréi, levantando con la mano el rostro de la joven para ver sus ojos.

Aquellos ojos llenos de lágrimas felices lo miraban con timidez, compasión, alegría y amor. La cara pálida y delgada de Natasha, con los labios hinchados, más que fea era terrible; pero el príncipe Andréi no veía aquel rostro: sólo contemplaba los hermosos ojos resplandecientes.

Detrás se oyeron algunas voces.

Piotr, el ayuda de cámara, ya despierto, llamó al médico. Timojin, que no dormía a causa del dolor de la pierna, había sido testigo de toda la escena y, encogido en el banco, procuraba cubrir con la sábana su cuerpo desnudo.

—¿Qué hace aquí?— preguntó el médico, incorporándose. —Haga el favor de salir, señorita.

Al mismo tiempo, una doncella enviada por la condesa, que había advertido la ausencia de su hija, llamó a la puerta.

Natasha salió de la isba como una sonámbula a la que hubieran despertado en pleno sueño; al volver a su habitación cayó sollozando en su lecho.

Desde aquel día, durante todo el viaje de los Rostov, en todos los altos y escalas, Natasha no se separó de Bolkonski; y el médico hubo de confesar que no esperaba de una señorita tanta firmeza y habilidad para cuidar a un herido.

Por terrible que pudiera parecer a la condesa pensar que el príncipe Andréi muriese durante el viaje (el médico lo consideraba muy probable) en los brazos de su hija, la condesa no se opuso a Natasha. Aunque el acercamiento del príncipe herido y la joven permitía suponer que, en caso

de curación, se reanudaría el proyecto de matrimonio, nadie hablaba del asunto; y Natasha y el príncipe Andréi menos que los demás. La alternativa de vida o muerte que pendía no sólo sobre Bolkonski, sino sobre toda Rusia, descartaba cualquier otro pensamiento.

XXXIII

El día 3 de septiembre Pierre se despertó tarde. Le dolía la cabeza, el traje con el que había dormido sin desnudarse le pesaba sobre el cuerpo y sentía la vaga conciencia de que algo vergonzoso había hecho el día anterior. Ese acto vergonzoso era su conversación con el capitán Ramballe.

El reloj señalaba las once, pero el día parecía particularmente sombrío. Pierre se levantó, se frotó los ojos y vio la pistola con la culata tallada que Guerasim había vuelto a dejar sobre la mesa. Pierre recordó dónde se encontraba y lo que debía hacer aquel día.

“¿Me habré retrasado? No; *él* probablemente no hará su entrada en Moscú antes de las doce”, se dijo. Pero no se permitió pensar en lo que pensaba hacer. Tenía prisa por cumplir su designio.

Se ajustó el traje, tomó la pistola y se dispuso a salir. Pero entonces se preguntó por primera vez cómo iba a llevar el arma por la calle. En la mano, no, desde luego, y aun bajo el amplio caftán era difícil esconder una pistola tan grande; no podía disimularla ni en el cinturón ni bajo el brazo. Además, estaba descargada y Pierre no había tenido tiempo de cargarla. “Da lo mismo un puñal”, pensó, por más que muchas veces, al meditar en sus propósitos, había pensado que el principal error del estudiante en 1809 consistió en querer matar a Napoleón con un puñal. Se habría dicho que el objetivo principal de Pierre no era realizar su proyecto, sino demostrarse a sí mismo que no renunciaba a él y que estaba dispuesto a poner todos los medios para cumplirlo. Pierre tomó con viveza el puñal mellado, metido en una funda verde, que había comprado en la torre de Sújarev, junto con la pistola, y lo ocultó bajo el chaleco.

Se ciñó el caftán con un cinturón, se hundió el gorro hasta los ojos y, procurando no hacer ruido para evitar al capitán, cruzó el pasillo y salió a la calle.

El incendio, que con tanta indiferencia viera la víspera, se había extendido considerablemente. Moscú ardía ya en diversos puntos: ardían a un mismo tiempo la calle Kariétnaia, Zamoskvorechie, Gostini Dvor, Povárskaia, las barcazas del Moskova y el mercado de leña del puente Dorogomílov.

Pierre se dirigió por varias callejas a Povárskaia y desde allí a la calle de Arbat, cerca de la iglesia de San Nicolás, donde, de acuerdo con sus ideas, debía llevar a cabo su plan. Los portales y ventanas de la mayoría de las casas estaban cerrados. Las calles aparecían desiertas. El aire estaba impregnado de olor a humo y a quemado. De vez en cuando se cruzaba con rusos, de rostros atemorizados e inquietos. También pasaban franceses con su aspecto de gente hecha a la vida de campaña, que iban por el centro de la calzada. Unos y otros miraban a Pierre con asombro. Además de su altura y corpulencia, además de su extraño aspecto sombrío y abstraído y la expresión dolorida de su rostro, llamaba la atención de los rusos porque no comprendían a qué categoría social podía pertenecer. Los franceses se fijaban en él porque Pierre, al revés que los demás rusos (que miraban a los invasores con curiosidad y miedo), no les dedicaba atención alguna. Junto a un portal, tres franceses, que trataban de hacer comprender algo a unos rusos, detuvieron a Pierre para preguntarle si sabía francés.

Él sacudió negativamente la cabeza y siguió adelante. En otro callejón, un centinela puesto junto a un armón verde le gritó algo. Sólo después de otro grito de amenaza y del ruido del gatillo montado por el centinela comprendió Pierre que debía pasar a la acera de enfrente. No veía ni oía nada en derredor. Como si todas las cosas le fueran extrañas, con prisa y temor llevaba consigo su propio proyecto, cuidando —dada la experiencia del día anterior— de tenerlo siempre presente. Pero no pudo conservar su estado de ánimo hasta el lugar a que se dirigía. Además, aunque nadie lo detuviera, le habría sido imposible cumplir sus propósitos, porque hacía ya más de cuatro horas que Napoleón había entrado en el Kremlin por el barrio de Dorogomílov y Arbat. A esas horas, de peor humor que nunca, estaba en

el gabinete imperial del Kremlin y daba detalladas órdenes acerca de las medidas que debían tomarse para extinguir el incendio, acabar con los merodeadores y dar seguridades a los ciudadanos. Pierre ignoraba todo eso. Absorto en su idea, se atormentaba como todos aquellos que emprenden un acto imposible, no por sus dificultades, sino por la incompatibilidad del proyecto con la naturaleza de su ejecutor. Lo atormentaba el temor de ser débil en el instante decisivo y que eso le hiciera perder la estima por su propia persona.

Aunque no veía ni oía nada en derredor, siguió instintivamente su camino, sin equivocarse en el laberinto de callejas que llevaban a Povárskaia.

A medida que se acercaba allí, el humo se hacía cada vez más denso; la temperatura aumentaba a causa del fuego. De vez en cuando las llamas asomaban sobre las casas. Las calles estaban allí más animadas y la gente daba muestras de mayor inquietud. Pero aunque sentía que algo extraordinario estaba ocurriendo a su alrededor, Pierre no se daba cuenta de que se acercaba al corazón del incendio. Al pasar por unos terrenos sin edificar, entre Povárskaia y los jardines del príncipe Gruzinski, oyó de pronto a su lado un llanto desesperado de mujer. Se detuvo y, como si despertara de un sueño, levantó la cabeza.

A un lado del sendero, sobre la hierba seca y polvorienta, yacían amontonados toda clase de enseres domésticos: un samovar, edredones, iconos y baúles. Una mujer ya de cierta edad, delgada, de largos dientes salientes, vestida con un abrigo negro y tocada con una cofia, estaba sentada en el suelo junto a los baúles, llorando desconsoladamente. Dos chiquillas de diez o doce años, con vestiditos cortos, sucios, y abrigos, miraban a su madre con una expresión de asombro y susto en sus caritas pálidas. Un niño de siete años, el menor, con una blusa y una gorra enorme, lloraba en brazos de su vieja niñera. Sentada en uno de los baúles, una criada sucia y descalza había deshecho su trenza rubia, arrancaba el pelo chamuscado y se lo acercaba a la nariz para olerlo. El marido, un hombre con uniforme de funcionario civil, de mediana estatura, pómulos salientes, pequeñas patillas y sienes lisas, separaba impasible los baúles puestos encima unos de otros y sacaba de debajo de ellos más prendas de vestir.

Cuando la mujer vio a Pierre casi cayó a sus pies.

—¡Padrecito! ¡Hermanos! ¡Socorro! ¡Salvadla! ¡Ayuda os pido!— gritó entre sollozos. —¡Mi pequeña! ¡Que me ayuden! ¡Salvadla! ¡Han dejado dentro a la más pequeña!… ¡Se va a quemar! ¡Oh!… ¡Y para eso tanto te cuidé!… ¡Oh, oh, oh!

—Cálmate, María Nikoláievna— dijo en voz baja el marido, seguramente para justificarse delante del extraño. —Nuestra hermana la habrá sacado. ¡Allí no puede estar!

—¡Monstruo! ¡Canalla!— vociferó furiosa la mujer, dejando repentinamente de llorar. —¡No tienes corazón! ¡No tienes piedad de tu hija! ¡Otro la habría sacado del fuego!— y se volvió a Pierre, sollozando de nuevo. —¡Es un monstruo! ¡No es un hombre ni un padre! Usted es bueno, señor. El incendio comenzó en la casa vecina y las llamas llegaron hasta la nuestra. La criada gritó "¡fuego!", y tuvimos que sacar deprisa y corriendo algunas cosas. Salimos tal como estábamos: esto es lo que hemos logrado salvar: las imágenes y la ropa de cama de la dote, todo lo demás se ha perdido. Buscamos a nuestros hijos, pero Katia, la pequeña, no estaba… ¡Oh, oh, oh! ¡Dios mío! ¡Dios mío!— y rompió en sollozos más fuertes. —¡Mi niña!… ¡Mi querida hija!… ¡Ha muerto en las llamas!

—Pero, ¿dónde? ¿Dónde ha quedado?— preguntó Pierre.

Por la animada expresión de su rostro, la mujer comprendió que aquel hombre podía ayudarla.

—¡Padrecito! ¡Padrecito!— exclamó abrazándose a sus piernas. —¡Bienhechor mío! ¡Calma mi corazón!… ¡Acompáñalo tú, Aniska, miserable!— gritó airadamente a la criada, mostrando aún más sus largos dientes.

—Llévame, llévame, yo… yo lo haré— dijo Pierre rápidamente, con voz jadeante.

La sucia criada apareció detrás de un baúl, se arregló la trenza, lanzó un suspiro y salió andando descalza por el sendero.

Pierre pareció despertar a la vida después de un profundo desmayo. Levantó la cabeza, los ojos se iluminaron vivamente y con rápidos pasos siguió a la muchacha, la adelantó y salió a la calle Povárskaia. Toda la calle estaba invadida por negras nubes de humo. Aquí y allá, entre la humareda,

surgían lenguas de fuego. Una gran muchedumbre se apretujaba delante del incendio. En mitad de la calle un general francés decía algo a los que lo rodeaban.

Pierre, acompañado por la muchacha, trató de acercarse al sitio donde estaba el general, pero unos soldados franceses lo detuvieron.

—On ne passe pas!— gritó una voz.

—Por aquí, venga— dijo la muchacha, —iremos por el callejón, por el patio de los Nikulin.

Pierre la siguió, corriendo de vez en cuando para no quedarse rezagado. La muchacha cruzó la calle, se volvió a la izquierda y tres casas más allá, a la derecha, entró en la puerta cochera.

—Por aquí— dijo. —Ya falta poco.

Atravesó el patio, abrió la puerta de la valla y se detuvo, mostrando a Pierre un pequeño pabellón de madera envuelto en llamas.

Una parte había caído ya; la otra estaba ardiendo y las llamas salían por las ventanas y el tejado.

En la puerta, Pierre se detuvo, ahogado por el calor.

—¿Cuál es la casa? ¿Cuál?— preguntó.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Oh!— chilló la criada, mostrando el pabellón en llamas. —Es aquélla. Se ha quemado nuestra Katia, nuestro tesoro… ¡Mi señorita adorada, oh!— vociferó Aniska que, a la vista del incendio, se creía obligada a exagerar sus sentimientos.

Pierre se acercó al pabellón; pero el calor era tan insoportable que hubo de dar una vuelta, hasta otra casa grande, que no ardía más que por una parte y alrededor de la cual pululaba buen número de franceses. Al principio no se dio cuenta de lo que hacían aquellos hombres, que arrastraban algo, pero al ver a un francés que golpeaba de plano con un machete a un mujik, al que trataban de arrancar un abrigo de piel de zorro, comprendió que estaban saqueando aquella casa. No tenía tiempo de entretenerse en aquel hecho.

Los crujidos y el fragor de las paredes y techos que se venían abajo, el crepitar de las llamas, los gritos excitados de la gente, la visión de aquellas oscilantes nubes de humo, tan pronto densamente negras como aclaradas por salpicaduras de chispas o como lenguas de fuego continuas, rojas, en

forma de haces espinosos y dorados que lamían las paredes, el calor y la rapidez de movimientos, acabaron por producir en Pierre la excitación que suele provocar un incendio. Esa influencia fue especialmente intensa en él, porque la visión del fuego pareció liberarlo de las ideas que lo obsesionaban. Se sentía joven, alegre, ágil y enérgico. Trató de acercarse al pabellón por el lado de la casa, y ya se disponía a entrar en la parte que aún se mantenía en pie cuando encima de él resonaron unos gritos, seguidos de un enorme crujido y de la caída de un cuerpo pesado a su lado.

Pierre miró a su alrededor y vio en las ventanas de la casa a algunos franceses que arrojaban el cajón de una cómoda lleno de objetos metálicos. Abajo, otros soldados franceses se acercaron al cajón.

—Eh bien, qu'est-ce qu'il veut, celui-là?[529]— gritó uno de los franceses señalando a Pierre.

—Un enfant dans cette maison. N'avez-vous pas vu un enfant?— preguntó Pierre.[530]

—Tiens, qu'est-ce qu'il chante, celui-là? Va te promener[531]— le gritaron varias voces, y uno de los soldados, con evidente temor de que Pierre quisiera quitarles la plata y el bronce que estaban en el cajón, se adelantó a él con aire amenazador.

—Un enfant?— gritó arriba otro francés. —J'ai entendu piailler quelque chose au jardin. Peut-être c'est son moutard, au bonhomme. Faut être humain, voyez-vous…[532]

—Où est-il? Où est-il?— preguntaba Pierre.

—Par ici! Par ici— le contestó desde la ventana el francés, señalando un jardín que estaba detrás de la casa. —Attendez, je vais descendre.

Y, en efecto, un minuto después, el francés, un joven de ojos negros con una mancha en la mejilla y en mangas de camisa, saltó por una ventana de la planta baja y, dando unas palmadas a Pierre en la espalda, corrió con él al jardín.

—Dépêchez-vous, vous autres, il commence à faire chaud[533]— gritó a sus camaradas. Llegados al camino enarenado, el francés cogió a Pierre del brazo y le indicó un banco, debajo del cual vio a una niña de tres años con un vestido color de rosa.

—Voilà votre moutard. Ah! une petite, tant mieux. Au revoir, mon gars. Faut être humain. Nous sommes tous mortels, voyez-vous[534]— y el francés de la mancha en la mejilla volvió corriendo adonde estaban sus compañeros.

Pierre, rebosante de alegría, se acercó corriendo a la niña y quiso cogerla en brazos. Pero la pequeña, al ver a un desconocido, dio un grito y salió corriendo. Era una niña escrofulosa, feúcha, parecida a su madre. Pierre consiguió alcanzarla y sujetarla. Ella chilló desesperadamente y trató de rechazar con sus manitas el brazo de Pierre; le dio un mordisco y Pierre se sintió invadido por un sentimiento de horror y asco, como si hubiera tocado un animalito repugnante, pero hizo un esfuerzo sobre sí mismo para no abandonar a la pequeña y corrió con ella hacia la casa grande. Ya no se podía volver por el mismo camino; Aniska, la criada, ya no estaba, y Pierre, con una mezcla de repulsión y lástima, abrazaba con la mayor suavidad posible a la niña mojada, que sollozaba lastimeramente mientras él corría por el jardín en busca de otra salida.

XXXIV

Cuando Pierre, después de dar un rodeo por patios y callejones, volvió con la niña al jardín de Gruzinski, en la esquina de la calle Povárskaia, no reconoció al principio el lugar del que había salido para buscar a la pequeña; ahora estaba lleno de gente y de enseres salvados de las llamas. Además de las familias rusas y sus bienes que habían escapado del incendio, se veían algunos soldados franceses vestidos con diversos uniformes. Pierre no les prestó atención. Se daba prisa en localizar a la familia del funcionario para entregarles a la niña y volver a salvar a otro todavía. Le parecía que debía hacer mucho más, y lo antes posible. Enardecido por el fuego y la carrera, Pierre experimentaba más que nunca aquella sensación de juventud, animación y energía que lo había invadido cuando corrió en busca de la niña. Ahora la niña se había calmado; sentada en brazos de Pierre se agarraba con sus manitas a su caftán y miraba en derredor como un animalito salvaje. De tanto en tanto Pierre le echaba una ojeada y le sonreía levemente. Creía descubrir algo conmovedor y cándido en ese pequeño rostro asustado y enfermizo.

El funcionario y su familia ya no estaban en el sitio de antes. Pierre avanzó con presteza entre la gente, sin dejar de mirar a todos cuantos encontraba. Se fijó en una familia georgiana o armenia, compuesta por un hombre muy viejo, guapo, de tipo oriental, que vestía pelliza y botas nuevas, una vieja del mismo aspecto y una mujer joven. Esa mujer, muy joven, pareció a Pierre el tipo perfecto de belleza oriental, con sus arqueadas cejas negras, el hermoso rostro ovalado, de cutis delicadísimo, sin ninguna expresión.

En medio de aquella muchedumbre y de los montones de enseres, esa joven, con su abrigo forrado de raso y el pañuelo de color lila con que cubría la cabeza, hacía pensar en una frágil planta de invernadero arrojada a la nieve. Estaba sentada sobre unos bultos, detrás de la vieja, y sus grandes ojos negros, inmóviles, velados por largas pestañas, miraban al suelo. Indudablemente, conocía su propia belleza, y eso era la causa de sus temores. Su rostro impresionó a Pierre, que, a pesar de la prisa, al pasar a lo largo de la valla se volvió varias veces para mirarla. Y como no encontraba a los que iba buscando, se detuvo y miró en derredor.

La figura de Pierre con la niña en brazos se destacaba aún más que antes; a su alrededor se juntaron algunos rusos, hombres y mujeres.

—¿Buscas a alguien, amigo? ¿Es usted un señor? Dinos, ¿de quién es esa niña?— le preguntaban.

Pierre contestó que la niña pertenecía a una mujer de abrigo negro que antes estaba con su familia en aquel sitio. Preguntó si sabían adonde habían ido.

—Deben de ser los Anférov— dijo un viejo diácono, volviéndose a una mujer picada de viruelas. —¡Dios mío, ten piedad de nosotros!— siguió, con voz de bajo y el mismo tono que empleaba en sus rezos.

—No, no son los Anférov— dijo la mujer. —Los Anférov se fueron esta mañana. Debe de ser la hija de María Nikoláievna o de Ivanova.

—Él dice que es una mujer del pueblo, y María Nikoláievna es una señora— objetó un criado.

—Debéis conocerla: es delgada y tiene los dientes largos— dijo Pierre.

—Sí, sí, es María Nikoláievna. Se fueron al jardín cuando llegaron estos lobos— dijo la mujer, señalando a los franceses.

—¡Dios mío, ten piedad de nosotros!— repitió el diácono.

—Vaya allí; están en el jardín. Es ella. No hacía más que llorar. Por ahí puede pasar— dijo la mujer picada de viruela.

Pero Pierre no escuchaba. Desde hacía unos momentos no separaba los ojos de algo que estaba ocurriendo a unos pasos de él. Miraba a la familia armenia y a dos soldados que se les habían acercado. Uno de ellos, un hombrecillo de movimientos vivaces, vestía capote azul, ceñido con una cuerda. Iba tocado con un gorro de dormir y sus pies estaban descalzos. El

otro, que llamó especialmente la atención de Pierre, era un hombre delgado y rubio, alto y algo encorvado, de movimientos tardos y expresión estúpida. Llevaba un capote de lana, pantalones azules y botas altas muy estropeadas. El francés más pequeño, descalzo y de capote azul, se aproximó a los armenios diciendo algo; cogió al viejo por las piernas y rápidamente comenzó a quitarle las botas. El otro se había detenido frente a la bella armenia y, silencioso, con las manos en los bolsillos, no dejaba de mirarla.

—Toma, toma la niña— dijo Pierre, con acento autoritario, tendiendo la pequeña a la mujer. —Llévasela a su madre. ¡Dásela!— gritó casi, dejando en el suelo a la criatura, que empezó a chillar.

Y miró de nuevo a la familia armenia. Al viejo ya le habían quitado las botas. El francés pequeño las sacudía ahora una contra otra. El viejo, sollozando, decía algo. Pero Pierre no hizo caso de eso más que de paso, toda su atención se concentró en el otro francés, que, en aquel instante, balanceándose lentamente, se acercaba a la muchacha y, sacando las manos de los bolsillos, se las echaba al cuello.

La bella armenia siguió inmóvil, en la misma postura, con los ojos bordeados de largas pestañas fijos en el suelo; parecía no ver ni sentir lo que el soldado le hacía.

Mientras Pierre cubría los pocos pasos que lo separaban de los soldados, el francés arrancó el collar de la armenia y la mujer, llevándose las manos al cuello, gritaba con voz estridente.

—Laissez cette femme![535]— rugió Pierre con voz rabiosa, agarrando al soldado encorvado y alto por los hombros y tirándolo a un lado.

El soldado cayó, se levantó y salió corriendo; pero su compañero, dejando las botas, sacó el machete y arremetió amenazador contra Pierre.

—Voyons, pas de bêtises!— gritó.[536]

Pierre estaba en uno de esos accesos suyos de cólera cuando se olvidaba de todo y sus fuerzas se decuplicaban. Se arrojó sobre el francés descalzo y, antes de que éste tuviera tiempo de manejar el machete, lo derribó y empezó a aporrearlo con los puños.

La muchedumbre que se había arremolinado a su alrededor lanzaba gritos de aprobación, pero en aquel momento una patrulla montada de ulanos desembocó en la calle. Los ulanos se acercaron al trote hacia Pierre

y el francés y los rodearon. Pierre no supo lo que había ocurrido después. Recordaba que había golpeado a alguien, que le pegaron a él y que después se había visto con las manos atadas y rodeado por un grupo de soldados franceses que lo registraban.

—Il a un poignard, lieutenant[537]— fueron las primeras palabras que entendió.

—Ah! une arme— dijo el oficial; y añadió volviéndose al soldado descalzo: —C'est bon, vous direz tout cela au conseil de guerre— y seguidamente, preguntó a Pierre: —Parlez-vous français, vous?[538]

Pierre miró en derredor con los ojos inyectados en sangre y no respondió. Su rostro debía de tener una expresión terrible, porque el oficial susurró algo y otros cuatro ulanos se separaron de la patrulla y rodearon a Pierre.

—Parlez-vous français?— repitió el oficial, sin aproximarse. —Faites venir l'interprete.

Un hombrecillo salió de las filas vestido de paisano a la rusa. Por su traje y su acento Pierre comprendió que sería un francés, dependiente de algún comercio de Moscú.

—Il n'a pas l'air d'un homme du peuple[539]— dijo el intérprete mirando atentamente a Pierre.

—Oh, oh! Ça m'a l'air d'un de ces incendiaries— dijo el oficial.— Demandez-lui ce qu'il est.[540]

—¿Quién ser tú?— preguntó el intérprete. —Tú debes responder a la autoridad.

—Je ne vous dirai pas qui je suis. Je suis votre prisonnier. Emmenez-moi[541]— dijo de pronto en francés Pierre.

—Ah! ah! Marchons!— contestó el oficial, frunciendo el ceño.

La muchedumbre había rodeado a los ulanos. Muy cerca de Pierre estaba la mujer picada de viruelas con la niña. Cuando la patrulla se puso en marcha, avanzó unos pasos.

—¿Adónde te llevan, querido? ¿Y la niña? ¿Dónde dejo a la niña si no es de ellos?— dijo.

—Qu'est-ce qu'elle veut, cette femme?— preguntó el oficial.

Pierre estaba como borracho. Su excitación se acentuó más aún al ver la criatura que había salvado.

—Ce qu'elle dit? Elle m'apporte ma fille que je viens de sauver des flammes. Adieu![542]— dijo, y, sin saber cómo se le había ocurrido aquella mentira, echó a andar con paso firme y solemne entre los franceses.

La patrulla era una de las mandadas por orden de Durosnel a las calles de Moscú para detener a los merodeadores y, sobre todo, a los incendiarios, quienes, en opinión del mando francés, eran los autores del fuego. La patrulla recorrió varias calles más y detuvo a otros cinco rusos sospechosos: un tendero, dos seminaristas, un mujik y un criado, y a varios merodeadores. Pero entre los sospechosos, el más peligroso parecía Pierre. Cuando llegaron al caserón de la puerta de Zúbovski, donde estaba la prisión militar, lo encerraron incomunicado bajo severa vigilancia.

LIBRO CUARTO

Primera parte

I

En las altas esferas petersburguesas era más encarnizada que nunca la complicada lucha entre los partidarios de Rumiántsev, de los franceses, de María Fiódorovna, del príncipe heredero y de otros personajes, aunque, como siempre, oscurecida por el zumbido de los zánganos cortesanos. Pero la vida de San Petersburgo, tranquila y lujosa, sin otra preocupación que los reflejos distorsionados de la realidad, seguía su curso ordinario. Y quienes se encontraban en esa vida debían hacer grandes esfuerzos para comprender el peligro y la difícil situación en que se hallaba el pueblo ruso. Se celebraban las mismas fiestas, idénticos bailes y espectáculos del teatro francés; continuaban los mismos intereses de las diversas cortes, los mismos intereses del servicio, las mismas intrigas. Sólo en los círculos más elevados se esforzaban por hacer comprender la difícil situación. Se contaba en voz baja la reacción tan distinta de las dos Emperatrices en tales circunstancias. La Emperatriz madre, María Fiódorovna, preocupada por el bienestar de las instituciones educativas y benéficas de las que era presidenta, había ordenado llevarlas a Kazán, y sus bienes estaban embalados y dispuestos. La Emperatriz Elisabetha Alexéievna, con el patriotismo que la caracterizaba, había contestado a quienes le preguntaban qué se dignaba disponer que no podía dar órdenes atinentes a las instituciones estatales porque dependían del Emperador; pero en lo que se refería personalmente a ella, manifestó que sería la última en salir de San Petersburgo.

El 26 de agosto, el mismo día de la batalla de Borodinó, Anna Pávlovna ofrecía una velada cuya atracción principal era la lectura de una carta de Su Eminencia escrita con ocasión del envío de la imagen de San Sergio al

Emperador. Esta carta se juzgaba un modelo de elocuencia patriótica y religiosa. El mismo príncipe Vasili, que tenía fama de excelente lector (se la había leído a la Emperatriz), iba a leer aquel documento.

Se consideraba un arte pronunciar las palabras en voz alta, cantarina, mezclando alaridos angustiosos con tiernos susurros, totalmente al margen de su significado, de modo que por casualidad una palabra coincidía con el alarido y otra con el susurro. Esta lectura, como todas las veladas de Anna Pávlovna, tenía significado político. Acudirían a ella algunos personajes importantes a los que había que avergonzar por su asistencia al teatro francés y avivar sus sentimientos patrióticos. Muchos invitados ya habían llegado. Pero Anna Pávlovna aún no veía en su salón a las personas que necesitaba; de manera que, aplazando la lectura, promovía conversaciones generales.

En San Petersburgo la novedad del día era la enfermedad de la condesa Bezújov. Unos días antes la condesa había caído repentinamente enferma, faltó a varias reuniones de las que era ornato, y corría la voz de que no recibía a nadie y que en vez de los célebres doctores de San Petersburgo, que ordinariamente la visitaban, se había confiado a un médico italiano que la estaba tratando con un nuevo y extraordinario método.

Nadie ignoraba que la enfermedad de la bella condesa se debía a la incomodidad de casarse al mismo tiempo con dos hombres, y que los cuidados del italiano consistían en evitar esa incomodidad. Pero en presencia de Anna Pávlovna ninguno se habría atrevido a pensar en tal cosa; es más, nadie parecía saberlo.

—On dit que la pauvre comtesse est très mal. Le médecin dit que c’est l’angine pectorale.[543]

—L’angine? Oh, c’est une maladie terrible![544]

—On dit que les rivaux se sont réconciliés grâce à l’angine…[545]

La palabra *angine* era repetida con gran placer.

—Le vieux comte est touchant à ce qu’on dit. Il a pleuré comme un enfant, quand le médecin lui à dit que le cas était dangereux.[546]

—Oh! Ce serait une perte terrible. C’est une femme ravissante.[547]

—Vous parlez de la pauvre comtesse— dijo Anna Pávlovna, acercándose. —J’ai envoyé savoir de ses nouvelles. On m’a dit qu’elle allait

un peu mieux. Oh! Sans doute, c'est la plus charmante femme du monde!— continuó, sonriendo de su propio entusiasmo. —Nous appartenons à des camps différents, mais cela ne m'empêche pas de l'estimer, comme elle le mérite. Elle est bien malheureuse— añadió.[548]

Suponiendo que con semejantes palabras Anna Pávlovna había levantado ligeramente el velo del misterio que cubría la enfermedad de la condesa, un joven imprudente se permitió manifestar su extrañeza por no haber sido llamados médicos famosos y que la condesa se hubiera puesto en manos de un charlatán que podía administrarle remedios peligrosos.

—Vos informations peuvent être meilleures que les miennes— dijo de pronto Anna Pávlovna con venenosa acritud al joven inexperto. —Mais je sais de bonne source que ce médecin est un homme très savant et très habile. C'est le médecin intime de la Reine d'Espagne.[549]

Y, después de aniquilar al atrevido con aquellas palabras, Anna Pávlovna se volvió a Bilibin, que, en otro grupo, frunciendo la frente y preparándose evidentemente a desarrugarla para soltar *un mot*, hablaba de los austríacos.

—Je trouve que c'est charmant— decía refiriéndose a una nota diplomática con la que habían sido devueltas a Viena las banderas austríacas tomadas por Wittgenstein, *le héros de Petropol*, como se lo llamaba en San Petersburgo.

—¿Qué dice?— preguntó Anna Pávlovna, provocando así un silencio para que escucharan *le mot*, que ella ya conocía.

Bilibin repitió las palabras textuales del despacho diplomático que él había escrito:

—L'Empereur renvoie les drapeaux autrichiens, drapeaux amis et égarés qu'il a trouvé hors de la route[550]— dijo Bilibin, desarrugando la frente.

—Charmant! Charmant!— exclamó el príncipe Vasili.

—C'est la route de Varsovie, peut-être[551]— dijo de pronto y en voz alta el príncipe Hipólito.

Todos se volvieron hacia él, sin comprender lo que pretendía decir. El príncipe Hipólito miró alrededor con alegre sorpresa. Tampoco él, como los demás, comprendía el significado de sus palabras. Durante su carrera diplomática había observado más de una vez que las frases dichas sin venir

a cuento resultaban muy ingeniosas; y precisamente por ello había dicho ahora lo primero que le vino a la lengua. “Tal vez resulte bien, y si no, ya sabrán arreglarlo”, pensó. Y, en efecto, en medio del silencio embarazoso que se produjo, entró en la sala aquel personaje no lo suficientemente patriótico a quien Anna Pávlovna deseaba convertir. Sonriendo a Hipólito y amenazándolo con el dedo, invitó al príncipe Vasili a venir a la mesa, le llevó dos candelabros, el manuscrito y le rogó que comenzara a leer. Todos guardaron silencio.

—“Muy augusto Soberano y Emperador— comenzó severamente el príncipe Vasili, mirando a todos como para asegurarse de que nadie tenía nada que objetar. No se oyó ni una sola palabra. —La primera capital del reino, Moscú, la nueva Jerusalén, recibe a *su* Cristo— subrayó la palabra *su* — como una madre que, teniendo en brazos a sus fieles hijos, prevé a través de las tinieblas la espléndida gloria de tu imperio y canta entusiasta: ¡Hosanna! ¡Bendito seas!”

El príncipe Vasili pronunció estas últimas palabras con voz llorosa. Bilibin examinaba atentamente sus uñas; otros parecían turbados y se preguntaban en qué consistiría su culpa. Anna Pávlovna anticipó en un susurro, como las viejas hacen con las preces de la comunión: “Que ese Goliat arrogante y audaz…”.

El príncipe Vasili siguió leyendo:

—“Que ese Goliat arrogante y audaz, llegado de las fronteras de Francia, rodee las tierras de Rusia con los horrores de la muerte. La humilde fe, como la honda del David ruso, derribará de improviso la cabeza de su orgullo sanguinario. Ofrendamos a Vuestra Majestad esta imagen de San Sergio, el secular defensor del bien de nuestra patria. Lamento que mis exiguas fuerzas me priven del placer de contemplar y admirar vuestro augusto rostro. Elevo al cielo fervientes plegarias para que el Omnipotente dé fortaleza a la generación de los justos y cumpla todos los deseos de Vuestra Majestad.”

—Quelle force! Quel style!— dijeron todos, en alabanza del lector y del autor del mensaje.

Exaltados por aquella lectura, los invitados de Anna Pávlovna comentaron durante largo rato la situación de la patria, haciendo diversas

suposiciones acerca del éxito de la batalla que habría de librarse uno de aquellos días.

—Vous verrez[552] cómo mañana, cumpleaños del Emperador, nos llegan buenas noticias. Lo presiento— dijo Anna Pávlovna.

II

El presentimiento de Anna Pávlovna se justificó. Al día siguiente, durante la acción de gracias en palacio para conmemorar el cumpleaños del emperador Alejandro, se avisó en la iglesia al príncipe Volkonski que había llegado un parte de Kutúzov. Era el informe escrito por el Serenísimo en la aldea de Tatárinovo, el mismo día de la batalla. Kutúzov escribía que los rusos no habían retrocedido ni un paso, que las pérdidas francesas eran superiores a las propias y que escribía aquel informe urgentemente en el campo de batalla, sin conocer aún los últimos datos. Eso suponía la victoria. Y en seguida, sin salir del templo, se dieron las gracias al Creador por su ayuda.

El presentimiento de Anna Pávlovna se había cumplido y durante toda la mañana reinó en la ciudad un alegre ambiente de fiesta. Todos consideraban la victoria como cosa hecha y hablaban ya de la captura del mismísimo Napoleón, de su destronamiento y de la elección de un nuevo jefe para los franceses.

Lejos del campo de batalla y en aquel ambiente de vida cortesana, era difícil que los sucesos se vieran en toda su plenitud y fuerza. Los acontecimientos generales se agrupan involuntariamente en torno a un hecho particular. El principal placer de los cortesanos consistía no tanto en el hecho de la victoria como en la coincidencia de que la noticia hubiera llegado en el día del cumpleaños del Soberano. Todo era como una sorpresa bien lograda. En el informe de Kutúzov se hacía también referencia a pérdidas rusas: Tuchkov, Bagration, Kutáisov. Ese era el lado triste del acontecimiento que, en el mundo petersburgués, se concentraba en torno a un suceso: la muerte de Kutáisov. Todos lo conocían, el Emperador lo quería, era joven y atractivo.

Aquel día se decían todos al encontrarse:

—¡Qué maravillosa coincidencia! ¡Precisamente en la ceremonia de acción de gracias! ¡Y qué pérdida la de Kutáisov! ¡Qué lástima!

—¿Qué les decía yo de Kutúzov?— comentaba ahora el príncipe Vasili con orgullo de profeta. —Siempre he sostenido que sólo él sería capaz de vencer a Napoleón.

Pero al día siguiente no se recibieron noticias del ejército y la gente empezó a inquietarse. Los cortesanos sufrían por la incertidumbre en que se hallaba el Emperador.

—¡En qué situación se encuentra el Emperador!— decían. Y ya no ensalzaban, como la víspera, sino que maldecían a Kutúzov, responsable de la ansiedad imperial.

Aquel día el príncipe Vasili no se vanaglorió de su *protégé* Kutúzov. Cuando alguien hablaba del general en jefe, el príncipe guardaba silencio. Por si esto fuera poco, en la tarde de aquel mismo día todo pareció conjurarse para mantener a los habitantes de San Petersburgo en la confusión y la inquietud. Se difundió otra terrible noticia: la condesa Elena Bejúzov había muerto repentinamente, fulminada por aquella horrible enfermedad cuyo nombre era tan agradable pronunciar. Oficialmente se decía que la condesa Bezújov había muerto de un ataque agudo de *angine pectorale*; pero en los círculos más íntimos se contaba que *le médecin intime de la Reine d'Espagne* había proporcionado a la bella Elena pequeñas dosis de cierto medicamento para provocar un determinado resultado; pero que ella, atormentada por las sospechas del viejo conde y la falta de respuesta de su marido (aquel desgraciado y disoluto Pierre), que no había respondido a sus cartas, tomó una gran dosis de la medicina prescrita y había muerto entre atroces sufrimientos antes de que nadie pudiera acudir en su ayuda. Se decía que el príncipe Vasili y el viejo conde quisieron emprender una acción contra el italiano, pero que él había mostrado cartas tan comprometedoras para la desventurada difunta que optaron por dejarlo inmediatamente en paz.

Así pues, la conversación general giraba en torno a tres acontecimientos tristes: la falta de noticias del Emperador, la muerte de Kutáisov y la de Elena.

Al tercer día después de haberse recibido el informe de Kutúzov, llegó a San Petersburgo un terrateniente de Moscú y por toda la ciudad cundió la noticia de que Moscú había sido abandonada y ocupada. ¡Era espantoso! ¡En qué situación se hallaba el Emperador! Kutúzov era un traidor, y el príncipe Vasili, durante las *visites de condoléance* con motivo del fallecimiento de su hija, aseguraba que no se podía esperar otra cosa de Kutúzov, aquel viejo ciego y depravado al que tanto había glorificado poco antes (se le podía perdonar el olvido de lo que hasta entonces había sostenido en atención al dolor por la muerte de su hija).

—Lo único que me asombra es que se haya podido confiar la suerte de Rusia a un hombre semejante— decía.

Como la noticia no era todavía oficial, se podía poner en duda, pero al día siguiente llegaba un informe de Rastopchin:

> Un ayudante del príncipe Kutúzov trae un mensaje pidiéndome oficiales de policía para acompañar al ejército al camino de Riazán. Asegura que abandona Moscú con pena. Majestad: El acto de Kutúzov decide la suerte de la capital y de vuestro imperio. Rusia se estremecerá al conocer el abandono de la ciudad en la cual se concentra la grandeza de Rusia y donde reposan las cenizas de vuestros mayores. Seguiré al ejército. He hecho evacuar todo. No me queda más que llorar la suerte de mi patria.

Recibido ese informe, el Emperador envió, por medio del príncipe Volkonski, el siguiente rescripto a Kutúzov:

> Príncipe Mijaíl Ilariónovich: Desde el día 29 de agosto no he tenido ningún informe de usted. Sin embargo, el 1 de septiembre el general gobernador de Moscú me comunicó, desde Yaroslav, la triste noticia de que usted, con el ejército, había decidido abandonar Moscú. Puede imaginar el efecto que me ha producido semejante nueva y su silencio aumenta aún más mi asombro. El general ayudante de campo, príncipe Volkonski, portador del presente rescripto, tiene orden de que

usted lo informe de la situación en que se encuentra el ejército y de las razones que lo han impulsado a una decisión tan triste.

III

Nueve días después de la caída de Moscú llegaba a San Petersburgo el enviado de Kutúzov con la noticia oficial del abandono. Este enviado era el francés Michaux, que ignoraba el idioma ruso pero que, *quoique étranger* (como él mismo decía), era *Russe de coeur et d'âme.*[553]

El Emperador recibió inmediatamente al enviado en su propio despacho del palacio de Kámmeni Ostrov. Michaux, que jamás había estado en Moscú antes de la campaña y que ignoraba el ruso, se sintió conmovido cuando compareció delante de *notre très gracieux souverain* (según escribió él mismo) para informarlo del incendio de Moscú, *dont les flammes éclairaient sa route.*[554]

Aunque el motivo del *chagrin* del señor Michaux debía de ser diferente del que experimentaban los rusos, cuando fue introducido en el gabinete del Emperador presentaba un rostro tan triste que éste le preguntó en seguida:

—M'apportez-vous de tristes nouvelles, colonel?[555]

—Bien tristes, Sire: l'abandon de Moscou[556]— respondió Michaux bajando los ojos y suspirando.

—Aurait-on livré mon ancienne capitale sans se battre?[557]— preguntó rápidamente el Emperador con el rostro de pronto enrojecido.

Michaux comunicó con todo respeto lo que le había encargado Kutúzov, es decir, que era imposible mantener una batalla en torno a Moscú y no había más que una solución: perder el ejército y la ciudad o sólo a ésta. Y el general en jefe había escogido lo último.

El Emperador escuchaba en silencio, sin mirar a Michaux.

—L'ennemi est-il entré en ville?— preguntó después.[558]

—Oui, Sire, et elle est en cendres à l'heure qu'il est. Je l'ai laissée toute en flammes[559]— respondió resueltamente Michaux.

Pero al mirar al Emperador se asustó de lo que había dicho. El Soberano empezó a respirar profundamente, el labio inferior le tembló y sus bellos ojos azules se llenaron de lágrimas. Pero sólo duró un instante. El Emperador frunció el ceño, como reprochándose su propia debilidad, y, levantando la cabeza, dijo a Michaux con voz firme:

—Je vois, colonel, par tout ce qui nous arrive, que la Providence exige de grands sacrifices de nous… Je suis prêt à me soumettre à toutes Ses volontés; mais dites-moi, Michaux, comment avez-vous laissée l'armée, en voyant ainsi, sans coup férir, abandonner mon ancienne capitale? N'avez-vous pas aperçu de découragement?…[560]

Viendo tranquilizado a su *tres gracieux souverain*, Michaux se tranquilizó también; pero no había tenido tiempo de preparar su respuesta a la pregunta directa y principal del Emperador, que exigía la misma franqueza.

—Sire, me permettez-vous de vous parler franchement en loyal militaire?[561]— preguntó para ganar tiempo.

—Colonel, je l'exige toujours. Ne me cachez rien, je veux savoir absolument ce qu'il en est.[562]

—Sire!— dijo Michaux con una fina sonrisa apenas perceptible, habiendo conseguido preparar la respuesta bajo la forma ligera y respetuosa de un *jeu de mots*. —Sire!, j'ai laissé toute l'armée, depuis les chefs jusqu'au dernier soldat, sans exception, dans une crainte épouvantable, effrayante…[563]

—Comment ça?— lo interrumpió el Emperador. —Mes Russes se laisseront-ils abattre par le malheur?… Jamais!…[564]

Eso era lo que esperaba Michaux para introducir su juego de palabras.

—Sire, ils craignent seulement que Votre Majesté par bonté de coeur ne se laisse persuader de faire la paix. Ils brûlent de combattre, et de prouver à Votre Majesté par le sacrifice de leur vie, combien ils lui sont dévoués…[565]

—Ah! Vous me tranquillisez, colonel— dijo el Emperador recobrando la serenidad y el brillo de los ojos.

Dio unas palmadas en el hombro de Michaux; después, bajó la cabeza y guardó un breve silencio.

—Eh bien, retournez à l'armée— dijo a Michaux, con un gesto dulce y majestuoso irguiendo el cuerpo cuan alto era. —Et dites à nos braves, dites à tous nos bons sujets partout où vous passerez, que quand je n'aurai plus aucun soldat, je me mettrai, moi-même, à la tête de ma chère noblesse, de mes bons paysans et j'userai ainsi jusqu'à la dernière ressource de mon empire. Il m'en offre encore plus que mes ennemis ne pensent— decía el Zar cada vez más animado. —Mais si jamais il fut écrit dans les décrets de la Divine Providence que ma dynastie dût cesser de régner sur le trône de mes ancêtres— dijo alzando al cielo sus bellos y emocionados ojos azules, —alors, après avoir épuisé tous les moyens qui sont en mon pouvoir, je me laisserai croître la barbe jusqu'ici— y señaló con la mano la mitad del pecho —et j'irai manger des pommes de terre avec le dernier de mes paysans plutôt que de signer la honte de ma patrie et de ma chère nation, dont je sais apprécier les sacrifices…[566]

Pronunciadas estas palabras con voz conmovida, Alejandro se volvió como si deseara esconder a Michaux las lágrimas que brotaban de sus ojos y se dirigió al fondo de su gabinete. Allí quedó unos momentos, y después, con grandes pasos, volvió junto a Michaux, y, con energía, le apretó el brazo por debajo del codo. El hermoso y dulce rostro del soberano estaba rojo y sus ojos brillaban de resolución y cólera.

—Colonel Michaux, noubliez pas ce que je vous dis ici; peut-être qu'un jour nous le rappellerons avec plaisir… Napoléon ou moi— dijo Alejandro, llevándose la mano al pecho. —Nous ne pouvons plus régner ensemble. J'ai appris à le connaître, il ne me trompera plus…[567]

Y frunciendo de nuevo el ceño, calló.

Al escuchar tales palabras y ver la expresión de firme resolución en los ojos de Alejandro, Michaux, *quoique étranger, mais Russe de coeur et d'âme*, se sintió en tan solemne instante *enthousiasmé par tout ce quil venait d'entendre* (así lo dijo después), y con las siguientes palabras expresó sus propios sentimientos y los del pueblo ruso, de quien se sentía representante:

—Sire, Votre Majesté signe dans ce moment la gloire de la nation et le salut de l'Europe.[568]

Con una inclinación de cabeza el Emperador despidió a Michaux.

IV

Cuando la mitad de Rusia estaba conquistada y los habitantes de Moscú huían a provincias lejanas, cuando se movilizaban continuas levas de milicias en defensa de la patria, se nos figura, a los que no hemos vivido en aquella época, que todos los rusos, desde el más pequeño hasta el más grande, se ocupaban sólo de ofrendar su vida para salvar su patria o llorar su pérdida. Los relatos, las descripciones de aquel tiempo, sin excepción, nos hablan de sacrificios, de amor a la patria, de la desesperación, del heroísmo y el dolor de los rusos. En realidad no fue así. Nos lo parece porque del pasado no vemos más que el interés histórico general de aquel tiempo, sin advertir todos los intereses particulares, humanos, de los hombres de entonces. Sin embargo, en el tiempo presente, esos mismos intereses personales prevalecen tanto sobre los generales que a veces llegan a borrarlos totalmente. La mayoría de los hombres de aquella época no prestaban atención alguna a la marcha general de los acontecimientos y se dejaban guiar por los propios intereses personales inmediatos; y fueron precisamente ellos los protagonistas más eficaces de los sucesos de aquel entonces.

Los que trataban de comprender la marcha general de los acontecimientos e intentaban influir en su desarrollo con actos de abnegación y heroísmo eran los miembros menos útiles de la sociedad. Lo veían todo al revés, y cuanto hacían con la mejor de sus intenciones no eran más que tonterías sin provecho, como fueron los regimientos de Pierre y Mámonov, que se entregaban al saqueo de las aldeas rusas; así fueron las hilas preparadas por las damas, que jamás llegaban a los heridos, etcétera.

Y aun quienes gustaban de hacer gala de su ingenio y de expresar sus sentimientos, al hablar de la situación de Rusia, sin darse cuenta, ponían en sus palabras la huella de la ficción, el engaño, la censura inútil o la cólera contra hombres acusados de acciones de las que nadie era culpable. En los acontecimientos históricos debe prohibirse acudir a frutos del árbol de la sabiduría. Sólo la actuación inconsciente es fructífera, y el hombre que representa un papel en los sucesos históricos no comprende nunca su importancia. Si intenta comprenderlos, enferma de esterilidad.

La trascendencia de los acontecimientos de entonces en Rusia era tanto más incomprensible para un hombre cuanto más cerca participaba en ellos. En San Petersburgo y en las provincias alejadas de Moscú, damas y caballeros con uniforme de milicias se lamentaban del destino de Rusia y de la capital, hablaban de sacrificios, etcétera. Pero en el ejército que retrocedía más allá de Moscú, casi nadie hablaba ni pensaba en la ciudad, y contemplando sus llamas nadie juraba vengarse de los franceses; se pensaba solamente en la próxima soldada, en la próxima etapa, en Matrioshka, la cantinera, o en cosas semejantes…

Sin intención alguna de sacrificarse, sino por una absoluta casualidad, puesto que la guerra lo había encontrado en pleno y prolongado servicio, Nikolái Rostov tomaba parte directa en la defensa de la patria, y por esa razón veía todo cuanto pasaba entonces en Rusia sin amargura ni pesimismo. Si alguien le hubiera preguntado qué opinaba de la situación de Rusia, habría respondido que no tenía necesidad de pensar, que para eso ya estaban Kutúzov y otros, pero había oído que iban a cubrirse las bajas en las unidades, que probablemente había lucha para mucho tiempo y que, vistas las circunstancias, era muy probable que él obtuviera el mando de un regimiento al cabo de dos años.

Así consideradas las cosas, no sólo no lamentó que lo enviaran a comprar caballos para la división a Vorónezh, lo que lo privaba de tomar parte en la contienda, sino que recibió la noticia con gran placer, placer que no ocultaba y que sus compañeros de armas comprendían perfectamente.

Unos días antes de la batalla de Borodinó, Nikolái recibió el dinero y los documentos; varios húsares fueron enviados por delante, y él, con caballos de posta, salió para Vorónezh.

Sólo quien ha pasado varios meses consecutivos en un ambiente militar, de guerra, puede comprender el placer de Nikolái Rostov cuando salió de la zona del ejército con sus forrajes, carros de víveres y ambulancias. Cuando lejos de los soldados, de los convoyes y de las sucias huellas que denotan la presencia de un campamento, vio las aldeas con mujiks, campesinas, casas señoriales, campos donde pacían rebaños, estaciones de postas con sus encargados dormidos, fue tanta su alegría como si fuese la primera vez que veía esas cosas. Sobre todo le llamaba la atención y producía intensa felicidad la presencia de mujeres jóvenes y saludables sin que las rondasen una docena de oficiales alrededor; mujeres satisfechas y deseosas de que un oficial, de paso, bromeara con ellas.

En el mejor estado de ánimo posible, Nikolái llegó de noche a Vorónezh. En el hotel pidió todo aquello de que había carecido durante tanto tiempo en el ejército; y a la mañana siguiente, después de haberse afeitado con esmero y con el uniforme de gala, que no se ponía desde hacía mucho tiempo, fue a presentarse a las autoridades.

El jefe de milicias era un general a quien visiblemente divertían sus ocupaciones militares y su alta graduación. Recibió a Nikolái con aire severo (pues creía que en eso estaba el rasgo principal del servicio militar) y con palabras graves, como si tuviera derecho a ello, interrogó al joven, aprobando o desaprobando la marcha general de los acontecimientos. Pero Nikolái estaba tan contento que aquella actitud le pareció divertida.

Después del jefe de milicias, visitó al gobernador, un hombre pequeño e inquieto, muy cariñoso y sencillo.

Indicó a Rostov las cuadras donde podría encontrar lo que buscaba y le recomendó a un tratante de la ciudad y, a veinte kilómetros de allí, a un propietario rural que tenía inmejorables caballos. Además, le prometió todo su apoyo.

—¿Es usted hijo del conde Iliá Andréievich Rostov? preguntó. —Mi mujer era muy amiga de su madre. Los jueves recibo, y como hoy es jueves le ruego que venga a casa sin ceremonia— dijo el gobernador al despedirse de él.

Nikolái tomó acto seguido un coche de postas y, llevándose al sargento, recorrió los veinte kilómetros que lo separaban del propietario que le habían

indicado. Este primer tiempo de su estancia en Vorónezh resultaba alegre y fácil, como suele ocurrir cuando uno mismo está bien dispuesto y las cosas le salen redondas y a gusto.

El propietario que habían indicado a Nikolái era un viejo solterón, antiguo oficial de caballería y buen conocedor de caballos, cazador y dueño de un viejo vodka centenario, de un excelente vino de Tokai y una magnífica cuadra.

Dos palabras bastaron para ultimar el negocio. Nikolái compró, por seis mil rublos, diecisiete potros excelentes, como hermanos gemelos (según él decía). Después de la comida, en la cual hizo los honores, algo más de los debidos, al Tokai, Nikolái abrazó al propietario, al que ya tuteaba, y emprendió el regreso por aquel pésimo camino.

Nikolái, de un humor excelente, no cesaba de estimular al cochero para llegar a tiempo a la velada del gobernador.

Se cambió de traje, remojó concienzudamente la cabeza, se perfumó y, con algún retraso pero con la frase: *Vaut mieux tard que jamais*,[569] llegó a la casa del gobernador.

No se trataba de un baile, ni nadie había dicho que se fuera a bailar, pero todos sabían que Ekaterina Petrovna interpretaría al clavicordio valses y escocesas y que se bailaría. Contando con eso, todos habían ido con sus trajes de baile.

La vida de provincias en 1812 era la misma de siempre, con la única diferencia de que la ciudad parecía mucho más animada debido a la presencia de numerosas familias ricas de Moscú, y se notaba, como en todo lo que entonces ocurría en Rusia, una especial tendencia a no dar importancia a nada (¡el qué más da y así se hunda todo!), y también que las conversaciones vulgares, tan necesarias en sociedad y que antes se referían al buen o mal tiempo y a las amistades comunes, versaban ahora sobre Moscú, el ejército y Napoleón.

Los reunidos en casa del gobernador pertenecían a la mejor sociedad de Vorónezh.

Había no pocas señoras, algunas de las cuales habían conocido a Nikolái en Moscú, pero de los hombres, ninguno podía competir con aquel caballero de la cruz de San Jorge, húsar llegado para la compra de caballos,

que era además el amable y educado conde Rostov. Entre los hombres había un italiano, prisionero, que había sido oficial del ejército francés, y Nikolái se dio cuenta de que la presencia de aquel prisionero aumentaba todavía más su importancia de héroe ruso. Aquello era para él como un trofeo. Nikolái lo notaba y le parecía que todos consideraban de la misma manera al prisionero italiano, hacia el cual se mostró afectuoso, con dignidad y reserva.

En cuanto apareció Nikolái con su uniforme de húsar y su olor a vino y a perfume y dijo y oyó decir varias veces *vaut mieux tard que jamais*, todos lo rodearon y todas las miradas se fijaron en él, y se sintió instalado de inmediato en la posición de favorito general que le correspondía por derecho en provincias y le era siempre grata; y que ahora, tras una larga privación, lo embriagaba de placer. No sólo en las paradas del viaje, sino también en las posadas y en la casa del terrateniente había sirvientas que lo hacían objeto de sus atenciones. También allí, en la fiesta del gobernador, había —así le pareció— un buen número de jóvenes damas y lindas señoritas que esperaban con impaciencia que Nikolái se fijara en ellas. Unas y otras coqueteaban con él, y las personas de edad pensaron ya desde el primer momento en casar a ese gallardo y juerguista húsar para que sentara cabeza.

Entre estas últimas se contaba la esposa del gobernador, que recibió a Nikolái como a uno de la familia, lo llamó por su nombre de pila y lo tuteó desde el principio.

Ekaterina Petrovna, en efecto, comenzó a interpretar valses y escocesas, y así empezaron los bailes, durante los cuales Nikolái, con la habilidad que lo distinguía, sedujo a aquella sociedad provinciana. Llamó la atención también su desenvuelto modo de bailar; él mismo se sorprendió un poco de bailar así aquella noche. Jamás lo había hecho, y en Moscú lo habría considerado hasta indecente y de *mauvais genre*. Pero aquí sentía la necesidad de sorprender a todos con algo extraordinario, con algo que debían creer normal en la capital, aunque desconocido todavía en provincias.

Durante toda la velada Nikolái demostró especial atención por una dama rubia de ojos azules, regordeta y linda, esposa de un funcionario de la

provincia. Con esa ingenua convicción que muestran los jóvenes juerguistas de que las mujeres de los demás están hechas para ellos, Rostov no se apartaba de aquella dama, mostrándose al mismo tiempo muy simpático y un tanto cómplice del marido. Como si supiesen, aunque de ello no se hablaba, lo bien que lo pasarían, es decir, Nikolái con la esposa de aquel marido. Sin embargo, el marido no parecía participar de esa opinión y se esforzaba por mostrarse frío con Rostov. Pero la bondadosa ingenuidad de Nikolái era tan ilimitada que, a veces, el marido se dejaba influir involuntariamente por el alegre humor del joven. Hacia el término de la velada, sin embargo, a medida que el rostro de la esposa se encendía más y se tornaba más animado, el del marido parecía hacerse más triste y serio, como si la animación fuese común para ellos dos y la del marido disminuyera conforme aumentaba la de su esposa.

V

Con una sonrisa que no se borraba de sus labios, sentado en su butaca, Nikolái se inclinaba hacia la rubia dama y le prodigaba cumplidos mitológicos.

Cambiando hábilmente de postura y la posición de sus piernas, difundía el aroma de su perfume, admiraba a su dama y a sí mismo, así como la bella forma de sus piernas bien ceñidas por el pantalón; Nikolái decía a la rubia que deseaba raptar a una señora de Vorónezh.

—¿A quién?

—Es hermosa, divina. Tiene ojos…— y Nikolái miró a su compañera, —azules, boca de coral, piel blanquísima— contempló sus hombros —y el torso… de Diana.

El marido, taciturno, se les acercó y preguntó a su mujer de qué estaban hablando.

—¡Oh, Nikita Ivánich!— dijo Nikolái levantándose cortésmente. Y como deseoso de que Nikita Ivánich tomase parte de sus bromas, le confió sus propósitos de raptar a una rubia.

El marido sonreía con aire sombrío, la esposa alegremente. La bondadosa gobernadora se acercó a ellos con expresión reprobatoria.

—Anna Ignátievna quiere verte, Nikolái— dijo, pronunciando ese nombre de tal manera que Rostov comprendió que debía tratarse de una señora muy importante. —Vamos, Nikolái… Tú me has permitido que te llame así, ¿verdad?

—¡Oh, sí, ma tante! ¿De quién se trata?

—De Anna Ignátievna Málvintseva, que ha oído hablar de ti a una sobrina suya que le contó cómo la salvaste… ¿Lo adivinas?

—¡Oh! ¡Son muchas las que salvé!— dijo Nikolái.

—Su sobrina es la princesa Bolkónskaia… Está aquí, en Vorónezh, con su tía… ¡Vaya, vaya! ¡Cómo te ruborizas! ¿Es que hay algo?…

—Ni lo he pensado siquiera, ma tante.

—Bueno, bueno… Oh! Comme tu es!

La gobernadora lo condujo hacia una anciana alta y muy gruesa, que llevaba una toca azul celeste y acababa de terminar entonces su partida de cartas con las personas más importantes de la ciudad. Era la señora Málvintseva, una viuda rica, sin hijos, tía materna de la princesa María, que siempre había vivido en Vorónezh. Cuando Rostov se acercó a ella, Anna Ignátievna pagaba lo perdido en el juego. Lo miró, entornando los ojos, y siguió reprochando al general que le había ganado en el juego.

—¡Me alegro de conocerlo, querido!— dijo a Rostov, tendiéndole la mano. —Lo espero en mi casa.

Después de haber hablado de la princesa María y de su difunto padre, al que evidentemente la buena señora no quería demasiado, y tras haber oído cuanto Nikolái sabía del príncipe Andréi (que tampoco parecía gozar de su aprecio), se despidió de él repitiendo la invitación de visitarla en su casa.

Nikolái lo prometió y se ruborizó de nuevo. Cuando se hablaba de la princesa María, Rostov se sentía cohibido y tal vez temeroso, cosa que ni él mismo sabía explicarse.

Cuando se alejó de la señora Málvintseva, quiso volver al baile, pero la pequeña esposa del gobernador puso su regordeta mano en el brazo de Nikolái, le dijo que necesitaba hablarle y lo llevó a un saloncito, del que salieron todos los que estaban allí para no estorbarlos.

—¿Sabes, mon cher, que es un buen partido?— dijo la gobernadora con seria expresión en su bondadoso rostro. —Justo lo que te hace falta. ¿Quieres que me ocupe del asunto?

—¿De quién habla usted, ma tante?— preguntó Nikolái.

—¿Quieres que pida para ti la mano de la princesa? Ekaterina Petrovna dice que Lilí sería mejor; pero yo prefiero a la princesa. ¿Quieres? Estoy segura de que tu maman me lo agradecerá. ¡Es un encanto de chica! No es tan fea.

—Desde luego que no— respondió Nikolái, que pareció ofenderse por aquella observación. —Pero, ma tante, yo soy un soldado; no me impongo a nadie ni rechazo a nadie— dijo antes de pensar en lo que decía.

—Pero ten en cuenta que no es un juego.

—¡Cómo va a ser un juego!

—Sí, sí— prosiguió la esposa del gobernador como hablando consigo misma. —También quería decirte, mon cher, entre autres. Vous êtes trop assidu auprès de l'autre, la blonde.[570] El marido ya da lástima…

—¡Oh, no! Somos amigos— dijo ingenuamente Nikolái.

No podía comprender que un pasatiempo tan alegre para él pudiera disgustar a alguien.

"¿Qué tontería he dicho a la mujer del gobernador?— recordó Nikolái de pronto durante la cena. —Ahora tratará en serio de casarme. ¿Y Sonia…?"

Y al despedirse de la gobernadora, cuando ella, sonriéndole, le dijo de nuevo: "Bien, acuérdate", la llamó aparte.

—Mire, la verdad es, ma tante…

—¿Qué quieres? Ven, sentémonos aquí.

Nikolái sintió la repentina necesidad y el deseo de contar sus más íntimos pensamientos (que no habría confiado a su madre, ni a su hermana, ni a un amigo) a esa mujer casi ajena a él.

Más tarde, cuando recordaba aquel desahogo de sinceridad inexplicable, no provocado, y que había de tener para él consecuencias tan importantes, Nikolái se imaginaba (como parece siempre a la gente) que todo había sucedido por casualidad. Y, sin embargo, aquel arranque de franqueza, unido a tantos otros pequeños sucesos, iba a tener para él y para su familia repercusiones de gran alcance.

—Mire, ma tante. Maman hace tiempo que quiere que me case con una mujer rica, pero el solo pensamiento de casarme por dinero me repele.

—Oh, sí, lo comprendo— asintió la gobernadora.

—Pero la princesa Bolkónskaia es otra cosa. Ante todo, le diré la verdad: me agrada mucho, siento gran simpatía por ella, y desde que la encontré en las circunstancias que usted sabe, de manera tan extraña, he pensado a menudo que eso fue cosa del destino. Sobre todo, fíjese: maman

pensaba en ella desde hacía mucho tiempo, pero hasta aquel entonces nunca había tenido ocasión de verla. Y mientras mi hermana Natasha estuvo prometida a su hermano, yo no podía pensar en casarme con ella. Era necesario que fuera a encontrarla precisamente cuando se acababa de romper el compromiso de mi hermana y el príncipe, y después de todo lo ocurrido… Sí, a nadie se lo he dicho ni lo diré nunca. Sólo a usted.

La esposa del gobernador, agradecida, le estrujó el codo.

—¿Conoce usted a Sonia, mi prima? La amo; le he prometido casarme con ella y lo haré… Así pues, ya lo ve, no se puede ni hablar de eso— dijo torpemente y ruborizándose.

—Mon cher, mon cher, ¿cómo puedes hablar así? Sonia no tiene nada, y tú mismo dices que los asuntos de tu padre van muy mal. ¿Y tú maman? Eso la matará. Además, si Sonia tiene corazón, ¿qué vida va a ser la suya? Tu madre en la desesperación, la fortuna perdida… No, mon cher, Sonia y tú debéis comprenderlo.

Nikolái guardó silencio. Le era grato escuchar aquellas conclusiones. Después de una pausa, dijo suspirando:

—De todas maneras, ma tante, no puede ser. Y aún queda por ver si la princesa me quiere. Además está de luto. ¿Es que podemos pensar en estas cosas?

—¿Crees, acaso, que lo haré inmediatamente? Il y a manière et manière[571]— lo tranquilizó la gobernadora.

—¡Qué buena casamentera es usted, ma tante!…— dijo Nikolái besando su regordeta mano.

VI

Al llegar a Moscú después de su encuentro con Rostov, la princesa María encontró a su sobrino con el preceptor y una carta del príncipe Andréi disponiendo su marcha a Vorónezh, donde los recibiría la tía Málvintseva. Las preocupaciones del viaje, la inquietud por su hermano y los deberes de una vida diferente, con nuevas personas alrededor —además de la educación de su sobrino—, parecieron ahogar en el alma de la princesa aquel sentimiento, semejante a una tentación, que la había atormentado durante la enfermedad y después de la muerte de su padre; sobre todo desde el encuentro con Nikolái Rostov. Estaba triste; y ahora, tras un mes de vida tranquila, sentía cada vez más intensa la pena por la pérdida de su padre, unida a la desgraciada situación en que se encontraba Rusia. La princesa se sentía inquieta: el pensamiento del peligro que acechaba a su hermano (el único ser próximo que le quedaba) la atormentaba sin descanso. Por otra parte, la preocupaba la educación de su sobrino, empresa para la que se sentía siempre incapaz. Pero en el fondo de su alma estaba satisfecha de sí misma por haber sofocado todos los anhelos personales y las esperanzas relacionados con la aparición de Rostov.

Cuando al día siguiente de la velada la esposa del gobernador fue a casa de la señora Málvintseva, para hablar de sus proyectos con ella (haciendo constar que si en las actuales circunstancias no se podía pensar en un compromiso oficial podría lograrse que ambos jóvenes se conocieran mejor); cuando recibida su aprobación hizo delante de la princesa María el elogio de Nikolái Rostov y contó que lo había visto sonrojarse al oír hablar de ella, la princesa no sintió alegría, sino una sensación dolorosa: su

armonía interna había dejado de existir y la dominaban de nuevo los deseos, las dudas, los reproches y las esperanzas.

En los dos días que transcurrieron entre esa noticia y la visita de Rostov, la princesa María no dejó de meditar en la conducta que debía observar delante de él. Unas veces pensaba que no saldría a la sala mientras él estuviera con su tía, puesto que no era oportuno, con un luto tan riguroso como el suyo, recibir invitados; otras veces le parecía que proceder así sería una grosería, después de lo que Rostov había hecho por ella; y otras aun creía que su tía y la gobernadora tenían proyectos referentes a ella y a Rostov (a veces sus miradas y sus palabras parecían confirmar esa suposición). O bien se decía que sólo una mujer tan perversa como ella podía pensar así de ellas. Ellas no podían olvidar que en su situación actual, cuando aún no había dejado los velos del luto, el noviazgo equivaldría a una ofensa a la memoria de su padre. La princesa María, suponiendo que vería a Rostov, trataba de imaginar lo que él iba a decirle y qué podría contestarle. Y esas palabras le parecían unas veces inmerecidamente frías y otras sobrecargadas de sentido. En la conversación que iba a tener con él temía sobre todo la turbación que pudiera apoderarse de ella y traicionarla en cuanto lo viera.

Pero cuando el domingo siguiente, después de la misa, el lacayo anunció en la sala que acababa de llegar el conde Rostov, la princesa no mostró inquietud alguna; sólo sus mejillas se ruborizaron levemente y los ojos parecieron encenderse con una luz nueva y radiante.

—¿Lo ha visto usted, tía?— preguntó la princesa tranquilamente, asombrándose ella misma de tener tanta calma y naturalidad.

Cuando Rostov entró, la princesa bajó por un instante la cabeza para dar al visitante tiempo de saludar a su tía; luego, cuando Nikolái se dirigió a ella, la alzó de nuevo y sus ojos brillantes encontraron los de Nikolái. Con un movimiento lleno de dignidad y gracia y una sonrisa alegre, la princesa se levantó, tendió su mano fina y delicada y, por primera vez en su vida, sonaron en su voz notas nuevas, profundamente femeninas. Mademoiselle Bourienne, que se hallaba presente, miró perpleja a la princesa María. La coqueta más experta no habría actuado mejor al encontrarse con un hombre a quien deseara gustar.

“O es que el color negro le sienta muy bien o embelleció sin que yo me diera cuenta. Y, sobre todo, ¡qué tacto, qué gracia!”, pensó mademoiselle Bourienne.

Si la princesa María hubiera sido capaz de reflexionar en aquel instante, se habría quedado más sorprendida que la misma mademoiselle Bourienne del cambio operado en ella. Desde que volvió a ver aquel atractivo rostro amado una nueva fuerza vital se adueñó de ella haciéndola hablar y actuar contra su propia voluntad. Desde que entró Rostov su rostro se transformó repentinamente. Como cuando se ilumina de pronto un fanal pintado, esgrafiado —que antes parecía tosco, oscuro e insignificante—, y se revela con asombrosa belleza ese complejo y artístico trabajo, así se transformó de pronto el rostro de la princesa María. Por primera vez se exteriorizaba toda aquella actividad pura y espiritual que hasta entonces había sido el motor de su vida. Todo su trabajo interior, su descontento consigo misma, todos sus sufrimientos, sus aspiraciones al bien, su docilidad y amor, su sacrificio, brillaban ahora en aquellos ojos luminosos, en la delicada sonrisa y en cada rasgo de su dulce rostro.

Nikolái lo advirtió tan claramente como si la hubiera conocido toda su vida. Se daba cuenta de que el ser que estaba ante él era muy distinto, mucho mejor que todo lo que hasta entonces había encontrado y, sobre todo, mejor que él mismo.

Su conversación fue de lo más sencilla e insignificante. Hablaron de la guerra, exagerando sin querer, como hacían todos, el propio dolor por aquellos acontecimientos. Se refirieron a su anterior encuentro, aunque Nikolái trató de cambiar la conversación. Hablaron también de la excelente esposa del gobernador y de los familiares de Nikolái y la princesa María.

La princesa María no decía nada de su hermano y procuraba desviar el tema cuando su tía lo mencionaba. Era evidente que podía conversar sobre las desventuras de Rusia, fingiendo estar muy afectada por ellas; pero su hermano era un tema demasiado íntimo para su corazón y no podía ni deseaba hablar de él como de otro cualquiera. Nikolái lo notó, como notaba, con sagacidad desacostumbrada en él, todos los matices de su carácter, que confirmaban cada vez más su convicción de hallarse en presencia de un ser distinto y extraordinario. Nikolái, igual que la princesa, enrojecía y se

turbaba cuando le hablaban de ella, y hasta cuando sólo pensaba en ella, pero en su presencia se sentía absolutamente libre. No decía lo que había preparado de antemano, sino lo que se le ocurría en el instante, que siempre resultaba oportuno.

Durante la breve visita, como sucede en todas las casas donde hay niños, cuando la conversación comenzaba a decaer, Nikolái recurrió al pequeño hijo del príncipe Andréi: lo acarició y le preguntó si quería ser húsar. Tomó al pequeño en brazos y jugó alegremente con él, volviendo la cabeza para ver a María, quien miraba tímida y feliz al niño amado en brazos del hombre a quien amaba. Nikolái advirtió también aquella mirada, y comprendiendo, al parecer, su significado, enrojeció de placer y besó al chiquillo.

La princesa María no solía salir de casa a causa de su luto, y Nikolái no creyó conveniente repetir sus visitas. Pero la esposa del gobernador seguía adelante con su proyecto: comunicaba a Nikolái las cosas lisonjeras que de él decía la princesa, y viceversa. Insistía en que Nikolái tuviese una explicación con la princesa María. Con ese fin arregló una entrevista de los dos jóvenes, que tendría lugar en casa del arzobispo antes de la misa.

Rostov dijo a la esposa del gobernador que no tendría ninguna explicación con la princesa María, aunque prometió no faltar a la entrevista.

Como en Tilsitt, donde Rostov no se había permitido poner en duda si todo lo que los demás consideraban bueno lo era en realidad, ahora, después de una breve pero sincera lucha entre lo que su propia razón le dictaba y la dócil sumisión a las circunstancias, eligió lo último y se dejó llevar por el poder que lo arrastraba (se daba cuenta de ello) irresistiblemente. Sabía que, después de la promesa hecha a Sonia, una explicación con la princesa María sería lo que él calificaba como una canallada, y estaba seguro de que nunca la cometería; pero sabía también (y, más que saber, lo sentía en el fondo del alma) que abandonándose ahora al poder de las circunstancias y de las personas que lo guiaban no sólo no hacía nada malo sino que realizaba algo muy, muy importante, más que cualquier otro acto suyo hasta ahora.

Después de la entrevista con la princesa María, aunque su vida siguiera siendo en apariencia la misma, todos los placeres de otro tiempo perdieron su encanto. Pensaba con frecuencia en la princesa; pero no como pensaba

antes en todas las jóvenes a las que había conocido en la vida social, ni tampoco como en tiempos pensara con tanto entusiasmo en Sonia. Como casi todos los jóvenes honrados, veía en cada muchacha a su futura esposa, proyectándola en su imaginación a todas las condiciones de la vida conyugal: la bata blanca, la esposa ante el samovar, el coche de la mujer, los niños, *maman* y papá, sus relaciones con ella, etcétera, y esa visión del futuro le causaba placer. Pero cuando pensaba en la princesa María, con la cual querían casarlo, no podía por nada del mundo hacerse una idea de su futura vida matrimonial; y si intentaba hacerlo, todo le parecía confuso y falso. Sólo sentía angustia.

VII

La terrible noticia de la batalla de Borodinó, con las pérdidas rusas entre muertos y heridos, y la noticia más terrible aún del abandono de Moscú llegaron a Vorónezh hacia mediados de septiembre. La princesa María acababa de enterarse por los periódicos de que su hermano estaba herido, y, sin noticia alguna de él, se preparaba para salir en su busca. Así se lo contaron a Nikolái, que no la había visto.

Desde la noticia de la batalla de Borodinó y del abandono de Moscú, Rostov se encontraba en Vorónezh a disgusto y aburrido, aunque no por desesperación, cólera, deseos de venganza o cualquier otro sentimiento análogo. Todas las conversaciones que oía le parecían igualmente falsas; no sabía qué opinión formarse acerca de los acontecimientos y se daba cuenta de que sólo en el regimiento comenzaría a ver las cosas claras. Así pues, se daba prisa en concluir su misión, la compra de caballos, y, sin motivo alguno, se enfurecía frecuentemente con el asistente y el sargento que lo acompañaban.

Pocos días antes de la marcha de Rostov se celebraba en la catedral un tedéum con motivo de una victoria, lograda por las tropas rusas y Nikolái acudió al templo. Se colocó detrás del gobernador y, procurando guardar el aspecto debido, se abandonó a los más diversos pensamientos. Cuando el oficio religioso hubo terminado, la esposa del gobernador lo llamó.

—¿Has visto a la princesa?— preguntó, indicándole con la cabeza a una dama vestida de negro que estaba detrás del coro.

Nikolái reconoció en el acto a la princesa María no tanto por su perfil, que se percibía debajo del sombrero, como por el sentimiento de cautela, temor y conmiseración que inmediatamente se adueñó de él. La princesa

María, absorta evidentemente en sus pensamientos, hacía su última señal de la cruz antes de salir.

Nikolái contempló con asombro su rostro. Era el que conocía, el que había visto antes, con la misma expresión de vida espiritual interior, pero iluminada aquel día por una luz muy distinta. En esos rasgos había grabada una conmovedora expresión de pena, ruego y esperanza.

Como antes le ocurriera en presencia de María, Nikolái, sin esperar el consejo de la esposa del gobernador, sin preguntarse si era correcto o no hablar con ella en la iglesia, se acercó y le dijo que había oído hablar de su dolor y participaba de él con toda su alma. No bien oyó su voz, una luz vivísima encendió su rostro, iluminando a un tiempo su propio sufrimiento y su alegría.

—Querría decirle una cosa, princesa— dijo Rostov. —Si el príncipe Andréi Nikoláievich hubiera muerto, habría venido en los periódicos, puesto que es jefe de regimiento.

La princesa lo miraba sin comprender el sentido de sus palabras, pero contenta por la expresión de compasión que había en aquella cara.

—Y sé por muchos casos que una herida de casco de metralla (los periódicos hablan de una granada) o es inmediatamente mortal o, por el contrario, es leve— explicó Nikolái. —Hay que esperar lo mejor, y estoy convencido…

La princesa interrumpió:

—¡Oh! Sería tan terri…— y sin poder terminar, embargada por la emoción, con un movimiento gracioso (como todo cuanto hacía en su presencia), inclinó la cabeza, lo miró agradecida y siguió a su tía.

Por la tarde Nikolái no fue a ningún sitio; se quedó en casa para terminar las cuentas con los tratantes. Cuando hubo acabado era ya demasiado tarde para salir y muy temprano para acostarse; durante largo rato paseó de un lado a otro por la habitación, pensando en su propia vida, cosa que no le ocurría con frecuencia.

La princesa María había producido en él una impresión agradable en Smolensk. El hecho de verla entonces en tan especiales circunstancias y el que durante tanto tiempo su madre hablara de ella como de un excelente

partido hicieron que la mirara con gran atención. Durante su estancia en Vorónezh, esa impresión no había sido solamente grata, sino muy fuerte.

Estaba impresionado por la particular belleza moral que había advertido en ella. Pero tenía que irse de Vorónezh y no se le ocurría pensar con tristeza que iba a perder la oportunidad de verla. Su encuentro con ella aquella mañana en la iglesia —Nikolái se dio cuenta de ello— lo había impresionado más profundamente de lo que pudiera prever y desear para su tranquilidad. Aquel semblante pálido, delicado y triste, aquellos ojos radiantes, aquellos movimientos graciosos y pausados y, sobre todo, la profunda y tierna melancolía que expresaban sus facciones lo inquietaban y exigían su participación.

Nikolái no soportaba en los hombres la manifestación de una profunda vida espiritual (por eso no le era simpático el príncipe Andréi) y solía calificarla despectivamente de filosofía y ensoñación. Pero en la tristeza de la princesa María, que ponía de manifiesto la intensidad de aquel mundo espiritual desconocido para él, hallaba un atractivo irresistible.

“¡Debe de ser una muchacha maravillosa! ¡Un verdadero ángel! ¿Por qué no soy libre? ¿Por qué me apresuré con Sonia?”, pensaba.

Y sin darse cuenta comparó a las dos: la falta en una y la abundancia en otra de aquellos dones espirituales de los que él mismo carecía y por lo cual tanto estimaba. Trató de imaginarse qué ocurriría si fuese libre. ¿Cómo pediría su mano, de qué modo llegaría a ser su esposa? Pero no se lo podía imaginar. Lo invadía la angustia y todo resultaba confuso. Desde hacía bastante tiempo, en cambio, se había hecho una idea de su futura vida con Sonia y todo era simple y claro, puesto que ya estaba pensado, no había nada imprevisto en ella, a quien conocía muy bien. Por el contrario, ¡qué difícil era pensar en una vida futura con la princesa María, a la que no comprendía y únicamente amaba!

Soñar con Sonia fue siempre alegre y casi infantil. Pensar en la princesa era difícil y hasta le infundía cierto temor.

“¡Cómo rezaba! —recordó—. Lo hacía con toda su alma. Sí, ésa es la oración que mueve montañas y estoy convencido de que sus ruegos serán atendidos. ¿Por qué yo no pido en mis oraciones lo que necesito? ¿Y qué es lo que necesito? Libertad, romper con Sonia. Tenía razón la esposa del

gobernador cuando decía que mi unión con Sonia sólo traería desgracias, confusiones… maman disgustada… los asuntos de casa… ¡líos, embrollos terribles! Además, ni siquiera la amo. No, no la amo como es debido. ¡Dios mío! Sácame de esta terrible situación sin salida", y empezó a rezar de pronto. "La oración mueve las montañas, es verdad, pero hay que tener fe; no es cosa de rezar como lo hacíamos de niños Natasha y yo para que la nieve se convirtiera en azúcar y después correr al patio para comprobar el milagro. No, ahora no pido bagatelas"; y diciéndose eso, dejó la pipa y, con las manos juntas sobre el pecho, se detuvo ante el icono. Conmovido por el recuerdo de la princesa María, rezó como no lo había hecho en mucho tiempo. Los ojos se le llenaron de lágrimas y sintió un nudo en la garganta, cuando entró Lavrushka con unos papeles.

—¡Estúpido! ¿Por qué entras cuando no te llamo?— gritó Nikolái, cambiando repentinamente de actitud.

—Es del gobernador— dijo Lavrushka con voz adormilada. —El correo ha traído cartas para usted.

—Bueno, gracias. Puedes irte.

Nikolái tomó las cartas. Una era de su madre y la otra de Sonia. Reconoció las letras y abrió la de Sonia primero. No había leído más que unas líneas cuando palideció de repente y sus ojos se abrieron con susto y alegría.

—¡No, esto no puede ser!— exclamó en voz alta.

Incapaz de permanecer sentado y quieto, paseó por la habitación sin dejar la carta y leyéndola al mismo tiempo. Volvió a leerla una y otra vez y, encogiéndose de hombros, se detuvo en medio de la estancia, con la boca abierta y los ojos inmóviles. Aquello que acababa de pedir en su oración con la seguridad de que Dios cumpliría su ruego era ya una realidad. Nikolái vio en ello algo insólito, que jamás habría podido esperar. Y el hecho de que todo se cumpliera tan pronto parecía demostrarle que no procedía de Dios, a quien se lo acababa de pedir, sino de una pura casualidad.

Aquel problema que parecía insoluble y ataba su libertad para siempre quedaba resuelto con esa carta inesperada, que al parecer nadie había provocado. Sonia le escribía que la pérdida de casi todos los bienes de la

familia Rostov y el deseo manifestado en varias ocasiones por la condesa de que su hijo se casara con la princesa Bolkónskaia, así como la frialdad y el silencio de Nikolái en los últimos tiempos, todo ello, tomado en conjunto, la habían decidido a devolverle la completa libertad renunciando a la promesa de él.

“Me resultaba muy penoso pensar que puedo ser causa de disgustos y disensiones en la familia que tanto me ha protegido —escribía—. La única finalidad de mi cariño es hacer felices a quienes amo. Le ruego, Nikolái, que se considere libre y sepa que, a pesar de todo, nadie lo amará más que su Sonia.”

Esa carta, como la de su madre, venía de Troitsa. La condesa, en la suya, le contaba los últimos días en Moscú, la partida, el incendio de la ciudad y la pérdida de todos los bienes. Añadía que el príncipe Andréi iba con ellos en un convoy de heridos; el estado del príncipe era muy grave, aunque, según los médicos, había esperanzas; Sonia y Natasha lo cuidaban como verdaderas enfermeras.

Al día siguiente Nikolái visitó a la princesa María y le mostró la carta de su madre. Ninguno de los dos hizo la menor alusión al sentido que pudieran tener las palabras “Natasha lo cuida”, pero, gracias a esa carta, entre Nikolái y la princesa María se establecieron unas relaciones casi familiares.

Al día siguiente Nikolái acompañó a la princesa hasta Yaroslavl y poco después salía para incorporarse a su regimiento.

VIII

Sonia había escrito desde el monasterio de Troitsa aquella carta que significó para Nikolái la realización de su plegaria.

He aquí lo que había provocado esa carta:

La condesa estaba cada vez más obsesionada con la idea de que su hijo se casara con una joven rica y sabía que Sonia era el principal obstáculo. La vida de Sonia en casa de los Rostov se hacía cada vez más penosa, especialmente desde que Nikolái escribiera la carta en la cual describía su encuentro con la princesa María en Boguchárovo. La condesa no dejaba pasar una ocasión de zaherirla con alusiones ofensivas y crueles.

Pero unos días antes de salir de Moscú, inquieta y conmovida por cuanto estaba sucediendo, llamó a Sonia y, en vez de abrumarla con reproches y exigencias, le rogó llorando que se sacrificara y rompiera su compromiso con Nikolái: eso saldaría la deuda contraída con quienes habían hecho tanto por ella.

—No me quedaré tranquila hasta que me lo hayas prometido.

Sonia rompió en sollozos histéricos; manifestó que estaba dispuesta a hacer cuanto se le pidiera, pero no prometió nada; en el fondo de su alma no estaba decidida: debía sacrificarse por la felicidad de la familia que la había protegido y educado; ya era una costumbre suya sacrificarse por los demás. Su posición en la casa permitía poner de manifiesto sus méritos por la vía del sacrificio; para ella era un hábito y le gustaba hacerlo. Hasta entonces sabía que todos sus actos de abnegación la realzaban ante los demás y la hacían cada vez más digna de Nikolái, a quien amaba más que a nadie en esta vida. Mas ahora su sacrificio consistía en renunciar a lo que significaba para ella la recompensa de todas sus abnegaciones y el sentido mismo de su

existencia. Por vez primera guardó rencor a las personas que la habían recogido para hacerla sufrir más. Envidió a Natasha, que nunca había sentido nada semejante ni había necesitado sacrificarse, que exigía sacrificios de los demás y a la que, sin embargo, todos amaban. Sintió también que su amor por Nikolái, tan puro y sereno hasta entonces, empezaba a trocarse en una pasión violenta, al margen de las leyes, de la virtud y de la religión. Influida por esos sentimientos, Sonia, acostumbrada al disimulo a causa de su dependencia, respondió a la condesa con palabras vagas, evitó en adelante hablar con ella y decidió esperar a Nikolái; no para devolverle su palabra, sino, por el contrario, para unirse a él para siempre.

Aquellos pensamientos sombríos y penosos fueron relegados por las preocupaciones y el terror de los últimos días que los Rostov pasaron en Moscú. La alegró hallar un alivio en una actividad. Pero cuando supo de la presencia del príncipe Andréi en la casa, a pesar de la sincera compasión que sentía por él y por Natasha, se adueñó de ella un sentimiento de supersticiosa alegría: vio en ese incidente la voluntad de Dios, que no deseaba su separación de Nikolái. No ignoraba que Natasha seguía amando al príncipe Andréi, que nunca había dejado de amarlo y que, unidos de nuevo por aquellas terribles circunstancias, volverían a quererse como antes. Así, Nikolái no podría casarse con la princesa María, debido al parentesco que la boda de Natasha y el príncipe Andréi establecía entre ellos. Pese al horror de todo cuanto había sucedido durante los últimos días de estancia en Moscú y las primeras jornadas del viaje, la sensación de que la Providencia intervenía en sus asuntos personales alegraba a Sonia.

Los Rostov hicieron el primer descanso en el monasterio de Troitsa. En la hospedería del monasterio les reservaron tres amplias habitaciones, una de las cuales quedó destinada al príncipe Andréi, que se encontraba muy mejorado aquel día. Natasha estaba con él. En el cuarto vecino se hallaban los condes conversando respetuosamente con el abad, quien había acudido a saludar a sus viejos amigos y protectores. Sonia estaba con ellos, pero la atormentaba la curiosidad de conocer la conversación entre Natasha y Andréi. Oía sus voces a través de la puerta que se abrió de pronto y Natasha, muy emocionada y sin fijarse en el religioso que se había

levantado para saludarla recogiéndose la amplia manga de su hábito, se acercó a Sonia y la tomó por el brazo.

—¿Qué te ocurre, Natasha? Ven aquí— dijo la condesa.

Natasha se acercó a recibir la bendición del abad, que le aconsejó implorar ayuda a Dios y a los santos.

Cuando el abad se fue, Natasha llevó a Sonia a la habitación contigua, donde no había nadie.

—¿Sonia, verdad que vivirá? ¿Verdad que sí? ¡Qué feliz y qué desgraciada soy, Sonia querida! Todo sigue como antes: lo único que quiero es que viva. Él no puede… porque… porque… por…— y Natasha se echó a llorar.

—¡Sí! ¡Gracias a Dios! ¡Lo sabía! ¡Vivirá!— exclamó Sonia.

Emocionada —no menos que Natasha— por su temor y sus propios pensamientos, que a nadie había confiado, consoló y besó a Natasha sin dejar de llorar. "¡Oh, con tal de que viva!", pensó. Después de llorar, enjugarse los ojos y hablar un rato, ambas se acercaron a la puerta de la habitación del príncipe Andréi. Natasha la entreabrió cuidadosamente y asomó la cabeza. Sonia estaba a su lado.

El príncipe descansaba sobre tres almohadas. Había una gran serenidad en aquel pálido rostro; tenía los ojos cerrados y su respiración era regular.

—¡Oh, Natasha!— casi gritó Sonia, sujetando por el brazo a su prima y apartándose de la puerta.

—¿Qué?… ¿Qué sucede?— preguntó Natasha.

—Es aquello… aquello…— dijo Sonia, muy pálida y con labios temblorosos.

Natasha cerró la puerta sin hacer ruido y se retiró con Sonia a la ventana, sin comprender lo que le decía.

—¿Recuerdas en Otrádnoie, por Navidades, aquella vez que por ti miré en el espejo… recuerdas lo que vi?…

Sonia hablaba con expresión solemne y llena de temor.

—Sí, sí— dijo Natasha con los ojos muy abiertos, al recordar vagamente que en aquella ocasión Sonia había visto al príncipe Andréi acostado.

—¿Te acuerdas? Lo vi… y os lo dije a ti y a Duniasha. Estaba echado en una cama— prosiguió, levantando el dedo a cada detalle. —Había cerrado los ojos y estaba cubierto con una colcha rosa, con los brazos cruzados…

A medida que hablaba se convencía cada vez más de que los detalles vistos ahora eran los mismos que había *visto* entonces. En aquella ocasión, en Otrádnoie, no había visto nada y había contado lo primero que se le ocurrió; pero todo lo inventado aquella vez le parecía ahora tan real como cualquier otro recuerdo. No sólo recordaba haber dicho que él la miró sonriendo y que lo cubría algo rojo, ahora estaba firmemente convencida de que ya entonces había dicho y visto que la manta era de color rosa, precisamente rosa, y que tenía los ojos cerrados.

—Sí, sí, color rosa— asintió Natasha, que ahora creía acordarse también de que había dicho rosa y consideraba aquel hecho como una extraordinaria y misteriosa predicción. —Pero, ¿qué puede significar?— preguntó pensativa.

—¡Oh, no lo sé! ¡Es tan extraño todo!— dijo Sonia llevándose las manos a la cabeza.

Al poco tiempo, el príncipe Andréi hizo sonar el timbre y Natasha entró en su habitación. Con emoción y ternura poco frecuentes en ella, Sonia permaneció junto a la ventana reflexionando en lo extraordinario de todo lo ocurrido.

Aquel día encontraron una ocasión de enviar correspondencia al ejército y la condesa escribió una carta a su hijo.

—Sonia, ¿no vas a escribir a Nikóleñka?— dijo al ver a su sobrina que pasaba cerca.

Su voz era apagada y temblorosa y Sonia pudo leer en aquellos ojos fatigados, que la contemplaban a través de los lentes, todo lo que la condesa quería decir con esas palabras. Su mirada expresaba súplica, pudor por tener que recurrir a la petición, temor a una negativa y —en este último caso— enemistad irreconciliable.

Sonia se acercó a la condesa, se puso de rodillas y le besó la mano.

—Sí, maman, le escribiré.

Se sentía conmovida, enternecida e impresionada por cuanto estaba sucediendo aquel día y especialmente por el misterioso cumplimiento de la predicción. Y ahora, cuando sabía que por haberse reanudado las relaciones entre Natasha y el príncipe Andréi, Nikolái no podría casarse con la princesa María, sentía con alegría que tornaba a ella la capacidad de sacrificio que tanto le agradaba y había constituido toda su vida.

Consciente de realizar una acción generosa, interrumpiendo varias veces su escritura porque las lágrimas velaban sus ojos negros y aterciopelados, Sonia escribió aquella conmovedora carta que tanto había sorprendido a Nikolái.

IX

Al llegar al cuerpo de guardia, el oficial y los soldados que habían detenido a Pierre lo trataron con hostilidad, pero con respeto. Aún dudaban de quién se trataba (tal vez fuera un personaje importante) y la actitud belicosa que adoptaron se debía a su reciente forcejeo con él en la calle.

Pero al día siguiente, cuando se hizo el relevo, Pierre se dio cuenta de que no tenía ya la misma importancia para los soldados y oficiales de la nueva guardia, que no veía en aquel hombre alto y grueso vestido con un caftán de mujik al valiente que había luchado tan desesperadamente con el merodeador y los soldados de la patrulla, ni al que había pronunciado aquella frase solemne sobre la salvación de una niña; ahora sólo veían en él al número diecisiete de los rusos detenidos por orden de las autoridades superiores. Lo que llamaba la atención en Pierre era su aire decidido, concentrado y pensativo y su conocimiento del francés, que hablaba perfectamente para gran asombro de los franceses. Aquel mismo día, a pesar de ello, juntaron a Pierre con los otros sospechosos porque un oficial necesitaba la habitación en que lo habían alojado al principio.

Todos los rusos detenidos con él eran personas de la más baja condición. Al reconocer en Pierre a un señor, lo rehuían, más que nada por saber francés. Pierre oía con tristeza cómo se burlaban de él.

A la noche siguiente Pierre supo que los detenidos (y él con todos, seguramente) serían juzgados como incendiarios. Al tercer día de prisión lo trasladaron con los otros a una casa donde hubieron de comparecer ante un general de bigotes blancos, dos coroneles y otros franceses que llevaban brazalete. Interrogaron a Pierre y a los demás prisioneros con esa clara exactitud que caracteriza a los seres que se consideran por encima de las

debilidades humanas. Preguntaron a los detenidos quiénes eran, dónde habían estado y por qué, etcétera.

Todas aquellas preguntas dejaban al margen lo esencial del asunto y no daban posibilidad alguna de ponerlo de manifiesto; como ocurre siempre en los tribunales, el objetivo principal del interrogatorio era marcar las vías por donde debían fluir las respuestas del acusado, respuestas que debían conducirlo a la meta deseada por el tribunal, es decir, su culpabilidad. En cuanto el interrogado empezaba a decir cosas que no correspondían a ese objetivo, retiraban el canalón y la respuesta podía manar por donde se le antojara. Pierre experimentó además lo que suelen sentir los acusados en cualquier proceso: la extrañeza de que le hicieran todas esas preguntas. Se daba cuenta de que sólo por complacencia o por cortesía seguían aquel procedimiento. Sabía que estaba en poder de aquellos hombres, que era su poder lo que lo había llevado hasta allí y lo que les daba el derecho de exigir respuestas. Y sabía también que la finalidad de todo aquel interrogatorio era declararlo culpable. Y como había poder y el deseo de acusar, el interrogatorio y el juicio eran fórmulas superfluas. Era evidente que todas las respuestas los conducirían a la culpabilidad. Cuando le preguntaron qué estaba haciendo en el instante de su detención, Pierre contestó con cierto aire trágico que se ocupaba de llevar a sus padres a una criatura a la *qu'il avait sauvé des flammes.*[572] ¿Por qué se había peleado con el merodeador? Pierre contestó que para defender a una mujer, que todo hombre tiene la obligación de defender a una mujer ofendida y que… Lo interrumpieron: lo que decía nada tenía que ver con el asunto. ¿A qué había ido al patio de la casa incendiada, donde lo vieron los testigos? Contestó que deseaba ver lo que estaba sucediendo en la ciudad. Volvieron a interrumpirlo: no se trataba de eso, sino de para qué estaba en el sitio del incendio. Le preguntaron otra vez quién era, pero tampoco ahora quiso contestar.

—Eso no está bien. No está bien. Tome nota— dijo el viejo general de bigotes y cara colorada.

Al cuarto día comenzaron los incendios en la puerta de Zúbovski.

En unión de otros detenidos, llevaron a Pierre a Krimski-Brod, a la cochera de la casa de un comerciante. Al pasar por las calles Pierre sintió

que el humo que llenaba toda la capital lo asfixiaba; por todas partes se veían llamas. Pierre no comprendía aún el sentido de Moscú en llamas y contempló el fuego con horror.

Pasó otros cuatro días en la cochera y por los soldados franceses supo que todos los detenidos estaban esperando la decisión de un mariscal, que se produciría de un momento a otro; no pudo saber de qué mariscal se trataba. Evidentemente, para los soldados un mariscal era como el último y un tanto misterioso eslabón de la potestad suprema.

Aquellos primeros días, hasta el 8 de septiembre, fecha del segundo interrogatorio, fueron los más penosos para Pierre.

X

El 8 de septiembre llegó a la cochera donde estaban los prisioneros un oficial muy importante, a juzgar por las muestras de respeto con que lo saludaron los centinelas. Ese oficial, probablemente del Estado Mayor, pasó lista a los detenidos rusos; al llegar a Pierre lo llamó *celui qui n'avoue pas son nom.*[573] Después de contemplar con indolente indiferencia a los presos, ordenó al oficial de guardia que los vistieran decentemente y arreglaran, porque los llevarían a presencia del mariscal. Pasada una hora, llegó una compañía de soldados que condujo a Pierre y a los otros trece detenidos al campo de Dievitchie Polie. Era un día claro y soleado después del chaparrón de poco antes; el aire parecía extraordinariamente puro. El humo del incendio no se pegaba al suelo como el día que Pierre salió del cuerpo de guardia de la puerta de Zúbovski, sino que se elevaba en columnas por el aire transparente. Ya no se veían llamas, pero la humareda subía por todas partes y todo cuanto Pierre podía abarcar con sus ojos estaba reducido a cenizas. Aquí y allá aparecían ruinas, recintos devastados y muros renegridos entre los que a duras penas se mantenían en pie las chimeneas. Pierre no podía reconocer los barrios de la ciudad. De vez en cuando veía alguna iglesia intacta. El Kremlin, que no había sufrido el incendio, brillaba a lo lejos, blanco y enorme, con sus torres y su campanario de Iván el Grande. Más próxima resplandecía alegre la cúpula del monasterio de Novodievichié, cuyas campanas repicaban con especial sonoridad. Pierre recordó que era domingo y fiesta de la Natividad de la Virgen; pero no quedaba nadie para festejarlo. Todo eran ruinas e incendios. De vez en cuando se cruzaban con algunos rusos harapientos y asustados, que trataban de esconderse al ver a los franceses.

Era evidente que el nido ruso estaba destruido y arruinado; pero Pierre advirtió inconscientemente que, deshecha la forma de vida rusa, se instauraba un nuevo orden, un orden francés, completamente distinto y firme. Lo notó en el aspecto animoso y alegre de los soldados que lo custodiaban y por la presencia de un alto funcionario francés que pasó en coche tirado por dos caballos, con un soldado al pescante; lo notó en los jubilosos sonidos de la música de un regimiento que llegaba a ellos desde la izquierda del campo y, sobre todo, por la lista de nombres leída aquella mañana en la cárcel por el oficial francés.

Unos soldados llevaron a Pierre con decenas de otras personas de un lado para otro. Le parecía que así podían olvidarse de él o confundirlo con los demás. Pero no sucedió así: sus respuestas durante el interrogatorio volvían a él cuando lo llamaban *celui que n'avoue pas son nom*. Bajo aquel nombre, que ahora tenía, lo llevaban a algún sitio con la indiscutible seguridad, manifestada en sus rostros, de que tanto él como los otros prisioneros eran precisamente los que se necesitaban y que los llevaban adonde era preciso. Pierre se veía a sí mismo como una insignificante astilla caída en el engranaje de una máquina desconocida que funcionaba correctamente.

Con los demás delincuentes fue llevado a la derecha del campo de Dievitchie Polie, cerca del monasterio, hacia una gran casa blanca rodeada de un amplio jardín. Era el palacio del príncipe Scherbátov, frecuentado por Pierre en otro tiempo, y donde ahora, según dedujo de las conversaciones de los soldados, se alojaba el mariscal duque de Eckmühl.

Los condujeron al porche y allí, uno a uno, fueron introducidos en la casa. Pierre fue el sexto en entrar. Después de atravesar la galería de cristales, el zaguán y la antesala que Pierre conocía bien, lo hicieron pasar a un despacho largo y bajo de techo, en la puerta del cual había un ayudante de campo.

Davout estaba sentado al fondo de la estancia, ante una mesa, con los lentes puestos. Pierre se le acercó. Davout, sin levantar los ojos, parecía consultar los papeles que tenía delante y preguntó en voz baja:

—Qui êtes-vous?[574]

Pierre calló: no tenía fuerzas para pronunciar una sola palabra. Para Pierre, Davout no era simplemente un general francés, sino un hombre famoso por su crueldad. Al contemplar aquel rostro frío, que, como el de un severo profesor, tenía a bien esperar cierto tiempo la respuesta, Pierre sintió que cada segundo de dilación podía costarle la vida. Pero no sabía qué decir, ni se atrevía a repetir lo que había manifestado en su primer interrogatorio. Revelar su nombre y posición social era peligroso y humillante. Pierre guardó silencio y, antes de que tuviera tiempo de tomar una decisión, Davout levantó la cabeza, se subió los lentes, entornó los ojos y lo miró con fijeza.

—Conozco a este hombre— dijo con voz monótona y fría con la evidente intención de asustar a Pierre.

El estremecimiento que antes había recorrido la espalda de Pierre se apoderó ahora de su cabeza, atenazándola fuertemente.

—Mon général, vous ne pouvez pas me connaître, je ne vous ai jamais vu…[575]

—C'est un espion russe[576]— lo interrumpió Davout, volviéndose a un general que estaba con él en la sala y cuya presencia no había advertido Pierre.

Davout apartó la vista. Pierre, con una sonoridad inesperada, comenzó a decir rápidamente:

—Non, monseigneur. Non, monseigneur— dijo, recordando de pronto que Davout era duque, —vous n'avez pas pu me connaître. Je suis un officier militionnaire et je n'ai pas quitté Moscou.[577]

—Votre nom?

—Bésouhof.

—Qu'est-ce qui me prouvera que vous ne mentez pas?[578]

—Monseigneur!— exclamó Pierre, no con voz ofendida, sino suplicante.

Davout levantó los ojos y miró fijamente a Pierre. Estuvieron mirándose durante unos instantes el uno al otro y aquello salvó a Pierre. En aquella mirada, al margen de las condiciones de guerra y del juicio, se estableció entre ambos hombres una relación humana. En aquel breve instante, los dos

sintieron de manera vaga una infinita cantidad de cosas: comprendieron que ambos eran hijos de la humanidad, que eran hermanos.

Antes de levantar los ojos de aquel montón de papeles en los que se clasificaban numéricamente todos los actos y las vidas humanas, Pierre no era para Davout más que una circunstancia; lo habría mandado fusilar sin creer que cometía una mala acción; pero ahora había visto en él al hombre. Se quedó un instante pensativo.

—Comment me prouverez-vous la vérité de ce que vous me dites?[579] — volvió a preguntar fríamente.

Pierre recordó a Ramballe, dio su nombre, el de su regimiento y el de la calle donde estaba la casa.

—Vous n'êtes pas ce que vous dites— repitió Davout.[580]

Con voz temblorosa y entrecortada, Pierre citó pruebas de la verdad de cuanto decía.

Pero en aquel instante entró en el despacho el ayudante de campo y dijo algo a Davout. La noticia pareció alegrarlo y comenzó a abrocharse la guerrera. Parecía haber olvidado completamente a Pierre.

Cuando el ayudante le recordó la presencia del prisionero, Davout frunció el ceño e hizo un movimiento de cabeza indicando que se lo podían llevar. Pierre ignoraba adonde, si a la barraca o al sitio de ejecución, que le habían mostrado sus compañeros cuando pasaban por el campo de Dievitchie Polie. Volvió la cabeza y vio que el ayudante preguntaba algo.

—Oui, sans doute— contestó Davout.

Pero Pierre no sabía qué podía significar ese "sí".

No recordaría después adonde había ido, cuánto tiempo, ni en qué dirección. En estado de completa inconsciencia y estupor anduvo con los demás prisioneros hasta que todos se detuvieron y él también.

Durante todo aquel tiempo sólo lo preocupaba un pensamiento. Se preguntaba quién era el que, en última instancia, lo había condenado a morir. No eran los hombres que lo habían interrogado primero; ninguno de ellos parecía quererlo y, sin duda, ninguno tenía autoridad para hacerlo. Tampoco podía ser Davout, quien le había dirigido una mirada llena de humanidad. Un minuto más y Davout habría comprendido que obraban mal; la entrada del ayudante de campo lo echó todo a perder. No es que el

ayudante le deseara mal alguno, pero no podía dejar de entrar. ¿Quién era, entonces, el que había condenado a Pierre y le arrancaba la vida con todos sus recuerdos, aspiraciones, esperanzas y proyectos? ¿Quién? Y Pierre se daba cuenta de que no era ninguno.

Todo aquello era resultado del orden establecido y de un conjunto de circunstancias.

Un cierto orden era el que lo mataba, le quitaba la vida y lo destruía.

XI

Desde la casa del príncipe Scherbátov llevaron a los presos a través del campo de Dievitchie Polie, a la izquierda del monasterio, hasta una huerta donde había un poste. Detrás del poste se abría una zanja, con la tierra recién removida. Cerca de allí, un nutrido grupo de gente esperaba en semicírculo: pocos eran rusos, la mayoría eran soldados de Bonaparte: alemanes, italianos y franceses uniformados de diversas maneras. A ambos lados del poste formaban soldados de capotes azules, charreteras rojas, polainas y chacós.

Dispusieron a los condenados por el orden de lista (Pierre era el sexto) y los llevaron hacia el poste. Los tambores redoblaron de pronto a ambos lados y Pierre sintió que, a la par de aquel sonido, algo se desgarraba en su alma. Perdió la facultad de pensar y ordenar sus ideas. Sólo podía ver y oír. Su único deseo era que se cumpliese lo antes posible aquello tan terrible que debía hacerse. Pierre, vuelto hacia sus compañeros, los observaba.

Los dos hombres que estaban en el extremo eran presidiarios. Uno era alto y delgado; el otro, moreno, musculoso, velludo y de nariz aplastada. El tercero era un criado de unos cuarenta y cinco años, bien nutrido y de cabellos grises. El cuarto un mujik muy guapo, de barba rubia y amplia y ojos negros. El quinto un obrero fabril como de dieciocho años, delgado y pálido, vestido con un mandil.

Pierre oyó que los franceses cambiaban impresiones acerca de cómo fusilarlos, de uno en uno o de dos en dos.

—De dos en dos— dijo con acento frío e indiferente el oficial superior.

Hubo un movimiento en las filas de soldados y pudo advertirse que todos se apresuraban, no como hace la gente cuando va a llevar a cabo un

acto que todos comprenden, sino como para poner fin cuanto antes a una labor necesaria, pero ingrata e incomprensible.

Un funcionario francés con una banda se acercó a la fila por la derecha y leyó la sentencia en ruso y en francés.

Luego, cuatro soldados se llegaron a los prisioneros y, por orden del oficial, condujeron a dos hasta el poste. Eran los presidiarios del extremo de la fila. Mientras traían los sacos, los prisioneros miraron en derredor tal como una fiera acorralada observa a los cazadores que la acosan. Uno no hacía más que santiguarse; el otro se rascaba la espalda y contraía los labios con una mueca semejante a una sonrisa. Los soldados les vendaron los ojos, les echaron encima los sacos y los ataron precipitadamente al poste.

Doce soldados armados de fusiles salieron de las filas con ritmo regular y firme y se detuvieron a ocho pasos del poste. Pierre volvió la cabeza para no ver aquello. De pronto sonó una descarga que le pareció más fuerte que el más violento de los truenos. Miró hacia allí: todo aparecía cubierto de humo, y los franceses, pálidos y con manos temblorosas, hacían algo al lado del hoyo. Se llevaron a los dos siguientes. Igual que los anteriores, miraban con la misma expresión a todos, pidiendo silenciosamente y en vano que los defendiesen, sin comprender ni creer, al parecer, lo que les esperaba. No lo podían creer porque sólo ellos sabían lo que sus vidas representaban, y les era imposible creer y comprender que alguien se las arrebatara.

Pierre volvió la cabeza igual que antes, para no ver la ejecución. De nuevo la espantosa descarga hirió sus oídos y volvió a ver el humo, la sangre y los pálidos y asustados rostros de los franceses que se movían junto al poste, empujándose unos a otros con temblorosas manos. Pierre, respirando fatigosamente, miró alrededor como preguntando qué significaba aquello. Todas las miradas con que se encontró hacían la misma pregunta.

En las caras de los rusos y en las de los soldados y oficiales franceses se leía el mismo espanto, el horror y la lucha interior que él sentía. "¿Quién es el autor de todo eso? Ellos sufren igual que yo. Entonces ¿quién lo hace?", se preguntó Pierre durante un instante.

—Tirailleurs du 86.º, en avant!— gritó alguien.[581]

Se llevaron solamente al quinto prisionero, el que hacía pareja con Pierre, quien no comprendió que se había salvado; que a él y a los demás los habían llevado para que presenciaran la ejecución de la sentencia. Contemplaba lo que estaba sucediendo con horror creciente, sin sentir alegría ni tranquilidad alguna. El quinto condenado era el obrero del mandil. Cuando los soldados le pusieron la mano encima, amedrentado, dio un salto hacia atrás y se aferró a su vecino (Pierre se estremeció y se apartó de él). El obrero no podía andar. Se lo llevaron a rastras, mientras gritaba. Cuando hubo llegado al poste cesó repentinamente en sus gritos. Pareció haber comprendido algo. Comprendió, tal vez, que estaba gritando en vano o que era imposible que sus semejantes lo mataran. Quedó quieto ante el poste, y mientras aguardaba a que le pusieran la venda miró en torno con ojos brillantes, como una bestia herida.

Pierre se sentía incapaz de cerrar los ojos y volver la cabeza. Ante aquel quinto asesinato, su curiosidad y su emoción, igual que las de todos los presentes, llegaron al grado máximo. El quinto condenado parecía tan tranquilo como los anteriores. Se sacudió el mandil y frotó uno contra otro sus pies descalzos.

Cuando le vendaron los ojos él mismo se aflojó el nudo, que le hacía daño en la nuca. Mientras lo ataban al poste ensangrentado se echó hacia atrás; esta postura le resultó incómoda y entonces se irguió y, después de enderezar las piernas, se apoyó tranquilamente en el poste. Pierre no dejaba de mirarlo, sin perder uno solo de sus movimientos.

Debió de oírse la voz de mando; debieron de resonar los disparos de ocho fusiles; pero por mucho que se esforzara, Pierre no logró recordar después si había oído algo. Sólo se dio cuenta de que, inesperadamente, se desplomaba el cuerpo del obrero, aparecía sangre en dos sitios, que las cuerdas se aflojaban y cedían bajo el peso del cuerpo y que el condenado se sentaba en el suelo con la cabeza y las piernas en posición forzada. Pierre echó a correr hacia el poste; nadie lo detuvo: unos hombres pálidos y asustados estaban haciendo algo en torno al obrero. A un soldado viejo y bigotudo le temblaba la mandíbula al desatar las cuerdas. El cuerpo cayó. Algunos soldados, con movimientos rápidos, pero torpes, arrastraron el cuerpo tras el poste y lo arrojaron al hoyo.

Todos sabían, al parecer, que eran unos criminales que debían ocultar lo antes posible las huellas de su crimen.

Pierre miró al hoyo y vio allí al obrero, con las rodillas levantadas hacia la cabeza y un hombro más alto que otro, y ese hombro bajaba y subía convulsivamente. Pero las paletadas de tierra ya caían sobre aquel cuerpo. Un soldado gritó a Pierre con voz irritada, furiosa y doliente que se marchara de allí, pero éste no lo entendió: se quedó junto al poste y nadie volvió a echarlo.

Cuando el hoyo estuvo cubierto de tierra se oyó una voz de mando. Llevaron a Pierre a su sitio y las tropas que habían formado a ambos lados del poste dieron media vuelta y desfilaron ante él. Los veinticuatro tiradores, con sus fusiles descargados, se incorporaron a paso ligero a sus puestos mientras las compañías desfilaban ante ellos.

Pierre miraba ahora con ojos inexpresivos a los tiradores, que, de dos en dos, salían del círculo. Todos, excepto uno, se unieron a sus compañías. Un joven soldado, pálido como un muerto, con el chacó ladeado y el fusil apoyado en el suelo, se quedó frente al hoyo cubierto, en el sitio desde donde había disparado. Se tambaleaba como un borracho y daba pasos adelante y atrás, para mantener el equilibrio. Un viejo suboficial salió de las filas, lo cogió por el brazo y lo hizo volver con los demás. La muchedumbre de rusos y franceses se fue dispersando. Todos caminaban en silencio con las cabezas bajas.

—Ça leur apprendra à incendier[582]— comentó un francés. Pierre se volvió hacia el que había hablado; vio que era un soldado que quería consolarse de algún modo por lo que habían hecho, pero no podía. Sin terminar la frase, el soldado hizo un gesto de desaliento y se fue.

XII

Después de las ejecuciones, separaron a Pierre de los demás y lo dejaron en una pequeña iglesia sucia que había sido saqueada.

Al anochecer, el suboficial de guardia y dos soldados entraron en la iglesia e informaron a Pierre de que había sido indultado y que iba a ser trasladado a la barraca de los prisioneros de guerra. Sin comprender bien lo que le decían, Pierre se levantó y siguió a los soldados. Lo condujeron a unas barracas construidas con tablas chamuscadas, troncos y chillas al fondo del campo y lo metieron en una de ellas.

En la oscuridad una veintena de personas rodearon al recién llegado. Pierre los miró sin comprender quiénes eran, por qué estaban allí y qué pretendían de él. Escuchaba las palabras que le dirigían, pero no las entendía ni sabía explicarlas; no comprendía su sentido. Respondía a las preguntas que le dirigían pero no se daba cuenta de quién lo escuchaba ni cómo entenderían sus respuestas. Miraba aquellos rostros y figuras y todo le parecía igualmente absurdo.

Desde que presenciara aquella matanza, cometida por hombres que no querían matar, sentía como si hubieran arrancado de su ser un resorte que lo sostenía todo y lo hacía vivo y como si todo ello no fuera ahora más que un montón informe y absurdo de desperdicios. Había perdido la fe en la posibilidad de arreglar el mundo y la humanidad —aunque no era consciente de ello— y la fe en su propia alma y en Dios. Ya antes había sentido lo mismo, pero no de manera tan intensa como ahora. Antes, cuando surgía en su alma una duda semejante, el origen era un error propio. Y Pierre sentía en lo más profundo de su alma que el medio de evitar la desesperación y la duda radicaba en sí mismo. Pero ahora no tenía

conciencia de ser él la causa de que el mundo se derrumbara ante sus ojos, y se convirtiera en escombros absurdos; sentía que no estaba en su poder recuperar la fe en la vida.

Alrededor de él, en la oscuridad, había algunas personas. Algo en él, sin duda, les interesaba grandemente. Le contaban algo, le hacían preguntas, después lo condujeron al interior y por último se encontró en un rincón de la barraca con otra gente, que hablaba y reía desde todas partes.

—Y así ocurrió, hermanos… ese mismo príncipe quien… (la palabra *quien* fue pronunciada con acento especial)— decía una voz al otro extremo de la barraca.

Pierre, silencioso e inmóvil, sentado en un montón de paja junto a la pared, ora cerraba, ora abría los ojos. En cuanto los cerraba, volvía a ver el rostro terrible del obrero, terrible sobre todo por su simplicidad; y los rostros de quienes, a su pesar, habían sido sus asesinos, más terribles todavía a causa de su inquietud. Volvía a abrir los ojos y miraba extraviado en la oscuridad.

Junto a él estaba sentado un hombrecillo encogido cuya presencia advirtió al principio por el intenso olor a sudor que emanaba de él a cada movimiento. Aquel hombre, en la oscuridad, hacía algo con sus pies, y aunque Pierre no veía su rostro adivinó que lo estaba mirando sin quitarle los ojos. Al acostumbrarse a la oscuridad, Pierre comprendió que el hombre se estaba descalzando. Y el modo como lo hacía interesó a Pierre.

Después de soltar la cuerda que cubría una de sus piernas, la enrolló concienzudamente y se dedicó a la otra, mirando de vez en cuando a Pierre. Mientras con una mano colgaba la cuerda, con la otra desataba la segunda. Así, con movimientos seguros, precisos y ágiles, que se sucedían rápidos unos a otros, terminó de descalzarse y colgó todo en unas estaquillas clavadas en la pared, encima de su cabeza; después sacó una navajita, cortó algo, la cerró y la puso bajo su cabecera; se sentó cómodamente, rodeó con los brazos sus rodillas y fijó la mirada en Pierre, quien sentía algo agradable y sedante en todos esos movimientos rápidos, en el orden en que había colocado sus cosas y hasta en el olor de aquel hombre; y también él lo miraba fijamente.

—¿Lo ha pasado usted mal, señor? ¿Eh?— dijo al cabo de un rato el hombrecillo.

Y en su cantarina voz había tanta dulzura y sencillez, que Pierre sintió deseos de contestar; pero le tembló la mandíbula y sintió lágrimas en los ojos. El hombrecillo, sin dar tiempo a Pierre de manifestar su turbación, siguió hablando con la misma voz agradable.

—No te aflijas, palomo…— dijo con esa acariciante modulación de voz con que hablan las viejas campesinas rusas. —No te aflijas, palomito; el sufrimiento es corto y la vida larga. Así es, amigo mío. Vivimos aquí, gracias a Dios, y nadie nos molesta. Son también hombres y los hay malos y buenos.

Y mientras hablaba, se enderezó sobre sus rodillas, se puso en pie y se alejó tosiendo.

—¡Hola! ¿Has vuelto ya, bribona?— sonó en el otro extremo de la barraca la misma voz acariciante. —¡Volvió la bribona! Se acuerda. Bueno, bueno, basta.

Y el soldado, apartando de sí a una perrita que le saltaba al pecho, volvió a sentarse en su sitio. Entre las manos tenía algo envuelto en un trapo.

—Tome, señor, coma— dijo, volviendo al tono respetuoso de antes y ofreciendo a Pierre unas patatas asadas. —Para la comida tuvimos sopa. Pero las patatas son excelentes.

Pierre no había probado bocado en todo el día y el olor de las patatas le pareció gratísimo. Dio las gracias al soldado y se puso a comer.

—Así no se comen— sonrió el soldado, tomando una de las patatas. —Hazlo así.

Sacó de nuevo la navaja, partió la patata en dos mitades, echó sal, que traía en el trapo, y se la ofreció a Pierre.

—Son de categoría— repitió. —Cómelas así.

A Pierre le parecía que nunca había probado manjar tan exquisito.

—Lo mío no es nada— dijo. —Pero ¿por qué han fusilado a esos infelices?… El último tendría veinte años…

—¡Ay… ay…!— dijo el hombrecillo. —¡Cuántos pecados, cuántos pecados…!— añadió rápidamente; y como si las palabras estuvieran

siempre prontas en sus labios y salieran involuntariamente, prosiguió: —¿Cómo fue, señor, que se quedó en Moscú?

—Nunca creí que fueran a llegar tan pronto. Me quedé por casualidad— contestó Pierre.

—Pero, ¿cómo te han cogido, palomo? ¿En tu casa?

—No, fui a ver el incendio y allí me cogieron y me juzgaron por incendiario.

—Donde hay tribunales hay injusticia— sentenció el hombrecillo.

—Y tú, ¿hace tiempo que estás aquí?— preguntó Pierre, terminando de comer la última patata.

—¿Yo? El domingo anterior me sacaron del hospital en Moscú.

—¿Eres soldado?

—Sí, del regimiento de Apsheron. Me consumía la fiebre. Nada nos habían dicho. En el hospital seríamos unos veinte hombres. No sabíamos nada, nada sospechábamos.

—Y qué, ¿te aburres aquí?— preguntó Pierre.

—¡Claro que me aburro, palomito! Me llamo Platón. Karatáiev es un mote— añadió, sin duda para facilitar la conversación con Pierre. —En el regimiento me llamaban “Halconcito”. ¿Cómo quieres que esté? Moscú es la madre de todas las ciudades. ¡Cómo no voy a sentir tristeza al ver todo esto! Pero el gusano se come la berza y perece antes que ella: eso dicen los viejos— añadió rápidamente.

—¿Cómo, cómo has dicho?— preguntó Pierre.

—¿Yo?— respondió Karatáiev. —Digo que no se hacen las cosas según nuestro deseo, sino según la voluntad de Dios— sentenció, creyendo repetir lo que había dicho antes; y en seguida prosiguió. —Entonces, señor, ¿usted posee patrimonio? ¿Y casa? Es decir, que vive en la abundancia. ¿Y tiene mujer? ¿Sus padres viven?— siguió preguntando.

Y aunque Pierre no viera en la oscuridad, advirtió por el tono de la voz que los labios del soldado se plegaban en una sonrisa acariciante mientras le hacía aquellas preguntas. Lo disgustaba, al parecer, que Pierre no tuviera padres, y sobre todo madre.

—La mujer para el consejo, la suegra para el respeto, pero nada hay mejor que una madre— dijo. —¿Tiene hijos?— continuó preguntando.

La respuesta negativa de Pierre pareció entristecerlo, y se apresuró a decir:

—No importa, es usted joven… Dios se los dará, ya vendrán. Lo principal es vivir de acuerdo…

—Ahora me da lo mismo— dijo involuntariamente Pierre.

—¡Eh! ¡Querido amigo!— repuso Platón. —Nadie puede estar a salvo de la pobreza y la cárcel.

Se sentó cómodamente y carraspeó como preparándose para un largo discurso.

—Yo vivía en mi casa, amigo mío— comenzó. —La hacienda de los señores era rica; tenía muchas tierras; los mujiks vivían bien, no podíamos quejarnos. Mi padre trabajaba en su propia parcela. Vivíamos bien, como verdaderos cristianos. Pero un buen día…

Y Platón Karatáiev contó una larga historia de cómo un buen día fue a un bosque vecino para cortar leña y el guardabosque lo había sorprendido en plena faena. Lo azotaron y condenaron a servir en el ejército.

—Pues ya ves, querido— dijo con una voz transfigurada por la sonrisa. —Creíamos que aquello era una desgracia y resultó una suerte. De no ser así, habría tenido que ir mi hermano al ejército, si yo no hubiese pecado; y mi hermano menor tenía cinco hijos, a cual más pequeño, mientras que yo no tenía más que a mi mujer. Nos nació una niña, pero Dios se la llevó antes de que me castigaran. Cuando estuve con permiso me encontré con que vivían mejor que antes, las cuadras llenas de ganado; las mujeres en casa, los dos hermanos ganando fuera; sólo el menor, Mijailo, estaba en casa. El padre dijo: “Para mí todos los hijos son iguales. Cualquiera que sea el dedo mordido, siempre duele; y si no hubieran llevado a Platón, habría tenido que ir Mijailo”. Nos llamó a todos, la verdad te digo, y nos puso delante de los iconos. “Mijailo —dijo mi padre—, ven aquí, híncate de rodillas ante él, y también tú, mujer, y también los nietos. ¿Lo habéis entendido?”, dijo. Así es, querido amigo mío. El destino escoge y nosotros juzgamos siempre: eso no está bien. Nuestra felicidad, amiguito, es como el agua en una nasa; parece que está llena, pero cuando la sacas no queda nada. Así es— y Platón pasó a su montón de paja.

Después de unos instantes de silencio se levantó.

—Creo que ya tendrás ganas de dormir, ¿verdad?— y se persignó rápidamente mientras murmuraba: —Señor mío Jesucristo, santos Nicolás, Frol y Lavr, Señor mío Jesucristo, perdónanos y sálvanos— concluyó. Se inclinó hasta tocar el suelo, se irguió, suspiró y se sentó en la paja. —Dios mío, haz que duerma como una piedra y me levante hecho un pimpollo— murmuró aún mientras se acostaba y se cubría con su capote.

—¿Qué plegaria has rezado?— preguntó Pierre.

—¿Eh?— preguntó Platón (casi estaba dormido). —¿Qué recé? He rezado a Dios. ¿Tú no rezas?

—Sí, también yo rezo. ¿Qué decías de Frol y Lavr?

—¡Pues cómo!— contestó con vivacidad Platón. —Son los patronos de las caballerías. También hay que tener piedad de las bestias. ¡Ah, bribona!, ¿has vuelto? Ya te has calentado, hija de perra…— dijo pasando la mano por el lomo de la perra, que se había acurrucado a sus pies.

Y volviéndose, se quedó dormido.

Fuera, a lo lejos, se oían gritos y sollozos; entre las rendijas de la barraca era visible el incendio. Dentro todo era silencio y oscuridad. Pierre tardó mucho en dormirse. Con los ojos abiertos escuchaba los mesurados ronquidos de Platón, echado junto a él, y sentía que todo aquel mundo antes destruido resurgía ahora en su alma con nueva belleza, sobre nuevos fundamentos inquebrantables.

XIII

En la barraca a la que Pierre fue conducido y en la cual permaneció cuatro semanas había veintitrés soldados, tres oficiales y dos funcionarios.

Más tarde los recordaba a todos como envueltos en una especie de neblina; tan sólo Platón Karatáiev quedó para siempre en su memoria como el recuerdo más vivo y querido, como la personificación de todo cuanto es ruso, bondadoso y redondo. A la mañana siguiente, cuando Pierre pudo ver a su vecino, la primera impresión de algo redondo se confirmó plenamente. Toda la persona de Platón, con el capote francés ceñido con una cuerda, la gorra y los *lapti*, era redonda. Su cabeza era completamente redonda, los hombros, hasta los brazos, que mantenía siempre en posición de abrazar algo, eran redondos. La misma impresión producían su sonrisa agradable y sus ojos, grandes, castaños y cariñosos.

Platón Karatáiev pasaba probablemente de los cincuenta a juzgar por sus relatos de las campañas en que había tomado parte como soldado. No sabía a ciencia cierta su edad ni sabía precisarla, pero sus hileras de dientes fuertes y blancos, que mostraba cuando reía (lo que hacía con frecuencia), estaban sanas y bien conservadas. Ni en la cabeza ni en la barba tenía un solo pelo blanco, su cuerpo parecía elástico y, sobre todo, firme y resistente.

Su rostro, a pesar de las arrugas pequeñas y redondas, conservaba una expresión inocente y juvenil; su voz era agradable y melodiosa; pero la peculiaridad de su conversación era la franqueza y la facilidad para expresarse. Al parecer, nunca pensaba lo que había dicho o iba a decir y, por ello, en su manera de hablar —rápida y sincera— había una irresistible capacidad de persuasión.

Su fuerza física y su habilidad eran tales durante los primeros tiempos de su prisión que parecía desconocer el cansancio y la enfermedad. Cada día, al acostarse, decía: “Dios mío, haz que duerma como una piedra y me levante hecho un pimpollo”. Por la mañana, al levantarse, alzaba los hombros siempre del mismo modo y decía: “Me encogí al acostarme, me estiré al levantarme”. Y, en efecto, en cuanto se acostaba, se dormía como una piedra; y al levantarse, sin perder un segundo, se entregaba a cualquier faena, como los niños que apenas levantados se ponen a jugar. Sabía hacer de todo, ni demasiado bien, ni muy mal: cocinaba, hacía pan, cosía, arreglaba botas, trabajaba en madera. Estaba siempre ocupado y sólo por la noche se permitía entablar alguna conversación, a la que era muy aficionado, o cantar. No cantaba como quien sabe que lo están escuchando, sino como los pájaros, por la sencilla razón de que necesitaba emitir esos sonidos, lo mismo que necesitaba estirarse o caminar. Sus sonidos eran siempre delicados, melodiosos, melancólicos, casi femeninos, y su rostro, cuando cantaba, permanecía muy serio.

Desde que había caído prisionero se había dejado crecer la barba y había renunciado a todos los elementos extraños impuestos por el servicio militar; sin darse cuenta había vuelto al antiguo modo del vivir campesino. Decía:

—El soldado con permiso, de los peales hace camisas.

No le gustaba hablar de los años pasados en el ejército, aun cuando no se quejase de él y repitiera con frecuencia que en el regimiento nunca le habían pegado. Cuando contaba algo, se refería casi siempre a los viejos y queridos recuerdos de su vida de campesino, de “cristiano”, decía. Los abundantes dichos que adornaban su conversación no eran indecorosos ni indecentes, como los de los soldados, sino populares; expresados en momentos oportunos, parecían insignificantes y adquirían, de pronto, un sentido profundo.

Muchas veces se contradecía, pero sus palabras siempre resultaban certeras. Le gustaba hablar, y hablaba bien, aderezando las frases con palabras cariñosas y sentencias inventadas por él; al menos, eso le parecía a Pierre. Pero la atracción principal de sus relatos consistía en que los acontecimientos más sencillos, que Pierre veía sin prestarles atención,

adquirían en sus labios un carácter solemne. Le gustaba oír los cuentos (siempre los mismos) que en las veladas contaba un soldado, pero sobre todo le gustaban las historias de la vida real. Sonreía feliz al escucharlas; intercalaba de vez en cuando algunas palabras y hacía preguntas para deducir la moraleja de todo cuanto se decía. Karatáiev no sentía el cariño, la amistad, el amor como los entendía Pierre, pero quería y vivía amistosamente con todo cuanto veía y, en particular, con los seres humanos, fueran como fueran, a quienes la vida había puesto en su camino. Quería a su perro, a sus compañeros, a los franceses y a Pierre, que era su vecino; pero Pierre sentía que, a pesar de la cariñosa ternura que Karatáiev le demostraba (con la cual tributaba, sin saberlo, el respeto debido a la vida espiritual de Pierre), al separarse de él no se entristecería en absoluto. Y Pierre comenzó a experimentar el mismo sentimiento hacia Karatáiev.

Para los demás prisioneros, Platón Karatáiev era un simple soldado; lo llamaban Halconcito o Platoshka, se burlaban bonachonamente de él, lo mandaban con diversos recados, pero Pierre lo recordaba siempre incomprensible, tal como lo había visto la primera noche: inconcebible, redondo, la eterna personificación de la sencillez y la verdad.

Platón Karatáiev no sabía de memoria nada, salvo su oración. Cuando empezaba un relato, parecía no saber cómo terminaría.

Cuando Pierre, sorprendido a veces por el significado de sus palabras, le pedía que las repitiera, Platón no podía recordar lo que había dicho un minuto antes, tal como no podía explicarle con palabras su canción favorita.

Decía en ella “querida”, “abedul” y “qué angustia la mía”, pero la letra, de por sí, carecía de sentido. Él no entendía ni podía entender el significado de las palabras separadas del relato. Cada palabra, cada acto suyo, era la manifestación de una actividad desconocida para él, que era su vida. Pero esa vida suya, tal como la imaginaba, no tenía sentido alguno como vida individual, sólo significaba algo como parte de un todo que él percibía constantemente. Sus palabras y actos se desprendían de él con la misma regularidad, precisión y espontaneidad del perfume que emana de la flor. No podía comprender ni el sentido ni el valor de sus actos o palabras tomadas por separado.

XIV

La princesa María había sabido por Nikolái que su hermano estaba con los Rostov en Yaroslavl y, a pesar de los consejos de su tía, se dispuso a partir con su sobrino inmediatamente. No preguntó ni le interesaba saber si aquel viaje era difícil o fácil, imposible o posible. Su deber era no sólo estar al lado de su hermano, tal vez a punto de morir, sino hacer todo lo posible por llevarle a su hijo. Y preparó la partida de Vorónezh. Se explicaba la falta de noticias de su hermano diciéndose que debía de encontrarse demasiado débil para escribir, o que quizá le pareciera excesivamente largo y peligroso el viaje para ella y su hijo.

La princesa lo tuvo dispuesto en pocos días; hacía el viaje en la enorme carroza del príncipe, que la había llevado a Vorónezh, y la acompañaba un pequeño coche y varios carros. Mademoiselle Bourienne, Nikóleñka y su preceptor, la vieja niñera, tres doncellas, Tijón, un joven lacayo y otro más, que la acompañaba por deseo de su tía.

Era imposible seguir la ruta ordinaria hacia Moscú, y el desvío obligado por Lipetsk, Riazán, Vladímir y Shuia era demasiado largo y difícil, por no existir en aquel trayecto caballos de posta; y cerca de Riazán (donde según decían habían aparecido los franceses) el camino podía ser peligroso.

Durante viaje tan difícil, mademoiselle Bourienne, Dessalles y los criados de la princesa quedaron asombrados de su energía e incesante actividad. Se acostaba la última y se levantaba la primera, y ningún obstáculo era bastante para detenerla. Gracias a esa actividad y energía, que animaba a sus compañeros de viaje, al finalizar la segunda semana ya estaban a la vista de Yaroslavl.

Los últimos días de su estancia en Vorónezh habían sido los mejores y los más felices de su vida. Ya no la atormentaba ni inquietaba el amor por Nikolái Rostov. Aquel amor llenaba toda su existencia, se hacía parte inseparable de ella misma y no pugnaba ya con sus sentimientos. La princesa María se había convencido, sin decírselo nunca claramente a sí misma, de que amaba de veras y era correspondida. Se había convencido de ello en su última entrevista con Nikolái, cuando él fue a verla para decirle que el príncipe Andréi se hallaba con los Rostov. Nikolái no había aludido al hecho de que (en caso de curación del príncipe) las relaciones de otro tiempo entre él y su hermana Natasha podían reanudarse; pero la princesa había adivinado en su rostro que lo sabía y lo pensaba. Y a pesar de todo, su actitud hacia ella, siempre tierna, atenta y amorosa, no había cambiado; hasta se habría dicho que lo alegraba el parentesco con la princesa María, pues le permitía expresar más libremente su amistad y amor. Así pensaba a veces la princesa. Sabía que amaba por primera y última vez en su vida; se sentía amada y se consideraba feliz y tranquila en ese sentido.

Pero esa felicidad de una parte de su espíritu, lejos de impedirle sentir un intenso dolor por su hermano, le permitió, gracias a su tranquilidad anímica, entregarse por completo a su pesar. Tan viva era su inquietud en los primeros días de su marcha de Vorónezh que cuantos la acompañaban se persuadieron (al ver su rostro de angustia y desesperación) de que caería enferma antes de llegar. Pero fueron, precisamente, las dificultades y preocupaciones del viaje, que procuraba solventar febrilmente, las que alejaron por un tiempo su dolor y le dieron fuerzas.

Como ocurre siempre en los viajes, la princesa María no pensaba más que en lo atinente al camino, olvidando por ello su objetivo. Pero al acercarse a Yaroslavl, al pensar que todo cuanto esperaba lo vería aquella misma noche y no al cabo de varios días, su inquietud llegó al máximo.

El lacayo enviado a Yaroslavl para averiguar dónde paraban los Rostov y cómo seguía el príncipe Andréi salió al encuentro del coche a la entrada de la ciudad. Se asustó al ver la tremenda palidez de la princesa María, asomada a la ventanilla del coche.

—Me he informado de todo, Excelencia— dijo. —Los Rostov viven en la plaza, en casa del mercader Brónnikov. No está lejos, es en la misma

orilla del Volga.

La princesa miró al lacayo con expresión interrogante y temerosa, sin entender por qué no le contestaba a lo principal: el estado de su hermano. Mademoiselle Bourienne se encargó de preguntarlo por la princesa:

—¿Cómo está el príncipe?

—Su Excelencia está en la misma casa que los condes dijo el criado.

“Eso quiere decir que está vivo”, pensó la princesa María; y preguntó en voz baja:

—¿Cómo está?

—Está en la misma situación, según me han contado los criados.

La princesa no quiso preguntar qué significaba “está en la misma situación”. Se limitó a mirar a su sobrino, aquel niño de siete años que, sentado ante ella, se divertía, mirando la ciudad; después inclinó la cabeza y no la levantó hasta que la pesada carroza, tambaleante y rechinando, se detuvo con estrépito. Se oyó el chirrido de los estribos al bajar.

Se abrieron las portezuelas. A la izquierda se veía el gran río; a la derecha, en el porche, había algunos criados y una joven de piel rosada y larga trenza negra, que sonreía de manera forzada y poco agradable, en opinión de la princesa María. Era Sonia. La princesa subió rápidamente las escaleras y la muchacha de la sonrisa forzada dijo: “Por aquí, por aquí”. En el vestíbulo, una mujer de edad, de rasgos orientales, salió emocionada y precipitadamente a su encuentro. Era la condesa. Abrazó a la princesa María y la besó repetidas veces.

—Mon enfant!— dijo. —Je vous aime et vous connais depuis longtemps.[583]

A pesar de su emoción, la princesa María comprendió quién era aquella señora y que debía decirle algo. Pronunció unas frases de cortesía en francés —del mismo estilo que las de la condesa— y preguntó por su hermano.

—El doctor dice que no hay peligro— aseguró la condesa, pero al mismo tiempo levantó los ojos y dejó escapar un suspiro en contradicción con sus palabras.

—¿Dónde está? ¿Puedo verlo? ¿Puedo?

—En seguida, princesa, en seguida, querida…— y se fijó en Nikóleñka, que entraba con su preceptor. —¿Es el hijo de él? ¡Qué niño tan encantador! Cabremos todos, la casa es amplia.

La condesa la condujo a la sala. Sonia hablaba con mademoiselle Bourienne; la condesa acariciaba al niño; el viejo conde entró para saludar a la princesa. Había cambiado mucho desde que la princesa lo viera la última vez. Entonces era un viejo vivaz, alegre y seguro de sí mismo; ahora parecía un anciano asustado, que inspiraba lástima. Hablaba con la princesa y no cesaba de mirar alrededor, como preguntando a todos si era aquello lo que debía hacer. Desde el desastre de Moscú y su propia ruina, separado de las condiciones normales de existencia, había perdido la noción de su propio valer y se sentía desplazado de la vida.

A pesar de su único deseo de ver lo antes posible al príncipe Andréi y de la contrariedad que sentía de que la entretuvieran y alabaran a su sobrino de modo tan afectado, la princesa María se daba cuenta de lo que estaba ocurriendo y creyó conveniente someterse a esas nuevas condiciones de vida. Sabía que todo era necesario y, aunque la molestara, no se sentía enfadada con nadie.

El conde presentó a Sonia a la princesa María.

—Esta es mi sobrina. ¿No la conoce, verdad?

La princesa miró a Sonia y, procurando ahogar el sentimiento de hostilidad que despertaba en ella, la besó. Empezaba a serle penoso que el estado de ánimo de cuantos la rodeaban fuera tan distinto del suyo.

—¿Dónde está?— preguntó de nuevo, dirigiéndose a todos.

—Está abajo— contestó Sonia, enrojeciendo. —Natasha lo acompaña. Acaban de avisarle. ¿No está usted cansada, princesa?

En los ojos de la princesa asomaron lágrimas de encono. Se volvió para preguntar a la condesa si podía bajar a ver a su hermano, pero en aquel momento se oyeron al otro lado de la puerta unos pasos ligeros, veloces, casi alegres. La princesa se volvió y vio a Natasha que entraba casi corriendo. Era la misma Natasha que tan poco le había gustado en su visita de Moscú.

Pero le bastó una mirada para comprender que ahora compartía plenamente su dolor y, por tanto, era amiga suya. Natasha se lanzó

rápidamente hacia ella, la abrazó y estalló en sollozos, reclinando la cabeza en su hombro.

Natasha estaba a la cabecera del príncipe Andréi y al enterarse de la llegada de la princesa salió sin hacer ruido de la habitación y corrió al encuentro de María con aquellos pasos rápidos que a la princesa le parecieron casi alegres.

Al irrumpir en el salón, su rostro emocionado no expresaba más que amor, un amor infinito hacia el príncipe Andréi y su hermana y cuantos tuvieran alguna relación con él; era una expresión de piedad y sufrimiento por los demás y un apasionado deseo de darse por entero en bien de todos. Era evidente que en aquellos momentos no pensaba en sí misma ni en sus relaciones con él.

La sensible princesa María lo intuyó desde que la vio entrar, y apoyándose en su hombro lloró con amarga alegría.

—Vamos, vamos a verlo, María— dijo Natasha, llevándola a otra habitación.

La princesa María alzó el rostro, se enjugó los ojos y miró a Natasha. Sentía que por ella lo sabría todo y todo lo comprendería.

—¿Cómo…?— empezó la princesa, pero se detuvo.

Se dio cuenta de que con palabras no se podía preguntar ni responder. El rostro y los ojos de Natasha deberían decírselo con mayor claridad y profundidad.

Natasha la miró, parecía asustada e indecisa, como si no se atreviera a decir todo lo que sabía. Le parecía comprender que ante aquellos ojos luminosos, que penetraban hasta el fondo de su corazón, no podía decir más que la verdad, toda la verdad que conocía. Los labios de Natasha se estremecieron y varias arrugas deformes aparecieron en torno a su boca. Rompió en sollozos y escondió la cara entre las manos.

La princesa María lo comprendió todo.

Seguía, sin embargo, confiando y preguntó con palabras en las que no creía:

—¿Cómo va la herida? ¿En qué estado se encuentra?

—Usted… usted… lo verá…— fue todo lo que pudo decir Natasha.

Permanecieron un rato en el piso inferior, junto a la habitación del herido, para dejar de llorar y entrar con el rostro sereno.

—¿Qué curso ha seguido la enfermedad? ¿Hace tiempo que empeoró? ¿Cuándo sucedió *eso*?— preguntó la princesa.

Natasha contó que, al principio, el mal consistía en la fiebre y los dolores, pero en el monasterio de Troitsa todo eso había cesado y el médico sólo temía a la gangrena. También ese peligro pasó. Cuando llegaron a Yaroslavl, la herida había comenzado a supurar (Natasha sabía bien todo lo referente a la supuración) y el médico había explicado que la supuración podía seguir un curso normal. Después había vuelto la fiebre, que el médico, esta vez, consideraba menos peligrosa.

—Pero hace dos días— comenzó Natasha, conteniendo a duras penas los sollozos —ocurrió de repente *eso*… La causa no la sé, pero ya verá en qué estado se encuentra.

—¿Está débil? ¿Más delgado?— preguntó la princesa.

—No, no es eso… es peor. Ya lo verá. ¡Ah! María, es demasiado bueno, no puede, no puede vivir, porque…

XV

Cuando Natasha, con un movimiento habitual, abrió la puerta para dar paso a la princesa, ésta sentía ya que los sollozos se agolpaban en su garganta. Pese a todos sus esfuerzos para serenarse, sabía que al verlo no podría contener las lágrimas.

La princesa María había comprendido lo que quería decir Natasha con sus palabras *“hace dos días le ocurrió eso”*; comprendía que el príncipe Andréi se había dulcificado y que esa dulzura y enternecimientos eran indicios de muerte. Al llegar a la puerta vio con la imaginación el rostro de aquel Andriusha al que había conocido de niño; su cara dulce y afectuosa, llena de ternura, expresión que tan raras veces aparecía en él y que por eso tanto la impresionaba siempre. Sabía que ahora le diría palabras dulces y tiernas, como las que había dicho su padre al morir, y que ella no podría dominarse y estallaría en sollozos. Pero antes o después eso debía suceder, y entró en la habitación. El llanto la ahogaba cada vez más, mientras con sus ojos miopes distinguía el cuerpo y buscaba las facciones de su hermano. Por fin vio su rostro y sus miradas se encontraron.

Estaba echado en un diván, rodeado de almohadas y vestido con una bata guarnecida de piel de ardilla. Estaba muy delgado y pálido. Una de sus manos, de blancura casi transparente, sostenía un pañuelo; con la otra, se atusaba sus finos bigotes, bastante crecidos. Sus ojos estaban fijos en los que entraban.

Cuando se encontró con aquella mirada la princesa María acortó de pronto el paso; sintió que las lágrimas se le secaban y los sollozos cedían en su pecho; la expresión del rostro y la mirada que había sorprendido le produjeron una extraña timidez y la hicieron sentirse culpable.

“Pero ¿de qué soy culpable?”, se preguntó.

“De que vives y piensas en las cosas de la vida, mientras que yo…”, pareció contestarle aquella mirada fría y severa.

En aquella mirada profunda dirigida no fuera sino dentro de sí, había casi hostilidad cuando el príncipe se volvió lentamente hacia su hermana y Natasha.

Besó a su hermana como hacían siempre, mano con mano.

—Buenos días, Mary… ¿Cómo has llegado hasta aquí? preguntó con voz tranquila y tan extraña como su mirada.

Si hubiera gritado desesperadamente, su grito no habría producido en la princesa el horror que le causó aquella voz.

—¿Has traído también a Nikólushka?— añadió, con la misma voz débil y pausada, haciendo un evidente esfuerzo para recordar.

—¿Cómo te encuentras ahora?— preguntó la princesa María, asombrándose ella misma de lo que decía.

—Eso, querida, hay que preguntárselo al médico— dijo el príncipe; y haciendo un visible esfuerzo para mostrarse cariñoso, añadió con un imperceptible movimiento de labios (se veía que no pensaba lo que decía): —Merci, chère amie, d’être venue.[584]

La princesa María le estrechó la mano y él frunció levemente el ceño al sentir aquella presión. Guardó silencio y ella no supo qué decir. Comprendió qué le había ocurrido días atrás. En sus palabras, en el tono de su voz y sobre todo en la fría mirada —casi hostil— se advertía ese alejamiento de todas las cosas terrenales, terrible para quien está vivo. Al parecer comprendía, haciendo un esfuerzo, todo cuanto se refería a los que vivían, pero se notaba al mismo tiempo que esa dificultad no provenía de su falta de capacidad para comprender; se debía a que él comprendía algo que los demás, los que vivían, no entendían ni podían entender. Y eso lo absorbía por entero.

—Ya ves de qué manera más extraña nos ha reunido el destino— dijo, rompiendo el silencio e indicando a Natasha. —Ella anda cuidándome todo el día.

La princesa María escuchaba sin entender lo que le decía. ¿Cómo podía hablar así, el sensible y cariñoso príncipe Andréi, delante de la mujer que

amaba y lo amaba? Si tuviera esperanzas de vivir no habría dicho eso con aquel tono frío y ofensivo. Si no supiera que iba a morir, ¿cómo no iba a tener piedad de ella, cómo habría podido hablar de aquella manera? Sólo una explicación era posible: todo le era indiferente, porque algo de importancia muchísimo mayor se le había revelado.

La conversación seguía siendo fría, deslavazada; se interrumpía a cada momento.

—María ha pasado por Riazán— dijo Natasha.

El príncipe Andréi no pareció notar que Natasha llamaba a su hermana por el nombre. Natasha, que ya lo había hecho antes, se dio cuenta ahora por primera vez.

—¿Y qué?— dijo el príncipe.

—Le han contado que Moscú se ha quemado por completo, que…

Natasha se detuvo: aquella conversación no era oportuna; se veía que el príncipe hacía vanos esfuerzos por escuchar.

—Sí, dicen que ha ardido. Es una lástima— dijo sin mirar a nadie y atusándose distraído el bigote con los dedos.

—¿Y tú, Marie, te encontraste con el príncipe Nikolái?— dijo de pronto el príncipe Andréi, deseando, al parecer, decir algo agradable para ellas. —Ha escrito a esta casa, diciendo que tú le has gustado mucho— prosiguió tranquilamente, con sencillez, sin entender, al parecer, la importancia que sus palabras tenían para aquellos seres vivos. —Si también a ti te gustara… sería lo mejor… que os casarais— añadió algo más de prisa, satisfecho de haber encontrado unas palabras que le había costado buscar.

La princesa María lo escuchaba; para ella esas palabras carecían de sentido, no hacían más que probar cuán lejos del mundo de los vivos se encontraba su hermano.

—A qué hablar de mí— dijo con voz firme, y miró a Natasha.

Ella notó su mirada, pero no levantó los ojos. Todos guardaron silencio.

—Andréi, quieres…— dijo de pronto, con voz temblorosa, la princesa María. —¿Quieres ver a Nikólushka? Te ha recordado siempre.

Por primera vez el príncipe Andréi esbozó una sonrisa, pero la princesa, que conocía tan bien las expresiones de su rostro, comprendió horrorizada que no era una sonrisa de júbilo ni de cariño por el hijo, sino un gesto de

tierna burla para la princesa María, que, en su opinión, empleaba el último recurso para volverlo a la vida.

—Sí, me alegraría mucho ver a Nikólushka. ¿Está bien?

Cuando llevaron al pequeño a la habitación del príncipe Andréi, Nikóleñka contempló asustado a su padre y no lloró porque nadie lloraba. El príncipe Andréi lo besó, sin saber qué decirle.

Cuando se llevaron a Nikóleñka, la princesa María se acercó de nuevo a su hermano. Lo besó y, sin poder contenerse más, rompió a llorar. Él la miró con fijeza.

—¿Lloras por Nikóleñka?

La princesa María asintió con la cabeza sin dejar de llorar.

—María, ¿sabes? El Evange…— pero se interrumpió de pronto.

—¿Qué dices?

—Nada. No hay que llorar aquí— concluyó, mirándola con la misma frialdad.

Cuando la princesa María comenzó a llorar, él comprendió que lo hacía por el pequeño Nikólushka, que iba a quedar sin padre. Con gran esfuerzo trató de volver a la vida y situarse en su punto de vista.

“Sí, debe parecerles penoso —pensó—. ¡Y, sin embargo, qué simple es! Los pajarillos del cielo no siembran, no siegan las mieses, Dios nuestro Padre les proporciona alimentos”, se dijo, y esto es lo que deseaba decir a su hermana.

“Pero no, ellas lo entenderían a su manera. No entenderían nada. No pueden comprender que todos esos sentimientos que tanto valoran, todos esos pensamientos que les parecen, que nos parecen tan importantes, *no son necesarios*. No podemos entendernos.” Y guardó silencio.

El hijo del príncipe Andréi tenía siete años; apenas conocía las letras, y no sabía nada. Sufrió mucho desde aquel día, adquiriendo conocimientos, dotes de observación y experiencia. Pero aunque hubiera sabido entonces todo eso, no habría podido entender mejor y más profundamente aquella

escena entre su padre, la princesa María y Natasha, de la que fue testigo. Lo adivinó todo y sin llorar salió de la habitación, se acercó silencioso a Natasha, que lo seguía, la miró tímidamente con sus bellos y pensativos ojos; su rosado labio superior, un poco prominente, se estremeció, apoyó la cabeza en la joven y se echó a llorar.

A partir de aquel día evitó a Dessalles y a la vieja condesa, que lo hacía objeto de sus mimos, y permanecía solo o se acercaba tímidamente a la princesa María y a Natasha, a quien parecía querer aún más que a su tía, y, dulcemente, con timidez, buscaba sus caricias.

Cuando la princesa María salió de la habitación de su hermano había comprendido perfectamente cuanto le dijera el rostro de Natasha. No volvió a hablar con ella sobre la esperanza de salvarlo. Turnándose ambas, veló junto al diván del herido. No lloraba ya, pero rezaba sin cesar, dirigiendo sus plegarias al Ser eterno e inconcebible, cuya presencia era tan notoria ahora junto al moribundo.

XVI

El príncipe Andréi sabía que iba a morir; es más, notaba que se iba muriendo poco a poco y que estaba ya medio muerto. Experimentaba, sobre todo, una sensación de alejamiento de todas las cosas terrenas y una extraña y gozosa ligereza de ser. Sin temor ni prisa aguardaba serenamente lo que debía suceder. Aquella presencia horrible, eterna, desconocida y lejana, cuya existencia había sentido durante toda su vida, se le acercaba ahora hasta hacérsele casi comprensible y tangible por la extraña y gozosa levedad de ser.

Antes había temido el fin. Por dos veces había experimentado el terrible y doloroso sentimiento de miedo a morir, que ahora no comprendía.

La primera vez había sido cuando la granada saltó junto a él girando como un trompo, mientras él miraba las mieses, los arbustos, el cielo, y sabía que estaba ante la muerte. Cuando volvió en sí después de ser herido, en su alma, momentáneamente liberada del peso de la vida, nació aquella flor de amor perenne, libre, que no dependía de este mundo. Y desde entonces ya no tuvo miedo a la muerte ni pensó en ella.

Durante las horas del doloroso aislamiento y semidelirio que había sufrido desde que fue herido, cuanto más reflexionaba en aquel nuevo principio de amor eterno que se le había revelado, tanto más renunciaba —sin darse cuenta de ello— a la vida terrenal. Amarlo todo y a todos, sacrificarse siempre por amor, significaba no amar a nadie, no vivir la vida terrenal. Y a medida que profundizaba en el principio del amor, con mayor decisión renunciaba a la vida y destruía el terrible obstáculo interpuesto entre la vida y la muerte cuando no hay amor. Y entonces, cuando en aquel primer tiempo se acordaba de que debía morir, se decía: “Mejor así”.

Pero desde la noche de Mitischi, cuando en su semidelirio apareció ante él la mujer que deseaba y cuando él, apretando su mano contra sus labios, derramó dulces lágrimas de felicidad, el amor a una sola mujer se fue adentrando imperceptiblemente en su corazón; y de nuevo lo ató a la vida. Acudían a su mente pensamientos que lo atormentaban y lo llenaban de alegría. Recordaba el instante en que había visto a Kuraguin en la ambulancia, pero no podía experimentar de nuevo el sentimiento de entonces. Una sola cuestión lo atormentaba: ¿Seguía vivo o no aquel hombre? Pero no se atrevía a preguntarlo.

La herida siguió su curso normal, pero lo que Natasha había dicho a la princesa María de que *"eso le ocurrió hace dos días"* fue la última lucha, la lucha moral entre la vida y la muerte, y en ella triunfó la muerte. Era el inesperado reconocimiento de que valoraba todavía la vida representada en el amor a Natasha y la última embestida de pavor —ya superada— ante lo desconocido.

Había anochecido. Como de costumbre, después de cenar tuvo algo de fiebre y sus pensamientos eran extraordinariamente lúcidos. Sonia estaba sentada junto a la mesa. Él se había adormecido. De pronto lo invadió una sensación de felicidad.

"¡Ah, es ella quien entró!", pensó.

Y, en efecto, Natasha había entrado sin hacer ruido para sustituir a Sonia.

Desde que empezó a cuidarlo, el príncipe experimentaba siempre esa sensación física de su presencia. Permanecía sentada en la butaca, de perfil a él, ocultándole la luz de la vela, y tejía una media. (Había aprendido a tejer desde que una vez el príncipe Andréi le dijo que nadie cuidaba mejor a los enfermos que las viejas niñeras que hacían punto, y que aquel trabajo resultaba sedante para el enfermo.) Sus delicados dedos movían ágilmente las agujas, que a veces chocaban una con otra; el príncipe podía ver muy bien el perfil de su rostro, levemente inclinado y meditabundo. Natasha hizo un movimiento y el ovillo cayó de sus rodillas. Se sobresaltó; ocultó la luz de la vela con la mano y con un gesto rápido, ágil y silencioso se inclinó para coger el ovillo y tornó a su anterior postura.

El príncipe Andréi la miraba sin moverse y notó que, después de aquel movimiento, necesitaba respirar a pleno pulmón, pero temía hacerlo y lo hacía conteniendo el aliento.

En el monasterio de Troitsa habían hablado del pasado y el príncipe había dicho que, si conservaba la vida, daría eternas gracias a Dios por aquella herida que los había vuelto a unir. Desde entonces no volvieron a mencionar el porvenir.

"¿Podía o no podía ser así? —pensaba ahora, mirándola y escuchando el leve rumor de las agujas de acero—. ¿Acaso nos ha unido el destino de manera tan extraña para dejarme morir?… ¿Acaso se me ha revelado la verdad de la vida sólo para que yo sepa que he vivido en el engaño? La amo más que a nada en el mundo. ¿Qué puedo hacer si la amo?", y gimió, de pronto, sin querer, por la costumbre adquirida en sus horas de sufrimiento.

Al oírlo, Natasha dejó su labor y, al ver sus ojos brillantes, se inclinó hacia él.

—¿No duerme?— preguntó.

—No, la estoy mirando desde hace tiempo; me di cuenta de su llegada. Nadie como usted me da tan dulce quietud… esa luz… Querría llorar de alegría.

Natasha se acercó más a él. Su rostro relucía exaltado y jubiloso.

—Natasha, la amo demasiado, más que a nadie en el mundo.

—¿Y yo?— apartó el rostro un instante. —¿Por qué demasiado?— preguntó.

—¿Por qué demasiado?… Dígame la verdad de lo que piensa, de lo que siente en lo más profundo de su ser, ¿viviré? ¿Qué le parece?

—¡Estoy segura de que sí! ¡Estoy segura!— casi gritó Natasha, estrechándole las dos manos apasionadamente.

Él guardó silencio.

—¡Sería tan hermoso!— tomó su mano y la besó.

Natasha se sentía feliz y conmovida; pero recordó que eso estaba prohibido, que el herido necesitaba reposo.

—Pero usted no ha dormido— dijo, reprimiendo su alegría. —Trate de dormir, por favor.

El príncipe abandonó su mano después de estrecharla, ella se sentó de nuevo junto a la vela y todo siguió como antes. Por dos veces se volvió para mirarlo y se encontró con sus ojos brillantes. Entonces se impuso una tarea determinada en su labor de tejedora, prometiéndose no mirarlo hasta haberla terminado.

Poco después el príncipe cerraba los ojos y se dormía. Pero su sueño no duró mucho; se despertó inquieto y envuelto en un sudor frío.

Al tiempo de dormirse seguía pensando en todo cuanto lo preocupaba aquellos días: la vida y la muerte. Ella sobre todo. Se sentía más cercano a la muerte.

"El amor. ¿Qué es el amor?", pensaba.

"El amor se opone a la muerte; el amor es vida. Todo lo que comprendo lo entiendo porque amo. Todo, todo existe únicamente porque amo. Todo está ligado por el amor únicamente. El amor es Dios; morir significa que yo, una partícula del amor, retorno al manantial común y eterno." Eran pensamientos consoladores, así le pareció al menos. Pero no eran sino pensamientos.

Algo faltaba en ellos: eran unilaterales, personales, cerebrales, les faltaba evidencia. Y seguía la misma inquietud y confusión. Se quedó dormido.

En sueños se vio en la misma habitación donde realmente estaba, pero no herido, sino sano. Lo rodeaban muchas personas insignificantes e indiferentes. Hablaba con ellas y discutía de cosas inútiles. Se disponían a salir de viaje. El príncipe recordaba confusamente que todo era insignificante y que le esperaban tareas más importantes; pero seguía hablando, asombrando a sus oyentes con sus frases vacías, ingeniosas. Poco a poco, aquellos personajes desaparecen imperceptiblemente y sólo queda un problema: el problema de la puerta. Se levanta, se aproxima para correr el pestillo y cerrarla. Todo depende de que consiga cerrarla. Camina, se apresura, pero sus piernas no se mueven y él sabe que no tendrá tiempo de cerrarla; sin embargo tensa dolorosamente todas sus fuerzas. Un miedo espantoso se adueña de él. Y ese miedo es el miedo a la muerte: detrás de la puerta está *ella*. Pero en el mismo momento en que llega arrastrándose torpemente hacia ella, eso tan terrible empuja desde el lado opuesto,

intentando pasar por la fuerza. Algo que no es humano —la muerte— pugna por entrar y es preciso detenerla. Él se aferra a la puerta, reúne sus últimas fuerzas; ya no puede cerrarla, pero sí detenerla al menos, aunque sus fuerzas son débiles, torpes, y la puerta presionada por lo terrible se abre y vuelve a cerrarse.

Otra presión desde allí. Sus esfuerzos sobrehumanos son vanos y las dos hojas de la puerta se abren silenciosamente. *Ella* entra y ella es la *muerte*. Y el príncipe Andréi muere. Pero en el momento de morir, recordó que estaba durmiendo, hizo un esfuerzo y despertó.

"Sí, era la muerte. He muerto y he despertado. La muerte es el despertar." Ese pensamiento ilumina de pronto su alma: se levantaba el velo que hasta entonces le había ocultado lo desconocido. Se sintió liberado de aquello que antes ataba su fuerza y experimentó esa extraña levedad que desde entonces no lo abandonó.

Cuando se despertó, envuelto en sudor frío, y se movió en el diván, Natasha se acercó a él para preguntarle qué le pasaba. El príncipe no contestó: no comprendía la pregunta y la miró con ojos extraños.

Esto era lo ocurrido dos días antes de que llegara la princesa María. Desde entonces, según el médico, la fiebre había adquirido mal cariz. Pero Natasha no mostraba interés alguno por cuanto decía el médico: veía todos aquellos terribles síntomas morales, indudables para ella.

Para el príncipe Andréi, con aquel despertar del sueño comenzó el alejamiento de la vida. Y en comparación con la duración de su existencia, no le parecía más lento que el despertar del sueño en relación con el tiempo que había durado el sueño.

Nada terrible ni violento había en ese despertar relativamente lento.

Sus últimos días y horas fueron sencillos y apacibles. La princesa María y Natasha, que no se apartaban de él, así lo sentían. Ya no lloraban ni sufrían; y en los últimos días se daban cuenta de que no pensaban tanto en él (que ya no existía y las había abandonado) como en su recuerdo más cercano: su cuerpo. En ambas era tan intenso ese sentimiento, que el aspecto externo y terrible de la muerte no influía en ellas y consideraban inútil avivar su dolor. No lloraban delante de él ni fuera de su presencia, y

tampoco hablaban de él entre sí. Estaban convencidas de no poder expresar con palabras todo cuanto comprendían.

Las dos veían cómo, alejándose de ellas, se hundía cada vez con mayor profundidad, lenta y tranquilamente, no se sabía dónde, pero sabían que tenía que ser así y que esto estaba bien.

El príncipe Andréi recibió los últimos sacramentos; todos se acercaron para despedirse de él. Cuando le llevaron a su hijo puso los labios en su frente y se volvió, no porque le resultara penoso ni por piedad (la princesa y Natasha lo comprendían), sino porque suponía que era aquello cuanto de él exigían. Y cuando le pidieron que lo bendijese, lo hizo, y miró en derredor como preguntando si debía hacer alguna cosa más.

La princesa y Natasha estuvieron presentes durante las últimas contracciones del cuerpo abandonado por su espíritu.

—¿Ya se fue?— dijo la princesa María, cuando el cuerpo inmóvil, tendido ante ellas, comenzaba a enfriarse.

Natasha se acercó, miró los ojos sin vida y se apresuró a cerrarlos. Pero no los besó, aunque acercó los labios a lo que era su más próximo recuerdo.

"¿Dónde ha ido? ¿Dónde está ahora?…"

Cuando pusieron aquel cuerpo, lavado y vestido, en el féretro, sobre una mesa, todos se acercaron, llorando, para darle el último adiós.

Nikóleñka lloró movido por el doloroso estupor que desgarraba su corazón. La condesa y Sonia lloraban pensando en Natasha y en que él ya no existía. El viejo conde lloró porque sentía que pronto también a él le tocaría dar ese terrible paso.

También la princesa María y Natasha lloraron ahora; pero no a causa de su propio dolor; lloraron por la fervorosa conmoción que colmaba sus almas ante aquel simple y solemne misterio de la muerte que acababan de presenciar.

Segunda parte

I

La razón humana no puede comprender el conjunto de las causas que originan cada fenómeno, pero la necesidad de conocerlas es inherente a la naturaleza del hombre. Y la razón humana, sin ahondar en la infinitud y complejidad de las condiciones del fenómeno, cada una de las cuales, por separado, puede concebirse como causa del mismo, se acoge a la primera semejanza, que suele ser la más inteligible, y dice: ésta es la causa.

En los acontecimientos históricos (en los cuales el objeto de observación son los actos humanos) es la voluntad de los dioses la que se presenta como causa primera; y después la voluntad de los hombres que ocupan un lugar relevante en la historia, a los que llamamos héroes. Pero basta con ahondar en cada acontecimiento histórico —es decir, en la actuación de toda la masa humana que participa en él— para convencerse de que la voluntad de los héroes, lejos de dirigir las acciones de la masa, es casi siempre dirigida. Podría parecer que no tiene valor alguno comprender el significado de los acontecimientos históricos de una u otra manera; pero entre quien afirma que los pueblos de Occidente avanzan hacia Oriente porque así lo quiso Napoleón y el que sostiene que semejante suceso ocurrió porque así debía suceder hay la misma diferencia que entre quienes afirmaban que la Tierra permanece inmóvil y todos los planetas giran en derredor de ella y los que decían que no saben en qué se apoya la Tierra pero saben que existen leyes que rigen sus movimientos y los de los demás astros.

No existen ni pueden existir causas de un acontecimiento histórico, excepto la causa única de todas ellas; pero existen leyes que gobiernan los

acontecimientos, unas desconocidas y otras cuyo sentido empezamos a comprender.

El descubrimiento de esas leyes sólo es posible si renunciamos por completo a buscar las causas en la voluntad de un solo hombre, igual que el descubrimiento de las leyes que rigen el movimiento de los planetas no fue posible hasta que los hombres renunciaron a la idea de la inmovilidad de la Tierra.

Después de la batalla de Borodinó, de la ocupación de Moscú por el enemigo y el incendio de la ciudad, los historiadores consideran que el episodio fundamental de la guerra de 1812 fue el paso del ejército ruso del camino de Riazán al de Kaluga, y desde allí al campo de Tarútino, denominado como la marcha oblicua de Krasnia Pajrá. Los historiadores atribuyen la gloria de este hecho genial a diversos personajes y discuten a quién corresponde el mérito en realidad. También los historiadores extranjeros, hasta los mismos franceses, reconocen el genio de los jefes militares rusos cuando hablan de esta marcha. Pero, ¿por qué todos los escritores dedicados a estos temas, y con ellos los demás, admiten que esa marcha fue una iniciativa genial y profunda de una sola persona, que salvó a Rusia y perdió a Napoleón? Es muy difícil entenderlo. Ante todo, es difícil comprender en qué consiste la genialidad y profundidad de ese movimiento, pues no se precisa gran esfuerzo intelectual para darse cuenta de que la mejor posición de un ejército (cuando no se lo ataca) es la que está más próxima a los aprovisionamientos. Y cualquiera, hasta un niño de trece años, no demasiado inteligente, comprendería fácilmente que en 1812 la posición más ventajosa del ejército, después de la retirada de Moscú, estaba en el camino de Kaluga. Por tanto, no puede comprenderse, en primer lugar, qué razonamientos han llevado a los historiadores a ver la profunda genialidad en esta maniobra. Segundo, todavía resulta más difícil comprender cómo los historiadores ven en ella la salvación de los rusos y la derrota de los franceses, puesto que semejante marcha, realizada en las circunstancias que la precedieron, coincidieron, y prosiguieron, pudo haber sido tan peligrosa para el ejército ruso como providencial para el francés. Y

si, a partir de ese movimiento, la suerte de los rusos comienza a mejorar, de ningún modo cabe deducir que ese movimiento fuera la causa.

Esa marcha de flanco, lejos de ofrecer ventajas, pudo causar la perdición de todo el ejército ruso y la salvación del ejército francés si no hubieran concurrido otras circunstancias. ¿Qué habría ocurrido sin el incendio de Moscú? ¿Qué, si Murat no hubiese perdido de vista a los rusos? ¿Qué, si Napoleón no hubiera permanecido inactivo? ¿O si, en Krasnia Pajrá, el ejército ruso, siguiendo el consejo de Bennigsen y Barclay, hubiese presentado batalla? ¿Y si los franceses hubieran atacado a los rusos cuando éstos retrocedían más allá de Pajrá? ¿Y si Bonaparte, acercándose a Tarútino, hubiese atacado a los rusos aunque sólo fuera con la décima parte de la energía que desplegó en Smolensk? ¿Y si los franceses se hubieran dirigido a San Petersburgo?… En todos estos casos, el éxito de la marcha oblicua habría podido convertirse en un desastre.

En tercer lugar, lo que menos se comprende es que los hombres que estudian la historia no quieran ver, intencionadamente, que no puede atribuirse a una sola persona dicha maniobra, que nadie había previsto jamás, y que ella —igual que el retroceso en Fili— de hecho no fue concebida en su conjunto por nadie, sino realizada paso a paso, uno después de otro, minuto por minuto, desarrollada a lo largo de una incalculable serie de las más distintas circunstancias; y sólo cuando se realizó en toda su integridad se convirtió en un hecho pretérito.

En el consejo de Fili, la idea dominante de los jefes rusos era, como algo que se sobrentendía, la retirada hacia atrás en línea recta, es decir, por el camino de Nizhni-Nóvgorod. Prueba de ello es la mayoría de votos que esa idea obtuvo en el consejo y la conocida conversación, después del consejo, entre el general en jefe y Lanski, jefe de los servicios de intendencia. En su informe al Serenísimo, Lanski comunicó que los aprovisionamientos del ejército se habían acumulado sobre todo a lo largo del Oka, en las provincias de Tula y Kazán, y que, en el caso de retirada hacia Nizhni-Nóvgorod las reservas de víveres quedarían separadas del ejército por el ancho caudal del río Oka, por el cual, sobre todo a principios de invierno, el transporte resulta imposible. Ése fue el primer indicio de la necesidad de apartarse de la línea recta, que antes parecía la mejor hacia

Nizhni-Nóvgorod. El ejército se orientó hacia el sur, por el camino de Riazán, buscando la proximidad a las reservas de provisiones. Más tarde, la inactividad de los franceses, que llegaron a perder de vista al ejército ruso, la preocupación por defender la fábrica de Tula y, sobre todo, la ventaja de mantenerse cerca del avituallamiento obligaron al ejército a descender aún más al sur, al camino de Tula. Después de haber pasado, en un desesperado movimiento, desde Pajrá al camino de Tula, los jefes del ejército ruso pensaron detenerse en Podolsk y nadie imaginó tomar posiciones en Tarútino, pero un número infinito de circunstancias y la aparición de los franceses, que antes habían perdido de vista a los rusos, los planes de batalla y, sobre todo, la abundancia de provisiones en Kaluga obligaron al ejército ruso a desviarse más al sur y pasar al centro de sus vías de aprovisionamiento, del camino de Tula al de Kaluga, hacia Tarútino.

Así como no es posible contestar a la pregunta de cuándo fue abandonado Moscú, nadie puede saber en qué momento preciso y por quién se decidió pasar a Tarútino. Sólo cuando llegó el ejército a Tarútino, debido a las incontables diferencias numéricas, la gente empezó a creer que era lo que deseaba desde mucho tiempo antes.

II

La célebre marcha oblicua se limitó a lo siguiente: el ejército ruso, retrocediendo siempre en sentido contrario al de la invasión, una vez que el avance de los franceses hubo cesado, se apartó de la línea recta seguida al principio y, al no sentirse perseguido, se dirigió como era natural hacia donde abundaban las provisiones.

Si nos imaginamos al ejército ruso desprovisto, no ya de jefes geniales, sino simplemente como tropas sin jefes, ese ejército no podía hacer otra cosa que volver de nuevo hacia Moscú, describiendo un gran arco por los lugares donde había mayor aprovisionamiento y regiones más fértiles.

El paso del camino de Nizhni-Nóvgorod a los de Riazán, Tula y Kaluga era hasta tal punto lógico que los merodeadores del ejército ruso seguían esa misma dirección, y desde San Petersburgo exigían que Kutúzov llevara sus tropas a ese mismo camino. En Tarútino, Kutúzov recibió casi una censura del Emperador por haber desviado las tropas al camino de Riazán y se le señaló la posición frente a Kaluga, en la que ya se hallaba cuando llegó la orden imperial.

Reculando en la dirección del empuje recibido durante toda la campaña, comprendida la batalla de Borodinó, cuando la fuerza de ese empuje —sin recibir otros nuevos— desapareció, el grueso del ejército ruso tomó la posición que le era natural.

El mérito de Kutúzov no estriba en la realización de maniobras geniales, de esas que se llaman estratégicas, sino en haber comprendido, solamente él, el significado de los acontecimientos que se iban sucediendo. Fue el único en comprender la importancia de la inactividad francesa, y tan sólo él siguió afirmando que la batalla de Borodinó fue una victoria; él, únicamente

él, que en su condición de general en jefe debía haberse mostrado propicio al ataque, empleó todos sus recursos para impedir que el ejército ruso fuese utilizado en batallas inútiles.

La fiera herida en Borodinó yacía en alguna parte de aquellos parajes donde la dejara el cazador, que se había retirado. Pero ignoraba si estaba viva o muerta o simplemente emboscada. Y, de pronto, se oyeron los gemidos de esa fiera.

El gemido de la fiera herida, del ejército francés, el grito que denunciaba su derrota, era el envío de Lauriston al campamento de Kutúzov con la misión de proponer la paz.

Napoleón, siempre persuadido de que lo bueno no era lo bueno, sino aquello que a él se le ocurría, escribió a Kutúzov lo primero que le vino a la cabeza, por más que no tuviera sentido alguno:

> Señor príncipe Kutúzov: Le envío a un general ayudante de campo mío para exponerle algunos asuntos interesantes. Deseo que Su Alteza dé crédito a cuanto él le diga, sobre todo cuando le exprese los sentimientos de estima y particular consideración en que hace tiempo lo tengo. No tiene otro objeto esta carta. Ruego a Dios, señor príncipe Kutúzov, que lo tenga en su santa y digna protección.
>
> Moscú, 3 de octubre de 1812.
> Firmado: Napoleón.

—La posteridad me maldeciría si me considerara promotor de un arreglo cualquiera. Éste es el espíritu actual de mi nación— respondió Kutúzov.

Y siguió esforzándose por impedir la ofensiva del ejército.

Durante el mes en que el ejército francés saqueaba Moscú y las tropas rusas permanecían estacionadas tranquilamente en Tarútino, se produjo un cambio en la relación de fuerzas (en espíritu y número), en virtud del cual la preponderancia pasó a los rusos. A pesar de que los rusos desconocían la posición del ejército francés y la cuantía de sus efectivos, en cuanto cambió esa relación de fuerzas se hizo evidente la necesidad de la ofensiva en incontables indicios: el envío de Lauriston, la abundancia de provisiones en

Tárútino, las noticias que desde todas partes llegaban sobre la inactividad y el desorden de las tropas francesas, los reclutas incorporados a los regimientos rusos para cubrir bajas, el buen tiempo, el prolongado descanso de los soldados rusos y la impaciencia que habitualmente surge en las tropas después de un descanso por llevar a cabo aquello para lo que han sido reunidas; a todo ello se sumaba la curiosidad por saber lo que en el ejército francés ocurría, ya que habían perdido el contacto con él hacía mucho tiempo, la audacia con que las avanzadillas se movían junto a los franceses situados cerca de Tarútino, las noticias sobre fáciles victorias logradas contra el enemigo por mujiks y guerrilleros, la envidia provocada por esos hechos, el anhelo de venganza que bullía en el alma de cada persona mientras los franceses permanecían en Moscú y sobre todo la conciencia, vaga pero existente en cada soldado, de que la relación de fuerzas había cambiado y la ventaja estaba ahora del lado de los rusos. Todo eso hacía necesaria la ofensiva.

Y con la misma exactitud de un reloj, cuyo carillón empieza a tocar cuando la aguja da una vuelta completa a la esfera, también en las instancias superiores el cambio de la situación produjo un movimiento acelerado, susurros y sones de carillón.

III

El ejército ruso estaba dirigido por Kutúzov y su Estado Mayor y, desde San Petersburgo, por el emperador Alejandro. Antes de que llegara la noticia del abandono de Moscú se había preparado en San Petersburgo un detallado plan de toda la campaña, que fue enviado a Kutúzov para que lo pusiera en práctica. A pesar de que el proyecto descansaba en la idea de que Moscú seguía en manos rusas, el Estado Mayor lo aprobó y puso en ejecución. El Serenísimo se limitó a sugerir que las actuaciones subversivas a gran distancia son siempre difíciles de ejecutar. Para vencer las dificultades existentes fueron enviadas nuevas órdenes y nuevas personas encargadas de vigilar la actuación del general en jefe y de informar al respecto.

Además, todo había cambiado en los mandos del ejército. Hubo necesidad de sustituir a Bagration, muerto en combate, y a Barclay, que se había retirado ofendido. Con la mayor seriedad se deliberaba si sería mejor poner a A en el puesto de B; a B sustituyendo a D, o, al contrario, a D en lugar de A, etcétera, como si de todo ello pudiera resultar otra cosa que no fuera la satisfacción de A y de B.

Eran mayores que nunca las intrigas en los diversos partidos, por la hostilidad que Kutúzov mostraba hacia Bennigsen, su jefe de Estado Mayor, y la presencia de personas de confianza enviadas por el Emperador y las repetidas sustituciones. A minaba el terreno a B; éste el de C, etcétera, en todos los cambios y combinaciones posibles. La causa principal, pero no única, de esas intrigas y actuaciones de zapa era la campaña militar, que todos ellos se imaginaban dirigir. Pero la campaña seguía adelante independientemente de ellos, tal como debía desarrollarse, es decir, sin

coincidir nunca con lo que discurrían los hombres, sino como una consecuencia de la actuación de las masas. Todas aquellas combinaciones se entrecruzaban y confundían, siendo en opinión de las altas esferas una imagen exacta de lo que debía hacerse.

> Príncipe Mijaíl Ilariónovich —escribió el 2 de octubre el Emperador en una carta que llegó a su destino después de la batalla de Tarútino—: Desde el 2 de septiembre Moscú está en poder del enemigo. Sus últimos partes son del día 20; desde esa fecha no sólo no se ha hecho nada contra el enemigo para liberar nuestra vieja capital sino que, según sus últimos informes, usted ha seguido retrocediendo: Sérpujov ocupado por un destacamento enemigo, y Tula, con su fábrica tan famosa y tan necesaria para el ejército, se encuentra en peligro. Según me comunica el general Wintzingerode, un cuerpo de ejército enemigo de diez mil hombres avanza por el camino de San Petersburgo; otro cuerpo, también numeroso, marcha hacia Dmítrovo. Un tercero avanza hacia Vladímir, y un cuarto, de bastante importancia, se encuentra entre Ruza y Mozhaisk. En cuanto a Napoleón, el día 25 estaba en Moscú. De acuerdo con todos esos informes, cuando el enemigo ha dividido sus fuerzas y Napoleón, con su Guardia, se encuentra todavía en Moscú, ¿es posible que las fuerzas francesas que están frente a usted sean tan numerosas que no le permitan emprender la ofensiva? Al contrario, es probable que el enemigo lo persiga con destacamentos o todo lo más con un cuerpo bastante inferior al ejército que usted tiene a sus órdenes. Parece que, aprovechando semejantes circunstancias, podría usted atacar y aniquilar al enemigo más débil que usted o, por lo menos, obligarlo a retroceder y conservar en nuestras manos una importante parte de las provincias que él ocupa, alejando así el peligro de Tula y otras ciudades del interior. Usted será responsable si el enemigo logra enviar fuerzas importantes a San Petersburgo para amenazar esta capital,

> donde no han quedado muchas tropas teniendo en cuenta que con el ejército que se le ha confiado tiene usted todos los medios para evitar esa nueva desgracia, si procede con decisión y diligencia. Recuerde que ante la patria ofendida aún debe responder usted de la pérdida de Moscú. Ya sabe por experiencia hasta qué punto estoy siempre dispuesto a recompensarlo, y le aseguro que ese deseo no disminuirá; pero yo y Rusia tenemos el derecho de esperar de usted el celo, la firmeza y los éxitos que promete su inteligencia, su talento militar y el valor de las tropas que dirige.

Antes de que llegara esa carta, que probaba que en San Petersburgo había repercutido ya el cambio producido en ambos ejércitos, Kutúzov ya no pudo contener a sus tropas de la ofensiva y la batalla se produjo.

El 2 de octubre un cosaco llamado Shapoválov, que iba en servicio de reconocimiento, mató una liebre e hirió a otra; en seguimiento del animal herido, se adentró en el bosque y tropezó con el ala izquierda del ejército de Murat, que había acampado allí sin precaución alguna. Shapoválov contó alegremente a sus compañeros que había estado a punto de caer en manos de los franceses. El abanderado de los cosacos oyó su relato e informó a su comandante.

Llamaron a Shapoválov y lo interrogaron. Los oficiales cosacos querían aprovechar la ocasión para capturar algunos caballos; pero uno de ellos, que tenía conocidos en el alto mando, contó el hecho a un general de Estado Mayor, donde últimamente la situación era muy tirante. Días antes Ermólov había rogado a Bennigsen que influyera en el Serenísimo para pasar a la ofensiva.

—Si no lo conociera a usted pensaría que no desea lo que me pide— contestó Bennigsen. —Basta que yo le aconseje algo, para que el Serenísimo haga lo contrario.

La noticia traída por los cosacos y confirmada por las patrullas de reconocimiento demostró que los acontecimientos habían madurado definitivamente. La cuerda tensa había saltado, vibraron los relojes y sonaron los carillones. A pesar de su aparente poder, de su inteligencia, su

experiencia y conocimiento de los hombres, Kutúzov, tomando en consideración el informe de Bennigsen —que estaba facultado para dirigirse personalmente al Emperador—, el unánime deseo de los generales, que según se suponía era también del Soberano, así como los informes de los cosacos, ya no pudo contener el movimiento inevitable: ordenó que se hiciera lo que él consideraba inútil y perjudicial, bendiciendo el hecho consumado.

IV

El informe de Bennigsen sobre la necesidad de la ofensiva y las noticias referentes al descubierto flanco izquierdo de los franceses fueron los últimos indicios de la necesidad de ordenar la ofensiva, que se fijó para el 5 de octubre.

El día 4 de octubre, por la mañana, Kutúzov firmó la orden. Toll leyó la orden a Ermólov y le propuso que se ocupara de tomar las medidas oportunas.

—Bien, bien, ahora no tengo tiempo— dijo Ermólov, y salió de la isba.

La orden de operaciones, redactada por Toll, era excelente; como la de Austerlitz, aunque no estaba escrita en alemán:

"Die erste Colonne marschirt… en esa y aquella dirección; *die zweite Colonne marschirt…*[585] en esa y aquella dirección", etcétera. Y en el papel, todas aquellas columnas llegaban a sus puestos a la hora fijada y destruían al enemigo. Como en todas las órdenes de operaciones, las cosas estaban muy bien previstas, y como siempre ocurre, ninguna columna llegó a tiempo al lugar señalado.

Cuando se hubieron preparado bastantes ejemplares de la orden, se llamó a un oficial, que fue enviado a Ermólov para que éste se encargara de distribuirla y vigilar su cumplimiento. El joven teniente de caballería de la Guardia, oficial de órdenes de Kutúzov, contento con aquella importante misión que se le confiaba, partió hacia el cuartel de Ermólov.

—No está— le dijo un asistente.

El oficial se dirigió al puesto de mando de un general a quien Ermólov solía visitar con frecuencia.

—No está. Y el general tampoco.

El oficial montó a caballo y se dirigió a otro sitio.

—No está; ha salido.

“¡Qué fastidio! ¡A ver si me hacen responsable del retraso!”, pensó el oficial.

Dio la vuelta a todo el campamento. Unos le decían que habían visto pasar a Ermólov con otros generales; otros opinaban que ya estaría de vuelta.

El oficial, sin comer, siguió buscando hasta las seis de la tarde; pero Ermólov no aparecía por ninguna parte y nadie daba razón de dónde podía encontrarse. Tomó rápidamente un bocado en la tienda de un compañero y volvió a la vanguardia en busca de Milorádovich, pero tampoco estaba. Le dijeron allí que había ido a un baile que daba el general Kikin, donde, seguramente, se hallaría también Ermólov.

—¿Y dónde es eso?

—Allí, en Echkino— dijo un oficial de cosacos, señalando una casa señorial que se divisaba a lo lejos.

—¡Cómo! ¡Si está más allá de las avanzadas!

—Se han enviado dos regimientos para guardar la línea. ¡Tienen una verdadera juerga! ¡Dos orquestas y tres coros!

El oficial rebasó las avanzadas y se dirigió a Echkino. Ya de lejos, al acercarse a la casa, pudo oír los alegres y afinados sones de una canción de soldados.

Acompañadas de silbidos y batir de platillos llegaban a sus oídos las palabras: “En los pra… dos… en los pra… dos…”, ahogadas a veces por los gritos. Todo aquel bullicio alegró al oficial, aunque, al mismo tiempo, sintió temor de que lo acusaran de retrasar la entrega de la importante orden que se le había confiado. Ya habían dado las ocho. Echó pie a tierra y entró en la gran casa señorial, que se conservaba intacta entre el campo de los rusos y los franceses.

Los criados iban y venían por los pasillos con bandejas de manjares y vinos. Los cantantes estaban situados bajo las ventanas. Cuando el oficial fue introducido en la sala vio de pronto a los generales más famosos del ejército, entre los que sobresalía Ermólov por su gran estatura. Reunidos en semicírculo, con el uniforme desabrochado y el rostro encendido por la

animación, reían a carcajadas. En medio de la sala un guapo general, más bien bajo y con el rostro también enardecido, danzaba hábilmente el *trepak.*

—¡Ja, ja, ja! ¡Vaya con Nikolái Ivánovich! ¡Ja, ja, ja!

El oficial comprendió que entrar en aquel momento con una orden importante era hacerse doblemente culpable y decidió esperar. Pero uno de los generales advirtió su presencia y enterado de la causa de su venida se lo dijo a Ermólov. Éste, con gesto malhumorado, se acercó al oficial y, después de oírlo, tomó el pliego sin hacer comentarios.

—¿Crees que fue casual su desaparición?— dijo aquella noche al oficial un compañero del Estado Mayor, refiriéndose a Ermólov. —No, lo hizo a propósito, para fastidiar a Konovnitsin. ¡Ya verás el lío que se va a armar mañana!

V

Al día siguiente el ya achacoso Kutúzov se levantó muy temprano. Rezó sus oraciones, se vistió y, con la desagradable sensación de tener que dirigir una batalla que no aprobaba, subió a su coche y salió de Letáshevka, a cinco kilómetros de Tarútino, lugar donde debían reunirse todas las columnas. Durante el viaje Kutúzov se adormilaba y despertaba a cada momento, atento a si se oían disparos a la derecha, a si la acción había o no empezado. Todo estaba en calma absoluta. Despuntaba el alba de un día de otoño húmedo y gris. Al acercarse a Tarútino Kutúzov vio algunos jinetes que atravesaban el camino, llevando al abrevadero sus caballos. Hizo detener su coche y les preguntó de qué regimiento eran. Los soldados pertenecían a una columna que debía encontrarse ya muy lejos de allí, en una emboscada. "Tal vez sea un error", pensó el viejo general en jefe. Pero más adelante encontró varios regimientos de infantería con los fusiles dispuestos en pabellón y los soldados, a medio vestir, cortando leña y comiendo. Hizo llamar a un oficial, quien le informó de que no habían recibido orden alguna de ponerse en marcha.

—Pero, cómo…— comenzó a decir Kutúzov.

Calló, sin embargo, e hizo llamar al jefe. Descendió del coche y con la cabeza baja, respirando dificultosamente, se puso a caminar en silencio de un lado a otro. Cuando llegó el jefe, que era el general Eichen, del Estado Mayor, Kutúzov enrojeció furioso, no porque el oficial fuera culpable, sino porque tenía sobre quién descargar su cólera. Temblaba, parecía ahogarse en el paroxismo de aquella furia que a veces lo llevaba a revolcarse por el suelo. Se lanzó sobre Eichen con el puño amenazador y lo cubrió de los más

groseros insultos. Otro oficial, el capitán Brozin, que de nada era culpable y se encontraba casualmente en el camino, sufrió idéntica suerte.

—¡Menudos canallas! ¡Al paredón! ¡Miserables!— gritaba Kutúzov con voz ronca, gesticulando y tambaleándose.

Sufría físicamente. ¡Él, el general en jefe, el Serenísimo, como todos lo llamaban, él, que gozaba de un poder como nadie había tenido en Rusia, puesto en ridículo ante todo el ejército!

"En vano he rezado por este día, en vano he velado toda la noche reflexionando sobre todo —se decía—. Cuando no era sino un simple oficialillo nadie habría osado burlarse de mí de ese modo… ¡Y ahora!"

Tenía la misma sensación que si hubiera sufrido un castigo corporal y le era imposible contener los gritos de cólera y dolor. Pero pronto decayeron sus fuerzas; miró en derredor y, dándose cuenta de que se había excedido hablando, subió al coche y volvió atrás en silencio.

Ese arrebato de cólera no se repitió y Kutúzov, parpadeando débilmente, escuchó las excusas y justificaciones de Bennigsen, Konovnitsin y Toll (Ermólov no se presentó hasta al otro día), quienes insistieron en que al día siguiente se realizaría la frustrada ofensiva. Y Kutúzov tuvo que acceder de nuevo.

VI

Al otro día las tropas se concentraron en las bases de partida y por la noche se pusieron en marcha. Era una noche de otoño, con nubes de color negro violáceo, y no llovía: la tierra estaba húmeda, pero no fangosa, y las tropas avanzaban sin ruido. Únicamente se oía a veces el débil traqueteo de la artillería. Estaba prohibido hablar en voz alta, fumar y encender fuego; se evitaba en lo posible que los caballos relincharan. El carácter misterioso de la empresa la hacía más atractiva. Los soldados marchaban alegres; algunas columnas se detuvieron, colocaron los fusiles en pabellón y se echaron en la tierra fría, suponiendo haber llegado al sitio designado. Otras (la mayoría) caminaron toda la noche y, al parecer, no llegaron donde debían.

Sólo el conde Orlov-Denísov con sus cosacos (el destacamento menos importante) estuvo en su puesto en el momento oportuno. El destacamento se detuvo en la linde del bosque, junto al sendero que desde la aldea de Stromílovo llegaba a Dmítrovo.

Al amanecer despertaron al conde Orlov y condujeron ante él a un desertor del campo francés: un suboficial polaco del cuerpo de ejército de Poniatowski. El polaco declaró que había desertado por sentirse preterido en el servicio, pues tenía que haber ascendido a oficial hacía tiempo; era el más valiente de todos y por ello los abandonaba con ánimo de vengarse.

Declaró que Murat pernoctaba a un kilómetro de allí y si le proporcionaban cien hombres lo cogería vivo. El conde Orlov-Denísov consultó a sus compañeros. La propuesta parecía demasiado seductora para renunciar a ella. Todos se brindaron a ir y aconsejaban intentarlo. Tras muchas discusiones y consideraciones, el mayor general Grékov decidió acompañar al suboficial con dos regimientos de cosacos.

—¡Bueno, escucha bien!— dijo el conde Orlov al suboficial. —Si nos has engañado, mandaré que te cuelguen como a un perro. Si dices la verdad, te daré cien luises.

Sin contestar a esas palabras el suboficial montó a caballo con aire resuelto y siguió a Grékov, que ya estaba dispuesto, y se perdió en el bosque. El conde Orlov, encogido por el frescor de la mañana e inquieto por la responsabilidad que asumía, salió del bosque hasta donde se divisaba el campo enemigo, que ahora se dibujaba confusamente a las primeras luces de la mañana y de los fuegos lejanos que se iban extinguiendo. A la derecha del conde Orlov, sobre una pendiente descubierta, debían aparecer las columnas rusas. El conde miraba hacia aquella parte, pero, aunque hubiese sido posible verlas a lo lejos, las columnas no aparecían. En el campo francés empezaba a haber movimiento; así le pareció al conde y así lo confirmó un ayudante de campo que gozaba de una vista excelente.

—¡Oh, ya es bastante tarde!— dijo el conde Orlov, sin dejar de mirar hacia el campo francés.

Y como suele ocurrir cuando se pierde de vista la persona en quien se ha confiado, le pareció evidente a más no poder que aquel suboficial era un traidor, que lo había engañado y que iba a comprometer todo el ataque por la falta de aquellos regimientos a los cuales estaría llevando ahora Dios sabía dónde. ¿Acaso era posible apoderarse de Murat en medio de semejante masa de hombres?

—¡Me ha mentido ese canalla!— dijo el conde.

—Podemos hacerlos volver— dijo alguien del séquito que, al igual que Orlov-Denísov, dudaba del éxito de la empresa a la vista del campo enemigo.

—¿Eh? Es verdad… ¿Qué opinan? ¿Los dejamos hacer?

—¿Ordena usted que vuelvan?

—¡Que vuelvan! ¡Que vuelvan!— dijo de pronto con voz resuelta el conde Orlov, mirando su reloj. —Es tarde, ya es de día.

El ayudante se precipitó a través del bosque en busca de Grékov. Cuando Grékov volvió, el conde Orlov, preocupado por la contraorden, por la vana espera de las columnas de infantería que no terminaban de aparecer

y por la proximidad del enemigo (todos los soldados de su destacamento sentían lo mismo), decidió el ataque.

Dio la orden de montar a caballo en un susurro. Cada uno ocupó su puesto; se persignaron y… "¡Que Dios nos proteja!", exclamó Orlov. En todo el bosque se expandió el "¡hurra!" y los cosacos, una centuria tras otra, como los granos de trigo que caen de un saco, se lanzaron animosos con sus lanzas en ristre a través del arroyo, hacia el campo francés.

Al grito desesperado y tembloroso del primer francés que vio a los cosacos, todos los que se hallaban en el campamento, unos sin vestir, otros medio dormidos, abandonaron cañones, fusiles, caballos y huyeron a la desbandada.

Si los cosacos hubieran perseguido a los franceses, sin prestar atención a lo que ocurría en derredor y detrás de ellos, habrían apresado a Murat y a cuantos con él estaban. Eso deseaban los jefes, pero no era posible hacer avanzar a los cosacos cuando se hallaban ante el botín y los prisioneros. Nadie hacía caso de las órdenes. Capturaron mil quinientos prisioneros, treinta y ocho cañones, algunas banderas y, lo que era mucho más importante para ellos: caballos, sillas, mantas y otros muchos enseres. Era preciso detenerse; poner a seguro a los prisioneros y los cañones, dividir el botín, reñir y hasta pelearse unos con otros. Y a todo eso se dedicaron los cosacos.

Los franceses, al ver que nadie los perseguía, pudieron rehacerse. Se reunieron en grupos y comenzaron a disparar. Orlov, siempre a la espera de las columnas, no prosiguió su avance.

Entretanto, de acuerdo con la orden de operaciones: *"Die erste Colonne marschirt"*, etcétera, los regimientos de infantería de las columnas rezagadas, mandadas por Bennigsen y dirigidas por Toll, salieron según lo indicado y llegaron a un sitio, pero no al señalado en la orden, sino a otro. Como de costumbre, el buen humor de los soldados, que habían partido tan alegres, comenzó a decaer. Se oían palabras de descontento, era evidente la confusión de los mandos; avanzaron, pero hacia atrás. Ayudantes y generales galopaban de un lado a otro, gritaban coléricos, se peleaban, decían que no se iba hacia donde era necesario y que llegarían tarde, reñían a alguien, etcétera, y, finalmente, terminaron por dejar que las cosas

siguieran su curso. "A un sitio o a otro llegaremos." Y, en efecto, llegaron, pero no al lugar que debían. Y los pocos que acertaron llegaron demasiado tarde para, sin provecho alguno, ponerse al alcance de las balas enemigas. Toll, que hacía en esta batalla el mismo papel de Weyrother en Austerlitz, galopaba de un lugar a otro y en todos los sitios se encontraba con lo contrario de lo previsto en la orden. Se encontró así con el cuerpo de ejército de Baggovut en pleno bosque, ya avanzada la mañana, cuando habría debido encontrar hacía tiempo a Orlov-Denísov. Irritado y molesto por el fracaso, y suponiendo que la culpa de todo debía atribuirse a alguien, Toll reprochó severamente al jefe del cuerpo diciéndole que merecía ser fusilado. Baggovut, un viejo general curtido en las batallas, siempre tranquilo, cansado también de tantas paradas, confusiones y órdenes contradictorias, contestó furioso a Toll (con asombro de todos y en contradicción con su carácter) diciéndole muchas cosas desagradables.

—No acepto lecciones de nadie y sé morir con mis soldados tan bien como cualquier otro— dijo.

Y con una sola división prosiguió su marcha.

Al salir al campo abierto bajo los disparos de los franceses, el animoso y valiente Baggovut, dominado por la cólera, no se paró a pensar si sería útil o inútil intervenir en aquellos momentos y con una sola división: siguió adelante conduciendo a sus hombres bajo el fuego enemigo. El peligro, las bombas y las balas eran lo que necesitaba en su estado de ánimo. Una de las primeras balas lo mató; otras mataron a muchos soldados y, sin provecho alguno, la división permaneció durante algún tiempo bajo el fuego enemigo.

VII

A todo esto, otra columna debía atacar frontalmente a los franceses, pero al mando de esta columna se hallaba Kutúzov. Sabía bien que nada, salvo el desorden, resultaría de aquella batalla empeñada contra su voluntad y procuraba, cuanto podía, contener a sus tropas, sin moverse del sitio.

Kutúzov iba silencioso en su caballito gris y contestaba con negligencia a cuantos le proponían el ataque.

—Ustedes sólo hablan de atacar y no ven que no sabemos hacer maniobras complicadas— dijo a Milorádovich, que le pedía permiso para pasar a la ofensiva.

—Esta mañana no han sabido coger vivo a Murat ni llegar a tiempo al punto de partida; ahora ya no hay nada que hacer— respondió a otro.

Cuando le informaron de que en la retaguardia de los franceses, donde según los cosacos antes no había nadie, se encontraban dos batallones de polacos, miró de reojo a Ermólov (a quien no dirigía la palabra desde la víspera).

—Todos piden que ataquemos, proponen un sinfín de proyectos, pero tan pronto como empezamos resulta que nada hay preparado y el enemigo, advertido, toma sus medidas.

Ermólov entornó los ojos y sonrió levemente al oír tales palabras. Comprendió que la tormenta había pasado para él y que Kutúzov se limitaría a esa insinuación.

—Se divierte a mi costa— dijo por lo bajo, tocando con la rodilla a Raievski, que estaba junto a él.

Poco después, Ermólov se acercó al Serenísimo y le dijo respetuosamente:

—Aún estamos a tiempo, Alteza. El enemigo no se fue. ¿Ordena que ataquemos? De otra manera, la Guardia no verá siquiera el humo.

Kutúzov no contestó nada; pero cuando le informaron de que las tropas de Murat retrocedían, ordenó el ataque. Sin embargo, a cada cien pasos mandaba hacer un alto de tres cuartos de hora.

Toda la batalla se redujo a la acción de los cosacos de Orlov-Denísov. El resto del ejército perdió inútilmente algunos cientos de hombres.

Aquella batalla le valió a Kutúzov una condecoración de diamantes, Bennigsen recibió otra y cien mil rublos; los demás, según el grado de cada uno, obtuvieron también generosas recompensas. Y después de esa acción se hicieron nuevos cambios en el Estado Mayor.

"Nosotros siempre hacemos las cosas al revés", comentaban los oficiales y generales rusos después de la batalla de Tarútino, como se dice ahora cuando se quiere dar a entender que hay un estúpido que lo hace todo al revés pero que nosotros procederíamos de otro modo. Pero quienes lo dicen o no saben de lo que hablan o se engañan voluntariamente. Toda batalla —sea la de Tarútino, la de Borodinó o la de Austerlitz— no sucede como imaginan sus organizadores. Ésa es su característica esencial.

Un número infinito de circunstancias (puesto que en ningún otro lugar es más libre el hombre que en el campo de batalla, donde se trata de vivir o morir) influye en la marcha del combate, que nunca puede conocerse antes y jamás coincide con la dirección de una sola fuerza.

Si muchas fuerzas actúan simultáneamente y desde diversas partes sobre un cuerpo cualquiera, la dirección en que se mueve aquel cuerpo no puede coincidir con ninguna de ellas, sino que es siempre la dirección media, la más breve, que en mecánica se expresa por la diagonal del paralelogramo de fuerzas.

Si en las descripciones de los historiadores, especialmente de los franceses, leemos que sus guerras y batallas se ajustan a un plan preestablecido, la única deducción posible es que semejantes descripciones no responden a la verdad.

La batalla de Tarútino no alcanzó, evidentemente, el objetivo previsto por Toll: hacer entrar las tropas en acción según la orden de operaciones o el plan del conde Orlov de capturar a Murat vivo; o el de Bennigsen y otros

jefes: destrucción fulminante de todo el cuerpo del ejercito enemigo; o el del oficial que deseaba distinguirse en aquella acción, o el del cosaco que pretendía adueñarse de un botín mayor, etcétera. Pero si el objetivo era el que en realidad se consiguió y que constituía entonces el deseo de todos los rusos —la expulsión de los franceses de Rusia y la destrucción de su ejército—, es evidente que la batalla de Tarútino, gracias, precisamente, a tales incoherencias, fue lo que se precisaba en aquel momento de la campaña. Es difícil, casi imposible, imaginar otro desenlace más oportuno que el de esta batalla: pese a sus exiguos recursos, en medio de la más grande confusión, dio, con pérdidas insignificantes, los mejores resultados de toda la guerra. Del retroceso se pasó al ataque, se puso de manifiesto la debilidad de los franceses y se dio el golpe que el ejército de Napoleón esperaba para iniciar su huida.

VIII

Napoleón entra en Moscú después de una brillante victoria, la de Moskova: esa victoria no ofrece dudas, puesto que los franceses quedan dueños del campo. El ejército ruso retrocede y abandona la capital. Moscú, bien abastecida, llena de armas y municiones y con riquezas incalculables, cae en manos de Napoleón. Las tropas rusas, dos veces inferiores en número a las francesas, no realizan en el curso de un mes ni una sola tentativa de ataque. La posición de Bonaparte es ahora de las más brillantes. Al parecer, no era preciso ser genial para conservar la posición brillante de que gozaba en aquel entonces el ejército francés, para atacar y aniquilar los restos de las tropas rusas, concertar una paz ventajosa o, en caso de una negativa, amenazar San Petersburgo, para volver a Smolensk o Vilna, o bien quedarse en Moscú. Sólo se precisaba la cosa más sencilla y fácil: no permitir que las tropas se entregaran al saqueo, preparar en Moscú ropas de invierno suficientes para todo el ejército y asegurar la distribución de las provisiones que había en la ciudad, que (según los historiadores franceses) habrían bastado para más de seis meses. Napoleón, el más grande de los genios, que tenía poder absoluto para dirigir el ejército, como afirman los historiadores, no hizo nada de eso.

Y no sólo no lo hizo, sino que, por el contrario, utilizó su poder para elegir, entre todos los medios que se le ofrecían, el más absurdo y funesto. De todo cuanto Napoleón podía hacer: pasar el invierno en Moscú, dirigirse a San Petersburgo o a Nizhni-Nóvgorod, retroceder, ir más al norte o más al sur por el mismo camino que seguiría después Kutúzov, eligió lo más absurdo y funesto, es decir, quedarse en Moscú, permitiendo que las tropas saquearan la ciudad: después, indeciso, salió de Moscú al encuentro de

Kutúzov sin presentar batalla, torció a la derecha, llegó hasta Malo-Yaroslávets y, una vez más, sin intentar abrirse paso, siguió un itinerario distinto del seguido por Kutúzov, retrocediendo hacia Mozhaisk por el camino de Smolensk, entre regiones devastadas por la guerra: no se le podía ocurrir nada más absurdo y funesto, como lo demostraron las consecuencias.

Que imaginen los más hábiles estrategas que su objetivo era exterminar su ejército e inventen otra serie de actuaciones que hayan llevado al desastre a todo el ejército francés con tanta pericia y seguridad como lo hizo Napoleón, dejando al margen, ignorándolo, todo cuanto hicieron las tropas rusas.

Lo hizo el genial Napoleón. Pero afirmar que Napoleón perdió su ejército porque así lo quiso o porque era muy tonto sería tan injusto como decir que Napoleón condujo sus tropas hasta Moscú porque así lo quiso y porque era inteligentísimo y genial.

En uno y otro caso, su actuación personal no influía más que la de cualquier soldado; coincidía, nada más, con las leyes que regían aquel fenómeno.

Los historiadores falsean la verdad cuando aseguran que las energías de Napoleón se debilitaron en Moscú, porque los resultados no justificaron su actuación. El Emperador francés, como había hecho siempre y siguió haciendo después, en 1813, empleó todo su saber y todas sus energías en beneficio de sus intereses y los de su ejército. La actuación de Napoleón durante aquel tiempo no resulta menos asombrosa que en Egipto, Italia, Austria o Prusia. No sabemos con entera certeza hasta qué punto fue realmente genial en Egipto, donde cuarenta siglos contemplaron su grandeza, por la sencilla razón de que todas sus grandes hazañas fueron relatadas por historiadores franceses únicamente. Ni podemos tener una exacta idea de su genio en Austria y Prusia, puesto que sólo contamos con informaciones alemanas y francesas para juzgarlo, y el hecho inexplicable de que cuerpos de ejército enteros se rindieran sin dar batalla y las fortalezas cayeran sin resistir asedios se debe solamente a que los alemanes acataban su genialidad como única explicación de las guerras que tuvieron por escenario su país. Pero, gracias a Dios, los rusos no necesitan reconocer

su genio para ocultar su propia vergüenza. Los rusos han pagado el derecho a juzgar los hechos simplemente, con entera claridad, y no están dispuestos a ceder ese derecho.

Su actuación en Moscú fue tan asombrosa y genial como siempre. Desde su entrada en la capital hasta su salida, se suceden órdenes y proyectos. No lo afectaron ni la falta de habitantes ni el incendio de la ciudad. Nunca dejó de preocuparse del bien de su ejército, de las acciones del enemigo, del bienestar del pueblo ruso, de la dirección de los asuntos de París, ni siquiera de las consideraciones diplomáticas relacionadas con las condiciones de una próxima paz.

IX

Desde el punto de vista militar, inmediatamente después de su entrada en Moscú Napoleón da órdenes severas al general Sebastiani para que observe los movimientos del ejército ruso; manda cuerpos de ejército por las distintas rutas y encarga a Murat que encuentre a Kutúzov. A continuación ordena fortificar el Kremlin y traza sobre el mapa de Rusia un plan genial de la próxima campaña. Respecto a la actividad diplomática, Napoleón hace llamar al capitán Yákovlev, un hombre arruinado y andrajoso, que no sabía cómo salir de Moscú, y después de explicarle minuciosamente su propia política y su magnanimidad, escribe al emperador Alejandro una carta en la cual considera que su obligación es informar a su amigo y hermano de que Rastopchin ha gobernado mal Moscú, y la envía con Yákovlev a San Petersburgo. De la misma manera, después de exponer con todo detalle sus puntos de vista y su magnanimidad envía al anciano Tutolmin a San Petersburgo para preparar las entrevistas.

En la parte jurídica, inmediatamente después de los incendios ordena la captura y ejecución de los culpables; y para castigar al malvado Rastopchin hace quemar sus casas.

Desde el punto de vista administrativo, da a Moscú una Constitución, crea la municipalidad y hace proclamar el siguiente bando:

> Ciudadanos de Moscú:
>
> Vuestras desventuras son crueles, pero Su Majestad el Emperador y Rey desea ponerles fin. Terribles ejemplos os han enseñado cómo se castiga la desobediencia y el delito. Se han tomado medidas severas para frenar los desórdenes y

asegurar la salud pública. Una paternal administración, a cuyos miembros elegiréis vosotros mismos, constituirá vuestro Municipio, es decir, la administración de la ciudad, cuya misión será la de cuidaros, tener en cuenta vuestras necesidades e intereses. Sus miembros se distinguirán por una banda roja cruzada en el pecho y el alcalde ostentará además un cinturón blanco. Fuera del tiempo dedicado al ejercicio de su cargo, no llevarán más que un brazalete rojo en el brazo izquierdo.

La policía de la ciudad queda constituida de acuerdo con las antiguas bases, y, gracias a su actuación, va mejorando ya el orden. El gobierno ha nombrado a dos jefes de policía y veinte comisarios para todos los barrios de la ciudad, los reconoceréis por el brazalete blanco en el brazo izquierdo. Han sido abiertas algunas iglesias de diversos cultos y en ellas, sin impedimento alguno, se celebrarán los servicios religiosos. Vuestros conciudadanos van volviendo todos los días a sus casas, y se ha dado orden de que se les ofrezca la ayuda y la protección que merecen por sus desgracias. Tales son los medios previstos por el gobierno para restablecer el orden y aliviar vuestra situación; mas, para conseguirlo, es necesario que unáis vuestros esfuerzos a los suyos, que olvidéis, si es posible, los sufrimientos pasados, que acariciéis la esperanza de una suerte menos cruel, que estéis convencidos de que una muerte inevitable y vergonzosa espera a cuantos atenten contra vuestra seguridad personal y los bienes que aún queden en vuestras manos, bienes que os serán conservados, porque tal es la voluntad del más grande y justo de los soberanos. Soldados y ciudadanos de cualquier nación que seáis, restableced la confianza pública, fuente de bienestar de los Estados, vivid como hermanos, ayudaos y protegeos mutuamente, uníos para destruir los proyectos de los malvados, obedeced a las autoridades militares y civiles, y vuestras lágrimas dejarán de brotar.

Sobre el aprovisionamiento del ejército, Napoleón ordenó a todas las tropas que recorrieran por turno Moscú, *à la maraude*,[586] a fin de preparar víveres suficientes para el ejército y asegurar su avituallamiento futuro. En lo referente a los asuntos religiosos, ordenó *de ramener les popes*[587] y reanudar el servicio religioso en las iglesias. También mandó publicar la siguiente proclama sobre los asuntos comerciales y el avituallamiento de las tropas:

PROCLAMA

> Pacíficos habitantes de Moscú, artesanos y obreros a quienes la desventura alejó de la ciudad; vosotros, campesinos, a los que un temor infundado mantiene dispersos en el campo, escuchad: la calma y el orden se han restablecido en la capital. Vuestros paisanos salen de sus refugios sin temor, seguros de ser respetados. Todo acto de violencia contra sus personas o sus bienes es inmediatamente castigado. Su Majestad el Emperador y Rey los protege y entre vosotros sólo considera enemigos a quienes no obedecen sus órdenes. Desea poner término a vuestras desventuras y devolveros a vuestros hogares y familias. Debéis corresponder a esos propósitos benéficos y regresar sin temor a la ciudad. ¡Ciudadanos! Regresad confiados a vuestras casas. No tardaréis en hallar medios de satisfacer vuestras necesidades. ¡Artesanos y obreros especializados! Volved a vuestros oficios: las casas y las tiendas, que protegen patrullas de seguridad, os esperan; recibiréis justa paga por vuestro trabajo. Y, finalmente, vosotros, los campesinos, salid de los bosques donde habéis buscado refugio huyendo del terror. Volved sin temor a vuestras isbas totalmente seguros de que seréis protegidos. En la ciudad se han abierto ya los mercados, y cada campesino puede llevar el sobrante de sus víveres y los productos de la tierra. El gobierno ha tomado las siguientes medidas para proteger su libre venta: 1.º A partir de hoy, los campesinos y agricultores de los alrededores de Moscú pueden con toda

> seguridad traer productos de todas clases a los mercados de Mojovaia y Ojotni-Riad. 2.° Esas provisiones serán vendidas al precio acordado entre vendedor y comprador; pero si el vendedor no recibe el precio estipulado, podrá llevarse su mercancía con toda libertad. 3.° El domingo y miércoles de cada semana son los días fijados como días de mercado, tropas en número suficiente se situarán a lo largo de todos los caminos, hasta cierta distancia de la capital, para proteger los carros de los campesinos. 4.º Las mismas medidas garantizan la vuelta de los campesinos con sus carros y caballos a sus tierras. 5.° Se procurará sin pérdida de tiempo restablecer los mercados ordinarios. ¡Habitantes de la ciudad y del campo, obreros y artesanos, cualquiera que sea vuestra nacionalidad, sois llamados a cumplir las paternales disposiciones de Su Majestad el Emperador y Rey para contribuir al bienestar general! Poned a sus pies vuestro respeto y confianza y no tardéis en uniros a nosotros.

Para mantener el espíritu del ejército y del pueblo se hacían constantes paradas y se distribuían recompensas. El Emperador paseaba a caballo por las calles y consolaba a los habitantes y, a pesar de sus preocupaciones por los asuntos de Estado, frecuentaba los teatros, abiertos por deseo suyo.

Con respecto a la beneficencia, la mejor virtud de los soberanos, Napoleón hizo también todo cuanto dependía de él. Ordenó escribir sobre las puertas de las instituciones de asistencia pública: *“Maison de ma mère”*, con lo que unía al tierno sentimiento del hijo la grandeza y virtud del monarca. Visitó el asilo de niños, dio a besar su blanca mano a los huérfanos salvados por él y conversó magnánimamente con Tutolmin. Luego, según el elocuente relato de Thiers, ordenó pagar los haberes a sus tropas en moneda rusa falsa, que él mismo había hecho acuñar:

> Con un acto digno de él y del ejército francés, hizo distribuir socorros a los damnificados por el incendio. Pero como los víveres eran demasiado valiosos para ser entregados a

> extranjeros en su mayoría enemigos, Napoleón prefirió entregarles dinero para que se proporcionasen fuera los alimentos, e hizo que se distribuyeran rublos de papel.

Con objeto de mantener la disciplina del ejército y poner fin al saqueo dictó una orden tras otra, estableciendo severos castigos para las infracciones del servicio y actos de pillaje.

X

Pero, cosa extraña, todas esas disposiciones, proyectos y planes, que no eran peores que los adoptados en ocasiones semejantes, no llegaban al fondo de la cuestión, sino que, como agujas de un reloj separadas de su mecanismo, giraban arbitrariamente, sin objetivo, al margen de los engranajes.

Desde el punto de vista militar, ese plan genial de campaña del que Thiers dice *"que son génie n'avait jamais rien imaginé de plus profond, de plus habile et de plus admirable"*[588] y con motivo del cual polemiza con Fain, intentando demostrar que el plan fue redactado el 15 de octubre y no el día 4, ese plan jamás fue realizado ni podía serlo porque nada tenía que ver con la realidad. La fortificación del Kremlin, para lo que había que destruir la *Mosquée* (así llamaba Napoleón a la catedral de San Basilio), resultaba absolutamente inútil. La colocación de minas bajo sus muros sirvió exclusivamente para cumplir el deseo de Bonaparte de volar el Kremlin al salir de Moscú. Era, por decirlo así, como pegarle al suelo donde el niño se había hecho daño.

La persecución del ejército ruso, que tanto preocupaba a Napoleón, fue algo inaudito. Los jefes militares franceses perdieron el rastro de sesenta mil hombres y, según palabras de Thiers, sólo gracias al arte y también al genio de Murat fue posible encontrar ese ejército perdido como si se tratara de una aguja.

En lo que se refiere a la diplomacia, resultaron inútiles todas las pruebas de magnanimidad y espíritu justiciero hechas por Napoleón ante Yákovlev y Tutolmin, a quien preocupaba principalmente la manera de hacerse con un

capote y un carro. Alejandro no recibió a esos embajadores ni contestó a sus mensajes.

Desde el punto de vista jurídico, después de la ejecución de los supuestos incendiarios, la otra mitad de Moscú ardió igual que la primera.

Desde el punto de vista administrativo, la creación de la municipalidad no detuvo el saqueo y sólo aprovechó a determinadas personas que formaron parte de aquel organismo y que, con el pretexto de mantener el orden, saquearon la ciudad y custodiaron lo suyo para evitar que corriera la misma suerte. La cuestión religiosa, tan fácilmente resuelta en Egipto con la visita a la mezquita, no obtuvo resultado alguno. Dos o tres popes hallados en Moscú intentaron cumplir la voluntad de Napoleón, pero uno de ellos fue abofeteado por un soldado francés durante el servicio, y un funcionario napoleónico escribió el siguiente informe sobre el otro:

> El sacerdote a quien descubrí e invité a decir de nuevo misa ha limpiado y cerrado la iglesia. Esta noche han vuelto a derribar las puertas, han roto los candados, destrozado los libros y cometido otros desmanes.

En los asuntos comerciales, la proclama dirigida a los campesinos y artesanos no obtuvo respuesta alguna. No existían aquellos artesanos especializados, y los campesinos apresaban y asesinaban a los comisarios que se arriesgaban a distanciarse demasiado de la capital con aquella proclama.

Igualmente nulo era el interés del pueblo y de las tropas por el teatro. Los que se abrieron en el Kremlin y en casa de Pozniakov no tardaron en cerrarse porque robaban a los actores.

Tampoco dio los resultados apetecidos la beneficencia. El papel moneda, falso o no, que inundaba Moscú no tenía valor alguno. Los franceses, que recogían el botín, no querían más que oro. No sólo los billetes falsos que Napoleón distribuía tan generosamente a los necesitados carecían de valor: también la plata estaba depreciada en comparación con el oro.

Pero el ejemplo más sorprendente en cuanto a la falta de eficacia de las órdenes y disposiciones del Emperador para detener el saqueo y restaurar la disciplina eran los informes que recibía de los jefes del ejército:

> El saqueo prosigue en la ciudad, a pesar de todas las órdenes dadas para cortarlo. Todavía no se ha restablecido el orden y no hay siquiera un comerciante que trafique legalmente. Sólo los cantineros se permiten vender, y aun así se trata de objetos robados.
>
> Mi distrito sigue siendo presa del saqueo por soldados del tercer cuerpo, que, no contentos con atropellar a los infelices refugiados en los sótanos y arrebatarles lo poco que les queda, llegan a la ferocidad de herirlos a sablazos, según he visto en varias ocasiones.
>
> No hay novedad, los soldados siguen robando y saqueando, 9 de octubre.
>
> Los robos y el saqueo continúan. Hay en nuestro distrito una banda de ladrones a la que sería necesario detener con la cooperación de una fuerte guardia. 11 de octubre.
>
> El Emperador está muy disgustado porque, a pesar de sus severas órdenes para acabar con el saqueo, no se ven más que grupos de merodeadores de la Guardia que regresan al Kremlin. El desorden y el saqueo entre el personal de la Vieja Guardia se ha reproducido más violento que nunca ayer, durante la noche pasada y hoy. El Emperador ve con sentimiento que los más selectos soldados, destinados a la Guardia de su persona y que deberían dar ejemplo de subordinación, llegan en su desobediencia a robar en las bodegas y los almacenes dispuestos para el ejército. Otros se han relajado hasta tal punto que ya no hacen caso de los centinelas ni de los oficiales de servicio, y llegan a injuriarlos y golpearlos.

> El gran mariscal de palacio se lamenta vivamente de que, a pesar de las repetidas prohibiciones, los soldados sigan haciendo sus necesidades en todos los patios y hasta en las ventanas del Emperador.

Aquel ejército, como un rebaño sin pastor, pisoteaba el forraje que podía preservarlo de morir de hambre; se descomponía y avanzaba hacia la muerte a cada nueva jornada que pasaba en Moscú.

Pero no se movía de allí.

Sólo se puso en movimiento cuando, de improviso, cundió el pánico al conocerse la captura de convoyes en el camino de Smolensk y la batalla de Tarútino. La noticia de la batalla, que Napoleón conoció inesperadamente durante una revista, provocó en su ánimo el deseo de castigar a los rusos —como dice Thiers— y ordenó salir de la ciudad, una orden que todo el ejército estaba exigiendo.

Al salir corriendo de Moscú, los soldados de aquel ejército se llevaron consigo todo el producto de los saqueos. También Napoleón llevaba su *trésor* particular. A la vista de todo aquel convoy que obstruía el paso —dice Thiers—, Napoleón se horrorizó, pero con su gran experiencia bélica no dio orden de quemar todos los carros sobrantes, como había hecho con los de un mariscal al acercarse a Moscú. Contempló aquella multitud de carretelas y carrozas donde iban sus soldados, dijo que estaba bien y que los carruajes podrían usarse para el transporte de víveres, enfermos y heridos.

La situación del ejército era semejante a la de un animal herido que presiente su fin y no sabe qué hacer. Estudiar las hábiles maniobras de Napoleón y el objetivo perseguido desde su entrada en Moscú hasta el aniquilamiento de su ejército es lo mismo que estudiar el significado de los saltos y convulsiones de un animal herido de muerte. Muy a menudo el animal herido, al oír el más leve ruido, se lanza bajo los disparos del cazador, corre hacia delante, retrocede, y anticipa así su propio fin. Napoleón hizo lo mismo bajo la presión de todo su ejército. El eco de la batalla de Tarútino había espantado a la bestia. Corrió hasta ponerse a tiro, llegó donde estaba el cazador, volvió sobre sus pasos y por último, como

todo animal, corrió por el camino más peligroso y difícil, siguiendo un rastro viejo y conocido.

Napoleón, que parece ser el organizador de todo aquel movimiento (así como el mascarón de proa, para el salvaje, es la fuerza que dirige la nave), durante ese período de su actuación fue semejante a un niño que, tirando de los cordones del interior de una carroza, se imagina que la dirige.

XI

El 6 de octubre, muy de mañana, Pierre salió de la barraca y al volver se detuvo junto a la puerta para jugar con la larga perrita violácea, de patas cortas y torcidas, que saltaba en torno a él. El animal vivía en la barraca, pasaba la noche con Karatáiev, a veces iba a la ciudad, pero siempre volvía. Probablemente nunca había tenido dueño, y ahora tampoco lo tenía, como tampoco tenía nombre. Los franceses la llamaban *Azor*; el soldado de los cuentos, *Femgalka*; Karatáiev y los demás *Gris* y a veces *Visli*. El hecho de no pertenecer a nadie y carecer de nombre, raza y color definido no parecía turbar en nada a la perrita violácea, de rabo empenachado y tieso; sus patas torcidas hacían tan bien su servicio que, a menudo, como desdeñando el uso de las cuatro, levantaba graciosamente una de las traseras y corría veloz con las otras tres. Todo le causaba alegría: unas veces chillando de júbilo se revolcaba en el suelo, otras se calentaba al sol, pensativa y seria, o bien se divertía saltando y jugueteando con una astilla o una paja.

Pierre llevaba ahora una camisa sucia y llena de rotos, único resto de su ropa de otros tiempos, peales de soldado atados al tobillo con cuerdas, según el consejo de Karatáiev, un caftán y un gorro de mujik.

Durante ese tiempo había cambiado mucho físicamente: no estaba tan grueso, aunque se lo veía fuerte y robusto, aspecto propio de su familia. Barba y bigote le cubrían la parte inferior del rostro y los largos y revueltos cabellos, llenos de piojos, se rizaban ahora en su cabeza formando una especie de gorra. Sus ojos nunca habían tenido expresión tan firme, serena, enérgica, como decidida a todo. La dejadez de antes había dado paso a una energía siempre dispuesta a la actividad y a la resistencia. Iba descalzo.

Pierre miraba tan pronto hacia los campos, donde aquella mañana habían aparecido carros y hombres a caballo, como volvía los ojos a la lejanía, al otro lado del río, o a la perrilla que jugaba a morderlo; a veces bajaba la vista hasta sus pies desnudos, que iba poniendo en diversas posturas, y movía los dedos grandes, gruesos y sucios; y siempre que miraba sus pies se dibujaba en su rostro una sonrisa alegre y animada. La vista de aquellos pies descalzos le recordaba todo cuanto había vivido y comprendido en aquellos tiempos, y ese recuerdo le era agradable.

Desde hacía unos días el tiempo era apacible y luminoso, con ligeras heladas por las mañanas; era el llamado veranillo de San Martín.

Fuera, y al sol, el aire era tibio, y esa tibieza, mezclándose con el frescor saludable de las heladas matutinas, aún sensible en el aire, resultaba especialmente grata.

Por encima de todas las cosas, sobre los objetos lejanos y los más próximos, se esparcía una mágica luz cristalina que sólo es posible en otoño. A lo lejos se veían los montes Vorobiovy, con la aldea, la iglesia y una gran casa blanca.

Los árboles desnudos, la arena, las piedras, los tejados, la aguja verde de la iglesia, los ángulos de la lejana casa blanca, se destacaban en el aire transparente con mágica y extraña precisión y finísimos contornos.

Más cerca se veían las conocidas ruinas de una casa señorial medio quemada, ocupada por los franceses, y las matas de lilas, de un verde oscuro, que crecían a lo largo de la valla. La misma casa derruida y sucia, repulsiva bajo un cielo gris, ahora iluminada por aquella luz inmóvil, de fulgor radiante, se veía bella y serenaba el ánimo.

Un cabo francés, ataviado con negligencia, la guerrera desabrochada, un gorro de cuartel en la cabeza y la pequeña pipa entre los dientes, apareció desde una esquina de la barraca y, guiñando amistosamente un ojo, se acercó a Pierre.

—Quel soleil, hein, monsieur Kiril? (todos los franceses llamaban así a Pierre). On dirait le printemps.[589]

El cabo se apoyó en la puerta y ofreció a Pierre la pipa, cosa que siempre hacía y que Pierre nunca aceptaba.

—Si l’on marchait par un temps comme celui-là…[590]— comenzó.

Pierre le hizo algunas preguntas sobre lo que se decía de la campaña; el cabo contó que casi todas las tropas iban a salir y que aquel día se esperaba la orden referente a los prisioneros.

En la barraca donde estaba Pierre, uno de los soldados, Sókolov, se encontraba muy enfermo y Pierre dijo al cabo que sería preciso hacer algo por él. El cabo le aseguró que podía estar tranquilo, que había ambulancias y hospitales permanentes, que estaba seguro de que se daría una orden a ese respecto y que, en general, todo cuanto pudiera ocurrir ya lo habían previsto los jefes.

—Et puis, monsieur Kiril, vous n'avez qu'à dire un mot au capitaine, vous savez. Oh, c'est un… qui n'oublie jamais rien. Dites au capitaine quand il fera sa tournée, il fera tout pour vous…[591]

El capitán de quien hablaba el cabo conversaba frecuentemente con Pierre y lo hacía objeto de muchas muestras de benevolencia.

—Vois-tu, Saint-Thomas, qu'il me disait l'autre jour: Kiril, c'est un homme qui a de l'instruction, qui parle français; c'est un seigneur russe qui a eu des malheurs, mais c'est un homme. Et il s'y entend, le… S'il demande quelque chose qu'il me le dise, il n'y a pas de refus. Quand on a fait ses études, voyez-vous, on aime l'instruction et les gens comme il faut. C'est pour vous que je dis cela, monsieur Kiril. Dans l'affaire de l'autre jour, si ce n'était grâce à vous, ça aurait fini mal.[592]

El cabo siguió charlando un rato y se fue. Aquel asunto "del otro día" al que había aludido el cabo fue una pelea surgida entre prisioneros y soldados franceses en la que Pierre logró sosegar a sus compañeros. Algunos prisioneros que lo habían visto conversar con el francés se le acercaron para preguntarle qué había dicho. Mientras Pierre contaba las explicaciones del cabo sobre la salida de la ciudad, un soldado francés, delgado, amarillento y desharrapado, se acercó a la puerta de la barraca. Alzó la mano hacia la frente con tímido y rápido gesto de saludo y preguntó a Pierre si en aquella barraca se encontraba el soldado "Platoche", al que había entregado tela para que le cosiera una camisa.

Una semana antes, los franceses habían recibido tela y cuero y encargaron a los prisioneros que les hicieran botas y camisas.

—Sí, está lista, halconcito— dijo Karatáiev, saliendo con la camisa, cuidadosamente doblada.

A causa del calor, y para trabajar con más comodidad, Karatáiev iba en calzoncillos y se cubría con una camisa rota y negra como el hollín. Llevaba el cabello atado con una cinta, según la costumbre de los artesanos, y su rostro parecía aún más redondo y agradable.

—Lo prometido es deuda— dijo Platón, sonriendo, mientras desdoblaba la camisa que había hecho. —Te dije que estaría para el viernes, y aquí la tienes.

El francés miraba inquieto alrededor; por fin, venciendo su propia indecisión, se quitó rápidamente la guerrera y tomó la camisa. Su cuerpo desnudo, delgado y amarillento, iba sólo cubierto por un mugriento y largo chaleco de seda, con flores estampadas. Parecía temer que se burlaran de él y se apresuró a ponerse la camisa. Ninguno de los prisioneros dijo una palabra.

—Te sienta perfectamente— decía Platón ajustándosela.

El francés, cuando hubo sacado los brazos y la cabeza, sin levantar la vista, se dedicó a mirar su camisa y a examinar las costuras.

—Ten en cuenta, halconcito, que esto no es un taller. No tengo los útiles precisos y sin ellos no se puede matar ni un piojo— dijo Platón con redonda sonrisa, evidentemente satisfecho de su trabajo.

—C’est bien, c’est bien, merci, mais vous devez avoir de la toile de reste**[593]**— dijo el francés.

—Te sentará mejor cuando te la pongas sobre el cuerpo— decía Karatáiev, cada vez más contento de su obra. —Te estará mejor y te sentirás más a gusto…

—Merci, merci, mon vieux, le reste…— repitió el francés sonriente. —Mais le reste…**[594]**

Sacó un billete y lo entregó a Karatáiev.

Pierre se daba cuenta de que Platón no quería entender lo que le decía el francés, y, sin mezclarse en la conversación, siguió mirándolos. Karatáiev dio las gracias por el dinero y siguió admirando su trabajo. El francés insistía en lo de la tela sobrante y rogó a Pierre que tradujera sus palabras.

—¿Para qué querrá los restos?— dijo Karatáiev. —Nos vendrían de primera para unos peales. Bueno, Dios lo perdone— y con rostro triste sacó del pecho un pequeño paquete de retales y lo entregó al francés, sin mirarlo. —Ahí están— dijo. Y se alejó hacia la barraca.

El francés contempló la tela; se quedó pensativo, miró interrogativamente a Pierre y, al parecer, algo le dijo aquella mirada. Enrojeció de pronto y gritó con voz chillona:

—Platoche, dites donc, Platoche! Gardez pour vous.[595]

Le dio la tela, volvió la espalda y se fue.

—Para que veas— dijo Karatáiev moviendo la cabeza. —Dicen que no son cristianos, pero también tienen alma. No en vano los viejos solían decir: la mano sudada es generosa, la seca es avara. Él está desnudo y, sin embargo, me ha dado la tela…— Karatáiev sonrió pensativo, contemplando los retales, y calló por un momento. Después dijo: —Y los peales, amigo mío, serán de primera— y volvió a la barraca.

XII

Pierre llevaba cuatro semanas detenido. Y aunque los franceses le propusieron pasar de la barraca de los soldados a la de los oficiales, se quedó donde lo habían puesto el primer día.

En la ciudad incendiada y víctima del saqueo, Pierre casi llegó al límite extremo de las privaciones soportables por el hombre; pero gracias a su fuerte constitución, a su salud, de la que nunca hasta entonces se había preocupado, y sobre todo porque esas privaciones se habían producido de forma tan insensible que no podía precisar cuándo comenzaron, soportó su desgracia no sólo sin esfuerzo, sino hasta con alegría. Y precisamente en aquel tiempo alcanzó la serenidad y la satisfacción propia a que tanto había aspirado antes en vano. A lo largo de toda su vida había buscado en todas partes esa tranquilidad, esa conformidad consigo mismo que tanto lo había sorprendido en los soldados durante la batalla de Borodinó. La había buscado en la filantropía, en la masonería, en las distracciones de la vida mundana, en el vino, en el sacrificio heroico y en el romántico amor a Natasha. La buscaba en su mente, en sus pensamientos, mas todas aquellas búsquedas e intentos lo engañaron. Y ahora, sin él mismo pensarlo, hallaba esa serenidad y conformidad consigo mismo a través tan sólo del horror a la muerte, a través de las privaciones y de lo que había comprendido en Karatáiev.

Los terribles momentos vividos durante el fusilamiento de sus compañeros parecieron borrar de su imaginación y recuerdo ideas y sentimientos penosos que antes le parecían importantes. Ahora no se le ocurría pensar en Rusia, ni en la política, ni en Napoleón. Se daba cuenta de que nada de ello lo afectaba, que no lo habían consultado y, en

consecuencia, no podía juzgar esos hechos. “Rusia y el verano, ni amigo ni aliado”, repetía las palabras de Karatáiev, palabras que le proporcionaban extraña tranquilidad. Su pasado propósito de matar a Napoleón y sus cálculos sobre el número cabalístico de la Bestia del Apocalipsis le parecían ahora incomprensibles y hasta ridículos. Su cólera anterior contra su mujer y la angustia de ver su nombre arrastrado por el fango se le figuraban pueriles y divertidos. ¿Qué podía importarle que esa mujer, allá en San Petersburgo, llevara la vida que le gustaba? ¿A quién podía interesar, y menos que a nadie a él mismo, que el nombre del prisionero fuese conde Bezújov?

Ahora recordaba a menudo su conversación con el príncipe Andréi y coincidía con el parecer de su amigo, aunque comprendía de manera algo distinta el pensamiento de Bolkonski. El príncipe Andréi pensaba y sostenía que no existe más que la felicidad negativa, pero lo decía con un deje de amarga ironía. Diciéndolo, parecía expresar la convicción de que todas las aspiraciones a la felicidad positiva propias del ser humano no están en él para verse satisfechas, sino para su tormento. Pierre, de buena fe, reconocía la justeza de aquella idea: para él, la felicidad suprema e indiscutible del hombre era entonces la ausencia de sufrimiento, la satisfacción de todas las necesidades y, a consecuencia de ello, la libertad de escoger la propia ocupación, es decir, el modo de vida. Sólo allí, por primera vez, comprendió totalmente el placer de comer cuando se tiene hambre, de beber cuando se tiene sed, de dormir cuando se tiene sueño, de calentarse cuando hace frío y de conversar con alguien cuando se desea hablar y escuchar una voz humana. La satisfacción de las propias necesidades —una buena alimentación, la limpieza, la libertad—, ahora cuando carecía de todo ello, parecía a Pierre la felicidad perfecta, y la elección de ocupaciones, es decir, de su propia vida, cuando esa elección estaba tan limitada, le parecía tan fácil que le hacía olvidar que el exceso de comodidades destruye el placer de satisfacerlas y una gran libertad para elegir una ocupación que él, personalmente, debía a sus conocimientos, riquezas y posición social hacía casi imposible y destruía al mismo tiempo esa necesidad y esas posibilidades.

Todos los sueños de Pierre se orientaban ahora hacia el momento de ser nuevamente libre; y sin embargo, durante toda su vida, Pierre recordaría y hablaría con entusiasmo de aquel mes de prisión, de aquellas sensaciones irrepetibles, intensas, fuertes y gozosas; y, sobre todo, de la absoluta serenidad de su ánimo, su plena libertad interna que nunca había sentido antes.

Cuando el primer día de su encierro salió de la barraca al despuntar el alba y contempló las cruces y las cúpulas todavía oscuras del monasterio de Novodievichie, vio el rocío de la helada nocturna sobre la hierba polvorienta, las montañas Vorobiovy y los bosques de la ribera del río que se perdían en la violácea lejanía; cuando sintió la caricia del aire fresco y escuchó el grito de las cornejas que abandonaban Moscú a través del campo, y cuando, de súbito, brotó por oriente la luz del día e hizo su solemne aparición el sol a través de las nubes y refulgieron con las cúpulas, las cruces, el rocío, la lejanía y el río bajo esa radiante luz, Pierre experimentó una nueva sensación de alegría y de fuerza.

Y esa sensación no lo abandonó ya durante todo el tiempo de su encierro, sino que, al contrario, fue creciendo en él a medida que las dificultades de su vida aumentaban.

El sentimiento de estar dispuesto a todo, de estar moralmente alerta, se mantuvo en Pierre más firmemente aún por la elevada opinión que al poco tiempo de su ingreso en la barraca formaron de él todos sus compañeros. Su conocimiento de lenguas, el respeto que le profesaban los franceses, su sencillez, que le hacía dar cuanto le pedían (recibía, como oficial, tres rublos a la semana), la fuerza que demostró ante los soldados clavando clavos en la pared de la barraca con el puño, la bondad que mostraba hacia sus compañeros, su capacidad, incomprensible para ellos, de permanecer sentado e inmóvil, sumido en sus pensamientos, sin hacer nada, lo convertían ante los soldados en un ser algo misterioso y superior. Las mismas cualidades que habían sido un estorbo para él en el ambiente donde antes había vivido —la fuerza, el desprecio de las comodidades de la vida, la distracción y la sencillez— lo convertían ahora, entre aquellos hombres, en una suerte de héroe. Y Pierre se sentía obligado por esa opinión.

XIII

La retirada de los franceses de Moscú comenzó en la noche del 6 al 7 de octubre. Desmontaban cocinas y barracas, cargaban los carros y las tropas y convoyes se ponían en movimiento.

A las siete de la mañana un convoy de franceses con uniforme de campaña, sus chacós, fusiles, mochilas y enormes sacos formó delante de las barracas y por todas partes se extendieron a lo largo del barracón animadas voces hablando en un francés salpicado de insultos.

En la barraca todos estaban dispuestos, vestidos y calzados, esperando la orden de salir. Únicamente Sókolov, el soldado enfermo de disentería, pálido, delgado y ojeroso, no estaba vestido ni calzado; sentado en su camastro, desorbitados los ojos, miraba interrogativamente a sus compañeros, que no le hacían caso, y gemía en voz baja, pero continua. Al parecer no era tanto por dolor como por el miedo y la pena de quedarse solo.

Pierre, calzado con unos zapatos que le había hecho Karatáiev con un trozo de cuero que trajo un francés para que le pusiera medias suelas, sujetos con unas cuerdas, se acercó al enfermo y se puso en cuclillas delante de él.

—¡Eh, Sókolov! ¡No creas que se van del todo! Aquí tienen un hospital y tal vez te vaya mejor que a nosotros— le dijo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Es mi muerte! ¡Dios mío!— gimió con más fuerza el soldado.

—Voy a preguntarles ahora mismo— dijo Pierre.

Se levantó y se dirigió a la puerta de la barraca. En aquel momento se acercaba con dos soldados el cabo que, la víspera, había ofrecido a Pierre

una pipa. Tanto el cabo como los soldados vestían también uniforme de campaña, con sus mochilas y chacós con el barboquejo debajo, lo que cambiaba bastante sus conocidas facciones.

Iban a cerrar la puerta por orden del comandante, pero antes de iniciar la marcha debían hacer un recuento de los prisioneros.

—Caporal, que fera-t-on du malade?— preguntó Pierre.[596]

Pero tan pronto como empezó a decirlo ya se preguntaba si aquel hombre era el cabo a quien conocía u otro hombre; tan distinto lo veía en aquellos momentos. Además, al mismo tiempo que Pierre pronunciaba aquellas palabras, resonó por ambos lados un redoble de tambores. El cabo frunció el ceño, masculló insultos sin sentido y cerró de un portazo. La barraca quedó casi a oscuras; el redoblar de los tambores ahogaba los gemidos del enfermo.

"Ahí está… ¡Ahí está otra vez!", se dijo Pierre, y un súbito escalofrío le recorrió la espalda. En el rostro tan distinto del cabo, en el sonido, en el estruendo excitante y ensordecedor de los tambores, había reconocido esa fuerza misteriosa, despiadada, que obliga a los hombres, pese a su voluntad, a matar a sus semejantes: la misma fuerza brutal que había visto actuar en las ejecuciones. Era inútil tener miedo, tratar de evitar esa fuerza o dirigir súplicas a quienes eran sus instrumentos. Ahora, Pierre lo sabía: era preciso esperar y tener paciencia. No volvió junto al enfermo, ni lo miró siquiera. Silencioso, con el ceño fruncido, se quedó junto a la puerta de la barraca.

Cuando volvió a abrirse la puerta y los prisioneros se amontonaron a la salida, apretujándose unos a otros como un rebaño de carneros, Pierre se abrió camino y se acercó al capitán que, según la afirmación del cabo, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por él. También el capitán vestía el uniforme de campaña y en su rostro impasible se leía también "eso" que Pierre había reconocido en las palabras del cabo y en el redoble de los tambores.

—Filez, filez[597]— decía el capitán, mirando de mal humor a los prisioneros que pasaban delante de él.

Pierre sabía que su tentativa sería vana, pero se acercó.

—Eh bien, qu'est-ce qu'il y a?[598]— dijo el capitán, mirándolo fríamente, como si no lo conociese.

Pierre habló del enfermo.

—Il pourra marcher, que diable!— refunfuñó el capitán.[599]

Y sin mirar a Pierre, siguió diciendo: —Filez, filez.

—Mais non, il est à l’agonie…— comenzó Pierre.[600]

—Voulez-vous bien…?— gritó encolerizado el capitán.[601]

Tam, tam, tam, tam, tam, tam, tronaban los tambores. Pierre comprendió que la fuerza misteriosa se había apoderado ya completamente de aquellos hombres y que era inútil hablarles.

Los oficiales prisioneros fueron separados de los soldados y se les ordenó ir delante. Los oficiales —entre los que se hallaba Pierre— eran unos treinta; los soldados, cerca de trescientos.

Los oficiales prisioneros, salidos de otras barracas, eran para Pierre personas desconocidas, estaban todos mejor vestidos que él y lo miraban a él y sus zapatos con desconfianza, como a un extraño. No lejos de Pierre caminaba un grueso comandante, que parecía gozar de la estima general de sus compañeros. Vestía un batín tártaro ceñido por una toalla; su rostro, amarillento y tumefacto, expresaba mal humor. Sujetaba con una mano la bolsa del tabaco que llevaba en el pecho y con la otra se apoyaba en un chibuquí turco. El comandante respiraba pesadamente, gruñía y se enfadaba con todos, porque creía que lo empujaban y que tenían prisa cuando no había motivo alguno para ello y que mostraban asombro cuando no había nada de qué asombrarse.

Otro oficial, menudo y enjuto, charlaba con todos y hacía cábalas acerca de dónde los llevaban y qué distancia iban a recorrer aquel día.

Un funcionario con botas de fieltro y uniforme de intendencia iba de un sitio a otro, contemplaba la ciudad incendiada y comentaba en voz alta qué partes de la capital habían ardido y cuál era la que se veía.

Otro oficial, de origen polaco, a juzgar por su acento, discutía con el intendente, demostrándole que se equivocaba al nombrar uno u otro barrio de Moscú.

—¿Para qué discutir?— decía enfadado el comandante. —Da lo mismo que sea el barrio de San Nicolás o el de San Blas. Todo ha ardido y se acabó… ¿Por qué empuja? ¿No tiene bastante sitio?— se volvió colérico a alguien que iba detrás de él y que no lo había tocado siquiera.

—¡Oh! ¡Oh! ¡Lo que han hecho! ¡Es horrible!— se oía decir a los prisioneros por todas partes, que veían ahora las destrucciones del incendio. —Zamoskvorechie, Zúbovo, el Kremlin… ¡No queda ni la mitad de Moscú! Ya les decía yo que ardía todo Zamoskvorechie. Ahí lo tienen.

—Pues si saben que ha ardido, ¿a qué hablar más sobre el asunto?— refunfuñaba el comandante.

Al cruzar el barrio de Jámovniki (uno de los pocos que no habían ardido en Moscú) y pasar ante la iglesia, todo el grupo de prisioneros se hizo a un lado entre exclamaciones de horror y repulsión.

—¡Qué canallas! ¡Menudos herejes! Es un muerto, sí, un muerto… lo han ensuciado con algo.

También Pierre se acercó a la iglesia donde estaba el objeto de tales exclamaciones, y vio confusamente algo apoyado en el muro. Por las palabras de sus compañeros, que veían mejor que él, comprendió que se trataba de un cadáver puesto de pie cuyo rostro estaba tiznado con hollín.

—Marchez, sacré nom!… Filez… trente mille diables!…[602]— vociferaron coléricos los convoyes franceses y, a bastonazos, dispersaron el grupo de prisioneros que miraba al hombre muerto.

XIV

Por las callejuelas de Jámovniki, los prisioneros avanzaron solos con sus guardianes y detrás venían los furgones y carros que les pertenecían. Pero al acercarse a los almacenes de intendencia se encontraron en medio de una gran columna de artillería que avanzaba con dificultad y entremezclada con vehículos de particulares.

A la entrada del puente se detuvieron todos, esperando que abrieran paso los que iban delante. Los prisioneros veían, lo mismo delante de ellos que detrás, hileras interminables de otros convoyes. A la derecha, en el sitio donde el camino de Kaluga tuerce a lo largo de Neskuchni para perderse en la lejanía, se alineaban incontables filas de soldados y carros. Eran las fuerzas del cuerpo de Beauharnais, que habían salido en primer lugar. Detrás, a lo largo de la orilla del río y sobre el puente Kámmeni, avanzaban las tropas y los convoyes del mariscal Ney.

Las tropas de Davout, entre las cuales iban los prisioneros, pasaron Krimski-Brod, se detuvieron y volvieron a avanzar: por todas partes se iban acumulando cada vez más carruajes y hombres. Después de emplear más de una hora en recorrer los pocos centenares de pasos que separaban el puente de la calle de Kaluga, cuando llegaron a la plaza donde la calle Zamoskvorétskaia se junta con Kalúzhskaia, los prisioneros, apretujados, tuvieron que detenerse y permanecer así algunas horas. Por todas partes se oía el estrépito confuso y continuo, parecido al oleaje del mar, en que se mezclaban el chirriar de ruedas, el pataleo de caballos y los incesantes gritos y juramentos de los hombres. Pierre, apretado contra el muro de una casa quemada, escuchaba aquel estruendo, confundido en su imaginación con el redoble de los tambores.

Algunos oficiales prisioneros, para ver mejor, subieron al muro de la casa junto a la cual se hallaba Pierre.

—¡Cuánta gente! ¡Cuánta gente!… ¡Hasta encima de los cañones!—decían. —Fíjate, llevan pieles… ¡Canallas! Lo han robado todo… Mira, mira a ese que viene detrás, en el carro… Trae unos iconos, seguro. Deben de ser alemanes. Y nuestro mujik no le va a la zaga. ¡Qué canallas! Han cargado tanto que apenas pueden avanzar. Llevan hasta un cabriolé. ¡Y aquel que va sentado en los baúles! ¡Dios mío! ¡Se están peleando!…

—¡Dale en los hocicos, en los hocicos! A este paso vamos a estar aquí todo el día. ¡Mirad, mirad! Seguramente es del mismo Napoleón… ¡Vaya caballos! Llevan blasón y corona. Es como una verdadera casa sobre ruedas. Se le ha caído un saco y no se dan cuenta. Otra vez vuelven a pelearse… Ahí va una mujer con un niño… y no es fea. Cómo no, a ti te van a dejar pasar. Mira, no se ve el fin… Son chicas rusas… os lo juro: muchachas rusas… Fijaos qué tranquilamente van en los coches.

De nuevo, lo mismo que en la iglesia de Jámovniki, una oleada de curiosidad general empujó a todos los prisioneros hacia el camino. Pierre, gracias a su estatura, pudo ver por encima de todas las cabezas lo que atraía la curiosidad de los prisioneros: en tres coches, en medio de baúles, iban, muy apretadas unas contra otras, algunas mujeres engalanadas, pintadas y vestidas de colorines, que gritaban con voz chillona.

Desde que Pierre sintió de nuevo la presencia de la fuerza misteriosa, ya nada le parecía extraño ni terrible: ni el cadáver con el rostro tiznado de hollín, ni aquellas mujeres que se apresuraban a ir sin saber dónde, ni el aspecto de Moscú incendiado. Todo cuanto ahora veía no le producía impresión alguna; se habría dicho que su alma, preparándose para una lucha difícil, rechazaba cualquier sensación que pudiera debilitarla.

Pasaron los coches de las mujeres. Detrás, de nuevo, otros carros y filas de soldados; de nuevo furgones y soldados, carrozas, baúles y otra vez soldados. De vez en cuando aparecían algunas mujeres.

Pero Pierre no veía figuras aisladas, sólo advertía su movimiento.

Todos aquellos hombres y caballos parecían empujados por una fuerza invisible. Durante una hora, en que Pierre no dejó de observarlos, afluían incesantemente desde diversas calles con el mismo deseo de adelantarse lo

más pronto posible. Chocaban unos con otros, se encolerizaban, llegaban a las manos; enseñando los dientes blancos y frunciendo el ceño, intercambiaban las mismas injurias. Y en todos los rostros había esa expresión de resuelta energía, de fría crueldad, que por la mañana había sorprendido en el rostro del cabo cuando comenzó a sonar el tambor.

Avanzada ya la tarde, el jefe del convoy reagrupó a sus hombres y, en medio de gritos y discusiones, se introdujo entre las otras columnas; los prisioneros, rodeados por todas partes, salieron así al camino de Kaluga.

Marcharon rápidamente, sin paradas, y se detuvieron sólo a la hora del crepúsculo. Colocaron los carros cerca unos de otros y los hombres se prepararon para pasar la noche. Todos parecían inquietos y enfadados. Durante largo rato se oyeron injurias, gritos furiosos y peleas. Una carroza que seguía al convoy de los prisioneros embistió un carro del convoy y lo agujereó con su timón. Varios soldados corrieron hacia el carro, desde varias direcciones, unos la emprendieron a golpes con los caballos del coche, tratando de darles la vuelta, mientras que otros se enzarzaban en una pelea. Pierre vio que un alemán quedaba gravemente herido de un sablazo en la cabeza.

Detenidos en mitad del campo, al atardecer de un frío día de otoño, todos aquellos seres parecían tener el mismo sentimiento de un desagradable despertar después de la prisa que les imponía la huida y el precipitado movimiento que los empujaba no sabían adonde. Cuando se detuvieron, soldados y prisioneros parecieron comprender que el lugar adonde los llevaban era desconocido y tendrían que soportar un sinfín de penurias.

En esa parada los guardianes trataron a los prisioneros peor aún que a la salida de Moscú. Por primera vez dieron a los cautivos carne de caballo.

Desde los oficiales hasta el último de los soldados, se notaba en todos una especie de cólera personal hacia cada prisionero, sentimiento que desplazaba ahora las cordiales relaciones de antes.

La irritación subió de punto cuando, a la hora de pasar lista a los prisioneros, se halló que en la confusión de la salida de Moscú había huido un soldado ruso que fingía dolores de vientre. Pierre vio cómo un francés golpeaba a un prisionero porque se había separado demasiado del camino y

oyó los reproches que el capitán, amigo suyo, hacía a un suboficial por haber dejado escapar al soldado, amenazándolo con el consejo de guerra. A las palabras del suboficial, de que el fugitivo estaba enfermo y no podía caminar, respondió el capitán que tenía orden de rematar a los rezagados.

Pierre sintió que aquella fuerza fatal bajo cuyo imperio estuvo en las horas de la ejecución y que había desaparecido durante el cautiverio lo dominaba de nuevo. Sintió miedo, pero se dio cuenta de que en la misma medida en que esa fuerza fatal procuraba aplastarlo, en su alma crecía y cobraba ímpetu otra fuerza independiente de ella: la enorme fuerza de la vida.

Como todos, cenó una sopa de harina de centeno y carne de caballo y conversó con sus compañeros.

Ninguno hablaba de lo que habían visto en Moscú, ni de la conducta de los franceses, ni de la orden de disparar contra el que se rezagase, que les habían comunicado. Todos parecían especialmente animados y alegres, como si desearan de esa manera oponerse al empeoramiento de la situación. Charlaban de recuerdos personales, de los diversos hechos durante la marcha, sin dejar que la charla derivase a la situación en que se encontraban.

El sol se había ocultado hacía tiempo; se encendieron en el cielo algunas estrellas brillantes y el rojo resplandor de la luna llena, como el reflejo de un incendio lejano, se extendió por el cielo; la enorme bola cárdena se balanceaba en aquella grisácea penumbra como por arte de magia. Clareaba en aquella hora vespertina, antes de que la noche lo llenara todo. Pierre se levantó y, por entre las hogueras, se dirigió a la otra parte del camino, donde, según le habían dicho, se hallaban los soldados prisioneros. Deseaba conversar con ellos. Pero un centinela francés lo detuvo y ordenó que regresara.

Lo hizo, pero no volvió con sus compañeros sino que se acercó a un carro desenganchado cerca del cual no había nadie. Encogió las piernas, se dejó caer con la cabeza baja sobre la tierra fría junto a la rueda del carro y permaneció largo rato inmóvil y pensativo. Pasó así más de una hora sin que nadie lo molestara. De repente estalló en una risa bonachona, tan sonora y solitaria que hizo volverse a todos cuantos estaban cerca.

—¡Ja, ja, ja!— reía. Y siguió hablando en voz alta consigo mismo: —No me ha dejado pasar. Me detuvieron y encerraron. Me tienen prisionero. ¿A quién? ¡A mí! ¡A mí! ¡Tienen prisionera mi alma inmortal!… ¡Ja, ja, ja!… ¡Ja, ja, ja!

A fuerza de reír se le llenaron los ojos de lágrimas.

Un hombre se acercó para ver de qué se reía aquel hombre extraño y grande. Pierre calló, se levantó, se alejó del curioso y miró a su alrededor.

El enorme vivac, tan animado antes por el crepitar de las hogueras y las innumerables voces humanas, se iba apagando. Las luces rojas del fuego, aquí y allá, se extinguían mortecinas. En lo alto la luna llena lo dominaba todo con su claridad. Campos y bosques, antes invisibles, se veían ahora por doquier. Y más allá de los bosques y los campos próximos quedaba la infinita lejanía oscilante, iluminada y atrayente. Pierre levantó sus ojos al cielo y contempló las estrellas. “Todo esto es mío, todo está en mí, todo eso soy yo mismo —pensó—. ¡Y ellos capturaron todo eso y lo encerraron en una barraca tapiada con tablas de madera!” Sonrió y fue a reunirse con sus compañeros para dormir.

XV

En los primeros días de octubre un nuevo parlamentario de Napoleón entregaba a Kutúzov una carta con propuestas de paz; estaba falsamente fechada en Moscú, puesto que Napoleón se encontraba entonces en el viejo camino de Kaluga, no lejos del generalísimo ruso. Kutúzov contestó lo mismo que a la propuesta traída por Lauriston. Se limitaba a decir que de paz no se podía hablar.

Poco después, Dólojov, que mandaba una partida de guerrilleros a la izquierda de Tarútino, informó que habían aparecido tropas en Fóminskoie: era la división de Broussier que, aislada del grueso de su ejército, podría ser aniquilada fácilmente. Soldados y oficiales volvían a exigir actividad. Los generales del Estado Mayor, animados por el recuerdo de la victoria de Tarútino, tan fácilmente lograda, insistieron en que Kutúzov aceptara la propuesta de Dólojov. El Serenísimo no creía en la necesidad de ofensiva alguna. Se llegó a una medida intermedia: enviaron un pequeño destacamento a Fóminskoie para atacar a Broussier.

Por un extraño azar, esa misión que, como se supo después, era la más difícil e importante, fue confiada a Dojtúrov, al indeciso y poco sagaz Dojtúrov, a quien nadie consideraba capaz de proyectar planes de batalla, ni de galopar briosamente a la cabeza de los regimientos, ni sembrar de cruces las baterías, etcétera…; Dojtúrov, a quien encontramos en todas las batallas entre Rusia y Francia, desde Austerlitz hasta 1813, siempre allí donde la situación era difícil. En Austerlitz quedó el último en el dique de Auhest, reuniendo los regimientos y salvando todo lo posible cuando los demás huían y no quedaba un solo general en retaguardia. Enfermo, con fiebre, llega a Smolensk con veinte mil hombres y defiende la ciudad frente a todo

el ejército de Napoleón. En Smolensk, en la puerta de Malájovski, apenas ha conseguido pegar los ojos lo despierta el cañoneo y, gracias a él, la ciudad resiste durante un día entero. En la batalla de Borodinó, cuando Bagration cae muerto y las tropas rusas del flanco izquierdo son aniquiladas en la proporción de nueve a uno y todo el fuego de la artillería francesa está allí concentrado, se envía precisamente al indeciso y poco perspicaz Dojtúrov, con quien Kutúzov se apresura a reparar su error de haber mandado a otro. Y el pequeño y modesto Dojtúrov va al flanco izquierdo, y Borodinó pasa a ser el mejor timbre de gloria del ejército ruso. Y son muchos los héroes glorificados en verso y prosa, pero casi nada se dice de Dojtúrov.

De nuevo se lo envía a Fóminskoie y de allí a Malo-Yaroslávets, al lugar donde se libra la última batalla contra los franceses y donde se inicia sin duda el descalabro completo del enemigo. Y de nuevo nos describen las glorias de muchos genios y héroes de aquel período de campaña, y poco o nada se dice de Dojtúrov, y lo que se dice es de origen dudoso. Ese silencio sobre su persona prueba mejor que nada sus verdaderas cualidades.

Es evidente que un hombre que ignora el funcionamiento de una máquina piense que la culpable de su parada es la astilla caída casualmente en su engranaje. Un hombre ignorante de su estructura no puede comprender que no es la pequeña astilla la culpable, sino el diminuto mecanismo transmisor que gira silenciosamente y constituye uno de sus elementos más importantes.

El 10 de octubre, el mismo día en que Dojtúrov, después de haber cubierto la mitad del camino que lo separaba de Fóminskoie, se detuvo en la aldea de Arístovo y se preparaba a cumplir exactamente las órdenes recibidas, todo el ejército francés, que había llegado con un movimiento convulso a la posición ocupada por Murat (al parecer, con el fin de presentar batalla), de pronto, sin motivo aparente, giró a la izquierda, hacia el camino nuevo de Kaluga, y desembocó en Fóminskoie, donde hasta entonces sólo estaba Broussier. Dojtúrov tenía a sus órdenes, además de las tropas de Dórojov, los dos pequeños destacamentos de Figner y Seslavin.

El 11 de octubre por la tarde Seslavin se presentó en Arístovo con un soldado de la guardia francesa capturado por ellos. El prisionero contó que

las tropas llegadas aquel día a Fóminskoie eran la vanguardia de todo el gran ejército, que también estaba allí Napoleón, que había salido de Moscú cuatro días antes. Aquella misma tarde, un criado, venido de Borovsk, explicó que había visto entrar en la ciudad muchas tropas. Los cosacos del destacamento de Dórojov informaban de que la Guardia francesa marchaba en dirección a Borovsk. De todas esas informaciones resultaba evidente que donde pensaban que había una sola división estaba todo el ejército francés llegado de Moscú en una dirección imprevista, por el camino viejo de Kaluga. Dojtúrov no quería emprender acción alguna, porque en esas condiciones no veía claro cuál era su deber. Le habían ordenado que atacara Fóminskoie. Pero antes se trataba sólo de Broussier, y ahora se hallaba allí todo el ejército francés. Ermólov deseaba obrar a su manera, pero Dojtúrov insistió en la necesidad de recibir nuevas órdenes del Serenísimo. Y decidieron enviar un informe al Estado Mayor.

Escogieron para aquella misión a un oficial inteligente, llamado Boljovitínov, quien, además de entregar un mensaje escrito, tenía el encargo de explicar los hechos de palabra. A medianoche, Boljovitínov recibía la orden verbal y el pliego, y salió, acompañado de un cosaco y con caballos de refresco, en dirección al Estado Mayor.

XVI

Era una noche otoñal oscura y tibia. Llovía desde hacía cuatro días. Tras haber cambiado dos veces de caballos y recorrido a galope treinta kilómetros en hora y media por un camino fangoso, Boljovitínov llegó a Letáshevka a las dos de la mañana. Echó pie a tierra ante la isba sobre cuya valla estaba escrito: “Estado Mayor”. Dejó el caballo al cuidado del cosaco y entró en el zaguán oscuro.

—El general de servicio, de prisa. ¡Es muy, muy urgente!— dijo Boljovitínov a alguien que se levantó resoplando en medio del zaguán oscuro.

—Está enfermo; ya hace tres noches que no duerme— contestó el asistente, procurando interceder por su amo. —Despierte antes al capitán.

—Es muy urgente. De parte del general Dojtúrov— dijo Boljovitínov entrando por la puerta que había encontrado a tientas.

El asistente pasó el primero y despertó a alguien.

—¡Excelencia! ¡Excelencia! ¡Un correo!

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿De quién?— preguntó una voz somnolienta.

—De parte de Dojtúrov y de Alexei Petróvich. Napoleón está en Fóminskoie— dijo Boljovitínov, sin ver en la oscuridad a la persona con quien hablaba, pero suponiendo por la voz que no era Konovnitsin.

El hombre a quien despertaron bostezó y se estiró.

—No querría despertarlo— dijo, buscando a tientas algo. —Está enfermo. Tal vez no sean más que rumores.

—Aquí tiene el parte— repuso Boljovitínov. —Tengo órdenes de entregarlo inmediatamente al general de servicio.

—Espere un poco; voy a encender… ¿Dónde, maldito, habrás metido la vela?— dijo al ordenanza el que se estiraba. Era Scherbinin, el ayudante de campo de Konovnitsin. —Ya la encontré, ya la encontré— añadió.

El asistente golpeaba el pedernal, mientras Scherbinin buscaba la palmatoria.

—¡Qué porquería!— exclamó con asco.

Al resplandor de las chispas, Boljovitínov vio el rostro joven de Scherbinin, que sostenía la vela, y en el rincón de la entrada a un hombre dormido: era Konovnitsin.

Cuando la luz de la yesca se hizo rojiza, Scherbinin encendió la vela (de la palmatoria escaparon algunas cucarachas que la estaban comiendo) y se quedó mirando al mensajero. Boljovitínov estaba cubierto de barro y se limpiaba la cara con la manga.

—¿Quién informa?— preguntó Scherbinin tomando el sobre.

—Son informaciones seguras— contestó Boljovitínov. —Los prisioneros, los cosacos y los exploradores, todos dicen lo mismo.

—Nada podemos hacer, hay que despertarlo— dijo Scherbinin, acercándose al hombre que dormía con su gorro de noche y cubierto con un capote.

—¡Piotr Petróvich!

Konovnitsin no se movió.

—¡Al Estado Mayor!— dijo el capitán sonriendo, seguro de que esas palabras lo despertarían.

Y, en efecto, se alzó momentáneamente una cabeza con gorro de dormir. El bello rostro de Konovnitsin, de rasgos enérgicos, mejillas encendidas de fiebre, conservó durante un instante la placentera impresión del sueño tan alejado de la realidad que vivía; sin embargo, se estremeció y ese rostro recobró su expresión de firmeza y serenidad.

—¿Qué ocurre? ¿De quién es?— preguntó sin apresurarse, parpadeando por la luz.

Escuchó la información del correo, tomó el sobre y lo abrió. En cuanto hubo leído el parte, puso en el suelo de tierra sus pies embutidos en medias de lana y comenzó a calzarse; se quitó el gorro, se alisó las sienes y se puso la gorra.

—¿Tardaste mucho en llegar? Vayamos en seguida a la casa del Serenísimo.

Konovnitsin comprendió al momento que la noticia era muy importante. Y no había tiempo que perder. ¿Era buena o mala la nueva? No se lo preguntaba ni se paró a pensarlo. No le interesaba. No consideraba con la inteligencia ni el raciocinio todo cuanto tenía relación con la guerra, sino de otro modo. Tenía la convicción profunda —nunca expresada— de que todo acabaría bien, pero no debía creerlo ni mucho menos hablar de ello; lo único necesario era cumplir el cometido. Y lo cumplía poniendo en ello todas sus fuerzas.

Piotr Petróvich Konovnitsin, colocado únicamente por guardar las apariencias entre los llamados héroes de 1812 los Barclay, Raievski, Ermólov, Plátov y Milorádovich, gozaba, al igual que Dojtúrov, de la reputación de un hombre de capacidad y saber muy limitados. Como Dojtúrov, no se detenía en hacer planes de batalla, pero se encontraba siempre allí donde la situación era más crítica. Desde que tenía el cargo de general de servicio, dormía siempre con la puerta abierta y había dado orden de que lo despertaran cuando llegara algún correo o emisario. Durante las batallas se ponía siempre al alcance de las balas enemigas, cosa que le reprochaba Kutúzov, que temía alejarlo de sí. Lo mismo que Dojtúrov, Konovnitsin era uno de esos imperceptibles engranajes que, sin alboroto ni ruido, constituyen los elementos esenciales de la máquina.

Al salir de la isba, en la noche húmeda y oscura, Konovnitsin frunció el ceño, debido, por una parte, al dolor de cabeza, cada vez más intenso, y por otra a la desagradable idea del revuelo que aquella noticia iba a provocar en el nido del Estado Mayor; pensó especialmente en Bennigsen, que, desde Tarútino, estaba a matar con Kutúzov. Se imaginó la interminable serie de sugerencias, discusiones, órdenes y contraórdenes que suscitaría la noticia. Y tal presentimiento le resultaba penoso, aunque lo consideraba inevitable.

En efecto, Toll, a quien comunicó de paso la noticia, empezó a exponer inmediatamente al general, que vivía con él, sus propias consideraciones. Konovnitsin, que aguardaba silencioso y cansado, tuvo que recordarle que debían ir a la casa del Serenísimo.

XVII

Como todos los viejos, Kutúzov dormía poco por las noches. Durante el día solía adormilarse con frecuencia, pero de noche, echado sin desvestirse en la cama, pasaba el tiempo meditando sin conciliar el sueño.

También en aquel momento, tumbado en su cama, estaba desvelado, apoyada en la mano la pesada cabeza surcada de cicatrices, con su único ojo abierto y fijo en la oscuridad.

Desde que Bennigsen, el hombre de más influencia en el Estado Mayor y el único que mantenía correspondencia directa con el Emperador, lo evitaba, Kutúzov parecía más tranquilo, puesto que nadie lo obligaba ahora a lanzar sus tropas a ofensivas inútiles. Pensaba que la lección de la batalla de Tarútino y lo ocurrido en la víspera de aquella jornada, de tan doloroso recuerdo para él, acabarían por producir efecto.

“Deben comprender que pasando a la ofensiva llevamos las de perder. Tiempo y paciencia son mis verdaderos adalides”, se decía. Sabía que no debe arrancarse del árbol la manzana verde; al madurar, el fruto cae por sí solo, pero, si se arranca cuando está verde, se estropea el fruto y el árbol, y lo único que se obtiene es dentera. Como experto cazador, sabía que la fiera estaba herida, en la medida en que podía herirla toda la fuerza rusa, pero aún no se sabía si la herida era o no mortal. Después de la embajada de Lauriston y de la visita de Barthélemy —y de acuerdo con los informes de los guerrilleros—, Kutúzov estaba casi seguro de que lo era. Pero hacían falta más pruebas: había que esperar.

“Quieren acercarse corriendo para ver cómo lo han matado. Esperad, ya lo veréis. ¡Siempre maniobras, siempre ofensivas! —pensaba—. ¿Con qué fin? ¡Sólo para distinguirse! ¡Como si la guerra fuera una diversión! Se

parecen a esos niños a los que inútilmente se les pide que nos expliquen cómo surgió la pelea: lo único que les interesa es demostrar que saben pegarse. ¡Y ahora no se trata de eso! ¡Y qué hábiles maniobras me proponen todos ellos! Prevén dos o tres posibilidades (y se acordó del plan general de San Petersburgo) y creen que ya lo han calculado todo. ¡Cuando la realidad es que las posibilidades son infinitas!”

Hacía un mes que Kutúzov meditaba acerca de si la herida infligida a los franceses en Borodinó era o no mortal. Por una parte, los franceses habían ocupado Moscú y, por otra, Kutúzov sentía con todo su ser que el terrible golpe asestado por él y el pueblo ruso a costa de todas sus fuerzas debía ser mortal. En todo caso se precisaban pruebas; las esperaba desde hacía un mes, y a medida que el tiempo pasaba se volvía cada vez más impaciente, se comportaba como los generales jóvenes a quienes reprochaba su proceder: pensaba en todas las posibilidades, con la única diferencia de que no hacía plan alguno, y que las posibilidades no eran para él dos o tres, sino miles. Cuanto más meditaba, más eran las hipótesis: suponía toda clase de movimientos del ejército francés, o al menos una parte de ellos: ya hacia San Petersburgo, ya de frente, ya por sus flancos. Admitía (y ése era su mayor temor) que Napoleón se decidiera a combatirlo con sus propias armas, quedándose en Moscú y esperándolo allí; también pensaba en la vuelta del ejército francés hacia Yújnov y Medin. Lo único que no pudo prever fue lo que estaba sucediendo: los movimientos dementes y convulsos del ejército de Napoleón en los once días siguientes a su salida de Moscú, movimientos que hacían posible aquello en lo que Kutúzov, entonces, no se atrevía ni a pensar siquiera: la destrucción total del ejército francés.

El informe de Dojtúrov sobre la división de Broussier, las noticias de los guerrilleros acerca de las calamidades que atravesaba el ejército de Napoleón, los rumores referidos a los preparativos para salir de Moscú, todo confirmaba la suposición de que el enemigo estaba desbaratado y se preparaba para huir. Pero aquello no eran más que suposiciones que podían parecer importantes a los jóvenes, mas no a Kutúzov, quien con su experiencia de sesenta años sabía hasta qué punto debía hacerse caso a los rumores y cómo los hombres que desean algo son capaces de amañar las

noticias de manera que parezcan confirmar sus deseos; o sabía también que en tales casos se omite de buen grado todo cuanto los contradice. Y, cuanto más lo deseaba, menos se permitía creerlo; ese problema ocupaba todas las potencias de su espíritu. Todo lo restante era para Kutúzov el cumplimiento habitual de la vida cotidiana: las discusiones con los miembros del Estado Mayor, las cartas a Mme de Staël, que escribía desde Tarútino, la lectura de novelas, la distribución de recompensas, la correspondencia con San Petersburgo, etcétera. Pero la destrucción de los franceses, sólo por él prevista, era su más íntimo y único deseo.

La noche del 11 de octubre estaba echado, con la cabeza apoyada en la mano, y pensaba en eso.

En la estancia vecina se oyeron los pasos de Toll, Konovnitsin y Boljovitínov.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí?— exclamó el general en jefe. —¡Entrad! ¿Qué hay de nuevo?

Mientras un lacayo encendía las velas, Toll comunicó la noticia a Kutúzov.

—¿Quién la ha traído?— preguntó Kutúzov con una expresión de fría serenidad que sorprendió a Toll en cuanto hubo luz.

—No hay duda posible, Alteza.

—¡Que pase! ¡Llámalo!

Kutúzov se sentó en el lecho; le colgaba una pierna y apoyaba en la otra, doblada, el grueso vientre. Entornó el único ojo, para ver mejor al correo, como si quisiera leer en su rostro lo que a él lo preocupaba.

—Cuenta, cuenta, amigo— dijo a Boljovitínov con su apacible voz senil, mientras se cruzaba la camisa sobre el pecho. —Acércate, acércate más. ¿Qué son esas noticias que me traes? ¡Eh! ¿Napoleón ha salido de Moscú? ¿Es verdad? ¿Eh?

Boljovitínov repitió todo aquello que tenía órdenes de contar.

—Más de prisa, habla más de prisa, no me angusties…— lo interrumpió Kutúzov.

Boljovitínov estaba contando lo que sabía y calló, a la espera de las órdenes del Serenísimo. Toll trató de decir algo, pero Kutúzov lo interrumpió. Intentó hablar, pero su rostro se contrajo, agitó la mano en

dirección a Toll y se volvió al lado opuesto, hacia el rincón sagrado de la isba, negra de iconos.

—¡Mi Dios, mi Creador! Tú has oído nuestras plegarias…— dijo, con voz temblorosa, uniendo las manos. —¡Rusia está salvada! ¡Gracias, Señor mío!— y rompió en sollozos.

XVIII

A partir de ese momento, hasta el término de la campaña, toda la actuación de Kutúzov se redujo a emplear cuantos medios tenía a su alcance —la autoridad, la astucia, las súplicas— para contener a sus tropas de ofensivas, de choques y maniobras inútiles contra un enemigo ya moribundo.

Dojtúrov avanza hacia Malo-Yaroslávets, pero Kutúzov no dilata el resto del ejército y ordena evacuar Kaluga, considerando muy posible la retirada más allá de esa ciudad.

Kutúzov se repliega en todas partes, pero el enemigo, sin esperar su retirada, huye hacia atrás, en sentido contrario.

Los biógrafos de Napoleón nos describen su hábil táctica en Tarútino y en Malo-Yaroslávets y hacen conjeturas sobre lo que habría sucedido si Napoleón hubiese conseguido penetrar en las ricas provincias del mediodía.

Pero, además de que nada le impedía avanzar hacia aquellas regiones (puesto que el ejército ruso le cedía el paso), esos historiadores olvidan que nada podía salvar ya al ejército de Napoleón, puesto que llevaba en sí los gérmenes inevitables de la propia ruina. ¿Por qué ese ejército, habiendo encontrado abundantes provisiones en Moscú, no supo conservarlas y acabó pisoteándolas? ¿Por qué cuando llegó a Smolensk, en vez de organizar la recogida de víveres, se dedicó al saqueo? ¿Por qué pensó que podía rehacerse en la provincia de Kaluga, poblada por los mismos rusos que en Moscú y con la misma capacidad de incendiar lo que ardía?

Aquel ejército ya no podía rehacerse en ningún sitio. Desde la salida de Borodinó y el saqueo de Moscú llevaba consigo los gérmenes químicos de su descomposición.

Los soldados que hasta entonces habían formado el ejército napoleónico corrían ahora a la desbandada con sus jefes. Corrían ya sin saber adonde ir. De Napoleón al último soldado no deseaban más que una cosa: salir lo antes posible de aquella situación desesperada de la que todos tenían una vaga conciencia.

Únicamente por ello, en el consejo celebrado en Malo-Yaroslávets, cuando los generales fingían estar discutiendo y cada uno emitía su opinión, lo dicho por el cándido soldado Mouton venía a resumir, en pocas palabras, lo que pensaban todos. Mouton había dicho que era preciso irse lo antes posible, cerrando así todas las bocas, y nadie, ni siquiera Napoleón, pudo objetar algo a una verdad unánimemente admitida.

Aun cuando todos sabían que era necesario marcharse, todavía quedaba la vergüenza de reconocer el hecho de que era preciso huir, vergüenza que sólo podía ser vencida por un impulso exterior, que surgió en el instante oportuno. Fue lo que llamaron los franceses *le Hourra de l'Empereur.*

Al día siguiente del Consejo, muy temprano, Napoleón, fingiendo deseos de pasar revista a sus tropas e inspeccionar el pasado y futuro campo de batalla, cabalgó con un lucido séquito de mariscales y escoltas por el centro de la formación militar.

Algunos cosacos, que rondaban en torno a un posible botín, tropezaron con Napoleón y estuvieron a punto de capturarlo. Si no lo hicieron fue porque los franceses estaban destinados a salvarse por aquello que fue su perdición: el botín, sobre el que se echaron los cosacos aquí lo mismo que en Tarútino, sin prestar atención a las personas; y Napoleón consiguió huir.

Cuando se demostró que *les enfants du Don* habían estado a punto de apresar al Emperador en medio de su ejército, se hizo evidente que ya nada podía esperarse y que el único recurso era escapar sin pérdida de tiempo por el camino más corto y más conocido. Napoleón, quien, con su barriguita de hombre entrado en los cuarenta, había perdido la agilidad y la audacia de antaño, comprendió aquella advertencia y, bajo el influjo del miedo suscitado por los cosacos, compartió en seguida la opinión de Mouton y, según dicen los historiadores, ordenó la retirada por el camino de Smolensk.

El hecho de que Napoleón coincidiera con Mouton y que las tropas comenzaran la retirada no demuestra que él lo hubiera ordenado, sino que

las fuerzas que influían en el ejército y lo impulsaban hacia el camino de Mozhaisk actuaban también sobre Napoleón.

XIX

Cuando el hombre se mueve, siempre busca el objetivo de ese movimiento. Para recorrer mil kilómetros debe creer que hay algo bueno después de ese recorrido, y necesita el señuelo de una tierra prometida para tener fuerzas y poder moverse.

Durante la invasión francesa la tierra prometida para aquellos hombres era Moscú, y durante su retirada la propia patria. Pero la patria estaba demasiado lejos, y para un hombre que recorre mil kilómetros es del todo necesario que pueda decirse, olvidando la meta final: "Hoy cubriré cuarenta kilómetros, llegaré a un lugar donde pueda descansar y pasar la noche". Y entonces, al principio, ese lugar de descanso suplanta el objetivo final y concentra en sí todos los deseos y esperanzas. Esa aspiración, que se manifiesta en cada hombre por separado, aumenta cuando se trata de una multitud.

Para los franceses que retrocedían por el viejo camino de Smolensk, la meta final, la patria, estaba demasiado lejos; el objetivo próximo, hacia el cual convergían todos los deseos y esperanzas, era Smolensk. Y no porque los soldados esperasen encontrar allí víveres en abundancia y tropas de refresco: nadie les había dicho tal cosa (al contrario, todos los altos mandos, y Napoleón el primero, sabían que allí escaseaban los víveres), sino porque sólo esa idea —acrecentada grandemente en la multitud— podía darles la energía necesaria para moverse y soportar las privaciones del momento. Así, tanto los que lo sabían como aquellos que lo ignoraban procuraban engañarse a sí mismos y se apresuraban hacia Smolensk como si fuera la tierra prometida.

Una vez en el camino general, los franceses, con extraordinaria energía y rapidez inaudita, corrieron hacia la meta imaginada. Además de esa tendencia común, que convertía a la multitud de soldados en un solo hombre y les daba mayor energía, había otro medio capaz de cohesionarlas: su número. La enorme masa de hombres, como en la ley física de la gravedad, atraía a los átomos aislados de la gente. Se movían, con su masa de cien mil hombres, como si fuera un reino.

Todos aquellos hombres no deseaban más que una cosa: caer prisioneros y librarse así de tantos horrores y desventuras. Sin embargo, por una parte, la fuerza de la atracción general hacia el objetivo de Smolensk los llevaba en idéntica dirección, y por otra, un cuerpo de ejército armado no podía rendirse a una compañía; y aun cuando los franceses aprovecharan cualquier ocasión para separarse unos de otros, y hallaran plausible cualquier pretexto para entregarse al enemigo, esas ocasiones no surgían a cada paso. El propio número y la rapidez del movimiento en filas cerradas les quitaban esa posibilidad, y para los rusos resultaba más difícil, si no imposible, detener el movimiento emprendido por los franceses con toda energía. El desgaste mecánico del cuerpo no podía acelerar, más allá de cierto límite, el proceso en marcha de su descomposición.

No se puede fundir instantáneamente una gran bola de nieve; hay un límite de tiempo, antes del cual ninguna temperatura puede fundir la nieve: cuanto mayor es el calor, más se endurece la nieve restante.

Entre los jefes militares rusos, ninguno, a excepción de Kutúzov, lo comprendió. Cuando se definió claramente que las tropas francesas huían hacia Smolensk, comenzó lo previsto por Konovnitsin la noche del 11 de octubre. Todos los altos mandos del ejército querían distinguirse: todos querían atacar, cercar, destruir a los franceses. Todos exigían la ofensiva.

Sólo Kutúzov empleaba todas sus fuerzas— no demasiado grandes para un general en jefe— en impedir el ataque.

No podía decirles lo que decimos hoy nosotros: ¿para qué presentar batalla, para qué interceptar caminos y perder soldados, para qué ese aniquilamiento inhumano de unos infelices? ¿Para qué todo eso, cuando ya de Moscú a Viazma, sin necesidad de combate, ha desaparecido la tercera parte de ese ejército? Les decía cuanto le dictaba su sabiduría de anciano,

aquello que podían comprender; les hablaba del puente de plata, pero ellos se reían de él, lo calumniaban, intrigaban, se hacían los valientes ante la fiera muerta.

En las cercanías de Viazma los generales Ermólov, Milorádovich, Plátov y otros, que se encontraban cerca de los franceses, no pudieron resistir la tentación de separar y aniquilar dos cuerpos del ejército enemigo. Anunciaron su decisión a Kutúzov, pero en vez de enviarle un informe le mandaron un sobre con una hoja de papel en blanco.

Y a pesar de todos los esfuerzos de Kutúzov para detener la ofensiva, atacaron, con el intento de obstruir el camino a los franceses. Los regimientos de infantería —según cuentan— fueron al combate con bandas de música y redoble de tambores; mataron y perdieron miles de hombres.

Sin embargo, lo que se dice separar, no separaron ni aniquilaron a nadie. El ejército francés, cerrando aún más sus filas a causa del peligro, prosiguió, derritiéndose constantemente, su funesta marcha hacia Smolensk.

Tercera parte

I

La batalla de Borodinó, con la ocupación de Moscú y la subsiguiente huida de los franceses, sin nuevas batallas, es uno de los hechos más instructivos de la historia.

Todos los historiadores están de acuerdo en admitir que la actividad exterior de los Estados y los pueblos, en sus colisiones mutuas, se manifiesta en las guerras; y que la fuerza política de esos Estados y pueblos aumenta o disminuye en razón directa a sus mayores o menores éxitos militares.

Por extraños que parezcan los relatos de los historiadores que nos cuentan cómo un rey o emperador, en conflicto con otro emperador o rey, reúne su ejército, lucha con el enemigo, consigue una victoria y mata a tres, cinco o diez mil hombres, gracias a lo cual somete un Estado de millones de habitantes; por incomprensible que sea el hecho de que la derrota de un ejército, centésima parte de las fuerzas de todo un pueblo, lo obligue a someterse, todos los acontecimientos históricos (tal como los conocemos) confirman la exactitud de que los triunfos más o menos grandes del ejército de un pueblo contra otro son causa o, al menos, signos esenciales de que se incrementan o disminuyen las fuerzas de las naciones. El ejército consigue una victoria e inmediatamente aumentan los derechos del país victorioso, en detrimento del vencido. Un ejército sufre una derrota y en seguida, según su importancia, el pueblo se ve desprovisto de ciertos derechos; y si la derrota es completa, la sumisión también lo es.

Así viene ocurriendo —según la historia— desde los tiempos más remotos hasta nuestros días. Todas las guerras napoleónicas confirman esa regla: la derrota de las tropas austríacas hace que Austria se vea privada de

sus derechos y, en cambio, aumentan los de Francia. La victoria de Francia en Jena y Auerstadt acaba con la existencia independiente de Prusia.

Pero en 1812 los franceses obtienen una victoria y conquistan Moscú; después, sin nuevas batallas, no es Rusia la que deja de existir, sino todo un ejército de seiscientos mil hombres y, con él, toda la Francia de Napoleón. Resulta imposible acomodar estos hechos a las reglas de la historia y decir que después de la batalla de Borodinó el campo queda en poder de Rusia, ni que tras la ocupación de Moscú hubiera combates de los que salió destruido el ejército napoleónico.

A partir de la victoria francesa en Borodinó no hubo una sola batalla campal, ni siquiera de cierta importancia; y, sin embargo, el ejército francés dejó de existir. ¿Qué significa eso? Si se tratase de la historia de China, diríamos que no es un fenómeno histórico (acostumbrado recurso de los historiadores cuando algo no se ajusta a sus reglas). Si hubiera sido una guerra breve, con participación de pocas tropas, podríamos aceptar el hecho como una excepción. Pero el acontecimiento se produjo a la vista de nuestros padres, para quienes se decidía entonces la vida o la muerte de la patria, y se trataba de la guerra más grande de todas las conocidas…

El período de la campaña de 1812, desde la batalla de Borodinó hasta la expulsión de los franceses, prueba que una batalla ganada no condiciona, ni de lejos, la conquista, ni siquiera es un indicio permanente de la conquista. Demuestra que la fuerza que decide la suerte de los pueblos no hay que buscarla en los conquistadores, ni siquiera en los ejércitos o en las batallas, sino en algo distinto.

Cuando los historiadores franceses describen la situación en que se encuentran las tropas francesas antes de abandonar Moscú, afirman que todo estaba en orden en el Gran Ejército, a excepción de la caballería, la artillería y la intendencia, y que también faltaba forraje para los caballos y el ganado. Nada podía remediar esa falta, puesto que los mujiks de los contornos quemaban su heno antes que entregarlo a los franceses.

La batalla ganada no dio los habituales resultados, porque los mujiks Karp y Vlas, después de la entrada de los franceses en Moscú, llegaban con sus carros para saquear la ciudad y no mostraban, en general, sentimientos personales demasiado heroicos, tal como un número infinito de mujiks,

semejantes a ellos, no llevaban el heno a Moscú ni siquiera a cambio del buen precio que se les ofrecía, sino que preferían quemarlo.

Imaginémonos a dos hombres que, de acuerdo con todas las reglas de la esgrima, se baten en duelo a espada; el combate se prolonga; de pronto, uno de los adversarios, al sentirse herido, comprende que no se trata de un juego, sino de su vida, y abandona entonces la espada, empuña el primer garrote que encuentra a mano y comienza a usarlo contra su enemigo. Imaginémonos ahora que el contrincante herido, quien, juiciosamente, elige el medio más sencillo y eficaz para acabar con su enemigo, fuese fiel a las tradiciones de la caballería y en su deseo de ocultar la realidad insistiese en haber vencido con la espada de acuerdo con todas las reglas de la esgrima. ¡Es fácil imaginar la confusión y el desconcierto que habría producido semejante descripción del duelo!

Francia era el adversario que exigía una lucha de acuerdo con las reglas de la esgrima; Rusia fue quien sustituyó la espada por el garrote. Y quienes tratan de explicarlo todo según las reglas de la esgrima son los historiadores que han descrito aquellos acontecimientos.

Después del incendio de Smolensk comenzó una guerra que no tiene parangón posible con ninguna otra de las conocidas hasta entonces. El incendio de ciudades y aldeas, la retirada después de los combates, la batalla de Borodinó seguida de un nuevo repliegue, el incendio de Moscú y la caza de merodeadores, la intercepción de los convoyes, la guerra de guerrillas, todo se hacía al margen de las reglas.

Así lo sintió Napoleón; y desde que, al detenerse en Moscú, en la actitud correcta del esgrimidor, se encontró con el garrote levantado en vez de la espada del adversario, no dejó de lamentarse ante Kutúzov y el emperador Alejandro de que la guerra se hacía contra todas las reglas (como si existiesen reglas para matar a los hombres). A pesar de las quejas de los franceses por la no observancia de las reglas, y a pesar de que algunos rusos de superior condición creyeran vergonzoso —no se sabe por qué— atacar con garrotes, partidarios de pelear según las normas *en quarte* o *en tierce* y tirar hábilmente a fondo *en prime*, etcétera, el garrote de la guerra popular siguió levantándose y abatiéndose con toda su fuerza terrible y majestuosa; y sin tener en cuenta gustos y reglas, con ingenua sencillez pero con total

racionalidad y sin pararse a pensar en nada, siguió golpeando a los franceses hasta acabar con el invasor.

¡Loado sea el pueblo que, no como los franceses de 1813 que saludaban según todas las reglas del arte, volviendo la espada y entregándola por la empuñadura a su magnánimo vencedor, loado sea ese pueblo que en el momento de prueba, sin preguntarse cómo procederían otros según las reglas en caso semejante, agarra sin dudar el primer garrote que tiene a mano y golpea al enemigo hasta que el sentimiento de ofensa y venganza deja paso en su alma al desprecio y la piedad!

II

Una de las más evidentes y ventajosas desviaciones de las llamadas reglas de la guerra es la acción de hombres aislados contra masas compactas. Acciones de esta clase se manifiestan siempre en las guerras de índole popular. Consisten en lo siguiente: en vez de enfrentarse multitud contra multitud, los hombres se dispersan, atacan aisladamente y huyen en cuanto los atacan fuerzas mayores, para recomenzar su ataque a la primera ocasión que se presente. Eso hicieron los guerrilleros en España; eso hicieron los montañeses del Cáucaso y los rusos en 1812.

Se ha llamado, a ese tipo de guerra, guerra de guerrillas, y se cree que ese nombre explica ya su importancia. Sin embargo, esa manera de luchar no sólo no corresponde a regla alguna sino que es absolutamente contraria a la conocida regla táctica, que todos admiten como infalible. Según esa regla, el que ataca debe concentrar todas sus tropas a fin de ser, en el momento del combate, más fuerte que el adversario.

La guerra de guerrillas (siempre afortunada, como lo demuestra la Historia) contradice directamente esa regla.

Semejante contradicción obedece a que la ciencia militar identifica la fuerza de las tropas con su número. La ciencia militar dice que cuantos más hombres participan en la lucha, mayor es su fuerza. *Les gros bataillons ont toujours raison.*[603]

Con semejante afirmación, la ciencia militar se parece a la mecánica que estudia los cuerpos en movimiento basándose tan sólo en su relación con sus masas, afirmando que sus fuerzas son iguales o no según sean iguales o no sus masas.

La fuerza (cantidad de movimiento) es el producto de la masa por la velocidad.

En el orden militar, la fuerza del ejército es también el producto de la masa, pero por algo distinto, por una *x* desconocida.

La ciencia militar, al encontrar en la Historia infinitos ejemplos demostrativos de que la masa de las tropas no coincide con su fuerza y que pequeños destacamentos vencen a otros superiores en número, acaba por admitir a regañadientes la existencia de ese factor desconocido y procuran descubrirlo bien en la disposición geométrica, bien en el armamento o en el genio de los jefes militares, siendo esto lo más frecuente. Sin embargo, la aportación de este coeficiente a uno de los factores no consigue resultados coincidentes con los hechos históricos.

Bastaría, no obstante, renunciar a la falsa opinión, admitida para contentar a los héroes, sobre la eficacia de las disposiciones tomadas por el alto mando durante la guerra para encontrar la desconocida *x*.

La incógnita *x* es la moral del ejército; es decir, el mayor o menor deseo que tienen de combatir y exponerse al peligro todos los hombres que lo componen, sin importarles el hecho de saber si lucharán mandados por genios o no, en tres o dos líneas, con garrotes o fusiles de treinta disparos por minuto. Los que tienen mayor deseo de pelear se colocan siempre en las más ventajosas posiciones para la batalla.

La moral del ejército es el factor que, multiplicado por la masa, produce la fuerza.

La misión de la ciencia consiste precisamente en determinar y expresar la importancia de esa moral, de ese factor desconocido.

Tal problema no se resolverá hasta que dejemos de sustituir arbitrariamente la x incógnita con las condiciones en las cuales se manifiesta, es decir: las órdenes del jefe militar, el armamento, etcétera, considerándolas como la expresión del valor del multiplicador; y tomemos en cambio a éste en su integridad, es decir, como la voluntad mayor o menor de batirse y exponerse al peligro. Sólo entonces, una vez puestos en la ecuación los hechos históricos conocidos, podremos esperar definir la incógnita x, comparando caso por caso sus valores relativos.

Diez hombres, diez batallones, diez divisiones, que combaten contra quince hombres, batallones o divisiones, los vencen, o sea, han hecho prisioneros o dado muerte a todos sus componentes y a su vez han perdido cuatro. Es decir, un bando ha perdido cuatro, y el otro, quince: por tanto, 4 es igual a 15, es decir: $4x = 15y$, de donde $x{:}y = 15{:}4$. Esta ecuación no nos da el valor de la incógnita, sino la relación entre dos incógnitas. Si la aplicamos a las diversas unidades históricas tomadas aisladamente —batallas, campañas, períodos de guerras—, obtendremos series de números en las cuales deben existir leyes que pueden ser descubiertas.

La regla táctica, según la cual se debe actuar con las masas para el ataque y en orden disperso para la retirada, confirma, sin querer, la verdad de que la fuerza de un ejército depende de su moral. Para llevar a unos hombres bajo las balas se necesita mayor disciplina que para defenderse de un ataque, disciplina que siempre es el resultado de un movimiento de masas. Pero esta norma, en la que no se toma en cuenta la moral del ejército, resulta casi siempre falsa, y contradice sobre todo la realidad cuando la moral del ejército está en alza o en depresión, como ocurre en todas las guerras nacionales.

Al retirarse los franceses en 1812, aunque, de acuerdo con la táctica, habrían debido defenderse en grupos dispersos, se apretaron en masas compactas siguiendo las reglas de la táctica, porque la moral del ejército era tan baja que sólo la masa podía sostenerlos. Por el contrario, los rusos, según la misma norma, habrían debido atacar en masa, cuando en realidad se dispersaron, porque su moral era tan alta que los individuos aislados no necesitaban órdenes para batir a los franceses ni tenían que ser obligados para exponerse al sufrimiento y al peligro.

III

La así llamada guerra de guerrillas comenzó con la entrada del enemigo en Smolensk.

Antes de que esa guerra fuera oficialmente aceptada por el gobierno ruso, miles de enemigos —merodeadores rezagados, patrullas destacadas en busca de forraje— habían muerto a manos de los cosacos y campesinos, que mataban a aquellos hombres instintivamente, lo mismo que los perros acaban con un perro rabioso.

Denís Davídov, con su instinto ruso, fue el primero en comprender la importancia de aquella terrible arma que, sin cuidarse de las reglas del arte militar, aniquilaba a los franceses. A él corresponde la gloria de haber realizado los primeros intentos de regular ese método de guerra.

El primer destacamento guerrillero de Davídov fue instituido el 24 de agosto, y a continuación se organizaron otros muchos. Conforme avanzaba la campaña, tanto mayor se hacía el número de aquellos destacamentos.

Los guerrilleros aniquilaban al gran ejército por partes. Recogían las hojas que se desprendían del árbol seco del ejército francés y no pocas veces sacudían el tronco. En octubre, cuando los franceses corrían hacia Smolensk, se contaban ya por cientos las partidas, de importancia y características diversas. Algunas habían adoptado todos los métodos de un ejército regular, con infantería, artillería, Estado Mayor y ciertas comodidades posibles en la vida de campaña. Otras eran cuerpos especiales de cosacos y caballería; existían pequeños grupos mixtos, de infantes y jinetes, o los formados por campesinos y terratenientes, a los que nadie conocía. Cierto sacristán convertido en jefe de una de esas partidas hizo a lo

largo de un mes cientos de prisioneros; y la mujer de un *stárosta*, llamada Vasilisa, mató a centenares de franceses.

Los últimos días de octubre fueron los más intensos en esa guerra de guerrillas. Había pasado ya aquel primer período en que los propios guerrilleros, asombrados de su audacia, temían a cada instante caer en manos del enemigo, ser rodeados por él y se ocultaban en los bosques, sin casi apearse de sus caballos. La campaña había adquirido ya perfiles más claros y todos sabían perfectamente lo que se podía hacer contra los franceses y hasta qué límite debían arriesgarse. Ahora, sólo los jefes de destacamentos importantes que, con sus Estados Mayores, según las reglas, se tenían a distancia y perseguían a los franceses creían aún imposibles muchas cosas. En cambio, los pequeños grupos guerrilleros que desde hacía tiempo se habían lanzado al campo y seguían al enemigo muy de cerca encontraban muy factible aquello que los jefes de los destacamentos grandes no se atrevían siquiera a pensar. Y los cosacos y campesinos, que husmeaban entre los franceses, lo creían ya todo posible.

El 22 de octubre, Denísov, jefe de un grupo de guerrilleros, se hallaba con todo su destacamento en lo más agitado de la campaña. Desde la mañana estaba con su partida en marcha, a través de los bosques que bordeaban el camino, en seguimiento de un gran convoy francés con caballería y prisioneros rusos. Este convoy se había separado del resto del ejército y, con fuerte escolta —según noticias de exploradores y prisioneros —, se dirigía hacia Smolensk. No sólo Denísov, sino Dólojov (que figuraba también como comandante de una pequeña partida), que seguía de cerca a Denísov así como otros jefes de destacamentos grandes, con Estado Mayor, tenían puesta la vista en aquel convoy. Todos conocían su existencia y, como decía Denísov, estaban al acecho.

Dos jefes de destacamentos grandes, uno polaco y el otro alemán, cada uno por su parte y casi al mismo tiempo, propusieron a Denísov que se uniese a ellos para atacar el convoy.

—No, amigos, nos arreglaremos solos— se dijo Denísov después de leer la invitación.

Y escribió al alemán que, a pesar de su vivo deseo de hallarse bajo las órdenes de tan glorioso y célebre general, se veía obligado a rechazar tal

honor puesto que se encontraba ya bajo el mando del general polaco. Al polaco escribió lo mismo, diciéndole que ya estaba a las órdenes del alemán.

Denísov tenía la intención, sin informar de ello a sus jefes superiores, de unirse a Dólojov para atacar y conquistar el convoy con sus reducidas fuerzas. El convoy había salido el 22 de octubre desde la aldea de Mikúlino rumbo a la de Shámshevo. A la izquierda había grandes bosques, que a veces llegaban al borde mismo del camino y otras se separaban más de un kilómetro. Ya internándose en la espesura, ya apareciendo en sus lindes, Denísov avanzó durante todo el día con sus hombres sin perder de vista a los franceses.

Por la mañana, no lejos de Mikúlino, en un lugar donde el bosque se acercaba al camino, los cosacos del grupo de Denísov se habían apoderado de dos furgones franceses atascados en el barro. Estaban cargados de sillas de montar y los llevaron al bosque. Después de eso, hasta la tarde, el grupo siguió, sin atacar a los franceses. Había que dejarlos llegar a Shámshevo sin asustarlos. Allí se unirían a Dólojov, que debía llegar hacia el atardecer para cambiar impresiones en la casa del guardabosque (a un kilómetro del poblado); al amanecer pensaban lanzarse inesperadamente sobre los franceses, por ambos flancos, hacer prisioneros y retirarse de una vez.

Detrás, a dos kilómetros de Mikúlino, donde el bosque bordeaba el camino, dejaron un grupo de seis cosacos encargados de avisar inmediatamente si aparecían nuevas columnas francesas.

De la misma manera, delante de Shámshevo, Dólojov reconocería el camino para saber a qué distancia se encontraban las otras tropas enemigas.

Se suponía que eran mil quinientos los hombres que custodiaban el convoy. Denísov contaba con doscientos y Dólojov podría tener otros tantos. Pero a Denísov no lo inquietaba la superioridad numérica del contrario. Lo único que aún necesitaba saber era con qué tropas iba a encontrarse. Para ello necesitaba capturar una *lengua* (es decir, alguien de la columna enemiga). En el ataque de la mañana, para desatascar dos furgones, todo se había hecho tan rápidamente que no quedó vivo ni un solo francés: sólo un muchacho, un tambor, salvó la vida, pero nada podía decir en concreto sobre las tropas que formaban la columna.

Denísov creía peligroso atacar por segunda vez; no era oportuno inquietar a toda la columna; por esta razón envió a Shámshevo a un mujik de su grupo, Tijón el Mellado, para que capturara, si era posible, a cualquiera de los aposentadores franceses destacados en el pueblo.

IV

Era un día tibio y lluvioso de otoño. El cielo y el horizonte presentaban el mismo color de agua turbia. A veces parecía descender la niebla; a veces llovía con grandes gotas oblicuas. Denísov, con su *burka* y su chorreante gorro caucasiano de piel, montaba un flaco caballo de raza, de flancos hundidos. Lo mismo él que su caballo —que torcía la cabeza y contraía las orejas— se encogían bajo la lluvia. Denísov miraba preocupado hacia delante. Su adelgazado rostro, cubierto por una barba negra, espesa y corta, parecía enfadado. A su lado cabalgaba, también con *burka* y gorro caucasiano, en un fuerte y bien nutrido potro del Don, un capitán de cosacos, compañero de Denísov.

El tercer jinete, el capitán de cosacos Lavaiski, igualmente vestido, era un hombre alto, liso como una tabla, rubio, de rostro blanco, ojos pequeños y claros. Lo mismo su fisonomía que toda su persona y apostura poseían una expresión de calma y satisfacción propia. Aun cuando resultara imposible definir cuál era la peculiaridad del jinete y de su caballo, a primera vista se advertía que Denísov se sentía incómodo y molesto por el agua. Era un hombre que se había subido a un caballo. El capitán cosaco, por el contrario, se mostraba tan tranquilo y satisfecho como siempre. Era un hombre que formaba un todo con su cabalgadura, un ser único de fuerza duplicada.

Delante de ellos, calado hasta los huesos, marchaba el guía, un mujik que vestía caftán gris y gorro blanco.

Algo atrás, sobre un flaco caballo kirguiz de larga cola, largas crines y belfo ensangrentado, avanzaba un joven oficial con el capote azul del ejército francés.

A su lado iba un húsar, que llevaba a la grupa a un muchacho francés, con el uniforme roto y un gorro de dormir blanco. Con las manos ateridas de frío, el muchacho se agarraba al húsar, movía los pies descalzos para entrar en calor y miraba en torno sorprendido, con las cejas enarcadas. Era el tambor que habían apresado aquella mañana.

Detrás, sobre el camino húmedo e irregular del bosque, avanzaban en filas de a tres o de a cuatro los húsares, seguidos de los cosacos; algunos llevaban *burka*; otros vestían capote francés, y no pocos se tapaban las cabezas con gualdrapas. Los caballos, tanto los bayos como los alazanes, parecían negros por la lluvia. Sus flancos despedían vaho y, bajo las crines empapadas, los cuellos parecían extraordinariamente delgados. Tanto las ropas como las sillas y bridas estaban mojadas y viscosas como la tierra y las hojas caídas que cubrían el camino. Los hombres, encogidos, procuraban no moverse, para templar el agua que los empapaba, evitando que la nueva, fría, que corría bajo sus sillas, sus rodillas y cuello, entrara dentro de la ropa. Entre los cosacos avanzaban dos furgones, tirados por caballos franceses con aparejos cosacos, que hacían crujir las ramas y hundían, chapoteando, sus ruedas en los charcos.

Al evitar un charco, el caballo de Denísov se acercó tanto a un árbol que el jinete se dio un golpe en la rodilla.

—¡Diablos!— exclamó Denísov furioso, mostrando los dientes, y descargó tres fustazos sobre la bestia, salpicándose de barro y manchando a sus camaradas.

Denísov estaba de mal humor por la lluvia y el hambre (nadie había comido desde la mañana) y, sobre todo, porque no tenía noticia alguna de Dólojov ni había regresado el hombre que saliera en busca de un francés.

"Es poco probable que tengamos una ocasión como ésta para apoderarnos del convoy. Atacar solos es arriesgar demasiado; y si lo dejamos para otro día, cualquier partida grande nos puede arrebatar el botín en nuestras mismas narices", pensaba sin dejar de mirar hacia delante, con la esperanza de ver al enviado de Dólojov.

Al llegar a un claro, en un punto donde se podía ver una extensa superficie a la derecha, Denísov se detuvo.

—¡Alguien viene!— dijo.

El capitán de cosacos miró en la dirección que Denísov indicaba.

—Son dos: un oficial y un cosaco. Pero no creo en la *plausibilidad* de que sea el teniente coronel— dijo el capitán, amigo de utilizar palabras desconocidas para los cosacos.

Los jinetes desaparecieron en un declive, mas no tardaron en reaparecer. Delante iba un oficial de cabello revuelto, calado hasta los huesos, que fustigaba su montura para que mantuviera el galope y traía los pantalones recogidos por encima de las rodillas. Lo seguía un cosaco, que trotaba erguido sobre los estribos. El oficial era muy joven, casi un niño, tenía el rostro colorado y ancho, de ojos vivos y alegres. Se acercó a Denísov y le tendió un sobre mojado.

—De parte del general— dijo. —Perdone el estado en que viene…

Denísov, frunciendo el ceño, tomó el sobre que le entregaba el joven oficial y lo abrió.

—Decían que era peligroso… peligroso— dijo el oficial volviéndose al capitán mientras Denísov leía el mensaje. —Aunque Komarov y yo— y señaló al cosaco —íbamos dispuestos. Llevamos cada uno dos pisto… ¿Quién es?— preguntó, al ver al joven tambor francés. —¿Un prisionero? ¿Han entrado ya en batalla? ¿Puedo hablarle?

—¡Rostov! ¡Petia!— gritó Denísov, que acababa de leer la misiva. —Pero ¿por qué no me has dicho que eras tú?— y, con una sonrisa, le tendió la mano.

El oficial era, en efecto, Petia Rostov.

Durante todo el camino venía pensando en el modo de comportarse delante de Denísov como correspondía a un adulto y a un oficial, sin aludir para nada a la amistad de otro tiempo. Pero en cuanto Denísov se volvió a él sonriente, su rostro se iluminó, enrojeció de alegría y olvidó el tono oficial que había decidido mostrar. Contó cómo había logrado pasar junto a los franceses, lo feliz que se sentía por haber recibido esa misión y que había intervenido ya en una batalla, en las cercanías de Viazma, en la cual se había distinguido cierto húsar.

—¡Encantado de verte!— lo interrumpió Denísov, cuyo rostro recobró su actitud pensativa.

—Mijaíl Feoklítich— se volvió al capitán. —Es otra vez el alemán. Él está a su servicio.

Y le explicó el contenido de la carta que Petia Rostov le acababa de traer: el general alemán insistía en que se unieran para atacar el convoy.

—Si no lo hacemos mañana, nos lo quitarán en nuestras propias narices.

Mientras Denísov conversaba con el capitán, Petia, un tanto confuso por su tono frío, que atribuía a sus pantalones arremangados, trató de bajárselos por debajo del capote, de manera que nadie lo viese, y procurando tener el aspecto más marcial posible.

—¿Tiene su Excelencia alguna orden para mí?— preguntó a Denísov llevándose la mano a la visera, volviendo al juego del ayudante y el general, para el que se había preparado. —¿O deberé quedarme en su destacamento?

—¿Ordenes…?— dijo pensativo Denísov. —¿Podrías quedarte aquí hasta mañana?

—¡Oh, por favor!… ¿Puedo quedarme con usted?— exclamó Petia.

—Pero, ¿te ordenó el general que volvieras en seguida?— preguntó Denísov. Petia se ruborizó.

—No me ordenó nada. Creo que puedo quedarme— respondió Petia en tono interrogativo.

—Bueno, de acuerdo— dijo Denísov.

Y volviéndose a sus subordinados ordenó que el destacamento fuera al lugar fijado en el bosque para el descanso, donde pasaría la noche; al oficial del caballo kirguiz (que hacía de ayudante) lo envió en busca de Dólojov, para saber dónde se encontraba y si acudiría aquella noche. Mientras tanto, él, acompañado de Petia y el capitán, se acercaría al lindero del bosque, por la parte de Shámshevo, con objeto de reconocer las posiciones de los franceses, a los que atacarían a la mañana siguiente.

—¡Ea, barbudo!— dijo al campesino que hacía de guía. —Llévanos a Shámshevo.

Denísov, Petia y el capitán, seguidos de algunos cosacos y del húsar que llevaba al prisionero, torcieron a la izquierda, cruzaron un barranco y se dirigieron a la linde del bosque.

V

Había dejado de llover, descendía la niebla y de las ramas de los árboles caían gotas de agua. Denísov, el capitán de cosacos y Petia seguían en silencio al mujik guía, quien, con gorro de dormir, calzado con *lapti*, pisaba ligero y sin ruido sobre las ramas y las hojas mojadas conduciéndolos al lindero del bosque.

Llegados al borde de un declive, el mujik se detuvo con sus piernas torcidas, miró en torno, se dirigió hacia un grupo de árboles bastante espaciados; paró junto a un gran roble cubierto aún de verde y con aire misterioso llamó con la mano a los oficiales.

Denísov y Petia se acercaron. Desde el lugar donde se detuvo el mujik eran visibles los franceses. A continuación del bosque, sobre una pequeña colina, se extendía un campo de centeno. A la derecha, al otro lado de un empinado barranco, se veía una pequeña aldea con su casita señorial, de techumbre derruida. Por todas partes —en la pequeña aldea, en la casita señorial, en el jardín, junto a los pozos y al estanque, y en todo el camino que iba del puente a la aldea, a una distancia que no pasaría de quinientos metros— podía verse entre la niebla a una muchedumbre de hombres. Se oían claramente los gritos proferidos en lengua extraña para estimular a los caballos que subían con los carros cuesta arriba y las llamadas de unos a otros.

—Traed al prisionero— dijo Denísov, en voz baja, sin separar los ojos de los franceses.

El cosaco echó pie a tierra, sujetó al muchacho y se acercó con él a Denísov, quien, señalando a los franceses, preguntó qué tropas eran. El muchacho, con las manos ateridas en los bolsillos, arqueó las cejas y miró

asustado a Denísov. A pesar de su evidente deseo de decir todo cuanto sabía, se confundía en las respuestas y se limitaba a confirmar lo que se le preguntaba. Denísov, con el ceño fruncido, se apartó del muchacho y, volviéndose al capitán, le hizo saber su opinión.

Petia movía con rapidez la cabeza, mirando tan pronto al muchacho francés como a Denísov, a los cosacos, la aldea llena de enemigos, el camino, tratando de que nada importante se le escapara.

—Venga o no Dólojov, hay que ir por ellos… ¿Eh?— dijo Denísov con los ojos brillantes.

—El sitio es apropiado— confirmó el capitán.

—Mandaremos la infantería por la hondonada, por los pantanos— siguió Denísov; —se arrastrarán hacia el jardín. Usted, con sus cosacos, atacará desde allí— e indicó el bosque que había detrás de la aldea. —Y yo saldré de aquí con mis húsares. Y la señal, un disparo…

—No se podrá ir por la vaguada, el terreno es una marisma y se hundirían los caballos— observó el capitán. —Habrá que ir más a la izquierda.

Mientras hablaban así, a media voz, en la vaguada cerca del estanque sonó un disparo, luego otro, y apareció un humo blanco; se oyeron los gritos unánimes, al parecer alegres, de cientos de gargantas, provenientes de los franceses que estaban en la ladera. Denísov y el capitán se hicieron atrás. Estaban tan cerca que creyeron ser el motivo de los gritos y los disparos. Pero ni los disparos ni los gritos se referían a ellos. Por la parte baja, donde los pantanos, corría un hombre vestido con algo rojo. Era evidente que los tiros y las voces de los franceses iban contra él.

—¡Es nuestro Tijón!— exclamó el capitán.

—Sí, es él.

—¡Menudo bribón!— dijo Denísov.

—¡Escapará!— opinó el capitán de los cosacos, entornando los ojos.

El hombre a quien habían llamado Tijón llegó al riachuelo y se arrojó a él con tal violencia que el agua saltó por todas partes. Desapareció por un instante y después, completamente negro, salió del agua a gatas y se alejó corriendo. Los franceses que se habían lanzado en su persecución se detuvieron.

—¡Es muy diestro!— dijo el capitán.

—¡Es un bruto!— comentó Denísov fastidiado. —¿Qué habrá estado haciendo hasta ahora?

—¿Quién es?— preguntó Petia.

—Un rastrero. Lo mandé en busca de una *lengua.*

—¡Ah, sí!— dijo Petia; y movió afirmativamente la cabeza a las primeras palabras de Denísov, aunque no había entendido nada de la explicación.

Tijón el Mellado era uno de los hombres más útiles de la partida. Era un mujik de la aldea de Pokróvskoie, cerca de Gzhat. Cuando Denísov llegó a aquel lugar, llamó como siempre al *stárosta* y le preguntó qué noticias tenían de los franceses; el *stárosta* le contestó, como lo hacían todos con la intención de justificarse, que no sabía nada. Pero cuando Denísov le explicó que pretendía atacar a los franceses y volvió a preguntar si habían aparecido por allí merodeadores enemigos, el *stárosta* contestó que sí, que habían aparecido algunos, pero que, en el lugar, sólo Tijón el Mellado se preocupaba de esas cosas.

Denísov hizo llamar a Tijón, alabó su actuación y le dijo, en presencia del *stárosta*, algunas palabras sobre la fidelidad al Zar, a la patria y el odio a los franceses que debían sentir los hijos de Rusia.

—Nosotros no hacemos nada malo a los franceses— dijo Tijón, intimidado, al parecer por las palabras de Denísov. —Los chicos y yo nos hemos divertido un poco con ellos. Es verdad que habremos despachado a una veintena de merodeadores, pero, quitando eso, no hicimos mal alguno…

Al día siguiente, cuando Denísov, que ya se había olvidado de aquel mujik, salió de Pokróvskoie, le anunciaron que Tijón deseaba unirse al destacamento y pedía que lo admitieran. Denísov lo llevó consigo.

Al principio Tijón no hacía más que los pesados trabajos de leñador, llevar el agua, desollar los caballos muertos, etcétera; pero no tardó mucho en mostrar su gran habilidad y valimiento para la guerrilla. Por las noches, en busca de presa, siempre volvía con armas y uniformes franceses, y

cuando se lo ordenaban capturaba prisioneros. Denísov liberó a Tijón de todos sus trabajos; lo llevaba consigo cuando iba de reconocimiento y lo alistó como cosaco.

A Tijón no le gustaba montar a caballo, iba siempre a pie, sin rezagarse nunca de los jinetes. Sus armas se reducían a un mosquete, que llevaba más bien por broma, una pica y un hacha, de la que se servía como el lobo se sirve de sus dientes, que lo mismo le valen para despulgar su piel que para romper los huesos más duros. De un solo golpe abría en dos un tronco, o bien, cogiendo el hacha por la cabeza, afilaba finas varillas o tallaba cucharas de madera. En la partida de Denísov, Tijón había llegado a ocupar un puesto especialísimo. Cuando era preciso llevar a cabo algo muy peligroso y desagradable —ya fuera empujar con el hombro un carro atascado en el fango, o sacar por el rabo un caballo del cenagal, desollarlo o matarlo, o bien meterse entre los franceses y caminar cincuenta kilómetros en un día—, todos señalaban sonrientes a Tijón.

—Nada puede pasarle a ese diablo, con las fuerzas que tiene— decían de él.

Cierta vez, un francés, a quien Tijón quería hacer prisionero, lo hirió de un pistoletazo en las partes blandas de la espalda. Aquella herida, que Tijón se curó interna y externamente sólo con vodka, fue en toda la partida objeto de jocosas bromas, a las que él se prestaba gustosamente. Los cosacos le decían:

—¿Qué, hermanito, duele, eh? ¿Estás torcido?

Y Tijón, retorciéndose y haciendo muecas, fingía enfado y lanzaba las más divertidas blasfemias contra los franceses. Un solo efecto tuvo la herida en él: raras veces traía prisioneros.

Era el hombre más útil y valeroso de la partida. Nadie había descubierto mejores ocasiones que él para atacar al enemigo, nadie había hecho más prisioneros ni matado a más franceses; por esta causa era el blanco de todas las bromas de cosacos y húsares, cosa que él toleraba con gusto.

Tijón había sido enviado por Denísov a Shámshevo en busca de un prisionero que le sirviera de informador. Pero, fuera porque no se había contentado con capturar a un solo francés, fuera porque se hubiese

descuidado de noche, los franceses, según pudo advertir Denísov desde lo alto, lo habían descubierto.

VI

Tras haber conversado un rato con el capitán de cosacos acerca del ataque del día siguiente —ya decidido después de haber visto de cerca al enemigo —, Denísov volvió sobre sus pasos.

—¡Bueno, amigo! Ahora vamos a secarnos— dijo a Petia.

Al llegar junto a la garita del bosque, Denísov se detuvo y miró atentamente en derredor.

Al fondo, entre los árboles, se acercaba a ligeras y grandes zancadas un hombre de largas piernas y brazos, vestido con una chaqueta corta, *lapti* y gorro de cosaco; llevaba el fusil en bandolera y un hacha a la cintura. Al ver a Denísov, el hombre tiró algo entre las matas, se quitó el gorro mojado y se acercó a su jefe.

Era Tijón.

Su rostro, rugoso y picado de viruela, de ojos pequeños y estrechos, brillaba de satisfacción y alegría. Levantó la cabeza y, como conteniendo la risa, miró fijamente a Denísov.

—Y bien, ¿dónde anduviste perdido?

—¿Dónde? Fui a buscar franceses— respondió resueltamente Tijón con voz de bajo, pero cantarina.

—¿Por qué te has metido entre ellos de día? ¡Animal! ¿Y por qué no has cogido a ninguno…?

—Lo que se dice coger, lo cogí…

—¿Dónde está?

—Pero lo cogí antes del alba— prosiguió Tijón, separando los pies calzados con *lapti* —y lo llevé al bosque. Vi que no servía y pensé buscar otro mejor.

—Menudo bergante— dijo Denísov al capitán. —¿Por qué no lo trajiste?

—¿Para qué iba a cargar con él?— lo interrumpió con vivacidad Tijón enfadado. —No servía para nada… ¿Acaso no sé yo lo que necesita?

—¡Qué bestia!… Bueno, ¿y qué?…

—Fui en busca de otro… Me arrastré así al bosque y me eché de este modo.

Y Tijón, de pronto, se echó ágilmente sobre el vientre, para mostrar cómo lo había hecho.

—Llegó uno… Lo agarré así— y dio un salto rápido y muy ágil. —“Vamos —le dije— a ver al coronel.” Se puso a vociferar: eran cuatro y se me echaron encima con sus espaditas. Entonces yo saqué el hacha, “a qué tanto gritar —dije—, Cristo sea con vosotros”— exclamó Tijón sin dejar de mover los brazos, con el ceño fruncido y erguido el pecho.

—¡Sí, sí! Ya hemos visto desde arriba cómo escapabas por los charcos — dijo el capitán, entornando sus ojos brillantes.

Petia sentía grandes deseos de reír, pero se contenía como hacían los demás. Sus ojos pasaban rápidamente del rostro de Tijón al del capitán y de éste a Denísov, sin acabar de entender lo que significaba todo aquel asunto.

—No te hagas el imbécil— dijo Denísov, carraspeando encolerizado. —¿Por qué no trajiste al primero?

Tijón se rascó la espalda con una mano y la cabeza con la otra, y de pronto su rostro se iluminó con una sonrisa bonachona y resplandeciente, que mostraba el vacío de un diente (por eso lo llamaban Mellado). Denísov sonrió, pero Petia estalló en una alegre carcajada repetida por el mismo Tijón.

—Ya le expliqué que no servía para nada— dijo Tijón. —Iba mal vestido… ¿Para qué iba a traerlo? Y, además, era un insolente. Va y me dice: “¡No iré! ¡Soy el hijo de un general!”

—¡Qué bruto!— lo interrumpió Denísov. —Necesitaba interrogarlo…

—¡Ya lo hice yo!— replicó Tijón. —Dijo que no sabía nada, que eran muchos, pero no valían para nada. Con un estornudo, dijo, los haréis a todos prisioneros— concluyó, mirando resuelta y alegremente a los ojos de su jefe.

—Ordenaré que te den un centenar de latigazos y así aprenderás a no hacer el tonto— dijo severamente Denísov.

—Pero ¿por qué se enfada? Estoy harto de ver sus franceses. Espere a que oscurezca y le traeré tres si quiere.

—¡Bien! ¡Vámonos!— dijo Denísov, y permaneció en silencio y ceñudo hasta llegar a la casa del guarda.

Tijón caminaba tras él y Petia oía cómo los cosacos se reían de él y con él, a propósito de unas botas que había tirado entre las matas.

Cuando hubo pasado la risa suscitada por las palabras y la sonrisa de Tijón, Petia comprendió que había matado a un hombre y se sintió violento. Miró al muchacho prisionero y algo oprimió su corazón. Pero aquello no duró más que un instante. Creyó necesario alzar la cabeza, animarse y preguntar al capitán, con aire importante, sobre el ataque del día siguiente, para no desmerecer de la compañía en que se hallaba.

Encontraron en el camino al oficial, a quien, por orden de Denísov, habían ido a buscar. El oficial lo informó de que Dólojov no tardaría en llegar y que por su parte todo iba bien.

Denísov se alegró sobremanera, llamó a Petia y le dijo:

—Ea, ahora háblame de ti.

VII

Al salir de Moscú dejando a su familia, Petia se incorporó a su regimiento y al poco tiempo fue nombrado oficial de ordenanza de un general que mandaba un importante destacamento. Desde entonces, y sobre todo desde su entrada en el ejército de operaciones, con el cual había participado en la batalla de Viazma, Petia se encontraba en un estado feliz de alegre excitación al pensar que ya era un adulto y con el temor de perder alguna ocasión de ver un caso de verdadero heroísmo. Se sentía feliz por cuanto veía y experimentaba en el ejército, pero al mismo tiempo temía que lo verdadero, lo más heroico, tuviera lugar cuando él no estuviese. Y todo su empeño consistía en llegar cuanto antes a esos sitios donde no estaba.

Cuando el 21 de octubre su general expresó el deseo de enviar a alguien al destacamento de Denísov, Petia solicitó con tal insistencia aquella misión que el general no pudo negárselo. Pero recordando su loca actuación en la batalla de Viazma, cuando, en vez de ir por el camino a donde se lo enviaba, se había dirigido a la línea de fuego, al alcance de las balas enemigas, y había disparado por dos veces su pistola, le prohibió terminantemente que participara en ninguna acción de Denísov. Ésa era la razón de que se ruborizara cuando Denísov le preguntó si podía quedarse.

Antes de llegar al lindero del bosque, Petia creía que su deber era regresar inmediatamente con los suyos; pero cuando vio a los franceses, cuando conoció a Tijón y supo que aquella noche iba a producirse el ataque, con la rapidez para cambiar de opinión, propia de sus años, pensó que su general, al que hasta entonces respetara tanto, no era más que un alemán que nada valía, que Denísov, el capitán de cosacos y Tijón eran unos héroes y sería vergonzoso abandonarlos en un momento difícil.

Anochecía cuando Denísov, Petia y el capitán llegaron a la cabaña. En la penumbra se destacaban los caballos ensillados y las sombras de los cosacos y húsares que construían rápidamente pequeñas barracas y encendían el fuego en el fondo de un barranco (para que los franceses no vieran el humo). En el zaguán de la pequeña isba un cosaco con los brazos desnudos partía un cordero. Dentro había tres oficiales del destacamento de Denísov, que preparaban la mesa utilizando para ello una puerta. Petia se quitó el uniforme mojado para que se lo secaran e inmediatamente ayudó a los oficiales en los preparativos de la cena.

Al cabo de diez minutos, sobre la mesa cubierta con una servilleta apareció el vodka, una cantimplora de ron, pan blanco y cordero asado con sal.

Sentado entre los oficiales, partía con las manos —por las que resbalaba la grasa— el sabroso cordero. Estaba en plena y exaltada euforia infantil, poseído por un tierno sentimiento de amor hacia todos y convencido, por tanto, de que los demás sentían lo mismo hacia él.

—Entonces, qué piensa, Vasili Dmítrievich— dijo a Denísov, —¿no importa que me quede con usted un día más?

Y sin esperar respuesta, prosiguió:

—Me enviaron para informarme y yo me estoy informando… Sólo quiero que usted me deje ir adonde haya más… a lo principal. No necesito condecoraciones, pero querría…

Petia apretó los dientes y miró en derredor, con la cabeza alta y agitando las manos.

—Donde haya más, a lo principal…— repitió Denísov sonriente.

—Lo único que le pido es que me dé un pequeño destacamento donde pueda mandar— prosiguió Petia. —¿Qué le cuesta? ¡Ah!, ¿busca una navaja?— preguntó a un oficial, que quería cortar un pedazo de cordero.

Y sacó su pequeña navaja, a la que el oficial dedicó grandes elogios.

—Quédese con ella si le gusta. Tengo otras…— dijo Petia, ruborizándose. —¡Dios mío! ¡Me había olvidado del todo!— exclamó de pronto. —Tengo unas pasas excelentes, sin pepitas… En el regimiento hay un nuevo cantinero que nos trae cosas estupendas. Le compré diez libras… Estoy acostumbrado a comer algo dulce… ¿Quieren ustedes?

Y Petia corrió al zaguán, donde estaba su asistente cosaco, y volvió con una bolsa en la que habría cinco libras de pasas.

—Coman, señores, coman… Capitán, ¿no necesita una cafetera? Compré una muy buena a nuestro cantinero. Tiene cosas estupendas. Y es muy honrado, que es lo principal. Se la mandaré sin falta. Seguramente se le habrán acabado a usted los pedernales… eso suele ocurrir. Yo he traído. Tengo ahí— y señaló la bolsa —un centenar. Los compré muy baratos. Puede quedarse con los que quiera… con todos, si le parece…— y se cortó sonrojado, temeroso de haber hablado de más.

Se detuvo a pensar si no habría cometido alguna otra tontería; recordando los sucesos de la jornada, su pensamiento se detuvo en el joven francés.

"Nosotros estamos muy bien, pero ¿cómo está él? ¿Dónde lo habrán llevado? ¿Le habrán dado de comer? Quizá lo han maltratado." Pero pensando en los pedernales temía decir nada.

"¿Y si preguntase por él? —prosiguió para sus adentros—. Pero dirán que soy un niño que se apiada de otro niño. ¡Mañana les demostraré qué niño soy! ¿Será vergonzoso preguntar por él? —pensaba Petia—. Pero ¡qué me importa!" Se ruborizó otra vez, mirando con cierta turbación a los oficiales que seguramente se iban a reír de él, y preguntó:

—¿No podríamos llamar al muchacho prisionero y darle algo de comer…? Tal vez…

—Sí. ¡Da lástima el muchacho!— dijo Denísov, que, por lo visto, no encontraba nada vergonzoso en la pregunta. —Que lo traigan. Se llama Vincent Bosse.

—Lo llamaré yo— dijo Petia.

—¡Llámalo, llámalo! ¡Da lástima el muchacho!— repitió Denísov.

Petia ya estaba junto a la puerta cuando Denísov dijo eso. Se deslizó entre los oficiales y se acercó a él.

—¡Déjeme que lo abrace! ¡Qué bien, qué estupendo!

Abrazó a Denísov y salió corriendo. Ya fuera gritó:

—¡Bosse! ¡Vincent!

—¿Por quién pregunta, señor?— preguntó una voz en la oscuridad.

Petia respondió que necesitaba al muchacho francés capturado aquella mañana.

—¡Ah! ¡Visenni!— dijo el cosaco.

Los cosacos habían cambiado ya el nombre de Vincent por el de Visenni; los mujiks y soldados lo llamaban Visenia; en ambos casos, el nombre, derivado de *viesná*, primavera, parecía convenir a los pocos años del muchacho.

—Se está calentando allí, junto al fuego. ¡Eh! ¡Visenni! ¡Visenia! ¡Visenia!— se oyó en la oscuridad, entre las risas de los soldados.

—Es un muchacho muy despierto— dijo un húsar que estaba junto a Petia. —Hace poco le dimos de comer. ¡Tenía muchísima hambre!

En la oscuridad se oyeron pasos y, chapoteando en el fango con sus pies desnudos, el tambor se acercó a la puerta.

—Ah! c'est vous!— dijo Petia. —Voulez-vous manger? N'ayez pas peur, on ne vous fera pas de mal— añadió con timidez, rozando cariñosamente su mano. —Entrez, entrez.[604]

—Merci, monsieur— respondió el muchacho con voz temblorosa, casi infantil; y comenzó a limpiarse en el umbral los pies sucios.

Petia deseaba decirle muchas cosas, pero no se atrevió. Turbado, se había quedado junto a él en el zaguán; en la oscuridad estrechó su mano.

—Entrez, entrez— repitió en un susurro amistoso.

"¿Qué podría hacer por él?", se preguntaba. Abrió la puerta y dejó pasar delante al muchacho.

Cuando éste hubo entrado en la isba, Petia procuró sentarse lejos de él porque le parecía humillante dedicarle demasiada atención. Sin embargo, palpaba el dinero que llevaba en el bolsillo y se preguntaba indeciso si sería vergonzoso dárselo al muchacho.

VIII

Después del tambor francés, al que por orden de Denísov sirvieron vodka y cordero y vistieron con un caftán ruso para no mandarlo con los prisioneros y que se quedara en el destacamento, la atención de Petia se vio atraída por la llegada de Dólojov.

En el ejército había oído hablar mucho del extraordinario valor de Dólojov y de su crueldad con los franceses; por eso, desde la entrada de Dólojov en la isba, sin apartar de él la vista, asumió un aire de importancia, con la cabeza en alto, para no parecer indigno de semejante compañía.

El aspecto de Dólojov sorprendió a Petia por su sencillez.

Denísov, vestido a lo caucasiano, se dejaba crecer la barba y en su pecho colgaba una imagen de San Nicolás el Milagroso; su lenguaje y todos sus modales mostraban su especial condición; Dólojov, por el contrario, que en otros tiempos había llevado en Moscú trajes persas, ahora se presentaba como el más atildado oficial de la guardia. Tenía el rostro afeitado cuidadosamente; llevaba una magnífica levita de oficial de la Guardia, con la cruz de San Jorge en el ojal, y se cubría con una gorra ordinaria. Se quitó su *burka* empapada, que dejó en un rincón, se acercó a Denísov y, sin saludar a nadie, comenzó a dirigirle preguntas referentes a la situación. Denísov le explicó las intenciones que acerca del convoy enemigo tenían los destacamentos grandes, la misión de Petia y su respuesta a los dos generales. Luego contó lo que sabía del destacamento francés.

—Eso está bien, pero tenemos que saber de qué tropas se trata y cuántos hombres son— comentó Dólojov. —Habrá que acercarse. No podemos lanzarnos a un ataque sin conocer el número cierto. A mí me gusta hacer las

cosas bien. ¿No querrá alguno de estos señores venir conmigo al campo contrario? Traigo conmigo un uniforme francés.

—¡Yo, yo!… ¡Yo iré con usted!— gritó Petia.

—Tú no necesitas ir— intervino Denísov, y se volvió hacia Dólojov. —A él no se lo permitiré de ninguna manera.

—¡Eso sí que es bueno!— exclamó Petia. —¿Por qué no puedo ir?

—Porque no.

—¡Oh, no! Perdóneme, pero… ¿por qué?… ¿por qué?… Iré…, sí, iré y se acabó. ¿Me llevará usted?— preguntó, volviéndose a Dólojov.

—¿Por qué no?…— respondió distraídamente Dólojov, contemplando al joven tambor francés.

—¿Hace tiempo que está aquí este muchacho?— preguntó después a Denísov.

—Lo apresamos hoy, pero no sabe nada. Lo tengo aquí, conmigo.

—Bien, y a los demás, ¿dónde los metes?— preguntó Dólojov.

—¿Cómo dónde? Los entrego contra recibo— dijo Denísov, ruborizándose de pronto. —Puedo asegurarte que no tengo una sola muerte en mi conciencia. ¿Acaso te parece difícil enviar con escolta a treinta o trescientos prisioneros a la ciudad y no mancillar el honor de soldado?

—Cuando se tienen dieciséis años, como el condesito, se pueden decir esas lindezas, pero a tu edad deberías haberlas dejado— concluyó Dólojov con fría ironía.

—Yo no digo nada, sólo digo que quiero ir con usted— repitió Petia con timidez.

—Sí, hermano, ya es hora de olvidar semejantes amabilidades— prosiguió Dólojov, que parecía experimentar un especial placer en tratar aquel tema que irritaba a Denísov. —¿Por qué te has quedado, por ejemplo, con este muchacho?— preguntó, moviendo la cabeza. —¿Por qué te da lástima? Ya conocemos esos recibos… ¡Envías cien y llegan treinta! Mueren de hambre o los matan. En este caso más vale no hacer prisioneros.

El capitán de cosacos, entornando sus ojos claros, hacía gestos de aprobación con la cabeza.

—No importa. No se puede razonar así. No quiero hacerme responsable de ninguno. Tú afirmas que morirán. En todo caso, no será por mi culpa.

Dólojov se echó a reír:

—¿No habrán dado ellos veinte veces la orden de capturarme? Y si nos cogen a ti y a mí, a pesar de todo tu espíritu caballeresco, nos colgarán de un pino— calló por unos instantes; luego dijo: —Pero vamos a lo práctico. Que venga mi cosaco con las cosas: tengo dos uniformes franceses. ¿Vienes conmigo?— preguntó a Petia.

—¿Yo? ¡Sí, sí! ¡Sin falta!— exclamó el joven ruborizándose, casi a punto de llorar, y miró a Denísov.

Mientras Dólojov y Denísov discutían sobre lo que debía hacerse con los prisioneros, Petia se sintió incómodo y nervioso, pero no llegó a comprender bien lo que estaban diciendo. "Si gente tan destacada y famosa como ellos piensan así, es que así debe ser —pensaba—. Y, sobre todo, Denísov no debe creer que vaya a permitir que me dé órdenes. Iré al campo de los franceses con Dólojov. Si él puede, también yo podré."

A todas las exhortaciones de Denísov para que no fuera, Petia contestó que tenía la costumbre de pensar bien las cosas y que jamás sentía miedo por su persona.

—Porque, reconocerá usted— dijo, —que si no sabemos con exactitud cuántos son los enemigos, estamos arriesgando cientos de vidas; en cambio, si actuamos ahora no corremos el peligro más que nosotros solos. Además, lo deseo con toda mi alma e iré de todas maneras… No me detenga, sería peor…

IX

Vestidos con capotes y chacós franceses, Petia y Dólojov salieron hasta una vereda desde la cual Denísov inspeccionó el campo enemigo; en plena oscuridad salieron del bosque y descendieron a la vaguada.

Dólojov ordenó al cosaco que los acompañaba que se quedara allí esperándolo y al trote largo tomó el camino que conducía al puente. Petia, con el alma en vilo, iba junto a él.

—Si nos atacan no me entregaré vivo; tengo una pistola— susurró.

—No hables en ruso— le dijo rápidamente y en voz baja Dólojov.

En aquel instante, entre las sombras se oyó la voz de *“qui vive?”* y el ruido del fusil.

La sangre afluyó al rostro de Petia, quien rápidamente llevó su mano a la pistola.

En el puente apareció la sombra de un centinela.

—Lanciers du 6.º[605]— dijo Dólojov, sin variar la marcha del caballo.

—Mot d’ordre?[606]

—Dites donc, le colonel Gérard est-il-ici?— preguntó.[607]

—Mot d’ordre?— dijo el centinela sin contestar, cerrándoles el camino.

—Quand un officier fait sa ronde, les sentinelles ne demandent pas le mot d’ordre— gritó Dólojov enfurecido… echando el caballo encima del centinela. —Je vous demande si le colonel est ici.[608]

Sin esperar la respuesta del centinela, que se apartó para dejar franco el camino, Dólojov siguió al paso cuesta arriba.

Al divisar la negra sombra de un hombre que cruzaba el camino, lo paró y preguntó dónde estaban el jefe y los oficiales. El hombre, un soldado, con su mochila a la espalda, se detuvo, se acercó mucho al caballo de Dólojov,

tocándolo con la mano, y explicó con sencilla cordialidad que el jefe y los oficiales se hallaban en lo alto de la cuesta, a la derecha, en el patio de la granja (así llamó a la casa señorial).

Por aquel camino, a ambos lados del cual partían de las hogueras conversaciones en francés, Dólojov torció hacia el patio de la casa señorial.

Pasó el portalón, echó pie a tierra y se acercó a una gran hoguera llameante, en cuyo derredor estaban sentados algunos hombres que hablaban en voz muy alta. Algo hervía en la marmita, y un soldado con gorro de dormir y capote azul, arrodillado, revolvía el contenido con una baqueta. La luz del fuego iluminaba su rostro.

—Oh! c'est un dur à cuire[609]— dijo uno de los oficiales sentados en la penumbra, al otro lado de la hoguera.

—Il les fera marcher, les lapins— comentó riendo otro.[610]

Los dos callaron, mirando en la oscuridad, atentos a los pasos de Dólojov y Petia, que se acercaban con sus caballos al fuego.

—Bonjour, messieurs!— dijo claramente y en voz alta Dólojov.

Los oficiales se mantuvieron en la sombra y uno de ellos, alto y de largo cuello, apartándose de la hoguera se acercó a Dólojov.

—C'est vous, Clément?— dijo. —D'où diable…[611]

Pero comprendiendo que se equivocaba, no concluyó y, frunciendo el ceño, saludó a Dólojov y le preguntó qué deseaba.

Dólojov le explicó que él y su compañero buscaban el propio regimiento; y volviéndose a todos preguntó si alguno sabía algo del 6.º de lanceros.

Nadie sabía nada. Petia creyó notar que los oficiales los miraban con hostilidad y desconfianza. Todos callaron durante unos segundos.

—Si vous comptez sur la soupe du soir, vous venez trop tard[612]— dijo con risa contenida una voz al otro lado del fuego.

Dólojov contestó que habían comido y que aquella misma noche debían seguir adelante. Confió los caballos al soldado que vigilaba la marmita y se sentó junto al fuego, cerca del oficial del cuello largo.

Éste seguía mirando a Dólojov sin quitarle los ojos de encima y volvió a preguntarle de qué regimiento era. Dólojov, fingiendo no haberlo oído,

encendió una pipa francesa que había sacado del bolsillo y preguntó a los oficiales si había cosacos en el camino.

—Les brigands sont partout[613]— respondió un oficial sentado en la parte opuesta de la hoguera.

Dólojov manifestó que los cosacos, probablemente, eran peligrosos para los rezagados como él y su compañero, y agregó en tono interrogativo que no se atreverían a atacar destacamentos grandes.

Nadie contestó.

"Ahora se irá", pensaba a cada momento Petia, que, de pie delante del fuego, seguía toda la conversación.

Pero Dólojov empezaba de nuevo a conversar, osó preguntar directamente cuántos hombres tenía cada batallón, cuántos batallones eran y cuántos prisioneros conducían.

—La vilaine affaire de traîner ces cadavres après soi. Vaudrait mieux fusiller cette canaille.[614]

Y estalló en una risa fuerte, tan extraña, que Petia tuvo la impresión de que los franceses descubrirían el engaño y, sin querer, retrocedió un paso de la hoguera.

Nadie respondió a las palabras ni a la risa de Dólojov y un oficial francés, invisible en la sombra (estaba echado, cubierto con el capote), se incorporó y susurró algo a otro. Dólojov se levantó y llamó al soldado a quien había entregado los caballos.

"¿Los traerán o no?", pensó Petia, acercándose involuntariamente a Dólojov.

Trajeron los caballos.

—Bonjour, messieurs— dijo Dólojov.

Petia quiso decir *"bonsoir"*, pero no pudo pronunciar una sola palabra. Los oficiales cuchicheaban entre sí. Dólojov, muy tranquilo, tardó en saltar sobre el caballo, que parecía inquieto; después, al paso, cruzó de nuevo el portalón. Petia iba a su lado, deseando volverse para ver si los franceses corrían tras ellos, pero no se atrevió.

Una vez fuera, Dólojov no tomó el camino de antes, sino que continuó a lo largo del pueblo. En un sitio se detuvo a escuchar.

—¿Oyes?— preguntó.

Petia reconoció voces rusas y vio junto a las hogueras las negras siluetas de los prisioneros.

Ya de bajada, junto al puente, Petia y Dólojov pasaron ante el centinela, que, sin pronunciar palabra, siguió malhumorado su guardia a un lado y a otro. Por último, llegaron a la vaguada donde les esperaba el cosaco.

—Bueno, ahora adiós. Avisa a Denísov que será al alba, al primer disparo— dijo Dólojov.

Y quiso seguir adelante; pero Petia lo agarró del brazo.

—¡Oh! ¡Qué héroe es usted! ¡Qué bien! ¡Qué magnífico! ¡Cuánto lo quiero!

—Bueno, bueno…— dijo Dólojov.

Pero Petia no lo dejaba marchar, en la oscuridad vio que el joven se inclinaba a él para besarlo. Dólojov le dio un beso, se echó a reír y, volviendo grupas, desapareció en la noche.

X

De vuelta a la casa del guarda, Petia halló a Denísov en el zaguán. Estaba inquieto y furioso consigo mismo por haber dejado marchar al joven.

—¡Gracias a Dios!— exclamó al verlo llegar. —¡Gracias a Dios!— repitió mientras oía el relato entusiasta de Petia. —¡Que el diablo te lleve, por tu culpa no he podido dormir! Ahora, acuéstate; aún descabezaremos un sueño hasta que amanezca.

—No, si no tengo todavía sueño— dijo Petia. —Me conozco bien: si me duermo, todo se acabó. Además, estoy acostumbrado a no dormir antes de la batalla.

Petia permaneció algún tiempo en la isba recordando con alegría todos los detalles de la expedición e imaginando con vivacidad lo que podía ocurrir al día siguiente. Después, dándose cuenta de que Denísov dormía, salió fuera.

La oscuridad era completa en el patio. La lluvia había cesado, pero los árboles seguían goteando. Junto a la casa se divisaban las negras siluetas de las chozas cosacas y los perfiles de los caballos, atados unos junto a otros. En la parte de atrás había dos carros y varios caballos; en el barranco se extinguía la última claridad de una hoguera. Algunos cosacos y húsares no dormían. Aquí y allá, acompañando al ruido de las gotas que caían de las ramas y el masticar de los caballos, se oían voces susurrantes.

Petia salió del zaguán, miró alrededor de sí en la oscuridad y se acercó a los carros. Alguien roncaba debajo de ellos y rodeándolos había caballos ensillados que comían avena; en la oscuridad, Petia reconoció a su caballo, al que daba el nombre caucasiano de *Karabaj* aunque era de Ucrania; se acercó a él.

—¡Bien, *Karabaj*! ¡Mañana haremos un buen papel!— dijo, oliendo su respiración y besándolo.

—¿No duerme usted, señor?— preguntó el cosaco sentado debajo del carro.

—¡No!… ¿Eres tú, Lijachov? Acabo de llegar ahora. Hemos visitado a los franceses…

Y Petia contó detalladamente al cosaco no sólo la famosa expedición, sino los motivos de haber ido al campamento francés, porque prefería arriesgar su vida a hacer las cosas al buen tuntún.

—Más le valdría dormir ahora— dijo el cosaco.

—No, no; ya estoy acostumbrado— replicó Petia. —A propósito…, ¿necesitas pedernales? He traído bastantes. Si quieres algunos, puedo darte.

El cosaco salió de debajo del furgón para ver mejor a Petia.

—Estoy acostumbrado a hacerlo todo con mucho orden— siguió Petia. —Hay quien no se prepara y hace las cosas de cualquier manera y después lo lamenta. Eso no me gusta.

—Tiene razón— asintió el cosaco.

—Quería pedirte un favor, amigo: ¿quieres afilarme el sable?… Se me ha embotado…— temió mentir y se corrigió: —Nunca lo he afilado… ¿Puedes hacerlo?

—Claro que sí.

Lijachov se levantó, buscó en sus fardos y al poco tiempo Petia oía el ruido guerrero del acero contra la piedra. Subió al carro y se sentó en el borde, mientras el cosaco, abajo, afilaba el sable.

—¿Duermen los buenos mozos?— preguntó Petia.

—Unos sí y otros no.

—Y el muchacho ¿qué hace?

—¿Visenni? Está ahí, tumbado en el zaguán. Se duerme de miedo… Pero ahora se lo ve contento.

Petia calló un buen rato, atento a todos los rumores. Se oyeron los pasos de alguien en la oscuridad y apareció una silueta negra.

—¿Qué estás afilando?— preguntó un hombre acercándose al furgón.

—Es para el señor. Afilo su sable.

—Buena cosa— dijo el hombre, a quien Petia tomó por un húsar. —¿Tenéis vosotros la taza?

—Está ahí junto a la rueda.

El húsar tomó la taza.

—Pronto amanecerá— dijo bostezando, y se alejó.

Petia debía saber que estaba en el bosque, en la partida de Denísov, a un kilómetro del camino, sentado sobre un carro capturado a los franceses junto al cual había algunos caballos atados, que bajo el furgón se encontraba el cosaco Lijachov que afilaba su sable, que aquella gran mancha negra de la derecha era la casa del guarda y la roja de más abajo, a la izquierda, era la hoguera a punto de extinguirse, que el hombre que había venido a buscar la taza era un húsar con deseos de beber, pero Petia no sabía nada de ello ni quería saberlo. Estaba en un reino mágico donde nada era semejante a la realidad.

La gran mancha negra podía ser la casa del guarda, pero tal vez fuera una cueva que llevaba a lo más profundo de la tierra. La mancha roja tal vez fuera el fuego, pero podía ser el ojo de un monstruo enorme. Quizá fuese cierto que estaba sentado sobre un furgón, pero también era posible que estuviera en lo alto de una torre, terriblemente alta, tan alta que si cayese a tierra necesitaría un día entero, tal vez un mes, sin llegar nunca, siempre volando y volando. Quizá bajo el carro había un simple cosaco llamado Lijachov, pero también podía ocurrir que se tratara de un hombre extraordinario, el mejor y el más valeroso del mundo, desconocido para todos. Y el húsar que había venido a buscar agua y ahora descendía al barranco, quizá fuera en realidad un húsar sediento que después se fue al barranco o quizá una aparición que jamás había existido.

Nada de lo que ahora pudiera ver Petia podía asombrarlo. Estaba en un reino mágico donde todo era posible.

Miró al cielo y le pareció tan mágico como la tierra; había despejado y sobre las copas de los árboles las nubes corrían veloces dejando al descubierto las estrellas. A veces el cielo parecía límpido y sin manchas. Otras, se habría dicho que esas manchas eran nubecillas negras. En ocasiones el cielo se levantaba muy alto por encima de su cabeza; otras, descendía tanto que podía tocarse con la mano.

Se le cerraban los ojos y comenzó a dar cabezadas.

Las gotas seguían cayendo; se hablaba en voz baja. Los caballos relinchaban y se agredían entre sí. Alguien roncaba.

El sable silbaba sobre la piedra de afilar. Y de pronto Petia oyó un coro armonioso que ejecutaba un himno desconocido, apacible y solemne. Petia tenía un sentido musical parecido al de Natasha y superior al de Nikolái; pero nunca había estudiado música ni se había interesado por ella. Y, por ello, la melodía que había acudido inesperadamente a su mente y sonaba cada vez con mayor fuerza era para él nueva y atrayente. El tema rítmico crecía, pasaba de un instrumento a otro. Era lo que se llama una fuga, aunque Petia no tenía ni la más remota idea de lo que era. Cada instrumento, ya fuera parecido a un violín o a las trompetas, pero mucho más perfecto y puro que éstos, tocaba su parte y antes de terminarla se fundía la melodía con el siguiente instrumento que la iniciaba, y con el tercero, el cuarto, y todos acababan uniéndose en un himno bien solemne y místico, bien claramente triunfal y victorioso.

"¡Ah, pero si estoy soñando! —se dijo Petia inclinándose hacia delante —. Suena en mis oídos… Tal vez sea mi música. Otra vez, suena, sigue, música mía, sigue…"

Cerró los ojos. Desde diversas partes, como viniendo de lejos, comenzaron a surgir sonidos temblorosos; se perdían, se fundían y de nuevo formaban todos un solo himno apacible y solemne. "¡Ah, qué bello es esto! Oigo cuanto quiero y como quiero", se dijo Petia. Y trató de dirigir todo aquel inmenso coro instrumental.

"Ahora, suave, más suave, casi en sordina." Y los sonidos lo obedecían. "Ahora fuerte, alegre, todavía más alegre, más brío." Y desde una profundidad desconocida se elevaban *in crescendo* sonidos solemnes. "Ahora que se unan las voces", ordenó Petia. Y las voces se oyeron, primero de hombres y luego de mujeres. Parecían venir de lejos y fueron creciendo y creciendo en solemne y pausado esfuerzo. Petia se sentía feliz y asustado ante aquella belleza sobrenatural.

Con la marcha triunfal y solemne se fundía la canción y las gotas seguían cayendo, el sable silbaba en la piedra… los caballos se peleaban y relinchaban de nuevo, pero sin interrumpir la música y sumándose a ella.

Petia no sabía cuánto tiempo duraba aquello. Sentía un gran placer, lo asombraba sentirlo y únicamente lamentaba no tener a nadie a quien hacer partícipe de sus sentimientos.

Lo despertó la voz cariñosa de Lijachov:

—Ya está, Excelencia. Con él puede cortar en dos a un francés.

Petia abrió los ojos.

—Ya amanece, ¡de veras que amanece!— exclamó.

Los caballos, antes invisibles, se dibujaban ahora hasta la cola, y a través de las ramas desnudas llegaba una luz blanquecina. Petia bajó del carro de un salto, sacó un rublo del bolsillo y se lo dio a Lijachov, blandió su sable para probarlo y lo deslizó en la vaina.

Los cosacos desataban los caballos y les apretaban las cinchas.

—Ahí está el jefe— dijo Lijachov.

Denísov salía de la casa. Llamó a Petia y le ordenó que se preparase.

XI

Cada cual se hizo cargo rápidamente de su caballo, le apretó la cincha y ocupó su puesto. Denísov permanecía junto a la garita, dando las últimas órdenes. La infantería pasó delante, chapoteando en el barro, y desapareció rápida entre los árboles, aprovechando la niebla matinal. El capitán de cosacos dio órdenes a los suyos. Petia, impaciente por ponerse en marcha, sujetaba por las riendas a su caballo. Se había lavado con agua fría y su rostro ardía, especialmente los ojos; un escalofrío le recorría la espalda. Todo su cuerpo se estremecía con un temblor rápido y regular.

—¿Está todo listo?— preguntó Denísov. —Vengan los caballos.

Cuando los trajeron, Denísov se enfadó con el cosaco porque la cincha del suyo estaba floja. Después montó. Cuando Petia puso el pie en el estribo, su caballo intentó morderle la pierna, como hacía siempre, pero él montó ágilmente, sin sentir el peso de su cuerpo, miró a los húsares que detrás de él ya se habían puesto en marcha y se acercó a Denísov.

—Vasili Dmítrievich… Le ruego por Dios… que me confíe un mando — dijo.

Denísov parecía haberse olvidado de Petia. Lo miró.

—Lo único que te pido— dijo con severidad —es que me obedezcas en todo y no te metas donde no debas.

Después, en todo el camino, Denísov se mantuvo en silencio sin dirigirle la palabra. Clareaba en el campo cuando llegaron al lindero del bosque. Denísov cambió algunas palabras en voz baja con el capitán y los cosacos desfilaron delante de él y de Petia. Cuando pasaron todos, Denísov espoleó al caballo y fue cuesta abajo. Entre resbalones, apoyándose en las patas traseras, las bestias con sus jinetes descendieron hacia la vaguada.

Petia marchaba junto a Denísov. El temblor de su cuerpo iba en aumento. La luz era más intensa y sólo la niebla ocultaba los objetos lejanos. Cuando llegaron abajo Denísov se volvió e hizo un gesto con la cabeza al cosaco que estaba junto a él:

—¡La señal!— dijo.

El cosaco levantó el brazo y sonó un disparo. Inmediatamente se oyó el galopar de los caballos que iban delante, gritos por todas partes y nuevos disparos.

En el instante mismo de comenzar el galope de los caballos y los primeros gritos, Petia sacudió un fustazo al suyo y a rienda suelta, sin hacer caso de Denísov que le gritaba procurando detenerlo, se lanzó hacia delante. Le parecía que en el instante de dar la señal se había hecho pleno día. Corrió hacia el puente detrás de los cosacos. Al llegar, tropezó con un rezagado y siguió adelante. Algunos hombres —evidentemente franceses— cruzaron el camino de derecha a izquierda. Uno de ellos cayó en el fango, a los pies del caballo de Petia.

Cerca de una isba se agrupaban varios cosacos haciendo algo. En medio del grupo se oyó un terrible grito. Cuando llegó allí, lo primero que vio Petia fue el rostro de un francés, pálido y temblando su mandíbula inferior, que sujetaba el asta de una pica apuntada a su pecho.

—¡Hurra!… ¡Muchachos!… ¡Ya son nuestros!…— gritó Petia mientras su caballo galopaba a rienda suelta a lo largo de la calle.

Delante se oían disparos. Los cosacos, los húsares y los andrajosos prisioneros rusos, que acudían corriendo de ambos lados del camino, gritaban de manera incoherente. Un francés joven de rostro enrojecido y colérico, con capote azul y la cabeza descubierta, se defendía de los húsares con la bayoneta. Cuando llegó Petia el francés ya había caído. "Vuelvo a llegar tarde", cruzó por su mente; y corrió al lugar donde más nutrido era el tiroteo. Los disparos partían del patio de la casa señorial donde estuvo por la noche con Dólojov. Los franceses se defendían detrás de la valla del jardín y, apostados entre los numerosos y espesos arbustos, disparaban contra los cosacos que se habían reunido cerca del portalón. Al acercarse Petia vio entre el humo de la pólvora a Dólojov, quien, con rostro pálido de tinte verdoso, gritaba:

—¡Dad la vuelta! ¡Esperad a la infantería!

—¿Esperar?… ¡Hurra!— gritó Petia.

Y sin aguardar un instante se lanzó al galope hacia el sitio de donde venían los disparos y donde el humo de la pólvora era más intenso.

Sonó una descarga. Silbaron unas balas vacías en el aire y otras acertaron en el blanco. Los cosacos y Dólojov irrumpieron en el patio detrás de Petia. En medio de la humareda algunos franceses arrojaban sus armas y otros salían de entre los arbustos hacia los cosacos o bien huían cuesta abajo en dirección al estanque. Petia seguía galopando por el patio de la casa, y en vez de sujetar las bridas movía extrañamente los brazos y se ladeaba cada vez más. El animal se detuvo de golpe al tropezar con una hoguera casi apagada y Petia cayó pesadamente sobre la tierra húmeda. Los cosacos vieron cómo se estremecían sus brazos y piernas, aunque la cabeza permanecía inmóvil. Una bala la había atravesado.

Después de haber parlamentado con un oficial superior francés, que había salido de la casa con un pañuelo atado a la espada manifestando que se rendían, Dólojov bajó del caballo y se acercó a Petia, que permanecía inmóvil con los brazos extendidos.

—¡Está acabado!— dijo frunciendo el ceño y salió al encuentro de Denísov, que en aquel momento llegaba a la puerta.

—¿Muerto?— gritó Denísov, al ver a lo lejos el cuerpo de Petia en aquella postura sin vida que tan bien conocía.

—¡Está acabado!— repitió Dólojov, como si le causara un gran placer pronunciar esas palabras. Y se dirigió con paso rápido a los franceses, que estaban rodeados de cosacos a pie. —¡No haremos prisioneros!— gritó a Denísov.

Denísov no contestó; se acercó a Petia, echó pie a tierra y con manos temblorosas volvió hacia sí el rostro ya pálido del joven, manchado de sangre y barro.

“Estoy acostumbrado a comer algún dulce… son unas pasas excelentes… Coman, señores, coman…”, recordó.

Los cosacos se volvieron extrañados al oír aquel ruido, semejante al ladrido de un perro, con que Denísov se separó del cadáver, se aproximó a la cerca y se apoyó en ella.

Entre los prisioneros rusos liberados por Dólojov y Denísov estaba Pierre Bezújov.

XII

Desde el abandono de Moscú los mandos franceses no habían tomado decisión alguna sobre el grupo de prisioneros entre los cuales se hallaba Pierre. El 22 de octubre ya no iban con las tropas y el convoy con que habían salido de Moscú. Los cosacos se habían adueñado, ya en las primeras etapas, de la mitad del convoy de víveres que llevaban; la otra mitad se les había adelantado; de los soldados de caballería que carecían de montura no quedaba ni uno: todos habían desaparecido. La artillería, que en los primeros días se veía a la cabeza, fue ahora sustituida por el enorme convoy del mariscal Junot, custodiado por tropas de Westfalia. Detrás del grupo de prisioneros marchaba un convoy de equipos de caballería.

A partir de Viazma, las tropas francesas, que hasta entonces habían avanzado en tres columnas, eran apenas un grupo desorganizado. Los indicios del desorden, observados por Pierre en el primer alto después de Moscú, llegaban ahora a su más alto grado.

Los dos lados del camino aparecían sembrados de caballos muertos. Los rezagados de otras unidades, con sus harapientos uniformes, unas veces se unían a la columna y otras se quedaban atrás.

En ocasiones, durante la marcha, se producían falsas alarmas y los soldados del convoy tomaban sus fusiles, disparaban y huían precipitadamente, chocando unos con otros. Después volvían a unirse y se reprochaban el miedo pasado en vano.

Los tres conglomerados que avanzaban juntos —la caballería, los prisioneros y los bagajes de Junot— formaban todavía un conjunto único, aunque cada uno de ellos disminuía rápidamente.

Los ciento veinte carros de un principio habían quedado reducidos a sesenta; los demás fueron capturados por los rusos o abandonados en el camino. Otro tanto había ocurrido con el convoy de Junot, tres carros del cual, además, quedaron en poder de los soldados rezagados del cuerpo de Davout. Por las conversaciones de los alemanes, Pierre supo que la guardia puesta para esos bagajes era mayor que la de los prisioneros. Un soldado alemán había sido fusilado por orden del propio mariscal por habérsele encontrado una cuchara de plata que pertenecía a Junot.

De los tres grupos, el de los prisioneros era el que había disminuido más sensiblemente. De los trescientos treinta hombres que habían salido de Moscú, quedaban ya menos de cien. Los prisioneros molestaban a la escolta más que los bagajes del mariscal y las sillas de caballería. Los soldados comprendían que los arneses y las cucharas de Junot podían servir para algo; pero que unos soldados hambrientos y ateridos de frío tuvieran que vigilar a unos rusos también hambrientos y ateridos, casi moribundos, que no hacían más que retardar la marcha (y a los que había orden de fusilar, si se rezagaban), era algo no sólo incomprensible sino odioso. Y como temieran, en las condiciones en que se hallaban, abandonarse a la piedad para con los prisioneros y empeorar con ello su propia situación, los guardianes se mostraban especialmente severos y duros.

En Dorogobuzh, mientras los soldados (después de encerrar a los prisioneros en una cuadra) iban a saquear sus propios depósitos, algunos soldados rusos abrieron un paso por debajo de la pared intentando huir; pero, sorprendidos por los franceses, fueron fusilados en el acto.

Hacía tiempo que había dejado de cumplirse la orden dada en Moscú de que los oficiales prisioneros fueran separados de los soldados. Cuantos podían caminar lo hacían juntos, y Pierre, después de dos etapas, se unió a Karatáiev y a la perrilla lilácea de patas torcidas que lo había escogido por dueño.

Al tercer día de la salida de Moscú Karatáiev recayó con la fiebre que lo había tenido en el hospital; y a medida que el mal se agravaba Pierre se fue alejando de él. No sabía por qué, pero desde que Karatáiev se iba debilitando tenía que hacer un gran esfuerzo para acercársele. Cuando oía

los leves gemidos que solía emitir al acostarse y percibía su hedor, cada vez más intenso, Pierre se apartaba lo más lejos que podía y no pensaba en él.

Siendo prisionero y viviendo en la barraca, Pierre comprendió, no de modo racional sino con todo su ser, con toda su vida, que el hombre fue creado para ser feliz, que la felicidad está en él mismo, en la satisfacción de las necesidades naturales del ser humano, y que todas las desgracias no provienen de la falta, sino del exceso. Supo que en el mundo no hay nada realmente espantoso, que no existen situaciones en las cuales el hombre sea absolutamente feliz y libre, pero que tampoco las hay en las que se sienta del todo desgraciado o falto de libertad. Comprendió que hay un límite a los sufrimientos y un límite a la libertad, y que esos límites están muy próximos; que el hombre que sufre, porque en su lecho de rosas se ha doblado un pétalo, sufre lo mismo que él cuando duerme sobre la tierra desnuda y húmeda, sintiendo frío en un costado y calor en el otro. Aprendió que cuando se ponía los ceñidos zapatos de baile sufría lo mismo que ahora, descalzo (hacía tiempo que su calzado se había roto) y con los pies llenos de ampollas. Y aprendió, por último, que cuando creyó que se casaba por su propia voluntad con su esposa no era más libre que ahora, cuando lo encerraban por las noches en una cuadra.

De todas esas cosas a las que después llamó sufrimiento, pero que entonces apenas sentía, lo peor eran los pies descalzos, excoriados y cubiertos de llagas. (La carne de caballo era nutritiva y sabrosa; el salitre de la pólvora usado en vez de la sal hasta resultaba agradable; no hacía un frío excesivo; de día, durante la marcha, sentía siempre calor y por la noche se encendían hogueras; los piojos que lo devoraban calentaban el cuerpo.) Lo único penoso, al principio, eran los pies.

Al segundo día de marcha, al contemplar sus pies cubiertos de ampollas a la claridad del fuego, Pierre pensó que no podría caminar más; pero cuando todos se levantaron, también lo hizo él, aunque cojeando; y después, una vez entrado en calor, anduvo sin sufrir, aunque por la tarde sus pies tuvieron un aspecto aún más lastimoso. Pero él no los miraba y pensaba en otras cosas.

Sólo entonces comprendió Pierre el poder de la fuerza vital del hombre y esa saludable capacidad de mudar la atención, inherente al ser humano,

que como la válvula de seguridad de las calderas deja salir el exceso de vapor cuando la presión sobrepasa cierto límite.

No veía ni oía cuando fusilaban a los rezagados, aunque ya habían muerto de aquella manera más de un centenar de prisioneros. No pensaba en Karatáiev, que perdía fuerzas día a día y que no tardaría sin duda en sufrir la misma suerte. Mucho menos aún pensaba en sí mismo. Cuanto más difícil iba siendo su situación, más temible el porvenir, tanto más acudían a su mente —al margen de las circunstancias— diversas ideas alegres y tranquilizadoras, recuerdos e imágenes.

XIII

El día 22 de octubre, al mediodía, Pierre subía una fangosa y resbaladiza cuesta, con la atención puesta en sus pies y en las desigualdades del terreno. De cuando en cuando volvía la vista hacia la gente que lo rodeaba y que ya le era familiar; después, miraba de nuevo sus pies. Lo uno y lo otro le era igualmente familiar y conocido. La patizamba y lilácea *Sieri* corría gozosamente a un lado del camino y, como para demostrar su propia habilidad y lo contenta que estaba, levantaba a veces una de las patas traseras y corría con las otras tres, después con las cuatro atacaba, sin dejar de ladrar, a los cuervos posados sobre la carroña. *Sieri* parecía más limpia y alegre que en Moscú. Por todas partes se veía carne: restos de animales y hasta de cadáveres humanos en diversos grados de descomposición; el ir y venir de la gente mantenía alejados a los lobos, así que *Sieri* podía comer cuanto le viniera en gana.

Llovía desde por la mañana y cuando parecía que la lluvia estaba a punto de cesar y despejaría, al cabo de una breve interrupción arreciaba el aguacero. La tierra, completamente empapada, no podía absorber más agua y las rodadas del camino se convirtieron en torrentes.

Pierre caminaba mirando hacia los lados; contaba sus pasos de tres en tres doblando los dedos. Dirigiéndose a la lluvia, decía para sí: “¡Arrecia más, mucho más!”.

Le parecía no pensar en nada, pero allá en el fondo de su espíritu estaba ocurriendo algo muy importante y consolador. Era la deducción profunda y espiritual de su conversación de la víspera con Karatáiev.

Durante el descanso de la noche anterior, tiritando junto a la hoguera apagada, Pierre se levantó para acercarse a la más próxima, bien encendida.

Allí estaba sentado Platón, con la cabeza envuelta en un capote como si fuera una casulla; contaba con su voz apacible y grata, aunque débil a causa de su enfermedad, una historia ya conocida por Pierre. Había pasado de la medianoche, era el momento cuando Karatáiev acostumbraba a salir de su crisis febril y estaba más animado. Al acercarse a la hoguera Pierre oyó la voz enfermiza de Platón, contempló su rostro macilento, iluminado por el fuego, y sintió una desagradable punzada en el corazón. Se asustó de su propia piedad hacia aquel hombre y habría querido irse, pero no había otras hogueras y Pierre, tratando de no mirarlo, acabó por sentarse.

—¿Cómo va esa salud?— preguntó.

—¿Qué salud?— dijo el enfermo. —Si lloramos la enfermedad, Dios no nos enviará la muerte— y prosiguió el relato interrumpido. —…Y así ocurrió, hermano— continuó Platón con una sonrisa en su rostro flaco y pálido y un brillo especial y alegre en los ojos.

Pierre conocía la historia. Karatáiev se la había contado seis veces a él solo y siempre con un particular sentimiento de alegría. Sin embargo, la oyó aquella noche como si fuera nueva. Se sintió contagiado por el plácido entusiasmo que, al parecer, experimentaba Karatáiev contándola. La historia trataba de un viejo mercader que vivía con su familia en el santo temor de Dios y que cierto día salió con un compañero suyo, muy rico, en peregrinación a la tumba de San Macario.

Ambos mercaderes se detuvieron en una posada para pasar la noche, pero al otro día el mercader rico apareció degollado: le habían robado todo y el cuchillo ensangrentado se encontró bajo la almohada de su compañero. Juzgaron al mercader piadoso, lo azotaron, mutilaron sus fosas nasales —según manda la ley, contaba Karatáiev— y lo enviaron a presidio.

—Y he aquí, hermano mío— Pierre había llegado en aquel momento, —que pasaron diez años o más. El viejo seguía en presidio, tranquilo, sin hacer nada malo y no pidiendo a Dios más que la muerte. Pues bien: una noche los condenados se reunieron, como nosotros ahora; el viejo estaba con ellos. Entonces cada uno de ellos habló de por qué sufría condena y de qué era culpable ante Dios. Y cada uno se puso a contar: éste ha matado a un hombre; el otro, a dos; el de más allá provocó un incendio; el cuarto es un siervo que huyó de su amo, y así todos. Por fin preguntaron al viejito: “Y

tú, abuelito, ¿por qué estás condenado?”. “Yo, queridos hermanos míos, sufro por mis pecados y por los pecados de los demás. No he matado a nadie, no he robado nunca, favorecí a los necesitados. Yo, queridos hermanos míos, era mercader y poseía grandes riquezas”… Y contó todo tal como había sucedido. “No sufro por mí —dijo—, Dios lo ha querido. Sólo me da pena mi vieja mujer y mis hijos.” Y el viejito rompió a llorar. Y sucedió que entre ellos estaba el que mató al mercader. “¿Dónde ocurrió eso? ¿Cuándo? ¿En qué mes?”, preguntó el verdadero culpable; y quiso enterarse de todos los detalles. Su corazón se angustió. Por último se acercó al anciano y cayó de rodillas ante él. “¡Sufres por mi culpa, viejito! —dijo —. Os juro que este hombre es inocente. Yo maté a su compañero mientras dormía y yo puse el cuchillo bajo su almohada cuando estaba dormido. Abuelo, perdóname en nombre de Cristo.”

Karatáiev guardó silencio; miró al fuego con una sonrisa feliz y atizó la leña. Después prosiguió su historia:

—El viejito le dijo: “Es Dios quien te perdonará. Nosotros somos todos pecadores ante Él. Yo sufro por mis pecados”. Y volvió a llorar amargamente. ¿Y qué pensáis que ocurrió entonces?— siguió Karatáiev, con el rostro cada vez más iluminado por una sonrisa exaltada, como si faltara por contar lo más interesante y todo el sentido de su historia. —El asesino se presentó a las autoridades y dijo: “He matado a seis personas (era un gran malhechor), pero de nadie tengo tanta lástima como de ese viejito; no quiero que sufra por mí”. Lo explicó todo, lo escribieron y enviaron los papeles adonde correspondía; el sitio estaba lejano, y mientras los papeles iban y venían y escribían todo lo que había que escribir, pasó el tiempo. El asunto llegó hasta el Zar, quien ordenó poner en libertad al mercader y darle la buena recompensa que se acordó. Cuando se recibió el papel hicieron llamar al viejo. “¿Dónde está el anciano que sufre condena aunque es inocente? Ha llegado una orden del Zar.” Lo buscaron por todas partes— la mandíbula de Karatáiev tembló. —Pero Dios lo había perdonado ya, el viejito había muerto. Y eso es todo, queridos— concluyó Karatáiev.

Y durante mucho tiempo permaneció silencioso sin dejar de sonreír mirando hacia delante.

No era la historia en sí lo que llenaba el alma de Pierre de un sentimiento confuso y feliz, sino el sentido misterioso de aquella entusiasta alegría que brillaba en el rostro de Karatáiev, el sentido oculto de esa alegría.

XIV

—À vos places!— gritó de improviso una voz.[615]

Entre los prisioneros y soldados de la guardia hubo un movimiento de alegre agitación y espera de algo agradable y solemne. Por todas partes se oían voces de mando y a la izquierda, dejando atrás a los prisioneros, pasaron unos jinetes al trote, bien vestidos y montados en magníficos caballos. En todos los rostros había esa expresión forzada que suele notarse en las personas cuando se saben cerca de los jefes superiores. Echaron a los prisioneros, reunidos en grupo, del camino donde formaron los soldados de la guardia.

—L'Empereur! L'Empereur! Le maréchal! Le Duc!

Tan pronto desfiló la bien alimentada escolta, en medio de un enorme ruido pasó una carroza enganchada en reata por caballos grises. Pierre entrevió el rostro reposado, bello, grueso y blanco de un hombre con tricornio. Era uno de los mariscales. Su mirada se detuvo en la alta figura de Pierre; y en el gesto con que frunció el ceño y volvió el rostro Pierre creyó notar la compasión y el deseo de ocultarla.

El general que dirigía el convoy, con la cara roja y asustada, espoleaba a su flaco caballo y galopaba detrás de la carroza. Algunos oficiales se habían reunido y los soldados los rodearon. Todos mostraban la misma excitación e inquietud.

—Qu'est-ce qu'il a dit? Qu'est-ce qu'il a dit?— oía Pierre.

Mientras pasaba el mariscal, los prisioneros se mantuvieron reunidos y Pierre vio a Karatáiev, al que no había visto aún aquella mañana. Envuelto en su capote estaba sentado junto a un abedul y se apoyaba en él. Además de la emoción gozosa del día anterior cuando contaba la historia de los

inmerecidos sufrimientos del mercader, alumbraba su rostro una apacible solemnidad. Miró a Pierre con sus ojos bondadosos, redondos y humedecidos por las lágrimas, y, al parecer, lo llamaba, para decirle algo. Pero Pierre temía demasiado por sí mismo. Fingió no haber notado aquella mirada y se apartó apresuradamente.

Cuando los prisioneros se pusieron en movimiento otra vez, Pierre miró hacia atrás. Karatáiev se había sentado al borde del camino, junto a un abedul; dos franceses hablaban muy cerca. Pierre no quiso mirar más; cojeando, empezó a subir la cuesta.

A sus espaldas, en el lugar donde estaba sentado Karatáiev, sonó un disparo. Pierre lo oyó bien, pero al mismo tiempo se acordó de que no había terminado de calcular las etapas que le quedaban para llegar a Smolensk, cosa en la que estaba entretenido antes de que pasara el mariscal. Reanudó sus cálculos. Delante de él pasaron corriendo dos soldados franceses; el fusil de uno de ellos humeaba todavía. Estaban muy pálidos; uno de ellos volvió tímidamente la cara hacia Pierre, quien descubrió en la expresión de sus rostros algo semejante a lo que había visto en el joven soldado durante su ejecución. Pierre miró al soldado y recordó que era el mismo que dos días antes había dejado quemar su propia camisa mientras la secaba ante la hoguera y cuánto se habían reído de él.

La perra comenzó a aullar en el sitio donde había estado Karatáiev.

"¿Por qué aullará esa imbécil?", pensó Pierre.

Los compañeros de Pierre tampoco se volvieron al oír el disparo y los aullidos de la perra; pero en todos los rostros había la misma expresión severa.

XV

El convoy, los prisioneros y los bagajes del mariscal se detuvieron en la aldea de Shámshevo. Todos se amontonaron en torno a las hogueras. Pierre se acercó a una de ellas, comió carne de caballo asada, se echó de espaldas en el suelo e inmediatamente se durmió con el mismo sueño que se había apoderado de él en Mozhaisk, después de la batalla de Borodinó.

De nuevo se mezclaban los acontecimientos reales e imaginarios; y alguien, tal vez él mismo u otra persona, le sugerían pensamientos idénticos a los de entonces.

"La vida lo es todo. La vida es Dios. Todo se mueve y se desplaza, y ese movimiento es Dios. Mientras hay vida existe el placer de conocer la divinidad. Amar la vida es amar a Dios. Lo más bienaventurado y difícil es amar esta vida con sus sufrimientos, con sus inmerecidas torturas."

"¡Karatáiev!", recordó.

Y de pronto acudió a su memoria con toda lucidez un afable maestro olvidado hacía mucho tiempo, que había sido su profesor de geografía en Suiza. "Espera", dijo el anciano, mostrándole el globo terrestre. Era una esfera oscilante dotada de movimiento y sin dimensiones. Toda su superficie estaba formada por gotas unidas estrechamente unas a otras; esas gotas se movían de un sitio a otro, se desplazaban; algunas se fundían en una sola, bien una se dividía en muchas. Cada gota intentaba ampliarse, ocupar mayor espacio, pero las demás, que llevaban el mismo intento, la comprimían, a veces la destruían y a veces se fundían con ella.

—He aquí la vida— dijo el anciano maestro.

"¡Qué claro y sencillo es todo esto! —pensó Pierre—. ¿Cómo es posible que no lo haya comprendido antes? En el centro está Dios y cada gota

pretende ampliarse para reflejarlo mejor. Se agranda, se une a otras, se comprime y destruye, se hunde profundamente y vuelve a rebrotar. Karatáiev, por ejemplo, se disgregó y ha desaparecido.”

—Vous avez compris, mon enfant?— dijo el maestro.[616]

—Vous avez compris, sacré nom!— gritó una voz.[617]

Y Pierre se despertó.

Se incorporó. Un soldado francés, que acababa de echar de su sitio a uno ruso, estaba en cuclillas junto al fuego y asaba un pedazo de carne atravesado por una baqueta. Sus manos de cortos dedos, rojizas, velludas y surcadas de venas, daban vueltas a la baqueta con agilidad. El rostro, cetrino y sombrío, de cejas fruncidas, era claramente visible a la luz de las brasas.

—Ça lui est bien égal. Brigand! Va![618]— gruñó volviéndose al soldado que estaba a sus espaldas.

Y sin dejar de dar vueltas a la baqueta miró sombríamente a Pierre, quien se apartó, oteando la sombra. El prisionero ruso expulsado por el francés se había sentado cerca de la hoguera y acariciaba algo. Pierre reconoció a la perrilla lilácea de Karatáiev que, moviendo el rabo, estaba junto al soldado.

—¡Ah! ¿Estás ahí?— murmuró Pierre. —Y Pla…— pero no terminó.

De pronto lo recordó todo, la mirada de Platón sentado al pie del árbol, el disparo, los aullidos de la perra, los rostros culpables de los dos franceses que pasaron delante de él, el fusil humeante aún, la ausencia de Karatáiev. Estaba a punto de comprender que habían matado a Platón, pero en ese mismo instante, y sabe Dios cómo, recordó una tarde de verano que pasó con una hermosa polaca en el balcón de su casa de Kiev, y sin ligar los recuerdos del día, sin extraer conclusión alguna, Pierre cerró los ojos, y las escenas de la naturaleza estival se unieron al recuerdo de unos baños, de una esfera líquida en movimiento. Y él mismo se hundía dentro del agua, que se iba uniendo encima de su cabeza.

Antes del amanecer lo despertaron disparos y gritos. Algunos franceses pasaron corriendo delante de Pierre.

—Les cosaques!— gritó uno, y un minuto después un grupo de caras rusas rodeaba a Pierre.

Tardó largo tiempo en comprender lo que estaba sucediendo. Por todas partes se oía el jubiloso clamor de sus compañeros.

—¡Hermanos! ¡Amigos! ¡Queridos hermanos!— gritaban entre sollozos viejos soldados, abrazando a los cosacos y húsares.

Éstos rodeaban a los prisioneros y se apresuraban a ofrecerles ropa, zapatos, alimentos. Pierre, sentado en medio de todos, sollozaba y no podía pronunciar una palabra. Abrazó al primer soldado que se le acercó, besándolo sin dejar de llorar.

Dólojov, junto al portalón de la casa en ruinas, contemplaba el paso de franceses, ya desarmados, quienes, bajo la impresión de lo sucedido, charlaban entre sí a grandes voces, pero sus conversaciones cesaban al pasar delante de Dólojov, que, golpeándose la caña de la bota con la fusta, los miraba con ojos fríos y vidriosos, que no prometían nada bueno. Del otro lado estaba uno de los cosacos de Dólojov, que contaba los prisioneros y señalaba cada grupo de cien con una raya de tiza en la puerta.

—¿Cuántos?— le preguntó Dólojov.

—Va el segundo centenar— respondió el cosaco.

—Filez, filez— decía Dólojov, que había aprendido esa expresión de los franceses. Cuando sus ojos se encontraban con los de aquellos hombres, se iluminaban con un brillo cruel.

Denísov, con rostro sombrío, descubierta la cabeza, seguía a los cosacos que trasladaban a una fosa excavada en el jardín el cadáver de Petia Rostov.

XVI

A partir del 28 de octubre, cuando empezaron los primeros hielos, la huida de los franceses adquirió un carácter más trágico: unos morían helados, otros se abrasaban en las hogueras y otros, vestidos con pellizas, proseguían la fuga en carros y coches, llevando el botín robado por el Emperador, los reyes y los duques. Pero, de hecho, el curso de la huida y la descomposición del ejército francés no cambiaron en nada desde la salida de Moscú.

De Moscú a Viazma, de los setentaitrés mil hombres del ejército francés (descontada la Vieja Guardia, que durante toda la campaña no había hecho más que saquear), no quedaban sino treintaiséis mil (de ellos no pasarían de cinco mil los muertos durante la campaña). Aquél era el primer término de la progresión, que podía determinar matemáticamente lo que ocurriría después. El ejército francés se fue disolviendo y desapareciendo en la misma proporción de Moscú a Viazma, de Viazma a Smolensk, de Smolensk al Berezina y del Berezina a Vilna, independientemente del frío más o menos intenso, de la persecución enemiga, de los obstáculos levantados en su camino y de todas las demás condiciones tomadas por separado. Después de Viazma, las tres columnas se fundieron en una masa confusa y siguieron así hasta el fin. Berthier escribía a su Emperador (y es bien sabido cuán lejos de la verdad quedan los jefes al describir la situación del ejército):

> Creo un deber informar a Vuestra Majestad sobre el estado de sus tropas en los diversos cuerpos de ejército, según he podido observar desde hace dos o tres días en distintos lugares. Las tropas están casi en desbandada. El número de soldados que

siguen sus banderas está en una proporción de un cuarto, a lo más, en casi todos los regimientos; los demás marchan aisladamente, en diferentes direcciones y por cuenta propia, con la esperanza de encontrar víveres y librarse de la disciplina. En general todos miran a Smolensk como el lugar en que podrán rehacerse. Estos últimos días se observa que muchos soldados arrojan las cartucheras y las armas. En semejante estado de cosas, el interés del servicio de Vuestra Majestad exige, sean cuales fueran sus ulteriores puntos de vista, que todo el ejército se reúna en Smolensk y que se comience a aliviarlo de los no combatientes como los hombres desmontados, los bagajes inútiles y el material de artillería, que ya no guarda proporción con nuestras actuales fuerzas: urgen los víveres y que se les dé algún día de descanso. Muchos han muerto en estos últimos días a lo largo del camino y en los campamentos. Tal estado de cosas va agravándose y es de temer que, si no se pone pronto remedio, no podamos ser dueños de nuestras tropas en caso de combate.

9 de noviembre,
a 30 verstas de Smolensk.

Llegados a Smolensk, que se imaginaban como una tierra prometida, los franceses se mataban unos a otros para apoderarse de los víveres, saqueaban sus propios almacenes de provisiones y, cuando ya no quedó nada, prosiguieron la huida.

Avanzaban sin saber adonde iban ni por qué lo hacían. Menos que nadie lo sabía el genial Napoleón, puesto que nadie le daba orden alguna. Sin embargo, tanto el Emperador como su séquito seguían observando las costumbres de antes: se escribían cartas, informes y *ordres du jour*, se trataban unos a otros con los títulos de *Sire, Mon Cousin, Prince d'Eckmühl, roi de Naples*, etcétera. Pero sus órdenes e informes eran papeles mojados. Nadie los hacía cumplir, porque nada podía cumplirse, y a pesar de los títulos de *sire*, y *alteza* y *primo*, que se otorgaban, comprendían

todos que eran míseros y viles, culpables de muchas maldades que ahora estaban pagando. Fingían mostrar una gran preocupación por el ejército, pero cada uno no pensaba más que en sí mismo y en la manera de escapar cuanto antes y salvarse.

XVII

La actuación de las tropas rusas y francesas durante aquel período de la campaña, en la retirada desde Moscú al Niemen, se parece al juego de la gallina ciega: se vendan los ojos a dos jugadores y uno de ellos toca de vez en cuando una campanilla para advertir al que tiene que apresarlo. Al principio, el jugador perseguido toca la campanilla sin temor, pero cuando se siente en peligro huye del contrario, procurando no hacer ruido, aunque con frecuencia, creyendo que va a escapar de él, cae en sus manos.

Al comienzo, las tropas de Napoleón dieron aún algunas señales de vida: era aquel primer período, cuando seguían el camino de Kaluga; pero después, al pasar al de Smolensk, comenzaron a huir acallando con la mano el badajo de la campanilla; y a menudo, creyendo escapar de los rusos, caían en su poder.

La rápida huida de los franceses y la rápida persecución de las tropas rusas tuvieron por consecuencia el agotamiento de los caballos, que hizo imposible la existencia de patrullas de caballería, medio principal para conocer la posición del enemigo. Además, por los continuos y rápidos cambios de posición de ambos ejércitos, las informaciones conseguidas no podían llegar a tiempo. Si el día 2 se sabía que el enemigo estaba en determinada localidad, el 3, cuando se podía emprender una acción, ya había salido de allí, se encontraba a dos jornadas y su posición era completamente distinta.

Un ejército huía y el otro lo perseguía. A la salida de Smolensk, los franceses tenían delante muchos caminos diversos y cabía suponer que habiendo permanecido en la ciudad cuatro días acabarían por saber dónde se hallaba el enemigo, prepararían un plan ventajoso o intentarían algo

nuevo. Pero, tras la detención de cuatro días, volvieron a correr como antes; no torcieron ni a la derecha ni a la izquierda, y, sin maniobra ni razón alguna, eligieron el camino viejo y peor, el de Krásnoie y Orsha, por el que habían venido.

Creyendo al enemigo a sus espaldas, y no delante, los franceses corrían alargando sus filas y separándose unos de otros a una distancia de veinticuatro horas. A la cabeza corría el Emperador; lo seguían los reyes y, por último, los duques. El ejército ruso, suponiendo que Napoleón se desviaría a la derecha, al otro lado del Dniéper (única solución razonable), volvió también a la derecha y desembocó en el camino general de Krásnoie. Allí, como en el juego de la gallina ciega, los franceses se encontraron con las vanguardias rusas. La sorpresa y el miedo los hicieron detenerse, pero no tardaron en volver a huir, abandonando a cuantos los seguían. Así, filtrándose por entre las tropas rusas, pasaron durante tres días, una después de otra, unidades aisladas del ejército francés: primero el virrey, después Davout y por último Ney. Se habían abandonado unos a otros, dejando en el campo toda la impedimenta, la artillería y la mitad de las tropas. Se movían solamente por la noche, desviándose hacia la derecha, en semicírculo, para evitar a los rusos.

Ney, que iba en último lugar (pese a su desesperada situación o, tal vez, por ella, por querer castigar el suelo donde se había hecho daño), se entretuvo en hacer volar los muros de Smolensk, que a nadie molestaban. Ney, con su cuerpo de ejército de diez mil hombres, alcanzó a Napoleón en Orsha con sólo mil soldados; había dejado todos los cañones, a todas sus tropas y, por la noche, entre los bosques, emprendió furtivamente la huida a través del Dniéper.

Después de Orsha, la carrera prosiguió por el camino de Vilna, jugando como antes a la gallina ciega, con el ejército perseguidor. Se encontraron de nuevo en Berezina. Muchos perecieron ahogados; otros muchos se rindieron. Pero los que lograron atravesar el río siguieron corriendo. El jefe supremo se puso una pelliza de piel, tomó asiento en un trineo y partió solo, abandonando a los suyos. Quien pudo marchó también; quien no pudo se rindió o bien aumentó el número de los muertos.

XVIII

Se diría que en aquella campaña de huida de los franceses —en la que hicieron todo lo necesario para no preservar su vida, en la que ningún movimiento, desde la desviación al camino de Kaluga hasta la fuga del jefe supremo, carece de sentido alguno— no es posible que los historiadores que atribuyen los actos de la masa a la voluntad de un solo individuo encuentren algo sensato. Pues lo encuentran: los historiadores han escrito montañas de libros sobre esa retirada y en todas partes se refieren a las órdenes de Napoleón, a sus profundos planes, a las maniobras que realizó su ejército y a los geniales proyectos de sus mariscales.

Se nos explica en diversas y profundas consideraciones la inútil retirada por una ruta devastada, cuando en Malo-Yaroslávets se ofrecía al ejército francés un camino bueno y expedito hacia una comarca rica, semejante al que escogiera más tarde Kutúzov para perseguirlo. Con parecidos argumentos se nos razona la retirada de Smolensk a Orsha y el heroísmo de Napoleón en Krásnoie, donde, según se nos dice, se disponía a dar una batalla que habría dirigido él mismo y donde, paseando con un bastón de abedul, dijo:

—J'ai assez fait l'Empereur, il est temps de faire le général.[619]

Sin embargo, prosiguió la huida abandonando a su suerte las partes dispersas de su ejército que se encontraban detrás.

Se nos describe luego la grandeza de alma de los mariscales, sobre todo de Ney: grandeza que consiste en llegar de noche por los bosques rodeando el Dniéper, presentándose en Orsha sin banderas y sin artillería con sólo la décima parte de sus tropas.

Y, por último, los historiadores describen como algo grande y genial la marcha del gran emperador, abandonando su heroico ejército. Hasta esa última fuga, que en lengua corriente debería llamarse último grado de infamia y de la que hasta un niño se avergonzaría, hasta esa acción se ve justificada por los historiadores.

Y cuando ya es imposible seguir estirando los tan elásticos hilos del razonamiento, cuando esa actuación es tan claramente opuesta a lo que toda la humanidad suele entender por digno y aun justo, aparece entonces en labios de los historiadores la salvadora concepción de la grandeza. Al parecer, la grandeza excluye toda posibilidad de medir el bien y el mal. Para el grande el mal no existe: ninguna villanía puede atribuirse al que es grande.

"C'est grand!", dicen los historiadores, y, por tanto, no hay bien ni mal; sólo hay *"le grand"* y lo *"non grand"*. Lo *"grand"* es el bien; lo *"non grand"*, el mal. *Grand*, según ellos, es la calidad de esos seres especiales a los que llaman héroes. Y Napoleón, que huía a su casa abrigado con su pelliza y abandonando a sus moribundos compañeros, hombres todos a los que —según su propia opinión— había conducido él mismo hasta aquel lugar, encuentra que aquello "*c'est grand"*, y con ello queda tranquilo.

—Du sublime (veía algo *sublime* en sí mismo) au ridicule il n'y a qu'un pas— decía.[620]

Y después de cincuenta años todos repiten: *Sublime! Grand! Napoléon le Grand! Du sublime au ridicule il n'y a qu'un pas*!

Y nadie piensa que el hecho de considerar la grandeza como la medida del bien y del mal es la confesión de su nulidad, de su infinita pequeñez.

Para nosotros, que poseemos la medida del bien y del mal dada por Cristo, nada hay inconmensurable. No existe grandeza donde no hay bondad, sencillez y verdad.

XIX

¿Qué ruso, al leer la descripción del último período de la campaña de 1812, no ha experimentado un penoso sentimiento de despecho, contrariedad y confusión? ¿Quién no se ha preguntado por qué no fueron capturados y aniquilados todos los franceses, cuando tres ejércitos, con fuerzas superiores, los rodeaban y cuando ellos mismos, desorganizados y muertos de hambre, se rendían en masa y cuando (lo dicen los historiadores) el objetivo de los rusos consistía precisamente en detener, cerrar el paso y capturar a todos los franceses?

¿Cómo ese ejército ruso, inferior en número al francés, habiendo dado batalla en Borodinó, después de rodear al enemigo por tres partes con el fin de capturarlo, no lo consiguió? ¿Es posible que los franceses tuvieran tan enorme prestigio ante los rusos que, aun cercándolos con fuerzas superiores, no pudieran vencerlos? ¿Cómo pudo suceder?

La historia (aquella que se da a sí misma ese nombre) responde que eso sucedió porque Kutúzov, Tormásov y Chichágov, así como otros, hicieron o no hicieron estas o aquellas maniobras.

Mas ¿por qué no las hicieron? ¿Por qué no fueron juzgados y castigados, si eran culpables de haber impedido la consecución del objetivo señalado? Pero, aun admitiendo que Kutúzov, Chichágov, etcétera, fueran causantes del *revés* de los rusos, es incomprensible: ¿por qué, en las condiciones en que se hallaban sus tropas en Krásnoie y en Berezina (en ambos casos las tropas rusas eran superiores en número), no capturaron al ejército francés con sus mariscales, sus reyes y su emperador, cuando era ése precisamente el objetivo de los rusos?

La explicación que se da a ese extraño fenómeno (la misma que utilizan los historiadores militares rusos) se circunscribe a Kutúzov, a quien acusan de haber impedido la ofensiva; acusación falta de base, pues sabemos bien que la voluntad de Kutúzov no había podido contener el ataque de sus tropas en Viazma y en Tarútino.

¿Por qué el mismo ejército ruso que con fuerzas inferiores conseguía la victoria de Borodinó frente a un enemigo en pleno vigor, ahora, en Krásnoie y Berezina, cuando sus fuerzas eran superiores a las del contrario, resultaba vencido por el desorganizado ejército francés?

Si el objetivo de los rusos era cortar la retirada y capturar a Napoleón y sus mariscales, podemos afirmar que lejos de lograr esa meta fracasaron de manera lamentable todas las tentativas por alcanzarla; ésta es la razón de que el último período de la campaña sea presentado justamente por los historiadores franceses como una sucesión de victorias y que la interpretación de los historiadores rusos, al atribuirse también el triunfo, sea absolutamente falsa.

Forzados por la lógica, los historiadores militares rusos llegan sin quererlo a esa conclusión, y a pesar de sus llamamientos líricos al valor, la lealtad, etcétera, se ven obligados a confesar que la retirada de los franceses desde Moscú está jalonada por diversas victorias de Napoleón y derrotas de Kutúzov.

Pero si dejamos de lado el amor propio nacional, advertiremos que ese razonamiento se contradice a sí mismo, pues la serie de victorias napoleónicas llevó a los franceses a una derrota total mientras que las derrotas de los rusos trajeron la destrucción total del enemigo y la liberación de su patria.

El origen de esa contradicción radica en el hecho de que los historiadores estudian los acontecimientos por las cartas de los soberanos y los generales, por informes, documentos, etcétera, que admiten la existencia de un proyecto falso que jamás existió en el último período de la guerra de 1812: el intento de capturar y apresar a Napoleón con sus mariscales y ejércitos.

Semejante objetivo no existió ni podía existir, porque carecía de sentido y habría sido imposible lograrlo: carecía de sentido porque, en primer lugar,

el ejército desorganizado de Napoleón huía de Rusia lo más rápidamente posible, es decir, hacía lo que podía desear todo ruso. ¿Por qué, entonces, iban a ser necesarias diversas operaciones contra un enemigo que deseaba irse?

En segundo lugar, era absurdo cortar el camino a unos hombres que empleaban todas sus energías en huir.

En tercer lugar, era absurdo perder tropas propias para aniquilar un ejército que se iba disolviendo por sí mismo, sin causa externa, y en tales proporciones que, sin encontrar ningún obstáculo en su camino, alcanzó la frontera con la centésima parte de todos sus efectivos.

En cuarto lugar, el mismo deseo de capturar al Emperador, a los reyes y duques habría sido insensato: el logro de semejante deseo habría entorpecido en sumo grado la acción de los rusos, como reconocen los más hábiles diplomáticos de la época (J. Maistre y otros). Y más insensato aún habría sido el deseo de capturar a todas las tropas francesas, cuando las rusas se habían reducido a la mitad antes de Krásnoie y cuando, para custodiar a los prisioneros, habrían sido necesarias divisiones enteras y los soldados rusos no siempre recibían su ración completa y los prisioneros ya capturados morían de hambre.

Ese sabio proyecto de capturar a Napoleón y a su ejército se parece al plan del hortelano que para expulsar de su huerto al animal que ha destrozado sus plantas corre a impedirle la salida y comienza a golpearlo en la cabeza. Sólo la cólera justificaría esa reacción. Pero ni siquiera eso podría decirse de los autores de tal proyecto, puesto que no eran suyas las plantas holladas por el enemigo.

Y además de insensato, el proyecto de cerrar el camino a Napoleón y a su ejército habría sido imposible.

Imposible, ante todo, porque— y así lo demuestra la experiencia— el movimiento de las columnas a cinco kilómetros del campo de batalla no coincide nunca con el plan preparado de antemano, y la probabilidad de que Chichágov, Kutúzov o Wittgenstein se reuniesen en el sitio y el tiempo fijados era tan pequeña que equivalía a lo imposible. Así lo pensaba Kutúzov, y cuando recibió el proyecto objetó que los actos de sabotaje a gran distancia nunca dan los resultados apetecidos.

Era imposible, además, porque para frenar la fuerza de la inercia con que se retiraba el ejército napoleónico habría sido preciso contar con muchas más tropas de las que tenían los rusos.

Por otra parte, era imposible pues la expresión militar "cortar" no tiene ningún sentido. Se puede cortar un pedazo de pan, pero no se puede cortar un ejército. Cortar un ejército —cerrarle el paso— es absolutamente imposible, puesto que siempre queda mucho espacio alrededor que se puede rebasar y siempre está la noche, cuando no se ve nada, de lo cual podrían convencerse los sabios militares con los ejemplos de Krásnoie y el Berezina. Tampoco se puede capturar a nadie a menos que el interesado consienta en que lo capturen, igual que no podemos atrapar una golondrina a no ser que ella se pose en nuestra mano. Puede capturarse a quien se rinde, como los alemanes, según todas las reglas de la estrategia y la táctica. Pero, con toda razón, los franceses no lo hallaban oportuno, puesto que la misma muerte por hambre y frío les esperaba tanto en la prisión como en la fuga.

Y sobre todo, era imposible el proyecto porque, desde que el mundo es mundo, nunca existieron guerras en condiciones tan terribles como la de 1812, y los rusos, que para perseguir a los franceses pusieron en juego todas sus fuerzas, no podían hacer más sin aniquilarse a sí mismos.

Durante la marcha del ejército ruso de Tarútino a Krásnoie se perdieron, entre enfermos y rezagados, cincuenta mil hombres: es decir, la población de una gran capital de provincia. La mitad del ejército desapareció sin entrar en combate.

Y es precisamente al hablar de ese período de la campaña cuando las tropas, sin calzado y sin ropa de invierno, con provisiones insuficientes, sin vodka, pernoctando meses enteros en la nieve a temperaturas de quince grados bajo cero, con sólo siete u ocho horas de luz diurna y noches largas; cuando no puede mantenerse la disciplina, cuando los hombres permanecen en los dominios de la muerte no unas pocas horas, como en la batalla, sino meses enteros, en lucha continua con el hambre y el frío, cuando cada mes perece la mitad del ejército, es precisamente en ese tiempo, al hablar de ese período, cuando los historiadores dicen que Milorádovich debía haber realizado una marcha oblicua, que Tormásov debía haber ido a tal sitio, que

Chichágov habría tenido que desplazarse a otro (con la nieve por encima de la rodilla) y que Fulano habría abatido e interceptado… etcétera, etcétera.

Los rusos, reducidos a la mitad, hacían cuanto podían y debían hacer para alcanzar un objetivo digno de un pueblo; y no son culpables de que otros rusos, bien apoltronados en sus tibias viviendas, propusieran planes imposibles.

Todas esas extrañas y ahora incomprensibles contradicciones entre los hechos y los relatos de los historiadores se deben a que quienes describen esos acontecimientos hicieron historia de las hermosas palabras y los bellos sentimientos de uno u otro general, en vez de atenerse a los hechos.

Las palabras de Milorádovich, las recompensas recibidas por este o aquel general, sus mismos proyectos, les parecen harto interesantes; pero los cincuenta mil hombres que fueron quedando en los hospitales o en los cementerios ni siquiera les interesan, porque no constituyen el objeto de sus estudios.

Y, sin embargo, basta con apartarse de los informes y planes generales, basta con estudiar el movimiento de aquellos cientos de miles de hombres que tomaron parte directa e inmediata en los sucesos, para que todos esos problemas que parecen insolubles encuentren fácil y sencillamente una solución indiscutible.

El objetivo de cortar el paso a Napoleón, impedir que se uniese a su ejército, no existió nunca sino en la imaginación de una docena de hombres. No podía existir, porque era insensato e irrealizable.

Lo único que el pueblo pretendía era liberar a su patria de la invasión. Esto se logró, en primer lugar, por sí mismo, puesto que los franceses huían y no quedaba más que dejarles el camino libre; en segundo lugar, por las acciones de las guerrillas, que diezmaban al enemigo; y, en tercer lugar, porque un gran ejército ruso seguía los pasos de los franceses, dispuesto al combate en caso de que se detuvieran.

El ejército ruso debía actuar como un látigo sobre el animal que corre. Y el buen mayoral sabe que el látigo en alto, como una amenaza, es mejor que golpear la cabeza del animal que huye.

Cuarta parte

I

Cuando el hombre ve morir a un animal se apodera de él el terror. Eso mismo que él es, su propia esencia, desaparece ante sus ojos y deja de existir; pero si en vez de un animal se trata de un semejante, y de un ser al que se ama, entonces, además del terror que inspira la extinción de la vida, se produce un desgarramiento, una herida moral que, como la física, puede llegar a matar y puede curarse, pero siempre resulta dolorosa, sensible a cualquier contacto exterior inoportuno.

Natasha y la princesa María lo sintieron por igual a la muerte del príncipe Andréi. Abrumadas moralmente, entornaban los ojos para no ver suspendida sobre ellas la espantosa nube de la muerte, no se atrevían a mirar la vida frente a frente. Protegían sus abiertas heridas de todo contacto ofensivo y doloroso. Todo, un coche que pasara velozmente por la calle, la mención de la comida, la pregunta de una doncella sobre el vestido que debía preparar y, peor aún, la expresión poco sentida y falsa de condolencia, removía dolorosamente sus heridas, les parecía una ofensa y turbaba aquel necesario silencio en el que ambas intentaban escuchar el grave y terrible coro que aún seguía resonando en sus imaginaciones, impidiéndoles ahondar en el lejano y misterioso infinito que, por un instante, se había abierto ante ellas.

Mientras estaban solas no sufrían ni sentían ofensa alguna. Hablaban poco entre sí, y cuando lo hacían era sobre cosas insignificantes. Una y otra rehuían por igual todo cuanto tuviese relación con el porvenir.

Admitir la posibilidad de un futuro les parecía una ofensa a su memoria. Con mayor cuidado aún evitaban en sus conversaciones cuanto se relacionaba con el difunto. Se les figuraba que lo vivido y sentido por ellas

no podía expresarse con palabras y que cualquier mención detallada de la vida de Andréi violaba la grandeza y la santidad del misterio que, por un instante, se les había revelado.

La constante reserva que a sí mismas se imponían en sus conversaciones, la omisión sobre cuanto pudiera referirse a su persona, las perpetuas interrupciones al acercarse al límite de lo que no se podía decir, evocaban, en su mente, con mayor claridad y pureza, lo que sentían.

Pero la tristeza pura y plena es tan imposible como la plena y pura alegría. Convertida en dueña única de su suerte y en tutora y educadora de su sobrino, la princesa María fue la primera en abandonar, por el imperativo de la vida, aquel mundo de dolor que había vivido durante las dos primeras semanas. Había recibido cartas de sus familiares a las que debía contestar, la habitación de Nikóleñka era húmeda y el niño comenzaba a toser; Alpátich llegó a Yaroslavl con un informe sobre diversos asuntos y el consejo de volver a Moscú, a su casa de Vozdvíshenka, que había quedado intacta y no exigía más que ligeras reparaciones. La vida no se detenía y era necesario vivir. Por penoso que le fuera salir de aquel estado de aislamiento místico en que había vivido hasta entonces, por mucho que sintiera y la avergonzara tener que dejar sola a Natasha, los quehaceres de la vida reclamaban su colaboración y, aun sin quererlo, se entregó a ellos. Comprobaba las cuentas con Alpátich, pedía consejo a Dessalles sobre la educación de su sobrino, daba órdenes y preparaba el regreso a Moscú.

Natasha quedaba sola, y desde que la princesa María se ocupó en preparar el viaje procuraba evitarla.

La princesa pidió a la condesa que dejara ir a Natasha con ella a Moscú y los padres consintieron con alegría, porque veían disminuir de día en día las fuerzas de su hija y estaban persuadidos de que el cambio de aires y los consejos de los médicos moscovitas contribuirían a su restablecimiento.

—No iré a ninguna parte— replicó Natasha al oír aquella propuesta. —Os ruego tan sólo que me dejéis tranquila.

Y salió corriendo de la habitación conteniendo a duras penas las lágrimas, debidas más al despecho y la cólera que al dolor.

Desde que se sintió abandonada por la princesa María y sola con su pena, Natasha pasaba la mayor parte del tiempo en su habitación, sobre un

diván, con las piernas recogidas, revolviendo y rompiendo cualquier cosa con sus dedos finos y nerviosos, fija la mirada en lo primero que detuviera sus ojos. Ese aislamiento la fatigaba, la atormentaba, pero le era necesario. En cuanto alguien entraba en su habitación se ponía rápidamente en pie, cambiaba de actitud y expresión, tomaba un libro o una labor de costura y parecía esperar impaciente a que el importuno se marchara.

Creía estar siempre a punto de comprender aquel problema superior a sus fuerzas en el cual estaba concentrado su espíritu.

A fines de diciembre, con un vestido de lana negra, la trenza recogida de cualquier modo, el rostro enflaquecido y pálido, Natasha, tendida en el diván, contemplaba la puerta, arrugando y desarrugando la punta del cinturón.

Miraba al otro lado de la vida, adonde él se había ido.

Y la otra vida, en la que antes nunca había pensado y que hasta entonces le pareciera tan lejana e increíble, era ahora lo más próximo, entrañable y comprensible de esta existencia, donde sólo quedaba el vacío y la destrucción, o el sufrimiento y la angustia.

Miraba hacia el sitio donde, como sabía, había estado él; pero sólo podía recordarlo, tal como lo había visto en Mitischi, en Troitsa, en Yaroslavl.

Veía su rostro, oía su voz, repetía sus palabras y las que ella misma le había dicho, y aun otras inventadas que entonces podían haber sido dichas.

Lo veía, tendido en un butacón, su chaqueta de terciopelo, la cabeza apoyada en la mano delgada, pálida, con el pecho hundido y los hombros erguidos. Veía sus labios firmemente apretados, sus ojos brillantes y una pequeña arruga que aparecía y desaparecía de su frente blanca.

Una pierna le tiembla casi imperceptiblemente. Natasha sabe que él lucha con un dolor terrible. “Pero, ¿cómo es ese sufrimiento? ¿Por qué? ¡Cómo debe de dolerle! ¿Qué siente?”, piensa. Él advierte que lo mira con atención, levanta los ojos y, sin sonreír, dice:

“Lo peor de todo es ligarse para siempre a alguien que sufre. Es un martirio perpetuo”. Y posa en ella una escrutadora mirada. Natasha, como siempre, contesta sin reflexionar: “Eso no puede durar siempre. No ocurrirá. Usted curará del todo”.

Ahora vuelve a verlo y experimenta de nuevo los sentimientos de entonces. Recuerda la mirada intensa, triste y severa en respuesta a sus palabras y comprende el reproche y la desesperación que había en sus ojos.

“Reconocí —piensa Natasha— que habría sido terrible si tuviese que sufrir siempre. Entonces contesté aquello, porque habría sido horrible para él, y él lo entendió de otra manera: pensó que iba a ser horrible *para mí*. Entonces aún quería vivir, tenía miedo a la muerte. ¡Y lo dije de aquella manera brutal y estúpida! No lo pensaba, pensaba todo lo contrario. ¡Si hubiera dicho lo que pensaba le habría dicho que si estuviera muriéndose siempre ante mis ojos sería feliz si lo comparo con lo que soy ahora! ¡Ahora!… y ahora ya no hay nada, ni nadie. ¿Lo sabía él? No, no lo sabía y no lo sabrá nunca. Y ahora eso ya nunca, nunca podrá remediarse.” Otra vez repetía él las mismas palabras, pero ahora Natasha respondía, en su imaginación, de distinta manera. Lo interrumpía y decía: “Es terrible para usted, pero no para mí. Sabe que sin usted nada hay para mí en la vida y sufrir a su lado es mi mayor felicidad”. Y él tomaba su mano, se la estrechaba como lo había hecho aquella terrible tarde, cuatro días antes de su muerte. Y en su imaginación repetía Natasha otras tiernas palabras, palabras de amor que entonces podría haber dicho: “Te amo… Te amo a ti, te amo…”, y se retorcía las manos, apretando los dientes en un esfuerzo convulsivo.

Una dulce tristeza la invadía y los ojos se le llenaban ya de lágrimas. Pero, de súbito, se preguntaba: “¿A quién digo esto? ¿Dónde está? ¿Y *quién* es él ahora?”. Una cruel y dura perplejidad velaba de nuevo su visión: con el ceño fruncido miraba intensamente hacia donde él había estado. Le parecía que de un momento a otro desentrañaría aquel misterio… Pero en el justo instante en que se le iba a revelar lo incomprensible, el ruido violento del picaporte de la puerta al abrirse hirió dolorosamente su oído. Rápidamente, sin precauciones, con aire asustado, entró la doncella Duniasha.

—Pronto. Venga usted…— dijo Duniasha con una expresión de susto en el rostro. —Vaya a ver a su padre… Una desgracia. Piotr Ilich… una carta…— dijo sollozando.

II

Además del deseo de apartarse de todos, Natasha experimentaba entonces un sentimiento especial de alejamiento que la distanciaba en especial de los suyos. Sus padres, Sonia, le eran tan próximos, tan familiares, estaba tan acostumbrada a ellos, que sus palabras y sus sentimientos le parecían una ofensa al mundo en el que vivía últimamente. No sólo se mostraba indiferente, sino que llegaba a mirarlos con hostilidad. Escuchó las palabras de Duniasha, que hablaba de una desgracia, y de Piotr Ilich, pero no llegó a comprenderlas.

"¿Qué desgracia puede haberles ocurrido? —pensó—. Para ellos todo sigue como antes, habitual, inmutable y tranquilo."

Cuando entró en la sala su padre salía rápidamente de la habitación de la condesa con el rostro contraído y bañado en lágrimas. Buscaba refugio en otra estancia para dar plena libertad al llanto que lo ahogaba. Al ver a Natasha movió desesperadamente las manos y estalló en sollozos convulsivos que deformaban su cara redonda de rasgos suaves.

—¡Pe… Petia!… Entra, entra… ¡ella… ella te llama!…

Y llorando como un niño se acercó a una silla, todo lo rápidamente que le permitían sus débiles piernas, se dejó caer en ella y escondió el rostro entre las manos.

Natasha sintió de pronto como si una sacudida eléctrica recorriera su cuerpo. Algo oprimió su corazón con dolor insoportable. Le pareció que algo se rompía en ella y se moría. Pero sintió también que aquel sufrimiento la liberaba en el acto de la prohibición de vivir que pesaba sobre ella. A la vista de su padre, al oír a través de la puerta los terribles e inhumanos gritos de su madre, se olvidó al instante de su propio dolor y de sí misma. Corrió

hacia su padre, pero él, agitando débilmente la mano, señaló la puerta de la habitación de su mujer. La princesa María salió de aquella estancia, muy pálida, la mandíbula temblorosa; tomó la mano de Natasha y le dijo algo. Natasha no la veía ni escuchaba nada. Con paso rápido llegó a la puerta, se detuvo un momento, como luchando consigo misma, y corrió hacia su madre. La condesa, tumbada en un sillón, contraída de manera extraña e incómoda, golpeaba su cabeza contra la pared. Sonia y varias doncellas la sujetaban por el brazo.

—¡Que venga Natasha! ¡Natasha!— gritaba la condesa. —Es mentira, mentira… Él miente— gritaba rechazando a cuantos la rodeaban. —¡Marchaos todos, es mentira! ¡Que lo han matado!… ¡Ja, ja, ja!… ¡Es mentira!

Natasha apoyó una rodilla en la butaca, se inclinó hacia su madre, la abrazó y, con una fuerza inesperada, la levantó, volvió hacia sí el rostro de su madre, abrazándola estrechamente.

—¡Mamita!… ¡Cariño!… ¡Estoy aquí, mamá…, querida mía!— susurraba, sin detenerse un segundo.

No soltaba a su madre, luchaba tiernamente con ella: pidió unos almohadones y agua; desabrochó y desgarró el vestido de la condesa.

—Querida, mamita, querida mía, palomita…— murmuraba sin descanso, besándole la cabeza, las manos, el rostro y sintiendo correr las lágrimas a raudales, haciéndole cosquillas en la nariz y las mejillas.

La condesa apretó la mano de su hija, cerró los ojos y se calmó por un momento. De pronto, con inesperada rapidez, se puso en pie, miró en derredor con ojos extraviados y, viendo a Natasha, apretó su cabeza con toda su fuerza: después, volvió hacia sí aquel rostro deformado por el dolor, lo contempló largamente.

—Natasha, tú me quieres— preguntó en voz baja y confiada. —Natasha, ¿no me engañarás? ¿Me dirás toda la verdad?

Natasha la miraba con los ojos llenos de lágrimas; en su rostro no había más que una súplica de perdón y de amor.

—Querida mía, mamita— repetía, desplegando todas las fuerzas de su amor hacia ella para aliviar de algún modo el exceso de dolor que la oprimía.

Y una vez más en aquella estéril lucha contra la realidad, la madre se negaba a creer en la posibilidad de seguir viviendo ahora que su hijo predilecto había muerto en la flor de la edad. Prefería huir de esa realidad y refugiarse en el mundo de la locura.

Natasha no recordaría después cómo transcurrieron ese día y la noche siguiente. Durante la noche no durmió, no se apartó de su madre. Aquel amor de Natasha, paciente, tenaz, que no era una explicación ni un consuelo sino un llamamiento para seguir viviendo, rodeaba constantemente a la condesa por todas partes. A la tercera noche la condesa se calmó un rato y Natasha, apoyada en el brazo de la butaca, cerró los ojos.

Hubo un crujido en el lecho de su madre. La joven abrió los ojos; la condesa, sentada en la cama, hablaba dulcemente:

—¡Qué contenta estoy de que hayas venido! Estarás cansado. ¿Quieres té?

Natasha se acercó.

—Te veo más alto y más hombre— proseguía la condesa, tomando la mano de su hija.

—Mamita, ¡qué dice!…

—¡Natasha, él ya no está, ya no está más!…— y abrazando a su hija, la condesa rompió a llorar por primera vez.

III

La princesa María aplazó su viaje. Sonia y el conde trataban de sustituir a Natasha, pero en vano. Veían que sólo ella podía evitar que su madre cayera en una desesperación rayana en la locura. Durante tres semanas, sin salir de aquella estancia, Natasha vivió junto a su madre; dormía en su misma habitación, en un sillón, la hacía comer y beber, hablaba con ella continuamente, porque sólo su voz tierna y acariciante la tranquilizaba.

La herida en el corazón de la madre no podía cicatrizar. La muerte de Petia se llevó la mitad de su vida. Al mes de recibida la noticia, aquella mujer, hasta entonces enérgica y animosa a sus cincuenta años, salió de su habitación convertida en una vieja medio muerta y sin interés ninguno por la vida. Pero la misma herida que casi mató a la condesa resucitó a Natasha.

Una vez que cicatriza la herida profunda y se juntan sus bordes, tanto la psíquica como la física, por extraño que parezca, cicatrizan también interiormente gracias al empuje de la fuerza vital.

Así curó la herida de Natasha. Ella creía terminada su vida. Pero el amor hacia su madre le hizo ver que la esencia de su vida, el amor, estaba aún viva en su alma. El amor despertó y con él la vida.

Si los últimos días del príncipe Andréi la habían acercado a la princesa María, esta nueva desgracia las unió todavía más. La princesa, que había retrasado su marcha, cuidó durante tres semanas a Natasha como si fuera una niña enferma. Las últimas semanas transcurridas junto a su madre habían minado sus fuerzas.

Una vez, a media tarde, la princesa María, al observar que Natasha temblaba de fiebre, la llevó a su propia habitación y la hizo acostar en su lecho. Echó las cortinas y se dispuso a salir, pero Natasha la llamó.

—No tengo sueño. Quédate conmigo, Marie.

—Estás cansada. Procura dormir.

—No, no. ¿Por qué me has traído aquí? Mamá preguntará por mí.

—Está mucho mejor. Hoy estuvo hablando también de él— repuso la princesa.

En la penumbra de la habitación Natasha se quedó mirando su rostro.

“¿Se parece a él? —pensaba—. Sí y no. Pero es especial: ajena, nueva, completamente desconocida. Y me quiere. ¿Qué hay en su alma? Es todo bondad. Pero… ¿cómo es, qué piensa, qué opina de mí? Sí, es maravillosa.”

—Masha— dijo atrayéndola tímidamente por la mano. —Masha… no pienses que soy mala. ¿Verdad que no? ¡Cuánto te quiero! Seamos amigas, muy amigas.

Y abrazándola, comenzó a besar las manos y el rostro de la princesa, avergonzada y contenta por esas manifestaciones de cariño.

Desde ese día fue creciendo en ellas esa amistad apasionada y tierna que sólo se encuentra entre mujeres. Se besaban sin cesar, se decían palabras cariñosas, pasaban juntas la mayor parte del tiempo. Si una de ellas salía, la otra quedaba inquieta y la buscaba sin tardanza. Juntas estaban más de acuerdo consigo mismas que solas, separadas la una de la otra. El sentimiento que las unía era excepcional, más fuerte que la amistad, porque admitían la posibilidad de vivir si estaban juntas.

A veces permanecían horas enteras en silencio; otras, ya acostadas, hablaban hasta la mañana. Y sus conversaciones giraban, sobre todo, en torno al pasado. La princesa contaba su infancia: hablaba de su madre, de su padre y de sus sueños; Natasha, que antes no entendía, ni se interesaba por aquella vida de fidelidad y sumisión, la poesía de la abnegación cristiana, ahora, gracias a su cariño por ella, amó también su pasado y comprendió ese aspecto de la vida que antes le parecía incomprensible. No pensaba aplicar a su existencia esa sumisión y ese sacrificio, porque estaba acostumbrada a buscar otras fuentes de alegría, pero comprendía y estimaba en otro ser toda aquella virtud, antes incomprendida. A su vez, para la princesa María los relatos de la infancia y adolescencia de Natasha eran como la revelación de un aspecto de la vida antes incomprensible: la fe en la vida y en los placeres de la existencia.

Nunca hablaban de él para no perturbar, según les parecía, con palabras los nobles sentimientos que las unían.

Y ese silencio tuvo por resultado que, poco a poco, sin sospecharlo siquiera, comenzaran a olvidarlo.

Natasha estaba tan delgada, tan pálida y débil que todos hablaban de su salud, y eso le agradaba. Pero a veces se apoderaba de ella no ya el miedo a la muerte sino a la enfermedad, a la debilidad y a la pérdida de su belleza; en ocasiones examinaba atentamente sus brazos, asombrada de su delgadez, o bien, por las mañanas, contemplaba en el espejo aquel rostro alargado que le parecía digno de lástima. Pensaba que así tenía que ser, y al mismo tiempo tenía miedo y se sentía triste.

En cierta ocasión subió rápidamente las escaleras, respirando fatigosamente, y acto seguido, sin ser consciente de ello, inventó un pretexto y volvió a bajarlas y a subirlas corriendo, para medir sus fuerzas y observarse.

Otra vez llamó a Duniasha y su voz vibró. Siguió llamándola, aunque la doncella ya acudía; era la misma voz de timbre grave con la cual había cantado en otros tiempos, y se escuchó a sí misma.

Natasha no sabía, ni habría creído, que bajo la impenetrable capa de légamo que taponaba su alma iban abriéndose paso los jóvenes, delicados y tiernos brotes de yerbas que, una vez arraigados, ocultarían con sus retoños llenos de vida el dolor sufrido, haciéndolo casi invisible e imperceptible. La herida cicatrizaba por dentro.

A fines de enero la princesa María partió para Moscú y el conde insistió en que Natasha fuera con ella a fin de consultar a los médicos.

IV

Después del encuentro de Viazma, cuando Kutúzov no pudo contener el deseo de sus tropas de abatir, cortar el movimiento ulterior de los franceses que huían y de los rusos que los perseguían, no hubo batalla alguna hasta Krásnoie. La huida era tan rápida que el ejército perseguidor no podía alcanzarlo; la artillería y la caballería se detenían exhaustas y las informaciones sobre los movimientos franceses eran siempre inexactas.

Los soldados rusos estaban tan fatigados por aquella ininterrumpida marcha de hasta cuarenta kilómetros diarios, que ya no podían avanzar más de prisa.

Para hacerse una idea de ese grado de agotamiento bastará decir que, habiendo perdido, entre muertos y heridos en la acción de Tarútino, no más de cinco mil hombres, conservando a centenares de prisioneros, el ejército ruso, que había salido de esa posición con cien mil soldados, llegó a Krásnoie con sólo cincuenta mil.

Tan destructiva era para los rusos la persecución de los franceses como para éstos la huida. La única diferencia estaba en que el ejército ruso avanzaba voluntariamente, sin la amenaza del total descalabro que pendía sobre el ejército francés; y los rezagados franceses caían en manos del enemigo, mientras que los rezagados rusos quedaban en casa. La razón principal del decremento del ejército napoleónico era la rapidez con que se movían: prueba indiscutible de ello es el correspondiente decremento de las tropas rusas.

Toda la actuación de Kutúzov, tanto en Tarútino como en Viazma, estaba dirigida —siempre que de él dependía— a no frenar esa huida

funesta para los franceses (como querían San Petersburgo y los generales rusos), sino facilitarla y aligerar el movimiento de sus propias tropas.

Pero aparte del cansancio y de las enormes pérdidas ocasionadas por la rapidez del movimiento, Kutúzov tenía otra razón para retardar la marcha de las tropas y no apresurarse. El objetivo del ejército ruso era la persecución de los franceses; el camino que seguían era desconocido y, por tanto, cuanto más cerca siguieran los rusos a los franceses, tanto más trayecto recorrían: sólo manteniéndose a cierta distancia se podía tomar el camino más corto y evitar el zigzag de los franceses. Todas las hábiles maniobras propuestas por los generales consistían en aumentar el recorrido de las marchas, cuando el único plan razonable era disminuirlo. Y durante toda la campaña, de Moscú a Vilna, la actuación de Kutúzov tendió a ese fin; no por casualidad ni provisionalmente, sino de modo tan consecuente que ni una sola vez se apartó de él.

Sabía Kutúzov —no en virtud del razonamiento o el estudio, sino gracias a su espíritu ruso—, sabía y sentía lo que sentía cada soldado: que los franceses estaban vencidos, que el enemigo huía y había que dejarlo marchar. Mas, al mismo tiempo, como todos los soldados, sentía el agobio de aquella marcha, inaudita por su rapidez y por la estación en que se llevaba a cabo.

Pero los generales, sobre todo los que no eran rusos, que deseaban ante todo distinguirse capturando a un duque o a un rey cualquiera, creían llegado el momento de presentar batalla y vencer al contrario, cuando precisamente toda batalla habría resultado tan brutal como estúpida. Kutúzov se limitaba a encogerse de hombros siempre que le presentaban, uno tras otro, aquellos proyectos de maniobras con soldados descalzos, sin ropa de abrigo, hambrientos y reducidos en un mes —aun sin haber combatido— a la mitad, y con los cuales, en las mejores circunstancias, habría debido recorrer hasta llegar a la frontera una distancia mayor aún de la cubierta.

Esa tendencia a distinguirse, a maniobrar, a desbaratar e interceptar el camino se manifestaba especialmente cuando los rusos alcanzaban al enemigo.

Así ocurrió en Krásnoie, donde pensaban encontrar una de las tres columnas francesas y tropezaron con Napoleón en persona al frente de dieciséis mil hombres. A pesar de todos los medios empleados por Kutúzov para evitar aquel encuentro peligroso y conservar íntegras sus fuerzas, durante tres días los extenuados soldados rusos prosiguieron en Krásnoie el aniquilamiento de las vencidas bandas enemigas.

Toll había escrito en la orden de operaciones: *Die erste Colonne marschirt*, etcétera. Y como siempre, nada se hizo de acuerdo con la disposición. El príncipe Eugenio de Würtemberg disparaba desde un altozano sobre los franceses que huían y exigía refuerzos que nunca llegaban. Por la noche los franceses, evitando todo encuentro con los rusos, se dispersaban, se escondían en los bosques y escapaban —cada cual como podía— lo más lejos posible.

Milorádovich, quien decía que no deseaba saber nada sobre la intendencia de su cuerpo de ejército y al que no se podía localizar cuando más necesario era, el que se titulaba a sí mismo *chevalier sans peur et sans reproche*[621] y era partidario de negociar con los franceses, a los que enviaba parlamentarios para exigirles la rendición, perdía el tiempo y no hacía nada de cuanto se le ordenaba.

"Muchachos: os regalo esa columna", decía a sus jinetes indicando las tropas contrarias. Y los jinetes, incitando a sus caballos, que apenas podían moverse, con las espuelas y los sables, después de grandes esfuerzos se acercaban al trote a la columna regalada, es decir, a un grupo de franceses ateridos, hambrientos y helados: la columna regalada deponía las armas y se entregaba, cosa que venía deseando desde hacía mucho tiempo.

Veintiséis mil franceses fueron capturados en Krásnoie; cayeron también en poder de los rusos cientos de cañones y cierto bastón, al que llamaban "bastón de mariscal". Se discutió largamente acerca de quién se había distinguido en la acción y con ello quedaron satisfechos, aunque lamentaban no haber apresado a Napoleón o, al menos, a algún héroe, un mariscal, por ejemplo. Se lo reprochaban recíprocamente; pero, sobre todo, a Kutúzov.

Aquellos hombres, arrastrados por sus pasiones, no eran sino ciegos ejecutores de la más triste ley de la necesidad; pero se creían héroes e

imaginaban que cuanto hacían era la acción más digna y noble del mundo. Acusaban a Kutúzov de haberles impedido, desde el principio de la campaña, vencer a Napoleón, de pensar sólo en la satisfacción de sus pasiones y de no haber salido de Polotnianie Zavodyi porque allí estaba más tranquilo. Decían también que detuvo el movimiento de las tropas en Krásnoie cuando supo que Napoleón estaba allí; se decía que tenía tratos con él, que lo había sobornado, etcétera. Sus coetáneos, arrastrados por sus pasiones, afirmaban que la posteridad y la historia habrían reconocido la grandeza de Napoleón, que era *grand*, mientras que Kutúzov, según los extranjeros, no pasaba de ser un viejo cortesano astuto, depravado y débil, incomprensible para los rusos, una especie de títere útil no más que por su nombre ruso…

V

Por los años de 1812 y 1813 se acusaba abiertamente a Kutúzov de toda clase de errores. El Emperador estaba disgustado con él. En una historia escrita recientemente por orden del Zar se decía que Kutúzov era un cortesano embustero y astuto, que tenía miedo hasta del nombre de Napoleón y que sus equivocaciones en Krásnoie y el Berezina habían privado a las tropas rusas de la gloria de una victoria completa sobre los franceses.

Así es el destino de hombres no grandes, no *grands hommes*, que los rusos, por su mentalidad, no reconocen, pero sí el de aquellos hombres solitarios, singulares, que, una vez comprendida la voluntad de la Providencia, someten a ella su voluntad personal. El odio y el desprecio de la masa castigan a esos hombres por su clara visión de las leyes superiores.

Para los historiadores rusos (¡es extraño y terrible tener que decirlo!), Napoleón —ese ínfimo instrumento de la historia—, que nunca, ni siquiera en el destierro, mostró dignidad alguna, es objeto de admiración y entusiasmo, es *grand*. Y Kutúzov, el hombre que desde el principio hasta el fin de su actuación en 1812, desde Borodinó hasta Vilna, no se traicionó una sola vez ni de palabra ni de obra y es en la historia un extraordinario ejemplo de sacrificio, de comprensión de la importancia futura de los acontecimientos, ese Kutúzov es presentado como un ser indefinido y digno de lástima; hasta tal punto que, cuando los historiadores hablan de él y de 1812, parecen sentir cierta vergüenza.

Y, sin embargo, resulta difícil imaginar un personaje histórico cuya actuación dirigida a la consecución de un único fin se haya desarrollado de modo tan invariable y constante. Es difícil imaginarse una meta más digna y

que coincidiera mejor con la voluntad de todo el pueblo. Aún es más difícil encontrar en la historia otro ejemplo de un objetivo tan perfectamente logrado como el que propuso Kutúzov en 1812, y hacia el cual orientó todos sus esfuerzos.

Kutúzov no habló nunca de los cuarenta siglos que les contemplan desde las pirámides, ni de los sacrificios hechos por él en bien de la patria, ni de los que pensaba hacer o había hecho. En general, nunca hablaba de sí mismo, no pretendía ser lo que no era; parecía siempre el hombre más sencillo y corriente; y decía las cosas más sencillas y corrientes. Escribía cartas a sus hijas y a Mme de Staël, leía novelas, le gustaba la compañía de mujeres bellas, bromeaba con los generales, oficiales y soldados y no contradecía nunca a quienes se acercaban a él para demostrarle algo. Cuando el conde Rastopchin, en el puente de Yauza, se acercó al galope y acusó a Kutúzov de ser el culpable de la pérdida de Moscú diciéndole: "Usted había prometido no abandonar la ciudad sin presentar batalla", él contestó: "Sí, no dejaré Moscú sin dar batalla", aunque Moscú ya había sido abandonada. En otra ocasión, Arakchéiev fue a comunicarle de parte del Emperador que sería necesario nombrar a Ermólov jefe principal de artillería, a lo que Kutúzov respondió: "Eso decía yo ahora mismo", aunque un minuto antes sostuviera lo contrario. ¿Qué podía importarle a él, el único que comprendía entre aquella masa insensata que lo rodeaba el enorme significado de los acontecimientos? ¿Qué le importaba que el conde Rastopchin le atribuyera a él o a otro las penurias de la capital? Menos aún podía interesarle el nombramiento del jefe principal de artillería.

No sólo en esas ocasiones, sino siempre, ese hombre viejo solía decir frases carentes de sentido, las que primero se le ocurrían, porque la experiencia de la vida le había demostrado que los pensamientos y las palabras que se utilizan para expresarlos no son los motores que mueven a la gente.

Pero ese mismo hombre, que tanto descuidaba sus propias palabras, no dijo una sola, a lo largo de su actuación, que estuviera en desacuerdo con el único objetivo que persiguió durante toda la campaña. Al parecer, en contra de su voluntad y con la penosa seguridad de no ser comprendido, expresó su pensamiento repetidas veces y en las más diversas circunstancias. De la

batalla de Borodinó, de la que partía el desacuerdo con cuantos lo rodeaban, fue el único en afirmar que *era una victoria*, y lo repitió hasta la muerte, de palabra y en sus informes y despachos. Sólo él dijo que *la pérdida de Moscú no suponía la pérdida de Rusia*. En respuesta a las propuestas de paz hechas por Lauriston, contestó: *La paz no es posible porque el pueblo no la quiere*. Y solamente él, durante la retirada francesa, afirmaba que *no necesitamos maniobra alguna, todo se irá haciendo por sí mismo mejor de lo que deseamos*, y que *debemos ofrecer al enemigo puente de plata*, que *las batallas de Tarútino, Viazma y Krásnoie no eran necesarias*, que *debíamos llegar con algo a la frontera*, que *no daría un ruso por diez franceses.*

Sólo él —ese cortesano, según nos lo pintan, ese hombre que miente a Arakchéiev para agradar al Emperador— fue capaz de decir que *es dañoso e inútil proseguir la guerra en el extranjero* ganándose así la enemistad del Zar.

Pero las palabras, por sí solas, no serían suficientes para demostrar que Kutúzov comprendía entonces el significado de los hechos. Sus actos, todos sin excepción, tienden a este triple fin: 1) tensar todas las fuerzas para enfrentarse a los franceses; 2) vencerlos y 3) expulsarlos de Rusia, aliviando en lo posible las calamidades del pueblo y del ejército.

Kutúzov, ese calmoso Kutúzov, cuyo lema era “paciencia y tiempo”; ese Kutúzov, enemigo de las acciones decisivas, da la batalla de Borodinó y rodea sus preparativos de una solemnidad extraordinaria. Kutúzov, que había pronosticado antes de la batalla de Austerlitz que sería una batalla perdida, en Borodinó, en contra de todo cuanto opinan los generales que daban por perdida la batalla, a pesar del ejemplo, inaudito en la historia, de que, tras una batalla ganada, el ejército vencedor debía retirarse, él solo, contra todos, afirmó hasta la muerte que la batalla de Borodinó fue una victoria. Sólo él insistió durante la retirada del enemigo en no dar batallas ya inútiles, no empezar una guerra nueva y no cruzar las fronteras de Rusia.

Hoy es fácil comprender toda la importancia de aquel acontecimiento, siempre que no se atribuya a la actuación de las masas el objetivo que sólo defendía una decena de hombres, porque ahora lo vemos íntegro, con todas sus consecuencias.

Pero entonces, ¿cómo pudo adivinar aquel hombre viejo, solo contra todos, con tamaña exactitud, la importancia y el sentido popular del acontecimiento, sin traicionarse ni una vez a lo largo de toda su actuación?

El origen de esa extraordinaria perspicacia estaba en el sentimiento popular que llevaba en sí, con toda su pureza y todo su vigor.

Solamente porque el pueblo reconocía en él tal sentimiento pudo darse el caso de que contra la voluntad del Zar se eligiera a un viejo caído en desgracia como figura máxima de la guerra nacional. Y fue únicamente ese sentimiento el que lo colocó en la altura suprema desde la cual, como general en jefe, hizo cuanto pudo no para matar y aniquilar a los hombres, sino para salvarlos y compadecerlos.

Su figura sencilla, modesta —y por ello realmente majestuosa— no podía encajar en el falso molde del héroe europeo, presunto conductor de hombres, inventado por la historia.

Para el lacayo no puede haber hombres grandes, porque el lacayo tiene su propio concepto de la grandeza.

VI

El 5 de noviembre fue el primer día de la así llamada batalla de Krásnoie. Al anochecer, después de muchas discusiones y errores de los generales que habían llevado a sus tropas donde no era necesario, tras enviar repetidas veces a los ayudantes de campo con órdenes y contraórdenes, cuando era evidente que el enemigo huía por doquier y no podía darse la batalla, Kutúzov salió de Krásnoie hacia Dóbroie, donde se había trasladado aquel día el Cuartel General.

El día era claro y frío. Kutúzov, rodeado de su enorme séquito de generales que, descontentos de él, murmuraban a sus espaldas en voz baja, iba a Dóbroie en su pequeña y bien alimentada yegua baya. A lo largo del camino se agrupaban en derredor de las hogueras los prisioneros franceses capturados aquel día (que ascendían a siete mil). En las proximidades del pueblo una multitud de prisioneros harapientos, cubiertos con toda clase de trapos, descansaba en el camino, junto a una larga fila de cañones franceses desenganchados de sus tiros; de aquella turba procedía un confuso clamor de voces y conversaciones.

Al acercarse el generalísimo el vocerío cesó y todas las miradas se fijaron en Kutúzov, que avanzaba lentamente con su gorro blanco orlado de rojo y su capote guateado, cual una joroba sobre sus hombros encorvados. Uno de los generales se acercó a informarlo del lugar donde fueron capturados los cañones y los prisioneros.

Kutúzov parecía preocupado por algo y no oía las palabras del general. Entornaba con aire disgustado los ojos y miraba fija y atentamente a los prisioneros cuyo aspecto era más lamentable. La mayoría de los soldados

franceses tenían el rostro desfigurado, las mejillas y la nariz congelados y los ojos de casi todos estaban enrojecidos, hinchados y purulentos.

Un grupo de prisioneros estaba a la orilla misma del camino; dos soldados (uno de los cuales tenía el rostro cubierto de llagas) desgarraban con las manos un pedazo de carne cruda. Había algo terrible y bestial en la mirada que echaron sobre los jinetes y en la iracunda expresión con que miró a Kutúzov el soldado de las llagas, apartando de inmediato los ojos para seguir con su quehacer.

Kutúzov miró largamente a aquellos dos soldados, frunció aún más el ceño, entornó los ojos y, pensativo, movió la cabeza. En otro grupo vio a un soldado ruso que, riendo, golpeaba la espalda de un francés y le decía algunas palabras amables. Kutúzov movió de nuevo la cabeza con la misma expresión.

—¿Qué dices?— preguntó al general, que seguía con su informe y reclamaba la atención del comandante en jefe para que se fijara en las banderas francesas tomadas aquel día y colocadas ante la primera fila del regimiento Preobrazhenski.

—¡Ah, las banderas!— dijo, como si le costara apartarse del objeto que ocupaba sus pensamientos.

Miró alrededor con aire distraído. Miles de ojos lo observaban desde todas partes, esperando oír sus palabras.

Ante el regimiento Preobrazhenski se detuvo; suspiró penosamente y cerró los ojos. Alguien del séquito hizo un gesto para que los soldados que sostenían las banderas se acercaran y rodearan al generalísimo con ellas. Kutúzov permaneció en silencio unos segundos; después, como sometiéndose de mala gana a los deberes que le imponía su cargo, levantó la cabeza y comenzó a hablar. Nutridos grupos de oficiales lo rodearon. Él los miró atentamente reconociendo a unos cuantos.

—Os doy las gracias a todos— dijo, volviéndose a los soldados y de nuevo a los oficiales.

En el silencio que se había hecho en derredor se oían con gran claridad sus palabras dichas lentamente.

—Os doy las gracias por vuestro leal y difícil servicio. La victoria es completa y Rusia no os olvidará. ¡Gloria eterna a todos vosotros!

Calló y dirigió una mirada alrededor. Un soldado había bajado sin querer el águila francesa ante las banderas del regimiento Preobrazhenski.

—¡Bájala! ¡Que baje bien la cabeza!— dijo al soldado. —Más, bájala más; así. ¡Hurra, muchachos!— gritó volviendo hacia los soldados la cabeza con rápido gesto.

—¡Hurra!— atronaron miles de voces.

Mientras los soldados gritaban, Kutúzov, encorvado sobre la silla, bajó la cabeza y su ojo se iluminó con una luz algo burlona, pero bondadosa.

—Y ahora, hermanos…— siguió cuando todos callaron.

Y en un instante, su voz y su expresión cambiaron. Había cesado de hablar el generalísimo y hablaba ahora un hombre sencillo y viejo que parecía deseoso de comunicar a sus compañeros algo que él conceptuaba lo más importante.

En el grupo de oficiales y en las filas de soldados hubo un movimiento, para escuchar mejor lo que iba a decirles.

—Y ahora, hermanos, quiero deciros esto: ya sé lo fatigosa que es para vosotros esta campaña, pero ¡qué podemos hacer! Tened paciencia: falta poco. En cuanto despidamos a nuestros huéspedes podremos descansar. Nuestro Zar no olvidará los servicios prestados. Sé que es duro para vosotros, pero, a pesar de todo, estáis en vuestra tierra; mirad, en cambio, a estos desgraciados, a qué extremo se ven reducidos— dijo señalando a los prisioneros. —Peor que los más desgraciados mendigos. Mientras ellos eran fuertes no les teníamos lástima; pero ahora sí que podemos apiadarnos de ellos: también son seres humanos. ¿No es así, muchachos?

Miraba en derredor, y en los ojos respetuosos y perplejos que permanecían clavados en él leía la aprobación de sus palabras; su rostro se iba iluminando cada vez más con aquella apacible sonrisa senil que le llenaba de arrugas las comisuras de la boca y de los ojos. Volvió a callar y bajó la cabeza, como perplejo.

—Pero, bien miradas las cosas, ¿quién los llamó a nuestra tierra? ¡Lo tienen merecido, que se vayan a la!…— gritó de pronto, irguiéndose.

Y sacudiendo la fusta, por primera vez en toda la campaña, se alejó al galope de los soldados, que descomponían sus filas entre risas jubilosas y atronadores “hurras”.

Es poco probable que lo dicho por Kutúzov fuera comprendido por las tropas; nadie habría sabido repetir aquel discurso, solemne al principio, sencillo y bonachón al final, propio de un abuelo. Pero entendieron su cordial significado, porque aquel mismo sentimiento de solemne triunfo unido a la piedad por los vencidos, su propia razón, resumida por el comandante en jefe en aquel insulto popular, ese mismo sentimiento anidaba en el alma de cada soldado ruso, manifestándose en largos y jubilosos gritos. Cuando un general le preguntó después si no ordenaba que viniera el coche a buscarlo, Kutúzov, al responder, sollozó de pronto, al parecer profundamente emocionado.

VII

El 8 de noviembre, último día de la batalla de Krásnoie, comenzaba a anochecer cuando las tropas llegaron a los campamentos donde debían pasar la noche. Todo el día fue frío y desapacible; la nieve había caído ligera y escasa al atardecer, el cielo empezó a clarear; a través de los copos de nieve que revoloteaban en el aire podía verse el cielo estrellado, de un color negro violáceo. El frío se hizo más intenso.

El primero en llegar al final de la etapa (una aldea junto al camino) fue un regimiento de fusileros, que había partido de Tarútino con tres mil hombres y ahora tenía apenas novecientos. Los aposentadores salieron al encuentro de las tropas y manifestaron que todas las isbas estaban ocupadas por franceses muertos y enfermos, soldados de caballería y servicios del Estado Mayor. Sólo quedaba libre una isba para el jefe del regimiento, que se disponía a ocuparla.

La tropa atravesó la aldea y se detuvo junto a las últimas casas, cerca de las cuales colocaron los fusiles en pabellón.

Como un enorme animal de innumerables miembros, el regimiento se dispuso a preparar su guarida y también su comida. Parte de los soldados se internaron, con la nieve hasta las rodillas, por un bosque de abedules a la derecha de la aldea donde no tardaron en retumbar los golpes de hacha, el ruido de las ramas al desgajarse y las voces alegres de los hombres. Otros se movían en torno a los carros y caballos, reunidos en apretado espacio, disponían las marmitas y el pan seco y daban pienso a las bestias; un tercer grupo se diseminó por la aldea a fin de preparar el alojamiento de la plana mayor; sacaban los cadáveres de los franceses de las casas y arrancaban

tablas, la paja de las techumbres y las estacas de las cercas para las hogueras.

Al otro extremo de la aldea, alrededor de quince hombres trataban de derribar, entre alegres gritos, la alta cerca de un cobertizo cuya techumbre ya habían arrancado.

—Empujad todos a la vez— gritaban. —¡Todos a una!

Y en la oscuridad de la noche se oían los crujidos de la cerca cubierta de nieve. Aquella barahúnda fue en aumento hasta que la cerca empezó a ceder y se vino abajo una parte, arrastrando consigo a algún que otro soldado de los que empujaban. Se levantó un clamor de voces y risas.

—¡Eh! ¡La palanca! ¡Traed la palanca! ¡Por parejas! ¡Eh, tú! ¿Dónde te metes? ¡Todos a una, muchachos!… ¡Un momento!… Esperad la señal.

Callaron y una voz no muy fuerte, aterciopelada y melodiosa, entonó una canción. Al terminar la tercera estrofa, exactamente con la última nota, veinte voces gritaron a la vez: "¡Uuuuup… Aúpa! ¡Todos a una, muchachos!…". Mas, a pesar de todo aquel esfuerzo, apenas conseguían arrastrarla un poco. En el silencio podía oírse la respiración jadeante de aquellos hombres.

—¡Eh, vosotros, los de la sexta! ¡Demonios, diablos! ¡Ayudadnos!… ¡También nosotros os haremos falta!

Unos veinte soldados de la sexta compañía, que se acercaban a la aldea, se unieron a los que tiraban de la cerca.

Y así, entre todos, jadeantes y encorvados, cargaron con aquella cerca de unos diez metros de longitud por dos de altura, que se doblaba, clavándose en sus espaldas.

—¡Venga!… ¡Empuja! ¿Por qué te detienes? Así, así…

No había tregua para las palabrotas e insultos.

—¿Qué hacéis?— resonó de pronto la voz imperiosa de un sargento, al encontrarse con los que arrastraban la cerca.

—¡Los oficiales están ahí al lado, el general mismo, y vosotros gritando y blasfemando! ¡Os voy a dar!

Y golpeó con fuerza la espalda del primer soldado que encontró a mano.

—¿Es que no podéis hacer las cosas sin ruido?— dijo.

Los soldados callaron. El que había sido golpeado, carraspeando, se limpió la cara en la que se había hecho un rasguño al chocar con la empalizada.

—¡Diablos, cómo pega! ¡Me hizo sangrar!— dijo con voz tímida cuando el sargento se alejó.

—¿No te ha gustado, eh?— preguntó una voz burlona.

Y bajando las voces, los soldados siguieron adelante.

Una vez fuera de la aldea volvieron a charlar en voz alta, como antes, adornando sus conversaciones con los mismos inútiles juramentos y blasfemias.

En la isba ante la que habían pasado los soldados estaban reunidos los oficiales superiores y, entre una y otra taza de té, comentaban animadamente la jornada transcurrida y las operaciones previstas para la siguiente. Se preveía una marcha oblicua hacia la izquierda para cortar la retirada al virrey y capturarlo.

Cuando los soldados llegaron con la empalizada ya ardían las hogueras de las cocinas. La leña crepitaba y la nieve se iba derritiendo alrededor de los fuegos; las negras sombras de los soldados pasaban de aquí para allá, por todo el terreno ocupado, abierto sobre la nieve pisoteada.

Hachas y machetes trabajaban por todas partes. Se hacían las cosas sin que nadie las ordenara; se traían provisiones de leña para toda la noche, se levantaban tiendas para los superiores, se ponían las ollas al fuego, se preparaban los fusiles y las municiones.

La cerca traída por los de la octava compañía fue colocada en semicírculo hacia la parte norte, apoyada en estacas; en medio, encendieron una hoguera. Sonó el toque de retreta, pasaron lista, cenaron y se dispusieron a pernoctar en torno a las hogueras; unos se dedicaron al arreglo de sus botas, otros encendieron las pipas y alguno, desnudo del todo, acercaba la ropa a la llama para evaporar del todo los piojos.

VIII

Parecía que en tan penosas e inimaginables condiciones de existencia como tenían los soldados rusos en aquel tiempo —sin botas de abrigo, sin pellizas, sin un techo bajo el que cobijarse en medio de la nieve, a dieciocho grados bajo cero, sin contar siquiera con la ración completa de víveres, puesto que la intendencia no siempre podía seguir de cerca al ejército—, debían estar tristes y abatidos.

Ocurría todo lo contrario: las tropas nunca habían mostrado, ni en las mejores condiciones materiales, un aspecto más alegre y animado. Y esto sucedía porque cada día eliminaba del ejército a todos los que comenzaban a flaquear o abatirse. Los débiles física o moralmente habían quedado atrás hacía tiempo; ahora permanecía en filas la flor y nata de las tropas, los más fuertes de cuerpo y espíritu.

En torno a la hoguera de la octava compañía, tras el resguardo de la empalizada, la concurrencia era mayor. Dos sargentos estaban en medio de los soldados y la hoguera ardía con más viveza que las otras. Por el derecho de sentarse junto a la empalizada, los de la octava pedían un tributo de leña.

—¡Eh!, Makéiev, ¿qué haces? ¿Te has perdido o te comieron los lobos? ¡Trae leña!— gritaba un soldado de cara colorada y pelo rojizo, con los ojos llorosos por el humo, pero sin apartarse del fuego. —¡Ea, Cuervo, trae leña! — añadió volviéndose a otro.

Aquel soldado pelirrojo no era ni suboficial ni cabo, pero sí un hombre robusto y fuerte, y eso lo autorizaba para dar órdenes a los más débiles. Un enjuto soldado pequeño, de larga nariz, al que llamaban Cuervo, se levantó dócilmente y se dispuso a cumplir lo que se le mandaba; pero en aquel

momento, a la luz del fuego, apareció la esbelta figura de un soldado joven que traía una brazada de leña.

—¡Trae! ¡Eso está bien!

Las ramas fueron inmediatamente partidas y bien apretadas; algunos se pusieron a soplar y atizar el fuego con los faldones de sus capotes, consiguiendo que las llamas crepitaran alegremente, chisporrotearan. Los soldados se acercaron a la hoguera, encendieron sus pipas. El joven y guapo soldado que había traído la leña, puesto en jarras, comenzó a patear rápida y ágilmente con sus entumecidos pies, sin moverse del sitio.

—¡Ah, mamita! ¡Es bella y fría la escarcha para el fusilero!…— canturreaba, como si hipase a cada palabra de la canción.

—¡Eh, que se te van las suelas!— gritó el pelirrojo al advertir que una de las suelas del bailarín estaba suelta. —¡Qué humor para bailar!

El bailarín se detuvo; arrancó la suela que colgaba y la echó al fuego.

—Es verdad— y sentándose sacó de la mochila un trozo de paño francés y se dedicó a envolver el pie. —Se ha estropeado por el sudor— dijo. Y estiró las piernas hacia el fuego.

—Pronto darán botas nuevas. Dicen que si acabamos con ellos nos darán dos pares a cada uno.

—Pues ese hijo de perra de Petrov se ha quedado atrás— dijo el sargento.

—Ya me di cuenta— contestó otro.

—¿Qué quieres? Era un infeliz…

—Me han dicho que en la tercera compañía ayer faltaron nueve.

—¿Qué va a hacer uno, cuando se le quedan los pies helados?

—Bueno, basta de tonterías— dijo el sargento.

—¿Tienes ganas de hacer lo mismo?— preguntó un soldado veterano al que había dicho lo de los pies helados.

—¿Y tú, qué piensas?— dijo poco después con voz chillona y temblorosa, levantándose de la otra parte del fuego, el soldado de la nariz larga, al que llamaban Cuervo. —Quien tiene carnes adelgaza, pero el delgado muere. Miradme a mí, por ejemplo. Ya no puedo más— y se volvió resueltamente al sargento. —Ordena que me envíen al hospital; me duele todo el cuerpo; al final me quedaré en el camino…

—¡Ea, basta, basta!— dijo tranquilamente el sargento.

El soldado calló.

—Hoy hemos cogido a muchos franceses; pero ninguno tenía lo que se dice buenas botas, sólo la apariencia— dijo un soldado para cambiar de tema.

—Hoy, desalojando una isba para el coronel, sacamos a los muertos; pena daba verlos, muchachos— dijo el bailarín. —Los habían matado y saqueado, sólo uno quedó vivo, palabra; farfullaba algo en su lengua.

—Y es gente limpia— terció el primero. —Blancos, blancos como un abedul… y los hay valientes y personas de categoría.

—¿Y qué te imaginabas? Ha elegido de todo.

—No saben nada de nuestra lengua— añadió el bailarín sonriendo perplejo. —Le pregunté a uno de qué rey eran y él no hacía más que hablar a su manera… ¡Qué gente tan curiosa!

—Pues aún os diré algo más raro— siguió el que se había maravillado de la blancura de los franceses. —Según contaban los de Mozhaisk, cuando empezaron a retirar a los muertos del campo de batalla, y calcula que llevaban un mes sin enterrar, estaban blancos y limpios como el papel, y no olían a nada.

—¿Sería por el frío?— preguntó uno.

—¡Vaya con el tío listo! ¡Por el frío! Entonces hacía calor. Si hubiera sido por el frío, tampoco los nuestros olerían; pero, según dicen, si te acercabas a uno de los nuestros lo encontrabas podrido de gusanos. Según un mujik tenían que taparse la nariz y la boca con un pañuelo y, volviendo la cara, se los llevaban; no podían resistir el olor. Y ellos, en cambio, seguían blancos como el papel y no olían mal.

Todos callaron.

—Será por la comida— aseguró el sargento. —Jalarían lo que sus amos.

Nadie objetó nada.

—El mujik ese de Mozhaisk, donde hubo la batalla, contaba que juntaron gente de diez aldeas para recoger a los muertos; lo hicieron durante veinte días y no dieron abasto; muchos ahí se quedaron y era de ver la cantidad de lobos…

—Aquélla sí que fue una verdadera batalla— lo interrumpió un viejo soldado. —Digna de ser recordada. En cambio, desde entonces nada… no más que sufrimiento para la gente.

—Eso es; anteayer topamos con ellos, pero no hubo nada. Antes de acercarnos tiraron los fusiles y se nos entregaron de rodillas. "*Pardon*", decían. Cuentan que Plátov ha cogido dos veces a Polion en persona… Cogerlo, lo coge, sí, lo tiene en sus manos, pero se convierte en pájaro; vuela y desaparece. Tampoco hay orden de matarlo.

—Te miro, Kiseliov, y me admiro de cuánto vales para decir embustes.

—Nada de embustes. Es la pura verdad.

—Si por mí fuese lo cogería, lo enterraría vivo y le clavaría una estaca de pino. ¡La de gente que ha matado!

—¡Como sea, acabaremos con él! Dejará de pelear— bostezó el soldado viejo.

Cesó la conversación y los soldados se fueron preparando para pasar la noche.

—¡Mira cuántas estrellas! ¡Cómo brillan! ¡Fíjate: parecen mujeres que han tendido la ropa!— exclamó un soldado admirando la Vía Láctea.

—Eso, muchachos, es señal de cosecha abundante.

—Necesitaremos más leña.

—Se te calienta la espalda y la tripa se te hiela. ¡Qué cosas pasan!

—¡Ay, Dios mío!

—¿Por qué empujas? ¿Crees que el fuego es sólo para ti? ¡Se ha echado cuan largo es!

Las voces fueron cesando y en medio del silencio se oyó el ronquido de algunos que se habían dormido, otros se daban la vuelta; se calentaban y hablaban de vez en cuando. Desde otra hoguera, a un centenar de pasos, se oyeron risas unánimes y alegres:

—¡Cómo se divierten en la quinta!— dijo un soldado. —¡La de gente que se ha reunido!

Un soldado se incorporó y se dirigió hacia la quinta.

—¡Qué risa!— dijo, volviendo al poco rato. —Tienen a dos franceses; uno está completamente helado, pero el otro es de lo más divertido y canta bien.

—¡Ea, vamos a verlo!…
Y algunos soldados se fueron a la quinta compañía.

IX

La quinta compañía había acampado en el lindero del bosque. Una enorme hoguera llameaba en medio de la nieve iluminando las ramas de los árboles, dobladas bajo el peso de la escarcha.

A medianoche los soldados oyeron en el bosque ruidos de pasos y de ramas quebradas.

—¡Muchachos, un oso!— dijo un soldado.

Todos alzaron la cabeza, prestando oído. A la luz de la hoguera vieron salir del bosque dos figuras humanas, extrañamente vestidas y apoyadas la una en la otra.

Eran dos franceses que se habían escondido en el bosque. Diciendo con ronca voz algo incomprensible para los soldados rusos, se acercaron al fuego. Uno de ellos, el más alto, con gorra de oficial, parecía completamente extenuado. Al llegar junto a la hoguera quiso sentarse, pero cayó en tierra. El otro, un soldado bajo y achaparrado, con la cara tapada con un pañuelo, no mostraba tanto cansancio; levantó a su compañero y, señalándose la boca, dijo algo. Los soldados rodearon a los franceses, tendieron en el suelo un capote para acomodar al enfermo y trajeron para los dos, gachas y vodka.

El exhausto oficial francés era Ramballe; el soldado de la cara abrigada con el pañuelo era Morel, su asistente.

Cuando Morel hubo bebido vodka y comido una cazuela de gachas, pareció presa de una morbosa alegría y comenzó a hablar a los soldados, que no lo entendían. Ramballe había rechazado la comida y, en silencio, yacía junto al fuego, apoyado en un codo, mirando a los rusos con ojos enrojecidos y extraviados. De vez en cuando dejaba escapar un prolongado

gemido y volvía a su silencio. Morel, señalando sus hombros, quería dar a entender que su compañero era un oficial y que necesitaba ser atendido. Un oficial ruso que se había acercado al grupo mandó preguntar al coronel si quería recibir a un oficial francés para hacerlo entrar en calor; y cuando el emisario regresó con la aquiescencia del coronel, pidieron a Ramballe que se levantase.

Éste se levantó e hizo lo posible por dar unos pasos, pero se tambaleó y habría caído si un soldado que estaba cerca no lo hubiera sostenido a tiempo.

—¿Qué? ¿No querrás volver…?— dijo un soldado, guiñando burlón el ojo.

—¡Calla, memo! ¿A qué viene eso? Bien se ve que eres un mujik, un mujik de pies a cabeza— se oyeron voces diversas reprochando la burla del soldado.

Rodearon a Ramballe y dos soldados lo levantaron enlazando las manos. Ramballe se abrazó a ellos y, mientras lo llevaban, gimoteó:

—Oh! mes braves, mes bons, mes bons amis! Voilà des hommes! Oh! mes braves, mes bons amis![622]— y como un niño reclinó la cabeza sobre el hombro de uno de ellos.

Mientras tanto Morel permanecía sentado en el mejor sitio entre los rusos que lo rodeaban.

Era un francés menudo y achaparrado, con los ojos inflamados y llorosos; el pañuelo que llevaba a la manera de las campesinas lo anudaba por encima del gorro; también vestía una pelliza de mujer. Animado evidentemente por el vodka, abrazado al ruso que tenía al lado, cantaba con voz ronca y quebrada una canción francesa. Los soldados lo miraban y reían a más no poder.

—¡Bravo! ¿A ver, cómo es? ¡Enséñame! La aprenderé en seguida… ¿Cómo es?— decía el soldado al que Morel abrazaba.

—Vive Henri Quatre. Vive ce roi vaillant— cantó Morel, guiñando un ojo. —Ce diable à quatre…[623]

—Vivarika! Vif sieruvaru! Sidiablakla…— repitió el ruso, agitando una mano y acertando efectivamente con la melodía de la canción.

—¡Bravo! ¡Ja, ja, ja!— se oyó desde varias partes, entre toscas y sonoras carcajadas.

También rió Morel, frunciendo el rostro.

—¡Sigue! ¡Sigue!

Qui eut le triple talent
de boire, de battre
et d'être un vert galant…[624]

—¡También eso está entonado! ¡A ver, a ver, Zalietáev!

—Kiu…— pronunció con esfuerzo Zalietáev. —Kiuiuiu…— canturreó, redondeando convenientemente los labios —letriptalá de bu de ba detravagalá…— cantó.

—¡Bien! ¡Bien! ¡Estupendo! ¡Lo haces igual que un francés! ¡Ja, ja, ja! Bueno, ¿quieres comer más?

—Dadle rancho, no se saciará pronto después de haber pasado tanta hambre.

Le dieron más rancho y Morel, riendo, comenzó su tercer plato. Todos los soldados jóvenes que lo rodeaban sonreían alegres. Los viejos, que consideraban poco digno ocuparse de semejantes tonterías, se habían agrupado de la otra parte de la hoguera, se incorporaban de vez en cuando y miraban a Morel con una sonrisa.

—También ellos son hombres— dijo uno, envolviéndose en el capote. —Hasta el ajenjo tiene sus raíces…

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuántas estrellas! Anuncia helada…

Y todo quedó en silencio. Las estrellas, como si supieran que ya nadie las miraría, rutilaban en el cielo negro. Ya encendiéndose, ya palideciendo y temblando, se comunicaban secretamente algo alegre pero misterioso.

X

Las tropas francesas se descomponían en una progresión matemáticamente exacta. El célebre paso del Berezina, sobre el que tanto se ha escrito, no fue más que uno de los compases de espera de aquel proceso de exterminio del ejército francés, y en manera alguna un episodio decisivo de la campaña. Si los historiadores franceses han escrito y escriben tanto sobre el Berezina se debe a que esta vez, en el puente hundido de aquel río, los sufrimientos franceses, antes escalonados, se amontonaron de pronto en un espectáculo trágico que ha quedado en la memoria de todos. Por otra parte, si los rusos han hablado y escrito tanto acerca del Berezina es porque, lejos de la zona de guerra, en San Petersburgo, se había redactado un plan (de Pfull) para hacer caer a Napoleón en una trampa estratégica en el río. Todos parecían convencidos de que las operaciones se desarrollarían sobre el terreno de acuerdo con lo dispuesto en aquel plan y por ello insistían en que el paso del Berezina había sido fatal para los franceses. En realidad los resultados del paso del río, teniendo en cuenta la pérdida en cañones y prisioneros, fueron menos desastrosos para los franceses que la batalla de Krásnoie, según demuestran las cifras.

El paso del Berezina es importante únicamente porque demostró de manera evidente e indudable la inconsistencia de todos los planes ideados para cerrar el paso a Napoleón en su retirada y la exactitud del único plan de acción posible, exigido por Kutúzov, que se limitaba a perseguir al enemigo. La desorganizada turba de los franceses huía con rapidez siempre creciente y estaba dirigida con toda energía a la consecución de su objetivo. Escapaba como una fiera herida y no podía detenerse en su camino. Esto se hizo evidente no sólo por la manera como fue preparado el paso del río,

sino por el movimiento de la masa sobre los puentes. Cuando éstos fueron rotos, los soldados desarmados, los habitantes de Moscú, las mujeres y niños que seguían en carros a las tropas, todos —por efecto de la ley de inercia—, en vez de rendirse, continuaron huyendo hacia delante, en barcas y en el agua helada.

Obrar así era racional. La situación de los fugitivos como la de sus perseguidores seguía siendo igual de mala. Permaneciendo junto a sus compañeros, cada uno esperaba en su desventura el socorro del camarada, volver a la posición que antes ocupaba entre los suyos. Con la rendición a los rusos seguían encontrándose en la misma miseria, pero pasaban a un puesto inferior en cuanto a la distribución de víveres. Los franceses no necesitaban informaciones seguras para saber que la mitad de los prisioneros perecían de frío y hambre, pues los rusos no sabían qué hacer con ellos pese a todo su deseo de salvarlos; se daban cuenta de que eso no tenía remedio. Ni los jefes rusos más inclinados a la piedad y simpatizantes de los franceses, ni los franceses al servicio de Rusia, nada podían hacer por los prisioneros. Los franceses perecían víctimas de la misma situación calamitosa en que se hallaba el ejército ruso; no era posible quitar ropa y comida a soldados hambrientos y muertos de frío, que eran necesarios, para dárselas a los franceses, incapaces ya de causar daño, ni culpables ni odiados, sino sencillamente inútiles. Algunos llegaban a hacerlo, pero eran excepciones.

Detrás los aguardaba una muerte segura; delante aún había esperanza. Habían quemado las naves y no quedaba más salvación que la huida en masa; y a ella se lanzaron las tropas francesas.

Cuanto más lejos huían los franceses, cuanto más exiguos eran los restos de su ejército —sobre todo después del paso del Berezina, en el cual San Petersburgo había cifrado tantas esperanzas—, tanto más se agitaban las pasiones de los generales rusos, que se acusaban mutuamente y sobre todo a Kutúzov. Previendo que el fracaso del plan de San Petersburgo en Berezina sería imputado al general en jefe, se manifestaban cada vez con más fuerza el descontento, las burlas y el desprecio. Esto, por supuesto, se expresaba en forma respetuosa, de tal manera que el mismo Kutúzov no tenía ocasión de preguntar por qué y de qué lo acusaban. Nadie hablaba con

él seriamente; todos, al informarlo de algo o pedirle permiso, lo hacían con el gesto de quien cumple una triste ceremonia; y después, a sus espaldas, se guiñaban el ojo y a cada paso trataban de engañarlo.

Todos esos hombres, precisamente porque eran incapaces de comprenderlo, estaban de acuerdo en que era inútil hablar con él; aseguraban que él nunca entendería la profundidad de sus proyectos y se limitaría a contestar con sus frases habituales (a ellos les parecía que no eran más que frases) sobre el puente de plata, que no se podía llegar a la frontera con una muchedumbre de harapientos, etcétera. Todo eso se lo habían oído ya; y lo demás que decía, por ejemplo que era necesario esperar las vituallas, que los soldados estaban sin botas, era tan simple en comparación con lo complicado e inteligente de cuanto ellos proponían que la duda era imposible: Kutúzov era un viejo imbécil, mientras que ellos eran unos adalides geniales sin mando.

Sobre todo cuando el ejército del insigne almirante y héroe de San Petersburgo, Wittgenstein, se unió al del generalísimo, aquellos chismes y aquel estado de ánimo, dominante en el Estado Mayor, llegaron a su más alto grado. Kutúzov se daba cuenta de ello y, con un suspiro, se limitaba a encogerse de hombros. Sólo una vez, después del Berezina, montó en cólera y escribió a Bennigsen —que enviaba informes por su cuenta al Emperador — la siguiente carta:

> Teniendo en cuenta sus dolorosos accesos, se le ruega, Excelencia, que al recibo de la presente se dirija a Kaluga, donde ha de esperar las órdenes y la designación de Su Majestad Imperial.

Pero una vez alejado Bennigsen, llegó el gran duque Constantino Pávlovich, que había asistido al comienzo de la campaña y fue apartado del ejército por Kutúzov. Ahora, el gran duque, de vuelta en el ejército, informó al general en jefe de que el Zar estaba descontento por los escasos éxitos de las tropas y la lentitud de las operaciones. El Zar había manifestado su deseo de unirse al ejército y estaba a punto de llegar.

El viejo general, tan ducho en los asuntos de la Corte como en el arte militar —aquel Kutúzov que en el mes de agosto de ese mismo año había sido elevado a la dignidad de generalísimo contra la voluntad del soberano y había apartado al gran duque heredero del trono utilizando su poder, quien en oposición al Emperador había ordenado el abandono de Moscú—, comprendió que su hora había llegado, que concluía su papel y que del presunto poder no le quedaba nada. Y lo comprendía no sólo por el trato que recibía en la Corte: veía, por una parte, que la guerra, aquella guerra en la cual había representado su papel, había concluido y su misión estaba cumplida. Por otra parte, en aquellos mismos días comenzó a sentir el cansancio de su viejo cuerpo y la necesidad de un descanso físico.

El 29 de noviembre Kutúzov entró en Vilna, en su buena ciudad de Vilna, como él decía. Dos veces a lo largo de su carrera había sido gobernador de Vilna. En la rica ciudad, que no había sufrido daño alguno durante la guerra, además de las comodidades de la vida, que durante tanto tiempo le habían faltado, encontró viejos amigos y recuerdos. Y dejando de lado todas las preocupaciones estatales y militares se entregó a una vida apacible, regulada por los viejos hábitos, en la medida en que le daban tregua las pasiones encendidas a su alrededor, como si cuanto estaba sucediendo y debía suceder en la historia no lo afectara en absoluto.

Chichágov, uno de los más fervientes partidarios del cerco y captura del enemigo, que deseaba hacer, en primer lugar, un sabotaje en Grecia y luego en Varsovia e ir a todos los sitios, pero de ningún modo al que le ordenaban; Chichágov, célebre por el valor con que hablaba al Zar, consideraba que Kutúzov debería estarle agradecido porque cuando, en 1811, fue enviado a Turquía para firmar la paz, sin la participación de Kutúzov, al convencerse de que la paz ya estaba firmada, reconoció ante el Zar que todo el mérito de esa firma pertenecía a Kutúzov.

Hablando con Chichágov, Kutúzov le dijo entre otras cosas que los coches cargados con sus vajillas, capturados en Borísovo, estaban a salvo y le serían devueltos.

—Ce n’est pour me dire que je n’ai pas sur quoi manger… Je puis au contraire vous fournir de tout dans le cas même où vous voudriez donner des dîners[625]— respondió Chichágov, ruborizándose, deseando demostrar

con cada palabra que eso no era motivo de preocupación para él, pero sí para Kutúzov.

El general en jefe sonrió con cierta penetrante sutileza y, encogiéndose de hombros, respondió:

—Ce n'est que pour vous dire ce que je vous dis.[626]

Contra la voluntad del Zar, Kutúzov detuvo en Vilna a la mayor parte de sus tropas. Quienes lo rodeaban decían que estaba extraordinariamente cansado y muy débil. Se ocupaba de mala gana de los asuntos militares y lo abandonaba todo a sus generales. En espera de la llegada del Soberano, procuraba distraerse.

El Zar había salido de San Petersburgo el 7 de diciembre con el conde Tolstói, el príncipe Volkonski, Arakchéiev y otros personajes de su séquito. El día 11 llegó a Vilna y, en su trineo, se dirigió inmediatamente al castillo. A la entrada, a pesar del frío intenso, lo esperaban casi un centenar de generales y oficiales de Estado Mayor con uniforme de gala, sin contar la guardia de honor del regimiento Semiónovski.

Un correo, que precedía al Zar en un trineo arrastrado por tres caballos sudorosos, anunció la llegada de Alejandro. Konovnitsin corrió al zaguán para avisar a Kutúzov, que aguardaba en una pequeña pieza de la portería.

Unos instantes después la gruesa y alta figura del viejo general, también con uniforme de gala y todas sus condecoraciones en el pecho, con el fajín que le oprimía el vientre, salió, balanceándose, al zaguán. Se puso el sombrero, tomó los guantes y, de lado, con gran dificultad, bajó las escaleras y tomó el informe que debía entregar al Soberano.

Todos los ojos, en medio de aquel ir y venir de susurros, de la carrera desenfrenada de una troika, estaban fijos en un trineo que se acercaba al galope y donde se veían las figuras del Zar y de Volkonski.

Pese a sus cincuenta años de costumbre, todo ello provocó en el viejo general un estado de inquietud física. Preocupado, tanteaba el uniforme con gesto nervioso y se enderezaba el sombrero en el instante preciso en que el Soberano descendía del trineo y miraba hacia él; Kutúzov volvió a ser dueño de sí mismo e irguiéndose avanzó, tendió a Alejandro su informe y habló con su voz de siempre, mesurada y sugestiva.

El Zar lo envolvió en una rápida mirada de pies a cabeza, frunció momentáneamente el ceño pero, dominándose en seguida, se acercó y lo abrazó. Y una vez más, la impresión de esa muestra de afecto relacionada con sus pensamientos más íntimos conmovió como siempre a Kutúzov, que no pudo dominar un sollozo.

Alejandro saludó a los demás oficiales, pasó revista a la guardia de honor del regimiento Semiónovski, volvió a estrechar la mano de Kutúzov y, por último, entró con él en el castillo.

Una vez a solas Alejandro le manifestó su disgusto por la lentitud con que había perseguido al enemigo y los errores cometidos en Krásnoie y el Berezina; a renglón seguido le participó sus puntos de vista sobre la futura campaña, más allá de la frontera. Kutúzov no objetó ni dijo nada. La misma expresión de sumisión inexpresiva con la que siete años antes había escuchado las órdenes del Zar en el campo de Austerlitz reaparecía ahora en su rostro.

Cuando Kutúzov salió del despacho de Su Majestad y atravesaba con sus pasos balanceantes y pesados y con la cabeza baja la sala, lo detuvo una voz.

—Alteza— decía alguien.

Kutúzov alzó la cabeza y contempló largamente los ojos del conde Tolstói, quien, de pie ante él, le presentaba un pequeño objeto en una bandeja de plata. Al parecer, Kutúzov no entendía lo que se pretendía de él.

De pronto pareció recordar; una imperceptible sonrisa vagó por su grueso rostro, e inclinándose profunda y respetuosamente tomó el objeto que le presentaban en la bandeja: era la cruz de primera clase de la Orden de San Jorge.

XI

Al día siguiente el comandante en jefe ofreció un banquete seguido de baile, que fue honrado con la presencia del Zar. Kutúzov había sido condecorado con la cruz de San Jorge de primera clase. El Soberano le tributaba los máximos honores, pero todos sabían que Alejandro estaba disgustado con él. Se observaban las conveniencias y el Zar daba el ejemplo; pero nadie ignoraba que el viejo era culpable y no servía para nada. Cuando Kutúzov, al entrar Alejandro en la sala de baile, ordenó poner a los pies del Soberano (según costumbre en la época de Catalina) las banderas cogidas al enemigo, el Zar frunció el ceño, contrariado, y profirió algunas palabras en las que ciertos cortesanos creyeron entender: “Viejo comediante”.

El descontento del Zar se acrecentó sobre todo en Vilna porque Kutúzov no quería o no podía comprender el sentido de la campaña inminente.

Y cuando Alejandro al día siguiente, delante de los oficiales reunidos en su palacio, dijo: “No habéis salvado sólo a Rusia, habéis salvado a Europa”, todos comprendieron que la guerra no había terminado.

Kutúzov era el único que no quería entenderlo así y manifestaba abiertamente su parecer de que una nueva guerra no podría mejorar la situación ni acrecentar la gloria de Rusia, sino que la situación empeoraría y rebajaría aquella cumbre de gloria a la que Rusia, según él, había llegado. Trataba de hacer comprender al Zar la imposibilidad de reclutar nuevas fuerzas, hablaba del lastimoso estado de la población, de la posibilidad de fracasos, etcétera.

Como es natural, en semejante disposición de ánimo el comandante en jefe no representaba más que un obstáculo y un freno para la guerra inminente.

Para evitar choques con el viejo se halló una solución para quitarlo de en medio, lo mismo que en Austerlitz, y que era el mismo recurso empleado con Barclay al comienzo de la última campaña: sin inquietarlo, sin decirle nada, privarlo del poder que disfrutaba y pasar ese poder al Zar en persona.

Con ese fin, y poco a poco, fue cambiando el Estado Mayor, con lo cual la fuerza principal de Kutúzov quedó deshecha y recompuesta en torno a la figura del Soberano. Toll, Konovnitsin y Ermólov recibieron otros destinos.

Y todos repetían en voz alta que el general en jefe estaba muy débil y su salud era precaria.

Debía de estar débil para ceder su puesto a quien venía a sustituirlo; y lo estaba de verdad.

Con la misma naturalidad pausada y sencilla con que, a su vuelta de Turquía, Kutúzov se había dirigido a la Cámara de Comercio de San Petersburgo para tramitar la leva de reclutas y después, cuando fue imprescindible, se lo nombró generalísimo del ejército, así, ahora, también de manera natural, simple y gradual, cuando su misión quedó cumplida, ocupó su puesto un nuevo personaje, el hombre que requería el momento histórico.

La guerra de 1812, además de estar en el corazón de todos los rusos, debía de tener otro sentido, un sentido europeo.

Al movimiento de los pueblos de Occidente a Oriente debía suceder una marcha de los pueblos de Oriente a Occidente; y para la nueva guerra se necesitaba un hombre nuevo, con calidades y opiniones distintas de las de Kutúzov; un hombre movido por otras razones.

Alejandro I era tan necesario para ese movimiento de los pueblos de oriente hacia occidente y para el restablecimiento de las fronteras nacionales como lo había sido Kutúzov para la salvación y la gloria de Rusia.

Kutúzov no entendía ni podía entender lo que significaban Europa, el equilibrio, Napoleón. Al hombre que representaba al pueblo ruso, una vez que el enemigo fue derrotado, liberada la patria y puesta en el pináculo de la gloria, a ese hombre, como ruso, nada le quedaba por hacer. Al hombre que era la personificación de la guerra nacional no le quedaba más que morir. Y murió.

XII

Como suele ocurrir en la mayoría de los casos, Pierre se resintió de las graves privaciones físicas y de las calamidades soportadas durante el cautiverio cuando tales calamidades y privaciones concluyeron. Después de su liberación se dirigió a Orel y al tercer día de su llegada, cuando se disponía a salir para Kiev, enfermó y hubo de pasar en Orel tres meses, aquejado, según decían los médicos, de una fiebre hepática. Y pese a que los médicos lo trataron, le hicieron repetidas sangrías y lo obligaron a tomar diversas medicinas, se curó.

No había dejado en él casi ninguna huella lo ocurrido desde su liberación hasta caer enfermo. Sólo recordaba el tiempo gris y sombrío, de lluvia y nieve, su interna angustia física, el dolor de los pies y en un costado; recordaba también la impresión general que le producían la desgracia y los sufrimientos de los seres humanos, la curiosidad de los oficiales y generales que lo interrogaban, sus esfuerzos por encontrar un coche y caballos y, sobre todo, la propia incapacidad para pensar y sentir en todo aquel período.

El día de su liberación había visto el cadáver de Petia Rostov. Aquel mismo día supo que el príncipe Andréi Bolkonski había sobrevivido un mes después de la batalla de Borodinó y que había muerto hacía poco en Yaroslavl, en casa de los Rostov. Y al mismo tiempo que Denísov le contaba todo eso, hizo alusión a la muerte de Elena, suponiendo que Pierre estaba enterado de ella hacía tiempo. Tal cúmulo de acontecimientos pareció entonces a Pierre simplemente extraño. Se sentía incapaz de comprender todo el significado de aquellas noticias; su único afán era salir lo antes posible de aquellos lugares donde los hombres se mataban, llegar a

un refugio tranquilo donde pudiera recobrarse, descansar y reflexionar sobre tantas cosas extrañas y nuevas que había aprendido aquellos días. Pero en cuanto llegó a Orel, cayó enfermo. Recobrado de la enfermedad, Pierre vio en torno a su lecho a dos de sus criados venidos de Moscú —Terenti y Vaska— y a la mayor de las princesas, que vivía en Elets, en una hacienda de Pierre, y quien, al enterarse de su liberación y enfermedad, había acudido a cuidarlo.

Durante la convalecencia Pierre fue olvidando poco a poco las impresiones de los últimos meses, habituándose a la idea de que al día siguiente nadie lo obligaría a ir quién sabe adonde, que nadie lo echaría de su tibio lecho, ni le faltaría la comida, ni el té, ni la cena. Pero en sueños siguió durante largo tiempo viéndose en las mismas condiciones del cautiverio. Con gran lentitud fue comprendiendo las novedades que supo al ser liberado: la muerte del príncipe Andréi, la de su mujer y la derrota total de los franceses.

Un jubiloso sentimiento de libertad —de esa libertad plena, inalienable, connatural al hombre, de la que por primera vez tuvo conciencia a la salida de Moscú— colmaba el espíritu de Pierre durante su convalecencia. Lo asombraba que su libertad interna, independiente de las condiciones exteriores, rodease de un lujo, a todas luces excesivo, su libertad externa. Se encontraba solo, en una ciudad desconocida, sin amigos. Nadie exigía nada de él; nadie lo hacía ir a lugares desconocidos; poseía todo cuanto deseaba; lo que pensaba antes de su mujer y lo había atormentado tanto ya no existía puesto que ella tampoco existía.

"¡Ah, qué bien! ¡Qué maravilla!", se decía cuando le acercaban la mesa cubierta de un mantel limpio, sobre el cual habían puesto una taza de oloroso caldo; o cuando para dormir se echaba en un lecho blando, o cuando se acordaba de que todo había acabado, lo de su mujer y lo de los franceses. "¡Qué bien! ¡Qué maravilla!"

Siguiendo su vieja costumbre, solía preguntarse: "¿Y después, qué voy a hacer?". Y en seguida se respondía: "Nada: viviré… ¡también eso es maravilloso!".

Ya no existía aquel objetivo vital por el que había sufrido tanto y que siempre buscaba. Y no se debía a una simple casualidad si ese objetivo

había dejado de existir en aquellos momentos, se daba cuenta de que no existía ni podía existir. Y esa ausencia de un fin determinado le proporcionaba esa conciencia perfecta y alegre de libertad, que entonces lo hacía tan feliz.

No podía tener un objetivo, porque ahora poseía la fe: no la fe en determinadas normas o palabras, ni la fe en unas ideas, sino la fe en un Dios vivo siempre presente. Hasta entonces lo había buscado en los objetivos que se planteaba; porque aquella búsqueda de un fin no era más que la búsqueda de Dios. Y de súbito, en el cautiverio, había conocido, sin necesidad de palabras ni de razonamientos sino por sentimiento directo, lo que su niñera le había dicho muchos años atrás: Dios está aquí, en todas partes. Pierre había aprendido que el Dios de Karatáiev era más grande, infinito e inconcebible que el Arquitecto del Universo reconocido por los masones. Y experimentaba el sentimiento de un hombre que ha encontrado de pronto bajo sus pies lo que había buscado durante mucho tiempo, mientras dirigía la vista a lo lejano. Durante toda su vida Pierre había mirado a un punto distante por encima de las cabezas de los hombres que lo rodeaban. Y ahora sabía que no era necesario fijar la vista allí, sino mirar sencillamente ante sí.

Hasta entonces no había sabido ver en nada lo grande, lo inconcebible e infinito. Sabía que estaba en alguna parte y lo buscaba. En todo lo cercano, comprensible, veía únicamente la limitación, lo mezquino, la vulgaridad, lo absurdo; procuraba, utilizando mentalmente una especie de anteojo, ver a lo lejos, allí donde lo mezquino y vulgar se perdían de vista en medio de una bruma difusa, pareciéndole por ello grande e infinita. Así veía la vida europea, la política, la masonería, la filosofía, la filantropía. No obstante, también entonces, en los instantes que él consideraba como una debilidad suya, su mente superaba aquella lejanía y veía, también allí, lo mezquino, lo vulgar y lo absurdo. Ahora, en cambio, había aprendido a ver lo grande, infinito y eterno en cada cosa; y como algo lógico, para verlo bien, para gozar de su vista, apartó de sí el anteojo con el que había mirado por encima de sus semejantes y contempló alegremente la vida eternamente mudable, eternamente grande, inconcebible e infinita que lo rodeaba. Y cuanto más de cerca la miraba, tanto más tranquilo y feliz se sentía. Aquella terrible pregunta del “¿por qué?”, que echaba abajo todas sus

construcciones mentales, había dejado de existir para él. En su alma había desde entonces una simple respuesta; porque existe Dios, ese Dios sin cuya voluntad no cae ni un solo cabello de la cabeza del hombre.

XIII

Pierre no había cambiado apenas en su manera de ser. Seguía siendo, aparentemente, el mismo de antes: distraído, ocupado, al parecer, no en lo que tenía delante sino en algo peculiar y suyo. La diferencia entre su estado anterior y el de ahora consistía en que antes, cuando olvidaba lo que tenía delante o lo que le decían, dolorosas arrugas surcaban su frente, como si tratara de ver y no consiguiera distinguir algo demasiado alejado de él. Ahora olvidaba también lo que tenía delante o le decían; pero fijaba su atención en lo que le decían con una imperceptible sonrisa irónica, aunque era evidente que veía y escuchaba algo absolutamente distinto. Antes parecía una buena persona, pero desgraciada; por ello la gente se alejaba de él aun sin darse cuenta. Ahora, su rostro estaba siempre iluminado por una sonrisa jubilosa y en sus ojos se transparentaba la simpatía por los hombres, la pregunta de si estaban todos tan a gusto como lo estaba él. Y los demás se encontraban siempre bien en su presencia.

Antes hablaba mucho; se acaloraba en las discusiones y escuchaba poco; ahora rara vez se apasionaba y sabía escuchar de tal manera que todos le confiaban de buen grado sus más íntimos secretos.

La princesa, su prima, que nunca había manifestado afecto por él, afecto convertido en hostilidad después de la muerte del viejo conde, pues se sentía en deuda con Pierre, ahora, después de una breve estancia en Orel a donde había ido para demostrar que, pese a su ingratitud, consideraba como un deber suyo cuidarlo, sintió con asombro que lo quería. Pierre no hacía nada para ganarse su simpatía; se limitaba a observarla con curiosidad. Hasta entonces, la princesa siempre había notado que Pierre no sentía por ella más que una burlona indiferencia a la cual oponía la faceta defensiva de

su carácter, encerrada en sí misma, lo mismo que hacía con otras personas; ahora, en cambio, le parecía que él trataba de comprenderla, de escuchar atentamente cuanto le decía, y —al principio con desconfianza, después con gratitud— no ocultaba ante él las íntimas y excelentes cualidades de su alma.

El hombre más astuto no habría logrado ganar más hábilmente la confianza de la princesa; Pierre lo consiguió reanimando los recuerdos del mejor período de su juventud y mostrando por ellos profunda simpatía. Pero toda la sabiduría de Pierre se reducía a buscar su propia satisfacción, despertando en la seca princesa, orgullosa a su manera, sentimientos humanos.

"Sí, es un hombre muy bueno, cuando no se encuentra bajo la influencia de gentes malas, sino de personas como yo", se decía la princesa.

También los criados Terenti y Vaska habían observado, a su modo, el cambio ocurrido en Pierre. Les parecía que el amo era mucho más sencillo. Con frecuencia, Terenti, después de haberlo desvestido y haberle deseado una buena noche, se detenía antes de salir, con las botas en una mano y el traje al brazo, en espera de que el señor iniciara con él alguna conversación. Y casi siempre Pierre lo retenía, al ver que su criado tenía deseos de hablar.

—Y bien, cuéntame… ¿cómo conseguíais lo necesario para comer?— preguntaba.

Y Terenti le hablaba de las calamidades de Moscú, del difunto conde, y se quedaba así durante largo rato, con el traje de su amo en el brazo, hablando y a veces escuchando los relatos de Pierre; y después salía de la habitación con la grata conciencia de la intimidad con su señor y lleno de cariño hacia él.

El médico que cuidaba de Pierre iba a verlo cada día; y aun cuando, según la costumbre de los médicos, creyera un deber asumir el aire de un hombre cuyos minutos son preciosos para el bien de la humanidad que sufre, se quedaba horas junto al paciente, le refería sus historias favoritas y sus observaciones sobre el comportamiento de los enfermos en general y de las damas en particular.

—Con un hombre como usted, da gusto conversar— decía. —No es lo mismo que con la gente provinciana…

En Orel vivían algunos oficiales del ejército francés, prisioneros, y un día el médico llevó a uno de ellos a casa de Pierre; era un joven italiano. Ese oficial acudía con frecuencia, y a la princesa le hacía gracia el cariño que el italiano mostraba hacia Pierre.

El oficial italiano parecía únicamente feliz cuando podía ir a casa de Pierre, conversar con él, contarle su propio pasado, su vida familiar, sus amores, y expresarle su indignación contra los franceses y especialmente contra Napoleón.

—Si todos los rusos se parecen, aunque sea un poco a usted— decía a Pierre, —c'est un sacrilège de faire la guerre à un peuple comme le vôtre.[627] Usted, que ha sufrido tanto por culpa de los franceses, no muestra ni siquiera rencor alguno contra ellos.

Si Pierre se había ganado aquel apasionado afecto del italiano era únicamente por haber despertado en él lo mejor de su alma y porque le complacía verlo.

En los últimos tiempos de su estancia en Orel recibió la visita de un viejo amigo, el conde Villarski, el mismo masón que lo había introducido en la logia en 1807. Villarski se había casado con una rusa muy rica, propietaria de grandes haciendas en la provincia de Orel, y ocupaba en la ciudad, provisionalmente, un cargo relacionado con la intendencia.

Al saber que Bezújov estaba en Orel, Villarski acudió a visitarlo, aunque nunca los habían unido lazos de amistad estrecha, con esas manifestaciones de afecto propias de las personas que se encuentran en un desierto. Villarski se aburría en Orel y lo alegró encontrar a un hombre de su mundo y su posición, al que suponía interesado por los mismos problemas que a él lo inquietaban.

Pero, con asombro, no tardó en darse cuenta de que Pierre se hallaba muy atrasado con respecto a la vida real y había caído —era su opinión— en la apatía y el egoísmo.

"Vous vous encroutez, mon cher"[628] le decía y, sin embargo, Villarski experimentaba mayor placer que antes con la compañía de Pierre e iba a visitarlo cada día. Y contemplando y escuchando a su visitante, Pierre hallaba cada vez más inverosímil el haber sido hasta hace poco semejante a él.

Villarski estaba casado; tenía hijos, se ocupaba de los asuntos de su mujer, de la familia y de su empleo; consideraba todas esas ocupaciones como un obstáculo en su vida, algo despreciable, porque sólo veía en ellas el bienestar personal y el de los suyos. Los asuntos militares, administrativos, políticos y de la masonería ocupaban toda su atención; y Pierre, sin intentar hacerlo cambiar de opinión, sin reprocharle, con una ironía que se mostraba siempre alegre y apacible, no dejaba de admirar aquel fenómeno que tan bien conocía.

En sus relaciones con Villarski, con la princesa, con el médico y, en general, con toda la gente que trataba, había ahora en el carácter de Pierre un rasgo nuevo que le hizo ganar la simpatía de todos: la aceptación de que cada persona puede pensar, sentir y opinar a su modo y el convencimiento de que es imposible disuadirla por medio de la palabra. Esa legítima peculiaridad individual, que en otro tiempo había atormentado y turbado a Pierre, constituía ahora el fundamento de su simpatía e interés por los hombres. La diferencia, la total contradicción de las opiniones que defendían y la vida que llevaban lo divertían y provocaban su sonrisa irónica y bondadosa.

En los asuntos prácticos, Pierre notaba ahora, de un modo imprevisto, que contaba con el punto de apoyo que antaño le faltaba. En otros tiempos cualquier cuestión de dinero, sobre todo las peticiones que, dada su enorme riqueza, le hacían con frecuencia, lo sumían en un mar de confusiones. "¿Le doy o no? —se preguntaba—. Tengo mucho y ese hombre lo necesita. Pero aquel otro tiene más necesidad aún. ¿Quién lo necesita más? ¿Y si los dos me engañan?" Antes no encontraba solución a esas preguntas y daba a todos. La misma turbación le producía cualquier consejo sobre el modo de administrar sus bienes de fortuna.

Ahora, con gran asombro suyo, ya no encontraba en semejantes problemas dudas ni confusiones. Había ahora en él una especie de juez que, de acuerdo con determinadas leyes, ignoradas por él mismo, le dictaba lo que convenía hacer o no hacer.

Como antes, no sentía atracción por el dinero, pero sabía perfectamente lo que debía o no debía hacer con él. El primer caso práctico a resolver por ese juez fue el de un coronel francés prisionero, quien después de contarle

con todo detalle sus proezas le pidió, casi exigiendo, cuatro mil francos para enviárselos a su mujer y a sus hijos. Pierre, sin esfuerzo alguno, se los negó, admirándose después de lo fácil y sencillo que resultaba hacerlo; en otros tiempos le habría parecido una dificultad invencible. Y al mismo tiempo que denegaba la petición del coronel, pensaba cómo hacer, antes de irse de Orel, para que el oficial italiano aceptase el dinero que evidentemente necesitaba. Una nueva prueba de la opinión de Pierre en los asuntos monetarios fue la cuestión de las deudas de su mujer y la reconstrucción de las casas y villas que poseía en Moscú.

Su administrador principal fue a visitarlo en Orel para informarlo del estado de sus rentas, muy distintas de las anteriores. Según el administrador, el incendio de Moscú suponía para Pierre la pérdida de unos dos millones de rublos. Para consolarlo de esa pérdida, presentó a su amo las cuentas de tal manera que, a pesar de todo, los ingresos, en vez de descender, aumentarían si se negaba a pagar las deudas de su mujer (a lo que no estaba obligado) y si renunciaba a reconstruir las casas de Moscú y los alrededores, cuyo mantenimiento suponía un gasto de ochenta mil rublos al año sin beneficio alguno.

—Sí, sí, es verdad— sonrió alegremente Pierre. —No necesito nada de eso. Después del saqueo me he hecho mucho más rico.

Pero en enero Saviélich llegó a Moscú, le habló del estado de la ciudad y le mostró el presupuesto que había hecho el arquitecto para la reconstrucción de su casa y de las villas próximas, refiriéndose a ello como si el asunto estuviera ya resuelto. Por aquel entonces Pierre recibió algunas cartas del príncipe Vasili y de otras amistades de San Petersburgo. Se referían a las deudas de su mujer e hicieron pensar a Pierre que el proyecto del administrador, que tanto le había gustado al principio, era inaceptable y él mismo debía ir a San Petersburgo para saldar aquellas deudas y reedificar la casa de Moscú.

Ignoraba el motivo de tener que proceder de ese modo, pero sentía la necesidad de hacerlo. Sus rentas disminuirían en tres cuartas partes, pero había que obrar así.

Villarski salía para Moscú y determinó irse con él.

Durante toda su convalecencia en Orel, Pierre había experimentado la alegría de la libertad y de la vida; ese sentimiento fue aumentando a lo largo del viaje, cuando se encontró al aire libre y fue viendo caras nuevas y conocidas. Durante todo aquel viaje sentía la misma alegría que el escolar durante las vacaciones. Todos los rostros, desde el postillón hasta el maestro de postas y los campesinos, tenían para él un nuevo sentido. La presencia y las observaciones de Villarski, que se lamentaba de la pobreza de Rusia, de su ignorancia y su atraso con respecto a Europa, no hacían más que estimular la alegría de Pierre. Donde Villarski veía el soplo de la muerte, Pierre veía una prueba de extraordinaria vitalidad, una fuerza que en medio de la nieve sostenía allí la vida de aquel pueblo unido, peculiar y único. No discutía las opiniones de Villarski; parecía estar de acuerdo con él (ya que esa conformidad fingida era el camino más corto para evitar discusiones que a nada conducirían); y mientras lo escuchaba, sonreía alegremente.

XIV

Así como es difícil explicar por qué y hacia dónde corren las hormigas de un hormiguero destruido, por qué unas sacan briznas, huevecillos y cadáveres y otras vuelven a ese hormiguero, por qué chocan entre sí, se alcanzan y luchan, igual de difícil sería explicar las causas que obligaron a los rusos, tras la retirada de los franceses, a congregarse en aquel lugar antes llamado Moscú. Si miramos a las hormigas, dispersas en torno al hormiguero totalmente deshecho, si contemplamos su energía y su número incalculable, comprenderemos en seguida que todo está destruido excepto algo indestructible y no material que constituye la verdadera fuerza del hormiguero; lo mismo ocurría en Moscú por los días de octubre, aunque no hubiera allí ni autoridad, ni iglesias, ni santuarios, ni riquezas, ni siquiera casas. Seguía siendo la misma ciudad que había sido en agosto. Todo yacía destruido excepto ese algo no material, pero poderoso e imperecedero.

Los motivos que impulsaban a los hombres que desde todas partes corrían hacia Moscú, después de la huida del enemigo, eran variadísimos, personales y, en los primeros días, salvajes y bestiales sobre todo. Un solo objetivo empujaba a todos: llegar lo antes posible al lugar llamado antes Moscú y reemprender su propia actividad.

Una semana más tarde había en Moscú quince mil habitantes; a las dos semanas eran veinticinco mil, etcétera. Aumentando cada vez más, la cifra llegó a superar en el otoño de 1813 a la población de 1812.

Los primeros rusos que entraron en Moscú fueron los cosacos del destacamento de Wintzingerode, los mujiks de las aldeas cercanas y los habitantes de la capital que se habían escondido en las proximidades. Y lo primero que hicieron esos rusos que entraron en la ciudad arruinada y

saqueada fue entregarse también al pillaje, prosiguiendo así la obra de los franceses. Los campesinos acudían con carros para llevarse a sus aldeas todo lo que aún podían encontrar abandonado en las casas destruidas o en las calles. Los cosacos cargaron con cuanto pudieron; los propietarios llevaban a sus casas lo que lograban encontrar en otras, con el pretexto de que les pertenecía.

A los primeros saqueadores sucedieron otros y otros; cada día, a medida que crecía su número, el saqueo se hacía más y más difícil y tomaba formas precisas.

Los franceses habían encontrado una Moscú vacía que conservaba todavía su forma de ciudad organizada con diversos servicios de comercio, artesanía, objetos de lujo, gerencias estatales y eclesiásticas. Eran formas carentes de vida que, a pesar de ello, existían. Había tiendas, almacenes, bazares, la mayoría con mercancías; había fábricas, talleres de artesanos, palacios, casas lujosas, llenas de objetos de gran valor; había hospitales, presidios, oficinas públicas, iglesias y catedrales. Cuanto más se prolongaba la estancia de los franceses en la ciudad, mayor era la destrucción de esas formas de vida urbana y, al final, todo quedó reducido a un campo indiviso de pillaje, carente de vida.

Cuanto más se prolongaba el saqueo de los franceses, más se destruían las riquezas de Moscú y menores eran las fuerzas de los saqueadores. El saqueo de Moscú por los rusos comenzó cuando sus tropas llegaron a la capital, y cuanto más duraba su estancia, cuanto mayor el número de sus participantes, más rápida era la reconstrucción de las riquezas y de la vida regulada.

Además de los saqueadores afluían a Moscú las gentes más diversas, arrastradas ya por la curiosidad, ya por los deberes de trabajo, ya por el cálculo: eran propietarios de casas y clérigos, funcionarios altos y pequeños, mercaderes, artesanos, campesinos.

Al cabo de una semana los mujiks que iban a la ciudad con sus carros vacíos, para volver con ellos llenos de toda clase de objetos, eran ya detenidos por las autoridades y obligados a retirar los cadáveres. Otros, enterados de lo sucedido a sus compañeros, acudían con los carros cargados de trigo, avena y heno; en pugna unos con otros bajaban los precios,

dejándolos por debajo del precio anterior. Cooperativas de carpinteros acudían con la esperanza de un trabajo bien retribuido, y por todas partes reparaban las casas incendiadas y construían otras nuevas. Los comerciantes abrían sus puestos. Tabernas y posadas se instalaban en casas medio destruidas por el incendio. El clero restablecía el culto en las numerosas iglesias que habían quedado intactas; algunas personas donaban objetos de culto para sustituir a los robados. Los funcionarios instalaban sus oficinas, con tapetes y armarios, en pequeñas habitaciones. Los jefes superiores y la policía se dedicaban a distribuir los bienes dejados por los franceses. Los propietarios de las casas donde se habían acumulado objetos procedentes de otras viviendas se quejaban de que todo fuera concentrado en un sitio. Otros decían que no era justo dejar al dueño de la casa todos los objetos hallados en ella, pues los franceses que vivían en diversas mansiones reunían las cosas en una de ellas. Se insultaba a la policía, la sobornaban, se decuplicaba en los presupuestos el valor de las cosas quemadas pertenecientes al Estado, se exigía ayuda y el conde Rastopchin escribía sus proclamas.

XV

Pierre llegó a Moscú a fines de enero y se instaló en un pabellón que se conservó intacto en su casa. Visitó al conde Rastopchin y a varios amigos que habían regresado a la ciudad con el propósito de salir al tercer día para San Petersburgo. Todos festejaban la victoria; la vida bullía en la arruinada capital, que poco a poco iba renaciendo. Todos se alegraban de ver a Pierre, deseaban hablar con él y conocer lo que había vivido y visto. Pierre se mostraba especialmente amable con todos pero, sin darse cuenta, procuraba no comprometerse con nadie y conservar su libertad. A las preguntas que le hacían —importantes o sin importancia— acerca de dónde pensaba vivir, si iba a reconstruir su casa, cuándo partiría para San Petersburgo y si podía encargarse de llevar un paquete, se limitaba a contestar de un modo vago: “Sí… tal vez… lo estoy pensando, etcétera”.

De los Rostov supo que estaban en Kostromá y pensaba raras veces en Natasha. Y si acudía a su memoria no pasaba de ser un grato recuerdo de un pasado ya muy lejano. Se sentía libre no sólo de todas las trabas sociales, sino también de aquel sentimiento que según creía se había impuesto voluntariamente.

Tres días después de su llegada a Moscú supo por los Drubetskói que la princesa María estaba en la capital. La muerte, los sufrimientos, los últimos días del príncipe Andréi acudían con frecuencia a la memoria de Pierre y ahora volvieron a su mente con nueva fuerza. Cuando supo, durante la comida, que la princesa María estaba en Moscú, en su casa de la calle Vozdvíshenka, no afectada por el incendio, decidió ir a visitarla aquella misma tarde.

Por el camino Pierre no dejó de pensar en el príncipe Andréi, en su amistad con él, en sus diversas entrevistas y, sobre todo, en la última de Borodinó.

"¿Será posible que haya muerto con la acritud de entonces? ¿Y que antes de morir no le fuera revelado el sentido de la vida?", pensaba. Se acordó de Karatáiev y de su muerte; y sin advertirlo él mismo, comparó aquellos dos hombres tan diferentes y al mismo tiempo tan parecidos por el cariño que les tuvo y porque ambos habían vivido y habían muerto.

En la más grave disposición de espíritu llegó Pierre a la casa del viejo príncipe. El edificio había sufrido poco. Se veía alguna que otra señal de la guerra, pero conservaba el carácter de antes.

El viejo mayordomo salió al encuentro de Pierre con rostro grave y serio, como si quisiera darle a entender que la desaparición del príncipe no cambiaba en nada el orden allí establecido. Lo informó que la princesa se había retirado a sus habitaciones y que recibía los domingos.

—Anúnciame; tal vez me reciba— dijo Pierre.

—Bien, señor. Hágame el favor de pasar a la sala de retratos.

Unos instantes después el mayordomo volvió con Dessalles, quien informó a Pierre, en nombre de la princesa, que se alegraba mucho de verlo y le rogaba, si le perdonaba su exceso de confianza, que subiera a sus habitaciones.

En una estancia de techo más bien bajo, iluminada con una sola vela, estaban la princesa y otra persona vestida de negro. Pierre recordó que la princesa siempre tenía consigo alguna señorita de compañía, pero no las conocía ni las recordaba. "Es una de sus señoritas de compañía", pensó, mirando a la dama vestida de negro.

La princesa se levantó rápidamente y salió a su encuentro, tendiéndole la mano.

—Ya ve cómo volvemos a encontrarnos— dijo la princesa, después de que Pierre le hubiera besado la mano, fijándose en los cambios que había experimentado el rostro de su visitante. —Hasta los últimos días hablaba con frecuencia de usted— añadió, volviendo los ojos hacia la señorita de compañía con una timidez que por un momento sorprendió a Pierre. —¡Me

sentí tan feliz cuando supe que usted vivía! Es la única buena noticia que hemos recibido en estos tiempos.

De nuevo, y con mayor inquietud, la princesa miró a su señorita de compañía y quiso añadir algo, pero Pierre la interrumpió.

—Figúrese que yo no supe nada de él. Lo creía muerto. Todo cuanto supe fue por otros. Sabía solamente que estaba con los Rostov… ¡Qué destino!

Pierre hablaba rápida y animadamente; volvió una vez los ojos hacia el rostro de la señorita de compañía, que lo miraba fijamente con atención, ternura y curiosidad y, como suele ocurrir en las conversaciones, sintió, sin saber por qué, que esa señorita de compañía con vestido negro era un ser amable, bondadoso, cordial, que no turbaría su conversación íntima con la princesa María.

Mas cuando dijo sus últimas palabras sobre los Rostov se acentuó la turbación de la princesa. De nuevo su mirada fue de Pierre a la señorita de compañía.

—¿Es que no la reconoce?— preguntó.

Pierre volvió a mirar aquella cara pálida y delicada, de ojos negros y boca extraña. Algo entrañable, olvidado desde hacía tiempo, y más que entrañable lo miraba con aquellos ojos atentos.

“No, no es posible —pensó—. Ese rostro severo, delgado, pálido, envejecido no puede ser de ella. No es sino un recuerdo.” Pero en aquel instante la princesa dijo: “Natasha”. Y aquel rostro de ojos atentos sonrió con esfuerzo, con fatiga, igual a como se abre una puerta herrumbrosa y a través de aquella puerta entreabierta irrumpió y envolvió a Pierre el hálito de una felicidad olvidada hacía tiempo, en la cual, sobre todo en aquellos momentos, ni siquiera pensaba. Cuando ella sonrió, ya no hubo duda: era Natasha y él la amaba.

En ese primer instante, involuntariamente, Pierre confesó a Natasha, a la princesa María y, sobre todo, a sí mismo un secreto que ni él conocía. Trató de ocultar su emoción, pero cuanto más esfuerzos hacía, más evidente —más evidente si lo hubiera dicho con palabras— era para él, para ella y para la princesa que amaba a Natasha.

“No… Es el efecto de la sorpresa”, pensó Pierre.

Pero cuando intentó reanudar la conversación iniciada con la princesa y miró de nuevo a Natasha, más intenso fue su rubor y una emoción más intensa de alegría y temor se apoderó de su ánimo. Se embrolló en sus palabras y tuvo que detenerse a mitad de la frase.

No había reparado en ella porque ni se le había ocurrido pensar que pudiera hallarse en aquel lugar; ni la había reconocido porque, desde la última vez que la viera, Natasha había cambiado enormemente. Estaba más delgada y pálida; pero no era eso lo que la convertía en otra: no pudo reconocerla porque en sus ojos relucía siempre la alegría de vivir y ahora, en cambio, no tenían ni la sombra de una sonrisa, eran unos ojos atentos, bondadosos, interrogantes y tristes.

En Natasha no se reflejó la turbación de Pierre, a no ser por una casi imperceptible satisfacción que apenas iluminó su rostro.

XVI

—Natasha vino para estar conmigo— explicó la princesa María. —Los condes llegarán un día de éstos. La condesa se encuentra en un estado terrible. Pero también Natasha necesitaba que un médico la viera. Han tenido que obligarla a venir.

—Apenas hay una familia que no tenga su propio dolor— dijo Pierre volviéndose a Natasha. —¿Sabe que lo de Petia sucedió el mismo día que nos liberaron? Yo lo vi. ¡Qué magnífico muchacho!

Natasha lo miraba fijamente y, como respondiendo a esas palabras, sus ojos se iluminaron, se hicieron más grandes.

—¿Qué se puede decir o pensar como consuelo?— siguió Pierre. —Nada… ¿Por qué había de morir un joven tan bueno y rebosante de vida?

—Sería difícil vivir en estos días si no se tuviera fe…— dijo la princesa María.

—Sí, sí, ésa es la pura verdad— la interrumpió rápidamente Pierre.

—¿Por qué?— preguntó Natasha mirándolo a los ojos con mucha atención.

—¿Cómo, por qué?— dijo la princesa. —Solamente el pensamiento de lo que nos aguarda allí…

Natasha, sin atender a la princesa María, siguió mirando interrogativamente a Pierre.

—Sólo quien cree— respondió —en la existencia de un Dios que nos guía puede soportar una pérdida como la suya y… la de usted.

Natasha abrió la boca para decir algo, pero se contuvo. Pierre se volvió con rapidez hacia la princesa y le preguntó sobre los últimos días de su amigo.

Casi había desaparecido la turbación de Pierre, pero se daba también cuenta de que había perdido por completo su libertad de antes. Sentía que cada palabra, cada acto suyo, tenían ahora un juez cuyo juicio era para él más valioso que la opinión del resto del mundo. Al hablar, lo hacía pensando en el efecto que sus palabras causarían en Natasha. No es que dijera a propósito lo que podía agradarle, pero cuanto decía lo juzgaba desde el punto de vista de ella.

Con desgana, como es tan frecuente en esos casos, la princesa María comenzó a contar en qué situación había encontrado a su hermano Andréi. Pero las preguntas de Pierre, su mirada inquieta, interesada, el emocionado temblor de su rostro, la obligaron a entrar en detalles cuyo recuerdo temía.

—Sí, sí… eso es…— decía Pierre, inclinado hacia la princesa y escuchando ávidamente sus palabras. —Sí, sí… ¿Entonces, se calmó…? ¿Se apaciguó? Él que buscaba siempre una sola cosa con todas las fuerzas de su alma: ser absolutamente bueno, no podía temer a la muerte. Sus defectos, si los tenía, no procedían de él… ¿Entonces se apaciguó?— repitió. —¡Qué felicidad que la hubiera encontrado!— dijo volviéndose de pronto hacia Natasha y mirándola con los ojos llenos de lágrimas.

El rostro de Natasha se estremeció. Frunció el ceño y bajó instantáneamente los ojos. Por un instante dudó si hablar o no.

—¡Sí, una felicidad!— dijo con voz profunda. —Para mí fue una verdadera felicidad— y añadió tras unos instantes de silencio: —Y él… él… dijo que lo deseaba justo en el momento en que me acerqué…

La voz de Natasha se quebró. Enrojeció, crispó las manos sobre sus rodillas y, superando su vacilación, alzó la cabeza y comenzó a hablar rápidamente.

—No sabíamos nada cuando salimos de Moscú. No me atreví a pedir noticias de él. Y de pronto Sonia me dijo que iba con nosotros. No pensé en nada, no podía imaginar su estado. Lo único que sentía era la necesidad de verlo, de estar a su lado— concluyó, temblando y ahogándose. Y sin dejar que la interrumpieran, contó lo que nunca había dicho a nadie, todo lo que había sentido durante las tres semanas de viaje y de su estancia en Yaroslavl.

Pierre la escuchaba absorto y sin apartar de ella los ojos, llenos de lágrimas. Oyendo su relato, no pensaba en el príncipe Andréi ni en la muerte, ni en lo que ella decía. La escuchaba y sólo sentía compasión por todo el dolor que le provocaba aquel recuerdo.

La princesa, sentada junto a Natasha, contraído el rostro y reprimiendo a duras penas sus lágrimas, escuchaba por primera vez la historia de los últimos días de amor de su hermano y Natasha. Era evidente que Natasha necesitaba contar ese placentero y doloroso relato.

Hablaba mezclando los más pequeños detalles con los secretos más íntimos y parecía que no iba a terminar nunca. Varias veces repitió un mismo hecho.

Se oyó tras la puerta la voz de Dessalles que preguntaba si Nikólushka podía entrar a dar las buenas noches.

—Eso es todo… todo…— dijo Natasha.

Al entrar Nikóleñka, se levantó rápidamente y se acercó casi corriendo a la salida, tropezó con la cabeza en la puerta disimulada tras una cortina y dejó escapar un gemido, bien por el dolor físico o moral, y huyó de la estancia.

Pierre se quedó mirando hacia la puerta por donde ella había salido, sin comprender por qué, de pronto, se había quedado solo en el mundo.

La princesa María puso fin a su abstracción haciendo que se fijase en su sobrino, que entraba en aquel momento.

La vista del muchacho, parecido a su padre, influyó aún más en el estado emocional de Pierre: besó a Nikóleñka, se levantó presuroso y con un pañuelo en la mano se acercó a la ventana.

Pensaba despedirse de la princesa María, pero ella lo retuvo.

—No, no… Natasha y yo no nos acostamos nunca hasta después de las dos. Quédese, por favor; haré servir la cena. Baje usted y nosotras iremos en seguida.

Antes de salir Pierre, la princesa le dijo todavía:

—Es la primera vez que habla así de él.

XVII

Pierre fue introducido en el gran comedor iluminado; unos minutos después oyó rumor de pasos y entraron Natasha y la princesa María. Natasha estaba tranquila, aunque su rostro había recobrado la severa expresión de antes.

Todos parecían sentir el mismo embarazo que suele seguir a una conversación íntima y grave. Resulta imposible reanudarla, y hablar de algo banal causa vergüenza, callar resulta desagradable porque hay deseos de hablar y el silencio parece fingido. Se acercaron en silencio a la mesa; los camareros separaron y acercaron las sillas; Pierre desplegó su fría servilleta y, decidido a romper el silencio, miró a Natasha y a la princesa María. Ambas parecían haber decidido lo mismo. En sus ojos se reflejaba el placer de vivir y el reconocimiento de que, además del sufrimiento, hay alegrías.

—¿Bebe usted vodka, conde?— preguntó la princesa, y esas palabras disiparon al instante las sombras del pasado. —Háblenos de usted— añadió. —Por ahí cuentan maravillas increíbles.

—Sí— contestó Pierre con su ahora habitual sonrisa de afable ironía. —Me atribuyen milagros con los que no he soñado siquiera. María Abrámovna me invitó a su casa para contarme todo lo que me ha sucedido o debería haberme sucedido. También Stepán Stepánovich me enseñó lo que yo mismo debía contar. Observo, en general, que resulta muy cómodo eso de ser un hombre interesante (ahora soy un hombre interesante). Me invitan y de paso me cuentan lo que me ha ocurrido.

Natasha sonrió y quiso decir algo.

—Nos han contado— intervino la princesa— que en Moscú perdió usted dos millones de rublos. ¿Es verdad?

—Y a pesar de todo soy tres veces más rico que antes— contestó él.

Aunque el pago de las deudas de su mujer y las obras habían cambiado su situación, seguía diciendo que era tres veces más rico.

—Lo que de veras he ganado es la libertad— comenzó, ya en serio. Pero no siguió, pareciéndole que aquel tema de conversación era demasiado egoísta.

—¿Piensa reconstruir su casa?

—Sí; me lo ordena Savélich.

—Dígame; ¿no sabía nada de la muerte de la condesa cuando se quedó en Moscú?— preguntó la princesa; y en seguida se ruborizó, advirtiendo que su pregunta, hecha inmediatamente después de la alusión de Pierre a su libertad, podía dar a entender que ella atribuía a sus palabras un sentido que acaso no tenían.

—No— contestó Pierre, sin manifestar embarazo alguno por la interpretación que hubiera podido dar la princesa a sus palabras. —Lo supe en Orel y no pueden imaginarse cómo me impresionó. No éramos un matrimonio ejemplar— añadió rápidamente, mirando a Natasha y notando en ella la curiosidad por saber cómo hablaría de su mujer, —pero su muerte me produjo una gran impresión. Cuando dos personas riñen, ambas tienen la culpa; y la culpa del que queda se hace de pronto terriblemente penosa con respecto al que ya no está. Además, una muerte así… sin amigos, sin consuelo… La compadezco mucho, mucho— terminó, y notó con placer un gesto de aprobación en el rostro de Natasha.

—Y ahora, es usted soltero y libre para casarse— comentó la princesa María.

Pierre se ruborizó intensamente y trató durante mucho tiempo de no mirar a Natasha. Cuando decidió hacerlo, su rostro era frío y grave, y hasta le pareció ver en él un rictus de desprecio.

—¿Es verdad que vio y habló con Napoleón, como nos han contado?— preguntó la princesa.

Pierre se echó a reír.

—Ni una sola vez, nunca. Algunos se imaginan siempre que estar prisionero es lo mismo que visitar a Napoleón. No sólo no lo vi, sino que no oí hablar de él ni una sola vez. Estuve en compañía mucho peor.

La cena terminaba y Pierre, que al principio se resistía a hablar de su cautiverio, se fue animando poco a poco.

—Pero ¿no es verdad que se quedó con intención de matar a Napoleón? — le preguntó Natasha con leve sonrisa. —Creí adivinarlo cuando lo encontramos en la puerta Sújareva, ¿se acuerda?

Pierre confesó que era verdad y, conducido poco a poco por las preguntas de la princesa y en particular por las de Natasha, pasó a contar con detalle sus aventuras.

Al principio hablaba con la afable ironía que le merecía ahora la gente y sobre todo él mismo; pero luego, cuando llegó al relato de los sufrimientos y horrores presenciados por él, su relato adquirió la emoción contenida de la persona que revive en su memoria fuertes impresiones. La princesa María miraba con afable sonrisa bien a Pierre, bien a Natasha.

En todo aquel relato no veía sino a Pierre y su bondad. Natasha, apoyada en su brazo, con una expresión que variaba cuando variaba el relato, observaba a Pierre sin apartar de él los ojos; diríase que compartía con él todo cuanto decía. No sólo su mirada: sus exclamaciones, las breves preguntas que le dirigía, demostraban a Pierre que Natasha —de todo cuanto contaba— comprendía justamente aquello que él quería transmitir. Era evidente que no sólo comprendía lo que él decía, sino también lo que habría querido decir y no podía expresar con palabras. El episodio de la niña y la mujer, por defender a las cuales había sido apresado, lo había contado así:

—Era un espectáculo horrible, los niños abandonados y algunos en medio de las llamas… Delante de mí sacaron a uno de ellos… Mujeres a las que arrancaban sus ropas, sus pendientes…— Pierre enrojeció y se detuvo confuso. —En eso, llegó una patrulla de franceses y apresaron a los que nada hacían, a los que no robaban, y se llevaron a todos los hombres. Y a mí.

—Seguramente no lo cuenta usted todo… Seguramente hizo usted algo… bueno…— dijo Natasha, y después de un breve silenció añadió: —bueno.

Pierre prosiguió su relato. Cuando llegó a la escena de los fusilamientos, quiso pasar por alto los terribles detalles, pero Natasha exigió que lo dijera

todo.

Después habló de Karatáiev. Se levantó (se puso a pasear por la habitación); Natasha lo seguía con los ojos. Se detuvo un momento.

—No podrían comprender todo lo que aprendí de aquel hombre analfabeto y bobalicón.

—Sí, sí… cuente… ¿dónde está ahora?— preguntó Natasha.

—Lo mataron casi ante mis ojos.

Y Pierre pasó a contar los últimos días de la retirada, la enfermedad de Karatáiev y su muerte (su voz temblaba).

Pierre contaba sus andanzas como nunca las había recordado. Le parecía ver ahora en todo lo sufrido un significado nuevo.

Al contar todo eso a Natasha, Pierre experimentaba el raro placer que proporcionan las mujeres cuando escuchan a un hombre; no esas mujeres *listas* que prestan atención, procurando retener lo que se les dice para enriquecer su mente y, llegada la ocasión, servirse de ello o apropiarse de lo que se les cuenta y comunicar a otros lo antes posible las sabias frases elaboradas en su limitada mente, sino el verdadero placer que proporcionan las verdaderas mujeres dotadas de la capacidad de discernir y comprender lo mejor que hay en lo dicho por el hombre. Natasha, sin darse cuenta de ello, era toda atención; no dejaba escapar ni una palabra, ni un matiz de la voz, ni una mirada, ni una vacilación del rostro, ni un gesto de Pierre. Captaba al vuelo cada palabra, aún a medio expresar, y la introducía en su corazón abierto, adivinando el oculto sentido de todo el esfuerzo moral de Pierre.

La princesa María comprendía también el relato, simpatizaba con él, pero ahora veía otra cosa que atraía enteramente su atención; veía la posibilidad de que entre Natasha y Pierre surgiese el amor, de que ambos fueran felices, y esa idea que acudía a ella por primera vez llenaba su corazón de júbilo.

Eran las tres de la mañana. Los criados, con rostros graves y tristes, entraban a renovar las velas, pero ninguno se daba cuenta de ello.

Pierre concluyó su relato. Natasha seguía mirándolo con ojos animados y brillantes como deseosa de comprender aquello que él no había contado.

Pierre, turbado y feliz a un tiempo, la miraba de vez en cuando y buscaba en su imaginación lo que debía decir para cambiar de tema.

La princesa María callaba. A ninguno se le ocurrió pensar que ya eran las tres y había que ir a dormir.

—Se suele hablar de desgracias y sufrimientos— comenzó Pierre. —Pero si me dijeran ahora: ¿qué prefieres, volver a ser lo que eras antes de tu cautiverio o vivir de nuevo todo lo que has padecido? ¡Dios mío, de nuevo la cautividad y la carne de caballo! Cuando nos apartan de nuestro camino trillado, creemos que todo está perdido, siendo así que sólo entonces comienza lo nuevo y lo bueno. Mientras hay vida, existe la felicidad. Por delante aún queda mucho, mucho… Se lo digo yo— dijo, volviéndose a Natasha.

—Sí, sí… También yo desearía volver a vivirlo todo de nuevo— dijo ella, refiriéndose a algo muy diferente.

Pierre la miró con atención.

—Sí, y nada más que eso— confirmó Natasha.

—¡No es verdad! ¡No es verdad!— exclamó Pierre. —Yo no soy culpable de haber quedado vivo y de querer vivir. Y usted tampoco.

De pronto, Natasha ocultó su cara entre las manos y rompió a llorar.

—¿Qué te pasa, Natasha?— preguntó la princesa.

—Nada, nada— y sonrió a Pierre a través de sus lágrimas. —Adiós, ya es hora de dormir.

Pierre se puso en pie y se despidió de ellas.

La princesa María y Natasha se reunieron, como siempre, en el dormitorio y se pusieron a hablar de lo que había contado Pierre. La princesa María no expresó su opinión sobre él y tampoco Natasha lo hizo.

—Buenas noches, Mary— dijo Natasha. —¿Sabes? A veces tengo miedo de una cosa: no hablamos de *él*— se refería al príncipe Andréi, —como si temiéramos rebajar nuestros sentimientos, y lo vamos olvidando.

La princesa suspiró profundamente, y ese suspiro confirmó la exactitud de la observación de Natasha, aunque de palabra no confirmó su opinión.

—¿Acaso lo podemos olvidar?— dijo.

—Me ha causado tanto bien contarlo hoy todo… Era doloroso, pero me ha producido mucho bien; estoy segura de que él lo quería de veras. Y por

eso se lo he contado… No hice mal, ¿verdad?— preguntó, ruborizándose de pronto.

—¿A Pierre? ¡Oh, no, es tan bueno!

Natasha habló de nuevo con una sonrisa juguetona que hacía tiempo no iluminaba su rostro.

—¿Te has fijado, María? Pierre se ha hecho… no sé cómo decirlo… Más lozano, más limpio y fresco; como si saliera del baño, ¿entiendes? En sentido moral, claro. ¿No es cierto?

—Sí, ha ganado mucho.

—Y su levita es ahora corta, y se ha cortado el cabello; sí, como si saliera de un baño… Como papá algunas veces…

—Comprendo que él— dijo la princesa, refiriéndose a Andréi— no quisiera a nadie como a Pierre.

—Sí, y al mismo tiempo son muy diferentes. Dicen que los hombres son amigos cuando son por completo diferentes. Así debe ser, sin duda. ¿No es verdad que no se parece a él en nada?

—Sí, es verdad; pero Pierre es magnífico.

—Bueno, adiós— dijo Natasha.

Y la misma sonrisa juguetona de antes quedó durante algún tiempo como olvidada en su rostro.

XVIII

Esa noche Pierre tardó mucho en dormirse. Paseó de un lado a otro de su habitación, ya sumergido en algún pensamiento difícil, que le hacía fruncir el ceño, ya encogiéndose de hombros y estremeciéndose, ya sonriendo dichoso.

Pensaba en el príncipe Andréi, en Natasha y en su amor; estaba celoso de su pasado; se hacía reproches y se perdonaba. Dieron las seis de la mañana y Pierre seguía andando por la habitación.

"Pero, ¿qué puede hacerse si es imposible vivir sin eso? ¿Qué hacer? Entonces, así debe ser", pensó. Y desnudándose rápidamente, se echó en la cama, conmovido y feliz, apartadas ya las dudas y vacilaciones.

"Por extraña e imposible que me parezca esta dicha, tengo que hacer todo lo posible para ser su marido y ella mi mujer", se dijo.

Unos días antes había fijado para el viernes su salida de Moscú. Cuando se despertó, el jueves, Savélich entró en su habitación para recibir sus órdenes respecto al equipaje.

"¿Por qué a San Petersburgo? ¿Qué falta me hace San Petersburgo? ¿Quién está allí? —se preguntó a sí mismo—. Sí, hace tiempo que lo decidí, antes de que eso sucediera pensé en ir —recordó—. ¿Y por qué no? Tal vez vaya… ¡Qué bueno es, qué atento y qué presente lo tiene todo! —pensó mirando el viejo rostro de Savélich—. ¡Y qué sonrisa más agradable la suya!"

—Bien, Savélich, ¿sigues sin desear la libertad?— le preguntó.

—¿Para qué necesito la libertad, Excelencia? Viví muy bien en los tiempos del viejo conde y con usted no tengo motivos de queja.

—Sí, sí, pero ¿y los hijos?

—También ellos vivirán, Excelencia. Con amos así se puede vivir.

—¿Y mis herederos?— preguntó Pierre. —¿Y si, de pronto, vuelvo a casarme…? Podría ocurrir— añadió con involuntaria sonrisa.

—Me atrevo a decirle que haría muy bien, Excelencia.

“Qué sencillo le parece —se dijo Pierre—. No sabe qué terrible y peligroso es. Demasiado pronto o demasiado tarde… ¡da miedo pensar!”

—¿Cuándo desea salir, señor? ¿Mañana?— preguntó Savélich.

—No; retrasaré un poco el viaje. Ya te avisaré. Perdona la molestia.

Y ante la sonrisa de Savélich pensó: “Es muy extraño que no sepa que ya no me interesa para nada San Petersburgo. Lo más importante ahora es que se decida lo otro. Debe saberlo, estará fingiendo. ¿Y si le hablase? Sabría lo que piensa. No, después, en otra ocasión”.

Durante el almuerzo Pierre contó a su prima que la víspera había estado en casa de la princesa María y se había encontrado, imagínese a quién, ¡a Natasha Rostova!

La princesa no demostró mayor asombro que si el encuentro hubiera sido con Anna Semiónovna.

—¿La conoce?— preguntó Pierre.

—He visto a la princesa y he oído que quieren casarla con el joven Rostov. Sería una gran cosa para los Rostov; dicen que están absolutamente arruinados.

—No, no, le pregunto si conoce a Natasha.

—Oí entonces hablar de ella en relación con esa historia. Fue una lástima.

“O no comprende o está fingiendo —pensó Pierre—. Es mejor no decirle nada.”

La princesa había preparado también algunas provisiones para el viaje.

“Qué buenos son todos —pensaba Pierre—, ocupándose ahora de esos asuntos míos que ya no pueden interesarles.”

Aquel mismo día recibió a un jefe de policía que venía a rogarle que enviara a un hombre de confianza para recoger objetos que se iban a distribuir entre los propietarios.

“También éste —pensó Pierre, mirando al policía—. ¡Qué oficial tan simpático y guapo! *Ahora* se preocupa de estas bagatelas, y decían que no

era honrado, que se aprovechaba de su posición. ¡Tonterías! Aunque, ¿por qué no iba a hacerlo? Se ha educado así, y todos hacen lo mismo. ¡Qué simpático parece, qué cara más agradable, me mira y sonríe!”

Pierre fue a comer a casa de la princesa María.

Al cruzar las calles entre los edificios incendiados admiró la belleza de aquellas ruinas. Las chimeneas de las estufas, las paredes derruidas, que le recordaban los pintorescos lugares del Rin o el Coliseo, se sucedían ocultándose unas a otras en los barrios ennegrecidos. Los cocheros y peatones con quienes se encontraba, los carpinteros que aserraban las vigas, los tenderos y vendedores ambulantes, todos miraban con rostros alegres y sonrientes a Pierre y parecían decir: “¡Ahí está! ¡Veremos lo que resulta de todo eso!”.

En el umbral de la casa de la princesa María, Pierre dudó de pronto. ¿Se habría visto aquí con Natasha? ¿Había hablado con ella? “Tal vez lo he soñado —se dijo—, quizá entre y no encuentre a nadie.” Pero apenas hubo entrado en la habitación sintió, con todo su ser, la presencia de Natasha por la inmediata pérdida de su libertad. Natasha vestía el mismo traje negro, de amplios pliegues, y estaba peinada como la víspera, pero no era la misma. Si el día anterior la hubiera visto así, la habría reconocido en seguida.

Ahora estaba como cuando la conoció casi niña y cuando era la prometida del príncipe Andréi. Una luz risueña, interrogante, brillaba en sus ojos y en su rostro había una expresión cariñosa, extraña y juguetona. Pierre comió con ellas y habría permanecido más tiempo, pero la princesa María iba a las vísperas y Pierre las acompañó.

Al día siguiente volvió temprano y estuvo con ellas toda la velada. A pesar de la alegría que sentían las dos al verlo y de que toda la vida de Pierre se concentraba ahora en aquella casa, al anochecer todos los temas habían sido agotados y la conversación comenzó a languidecer; pasaba de un asunto baladí a otro y se interrumpía con frecuencia. Pierre se quedó hasta tan tarde que la princesa y Natasha se miraban, como preguntándose cuándo se iría; Pierre se daba cuenta, pero no podía irse. Le resultaba violento, pero seguía allí porque no *podía* levantarse y marchar.

La princesa María, que no veía el fin de todo aquello, fue la primera en levantarse y, quejándose de jaqueca, tendió la mano a Pierre.

—Entonces, ¿se va mañana a San Petersburgo?

—No, no me voy— contestó presuroso, sorprendido y como ofendido. —Aunque sí, mañana; pero no me despido de ustedes, pasaré a recoger sus encargos— añadió, quedándose de pie ante la princesa, muy ruborizado y sin decidirse a marchar.

Natasha le tendió la mano y salió. La princesa María, en vez de retirarse, se dejó caer en el sillón y con sus ojos profundos y luminosos miró con atenta seriedad a Pierre. Había desaparecido del todo el anterior cansancio. Suspiró larga y profundamente, como preparándose a una prolongada conversación.

La turbación y el embarazo de Pierre desaparecieron en cuanto se fue Natasha. Inquieto y animado, acercó rápidamente su butaca a la butaca de la princesa.

—Sí, le quería decir— comenzó, contestando a su mirada. —Ayúdeme, princesa. ¿Qué debo hacer? ¿Puedo confiar? Escúcheme, amiga mía. Lo sé todo; sé que no la merezco, que es imposible hablar de eso ahora. Pero deseo ser como un hermano. No, eso no… no lo quiero, no puedo…

Se detuvo un instante y se frotó los ojos y la cara con las manos.

Después, haciendo visibles esfuerzos para hablar de manera coherente, prosiguió:

—No sé desde cuándo la amo; pero la he amado durante toda mi vida, tanto, que no puedo imaginarme la existencia sin ella. No me atrevo a pedir su mano ahora, pero el solo pensamiento de que podría ser mía y de que perdería esa posibilidad… esa posibilidad… es terrible. Dígame, ¿puedo tener esperanza? ¿Qué debo hacer? Querida amiga…— añadió tras un breve silencio, tocándole el brazo porque ella, abstraída en sus pensamientos, no contestaba.

—Pienso en lo que usted me ha dicho— respondió la princesa María. —Tiene usted razón, hablarle ahora de amor…

La princesa María se detuvo. Quería decir: “es imposible ahora”, pero no siguió porque desde hacía tres días observaba, por el cambio operado en Natasha, que el amor de Pierre, lejos de ofenderla, era lo único que deseaba.

—Hablarle ahora… no puede ser— dijo, sin embargo.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Confíe en mí— respondió la princesa. —Yo sé…

Pierre la miró a los ojos.

—Sí, sí…

—Sé que ella lo ama… que lo amará…— rectificó.

No había terminado de decir esas palabras cuando Pierre se puso en pie de un salto con cara de susto y sujetó la mano de la princesa.

—¿Por qué dice usted eso? ¿Cree que puedo esperar? ¿Lo cree?

—Sí, lo creo— sonrió la princesa María. —Escriba a los padres de Natasha y, por lo que respecta a ella, confíe en mí. Le hablaré en el instante oportuno. Lo deseo y mi corazón presiente que será así.

—¡Oh, no, no es posible! ¡Qué feliz soy! ¡Pero eso no puede ser!… ¡Qué feliz soy!— exclamó Pierre, besando las manos de la princesa.

—Váyase a San Petersburgo. Será mejor. Yo le escribiré.

—¿A San Petersburgo? ¿Marcharme? Sí, está bien, me iré. Pero ¿podré volver mañana a su casa?

Al día siguiente, Pierre acudió a despedirse. Natasha parecía menos animada que en los días anteriores; pero, ahora, al mirarla de vez en cuando a los ojos, Pierre tenía la sensación de que él desaparecía, que no estaban ni él ni ella, sino sólo un sentimiento de felicidad.

“¿Será verdad? No, no es posible”, se decía a cada mirada, a cada palabra, a cada gesto de Natasha, que lo llenaban de alegría.

Al despedirse de ella tomó en las suyas su mano fina y delgada y la retuvo involuntariamente unos segundos.

“¿Será posible que esta mano, ese rostro, esos ojos, todo ese tesoro de gracia femenina vaya a ser eternamente mío, algo tan habitual como lo soy yo para mí mismo?… ¡No, no es posible!…”

—Adiós, conde— dijo ella en voz alta. —Lo esperaré con mucha impaciencia— añadió en un susurro.

Y esas sencillas palabras, la mirada y la expresión de su rostro, fueron durante dos meses para Pierre materia de inagotables recuerdos, interpretaciones y ensueños felices. “*Lo esperaré con mucha impaciencia*… Sí, sí. ¿Cómo lo dijo? Sí, *lo esperaré con mucha impaciencia*. ¡Oh, qué feliz soy! ¡Cómo es posible… qué feliz soy!…”, se decía a sí mismo.

XIX

Nada semejante había sentido Pierre, en parecidas circunstancias, cuando los esponsales con Elena.

No repetía como entonces, con enfermiza vergüenza, las palabras dichas por él, no se decía a sí mismo: "Ah, ¿por qué no dije eso y por qué, por qué dije en aquel momento: «*Je vous aime*»?". Ahora, en cambio, repetía en su imaginación cada una de sus palabras y las de Natasha, y evocaba todos los detalles de su rostro y su sonrisa, sin deseos de poner ni quitar nada, con la única aspiración de repetirlas una y otra vez. No tenía ni sombra de duda sobre si estaba bien o mal lo que hacía. A veces lo asaltaba una terrible incertidumbre. "¿No sería todo un sueño? ¿No estaría equivocada la princesa María? ¿No sería yo demasiado soberbio y presuntuoso? Yo confío, pero podría ocurrir que la princesa María le hablase y ella contestara sonriendo algo que sería lógico: «¡Qué extraño! Seguramente se equivocó. ¿No sabe, acaso, que es un hombre corriente como otro cualquiera, mientras que yo… soy un ser muy diferente, superior?»."

Ésa era la única duda que tenía Pierre. Por lo demás, no hacía proyecto alguno. Le parecía tan increíble la dicha advenida que, si llegaba a realizarse, no podía ocurrir nada más. Todo terminaba.

Se apoderó de él una locura repentina y jubilosa, nunca experimentada, de la cual se creía incapaz. Le parecía que todo el sentido de la vida, no sólo para él sino también para todo el mundo, se encerraba únicamente en su amor y en la posibilidad de que Natasha lo amara. En ocasiones creía que todos los hombres se preocupaban sólo de una cosa: de su futura felicidad; otras veces pensaba que todos se alegraban como él y trataban únicamente de ocultar su alegría, fingiendo estar sumidos en otros cuidados. En cada

palabra, en cada movimiento veía alusiones a su dicha. Con frecuencia llamaba la atención de la gente con sus gozosas y significativas miradas y sonrisas que expresaban secretos acuerdos. Y cuando llegaba a comprender que la gente podía muy bien no conocer su felicidad, se apiadaba con toda su alma de ellos y sentía el deseo de explicarles que todas las cosas que los preocupaban eran perfectas nimiedades y tonterías que no merecían atención alguna.

Cuando le proponían participar en la administración o se discutían ante él problemas del gobierno, cuando se hablaba de la guerra, suponiendo que del éxito de aquellos asuntos dependía la felicidad del género humano, escuchaba con una sonrisa afable y compasiva y asombraba a sus interlocutores con sus extrañas réplicas. Pero lo mismo aquellos que, según Pierre, comprendían el verdadero sentido de la vida —es decir, su propio sentimiento— como los infelices que, al parecer, no lo entendían, todos eran percibidos entonces por Pierre a la espléndida luz de su dicha, de manera que, sin el menor esfuerzo, veía inmediatamente lo que había de bueno y digno de amor en cada persona.

Al revisar los asuntos y papeles de su difunta esposa, no sentía ya por su memoria otra cosa que piedad, pensando que ella no había conocido la dicha que él experimentaba ahora. El príncipe Vasili, especialmente orgulloso en aquellos días a causa de su nuevo cargo y su nueva condecoración, le parecía un viejo bueno, conmovedor y digno de lástima.

Más tarde Pierre había de recordar a menudo aquel tiempo de dichosa demencia. En su memoria quedaron para siempre, como algo verdadero, los juicios que en ese período hacía sobre las personas y los hechos. No sólo no renunció nunca a esos juicios sobre los hombres y los acontecimientos, sino que, al contrario, cuando se sentía atosigado por las contradicciones y las dudas, acudía al criterio que tuvo durante su demencia, y ese criterio siempre resultaba certero.

“Quizá entonces pareciera ridículo y extraño —pensaba—, pero no estaba tan loco como aparentaba. Al contrario, era más inteligente y perspicaz que nunca y comprendía todo cuanto merece la pena ser comprendido en la vida, porque… era feliz.”

La locura de Pierre consistía en que para querer a la gente no buscaba ya, como antes, razones personales que suelen llamarse cualidades. El amor rebosaba de su corazón; quería a la gente sin especial motivo y hallaba indiscutibles razones que las hacían merecedoras de su cariño.

XX

Desde aquella primera noche cuando Natasha —después de la marcha de Pierre— había dicho a la princesa María, con alegre e irónica sonrisa: “Tiene el aspecto de uno que acaba de salir del baño, y la levita, el cabello cortado…”, desde aquel momento despertó en su alma algo oculto, pero invencible y desconocido para ella misma.

Como por arte de magia, todo cambió en ella: el rostro, el modo de andar, la mirada, la voz. La fuerza de la vida, la esperanza de ser feliz brotó a la superficie exigiendo ser satisfecha. Desde aquel día Natasha pareció olvidar todo lo ocurrido. Ni una sola vez se lamentó de su suerte, ni volvió a decir una palabra sobre el pasado, y ya no temía hacer proyectos jubilosos para el porvenir. Hablaba poco de Pierre, pero cuando la princesa María pronunciaba su nombre, una luz, apagada hacía mucho tiempo, brillaba en sus ojos y sus labios se plegaban en una extraña sonrisa.

El cambio producido en Natasha asombró en un principio a la princesa; pero cuando comprendió el motivo, le produjo tristeza. “¿Tan poco amaba a mi hermano, que ha podido olvidarlo tan pronto?”, se preguntaba al pensar, cuando estaba sola, en la evolución de Natasha. Pero al verla no sentía enfado alguno ni le hacía el menor reproche. Esa fuerza vital que despertaba en Natasha y se adueñaba de ella era, evidentemente, tan incontenible, tan inesperada para ella misma, que la princesa María sentía en su presencia que ni siquiera en lo más íntimo de su ser tenía derecho a reprocharle nada.

Natasha se entregó con tal plenitud y sinceridad al nuevo sentimiento que ni siquiera trataba de ocultar que ahora no sentía pena, sino alegría y contento.

Cuando, después de las explicaciones con Pierre, la princesa subió a su habitación, Natasha la esperaba en el umbral.

—¿Te lo ha dicho? ¿Sí? ¿Te lo ha dicho?— repetía.

Y una expresión gozosa y a la vez dolorida, como si pidiera perdón por su alegría, se reflejó en su rostro.

—Tuve la tentación de escuchar detrás de la puerta, pero sabía que tú me lo dirías.

Por comprensible y conmovedora que fuese para la princesa María la mirada que le dirigía Natasha, a pesar de la piedad que le causaba su emoción, esas palabras, al principio, la hirieron. Recordó a su hermano y su amor.

"Pero, ¡qué se va hacer! Ella no puede ser distinta", pensó después. Y con una expresión triste y algo severa le contó cuanto había dicho Pierre. Cuando supo que él se marchaba a San Petersburgo, Natasha pareció asombrada.

—¿A San Petersburgo?— repitió, como si no entendiera. Pero notando la tristeza de la princesa y adivinando el motivo, rompió de pronto a llorar. —¡Marie!— dijo. —Dime qué debo hacer. Tengo miedo de ser mala. Haré lo que tú me digas. Enséñame…

—¿Lo quieres?

—Sí— murmuró Natasha.

—Entonces, ¿por qué lloras? Me siento feliz por ti— dijo la princesa, a quien esas lágrimas hicieron perdonar por completo la alegría de Natasha.

—No será pronto, pasará tiempo— dijo Natasha. —¡Pero imagínate nuestra felicidad cuando yo sea su mujer y tú te cases con Nikolái!

—Natasha, te había suplicado que no hablaras nunca de eso. Será mejor que hablemos de ti.

Las dos callaron unos segundos.

—Pero ¿por qué se va a San Petersburgo?— dijo de pronto Natasha, y ella misma se contestó rápidamente: —No, no, debe ser así… ¿No es verdad, Marie? Debe ser así…

EPÍLOGO

Primera parte

I

Transcurrieron siete años después de 1812. El agitado mar de la historia de Europa había vuelto a sus cauces. Parecía apaciguado, pero las fuerzas misteriosas que movían a la humanidad (misteriosas porque ignoramos las leyes que gobiernan sus movimientos) proseguían su acción.

Aunque la superficie del mar de la historia pareciera inmóvil, la humanidad avanzaba sin descanso como el movimiento del tiempo. Se formaban y se descomponían diversos grupos de engarces humanos. Se gestaban las causas de la formación y disgregación de los Estados y los desplazamientos de los pueblos.

Aquel mar no se gobernaba como antes, impulsado de una orilla a la otra, sino que bullía en profundidad. Los personajes históricos ya no eran, como antes, llevados por las olas de un extremo a otro; ahora parecían girar en un mismo sitio. Esos personajes, que antes iban a la cabeza de grandes ejércitos y reflejaban el movimiento de las masas mediante órdenes de guerra, marchas y batallas, ahora reflejaban ese movimiento de ebullición mediante consideraciones políticas y diplomáticas, o por medio de leyes y tratados…

Los historiadores llamaron *reacción* a esa actividad de los personajes históricos.

La actividad de los personajes históricos que dio origen a la llamada *reacción* fue severamente condenada por los historiadores. Todos los personajes conocidos de aquel entonces, empezando por Alejandro y Napoleón, hasta Mme de Staël, Focio, Schelling, Fichte, Chateaubriand y demás, son juzgados por ese severo tribunal y se justifican o condenan según hayan contribuido al *progreso* o a la *reacción.*

A juzgar por sus relatos, Rusia vivió también en aquel tiempo una reacción, de la que el principal responsable fue Alejandro I, el mismo Alejandro I que, según los historiadores, había sido el principal promotor de las reformas liberales en su reinado y de la salvación de Rusia.

En la actual literatura rusa no hay nadie, del colegial al sabio historiador, que no arroje su piedra contra Alejandro por los errores cometidos durante su reinado.

"Debía haber obrado así y así; en tal caso, actuó bien, en el otro, mal. Obró perfectamente al comienzo de su reinado y durante 1812 mal; al conceder a Polonia una Constitución, al constituir la Santa Alianza, al confiar el poder a Arakchéiev, al alentar a Golitsin y el misticismo, y estimular más tarde a Shishkov y a Focio. Procedió mal al ocuparse personalmente de los asuntos del ejército, al disolver el regimiento Semiónovski, etcétera."

Sería preciso emborronar decenas de folios para enumerar todos los reproches que le hacen los historiadores, convencidos de conocer cuál es el bien de la humanidad.

Pero ¿qué significan esos reproches?

Los actos de Alejandro I que merecen la aprobación de los historiadores, es decir, las iniciativas liberales al comienzo de su reinado, la lucha contra Napoleón, la firmeza demostrada en 1812 y la campaña de 1813, ¿no derivan acaso de unas mismas fuentes? ¿No fueron acaso la herencia genética, las peculiaridades de su educación y la vida, que hicieron que Alejandro I fuera así, dando origen a los actos por los que merece la reprobación de los historiadores: la Santa Alianza, la restauración de Polonia y la reacción de 1820?

¿Qué le reprochan principalmente?

Le reprochan que un personaje histórico como él, persona colocada en el peldaño más alto posible del poder humano, en quien convergían como en un foco de luz cegadora todas las demás luces históricas, personaje sometido a las más fuertes influencias del mundo de la intriga, de las mentiras, lisonjas, la autosuficiencia inseparables del poder; persona que sentía gravitar sobre sus hombros, a cada instante de su vida, la responsabilidad de cuanto ocurría en Europa; persona no ficticia sino viva,

un hombre que como todo ser poseía sus costumbres, pasiones, aspiraciones al bien, a la belleza y a la verdad; no le reprochan el carecer de virtud (los historiadores no le reprochan eso), sino que su concepción sobre el bien de la humanidad no fuera hace cincuenta años la misma que hoy puede tener cualquier profesor que desde su juventud se haya dedicado a la ciencia, es decir, a la lectura de libros y tesis, anotando en un cuaderno lo aprendido.

Pero aunque supongamos que Alejandro I, hace cincuenta años, se hubiera forjado una idea errónea sobre el bien de los pueblos, debemos suponer, en contra de nuestra voluntad, que el historiador que así juzga a Alejandro será, pasado cierto tiempo, injusto en sus opiniones acerca de lo que es el bien de la humanidad. Hipótesis tanto más natural y necesaria cuando se comprueba que, observando el desarrollo de la historia, de año en año, con cada nuevo escritor se modifica el criterio acerca de cuál es el bien de la humanidad, de tal manera que lo que parecía un bien hace diez años ahora es un mal, o viceversa. Más aún. En la historia encontramos opiniones diametralmente opuestas acerca de lo que es bueno y de lo que es malo. Así, unos afirman como un acierto y un mérito de Alejandro el haber dado una Constitución a Polonia y organizar la Santa Alianza; otros, en cambio, se lo reprochan.

No puede decirse si ha sido útil o dañosa la actuación de Alejandro y Napoleón, ya que no podríamos explicar por qué fue útil ni por qué dañosa. Si esa actuación disgusta a alguien, se debe a que no concuerda con su limitada concepción de lo que es bueno. Si la conservación de la casa de mi padre en Moscú en 1812, o la gloria de los ejércitos rusos o la prosperidad de la Universidad de San Petersburgo o de otras universidades, o la libertad de Polonia, o el poderío de Rusia y el equilibrio y progreso europeos, me parecen bien, debo reconocer que la actuación de cada personaje histórico tenía, además de estos objetivos, otros mucho más generales e inaccesibles para mí.

Pero supongamos que la así llamada ciencia tenga la posibilidad de conciliar esas contradicciones y posea para los personajes históricos y los acontecimientos una medida fija de lo bueno y de lo malo.

Supongamos que Alejandro I hubiera podido hacerlo todo de manera distinta. Que hubiese podido, siguiendo las indicaciones de quienes lo

acusan y pretenden conocer el objetivo final del movimiento de la humanidad, obrar según el programa de los populistas, de la libertad, la igualdad y el progreso (me parece que no hay nada más nuevo) que le hubieran ofrecido sus impugnadores de hoy; supongamos que hubiera sido posible ese programa y que Alejandro se hubiera ajustado a él. ¿Qué habría sido entonces de la actuación de todos aquellos hombres que se oponían a los gobernantes de la época, de una actuación que, según los historiadores, era buena y útil? Esa actuación no habría existido; no habría habido vida; no habría habido nada.

Si se admite que la vida humana puede ser dirigida por la razón, se destruye la posibilidad misma de la vida.

II

Si, como hacen los historiadores, admitimos que los grandes hombres conducen a la humanidad hacia determinados objetivos, sea la grandeza de Rusia o de Francia, sea el equilibrio europeo o la expansión de las ideas revolucionarias, bien al progreso general o a cualquier otra cosa, resulta imposible explicar los fenómenos de la historia sin la intervención de la *casualidad* o del *genio.*

Si la finalidad de las guerras europeas a principios del siglo XIX era la grandeza de Rusia, este objetivo pudo haberse logrado sin todas las guerras precedentes y sin la invasión. Si el fin era la grandeza de Francia, pudo haberse conseguido sin la Revolución y sin el Imperio. Si se trataba de propagar ideas, la imprenta lo habría hecho mil veces mejor que los soldados. Si el objetivo era el progreso de la civilización, sería muy fácil suponer que, exceptuando el exterminio de los hombres y sus riquezas, existían caminos más racionales para impulsarla.

Entonces, ¿por qué ha sucedido así y no de otro modo?

La historia nos contesta: "La *casualidad* crea una situación y el *genio* la utiliza".

Pero ¿qué es la *casualidad*? ¿Qué es el *genio*?

Las palabras *casualidad y genio* no significan nada realmente existente, y por ello no pueden definirse. Tales palabras no expresan más que un cierto grado de comprensión de los fenómenos. Cuando no sé cómo ocurre ese o aquel acontecimiento, pienso que no puedo saberlo; y entonces digo: es la *casualidad*. Cuando veo una fuerza que produce un efecto desproporcionado si se compara con las capacidades corrientes de los hombres y no comprendo por qué se produce, digo: el *genio.*

En un rebaño de carneros, el animal que cada tarde es separado por el pastor, recibe alimento especial y dobla en peso debe parecer un genio. Y el hecho de que ese carnero no se encuentre en el redil común y se le sirva avena aparte para que engorde más, y que precisamente ese carnero lleno de grasa sea conducido después al matadero, debe parecer al resto de los animales una extraordinaria combinación de genialidad con una serie de casualidades igualmente extraordinarias.

Pero bastaría que los carneros dejasen de creer que todo cuanto hacen con ellos es con el fin de conseguir su carne; les bastaría con admitir la existencia de propósitos incomprensibles para ellos para ver la lógica continuidad de lo hecho con el carnero cebado. Aun si ignoran el fin que se persigue cebándolo, sabrían, al menos, que no es casual todo cuanto le ocurrió y no les hará falta comprender el concepto de *casualidad* ni *genio.*

Sólo si renunciamos a conocer la finalidad próxima y comprensible y reconocemos que el objetivo final es inaccesible, llegaremos a conocer la coherencia y racionalidad en la vida de los personajes históricos; y, entonces, para las realizadas por hombres corrientes no nos harán falta palabras como *casualidad y genio.*

Basta con admitir que no conocemos la meta que los pueblos europeos persiguen con sus agitados movimientos, que únicamente conocemos los hechos —o sea, las matanzas, primero en Francia, después en Italia, en África, Prusia, Austria, España, Rusia, y que el movimiento de Occidente a Oriente y de Oriente a Occidente constituyen la característica común de tales acontecimientos—, para no ver en el carácter de Napoleón y Alejandro nada excepcional ni *genial*; los veremos meramente como seres humanos parecidos a todos los demás. Y no será preciso considerar como *casualidad* los pequeños sucesos que los convirtieron en lo que llegaron a ser; es evidente, sin embargo, que aquellos sucesos fueron necesarios.

Si renunciamos a conocer la meta final, comprenderemos claramente que, así como es imposible idear para una planta colores y semillas mejores que los propios, así de imposible resulta imaginar a dos hombres, con todo su pasado, que correspondan con mayor exactitud, aun en los menores detalles, al destino que debían cumplir.

III

El sentido básico y esencial de los acontecimientos europeos de principios del siglo XIX es el movimiento bélico en masa de los pueblos de Occidente hacia Oriente y después los de Oriente a Occidente. El iniciador de ese movimiento fue Occidente. Para que los pueblos occidentales pudieran realizar su movimiento en son de guerra hacia Moscú, era necesario: 1) que constituyeran un núcleo militar suficientemente grande para soportar el choque con el núcleo militar oriental; 2) que renunciaran a todas sus tradiciones y costumbres establecidas, y 3) que fueran dirigidos por un hombre capaz de justificarse y justificar a los suyos de los engaños, saqueos y matanzas que serían cometidos en aquel movimiento.

Y a partir de la Revolución francesa se destruye la vieja agrupación, bastante reducida; se suprimen las antiguas tradiciones y costumbres, y paso a paso se forma una agrupación de nuevas dimensiones, tradiciones y costumbres, y aparece el hombre que debe ponerse a la cabeza de aquel futuro movimiento y cargar con toda la responsabilidad de lo que tendría que hacerse.

Ese hombre, sin convicciones, sin principios, sin tradiciones, sin nombre, ni siquiera francés, por un concurso de circunstancias extrañas, se destaca entre todos los partidos que agitan el país y, sin comprometerse con ninguno, alcanza el puesto más importante.

La ignorancia de sus camaradas, la flaqueza y nulidad de sus adversarios, la sinceridad del engaño, la mediocridad seductora y presuntuosa de ese hombre lo ponen al frente del ejército. Las aguerridas tropas del ejército italiano, la escasa combatividad del adversario, la audacia infantil y la confianza en sí mismo le conquistan la gloria militar.

Por todas partes lo acompaña infinidad de las llamadas casualidades. Hasta el desfavor de los gobernantes franceses le resulta útil. Sus tentativas de cambiar el destino para él reservado no tienen éxito: Rusia rechaza sus servicios; tampoco logra un destino en Turquía. Durante las guerras de Italia, más de una vez se halla al borde de la perdición y siempre se salva de manera inesperada. Las tropas rusas, esas fuerzas que pueden aniquilar su gloria, por diversas consideraciones diplomáticas no entran en Europa mientras él está allí.

A su regreso de Italia, se encuentra en Francia con un gobierno en plena decadencia; los hombres que entran a formar parte de él fracasan y se hunden inevitablemente.

Y de manera espontánea se presenta, como única salida de aquella peligrosa situación, la absurda e inmotivada expedición a África. Una vez más lo acompaña eso que se ha llamado casualidad; la inexpugnable Malta se rinde sin un disparo; sus actos más imprudentes resultan coronados por el éxito. La flota enemiga, que después no deja pasar una sola barca, deja pasar a todo un ejército. En África se cometen numerosos atropellos contra habitantes casi desarmados. Y los hombres que cometen esos crímenes, y sobre todo su jefe, están convencidos de que han conquistado la gloria y se parecen a César o Alejandro de Macedonia.

Ese ideal de *gloria* y *grandeza* que consiste en no ver nada malo en las acciones propias y enorgullecerse de cualquier delito, atribuyéndole una incomprensible importancia sobrenatural, ese ideal que guiará en adelante a ese hombre y a los que con él marchan unidos empieza a formarse con plena libertad en África. Cualquier cosa que emprenda tiene éxito. La peste lo perdona. Nadie le imputa como crimen la cruel matanza de prisioneros. Imprudente hasta parecer infantil, su inmotivada y poco noble partida de África —donde abandona en mala situación a sus compañeros— se considera como un mérito más en su haber, y de nuevo, por dos veces, la flota enemiga le deja libre el paso. Totalmente alucinado por sus afortunados crímenes, regresa a París sin objetivo determinado alguno, dispuesto a representar su papel; el gobierno republicano, que un año antes habría podido acabar con él, ha llegado al máximo grado de

descomposición; y su presencia, ajeno como es a todos los partidos, no hace más que elevarlo.

No lleva ningún plan concreto; tiene miedo de todo; pero los partidos se aferran a él y exigen su participación.

Solamente él, con su ideal de gloria y grandeza formado en las campañas de Italia y Egipto, con esa adoración demente de sí mismo, con su audacia en el crimen y su cinismo en el engaño, puede llevar a cabo lo que ha de suceder.

Es necesario para el puesto que le aguarda, y casi independientemente de su voluntad y a pesar de su indecisión, de su carencia de un plan y los errores cometidos, se ve arrastrado a una conspiración cuyo objetivo es la conquista del poder; y la conspiración es coronada por el éxito.

Es llevado a la sesión del Directorio. Asustado, creyéndose perdido, quiere huir; finge un síncope y dice cosas insensatas que deberían acabar con él. Pero los gobernantes de Francia, antes sagaces y orgullosos, sienten que han cumplido su misión y se muestran aún más turbados que él y no se atreven a pronunciar las palabras necesarias para conservar el poder en sus manos y abatir al adversario.

La *casualidad*, millones de *casualidades*, le confieren el poder y todos los hombres, como si se hubiesen puesto de acuerdo, contribuyen a confirmarlo. Las *casualidades* ayudan a formar el carácter de los gobernantes franceses de entonces, que se le someten dócilmente. Las *casualidades* forjan el carácter de Pablo I, que reconoce su poder; la *casualidad* prepara contra él una conjura que, lejos de causarle daño, consolida más ese poder. La *casualidad* pone al duque de Enghien en sus manos y lo obliga a matarlo contra su voluntad, convenciendo a la muchedumbre, con ese proceder más que con ningún otro, de que tiene derecho porque posee la fuerza. La *casualidad* hace que emplee todas sus energías para una expedición contra Inglaterra que, de llegar a realizarse, le habría sido fatal; pero no la emprende, jamás cumple semejante propósito y, por puro azar, ataca a Mack con sus austríacos, que se le entregan sin combatir. *Casualidad* y *genio* le proporcionan la victoria de Austerlitz, y no sólo los franceses, sino Europa entera —excepto Inglaterra, que no participa en aquellos acontecimientos—, todos, a pesar del horror y repugnancia que

antes les inspiraban sus crímenes, reconocen su poder, el título que él mismo se adjudica y su ideal de grandeza y gloria, que a todos parece algo admirable y sensato.

Y a medida que esas fuerzas se multiplican aumenta más el prestigio del hombre que lo dirige y más justificadas se consideran sus acciones. Durante el período preparatorio de diez años que precede al gran movimiento, ese hombre se emparenta con todas las cabezas coronadas de Europa. Los desbancados dueños del mundo no pueden oponer ideal alguno razonable al insensato ideal de gloria y grandeza de Napoleón. Uno tras otro, se apresuran a demostrarle lo poco que valen. El rey de Prusia envía a su esposa para lograr el favor del gran hombre. El emperador de Austria considera un honor que ese hombre acepte en su lecho a la hija de los Césares. El Papa, custodio de los santuarios de los pueblos, pone en juego la religión para exaltarlo. No es Napoleón solo quien se prepara para asumir su papel; los que lo rodean, hasta más que él, lo preparan para que acepte la responsabilidad de todo cuanto se hace y ha de hacerse. Los hechos de ese hombre, sus crímenes, hasta sus más pequeños engaños, se transforman de inmediato, en labios de quienes lo rodean, en hechos admirables. La mejor fiesta que en su honor idearon los alemanes fue la glorificación de Jena y Auerstadt. Y no sólo él es grande; lo son también sus ascendientes, sus hermanos, sus hijastros y cuñados. Todo parece concurrir a privarlo de la última chispa de razón y a prepararlo para su terrible papel. Y cuando está preparado, las fuerzas también lo están.

La invasión avanza hacia Oriente y llega a su meta final: Moscú. La ciudad cae en sus manos; el ejército ruso queda más destruido que los ejércitos enemigos en las pasadas campañas, de Austerlitz a Wagram. Pero, inesperadamente, en lugar de la *casualidad* y del *genio*, que lo habían conducido hasta allí en una serie ininterrumpida de éxitos, surge una cantidad incalculable de *casualidades* de signo contrario, desde el resfriado de Borodinó hasta las nevadas y las chispas que originan el incendio de Moscú; y en lugar del *genio* se revela la estulticia y una vileza sin comparación posible.

La invasión vuelve sobre sus pasos; huye a la desbandada, y ahora todas las casualidades no están a su favor, sino en su contra.

Se produce el movimiento en sentido inverso, de Oriente a Occidente, muy semejante al anterior de Occidente a Oriente. Como en 1805, 1807, 1809, avances parciales de Oriente a Occidente son el preludio de la gran marcha, con la misma manera de proceder: acoplamiento en grupos de enormes dimensiones, idéntica incorporación de pueblos centroeuropeos, las mismas vacilaciones a mitad de camino, igual rapidez al acercarse a la meta.

El último objetivo, París, es alcanzado: el gobierno cae y las tropas de Napoleón son vencidas; él mismo pierde toda razón de ser, su comportamiento es miserable y vil. Pero surge de nuevo una casualidad inexplicable: los aliados odian a Napoleón, en quien ven la causa de sus males. Privado de poder y de fuerza, culpable de crímenes y perfidias, deberían considerarlo como lo veían diez años antes y como lo ven un año después: un bandolero fuera de la ley. Sin embargo, por una rara casualidad, nadie lo ve así. Su papel no ha concluido aún. El hombre que diez años antes era considerado —y lo será un año después— como un bandido al margen de la ley es enviado a dos jornadas de Francia, a una isla que le dan en feudo, rodeado de una guardia y provisto de millones que le pagan por motivos que nadie sabe.

IV

El movimiento de los pueblos vuelve a sus cauces. Las olas de la inmensa marea se aplacan y forman sobre la superficie del mar en calma círculos por los cuales van y vienen los diplomáticos, que imaginan ser los causantes de la bonanza.

Pero, de pronto, ese mar tranquilo vuelve a encresparse. Los diplomáticos creen que el motivo de esa nueva agitación es su propio desacuerdo. Esperan que la guerra estalle entre sus soberanos; la situación les parece insoluble. Pero aquella ola, cuyo movimiento y crecida sienten, no llega de donde esperaban. Se alza la misma ola desde el mismo punto de partida donde comenzó el movimiento: desde París. Se produce el último revuelo de Occidente, un revuelo que debe resolver las dificultades diplomáticas, al parecer insolubles, y poner fin al movimiento bélico de aquel período.

El hombre que ha devastado Francia vuelve a ella solo, sin haber tramado complot alguno, sin soldados. Cualquier guarda puede detenerlo; y sin embargo, por una extraña casualidad, no sólo no lo detienen sino que todos acogen con entusiasmo al hombre que maldijeron el día anterior y a quien maldecirán un mes más tarde.

Ese hombre es todavía necesario para justificar la última acción común.

La acción se lleva a cabo. Termina la representación. Se ordena al actor que se despoje de sus vestiduras, que se quite los afeites: no lo necesitarán más.

Y pasan algunos años: aquel hombre, solitario en una isla, representa para sí mismo una comedia lastimosa; intriga y miente para justificar sus actos, cuando esa justificación ya no es precisa, y muestra a todo el mundo

quién era aquel que los hombres consideraban una fuerza cuando lo guiaba una mano invisible.

Terminado el drama, después de quitar sus vestiduras al actor, el director de escena nos lo muestra.

—¡Fijaos en quién creíais! ¡Aquí está! ¿Os convencéis ahora de que era yo quien os movía y no él?

Pero los hombres, cegados por la fuerza del movimiento, tardan en comprender.

Una mayor coherencia y precisión se encuentran en la vida de Alejandro I, que presidió el movimiento inverso, de Oriente a Occidente.

¿Qué necesita el hombre, que, haciendo sombra a los demás, figura a la cabeza del movimiento de Oriente a Occidente?

Necesita tener el sentido de la justicia, el interés por los asuntos de Europa, pero lejano, no oscurecido por mezquindades; necesita la preponderancia moral sobre sus colegas, los monarcas de su tiempo. Se precisa una personalidad amable y atractiva. Se precisa que Napoleón lo haya ofendido personalmente. Todo ello concurre en Alejandro I. Todo está preparado por las innumerables *casualidades* de su vida pasada: la educación, las iniciativas liberales, los consejeros que lo rodean, Austerlitz, Tilsitt y Erfurt.

Durante la guerra nacional, ese personaje permanece inactivo, porque no se lo necesita. Pero tan pronto como se hace necesaria la guerra europea, en el instante preciso, aparece Alejandro I, reúne a los pueblos de Europa y los lleva hasta la meta prevista.

Conseguida ésta, tras la última guerra de 1815, Alejandro I está en la cumbre máxima del poder que un hombre puede alcanzar. ¿Qué uso hará de él?

Alejandro I, el pacificador de Europa, el hombre que desde su juventud sólo desea el bienestar de sus pueblos, el primer iniciador de las reformas liberales en su patria, ahora que parece revestido del máximo poder y, por tanto, de la mayor posibilidad de alcanzar el bien de sus súbditos —mientras que Napoleón imagina en su destierro proyectos infantiles y engañosos acerca de la felicidad que daría a los hombres si volviera al poder—, una vez cumplida su misión siente sobre sí la mano de Dios,

reconoce la insignificancia de todo aquel poder aparente, se aparta de él, lo entrega a hombres despreciables y a los que él mismo desprecia y sólo dice:

—“La gloria no es nuestra, no es nuestra, a tu Nombre pertenece.” Yo no soy más que un hombre como los demás; dejadme vivir como un hombre y pensar en mi alma y en Dios.

Igual que el sol y cada átomo de éter son una esfera completa en sí misma y, al mismo tiempo, no son más que un átomo de un todo enorme que por su misma inmensidad el hombre no puede concebir, así cada individuo lleva sus objetivos en sí mismo y, a la vez, sirve con ellos a un objetivo general, inaccesible al ser humano.

Una abeja está libando en una flor y pica a un niño; el niño teme a las abejas y cree que su objetivo es picar a la gente. El poeta admira a la abeja que se posa en el cáliz de la flor y asegura que el objetivo del insecto es extraer el aroma de las flores. El apicultor que ha observado que la abeja recoge el polen y el dulce jugo de las flores y las traslada a la colmena dice que el objetivo de la abeja es elaborar la miel. Otro apicultor, que ha estudiado más de cerca la vida del enjambre, demuestra que la abeja ha recogido el polen y el néctar para criar a las abejas jóvenes y elegir a la futura reina y que, por tanto, el objetivo de la abeja es la continuación de la especie. El botánico observa que, al volar con el polen de una flor masculina a una femenina, la abeja fecunda a esta última, y ve en ello el papel del insecto; otro, contemplando la migración de las plantas, considera que la abeja contribuye a ello y puede decir que ése es su objetivo. Pero el objetivo último de la abeja no se limita a ninguno de esos fines que el hombre puede descubrir. Cuanto más elevada sea la inteligencia del ser humano que estudia esos objetivos, tanto más evidente se hace que su objetivo final es inaccesible.

El hombre sólo puede observar la concordancia de la vida de las abejas con otros fenómenos de la existencia. Y eso mismo cabe decir con respecto al objetivo de los personajes históricos y de los pueblos.

V

El casamiento de Natasha con Pierre Bezújov en 1813 fue el último acontecimiento feliz en la antigua familia Rostov. Aquel mismo año moría el viejo conde Iliá Andréievich y, como sucede siempre, la familia se desmoronó.

Los sucesos del año anterior, el incendio y abandono de Moscú, la muerte del príncipe Andréi y la desesperación de Natasha, la muerte de Petia, el dolor de la condesa, todo ello, golpe tras golpe, se abatió sobre la cabeza del viejo conde. Parecía no comprender la importancia de los acontecimientos; más aún, se sentía incapaz de comprenderlos y, bajando la anciana cabeza, parecía esperar y pedir nuevos golpes que acabaran con él. Unas veces se mostraba asustado y confuso; otras, lleno de ficticia animación y actividad.

La boda de Natasha ocupó durante algún tiempo su atención: ordenaba comidas y cenas y parecía esforzarse por mostrarse alegre. Pero esa alegría suya no era contagiosa como en otros tiempos, sino, por el contrario, suscitaba la conmiseración en todos cuantos lo conocían y amaban.

Tras la marcha de Pierre y su esposa, volvió a su abatimiento y empezó a quejarse de postración. Unos días después enfermó y tuvo que acostarse. Desde el principio de su enfermedad, a pesar de las frases animosas de los médicos, comprendió que ya no se levantaría más. La condesa, sin desvestirse, permaneció durante dos semanas a su cabecera. Cada vez que le daba la medicina, el conde, sollozando, le besaba en silencio la mano. El último día, deshecho en llanto, pidió perdón a su esposa y también a su hijo Nikolái —aunque estaba ausente— por la pérdida de su fortuna, de lo cual se consideraba el primer culpable. Después de haber comulgado y recibido

la extremaunción, murió apaciblemente. Al día siguiente una multitud de amigos y conocidos, llegados para rendirle el último tributo, llenó el piso que los Rostov habían alquilado. Todas aquellas personas que tantas veces habían cenado y bailado en su casa y tanto se habían reído del conde, ahora, con un sentimiento unánime de ternura e íntimo reproche, decían como para justificarse: “Fuera como fuese, era un hombre excelente. Ya no se encuentran hombres como él… Además, ¿quién no tiene defectos?…”.

Murió cuando sus asuntos estaban tan embrollados que, de vivir un año más, nadie podría imaginar cómo habría terminado aquello.

Nikolái estaba en París, con las tropas rusas, cuando recibió la noticia de la muerte de su padre. Inmediatamente pidió la baja en el ejército y, sin esperarla, solicitó un permiso y regresó a Moscú. Un mes después de la muerte del conde la situación económica estaba aclarada y todos quedaron asombrados de la enorme suma alcanzada por diversas y menudas deudas de cuya existencia nadie sospechaba. Las deudas se elevaban al doble de los bienes.

Parientes y amigos aconsejaban a Nikolái que renunciara a la herencia, pero hacerlo significaba para él un reproche a la, para él, sagrada memoria de su padre y no quiso ni oír hablar del asunto. Aceptó la herencia paterna con la obligación de pagar las deudas.

Los acreedores, que habían callado durante tanto tiempo durante la vida del conde, por la influencia indefinible y poderosa de su desorganizada bondad, acudieron todos a los tribunales. Hubo, como siempre ocurre, rivalidad entre ellos por ser los primeros en cobrar, y personas como Míteñka y otros, que tenían recibos no por dinero, sino por regalos, fueron ahora los acreedores más exigentes. No concedieron a Nikolái ni tregua ni dilaciones; y los que parecían compadecerse del viejo conde autor de sus pérdidas (si había alguna), ahora, sin piedad, se encarnizaban contra el joven heredero, inocente ante ellos, que voluntariamente había contraído la obligación de pagarles.

Ninguno de los arreglos propuestos por Nikolái fue aceptado. Se vendieron a bajo precio los bienes en pública subasta, y aun así quedó sin cubrir la mitad de las deudas. Nikolái aceptó treinta mil rublos que le ofrecía su cuñado Bezújov para saldar aquellas obligaciones monetarias que

él consideraba ciertas y comprobadas. La amenaza de los acreedores de meterlo en la cárcel por lo que aún quedaba lo decidió a buscar un empleo.

Volver al ejército, donde estaba propuesto para la primera vacante de jefe de regimiento, era imposible, porque su madre se aferraba a él como a la única razón para vivir. Por eso, a pesar de su poco deseo de permanecer en Moscú entre aquella gente conocida de otros tiempos, y a pesar de su aversión a los cargos civiles, aceptó un empleo en la capital y, dejando el uniforme que tanto amaba, se refugió en un pequeño piso de Sívtsev Vrázhek con su madre y Sonia.

Natasha y Pierre, establecidos entonces en San Petersburgo, no tenían una idea precisa de la vida de Nikolái, que, habiendo aceptado el préstamo de su cuñado, procuraba ocultarle su difícil situación económica; con sus mil doscientos rublos de sueldo tenía no sólo que sostener a su madre y a Sonia, sino vivir de tal manera que su madre no advirtiese que eran pobres. La condesa no podía concebir la vida sin las condiciones de lujo que le eran habituales desde la infancia, y a cada instante, sin darse cuenta de lo difícil que era para su hijo, exigía ya un coche —puesto que no lo tenía propio— para ir a visitar a una amiga, ya algún manjar sumamente caro, ya un buen vino para su hijo, y dinero para hacer regalos inesperados a Natasha, a Sonia y aun al mismo Nikolái.

Sonia se ocupaba de la casa, cuidaba de su tía, le leía en voz alta, sufría sus caprichos y su oculta animadversión y ayudaba a Nikolái a ocultar ante la condesa la situación de pobreza en que se hallaban. Nikolái se reconocía deudor eterno de todo lo que Sonia hacía por su madre. Admiraba su paciencia y devoción, pero procuraba alejarse de ella.

En el fondo de su corazón parecía reprocharle el ser demasiado perfecta y no hacer nada censurable. Poseía todo lo preciso para despertar la estimación, pero poco de aquello que obligara a sentir amor por ella. Nikolái se daba cuenta de que cuanto más la estimaba, menor era el amor que sentía por ella. Se había aferrado a la carta en la que Sonia lo libraba de su compromiso y se portaba ahora como si todo cuanto hubo entre los dos estuviera olvidado hacía ya mucho, mucho tiempo y en ningún caso pudiera ser reanudado.

La situación de Nikolái empeoraba cada vez más. Resultaba un sueño la idea de ahorrar algo de su sueldo. No era sólo que no lograra economizar, sino que, para satisfacer las exigencias de su madre, contraía alguna pequeña deuda. Era, para él, una situación sin salida. Le repugnaba la idea de casarse con una rica heredera, tantas veces propuesta por sus parientes. Y la otra solución —la muerte de su madre— no podía ni ocurrírsele. Nada deseaba ni esperaba; y en lo más íntimo de su alma experimentaba un placer amargo y sombrío en la aceptación pasiva de su propia suerte. Trataba de evitar a sus antiguas amistades, con su compasión y sus ofrecimientos de ayuda que lo ofendían; evitaba igualmente todas las distracciones y placeres de antaño y hasta en su propia casa sólo se ocupaba de hacer solitarios con su madre, pasear silenciosamente por su habitación o fumar una pipa tras otra, como si estuviera dedicado a cultivar celosamente aquel humor sombrío, el único que le permitía soportar la propia situación.

VI

A principios de invierno llegó a Moscú la princesa María. Por los chismes de la ciudad conoció la situación de los Rostov y supo que “el hijo se sacrificaba por su madre”, como decían todos.

“No esperaba otra cosa de él”, se dijo la princesa, dándose cuenta con alegría de que eso confirmaba su amor por Nikolái. Dadas las relaciones amistosas y casi familiares con toda la familia Rostov, creyó un deber suyo ir a visitarlos. Pero recordando su relación de amistad, cordial, con Nikolái en Vorónezh, tenía miedo de volver a encontrarse con él; por último, haciendo un gran esfuerzo sobre sí misma, fue a verlos algunas semanas después de su llegada a Moscú.

Nikolái fue el primero en recibirla, puesto que para entrar en la habitación de la condesa debía pasar por la suya. El rostro de Nikolái, no más verla, en vez de expresar la alegría que la princesa María esperaba, manifestó frialdad, dureza y orgullo, que ella nunca había conocido en él. Nikolái preguntó por su salud, la acompañó a la habitación de su madre y cinco minutos después salió.

Cuando la princesa María se despidió de la condesa, Nikolái la acompañó a la antesala con una gravedad y frialdad especiales. No contestó una sola palabra a las observaciones de ella acerca de la salud de la condesa. “¿Qué le importa? ¡Déjeme tranquilo!”, parecía decir su mirada.

—¿Para qué viene? ¿Qué necesita? ¡Detesto a esas señoronas y todas sus amabilidades!— dijo en voz alta delante de Sonia, incapaz de contener su fastidio, cuando el coche de la princesa se alejó de la casa.

—Nicolás, ¿cómo puedes hablar así?— replicó Sonia, ocultando apenas su alegría. —¡Es tan buena! Y maman la quiere mucho…

Nikolái no contestó y no habría querido hablar más de la princesa. Pero desde aquella visita no pasó un día sin que la vieja condesa dejara de mencionarla.

La condesa la elogiaba, exigía que su hijo fuera a visitarla, expresaba el deseo de tratarla con frecuencia y, al mismo tiempo, se ponía de mal humor cuando hablaba de ella.

Nikolái procuraba callar siempre que su madre se refería a la princesa, pero su silencio parecía irritarla.

—Es una joven muy digna y buena— decía. —Debes visitarla. Por lo menos será una ocasión para que trates con alguien; con nosotras, creo yo, debes aburrirte.

—No tengo ningún deseo de hacerlo, mamita.

—Antes querías verla y ahora no; de veras, querido, no te entiendo. Unas veces te aburres y otras no quieres ver a nadie.

—Yo no he dicho que me aburra.

—¡Cómo! Tú mismo has dicho que no quieres verla. Es una joven dignísima, y siempre te gustaba; y ahora, no sé por qué motivo… Siempre me ocultáis algo.

—Nada de eso, mamita.

—Si te pidiera que hicieses algo molesto… pero te pido que devuelvas una visita… Me parece que la cortesía lo exige. Te lo he pedido pero, en adelante, no te diré nada, ya que tienes secretos para tu madre.

—Iré, si usted lo quiere.

—A mí me da igual. Lo decía por ti.

Nikolái suspiraba, se mordisqueaba el bigote, extendía las cartas y trataba de atraer la atención de su madre hacia otro tema.

Pero la misma conversación se repetía al día siguiente y al otro, al tercero, al cuarto.

Tras la visita a los Rostov y la inesperada y fría acogida de Nikolái, la princesa María reconocía que tenía razón para no ser la primera en ir a visitarlos.

“No podía esperar otra cosa —se decía, llamando en su ayuda al orgullo —. Él nada me importa; tan sólo quería visitar a su madre, que siempre fue buena conmigo y a quien tanto debo.”

Pero sus razonamientos no lograban tranquilizarla; la atormentaba un malestar parecido al remordimiento siempre que recordaba aquella visita. Y a pesar de haber decidido no volver a verlos y olvidarlo todo, seguía sintiéndose en una posición falsa y siempre que se preguntaba por el motivo de aquello debía reconocer que eran sus relaciones con Nikolái Rostov. Su tono frío y correcto no procedía de sus sentimientos hacia ella —lo sabía—, pero ocultaba algo que debía aclarar. Sin eso, nunca estaría tranquila.

Un día, hacia mediados de invierno, cuando estaba sentada en la sala de estudio vigilando las lecciones de su sobrino, le anunciaron la visita de Rostov. Firmemente resuelta a no traicionarse ni mostrar inquietud alguna, llamó a mademoiselle Bourienne y con ella fue a la sala.

Desde la primera mirada al rostro de Nikolái comprendió que había venido a pagar una deuda de cortesía y decidió firmemente adoptar el mismo tono que él utilizara para dirigirse a ella.

Hablaron de la salud de la condesa, de sus comunes amistades, de las últimas noticias de la guerra, y cuando pasaron los diez minutos que impone la cortesía, Nikolái se levantó para marcharse.

La princesa, ayudada por mademoiselle Bourienne, mantuvo muy bien la conversación; pero en el último minuto, y cuando Nikolái se levantó, estaba tan cansada de haber hablado de todas aquellas cosas que no le interesaban, y tan absorta en el pensamiento de por qué la vida le había dado tan pocas alegrías que, completamente abstraída de la realidad, fijos hacia delante sus ojos luminosos, permanecía sentada, inmóvil, sin darse cuenta de que él se había levantado.

Nikolái la miró y, para fingir que no notaba su distracción, dijo algunas palabras a mademoiselle Bourienne y miró de nuevo a la princesa, que seguía sentada y quieta; su delicado rostro reflejaba sufrimiento.

Sintió, de pronto, lástima de ella y pensó vagamente que tal vez fuera él la causa del pesar que había visto en su rostro. Quiso ayudarla, decir algo agradable, pero no se le ocurrió nada.

—Adiós, princesa— dijo.

Ella volvió en sí, se ruborizó y suspiró profundamente.

—¡Oh! Perdóneme— dijo. —¿Se va ya, conde? Adiós… ¿Y el cojín para la condesa?

—Ahora voy por él— dijo mademoiselle Bourienne, y salió de la sala.

Nikolái y la princesa permanecieron en silencio, mirándose de vez en cuando.

—Sí, princesa— dijo por último Nikolái, sonriendo tristemente. —Parece todo tan reciente, y, sin embargo, ha llovido mucho desde que nos vimos la primera vez en Boguchárovo. Parecíamos infelices, desdichados, pero qué no daría yo por volver a aquel tiempo… Pero lo pasado no vuelve.

La princesa lo miraba fijamente a los ojos con su luminosa mirada. Parecía esforzarse en comprender el sentido oculto de aquellas palabras, que le explicase los sentimientos de Nikolái hacia ella.

—Sí, sí— dijo: —Pero usted no tiene que echar de menos el pasado. Tal como yo entiendo, creo que recordará siempre con placer su vida actual, porque la abnegación…

—No acepto sus alabanzas— la interrumpió rápidamente Nikolái. —Al contrario, no hago otra cosa que reprocharme. Pero hablar de ello no es interesante ni divertido.

Y de nuevo sus ojos adquirieron una expresión fría y seca. Pero la princesa había vuelto a ver al hombre a quien conocía y amaba, y hablaba sólo con ese hombre.

—Creí que me permitiría decírselo— añadió. —¡Nos habíamos hecho tan amigos!… Estoy tan unida a su familia que no se me ocurrió pensar que mi interés pudiera ser inoportuno. Pero me he engañado— y su voz tembló de pronto. —No sé por qué— continuó, rehaciéndose, —pero antes era usted diferente… y…

—Existen mil *porqués*— dijo Nikolái (y acentuó especialmente el *porqué*). —Se lo agradezco, princesa— añadió en voz baja. —A veces es muy duro.

“¡Es por eso! ¡Es por eso! —repetía una voz interior en el alma de la princesa—. No es sólo su mirada alegre, bondadosa y sincera, no es sólo la belleza exterior lo que vi en él. Adiviné también la nobleza de su alma valerosa, firme, dispuesta al sacrificio —se decía a sí misma—. Ahora él es pobre y yo soy rica: es solamente por eso… Sí, sólo por eso…”; y recordando su ternura de otros tiempos, mirando ahora aquel rostro bondadoso y triste, comprendió la causa de su frialdad.

—Pero ¿por qué, conde, por qué?— exclamó, casi gritando, acercándose a él involuntariamente. —¿Por qué? Debe decírmelo.

Él guardó silencio.

—No conozco sus razones, conde— prosiguió, —pero es tan penoso para mí… se lo confieso. No sé por qué, usted quiere privarme de su amistad de antes… Eso es muy triste para mí, créame.

En la voz y en los ojos de la princesa María comenzaban a temblar las lágrimas. Prosiguió:

—He sido tan poco feliz en mi vida que cada pérdida me resulta penosa… Perdóneme. Adiós.

Y sin poder contenerse, rompió a llorar mientras se dirigía hacia la puerta.

—¡Princesa! ¡Espere, por Dios!…— exclamó Nikolái, tratando de sujetarla. —¡Princesa!

Ella volvió la cabeza. Durante unos segundos permanecieron en silencio, mirándose a los ojos; y lo que parecía tan lejano e imposible se hizo de pronto inmediato, posible e inevitable.

VII

En el otoño de 1814 se casaron Nikolái y la princesa María y se establecieron en Lisie-Gori, adonde Nikolái llevó a su madre y a Sonia.

En tres años, sin tocar para nada los bienes de su mujer, pagó todas las deudas restantes y con la pequeña herencia de una prima suya pudo devolver a Pierre el dinero que le había prestado.

Tres años más tarde, en 1820, Nikolái había arreglado sus asuntos monetarios de tal manera que compró una pequeña finca próxima a Lisie-Gori y estaba en tratos para la recuperación de Otrádnoie, que era su máxima ilusión.

Su ocupación favorita y única era la agricultura, a la cual en principio se había dedicado por pura necesidad.

Nikolái era un propietario muy sencillo; no le gustaban las innovaciones, sobre todo las introducidas en Inglaterra, entonces de moda; se burlaba de las obras teóricas sobre la agricultura, de las granjas especializadas, de las simientes caras; en general, no cuidaba particularmente de una rama de la hacienda, sino que la atendía en su conjunto. Siempre pensaba en la *finca*, y no en una parte de ella. Lo principal para él no era el nitrógeno ni el oxígeno —que se hallaba en la tierra y el aire—, ni un arado o abonos especiales, sino el instrumento básico mediante el cual actúan el nitrógeno y el oxígeno, el abono y el arado, es decir, el mujik-trabajador.

Cuando Nikolái comenzó a ocuparse de la hacienda y a comprender sus diversos elementos, el mujik atrajo particularmente su atención. El mujik no era para él sólo un instrumento de trabajo, sino su objetivo y juez. Intentó primero comprender sus necesidades y lo que el mujik consideraba bueno y

malo. Hacía como si dispusiera y ordenara, pero, en el fondo, se limitaba a conocer sus métodos, sus palabras e ideas acerca de lo que era bueno y lo que era malo. Y sólo cuando hubo entendido los gustos y aspiraciones del mujik, cuando aprendió a expresarse en su lengua, cuando penetró en el sentido oculto de sus palabras y se sintió cerca de ellos, únicamente entonces empezó a dirigirlos de veras, es decir, a cumplir con respecto a los mujiks lo que de él exigían. Y la administración de Nikolái dio los más brillantes resultados.

Al asumir la dirección de la hacienda, sin vacilaciones y con una especie de intuición, Nikolái elegía como *stárosta* y capataz a los mismos a quienes habrían elegido los mujiks, si hubieran podido elegir; y nunca se veía obligado a sustituirlos. Antes de estudiar la composición química de los abonos, antes de conocer el *haber* y el *debe* (como le gustaba decir irónicamente), se informaba bien sobre la cantidad de ganado que tenían los campesinos y lo aumentaba por todos los medios. No permitía la división de bienes entre las familias, a las que apoyaba generosamente. Despreciaba por igual a los perezosos, los disolutos y los malos trabajadores y trataba de que fueran expulsados de la comunidad.

Durante la siembra y la siega del heno o de los cereales, vigilaba por igual sus propios terrenos y los de sus mujiks, de manera que pocos eran los propietarios que tuvieran tierras tan pronto y tan bien sembradas, tan pronto recogidas las cosechas y tan rentables los resultados como en las tierras de Nikolái.

No sabía tratar con los lacayos agregados a la casa señorial, a los que llamaba *gorrones*; según la opinión de todos, les consentía mucho y los mimaba demasiado. Cuando había que dar alguna orden concerniente a esos criados o cuando se trataba de castigar a alguno, se mostraba indeciso y pedía consejo a la familia. Pero llegado el caso de enviar al ejército a un criado en lugar de un mujik, lo hacía sin vacilar. En cuanto a los mujiks, nunca experimentaba la más pequeña duda. Cada una de sus órdenes —lo sabía bien— sería aprobada por todos, salvo raras excepciones.

No se permitía, sin embargo, recargar de trabajo a un siervo o condenarlo porque le apeteciera, ni tampoco facilitar el trabajo de alguno y recompensarlo según su deseo personal. No habría sabido explicar en qué

consistía la medida de lo que debía hacerse o no, pero en su fuero interno esa medida era firme e inmutable.

Muchas veces, cuando hablaba de algún desorden o fracaso, exclamaba enfadado: "¡Este pueblo ruso!…", y creía que detestaba a los mujiks. Pero la verdad era que amaba con toda su alma a *ese pueblo ruso nuestro*, y su modo de vivir; por eso había comprendido y seguido la única vía capaz de dar buen resultado en la hacienda.

La condesa María se mostraba celosa de ese amor de su marido y le dolía no poder compartirlo, pero le resultaba imposible comprender las alegrías y amarguras que le causaba ese mundo especial, tan ajeno a ella. No entendía por qué Nikolái se mostraba animado y dichoso cuando, después de haberse levantado al amanecer y pasar toda la mañana en el campo o en la era, en las sementeras o los prados, regresaba a la hora en que ella servía el té. No comprendía su entusiasmo cuando le refería que el rico y laborioso mujik Matvei Ermishin y su familia habían estado llevando haces durante toda la noche, mientras que los demás no los habían recogido aún. Tampoco se explicaba por qué sonreía tan alegremente debajo de los bigotes y guiñaba los ojos al pasar de la ventana al balcón, mientras una lluvia tibia y frecuente caía sobre los secos brotes de la avena, o por qué, en la época de la siega o la recolección, tostado por el sol, sudoroso, con olor de ajenjo y semillas de estragón en los cabellos, se frotaba las manos satisfecho si el viento alejaba unos nubarrones que amenazaban tormenta, y decía: "Otro día así y nuestra cosecha y la de los mujiks ya estarán en el granero".

Todavía menos podía comprender por qué Nikolái, de tan buen corazón y siempre dispuesto a prevenir sus deseos, llegaba casi a la desesperación cuando era ella la portadora de la súplica de una campesina o de un mujik para una dispensa de trabajo que él se negaba rotundamente a conceder, rogándole que no interviniera en esos asuntos. Se daba cuenta de que su marido tenía un mundo particular, que amaba apasionadamente, un mundo gobernado por leyes que ella no comprendía.

En ocasiones, intentando comprenderlo, le hablaba del mérito que él tenía tratando tan bien a los mujiks. Nikolái contestaba enfadado:

—No hay tal mérito, nunca se me ha ocurrido; no hago nada por ellos. El bien al prójimo no es más que una idea poética y cuentos de mujeres. Lo que necesito es que nuestros hijos no tengan que pedir limosna. Debo consolidar nuestra fortuna mientras viva: no hay más que eso.

Y para eso necesito orden y severidad… Eso es todo— decía apretando su poderoso puño. —Eso y justicia, claro está— añadía, —porque si el campesino tiene hambre, si está desnudo, si no tiene más que un caballejo, no podrá trabajar ni para él ni para mí.

Y seguramente porque Nikolái no se permitía pensar que hacía algo en bien de los demás, tener buen corazón, cuanto hacía era beneficioso. Su fortuna aumentaba rápidamente. Los mujiks de las cercanías venían a él para que los comprara, y durante mucho tiempo después de su muerte el pueblo conservó grato recuerdo de él. “Era un verdadero amo… Lo primero, lo de los mujiks, y después, lo suyo. Tampoco aflojaba la mano. En una palabra, ¡un verdadero amo!”

VIII

Lo que a veces atormentaba a Nikolái en su trato con los mujiks era su propia irascibilidad, unida a una arraigada costumbre militar de levantar la mano. Al principio no veía en ello nada censurable, pero al segundo año de matrimonio su opinión sobre ese modo de proceder de pronto cambió.

Cierto día de verano hizo llamar al *stárosta* de Boguchárovo, que había sustituido a Dron, ya muerto, y al que acusaban de robos y negligencias. Nikolái salió al porche y, tras la primera respuesta del *stárosta*, se oyeron en el zaguán ruidos de golpes y gritos. Cuando volvió para desayunar se acercó a su mujer, sentada ante su labor y con la cabeza baja; como de costumbre, comenzó a contar lo que pensaba hacer aquella mañana y, entre otras cosas, habló del *stárosta* de Boguchárovo. La condesa María, ya ruborizada, ya pálida, siempre en la misma actitud y con los labios apretados, no contestaba a las palabras de su marido.

—¡Qué insolente bribón!— decía, enardeciéndose sólo de recordarlo. —Si al menos hubiera dicho que estaba borracho, que no lo vio… Pero, ¿qué te pasa, Mary?— preguntó de pronto.

La condesa levantó la cabeza, quiso decir algo, pero volvió a bajar la vista rápidamente y contrajo los labios.

—¿Qué te pasa? ¿Qué te ocurre, querida?

Las lágrimas embellecían siempre a la fea condesa. Nunca lloraba por dolor o fastidio, sino por tristeza y piedad. Cuando lloraba, sus ojos radiantes adquirían un encanto irresistible.

En cuanto Nikolái tomó su mano, no pudo contenerse más y se echó a llorar.

—Lo he visto, Nicolás… Ese hombre es culpable, pero tú… ¿Por qué lo hiciste?— y ocultó el rostro en las manos.

Nikolái calló, enrojeció intensamente, se apartó de ella y, en silencio, comenzó a caminar por la estancia. Comprendió por qué lloraba su esposa, pero no podía admitir tan de pronto que un acto al que estaba acostumbrado casi desde niño y que hallaba normal fuera malo.

“¿Son tonterías de mujer, un exceso de sensiblería o tiene razón?”, se preguntaba.

Indeciso aún, contempló de nuevo el rostro sufriente de María lleno de amor por él y entonces comprendió de súbito que ella tenía razón y que él era culpable desde hacía bastante tiempo ante sí mismo.

—Mary— dijo a media voz, acercándose a ella. —Eso nunca más volverá a suceder, te doy mi palabra. Nunca más— repitió con voz estremecida, como la de un niño que pide perdón.

Las lágrimas brotaron aún más abundantes de los ojos de la condesa, que tomó la mano de su marido y la besó.

—Nicolás, ¿cuándo has roto el camafeo?— preguntó por cambiar de tema, mirando el anillo de su marido con la cabeza de Laocoonte.

—Hoy, ha sido cuando…, por favor, Mary, no me lo recuerdes…— volvió a enrojecer. —Te doy mi palabra de honor que eso no se repetirá y esto me servirá de recordatorio— dijo, mostrando el anillo roto.

Desde entonces, cada vez que al tomar las cuentas a un *stárosta* o encargado se le subía la sangre a la cabeza y se le crispaban los puños, Nikolái daba vueltas al anillo y bajaba los ojos ante el hombre que lo enfurecía. Sin embargo, un par de veces al año se dejaba llevar por la cólera y entonces confesaba a su mujer lo que había hecho y le prometía que aquélla sería la última vez.

—Mary, tú me desprecias, ¿verdad?— decía. —Me lo merezco.

—Tú vete, vete cuando sientas que eres incapaz de dominarte— decía tristemente la condesa María, tratando de consolarlo.

En la sociedad de la nobleza provinciana estimaban a Nikolái, pero no lo querían. Los intereses de la nobleza le eran indiferentes, y ése era el motivo de que unos lo creyeran orgulloso y otros tonto. Todo su tiempo, desde la siembra de primavera hasta la recolección, lo pasaba absorbido por

los asuntos relacionados con el campo. El otoño lo dedicaba a la caza con la misma seriedad que ponía en la agricultura, ausentándose por uno o dos meses con sus jaurías y monteros. En el invierno visitaba otras aldeas y se dedicaba a la lectura.

En su biblioteca abundaban, sobre todo, los libros de historia; los adquiría cada año por una determinada suma. Solía decir que estaba haciendo una biblioteca seria y se obligaba a leer todo lo que compraba. Encerrado en su despacho leía con aire grave; esa dedicación a la lectura fue al principio como un deber, después una ocupación habitual, que le proporcionaba cierto placer por la conciencia de estar entregado a una ocupación seria. A excepción de alguna salida relacionada con su administración, todo el invierno lo pasaba en casa uniéndose más a la familia: le gustaba conocer hasta los más pequeños detalles de la vida de sus hijos y sus relaciones con la madre. Intimaba cada vez más con su mujer y cada día descubría en ella nuevos tesoros morales.

Desde el matrimonio de Nikolái, Sonia vivía en su casa. Antes de la boda, Nikolái —acusándose a sí mismo y alabándola— había contado a María sus antiguas relaciones y le había pedido que fuese cariñosa y buena con su prima. La condesa María comprendía la culpa de su marido y la suya propia ante Sonia; pensaba que su riqueza había influido en la elección de Nikolái, y aunque nada tenía que reprochar a Sonia y deseaba quererla de veras, no sólo no la quería sino que en el fondo de su alma descubría a menudo malos sentimientos hacia ella, que no lograba vencer.

Un día habló a su amiga Natasha de Sonia y de su propia injusticia.

—Tú has leído mucho el Evangelio— dijo Natasha: —pues en él hay un pasaje que se refiere plenamente a Sonia.

—¿Cuál?— preguntó extrañada la condesa María.

—“A quien más tuviere, más se le dará; y a quien tuviere poco, se le quitará”, ¿comprendes? Ella no tiene nada. ¿Por qué? Lo ignoro. Tal vez le falta egoísmo, no lo sé; pero se le quita y se le ha quitado todo. A veces me da mucha pena; en otros tiempos deseé vivamente que Nikolái se casara con ella, pero siempre tuve el presentimiento de que eso no ocurriría. Es como una *flor estéril*, como las que hay entre los fresales. Unas veces me da lástima y otras pienso que lo siente como lo sentiríamos tú y yo.

A pesar de que la condesa María trataba de explicar a Natasha que era preciso entender de otra manera las palabras del Evangelio, cambiaba de opinión siempre que veía a Sonia, que, en efecto, parecía no sufrir, resignada fatalmente a su destino de *flor estéril*. Diríase que sentía cariño no tanto por la gente como por la familia en su conjunto. Era como los gatos, que se habitúan antes a la casa que a las personas que habitan en ella. Cuidaba a la vieja condesa, acariciaba y mimaba a los niños y estaba siempre dispuesta a cumplir los pequeños servicios de que era capaz, pero todo eso se aceptaba como debido y con muy poco reconocimiento…

La finca de Lisie-Gori había sido reedificada, pero no con la magnificencia de los tiempos del difunto príncipe.

Las nuevas construcciones, comenzadas en tiempos difíciles, eran más que sencillas. La inmensa casa sobre cimientos de piedra era de madera y estaba enlucida sólo por dentro; los suelos de tablas estaban sin pintar, y la habían amueblado con las más sencillas sillas, mesas y divanes hechos por sus siervos, con madera de abedul de la misma finca. La casa era espaciosa, con dependencias para el servicio y habitaciones para los huéspedes. Los parientes de los Rostov y de los Bolkonski se reunían con frecuencia en Lisie-Gori, llegaban con toda su familia en sus carruajes arrastrados por tiros de dieciséis caballos y con docenas de criados. Y allí quedaban meses enteros. Además, cuatro veces al año, en los cumpleaños y santos de los dueños, se reunían por uno o dos días hasta cien invitados. El resto del tiempo se deslizaba tranquilamente, en medio de las habituales ocupaciones: el té, el desayuno, la comida, la cena, el almuerzo, servido todo ello con los productos de la hacienda.

IX

Era el 5 de diciembre de 1820, víspera de San Nicolás. Natasha, su marido y los niños estaban en casa de Nikolái desde principios de otoño. Pierre había vuelto a San Petersburgo por asuntos particulares, como él decía; pensaba estar ausente tres semanas, pero ya llevaba siete y lo esperaban de un momento a otro.

El 5 de diciembre, además de la familia de Bezújov, los Rostov tenían en su casa a un viejo amigo de Nikolái, el general retirado Vasili Fiodórovich Denísov.

Nikolái sabía que el 6, día de la fiesta, cuando llegaran los invitados, tendría que quitarse su aljuba, ponerse levita y botas de punta estrecha y acudir a la nueva iglesia que había hecho construir; después vendrían las felicitaciones, los entremeses que ofrecería a los invitados, se hablaría de las elecciones de la nobleza y la cosecha. Pero ahora, en la víspera, se creía con derecho a hacer su vida ordinaria.

Antes de comer revisó las cuentas del administrador de la finca de Riazán, propiedad del sobrino de su mujer, escribió dos cartas de negocios y dio una vuelta por la era, los establos y las caballerizas. Después de tomar algunas medidas de previsión ante la borrachera general que se anunciaba para el día siguiente (con ocasión de la fiesta patronal), volvió a la hora de comer y, sin tiempo para hablar a solas con su mujer, ocupó su puesto en la larga mesa de veinte cubiertos, en torno a la cual se habían reunido todos sus familiares. Estaban allí su madre, la anciana señora Bielova (que vivía con la condesa), su mujer con sus tres hijos, la institutriz, el preceptor de sus hijos, el sobrino con su otro preceptor, Sonia, Denísov, Natasha y sus

tres pequeños con la institutriz de ellos y el viejo Mijaíl Ivánovich, arquitecto del príncipe, que vivía tranquilamente en Lisie-Gori.

La condesa María estaba en el extremo opuesto de la mesa. En cuanto su marido se hubo sentado, por el gesto con que desdobló la servilleta y desplazó rápidamente el vaso y la copa que tenía delante, advirtió que estaba de mal humor, como solía ocurrirle a veces, sobre todo antes de la sopa, cuando regresaba directamente del campo a la hora de comer. La condesa María conocía perfectamente ese estado de ánimo y, cuando ella misma estaba de buen humor, esperaba tranquilamente a que terminase el primer plato y sólo entonces se dirigía a él y lo obligaba a confesar que estaba de mal humor sin motivo alguno. Pero aquel día olvidó por completo su prudente costumbre. Le disgustaba y entristecía que, sin motivo alguno, su marido estuviese enfadado con ella. Se sintió desgraciada. Le preguntó dónde había estado. Nikolái contestó. Le preguntó de nuevo si iba todo bien en la hacienda. Él frunció el ceño, por el tono forzado de la pregunta, y contestó apresuradamente.

“Así es, no me engañé —pensó la condesa María—. ¿Por qué está enfadado conmigo?” Por el tono de su respuesta, percibió cierta animosidad hacia ella y el deseo de cortar la conversación; se daba cuenta de que sus preguntas parecían poco naturales, pero no pudo contener sus deseos de hacer otras preguntas por el estilo.

Gracias a Denísov, la conversación se hizo pronto general y animada, y la condesa María no habló más con su marido. Cuando se levantaron de la mesa y fueron a dar las gracias a la vieja condesa, María tendió la mano a Nikolái, lo besó y le preguntó por qué estaba enfadado con ella.

—Siempre tienes ideas extrañas, no estoy nada enfadado— contestó.

Pero la palabra *siempre* decía a la condesa María: “Estoy enfadado, y no quiero explicar el motivo”.

Nikolái vivía en tan buena armonía con su esposa que hasta Sonia y la vieja condesa —que, por celos, deseaban verlos en discordia— no podían hallar motivo alguno de reproche. Sin embargo, también entre ellos existían instantes de animosidad. A veces, precisamente después de algún período muy feliz, surgía entre ambos cierto alejamiento y hostilidad; esto era más

frecuente durante los embarazos de la condesa María. Ahora se hallaba en uno de esos períodos.

—Bueno, messieurs et mesdames— dijo Nikolái en voz alta y, al parecer, alegremente (cosa que a la princesa le pareció hecho a propósito para ofenderla). —Estoy de pie desde las seis, mañana tendré que sufrir, pero hoy prefiero descansar.

Y, sin decir nada a su mujer, se retiró a un pequeño salón y se echó en un diván.

“Siempre hace lo mismo —pensó la condesa María—, habla con todos menos conmigo. Noto que le repugno, sobre todo en esta situación.” Miró su abultado vientre y contempló en el espejo su rostro amarillento, pálido y delgado, con los ojos más grandes que nunca.

Todo le parecía desagradable: los gritos y las risas de Denísov, la conversación de Natasha y, sobre todo, la rápida mirada que le dirigió Sonia.

Sonia era el primer pretexto que elegía la condesa para justificar su irritación.

Permaneció un rato con sus huéspedes y, sin entender nada de lo que decían, salió disimuladamente y subió a la habitación de los niños, que habían emprendido un viaje a Moscú, montados sobre sillas, y la invitaron a ir con ellos. Se sentó y jugó con los pequeños, pero el recuerdo de la inmotivada irritación de su marido no dejaba de atormentarla. Se levantó y, caminando con dificultad sobre las puntas de los pies, se dirigió al pequeño salón donde dormía Nikolái.

“Quizá no esté dormido y podamos explicarnos”, se dijo.

Andriusha, el mayor de los niños, la siguió también de puntillas, imitándola, sin que ella se diera cuenta.

—Chère Marie, il dort, je crois; il est si fatigué;[629] Andriusha podría despertarlo— dijo desde el gran salón Sonia, a quien le parecía a María encontrársela en todas partes.

La condesa se volvió, vio detrás de sí al hijo y comprendió que Sonia tenía razón, y eso precisamente aumentó su ira y, a duras penas, contuvo una palabra hiriente. No contestó nada, pero, por no obedecer a Sonia, hizo un gesto al niño para que la siguiera sin hacer ruido y los dos se dirigieron a

la puerta. Sonia salió por el lado contrario. De la estancia donde dormía Nikolái llegaba el rumor de su respiración regular, cuyos más ínfimos matices tan bien conocía. Mientras escuchaba veía la frente despejada y hermosa de su marido, sus bigotes, el rostro todo, que en los largos silencios de la noche, cuando él dormía, le gustaba contemplar. En eso, Nikolái se movió y carraspeó.

En aquel instante, desde el otro lado de la puerta, Andriusha gritó:

—¡Papaíto, mamita está aquí!

La condesa María palideció asustada y empezó a hacer señas al pequeño, quien dejó de gritar, y, durante unos segundos, se hizo un silencio temible para ella; sabía que su marido odiaba que lo despertasen. Se oyó de pronto, tras la puerta, un nuevo carraspeo y la voz descontenta de Nikolái:

—¡No lo dejan a uno descansar un momento!— dijo. —¡Mary! ¿Eres tú? ¿Por qué lo has traído?

—Sólo vine a mirar… no lo he visto… perdóname…

Nikolái tosió y guardó silencio. La condesa se retiró de la puerta y acompañó a su hijo hasta la habitación de los niños. Cinco minutos después, la pequeña Natasha, una criatura de tres años y ojos negros, la preferida de su padre, a quien contó su hermano que papaíto dormía y mamita estaba en la habitación de los divanes, corrió sin ser vista por la condesa adonde estaba el padre. La pequeña abrió la puerta chirriante, se acercó con andar decidido de sus aún torpes piececitos al diván, examinó la postura de su padre, acostado de espaldas a ella, se puso de puntillas y besó la mano de Nikolái sobre la cual apoyaba la cabeza.

—¡Natasha! ¡Natasha!— llamó en voz baja y asustada la condesa desde la puerta. —Papá quiere dormir.

—No, mamá, no quiere dormir— contestó con mucha seguridad la pequeña Natasha. —Se está riendo.

Nikolái bajó las piernas del diván, se incorporó y tomó a la niña en brazos.

—Entra, Masha— dijo a su esposa.

La condesa entró en la habitación y se sentó junto a su marido.

—No la vi venir detrás de mí— dijo tímidamente. —Vine por ver…

Nikolái, que tenía en un brazo a la niña, contempló a su mujer y, al ver la expresión de culpa en su rostro, la acercó a sí con el otro brazo y besó sus cabellos.

—¿Puedo besar a mamá?— preguntó a la niña.

Natasha sonrió tímidamente.

—¡Otra vez!— dijo con gesto imperioso, señalando el sitio donde Nikolái la había besado.

—No sé por qué crees que estoy de mal humor— dijo Nikolái, respondiendo a la pregunta que, según sabía, estaba en el ánimo de su mujer.

—No puedes imaginarte lo desgraciada y sola que me siento cuando te pones así. Siempre me parece que…

—Mary, no digas tonterías. ¿Cómo no te da vergüenza?— dijo alegremente.

—Me parece que no puedes quererme por ser tan fea… lo soy siempre… y ahora… en este estado…

—¡Ah, no me hagas reír! La belleza no hace nacer el amor, es el amor quien hace la belleza. Únicamente a las Malvinas y a otras similares se las ama porque son guapas. Pero ¿acaso amo a mi mujer? No, no es amor; ¿cómo te diría?… Sin ti, o cuando algo perturba nuestras relaciones, me siento perdido, no puedo hacer nada. ¿Cómo te lo explicaría? ¿Amo mi dedo? No, no lo amo; pero que traten de quitármelo…

—Yo no pienso lo mismo, pero te comprendo. Entonces, ¿no estás enfadado conmigo?

—¡Terriblemente enfadado!— sonrió Nikolái; y pasándose la mano por el pelo, empezó a pasear. —¿Sabes, Mary, en qué pienso?— dijo, cuando se hizo la paz, empezando a pensar en voz alta ante ella.

No se preguntó si estaba dispuesta a escucharlo; eso no le importaba; se le había ocurrido una idea y su mujer tenía que participar de ella. Y le expuso su intención de convencer a Pierre de que se quedara con ellos hasta la primavera.

La condesa María lo escuchó, hizo algunas observaciones y también comenzó a pensar en voz alta. Se trataba de los niños.

—Ya apunta en ella la mujer— dijo en francés, señalando a la pequeña Natasha. —Vosotros reprocháis a las mujeres la falta de lógica. Pues ahí tienes nuestra lógica. Le digo: "Papá quiere dormir" y ella contesta: "No, se está riendo".

—Y tiene razón— sonrió feliz la condesa.

—¡Sí, sí!

Nikolái cogió a la pequeña, la levantó en alto, la colocó sobre su hombro sujetando sus piernecitas y paseó por la habitación. Padre e hija tenían la misma expresión de beatífica felicidad.

—¿Sabes?— susurró la condesa en francés, —tal vez seas injusto. La quieres más que a los otros.

—Sí, ya lo sé, pero ¿qué quieres que haga?… Procuro disimularlo…

En aquel instante se oyó en el zaguán y el pasillo un rumor de voces y pasos que delataban la llegada de alguien.

—Alguien ha venido.

—Estoy segura de que es Pierre. Voy a ver— y la condesa salió de la habitación.

Aprovechando su ausencia, Nikolái, con la niña en brazos, se permitió dar unas vueltas por la habitación a pleno galope, hasta que rendido, jadeante, se detuvo, bajó rápidamente a la riente niña y la estrechó contra su pecho. Los saltos que acababa de dar le recordaron el baile y, contemplando la carita redonda y radiante de su hija, pensó en cómo sería cuando él, ya viejito, la acompañara al baile; y lo mismo que su difunto padre, que bailaba con Natasha el *Danilo Cooper*, él bailaría la mazurca con ella.

—¡Nikolái! ¡Es él! ¡Está aquí!— dijo al poco rato la condesa entrando. —Ahora revivirá nuestra Natasha. Era de ver su alegría, y menuda bronca se llevó Pierre por el retraso. Vamos, vamos de prisa. Separaos ya de una vez— añadió sonriendo, mirando a su hija, que se pegaba al padre.

Nikolái salió con la pequeña de la mano.

La condesa se quedó en el salón de los divanes.

—Jamás, jamás pensé que se pudiera ser tan feliz— susurró.

Una sonrisa iluminó su rostro; pero al mismo tiempo suspiró y su profunda mirada expresó una apacible tristeza. Como si además de la

felicidad que experimentaba existiera otra, inaccesible en esta vida, que en aquel momento recordó involuntariamente.

X

Natasha se había casado en la primavera de 1813 y en 1820 tenía ya tres hijas y un hijo muy deseado, a quien ella misma criaba.

Era difícil reconocer en aquella madre gruesa y en pleno florecer a la inquieta y revoltosa Natasha de antes. Los rasgos de su cara se habían determinado y expresaban una paz reposada y serena. Su rostro no tenía ya, como antaño, aquella constante animación que constituía su mayor atractivo. Ahora, a menudo, sólo se veía el rostro y el cuerpo, pero ya no se traslucía el alma; se veía una hembra hermosa, fuerte y fecunda. Raras veces se encendía en ella el antiguo fuego; sólo sucedía en algunas ocasiones, cuando regresaba su marido, o cuando sanaba alguno de sus hijos o cuando, con la condesa María, recordaba al príncipe Andréi (con su marido nunca lo hacía, suponiéndolo celoso de aquel recuerdo), y, más raramente aún, cuando algún azar la impulsaba a cantar, placer que había abandonado por completo después de su boda. En aquellos raros instantes, cuando el antiguo fuego parecía encenderse de nuevo en su hermoso cuerpo florecido, era todavía más atractiva que entonces.

Desde que se casó, Natasha vivía con su marido en Moscú o en San Petersburgo, en la casa de campo próxima a Moscú o con su madre, es decir, con Nikolái. Frecuentaba poco la vida social y cuantos conocían a la joven condesa Bezújov quedaban decepcionados, no era ni afable ni amable. No es que amase la soledad (en realidad, Natasha ignoraba si le gustaba o no, y aun le parecía que no le gustaba), pero los embarazos, los partos y la crianza de sus hijos, además de una participación muy intensa en cada minuto de la vida de su marido, la obligaban a no frecuentarla. Cuantos conocían a la Natasha de antes quedaban asombrados, como de

algo extraordinario, del cambio que se había operado en ella; sólo la vieja condesa, que instintivamente había comprendido que todas las inquietudes de su hija no tenían otra causa que la falta de un marido y de una familia (como decía medio en broma medio en serio, en Otrádnoie), sólo la madre se mostraba sorprendida del asombro de la gente que no la comprendía y repetía que siempre había sabido que su hija sería una esposa y una madre modelo.

—Pero lleva hasta el extremo el amor a su marido y a sus hijos, lo que resulta hasta estúpido— añadía la condesa.

Natasha no seguía aquella regla de oro propuesta por la gente sabia, y sobre todo por los franceses, según la cual una mujer joven no debe descuidarse ni abandonar las artes de la seducción después de casarse, sino que, por el contrario, debe realzar aún más que antes sus atractivos para seguir cautivando al marido como antes del matrimonio. Ella, por el contrario, había abandonado sus artes de seducción, y entre ellos, el más poderoso, su voz. Precisamente por ser el más fuerte, había dejado el canto. Natasha no cuidaba sus modales, ni refinaba su lenguaje ni pensaba en su adorno personal; no trataba de presentarse ante su marido atractiva, bien vestida y peinada, evitando cansarlo con sus exigencias. Se daba cuenta de que todos los atractivos que antes utilizaba por instinto ahora sólo serían ridículos ante su marido, a quien se había entregado toda por entero, desde el primer momento, con toda el alma, sin dejar ni un sólo rincón cerrado para él. Sabía que los vínculos que la unían a su marido no se mantenían por los sentimientos poéticos que lo habían atraído hacia ella, sino por algo distinto, indefinido, pero tan firme como la unión de su alma con el cuerpo.

Rizarse el cabello, vestir a la moda, cantar una romanza, y hacerlo para cautivar al marido, le parecía tan extraño como adornarse para gustarse a sí misma. Hacerlo por gustar a los demás acaso le atrajera (Natasha lo ignoraba); pero le faltaba tiempo para ello: la causa principal de que hubiera olvidado el canto, su propia persona y no pensara en lo que iba a decir era su falta absoluta de tiempo.

Sabido es que el ser humano puede concentrar toda su atención en un objeto, por insignificante que parezca; y se sabe también que todo objeto en

el cual se concentra la atención crece hasta lo infinito aunque sea insignificante.

Natasha se dedicó por entero a la familia, es decir, al marido a quien debía manejar para que sólo fuera suyo y de la casa; y a los hijos, a quienes debía llevar en su seno, alimentar y educar.

Y cuanto más se entregaba —no sólo con la inteligencia, sino con su alma entera, con todo su ser— al objetivo elegido, tanto mayor éste se hacía para ella gracias a su atención, y sus fuerzas le parecían más débiles, más insignificantes, de manera que procuraba concentrarlas, y ni aun así conseguía hacer todo lo que le parecía necesario.

No comprendía en absoluto las discusiones y conversaciones referentes a los derechos de la mujer, a las relaciones entre cónyuges, sus libertades y recíprocas obligaciones, que entonces no fueron llamados *problemas* como ahora, aunque eran los mismos que en nuestra época.

Esas cuestiones, entonces como ahora, no existían más que para personas que sólo ven en el matrimonio el placer que mutuamente se procuran los esposos, es decir, tan sólo el principio del matrimonio, y no toda su importancia, que radica en la familia.

Aquellos razonamientos y las cuestiones de hoy, parecidas a la pregunta de cómo conseguir el mayor placer comiendo, no existían de hecho, ni existen hoy para quienes piensan que la finalidad de la comida es alimentarse, y la finalidad del matrimonio es la familia.

Si lo que se pretende conseguir con la comida es nutrir el cuerpo, quien come de una vez lo correspondiente a dos comidas obtiene tal vez un mayor placer, pero no cumple la finalidad perseguida, porque el estómago no puede digerir dos comidas al mismo tiempo.

Si la finalidad del matrimonio es la familia, quien desee tener mujeres o maridos conseguirá tal vez mayor placer, pero en ningún caso tendrá familia.

Si el objetivo de comer es la alimentación y el del matrimonio la familia, todo se reduce a no comer más de lo que el estómago pueda digerir y a no tener más mujeres o maridos de los necesarios para la familia, es decir, no más de uno o de una.

Natasha necesitaba un marido. Lo tuvo. El marido le proporcionó la familia. Y no veía la necesidad de un marido mejor, porque todas sus energías estaban encaminadas al servicio de ese marido y de aquella familia; no podía siquiera imaginar, ni tenía el menor interés en ello, lo que habría ocurrido si fuera de otra manera.

En general, no le gustaba la sociedad; tanto más valoraba la compañía de sus deudos: la condesa María, su hermano, su madre y Sonia. Estaba a gusto entre aquellas personas con las cuales, sin necesidad de peinarse ni mudarse de bata, podía salir de la habitación de los niños con el rostro feliz para mostrar el pañal manchado de amarillo y no de verde y escuchar las afirmaciones consoladoras de que el niño estaba ahora mucho mejor.

Natasha se había abandonado tanto que sus vestidos, su peinado, sus palabras fuera de lugar, sus celos —sentía celos de Sonia, de la institutriz, de cualquier mujer, fuera guapa o no— eran el tema habitual de las burlas de todos sus familiares. La opinión general era que Pierre estaba dominado por su mujer, y era verdad. Ya desde los primeros días de matrimonio Natasha expuso sus pretensiones. Pierre quedó asombrado de aquellas ideas, nuevas para él, según las cuales el marido pertenecía a su mujer y a su familia en cada instante de su existencia. Se asombró de tales exigencias, pero se sintió lisonjeado y las aceptó.

Pierre se sometió a las diversas prohibiciones impuestas por su mujer, entre las cuales figuraba no sólo la de no cortejar a otra mujer sino la de no atreverse a hablar afablemente con ninguna; se le prohibía comer en el Club ni en ningún otro lugar como simple pasatiempo, gastar dinero en caprichos, ausentarse durante mucho tiempo, excepto para sus ocupaciones, entre las cuales incluía Natasha sus trabajos científicos, de los que ella nada entendía, aunque las juzgaba importantísimas. En compensación, Pierre era en su casa dueño de disponer no sólo de sí mismo, sino de toda la familia. Dentro de casa, Natasha se convertía en la esclava del marido y todos caminaban de puntillas cuando Pierre leía o escribía algo en su despacho. Bastaba que mostrase alguna preferencia por cualquier cosa para que se tuviese inmediatamente en cuenta. Si expresaba algún deseo, Natasha corría presurosa para satisfacerlo.

Toda la casa se regía por las imaginarias órdenes del marido, o sea, según los deseos de Pierre, que Natasha trataba de adivinar. El modo de vida, las relaciones sociales, las actividades de Natasha, la educación de los niños, todo se hacía según la voluntad de Pierre, puesto que la esposa procuraba deducirlas de las ideas y las conversaciones que mantenía con su marido, y sus deducciones eran certeras; una vez convencida de cuáles eran sus deseos, los mantenía firmemente. Y cuando Pierre mudaba de parecer, ella luchaba contra el cambio con sus mismas armas.

Así, durante el penoso tiempo, siempre presente en la memoria de Pierre, que siguió al nacimiento del primero de sus hijos, demasiado débil, hasta el punto de tener que cambiar tres veces de nodriza, cosa que desesperó a Natasha haciéndola enfermar, Pierre, cierto día, habló de las ideas de Rousseau (que él aceptaba) sobre la lactancia materna y los peligros de una nodriza. Cuando llegó el segundo hijo, a pesar de la oposición de la vieja condesa, de los médicos y del mismo marido (que se oponía por considerarlo como algo insólito y perjudicial), ella insistió y desde entonces corrió con la crianza de todos.

Con harta frecuencia, y en momentos de mal humor, discutían marido y mujer; pero aún mucho tiempo después de la discusión, Pierre, con asombro y alegría, hallaba en las palabras y en los actos de Natasha las mismas ideas que antes se negaba a aceptar. Y no sólo encontraba sus ideas, sino que las veía depuradas de todo lo superfluo, provocado por la discusión y el acaloramiento.

Tras siete años de matrimonio Pierre tenía la sólida y gozosa conciencia de no ser una mala persona; y lo sentía porque se veía reflejado en su mujer. Dentro de sí veía el bien y el mal confundidos uno con otro ocultándose mutuamente: pero en su mujer se reflejaba lo bueno de verdad, todo lo que no era bueno del todo quedaba relegado; aquel reflejo no era el producto de un razonamiento lógico, se originaba de manera distinta, misteriosa y directa.

XI

Dos meses antes, cuando estaban ya en casa de los Rostov, Pierre había recibido una carta del príncipe Fiódor que lo llamaba a San Petersburgo para discutir cuestiones importantes que preocupaban a los miembros de cierta sociedad, uno de cuyos principales fundadores era Bezújov.

Después de haber leído aquella carta, como hacía con todas las de su marido, Natasha, a pesar del dolor que le producía su ausencia, le propuso que fuera a San Petersburgo. Concedía, aun sin entenderlo, gran importancia a toda la actividad intelectual y abstracta de su marido y temía siempre ser un obstáculo para ella. A la mirada interrogadora y tímida de Pierre, después de leer aquella carta, Natasha contestó pidiéndole que partiera, aunque fijó exactamente el día de su regreso: Pierre obtuvo un permiso de cuatro semanas.

Desde que caducó el permiso, dos semanas atrás, Natasha se hallaba en un estado permanente de tristeza, temor e irritación.

Denísov, general retirado y muy a disgusto con la situación política de aquellos tiempos, llegado a Lisie-Gori hacía dos semanas, contemplaba a Natasha con estupor y tristeza, creía ver el retrato de un ser amado en otros tiempos, al que no se le parecía en nada. Lo único que veía y oía de la hechicera de antes eran miradas tristes y preocupadas, respuestas fuera de propósito y conversaciones sobre los niños.

Durante todo ese tiempo Natasha se mostraba triste e irascible, sobre todo cuando su madre, su hermano, Sonia o la condesa María buscaban alguna disculpa al retraso de Pierre.

—No son sino tonterías, bagatelas— decía Natasha. —Todas sus ideas no conducen a nada. Lo mismo que esas tontas sociedades— decía

refiriéndose a los asuntos en cuya importancia creía tan firmemente. Y se iba a la habitación de los niños para dar el pecho a Petia, su único varón.

Nadie podía proporcionarle tanta serena tranquilidad como aquel pequeño ser de tres meses que estrechaba contra su pecho, cuando sentía los movimientos de su boquita y los resoplidos de su pequeña nariz. Aquella criatura parecía decirle: “Te enfadas, estás celosa, querrías vengarte, tienes miedo, pero yo soy él, yo soy él…”. Y no había nada que objetar a esa verdad. Era algo más que una verdad.

Tanto recurrió durante aquellas dos semanas a su hijo para serenarse, tanto se ocupó de él, lo amamantó tantas veces, que el niño cayó enfermo. Natasha quedó aterrada ante la enfermedad; pero, al mismo tiempo, era algo que necesitaba. Mientras cuidaba al pequeño soportaba más fácilmente la inquietud por el marido.

Cuando el coche de Pierre se detuvo con estrépito en el portal de Lisie-Gori, una niñera, que sabía cómo alegrar a su señora, entró resplandeciente en la habitación con pasos rápidos y silenciosos.

—¿Ha llegado?— preguntó Natasha, sin hacer el menor movimiento por miedo a despertar al pequeño que estaba durmiendo en sus brazos después de haber mamado.

—Ha llegado, madrecita— susurró la niñera.

La sangre afluyó al rostro de Natasha; no pudo dominar el movimiento que hicieron sus piernas; pero era imposible ponerse en pie y correr. El niño abrió los ojos y la miró. “¿Estás aquí?”, parecía decirle; y chasqueó perezosamente los labios.

Natasha lo separó suavemente del pecho, acunándolo en los brazos; dio el pequeño a la niñera y, con rápidos pasos, se dirigió a la puerta. Allí se detuvo, como si tuviera remordimiento por su alegría y por abandonar tan pronto al niño. Volvió la cabeza. La niñera, con los brazos en alto para no rozar la barandilla, trasladó al pequeño a su cuna.

—Váyase, váyase, mamita, puede estar tranquila— susurró, sonriendo con esa familiaridad que suele existir entre la niñera y su señora.

Natasha corrió con paso ligero al pasillo.

Denísov, que con su pipa en la boca salía del despacho a la sala, reconoció por primera vez a la antigua Natasha. De su rostro transfigurado

fluían raudales de luz resplandeciente y jubilosa.

—¡Ya ha llegado!— dijo sin dejar de correr.

Y Denísov se sintió entusiasmado de que hubiera regresado Pierre, a quien tenía muy poca simpatía. Cuando Natasha entró corriendo en el pasillo vio una figura muy alta, con pelliza de piel, que estaba desenrollando la bufanda.

"¡Él! ¡Él! ¡Es cierto! Ya está aquí —se decía a sí misma, y se precipitó hacia él, lo abrazó, estrechó su cabeza en el pecho de Pierre y después, apartándose, contempló el rostro sonrosado, cubierto de escarcha y feliz de su marido—. Sí, es él, feliz, contento…"

Y recordó de pronto todos los sufrimientos de aquellas dos semanas de espera. Desapareció la alegría que iluminaba su rostro; frunció el ceño y sobre Pierre cayó un torrente de reproches y palabras de censura.

—Sí, sí, tú lo has pasado bien, estás muy contento, te has divertido… ¿Y yo? Debías haber pensado por lo menos en los niños. Estoy criando y se me ha estropeado la leche… Petia estuvo a la muerte. Sí, pero tú te has divertido… lo has pasado muy bien…

Pierre sabía que no era culpable, porque le había sido imposible volver antes; sabía que aquel estallido de cólera era injusto, que dos minutos después habría pasado por completo; sabía, sobre todo, que se sentía alegre y contento. Quería sonreír, pero no se atrevió ni a pensarlo; adoptó un aire lastimero, asustado, y se agachó.

—No podía volver, te lo juro… Dime, ¿cómo está Petia?

—Ya pasó. Vamos. Debería darte vergüenza. Si vieras cuando no estás conmigo lo que…

—¿Te encuentras bien?

—Vamos, vamos— decía ella, sin soltar a Pierre.

Y se dirigieron a sus habitaciones.

Cuando Nikolái y su mujer fueron en busca de Pierre, él estaba en la habitación de los niños y sostenía en la enorme palma de su mano derecha al hijo recién despierto con quien jugueteaba y cuya redonda carita, con la boca abierta, sin dientes, se ensanchaba en una alegre sonrisa. La tempestad se había calmado hacía mucho y un sol luminoso y alegre brillaba en el rostro de Natasha, que miraba con ternura al marido y al hijo.

—¿Estás contento de las conversaciones con el príncipe Fiódor?— preguntaba Natasha.

—Sí, fue muy bien.

—Mira cómo la sostiene— Natasha se refería a la cabeza de su hijo. —¡Qué miedo he pasado!… ¿Viste a la princesa? ¿Es cierto que está enamorada de ese…?

—Sí, imagínatelo…

En aquel momento entraron Nikolái y la condesa María. Pierre, sin abandonar a su hijo, se inclinó para besarlos y contestó a sus preguntas. Pero era evidente que, a pesar de las muchas cosas interesantes que podía contar, la cabecita vacilante del niño, cubierta con un gorrito, atraía ahora toda su atención.

—¡Qué precioso está!— dijo la condesa María mirando y jugueteando con el niño. —No comprendo, Nicolás— añadió, dirigiéndose a su marido, —cómo es posible que no veas el encanto de estas preciosas maravillas.

—No lo entiendo, no puedo entenderlo— dijo Nikolái mirando al niño con frialdad. —Un pedazo de carne. Vamos, Pierre.

—Y, sin embargo, es un padre tan cariñoso…— siguió la condesa María justificando a Nikolái. —Pero le gustan cuando ya tienen un año o así…

—En cambio Pierre los cuida maravillosamente— dijo Natasha. —Dice que tiene la mano hecha a la medida de su trasero, fijaos.

—Vaya, pero no para eso— rió Pierre.

Y devolvió el pequeño a la niñera.

XII

Lo mismo que en toda familia auténtica, en Lisie-Gori se reunían varios mundos muy diferentes, cada uno de los cuales conservaba sus peculiaridades y hacía concesiones a los demás, formando así un todo armonioso. Cualquier acontecimiento que sucediera en la familia, triste o alegre, era igualmente importante para todos; pero cada uno de esos mundos tenía sus motivos particulares y propios para alegrarse o entristecerse.

El regreso de Pierre fue un motivo de alegría general y así se reflejó en todos.

Los criados, que suelen ser los mejores jueces de sus amos, porque los juzgan por sus actos y su manera de vivir y no por sus palabras y la expresión de sus sentimientos, se alegraron de la llegada de Pierre porque sabían que, con él en casa, Nikolái no se pasaría el día recorriendo la finca, estaría más alegre y benévolo, y también porque todos recibirían buenos regalos con motivo de la fiesta.

Los niños y las institutrices se alegraban de la llegada de Pierre porque nadie se preocupaba como él de incorporarlos a la vida común. Sólo Pierre sabía interpretar al clavicordio una escocesa (la única pieza que conocía) a cuyos sones, como él decía, podían bailarse toda suerte de bailes. Además, habría traído, seguramente, regalos para todos.

Nikóleñka, que tenía ya quince años y era un muchacho inteligente, de aspecto enfermizo y delgado, rubio, de cabellos rizados y bellísimos ojos, se alegraba de la llegada de su tío Pierre, así lo llamaba siempre, porque sentía por él una admiración entusiasta y un cariño apasionado. Nadie había inculcado en él ese cariño especial por Pierre, al que sólo de vez en cuando

veía. La condesa María, encargada de educarlo, procuraba por todos los medios que amara a su marido como ella lo amaba. El muchacho quería a su tío, sí, pero en ese afecto había un ligero matiz despectivo. En cambio a Pierre lo adoraba. No quería ser húsar ni caballero de San Jorge como el tío Nikolái, sino instruido, inteligente y bueno como Pierre. En su presencia, el rostro de Nikóleñka se iluminaba, se ruborizaba, se atragantaba siempre que Pierre le dirigía la palabra. No dejaba pasar nada de lo que Pierre decía. No perdía ni una sola de sus palabras y después, a solas, o con Dessalles, recordaba y razonaba el significado de cada frase. El pasado de Pierre, sus desdichas hasta 1812 —sobre las cuales tenía una idea vaga y poética, basada en lo que había oído—, sus aventuras en Moscú, el cautiverio, la historia de Platón Karatáiev (de quien Pierre había hablado), su amor por Natasha —a la que también él quería especialmente— y, sobre todo, la amistad que había unido a Pierre con su padre, al que Nikóleñka no recordaba, convertían a Pierre ante sus ojos en un héroe y en una persona digna de veneración.

Por ciertas medias frases que había oído acerca de su padre y Natasha, por la emoción con que Pierre hablaba del difunto, por la precavida y ferviente ternura con que Natasha lo recordaba y porque entonces comenzaba Nikóleñka a comprender lo que era el amor, se había hecho la idea de que su padre amó a Natasha y, al morir, se la había confiado a su amigo. Se imaginaba a su padre como una especie de divinidad imposible de concebir y en quien pensaba siempre con el corazón emocionado y los ojos llenos de lágrimas, entusiasmo y tristeza. Por todo ello, Nikóleñka se sentía feliz con la llegada de Pierre.

Los invitados se alegraban porque Pierre era un hombre capaz de animar cualquier reunión y mantener un ambiente amistoso entre todos.

Los adultos de la familia, sin contar a Natasha, estaban satisfechos de su presencia, porque con Pierre la vida era más tranquila y fácil.

Las señoras viejas se alegraban por los regalos traídos y porque Natasha se animaría de nuevo.

Pierre sentía las esperanzas puestas en él, por aquellos diversos mundos, procuraba satisfacerlas, se apresuraba a dar a cada uno lo que esperaba.

Siendo el hombre más distraído y olvidadizo de la tierra, había comprado todas aquellas cosas de acuerdo con la lista preparada por su mujer, sin olvidar los encargos de la vieja condesa, ni el corte de vestido para Bielova, ni los juguetes para los sobrinos, ni los encargos de su cuñado. Al principio de su matrimonio le extrañaba la exigencia de su mujer de que cumpliera y no olvidara los encargos que le hacían. Y al regreso de su primer viaje se quedó asombrado al ver el disgusto de Natasha por haberse olvidado de todos sus encargos. Después se fue acostumbrando. Sabía que su mujer no encargaba nada para sí misma y únicamente pedía para los demás cuando él mismo se ofrecía. Pierre experimentaba ahora una infantil satisfacción al comprar regalos para toda la familia y nunca olvidaba nada. Si ahora Natasha le reprochaba algo, era el haber comprado demasiadas cosas y muy caras. A todos sus defectos, en opinión de la mayoría, y cualidades, en opinión de Pierre —su descuido en el vestir, la despreocupación por su aspecto—, Natasha había añadido la avaricia.

Desde que Pierre empezó a vivir con su familia en una casa grande que requería importantes sumas de dinero, se dio cuenta, con gran asombro suyo, de que gastaba dos veces menos que antes y que su situación financiera, algo precaria últimamente (en particular por las deudas de su primera esposa), comenzaba a mejorar.

Vivir costaba menos porque era una vida regulada. Pierre ya no llevaba, ni deseaba llevar, aquel lujoso y caro nivel de vida que podía cambiar en todo momento. Sabía que su modo de vivir estaba determinado para siempre, hasta su muerte, y que él no podía modificarlo, y por ello ese género de vida resultaba barato.

Satisfecho y sonriente, Pierre enseñaba sus compras.

—No está mal, ¿verdad?— dijo, desdoblando, como lo haría un vendedor, un corte de tela.

Natasha, sentada enfrente de su marido con la mayor de sus hijas sobre las rodillas, miraba con ojos brillantes ya a Pierre, ya las cosas que él iba sacando.

—¿Es para Bielova? ¡Perfecto! Te habrá costado a rublo la vara, ¿no?— preguntó, palpando la tela.

Pierre dijo el precio.

—Es caro— observó Natasha. —¡Cómo se van a alegrar los niños y maman! Pero no valía la pena que me compraras eso— añadió sin contener una sonrisa y admirando una peineta de oro y perlas, que entonces empezaban a estar de moda.

—Fue Adèle quien insistió que te lo comprara— explicó Pierre.

—¿Cuándo podré ponérmela?— y se la puso en la trenza. —Tal vez cuando Máshenka empiece a frecuentar la sociedad se vuelvan a llevar. Bien, vamos.

Tomaron los regalos y se dirigieron primero a la habitación de los niños y después en busca de la condesa.

Cuando Pierre y Natasha entraron en la sala, con los paquetes bajo el brazo, la condesa estaba con la señora Bielova y hacía un solitario, según su costumbre.

La condesa había pasado ya de los sesenta y sus cabellos eran totalmente blancos; una pequeña cofia enmarcaba su arrugado rostro; tenía hundido el labio superior y los ojos apagados.

Después de la muerte de Petia, casi seguida por la de su marido, se sentía un ser sin objeto ni razón, olvidado por casualidad en este mundo. Comía, bebía, hablaba, pero no vivía. La vida no le proporcionaba emoción alguna. No pedía más que tranquilidad, y esa tranquilidad podía encontrarla solamente en la muerte. Pero entretanto había que vivir, es decir, aplicar en algo las fuerzas vitales. Se advertía en ella —en su grado más alto— lo que suele darse en niños muy pequeños y en personas muy viejas: la carencia de toda razón externa; era evidente, sin embargo, que necesitaba ejercitar sus diversas inclinaciones y facultades. Necesitaba comer, dormir, pensar, hablar, llorar, entretenerse con algo, enfadarse, etcétera, porque tenía un estómago, un cerebro, músculos, nervios e hígado. Hacía todas las cosas sin un estímulo externo, no como lo hacen los hombres en la plenitud de su vida, cuando el objetivo a que aspiran oculta otro: la aplicación de sus fuerzas. Hablaba porque físicamente tenía necesidad de hacer funcionar sus pulmones y su lengua; lloraba como una niña porque necesitaba sonarse, etcétera. Aquello que para las personas en la plenitud de sus energías era un objetivo en ella no pasaba de ser un pretexto.

Así, por la mañana, sobre todo si la víspera había cenado algo grasiento, necesitaba enfadarse, y tomaba como pretexto inmediato la sordera de la señora Bielova.

Desde el otro extremo del cuarto empezaba a decir en voz baja:

—Me parece, querida, que hoy hace más calor— murmuraba. Y cuando la señora Bielova contestaba: "Pues sí, han llegado", ella gruñía enfadada: —¡Dios mío! ¡Qué sorda y estúpida es!

Otro pretexto para su mal humor era el rapé, al que encontraba seco, húmedo o mal triturado. Después, su rostro se ponía bilioso; y sus doncellas de servicio sabían por indicios ciertos cuándo la señora Bielova volvería a estar sorda, el rapé húmedo y el rostro de la condesa amarillo verdoso. Del mismo modo que debía dar curso a su bilis, sentía a veces la necesidad de usar el resto de su capacidad de pensar y la empleaba en hacer solitarios. Cuando necesitaba llorar hablaba del difunto conde. Cuando tenía necesidad de inquietarse por algo el pretexto era Nikolái y su salud; cuando quería hablar sarcásticamente, el pretexto escogido solía ser la condesa María; cuando necesitaba ejercitar los órganos vocales —cosa que por lo general ocurría hacia las siete de la tarde, después de haber hecho la digestión en su habitación, a oscuras— el pretexto eran siempre las mismas historias contadas a idénticos oyentes.

Todos los familiares comprendían el estado de la anciana, aunque nadie jamás lo mencionara; todos se esforzaban por satisfacer esas necesidades suyas. Sólo las miradas sonrientes y tristes a un tiempo que a veces intercambiaban Nikolái, Pierre, Natasha y la condesa María daban a entender que se daban perfecta cuenta de su situación.

Pero esas miradas decían además otra cosa: querían decir que la anciana había cumplido su papel en este mundo, que no era en realidad como ahora se la veía, que todos llegarían a estar como ella y que era motivo de satisfacción someterse a sus deseos, saber contenerse ante aquella persona, antes querida, convertida ahora en un ser lastimero. *Memento mori*, decían esas miradas.

Entre las personas de casa, sólo los niños y la gente de malos sentimientos o estúpida no alcanzaban a comprenderlo y se alejaban de ella.

XIII

Cuando Pierre y su mujer entraron en la sala la condesa sentía la necesidad —habitual para ella— de una actividad cerebral y hacía solitarios; y aunque, por pura costumbre, pronunciara las palabras que siempre decía a la vuelta de su yerno o su hijo: “Ya es hora, querido, llevamos esperándote mucho tiempo, pero ya estás aquí, etcétera. ¡Bendito sea Dios!”, y aunque añadiera al recibir los regalos otras palabras habituales: “No es el regalo lo que me agrada, querido: gracias por acordarte de esta vieja”, era evidente que en ese momento la llegada de Pierre no le agradaba, porque la distraía del solitario aún no concluido.

Sólo cuando hubo terminado el juego se puso a examinar los regalos que le traía Pierre. Consistían en un estuche para los naipes, magníficamente trabajado, una taza de Sèvres azul oscuro, con su tapadera, donde estaban dibujadas unas pastorcillas, y una tabaquera de oro con el retrato del conde, encargado por Pierre a un miniaturista de San Petersburgo (la condesa deseaba tenerlo hacía tiempo). En aquel momento no tenía deseos de llorar y por eso miró el retrato con indiferencia y dedicó más atención al estuche.

—Gracias, querido, todo me ha gustado mucho. Pero lo mejor es que hayas vuelto tú mismo. Ya puedes regañar a tu mujer; sin ti se pone como loca; no ve ni recuerda nada— dijo, como siempre hacía en circunstancias semejantes. —Mira, Anna Timoféievna, qué estuche nos ha traído mi hijo.

La señora Bielova admiró el regalo y se mostró entusiasmada con la tela que traían para ella.

Aunque Pierre, Natasha, Nikolái, la condesa María y Denísov tenían muchas cosas que contarse, no podían hablar delante de la condesa; no

porque le ocultaran nada sino porque se trataba de asuntos de los que ella no estaba al corriente, y si comenzaban a hablar en su presencia habrían debido contestar a preguntas que no venían a cuento, repetir cosas ya archisabidas sobre alguien que había muerto o sobre otro que se había casado, cosas todas que la condesa había oído antes y que era incapaz de recordar. Sin embargo, como de costumbre, se reunieron en el salón en torno al samovar, y Pierre contestó las inútiles preguntas de la condesa, que no interesaban ni a ella ni a nadie, acerca de que el príncipe Vasili había envejecido, de que la condesa María Alexéievna la recordaba y mandaba sus saludos, etcétera.

Esta conversación, que no interesaba a ninguno, pero necesaria, prosiguió mientras tomaban el té. En torno a la mesa redonda, junto al samovar, estaba sentada Sonia y se habían reunido todos los mayores de la familia. Los niños, las institutrices y los preceptores habían tomado ya su té y sus voces se oían en la sala vecina. Cada uno ocupaba su puesto de siempre: Nikolái junto a la estufa, ante una mesita donde le servían el té; la vieja perra *Milka*, hija de la primera *Milka*, echada a su lado en un sillón, con el hocico totalmente canoso en el cual se destacaban aún más sus grandes ojos negros; Denísov, con sus cabellos rizados, patillas y bigotes casi blancos, desabrochada su guerrera de general, permanecía junto a la condesa María. Pierre estaba entre su mujer y la vieja condesa. Contaba cuanto a su juicio podía interesarle y ser comprendido por ella, lo que había oído de personas que frecuentaban antes la casa de los Rostov y formaban antaño un círculo real, vivo, peculiar, y ahora se habían dispersado como ella en este mundo y terminaban sus vidas, también como ella, recogiendo las últimas espigas de lo que antes habían sembrado. Pero esas personas, coetáneos suyos, parecían a la vieja condesa el verdadero mundo serio y real. Por la animación de Pierre, Natasha comprendía que su viaje había sido interesante, que deseaba contar muchas cosas, pero no se atrevía a hacerlo delante de la condesa. Denísov, que no era miembro de la familia, no entendía la prudencia de Pierre, y disgustado, además, por la situación política, se interesaba mucho por cuanto ocurría en San Petersburgo y le preguntaba sin cesar acerca de lo sucedido en el regimiento Semiónovski, o sobre Arakchéiev o la Sociedad Bíblica. A veces Pierre se dejaba arrastrar y

hablaba de esas cosas, pero Nikolái y Natasha lo enderezaban de nuevo al tema de la salud del príncipe Iván y de la condesa María Antónovna.

—¿Y toda aquella locura de Gosner y la señora Tatárinova?— preguntó Denísov. —¿Es posible que todavía siga?

—¿Cómo si sigue? ¡Y más que antes!— exclamó Pierre con máxima fuerza. —La Sociedad Bíblica es ahora todo el gobierno.

—¿Qué es eso, mon cher ami?— preguntó la condesa, que ya había bebido el té y parecía buscar ahora un pretexto para irritarse. —¿Qué dices? ¿El gobierno? No entiendo.

—Sí, sabe, maman— intervino Nikolái, que sabía cómo traducir las cosas al lenguaje de su madre. —Es el príncipe Alexandr Nikoláievich Golitsin, que ha fundado una sociedad. Dicen que ahora goza de gran influencia.

—Arakchéiev y Golitsin son ahora todo el gobierno— repitió imprudentemente Pierre. —¡Y qué gobierno! Ven conjuras por todas partes. Tienen miedo de todo.

—Pero, ¡cómo! ¿De qué es culpable el príncipe Alexandr Nikoláievich? Es un hombre muy respetable. Solía verlo en casa de María Antónovna— dijo la condesa con tono irritado; y más ofendida aún por el silencio que siguió a sus palabras, añadió: —Hoy se critica a todo el mundo. ¿Una sociedad evangélica? ¿Y qué tiene eso de malo?

Se levantó. Todos hicieron lo mismo. La condesa, con gesto severo, se encaminó a su mesa de la sala de divanes.

En medio de aquel triste silencio llegaron desde la habitación vecina los gritos y risas de los niños. Era evidente que entre ellos ocurría algo muy alegre.

—¡Ya está! ¡Ya está!— se oían los chillidos jubilosos de la pequeña Natasha, que dominaba las demás voces.

Pierre miró a la condesa María y a Nikolái (a Natasha la veía siempre) y sonrió feliz.

—¡Qué música tan maravillosa!— dijo.

—Debe de ser que Anna Makárovna ha terminado el calcetín— dijo la condesa María.

—¡Oh, iré a verlo!— dijo Pierre poniéndose en pie de un salto. —¿Sabéis por qué me gusta tanto esa música?— añadió deteniéndose junto a la puerta. —Porque ellos son los primeros en hacerme saber que todo va bien. Cuando vuelvo a casa, cuanto más me acerco, mi temor se acrecienta siempre. Pero en cuanto entro en el vestíbulo y oigo las risas de Andriusha, sé que todo va bien…

—También a mí me ocurre lo mismo— confirmó Nikolái. —Pero yo no puedo entrar, porque los calcetines que está haciendo son una sorpresa para mí.

Pierre entró y los gritos y risas infantiles subieron de tono.

—¡Y bien, Anna Makárovna!— se oyó la voz de Pierre. —Venga aquí, al centro de la habitación, y cuando yo diga tres… Tú, aquí; a ti te cogeré en brazos… A ver, uno… dos…— todos callaron. —¡Tres…!— y de nuevo estallaron las voces entusiastas de los niños.

—¡Dos! ¡Son dos!— gritaban.

Eran los dos calcetines que Anna Makárovna hacía, por un procedimiento secreto, al mismo tiempo. Cuando acababa su labor, siempre sacaba solemnemente ante los niños un calcetín dentro del otro.

XIV

Poco después, los niños entraban a dar las buenas noches y a besar a todos los mayores. Las institutrices y los preceptores saludaron también. Dessalles, que había permanecido en el salón con Nikóleñka, lo invitó en voz baja a salir.

—Non, monsieur Dessalles, je demanderai à ma tante de rester[630]— replicó el muchacho, también en voz baja; y se acercó a su tía: —Ma tante, permite que me quede.

La cara del muchacho expresaba súplica, emoción y entusiasmo. La condesa María lo miró y se volvió a Pierre.

—Cuando está usted aquí no hay manera de que se vaya.

Pierre tendió la mano al preceptor.

—Je vous le ramènerai tout à l'heure, monsieur Dessalles, bonsoir.[631]

Y mirando con una sonrisa a Nikóleñka, añadió:

—Apenas nos hemos visto. Se va pareciendo mucho a su padre, ¿verdad, Mary?— agregó dirigiéndose a la condesa.

—¿A mi padre?— preguntó el muchacho enrojeciendo, mientras contemplaba a Pierre de abajo arriba con sus ojos brillantes y llenos de entusiasmo.

Pierre contestó afirmativamente con la cabeza y prosiguió la conversación que habían interrumpido los niños. La condesa María estaba ocupada en su labor: bordaba en cañamazo; Natasha no separaba los ojos de su marido; Nikolái y Denísov, de pie, fumaban sus largas pipas, tomaban té que Sonia, sentada melancólicamente junto al samovar del que no se apartaba, les servía, y hacían constantes preguntas a Pierre. Nikóleñka, con su aspecto enfermizo, sus cabellos rizados y ojos brillantes, se había

colocado en un rincón donde pasaba inadvertido; vuelta hacia Pierre la cabeza, de cuello delgado que emergía de su camisa, se estremecía de cuando en cuando y murmuraba algo, como si sintiera una emoción intensa y nueva.

La conversación tenía por tema el comadreo actual procedente de las altas esferas que la mayoría de la gente considera como la cuestión más importante de la política interior. Denísov, descontento del gobierno a causa de sus reveses en el servicio, se alegraba especialmente al enterarse de las estupideces que, a su parecer, se cometían en San Petersburgo y salpicaba lo que decía Pierre con observaciones enérgicas y duras.

—Antes era necesario ser alemán; ahora hay que bailar con la Tatárinova o Mme Krüdner y leer a… Eckarthausen y compañía. ¡Ah! ¡Qué bien vendría que soltaran de nuevo a nuestro bravo Bonaparte! Acabaría con tanta tontería. ¿Cómo es posible que hayan dado a ese soldado Schwartz el mando del regimiento Semiónovski?— gritaba Denísov.

Aunque Nikolái no participaba de la opinión de Denísov, quien aseguraba que todo iba mal, también creía digno e importante juzgar al gobierno. Consideraba que el hecho de que A hubiese sido nombrado ministro y B general gobernador, que el Emperador hubiera dicho aquello o lo otro y el ministro lo de más allá eran cosas importantísimas. Y pensaba que era necesario interesarse por todo ello y preguntar a Pierre acerca de esas cosas. Así, dado el interés de ambos interlocutores, la conversación mantuvo el carácter habitual del chismorreo sobre las altas esferas gubernativas.

Pero Natasha, que conocía hasta los más pequeños gestos e ideas de su marido, comprendía que Pierre deseaba cambiar de tema hacía tiempo y expresar lo que realmente era para él motivo de preocupación, lo que lo había movido a ir a San Petersburgo para entrevistarse con el príncipe Fiódor, su nuevo amigo, y lo ayudó preguntando:

—¿Cómo han ido las cosas con el príncipe Fiódor?

—¿De qué se trata?— preguntó Nikolái.

—De lo mismo de siempre— contestó Pierre mirando en derredor. —Todos se dan cuenta de que las cosas van tan mal que no pueden seguir así,

y todo hombre honrado tiene la obligación de oponerse en la medida de sus fuerzas.

—Pero ¿qué pueden hacer los hombres honrados?— preguntó Nikolái frunciendo ligeramente el ceño. —¿Qué pueden hacer?

—Pues verás…

—Vamos a mi despacho— dijo Nikolái.

Natasha, que sabía desde hacía tiempo que la iban a llamar, al oír la voz de la niñera salió para la habitación de los niños. La condesa María la acompañó. Los hombres pasaron al despacho y Nikóleñka, sin que su tío lo advirtiera, se introdujo también allí y se sentó en la sombra, junto a la ventana, al lado del escritorio.

—Bueno, ¿qué puedes hacer tú?— preguntó Denísov.

—¡Las fantasías de siempre!— comentó Nikolái.

Pierre quedó en pie; unas veces paseaba, otras se detenía, ceceaba y hacía rápidos gestos, mientras iba diciendo:

—La situación en San Petersburgo es la siguiente: el Emperador no interviene en nada; se ha entregado totalmente al misticismo.

Pierre, en ese entonces, no perdonaba el misticismo.

—Sólo le interesa su propia tranquilidad, que no pueden proporcionarle más que hombres sans foi ni loi,[632] que oprimen y persiguen a diestro y siniestro: Magnitski, Arakchéiev y tutti quanti… Supongo que estarás de acuerdo en que si tú mismo no te ocuparas de la explotación de tus fincas y buscases solamente tu tranquilidad, entonces, cuanto más cruel fuese tu administrador, más rápidamente conseguirías tu objetivo, ¿no?— preguntó a Nikolái.

—Sí, pero ¿a qué viene todo eso?

—Y así, todo está podrido. La corrupción y el latrocinio reinan en los tribunales; el palo es la única ley en el ejército, además de las marchas y deportaciones. Ahogan la instrucción y tiranizan al pueblo. Persiguen todo lo que es joven y honrado. Todos ven que esto no puede seguir así. La cuerda está demasiado tensa y no tardará en estallar— añadió Pierre (desde que existen gobiernos, todos los hombres que examinan sus actos han hablado así). —En San Petersburgo lo dije así.

—¿A quién?— preguntó Denísov.

—Ya sabéis a quién— dijo Pierre mirándolos de reojo con aire significativo. —Al príncipe Fiódor y a los demás: ayudar a la instrucción y a las obras de beneficencia está muy bien, sin duda, es un objetivo magnífico; pero en las circunstancias actuales hay que hacer más.

En aquel instante advirtió Nikolái la presencia de su sobrino. Su rostro se ensombreció.

—¿Por qué estás tú aquí?— preguntó, acercándose al muchacho.

—Déjalo— dijo Pierre, tomando a Nikolái por el brazo, y prosiguió: —Les expliqué que eso era poco, que ahora había que hacer algo más que permanecer a la espera de que estalle de un momento a otro la cuerda tensa. Cuando todo el mundo aguarda una convulsión inevitable, es urgente que el mayor número posible de hombres se mantenga firme para oponerse a la catástrofe general. Todo lo que es joven y fuerte es atraído por ellos y cae en la corrupción: unos, seducidos por las mujeres; otros, por los honores y las ambiciones; los de más allá, por el dinero. Y se pasan al otro bando. Apenas quedan ya personas independientes, libres como vosotros y como yo. Les dije: "Ampliad el círculo de la sociedad y que el mot d'ordre[633] no sea solamente virtud, sino independencia y actividad".

Nikolái se separó de su sobrino, apartó de mal humor el sillón, se sentó, carraspeó disgustado frunciendo cada vez más el ceño mientras escuchaba a Pierre.

—Pero ¿cuál será el objeto de esa actividad?— exclamó. —¿Y en qué relaciones estaréis con los gobernantes?

—Ahora verás. Seremos fuerzas auxiliares. Nuestra sociedad puede no ser secreta, si el gobierno la admite. No sólo no será una sociedad hostil al gobierno, sino que la constituirán verdaderos conservadores. Una sociedad de caballeros en toda la extensión de la palabra. Para que otro Pugachov no venga a degollar a mis hijos y a los tuyos; para que un Arakchéiev no me mande a una colonia militar; para eso nos unimos, con objeto de conseguir el bien y la seguridad generales.

—Sí, pero una sociedad secreta, es decir, hostil y nociva, no puede hacer más que mal.

—¿Por qué? ¿Y el Tugenbund, que salvó a Europa— en aquel entonces nadie se atrevía a decir que la había salvado Rusia, —hizo algo nocivo? El

Tugenbund es la alianza de los hombres virtuosos: es el amor y la ayuda mutua; lo que Cristo enseñó en la cruz…

Natasha, que había vuelto a mitad de la conversación, miraba alegremente a su marido. No se alegraba por lo que decía, eso no le interesaba, porque le parecía sumamente sencillo, que ella sabía desde hacía mucho tiempo (creía saberlo porque conocía el alma de Pierre, de donde eso procedía), sino que se alegraba de verlo tan animado y lleno de entusiasmo.

Con aún mayor entusiasmo y júbilo lo contemplaba el muchacho del cuello delgado que sobresalía de su camisa y permanecía en la sombra olvidado por todos. Cada palabra de Pierre quemaba su corazón y, con el movimiento nervioso de sus dedos, destrozaba sin darse cuenta el lacre y las plumas que había sobre la mesa de su tío.

—No es nada de eso que piensas; lo que yo propongo es lo mismo que el Tugenbund alemán.

—¡Eh, amigo!, el Tugenbund es bueno para los comedores de salchichas, pero yo no lo entiendo y ni siquiera sé pronunciarlo— intervino Denísov con su voz ruda y enérgica. —Estoy de acuerdo con que las cosas van mal, que son abominables, pero el Tugenbund no lo comprendo y no me gusta, prefiero la rebelión… En ese caso, je suis votre homme.**[634]**

Pierre sonrió, Natasha soltó la risa y Nikolái frunció aún más el ceño e intentó demostrar a Pierre que no se preveía revuelta alguna, que no existía ninguno de aquellos peligros de que hablaba, si no era en su imaginación; Pierre afirmó lo contrario, y como era más inteligente y manejaba mejor sus argumentos, no tardó en colocar a Nikolái en un callejón sin salida. Eso lo irritó aún más, porque en el fondo de su alma tenía la seguridad de estar en lo cierto, no por razonamiento, sino por algo más fuerte.

—Fíjate en lo que voy a decirte— dijo levantándose y dejando la pipa en un rincón al que acabó tirándola con rabia. —Yo no puedo darte pruebas; dices que todo va mal en Rusia y que vamos a llegar a una revuelta; no lo veo así. Pero cuando afirmas que el juramento militar es algo convencional, no tengo más remedio que contestarte. Eres mi mejor amigo, ya lo sabes; pero si vosotros formáis una sociedad secreta y os oponéis a las medidas del gobierno, cualquiera que éste sea, a mi vez yo sé que mi deber es

obedecerlo, y si Arakchéiev me manda que vaya con un escuadrón contra vosotros, no vacilaré en hacerlo. Y juzga tú ahora como quieras.

Se hizo un silencio embarazoso. Natasha comenzó a hablar la primera, y atacó a su hermano para defender a su marido. Su defensa era débil y torpe, pero logró su propósito: se reanudó la conversación y desapareció el tono acre con que habían sido pronunciadas las últimas palabras de Nikolái.

Cuando todos se levantaron para ir a cenar, Nikóleñka Bolkonski se acercó a Pierre. Estaba muy pálido y le brillaban los ojos.

—Tío Pierre… usted… no… Si papá viviera, ¿estaría de acuerdo con usted?

Pierre comprendió de pronto el complejo choque de ideas y sentimientos peculiares y profundos que había originado en el muchacho la conversación reciente y, recordando todo lo dicho, lamentó que él lo hubiera escuchado. Pero había que contestar.

—Creo que sí— dijo con desgana, y salió del despacho.

Nikólushka bajó la cabeza y entonces se dio cuenta de lo que había hecho en la mesa. Ruborizado, se acercó a Nikolái, mostrando el lacre y las plumas rotas.

—Tío, perdóneme, lo hice sin querer— dijo.

Nikolái tuvo un gesto de contrariedad.

—Bueno, bueno— dijo, arrojando debajo de la mesa los pedazos de lacre y las plumas; y dominando, al parecer, con esfuerzo, su cólera, se apartó del muchacho. —No debías haberte quedado aquí— le dijo.

XV

Durante la cena no se habló ni de política ni de sociedades; la conversación giró sobre los recuerdos de 1812, tema especialmente agradable para Nikolái, suscitado por Denísov, en el que Pierre se mostró especialmente divertido y simpático. Al separarse eran los mejores amigos del mundo.

Nikolái pasó a su despacho, se puso el batín, dio las últimas instrucciones al administrador, que estaba esperándolo, y entró en la alcoba. Su mujer permanecía sentada ante el escritorio y escribía algo.

—¿Qué escribes, Marie?— preguntó.

La condesa se ruborizó. Temía que lo escrito no fuera comprendido y aprobado por su marido.

Habría querido esconderlo, pero, al mismo tiempo, estaba contenta de haber sido sorprendida y obligada a decírselo.

—Es mi diario, Nicolás— dijo tendiéndole un pequeño cuaderno azul, lleno de su caligrafía grande y firme.

—¿Un diario?— preguntó él con cierto deje irónico.

Tomó en sus manos el cuaderno. En francés había escrito lo siguiente:

> 4 de diciembre. Hoy Andriusha (el hijo mayor) no quería vestirse por la mañana y mademoiselle Luisa me ha hecho llamar. El niño se había puesto caprichoso y terco. Traté de amenazarlo, pero eso hizo que se enfadara aún más. Entonces decidí dejarlo y, con la niñera, empecé a vestir a los otros. A él le dije que no lo quería. Quedó callado largo rato, como si esto le causase asombro. Después se precipitó hacia mí, en camisón, y rompió a llorar de tal modo que me costó mucho

> serenarlo. Era evidente, lloraba sobre todo por haberme disgustado. Después, cuando por la tarde le di su nota, se echó a llorar de nuevo al besarme. Con ternura se puede conseguir todo de él.

—¿Qué es eso de la nota?— preguntó Nikolái.

—He comenzado a dar todas las noches una nota a los mayores calificando su conducta.

Nikolái fijó la mirada en los ojos luminosos vueltos hacia él y siguió hojeando y leyendo el cuaderno. El diario registraba los más pequeños detalles de la vida de los niños, todo aquello que a la madre parecía indicio de sus caracteres o ideas generales sobre la manera de educarlos. Eran, en general, detalles mínimos; pero no lo parecían así ni a la madre ni al padre, cuando ahora leyó por primera vez el diario.

Con fecha del 5 de diciembre había escrito:

> Mitia se ha portado mal en la mesa. Su padre ordenó que no le diesen postre, y así se hizo; y mientras los demás comían, él los miraba con tanta tristeza y avidez, que, a mi juicio, un castigo semejante, privar a un niño del postre, sólo desarrolla en él la glotonería. Tengo que decírselo a Nicolás.

Nikolái dejó el diario sobre la mesa y contempló a su mujer. Los ojos luminosos interrogaban, le preguntaban si lo aprobaba o no. Nikolái lo aprobaba, desde luego, y admiraba a su mujer.

"Tal vez no debería hacerlo en forma tan pedante, tal vez tampoco sea necesario." Pero ese trabajo espiritual incansable y continuo, que no tenía otra finalidad que el bien moral de los niños, la llenaba de entusiasmo. Si Nikolái hubiera sido capaz de analizar sus propios sentimientos, habría comprendido que la principal razón de su amor firme, profundo y tierno por su mujer se asentaba, principalmente, en la admiración y el asombro ante su espíritu y el mundo moral en que ella vivía y que era casi inaccesible para él.

Estaba orgulloso de su inteligencia y reconocía su inferioridad, en comparación con ella, desde el punto de vista espiritual y se mostraba tanto

más feliz de que esa mujer, con semejante espíritu, no sólo le perteneciese sino que formase parte de él mismo.

—Me parece bien, me parece muy bien todo, querida— dijo con aire importante; y tras un breve silencio añadió: —Pues yo, hoy, me he portado muy mal. Tú no estabas en el despacho. Discutí con Pierre y me acaloré. Era imposible reaccionar de otra manera. Es un niño. No sé qué sería de él si Natasha no lo sujetase de las bridas. ¿Te imaginas para qué fue a San Petersburgo? Han organizado allí…

—Lo sé, lo sé por Natasha— dijo la condesa María.

—Entonces sabrás— prosiguió Nikolái, cada vez más enardecido por el recuerdo de la pasada discusión —que Pierre quiso convencerme de que el deber de todo hombre de bien consiste en ir contra el gobierno, y que el juramento y el deber… Siento que no hayas estado allí. Todos se volvieron contra mí; Denísov y Natasha… lo de Natasha es de risa. Lo tiene bien sujeto, pero cuando se trata de razonar, no tiene personalidad alguna, no hace más que repetir lo que dice su marido— concluyó, sin resistir a ese íntimo deseo de censurar a las personas cercanas más queridas. Olvidaba que de sus relaciones con su esposa se hubiera podido decir lo mismo que estaba afirmando de Natasha y Pierre.

—Sí, ya lo he notado— dijo la condesa María.

—Cuando le dije que el deber y el juramento de lealtad están por encima de todo, trató de demostrar Dios sabe qué; siento que no estuvieras allí. ¿Qué habrías dicho?

—Creo que tienes toda la razón. Así se lo dije a Natasha. Pierre asegura que todos sufren, padecen y se corrompen, y que nuestra obligación consiste en ayudar al prójimo. Tiene razón, sin duda, pero olvida que existen otros deberes, más inmediatos, indicados por el mismo Dios, y que nosotros podemos arriesgar nuestra vida, pero no la de nuestros hijos.

—Eso es precisamente lo que yo le decía— afirmó Nikolái, que creía sinceramente haberlo dicho. —Pero ellos siguieron insistiendo: el amor al prójimo y el cristianismo, todo en presencia de Nikóleñka, que se había metido en el despacho y ha roto todo en mi mesa.

—¡Ah, Nicolás! ¿Sabes?, Nikólushka me hace sufrir a menudo. Es un muchacho extraordinario y tengo miedo de que pensando en los nuestros no

lo atiendo bastante. Todos tenemos hijos; cada uno tiene a sus padres, pero él no tiene a nadie. Siempre está solo con sus pensamientos.

—Me parece que no hay motivo para que te reproches nada. Has hecho y haces por él lo que la madre más cariñosa haría por su hijo, y a mí, naturalmente, me alegra que seas así. Es un excelente muchacho. Hoy escuchaba a Pierre como en una especie de éxtasis. Cuando nos disponíamos a cenar me di cuenta de que había hecho trizas todo cuanto tenía sobre mi mesa, y él mismo me lo dijo en seguida. Nunca lo he oído mentir. ¡Sí, es un chico excelente!— repitió Nikolái, a quien, en el fondo, no le gustaba Nikóleñka, pero siempre se empeñaba en reconocer que era un excelente muchacho.

—Sin embargo, una madre es otra cosa— dijo la condesa María. —Me doy cuenta de que no es lo mismo, y eso me hace sufrir. Es un chiquillo maravilloso pero temo mucho por él. Le vendría bien tener amigos.

—Pues no habrá que esperar mucho. Lo llevaré este mismo verano a San Petersburgo— dijo Nikolái. —Sí, Pierre fue siempre un soñador y lo sigue siendo— volvió a la conversación del despacho, que evidentemente le había producido inquietud. —¿Qué puede importarme a mí que Arakchéiev no sea bueno? ¿Qué podía importarme todo esto cuando me casé, agobiado por las deudas y a punto de ser metido en la cárcel y con una madre que no lo veía ni comprendía? Y además, estás tú, y los niños, y la dirección de las fincas. ¿Acaso es para mí un placer estar ocupado desde la mañana hasta la noche en el campo y en la oficina? Nada de eso; pero sé que debo trabajar para que mi madre esté tranquila, para estar contigo y para que mis hijos no pasen las miserias que he pasado yo.

La condesa María quería objetar que el hombre no vive sólo de pan, y que él daba demasiada importancia a esos *asuntos*, pero sabía que eso no era necesario y decirlo habría sido inútil. Tomó la mano de su marido y la besó. Él interpretó ese gesto como un apoyo y confirmación de sus ideas. Después de una breve reflexión, continuó pensando en voz alta:

—¿Sabes, Mary? Iliá Mitrofánich (era el administrador general) ha llegado hoy de la hacienda de Tambov y dice que ofrecen ya ochenta mil rublos por el bosque.

Y, con rostro animado, comenzó a hablar de la posibilidad de recuperar Otrádnoie en breve plazo.

—Otros diez años más de vida y dejaré a nuestros hijos en una posición excelente.

La condesa María escuchaba y comprendía todas sus palabras. Sabía que cuando pensaba así en voz alta, a veces le pedía que repitiera lo dicho por él y se irritaba cuando se daba cuenta que ella pensaba en otra cosa. Pero le costaba un gran esfuerzo atender, porque lo que él decía no le interesaba en absoluto. Contemplaba a su marido y, aun sin pensar en otra cosa, sus sentimientos eran distintos. Sentía un tierno y sumiso amor hacia aquel hombre que nunca comprendería todo lo que comprendía ella y, precisamente por eso, lo amaba todavía más, con un cariño matizado de ternura apasionada. Además de ese sentimiento, que la absorbía por entero y le impedía entrar en detalles de los proyectos de su marido, a su mente acudían pensamientos que nada de común tenían con lo que él iba diciendo; pensaba en su sobrino (lo que le contó Nikolái acerca de la emoción del muchacho durante la conversación de Pierre la había impresionado mucho) y en los diversos rasgos de su carácter tierno y sensible. Y al pensar en el sobrino, pensaba también en sus hijos.

No los comparaba entre sí, pero comparaba sus propios sentimientos hacia ellos, y veía con tristeza que en su afecto por Nikóleñka faltaba algo.

A veces le parecía que tal diferencia provenía de la edad, pero se sentía culpable ante su sobrino y se prometió a sí misma ser mejor y hacer lo imposible, es decir, amar en este mundo al marido, a sus hijos, a Nikóleñka, al prójimo, como Cristo amó a la humanidad. El espíritu de la condesa María aspiraba siempre a la perfección, a lo infinito y eterno, y por ello nunca podía estar tranquila. El sufrimiento interno, oculto, de un espíritu a quien pesaba el cuerpo se reflejó en su rostro.

Nikolái la miró.

“¡Dios mío! —pensó—, ¿qué sería de nosotros si ella muriese? Lo pienso siempre que veo esa expresión en su cara”, e inclinándose ante el icono se puso a rezar las oraciones de la noche.

XVI

Natasha, al quedar a solas con su marido, comenzó a hablar como suelen hablar los matrimonios, es decir, comprendiendo rápida y claramente lo que pensaba cada uno y comunicándose de un modo especial, contrario a todas las leyes de la lógica: sin razonamientos, deducciones y conclusiones. Tan habituada estaba Natasha a conversar así con su marido, que la mejor prueba de que algo no iba bien entre ellos era cuando Pierre comenzaba a conversar ateniéndose a la lógica. Cuando trataba de explicarle algo hablando de manera coherente, y ella, arrastrada por el ejemplo, hacía lo mismo, sabía que terminarían riñendo.

Esta conversación, contraria a todas las reglas de la lógica, aunque sólo fuera por el hecho de que hablaban a la vez de cuestiones totalmente diferentes, había comenzado no bien se encontraron solos, cuando Natasha, muy abiertos los ojos resplandecientes de felicidad, se le acercó despacio, agarró de pronto su cabeza y la apretó contra su pecho diciendo:

—¡Ahora eres mío, todo mío y no volverás a escaparte!

Este modo de hablar simultáneamente de muchas cosas no sólo no impedía que la pareja se entendiera, sino que era el indicio más seguro de que se comprendían a la perfección.

Igual que lo visto en sueños es inverosímil, absurdo y contradictorio, salvo los sentimientos que los rigen, así en aquellas conversaciones, contrarias a todas las leyes del razonamiento, lo claro no eran las palabras, sino el sentimiento que lo gobierna.

Natasha contaba a Pierre la vida que había llevado su hermano, lo que ella había sufrido en su ausencia, cuánto quería a Mary, a la que encontraba superior a sí misma en todos los aspectos. Natasha era sincera al confesar la

superioridad de Mary, pero al mismo tiempo que lo reconocía exigía que Pierre la prefiriera a todas las demás mujeres, y sobre todo que se lo repitiese ahora, después de haber visto a tantas en San Petersburgo.

Pierre, respondiendo a las palabras de Natasha, contaba lo insoportable que le había resultado en San Petersburgo asistir a veladas y comidas con señoras.

—He perdido la costumbre de conversar con las damas; es algo que, sencillamente, me aburre. Sobre todo, estaba tan ocupado.

Natasha lo miró con fijeza y prosiguió:

—Mary es un encanto. ¡Cómo sabe entender a los niños! Parece que ve sus almas. Ayer, por ejemplo, Míteñka se puso caprichoso…

—¡Cuánto se parece a su padre!— la interrumpió Pierre.

Natasha comprendió el porqué de aquella observación. El recuerdo de la reciente polémica con su cuñado le resultaba ingrato y quería conocer la opinión de Natasha.

—Nikolái tiene la debilidad de no aceptar una cosa que no haya sido admitida por todos. Y yo entiendo que lo principal para ti es ouvrir une carrière[635]— dijo, repitiendo una frase oída en cierta ocasión al mismo Pierre.

—No, lo principal es que, para Nikolái, las ideas y los razonamientos no son más que una diversión, un pasatiempo. Ya lo ves: reúne una biblioteca y se impone como norma no comprar un libro más hasta haber leído los que tiene. Sismondi, Rousseau, Montesquieu…— añadió Pierre con una sonrisa. —Tú sabes cómo lo…

Quería suavizar sus propias palabras, pero Natasha lo interrumpió, dándole a entender que no era preciso.

—Entonces dices que para él las ideas son una diversión…

—Sí; en cambio yo opino que el pasatiempo está en las demás cosas. En San Petersburgo, durante ese tiempo, veía a todos como si estuviera soñando. Cuando una idea me preocupa, lo restante no tiene sentido para mí.

—¡Qué lástima no haber visto cómo fue tu encuentro con los niños! ¿Quién se ha alegrado más? ¿Lisa, verdad?

—Sí— dijo Pierre; y volvió a su idea. —Nikolái sostiene que no debemos pensar; pero yo no puedo dejar de hacerlo. Y eso sin contar que en San Petersburgo he comprobado (a ti te lo puedo decir) que sin mí se desmoronaría todo: cada uno tiraba por su lado. Pero he logrado unirlos a todos. ¡Además, mi idea es tan clara y sencilla! No digo que debamos oponernos a esto o a lo otro. Podemos engañarnos. Digo que quienes aman el bien deben darse la mano y que no debe haber más que una bandera: la de la virtud activa. El príncipe Sergio es un hombre magnífico y muy inteligente.

Natasha no dudaba de que la idea de su marido fuera una gran idea, pero sólo una cosa la tenía inquieta: el hecho de que fuese su marido. "¿Es posible que un hombre tan importante, tan necesario para la sociedad, sea al mismo tiempo mi marido? ¿Cómo ha podido ocurrir?" Quería exponer esa duda. "¿Quiénes son las personas capaces de decidir que él es el más inteligente de todos?", se preguntaba; y procuraba recordar todas las personas a quienes más respetaba Pierre. Y de todas ellas, a juzgar por sus relatos, nadie estaba por encima de Platón Karatáiev.

—¿Sabes en qué pienso? En Platón Karatáiev. ¿Qué le parecería? ¿Aprobaría ahora tus planes?— preguntó.

Pierre no mostró asombro alguno por esa pregunta: comprendió el curso de sus pensamientos.

—¿Platón Karatáiev?— dijo, y caviló, tratando de imaginarse exactamente la opinión de Karatáiev sobre aquel asunto. —No lo comprendería, o quién sabe, tal vez sí.

—¡Cuánto te quiero!— exclamó de pronto Natasha. —Mucho, muchísimo.

—No, no lo aprobaría— continuó Pierre, después de haberlo pensado. —Lo que sí le gustaría es nuestra vida familiar. Deseaba ver en todo felicidad, calma, dignidad, y yo me sentiría orgulloso de que nos viera. Tú hablas de nuestras separaciones, y no creerías lo que siento hacia ti después de una separación…

—Y además…— comenzó Natasha.

—No, no es eso, jamás dejo de amarte. No se puede amar más. Pero se trata de otra cosa… Bueno, si…

Y no terminó, porque la mirada que cambiaron lo decía todo.

—Es una tontería eso de que la luna de miel y el período más feliz es al principio— dijo de pronto Natasha. —Al contrario, ahora es la época mejor. ¡Si al menos no tuvieras que irte! ¿Te acuerdas cómo reñíamos? Siempre era yo la culpable. Siempre yo. ¿Por qué eran las disputas? Ni lo recuerdo siquiera.

—Siempre por lo mismo— sonrió Pierre. —Los celos…

—No lo digas. ¡No lo puedo soportar!— exclamó Natasha, y en sus ojos brilló una mirada fría y rencorosa. —¿La has visto?— añadió después de un breve silencio.

—No; y aunque la hubiera visto, no la habría reconocido.

Callaron.

—¡Ah!, ¿sabes? Mientras hablabas en el despacho, estuve observándole — comenzó rápidamente Natasha, para apartar, seguramente, aquella nube. —El chiquillo— así llamaba a su hijo —se parece a ti como una gota de agua a otra. ¡Ah, ya es hora de darle el pecho! ¡Me da pena irme!

Callaron unos segundos; después, de pronto y simultáneamente, se volvieron el uno al otro y empezaron a hablar: Pierre, satisfecho y animado; Natasha, con una sonrisa apacible y feliz. Al advertirlo, los dos se detuvieron cediéndose la palabra mutuamente.

—No, habla tú… ¿qué ibas a decir?

—Nada, nada…, habla tú— dijo Natasha.

Pierre comenzó. Era la continuación de su relato sobre el éxito de San Petersburgo, que tan satisfecho lo tenía. En aquel instante le parecía ser llamado a dar una nueva orientación a toda la sociedad rusa y a todo el universo.

—Quería decir solamente que todas las ideas que tienen grandes consecuencias suelen ser muy sencillas. Mi idea es que si todos los hombres corruptos se han aliado y eso les da fuerza, los honestos deben hacer lo mismo. ¿Ves qué sencillo?

—Sí.

—Y tú, ¿qué ibas a decir?

—¡Bah! Tonterías.

—Dilo.

—Nada— dijo Natasha, sonriendo de nuevo. —Quería hablar de Petia. Hoy, cuando la niñera ha venido a llevarlo, se ha reído, ha cerrado los ojos y se ha apretado más a mí; pensaría, seguramente, que se había escondido. ¡Es una delicia! Mira; ya está gritando. Bueno, adiós.

Y salió de la habitación.

Entretanto, en el dormitorio de Nikóleñka Bolkonski, situado en la planta baja, ardía la lamparilla de noche (el muchacho tenía miedo a la oscuridad y no había manera de subsanar ese defecto). Dessalles dormía con la cabeza alta sobre cuatro almohadas y su nariz romana resoplaba regularmente. Nikóleñka acababa de despertar envuelto en sudor frío, estaba sentado en su cama, con los ojos muy abiertos y fijos. Lo había despertado una pesadilla espantosa. Había soñado que Pierre y él, con unos cascos en la cabeza, como podían verse en las ilustraciones de Plutarco, estaban al frente de un enorme ejército, compuesto de líneas blancas y oblicuas que llenaban el espacio, como los hilos de las telarañas que durante el otoño vuelan en el aire, a las que Dessalles llamaba *le fil de la Vierge*. Delante iba la gloria, representada por hilos de la misma clase, pero algo más compactos. Pierre y él avanzaban ligeros y alegres, cada vez más próximos a la meta. De pronto, los hilos que los movían comenzaron a debilitarse, a enmarañarse, la situación empeoraba. El tío Nikolái Ilich se detuvo frente a ellos con gesto severo y amenazador.

"¿Lo habéis hecho vosotros? —decía señalando el lacre y las plumas rotas—. Os tenía cariño, pero Arakchéiev me lo ha ordenado, y estoy dispuesto a matar al primero que dé un paso." Nikóleñka se volvió a Pierre, pero él había desaparecido. Pierre era su padre, el príncipe Andréi. Y su padre no tenía ni rostro ni figura; pero era él, y al verlo Nikólushka se sintió desfallecer de amor: se iba haciendo cada vez más débil, más etéreo, como diluido. Su padre lo acariciaba y lo compadecía, pero el tío Nikolái Ilich estaba cada vez más cerca de ellos. El espanto se adueñó de Nikólushka y se despertó.

"Era mi padre —pensó—. Mi padre."

Aunque en la casa había dos retratos muy parecidos a como había sido su padre, Nikóleñka nunca pudo representarse al príncipe Andréi en figura humana. “Mi padre —siguió pensando— estaba conmigo; me acariciaba; le parece bien como yo pienso, también estaba de acuerdo con el tío Pierre. Diga lo que diga, yo lo haré. Mucio Scévola quemó su mano. ¿Por qué no voy a hacer yo lo mismo? Ya lo sé: quieren que estudie y estudiaré. Pero algún día dejaré de estudiar y entonces lo haré. Sólo pido a Dios una cosa, que me suceda lo que les sucedió a los héroes de Plutarco; haré como ellos y aún mejor; todos lo sabrán, me querrán y admirarán.” Y de pronto, Nikóleñka sintió que el pecho le estallaba en sollozos y comenzó a llorar.

—Êtes-vous indisposé?— preguntó Dessalles.[636]

—Non— contestó Nikóleñka; y se recostó sobre la almohada.

“Es bueno y lo quiero —se dijo pensando en Dessalles—. ¡Y el tío Pierre! ¡Qué hombre tan extraordinario! ¡Y mi padre! ¡Mi padre! ¡Mi padre! Sí, haré de tal manera que hasta *él* estará contento de mí…”

Segunda parte

I

El objeto de la historia es la vida de los pueblos y de la humanidad. Pero es imposible abarcar y describir con palabras la vida, no ya de la humanidad entera, sino de un solo pueblo.

Para descubrir y captar la vida de un pueblo —que parece inasequible— los historiadores de antes utilizaban frecuentemente un recurso sencillo: la actividad de los individuos que dirigían el pueblo representaba para ellos la actividad de todo el pueblo.

Los historiadores debían responder a dos preguntas: la primera trataba de saber cómo conseguían algunos individuos que los pueblos obedeciesen su voluntad. Lo explicaban atribuyendo a la voluntad divina la elección de un guía que sometía a los pueblos a su voluntad; respondían a la segunda pregunta recurriendo a la misma divinidad que orientaba la voluntad del elegido hacia el objetivo predestinado.

Es decir, la fe en la participación directa de la divinidad en las obras humanas explicaba esos problemas.

Pero la historia moderna rechaza, en teoría, ambas afirmaciones.

Parecería lógico que, al rechazar la creencia de los pueblos antiguos en la subordinación del hombre a la divinidad y en objetivos determinados hacia los cuales son conducidos, la nueva ciencia debería estudiar no las manifestaciones del poder, sino las causas que lo originan. Pero no lo hizo. Aun rechazando, en teoría, las viejas concepciones de los historiadores, las sigue en la práctica.

En lugar de hombres dotados de un poder divino y guiados directamente por la voluntad divina, la historia moderna ha introducido bien a héroes provistos de cualidades extraordinarias y sobrehumanas o sencillamente a

hombres dotados de las más diversas propiedades, desde monarcas hasta periodistas, puestos al frente de las masas. En lugar de los fines señalados por la divinidad a ciertos pueblos —hebreo, griego, romano— que los antiguos equiparaban a los fines de la humanidad, la historia moderna sitúa sus propios fines: el bien del pueblo francés, inglés o alemán; y en su máxima abstracción, el bien de la civilización humana, concepto con el cual habitualmente entienden a los pueblos que ocupan el pequeño rincón noroccidental de un gran continente.

La historia moderna ha rechazado las creencias de antes sin hallar una nueva concepción; y la lógica ha obligado a ciertos historiadores que niegan, en apariencia, el poder divino de los reyes y el *fatum* de los antiguos a llegar por otros caminos a la misma conclusión: al reconocimiento de que 1) los hombres están dirigidos por individuos singulares, y 2) que existe una determinada meta, a la cual tienden los pueblos y la humanidad.

Todas las obras de los más recientes historiadores, desde Gibbon hasta Buckle, a pesar de sus aparentes contradicciones y la aparente novedad de sus opiniones, descansan sobre estos dos principios viejos e inevitables:

1) El historiador describe la actividad de algunos individuos que, en su opinión, guían a la humanidad. Unos consideran tales a ciertos monarcas, jefes militares y ministros; otros incluyen también, además de los monarcas, a oradores, sabios, reformadores, filósofos y poetas.

2) El historiador conoce la meta hacia la cual avanza la humanidad. Para unos esa meta es la grandeza de los Estados: el romano, el español o el francés; para otros es la libertad, la igualdad y cierto grado de civilización en un pequeño rincón del mundo que se llama Europa.

En 1789 se produce en París un movimiento insurreccional. Ese movimiento crece, se extiende y se manifiesta en la marcha de los pueblos de Occidente hacia Oriente. Varias veces ese movimiento de pueblos hacia Oriente choca con el movimiento contrario, de Oriente a Occidente. En 1812 el movimiento llega a su límite máximo, Moscú, y con asombrosa simetría se produce la marcha en sentido contrario, de Oriente a Occidente, que arrastra, como el movimiento anterior, a todos los pueblos intermedios. La marcha inversa alcanza el punto inicial, París, y allí se detiene.

Durante ese período de veinte años, inmensas extensiones de tierra quedan sin cultivar; las casas son incendiadas, el comercio cambia su orientación; millones de personas se arruinan, otros se enriquecen, otros emigran; y millones de cristianos, que profesaban la ley del amor al prójimo, se matan unos a otros.

¿Qué significa todo eso? ¿A qué se debe? ¿Qué obligaba a esos hombres a incendiar las casas y matar a sus semejantes? ¿Cuáles fueron las causas de tales acontecimientos? ¿Qué fuerzas impulsaban a los hombres a proceder de esa manera? Esas son las preguntas involuntarias, ingenuas y sencillas, que sin querer se hace el hombre al encontrarse con los monumentos y tradiciones de aquel período.

Para encontrar respuesta a tales preguntas nos dirigimos a la historia, la ciencia cuyo objeto es el estudio de las naciones y la humanidad.

Si la historia mantuviera las viejas concepciones diría: la divinidad, para recompensar o castigar a su pueblo, dio a Napoleón el poder y guió su voluntad hasta la consecución de sus divinos fines. Esa respuesta sería completa y clara. Puede creerse o no que Napoleón tuviera una misión sagrada; para quien lo cree, todo resulta comprensible en la historia de ese período y no halla contradicción alguna.

Pero la nueva ciencia histórica no puede contestar así. La ciencia no admite las concepciones antiguas sobre la directa participación de la divinidad en las acciones humanas; por eso, debe proporcionarnos otras respuestas.

¿Queréis saber qué significa ese movimiento, de dónde procede y qué fuerza lo engendró? La nueva ciencia histórica responde así:

“Luis XIV era un hombre muy orgulloso y soberbio. Tuvo estas y aquellas amantes, tales y cuales ministros; gobernó mal a Francia. Sus herederos fueron hombres igualmente débiles y gobernaron mal su país; tuvieron a su vez estos y aquellos favoritos, tales y cuales amantes. Algunos hombres de esa época escribieron libros. A finales del siglo XVIII se reunió en París una veintena de personas que comenzaron a decir que todos los hombres eran iguales y libres. Por tal motivo, en toda Francia los hombres decidieron matarse unos a otros. Esos hombres asesinaron al rey y a otras muchas personas. En aquel mismo tiempo había en Francia un hombre

genial: Napoleón. Siempre venció a todos, es decir, mataba a mucha gente, porque era muy genial; ese hombre marchó a matar africanos no se sabe por qué y lo hizo tan bien, empleó tanta astucia e inteligencia, que al volver a Francia ordenó a todos que lo obedecieran, y todos así lo hicieron. Convertido en emperador, de nuevo salió a matar más gente, y lo hizo en Italia, Austria, Prusia y otros lugares, donde mató a muchos. Por entonces reinaba en Rusia el emperador Alejandro, quien decidió restablecer el orden en Europa y por eso hizo la guerra a Napoleón. Pero, inesperadamente, en 1807, estableció con él lazos de amistad; en 1811 se enemistaron de nuevo y se reanudó la matanza. Napoleón llevó a Rusia seiscientos mil hombres y se adueñó de Moscú. Después huyó repentinamente de la capital y entonces el emperador Alejandro, con la ayuda de los consejos de Stein y otros, organizó una coalición europea para marchar contra el perturbador de su tranquilidad. Todos los antiguos aliados de Napoleón se convirtieron de pronto en sus enemigos y enviaron a sus ejércitos contra el francés, que había reunido nuevas fuerzas. Los aliados vencieron a Napoleón, entraron en París y lo obligaron a renunciar al trono; luego lo desterraron a la isla de Elba sin despojarlo del título imperial y tratándolo con todos los respetos, aunque cinco años antes y un año después lo consideraran un vulgar bandido. Comenzó a reinar entonces Luis XVIII, ese mismo Luis XVIII del que hasta entonces franceses y aliados no habían hecho más que burlarse. Napoleón, derramando lágrimas ante la Vieja Guardia, renunció al trono y salió para el destierro. Los hábiles diplomáticos y hombres de Estado —sobre todo Talleyrand, que había conseguido sentarse en cierto sillón antes que otro, con lo cual extendió las fronteras de Francia— se reunieron para hablar en Viena y, con sus negociaciones, hicieron felices o desgraciados a los pueblos. Inesperadamente, diplomáticos y monarcas estuvieron a punto de reñir; estaban ya dispuestos a ordenar que sus tropas se mataran entre sí cuando Napoleón, con un solo batallón, desembarcó en Francia y los franceses, que lo odiaban, se sometieron a él en el acto. Pero los monarcas aliados, descontentos con lo sucedido, volvieron a luchar contra los franceses. Vencieron al genial Napoleón y lo mandaron a la isla de Santa Elena, considerándolo de pronto como un bandido. Allí, sobre una roca, separado de los seres queridos y de la amada Francia, el desterrado murió

lentamente, legando a la posteridad sus grandes hazañas. En Europa, mientras tanto, advino la reacción y todos los emperadores y reyes oprimieron de nuevo a sus pueblos”.

Se equivocarían, si pensaran que lo dicho antes es una burla, una caricatura de la descripción histórica.

Por el contrario, expresa la forma más delicada, las contradicciones y la falta de respuestas a las cuestiones planteadas por *toda* la historia, desde los autores de memorias y algunas historias sobre diversos países hasta las universales y también historias sobre la cultura de aquel tiempo.

Lo cómico y extraño de esas respuestas consiste en que la historia moderna se parece a un hombre sordo que responde a preguntas que nadie le hace.

Si el objetivo de la historia es describir el movimiento de la humanidad y los pueblos, la primera pregunta sin cuya respuesta lo demás resulta incomprensible es la siguiente: ¿Qué fuerza mueve a los pueblos? A esta pregunta la historia moderna contesta, con cierta inseguridad, que Napoleón era muy genial o que Luis XIV tenía mucho orgullo, o que ese o el otro escritor escribió tal y cual libro.

Todo esto es muy posible, y la humanidad está dispuesta a reconocerlo, pero no era eso lo que preguntaban. Todo eso podría resultar interesante si reconociéramos el poder divino, fundado en sí mismo y siempre igual, dirigiendo a sus pueblos por medio de Napoleones, Luises o escritores; pero no reconocemos su poder, por lo que antes de hablar de Napoleones, Luises y escritores hay que mostrar el lazo de unión que existe entre esas personas y el movimiento de los pueblos.

Si el lugar del poder divino lo ocupa otra fuerza hay que explicar en qué consiste, puesto que todo el interés de la historia reside precisamente en ella.

La historia parece suponer que esa fuerza se comprende por sí misma y es conocida por todos. Mas, a pesar de los deseos de dar por conocida dicha fuerza, quien lea muchas obras históricas habrá de poner en duda, lo quiera o no, que esa nueva fuerza, tan diversamente comprendida por los propios historiadores, sea perfectamente conocida por todos.

II

¿Cuál es la fuerza que mueve a los pueblos?

Los biógrafos y los historiadores de los diversos pueblos consideran que esa fuerza reside en el poder inherente a los héroes y monarcas. Según ellos, los acontecimientos se producen por la voluntad de los Napoleones y Alejandros únicamente, o, en general, de los personajes tratados en sus biografías. La respuesta dada por los historiadores de esta categoría a la pregunta sobre la fuerza que rige los acontecimientos son satisfactorias mientras exista un historiador para cada acontecimiento. Pero tan pronto como los historiadores de nacionalidades y opiniones distintas empiezan a narrar los mismos hechos, sus respuestas pierden todo sentido, porque cada uno de ellos comprende de distinta manera esa fuerza, y no sólo distinta sino completamente opuesta. Un historiador afirma que tal acontecimiento fue provocado por el poder de Napoleón; el otro sostiene que por el de Alejandro; un tercero apela a la fuerza de un tercer personaje cualquiera.

Y por si fuera poco, todos los biógrafos se contradicen mutuamente al explicar la fuerza en que se basa el poder de un mismo personaje. Thiers, bonapartista, dice que el poder de Napoleón se funda en su virtud y genialidad; Lanfrey, republicano, sostiene que lo sustentan las mentiras y el engaño del pueblo. Esos historiadores, al contradecirse unos a otros, destruyen la idea de la fuerza que produce los acontecimientos y dejan sin respuesta la pregunta esencial de la historia.

Los historiadores que estudian los hechos relacionados con todos los pueblos parecen reconocer la falsedad de los historiadores particulares sobre la fuerza motriz de los hechos. No reconocen que esa fuerza radique en el poder de los héroes o monarcas; para ellos es el resultado de

numerosas fuerzas dirigidas de forma diferente. Al describir la guerra o la conquista de un pueblo, el historiador universal no busca la causa del acontecimiento en el poder de un solo personaje, sino en la interacción recíproca de numerosos personajes relacionados con aquel hecho.

Según tal opinión, resulta que el poder de los personajes históricos es producto de múltiples fuerzas y no puede ya ser considerado como una fuerza capaz de provocar por sí misma el hecho. Y sin embargo, los autores de historias universales emplean, en la mayoría de los casos, la idea del poder como el de una fuerza que por sí misma origina los hechos históricos y es la causa de ellos. Según esos historiadores, el personaje histórico es un producto de su tiempo y su poder proviene de fuerzas distintas, es decir, el poder es su fuerza y ella origina el acontecimiento. Gervinus, por ejemplo, Schlosser y otros, tan pronto demuestran que Napoleón es el resultado de la revolución, de las ideas del año 1789, etcétera, como declaran abiertamente que la campaña de 1812 y otros hechos que no son de su agrado se llevaron a cabo por haber interpretado erróneamente la voluntad de Napoleón y que las ideas proclamadas en 1789 se frenaron por su arbitrariedad. Las ideas revolucionarias y la opinión pública originaron el poder de Napoleón, pero el poder de Napoleón destruyó las ideas revolucionarias y la opinión pública.

Tan extraña contradicción no es casual. Todas las descripciones hechas por autores dedicados a la historia universal están plagadas de continuas contradicciones. Dichas contradicciones se deben a que los historiadores, en su intento de analizar los hechos, se quedan a medio camino.

Para que las fuerzas componentes den una resultante conocida, es menester que la suma de las componentes iguale esa resultante, pero esta condición es la que nunca se observa entre los autores de historias universales, motivo por el cual, al explicar la resultante, se ven obligados a admitir, además de las componentes que no les bastan, una fuerza no explicada que actúa como componente.

El historiador que describe la campaña de 1813, o la restauración de los Borbones, dice claramente que esos acontecimientos ocurrieron por la voluntad de Alejandro. Pero el historiador Gervinus, autor de una historia universal, afirma que, además de la voluntad de Alejandro, fue muy

eficiente el apoyo prestado a esa causa por Stein, Metternich, Mme de Staël, Talleyrand, Chateaubriand y otros. Evidentemente, el historiador dividió el poder de Alejandro I entre sus componentes: Talleyrand, Chateaubriand, etcétera. La suma de estas componentes, es decir, la actividad de Talleyrand, Chateaubriand, Mme de Staël y otros, no es exactamente igual a la resultante, o sea al fenómeno por el que millones de franceses se sometieron a los Borbones. Para llegar a explicar cómo de esas componentes deriva la sumisión de millones de seres, es decir, cómo de diversas componentes iguales a una sola A se deriva una media igual a mil A, el historiador debe necesariamente admitir la misma fuerza de aquel poder que niega, reconociéndola como la resultante de las fuerzas; dicho de otra manera, debe admitir la fuerza inexplicada que actúa como resultante. Así hacen los historiadores dedicados a la historia universal. Y gracias a eso, no sólo contradicen a los autores de historias temáticas, sino a sí mismos.

La gente del campo, como no tiene una idea clara de las causas de la lluvia, dice, según quiera que llueva o no: es el viento lo que disipa o acumula las nubes. Eso mismo hacen los autores de historia universal: unas veces, cuando desean que sea así y concuerda con sus teorías, dicen que el poder es el resultado de los acontecimientos; otras veces, cuando necesitan probar algo distinto, afirman que el poder produce los acontecimientos.

La tercera categoría de historiadores, los así llamados historiadores de la *cultura*, siguen el camino trazado por sus antecesores, los estudiosos de la historia universal, y reconocen que los escritores y las mujeres poseen, a veces, suficiente fuerza para influir en los acontecimientos, pero la entienden de un modo totalmente distinto. La conciben circunscrita a la así llamada cultura y actividad intelectual.

Los historiadores de la cultura se atienen estrictamente al camino seguido por sus antecesores, los dedicados al estudio de la historia universal, pues suponen que si los hechos históricos pueden explicarse por las relaciones mantenidas entre varios personajes, ¿por qué no explicarlos por el hecho de que ciertos hombres han escrito uno u otro libro? Del gran número de indicios que acompañan a cada fenómeno vivo, los historiadores escogen el de la actividad intelectual y lo convierten en causa. Mas a pesar

de todos sus esfuerzos para demostrar que la causa del acontecimiento está en la actividad intelectual, sólo a fuerza de grandes concesiones puede admitirse que entre dicha actividad y el movimiento de los pueblos hay algo en común. Pero en ningún caso puede admitirse que la actividad intelectual guía los actos humanos, puesto que determinados fenómenos, como los crueles asesinatos de la Revolución francesa, tenían lugar cuando las ideas sobre la igualdad de los hombres eran propagadas intensamente, y las funestas guerras y ejecuciones que coincidían con la propaganda del amor contradicen semejante suposición.

Pero aun admitiendo que estos razonamientos astutamente entrelazados, que tanto abundan en las historias, sean justos, admitiendo que los pueblos están dirigidos por cierta fuerza indefinida, llamada *idea*, el problema esencial de la historia o bien queda sin resolver, o bien retorna al viejo poder de los monarcas, o a la influencia de consejeros y otras personas, cosas todas admitidas por los historiadores a las cuales se añade ahora la nueva fuerza de la idea, cuya relación con las masas exige una explicación. Se puede comprender que Napoleón tuviera el poder y que por esta razón ocurriera un determinado hecho.

Y concediendo aún más, se puede comprender también que Napoleón, al detentar el poder, fuese sensible a otras influencias; pero ¿cómo puede admitirse que un libro, *Le Contrat social*, llevara a los franceses a matarse entre sí? Esto sigue siendo incomprensible si antes no se explica la relación causal entre esa nueva fuerza con el acontecimiento.

Es indudable que hay una relación entre todos los coetáneos; por eso mismo es posible encontrar cierta relación entre la actividad intelectual de los hombres y el movimiento histórico, el mismo que hay entre el avance de la humanidad, el comercio, la artesanía, la horticultura y cualquier otra actividad. Pero sigue siendo difícil entender por qué los historiadores de la cultura nos presentan la actividad intelectual como la causa o manifestación de los fenómenos históricos. Sólo es posible explicarlo del modo siguiente: 1) los historiadores son científicos; para ellos es natural y grato pensar que la actividad de su gremio es la base del avance de la humanidad, lo mismo que pensarlo sería agradable para los mercaderes, labradores y soldados (y si no sucede así, se debe solamente a que los soldados y los mercaderes no

escriben historias); 2) la actividad intelectual, la instrucción, la civilización, la cultura y el pensamiento son ideas vagas e indefinidas, bajo cuya bandera resulta muy cómodo usar palabras que tienen un significado menos definido aún y que, por tanto, son fácilmente aplicables a cualquier teoría.

Mas, sin hablar ya del mérito intrínseco que tienen las historias de este género (pueden ser necesarias para alguien o para algo), las historias de la cultura, a las cuales se van reduciendo cada vez más las historias universales, son notables porque al estudiar detenida y seriamente las diversas doctrinas religiosas, filosóficas y políticas, como causa de los acontecimientos, siempre que describen un hecho verdaderamente histórico, como la guerra de 1812, lo explican, aun sin querer, como un producto del poder, afirmando abiertamente que dicha campaña no es más que el resultado de la voluntad de Napoleón. Al hablar así, los historiadores de la cultura se contradicen a sí mismos en contra de su voluntad y demuestran que esa nueva fuerza, inventada por ellos, no expresa los hechos históricos y que la única manera de entender la historia está en admitir ese poder que ellos, al parecer, no reconocen.

III

La locomotora marcha y nos preguntamos por qué se mueve. El mujik contesta que el diablo la empuja; otro afirma que se mueve porque sus ruedas giran; un tercero asegura que la causa del movimiento está en el humo arrastrado por el viento.

Nada podemos objetar al mujik: ha imaginado una explicación completa. Para refutarla sería necesario que alguien le demostrara que el diablo no existe o que otro mujik le explicara que no es el diablo sino un alemán quien hace correr la locomotora. Sólo entonces, gracias a la contradicción de sus afirmaciones, verían que ambos estaban equivocados.

Pero quien dice que la causa es el movimiento de las ruedas se refuta a sí mismo porque, al haber emprendido el camino del análisis, debe proseguirlo, hasta explicar el origen del movimiento de las ruedas. Y mientras no llegue a la última causa del movimiento de la locomotora, la compresión del vapor en la caldera, no tendrá derecho a detenerse en la búsqueda de la causa. El mujik que explicó el movimiento de la locomotora atribuyéndolo al humo arrastrado hacia atrás por el viento debió de razonar del siguiente modo: al comprender que la explicación sobre las ruedas no proporcionaba causa alguna, tomó el primer indicio observado y lo presentó, por su parte, como la causa.

El único concepto capaz de explicar el movimiento de la locomotora es el de la fuerza igual al movimiento visible. Por tanto, la única idea válida para explicar el movimiento de los pueblos es el de una fuerza igual a todo el movimiento de los pueblos.

Sin embargo, los historiadores comprenden bajo ese concepto fuerzas absolutamente diversas entre sí y nada parecidas al visible movimiento de la

fuerza. Unos ven en él la fuerza de los héroes —igual que el mujik ve al diablo en la locomotora—; otros, una fuerza derivada, como el movimiento de las ruedas; los terceros, la influencia de la mente, como el humo llevado por el viento.

Mientras se siga escribiendo la historia de algunos personajes, sea la de César o Alejandro, la de Lutero o Voltaire, y no la historia de *todos* sin excepción, de *todos* los hombres que han participado en el hecho, es imposible no atribuir a determinados personajes las fuerzas que obligan a otras personas a dirigir sus actividades hacia una sola meta. Y el único concepto que conocen los historiadores es el poder.

Ese concepto es el único medio que permite conocer a fondo los hechos históricos, tal como se exponen actualmente, y aquel que renuncie a él, sin conocer otro, como hizo Buckle, se verá privado de la última posibilidad de estudiarlos. Los historiadores dedicados a la historia universal y a la cultura son los que mejor demuestran la inevitable necesidad del concepto de poder para explicar los hechos históricos, y aunque renuncien a él en apariencia, lo utilizan a cada paso, sin poderlo evitar.

Respecto a los problemas de la humanidad, la ciencia histórica se asemeja a quienes tienen relación con el dinero, billetes de banco y moneda metálica. Las biografías y las historias de un país son como billetes de banco: pueden circular y desempeñar su papel sin dañar a nadie y hasta con cierta utilidad, mientras tengan garantía. Basta con olvidar cómo la voluntad de los héroes origina los acontecimientos, y las historias de los Thiers resultarán instructivas, interesantes, y hasta tendrán un matiz poético. Pero igual a como surge la duda sobre el valor real del papel moneda, ya porque es fácil fabricarlo y pueden hacerlo en grandes cantidades, ya porque querrán cambiarlo por oro, también surge la duda sobre el valor real de esas historias, ya porque sean demasiado abundantes, ya porque alguien, en la simplicidad de su alma, puede preguntar: ¿Con qué fuerza lo hizo Napoleón? Es decir, cuando se desea cambiar el billete de banco por el oro puro del concepto real.

Los autores de historias universales y de la cultura son semejantes a los hombres que, habiendo reconocido la incomodidad de los billetes de banco, decidieran fabricar una moneda metálica sonante que no tuviera la densidad

del oro. Esa moneda metálica sería desde luego *sonante*, pero no pasaría de ahí. El papel moneda podría aún engañar a los ignorantes; pero la moneda sonante, sin valor, no engañaría a nadie. Así como el oro solamente es oro cuando puede ser empleado, además del cambio, para otros menesteres, así las historias universales valdrán como el oro cuando puedan contestar a la pregunta esencial de la historia: ¿Qué es el poder? Los autores de historias universales responden a la pregunta de manera contradictoria, mientras que los historiadores de la cultura descartan del todo la pregunta y contestan otra cosa completamente distinta. Y así como las fichas que se parecen al oro no pueden valer más que en una reunión de personas que consientan en considerarlas como si lo fuera, o entre aquellas otras que ignoran las cualidades del oro, así también los historiadores dedicados a la historia universal y la cultura, sin contestar a las preguntas esenciales de la humanidad, utilizan para sus ignorados fines la moneda en curso con la cual satisfacen a las universidades y a numerosos lectores aficionados a los libros serios, como ellos los llaman.

IV

La historia que reniega de la antigua concepción que atribuía la sumisión de la voluntad del pueblo a un elegido, y la sumisión de esa voluntad a un designio divino, no puede dar un paso sin contradecirse si no toma uno de estos dos caminos: volver a creer en la influencia directa de la divinidad sobre las obras humanas o explicar claramente el sentido de la fuerza que origina el hecho histórico, que se llama poder.

Es imposible volver al primer camino: esa creencia ha caducado, razón por la cual es necesario explicar el significado del poder.

Napoleón ordena que se reúna el ejército y comience la guerra. Este hecho nos resulta tan habitual, tan familiar, que la pregunta "¿Por qué seiscientos mil hombres van a la guerra cuando Napoleón pronuncia esas o aquellas palabras?" nos parece absurda. Tenía el poder, y ésa es la razón de que se cumplieran sus órdenes.

He aquí una respuesta absolutamente satisfactoria, si creemos que el poder le fue otorgado por Dios. Pero, puesto que no lo admitimos, es preciso definir en qué consiste ese poder de un hombre solo sobre los demás.

Ese poder no puede basarse en una preponderancia directa y física de un ser fuerte sobre uno débil, en el empleo o en la amenaza del empleo de la fuerza física, como en el caso de Hércules. Tampoco puede fundarse en la preponderancia de la fuerza moral, como ingenuamente piensan algunos historiadores que aseguran que sus personajes son héroes, es decir, hombres dotados de una especial fuerza de ánimo e inteligencia, llamada genialidad. Ese poder no puede fundarse en la superioridad de la fuerza moral, puesto que aun sin hablar de héroes como Napoleón, cuyas cualidades morales son

muy discutibles, la historia nos demuestra que ni Luis XI, ni Metternich, que dirigieron a millones de hombres, tenían especiales cualidades anímicas; al contrario, en la mayoría de los casos se trataba de seres moralmente inferiores a cualquiera de los hombres que dirigían.

Ahora bien; si la fuente del poder no está en la preponderancia física ni en las cualidades morales de la persona que lo detenta, es evidente que debe hallarse fuera de esa persona, en sus relaciones con las masas.

De esa manera entiende el poder la ciencia del derecho, esa ciencia que, como una especie de casa de cambio, promete trocar el concepto del poder en oro puro.

El poder es la suma de las voluntades de las masas, transferida, por acuerdo expreso o tácito, a los gobernantes elegidos por las mismas masas.

En los dominios de la ciencia jurídica, la ciencia que se compone de razonamientos acerca de cómo debe organizarse el Estado y el poder si eso fuera posible, todo queda sumamente claro; pero si se aplica a la historia, esa definición del poder exige ciertas explicaciones.

La ciencia del derecho considera el Estado y el poder como los antiguos consideraban el fuego, es decir, como algo que tiene existencia absoluta; para la historia, en cambio, Estado y poder no son más que fenómenos, de la misma manera que para la física moderna el fuego no es algo espontáneo sino un fenómeno.

Tan esencial diferencia de concepciones entre la historia y la ciencia del derecho hace que esta última pueda exponer detalladamente cómo, en su opinión, habría que organizar el poder, existente como algo inmutable y fuera del tiempo; pero no puede contestar nada a las preguntas históricas sobre el significado del poder, que cambia con el tiempo.

Si el poder es una suma de voluntades transferidas a un gobernante, ¿puede deducirse que Pugachov fuera el representante de la voluntad de las masas? Y si no lo fue, ¿por qué ha de serlo Napoleón I? ¿Por qué Napoleón III, cuando fue detenido en Boulogne, era un criminal, y por qué, después, fueron criminales aquellos a quienes él detuvo?

Durante las revoluciones palaciegas, en las que intervienen a veces dos o tres personas, ¿es transferida también a ellos la voluntad de la masa? En las relaciones internacionales, ¿se transfiere esa voluntad de las masas

populares a su conquistador? ¿Fue en 1808 transferida la voluntad de la Confederación del Rin a Napoleón? ¿Representaba éste la voluntad del pueblo ruso cuando en 1809 el ejército ruso, aliado de los franceses, luchó contra Austria?

A esta pregunta se puede responder de tres maneras:

1) Admitir que la voluntad de las masas pasa siempre incondicionalmente al gobernante o gobernantes que eligieron, y, por ello, la aparición de un nuevo poder, toda lucha contra el poder ya transferido, debe ser considerada como una violación del verdadero poder.

2) Admitir que la voluntad de las masas se transfiere siempre a los gobernantes bajo conocidas y determinadas condiciones y demostrar que todas las restricciones, choques y aun la destrucción del poder ocurren por no haber cumplido los gobernantes las condiciones impuestas cuando les fue transferido ese poder.

3) Admitir que la voluntad de las masas se transmite a los gobernantes en forma condicionada, según condiciones desconocidas, indefinidas, y que el surgimiento de múltiples poderes, su lucha y caída provienen sólo del cumplimiento más o menos total, por parte de los gobernantes, de aquellas condiciones ignoradas bajo las cuales las voluntades de las masas se transfieren de unas personas a otras.

Los historiadores explican de estas tres maneras la relación de la masa y sus gobernantes.

Algunos historiadores que, en la simplicidad de sus almas, no entienden el significado del poder, historiadores de países aislados y biógrafos de los que hablamos antes, parecen admitir que la suma de las voluntades de las masas se transmite incondicionalmente a los personajes históricos. Por ello, al describir un poder cualquiera, presuponen que tal poder es el único absoluto y verdadero, y que cualquier otro poder que se le oponga no es un poder, sino una infracción de éste, una violencia.

Semejante teoría, aceptable para períodos históricos primitivos y pacíficos, si se aplica a épocas tempestuosas y complejas de la vida de los pueblos, durante las cuales aparecen al mismo tiempo y luchan entre sí diversos poderes, presenta el inconveniente de que el historiador legitimista tratará de probar que la Convención, el Directorio y Bonaparte no eran más

que violaciones del poder, mientras que el republicano y el bonapartista intentarán demostrar que el verdadero poder residía en la Convención, o en el Imperio, y que todo lo demás suponía una violación de esos poderes. Es evidente que, al refutarse mutuamente de esta manera, las explicaciones del poder dadas por tales historiadores no pueden valer más que para niños en su edad más tierna.

Otros historiadores reconocen que semejante opinión sobre el poder es falsa y aseguran que el poder se basa en la transmisión condicionada a los gobernantes de las voluntades del pueblo y que los personajes históricos ostentan el poder siempre que cumplan las condiciones que por tácito acuerdo les impone la voluntad del pueblo; pero los historiadores no dicen cuáles son esas condiciones, y si lo dicen, es para contradecirse constantemente.

Cada historiador, de acuerdo con su propia opinión sobre el objetivo que persiguen los pueblos, lo ve en la grandeza, en la riqueza, en la libertad, en la instrucción de los ciudadanos, sean de Francia o de otro país. Mas sin hablar ya de las contradicciones de esos historiadores a propósito de esas condiciones y aun admitiendo que existe un programa común para todos, los hechos históricos desmienten casi siempre tales teorías. Si las condiciones bajo las cuales se transfiere el poder consisten en la riqueza, en la libertad o la instrucción del pueblo, ¿por qué entonces los Luises XIV o los Ivanes IV terminaron tranquilamente sus reinados y los Luises XVI y los Carlos I fueron ejecutados por el pueblo? Los historiadores mencionados contestan que la actividad de Luis XIV, contraria al programa trazado, recae sobre Luis XVI. Mas, ¿por qué no repercute sobre Luis XIV o Luis XV? ¿Y por qué precisamente sobre Luis XVI? ¿Qué plazo se necesita para que tales repercusiones se produzcan? A estas preguntas no hay ni puede haber respuesta. Tampoco puede explicarse por qué la suma de voluntades permanece durante tantos y tantos siglos en manos de esos gobernantes y sus herederos y, de pronto, a lo largo de cincuenta años, pasa a la Convención, al Directorio, a Napoleón, a Alejandro, a Luis XVIII, de nuevo a Napoleón, a Carlos X, a Luis Felipe, a un gobierno republicano y a Napoleón III. Al explicar estos rápidos desplazamientos de la suma de voluntades de una persona a otra sobre todo cuando hay relaciones

internacionales, conquistas y alianzas, estos historiadores deberán reconocer, en contra de su voluntad, que parte de esos hechos ya no se explican por la transmisión legal de las voluntades, sino que son casualidades y dependen de la astucia, del error, de la perfidia o debilidad del diplomático, del monarca o del jefe político. De manera que la mayor parte de los fenómenos históricos, guerras civiles, revoluciones y conquistas, son presentados por tales historiadores no como el resultado del desplazamiento de voluntades libres, sino como consecuencia de una voluntad erróneamente dirigida de una o varias personas, es decir, como una transgresión del poder. Ésta es la razón de que, según esos historiadores, dichos acontecimientos históricos sean descritos como desviaciones de la teoría.

Se parecen tales historiadores al botánico que, habiendo observado que determinadas plantas salen de la semilla con dos cotiledones, sostuviera que todo aquello que crece lo hace desdoblándose en dos hojas, y que la palmera, el hongo y el roble, al llegar a su pleno desarrollo sin tener esas dos hojas, no son más que desviaciones de la teoría.

Los historiadores de tercera categoría admiten que la voluntad de los pueblos se transfiere condicionalmente a los personajes históricos aunque no conocemos esas condiciones. Afirman también que los personajes históricos poseen el poder porque cumplen la voluntad del pueblo, de la que son meros portadores.

Pero, si la fuerza que mueve a los pueblos no reside en los personajes históricos, sino en el propio pueblo, ¿cuál es el significado de dichos personajes?

Los personajes históricos —afirman dichos historiadores— expresan la voluntad de los pueblos. Su actividad representa la actividad de las masas.

Pero en ese caso surge la siguiente pregunta: ¿Es toda la actividad del personaje histórico o solamente una parte determinada de ella la que representa la voluntad de las masas? Si toda la actividad de los personajes históricos expresa la voluntad de las masas, como opinan algunos, entonces ¿cabe decir que las biografías de Napoleón o Catalina la Grande, con todos sus detalles, propios de la chismografía palatina, representan la vida de los pueblos? Decirlo así carece de todo sentido, y si no es más que una parte de

la actividad del personaje lo que expresa la vida de un pueblo, como piensan otros supuestos historiadores filósofos, entonces para determinar qué parte de esa actividad expresa la vida del pueblo hay que saber, ante todo, en qué consiste su vida.

Frente a tal dificultad, los historiadores de esa categoría enuncian la abstracción más difusa, impalpable y general, capaz de abarcar el mayor número posible de acontecimientos, y dicen que semejante abstracción es la meta que persigue la humanidad en su avance. Las abstracciones más corrientemente admitidas por casi todos los historiadores son: la libertad, la igualdad, la instrucción, el progreso, la civilización y la cultura. El historiador considera que el avance de la humanidad depende de alguna de esas ideas abstractas y se dedica a estudiar a los hombres que han dejado a su paso el mayor número de monumentos —reyes, ministros, jefes militares, escritores, reformadores, papas, periodistas— en la medida en que todos esos personajes, según su opinión, han apoyado o combatido una determinada idea abstracta. Pero como no se ha demostrado de ningún modo que la meta de la humanidad sea la igualdad, la libertad, la instrucción o la civilización, y puesto que el vínculo de las masas con sus gobernantes no está basado más que en la arbitraria suposición de que la suma de las voluntades del pueblo se transfiere siempre a las personas que consideramos relevantes, la actividad de millones de seres que se desplazan, queman las casas, abandonan sus campos y se exterminan unos a otros jamás se manifiesta en la descripción de la actividad de una decena de personas que no queman casas, no se ocupan de la agricultura ni matan a sus semejantes.

La historia lo demuestra a cada paso. ¿Es que la efervescencia de los pueblos de Occidente a fines del siglo pasado, y su deseo de ir hacia Oriente, puede explicarse por la actuación de Luis XIV, Luis XV y Luis XVI, de sus amantes y ministros, por la vida de Napoleón, Rousseau, Diderot, Beaumarchais y otros?

¿Y el movimiento del pueblo ruso hacia Oriente, a Kazán y Siberia, se refleja en el carácter morboso de Iván IV o en su correspondencia con Kurbski?

¿Y nos explica tal vez el movimiento de las Cruzadas el estudio de los Godofredos, los Luises y sus damas? A nuestro entender, el movimiento de los pueblos occidentales hacia Oriente permanece inexplicable, sin objetivo alguno, sin dirección, reducido a una muchedumbre de vagabundos guiada por Pedro el Ermitaño. Más incomprensible aún es la suspensión de ese movimiento cuando los personajes históricos habían señalado claramente un objetivo razonable y santo: la liberación de Jerusalén. Papas, reyes y caballeros incitaban a sus pueblos a liberar Tierra Santa, pero el pueblo no obedecía, porque ya no existía la causa ignorada que antes lo llevaba. La historia de los Godofredos y sus trovadores no puede, evidentemente, abarcar la vida de los pueblos; es, sencillamente, la historia de los Godofredos y los trovadores, mientras que la historia de la vida de los pueblos y de sus aspiraciones continúa siendo desconocida.

Aún menos nos explica la vida de los pueblos la historia que presentan los escritores y reformadores.

La historia de la cultura nos explica las aspiraciones, las condiciones de vida y los pensamientos de un escritor o de un reformador. Nos cuentan que Lutero era irascible y había pronunciado tales y cuales discursos. Sabemos que Rousseau era desconfiado y que escribió varios libros; pero ignoramos por qué, después de la Reforma, los pueblos se mataban entre sí y por qué, durante la Revolución, los hombres se ejecutaban unos a otros.

Si unimos ambas historias como hacen los autores modernos, tendremos la historia de los monarcas y escritores, pero no la historia de la vida de los pueblos.

V

La vida de los pueblos no cabe en la vida de unas cuantas personas, puesto que no se ha encontrado el lazo de unión entre ellas y aquéllos. Y la teoría de que esa relación está basada en la transferencia de todas las voluntades a los personajes históricos es una hipótesis que la experiencia histórica no confirma.

Esa teoría explica tal vez bastantes cosas en el terreno de la ciencia del derecho, que, tal vez, la necesita para sus fines; pero aplicada a la historia, no explica nada desde el momento en que aparecen las revoluciones, las conquistas y las luchas intestinas.

Es una teoría que parece indiscutible, precisamente porque el hecho de la transferencia de la voluntad del pueblo no puede ser comprobado.

En cualquier forma que se produzca el acontecimiento, cualquiera que sea el individuo que lo presida, la teoría puede afirmar siempre que tal personaje estuvo al frente de aquel hecho porque la suma de voluntades le fue transferida.

Las respuestas que desde ese punto de vista dan a los problemas de la historia se parecen a las de un hombre que, al ver un rebaño en movimiento, sin tener en cuenta que en unos sitios la hierba es mejor que en otros, ni cómo dirige el pastor su rebaño, creyera que esa dirección la marca el animal que va delante.

“El rebaño sigue esa dirección porque el animal que va delante lo guía, y la suma de voluntades de toda la grey ha sido transmitida a ese animal.” Así contestan los historiadores del primer grupo que reconocen la transferencia no condicionada del poder.

“Si los animales que van a la cabeza del rebaño cambian de dirección, eso significa que la suma de voluntades de todos los animales pasa de un jefe a otro, siempre que ese animal siga la dirección escogida por todo el rebaño.” Tal es la respuesta de los historiadores que admiten que la suma de voluntades del pueblo se transmite a los gobernantes en determinadas condiciones, que ellos creen conocidas. (Con semejante método de observación ocurre con gran frecuencia que, dejándose llevar por la dirección escogida, el observador toma por jefes a quienes, dado el cambio de dirección de la masa, ya no están al frente, sino a un lado y, a veces, detrás.)

“Si los animales que van a la cabeza son relevados constantemente, la dirección de todo el rebaño varía sin cesar; la causa de ello es que, para conseguir la dirección conocida por nosotros, los animales transmiten su voluntad a los más destacados; por eso, para estudiar el movimiento del rebaño hay que observar a todos los animales que se destacan del conjunto y avanzan desde todas partes.” Ésta es la opinión de los historiadores de tercera categoría, que consideran a todos los personajes históricos, desde monarcas hasta periodistas, como representantes de su tiempo.

La teoría de la transferencia de la voluntad popular a los personajes históricos no es más que una perífrasis, una repetición con distintas palabras de la pregunta:

¿Cuál es la causa que origina los acontecimientos históricos? El poder.

¿Qué es el poder? Es la suma de voluntades transferidas a una sola persona.

¿En qué condiciones esa voluntad de la masa se transfiere a una sola persona? Cuando esa persona representa la voluntad de todos. Es decir, que el poder es el poder. O, lo que es lo mismo: el poder es una palabra cuyo significado no comprendemos.

Si el terreno del conocimiento humano se limitara al pensamiento abstracto, al analizar con espíritu crítico la explicación que la *ciencia* nos da sobre el poder, la humanidad llegaría a la conclusión de que el poder no es más que una palabra, y que en realidad no existe. Mas para conocer un fenómeno,

además del razonamiento abstracto, el hombre posee otro medio: el experimento, que le permite comprobar los resultados del razonamiento. Y el experimento le dice que el poder no es una palabra, sino un hecho realmente existente.

Dejando de lado que sin el concepto del poder no puede describirse la actividad conjunta de la gente, la existencia del poder queda demostrada tanto por la historia como por la observación de los hechos coetáneos.

Siempre que ocurre un hecho histórico aparece un hombre o varios por cuya voluntad se produce el hecho. Cuando lo ordena Napoleón III, los franceses van a México; cuando lo ordenan el rey de Prusia y Bismarck, las tropas marchan sobre Bohemia. Napoleón I dispone, y sus ejércitos se dirigen a Rusia. Alejandro I lo quiere, y los franceses se someten a los Borbones. La experiencia nos enseña que cualquier acontecimiento ocurre siempre de acuerdo con la voluntad del hombre o de los hombres que lo han ordenado.

Los historiadores, habituados a la vieja creencia de la participación divina en las obras humanas, creen que el hecho expresa la voluntad de la persona investida del poder. Pero ni el razonamiento ni la experiencia confirman tal suposición.

Por una parte, el razonamiento nos muestra que la voluntad del hombre, manifestada en palabras, no es más que una fracción de la actividad general expresada en el acontecimiento: por ejemplo, una guerra o una revolución; y ése es el motivo de que no pueda admitirse que las palabras sean la causa inmediata del movimiento de millones de seres sin aceptar la fuerza incomprensible y sobrenatural: el milagro.

Por otra parte, aun admitiendo que las palabras puedan ocasionar el hecho, la historia demuestra que la voluntad de los personajes históricos, lejos de cumplirse, produce, en numerosas ocasiones, un efecto totalmente opuesto a lo ordenado por ellos.

Sin admitir el concurso divino en la actividad humana no podemos aceptar el poder como causa de los hechos.

Desde el punto de vista de la experiencia, el poder no es sino la dependencia entre la voluntad manifestada por el personaje y el cumplimiento de esa voluntad por otros.

Para comprender las condiciones de tal dependencia debemos restablecer, ante todo, el concepto de la voluntad, refiriéndola a un ser humano y no a la divinidad.

Si la divinidad da una orden y expresa su propia voluntad, tal como nos dicen los historiadores antiguos, esa voluntad no depende del tiempo, ni es provocada por cosa alguna, puesto que la divinidad nada tiene que ver con el hecho. Pero al hablar de órdenes —expresión de la voluntad de los hombres que actúan en un mismo tiempo y están ligados entre sí—, para explicarnos los vínculos entre las órdenes y los acontecimientos debemos restablecer, en primer lugar, las condiciones de todo lo que se realiza; la continuidad del movimiento en el tiempo, tanto en lo que se refiere a los hechos como a la persona que da las órdenes; y segundo, la condición de que exista un lazo de unión imprescindible entre la persona que ordena y aquellos que cumplen sus órdenes.

VI

Sólo la expresión de la voluntad divina, independiente del tiempo, puede referirse a toda una serie de hechos que han de cumplirse en cierto número de años o de siglos; y sólo la divinidad puede, sin que nada lo provoque, determinar por su propia voluntad la dirección que ha de seguir la humanidad, mientras que el hombre actúa siempre en el tiempo y participa en el acontecimiento.

Si restablecemos la primera condición omitida, la del tiempo, veremos que ninguna orden puede ser cumplida sin que la anterior haga posible la ejecución de la siguiente.

Ninguna orden aparece de forma espontánea y no abarca toda una serie de acontecimientos; cada orden deriva de otra, sin referirse nunca a un conjunto de acontecimientos, sino siempre a uno solo.

Cuando, por ejemplo, decimos que Napoleón ordenó a sus tropas ir a la guerra, en una sola orden incluimos una serie de órdenes consecutivas que dependen unas de otras. Napoleón no podía ordenar la campaña de Rusia, y jamás lo hizo; un día ordenó escribir unos u otros documentos a Viena, a Berlín y a San Petersburgo; al día siguiente firmó ese u otro decreto y órdenes para el ejército, la flota y la intendencia, etcétera, etcétera. Fueron millones de órdenes en consonancia con los acontecimientos las que llevaron las tropas francesas a Rusia.

Durante todo su reinado, Napoleón dicta también órdenes para la invasión de Inglaterra; en ninguna otra empresa suya empleó tanta energía y tanto tiempo y, no obstante, a lo largo de su reinado no trató jamás de llevar a cabo su intención, sino que emprende la expedición a Rusia, con la cual considera ventajoso aliarse, según él mismo repitió muchas veces. Esto se

debe a que las primeras órdenes no correspondían a la serie de acontecimientos y las segundas sí.

Para que una orden pueda ser fielmente cumplida es preciso que la persona que la da sepa que es realizable. Sin embargo, es imposible saber lo que puede o no ser realizable, no sólo en la campaña de Napoleón en Rusia, donde participaron millones de seres; es también imposible en casos de sucesos simples ya que durante el cumplimiento, tanto del uno como del otro, siempre pueden surgir millones de obstáculos. A cada orden cumplida corresponden siempre muchas otras que no se cumplen. Son imposibles de obedecer las órdenes que están al margen del acontecimiento. Las posibles se unen, formando series consecutivas de las mismas de acuerdo con los hechos, y suelen ser cumplidas.

La falsa idea de que la orden que precede al acontecimiento es su causa viene a ser una consecuencia de que entre mil órdenes se cumplen tan sólo aquellas que guardan relación con los hechos y nos olvidamos de aquellas que no se cumplieron porque no podían serlo. Además, la fuente principal de nuestro error en este sentido se debe a que en el relato histórico un gran número de hechos —muy diversos e ínfimos, por ejemplo todo lo relacionado con la ida de las tropas francesas a Rusia— se generaliza en un acontecimiento único, según el resultado producido por todos aquellos hechos y, al mismo tiempo, toda la serie de órdenes se reduce únicamente a la manifestación de una voluntad.

Cuando decimos: Napoleón quiso y emprendió la campaña en Rusia, esa voluntad, a lo largo de toda su actuación, en nada se manifiesta; vemos sólo diversas series de órdenes o manifestaciones diversas e indeterminadas de su voluntad; de la infinita serie de órdenes promulgadas por Napoleón para la campaña de 1812 hubo algunas que se cumplieron no porque se diferenciaban de otras que no fueron cumplidas, sino por coincidir con los acontecimientos que llevaron a Rusia el ejército francés. Es lo mismo que ocurre cuando aparece en la plantilla la figura de modelo estereotipado, no importa en qué dirección y de qué manera esté pintada, porque la figura aparece coloreada por todas las partes.

Si examinamos la relación entre la orden y el hecho en el tiempo, vemos que la orden no puede ser de ningún modo la causa del hecho; sin embargo,

existe entre ambos una determinada dependencia.

Para comprender esa dependencia es preciso recuperar cierta condición omitida: toda orden que no provenga de la divinidad, sino del hombre, exige que también él participe en el acontecimiento.

La relación entre el que ordena y aquellos a quienes ordena es precisamente lo que se llama poder, y consiste en lo siguiente:

Para una actividad común, los hombres se reúnen siempre en determinadas agrupaciones en las cuales, a pesar de la diferencia de objetivos asignados, la relación entre ellos es siempre la misma.

Al unirse en esas agrupaciones, las relaciones que se establecen entre los hombres son las siguientes: la mayoría de ellos participa más y más directamente en la acción conjunta y un número menor de ellos participa menos directamente en la agrupación formada.

De todas las agrupaciones formadas por los hombres para el cumplimiento de actos comunes, una de las más precisas y definidas es el ejército.

Todo ejército se compone de soldados, que poseen la graduación mínima, los así llamados soldados rasos, que siempre son los más numerosos. Le siguen en la jerarquía militar los cabos y sargentos, cuyo número es menor; luego vienen los oficiales en menor cantidad, etcétera, hasta llegar al supremo poder militar, concentrado en una sola persona.

La organización castrense puede representarse exactamente por la figura de un cono cuya base de mayor diámetro está ocupada por los soldados rasos; en las secciones intermedias, por encima de la base, se van sucediendo los diversos grados; y en la cúspide se sitúa el jefe supremo.

Los soldados, que son los más numerosos, integran la parte inferior, la base del cono. El soldado es quien directamente mata, destroza, incendia y saquea, sus actos son dirigidos siempre por el jefe inmediato superior; el soldado no da órdenes nunca. El sargento (de los que ya hay menos) ya no participa tanto en las acciones como los soldados, pero ya ordena. El oficial participa aún menos, pero ordena con más frecuencia. Y el general no hace más que dar órdenes a las tropas, designa sus objetivos, pero casi nunca utiliza las armas.

El jefe supremo no toma jamás parte directa en la acción, sino que da órdenes generales sobre los movimientos de la masa. Esa misma relación entre las personas se encuentra en toda agrupación formada para una común actividad, sea la agricultura, el comercio o cualquier otra empresa.

Por tanto, sin separar artificialmente todos los grados del ejército que aparecen unidos en el cono y haciendo lo mismo con titulaciones y posiciones de cualquier otra empresa común, desde las más pequeñas hasta las más grandes, vemos cómo aparece una ley que dice: los hombres se unen siempre para realizar acciones conjuntas, y cuanto más directa es su participación en ellas, tanto menor es su posibilidad de mandar y, de ahí, su mayor número; y cuanto más ordenan, menor es su participación en la obra y menor su número. Así se asciende desde la base hasta el vértice, hasta el hombre colocado en el punto más alto, quien menos directamente participa en la acción y más orienta su actividad a dar órdenes.

Esta relación entre los hombres que ordenan y los que reciben las órdenes constituye la esencia del concepto llamado poder.

Al reconstruir las condiciones de tiempo en el cual se producen todos los acontecimientos, vemos que las órdenes se cumplen solamente cuando se refieren a la serie de hechos que les corresponde, restableciendo la condición imprescindible de vínculo entre los que ordenan y los que ejecutan; vemos, por consiguiente, que los primeros, por su propia naturaleza, participan menos en el propio hecho y su actividad se reduce exclusivamente a dar órdenes.

VII

Cuando se produce un acontecimiento cualquiera, los hombres expresan sus opiniones y sus deseos respecto a lo sucedido; y como el hecho se deriva de la actividad conjunta de muchos individuos, una de las opiniones o deseos manifestados se realizará forzosamente, aunque sea de manera aproximada. Cuando se cumplen algunas de esas opiniones formuladas, nuestra mente lo relaciona con el acontecimiento y la orden que lo precedió.

Cuando varios hombres intentan sacar un tronco, cada uno expone su parecer acerca de cómo y adonde llevarlo.

Y al llegar a su destino, resulta que todo se hizo según indicó uno de ellos. Él es quien dio la orden. Aquí tenemos la orden y el poder en su forma primitiva.

Quien ha trabajado más con las manos ha tenido menos ocasión de reflexionar en lo que estaba haciendo y en los resultados de la actividad colectiva. No podía dar órdenes. El que daba más órdenes ha podido actuar menos con sus manos, a causa de su actividad verbal. En un conjunto numeroso de hombres son más notables aún las diferencias entre los que orientan su actividad a un objetivo determinado y aquellos que participan directamente en el trabajo común.

Cuando actúa un hombre solo siempre tiene en mente ciertas consideraciones que, según le parece, guiaron su pasada actividad, justifican la presente y presuponen sus futuros actos.

Lo mismo sucede en las agrupaciones humanas. Se confía a los que no intervienen en la acción el cuidado de pensar en las consideraciones, justificaciones y suposiciones acerca de la actividad común.

Por motivos que conocemos o no, los franceses empezaron a matarse y acuchillarse unos a otros justificando semejantes actos por la voluntad de la gente, por el bien de Francia, la libertad y la igualdad. Dejan de matarse los hombres y este hecho también se justifica: es imprescindible la unidad de poder, la necesidad de oponerse a Europa, etcétera. Los hombres avanzan hacia Oriente matando a sus semejantes, el acontecimiento se acompaña con himnos a la gloria de Francia o denuestos a la vileza de Inglaterra, etcétera. La historia nos enseña que tales justificaciones carecen de sentido y se contradicen, lo mismo que el asesinato de un hombre a consecuencia de la proclamación de los Derechos del Hombre o la matanza de millones de seres en Rusia para humillar a Inglaterra. Semejantes justificaciones, hoy día, son necesarias porque descargan de responsabilidad moral a los hombres que han causado tales hechos.

Estos objetivos provisionales se parecen a los escobones dispuestos delante del tren para limpiar la vía: limpian el camino de la responsabilidad moral de los hombres. Sin estas justificaciones no sería explicable el sencillo problema que se nos presenta al examinar cualquier acontecimiento. ¿Cómo es posible que millones de hombres cometan en común tantos crímenes, guerras y matanzas, etcétera, etcétera?

Con las complicadas formas actuales de la vida política y social de Europa, ¿se puede idear, acaso, algún acontecimiento que no haya sido prescrito, indicado y ordenado por monarcas, ministros, parlamentos y periódicos? ¿Hay, acaso, una actividad común que no haya sido justificada por la unidad política, los intereses de la nación, el equilibrio europeo o la civilización? Así pues, cada hecho coincide inevitablemente con un deseo expresado y contando con la justificación se presenta como el producto de la voluntad de uno o varios hombres.

Cualquiera que sea la dirección de una nave en movimiento siempre surgirá delante de ella el remolino de las olas que corta. Y las personas que vayan en la nave sólo notarán ese remolino.

Solamente siguiendo de cerca y a cada momento el movimiento de las olas surcadas y comparándolo con el de la nave, nos convenceremos de que en cada instante, el movimiento de las olas está determinado por el de la

nave, y la causa de nuestro error se debe a que también nosotros nos movemos, aunque no lo notamos.

Veremos lo mismo si observamos paso a paso el movimiento de los personajes históricos (es decir, si restablecemos las condiciones necesarias de todo cuanto se realiza, las condiciones de continuidad del movimiento en el tiempo) y sin perder de vista la imprescindible relación entre los personajes históricos y las masas.

Cuando la nave sigue una misma dirección tendrá delante de sí el mismo remolino; cuando cambia con frecuencia de dirección, también cambian las olas que corren delante. Pero adondequiera que la nave se dirija, siempre habrá un rebullir de agua que anuncie su movimiento.

Ocurra lo que ocurra, siempre resultará que estaba previsto y ordenado. A dondequiera que se dirija la nave, el flujo de las olas girará delante de ella, sin guiar ni aumentar su movimiento. Y desde lejos creeremos que no sólo se mueve espontáneamente, sino que guía el avance de la nave.

Los historiadores suponían que si nos limitáramos a considerar las voluntades de los personajes históricos como órdenes relacionadas con los acontecimientos llegaríamos a creer que los hechos dependen de las órdenes. Pero al analizar los hechos mismos y los vínculos que relacionan a los personajes históricos con la masa, vemos que ellos y las órdenes que dan dependen de los acontecimientos. La prueba indiscutible de tal afirmación es que, cualquiera que sea el número de órdenes dadas, el acontecimiento no se produce sin que medien otras causas. Pero en cuanto el hecho histórico, sea el que sea, tiene lugar, de todas las voluntades expresadas constantemente por diversas personas habrá algunas que, por su significado y tiempo, pueden adquirir con respecto al acontecimiento la categoría de orden.

Al aceptar esta conclusión, podemos responder clara y positivamente a las dos preguntas esenciales en la historia:

1) ¿Qué es el poder?

2) ¿Qué fuerza origina el movimiento de los pueblos?

El poder es la relación que mantiene una persona conocida con otras; en esa relación la persona indicada, cuanto menos participe en la acción, mejor expresa las opiniones, presunciones y justificaciones de la acción conjunta que se realiza.

No es el poder, ni la actividad intelectual, ni siquiera la unión de uno y otro, como piensan los historiadores, lo que produce el movimiento de los pueblos, sino la actividad de *todos* los hombres que toman parte en el acontecimiento y se unen siempre de manera que los participantes más numerosos y directos en el hecho admiten menos su responsabilidad y viceversa.

Desde el punto de vista moral, la causa del acontecimiento es el poder. Desde el punto de vista físico, son todos aquellos que se someten al poder. Pero como la actividad moral no es posible sin la física, la causa del hecho no se halla ni en uno ni en otro, sino en la unión de ambos.

O, dicho con otras palabras, el concepto de causa no es aplicable al fenómeno que nos ocupa.

En un último análisis llegamos a la esfera de la eternidad, a ese límite extremo a que llega la razón humana en cualquier zona mental cuando trata seriamente un tema. La electricidad produce calor y el calor produce electricidad. Los átomos se atraen y se repelen.

Al hablar de las más simples acciones del calor, de la electricidad o de los átomos, no podemos explicar el porqué de esos fenómenos y decimos que ocurre así porque tal es su naturaleza, porque ésa es su ley. Lo mismo sucede en los acontecimientos históricos. ¿Por qué se produce una guerra o una revolución? Lo ignoramos. Lo único que sabemos es que para llegar a ese o a otro hecho, los hombres se unen en determinadas agrupaciones en las cuales todos participan. Y nosotros decimos que tal es la naturaleza humana, que ésa es su ley.

VIII

Si la historia estudiara fenómenos externos, la enunciación de esa ley sencilla y evidente nos bastaría y podríamos acabar nuestro razonamiento. Pero la ley de la historia tiene que ver con el hombre. Una partícula de materia no puede decir que no siente necesidad alguna de la atracción o repulsión y que tal ley no es cierta. Pero el hombre, que es el objeto de la historia, dice claramente: soy libre y por eso no estoy sometido a las leyes.

Aunque no de modo expreso, en cada momento de la historia se advierte el problema del libre albedrío.

Y todos los historiadores serios llegan, en contra de su voluntad, a ese punto. Todas las contradicciones, la oscuridad de la historia, el camino falso por el que avanza esa ciencia, tienen su origen en la imposibilidad de solucionar este problema.

Si la voluntad de cada hombre fuese libre, es decir, si el hombre pudiera obrar a su antojo, la historia se reduciría a una sucesión de casualidades incoherentes.

Y si sólo un hombre de entre millones de semejantes y en el curso de mil años estuviese en condiciones de obrar a su antojo, o sea, como le diese la gana, es evidente que un solo acto libre de ese hombre, contrario a las leyes, destruiría la posibilidad de existencia de cualquier ley para toda la humanidad.

Y si existiese siquiera una ley que dirigiese las acciones de los hombres, no podría haber libre albedrío, ya que las voluntades de todos los hombres deberían someterse a esa ley.

En esa contradicción radica el problema del libre albedrío, que desde los tiempos más remotos ha preocupado a las mentes más privilegiadas de la

humanidad y que desde entonces se plantea, como antaño, en toda su inmensa importancia.

El problema es el siguiente: si consideramos al hombre como objeto de observación desde cualquier punto de vista —teológico, histórico, ético o filosófico—, encontramos la ley general de la necesidad, a la que está sometido como todo lo existente. Y si lo examino partiendo de mi propio yo, como algo de que soy consciente, me siento libre.

La conciencia es la fuente de un autoconocimiento completamente aislado e independiente de la razón. A través de la razón el hombre se observa a sí mismo; pero se conoce a sí mismo a través de la conciencia.

El uso de la razón y la observación son imposibles si no hay conciencia.

Para comprender, observar, razonar, el hombre debe ante todo reconocerse como ser viviente, cosa que no puede hacer sin sentirse capaz de volición, es decir, sin reconocer su propia voluntad. Y el hombre conoce esa voluntad, que constituye el sentido de su vida, y no puede conocerla sino libre.

Si analizándose a sí mismo el hombre observa que su propia voluntad está siempre dirigida por la misma ley (ya sea la necesidad de nutrirse, de activar la mente, o cualquier otra cosa), no puede comprender esa orientación siempre igual de la propia voluntad sino como una restricción. Lo que no es libre no puede ser limitado. El hombre considera que su voluntad está restringida, porque la concibe como libre solamente.

Cuando alguien dice: No soy libre, y yo levanto y bajo mi brazo, todos comprenden que esta ilógica respuesta es la prueba indiscutible de la libertad y la manifestación de una conciencia no sometida a la razón.

Si esta conciencia de la libertad no fuese una fuente de autoconocimiento separada e independiente de la razón, estaría sometida al razonamiento y a la experiencia. Pero en realidad, tal dependencia no se produce nunca ni es concebible.

Una serie de experiencias y de razonamientos demuestran a cada hombre que él, como objeto de observación, está sometido a determinadas leyes, a las que obedece y contra las que una vez conocidas nunca lucha: la ley de la gravitación universal o de la impenetrabilidad. Pero esa misma serie de experiencias y razonamientos le demuestra que la libertad absoluta

de la cual tiene conciencia es imposible, que cada acto suyo depende de su organismo, de su carácter y de los factores que actúan sobre él. Mas el hombre no se somete nunca a las deducciones de estas experiencias y razonamientos.

El hombre sabe por la experiencia y la razón que la piedra cae de arriba abajo; lo cree indiscutiblemente y, en todos los casos, espera el cumplimiento de la ley que ha conocido.

Pero, aun sabiendo de modo igualmente indiscutible que su voluntad está sometida a diversas leyes, no lo cree ni puede creerlo.

Por muchas veces que la experiencia y la razón le demuestren al hombre que, en las mismas circunstancias, si su carácter no ha cambiado, volverá a hacer lo que hizo; cuando por milésima vez aborde en las mismas circunstancias y con el mismo carácter una acción que terminará siempre del mismo modo; se sentirá seguro, como antes de cualquier experimento, de poder actuar como quiera. Todo ser humano, salvaje o culto, pese a todas las pruebas irrefutables presentadas por el razonamiento y la experiencia de que es imposible proceder de modo diferente en las mismas condiciones, siente que sin esa absurda idea (que es la esencia misma de la libertad) no puede imaginarse la vida.

Y no podría vivir porque todas las aspiraciones de los hombres, todas sus exigencias, no son más que aspiraciones a incrementar su libertad. La riqueza y la pobreza, la gloria y el anonimato, el poder y la sumisión, la fuerza y la debilidad, la salud y la enfermedad, la instrucción y la ignorancia, el trabajo y el ocio, la saciedad y el hambre, la virtud y el vicio, no son más que un grado mayor o menor de libertad.

No podemos imaginarnos a un hombre privado de libertad, a menos que esté privado de vida.

Si el concepto de libertad es para la razón una contradicción carente de sentido, como la posibilidad de realizar dos actos diversos al mismo tiempo y en las mismas condiciones o como un fenómeno sin causa, esto prueba solamente que la conciencia no está sometida a la razón.

Esa conciencia de la libertad inquebrantable, irrefutable, no sometida a la experiencia ni a la razón, reconocida por todos los pensadores y sentida

por todos los hombres sin excepción, conciencia sin la cual es imposible concebir al ser humano, constituye por sí sola otro aspecto del problema.

El hombre es una criatura del Dios todopoderoso, infinitamente bueno y omnisciente. ¿Qué es, entonces, el pecado, cuyo concepto se deriva de la libertad del hombre? Se trata de un problema de la teología.

Los actos del ser humano están sometidos a las leyes generales, inmutables, estudiados por la estadística. ¿En qué consiste la responsabilidad del hombre frente a la sociedad, concepto bajo el cual reconocemos que el hombre es un ser libre? Se trata de un problema del derecho.

El hombre actúa de acuerdo con su carácter innato y las influencias que recibe. ¿Qué es, pues, la conciencia y el conocimiento del bien y del mal de los actos que se derivan de su libertad? Se trata de un problema de ética.

El hombre, en relación con la vida común de la humanidad, está sometido a las leyes que determinan esa vida. Pero ese mismo hombre, al margen de tal vínculo, parece libre. ¿Cómo ha de considerarse la vida pasada de los pueblos y de la humanidad: como resultado de la actividad libre o no libre de los hombres? Se trata de un problema de la historia.

Sólo en nuestra época, tan segura de sí misma por la divulgación de la ciencia, gracias a un arma poderosa contra la ignorancia como la difusión de la imprenta, el problema del libre albedrío se ha situado en un terreno donde no puede existir como problema. En nuestros días, la mayoría de los hombres calificados como progresistas, es decir, una muchedumbre de ignorantes, considera que los trabajos de los naturalistas, que se ocupan de un solo aspecto del asunto, es la solución de todo el problema.

No hay alma ni libertad porque la vida de un hombre se manifiesta en movimientos musculares, condicionados por la actividad nerviosa; no hay alma ni libertad porque, en un cierto período desconocido de tiempo, el hombre descendió del mono. Así dicen y escriben esos hombres, sin sospechar siquiera que hace miles de años todas las religiones y todos los pensadores no sólo reconocieron, sino que ni siquiera negaron, esa ley de la necesidad que tan celosamente intentan probar ahora por medio de la fisiología y de la zoología comparada. No ven que en esta cuestión el papel reservado a las ciencias naturales se reduce a servir de instrumento para

esclarecer un solo aspecto de esa cuestión, ya que desde el punto de vista de la observación, la razón y la voluntad no son más que secreciones cerebrales y el hombre, según leyes generales, pudo descender de animales primitivos en un período desconocido; todas esas teorías se limitan a esclarecer una faceta del problema reconocido desde hace miles de años por todas las religiones y teorías filosóficas: que el hombre, desde el punto de vista de la razón, está sometido a la ley de la necesidad. Pero nada de eso supone el menor progreso hacia una solución del problema, que tiene un lado opuesto basado en el conocimiento de la libertad.

Que los hombres han descendido del mono en un período incierto es tan comprensible como el decir que fueron hechos con un puñado de barro en determinada época (en el primer caso la incógnita es el tiempo; en el segundo, el origen). Y la pregunta acerca de cómo concuerda la conciencia de libertad en el hombre con la ley de la necesidad a la que está sometido no puede tener respuesta adecuada ni en fisiología ni en zoología comparada, porque en la rana, en el conejo o en el mono no podemos observar más que actividad muscular y nerviosa, y en el hombre es evidente, además de ello, la conciencia.

Los naturalistas y sus seguidores, que creen poder resolver este problema, se parecen a los albañiles que, llamados para estucar un muro de la iglesia, en ausencia del capataz y llevados por su celo cubrieron de yeso las ventanas, las vidrieras e imágenes, las columnas y hasta los muros sin terminar, contentos de que, desde el punto de vista de su oficio, todo hubiera quedado uniforme y bien alisado.

IX

La solución del problema de la libertad y la necesidad en la historia tiene, sobre las otras ramas del saber científico que habían tratado de resolverlo, la ventaja de que la historia no se refiere a la esencia misma de la voluntad humana, sino a cómo se explica y manifiesta dicha voluntad en el pasado bajo condiciones determinadas.

Desde el punto de vista de la solución del problema, la historia está, con respecto a las demás ciencias, en una relación igual a la de una ciencia experimental con respecto a las especulativas.

El objetivo de la historia no es la voluntad del hombre, sino la idea que tenemos de ella.

Por esta razón no existe para la historia —como para la teología, la ética y la filosofía— el misterio insoluble del nexo de unión entre la libertad y la necesidad. La historia estudia la vida humana donde la coexistencia de las dos contradicciones ya es una realidad.

En la vida real, todo hecho histórico, todo acto humano se comprende claramente y en forma muy definida sin sentir la menor contradicción, a pesar de que cada hecho parezca en parte libre y en parte necesario.

Para conocer cómo se une la libertad y la necesidad y cuál es la esencia de estos dos conceptos, la filosofía de la historia puede y debe ir por un camino contrario al de las demás ciencias. En vez de buscar primero la definición de los conceptos de libertad y necesidad por sí mismos, aplicándolos luego a los fenómenos de la vida, la historia, entre el enorme número de hechos que maneja, siempre dependientes de la libertad y la necesidad, debe definir esos conceptos.

Sea como fuere la actividad de uno o muchos individuos, no se comprende sino como producto de la libertad, por una parte, y de las leyes de la necesidad, por otra.

Da lo mismo que hablemos de la migración de los pueblos o la invasión de los bárbaros, ya de las órdenes de Napoleón III o del acto de un hombre que una hora antes había escogido tranquilamente, entre varias, una dirección para el paseo; en ninguna de esas manifestaciones vemos contradicción alguna. La medida de la libertad y de la necesidad que ha guiado los actos de aquellos hombres está, para nosotros, claramente definida.

Con mucha frecuencia la idea que nos hacemos de la libertad puede ser mayor o menor según el punto de vista desde el cual examinamos el fenómeno; pero en cada acto humano aparecen siempre unidos libertad y necesidad. Y siempre, cuanto mayor es la libertad en un acto, tanto menor es la necesidad que en él hallamos, y viceversa.

La relación entre libertad y necesidad aumenta o disminuye según el punto de vista desde el cual se considera, pero permanece siempre inversamente proporcional.

El hombre que se está ahogando y se aferra a quien intenta salvarlo y lo ahoga; la madre hambrienta, extenuada por amamantar al hijo, que roba alimentos, o el soldado que sometido a una disciplina mata, porque se lo ordenan, a un hombre indefenso, son, para quien conoce las condiciones en que se hallan estas personas, menos culpables, es decir, menos libres y más subordinadas a la ley de la necesidad. Pero a quien ignora que el náufrago estaba a punto de ahogarse, que la madre tenía hambre, que el soldado estaba en filas, etcétera, semejantes actos parecen más libres. De la misma manera, el hombre que veinte años antes cometió un asesinato y después ha vivido tranquilamente sin hacer daño a la sociedad nos parece menos culpable; es decir, que su acto parece más sometido a la ley de la necesidad cuando se considera veinte años después y más libre si se examina al día siguiente de realizarlo. De la misma manera, cada acto de un loco, de un borracho o de un hombre presa de gran excitación nos parece menos libre y más influido por la ley de la necesidad si conocemos su estado anímico; y más libre, menos necesario si no lo conocemos.

En todos estos casos, la noción de libertad aumenta o disminuye según aumenta o disminuye el concepto de necesidad, que depende del punto de vista desde el cual se considera el hecho. De manera que, cuanto mayor nos parece la necesidad, menor es la libertad, y viceversa.

La religión, el sentido común del hombre, la ciencia del derecho y la propia historia entienden de la misma manera esta relación entre necesidad y libertad.

Todos los casos, sin excepción, en los cuales aumenta o disminuye nuestra noción de la libertad y la necesidad tienen en total tres bases: la relación del autor del hecho.

1) con el mundo exterior;

2) con el tiempo;

3) con las causas que han producido el hecho.

La primera base es la relación de ese hombre con el mundo exterior, relación más o menos visible por nosotros, y la idea más o menos clara del lugar que cada hombre ocupa con respecto a todo lo que coexiste con él. Ésta es la base por la cual resulta evidente que el hombre que se está ahogando es menos libre y depende más de la necesidad que el hombre que está en tierra firme; es la base que nos explica la razón de que los actos de un hombre que vive en un país muy poblado, en relación estrecha con otros hombres, con su familia, con su trabajo o con otros asuntos, se consideran como menos libres y más sometidos a la ley de la necesidad que los de un hombre que vive solo y aislado.

Si analizamos al individuo aislado, sin relacionarlo con el mundo que lo rodea, todos sus actos nos parecen libres. Pero si advertimos la más pequeña relación entre ese hombre y el mundo circundante (con otro hombre que habla con él, con el libro que lee, con el trabajo que realiza y hasta con el aire que lo envuelve y la luz que cae sobre los objetos vecinos), vemos que cada una de esas condiciones influye sobre él y rige por lo menos un aspecto de su actividad.

Y en relación con esas influencias disminuye nuestra idea sobre su libertad y aumenta la idea de la necesidad a que está sujeto.

La segunda base consiste en la relación temporal, más o menos visible, entre el hombre y el mundo; la idea más o menos clara del lugar que ocupan

en el tiempo los actos de ese hombre. Según esta base, la caída del primer hombre —que tuvo por consecuencia el origen del género humano— nos parece menos libre que el matrimonio de un hombre coetáneo nuestro; en virtud de esta base, la vida y la actuación de hombres que vivieron hace siglos y están ligados a nosotros por el tiempo no pueden parecernos tan libres como la vida moderna, cuyas consecuencias desconocemos todavía.

La idea sobre la libertad y la necesidad —su gradualidad— depende del tiempo mayor o menor que transcurre entre la realización de un acto y nuestra opinión sobre el acto.

Si examino un acto que acabo de realizar, en unas circunstancias parecidas a las que me encuentro ahora, ese acto me parece indudablemente libre. Pero si analizo un acto realizado hace un mes en circunstancias distintas de las actuales, deberé reconocer que de no haberse llevado a cabo aquel acto no existirían muchas cosas útiles, gratas y hasta necesarias, derivadas de él.

Si con el recuerdo me traslado a un acto más lejano aún, de hace diez años o más, entonces me parecerán más evidentes sus consecuencias y me será difícil representarme qué habría ocurrido si aquel acto lejano no se hubiera realizado. Cuanto más retroceda en mi recuerdo o, lo que es lo mismo, cuanto más retrase mis opiniones sobre las consecuencias de mi acto, tanto más inseguras serán mis opiniones acerca de su libertad.

La historia confirma la participación cada vez mayor del libre albedrío en las acciones comunes de la humanidad. El acontecimiento moderno nos parece, una vez cumplido, el resultado indiscutible del esfuerzo de todos los hombres famosos. Pero en los hechos más alejados de nosotros podemos observar ya sus inevitables consecuencias, fuera de las cuales no podemos imaginar nada. Y cuanto más retrocedamos en el examen de los hechos, menos libres nos parecen.

La guerra austro-prusiana la vemos como consecuencia indudable de las maniobras del astuto Bismarck, etcétera.

Las guerras napoleónicas, aunque con muchas reservas, nos parecen aún el resultado de la voluntad de los héroes. Pero con respecto a las Cruzadas, acontecimiento que ocupa un lugar determinado, sin el cual sería imposible concebir la historia moderna de Europa, para los historiadores de la época

de las Cruzadas no parecen más que el resultado de la voluntad de algunos individuos.

Y por lo que respecta a las migraciones de los pueblos, a nadie de nuestra época, por ejemplo, se le ocurriría pensar que de la voluntad de Atila dependía la renovación del mundo europeo. Cuanto más alejamos el objeto de nuestra observación, tanto más dudosa se hace la libertad de los hombres que han realizado los acontecimientos y más evidente resulta la ley de la necesidad.

La tercera base es la mayor o menor posibilidad de conocer la infinita relación de causas que exige imperiosamente la mente, y en la cual cada fenómeno comprendido —y, por tanto, cada acto humano— debe tener un lugar determinado, como consecuencia de hechos precedentes y causa de los sucesivos.

Es la base en virtud de la cual nuestros actos y los de otros hombres nos parecen tanto más libres y menos sujetos a la ley de la necesidad cuanto mejor conocemos las leyes psicológicas, fisiológicas e históricas, deducidas de la observación a las cuales el hombre está sujeto, y cuanto mejor las comprendemos. Y, por otra parte, cuanto más sencillo es el hecho observado, menos complejos son el carácter y la mentalidad del hombre cuyo acto examinamos.

Cuando no comprendemos en absoluto las causas del acto, lo mismo si se trata de un crimen, de una buena obra o de una acción que nada tiene que ver con el bien o el mal, le atribuimos una mayor parte de libertad; si se trata de un crimen, pedimos más que nada el castigo; si de una buena obra, la apreciamos sobremanera. En el caso de que nada la relacione con el bien o el mal, consideramos que el acto revela individualidad, originalidad y libertad mayores. Pero si conocemos tan sólo una de las innumerables causas del hecho, admitimos cierta parte de necesidad y exigimos menos al castigo del crimen, no reconocemos tanto mérito al acto virtuoso y vemos menos libertad en el acto que nos parecía original. El hecho de que un delincuente haya crecido entre criminales disminuye su culpa. La abnegación del padre o la madre —abnegación con posibilidad de recompensa— nos resulta más comprensible que la abnegación inmotivada y, en consecuencia, nos parece menos meritoria, menos libre. Los

fundadores de sectas y partidos y los inventores nos asombran menos cuando conocemos cómo y con qué medios prepararon su actividad. Si tenemos un buen número de experimentos, si nuestra observación va siempre dirigida a la búsqueda de relaciones entre causas y efectos de los actos humanos, estos actos nos parecen tanto más necesarios y tanto menos libres cuanto más certera es la relación entre causa y efecto. Si los hechos analizados son sencillos y observamos gran cantidad de ellos, nuestra idea de su necesidad será todavía más completa. El acto deshonroso del hijo de un padre deshonesto, la desvergonzada conducta de una mujer en un determinado ambiente, la recaída de un borracho en la embriaguez, etcétera, son actos que nos parecen tanto menos libres cuanto mejor comprendemos sus causas. Y si ese hombre cuyos actos analizamos está en el ínfimo estadio de la evolución, como un niño, un loco o un imbécil, al conocer las causas del acto y la simplicidad de su carácter y mentalidad conocemos ya tal abundancia de necesidad y tan poca libertad, que tan pronto como conocemos la causa que origina el acto podemos pronosticarlo.

Sobre estas tres bases se fundamenta la irresponsabilidad del delincuente, reconocida en todas las legislaciones, así como las circunstancias atenuantes. La responsabilidad parece mayor o menor según el mayor o menor conocimiento de las condiciones en que se halla el hombre cuyo acto se juzga, según el tiempo más o menos largo transcurrido desde que el acto se realiza hasta que lo sometemos a juicio, y según la comprensión, más o menos grande, de las causas que lo originan.

X

Por consiguiente, nuestra idea de la libertad y de la necesidad aumenta y disminuye gradualmente según sea su lazo de unión mayor o menor con el mundo exterior, la distancia, más o menos dilatada en el tiempo, y la dependencia, más o menos grande de las causas en cuyo contexto analizamos el fenómeno.

Así pues, si observamos al hombre cuando su lazo de unión con el mundo exterior es sobradamente conocido, cuando el tiempo transcurrido desde la realización del hecho es el mayor posible y sus causas son del todo comprensibles, consideramos que la necesidad es máxima y mínima la libertad. Pero si observamos al hombre cuando su dependencia del mundo exterior es mínima y el acto fue realizado en un momento inmediato al tiempo presente y las causas de la acción son inasequibles para nosotros, llegaremos a pensar que la necesidad fue mínima y máxima la libertad.

Pero tanto en un caso como en el otro, por mucho que cambiemos nuestro punto de vista, por mucho que nos expliquemos el vínculo que lo relaciona con el mundo exterior, por muy accesible que esa relación nos parezca, por mucho que alarguemos o acortemos el período de tiempo, por muy comprensibles o inaccesibles que nos parezcan las causas, nunca podremos representarnos ni una libertad ni una necesidad completa.

1) Por mucho que procuremos imaginarnos a un hombre al margen de las influencias del mundo exterior nunca comprenderemos el concepto de la libertad en el espacio. Todo acto humano se halla inevitablemente sometido a determinadas condiciones por todo cuanto lo rodea, inclusive por su propio cuerpo. Cuando levanto y bajo el brazo, ese acto me parece libre, pero al preguntarme si me sería posible alzarlo en todas las direcciones, me

doy cuenta de que lo hice donde había menos obstáculos para llevarlo a cabo, obstáculos que se encuentran en los cuerpos que me rodean y en la conformación del mío. Si de todas las posibles direcciones elijo una, lo hago porque en ella hay menos dificultades. Para que mi acto sea libre es preciso que no encuentre impedimentos. Para que un hombre sea libre debemos imaginarlo fuera del espacio, lo que evidentemente es imposible.

2) Por mucho que aproximemos el momento en el cual juzgamos la realización del acto, nunca conseguiremos el concepto de libertad en el tiempo, puesto que, al examinar un hecho realizado un segundo antes, debo reconocer ante todo la falta de libertad del acto, ya que está circunscrito al momento en que se hizo. ¿Puedo levantar el brazo? Lo levanto. Pero me pregunto: ¿podía no haberlo hecho en aquel momento ya pasado? Para comprobarlo, dejo de levantarlo en el instante siguiente. Pero eso no sucede ya cuando me preguntaba si obraba libremente. Ha pasado tiempo, que yo no pude detener, y el brazo que levanté entonces no es ya el mismo que empleo ahora, ni el aire en que lo movía es idéntico al que ahora me rodea. El instante en que hice aquel primer movimiento es irreversible, y en aquel momento fui capaz de hacer un movimiento no más, y cualquiera que hiciese no podía ser más que uno; el hecho de que en el momento siguiente no haya levantado el brazo no prueba que podía haber dejado de levantarlo entonces. Y puesto que mi movimiento no podía ser más que uno en aquel instante de tiempo, forzosamente había de ser ése. Para considerar ese acto como libre hay que imaginarlo en el presente, en el límite del tiempo pasado y futuro, es decir, fuera del tiempo, lo que es imposible.

3) Por mucho que aumente la dificultad para comprender la causa, jamás llegaremos a la idea de la libertad total, es decir, a la ausencia de causa. La primera exigencia de la razón es la de suponer la existencia de una causa y buscarla. La causa que expresa la voluntad de un acto nuestro o ajeno es incomprensible para nosotros, pero sin causa no puede existir ningún fenómeno. Levanto el brazo para realizar un acto independiente, pero el hecho de que quiera realizar un acto sin causa es la causa de mi acto.

Y aunque imaginemos a un hombre libre de toda influencia y no examinemos más que su momentáneo acto, no provocado por causa alguna, y admitamos que en el tiempo presente el infinitamente pequeño residuo de

necesidad es igual a cero, ni aun entonces llegaríamos al concepto de la libertad absoluta, puesto que un ser que no se encuentra bajo la influencia del mundo exterior, que se halla fuera del tiempo y no depende de causa alguna, ya no es un ser humano.

De la misma manera, nunca podemos representarnos los actos de un hombre sujeto solamente a la ley de la necesidad sin que participe la libertad.

1) Por grande que sea nuestro conocimiento de las condiciones espaciales en que se halla el hombre, ese conocimiento nunca puede ser completo, porque el número de tales condiciones es infinito, lo mismo que el espacio. Por eso, desde el momento en que no están determinadas todas las condiciones e influencias a que está sometido el hombre, tampoco hay necesidad completa y existe cierta parte de libertad.

2) Por mucho que prolonguemos el tiempo transcurrido desde que se realizó el fenómeno analizado hasta el momento en que se emite el juicio sobre él, ese período será finito, pero el tiempo es infinito. Por esta razón, aun desde ese punto de vista, jamás puede existir una necesidad completa.

3) Por accesible que nos sea la serie de causas de un acto cualquiera, nunca la conoceremos del todo, porque es infinita, por lo cual tampoco llegaremos nunca a la necesidad total.

Pero además de lo dicho, aun cuando admitiéramos que la libertad puede llegar a cero y reconociéramos en algún caso —por ejemplo, en un moribundo, un embrión o un idiota— la falta absoluta de libertad, acabaríamos, si lo hacemos, con el concepto de hombre, pues desde el momento en que no hay libertad tampoco existe el hombre. Por eso la idea de que el hombre puede vivir y actuar sólo sujeto a la ley de la necesidad, sin un ápice de libertad, se nos hace imposible como la idea de un acto humano absolutamente libre.

Así, para representarnos la actividad de un hombre sujeto únicamente a la ley de la necesidad, sin libertad alguna, debemos admitir el conocimiento de una cantidad *infinita* de condiciones espaciales, de un período *infinitamente* grande de tiempo y de una serie *infinita* de causas.

Para concebir al hombre absolutamente libre, no sujeto a la ley de la necesidad, debemos imaginarlo solo, *fuera del espacio, del tiempo y sin*

depender de causa alguna.

En el primer caso, si la necesidad fuese posible sin libertad, llegaríamos a definir la ley de la necesidad por la necesidad misma, es decir, como una forma sin contenido.

En el segundo caso, si la libertad fuese posible sin necesidad, llegaríamos a una libertad completa, fuera del espacio, del tiempo y de las causas; libertad que, precisamente por ser absoluta e ilimitada, no sería nada o sería un mero contenido sin forma.

Llegaríamos, en general, a las dos bases sobre las que se asienta toda la concepción del mundo vista por el hombre: el carácter incomprensible *de la esencia* de la vida y las leyes que la definen.

La razón dice: 1) El espacio con todas las formas que lo hacen perceptible —la materia— es infinito y no puede concebirse de ninguna otra manera. 2) El tiempo es un movimiento infinito sin un solo momento de reposo, y no puede concebirse de otro modo. 3) El vínculo de causas y efectos no tiene principio ni puede tener fin.

La conciencia, por su parte, afirma: 1) Estoy solo y todo cuanto existe es únicamente yo, por consiguiente mi yo incluye el espacio. 2) Yo mido el tiempo que fluye y fijo en un instante inmóvil del presente cuando me siento vivo; por consiguiente, estoy fuera del tiempo. 3) Como carezco de causa, considero por ello que soy la causa de toda manifestación de mi vida.

La razón expresa las leyes de la necesidad; la conciencia, expresa la esencia de la libertad.

La libertad ilimitada es la esencia de la vida en la conciencia del hombre. La necesidad sin contenido es la inteligencia humana y sus tres formas.

La libertad es lo que se juzga; la necesidad es quien lo juzga.

La libertad es el contenido; la necesidad es la forma.

Sólo separando las dos fuentes del conocimiento, que se relacionan entre sí como la forma con el contenido, se llega a conceptos que se excluyen recíprocamente y no pueden ser comprendidos: los conceptos de necesidad y libertad.

Y solamente gracias a su unión se consigue comprender la vida del hombre.

Fuera de esos dos conceptos, que, unidos, se relacionan como la forma y el contenido, no puede existir representación alguna de la vida.

Todo cuanto sabemos de la vida de los hombres no es más que esa relación entre libertad y necesidad, es decir, entre la conciencia y las leyes de la razón.

Todo lo que conocemos del mundo exterior de la naturaleza no es más que la relación entre las fuerzas naturales y la necesidad, o entre la esencia de la vida y las leyes de la razón.

Las fuerzas que determinan la vida de la naturaleza están fuera de nosotros y de nuestro entendimiento (no somos conscientes de ellas); las llamamos fuerza de gravitación, inercia, electricidad, fuerza animal, etcétera. Pero comprendemos la fuerza de la vida humana y la llamamos libertad.

Y así como la gravitación, percibida por cada individuo, pero incomprensible en sí misma, es entendida por nosotros en la medida de nuestro conocimiento de las leyes que rigen la necesidad (desde la primera noción de que todos los cuerpos pesan hasta la ley de Newton), la fuerza de la libertad es también incomprensible en sí misma, aunque la percibimos y la entendemos en la medida en que conocemos las leyes de la necesidad, de las cuales depende (a partir del hecho de que todo hombre muere hasta el conocimiento de las leyes más complejas de la economía y la historia).

Todo conocimiento nuestro no es más que la adaptación de la esencia de la vida a las leyes de la razón.

La libertad del hombre se diferencia de todas las demás fuerzas por el hecho de que el hombre es consciente de ella, aunque desde el punto de vista de la razón no se distingue en nada de las demás fuerzas. La gravitación, la electricidad o la afinidad química sólo se diferencian entre sí porque la razón las designa de diversos modos. La libertad del hombre se diferencia de otras fuerzas de la naturaleza solamente por la definición que la razón les adjudica. Y la libertad sin necesidad, es decir, sin las leyes de la razón que la definen, no se diferencia en nada de la gravitación, del calor o de la fuerza de la vida vegetal. Para la razón no es más que una sensación de vida momentánea e indefinida.

Y así como la esencia indeterminada de la fuerza que mueve los cuerpos celestes, la esencia indefinida de la fuerza del calor, de la electricidad o de la afinidad química o de la misma fuerza vital son el contenido de la astronomía, la física, la química, la botánica, la zoología, etcétera, así la esencia de la libertad constituye el contenido de la historia. Como el objetivo de toda ciencia es descubrir la esencia ignorada de la vida, esa esencia, en sí, sólo puede ser objeto de la metafísica, como la libertad en el espacio, en el tiempo, en dependencia de las causas, es objeto de estudio de la historia y, también, de la metafísica.

En la ciencia natural llamamos leyes de la necesidad a lo conocido por nosotros y fuerza vital a lo desconocido. La fuerza vital no es más que el resto desconocido de lo que sabemos sobre la esencia de la vida.

También, en la historia, lo conocido recibe el nombre de ley de la necesidad, y lo desconocido, el de libertad. La libertad, para la historia, no es más que el resto desconocido de lo que sabemos sobre las leyes de la vida humana.

XI

La historia analiza las manifestaciones de la libertad del hombre en relación con el mundo exterior en el tiempo y en la dependencia de las causas, es decir, determina esa libertad de acuerdo con las leyes de la razón. Por ello la historia sólo es ciencia en la medida en que la libertad está determinada por esas leyes.

Para la historia, reconocer la libertad de los hombres como una fuerza capaz de influir en los acontecimientos históricos, es decir, no sujeta a leyes, es lo mismo que para la astronomía reconocer el libre movimiento de los cuerpos celestes.

Tal reconocimiento anula la posibilidad de existencia de las leyes, o sea, de todo conocimiento. Si existe un solo cuerpo que se mueva libremente, las leyes de Kepler y de Newton dejan de existir y no se conoce el movimiento de los cuerpos celestes. Si existe un solo acto libre del hombre, no existe ley histórica alguna y desaparece toda idea sobre los acontecimientos históricos.

Para la historia, la voluntad humana posee sus propias vías de movimiento, uno de cuyos extremos se oculta en lo ignoto y el otro extremo, la conciencia de la libertad en el presente, se desarrolla en el espacio, en el tiempo y en dependencia de las causas.

Cuanto más se extiende ante nosotros ese campo del movimiento, tanto más evidentes son las leyes que lo rigen. Averiguar y definir esas leyes es el objeto de la historia.

Desde el punto de vista del que parte hoy día la ciencia para estudiar su objetivo, el camino que sigue para buscar las causas de los fenómenos en la libre voluntad de los hombres, le resulta imposible utilizar el concepto de

ley; por mucho que limitemos la libertad humana, desde que la admitimos como una fuerza independiente de las leyes, la existencia de la ley ya no es posible.

Solamente limitando esa libertad hasta el infinito, es decir, considerándola como una magnitud infinitamente pequeña, podemos convencernos de que sus causas son inaccesibles, y entonces, en vez de buscar las causas, la historia busca las leyes.

Esa búsqueda ha comenzado hace mucho tiempo y los nuevos métodos de estudio que debe asimilar la historia coinciden con la autodestrucción de la vieja historia que fracciona cada vez más las causas de los fenómenos.

Todas las ciencias humanas han seguido por ese camino. Al llegar a lo infinitamente pequeño, las matemáticas —la más exacta de las ciencias— abandonan el proceso del fraccionamiento y adoptan un proceso nuevo: la suma de las incógnitas de los infinitesimales. Renunciando al concepto de causa, buscan la ley, es decir, las propiedades comunes a todos los elementos desconocidos e infinitamente pequeños.

Bajo diversa forma, pero en el mismo camino del pensamiento, avanzaron otras ciencias. Cuando Newton expuso la ley de la gravitación universal, no dijo que el sol y la Tierra tuvieran la propiedad, por decirlo así, de atraer, sino que todos los cuerpos, desde el más grande hasta el más pequeño, tienen la propiedad de atraerse uno a otro; dejando a un lado la causa del movimiento de los cuerpos, expresó una cualidad común a todos ellos, desde los infinitamente grandes hasta los infinitamente pequeños. Las ciencias naturales hacen lo mismo: dejando aparte las causas, buscan las leyes.

En ese mismo camino se halla la historia. Y si la historia tiene por objetivo el estudio del movimiento de los pueblos y de la humanidad, y no la descripción de los diversos episodios ocurridos en la vida de los hombres, debe, descartando de una vez la idea de las causas, buscar las leyes comunes a todos los elementos iguales de libertad, indisolublemente ligados entre sí e infinitamente pequeños.

XII

Desde que se descubrió y probó la ley de Copérnico, el solo hecho aceptado de que es la tierra y no el sol quien gira acabó con toda la cosmografía antigua. Se podría, contradiciendo esa ley, volver a la vieja concepción sobre el movimiento de los cuerpos; pero sin rebatirla no se podría, probablemente, proseguir el estudio de los mundos de Tolomeo. Pero lo cierto es que el mundo de Tolomeo siguió siendo objeto de estudio aún mucho tiempo después del descubrimiento de Copérnico.

Desde que por primera vez se dijo y se demostró que el número de nacimientos o delitos está sujeto a leyes matemáticas, que determinadas circunstancias geográficas y político-económicas establecen unas u otras formas de gobierno y que ciertas relaciones entre la población y la Tierra originan el movimiento de los pueblos, han desaparecido las bases que sustentaban la historia.

Sería posible, refutando las nuevas leyes, conservar los anteriores puntos de vista sobre la historia, pero sin haberlo hecho no podríamos, al parecer, seguir estudiando los acontecimientos históricos como manifestaciones de la libre voluntad humana. Si a consecuencia de ciertas condiciones geográficas, etnográficas o económicas se instituye una determinada forma de gobierno o se origina un movimiento popular, la voluntad de aquellos individuos que parecen ser los organizadores del gobierno o instigadores del movimiento popular ya no puede ser considerada como su causa.

Y, sin embargo, se aplican a la historia anterior las leyes de la estadística, de la geografía, la economía política, la filología comparada y la geología, que contradicen abiertamente sus tesis.

Durante mucho tiempo se mantuvo en la filosofía de la naturaleza una tenaz lucha entre las corrientes antiguas y modernas. La teología defendía el antiguo punto de vista y acusaba al nuevo de acabar con la revelación. Pero cuando venció la verdad, la teología acabó por establecerse sobre el nuevo terreno con la misma firmeza de antes.

Hoy día sigue manteniéndose una larga y tenaz lucha entre la vieja y la nueva concepción sobre la historia, y también ahora la teología defiende las posiciones antiguas y acusa a la nueva de acabar con la revelación.

En ambos casos, tanto de una como de otra parte, esa lucha provoca pasiones y oculta la verdad. Por una parte existe el miedo y la simpatía por todo el edificio erigido a lo largo de los siglos; por otra, la pasión por destruir.

Los hombres que se oponían a la verdad defendida por los filósofos de la naturaleza pensaban que si admitían esa verdad la gente dejaría de creer en Dios, la creación y los milagros realizados por Jesucristo.

Los defensores de las leyes de Copérnico y Newton creían que las leyes de la astronomía acabarían con la religión, y Voltaire, por ejemplo, recurría a dichas leyes como arma para combatirla.

Hoy día, parece también que bastaría con admitir la ley de la necesidad para destruir el concepto del alma, del bien y el mal, así como todas las instituciones surgidas sobre esa base, tanto estatales como eclesiásticas.

Igual que ahora y como Voltaire en su tiempo, los no solicitados defensores de la ley de la necesidad la utilizan para combatir la religión cuando de hecho —igual que la ley de Copérnico en astronomía— esa ley aplicada a la historia, lejos de aniquilar la base en que se asientan las instituciones estatales y religiosas, la consolidan.

Hoy día, en la historia —como lo fue en astronomía— todas las diferencias en las concepciones se refieren a la aceptación o no aceptación de la unidad absoluta que se utiliza como medida para los fenómenos visibles. En astronomía esa unidad era la inmovilidad de la Tierra, y en historia la independencia del individuo, la libertad.

Si en astronomía la dificultad en reconocer que la Tierra se mueve residía en no admitir la sensación directa de su inmovilidad y el movimiento de los planetas, en la historia la dificultad reside en admitir la

subordinación del individuo a las leyes del espacio, tiempo y causa, renunciando a su propia y directa independencia.

Pero así como en la astronomía la nueva concepción afirma: “Es verdad que no percibimos el movimiento de la Tierra, pero si admitiéramos su inmovilidad llegaríamos a una situación absurda, en tanto que admitiendo su movimiento que no percibimos llegamos a una ley”; lo mismo sucede en la historia, en que la nueva corriente dice: “Es verdad que no sentimos nuestra dependencia; pero admitiendo nuestra libertad llegamos al absurdo, mientras que si admitimos nuestra dependencia con respecto al mundo exterior, al tiempo y a las causas llegamos a las leyes”.

En el primer caso debíamos renunciar a la conciencia de una inmovilidad en el espacio y admitir un movimiento que no sentíamos; en el caso presente es necesario renunciar a una libertad, de la que somos conscientes, y admitir una dependencia que no sentimos.

Unas palabras acerca de *Guerra y paz*[637]

Al mandar a imprenta una obra en la que he empleado cinco años de incesante y extenuante trabajo, en las más favorables condiciones de vida, me gustaría exponer mi opinión acerca de ella y salir así al paso de algunos malentendidos que pudieran surgir en el lector.

No querría que los lectores buscasen ni vieran en el libro lo que yo no quise o no supe expresar, y concentraran su atención en lo que he querido decir, aunque, por las características de la obra, no haya podido explayarme. Ni el tiempo ni mi propia capacidad me han permitido lograr lo que me había propuesto; así pues, aprovecho ahora la hospitalidad que me brinda una revista especializada para exponer, aunque sea breve y no plenamente, la opinión del autor acerca de su obra para quienes pueda interesar.

1) ¿Qué es Guerra y paz? No es una novela ni un poema y todavía menos una crónica histórica: *Guerra y paz* es lo que el autor ha querido y podido expresar, en la forma en que está expresado. Semejante manifestación de negligencia por parte de un autor con las formas convencionales de una obra en prosa podría parecer presunción si fuera intencionado y no tuviera precedentes. Pero la historia de la literatura rusa, desde los tiempos de Pushkin, no sólo ofrece múltiples ejemplos de obras que se apartan de esa forma que podríamos llamar europea, sino que no nos ofrece un solo caso contrario. Desde *Almas muertas*, de Gógol, hasta *La casa de los muertos*, de Dostoievski, en el nuevo período de la literatura rusa no hay una obra de arte en prosa, por encima de la mediocridad, que se ajuste a la forma de novela, poema épico o relato.

2) *El carácter de la época*. Algunos lectores, después de la aparición de la primera parte, me dijeron que el carácter de la época no estaba

suficientemente definido en mi obra. A este reproche contesto: sé bien en qué consiste el “carácter de la época” que algunos lectores no hallan en mi obra: los horrores de la servidumbre de la gleba, las mujeres encerradas entre cuatro paredes, los latigazos a los hijos adultos, etcétera. No creo que este “carácter de la época” que vive en nuestra imaginación se ajuste a la verdad, y no he querido representarlo. En mis estudios de cartas, diarios y tradiciones no he hallado atrocidades ni violencias mayores que las que pueden encontrarse hoy o en cualquier otra época. También entonces los hombres amaban y envidiaban, buscaban la verdad, aspiraban a la virtud y se dejaban arrastrar por las pasiones. La misma vida intelectual y moral compleja existía entre las clases superiores, a veces aún más refinada que hoy. Si en nuestras mentes se ha formado una idea sobre el carácter arbitrario y brutal de aquel tiempo es sólo porque en las tradiciones, en las memorias, en los relatos y novelas se nos han legado los casos más excepcionales de violencia y brutalidad. Deducir que el carácter predominante de aquella época fuera la violencia sería tan injusto como si un hombre, viendo desde una montaña solamente las copas de los árboles, dedujera que en aquella comarca no había más que árboles. Aquel tiempo tiene su carácter (como lo tiene cada época), que se deriva de la mayor alienación de las clases altas con respecto a las otras clases, de la filosofía religiosa de entonces, de las particularidades de la educación, de la costumbre de usar la lengua francesa, etcétera. Éste es el carácter que intenté expresar como mejor supe.

3) *El uso del francés en una obra rusa*. ¿Por qué en mi obra no sólo los rusos, sino también los franceses, hablan unas veces en ruso y otras en francés? El reproche de que los personajes de un libro ruso hablen y escriban en francés es como el reproche de alguien que mira un cuadro y observa manchas negras (sombras) que no existen en la realidad. El pintor no tiene la culpa de que la sombra puesta por él en la figura parezca a algunos una mancha negra que no hay en la realidad; sólo será culpable cuando aquellas sombras estén dispuestas de cualquier modo o de manera tosca. Al escribir un libro sobre los comienzos de este siglo y presentar a personajes rusos de cierta clase social, a Napoleón y otros franceses que intervinieron tan directamente en la vida de aquel tiempo, me he dejado

llevar, sin quererlo y tal vez más de lo necesario, por su modo de pensar en francés. Y por eso, sin negar la probable inexactitud y tosquedad de las sombras puestas por mí en el cuadro, querría que esas personas a quienes parece ridículo que Napoleón hable ya en ruso, ya en francés, comprendieran que así les parece porque, como la persona que mira el retrato, no ven una figura con sus luces y sombras sino solamente una mancha negra bajo la nariz.

4) *Los nombres de los personajes*. Los nombres de Bolkonski, Drubetskói, Bilibin, Kuraguin y otros personajes recuerdan nombres rusos muy conocidos. Al relacionar personajes imaginarios con otros que pertenecen a la historia, yo mismo advertí cierta falsedad si el conde Rastopchin hablaba con el príncipe Pronski, con Strieltski o con cualquier otro príncipe o conde de nombre ficticio. Bolkonski o Drubetskói, aunque no son Volkonski ni Trubetskói, suenan a algo conocido y natural en un grupo aristocrático ruso; no he sabido inventar para todos mis personajes nombres que no me sonaran a falso, como Bezújov o Rostov, ni supe evitar esa dificultad más que tomando al azar los apellidos más conocidos para un ruso y cambiando en ellos alguna letra. Me dolería mucho que la semejanza de estos nombres imaginarios con los verdaderos indujera a pensar que mi intención haya sido describir a esta u otra persona real. Y ello, sobre todo porque este trabajo literario, que consiste en describir a personas que existen o existieron realmente, no tiene nada que ver con la literatura de que yo me ocupo.

María Dmítrievna Ajrosímova y Denísov son las únicas personas a las que, sin querer y sin premeditación, he dado nombres que se aproximan bastante a los de dos personajes verdaderos, especialmente notables y queridos por la sociedad de entonces. Esto fue por mi parte un error, derivado de la especial singularidad de aquellas dos personas; pero tal error se ha limitado a ello, y mis lectores sabrán seguramente que a esos personajes no les pasa en la novela nada que se parezca a la realidad. Todos los demás son enteramente imaginarios y ni siquiera tienen —a mi entender — modelos precisos en la tradición ni en la vida real.

5) *La discordancia entre mi descripción de los acontecimientos históricos y la de los* historiadores. No se trata de una discordancia casual;

pero era inevitable. El historiador y el artista que describe una época histórica tienen objetivos muy diferentes. Se equivocaría el historiador que tratara de presentarnos a un personaje histórico en su totalidad, con toda la complejidad de sus relaciones en todos los aspectos de la vida. De la misma manera, erraría el artista que nos presentara a su personaje siempre en su significado histórico. Kutúzov no montaba siempre un caballo blanco ni tenía siempre en la mano el anteojo para seguir la marcha del enemigo. Rastopchin no estuvo siempre en la actitud de aplicar una tea a su casa de Vóronovo (de hecho, nunca lo hizo), ni la emperatriz María Feodórovna se presentaba siempre erguida con su manto de armiño y con una mano apoyada en el código de leyes. Pero la verdad es que la imaginación popular siempre ve así a esos personajes.

Para el historiador, que narra acciones dirigidas a un determinado objetivo, existe el héroe. Para el artista, que expresa las relaciones de ese mismo personaje con todos los aspectos de la vida, no pueden ni deben existir héroes sino hombres.

El historiador se ve obligado (a veces alterando la verdad) a hacer converger todos los actos de un personaje histórico en la idea que él atribuye a ese personaje. Por el contrario, el artista ve incompatible el esbozo de esa idea única con su objetivo y procura únicamente comprender y mostrar no a un determinado actor, sino a un hombre.

Mayor y más sustancial es aún esta diversidad en cuanto a la descripción de los acontecimientos históricos.

El historiador se ocupa de los resultados de un hecho; el artista, de la esencia del hecho. El historiador, al describir una batalla, dice: “el ala izquierda de tal cuerpo de ejército avanzó contra tal aldea, rechazó al enemigo y se vio obligada a retroceder…”, etcétera. El historiador no puede hablar de otra manera. Para el artista esas palabras carecen de sentido y ni siquiera se refieren al hecho. De su experiencia o de cartas, memorias e informes, el artista recoge el hecho; con frecuencia (por ejemplo, al describir una batalla), las deducciones del historiador acerca de la actuación de tales o cuales tropas son diametralmente opuestas a las conclusiones del artista. Esta diversidad de resultados se explica por las fuentes que uno y otro han consultado para sus informaciones. Para un historiador (por seguir

con el ejemplo de la batalla), las fuentes principales son los informes de los jefes del ejército y los del general en jefe. El artista no puede sacar nada en limpio de tales fuentes porque no le dicen ni le explican nada. Más aún; el artista rechaza tales informes porque encuentra en ellos una inevitable mentira. Sin hablar de que, después de cada batalla, los adversarios la describen de manera completamente opuesta, en cada descripción hay una dosis de mentira necesaria, por tener que describir en pocas líneas la acción de miles de hombres esparcidos en algunos kilómetros y sumidos en la más fuerte excitación de ánimo, dominados por el miedo, la vergüenza y la muerte.

Ordinariamente, en las descripciones de batallas se cuenta que tales y tales tropas fueron enviadas para asaltar cierto punto y después se les ordenó replegarse, etcétera, como suponiendo que esa misma disciplina que somete a decenas de miles de hombres a la voluntad de uno solo en un campo de maniobras o en una parada puede producir el mismo efecto cuando está en juego la vida. Quien haya vivido una guerra sabe cuán inexacto es todo esto;[638] y, sin embargo, los informes se basan en esa suposición, y de ella derivan las descripciones militares. Recorred las tropas inmediatamente después de una batalla, aun al segundo y tercer días, antes de que se hayan escrito los informes, preguntad a los soldados y oficiales, desde el más alto hasta el más bajo, cómo se ha desarrollado la acción: os contarán lo que han experimentado y visto, y en vuestra mente surgirá una impresión majestuosa, complicada, infinitamente multiforme, penosa y confusa; pero de ninguno de ellos, ni siquiera del general en jefe, podréis saber cómo se ha desarrollado la batalla. Al cabo de dos o tres días empiezan a llegar los informes; los charlatanes comienzan a contar cómo ha sucedido lo que ellos no han visto; por último, se forma un relato común y, sobre la base de ese informe, se configura la opinión general del ejército. Para todos es un alivio poder cambiar las propias dudas e incertidumbres por una representación engañosa, pero clara y siempre lisonjera. Y, pasado un mes o dos, preguntad a una persona que haya participado en aquella batalla: ya no escucharéis en su relato aquel material vivo que había antes; este nuevo testimonio de ahora os cuenta sus impresiones fundadas en la mentira de los informes. Así me contaron a mí la batalla de Borodinó

muchas personas inteligentes que habían participado en esa jornada. Todos decían las mismas cosas y todos estaban de acuerdo con las falsas descripciones de Mijailovski-Danílevski, de Glinka y otros; coincidían hasta en los detalles, aun cuando los narradores hubieran estado a varios kilómetros de distancia unos de otros.

Después de la conquista de Sebastopol, el comandante de artillería Krizhanovski me envió los informes de los oficiales artilleros de todos los bastiones y me encargó reunir todos aquellos informes, que eran más de veinte, en una única relación. Lamento no haber sacado copia. Constituían el mejor ejemplo de esa mentira militar tan ingenua e inevitable como necesaria de que están compuestas todas las relaciones de este tipo. Supongo que muchos de mis compañeros que entonces redactaban tales informes sonreirán al leer estas líneas y recordarán cómo, por orden de los superiores, escribían lo que en modo alguno podían saber. Quienes tienen experiencia de la guerra saben hasta qué punto los rusos son capaces de alcanzar sus objetivos en una batalla y qué poco capaces son de describirla con la vanidosa mentira necesaria para esta clase de informes. Todos saben que en nuestro ejército este oficio de redactar informes está casi siempre en manos de extranjeros.

Si digo todo esto es para demostrar que la mentira es inevitable en las descripciones militares, las cuales sirven de fuente de información a los historiadores; y también para demostrar hasta qué punto son inevitables las abundantes discordancias entre el artista y el historiador en la interpretación de un hecho histórico.

Pero, además de este engaño inevitable en la exposición de los acontecimientos históricos, he hallado en los historiadores de la época de que hablamos (seguramente como consecuencia de la costumbre de agrupar los sucesos, narrarlos brevemente y conformarse con su trágica entonación) una especial forma de lenguaje ampuloso en el cual, con frecuencia, la falsía y la alteración de los hechos se extienden no sólo a los acontecimientos sino a la comprensión de su significado. Muchas veces, al estudiar las dos principales obras históricas de la época, las de Thiers y Mijailovski-Danílevski, me dejaba perplejo que tales obras pudieran salir a la luz y ser leídas. Sin hablar de sus relatos de acontecimientos idénticos,

mantenidos en el tono más grave y autorizado, con abundantes citas de documentos, diametralmente opuestas unas a otras, encontraba en ambos historiadores descripciones que, al leerlas, no sabía si reír o llorar cuando recordaba que aquellos dos libros son monumentos singularísimos de una época y cuentan con millones de lectores. Citaré un solo ejemplo del libro del célebre Thiers. Después de contar que Napoleón había llevado a Rusia rublos falsos, Thiers dice:

> *Relevant l'emploi de ces moyens par un acte de bienfaisance* digne de lui et de l'armée française, *il fit distribuer des secours aux incendiés. Mais les vivres étant trop précieux pour être donnés longtemps à des étrangers, la plupart ennemis, Napoléon aima mieux leur fournir de l'argent, et il leur fit distribuer des roubles papier.*

Este fragmento sorprende, separado del resto, no diré por su inmoralidad sino simplemente por su asombrosa insensatez. Pero en su conjunto no causa tanto estupor, puesto que concuerda perfectamente con el tono general, ampuloso, solemne, exento de todo significado directo.

Así pues, los objetivos del artista y del historiador son absolutamente distintos, y mi discordancia con respecto a los historiadores en la descripción de los acontecimientos y personajes de mi libro no debe sorprender al lector.

Pero el artista no debe olvidar que la representación popular de personajes y acontecimientos históricos no está basada en la fantasía, sino en los documentos que los historiadores han podido recoger. Por consiguiente, aunque de manera diversa, al representar esos personajes y acontecimientos el artista debe servirse, como el historiador, del material histórico. *Siempre que en mi novela hablan o actúan personajes históricos, no los he inventado sino que me he servido de materiales históricos que han formado, durante mi trabajo, una verdadera biblioteca integrada por libros cuyos títulos no creo necesario citar aquí pero a los que puedo siempre remitir al lector*.

6) Por último, la sexta consideración —para mí la más importante— se refiere a la poca trascendencia que, según mis ideas, tienen los llamados grandes hombres en los acontecimientos históricos.

Al estudiar una época tan trágica, tan rica en sucesos grandiosos y tan próxima a nosotros, y sobre la que aún perduran tantas y tan diversas tradiciones, he llegado a la convicción, para mí evidente, de que las causas de los hechos históricos son inaccesibles a nuestro entendimiento. Decir —cosa que parece a todos tan sencilla— que las causas de los sucesos de 1812 son el espíritu de conquista de Napoleón y la patriótica firmeza del zar Alejandro I es tan insensato como afirmar que las causas de la caída del Imperio romano deben buscarse en el hecho de que este o aquel bárbaro condujo sus pueblos a Occidente, o a que un determinado emperador romano gobernó mal, o a que una enorme montaña, socavada en sus bases, se hundió porque el último obrero dio el último golpe de pico.

Un acontecimiento así, en el que millones de hombres buscaron la manera de exterminarse mutuamente y mataron a millones de sus semejantes, no puede tener por causa la voluntad de un solo hombre: un solo individuo no puede ni socavar la base de una montaña ni obligar a morir a quinientos mil hombres. Pero entonces, ¿cuáles son las causas? Ciertos historiadores sostienen que el espíritu conquistador de los franceses o el patriotismo de los rusos. Otros hablan del espíritu democrático difundido por el ejército de Napoleón, o de la necesidad que Rusia tenía de entrar en relación con Europa, etcétera. Pero, ¿cómo millones de hombres empezaron a matarse, quién los indujo a ello? Parecería que todos tenían claro que esa matanza no beneficiaría a nadie, sino que dañaría a todos. ¿Por qué, entonces, lo hicieron? Es posible hacer, y se hacen, innumerables razonamientos retrospectivos sobre las causas de tan absurdo acontecimiento; pero el inmenso número de tales argumentos y el hecho de que responden a una finalidad común demuestran sólo que el número de causas es infinito y que ninguna de ellas merece ser considerada como verdadera.

¿Por qué millones de hombres trataron de matarse unos a otros, cuando, desde la creación del mundo, se ha demostrado que eso es un mal, física y moralmente hablando? Porque eso era tan inevitable, que, al hacerlo, los

hombres obedecían a la misma ley natural y zoológica a que se someten las abejas cuando se destruyen al llegar el otoño, y por las cuales los animales machos se matan unos a otros. No puede darse otra respuesta a tan terrible pregunta.

Esto no sólo es evidente sino que resulta tan natural en la conciencia de todos que no valdría la pena probarlo si no hubiera en el hombre otro sentimiento que lo induce a creerse libre cada vez que lleva a cabo una acción.

Al considerar la historia desde un punto de vista general, se adquiere la certeza de una Ley Eterna en virtud de la cual se cumplen los acontecimientos. Pero si la contemplamos desde el punto de vista individual nos persuadimos de lo contrario.

Un hombre que mata a su semejante, Napoleón que da la orden de pasar el Niemen, vosotros y yo que presentamos una instancia para alistarnos, o levantamos o bajamos el brazo, estamos indudablemente convencidos de que cada uno de nuestros actos está fundado en motivos razonables y en nuestro libre albedrío, de tal modo que depende de nosotros mismos hacer esto o aquello. Y esa convicción está tan arraigada en nuestra naturaleza y es tan preciosa para nosotros que, a pesar de las pruebas de la historia y de las estadísticas sobre los delitos (que nos persuaden de la irresponsabilidad de los actos de otros hombres), extendemos la conciencia de nuestra libertad a todas nuestras acciones.

La contradicción parece insoluble. Al llevar a cabo un acto estoy convencido de que lo ejecuto en virtud de mi libre albedrío; pero si analizo el significado histórico de ese acto en conexión con la vida colectiva del género humano acabo por convencerme de que tal acto estaba determinado y era inevitable. ¿Dónde está el error?

Las observaciones psicológicas sobre la capacidad del hombre para explicar retrospectiva e instantáneamente un hecho con una serie completa de argumentaciones falsamente libres (como me propongo exponer en otro lugar con mayor detalle) confirman que la conciencia de libertad en el hombre al realizar un determinado acto es errónea. Pero esas mismas observaciones psicológicas demuestran que existe otra serie de actos en los que la conciencia de nuestra libertad no es retrospectiva, sino instantánea e

indudable. Yo puedo, evidentemente y sea cual fuere la oposición de los materialistas, ejecutar una acción o abstenerme de ella en cuanto esa acción me afecta a mí solo. Es indudable que, por mi propia voluntad, acabo de levantar el brazo y ahora lo bajo. Puedo en este instante dejar de escribir. Vosotros podéis, en un segundo, dejar de leer. Por mi sola voluntad y fuera de todo obstáculo, puedo en un momento trasladarme con el pensamiento a América o pensar en un problema matemático. Puedo, poniendo a prueba mi propia libertad, levantar o bajar con fuerza mi brazo. Lo hago. Pero junto a mí hay un niño; levanto la mano y, con la misma fuerza, intento bajarla sobre él. No *puedo* hacerlo. Un perro se echa sobre ese niño, y yo *no puedo* dejar de golpear al perro. Estoy en filas y no puedo dejar de ir con el regimiento. En una batalla, no puedo dejar de ir al asalto con mi batallón, y no huir cuando todos huyen en derredor. *No puedo*. Cuando estoy en un tribunal, como defensor de un acusado, no puedo dejar de hablar o de conocer lo que voy a decir. No puedo por menos de cerrar los párpados cuando alguien dirige un golpe contra mi ojo.

Por tanto, existen dos clases de actos: unos dependen y otros no dependen de mi voluntad. Y el error que origina la contradicción proviene sólo de que la conciencia de ser libre que acompaña legítimamente cada uno de los actos que remiten a mi yo, a la parte más abstracta de mi ser, la extiendo ilegítimamente a mis actos realizados en unión con otras voluntades y dependientes del concurso de voluntades que no son la mía. Es bastante difícil delimitar el campo de la libertad y de la necesidad; la fijación de ese límite es objeto de la psicología; pero cuando observo las condiciones en que se manifiestan nuestra mayor libertad y nuestra mayor dependencia, no puedo dejar de reconocer que cuanto más abstracta y por consiguiente menos ligada a la actividad de otros hombres es nuestra actividad, tanto más libre es; y a la inversa, cuanto más ligada está nuestra actividad a la de los demás, menos libre es.

El vínculo más fuerte e indisoluble, más penoso y constante con los demás hombres es el llamado poder sobre los otros, que en su verdadero significado no es más que una mayor dependencia con respecto a los demás.

Equivocado o no, me he convencido plenamente de esta verdad a lo largo de mi trabajo. Y al describir los acontecimientos de 1805, 1807 y,

sobre todo, de 1812, en los cuales se revela con mayor claridad esta ley de la fatalidad, no podía dar importancia a las acciones de quienes creían controlar los acontecimientos, y que en realidad pusieron en ellos mucha menos actividad humana que los demás participantes. La actividad de esos hombres me interesaba solamente como ilustración de esa ley de la fatalidad que, de acuerdo con mi íntima convicción, domina la historia; y de esa ley psicológica que obliga a un hombre a realizar con menor libertad sus actos y a crear en su fantasía toda una serie de razonamientos retrospectivos para demostrarse a sí mismo que ha obrado libremente.

Nota de la traductora

Cuando el editor me propuso revisar la traducción de *Guerra y paz*, vertida directamente del ruso al español por Francisco José Alcántara (a quien no conocía ni conozco) y José Laín Entralgo, amigo y compañero de trabajo en la Editorial de Lenguas Extranjeras de Moscú, quedé muy sorprendida. Había hojeado esa traducción y me gustaba: se leía y entendía con facilidad.

El editor me pedía, al mismo tiempo, que me atuviese a todo cuanto decía Tolstói, sin apartarme del texto original. Teniendo en cuenta estas indicaciones, empecé a cotejar la obra con el original ruso y encontré omisiones, falsas interpretaciones del sentido, cortes y diversos errores que en mi versión, durante largos años de trabajo y en la medida de mis capacidades, procuré corregir.

Su fluidez de lectura me ha sido de gran ayuda para esta nueva versión, y ello merece el reconocimiento del que dejo aquí constancia.

Además de la edición rusa de *Guerra y paz* incluida en la obra completa de Tolstói en catorce tomos (Editorial Estatal de Literatura, Moscú, 1951) y de la mencionada traducción, me he servido libremente de las ediciones italiana (Einaudi, 1962, trad. Enrichetta Carafa d’Andria y Leone Ginzburg), francesa (Gallimard, 1973, trad. Henri Mongault) e inglesa (Modern Library, reedición de 1994, trad. Constance Garnett).

Creo que algún día, cuando se haga una nueva versión, también encontrarán fallos en la mía, pero lo cierto es que puse en mi trabajo “toda el alma”, como dirían en ruso, a lo largo de muchos años.

Lydia Kúper

Madrid, octubre de 2003

ANEXOS

Las siguientes listas 1) de personajes y 2) de los contenidos de los capítulos de *Guerra y paz* se deben a la amistosa pero inapreciable y entusiasta colaboración de Francisco Villalba, por quien el editor aquí deja constancia de admiración y reconocimiento.

Algunos personajes de Guerra y paz

Ajrosímova, María Dmítrievna — Dama viuda amiga de los Rostov. Madre de cuatro hijos militares y de una hija casada. Madrina de Natasha, a quien acoge en su casa en ausencia de sus padres, cuando Anatole Kuraguin intenta secuestrarla. Sólo habla en ruso.

Alexéievna, Elisabeth — Zarina del zar Alejandro I.

Alpátich, Yákov — Administrador de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Andréievich, Kiril — Tío de Denísov. Jefe de intendencia del ejército.

Antón — Antiguo preceptor del príncipe Andréi Bolkonski que lo acompaña en la finca de Boguchárovo.

Apraksin, conde Stepán Stepánovich — General de la caballería rusa.

Arakchéiev — Amigo del zar Alejandro I. Ministro de la Guerra de 1808 a 1825. Célebre por su crueldad.

Arjárov, los — Rica familia noble de Moscú, a la que visita Nikolái Rostov cuando regresa del ejército.

Armfeld — General sueco del ejército ruso.

Aubert-Chalmet — Modista de Mme Ajrosímova.

Auersperg von Mautern — Príncipe austríaco, mariscal de campo en la campaña austríaca, cae en la trampa que le tiende Murat en el puente Tabor.

Bagration, Piotr Ivánovich — General de las tropas rusas. Interviene en la campaña austríaca y también en la rusa. Muere en Borodinó.

Balaga — Mocetón conductor de troikas.

Bálashov — Estadista ruso. Acompaña al Zar a Vilna, en 1812, y lleva la carta del Zar a Napoleón.

Bandarchuk — Húsar. Amigo de Nikolái Rostov en la campaña austríaca.

Barclay de Tolly — Mariscal de campo ruso de origen escocés. General en jefe al principio de la campaña de 1812. Cae en Borodinó.

Bazdéiev, Makar Alexéievich — Hermano loco y medio alcoholizado del masón Osip Alexéievich. Anciano alto, calvo, con nariz colorada.

Bazdéiev, Osip Alexéievich — Viejo masón.

Beausset, de — Escritor y cortesano francés. Prefecto del Palacio Imperial francés. Acompaña a Napoleón en sus campañas hasta 1812.

Belova, Agrafena Ivánovna — Vecina de los Rostov en Otrádnoie.

Bennigsen — Conde alemán, general de caballería. Propietario en la provincia de Vilna. General en jefe de las tropas rusas en la campaña prusiana de 1807.

Berg, Alfonso Kárlovich — Oficial del regimiento Semiónovski. Primero prometido y más tarde marido de Vera Rostova.

Berthier — Mariscal francés, jefe del Estado Mayor de Napoleón. Caído Napoleón, se une a los Borbones.

Bezújov, Kiril Vladimírovich — Príncipe, inmensamente rico, deja su fortuna a su hijo natural, Pierre Bezújov.

Bezújov, Pierre — Hijo bastardo de Kiril Vladimírovich Bezújov. Se marchó fuera de Rusia a los diez años. En la novela ha regresado a Rusia y tiene veinte.

Bielova — Vieja solterona que vive en casa de los Rostov en Otrádnoie.

Bilibin — Diplomático ruso en la Corte de Viena.

Bitski — Miembro de varias comisiones que visita a Andréi Bolkonski el día siguiente del baile en casa de Narishkin. Admirador de Speranski.

Bogdánovna, María — Comadrona que ayuda a Lisa a dar a luz en Lisie-Gori.

Bolkónskaia, María — Hija de Nikolái Bolkonski. Hermana de Andréi.

Bolkonski, Andréi — Hijo del viejo príncipe Nikolái Bolkonski, casado con Lisa Meinen, padre de Nikolái.

Bolkonski, Nikolái Andréievich — Príncipe. Padre de Andréi y María Bolkónskaia.

Bondarenko — Húsar ucraniano asistente de Vaska Denísov y Nikolái Rostov en Austria.

Bourienne, Amélie (Mademoiselle) — Dama de compañía de María Bolkónskaia.

Buxhöwden — General austríaco del ejército ruso en Austerlitz y en la campaña prusiana.

Carolina, “la Húngara” — Dueña de una taberna en Olmütz donde sirven mujeres.

Castres, de — Oficial ayudante de campo de Davout.

Caulaincourt — Embajador de Francia en la Corte de San Petersburgo.

Chartorizhky, Adam — Príncipe, estadista polaco. Ministro de Asuntos Exteriores del zar Alejandro I de 1804 a 1806.

Chekmar — Ayuda de cámara del conde Iliá Rostov en Otrádnoie.

Compans — General francés.

Corvisart — Médico preferido de Napoleón.

Danilo — Montero mayor de los Rostov. Cabello a la ucraniana, corto, gris, rostro arrugado.

Danílov — Amigo de Anatole Kuraguin.

Danílovna, Sofía — Mujer del masón Osip Alexéievich.

Davout — Llamado duque de Eckmühl. Mariscal de campo y hombre de confianza de Napoleón. Se lo compara con Arakchéiev por su crueldad.

Deméntiev — Húsar pelirrojo del mismo regimiento que Nikolái Rostov.

Demián — Criado de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Denísov, Vasili Dmítrievich — Oficial del ejército ruso nacido en Vorónezh.

Dessaix — Jefe de división de las tropas de Napoleón.

Dessalles — Tutor suizo del pequeño príncipe Bolkonski.

Dimmler — Músico que vive en casa de los Rostov en Otrádnoie.

Dmitri — Criado de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Dmítrievna, Zinaida — Vieja princesa.

Dojtúrov — Alto mando del ejército ruso en Austerlitz y en Borodinó.

Dolgorúkov, príncipe — General ayudante de Kutúzov. Nombra a Borís Drubetskói su ayudante en Olmütz.

Dólojov, Fiódor Ivánovich — Jugador disoluto. Más tarde, célebre jefe de los partisanos que acosan a los franceses en su retirada. Oficial del regimiento Semiónovski. Al principio de la novela tiene veinticinco años.

Dólojova, María Ivánovna — Madre de Fiódor Ivánovich Dólojov.

Dron — *Stárosta* de Boguchárovo.

Drubetskaia, Anna Mijáilovna — Princesa de una de las familias más aristocráticas de Rusia. Sobrina del príncipe Bezújov. En situación económica muy comprometida. Madre de Borís.

Drubetskói, Borís — Primo de los Rostov, ahijado del conde Bezújov. Sirve en el regimiento Izmailovski en la campaña austríaca.

Duniasha — Doncella de los Bolkonski.

Duniasha — Doncella de los Rostov en San Petersburgo.

Duport — Bailarín parisién. Se instala en San Petersburgo en 1808. Profesor de baile de Natasha.

Duroc — Mariscal francés.

Durosnel — Oficial francés, jefe de las patrullas que deben cuidar el orden en el Moscú ocupado.

Efim — Cochero de los Rostov.

Ekonómov — Comandante ruso en la campaña austríaca.

Fabvier — Coronel francés.

Fedchenko — Oficial ruso en Austerlitz.

Fedósiushka — Peregrina de cincuenta años protegida de María Bolkónskaia. Cara picada de viruelas.

Ferapóntov — Dueño de una posada en Smolensk.

Filip — Criado de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Fiódorovna, Anisia — Ama de llaves de Mijaíl Nikanórovich.

Firhof — Barón. Habla con el príncipe Andréi Bolkonski en el baile ofrecido por Narishkin.

Foka — Mayordomo de los Rostov en Otrádnoie.
Foucher — General francés.
Friant — Jefe de división de las tropas de Napoleón.
Funke — Barón.
Gavrilo — Asistente de Borís Drubetskói en Olmütz.
Gavrilo — Criado de Mme Ajrosímova.
Georges, Mademoiselle — Actriz francesa, favorita de Napoleón durante varios años. Amante de Kuraguin.
Glinka, Serguéi Nikoláievich — Escritor y editor del *Mensajero Ruso*, periódico antagonista de la influencia francesa en Rusia.
Guerasim — Criado del masón Osip Alexéievich.
Ignat — Portero de los Rostov en Moscú.
Ilaguin — Vecino de los Rostov en Otrádnoie.
Ilín — Militar joven, protegido de Nikolái Rostov.
Iliushka — Zíngaro.
Ivánovich, Karl — Médico en Lisie-Gori.
Ivánovich, Mijaíl — Arquitecto de los Bolkonski.
Ivánovna, Nastasia — Bufón de los Rostov en Otrádnoie, pese a su nombre de mujer.
Ivánushka — Joven peregrina, disfrazada de hombre, protegida de la princesa María Bolkónskaia.
Joguel — Maestro de baile en Moscú, cuyos bailes eran muy célebres. Segundo amor platónico de Natasha.
Kaisárov, Andréi Serguéievich — Hermano del siguiente.
Kaisárov, Paisi Serguéievich — Ayudante de Kutúzov en Borodinó. Encabezó un destacamento de partisanos en 1813.
Karáguina, Julie — Rica heredera. Amiga de la princesa María Bolkónskaia y más tarde esposa de Borís Drubetskói.
Karáguina, María Lvovna — Dama inmensamente rica, madre de Julie Karáguina.
Karatáiev, Platón — Soldado compañero de cárcel de Pierre en Moscú. Símbolo del pueblo ruso.
Kárlovna, María — Institutriz de los Rostov.
Karp — Campesino de Boguchárovo.

Katia — Doncella de Lisa Meinen en Lisie-Gori.

Kirsten — Capitán segundo de caballería del ejército ruso en Austria.

Kochubéi — Conde ruso, ministro del Interior de 1802 a 1807, consejero de Alejandro I.

Kondrátievna — Vieja criada de los Rostov en Otrádnoie.

Konovnitsin — General ruso, comandante de una división en 1812 y luego de toda la retaguardia rusa.

Kroug — *Chargé d'Affaires* de Copenhague.

Kuraguin, Anatole — Disoluto, alto y bien plantado.

Kuraguin, Hipólito — Hermano del anterior.

Kuraguin, Vasili Serguéievich — Cortesano. Casado con Alina, una posible heredera del príncipe Bezújov. Padre de Anatole, Elena e Hipólito.

Kuráguina, Elena Vasílievna — Bellísima hermana de Anatole Kuraguin. Se casa con Pierre Bezújov.

Kutúzov, Mijaíl Ilariónovich — Comandante en jefe de todas las fuerzas rusas.

Kuzmínishna, Mavra — Ama de llaves de los Rostov en Moscú.

Langeron — General francés del ejército ruso en Austerlitz.

Lannes — Mariscal francés, jefe de las tropas en la campaña austríaca.

Lauriston, general — Ayuda de campo de Napoleón. Enviado a pedir la paz a Kutúzov al final de la campaña rusa.

Lavrushka — Asistente de Denísov; después, de Rostov.

Lazarchuk — Soldado ruso en la campaña prusiana.

Lopujin, I. V. — Francmasón y místico ruso.

Lopujin, P. V. — Príncipe amigo del anciano príncipe Bolkonski.

Lorrain — Médico de San Petersburgo que visita al príncipe Bezújov durante su agonía en Moscú.

Mack — General de las tropas austríacas en Austerlitz.

Magnitski — Presidente de la Comisión de Reglamentos militares. Amigo y colaborador de Speranski.

Makar Alexéievich — En la batalla de Friedland, dueño de la casa en la que un médico militar ruso cita a su practicante Makéiev.

Makéiev — Practicante ruso en la campaña prusiana.

Malasha — Nieta de Savostiánov, dueño de la posada en que se celebra el Consejo de Fili.

Mámontov, las — Tres sobrinas que viven con el príncipe Bezújov: Olga, Catalina Semiónovna y Sophie.

Markov — Embajador ruso en París de 1801 a 1803.

Masha — Doncella de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Matvéievna, Matriona — Zíngara. Amiga de Anatole Kuraguin y de Dólojov.

Mavrushka — Doncella de los Rostov en San Petersburgo.

Meinen, Lisa — Esposa del príncipe Andréi Bolkonski. Muere dando a luz.

Meliúkova, Pelagueia Danílovna — Viuda con varias hijas. Vecina de los Rostov en Otrádnoie.

MeschERSKI — Príncipe amigo del anciano príncipe Bolkonski.

Métivier — Médico francés.

Michaux de Beauretour — Coronel del ejército ruso de nacionalidad francesa. Enviado por Kutúzov al Zar para informarlo del abandono de Moscú.

Mijaíl — Anciano criado de los Rostov.

Mijailo — Montero de los Rostov en Otrádnoie.

Milorádovich — General ruso en Austerlitz y más tarde en la campaña rusa. Jefe del regimiento Apsheron.

Mirónov — *Junker* del ejército ruso en Austria.

Misha — Criado de los Rostov en Otrádnoie.

Mishka — Nieto de Vasílich, criado de los Rostov en Moscú.

Mitka — Palafrenero de Mijaíl Nikanórovich en Otrádnoie, que toca la balalaika.

Mitka — Palafrenero del conde Rostov en Otrádnoie.

Mitrich, Iván — Sargento del ejército ruso en Austerlitz.

Morand — Jefe de división de tiradores de Napoléon.

Morel — Asistente de Ramballe.

Morio — Abate italiano.

Mortemart — Vizconde francés, refugiado en Rusia tras la Revolución francesa.

Mortier — Mariscal francés.
Murat — El rey de Nápoles.
Narishkin, los — Cortesanos de tiempos de Catalina la Grande que celebran un baile en 1809.
Nesvitski, príncipe — Oficial del Estado Mayor ruso. Ayudante de Kutúzov en Austria.
Ney — Duque de Elchingen. General francés.
Nikanórovich, Mijaíl — Tío de los Rostov en Otrádnoie.
Nikita — Criado de los Rostov en Otrádnoie.
Nostitz, conde — General de las tropas austríacas en la campaña austríaca.
Novosiltsov — Miembro del séquito del zar Alejandro en Austerlitz.
Obolenski, Fedia — Amigo de Petia, de familia noble.
Orlov-Denísov — Conde. Jefe de cosacos.
Ostermann-Tolstói, conde — Gran mariscal de la Corte rusa. Ayudante de campo del Zar.
Paolucci — Marqués. General del ejército francés y luego del ruso, originario de Cerdeña.
Pávlovich, Constantino — Gran duque heredero del trono de Rusia.
Pelágueiushka — Peregrina protegida de María Bolkónskaia.
Pernety — General jefe de la Artillería francesa.
Perónskaia, María Ignátieva — Amiga y parienta de los Rostov. Enjuta y amarilla.
Petrushka — Criado joven que lee libros al anciano príncipe Bolkonski.
Pfull — General de origen prusiano, en 1812 estratega de las tropas del zar Alejandro.
Piotr — Criado de Andréi Bolkonski en Boguchárovo.
Plátov, Matvrei Ivánich — Oficial de cosacos. Sostiene ante Rastopchin que no es posible defender Moscú.
Potocka — Condesa polaca.
Prokofi — Lacayo de los Rostov enormemente fuerte.
Pushkin, Vasili Lvóvich — Poeta, tío del célebre poeta Pushkin.
Raievski — General ruso que se destaca en Borodinó.

Ramballe — Capitán del ejército francés al que Makar Alexéievich intenta matar de un tiro.

Rapp — General francés, ayudante de campo de Napoleón de 1800 a 1814.

Rastopchin, Fiódor Vasílievich — Conde. General, gobernador de Moscú de 1812 a 1814, amigo del anciano príncipe Bolkonski. Se lo acusa de provocar el incendio de Moscú.

Repnin — Príncipe ruso. General, herido gravemente en Austerlitz y hecho prisionero.

Rostov, Iliá Andréievich — Conde. Casado con Natalia Shinshina, padre de Vera, Nikolái, Natasha y Petia.

Rostov, Nikolái — Hermano mayor de Natasha. Se casa con María Bolkónskaia.

Rostov, Petia — Hermano menor de Natasha, muchachito de nariz respingona, ojos negros.

Rostova, condesa (Natalia Shinshina) — Casada con Iliá Rostov. Madre de Vera, Nikolái, Natasha y Petia.

Rostova, Natasha Ilínishna — Protagonista, tiene trece años al principio de la novela.

Rostova, Vera — Hermana mayor de Natasha. Prometida de Berg, más tarde su esposa.

Rumiántsev, conde — Canciller del zar Alejandro en la campaña rusa. Admirador de Elena Kuráguina.

Saltikov — Príncipe. Mariscal de campo ruso.

Savary — Duque de Rovigo. Oficial francés enviado por Napoleón a Wischau a proponer una entrevista con el zar Alejandro, durante la campaña austríaca.

Sávishna, Praskóvia — Nodriza de los Bolkonski.

Savostiánov, Andréi — Dueño de la posada de Fili, en la que se celebra el Consejo de Guerra.

Scherbinin — Alto mando del ejército ruso en Borodinó. Ayudante de Konovnitsin.

Scherer, Anna Pávlovna — Dama de honor de la zarina viuda María Feodórovna.

Schoss, Luisa Ivánovna — Institutriz de los Rostov en Otrádnoie.

Schubert, Karl Bogdánich — Coronel del regimiento de húsares de Pavlograd. En Austria, jefe de Nikolái.

Schwarzenberg — Príncipe y mariscal de campo austríaco. Embajador en San Petersburgo en 1808.

Shinshin — Pariente de la condesa Rostova.

Smoliáninov — Masón que inicia a Pierre Bezújov en la logia de San Petersburgo.

Sonia (Sophie) — Sobrina del conde Rostov, prima de Natasha Rostova. Vive con los Rostov.

Speranski, Mijaíl Mijáilovich — Secretario de Estado del zar Alejandro I. Consejero de Asuntos Civiles y encargado de redactar un proyecto de Constitución.

Stein — Ex ministro de Prusia, exiliado por Napoleón en Alemania.

Stievens — Oficial de la Marina inglesa. Dólojov apuesta con él que es capaz de beberse una botella de ron sentado en el saliente de la ventana de su casa.

Stolipin — Amigo de Speranski.

Strauch — General austríaco agregado al Estado Mayor de Kutúzov en Austria.

Strogánov — Consejero e íntimo del zar Alejandro I.

Telianin — Teniente, compañero de Nikolái Rostov y de Denísov. Éste lo abofetea en la campaña prusiana.

Tijón — Criado de los Bolkonski en Lisie-Gori.

Timoféievna, Matriona — Doncella de los Rostov.

Timojin — Capitán del ejército ruso en Austria muy aficionado a Baco. Herido en Borodinó, está con el príncipe Andréi, también herido, en Mitischi.

Tito — Cocinero de Kutúzov en la campaña austríaca.

Topchénienko — Sargento furriel en la campaña prusiana.

Tormásov — General al mando del tercer regimiento ruso en la campaña rusa.

Tushin — Capitán segundo de artillería. Jefe de batería en Schoengraben.

Ulner — Coronel francés.

Uvárov, Fédor Petróvich — General de caballería ayudante de Bagration.

Vasílchikov — Intenta convencer a Rastopchin de que no es posible defender Moscú.

Vasílich — Criado de los Rostov.

Vasílievich, Dmitri — Noble encargado de llevar los asuntos del conde Rostov.

Vasílievich, Iván — Miembro de la logia masónica de San Petersburgo.

Vaska — Criado de Pierre Bezújov.

Vereschaguin — Dueño de una taberna en Moscú.

Vereschaguin — Hijo del anterior. Linchado por el pueblo, al que lo entrega Rastopchin acusado de alta traición.

Viazmitínov, Serguéi Kuzmich — General. Gobernador militar de San Petersburgo.

Vogel — Maestro de baile en casa de los Rostov en Otrádnoie.

Volkonski, Piotr Mijáilovich — Príncipe y general, jefe del Estado Mayor Imperial del Zar en la campaña rusa.

Von Toll — Joven coronel ruso.

Weyrother — General austríaco, teórico de la guerra. Reemplaza al general Schmidt, caído en batalla.

Wintzingerode — General y diplomático ruso, ayudante de campo de Kutúzov en la campaña austríaca.

Wolzogen — General prusiano del ejército ruso en la campaña rusa. Teórico militar.

Würtemberg, príncipe — General del ejército ruso en la campaña rusa.

Yákov — Criado de Anatole Kuraguin.

Zajar — Cochero de los Rostov.

Editar Guerra y paz

Mario Muchnik

Para Elisa

Prolegómenos

Fue un mediodía, en nuestro comedor de la calle Ayacucho, número 1822, en pleno barrio Norte de Buenos Aires, cuando mis padres tuvieron una conversación crucial en mi presencia.

—Yo creo que el chico ya está maduro para La guerra y la paz— dijo mi madre.

—Hmmm…— dijo mi padre, cuya opinión sobre las inclinaciones literarias de sus dos hijos favorecía claramente a mi hermana menor, Nora. —Hmmm… ¿Vos creés?

—Está leyendo un montón de libritos sobre temas científicos, Cazadores de microbios, la biografía de madame Curie, qué sé yo. Es hora de que se enfrente con algo más serio. Yo creo que ya es un grandulón y tendría que probar.

—Si me dijeras Nora, sí, aunque sólo tiene siete años. Yo veo cómo se divierte con las obras de Molière, que leemos juntos cada noche. Mario no tiene paciencia, le gustan los aviones…

Siguió un silencio que interpreté correctamente: mi madre se saldría con la suya y yo tendría que hacer frente a los siete tomos de la novela de Tolstói. A mis catorce años.

Eran siete tomos que me parecían grandes, aunque lo único de que puedo dar fe es que las cubiertas eran amarillas; y recuerdo bien el papel, grueso pero liviano y esponjoso, y los bordes de las páginas, abiertas en primera lectura por el cortapapeles de mis padres. Creo recordar la negrura de las letras, bien legibles para mí y, hoy lo intuyo, fruto de un buen taller tipográfico. Los márgenes eran generosos —así los recuerdo— y la encuadernación, cosida, muy firme, no exigía misericordia alguna. El lomo era dócil y la mezcla de los aromas del papel, de la cola y de la tinta inspiraba respeto a la vez que deleitaba.

Mis amigos mexicanos me dicen que se trataba seguramente de la edición de Porrúa, que ellos coinciden en que era en siete tomos aunque, contrariamente a mi recuerdo, no grandes sino más bien "normales". Quizá no fuera la de Porrúa.

No tardé en quedar absorto en la lectura. Ni tampoco en sentir crecer en mí el miedo a que la historia se acabase. Llegaba al final de un tomo con el inmenso placer de pasar al siguiente y el terror ante la inminencia del séptimo, que se avecinaba imparable. No sé cuánto tardé en leer la novela. Sí puedo decir que desde esa experiencia de lector de catorce años hasta la tercera lectura del *Quijote*, a mis cuarenta y seis años, ningún libro me inspiró terror tan grande ante el final ineluctable de la narración. Mi madre, a quien de vez en cuando le comentaba lo que iba leyendo y le confesaba el pánico que sentía, me dijo que Tolstói había escrito otros grandes libros, como *Ana Karénina*. Pero el solo nombre de Karénina (que ella pronunciaba Karenína) me ahuyentaba, situaba la novela entre los libros para adultos, cosas de amor, palabrería aburrida, debía tratarse de una obra "sin la menor acción".

Acabé el séptimo tomo decepcionado por las disquisiciones filosóficas del autor. No sé si en esa edición habían respetado en su integridad los interminables epílogos de Tolstói sobre su manera de ver la Historia, el papel superfluo de los líderes y el papel decisivo del individuo del pueblo, según su teoría "termodinámica" de la sociedad vista como un conjunto gaseoso de moléculas. Lo que reverberaba en mí era la calma recobrada al

final en el hogar de Pierre y Natasha (no le creí a Tolstói cuando describe una Natasha entrada en carnes, aburguesada, sin el encanto de su adolescencia) y los cientos de momentos trepidantes de emoción, como la batalla de Austerlitz, la muerte del viejo príncipe Bolkonski, el incendio de Moscú, las fastuosas recepciones en los salones de San Petersburgo y las mil conversaciones de las que había sido ávido testigo en los dos o tres meses (supongo) que me llevó esa primera lectura del libro que, desde entonces, considero la mayor pieza literaria de la historia.

Fortalecida en su papel civilizador, mi madre no me hizo concesiones.

—Ahora vas a leer un libro corto: el gran mol.

—¿El gran qué?

—Es un libro francés. Se escribe M-e-a-u-l-n-e-s. El gran Meaulnes.

Lo cogí con pinzas, pero la intuición de mi madre era certera: a las pocas páginas estaba vibrando de emoción.

Y al final, demasiado mayorcito como para correr a refugiarme en sus faldas, me encerré desesperado en mi habitación, donde *Cazadores de microbios* y la biografía de madame Curie me miraron toda una tarde como reprochándome.

Así fue mi iniciación a la lectura. Siete años más tarde, residiendo en Columbia, la universidad de Nueva York en donde me hice físico, descubrí *The Brothers Karamazov*, en la traducción al inglés de Constance Garnett. La calidad de esta traducción, de la que no fui consciente entonces, hizo nacer en mí la adicción a la literatura rusa.

Un día descubrí en la librería de la universidad *War and peace*, también traducido por Garnett. Fue mi segunda lectura de la novela de Tolstói y experimenté un sacudón inesperado: ¿era la misma novela que había leído a mis catorce años? Aquellos siete tomos de mi infancia estaban perdidos para siempre y no podía comparar las versiones. Escenas enteras me parecían nuevas, como así el humor de muchos diálogos y la precisión en los relatos estratégicos y en las descripciones de los campos de batalla, los salones y los personajes. ¿Qué había leído yo siete años antes? Nunca pude aclararlo. Sí puedo decir que, en la traducción de Constance Garnett, esa

última parte en donde Tolstói da rienda suelta a sus teorías sobre la Historia me resultó, a mis veintiún años, extraordinariamente interesante. Estábamos en 1952 en Estados Unidos, donde el senador Joe McCarthy sembraba el miedo y la gente recelaba del prójimo exactamente como Arthur Miller lo pondría en escena al año siguiente en *Las brujas de Salem*. El vigor con que Tolstói condena a los personajes históricos con nombre y apellido tenía todo lo necesario para contrarrestar en mí ese recelo. Me ayudó mucho en cambio a recelar de quienes recelaban y, con ello, a ir forjando mis propias opiniones sobre el momento que vivíamos en Nueva York. Me permitió relativizar las ventajas de estudiar en esa ciudad y me alentó en mi decisión de dar un vuelco y volver a Buenos Aires para, luego, dar el salto definitivo a Europa.

No volví a leer *Guerra y paz* —como comencé por entonces a llamar la novela, en lugar de *La guerra y la paz*— hasta más de veinte años después, en la Italia de los setenta. Fue en la edición Gallimard de la traducción francesa de Boris de Schloezer, cuya primera sorpresa fue para mí que los personajes hablaran tanto en francés —*"en français dans l'original"*, se aclaraba a pie de página. La edición mexicana, que yo recordara, no tenía nada en francés; la traducción de Constance Garnett lo trae todo en inglés. Ahora, en la edición de Gallimard, las primeras palabras, en cursiva para indicar que así está en la versión original del propio Tolstói, eran:

> —*Eh bien, mon prince! Gênes et Lucques ne sont plus que des apanages de la famille Buonaparte! Non, je vous préviens que si vous ne me dites pas que nous avons la guerre, si vous vous permettez encore de pallier toutes les infamies, toutes les atrocités de cet Antéchrist (ma parole, j'y crois), je ne vous connais plus, vous n'êtes plus mon ami…*

Etc., etc., etc. Hablaban en francés esos personajes. ¿Por afectación? Mis amigos filólogos me señalaron que en la época el francés era la segunda lengua en Rusia, pero para mí no era "normal" que dos rusos se hablaran en

francés, como no lo podría ser que se hablaran en francés dos italianos o dos españoles.

Pero no fue ésa la única sorpresa. Esta vez, a mis cuarenta bien cumplidos, viví (más que leí) los vericuetos del alma de los personajes —la bondad innata de Pierre Bezújov en su búsqueda espiritual, la ingenuidad encantadora de una Natasha Rostova que descubre el amor, el despiadado tormento interior del príncipe Andréi Bolkonski, la pasión ardiente de Napoleón por el poder. Y comprendí algo más: la novela no había cambiado en mis tres lecturas, era la misma novela. Quien había cambiado era yo. Era yo quien, en cada lectura, descubría un nuevo libro, escondido bajo las mismas palabras. Y tuve la extraña sensación de que *Guerra y paz* no era uno sino varios, quizás muchos libros, todos contenidos dentro del mismo texto de Tolstói.

Mi cuarta lectura de la novela tuvo lugar en Madrid, en 1998. Esta lectura volvió a ser en inglés, pero en la traducción de Louise y Aylmer Maude editada por Oxford University Press por primera vez en 1922 y, en versiones revisadas, reeditada diez veces, la última, según consta en el tomito primoroso que tengo ante mis ojos, en 1965. El primor de esta edición merece dos palabras.

Se trata de una especie de pequeño breviario, de sólo 9 por 15 centímetros, encuadernado muy sobriamente en tela color burdeos, impreso (en un cuerpo pequeño pero muy legible) en el llamado “India paper”, delgadísimo y livianísimo. Tan delgadísimo que las más de mil seiscientas páginas de esta edición dan un espesor de apenas tres centímetros y medio; y tan livianísimo que es mucho más liviano que el clásico “papel Biblia”. Ya no se fabrica: me lo dijo por teléfono, con voz quebrada, el director de producción de Oxford University Press.

¿Y qué me aportó esta cuarta lectura? Emoción sin fin. Es posible que la edad reblandezca a la gente, pero me veo una madrugada de mediados de 1998, preparándome a las seis de la mañana un café en la cocina de mi casa y con el corazón partido, no por la muerte sino por las últimas palabras del viejo Bolkonski a su hija, la princesa María, a quien le pide que se ponga el

vestido blanco, porque le sienta bien. O por el deambular de Pierre en las calles de Moscú ocupada. O por el vigor con que Nikolái Rostov lidia con la sublevación de los siervos.

Y por la descripción de los hombros desnudos de Elena, la primera mujer de Pierre. Y la de la batalla de Borodinó. Y la de las borracheras de la juventud dorada en San Petersburgo. Y la de la estepa nevada durante la noche. Y la de la inolvidable declaración de amor del príncipe Andréi a Natasha —él, solo en el centro del gran salón de baile de los Rostov, oscurecido; ella que entra, se le acerca y, casi sin dejarle decir una palabra, se pone en puntas de pie y le dice… "¡Sí, sí!".

El café me supo a gloria, esa mañana de mediados de 1998 y, con el espíritu transido, tomé la decisión: editaría *Guerra y paz*.

Cuatro veces había leído *Guerra y paz* hasta ese momento, en cuatro traducciones diferentes: una al español, dos al inglés y una al francés. Conocía la obra lo suficiente como para saber que las diferencias de fondo no dependían de la traducción sino de mi propia evolución. Pero a esa altura de mi vida de lector también sabía que toda traducción traiciona el original y que las diferencias formales dependen de la calidad de los traductores. Era consciente de la mediocridad de varias traducciones al castellano y conocía la fama de la de José Laín Entralgo y Francisco José Alcántara, considerada la mejor, publicada en 1979 por Argos Vergara y reeditada (¡hacía menos de un año, en 1998!) en una gruesa edición "de bolsillo" por Planeta.

También tenía constancia de algunas barrabasadas puestas en circulación por ciertas editoriales, algunas de gran prestigio. Me refiero, por ejemplo, a la *Guerra y paz* de Editorial Juventud, un tomo único de sólo quinientas doce páginas en el que nada indica que se trate de una versión abreviada ni para niños ni para subnormales. Mis amigos de la librería Antonio Machado, de Madrid, se quedaron de piedra cuando les demostré que, para caber en quinientas doce páginas, la novela habría tenido que ser compuesta en caracteres de cuerpo seis, como mucho.

La traducción es un trabajo mal pagado en todo el mundo. Los traductores mejor pagados son los que prestan servicio en organizaciones internacionales, como la ONU o la Unesco. También (y a veces mejor), los que traducen textos altamente técnicos, como manuales de física o de medicina, o los que traducen textos breves, técnicos y muy urgentes, como los que se generan en bufetes de abogados o los que piden las fuerzas armadas, sobre todo en tiempos de guerra.

En el terreno literario los traductores que llegan a vivir de su oficio son los que trabajan bien y rápido y se limitan a textos fáciles, obras por lo general de autores mediocres. Los grandes clásicos no se prestan a ello, seguramente porque son clásicos. Los conceptos que expresan suelen ser sutiles y la forma nunca es pedestre, con lo que un traductor serio debe, por una parte, comprender muy bien el significado de la frase original y encontrar el equivalente en la lengua a la que traduce; y, en segundo lugar, hallar en esta lengua la expresión equivalente sin que sea pedestre. Todo ello, intentando conservar el "sabor" —si se me permite la palabra— de la lengua original. En muchos sentidos el trabajo del traductor de un clásico se asemeja al del autor de la versión original. Lo cual, a su vez, implica que ha de tener la cultura suficiente para ello.

Constance Gamett no debe de haber cobrado mucho por sus traducciones de los rusos al inglés. Es muy probable que no llegara a fin de mes con lo que le pagaban. Pero no tenía mayor importancia: era bibliotecaria y estaba casada con un editor y crítico prestigioso que ganaba bien su vida. Casi todas las grandes traducciones se debieron, como las de Garnett, a que el traductor no estaba apremiado por el dinero.

En cuanto a mi intención de hacer traducir *Guerra y paz*, hice números. El ruso es una lengua "cara": los traductores son pocos y, con toda razón, tienen tarifas muy superiores a la media. Según mis cálculos, una nueva traducción habría costado, siendo modestos, cerca de treinta mil euros. Ello habría repercutido en el precio de venta del libro que, aun aplicando los métodos de fabricación más económicos, habría alcanzado los sesenta euros.

Se me ocurrió que quizás Planeta se aviniera a cederme, por bastante menos dinero, los derechos de la traducción de Alcántara y Laín Entralgo, como para que algún buen conocedor del ruso la revisara por si tenía algún defecto. Comprendí la importancia de este revisor y me dediqué a buscarlo antes de entrar en contacto con Planeta. No quería comprar nada sin estar debidamente preparado.

En la Feria del Libro de Frankfurt de 1993 —entonces yo editaba dentro del Grupo Anaya—, Bertrand Favreul, el director general de la editorial parisiense Robert Laffont, se me acercó y me dijo casi confidencialmente:

—Tengo un libro para ti.

En estos casos o se trata de alguien que se metió en un proyecto que necesita rentabilizar a cualquier costo, o se trata de un amigo. Bertrand era un amigo y me lo había demostrado.

Charles Ronsac, fallecido en 2001 con cerca de 90 años, era uno de los grandes editores franceses, aunque no muchos lo conocían. Ronsac fue el hombre de Opera Mundi, la primera agencia literaria multimedia que supo encomendar libros pergeñados por ellos, diseñarlos, organizar su lanzamiento de prensa y administrar la venta de los derechos internacionales, todo simultáneamente y antes de que el libro saliera de imprenta. Las tiradas de vértigo, la invasión por el autor de todos los medios de comunicación de masas y las pilas en las librerías eran todo uno para Opera Mundi, que prácticamente no conoció fracasos.

En Opera Mundi hasta los años setenta y luego con Robert Laffont, Charles Ronsac supo manejar con insólita habilidad su cualidad más importante: su fogosa y perseverante capacidad de trabajo. Fue un hombre de energía diabólica. Desbordante de ideas, escéptico con todas ellas como ha de serlo cualquier editor serio, reflexionaba antes de actuar. Pero cuando por fin actuaba, lo hacía sin perder tiempo y yendo directamente al corazón de cada proyecto.

Así fue con su idea de obtener los derechos mundiales de los archivos literarios del KGB. No es que el KGB dispusiera de ellos: con la desarticulación del viejo régimen stalinista y la apertura de la Lubianka al

público, resultaba claro que el primero en llegar se llevaría el botín. Ronsac se fue a Moscú y montó allí una pequeña oficina. Se daba el caso de que el poeta ruso Vitali Shentalinski estuviera precisamente investigando esos archivos, después de haber vencido las infinitas trabas que los intelectuales, militares y burócratas del viejo régimen sembraron en su camino. El vigor de Ronsac y la meticulosa labor de Shentalinski dieron por resultado un primer volumen, publicado en Francia por Robert Laffont en 1993. Ronsac no se había limitado a financiar el trabajo del autor: lo había diseñado, lo había criticado, lo había cortado, vuelto a redactar una y mil veces, hasta lograr un libro, sí, de Vitali Shentalinski pero no menos, en la sombra, de Charles Ronsac.

En la Feria de Frankfurt de 1993 y de común acuerdo con Ronsac, Bertrand Favreul me confió los derechos del libro de Shentalinski.

El libro salió en 1994 en la traducción de una pareja entrañable. Helena Kriúkova y su marido, Vicente Cazcarra, hoy fallecido prematuramente, trabajaban en tándem. Ella, rusa, dominaba cabalmente no sólo su lengua sino, por igual, el español. Él, militante comunista y antifranquista de cárcel, cuando nos conocimos estaba desesperado por la caída del régimen soviético. Escribía con gran soltura sus memorias, que no progresaban porque la tarea lo sumía en la depresión. Pero tenía un gran estilo.

Mi editorial invitó a Shentalinski y su esposa para el lanzamiento del libro, en noviembre de ese año. Fue una fiesta de más de una semana, sobre todo para una pobre pareja rusa habituada a todo menos a los hoteles, los aviones y las ruedas de prensa. Nicole y yo organizamos una cena en casa, a la que asistió la parejita de traductores.

Durante la estancia de los Shentalinski en España, Helena Kriúkova hizo las veces de intérprete. ¡Y qué intérprete! Esa noche casi no comió. Su capacidad de escuchar e ir traduciendo era tal que la conversación entre los Shentalinski y nosotros fluyó como si hubiéramos estado hablando en la misma lengua. No había esperas entre lo que decía uno y respondía otro.

Fue lógico que, en 1999 y ante el proyecto monstruo de revisar la traducción de *Guerra y paz* de Alcántara y Laín Entralgo, pensara inmediatamente en Helena, viuda desde hacía poco. Pero Helena se mostró reacia: sin Vicente no se sentía segura. Me sugirió el nombre de otra

traductora, traté con ella y finalmente también ella rehusó la tarea. Les sugerí a ambas que unieran fuerzas, que suplieran la ausencia de Vicente con este nuevo tándem, pero no hubo caso. Amables siempre, muy discretas, afirmaron una y otra vez que no era una cuestión de dinero. Y afirmaron una y otra vez que lo que la novela de Tolstói pedía era una nueva traducción.

Una nueva traducción. Me entraron dudas. ¿Tan mala era la traducción de Alcántara y Laín Entralgo? ¿Qué estaba por comprar yo? La buena gente de Planeta, con la que me había puesto en contacto no bien tuve la primera conversación con Helena, me pedía seis mil euros por la utilización de la traducción. Pero ¿y si una vez comprada hubiera debido rehacerla? ¿En qué berenjenal económico me estaba metiendo, sin conocer el ruso y, por ende, no ser capaz de catar debidamente la "mercadería"?

Mi asesora en estas cuestiones siempre fue la célebre traductora Esther Benítez, hoy fallecida pero entonces secretaria de la asociación gremial de traductores.

—Para empezar— me dijo, —debes tener una idea muy clara de la calidad de la traducción que te quieren vender los de Planeta. Después veremos. Y si necesitas una buena traductora del ruso para que te haga la revisión, está Lydia Kúper.

—¿Cooper?

—Kúper, con K y acento en la u. Toma nota de su teléfono. Vive enfrente de tu casa, sobre la Castellana.

Tiene… casi noventa. Es bajita y habla con apenas un deje ruso. Cuando la visito, en verano (vestido todo de blanco ella me dice: "Pareces Tolstói") me ofrece Vichy Catalán y en invierno té, un té ruso fuerte no menos tonificante que un buen café italiano. Sonríe con facilidad, su mirada es escéptica de nacimiento y ha leído bastante más que uno, y lo ha hecho con el mismo escepticismo de su mirada. No tiene muchos libros, por lo que se puede ver. Probablemente haya dejado bibliotecas enteras a lo largo de su larga vida.

Vivía entonces sola en un noveno piso, modesto y ordenado. Su familia —una hija y un hijo, casados ambos, que le han dado cuatro nietos— la invitaba a pasar los veranos y otras vacaciones con ellos.

Lydia nació en Lodz, que en aquel entonces pertenecía a Rusia, el 21 de agosto de 1914; cuando terminó la guerra, su madre, ya viuda, emigró a España con su hija de seis años y se instaló en Vigo (Galicia), donde vivía su hermano.

Licenciada en Filosofía y Letras por la Universidad de Madrid, Lydia trabajó como ayudante de cátedra en un instituto de segunda enseñanza; y durante la fratricida guerra española fue intérprete de los “consejeros” enviados por la Unión Soviética en ayuda de los mandos españoles. Cuando la Junta de Casado sustituyó el poder legítimo, abandonó el país con los últimos consejeros. A causa de un sabotaje, el avión tuvo que hacer un aterrizaje forzoso y Lydia sufrió la fractura del brazo izquierdo. Detenidos al principio, se les permitió abandonar el país en otro avión con dirección a Orán.

En Orán conoció a Palmiro Togliatti, y de Orán fueron a París y después a la URSS directamente. En Moscú trabajó como traductora en la Editorial de Lenguas Extranjeras y le tocó hacerlo, vaya coincidencia, en el mismo despacho que José Laín Entralgo.

En 1957 regresó a España en donde, en 1969, falleció su marido. Desde entonces Lydia sólo se ha dedicado a su familia y a traducir.

En mayo de 1999 Lydia y yo nos pusimos de acuerdo en los términos de un contrato que no minara las bases económicas del proyecto. Conté para ello con su debilidad ante la inmensa seducción de la tarea: meterse a fondo, palabra por palabra, en quizá la obra cumbre de la literatura mundial. A ello se agregaba el hecho de sentir que *Guerra y paz* le devolvía su juventud. A partir de cierta edad eso cuenta.

Le expliqué la naturaleza del trabajo que esperaba de ella y le entregué, en primer lugar, las casi mil seiscientas páginas de la edición de Alcántara y Laín Entralgo, escaneadas e impresas (con amplios márgenes) por mi editorial. Y, en segundo lugar, ejemplares de las traducciones francesa, italiana e inglesa.

Dio manos a la obra. Me llamó al cabo de una semana, me invitó a su casa, me sirvió Vichy Catalán y me dijo algo así:

—La traducción de Laín se deja leer. Pero he encontrado algunos… errores. Hay que corregirlos.

—Para eso hemos firmado un contrato— respondí. —Dame algún ejemplo.

Me miró con su sonrisa escéptica, se calzó las gafas, fue a la tercera página de la novela y me leyó la frase siguiente:

—“Inglaterra, con su espíritu comercial, no comprenderá ni podrá comprender nunca la pobreza de ánimo del emperador Alejandro.”

Alzó la mirada, se quitó las gafitas y me preguntó:

—¿Qué te parece?

Esperó mi opinión, pero yo no la tenía.

—¿Te parece posible? Es Anna Pávlovna la que habla.

Ante mi silencio añadió:

—Alejandro es el Zar. A mí me llamó la atención que una noble rusa se refiera tan luego a la pobreza de ánimo de su Zar.

—¿Qué hiciste?

—Consulté el original ruso y comprobé que Tolstói no pone en su boca eso sino todo lo contrario: la sublime altura moral del emperador Alejandro, no la pobreza de ánimo.

La miré espantado.

—¿Qué dicen las otras traducciones?

—La altura, la altura, las tres dicen la altura moral.

—Pero… ¿por qué crees que Laín y Alcántara pusieron lo contrario?

Esta vez fue ella quien guardó silencio. Nos miramos y comenzamos a reírnos.

—¿Cuestiones políticas, crees?— le pregunté, pensando que en el Moscú soviético, donde Laín había trabajado, tal vez no cayera bien un elogio al Zar.

—No creo— dijo. —Pero no sé por qué puso la pobreza en vez de la altura moral. ¿Descuido?

Miré por un momento unas palomas que se habían posado en la baranda del balcón y luego le pregunté:

—¿Hay más?

—Mucho más, aunque hasta la tercera página esto es lo más llamativo. Y es inexplicable.

Regresé a mi casa y le escribí una carta a los amigos de Planeta diciéndoles que dejaran en suspenso, hasta nueva orden, el contrato de cesión de derechos. Y me puse a leer —por quinta vez en mi vida— *Guerra y paz*, ahora en la traducción de Laín Entralgo y Alcántara. No me pareció mala, aunque ciertos giros me parecieron burdos. Pero decidí que tenía que esperar a que Lydia progresara en su revisión antes de tomar una decisión con respecto a Planeta. Esto tuvo lugar, por fin, en septiembre, cuando, mediante una carta a Ymelda Navajo, entonces directora editorial de Planeta, me desdije y retiré mi oferta.

Las correcciones "gordas" fueron muchísimas más de lo que entonces preví. Y ello hasta la última página de la novela: al final de uno de los últimos párrafos del Epílogo, antes del Apéndice, la traducción de Laín Entralgo y Alcántara dice "Esa unidad, en la astronomía, era la inmovilidad de la tierra; en la historia es la independencia del universo, la libertad"; pero Tolstói dice: "en la historia es la independencia del individuo, la libertad". ¿Por qué Laín Entralgo y Alcántara ponen *universo* en lugar de *individuo*?

Y eso para no hablar de la cantidad de términos, frases y hasta párrafos lisa y llanamente desaparecidos. Ni de los contrasentidos que nacen de errores de sintaxis; ni de los títulos alterados sin la mínima justificación: príncipe por conde, general por coronel; ni de los posesivos ambiguos, esos "su" que no se sabe si se refieren al sujeto o al predicado…

El trabajo de Lydia se prolongó mucho más allá de "finales del año 2000" —de hecho Lydia no puso punto final sino a fines de agosto de 2003. Y ello después de haber hecho una segunda ronda de correcciones sobre pruebas nuevas, en las que ya habíamos aportado todas sus primeras correcciones. Para ello me pidió autorización: la relectura, me dijo, le había permitido comprender que había sido demasiado indulgente, sobre todo al principio. Y sus segundas correcciones resultaron ser casi tantas como las primeras.

De mayo de 1999 a fines de agosto de 2003, son más de cuatro años, cuatro años durante los cuales Lydia y yo estuvimos sumergidos en el

universo de Tolstói, reviviendo a la vez la narración y nuestras lecturas de la narración, descubriendo de ese modo detalles minúsculos del genio del autor: maravillándonos de su idioma robusto, audaz; estremeciéndonos ante su conocimiento del alma humana; hallando explicaciones recónditas pero explícitas de muchas actitudes, afirmaciones, gestos y hasta sueños de muchos personajes, explicaciones que, en una lectura normal, pasan desapercibidas; en definitiva, haciendo esa lectura, única, que puede, quizás un tanto abusivamente, compararse con la lectura de su propio creador.

A lo largo de su tarea Lydia me dijo varias veces que, con este trabajo, yo le había regalado años de vida. En un momento surgió ante mí el pavor que, a mis catorce años, me producía el irme acercando al final de la lectura. A lo mejor lo mismo le pasaba a Lydia, al irse acercando al final de su trabajo. A raíz de ello le propuse, a principios de 2002, que fuera pensando, para cuando terminara con *Guerra y paz*, en traducir tres cuentos de Chéjov, a su libre elección.

Mi propuesta le pareció excelente, pero no se comprometió a nada.

Algunos periodistas que han visto anunciada la edición de *Guerra y paz* en mi catálogo y en las solapas de mis libros me han interrogado sobre la traductora. Habrían querido entrevistarla. Lydia se negó rotundamente. “Cuando termine, ya veremos”, me dijo.

Ya veremos.

En el otoño de 1999, con *Guerra y paz* ya en manos de Lydia, nuestro amigo Eduardo Arroyo nos invitó a cenar a Nicole y a mí en su casa madrileña. Entonces unido a la prestigiosa fotógrafa italiana Grazia Eminente, habían invitado también a Rosa Pereda y su marido, Marcos Ricardo Bamatán.

Tal vez en 1997, los “bamatanes” habían sido los anfitriones en la cena en que conocimos a Eduardo (si bien aun antes nos habíamos estrechado la mano, en Barcelona, en casa de Frankie Sert).

Fue una cena que selló nuestra amistad de manera extraña. Después de los estrechones de mano habituales y del aperitivo de rigor, pasamos a la mesa para degustar un faraónico pescado al horno, obra de Rosita para

desesperación de su carnívoro marido. Con su vaso de vino blanco en la mano, sentado frente a mí, Eduardo me miró y, con algún titubeo, me dijo:

—Oye, yo quizá te deba una explicación, por lo del juicio ese que te gané, ya sabes, el libro de Julián Ríos que editaste…

—Yo nunca edité a Julián Ríos.

Se hizo un silencio de asombro.

—Yo nunca edité a Julián Ríos— repetí, tratando de no perder la sonrisa.

—Hombre, tu editorial publicó mis grabados, los que hice para el Círculo de Lectores, sin mi autorización y sin pagarme un duro. Y yo os puse pleito y lo gané, porque a mí me encanta poner pleitos y además siempre los gano.

—Yo nunca edité a Julián Ríos— afirmé por tercera vez. —¿No será mi ex editorial?

—¿Tu editorial no es Muchnik Editores?— dijo Eduardo, afirmándolo más que preguntándolo.

—Lo era, lo fue hasta 1990…

—¿Y ahora tú…?

—Ahora yo estoy en el Grupo Anaya y con mi ex editorial no tengo nada que ver.

Con una estruendosa carcajada Eduardo se alzó, dio la vuelta a la mesa, me dio un abrazo y apuró su copa de blanco seco.

—¡Qué alivio!— exclamó con una risotada.

A mi vez alcé mi copa de blanco seco y pronuncié un brindis:

—Brindo por que le ganes muchos otros pleitos a mi ex editorial; brindo por este exquisito pescado; brindo por la amistad de nuestros anfitriones; y brindo por la amistad que de ahora en adelante nos une a ti y a mí.

Volvamos a la cena en casa de Eduardo, en el otoño de 1999. Yo acababa de publicar mis memorias de editor, *Lo peor no son los autores*, que habían divertido mucho a Eduardo. Pero lo que más le había hecho gracia era mi resurrección como editor, después de que el Grupo Anaya me dejara en la calle en noviembre de 1997. Mis andanzas por el terreno abrupto de los

grandes grupos y mis angustias como reincidente aunque tardío editor independiente tenían para Eduardo algo que le causaba a la vez admiración y cariño. Nunca dejaba de preguntarme acerca de mis "cosas" ni de celebrar mis logros. Así es que, ya en la sobremesa, me preguntó qué estaba preparando. Y yo hablé de los clásicos, que mis distribuidores decían que se estaban poniendo "de moda" —¡cuánto nos reímos de que un clásico se pudiera poner "de moda"!—, y hablé de *Guerra y paz*. Eduardo manifestó inmediatamente su entusiasmo. Y para demostrarlo en los hechos, dijo:

—Yo te hago las cubiertas. Lo digo ante testigos: te hago las cubiertas de todos los clásicos que publiques, y no te cobro nada.

Nuestro asombro se tradujo en un silencio que interrumpió Eduardo:

—Lo digo ante testigos: yo te hago las cubiertas gratis. Tú me dices cuándo necesitas la primera y yo te la hago.

Le dije que la primera sería la de *Guerra y paz*, le conté mis tribulaciones para encontrar traducción y le hablé de Lydia Kúper. Inmediatamente Eduardo se entusiasmó. Todo le encantaba del proyecto.

Le expliqué que lo que me habría gustado era que la cubierta fuera muda, sólo su retrato de Tolstói, cosa que le pareció bien. Le expliqué que el nombre del autor y el título irían sólo en el lomo, y también le pareció bien. Todo le parecía bien. Tan bien que cambiamos de tema y la velada terminó entre alcoholes y risas.

Todo le parecía bien a Eduardo Arroyo pero, ay, no todo estaba bien, en particular la economía de mi editorial. Por barato que resultara ser el trabajo de revisión hecho por Lydia, por muy gratis que me saliera la cubierta, por mucha paciencia que pusieran los correctores y compaginadores para cobrar, yo veía con desánimo que me estaba acercando al momento de la verdad: el papel, la impresión y la encuadernación.

Diario

15 de febrero de 2002

Eduardo nos invitó a cenar anoche en casa de Isabel Azcárate. Conocimos a varias personas muy simpáticas. Una pareja nos cayó particularmente bien,

aunque no logramos entender del todo sus nombres —a ella la llamaremos Natasha y estaba emparentada con un viejo amigo nuestro. El marido de Natasha se sentó en el salón a mi lado y me sorprendió porque había leído mi libro de memorias. Hablamos de literatura y el hombre demostró ser no sólo un notable bibliófilo sino un ávido lector —cosa mucho más rara en nuestra sociedad teleadicta.

Cuando se marcharon, al final de la velada, le pregunté a Eduardo quién era ese señor.

—Pierre Bezújov [llamémoslo así]. Fue presidente de una gran empresa multinacional— dijo, muy sigiloso.

Mi silencio debe de haber delatado a la vez sorpresa y vergüenza. En algún momento le había preguntado cuál era su ocupación y Bezújov me había dicho: “Nada importante”, y yo no indagué más.

26 de mayo de 2002

Hace unos días me llamó Natasha para invitarnos a cenar anoche, sábado. Nicole está en París, pero Natasha insistió y acudí solo a la cena. Entre los distinguidos contertulios estaba Eduardo Arroyo quien, como quien no quiere la cosa, en un momento de silencio me preguntó qué tal iba la traducción de *Guerra y paz.*

Sin premeditación, en mi caso, con el ánimo de polemizar sobre los altos anticipos que se pagan por libros malos y la indigencia en la que se producen los buenos, bebí un largo sorbo de whisky y respondí:

—Mal, bastante mal.

—¿Y eso?— inquirió Eduardo.

Describí la situación sin ahorrar detalles. Conté todo sobre Lydia, sobre la traducción de Laín Entralgo y Alcántara, sobre la cubierta de Eduardo.

—Y ahora— terminé no sin patetismo, —me encuentro con que no tengo dinero para financiar el fin de la traducción ni la fabricación del libro.

—¡Hay que organizar una cena, un *fund-raising dinner*!— exclamó Natasha en el silencio de la desazón general.

20 de enero de 2003

Bezújov me citó hoy en su despacho para presentarme a Nikolái Rostov [digamos], un ejecutivo joven que quiere unírsele en la financiación de mi proyecto, ahora paralizado por falta de fondos. Rostov es director para España y Portugal de una multinacional muy conocida.

La reunión fue para mí fascinante. Tenía ante mí a dos potencias económicas indiscutibles que, por las razones que fueran, querían financiar mi edición de la novela de Tolstói. Les presenté un presupuesto, una maqueta y una estimación de precio de venta y de punto muerto. Quedamos en que haríamos una cena rusa en mi casa. Y yo me marché con nuevos ánimos —casi como para librar mi batalla de Borodinó…

13 de marzo de 2003

Primera reunión con Lydia Kúper, al cabo de algunos meses de convalecencia: se había caído en su casa y tuvo no sé qué fractura. Se la ve muy bien, repuesta pero muy desorientada porque ya no sabe qué es lo que tradujo y lo que no tradujo. Me pregunta, de entrada: "Dime quién es mi alter ego": está convencida de no haber traducido todo lo que Ricardo le entrega para que haga su segunda lectura. Le digo dos cosas: primero, que el trabajo está quedando extraordinariamente bien; segundo, le explico el "funcionamiento" de quienes vamos detrás de ella para ajustar el texto. Le demuestro, además, que ya ha traducido en primera versión todo el texto. (Es fácil: me basta con mostrarle los apuntes marginales que hizo en su edición rusa de la novela… ¡y poco a poco va recordando!). Se queda tranquila y retoma el trabajo.

5 de abril de 2003

La cena rusa fue anoche: Natasha y Pierre Bezújov, María y Nikolái Rostov, Isabel Azcárate y Eduardo Arroyo, Edgardo Cantón y Nicole y yo (que

habíamos regresado de Moscú en febrero cargados de caviar, arenques y vodka; Nicole tuvo el coraje de preparar una sabrosa aunque ectópica polenta). Discutimos acerca del "mecanismo" para que el Taller recibiera los dineros necesarios y, en medio de intervenciones e interrupciones fogosas por parte de Eduardo ("¡Estoy harto de los ricos, que siempre prometéis y nunca dais!" —y otras lindezas) y una que otra réplica burlona de Pierre a Arroyo ("¡Quien te seduce es Ana de Palacio! ¡A éste le gusta la de Palacio!"), Natasha, sentada a mi vera, me susurró: "Tú comienza a pasar facturas, y ya verás como pagan". Arroyo señaló que también él quería entrar en la financiación, lo cual fue aprobado por aclamación con vodka. Se decidió que Nikolái sería el "administrador titular" y que yo debía entenderme directamente con él por e-mail.

Aparte de *Guerra y paz*, desde luego, se discutió de Irak y Eduardo tuvo una frase memorable: "Odio lo americano, odio a los americanos, detesto su comida y su arte, pero lo que me gusta de ellos son los GI's. Durante la Segunda guerra mundial, durante la guerra del Golfo, en Serbia y ahora en Irak… ¡los adoro!".

24 de abril de 2003

Por medio de un fiel colaborador y amigo me enteré hace unas semanas de que una señora está traduciendo *Guerra y paz* para otro editor español. La noticia me quitó el sueño. Mi amigo me consiguió las señas de esta señora y así supe que se llama Gala Arias.

La invité a mi casa y acaba de marcharse. Lo que en realidad está traduciendo es nada menos que la "nueva" versión de la novela, un borrador que Tolstói había desechado. El editor, que al parecer es Mondadori, le ha dado a Gala apenas un año para entregar el trabajo y a todas luces ella no se siente cómoda. No le parece un original fiable, comprende que la novela de Tolstói no es "eso" —según me dijo, Pierre Bezújov tiene mal aliento a lo largo del texto: huele a ajo—, pero ha firmado contrato y quiere cumplir su compromiso.

Esto me lleva atrás en el tiempo. Durante la Feria del Libro de Frankfurt, en octubre de 2001, nos cruzamos, Nicole y yo, con Karin

Brown. Vieja conocida de nuestros años de París y navegante veterana en las procelosas aguas de los derechos de autor, Karin tenía “algo” para nosotros. Nos propuso un café en uno de los desangelados mostradores diseminados por el vasto pabellón estadounidense y estaba por abordar el asunto cuando yo mismo tomé la iniciativa.

—¿Qué te parece el atentado del 11 de septiembre?

La pregunta era ineludible. Eran las cuatro de la tarde del 11 de octubre, estábamos a un mes exacto del atentado y acabábamos de guardar tres minutos de silencio en memoria de las víctimas. Hay que haber vivido, haber oído y, más que oído, *escuchado* el silencio catedralicio de esa feria descomunal —cómo el murmullo incesante se fue acallando en pocos segundos, cómo los miles de profesionales dejaron sus bolígrafos y sus papeles sobre las mesas y salieron a los pasillos, cómo miles y miles de ojos brillantes iban de unas caras a otras intentando transmitir a la vez la indignación y la solidaridad—; hay que haber sentido crecer en pocos segundos la conciencia colectiva de la fuerza editorial, y el irse formando miles de nudos en miles de gargantas, una emoción compuesta de desafío y orgullo, quizás mechada de vanidad, en cualquier caso nacida en lo más hondo de cada uno y por eso mismo sincera; hay que haber vivido ese momento para comprender la desesperación que anidaba en todos, el sentido de impotencia ante la ciega tecnología y el radicalismo del laico terrorismo posmoderno, la capacitación de que quizás estábamos ante el fin de nuestra civilización, el fracaso de nuestros ideales, el punto final del universo mundo.

—Espantoso— repuso Karin, —espantoso además porque los americanos no lo dejarán así.

—¿Habrá guerra?

—Algo habrá, ¿lo dudas?

Sorbimos nuestros cafés, suspiramos.

Karin nos contó acerca de algunos autores rusos que representaba y tomó nota para enviamos resúmenes de algunos libros de escritores jóvenes.

—Nunca me dijiste nada de *Guerra y paz*.

—¿*Guerra y paz*?

La verdad es que lo había olvidado. Karin se refería a una propuesta que me había hecho en la misma Feria de Frankfurt un año antes: me había ofrecido los derechos para el español de “otra” versión de la novela de Tolstói, “hallada hace muy poco”, inédita, un “verdadero *scoop*”.

Fui recordando. No estaba del todo claro si esta versión, la mitad de extensa que la versión canónica, era anterior o posterior a ésta: ni siquiera estaba claro si se trataba de una versión auténtica o de una falsificación. En este hallazgo reciente, el príncipe Andréi no muere sino que al final se casa con Natasha. Tampoco muere Petia, el pequeño Rostov. Recordé que le había hablado del asunto a Lydia Kúper y que su respuesta fue lacónica:

—Psht. Cada tanto aparece un “inédito” de Tolstói. Nunca valen nada. Mejor no te metas.

Ahora Karin me pedía una decisión. Le dije que se la daría por e-mail, que necesitaba un poco más de tiempo, que antes de fin de mes le diría algo.

Nos dimos besitos y nos separamos.

A los pocos minutos nos cruzamos con David Douglas Duncan, el fotógrafo.

—¿Qué piensas de las torres gemelas, en Nueva York?

—No, no, no es mi mundo, éste ya no es mi mundo— replicó David sin vacilar. —Mi mundo se acabó, no vale la pena lamentarse, y lo peor está por venir.

Nos abrazamos.

Con el tiempo me fui enterando. Esta “nueva” versión de *Guerra y paz* había sido publicada en edición de bolsillo por la editorial rusa Nauka en 1999 y en francés por Éditions du Seuil en 2002. El conocido erudito en Tolstói, Georges Nivat, fue categórico: “¡Decid no al Tolstói de bolsillo que vuelve insípida *Guerra y paz!”*. Nivat se refiere a la edición rusa de dicha versión, titulada *La guerra y la paz*. Y me parece justo poner en mi diario el texto completo de su artículo, que dice así:

> «El editor ruso de *La guerra y la paz* en formato de bolsillo, Zajarov, tiene el mérito de hablar claro:

Primera redacción de la novela:

1. dos veces más corta y cinco veces más interesante;
2. ausencia casi total de digresiones filosóficas;
3. cien veces más fácil de leer puesto que todo lo que el autor puso en francés está sustituido por una traducción al ruso del propio autor;
4. mucha más «paz» que «guerra»;
5. ¡el príncipe Andréi y Petia Rostov no mueren!

»El editor francés, más hipócrita —continúa Nivat—, sólo habla de un Tolstói de bolsillo “un tercio más corto”, en el que “las reflexiones filosóficas están reducidas a lo esencial” y donde “la acción es más ceñida”.

»Tan ceñida, oh enamorados de Tolstói, que ya no encontraréis los interminables pasajes y torpezas narrativas (que son el análogo por escrito de la simpleza de Pierre Bezújov). Por consiguiente, ¡no busquéis a Platón Karatáiev! Ha desaparecido. No busquéis la espléndida muerte de Petia en la carga de los partisanos capitaneados por Dólojov, ni esa fuga musical que llena cada rincón del cielo y de la que Petia, ignaro de la música, se siente el maestro invisible…

»Es cierto que la inmensa fuga de *Guerra y paz* no surgió perfectamente montada del cerebro de Tolstói. Es verdad que le costó una fatiga inmensa, dudas, y que el texto que ahora se presenta existió, salvo algunas traiciones graves. Es a una erudita soviética, Evelina Zaidenshnur, a quien le debemos las minuciosas investigaciones y descripciones de todos los manuscritos, de todos los *pentimenti*, del itinerario del autor hacia ese texto antinovelístico, anticanónico, del que estaba orgulloso y descontento a la vez.

»Pero no es menos cierto que la obra, una vez acabada, con sus digresiones filosóficas, los sabios discursos de Platón Karatáiev, con la muerte en fuga de Petia Rostov, con el último suspiro del príncipe Andréi y el dolor de Natasha ante

la herida abierta del ser, tuvo numerosas reediciones en vida del autor, y aun si fue la condesa [la mujer de Tolstói] quien se ocupó de ellas, nada, estrictamente nada hace pensar que su marido no estuviera al tanto y que los desaprobara. Por tanto, nada otorga el derecho moral de acortar y modificar la obra maestra.

»El traductor tuvo la ocurrencia de modernizar el francés de Tolstói tal como fue redactado para los pasajes en francés del original, con lo que aplastó esa jerga sabrosa de la aristocracia rusa que combatía a Napoleón mientras disertaba en la lengua de Rivarol. También aquí, si bien es verdad que existe una redacción en la que Tolstói, presa de un *pentimento*, volcó al ruso los componentes en francés de su máquina de conversación mundana, lo cierto es que todas las ediciones definitivas contienen este elemento importante de un desdoblamiento lingüístico que caracteriza la naturaleza desnacionalizada de la alta sociedad rusa. Este elemento, altamente satírico, anuncia las infiltraciones del habla en Nabokov, cuando el francés o el inglés se mezclan con los relatos rusos, o el ruso con el inglés de *Pnin*. Son los arlequines de Nabokov, y Tolstói también tiene los suyos. El traductor actuó a conciencia como el peor de la clase cuando, para disimular sus consultas en un diccionario anticuado, modifica una palabra aquí, otra allí… Desde luego, en una traducción es artificial recurrir a jueguitos tipográficos para distinguir lo que está "en francés en el original" de lo que está traducido del ruso, pero toda la parte del libro sobre el cisma entre la alta sociedad y el pueblo rusos está basada precisamente en esta diglosia artificial, con las anécdotas que sólo pueden ser dichas en ruso, los lacayos que simulan comprender el francés y ese dragón de madame Ajrosímova que jamás habla sino en ruso…

»Uno de los títulos que barajó Tolstói para su obra antes de que se convirtiera en la que todos conocemos fue *Bien está*

lo que bien acaba. La obra estaba dividida en cuatro partes: “En Petersburgo”, “En Moscú”, “En el campo” y “La guerra”. Es verdad que el espíritu sale finalmente incólume gracias al epílogo (desaparecido, evidentemente, en la edición de Seuil), en el sentido de que la máquina del tiempo histórico y biológico que lentamente hizo girar su molino en la inmensa novela al final llega al punto de partida, que es la *nursery*, no ya en casa del encantador y superficial conde Rostov, donde una pandilla de adolescentes está en perpetuo estado de enamoramiento, sino en la de Natasha y Pierre, crecidos, madurados por la vida. “¿Sabes en qué pienso? En Platón Karatáiev. ¿Qué le parecería? ¿Aprobaría ahora tus planes?”, pregunta Natasha a su marido. “No, no los aprobaría”, dice Pierre después de reflexionar. “Lo que sí le gustaría es nuestra vida familiar. Deseaba ver en todo felicidad, calma, dignidad, y yo me sentiría orgulloso de que nos viera.”

»Tolstói dudó mucho, sí, pero en definitiva esa aprobación le interesaba sobremanera. “*Guerra y paz* —escribía en 1868 — es lo que el autor ha querido y podido expresar, en la forma en que está expresado.” El lugar adecuado para la traducción a la que nos referimos sería un Anexo del texto completo, en un volumen de “La Pléiade”, por ejemplo. Y eso para no mencionar que para sustituir otra traducción a la enjundiosa obra maestra de Henri Mongault [el traductor al francés de la obra canónica], hay que ser capaz de mejorarla, algo que está lejos de ser el caso. En el siglo XIX se publicó una obra de Gogol podándole las frases de una página, en un corte *à la* Voltaire: se supuso que el público francés no soportaría un equivalente del original. También es posible acortar el *Ulises*, recortar *Ada*, simplificar *El adolescente* o tapiar algunas de las demasiado complicadas “oscuras calles del sueño” en Proust. Si hay que leer este borrador de *Guerra y paz*, que no sea sino después de haber leído el texto definitivo, y junto con otros borradores. Comenzar por el conjunto y bajar a los

> trabajos de aproximación, no al revés. ¡Coged la edición de "La Pléiade", o cualquier otra traducción, en nombre de vuestro propio placer de leer; no cojáis este Tolstói de bolsillo!»

En una palabra: tan pobre parece ser esta versión que Tolstói la guardó en un cajón y jamás la hizo editar. Volvió a escribir la novela entera, cuyo resultado es nuestra obra maestra y que fue repetidas veces reeditada en vida del autor. La edición rusa de bolsillo no es sino una astuta operación comercial —como lo es, según Georges Nivat, la edición francesa de Seuil y como lo serían borradores de *Ada*, de Nabokov, o de *En busca del tiempo perdido*, de Proust: rarezas para estudiosos, aptas para un apéndice de variantes al final de la obra en ediciones anotadas —pero nunca sustitutos de la versión original aprobada por el autor.

No sé con qué estado de ánimo se fue Gala Arias de mi casa. Le conté algo de todo esto, poco, para no desalentarla demasiado. Pero no podía ocultárselo.

26 de junio de 2003

Durante el último fin de semana de la Feria del Libro de Madrid —calor sofocante en la caseta de la librería Antonio Machado, donde Kenizé Mourad firmaba decenas de ejemplares de *El perfume de nuestra tierra*, su libro de testimonios sobre la guerra israelí palestina, y yo algunos ejemplares de mis, por así llamarlos, libros— se me acercó una persona.

—Me llamo Yan— me dijo un muchacho sonriente con leve acento mexicano. Me dio su tarjeta y me pidió autorización para llamarme y concertar una entrevista, sin motivo, "Para conocerte más", me dijo.

Acaba de conocerme más. Se llama Yan Monroy, se presentó en casa hace unas horas con un compañero, también mexicano, me mostró el número cero de una revista de viajes que están por sacar y me pidió que le contara mi trayectoria de editor. Contar los orígenes me divierte, como supongo divierte a todo ser humano que no esté del todo descontento de lo

que ha hecho en la vida. Así que les conté mis orígenes y, de digresión en digresión, fuimos a parar a *Guerra y paz.*

—Me acuerdo de mi primera lectura— me interrumpió Jordi Mariscal, el amigo de Yan. —Eran seis o siete tomos…

—¿Amarillos?

—Amarillos…

—¿De qué formato?

—Más bien grandes— y dibujó en el aire un formato que habría podido ser por lo menos de 20 × 30 centímetros.

—¿Y tú dispones de esa edición? Era de Porrúa, ¿verdad?

—Es probable. Están en la biblioteca de mi madre, en México. Habían pertenecido a mi bisabuela. Cuando murió, mi madre se los llevó a su casa. Y hace unos años, yo debía de tener veinte, tomé el primer tomo y ya no lo pude dejar.

—¿Tú crees que podrías hacer venir esos siete tomos a Madrid, para que yo los vea?

—Por supuesto, dalo por hecho.

Nos echamos a reír los tres, emocionados. Les hablé de mi primera lectura de *Guerra y paz* o, más bien, *La guerra y la paz*. Y comprendieron de inmediato que en mí alentaba no sólo la nostalgia de esa época perdida de mi infancia sino la imperiosa curiosidad por cotejar la traducción.

Y desde hace dos o tres horas —soy impaciente— estoy a la espera.

28 de junio de 2003

Ayer visité a Lydia en su nuevo piso. Una inmobiliaria le compró el piso de la Castellana y hace un tiempo se trasladó a éste, que es propiedad de su hija y que no le gusta nada. Esto se suma a esa resistencia universal a cambiar de casa, propia de la gente mayor. Recuerdo la poca gracia que le hizo a mi padre, a sus 88 años, mudarse al piso adyacente al nuestro.

Lydia me hizo un regalo: un medallón con el perfil en relieve de Kutúzov. Hoy, atando cabos al descifrar la inscripción en cirílico al dorso: “Mijaíl Ilariónovich Kutúzov (1747-1813)”, me surgió una idea espeluznante. Una vez expulsado Napoleón de Rusia, en 1812, Kutúzov ya

no tenía nada que hacer y se murió. Al fin de la traducción de la novela me pareció —pero no ayer, en el momento, sino hoy— que Lydia quizá tuviera “el complejo de Kutúzov”… Tenemos que volver a hacer planes.

8 de julio de 2003

Me echo sobre la traducción corregida y me leo las primeras cien páginas. El esquema de trabajo es el siguiente:

1. La novela fue íntegramente retraducida (no hay otra palabra) por Lydia, a partir de la inaceptable versión de Laín Entralgo y Alcántara. En papel.
2. Ricardo di Fonzo aporta en pantalla las correcciones de Lydia y le va devolviendo el texto limpio (en papel).
3. Lydia recorrige —ahora su propia traducción— y hace casi el mismo número de correcciones que en su primera lectura, siempre en papel.
4. Ricardo aporta en pantalla estas nuevas correcciones de Lydia y le pasa el texto (en papel), nuevamente limpio, ya no a Lydia sino a José Luis Casares, corrector “de primeras”. Al mismo tiempo, me pasa esta nueva versión a mí, por Internet.
5. Casares corrige y me pasa las páginas por él corregidas, junto con las correspondientes páginas de Lydia.
6. Yo aporto en pantalla las correcciones de Casares en el archivo que me envió Ricardo por Internet, vuelco el texto así corregido en el gran archivo de la novela entera (cuya plantilla difiere de la de Ricardo), vuelvo a imprimir las páginas de marras y se las paso (sin ningún otro texto que pueda servirle de referencia) a Elsa Otero, correctora, no meramente verificadora, “de segundas”.
7. Elsa hace las segundas correcciones tipográficas (en papel) y me devuelve las páginas corregidas.
8. Yo aporto ahora las correcciones de Elsa y vuelvo a imprimir en limpio.
9. Hago la penúltima lectura (en papel), corrigiendo lunares de estilo, puntuación, leísmos y algún laísmo totalmente excepcional.

10. Y a medida que hago esto, voy completando en pantalla las “notas” en el anexo —o sea: la traducción de lo que está en francés en el texto.
11. Todo este trabajo de ajuste cambia la paginación —alguna línea se alarga, alguna se acorta; debo revisar una última vez el texto (en pantalla) en cuanto a viudas, últimas líneas de párrafo de una sola sílaba, fines de línea repetidos, inicio de capítulos casi a pie de página, etcétera.
12. Por fin, vuelvo a imprimir las páginas en limpio. Con ello, tenemos el texto listo para imprenta. Pero… ¡un momento! ¿Lo tenemos? Creo que todavía no. He de resolver el problema de las cursivas.

El hecho es que estoy leyendo por sexta vez esta novela grandiosa. Es cierto que se trata de una lectura “editorial”, pero justamente por eso me está resultando fascinante párrafo a párrafo. Me permite entrar en los mínimos detalles, descubrir una infinidad de recursos del autor —su ciencia para comenzar o terminar capítulos, por ejemplo, lo que suele llamarse “el efecto teatral”. He aquí un caso, durante la evacuación de Moscú por los rusos:

> Aquella noche llegó a la calle Povárskaia un nuevo herido y Mavra Kuzmínishna, que estaba en la puerta, lo hizo entrar en casa de los Rostov. Aquel herido, en opinión de Mavra Kuzmínishna, debía ser un personaje muy importante. Lo traían en un coche cerrado con la capota bajada. Un anciano ayuda de cámara, de porte respetable, iba en el pescante, junto al cochero. Detrás, en un carro, seguían el médico y dos soldados.
>
> —Entren, por favor. Los señores se van; toda la casa queda vacía— dijo al viejo sentado en el pescante.
>
> —No confiamos siquiera en traerlo con vida— respondió el ayuda de cámara suspirando. —También nosotros tenemos casa en Moscú, pero está lejos y no hay nadie.

> —Entren aquí, por favor. En casa de mis señores. Hay todo lo necesario— dijo ella. —Acaso, ¿está tan mal?— agregó.
>
> —No creemos que llegue con vida— respondió con desaliento el ayuda de cámara. —Hay que preguntarle al doctor.
>
> Bajó del pescante y se acercó al carro.
>
> —Está bien— dijo el médico.
>
> El ayuda de cámara volvió al coche, echó una mirada dentro, movió la cabeza y ordenó al cochero que entrara en el patio; él se detuvo junto a Mavra Kuzmínishna.
>
> —¡Señor mío Jesucristo!— dijo la mujer.
>
> Mavra Kuzmínishna le propuso que llevaran al herido a la casa.
>
> —Los amos no dirán nada…
>
> Pero había que evitar las escaleras y por ello lo llevaron al pabellón y lo instalaron en la antigua habitación de madame Schoss.
>
> Aquel herido era el príncipe Andréi Bolkonski.

Y así acaba el capítulo. Me pregunto: ¿alguien puede no estremecerse leyendo esto?

Y luego está su sentido del humor, deliberadamente sutil, casi hasta hacerlo pasar desapercibido. He aquí la descripción de un *parvenu*:

> Berg, el yerno de los condes Rostov, era ya coronel en posesión de las cruces de San Vladimiro y Santa Ana y seguía ocupando su puesto tranquilo y grato de auxiliar del segundo jefe de la primera sección del Estado Mayor del segundo cuerpo del ejército.

Pero sobre todo uno descubre, una y otra vez, el robusto respaldo que a Tolstói le da la experiencia —nadie, antes o después que él, describe la persecución del lobo con las siguientes palabras:

> La negra Milka, perra de fuertes flancos, apareció la primera al lado de la bestia; comenzó a acosarla. Más cerca, más cerca… Casi tocaba al lobo con su cabeza; pero la fiera apenas si la miró de reojo, y la perra, en vez de acelerar su carrera, como hacía siempre, levantó la cola y frenó apoyándose en las patas delanteras.

Dice que el lobo “apenas si la miró de reojo”. Hablando con amigos escritores, les cito esta frase de Tolstói y se produce un silencio. Luego suelen decir: Bueno, lo que pasa es que Tolstói hollaba tierras vírgenes —me dicen—, nadie había escrito esa frase antes, para describir la caza. Y se produce otro silencio. La verdad es que no hay explicación: la frase habría podido no ser escrita nunca, y Tolstói la escribió.

20 de julio de 2003

Últimos retoques a la primera mitad del texto. Como en el sector de la construcción, lo más largo son las “terminaciones” —zócalos, puntos de luz, barnizado de mampostería, la mar en coche. Ya he hecho e intercalado los cinco mapas; gracias a la “materia prima” proporcionada por Fran Villalba tenemos una lista de personajes (¡unos doscientos!) y un índice con brevísimas glosas del contenido de cada capítulo; y ya está revisada la lista de las “notas” de esta primera mitad. Todo pide verificación (para eso se inventó el mes de agosto), sobre todo en lo atinente a los nombres de personajes y de lugares.

Pero ahora el texto requiere una última lectura por ojos frescos. He hablado con Miguel López quien, en principio, estaría dispuesto a hacerla durante el mes de agosto. Después de su trabajo (en papel) —ya prácticamente no habrá erratas que corregir— yo aportaré en pantalla los retoques de compaginación —serán poquísimos— y entonces, sólo entonces, podremos ir a imprenta.

Acabo de hablar con Eduardo Arroyo para pedirle el retrato de Tolstói que va en cubierta, y me dice que le han dicho que Eduardo Mendoza tiene casi

terminada una traducción de… ¡*Guerra y paz*! No me consta que Eduardo Mendoza sepa ruso, pero intento infructuosamente hablar con él desde hace una hora. Se verá. En todo caso, este libro es una (tal vez inacabable) ristra de sorpresas…

Arroyo me pidió algún retrato veraz de Tolstói y le mandé el de Kranskói, muy realista (tomado del natural en Yásnaia Polyana) y fechado poco tiempo después de la primera edición de *Guerra y paz.*

Estuve en Romanyà Valls el viernes pasado, por otras razones. De lo que no cabe ninguna duda es de la insuperable calidad de esa imprenta. Por ese lado no creo que haya sorpresa alguna.

Suena el timbre. El cartero me entrega la comunicación de que el Ministerio nos otorga una subvención para esta edición de *Guerra y paz*. Es dinero para Lydia, por supuesto.

24 de julio de 2003

Según me dice Ricardo, Lydia sólo tiene que entregarle las últimas ciento cincuenta páginas. Es decir que estamos al final. La novela tendrá unas mil setecientas páginas, a las que hay que sumarle unas ciento cincuenta páginas de anexos: ¡un total de unas mil ochocientas cincuenta páginas! Al ritmo que vamos, intuyo que podremos ir a imprenta a fines de septiembre, con lo que podremos estar en la calle en octubre, tal como estaba programado.

Hablé con Eduardo Mendoza, que se sorprendió mucho del infundio de que él esté traduciendo *Guerra y paz*. Supone que se debe a que, hace tiempo, hizo un prefacio para la novela, editada por Círculo de Lectores —en la traducción de Laín Entralgo y Alcántara, creo que retocada por Ricardo San Vicente. Le conté de nuestro trabajo de más de cuatro años y se mostró extremadamente feliz (sugirió una fiesta en Barcelona para presentar el libro). Considera que *Guerra y paz* es la mejor novela jamás escrita. Le dije: "¡Ya somos dos!". Estuvimos comentando las varias traducciones (juzga muy cursi la de Constance Garnett, cosa que yo atribuyo al envejecimiento) y le aconsejé que leyera la de Einaudi, comenzada por

Enrichetta Carafa d’Andria y terminada por Leone Ginzburg. Dice que la que siempre ha leído es la de “La Pléiade”, de Henri Mongault —que todos dicen que es excelente. La traducción francesa que yo tengo es la de Boris de Schloezer, que también es de Gallimard y también es excelente. Pero le hice notar la desgracia de los franceses, que se ven forzados a poner todo lo que Tolstói puso en francés, en cursiva (de otro modo el francés del original se perdería en el seno del francés de la traducción). Las páginas intimidan por la complejidad tipográfica.

Esto me lleva al problema de las cursivas. Es verdad que muchos han hecho eso, en traducciones a otras lenguas, poner todo lo que está en francés, en cursivas. Pero mi opción, tomada hace pocos días y que explico en una nota al principio del libro, es que lo que Tolstói puso en francés vaya en cursivas cuando el texto sea del narrador; mientras que cuando sean los personajes los que pasan al francés, lo dejemos en francés pero en redonda. Mi único argumento:

la gente no habla en cursivas.

Desde luego que al final, en notas, van todas las traducciones.

Aduzco en mi defensa, además, mi intención de evitar lo que critico de las ediciones francesas y algunas otras lenguas: que un texto tan largo sembrado de tanta cursiva se hace difícil de leer: la página intimida.

También por esta razón, eliminaremos todas las llamadas. Quien en la página X encuentre algo en francés que no comprenda, buscará en las notas la referencia a la página X y allí encontrará las primeras dos o tres o cuatro palabras en francés y la correspondiente traducción al castellano de toda la frase.

Un amigo, temiendo que el texto pase del castellano al francés sin cambio tipográfico, me señala que es esencial facilitar la lectura a la gente. Y yo le respondo: de acuerdo, pero no más de lo que la facilitó Tolstói.

Una sola concesión: las cartas, proclamas, ukases, órdenes de batalla o párrafos largos en francés u otras lenguas, esenciales para la continuidad de la lectura, irán en castellano en el texto. (Pero no en cursivas.) Es el caso

del primer párrafo de la novela, que irá en castellano salvo las primeras palabras: Eh bien, mon prince (que tampoco van en cursiva).

31 de julio de 2003

Ayer me llamó Arroyo para decirme que tiene el dibujo acabado y que me lo manda por MRW. Única indicación: más vale imprimir sobre una cartulina ahuesada, para evitar un fondo blanco demasiado vacío.

Miguel López se llevó ayer las primeras mil ciento noventa páginas. Las leerá durante agosto y seguramente, me tranquiliza, bastante antes de fin de mes, con tiempo para leer el resto en unos diez días. Por su parte, Elsa Otero me devuelve mañana segundas correcciones hasta la página mil trescientos sesenta y dos. Y Casares, por su lado, me entregará mañana otras cien páginas corregidas “de primeras”. Con lo cual estaremos rayando la página mil quinientos. Por lo que me dice Ricardo, Lydia está ya en la recta final de sus segundas correcciones de las últimas cien páginas, lo cual tiende a confirmar que en la primera quincena de septiembre tendremos todo para ir a imprenta y poner el libro en venta en octubre.

Es un trabajo muy complejo y, me doy cuenta, imposible sin que todos pongan en él el alma. Nadie —salvo yo— habrá trabajado gratis, pero Lydia, al final, no habrá cobrado mucho (aun dándole íntegra la subvención del Ministerio) y los demás habrán cobrado lo que son las tarifas de mercado, que también es poco.

¿Cuánto habrá cobrado Tolstói? Era un hombre rico, pero su “editor”, si mal no recuerdo, era su mujer, a quien le cedió en vida los derechos de su obra.

8 de agosto de 2003

El dibujo de Arroyo es notable. A primera vista parece una graciosa caricatura con cuatro toques de color que aumentan la gracia. Pero con apenas un segundo que uno se detenga en los ojos azules, provoca escalofríos: es una mirada fija, fanática y de espanto, tal vez el espanto de la

guerra o, más bien, el clamor severo de un hombre ante la ausencia de moral.

Este retrato de Tolstói tiene además el mérito, en su extremada sencillez, de poder convertirse en lo que los "marketeros" llaman "imagen de marca" (habría que hacer pósters, postales, pañuelos, camisetas, bolígrafos…).

Eduardo ha dejado un espacio por encima del retrato para poner autor y título, algo que yo pensaba no poner en la cubierta. Sin embargo el dibujo, casi vacío si no fuera por esa mirada penetrante, pide ese texto y creo que cederé.

13 de agosto de 2003

Al final del libro se impone una nota de la traductora explicando brevemente su trabajo de cuatro años. He consultado con Lydia y hemos llegado a un texto excelente [*véase* página 1775].

Se ha vuelto un lugar común el no apreciar la calidad literaria del Epílogo de esta novela. Un amigo que sigue este proyecto de cerca me escribe:

> No me gusta nada el final. Supongo que al lector incauto que no cierre lentamente el libro con el pensamiento de Nikóleñka tras horas y horas de sentirse arrollado por una lectura que te reconcilia con la literatura, y se adentre en la "paja mental" de Tolstói, poco interesante por otro lado, puede invadirle una sensación de cabreo como me pasó a mí por primera vez con un libro al sentir que me habían robado el disfrute de terminarlo, cerrar los ojos y nada más…
>
> ¿No ha habido algún editor que se haya permitido el lujo de eliminar manu militari esta parte o no podrías, al menos, deslizar un aviso a navegantes, desgajarlo de alguna manera del tronco del libro?

Le contesto:

> Tu opinión acerca del Epílogo coincide con la de mucha gente. En general, también con la mía, que hago extensiva a toda la obra de Tolstói posterior a *Resurrección*, un fárrago de consideraciones morales bastante descabelladas nacidas de su descubrimiento del cristianismo primitivo.
>
> Sí, ha habido editores que han castrado el libro, creo que quitándole la segunda parte del Epílogo —puesto que la primera contiene material que prolonga la novela. (Los hay, como Juventud, que simple y llanamente redujeron el libro a la tercera parte, pero a ésos no los llamo editores…)
>
> No es mi intención mejorar a Tolstói: que asuma él sus defectos. Lo que quiero es dar la versión entera [639] porque pretendo que mi edición pueda servir de referencia. Ello no obsta para que, como bien me sugieres, introduzca un «aviso para navegantes», y ya veré cómo hacerlo sin entrometerme en la propia obra. Quizás con una nota al final —no al comienzo— del Epílogo. ¡Sería un aviso más bien para náufragos!

Lo vuelvo a pensar y me digo que tampoco puedo poner ese “aviso para náufragos”. ¿Acaso me habría atrevido a hacerlo en vida del autor? ¡Ni siquiera habría osado pedirle permiso para ello! De tan claro, Tolstói fue lapidario: *“Guerra y paz* es lo que el autor ha querido y podido expresar, en la forma en que está expresado”. Como editor, sólo me siento responsable ante el autor. Que hablen los críticos.

9 de septiembre de 2003

Fin. Palabra fatídica. Ricardo di Fonzo me dice que ahora, terminado el trabajo, siente melancolía: “Nos va a faltar *Guerra y paz…”*. Ya lo creo. Recuerdo que cuando en 1977 acabé la lectura del *Quijote* le dije por teléfono a un amigo que me sentía muy triste “por la muerte de Alonso Quijano”.

—¡Eso tiene remedio! Vuelves a la primera página y lo vuelves a leer.

Sin duda tenía razón, es la magia de los libros. No lo hice, pero el solo saber que era posible me alegró el día.

Con *Guerra y paz* la cosa es un poco distinta. Es quizá el libro que más veces leí, y no quiero releerlo ahora mismo, necesito distancia, perspectiva. Me digo que dejaré pasar un año o dos.

Vuelvo a pensar en la segunda parte del Epílogo. Sí, es latosa. Y desde que fue escrita mucha teoría se ha escrito sobre el tema, con lo que ha quedado considerablemente anticuada. No obstante, leída con el cuidado que requiere el trabajo editorial, se comprende que Tolstói no creía que estuviera argumentando una teoría sino, más bien, un punto de vista. Anticipándose a Malraux, escribe abriendo puertas, sugiriendo líneas de exploración. Los hechos que señala son indiscutibles —todo lo que dice sobre las órdenes (que se dan pero no se siguen), sobre la libertad individual y la necesidad histórica, parte de constataciones que me parecen irrefutables, y dejan, eso sí, el trabajo de investigación para quienes lo sigan. Es Malraux *avant la lettre.*

Se me ocurre que esta segunda parte del Epílogo, con todas sus debilidades, debería ser lectura obligatoria para todo político. Y se le debería agregar *Masa y poder*, de Canetti, que en muchos aspectos coincide con Tolstói (sobre todo en cuanto a la autonomía de movimiento de la masa). Son lecturas que tienden a relativizar el papel del político profesional, cosa sana si la hay, visto el ensoberbecimiento habitual de esas personas.

Debo confesar que tampoco esta vez le creo a Tolstói cuando describe una Natasha gorda y en pantuflas… Sí le creo cuando dice que no había perdido su mirada ni su voz, y que las raras veces en que cantaba recuperaba toda la seducción de su adolescencia.

14 de septiembre de 2003

El libro tendrá exactamente 1858 páginas. Mañana mando a terceras correcciones las últimas 500 páginas y dentro de diez días… ¡a imprenta!

Es curioso ver cómo los correctores se resignan difícilmente al estilo de Tolstói. A Tolstói no le asustan las repeticiones, por ejemplo. En nuestra página 1220 dice:

> Lo único que en aquellos momentos deseaba con toda su alma era alejarse lo antes posible de la espantosa impresión de aquel día; volver a sus condiciones de vida habituales, dormirse tranquilamente en su habitación y en su lecho. Estaba convencido de que si volvía a sus condiciones de vida habituales podría comprender cuanto había visto y experimentado. Pero esas condiciones habituales no existían en ninguna parte.

La repetición tres veces de “condiciones habituales” no les parece adecuado a los correctores y, si por ellos fuera, buscarían sinónimos.

Pero Tolstói tiene una retórica muy suya en la que las repeticiones cumplen una función que yo calificaría de “persuasiva”, afín a eso que yo llamo “el histrionismo del gran autor”. Tolstói quiere convencer: más que escribir predica. Quizás eso sea parte esencial de su talento.

Me pregunto si el trabajo que hemos hecho en estos pocos meses desde que el libro entró en correcciones habría sido posible sin la existencia del ordenador. Creo que no. ¿Cómo uniformizar la ortografía de los nombres, por ejemplo, sin ordenador? Supongo que con una “chuleta” —así habrá hecho el propio Tolstói. Salvo que él era dueño de llamar a sus personajes como le viniera en gana, mientras que nosotros teníamos el problema de la transliteración del ruso y, nada despreciable, el problema de los acentos. ¿Drubetskoi o Drubetskói? ¿Condesa Rostov o Rostova? ¿Bolkónskaya o Bolkónskaia? Hemos tenido que hacer cambios de última hora y, sin ordenador, ¿cómo encontrar todos los casos de un nombre mal escrito?

Sin ordenador Tolstói tardó cinco años en escribir la novela. En ningún momento perdió el hilo conductor de cada uno de sus personajes, lo cual es poco menos que prodigioso si se piensa en la evolución a la que Tolstói los somete a lo largo de los quince años que cubre la obra, evolución biológica, intelectual y psicológica. Es lo que Canetti da en llamar “un mundo en la

cabeza” —refiriéndose al protagonista de *Auto de fe*. Miguel Ángel tardó doce años en pintar el cielorraso de la Sixtina, y también él, pintando a distancia de su brazo, habrá tenido el problema de la visión de conjunto de un “lienzo” tan enorme. Sin embargo lo de Tolstói me parece más admirable, porque el tiempo, elemento crucial en una novela y particularmente en *Guerra y paz*, está ausente en el fresco de Miguel Ángel.

7 de octubre de 2003

Pierre Bezújov me hace llegar un texto de treinta páginas extraído del libro *Intellectuals*, de Paul M. Johnson. Es el capítulo 5 y se titula “Tolstói, el hermano mayor de Dios”. En este texto encuentro la frase siguiente:

> Todos [en el ejército] notaban su mirada feroz, implacable, sus ojos a veces terribles; con la mirada era capaz de reducir a cualquiera.

Es la descripción exacta de la mirada que le dio Eduardo Arroyo a Tolstói en su retrato para nuestra cubierta.

En el mismo texto encuentro esta otra frase, que tiene que ver con ese adefesio que circula como *La guerra y la paz* del que hablo en la página 1881:

> La mayor parte de la vasta mole de *Guerra y paz* pasó por al menos siete borradores. *Anna Karénina* tuvo aun más borradores y revisiones, y los cambios eran de fundamental importancia —podemos ver, en estas revisiones sucesivas, cómo, de ser una cortesana antipática, Anna se transforma en la heroína trágica que conocemos.

O sea que los editores ávidos de hacer negocio con *Guerra y paz* pueden confiar en otros seis “hallazgos” para enriquecer sus empresas.

15 de octubre de 2003

Estamos haciendo la cuarta corrección de pruebas. Miguel López, que hizo la tercera, insistió en que quería revisar las pruebas que vinieran de la imprenta, sin cobrar nada por ello. (Otro que puso toda su alma en este trabajo.) Vendrá a mi casa desde hoy, miércoles 15 de octubre, hasta el viernes 17, mañana y tarde. Sin pretender hacer una nueva lectura, verificará líneas cortas, finales o principios de línea repetidos o inaceptables, comas… como si creyese que nuestra edición puede salir (o que debe salir) sin erratas. Su actitud revela un fervor insólito en un corrector pero al que, en el caso de *Guerra y paz*, me he acostumbrado. No tengo la mínima duda: encontrará mucho que corregir, y yo lo seguiré con idéntico fervor —pese a mi convicción de que al libro no le faltarán erratas…

17 de octubre de 2003

Son las siete de la tarde y Miguel acaba de marcharse (con una sonrisa amplia y contagiosa). Ahora me toca aportar, antes del lunes por la mañana, las nuevas correcciones, que efectivamente son muchas: es notable la "profesionalidad" del ojo de corrector de Miguel.

Ya hablé con la imprenta y se aprestan a recibir este nuevo envío el martes y mandarme pruebas definitivas —pero ¿hay algo definitivo en este trabajo?— el miércoles, junto con la prueba color de la cubierta.

20 de octubre de 2003

Durante muchos años colgó en una pared de mi despacho una cita del Eclesiatés:

> *And further, by these, my son, be admonished: of making many books there is no end; and much study is a weariness of*

the flesh.

(Ecles. 12.12)

Una última palabra. Desde ya puedo decir que he dejado una parte de mi salud realizando esta edición de *Guerra y paz*: cerca de mil horas ante el ordenador. Pero afortunadamente esta tarea puede medirse tanto por el dolor de columna y cadera que en este momento me aqueja, como por las mil horas de placer que me ha dado. Soy consciente, por lo demás, de que este libro refleja una gran seguridad de mi parte en la calidad de lo hecho. En realidad se trata, antes que de seguridad, de entusiasmo. Quiero remediarlo suscribiendo aquí las palabras de Lydia Kúper: “Creo que algún día, cuando se haga una nueva versión, también encontrarán fallos en la mía, pero lo cierto es que puse en mi trabajo «toda el alma», como dirían en ruso, a lo largo de muchos años”. Vale.

NB — Me doy cuenta sólo ahora, enviando este libro a imprenta y con la novela de Tolstói a punto de ver la luz, que se cumplen exactamente treinta años desde nuestra edición de *Y otros poemas*, de Jorge Guillén, primer libro con nuestro apellido en el pie editorial. Que otros festejen lo suyo a su manera…

Octubre de 2003

PD: En abril de 2007, un lector como hay pocos, Luis Pérez Turrau, me hizo llegar espontáneamente varias páginas de erratas —afortunadamente menores, pero erratas al fin— que incorporamos en la séptima edición y, desde luego, en esta octava edición. Es otro caso de alguien que puso en *Guerra y paz* toda su alma. Esta edición de la novela es el resultado, como se ve, de una mancomunidad de almas…

Septiembre de 2008

Contenido de los capítulos de Guerra y paz

LIBRO PRIMERO — Primera Parte (pp. 11-158)

- I-VI — Recepción en casa de Anna Pávlovna Scherer, dama de honor de la zarina viuda María Feodórovna. Es el mes de junio. En casa del príncipe Andréi Bolkonski. Francachela en casa de Anatole Kuraguin y Dólojov.
- VII-XI — Fiesta con motivo del santo de Natasha Rostova y de su madre en casa de los Rostov en Moscú. Es el 10 de agosto. Natasha tiene trece años.
- XII — Anna Mijáilovna Drubetskaia y su hijo Borís visitan en su agonía al conde Kiril Vladimírovich Bezújov.
- XIII — Borís Drubetskói se entrevista con Pierre Bezújov.
- XIV-XVII — El mismo día en casa de los Rostov.
- XVIII-XXI — El mismo día en casa del agonizante príncipe Bezújov.
- XXII-XXV — En Lisie-Gori, la finca de los Bolkonski. Es otoño.

LIBRO PRIMERO — Segunda Parte (pp. 161-289)

- I-III — Octubre de 1805. Braunau, ciudad en la ribera del río Inn en la Alta Austria al norte de Salzburgo. Kutúzov pasa revista a las tropas. En el despacho de Kutúzov.
- IV-V — Octubre de 1805. El regimiento de Pavlograd acampa en Saltzenek. En la habitación de Denísov.
- VI-VIII — 23 de octubre de 1805. Retirada del ejército ruso. Batalla de Linz. Las tropas rusas cruzan un puente sobre el río Enns.

- IX-XIII — Batalla en Krems. El príncipe Andréi lleva la noticia de la victoria sobre los franceses a la Corte austríaca en Brünn (Brno). Se aloja en casa del diplomático ruso Bilibin. Entrevista del príncipe Andréi con el kaiser Francisco de Austria. El príncipe Andréi regresa junto al ejército ruso. Entrevista con el mariscal Kutúzov.
- XIV-XV — 14 de noviembre de 1805. Murat propone una tregua. Napoleón ordena romper la tregua. Murat se prepara para atacar al ejército aliado.
- XVI — Antes de la batalla de Schoengraben.
- XVII-XXI — Batalla de Schoengraben. Nikolái Rostov pierde su caballo Grachik y se contusiona una muñeca. La compañía de Timojin rechaza a los franceses. La batería de Tushin resiste al ejército francés. Tushin recoge a Nikolái Rostov herido.

LIBRO PRIMERO — Tercera Parte (pp. 291-425)

- I — Moscú. El príncipe Vasili Kuraguin planea el matrimonio de su hija Elena con Pierre Bezújov. Para ello convence a Pierre de que abandone Moscú y se vaya a vivir con él a San Petersburgo. Fiesta en casa de Anna Pávlovna Scherer.
- II — Noviembre de 1805. Día del cumpleaños de Elena. Se confirma el compromiso de Pierre con Elena. Se casan.
- III-V — Diciembre de 1805. Vasili Kuraguin y su hijo Anatole visitan en Lisie-Gori al príncipe Nikolái Bolkonski. Té con los Kuraguin. Ruptura de la propuesta de compromiso de la princesa María Bolkónskaia con Anatole Kuraguin.
- VI — Moscú. En casa de los Rostov. Llega la carta de Nikolái en la que les comunica que ha sido herido.
- VII — El ejército ruso en Olmütz (Checoslovaquia).
- VIII — Revista de las tropas por el zar Alejando de Rusia y el káiser Francisco de Austria.
- IX — Borís Drubetskói se entrevista con Andréi Bolkonski en Olmütz.

- X — El zar Alejandro pasa por el campamento de Denísov y Nikolái Rostov.
- XI — El zar Alejandro llega enfermo a Wischau.
- XII — El día antes de la batalla de Austerlitz. Weyrother acude a entrevistarse con Kutúzov en su cuartel, un castillo cercano a Ostralitz. Consejo de Guerra, al que Bagration se niega a asistir.
- XIII — Nikolái Rostov, la noche anterior a la batalla de Austerlitz.
- XIV-XVIII — Al amanecer, antes de la batalla de Austerlitz. Batalla de Austerlitz. Kutúzov en Pratz. Kutúzov es herido en la mejilla. El príncipe Andréi Bolkonski, también herido. A Nikolái Rostov se le ordena ir cerca de la aldea de Pratz a recibir órdenes de Kutúzov. Berg es herido en una mano. Nikolái Rostov se entrevista con el zar Alejandro. Derrota de los ejércitos aliados. Dólojov, herido en un brazo. Andréi, tendido en el campo de batalla, herido, ve pasar a Napoleón. Napoleón ordena que lo lleven a un puesto de socorro.

LIBRO SEGUNDO — Primera Parte (pp. 427-501)

- I — A principios de 1806. Nikolái Rostov regresa a Moscú con Denísov.
- II — Nikolái Rostov se divierte en Moscú. Iliá Andréievich Rostov organiza una cena en el Club Inglés en honor de Bagration. Anna Mijáilovna Drubetskaia comenta a los Rostov los coqueteos de Dólojov con Elena Kuráguina.
- III-V — 3 de marzo de 1806. Cena en el Club Inglés. Pierre reta a duelo a Dólojov. Duelo en el bosque Sokólniki.
- VI — Pierre anuncia violentamente a Elena que se va a separar de ella.
- VII-IX — En Lisie-Gori se recibe la noticia de que el príncipe Andréi ha desaparecido. 19 de marzo de 1806: la princesa Lisa Bolkónskaia comienza a dar a luz. Llega el príncipe Andréi. Concluye el parto de la princesa. Nace Nikolái (Nikóleñka, Nikólushka) Bolkonski.
- X — En Moscú. Nikolái Rostov es nombrado ayudante del general gobernador de Moscú. Dólojov se recupera de la herida recibida en

el duelo con Pierre Bezújov. Los Rostov regresan a Moscú después de unas vacaciones. Dólojov se enamora de Sonia.

- XI — Navidad en casa de los Rostov, antes de la partida de Nikolái y Denísov al frente.
- XII — Baile ofrecido por el maestro de baile Joguel en un salón alquilado en el palacio de Pierre Bezújov.
- XIII-XIV — Dólojov da una cena en el Hotel de Inglaterra. Nikolái Rostov juega a las cartas. Pierde 43.000 rublos.
- XV — Nikolái Rostov regresa a su casa. Natasha canta.
- XVI — Nikolái confiesa a su padre que ha perdido mucho dinero en el juego. Denísov se declara a Natasha.

LIBRO SEGUNDO — Segunda Parte (pp. 503-606)

- I — Pierre Bezújov abandona Moscú y se dirige a San Petersburgo. Parada en la posta de Torzhok donde traba amistad con el masón Bazdéiev (Osip Alexéievich).
- II — Conversación entre Pierre Bezújov y Bazdéiev.
- III — Pierre en San Petersburgo. Ingreso en la masonería.
- IV — Rito de iniciación de Pierre en la masonería.
- V — Pierre se entrevista con Vasili Kuraguin. Pierre decide visitar sus posesiones en el campo.
- VI-VII — Velada en casa de Anna Pávlovna Scherer en San Petersburgo. Anna presenta a Borís Drubetskói a sus amistades. Borís Drubetskói entabla amistad con Elena Kuráguina.
- VIII — En Lisie-Gori. El príncipe Bolkonski cede a su hijo Andréi sus propiedades de Boguchárovo. Enferma el pequeño Nikóleñka.
- IX — Andréi recibe una carta del diplomático Bilibin redactada antes de la batalla de Preussich-Eylau (campaña prusiana). El pequeño Nikóleñka se recupera.
- X — Pierre Bezújov se desplaza a sus posesiones en Kiev.
- XI-XIV — Primavera de 1807. Pierre visita al príncipe Andréi Bolkonski en su finca de Boguchárovo. Pierre y Andréi deciden visitar juntos Lisie-Gori. Llegada a Lisie-Gori. En Lisie-Gori.

- XV — Nikolái Rostov regresa al frente prusiano. El ejército ruso se concentra cerca de Bartenstein.
- XVI — Abril de 1807. En el frente prusiano. El ejército ruso en situación miserable. Denísov roba un convoy a otras tropas rusas de infantería. Denísov, herido en una pierna, es llevado al hospital.
- XVII-XVIII — Junio de 1807. Armisticio tras la batalla de Friedland. Nikolái Rostov visita a Denísov en el hospital. En el hospital Nikolái Rostov se encuentra con Tushin, al que han amputado un brazo.
- XIX — Nikolái parte hacía Tilsitt con el objeto de entregar una carta de Denísov pidiendo clemencia al zar Alejandro I. 13 de junio de 1807: entrevista entre el Zar y Napoleón. Borís Drubetskói, en el séquito del Zar.
- XX — 27 de junio de 1807. Firma de la paz de Tilsitt. Nikolái Rostov entrega la carta de Denísov.
- XXI — Napoleón condecora al soldado ruso más valiente en la campaña.

LIBRO SEGUNDO — Tercera Parte (pp. 607-710)

- I — 1808: El Zar se desplaza a Erfurt. En 1809 las tropas rusas se alian a las de Napoleón para atacar Austria. Primavera de 1809. El príncipe Andréi Bolkonski, en Boguchárovo. Andréi se desplaza a Riazán a visitar las posesiones de su hijo.
- II — El príncipe Andréi Bolkonski visita a los Rostov en su finca de Otrádnoie y conoce a Natasha.
- III — Andréi regresa a Boguchárovo.
- IV — Agosto de 1809. Andréi regresa a San Petersburgo. Entrevista con Arakchéiev.
- V — Andréi, nombrado vocal del Comité de Reglamentos militares. Conoce a Speranski.
- VI — Andréi visita a Speranski en su casa.
- VII — Pierre, decepcionado de la masonería, marcha al extranjero para estudiarla en profundidad. Regresa a San Petersburgo el verano

de 1809. Habla ante la logia.

- VIII — Pierre recibe una carta del príncipe Vasili Kuraguin en la que le pide que se reconcilie con su hija Elena. Pierre se desplaza a Moscú para entrevistarse con el masón Osip Alexéievich. A su regreso a San Petersburgo recibe a Elena en su casa.
- IX — Elena triunfa de nuevo en la alta sociedad de San Petersburgo.
- X — Diario de Pierre. Drubetskói, con veinticuatro años, ingresa en la logia.
- XI — Los Rostov, en San Petersburgo. Berg pide la mano de Vera Rostova.
- XII — Natasha tiene dieciséis años (1809). Borís Drubetskói visita a los Rostov.
- XIII — Natasha confiesa a su madre que está enamorada de Borís Drubetskói.
- XIV — 31 de diciembre de 1809. Un día antes de una gran fiesta ofrecida por un cortesano (el príncipe Narishkin) de tiempos de Catalina la Grande.
- XV-XVII — Los Rostov acuden a la fiesta. Natasha baila con Andréi Bolkonski, con Borís Drubetskói y de nuevo con Andréi. Pierre Bezújov, desasosegado.
- XVIII — Andréi Bolkonski recibe en su casa a Bitski. Speranski invita a Andréi a comer en su casa. Se comenta la invasión de España por Napoleón.
- XIX — Andréi visita a los Rostov.
- XX-XXI — Berg visita a Pierre y lo invita a cenar en su casa. Cena en casa de Vera Rostova y Berg. Juego de cartas. Vera habla con Andréi. De nuevo se menciona la invasión de España por Napoleón.
- XXII — Andréi almuerza con los Rostov. Natasha y Andréi se enamoran. Fiesta en casa de Elena Kuráguina y Pierre Bezújov. Andréi confirma a Pierre que ama a Natasha.
- XXIII — Andréi visita a su padre en Lisie-Gori para pedirle su consentimiento para casarse con Natasha. Natasha sufre por la ausencia de Andréi. Andréi visita a los Rostov y pide la mano de Natasha.

- XXIV — Andréi frecuenta la casa de los Rostov. Andréi con Pierre; acude a casa de los Rostov a despedirse antes de marcharse al extranjero.
- XXV — En Lisie-Gori. El príncipe Nikolái Andréievich Bolkonski, cada vez más malhumorado y enfermo. La princesa María escribe dando el pésame a su amiga Ju lie Karáguina, que ha perdido a un hermano en Turquía.
- XXVI — La princesa María Bolkónskaia recibe una carta de Andréi desde Suiza en la que le comunica su compromiso con Natasha. El príncipe Nikolái se enoja.

LIBRO SEGUNDO — Cuarta Parte (pp. 711-778)

- I — 1810. Nikolái Rostov, destacado en Ucrania (Kremenchug), recibe una carta de sus padres anunciándole el compromiso de Natasha. Nikolái, antes de partir, celebra una fiesta con su regimiento de Pavlograd. Nikolái visita a sus padres en Otrádnoie.
- II-VII — En Otrádnoie. Altercado de Nikolái Rostov con Míteñka (Vasili Dmítrievich). 15 de septiembre de 1810, antes de una partida de caza. La partida de caza. Tras la partida de caza, un tío lejano de los Rostov, Mijaíl Nikanórovich, invita a Natasha, Nikolái y Petia a su casa en la aldea Mijailovka. Natasha baila.
- VIII — Dificultades económicas del conde Rostov. La condesa Rostova planea la boda de su hijo Nikolái con Julie Karáguina. Carta de Andréi Bolkonski desde Roma.
- IX — Navidad en Otrádnoie.
- X-XI — Natasha y Nikolái recuerdan su infancia. Todos se disfrazan. Visita a casa de Meliúkova.
- XII — Regreso a Otrádnoie.
- XIII — Después de las Navidades. Nikolái confiesa a su madre su amor por Sonia y se reincorpora al ejército. Finales de enero: el conde Rostov, Natasha y Sonia parten hacia Moscú.

LIBRO SEGUNDO — Quinta Parte (pp. 779-872)

- I — Pierre, hastiado de San Petersburgo, se marcha a Moscú.
- II — Principios del invierno. El anciano príncipe Bolkonski y su hija María llegan a Moscú. El príncipe intima con Mademoiselle Bourienne.
- III — 1811. El doctor Métivier visita al anciano príncipe Bolkonski el día de su onomástica. Almuerzo ofrecido por el anciano príncipe Bolkonski.
- IV — Tras el almuerzo, confidencias entre la princesa María y Pierre Bezújov.
- V — Borís Drubetskói desea casarse con un buen partido en Moscú. Para ello se aproxima a Julie Karáguina. Julie provoca los celos de Borís con Anatole Kuraguin. Borís se declara a Julie.
- VI — El conde Rostov, Natasha y Sonia llegan a Moscú. Se alojan en casa de Mme Ajrosímova. El conde Rostov se va a su finca de Márinskoie.
- VII — A instancias de Mme Ajrosímova, el conde Rostov y Natasha visitan al anciano príncipe Bolkonski.
- VIII-X — Ajrosímova invita a los Rostov a la ópera. En la ópera. Elena Kuráguina presenta a su hermano Anatole a los Rostov.
- XI — Anatole, forzado por su padre a abandonar San Petersburgo, vive en Moscú en casa de Pierre. Se habla de su boda en Polonia.
- XII — Domingo en casa de Mme Ajrosímova. Mme Ajrosímova visita al anciano príncipe Bolkonski. Elena visita a los Rostov y los invita a una velada en su casa.
- XIII — Velada en casa de Elena.
- XIV — Mme Ajrosímova sugiere a los Rostov que regresen a Otrádnoie. Natasha recibe una carta de Anatole Kuraguin.
- XV — Sonia lee la carta de Anatole Kuraguin a Natasha. Natasha rompe su compromiso con Andréi Bolkonski. Sonia descubre que Natasha planea huir con Anatole Kuraguin.
- XVI — En casa de Dólojov. Anatole prepara el secuestro de Natasha.

- XVII — Frustrado el secuestro de Natasha.
- XVIII — Mme Ajrosímova reprocha a Natasha su actitud. Los Rostov posponen su regreso a Otrádnoie.
- XIX — Mme Ajrosímova escribe a Pierre Bezújov para que la visite. Pierre, de camino a casa de Mme Ajrosímova, se cruza en la calle con Anatole Kuraguin y Dólojov. Natasha habla con Pierre.
- XX — Pierre zarandea a Anatole en su casa.
- XXI — Pierre visita de nuevo a Mme Ajrosímova. Anatole Kuraguin abandona Moscú. El príncipe Andréi Bolkonski regresa a Moscú. Pierre se entrevista con él. Speranski, deportado a Siberia.
- XXII — Pierre visita a los Rostov.

LIBRO TERCERO — Primera Parte (pp. 873-989)
- I — Reflexión sobre la guerra.
- II — 29 de mayo de 1812: Napoleón sale de Dresde. 10 de junio de 1812: Napoleón se reúne con sus tropas en el bosque de Wilkowis. 13 de junio de 1812: Napoleón atraviesa el Niemen y llega hasta el Vístula.
- III — El zar Alejandro, en Vilna (Lituania). Entre su séquito se encuentran Elena, que es ahora la protegida de un importante personaje de la Corte, y Borís Drubetskói. Bálashov anuncia al Zar que Napoleón ha cruzado el Niemen.
- IV — Bálashov parte para entrevistarse con Napoleón. Entrevista con Murat.
- V-VI — Bálashov se entrevista con Davout; con Napoleón, en Vilna. Bálashov es invitado a almorzar por Napoleón. Referencia a España.
- VII — Comienza la guerra.
- VIII — El príncipe Andréi Bolkonski, en San Petersburgo. Tras entrevistarse con Kutúzov, parte para Turquía. Kutúzov, en Bucarest. Andréi regresa a Rusia y visita Lisie-Gori. Discordias en la familia Bolkonski.
- IX — El príncipe Andréi Bolkonski llega al Cuartel General del Ejército a orillas del Drissa (Dvina) el mes de julio.

- X — Andréi acude a informar al Zar de la campaña de Turquía. Reunión de los mandos del ejército ruso.
- XI — Andréi, con los mandos del ejército ruso. Reflexiones de Andréi sobre los militares.
- XII Nikolái Rostov recibe una carta de sus padres. 13 de julio de 1812: primer enfrentamiento serio con las tropas francesas.
- XIII — Nikolái Rostov, en un mesón con sus compañeros y María Enríkovna.
- XIV-XV — Orden de que el ejército parta hacia la aldea de Ostrovna. Batalla de Ostrovna. A Nikolái Rostov le conceden la Cruz de San Jorge.
- XVI — La condesa Rostova y su hijo Petia se trasladan a Moscú. Natasha, muy enferma.
- XVII — Recuperación de Natasha.
- XVIII — Domingo, 11 de julio de 1812. Los Rostov van a la iglesia de los Razumovski.
- XIX — La vida de Pierre Bezújov en Moscú. Pierre acude a visitar a los Rostov y les anuncia que a Nikolái lo han condecorado con la Cruz de San Jorge.
- XX — Pierre vuelve a visitar a los Rostov. Natasha comienza a cantar. Petia Rostov, de quince años, desea alistarse. Pierre se siente enamorado de Natasha.
- XXI — Petia Rostov acude al Kremlin con la intención de ver desde la multitud al Zar.
- XXII-XXIII — 15 de julio de 1812: reunión de la nobleza y los comerciantes en el palacio Slobodski a la que acude Pierre Bezújov. Llegada del Zar a la reunión. El conde Rostov alista a su hijo Petia en el ejército.

LIBRO TERCERO — Segunda Parte (pp. 991-1189)

- I — Reflexiones sobre la invasión de Rusia por Napoleón. Se deterioran las relaciones de Bagration con Barclay de Tolly. Batalla de Smolensk.

- II-III — En Lisie-Gori. La princesa María Bolkónskaia recibe una carta de Julie Karáguina informándola de que se ha casado con Borís Drubetskói. El anciano príncipe Bolkonski da muestras de senilidad. El príncipe rememora el pasado.
- IV — 4 de agosto de 1812: Alpátich es enviado a Smolensk. Alpátich visita al gobernador de Smolensk. Bombardeo de Smolensk. Alpátich se encuentra con el príncipe Andréi Bolkonski.
- V — 10 de agosto de 1812: el ejército ruso, en retirada. La familia Bolkonski se prepara para abandonar Lisie-Gori. Andréi Bolkonski visita Lisie-Gori saqueada. Los soldados se bañan en una charca sucia. El príncipe Bagration desde su campamento de Mijailovka escribe una carta a Arakchéiev.
- VI — En San Petersburgo, en los salones de Anna Pávlovna Scherer y de Elena Kuráguina. 8 de agosto de 1812: Kutúzov es nombrado generalísimo de todos los ejércitos rusos.
- VII — Los franceses avanzan hacia Moscú. Lavrushka es capturado por los franceses y presentado a Napoleón, que lo libera.
- VIII — El anciano príncipe Bolkonski se niega a abandonar Lisie-Gori. Enferma y es llevado a Boguchárovo. Fallece el 15 de agosto de 1812.
- IX-XII — Los habitantes de Boguchárovo, a favor de los franceses. La princesa María, desolada, decide partir a Moscú. Dron, stárosta de la aldea, se niega a prestar caballos que transporten a la princesa María a Moscú. La princesa María se entrevista con Dron. La princesa María habla a los campesinos y reflexiona sobre la muerte de su padre.
- XIII-XIV — 17 de agosto de 1812: Nikolái Rostov e Ilín van a Boguchárovo. Nikolái visita a la princesa María. Nikolái se enfrenta a los campesinos y consigue caballos para la princesa. Entrevista de Nikolái con la princesa María.
- XV-XVI — Kutúzov llama al príncipe Andréi Bolkonski a su Cuartel General en Tsárevo-Záimische. Andréi se encuentra con Denísov. Llega Kutúzov. Éste, después de almorzar, se entrevista con el príncipe Andréi.

- XVII — En Moscú, en casa de Julie Karáguina. Acude Pierre Bezújov.
- XVIII — Pierre regresa a su casa, donde sólo vive ya la mayor de las princesas que cuidaban a su padre. Pierre y los Rostov son los únicos que no han abandonado Moscú. 24 de agosto de 1812 (fecha de la batalla del reducto de Shevardinó): Pierre parte a visitar a sus tropas en Mozhaisk.
- XIX — Reflexiones sobre las batallas de Shevardinó y Borodinó.
- XX — Pierre abandona Mozhaisk.
- XXI — Pierre llega a Borodinó. Las tropas se postran ante la Virgen de Iverisk.
- XXII — Pierre y Borís Drubetskói. Dólojov aparece y pide perdón a Pierre.
- XXIII — Pierre en el reducto de Raievski.
- XXIV-XXV — El príncipe Andréi Bolkonski se encuentra con Pierre en la aldea de Kniazkovo. Después con Timojin, Wolzogen y Klausevitz. Reflexiones de Andréi sobre los prisioneros. Reflexiones sobre la guerra. Pierre parte. Andréi recuerda a Natasha.
- XXVI — 25 de agosto de 1812, víspera de la batalla de Borodinó. Napoleón, con Beausset y el coronel Fabvier en Valúievo. Fabvier narra a Napoleón la batalla de Salamanca.
- XXVII — Napoleón da órdenes para la batalla. Crítica de Tolstói a dichas órdenes.
- XXVIII — Reflexiones de Tolstói sobre la batalla de Borodinó.
- XXIX — Napoleón, resfriado, marcha al reducto de Shevardinó. Comienza la batalla.
- XXX-XXXIX — Pierre duerme en Gorki. Pierre contempla la batalla. Pierre sigue a un general ruso a un vado. Pierre se une al ayudante del general Raievski. En el reducto de Raievski. Pierre, en la batalla. Napoleón contempla la batalla. Napoleón, descontento con el curso de la batalla, decide intervenir en ella personalmente. Kutúzov, durante la batalla. Wolzogen lo informa sobre la situación. Kutúzov ordena atacar al ejército francés el día siguiente. El príncipe Andréi Bolkonski con sus tropas, detrás de Semiónovskoie. Las tropas de

Andréi extenuadas. Andréi, herido por una granada en el vientre, es transportado al hospital de campaña. Andréi, en el hospital de campaña. A su lado amputan la pierna a Anatole Kuraguin. Andréi comprende el sentido del amor al prójimo. Napoleón da órdenes. Carta de Napoleón, escrita desde Santa Elena, sobre la cruzada rusa. Reflexiones de Tolstói sobre el final de la batalla de Borodinó.

LIBRO TERCERO — Tercera Parte (pp. 1191-1343)

- I — Reflexiones de Tolstói sobre la Historia.
- II — Las fuerzas unidas de una docena de pueblos de Europa entran en Rusia. El ejército ruso, en retirada. El ejército francés se aproxima a Moscú.
- III — Se discute la posibilidad de abandonar Moscú. Se vuelve a mencionar la batalla de Salamanca y el sitio de Zaragoza. Kutúzov parte para Fili.
- IV — Consejo de Fili. Kutúzov decide abandonar Moscú al enemigo.
- V — Los adinerados abandonan Moscú. Rastopchin intenta disuadirlos.
- VI — Elena, que había intimado en Vilna con un príncipe extranjero, regresa a San Petersburgo. Se hace católica.
- VII — Elena se siente libre para contraer nuevo matrimonio. Mme Ajrosímova afea la conducta de Elena en público. Elena escribe a Pierre pidiéndole el divorcio y anunciándole su intención de casarse con un alto dignatario de la Corte.
- VIII — Pierre, después de la batalla de Borodinó, entre los soldados.
- IX — Pierre regresa a Mozhaisk. Reflexiones de Pierre. Se entera de la supuesta muerte del príncipe Andréi Bolkonski.
- X-XI — 30 de agosto de 1812: Pierre regresa a Moscú. Rastopchin le pide que lo visite. Historia del panfleto del hijo de Vereschaguin. Rastopchin indica a Pierre que abandone la masonería y a sus amigos masones. Pierre regresa a casa. Pierre en paradero desconocido.

- XII — La condesa Rostova teme por la vida de sus hijos en campaña. Carta de Nikolái en la que narra su encuentro con la princesa María Bolkónskaia.
- XIII — 31 de agosto de 1812: los Rostov se disponen a abandonar Moscú. Natasha consigue que los soldados heridos se alojen en la casa.
- XIV — Mme Schoss regresa a casa de los Rostov tras visitar a su hija. Los Rostov embalan sus enseres. Sin que los Rostov lo sepan, entre los heridos está el príncipe Andréi Bolkonski.
- XV — Domingo 1 de septiembre de 1812: el conde Rostov, a instancias de Natasha, manda descargar los carros de sus enseres personales para transportar a los soldados heridos.
- XVI — Berg visita a los Rostov.
- XVII — Sonia, enterada de que el príncipe Andréi está entre los heridos, informa a la condesa Rostova. Se lo ocultan a Natasha. Al abandonar Moscú se cruzan con Pierre Bezújov.
- XVIII — Pierre se aloja en casa del difunto masón Bazdéiev Compra una pistola.
- XIX — Kutúzov ordena a las tropas rusas retroceder al camino de Riazán. 2 de septiembre: desde el monte Poklónnaia Napoleón contempla Moscú.
- XX — Moscú, vacía como una colmena sin abeja reina.
- XXI — Las tropas rusas cruzan Moscú.
- XXII — Unos criados en la casa vacía de los Rostov. Un soldado, pariente de los Rostov, les pide ayuda.
- XXIII — En una taberna, varios obreros y un herrero. Altercado.
- XXIV-XXV — Rastopchin, tras entrevistarse con Kutúzov, regresa a Moscú. Juicio de Tolstói sobre la conducta de Rastopchin. Rastopchin ordena que traigan a su presencia al reo Vereschaguin. Rastopchin provoca el linchamiento de Vereschaguin. Unos locos se acercan a la carroza de Rastopchin. Rastopchin con Kutúzov.
- XXVI — Las tropas francesas, encabezadas por Murat, entran en Moscú. Reflexiones de Tolstói sobre los motivos del incendio de Moscú.

- XXVII — Unos soldados franceses llegan al barrio en el que ahora vive Pierre Bezújov. Makar Alexéievich coge la pistola de Pierre.
- XXVIII — Dos franceses entran en la casa en que se aloja Pierre. Makar Alexéievich intenta matar a uno de ellos, llamado Ramballe.
- XXIX — Pierre y Ramballe. Ramballe narra su vida amorosa a Pierre. Pierre recuerda a Natasha. 2 de septiembre de 1812: comienza el incendio de Moscú.
- XXX — Los Rostov en Mitischi, a veinte verstas de Moscú. Se divisa el incendio de Moscú.
- XXXI-XXXII — Los Rostov, informados del incendio. Sonia revela a Natasha que el príncipe Andréi está entre los heridos. Natasha lo va a visitar durante la noche. Andréi reflexiona y delira. Natasha junto a su lecho. Continúa la huida de los Rostov.
- XXXIII-XXXIV — 3 de septiembre de 1812: Pierre Bezújov, armado con un puñal, busca a Napoleón para asesinarlo y salva a una niña de un incendio. Entrega la niña a una mujer y defiende a una familia armenia del acoso de los soldados franceses. Es arrestado.

LIBRO CUARTO — Primera Parte (pp. 1345-1420)

- I — Velada en casa de Anna Pávlovna Scherer, en San Petersburgo, el 26 de agosto de 1812. Se comenta que Elena Kuráguina está enferma.
- II — Cumpleaños del Zar. Carta de Kutúzov informándolo de la victoria en Borodinó. Muere Elena Kuráguina de angina de pecho. Llega la noticia del abandono de Moscú. Carta de Rastopchin al Zar.
- III — Michaux, enviado por Kutúzov, informa al Zar del abandono de Moscú.
- IV-V — Reflexiones de Tolstói sobre la situación de Rusia entonces. Nikolái Rostov llega a Vorónezh con el propósito de comprar caballos para el ejército. Fiesta en casa del gobernador de Vorónezh. Nikolái flirtea durante la fiesta con la mujer de un funcionario. En la fiesta una tía materna de la princesa María Bolkónskaia lo invita a

su casa. La mujer del gobernador sugiere a Nikolái que podría pedir la mano de la princesa María.

- VI — Nikolái Rostov, con la princesa María, en casa de su tía.
- VII — La princesa María recibe la noticia de que su hermano Andréi está herido. Nikolái Rostov habla con ella en la iglesia. Nikolái recibe una carta de Sonia en la que lo libera de su compromiso para con ella. Nikolái acompaña a la princesa María a Yaroslavl.
- VIII — Motivos de la carta de Sonia a Nikolái. Los Rostov en el monasterio de Troitsa.
- IX — Pierre es detenido.
- X — 8 de septiembre de 1812: Pierre ante Davout.
- XI — En el campo de Dievitchie. Fusilamientos.
- XII-XIII — Pierre es conducido a un barracón. Platón Karatáiev narra a Pierre su vida. Descripción de Karatáiev.
- XIV — La princesa María parte hacia Yaroslavl. Llegada a Yaroslavl.
- XV — La princesa María y Natasha visitan al príncipe Andréi.
- XVI — Reflexiones del príncipe Andréi. Natasha junto al príncipe. El príncipe fallece.

LIBRO CUARTO — Segunda Parte (pp. 1421-1485)

- I — Reflexiones de Tolstói sobre las tropas rusas tras Borodinó.
- II — La marcha de flanco del ejército ruso en Krasnia Pajrá.
- III — 2 de octubre de 1812: carta del Zar a Kutúzov.
- IV — Baile ofrecido por el general Kikin en Echkino.
- V — Kutúzov, antes de la escaramuza de Tarútino.
- VI — Los cosacos a las órdenes del conde Orlov-Denísov atacan a los franceses.
- VII — Reflexiones de Tolstói sobre la escaramuza de Tarútino.
- VIII — Reflexiones de Tolstói sobre Napoleón en Moscú.
- IX-X — Edicto de Napoleón a los moscovitas. Fracaso de las instrucciones dadas por Napoleón para mantener el orden en Moscú. Napoleón decide abandonar la ciudad.

- XI-XII — 6 de octubre de 1812. Pierre, en los barracones. Reflexiones de Pierre.
- XIII — Noche del 6 al 7 de octubre de 1812: los franceses se preparan para abandonar Moscú. Pierre y los demás prisioneros, llevados por las tropas francesas.
- XIV — Las tropas francesas y sus prisioneros, en el camino de Kaluga.
- XV — Tolstói elogia a Dojtúrov.
- XVI-XIX — Boljovitínov se acerca a Letashevka a recibir órdenes de Kutúzov. Boljovitínov informa a Kutúzov de que los franceses han abandonado Moscú. Los franceses, en el camino de Smolensk.

LIBRO CUARTO — Tercera Parte (pp. 1487-1550)

- I — Reflexiones de Tolstói sobre la campaña.
- II — Más reflexiones sobre la campaña. Mención de la guerrilla española.
- III-XI — Comienza la guerra de guerrillas contra el ejército francés en Rusia. 22 de octubre de 1812. Denísov, al frente de un grupo de guerrilleros, se une a Dólojov para atacar un convoy francés. Denísov y Petia Rostov. Denísov y Petia Rostov, en Shámshevo. Llega Tijón. Petia narra sus peripecias desde que abandonó Moscú. Petia se apiada de un joven tambor francés. Llega Dólojov. Petia se le une en una batida. Dólojov y Petia con las tropas francesas. Petia regresa junto a Denísov. Denísov con sus guerrilleros y Petia Rostov deciden atacar a los franceses. Petia muere de un balazo en el cráneo. Pierre Bezújov, liberado.
- XII-XIV — Narración de lo acontecido a Pierre Bezújov antes de su liberación. Pierre reflexiona sobre la felicidad. Una historia de Karatáiev. Karatáiev es fusilado.
- XV — Liberación de Pierre. Los franceses, prisioneros de los guerrilleros.
- XVI La retirada de los franceses a partir del 28 de octubre de 1812, Carta de Berthier a Napoleón.

- XVII — Continúa la retirada de los franceses.
- XVIII-XIX — Consideraciones sobre la actitud de Napoleón en la retirada de sus tropas. ¿Por qué el ejército ruso no destruyó al de Napoleón?

LIBRO CUARTO — Cuarta Parte (pp. 1553-1627)

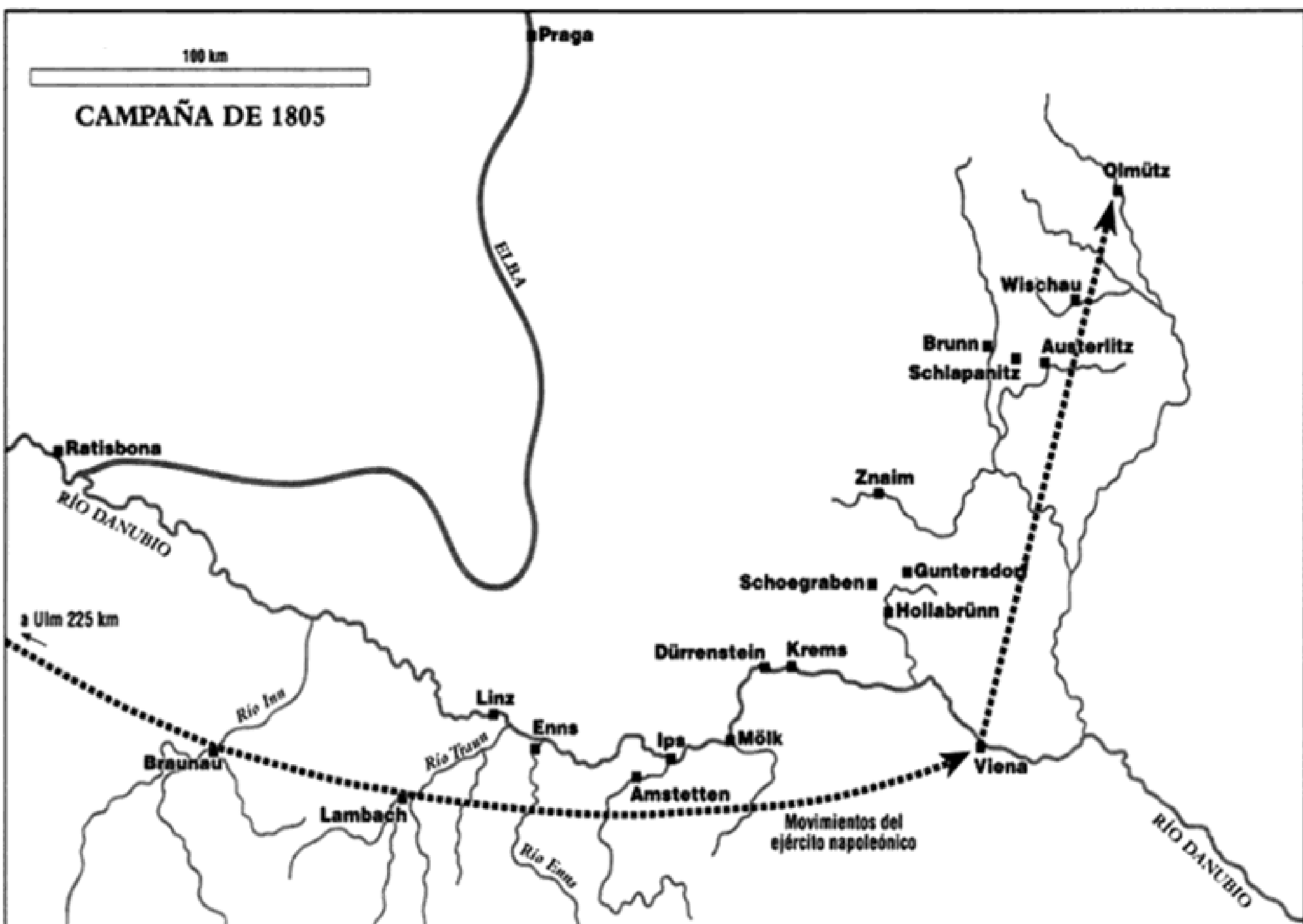
- I — Natasha Rostova y María Bolkónskaia, tras la muerte de Andréi Bolkonski.
- II — Los Rostov reciben la noticia de que Petia ha muerto.
- III — La princesa María Bolkónskaia retrasa su regreso a Moscú. Natasha y María, más unidas. Natasha y María parten para Moscú.
- IV-VII — Kutúzov y sus tropas tras los franceses en Krasnoie. Juicio sobre Kutúzov. Batalla de Krásnoie. Arenga de Kutúzov a las tropas. 8 de noviembre de 1812: último día de la batalla de Krásnoie.
- VIII — Los soldados vivaquean.
- IX — Los soldados rusos de la 5.ª compañía, la misma noche. Llegan un oficial y un soldado franceses. Son Ramballe y su asistente Morel.
- X — Descomposición del ejército francés. El paso del Berezina.
- XI — 29 de noviembre de 1812: Kutúzov entra en Vilna. 7 de diciembre de 1812: el zar Alejandro I y su séquito llegan a Vilna. Kutúzov y el Zar.
- XII — Banquete y baile ofrecidos por Kutúzov. Muerte de Kutúzov.
- XIII-XIV — Pierre, enfermo en Orel. Reflexiones de Pierre. Villarski lo visita.
- XV — Finales de enero de 1813: los moscovitas regresan a Moscú y se dedican al saqueo de la ciudad.
- XVI-XVIII — Pierre llega a Moscú. Visita a la princesa Bolkónskaia. Encuentro con Natasha. María y Natasha narran a Pierre los últimos días de Andréi Bolkonski. Pierre cena con la princesa María y Natasha y les narra sus andanzas durante la ocupación de Moscú.
- XIX— Pierre en su casa. Pierre come con la princesa María y Natasha. Al marcharse, informa a la princesa de que ama a Natasha.

● XX — Pierre marcha a San Petersburgo.
● XXI — Natasha feliz por el amor de Pierre.

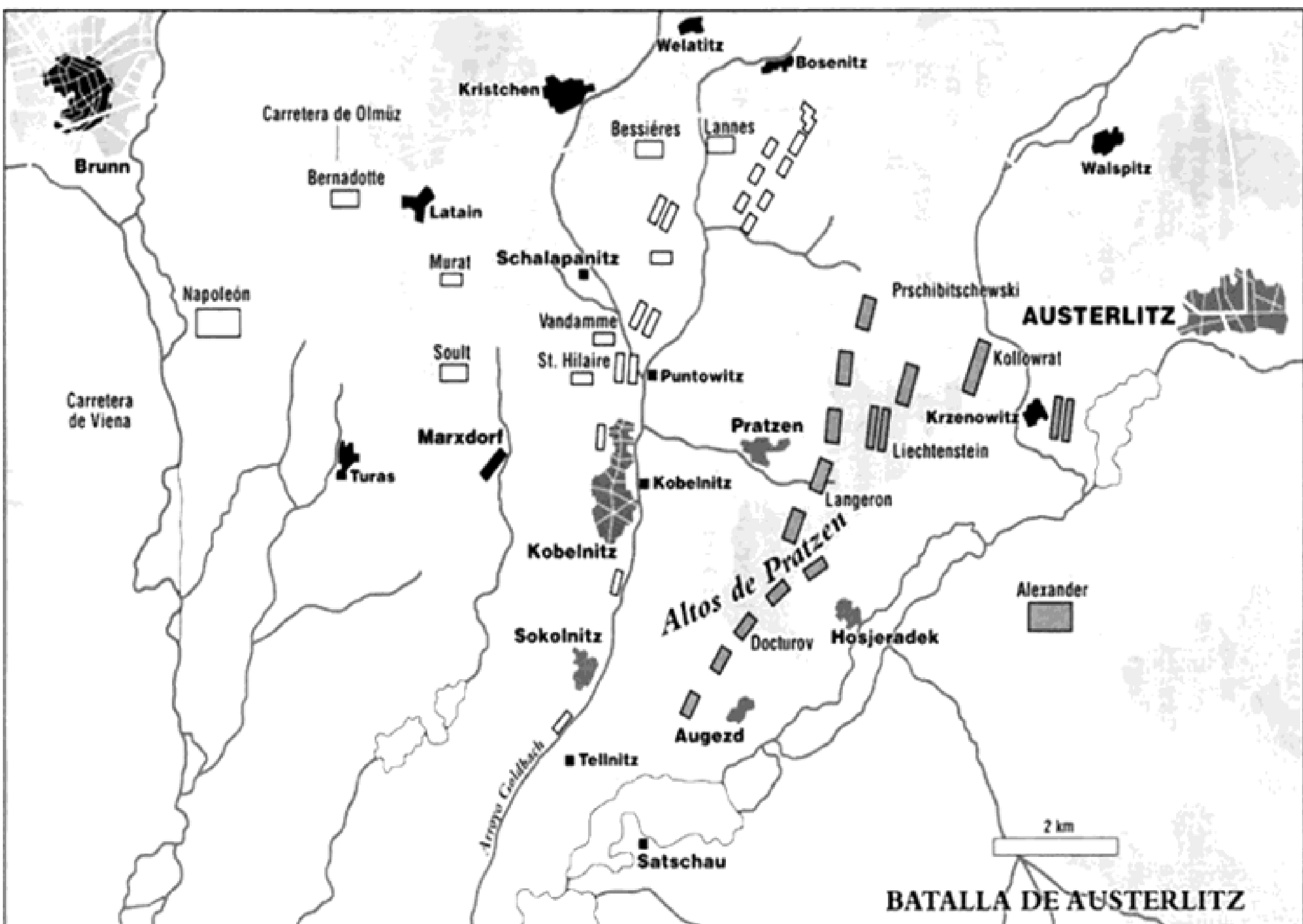
EPÍLOGO — Primera Parte (pp. 1631-1704)
● I-IV — Siete años después. 1820. Reflexiones de Tolstói sobre el zar Alejandro I, sobre los acontecimientos narrados en la novela y sobre Napoleón.
● V — Boda de Natasha y Pierre en 1813. Muere el conde Rostov. Nikolái, desde París, donde se encuentra con las tropas rusas, regresa a Moscú. Los Rostov, en lamentable situación económica. Natasha y Pierre viven en San Petersburgo.
● VI — La princesa María Bolkónskaia llega a Moscú.
● VII-VIII — Otoño de 1814: María Bolkónskaia y Nikolái Rostov se casan. Se establecen en Lisie-Gori. 1820: Nikolái Rostov ha saldado todas las deudas de los Rostov. Violencia del carácter de Nikolái con los campesinos. Sonia vive con Nikolái y María.
● IX-XI — 5 de diciembre de 1820: Pierre Bezújov, Natasha Rostova, sus hijos y Denísov, en Lisie-Gori. Felicidad conyugal. Natasha, madre de familia. Pierre, llamado a San Petersburgo. Regreso de Pierre.
● XII — Nikóleñka, hijo del príncipe Andréi Bolkonski y Lisa Meinen, adora a Pierre. Pierre distribuye regalos comprados en San Petersburgo.
● XIII — La anciana condesa Rostova.
● XIV — Una verdadera familia. Se comenta la situación de Rusia.
● XV — Cena familiar. La princesa María y Nikolái Rostov.
● XVI — Natasha y Pierre. Nikóleñka Bolkonski medita.

EPÍLOGO — Segunda Parte (pp. 1705-1761)
● I — Análisis histórico.
● II — ¿Qué mueve a los pueblos?
● III XII — Más consideraciones históricas.

Mapas

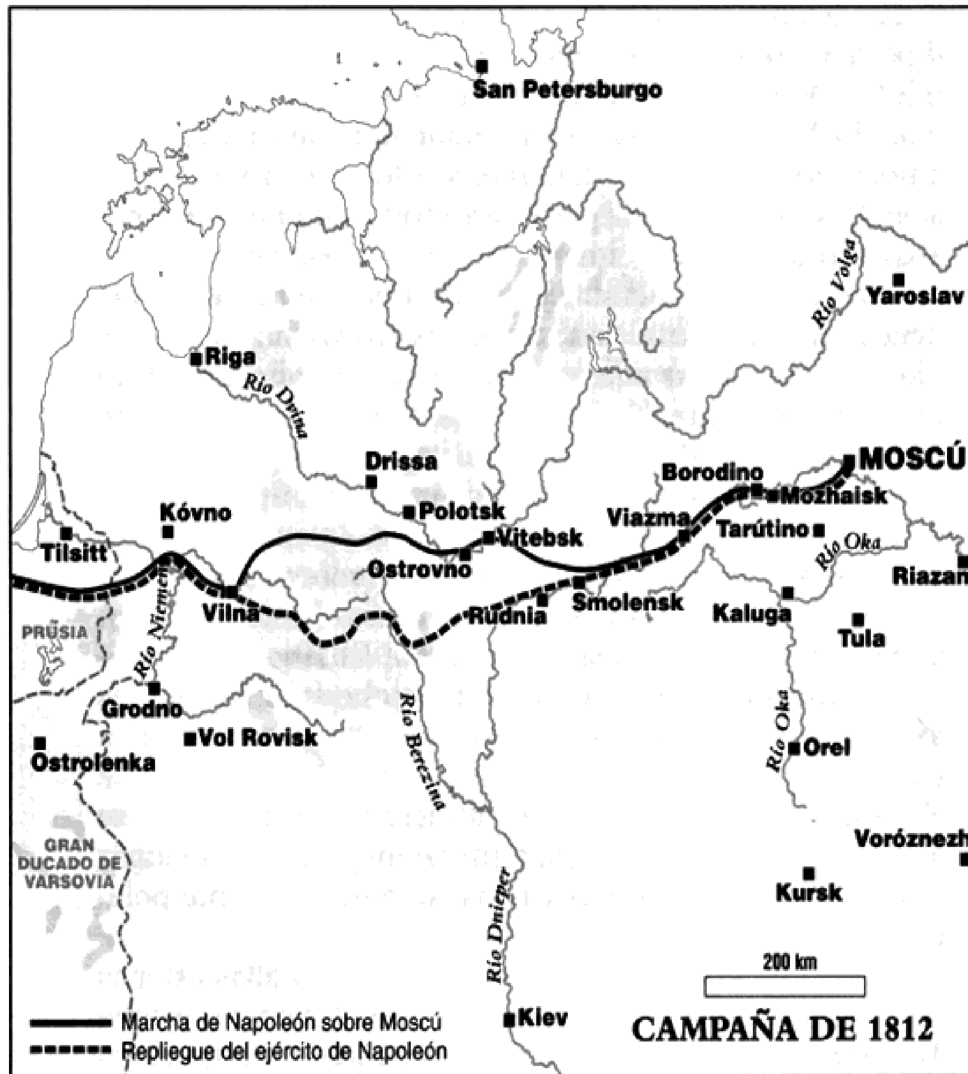


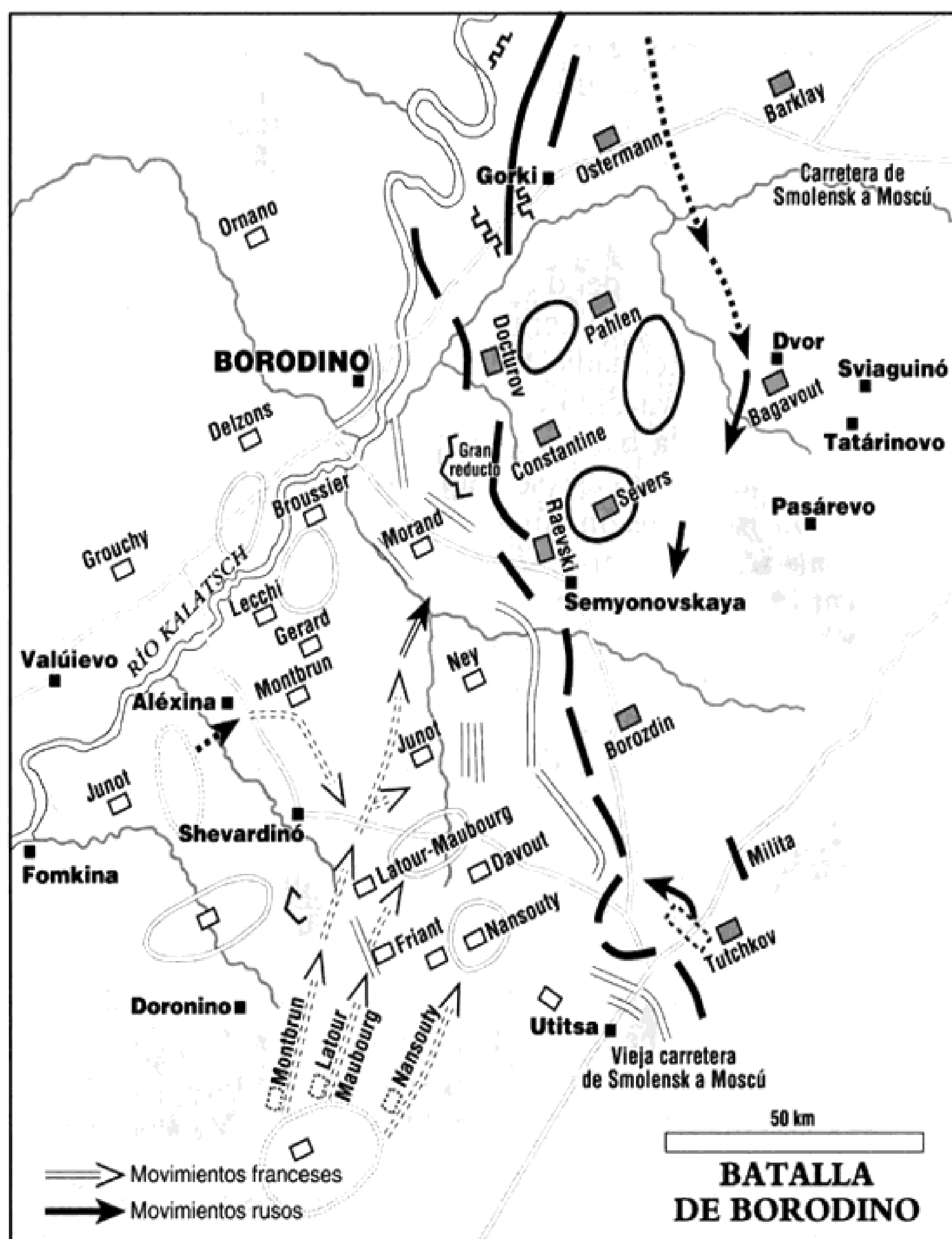
CAMPAÑA DE 1805
100 km
Praga
ELBA
Ratisbona
RÍO DANUBIO
a Ulm 225 km
Río Inn
Braunau
Lambach
Río Traun
Linz
Enns
Río Enns
Ips
Amstetten
Mölk
Dürrenstein
Krems
Schoegraben
Guntersdorf
Hollabrünn
Znaim
Brunn
Schlapanitz
Austerlitz
Wischau
Olmütz
Viena
Movimientos del
ejército napoleónico
RÍO DANUBIO


Brunn
Carretera de Olmüz
Bernadotte
Latain
Kristchen
Welatitz
Bosenitz
Bessiéres
Lannes
Walspitz
Napoleón
Murat
Schalapanitz
Prschibitschewski
AUSTERLITZ
Vandamme
Soult
St. Hilaire
Puntowitz
Kollowrat
Carretera de Viena
Pratzen
Krzenowitz
Liechtenstein
Marxdorf
Turas
Kobelnitz
Langeron
Kobelnitz
Altos de Pratzen
Alexander
Sokolnitz
Docturov
Hosjeradek
Augezd
Tellnitz
Arroyo Goldbach
2 km
Satschau
BATALLA DE AUSTERLITZ

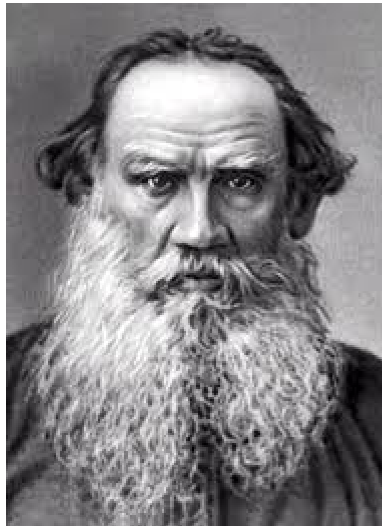


CAMPAÑA DE 1807


San Petersburgo
Yaroslav
Río Volga
Riga
Río Dvina
Drissa
MOSCÚ
Borodino
Mozhaisk
Kóvno
Polotsk
Viazma
Vitebsk
Tarútino
Tilsitt
Ostrovno
Río Oka
Riazan
Vilna
Rudnia
Smolensk
Kaluga
PRUSIA
Río Niemen
Tula
Grodno
Vol Rovisk
Río Berezina
Ostrolenka
Río Oka
Orel
GRAN DUCADO DE VARSOVIA
Voróznezh
Kursk
Río Dnieper
200 km
Kiev
Marcha de Napoleón sobre Moscú
Repliegue del ejército de Napoleón
CAMPAÑA DE 1812



(Basado en un esquema del autor.)



LEV NIKOLÁYEVICH TOLSTÓI, también conocido como León Tolstói, (Yásnaya Poliana, 9 de septiembre de 1828 - Astápovo, en la actualidad Lev Tolstói, provincia de Lípetsk, 20 de noviembre de 1910) fue un novelista ruso ampliamente considerado como uno de los más grandes escritores de occidente y de la literatura mundial. Sus más famosas obras son *Guerra y Paz* y *Anna Karénina*, y son tenidas como la cúspide del realismo. Sus ideas sobre la «no violencia activa», expresadas en libros como *El reino de Dios está en vosotros* tuvieron un profundo impacto en grandes personajes como Gandhi y Martin Luther King.

Notas

[1] Si no tiene cosa mejor que hacer, señor (o príncipe), y si la perspectiva de pasar la tarde con una pobre enferma no lo asusta demasiado, me encantaría verlo en mi casa entre 7 y 10. Annette Scherer. <<

[2] ¡Dios mío, qué salida tan virulenta! <<

[3] Antes que nada, querida amiga, dígame cómo se encuentra. <<

[4] Le confieso que todas estas fiestas y estos fuegos de artificio comienzan a parecerme insípidos. <<

[5] No me atormente. Entonces, ¿qué se ha decidido con respecto al despacho de Novosiltsov? Usted lo sabe todo. <<

[6] ¿Qué se ha decidido? Se ha decidido que Bonaparte ha quemado sus barcos y creo que nosotros estamos a punto de quemar los nuestros. <<

[7] Esta famosa neutralidad prusiana no es sino una trampa. <<

[8] El vizconde de Mortemart, emparentado con los Montmorency por los Rohan. <<

[9] Al parecer, este barón es un pobre diablo. <<

[10] El señor barón de Funke ha sido recomendado a la Emperatriz-madre por su hermana. <<

[11] Pero, a propósito de su familia, […] hace las delicias de todos. La encuentran bella como la luz del día. <<

[12] ¿Qué quiere usted? Lafater habría dicho que no tengo el sentido de la paternidad. <<

[13] Soy su […] y sólo a usted puedo confesarlo. […] son la traba de mi existencia. <<

[14] Tienen la manía de los casamientos. […] personita […] una pariente nuestra, una princesa Bolkónskaia. <<

[15] Es la ventaja de ser padre. <<

[16] La pobrecilla es desgraciada como las piedras. <<

[17] Escuche, querida Anita […] Arregle este asunto y seré su fiel esclavo para siempre. <<

[18] Espere. […] La esposa del joven Bolkonski […] Haré el aprendizaje de solterona con su familia. <<

[19] La mujer más seductora. <<

[20] He traído mi labor. […] Annette, no me juegue usted una mala pasada. […] Usted me había escrito que se trataba de una velada íntima; vea de qué lacha vengo. <<

[21] Tranquilícese, Lisa; siempre será usted la más bonita. <<

[22] ¿Sabe usted? Mi marido me abandona […] Va a hacerse matar. Dígame, ¿por qué esta guerra? <<

[23] ¡Qué deliciosa criatura es la pequeña princesa! <<

[24] Es usted muy amable, monsieur Pierre, al venir a visitar a una pobre enferma. <<

[25] ¡Ah! Veamos. Cuéntenos eso, vizconde. <<

[26] El vizconde es conocido personal de monseñor. […] El vizconde es un excelente narrador. […] ¡Ya se nota que es un hombre de sociedad! <<

[27] ¡Qué bella persona! <<

[28] Señora, temo que mis recursos no estén a la altura de semejante auditorio. <<

[29] Espere, voy a traer mi labor. […] Veamos, ¿en qué piensa? […] Tráigame mi bolsa. <<

[30] ¿No es una historia de fantasmas? <<

[31] Es porque detesto las historias de fantasmas. <<

[32] Muslo de ninfa asustada. <<

[33] El derecho de gentes. <<

[34] ¿Se enrola para la guerra, príncipe? <<

[35] El general Kutúzov […] ha tenido a bien tomarme como ayudante de campo. <<

[36] Sea el buen muchacho que siempre ha sido. **<<**

[37] Una vez haya pasado a la Guardia. <<

[38] ¿De la coronación de Milán? ¿Y de la nueva comedia de los pueblos de Génova y de Lucca, que acuden a presentar sus respetos a M. Bonaparte? ¡M. Bonaparte sentado en un trono y satisfaciendo los deseos de las naciones! ¡Encantador! Es para volverse loca. Se diría que el mundo entero ha perdido la cabeza. <<

[39] Dios me la da, ay de quien la toque. […] Se dice que estaba muy bello al pronunciar estas palabras. <<

[40] Yo espero […] que eso haya sido la gota de agua que hará desbordar el vaso. Los soberanos no pueden seguir soportando a este hombre, que lo amenaza todo. <<

[41] ¿Los soberanos? No me refiero a Rusia. […] ¡Los soberanos, madame! ¿Qué hicieron por Luis XVI, por la reina, por madame Elizabeth? Nada […] Y créame, sufren el castigo de su traición a la causa de los Borbones. ¿Los soberanos? Envían embajadores a cumplimentar al usurpador. <<

[42] Traversa de gules, anglesada de azur, casa Condé. **<<**

[43] Lo ha dicho Bonaparte. <<

[44] Les mostré el camino de la gloria […] No lo quisieron; les he abierto mis antecámaras y se precipitaron en masa…” No sé hasta qué punto tenía derecho de decirlo. <<

[45] Ninguno. <<

[46] Aun si ha sido un héroe para algunos […]. desde el asesinato del duque hay un mártir más en el cielo, un héroe menos en la tierra. <<

[47] Pero cómo, M. Pierre, ¿encuentra usted que el asesinato es grandeza de alma? <<

[48] Pero, mi querido monsieur Pierre… <<

[49] Es un escamoteo que en nada se parece a la manera de obrar de un gran hombre. <<

[50] Haría mejor en decir que es un labrador. <<

[51] ¡Ah! Hoy me han contado una encantadora anécdota moscovita: debo divertirles con ella. Usted me perdonará, vizconde, pero he de contarla en ruso. De otro modo se perdería la sal de la historia. <<

[52] Lacayos. <<

[53] Para ir de visitas. <<

[54] Está decidido. <<

[55] Cómo verá las cosas el padre […] Hasta la vista. <<

[56] Y bien, querido, su pequeña princesa está muy bien, muy bien. Y muy francesa. <<

[57] ¿Y sabe que es usted terrible con ese aire inocente? Compadezco al pobre marido, ese oficialillo que se da aires de príncipe reinante. <<

[58] Y decía usted que las damas rusas no valen lo que las francesas. Hay que saber darse maña. <<

[59] *Palabra de honor.* <<

[60] ¡Ah! No me hable de esa partida, no me hable de ella. No quiero oír hablar de eso. […] Tengo miedo. <<

[61] De qué tienes miedo. <<

[62] No, Andréi, te digo que has cambiado tanto, tanto has cambiado… <<

[63] Soy muy amable y muy cáustico. […] todas las mujeres distinguidas. <<

[64] Soy un hombre acabado. <<

[65] Soy un bastardo. […] Sin nombre, sin fortuna. <<

[66] Qué quiere usted, amigo mío. Las mujeres, amigo, las mujeres. <<

[67] Las mujeres decentes […] Las mujeres y el vino. **<<**

[68] Querida condesa, hace tanto tiempo… la pobrecita estuvo delicada… en el baile de los Razumovski… y la condesa Apráksina… he tenido tan gran placer… <<

[69] Estoy encantada… la salud de mamá… y la condesa Apráksina… <<

[70] Cada cosa tiene su tiempo. <<

[71] Los primos son peligrosos vecinos. <<

[72] Al paso que vamos. <<

[73] La princesa tal. <<

[74] Me hacía la corte. <<

[75] Las grandezas para nada le han hecho perder la cabeza. <<

[76] Querido, me prometiste… <<

[77] ¿Es positivamente seguro, pues? **<<**

[78] Jamás pude explicarme cómo Natalia se decidió a casarse con ese maleducado. Es un sujeto completamente estúpido y ridículo. Y jugador, según se dice. <<

[79] Pero excelente persona, príncipe. <<

[80] Es su ahijado. <<

[81] Piense que se trata de la salvación de su alma… ¡Oh!, es terrible, los deberes de un cristiano. <<

[82] ¡Ah, querida, no la había reconocido! […] Acabo de llegar y aquí me tienen para ayudarlos a asistir a “mi tío”… Me imagino cuánto habrán sufrido. <<

[83] Celebraría muchísimo que me librara de ese joven. <<

[84] ¿No me reconoces? <<

[85] Querido, si te portas como en San Petersburgo, acabarás muy mal; y no te digo más. <<

[86] Inglaterra está acabada. […] M. Pitt, como traidor a la nación y al derecho de gentes, está condenado a… <<

[87] Adiós, príncipe, que el buen Dios lo sostenga… <<

[88] Salteado con vino de Madeira. <<

[89] Que usted cuenta con hacerse una renta a expensas del Estado. <<

[90] El equilibrio está logrado… como dice el proverbio. <<

[91] Los Razumovski… Ha sido encantador… Es usted muy buena… La condesa Apráksina… <<

[92] Ya hizo cerrar el pico a Austria y me temo que ahora nos va a tocar a nosotros. <<

[93] ¿Conocéis el proverbio? […] Nos sienta de maravilla. […] completamente. […] Dígame un poco. <<

[94] Es muy bello lo que decís. <<

[95] Muy bueno, muy bueno, princesa; además, en Moscú uno se cree en el campo. <<

[96] ¿Verdad? <<

[97] Una pizca. <<

[98] Estoy rendido como un caballo de postas. <<

[99] Pero, mi buena Catiche, está claro como la luz del día. <<

[100] Y todo lo que se desprende. <<

[101] Entremos en razón. <<

[102] Protegida. <<

[103] No perdamos tiempo. <<

[104] De eso se trata. <<

[105] Créame que sufro tanto como usted, pero sea hombre. <<

[106] Ah, mi amigo, olvide los perjuicios que se hayan cometido con usted, piense que es su padre… tal vez en la agonía. […] Desde un principio lo amo como a un hijo. Fíese de mí, Pierre, no olvidaré sus intereses. <<

[107] Sea hombre, amigo mío, yo velaré por sus intereses. <<

[108] Querido doctor, […] este joven es el hijo del conde… ¿hay esperanza? <<

[109] Confíe en Su misericordia. <<

[110] Ánimo, ánimo, amigo. Él desea verlo Eso es bueno… <<

[111] Ha sufrido otro ataque hace media hora. Valor, amigo mío… <<

[112] La bondad divina es inagotable. Va a comenzar la ceremonia de la extremaunción. Venga. <<

[113] Está adormecido […] Vamos. <<

[114] Catiche ha hecho servir el té en el saloncito. […] Vamos, mi buena Anna Mijáilovna… tome algo, porque de otra manera no resistirá. <<

[115] Nada reanima tanto, después de una noche en blanco, como una taza de excelente té ruso. <<

[116] Vamos, mi buena Anna Mijáilovna, deje hacer a Catiche. **<<**

[117] Le suplico… <<

[118] Se nos va y me dejan sola. <<

[119] Ya no existe… <<

[120] Vamos, lo acompañaré. Trate de llorar: nada alivia como las lágrimas.
<<

[121] Hay que ser hombre. <<

[122] Es penoso, pero son cosas que hacen bien; eleva el alma ver a hombres como el anciano conde y su digno hijo. <<

[123] Ah, está despachando su correspondencia, princesa; yo ya he despachado la mía. He escrito a mi pobre madre. […] Princesa, debo advertirle de que el príncipe ha tenido un altercado, un altercado con Mijaíl Ivánovich. Está de pésimo humor y taciturno. Dese por informada, usted sabe… <<

[124] Amiga, ya le he rogado otras veces que no me informe nunca sobre el humor de mi padre. Yo no me permito juzgarlo y querría que los demás tampoco lo hicieran. <<

[125] Pero esto es un palacio. […] Vamos, rápido, rápido. <<

[126] ¿Es María quien hace ejercicios? Vamos despacio, hay que sorprenderla. <<

[127] ¡Ah, qué alegría para la princesa! Tengo que prevenirla… <<

[128] No, no, por favor… Usted es Mademoiselle Bourienne, la conozco por la amistad que le profesa mi cuñada. […] ¿No nos espera? <<

[129] ¡Olí, querida!… ¡María!… ¡He soñado esta noche!… No te lo esperabas, ¿verdad? Ah, María, estás más delgada. Y has recobrado… <<

[130] He reconocido en seguida a la señora princesa. <<

[131] ¡Y yo que ni siquiera pensaba!… […] ¡Ah, Andréi! No te veía. <<

[132] Llorona. <<

[133] De lo mejor. <<

[134] Me abandona aquí y Dios sabe por qué… ¡Cuando podría haber sido promovido!… <<

[135] Malbrough se va a la guerra, Dios sabe cuándo volverá. <<

[136] ¡Caer en este ridículo!… <<

[137] La pobre condesa Apráksina ha perdido a su esposo, ya no le quedan lágrimas. <<

[138] Mademoiselle Bourienne, ahí tiene a otro admirador de su granuja de Emperador. <<

[139] Ya sabe usted que no soy bonapartista, príncipe. <<

[140] ¡Qué hombre de carácter es tu padre! Tal vez por eso me da miedo. <<

[141] ¡Ah, Andréi! Qué tesoro de mujer. <<

[142] Comprenderlo todo es perdonado todo. <<

[143] En recursos. <<

[144] En la calle. <<

[145] Andréi, si tuvieses fe te habrías dirigido a Dios para que te inspirase ese amor que no sientes; y tu oración habría sido oída. <<

[146] ¡Ah! lo creía en sus habitaciones. <<

[147] Figúrate a la vieja princesa Zúbov con sus ricitos postizos y la boca llena de dientes postizos, como si tratara de desafiar los años. <<

[148] ¿Ya, Andréi? <<

[149] Aquí tiene al desgraciado Mack. <<

[150] ¡Dios mío, qué ingenuo! <<

[151] Cuarenta mil hombres aniquilados, y el ejército de nuestros aliados destrozado, y halláis en eso motivo de risa. […] Bien está para un muchachuelo que nada vale, como ese sujeto a quien has hecho amigo tuyo, pero no para ti, no para ti. <<

[152] ¡Muy buenos días, muy buenos días! <<

[153] ¡Qué trabajador! […] ¡Viva Austria, viva Rusia, viva el emperador Alejandro! <<

[154] ¡Viva todo el mundo! <<

[155] Las ocurrencias de Bilibin corrían por todos los salones de Viena. <<

[156] Con semejantes noticias, me han recibido como a perro en juego de bolos. <<

[157] Sin embargo, querido, a pesar de la gran estima que me merece el ejército «ortodoxo» ruso, confieso que su victoria no es de las más victoriosas. <<

[158] Todo eso es muy bonito. <<

[159] Un archiduque vale otro. **<<**

[160] Como si nos dijerais. <<

[161] Es como hecho adrede… <<

[162] El príncipe Murat y todo eso… <<

[163] Cabeza de puente. <<

[164] Escaramuza. <<

[165] Se obligará a Austria. <<

[166] Hay que perdonarle la «u». <<

[167] A secas. <<

[168] Se dice que […] es terrible en el pillaje. <<

[169] Ya se verá. <<

[170] Háblenme de eso. <<

[171] La mujer es la compañera del hombre. <<

[172] El gabinete de Berlín no puede expresar un sentimiento de alianza, sin expresar… como en su última nota… usted comprende… usted comprende… Además, si Su Majestad el Emperador no modifica el principio de nuestra alianza… Espere, no he concluido… […] Supongo que la intervención será más fuerte que la no intervención. Y… […] No se podrá imputar a la falta de acuse de recepción nuestro despacho del 28 de octubre. Así es como terminará todo esto. **<<**

[173] ¡Demóstenes, te reconozco por la piedra que escondes en tu boca de oro! <<

[174] En esta miserable aldea morava. […] Hay que hacerle los honores de Brünn. <<

[175] ¡Ah, Excelencia! […] Tenemos que irnos aún más lejos. Ese malvado nos viene de nuevo pisando los talones. <<

[176] No, no, confiese que es una bella historia la del puente de Tabor. Lo han pasado sin un tiro. <<

[177] Que no ve más que fuego y olvida que debía hacer contra el enemigo. <<

[178] Es genial. El príncipe Auersperg se jacta de honor y hace arrestar al sargento. En fin, confiese que es una historia simpática toda esta estratagema del puente Tabor. No es ni estupidez ni cobardía… <<

[179] Tal vez sea traición. <<

[180] Tampoco. Este asunto pone a la Corte en una situación sumamente embarazosa. No es traición, ni cobardía, ni estupidez; es como lo de Ulm… […] Es… es lo de Mack. Estamos mackados. <<

[181] Querido, eso es heroísmo. <<

[182] Querido amigo, es usted un héroe. <<

[183] A ese ejército ruso, al que el oro de Inglaterra ha traído desde el más lejano confín del universo, le haremos probar la misma suerte que al de Ulm. <<

[184] Ésas son las delicias del campo, señor príncipe. <<

[185] Os harán bailar. <<

[186] ¿Qué demonios está diciendo? <<

[187] Historia antigua […] El Emperador mostrará a vuestro Suvórov, como a los demás… <<

[188] Muy gracioso, mi señor príncipe. <<

[189] Ya sabes que estoy agobiado de trabajo y que sólo por pura caridad me ocupo de ti; y, además, sabes muy bien que lo que te propongo hacer es lo único factible. <<

[190] Encontrará en mi casa a la bella Elena, a la que nadie se cansa de contemplar. <<

[191] Espere, tengo algo preparado para usted esta tarde. **<<**

[192] Mi buena Elena, debe ser caritativa con mi pobre tía, que siente adoración por usted. Vaya a hacerle compañía diez minutos. <<

[193] ¡Y qué porte! <<

[194] Espero que nunca más dirá que se aburre uno en mi casa. <<

[195] Bien, los dejo en su rinconcito; veo que están muy bien en él. <<

[196] Dicen que está arreglando su casa de San Petersburgo. <<

[197] Eso está bien, pero no se marche de la casa del príncipe Vasili. Es bueno tener un amigo como el príncipe. Sé algo de eso. ¿Verdad? **<<**

[198] Todo esto es muy bonito, pero tiene que terminar. <<

[199] ¡Es un hombre tan bueno y excelente nuestro buen Viazmitínov! <<

[200] Es un partido muy brillante, pero la felicidad, querida… <<

[201] Los matrimonios se hacen en el cielo. <<

[202] Alina, ve a ver qué hacen. <<

[203] Nos llegan huéspedes, príncipe. […] Según he oído, es su Excelencia el príncipe Kuraguin con su hijo. <<

[204] Han llegado, María. <<

[205] ¿Todavía está así, querida princesa? Los recién llegados deben de estar ya en la sala; tendremos que bajar y usted ni se preocupa de arreglarse. <<

[206] No, María, francamente esto no te sienta. Me gustas más con tu vestidito gris de diario. No, por favor, hazlo por mí. <<

[207] Vamos, querida princesa… un pequeño esfuerzo más. <<

[208] No, déjenme. <<

[209] Por lo menos, cámbiate el peinado. Ya te lo decía yo. […] María tiene un rostro al que no le va esta clase de peinado. De ninguna manera. Cambiémoslo, por favor. <<

[210] Déjenme, déjenme, todo esto me es absolutamente igual. **<<**

[211] Te lo cambiarás, ¿verdad? <<

[212] Lo puso en la puerta… <<

[213] ¡Oh! Es la perla de las mujeres, princesa. <<

[214] Señorita de compañía. […] Es deliciosa la pequeña. <<

[215] ¡Pobre muchacha! ¡Es endiabladamente fea! <<

[216] ¡No, no, no!… Cuando su padre me escriba que se comporta bien, le daré mi mano a besar. Antes, no. <<

[217] No, princesa, estoy para siempre perdida en su corazón. <<

[218] ¿Por qué? Ahora la quiero más que nunca y trataré de hacer todo por su felicidad. <<

[219] Pero me desprecia; usted, tan pura, no podrá comprender nunca el extravío de la pasión. ¡Ah! Sólo mi pobre madre… <<

[220] Lo comprendo todo. <<

[221] ¡Ah, querida, querida! […] La suerte de mi hijo está en sus manos. Decida, querida y dulce María, a quien siempre he amado como a una hija. <<

[222] Querida, le diré que jamás olvidaré este instante; pero, querida mía, ¿no nos dará usted un poco de esperanza de conmover ese corazón tan bueno, tan generoso? Diga que tal vez… El porvenir es tan grande. Diga quizá. <<

[223] ¡Eres una buena pieza, mi niña! <<

[224] Eh, niños, a la cama, a dormir. <<

[225] Al jefe del gobierno francés. <<

[226] Pero que no hagan daño a mi caballito. <<

[227] Los húsares de Pavlograd. <<

[228] La reserva, Sire. <<

[229] Qué cosa tan terrible es la guerra. <<

[230] Herr general Wimplin, el conde de Langeron, el príncipe de Licchtenstein, el príncipe de Hohenlohe y Prsch… Prsch… y así sucesivamente, como todos los nombres polacos. <<

[231] Cállese, lengua viperina. <<

[232] Oh, mi querido general; yo me ocupo del arroz y de la carne; ocúpese usted de la guerra. <<

[233] Una lección de geografía. <<

[234] A fe mía. <<

[235] Querido mío, el viejo está de un humor de perros. <<

[236] Vaya a ver, amigo mío, si la tercera división ha rebasado ya la aldea. Diga que se detengan y esperen mis órdenes. <<

[237] Y pregunte si han colocado tiradores en las avanzadas. ¡Lo que hacen, lo que hacen! <<

[238] A fe mía, Majestad, haremos lo que esté en nuestro poder. <<

[239] Al diablo estos rusos. <<

[240] ¡Brava gente! <<

[241] Las municiones de las piezas de posición se han terminado, Sire. **<<**

[242] Haga avanzar las de la reserva. <<

[243] He aquí una hermosa muerte. <<

[244] Ha venido muy joven a enfrentarse con nosotros. <<

[245] ¿Y usted, joven? <<

[246] Es un tipo nervioso y bilioso…, no saldrá de ésta. <<

[247] Habría que inventarlo. <<

[248] Largo de aquí. <<

[249] Pero ¿qué diablos iba a hacer en esa galera? <<

[250] Mi buena amiga, temo que el dulce de esta mañana me haya hecho daño. <<

[251] Valor, ángel mío. <<

[252] No, es el estómago… Di que es el estómago, María…, dilo. <<

[253] Mi querido conde, usted es uno de mis mejores discípulos, es preciso que baile. […] Mire cuántas muchachas bonitas. <<

[254] No, querido; yo haré de mirón. <<

[255] Está medio loco; siempre lo he dicho. <<

[256] Lo más selecto de la verdadera buena sociedad y la flor y nata intelectual de San Petersburgo. <<

[257] Mucho mérito. <<

[258] El príncipe Hipólito Kuraguin, joven encantador; el señor Krug, encargado de negocios de Copenhague, un espíritu profundo, y el señor Shitov, un hombre de mucho mérito. <<

[259] Es la duda lo que halaga. <<

[260] Hay que saber distinguir entre el gabinete de Viena y el emperador de Austria. El Emperador no ha podido pensar nunca en semejante cosa, eso no lo sostiene más que el gabinete. <<

[261] Eh, mi querido vizconde […] Urupa… Uropa no será jamás una sincera aliada nuestra. <<

[262] Es imperativo que venga a verme […] El martes, de ocho a nueve. Me dará gran placer. <<

[263] Es la espada de Federico el Grande que yo… <<

[264] Ea, ¿con quién la tenéis, con vuestro rey de Prusia? **<<**

[265] Nada, no es nada. Sólo quería decir… […] Sólo quería decir que nos equivocamos al hacer la guerra por el rey de Prusia. <<

[266] Es muy malo su juego de palabras, muy espiritual, pero injusto… No hacemos la guerra por el rey de Prusia, sino por los buenos principios. ¡Qué malvado este príncipe Hipólito! <<

[267] Perdone, una tabaquera con el retrato del Emperador es una recompensa pero no una distinción. […] Más bien un regalo. **<<**

[268] Más bien hay precedentes: puedo citarle el caso de Schwarzenberg. **<<**

[269] Es imposible. <<

[270] El gran cordón es cosa distinta… <<

[271] Venga mañana a cenar… Tiene que venir… Venga. <<

[272] Sólo conozco dos males bien reales en la vida: el remordimiento y la enfermedad. Sólo en la ausencia de esos males está el bien. <<

[273] El prójimo. <<

[274] Pero no es como tú lo entiendes. <<

[275] Es muy curioso, te lo aseguro. <<

[276] Andréi, ¿por qué no me previniste? <<

[277] Encantada de verlo… Estoy muy feliz de verlo. <<

[278] Debes saber que es una mujer. <<

[279] Pero, querida mía, al contrario, deberías estarme agradecida de que explique a Pierre tu amistad íntima con ese joven. <<

[280] ¿De veras? <<

[281] Princesa, palabra, no quería ofenderla. <<

[282] Querría ver al gran hombre. <<

[283] Un momento, en seguida estoy con usted. <<

[284] Bien plantada y bella como el diablo. <<

[285] Otro solicitante. <<

[286] Sire, le pido la venia para conceder la Legión de Honor al más valiente de sus soldados. <<

[287] Al que más valerosamente se haya portado en esta última guerra. <<

[288] Su Majestad me permitirá que pida la opinión del coronel. <<

[289] A la griega. <<

[290] Comité de salvación pública. <<

[291] Sobrenombre. <<

[292] Es el gran artífice. <<

[293] Teme llegar tarde. <<

[294] El principio de las monarquías es el honor, me parece irrefutable. Ciertos derechos y privilegios de la nobleza me parecen medios para sostener ese sentimiento. <<

[295] Si enfoca la cuestión desde este punto de vista… <<

[296] De mujer encantadora, tan espiritual como bella. <<

[297] De si estaban o no los señores de la embajada. <<

[298] De la mujer más distinguida de San Petersburgo. <<

[299] Aquélla será mi mujer. <<

[300] Encantado de verlos. <<

[301] Dispone todo a su antojo. <<

[302] Ser hombre. <<

[303] El placer de sentirse cortejadas. […] Y Natalia, hay que admitirlo, es muy sensible. <<

[304] En el territorio de la Ternura. <<

[305] Ya sabe que entre primos la intimidad lleva a veces al amor. Los primos son peligrosos vecinos, ¿verdad? <<

[306] Los casamientos se hacen en el cielo. <<

[307] De malas maneras. <<

[308] Es encantador, no tiene sexo. **<<**

[309] Forzar la consigna. <<

[310] La bilis y el delirio. Tranquilícese, volveré mañana. <<

[311] El duque de Oldenburgo lleva su desgracia con una fuerza de ánimo y una resignación admirables. <<

[312] Querido, con nuestros quinientos mil hombres sería fácil tener un buen estilo. <<

[313] Se muestra muy asiduo con ella. <<

[314] Hay que mostrarse melancólico. Y él se muestra muy melancólico con la señorita Karáguina. <<

[315] Rústicos árboles, vuestras oscuras ramas sacuden sobre mí las tinieblas y la melancolía. <<

[316] La muerte es consoladora y la muerte es tranquila: / ¡Oh! Contra los dolores no hay otro asilo. <<

[317] Hay algo encantador en la sonrisa de la melancolía. Es como un rayo de luz en la sombra, un matiz entre el dolor y la desesperación, que muestra que el consuelo es posible. <<

[318] Venenoso alimento de una alma demasiado sensible, / tú, sin quien me es imposible la felicidad, / tierna melancolía, ah, ven a consolarme / ven a calmar los tormentos de mi retiro sombrío / y mezcla secreta dulzura / al llanto que siento fluir… <<

[319] Siempre tan encantadora y melancólica nuestra querida Julie. <<

[320] Querido, sé de muy buena fuente que el príncipe Vasili envía a su hijo a Moscú para casarlo con Julie. <<

[321] Natalia, los cabellos. <<

[322] Dólojov, el persa. <<

[323] ¿Verdad que es admirable este Duport? <<

[324] Son las mujeres bonitas. […] Será la más bonita de todas. Venga, querida condesa, y en prenda deme esa flor. <<

[325] Adoro a las jovencitas. <<

[326] ¡Oh! ¡Deliciosa! ¡Encantadora! <<

[327] Gasa metálica. <<

[328] Está loco, loco de amor por usted. <<

[329] ¡Qué deliciosa! Aunque ame a alguien, amiga mía, ésa no es razón para que se recluya en un claustro; y aunque estuviese prometida, creo que su novio desearía que se dejara ver en sociedad durante su ausencia antes de morir de aburrimiento. <<

[330] Una palabra, una sola, en nombre de Dios. **<<**

[331] ¡Ah, qué pie, mi querido, qué mirada! ¡Una diosa! <<

[332] Si en mi salón usted se permite… <<

[333] No seré violento, no tema. <<

[334] Como hombre de honor. <<

[335] Tras las huellas de Monsieur [tras lo que otro despreció]. <<

[336] Señor hermano mío, consiento en devolver el ducado al duque de Oldenburgo. <<

[337] Los buenos principios. <<

[338] Derramar la sangre de sus pueblos. <<

[339] Moscú, la ciudad santa. <<

[340] ¡Esta vez sí que iremos lejos! ¡Oh, cuando él se mezcla en el asunto es que va de veras! ¡Míralo! ¡Viva el Emperador!… Ahí están las estepas de Asia… Un feo país. Hasta la vista, Beauché; te reservaré el mejor palacio de Moscú… Hasta la vista. Buena suerte… ¿Has visto al Emperador? ¡Viva el Emperador!… Si me nombran gobernador de la India, Gérard, te haré ministro de Cachemira. ¡Viva el Emperador! ¡Viva! ¡Cómo huyen esos pícaros cosacos! ¡Viva el Emperador! ¿Lo ves? Yo lo he visto dos veces como te veo a ti. El pequeño cabo. Lo vi cuando imponía la cruz a uno de los veteranos. ¡Viva el Emperador! <<

[341] Al que quiere perder, le quita la razón. <<

[342] El rey de Nápoles. <<

[343] ¡Viva el rey! <<

[344] ¡Estos infelices no saben que mañana los dejo! <<

[345] Os hice rey para que gobernaseis a mi manera y no a la vuestra. <<

[346] De Bal-machève. […] Encantado de conocerlo, general. <<

[347] Y bien, general, al parecer ahora sólo queda la guerra. <<

[348] Sire, mi señor el Emperador no desea en absoluto la guerra, como Su Majestad puede ver. <<

[349] Realeza obliga. <<

[350] ¡Oh, mi querido general! Deseo de todo corazón que los Emperadores lleguen a un acuerdo y que esta guerra, comenzada a mi pesar, concluya lo antes posible. <<

[351] No lo entretengo más, general: deseo éxito a su misión. <<

[352] Démelo, yo se lo haré llegar al Emperador. <<

[353] Sire, el Emperador mi señor… <<

[354] Los estremecimientos de mi pantorrilla izquierda son una señal para mí. <<

[355] Todo eso lo habría debido a mi amistad. ¡Qué hermoso reinado! ¡Qué hermoso reinado! […] ¡Qué magnífico reinado habría podido ser el del emperador Alejandro! <<

[356] ¡Un soberano no debe intervenir en el ejército más que cuando es general! <<

[357] Le doy mi palabra de honor de que tengo quinientos treinta mil hombres a este lado del Vístula. <<

[358] Y sin embargo, ¡qué hermoso reinado habría podido tener su Soberano!
<<

[359] No lo entretengo más, general; recibirá mi carta al Emperador. <<

[360] Moscú, la santa. <<

[361] Tal como todos los caminos llevan a Roma, todos los caminos llevan a Moscú. <<

[362] Que el Emperador le tire a uno de la oreja. <<

[363] Bien: ¿no dice nada, admirador y cortesano del emperador Alejandro?
<<

[364] Adiós, Andréi. Recuerda que el dolor nos lo envía Dios y que los hombres no son nunca culpables. <<

[365] Clave. <<

[366] Imbécil… al diablo con todo… de aquí no saldrá nada bueno. <<

[367] Sería una guerra según todas las reglas de la táctica. <<

[368] Ya he dicho que todo esto se iría al diablo. <<

[369] En cuanto al que ha aconsejado este campamento de Drissa. […] En cuanto a éste, Sire, que ha aconsejado el campamento de Drissa, no veo más solución que el manicomio o la horca. <<

[370] De este señor italiano, está muy bien […] También está bien. <<

[371] Juego de niños. <<

[372] ¿No es verdad, Excelencia? <<

[373] Sí, sí: ¿qué más hay que explicar? <<

[374] ¡Me rindo! <<

[375] Comienza a ser peligroso hablar en francés por las calles. <<

[376] El honorabilísimo señor que me ha precedido. […] A quien no tengo el honor de conocer. <<

[377] Carne de cañón. <<

[378] Mi buena amiga. <<

[379] Al salón diplomático de mi hija. <<

[380] Un hombre de mucho mérito. <<

[381] Todos sus esfuerzos se perderán en vano. **<<**

[382] Bueno: ¿saben ustedes la gran noticia? ¡El príncipe Kutúzov es mariscal! […] Por fin hay un hombre. <<

[383] Pero dicen que está ciego, príncipe. <<

[384] Vamos, ve lo suficiente. **<<**

[385] Cuentan que se ruborizó como una señorita a quien le leyeran *Joconde* [de La Fontaine] diciéndole: “el Soberano y la patria te conceden este honor”. <<

[386] Puede que el corazón no tomara parte en eso. **<<**

[387] Obstáculos. <<

[388] ¿Sabe lo que ha dicho al Emperador? […] Lo conozco hace mucho tiempo. <<

[389] Moscú, la capital asiática de este gran imperio, la ciudad sagrada de los pueblos de Alejandro; Moscú, con sus innumerables iglesias en forma de pagodas chinas. <<

[390] Inteligentísimo y muy hablador. <<

[391] Si se da la batalla dentro de tres días, la ganarán los franceses, pero si se da más tarde, sólo Dios sabe qué puede ocurrir. <<

[392] El joven cosaco hizo sonreír a su poderoso interlocutor. <<

[393] En aquel hijo del Don. <<

[394] Mademoiselle Bourienne les hará los honores de Boguchárovo. <<

[395] Todo llega oportunamente a quien sabe esperar. <<

[396] No quieren saber nada: ahí está el mal. <<

[397] En la duda, amigo mío, abstente. <<

[398] Entren en sí mismos y en esa barca y procuren que no se convierta para ustedes en una barca de Caronte. <<

[399] Cuando se… **<<**

[400] Pobre señor. <<

[401] Es la comidilla de todo Moscú. Lo admiro a usted, palabra de honor. <<

[402] Quien se excusa, se acusa. **<<**

[403] Un poquitín enamorada del joven. <<

[404] Yo le haré los honores del campamento. <<

[405] ¡Bueno! Entonces sabes más que cualquiera. <<

[406] La guerra debe ser llevada al espacio. No puedo expresarle la alta estima en que tengo esa idea. <<

[407] Sí […] puesto que el objetivo consiste en debilitar al enemigo, no hay que reparar en la pérdida de hombres. <<

[408] Llevarla al espacio. <<

[409] Fuerte, fuerte, sigue. <<

[410] ¡Nada de prisioneros! […] Se hacen demoler. Peor para el ejército ruso. Sigue, fuerte. […] Bueno, que entre M. de Beausset, y también Fabvier. <<

[411] Hasta pronto. <<

[412] Sire, todo París lamenta su ausencia. <<

[413] Siento haberlo obligado a hacer un viaje tan largo. <<

[414] Sire, esperaba por lo menos encontrarlo a las puertas de Moscú. <<

[415] ¡Breve y enérgica! <<

[416] Vuestra Majestad es demasiado bondadoso <<

[417] Todo será hecho con orden y método. <<

[418] Y que la faz del mundo habría cambiado. <<

[419] La suerte estaba echada y no se podían volver atrás. <<

[420] Casa de la Emperatriz. <<

[421] Y bien, Rapp, ¿cree que haremos negocio hoy? **<<**

[422] ¡Sin duda alguna, Sire! <<

[423] ¿Recuerda, Sire, lo que hizo el honor de decirme en Smolensk? […] La suerte está echada y no se puede volver atrás. <<

[424] Este pobre ejército está diezmado después de Smolensk. La fortuna es una verdadera cortesana, Rapp, siempre lo he dicho y ahora comienzo a experimentarlo. Pero, la Guardia, Rapp, la Guardia, ¿está intacta? <<

[425] ¿Han repartido las galletas y el arroz a los regimientos de la Guardia?
<<

[426] ¿También el arroz? <<

[427] Eso es todo. <<

[428] Mañana tendremos que habérnoslas con Kutúzov. <<

[429] ¡Ah! ¡Uno de los viejos! <<

[430] El calor latente. <<

[431] El bautismo de fuego. <<

[432] Gran reducto, reducto fatal y reducto del centro. <<

[433] Dígale al rey de Nápoles que… mediodía y que no veo clara mi jugada. Vaya… <<

[434] Y bien ¿qué ocurre ahora? <<

[435] Pato al que hemos hecho águila. <<

[436] Un fuego infernal. <<

[437] Váyase usted a… <<

[438] De los hombres de hierro. <<

[439] De haces de banderas y águilas enemigas. <<

[440] A ochocientas leguas de Francia no permitiré que mi Guardia sea destruida. <<

[441] El viejo señor […] se ha instalado cómodamente. <<

[442] Del viejo señor. <<

[443] De la obstinación del viejo señor. <<

[444] ¿Entonces no piensas, como los otros, que estamos obligados a retiramos? <<

[445] Todo lo contrario, Alteza; en las situaciones indecisas es siempre el más obstinado quien vence. Y mi opinión… <<

[446] ¡Quieren más todavía! <<

[447] ¡Dádselo! <<

[448] El campo de batalla ha estado soberbio. <<

[449] Mi cabeza, buena o mala, no puede contar más que con ella misma. **<<**

[450] ¡Bueno, señores! ¡Ya veo que soy quien tiene que pagar los vidrios rotos! <<

[451] ¡Ya está el egoísmo y la crueldad de los hombres! No podía esperar otra cosa. <<

[452] Bueno, sí, puede ser… <<

[453] Usted no se digna descender hasta mí, usted… <<

[454] Jesuita vestido de seglar. <<

[455] De sotana. <<

[456] Elena, tengo algo que decirte. […] He tenido noticias de ciertos proyectos referentes a… ya lo sabes. Bueno, querida, tú sabes que mi corazón de padre se alegra de saber que… Has sufrido tanto… Pero, querida mía, no consultes más que tu corazón… ¡No te digo más! <<

[457] Oiga, Bilibin… Dígame como a una hermana qué debo hacer. ¿Cuál de los dos? <<

[458] No me coge usted [desprevenido]; como buen amigo, he pensado muchas veces en este asunto. <<

[459] ¡Éste es un verdadero amigo! Pero es que yo amo tanto a uno como al otro y no quiero causarles dolor alguno; daría mi vida por la felicidad de ambos. <<

[460] ¡Una verdadera mujer! Eso es plantear claramente un problema. Querría estar casada con los tres a un tiempo. <<

[461] ¡Oh, mamá! ¡No digas tonterías! Tú no entiendes nada. En mi posición, yo tengo ciertos deberes. <<

[462] Pero, mamá, ¿cómo no comprendes que el Santo Padre, que tiene facultad de conceder dispensas?… <<

[463] No, dígale que no quiero verlo, que estoy furiosa con él porque ha faltado a su palabra. <<

[464] ¡Todos los pecados tienen perdón, condesa! <<

[465] Y ahora, querido amigo, ruego al Señor que lo tenga bajo su santa y poderosa protección. Su amiga, Elena. <<

[466] Proezas. <<

[467] ¡Ya estamos! <<

[468] Estamos en vísperas de un desastre público y no me queda tiempo de ser amable con cuantos vienen a hablar conmigo. […] Bueno, amigo mío, ¿y qué hace usted personalmente? <<

[469] Un consejo de amigo, querido. Váyase lo antes posible; no le digo más. A buen entendedor… […] de los santos padres de la Compañía de Jesús. <<

[470] ¡He aquí, por fin, la ciudad famosa! ¡Ahí está Moscú la Santa, la urbe asiática de innumerables iglesias! ¡Ya era hora! [...] “Una ciudad ocupada por el enemigo es como una doncella que ha perdido su honor.” **<<**

[471] Pero mi clemencia está siempre dispuesta a descender sobre los vencidos. <<

[472] Que me traigan a los boyardos. <<

[473] Mi querida, mi tierna, mi pobre madre. <<

[474] Establecimiento dedicado a mi querida madre […] Casa de mi madre.
<<

[475] Habrá que decírselo, de todas maneras. […] Pero, señores… <<

[476] ¡Moscú desierta! ¡Qué acontecimiento tan inverosímil! <<

[477] El efecto teatral había fallado. <<

[478] Mantener la tranquilidad en Moscú y hacer salir a sus habitantes. <<

[479] Ahí está el populacho, la hez de la población, la plebe, a la que han soliviantado con su estupidez. Necesita una víctima. <<

[480] El populacho es terrible y odioso. Son como lobos que no se sacian más que con la carne. <<

[481] Yo tenía otros deberes. Había que calmar al pueblo. Otras muchas víctimas han muerto y mueren por el bien público. <<

[482] Mi línea de conducta habría sido bien distinta. <<

[483] He matado dos pájaros de un tiro. <<

[484] ¡Retiradme esto! <<

[485] Aquellos miserables habían irrumpido en la sagrada ciudadela, se habían apoderado de los fusiles del arsenal y disparaban (¡miserables!) contra los franceses. Algunos fueron rematados a sablazos y se limpió al Kremlin de su presencia. <<

[486] Patriotismo feroz de Rastopchin. <<

[487] ¿Es usted el amo? <<

[488] Hospedaje, hospedaje… alojamiento. […] Los franceses somos buenos chicos, qué diablo. ¡Vaya! ¡No nos enfademos, viejito! <<

[489] Ah, sí, díganme, ¿no habla nadie francés en esta casa? <<

[490] ¿No está herido? <<

[491] Creo que no… pero esta vez por un pelo… ¿Quién es este hombre? <<

[492] ¡Lamento tanto lo que ha sucedido! […] ¡Es un loco, un desventurado que no sabe lo que hace! <<

[493] ¡Canalla, me las pagarás! […] Nosotros somos clementes después de la victoria, pero no perdonamos a los traidores. <<

[494] Usted me ha salvado la vida. ¡Usted es francés! <<

[495] ¡A otro con eso! […] Ya me contará toda la historia. Encantado de encontrar a un compatriota. Bien, ¿qué hacemos con este hombre? <<

[496] ¡Usted me ha salvado la vida! Usted es francés. ¿Me pide que lo perdone? Se lo concedo. Que se lleven a ese hombre. <<

[497] Ya se os llamará cuando hagáis falta. <<

[498] Mi capitán, en la cocina tienen sopa y pierna de cordero. ¿Se lo traigo?
<<

[499] Sí, y también el vino. <<

[500] Le debo la vida y le ofrezco mi amistad. Un francés no olvida nunca un insulto ni un favor. Le ofrezco mi amistad. No le digo más. <<

[501] Capitán Ramballe, del 13.º ligero, condecorado por la acción del día 7. […] ¿Puedo saber con quién tengo el honor de conversar tan agradablemente, en vez de estar en la ambulancia con la bala de aquel loco en el cuerpo? <<

[502] Por favor. Comprendo sus razones, seguramente es usted oficial o jefe… Ha combatido contra nosotros, pero eso no es cosa mía. Le debo la vida y eso me basta. Soy todo suyo. ¿Es usted gentilhombre? […] Dígame su nombre de pila, si no le molesta. No le pido más, ¿Pierre, dice?… Magnífico. No deseo saber más. <<

[503] Sí, mi querido monsieur Pierre, le estoy muy agradecido por haberme salvado… de aquel loco… Ya tengo, sabe usted, bastantes balas en el cuerpo. Aquí una […] es de Wagram y dos de Smolensk. […] Y esta pierna, ya lo ve, no funciona bien. Fue en la gran batalla del día 7, en el Moskova… ¡Dios mío! Era hermoso, merecía la pena de verse, un diluvio de fuego. Nos dieron ustedes bastante que hacer, ya pueden estar orgullosos, ¡al diablo! A fe mía y a pesar de la tos que me gané, volvería a empezar ahora mismo. Compadezco a quienes no lo han visto. <<

[504] Yo estuve allí. <<

[505] ¡Oh! ¿De veras? Tanto mejor. […] Son ustedes unos enemigos de cuidado. El gran reducto se mantuvo firme, ¡caray! Y nos lo hicieron pagar caro. Tuve que ir al ataque tres veces, tal como me ve. Tres veces llegamos a los cañones y las tres nos echaron atrás como monigotes. Era magnífico, monsieur Pierre. Sus granaderos estuvieron soberbios ¡por Dios! Los vi seis veces seguidas cerrar sus filas y marchar como en una parada. ¡Qué hombres! Nuestro rey de Nápoles, que de eso entiende, tuvo que gritar: "¡bravo!". ¡Oh, oh!… Es un soldado como nosotros […] Tanto mejor, tanto mejor, monsieur Pierre. Terribles en la batalla… galantes… […] con las mujeres así son los franceses, ¿no es verdad, monsieur Pierre? <<

[506] A propósito, dígame: ¿es verdad que todas las mujeres se han ido de Moscú? ¡Qué idea tan extraña! ¿Qué podían temer? <<

[507] ¿Acaso las mujeres francesas no huirían de París si entraran allí los rusos? <<

[508] ¡Ja, ja, ja! ¡Esto sí que es bueno! ¿París? Pero, París… París… <<

[509] Bueno, si no hubiera dicho que era ruso, habría apostado que era parisién. Tiene usted un no sé qué… <<

[510] He estado en París. Viví allí varios años. <<

[511] Ya se ve, ya se ve. ¡París!… Un hombre que no conoce París es un salvaje. Los parisienses notan a dos leguas de distancia. París es Taima, la Duchesnois, Potier, la Sorbona, los bulevares… […] No hay más que un París en el mundo. Usted ha estado en París y sigue siendo ruso; pues bien, no lo estimo menos por eso. <<

[512] Volviendo a sus mujeres, dicen que son muy hermosas. ¡Qué absurda idea esa de ir a sepultarse en las estepas cuando el ejército francés está en Moscú! ¡Qué gran oportunidad se han perdido! Sus mujiks, es otra cosa; pero ustedes, las gentes civilizadas, deberían conocernos mejor. Hemos conquistado Viena, Berlín, Madrid, Nápoles, Roma, Varsovia, todas las capitales del mundo… Nos temen, pero también nos aman. Es un placer conocernos. Y además, el Emperador… <<

[513] El Emperador […] Acaso el Emperador… <<

[514] ¡El Emperador! Es la generosidad, la clemencia, la justicia, el orden, el genio: eso es el Emperador. Se lo digo yo, Ramballe. Aquí donde me ve, hace ocho años era su enemigo. Mi padre fue un conde emigrado… Pero ese hombre me ha vencido. Me tiene en un puño. No pude resistir el espectáculo de la grandeza y la gloria con que ha cubierto Francia. Cuando comprendí lo que quería, cuando vi que nos preparaba un lecho de laureles, no pude menos que decirme: “Éste es un soberano”, y me entregué a él. Eso es. ¡Sí, amigo mío! Es el hombre más grande de los siglos pasados y venideros. <<

[515] ¿Está en Moscú? <<

[516] No, hará su entrada mañana. <<

[517] ¡Encantador este coronel de los würtemburgueses! Es alemán, pero buen tipo, si lo hubo. Aunque es alemán. <<

[518] A propósito, ¿sabe alemán usted? <<

[519] ¿Cómo se dice asilo en alemán? <<

[520] Los alemanes son unas bestias, ¿verdad, monsieur Pierre? Y bien, otra botella de ese burdeos moscovita, ¿eh? Morel, nos calentará otra botella. ¡Morel! <<

[521] Parece que estamos tristes. […] ¿Lo he ofendido tal vez? No, de veras, ¿tiene usted algo contra mí? ¿Tal vez se debe a la situación? <<

[522] Palabra de honor, aun sin hablar de lo que le debo, siento amistad por usted. ¿Puedo serle útil en algo? Disponga de mí para la vida o la muerte. Se lo digo con la mano en el corazón. <<

[523] Sí, amigo mío, caprichos de la fortuna. ¿Quién iba a decirme que sería soldado y capitán de dragones al servicio de Bonaparte, como lo llamábamos en otro tiempo? Y, sin embargo, aquí estoy en Moscú con él. Tiene que saberlo usted, amigo. Mi nombre es uno de los más antiguos de Francia. <<

[524] Pero todo esto no es más que la puesta en escena de la vida; el fondo es el amor… ¡El amor! ¿No es cierto, monsieur Pierre? ¿Otro vaso? <<

[525] El amor de los carreteros […] el amor de los tontos. <<

[526] Recuerdos de Alemania, donde asilo se dice *Unterkunft*, los maridos comen coles y las muchachas son demasiado rubias. <<

[527] ¡Toma! <<

[528] El amor platónico, las nubes… <<

[529] ¿Qué busca ése ahí? <<

[530] Un niño en aquella casa. ¿No han visto a un niño? <<

[531] ¡Toma! ¿Qué cuenta ése? ¡Vete a paseo! <<

[532] ¿Un niño? […] He oído gimotear a alguien en el jardín. Puede ser su chaval, de ese tipo. Hay que ser humanos… <<

[533] ¡Daos prisa, vosotros! ¡Comienza a hacer calor! <<

[534] ¡Ahí tienes a tu chaval! ¡Ah! Es una niña, ¡tanto mejor! ¡Hasta la vista, muchacho! Hay que ser humanos… Todos somos mortales, comprendéis… <<

[535] ¡Deja a esa mujer! <<

[536] ¡Vamos, nada de locuras! <<

[537] Tiene un puñal, teniente. <<

[538] ¡Ah! Un arma. […] Bueno, se lo explicarás al consejo de guerra. […] ¿Habla francés? <<

[539] No tiene aspecto de hombre de pueblo. <<

[540] ¡Oh! ¡Oh! Me parece que es un incendiario. […] Pregúntale quién es.
<<

[541] No les diré quién soy. Soy un prisionero; llévenme. <<

[542] ¿Qué dice? Me trae a mi hija, a la que he salvado de las llamas. <<

[543] Dicen que la pobre condesa está muy mal. El médico habla de una angina de pecho. <<

[544] Angina. ¡Ah, es una enfermedad terrible! <<

[545] Dicen que los rivales se han reconciliado gracias a la angina. <<

[546] Según cuentan, el viejo conde es conmovedor. Lloró como un niño cuando el médico le dijo que el caso es peligroso. <<

[547] ¡Ah! Sería una terrible pérdida: es una mujer embrujadora. <<

[548] Hablan ustedes de la pobre condesa […] He enviado por noticias de ella. Me dicen que está un poco mejor… ¡Oh! Sin duda, es la mujer más encantadora del mundo. […] Pertenecemos a dos bandos diferentes, pero eso no impide que la estime como se merece. ¡Es tan desgraciada! <<

[549] Sus informaciones pueden ser mejores que las mías […] pero sé de buena fuente que ese médico es un hombre inteligentísimo y muy hábil. Es el médico de cabecera de la reina de España. <<

[550] El Emperador devuelve las banderas austríacas, banderas amigas y perdidas, que ha encontrado al borde del camino. <<

[551] Tal vez se trate del camino de Varsovia. <<

[552] Ya verán. <<

[553] Aunque extranjero […] era ruso de corazón. <<

[554] Cuyas llamas habían iluminado su camino. <<

[555] ¿Me trae malas noticias, coronel? <<

[556] Muy tristes, señor: el abandono de Moscú. <<

[557] ¿Se habría entregado sin lucha mi antigua capital? <<

[558] ¿Ha entrado ya el enemigo en la ciudad? <<

[559] Sí, Majestad. Moscú está reducida a cenizas. La he dejado en llamas. <<

[560] Veo, coronel, en todo lo que sucede, que la Providencia nos exige grandes sacrificios. Estoy pronto a someterme en todo a su voluntad: pero dígame, Michaux, ¿cómo ha dejado al ejército, visto que abandonaba así mi antigua capital, sin un solo disparo? ¿No ha notado muestras de desaliento? <<

[561] Señor, ¿me permitís hablaros abiertamente, con lealtad militar? <<

[562] La exijo siempre, coronel. No me oculte nada, quiero saber absolutamente de que se trata. <<

[563] Majestad, Majestad, he dejado a todo el ejército, desde los jefes hasta el último soldado, sin excepción, en un estado de temor espantoso, terrible. <<

[564] Pero, ¿cómo? ¿Mis rusos se dejarán abatir por la desdicha?… ¡Jamás! <<

[565] Señor, sólo temen que Vuestra Majestad, llevado por la bondad de su corazón, se deje persuadir y llegue a firmar la paz. Arden en deseos de combatir y de probar a Vuestra Majestad, aun con el sacrificio de sus vidas, toda la devoción que os tienen… <<

[566] Bien, vuelva al ejército […] Y diga a nuestros valientes, diga a todos nuestros buenos súbditos, por dondequiera que pase, que, cuando no me queden más soldados, yo mismo me pondré a la cabeza de mis queridos nobles y de mis buenos campesinos y agotaré así hasta los últimos recursos de mi imperio, que me ofrece más de lo que mis enemigos piensan. […] Pero si estuviera decretado en los designios de la divina Providencia que mi dinastía había de dejar de reinar en el trono de mis antepasados, entonces, tras haber agotado todos los medios que hay en mi poder, dejaré crecer mi barba hasta aquí […] y marcharé a comer patatas con el último de mis campesinos, antes que firmar la vergüenza de mi patria y de mi querida nación, cuyo sacrificio sé apreciar… <<

[567] Coronel Michaux, no olvide lo que le digo aquí; puede ser que un día lo recordemos con placer. O Napoleón o yo. Ya no podemos reinar juntos. He aprendido a conocerlo y no me engañará más… <<

[568] Señor, Vuestra Majestad firma en este momento la gloria de su nación y la salvación de Europa. <<

[569] Más vale tarde que nunca. <<

[570] Querido, entre otras cosas, que eres demasiado asiduo para con la rubia. <<

[571] Hay modos y modos. <<

[572] Que había salvado de las llamas <<

[573] El que no quiere confesar su nombre. <<

[574] ¿Quién es usted? <<

[575] Mi general, usted no puede conocerme, porque yo no lo he visto nunca.
<<

[576] Es un espía ruso. <<

[577] No, Excelencia. No, Excelencia […] usted no ha podido conocerme. Soy un oficial de la milicia y no he salido de Moscú. <<

[578] ¿Cómo puede probarme que no miente? <<

[579] ¿Cómo puede probarme la verdad de lo que dice? **<<**

[580] Usted no es quien dice. <<

[581] ¡Tiradores del 86, adelante! <<

[582] Esto les enseñará a seguir incendiando. <<

[583] ¡Hija mía! La quiero y la conozco desde hace mucho tiempo. <<

[584] Gracias por haber venido, querida. <<

[585] La primera columna avanza… […] la segunda columna avanza. <<

[586] Merodeando. <<

[587] Se hiciera volver a los popes. **<<**

[588] Que su genio no había imaginado nada más profundo, hábil y admirable. <<

[589] Cuánto sol, ¿verdad, M. Kiril? Diríase que estamos en primavera. <<

[590] Si se hicieran las marchas con un tiempo como éste… <<

[591] Además, M. Kiril, ya lo sabe: no tiene más que decir una palabra al capitán. ¡Oh! Es un… que no olvida. Dígaselo al capitán cuando haga la inspección, hará cuanto pueda por usted… <<

[592] ¿Sabes, Saint-Thomas?, me decía el otro día: Kiril es un hombre culto que habla francés; es un señor ruso que ha sufrido desgracias, pero es un hombre. Comprende las cosas… Si necesitara algo, que me lo diga, no le negaré nada. Cuando una persona ha hecho estudios, sabes, le gusta la instrucción y la gente educada. Por usted lo digo, monsieur Kiril. En el asunto del otro día, si no llega a ser por usted, las cosas habrían ido mal. <<

[593] Está bien, está bien, gracias, pero te habrán quedado retales. <<

[594] Gracias, gracias, amigo, ¿y los retales? <<

[595] ¡Platoche, eh, Platoche! ¡Tómalos para ti! <<

[596] Cabo, ¿qué van a hacer del enfermo? **<<**

[597] Corred. <<

[598] Y bien, ¿qué sucede? <<

[599] Podrá andar, ¡qué diablos! <<

[600] No, está agonizando… <<

[601] ¿Quiere tener la amabilidad…? <<

[602] ¡Adelante! ¡Maldita sea…! ¡Adelante, por treinta mil diablos! <<

[603] Los grandes batallones tienen siempre razón. <<

[604] ¡Ah, es usted! […] ¿Quiere comer algo? No tenga miedo… nadie le hará daño. […] Entre, entre. <<

[605] Lanceros del 6.º <<

[606] ¿La contraseña? <<

[607] Dígame, ¿está aquí el coronel Gérard? <<

[608] Cuando un oficial hace la ronda, el centinela no le pregunta la contraseña. […] Pregunto si está aquí el coronel. <<

[609] ¡Ése es hueso duro de roer! <<

[610] Los hará correr como conejos. <<

[611] ¿Es usted Clément? ¿De dónde diablos…? **<<**

[612] Si contaban ustedes con la cena, llegan tarde. **<<**

[613] ¡Esos bandidos están por todas partes! <<

[614] Es un fastidio ir arrastrando esos cadáveres con uno. Sería mucho mejor fusilar a todos esos canallas. <<

[615] ¡A vuestros puestos! <<

[616] ¿Has comprendido, hijo? <<

[617] ¡Ha comprendido usted, voto a…! <<

[618] A él le da igual… ¡Bandido! <<

[619] Ya he hecho bastante de emperador; es hora de que haga de general. **<<**

[620] De lo sublime […] a lo ridículo no hay más que un paso. <<

[621] Caballero sin miedo y sin tacha. <<

[622] ¡Oh, mis buenos y valientes amigos! ¡Éstos son hombres! ¡Mis buenos amigos! <<

[623] ¡Viva Enrique IV! ¡Viva el rey valiente! […] Ese diablo de… <<

[624] “Que tuvo el triple talento / de beber, de combatir / y de galante ser…”
<<

[625] Eso sólo es para decirme que no tengo en qué comer… Al contrario, puedo proporcionarle a usted todo lo necesario, hasta para dar banquetes. <<

[626] Sólo para decirle lo que le he dicho. <<

[627] Es un sacrilegio hacer la guerra a un pueblo como el suyo. <<

[628] Se está usted fosilizando, amigo. <<

[629] Querida María, creo que está durmiendo; ¡estaba tan cansado! <<

[630] No, señor Dessalles; pediré a mi tía permiso para quedarme. <<

[631] Yo se lo llevaré en seguida, señor Dessalles; buenas noches. **<<**

[632] Sin fe ni ley. <<

[633] Lema. <<

[634] Contad conmigo. <<

[635] Abrir un camino. <<

[636] ¿Se encuentra indispuesto? <<

[637] Tolstói publicó estas páginas en 1888, en la revista *Antigüedades Rusas*, vol. III. Desde entonces han sido consideradas como “Apéndice” a su obra y así las publican casi todas las ediciones de *Guerra y paz*. **<<**

[638] Nota de Tolstói: Tras la publicación de la primera parte de mi novela y la descripción de la batalla de Schoengraben, conocí palabras de Nikolái Nikoláievich Muraviov-Karski a propósito de esa descripción, palabras que me confirman en mi convicción. Nikolái Nikoláievich Muraviov, general en jefe, declaró no haber leído nunca una descripción más exacta de aquella jornada, y añadió que por experiencia propia estaba persuadido de la imposibilidad de cumplir durante una batalla las órdenes del general en jefe.
<<

[639] De todos modos, no se puede negar que el mismo Tolstói intentó «desgajar» ese texto final llamándolo Epílogo. Los epílogos suelen ser flecos, generalmente poco relacionados con la obra narrativa misma, bastante parecidos a los prólogos. Su función se asemeja a la de los marcos en las grandes pinturas: sólo sirven para enmarcar. <<